Lea "SURCOUF"

PORTE PAGO

BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

Viernes
Marzo 26
de 1926

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO IV. PUBLICACION SEMANAL No. 130

Esta escena corresponde a la interesantísima narración inédita titulada:

ALMA DESNUDA

que se publica completa en este número.

UNA MUCAMA CON EXPERIENCIA

—María, ¿por qué no ha ido a la puerta?, ya han llamado tres veces.
—Ya lo sé, señora. Es el novio de la señorita Cuca. No se va a ir. Yo le conozco bien.

805
PU
v.11:130-140
1926Mr-Je

Alma desnuda

Una narración emocionante que interesa del principio al fin.

El lunar

Novela corta de A. de Musset, que se publica íntegra en este número de "Pucky".

Surcouf

Continuación de la gran novela de piraterías en la India.

La bruja y la hermana del Sol

Interesantísimo cuento ruso.

La vincha a la moda

Nota cómica. — En cuatro colores.

La hija del oidor

Curiosa narración peruana por Ricardo Palma.

La cocina de "Pucky"

Recetas de cocina realmente útiles.

Ceguera de nieve

Narración subyugadora y novedosa. Con ilustraciones en colores.

Bonbons Fins

Chascarrillos de todos orígenes reunidos por "Pucky" para sus lectores.

Un juguete para armar

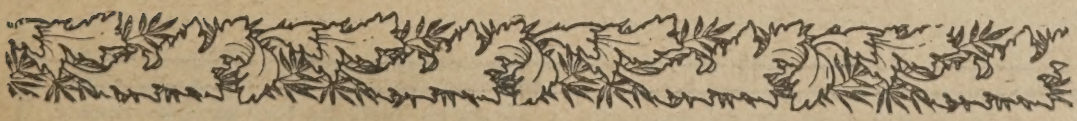
Entretenida diversión para niños. En colores

En Montmartre

Novísimo relato de la "boheme". — Con ilustraciones en colores.

La olla de oro

Uno de los más famosos cuentos del gran autor Hoffmann, que "Pucky" publica completo.



No se oyó grito alguno. Cayó ella y se quedó inmóvil. Muy cuidadosamente, el bwana rodó el cuerpo inmóvil sobre el borde de la roca. ("Alma desnuda".)

UNA NARRACION EMOCIONANTE

ALMA DESNUDA

Por MARGARET PETERSON

(Traducción del inglés para "Pucky")

Este relato no tiene moraleja, a menos que de él se deduzca que no siempre es bueno desnudar a un alma de todo su orgullo pues sólo Dios sabe qué es lo que uno no debe revelar a todos los vientos.

FRED MARKER era el tipo más ineficaz que uno pueda figurarse. Era ineficaz en todo. Y, sin embargo, quién sabe por qué ironía del destino, había sido dotado de un agudo sentido de importancia. Era como si algún hada hubiera asistido a su nacimiento, y le hubiera donado en el momento de nacer un par de espejuelos color de rosa, que Fred Marker llevaba siempre vueltos y fijos sobre sí mismo. Pero no altaba quien, sin negar la existencia y asistencia del hada, agregara que debía haber sido un hada despechada.

No importa en qué pellejerías se viera metido a causa de su absoluta inefectividad, Fred Marker saldría de ella complacido y orgulloso. Tenía el don de convertir las más aplastadoras derrotas en honrosas victorias, quién sabe por medio de qué oculto proceso intelectual. Podrían las gentes menospreciarlo; invariablemente le tenían lástima, base ésta sobre la cual levantaba él una estatua de propia estimación verdaderamente colosal. No podría haber tenido éxito en ninguna de las actividades de la vida humana; pero poseía cierto dinero y algunas relaciones influyentes que lo colocaron en cierto puesto gubernamental en el Africa Este. Y, mientras Fred Marker no hiciera nada, su inefectividad permanecía escondida debajo de su orgullo.

Qué razones hayan impulsado a un hombre como éste a atreverse a navegar por las tormentosas aguas del matrimonio, es cosa sumamente difícil de conjeturar. Probablemente no mirara esto en tal forma. No había aún despuntado su bigote cuando ya hablaba largamente de mujeres. De vez en cuando las mencionaba como criaturas de una constitución intelectual mucho más débil que la suya; aseguraba abiertamente que era una lástima que se educara a las mujeres, y que esto les daba a ellas una idea de su importancia mucho mayor de lo que realmente era. Sin embargo, uno creía comprender, en medio de todo aquello, que ellas sólo necesitaban ponerse en contacto con hombres como él para comprender de inmediato su verdadera posición. Cierta vez llegaron a convertirse a sus ojos en pequeñas y deliciosas muñequitas, y se sintió feliz con poder echar el manto de su protección sobre los hombros de una mujercita cuidadosamente elegida.

Como haya pedido él conseguir que una mujer lo siguiera en el matrimonio, es pregunta aún más difícil de responder. Pero la mujer es un bicho sumamente extraño y, por lo menos en la civilización, parecen haber perdido el instinto de selección, tan marcado en las hembras de la mayoría de las especies zoológicas, para el bien de la raza.

Puede ser que Mabel Drome haya sentido piedad por Fred Marker, como también puede ser que haya comprendido que en estos días en que hay competencia tan terrible, las mujeres no pueden permitirse el lujo de elegir mucho. Era una mujercita bastante linda, poseedora de uno de esos cerebros sólidos que uno suele ver, en las novelas, descrito en una gallina clueca. A decir verdad, cierta picaresca damita había dicho, una vez, que Mabel recordaba a una gallina que no podía encontrar dónde encaramarse. ¿Quién sabe si Mabel no vió una buena oportunidad de encaramarse en casa de Fred Marker?

Sea como sea, el caso es que ella se casó, y Fred Marker regresó a reanudar sus ar-

SURCOUF Lea la continuación de esta novela sensacional en la página 22 de este número.

duas funciones en Africa acompañado de una presumiblemnte amante y sumisa esposa.

Mabel había oído hablar muchas cosas de la vida en Africa, de labios de su amo y señor. El la había instruído en todas aquellas cosas esenciales de su nueva vida. El siempre la estaba instruyendo en algo. Algunas veces, mientras él hablaba, ella lo observaba con sus ojos grandes, de plácido mirar, que siempre que se fijaban en él y lo observaban, lo hacían con una ligera expresión de admiración piadosa. Pero ella nunca llegó a vocear los pensamientos que inquietaban su cabecita.

Muchas mujeres, al casarse, despiertan lenta o rápidamente, — esto depende hasta qué grado haya llegado la "fiebre" de la luna de miel, — a la realidad; a la realidad de que sus ídolos tienen pies de barro. Probablemente muchos hombres llegan a la misma conclusión respecto a sus mujeres; pero esta narración está escrita desde el punto de vista de una mujer.

La intimidad del matrimonio revela las pequeñas debilidades que tienen aún los más perfectos. El sorprendente método que Juan tiene de sonarse la nariz; el curioso estilo de Pedro, para limpiarse los dientes; el sonoro ronquido, imitación meticulosa y a conciencia de una "jazz-band", de Diego. Son estas cosas que, poco a poco, lentamente, empañan la inefable limpidez del espejo que se llama "romance". Pero, después de todo, son cosas que no tienen mayor importancia, ya que uno edifica su vida toda sobre los cimientos del romance; es lo humano, lo que realmente amamos, no el ídolo. Y Mabel, sea como sea, muy poco romance había tenido para perder. Desde los primeros momentos había comprendido que Fred era un ineficaz, un débil; toleraba ella su engreimiento con sorprendente buen humor, y cuado él, vistiendo su pyjama, tenía el peor de sus aspectos, ella lo miraba lo menos que podía. No es que Mabel hubiera edificado su vida en sueño; no. Gustaba como buena mujercita práctica que era, de su buen baño matinal, de su desayuno de café, leche y crema por la mañana, con frutas y todo lo demás.

Pero, con todo, había momentos en que hallaba que el celo perpetuo de Fred por "instruirla" de esto o aquello, se hacía un tanto pesado. ¡Pobre y querido muchacho! — Muchas veces pensaba así de él, — ¿creía en realidad, sinceramente, que podía él instruirla a ella en algo? Pero debe notarse que, con todo, ella nunca permitía el menor signo revelador de que su escepticismo llegara a él.

Sin embargo, es de dudar si habría llegado Fred a darse cuenta de ello. A esta altura de su vida se hallaba mucho más engreído, mucho más orgulloso de sí mismo de lo que había sido nunca. Aquellas dos simples palabras, "mi mujer", que pronunciaba bastante amenudo, con un cierto dejo de condescendencia piadosa, parecían aumentar su estatura por lo menos en dos pulgadas.

Físicamente, Mabel era fuerte, de salud de hierro, bien desarrollada; poseía, como se ha insinuado antes, la sólida e inconmovible inteligencia de una gallina cluenca. Cuando, pues, a su débido tiempo, nació el hijo y heredero de Fred Marker de quien éste había hablado largamente desde un principio, y observó que el recién nacido era flacucho, débil, con un algo, en el fondo de sus ojos, de la mirada inefectiva y débil de su padre, entonces, por primera vez puso en palabras el precepto moral de su vida.

—Fuí una verdadera estúpida al hacerlo; pero no tengo más remedio que aguantar las consecuencias, ahora que está hecho.

Fred estaba a muchas millas de comprender el exacto sentido de tales palabras. El muchacho era su vivo retrato; todo el mundo así lo decía, con entera franqueza, y, por lo tanto, el muchacho era perfecto. ¿A qué se refería Mabel? — preguntó. — ¿Se habría olvidado de sus buenos consejos?

—No te preocupes, querido, — respondióle ella, sin mirarlo, y apretando el muñeco contra su pecho. — Estaba hablando conmigo misma.

Pero, desde aquel día, hubo, en los ojos de Mabel, cuando se fijaban en su carácter, algo más que piadosa sorpresa. No se hubiera podido decir que era odio; Mabel era demasiado razonable para permitir que tal elemento entrara en su vida. Pero se parecía mucho a desprecio.

Sin embargo, sus vidas en común continuaron en ininterrumpida placidez. Hacia su hijo, Mabel demostraba una extraña y absorvente ternura. Aquí, nuevamente, podríamos emplear de nuevo el parecido con la clueca. No era el hijo un chico atractivo, física o mentalmente; ella vigilaba su vacilante salud, toleraba sin quejarse las suciedades de la criatura con una fiereza tal que excluían las críticas o comentarios que terceros podrían haberse sentido tentados a hacer.

Pasaban de una a otra estación colonial tan rápidamente como pueden pasar los funcionarios del gobierno que no son ni eficientes ni apreciados. En uno de esos traslados llegaron a la pequeña estación de Bororo, que se hallaba ubicada al abrigo bajo un ala de las montañas de Elgon. Bororo es un lugar de aspecto raro, pero que no por eso deja de tener cierta belleza; nada hay que recomendar de este lugar como no sean sus maravillosos paisajes y los hermosos paseos que uno puede hacer por las faldas de las montañas. Aquí los Marker, sin que fuera ésta la primera vez en sus vidas, ya que no era Fred hombre tan apreciado como para que se le concedieran puestos muy solicitados, se hallaron solos, llevando una vida de aparente conformidad, efectuando casi diariamente paseos por las colinas en que el lugar abunda.

Philop, el hijo, contaba a la sazón cuatro años de edad. Era un chico enfermizo, corto de genio, y al mismo tiempo, extrañamente agresivo. Fué precisamente esta extraña agresividad del muchacho la que tuvo como consecuencia y provocó la sorprendente tragedia de la familia Marker.

Todo aconteció, — como frecuentemente sucede, — a causa de un suceso trivial y sin importancia de la vida diaria. También po-

dría buscarse el motivo en que durante días, semanas y aún años, los nervios de la señora Marker se habían estado resintiendo, estirándose, por así decirlo, hasta llegar al punto de rotura y todo su equilibrio mental en una explosión de odio.

Sea cómo sea, lo que aconteció fué lo siguiente: Fred Marker, por una u otra razón, halló necesario castigar a su hijo. Su deseo de imponer su autoridad, como podría haberlo declarado cualquiera de los menos inteligentes nativos del lugar, podía contarse entre sus más desgraciados e inútiles esfuerzos. En esta oportunidad, la agresividad de su hijo despertó en él una especie de ira débil, casi de despecho.

Por lo menos, Fred era más fuerte físicamente que Felipe, su hijo; y procedió de inmediato a demostrar esta fortaleza física en la forma que le pareció en el momento más conveniente. Se hallaba precisamente en el momento de retorcer los brazos del muchacho, arrancándole un grito de miedo y dolor, cuando apareció la madre. Y la mujer a quien Fred había calificado cierta vez de buena y pobre mujercita, se dispuso a luchar por su hijo.

Arrancó a su hijo de las manos de Fred, colocándolo detrás de sí; y luego, temblando de cólera, hizo cara al hombre con quien se había casado. Fred tuvo que oir, por primera vez en su vida, la quemante verdad sobre sí mismo.

La verdad sobre sí mismo en palabras que su mujer le lanzaba a la cara palabras que herían aún a través de su completa armadura de propia satisfacción. Todo lo dijo ella, en frases entrecortadas, secas. Sus manos retorciéndose, sus labios temblando por efectos de la cólera. La mengua de su marido, su pequeñez de alma, su inutilidad, su ruindad. No le hizo gracia de nada, absolutamente de nada; y todo el horror de aquel cuarto de hora residía, para él, en que sabía que todo aquello era la pura verdad.

Al cabo, viéndolo allí, avergonzado, tembloroso, con la cabeza baja, tuvo ella compasión de él Contuvo su tirada con una risita seca, dura.

—¡Me estoy olvidando de mí misma! — dijo. — Después de todo, tú no tienes la culpa; no más culpa que Felipe mismo. La culpa la tenemos nosotras, las madres, en que no sabemos elegir con más cuidado los hombres que han de ser los padres de nuestros hijos. No hablemos más de esto, Fred. Yo venía a decirte que la comida estaba pronta

¡No hablar más de aquello! ¿Tenía, acaso, Mabel, conciencia de lo que había hecho? Acababa de quitar a una pobre, infeliz e inútil alma, el único ropaje que la ocultaba a sus propios ojos. Había dejado a una mente ruín, pequeña, sin defensa posible, ya que toda su fuerza se había basado en una mentira. Había despertado en el fondo de ella algo indescriptiblemente malévolo en su misma debilidad.

Sin embargo, aparentemente nada aconteció. Almorzaron en medio de un silencio un tanto solemne. La madre reconfortó y acalló a Felipe, poniéndolo luego a dormir; Fred se fué a su oficina y ella se tendió en el lecho, un tanto cansada.

Fred, suponía ella, debía hallarse ultrajado y dolorido. Eso significaba pedir perdón, volverlo nuevamente, muy despacio, a la antigua satisfacción. Ahora que todo había terminado entre ellos, se sentía ella fatigada de su inútil comedia. Si tan sólo, — un amarga sonrisa apareció en sus labios, — si tan sólo Fred fuera capaz de cumplir sus ridículas amenazas...

—¡Si una mujer mía hubiera hecho eso, la hubiera cruzado sobre mis rodillas y le hubiera dado una buena tunda! — Pero Fred ni aún a su hijo había sido capaz de darle una buena tunda; se había contentado con retorcerle el brazo.

En cuanto a Fred, no es posible conjeturar lo que realmente pensó. Regresó a la hora del te, como si hubiera puesto de lado todo rencor. ¿Aparentemente había perdonado, entonces, sin siquiera tomarse el trabajo de exigir un pedido de perdón, o el desprecio de ello lo había pasado de largo sin tocarle?

Mabel no podía decirlo. Salieron juntos sea como haya sido, para dar su acostumbrado paseo del atardecer. Un poco más silenciosos que de costumbre, tal vez; Mabel nunca había sido muy habladora y Fred, hoy por lo menos, no parecía dispuesto a hacer el gasto de la conversación como otras veces.

Los sirvientes los vieron partir. Felipe había quedado a cargo del aya. Ellos dijeron luego que el Bwana partió primero y que luego lo siguió Mukyala. Observaron, sin embargo, que Bwana escogió el sendero que llevaba a las altas rocas, en la colina. Ninguno de los sirvientes pudo decir por qué observaron la partida; pero sin duda habían observado la pelea de por la mañana, y querían saber si habría una segunda parte. Sea como sea, uno de ellos fué enviado a ver que sucedía entre los dos blancos.

Y fué sobre la declaración de este muchacho negro que se descubrió toda la tragedia.

Declaró que los blancos habían marchado durante un tiempo en silencio, una detrás del otro, pero que, donde el sendero se ensanchaba, marchaban uno al lado del otro, sin hablar mucho, tampoco, hasta llegar a la famosa roca en la ladera de la colina, que ha hecho famoso a Bororo.

Es una curiosa fantasía de la naturaleza, esta enorme roca que sale de la ladera de la colina; sirve de punto de demarcación para la comarca, y en más de una ocasión ha servido de base para un palo de agrimensura. El sendero la rodea, siguiendo; pero es posible apartarse de él y trepar a la roca misma. Desde el punto alto, y por tres lados, por lo menos, está contada a pico, formando un precipicio. Pero desde allí se obtiene una vista magnífica de la estación y sus alrededores, y se suponía que formaba el punto terminal de muchos de los paseos vespertinos del matrimonio.

En esta ocasión, el muchacho negro los

observó trepar a la roca, siendo ahora Mukyala quien guiaba a Bwana quien seguía. Añadió que también por primera vez, había notado cuan extraña le parecía la marcha de Bwana, como si fuera la de un animal que teme ser visto. Aparentemente, esto despertó el interés del muchacho. Se apresuró a trepar por el sendero, hasta un punto desde el que podía ver con ventaja, sin ser visto, la parte alta de la roca. Los dos blancos se hallaban allí, inmóviles, dijo, la mujer blanca aún delante del hombre, sin volverse a mirarlo.

Asegura que no se volvió tampoco cuando él le habló. Habló él, y el muchacho creyó comprender que le llamaba a ella la atención sobre algo de interés en el valle, porque ella, aparentemente, se acercó aun más al borde de la roca. Fué entonces que el hombre saltó. Tembloroso y agitado como estaba el muchacho al declararlo, estaba seguro de ello.

El hombre blanco saltó...haciéndole pensar, una vez más, en un animal salvaje. Como un mono esta vez, porque la pequeña y delgada figura parecía colgarse de la mujer, como si tuviera que usar brazos y piernas a la vez para vencer la resistencia de la mujer y hacer lo que quería.

Pero no hubo allí el menor grito. El muchacho dijo que eso le había asombrado. Ellos siempre habían creído que la Mukyala era más fuerte y alta que el Bwana. Le pareció que se había caído sobre la roca, donde permaneció inmóvil; y luego el Bwana, siempre mirando en redor suyo furtivamente, la había empujado hasta el borde del precipicio, dejándola caer.

Naturalmente, el hombre blanco estaba loco. Eso se supo después. Las gentes no se sorprendieron. Siempre habían sospechado que no estaba él en sus cabales. Pero nunca sospecharon que, inútil como era, llegara a poder matar a otra persona. Ni tampoco pudieron conjeturar que le había hecho elegir precisamente su mujer para eso. Ella siempre había sido una mujer buena, callada, y él, aparentemente, siempre estuvo satisfecho de ella.

—Si ella lo hubiera matado a él, — decían las gentes, — hubiera sido todo mucho más comprensible. Debe haberlo deseado muy a menudo, ella.

No hay moraleja alguna a esta historia, como no sea que no siempre conviene desnudar a un alma de toda su propia estimación, porque Dios no ignora lo que no debe exponerse a la luz del sol.

MARGARET PETERSON

Senor Administrador de EL DIARIO

Av. DE MAYO 662 - Buenos Aires.

Adjunto 0.10 centavos en estampillas para que me remita un ejemplar del próximo jueves en que aparecerá la página de modas en colores y una página con la graciosa historieta de Barnigugli y su pingo Tragavientos.

Nombre y apellido . . . . . .

Domicilio . . . . . .

Ciudad o pueblo . . . . . .

Se aceptan suscripciones a la edición de los jueves a razón de 10 ctvs. por cada ejemplar.

F. C. . . . . .

UNA DELICADA NARRACION

EL LUNAR

Por A. DE MUSSET

(Traducción del francés)

Esta novelita, que se desarrolla en un ambiente típicamente interesante, ofrece toda la delicadeza propia de la cortesanía de la época en que tiene lugar su acción, y une a su asunto agradable y romántico la admirable pintura de sus caracteres, hecha de mano maestra por su famoso autor.

I

EN 1756, cuando Luis XV, cansado de las disputas entre la magistratura y el Consejo Superior sobre el impuesto de los dos sueldos, tomó el partido de mantenerse en un plano de justicia, los miembros del Parlamento le devolvieron sus actas. Diez y seis de estas dimisiones fueron aceptadas, recayendo sobre ellas otros tantos destierros.

—Pero ¿podríais ver, — decía madame de Pompadour a uno de los presidentes, — podríais ver con sangre fría que un puñado de hombres se resistiese a la autoridad del rey de Francia? ¿No os habría parecido mal? Despojaos de vuestra investidura, señor presidente, y juzgaréis el caso como yo.

No solamente los desterrados sufrieron la pena de su malquerencia, sino tambien sus parientes y amigos. La "censura" epistolar divertía al rey. Para descansar de sus placeres, se hacía leer por su favorita cuanto de curioso contenía la correspondencia. Bien atendido que, bajo el pretexto de estar por sí mismo en el secreto de todo, se divertía así con las mil intrigas que desfilaban ante sus ojos; pero aquella que tocaba de cerca o de lejos a los jefes de partido estaba casi siempre perdida. Se sabe que Luis XV, con todos sus debilidades, poseía una sola fuerza: la de ser inexorable.

Una noche que se hallaba junto al fuego, sentado a la chimenea y, como de ordinario, melancólico, la marquesa, hojeando un legajo de cartas, se echó a reir encogiéndose de hombros. El rey le preguntó qué sucedía.

—Que acabo de ver — respondió la marquesa — una carta sin sentido común, pero muy conmovedora, y que dá lástima.

—¿Quién la firma? — dijo el rey.

—Nadie; es una carta de amor.

—¿Y a quién va dirigida?

—Eso es lo gracioso. A mademoiselle de Annebault, sobrina de mi buena amiga madame de Estrades, seguramente le han metido entre estos papeles para que yo la viera.

—¿Y qué es lo qued ice? — añadió el rey .

—Ya os lo he dicho; habla de amor. Es cosa de Vauvert y de Neauflette. ¿Hay por allí algún gentilhombre? ¿Recuerda Vuestra Majestad?

El rey se picaba de conocer a fondo toda Francia, es decir, la nobleza de Francia. La etiqueta de su corte, que había estudiado muy bien, no le era más familiar que los blasones de su reino; ciencia bien reducida, puesto que no sabía nada más; pero se envanecía de ello; ante sus ojos toda noble jerarquía era como la escalatina de su trono, y quería pasar por su maestro. Después de permanecer unos momentos pensativo, frunció las cejas como ante un recuerdo desagradable, y haciendo a la marquesa seña de que leyera, volvió a hundirse en su sillón, y dijo sonriendo.

—Sigamos: la muchacha es bonita.

Madame Pompadour, en el tono más suavemente burlón, empezó a leer una larga epístola, pródiga en grandes tiradas amorosas.

«¡Ved — decía su autor — cómo me persigue el destino! Todo parecía dispuesto a satisfacer mis deseos, y hasta vos misma, mi tierna amiga, ¿no me habíais hecho es-

perar la felicidad? Sin embargo, por una falta que no he cometido, he de renunciar a ella. ¿No es excesiva crueldad haberme dejado entrever el cielo, para precipitarme en el abismo? ¿Gozaríais del bárbaro placer de mostrar a los ojos de un pobre condenado a muerte cuando puede hacer la vida atrayente y amante? No obstante, tal es mi suerte; no me queda otro refugio ni otra esperanza que la tumba, pues mi desgracia me impide aspirar a vuestra mano. Cuando la fortuna me sonreía ponía toda mi esperanza en que llegaseis a ser mía; pobre ahora, me daría horror atreverme a seguir pensando en vos, y, puesto que no puedo haceros dichosa, aunque muriendo de amor, os prohibo que améis...»

La marquesa sonrió a estas palabras.

—He aquí un hombre honrado, señora — dijo el rey. — Pero qué es lo que le impide casarse con su amada?

—Permitid, Sire, que continúe:

«Me sorprende que injusticia que tanto me abruma proceda del mejor de los reyes. Sabéis que mi padre solicitaba para mí una plaza de corneta o de abanderado, y que esta plaza decidía mi vida, puesto que me proporcionaba el derecho de aspirar a vos. El duque de Biron me había propuesto; pero el rey me recusó de un modo que me es muy triste recordar, pues si mi padre tiene su manera de ver las cosas — quiero admitir que ello sea una falta, — ¿debo ser yo castigado por eso? Mi fidelidad al rey es tan firme y sincera como mi amor a vos. Claramente demostraría lo uno y lo otro, si para ello me valiera tirar de espada. Es desesperante que me rechace mi demanda; pero lo que se opone a la bien reconocida bondad de Su Majestad es que me rechace sin razón valedera, envolviéndome en desgracia semejante...»

—¡Ah! ¿Sí? — dijo el rey. — Eso me interesa.

«¡Si supierais cuán triste estamos! ¡Ay, amiga mía! ¡Durante todo el día me paseo a solas por estas tierras de Neauflette, por este pabellón de Vauvert, por estos bosquecillos! Ayer, el jardinero odioso se presentó con su rastra; pero le he prohibido que rastrille. Iba a profanar la arena... La huella de vuestros pasos, más frágil que la brisa, aun no se había borrado. La punto de vuestros menudos pies y vuestros altos tacones aun se marcaban en el paseo; parecían caminar ante mí, mientras iba siguiendo vuestra divina imagen, y vuestra sombra, como posándose sobre el fugitivo rastro, se animaba por momentos. Fué aquí, departiendo a lo largo del parterre, donde tuve ocasión de veros y apreciaros. Una educación admirable en un angelical espíritu; la dignidad deu na reina junto a la gracia de una ninfa; un lenguaje sencillo para unos pensamientos dignos de Leibnitz; la abeja de Platón en los labios de Diana: todo esto se envolvía en cendal de adoración. Y entretanto, entonces, las bienamadas flores esparcían su aroma en torno nuestro. Las aspiré escuchándoos y en su perfume vive nuestro recuerdo. Ahora doblan sus corolas, como mostrándome la muerte...»

—Ese es un mal discípulo de Juan Jacobo, — dijo el rey. — ¿Para qué me leéis eso?

—Porque Vuestra Majestad me lo ha ordenado por los lindos ojos de mademoiselle de Annebault.

—Ciertamente, sus ojos son lindos.

«Al regresar de mis paseos encuentro a mi padre siempre solo, en el gran salón, de codos junto a un candelero, bajo estos dorados decorados que cubren nuestros carcomidos artesonados. Me ve llegar con tristeza... Mi pena aviva la suya. ¡OhAtenaida! En el fondo de este salón, junto a la ventana, está el clavecino que recorrían vuestros deliciosos dedos, que sólo una vez tocaron mis labios, mientras los vuestros se entreabrían dulcemente a los acordes de la más suave música..., de tal modo que vuestro canto no era sinó una sonrisa. ¡Ah, qué deliciosos Rameau, Lulli, Duni y qué sé yo están en vuestra memoria! ¡Su hálito ha cruzado por vuestros labios! También yo me siento ante el clavecino y trato de tocar una de esas sonatas que tanto os placen, y que ahora me parecen frías y monótonas; me paro de pronto, y las oigo extinguirse, mientras el eco se apaga bajo esta bóveda lúgubre. Mi padre se vuelve hacia mí y me contempla desolado. ¿Qué puede hacer él? Un chisme callejero, de antecámara palaciega, ha apretado nuestros grillos. Me ve joven, ardiente, lleno de vida, sin más deseo que estar en el gran mundo, y aunque es mi padre, nada puede hacer..."

—¿No se diría, — dijo el rey, — que al mozo, yendo de caza, le hubiera matado el halcón en su propia mano? ¿Acaso alude a alguien?

"Es muy cierto, — replicó la marquesa prosiguiendo su lectura en tono más bajo, — es muy cierto que somos vecinos cercanos y lejanos parientes del abate Chauvelin..."

—¡Ya salió aquello! — dijo Luis XV, bostezando. — Un sobrino más de los pleiteantes y memorialistas. Mi Parlamento abusa de mi bondad; verdaderamente, tiene demasiada familia.

—Pero si no es más que un pariente lejano...

—¡Bah! Toda esa gente no vale la pena. El abate Chauvelin es un jansenista, un pobre diablo; pero de los dimitidos. Echad esa carta al fuego, y que no se me hable más de ella.

II

Las últimas palabras pronunciadas por el rey no eran precisamente una sentencia de muerte, pero sí una especie de prohibición de vivir. ¿Qué podía hacer en 1756 un joven sin fortuna y de quien el rey no quería ni hablar? Procurarse un destino, hacerse filósofo o acaso poeta; pero sin influencia, como en aquel caso, nada valía todo ello.

No era ésta, ni con mucho, la vocación del caballero de Vauvert, que acababa de escribir, con los ojos arrasados en llanto, la carta de que se burlaba el rey. Entre-

tanto, a solas con su padre en el fondo del viejo castillo de Neauflette, se paseaba por la estancia con aire triste y enfurecido.

—Quiero ir a Versalles.

—¿Y qué vas a hacer allí?

—No lo sé; pero ¿qué hago aquí?

—Acompañarme; ciertamente que esto no será muy divertido para vos, y de ningún modo quiero reteneros. Pero ¿olvidáis que vuestra madre ha muerto?

—No, señor; y le prometí consagraros la vida que os debo. Volveré, pero quiero partir; no sabría permanecer aquí.

—¿Y a qué se debe eso?

—A un extremado amor. Amo perdidamente a mademoiselle de Annebault.

—Sabéis que es inútil. Nadie más que Moliére puede hacer casamiento sin dote. Olvidáis, además, que he caído en desgracia.

—¡Ah, señor! ¡Vuestra desgracia! ¿Me será permitido, sin apartarme del más profundo respeto, preguntaros a qué se debe? Nosotros no pertenecemos al Parlamento. Nosotros no creamos el impuesto, pero lo pagamos. Si el Parlamento escatima los dineros del rey, es cosa suya y no nuestra. ¿Por qué ha de arrastrarnos en su ruina el señor abate de Chauvelin?

—El señor abate de Chauvelin procede como un hombre honrado. Se niega a aprobar el diezmo porque está escandalizado de las dilapidaciones de la Corte. En tiempos de Châteauroux no hubiera ocurrido nada semejante. Aquélla, al menos, era realmente hermosa, y no costaba nada, ni aún lo que prodigaba generosamente. Y aunque reina y señora, se consideraba satisfecha con que el rey no la enviase a pudrirse en un calabozo cuando le retirase su favor. Pero esta Etioles, esta Normat, esta Poisson insaciable...

—¿Y qué importa?

—¿Qué importa, decís? Más que pensáis. ¿Sabéis siquiera que, al presente, mientras el rey nos arruina, la fortuna de su grisela es incalculable? Al principio se hacía pasar una renta de ciento ochenta mil libras; pero esto no era más que una bagatela, que hoy no se tiene en cuenta. No es posible hacerse una idea de las tremendas sumas que el rey pone a sus pies. No pasan tres meses sin que ella coja al vuelo, como sin darle importancia, quinientas o seiscientas mil libras, unas veces sobre las sales y otras sobre el aumento de crédito para las caballerizas; con el alojamiento de que disfruta en todas las mansiones reales, compra la Selle, Cressy, Aulnay, Brimborion, Marigny, Saint-Remi, Bellevue y otras muchas tierras y castillos en París, Fontainebleau, Versalles y Compiégne, sin contar una fortuna secreta colocada en todos los países y en todos los Bancos de Europa, para el caso de su probable desgracia o de que el soberano muriera. Y ¿quién paga todo esto, queréis decirme?

—Lo ignoro, señor; pero yo no.

—Vos como todo el mundo. Francia, el pueblo que suda sangre y agua, que grita en las calles e insulta a la estatua de Pigalle. Y el Parlmento se niega a más: no quiere nuevos impuestos. Cuando se trataba de gastos de guerra, nuestro último escudo estaba siempre dispuesto; no pensábamos en regatear. El rey, victorioso, pudo ver claramente cuán amado era de todo el reino, y aún más claramente cuando estuvo para morir. Cesó entonces toda disidencia, toda facción, todo rencor; Francia entera se arrodilló ante el lecho del rey y rogó por él. Pero si pagamos sin reparar sus soldados y sus médicos, no queremos seguir pagando sus queridas, y tenemos que hacer algo más que sostener a madame de Pompadour.

—No la defiendo, señor. No sabría darle ni quitarle razón; no la he visto jamás.

—Sin duda, y no os disgustaría verla ¿verdad?, para formar sobre ella alguna opinión: que a vuestros años la cabeza juzga por los ojos. Intentadlo, si bien os parece, pero se os rehusará tal satisfacción.

—¿Por qué, señor?

—Porque es una locura; porque la tal marquesa es tan invisible en sus camarines de Brimborion como el Gran Turco en su serrallo; porque os darán con todas las puertas en las narices. ¿Qué intentáis hacer? ¿Conseguir lo imposible? ¿Buscar fortuna como un aventurero?

—No, como un enamorado. No pretendo suplicar, señor, sino reclamar contra una injusticia. Tenía una esperanza fundamentada, casi una promesa de monsieur de Biron; estaba en víspera de poseer lo que más amo, y mi amor no era ninguna insensatez; vos no lo desaprobasteis. Permitid, pues, que trate de defender mi causa. Ignoro si tendré que entenderme con el rey o con madame de Pompadour, pero quiero partir.

—¡No sabéis lo que es la Corte, y queréis presentaros en ella!

—¡Bah! Acaso por lo mismo que soy un desconocido se me reciba con mayor facilidad.

—¡Vos desconocido! ¡Un antiguo noble! ¿Así pensáis? ¡Con un nombre como el vuestro...! Somos antiguos gentilhombres, señor mío; no podréis pasar inadvertido.

—¡Mejor entonces! El rey me escuchará.

—No querrá ni oír hablar de vos. Soñáis con Versalles, y pensáis veros en él no más que en cuanto el postillón se detenga... Supongamos que llegáis hasta la antecámara, hasta la galería, hasta el Ojo del Buey; veréis que entre Su Mjestad y vos no hay más que el batiente de una puerta; pues mediará un abismo. Retrocederéis, buscaréis recomendaciones, protectores: nada encontraréis. ¿Cómo creéis que el rey se venga de nuestro parentesco con monsieur de Chauvelin? De Damieus se venga con el tormento; del Parlamento, con el destierro; pero de nosotros, con una palabra o, peor todavía, con el silencio. ¿Sabéis lo que es el silencio del rey cuando, con muda mirada, en vez de responderos os examina fijamete, al pasar, y os anonada? Después del cadalso en la plaza de la Gréve y en prisión de la Bastilla, existe una especie de suplicio, que, menos cruel en apariencia, deja tanta huella como la mano del verdugo. Cierto que el condenado queda en li-

bertad; pero ya no ha de pensar nunca en acercarse a una mujer, a un cortesano, a un salón, a una abadía o a un cuartel. Todo se cerrará o dará media vuelta ante sus ojos, y así habrá de vagar, al azar, en una invisible prisión.

—Pero yo daré tantas vueltas que saldré de ella.

—No más que salieron otros. El hijo de monsieur de Meyniéres no era más culpable que vos. Como vos, había recibido las mejores promesas y las más legítimas esperanzas. Su padre, el más fiel vasallo de Su Majestad, el hombre más honrado de su reino, desatendido por el rey, ha tenido que ir, con sus cabellos blancos, no a suplicar, sino a intentar convencer a la griseta favorita. ¿Y sabéis lo que le ha respondido? He aquí sus propias palabras, que monsieur de Meyniéres me copia en una carta: "El rey es el dueño; no juzga digno de vos manifestaros personalmente su desagrado; se contenta con hacéroslo experimentar privando a vuestro hijo de una brillante posición. Castigaros de otro modo sería comenzar un proceso, y el rey no quiere; es preciso respetar su voluntad. Sin embargo, os compadezco y participo de vuestras penas porque he sido madre; sé lo que es para vos dejar a vuestro hijo sin una posición." ¡Ya veis el estilo de esa criatura! ¡Y querréis poneros a sus pies!

—Se dice que los tiene preciosos, señor.

—¡Sí, por cierto! No siendo guapa, todos sabemos que el rey la adora. Cede y se doblega ante ella. Para mantener su extraño poder, preciso es que tenga algo más que su cabeza hueca.

—¡Pretenden que tiene un talento especial!

—¡Y muy poco corazón! ¡Bonito mérito!

—¿Poco corazón ella, que tan bien sabe declamar los versos de Voltaire, cantar la música de Rousseau y representar Alcira y Colette? Es imposible, jamás lo creeré.

—Id a verlo, puesto que así lo creéis. Yo aconsejo, no ordeno; pero perderéis el viaje. ¿Tanto amáis, en fin, a esa damisela de Annebault?

—Más que a mi vida.

—Pues idos.

III

Se ha dicho que los viajes perjudican al amor, porque proporcionan distracciones; se ha dicho también que lo fortalecen, porque dejan tiempo para pensar en él. Pero nuestro caballero era demasiado joven para hacer tan sensatas distinciones. Cansado del coche a mitad del camino, había tomado un caballejo de posta, y hacia las cinco de la tarde llegó a la Hostería del Sol, que ostentaba su muestra, ya pasada de moda en tiempos de Luis XIV.

Había en Versalles un cura viejo que había sido párroco cerca de Neauflette; el caballero le conocía y le quería. El cura, sencillo y pobre, tenía un sobrino beneficiado, abate en la corte, que podía serle útil. El caballero fué, pues, a casa del sobrino, el cual, hombre importante, sumido en su alzacuello, recibió muy bien al recién llegado y se dignó escuchar sus cuitas.

—¡Hombre! — le dijo, — venís muy a punto. Esta noche hay ópera en palacio, cierta fiesta por no sé qué. Yo no voy porque estoy enojado con la marquesa para ver si consigo algo; pero he aquí, precisamente, una invitación del señor duque de Amnont, que le había pedido yo no sé para quién. Id allá. No estáis presentado, es cierto; pero para estos espectáculos no es necesario. Procurad hallaros al paso del rey por el saloncillo. Una mirada, y habéis hecho vuestra fortuna.

El caballero dió las gracias al abate, y, fatigado por la mala noche y la jornada a caballo, se atavió ante un espejo de la hostería con esa negligencia que sienta tan bien a los enamorados. Una criada poco experta le ayudó lo mejor que pudo, y le cepilló la casaca bordada. Y así se lanzó a la casualidad. Tenía veinte años.

Anochecía cuando llegó a palacio. Tímidamente se acercó a la verja y preguntó el camino al centinela. Mostráronle la gran escalinata, y, una vez allí, supo por el suizo que la función acababa de empezar, y que el rey, es decir, todo el mundo, estaba en la sala.

—Si el señor marqués quiere atravesar el patio, — añadió el suizo, que por si acaso le daba el tratamiento de marqués, — llegará en un instante a la representación. Si prefiere pasar por los salones...

El caballero no conocía el palacio. La curiosidad le impulsó a responder que iría por los salones; luego, como un lacayo se dispusiese a servirle de guía, un movimiento de vanidad le hizo añadir que no necesitaba quien le acompañase. Siguió, pues, avanzando solo, no sin cierta emoción.

Todo Versalles resplandecía. Desde la planta baja hasta el tejado relucían las arañas, las girándulas, los mármoles y los muebles dordos. Excepto los aposentos de la reina, todas las puertas estaban abiertas de par en par. A medida que el caballero avanzaba, le invadían una admiración y una sorpresa difícil de imaginar, pues lo que hacía realmente maravilloso el espectáculo que se le ofrecía no era solamente la belleza y el esplendor del mismo, sino la absoluta soledad en que se encontraba en aquella especie de desierto encantado.

En efecto, cuando se encuentra uno solo en un vasto recinto, ya sea un templo, un claustro o un palacio, se siente algo extraño, o, por así decirlo, misterioso. Parece como que el monumento pesa sobre el hombre, que los muros le miran, que los ecos le escuchan y el ruido de sus pasos turba un tan gran silencio de tal modo, que siente un temor involuntario y no se atreve a andar sino con respeto.

Así le ocurrió al principio al caballero; pero pronto pudo más la curiosidad, y le arastró. Los candelabros de la galería de los Espejos, al mirarse en ellos, se devolvían a sí mismos sus luces. Sabido es los millares de amorcillos, ninfas y pastores que jugueteaban entonces por los artesona-

dos, revoloteaban por los techos y parecían enlazar el palacio entero en una inmensa guirnalda. Había vastos salones con doseles de terciopelo salpicado de oro, y grandes sillones de gala que aún conservaban el majestuoso empaque del gran rey; más allá, otomanas chafadas y sillas de tijera en desorden alrededor de una mesa de juego; una serie infinita de salones, siempre vacíos, cuya magnificencia resaltaba tanto más cuanto más inútil parecía; pero de vez en cuando, puertas secretas que abrían sobre los interminables corredores; mil escaleras y pasillos que se cruzaban como para un laberinto; columnas y estrados hechos como para gigantes; gabinetes desordenados como escondrijos de chicos; un enorme cuadro de Vanloo junto a una chimenea de pórfido; una caja de lunares olvidada al lado de una grotesca figurilla china; aquí una soberbia grandeza, allá una gracia afeminda, y por todas partes, entre tanto lujo y tal prodigalidad y molicie, mil olores embriagadores, extraños y variados, mezcla de perfumes de flores y de mujeres; una enervante tibieza, un aire de voluptuosidad.

Estar a los veinte años en semejante lugar, en medio de aquellas maravillas, y encontrarse solo, era motivo suficiente para sentirse deslumbrado. El caballero avanzaba al azar, como en sueños.

"¡Verdadero palacio de hadas!", murmuraba. Y, en efecto, le parecía que se realizaba para él uno de esos cuentos en que los príncipes extraviados descubren mágicos palacios.

¿Eran criaturas mortales las que habitaban aquella mansión ideal?

¿Eran mujeres verdaderas las que habían estado sentadas en aquellas butacas y cuyas graciosas formas habían impreso a los cojines aquellas ligeras huellas, llenas todavía de indolencia? ¿Quién sabe si tras aquellas espesas cortinas, al fondo de alguna inmensa galería, se aparecería una princesa dormida desde hacía cien años, una Armindá con lentejuelas, o alguna dríada de corte que saliera de una columna de mármol o entreabriese un dorado artesonado?

Aturdido, a pesar suyo, por todas aquellas quimeras, el caballero se había echado en un sofá para soñar más a gusto, y tal vez hubiera permanecido allí más tiempo, de no haber recordado que estaba enamorado. ¿Qué haría en aquellos momentos su bienamada, la señorita de Annebault, que quedaba allá, en un viejo castillo?

—¡Atenaida! — exclamó de repente. — ¡De qué modo pierdo aquí mi tiempo! ¿Me he vuelto loco? ¿Dónde estoy, Señor, y qué es lo que me ocurre?

Y, levantándose, continuó su camino a través de aquel país desconocido, donde no hay que decir que se perdió. Vió a dos o tres lacayos, que hablaban en voz baja en el fondo de una galería, y, dirigiéndose a ellos, les preguntó el camino para ir a la comedia.

—Si el señor marqués, — le respondieron, usando siempre la consabida fórmula, — quiere tomarse la molestia de bajar por esa escalera y seguir la galería de la derecha, hallará al final tres escalones que subir; debe luego volver a la derecha, y cuando haya atravesado el salón de Diana, el de Apolo, el de las Musas y el de la Primavera, bajará de nuevo seis peldaños, y luego, a la izquierda, la sala de las guardias, para tomar la escalera de los ministros, no puede por menos de encontrarse con otros ujieres quel e indicarán el camino.

—Muchas gracias, — dijo el caballero. — ¡Con señas tan detalladas, mía será la culpa si no me oriento!

De nuevo emprendió valerosamente la marcha, aunque deteniéndose con frecuencia a pesar suyo, para mirar a uno y otro lado, hasta que el recuerdo de su amor le hacía contnuar el camino; y, por fin, al cuarto de hora encontró, como le habían dicho, nuevos lacayos, que le dijeron:

—El señor marqués se ha equivocado, porque ha debido ir por la otra ala del palacio; pero nada más fácil que dar con ella: sólo tiene el señor que bajar esta escalera, pasar por el salón de las Ninfas, luego por el salón del Estío, luego por el de...

—Muchas gracias, — dijo el caballero.

"El majadero soy yo, — pensó luego, — que se pone a hacer preguntas como un papanatas. Estoy haciendo el ridículo inútilmente, y aunque, lo que no es probable, no se burlasen de mí, ¿para qué me sirve esa nomenclatura y los pomposos títulos que dan a esos alones, para mí desconocidos?"

Decidió caminar en línea recta en cuanto le fuese posible. "Porque, — se decía, — después de todo, es muy grande y magnífico el palacio, pero terminará en alguna parte, y aunque sea tres veces más largo que nuestro conejar, habré de ver dónde acaba."

Pero en Versalles no es fácil andar mucho rato en línea recta, y la rústica comparación de la morada real con un criadero de conejos debió desagradar a las ninfas del palacio, porque se dieron con más ahinco a extraviar al pobre enamorado, y para castigarle, sin duda, complaciéronse en hacerle dar vueltas y revueltas sobre sus propios pasos, volviéndole siempre al mismo lugar, como a un campesino extraviado en un bosque.

En las "Antigüedades de Roma', de Piranesi, hay una serie de grabados que el artista llama "sus sueños", y que son un recuerdo de las propias visiones del artista durante el delirio de una fiebre. Representan estos grabados unas vastas salas góticas, en cuyo suelo hay toda clase de utensilios y de máquinas, ruedas, cables, poleas, catapultas, etc., etc.

A lo largo de los muros se ve una escalera, y trepando por ella, no sin trabajo, al mismo Piranesi. Mirando a los escalones, un poco más arriba, se ve que de repente, se cortan ante un abismo, y ocurra lo que quiera con el pobre Piranesi, imaginamos que, al menos, ha dado fin a sus trabajos, puesto que no puede dar un paso más sin caer al abismo; pero si levantamos más los ojos, vemos elevarse en el aire una segunda

escalera, y de nuevo vemos en esta escalera a Piranesi al borde de otro precipicio. Mirando aún más alto, se ve una nueva escalera, más aérea todavía que las anteriores, y al pobre Piranesi que continúa su ascensión y así indefinidametne, hasta que la eterna escalera y Piranesi desaparecen juntos por las nubes, es decir, por el borde del grabado.

Esta febril alegoría representa, con bastante exactitud, el fastidio de un trabajo inútil y la especie de vértigo que produce la impaciencia. Asimismo, el caballero, que no cesaba de vagar de salón en salón, fué acometido de cierta cólera.

—¡Pardiez! ¡Esto es muy aburrido! ¡Después de estar tan satisfecho, tan encantado de encontrarme solo en este maldito palacio, — ya no le llamaba de las hadas, — no voy a poder salir de él! ¡Malhaya la fatuidad que me inspiró la idea de penetrar aquí como el príncipe Fanfarinet, con sus botas de oro macizo, en lugar de decir al primer lacayo con que tropecé que me acompañase, sencillamente, a la sala del espectáculo!

Cuando sentía estos tardíos remordimientos, el caballero se encontraba solo como Piranesi, en la meseta de una escalera, entre tres puertas. Le pareció oir detrás de la puera del centro un murmullo tan dulce, tan ligero, tan voluputoso, por así decirlo, que no pudo por menos de escuchar; y en el momento en que se disponía a seguir adelante, temeroso de ser indiscreto, abrióse la puerta de par en par. Una bocanada de aire embalsamado con mil perfumes y un torrente de luz capaz de hacer palidecer a la galería de los Espejos le sorprendieron tan repentinamente, que retrocedió algunos pasos.

—¿Quiere pasar el señor marqués? — preguntó el ujier que había abierto la puerta.

—Desearía ir a la comedia, — respondió el caballero.

—Acaba de terminar en este instante.

Al mismo tiempo, bellísimas damas, delicadamente pintadas con blancos y carminosos afeites, y dando, no ya el brazo, ni siquiera la mano, sino la punta de los dedos a viejos y jóvenes, comenzaban a salir de la sala de espectáculos, poniendo gran cuidado en andar de costado para no estropear sus miriñaques. Toda aquella brillante sociedad hablaba en voz baja, con una semi-alegría mezcla de temor y de respeto.

—¿Qué es esto? — dijo el caballero, sin adivinar que el azar le había conducido precisamente al saloncillo de descanso.

—¡El rey va a pasar! — anunció el ujier.

Hay una especie de intrepidez que no duda de nada y que es sumamente fácil: el valor de las gentes mal educadas. Aunque nuestro joven provinciano era bastante valiente, no poseía esa facultad, y a las solas palabras de "el rey va a pasar", quedó inmóvil y casi aterrado.

El rey Luis XV, que cuando salía de caza hacía a caballo una docena de leguas sin notarlo, era, como se sabe, soberanamente indolente. Se vanagloriaba, no sin razón, de ser el primer caballero de Francia; y sus queridas le decían, no sin justicia, que también era el más guapo y el más apuesto. Era una cosa extraña verle abandonar su sillón y dignarse andar a pie. Cuando atravesó el salón, con un brazo apoyado, o más bien extendido, por el hombro del señor de Argenson, mientras sus tacones rojos resbalaban por el suelo, — había puesto de moda ese aire perezoso, — cesaron tods los cuchicheos; los cortesanos bajaron la cabeza, y las damas, replegándose suavemente sobre sus jarreteras de color de fuego, arriesgaban ese coquetón saludo que nuestras abuelas lamaban una reverencia, y que nuestro siglo ha reemplazado por el brutal "shakehands", el apretón de manos, de los ingleses.

Pero el rey no se fijaba en nada, y sólo veía lo que le complacía. Tal vez estuviera allí Alfieri, que cuenta del siguiente modo en sus Memorias, su presencia en Versalles:

"Sabía que el rey no hablaba nunca a extranjeros, no siendo personas notables; pero no pude, sin embargo, acostumbrarme al aire impasible y altanero de Luis XV. Medía de pies a cabeza al que le presentaban, y su semblante no acusaba la más mínima expresión. Creo, sin embargo, que si se le dijese a un gigante: "Permitid que os presente a esta hormiga", al mirarla, sonreiría, o tal vez dijese: "¡Animalito!"

El taciturno monarca pasó, pues, entre aquellas damas y aquella Corte conservando su soledad en medio de la multitud. No necesitó el caballero reflexionar mucho para comprender que nada podía esperar del rey y que el relato de sus amores no tendría allí el menor éxito.

—¡Qué desgraciado soy! — pensó. — Sobrada razón tenía mi padre al decirme que a dos pasos del rey vería un abismo entre él y yo. Y aunque pidiese una audiencia, ¿quién me presentaría? He aquí a este amo absoluto que puede, con una palabra, cambiar mi suerte, asegurar mi fortuna y satisfacer mis aspiraciones. Delante de mí le tengo; si extendiese la mano podría tocar su manto... y, sin embargo, creo que estoy más lejos de él que en el fondo de mi pravincia. ¿Cómo hablarle? ¿Cómo llegar a él? ¿Quién me ayudaría?

Mientras que el caballero se desconsolaba de esta manera, vió llegar una bella dama de gracioso y elegante porte. Vestida de blanco, muy sencilla, sin joyas ni encajes, con una rosa única sobre el pelo. Daba el brazo a un señor muy emperegilado, "tout a l'ambre", como dice Voltaire, y le hablaba en voz baja, tapándose con el abanico. Y quiso el azar que, hablando y riendo, se le escapase el abanico y cayese bajo un sillón, delante precisamente de nuestro caballero, el cual precipitóse inmediatamente a recogerlo; y como pusiese para ello la rodilla en tierra, le pareció la joven dama tan encantadora, que le devolvió el abanico sin levantar del suelo la rodilla. Detúvose la dama, sonrióse y siguió su camino, después de darle las gracias con un ligero movimiento de cabeza: pero si

la mirada que lanzó al caballero hizo latir su corazón, sin motivo alguno al parecer, el motivo existía, porque aquella damita era la chiquilla de Etioles, como la llamaban los descontentos, mientras que los demás, al mencionarla, la llamaban "la marquesa", como si dijesen "la reina"

IV

—¡Esta me ayudará, esta vendrá en mi auxilio! ¡Ah, cuánta razón tenía el abate al decirme que una mirada decidiría mi vida! Sí; esos ojos tan dulces, esa burlona y deliciosa boquita, ese piececito ahogado en un perendengue... ¡Esa será mi buena hada!

Así pensaba, casi en voz alta, el caballero, al volver a su albergue. ¿De dónde provenía tan súbita esperanza? ¿Era sólo su juventud la que hablaba, o habían hablado los ojos de la marquesa?

Mas la dificultad seguía siendo la misma. Aunque ya no pensara en ser presentado al rey, ¿quién le presentaría a la marquesa?

Pasó gan parte de la noche escribiendo a la señorita de Annebault una carta parecida al a que había leído madame Pompadour.

Sería harto inútil reproducir aquella carta: exceptuando los tontos, solamente los enamorados creen decir cosas nuevas, aunque no hacen más que repetir las mismas.

Por la mañana, el caballero había salido a vagar, soñando, por las calles. No se le ocurrió recurrir nuevamente al abate protector, sin que esa fácil adivinar la causa que se lo impedía. Era una mezcla de temor y de audacia, de falso rubor y de novelería. Y, en efecto, ¿qué le habría respondido el abate si le hubiese contado su historia de la víspera? "Os hallasteis muy a punto para recoger su abanico; pero ¿habéis sabido aprovecharos de ello? ¿Qué dijísteis a la marquesa?" "Nada." "Debísteis hablarla." "Me turbé y perdí la cabeza." "Mal hecho; hay que saber coger las ocasiones al vuelo; pero en fin, todavía tiene arreglo. ¿Queréis que os presente a Tal, que es amigo mío? ¿A la señora Cual, que es mejor todavía? Procuraremos haceros llegar hasta esa marquesa, que tanto miedo os causa, y si esta vez", etc., etc.

Pero el caballero no se ocupaba de cosa semejante. Le parecía que contar su aventura hubiera sido, por así decirlo, desflorarla y echarla a perder. Decíase que la casualidad había hecho con él algo inaudito algo increíble, y que aquello debía ser un secerto entre la fortuna y él; confiar semejante secreto a un cualquiera era, a su juicio, quitarle todo su valor y mostrarse indigno de él. "Sólo fuí ayer al palacio de Versalles, — pensaba, — y solo iré también al Trianon", que por entonces era la residencia de la favorita.

Semejante modo de pensar puede y hasta debe parecer extravagante a los espíritus calculadores, que nada olvidan y que confían lo menos posible a la casuadidad; pero los demás frialdad, si han sido jóvenes, — no todo el mundo lo es, ni aun en su juventid, — han podido conocer este sentimiento extraño, débil y atrevido, peligroso y seductor, que nos arrastra a la fatalidad: nos sentimos ciegos y lo deseamos; n sobemos donde vamos y seguimos adelante. a sugestión está en esa misma despreocupación y en esa misma ignorancia; ese es el placer del artista que sueña, del enamorado que se pasa las noches bajo las ventanas de su amada; éste es instinto del soldado y es, sobre todo, el del jugador.

El caballero, casi sin caberlo, había tomada el camino del Trianon. Sin ser muy lechuguino, como entonces se decía, no le faltaban elegancia ni ese modo de conducirse que hace que un lacayo, al cruzarse con vosotros, no os pregunte donde vais. No le fué pues difícil, merced a algunas explicaciones recibidas en la hostería, llegar hasta la verja del palacio, si así puede llamarse a esa bomboneta de mármol que antaño viera tantos hastíos y placeres. Desgraciadamente, la verja estaba cerrada, y un corpulento suizo, vestido con una sencilla hopalanda, se paseaba, con las manos a la espalda, por la avenida interior, como quien a nadie espera.

"¡El rey está aquí, — se dijo el caballero, — o no está la marquesa!" Evidentemente, cuando las puertas están cerradas y los criados se pasean, los amos no están visibles o han salido.

¿Qué hacer? De igual modo que un momento antes se sentía confiado y valeroso, experimentaba de pronto una gran contrariedad y turbación. Aquella sola idea "¡El rey está aquí!" le asustaba más que las tres palabras de la víspera: "¡El rey va a pasar!", pues éstas no fueron sino lo imprevisto, mientras que ahora conocía aquella fría mirada y aquella impasible majestad.

"¡Ah, Dios mío!" ¿Qué cara pondría yo si intentase penetrar, aturdido, en este jardín y llegase a encontrarme frente a frente de este monarca soberbio, que a orillas de un riachuelo saborease su café?"

Rápidamente se apareció a la vista del pobre enamorado la desagradable silueta de la Bastilla; en lugar de la imagen encantadora que había conservado de la marquesa sonriéndole al pasar, vió grandes torreones, oscuros calabozos, negro pan y agua de suplicio: conocía la historia de Latude, el que por la enemistad de madame Pompadour estuvo treinta y cinco años en prisión. Poco a poco volvía a la razón, y su esperanza huía poco a poco.

"Y sin embargo, — decíase aún, — yo no hago el menor mal, y menos al rey. Reclamo contra una injusticia; jamás he criticado a nadie. ¡He sido tan bien recibido ayer en Versalles y los lacayos fueron tan amables conmigo!... ¿Qué puedo temer? ¿Cometer una torpeza? Ya procuraré repararla."

Se aproximó a la verja y la empujó con la mano; estaba entreabierta. La abrió del todo y entró resueltamente. El suizo se volvió de mal talante:

—¿Qué deseáis? ¿A dónde váis?

—A ver a madame de Pompadour
—¿Os ha concedido audiencia?
—Sí.
—¿Dónde está la carta?

Allí no valía. como la víspera. el marquesado ni el duque de Aumonte. El caballero bajó tristemente los ojos y advirtió que sus medias blancas y sus hebillas de falsa pedrería del Rin estaban cubiertas de polvo. Había cometido la falta de venir a pie en una ciudad donde no andaba nadie. El portero bajó también los ojos y le midió, no de cabeza a pies, sino de pies a cabeza. El traje le pareció bien; pero llevaba el sombrero ladeado y desempolvada la peluca.

—Si no tenéis carta, ¿qué queréis?

—Quisiera hablar a madame de Pompadour.

—¿De veras? ¿Y creéis que eso se consigue así?

—No lo sé. ¿Está el rey aquí?

—Acaso. ¡Idos y dejadme en paz!

El caballero no quería enfadarse; pero a pesar suyo, aquella insolencia le hizo palidecer.

—Muchas veces he mandado a los lacayos quitarse de mi presencia, — respondió; — pero jamás me lo ha dicho un lacayo a mí.

—¡Un lacayo! ¡Yo lacayo! — exclamó furioso el suizo.

—Lacayo portero, criado o mandadero, lo mismo me da y poco me importa.

El suizo dió un paso hacia el caballero con los puños crispados y encendido el rostro. El caballero, recobrándose ante la apariencia de una amenaza, desenvainó ligeramente su espada.

—Ten cuidado, — dijo. — Soy gentilhombre y no me costaría más que treinta y seis libras mandar al otro mundo a un villano como tú.

—Si vos sois gentilhombre, señor, yo pertenezco al rey. No hago más que cumplir con mi deber. Y no creáis que...

En aquel momento, el sonar de una fanfarria, que parecía venir del bosque de Satory, se dejó oir a lo lejos y se perdió en el eco. El caballero dejó caer la espada en su vaina, y, sin volver a pensar en la disputa empezada, dijo:

—¡Ah caramba! ¡Si es el rey, que sale de caza! ¿Por qué no me lo dijisteis antes?

—Ni a mí me incumbe ni a vos os importa.

—Escuchad, amigo mío. El rey no está aquí, yo no traigo carta ninguna, no se me ha concedido audiencia ninguna. Pero tomad. para que bebáis un trago, y dejadme pasar.

Y sacó del bolsillo algunas monedas de oro. El suizo volvió a mirarle con un soberano desprecio.

—¿Qué significa esto? — dijo desdeñosamente. — ¿Así es como intentáis introduciros en una morada regia? Cuidado. no sea que en vez de obligaros a salir os encierre en ella.

—¡Tú, grandísimo granuja! — dijo el caballero, vuelto en cólera y empuñando otra vez su espada.

—Sí, yo, — repitió el hombre gigantesco.

Pero durante esta conversación, en que el historiador siente haber comprendido a su héroe, densas nubes habían oscurecido el cielo, y una tormenta se preparaba. Brilló un relámpago fugaz. seguido de un trueno violento, y la lluvia empezó a caer pesadamente. El caballero, que aún tenía las monedas en la mano, vió sobre uno de los polvorientos zapatos una gota de agua del tamaño de medio escudo.

—¡Demonio! — exclamó, — póngamos al abrigo! No es cosa de mojarse.

Y se dirigió hacia el antro del cerbero, o, si se quiere, a la casa del portero; y una vez allí, sentándose sin la menor ceremonia en el sillón de aquél, dijo:

—¡Gran Dios, cuánto me fastidiáis y qué desgraciado soy! Me tomáis por un conspirador y no adivináis que etengo en mi bolsillo un memorial para su majestad. Yo seré un provinciano; pero vois sois un estúpido.

El suizo, por toda respuesta, fué a tomar su alabarda de un rincón, y permaneció en pie arma al brazo.

—¿Cuándo vais a marcharos? — gritó con voz estentórea.

La disputa, suspendida y reanudada a cadam omento, parecía ahora formalizarse, y las manazas del suiza empezaban ya a estremecerse extrañamente, agarrando la alabarda. No sé qué hubiera sucedido, cuando, volviendo de pronto la cabeza, dijo el caballero:

—¡Ah! ¿Quién viene aquí?

Un pajecito, que montaba un caballo soberbio, — no inglés :en aquellos tiempos no estaban de moda las patas delgadas, — avanzaba a rienda suelta y a todo galope. El camino estaba encharcado por la lluvia; la verja, a medio abrir. El paje dudó un momento; el suizo se adelantó y abrió la verja. El jinete picó espuelas; el caballo, parado de pronto, quiso reanudar su carrera, resbaló en la tierra mojada y cayó.

Es difícil y hasta peligroso hacer levantarse a un caballo que se ha caído. De nada sirve la fusta. El pataleo de la bestia, que se defiende no puede, es sumamente desagradable, sobre todo cuando el jinete tiene también una pierna apresada por la silla.

No obstante, el caballero corrió en su ayuda, sin pensar en estos inconvenientes; y lo hizo con tal destreza, que el caballo se levantó en seguida y el jinete en libertad. Pero éste estaba lleno de barro, y apenas si podía andar cojeando. Transportado como se pudo a la casa del portero, y sentado a su vez en el gran sillón, dijo al caballero:

—Caballero, seguramente sois gentilhombre. Me habéis prestado un gran servicio; pero aun podéis prestarme otro mayor. He aquí un mensaje del rey para la señora marquesa que es urgentísimo, como habéis visto, upesto que por llegar dep risa mi caballo y yo hemos estado a punto de rompernos la crisma. Comprenderéis que en el estado en que me encuentro, con una pierna coja, no puedo hacer llegar a su destino este papel. Para ello sería necesario que me llevasen a mí. ¿Queréis ir en mi lugar?

Al mismo tiempo sacaba de su bolsillo un gran sobre con arabescos de oro y con el sello real.

—Con mucho gusto, señor, — respondió el caballero tomando el sobre. Y ligero y ágil como una pluma, echó a correr cual sin tocar el suelo.

V

Cuando el caballero llegó al palacio, otro suizo salióle al paso en el peristilo:

—Orden del rey, — dijo el joven, que no tenía esta vez a las alabardas; y, mostrando su carta, pasó alegremente por entre media docena de lacayos.

Un ujier corpulento, plantado en medio del vestíbulo, al ver la orden con el sello real, se inclinó profundamente, como un álamo curvado por el viento, y luego, con uno de sus dedos huesudos, apretó, sonriendo, en el ángulo de dos muros.

Una puertecilla de escape, oculta por un tapiz, se abrió como por encanto. El hombre huesudo hizo un ademán obsequioso, el caballero entró, y el tapiz, que permanecía a medio descorrer, cayó blandamente a sus espaldas.

Un silencioso ayuda de cámara le introdujo entonces en un salón, pasóle luego a un corredor, al que se abrían dos o tres pequeños camarines, y le condujo, en fin, a un segundo salón, rogándole allí que aguardase un instante.

"¿Estaré otra vez en el palacio de Versalles?", se preguntaba el caballero. "¿Vamos a empezar nuevamente a jugar al escondite?"

El Trianon no era en aquella época, ni lo es ahora, lo que antes había sido. Se ha dicho que madame de Maintenon había hecho de Versalles un oratorio, y madame de Pompaour un camarín de cortesana.

También se ha dicho del Trianon que "aquel palacete de porcelana" era el tocador de madame de Montespan. Sea lo que fuese de todo esto, lo cierto es que Luis XV prodigaba por todas partes camarines semejantes. Cualquier galería por la que su abuelo se paseara majestuosamente, estaba por entonces caprichosamente dividida en infinitos aposentos. Los había de todos colores, y el rey mariposeaba por aquellos bosquecillos de seda y terciopelo.

—¿Os parece bien cómo he hecho decorar mis saloncillos? — preguntó cierto día a la bella condesa de Séran.

—No, — respondió ella, — preferiría que fuesen azules.

Como el azul era el color real, aquella respuesta le halagó, y a la segunda cita madame de Séran encontró la estancia decorada en azul, como deseara.

El salón donde en aquel momento se hallaba a solas nuestro caballero no era azul, ni blanco, ni rosa, sino cubierto de espejos. Ya se sabe cuánto favorece a una mujer bonita que tiene un talle gentil ver así repetida su imagen en mil aspectos. Con ello deslumbra, envuelve, por así decir, a quien desea agradar. Por cualquier lado que él mire, allí la ve. ¿Cómo evitarla? No le queda más que huir o confesarse subyugado.

El caballero miraba también el jardín, donde los laberintos, setos, estatuas y jarrones de mármol comenzaban a iniciar el gusto pastoril, que la marquesa había de poner de moda y que, más tarde, madame Dubarry y la reina María Antonieta debían llevar a tan alto grado de perfección. Ya aparecían las fantasías campestres refugio de todo capricho arbitrario; ya los tritones carrilludos, las graves diosas, las sapientes ninfas y los bustos de grandes pelucas, pasmados de horror en sus verdes hornacinas, veían surgir de la tierra un jardín inglés entre los asombrados tejos. Las pequeñas praderas de césped, los riachuelos, los puentecillos iban a destronar muy pronto al Olimpo, para reemplazarlo por una lechería, extraña parodia de la naturaleza, a la que los ingleses copian sin comprender, verdadero juego de niños, convertido entonces en pasatiempo de un señor indolente, que no sabía cómo librarse, en Versalles mismo, del fastidio de Versalles.

Pero el caballero estaba demasiado encantado, demasiado sorprendido de encontrarse allí, para prestar su espíritu a una reflexión crítica. Por el contrario, se mostraba dispuesto a admirarlo todo; y, en efecto, lo admiraba, dando mil vueltas a la carta entre sus dedos, como un provinciano a su sombrero, cuando una linda azafata abrió la puerta y le dijo dulcemente:

—Venid, caballero.

Este la siguió, y después de pasar nuevamente por diversos corredores más o menos misteriosos, le hizo entrar en un aposento espacioso, cuyas persianas estaban a medio entornar. La azafata se detuvo y pareció escuchar.

"Siempre jugando al escondite", se decía el caballero.

Sin embargo, al cabo de algunos instantes se abrió una nueva puerta, y otra camarera, que parecía ser no menos linda que la anterior, repitió las mismas palabras y en el mismo tono:

—Venid, caballero.

Si mucho se había éste emocionado en Versalles, mucho lo estaba ahora, aunque de muy otra manera, pues comprendía que pisaba el suelo del templo habitado por la divinidad. Avanzó, con el corazón palpitante; una suave luz, ligeramente velada por leves cortinas de gasa, sucedió a la oscuridad; un delicioso y casi imperceptible perfume se esparció por el aire en torno suyo; la azafata apartó tímidamente un cortinón de seda, y en el fondo de un gran gabinete de la más elegante sencillez el caballero vió a la dama del abanico, es decir, la marquesa todopoderosa.

Estaba sola, sentada ante una mesa, envuelta en un peinador, con la cabeza apoyada en la mano y parecía muy preocupada. Al ver entrar al caballero se levantó como por un movimiento súbito e involuntario.

—¿Venís de parte del rey?

El caballero hubiera respondido; pero no encontró nada mejor que inclinarse profundamente y presentar a la marquesa la carta

de que era portador. Ella la tomó, o, mejor dicho, se la arrebató con gran vivacidad, y al rasgar el sobre, sus manos temblaban visiblemente.

La carta, de puño y letra del rey, era bastante larga. Al punto la marquesa la devoró, por así decirlo, de una ojeada; luego la leyó ávidamente, con profunda atención, fruncido el ceño y apretados los dientes. No estaba tan bella así; no parecía la mágica aparición del saloncillo de Versalles.

Cuando terminó su lectura pareció reflexionar, y poco a poco su semblante, que había palidecido, tiñóse de rubor, — a aquella hora aún no tenía colorete, — y no sólo recuperó su gracia, sino que un rayo de verdadera belleza iluminó sus delicadas facciones: sus mejillas hubieran pasado por dos rosas. Lanzó un leve suspiro, dejó caer la carta sobre la mesa y volviéndose hacia el caballero:

—Os he hecho esperar, caballero, — le dijo con la más encantadora sonrisa, — pues no estaba visible, ni lo estoy todavía. Por eso me he visto precisada a haceros venir por los corredores; aquí estoy tan asediada como en mi propia casa. Quisiera responder dos palabras al rey. ¿Os disgustaría cumplir mi encargo?

Esta vez era preciso hablar; el caballero había tenido tiempo de recuperar un poco de valor.

—¡Oh, señora! — dijo tristemente, — me hacéis demasiado honor; pero, desgraciadamente, no me es posible aprovecharlo.

—¿Por qué?

—Porque no tengo la honra de pertenecer al servicio de su majestad.

—Entonces ¿cómo habéis llegado hasta aquí?

—Por casualidad. Di en mi camino con un paje que se cayó al suelo, y me rogó que...

—¿Cómo que se cayó al suelo? — repitió la marquesa, rompiendo a reír. En aquel momento parecía tan dichosa, que le brotaba la alegría fácilmente.

—Sí, señora; se cayó del caballo, junto a la verja. Por fortuna, me encontraba yo allí para auxiliarle, y como tenía el traje estropeado me rogó que os trajese el mensaje.

—¿Y por qué casualidad os encontrabais allí?

—Señora, es que quiero presentar un memorial a su majestad.

—Su majestad vive en Versalles.

—Sí; pero vos vivís aquí.

—¡Ah, ya! Entonces sois vos el que quiere encargarme una comisión.

—Señora, os suplico que creáis...

—No os asustéis; no sois el primero. Pero ¿por qué os dirigís a mí? Yo no soy más que una mujer... como otra cualquiera.

La marquesa pronunció estas palabras en tono burlón, y echó una mirada de triunfo a la carta que acababa de leer.

—Señora, — replicó el caballero, — siempre he oído decir que los hombres ejercen el poder y que las mujeres...

—Disponen de él, ¿verdad? Pues bien, señor; en Francia hay una reina...

—Lo se, señora, y eso es lo que ha hecho que yo me encontrase aquí esta mañana.

La marquesa estaba más que acostumbrada a semejantes cumplidos, aunque recibidos siempre en voz baja; pero, en la circunstancia presente, aquel pareció agradarle de una manera especial.

—¿Y en qué os fundabais, — le dijo, — qué seguridad teníais para poder llegar hasta aquí? Porque supongo que no contaríais con que un caballo iba a caerse en vuestro camino.

—Señora, yo creía..., yo esperaba...

—¿Qué esperabais?

—Esperaba que la casualidad... me proporcionase...

—¡Siempre la casualidad! A lo que parece es amiga vuestra; pero os advierto que, si no contáis mas que con ella, es muy poca recomendación.

Acaso la suerte, ofendida por aquella irreverencia, quiso vengarse, pues el caballero, a quien las últimas preguntas habían turbado más cada vez, distinguió de pronto, en la esquina de la mesa, el mismo abanico que la víspera había recogido del suelo. Lo tomó, y, como la noche antes, se lo ofreció a la marquesa rodilla en tierra, diciéndole:

—He aquí, señora, el único amigo con que cuento.

La marquesa pareció extrañarse al pronto; dudó un momento, mirando ya al abanico, ya al caballero, y acabó diciendo:

—¡Ah, tenéis razón; sois vos, caballero; os reconozco! Sois el mismo a quien vi anoche, al acabar la comedia, como monsieur de Richelieu. Dejé caer mi abanico, y también os encontrasteis allí, como decíais.

—Sí, señora.

—Y muy galantemente, como un verdadero caballero, me lo devolvisteis. No os di las gracias; pero quedé persuadida de que quien sabe recoger un abanico de tan gentil manera sabrá también, si es necesario recoger el guante; y a nosotros nos agrada esto mucho.

—Y no decís más que la verdad, señora; hace un momento, al llegar aquí, estuve a punto de batirme con el portero.

—¡Por misericordia! — dijo la marquesa, presa de nuevo de un ataque de risa — ¡Con el portero! ¿Y por qué?

—No quería dejarme pasar.

—Lástima hubiera sido. Pero, en fin, caballero, ¿quien sois? ¿Qué deseáis?

—Señora, soy el caballero de Vauvert. Monsieur de Birón había solicitado para mí una plaza de oficial de la Guardia.

—¡Ah, sí; ya me acuerdo! Sois de Neauflette; estáis enamorado de mademoiselle de Annebault...

—Señora, ¿quién ha podido deciros?...

—¡Oh! Os advierto que soy muy de temer. Cuando me falta la memoria, adivino. Pero sois pariente del abate Chauvelin, y por eso motivo no se os ha concedido la plaza, ¿no es así? ¿Dónde está vuestro memorial?

—Aquí, señora; pero realmente no puedo comprender...

—¿Qué necesidad hay de comprender? Levantaos y poned vuestro papel en esta mesa. Voy a responder al rey; le llevaréis al mismo tiempo vuestro memorial y mi carta.

—Pero, señora, creía haberos dicho...

—Iréis. ¿No habéis entrado aquí por orden del rey? Pues bien; entraréis allí por orden de la marquesa de Pompadour, dama del palacio de la reina.

El caballero se inclinó sin decir palabra, embargado de estupefacción. Todo el mundo sabía, desde hacía tiempo, a cuántas negociaciones, ardides e intrigas había decurrido la favorita y qué obstinación había mostrado para obtener ese título, que no le produjo mas que una cruel afrenta por parte del delfín. Pero hacía diez años que lo deseaba, lo quería, y lo había obtenido. Así es que el señor de Vauvert, a quien no conocía, aunque conociese sus amores, tenía para ella el mismo atractivo que una buena noticia.

De pie e inmóvil detrás de ella, el caballero observaba a la marquesa, que al principio escribía con toda su alma, apasionadamente, y que después reflexionaba, se detenía y acariciaba con la mano su pequeña nariz, más fina que el ámbar. Impacientábase la marquesa, molesta de escribir ante un testigo; al fin se decidió e hizo una raspadura: había que confesar que sólo se trataba de un borrador.

Frente al caballero, al otro lado de la mesa, brillaba un magnífico espejo de Venecia. El tímido mensajero apenas osaba levantar los ojos; pero le fué, sin embargo, muy difícil no ver en ese espejo, por encima de la cabeza de la marquesa, el encantador e inquieto rostro de la flamante dama de palacio.

—¡Qué bonita es! — pensaba. — ¡Lástima que yo este enamorado de otra! ¡Pero Atenaida es más bella, y además eso sería una horrible infidelidad por parte mía!

—¿De qué habláis? — dijo la marquesa. El caballero, según su costumbre, y sin darse cuenta, había pensado en voz alta. — ¿Qué estáis diciendo?

—¿Yo, señora? Estoy pensando.

—Ya está terminada, — respondió la marquesa, tomando otro pliego de papel. Pero a un ligero movimiento que hizo para volverse, el peinador se deslizó de sus hombros.

Las modas son muy extrañas. Nuestras abuelas tomaban como una cosa natural el ir a la Corte con inmensos vestidos que dejaban sus senos al descubierto, y no lo creían nada indecoroso; pero, en cambio, cubrían cuidadosamente sus espaldas, cosa que tanto lucen ahora en los bailes y en Este es, pues, un género de belleza recientemente inventado.

En la delicada, blanca y preciosa espalda de madame de Pompadour había un pequeño lunar, que parecía una mosca nadando en leche. El caballero, que estaba muy serio para encubrir su azoramiento, miraba el lunar, y la marquesa, con la pluma levantada en el aire, miraba en el espejo al caballero.

Uno y otra cambiaron por el espejo una rápida mirada, mirada que nunca engaña a las mujeres, y que de una parte quiere decir: "Sois encantadora". Y de otra: "No me ofende que lo penséis".

Sin embargo, la marquesa se arregló el peinador y dijo:

—¿Mirabais mi lunar, caballero?

—No miro, señora: veo y admiro.

—Aquí tenéis mi carta; llevadla al rey con vuestro memorial.

—Pero señora...

—¿Qué ocurre?

—Su Majestad está de caza; acabo de oir las trompas en el bosque de Satory.

—Es verdad, ya no me acordaba; pues bien; llevadla mañana o pasado, igual dá. Pero no, mejor es ahora mismo. Andad, entregádsela a Lebel. Adiós, caballero, y tratad de recordar que este lunar que habéis visto sólo el rey lo conoce; y en cuanto al azar, vuestro amigo, os ruego que le digáis que pierda la costumbre de charlar tan alto como lo hacía hace poco. Adiós, caballero.

Tocó un pequeño timbre, y, apareciendo de su manga una verdadera ola de encajes, tendió al joven su desnudo brazo.

Inclinóse de nuevo el caballero, y apenas rozó con sus labios las rosadas uñas de la marquesa, la cual no tomó esto, ni mucho menos, por descortesía, sino por una exagerada modestia.

Al instante reaparecieron las damas de servicio, — las de más categoría aun no habían abandonado el lecho, — y tras ellas, tieso, entre su rebaño de corderitas, el huesudo ujier, que, siempre sonriendo, le indicaba el camino.

VI

Solo, y hundido en un viejo sillón, allá en el fondo de su cuartito de la hostería del Sol, esperó el caballero, primero un día y luego dos, sin recibir la menor noticia.

—¡Extraña mujer! ¡Amable y autoritaria, buena y mala y tan terca como frívola! Me ha olvidado. ¡Oh desdicha! Tiene razón; ella lo puede todo y yo no soy nada.

Y, levantándose del sillón, siguió diciendo, mientras se paseaba por su cuarto:

—No soy nada: no soy nada más que un pobre diablo. ¡Cuánta razón tenía mi padre! Está bien claro que la marquesa se ha burlado de mí; mientras yo la miraba, lo que le gustaba a ella era su propia belleza. ¡Bien lo ha gozado viendo en aquel espejo y en mis ojos el reflejo de sus encantos, que verdaderamente son incomparables! ¡Verdad es que sus ojos son pequeños, pero ¡cuán graciosos! Y Latour, antes de que Diderot, tomó, para hacer su retrato, el polvillo del ala de una mariposa. No es alta, pero ¡qué bonito cuerpo tiene! ¡Ay,

señorita de Annebault! ¡Ay, querida amiga! ¿Es posible que yo también os esté olvidando?

Dos o tres golpecitos secos dados en la puerta sacáronle de su tristeza.

—¿Quién es?

El huesudo ujier, todo vestido de negro y calzado con un par de magníficas medias de seda rellenas en las pantorrillas, entró y, haciendo un gran saludo, dijo:

—Caballero: esta noche hay baile de máscaras en la Corte, y la señora marquesa me envía para deciros que estáis invitado a él.

—Está bien, señor; muchas gracias.

Apenas salió el ujier corrió el caballero a tocar la campanilla, y la misma sirvienta que tres días antes le había arreglado lo mejor que supo, le ayudó a ponerse el mismo traje bordado, esmerándose aún más en su trabajo.

Terminado el cual, se dirigió el joven a palacio, invitado esta vez y en apariencia más tranquilo; pero más inquieto y menos atrevido que cuando dió su primer paso en aquel mundo para él desconocido.

VII

Casi tan aturdido como la primera vez por todos los esplendores de Versalles, que aquella noche no estaba desierto, vagaba el caballero por la galería principal, mirando a todas partes e intentando averiguar para qué había ido allí; pero nadie parecía pensar en él. Al cabo de una hora de aburrimiento, pensaba marcharse, cuando dos máscaras exactamente iguales, que estaban sentadas en un diván, le detuvieron al pasar. Una de ellas le apuntó con el dedo como si tuviera una pistola; la otra se levantó y, dirigiéndose a él, le dijo, tomándose descuidadamente de su brazo:

—Parece, caballero, que estáis en buena relación con nuestra marquesa.

—Perdón, señora; pero ¿de quién habláis?

—Demasiado lo sabéis.

—No os entiendo.

—¡Oh, ya lo creo!

—En absoluto.

—Pero si lo sabe toda la Corte.

—Yo no pertenezco a ella.

—Os hacéis el tonto. Os repito que se sabe.

—Es posible, señora, pero yo lo ignoro.

—Supongo que no ignoraréis que anteayer se cayó un paje de su caballo junto a la verja del Trianon. ¿No estabáis, por azar, presente?

—Sí, señora.

—¿Y no le ayudasteis a levantarse?

—Sí, señora.

—¿Y no entrasteis en el palacio?

—Indudablemente.

—¿Y no os dieron un papel?

—Ciertamente.

—El rey no estaba en el Trianon: estaba de caza; la marquesa estaba sola... ¿no es verdad?

—Sí, señora.

—Acababa de levantarse y apenas si estaba vestida. Sólo tenía, según se dice, un gran peinador.

—Las gentes, a quien no se les puede impedir que hablen, dicen todo lo que se les ocurre.

—Muy bien; pero parece ser que entre la marquesa y vos se cruzó una mirada que no le disgustó a ella.

—¿Qué queréis decir con eso, señora?

—Que no le habéis disgustado.

—No entiendo nada de eso, señora; pero me desesperaría que una benevolencia tan amable y tan extraña, que yo no esperaba y que me ha legado al fondo del corazón, pudiera motivar falsas interpretaciones.

—Pronto os acaloráis, caballero; cualquiera diría que ibais a desafiar a toda la Corte; pero no acabaréis nunca de matar a tanta gente.

—Pero, señora, si ese paje se cayó y si yo llevé su mensaje... Permitidme preguntaros por qué se me interroga.

La máscara le apretó el brazo y le dijo:

—Escuchadme, caballero.

—Cuando gustéis, señora.

—Veréis de qué se trata. El rey no está ya enamorado de la marquesa, ni nadie cree que lo haya estado nunca. Ella acaba de cometer una imprudencia: se ha burlado del Parlamento en el asunto de los dos sueldos de impuesto, y ahora se atreve a tacar a una potencia aun mayor: a la Compañía de Jesús. Sucumbirá en la lucha pero tiene armas, yantes de perecer, se defenderá.

—Muy bien, señora; pero ¿qué tengo yo que ver en todo eso?

—Os lo voy a decir. El señor de Choiseul está reñido con el señor de Bernis, y ni uno ni otro saben a punto fijo lo que van a intentar. Bernis se va a marchar, y Choiseul ocupará su lugar; una palabra vuestra puede decidirlo todo.

—Decidme en qué forma, señora. Os lo ruego.

—Dejando contar vuestra visita del día pasado.

—¿Y qué relación puede haber entre mi visita, los jesuítas y el Parlamento?

—Escribid dos palabras, y la marquesa está perdida. Y estad seguro de que el mayor interés, el más vivo reconocimiento...

—Os ruego que me perdonéis, señora. A madame Pompadour se le cayó el abanico delante de mí, y, recogiéndoselo, se lo devolví. Me dió las gracias, y con la amabilidad que la distingue me permitió que yo a mi vez se las diese.

—Vamos al grano, que el tiempo se pasa. Yo soy la condesa de Estrade; vos amáis a mi sobrina, mademoiselle de Annebault..., y no tratéis de negarlo, porque sería inútil; solicitáis una plaza de oficial..., mañana mismo la obtendréis; y si Atenaida os gusta, no tardaréis en ser mi sobrino.

—¡Oh, señora! ¡Cuán bondadosa sois!

—Pero hay que hablar.

—No, señora.

—Había oído decir que amabais a mi sobrina.

—Todo lo más que se puede amar, señora; pero si alguna vez puedo declarar ante ella mi amor, es preciso que también pueda declarar mi honor.

—¡Qué terco sois, caballero! ¿Y es ésa vuestra última palabra?

—La última y la primera.

—¿Os negáis a entrar en la Guardia? ¿Rechazáis la mano de mi sobrina?

—A ese precio, sí, señora.

Madame de Estrades lanzó al caballero una mirada penetrante y llena de curiosidad, y al no advertir luego en su rostro el menor signo de duda, alejóse lentamente, perdiéndose entre la multitud.

El caballero, que no podía entender nada de tan extraña aventura, fué a sentarse en un rincón de la galería.

—¿Qué pensará hacer esa mujer? — se decía. — Debe de estar un poco loca. ¡Quiere trastornar el Estado por medio de una estúpida calumnia, y me propone que me deshonre para poder alcanzar la mano de su sobrina! ¡Pero Ateneida me rechazaría, o, si se prestaba a semejante intriga, sería yo quien la rechazaría a ella! ¡Cómo buscarle un perjuicio a esa buena marquesa, difamarla, calumniarla...! ¡Nunca, no; eso nunca!...

Distraído, como de costumbre, iba probablemente el caballero a levantarse y a hablar en voz alta, cuando un dedito de color de rosa le tocó ligeramente en el hombro. Levantó los ojos y vió delante de él a las dos máscaras, vestidas con idéntico traje, que le habían abordado.

—¿Conque no queréis ayudarnos? — dijo una de las máscaras, disimulando la voz.

Pero aunque los dos trajes fuesen absolutamente iguales, y aunque pareciese todo perfectamente estudiado para que se confundiesen la una con la otra, el caballero no se engañó, pues ni la mirada ni el acento eran los mismos de antes.

—¿Contestaréis, caballero?

—No, señora.

—¿Escribiréis?

—Tampoco.

—La verdad es que sois terco. Buenas noches, señor teniente.

—¿Qué decís, señora?

—Ahí va vuestro nombramiento y vuestro contrato matrimonial.

Y diciendo esto le arrojó el abanico.

Era éste el mismo que ya había recogido dos veces el caballero. Los amorcitos de Boucher jugueteaban en el pergamino, al lado del dorado nácar. No cabía duda alguna: era el abanico de madame de Pompadour.

—¡Oh, cielos! ¿Es posible, marquesa?

—Y tan posible, — respondió alzando sobre su barbilla el encajito negro.

—No sé cómo agradecer, señora....

—Ni hace falta. Sois un galante caballero, y nos volveremos a ver, puesto qu estáis entre nosotros. El rey os ha colocado bajo el estandarte blanco. Acordaos de que no hay mejor elocuencia para un solicitante que la de saber callar a tiempo... Y dispensadnos, — añadió, riendo y marchándose, — si antes de concederos la mano de nuestra sobrina hemos tomado informes.

ALFRED DE MUSSET

Un ladrón comparece ante el juez.

—¿Confiesa usted, — le dice éste, — haber entrado en la habitación y dsecerrajado la cerradura de una cómoda en busca de dinero y alhajas?

—Sí, señor; pero invoco en mi favor una circunstancia atenuante .

—¿Qué?

—¡Que allí no había absolutamente nada que robar!

UN PARENTESCO LEJANO

—Esta señora a quien usted ha saludado es parienta suya, ¿no es verdad?

—¡Sí! ¡Casi casi! Es la hermana de la primera esposa del segundo marido de mi tercera mujer.

SURCOUF

NOVELA HISTORICA ESCRITA EN FRANCES POR

LUIS NOIR

(TRADUCCION ESPECIAL PARA "PUCKY")

De esta obra ha sido tomado el argumento de la gran película que la casa LEON GAUMONT estrenará en los grandes cine - teatros de Buenos Aires y Montevideo, en la temporada actual.

(Continuación. — Véase el No. 124 y siguientes, de "Pucky")

ESPECTO a vuestro gran tesoro, — añadió el teniente, — sólo se sabe que se apoderó de él el nuevo soberano de aquel país.

Dijo Surcouf por toda contestación:

—Vengaré a mi esposa.

Ordenó en el acto que se pusiera la proa hacia Surate, y tan pronto como se llegó a dicho puerto, como era siempre Surcouf el generalísimo del guicovar, pidió una escolta y se dirigió rápidamente a Baroda.

Le recibieron en la capital del reino como se recibe a quien se está esperando desde mucho tiempo antes, y como el guicovar estaba muy preocupado por los acontecimientos que ensangrentaron parte del territorio, había preparado el ejército para tenerlo listo ante cualquier nueva emergencia.

Creía aún Surcouf que toda aquella revuelta se debía a maquinaciones del os ingleses, pero el guicovar le demostró que estaba equivocado. Había el rajah movilizado sus más hábiles espías y volvieron todos con las mismas seguridades. Tras la terrible banda de Khanghiraz se había visto cómo millares de thugs estrangulaban a heridos y moribundos.

El nuevo rajá del principado había dado preferencia al culto de Siva, y entre los instructores de los montañeses que aún permanecían al servicio del nuevo mandatario no se veía un sólo inglés. El generalísimo de la artillería era un norteamericano y los otros aventureros eran portugueses reclutados en Manila o desertores holandeses, venidos de Java o Sumatra. La lucha era contra el jefe supremo de los thugs, quien era encarnizado enemigo de Surcouf, y convencido éste de quiénes eran sus actuales contrincantes, explicó al guicovar el plan de campaña que había ideado.

—Sahib, — decía Surcouf, — la fuerza principal del nuevo rajá consiste en el enjambre de bihils, y lo primero que debemos hacer es quitarse esa fuerza, para que el usurpador tenga que defenderse sólo con los thugs, y con esta gente se encierra en la capital, para defenderla con su guarnición de estranguladores.

—¿Cómo hacer que los salvajes hijos de las montañas abandonen al jefe que les entrega la llanura?

—No hay actualmente en esas montañas, que son la patria de los bihils, sino mujeres y niños y nadie dispone sino de flechas para la defensa del territorio, y con enviar un cuerpo de veinte mil irregulares bien mandados, y con elegir a la peor canalla para ser los soldados de esta empresa, como tendrán ante sí aldeas indefensas, pronto veremos cómo el incendio, el saquea y la desolación del país de los bihils arruinan la región y la dejan poco menos que sin pobladores.

—Comprendo el plan. Los bihils abandonarán al usurpador para correr a la defensa de sus aldeas y así el ejército de ese rajá que es ahora nuestro enemigo se verá privado de su más numeroso y más útil contingente. No creo que si los montañeses se retiran queda más de diez a doce mil hombres frente a nuestras tropas.

—Pero para lograr el apetecido éxito, — interrumpió Surcouf, — es preciso que los irregulares invasores vayan todos bien montados y estén a las órdenes de hombre muy ducho en la guerra de guerrillas y escaramuzas.

—Nadie para eso como mi primo Deskif, y le daremos como segundos jefes y como utilísimos auxiliares dos oficiales árabes que están a mi servicio, y maestros en las rápidas razias devastadoras.

—En la llanura, — continuaba el marino, — frente al punto por donde deban bajar lue-

go los irregulares, se establecerá un campo atrincherado con gran suministro de provisiones y forrajes, y cuando regresen los que hayan devastado la zona montañosa, encontrarán apoyo y refugio en el indicado campamento. Para ello colocaremos dos mil infantes tras los parapetos del campo, y se defenderá sus ángulos salientes con ocho cañones. Nada han de poder los bihils contra semejantes fortificaciones, y nuestros irregulares hallarán sitio donde descansar y aprovisionarse.

—Mientras tanto, — decía el guicovar radiante de alegría, — con el grueso de nuestras mejores tropas tomaremos la capital del principado.

—La tomaremos sin dejar escapar un sólo thug.

—Eres un gran general, y sólo necesitamos determinar ahora cuándo se iniciarán las operaciones.

Entraremos nosotros en campaña tan pronto como recibamos las primeras noticias de que comienza la deserción de los bihils. He podido notar, sahib, que en la guerra última dejaba mucho que desear el servicio de víveres y aprovisionamientos. ¿Me permitiría el rajá que me hiciese cargo ahora de tan importante asunto?

—Desde luego.

Pidió Surcouf inmediatamente que se llamase el encargado de las reales proveeduría, personaje de gran significación y respetadísimo en la corte, y no bien llegó el indicado gran señor ante el corsario, cuando le preguntó este friamente.

—¿Tiene el sahib aprovisionador algún interés en que no sele ahorque antes de media hora?

Pegó un brinco el orgulloso personaje.

—No solo roba el señor y da mucho menos de lo que cobra por la ración de cada soldado, sino que permite que roben otros muchos. Además no se cumple con las obligaciones impuestas por el cargo con la debida contracción, y por mi fama de buen corsario juro al señor que he de colgarle como no presente cuentas muy clara y como no de raciones muy buenas y muy cumplidas. Desde hoy me encargo de indicar con anticipación los sitios dónde deba entregarse las provisiones, y se dará al señor derecho de requisar cuanto sea necesario para las tropas, pero como no cuelgue a un par de docenas de sus auxiliares, se expone mucho el señor a danzar en lo alto de la horca. Quedamos entendidos, y como no ahorque el sahib encargado de los suministros militares a los que le sirven mal, lo ahorcaré yo por falta de energía para con sus subordinados.

Temblaba el gran aprovisionador de miedo, de rabia y de vergüenza, mientras el guicovar hacía esfuerzos para contener la risa.

Continuó el corsario:

—He cuidado de decir todo esto ante el rajah, por que tengo la palabra del soberano y puedo colgar a todo el que en lo relacionado con el suministro del ejército falte a su deber. Puedo jurar al señor que como note la menor falta, ni la intervención del mismo guicovar le salvará de la horca. Como me consta que se comete enormes robos bajo cuerda, y de los que parece que el señor no ha querido ocuparse nunca, debo anunciarle que a estas horas están considerados tres de los principales auxiliares y de los mejores amigos del sahib encargado en jefe de las provisiones. Por si alguna duda pueda caber aquí están los nombre de los condenados. Puede retirarse el señor, y como dentro de una hora no vea colgados a los tres facinerosos protegidos por el sahib, le paso la cuerda por el cuello y le enseño a cumplir con su deber.

Despidió con un además al gran comisionado de los suministros militares.

—No me cabe duda, — decía el guicovar sonriente, — de que han de comer como príncipes mis soldados en toda la futura campaña.

—Respondo de ello, mi señor.

Mientras esto sucedía, reinaba y tronaba Saldanazar embriagado por el triunfo y por la gloria. Para los salvajes montañeses bihils era un semidios, y para los thugs era el jefe supremo. Para el resto de los pobladores del principado era el temible rajah que había matado y destronado a la princesa y vencido a todos sus enemigos.

Era por la mañana, cuando rodeado Saldanazar de todos sus ministros y principales mandatarios, daba órdenes severas en lo fresco y cómodo de la terraza de palacio. Esperaba algún ataque por parte del guicovar, pero contaba con triple número de cañones que antes y había, además, ideado un plan del que esperaba los mejores resultados.

Se trataba de una determinación realmente atrevida que debía asegurarle la victoria más completa, pero para cuya realización era indispensable contar con todas las fuerzas puestas desde los primeros momentos a las órdenes del gran mercader transformado en rajah.

—Llegó en aquel momento un sudoroso correo y se le hizo pasar en el acto, para entregar el parte que remitía el gobernador de la ciudad más apartada de la capital. La noticia no tenía nada de satisfactoria. Habían desertado todos los bihils que formaban la guarnición de aquella plaza.

—Debe ser tan torpe ese gobernador, — dijo Saldanazar, — que habrá sabido de desagradar a los valientes montañeses. Los mandaré llamar, y no dudo de que vuelvan. ¿Pero, qué pedían los bihils, preguntó al correo?

—No pidieron nada, señor.

—¿No pedían nada y estaban descontentos del servicio?

—No, nada reclamaron, pero se sabe que llegaron algunos montañeses procedentes de las aldeas bihils y hablaron con sus amigos, y bastó esto para que al llegar la noche desertaran todos, llevándose armas y municiones.

No había transcurrido un cuarto de hora cuando llegó otro emisario para comunicar la misma noticia. En otro punto había desertado todo el contingente bihil, y empezó Saldanazar a sentirse intranquilo, y cuando el segundo correo dijo exactamente lo mismo que el primero, el jefe de los thugs tuvo el

presentimiento de que se estaba produciendo una deserción general de los valientes soldados salidos de las montañas.

Llegó en aquel momento otro oficial para dar noticias que nada tenían de tranquilizadoras. Todos los bihils reunidos aquella mañana para los ejercicios militares, acababan de ponerse en marcha, con armas y fornituras, en dirección a sus montañas, y era su modo de andar tan precipitado que demostraban obedecer a alguna apremiante necesidad de su presencia en su país de origen.

Aún llegó seguidamente otro emisario con no menos desagradables.

Tropezó con los bihils que formaban la guarnición de la capital, y los vió como a tres leguas de la misma, de modo que en el momento de llegar el emisario a la ciudad estarían ya los fugitivos a seis leguas de ella. Dijo este emisario que le comisionaron los desertores para decir a Saldanazar que tenían noticias positivas de cómo los enemigos habían asaltado sus aldeas en las que ocasionaban todo género de estragos. Marchaban a defender sus casas y familias y nada quisieron decir antes de irse, ante la seguridad de que trataría Saldanazar de retenerlos bajo sus banderas.

Comprendió Saldanazar toda la maniobra, y dijo con reconcentrado furor:

—No necesitamos más informes. Surcouf está otra vez en Baroda y es el consejero y el general del guicovar.

Llegaban a cada momento nuevos correos con noticias que eran siempre las mismas, y enterado de todo el gran mercader trocado en rajah, hizo su composición de lugar sin desanimarse por un solo momento.

Empezó por enviar emisarios muy amistosos a los fugitivos bihils a los que recomendó mucho que tan pronto como hubieran expulsado de las montañas a los invasores volvieran a ponerse a sus órdenes, y al mismo tiempo que así trataba de contar con un ejército para lo futuro, ponía en estado de defensa las plazas que pensaba sostener, asunto algo difícil por no contar sino con siete mil thugs por todo ejército efectivo.

Reconocía Saldanazar que su situación era bastante difícil y estaba perplejo ante las posibles contingencias. Los thugs no son lo que se entiende por combatientes ni sirven para sostener una formal campaña. Son fanáticos sanguinarios y crueles y aunque todos ellos saben morir por realizar sus ideales, ni tienen la costumbre de batirse ni poseen la menor instrucción militar.

Saldanazar era, en cambio, un verdadero genio para la empresas bélicas, y no solo era un general notable por su afición si que también por el profundo estudio que había hecho del arte de las marchas y contramarchas y del modo de dar o rehuír batallas, y él mejor que nadie sabía que entre todos los thugs no había un solo oficial a quien encargar cualquier operación. Si dejaba la capital del principado, estaba bien seguro de que ninguno de los thugs sería capaz de defender la contra un ataque seriamente dirigido.

Sabía que como regla general nunca debe un soberano, un monarca o quienes llevé en sí mismo la representación de una causa cualquiera, encerrarse en una plaza sitiada o expuesta a un asedio riguroso. Sabía que su salvación consistía en sostener la campaña fuera de la ciudad, y comprendía que su misión era reanimar y volver a contar con los bihils como soldados de su ejército para ir en socorro de la ciudad, sitiada seguramente muy pronto por el guicovar con todas sus bien disciplinadas fuerzas. ¿Pero a quién encargar la delicada misión de sostenerse en la capital y de resistir un sitio que consideraba como inevitable?

Cierto que contaba con aventureros europeos y con un norteamericano pero conocía también que era muy expuesto fiarse de aquella gente. Podían hacerle traición. Podían venderse al enemigo...Al fin, y no sin muchas vacilaciones, se decidió Saldanazar a sondear el ánimo del aventurero norteamericano.

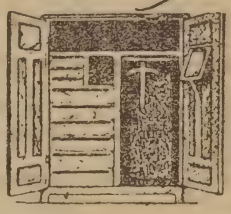
Le hizo llamar a su presencia y le dijo:

—¿Considera el señor posible que se resista esta ciudad si la sitian formalmente?

—Creo que podremos defendernos mientras no carezcamos de buenas armas ni falten municiones para mi artillería.

Contamos con provisiones para dos meses, aun en el supuesto de que todos los pobladores de la ciudad permanezcan en ella.

Práctico
Bueno
Elegante
es el
Ropero ESSENTIAL



Precio desde
reclame $ 125.-

Modelo chico fabricado en todas las clases de maderas
Medidas: 1.10 x 1.80 x 0.57
Ancho Alto Fondo
Solicite nuestro prospecto H para el interior del Sillón - Cama patentado

GRAN FÁBRICA DE MUEBLES
ARTURO BARZI
RIVADAVIA 2201 - Buenos Aires

—Es indispensable arrojar de aquí todas las bocas inútiles. Con expulsar a los vecinos podemos contar con provisiones para ocho o diez meses.

—Hoy mismo se ejecutará esa expulsión de gente inútil para la defensa.

—Pues si hace eso, creo que en lo relacionado con municiones, o sea pólvora y proyectiles para mis cañones no dudo de poderme sostener largo plazo, si, como piensa hacer, empezamos desde el primer día gran economía en las fuegos.

—Resistirá esta ciudad hasta que vengan los bihils a librarnos del sitio?

—¿Pero vendrán en socorro nuestro los montañeses?

—¿Puede dudarse de la fidelidad de esos hombres?

—No debe confiarse en ella mientras no esté el sahib rajah en las montañas.

—¿Pero quién puede encargarse del mando aquí si salgo de esta capital?

—Me hago cargo de todo, tal como ha pensado seguramente el rajah.

Era un curioso tipo aquel norteamericano de cara que parecía la hoja de un cuchillo. Tenía piernas y brazos demasiado largos y cuerpo excesivamente pequeño. El cuello parecía el de un ganso y la cabeza era pequeña aunque denotaba gran inteligencia. Los ojos eran los del lobo, y la totalidad del individuo tenía algo de uno de esos polichinelas yanques con que se tropieza por las ferias, Saldanazar, conocedor como nadie de los hombres, sabía que el americano Jonnes Still era muy capaz de hacer cuanto se propusiera.

—Sí, — continuó el americano, — el señor ha pensado y resuelto en principio encargarme del mando de esta plaza, pero tiene miedo de que le haga traición.

Saldanazar consideró oportuno no responder.

Continuó su interlocutor.

—Empiezo por reconocer que le sobra rañor ha pensado y resuelto en principio endar de mí. ¿Qué soy yo? No soy sino un mercenario, y el mercenario, como sucede co ntoda mercancía, se vende a quien mejor paga, y en esto somos completamente lógicos. Pero por la misma razón que todo tiene precio lo merece también la fidelidad, y en nuestro caso queda reducido todo a saber si está o no el señor dispuesto a pagar lo que vale mi fidelidad. Paguéseme y seré tan fiel como mi mismo interés exija.

Comprendió Saldanazar que se hallaba ante un hombre original, pero con su ruda franqueza planteaba admirablemente los negocios.

—¿Qué precio es el puesto a esa honrada fidelidad?

—Tres millones de rupias. Uno al contado como primera cuota. Este millón debe entregarse en brillantes y no en otra especie.

—Convenido.

—Cobraré el resto después..

—Así lo juro, según lo convenido.

—Por lo demás, como aún después de la defensa de la ciudad ha de necesitar el rajá de mis servicios, tengo fe en que realmente me pague. Empecemos por darme a reconocer como jefe de todas las tropas, y puede el sahib salir cuando quiera para las montañas.

—Hoy ordeno la evacuación de la ciudad por todos los vecinos y pobladores y mañana se hará el reconocimiento de generalísimo.

—Pues hasta mañana, que no me gusta perder el tiempo. Tengo que hacer armar un fuerte que hice construir ayer y espero que nos sea muy útil en las próximas operaciones.

Saludó militarmente el americano y se retiró como si acaba de tratar de la cosa más insignificante.

—Que gente más extraña son estos norteamericanos, — murmuraba Saldanazar mientras veía alejarse a su futuro generalísimo.

Pero vacilaba el rico mercader. Vacilaba ante la idea de que pudiese hacerle traición el americano, y aún permaneció ocho días en la ciudad con el pretexto de que quería ver por sus propios ojos si estaba todo en orden, pero se vió sorprendido al enterarse de que durante la noche se había atacado la capital del principado.

Había calculado Saldanazar su permanencia en la ciudad tomando como base la jornada que un ejército hindú hace ordinariamento, y sorbe sta base creía poder dormir tranquilo en su ciudad a la que aun tardaría lo menos una semana a acercarse el enemigo, pero sabía Surcouf sacudir la corriente dejadez nativa y logró que su ejército hiciera marchas dignas de las que diariamente hacen los regimientos europeos. Cada jinete tomó a la grupa un infante. Contaba con ocho mil regulares y con otros tantos irregulares, y toda aquella gente, con su artillería y su tren, cercaron la desprevenida ciudad, gracias a una rápida marcha mantenida en secreto. Al amanecer se vió formidablemente rodeada la capital por numeroso y bien pertrechado ejército.

Estaba encerrado Saldanazar y aunque ordenó que se tanteara todo el circuito para buscar una salida, se convenció de que no había modo de escapar. El rey de los thugs se resignó a verse dentro de la capital y ante la necesidad de defenderse contra los sitiadores.

Contaba Jonnes Still y contaba acaso demasiado, con una gran ventaja que ofrecía la ciudad sobre los campamentos de los sitiadores, ya que, por estar construída en una altura, dominaba los contornos. Los fuertes de circunvalación estaban treinta metros más altos que las trincheras enemigas, y la ciudadela levantada sobre una roca, se elevaba cuarenta y seis metros, lo que era enorme ventaja para la defensa, pero también Surcouf había visto estas circunstancias, y comprendió que era indispensable anular tales preminencias.

Tan pronto como estableció sus campamentos en torno de la ciudad, y una vez delineadas las trincheras y las obras de aproche, empezó el corsario una serie de trabajos que parecían avanzar por arte de encantamiento.

El mismo día de presentarse ante la plaza

ordenó Surcouf tales enormes defensas en un vecino bosque, y dispuso que todos los bueyes destinados a transportes se dedicasen al arrastre de troncos escuadrados para dejarlos en determinados emplazamientos durante la noche. Allí era donde debía emplazarse las baterías, para lo cual había dado el corsario sus oportunas órdenes.

En ocho distintos puntos donde se había acumulado enormes montones de troncos, se vió cómo se levantaban pirámides de tierra, sostenidas por los recios árboles, de modo que la cima de los montículos artificiales así improvisados dominaban las baterías de la ciudadela.

Hasta la cima de aquellas pirámides de recia madera y tierra, se izó los pesados cañones durante la noche, y al despuntar del día, no bien brilló el sol en lo reluciente del bronce de las piezas, cuando empezaron estas a vomitar sus proyectiles contra la plaza.

Cruzáronse los proyectiles de unos y otros, pero era vista la ventaja de la artillería sitiadora, ya que por dominar, dada la elevación, sobre el recinto de la ciudad, estaban en condiciones los artilleros del guivocar del poner la bala en el sitio donde querían, circunstancia con la que no había contado el norteamericano, quien, en vista de los nuevos aspectos del asunto buscó a Saldanazar y le dijo:

—Esto anda muy mal.

—Sí, veo que no podremos sostenernos, — dijo el rajáh, — y viene el señor sin duda a darme tan mala noticia.

—Sí, — contestó el americano. — Nos han partido por el eje.

—Comprendo que estamos perdidos todos los hindús, — decía Saldanazar, — pero creo que os salvareis todos los mercenarios extranjeros tan pronto como se forme un grupo y salgan todos con bandera blanca en dirección al enemigo, al que pueden dar la noticia de que moriremos todos antes de capitular. No sois sinó soldados y disponeis de armas, motivos de sobra para que el guivocar os reciba con los brazos abiertos. Si como prisioneros os considera, una vez terminada la campaña ha de poneros en libertad. Si os doy este consejo, yo que soy sumo sacerdote de Siva, Dios de la murte, es por servir una vez más a Kalí, esposa de mi Siva, de quien sois los agentes sin que podais daros cuenta de ello. Como soldados mercenarios que sois, marchais siempre en busca de combates nuevos, y resulta que os habeis convertido en los mejores devotos de la diosa de la muerte. Por esa razón, quiero que logreis salvaros.

—Pero, — observó el americano, — si se nos da el consejo de salvarnos por atenciones a ese señor Dios de la muerte, no debo dar las gracias por la merced que parece se nos hace.

—No, pero espero una muestra de gratitud al entregaros los dos millones de rupias estipulados y que podeis tomar de esa caja de diamantes.

—Siempre pensé que era el sabio rajáh un perfecto gentleman. Un millón de gracias, digo, dos millones...

Saludó militarmente y se separó de Saldanazar, quien dió en el acto orden de reunirse en la ciudadela, mientras se alejaba el americano con los diamentes en el bolsillo.

Había entretando el americano reunido a todos los europeos y cobijados bajo el enorme pabellón blanco se dirigieron a las líneas de los enemigos. Resonó estrepitosamente la corneta de solicitud de parlamento, y ante aquellos pacíficos acordes adelantóse uno de los oficiarles del guicovar a reconocer a los que así se presentaban y a conocer cuáles eran sus deseos.

—Venimos a rendirnos, puede reconocérsenos y verá como no traemos ninguna clase le armamento.

—Síganme los señores y los llevaré a presencia de mis jefes, — contestó el oficial francés.

Enterado el guicovar de lo que ocurría, llamó a Surcouf y una hora después estaba el soberano rodeado de todos los grandes oficiales y dignatarios de la corte para recibir a los rendidos. La guardia real formaba solemnemente, y a la derecha del rajáh se veía a Brinville y a Surcouf.

Los que fueron oficiales y jefes instructores de las tropas de Saldanazar, encabezapor el gran director de la artillería de los thugs, avanzaron hasta hallarse delante del guicovar, a quien saludaron todos con gran reverencia mientras el americano Jonnes Still decía campechanamente a Surcouf y a Brinville:

—Buenos días, caballeros.

Para aquel hombre no pasaban de ser los corsarios, otros aventureros como lo era él y los marinos franceses se limitaron a contestar con una inclinación de cabeza al saludo del artillero.

Este sin recurrir a grandes frases ni a teatrales efectos, empezó por contar lo sucedido, aunque omitiendo cuanto se relacionara con los regalos de diamantes. El guicovar escuchaba impasible el relato de aquel extraño tipo, mientras Surcouf creyó llegado el momento de tomar la palabra.

—¿Que sucederá ahora, en opinión del señor jefe de la artillería enemiga?

—Mi opinión es que esa gente se encerrará en su ciudadela donde han de defenderse hasta el último momento, y donde es lo más probable que vuelen todos por su propia voluntad.

—Por mi parte, — contestó el corsario, — pienso levantar más aún mis montículos para poder aplastarlos a cañonazos.

—Eso es lo natural, y a estar yo en el lugar del valiente Surcauf, haría exactamente lo mismo.

Brinville, con su vivacidad acostumbrada, metió baza en aquel coloquio;

—¿Qué diablos de motivos pudo tener el señor Jonnes Stil para ir a ofrecer su servicios a los estranguladores?

—Mire mi joven amigo, — dijo el americano. — Empecemos por sentar que no sabía lo que era un thug cuando nací ni mientras permanecí en mi patria. Me enteré de estos divertidos pormenores en esta deliciosa india. Imaginé que Saldanazar era simplemente un ambicioso impostor que se presentaba como Mesías de su patria y como redentor de los bihils, y como me pareció un buen muchacho y no me desagradaron ni sus ofertas

ni sus planes, tratamos y quedé a su servicio. Aquí tienen los señores en su presencia a un nutrido grupo de oficiales mercenarios, prontos siempre para luchar por quien nos pague bien.

—¿Pero que razón pudo haber para que no viniesen todos los presentes a ofrece sus servicios a nuestro guicovar, quien recibe muy amablemente y paga con toda esplendidez a sus auxiliares europeos?

—Mire joven, — dijo tranquilamente el gran artillero, — nuestro guicovar contaba con un general Surcouf y con todos los aquí presentes y no necesitaban hombres de primera talla, por lo cual no podía haber para nosotros sino puestos o empleos muy secundarios.

—Caballeros,—dijo entonces Brinville,— Tanto mi capitán Surcouf como quien tiene en estos momentos el honor de dirigiros la palabra, somos marinos y no gente de tierra y estamos a punto de volver a luchar sobre los mares. No tienen los aquí presentes la excusa de que les hacemos sombra, y pues han sabido organizar admirablemente la artillería de los bihils...

Saludó con una reverencia que pareció una mueca, el desgarbado americano.

—...Podía encargarse ahora de hacer lo propio con los ejércitos del guicovar.

Expuso Brinville las condiciones con arreglo a las cuales podrían entenderse.

Sonreía el señor Jonnes, cosa muy rara y hasta poco graciosa en aquel rostro. Lo tentador de las proposiciones, alegraban al americano.

—Acepto. — dijo secamente.

Dirigiose Brinville tanto a Jonnes como a los que lo acompañaban para preguntar:

—¿Cuales serían las exigencias de los camaradas del señor? ¿Qué cargos desempeñaban en los ejércitos enemigos.

Dedicóse Jonnes Still a tratar personalmente con cada uno de sus compañeros y se arregló todo de tal suerte que media hora más tarde formaban todos los rendidos en las filas de los oficiales del guicovar, quien estaba sumamente satisfecho por haber reclutado tan expertos hombres de guerra.

Pero estipularon todos ellos, con la mayor nobleza, que no querían combatir contra Saldanazar, detalle con el cual estuvo muy conforme su nuevo jefe.

Surcouf, tan amigo de los americanos como mortal enemigo de los ingleses, invitó a almorzar a los oficiales rendidos, no sin haber dado antes la orden de elevar más uno de los monticulos sobre el cual debía establecerse una poderosa batería destinada a dominar la ciudadela. Aquella misma noche debía levantarse el nivel de todas las otras y estaban terminando el almuerzo que revistió las proporciones de un gran banquete, cuando se presentó un oficial a dar la noticia de que la altura dada ya al montículo era suficiente pare que desde la cúspide pudiera verse con toda claridad el interior de la ciudadela enemiga.

—¿Qué hacen los thugs? — preguntó el marino.

—Se les ve orando a todos ellos.

—Creo, señores, — dijo Jones Still, — que todos esos siete u ocho mil hombres se preparan a volar por su propia voluntad.

—Siempre supuse, — observó burlonamente Brinville, — que un hombre como Saldanazar no puede sucumbir sin que se produzca algún acontecimiento muy sensacional.

—Pues no perdamos tiempo. Esa batería tan elevada debe servir como de magnífico observatorio. Veamos qué sucede dentro de la ciudadela.

. . . . . .

Comprendió Saldanazar desde un principio que sería sumamente difícil sostener el sitio, por comprender que tan pronto como se viera cercado era poco menos que imposible que el ejército de los montañeses pudiese bastar para librarle del asedio. Comprendió asimismo que si los bihils se habían alzado a su voz, una vez regresados a sus aldeas no volverían a salir de ellas como la misma voz que supo entusiasmarlos antes no los reanimara para emprender nuevas campañas. Si el profeta, el semidios no podía escapar de un simple cerco, quedaban sus prestigios destruídos y no quedó a Saldanazar la menor duda respecto al fin que le esperaba. La inquietud fué desde aquel instante su continuo tormento.

Era Saldanazar una naturaleza cruel por instinto y por costumbre, pero era al mismo tiempo un ferviente devoto del dios Siva. Pero también conocía el enorme valor del dinero y quería conservar para los thugs el tesoro de la princesa y el representado por la inmensa fortuna propia del gran mercades trocado en rajá. Después de larga meditación hizo llamar a su secretario Cyavo, quien llegó lleno de esperanzas, pero díjole su jefe:

—Ha llegado el momento de morir y nuestras almas irán como si fuesen un suspiro a confundirse en el gran todo a Brama. De allí viene todo y es allí a donde necesariamente ha de volver. Hemos servido bien a Siva y podemos estar seguros de una nueva encarnación como hombres poderosos y respetados.

—¿Pero cree el señor que no han de venir los bihils en nuestro socorro?

—Los salvajes son hombres que no saben pensar ni calcular, y por ello sufren las influencias del momento, de modo que no estando entre ellos para dominarlos, no ejerzo desde lejos acción alguna sobre aquellas multitudes. Preguntarse cómo no ha permitido Siva que saliéramos vencedores, y confesaré que acaso se debe ello a ser yo demasiado orgulloso y por haber confiado exageradamente en mis propias fuerzas y en mi inteligencia para la combinación de los planes. Pero a pesar del justo castigo que ahora recibo, quiero conservar para los thugs la fuerza suprema, el eje en torno al cual se mueve el mundo entero, el arma más poderosa, o sea un enorme montón de oro.

—¿La suma de dos grandes tesoros?

—Sí, y es preciso enterrarlos en el templo de Siva, al pie de una de las columnas

pero es preciso grabar una inscripción en el pedestal de la estatua del dios para que algún thug sepa donde hallar tantas riquezas. Se trata de que no logre enterarse de tan importante secreto cualquier vulgar thug, sino que solo pueda descifrar la inscripción alguno de los grandes sacerdotes iniciados en los más misteriosos secretos de nuestra secto. Para ello debe escribirse la explicación en cifras de las que sólo los phansaghares conocen, y aun dentro de ellas, en las que sólo puedan interpretar los pertenecientes a la categoría diez y ocho. Además se redactará toda la inscripción en nuestro más antiguo sánscrito.

—¿Y dónde se enterrará el tesoro?

—Bajo la columna de entrada dnl santuario que se encuentra a mano derecha. Bastará para ello desencajar algunos sillares y excavar un profundo pozo donde se depositará los dos cofres llenos de piedras preciosas, hecho lo cual volverá a colocarse en su sitio los sillares sacados antes. Te encargarás de vigilar de modo que durante el trabajo no haya dentro del templo ni sacerdotes ni fieles devotos, y darás como pretexto para tanto misterio, m ideseo de hacer un secreto sacrificio que nadie debe conocer. Como han de encontrar cuatro cadáveres al mismo pie de la estatua, no podrá dudarse de que se haya hecho el sacrificio de que debes hablar a todo el mundo.

—Se ejecutarán todas tus órdenes, maestro.

—Anda y avísame cuando lo tengas todo preparado.

Prosternóse Cyavo y se alejó de aquel sitio, mientras subía Saldanazar a la terraza de palacio para observar los movimientos del enemigo. Pudo convencerse entonces de que una salida de los sitiados no podía conducir sino a la matanza de todos los defensores de la ciudad.

. . . . . .

Despertó Cyavo a su señor aquella noche.

—¿Está todo a punto en el templo? —preguntó Saldanazar.

—Sí, maestro.

Dirigiérónse hacia un hermoso y esbelto edificio consagrado a Siva. En la enorme nave central veíase gigantescos elefantes de piedra que sobre sus cabezas sostenían las columnas, y con las recias trompas apoyadas en el suelo, como contrapeso para evitar derrumbes. Los largos colmillos aparecían como darlos amenazadores, y desfilaba empequeñecido el hombre que se atrevía a pasar por tales monstruosas avenidas para llevar a Siva sus ofrendas.

Era colosal el Siva que se adoraba en aquel recinto, la estatua de siete metros de altura tenía el más terrible aspecto, y al pie del terrible dios esperaban los cuatro obreros encargados de excavar el pozo. Se les había ofrecido un buen jornal por su trabajo, y resplandecía en las pupilas de aquellos infelices la esperanza de percibir una buena recompensa.

Contra la base de la columna de la derecha hizo el secretario Cyavo levantar dos grandes baldosas, bajo las cuales apareció un contrapiso de hormigón, y bajo aquel pavimento excavaron metódicamente los obreros un pozo oblícuo.

El trabajo resultaba lento y delicado, mientras se estremecía todo el templo al estallar cada uno de los cañonazos disparados por los sitiadores de la ciudad, y en tanto que estallaban las granadas en torno del sagrado edificio.

Los proyectiles macizos derribaban las casas de la vecindad y desfondaban las murallas y por efecto del continuado bombardeo gemían todas las piedras milenarias del templo de Siva, el dios de la muerte.

Tan pronto como se dió el último golpe con los picos y en cuanto se sacó la palada última de tierra, se acercó Saldanazar a la boca del pozo y arrojó dentro dos cofrecilos de incorruptible cedro, previamente revestidos de plomo, y una capa de lava cubrió el total de los estuches.

Lanzó el jefe de los thugs larga y profunda mirada a la oscura boca donde reposarían los dos tesoros encerrados en los cofres y escuchó los dos sordos golpes producidos al llegar al fondo del antro. Salió un hondo suspiro del pecho de aquel gran desesperado, y ahogando un rugido de rabia dió orden de que volviera a tapar los pozos. Marchó rápidamente esta tarea y dió muestras Saldanazar de interesarse por los trabajadores, ya que dijo a su secretario:

—Que descanse y refresque esta buena gente.

Corrió el secretario a una especie de sacristía de la que regresó con una botella de bebida estimulante, muy aromatizada y muy dulce, que fué una delicia para los sudorosos peones. Tan pronto como terminaron de beber, díjoles Saldanazar:

—Haced vuestra plegaria a Siva y os pagaremos vuestro trabajo.

Prosternarónse los obreros, pero ya el narcótico que se les había suministrado empezaba a producir sus efectos y se sentían pesadísimos, cuando la postura adoptada, con la cabeza sobre las losas del templo, acabó de trastornarlos. Notó uno de ellos que le sucedía algo extraordinario y quiso ponerse en pie, pero no pudo lograr su propósito.

Sonreía Saldanazar ante este espectáculo y se desciñó la terrible corbata.

El obrero que trató de levantarse vió aquella corbata, y, a pesar del sopor que le dominaba, comprendió el drama que iba a desarrollarse allí y lanzó un grito de terror, mientras los otros tres trataban de sacudir su somnolencia y se sentían aterrorizados también al contemplar las dos fatídicas corbatas de los phansaghars. Unos y otros hicieron desesperados esfuerzos para huir, arrastrándose sobre las losas, en vista de la imposibilidad de poder emplear las piernas para la fuga.

Gemían cada vez con menos potentes lamentos hasta que acabaron por extinguirse en las sonoridades del gran templo los ayes de aquellos infelices, y un negro silencio sucedió al anterior coro de lamentos, y cuando todo parecía haber terminado fué cuando empezaron los dos thugs con ate-

rradora calma a ceñir el corbatín a sus víctimas, a las que estrangulaban con un diestro movimiento de mano, pero ejecutaron su tarea con una precisión y una maestría realmente admirables.

El doble riquísimo tesoro dormiría tranquilo al pie de una de las columnas guardado por la colosal estatua de Siva, dios de la muerte.

. . . . . .

El espectáculo a que asistieron los oficiales franceses y los demás europeos y americanos que estaban al servicio del guicovar, y lo visto por el mismo guicovar a quien se dió aviso rápidamente, puede asegurarse que es un hecho único en la historia. Nunca ha perecido guarnición alguna al verse desesperada del modo como vieron que sucumbían los defensares de Saldanazar, y la batería nuevamente elevada por cima de los parapetos enemigos prestó en aquella ocasión los más preciosos servicios.

Sobre la roca que formaba el inmenso recinto de la ciudadela y en medio del gran patio, se había levantado precipitadamente un trono en el que se veía a Saldanazar junto con los primeros dignatarios de la secta de los thugs, revestidos todos ellos de sus sacerdotales ornamentos, y lentamente fueron formándose ante ellos todos los thugs, en apretadas y silenciosas filas.

Ordenó Surcouf que se suspendiera el fuego, y como si hubiese comprendido Saldanazar el interés despertado entre los sitiadores por las escenas de la ciudadela, levantó solemnemente la mano, y resonó en el acto el himno de los estranguladores, o de Siva, cantado por millares de recias y vigorosas voces. Prosternáronse después todos a una, y oraron contritamente. Cuando terminó la plegaria púsose en pie Saldanazar, y dijo con voz clara y completamente tranquila:

—Triunfa Cristna, y nuestro deber es sucumbir aquí, pero es preciso que nuestra muerte sea útil a aquellos de nuestros hermanos que por no ser aun phansaghars, o por no haber aún ofrecido una vida humana a nuestro dios Siva, no pueden esperar nuevas encarnaciones vetajosas. Los que somos phansaghars tenemos la seguridad de volver a vivir en existencias más felices tras esta muerte que ahora nos espera. Que salgan de las filas todos los que hayan estrangulado una o varias criaturas humanas.

Como unos dos mil thugs dieron algunos pasos al frente para separarse del resto de sus hermanos en religión.

—Que se acuesten todos y que simulen el suelo durante el cual vuela el espíritu hacia el infinito dios Brama, a cuyo seno volveremos todos hoy mismo.

Obedecieron todos los phansaghars sin pronunciar una palabra ni hacer el menor gesto de temor o de despecho, aunque muy bien sabían todos ellos lo que inmediatamente debía suceder. Blandió Saldanazar una sagrada corbata, y en el acto cuantos thugs permanecían en pie se precipitaron sobre los que estaban tendidos en el suelo y se disputaron con el mayor encarnizamiento el honor de estrangular a los caídos, y tan pronto como terminó aquella horrible ejecución en masa, volvió a tomar la palabra Saldanazar para decir:

—Que todos los que han tenido la dicha de estrangular a un phansaghar y que son por lo mismo, phansaghars desde este instante, se acuesten y mueran entre los lazos de la sagrada corbata, para gloria mayor de nuestro dios Siva.

Renovóse la escena con idéntico entusiasmo por una parte y con la misma resignación por la otra, y se sucedían unas ejecuciones a otras dentro del más maravilloso orden y con increíble precisión, sin que el menor ruido interrumpiese la solemnidad de las terribles ceremonias.

Una hora más tarde, apenas si quedaba una docena de hombres vivos, sin contar a los siete dignatarios de la secta, además de Saldanazar.

Ordenó entonces éste con su sonora y tranquila voz:

—Entonemos nuestro cántico último en honor de Siva.

Cantaron los contados sobrevivientes el himno al dios de la Muerte, y se tendieron todos sobre el suelo.

Ordenó una vez más el jefe supremo de la secta:

—Nos estrangularéis ahora, y luego seguiréis estrangulándoos unos a otros, y el último que quede con vida debe colgarse con la sagrada corbata como soga del ahorcado.

Ejecutóse sin la menor vacilación todo el siniestro programa. El cadáver del colgado era lo único que dominó aquel campo de muerte, y los abiertos y glaucos ojos del último thug parecían contemplar complacidos sus siete mil hermanos en religión que habían sabido cumplir con el fúnebre culto de Siva, el terrible dios de la muerte.

—¿Qué opina el señor de lo que acabamos de ver? — preguntó Surcouf al americano, tan pronto como terminó el terrible drama.

—Es grandioso todo esto.

—Cierto... es una grandiosa venganza la que he logrado, — murmuró Surcouf, enternecido al recuerdo de su adorada princesa.

Volvióse el marino al guicovar y dijo:

—Sahib, hétenos ya dueños de esta región, y falta sólo saber si se quiere someter a los bihils.

—Es preciso dominarlos, — contestó el soberano.

—Los irregulares han cautivado más de cien mil mujeres, niños y ancianos en las montañas, y si enviáramos emisarios a decir a los bihils que si nos entregan sus cañones y fusiles le daremos todos los prisioneros que están en nuestro poder, no cabe duda de que podríamos firmar con los valientes hombres de las montañas una paz honrosa y duradera.

Aplaudió el guicovar tan prudente consejo, y se ocupó aquel mismo día la capital del principado, para ocuparse al siguiente del pesado trabajo de quemar todos los thugs muertos. Pero fué inútil buscar los diaman-

tes robados. Todo lo que representaba los enormes tesoros encerrados antes en la gruta de Sanpourlan había desaparecido sin dejar el menor rastro.

No sólo perdía Surcouf una esposa adorada, sino también un inmenso tesoro y todo un principado, pero debe reconcerse que sentía más la pérdida de la mujer que la del trono y las riquezas, pero por mucho que se registró a Saldanazar y a sus principales dignatarios, no pudo encontrarse los brillantes.

Pero no había perdido el sagaz corsario toda esperanza de volver a poseer el tesoro, y la prueba está en que pidió que la ciudad permaneciera deseirta y en ruinas, como fúnebre recuerdo de la princesa.

—Quisiera, — decía Surcouf al guicovar, — que un enorme amontonamiento de escombros y de restos de derruidos edificios, templos y palacios, pareciesen llorar eternamente a mi querida esposa.

Encontró muy razonable el soberanò aquel deso y accedió a cuanto le pedía el corsario, y se nombró un nutrido cuerpo de veteranos sin otra misión sino la de guardar la arruinada ciudad a la que no debía dejar aproximarse a nadie, y Surcouf durmió tranquilo por constarle que si bien había perdido su tesoro, estaba éste tan bien guardado que no podría lleváreslo nadie. Volvió el ejército a Baroda y regresó con el del corsario con todos sus amigos.

. . . . . .

Una vez casado, Brinville no se sentía dispuesto a continuar con las galantes aventuras a que tan aficionado era antes. Su esposa era encantadora, muy inteligente y distinguida y muy digna de su marido, y Brinville adoraba a su esposa, y lo que vale más aún para la paz del hogar, sentía por ella tanta estimación como cariño. Era la mejor amistad que había tenido en toda su vida, y quiso ser fiel a aquella santa amistad, de modo que se produjo el milagro de que el joven teniente ni pensaba en otra mujer sino en la propia, lo que constituía la desesperación de la princesa Survana.

Como Surcouf no tenía ya razón alguna para esquivar la amistad de la princesa Djelina no vaciló en frecuentar el trato de aquella hija del guicovar, la que continuó teniendo para el capitán francés las mismas atenciones que antes, pero aquella reanudación de amistades acabó de desesperar a la otra pricesa, la cual envió a entrevistarse con Brinville la misma vieja encargada antes de convenir en las entrevistas. La respuesta del teniente fué que no había que pensar más en devaneos, ya que el médico le había recetado vida muy tranquila y muy doméstica.

Repitió fielmente la vieja estas palabras a la princesa.

—Vuelve a verle, — dijo, — y repítele que sólo deseo reanudar nuestra amistad.

Volvió la vieja y repitió a Brinville lo mismo que ya había manifestado, con lo cual nació en el corazón de la princesa un odio feroz contra la dama extranjera que de tal modo lograba supeditar el cariño de un mozo tan alegre y decidor como el teniente, y como el odio es pésimo consejero, para suprimir el olvido de Brinville decidió suprimir la causa que lo motivaba.

Envió a llamar a una vieja zíngara que había corrido toda Europa. Era una mujer muy rica que acampaba en las afueras de la ciudad en un gran carro, con sus hijos y sus nietos. Decía la buena ventura y adivinaba el porvenir, y tenía como clientes a las personas más importantes de la corte, siendo las más encopetadas damas quienes la recomendaban a sus amigos para todo género de delicados asuntos. Era lo que se dice una joya aquella gitana, por conocer los filtros del amor, los que dan y quitan la hermosura y los que causan la muerte de modo absolutamente secreto.

Se presentó la zíngara ante Survana, la que en varias ocasiones utilizó los conocimientos de aquella bruja moderna. Era una mujer alta, delgada, sin formas femeninas, con largo y rugoso cuello y con noble cabeza de águila. Los ojos tenían extraordinario brillo, y los brazos, como los de un esqueleto, describían círculos cabalísticos como acmpañamiento de las palabras pronunciadas por los labios. Su mano, que parecía ser de pergamino, aparentaba tener entre los dedos los destinos de los hombres. Pero era mujer extraordinariamente inteligente y sabía leer en el pensamiento de las personas, de manera que apenas si necesitaba explicaciones para dar gusto a su rica clientela.

Sacó de una cestita que colgaba de su brazo una baraja de las empleadas para las adivinaciones, y dijo:

—Me llamaste, princesa Survana, pero debo empezar por mostrarte el presente antes de que nos engolfemos en los secretos del porvenir.

Barajó solemnemente y luego dijo a la princesa que cortara la baraja.

—Saldrá una carta, — decía con tono sentencioso, — que ha de ser como el emblema de tu estado.

Tiró la baraja contra un veladorcillo, y cayeron las cartas, pero una de ellas pareció vuelta y se presentó con la figura a vistas. Miró la princesa aquella cartulina y lanzó un grito de terror. Representaba una quimera que desgarraba un corazón con las garras y los dientes.

—Ya ves, — dijo la zíngara. — Los celos roen tu corazón. ¿No es cierto?

—Muy cierto es, — contestó la princesa.

—No te quiere ya el francés y me llamas para que te proporcione un veneno.

—Has acertado.

—¿Si te entrego la pócima harás envenenar a la esposa del joven extranjero?

Sin atreverse la princesa a contestar, se limitó a hacer un signo afirmativo con la cabeza.

—Tengo unos polvos que provocan una enfermedad incurable, pero te advierto que se trata de una droga muy costosa. Producen un mal terrible y tan parecido al cólera, que nadie duda de que se trate del cólera mismo.

—¿Es cierto que tienes polvos de tales virtudes?

Sacó la zíngara de su canastilla un frasco con oscuro contenido y lo mostró a la princesa, mientras decía:

—Aquí tenemos la muerte de esa cristiana a la que odias.

—¿Qué precio tiene esa pócima?

—Te costará mil rupias.

Tomó la princesa uno de los anillos de un rico joyero y lo entregó a la gitana, a la que dijo:

—Este brillante vale mucho más de la suma acabada de marcar. Tuyo es y dáme ese frasco.

—Lo tomo por ser tú quien me lo da, — contestó la hechicera, — pero debo advertirte que compras la muerte de tu rival a muy bajo precio ya que este anillo no vale sino dos mil ochocientas rupias.

Dió media vuelta rígida e inflexible como si fuera un poste que gira, y se dirigó con firme paso hacia la puerta. Levantó los pesados cortinajes y salió sin dignarse hacer la más insignificante reverencia a la gran dama.

Así es cómo se asesinó a una encantadora mujer que murió de un ataque de cólera fulminante que tuvo pocos días después. Estaba Brinville en el campo y cuando llegó a su casa, al recibir la noticia de la enfermedad de su esposa, la encontró muerta. Los síntomas del mal que dejó viudo al teniente eran tales que no pudo abrigar nadie la menor duda de que hubiera fenecido de cólera, enfermedad endémica en aquella región.

No podría describirse el pesar que sintió el joven viudo. El guicovar ordenó que se hiciera a la difunta las más pomposas honras fúnebres y quiso además que se levantara en memoria de la joven criolla francesa el magnífico mausoleo que puede admirarse aún hoy, y la princesa Survana, así como todo lo más distinguido de la corte, asistió al entierro de la esposa de Brinville, pero quedó aterrada la causante de aquella muerte al notar el terrible efecto producido en el ánimo del viudo corsario.

No ganó nada la princesa Survana con aquel crimen cometido tan premeditadamente y con tantas esperanzas de que fuera motivo de nuevas alegrías. Brinville quedó como anonadado por la pérdida de su adorada, y permaneció muy poco tiempo más en la India. Volvió a Francia y nunca supo nada más de él la dama que tanto llegó a quererle, pero a pesar de todo, ni por un sólo instante dejó la princesa Survana de recordar al teniente Brinville, a quien amó toda su vida.

Había hecho el guicovar los mayores esfuerzos para retener a Surcouf a su servicio, pero el valiente corsario rechazó todas las ofertas por muy seductoras que fuesen, opiniendo su habitual tenacidad de resoluciones.

—Si quiere hacer sahib guicovar la guerra inmediatamente a los ingleses, aquí me quedo, pero debo empezar por reconocer que no es oportuno el momento para emprender una campaña contra los británicos. Lo primero que se necesita es restablecer la parte financiera de este reino, muy perjudicada por las revueltas últimas y porque acabamos de dominar. Es indispensable, además, modificar y perfeccionar todos los servicios de la artillería, y he dado ya las disposiciones necesarias para crear una milicia de artilleros que no ha de costar nada pero que pueda prestar muy útiles servicios en caso de guerra, y visto todo esto he resuelto que esos dos años que el guicovar necesita para reconstituir la parte financiera de su reino y para preparar su ejército, debo pasarlos yo sobre los mares, donde espero causar grandes daños a nuestros enemigos los ingleses.

—He pensado, — dijo el guicovar, — si no sería conveniente hacer como Tipo Sahib, quien pudo contar con el concurso de generales franceses.

—Es esa una magnífica idea, — interrumpió el corsario. — Mientras aprovecho todas las oportunidades para apresar barcos ingleses, me dirigiré ahora a Saint Malo y de allí iré a París, y como encuentre algún general digno del puesto que aquí pueda ofrecérsele lo traigo a mi vuelta para que ayude al guicovar a expulsar los extranjeros del país.

—Como sea hombre capaz de cumplir con semejante empeño, lo recompensaré con el señorío de un reino poderoso.

—No ha de faltar, sahib, entre tanto valiente y buen general joven como ha brotado en las campañas de la república, algún ambicioso aventurero que no vacile en venir aquí, como se le ofrezca una corona. Trataré de sugestionar a alguno de los más meritorios con los espejismos del trono que se le ofrece en esta opulenta India.

—No olvides ofrecer las mayores riquezas del orbe, — agregó el guicovar.

—Pues con estos cebos, sahib rajá, casi me comprometo a salir airoso del encargo que tan genrosamente se me hace.

Especificaron con toda minuciosidad las condiciones con arreglo a las cuales podía tratarse con algún militar francés, ya que sólo sobre la base de este proyecto se separaron el corsario y su señor, y como resultado de las gestiones de Surcouf en París se logró ver cómo el mismo Bonaparte emprendiera la conquista de Egipto desde donde, repitiendo y copiando el itinerario seguido por Alejandro, pensaba encaminarse hasta dominar la India por completo.

El tesoro del guicovar se hallaba muy menguado a causa de la guerra, motivo por el cual pidió mil excusas el rajá por no poder ofrecer más que un millón de rupias a Surcouf y otro a Brinville y otras cien mil a Mario, quien salvado milagrosamente de tantas batallas, asesinatos y matanzas, dejaba por fin el servicio y volvía a Marsella, donde pensaba vivir de sus rentas en compañía de su fiel Sapajou. Tanto Mario como el negro llevaban sus esposas. Surcouf les propuso desembarcar en Saint Malo.

—Brinville y yo, — decía el capitán corsario, — tenemos que ir a París a reclamar al Directorio los millones representados por los navíos ingleses que nos secuestró el gobernador de la isla de Francia. Si haces el viaje con nosotros, ten en cuenta que con dos buenos barcos armados en corso como los nuestros, es casi seguro librarse de caer

prisionero por el camino por nuestros enemigos. Vamos todos juntos a Nantes y de allí a París, desde donde se puede seguir el viaje para terminar en Marsella.

Aceptó Mario con la mayor alegría, y en cuanto al padre Lanternier, como había tomado gran cariño a los que fueron sus frailes y su monjas, juró no dejar en su vida el barco de Brinville.

Había resguardado Surcouf su navío en el puerto de Surate, donde no podían atacarle los ingleses. Brinville cuidó de llevar el suyo al mismo punto, pero se enteró la Compañía de las Indias de que los dos barcos corsarios se hallaban en el indicado puerto, y envió sin pérdida de momento dos fragatas y dos corbetas para bloquear la salida, lo que constituía la más hermosa declaración de la gran importancia atribuída por la Compañía de las Indias a que no lograra Surcouf volver a sus correrías marítimas. Además, la asombrosa desproporción entre las fuerzas con que contaba el corsario y las destinadas e inmovilizadas sólo para cerrarle el camino del mar, establecía la duda respecto a cuál sería lo más conveniente par la realización de los planes de los marinos franceses.

Comprendió Surcouf que era imposible luchar con el formidable enemigo que le esperaba a la boca del puerto, y así decía a Brinville:

—Estamos bloqueados y aunque tomásemos uno de los barcos enemigos al abordaje, tendríamos inmediatamente sobre nosotros todo el grueso de sus fuerzas.

—Lo mejor sería, — observó Brinville, — salir por tierra de Surate y armar en otro puerto una proa árabe en la que se podría viajar como peregrinos musulmanes, y no dejaríamos de encontrar en algún sitio cualquier barco neutral que nos lleve a Francia.

—Me inclino a seguir ese plan, — dijo Surcouf.

—Pues yo, señores, — interrumpió el padre Lanternier, — pido algunos días de respiro y calma antes de que se adopte un plan definitivo. No puedo negar que me bullen los sésos a la sola idea de no ver volar a los barcos ingleses que cierran el puerto. Creo que encontraremos algo mejor que lo idiedo por este buen mozo... Sólo pido unos días...

—Medite, que tranquilos esperaremos algún tiempo, — contestó Surcouf.

Terminada esta conversación, y para poderse inspirar en buenas fuentes, empezó el padre Lanternier por encaminarse a una taberna del puerto donde podía beber a su placer el rico vino de Chiraz, y para que no bebiera a solas, llevó en su compañía al sacristán y a dos de sus marineros de los que habían representado el papel de frailes con algo menos de devoción del a que debiera desearse.

Cuando aquella misma noche dió por fin el padre Lanternier con Brinville, le saludó tieso como un palo, con tiesura que denotaba esfuerzo para no ladearse, y con voz algo aguardentosa, dijo:

—Amiguito, Encontré algo... Algo bueno...

—Dígalo pronto y cuente de qué se trata.

—Calma, mucha calma, amiguito mío... Lo has de comprender muy pronto...

En aquellos momentos y dada la situación en que se hallaba el cura marino, comprendió el teniente que sólo podía esperarse del bravo anicano alguna bendición no muy segura.

Apartóse muy alegre del viejo sacerdote, quien quedó gesticulando, y decía el teniente para sí mismo:

—Conozco lo bastante al padre Lanternier para saber que si dice que ha encontrado algo es por estar seguro del éxito. Ha dicho que marchará la cosa, y no dudo de que marche bien.

Pasaron como ocho días durante los cuales parecía que se hubiera evaporado el padre Lanternier. Era como invisible, y lo único que podía asegurarse era que trabajaba activamente con todo su personal, por haber conservado el mando exclusivo de una de las chalupas con toda la tripulación, pero cuando amaneció el novena día, a contar del eclipse total del sacerdote, envió a llamar a Surcouf y a Brinville, los que se vieron muy pronto metidos por el padre cura en una gran sala convertida en taller.

Vió allí Surcouf objetos muy extraños que semejaban marsoplas.

—¿Pero qué significa todo esto? — preguntó el corsario.

—Esto son kayaks esquimales, — respondió el padre, — pero los he deformado para que parezcan marsoplas. Navegué en otros tiempos por los círculos polares a bordo de un ballenero, cuando no pasaba de aprendiz de grumete, y la primera vez que vi esquimales en las costas de Groenlandia, quedé en duda de si eran hombres, focas o alguna bestia marina de la propia especia, y ahora, mis reverendos frailes vayan en busca de los barcos enemigos, los han de tomar los marineros ingleses por sirenas, marsoplas o focas, según los gustos de cada uno de los observadores.

SURCOUF

Continuará en el próximo número de "Pucky". Es una novela extensa y vibrante que ha servido para el argumento de la notable película cinematográfica que la casa francesa León Gaumont estrenará en Buenos Aires y Montevideo en la presente temporada.

UN POPULAR CUENTO RUSO

La bruja y la hermana del Sol

Por L. AFANASIEFF

Igual que los anteriores cuentos de este gran autor ruso publicados con anterioridad, el que va a continuación es digno de estas páginas por su estilo, su chispeante originalidad y su asunto novedoso.

EN un país lejano hubo un zar y una zarina que tenían un hijo, llamado Iván, mudo desde su nacimiento.

Un día, cuando ya había cumplido doce años, fué a ver a un palafrenero de su padre, al que tenía mucho cariño porque siempre le contaba cuentos maravillosos.

Esta vez, el zarevich Iván quería oír un cuento; pero lo que oyó fué algo muy diferente de lo que esperaba.

—Iván Zarevich, — le dijo el palafrenero, — dentro de poco dará a luz tu madre una niña, y esta hermana tuya será una bruja espantosa que se comerá a tu padre, a tu madre y a todos los servidores de palacio. Si quieres librarte tú de tal desdicha, vé a pedir a tu padre su mejor caballo y márchate de aquí a donde el caballo te lleve.

El zarevich Iván se fué corriendo a su padre, y, por primera vez en su vida, habló. El zar tuvo tal alegría al oirle hablar que, sin preguntarle para qué lo necesitaba, ordenó que le ensillasen el mejor caballo de sus cuadras.

Iván Zarevich montó a caballo y dejó en libertad al animal de seguir el camino que quisiese. Así cabalgó mucho tiempo hasta que encontró a dos viejas costureras y les pidió albergue; pero las viejas le contestaron:

—Con mucho gusto te daríamos albergue, Iván Zarevich; pero ya nos queda poca vida. Cuando hayamos roto todas las agujas que están en esta cajita y hayamos gastado el hilo de este ovillo, llegará nuestra muerte.

El zarevich Iván rompió a llorar y se fué más allá. Caminó mucho tiempo, y encontrando a la Vertodub le pidió:

—Guárdame contigo.

—Con mucho gusto lo haría, Iván Zarevich; pero no me queda mucho que vivir. Cuando acabe de arrancar de la tierra estos robles con sus raíces, en seguida vendrá mi muerte.

El zarevich Iván lloró aún con más desconsuelo y se fué más allá. Al fin se encontró a Vertogez, y acercándose a él, le pidió albergue; pero Vertogez le repuso:

—Con mucho gusto te hospedaría, pero no viviré mucho tiempo. Me han puesto aquí par voltear esas montañas; cuando acabe con las últimas, llegará la hora de mi muerte.

El zarevich derramó amarguísimas lágrimas y se fué más allá. Después de viajar mucho llegó al fin a casa de la hermana del Sol. Esta lo acogió con gran cariño, le dió de comer y beber y lo cuidó como a su propio hijo.

El zarevich vivó allí contento de su suerte; pero algunas veces se entristecía por no tener noticias de los suyos. Subía entonces a una altísima montaña, miraba al palacio de sus padres, que se percibía allá lejos, y viendo que nunca salía nadie de sus muros ni se asomaba a las ventanas, suspiraba llorando con desconsuelo.

Una vez que volvía a casa después de contemplar su palacio, la hermana del Sol, le preguntó:

—Oye, Iván Zarevich, ¿por qué tienes los ojos como si hubieras llorado?

—Es el viento que me los habrá irritado, — contestó Iván.

La siguiente vez ocurrió lo mismo. Entonces la hermana del Sol impidió al viento que soplase.

Por tercera vez volvió Iván con los ojos hinchados, y ya no tuvo más remedio que confesarlo todo a la hermana del Sol, pidiéndole que le dejase ir a visitar su país natal. Ella no quería consentir; pero el zarevich insistió tanto que le dió permiso.

Se despidió de él cariñosamente, dándole para el camino un cepillo, un peine y dos

manzanas de juventud; cualquiera que sea la edad de la persona que come una de estas manzanas rejuvenece en seguida.

El zarevich llegó al sitio donde estaba trabajando Vertogez y vió que quedaba sólo una montaña. Sacó entonces el cepillo, lo tiró al suelo y en un instante aparecieron unas montañas altísimas, cuyas cimas llegaban al mismísimo cielo; tantas eran, que se perdían de vista.

Vertogez se alegró, y con gran júbilo se puso a voltearlas como si fuesen plumas.

El zarevich Iván siguió su camino, y al fin llegó al sitio donde estaba Vertodub arrancando los robles; sólo le quedaban tres árboles. Entonces el zarevich, sacando el peine, lo tiró en medio de un campo, y en un abrir y cerrar de ojos nacieron unos bosques espesísimos. Vertodub se puso muy contento, dió las gracias al zarevich y empezó a arrancar los robles con todas sus raíces.

El zarevich Iván continuó su camino hasta que llegó a las casas de las viejas costureras. Las saludó y regaló una manzana a cada una; ellas se las comieron, y de repente rejuvenecieron como si nunca hubiesen sido viejas. En agradecimiento le dieron un pañuelo que al sacudirlo formaba un profundo lago.

Al fin llegó el zarevich al palacio de sus padres. La hermana salió a su encuentro; le acogió cariñosamente y le dijo:

—Siéntate, hermanito, a tocar un poquito el arpa mientras yo te preparo la comida.

El zarevich se sentó en un sillón y se puso a tocar el arpa. Cuando estaba tocando, salió de su cueva un ratoncito y le dijo con voz humana:

—¡Sálvate, zarevich! ¡Huye a todo correr! Tu hermana está afilándose los dientes para comerte.

El zarevich Iván salió del palcio, montó a caballo y huyó a todo galope.

Entretanto, el ratoncito se puso a correr por las cuerdas del arpa, y la hermana, oyendo sonar el instrumento, no se imaginaba que su hermano se había escapado. Afiló bien sus dientes, entró en la habitación y su desengaño fué grande al ver que estaba vacía; sólo había un ratoncito, que salió corriendo y se metió en su cueva.

La bruja se enfureció, rechinando los dientes con rabia, y echó a correr en persecución de su hermano. Iván oyó el ruido, volvió la cabeza hacia atrás, y viendo que su hermana casi le alcanzaba sacudió el pañuelo y al instante se formó un lago profundo.

Mientras que la bruja pasaba a nado a la orilla opuesta, el zarevich Iván se alejó bastante. Ella echó a correr aún con más rapidez. ¡Ya se acercaba!

Entonces Vertodub, comprendiendo al ver pasar corriendo al zarevich que iba huyendo de su hermana, empezó a arrancar robles y a amontonarlos en el camino; hizo con ellos una montaña que no dejaba paso a la bruja. Pero ésta se puso a abrirse camino royendo los árboles, y al fin, aunque con gran dificultad, logró abrir un camino y pasar: pero el zarevich estaba ya lejos.

Corrió persiguiéndole con saña, y pronto se acercó a él; unos cuantos pasos más, y hubiera caído en sus garras.

Al ver esto, Vertogez se agarró a la más alta montaña y la volteó de tal modo que vino a caer en medio del camino entre ambos, y sobre ella colocó otra. Mientras la bruja escalaba las montañas el zarevich Iván siguió corriendo y pronto se vió lejos de allí. Pero la bruja atravesó las montañas y continuó la persecución.

Cuando le tuvo al alcance de su voz le gritó con alegría diabólica:

—¡Ahora sí que ya no te escaparás!

Estaba ya muy cerca, muy cerca. Unos paso más, y lo hubiera agarrado. Pero en aquel momento el zarevich llegó al palacio de la hermana del Sol y empezó a gritar:

—¡Sol radiante, ábreme la ventanita!

La hermana del Sol le abrió la ventana e Iván saltó con su caballo al interior.

La bruja pidió que le entregasen a su hermano.

—Que venga conmigo a pesarse en el peso, — dijo. — Si peso más que él, me lo comeré, y si pesa él más, que me mate.

El zarevich consintió y ambos se dirigieron hacia el peso. Iván se sentó el primero en uno de los platillos, y apenas puso la bruja el pie en el otro zarevich dió un salto hacia arriba con tanta fuerza que llegó al mismísimo cielo y se encontró en otro palacio de la hermana del Sol.

Se quedó allí para siempre, y la bruja, no pudiendo cazarle, se volvió atrás.

AFANASIEFF.

PLANCHA

La joven: — Sí, mi buena mamá me regala un lindo libro todos los años, el día de mi santo.

El grandísimo pavo: — ¿De veras? Entonces usted debe tener ya una magnífica biblioteca, ¿no es cierto?

LA VINCHA A LA MODA

—Estimado doctor: tengo dolor de cabeza.
—¡Ajajá! Ha hecho bien en empezar por ponerse una venda protectora.

TRADICION POPULAR PERUANA

LA HIJA DEL OIDOR

Por RICARDO PALMA

En la forma galana en que trata todas sus narraciones, el famoso autor peruano cuenta aquí una típica y trágica historia de una época de grandes convulsiones en tierra de América.

El pueblo me la contó
y yo al pueblo se la cuento.

"SUERTE tiene vuesamerced, señor capitán."

—No tanto como vos, padre Lutgardo. Ahora mismo no puedo disponer de una mala moneda con el escudo de nuestro muy amado monarca Carlos III, para pagar el gasto que hemos hecho.

—Para mi santiaguada que sois descontadizo, y que os quejáis de puro ingrato. Si vuestra bolsa esta escueta, en cambio las damas os protegen a placer. Dígalo doña Milagro, la hija del oidor Venegas, a quien robásteis de la casa paterna, y que o poco se me alcanza en achaques de enamorados la tenéis aun encerrada en vuestro cuarto. A fe que, es una garrida moza, si las hay.

—¡Hola! ¡Barrunto que sois entendido catador en esto de la tentación de Adán! ¡Vaya! ¿Cuánto me dáis por la niña?

—Siempre chancero, señor capitán.

—¡Por los clavos de Cristo, padre, que os encandilan los ojos! Os la cedo... y contadme quinientos escudos.

—No abuséis, capitán, de vuestro buen humor, os suplico que dejéis la broma a un lado si no tenéis empeño en agraviarme.

—¡Por la cruz de mi espada os juro que no me petan camándulas y que hablo formalmente! Así como así, más necesidad tengo hoy de dineros que de amantes.

El jesuíta se levantó violentamente de la silla que ocupaba, y alargando la mano al capitán le dijo:

—Es asunto terminado. Acompañadme al convento.

Ambos personajes salieron. Mas mientras atraviesan calles para llegar a la celda, no es justo que el lector quede desocupado y aguardando al aire fresco con riesgo de pescar un romadizo; por lo que, con venia euya, el cronista se permite entretenerlo brindándole un cigarrillo y echando una mano de amable murmuración.

* * * *

EL diálogo que a fuer de curiosos y de imprudentes, hemos sorprendido, tenía lugar a la caída de la tarde de un día de setiembre del año del Señor e 1767 en una botillería o taberna con humos de café, situada en la calle de Judíos.

Los que así platicaban representaban dos de las clases más importantes del virreinato, — la sotana y la espada. — Verdad es que hoy en que vivimos bajo un desgobierno que llaman república, mal que nos pese a los que de buena fe mamos y acreemos en la democracia, estas clases han ganado en predominio.

Para tiranizar al pueblo tanto vale la cátedra del Espíritu Santo, en donde abusando de su misión pacífica el sacerdote cristiano predica la intolerancia y da pábulo al más extravagante fanatismo, como el acero del soldado bajo cuya punta se oprime todo pensamiento de libertad y toda tendencia qu se encamine a glorificar los bellos días del porvenir americano, cuyo advenimitnto no es dado impedir a los que aplicándose el dictado de conservadores, sólo son apóstoles de la estagnación y del oscurantismo.

Uno de nuestros personajes era el capitán Carlos Perea, desenfrenado y perseguido constantemente por una turba de sabuesos acreedores, había logrado cautivar el corazón de doña Milagros Venegas, doncella que al codiciable palmito inherente a las diez y ocho primaveras de mujer, unía la nomenos apetitosas recomendaciones de una fuerte dote y de una pingüe herencia en perspectiva, como hija única de un acaudalado oidor de la Real Audiencia.

Por supuesto que el padre conocedor del libertinaje de Perea se negó a concedérsela

por esposa, en lo que no dejamos de holgarnos, porque de haber sido condescendiente el bueno del golilla, no habríamos tenido tela que cortar y el romance se habría quedado en el tintero.

Carlos no era hombre capaz de andarse con vueltas ni de desalentarse con la obstinación del viejo.

En consecuencia y contando con la voluntad de la muchacha, que a decir verdad no era de gran trastienda, ni se asemejaba a las coquetas de hogaño en lo de amagar y no dar, prefirió cortar por el atajo y robó a doña Milagro, mercancía que para ser hurtada necesita el consentimiento de su dueño.

Testarudo como el que asó la manteca y con más penacho que don Rodrigo en la horca, nuestro oidor no quiso darse a partido cuando supo la desaparición de su hija, y declaró muy seria y campechanamente que la desheredaba y la desconocía.

Con lo que, fallido el proyecto del capitán y hastiado ya del amor de la niña, que lejos de proporcionarle el venero de oro que él soñara había llegado a serle carga dura de soportar, no se le hizo cuesta arriba traspasar sus derechos por quinientos escudos al padre Lutgardo, jesuíta cuya reputación de hombre sensual no iba en zaga a la del atolondrado Perea.

* * * *

ERAN las ocho de aquella cuando una joven enlutada y un militar envuelto en su capote salían de una casa del callejón de San Francisco con dirección a los Desamparados.

El militar se apartó un instante de la dama, habló en secreto con un religioso que se hallaba en la puerta del convento, y luego, guiados por éste, entraron en la iglesia por una puertecita excusada, internándose en los sótanos que comunican con San Pedro.

Nuestros lectores habrán reconocido en los dos primeros personajes a Milagro y don Carlos, quien valiéndose del pretexto muy aceptable para el espíritu de una mujer tímida yapasionada, de que el oidor iba a poner en planta un proyecto para apoderarse de la rebide y "secarla" en un monasterio, indujo a ésta que le siguiese a más seguro asilo.

* * * *

EL reloj de la Compañía acababa de tocar las tres de la mañana cuando súbitamente fué invadido el convento por el señor virrey, por el regente y miembros de la Real Audiencia seguidos de una comitiva de alcaldes del crimen, escribas, corchetes y demás familia menuda de la corte que se ocupa de ajusticiar.

Iban a cumplir la disposición del sabio ministro de Carlos III, por la que en el mismo día fueron expulsados de las Indias los entonces temibles adeptos de Ignacio de Loyola.

El navío de guerra, "San José, Peruano", se encontraba ya pronto en la había del Callao para hospedar a los que contaban ciento noventa y nueve años de dominio en el Alto y bajo Perú.

Admirable es en verdad el tino con que el conde de Aranda (motor del proyecto de expulsión y cuya firma aparece al pie de la real pragmática, fechada en el Pardo a cinco de abril de aquel año), logró dar cabo a su empeño; y más admirable aún la lealtad con que los comisionados de la Corona cumplieron una disposición en la que luchaban contra hombres que ejercían grande influencia en el pueblo y aún sobre ellos mismos.

En cuanto al secreto, del que el virrey tuvo conocimiento quince días antes del designado para su realización, fué tan perfectamente guardado que los jesuítas de América no alcanzaron a descubrirlo; pues con los inmensos tesoros de que podían disponer, con su prestigio y con el dominio que ejercían sobre las conciencias, les habría sido fácil cruzar todo proyecto hostil a la estabilidad de la Compañía.

Es fama que sólo el general de las misiones del Paraguay, que se hallaba aquel día a cuarenta leguas de Salta en una reducción de indios llamada Miraflores, tuvo aviso de que iba a concluir en el mundo la preponderancia de la orden, cinco horas antes de la señalada.

Inmediatamente convocó a los padres, los que resolvieron aguardar resignados la suerte que se les deparase y cuentan que al intimárseles el regio mandato, su general contestó sonriendo maliciosamente:

—Estamos prontos. No poseemos los tesoros que codiciáis y nuestra única propiedad es el breviario que llevan nuestras manos.

Y luego murmuró entre dientes con aire de terrible amenaza:

—¡Ah! ¡Ganganelli! ¡Ganganelli!

El hecho es que, el papa que permitió la expulsión de los jesuítas, murió poco después envenenado.

* * * *

LA comitiva del virrey, después de puestos los padres a buen recaudo, se dirigió a los archivos y bóvedas subterráneas del convento de San Pedro donde se afirmaba la existencia de caudales enterrados, aserción que hoy mismo es muy popular.

Al romper la puerta de una de las bóvedas todos dieron un paso atrás sorprendidos por la claridad de una lámpara. Adelantáronse algunos alguaciles y encontraron el cadáver de una mujer con un puñal clavado en el seno.

Era Milagro, quien con su resistencia desesperada a los deseos de Lutgardo, se había conquistado el martirio.

¡Blanca rosa cortada del tallo apenas comenzaba a abrir su cáliz a los besos del aura! Yo he visto la mancha de sangre que dejó su trspasado pecho sobre las húmedas baldosas del sótano y he orado al cielo ante el recuerdo de la infeliz víctima del jesuíta.

RICARDO PALMA.

SALSA BECHAMEL

Se hace hervir un vaso de leche con una cebolla, 8 granitos de pimienta, perejil, tomillo y laurel. Por otro lado se derrite en una sartén dos cucharadas de manteca, se le añade una cucharada de harina y sin dejarla dorar se mezcla con la leche que se ha hervido antes, cuidando de revolver todo el tiempo, que es más o menos de 15 a 20 minutos lo que tarda para cocinarse.

Después se pasa por una muselina, se vuelve al fuego, se sazona con sal, pimienta y nuez moscada y se sirve.

SALSA ESPAÑOLA

Se doran dos cucharadas de harina en una cacerola con un poquito de manteca y luego se le añade caldo lo bastante como para formar una salsa espesa, se deja cocinar por media hora.

Después se sazona a gusto, se le agrega un poquito de jamón finamente picado, media copita de vino blanco y una cucharada de hongos, también picados. Se hace cocinar un ratito más y en seguida se sirve.

SALSA DE HUEVO

Se pican lo más finamente posible dos huevos duros y una hojita de perejil.

Se les agrega sal, pimienta, una cucharada de aceite, una de vinagre y una de caldo. Se mezcla todo bien y se sirve.

SALSA MADERA

(Para aves)

Se mezcla una copita de vino Madera con la misma cantidad del jugo del ave, se sazona con sal y pimienta. Se revuelve junto con una cucharada de manteca y una de harina dorada, se le hace hervir un ratito y se sirve sobre la presa o en salserita aparte.

SALSA PARA PUCHERO

Ingredientes: Dos cucharadas manteca, 1 cucharada mostaza francesa, perejil bien picado y una cucharadita de azúcar en vez de sal.

Modo de hacerla: Se derrite la manteca y se le añaden los demás ingredientes mezclándolos bien, sirve para acompañar el puchero o los budines.

SALSA MOUSSELINE

Se pone en una cacerolita al bañomaría un poco de manteca, tres yemas de huevo y una cucharadita de café de jugo de limón; se bate todo bien hasta que espese como una salsa mayonesa y luego se le añade 125 gramos de manteca, mezclándola de a poquitos.

Esta salsa debe quedar espesa y muy lisa, se sazona con sal y pimienta y al momento de servirla se le incorpora dos cucharadas de crema fresca, se bate un rato y se sirve.

SALSA TOMATE

Ingredientes: 1|2 kilo tomates, 2 cebollas, 1 cucharada manteca, 1 de jamón, 1 de vinagre, tomillo y orégano.

Modo de hacerla: Se derrite en una cacerola la manteca, se añade el jamón y las cebollas finamente picadas, y se dejan cocinar un rato. Después se añaden los tomates cortados, el tomillo y orégano, y se dejan al fuego por 20 minutos.

Pasado este tiempo, se saca la salsa del fuego, se pasa por un cernidor, se sazona bien, se calienta otra vez y se sirve.

SALSA DE MENTA PARA ACOMPAÑAR CORDERO

Se pican lo ms finamente posible, una hoja de menta fresca o seca qeu equivalga a una cucharada bien llena, se ponen en la salsera, se les añade una cucharada de vingre, un terrón de azúcar y tres cucharadas de agua caliente, se tapa bien, y cuando está completamente fría a la hora de haberla preparado, se sirve en su misma salsera.

Nota: Cuando no se tiene menta fresca, se hace lo mismo con menta.

SALSA DE ANCHOAS

Ingredientes: Medio vaso de leche, medio vaso de agua o de caldo de pescado, una cucharada de manteca, una cucharadita de harina, una esencia de anchos o si se prefiere dos anchoitas peladas y bien pisadas.

Modo de hacerla: Se derrite bien la manteca y se deslíe en ella la harina, se deja cocinar 6 minutos. Se añade el caldo y leche, se deja hervir un rato, después se retira del fuego, se le añade la esencia de anchoas y se emplea como se quiera.

CORDON BLEU

Dart, obedeciendo a la silenciosa orden del revólver con que el de policía le estaba apuntando, levantó sus criminalmente hábiles manos. ("Ceguera de nieve").

I

TAN pronto como abrió los ojos, aquella mañana, Sandilands se dió cuenta de que se hallaba en una posición totalmente inesperada y extremadamente peligrosa. Tan peligrosa, que serían necesarios todo su coraje y su inteligencia, o la intervención de la Providencia, para librarlo de ella.

Sandilands, — que en inglés quiere decir "tierras arenosas", — joven, vigoroso, interesadísimo en salir victorioso de aquel su primer caso importante desde que se había alistado en la Real Policía montada del Canadá, menos de dos años antes, había visto al doctor Dart, el asesino científico, a quien, conjuntamente con otros agentes de la policía montada, buscaba desde el día anterior.

El hombre buscado se hallaba a punto de llegar a su meta, la seguridad impenetrable de las Montañas Rocosas, hacia el Oeste. Desde poco después de la salida del sol, cuando la distante figura del médico se hizo por primera vez visible, así como su montura y su caballo de carga, hasta poco antes de la caída del sol, el "mounty", — como se llama familiarmente en el Canadá a los agentes de la policía montada, — había seguido a su hombre. Luego, allá en el espacio que los poco abundantes y altos árboles ponían una fúnebre nota negra sobre la blancura de la nieve, Sandilands había hecho el arresto. Había sido aquella una pequeña escena, silenciosa, llena de intensa fuerza dramática en su mismo silencio, cuando los dos hombres, bravos y resueltos, se habían contemplado cara a cara, y Dart, obedeciendo la silenciosa orden del Colt del polizonte, había levantado sus terribles manos en alto, poniendo así fin a la difícil caza.

Todo esto había dado comienzo cuando se había recibido en el cuartel de la Real Policía Montada, en Pinto, la noticia de que, en aquella pequeña y próspera población de las praderas, en la cual Dart ejercía con bastante éxito su profesión de cirujano, en la propia sala de operaciones del médico, había sido hallado muerto Arthur Holditch, uno de los hombres de negocios de Pinto más prominente. La policía, poniendo manos a la obra de inmediato, en pocas horas había puesto en descubierto todo el asunto, el que, en lo que a horror se refiere, habría sido difícil de igualar.

Para comenzar: Holditch había sido asesinado en forma cruel y refinada, no sólo por un hombre que era un excelente cirujano, sino también un verdadero demonio. Para comenzar, había anestesiado a su víctima lo suficiente como para poder sujetarla, amordazándola, a la mesa de operacio-

nes, con entera libertad. Luego había procedido a matarlo lentamente, cruelmente, en un forma tal que la pluma se rehusa, horrorizada, a detallar.

El cirujano había deseado hacer sufrir a su víctima tanto, tan largmente y por tantos motivos diferentes como le fué posible: lo que quiere decir, teniendo en cuenta la habilidad quirúrgica de Dart, que la víctima debió haber sufrido torturas capaces de poner los pelos de punta a un inquisidor. Fué precisamente por eso que la policía supuso desde el primer momento que sólo Dart podría haber hecho aquello. Pero, aún cuando eso no hubiera sido lo suficientemente aparente, Dart se había preocupado de que no quedara la menor duda de su intervención. Porque, sobre el pecho del cadáver, había dejado una nota escrita y firmada por él, dirigida "A la policía". Esa nota decía: "He muerto a Arthur Holditch por razones que sé Dios, por lo menos, aprobará. Si ustedes, los de la policía, son lo suficientemente inteligentes como para descubrirlas, ustedes también comprenderán. Pero si no, tomen nota del ejemplo que dejo para tener cuidado en no meterse conmigo. Carlos W. Dart."

Además de la nota, la policía puso de manifiesto que Dart había escapado durante la noche, apresuradamente. Por medio de inteligentes interrogatorios a que fueron sometidas las sirvientas de la casa, se consiguió poner en claro el motivo del crimen. El motivo no había sido otro que los celos, causados por una larga cadena de circunstancias. Celos de su esposa y de Holdritch; el eterno triángulo.

Durante meses y meses, Dart había vigilado; desesperadamente enamorado de su mujer, había planeado poco a poco su crimen, su venganza. Primero procedió a quitar a su esposa del camino, enviándola a pasar una temporada a California, y luego a eliminar a su rival con la sangre fría y la deliberación de un carnicero.

En consecuencia, se había enviado aviso, por telégrafo y por medio de mensajeros montados, a todos los puestos de la policía montada, poniendo en conocimiento de todos ellos el crimen, la filiación del criminal. Y no sólo esto, sino que también se había enviado los mismos despachos a todos los puntos de Norte América, fuera del radio de autoridad de los "casacas rojas", a millares de puntos en los Estados Unidos y en Méjico. Como consecuencia inmediata, la enorme red de acero de la justicia había comenzado a estrecharse lentamente en redor del perseguido.

Dart, según la policía, era un completo hombre de los bosques; lo había conseguido como complementa a su pasión y entretenimiento favorito, que era la caza de animales salvajes. Por lo tanto, era de suponer que buscara refugio en la espesura de los bosques vírgenes, a unas cien millas más o menos, más allá de Pinto, donde sería mucho más peligroso y ciertamente mucho más difícil de apresar que si se refugiaba en una ciudad.

Cuando la policía descubrió que había llevado consigo su equipo de caza; que, antes del crimen, había adquirido un caballo de montar y otro de carga; que no había sido visto por los caminos ni las sendas, comenzó a sospecharse de que tratara de buscar refugio en las Montañas Rocosas, y de inmediato se organizaron partidas que salieran en su busca.

Y así había sucedido que Sandilands, quien recibió la orden de salir en busca del doctor al mismo tiempo que otros agentes, habíase hallado durante tres días marchando siempre hacia el oeste por sobre la pradera cubierta de nieve, hasta que, al fin, ciertos puntos movibles muy diminutos para poder apreciar que eran, negros sobre la inmensidad blanca, habían atraído su atención. Examinados aquellos puntos a través de los anteojos de campaña, resultaron ser un hombre montado seguido de un caballo de carga. El "mounty", pues, había apresurado la marcha, los había alcanzado y arrestado a su perseguido. Los agentes de la real policía montada del Canadá siempre cazan sus presas.

Como era ya demasiado tarde para emprender el regreso a Pinto, Sandilands había acampado allí, al pie de las montañas, aquella noche, con Dart. Tomando las frazadas del médico y las suyas propias, había formado un solo lecho; dispuso el fuego a fin de que ardiera la noche entera; colocó sus armas con una forma conveniente sólo para él; se sujetó una muñeca a la de Dart por medio de las esposas y, satisfecho de haber cumplido el deber, se dispuso a dormir.

Pero no durmió. Poco después de haberse acostado, algo extraño, raro, comenzó a hacerle doler los ojos, sin que pudiera suponer qué la producía. La noche pasaba, y con ella el dolor se hacía cada vez más intenso, hasta que, más o menos al despuntar la aurora, llegó a un grado agudo. Abrió los ojos, sin poder ver nada; y recordó la intolerable blancura de las grandes praderas nevadas por las que había viajado durante tanto tiempo. Estaba ciego; ciego a causa del reflejo de la nieve.

Ciego y solo; sol y, virtualmente, en manos del diabólico médico que había ya advertido a la policía de cuidarse en como se entrometían en sus asuntos.

II

DURANTE un tiempo, el horror de su situación, al presentársele repentinamente, lo paralizó física y mentalmente. Sabía que si Dart llegaba a descubrir, no podía tener la menor esperanza de poder regresar a sus compañeros, y mucho menos llevar a su prisionero. Por lo contrario; todas las probabilidades eran de que Dart lo asesinaría. O, peor aún, podría abandonarlo allí, tal como se hallaba, en condiciones tales que no le sería posible escapar solo. Cualquier cosa que sucediera, todo dependía de que él pudiera disimular ante su prisionero su ceguera; y fué precisamente el convencimiento de la imposibilidad de tal disimulo que le produjo una náusea tal que le impidió todo pensamiento.

Pero, al cabo de unos momentos, con un esfuerzo desesperado, mucho más difícil por el enorme tormento que sufría, se sobrepuso a su horror y se abocó resueltamente a la solución del problema. Rapidez en el pensamiento era lo esencial, y no lo ignoraba Sandilands; porque de un momento a otro el doctor, que se hallaba quieto a su lado, presumiblemente dormido, podría despertar y descubrirlo todo. Y comprendió que el único camino que le quedaba abierto, por más imposible que le pareciera, era el de intimidar a su prisionero.

Mientras tanto, mientras se imponía, no se atrevía a permanecer inactivo. Sería mucho más fácil permanecer allí, en el campamento, con la esperanza de que acertara a pasar por allí algún otro agente de la real policía montada que salvara la situación. Pero la probabilidad de que tal cosa aconteciera era tan remota, como para poder ser considerada inexistente; además, mientras esperaban, Dart, tarde o temprano, podría llegar a descubrir la verdad. Por otro lado, si bien era factible el revelar la verdad de su situación de inmediato y abandonarse à la bondad del preso, era también inútil. La única alternativa que, según resultó, era la mejor, podía ser la de intentar levantar el campamento de inmediato para regresar sin que Dart llegara a descubrir la verdad.

Pero una tal tentativa sería, si se ha de decir lo menos, correr un albur terrible; eran mo apostar por un caballo desconocido. Sus mo apostar por un caballo desconocido. Sus ojos le causaban dolores terribles. Sin embargo, era necesario hacer eso, cuanto más pronto, mejor.

Sandilands sabía perfectamente que, ciego como estaba, no podría nunca hallar a su caballo y ensillarlo. Decidió, pues, colocar todo el peso de levantar campamento sobre los hombros de Dart. Hecho esto, confiaba en poder llegar a su caballo guiado por el oído; montar todo lo mejor que pudiera, y luego ordenar a Dart que se pusiera en marcha, delante de él, para Pinto. Si conseguía salir bien del paso en aquella forma, después se presentarían más de un problema que solucionar durante el camino. El problema de tomar sus comidas, por ejemplo, ocultando al mismo tiempo su enfermedad. Pero ya tenía las manos completamente llenas por el momento, de manera que habría tiempo para disponer de los nuevos problemas el principal y más inmediato.

El primer paso que tenía que dar en tal sentido, era abrir las esposas; lo que, después de todo, no dejaba de ser comparativamente simple. La llave estaba en su bolsillo y pudo hallar la cerradura con relativa facilidad. Muy lentamente, tomando toda clase de precauciones para no despertar a Dart, insertó la llave en la cerradura y la dió vuelta. Observando que el médico no se movía, Sandilands respiró con alivio. Se guardó la llave de nuevo, tomó su pesado revólver de ordenanza, sintiéndose más tranquilo al cerrarse su mano sobre el pesado mango. Luego, con su mano libre, sacudió a Dart.

—¡Oiga, levántese! ¡Vamos a partir para Pinto en seguida, — exclamó.

El médico se estiró. Sandilands oyó el "click" de las esposas que aún pendían de una de las muñecas del preso, y el rumor de las frazadas, y, de inmediato, le pareció sentir la penetrante mirada del médico horadándole los ojos. Repentinamente Sandilads se sintió invadido de repentino pánico; con toda seguridad ese hombre, ese excelente médico, que ocnocía cuanta dolencia puede afligir al género humano, no podría menos que notar que algo le sucedía a él. Pero no; el médico se limitó a bostezar ruidosamente, para preguntar después en una voz todavía cargada de sueño:

—¿Nos vamos a desayunar?

—¡No! — respondió Sandilands. — Vamos a ponernos en camino en seguida. — Luego, creyendo que una explicación era necesaria, a fin de evitar que despertaran las sospechas de Dart, agregó: — No quiero correr riesgos innecesarios con un hombre como usted. Deje esas frazadas, cargue el caballo, y ensille los otros dos. ¡Pronto!

—¿Ni siquiera puedo lavarme? — preguntó el médico. — Por otro lado, es cosa de locos ponerse en camino con el estómago vacío.

—¡No; no puede usted lavarse! — replicó Sandilands, temeroso de todo lo que significara un retardo. — Todo lo que tiene usted que hacer es lo que le he dicho, y pronto. Cuanto menos diga, mejor.

El médico lanzó un suspiro de resignación.

Juntos, pusiéronse en pie. Sandilands luchaba desesperadamente consigo mismo para conservar una actitud completamente natural, de acuerdo con las circunstancias. Retrocedió dos pasos, quitándose del camino, y se volvió, presentando el rostro a Dart, asumiendo una actitud de inmóvil vigilancia.

Dart comenzó lentamente, a hacer lo que se le había ordenado. Escuchando intensamente, Sandilands trataba de darse cuenta exacta de los progresos que hacía el preso. Aquel rumor metálico indicaba que recogía los utensilios de comer. El otro rumor sordo, seco, que andaba con las monturas de los caballos. Temiendo que el médico lo viera, no se atrevía el "mounty" a cerrar los ojos, resistiendo a la tentación de hacerlo así. Le parecía tenerlos llenos de arenas, la clara luz matinal los torturaba hasta lo indecible, a pesar de que Sandilads se hallaba a la sombra de un gran árbol.

Estaba enceguecido, observó, por un algo así como una deslumbrante niebla amarilla, a través de la cual los objetos más cercanos podían discernirse vagamente; pero sólo como informes bultos, a los cuales no podía mirar sin sentir dolores intolerables. Un deseo incontenible de buscar alivio lo roía; de restregarse los ojos con nieve, o ensayar el remedio común de los cazadores del Norte; colocar los ojos abiertos, sobre un recipiente en que hervía te negro, cuyo vapor le bañara los ojos. Pero cualquiera cualquiera de las dos cosas le estaba prohibida; la primera, habría revelado a Dart inmediatamente todo, mientras que el segundo requería preparativos y tiempo; además, lo traicionaría igual. Por lo tanto, estaba condenado a sufrir y engañar a su enemigo a fuerza de "bluff", interiormente maldiciendo la falta

Lea usted en el próximo número de "Pucky"

EL DUENDE GRIS

narración de grandísimo interés y de intensa emoción

de precauciones qeu lo había colocado en tal situación.

Siglos enteros le parecieron pasar; en realidad, solo diez minutos, antes que el médico pusiera fin a su agonía de espera.

—Bueno. ¿Viene usted?

Sandilands llamó en su auxilio todas sus fuerzas y sangre fría y guiado por el rumor de los frenos de los caballos, al tascarlos éstos, avanzando con aire todo lo indiferente que le fué posible. Dos veces tropezó con ramas secas de árbol, sintiendo como Dart, con agudísima percepción, tomaba nota de sus tropiezos. Cuando juzgó que se hallaba lo suficientemente cerca, se detuvo, estiró su mano izquierda libre, y dijo secamente:

—¡Déme las riendas!

Dart, aparentemente, no se movió. Sandilands se le puso la carne de gallina, porque había algo terrible en la inmovilidad del médico. Apretó aún más la empuñadura de su revólver y repitió:

—¡Déme las riendas!

Por toda respuesta recibió un tremendo golpe en pleno rostro. El revólver se disparó con una detonación ensordecedora. A través de una serie de fuegos artificiales de todos colores y de un ruido tremendo, Sandilands oyó el pataleo de los asustados caballos. Un poco después los fuegos artificiales y los ruidos cesaron, dejándolo con las manos vacías tendido en la nieve. La voz de Dart, mezcla extraña de brutalidad y renncorosa risa, dominaba sus sentidos.

III

"¿Qué se propone usted hacer?", —preguntó Sandilands tan pronto como se repuso lo suficiente.

—Ante todo, — respondió Dart, — tomar el desayuno que usted no me permitió. Hasta le voy a dar a usted un bocado. Luego trataré de hallar un medio satisfactorio para librarme de usted, "mounty", éste es el más grande golpe de muerte del mundo. Siéntese usted allí un momento, mientras yo hago el fuego de nuevo.

Sentóse Sandilands desalentado en un árbol caído. Comprendía que no podía escapar y que toda tentativa e resistencia sería inútil. Oía el rumor continuado que le anunciaba que Dart trabajaba en la preparación del desayuno, tal como lo había anunciado. El olor del humo de leña se forzó a sus narices. Dart silbaba. Oyó el rumor de los utensilios de cocina, el chirriar de la grasa, el apetitoso olor de jamón frito.

—¡Ya estamos prontos! — exclamó Dart, junto a lé. Le puso un plato en la mano. — ¡Desayuno! ¡Coma, hombre!

Pero Sondilands no habría podido forzar un sólo bocado a pasar su ganganta. El horror de su situación, el terrible suspenso en que se hallaba, lo extrangulaban. Y sus ojos estaban como remaches calentados el rojo. Sin necesidad ya de ocultar su estado, Sandilands cedió a su loco deseo de alivio, se inclinó, tomó un poco de nieve y se refregó los ojos.

Aun cuando estaba ciego pudo fácilmente darse cuenta de que seguía hacia el Oeste, pues no dejaba de ascender. ("Ceguera de nieve").

Desde el otro lado del fuego, la voz de Dart exclamó:

—Hay muchos remedios para la ceguera causada por la nieve, que podríamos discutir detalladamente, de tener tiempo. Pero el restregarse los ojos con nieve no es uno de ellos.

—¡Oiga! — exclamó Sandillonds. — Estiy en su poder. En nombre de Dios, haga algo por aliviarme. Sufro terriblemente.

—Lo siento, — rió Dart. — Pero nunca atiendo casos de urgencia.

Sandilands, en un momento de debilidad, sollozó:

—¡Canalla! ¡Diabólico canalla!

Terminó el médico de desayunarse y se puso de nuevo a empaquetar todo. Cuando estuvo pronto, vino hacia donde se hallaba Sandilands y le pasó un lazo por las muñecas. Extrañas visiones de diabólicos tormentos cruzaron por la mente del "mounty"; recuerdos de cómo el cirujano había torturado a su víctima, a Holditch. Y con ellas lo invadió un terror pánico, para combatir el cual le fué necesario hasta el último resto de hombría que le quedaba. No pudo evitar formular una pregunta:

—¿Qué piensa usted hacer?

Rió el médico.

—No se preocupe; no lo voy a colgar. Usted sólo va a venir conmigo a cierto lugar que yo conozco. Siento mucho, pero usted tendrá que caminar. Cuando usted disparó su revólver hace un rato, en lugar de matarme a mí mató a su caballo. Pero la nieve solo llega a la cintura y como yo iré delante a caballo, le abriré camino. ¡Andando!

Sandilands sólo tuvo tiempo de derramar una lágrima imaginaria sobre la pérdida de su querido caballo, cuando el lazo se tendio y Dart lo arrastró detrás de sí, tan indefenso como un gato dentro de una bolsa, en dirección todavía al oeste.

A pesar de hallarse ciego, Sandilands conocía que marchaban en dirección al oeste por que se hallaban en el lado oriental de las montañas y, al marchar, ascendían lentamente, sin cesar. Poco a poco la cuesta se hizo más pronunciada, los árboles más densos, el aire más fino y frío... todo lo que indicaba que subían a los montañas rocosas.

Aquel día de marcha fué, para Sandilands, un tormento indescriptible. Dart, como Satanás en persona, lo arrastraba incesantemente adelante. Si bien el caballo del médico rompía la nieve, como Dart lo había dicho, el caminar por entre la nieve era, para el "mounty" algo bastante severo.

A pesar del frío, estaba bañado en sudor y jadeante de fatiga. Frecuentemente caía. Cuando esto sucedía, Dart, que muy raras veces le daba un momento de reposo, no sofrenaba el caballo, sino que invariablemente continuaba la marcha, dejando al "mounty" que ganara a pie de nuevo como pudiera. Y, además, tenía el terrible y contínuo dolor que le producía el sol en los ojos.

De vez en cuando, siempre que la oportunidad se presentaba Sandilands la aprovechaba para pedir a Dart que se detuviera; pero solo recibía como respuesta un torrente de injurias sarcásticas o, de lo contrario, más frecuentemente aún, ninguna respuesta. Cesó, pues en ellas visto que no obtenían el menor resultado, y la extraña caravana aque-

lla continuó su camino incesante por entre la espesura sin vida. El asesino, silencioso y adusto, cómodamente instalado en su caballo, con el caballo de carga junto a él y, marchando trabajosamente, arrastrado por el lazo atado a sus muñecas, el infortunado agente de la real policía montada, ciego.

Una que otra vez se sorprendió Sandilands a sí mismo diciéndose que aquella situación en que se hallaba no era real; que no era posible tan completamente indefenso. Era en verdad de admitirse que no se hubiera vuelto loco.

A mediodía, o poco más, detuviéronse para comer algunos bizcochos. Dart hizo té. A pesar de que no podía casi pasar los alimentos, Sandilands se forzó a comer y beber, pero ni él ni el médico hablaron una palabra.

Fué más o menos al caer el sol que hicieron campamento. Sabía Sandilands que era la caída del sol porque el reflejo de sus rayos en la nieve habían cesado. Antes de acampar marcharon durante un tiempo, ascendiendo, por algo que parecía una garganta, precipitosa y llena de ecos, con grandes trozos de roca que sobresalían y que de cuando en cuando los rozaban. Luego debieron haber entrado en una ladera de la montaña densamente cubiertas de árboles, ya que el camino qeu debían seguir estaba cerrado a cada paso por las ramas. Sandilands supuso, con corrección, que Dart intentaba internarse en el bosque, a fin de que, cuando hicieran campamento, quedaran ocultos de ojos indiscretos que pudieran descubrirlos desde abajo.

Fué entonces que las pocas esperanzas que aún alimentaba Sandilands de ser rescatado, murieron, dejando en el solo el triste confort de que cualquiera que fuera la clase de muerte que el médico le destinara podría no ser lenta.

Mas tarde, una vez que comieron, cuando se hallaron sentados uno frente a otro junto a la pequeña hoguera que había encendido Dart, éste comenzó a hablar. Prologó sus palabras advirtiendo a Sandilads de no hacer ninguna "estupidez", ya que lo tenía bajo el radio de acción de su revólver.

La conversación fué solo a medias, ya que fué sólo Dart el que hizo el gasto de ella. Consistía de lo que se pudiera haber calificado de confesión voluntaria, de no ser la ocasión la que era. La relación de cómo y porqué había dado muerte a Arthur Holdritch. Fatigado hasta el punto de hallarse exhausto, no deseando otra cosa que dormir, Sandilands no tenía el menor interés en la narración del médico. Sin embargo, se vió obligado a escuchar. Cuando la fatiga lo rendía y comenzaba a cabecear, Dart lo despertaba con puntapié salvaje, diciendo:

—¡Tiene usted que oirme! ¿Comprende? ¡Tiene usted que oirme!

Gradualmente, mientras la voz de Dart vibraba de pasión, al hablar de su amor por su mujer, o de odio, al relatar con lujo de detalles, con cierta fruición malvada, como Holdritch había gemido de dolor y clamado por gracia, Sandilands comprendió que era él la víctima de un hombre que por lo menos en el asunto de la traición de su esposa, estaba loco.

Relatando su historia, percibió Sandilands, el médico hallaba un gran alivio mental. Alivio que habría sido igualmento intenso de haberla relatado a un millar de auditores, a un caballo, al bosque mismo. En tal caso, Sandilands, de haberse hallado en cualquier otra circunstancia, habría sentido piedad por Dart; pero, en el caso que se hallaba, el conocimiento de su irresponsabilidad sólo servía para acrecentar el terror de su posición, ya que ese demostraba que se hallaba en las manos de un individuo que, en ese asunto, era incapaz de razonar.

La historia de Dart duró toda la noche, Sandilands pasó una noche de horror espantoso, ya que nunca había experimentado nada capaz de admitir una comparación con aquellas largas, lentas, afiebradas horas escuchado sin cesar una voz que le llegaba a través de a obscuridad, cargada con el relato de un asqueante venganza primitiva, con las insinuaciones de un nuevo horror próximo.

Al fin llegó la aurora; Sandilands lo adivinó por a claridad que llegaba a sus pobres ojos atormentados y el frío aliento del amanecer. Levantó su cabeza a la luz y preguntó al médico que, al fin, había guardado silencio.

—Bueno; ¿y qué va a hacer conmigo?

A lo cual Dart, que, hasta entonces, había guardado silencio sobre eso precisamente, estimó que había llegado el momento de hablar. En sus palabras se adivinaba, patente, la crueldad del loco; y a cada una de sus frases, la sangre del medio muerto Sandilands se helaba.

—Lo voy a matar a usted, "mounty", — declaró, poniendo en su voz una indescriptible tono de crueldad. Pero no haré las cosas torpemente; no lo voy a coser a puñaladas ni lo voy a dejar como un colador a tiros. Simplemente lo voy a atar a un árbol y lo dejaré allí. No muy lejos de aquí hay un cierto lugar en el que me voy a ocultar hasta que sus imbéciles camaradas se hayan cansado de la inútil caza que me dan. Y todos los días vendré a hacerle una visita, para ver como se halla usted. No tendrá usted ni alimentos ni comida, como es natural; pero la muerte vendrá poco a poco, lentamente, fácilmente, porque uste se morirá de hambre, ¿me comprende? y usted no podrá ver que viene. Además, hay aquí osos grises, tipos grandes, enormes, que pueden abrir un hombre en canal con una palmadita amistosa de sus patas. Vendré todos los días a charlar con usted y... ¡No se mueva, que le estoy apuntando!

Sandilands sintió el cañón del revólver repentinamente chocar contra sus costillas. El lazo, que aún le sujetaba las manos, se tendió, y Sandilands adivinó que Dart lo ataba a uno de los árboles cercanos.

—¡Fiera!... ¡Más que fiera! — gritó Sau-

dilands. — ¿Y me va usted a dejar aquí?

—Lo siento mucho, — respondió Dart, riendo, — pero me temo que sea así.

—¡No! ¡No será así, doctor! — intervino una tercera voz, que partía de detrás de ellos. — ¿Por qué no levanta usted las manos?

Sandilands se desmayó.

IV

FUE su caballo que lo salvó a usted, — decía, algo después, el sargento de la partida, a Sandilands. — Lo encontramos ayer corriendo a todo correr en dirección a Pinto. Eso nos alarmó y seguimos las huellas que había dejado hasta el primer campamento. Desde allí fué cosa fácil seguirlos a ustedes hasta aquí. Eso es todo.

—¡Pero Dart dijo que yo había matado a mi caballo! — respondió Sandilands.

—No; sólo lo espantó, — explicó el sargento. — Supongo que Dart pensó que eso lo atormentaría a usted; por eso lo dijo, sobretodo viendo que no lo podía cazar de nuevo. Pero Dart se olvidó que un caballo suelto, siempre emprende el camino de la querencia. Ahora, ponga su cabeza sobre este vapor de te negro. No se preocupe de Dart. Lo tenemos bien sujeto.

HARDIWOOD STEELE

—Supongo que le gustará a usted la buena música.

—¡Oh! ¡Ya lo creo! Pero no importa, siga usted tocando.

* * * *

A Juancito le está dando su madre una terrible azotaina.

El chico grita como un condenado.

—¡Calla! — le dice la madre. — ¿Chillas para que los vecinos se enteren de que te pego?

—Al contrario. Grito para que no se oigan los golpes.

—Querida mujercita ¿qué haría yo para que no te aburrieses?

—Una cosa bien secilla: dejarme sola.

* * * *

Un señor que viste con elegancia usa un sombrero en extremo deteriorado.

—¿Cómo — le dice un tmigo — vistiendo tu tan bien, llevas un sombrero tan despreciable?

—Pues la cosa es muy sencilla. Porque mi mujer me ha dicho que no saldría conmigo mientras llevara este sombrero.

Si usted desea suscribirse, llene y remita la carta siguiente:

.....de 1926.

Señor administrador de "PUCKY"

Avenida de Mayo 662.

Buenos Aires.

Muy señor mio:

Adjunto un giro postal por $ 9.—mn., de cl. en pago de mi suscripción por un año a ese magazine.

.....

Con letra clara

Nombre y apellido .....

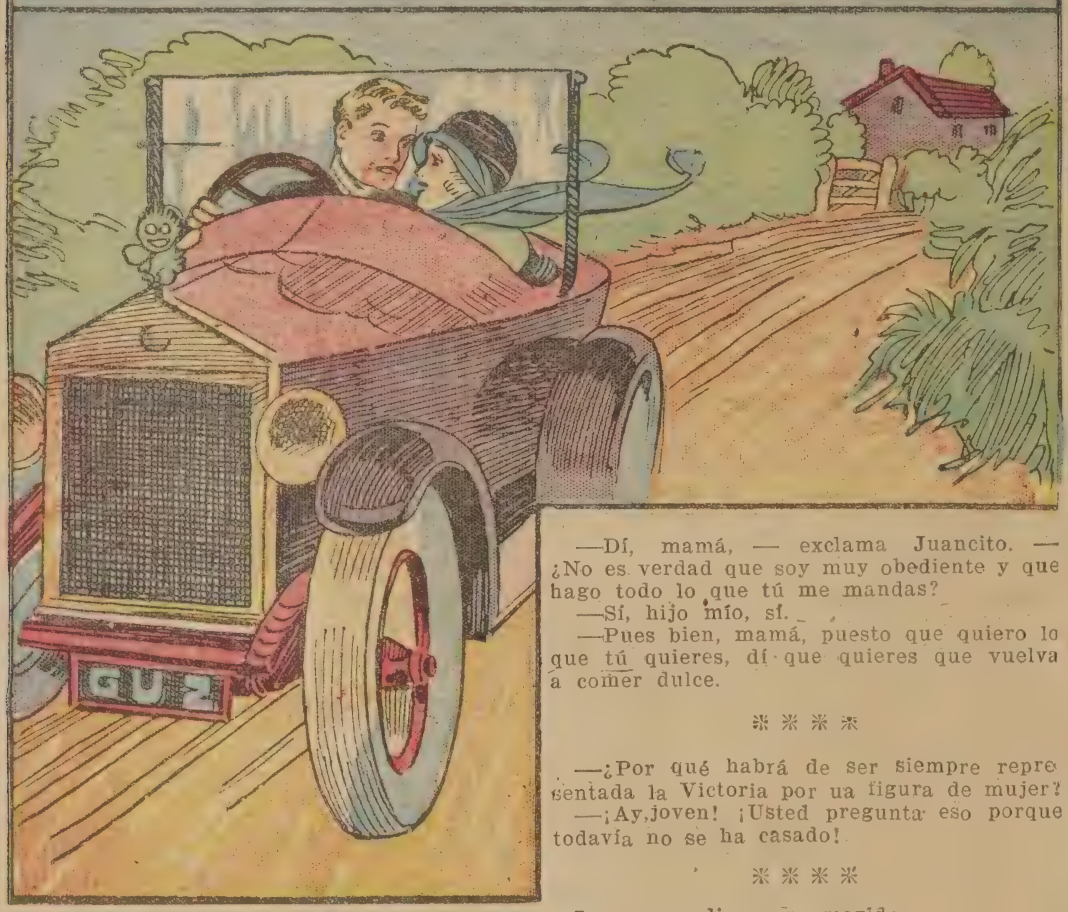
Localidad .....

F. C. .....

Precios de Suscripción
Ciudad e Interior

3 meses . . .	$ 2.50
6 „ . . .	„ 4.—
1 año . . .	„ 9.—

"Bonbon-Fin"



No lo dudes, el idioma más dulce del mundo es el italiano.

—Protesto, es el inglés. ¡Que pronunciación! Seguramente, Adan y Eva hablaban inglés.

—Entonces, por eso los echaron del paraíso terrenal.

* * * *

Juanito tomando chocolate, se embadurna la cara, y su madre le dice:

—¿Qué harías desdichado, si yo me pusiera como tú?

—Pues te lamería la cara.

* * * *

A un enfermo que está en los huesos, el doctor le ordena baños generales muy cargados de mostaza.

El paciente dice:

—¿No le parece, querido doctor, que esa es mucha mostaza para tan poca carne?

—Dí, mamá, — exclama Juancito. — ¿No es verdad que soy muy obediente y que hago todo lo que tú me mandas?

—Sí, hijo mío, sí.

—Pues bien, mamá, puesto que quiero lo que tú quieres, dí que quieres que vuelva a comer dulce.

* * * *

—¿Por qué habrá de ser siempre representada la Victoria por ua figura de mujer?

—¡Ay, joven! ¡Usted pregunta eso porque todavía no se ha casado!

* * * *

La esposa dice a su marido:

—La educación de nuestra hija es perfecta; Matilde sabe pintar, bailar, montar a caballo y tocar el piano. Ha llegado el momento de casarla.

—Bueno; le buscaremos un marido que sepa cocinar y zurcir la ropa.

* * * *

—Antonio, si eres capaz de resolver este problema, te doy un peso, — dice el abuelo al nieto.

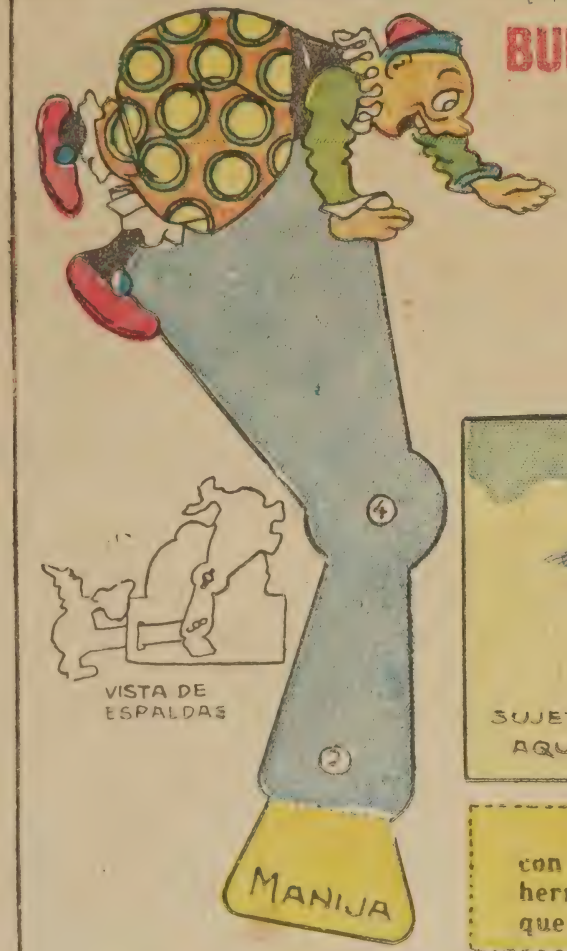
—Cuenta, cuenta.

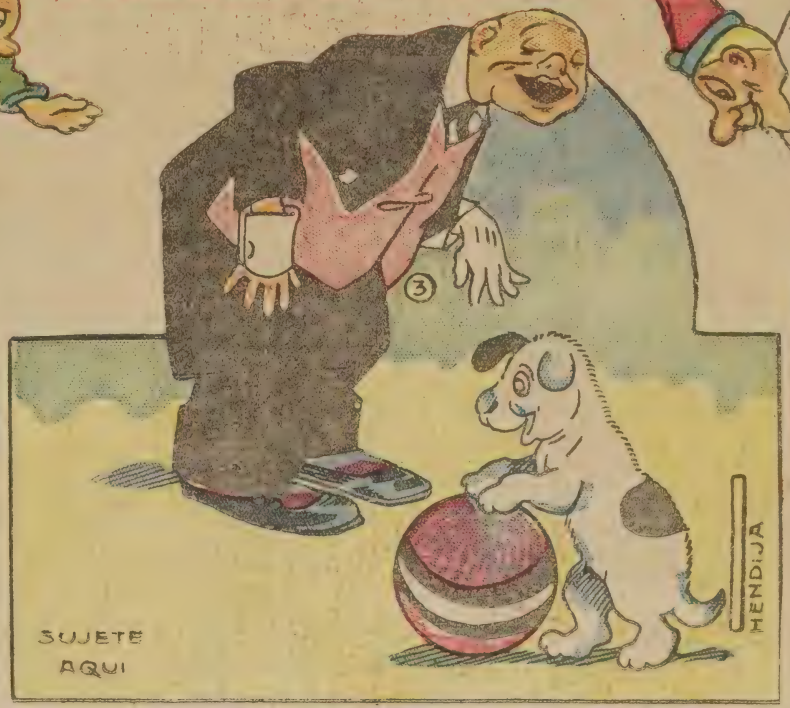
—Pues señor, tres cazadores entran en una posada y piden una costilla para cada uno. Pero como el patrón no tiene más que dos, ¿cómo se habrá arreglado para contentar a los tres?

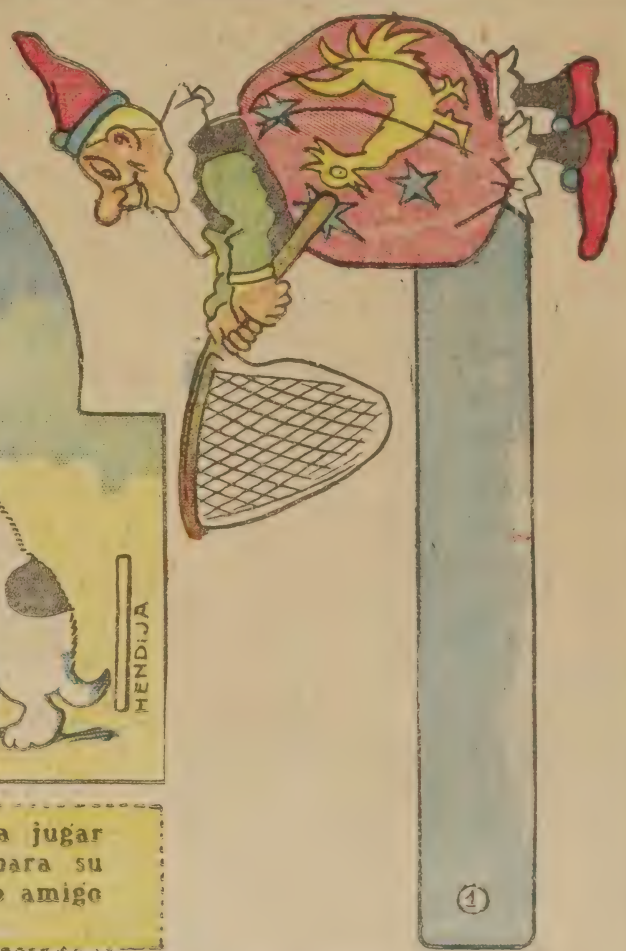
—Habrá dividido las dos costillas en tres partes iguales.

—No, estás equivocado; el patrón manda inmediatamente a la carnicería por otra costilla.

BURLANDO AL PAYASO







Si es usted demasiado crecido para jugar con esto, bien puede usted armarlo para su hermanito o su hermanita o algún niño amigo que lo agradecerá de seguro.

CONSEJOS PARA ARMARLO.

Primero se pega toda la página en un pedazo de cartón y se deja secar bien. Se cortan luego las distintas piezas y se hace la hendija X. Tómase la tira marcada "Manija", se coloca el 4 detrás de 3 y se fija con un broche. Se mete el vástago del payaso con la red por la hendija y se une con un broché el 1 al 2. Para que funcione el juguete se toma por la esquina inferior de la izquierda y se mueve la manija.

En Montmartre

Por BRANDON FLEMING

Montmartre, el maravilloso y mundialmente conocido barrio de París, tiene su ambiente y su vida original. El autor de este cuento traza un cuadro de admirable colorido de aquel barrio de París.

TODAS las noches, durante un mes, Gervase y Leonie ocuparon la misma mesa oculta entre las palmeras, en el café Pumel, gastando sus difícilmente ganados francos en bocks de cerveza. Por lo general, aquel rincón era el más ruidoso del café. Risas y trozos de canciones partían desde detrás de las hojas de las palmeras; la vocecita de Leonie era como el canto de un jilguero. Al menos, así lo aseguraba Gervase. Hasta que, de improviso, una noche, el rincón se vió triste, silencioso y lúgubre.

Podía haber estado desierto, a juzgar por el silencio reinante. Pero, sin embargo, Leonie y Gervase el músico estaban allí, como de costumbre. Los bocks estaban en la mesa, frente a ellos; pero bebían en silencio. Leonie tamborileaba impacientemente con los dedos en el mármol de la mesa. Tenía el rostro rojo y los ojos brillantes de excitación. Había realizado diversas tentativas para animar la conversación y despertar la alegría y todo había sido inútil. La expresión del músico hubiera sido capaz de entristecer a un entierro.

Por último, impaciente, ella dejó caer el vaso de cerveza sobre la mesa con tanta fuerza que casi lo rompió.

—"¡Mon Dieu", Gervase! ¿Qué te sucede? ¿Por qué estás tan triste como un arenque en un trigal? ¿Qué te pasa? Cualquiera diría que estás disgustado por algo mío.

De Wisel bebió el resto del contenido de su bock y pidió dos más con una voz digna de la celda de un condenado a muerte. Leonie encendió un cigarrillo con su último fósforo y arrojó de sí la caja con gesto colérico.

—Bien sabes que no, Leonie, — respondió en tono de reproche, al cabo de unos momentos de silencio. — Por tí, me siento encantado de que así sea. Lo siento por mí.

Hizo ella un gesto de impaciencia.

—¿Por tí? ¡Bah! ¿Y por qué?

—Porque esta noche yo te pierdo, mi Leonie, — suspiró Gervase. — Mañana te irás hacia el mundo dorado... y hacia el olvido.

Puso ella su mano sobre una de las de él y su voz se suavizó.

—¡No, no, Gervase; no olvidaré! ¿Por quién me tomas? Seguiremos viéndonos exactamente lo mismo. Por mi parte no habrá ninguna diferencia para mí.

Se aferró ella rápidamente al brazo del músico.

—¡Piénsalo, Gervase! ¡Un contrato en "Les Mimiques"! ¡Ni me había atrevido a soñar en eso! Si consigo causar sensación, mi fortuna está hecha.

De Wisel cambió su última moneda de dos francos y bebió su cerveza fresca, en silencio. Leonie, por su parte, se hallaba demasiado jubilosa para beber.

—¡Gervase! ¿Lo conseguiré? ¿Crees que sí?

—¡Claro que tendrás buen éxito, Leonie! — respondió el músico. — Ya quisiera estar yo seguro de mi almuerzo mañana como lo estoy de eso. Causarás sensación. Los aplausos serán ensordecedores. Te despertarás a la mañana siguiente con un formidable dolor de cabeza, pero convertida en el ídolo de todo París.

Hizo Leonie un gesto de exhuberante entusiasmo que le costó la mitad del bock de cerveza.

—¡Oh! ¡Es maravilloso, Gervase!

—Yo también estaré allí, entre la multitud, atrás, — continuó el músico, — aplaudiendo a mi triunfante pequeña Leonie.

Los labios de Leonie temblaban. Su ternura era adorable.

—¡Querido Gervase!... ¿Vendrás a buscarme a la salida?

—¡Diable! — exclamó de Wisel. — ¿Crees que podré abrirme paso por entre la multitud que sitiará la puerta del escenario para verte salir? ¿Soy acaso un Hércules capaz de luchar con un ejército? Verás mi pobre figura entre los últimos, cuando te vayas con algún rico imbécil a cenar al Café de París.

—¡Tonterías! — dijo ella. Pero su sonrisa estaba muy lejos de ser una protesta.

—¿Acaso no sé lo que son esas cosas? — replicó de Wisel. — En la puerta del escenario de "Les Mimiques", con este traje anacrónico, con esta reliquia por sombrero, echaría a perder tu futuro. La sociedad dorada no es la mía. Tendrás que dejarme fuera cuando entres.

De nuevo frunció ella el entrecejo con impaciencia, tamborileando sus dedos sobre la mesa. Estuvo a punto de levantarse y dejarlo; pero su vaso estaba aún por la mitad. Y

a Leonie no le gustaba desperdiciar la cerveza.

—¡Qué hermosa noche! ¿Verdad? — exclamó, irónicamente.

—Escucha, Leonie, — murmuró de Wisel. — Voy a decirte por qué es que me siento triste por mi mismo. ¿No oiste ayer a Lemond y hoy a Tournesol felicitarme por los progresos que he hecho en mi trabajo durante el último mes? ¿No dijeron que mis composiciones eran ahora, por lo menos, mil veces mejores que antes?

—Sí; — respondió ella. — Los oí.

—En las dos últimas semanas he vendido tres canciones. Más de lo que antes vendía en todo un año. Una fué para Delphine, del "Theatre del Fleurs". Hace tres meses me dijo que mi música era como un ferrocarril con los frenos apretados y me arrojó de su casa; pero ya ves, ahora me compra mis canciones. ¿Por qué? Hace seis semanas el gran Grimaud dijo que si le dejaba ver mi rostro otra vez, me asesinaba. Ayer me compró mi última canción y me encargó otra. De nuevo pregunto ¿por qué?

Ella se encogió de hombros.

—¿Cómo puedo yo saberlo? — respondió.

—¡Por tí! — declaró de Wisel. — Eres tú, Leonie, quien ha realizado ese cambio en mí. Eres tú quien me ha inspirado. ¡Y, ahora te vas!

—¿Pero no te he dicho que no me voy? — exclamó ella, impaciente. — ¡Si eso es lo único que te preocupa, en el nombre del cielo, no seas tonto, Gervase! ¿Es que no te ha entrado en lo que llamas tu cabeza que si obtengo un gran éxito podré hacer mucho por tí? ¿Has pensado en eso?

—¡Claro que he pensado en eso! — contestó de Wisel. — Soy lo suficientemente egoísta para haberlo pensado. Y sé que hablas de corazón, "ma petite". Pero tengo miedo de la sociedad en que vas a meterte. Es allí donde nace el olvido.

—Yo no olvido, — respondió ella, simplemente.

Fué entonces cuando el músico, con un esfuerzo de voluntad, echó a un lado sus tristezas.

—¡Bah! — exclamó, con amplio ademán de brazos. — ¡Soy un tonto! Tienes razón, angel mío. ¡Soy un triple asno! Vamos a llamar a monsieur Plumel y a pedirle cena. No tengo más que un franco pero, en vísperas de tu éxito, no tendrá inconveniente en fiármela hasta la semana que viene.

Monsieur Plumel no se negó y Gervase y Leonie comieron y bebieron. Hasta el bueno de monsieur Plumel tomó parte en un brindis por el buen éxito de Leonie, advirtiendo generosamente que aquella botella no sería puesta en la cuenta.

De nuevo en el rincón del café vibró la risa de Leonie. Había perdido por completo la cabeza, de entusiasmo; nunca había parecido tan bonita antes. Rompió dos vasos, sin que, cosa extraña, monsieur Plumel pareciera incomodarse.

La alegría del músico era algo forzada; pero, valerosamente, hizo lo mejor que pudo y supo. Comieron, bebieron, cantaron, bailaron durante toda la noche. Al día siguiente Leonie partió hacia el mundo de sus ensueños.

* * * *

DE WISEL se hallaba entre los espectadores cuando Leonie se presentó por vez primera. Se hallaba aun mucho más nervioso que ella; pero cuando hubo pasado un minuto ya no tuvo razón para tal nerviosidad. Obtuvo un gran éxito y lo merecía. Era inteligente y graciosa; sus danzas eran muy originales.

No cabía ni las más mínima duda sobre su gran éxito. Cuando hubo terminado su número el empresario se presentó con un contrato, que pretendía hacerle firmar en seguida, aprovechando el entusiasmo del éxito. Pero ella leyó de cabo a rabo el leonino documento y el empresario tuvo que retirarse con las orejas gachas a redactar otro contrato.

De Wisel se dirigió a la puerta del escenario como trastornado. Con el traje y el sombrero al que se había referido tan gráficamente la noche anterior, el portero del escenario habría dado buena cuenta de él, de no haber sido porque Leonie había dado instrucciones, como lo había prometido. Fué acompañado al camarín de la bailarina, donde ella y él se contemplaron durante unos minutos, tomados de las manos, extasiados.

Algunos minutos después, una docena de cartas llegaron, procedentes de la primera fila de butacas de la platea y en todas las cuales, en términos más o menos familiares, se solicitaba el honor de la compañía de Leonie para cenar.

El rostro de de Wisel se oscureció cuando las vió. Para Leonie, cada una de las cartas era una prueba más de su éxito.

Poco después llegó de nuevo el empresario, acompañado de un joven perteneciente a una de las mejores y más ricas familias de París. El joven había pedido ser presentado a Leonie más o menos como un príncipe cuyos favores son solicitados y recibidos como un honor. Tanto él como el empresario, miraron a de Wisel de pies a cabeza, como a un bicho raro.

El joven invitó a Leonie a cenar; pero la aceptación que ella estuvo a punto de dar, murió en sus labios al observar en el espejo la expresión del rostro del músico, que estaba detrás de ella. Y por piedad, respondió que estaba ya comprometida. El rostro de de Wisel se iluminó, y respondió a la mirada despectiva de los dos hombres con otra más firme. Leonie pensó que había realizado un acto inmortal de sacrificio, al pensar cuán diferente hubiese sido la cena que podría haber hecho a la que iba a hacer.

Cuando el joven aristócrata comprendió al fin, no sin grandes dificultades, que su invitación no había sido aceptada, se retiró del camarín rápidamente, iracundo, seguido del empresario que no dejó de recordar a Leonie que era una tonta y una estúpida, añadiendo que no debía imaginarse que sus deberes para con su empresario terminaban al dejar el escenario.

Leonie guardó las demás invitaciones en un cajón, no sin bastante pena, y salió en

"¡Eres tú, — declaró De Wizel, — eres tú, Leonie, la autora de ese cambio; es a tí a quien debo mi inspiración!" ("En Montmartre".)

compañía de de Wisel hacia el café Plumel, donde el músico "hipotecó" sus posibles entradas de un mes, a fin de ofrecer a Leonie la mejor cena que monsieur Plumel era capaz de servir.

Después de esto, el sol comenzó a brillar en todo su esplendor para Leonie. Se convirtió rápidamente en la favorita del público.

El empresario, sin embargo, halló los instintos comerciales de esta nueva estrella tan bien desarrollados, que se vió obligado a pagarle a ella un salario que, según lo expresó patéticamente, sólo pensar en él le hacía sudar ante la seguridad de una rapidísima ruina.

Pero, en realidad, había hecho un excelente negocio: procedió, en consecuencia, de inmediato, a fabricar una historia romántica para Leonie, la que le sirvió de base para una gran campaña de propaganda en la cual no faltaba nada, si se exceptúa la verdad.

Leonie se mudó de su pobre habitación en la rue Durantin a un lujoso departamento central. Soñaba con grandes lujos y comenzó a quejarse de las limitaciones a que la obligaba su salario.

Hizo la paz, — mintiendo respecto a de Wisel, — con el joven cuya invitación había rehusado, y su departamento se convirtió en un "rendez-vous" alegre.

Cuando de Wisel la visitaba, parecía tan fuera de lugar allí como un pez en un invernáculo, y se hallaba aún más incómodo.

Notó que siempre que ella sabía con anticipación que él la iba a visitar la hallaba

sola. Cuando no lo sabía, y se hallaban otros presentes, no se sentía siempre muy alegre al verlo.

Supo que había excusado su vestimenta desgarbada ante algunos de sus amigos diciendo mentiras y que, ante otros, se había declarado su protectora.

Muy pronto, sin embargo, exageró ella sus compromisos para pedirle, con tal razón, que no la visitara sin preguntar antes si se hallaría en casa. Desde ese momento, su actitud para con él sufrió un cambio marcado. Si él la invitaba a cenar, se negaba en forma tal que indicaba a las claras que ya no debía esperar tal cosa de ella.

Llegó un día en que, habiendo ido de Wisel a visitarla sin avisarla de antemano, se le dijo en la puerta que Leonie no estaba en casa, a pesar de que él la había oído reir desde fuera, antes de llamar a la puerta. A la noche siguiente, cuando él fué al "Theatre des Mimiques", se le dijo que ella no lo podía recibir.

En poco tiempo, tal y como de Wisel lo había profetizado, se convirtió ella en uno de los ídolos de París.

Se la festejaba y se la adulaba; el dinero que en ella se gastaba hubiera alimentado media ciudad.

Comenzó a darse aires de reina. Los tiempos en que se había contentado con porotos hervidos y ensalada de papas en el café de Plumel, en compañía de de Wisel, pasaron a la categoría de una lejana pesadilla.

Le parecía increíble que hubiera pasado alguna vez un día entero sin probar bocado.

Cuando en el Café de París, por la noche, contemplaba la copa de burbujante champaña colocada ante ella, ¡cuán lejanas le parecían aquellas veces en que se había sentido feliz al poder beber un bock!

No es para contado el orgullo que adquirió. La tierra entera parecía haber sido hecha de encargo para ella. París casi no era suficientemente grande para permitirle vivir. De haberla oído hablar, se hubiera dicho que había nacido entre sedas, y no se había alimentado más que de "foie gras" y trufas. ¡Ella, que se había sentido más de una vez infinitamente feliz de que se le permitiera la entrada en un sucio café "chantant", donde pudiera beber parte de la cerveza de un cliente a cambio de una canción! Pero ya era mademoiselle Leonie, del "Theatre des Mimiques", y estrella de primera magnitud. Su retrato aparecía en los diarios y en las vidrieras; sus vestidos eran discutidos, admirados y copiados; eran envidiados. Concedía a los repórters interviews de sorprendente falsedad. Pero a pesar de todo, su inteligencia, al menos, no era falsa.

* * * *

HASTA que al fin, una noche, en el Café de París, recordó. Era ella el alma de una reunión íntima, ofrecida a un selecto número de personas por el empresario de "Les Mimiques", para celebrar una semana "record". Tal vez fuera pronunciada alguna palabra descuidadamente por alguno de los invitados; tal vez el contraste del lujo aquel o la extravagancia de los alimentos y las bebidas le saltó, por primera vez, al rostro, flagelándoselo como una bofetada.

Se irguió ante la silla; miró fijamente hacia el otro extremo del café con ojos muy abiertos, sin pestañear. El empresario terminaba en aquel instante una narración favorita, que se atrevía a relatas solamente a las damas. Leonie oyó estallar la risa en redor de la mesa, pero no tomó parte en ella; no hizo ni el más mínimo movimiento. Las voces y los rumores en torno suyo, parecían haber retrocedido a enorme distancia de ella.

Había sido cruel; lo había tratado mal. El le había dicho que la sociedad a la cual iba infiltraba el olvido; y ella había olvidado.

El la había amado; ella lo conoció desde el momento mismo en que el amor nació. Cada uno de los francos que él había podido sacar de sus escuálidos bolsillos, lo había gastado con ella. En cierta ocasión había empeñado su único par de pantalones "de repuesto" a fin de que ella pudiera ir a cenar con él; ella lo supo después, cuando él se tuvo que quedar en cama un día entero mientras le arreglaban el otro par. Su devoción por ella había sido verdaderamnete emocionante por lo sublime. El le había confesado, aquella última noche en el Café Plumel, que era ella la responsable de sus nuevas y mejores composiciones; que ella lo había inspirado. De Wisel había temido perderla; y ella, a su vez, le había prometido que el éxito no la cambiaría; que ella sería siempre la misma para él.

Al mirar sin ver al otro lado del café de París, lo que sus ojos veían era a de Wisel en su pequeña bohardilla de la rue des Trois Fréres. Lo veía miserable, sin inspiración, necesitándola. Lo oía murmurar murmullos de reproche, llamarla "sin corazón".

Llegó un mozo y se llevó su plato. Oyó la voz del empresario preguntándole qué le pasaba; pero no respondió.

Se levantó; iría a él en seguida. Los invitados se pusieron de pie con ella, sorprendidos, protestando. Pero, con un gesto de su mano, los apartó de sí, y se separó de la mesa. Oyó al empresario llamarla, colérico, pero ni siquiera volvió la cabeza. Saliendo del salón, se puso su capa y pidió un coche de plaza.

Mientras el coche corría hacia el Faubourg Montmartre, pasó por su imaginación la escena de su llegada; la patética alegría del compositor al verla de nuevo. La estrecharía en sus brazos, demasiado feliz aún para reprocharle la soledad en que lo había dejado. ¡Cuán tiernamente pagaría ella por su propio olvido!

Subió los noventa chillones escalones tan silenciosamente como le fué posible. Se acercó a la puerta, sonriente, a la que golpearía, para apartarse de ella, escondiéndose en la sombra, para luego sorprenderlo. Oyó una voz; se detuvo ,escuchando. La voz de de Wisel.

—¡Eres tú quien me inspira! ¡Tú y sólo tú! ¡Mon Dieu! ¡Cuánto te amo, mi pequeña Susana!

Con un ahogado gemido, corrió Leonie hacia la escalera, y bajó llorando de rabia y mortificación. A la mitad del último tramo

de la escalera, pisó mal, y rodó hasta abajo. Se le encontró con una pierna fracturada.

* * * *

ALEJADO del centro de París, en una callejuela tranquila, del otro lado de Pont Neuf, hay un pequeño taller que pertenece a una modista de pálido rostro, de grandes y límpidos ojos tristes, que tiene una pierna más corta que la otra. Arregla sombreros destinados a hacer resaltar la belleza de otras mujeres.

No dirá ella por nada del mundo que, una vez, durante dos maravillosos meses, fué Leonie, la bailarina del "Theatre des Mimiques", una estrella de primera magnitud, el ídolo de París... y en el fondo una verdadera tonta.

BRANDON FLEMING.

EL HOMBRE PREHISTORICO

—Esta es la reconstrucción del hombre de hace quince mil años, según las excavaciones más recientes.

—¡Sí! ¡Y cualquiera diría que sale del Salón del Automóvil!

UNA OBRA MAESTRA DE LA FANTASIA

LA OLLA DE ORO

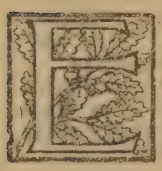
Por ERNEST HOFFMANN

(Traducción del alemán)

Al publicar completo en este número este famosísimo cuento fantástico del gran autor alemán, "Pucky" está convencido de que ofrece a sus lectores una producción de primer orden, cuya lectura ha de ser grata a todos.

PRIMERA VELADA

La desgracia del estudiante Anselmo. — De la pipa del pasante Paulmann y las serpientes verdes.



L día de la Ascensión, a las tres, penetraba un joven en la ciudad de Dresde por la Puerta Negra, metiéndose, sin advertirlo, en una canasta de manzanas y de bollos que vendía una vieja, de modo que toda la mercancía salió rodando y los chicos de la calle se apresuraron a apoderarse del botín que tan generosamente les proporcionara aquel señor.

Ante el griterío que armó la vieja abandonaron las comadres sus puestos de bollos y aguardiente, rodearon al joven y lo llenaron de soeces insultos; tanto, que el infeliz, mudo de vergüenza y de susto, sólo pensó en entregar su no muy bien provisto bolsillo a la vieja, que lo tomó ávidamente, haciéndole desaparecer.

Entonces abrióse el círculo; pero cuando el joven salió huyendo, la vieja le gritó: "¡Corre..., corre..., hijo de Satanás, que pronto te verás preso entre cristales!..."

La voz chillona y agria de la mujer tenía algo de horrible; los paseantes quedáronse parados en silencio y la risa de todos desapareció.

El estudiante Anselmo, — que éste era nuestro joven, — sintióse, aunque no comprendía el sentido de las palabras de la vieja, sobrecogido por un involuntario estremecimiento, y apresuró más y más el paso para escapar a la curiosidad de las gentes. Conforme se abría camino entre la multitud oía murmurar: "¡Pobre muchacho!... ¡Maldita vieja!..."

Las enigmáticas palabras de la vieja dieron a la risible aventura un sentido extraña mente trágico, y todo el mundo se fijó en el hasta aquel momento desconocido joven.

Las sirvientas comentaban su rostro simpático, cuya expresión realzaba el rubor de la irritación interior, y la estatutra extraordinaria del individuo, desgalichado y vestido con descuido. Su levita gris estaba tan mal cortada como si el sastre que la hiciera no tuviese ni la más remota idea de la moda moderna, y sus pantalones, de raso negro, dábanle cierto estilo magistral, del que no eran parte a librarle su prestancia y apostura.

Cuando el estudiante hubo llegado al extremo de la avenida que conduce a los baños de Linke, casi le faltaba el resuello. Necesitaba acortar el paso; pero apenas levantaba la vista del suelo veía los bollos y las manzanas, y las miradas amables de las muchachas que encontraba parecíanle el reflejo de las risas de la Puerta Negra. Llegó a la puerta de los baños; una fila de caballeros bien vestidos penetraba en ellos. Oíanse en el interior los ecos de una música de viento y el bullicio de la multitud hacíase cada vez mayor. Las lágrimas acudieron a los ojos del pobre estudiante Anselmo, pues además de que la Ascensión siempre fué para él una fiesta de familia, hubiera deseado penetrar en el paraíso de Linke para tomar una taza de café con ron y una botella de cerveza, y aún le habría sobrado dinero. Pero el maldito tropezón con la canasta de manzanas costóle todo lo que llevaba consigo. No había que pensar en el café, ni en la cerveza, ni

en la música, ni en la contemplación de las muchachas bonitas...

Pasó de largo por la puerta de los Baños, y por fin fué a refugiarse en el paseo a orillas del Elba, que estaba solitario. Bajo un saúco que sobresalía de una tapia halló una sombra amable; sentóse tranquilamente y sacó una pipa que le regalara su amigo el paseante Paulman.

Ante su vista jugueteaban las ondas doradas del Elba, detrás de las cuales levantábanse las torres esbeltas de Dresde en el fondo polvoriento del cielo, que cubría las verdes praderas floridas y los verdes bosques; y en la profunda oscuridad erguíanse las dentadas montañas nuncios del país de Bohemia.

Mirando fijamente ante sí, el estudiante Anselmo sopló en el aire las nubes de humo, y su mal humor expresóse en alta voz, diciendo: "¡La verdad es que he nacido con mal sino! Que no haya sido nunca el niño de la suerte como se le llama, que jamás acierte a pares o nones, que si se me cae el pan con manteca siempre sea del lado de la grasa..., de estas penas no quiero hablar; pero ¿no es un hado funesto que cuando me he decidido a ser estudiante tenga que ser siempre un desdichado sostenido por mis padres? Si estreno un traje, es seguro que el primer día me caerá una mancha o me engancharé en el primer clavo con que tropiece. Si saludo a una dama o a un consejero, no será sin que se me caiga el sombrero o resbale en el suelo y me dé un golpe, provocando la risa de los presentes. ¿He llegado al colegio alguna vez a tiempo? ¿De qué me ha servido salir de casa con media hora de anticipación y colocarme delante de la puerta, con el libro en la mano, pensando penetrar al primer toque de campana, si el demonio me dejaba caer sobre la cabeza una jofaina o me hacía atropellar por uno que salía, metiéndome en un laberinto y echándolo todo a perder? ¡Ay!, ¡ay! ¿Dónde estáis, sueños de felicidad, que yo, orgulloso, pensaba podrían conducirme a secretario particular? Mi mala estrella me ha indispuesto con mis valiosos protectores. Yo sé ue el consejero íntimo al que vengo recomendado no puede aguantar los cabellos recortados; con gran trabajo colocó el peluquero una coleta en mi coronilla, pero a la primera reverencia se me cayó el adorno desdichado, y un perro juguetón que caracoleaba en redor mío, lo llevó muy contento a su amo. Asustado, me eché encima de él sobre la mesa de trabajo en que estaba almorzando el consejero, hice saltar las tazas, los platos, el tintero..., la salvadera, que se rompieron, ensuciando los papeles de tinta y de chocolate. "¡Es usted el demonio!", exclamó furioso el consejero, y me arrojó de su presencia .¿De qué me sirve que el pasante Paulmann me haya ofrecido una plaza de escribiente si mi mala sombra me sigue a todas partes? Lo mismo que hoy... Quería yo celebrar el día de la Ascensión en debida forma. Hubiera podido, como los demás mortales, entrar en los Baños y gritar: "¡Una botella de cerveza... de la mejor..." Podía haber permanecido allí dentro hasta muy tarde, rodeado de muchachas bonitas y elegantes. Estoy seguro de que el alma me habría vuelto al cuerpo, que hubiera sido otro hombre, y hasta si me hubieran preguntado: "¿Es muy tarde?" o "¿Qué tocan?", habríame levantado ligero, sin tirar el vaso ni el banco, y adelantándome unos pasos hubiera dicho: "Esta es la obertura de "Las damas del Danubio", o acaban de dar las seis". ¿Podía alguien haberlo tomado o mal? No, me parece a mí; las muchachas me hubieran mirado riendo burlonas, como suelen hacer, si se me hubiese ocurido demostrar que yo también entendía algo de la vida del mundo y sabía conducirme con las damas. Pero el demonio me lanzó contra el maldito cesto de manzanas, y ahora tengo que habérmelas en la soledad con mi pipa".

Aquí el estudiante Anselmo vió interrumpido su monólogo por un ruido inesperado que salía de la hierba que le rodeaba, extendiéndose luego a las ramas del saúco que sombreaba su cabeza. Parecía unas veces el viento de la noche que movía las hojas; otras, el bullicioso rumor de pajarillos en las ramas que agitasen inquietos las alas. Luego comenzó a tintinear como si en las ramas colgasen campanillas de cristal. Anselmo escuchaba y escuchaba; de pronto parecióle que el murmullo y el tintineo se convertían en palabras que decían: "A través... o derecho..., entre las ramas..., entre las flores..., rodemos, diableemos..., hermanita, da vueltas a media luz... de prisa..., de prisa, arriba, abajo...; el sol de la tarde nos envía sus rayos...; el viento crepuscular refresca..., agita el rocío...; las flores cantan...; movamos las lengüecillas con las flores y las ramas...; las estrellas brillan... arriba, abajo, aquí, acullá...; rodemos, diableemos, hermanita."

Así continuó una charla incongruente. El estudiante Anselmo pensó: "Este es el viento crepuscular, que hoy me hace comprender sus palabras". Pero en el mismo momento, sintió sobre su cabeza como tres notas de campanillas de cristal. Miró para arriba y vió tres serpientes de un verde dorado enredadas entre las ramas y que alarcaban sus cabezas para recibir el sol poniente.

Comenzaron a oírse de nuevo las palabras sin sentido, y las serpientes se deslizaban y se revolvían entre las ramas y las hojas, y al moverse con rapidez parecía que el saúco estaba inundado de esmeraldas que brillaban entre sus hojas oscuras. "Es el sol poniente que juguetea en el saúco", pensó Anselmo. Pero volvió a oír las campanillas, y vió que una de las serpientes dirigía la cabeza hacia él. Sintió como una conmoción eléctrica y comenzó a temblar interiormente... Miró hacia arriba y observó un par de ojos azul oscuro que se fijaban intensamente en él, sintiéndose entonces acometido de una sensación desconocida de felicidad y de dolor profundo que parecía querer hacerle saltar el corazón.

Mientras lleno de ardientes deseos contemplaba los divinos ojos, resonó más fuerte, en armoniosos acordes, el ruido de las campanillas de cristal, y las centelleantes esmeraldas subían y bajaban y le rodeaban de mil

llamitas, jugueteando en redor suyo con hilillos de oro. El saúco se movió y dijo: "Esta es mi sombra, mi aroma te embalsama; pero no comprendes. Aroma es mi lenguaje cuando el amor lo inspira. " El vientecillo sopló suave y dijo: "Arrullo tu sueño; pero no me comprendes. Céfiro es mi lenguaje cuando el amor lo inspira". Los rayos de sol rompieron las nubes, y la luz dijo: "Te inundo de oro abrasador; pero no me comprendes. Fuego es mi lenguaje cuando lo inspira el amor."

Y más embebido en la mirada de los ojos deliciosos, más ardientes fueron su anhelo y su deseo. Todo se conmovió como si lo despertase una vida alegre: las flores, los brotes le embalsamaban con su aroma, que asemejaba el cántico maravilloso de millares de flautas, que arrastraba el eco por las doradas nubes crepusculares. Cuando desapareció tras los montes el último rayo de sol y la noche tendió su manto sobre la tierra, una voz ronca y lejana exclamó: "¿Qué significa ese ruido y ese murmullo allá arriba? ¡Viva, viva! ¿Quién se busca en el rayo tras los montes. Basta de ruido, basta de cánticos. ¡Viva, viva! Por los matorrales y por las praderas..., por las praderas y por los arroyos... ¡Viva, viva! Abajo, abajo..."

La voz desapareció como el eco de un trueno lejano; pero las campanillas de cristal se rompieron en una disonancia cortante. Todo quedó en silencio, y Anselmo vió a las tres serpientes que se arrastraban, estremeciéndose, por la hierba hacia el río, y se precipitaron en el Elba, desapareciendo entre sus ondas, y en el sitio preciso elevóse un fuego crepitante que desapareció luego poco a poco hacia la ciudad.

SEGUNDA VELADA

De cómo el estudiante Anselmo fué tomado por borracho y por loco. — El paseo por el Elba. — El aria del director de orquesta Graun. — El licor estomacal de Conradi y la vendedora bronceada de manzanas.

ESTE señor no está en su juicio, — dijo una respetable burguesa, que, volviendo de paseo con su familia quedóse parada y con los brazos cruzados contemplando los movimientos del estudiante Anselmo.

Habíase éste abrazado al tronco del saúco y gritaba, dirigiéndose a las hojas y a las ramas:

—¡Brillad y relucid otra vez, lindas serpientes de oro! ¡Que yo oiga de nuevo las campanillas de cristal! ¡Que me miren vuestros divinos ojos; si no, sucumbiré de dolor y de angustia!

Suspiraba y gemía profundamente y sacudía con impaciencia el saúco, que, lejos de responderle, movía sus hojas indiferente y parecía como si se burlase de las ansias del estudiante.

—Este señor no está en su juicio, — repitió la buena mujer.

—Al oirlo le pareció a Anselmo que le despertaban violentamente de un sueño profundo o que le rociaban con agua helada para despabilarle. Vió claro dónde se encontraba y recordó que algo muy extraño le había conmovido al punto de hacerle hablar solo.

Confuso contempló a la mujer, y recogió del suelo el sombrero con intención de huir. Mientras tanto el marido había llegado junto a su mujer, y después de dejar sobre la hierba al chiquillo que llevaba en brazos contemplaba con curiosidad y admiración al estudiante.

Tomó la pipa y la tabaquera de éste, que estaban caídas, y dijo, alargándole ambos objetos:

—No se apure el señor ni deje a la gente, que no le falta en nada, por haber trasegado un vaso de más.. Vaya derecho a su casa y échese a dormir.

El estudiante Anselmo se avergonzó mucho y lanzó un ¡ay! quejumbroso.

—Vaya, vaya, — continuó el burgués, — sea razonable y no se apure, que no tiene nada de particular el tomar una copa de más el día de la Ascensión; eso le ocurre a cualquiera. Si me lo permite, voy a llenar mi pipa de su tabaco, pues el mío se ha acabado.

Esto dijo el buen burgués, a punto de que el estudiante iba a guardarse la pipa y la tabaquera; y sin otra ceremonia limpió la suya y comenzó tranquilamente a llenarla.

Algunas muchachas se habían acercado entre tanto y cuchicheaban con la mujer, mirando a Anselmo, al que le parecía estar sobre aceradas y ardientes espinas. En cuanto tuvo en su poder la pipa y la tabaquera echó a correr sin decir una palabra. Todo lo que viera de maravilloso debajo del saúco había desaparecido, y sólo recordaba haber soñado toda clase de cosas extrañas, acometiéndole una especie de terror voluntario al recordarlo. "Satanás se ha apoderado de tí", díjole el rector, y no le cabía duda de que estaba en lo cierto. Y tal pensamiento no era soportable para un "candidatus teologiae" borracho el día de la Ascensión.

Iba a internarse por la alameda del jardín de Kosel cuando oyó a su espalda una voz que decía: "Anselmo, Anselmo. ¿dónde demonios va usted con tanta prisa?" El estudiante quedóse como clavado en el suelo, pues estaba seguro de que le sucedería una nueva desgracia. Oyóse otra vez la voz: "Anselmo, vuélvase y venga con nosotros a la orilla del río". Dióse cuenta entonces de que quien le llamaba era su amigo Paulmann, el pasante; dió media vuelta, dirigiéndose hacia la orilla del Elba, y se encontró a su amigo con sus dos hijas y el registrador Heerbrand, que se disponían a tomar una barca. Paulmann invitó al estudiante a que los acompañara a dar un paseo por el río y a pasar la noche con ellos. Anselmo aceptó encantado, pues creía de aquella manera poder escapar a todas las desdichas que le ocurrieran durante el día.

Cuando marchaban por el río vieron que en la orilla opuesta, del lado del Antos-

chen Garten, estaban quemando fuegos artificiales. Chisporroteando y crepitando en volaban los cohetes por el espacio, lanzando en todas direcciones millares de estrellas, que iluminaban con sus destellos. El estudiante Anselmo iba meditabundo junto al barquero, y cuando vió reflejarse en el agua los fuegos artificiales parecióle que las serpientes doradas salían del fondo. Todo lo que viera bajo el saúco volvió a su imaginación, y de nuevo sintióse acometido del inexplicable deseo y de la ansiedad que le produjeran un encanto doloroso.

—¡Estáis de nuevo en mi presencia, serpientes doradas? Cantad, cantad. En vuestro canto aparecen los ojos azules maravillosos... ¿Estáis en el fondo de las aguas? — así exclamaba el estudiante Anselmo al tiempo que hacía ademán de querer arrojarse al agua.

—¡Es usted el demonio! -- exclamó el barquero, tomándole por los faldones.

Las muchachas que estaban a su lado comenzaron a gritar asustada y se escaparon al lado opuesto de la barca. El registrador Heerbrand dijo algo al oío al pasante Paulmann, a lo que éste respondió en voz baja, llegando a Anselmo estas palabras: "Un caso semejante... sin notarlo".

A los pocos momentos levantóse Paulmann, y con gran ansiedad se colocó junto al estudiante, le tomó las manos y le dijo:

—¿Cómo ya, Anselmo?

Por poco pierde el conocimiento el estudiante, pues en su interior sintió una confusión que inútilmente trataba de calmar. Vió claramente que lo que había tomado por el brillo de las serpientes no era otra cosa que los fuegos artificiales de Antonschen Garten; pero sentía agitado su pecho por una sensación desconocida, que no sabía si era dolor o alegría; y cuando el remero sacudió el agua con los remos y ésta salpicaba como irritada, oyó una voz que decía: "Anselmo.... An..., ¿no ves que estamos a tú lado? Míranos como a hermanitas.... Cree..., cree... en nosotras." Y le pareció que en el reflejo veía tres rayas doradas. Pero cuando contemplaba atento el agua para ver si los lindos ojos le miraban desde el fondo, advirtió, dolorido, que lo que se reflejaba eran las ventanas iluminadas de las casas cercanas.

Permaneció en silencio y luchando en su interior; pero el pasante Paulmann dijo:

—¿Qué tal le va, Anselmo?

—Muy desanimado, — respondió el estudiante. — ¡Ay, si usted supiera lo que he soñado mientras permanecía a la sombra de un saúco junto a las tapias del jardín de Linke, me perdonaría el que estuviera tan distraído!

—Vaya, vaya, Anselmo; siempre le he tenido por un joven sano, y eso de soñar... con los ojos abiertos y luego querer arrojarse al agua..., eso, perdóneme, no lo hacen más que los necios o los locos.

El estudiante quedóse confuso ante las duras palabras de su amigo; y la hija mayor de éste, Verónica, una muchacha de diez y seis años, muy bonita, dijo a su vez:

—Querido padre, seguramente a nuestro amigo le ha ocurrido algo extraño, y se ha dormido al pie del saúco y se figura que ha visto en realidad lo que ha soñado:

Tomó entonces la palabra el registrador Heerbrand, diciendo:

—Señorita, amigo mío: ¿no creen ustedes que sin llegar a dormirse se puede caer en un verdadero sopor? A mí me ocurre algunas veces después de tomar el café quedarme en un estado casi inconsciente, y sin ir más lejos ayer mismo me sentí inspirado y vi ante mis ojos una sentencia latina.

—Querido registrador, — repuso el pasante, — usted siempre ha tenido cierta inclinación a la poesía, y eso predispone a lo fantástico y a lo novelesco.

El estudiante Anselmo comprendía demasiado que le consideraban como loco o borracho, y se dedicó en silencio a contemplar a Verónica, advirtiendo por primera vez que tenía unos ojos azules preciosos, que le hicieran olvidar los que contemplara bajo el saúco. Olvidó casi totalmente la aventura pasada, sintiéndose alegre y satisfecho y llegando hasta ofrecer la mano a su defensora Verónica cuando bajaban de la lancha, dándole el brazo para conducirla a su casa, con tanta soltura que sólo se escurrió una vez y salpicó de barro su vestido en uno de los mayores charcos que encontraran en el camino.

No pasó inadvertido para el pasante Paulmann el cambio de Anselmo, y queriendo congraciarse con él le pidió perdón por las frases duras que le dirigiera, diciéndole:

—Sí, hay ejemplos de casos en que la fantasía se apodera de los individuos y llega a producid verdaderos trastornos; pero se trata de enfermedades, y para aliviarlas empléanse las sanguijuelas, aplicadas, "salva venia", atrás, como lo demuestra un sabio muy conocido.

El estudiante Anselmo no sabía si estaba loco, borracho o enfermo; pero de todos modos parecíanle inútiles las sanguijuelas, pues los fantasmas habían desaparecido por completo y se sentía cada vez más sereno y alegre, y trataba por todos los medios de interesar a la linda Verónica.

Como de costumbre, hízose música al terminar la comida; el estudiante hubo de sentarse al piano, y Verónica dejó oír su voz clara y bien timbrada. El registrador Heerbrand, al oírla, dijo:

—Señorita, tiene usted una voz que parece una campanita de cristal.

—Eso no, — repuso el estudiante sin darse cuenta y provocando las miradas de todos. — Las campanitas de cristal suenan de un modo maravilloso en el saúco, — siguió el estudiante a media voz.

Verónica le puso la mano en el hombro y dijo:

—¿Qué está usted diciendo, Anselmo?

El pasante Paulman miróle muy serio, y el registrador colocó un papel en el atril y se puso a cantar con gran maestría un aria del maestro Graun. El estudiante Anselmo acompañó a otros varios y luego contribuyó al regocijo general cantando con Verónica un dúo compuesto por el mismo señor Paulmann.

Era ya tarde, y el registrador requirió el

sombrero y el bastón para marcharse, cuando le abordó el paseante y le dijo:

—¿Quiere usted decirle a Anselmo algo respecto a lo que hemos hablado?

—Con mil amores, — repuso el registrador Heerbrand, y comenzó, luego de sentarse en el círculo: — Hay aquí un hombre maravilloso que según dicen es muy versado en las ciencias ocultas; pero como al presente hay poca ocasión de practicarlas, dedícase a anticuario, y tiene fama asimismo como químico. Me refiero al archivero Lindhorts. Vive, como usted sabe, solo, en una casa vieja y apartada, y cuando su servicio no lo reclama encuéntrasele siempre en su despacho o en su laboratorio, donde no permite a nadie la entrada.

"Tiene, además de muchos libros raros, manuscritos árabes, coptos, y en signos extraños que no pertenecen a ningún idioma conocido. Desea que le copien éstos, y para ello necesita un hombre que sepa hacer primores con la pluma y pueda copiar con toda fidelidad y exactitud los signos que se hallan en el pergamino. Le hace trabajar en un aposento especial de su casa; le paga, aparte la comida, durante el tiempo que dure el trabajo, un ducado diario, y un regalo si lo termina a su gusto.

"Los horas de trabajo son de diez a seis. De tres a cuatro se emplea en descansar y comer. Ya ha tenido dos o tres jóvenes que no le han satisfecho, y se ha dirigido a mí para que le indique alguien que sea buen plumista. Yo he pensado en usted, querido Anselmo, pues sé que escribe a la perfección y que dibuja con la pluma. ¿Quiere usted ganarse el ducado diario hasta que tenga otra colocación mejor, a más del regalo prometido? Si quiere, molésteso en ir mañana, a las doce en punto, a casa del archivero, cuya morada de sobra conoce.

"Pero tenga cuidado con los borrones, porque si le cae alguno en la copia tendrá usted que comenzarla de nuevo; pero si le cae en el original podría muy bien el archivero arrojarle por la ventana, pues es un hombre violento."

El estudiante Anselmo aceptó encantado el encargo del registrador, pues no solamente era una notabilidad con la pluma en la mano, sino que su verdadera pasión consistía en hacer primores caligráficos. Dió las gracias a sus protectores en los términos más calurosos, y les prometió no faltar a la cita al día siguiente a las doce.

Durante la noche, Anselmo no vió más que blancos ducados y oyó su tintineo armonioso. ¿Quién podrá censurar que un desgraciado tan perseguido por el infortunio considerase como una bendición la idea del dinero que iba a ganar?

Muy de mañana buscó sus lapiceras, sus plumas de ave y la tinta china, pues pensaba que el archivero no tendría mejores materiales. Ante todo reunió y ordenó sus muestras caligráficas y sus dibujos, para presentarlos al archivero como prueba de su habilidad si así lo deseaba.

Todo marchó perfectamente al principio, como si luciera para él una buena estrella: la corbata le salió bien al primer intento, y no se le hizo ningún punto en la media, como solía ocurrirle; no se le cayó el sombrero, y a las once y media en punto estaba el buen Anselmo, con su casaca gris y su pantalón negro, con un rollo de papeles bajo el brazo y una colección de dibujos a pluma en el bolsillo, en la Schlossgasse, en la casa de Conradi, y se tomaba un vaso del mejor licor estomacal, pues según pensaba, en sus bolsillos, vacíos aún, no tardaría en haber un ducado.

Sin advertir la gran distancia que recorriera hasta la callejuela en que se encontraba la casa del archivero, el estudiante Anselmo hallóse ante la puerta a las doce en punto.

Al llegar dirigió la mirada al grueso llamador de bronce; pero cuando al sonar la última campanada en el reloj de la iglesia próxima se disponía a tomarlo para llamar, encontróse con que el rostro metálico le dirigía una mirada aviesa, al tiempo que una sonrisa asquerosa. ¡Era el rostro de la vendedora de manzanas de la Puerta Negra! Los dientes afilados castañeteaban en la boca flácida, y al castañetear decían: "¡Estúpido... estúpido... estúpido... espera un poco, espera! ¿Por qué has salido, estúpido?"

Asustado, el estudiante se hizo atrás; quiso tomarse de la jamba de la puerta; pero su mano se agarró al cordón de la campanilla, que sonó repetidas veces de un modo extraño, y en toda la casa el eco repetía: "¡Pronto caerás en cristal!"

El estudiante sintióse acometido de un terror que le produjo el frío de la fiebre. El cordón de la campanilla se inclinó hacia abajo, convirtiéndose en una serpiente blanca y transparente que le rodeaba y le oprimía cada vez más fuerte en sus contorsiones, hasta que los miembros tiernos, triturados, rompiéronse en pedazos, y de sus venas brotó la sangre, penetrando en el cuerpo transparente de la serpiente y poniéndole a él rojo. "¡Mátame, mátame!", quería gritar en su terror; pero sólo conseguía articular un sonido ronco. La serpiente levantó la cabeza y dirigió su lengua afilada desde la tierra al pecho de Anselmo, y entonces sintió un dolor agudísimo en el pulso y perdió el conocimiento. Cuando volvió en sí estaba en una camita modesta, y a su lado el pasante Paulmann, que le decía:

—Por amor de Dios, querido Anselmo, ¿qué extravagancias son esas?

TERCERA VELADA

Noticias sobre la familia del archivero Lindhorst. — Los ojos azules de Verónica. — El registrador Heerbrand

El espíritu miró fuera del agua, que se conmovió y saltó en ondas espumosas; éstas se precipitaron en el abismo, cuyas fauces negras se abrieron ansiosas de engullirlas. Como vencedor triunfante elevó su cabeza coronada de picachos la roqueda de granito, urotegiendo al valle hasta que el sol le acogió en su seno maternal, rodeándolo con sus rayos como brazos ardientes y calentándolo e ilumi-

nándolo. Entonces despertaron miles de gérmenes que dormían bajo la arena un sueño profundo, y estiraron sus hojillas y sus tallos para saludar a su madre, y como niños alegres que juguetean en una pradera asomaron sus botones, que se abrieron al fin, acariciados por la madre y coloreados por miles de matices a cuál más lindos. En el centro del valle irguióse una colina negra que se agitaba como el pecho del hombre cuando le conmueven las malas pasiones. Del abismo subían las emanaciones, y reuniéndose en masas enormes esforzábanse en ocultar el rostro de la madre; pero entonces estalló la tormenta y las alejó de allí, y cuando el rayo límpido volvió a iluminar la colina negra brotó una azucena roja, la cual abrió sus hojas como labios que fueran a recibir el beso de la madre. En el valle apareció una lucecita brillante: era el joven Fósforo, y al verlo, la azucena exclamó llena de ansiedad: "Sé mío para siempre, hermoso joven. Te amo y moriría si me abandonases." El joven respondió: "Seré tuyo, linda flor; pero tendrás que abandonar a tu padre y a tu madre como un hijo bastardo; no volverás a ver a tus camaradas; querrás ser más grande y más fuerte que todo lo que ahora te alegra y regocija. El anhelo que llena tu ser te servirá de tormento y martirio, pues el pecado dará origen a otros pecados, y la alegría grande que enciende la chispa que yo vierto en tí es el dolor sin esperanza, en el que te sumirás para renacer en una forma extraña. ¡Esta chispa es el pensamiento!" "¡Ay — exclamó la azucena. — ¿No podré ser tuya en el ardor que me abrasa? ¿Puedo amarte más aún y puedo contemplarte si tú me aniquilas?" Besó al Fósforo, y como penetrada de su luz, vióse rodeada de llamas, de las que salió un ser nuevo, que no tardó mucho en revolotear por el valle, sin preocuparse de los camaradas jóvenes ni del joven amante. Este se lamentaba por su amor perdido, pues continuaba amando a la azucena en el valle solitario, y las rocas de granito inclinaban sus cabezas tomando parte en los lamentos del joven. Una de ellas abrió su seno, y de él salió un dragón de negras alas que dijo: "Mis hermanos los metales duermen ahí dentro; pero yo estoy alegre y despierto y quiero ayudarte. Subiendo y bajando atrapó el dragón al ser extraño nacido de la azucena, lo llevó a la colina y lo rodeó con sus alas; volvió a ser la azucena; pero el pensamiento le destrozaba por dentro, y el amor por el joven Fóstoro era un lamento cortante, ante el cual, con el aliento emponzoñado se marchitaban en las florecillas que antes alegraban su vista. El joven Fósforo se puso una armadura brillante que relucía con mil colores y luchó con el dragón, que con sus alas negres chocó contra la las florecillas volvieron a la vida y rodearon al dragón como pájaros maravillosos, haciéndole perder las fuerzas y ocultarse en el fondo de la tierra vencido. La azucena estaba libre; el joven Fósforo la abrazó con amor celestial, y las flores y los pájaros y hasta las mismas rocas de granito cantaron un himno de alegría, proclamándola reina del valle.

—Señor archivero, — dijo el registrador Heerbrand, — eso es completamente asiático, y ahora deseamos que nos cuente algo, como ha hecho otras veces, de su vida, de sus viajes, algo que sea verdad.

—Lo que acabo de contarles, — respondió el archivero Lindhorst, — es de lo más verídico que puedo referirles de mi vida, pues yo procedo de ese valle, y la azucena que reinó en él era una tatarabuela en no sé qué grado, por lo cual yo también soy príncipe.

Todos echaron a reir ruidosamente.

—Bueno, ríanse ustedes cuanto quieran, — siguió el archivero. — Pueden tomar por insensato todo lo que acabo de contarles, pero no por eso dejará de ser rigurosamente cierto. De haber sabido que la historia de amor a al que debo mi nacimiento les agradaba tan poco, les habría contado algo nuevo que me ha referido mi hermano.

—Cómo, ¿tiene usted un hermano? ¿Dónde está? ¿Dónde vive? ¿Sirve al rey o es algún sabio independiente? — le preguntaban todos.

—No, — repuso el archivero, tomando un polvo de rapé con suma tranquilidad; — se colocó en la parte mala y está bajo el dominio del dragón.

—¿Bajo el dominio del dragón? — oyóse como un eco por todas partes.

—Sí, bajo el dominio del dragón, — continuó el archivero Lindhorst, en realidad en la desesperación. — Ustedes saben, señores míos, que mi padre murió hace poco tiempo, hace unos trescientos ochenta y cinco años, por lo cual aún llevo luto. Yo era su preferido, y me dejó un ónice que también quería poseer mi hermano. Nos peleamos delante del cadáver de una manera muy poco cortés, hasta que el difunto perdió la paciencia, se levantó y arrojó por las escaleras al hermano malo. Tocóle a mi hermano, y fué a parar a los dominios del dragón. Ahora está en un bosque de cipreses cerca de Túnez, donde tiene a su cargo el cuidado de un renombrado carbunclo místico, el cual es buscado por un demonio de nigromante que tiene su residencia de verano en Laponia, y sólo puede aprovechar para venir a verme el cuarto de hora que el nigromante se dedica a cuidar de sus salamandras, aprovechndo esos momentos para contarme a toda prisa lo que ocurre de nuevo en las fuentes del Nilo.

Por segunda vez, los presentes echáronse a reir; pero el estudiante Anselmo comenzó a sentirse inquieto, y apenas se atrevía a mirar a los ojos graves del archivero sin que le invadiera cierto malestar interior. La voz del archivero Lindhorst tenía algo metálico e impresionante que le hacía estremecerse hasta la médula de los huesos. El objeto que impulsó al registrador Heerbrand a llevarle consigo al café no parecía fácil de alcanzar por aquel día.

Paulmann acertó a pasar por aquella calle cuado él yacía sin sentido delante de la puerta de la casa del archivero, y a su lado una vieja que para atenderle había de-

ado una canasta llena de bollos y manzanas.

El señor Paulmann había requerido una camina y lo hizo trasladar a su casa. "Pueden creer lo que quieran de mí, — decíase el estudiante Anselmo, — pueden tomarme por loco o por... lo que quieran; pero yo estoy seguro de que en el llamador de la puerta me hacía guiños la maldita cara de la bruja de la Puerta Negra. De lo que sucedió después más quiero no hablar; pero si yo llego a recobrar el conocimiento y veo a mi lado a la vendedora de manzanas, que no otra era la vieja que estaba junto a mí, estoy seguro de que me da un ataque o me vuelvo loco".

Ni las reflexiones de Paulmann, ni los discursos del registrador Heerbrand, ni los de Verónica, acompañados de las miradas de sus ojos azules, lograron sacarle del ensimismamiento en que cayó. Lo consideraron enfermo mentalmente y comenzaron a pensar en un medio de distraerle, decidiendo el registrador Heerbrand que nada más a propósito que la ocupación de copiar los manuscritos del archivero.

Pensaron, en consecuencia, en el modo de ponerlos en comunicación, y como quiera que el registrador supiese que el archivero acudía casi todas las noches a cierto café, invitó al estudiante Anselmo a frecuentar en tal café a costa suya, y tomar una cerveza y fumarse una pipa hasta que se presentase ocasión de conocer al archivero y tratar del asunto de las copias, a lo cual el estudiante accedió de buen grado.

—Merecerá usted bien de la posteridad si consigue usted volver a la razón al pobre joven, amigo Heerbrand, — dijo el pasante Paulmann.

—Sí, es verdad, — confirmó Verónica, elevando sus lindos ojos al cielo con expresión piadosa y pensando que el estudiante Anselmo era un joven muy simpático aunque estuviera transtornado.

En el momento en que el archivero Lindhorst se disponía a salir, armado de bastón y sombrero, el registrador tomó a Anselmo de la mano, y cortando el paso al archivero, le dijo:

—Estimado señor archivero: aquí tiene usted al estudiante Anselmo, que es una notabilidad en trabajos de pluma y quiere copiar sus manuscritos.

—Me alegro extraordinariamente, — respondió el archivero Lindhorst, apresurado.

Se puso el sombrero de tres picos, y apartando al registrador y a Anselmo echó a correr escalera abajo, quedándose los otros inmóviles y mirando a la puerta, que el primero cerró de un portazo, haciendo rechinar los goznes.

—Es un viejo extraordinario. — dijo el registrador.

—Un viejo extraordinario, — repitió Anselmo, sintiendo como si le corriera por las venas una corriente de agua helada capaz de convertirle en estatua de mármol.

Todos los concurrentes al café se echaron a reir, y dijeron:

—El archivero estaba hoy de mal humor; mañana seguramente estará tranquilo y no hablará una palabra, sino que se pasará las horas mirando las volutas de humo de su pipa o leyendo periódicos; no hay que hacerle caso.

"Es verdad, — pensaba el estudiante Anselmo, — no hay motivo para preocuparse. ¿No había dicho el archivero que se alegraba mucho de que yo quisiera copiar sus manuscritos? Pero ¿por qué ha cerrado el paso al registrador cuando ha visto que se dirigía a su casa? El archivero es en el fondo una buena persona y generoso en extremo...pero un poco extraño en sus discursos. En todo caso, ¿a mí qué me importa? Mañana a las doce en punto me presentaré en su casa, a pesar de todas las brujas de bronce.

CUARTA VELADA

Melancolía del estudiante Anselmo. — El espejo de esmeraldas. — De cómo el archivero Lindhorst voló como un milano, y el estudiante Anselmo no encontró a nadie.

TENGO que preguntarte, amable lector, si en tu vida no has tenido horas y días y semanas en las cuales se te ha presentado todo lo hecho a diario como un verdadero t mento y en los que todo lo que has considerado como digno de tu esfuerzo te parece estúpido y sin objeto.

En esos momentos no sabes qué hacer n a dónde dirigirte; en tu pecho escóndese el sentimiento de que en alguna parte y alguna vez habrá casión de llenar cumplidamente todos tus deseos, que el espíritu, como un niño temeroso, no se atreve a formular; y en este anhelo por lo desconocido, algo que flota por dondequiera que vayas y dondequiera que estés se te aparece como un sueño en el que figuran seres translúcidos que te hacen enmudecer para todo lo que aquí te rodea. Diriges tu mirada turbada en derredor como un amante sin esperanza, y todo lo que los hombres hacen en abigarrado revoltijo te produce dolor y nunca alegría, como si no perteneciese a este fundo.

Si te ha ocurrido alguna vez esto, querido lector, conoces por experiencia propia el estado del estudiante Anselmo. Lo que más deseo es haber conseguido pintarle con colores vivos ante tus ojos, pues en realidad en las vigilias que he dedicado a escribir su historia peregrina he procurado hacerlo con toda exactitud, relatando lo maravilloso como si fuera un cuento de aparecidos, al punto que hay momentos en que temo que no creas ni en el estudiante Anselmo ni en el archivero Lindhorst, y que hasta llegues a dudar de la existencia de Paulmann y del registrador Heerbrand, o por lo menos pasen inadvertidos par tí estos estimables señores, que aun se pasean por Dresde.

Intenta, estimado lector, penetrar en el mundo de las hadas, lleno de maravillas que provocan las grandes alegrías y los grandes terrores, donde las diosas levantan sus vuelos para que podamos contemplar sus rostros; pero una sonrisa de incredulidad asoma a todos los labios, la burla con que se acoge siempre todo lo fabuloso, como los cuentos de las madres a sus hijos pequeños.

Bien; pues en este reino, que por lo menos en sueños se nos abre algunas veces, trata de penetrar, querido lector, y de reconocer las figuras tal y como las aves en la vida diaria. Entonces creerás que el tal reino está más cerca de ti de lo que te figurabas; esto lo deseo con todo mi corazón, para que te puedas hacer más cargo de la historia del estudiante Anselmo.

Como ya hemos dicho, el estudiante Anselmo, desde la noche en que vió al archivero Lindhorst, cayó en una apatía somnolienta que le hacía insensible a todas las emociones de la vida corriente. Sentía en su interior algo desconocido que le conmovía y le producía una especie de dolor agradable, que es la consecuencia del anhelo que a los hombres promete otro ser más alto.

Donde se encontraba más a gusto era en las praderas y en los bosques, en los que podía a sus anchas contemplar la Naturaleza y la vida y sumirse en reflexiones interiores. Y ocurrió que volviendo un día de un largo paseo, acertó a pasar por delante de aquel saúco donde fué acometido por las hadas y vió cosas tan raras; sintióse atraído por la alfombra verde del césped, y apenas se había sentado cuando todo lo que un día contemplara como en éxtasis, y cuyo recuerdo conservaba en el fondo de su alma, volvió a aparecérsele como si lo viera por segunda vez. Y aún más claro que entonces vió los ojos azules de las serpientes doradas que en el centro del saúco se erguían, y las campanillas de cristal que brotaban de su contorno, llenándole de encanto y alegría.

Lo mismo que en el día de la Ascensión, se abrazó al saúco, y dirigiéndose a las ramas y a las hojas exclamó: "Deslízate e inclínate, serpiente dorada, en las ramas para que yo pueda contemplarte. Mírame una vez más con tus divinos ojos. Te amo y morire de pena y de dolor si no vuelves". Todo quedó en silencio, y, como entonces, el saúco sacudió sus ramas y agitó sus hojas. Pero el estudiante Anselmo comprendió lo que le inquietaba y conmova, y que no era otra cosa que el dolor de un anhelo sin fin. "Estoy seguro, — dijo, — de que te amo con toda mi alma y hasta la muerte, deliciosa serpiente verde; sin ti no puedo vivir, y pereceré miserablemente si no te veo, si no te tengo junto a mí como la amada de mi corazón...; pero ya sé que eres mía y que ha de llegar un día en que vea realizados mis deseos de otro mundo".

El estudiante Anselmo iba todas las tardes, cuando el sol se filtraba por entre los árboles, a colocarse bajo el saúco y dirigía sus endechas amorosas a las hojas y a las ramas, pensando que llegaría a la serpiente. Una vez que repetía las mismas quejas apareciósele de repente un hombre seco, envuelto en una vestidura gris claro, y le dijo, mirándole con ojos de fuego:

—¿Qué te pasa y por qué te lamentas? ¡Ah!, eres el estudiante que quiere copiar mis manuscritos.

El estudiante asustóse no poco ante la voz estentórea, que era la misma que le dirigiera la palabra el día de la Ascensión. De asombro y miedo no pudo articular palabra.

—Vamos a ver, Anselmo, — continuó el archivero Lindhorst, pues era él el hombre de la vestidura gris, — ¿Qué quiere usted del saúco y por qué no ha ido a mi casa a principiar el trabajo?

Ciertamente el estudiante Anselmo no se había vuelto a ocupar de ir a casa del archivero; pero ahora, vuelto en sí de su agradable sueño por la misma voz que en otra ocasión le robara a su amada, sintióse acometido de un especie de desesperación y comenzó a decir:

—Señor archivero, puede usted tomarme por loco o por lo que quiera, me es igual; pero aquí, bajo este saúco, contemplé por primera vez el día de la Ascensión a la serpiente dorada y verde..., la amada de mi corazón, y me habló con voz de cristal, y usted..., señor archivero, la llamó gritando desde el agua.

—¿Cómo es eso, amigo mío? — interrumpe el archivero sonriendo, mentras tomaba un polvo de rapé.

El estudiante Anselmo sintió que su corazón se libraba de un peso al poder explicarse sobre aquella aventura extraordinaria, y le pareció una gran cosa el achacar al archivero la culpa de haberle interrumpido con su voz, que tronó a distancia. Recogióse y comenzó su relato.

—Voy a contarle todo lo que me ocurrió el día de la Ascensión, y después puede decirme y, sobre todo, pensar lo que quiera de mí.

Contóle punto por punto todos los sucesos, desde el desgraciado tropezón con el canasto de manzanas hasta la huída por el agua de las tres serpientes doradas y verdes, y díjole que la gente le había tomado por loco o por borracho.

—Todo lo que le he dicho, — terminó el estudiante, — lo he visto realmente, y en el fondo de mi corazón conservo el recuerdo de las adorables voces ué me hablaron no fué en modo alguno un sueño, y para no morirme de ansiedad y de amor tengo que creer en las serpientes doradas, a pesar de que en su risa, señor archivero, comprendo que usted también toma a las tales serpientes como una imagen de mi mente calenturienta.

—No lo crea usted, — repuso el archivero con gran tranquilidad y calma. — Las serpientes doradas que usted, Anselmo, vió en el saúco eran mis tres hijas, y es una cosa perfectamente clara que se enamoró usted de la más joven, que se llama Serpentina. Ya lo sabía yo desde el día de la Ascensión, y como estaba trabajando y me mo-

lestara el ruido y el estrépito, llamé a las locuelas para que se fueran a casa, pues el sol se había puesto y ya le habían tomado y cantado bastante.

Al estudiante Anselmo le parecía que cocían algo que esperaba hacía mucho tiempo, y que el saúco, las tapias y la hierba se movían en derredor suyo. Quiso decir algunas palabras, pero el archivero no le dejó hablar, sino que quitándose un guante y mostrando a Anselmo la piedra de una sortija que brillaba con destellos de fuego, dijo:

—Mire aquí, querido Anselmo; seguramente tendrá una alegría con lo que vea.

El estudiante miró a la piedra, y, ¡oh maravilla!, ésta se abrió como un gran foco, lanzando rayos en derredor, y los rayos se convirtieron en un espejo de cristal, en el que haciendo mil piruetas, ora huyendo unas de otras, ora entrelazándose, las tres serpientes saltaban y bailaban. Y cuando se tocaban, los cuerpos esbeltos entrechocaban, lanzando chispas brillantes, sonaban los acordes de campanitas de cristal, y la que estaba en medio alargaba la cabeza fuera del espejo y los ojos azul oscuro decían :"¿Me conoces?... ¿Crees en mí, Anselmo?.... En la confianza está el amor... ¿Sabes amar?"

—Oh Serpentina, Serpentina! — exclamó el estudiante, loco de entusiasmo.

Pero el archivero Lindhorst echó el aliento en el espejo, y con la rapidez del rayo desapareció el foco y sólo quedó en su mano una pequeña esmeralda, sobre la que se puso el guante.

—¿Ha visto usted a las serpientes doradas, amigo Anselmo? — preguntó el archivero.

—¡Ah, sí! — respondió el estudiante, — y a la adorable Serpentina.

—Bueno, — continuó el archivero, — basta por hoy. Además, si está usted decidido a trabajar conmigo, podrá usted ver a mis hijas con frecuencia, es decir, le recompensaré a usted con este placer si trabaja bien; esto es, si copia con fidelidad y limpieza todos los signos. Pero usted no ha ido a mi casa, a pesar de que el registrador Heerbrand me aseguró que iría en seguida, y le he estado esperando inútilmente varios días.

En cuanto el archivero nombró a Heerbrand pareciéle a Anselmo que volvía a hallarse sobre el suelo y que en realidad era el estudiante que estaba delante del archivero Lindhorst.

El tono indiferente en que hablaba éste, contrastando con las apariciones maravillosas que provocara, como verdadero nigromante, tenía algo siniestro, aumentado aún por las miradas penetrantes que salían de las órbitas huecas de aquel rostro arrugado y huesudo, y el estudiante sintióse acometido de la misma sensación de inquietud que le acometiera en el café la noche en que oyó al archivero relatar aquellas aventuras extraordinarias.

Con mucho trabajo logró rehacerse, y cuando el archivero le preguntó de nuevo: "¿Por qué no ha ido usted a casa?", decidióse a contarle todo lo que le había ocurrido el día que estuvo llamando a su puerta.

—Querido Anselmo, — dijo el archivero cuando el estudiante terminó su relato, — querido Anselmo: conozco perfectamente a la vendedora de manzanas de que usted cree hablar es una criatura fatal que me juega toda clase de malas pasadas y que se ha hecho broncear, para asustar a todas las visitas agradables, en forma de llamador, lo cual ya me va resultando insoportable. Si usted quiere, mañana cuando vaya a casa y se le represente el rostro repugnante de la dichosa mujer échele unas gotas de este licor en las mismas narices y en seguida desaparecerá. Y ahora, adiós, querido Anselmo, voy algo de prisa; por eso no le quiero molestar diciéndole que me acompañe a volver a la ciudad. Adiós y hasta la vista; mañana a las doce.

El archivero entregó a Anselmo un frasquito con un líquido amarillo y salió corriendo tan de prisa, que en la oscuridad más bien parecía volar que andar.

A poco estaba junto al jardín de Kosel; entonces el viento abrió los dos lados del manto, de modo que flotaron en el aire un par de alas gigantescas, y el estudiante, que lleno de asombro miraba al archivero, creyó distinguir un gran pájaro preparándose a levantar el vuelo.

Estaba Anselmo mirando a la oscuridad cuando se levantó con gran estrépito un milano blancuzco, y comprendió que el aleteo que él supusiera procedía del archivero debía de ser de aquel milano, aun cuando no se daba cuenta de cómo desapareció el archivero. "Probablemente será el mismo archivero el que vuela, — dijo para sí Anselmo, — pues ahora advierto que todas las maravillas que he visto, suponiendo que pertenecían a un mundo extraño y que tomaba por sueños, tienen vida verdadera y juegan conmigo; pero sean lo que quieran, tú vives y alientas en mi pecho, adorada Serpentina; sólo tú vives y alientas en mi pecho, adorada Serpentina; sólo tú pueds calmar la ansiedad que me destroza el corazón... ¡Cuándo podré contemplar tus divinos ojos, querida mía!" Así suspiraba el estudiante Anselmo en alta voz. "Qué nombre más raro y más poco cristiano", dijo una voz de bajo junto a él, que resultó ser un individuo que pasaba por allí. El estudiante recordó a tiempo dónde estaba y se apresuró a salir de aquellos contornos, pensando para sus adentros: "La verdad que sería una verdadera desgracia el que ahora me encontrase con el pasante Paulmann o con el registrador Heerbrand." Pero no se encontró a ninguno de los dos.

QUINTA VELADA

La consejera. — "Cicero de officiis". — Monos y otras alimañas. — La vieja Elisa. — El equinoccio.

NO es posible hacer carrera de Anselmo, — decía el pasante Paulmann un día; — todos mis esfuerzos y mis esperanzas son infructuosos; no se quiere aplicar a nada, a pesar de que ha hecho estudios brillantes, que son base suficiente para todo.

El registrador Heerbrand respondió, riendo sutil y misteriosamente:

—Dejale espera, y tempo, mi Dios, antes. Anselmo es un joven [illegible] y hay que el madre para muchas cosas quiero decir que lo tomo de ver secretario de Estado y consejero.

—¿Consejero? — dijo Perdiguero sin atreverse casi de articular la palabra por el asombro.

—Poco a poco, — continuó el registrador. — Ya sé, lo que sé. Ya hace unos días que va a casa del arquitecto Lombardo y trabaja en los planos y me pidió que le tuviera enterado en el caso. "Me ha recomendado usted al señor de Valdía, que [illegible] ahora." Y si tiene nivel en cuenta las relaciones del arquitecto... ya veremos lo que pasa dentro de unos años.

Dichas estas palabras, el registrador se marchó con su risita misteriosa, dejando al pasante, lleno de curiosidad y de asombro, atado en su silla.

Doña Verónica, al conocer [illegible] tal [illegible] gran efecto. "¿No he creído yo siempre, pensado, — que el estudiante Anselmo era un joven muy listo y agradable del que se puede esperar algo grande? ¡Si yo estuviera segura de si me gusta en realidad! Aquella noche del paseo por el Elba me apretó dos veces la mano, y luego, mientras [illegible] el día me dirigió unas miradas extrañas que penetraban hasta el corazón. Sí, sí... me gusta...' y yo..." Verónica se representó, como suelen hacerlo muchas jóvenes, los dulces sueños de un futuro agradable: era la señora del consejero; vivía en una [illegible] en la calle principal, o en la plaza Nueva, o en la Montmartre... Las mamparas de fibra marfil y las chaises [illegible] la tentaban a maravilla... Desaparecía en su elegante "negro" en su galante [illegible] y la mandaba para el servicio del día: "Pero cuidado con echar a perder la terrina, que es el plato favorito del señor consejero". Los elegantes que pasaban mirában la bertadillas y a sus oídos llegaban palabras como estas: "¡Qué mujer más admirable es la consejera! ¡Qué buen le sentía la cofia de encaje!" La consejera X enviaba su criado a preguntar si la señora consejera quería ir con ella a los baños de Lutha. "Lo siento muchísimo; pero ya estoy comprometida para tomar el té con la presidenta T.". El consejero Anselmo volvía temprano de sus quehaceres; iba vestido de última moda. "¡Ya las diez!", decía al oir el reloj de repetición que daba la hora; y besando a su mujercita: "¿Qué tal te va, mujercita? Mira lo que te traigo". Y sacaba una cajita en la que guardaba un par de pendientes de un trabajo modernísimo, que ella se ponía en seguida en lugar de los que llevaba, ya usados.

—¡Qué lindos pendientes! — exclamó Verónica en alta voz y levantándose de un salto de la silla en que estaba cosiendo, dejando caer su labor, para colocarse ante el espejo, como si realmente tuviese puestos los pendientes.

—¿Qué es eso? — preguntó su padre, que absorto en la obra "Cicero de officiis", por poco se le cae el libro de las manos. — ¿Tenemos también ataques como Anselmo?

En aquel momento entró en la habitación el estudiante, que, contra su costumbre, hacía varios días que no parecía por allí con gran asombro de Verónica y no menos susto por el cambio que se operara en él. Con gran aplomo, cosa no habitual en él, habló de la nueva tendencia de su vida, de [illegible] porvenir que se le abría y que muchos ni siquiera podían presumir.

Realmente, recordando las palabras del registrador sintióse aún más confuso, y apenas si pudo articular una sílaba cuando el estudiante, después de decir que tenía mucho trabajo y muy urgente en casa del archivero y de besar la mano de Verónica de una manera muy elegante, salió de allí. "Así sería el consejero, —pensó Verónica, — y me ha besado la mano sin resbalarn i pisarme, como suele hacerlo. Me ha dirigido una mirada tan dulce... Decididamente, me gusta".

Verónica ensimismóse de nuevo en sus sueños, en los que siempre creía ver una figura enemiga meaclada con las apariciones agradables que le hacían imaginarse ya consejera y en su casa. La figura reía burlona y decía: "Todo lo que piensas es una tontería y un puro engaño, pues Anselmo no será nunca consejero ni tu marido; no te ama, a pesar de tus ojos azules y de que eres esbelta y de que tienes las manos bonitas". — Sintió Verónica como si le echaran un jarro de agua helada y el terror substituyó a la satisfacción con que pensara en la cofia de encaje y en los pendientes. Las lágrimas asomaron a sus ojos y en alta voz dijo:

—Es verdad, no me quiere, y nunca seré consejera.

—[illegible] — [illegible] Perdiguero.

Y tomando el bastón y el sombrero, se marchó de allí.

—Eso me faltaba, — suspiró Verónica, [illegible] con su bordado de doce años, que, [illegible], estaba [illegible] de su bastidor bordado.

Eran casi las tres y [illegible] ya de arreglar la habitación y de preparar el café, pues las señoritas de Oster habían [illegible] su visita.

Detrás de cada [illegible] que Verónica movía, detrás de los lienzos de [illegible] que estaban sobre el piano, detrás de todas las cosas, salía de la [illegible] una [illegible] de armario, apareciéndole la [illegible] figura, como un [illegible], [illegible] [illegible] los dedos y [illegible]. "No será tu marido, no será tu marido". Y [illegible] cuando todo estaba en su sitio y Verónica en medio del cuarto, se vio aparecer con [illegible] muy largas [illegible] de la [illegible] y repitiendo la [illegible]: "¡No será tu marido!".

—¡No eres nada, no eres nada, hermana! — [illegible] Verónica, que no se atrevía a moverse, temiendo [illegible].

Francisca se levantó muy trabajosa de su bastidor y dijo:

—¿Qué te pasa [illegible], hermana? Todo se repartirá y está [illegible] un [illegible] voy a ayudarte.

Todas las tardes encontrará en

EL DIARIO

4.ª edición

además de las noticias completas del día, un suelto que le interesará particularmente.

Cada Jueves

EL DIARIO

publica las modas en colores, una página en colores de una historieta apta para niños e interesantes notas sobre temas de actualidad.

Remita el cupón que aparece en la página N.° 8 de este ejemplar si quiere recibir un ejemplar en su domicilio.

Compre todas las tardes

EL DIARIO

o suscríbase en la Administración:

Av. de Mayo 662 - Buenos Aires

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

3 meses, $ 7.50 - 6 meses, $ 14.50 - 1 año, $ 28.-

En seguida entraron las amigas muy alegres, y en el mismo momento comprendió Verónica que había tomado la tapa de la estufa por una figura y el chirrido de la puerta mal cerrada por las palabras odiosas.

Descompuesta po el miedo, no se pudo rehacer tan pronto que sus amigas no notasen su tensión y la palidez de su rostro descompuesto.

Cuando hubieron mencionado todas las cosas aleges que tenían que contar, insistieron con su amiga para que les dijera qué le pasaba, y Verónica no tuvo más remedio que confesar que se sentía acometida de ideas extrañas y que en pleno día invadíala un terror a los espectros que no lograba dominar. Contóles cómo viera en tods los rincones la figura de un hombrecillo que se burlaba de ella, hasta que las señoritas de Oster inquietas, miraban a todas partes, y concluyeron por no estar a gusto.

Entró Francisca con el café humeante, y las tres se rieron de las tonterías que habían hablado. Angélica, así se llamaba la mayor de las de Oster, era novia de un oficial que estaba en la guerra y del cual no había tenido noticias hacía mucho tiempo; tanto, que ya habían llegado a temer que le hubieran matado o por o menos herido gravemente. Esta idea había preocupado hondamente a Angélica; pero ya estaba tranquila en absoluto, de lo cual Verónica extrañóse un poco, y así se lo manifestó.

—Querida mía, — dijo Angélica, — ¿Crees tú que no quiero a mi Víctor y que no tengo siempre presente su imagen? Por eso precisamente estoy tan contenta y me siento tan feliz, pues mi Víctor está bueno y sano y pronto le veré al capitán de caballería, adornado con las cruces ganadas por su valor. Una herida, no muy grave, en el brazo derecho, causada por un balazo de un húsar enemigo, le impide escribir, y el continuo cambio de residencia de su regimiento, que no quiere abandonar, le hace imposible darme noticias suyas; pero hoy por la noche recibirá la orden de ponerse en cura. Mañana emprenderá el camino hacia aquí, y cuando vaya a subir al coche tendrá noticia de su nombramiento de capitán.

—Pero, querida Angélica, — dijo Verónica, — lo sabes todo.

—No te rías de mí, amiga mía — repuso Angélica — porque si te ríes te hará guiños el hombrecillo detrás del espejo. Yo no puedo librarme de creer en ciertas cosas ocultas, que algunas veces han sido para mí más que visibles, y creo positivamente que hay personas que poseen un don de vista especial que les permite poner en movimiento medios infalibles para averiguar todas las cosas. En esta ciudad hay una anciana que posee este don en alto grado. No echa las cartas como otras, ni profetiza como plomo derretido ni con flores de café, sino que hace ciertas preparaciones a las que dirige sus preguntas, tomando parte la persona interesada, y en un espejo pulimentado aparece una colección de figuras que la mujer va nombrando y que le responden a todas las preguntas que les dirige. Ayer tarde estuve en su casa y me dió las noticias que acabáis de oir sobre mi Víctor, de las cuales no dudo ni un momento.

El relato de Angélica produjo impresión en el ánimo de Verónica, que pensó en seguida ir a consultar a la vieja sobre Anselmo y sus esperanzas. Supo que la buena mujer se llamaba la señora Rauerin y que habitaba en una calle apartada en la Seethor; que se la podía ver los martes, miércoles y viernes desde las siete de la tarde, y además toda la noche, hasta el amanecer, y que recibía con más gusto a los clientes si iban solos.

Era miércoles, y Verónica decidió ir a acompañar a las de Oster y después a buscar a la vieja. En cuanto se separó de sus amigas, que vivían en la ciudad nueva, en el puente del Elba, dirigióse volando a a Seethor, y a poco entrada en la calle indicada, a cuyo extremo vió una casita, en la que vivía la señora Rauerin. No pudo dominar cierta emoción al verse delante de la puerta y metiéndose Verónica en un corredor obscuro que conducía a la escalera, que la llevó al piso superior, como le indicara Angélica.

—¿Vive aquí la señora Rauerin? — preguntó en el umbral de la puerta, sin ver a nadie.

En vez de respuesta sonó un prolongado maullido, y ante su vista presentóse un gatazo negro con el lomo erizado y la cola oscilante en alto, el cual guió hasta la puerta de un aposento, que se abrió a otro estentóreo maullido.

—Hijita, ¿estás aquí ya? Entra..., entra.

Así habló una figura que se adelantaba, ante cuyo aspecto Verónica quedó como clavada en el suelo.

Era una mujer flaca, envuelta en andrajos negros; al hablar movía a barbilla puntiaguda, abría una enorme boca sin dientes, a la que daba sombra una nariz parecida al pico de un ave de rapiña, y sonreía de un modo horrible, lanzando chispas de sus ojos de gato, cubiertos por unas grandes gafas.

Llevaba un pañuelo de colorines a la cabeza, del que salían mechones de cabellos negros enmarañados, y para hacer más espantoso su aspecto, tenía dos grandes quemaduras en la mejilla izquierda que le llegaban hasta la nariz.

Verónica quedóse sin respiración y quiso lanzar un grito, que se convirtió en un profundo suspiro, cuando la bruja la tomó con su mano sarmentosa para conducirla a un aposento interior. Allí todo era ruido y confusión: oíanse maullidos, chirridos, pitidos y gritos agudos. La vieja dió un puñetazo en la mesa y dijo:

—Quietos, canalla.

Los monos treparon a lo alto del dosel de la cama, las ratas de Indias se escondieron detrás de la estufa, los cuervos revolotearon en redor del espejo; sólo el gato negro, como si con él no fuera nada, permaneció tran

quilo en una butaca, a la que saltara al entrar.

Cuando todo quedó en silencio Verónica cobró ánimos y no se encontró tan asustada como en el corredor; hasta la misma vieja le pareció menos repulsiva y tuvo valor para mirar lo que había en el aposento.

Del techo colgaba toda clase de animales disecados; en el suelo veíase infinidad de recipientes raros y desconocidos para ella, y en la chimenea ardía un fuego azulado y mortecino, que de cuando en cuando producía alguna chispa y retrocedía, haciendo que los asquerosos murciélagos que revoloteaban por el techo lanzasen gemidos casi humanos, que hicieron estremecerse a Verónica.

—Con permiso, señorita, — dijo la vieja sonriendo; tomó una especia de plumero grande, hecho de ramas, para espantar moscas, y metiéndolo en una caldera, lo sacudió sobre la chimenea.

E fuego se apagó, y llenó el aposento de humo tan negro, que quedó completamente a oscuras; la vieja sacó de otro cuarto una luz encendida y Verónica no vió más los bichos ni lo demás, quedándose la habitación como cualquier otra. La vieja se acercó a ella y le dijo con voz estridente:

—Ya sé a lo que vienes, hija mía: quieres saber si te casarás con el estudiante Anselmo y si él llegará a ser consejero.

Verónica quedóse parada de asombro y terror y la vieja continuó:

—Ya me lo has dicho todo en tu casa, con tu papá, cuando estaba delante de ti la cafetera; yo era precisamente la cafetera. ¿No me has conocido? Hijita, escucha: más vale que no pienses en Anselmo; es un villano, que ha pisoteado a mis hijas, a mis queridas hijitas las manzanitas coloradas, que cuando la gente las hubiera comprado habrían vuelto de nuevo a mi canasto. Y se entiende con el viejo, y anteayer me ha echado en la cara el auripigmento, con lo cual por poco me deja ciega. Mira las quemaduras, hijita; no pienses en él, déjalo... No te ama porque está enamorado de la serpiente dorada; no llegará a consejero porque se dedica a cuidar las salamandras y quiere casarse con la serpiente. No te ocupes de él, no te ocupes de él.

Verónica, que había recobrado su presencia de ánimo y vencido su miedo, echóse atrás un paso y dijo en tono decidido:

—Anciana: he oído hablar de tu habilidad para predecir el porvenir y quería que me dijeras, quizá pasándome de curiosa y de impaciente, si el estudiante Anselmo, a quien quiero bien, llegaría a ser mío. Si en vez de cumplir mi deseo quieres aturdirme con tus tonterías, haces muy mal, pues yo sólo quiero saber lo que te he dicho. Si, como parece, conoces mis pensamientos íntimos, te será mucho más fácil iluminarme y aclarar mis ideas; pero no me digas más tonterías acerca de Anselmo, porque no quiero escucharte. Buenas noches.

Verónica se disponía a salir, cuando la vieja cayó de rodillas delante de ella, y gimiendo exclamó, agarrándose al vestido de la joven:

—Verónica, ¿no conoces ya a la vieja Elisa, que tantas veces te ha tenido en sus brazos y te ha cuidado y te ha acariciado?

Verónica no daba crédito a sus ojos, pues había recinocido a su antigua criada, cambiada ahora por los años, — sobre todo por las quemaduras. — y que desapareciera años atrás de casa del pasante. La vieja parecía otra en aquella época, pues llevaba en vez del pañuelo de colorines una cofia bonita, y en lugar de los harapos negros un traje de flores, con lo que resultaba muy bien vestida. Levantóse del suelo y continuó diciendo, al tiempo que tomaba en sus brazos a Verónica:

—Aunque todo lo que te he dicho te parezca una tontería, desgraciadamente es cierto. Anselmo me ha hecho mucho daño, aunque en contra su voluntad; ha caído en las manos del archivero Lindhorst, que quiere casarle con su hija. El archivero es mi mayor enemigo, y si te contara sus cosas no las comprenderías o te horrorizarías demasiado. Es un adivino y hechicero; pero yo soy una hechicera también... Ya veo que quieres mucho al estudiante, y voy a procurar por todos los medios que seas feliz y que llegues a casarte con él como deseas.

—Pero, ¡por Dios, Elisa, dime! — continuó Verónica.

—Calla, niña, calla, — interrumpióle la vieja, — sé lo que vas a decir; he llegado a ser lo que soy porque así tenía que ser y no podía librarme de ello. Vamos, pues... Yo conozco el medio para que Anselmo se cure de su loco amor por la serpiente dorada y verde y vaya a caer en tus brazos convertido en consejero; pero has de ayudarme tú.

—Dime lo que he de hacer, Elisa, que te obedeceré ciegamente, pues amo a Anselmo con toda mi alma, — repuso Verónica casi a media voz.

—Se, — dijo la vieja, — que eres muy valiente; nunca conseguía dormirte amenazándote con el coco, pues en cuanto te lo decía abrías los ojos para verlo; ibas sin luz a los últimos rincones de la casa y metías miedo a los chicos de la vecindad poniéndote la bata de tu padre. Si te importa vencer al archivero Lindhorst valiéndote de mis artes, si tienes empeño en que Anselmo llegue a ser consejero y a casarte contigo, sal de tu casa, sin ser vista, la noche del equinoccio, a las once, y ven a buscarme; yo iré contigo a la encrucijada de los caminos que atraviesan el campo no lejos de aquí; llevaremos lo necesario, y no te choque nada de lo que veas por extraordinario que te parezca. Y ahora, hijita mía, buenas noches; papá te estará esperando con la sopa en la mesa.

Verónica salió corriendo, con la decisión firme de no faltar la noche del equinoccio, pues pensaba que Elisa tenía razón y que Anselmo había caído en mano de un hechicero; pero estaba segura de que le libraría y que podría llamar suyo para siempre al consejero Anselmo.

SEXTA VELADA

El jardín del archivero Lindhorst con sus pájaros. — La olla de oro. — La letra inglesa cursiva. — Patas de mosca insultantes. — El príncipe de las tinieblas.

"TAMBIEN puede ser, — decía para sí el estudiante Anselmo, — que el licor estomacal que tomé con tanta avidez en casa de Conradi fuese la causa de todas las fantasías que me acometieron a la puerta de la casa del archivero. Hoy no voy a tomar nada y veremos lo que me ocurre".

Lo mismo que el primer día, metióse en el bolsillo los dibujos y los trabajos caligráficos, la tinta china, las plumas de ave bien afiladas, y cuando se disponía a salir en dirección de casa del archivero Lindhorst vió el frasquito con el líquido que le diera el mismo personaje.

Todas las aventuras extraordinarias que le habían ocurrido volvieron a representársele con vivos colores, y sintióse acometido de una sensación mezclada de alegría y dolor.

Sin poderlo remediar, comenzó a decir en alta voz: "¡Ah! ¿No voy a casa del archivero sólo por verte, adorada Serpetina?" Se imagin que Serpentina sería el premio de un trabajo grande y peligroso que había de emprender, y que este trabajo no era otro que las copias de los manuscritos del archivero Lindhorst. Estaba convencido de que en la puerta le ocurrirían otra vez las mismas cosas extrañas que el día anterior.

No pensó más en la bebida de Conradi, sino que se metió en el bolsillo el frasquito, con intención de seguir al pie de la letra las instrucciones del archivero si la vieja vendedora de manzanas comenzaba de nuevo a hacerle gestos.

Cuando al sonar las doce quiso tomar el llamador, las narices afiladas le amenazaron y le miraron los brillantes ojos de gato; pero él tomó el frasquito que llevaba en el bolsillo, y sin pensarlo más arrojó su contenido en la cara burlona que en el momento se alisó y suavizó, volviendo a su estado de llamador corriente.

La puerta se abrió; la campanilla resonó alegremente en toda la casa tilín, tilín, tilín.

Subió la hermosa y amplia escalera y aspiró con delicia el olor raro del humo que inundaba la casa. Indeciso, quedóse parado en el recibimiento, sin saber a cuál de las puertas dirigirse, cuando apareció el archivero envuelto en una bata de damasco y dijo:

—Cuánto me alegro, Anselmo, de que al fin haya usted cumplido su palabra; sígame usted, que le voy a llevar al cuarto de trabajo.

Echó a andar por el amplio recibimiento, y abrió una puertecilla lateral que daba a un pasillo. Anselmo entró en él tras el archivero; llegaron a una sala, o más bien a un invernadero que desde abajo hasta arriba estaba lleno de las plantas más raras y de grandes árboles con hojas y flores de formas extrañas. Una luz mágica lo iluminaba todo, sin que se supiera de dónde salía, pues no había ventana alguna. Cuando el estudiante Anselmo estuvo entre las plantas y los árboles parecióle que los paseos se extendían a gran distancia. Entre los oscuros cipreses distinguió estanques de mármol, de dos que salían figuras fantásticas, haciendo brotar rayos de cristal, que al caer se estrellaban de aromas embriagadores, escuchábanse voces extrañas. El archivero había desaparecido, y Anselmo vió delante de sí un arbusto gigantesco de azucenas rojas, que con su aroma mezclado con los otros, unido a la contemplación de todas aquellas maravillas, le dejó como extasiado.

De pronto comenzó a oír risas sofocadas y vocecitas que, burlonas, decían: "Señor estudiante, señor estudiante: ¿de dónde viene usted? ¿Por qué se ha puesto tan elegante, señor Anselmo? ¿Quiere usted charlar con nosotros de cómo la abuela aplastó un huevo con la espalda y el gentilhombre se echó una mancha de tinta en el traje de los domingos? ¿Se sabe usted ya de memoria el aria nueva compuesta por el papá Starmartz? Está usted muy orgulloso con su peluca de cristal y las botas altas de papel de cartas." De todos los rincones salían las mismas palabras burlonas, aturdiendo al estudiante, que de pronto se dió cuenta de que estaba rodeado de toda clase de pájaros, que se reían de él sin compasión.

En el mismo momento vió avanzar el arbusto de las azucenas rojas, que resultó ser el archivero Lindhorst, al que había confundido a causa de su bata de flores encarnadas y amarillas.

—Perdóneme, Anselmo, — dijo el archivero, — que le haya dejado solo; pero es que al pasar me he fijado en el cactus, que esta noche va a abrir sus flores... ¿Le gusta a usted mi jardín?

—Es precioso sobre toda ponderación, querido señor archivero, — respondió el estudiante, pero los lindos pájaros se han burlado no poco de mi pequeñez.

—¿Qué significa esto? — exclamó el archivero indignado, dirigiéndose a la espesura.

Entonces salió un gran papagayo gris, y colocándose en una rama de mirto junto al achivero y mirándole muy serio a través de unos lentes que tenía colocados en el pico, dijo con voz ronca:

—No lo tome a mal, señor archivero; mis chicos han sido un poco locos y desvergonzados; pero el señor estudiante ha tenido parte de culpa, pues...

—¡A callar, a callar! — interrumpióle el archivero, — conozco a los sinvergüenzas; pero les debes tener mejos acostumbrados, amigo mío... Vamos adelante, Anselmo.

El archivero le condujo a través de una porción de aposentos alhajados de un modo extraño, sin que el estudiante pudiese, en la prisa con que los atravesaba, más que hacerse una ligera idea de sus muebles y adornos.

Al fin llegaron a una habitación grande, en la cual el archivero se quedó parado con

la vista en el techo, y Anselmo tuvo tiempo de contemplar el aspecto de aquel salón, sencillamente adornado. De las paredes, azul cielo, salían los troncos de unas palmeras bronceadas, cuyas hojas, brillantes como esmeraldas, formaban bóveda en el techo; en medio del aposento, sobre tres leones egipcios bronceados, descansaba una plancha de pórfido, en la cual se veía una sencilla olla de oro, de la cual Anselmo no lograba apartar la vista. Parecíale que en su superficie pulida se reflejaban toda clase de figuras...: hasta llegó a verse a sí mismo, con los brazos abiertos junto al saúco. Serpentina se deslizaba de un lado para otro, mirándole con sus ojos divinos. Anselmo sintióse fuera de sí de entusiasmo.

—¡Serpentina! ¡Serpentina! — exclamó en alta voz.

El archivero Lindhorst volvióse hacia él y dijo:

—¿Qué le ocurre a usted, querido Anselmo? Me ha parecido oír que llamaba usted a mi hija, que precisamente está al otro extremo de la casa dando lección de piano. Venga usted conmigo.

Anselmo siguió al archivero casi sin saber lo que hacía, y no oyó ni vió más hasta que se sintió tomado de la mano por el dueño de la casa, que le dijo:

—Ya estamos en el sitio preciso.

El estudiante despertó como de un sueño, y vió que estaban en una habitación rodeada de estantes de libros, que no era ni más ni menos que cualquier biblioteca corriente. En el centro había una gran mesa de trabajo, y delante de ella un sillón tapizado.

—Este será en lo sucesivo su cuarto de trabajo, — díjole el archivero. — No sé si luego trabajará usted en la biblioteca azul, donde tan de repente se ha puesto a nombrar a mi hija...; pero ahora quiero ver sus habilidades y si es usted capaz de darme gusto en la obra que va a emprender.

El estudiante se alegró mucho, y con cierta suficiencia sacó sus dibujos y sus trabajos caligráficos, en la convicción de que el archivero había de quedar satisfecho de sus talentos. Apenas el buen señor tomó la primera hoja, una muestra de elegante letra inglesa, comenzó a sonreir de un modo especial y a mover la cabeza a un lado y otro. Lo mismo ocurrió con la hoja siguiente; tanto, que al esutdiante se le subió la sangre a la cabeza, y cuando la risa del otro se hizo francamente burlona, díjole de mala manera:

—El señor archivero no parece muy satisfecho con mis talentos.

—Querido Anselmo, — respondióle el archivero Lindhorst: — tiene usted condiciones para el arte de la pluma; pero veo que he de contar más con su aplicación, con su buena voluntad, que con su costumbre. Quizá consista en los males materiales de que se ha servido.

El estudiante habló de su arte en la caligrafía y de su habilidad manejando la pluma de ave y la tinta china. El archivero le alargó la hoja de letra inglesa diciéndole:

—Juzgue por sí mismo.

Anselmo quedó como herido por el rayo cuando vió su manuscrito en aquel estado tan lastimoso: no había ningún perfil ni ningún grueso en los rasgos; las letras mayúsculas no se distinguían de las minúsculas, y una multitud de patas de mosca estropeaban las líneas.

—Y además, — díjole el archivero, — la tinta tampoco es buena.

Mojó el dedo en un vaso de agua y lo pasó por encima de las letras, con lo cual desaparecieron por completo. Al estudiante Anselmo le parecía que un monstruo le estaba apretando la garganta..., no pudo articular palabra. Quedóse de pie con la malhadada hoja en la mano; pero el archivero, sonriendo, le dijo:

—No se preocupe por eso, querido Anselmo; lo que ha hecho hasta aquí quizá lo haga ahora, puesto que ha de disponer de mejores materiales de los que ha empleado antes. Empiece su trabajo con confianza.

El archivero sacó una masa líquida, negruzca, que esparció un olor especial; unas plumas de color raro muy afiladas y una hoja de una clase y un brillo particulares; después extendió ante la vista del estudiante un manuscrito árabe que estaba encerrado en un armario, y en cuanto Anselmo se puso a trabajar, salió de la habitación.

Ya había el estudiante copiado algunos manuscritos árabes, así es que la primera parte del trabajo no le pareció difícil de descifrar. "Dios sabe, y el archivero también, cómo han ido a parar las patas de mosca a mis muestras de letra inglesa, — díjose a sí mismo, — porque yo estoy tan seguro de que no son de mi mano como de que me he de morir."

Con las palabras que veía bien escritas en el pergamino animóse y aumentó su destreza. Realmente escribía con gran facilidad, y la tinta misteriosa cubría la hoja blanca del pergamino con los rasgos, negros como el ala del cuervo. Mientras trabajaba diligente y atento, parecíale cada vez más escondido el cuarto solitario en que se hallaba; y cuando más ensimismado se encontraba en la obra, que creía poder acabar felizmente, sonaron las tres, y se presentó el archivero llamándole para que se sentara con él a la mesa en una habitación contingua.

Mientras comían, el archivero Lindhorst se mostró de buen humor; preguntó a Anselmo por sus amigos el pasante Paulmann y el registrador Heebrand, y le contó cosas graciosas del último. El viejo vino del Rin agradó mucho a Anselmo, prestándole más locuacidad de lo que era corriente en él. Al dar las cuatro levantóse para reanudar su trabajo, y esta puntualidad agradó sobremanera al archivero. Si antes de comer la copia del manuscrito árabe le había sido fácil, ahora lo hacía con tanta soltura y ligereza que casi le parecía imposible cómo comprendía y trazaba los signos extraños.

Creía oír en lo profundo de su ser una voz que le decía: "¡Ah! ¿Podrías hacer lo que haces si no fuera porque la llevas en el pensamiento y en el corazón y porque crees en su amor?" Luego creyó escuchar un ligero rumor de campanillas de cristal, que

resonaba por todo el cuarto y en el que distinguía estas palabras: "Estoy a tu lado, cerca..., muy cerca...; yo te ayudo..., ten ánimo...; sé constante, querido Anselmo...; yo hago cuanto puedo para que seas mío." Y al tiempo que se sentía encantado con aquellas palabras, los signos desconocidos le eran más familiares, — casi no necesitaba mirar al original, — como si estuvieran escritos en el pergamino y sólo tuviera que pasar la pluma por encima.

Así estuvo trabajando, animado con los sonidos agradables y como envuelto en un hálito dulcísimo, hasta que el reloj dió las seis y el archivero Lindhorst entró en el cuarto. Acercóse a la mesa sonriendo de un modo raro; Anselmo se puso de pie sin decir nada; el archivero dirigió la vista a las hojas sin abandonar su risita irónica; pero en cuanto vió lo escrito, convirtióse ésta en una gran seriedad, que le contrajo todos los músculos de la cara. No parecía el mismo.

Los ojos, que siempre brillaban con destellos de fuego, miraron a Anselmo con dulzura indescriptible. Un ligero rubor extendióse por las pálidas mejillas, y en vez de la ironía que solía apretar su boca, los labios se abrieron para pronunciar palabras amables. Toda la figura adquirió mayor tamaño, más distinción; la amplia bata le caía como un manto real, plegándose majestuosamente en el pecho y en los hombros, y en los blancos rizos que caían sobre su noble frente entrelazábase una diadema de oro.

—Joven, — comenzó a decir el archivero en tono grave, — joven: antes de lo que tú supones he sabido yo los lazos secretos que te unen a lo que yo más quiero... Serpentina te ama, y un destino fatal, cuyos hilos manejan fuerzas enemigas, ha de cumplirse antes de que sea tuya y recibas el puchero de oro, que es su patrimonio. En la lucha has de encontrar el premio. Ante tí se amontonarán los enemigos, y sólo la fuerza interna con que resistas las tribulaciones puede librarte de sucumbir. El tiempo que trabajes aquí será tu aprendizaje; la fe y la ciencia te han de conducir a tu objeto si con firmeza perseveras en la obra que vas a comenzar. Sé fiel en tu cariño a la que te ama y lograrás llegar a contemplar las maravillas del puchero de oro y a ser feliz para siempre. Adios, el archivero Lindhorst te espera mañana en el despacho... Adiós.

El archivero condujo a Anselmo tranquilamente hasta la puerta, que se cerró tras sí, encontrándose en la habitación en que habían comido y cuya única puerta daba al vestíbulo. Atontado por las apariciones maravilosas permaneció el estudiante parado a la puerta de la casa, sintiendo que se abría una ventana, y al mirar para arriba vió al archivero Lindhorst con su vestidura gris, como lo viera en otra ocasión, y que le gritaba:

—Querido Anselmo: ¿por qué está usted tan pensativo? ¿Es que aún tiene en la cabeza los signos árabes? Salude al paseante Paulmann, si va usted por su casa, y vuelva mañana a las doce en punto. Los honorarios de hoy los encontrará en el bolsillo derecho de su casaca.

El estudiante encontró, efectivamente, el ducado en el bolsillo dicho, de lo cual no se alegró mucho. "Yo no sé lo que resultará de todo esto, — díjose a sí mismo; — si todo lo que veo son fantasmas y quimeras, lo cierto es que en el fondo de mi alma vive y alienta Serpentina, y antes de abandonarla prefiero la muerte, pues estoy seguro de que eternamente he de pensar en ella y no han de borrar su imagen todos los enemigos del mundo, porque su amor es mío."

SEPTIMA VELADA

De cómo el paseante Paulmann sacudió la pipa y se fué a la cama. — Rembrandt y Brueghel. — El espejo encantado y la receta del doctor Eckstein contra una enfermedad desconocida

FINALMENTE, el pasante Paulmann sacudió la ceniza, diciendo:

—Ya es hora de ir a descansar.

—Es verdad, — respondió Verónica, a la que tenía un poco inquieta la larga permanencia del padre en la sala, pues eran las diez dadas.

Apenas estuvo el paseante en su cuarto y Francisca dió señales de estar dormida, Verónica, que se había metido en la cama para despistar, se levantó con sigilo, vistióse, se envolvió en una capa y salió de la casa.

Desde el momento en que Verónica dejó a la vieja, Elisa no hizo más que pensar en Anselmo, y le parecía que una voz interior le repetía que su alejamiento dependía de una persona enemiga de ella que lo tenía sujeto y cuya fuerza podría destruir Verónica por medios ocultos. Su confianza en la vieja Elisa era mayor cada día, y la impresión de terror y de espanto desvanecíase cada vez más; tanto, que todo lo extraño de sus relaciones con la vieja le hacía el efecto de una cosa que sólo estaba fuera de lo vulgar, con mucho de romántico, y que, por tanto, le atraía con más fuerza.

Por esta razón decidióse desde luego, aún a trueque de correr algún peligro, a ir al encuentro de la vieja en la noche del equinoccio y correr la aventura, venciendo toda clase de dificultades que surgir pudieran.

Por fin llegó la noche fatal en que la vieja había de proporcionar a Verónica los medios para calmar sus ansias, y la muchacha esperaba impaciente que se acercase la hora de acudir a la cita, alegrándose grandemente cuando logró escapar de su casa.

Como una flecha recorrió las calles solitarias, sin parar mientes en la tormenta que se cernía en el espacio ni en las gotas de agua que le mojaban la cara.

Con sonido tenebroso dió el reloj las once en el momento en que Verónica, completamente mojada, llamaba a la puerta de la vieja.

—¡Queridita .. queridita!... ¿Ya estás aquí? ¡Espera... espera! — gritó desde arriba, y a poco apareció en la calle con un cesto bien repleto y acompañada del gato. — Vamos, y haremos todo lo que sea útil y necesario en esta noche, que ha de coronar dé éxito nuestros trabajos.

Así hablando, tomó de la mano a Verónica, a la que hizo cargar con el cesto, mientras ella tomaba una caldera, unas trébedes y una pala. Cuando llegaron al campo, ya no llovía; pero la tormenta era más fuerte, y sonaba en el aire con ruido espantoso. Un lamento terrible salía de las nubes, que se agrupaban, sumiendo todo en la más absoluta oscuridad. La vieja andaba de prisa y exclamaba con voz estridente:

—¡Brilla... brilla, hijo mío!

Entonces los relámpagos lucían y se entrecruzaban, y Verónica vió cómo el gato saltaba delante de ellas lanzando chispas, y oyó su maullido agudo en un momento en que la tormenta amainó. La respiración le faltaba; pareciale que unas garras de fuego le oprimían la garganta; pero logró rehacerse, y agarrándose a la vieja, exclamó:

—Ahora haremos todo lo que sea preciso, y ocurra lo que quiera.

—Muy bien, hija mía, — repuso la vieja; — sé constante, y al fin lograrás algo bueno y conseguirás el amor de Anselmo.

Luego se calló, y al cabo de un rato dijo:

—Ya estamos en el sitio preciso.

Abrió un agujero en el suelo, lo llenó de carbón, colocó encima las trébedes y en ellas la caldera. Todo ello acompañado de gestos extraños y con el gato dando vueltas en redor con la cola erizada, de la que salía un círculo de chispas de fuego.

A poco, los carbones comenzaron a arder y no tardaron en salir las llamas azuladas por debajo de las trébedes. Verónica tuvo que quitarse el velo y la capa para agacharse junto a la vieja, que le tomó las manos, apretándoselas fuertemente y mirándola a los ojos sin pestañear.

Las cosas raras que la vieja echó en la caldera, — flores, metales, hierbas, animales, no se sabía distinguir bien, — comenzaron a derretirse y a hervir.

La vieja soltó la mano de Verónica y tomó una cuchara de hierro, con la que revolvió la masa extraña, mientras la joven, por orden suya, fijaba sus miradas en la caldera pensando en Anselmo. Luego echó más metales en la caldera, juntamente con un rizo de Verónica y un anillo que llevaba puesto hacía mucho tiempo, lanzando gritos, que sonaban de un modo lúgubre en el silencio de la noche, mientras el gato maullaba y corría sin cesar de un lado para otro.

Quisiera, caro lector, que hubieses estado de viaje hacia Dresde el día 23 de setiembre; en vano tratarías de arrancar de la última parada si la noche se había echado encima; el hostelero te dice que llueve mucho y que amenaza tormenta, y, sobre todo, que es peligroso viajar en la noche equinoccial. Si no le haces caso y dices: "Bueno, yo daré un duro de propina al postillón si me lleva a Dresde antes de la una, pues me espera una buena comida en el Goldnen Engel o en Helm", quizá le decidas a ponerse en camino.

Marchando a través de la oscuridad, ves de repente, a lo lejos, unas luces extrañas. Te acercas, y distingues un círculo de fuego y en medio una caldera de la que sale un humo espeso, y chispas y rayos rojos, y junto a ella dos figuras humanas. El camino pasa precisamente por donde está la hoguera; pero los caballos se espantan y se encabritan... El postillón jura y reza... y fustiga a los caballos, que no se mueven. Sin poderlo remediar, saltas del coche y adelantas unos pasos. Entonces distingues con claridad a la esbelta joven, que en traje de noche, blanco, se arrodilla junto a la caldera.

La tormenta ha destrenzado su cabello, que flota al viento en desorden. Completamente iluminado por el fuego cegador que sale de debajo de las trébedes, aparece el rostro angelical empalidecido por el terror, que todo lo hiela; en la mirada sin expresión, en las cejas arqueadas, en la boca abierta, como queriendo lanzar un grito de muerte, que sin embargo no logra arrancar de su pecho, invadido de indecible tortura, se pinta el terror, el espanto; las manos, cruzadas, dirígense hacia el cielo, como implorando al Angel de la Guarda para que la proteja contra los monstruos del infierno que, obedeciendo a un conjuro poderoso, han de presentarse en seguida.

Allí está, inmóvil, como una estatua de mármol. Frente a ella, acurrucada en el suelo, una mujer larga y seca, de color de cobre, con narices de ave de rapiña y brillantes ojos de gato. Debajo del manto negro que la envuelve salen los brazos sarmentosos que revuelven el cocimiento infernal, y riendo grita a la joven con una voz chillona, que sobresale del ruido de la tormenta.

Creo, querido lector, que aunque no conozcas el miedo no podrías por menos de sentir erizársete el cabello ante la contemplación de un cuadro vivo digno del pincel de Rembrandt o del de Brueghel. Tu mirada no lograría apartarse de la infeliz joven presa en las redes infernales, y la conmoción eléctrica que sentirías en todos tus miembros y nervios te inspiraría la idea de desafiar el círculo de fuego; con ella desaparecerían tu miedo y tu terror, que puede decirse serían los productores de tan arriesgado pensamiento. Te parecería que eras el ángel protector de alguna joven condenada a muerte que implorase auxilio, y se te ocurriría sacar la pistola y descerrajar un tiro a la vieja sin más perámbulos. Pensando en esto, gritas: "¡Hola! ¿Qué es eso?", o bien: "¿Qué os pasa?"

El postillón toca la trompa de cuerno; la vieja se hace una bola dentro de la caldera, y todo desaparece entre una humareda espesa. Si has encontrado a la joven a la cual buscabas ávidamente en la oscuridad, no lo sé, pero lo cierto es que habrás deshecho al fantasma de la vieja y que habrás librado del encanto a Verónica.

Pero ni tú ni nadie pasó el día 23 de se-

tiembre por la noche, en medio de la tormenta, por el camino embrujado, y Verónica tuvo que permanecer junto a la caldera, muerta de miedo, hasta que se finalizase la obra.

Oía perfectamente el estruendo que resonaba en redor suyo, las voces que, riñendo, mugían y gritaban; pero no abría los ojos, pues comprendía que la contemplación de los horrores que la rodeaban le hubiera hecho perder el sentido irremisiblemente.

La vieja había cesado de revolver el contenido de la caldera; la humareda se hacía menos espesa, hasta que al fin quedó debajo del fondo de aquélla una llamita como de espíritu de vino.... Entonces la vieja exclamó:

—¡Verónica, hija mía, mira al fondo!... ¿Qué vez?... ¿Qué ves?...

Verónica no estaba en estado de responder, pareciéndole que en la caldera se movían toda clase de figuras mezcladas, que poco a poco fuéronse haciendo más distintas, y al fin, alargándole la mano y sonriendo alegremente, el estudiante Anselmo. Entonces Verónica dijo en alta voz:

—¡Ah, Anselmo.... Anselmo!

La vieja abrió una espita que tenía la caldera y el metal hirviendo salió chirriando y crepitando al caer en una forma que estaba preparada allí mismo. La vieja se levantó de nu salto, y con gestos salvajes, horribles, danzando en círculo, comenzó a gritar:

—¡Ya está la obra terminada!... ¡Gracias, hijos míos... habéis vigilado bien!... ¡Húy..., húy..., ya viene!... Matadle de un mordisco..., matadle!

En el aire sonó un ruido como si se cerniera un águila gigantesca agitando con fuerza las alas, y se oyó una voz terrible que decía: "¡Canalla!..., ¡Fuera de aquí..., a casa..., a casa!..." La vieja se arrojó al suelo aullando y Verónica perdió el sentido.

Cuando volvió en sí era de día; estaba en su cama, y Francisca a su lado con una taza de te en la mano y diciéndole:

—Vamos, hermana, dime lo que te pasa, que hace más de una hora que estoy aquí y tú no me atiendes, como si tuvieras el conocimiento perdido por la fiebre, y nos tienes en gran cuidado. Padre no ha ido a clase a causa de tu estado y ha salido a buscar al médico.

Verónica tomó el té en silencio, y mientras lo tomaba tenía ante la vista todas las terribles imágenes de la noche anterior. "¿Habrá sido todo un sueño que me ha atormentado?... Pero yo estoy segura de haber ido anoche a casa de la vieja Elisa, y estábamos a 23 de setiembre. ¿Será que ayer me pusiera enferma y todo es producto de la fiebre? Entonces es que me ha enfermado el pensar constantemente en Anselmo y en la hechicera que se ha fingido la vieja Elisa para engañarme".

Francisca, que había salido de la habitación, volvió a entrar con la capa de Verónica chorreando agua.

—Mira, hermana, — dijo, — lo que ha pasado esta noche: se ha abierto la ventana con la tormenta; el viento ha derribado la silla en que estaba tu capa y el agua que ha entrado la ha puesto completamente mojada.

Aquello impresionó profundamente a Verónica, que vió bien claro que no soñó, sino que en realidad había estado con la vieja. El miedo y el espanto se apoderaron de ella y el frío de la fiebre la hizo temblar.

Temblando se arropó con la ropa de la cama, y sintió que una cosa dura tropezaba contra su pecho, y a ltratar de averiguar lo que era, vió un medallón al parecer; lo sacó cuando Francisca se fué con la capa, y resultó ser un espejito de metal pulimentado. "Esto es un regalo de la vieja", dijo para sí, y le pareció que del espejo salían rayos de fuego, que penetraban en su ser y le producían inefable bienestar. El frío de la fiebre desapareció y sintióse perfectamente Sólo se le ocurría pensar en Anselmo, y cuanto más pensaba en él veía representarse su imagen en el espejito como si fuera una miniatura viva. De pronto le pareció no ver la imagen..., no..., sino al mismo estudiante en persona. Estaba sentado en un aposento adornado de una manera extraña, escribiendo con afán. Verónica sentía deseos de dirigirse a él, diciéndole: "Anselmo, mire en redor suyo, estoy a su lado." Pero no lo hizo porque sintió como si le rodease una gran hoguera; y cuando Verónica pudo volver a verle, sólo distinguió grandes libros con cantos dorados. Al fin, sin embargo, logró hacerse ver de Anselmo, y entonces creyó que la veía después de estar pensando en ella, pues se sonrió y dijo: "¡Ah! ¿Es usted, querida señorita Paulmann? ¿Por qué toma usted el aspecto de una serpiente algunas veces?'" Verónica se echó a reír ante aquellas palabras extrañas; y entonces despertó como de un profundo sueño, escondiendo el espejito al ver que se abría la puerta y entraban en la habitación su padre con el doctor Eckstein. Este se dirigió en seguida a la cama, tomó el pulso a Verónica muy pensativo y dijo:

—¡Jum..., jum!...

Luego extendió una receta, volvió a tomarle el pulso, repitió el "¡Jum..., jum!" y dejó a la enferma. De las expresiones del doctor Eckstein no pudo sacar en consecuencia el paseante Paulmann lo que le ocurría a su hija Verónica.

OCTAVA VELADA

La biblioteca de las palmeras. — Suerte de una salamandra desgraciada. — De cómo la pluma negra acarició a una zanahoria y el registrador Heerbrand tomó una gran borrachera.

El estudiante había trabajado varios días en casa del archivero Lindhorst; las horas de trabajo eran para él las más felices de su vida, pues siempre rodeado de las palabras armoniosas y consoladoras de Serpentina, acariciado a veces por un hálito suave, sentíase invadido de un bienestar que a ratos llegaba a una verdadera delicia.

Los cuidados y preocupaciones diarios desaparecían para él, y la nueva vida, en que se internaba como en un mundo iluminado por el sol, le hacía comprender todas las maravillas que en otra ocasión le habrían hecho asombrarse y cavilar.

Las copias adelantaban mucho, pareciéndole que sólo escribía rasgos conocidos sobre el pergamino, sin tener necesidad apenas de mirar al original para hacerlo con más facilidad.

Aparte de las horas de comer, el archivero Lindhorst dejábase ver rara vez; pero siempre aparecía en el preciso momento en que terminaba un manuscrito, para entregarle otro, y se marchaba sin decir una palabra, después de haber revuelto la tinta con un palito negro y de sustituir las plumas usadas por otras nuevas y muy afiladas. Un día en que Anselmo, a las dos en punto, subía por la escalera encontróse cerrada la puerta por la que solía entrar, y el archivero apareció por el lado opuesto con su bata de flores de colorines. En alta voz le dijo:

—Hoy, querido Anselmo, tiene que entrar por aquí, pues tenemos que ir al aposento en que esperaban los críticos de Bengovotgitas.

Echó a andar por el corredor, guiando a Anselmo a través de los mismos aposentos y salones por donde pasaran la vez primera.

El estudiante Anselmo maravillóse nuevamente de la magnificencia del jardín; pero vió con asombro que algunas de las flores raras que adornaban los oscuros arbustos eran insectos de colores vivos que agitaban las alas y subían y bajaban danzando y apareciendo que se acariciaban con los aguijones. Por el contrario, los pájaros color de rosa y azules eran flores olorosas, y el aroma que esparcían salía de sus cálices en una especie de sonido agradable, que se confundí a ymezclaba de las fuentes lejanas y con el surrro de las hojas de los arbustos y de los árboles, que producía una inquietud dolorosa.

Las urracas, que tanto se burlaban de él la primera vez, volvieron a revolotear en redor de su cabeza, gritando sin cesar con sus vocecitas chillonas: "Señor estudiante..., no corra tanto..., no vaya mirando a las nubes... que se va a caer de narices... ¡Eh!... ¡Eh, señor estudiante!... Póngase la bata..., el padre buho te rizará el tupé". Así continuaron diciendo tonterías hasta que Anselmo salió del jardín. El archivero Lindhorst entró al fin en el salón azul cielo; el pórfido con la olla de oro había desaparecido, y en su lugar veíase una mesa cubierta de terciopelo violeta, en la que Anselmo descubrió los conocidos utensilios de escribir, y ante ella un sillón.

—Querido Anselmo, — dijo el archivero; — ha copiado usted ahora una porción de manuscritos con gran habilidad y prontitud y a completa satisfacción mía, se ha ganado mi confianza. Pero aún queda por hacer lo más importante, que es copiar, o, mejor dicho, calcar, ciertas obras escritas en signos especiales que guardo en este recinto y que tienen que ser copiadas aquí mismo. En lo sucesivo trabajará usted aquí; pero debo advertirle que necesita tener un gran cuidado, pues una equivocación o, lo que el Cielo no permita, un borrón en el orizinal le traería a usted una desgracia.

Anselmo observó que de las ramas de las palmeras salían unas hojitas verde esmeralda; el archivero tomó una de ellas, y a Anselmo le pareció verla convertirse en un rollo de pergamino, que el archivero desenvolvió y puso encima de la mesa. El estudiante maravillóse no poco de los signos entrelazados de manera extraña y de los puntitos, rasgos y adornos, que representaban plantas, musgos, animales, y casi se sintió incapaz de llegar a copiarlo bien, quedándose un rato pensativo.

—¡Animo, joven! — exclamó el archivero. — Si crees firmemente y amas de verdad, Serpentina te ayudará.

Su voz tenía un sonnido metálico, y cuando Anselmo levantó la cabeza, sobrecogido de miedo, vió ante sí al archivero Lindhorst con los atavíos reales, como se le apareciera en la primera visita a la biblioteca. El estudiante sintió impulsos de caer de rodillas ante aquella respetable figura; pero de repente esta se subió en el tronco de una palmera y desapareció entre las hojas verde esmeralda.

El estudiante comprendió que le había hablado en príncipe de las tinieblas, yéndose luego a su cuarto de trabajo para conferenciar con los rayos que algunos planetas enviaban como embajadores, sobre la tierra suya y la Serpentina. "También puede ser,— continuó pensando, — que le esperen noticias de la fuente de Nilo o que le visite algún mago de Laponia... A mí no me corresponde más que ponerme a trabajar con afán". Y se puso a estudiar los signos entrevesados del pergamino.

La música maravillosa del jardín resonaba en rededor suyo, inundándose de aromas deliciosos; también oía charlar a las urraa aunque no podía distinguir sus palabras, de lo que se alegraba. A ratos parecíale que se agitaban las hojas esmeraldinas de las palmeras y que luego brillaban por toda la habitación las campanillas de cristal que oyera aquel famoso día de la Ascención debajo del saúco. El estudiante Anselmo, reconfortado con aquellos sonidos y aquellas imágenes, trabajaba con atención creciente en descifrar el pergamino, advirtiendo en su interior que las palabras no podían significar otra cosa "del casamiento de la salamandra con la serpiente verde".

En el mismo momento oyóse un triple sonido de campanillas de cristal, "Anselmo, querido Anselmo". escuchóse entre las hojas, y, ¡oh maravilla!, del tronco de la palmera se separó la serpiente verde.

—¡Serpentina! ¡Querida serpentina! — exclamó Anselmo como loco de entusiasmo.

Y conforme la miraba la veía convertirse en una joven de ojos azul oscuro, como los que él contemplaba en su interior, que le miraba con una expresión indescriptible de ansiedad y se dirigía hacia él. Las hojas se bajaron y se ensancharon; por todos los troncos asomaron pinchos; pero Serpentina

escurrióse y se deslizó a través de ellos, envolviéndose en su vestidura de colores chillones de modo que, adhiriéndola perfectamente a su esbelto cuerpo ,no quedase nada enganchado entre los pinchos de las palmeras. Se sentó junto a Anselmo en el mismo sillón, rodeándole con su brazo y estrechándose contra él, de modo que sentía el aliento de sus labios y el calor eléctrico de su cuerpo.

—Querido Anselmo, — comenzó a decir Serpentina, — ya eres casi mío. Por tu fe y tu amor me has ganado, y te traigo el puchero de oro, que nos ha de dar eterna felicidad.

—¡Oh querida, adorada serpentina!—repuso Anselmo. — Si te tengo a tí, poco me importa lo demás; si tú eres mía, penetraré de buena gana en todo lo fantástico y maravilloso que me rodea desde el primer momento que te ví.

—Ya se, — continuó Serpentina, — que lo desconocido y maravilloso con que mi padre te ha inquietado por divertirse te ha producido miedo y terror; pero yo creo que esto no volverá a ocurrir, pues he venido para contarte punto por punto todo lo que debes saber para conocer por completo a mi padre, y, sobre todo, para que te des cuenta exacta de su situación y la mía.

A Anselmo le parecía que estaba cercado por la amable aparición y que no podía moverse sin ella y que el latido de su pulso era precisamente el que hacía estremecerse sus nervios y sus fibras; escuchaba sus palabras, que le llegaban a lo más profundo del alma, como una luz brillante encendida dentro de él por el mismo cielo. Tenía el brazo puesto sobre su cuerpo, más esbelto que todos los esbeltos; pero la tela brillante y reluciente de su traje era tan escurridiza, tan suave, que daba la sensación de que se le iba a escapar de entre las manos sin que le fuera posible detenerla, y sólo aquella idea le hacía estremecer.

—¡No me abandones, querida Serpentina! — exclamó involuntariamente. — ¡Eres mi vida!

—Hoy no me marcharé, — dijo Serpentina, — sino después de haberte contado lo que puedas comprender en tu amor hacia mi. Has de saber, amado mío, que mi padre procede de especie maravillosa de las salamandras y que yo debo mi vida a sus amores con la serpiente verde. En tiempos remotos reinaba en el reino de Atlantis el poderoso príncipe de las tinieblas, Fósforo, al que servían todos los espíritus elementales.

Una vez fué la salamandra, a la que quería más que a ninguno, — era mi padre, — al magnífico jardín que la madre de Fósforo había adornado, y paseándose por él halló a una azucena cantando suave: "Cierra los ojos hasta que, mi amado, el viento de la mañana, te despierte". Acercóse; con su aliento abrasador mustió los ojos de la Azucena, cuyo aroma esparciose por todo el jardín lanzando lamentos y llamando a la hija perdida.

La salamandra llegó al palacio de Fósforo y le dijo: "Cásame con mi amada, que ha de ser mía para siempre". "¡Loco! ¿Qué pretendes? — dijo el príncipe de las tinieblas. — Has de saber que una vez la azucena fué mi amada y reinó conmigo; pero la chispa que yo vertí en ella amenazó con abrasarla, y sólo la lucha con el dragón, encadenado ahora por el genio de la tierra, logró salvar a la azucena, cuyas hojas fueron bastante fuertes para encerrar dentro de sí la chispa y conservarla. Pero si tu abrazas a la serpiente verde, tu ardor consumirá su cuerpo y germinará un nuevo ser que se te escapará".
de las tinieblasQlronod éshrdlu hmhmmmb

La salamandra no hizo caso de las advertencias del espíritu de las tinieblas; llena de entusiasmo estrechó entre sus brazos a la serpiente verde, que desapareció convertida en cenizas, de las cuales surgió un nuevo ser alado que rápido desapareció en el aire. La salamandra sintió arder dentro de sí el fuego de la desesperación, y lanzando llamas empezó a correr por el jardín, destruyéndolo todo en su furia salvaje, y las lindas flores y los capullos cayeron abrasados, llenando con sus lamentos el espacio.

El espíritu de las tinieblas, enfurecido contra la salamandra, dijo: "Tu fuego ha disminuido..., tus llamas se han apagado..., tus rayos se han oscurecido... Vé a lo profundo de la tierra, para que el genio de ella se burle de ti y te tenga prisionero hasta que la materia ignea vuelva a encenderse y salga contigo el mundo en forma de nuevo ser".

La pobre salamandra cayó apagada; pero el gnomo viejo viejo y gruñón que era jardinero de Fósforo exclamó: "Señor: ¿quién tiene más motivos que yo contra la salamandra? ¿No había adornado con mis metales las lindas plantas que me ha estropeado? ¿No he cuidado con amor su crecimiento, matizándola con los más brillantes colores?

Sin embargo, tomo bajo mi protección a la salamandra, a la cual el amor, del que tú, señor, no pocas veces te has sentido dominado, ha empujado a cometer tan grandes destrozos. ¡Levántale un castigo tan tremendo!" "Su fuego se ha extinguido por ahora, — dijo el príncipe de las tinieblas.— En la época desgraciada en que el lenguaje de la Naturaleza no le sea comprensible al bastardo género humano; cuando el espíritu elemental, encadenado en su reino, hable a los hombres a gran distancias en sordas resonancias; cuando escapado al armonioso círculo un ansia infinita le dé idea de las maravillas del reino en que de otra suerte le sería permitido vivir; cuando la fe y el amor vivan en su alma..., en esa desgraciada época volverá a encenderse la materia ígnea de la salamandra; pero sólo para dar vida a los hombres y teniendo que entrar por completo en la vida indigente, cuyas penas habrá de sufrir. Y no sólo tendrá el recuerdo de su situación original, sinó que vivirá en armonía con la Naturaleza, comprenderá sus maravillas y estarán a sus órdenes las fuerzas de los espíritus unidos. En una planta de azucenas volverá a encontrar a la serpiente verde, y el fruto de su unión con ella serán tres hijas que se aparecerán en

los hombres con la forma de su madre. En primavera se enredarán el las oscuras ramas del saúco y harán sonar sus vocecillas de cristal. Si en la época triste y desgraciada de la insensibilidad interior se encuentra un joven que comprenda su canto; si le mira una de las serpientes con sus lindos ojos; si esta mirada despierta en él la nostalgia de un país maravilloso, al cual se elevaría con gusto cuando se desprendiera de la carga de lo vulgar, y con el amor por la serpiente naciese en él la fe en las prodigios de la Naturaleza y de su propia existencia en tales maravillas, lograría ser dueño de la serpiente. Pero sólo cuando hayan aparecido tres jóvenes de esta clase que se casen con las tres hijas podrá la salamandra librarse de su pesada carga y reunirse con sus hermanos" "Permite, señor, — dijo el gnomo, — que yo haga un regalo a estas hijas para alegrar sus vidas con sus esposos. Cada una de ellas recibirá un puchero del hermoso metal que yo poseo, el cual puliré con rayos tomados del diamante; en su superficie se reflejará nuestro maravilloso mundo en perfecta armonía con la Naturaleza toda, y en su fondo, en el momento de la boda, nacerá una azucena roja, cuya flor imperecedera aromará para siempre al enamorado y fiel esposo. Luego éste comprenderá su lenguaje y las maravillas de nuestro reino y podrá vivir con su amada en Atlantis"

"Ya ves, querido Anselmo, que mi padre es la salamandra de que te he hablado. A pesar de su alta alcurnia tiene que someterse a las pequeñeces y sinsabores de la v corriente, y de aquí procede su caracter, agrio a veces, y la ironía con que suele burlarse de las gentes. Me ha dicho en muchas ocasiones que para indicar el estado de espíritu que en eiempos remotos pusiera como condición el príncipe de las tinieblas para el casamiento conmigo y con mis hermanas se usa ahora una expresión que ha solido sin embargo, emplear mal, es a saber: el sentimiento poético.

"Es muy frecuente hallar este sentimiento en los jóvenes, los cuales, a consecuencia de la sencillez de sus costumbres y de su creencia de refinamientos mundanos , suelen ser objeto de las burlas del pueblo bajo. ¡Ah , querido Anselmo!... Tú comprendiste mi canto bajo el saúco... y descubriste mi mirada... Tú amas a la serpiente verde, tú crees en mí y quieres ser mío eternamente... La hermosa azucena florecerá en el puchero de oro y viviremos felices y contentos en Atlantis. Pero no te puedo ocultar que en la lucha terrible entre los gnomos y las salamandras, el dragón negro quedó en libertad y salió bramando por el aire. Fósforo lo volvió a sujetar, es cierto; pero de las plumas negras que se le cayeron en la lucha y volaron por la tierra nacieron espíritus enemigos que por doquier atacan a los gnomos y a las salamandras.

Esa mujer, querido Anselmo, que tan mal te quiere y que, como mi padre sabe muy bien, ansía la posesión del puchero de oro, debe su existencia al amor de una de esas plumas desprendidas de las alas del dragón por una zanahoria. Ella sabe su origen y su fuerza, pues en los gemidos y en los estremecimientos del dragón prisionero le han sido revelados los secretos de algunas constelaciones, y emplea todos los medios a su alcance para obrar de fuera adentro, contra lo cual mi padre combate con los rayos que brotan del interior de la salamandra.

"Todos los principios enemigos que residen en las plantas venenosas y en los animales dañinos los recoge la tal mujer, los mezcla en el momento propicio de la constelación y consigue algunas apariciones, que llenan de espanto y de terror la imaginación del hombre y somete a él a los genios que el dragón vencido engendró.

"Guárdate de la vieja, querido Anselmo; es enemiga tuya, pues tu ánimo infantil aniquila algunos de sus malos conjuros... Permanece fiel... fiel... a mí, y pronto tendrás el premio.

—¡Oh, querida Serpentina!—exclamó Anselmo. — ¿Cómo podría abandonarte? ¿Cómo no podría no amarte eternamente?

Un beso le abrasó la boca; sabresaltóse como si se despertara de un sueño profundo; Serpentina había desaparecido. Daban las seis, y pensó con tristeza que no había copiado nada; miró, preocupado de lo que diría el archivero, la hoja, y ¡oh maravilla!, la copia del misterioso manuscrito estaba terminada; y fijándose bien, parecióle haber escrito la historia que Serpentina le había contado, la del predilecto del príncipe de las tinieblas, el príncipe Fósforo, del maravilloso país de Atlantis. En aquel momento presentóse el archivero Lindhorst, con su sobretodo gris, el sombrero puesto y el bastón en la mano; miró el pergamino que Anselmo copiara, tomó un polvo de rapé y dijo sonriendo:

—Ya me lo figuraba... Aquí tiene usted su ducado, Anselmo, y venga conmigo a los baños de Linke... Sígame.

El archivero atravesó de prisa el jardín, en el que se oía un ruido confuso de cantos, silbidos y charla; tanto, que el estudiante Anselmo sentíase mareado, y dió gracias a Dios cuando se encontró en la calle. Apenas habían andado unos pasos cuando se encontraron al registrador Heerbrand, que se unió a ellos muy satisfecho. En la puerta atacaron las pipas; el registrador Heerbrand lamentóse de no llevar consigo fuego, y el archivero Lindhorst exclamó involuntariamente:

—¡Fuego! Aquí hay el que usted quiera.

Y al decir estas palabras chasqueó los dedos, haciendo salir una porción de chispas, que encendieron en un instante las pipas.

—Vea usted los trucos de la química, — dijo el registrador.

Pero el estudiante no pudo menos de pensar con cierta emoción en la salamandra.

En los baños el registrador bebió tanta cerveza doble, que a pesar de que era un hombre tranquilo y callado, comenzó a cantar con voz chillona de tenor canciones de estudiantes y a preguntar a todos si eran amigos suyos o no, y al fin Anselmo tuvo que acompañarle a su casa, después de hacer mucho tiempo que el archivero los había dejado,

NOVENA VELADA

De cómo el estudiante Anselmo llegó a ciertos razonamientos. — La Sociedad de bebedores de ponche. — De cómo el estudiante Anselmo tomó al pasante Paulmann por un buho y de la indignación del pasante. — La mancha de tinta y sus consecuencias.

TODAS las cosas raras y maravillosas que le sucedían a Anselmo teníanle fuera de sí. No veía a sus amigos, y todas las mañanas esperaba impaciente que diesen las doce para que se le abriese el paraíso. Y sin embargo, mientras todo su ser se dirigía a la hermosa Serpentina y al reino de hadas de casa del archivero, a veces involuntariamente pensaba en Verónica, y hasta le parecía que en algunos momentos se acercaba a él ruborosa para decirle lo mucho que le amaba y sus esfuerzos para desvanecer los fantasmas que se burlaban de él sin reparo.

En ocasiones sentía una fuerza irresistible y desconocida que le arrastraba hacia la olvidada Verónica, y no tenía más remedio que seguirla hasta verse encadenado por la joven. La misma noche en que por primera vez se le apareciera Serpetina en la forma de una muchacha hermosísima y le contara el casamiento misterioso de la salamandra con la serpiente verde, se le representó Verónica con más claridad que nunca. Claro que al despertar vió qué había soñado, pues estaba convenido de que Verónica había estado realmente en su casa, quejándose amargamente, con expresiones que le llegaron al alma, de que sacrificaba su amor verdadero a las fantasías de su imaginación perturbada, que le conducirían a la perdición. Verónica estaba muy mona, como la viera otras veces; apenas si podía apartar de ella su pensamiento, y esto le causó cierto malestar, que esperaba disipar con el paseo matutino. Una fuerza mágica le llevó hacia la puerta Pirnaer, y cuando trataba de meterse por una callejuela sintió tras de sí al pasante Paulmann, que le decía a gritos:

—¡Eh, eh querido Anselmo!... "Amice..., amice". ¿Dónde demonios se mete usted? No se deja ver por ninguna parte... Ya sabe usted que Verónica está deseando cantar otra vez con usted; así, que no tiene más remedio que ir a casa. Véngase ahora mismo conmigo.

El estudiante Anselmo fuése a la fuerza a casa del pasante. Cuando entraban en ella les salió al encuentro Verónica, vestida con mucho esmero, lo cual despertó la curiosidad de su padre, que le dijo:

—¿Cómo tan compuesta? ¿Es que esperabas visita?... Aquí te traigo a Anselmo.

Cuando el estudiante besó la mano a Verónica, muy comedido y tranquilo, sintió una ligera presión que le hizo estremecerse como si hubiese tocado fuego. Verónica fué la alegría, la gracia en persona, y cuando el pasante se marchó a su despacho supo entretenerle con bromas y astucias de todas clases, de modo que llegó a olvidar sus debilidades, y al fin se puso a jugar por la habitación con las alegres muchachas.

El demonio de la torpeza volvió a apoderarse de él: tropezó en la mesa y dejó caer al suelo el cesto de costura de Verónica. Anselmo lo recogió; la tapa se había levantado, dejándole ver un espejito redondo, en el que se puso a mirar muy contento. Verónica se colocó detrás de él; púsole la mano en el brazo, apoyándose bien en él, y miró al espejito por encima de su hombro.

Entonces le pareció a Anselmo que se entablaba una lucha en su interior... Ideas..., imágenes... reflejábanse y desaparecían...: el archivero Lindhorst..., Serpéntina..., la serpiente verde... Al fin todo quedó tranquilo y lo confuso se hizo más claro y comprensible, y dióse cuenta de que en realidad sólo había pensado en Verónica, que hasta la figura que se le apareció en el aposento azul era la misma Verónica y que la fantástica leyenda del matrimonio de la salamado estudiante. — Lo que ayer soñé se ha nera se la había contado nadie.

Asombróse de sus sueños y atribuyólos a su exaltación, producida por el amor de Verónica juntamente con la propia del trabajo en casa del archivero Lindhorst, en cuyos aposentos había siempre un olor especial y muy fuerte. Rióse de buena gana de la tontería de creerse enamorado de una serpiente y tomar a todo un señor archivero por una salamandra.

—¡Sí, sí..., es Verónica! — exclamó en alta voz.

Pero al volverse miró a los ojos azules de Verónica, en los cuales se reflejaba el amor y la ansiedad. Un "¡Ah!" sordo escapóse de los labios de la joven, que en el mismo momento se unieron abrasadores a los de Anselmo.

—¡Qué felicidad! — exclamó el entusiasmado estudiante. — Lo qeu ayer soñé se ha convertido en realidad.

—¿Y te casarás conmigo cuando seas consejero? — preguntó Verónica.

—De todos modos, — repuso el estudiante.

En esto rechinó la puerta, y el pasante entró en la habitación diciendo:

—Hoy, querido Anselmo, no le suelto; se queda usted a tomar la sopa conmigo, y luego Verónica nos preparará un buen café, que tomaremos en compañía del registrador Heerbrand, que me prometió venir.

—¡Ah, señor paseante! — respondió Anselmo. — ¿No sabe usted que tengo que ir a casa del archivero Lindhorst a lo de las copias?

—Vea usted, "amice", — dijo el pasante, mostrándole el reloj, que marcaba las doce y media.

El estudiante Anselmo vió que era demasiado tarde para ir a casa del archivero y accedió a los deesos del pasante Paulmann, con tanto más gusto cuanto que así podría contemplar a su sabor durante todo el día a Verónica y recibir a cambio alguna mirada, algún apretón de manos y tal vez un beso.

A esta altura llegaban los deseos del estudiante Anselmo, y sentíase cada vez más

contento conforme adquiría el convencimiento de que se iba a librar de las imágenes fantásticas, que en realidad le podían haber llegado a volver loco. El registrador Heerbrand se presentó efectivamente, después de la comida; y cuando hubieron saboreado el café y la tarde avanzó, dió a entender, frotándose las manos, que traía algo que, mezclado por las lindas manos de Verónica y preparado en debida forma, — hojeado y rubricado, por decirlo así, — a todos les alegraría mucho en aquella fresca noche de octubre.

—Vaya, saque ya ese ser misterioso que trae en el bolsillo, señor registrador, — exclamó el pasante Paulmann.

El registrador se metió la mano en el bolsillo de su gabán de mañana y sacó, en tres tiempos, una botella de "arrak", limón y azúcar.

Apenas había transcurrido media hora humeaba un sabroso ponche sobre la mesa del pasante Paulmann.

Verónica probó la bebida, y entre los amigos se entabló una animada conversación.

Conforme al estudiante Anselmo se le fué subiendo a la cabeza el espíritu de la bebida volvieron también todas las imágenes de lo maravilloso y extraño que le ocurriera en aquellos días. Vió al archivero Lindhorst con su bata de damasco, que brillaba como el fósforo... Vió la habitación azul, las palmeras doradas, y todo lo tuvo tan presente, que le pareció que debía creer en Serpentina... En su interior advertía un tumulto y una confusión grandes. Verónica le sirvió un vaso de ponche, y al dárselo le tocó suavemente con la mano.

—¡Serpentina! ¡Verónica!... — suspiró en voz baja.

Quedó sumido en una somnolencia profunda; pero el registrador Heerbrand dijo alto:

—El archivero Lindhorst es un viejo extraño al que nadie puede llegar en inteligencia. Brindemos por él, Anselmo.

El estudiante salió de su ensimismamiento y dijo mientras chocaba su vaso con el del registrador:

—Todo consiste en que el archivero es propiamente una salamandra, que destrozó el jardín de Fósforo en un momento de ira porque se le escapó la serpiente verde.

—¿Cómo es eso? — preguntó el pasante.

—Sí, — continuó Anselmo. — Por eso tiene que ser archivero y vivir en Dresde con sus tres hijas, que no son otra cosa que serpientes verdosas, que cantan en el saúco y atraen a los jóvenes como las sirenas.

—Anselmo..., Anselmo, — dijo Paulmann, — ¿está usted en su juicio? ¿Cuántas tonterías está usted diciendo?

—Tiene razón, — repuso el registrador Heerbrand, — el mozo; el archivero es una salamandra maldita que saca de los dedos chispas que hacen quemaduras en la ropa como una esponja de fuego... Sí, sí, tienes razón, hermano Anselmo, y el que no lo crea es mi enemigo.

Y el registrador dió un puñetazo en la mesa que hizo temblar los vasos.

—Registrador, ¿está usted loco? — exclamó el irritado pasante.

—Señor estudiante..., señor estudiante, que está usted ideando ahora?

—¡Ah! — dijo Anselmo. — Usted no es más que un pájaro..., un buho, que se dedica a rizar los tupés, señor pasante...

—¿Cómo?... ¿Yo un pájaro?... ¿Un buho?... ¿Un peluquero?... — gritó el paseante lleno de ira.

—Usted está loco..., loco... Pero ya caerá sobre él la vieja, — dijo el registrador Heerbrand.

—Sí, la vieja es poderosa, — repuso Anselmo, — aunque procede de un origen bajo, pues su padre es una pluma vieja y su madre una zanahoria despreciable, y su fuerza la debe principalmente a seres innobles... canalla malvada y venenosa de los cuales se rodea.

—Eso es una mentira indigna, — exclamó Verónica con los ojos echando chispas. — La vieja Elisa es una adivinadora y el gato negro no es una criatura infernal, sinó un joven distinguido de buenas costumbres y primo suyo.

—¿Puede la salamandra comer sin quemarse la barba y desaparecer miserablemente? — preguntó el registrador Heerbrand.

—No, no, — exclamó Anselmo, — no puede ni podrá jamás; y la serpiente verde me ama porque soy inocente y he contemplado los ojos de Serpentina.

—Los cuales le sacará el gato, — dijo Verónica.

—¡La salamandra, la salamandra triunfa de todo, de todo! — gritó el pasante Paulmann muy excitado. — ¿Pero estoy en una casa de locos? ¿Es que yo también estoy loco? ¿Qué tonterías se me están ocurriendo?... Sí, es que estoy loco, completamente loco.

A estas palabras se levantó el pasante, quitóse la peluca y la lanzó contra la tapa de la estufa, haciendo que los retorcidos tirabuzones chirriasen y los polvos se esparciesen por la habitación. Entonces el registrador y Anselmo tomaron la vasija del ponche, y los vasos, y gritando alegremente los lanzaron contra la estufa, rompiéndolos en mil pedazos, que cayeron al suelo armando gran estrépito.

—¡Viva la salamandra!... ¡Abajo, abajo la vieja!... ¡Romperemos el espejo de metal! ¡Sacaremos los ojos al gato! ¡Pajaritos, pajaritos del aire, viva, viva la salamandra!

Y los tres gritaban y aullaban como demonios.

Llorando a lágrima viva marchóse de allí Francisca y Verónica quedó echada en el sofá, angustiada y dolorida. La puerta se abrió; todo quedó en silencio de pronto y apareció un hombrecillo con una capa gris. Su rostro tenía cierto aire de dignidad, y en él sobresalía la nariz ganchuda, en la que cabalgaban unos grandes lentes. Llevaba una peluca extraña, que más bien parecía una gorra de plumas.

—Muy buenas noches, — dijo el cómico hombrecito. — Está aquí el estudiante Anselmo, ¿verdad? Muchos recuerdos del ar-

chivero Lindhorst, que ha estado esperando inútilmente al estudiante y que le ruega no le falte mañana a la hora de costumbre.

Dicho esto volvió a salir por la puerta, y todos vieron perfectamente que el grave hombrecito era un gran papagayo.

El pasante Paulmann y el registrador Heerbrand lanzaron una carcajada que resonó por toda la habitación, y Verónica lloraba y gemía como poseída de profundo dolor, y el estudiante Anselmo, estremecido por la locura de su terror interior, salió corriendo por las calles. Máquinalmente encontró su casa y su habitación.

A poco se presentó en ella Verónica, que muy amable y tranquila le preguntó por qué había salido tan precipitadamente y le dijo que tuviera cuidado con los fantasmas mientras trabajaba en casa del archivero Lindhorst.

—Buenas noches, buenas noches, mi querido amigo, — susurró Verónica a su oído, dándole un beso.

Anselmo quiso abrazarla; pero la figura desapareció instantáneamente y se despertó alegre y descansado. Rióse para sí del efecto del ponche, y mientras pensaba en Verónica sintióse invadido por un sentimiento agradable. "A ti sola, — díjose a sí mismo, — tengo que agradecer el haber vuelto en mí de mis locuras... Realmente no estaba mucho más cuerdo que aquel individuo que creía ser de cristal, o aquel otro que no salía de su habitación por miedo a que se lo comiesen las gallinas, porque suponía que era un grano de cebada. En cuanto sea consejero me caso con la señorita de Paulmann y seré completamente feliz".

Cuando al mediodía pasaba por el jardín del archivero Lindhorst no pudo menos de asombrarse de haberlo encontrado tan raro y maravilloso. Sólo veía tiestos de plantas vulgares, geranios de todas clases, ramas clases, ramas de mirto, etc., etc. En lugar de los pájaros de colorines, que tanto se burlaron de él, vió una porción de gorriones, que armaron un gran alboroto en cuanto advirtieron su presencia. El aposento azul se le representó asimismo de muy distinta manera y no podía comprender cómo aquel azul chillón y aquellos troncos de palmeras artificiales con sus hojas mal dibujadas le gustaron un momento.

El archivero le recibió sonriendo de un modo irónico y le preguntó:

—Vamos, Anselmo, dígame qué tal le supo el ponche de ayer.

—¡Ah! Seguramente el papagayo le ha dicho... — comenzó a responder Anselmo, muy avergonzado; pero se calló, porque recordó que el papagayo fué precisamente lo que causó la desaparición de la locura.

—No; es que yo estaba en la reunión, — repuso el archivero. — ¿No me vió usted? Y por cierto que por poco salgo mal parado por el monstruo que se apoderó de ustedes, pues precisamente estaba sentado en la vasija del ponche en el momento en que el registrador Heerbrand la tomó para arrojarla contra la estufa, y tuve que esconderme más que de prisa en la pipa del pasante Paulmann. Y ahora, adiós, Anselmo; aplíquese. Le pagaré también el día de ayer, teniendo en cuenta lo bien que ha trabajado hasta ahora.

"¿Cómo puede el archivero decir tales tonterías?", dijo para sí el estudiante Anselmo, sentándose a la mesa para comenzar la copia del manuscrito que, como de costumbre, el archivero había extendido ante su vista. Vió sobre él tanto signo enrevesado y tanto rasgo raro, sin que hubiese un solo punto en que descansar la vista, que le pareció imposible llegar a conseguir copiar bien aquel jeroglífico. Dábale la sensación de un mármol lleno de miles de vetas o de una piedra en la que hubiera brotado el musgo. A pesar de todo quiso hacer lo posible para terminar el trabajo, y mojó la pluma muy confiado; pero la tinta no corría; sacudió la pluma, impaciente, y... ¡oh cielos!, un gran borrón cayó en el extendido original.

Silbando salió un rayo de la mancha y zigzagueando subió hasta el techo. Entonces comenzó a brotar de las paredes un vapor espeso; las hojas susurraron con furia, como agitadas por la tormenta, dejando paso a basiliscos ardiendo, que incendiaron el vapor, rodeando a Anselmo una masa de llamas.

Los dorados troncos de las palmeras convirtiéronse en gigantescas serpientes, que al entrechocar sus cabezas producían un ruido estridente y que se enroscaban a Anselmo con sus cuerpos cubiertos de escamas. "¡Loco! Recibe el castigo que mereces por tu crimen temerario!", exclamó la voz terrible de la salamandra coronada, que apareció por encima de las serpientes como un resplandor cegador, y sus fauces abiertas comenzaron a lanzar cataratas de fuego sobre Anselmo, que sintió que se enfriaban alrededor de su cuerpo, formando como una masa de hielo.

Y al mismo tiempo que sus miembros se entumecían más y más, perdió el conocimiento.

Cuando volvió en sí no se podía mover y le parecía estar rodeado de un resplandor brillante(contra el que tropezaba en el momento en que trataba de moverse o de levantar una mano.

¡Ah!, estaba metido en un frasco de cristal, muy bien tapado, encima de un estante de la biblioteca del archivero Lindhorst.

DECIMA VELADA

Los sufrimientos del estudiante Anselmo en el frasco de cristal. — La vida feliz de los escolares de la Santa Cruz y de los pasantes de pluma. — La batalla de la biblioteca del archivero Lindhorst. — Victoria de la salamantra y libertad de Anselmo.

TENGO mis razones para dudar, querido lector, de que nunca te hayas visto dentro de un frasco de cristal, a no ser que en sueños alguna vez un monstruo mago te haya aprisionado de esa manera; de ser así, fácilmente te darás cuenta de la tristeza del estudiante; pero si no has soñado cosa semejante, entonces encierra tu fantasía conmigo y

con Anselmo por unos momentos dentro del cristal.

Te sientes bañado por una claridad cegadora: todos los objetos te parecen iluminados por los brillantes colores del arco iris...; todo tiembla y oscila y vibsa en esa claridad; nadas inmóvil y como en un éter helado, que te oprime de manera que el cuerpo, muerto, no obedece a las intimaciones del espíritu... Cada vez más pesada sientes cobre tu pecho la abrumadora carga...; los suspiros consumen más y más el cefirillo que llena el estrecho recinto...; tus pulsos se hinchan... y, atravesados de terror espantoso, tus nervios saltan, reventando en lucha de muerte.

Compadécete, querido lector, del estudiante Anselmo, que tiene que sufrir este inenarrable martirio en su prisión de cristal, comprendiendo que la muerte no habría de libertarle, pues apenas volvió en sí del desmayo en que le sumió su desgracia comenzó a dar en el cuarto el claro sol de la mañana y empezó nuevamente su martirio. No podía mover ningún miembro, y sus pensamientos se estrellaban contra el cristal, ensordeciéndolo con sus sonidos estridentes, y en lugar de las palabras que otras veces le solía dirigir el espíritu sólo escuchaba el rumor de la locura.

Entonces, en medio de su desesperación comenzó a gritar:

—¡Serpentina, Serpentina, sálvame de este tormento infernal!

Parecióle como si a su alrededor sintiera suspiros suaves que se colocaron en el frasco como hojas verdes y transparentes de saúco; los sonidos se apagaron, el brillo cegador se oscureció y respiró libremente.

—¿No soy yo el culpable de mi desgracia? ¿No he cometido un crimen contra ti, hermosa Serpentina? ¿No he sido capaz de dudar de ti? ¿No he perdido la fe y con ella todo lo que me podía hacer feliz... ¡Ah, nunca serás mía; para mí está perdido el puchero de oro; no volveré a contemplar ninguna maravilla! ¡Ah, si se me permitiera verte una sola vez, querida Serpentina!

Así se lamentaba el estudiante Anselmo, emocionado profundamente; entonces oyó decir a su lado:

—No sé lo que quiere usted, señor estudiante. ¿Por qué se lamenta usted de esa manera?

El estudiante advirtió que junto a él, en el mismo estante, había cinco frascos, en los cuales vió a tres alumnos de la Santa Cruz, del gimnasio de Dresde, y dos paseontes de pluma.

—¡Ah, señores míos y compañeros de desgracia! — exclamó. — ¿Cómo es posible que estén ustedes tan resignados y tan contentos como parece por sus rostros? Están ustedes lo mismo que yo, encerrados en un frasco de cristal, y no se pueden mover, ni siquiera pensar en algo alegre, sin que se arme un ruido endemoniado y sin que les suene la cabeza de un modo terrible. Pero seguramente no creen ustedes en la salamandra y en la serpiente verde.

—Ha dado usted en el clavo, señor estudiante, — repuso uno de los alumnos de la Santa Cruz. — Nunca hemos estado mejor que ahora, pues el dinero que nos da el chiflado archivero por las copias confusas de todas clases nos viene muy bien; no tenemos que aprendernos de memoria ningún coro italiano; vamos todos los días a casa de José o a otra taberna, donde saboreamos encantados la cerveza doble, miramos a las muchachas bonitas, cantamos como verdaderos estudiantes "gaudeamus igitur", y lo pasamos divinamente.

—Estos señores tienen razón, — afirmó uno de los pasantes. — Yo también tengo ducados de sobra, lo mismo que mi colega, y me paseó por el Weinberg con mucho más gusto que escribo actas entre cuatro paredes.

—Pero, señores míos, muy respetables, — dijo el estudiante Anselmo, — ¿no advirtieron ustedes que están todos y cada uno encogidos en frascos de cristal sin poder moverse, y que, menos, por tanto, han de poder pasear?

Los alumnos de la Santa Cruz y los pasantes soltaron una sonora carcajada, diciendo:

—El estudiante está loco; se figura que está metido en un frasco de cristal, y está en el puente del Elba mirando el agua. Vámonos de aquí.

—¡Ah! — suspiró el estudiante. — Esos no han visto nunca a la bella Serpentina; no saben que la libertad y la vida están en la fe y en el amor; por tanto, no sienten la opresión del encierro en que los ha metido la salamandra a causa de su tontería, de su inteligenija vulgar pero yo, más desgraiiado que ellos, pereceré en el oprobio y en la miseria si ella, a quien amo con toda mi alma, no me salva.

Entonces oyóse la voz de Serpentina, que decía:

—Anselmo: cree, ama, espera.

Y cada palabra penetraba en la prisión de Anselmo, afinando y ensanchando el cristal de modo que el pecho del prisionero pudo agitarse y respirar.

Lo angustioso de su situación mejoraba de momento en momento, y comprendía que Serpentina le amaba aún y que ella era la que hacía tolerable su permanencia en la vasija de cristal. No se volvió a ocupar de sus aturdidos compañeros de desgracia, sino que dirigió todos sus pensamientos y su interés a la amada Serpentina.

De pronto sintió un gran ruido en el otro extremo de la habitación. A poco advirtió que el ruido salía de una cafetera vieja, con la tapa medio rota, que estaba frente a él, en un armario pequeño. Conforme la miraba despacio iba adquiriendo los rasgos repugnantes de un arrugado rostro de mujer, terminando por presentarse delante del estante en que se hallaba Anselmo la vendedora de manzanas de la Puerta Negra, la cual, haciendo gestos y riendo, gritaba con voz chillona:

—¡Vaya, vaya, niñito! ¿Piensas perseverar? Ya has caído en cristal... ¿No te lo predije?

—Insulta y búrlate, maldita vieja, — dijo el estudiante Anselmo. — Tú tienes la culpa de todo; pero ya dará contigo la salamandra, despreciable zanahoria.

—Vamos, vamos, — repuso la vieja, — no

tanto orgullo; has pisoteado a mis hijitos, me has quemado las narices, y aun te respeto, pillo, porque antes fuiste buena persona y porque mi hijita no te es indiferente; pero no saldrás de dentro del cristal si yo no te ayudo. Alargarme hasta ti no puedo; pero mi comadre la rata, que vive encima de ti, en el suelo, puede roer la table sobre la que estás, y tú te tambalearáas, y al caer te recogeré en el delantal para que no te rompas las narices, sino que recobres tu lindo rostro, y te llevaré volando a casa de la señorita Verónica, con la cual te casarás cuando seas consejero.

—Vete de mi lado, engendro de Satanás, — gritó el estudiante lleno de ira — Tus artes me han llevado a cometer el crimen que estoy purgando. Pero lo sufriré con paciencia todo, pues sólo aquí puedo estar: éste es el sitio en que mi adorada Serpentina me rodea de amor y de consuelo. Escucha, vieja, y desespérate: aunque desafíe a tu poder, amo para toda mi vida a Serpentina..., no seré nunca consejero...; nunca miraré a Verónica, que por tu mediación me ha conducido al mal. Si la serpiente verde no puede ser mía, moriré de pena y de dolor. Largo de aquí..., largo de aquí..., despreciable.

La vieja echó a reir, resonando su risa en la habitación, y exclamó:

—Entonces quédate ahí y parece; ahora ya es tiempo de actuar, pues mi cometido aquí es de otra clase.

Quitóse la capa negra y se quedó en una asquerosa desnudez; empezó a dar vueltas en círculo, haciendo aparecer grandes folios, de los cuales arrancó hojas de pergamino, y uniéndolas con habilidad las colocó en el cuerpo, quedando vestida con una especie de armadura de escamas.

Del tintero que estaba encima de la mesa salió el gato echando fuego por los ojos, y maullando se precipitó sobre la vieja, que lanzó un grito de júbilo, y los dos desaparecieron por la puerta. Anselmo vió que se dirigían a la biblioteca azul, y a poco oyó en la lejanía silbar y aullar; los pájaros del jardín alborotaban, el papagayo gritaba: "¡Socorro, socorro! ¡Al ladrón, al ladrón!" En el mismo momento entró de nuevo la vieja en el cuarto con la olla de oro abrazada y con ademanes horribles, gritando:

—¡Victoria, victoria!..., ¡Hijito mío, mata a la serpiente verde; anda, hijito, anda!

A Anselmo le pareció que oía un gemido profundo y la voz de Serpentina. Sintióse poseído de furor y desesperación. Reunió todas sus fuerzas; apretó contra el cristal con tal violencia que parecía que las venas y los nervios le iban a saltar... Y el archivero apareció en la puerta revestido con su bata de damasco.

—¡Eh, eh, canalla, fantasmas estúpidos..., brujerías!... ¡Aquí, aquí! — exclamó.

A la vieja se le erizaron los cabellos, sus ojos hundidos brillaron con fuego infernal, y apretando los afilados dientes de su boca monstruosa, silbó:

—¡Vivo, vivo; fuera!... ¡Sus, fuera!... ¡Sus, fuera!...

Y se reía y bailaba, mofándose y haciendo burla y apretando la olla de oro contra sí, al tiempo que sacaba de él puñados de tierra brillante y se los echaba al archivero; pero en cuanto la tierra tocaba la bata se convertía en flores, que caían al suelo. Los lirios de la bata oscilaron y se incendiaron, y el archivero se los tiró a la vieja conforme ardían, haciéndole aullar de dolor; pero mientras ella daba saltos en el aire, agitando los trozos de pergamino de su armadura, los lirios se apagaban y se convertían en cenizas.

—¡Vivo, vivo, hijo mío! — gritó la vieja.

Y a su voz salió el gato saltando y lanzóse desde la puerta sobre el archivero; pero el papagayo gris, revoloteando, fué a su encuentro, y con el pico encorvado lo tomó por el morrillo, haciéndole brotar sangre, y al mismo tiempo oyóse la voz de Serpentina, que decía:

—¡Salvada! ¡Salvada!

La vieja dió un salto llena de ira y de desesperación, poniéndose fuera del alcance del archivero; tiró la olla detrás de sí y quiso, alargando los dedos sarmentosos, hacer presa en el archivero; pero éste dejó caer la bata y se la echó encima a la vieja.

De las hojas de pergamino salieron silbando, chisporroteando, ululando, unas llamas azules, y la bruja se revolvía con aullidos de dolor, y se esforzaba en sacar de la olla puñados de tierra, en arrancar de los libros más y más hojas de pergamino para apagar las llamas, pues en cuanto conseguía echar sobre ellas un poco de tierra o unas tiras de pergamino se apagaba el fuego.

Entonces, como de dentro del archivero salieron una especie de rayos luminosos que envolvieron a la bruja.

—¡Viva, viva! ¡Dentro y fuera, victoria a la salamandra! — exclamó el archivero con voz estentórea, que resonó por todos los ámbitos de la habitación, al tiempo que mil rayos formaban un círculo de fuego en redor de la vieja, que no dejaba de chillar.

Bramando y gritando de furia rodaron el gato y el papagayo, logrando éste, por fin, arrojar al suelo con sus alas al gato, y sosteniéndole con las garras y obligándole a aullar de dolor en angustias de muerte, con su fuerte pico le sacó los ojos de fuego, brotando espuma ardiendo de sus cuencas.

Armóse gran alboroto en el sitio en que la vieja yacía envuelta entre los pliegues de la bata; sus lamentos y sus aullidos oíanse a gran distancia. El humo, que esparcía un olor penetrante, se disipó; el archivero levantó la bata, y debajo de ella sólo había una vulgar zanahoria.

—Respetable señor archivero: aquí le traigo al vencido enemigo, — dijo el papagayo, mostrando al archivero un pelo negro que llevaba en el pico.

—Muy bien, querido, — respondió el archivero; — aquí está también mi derrotada enemiga. Ocúpate ahora de lo demás; hoy como premio, te darán seis cocos y unos lentes nuevos, porque veo que el gato te ha roto de mala manera los que tenías.

—Largos años de vida a los suyos, respetable amigo y protector, — repuso el papagayo muy contento.

Tomó en el pico la zanahoria y salió volando por la ventana que abrió el archivero. Este tomó la olla de oro y gritó:

—¡Serpentina! ¡Serpentina!

Cuando el estudiante Anselmo, muy satisfecho por la derrota de la miserable vieja, contemplaba al archivero, encontróse con la figura majestuosa del príncipe de las tinieblas, que le miraba atentamente.

—¡Anselmo! — exclamó el príncipe. — No tú, sino un principio enemigo que trataba de penetrar en tu interior y ponerte a mal contigo mismo fué la causa de su incredulidad. Has ganado mi confianza; sé libre y feliz.

Un estremecimiento sacudió a Anselmo; el sonido alegre de las campanitas de cristal se hizo más y más perceptible que nunca... Sus nervios y sus fibras se conmovieron...; los acordes cada vez más claros en el cuarto... El cristal que encerraba a Anselmo saltó, y se encontró en los brazos de su adorada Serpentina.

UNDECIMA VELADA

La contrariedad del paseante Paulmann por haber invadido su casa la locura. — De cómo el registrador Heerbrand fué nombrado consejero y con un gran frío se paseó con zapatos y medias de seda. — C. fesión de Verónica. — Promesa de casamiento junto a la sopera humeante.

"PERO dígame usted, querido registrador, cómo se nos subió a la cabeza el maldito ponche de ayer y nos condujo a toda clase de tonterías?"

Así decía el pasante Paulmann al entrar a la mañana siguiente en la habitación, que estaba llena de cacharros rotos y en cuyo centro la desdichada peluca, con sus tirabuzones deshechos, nadaba en el ponche.

Cuando el estudiante Anselmo salió corriendo por la puerta, el registrador y el pasante danzaron por el cuarto gritando como demonios, dándose de cabezazos, hasta que Francisca logró, con mucho trabajo, arrastrar a su atontado padre a la cama, mientras el registrador, muy excitado, caía sobre el sofá, que Verónica abandonara para meterse en su cuarto, echando maldiciones. El registrador Heerbrand se había puesto su pañuelo por la cabeza estaba muy pálido, y con tono melancólico respondió:

—¡Ah señor pasante, no fué el ponche, que estaba perfectamente preparado por la señorita Verónica, no!... El estudiante maldito es el que tiene la culpa de todo. ¿No ha notado usted que hace mucho tiempo está "mentecaptus"? ¿Y no sabe usted que la locura se contagia? Un loco hace ciento, y perdone que cite un adagio antiguo; especialmente cuando se ha bebido un vasito, se cae con facilidad en la extravagancia, y sin poderlo remediar se hacen tonterías y se imitan las acciones que inicia el chiflado director. ¿Cree usted, señor pasante, que no me parece completamente tonto haber creído en el papagayo gris?

—¡Ah! ¡Qué gracia! — replicó el pasante. — era el criado del archivero, que llevaba una capa gris y venía a buscar al estudiante.

—Eso será, — replicó el registrador; — pero he de confesar que lo he pasado muy mal, pues toda la noche le he estado oyendo silbar y graznar.

—Sería yo, — aclaró el pasante, — que ronco muy fuerte.

—Así será, — repuso el registrador. — Pero, ¡señor pasante, señor pasante!, yo tenía mis razones para preparar ayer una diversinó..., y el estudiante lo echó todo a perder... Usted no sabe.... ¡Oh señor pasante, señor pasante!

El registrador Heerbrand se levantó de un salto, se quitó el pañuelo de la cabeza, abrazó al pasante, le apretó la mano con entusiasmo, y repitió con voz lastimera:

—¡Oh señor pasante, señor pasante!

Y tomando su sombrero y su bastón, salió de allí precipitadamente.

"El estudiante no volverá a poner los pies en mi casa, — dijo el pasante Paulmann para sus adentros, — pues ahora veo claro que con sus locuras contagia a las personas sensatas; el registrador está también un poco perturbado...; yo aun me he podido librar; pero el demonio, que ayer en la borrachera sacó la cabeza, pudiera por fin meterse del todo en casa y conseguir su objeto... Por tanto, "apage Satanás" ¡Fuera el estudiante!

Verónica habíase quedado muy preocupada, no hablaba una palabra, no se reía sino rara vez y prefería estar sola.

—Aun se acuerda del estudiante, — decía el pasante malicioso, — pero bueno es que no se deje ver; porque me tiene miedo..., por eso no aparece por aquí.

Las últimas palabras las pronunció el pasante en voz alta, y entonces a Verónica, que estaba sentada frente a él, se le llenaron los ojos de lágrimas, y dijo suspirando:

—¿Cómo podría venir el estudiante Anselmo? Está hace mucho tiempo encerrado en un frasco de cristal.

—¿Qué dices? — preguntó el pasante. — ¡Ay Dios mío, Dios mío! También ésta padece de la misma enfermedad del registrador y le dará un ataque el mejor día... ¡Ah maldito Anselmo!

Salió corriendo en busca del doctor Eckstein, el cual echó a reir al escuchar su relato, y exclamó:

—¡Vaya, vaya!

No recetó nada, y a los pocos que le preguntaban respondía evasivamente:

—Nervios... ella sola se curará...; aire libre..., paseos en coche..., distracciones..., teatros... Eso es lo que le conviene.

"Pocas veces ha sido el doctor tan comedido, pues por lo común es bastante charlatán", pensaba el pasante.

Trancurrieron días, y semanas y meses. Anselmo había desaparecido, y tampoco se dejaba ver el registrador Heerbrand, hasta que el 4 de febrero a las doce en punto de la mañana, se presentó en casa del pasante Paulmann, con un traje de última moda y de muy buen paño, medias de seda y zapatos, a pesar del intenso frío que hacía y un gran ramo de flores naturales en la mano, dejándole asombrado de su lujo. Con mucha gravedad, dirigióse el registrador al pasante, le abrazó con prosopopeya y comenzó a decir:

—Hoy, día del santo de su respetable hija Verónica, quiero decirle a usted lo que ten-

go guardado ha mucho tiempo. Hace días, la desgraciada noche en que saqué de mi bolsillo los ingredientes para aquel malhadado ponche, tenía intención de darles una buena noticia y celebrar el día feliz con alegría; aquel día supe que había sido nombrado consejero, y hoy traigo en el bolsillo la patente de tal ascenso con la firma y el sello del príncipe.

—¡Ah, ah!, señor registrador..., es decir, señor consejero, — balbuceó el pasante.

—Pero usted, querido pasante, — continuó el novel consejero, — usted puede colmar mi felicidad. Hace mucho tiempo que amo en silencio a la señorita Verónica, y por algunas miradas amables de ella me permito suponer que no he de ser rechazado. En una palabra, querido pasante: yo, el consejero Heerbrand, le pido la mano de su amada hija la señorita Verónica, con la cual, si usted no tiene nada que oponer, pienso casarme dentro de muy poco tiempo.

El pasante Paulmann cruzó las manos lleno de asombro y exclamó:

—¡Ah, ah!, señor regis..., señor consejero quiero decir, ¡quién había de pensarlo! Si Verónica le ama en realidad, por mi parte no tengo nada que oponer. Quizá su tristeza actual no es otra cosa que amor hacia usted, señor consejero; ya conocemos esas jugarretas.

En aquel momento entró Verónica, pálida y descompuesta, como solía estar. El consejero Heerbrand dirigióse a ella, felicitóla por su santo y le entregó el olroso ramo de flores al tiempo que un paquetito, en el que al abrirlo relucieron un par de hermosos pendientes.

Un ligero rubor tiñó las mejillas de la joven; los ojos le brillaron de alegría y dijo:

—¡Ah, Dios mío! ¡Si son los mismos pendientes que llevo hace algunas semanas y que tanto me gustan!

—¿Cómo es posible? — exclamó el consejero, un poco contrariado y desconcertado. — ¿Si no hace una sora que ne comorado y pagado esta joya en la Schlossgasse?

Pero Verónica no le escuchaba, sino que, poniéndose en pie, se colocó delante del espejo para probar el efecto de los pendientes, que desde luego se colocó en las orejas. El pasante le comunicó, con expresión y tono serio, la distinción de que había sido objeto su amigo Heerbrand y su demanda. Verónica miró al consejero con mirada penetrante y dijo:

—Hace mucho tiempo que sabía que usted deseaba casarse conmigo. Sea, pues. Le ofrezco mi mano y mi corazón; pero tengo que hacerle..., mejor dicho, que hacerles a usted y a mi padre una confesión que me pesa sobre el corazón, y he de hacerla ahora mismo, aunque se enfríe la sopa, que, según veo, Francisca ha puesto ya en la mesa.

Sin esperar la respuesta de su padre ni del registrador, a pesar de que los dos tenían las palabras en los labios, continuó Verónica:

—Puede usted creerme, querido padre, que yo amaba de veras a Anselmo, y cuando el registrador Heerbrand, que ahora es consejero, aseguraba que el estudiante llegaría a ser algo, decidí que él y nadie más fuese mi marido. Como al parecer había algunos seres enemigos que intentaban arrebatármelo, fuí a casa de la vieja Elisa, que en otro tiempo fué mi niñera y ahora es hechicera. Esta me prometió ayudarme para conseguir que Anselmo cayera en mis manos. Fuimos las dos, a la media noche del día del equinoccio, a la encrucijada de los caminos; ella conjuró al espíritu infernal, y con ayuda del gato negro consiguieron sacar a relucir un espejo de metal en el que, dirigiendo mis pensamientos a Anselmo, miré atentamente, con objeto de dominarle por completo. Pero hoy me arrepiento de haberlo hecho; abjuro de todas las artes de Satanás. La salamandra ha vencido a la vieja; yo oí sus lamentos, pero no pude ayudarla; y en cuanto desapareció, comida por el papagayo en figura de zanahoria, se rompió mi espejo mental.

Verónica sacó los dos pedazos del espejo roto, juntamente con un rizo, del cesto de costura, y entregando ambas cosas al consejero Heerbrand, continuó:

—Tome usted querido consejero, los trozos del espejo; esta noche a las doce tírelos por el puente del Elba en el sitio precisamente en que está la cruz, que nunca se hiela, y guárdese el rizo en señal de fidelidad. De nuevo abjuro de las artes de Satanás, y no envidió a Anselmo su dicha, pues ya está unido a la serpiente verde, que es mucho más hermosa y más rica que yo. Y procuraré, señor consejero, amarle y repetarle como una esposa honrada.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! — exclamó el pasante Paulmann. — Está loca, está loca...; no puede ser esposa de un consejero...; está loca.

—No lo crea usted, — repuso el consejero Heerbrand. — Sé perfectamente que la señorita Verónica sentía cierta inclinación hacia el estudiante condenado, y puede ser que en un momento de sobreexcitacinó haya acudido a la adivinadora, que me figuro no puede ser otra que la echadora de cartas y moledora de café de Seether, es decir, la vieja Rauerin. No se puede negar tampo que posee artes secretas, con las cuales manifiesta su enemistad a las personas. Eso ya lo sabemos de antiguo; pero lo que Verónica dice de la victoria de la salamandra y del casamiento con la serpiente verde no es más que una alegoría poética, o sea una poesía con la que cantan los estudiantes su despedida.

—¿Es que cree usted, querido consejero, — dijo Verónica a tal punto, — que lo que dicho es una locura?

—De ninguna manera, — repuso Heerbrand, — pues de sobra sé que Anselmo está en poder de fuerzas ocultas que lo zarandean con toda clase de recursos extraordinarios.

El pasante no pudo contenerse más y dijo impaciente:

—¡Basta ya, por Dios, basta! ¿Es que hemos vuelto a emborracharnos con el maldito ponche, o que los que tienen en su poder a Anselmo también nos manejan a nosotros? Señor consejor, ¿qué tonterías son esas que está usted diciendo? Quiero creer que es el amor el que le ha trastornado algo, y espero que con la boda se mejorará. Si no, sería para mí una preocupación emparentar con un

loco. y no estaría tranquilo pensando en la descendencia, que siempre hereda los males de los padres. Quiero dar mi bendición paterna a este matrimonio y os permito que os beséis como novios.

Así lo hicieron, y antes de que la copa se enfriase quedó formalizada la petición de mano. Algunas semanas después, la consejera Heerbrand, como se lo imaginara hacía mucho tiempo, estaba sentada en la terraza de una linda casa de la plaza, mirando, sonriente, a los alegantes que pasaban por allí, y que dirigiéndole sus impertinentes, decían: "La verdad es que la mujer del consejero Heerbrand está muy bien..."

DUODECIMA VELADA

Noticias de la finca que recibió Anselmo como yerno del archivero Lindhorst, y de cómo vivía en ella con Serpentina. — Fin.

MUCHO me alegraría poder expresar la gran satisfacción del estudiante Anselmo, que unido íntimamente con la hermosa Serpentina se trasladó al reino maravilloso y oculto que consideraba su patria y en el que hacía mucho tiempo anhelaba entrar.

Pero sería imposible, querido lector, darte idea exacta de las maravillas que rodeaban a Anselmo; las palabras son pálidas para expresarlas. Me siento preso en la pobreza y pequeñez de la vida diaria, cago como un sonámbulo; en una palabra, estoy en la misma situación en que estaba el estudiante cuando te hablé de él en la tercera velada.

Mucho me he afligido cuando terminada felizmente la undécima velada la leí de nuevo y pensé que necesitaba escribir la duodécima como final, pues cada vez que por la noche me disponía a trabajar parecíame que unos duendecitos pérfidos, — quizá parientes de la bruja muerta, — me colocaban delante una plancha de metal bruñido, en el que veía reflejada mi propia imagen, pálida, desencajada por la mala noche, melancólica como la del registrador Heerbrand después del ponche famoso. Solía dejar la pluma y marcharme a la cama, para por lo menos soñar con el feliz Anselmo y la bella Serpentina. Esto duró varias noches, cuando al fin, y sin esperarlo, recibí una carta del archivero Lindhorst, en la que me decía lo siguiente:

"Caballero: Sé perfectamente que en la "undécima velada ha descrito la suerte de "mi yerno, el en un tiempo estudiante y hoy "poeta Anselmo, lamentándose de ella, y "que ahora ha tratado en la duodécima de "decir algo de su vida feliz en Atlantis, donde se trasladó con mi hija, instalándose en "la posesión que tengo allí. Aunque no veo "de buen grado que comunique a los lectores mi verdadera personalidad, pues ello "podría acarrearme algunas contrariedades, "como archivero, llegándose a discutir en el "colegio la cuestión de si una salamandra "está capacitada para desempeñar servicios "del Estado bajo juramento, y, sobre todo, "hasta qué punto se le pueden confiar negocios importantes, pues según Gabalis y "Swedenborg no se debe confiar en los espíritus...; a pesar de que ahora mis amigos "me huirán, creyendo que en un momento "de furor puedo comenzar a echar chispas y "quemarles sus pelucas o su levita dominguera...; a pesar de todo esto, quiero serle "útil en la terminación de su obra, que contiene muchas cosas agradables para mí y "para mi hija casada,—ya quisiera yo que "las otras estuvieran tan bien colocadas.— "Si quiere usted, pues, escribir la duodécima velada bajo sus condenados cinco pisos, abandone su cuartito y venga a mi casa. En el cuarto azul de las palmeras, que "ya conoce, encontrará los materiales para "escribir, y con pocas palabras podrá comunicar a los lectores lo que vea, que siempre "les servirá de más que una larga relación "de una vida que sólo de oídas conoce usted. Con todo respeto se despide su afectísimo, — La Salamandra Lindhorst, — "pro tempore, Real archivero particular".

Esta carta del archivero Lindhorst, amable aunque algo áspera, me agradó mucho. Al parecer era seguro que el maravilloso viejo estaba entera del modo cómo llegó a mi noticia la suerte de su yerno, el cual, por haber prometido el más absoluto silencio, a tí mismo, querido lector, te he ocultado y no lo tomó tan a mal como era de temer.

Me ofrecía su ayuda para terminar la obra y por ello podía deducir con fundamento que en el fondo estaba conforme con que se diese a conocer por medio de la imprenta su extraña existencia en el mundo de los espíritus. Es posible, pensaba yo, que abrigue la esperanza de que así será más fácil que las dos hijas que le quedan encuentren marido, pues quizá una chispa prenda en algún joven, despertando en él el anhelo por la serpiente verde, a la cual luego buscaría bajo el saúco en el día de la Ascensión. En cuanto a la desgracia ocurrida a Anselmo cuando fué encerrado en el frasco de cristal, le podía servir de aviso para librarse de la duda y de la incredulidad.

A las once en punto apagué mi lámpara de trabajo y me dirigí a casa del archivero Lindhorst, que me estaba esperando en el vestíbulo.

—Ya está usted aquí, caballero... Me alegro mucho de que haya comprendido mi buena intención... Venga conmigo.

Y me guió a través del jardín, iluminado con luz cegadora, hasta el aposento azul celeste, en el que ví la mesa cubierta de color violeta en la que trabajó el estudiante.

El archivero Lindhorst desapareció, volviendo a entrar a poco con una hermosa copa de oro, de la que brotaba una llama azul.

—Aquí le traigo, — dijo, — la bebida predilecta de su amigo el maestro de capilla Kreisler. Es "arrak" quemado, al que he añadido un poco de azúcar. Saboree un poco. Voy a quitarme la bata y por gusto, y para gozar de su compañía mientras está usted ahí sentado escribiendo, subiré y bajaré a la copa.

—Si lo hace por gusto, muy bien, señor

archivero, — repuse yo; — pero si es para que yo disfrute de la bebida, no se moleste.

—No se preocupe, mi buen amigo, — exclamó el archivero, al tiempo que se quitaba la bata.

Y con gran asombro mío subióse a la copa y desapareció entre las llamas. Sin ningún miedo, y apartando las lamas tomé de la bebida, que estaba sabrosísima.

. . . . . .

¿No se mueven con rumor suave las hojas color esmeralda de las palmeras, como acariciadas por el hálito del viento de la mañana? Despiertan de su sueño, se alzan, y tiemblan y susurran, secretamente hablando de las maravillas que como de lejos anuncian misteriosos sonidos de arpa. El azul se separa de las paredes, y como aromática niebla, se cierne arriba y abajo, y de entre ella salen rayos cegadores que como en una atmósfera gloriosa se retuercen, se elevan y van de un lado para otro subiendo a lo más alto de la inconmensurable bóveda que cubre las palmeras. Los rayos se hacen cada vez más cegadores, hasta que en medio del resplandor del sol descúbrese un bosque inmenso en el que veo a Anselmo. Magníficos jacintos y tulipanes y rosas levantan sus lindas cabezas; su aroma dice en tono amable al dichoso: "Pasea por entre nosotros, querido, puesto que tú nos comprendes... Es nuestro aroma el anhelo del amor...; te amamos y somos tuyos para siempre". Los dorados rayos murmuran al calentar: "Somos fuego encendido por el amor. El aroma es el anhelo, el fuego es el deseo, y nosotros vivimos en tu pecho, formamos parte de ti mismo." Los oscuros matorrales..., los altos árboles, susurran y murmuran: "Ven a nosotros, hombre feliz, amado nuestro. El fuego es el deseo, y esperanza nuestra fresca sombra; te arrullaremos con nuestro rumor, ya que tú nos entiendes, porque el amor vive en tu pecho". Las fuentes y los arroyos cantan y repiten: "Amado, no pases por junto a nosotros tan de prisa, mira a nuestro cristal... Tu imagen vive en nosotros, que somos constantes en nuestro amo amor, porque tú nos has comprendido." Y los pajarillos pintarrajeados pitorrean y cantan: "Escúchanos, escúchanos: somos la alegría, el goce, el encanto del amor."

Anselmo, lleno de curiosidad, contempla el templo magnífico que se eleva en la lejanía. Sus artísticas columnas asemejan árboles, y sus capiteles y sus molduras, hojas de acanto, que forman hermosas decaraciones con adornos y figuras. Anselmo se dirige al templo; contempla con íntima alegría el mármol policromo, los peldaños maravillosamente veteados.

—No, — dice en el colmo del entusiasmo, — ya no está lejos.

Entonces, magníficamente ataviada y resplandeciente de belleza, sale del templo Serpentina, con el puchero de oro en la mano, del cual brota un hermoso lirio. Su rostro lleva impresa una expresión inenarrable de arrobo y sus divinos ojos brillan con infinita ternura; sus miradas se dirigen a Anselmo, y le dice:

—Amado mía: el lirio ha abierto su cáliz, hemos llegado a la meta. ¿Habrá en el mundo una felicidad comparable a la nuestra?

Anselmo la abraza con apasionamiento...; los lirios irradian sus rayos de fuego. Los árboles y los arbustos agítanse con violencia..., los arroyos corren murmuradores..., en el aire escúchase un gorjeo jubiloso...; en el agua... en la tierra se celebra la fiesta del amor...

Luego, de entre los arbustos, brotan relámpagos luminosos...; de los ojos ardientes de la tierra brotan diamantes...; de las fuentes, manantieles saltarines...; aromas embriagadores embalsaman el aire...: son los espíritus que rinden homenaje al lirio y anuncian a Anselmo la felicidad.

Anselmo levanta la cabeza, como rodeado de un nimbo de sabiduría... ¿Son miradas? das?... ¿Son palabras?... ¿Es un cántico?... Distintamente óyese: "Serpentina..., la fe en tí, el amor, me han descubierto los profundos secretos de la naturaleza... Me trajiste el lirio que nació del oro, de las entrañas de la tierra, aun antes de que Fósforo iluminase el pensamiento... El representa el conocimiento de la armonía de todos los seres, y en esta armonía vivo feliz desde aquel momento... Sí, yo, bienaventurado, he conocido lo más alto...; te he de amar eternamente, Serpentina querida..., nunca se marchitarán las dorades hajas del lirio, pues lo mismo que la fe y el amor, es eterna la ciencia."

. . . . . .

La visión que trajo ante mí a Anselmo en su hacienda de Atlantis débosela, ciertamente, a las artes de la salamandra; y lo asombroso fué que cuando aquélla se desvaneció como una niebla, encontré todo el relato escrito en un papel, sobre la mesa cubierta de terciopelo violeta, sintiéndome al tiempo como dolorido y quebrantado.

¡Oh, Anselmo! Dichoso tú, que has conseguido desprenderte de la carga de la vida vulgar y refugiarte en el amor de la hermosa Serpentina y vives feliz y alegre en tu posesión de Atlantis. Pero yo, pobre de mi.... pronto..., dentro de unos minutos, habré salido de este magnífico salón, que no es, sin embargo, una finca en Atlantis, y me veré en mi buhardilla, preocupado con las minucias de la vida miserable y con mi vista atraída por tantas desgracias que la rodean como de una niebla, que no me será posible ver nunca el lirio.

El archivero Lindhorst me tocó en el hombro con suavidad, diciéndome:

—Vamos, vamos, amigo mío, no se lamente de ese modo. ¿No ha estado usted hace un momento en Atlantis y no tiene usted allí una linda posesión en la poesía que llena su inteligencia? ¿Qué es la felicidad de Anselmo sino la vida en la poesía, la cual le ha hecho comprender la sagrada armonía de todos los seres, que constituye el secreto profundo de la Naturaleza?

ERNST HOFFMANN.

TORTURA CEREBRAL

—¡Es curioso, pero hay momentos en que uno se ve enteramente desprovisto de imaginación! ¡Ahora, por ejemplo, no logro acertar con lo qué debo decirle a mi mujer, al llegar a casa, para que no crea que estoy borracho.

Quereis la Salud?? . . . .

APERITIVO TONICO ESTOMACAL

UNICOS INTRODUCTORES:

JOSÉ PERETTI & Cia. - Buenos Aires

Lea "SURCOUF"

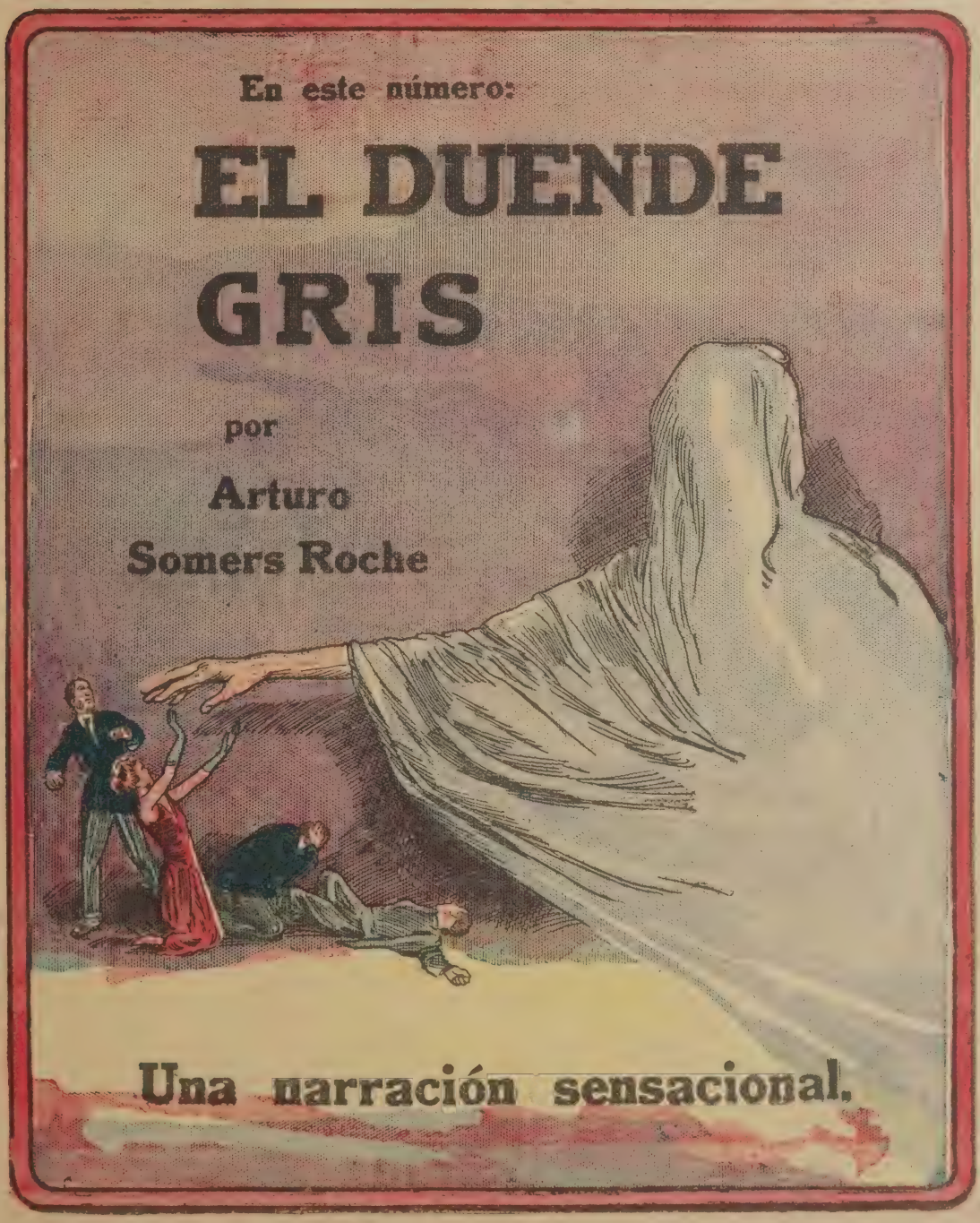
BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

Viernes
Abril 2
de 1926

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO IV. PUBLICACION SEMANAL No. 131



LAS HUBIERA PREFERIDO SIN AGUJERO

—¿Tienes apetito, Rosalía? Veo que te has comido varias roscas.
—¿Si tengo apetito? En este momento querría poder estrangular al tonto que tuvo la idea de hacer roscas con agujero en el medio.

El duende gris

Entretenido relato policial atrayente del principio al fin.

El cascanueces y el rey de los ratones

Uno de los más hermosos cuentos de Ernst Hoffmann, el gran autor alemán.

La abuela de Sylvia

Divertido cuento en el que se trata de una estratagema de una joven enamorada. Con ilustraciones en colores.

¡Nada de rectificaciones!

Un caso cómico. En colores.

Aeroplanos sin motor

Narración humorística de Cami, el gran escritor francés.

Estrictamente en secreto

Una escena de la vida real y muy frecuente. En colores.

La cocina de "Pucky"

Recetas de cocina realmente utilizables en casas de familia.

Un doble suceso

Historieta cómica que puede hacer sonreir al lector.

Bonbons Fins

Chascarrillos de todas clases, escogidos por "Pucky" para sus lectores.

Un buen patrón

Nota humorística. En colores.

Novedades de todas partes

Párrafos interesantes sobre temas diversos.

Un buen automóvil

Modelo para armar. En colores.

Surcouf

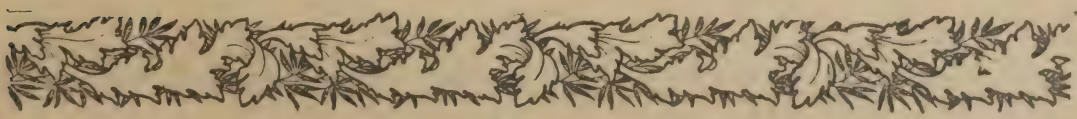
Continuación de la gran novela de guerras y piraterías en diversas partes del mundo.

La cometa

Cuento de vibrante interés, original de un gran autor inglés y traducido especialmente para "Pucky".

Federico y Bernardina

Novela corta de Alfred de Musset que aparece completa en este número.



EN EL PROXIMO NUMERO

LOS VERDES OJOS DE BAST

Novela sensacional sobre las actividades de los magos de Egipto, escrita por el famoso autor inglés

SAX ROHMER

(TRADUCIDA ESPECIALMENTE PARA "PUCKY")

Explica esa novela lo que sucede con una mujer, que nacida bajo la influencia de la diosa Bast, es gata a la vez que mujer en determinadas epócas del año y actúa en la forma más misteriosa y electrizante.

LOS VERDES OJOS DE BAST

ES UNA NOVELA IMPRESIONANTE QUE LAS PERSONAS DE IMAGINACION DEBIL NO DEBEN LEER DE NOCHE.

UN ELECTRIZANTE RELATO POLICIAL

EL DUENDE GRIS

Por ARTHUR SOMERS ROCHE

(Traducción del inglés para "Pucky")

Atrayente y subyugadora, esta narración es de las que interesan del principio al fin y admiran por la originalidad de su asunto y sus bien pintados personajes.

EL sentimiento dominante en Pelham, al contemplar al Duende Gris, fué de vergonzoso aturdimiento. Durante años enteros había existido entre ambos una guerra que, al fin, había terminado. Pero la lucha entre ambos, no había sido lo que suele ser la guerra sórdida entre el ladrón y el polizonte.

El genio de que en varias oportunidades había dado pruebas el Duende Gris habrían provocado el respeto de Pelham; pero su coraje y su espíritu sportivo le habían ganado la admiración del detective. Aún cuando Pelham habría negado rotundamente tal afirmación, no dejaba de ser verdad que sentía cierto afecto por el Duende Gris. No habría tenido inconveniente en admitir que, de no haber sido por el Duende, él no habría sido otra cosa que un fracasado.

Pelham había sido lo que podemos llamar verdaderamente lastimoso; un hombre poseedor de bienes heredados que había perdido sus bienes, al cual una serie de acontecimientos fortuitos habían convertido, de elegante ocioso en uno de los más grandes detectives de su tiempo. Accidentalmente había echado por tierra en cierta ocasión los planes del Duende Gris; y la habilidad que en tal ocasión había puesto de manifiesto le habían ganado su sociedad con Jerry Tryon, el propietario de la agencia de investigaciones privadas que llevaba su nombre. Ahora, Pelham recibía una renta producto de su trabajo, tan grande o más que aquella que poseía cuando era entonces tan familiar figura en el mundo social, como lo era ahora en el mundo del crimen.

El Duende Gris se halla ahora, sentado humildemente y acurrucado frente a Pelham.

Meses y meses de lucha habían terminado al fin con el triunfo de Pelham. El criminal del cual la prensa y el público decían que era más inteligente que toda la policía junta, para ser capturado, se hallaba ahora en sus manos. Pelham había escalado así el punto más elevado de su carrera. Las recompensas ofrecidas por la captura del Duende Gris constituían, de, por sí, una no pequeña fortuna.

Por otro lado, los negocios que serían llevados a la agencia Tryon como resultado de esta sonada victoria, convertirían a Pelham, en pocos años, en millonario. Y los diarios de la mañana ensalzaban a Pelham llamándolo benefactor público. Sea como sea, el caso es que Pelham había conseguido suprimir la amenaza mayor que existía contra la sociedad. Pero, con todo, sus labios no sonreían, sus ojos no brillaban.

¡El Duende Gris era un renunciador! El hombre que, durante años seguidos, se reía de la policía del mundo entero, el hombre que había puesto de manifiesto una audacia que revelaba una temeridad casi anormal, cuando se hallaba frente a la derrota, al desastre, era un cobarde. Podía objetarse que era un hombre entrado ya en años y desgastado; que había corrido aventuras y peligros que podrían haber quebrado la moral de cualquiera. Pero Peter Ballantyre no era un cualquiera; era el Duende Gris. Era el hombre que sabía despertar en sus compañeros lealtad tal que arriesgaban la silla eléctrica antes que traicionarlo. Era el último hombre en la tierra de quien se podía haber esperado que llorara y pidiera su vida de rodillas

SURCOUF Lea la continuación de esta novela sensacional en la página 51 de este número.

Pelham no se pudo contener por más tiempo y exclamó, impaciente:

—¡Por el cielo, Ballantyre! ¡Sea hombre!

El Duende Gris levantó lentamente su rostro ceniciento. Todo el terror que, en otras ocasiones, su personalidad gris había podido inspirar, había desaparecido. Había habido momentos, en el pasado, en que el Duende Gris, acorralado y rodeado de polizontes, podría haberlos hecho temblar con un solo gesto. Pero esta noche, no. Era un hombre ya anciano, tembloroso, vacilante, cuyo cabello gris, grises facciones y vestiduras grises parecían ser más bien indicaciones de un carácter neutro y pusilánime.

Antes, sin embargo, había habido en esa misma neutralidad algo terrible; uno sentía que revelaban una naturaleza que no podía ser sacudida por ningún motivo de odio o temor. Uno sentía que revelaban una voluntad que podía seguir su camino a despecho de las ambiciones y aspiraciones humanas ordinarias. Much asveces cuando Pelham se solazaba en dejar volar a su exhuberante imaginación, se complacía en pensar en el Duende Gris como en una personalidad incorpórea, en un espíritu que tomaba las apariencias humanas para una mejor obtención de sus perversos propósitos. Pero ahora tenía la convicción de que era un delincuente, pura y llanamente.

Todos son iguales, los delincuentes. En razón de haber atraído sobre sí la atención como consecuencia de algunos golpes felices, el público y la prensa se habían unido en creerlo poseedor de cualidades que nunca podría tener. Aquel hombre o aquella mujer que, después de años y años de experiencia, no se atreve a afrontar un peligro en persona, sino que buscan otros que los afronten por ellos, son cobardes en el fondo. Podrán poseer algo que se parezca al coraje, pero las imitaciones nunca sobreviven en una emergencia. El coraje del delincuente es sólo fanfarronería; el Duende Gris era un delincuente.

—Todo eso está muy bien para ser dicho por usted, señor Pelham, — gemía el Duende Gris. — Pero usted no está frente a la silla eléctrica. Yo sí. Por eso lo he enviado a buscar a usted; para hacer un trato, si puedo

Pelham se encogió de hombros. Evitó mirar a su socio, Jerry Tryon, que lo observaban ansiosamente, y los del fiscal de distrito. La humillación del prisionero era algo que a los que se hallaban desagradaba junto a él. ¿Cómo le había sido posible a un hombre como este seguir su malvado camino durante tanto tiempo? ¿Por qué, a la primera señal de peligro para si mismo no había pedido gracia?

—Usted sabe perfectamente bien, Ballantyre, — dijo Pelham, — que nada de lo que usted pueda decir o hacer le evitará pagar la pena.

—Pero es que hay penas de muy diferente clase, Pelham, — replicó el prisionero. — Sé que lo menos que puedo esperar es cadena perpetua. Pero lo que me tiene atemorizado es la silla.

—No puede usted tener esperanzas de evitar eso, — respondió Pelham.

En los grises ojos del Duende Gris, — que habían perdido aquella penetrabilidad que siempre los había caracterizado, — apareció una débil expresión de sutileza. No era la astucia natural en el hombre que había desafiado las fuerzas de la naturaleza; era la vil astucia del mendigo que fuerza su artificiosa narración de mentiras a la credulidad del que pasa.

—¿Qué ventajas podría tener el enviarme a mi a la silla? — preguntó.

Pelham había hecho todo lo que pudo por contener su desprecio; pero ahora rebasó los límites de la cortesía para con un enemigo vencido. Porque el Duende Gris no merecía ya que se le considerara tal.

—¿Ventajas? No discutiremos eso, Ballantyre. Usted no puede comprender los sentimientos que se despiertan en las almas decentes con sólo verlo a usted.

—Sí, que puedo, — replicó Ballantyre. — Cuando pienso en las cosas que he hecho, siento vergüenza.

La boca de Pelham se abrió, de asombro. El decir el Duende Gris que se hallaba avergonzado de lo que había hecho, era cosa tan extraña como podría haber sido en Nerón el decir que no le satisfacía tocar la lira. Era ese argumento tan desprovisto de consistencia; tan infantil; tan inadecuado a la ocasión que...

Quien sabe porque extraña asociación de ideas, al mirar Pelham a aquel hombre recordó algo que había leído hacía tiempo, sobre la acción del aire en las momias sacadas de las tumbas egipcias. Se convertían en polvo cuando se les quitaban los vendajes. El Duende Gris parecía haberse escogido, espiritualmente, hasta convertirse en nada. No quedaba allí nada de aquello que había caracterizado la grandeza aún en la delincuencia de aquel hombre.

—¿Qué espera usted que yo le responda, entonces? — contestó Pelham. — ¿Qué, ya que usted está arrepentido y lo siente mucho, todo está bien?

—Deseo hacer un convenio, — respondió el Duende Gris. — Puede usted presentar acusación basada en asesinato; no digo que no puedan ustedes conseguir una condena. Pero yo ofrezco cinco millones de dólares por mi vida.

—Un poco más de lo que vale, — gruñó Jerry Tryon.

—Con todo, — continuó Ballantyre, — hay mucha gente que se sentiría feliz de recobrar su dinero. Me declararé culpable de asesinato en segundo grado. Si usted y el fiscal de distrito aceptan de la declaración para fundar sobre ella el proceso, les entregaré, ahora mismo, todos los datos necesarios para que recobren ustedes cuanto haya robado yo el año pasado. Está todo en un sólo lugar, y es fácil de recojer. ¿De qué servirá matar a un pobre viejo como yo? Yo ya he terminado; no podré escapar. ¿No es mejor hacer un trato conmigo, en lugar de pedir la pena máxima?

Durante un segundo Pelham, creyó ver

brillar en el fondo de los ojos del Duende Gris la vieja mirada de atención y alerta; pero al observar un ligero temblor convulsivo que agitó los hombros del preso, supuso que se había equivocado. Miró a su socio. Jerry Tryon se encogió de hombros. Ambos volvieron sus miradas al fiscal del distrito, que sonrió, vacilante. Miró las hojas escritas a máquina que contenían la acusación fiscal, ya preparada, mientras sus dedos jugaban distraidamente con la cadena del reloj.

—Después de todo, señor Pelham, — dijo, después de toser, — los fines de justicia que perseguimos quedarán igualmente completos si lo condenamos a cadena perpetua como si lo hacemos a la última pena. Si no tiene nada que ganar, no creo que podamos esperar que nos revele el lugar donde tiene oculto el producto de sus robos. Pero si le prometemos la vida, está dispuesto, según nos anuncia, a revelar dónde guarda objetos robados de gran valor. Además, en tal caso, el estado se evitaría los grandes gastos que, sin duda, demandaría una prolija investigación para dar con el lugar donde se oculta el botín. ¿Qué dice usted, señor Pelham?

—Yo soy un investigador particular, que tengo mis clientes particulares a quienes servir, — respondió Pelham, rehusando responsabilidad en el asunto. — Si usted está dispuesto a aceptar esas condiciones, no veo qué inconveniente pueda haber de mi parte.

El Duende Gris se arrojó de su silla, cayendo de rodillas al suelo; sollozando, se postró ante su poderoso adversario. Hubiera besado los botines de Pelham, de no haberse retirado el detective. Fué aquel uno de los momentos más dolorosos que Pelham había tenido en toda su vida. Hubiera preferido que le hubiera cortado una mano a ver ante él el que, una vez, fué un hombre, reducido a aquella repulsiva actitud.

Volvió la espalda a los otros tres hombres, se acercó a la ventana, dejando vagar su mirada distraídamente por la calle. No pudo evitar el oir la narración histérica de Ballantyre; pero, por lo menos, evitaba tener ante su vista aquella asqueante desintegración de carácter. No es que fuera duro de corazón; no le había producido el menor placer la lectura, en los diarios de la mañana, de la electrocución del gran criminal. Pero existen cosas mucho peores que la muerte misma, a cuya sola idea se sobrecoge el alma. La pérdida del valor es una de estas cosas. Un hombre valeroso no se regocija en la humillación de su enemigo.

Hasta el mismo triunfo de Pelham al capturar a Ballantyre, quedaba grandemente disminuido por la tremenda transformación que había experimentado el carácter del Duende Gris. ¿Cómo podría Pelham regocijarse de su triunfo sobre hombre tan despreciable? Se había alegrado, es cierto, de la persecución de Ballantyre. Su nueva profesión le parecía honorable. Pero ahora los frutos de su victoria tenían para él un sabor amargo y su profesión misma le parecía despreciable. La profesión de cazador de ratas puede ser honesta; pero ciertamente que no es dignificadora. Y el Duende Gris era una rata. Pero hasta una rata, cuando se siente acorralada, lucha. El Duende Gris ni eso.

—¡Bueno, largue! — oyó decir a Jerry — ¡Y cuidado con mentir!

—Yo no le mentiría a usted, señor Tryon, — gimió el Duende Gris. — Ustedes han sido tan buenos para conmigo, que yo no les mentiría.

—¿Dónde está el botín? — preguntó a su vez el fiscal.

—En Rolling Meadows, — contestó el Duende Gris.

—¿Dónde queda eso? — tornó a preguntar el fiscal.

Pero Jerry Tryon, excitado más allá de lo que había siempre parecido posible en él, fué el que contestó.

—En Wetchester, a unas diez millas más allá de White Plains, — exclamó. — ¡Usted se burla de nosotros!

—¿Y por qué habría de burlarme de ustedes? — preguntó Ballantyre.

—No existen lugares aparentes para depósitos en un sitio como Rolling Meadows. — respondió Jerry. Es cierto que Tryon nunca había tenido gran imaginación. Eso era el resorte de Pelham en la sociedad. Jerry era el bulldog que una vez que había clavado sus dientes en la presa, ya no la soltaba más.

Algo que recordaba su antiguo espíritu, vibró en la voz del Duende Gris.

—Los locales aparentes para depósitos, señor Tryon, son propiedad de personas que hacen preguntas inconvenientes, — contestó. — Pero si un millonario suramericano adquiere una residencia, nadie puede sorprenderse si, de vez en cuando, algún camión llega a la casa. Además, usted sabe que yo no soy un ladrón ordinario. Muchos de los tesoros que he adquirido no tienen valor comercial alguno. Los he tomado para mi deleite personal. Cosa que no me producirían de tenerlos depositados en un sitio oculto. Pero en mi propio salón, en las paredes de mi biblioteca...

Pelham lanzó una mirada al preso por sobre su hombro. No solo le había parecido que la voz de éste había adquirido nuevo vigor, sino que hasta su mismo cuerpo había ganado en carnes. Pero, al mirar de nuevo, decidió que aquéllo sólo había sido una ilusión. Porque la actitud de Ballantyre era nuevamente de súplica y su voz un gemido.

—Todo lo que tienen ustedes que hacer es ir allá, rodear la casa del señor Rafael Hernández, y yo me habré ganado la vida

Pelham no pudo soportar más. Se rebelaban sus nervios el ser testigo de tamaña degradación. Se dirigió a Jerry, como si el prisionero no se hallara ya allí.

—Haga usted todos sus arreglos, — dijo, — y luego vaya a buscarme. Yo estaré en mis habitaciones.

El fiscal del distrito lo detuvo un momento.

—Ha prestado usted un gran servicio al

país al capturar a este hombre, señor Pelham, — dijo con tono untuoso. — Naturalmente, los diarios le han dado ya una idea de lo grande de su triunfo, pero, en nombre de esta fiscalía, deseo darle a usted las gracias.

—No hay motivo, señor, — despondió Pelham, bruscamente.

No lo hizo con la intención deliberada de ser rudo con el funcionario de la justicia. Pero se hallaba en un estado de ánimo que lo hubiera llevado de hallarse solo, hasta el extremo de patear los muebles y romper vidrios. Tal era la cólera que bullía en su pecho.

Salió de la oficina del fiscal y a la calle, abandonando el edificio de los tribunales en lo criminal. Tan ensimismado en sus propios pesamientos que no observó los saludos y comentarios que su paso por entre los empleados de la casa provocaba entre éstos.

Era un gran hombre, Pelham, y completamente disgustado de su grandeza. Pero, mientras se dirigía hacia Broadway, su expresión de cólera reconcentrada y su disgusto fué poco a poco dejando paso a una de diversión. A despecho de nosotros mismos, somos a veces presa de ideas extrañas.

El sacerdote frecuentemente mira al boxeador como a una serpiente; la dama de sociedad envidia a las coristas de bataclán. Y Jimmy Pelham había erigido un altar al Duende Gris. El ídolo había caído, destruyendo en su caída el altar; Pelham se había dolido de ello. Y ahora reía de lo absurdo del caso. Pero, después de todo, había algo extraño en su risa. Repentinamente se convirtió de nuevo en disgusto y cólera. ¿Por qué no había caído el Duende Gris luchando, como un hombre?

Más tarde, aquel día, hizo la misma pregunta en alta voz a Jerry Tryon. Jerry rió.

—Todos los delincuentes son ratas.

—Pero hasta las ratas luchan cuando están acorraladas.

—Sí; pero las ratas humanas, no.

Pelham levantó sus hombros; abandonó la discusión.

—¿Qué hacemos? — preguntó.

Jerry miró a su socio. En los ojos azules del ex policeman había una mirada de reverencia casi. Pero también había en ellos trazas de preocupación. Pelham no se hallaba ni con mucho en el estado en que su socio, que lo estimaba, lo hubiera deseado ver. Las delgadas facciones de Jimmy Pelham estaban demasiado delgadas para complacer a Tryon. En aquellos momentos en que debía hallarse lleno de júbilo, Pelham, por lo contrario, parecía deprimdo y nervioso.

—Lo mejor que puede usted hacer es irse a la cama. A nosotros no nos queda nada más que juntar la basura, ahora. Ha estado usted en una terrible tensión de nervios durante meses enteros, y este es el momento en que usted da comienzo a unas largas vacaciones.

Los delgados labios de Jerry se contrajeron en una débil sonrisa. Pasó su mano delgada, nerviosa, por su frente alta, de la cual a pesar de los cuidados que una muy comprensible vanidad había aconsejado, el cabello comenzaba a faltar.

—¿Qué significa, Tryon, ese bulto sobre su cadera derecha? ¿Desafiando la ley prohibicionista? ¿O es una escoba de bolsillo con la cual piensa usted juntar la basura?

Las rudas facciones de Jerry se colorearon.

—Bueno; puede ser que haya algún disgusto, y...

—¿Y usted quiere que yo me meta tranquilamente en la cama, mientras se le presenta a usted ocasión de usar esa ametralladora que lleva en el bolsillo? Tryon; ¿quiere usted irse al diablo?

—No; — respondió Jerry, obstinadamente. — No veo la necesidad que haya para que usted haga el trabajo duro. Además, hay muy pocas probabilidades de disgusto en la visita al señor Rafael Hernández.

—Muy pocas probabilidades son las que sacan la lotería en la mayoría de los casos, — respondió Pelham, acentuando su sonrisa.

Levantóse del sillón en el cual había estado sentado y dió unas amistosas palmadas en el hombro de Jerry.

—Algún día, — agregó, — lo voy a dejar a usted deliberadamente fuera del momento culminante de uno de nuestros casos, y le voy a dar como excusa que necesita ocho horas de sueño. Respóndame: ¿qué hacemos?

—Tengo cinco automóviles llenos de agentes de particular, esperando abajo, — respondió Jerry. — Creo que podremos llegar a Rolling Meadows en poco más de una hora. Cuando lleguemos allí entraremos a la propiedad. Eso creo que será todo.

—Así lo espero.

—¿Qué quiere usted decir? — preguntó Jerry, un tanto sorprendido.

—¡Que me lleve el diablo, si sé lo que quiero decir! — respondió Pelham. — Jerry; ¿no le sorprendió a usted la actitud de Ballantyre? ¿Su cobardía, quiero decir?

—Nada de lo que haga un ladrón me sorprende, — declaró Jerry.

Pelham lanzó un suspiro.

—Bueno; vamos, — dijo.

* * * *

LOS documentos al cobro por nuestros pecados no siempre son pagados de inmediato. Algunas veces resultan ser como documentos que hemos creído destruídos para siempre, pero que, presentados a nuestro Banco, deben ser descontados de inmediato, so pena de que se nos tenga por fallidos.

La cuenta de pecados del juez Smithson Waddell había vencido hacía tanto tiempo, que Su Honor se había olvidado casi de haberla firmado. Miembro de la Suprema Corte de Justicia del Estado de Nueva York, con treinta años de ejercicio de su profesión honorablemente, era solamente natural que se hubiera olvidado, — casi, — de aquel incidente de los comienzos de su carrera. No es la verdad que todos aquellos que pasan por honestísimos y rectos ciudadanos, pero que

tienen un pasado nebuloso, sean hipócritas.

La memoria humana es cosa sumamente conveniente. El juez Waddell, en aquellos momentos en que las circunstancias le recordaban un incidente de tiempo atrás, lo recordaba en forma perfectamente impersonal. El Smithson Waddell que había cometido un crimen hacía tanto tiempo que se había desglosado del juez Waddell, que le era sumamente difícil relacionar a un criminal no habido con una de las lumbreras del foro. Aquella noche, la memoria del juez recibió un sacudimiento.

Acaba de terminar su cena cuando le fué anunciada la visita de Judson Anstrey. El juez frunció el entrecejo. Había esperado poder pasar la velada en completa tranquilidad con su familia y esta visita tenía todas las características de la impertinencia para Su Honor. El juez gustaba que todos aquellos que lo visitasen lo hicieran conviniendo la hora de la visita de antemano, y estuvo á punto de decirle al criado que informara a Judson Anstrey que él no se hallaba en casa. Pero el señor Anstrey era una verdadera potencia en la política local.

El juez debería presentar nuevamente su candidatura dentro de seis meses más tarde, y le convenía, en consecuencia, estar bien aún en términos de amistad, con un hombre que se suponía guardaba miles de votos en el hueco de la mano. Ordenó, pues, que su visitante fuera introducido en la biblioteca, donde, unos minutos después, ambos habíanse estrechado las manos, saludádose cortésmente, sentados, uno frente al otro, con una pesada mesa de caoba por medio, cubierta de libros de leyes y expedientes.

Judson Anstrey era un hombre grueso, que llevaba la enorme cabeza cubierta por un hirsuto penacho de cabello blanco. Tenía dos barbillas, a falta de una, un hongo por nariz y dos ojos que parpadeaban incesantemente. Solamente sus cejas, más bien dicho, su única ceja, que le cruzaba la frente en ininterrumpida línea, de sien a sien, negaba su apariencia de constante buen humor. Hombres de cejas hundidas no son de corazón muy blando.

—Deseo contarle a usted una pequeña anécdota, — comenzó. — Treinta años hace había un joven abogado que recién comenzaba a practicar en Nueva York. Cierta viuda demandó a una empresa ferroviaria por daños y perjuicios, y el ferrocarril pagó seis mil dólares, por los cuales el abogado firmó recibo. Pero le dijo a la viuda que había cobrado tres mil, descontó mil por honorarios y le dió a ella sólo mil dólares. Pero sucedió que la viuda murió poco después, y el abogado que entendió en la testamentaría, poco importante, por cierto, observó algunos detalles que lo hicieron entrar en sospechas. Investigó el asunto y halló que las cosas habían pasado tal como las relato. ¿Qué supone usted que hizo?

El rostro flaco, severo, del juez Weddell, con su nariz de gancho y su barbilla saliente, que había aterrorizado a más de un empedernido criminal, estaba blanco como el papel.

—¿Qué? — preguntó.

Anstrey sonrió bondadosamente.

—No hizo nada absolutamente, salvo guardar en lugar seguro algunos afidavits. ¿Por qué? Por que tenía la idea que estos informes podrían servirle de algo llegado el momento. Y el momento ha llegado.

—¡Esto es chantage! — exclamó el juez.

La sonrisa de Judson Anstrey se hizo más amplia.

—Yo siempre he dicho, juez, que, cuando se trataba de dar decisiones rápidas no había nadie como usted. Usted dice que esto es chantage y no es nada más que eso exactamente.

—¿ Por qué? — preguntó Waddell. El color volvía lentamente a sus mejillas.

—Yo era el joven abogado que se ocupó de la testamentaría de la viuda y se guardó los afidavits cuidadosamente, — respondió Anstrey. — Aun en aquellos tiempos yo ya tenía algunas veleidades políticas. Usted me pareció entonces un mucha inteligente, en mi opinión, digno de éxito. La viuda no había dejado herederos, de manera que yo no ganaba nada con meterlo a usted en la cárcel. ¡Oh, juez! ¡Usted se quedaría estupefacto si supiera la cantidad de gente de quien tengo pruebas! Muchos de ellos nunca sabrán, tal vez, que yo puedo enviarlos a Sing Sin. Otros, como usted, sólo lo saben cuando la más absoluta necesidad me obliga.

—Este delito, si es que usted lo quiere llamar así, está prescrito, — observó el juez.

Anstrey levantó sus hombros, con expresivo gesto.

—¡Seguramente que sí! ¡Yo no lo ignoro! Pero, ¿a qué no me nombra usted un sólo diario neoyorquino que se rehuse a poner esa crónica en primera página? "Respetable juez de la Suprema Corte, criminal". ¡Un magnífico título a lo ancho de la página?

—¿Qué quiere usted? — preguntó el juez. Tenía la frente cubierta de sudor; las palmas de sus manos se hallaban húmedas.

Anstrey se inclinó hacia adelante. La línea de sus cejas le hizo pensar en una barra de hierro, una de esas barras que, junto con otras, decoran el frente de una celda.

—Quiero, — dijo, — que conceda usted un recurso de "habeas corpus" dentro de cinco minutos.

—¿A favor de quién?

—A favor de Peter Ballantyre, alias el Duende Gris.

—¡Usted está loco! — gritó el juez.

Anstrey frunció el ceño.

—Cuando salga de aquí, — dijo, — voy a llamar por teléfono a las redacciones de todos los diarios de Nueva York, para decirles la razón por qué me voy a oponer a su reelección.

—¡Usted no se atreverá! ¡Sólo lo pondría usted mismo en evidencia!

Rió Anstrey.

—Yo soy uno de los abogados del Duende Gris, — dijo — ¿No cree usted que es él cliente que paga con liberalidad? Desde algún tiempo me vale a mí cien mil dólares al año. Bien vale la pena exponerse por un cliente como él.

—Eso me arruinaría, — objetó el juez.

—Lo que lo arruinaría sería el no hacerlo, — replicó Anstey. — Además tengo

razones de sobra para que el recurso sea concedido. Tengo declaraciones juradas de que el Duende Gris es la víctima de una conspiración. Tengo documentación suficiente como para levantar razonable duda en el ánimo de cualquier persona. Usted, por lo menos, al conceder el recurso, tendrá una excusa para hacerlo así. ¿Lo hará usted, o...?

El documento al cobro vencido desde hacía tanto tiempo, había sido presentado El juez Smithson Weddell lo pagó, con interés.

* * * *

POCOS minutos antes de las diez Tryon y Pelham, despues de haber hecho rodear la casa del señor Rafael Hernández, llamaron a la puerta, y fueron admitidos y conducidos, juntamente con ocho detectives, al gran hall de la mansión. Veinte minutos después Pelham y Tryon estaban convencidos de haber sido víctimas de una gigantesca intriga.

El señor Hernández se hallaba en su casa, cenando en compañía de dos banqueros extranjeros, un senador de los Estados Unidos y un secretario de estado de su país, la Argentina, y las esposas de estos caballeros. No solo probóles el caballero sudamericano que Rafael Hernández no era el nombre de guerra del Duende Gris, sinó que Rafael Hernández, si bien, aún poco conocido en Nueva York, era hombre de alta posición en su país, con concesiones comerciales y financieras en Estados Unidos. Estupefactos y derrotados, y los detectives se retiraron.

—¿Qué saca usted en limpio de todo esto? — preguntó Tryon.

—Dios solo sabe lo que significa.

Pero lo supieron tan pronto llegaron al apartamento de Pelham. Allí los esperaba un funcionario de la fiscalía, quien les comunicó que aquella noche, a las nueve y media, el alcalde de Las Tumbas había sido notificado de un recurso de habeas corpus concedido por el juez Waddell. El juez había decidido abocarse al estudio del proceso instaurado contra Ballantyre de inmediato y conceder el pedido de libertad bajo fianza. Luego había decretado la custodia del preso por medio de sus propios defensores hasta el momento de iniciar la vista del caso.

Fué recien entonces que Palham comprendió. Comprendió el porqué del cambio operado en el carácter de Duende Gris; comprendió por qué el aronicriminal se había dejado arrestar.

—Quiere usted decir que él quería ser arrestado? — objetó Jerry.

—Yo lo arresté en mi habitación. Había venido allí para tratar de matarme si podía hacerlo sin riesgos para sí mismo. No quería ser arrestado, pero estaba preparado para tal contingencia.

—Eso es una locura.

—Y es precisamente el único punto débil de mi razonamiento.

—No he oído todavía ningún razonamiento, — murmuró Jerry.

Se hallaban en los altos, en el saloncillo del apartamento de Pelham, ahora. Habían telefoneado a Las Tumbas, verificando la veracidad del informe del ayudante del fiscal. Y tanto el uno como el otro estaba seguros que los defensores de la corte que eran responsables del Duende Gris, nunca lo entregarían a la corte que eran responsables del Duende Gris, nunca lo entregarían a la corte. En cambio, intentarían una historia de violenta fuga que, si bien podía ser sospechada, no podría ser desmentida. El Duende Gris estaba en libertad de nuevo.

—No es difícil tener doble vista. — objetó Pelham. — Ahora que el Duende Gris ha escapado, no es difícil ver que tenía la fuga preparada de antemano. Estos son los hechos, Jerry. Vino a mis habitaciones, preparado a matarme. Sin embargo, yo fuí más veloz que él y se rindió. Ahora bien; un hombre de su gran inteligencia, no podía ignorar que yo siempre tenía una probabilidad de ganarle de mano; pero, con todo, no tomó precauciones. Supongamos que se hallaba inflamado de odio tal contra mí, que no le importaba un comino lo que le sucediera. Pero, por otro lado, si no le hubiera importado, ¿se habría rendido sin disparar un tiro? Todo esto parecía muy bien entonces, pero ahora es diferente.

A la mañana siguiente los diarios aparecieron llenos de largas crónicas anunciando que al Duende Gris habíale sido concedido por el juez Waddell el recurso de habeas corpus que solicitara y fué puesto en libertad bajo fianza. Hasta se publicaba una entrevista con el puez en la cual éste declaraba estar convencido de que el Duede Gris era víctima inocente de una conspiración, la cual se pondría de manifiesto esa misma tarde, cuando él recibiría todas las objeciones que se quisieran hacer para demostrar la inconveniencia de libertad al prisionero bajo fianza.

Pero los diarios de la tarde se hallaban aún más sensacionales que los de la mañana. Phillips y Galwaith, los defensores a los cuales se había entregado el preso en custodia, — Anstrey no aparecía para nada. — le preesntaron al tribunal para denunciar que su cliente había desaparecido. Pelham hizo un gesto de fastidio con los hombros, al leer esto. El fiscal de distrito trataría de enjuiciar a Phillips y Galwaith por conspiración pero, aún suponiendo que lograra probar el cargo y condenarles, ¿qué se conseguiría con ello?

Pelham ya no estaba enterado en la postbilidad de una conspiración destinada a evitar que la justicia siguiera su curso normal; todo lo que le interesaba averiguar ahora la razón que había impulsado al Duen de Gris a dejarse arrestar. Por qué Pelham tenía la seguridad que existía tal razón, y, además, que Ballantyre se había dejado arrestar exprofeso.

Dos noches después, Palham, con los ojos afiebrados y hundidos por falta de sueño, escuchaba distraídamente a Jerry, mientras este hablaba del misterio. Las observaciones de Jerry adquirían en ciertos momentos todas las características de divagaciones.

—El robo debe ser un negocio que da dinero, — decía — ¿Recuerda usted aquel italiano jardinero de la señora Leamington?

—¿El que le robó el alhajero? — preguntó Pelham, indiferente.

—El mismo. Como usted sabe, fué arrestado una hora después de cometer el robo. Tienen más de diez veces las pruebas necesarias para condenarlo. Además, la policía sabe que escondió las joyas dentro de media milla de radio de la casa de los Leamington, en Creant Neck. No tuvo tiempo de venderlas. Por otro lado no hubiera sabido donde venderías, por que no es un delincuente profesional, sino uno de ocasión.

—Bueno; ¿qué hay en todo eso? — preguntó Pelham, impaciente.

—Nada; de debe ser un negocio lucrativo el robar. El fiscal de distrito pidió cien mil dólares de fianza para ponerlo en libertad. No se sabe de dónde el pobre diablo puede haber sacado el dinero, pero el caso es que esta tarde aparecieron los defensores, depositaron los cien mil dólares y el italiano salió en libertad.

Pelham lanzó un gemido.

—Jerry; usted me ha dado la respuesta al único punto obscuro de mi teoría. Ahora sabemos por qué el Duende Gris estaba dispuesto a correr el riesgo de ser arrestado.

—No comprendo, — respondió Jerry.

¿No? ¡Pero si está claro, Jerry! ¡Es todo un plan preconcebido! Mira; un hombre, que no es delincuente profesional, roba medio millón de dólares en joyas, que no tiene tiempo de vender, por qué es capturado. El Duende Gris, por otro lado, es arrestado y enviado a la misma prisión preventiva. Allí los presos tienen ciertas libertades que no tienen en las penitenciarías; se les permite pasear y conversar. Aun cuando así no lo fuera, usted sabe que, en Las Tumbas, no es difícil comunicarse con otros presos. El Duende Gris escapa y, dos días después, el ladrón aficionado deposita cien mil dólares de fianza. ¿De dónde los ha sacado?

—¿Quiere usted decir que el Duende Gris se dejó arrestar para ir a Las Tumbas hablar con el jardinero, sacarle donde tenía el botín oculto a cambio de depositar la fianza? — preguntó Jerry, estupefacto.

—Es eso precisamente lo que quiero decir, — respondió Pelham.

—¡Pero usted no lo puede probar! — replicó Tryon.

Pelham gimió de nuevo.

—No necesito probarlo; me basta con tener el convencimiento de que estoy en lo cierto.

Y hasta el mismo Jerry tuvo que creer a su socio cuando, dos días después, Pelham recibió por correo un anillo de diamantes. Lo acompañaba una tarjeta de visita en la cual había litografiado un nombre: Peter Ballantyre. Y del otro lado, en puño y letra del Duende Gris, el siguiente mensaje:

"Como modesto recuerdo de una placentera noche pasada en Las Tumbas. Si tiene usted escrúpulos en usarlo, puede entregarlo a la señora Leamington. Me pregunto si es usted lo suficiente listo como para comprender la relación que en ello existe".

Jimmy Pelham, como sabemos, había ya probado ser listo.

ARTHUR SOMERS ROCHE.

UNA AMENAZA DIFICIL DE CUMPLIR

—¡Se lo digo por última vez! ¿sabe? ¡Como vuelva usted a poner los pies en mi casa, lo haré arrojar a la calle por el sirviente!

Todas las tardes encontrará en

EL DIARIO

4.ª edición

además de las noticias completas del día, un suelto que le interesará particularmente.

Cada Jueves

EL DIARIO

publica las modas en colores, una página en colores de una historieta apta para niños e interesantes notas sobre temas de actualidad.

Remita el cupón que aparece en la página N.° 8 de este ejemplar si quiere recibir un ejemplar en su domicilio.

Compre todas las tardes

EL DIARIO

o suscribase en la Administración:

Av. de Mayo 662 - Buenos Aires

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

3 meses, $ 7.50 - 6 meses, $ 14.50 - 1 año, $ 28.-

UN CUENTO ORIGINAL Y DIVERTIDO

EL CASCANUECES Y EL REY DE LOS RATONES

Por ERNST HOFFMANN

(Traducción del alemán)

La fama de que goza Hoffmann en todo el mundo literario tendría suficiente razón de ser aun cuando no hubiera escrito más cuento que el que ofrece hoy "Pucky" a sus lectores, presentándolo completo y fielmente traducido del original alemán.

EL día 24 de diciembre, los niños del consejero de Sanidad, Stahlbaum, no pudieron entrar en todo el día en el "hall" y mucho menos en el salón contiguo. Refugiados en una habitación interior estaban Federico y María; la noche se venía encima, y les fastidiaba mucho que, — cosa corriente en días como aquél, — no se ocuparan de ponerles luz. Federico descubrió, diciéndoselo muy callandito a su hermana menor, — apenas tenía siete años, — que desde por la mañana muy temprano había sentido ruido de pasos y unos golpecitos en la habitación prohibida. Hacía poco también que se deslizó por el vestíbulo un hombrecillo con una gran caja debajo del brazo, que no era otro sino el padrino Drosselmeier. María palmoteó alegremente, exclamando:

—¿Qué nos habrá preparado el padrino Drosselmeier?

El magistrado Drosselmeier no era precisamente un hombre guapo; bajito y delgado, tenía muchas arrugas en el rostro; en el lugar del ojo llevaba un gran parche negro, y disfrutaba de una enorme calva, por lo cual llevaba una hermosa peluca, que era de cristal y una verdadera obra maestra. Era además el padrino muy habilidoso; entendía mucho de relojes y hasta sabía hacerlos. Cuando uno de los hermosos relojes de casa de Stahlbaum se descomponía y no daba la hora ni marchaba, presentábase el padrino Drosselmeier, se quitaba la peluca y el gabán amarillo, anudábase un delantal azul y comenzaba a pinchar al reloj con instrumentos puntiagudos que a la pequeña María le solían producir dolor, pero que no se lo hacían al reloj, sino que le daban vida, y a poco comenzaba a marchar y a sonar, con gran alegría de todos. Siempre que iba llevaba cosas bonitas para los niños en el bolsillo: ya un hombrecito que movía los ojos y hacía reverencias muy cómicas, ya una cajita de la que salía un pajarito, ya otra cosa. Pero en Navidad siempre preparaba algo artístico, que le había costado mucho trabajo, por lo cual, en cuanto lo veían los niños, lo guardaban cuidadosamente los padres.

—¿Qué nos habrá hecho el padrino Drosselmeier? — repitió María.

Federico opinaba que no debía ser otra cosa que una fortaleza, en la cual pudiesen marchar y maniobrar muchos soldados, y luego vendrían otros que querrían entrar en la fortaleza, y los de de dentro los rechazarían con los cañones, armando mucho estrépito.

—No, no, — interumpía María a su hermano: — el padrino me ha hablado de un hermoso jardín con un gran lago en el que nadaban blancos cisnes con cintas doradas en el cuello, los cuales cantaban las más lindas canciones. Y luego venía una niñita que se llegaba al estanque y llamaba la atención de los cisnes y les daba mazapán.

—Los cisnes no comen mazapán, — replicó Federico, un poco grosero, — y tampoco puede el padrino hacer un jardín grande. La verdad es que tenemos muy pocos juguetes suyos; en seguida nos los quitan

por eso prefiero los que papá y mamá nos regalan, pues esos nos los dejan para que hagamos con ellos lo que queramos.

Los niños comentaban lo que aquella vez podría ser el regalo. María pensaba que la señorita Trudi, — su muñeca grande, — estaba muy cambiada, porque, poco hábil, como siempre, se caía al suelo a cada paso, sacando de las caídas bastantes señales en la cara y siendo imposible que estuviera limpia. No servían de nada los regaños, por fuertes que fuesen. También se había reído mamá cuando vió que le gustaba tanto la sombrilla nueva de Margarita. Federico pretendía que su cuadra carecía de un alazán y sus tropas estaban escasas de caballería, y eso era perfectamente conocido de su padre. Los niños sabían de sobra que sus papás les habrían comprado toda clase de lindos regalos, que se ocupaban en colocar; también estaban seguros de que, junto a ellos, el Niño Jesús los miraría con ojos bondadosos, y que los regalos de Navidad esparcían un ambiente de bendición, como si los hubiese tocado la mano divina. A propósito recordaban los niños, que sólo hablaban de esperados regalos, que su hermana mayor, Elisa, les decía que era el Niño Jesús el que les enviaba, por mano de los padres, lo que más les pudiera agradar. El sabía mucho mejor que ellos lo que les pudiera agradar. El sabía mucho mejor que ellos lo que les proporcionaría placer, y los niños no debían desear nada, sino esperar tranquila y pacientemente lo que les dieran. La pequeña María quedóse muy pensativa; pero Federico decíase en voz baja:

—Me gustaría mucho un alazán y unos cuantos húsares.

Había oscurecido por completo. Federico y María, muy juntos, no se atrevían a hablar una palabra; parecíales que en su redor revoloteaban unas alas muy suavemente y que a lo lejos se oía una música deliciosa. En la pared reflejóse una gran claridad, lo cual hizo suponer a los niños que Jesús ya se había presentado a otros niños felices. En el mismo momento sonó un tañido argentino: "Tilín, tilín". Las puertas abriéronse de par en par, y del salón grande salió tal claridad que los chiquillos exclamaron a gritos: "¡Ah!... ¡Ah!..." y permanecieron como extasiados, sin moverse. El padre y la madre aparecieron en la puerta; tomaron a los niños de la mano y les dijeron:

—Venid, venid, queridos, y veréis lo que el Niño Dios os ha regalado.

LOS REGALOS

A tí me dirijo, amable lector y oyente, Federico..., Teodoro..., Ernesto o como te llames, rogándote que te representes el último árbol de Navidad, adornado con lindos regalos; de este modo podrás darte exacta cuenta de cómo estaban los niños: quietos, mudos de entusiasmo, con los ojos muy abiertos; y sólo después de transcurridos un buen rato la pequeña María articuló, dando un suspiro:

—¡Qué bonito!... ¡Qué bonito!

Y Federico intentó dar algun salto, que le resultó demasiado a lo vivo. Para conseguir aquel momento, los niños habían tenido que ser juiciosos y buenos durante todo el año, pues en ninguna ocasión les regalaban cosas tan lindas como en esta. El gran árbol, que estaba en el centro de la habitación, tenia muchas manzanas, doradas y plateadas, y figuraban capullos de flores, almendras garrapiñadas y bombones envueltos en papeles de colores, y todos clases de golosinas, que colgaban de las ramas. Lo más hermoso del árbol admirable era que en la espesura de sus hojas oscuras ardían una infinidad de lucecitas que brillaban como estrellas; y mirando hacia él, los niños suponían que los invitaba a tomar sus flores y sus frutos. Junto al árbol, todo brillaba y resplandecía, siendo imposible de explicar las muchas cosas lindas que en él se veían. María descubrió una hermosa muñeca, toda clase de utensillos monísimos y, lo que más bonito le pareció, un vestido de seda adornado con cintas de colores, que estaba colgado de manera que se le veía de todas partes, haciéndole repetir.

—¡Que vestido tan bonito!... ¡Que precioso!... Y de seguro que me permitirán que me lo ponga.

Entre tanto, Federico ya había dado dos o tres veces la vuelta al rededor de la mesa para probar el nuevo alazán que encontrare en ella. Al apearse nuevamente, pretendía que era un animal salvaje, pero no le importaba y que el haría la guerra con los escuadrones de húsares, que aparecían muy nuevecitos, con sus trajes dorados y amarillos, sus armas plateadas y sus blancos caballos, que hubiérase podido creer eran asimismo de plata pura.

Los niños, algo mas tranquilos, dedicáronse a mirar los libros de estampas que, abiertos, exponían ante su vista una colección de dibujos de flores, de figuras humanas y de animales, tan bien hechos, que parecían iban a hablar; con ellos pensaban seguir entretenidos, cuando volvió a sonar la campanilla. Aun quedaba por ver el regalo del padrino Drosselmeier, y apresuradamente dirigiéronse los chiquillos a una mesa que estaba junto a la pared. En seguida desapareció el gran paraguas bajo el cual se ocultaba hacía tanto tiempo, y ante la curiosidad de los niños apareció una maravilla. En una pradera, aornada con lindas flores, alzábase un castillo, con ventanas espejantes y torres doradas. Oyóse una música de campañas, y las puertas y las ventanas se abrieron, dejando ver una multitud de damas y caballeros, chiquitos pero bien proporcionados, con sombreros de plumas ytrajes de cola, que se paseaban por los salones. En el central, que parecía estar ardiendo; tal era la iluminación de las lucecillas de las arañas doradas, bailaban unos cuantos niños, con camisitas cortas y enagüitas, siguiendo los acordes de la música de las campanas. Un caballero, envuelto en una capa esmeralda, asomábase de vez en cuando a una ventana, miraba hacia afuera y volvía a desaparecer, en tanto que el mismo podrino Drosselmeier, aunque de tamaño como el dedo pulgar de papá, estaba a la puerta del castillo y penetraba en él. Federico, con los brazos apoyados en la mesa, contempló largo rato el castillo y las figuritas,

que bailaban y se movían de un lado para otro; luego dijo:

—Padrino Drosselmeier, déjame entrar en el castillo.

El magistrado le convenció de que aquello no podía ser. Tenía razón, y parecía mentira que a Federico se le ocurriera la tontería de querer entrar en un castillo que, contando con las torres y todo, no era tan alto como él. En seguida se convenció. Después de un rato, como las damas y los caballeros seguían paseando siempre de la misma manera, los niños bailando de igual modo, el hombrecillo de la capa esmeralda asomándose a la misma ventana a mirar y el padrino Drosselmeier entrando por aquella puerta, Federico, impaciente, dijo:

—Padrino, sal por la otra puerta que está más arriba.

—No puede ser, querido Federico, — respondió el padrino.

—Entonces, — repuso Federico, — que el hombrecillo verde se pasee con el otro.

—Tampoco puede ser, — respondió de nuevo el magistrado.

—Pues que bajen los niños; quiero verlos más de cerca, — exclamó Federico.

—Vaya, tampoco puede ser, — dijo el magistrado, un poco molesto; — el mecanismo tiene que quedarse conforme está.

—¿Lo mismo?... — preguntó Federico con tono de aburrimiento. — ¿Sin poder hacer otra cosa? Mirá, padrino, si tus almibarados personajes del castillo no pueden hacer más que la misma cosa siempre, no sirven para mucho y no vale la pena asombrarse. No; prefiero mis húsares, que maniobran hacia adelante y hacia atrás, a medida de mi deseo, y no están encerrados.

Y saltó en dirección de la otra mesa, haciendo que sus escuadrones trotasen y diesen la vuelta y cargaran y dispararan a su gusto. También María se deslizó en silencio fuera de allí, pues, lo mismo que a su hermano, le cansaba el ir y venir de las muñequitas del castillo; pero como era más prudente que Federico, no lo dejó ver tan a las claras. El magistrado Drosselmeier, un poco amostazado, dijo a los padres:

—Estas obras artísticas no son para niños ignorantes; voy a volver a guardar mi castillo.

La madre pidióle que le enseñara la parte interna de mecanismo que hacía moverse de un modo tan perfecto a todas aquellas muñequitas. El padrino lo desarmó todo y lo volvió a armar. Con aquel trabajo recobró su buen humor, y regaló a los niños unos cuantos hombres y mujeres pardos, con los rostros, los brazos y las piernas dorados. Eran de Thorn, la ciudad prusiana célebre por sus alajús (Pfefferkuchen), unos bollos hechos con una pasta de almendras, nueces, pan rallado y tostado, miel y especia, que tienen un olor y un sabor muy marcados, y tenían el olor agradable y dulce del alajú, de lo cual Federico y María se alegraron mucho. Luisa, la hermana mayor, se había puesto, por mandato de su madre, el traje nuevo que le regalaran, y María, cuando se tuvo que poner el suyo también, quiso contemplarlo un rato más, cosa que se le permitió de buen grado.

EL PROTEGIDO

María quedóse parada delante la mesa de los regalos, en el preciso momento en que ya se iba a retirar, por haber descubierto una casa que hasta entonces no viera. A través de la multitud de húsares de Federico, que formaban en parada junto al árbol, se veía un hombresillo, que modestamente se escondía como si esperase a que le llegara el turno. Mucho habría que decir de su tamaño, pues, según se le veía, el cuerpo, largo y fuerte, estaba en abierta desproporción con las piernas, delgadas, y la cabeza manera de vertir era la de un hombre de posición y gusto. Llevaba una chaquetilla de húsar de color violeta vivio con muchos cordones y botones, pantalones del mismo estilo y unas botas de montar preciosas, de lo más lindo que se puede ver en los pies de un estudiante, y mucho más en los de un oficial. Ajustaban tan bien a sus piernecillas como si estuviesen pintadas. Resultaba sumamente cómico que con aquel traje tan marcial llevase una capa escasa, mal cortada, que parecía de madera, y una montera de gnomo; al verlo pensó María que también el padrino Drosselmier usaba un traje de mañana muy malo y una gorra incapaz y sin embargo era un padrino encantador. También se le ocurrió a María que el padrino tenía una expresión tan amable como el hombrecillo, aunque no era tan guapo. Mientras María contemplaba al hombrecillo, que desde el primer momento le había sido simpático, fué descubriendo los rasgos de bondad que aparecían en su rostro. Sus ojos verde claro, grandes y un poco parados, expresabban agrado y bondad. Le iba muy bien la barba corrida, de algodón, que hacía resaltar la sonrisa amable de su boca.

—Papá, — exclamó María al fin, — ¿a quién pertenece ese hombrecito que está colgado del árbol?

—Ese, hija mía, — respondió el padre, — ha de trabajar para todos partiendo nueces, y por tanto, pertenece a Luisa lo mismo que a Federico y a tí.

El padre lo tomó y, levantándale la capa, abrió una gran boca, mostrando dos hileras de dientes blancos y afilados. María le metió en ella una nuez, y... ¡crac!...' el hombre mordió, y las cáscaras cayeron, dejando entre las manos de María la nuez limpia. Entonces supieron todos que el hombrecillo pertenecía a la clase de los partidores y que ejercía la profesión de sus antepasados. María palmoteó alegremente, y su padre le dijo:

—Puesto que el amigo Cascanueces te gusta tanto, puedes cuidarle, sin perjuicio, como ya te he dicho, de que Luisa y Federico lo utilicen con el mismo derecho que tú.

María lo tomó en brazos, le hizo partir nueces; pero buscaba las más pequeñas para que el hombrecito no tuviera que abrir demasiado la boca, que no le convenía nada. Luisa lo utilizó tambien, y el amigo partidor partió una porción de nueces para to-

dos, riéndose siempre con su sonrisa bondadosa. Federico, que ya estaba cansado de tanta maniobra y ejercicios, y oyó el chasquido de las nueces, llegóse junto a sus hermanas y se rió mucho del grotesco hombrecillo, que pasaba de mano sin cesar de abrir y cerrar la boca con su ¡crac!, ¡crac!. Federico escojía siempre las mayores y las más duras, y una vez que le metió en la boca una enorme, ¡crac!, ¡crac!..., tres dientes se le cayeron al pobre partidor, quedándosele la mandíbula inferior suelta y temblona.

—Pobrecito Cascanueces, — exclamó María a gritos, quitándoselo a Federico de las manos.

—Es un estúpido un tonto, — dijo Federico; — quiere ser partidor y no tiene las herramientas necesarias ni sabe su oficio. Dámelo, María; tiene que partir nueces hasta que yo quiera, aunque se quede sin todos los dientes y hasta sin la mandíbula superior, para que no sea holgazán.

—No, no, — contestó María llorando; — no te daré mi querido Cascanueces; míralo cómo me mira dolorido y me enseña su boca herida. Eres un cruel, que siempre estás dando latigazos a tus caballos y te gusta matar a los soldados.

—Así tiene que ser; tú no entiendes de eso, — repuso Federico, — y el Cascanueces es tan tuyo como mío; conque dámelo.

María comenzó a llorar a lágrima viva y envolvió cuidadosamente al enfermo Cascanueces en su pañuelo. Los padres acudieron al alboroto con el padrino Drosselmeier, que desde luego se puso de parte de Federico. Pero el padre dijo:

—He puesto a Cascanueces bajo el cuidado de María, y como al parecer lo necesita ahora, le concedo pleno derecho sobre él, sin que nadie tenga que decir una palabra. Además, me choca mucho en Federico que pretenda que un individuo inutilizado en el servicio continúe en la línea activa. Como buen militar, debe saber que los heridos no forman nunca.

Federico, avergonzado desapareció, sin ocuparse más de las nueces ni del partidor, y se fué al otro extremo de la mesa, donde sus húsares, luego de haber recorrido los puestos avanzados, se retiraron al cuartel. María recogió los dientes perdidos de Cascanueces, le puso alrededor de la barbilla una cinta blanca que había quitado de un vestido suyo y luego envolvió con más cuidado aún en su pañuelo al pobre mozo, que estaba muy pálido y asustado. Así lo sostuvo en sus brazos, meciéndolo como a un niño, mientras miraba las estampas de uno de los nuevos libros que les regalaran. Se enfadó mucho, cosa poco frecuente en ella, cuando el padrino Drosselmeier, riéndose, le preguntó cómo podía ser tan cariñosa con un individuo tan feo. El parecido con su padrino, que le saltara a la vista desde el principio, se le hizo más patente aún, y dijo muy seria:

—Quién sabe, querido padrino, si tú también te vistieses como mi muñequito y te pusiess sus botas brillantes si estarías tan bonito como él.

María no supo por qué sus padres se echaron a reír con tanta gana y por qué al magistrado se le pusieron tan rojas las narices y no se rió ya tanto como antes. Seguramente habría una razón para ello.

PRODIGIOS

En el gabinete del consejero de Sanidad, conforme se entra a mano izquierda, en el lienzo de pared más grande, hállase un armario de cristales alto, en el que los niños colocan las cosas bonitas que les regalan todos los años. Era muy pequeña Luisa cuando su padre lo mandó hacer a un carpintero famoso, el cual le puso unos cristales tan claros y, sobre todo, supo arreglarlo tan bien, que lo que se guarda en él resultaba más limpio y más bonito que cuando se tiene en la mano. En la tabla más alta, a la que no alcanzaban María ni Federico, guardábanse las obras de arte del padrino Drosselmeier; en la inmediata, los libros de estampas; las dos inferiores reservábanse para que Federico y María las llenasen a su gusto, y siempre ocurría que la más baja se ocupaba con la casa de las muñecas de María y la otra superior servía para cuartel de las tropas de Federico.

En la misma forma quedaron el día a que nos referimos, pues mientras Federico acondicionaba arriba a sus húsares, María colocaba en la habitación, lindamente amueblada, y junto a la señorita Trudi, a la elegante muñeca nueva, convidándose con ellas a tomar una golosina. He dicho que el cuarto estaba lindamente amueblado y creo que tengo razón, y no sé si tú, atenta lectora María, al igual que la pequeña Stahlbaum, — me figuro que estás enterada de que se llamaba María, — tendrás como ésta un lindo sofá de flores, varias preciosas sillitas, una monísima mesa de té y, lo más bonito de todo, una camita reluciente, en la que descansaban las muñecas más lindas. Todo esto estaba en el rincón del armario, cuyas paredes aparecían tapizadas con estampas, y puedes figurarte que en tal cuarto la muñeca nueva, que, como María supo aquella misma noche, se llamaba señorita Clarita, había de encontrarse muy a gusto.

Era ya muy tarde, casi media noche; el padrino Drosselmeier habíase marchado hacía rato, y los niños no se decidían aún a separarse del armario de cristales a pesar de que ua madre les había dicho repetidas veces que era hora de irse a la cama.

—Es cierto, — exclamó al fin Federico; — los pobres infelices, — se refería a sus húsares, — necesitan también descansar, y mientras yo esté aquí estoy seguro de que se atreven a dar ni una cabezada.

Y al decir esto se retiró.

María, en cambio, rogó:

—Mamaíta, déjame un ratito más; sólo un ratito. Aún tengo mucho que arreglar; en cuanto lo haga, te prometo que me voy a la cama.

María era una niña muy juiciosa, y la madre podía dejarla sin cuidado alguno con los juguetes. Con objeto de que María, embebida con la muñeca nueva y los demás ju-

guetes, no se olvidase de las luces que ardían junto al armario, la madre las apagó todas, dejando solamente encendida la lámpara colgada que había en el centro de la habitación, y la cual difundía una luz tamizada.

—Acuéstate en seguida, querida María; si no ,mañana no podrás levantarte a tiempo, — dijo la madre, desapareciendo para irse al dormitorio.

En cuanto María se quedó sola, dirigióse decididamente a hacer lo que tenía en el pensamiento y que, sin saber por qué, había ocultado a su madre. Todo el tiempo llevaba en brazos al padre Cascanueces herido, envuelto en su pañuelo. En este momento dejólo con cuidado sobre la mesa; le quitó el pañuelo y miró las heridas. Cascanueces estaba muy pálido, pero seguía sonriendo amablemente, lo cual conmovió a María.

—Cascanuecitas mío, — exclamó muy bajito, — no te disgustes por lo que mi hermano Federico te ha hecho; no ha creído que te haría tanto daño, pero es que se ha hecho un poco cruel con tanto jugar a los soldados; por lo demás, es buen chico, te lo aseguro. Yo te cuidaré lo mejor que pueda hasta que estés completamente bien y contento; te pondré en su sitio tus dientecitos; los hombros te los arreglará el padrino Drosselmeier, que entiende de esas cosas.

No pudo continuar María, pues en cuanto nombró al padrino Drosselmeier, Cascanueces hizo una mueca de disgusto y de sus ojos salieron chispas como pinchos ardiendo. En el momento en que María se sentía asustada, ya tenía el buen Cascanueces su rostro sonriente, pues la miraba, y se dió cuenta de que el cambio que sufriera debíase sin duda a la luz difusa de la lámpara.

—¡Qué tonta soy asustándome así y creyendo que un muñeco de madera puede hacerme gestos! Cascanueces me gusta mucho, por lo mismo que es tan cómico y a un tiempo tan agradable, y por eso he de cuidarlo como se merece.

María tomó en sus brazos a Cascanueces, acercóse al armario de cristales, agachóse delante de él y dijo a la muñeca nueva:

—Te ruego encarecidamente, señorita Clarita, que dejes la cama al pobre Cascanueces herido y te arregles como puedas en el sofá. Pienso que tú estás buena y sana, — pues si no no tendrías esas mejillas tan redondas y tan coloradas, — y que pocas muñecas, por muy bonitas que sean, tendrán un sofá tan blando.

La señorita Clara, muy compuesta con su traje de Navidad, quedóse un poco contrariada y no dijo esta boca es mía.

—Esto lo hago por cumplir, — dijo María.

Y sacó la cama, colocó en ella con cuidado a Cascanueces, le lió un par de cintas más de otro vestido suyo por los hombros y lo tapó hasta las narices.

—No quiero que se quede cerca de la deconsiderada Clarita, — dijo para sí.

Y sacó la cama con su paciente, poniéndola en la tabla superior, cerca del lindo pueblecito donde estaban acantonados los húsares de Federico. Cerró el armario y dirigió sus pasos hacia su cuarto, cuando..., escuchad bien, niños..., comenzó a oír un ligero murmullo, muy ligero, y un ruido detrás de la estufa, de las sillas, del armario. El reloj de pared andaba cada vez con más ruido, pero no daba la hora. María lo miró, y vió que el buho que estaba encima había dejado caer las alas, cubriendo con ellas todo el reloj, y tenía la cabeza de gato, con su pico ganchudo, echada hacia delante. Y ,cada vez más fuerte, decía: "¡Tac, tac, tac!; todo debe sonar con poco ruido...; el rey de los ratones tiene un oído muy sutil...; ¡tac, tac, tac!, cantadle la vieja cancioncita...; suena, suena, campanita, suena dos veces."

María, toda asustada, quiso echar a correr, cuando al padrino Drosselmeier, que estaba sentado encima del reloj en lugar del gran buho, con su gabán amarillo extendido sobre el reloj como si fueran dos alas; y haciendo un esfuerzo sobre sí misma, dijo:

—Padrino Drosselmeier, padrino Drosselmeier, ¿qué haces ahí arriba? ¡Bájate y no me asustes!

Entonces oyóse pitar y chillar locamente por todas partes, y un correr de piececillos pequeños detrás de las paredes, y miles de lucecitas cuyo resplandor asomaba por todas las rendijas. Pero no, no eran luces: eran ojitos brillantes; y María advirtió que de todos los rincones asomaban ratoncillos, que trataban de abrirse como hacia fuera. A poco comenzó a oírse por la habitación un trotecillo, y aparecieron multitud de ratones, que fueron a colocarse en formación, como Federico solía colocar a sus soldados cuando los sacaba para alguna batalla.

María avanzó muy resuelta, y como quiera que no tenía el horror de otros niños a los ratones, trató de vencer el miedo; pero empezó a oírse tal estrépito de silbidos y gritos que sintió por la espalda un frío de muerte. ¡Y lo que vió, Dios mío!

Estoy seguro, querido lector, de que tú, lo mismo que el general Federico Stahlbaum, tienes el corazón en su sitio; pero si hubieras visto lo que vió María, de fijo que habrías echado a correr, y mucho me equivoco si no te metes en la cama y te tapas hasta las orejas. La pobre María no pudo hacerlo porque... escucha, lector...: bajo sus pies mismos salieron, como empujados por una fuerza subterránea, la arena y la cal y los ladrillos hechos pedazos, y siete cabezas de ratón, con sus coronitas, surgieron del suelo chillando y silbando. A poco apareció el cuerpo a que pertenecían las siete coronadas cabecitas, y el ratón grande con siete diademas gritó con gran entusiasmo, vitoreando tres veces al ejército, que se puso en movimiento y se dirigió al armario, sin ocuparse de María, que estaba pegada a la puerta de cristales de él.

El miedo hacíale latir el corazón a María de modo que creyó iba a salírsele del pecho y morirse de repente, y ahora le parecía que en sus venas se paralizaba la sangre. Medio sin sentido retrocedió, y oyó un chasquido...: ¡prr..., prr...!: la puerta

de cristales en que apoyaba el hombro cayó al suelo rota en mil pedazos. En el mismo instante sintió un gran dolor en el brazo izquierdo, pero se le quitó un gran peso de encima al advertir que ya no oía los gritos y los silbidos; todo había quedado en silencio, y aunque no se atrevía a mirar, parecíale que los ratones, asustados con el ruido de los cristales rotos, habíanse metido en sus agujeros.

¿Qué sucedió después? Detrás de María, en el armario, empezó a sentirse ruido, y unas vocecillas finas empezaron a decir: "¡Arriba..., arriba!...; vamos a la batalla... esta noche precisamente...; ¡arriba..., arriba..., a las armas!" Y escuchó un acorde armónico de campanas.

—¡Ah! — pensó María. — Es mi juego de campanas.

Entonces vió que dentro del armario había gran revuelo y mucha luz y un ir y venir apresurado. Varias muñecas corrían de un lado para otro, levantando los brazos en alto.

De pronto Cascanueces se incorporó, echó abajo las mantas y, saltando de la cama, púsose de pie en el suelo.

—¡Crac..., crac..., crac!...; estúpidos ratones..., cuánta tontería...; ¡crac..., crac!...; partida de ratones..., ¡crac..., crac!..., todo tontería.

Y diciendo estas palabras y blandiendo una espadita, dió un salto en el aire, y añadió:

—Vasallos y amigos míos, ¿queréis ayudarme en la dura lucha?

En seguida respondieron tres Escaramuzas y un Pantalón, cuatro Deshollinadores, dos Citaristas y un Tambor:

—Sí, señor, nos unimos a vos con fidelidad; con vos iremos a la muerte, a la victoria, a la lucha.

Y se lanzaron hacia el entusiasmado Cascanueces, que se atrevió a intentar el salto peligroso desda la tabla de arriba al suelo. Los otros se echaron abajo con facilidad, pues no sólo llevaban trajes de paño y seda, sino que, como estaban rellenos de algodón y de paja, cayeron como sacos de lana. Pero el pobre Cascanueces se hubiera roto los brazos y las piernas, — porque desde donde él estaba al suelo había más de dos pies y su cuerpo era frágil, como hecho de madera de tilo, — si en el momento que saltó, la señorita Clarita no se hubiera levantado rápidamente del sofá para recibir en sus brazos al héroe con la espada desnuda.

—¡Ah buena Clarita! — susurró María. — ¡Cómo me he equivocado en mi juicio respecto de tí! Seguramente que dejaste tu cama al pobre Cascanueces con mucho gusto.

La señorita Clara decía, mientras estrechaba contra su pecho al joven héroe:

—¿Queréis, señor, herido y enfermo como estáis, exponeros a los peligros de una lucha? Mirad cómo vuestros fieles vasallos se preparan y, seguros de la victoria, se reunen alegres. Escaramuza, Pantalón, Deshollinador, Citarista y Tambor ya están abajo, y las figuras del escudo que está en esta tabla ya se está moviendo. Quedaos, señor, a descansar en mis brazos, o, si queréis, desde mi sombrero de plumas podéis contemplar la marcha de la batalla.

Así habló Clarita; pero Cascanueces mostróse muy molesto y pataleó de tal modo, que Clara no tuvo más remedio que dejarlo en el suelo. En el mismo momento, con una rodilla en tierra, dijo muy respetuoso:

—¡Oh, señora! Siempre recordaré en la pelea vuestro favor y vuestra gracia.

Clarita se inclinó tanto que lo pudo agarrar por los brazos; y lo levantó en alto; desatóse el cinturón, adornado de lentejuelas, y quiso ponérselo al hombrecillo, el cual, echándose atrás dos pasos, con la mano sobre el pecho, dijo muy digno:

—Señora, no os molestéis en demostrarme de ese modo vuestro favor, pues...

Interrumpióse, suspiró profundamente, desatóse rápido la cintita con que María le vendara los hombros, apretóla contra los labios, se la colgó a modo de bandolera y lanzóse, blandiendo la pequeña espada desnuda, ágil y ligero como un pajarillo, por encima de las molduras del armario al suelo.

Habréis advertido, queridos lectores, que Cascanueces apreciaba todo el amor y la bondad que María le demostrara, y a causa de él no había aceptado la cinta de Clarita, aunque era muy vistosa y elegante, prefiriendo llevar como divisa la cintita de María.

¿Qué ocurrió después? En cuanto Cascanueces estuvo en el suelo volvió a comenzar el ruido de silbidos y gritos agudos. Debajo de la mesa agrupábase el ejército innumerable de ratones, y de entre ellos sobresalía el asqueroso de siete cabezas. ¿Qué iba a ocurrir?

LA BATALLA

—¡Toca generala, vasallo Tambor! — exclamó Cascanueces en alta voz.

E inmediatamente comenzó Tambor a redoblar de una manera artística, haciendo que retemblasen los cristales del armario.

Entonces oyéronse crujidos y chasquidos, y María vió que la caja en que Federico tenía acuarteladas sus tropas saltaba de repente, y todos los soldados se echaban a la tabla inferior, donde formaron un brillante cuerpo de ejército.

Cascanueces iba de un lado para otro animando a las tropas con sus palabras.

—No se mueva ni un perro de Trompeta, — exclamó de pronto, irritado.

Y volviéndose hacia Pantalón, que algo pálido balanceaba su larga barbilla, dijo:

—General, conozco su valor y su pericia; ahora necesitamos un golpe de vista rápido y aprovechar el momento oportuno; le confío el mando de la caballería y la artillería reunidas; usted no necesita caballo, pues tiene las piernas largas y puede fácilmente galopar con ellas. Obre según su criterio.

En el mismo instante, Pantalón metióse los secos dedos en la boca y sopló con tanta fuerza que sonó como si tocasen cien trompetas. En el armario sintióse relinchar y cocear, y los coraceros y los dragones de Federico, y en particular los flamantes hú-

sares, pusiéronse en movimiento, y a poco estuvieron en el suelo.

Regimiento tras regimiento desfilaron con bandera desplegada y música ante Cascanueces y se colocaron en fila, atravesados en el suelo del cuarto. Delante de ellos aparecieron los cañones de Federico, rodeados de sus artilleros, y pronto se oyó el ¡bum... bum!, y María pudo ver cómo las grajeas llovían sobre los compactos grupos de ratones, que, cubiertos de blanca pólvora, sentíanse verdaderamente avergonzados. Una batería sobre todo, que estaba atricherada bajo el taburete de mamá, les causó grave daño tirando sin cesar granos de pimienta sobre los ratones, haciéndoles bastantes bajas.

Los ratones, sin embargo, acercáronse más y más, y llegaron a rodear a algunos cañones; pero siguió el ¡brr... brr!... y María quedó ciega de polvo y de humo, y apenas pudo darse cuenta de lo que sucedía. Lo cierto era que cada ejército peleaba con el mayor denuedo y que durante mucho tiempo la victoria estuvo indecisa. Los ratones desplegaban masas cada vez más numerosas, y sus pildoritas plateadas, disparadas con maestría, llegaban hasta dentro del armario. Deesperadas, corrían Clarita y Trudi de un lado para otro, retorciéndose las manitas.

—¿Tendré que morir en plena juventud, yo, la más linda de las muñecas? — decía Clarita.

—¿Me he conservado tan bien para sucumbir entre cuatro paredes? — exclamaba Trudi.

No te puedes hacer una idea del espectáculo, querido lector. Sólo es escuchaba ¡b..., brr!...; ¡pii..., pii!...; ¡tan, tan, ratapláu!...; ¡bum... bum... burrum!... y gritos y chillidos de los ratones y de su rey; y luego la voz potente de Cascanueces, que daba órdenes, al frente de los batallones que tomaban parte en la pelea.

Pantalón ejecutó algunos ataques prodigiosos de caballería, cubriéndose de gloria; pero los húsares de Federico fueron alcanzados por algunas balas malcientes de los ratones, que les causaron manchas en sus flamantes chaquetillas rojas, por cuya razón no estaban dispuestos a seguir adelante. Pantalón los hizo maniobrar hacia la izquierda, y, en el entusiasmo del mando, siguió la misma táctica con los coraceros y los dragones; así que todos dieron media vuelta y se dirigieron hacia casa. Entonces quedó en peligro la batería apostada debajo del taburete, y a poco apareció un gran grupo de los ratones, que la rodeó de tal modo que el taburete, con los cañones y los artilleros, cayeron en su poder. Cascanueces, muy contrariado, dió la orden al ala derecha de que hiciese un movimiento de retroceso.

Tú sabes, querido lector entendido en cuestiones guerreras, que tal movimiento equivale a una huída, y por tanto te das cuenta exacta del descalabro del ejército protegido de María, del pobre Cascanueces. Aparta la vista de esta desgracia y dirígela al ala izquierda, donde todo está en su lugar y hay mucho que esperar del general y de sus tropas. En lo más encarnizado de la lucha salieron de debajo de la cómoda, con mucho sigilo, grandes masas de caballería ratonil, y con gritos estridentes y denodado esfuerzo lanzáronse contra el ala izquierda del ejército de Cascanueces, encontrando una resistencia que no esperaban. Despacio, como lo permitían las dificultades del terreno, pues habían de pasar las molduras del armario, fué conducido el cuerpo de ejército y formó el cuadro.

Estas tropas valerosas y pintorescas, pues en elas figuraban jardineros, tiroleses, peluqueros, arlequines, cupidos, leones, macacos y monos, lucharon con espíritu, valor y resistencia. Con espartana valentía alejó este batallón elegido la victoria del enemigo, cuando un jinete temerario, penetrando con audacia en las filas, cortó la cabeza a uno de los emperadores chinos, y éste, al caer, arrastró consigo a dos tiroleses y un macaco. Abrióse entonces una brecha, por que penetró el enemigo y destrozó a todo el batallón. Poca ventaja, sin embargo, sacó aquél de esta hazaña. En el momento en que uno de los jinetes, ansioso de sangre, del ejército ratonil atravesaba a un valiente contrario recibió un golpe en el cuello con una carte escrito que le produjo la muerte. ¿Sirvió de algo al ejército de Cascanueces, que retrocedió una vez que tuvo que seguir retrocediendo, perdiendo gente, hasta que se quedó casi sólo el jefe delante del armario?

—¡Adelante las reservas! Pantalón... Escaramuza..., Tambor..., ¿Dónde estáis?

Presentáronse unos cuantos hombres y mujeres de Thorn, con rostros dorados y sombreros y yelmos; pero pelearon con tanta impericia que no lograron hacer caer a ningún enemigo, y no tardaron mucho en arrancar la capucha de la cabeza al mismo general Cascanueces. Los cazadores enemigos les mordieron las piernas, haciéndolos caer y mordieron las piernas, haciéndolos caer.

Encontróse éste rodeado de enemigos, en el mayor apuro. Quiso saltar por encima de las molduras del armario, pero las piernas suyas resultaban demasiado cortas. Clarita y Trudi estaban desmayadas y no podían prestarle ayuda. Húsares, dragones, saltaban alegremente a su lado. Entonces, desesperado, gritó:

—¡Un caballo..., un caballo...; un reino por un caballo!

En aquel momento, dos tiradores enemigos lo agarraron por la capa y en triunfo; chilando por siete gargantas, apareció el rey de los ratones. María no se pudo contener.

—¡Pobre Cascanueces! — exclamó sollozando.

Sin saber a punto fijo lo que hacía, tomó su zapato izquierdo y lo tiró con fuerza al grupo compacto de ratones, en cuyo centro se hallaba su rey. De pronto desapareció todo, y María sintió un dolor más agudo aún que el de antes en el brazo izquierdo y cayó al suelo sin sentido.

LA ENFERMEDAD

Cuando María despertó de su profundo sueño encontróse en su camita y con el sol que entraba alegremente en el cuarto por la ventana cubierta de hielo. Junto a ella estaba sentado un señor desconocido, que las

go vió era el cirujano Wendelstern, el cual, en voz baja, decía:

—Ya despierta.

Acercóse entonces la madre y la miró con ojos asustados.

—Querida mamaíta, — murmuró la pequeña María, — ¿se han marchado ya todos los asquerosos ratones y está salvado con toda seguridad y gran contento de mi parte, el bueno de Cascanueces.

—No digas tonterías, querida niña, — respondió la madre. — ¿Qué tienen que ver los ratones con el Cascanueces? Tú, por ser mala que nos has dado un susto de primera. Eso es lo que ocurre cuando los niños son voluntariosos y no obedecen a sus padres. Te quedaste anoche jugando con las muñecas hasta muy tarde. Tendrías sueño, y quizá algún ratón, aunque no los suele haber en la casa, te asustó, y te diste contra uno de los cristales del armario, rompiéndolo y cortándote en el brazo de tal manera que el doctor Wendelster, que te acaba de sacar los cristalitos de la herida, creía que si te hubieras cortado una vena te quedarías con el brazo sin movimiento o que podías haberte desangrado. A Dios gracias, yo me desperté a media noche y te eché de menos, y me levanté, dirigiéndome al gabinete. Allí te encontré, junto al armario, desmayada y sangrando. Por poco si no me desmayo yo también del susto. A tu alrededor vi una porción de los soldados de tu hermano y otros muñecos rotos, hombrecitos de pasta, banderas hechas pedazos, y al Cascanueces, que yacía cobre tu brazo herido, y, no lejos de ti, tu zapato izquierdo.

—¡Ay mamaíta, mamaíta! — exclamó María. — ¿No ven ustedes que esas son las señales de la gran batalla habida entre los muñecos y los ratones? Y lo que me asustó más fué que los últimos querían llevarse prisionero a Cascanueces, que mandaba el ejército de los muñecos. Entonces fué cuando yo tiré mi zapato en medio del grupo de ratones, y no sé lo que ocurrió después.

El doctor Wendelstern guiñó un ojo a la madre, y ésta dijo después con toda la mayor suavidad del mundo:

—Bueno, déjalo estar, querida María. Tranquilízate: los ratones han desaparecido y Cascanueces está sano y salvo en el armario.

En el cuarto entró el consejero de Sanidad y habló largo rato con el doctor Wendelstern; luego tomó el pulso a María, la cual vió perfectamente que decían algo de fiebre traumática. Tuvo que permanecer en la cama y tomar medicinas durante varios días, a pesar de que, aparte de algunos dolores en el brazo, se encontraba bastante bien. Supo que Cascanueces salió salvo de la batalla, y le pareció que en sueños se presentaba delante de ella y con voz clara, aunque melancólica, le decía: "María, querida señora, mucho le debo, pero aun puede usted hacer más por mí." María daba vueltas en su cabeza qué podía ser ello, sin lograr dar solución al enigma.

María no podía jugar a causa del brazo herido, y por tanto se entretenía en hojear libros de estampas; pero veía una porción de chispitas raras y no aguantaba mucho tiempo aquella ocupación. Hacíansele larguísimas las horas y esperaba impaciente que anochecíese, porque entonces su madre se sentaba a su cabecera y le leía o le contaba cosas bonitas. Acababa su madre de contarle la historia del príncipe Facardín, cuando se abrió la puerta y apareció el padrino Drosselmeier al tiempo de entrar:

—Quiero ver cómo sigue la herida y enferma María.

En cuanto ésta vió al padrino con su gabán amarillo, recordó la imagen de aquella noche en que Cascanueces perdió la batalla contra los ratones y, sin poder contenerse, dijo, dirigiéndose al magistrado:

—Padrino Drosselmeier, ¡qué feo estabas! Te vi perfectamente cuando te sentaste encima del reloj y lo cubriste con tus alas de modo que no podía dar la hora, porque entonces los ratones se habrían asustado, y oí cómo llamabas al rey. ¿Por qué no acudiste en mi ayuda y en la de Cascanueces, padrino malo y feo? Tú eres el culpable de que yo me hiriera y de que tenga que estar como me ves, postrado aquí en la cama.

La madre preguntó muy asustada:

—¿Qué es eso, María?

Pero el padrino Drosselmeier puso un gesto extraño y, con voz estridente y monótona, comenzó a decir incoherencias que semejaban una canción en la que intervenían los relojes y los muñecos y los ratones.

María miraba al padrino con los ojos muy abiertos, encontrándolo aún más feo que nunca, balanceando el brazo derecho como una marioneta. Seguramente habríase asustado ante el padrino si no está presente la madre y si Federico, que entró en silencio, no lanza una sonora carcajada y dice:

—Padrino Drosselmeier, hoy estás muy gracioso; te pareces al muñeco que tiré hace tiempo detrás de la chimenea.

La madre, muy seria, dijo a su vez:

—Querido magistrado, es una broma un poco pesada. Qué quiere usted decir con todo eso?

—¡Dios mío! — respondió riendo el padrino. — ¿No conoce usted mi canción del reloj? Siempre se la canto a los enfermos como María.

Y, sentándose a la cabecera de la cama, dijo:

—No te enfades conmigo porque no saqué al rey de los ratones los catorce ojos; no podía ser. En cambio, voy a darte una gran alegría.

El magistrado metióse la mano en el bolsillo y sacó... el Cascanueces, al cual había colocado los dientecillos perdidos y arreglado la mandíbula.

María lanzó una exclamación de alegría, y la madre dijo riendo:

—¿Ves tú qué bueno ha sido el padrino con tu Cascanueces?

—Pero tienes que convenir conmigo, Ma-

ría, — interrumpió el magistrado, — que Cascanueces no posee una gran figura y qu tampoco tiene nada de guapo. Si quieres oirme, te contaré la razón de que en su familia exista y se herede tal fealdad. Quizá sepas ya la historia de la princesa Pirlipat, de la bruja Ratona y del relojero artista.

—Escucha, padrino Drosselmeier, — exclamó Federico de pronto: has colocado muy bien los dientes de Cascanueces y le has arreglado la mandíbula de modo que ya no se mueve; pero ¿por qué le falta la espada? ¿Por qué se la has quitado?

—¡Vaya — respondió el magistrado de mala gana, — a todo le tienes que poner faltas, chiquillo! ¿Qué importa la espada de Cascanueces? Le he curado, y ahora puede coger una espada cuando quiera.

—Es verdad, — repuso Federico; es un mozo valiente y encontrará armas en cuanto le parezca.

—Dime, María, — continuó el magistrado, — si sabes la historia de la princesa Pirlipat.

—No, — respondió María, — cuéntala, querido padrino, cuéntala.

—Espero, — repuso la madre, — querido magistrado, que la historia no sea tan terrorífera como suele ser todo lo que usted cuenta.

—En absolto, querida señora de Sthanibaum, — respondió Drosselmeier; — por el contrario, es de lo más cómico que conozco.

—Cuenta, cuenta, querido padrino, — exclamaron los niños.

Y el magistrado comenzó así:

EL CUENTO DE LA NUEZ DURA

—La madre de Pirlipat era esposa de un rey, y por tanto una reina, y Pirlipat fué princesa desde el momento de nacer. El rey no cabía en sí de gozo con aquella hijita tan linda que dormía en la cuna; mostraba su alegría exteriormente cantando y bailando y dando saltos en un pie y gritando sin cesar: "¡Viva!...¡Viva! ¿Ha visto nadie una cosa más linda que mi Pirlipatita?" Y los ministros, los generales, los presidentes, los oficiales de Estado Mayor, saltaban como el señor, en un pie, y decían: "No, nunca" Y hay que reconocer que en aquella ocasión no mentían, pues desde que el mundo es mundo no había nacido una criatura más hermosa que la princesa Pirlipat. Su rostro parecía amasado con pétalos de rosa y de azucena y copos de seda rosada; los ojitos semejaban azur vivo, y tenía unos bellísimos bucles, iguales que hilos de oro. Además, la princesita Pirlipat había traído al mundo dos filas de dientecillos perlinos, con los que, a las dos horas de nacer, mordió en un dedo al canciller del reino, que quiso comprobar si eran iguales, obligándole a gritar: "¡Oh! ¡Gemelos!", aunque algunos pretendían que lo que dijo fué: "¡Ay, ay!", sin que hasta ahora se hayan puesto de acuerdo unos y otros. En una palabra: la princesita Pirlipat mordió efectivamente al canciller en el dedo, y todo el encantado país tuvo pruebas de que el cuerpecillo de la princesa daba albergue al talento, al espíritu y al valor. Como ya hemos dicho, totodo el mundo estaba contento menos la reina, que, sin que nadie supiese la causa, mostrábase recelosa e intranquila. Lo más chocante era que hacía vigilar con especial cuidado la cuna de la princesa. Aparte de que las puertas estaban guardadas por alabarderos, a las dos niñeras destinadas al servicio constante de la princesa agregábanse otras seis que, noche tras noche, habían de permanecer en la habitación. Y lo que todos consideraban una locura, cuyo sentido nadie acertaba a explicarse, era que cada una de estas seis niñeras había de tener en el regazo un gato y pasarse la noche rascándole para que no se durmiese. Es imposible, hijos mios, que averigüéis el por qué la madre de Pirlipat hacía estas cosas; pero yo lo sé y os lo voy a decir.

Una vez reuniéronse en la corte del padre de Pirlipat una porción de reyes y príncipes poderosos, y con tal motivo celebráronse torneos, comedias y bailes de gala. Queriendo el rey demostrar a sus huéspedes que no carecía de oro y plata, trató de hacer una incursión en el tesoro de la corona, preparando algo extraordinario. Advertido en secreto por el jefe de cocina de que el astrónomo de cámara había anunciado ya la época de la matanza, ordenó un banquete, metióse en su coche y se fué a invitar a reyes y príncipes, diciéndoles que deseaba fuesen a tomar una cucharada de sopa con él, con objeto de disfrutar de la sorpresa que habían de causarles los platos exquisitos. Luego dijo a su mujer: "Ya sabes lo que me gusta la matanza". La reina sabía perfectamente lo que aquello significaba, y que no era otra cosa sino que ella misma, como hiciera otras veces, se dedicase al arte de salchichera. El tesorero mayor mandó en seguida trasladar a la cocina la gran caldera de oro y cocer morcillas y las cacerolas de plata, haciendo preparar un gran fuego de leña de sándalo; la reina se puso su delantal de damasco y al poco tiempo salía humeante de la caldera el rico olor de la sopa de morcilla, que llegó hasta la sala del Consejo donde se encontraba el rey. Este, entusiasmado, no pudo contenerse y dijo a los ministros: "Con vuestro permiso, señores míos", y se fué a la cocina; abrazando a la reina, meneó la sopa con el cetro y se volvió tranquilamente al salón.

Había llegado el momento preciso en que el tocino, cortado en cuadraditos y colocado en parrillas de plata, había de tostarse. Las damas de la Corte se marcharon, pues este menster quería hacerlo la reina sola, por amor y consideración a su augusto esposo. Cuando empezaba a tostarse el tocino, oyóso una vocecilla suave que decía: "Dame un poco de tocino, hermana; yo también quiero probarlo; también soy reina; dame un poquito." La reina sabía muy bien que quien así hablaba era la señora Ratona, que tenía

su residencia en el palacio real de muchos años atrás. Pretendía estar emparentada con la familia real y ser reina de la línea de Mausoleo, y por eso era bondadosa y caritativa; no reconocía a la señora Ratona como reina y hermana suya, pero le permitía de buena gana que participase de los festines; así es que dijo: "Venga, señora Ratona; ya sabe usted que puede siempre probar mi tocino." En efecto, la señora Ratona se acercó, y con sus patitas menudas fué tomando trozo por trozo los que que le presentaba la reina. Pero luego salieron todos los compadres y las tías de la señora Ratona, y también sus siete hijos, canalla muy traviesa, que se echaron sobre el tocino, sin que pudiera apartarlos del fogón la asustada reina. Por fortuna, presentóse la camarera mayor, que espantó a los importunos huéspedes, logrando así que quedase algo de tocino, el cual se repartió concienzudamente en presencia del matemático de cámara, tocando un pedacito a cada uno de los embutidos.

Sonaron trompetas y tambores; todos los potentados y príncipes presentáronse vestidos de gala; unos en blancos palafrenes, otros en coches de cristales, para tomar parte en el banquete. El rey los recibió con mucho agrado y, como señor del país, sentóse en la cabecera de la mesa, con cetro y corona .Cuando se sirvieron las salchichas de hígado, vióse que el rey palidecía y levantaba los ojos al cielo, lanzando suspiros entrecortados, como si le acometiera un dolor profundo. Al probar las morcillas echóse hacia atrás en el sillón, se tapó la cara con las manos y comenzó a quejarse y a gemir sordamente. Todo el mundo se levantó de la mesa; el médico de cámara trató en vano de tomar el pulso al desgraciado rey, que lanzaba lamentos conmovedores. Al fin, después de muchas discusiones, y de emplear remedios eficaces, tales como plumas de ave quemadas y otras cosas por el estilo, empezó el rey a dar señales de recobrarse un poco, y, casi ininteligibles, salieron de sus labios estas palabras: "¡Muy poco tocino!" La reina, inconsolable, echóse a sus pies, exclamando entre sollozos: "¡Oh augusto y desgraciado esposo mío! ¡Qué dolor tan grande debe ser el tuyo! ¡A tus pies tienes a la culpable!... ¡Castígala, castígala con dureza! ¡Ay!... La señora Ratona, con sus siete hijos y sus compadres y sus tías, se han comido el tocino y..." La reina se desmayó sin decir más. Levantóse de su asiento el rey, lleno de ira, y dijo a gritos: "Camarera mayor, ¿cómo ha ocurrido eso?" La camarera mayor contó lo que sabía, y el rey decidió vengarse de la señora Ratona y de su familia, que le habían comido el tocino de sus embutidos.

Llamóse al consejero de Estado y se convino en formar proceso a la señora Retona y encerrarla en sus dominios; pero como el rey pensaba que aun así seguirían comiéndosele el tocino, puso el asunto en manos del relojero y sabio de cámara. Este personaje que precisamente se llamaba lo mismo que yo, Cristián Elías Drosselmeier, prometió al rey ahuyentar para siempre del palacio a la señora Ratona y a su familia valiéndose de un plan ingenioso. Inventó unas maquinitas al extremo de las cuales se ataba un pedazo de tocino asado y Drosselmeier las colocó en los rededores de la vivienda de la golosa. La señora Ratona era demasiado lista para no comprender la intención de Drosselmeier; pero de nada le valieron las advertencias y las reflexiones: atraídos por el agradable olor del tocino, los siete hijos de la señora Ratona y muchos parientes y compadres acudieron a las máquinas de Drosselmeier, y en el momento en que querían apoderarse del tocino veíanse presos en una jaula y transportados a la cocina, donde se los juzgaba ignominiosamente. La señora Ratona abandonó, con los pocos que quedaron de su familia, el lugar de la tragedia. La pena, la desesperación, la idea de venganza inundaban su alma. La corte se alegró mucho; pero la reina se preocupaba, pues conocía a la señora Ratona y sabía que no había de dejar impune la muerte de sus hijos y demás parientes. Con efecto, un día que la reina preparaba un plata de bofes, que su augusto marido apreciaba mucho, apareció ante ella la señora Ratona y le dijo: "Mis hijos, mis tías..., toda mi parentela han sido asesinados; ten cuidado, señora, de que la reina de los ratones no muerda a tu princesita... Ten cuidado." Y, sin decir otra palabra, desapareció y no se dejó ver más. La reina se llevó tal susto qeu dejó caer a la lumbre el plato de bofes, y por segunda vez la señora Ratona fué causa de pue se estropease uno de los manjares favoritos del rey, por cuya razón se enfadó mucho. Pero basta por esta noche; otra vez os contaré lo que queda.

A pesar de que María, que estaba pendiente del cuento, rogó al padrino Drosselmeier que lo terminase, no se dejó convencer, sino que, levantándose, dijo:

—Demasiado de una vez no es sano; mañana os contaré el final.

Cuando el magistrado se disponía a salir preguntóle Federico:

—Padrino Drosselmeier, ¿es verdad que tú inventaste las ratoneras?

—¡Qué pregunta más estúpida! — exclamó la madre.

Pero el magistrado sonrió de un modo extraño y respondió en voz baja:

—¿No soy un relojero hábil y no es natural que pueda haber inventado ratoneras?

CONTINUACION DEL CUENTO DE LA NUEZ DURA

—Ya sabéis, hijos míos, — continuó el magistrado Drosselmeier a la noche siguiente, — la razón por qué la reina hacía vigilar con tanto cuidado a la princesa Pirlipat. ¿No era de temer que la señora Ratona cumpliese su amenaza y matase de un mordisco a la princesita? Las máquinas de Drosselmeier no valían de nada para la astuta señora Ratona, y el astrónomo de cámara, que al tiempo era astrólogo, trató de averiguar si la familia del Morrongo estaba en condiciones de alejar de la cuna a la señora Ratona. En consecuencia, cada una de las niñeras recibió un individuo de dicha familia

que estaban detinado en la corte como consejeros de legación, obligándolas a tenerlos en el regazo y, mediante caricias apropiadas, hacerles más agradable su difícil servicio.

Una noche, a eso de las doce, una de las dos niñeras particulares que permanecían junto a la cuna cayó en un profundo sueño. Todo estaba como dormido; no se oía el menor ruido... Todo yacía en silencia de muerte, en el que se oía el roer del gusano de la madera. Figuraos cómo se quedaría la jefa de las niñeras cuando vió junto a sí un enorme y feísimo ratón que, sentado en las patas traseras, tenía la cabeza odiosa al lado de la de la princesa. Con un grito de espanto, levantóse de un salto... Todos despertaron; pero en el mismo momento la señora Ratona huyó, — ella era la que estaba en la cuna de Pirlipat, — rápidamente al rincón del cuarto. Los consejeros de legación echaron a correr detrás de ella, pero... demasiado tarde. A través de una rendija del suelo desapareció. Pirlipat despertó con el susto, llorando lastimeramente. "¡Gracias a Dios! — exclamaron las guardianas. — ¡Vive!" Pero grande fué su terror cuándo la miraron y vieron lo que había sido de la linda niña. En lugar de la cabecita angelical de bucles dorados y mejillas blancas y sonrosadas aparecía una cabezota informe, que coronaba un cuerpo encogido y pequeño; los ojos azules se habían convertido en verdes, saltones y mortecinos, y la boca le llegaba a la oreja. La reina por poco se muere de desesperación, y hubo que almohadillar el despacho del rey porque se pasaba el día dándose con la cabeza en la pared y gritando con voz quejumbrosa: "¡Pobre de mí, rey desgraciado!" Hubiera debido convencerse de que habría sido mejor comerse los embutidos sin tocino y dejar a la señora Ratona en paz con su familia debajo del fogón; pero esto no se le ocurría al padre de Pirlipat, sino que echó toda la culpa al relojero de cámara y adivino Cristián Elías Drosselmeier de Nuremberg. En consecuencia, dictó una orden diciendo que concedía cuatro semanas a Drosselmeier para devolver a la princesa su primitivo estado, o por lo menos indicar un medio eficaz para conseguirlo, y caso de no hacerlo así, al cabo de ese tiempo sufriría la muerte más vergonzosa a manos del verdugo.

Drosselmeier asustóse mucho a pesar de que confiaba en su arte y en su suerte, y procedió desde luego a obrar con arreglo a lo que creyó oportuno. Desarticuló por completo a la princesita Pirlipat, inspeccionó las manos y los pies y se fijó en la estructura interna, resultando de sus investigaciones que la princesa sería más monstruosa cuanto más creciera y sin hallar medio para evitarlo. Volvió a articular a la princesa y quedóse preocupado junto a su cuna, de la cual la pobre niña no habría de salir nunca. Llegó la cuarta semana; era ya miércoles, y el rey, que miraba irritadísimo al relojero, le dijo amenazador: "Cristián Elías Drosselmeier, si no curas a la princesa, morirás". Drosselmeier comenzó a llorar amargamente mientras la pricesa Pirlipat partía nueces muy satisfecha. Por primera vez pensó el sabio en la extraordinaria afición de Pirlipat a las nueces y en la circunstancia de que hubiera nacido con dientes. Después del cambio gritó de un modo lamentable, hasta que, por casualidad, le dieron una nuez, que partió en seguida, comiéndose la pulpa y quedándose tranquila. Desde aquel momento las niñeras no hacían otra cosa que darle nueces. "¡Oh divino instinto de la Naturaleza, impenetrable simpatía de todos los seres! — exclamó Cristián Elías Drosselmeier. Tú me indicas el camino para descubrir el secreto." Pidió permiso para tener una conversación con el astrónomo de cámara y le condujeron a su presencia, custodiado por varios guardias. Ambos sabios se abrazaron con lágrimas en los ojos, pues eran grandes amigos; retiráronse luego a un gabinete apartado y registraron muchos libros que trataban del instinto y de las simpatías y antipatías yde otras cosas ocultas. Hízose de noche; el astrónomo de cámara miró a las estrellas y estableció el horóscopo de la princesa Pirlipat con ayuda de Drosselmeier, que también entendía mucho de esto. Fué un trabajo muy rudo, pues las líneas se retorcían más y más; por fin..., ¡oh alegría!..., vieron claro que para desencantar a la princesa, haciéndole recobrar su primitiva hermosura, no tenían más que hacerle comer la nuez Kracatuk.

Esta nuez tenía una cáscara tan dura que podía gravitar sobre ella un cañón de cuarenta y ocho libras sin romperla. Debía partirla, en presencia de la princesa, un hombre que nunca se hubiese afeitado ni puesto botas, y con los ojos cerrados darle a comer la pulpa. Sólo después de haber andado siete pasos hacia atrás sin tropezar podía el joven abrir los ojos. Tres días y tres noches trabajaron el astrónomo y Drosselmeier sin interrupción, y estaba el rey sentado a la mesa al mediodía del sábado cuando Drosselmeier, que debía ser decapitado el domingo muy de mañana, presentóse de repente lleno de alegría, anunciendo el medio de devolver a la princesa Pirlipat la perdida hermosura. El rey lo abrazó entusiasmado, prometióle una espada de diamante, varias cruces y dos trajes de gala. "En cuanto acabe de comer,— dijo, — pondremos manos a la obra; cuide señor sabio, de que el joven sin afeitar y sin zapatos esté a mano con la nuez Kracatuk, y procure que no beba vino, con objeto de que no tropiece al dar los siete pasos hacia atrás como un cangrejo; después puede emborracharse si quiere." Drosselmeier quedó perplejo ante las palabras del rey, y temblando y vacilante, balbuceó que desde luego se había dado con el medio de desencantar a la princesa, que consistía en la nuez susodicha y en el mozo que la partiese, pero que aun quedaba el trabajo de buscarlos, pues había alguna duda de si se encontrarían la nuez y el partidor. Irritadísimo el rey, agitó en el aire el cetro y gritó con fiereza: "En ello te va la cabeza." La suerte para el apurado Drosselmeier fué que rey había comido muy a gusto y estaba de buen humor para escuchar las disculpas que la reina, compadecida de Drosselmeier, le expuso. Drosselmeier recobró un poco de ánimo y concluyó

por decir que había cumplido su misión descubriendo el medio con que podía ser curada la princesa, y con ello creía haber ganado la cabeza. El rey repuso que eso era charlar sin sentido; pero al fin decidió, después de tomar un vasito de licor, que tanto el relojero como el astrónomo se pusiesen en camino y no volviesen sin traer la nuez. El hombre para partirla podía hallarse insertando repetidas veces un anuncia en los diarios.

El magistrado suspendió el relato, prometiendo contar el resto al día siguiente.

FIN DEL CUENTO DE LA NUEZ DURA

A la noche siguiente, en cuanto encendieron las luces, presentóse el padrino Drosselmeier y siguió contando:

—Drosselmeier y el astrónomo estuvieron de viaje quince años sin dar con las huellas de la nuez Kracatuk. Podría estar contándoos cuatro semanas seguidas los sitios que recorrieron; pero no lo haré ahora, y sólo os diré que Drosselmeier comenzó a sentir la nostalgia de su ciudad natal, Nuremberg. Y tal nostalgia fué mayor que nunca un día que, hallándose con su amigo en medio de un bosque en Asia, fumaba una pipa de tabaco. "¡Oh hermosa ciudad! — quien no te haya visto nunca, — aunque haya viajado mucho, — aunque haya visitado Londres, París y San Petersburgo, — no le ha saltado nunca el corazón, — y sentirá la nostalgia de ti, — ¡oh Nuremberg, hermosa ciuda,—que tiene tantas casas y ventanas bellas!" Cuando oyó lamentarse tanto a Drosselmeier, sintió el astrónomo gran compasión, y comenzó a cuyez a lanzar tales gemidos que se podían oír en toda Asia. Logró, viu embargo, rehacerse, secóse las lágrimas y preguntó a su compañero: "Querido colega, ¿por qué nos hemos sentado aquí a llorar? ¿Por qué no nos vamos a Nuremberg? Después de todo, lo mismo nos da buscar la fatal nuez en un sitio que en otro." "Es verdad", respondió Drosselmeier, consolado.

Los dos se pusieron en pie; sacudieron las pipas y se fueron derechos, desde el bosque del centro de Asia, a Nuremberg.

En cuanto llegaron allá, dirigióse Drosselmeier a casa de su primo, el fabricante de muñecas, dorador y barnizador Cristóbal Zacarías Drosselmeier, a quien no veía hacía muchísimos años. Contóle toda la historia de la princesa Pirlipat, la señora Ratona y la nuez Kracatuk, lo cual le obligó a juntar las manos repetidas veces, en medio del mayor asombro, y decir al cabo: "¡Ay primo, qué cosas tan extraordinarias me cuentas!" Drosselmeier continuó relatando las peripecias de su largo viaje, de cómo había pasado dos años con el rey de las Palmeras, de cómo pidió inútilmente ayuda para sus investigaciones a las encinas; en una palabra, de cómo por todas partes fué encontrando dificultades, sin lograr dar con la menor huella de la nuez Kracatuk. Mientras duró el relato, Cristóbal Zacarías chasqueó los dedos varias veces, levantóse sobre un pie sólo y murmuró: "Hum..., hum..., ¡ah!..., ¡ah! ¡Eso sería cosa del diablo!" Al fin, echó al aire su montera y la peluca y exclamó: "¡Primo, primo! Estás salvado; te digo que estás salvado; si no me engaño, tengo en mi poder la nuez Kracatuk". Y sacó una cajita, en la que guardaba una nuez dorada de tamaño mediano.

—"Mira, — dijo enseñando la nuez a su primo, — mira. La historia de esta nuez es la siguiente: Hace muchos años, en Navidad, vino un forastero con una bolsa llena de nueces, que vendía baratas. Justamente delante de mi puerta empezó a reñir con el vendedor de nueces del pueblo, que lo atacaba, molesto porque el otro vendiera su mercancía, y para defnderse mejor dejó la bolsa en el suelo. En el mismo momento, un carro muy cargado pasó por encima de la bolsa, partiendo todas las nueces menos una, que el forastero, riendo de un modo extraño, me dijo que me vendía por una moneda de plata del año 1720. Sorprendente me pareció encontrar en mi bolsillo una moneda precisamente de aquel año; compré la nuez y la doré, sin saber a punto fijo por qué había pagado tan cara una simple nuez y por qué la guardé luego con tanto cuidado."

Las dudas que pudieran quedarles sobre la autencidad de la nuez desaparecieron cuando el astrónomo miró detenidamente la cáscara y descubrió que en la costura estaba grabada en carácteres chinos la palabra Kracatuk. La alegría de los viajeros fué inmensa, y el primo consideróse el hombre más feliz de la tierra, pues Drosselmeier le aseguró que había hecho su suerte y que, además de una pensión fija, podía tener cuanto oro quisiese para derar. El relojero y el astrónomo se pusieron los gorros de dormir y se iban a la cama, cuando el último, es decir, el astrónomo, dijo: "Apreciable colega: una alegría no viene nunca sola: yo creo que hemos encontrado, juntamente con la nuez Kracatuk, el joven que debe partirla para que la princesa recobre su hermosura. Me refiero al hijo de su primo de usted. No, no quiero dormir, — continuó, — sino que voy a leer el horóscopo del joven." Quitóse el gorro de dormir y se puso a hacer observaciones.

El hijo del primo era un muchacho fornido y simpático, que no se había afeitado todavía y nunca había usado botas. Cuando más joven, fué durante un par de Navidades un muñeco de guignol, cosa que ya no se le notaba merced a los solícitos cuidados de su padre. En los días de Navidad usaba un traje rojo con muchos dorados, una espada, el sombrero debajo del brazo y una peluca muy rizada con redecilla. Así se lucía en la tienda de su padre, y por galantería partía nueces para las muchachas, por lo cual le llamaban el lindo Cascanueces.

A la mañana siguiente tomó el astrónomo al sabio por los cabezones y le dijo: "Es él..., ya lo tenemos... lo hemos hallado. Sólo nos quedan dos cosas que preveer: la primera es que creo yo se debe colocar al joven una trenza de madera unida a la mandíbula inferior, con objeto de sujetarla bien; y la segunda que cuando lleguemos a la Corte debemos ocultar con sumo cuidado que llevamos con nosotros al joven que ha de partir la nuez Kracatuk. He leído en su horóscopo que cuando el rey vea que algunos se rompen los dientes tratando de partirla sin resultado ofrecerá al que lo consiga, y con ello de-

EN EL PROXIMO NUMERO

LOS VERDES OJOS DE BAST

Novela sensacional sobre las actividades de los magos de Egipto, escrita por el famoso autor inglés

SAX ROHMER

(TRADUCIDA ESPECIALMENTE PARA "PUCKY")

Explica esa novela lo que sucede con una mujer, que nacida bajo la influencia de la diosa Bast, es gata a la vez que mujer en determinadas epocas del año y actúa en la forma más misteriosa y electrizante.

LOS VERDES OJOS DE BAST

ES UNA NOVELA IMPRESIONANTE QUE LAS PERSONAS DE IMAGINACION DEBIL NO DEBEN LEER DE NOCHE.

volver la perdida hermosura a su hija, la mano de ésta y los derechos de sucesión al trono." El primo fabricante de muñecas quedóse encantado ante la perspectiva de que su hijo pudiese ser príncipe y heredero de un trono, y se confió en absoluto a los embajadores. La trenza que Drosselmeier colocó a su sobrino resultó muy bien; tanto, que mediante aquel refuerzo podía partir hasta los durísimos huesos de los melocotones.

En el momento en que Drosselmeier y el astrónomo anunciaron a la Corte el hallazgo de la nuez se hicieron todos los preparativos necesarios, y en cuanto llegaron con el remedio para la perdida belleza, encontraron reunidos a una porción de jóvenes, entre los cuales figuraban bastantes príncipes que, confiandos en sus fuertes dientes, trataban de desencantar a la princesa. Los embajadores asustáronse no poco cuando volvieron a ver a Pirlipat. El cuerpecito, con sus manos y sus pies casi invisibles, apenas si podía sostener la enorme cabeza. La fealdad del rostro estaba aumentada aún por una especie de barba de algodón que le habían puesto alrededor de la barbilla y de la boca. Todo ocurrió como estaba predicho en el horóscopo. Un barbilampiño tras otro, calzados con zapatos, fueron estropeándose los dientes y las mandíbulas con la nuez Kracatuk, sin conseguir nada práctico; y cuando eran retirados, casi sin sentido, por el dentista nombrado al efecto, decían suspirando: "¡Qué nuez tan dura!" En el momento en que el rey, dolorido y triste, prometió al que desencantara a su hija la mano de la princesa y su reino, apareció el joven Drosselmeier de Nuremberg, que pidió le fuera permitido hacer la prueba. Ninguno como él había agradado a la proncesa Pirlipat; así es que se colocó las manos sobre el corazón y suspirando profundamente dijo: "¡Ah si fuera éste el que partiera la nuez y se convirtiera en mi marido!"

Después que el joven Drosselmeier hubo saludado cortésmente al rey, a la reina y a la princesa Pirlipat, tomó de manos del maestro de ceremonias la nuez Kracatuk, metiósela sin más entre los dientes, apretó, y..., ¡crac!, la cáscara se partió en cuatro. Limpió la pulpa de los fragmentos de cáscara que quedaban adheridos y, con una humilde reverencia, se la entregó a la princesa, cerrando inmediatamente los ojos y comenzando a andar hacia atrás. La princesa se comió en seguida la nuez y, ¡oh maravilla!, en el momento desapareció la horrible figura, dejando en su lugar la de una joven angelical, cuyo rostro parecía hecho de azucenas y rosa mezclados con capulos de seda; los ojos, de un brillante azul; los cabellos, de oro puro. Las trompetas y los tambores mezclaron sus sonidos a los gritos de júbilo del pueblo. El rey y toda su Corte bailaron en un pie, como el día del nacimiento de Pirlipat, y la reina hubo de ser socorrida con agua de Colonia, porque perdió el sentido de alegría.

El gran barullo desconcertó un poco al joven Drossemeier, que aun no había terminado sus siete pasos; logró dominarse, y echó el pie derecho para dar el paso séptimo; en el mismo instante salió chillando la señora Ratona de una rendija del suelo, de modo que al dejar caer el pie el joven Drossemeier la pisó, tropezando de tal manera que por poco se cae. ¡Qué torpeza! Apenas puso el pie en el suelo, quedó tan cambiado como antes lo estuviera la princesa Pirlipat. El cuerpo se le quedó encogido ya penas si podía sostener la enorme cabeza con ojos saltones y la boca monstruosa y abierta. En vez de la trenza, le colgaba una capita que estaba unida a la mandíbula inferior. El relojero y el astrómomo estabn fuera de sí de miedo y de rabia, viendo con gusto que la señora Ratona yacía en el suelo cubierta de sangre. Su maldad no quedaría sin castigo, pues el joven Drosselmeier le dió en la cabeza con el tacón de su zapato, hiriéndola de muerte. Agonizando ya, quejábase de un modo lastimero, diciendo: "¡Oh Kracut, nuez dura causa de mi muerte! ¡Hi, hi, hi! Hermoso Cascanueces, también a ti te alcanzará la muerte. Mi hijito, el de las siete coronas, dará su merecido a Cascanueces y vengará en tí a su madre. Vive tan contento y tan colorado; me despido de ti en las ansias de la muerte." Y acabado de decir esto, murió la señora Ratona y fué sacada del calentador real.

Nadie se había ocupado del pobre Drosselmeier; la princesa recordó al rey su promesa de darle por esposa al vencedor, y entonces mandó llamar al joven héroe. Cuando se presentó el desgraciado en su nuevo aspecto, la princesa se cubrió el rostro con las manos, exclamando: "¡Fuera, fuera el asqueroso Cascanueces!" El mayordomo mayor lo cogió por los hombros y lo echó fuera del salón. El rey se enfureció mucho al pensar que le habían querido dar por yerno a un Cascanueecs; echó toda la culpa de lo ocurrido al relojero y al astrónomo, y los mandó desterrar del reino. Esta parte no figuraba en el horóscopo que el astrónomo leyera en Nuremberg; no por eso se abstuvo de observar las estrellas, pareciéndole leer en ellas que el joven Drosselmeier se portaría tan bien en su nueva situación que, a pesar de su grotesca figura, llegaría a ser príncipe y rey. Su deformidad no desaparecería hasta que cayese en su poder el hijo de la señora Ratona, que después de la muerte de los otros siete había nacido con siete cabezas y ahora era rey, y cuando una dama lo amase a pesar de su figura. Seguramente habrá podido verse el pobre Drosselmeier en Nuremberg, en Navidad en la tienda de su padre como, cascanueces al mismo tiempo que como príncipe. Este es, queridos niños, el cuento de la nuez dura, y de aquí viene el que la gente, cuando encuentra difícil una cosa, suele decir: "¡Qué nuez tan dura!", y también el que los cascanueces sean tan feos.

Así terminó el magistrado su relato.

María sacó en consecuencia que la princesa Pirlipat era una niña muy cruel y desagradecida. Federico, por el contrario, era de opinión que si Cascanueces quería volver a ser un guapo mozo debía no andarse en contemplaciones con el rey de los ratones, y no tardaría en cobrar su primitiva figura.

TIO Y SOBRINO

Si alguno de mis lectores u oyentes se ha cortado con un cristal, sabrá por excelencia lo mala cosa que es y lo que tarda en curarse. María tuvo que pasarse una semana en la cama, porque en cuanto trataba de levantarse sentíase muy mal. Al fin, sin embargo, se puso buena, y pudo, como antes, andar de un lado para otro. En el armario de cristales todo estaba muy bonito, pues había árboles y flores y cosas nuevas y también lindas muñecas. Pero lo que más le agradó a María fué encontrarse con su querido Cascanueces, que le sonreía desde la segunda tabla, enseñando sus dientecillos nuevos. Conforme estaba mirando a su preferido, recordó con tristeza todo lo que el padrino les había contado de la historia de Cascanueces y de sus disensiones con la señora Ratona y su hijo. Ella sabía que su muñequito no podía ser otro que el joven Drosselmeier de Nuremberg, el sobrino querido de su padrino, embrujado por la señora Ratona. Y tampoco le cabía a la niña la menor duda de que el relojero de la Corte del padre de Pirlipat no era otro que el magistrado Drosselmeier.

—Pero por qué razón no acude en tu ayuda tu tío? ¿Por qué? — exclamaba tristemente al recordar, cada vez con más viveza, que en la batalla que presenciara se jugaron la corona y el reino de Cascanueces. — ¿No eran súbditos tuyos todos los demás muñecos y no era cierto que la profecía del astrónomo de cámara se había cumplido y que el joven Drosselmeier era rey de los muñecos?

Mientras la inteligente María daba vueltas en su cabecita a estas ideas, parecióle a Cascanueces y sus vasallos, en el mismo momento en que ella los consideraba como seres vivos, adquirían vida de verdad y se movían. Pero no era así: en el armario todo permanecía tranquilo y quieto, y María vióse obligada a renunciar a su convencimiento íntimo, aunque desde luego siguió creyendo en la brujería de la señora Ratona y de su hijo, el de las iete cabezas. Y dirigiéndose al Cascanueces, le dijo:

—Aunque no se pueda usted mover ni decirme una palabra, querido señor Drosselmeier, sé de sobra que usted me comprende y sabe lo bien que le quiero; cuente con mi adhesión para todo lo que usted necesite. Por lo pronto, voy a pedir al padrino que, con su habilidad, le ayude en lo que sea preciso.

Cascanueces permaneció quieto y callado; pero a María le pareció que en el armario se oía un suspiro suavísimo, apenas perceptible, que al chocar con los cristales producía tonos melodiosos, como de campanitas, y creyó escuchar las palabras siguientes: "María, angelito de mi guarda... he de ser tuyo y tú mía".

María sintió un bienestar dulcísimo, en medio de un estremecimiento que recorrió todo su ser.

Anocheció. El consejero de Sanidad entró con el padrino Drosselmeier, y a poco Luisa preparó el te y toda la familia se reunió alrededor de la mesa, hablando alegremente. María fué a buscar su silloncito en silencio y se colocó a los pies del padrino Drosselmeier. Cuando todo el mundo se cayó, María miró con sus grandes ojos azules muy abiertos al padrino y le dijo:

—Ya sé, querido padrino, que mi Cascanueces es tu sobrino, el joven Drosselmeier de Nuremberg. Ha legado a príncipe, mejor dicho a rey, cumpliéndose la profecía de tu amigo el astrónomo; pero, como tú sabes perfectamente, está en lucha abierta con el hijo de la señora Ratona, con el horrible rey de los ratones. ¿Por qué no lo ayudas?

María le volvió a referir toda la batalla que ella presenciara, viéndose interrumpida varias veces por las carcajadas de su madre y de Luisa. Solamente Federico y Drosselmeier permanecieron serios.

—¿De dónde ha sacado todas esas tonterías esta chiquilla? — dijo el consejero de Sanidad.

—Es que tiene una imaginación volcánica, — repuso la madre. — Todo ello no son más que sueños producidos por la fiebre.

—Nada de eso es cierto, — exclamó Federico; — mis húsares no son tan cobardes. ¡Por el bajá Manelka! ¿Cómo iba yo a consentir semejante cosa?

Sonriendo de un modo especial, tomó Drosselmeier en brazos a la pequeña María y le dijo, con más dulzura que nunca:

—Hija mía: tú posees más que ninguno de nosotros: tú has nacido princesa, como Pirlipat, y reinas en un reino hermoso y brillante. Pero tienes que sufrir mucho si quieres proteger al pobre y desfigurado Cascanueces, pues el rey de los ratones lo ha de perseguir de todos modos y por todas partes. Y no soy yo quien puede ayudarle, sino tú; tú sola puedes salvarle; sé fuerte y fiel.

Ni María ni ninguno de los demás supo lo que quería decir Drosselmeier con aquellas palabras. Al consejero de Sanidad le chocaron tanto que, tomando el pulso al magistrado, le dijo:

—Querido amigo, usted padece de congestión cerebral; voy a recetarle algo.

La madre de María movió la cabeza, pensativa, y dijo:

—Yo me figuro lo que el magistrado quiere decir, pero no lo puedo expresar con palabras corrientes.

LA VICTORIA

No había transcurrido mucho tiempo cuando María se despertó, una noche de luna, por un ruido extraño que parecía salir de un rincón de su cuarto. Era como si tirasen y rodasen piedrecilas, y como si al tiempo sonasen unos chillidos agudos.

—¡Los ratones, los ratones! — exclamó María, asustada.

Y pensó en despertar a su madre; pero cesó el ruido y no se atrevió a moverse.

Por fin vió cómo el rey de los ratones trataba de pasar a través de una rendija y cómo lograba penetrar en el cuarto, con sus siete cornas y sus ojillos chispeantes, y de un salto se colocaba en una mesita,

junto a la cama de María. "¡Hi... hi... hi!... dame tus confites... dame tu mazapán, linda niña...; si no, morderé a tu Cascanueces." Así decía el rey de los ratones en sus chillidos, rechinando al mismo tiempo los dientes de un modo espantoso y desapareciendo a los pocos momentos por el agujero. María se angustió tanto con aquella aparición que al día siguiente estab pálida y ojerosa y, muy conmovida, apenas se atrevía a pronunciar palabra. Cien veces pensó quejarse a su madre, a Luisa o, por lo menos, a Federico, de lo que había ocurrido; pero pensó:

—No me van a creer, y además se van a reir de mí.

Comprendía claramente que para salvar a Cascanueces tenía que dar confites y mazapán, y a la noche siguiente colocó cuando poseía en el borde del armario. Por la mañana, la consejera de Sanidad dijo:

—Yo no sé por dónde entran los ratones en la casa; pero mira, María, lo que han hecho con tus confites: se los han comido todos.

Así era en efecto. El mazapán relleno no había sido del gusto del glotón rey de los ratones, de suerte que solo lo había roído con sus dientes afilados, y por tanto no había más remedio que tirarlo. María no se preocupó para nada de sus golocinas; al contrario, mostrábase muy contenta porque creía haber salvado así a su Cascanueces. Pero cual no sería su susto cuando a la noche siguiente volvió a oír chillar junto a sus oídos. El rey de los ratones estaba otra vez allí, y sus ojos brillaban más asquerosos aún que la noche anterior, y rechinaba los dientes con más fuerza, diciendo: "Me tienes que dar azúcar... y tus muñecas de goma, niñita; pues si no morderé a tu Cascanueces." Y en cuanto hubo pronunciado tales palabras desapareció por el agujero.

María quedó afligidísima. A la mañana siguiente, fué al armario y contempló sus muñecos de azúcar y de goma. Su dolor era muy explicable, porque no te puedes imaginar, querida lectora, las figuritas tan monas de azúcar y de goma que tenía María Stahlbaum. Además de un pastorcillo muy lindo, con su pastorcita, y un rebaño completo de ovejitas blancas como la leche, que pastaba acompañado de un perro saltarín y alegre, había dos carteros con cartas en la mano y cuatro parejas de jovenzuelos y muchchitas vestidas de colorines, que se balanceaban en un columpio ruso. Detrás de unos bailarines asomaba el granjero Tomillo con la Doncella de Orleáns, los cuales no eran muy del agrado de María; pero en el rinconcito estaba un nene de mejillas coloradas: su predilecto. Las lágrimas asomaron a los ojos de la pobre María.

—¡Ay! — exclamó, dirigiéndose al Cascanueces. Querido señor Drosselmeier, ¿qué no haría yo por salvarlo? Pero, la verdad, esto es demasiado duro.

Cascanueces tenía un aspecto tan triste, que María, que creía ver al repugnante rey de los ratones con sus siete bocas abiertas lanzándose sobre el desgraciado joven, decidió sacrificarlo todo.

Aquella noche colocó todos sus muñecos de azúcar en el borde del armario, como hiciera la noche anterior con los confites. Besó al pastor, a la pastora, a los borreguitos, y por último, tomó a su predilecto, el muñequito de goma de los carrillos colorados, colocándolo detrás de todo. El granjero Tomillo y la Doncella de Orleáns ocuparon la primera línea.

—Esto es demasiado, — dijo la consejera de Sanidad a la mañana siguiente. — Debe de haber anidado en el armario algún ratón grande y hambriento, pues todos los muñecos de azúcar de la pobre María están roídos y deshechos.

María no lograba contener las lágrimas, pero al fin consiguió sonreir, pues pensó: "Con esto, seguramente estará salvado Cascanueces."

Cuando por la noche la señora contaba al magistrado la fechoría y manifestaba su creencia de que en el armario debía de esconderse un ratón, dijo su marido:

—Es terrible que no podamos acabar con el asqueroso ratón que se oculta en el armario y se come todas las golosinas de María.

—Mira, — exclamó Federico muy satisfecho: — el panadero de abajo tiene un magnífico consejero de legación gris; voy a subirlo; él pondrá las cosas en orden y se comerá al ratón, aunque sea la misma señora Ratona o su hijo el rey de las siete cabezas.

—Sí, — repuso la madre riendo — y se subirá encima de las sillas y de las mesas, y tirará los vasos y las tazas, y hará mil fechorías por todas partes.

—De ninguna manera, — replicó Federico. — El gato del panadero es muy hábil; ya quisiera yo saber andar con tanta suavidad como él por los tejados.

—No traigáis un gato por la noche, — exclamó Luisa, que no podía sufrir a tales animalitos.

—Realmente, — dijo el padre, — Federico tiene razón; pero también podemos colocar una ratonera. ¿No tenemos alguna?

—Nos la puede hacer el padrino, que es el inventor de ellas, — dijo Federico.

Todos rieron la ocurrencia; y ante la afirmación de la madre de que en la casa no había ninguna ratonera, declaró el magistrado que él tenía varias, y se fué en seguida a su casa a buscar una de las mejores.

Federico y María recordaron el cuento de la nuez dura. Y cuando la cocinera preparaba el tocino, María comenzó a temblar y a estremecerse, y dijo:

—Señora reina, tenga cuidado con la señora Ratona y su familia.

Y Federico, desenvainando su sable, exclamó:

—Que vengan, si quieren, que yo los espantaré.

Todo permaneció tranquilo debajo del fogón. Cuando el magistrado hubo concluído de poner el tocino en el hilo y colocó la ratonera en el armario, díjole Federico:

—Ten cuidado, padrino relojero, no vaya

a ser que el rey de los ratones te juegue una mala pasada.

¡Qué mal lo pasó María a la noche siguiente! Una cosa fría como el hielo le tocaba en el brazo, posándose asquerosa en sus mejillas y chillando a su oído. El repugnante rey de los ratones estaba sobre su hombro, y babeaba de color sanguinolento por sus siete bocas abiertas, y castañeando y rechinando sus dientecillos murmuraba al oído de María: "¡Ssss...,sss!; no iré a la casa..., no iré a comer..., no caeré en la trampa...; ¡sss!..., dame tu libro de estampas..., y además tu vestido nuevo, y si no, no te dejaré en paz. Has de saber que si no me haces caso morderé a Cascanueces. "Hi..., hi..., hi..."

María quedóse muy triste y apesadumbrada y por la mañana estaba palidísima cuando su madre de comunicó:

—El pícaro ratón no ha caído.

Y suponiendo la buena señora que la causa de la tristeza de María era la pérdida de sus golosinas añadió:

—Pero pierde cuidado, querida mía, que ya lo cogeremos. Si no valen las ratoneras, acudiremos al gato gris de Federico.

En cuanto María se vió sola en la habitación, acercóse al armario de cristales y, suspirando, dijo al Cascanueces:

—Querido señor Drosselmeier: ¿qué puede hacer por usted esta desgraciada niña? Si le doy al asqueroso rey de los ratones mis libros de estampas y el vestidito que me trajo el Niño Jesús, me seguirá pidiendo cosas hasta que ya no tenga nada que darle, y me muerda a mí en vez de morderle a usted. ¡Pobre de mí! ¿Qué haré...; qué haré?

Llorando y lamentándose, la pequeña María notó que de la noche famosa le quedaba al Cascanueces una mancha de sangre en el cuello. Desde el momento en que María supo que el Cascanueces era el joven Drosselmeier, el sobrino del magistrado no lo llevaba en brazos ni lo besaba ni acariciaba; es más: por una especie de respeto, ni se atrevía a tocarlo. Este día, sin embargo, lo tomó con mucho cuidado de la tabla en que estaba y comenzó a frotarle la mancha con su pañuelo. Qué emoción la suya cuando advirtió que Cascanueces adquiría color en sus manos y empezaba a moverse. Muy de prisa volvió a ponerlo en el armario, y entonces oyó que decía muy bajito:

—Querida señorita de Stahlbaum, respetada amiga mía, ¡cómo le agradezco todo!... No, no sacrifique usted sus libros de estampas ni su vestido nuevo; proporcióneme una espada...'una espada; lo demás corre de mi cuenta...

Aquí perdió Cascanueces el habla; y sus ojos, que adquirieron cierta expresión de melancolía, volvieron a quedarse fijos y sin vida.

María no sintió el menor miedo; antes por el contrario, tuvo una gran alegría al saber un medio para salvar a Cascanueces sin mayores sacrificios Pero ¿de dónde podría sacar una espada para el pobre pequeño? Decidió tomar consejo de Federico: y por la noche, luego de haberse retirado los padres y sentados los dos junto al armario, le contó todo lo que le había ocurrido con el Cascanueces y con el rey de los ratones y la manera como creía poder salvar al primero. Nada preocupó tanto a Federico como el saber lo mal que sus húsares se portaron en la batalla. Preguntó de nuevo a su hermana si estaba segura de lo que afirmaba, y cuando María le dió su palabra de que cuanto decía era la verdad, acercóse Federico al armario de cristales, dirigió a sus húsares un discurso patético y, para castigarlos por su cobardía y su egoismo, les quitó del quepis la divisa y les prohibió tocar la marcha de los húsares de la Guardia durante un año. Después dijo a María:

—En cuanto a lo del sable, yo puedo ayudar a Cascanueces. Ayer precisamente he retirado a un coronel de coraceros, concediéndole una pensión, y ya no necesita espada.

El susodicho coronel disfrutaba su retiro en el más oculto rincón de la tabla superior; allí fueron a buscarlo. Le quitaron el sable, con incrustaciones de plata, y se lo colgaron a Cascanueces.

María no pudo dormir aquella noche de puro miedo. A eso de las doce parecióle oir en el gabinete ruidos extraños. De pronto oyó un chillido.

—¡El rey de los ratones!... ¡El rey de los ratones! — exclamó María, y saltó de la cama horrorizada.

Todo estaba en silencio; pero a poco llamaron suavemente a la puerta y escuchóse una vocecilla tímida:

—Respetada señorita de Stahlbaum, abra sin miedo...Le traigo buenas noticias.

María reconoció la voz del joven Drosselmeier. Echóse el vestido y abrió la puerta. Cascanueces estaba delante de ella, con la espada ensangrentada en la mano derecha y una bujía en la izquierda. En cuanto vió a María, puso la rodilla en tierra y dijo:

—Vos, señora, habéis sido la que me habéis animado y armado mi brazo para vencer al insolente que se había permitido insultaros. Vencido y revolcándose en su sangre yace el traidor rey de los ratones. Permitid, señora, que os ofrezca el trofeo de la victoria y dignaos aceptarlo de manos de vuestro rendido caballero.

Y al decir estas palabras dejó ver las siete coronas de oro del rey de los ratones, que llevaba en el brazo izquierdo, entregándoselas a la niña, que las tomó llena de alegría.

Cascanueces se puso de pie y continuó:

—Respetada señorita de Stahlbaum: ahora que mi enemigo está vencido, tendría sumo gusto en mostrarle una porción de cosas bellas, si tiene la bondad de seguirme unos pasos. Hágalo, hágalo, querida señorita.

EL REINO DE LAS MUÑECAS

Me parece a mí, queridos lectores, que ninguno de vosotros habría vacilado en seguir al buen Cascanueces, que no era fácil tuviese propósito de causaros mal alguno. María lo hizo así, con tanto mayor gusto

cuanto que sabía podía contar con el agradecimiento de Cascanueces y estaba convencida de que cumpliría su palabra haciéndole ver multitud de cosas bellas. Por lo tanto, dijo:

—Iré con usted, señor Drosselmeier, pero no muy lejos ni por mucho tiempo, pues no he dormido nada.

—Entonces tomaremos el camino más corto, aunque sea el más difícil — respondió Cascanueces.

Y echó a andar delante, siguiéndole María, hasta que se detuvieron frente al gran armario ropero del recibimiento. María quedóse asombrada al ver que las puertas del armario, habitualmente cerradas, estaban abiertas de par en par, dejando al descubierto el abrigo de piel de zorro que el padre usaba en los viajer y que colgaba en primer término. Cascanueces trepó con mucha agilidad por los adornos y molduras, hasta que pudo alcanzar el hermoso hopo que, sujeto con un grueso cordón, colgaba de la parte de atrás del abrigo de piel. En cuanto Cascanueces se apoderó del hopo, echó abajo una escala monísima de madera de cedro a través de la manga de piel.

—Haga el favor de subir, señorita, — exclamó Cascanueces.

María lo hizo así; pero apenas había comenzado a subir por la manga, casi en el momento en que empezaba a mirar por encima del cuello, quedó deslumbrada por una luz cegadora y encontrándose de repente en una pradera perfumada, de la que brotaban millones de chispas como piedras preciosas.

—Estamos en la pradera de Cande, — dijo Cascanueces, — y tenemos que pasar por aquella puerta.

Entonces advirtió María la hermosa puerta que no viera hasta aquel momento, y que se elevaba a pocos pasos de la pradera. Parecía edificada de mármol blanco, pardo y color corinto; pero mirándola despacio descubrió que los materiales de construcción eran almendras garapiñadas y pasas, por cuya razón, según le dijo Cascanueces, aquella puerta por la que iban a penetrar se llamaba la "puerta de las almendras y de las pasas". La gente vulgar llamábala la "puerta de los mendigos", con muy poca propiedad. En una galería exterior de esta puerta, al parecer de azúcar de naranja, seis monitos, vestidos con casaquitas ojas, tocaban una música turca de lo más bonito que se pueda oir, y María apenas si advirtió que seguían avanzando por un pavimento de lajas de mármol que, sin embargo, no eran otra cosa que pastillas muy bien hechas.

A poco oyéronse unos acordes dulcísimos, procedentes de un basquecillo maravilloso que se extendía a ambos lados. Entre el follaje verde había tal claridad que se veían perfectamente los frutos dorados y plateados colgando de las ramas, de colores vivos, y éstas y los troncos aparecían adornados con cintas y ramos de flores, que semejaban novios alegres y reciencasados llenos de felicidad. Y de vez en cuando el aroma de los naranjos era esparcido por el blando céfiro, que resonaba en las ramas y en las hojas, las cuales, al entrechocarse, producían un ruido semejante a la más melodiosa música, a cuyos acordes bailaban y danzaban las brillantes lucecillas.

—¡Qué bonito es todo esto! — exclamó María, encantada y loca de contento.

—Estamos en el bosque de Navidad, querida señorita, — dijo Cascanueces.

—¡Ay, — continuó María, — si pudiera permanecer aquí! ¡Es tan bonito!

Cascanueces dió una palmada y aparecieron unos pastores y pastoras, cazadores y cazadoras, tan lindos y blancos que hubiera podido creers estaban hechos de azúcar, y a los cuales no había visto María a pesar de que se paseaba por el bosque. Llevaban una preciosa butaca de oro; colocaron en ella un almohadón de malvavisco y, muy corteses, invitaron a María a tomar asiento en ella. Apenas lo hizo, empezaron pastores y pastoras a bailar una danza artística, mientras los cazadores tocaban en sus cuernos de caza; luego desaparecieron todos en la espesura.

—Perdone, señorita de Stahlbaum, — dijo Cascanueces, — que el baile haya resultado tan pobre; pero los personajes pertenecen a los de los bailes de alambre y no saben ejecutar sino los mismos movimientos siempre. También hay una razón para que la música de los cazadores sea tan monótona. El cesto del azúcar está colgado en los árboles de Navidad encima de sus narices, pero un poco alto. ¿Quiere usted que sigamos adelante?

—Todo es precioso y me gusta muchísimo, — dijo María levantándose para seguir a Cascanueces, que había echado a andar.

Pasaron a lo largo de un arroyo cantarín y alegre, en el que se advertía el mismo aroma delicioso del resto del bosque.

—Es el arroyo de las naranjas, — respondió Cascanueces a la pregunta de María; — pero, aparte su aroma, no tiene comparación en tamaño y belleza con el torrente de los limones, que, como él, vierte en el mar de las almendras.

En seguida escuchó María un ruido sordo y vió el torrente de limones, que se precipitaba en ondas color perlas entre arbustos verdes chispeantes como carbunclos. Del agua murmuradora emanaba una frescura reconfortante para el pecho y el corazón. Un poco más allá corría un agua amarillenta, más espesa, de un aroma penetrante y dulce, y a su orilla jugueteaban una multitud de chiquillos, que pescaban con anzuelo, comiéndose al momento los pececitos que pescaban. Al acercarse, observó María que los tales pececillos parecían avellanas. A cierta ta distancia divisábase un pueblecito a orillas del torrente; las casas, la iglesia, la rectoral, las alquerías, todo era pardusco, aunque cubiertos con tejados dorados; también se veían unos muros tan bonitamente pintados como si estuviesen sembrados de corteza de limón y de almendras.

—Es la patria del alajú, — dijo Cascanueces, — que está situada a orillas del arroyo la miel; ahí habitan gentes muy guapas, pero casi siempre están desconten-

tas por que padecen de dolores de muelas. No los visitaremos por esta razón.

Luego divisó María una ciudad pequeña, compuesta de casitas transparentes y claras, que resultaba muy linda. Cascanueces dirigióse decididamente a ella, y María escuchó un gran estrépito, viendo que miles de personajes diminutos se disponían a descargar una infinidad de carros muy cargados que estaban en el mercado. Lo que sacaban estaba envuelto en papeles de colores y semejaba a pastillas de chocolate.

Estamos en el país de los bombones, — dijo Cascanueces, — y acaba de llegar un envío del país del papel y del rey del chocolate. Las casas del país de los bombones están seriamente amenazadas por el ejército que manda el almirante de las moscas, y por está causa la cubren con los dones del país del papel y construyen fortificaciones con los envíos del papel del chocolate. Pero en este país no nos hemos de conformar con ver los pueblos, sinó que debemos ir a la capital.

Y Cascanueces guió hacia la capital a la curiosa María.

Al poco tiempo notó un pronunciado olor a rosas y todo apareció como envuelto en en una niebla rosada. María observó que aquello era el reflejo de un agua de ese color que en ondas armoniosas y murmuradoras corría ante sus ojos. En aquel lago encantador, que se ensanchaba hasta adquirir las proporciones de un inmenso mar, nadaban unos cuantos hermosos cisnes plateados, a cuyos cuellos estaban atadas cintas de oro y cantaban a porfía las canciones más lindas; y en las rosadas ondas, los pececillos diamantinos iban de un lado para otro, como danzando a compás.

—¡Ah — exclamó María entusiasmada. — Este es un lago como el que me quería hacer el padrino Drosselmeier en una ocasión, y yo soy la niña que acariciaría los cisnes.

Cascanueces sonrió de un modo más burlón que nunca y dijo:

—El tío no sabría hacer una ocsa semepante; usted, quizá, sí, querida señorita Stahlbaum... Pero no discutiremos por esto; vamos a embarcarnos y nos dirigiremos, por el lago de las rosas, a la capital

LA CAPITAL

Cascanueces dió una palmada: el lago de las rosas camenzó a agitarse más, las olas se hicieron mayores y María vió que a lo lejos deñgíase hasta donde estban ellos un carro de carey, de marfil y claro resplandeciente, tirado por dos delfines de escamas doradas. Doce negritos monísimos, con monteritas y delantalitos tejidos de pluma de colibrí, saltaron a la orilla y trasladaron a María y luego a Cascanueces, deslizándos suavemente sobre las olas, al carro, que en el mismo instante se puso en movimiento. ¡Qué hermosura verse en el carro de carey, embalsamado de aromas de rosas y conducido por encima de las olas rosadas! Los dos delfines de escamas doradas levantaban sus fauces, y al resoplar brotaban de ellas brillantes cristales que alcanzaban a gran altura, volviendo a caer en ondas espumosas y chispeantes. Luego pareció como si cantaran multitud de vocecillas. "¿Quién boga por el lago de las rosas?... ¡El hada!... Mosquitas, ¡sum, sum, sum! Pececillos, ¡sim, sim, sim! Cisnes ¡cua, cua, cua! Pajaritos, ¡pi, pi, pi! Ondas del torrente, agitaos, cantad, observad... El hada viene. Ondas rosadas, agitaos, refrescad, bañad." Pero los doce negritos, que habían descendido de carro de carey, tomaron muy a mal aquel canto y sacudieron sus sombrillas con tal fuerza que las hojas de palmera de que estaban hechas empezaron a sonar y castañear, y ellos al tiempo acompañaban con los pies, haciendo una cadencia extraña y cantando: "¡Clip, clap, clip, clap! cortejo de negros, no calleis; no os esteis quietos, pececillos; danzad, cisnes; balancéate, carro de carey, balancéate. ¡Clip, clap, clip, clap!"

—Los negros son muy alegres, — dijo Cascanueces un poco sorprendido, — pero alborotan todo el lago.

En efecto, en seguida se oyó un gran murmullo de voces extraordinarias que parecía como si saliesen del agua y flotasen en el tire.

María no se fijó en las últimas, sinó que miró a las ondas rosadas, en las cuales vió reflejarse el rostro de una muchacha encantadora que le sonreía.

—¡Ah! — exclamó muy contenta, palmoteando. — Mire, señor Drosselmeier, allá abajo está la princesa Pirlipat, que me sonríe de un modo admirable. ¿No la vé usted, señor Drosselmeier.

—Querida señorita de Stahlbaum, no es la princesa Pirlipat; es su mismo rostro el que le sonríe en las ondas de rosa.

María volvió la cabeza, avergonzada, y cerró los ojos.

En aquel instante encontrose transladada por los mismos negros a la orilla, y en un matorral casi tan bello como el bosque de Navidad, con mil cosas admirables y, sobre todo, con unas frutas raras que colgaban de los árboles y de las cuales no sólo tenían los colores más lindos, sinó que olíon divinamente.

—Estamos en el bosque de las confituras, — dijo Cascanueces; — pero ahí está la capital.

Entonces vió María algo verdaderamente inesperado. No sé, cómo lograría yo, queridos niños, explicaros las bellezas y las maravillas de la cludad que se extendía ante los ojos de María en una pradera flarida. Los muros y las torres estaban pitados de colores preciosos; la forma de los edificios no tenía igual en el mundo. en vez de tejados, lucían las casas coronas lindamente tejidas, y las torres, guirnaldas de hojas verdes de lo más bonito que se puede ver. Al pasar por la puerta, que parecía edificada de macarrones y de frutas escarchadas, siete soldados les presentaron armas, y un hombrecillo con una bata de brocado echóse al cuello a Cascanueces, saludándolo con las siguientes palabras:

—Bien venido seais, querido príncipe; bien venido al pueblo de Mermelada.

María admiróse no poco al ver que Dros-

selmeinr era considerado y tratado como príncipe por un hombre distinguido. Luego oyó un charlar confuso, un parloteo, unas risas, una música y unos cánticos que la distrajeron de todo lo demás, y sólo pensó en averiguar su causa.

—Querida señorita Stahlbaum, — respondió Cascanueces, — No tiene nada de particular. Mermelada es una ciudad alegre; siempre está lo mismo. Pero tenga la bondad de seguirme un poco más adelante.

Apenas anduvieron unos pasos, llegaron a la plaza del Mercado, que presentaba un aspecto hermoso. Todas las casas de alrededor eran de azúcar trabajada con calados y galerías superpuestas; en el centro alzábase un ramillete a modo de obelisco; de él lanzaban a gran altura sus juegos de agua cuatro fuentes muy artísticas de grosella, limonada y otras bebidas dulces, y en las tazas remansaba la crema, que se podía coger a cucharadas. Y lo más bonito de todo eran los miles de lucecillas que, colocadas encima de otras tantas cabezas, iban de un lado para otro gritando, riendo, bromeando, cantando... en una palabra, armando el alboroto que María oyera desde lejos. Veíanse gentes bellamente ataviadas: armenios, griegos, judios y tiroleses, oficiales y soldados, sacerdotes, pastores y bufones; en fin, todos los personajes que se pueden hallar en el mundo. En una de las esquinas era mayor el tumulto; la gente se atropellaba, pues pasaba el Gran Mogol en su palanquín, acompañado por noventa y tres grandes del reino y ciento siete esclavos. En la esquina opuesta tenía su fuerte el cuerpo de pescadores, que sumaban quinientas cabezas y lo peor fué que el Gran Señor turco tuvo la ocurrencia de irse a pasear a la plaza, a caballo, con tres mil genízaros, yendo a interrumpir el cortejo que se dirigía al ramillete central cantando el himno Alabemos al poderoso Sol. Hubo gran revuelta y muchos tropezones y gritos. A poco escuchóse un lamento; era que un pescador había cortado la cabeza a un bracmán, y al Gran Mogol por poco lo atropella un bufón. El ruido se hacía más ensordecedor a cada instante, y ya empezaba la gente a venir a las manos cuando hizo su aparición en la plaza el individuo de la bata de damasco que saludara a Cascanueces en la puerta de la ciudad dándole el título de príncipe, y subiéndose al ramillete tocó tres veces una campanilla y gritó al tiempo:

—¡Confitero!... ¡Confitero!... ¡Confitero!

Instantáneamente cesó el tumulto; cada cual procuró arreglárselas como pudo, y, después que se hubo desenredado el lío de coches, se limpió el Gran Mogol y se volvió a colocar la cabeza al bracmán, continuó la algazara.

—¿Qué ha querido decir con la palabra confitero, señor Drosselmeier? — preguntó María.

—Señorita, — respondió Cascanueces, — confitero se llama aquí a una potencia desconocida de la que se supone pueda hacer con los hombres lo que le viene en gana; es la fatalidad que pesa sobre este alegre pueblo, y le temen tanto que sólo con nombrarlo se apaga el tumulto más grande, como lo acaba de hacer el burgomaestre. Nadie piensa más en lo terreno, en romperse los huesos o en cortarse la cabeza, sino que todo el mundo se reconcentra y dice para sí: "¿Qué será ese hombre y qué es lo que haría con nosotros?

María no pudo contener una exclamación de asombro y admiración al verse delante de un palacio iluminado por los rojos rayos del sol; con cien torrecillas alegres. En los muros había sembrados ramilletes de violetas, narcisos, tulipanes, alhelíes, cuyos tonos obscuros hacían resaltar más y más el fondo rojo. La gran cúpula central del edificio, lo mismo que los tejados piramidales de las torrecillas, estaban sembrados de miles de estrellas doradas y plateadas.

—Estamos en el palacio de Mazapán — dijo Cascanueces

María perdíase en la contemplación del maravilloso palacio; pero no se le escapó que a una de las torres grandes le faltaba el tejado. A lo que se podía presumir, unos hombrecillos encaramados en un andamiaje armado con ramas de cinamomo trataban de repararlo. Antes de que preguntase nada a Cascanueces, explicó éste:

—Hace poco amenazó al hermoso palacio un hundimiento serio, que bien pudo haber llegado a la destrucción total. El gigante Goloso pasó por aquí, se comió el tejado de esa torre y dió un bocado a la gran cúpula; los ciudadanos de Mermelada le dieron como tributo un barrio entero y una parte considerable de bosque de confituras, con lo cual se satisfizo y se marchó.

En aquel momento oyóse una música agradable y dulce; las puertas del palacio se abrieron, dando paso a doce pajecillos con tallos de mirasol encendidos que llevaban a modo de hachas. Su cabeza consistía en una perla; los cuerpos, de rubíes y esmeraldas, y marchaban sobre piececillos diminutos de oro puro. Seguíanlos cuatro damas de un tamaño aproximado a la muñeca Clarita, de María, pero tan maravillosamente vestidas que María reconoció en seguida en ellas a las princesas. Abrazaron muy cariñosamente a Cascanueces, diciéndole conmovidas:

—¡Oh príncipe! ¡Oh hermano mío!

Cascanueces, muy conmovido, limpióse las lágrimas que inundaban sus ojos, tomó a María de la mano y dijo en tono patético:

—Esta señorita es María Stahlbaum, hija de un respetable consejero de Sanidad y la que me ha salvado la vida. Si ella no tira a tiempo su zapatilla, si no me proporciona el sable del coronel retirado, estaría en la sepultura, mordido por el maldito rey de los ratones. ¿Puede compararse con esta señorita la princesa Pirlipat, a pesar de su nacimiento, en belleza, bondad y virtud? ¡No, digo yo; no!

Todas las damas dijeron asimismo "no",

y echaron los brazos al cuello de María, exclamando entre sollozos:

—¡Oh noble salvadora de nuestro querido hermano el príncipe!... ¡Oh boninísima señorita de Stahlbaum!

Las damas acompañaron a María y al Cascanueces al interior del palacio, conduciéndolos a un salón cuyas paredes eran de pulido cristal de tonos claros. Lo que más le gustó a María fueron las lindas sillitas, las cómodas, los escritorios, etc., etc., que estaban diseminados por el salón, y que eran de cedro o de madera del Brasil con incrustaciones de oro semejando flores. Las princesas hicieron sentar a María y a Cascanueces, diciéndoles que iban a prepararles la comida. Presentaron una colección de pucheritos y tacitas de la más fina porcelana española, cucharas, tenedores, cuchillos, ralladores, cacerolas y otros utensilios de cocina de oro y plata. Luego sacaron las frutas y golosinas más hermosas que María viera en su vida, y comenzaron, con sus manos de nieve, a prensar las frutas, a preparar la sazón, a rallar la almendra; en una palabra, trabajaron de tal manera, que María pudo ver que eran buenas cocineras y comprendió que preparaban una comida exquisita. En lo íntimo de su ser deseaba saber algo de aquellas cosas para ayudar a las princesas. La más hermosas de ellas, como si hubiese adivinado su deseo, alargó a María un mortero de oro, diciéndole:

—Dulce amiguita, salvadora de mi hermano, machaca un poco de azúcar cande.

Mientras María machacaba afanosa y el ruido que hacía en el mortero sonaba como una linda canción, Cascanueces comenzó a contar a sus hermanas la terrible batalla entre sus tropas y las del rey de los ratones, la cobardía de su ejército, que quedó casi batido por completo, y la intención del rey de los ratones de acabar con él, y el sacrificio que María hizo de muchos de sus ciudadanos, etc., etc., María estaba cada momento más lejos del relato y del ruido del mortero, llegando al fin a ver levantarse una gasa plateada a modo de neblina en la que flotaban las princesas, los pajes, Cascanueces y ella misma, escuchando al tiempo un canto dulcísimo y un murmullo extraño, que se desvanecía a lo lejos y subía y subía cada vez más alto.

CONCLUSION

¡Brr!..., ¡pum¡... María cayó de una altura inconmensurable... ¡Qué sacudida! Pero abrió los ojos y se encontró en su camita; era muy de día, y su madre estaba a su lado, diciendo:

—Vamos, ¿cómo puedes dormir tanto? Ya hace mucho tiempo que está el desayuno.

Comprenderás, público respetable, que María, entusiasmada con las maravillas que viera, concluyó por dormirse en el salón del palacio de Mazapán, y que los negros, los pajes o quizás las princesas mismas la trasladaron a su casa y la metieron en la cama.

—Madre, querida madre, no sabes dónde me ha llevado esta noche el señor Drosselmeier y las cosas tan lindas que me ha enseñado.

Y contó a su madre todo lo que yo acabo de referir; y la buena señora maravillose no poco.

Cuando María acabó su relación, dijo su madre:

—Has tenido un sueño largo y bonito, pero procura que se te quiten esas ideas de la cabeza.

María, testaruda, insistía en que no había soñado y que en realidad vió todo lo que contaba. Entonces su madre la tomó de la mano y la condujo ante el armario, donde enseñándole el Cascanueces, que, como de costumbre, estaba en la tercera tabla, le dijo:

—¿Cómo puedes creer, criatura, que este muñeco de madera de Nuremberg pueda tener vida y movimiento?

—Pero, querida madre, — repuso María, — yo sé muy bien que el pequeño Cascanueces es el joven Drosselmeier de Nuremberg, el sobrino del magistrado.

El consejero de Sanidad y su mujer soltaron la carcajada.

—¡Ah! — dijo María casi llorando. — No te rías de mi Cascanueces, querido padre, que ha hablado muy bien de ti; precisamente cuando me presentó a sus hermanas las princesas en el palacio de Mazapán dijo que eres un consejero de Sanidad muy respetable.

Mayores fueron aún las carcajadas de los padres, a las que se unieron las de Luisa y Federico .

María se metió en su cuarto, sacó de una cajita las siete coronas del rey de los ratones y se las enseñó a su madre, diciendo:

—Mira, querida madre, aquí están las siete coronas del rey de los ratones que me entregó anoche el joven Drosselmeier como trofeo de su victoria.

Muy asombrada contempló la madre las siete coronitas, tan primorosamente trabajadas en un metal desconocido que no era posible estuviesen hechas por manos humanas. El consejero de Sanidad no podía apartar la vista de aquella maravilla, y ambos, el padre y la madre, insistieron con María en que les dijese de dónde había sacado aquellas coronas, y como, y como quiera que su padre no la creyese y le dijera que era una mentirosa, comenzó a llorar amargamente, diciendo:

—¡Pobre de mí! ¿Qué puedo decir yo?

En aquel momento abrióse la puerta, dando paso al magistrado, que exclamó:

—¿Qué es eso, qué es eso? ¿Por qué llora mi ahijadita? ¿Qué pasa?

El consejero de Sanidad le enteró de todo lo ocurrido, enseñándole las coronitas.

En cuanto el magistrado las vió, echóse a reir, diciendo:

—¡Qué tonterías, qué tontería! Esas con las coronitas que hace años llevaba yo en la cadena del reloj y que le regalé a María el día que cumplió dos años. ¿No os acordáis?

Ni el consejero de Sanidad, ni su mujer se acordaban de aquello; pero María, obser-

vando que sus padres desarrugaban el ceño, echóse en brazos de su padrino y dijo:

—Padrino, tú lo sabes todo. Diles que Cascanueces es tu sobrino, el joven de Nuremberg, y que él es quien me ha dado las coronitas.

El magistrado púsose muy serio y murmuró:

—¡Tonterías, extravagancias!

Entonces el padre tomó a María en brazos y le sermoneó:

—Escucha, María: a ver si te dejas de imaginaciones y de bromas; si vuelves a decir que el insignificante y contrahecho Cascanueces es el sobrino del magistrado Drosselmieer, lo tiro por el balcón, y con él todas tus demás muñecas, incluso a la señorita Clara.

La pobre María no tuvo más remedio que callarse y no hablar de lo que llenaba su alma, pues podéis comprender perfectamente que no era fácil olvidar todas las bellezas que viera. El mismo Federico volvía la espalda cuando su hermana quería hablarle del reino maravilloso en que fué tan feliz, llegando algunas veces a murmurar entre dientes:

—¡Qué estúpida!

Trabajo me cuesta creer esto último conociendo su buen natural; pero de lo que sí estoy seguro es de que, como ya no creía nada de lo que su hermana le contaba, desagravió a sus húsares de la ofensa que les hiciera con una parada en toda regla; les puso unos pompones de pluma de ganso en vez de la divisa, y les permitió que tocasen la marcha del os húsares de la Guardia. Nosotros sabemos muy bien cómo se portaron los húsares cuando recibieron en cus chaquetillas rojas las manchas de las asquerosa balas...

A María no se le permitió volver a hablar de su aventura; pero la imagen de aquel reino encantador la rodeaba como de un susurro dulcísimo y de una armonía deliciosa; lo veía todo de nuevo en cuanto se lo proponía, y así, algunas veces, en vez de jugar como antes, se quedaba quieta y callada, ensimismada, como si la acometiera un sueño repentino.

Un día, el magistrado estaba arreglando uno de los relojes de la casa. María, sentada ante el armario de cristales y sumida en sus sueños, contemplaba al Cascanueces; sin advertirlo, comenzó a decir:

—Querido Drosselmeier: si vivieses, yo no haría como la princesa Pirlipat; yo no te despreciaría por haber dejado de ser por causa mía un joven apuesto.

El magistrado exclamó:

—Vaya, vaya, ¡qué tonterías!...

Y en el mismo momento sintióse una sacudida y un gran ruido, y María cayó al suelo desmayada.

Cuando volvió en sí, su madre, que la la atendía, dijo:

—¿Cómo te has caído de la silla siendo ya tan grande? Aquí tienes al sobrino del magistrado, que ha venido de Nuremberg...; a ver si eres juiciosa.

María levantó la vista. El magistrado se había puesto la peluca y su gabán amarillo y sonreía satisfecho; en la mano tenía un muñequito pequeño, pero muy bien hecho; su rostro parecía de leche y sangre; llevaba un traje rojo adornado de oro, medias de seda blanca y zapatos y en la chorrera un ramo de flores; iba muy rizado y empolvado, y a la espalda colgábale una trenza; la espada, colgada de su cinto, brillaba constelada de joyas, y el sombrerito, que sostenía debajo del brazo, era de pura seda. Demostraba sus buenas costumbres en que había traído a María una infinidad de muñequitos de mazapán y todas las figuritas que el rey de los ratones le comiera. A Federico también le traía un sable. En la mesa partió con mucha soltura nueces para todos; no se le resistían ni las más duras; con la mano derecha se las metía en la boca, con la izquierda levantaba la trenza y..., ¡crac..., la nuez se hacía pedazos.

María se puso roja cuando vió al joven, y más roja aún cuando, después de comer, el joven Drosselmeier la invitó a salir con él y a colocarse junto al armarió de cristales.

—Jugad tranquilos, hijos míos, — dijo el magistrado; — como todos mis relojes marchan bien, no me opongo a ello.

En cuanto el joven Drosselmeier estuvo solo con María hincóse de rodillas y exclamó:

—Distinguísima señorita de Stahlbaum: aquí tiene a sus pies al feliz Drosselmeier, cuya vida salvó usted en este mismo sitio. Usted, con su bondad característica, dijo que no me despreciaría si por su causa huque no med espreciaría si por su causa hubiera perdido mi apostura. En el mismo momento dejé de ser un vulgar Cascanueces y recobré mi antigua figura. Distinguida señorita, hágame feliz concediéndome su mano; comparta conmigo reino y corona; reine conmigo en el palacio de Mazapán, pues allí soy el rey.

María levantó al joven y dijo en voz baja:

—Querido señor Drosselmeier: es usted un hombre amble y bueno, y como además posee usted un reino simpático en el que la gente es muy amable y alegre, le acepto como prometido.

Desde aquel momento fué María la prometida de Drosselmeier. Al cabo de un año dicen que fué a buscarla en un coche de oro tirado por caballos plateados. En las bodas bailaron veintiún mil personajes adornados con perlas y diamantes, y María se convirtió en reina de un país en el que sólo se ven, si se tienen ojos, alegres bosques de Navidad, transparentes palacios de Mazapán, en una palabra, toda clase de cosas asombrosas.

Este es el cuento de "El Cascanueces y el rey de los ratones".

ERNST HOFFMANN.

LA ABUELA DE SYLVIA

Por Cynthia Harnett

"Yo no debo pedirle a usted que se case conmigo, Sylvia", — dijo Jimmy.

—Señor: el carruaje espera, — anunció Jimmy pomposamente, dirigiéndose al espejo.

Después lanzó un profundo suspiro, adoptó una nueva actitud y ensayó de nuevo.

—Señor; el carruaje espera.

No le salía bien. Jimmy resultaba un lacayo de muy buen aspecto, pero era un fracaso en clase de actor, aun cuando fuese actor aficionado.

No podía representar; no había pedido nunca. Y sucedía que todo lo demás que sabía hacer, — y lo hacía muy bien, por cierto, — había dejado de interesarle por completo.

¿De qué le servía haber hecho dos goals en el match universitario? ¿De qué demonios le servía haber ganado el concurso de peso mediano? ¿De qué le servía, después de todo, haber sido nombrado para ocupar un excelente empleo, con excelente perspectiva además, si a lo único que aspiraba su alma en aquel momento era resultar un actor tan bueno como el famoso Irving y obtener un grandísimo éxito junto con Silvia que hacía el papel de primera actriz?

Por eso había sido que Jimmy había admitido que le hicieran figurar en el programa de la reperesentación de aficionados organizada por su tía con el simple título de "Lacayo", y verse condenado a mirar cómo la admirable primera actriz soportaba las rendidas atenciones de su adorador teatral.

Era algo que Jimmy casi no podía sufrir. Ya era bastante malo el saber que Sylvia Melberry y se hallaba, fuera como fuera, a muchas millas de su alcance. ¿Cómo podía él, que no contaba más que con cuatrocientas libras por año, y sus esperanzas de mejora, aspirar a la mano de una joven que heredaría una fortuna que le quitaba a uno el sentido? No podía casarse con ella porque tenía dinero. Tratándose de una joven mimada por una indulgente y débil abuela, no podía casarse con ella sin contar con el dinero. En consecuencia, Jimmy se veía obligado a sufrir en silencio viendo a docenas de cazadores de fortunas rondar en torno de la joven, dedicándola sin escrúpulos las más rendidas atenciones.

Pero aun cuando veíase obligado a ocultar sus heridas, Jimmy no podía alejarse de la zona de peligro. Y cuando su tía, inclinada a la realización de obras caritativas, reunió a un grupo de gente joven y dotada de talento dramático para aliviar la suerte de los caballos de coches de alquiler fuera de servicio, e invitó a Sylvia para que fuese la estrella del reparto, Jimmy se encontró con que el teatro le apasionaba.

—Claro que sí, Jimmy, tú tomarás parte en la reperesentación, — asintió su tía. — Yo encontraré para tí un papelito fácil. Lo que me falta todavía es un buen intérprete para darle el papel del protagonista. Tiene que ser bueno porque Sylvia es una maravillosa actriz. Puede interpretar cualquier papel a la perfección. Creo que si no fuese porque va a heredar el fortunón de su abuela, ya se hubiese edicado al teatro.

* * * *

JIMMY gruñó para sus adentros cuando recordó la conversación. Siempre pasaba lo mismo. En toda cuestión que se suscitaba ya fuese cuestión de dinero, de belleza y de habilidad para represntar comedias, Sylvia parecía moverse siempre en un nivel superior mientras él mordía el polvo de la vulgaridad.

—Señor; el carruaje espera, — repitió con aire de desafío.

Con salvaje brusquedad se encasquetó una empolvada peluca, se puso la conveniente librea de "peluche" azul, que le habían dado para representar su papel, y bajó al piso inferior.

Entre telones había como un torbellino de excitación; la comedia debía comenzar dentro de cinco minutos.

Jimmy se instaló entre bastidores de pie junto al improvisado escenario que quedaba en alto frente a él y en sitio donde podía ver toda la comedia y no perder ni uno solo de los movimientos de la primera actriz.

Antes de que se levantara el telón para dar comienzo al primer acto se vió recompensado.

—¡Hola, Jimmy! — le dijo Sylvia cuando pasó junto a él, deslumbrante con su vestido para la comedia. — ¿Está usted esperándome ahí para darme valor?

Poniéndose muy colorado Jimmy balbuceó algo parecido a "Buena suerte".

—¿Se sabe su papel? — le preguntó Sylvia. — No vaya a olvidarse de lo que tiene que decir. Es muy importante ¿sabe usted? Su frase constituye el pie para mi salida. No me vaya a hacer salir tarde ¿eh?

Jimmy cambió de aspecto; su rostro se puso jubiloso y alegre, ensanchó los hombros, hinchó el pecho y se dispuso a hacer su papel lo mejor posible.

—Señor; el carruaje espera, — dijo en voz muy baja.

* * * *

CAYO el telón en medio de los más violentos aplausos. Una y otra vez Sylvia tuvo que salir a saludar al público. Entre bastidores Jimmy entusiasmado aplaudía y gritaba hasta quedarse ronco.

Por último el publico se cansó de aplaudir; el telón cayó por última vez; Jimmy vió que Sylvia cruzaba el vacío escenario dirigiéndose hacia el sitio donde él estaba.

—¡Bravo! — exclamó él, entusiasta. — ¡Bien representado y bien recitado! ¡Bravo!

Sylvia se ruborizó de gusto: inclinándose hacia él, que estaba a un nivel más bajo, al pie del escenario.

—Déme una mano, — solicitó ella dulcemente. — Deseo saltar desde aquí ahí abajo.

Con toda atención tendió Jimmy no una mano sino las dos.

—¡Salte usted, pues! — la invitó.

Entonces, sin avisarlo previamente, — Jimmy supo después que el maquinista del escenario al querer apagar la luz de la batería se había equivocado de llave, pero en aquel momento al joven se le figuró que el cielo había intervenido directamente en su favor, — sin avisarlo previamente, se apagaron por completo todas las luces.

—¡Oh! — gritó Sylvia cayendo por la orilla de la plataforma que constituía el escenario.

Jimmy se dió cuenta en seguida de que algo pesado le caía en los brazos, de que una mejila suave se apoyaba en sus labios, de que le envolvía el rostro una niebla de perfumado cabello.

Se agarró con fuerza a lo que así le caía encima y perdió instantáneamente la cabeza.

—¡Sylvia! — murmuró con voz ronca. — ¡Adorada Sylvia!

Algunos momentos después el electricista descubrió el error y Sylvia con las mejillas muy rojas, se sacudió el algo arrugado vestido.

—Sylvia; quiero decirle, Sylvia... — tartamudeó Jimmy entre encantado y confundido. — Yo no pensaba... mejor dicho, no debía en realidad, haberle preguntado a usted si quería casarse conmigo.

—¿Por qué no, Jimmy? — preguntó suavemente ella.

—Es el caso, — explicó Jimmy sudando, — que yo no tengo más dinero que el que gano y usted tiene muchísimo. Estaba decidido a morderme la lengua antes de atreverme a cortejarla, Sylvia.

—Pero no se la mordió, — dijo Sylvia sonriente. — En verdad no le quedaba cómo escoger ¿no es cierto? porque yo le caí literalmente en los brazos.

—Pero usted comprende... — prosiguió Jimmy dolorosamente.

Sylvia se agarró a las solapas del traje de "peluche" azul y miró a Jimmy cara a cara.

—Oiga Jimmy, dígame la verdad. ¿Usted se casaría conmigo si yo fuese pobre?

—¡Claro que sí! Siempre he deseado casarme con usted, fuera como fuera.

—¿Está enteramente seguro? No me crea grosera por que le careo a usted de este modo, pero no se puede usted imaginar lo que molesta el tener un poco de dinero. Todos elogian y cortejan a la que tiene dinero y una llega a sentir que no puede tener confianza en nadie precisamente porque son tantos los que solicitan esa confianza.

—Yo hubiese deseado casarme con usted, — dijo Jimmy solemnemente, — si usted no hubiera tenido ni siquiera un solitario penque.

Sylvia dejó por fin de mirarle cara a cara y, pensativa, le sacudió el polvo a un hombro de la casaca de "peluche" azul.

—Querido Jimmy, — dijo en voz baja. — Yo sabía que usted me quería de veras. Pero, Jimmy, hay que pensar en un detalle. Es enteramente necesario que vaya usted a hablarle de esto a mi abuelita.

Jimmy pensó que si había de ser para conseguir lo que tanto deseaba, iría a ver aun cuando fuese al gran Kan de Tartaria.

—Usted comprende, — prosiguió Sylvia, — que mi abuelita, como tiene algún parecido con el dragón de la leyenda, es algo difícil de convencer en ciertos casos. Es medio francesa y medio inglesa, y ya sabe usted lo exigente que son los franceses en estos asuntos.

—Supongo que pensará que yo no soy suficientemente bueno para usted, — dijo Jimmy tristemente.

—Algo difícil es, — asintió Silvia. — Es viejísima y está impedida, y casi no ve nunca a nadie. Pero ella es la que me ha criado y ella es la que dispone en absoluto de mí.

—¡Muy bien! — dijo Jimmy valerosamente. — Pero ¿cuándo debo ir? ¿Cómo he de hacer para conseguir que me reciba?

Sylvia le miró de nuevo y se sonrió.

—¡Muy bien! ¡Me gusta verle tan decidido! — aprobó suavemente. — Yo que usted iría a verla mañana... a las cuatro. Deje a mi cargo el arreglarlo todo para la entrevista.

* * * *

CON el corazón palpitándole precipitadamente se presentó el siguiente día en la mansión de la familia Melberry.

El presentarse él, — cortejante sin dinero, — a solictar la mano de la heredera de una aristocrática y anciana señora, — de origen francés nada menos, — era algo que no le resultaba realmente agradable.

Lady Melberry estaba en casa, según se lo dijo el mayordomo que abrió la puerta a su llamado; estaba esperándole.

A la puerta de un extenso salón de recibo su nombre fué anunciado por el mayordomo con una voz que a Jimmy le pareció que tenía que ser oída en toda la extensión del globo terráqueo. Emprendió algo así como un viaje a través del desierto cruzando por el alfombrado piso hasta llegar al oasis situado junto a una lejana chimenea.

Aún cuando recién empezaba a anocuecer, las cortinas estaban corridas, y una lámpara de pie iluminaba un rincón de la

sala. Junto a la chimenea, en un sillón de respaldo alto y costados sobresalientes para apoyar la cabeza, — un verdadero sillón de abuelita, — estaba sentada una señora.

Jimmy apenas pudo distinguir la silueta de la cabeza, su cabello blanquísimo envuelto en un chal de blonda que luego le envolvía el cuello y caía por los hombros.

—¿El señor... Davenant? — preguntó ella. Su voz era aguda y temblona y se expresaba con marcado acento extranjero. — Mi nieta me dijo que usted iba a venir a verme. ¿No desea usted sentarse?

Jimmy sentía que la anciana tenía los ojos fijos en él. Pero sentado él donde le daba de lleno la luz de la lámpara y la anciana en la sombra, su posición era desventajosa.

—La señorita Melberry me ha dicho... es decir yo, como desearía casarme con su nieta, señora... — tartamudeó.

—¿De veras? — dijo la anciana fríamente. — Lamento que usted se haya tomado la molestia de venir a verme, porque lo que usted pretende es imposible. Ese casamiento no puede ser autorizado por mí.

—¿Eh? ¿Cómo? Usted perdone, mejor dicho. Pero ¿qué me ha contestado usted? — tartamudeó Jimmy, poniéndose muy pálido.

—He dicho que ese casamiento no puede celebrarse. Tengo otros planes en vista para mi querida nieta.

—¿Otros planes? Pero... sepa usted que eso no puede ser. Estamos ya comprometidos. Yo lamento muchísimo molestarla; pero yo adoro a Sylvia y ella me ama. Así me lo ha dicho.

La anciana dió unos impacientes golpecitos en el suelo con su bastón de ébano.

—¿Cómo es eso? ¿Enamorados? ¿Sabe usted, joven, que yo dispongo del dinero de mi nieta? Si a mí se me antoja, se quedará sin un solo penique.

Jimmy empezaba a acalorarse.

—A mí no me interesa el dinero, — dijo enérgicamente. — No quiero casarme con su dinero; quiero casarme con ella.

—¿Con qué se propone usted vivir?

—¿Vivir? Gano actualmente cuatrocientas libras al año y ganaré más, más adelante.

—¿Más adelante? — replicó la anciana. — ¡Con cuatrocientas libras se morirían ustedes de hambre!

Jimmy no pudo contenerse ya.

—¡Deseo casarme con Sylvia! — insistió tozudamente. — Haré todo cuatno pueda por hacerla feliz. Pero si usted supone que me hará desistir desheredándola hasta del último penique, está usted enteramente equivocada.

—¡Bah! — exclamó enojada. — ¡Qué impertinente es este joven! Compréndame usted bien: si Sylvia se casa con usted, Sylvia no verá ni un solo penique de mi dinero.

Jimmy se levantó rápidamente.

—Comprendo muy bien, — dijo jovialmente. — No estoy enteramente seguro, pero creo que me ha prestado usted un gran servicio. El dinero de Sylvia no había hecho más que fastidiarme hasta ahora. Creo que a Sylvia le será tan indiferente como a mí, y me alegro de que así sea. ¡Si ella prefiere heredar al dinero a casarse conmigo, que lo herede! ¡Pero no lo preferirá!

* * * *

JIMMY se sentía jubiloso. Había entrado en aquel salón sintiéndose como un pariente pobre. Pero después de haber dicho lo que había dicho, le parecía que su pabellón flotaba orgulloso nuevamente y se hallaba dispuesto a todo.

De repente miró.

En las profundidades de su mullido sillón, la anciana se acercaba al rostro su pañuelo de encaje. Estaba temblando de pies a cabeza.

—¡Dios mío! — díjose Jimmy. — ¡Está llorando!

De detrás del pañuelo de encaje se oyó una serie de gritos inarticulados.

—¡Por vida de Colón! — exclamó Jimmy en voz alta. — ¡Histerismo! ¡Un ata-

"PUCKY" Magazine

APARECE TODOS LOS VIERNES

Un año de suscripción en toda la República (52 números) $ 9.- m/n.

"¡Cómo Sylvia se case con usted, — dijo lady Melberry, — no heredará ni un solo penique de mi fortuna!"

que de nervios! ¡Vaya, vaya! ¡Agua! ¡Socorro! ¡La señora está con un ataque!

Se volvió, dirigiéndose hacia la puerta.

—¡Jimmy! ¡No sea tonto! ¡No se vaya!

Detúvose tan violentamente, que sin querer patinó un espacio por la alfombra de Persia de la sala, y pudo conservar el equilibrio mediante un gran esfuerzo.

Después abrió la boca, asombrado.

Porque lady Melberry, con el chal flotando tras ella y arrastrando las largas polleras, le siguió como loca por el salón hasta que le alcanzó y le echó los brazos al cuello.

—¡Jimmy! — gritó. — ¡No se vaya! ¡Venga!

—¡Por Cristóforo Colombo! — exclamó Jimmy.

Se volvió hacia la luz, y a pesar de la caracterización, — hecha de mano maestra, como pudiera hacerla una gran actriz, — reconoció el rostro de Sylvia.

* * * *

"¿ME perdonará usted? — preguntó ella en voz baja. — Comprendo que fué una atrocidad de mi parte, pero dése cuenta de que yo necesitaba estar enteramente convencida de que usted me quería a mí y no quería a mi dinero."

—Bueno; ¿está usted convencida ya?

Sylvia inclinó la cabeza, — cubierta aún por la peluca blanca, — en señal de asentimiento.

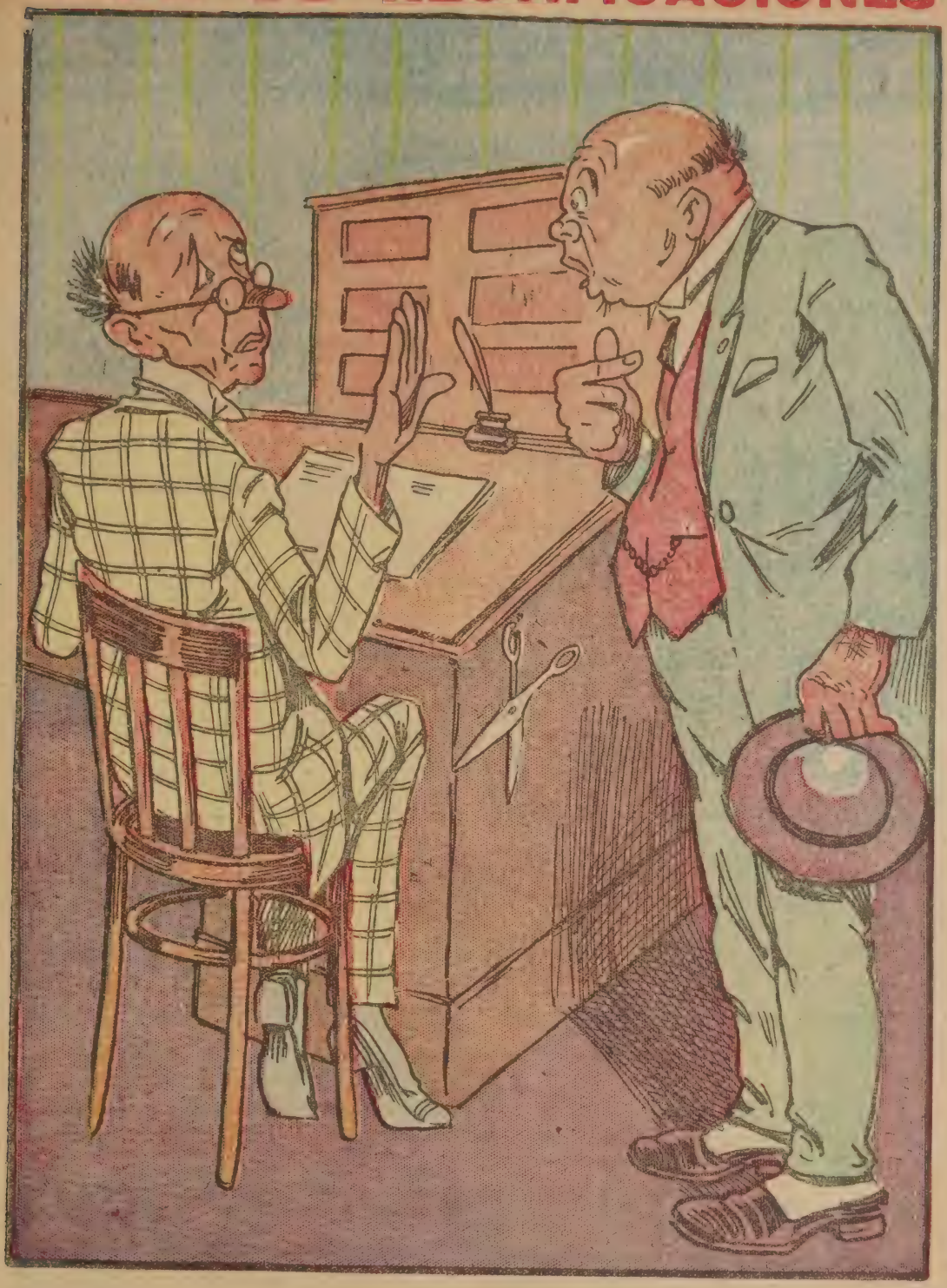
—Positivamente convencida, Jimmy. Pero dígame: ¿no estoy bien caracterizada? ¿No resulto una maravillosa viejita?

—¡Asombrosa! — asintió Jimmy. — Pero ¿qué dirá a todo esto su verdadera abuelita?

—¿Que qué dirá? — repitió Sylvia. — ¿Mi abuelita decir algo? Nunca dice nada respecto a lo que yo hago. Ella se figura que yo soy la perfección en persona.

—¡Y en eso tiene muchísima razón! — dijo Jimmy alegremente.

CYNTHIA HARNETT.



—Señor, en su diario de ayer ha dado usted la noticia de mi muerte y ese es un error, pues estoy vivo. He venido, pues, a solicitar que usted rectifique esa noticia.

El director del diario: — ¡Imposible, señor. Todo lo que publica nuestro diario es verdad; no rectilcamos jamás. Lo más que podemos hacer es inscribirle a usted en la lista de nacimientos del día.

—Usted me dijo que este carbón era económico — pero es un carbón que no se enciende ¿sabe?, que no se enciende por más que hago.

—¿Y qué más quiere?

—¡Cómo!

—Si no se enciende le resulta el más económico del mundo. Así le durará siempre.

UN CUENTO MUY DIVERTIDO

Aeroplanos sin motor

Por CAMI

(Traducción del francés)

ACTO PRIMERO

LOS PREPARATIVOS

La escena representa un aeródromo en un día de viento.

Una multitud abigarrada y compacta llena el aeródromo para presenciar los vuelos de los nuevos y originales aeroplanos sin motor.

El presidente del Club Aeronáutico Nacional, varios senadores, algunos diputados y otras diversas personalidades forman un grupo, junto a los intrépidos aviadores, al lado de los aeroplanos sin motor que van a tomar parte en la prueba.

EL PRESIDENTE DEL CLUB AERONAUTICO NACIONAL

(Hablando por una bócina para ser escuchado en todas partes). — ¡Atención! Van a comenzar, si el tiempo no lo impide, los arriesgados vuelos de los aeroplanos sin motor.

EL VIEJO E INEXPERTO SENADOR

¿Si el tiempo no lo impide? ¿Qué quiere usted decir? Nadie puede negar que hace un día de viento infernal.

EL PRESIDENTE DEL CLUB AERONAUTICO NACIONAL

Precisamente. Los aeroplanos sin motor necesitan mucho viento para elevarse. Al decir "si el tiempo no lo impide" quiero hacer entender: "Si el viento no se calma."

EL VIEJO E INEXPERTO SENADOR

¡Ah, ya! Perdone usted. Soy un viejo e inexperto senador.

EL PRESIDENTE DEL CLUB AERONAUTICO NACIONAL

No esperéis que os haga un discurso explicando lo que son los aeroplanos sin motor. Los conocéis todos, y, además, estoy bastante afónico.

LA MULTITUD ABIGARRADA Y COMPACTA

¡Bravo! ¡Bravo! ¡Qué ingenioso presidente del Club Aeronáutico! ¡Bravo!

UN VIAJANTE DE COMERCIO IRLANDES

¡Hip, hip, hurra!

EL PRESIDENTE DEL CLUB AERONAUTICO NACIONAL

Pero si quiero advertir a la abigarrada y compacta muchedumbre que los aeroplanos sin motor carecen de las virtudes de los otros aeroplanos y que, en medio de su vuelo, suelen desplomarse sobre las multitudes abigarradas y hacer muchos heridos.

LA MULTITUD ABIGARRADA Y COMPACTA

Esa advertencia nos estremece. **(Grandes e intensos estremecimientos entre la multitud.)**

EL PRESIDENTE DEL CLUB AERONAUTICO NACIONAL

No os importe, sin embargo. Tengo previsto el caso, y sabré velar por la completa salud de todos vosotors. Nadie ignora que la cabeza es el sitio más delicodo y vulnerable del organismo humano. Pues bien: ved cómo he tomado mis medidas... ¡Ayudante!

EL UNIFORMADO Y ROBUSTO AYUDANTE

Mande usted.

EL PRESIDENTE DEL CLUB AERONAUTICO NACIONAL

Reparte entre la multitud abigarrada y compacta los cascos protectores de acero que ha adquirido el Club por mi iniciativa.

EL UNIFORMADO Y ROBUSTO AYUDANTE

En seguida. **(El ayudante reparte los cascos entre la multitud y pronto todos los espectadores cubren sus cabezas con hermosos y resistentes cascos de acero.)**

EL PRESIDENTE DEL CLUB AERONAUTICO NACIONAL

¿Véis? Cubiertos con vuestros cascos, ya no debe importaros que los aeroplanos sin motor os caigan encima. Al contrario, debéis desear que se desplomen sobre vosotros para que los aviadores no se estrellen.

LA MULTITUD ABIGARRADA Y COMPACTA

¡Viva el presidente! ¡Vivan las magníficas medidas del presidente! **(Entusiasmo delirante.)**

EL PRESIDENTE DEL CLUB AERONAUTICO NACIONAL

Gracias, gracias. Estoy emocionadísimo.

EL AVIADOR ROBERT

Es usted un genio, señor presidente. Y en agradecimiento a su proceder, permita que le regale esta media docena de calcetines de seda que me ha enviado mi amante, la señorita Trevilly, del coro de la Opereta. **(Le da los calcetines entre aclamaciones.)**

ACTO SEGUNDO

LA PARTIDA

La misma decoración del primer acto

EL PRESIDENTE DEL CLUB AERONAUTICO NACIONAL

Pueden comenzar los vuelos. **(El aviador Robert sube a su aparato.)**

EL AVIADOR ROBERT

En este momento glorioso, sólo se me ocurre una cosa: ¡Viva Francia!

TODOS

¡Vivaaaa! **(El aviador Robert se eleva con su aparato sin motor a impulsos del viento.)**

EL AVIADOR FRANCOIS

Una única frase se me viene a la mente en el instante de elevarme: ¡Viva Francia!

TODOS

¡Vivaaaa! **(El aviador François se eleva.)**

EL AVIADOR RENÉ

¿Y qué voy a deciros? ¡Viva Francia!

TODOS

(Con menor entusiasmo.) — ¡Vivaaaa! **(Se eleva René.)**

EL AVIADOR CHARLES

He aquí señores lo que yo digo en este momento solemne: ¡Viva Francia!

ALGUNOS

¡Viva! **(Se eleva Charles.)**

EL AVIADOR HENRY

Y yo, al partir para las misteriosas regiones del espacio, grito con intensa emoción: ¡Viva Francia!

UN ESCOLAR

Viva.

EL AVIADOR LOUIS

¡Ah, señores! La palabra es el don divino con que expresamos nuestros sentimientos. Yo voy a hacer uso de ese divino don y voy a exclamar sencillamente: ¡Viva Francia!

(Nadie le contesta.)

EL PRESIDENTE DEL CLUB AERONAUTICO NACIONAL

Verdaderamente, esto es patriótico, pero monótono.

ACTO TERCERO

LA TRAGEDIA

La misma decoración de los actos anteriores

EL PRESIDENTE DEL CLUB AERONAUTICO NACIONAL

Magníficos son los vuelos que están ejecutando los hermosos aeroplanos sin motor. Van describiendo amplias curvas por el espacio y no me extrañaría que alguno se decidiese a rizar el rizo.

EL VIEJO E INEXPERTO SENADOR

¿No cree usted, señor presidente, que el viento va calmándose?

EL PRESIDENTE DEL CLUB AERONAUTICO NACIONAL

¡Sí! ¡Maldición! ¡El viento se calma! ¡Ah! Los aparatos van a caer de un momento a otro. Pero no importa; gracias a mis medidas, los aviadores caerán sobre la multitud compacta y abigarrada y no se harán daño.

(Todos felicitan al presidente del Club Aeronáutico Nacional.)

(Caen con gran estrépito los aviadores Robert, François, René, Charles, Henry y Louis. Enorme revuelo y confusión.)

EL PRESIDENTE DEL CLUB AERONAUTICO NACIONAL

¡Vaya! Por fin han caído sobre la multitud. Están salvados.

EL UNIFORMADO Y ROBUSTO AYUDANTE

(Que llegó corriendo.) — Señor presidente: los seis aviadores han muerto.

EL PRESIDENTE DEL CLUB AERONAUTICO NACIONAL

¿Muertos? No es posible. Han caído sobre la multitud.

EL UNIFORMADO Y ROBUSTO AYUDANTE

Sí, pero, al caer, se han clavado las puntas de los casco que usted me mandó repartir. Los seis aviadores parecen seis almohadillas para pinchar alfileres.

TELON

CAMI.

ESTRICTAMENTE

"Lamento mucho que se vaya usted ya, Enriquito... pero este toda la noche..."

EN SECRETO

es el único momento de que disponemos para nosotros solos en

SALSA OSCURA

Esta salsa se hace igual a la salsa blanca pero empleando harina dorada y en vez de leche se usa caldo.

Para que quede más gustosa se dora en la manteca, una cucharadita de cebolla picada.

* * * *

SALSA DE OPORTO

Tres cucharadas de jugo del venado o del cordero asado, una copa de Oporto, una cucharadita té de jalea de Corinto (red currant jelly), unas gotas de limón.

Todos estos ingredientes se ponen en una cacerolita al fuego y una vez que rompe el hervor se sirve.

* * * *

SALSA DE MANZANA

(Para acompañar ganso o cerdo)

Ingredientes: Seis buenas manzanas, azúcar a gusto, un pedazo de manteca del grosor de una nuez y un poco de agua.

Modo de hacerla: Se pelan las manzanas, se cortan en pedazos sacándole las semillas, se cubren con agua fría y se dejan sobre el fuego hasta que se pongan tiernas. Luego se hace como un puré, se revuelve con la manteca y azúcar y se sirve bien caliente en una salserita.

* * * *

SALSA BLANCA

Se derrite al fuego una cucharada de manteca y se deslíe en ella la misma cantidad de harina, una vez ésta bien cocida, se le va añadiendo hasta medio litro de leche bien caliente, se revuelve sin cesar y una vez que la pasta está espesa y lise se retira del fuego y se sazona con sal y nuez moscada. Si se quiere se le agrega una o dos yemas de huevo crudo y se mezcla bien sin volver a poner al fuego la salsa.

Si la salsa queda mu espesa, se aliviana añadiéndole más leche caliente.

Para que quede bien, precisa un buen rato de fuego y revolverla todo el tiempo, así se deshacen los pelotones que se forman con la mezcla de la leche harina y hasta que no quede completamente lisa no retirarla.

SALSA PICANTE

Se pican tres cebollitas de verdeo y ramas de perejil; se ponen en la sartén donde se ha derretido antes dos cucharadas de manteca, después se agrega una cucharada de harina, se revuelve y se añade unas cucharadas de caldo, se retira del fuego cuando está espesa, y se sazona con vinagre, mostaza, sal y los picantes que más gusten.

* * * *

SALSA ROSADA

Esta salsa se hace como la salsa blanca, empleando en lugar de leche una taza del agua donde han hervido unas remolachas peladas.

Esta no lleva huevo.

Para el pescado queda también muy agradable mezclándola con unas anchoitas pisadas o con una cucharadita de Worcester sauce.

* * * *

SALSA MAYONESA

Tres yemas de huevo (una cruda y dos cocidas), sal, aceite y vinagre o limón.

Modo de hacerla: Se pisan bien yemas cocidas y luego se mezclan con la yema cruda.

Se bate por un rato y luego se le agrega una taza de aceite gota a gota.

Una vez bien espesa, se sazona con unas gotas de vinagre o limón y sal al paladar.

Nota: Haciendo las mayonesas con yemas cocidas, no hay peligro que la salsa se corte.

* * * *

SALSA HOLANDESA

Se toma una cucharada biei llena de manteca, luego esta manteca se polvorea con harina de modo que ésta la cubra toda y se deja derretir en una cacerolita al fuego o al bañomaría. Una vez derretida se le agregan dos yemas bien batidas y tres o cuatro cucharadas de agua, se deja espesar, revolviendo sin cesar y una vez que toma la consistencia de una crema espesa, se retira del fuego, se sazona y se le añade un poquito de vinagre o limón.

Si se quiere más condimento, se le agrega una cucharadita de Worcester sauce o mostaza.

CORDON BLEU

UN DOBLE SUCESO

"¡Dios mío!

"¡Yo le explicaba al amigo Pérez...

... el largo del bagre que pesqué...

... en el puerto y ¡zás! se cayó...

... el florero de la chimenea

BONBONS FINS

"Papito, ¿debo ofrecerle mi asiento a esa señorita?

—Pedro: he llamado dos veces por teléfono.

—Perdone, señora, pero no había oído.

—Bueno, pero cuando no oiga, avíseme para volver a llamar.

* * * *

En la estación.

—¿Qué es eso, señor jefe? ¿Ha variado el horario?

—No, señor.

—Entonces, este tren...

—Es el tren de las siete y veinte que llegó con solo diez minutos de atraso en lugar de los veinte que trae siempre.

* * * *

A la puerta de la escuela se encuentra Manolito a su amigo Miguelito deshecho en lágrimas.

—¿Qué te ocurre? ¿Por qué lloras?

—Porque me ha echado el maestro.

—¿Por qué?

—Porque no he sabido resolver un problema.

—¿Cuál era?

—Dice que si me vende cuatro naranjas a diez centavos, cuántos centavos tengo que darle.

—¿Y no has sabido? ¡Qué pavada! Entra y dile que cuarenta.

—¡Cualquier día! Si le dije que le daba cincuenta y por lo visto no le ha parecido bastante.

Un señor muy rico se enamoró de una joven de clase inferior a la suya; y como varios viajes que había emprendo para borrar aquella pasión no habían hecho más que acrecentarla, exclamó:

—Será preciso que me case con esa mujer, porque no encuentro otro medio para dejarla de amar.

* * * *

Entre criados:

—Y tu patrón?

—¡No me hables de él! No puedo resistirlo. Es tan reservado y tan seco que si yo no leyese antes que el sus cartas, jamás sabría una palabra de sus asuntos.

* * * *

Entre los encargados de una empresa de pompas fúnebres y la familia del muerto, se discute la organización del entierro. El de la empresa contestando a una observación de la familia exclama:

—¡Cómo! ¿Quieren ustedes la capilla sin cirios? Como gusten: pero va a resultar muy triste.

* * * *

—He visto hoy a su primo de usted. Es un hombre que me revienta.

—¡A quién se lo cuenta usted!

Afortunadamente, a mí ya no me visita.

—¿Cómo ha conseguido es magnífico resultado?

—Muy sencillo: le presté cien pesos con la condición de que me los devolviera la primera vez que viniese a visitarme, y no lo he visto más.

* * * *

Un joven mal educado de esos que canturrean y silban cuando están entre gente, estaba de visita y tenía, como de costumbre, las manos en los bolsillos del pantalón.

La dueña de la casa, queriendo darle una lección, le preguntó:

—¿Tiene usted frío en la manos?

—No, señora, es que cuando voy a alguna parte tengo siempre en la mano la plata, por si acaso...

* * * *

En un restaurante:

Un cliente que ha pagado ya: — Mozo abra la ventana, que me muero de calor.

Otro cliente que se dispone a pedir la comida: — Mozo cierre la ventana, que me muero de frío.

El mozo duda.

Llega el dueño del restaurante.

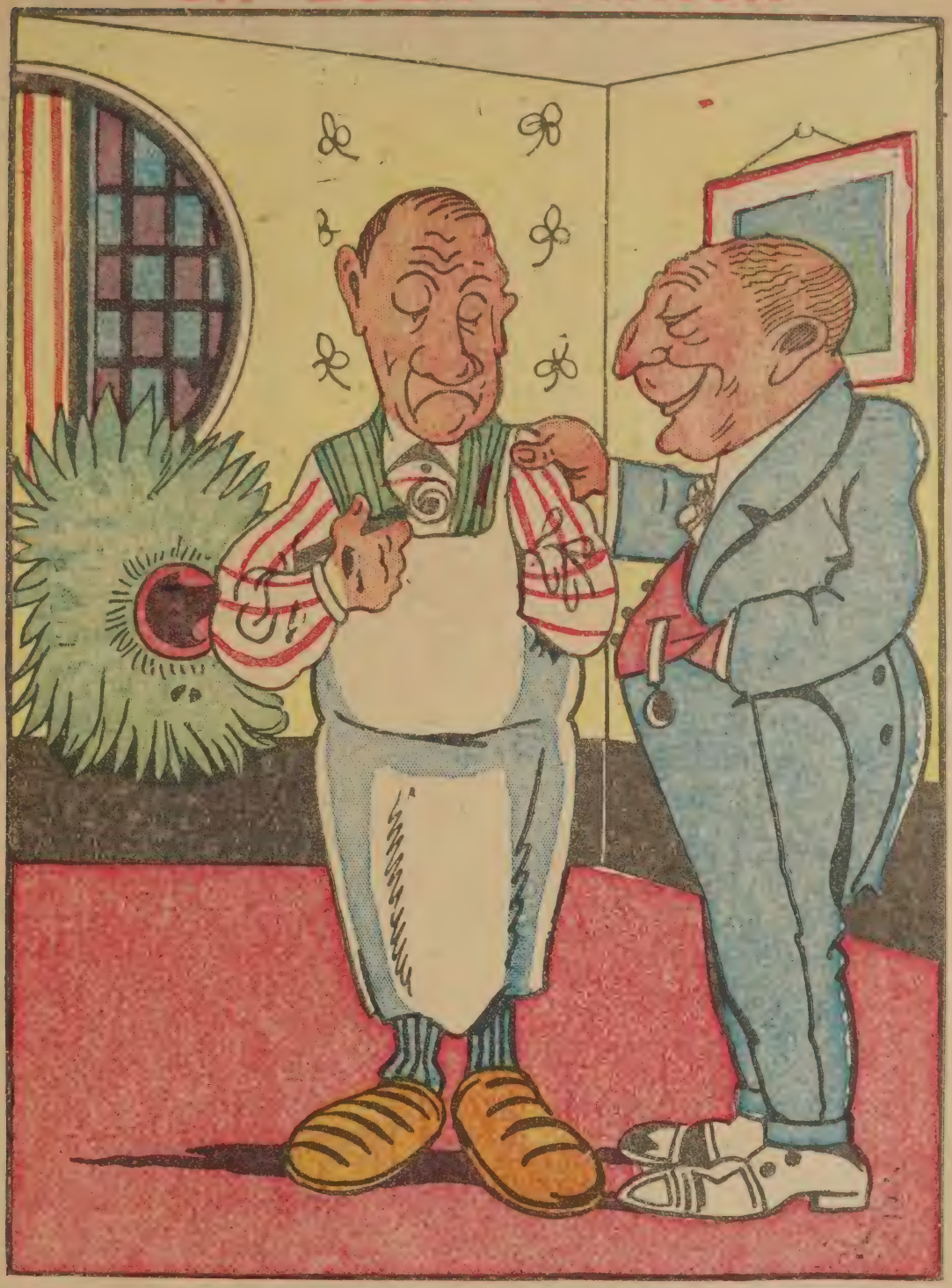
—¿Qué pasa? — pregunta al mozo.

El mozo se lo explica.

—¿Qué hago¿ — dice después.

—Atiende la petición del que no ha comido todavía.

UN BUEN PATRON



—¡Armando! ¡Usted me ha servido siempre tan bien que quiero considerarlo como miembro de mi familia!

—¡Mil gracias, señor!

—Por lo tanto, a contar de este mes no le pagaré sueldo.

Azulejo vuelve de un largo viaje.

—Qué tal, ¿has visitado muchas poblaciones? — le pregunta su amigo Mosaico.

—Sí, todas. Unicamente no he podido visitar Venecia.

—¿Por qué ha sido eso?

—Llegué en el preciso momento de una horrible catástrofe; casi todas las calles estaban llenas de agua, así que me volví en el primer tren que salió.

NOVEDADES DE RECIBIDAS

Resistente al fuego

POCOS son los minerales que resisten a la acción del fuego. Tal vez sólo el amianto se presenta incombustible, aunque también se descompone bajo un foco ardiente y prolongado como el de un soplete. Pero es un mineral que se funde con dificultad, teniendo que valerse de temperaturas sumamente elevadas, lo mismo en el estado natural que cuando ya se ha preparado.

Se emplea en las decoraciones de teatro, por esta gran cualidad de ser casi refractario a las llamas, con lo que se disminuye el riesgo de un incendio y de la propagación del fuego.

Después de muchos años se ha venido a descubrir que se pueden hacer incombustibles todos los objetos impregnándolos con una solución de ciertas sales, como la potasa, el cloruro de calcio, el alumbre, el borato y los silicatos solubles. La tela de amianto también la usan los tapiceros en sus combinaciones.

* * * *

Lo que dan las bananas

ACTUALMENTE la Guinea puede suministrar una abundante cantidad de alcohol, utilizando el azúcar contenido en las bananas producto muy generalizado en aquel país, mediante la instalación de destilerías en el centro de las plantaciones, lo que permitiría fabricar el alcohol a un precio sumamente económico.

Para la organización de los transportes, la Guinea tiene el puerto de Kana Kry, accesible a toda clase de buques, lo que constituye una gran ventaja para establecer el comercio de dicho artículo, considerando la enorme importancia que lograría adquirir, ya que una hectárea de banana produce 10.000 litros de alcohol, siendo allí numerosísimas las plantaciones.

El vidrio es antiguo

SABIDO es que Moisés hace mención del vidrio, lo que prueba que por el antiguo hebreo era ya conocida la industria de su fabricación, y según Plinio y Strabón, las producciones de vidrio que se obtenían en Sidon y Alejandría alcanzaron gran celebridad.

En las excavaciones de Pompeya y Herculano se han descubierto ventanas con sus vidrieras pero; todo hace creer que el uso del vidrio no estuvo muy generalizado en la antigüedad.

Aún en la Edad Media se empleaban con frecuencia, para cubrir las ventanas, láminas de alabastro translúcido y también hojas de asta muy finas.

Según tradiciones fidedignas, se usó por mucho tiempo, hasta el siglo III de la Era Cristiana, hojas semitransparentes de espejuelo de yeso, o sea sulfato de cal.

Aseguran algunos arqueólogos que los pueblos asirios usaron, para cubrir los huecos de sus viviendas, ciertas pieles de animales marítimos, que preparaban a propósito reduciéndolas a finísimas hojas.

El apogeo del vidrio no empezó realmente hasta el siglo IV.

* * * *

Tiempo de empollar

SEGUN afirma la "Poultry Review" de Londres, el tiempo de la incubación varía bastante de una especie de aves a otra.

He aquí una relación aproximada de los días que emplean las aves en "sacar" sus pollitos:

Gallina	21	días.
Gorrión	15 a 18	"
Paloma	18	"
Faisán	25 a 26	"
Pato	28	"
Gallina de Guinea	28 a 30	"
Pavo	30	"
Cigüeña	40 a 45	"
Avestruz	55 a 60	"

TODAS PARTES

POR:

La edad de la Tierra

SON muy diversas las opiniones de los hombres de ciencias sobre la edad e nuestro planeta. La hipótesis de Ussher, que figura en su Cronolgía, según la cual la creación tuvo lugar hace 5.926 años, ha sido abandonada.

Lord Kelvin, teniendo en cuenta el descenso de velocidad en la rotación de la Tierra, sugirió la idea de que hace nada menos que 10.000 millones de años que el día duraba solamente tres horas.

* * * * /

Saber cocinar

ES cosa cientificamente probada, aunque generalmente lo ignoran muchas cocineras yams de casa, — dice una revista francesa, — que una cacerola o sartén, y por lo tanto su contenido, se calientan mucho mejor teniendo el fuego a cierta distancia más abajo, que inmediatamente próximo, siempre que el calor de etse fuego no se pierda por los lados, sino que se concentre hacia el fondo de la cacerola. En una cocina, por consiguiente se obtienen los mejores resultados colocando las cacerolas a cierta altura, sobre las placas, si ce quita la del centro, o sobre los mecheros si se trata de una cocina de gas; pero con objeto de concentrar el calor, la cacerola debe colocarse sobre un anillo o cerco de hierro que rodee la abertura de la placa o los mecheros. Este anillo puede hacerlo por poco dinero cualquiel fumista, con sólo darle las difensiones. El material es el mismo que se usa para tubos de estufa y chimeneas de cocina, cortando una tira de unos ocho centímetros de ancho por una longitud cinco centímetros mayor que el triple del diámetro del espacio a rodear; en la orilla, que ha de ser borde superior del cerco, se cortan una docena de muescas o escotaduras que, sin dejar que se pierda calor, contribuyen al tiro.

En las cocinas de gas, la concentración del calor dentro de ste cerco, bajo la cacerola reduce considerablemente el consumo.

Impermeabilizar calzado

DIVERSOS son los istemas propuestos para hacer impermeables a los cueros, pero como muy sencillo y de fácil aplicación se recomienda el propuesto por M. Jocques. Consiste en preparar una solución de 25 a 50 gramos de jabón en un litro de agua de río, o en general exenta de yeso (que suelen contenerlo las aguas de pozo), porque esta substancia corta el jabón y lo precipita en grumos. Se deja que el cuero absorba esta disolución, la cual reacciona con el ácido tánico que contenga el cuero, yreviste a éste de propiedades de impermeabilidad.

Cuando se opera sobre calzado hecho, entonces la disolución jabonosa se aplica con un pincel varias veces repetidas, de modo que el cuero se impregne bien de ella.

* * * *

Envenenamientos

PARA contrarrestar los efectos de los envenenamiento debe usarse:

Contra el sublimado corrosivo (bicloruro de mercurio): leche en bastante cantidad, clara de huevo batida en agua, cocimiento de cebada.

Contra el arsénico: vomitivo (una buena cucharada de sal común en un vaso de agua tibia).

Contra el cloral y el éter: paños calientes, flagelación del tronco y de la cara con una servilleta mojada, sinapismos en las piernas, respiración artificial.

Contra el cardenillo y el yodo: tisana de cebada, cataplasmas de linaza sobre el vientre, vomitivo.

Contra el láudano, morfina y opio: vomitivo, duchas frías, lavajes de café cargado, flagelación, respiración artificial.

Contra los hongos venenosos: no debe darse vomitivos sino purgantes: 20 gramos de aceite de ricino, y además, calentar los pies y las piernas.

UN AUTOMOVIL MODELO

Después de pegar en una cartulina las dos piezas del modelo y de bien seeas, se recortan con cuidado, se pega la una a la otra y se doblan formando los costados y el techo. Dos carreteles y dos palitos forman las ruedas y los ejes. Los palitos han de pasar por los agujeros marcados M y se les debe atravesar en los extremos unos alfileres chicos para que no se corran. Arreglado así el juguete rodará admirablemente, sobre todo si se le pone sobre una tabla y se inclina la tabla.

MODELO TERMINADO

"Descendiendo por un plano inclinado"

Pegar

SURCOUF

NOVELA HISTORICA ESCRITA EN FRANCES POR

LUIS NOIR

(TRADUCCION ESPECIAL PARA "PUCKY")

De esta obra na sido tomado el argumento de la gran película que la casa LEON GAUMONT estrenará en los grandes cine - teatros de Buenos Aires y Montevideo, en la temporada actual.

(Continuación. — Véase el No. 124 y siguientes, de "Pucky")

VEA, padre Lanternier, — dijo Surcouf. — Nunco estuve en los polos ni se lo que son esos kayanks, pero si estando de cuarto una noche viera todo esto flotando sobre las olas, imaginaría hallarme entre una bandada de focas. ¿Qué opinas tú, querido Brinville?

—En el y entre la penumbra de la noche — contestó el teniente — no cabe duda de que de equivocarse el práctico como vea estas figuras sobre las aguas.

—Pero lo que no saben mis queridos amigos, — añadía radiante de satisfacción el padre Lanternier, — es que los esquimales imitan con sus kayaks, o barquitos, todos los movimientos de las focas, y hacen lo mismo que ejecutan los indicados animales cuando se ven alegres o aterrados. Debo advertir que tripulante y embarcación están cubiertas por recias pieles impermeables al agua.

El padre Lanternier daba infinitos detalles de cómo se hace la caza y pesca por los esquimales en la Groenlandia, cosa que a Surcouf le importaba muy poco pero empezó el corsario a interesarse en lo dicho por el sacerdote cuando entró éste en pormenores respecto a lo útil que sería el kayak para la empresa que proyectaba. Empezó por vestir a todos los que fueron en otra memorable ocasión, momjad, frailes, damas y burgueses, unos extraños trajes algo parecidos a los esquimales, y con una especie de casco que tenía gran parecido con las cabezas de las focas o los morsos. Cada marinero se metió en su kayak, y pudo apreciar Suecuf cómo se lograba el objeto apetecido. En vista de lo estudiado, se declaró satisfecho y aprobó cuanto tramara el padre Lanternier.

Bien veo, — decía el corsario como último reparo, — que si los marinos se disimulan y disfrazan con las apariencias de las focas no será difícil que logren engañar a los ingleses, pero lo que no puedo entender es cómo han de poder llegar hasta el costado de la nave contraria la mina destinada a hacerla volar.

—Empiezo por encerrar,—contestó nerviosamente el sacerdote, — cada una de mis minas brulotes en una especia de grandes odres hinchados con aire, y nadie verá otra cosa sinó que ve una foca flotando sobre las aguas. Pongo tres kayaks para el remolque de cada una de las minas, y mientras uno de mis tres frailecitos se dedica a clavar el arpón que amarra el ingenio explosivo contra el casco llamado a volar, resgará otro de los religiosos convertido ahora en foca, el odre que contiene la pólvora, y pegará fuego a la mecha, mientras el tercero ayudará a la operación y es el encargado de provocar la explosión y con ella la catástrofe.

—Este buen padre Lanternier, — decía Brinville, — piensa en todo y todo lo sabe hacer muy ingeniosamente.

—Mañana acamparemos a cinco leguas de Surate — continuaba el sacerdote dando sus explicaciones, — y como habremos plantado nuestras tiendas a orillas del mar, podremos con toda comodidad y secreto hacer los ejercicios preliminares, y cuando tengamos la habilidad de los esquimales, lo que se conseguirá con una quincena de trabajo bien aprovechado, habremos llegado a la estación en la cual son tan frecuentes en esta zona las lluvias nocturnas, circunstancias que espero podemos aprovechar con gran fruto.

—Encuentro bien pensado todo eso, y

cuando esté seguro de la manera de maniobrar esta gente, avísenos, — dijo Surcouf. — Tanto Brinville como yo nos interesamos extraordinariamente en esos proyectos.

Veintidós días más tarde y cuando empezó a caer la tarde, pudo notarse algún movimiento en los barcos corsarios, y cuando cerró la noche, noche brumosa y sombría, largó al agua el padre Lanternier sus patos o sus focas, nombres con que designaba los kayaks esquimales puestos a flote sobre las ondas del océano Indico.

Casi al mismo tiempo que los informes aparatos flotantes dejaban la playa próxima al puerto para internarse entre las ondas, salían silenciosamente de Surate los dos buques corsarios con mup poco trapo al viento.

No había transcurrido una hora cuando se oyó cuatro formidables explosiones, como anuncio de que acababan de volar cuatro navíos enemigos, y lo más extraño era que se oyeron casi simultáneamente todas las explosiones, prueba de la pericia y regularidad con que habían operado ahora los patos y las focas que, a voluntad del padre Lanternier, eran tan pronto cualquiera de estos acuticos bichos como reverendos frailes o púdicas monjas.

Lo poco que quedaba de la flotilla británica bloqueadora del puerto huyó por miedo a sufrir igual desgracia que los barcos hundidos, y el terror que iba unido al nombre de Surcouf y de sus gentes aumentó de modo extraordinario al extenderse la noticia de esta nueva hazaña naval.

Nadie podía imaginar ni menos explicar cómo habían logrado los corsarios volar los buques enemigos, pero el hecho era que quedaba libre el mar ante las quillas de los marinos franceses cuya fama crecía por momentos.

Con viento en popa y con rapidez pocas veces lograda, recorrieron los buques de Surcouf y de Brinville los miles de millas que separan a Surate de Saint Malo, aunque fueron tantos los barcos apresados durante su viaje que se calculó los beneficios obtenidos entre oficiales y marinería en más de diez millones de francos como resultado neto, y basta con lo dicho para que pueda apreciar el loco entusiasmo con que se recibió en Saint Malo a los que tales hazañas habían realizado y tantas riquezas lograron conseguir. Surcouf, hijo del mismo Saint Malo, era el héroe popular y querido que merecía todos los honores de sus amigos, parientes y conciudadanos.

CAPITULO IX

Los celos de Tallien

ES Saint Maló una pintoresca e interesante ciudad levantada sobre una roca bretona, y mira cara a cara a una Inglatera a la que está desafiando constantemente, y a la que con alguna frecuencia ha sabido imponerse. Parece que con su recinto de murallas procedentes de la edad media, con sus torres feudales haya conservado Saint Maló desde hace ocho siglos el odio al inglés, que fué siempre su rival y su eterno enemigo, y aquellos odios y celos y envidias llegaron a su límite durante los años que corresponden a la revolnución francesa.

Es Saint Maló un nido de corsarios que se enorgullece con ser la patria de Duguay-Trouin, antecesor de Surcouf. Es la patria de este último valiente marino y ha sido siempre una rémira para Inglaterra en lo extenso de dos mares, de modó tal que aquella ciudad era un obstáculo a los proyectos de engrandecimiento británico que nunca olvidaban los ingleses y contra la cual tenían siempre destacadas algunas fuerzas marítimas. Dos navíos y dos fragatas, un bric armado en guerra, una goleta y chalupas cañoneras bloqueaban constantemente puerto y playas.

La pesca quedaba suprimida por efecto del expresado bloqueo, y sólo cuando alguna gran tormenta alejaba a los bloqueadores podían salir las lanchas pescadoras a luchar con un mar embravecido, pero libre de los cruceros británicos. Pero los navíos franceses que se atrevían a salir de puerto a favor de alguna terrible tormenta, no lograban librarse de verse apresados, ya que en la Mancha debían caer necesariamente en poder de otras flotas de bloqueo.

Por todos estos motivos sentíase toda la población de Saint Maló atormentada por la miseria y el hambre y una noche se lanzó un lugre muy fino velero a romper aquel cerco de hierro, con la esperanza de poder alimentar a los famélicos vecinos.

Una tripulación compuesta de gente desesperada, hambrienta, furiosa y mandados por un viejo lobo de mar que poseía la plena confianza de todos sus subordinados, se lanzó entre los horrores de la tempestad a lo desconocido de las olas, pero resultaron inútiles tantos sacrificios y esfuerzos, puesto que quedó en poder de los contrarios.

Era, por lo visto, imposible y era inútil pensar en que mejorase la situación. No se recuerda semejantes explosiones de rabia en la Punta de los Bromistas, nombre que se da allí al rincón de muelle donde acostumbra reunirse la marinería. La bilis ponía amarillos todos los rostros, pálidos y en los que las continuas privaciones habían dejado profundas huellas. Brillaban los furiosos ojos con llamaradas de rabia y un enorme murmullo de desesperados juramentos subía hasta lo más alto de los cielos.

Pero apareció de pronto un sacerdote gigantesco que vestía con el mayor desenfado el traje de los capellanes de los buques de guera, con su larga barba, su cruz suspendida sobre el pecho, su sombrero de dobladas alas, sobre las piernas que a largos pasos medían el muelle, una sotana que crugía estrepitosamente.

Vefase tras el sacerdote a su sacristán, especie de jorobado o diablo negro, con brazos de gorila, y hombre que revelaba su extraordinario vigor hasta en el menos de sus movimientos.

Seguían a estos dos personajes dos marineros.

Eran estos marineros maluinos, o sea hijos de Saint Maló, pero estaban bronceados por el sol de los trópicos y como recocidos bajo temperaturas muy superiores a las corrientes en Francia. Era gente brava de la que se les ha visto de todos los colores.

Saludaban todos y reconocían a aquellos paisanos suyos, y se les daba apretones de mano mientras se les interrogaba en baja voz, por causar el capellán mucho respeto.

Ofrecía el capellán el aspecto de hombre que se prepara a hacer algo extraordinario y nadie dudaba de que para algo muy gordo estaba en los muelles.

Un pariente de uno de los dos marineros que servían de acompañantes al colosal sacerdote, preguntó a su deudo:

—¿Quién es ese cura?

—Es el padre Lanternier, el capellán de las naves de Surcouf. Nosotros somos dos de los que llama él sus frailes.

Toda la turba se sintió conmovida por la sacudida de la chispa eléctrica que recorrió instantáneamente por los muelles. Allí, ante ellos estaba el célebre capellán de Surcouf, el que sabía convertir a sus marineros en frailes, monjes o focas. Las hazañas de aquellos famosos marineros que sabían transformarse de tal suerte habían corrido toda Francia y ocupaban gran espacio en el corazón de todos los franceses.

El capellán de Surcouf, el célebre padre Lanternier, estaba en el puerto de Saint Maló, y estaba en carne y hueso. Pero es el caso que si lo enviaba Surcouf debió ser por estar también el capellán en camino y acaso muy próximo a llegar. Lograrían ver por fin a aquel hombre excepcional, terror de los ingleses y cuya cabeza había puesto a muy subido precio la Compañía de las Indias.

El devorador de navíos británicos vendría a librar a Saint Malo. Toda una aurora de risueñas esperanzas empezó a alborear entre los acongojados maluinos, y las frentes, antes rugosas y pensativas, parecieron despejarse.

El padre Lanternier había llegado a una plataforma de rocas que dominaba el mar y el sitio donde se había agolpado la multitud. Alzóse sobre la roca con formidable empuje, y una vez allí extendió los brazos con gesto amplio y facilmente interpretable. Calló en el acto todo el mundo.

Estaba aun en aquella época impregnado todo el pueblo maluino de la ingenua fe cristiana y entendían todos el lenguaje bíblico. El padre Lanternier habló lentamente con aquella su voz de chantre rebosante de irresistible autoridad, y las palabras pronunciadas por el sacerdote permanecieron como grabadas en la conciencia de todos durante larga fecha.

—Ha sonado la hora y llegó el momento de librarnos de todas las miserias.

"Viene un hombre de oriente y se acerca flotando en la espuma de los mares. Destrozará esa flota inglesa, si los maluinos acuden al eco de mi voz y se lanzan sobre los bloqueadores como tiburones hambrientos y enfurecidos. Tomaremas los barcos británicos y huirán los que se salven del ataque y quedará el mar limpio de enemigos.

"El milagro se producirá y debe anunciarse mañana a primera hora con la entrada en este puerto de una banda de monstruos marinos cada uno de los cuales llevará un hombre sobre el lomo. Tan pronto como se despierte la aurora del próximo día podréis ver y admirar este prodigio y convenceros de que no es sino un signo pecursor de la victoria definitiva. He dicho, mis queridos hermanos".

Sin más palabras ni ademanes, saltó el padre Lanternier desde la roca que le sirvió de púlpito, y con sus pasos solo comparables a los de los jigantes cruzó por entre las turbas estupefactas y admiradas, y desapareció luego con sacristán y marineros acompañantes.

Fácil es imaginar lo que se dijo, se charló y se comentó tan pronto como dejaron de oirse las palabras del sacerdote. La multitud sentíase como enloquecida, y un delirio loco dominó a todos los maluinos, y solo el fresco de la noche logró calmar la efervesencia.

Al amanecer el siguiente día todos los barcos que desde tantos meses antes dormían dentro del puerto de Saint Maló, se vieron invandidos desde las primeras luces por tantos vecinos de la ciudad que hasta se llegó a temer que se hundieran por exceso de carga. De pronto se notó una gran emoción comunicativa y contagiosa. A la vacilante luz naciente de un alba que apenas se atrevía a aclarar las sombras de la noche, se vió cómo entraba en el puerto una banda de no se sabía si de delfines o de morsas o de focas, pero el caso es que todos ejecutaban sus características cabriolas mientras se deslizaban para entrar en las calmadas aguas del interior de los muelles.

—¡Ya están aquí! ¡ya llegan!

Resonaban los gritos de admiración y júbilo en todos los ámbitos del puerto y se produjo un indescriptible tumulto. Persignábanse las viejas mientras la gente joven reía ante los ejercicios acrobáticos de aquellos extraños bichos marinos.

Pero gritaron los que, por haber ido a la pesca de la ballena, conocían los mares árticos.

¡Qué cosa más extraña! ¡Ver aquí kayaks esquimales! ¡Pero sí, son kayaks!

Muy pronto comprendieron todos de qué se trataba...y los que no acabaron de entender el asunto quedaron preguntando a los más inteligentes.

Los kayaks se detuvieron alineados ante la capitanía del puerto, y los corsarios saludaron con los remos a las autoridades civiles y militares que también habían acudido, y una vez hecho esto, desataron los cueros que los unían a sus barquitos y saltaron a tierra. El padre Lartenier les ordenó que se alinearan sobre el muelle, y los hizo desfilar ante autoridades y público, no sin haberlos presentado previamente.

El capitán del puerto pronunció un lijero discurso para dar la bienvenida, y se aplaudió por todos desesperadamente lo dicho por el veterano marino, y terminada aquella recepción oficial quiso cada uno de los presentes tomar posesión personal de alguno de los frailes marineros de la nueva orden monástica fundada por el padre Lanternier.

Contaron los religiosos o focas o patos que no les costó trabajo alguno pasar durante la noche entre las líneas de los barcos bloqueadores, y dijeron que no eran ellos sino la avanzada de una flotita mandada por Surcouf y compuesta de cinco naves corsarias, que esperaba sobre la costa la subida de la marea para presentarse briosamente ante los ingleses, si los marinos de Saint Malo prestaban eficaz ayuda, declaraciones muy sobradas para que estuvieran preparados todos los ánimos para realizar la más estupenda hazaña náutica imaginable.

Los marinos de Surcouf no perdieron su tiempo en simples charlatanerías, sino que cada cual por su lado se puso en campaña para cumplir las órdenes recibidas. Tenían órdenes de comprar barcos muy buenos veleros y capaces de llevar cada uno sus doscientos cincuenta hombres, y se pagaba cada adquisición de barco al contado, gracias a un rico armador pariente de Surcouf, para quien se expedía vales que eran dinero en el acto.

No bien se firmó los contratos de venta de los buques, cuando salió un tambor a recorrer los muelles y lanzar un pregón donde se hacía saber, a los buenos hijos de Saint Maló y bravos marinos, que el padre Lanternier, por orden y en nombre de Surcouf, enrolaba a cuantos bravos mozos se sintieran con ánimos para tripular los cascos mercantes acabados de comprar y transformados en corsarios, mediante las patentes expedidas. Se pagaba un luis al poner la firma en el rol, ochenta francos al subir a bordo para levar anclas, pero de esta suma debía destinarse sesenta francos para sostener a la familia de cada tripulante hasta regresar de su crucero.

Se trataba de atacar a la flota inglesa bloqueadora tan pronto como los buques de Surcouf hubieran empezado a luchar con ella. Se calculaba que la captura de todos los cascos ingleses vendría a valer más de dos millones, pero era preciso dedicarse sin pérdida de momento a limpiar de barcos enemigos toda la Mancha, sorprenderlos en todas partes y hacer cuantas capturas fuese posible, con lo cual contaba cada uno de los enrolados con que resultarían enormes las participaciones al venderse tantas y tan ricas presas. Coda uno de los barcos comprados en Saint Maló estaba mandado por uno de los veteranos de los buques de Soucouf y el padre Lanternier venía a ocupar un cargo similar al de almirante de la improvisada flotilla.

Al correr estas noticias por la ciudad se notó enorme movimiento de entusiasmo, y más de seis mil voluntarios se presentaron en menos de una hora, con lo cual pudo cada capitán elegir detenidamente su gente, empezando por rechazar a cuantos no eran marinos muy probados, y organizando al mismo tiempo los cuadros de la oficialidad. Luego se encargó a los que debían servir como oficiales la elección de los contramaestres, y una vez designado con escrupulosa minuciosidad toda la plana mayor, se pasó al detenido estudio de cada uno de los voluntarios, y antes de dar por admitido a uno cualquiera de los destinados a tomar parte en la campaña en proyecto, se les examinaba, preguntaba, discutía y admitía o rechazaba como si se hubiera puesto el mayor empeño en no admitir a bordo sino gente de primera línea.

Gracias a este esmero se logró reunir un contingente de tres mil hombres elegidos que si no eran marinos todos ellos, estaban, por lo menos muy familiarizados con las cosas del mar.

A media noche se había terminado la recluta y todas las tripulaciones se hallaban listas. Sonó el redoble del tambor tocando generala, y los clarines dieron la orden de inmediato embarque. Corrieron todos a sus respectivos navíos donde se les dió la primera paga dentro de las condiciones previamente establecidas.

Era sombría aquella noche, sin luna y con nubarrones que obscurecían el reflejo de las estrellas y parecía ser lo más apropiado para alguna atrevida aventura.

Organizó cada capitán la gente de su nave y fué señalando los puestos de maniobra y de combate a todos sus subordinados. El padre Lanternier montaba el más poderoso de los brics comprado, y formaba la cabeza de la columna, y junto al pabellón tricolor hizo arbolar el pabellón negro, emblema de las luchas sin cuartel.

Oyóse la potente voz del capellán cómo daba orden de aparejar y se salió del puerto aquella noche misma, entre los hurras alegres y feroces que parecían querer desgarrar la espesura de las nubes. Respondía la población en pleno desde los muelles con entusiasta ¡Viva la República!, y parecía como que la propia alma de Saint Maló flotaba entre vergas y mástiles para acompañar a los hijos de la bloqueada ciudad en aquella tan audaz tentativa.

Soltaron las áncoras la arena donde habían mordido, y las medio desplegadas velas se hincharon de viento, pero se dió a la brisa la menor superficie posible de trapo, para estar seguros de poderse dirigir pero sin hacer el menor ruido. Serían como las dos de la madrugada cuando estando en plena rada pudieron ver los marinos de Saint Maló cómo por bastante más allá de la línea formada por los barcos enemigos brillaba un meteoro raro que se extinguió tras un instante de vivos resplandores. Un momento después desde la cuebierta del barco montado por el padre Lanternier se oyó distintamente un estampido. Salió en el acto del bric otro meteoro similar al antes observado, y en aquel momento resonó la potente voz del capellán sobre la negra super-

ficie de las olas como fatídica proclama de degüello.

—Maiuinos, tendréis vuestras fortuna en las puntas de vuestros sables de abordaje, Surcouf caerá sobre los ingleses dentro de algunos minutos. El es el león de esta lucha, pero nosotros somos los dogos que ayudan al rey de las selvas. A ellos, mis bravos muchachos, mueran los ingleses.

Repitieron aquel mismo grito los tres mil marinos, y la flota, desplegando repentinamente todas sus velas, se lanzó con la mayor audacia en demanda de los barcos enemigos, y conco minutos más tarde atronaba los aires el estampido de los cañones.

No era Surcouf quien así cañoneaba. No quería perder tiempo y pólvora y maniobraba de modo que lo antes posible pudiera abordar a los ingleses. Cada uno de los barcos del corsario tenía que habérselas con un contrincante infinitamente más poderoso, pero contaba Surcouf con una medida tomada previamente, y esperaba contrarrestar la superioridad indiscutible de la escuadra bloqueadora.

Tras cada uno de los barcos corsarios podía verse una larga canoa que seguía a remolque. Tan pronto como se hubiera llegado al abordaje, veinte hombres de los más decididos tenían orden de tripular aquellas canoas, y cuando vieran que se había entablado la lucha al arma blanca sobre cubierta del navío asaltado, debían ellos deslizarse rozando el casco enemigo, para saltar a bordo por retaguardia de los ingleses, con objeto de causarles la natural sorpresa al ver encima enemigos por el frente y por la espalda.

Calculó Surcouf este combate, con la corriente precisión con que lo hacía todo, y no quiso dejar un solo cabo al azar, Para acabar de estar seguro del éxito es para lo que envió a Saint Maló al sacerdote con su corta escolta a la que no costó gran trabajo burlar durante la noche las líneas contrarias. Los kayaks la cruzaron igualmente y gracias a estas disposiciones veíase correr a las dos flotillas a un mismo tiempo contra los británicos.

Sorprendidos estos en medio del sueño de la mayor parte de la tripulaciones, se vieron despertar entre el barullo del combate. Cuando se despierta la gente, necesita algún tiempo para recobrar el dominio de sí mismo cada uno, pero es el caso que treinta minutos después de sonar el cañonazo primero estaban ya los cascos corsarios en contacto con los enemigos y no habían transcurrido cincuenta minutos desde el principio de la sorpresa cuando ya la flotilla mandada por el padre Lanternier chocaba contra la borda y el baupres de los bloqueadores.

Fué terrible el primer abordaje a cada una de los navíos. Tenían los ingleses la superioridad del número, y sus primeras descargas hubieran barrilo las cubiertas a no sortear los corsarios los efectos de la andana tendiéndose sobre el puente. Saltaron inmediatamente sobre los enemigos, quienes volvían a cargar sus armas, pero en cinco minutos menudearon los hachazos y las cuchillas, y lograron los franceses desordenar las filas de los soldados de marina encargados de sostener el fuego, cuando se vieron cargados por el grueso de las tripulaciones y muy a punto estuvieron de verse rechazados, con graves pérdidas, de todos los buques, cuando los que formaban los equijajes de las canoas cargaron por la espalda a los ingleses para restablecer por un momento el equilibrio del combate.

Pero la desproporción de fuerzas era demasiado grande y otra vez quedó dudosa la victoria, en el momento mismo en que la invasión de los maluinos, feroces, rabiosos, inplacables, cayó sobre los puentes de los navíos barriendo cuantas resistencias trataban inútilmente de oponérseles. Fué aquello una matanza general y un total aniquilamiento.

Los oficiales franceses lograron, no sin enormes trabajos, evitar que se matara a todos los enemigos. Surcouf dió orden de reunir todos los prisioneros en dos barcos designados por el padre Lanternier, y enviarlos a Saint Maló, y mandaba además reconcentrar toda la flota para tomar rumbo a Brest. Los dos barcos encargados de conducir a los prisioneros debían ser los más valeros, para estar en condiciones de alcanzar la flota en marcha.

Es poco menos que imposible imaginar la alegría de los habitantes de Saint Maló cuando vieron desfilar por las calles de la ciudad tantos prisioneros enemigos. Querían todos los habitantes hacer la más estruendosa ovación a los marinos que volvían con tales pruebas de su victoria, pero los capitanes de los dos barcos declararon que debían volver a navegar sin pérdida de momento con la proa en dirección a Brest.

No era Surcouf de los que se duermen tras una victoria por muy brillante que fuese, y supo sacar de la suya resultados asombrosos. Todos los puertos de la Mancha, así como los del Atlántico estaban bloqueados por los ingleses, pero ante ninguno de los puntos mantenía Inglaterra sino las fuerzas indispensables para impedir el tráfico comercial, y debido a esta circunstancia fueron siempre los más débiles al tener que luchar con la flotilla mandada por Surcouf. Como consecuencia de esta reconocida inferioridad se apresuraron a levantar precipitadamente todos los bloqueos, pero una vez reunilos los barcos bloqueadores constituyeron una poderosa flota que se dedicó a buscar al corsario, con el decidido propósito de exterminarlo.

Surcouf se dejó perseguir, pero tenía buen cuidado de poder escapar siempre, y mientras duraban estas operaciones se veían libres todos los puertos franceses y se produjo enorme movimiento le entrala y salida de barcos y productos. Se aprovechó aquel providencial respiro para la importación de grandes partidas de cereales, con lo cual se logró que bajara el precio del pan, pero tan perseguido acabó por verse Surcouf que

se refugió en Bayona, donde reunió a todos los capitales y les dijo:

—Hubo un gran almirante holandés, que después de barrer a los ingleses de la Mancha, mandó atar una gran escoba en la punta del palo mayor de su navío, para acabar de avergonzar a los ingleses. Vamos a dispersarnos nosotros ahora, después de haber barrido también a todos los ingleses, y para que nos conozcan todos aconsejo que cada uno de los presente amarre una escoba bien grande en su mástil, para que allá donde se presente su barco sepan todos que forma parte de la flota de Surcouf.

"Nuestras presas están en lugar seguro y cada cual recibirá su parte, de acuerdo con lo convenido, pero como los navíos que cada uno de los presentes manda está comprado por mí, me transformo ahora en vuestro armador de dentro de la candiciones ordinarias y tendré mi parte en todas las presas. Podéis operar solos o aislados, y hacer lo que mejor os parezca con la más absoluta libertad, os recomiendo hacer cuanto daño se pueda al enemigo y tomar el mayor número de barcos ingleses que nos sea posible. Quedamos entendidos, y desde este momento queda cada capitán como su único jefe y puede proceder como entienda que le conviene más.

"Por mi parte he de ir a tierra con Brinville y en el padre Lanternier. Tenemos que llenar una importante misión en París y por este motivo debo deciros adiós o hasta otra vista, ya que no sabemos qué nos reservan las sorpresas de la vida. Un vaso más, mis buenos amigos, y que tengamos todos mucha suerte".

Dió Surcouf un recio apretón de manos a cada uno de los capitanes de sus barcos y saltó después a una lancha acompañado de sus dos amigos y de los marineros de cada uno de ellos. Para establecerse en tierra por algún tiempo, dejó Surcouf su navío bajo las órdenes de un oficial de gran experiencia.

Mientras viajaba Surcouf por tierra, se dispersaba su flota para tomar todos los rumbos sobre lo movedizo de las olas. Buscaban los ingleses con el mayor interés cómo apoderarse de los corsarios, pero las continuas pérdidas que experimentaban en mares muy distintas bastaron para que comprendiesen que operaban separados y en regiones muy remotas unos de otros.

Se conoce el soberbio funeral que lograron los marinos de la república que tripulaban Le Vengeur, esperabase un convoy de cereales de América destinado a salvar a Francia del hambre se había formado una flota británica para bloquear las costas francesas e impedir la llegada de tan indispensable remesa de trigo. La escuadra francesa de Brest se hallaba en la más deplorable situación por efecto de la deserción o emigración de los oficiales, pero a pesar de ello era indispensable que diera la batalla, que entretuviese a la flota enemiga mientras podía entrar el convoy de cereales en el puerto.

Surgió un hombre, un representante del pueblo, Jean Bon Saint Andre, quien supo electrizar la ciudad, el puerto, el arsenal, los oficiales de marina improvisaron y las tripulaciones. Su fe patriótica logró levantar todos los espíritus y se dió a los ingleses la más encarnizada batalla a vista de Jean Bon Saint Andre, batalla en la que se destrozó a los franceses pero no sin luchar del modo más heroico. El navío el Vengeur, se fué a pique voluntariamente antes que rendirse y se negó a arriar el pabellón. La tripulación, formada sobre el puente se sumergió con el barco con el tricolor trapo al tope a los gritos de ¡Viva Francia, y Viva la República!... y aquel hombre que había salvado a toda la nación del hambre, ya que logró pasar el convoy de buques cargados de trigo, se hallaba en París en los momentos en que Surcouf se separaba de sus camaradas, y el gran capitán corsario se dirigía a la capital para entrevistarse con aquel Jean Bon Saint Andre que había en otra ocasión electrizado a todo el mundo. A tan notable patriota es a quien quería preguntar su amigo Surcouf cuál de los generales franceses era el más indicado para ponerse al frente de los ejércitos del guicovar como primer paso para arrojar a los ingleses de la India.

No bien llegaron los marinos a París, cuando recibió Surcouf una invitación para almorzar con él, que le enviaba Jean Bon Saint Andre, previamente avisado del viaje de su amigo. Era la invitación para los Trois Freres Provencaux, o sea el punto más renombrado de todo le Felais Royal y el centro más revolucionario donde Camilo Desmoulins había pronunciado las más inflamadas arenas. Jean Bon Saint Andre tenía para Surcouf tanta estimación como pudiese sentir el corsario por el gran patriota, por considerarse ambos mu dignos uno de otro.

Era Jean Bon Saint Andre hombre de espíritu claro, que sabía ver las cosas tales como son, y era más enérgico que entusiasta, pero con energías de esas que nunca se desilusionan, y a nadie mejor que a él podía dirigirse Surcouf para que le indicara el general más indicado para prestar al rajah de Baroda los servicios eficaces que debían esperarse de un buen organizador y jefe supremo de ejército y al llegar a los postres, en tanto que Brinville y el padre Lanternier vaciaban botellas de los mejores mostos, abordó Surcouf el asunto y expuso la situación en que se hallaba la India.

—Querido capitán, — dijo Jean Bon Saint Andre. — Tengo precisamente el hombre o el general que se necesita. Me refiero al general Bonaparte.

—¿El vencedor de Arcola?

—Sí.

—Pero ¿es posible que acepte?

—Puedo asegurarlo. Ayer mismo me repetía que le parece muy difícil que un general de verdadero genio militar pueda realizar grandes hazañas en Europa. Aquí está uno demasiado oprimido, me decía, y no es posible realizar nada grandioso, y luego añadió que con un ejército de treinta mil hombres como primer núcleo podría perfec-

tamente realizarse ho todo lo que hizo y hasta lo que no pudo hacer Alejandro Magno.

—Por lo visto se trata de un hombre de la misma pasta que César.

—Es curioso. El genio italiano se lo lleva lo arrastra con sus ensueños de poderío universal. Es una herencia de Roma, tanto de la república como del imperio, y no olvidemos que Bonaparte, aunque nacido en Córcega es de origen romano. Cuando habla no hace sino soñar en alta voz ensueños de dominaciones, de grandezas, de conquistas ilimitadas, de aventuras sobrehumanas. En fin lo podréis oir por vos mismo como he tenido el placer de escucharle yo.

—Pero un hombre con tales ambiciones es peligrosísimo para la república y no me explico cómo se le ha elevado de tal modo.

—Querido Surcouf, empezó por revelarse como un verdadero genio durante el sitio de Tolón, fué luego el general de la artillería encargada de defender la frontera contra los piamonteses, de estas dos hazañas procede el brillo del joven artillero.

"Se le hizo general para recompensarle, y empezó entonces Bonaparte a hacer la corte a Barras, quien era el más poderoso elemento de la Convención. Casó Barras a Bonaparte con Josefina Bauharais, mientras se convertía el general en un jigante peligroso. Quisieron hacerle perder su popularidad, lo enviaron a mandar el insignificante ejército que debía combatir contra los piamonteses y los austriacos, y se daba por seguro el fracaso de Bonaparte ya que no disponía la fuerza puesta a sus órdenes de elemento alguno para el triunfo. A pesar de todo arrolló a piamonteses y austriacos en los Alpes, entró en Italia donde realizó las más rápidas conquistas y donde impuso la paz a los enemigos de Francia.

"Ahora lo tenemos aquí y no hemos de negar que tanto Barras como los otros directores de la política encuentran que es muy molesta la presencia de ese hombre en París.

—Pues enviémosle a la India, pues es precisamente el general que el guicovar necesita.

—Teníamos otro plan que consistía en ponerlo al frente de treinta mil soldados y enviarlo a la conquista de Egipto, donde le sería fácil recortarse un reino. No faltó quien le sugiriese tales ideas, de las que parece estaba enamorado antes de sus victorias de Italia, pero el trono que le sonreía antes le parece actualmente una posición poco brillante, pero si se le demuestra que Egipto es solo el primer escalón para conquistar el Asia Menor, Persia y la India, como se le garantice el concurso del guicovar, es seguro que ha de aceptar, pero no debe ofrecérsele sueldo alguno ni dependencia con ese rajah hindú, que no aceptaría nunca, y debe encararse este asunto sobre la base de que el guicovar sea un simple aliado de los franceses.

—Comprendo lo que se quiere evitar y hablaré del rajah como de un utilísimo elemento, un poderoso auxiliar. Pero ¿quién puede ponerme en directa relación con Bonaparte?

—Empezaré por presentaros a Barrás, que en una de las veladas de cualquiera de las próximas noches hará su presentación a Bonaparte, o acaso prefiera que empiece la relación por la esposa del general, encantadora criolla pero de más edad que su marido. El corso áspero, anguloso, poco comunicativo, se enamoró de esa mujer y hasta parece que la quiere...

Como se había convenido, volvieron a encontrarse a cenar al día siguiente en el mismo restaurant. Tan pronto como llegaron los corsarios, hizo seña Jean Bon Saint Andre de que se apartara el mozo, y dijo a Surcouf, mientras la daba un apretón de manos:

—Cuando hayamos terminado de cenar os llevaré a casa de Barras donde encontraremos a Bonaparte. Se trata de una velada íntima.

—¿Qué traje debemos vestir?

—Con vuestros uniformes de corsarios están los señores dentro del más rígido ceremonial. Además, creo que resultaría mis buenos amigos unos tipos de lo más ridículo si se vistieran de incroyables, como visten todos nuestros petimetres.

Sabido es que los elegantes de aquellos tiempos eran los llamados incroyables, o increíbles, por ofrecer aspecto realmente increíble e inexplicable. Con pantalones de extraños colores, y con levitas de colores tiernos, de enormes cuellos que subían por la parte posterior de la cabeza hasta más arriba del cráneo y con las medias colgantes sobre los talones, de modo que aquellos afeminados que afectaban una molicie exagerada, iban provistos de recios garrotes a guisa de bastones de paseo, y decían que se armaban de tan colosales estacas para matar revolucionarios, por darse importancia al enrolarse entre los reaccionarios.

—¿Es posible que tropecemos con gente de tal calaña en casa de Barras?

—No me extrañaría ver allí a tres o cuatro tipos de esos.

SURCOUF

Continuará en el próximo número de "Pucky". Es una novela extensa y vibrante que ha servido para el argumento de la notable película cinematográfica que la casa francesa León Gaumont estrenará en Buenos Aires y Montevideo en la presente temporada.

LA COMETA

Por GORDON SUSSEX

(Traducción del inglés para "Pucky")

De cómo el amor que siente un lisiado por la joven más bella de la aldea tiene por consecuencia las mas extrañas aventuras.

LOS muchachos de la aldea le hacían curla, remedando sus gestos y su manera de caminar, se tocaban la frente con gesto significativo cuando no los veía. Juanito Hill, con la muleta apretada debajo de su brazo derecho y una cometa debajo del izquierdo, se internaba por el sendero que conducía a los bajos.

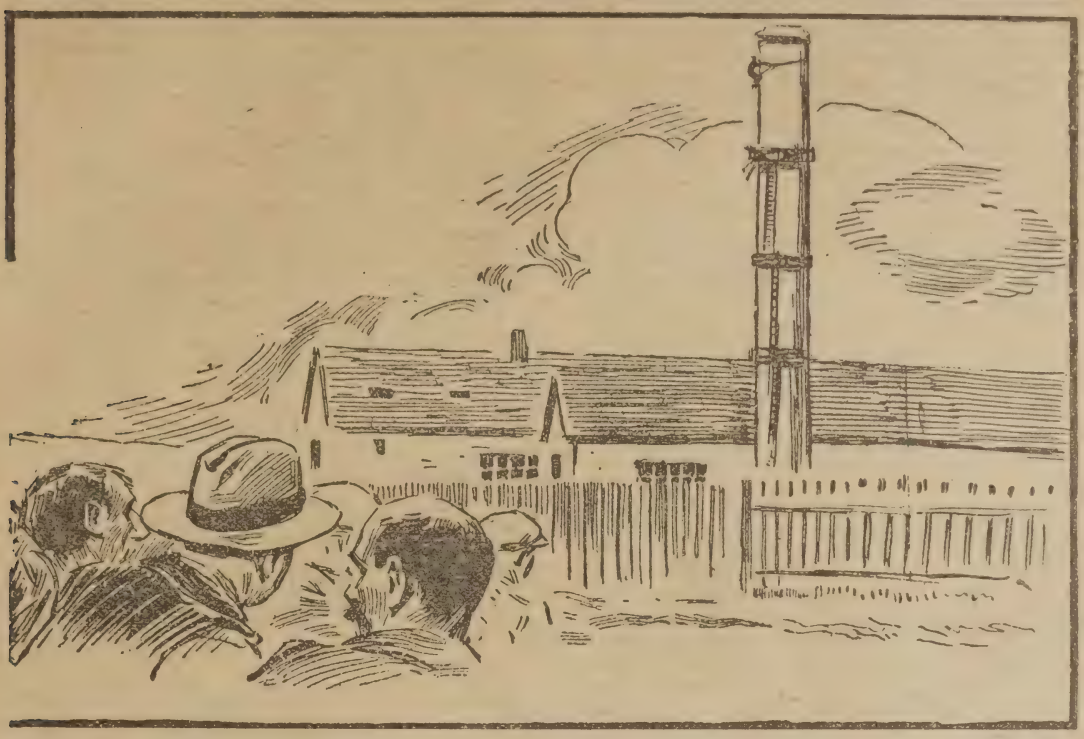
Desde prudente distancia, los mocosos del pueblo se gritaban unos a otros:

—¡Oye, tú! ¡Allá vá "Cometita"..!

A pesar de que Juanito parecía no notar nada, oía todo, veía todo y cada broma de los muchachos del pueblo le dolía como un alfilerazo. Por miedo de que se le creyera tan loco y tan tonto como Juanito ninguno de los chicos del pueblo habría nunca soñado en remontar cometas. Desde los más tiernos años habían aprendido a considerar ese pasatiempo inocente como un signo de que "había un tornillo no muy apretado". Cuando algún muchacho hacía o decía alguna tontería, sus amigos se burlaban de él diciéndole:

—¡Oh! ¡Vete a remontar cometas!

Las gentes del pueblo, los mayores, toderaban a Juanito como se tolera en todo pueblo al tonto; se guiñaban los ojos a sus es-



"¡Juan! ¡Juan! ¡Te necesito! ¡Oh! ¡Ven en seguida! ¡Mira lo que ha sucedido! ¡Nadie más que tú puede salvarle!" (Página 62).

paldas o levantaban piadosas miradas al cielo. Cuando le dirigían la palabra lo hacían como si se tratara de un niño de corta edad y no de un hombre de veinticinco años, que tal era la edad de Juanillo.

—¿Qué tal, Juanito? ¿Vas a remontar cometas hoy también? Esa que llevas es nueva, ¿verdad? ¡Ten cuidado que no te vaya a hacer volar a tí también!

El secreto amor que Juanito sentía por Jessie le daba, sin embargo, fuerzas para soportar todo. No amaba a la muchacha porque se atreviera a amarla, sinó porque no podía en manera alguna arrancarse aquel cariño sin esperanzas de su corazón. Descontando su madre, era Jessie Greenwood la única persona en el pueblo que lo trataba como un hombre, como una persona perfectamente normal. Se conocían desde pequeños, pues ambas familias habían vivido en casas contíguas desde muchos años antes. Por más que en fondo de su corazón Jessie sentía un poco de lástima por el inválido, nunca dejó escapar la menor señal de ella que podría haberla traicionado.

Juanito tomaba siempre el mismo camino cuando se dirigía a la colina, desde donde remontaba sus cometas; de vez en cuando se detenía en su camino, volviéndose a mirar hacia abajo, al grupo de pequeñas casitas enclavadas entre los árboles, junto al río, desde una de las cuales, por lo menos, estaba seguro que Jessie habría de saludarlo por lo menos una vez en su camino.

Hacia la izquierda del pueblo se hallaban las fábricas deportland, con sus enormes edificios de triste color gris, con sus muelles y sus apartaderos de ferrocorril, con sus profundos pozos en los cuales hombres como hormigas se hallaban incesantemente arrancando de las entrañas de la colina la arcilla. Tan extrañamente fuera de lugar parecían aquellos edificios como fuera de lugar hubiera estado una fábrica en el paraiso.

Pero, desde la cumbre de la colina ya no se la veía. Allí arriba Juanillo se halleba solo; solo, con la sola compañía de un pensativo pastor y su rebaño; solo con sus cometas y su amor para Jessie, la muchacha de corazón de oro.

Cuando Juanito dejaba volar sus enormes cometas en las alturas, entre las nubes casi, su corazón se elevaba con ella y se convertía en un verdadero gigante, de gigantescas fuerzas. Algunas veces, por la tarde, Jessie, linda como un capullo que se abre a la humedad de las gotas de rocío como diamantes, de ojos tan azules como el mismo cielo y cabellos tan dorados como el oro fundido, subía a la colina donde pasaba horas enteras junto a Juanito. Durante esos momentos Juanito llegaba a olvidarse de su invalidez, ya que ella lo trataba como igual, exactamente, haciéndolo reir de todo corazón al pretender que sus manos no eran lo suficientemente fuertes para sostener el hilo que mantenía una de las gigantescas cometas cautiva. A veces, cuando no soplaba ni la más ligera brisa y, por consiguiente, era imposible remontar cometas, Jessie y

Juanito se sentaban en el pasto perfumado de la colina, y Juan comenzaba a contar a la muchacha, con maravillosa lucidez, las emocionantes narraciones que había leido en libros de aventuras. Hasta que un día terminó una de esas narraciones con un suspiro que no pudo contener.

La muchacha que, con los ojos fijos en el suelo lo había escuchado con religioso silencio, levantó la vista y la fijó, a lo lejos, abajo, en las tranquilas aguas del río, una larga cinta de oro, de verde y de azul.

—Muy linda narración, Juan, — dijo. Nunca lo llamaba ella Juanito como la mayoría de las gentes del pueblo.

Y, como él permaneciera en silencio, ella le lanzó una rápida mirada; y vió que le temblaban los labios.

—¡Me ha gustado mucho! — agregó ella.

Sobreponiéndose a su íntima emoción, el sonrió.

—Estaba pensado cuan feliz sería yo si pudiera hacer algo... algo como el protagonista de esta narración. Si sólo pudiera hacer algo por tí, Jessie, para recompensarte por todas tus bondades para conmigo. Algunas veces, cuando me pongo a soñar despierto, sueño con las cosas más extrañas. Hay veces que te oigo, que oigo tu voz llamándome, pidiéndome ayuda. Luego me despierto y me río de mi mismo... porque yo no podría salvar a un niño de ahogarse en una tina de agua... ¡Soy un inútil!

Puso ella una de sus de sus manitas blancas en el brazo del muchacho.

—Juan, — dijo, serenamente. — Esta es la primera vez que te oigo hablar así. Nadie es inútil en este mundo...

—¿Nadie? ¡Bien sabe Dios que quisiera creerte! — respondió él con amargura.

—¡Pero es la verdad! — insistió ella. — Tengo la seguridad de que si la ocasión se presenta, lo probarás así.

Juanito comprendió que la había apenado. Haciendo un esfuerzo sonrió.

—Lo siento, Jessie, — dijo — perdóname.

* * * *

Del amor que sentía por ella nunca hablaba; pero se podía haber dicho, sin temor a equivocarse, que adoraba el polvo que ella pisaba: temblaba de placer al solo pensamiento de poder vivir junto a ella todos los días de su vida. Se entristecía cuando ella faltaba del pueblo pos solo algunas horas que pasaba en la ciudad haciendo compras; pues lo acometía en tales momentos la tortura de pensar que podría verse separado de ella para siempre. Sabía que ella nunca podría pertencerla; y rogaba a Dios que cuando ella se casara, (pensamiento éste, que lo hacía encojerse como animal herido), se quedara a vivir en Overdean, a fin de que él pudiera seguirla viendo.

Pero si bien él nunca hablaba una sola palabra de su amor por Jessie, que guardaba como un tesoro en el fondo de su corazón, otros, probablemente, sin darse cuenta del dolor que causaban, le dirigían bromas y pullas a propósito de la muchacha.

—¿Qué es eso, Juanito? — decíanle, sacudiendo el dedo en gesto de picaresca amenaza. — ¿De paseo con Jessie otra vez hoy? ¡No te olvides de invitarnos a la boda!

Juanito, cuando comenzaban esas pullas, volvía las espaldas y se alejaba rápidamente de sus atormentadores.

Que había en el pueblo quien miraba a Jessie con buenos ojos, no lo ignoraba Juanito. Casi todos los jóvenes distinguían con sus atenciones a Jessie. Juan los veía desde la ventana, al pasar frente a la casa de la muchacha cubiertos de polvo, como molineros, al regreso de las tareas diarias; los veía por la noche, vestidos con sus mejores galas, venir al jardín de ella, ostensiblemente a admirar las flores, pero seguramente con el propósito de ver a la muchacha y hablar con ella.

Juanito sentía celos de ellos; de sus amplios hombros, de sus rectas espaldas, de sus pechos salientes; pero, secretamente, se regocijaba de la poca atención que Jessie prestaba a sus galanterías. Sin embargo, si la muchacha se hubiera decidido a casarse con alguno de aquellos que trabajaban y vivían en aquella comunidad, Juanito, tal vez hubiera podido sobrellevar su dolor.

* * * *

En una de las altas chimeneas de la fábrica, en la más elevada de las tres, la que alcanzaba a casi ciento treinta pier del suelo, esbelta y gigantesca, había sido descubierta una rajadura. La gerencia de la fábrica envió a buscar varios obreros expertos a la ciudad, los que repararían la chimenea; pero este trabajo duraría varias semanas.

Cuando estos obreros llegaron, uno de ellos, de nombre Bob Latham, se hospedó en casa de la madre de Juanito, la señora Hill, en calidad de pensionista. Era este un hombre alto, fornido, blanco de piel, hasta parecer la suya, piel de mujer, de ojos grises y tan modesto que rayaba en cortedad. Ni bebía ni fumaba. Se pasaba los días absorto en su trabajo y las noches leyendo, interesado en delicados problemas. A Juanito llegó a parecerle un Dios. Imposible hallar nadie superior a Bob Latham. La que, como es lógico, sólo valía para acentuar a sus propios ojos su invalidez.

Lo primero que hizo Juanito cuando Bob Latham vino a vivir con ellos, fué esconder sus cometas; no quería que el extraño lo considerara un niño. Pero el segundo día, durante el té, con gran dolor de Juanito la señora Hill dijo, repentinamente:

—Juanito es muy aficionado a las cometas, señor Latham. ¡Hay que ver la maravillas que le hace hacer..! Usted tiene que pedirle que le muestre algunas de las que ha hecho.

Juanito se puso rojo como un tomate, pero no dijo nada. Bob, por su parte, dijo que tendría mucho gusto en ver las cometas, y hasta ir con Juan una tarde a la colina y hecharlas a volar. El corazón de Juanito se llenó de sorda cólera, pues creyó ver en las palabras del extraño solamente la condescendencia de un hombre furte para con un niño. Sin embargo, como el asunto no

quedara en eso, que era lo que él esperaba, después de té sacó sus cometas, mostrándoselos a Bob Latham, que las exaaminó detenidamente, haciendo preguntas referentes a los méritos de cada uno de los diferentes tipos.

Aquella noche, acostado en su lecho, sin dormir, Juanito recordaba lo que había pasado.

—¡Que se lo lleve el diablo! —. gruñía. — ¡Se cree que soy un niño! Y tendré que soportarlo quien sabe cuanto tiempo.

Cuando llegó la tarde del sábado, Juanito creyó que Bob iría al partido de football con los otros obreros de la fábrica que se hallaban libres, ya que ésta trabajaba sin cesar, de día y de noche, en turnos. Pero, en lugar de hacerlo así, Bob Latham le preguntó si podía ir con él a remontar algunas cometas. Juanito, poco experimentado en el arte del subterfugio, respondió que podía.

Juntos subieron la colina. Ni una sola vez pareció notar Bob la invalidez de su compañero, y se confesó un tanto cansado, insinuando pausar un momento para respirar un poco, mucho antes de que Juanito se sintiera fatigado. El primer alto fué hecho cuando habían recorrido una tercera parte del camino, desde donde las personas que pasaban por las calles de la aldea habían quedado reducidas a meros juguetes. Mirando hacia la izquierda, Juanito notó que se hallaban exactamente a nivel con el extremo de la chimenea rajada. Durante unos momentos contempló aquello, teniendo entonces por primera vez una idea, más o menos exacta, de lo que debía ser el trabajar a aquella considerable altura, sobre el frágil andamiaje que los obreros habían comenzado a colocar ya, subiendo y bajando por alto de la chimenea.

Pensó Juanito hacer unas preguntas a Bob Latham sobre su trabajo, preguntarle que se sentía, allá arriba, pendiente entre el cielo y la tierra, si era verdad lo que se decía, que las chimeneas tan altas como aquella, cuando soplaba fuerte viento, allá arriba, en el tope, se balanceaban. Pero no formuló esas preguntos; tomó de nuevo sus cometas, su muleta y, silenciosamente, continuó el camino.

Al llegar a la cumbre de la colina, observaron que soplaba allí un viento regular. Y antes de que pasara mucho tiempo, Bob Latham pareció haberse convertido de nuevo en niño; remontaba uno de las grandes cometas de Juanito con singular maestría y con una alegría tan sana, tan natural, que el inválido comprendió, no sin sorpresa, que Bob Latham, el superhombre, estaba realmente interesado en sus cometas y se divertía de todo corazón con ellas.

Pero la satisfacción de Juanito duró sólo unos segundos; tan pronto como había nacido murió, y el muchacho maldijo, para sí la chimenea que se había rajado, motivando la venida de Bob Latham, al que hubiera deseado un millar de millas de allí.

Justamente detrás de ellos hallábanse las ruinas de un antigua camino, probablemente construído por los romanos, con el propósito ser observadas hasta el Weald.

De entre las ruinas de este camino, a pocos pasos a espaldas de ellos partió un sonoro chillido, apareciendo en seguida la cabeza de Jessie Greenwood, iluminada por piresca sonrisa. Tenía la costumbre de aparecérsele a Juanito de sorpresa, descubriendo el paradero del muchacho por la rozagante cometa que remontaba. Pero, esta vez, en lugar de sorprender a Juanito, fué ella la que se sorprendió al no encontrar al muchacho solo, sinó el compañía de un desconocido. Pero ya no podía retroceder; ambos la habían visto y, al avanzar ella, se quitaron las gorras.

Un momento embarazoso pasó antes de que Juanito murmurara algo que pasó por una presentación, y volviéndole las espaldas silenciosamente, comenzó a recojer su cometa. Algo le oprimía el corazón como plancha de plomo. Tuvo en ese momento el presentimiento de que el hombre que había venido a reparar el destrozo de la chimenea de la fábrica había de destrozar también su corazón.

Y estaba en lo cierto.

La amistad iniciada entre Bob Latham y la muchacha del corazón de oro, pronto se convirtió en un sentimiento mucho más fuerte. Día a día Juanito observaba como la chispa se convertía en llama primero y en hoguera después, observaba, como podría haberlo hecho el propietario de una humilde cabaña que vé, sin poderlo contener, al fuego devorar lo único que posee en su vida.

Muchas veces, cuando regresaba, solo ya, de la colina, con sus cometas debajo de un brazo y la muleta debajo del otro, los veía conversar por sobre la tapia que separaba los jardines de ambas casas. Otras, los hallaba en los solitarios senderos de los bajos, caminando lentamente, tomados del brazo.

Bob Latham notó el cambio que poco a poco se había operado en Juanito; pero, sin sospechar nunca cual podía ser la causa, demostraba mayor paciencia con el inválido, tratando por todos los medios de agradarle, empleando en ello tiempo que robaba a Jessie. Tampoco la muchacha, en medio de todo aquel torbellino de felicidad que la había envuelto repentinamente, se olvidó de su amigo. Siempre tenía un momento libre para pasarlo junto a él.

Pero hoy, al contrario de antes, cnando la muchacha subía a la colina a sorprenderlo en el momento que más ocupado se hallaba el inválido con su cometa, ya no eran sus visitas acogidas con el mismo agrado; rara vez podía Jessie conseguir que Juanito rompiera su obstinado silencio.

Hasta que un día sucedió lo que fatalmente debía suceder.

La señora Hill y Juanito se habían sentado a la mesa yá, cuando llegó Bob Latham. Vení silbando y en sus ojos brillaba extraña luz. Al entrar, como notara la mirada de sorpresa de la señora Hill, pareció confuso. Saludó con cortedad y se sentó, comenzando a comer en silencio. Pero antes de que pasaran muchos minutos, anunció timidamente.

—Tengo una novedad, señora...

—Espero que sea una buena noticia, señor Latham, — respondió la buena señora Hill, al ver que el otro se interrumpía.

—Sí, señora, — continuó Bob, enrojeciendo. — Jessie ha prometido ser mi esposa...

La señora Hill se levantó prontamente de su asiento, se acercó a Bob Latham y, descansando sus manos en ambos hombros del muchacho, dijo, con el tono de una madre que habla a su hijo:

—Entonces, ha tenido usted mucha suerte. Tiene usted en Jessie una muchacha como pocas. ¡Hágala usted feliz, Bob Latham, que ella se lo merece!

—¡Dios mediante, señora Hill, lo haré! — respondió Bob Latham.

Volvióse la buena mujer hacia su hijo, y al clavar su mirada en los ojos del muchacho, tuvo, por primer avez, la sospecha de lo que en realidad pasaba en el corazón del inválido. Con un esfuerzo, sin embargo, se avino a decir:

—Juanito; felicita al señor Latham...

Se detuvo; porque su hijo, blanco como la nieve, se limitó a hacer un gesto afirmativo con la cabeza, levantándose de su silla y, sin pronunciar una sola palabra, salió de la habitación.

—Está otra vez con uno de esos dolores de cabeza que le dan de vez en cuando y tanto lo hacen sufrnr, — explicó la señora. — Lo que ese pobre muchacho sufre, nadie lo sabe. Vá a perder un buen amigo cuando usted se lleve a Jessie, señor Latham. ¡Si solo él hubiera sido sano, quien sabe sí...! ¡Pero no vale la pena hablar!

Allá, en la habitación de los altos, de piso desigual y techo inclinado, Juanito se dejó caer en su lecho, completamente vestido, en la obscuridad, con las manos cerradas y mordiéndose los labios hasta hacerse sangre. Con la falta de la razón hija impotente cólera, maldecía de todo corazón a Bob Latham, al día en que vino a Overdeán; al agente de la fábrica que lo había traído y pedía fervorosamente al cielo que un rayo repentino lo partiera en dos pedazos. Poco tiempo después oyó entrar a Bob a su cuarto, que se hallaba junto al suyo propio y pensó que, cuando él estuvitra dormido, entraría a su habitación y le sepultaría un puñal en el pecho. Pero, ¿qué le importaba en realidad a Jessie de su amigo de toda la vida?

—¡Ella ha estado jugando conmigo todos estos años! ¡Ella ha permitido que yo la amara.. porqué es imposible que no se haya dado cuenta! ¡Debía de haber visto el mal que me hacía! ¡Ella me ha tentado diciéndome que no era un inútil, que... ¡Mentiras, todas mentiras!

Juanito sentía que se volvía loco.

* * * *

A la mañana siguiente, ya más calmado, Juanito se dirigió de nuevo a la colina. Lo que más le dolía en esos momentos era el haber tenido malos pensamientos para la muchacha. De vez en cuando, en su marcha hacia la cumbre de la colina, se detenía, para observar, a lo lejos, el trabajo de los obreros en la reparación de la altta chimenea. Soplaba un fuerte viento. Allá arriba, en el expuesto y frágil andamiaje, un hombre trabajaba solitario. Su compañero bajaba esos momento a tierra.

Luego, en el momento que Juanito se levantaba para seguir su camino, algo le llamó la atención, se detuvo y entonces vió, con horror algo terrible que sucedía. Un gran trozo de material, del extremo superior de la chimenea, se desprendió, cayendo con terrorífico estruendo; y bajo el peso de los escombros que sobre él caían, el andamiaje, tables y escaleras, cedieron, cayendo también.

Fascinado, forzando la vista para divisar algo entre la nube de polvo, Juanito trataba de discernir que había sido del hombre que trabajaba allá arriba. ¿Dónde estaba? No se le veía nada.

Nervioso, Juanito tomó su muleta y su cometa, se lanzó a todo correr, ágilmente con una velocidad que no se hubiera sospechado dada su invalidez, colina abajo. Cuando llegó a la calle central del pueblo, esta se hallaba llena de hombres y mujeres que corrían en dirección a la fábrica.

¡—Allá está! — exclamaban algunos, señalando la gigantesca chimenea. — ¡Allá! ¡Se sostiene con una mano a una cuerda!

Juanito también lo vió; también vió al obrero colgado a enorme altura, en dificilísima posición, con sus pies apoyados en otra cuerda que también circundaba la chimenea. Allá estaba, completamente indefenso, que en los escombros, al caer, habían arrastrado gran parte del andamiaje y de las escaleras. La suerte de aquel hombre parecía estar sellada; estaba fuera de toda ayuda que se le pudiera prestar desde abajo. Colocar nuevas escaleras, asegurarlas allí llevaría no horas, sinó días de trabajo.

Por el camino que llevaba a la aldea de la fábrica, venía corriendo una mujer, como enloquecida. Como en un sueño el inválido reconoció a Jessie, frenética, desesperada, como enloquecida. Ella lo vió y corrió hacia él, clamando:

—¡Juan! ¡Juan! ¡Te necesito, Juán! ¡Ven en seguida! ¡Mira lo que ha pasado! ¡Tú solo lo puedes salvar

Juan, sin compreder, la miraba en silencio. Ella lo tomó por un brazo, que le apretó hasta hacérselo doler.

—¿No comprendes, Juan, que no puede sostenerse así mucho tiempo?

Los labios de Juan se movían, pero sin pronunciar una palabra.

Al fin consiguió hablar:

—¿Quién...? ¿Quiés es?

—¡Bob! ¡Es Bob! Es necesario enviarle una cuerda, y tú lo puedes hacer con tu cometa, Juan. Es el único medio de salvarlo

Tomó ella la cometa de manos del inválido, mientras algunos brazos voluntarios trataban de ayudarlo a marchar; pero Juan rechazándolos, demostró que tenía mucha más agilidad de la que generalmente se creía.

—¿Podrás Juan? ¡Díme que sí! — sollozaba la muchacha.

—¡Veré! — respondía Juan. Y, en voz

más baja: — ¿Porqué debo hacerlo, después de todo? Nunca nadie me quiso; despreciaban mis cometas. Además, él me robó mi amor. El destino quiere que no goce de él. ¿Por qué debo yo arrancarlo a su destino?

Los obreros reunidos al pie del a chimenea lanzaron gritos de júbilo al ver llegar al inválido. Algunos le salieron corriendo al encuentro, mientras otros gritaban, desde abajo:

—¡Fuerza! ¡Sostente un poco, camarada! ¡Te enviaremos una cuerda con la cometa!

Juanito no vaciló más; orgulloso, al ver que le pueblo todo estaba pendiente de él, comenzó a preparar su cometa, examinando la dirección y fuerza del viento. Las mujeres, los hombres y los chicos del pueblo se apiñaban en redor suyo, observando con intensa emoción sus preparativos. Con voz seca y clara, el inválido ordenó que se le dejara espacio libre; y así como un regimiento obedece maquinalmente las órdenes de su jefe, así, en silencio, la multitud obedeció las suyas. El gerente de la fábrica, pálido y visiblemente emocionado, apoyó la orden de inválido.

En un desvío, junto a uno de los costados de la fábrica, había varios vagones de carga vacíos. Juanito dijo que estaban en el camino, que había que sacarlos y en pocos minutos desaparecieron de allí.

En medio de toda la multitud era el inválido el únco que conservaba toda su sangre fría. Avanzó hasta el extremo del terreno de que disponía y con la seguridad y firmeza de un expertó soltó la enorme cometa. Durante unos momentos se elevaba un poco, para volver a caer. Un rápido tirón de la cuerda, subía, más alto cada vez. Poco a poco se fué elevando hasta que, levantándose por sobre el techo del edificio de la fábrica, recibió toda la fuerza del viento.

* * * *

Allá arriba Bob Latham, inmóvil, contemplaba la enorme cometa remontarse lentamente en dirección a él. ¿Por cuánto tiempo más podría él sostenerse allí? Ya una vez uno de sus pies se había escapado de su apoyo. La cometa se hallaba ya casi junto a él.

Juanito maniobraba su cometa con consumada habilidad, la fué haciendo avanzar poco a poco. Hubo un momento en que casi tocó la chimenea para luego pasarla. Entonces el inválido procedió a arrimar la cuerda a un punto donde Bob Latham la pudiera agarrar. Un metro primero, de distancia; cada vez más cerca. Hasta que, al fin, con rápido movimiento, la atrapó. Tenía un cuchillo preparado, sujeto entre los dientes, con el cual cortó la cometa.

Una verdadera salva de aplausos saludó el triunfo. Ya con la cuerda en sus manos, Bob comenzó a tirarla hacia sí, subiendo en esta la forma otra más gruesa y larga, la que, cuando estuvo en sus manos, ató a aquella que lo había sostenido hasta entonces.

Ya seguro de su salvación, Latham miró hacia abajo, observando aquel mar de rostros levantados hacia él. Sonrió. Para aquellos que no se hallaban acostumbrados a las grandes alturas, su posición aun era bastante peligrosa. Tomó la cuerda entre sus manos, y, a la manera de los marineros, formando horqueta con brazos y piernas, se deslizó. Un minuto después se hallaba entre los entusiasmados espectadores de aquella emocionante escena.

Jessie se abrió paso entre la multitud a fuerza de codazos y se lanzó a los abrazos abiertos de Bob Latham, y allí, delante de todos los obreros y las mujeres del pueblo que aplaudían a rabiar, se besaron.

Nadie vió a Juanito irse; cuando los espectadores se volvieron para hacerlo a él también partícipe de sus demostraciones de alegría por el salvamento de Bob Latham, no lo hallaron. Tal vez, — y esta es lo más probable, — no pudo soportar la vista de la alegría de la muchacha al estrechar entre sus brazos a su novio, sano y salvo, rescatado de las mismas garras de la muerte por él, por Juanito, el inválido, en tan extraña manera

* * * *

Dos noches después realizóse en la fábrica una reunión de obreros, invitados por el gerente de la fábrica, con el propósito de cambiar ideas sobre la mejor formar de demostrar a Juanito Hill el aprecio del pueblo por su acertada acción. Casi todos los obreros concurrieron, solos unos, con sus esposas otros, y con sus novias los de más allá.

Entre las mociones presentadas, algunos estaban por ofrecerle un regalo en metálico, sosteniendo que sería el más útil, ya que su madre era viuda y no poseían fuertes rentas ni mucho menos; otros, conociendo la afición a lo mecánico que el muchacho tenía, proponían que se le adquiriera un torno; los de más allá sugerían una silla de ruedas de propulsión mecánica.

Fué cuando la asamblea pareció inclinarse en el sentido de ofrecerle a Juan Hill una cantidad de dinero que Jessie, que había concurrido a la reunión con Bob, se levantó, reclamando, nerviosamente, atención.

—Deseo que me escuchen ustedes un momento, — dijo. — Yo lo conozco a Juan mejor tal vez que nadie en el pueblo; nos hemos criado juntos y hemos sido siempre grandes amigos. Deseo pedir a ustedes que no le ofrezcan dinero, ni nada que lo represente; él creería que ustedes quieren "pagarla" la... la vida que ha salvado. Eso le doldría más de lo que se puede imaginar. Creo que lo mejor sería ofrecerle un pergamino de recuerdo firmado por todos. He estado pensando; no he pensado en otra cosa desde que el accidente sucedió, y sé lo que habría de causarle más placer que nada...

Se interrumpió. Los ojos de todos los concurrentes a la reunión se hallaban fijos en ella; se le escuchaba en el más profundo silencio.

—Es algo muy simple, — respondió Jes-

sie. — Solo deseo que los padres y las madres de este pueblo enseñen a sus hijos a remontar cometas y los envíen a Juan. ¡Ustedes no saben lo feliz que eso lo haría a él! Eso le proporcionaría un interés real y positivo en la vida, porqué, a pesar de que generalmente se le cree un niño, no lo es; es un hombre; apesar de que se cree que es tonto, es, en realidad, inteligente y poseedor de un alma cuya grandeza y bondad somos pocos capaces de comprender.

Jessie, emocionada, se dejó caer en su asiento. Silenciosas lágrimas corrían por sus mejillas. En medio de un tumulto de aplausos, uno de los capataces de la fábrica, hombre alto y fornido, de abundante cabellera gris, se levantó, imponiendo silencio con la mano a sus compañeros.

—¡Lo haremos as! — anunció. — Y lo que es más compañeros, formaremos un club tanto para hombres como para muchachos y niños. Y este club tomará las cometas como deporte, ya que hemos visto lo útil que pueden ser en un caso dado. Yo propongo que Juan Hill, nuestro estimado convecino, sea elegido presidente de ese club.

Garden Sussex.

En el mar del Japón se ha pescado un cangrejo gigantesco que medía doce pies de ancho.

* * * *

Durante una gran tempestad desencadenada en el Báltico se vieron muchas gaviotas que volaban con unos pequeños destellos azulados en el pico, en las patas y en la cola.

* * * *

El famoso mercado de pescado de Londres, llamado Billingsgate, cubre una superficie de 30.000 pies, y el año pasado entraron en él 182.000 toneladas de pescado.

Los niños de piel negra sufren, según se afirma, muchas menos enfermedades que los de piel blanca.

* * * *

Una notabilidad médica de Estados Unidos afirma que los niños de familias poco numerosas están mejor dotados mentalmente que los de familias largas.

* * * *

Gracias a una ley dictada en el Estado de Jersey, las mujeres casadas han dejado recientemente de ser consideradas como un "efecto" perteneciente al esposo.

Si usted desea suscribirse, llene y remita la carta siguiente:

.....de 1926.

Señor administrador de "PUCKY"

Avenida de Mayo 662

Buenos Aires

Muy señor mio:

Adjunto un giro postal por $ 9.—m|n., de c|l. en pago de mi suscripción por un año a ese magazine.

.....

Con letra clara

Nombre y apellido .....

Localidad .....

F. C. .....

Precios de Suscripción

Ciudad e Interior

3 meses . . . $ 2.50
6 „ . . . „ 4.50
1 año . . . „ 9.—

DE UN FAMOSO POETA Y NOVELISTA

Federico y Bernardina

POR ALFREDO DE MUSSET

(Traducción del francés)

Esta novelita, — que se publica completa en el presente número de "Pucky", — es una de las más encantadoras de su famoso autor y deleita la atención de todo el que la lee, desde sus primeros párrafos hasta su emocionante final.

I

EN los últimos años de la Restauración llegó a París a estudiar Derecho un joven de Besançon, llamado Federico Humbert. Su familia, que no era rica, le pasaba una módica pensión; más como él era muy ordenado, con poca cosa le bastaba. Para estar cerca de las clases se hospedó en el Barrio Latino. De costumbres y carácter sedentarios, apenas sintió curiosidad por recorrer los paseos, plazas y monumentos que en París son objeto de la curiosidad de los forasteros. Todas sus distracciones se reducían al trato con algunos jóvenes que conoció en la Facultad de Derecho, y al de algunas familias que, gracias a las cartas de recomendación que llevaba, le abrieron las puertas de sus casas. Mantenía con sus padres una correspondencia periódica, y les tenía al tanto de sus progresos a medida que avanzaba en su carrera. Al fin, después de tres años de constante trabajo, vió llegado el momento de su licenciatura. No le faltaba más que presentar su tesis, cuando una circunstancia vino a turbar su reposo.

Federico vivía en un tercer piso de la calle del Arpa, y tenía en su ventana unos tiestos que cuidaba con todo cariño. Cierta mañana, estando regándolos, vió que en una ventana de enfrente había una linda joven que se echó a reir. Le miraba de un modo tan alegre y tan franco, que no pudo por menos de hacerla un pequeño saludo con la cabeza. Ella le devolvió el saludo de buen grado, y a partir de aquel momento tomaron la costumbre de darse así los buenos días todas las mañanas, desde uno al otro lado de la calle. Un día que Federico se había levantado más pronto que de ordinario, después de saludar a su vecina, tomó una hoja de papel, y doblándola como una carta, se la enseñó, como preguntándola si podía escribirla; pero la joven movió la cabeza negativamente y se retiró, enfadada.

La casualidad hizo que al día siguiente se encontrasen en la calle. La madamita entraba en su casa acompañada de un joven que Federico no conocía, y al que no recordaba haberle visto nunca entre los estudiantes. Por el aspecto y el traje de su vecino le pareció que, aunque llevaba sombrero, debía de ser lo que en París se llama una griseta. El acompañante, por la edad era indudablemente su hermano o su amante, y más bien parecía amante que hermano. Después de aquello, Federico resolvió no volver a pensar en tal aventura. Como ya habían llegado los primeros fríos, quitó los tiestos de la ventana; pero, sin darse cuen-

ta, todos los días miraba de vez en cuando a la casa de enfrente. Acercó su mesa de trabajo a la vidriera y recogió la cortina, de modo que pudiera observar sin ser visto.

Por su parte, la vecina no volvió a asomarse de mañana. Sólo algunos días, hacia las cinco de la tarde, se dejaba ver para cerrar las persianas después de haber encendido una lámpara. Federico, cierto día, se arriesgó a enviarle un beso, quedando sorprendido al ver que, con la misma gracia que otras veces, le devolvía el saludo. Tomó de nuevo la hoja de papel, que aún estaba doblada sobre la mesa, y explicándole por señas lo mejor que pudo, le pidió que le admitiese su carta, o le escribiera. Pero la respuesta no fué más favorable que la vez primera: la griseta movió de nuevo la cabeza negativamente, y lo mismo sucedió durante ocho días. Bien venidos los besos; pero, en cuanto a las cartas, era preciso renunciar.

Al cabo de una semana, Federico, despechado de sufrir siempre la misma respuesta, rompió la carta ante los ojos de su vecina. Ella, al pronto, se rió, permaneció indecisa un momento y, al fin, sacó de un bolsillo de su delantal una carta que, a su vez, enseñó al estudiante. Como comprenderéis muy bien, él no dijo que no con la cabeza, y como no podía hablarle, en un pliego de papel de dibujo escribió con gruesos caracteres estas dos palabras: "¡Os adoro!" Recostó el papel en el respaldo de una silla y colocó a cada lado una bujía encendida. La linda griseta, con la ayuda de un catalejo, pudo leer así la primera declaración de su amante. Respondió con una sonrisa, e hizo señas a Federico de que bajase por la carta que le había enseñado.

Había oscurecido y hacía una niebla espesa. El joven bajó rápidamente, atravesó la calle y entró en el portal de su vecino, que le aguardaba al pie de la escalera. Federico, más ligero en abrazarla que en hablarla, la estrechó en sus brazos. Ella huyó, temblorosa.

—¿Qué me habéis escrito? ¿Cuándo y cómo podemos volver a vernos? — le preguntó él.

La griseta se detuvo, volvió sobre sus pasos, y deslizando su carta en la mano de Federico, le dijo:

—Tomad, y no trasnochéis.

En efecto, pocos días antes, el estudiante, a pesar de su formalidad, había pasado la noche fuera de su casa, y la griseta le había visto volver.

Cuando dos enamorados están de acuerdo, los obstáculos son poca cosa. La carta entregada a Federico le decía que era necesario tomar las mayores precauciones, le hablaba de peligros que los amenazaban y le preguntaba dónde podrían verse. "En vuestra casa no está bien", decía. Por tanto, era preciso alquilar un cuartito por allí cerca. No faltan nunca en el Barrio Latino.

Ya estaba convenida la primera cita, cuando Federico recibió la siguiente carta:

"Decís que me adoráis; pero no me decís
" si os parezco bonita. Me habéis visto siem-
" pre de cualquier modo, y, para que me
" améis, es necesario que me veáis mejor.
" Voy a salir con mi criada. Salid vos tam-
" bién y venid a mi encuentro en la calle.
" Me saludarés como un antiguo conocido,
" y me diréis cualquier cosa; pero, sobre
" todo, entre tanto, fijaos bien en mí. Si
" no os parezco bien, decídmelo, que no
" me enfadaré. No tendría nada de parti-
" cular, y yo no soy rencorosa.

"Mil besos de vuestra — **Bernardina**."

Federico obedeció las órdenes de su amante, y no tengo que decir que la prueba no fué dudosa. Sin embargo, Bernardina, por un refinamiento de coquetería, en vez de ponerse todas sus galas para aquella entrevista, se presentó con la mayor sencillez y con los cabellos recogidos simplemente bajo el sombrero. El estudiante la hizo un respetuoso saludo, la repitió varias veces que la encontraba más linda que nunca, y volvió a su casa lleno de júbilo por su nueva conquista. Pero aún le pareció mucho más bella cuando, en la cita del día siguiente, se convenció de que Bernardina podía prescindir, no sólo de sus mejores galas, sino hasta del más sencillo de todos los trajes.

II

Federico y Bernardina se habían entregado a su amor sin cruzar apenas la palabra, y cuando comenzaron a hablar aún no se tuteaban. Estrechamente enlazados por la cintura sentáronse junto a la chimenea, en la que chisporroteaba un gran fuego. Bernardina, con la cabeza reclinada en las rodillas de su amante, brillantes las mejillas, coloreadas por el placer, le refirió quién era. Había trabajado en los teatros de provincias. Se llamaba Luisa Durand, y Bernardina era su nombre de campaña. Hacía dos años que vivía con un joven al que no amaba. A toda costa quería desembarazarse de él y cambiar su modo de vivir, fuese volviendo al teatro, si encontraba protección, fuese aprendiendo un oficio. En cuanto a su pasado y a su familia, nada dijo. Solamente declaró su propósito de romper aquella unión, que le era insoportable. Federico no quiso engañarla, y la pintó sinceramente la situación en que se hallaba. No siendo rico, y conociendo a poca gente no podía ofrecerla sino una ayuda muy relativa.

—Como no puedo sostenerte, — añadió — no quiero, bajo ningún pretexto, ser la causa de tu ruptura. Pero como a la vez me sería muy cruel compartir tu cariño con otro, me iré de París, bien a mi pesar, y guardaré siempre en mi corazón el recuerdo de un día de felicidad.

Ante esta inesperada declaración, Bernardina se echó a llorar.

—¿Por qué te vas? — le dijo. — Si riño con mi amante no serás tú la causa, puesto que hace mucho tiempo que estoy dispuesta a ello. ¿No me querrás si me coloco de costurera para aprender el oficio? Es una lástima que no seas rico. ¡Pero qué

vamos a hacerle! Nos arreglaremos como podamos.

Federico iba a replicarla; pero un beso le impuso silencio.

—No hablemos ni pensemos más en ello, — dijo, para acabar, Bernardina. — Cuando quieras estar conmigo me haces una seña por la ventana, y no te preocupes de lo demás, que nada te importa.

Cerca de seis semanas estuvo Federico sin hacer nada. Su tesis, empezada, seguía sobre la mesa, y apenas si de vez en cuando añadía Federico una línea. Sabía que si sentía deseos de divertirse no tendría más que abrir su ventana. Bernardina estaba siempre dispuesta. Y cuando la preguntaba cómo gozaba de tanta libertad, le respondía siempre que a él no le importaba aquello. Ciertos ahorros que guardaba en su cajón se disiparon rápidamente. A los quince días se vió obligado a pedir dinero a un amigo para cenar con su amante.

Cuando su amigo, que se llama Gerardo, supo el nuevo género de vida que hacia Federico, le dijo:

—Ten cuidado, Federico. Estás enamorado. Tu griseta no tiene dónde caerse muerta y tú tampoco tienes gran cosa. Yo, en tu caso, desconfiaría de cómicas de provincias. Pasiones así nos llevan más lejos de lo que pensamos.

Federico respondió, riéndose, que no se trataba de una pasión, sinó de unos amoríos pasajeros. Contó a Gerardo cómo había conocido a Bernardina por la ventana, y le dijo:

—Es una criatura que no piensa más que en divertirse. Nada menos peligroso que ella, y ninguna alianza menos formal que la nuestra.

Gerardo se rindió ante tales razonamientos, pero aconsejó a Federico que trabajase. Federico le aseguró que su tesis quedaría terminada muy pronto, y para no mentir se puso, en efecto, a ella durante unas horas; más aquella misma noche le esperaba Bernardina, y dando de lado a su trabajo, se fueron juntos a **La Cabaña**.

La Cabaña es el Tívoli del Barrio Latino; es el punto de cita de estudiantes y grisetas. Allí se bebe y se baila, y una franca alegría, a veces un poco estrepitosa, anima a la concurrencia. Allí van los elegantes con chambergo y los **fashionables** con chupa de terciopelo. Allí se fuma, se brinda y se ama al aire libre. Si la policía prohibiese entrar en aquel dichoso jardín a quienes lo frecuentan, desaparecería acaso el único lugar donaun se mantiene la vida libre y alegre de estudiantes y grisetas, cuya tradición se pierde de día en día.

Federico, en su calidad de provinciano, no era hombre capaz de hacer un mal papel ante la gente, y Bernardina, que no quería más que divertirse, tampoco se lo hubiera permitido. Para saber hasta qué punto deben llegar las diversiones se necesita ser un poco mundanos. Nuestra feliz pareja no se contenía en el placer; después de haber bailado toda la noche regresaban cansados y contentos, y Federico, novicio en estas cosas, creía que aquellas sus primeras locuras constituían la felicdad. Cuando, bulevar Nuevo adelante, sentía bajo el suyo el brazo de Bernardina, que saltaba y reía junto a él, se imaginaba que nada era tan dulce como vivir así días y días. Algunas veces se preguntaban uno a otro por la marcha de sus asuntos; pero ninguno podía responder claramente a tal pregunta. El pisito amueblado, situado junto al Luxenburgo, estaba pagado por dos meses; aquello era lo importante. Con frecuencia iban a él. Bernardina, con un paquete de viandas bajo el brazo, y Federico, con una botella de vino. Sentados en la mesa, la joven cantaba, a los postres, los cuplés de moda, y si no recordaba la letra, para sustituírla, el estudiante improvisaba tan cerca de los labios de su amante, que cuando no acertaba con la rima, en su lugar le daba un beso. De este modo pasaban las noches, sin darse cuenta del tiempo que pasaba.

—Tú ya no haces nada, — decía Gerardo, — y tus amoríos pasajeros van a durar más que una gran pasión. Ten cuidado; derrochas el dinero y descuidas lo que te lo puede proporcionar.

— Tranquilízate, — respondía Federico; — mi tesis avanza, y Bernardina va a entrar de aprendiza en un taller. Déjame disfrutar en paz de unos momentos de felicidad, y no te inquietes por el mañana.

Pero se acercaba la época en que debía presentar la tesis. La terminó apresuradamente, sin que por ello desmereciera. Al fin, Federico se licenció. Ya era abogado. Envió a Besançon unos cuantos ejemplares de la Memoria, acompañados de su título. A tan grata nueva le respondió su padre enviándole una suma muy superior a la necesaria para pagar los gastos del viaje de vuelta. La satisfacción paternal vino, por lo tanto, así, sin saberlo, a favorecer al amor. Federico devolvió a su amigo el dinero que le había prestado, y le convenció de la inutilidad de sus reconvenciones. Quiso hacer un regalo a Bernardina; pero ella no aceptó.

—Hazme el regalo de una buena cena, — le dijo; — esto es lo único que te admito.

Con un carácter tan alegre como el de aquella criatura, en cuanto tenía el menor disgusto, era facilísimo conocerlo. Un día, Federico la encontró triste, y le preguntó por qué. Después de dudar un poco, sacó una carta del bolsillo.

—Es un anónimo, — dijo. — Mi amigo lo recibió ayer y me lo ha entregado diciéndome que no concedía crédito a acusaciones sin firma. ¿Quién ha escrito esto? No sé. La ortografía es tan detestable como la letra; pero no por eso menos peligrosa para mí: me acusan de ser una perdida, y llegan hasta precisar el día y la hora de nuestras últimas citas. No puede ser más que alguien de la casa, una portera o una criada. No sé qué hacer ni cómo librarme del peligro que me amenaza.

—¿Qué peligro? — preguntó Federico.

—Creo que en él no me va más que la vida, — respondió Bernardina riéndose. — Mi amigo tiene un caracter tan violento, que si supiera que le engañaba sería capaz de matarme.

Federico releyó y examinó la carta por todos lados; pero en vano. Imposible reconocer la letra. Volvió muy intranquilo a su casa y resolvió no ver a Bernardina durante unos días.

Pero bien pronto recibió una carta de ella: "Lo sabe todo, — le escribía; — no sé quién se lo ha dicho; supongo que la portera. Irá a veros. Quiere batirse con vos. No tengo fuerzas para deciros más. Estoy más muerta que viva."

Federico se pasó todo el día en su cuarto, en espera de la visita de su rival, o, al menos, de su provocación. Le sorprendió no recibir la una ni la otra. Al otro día, y durante los ocho siguientes, el mismo silencio. Por fin supo que M. de N***, el amante de Bernardina, había tenido una explicación con ella, a consecuencia de la cual la joven había abandonado la casa y se había refugiado en la de su madre. Sólo y desconsolado por la pérdida de una amante de la que estaba locamente enamorado, el joven salió una mañana y no volvió a aparecer por allí. Al cabo de cuatro días, como no lo hallasen por ninguna parte, descerrajaron la puerta de su cuarto: sobre la mesa había dejado una carta en la que anunciaba su fatal propósito. Hasta una semana después no se encontraron, en las espesuras de Meudon, los restos de aquel infortunado.

III

Aquella noticia causó a Federico profunda impresión. Aunque apenas conocía al desventurado ni jamás había cruzado palabra con él, sabía quien era y que pertenecía a una linajuda familia. Vió el dolor de sus padres y hermanos, que vinieron a la casa, y supo los detalles tristes de cuantas indagaciones se vieron obligados a hacer para descubrir su muerte. Sellaron las puertas. Poco después se llevaron los muebles. La ventana tras de la cual trabajaba Bernardina se quedó abierta, mostrando solamente las paredes vacías.

Sólo el culpable siente remordimientos. Federico no tenía nada que reprocharse, puesto que ni había engañado a nadie ni siquiera había sabido nunca claramente lo que existía entre la griseta y su amante. Pero sentía profundo horror al saber que había sido la causa involuntaria de tan cruel fatalidad.

"¿Por qué no me habrá buscado? — se decía, — ¿Por qué no habrá vuelto contra mí el arma de que ha hecho tan funesto uso? No sé lo que hubiera hecho ni que habría sucedido; pero el corazón me dice que no habría ocurrido semejante desgracia. ¡No haber sabido, aunque sólo fuese que la quería hasta tal punto! ¡No haber sido testigo de su dolor! ¡Quién sabe! ¡Me hubiera ido; le hubiera convencido, quizá, le hubiera consolado, le hubiera vuelto a la razón con palabras, de franca amistad! ¡En todo caso, aun viviría, y preferiría que me hubiese atravesado un brazo a pensar que al darse la muerte acaso haya pronunciado mi nombre!"

En medio de estas tristes reflexiones llegó una carta de Bernardina. Estaba enferma en cama. En la última escena que tuvo con M. de N***, este la pegó, y al caer al suelo recibió un mal golpe. Federico salió para ir a verla, pero no tuvo valor. Seguir siendo su amante le parecía cometer un asesinato. Se decidió a partir. Después de poner en orden sus asuntos, envió a Bernardina todo aquello de que aun pudo disponer, y prometiéndola no abandonarla nunca si alguna vez se hallaba en la miseria, se volvió a Besançon.

Su llegada, como puede suponerse, fué un día de júbilo para su familia. Le felicitaron por su nuevo título, le abrumaron a preguntas sobre su estancia en París, y su padre, lleno de orgullo, le llevó casa por casa a las de los más ilustres personajes del lugar. Pronto le participaron un proyecto concebido durante su ausencia: habían pensado casarlo, y le proponían una joven muy linda con una fortuna considerable. Ni se negó ni aceptó. Sentía en su alma tal tristeza, que nada podría acrecentarla. Se dejó llevar por donde quisieron; respondió con el mayor deseo a lo que le preguntaron, y hasta se esforzó en hacer la corte a su prometida; pero todo ello sin el menor gusto y como quien cumple un deber. No creo que quisiese tanto a Bernardina como para obligarle a renunciar a tan ventajoso matrimonio; pero las circunstancias en que aquel amor acabó habían dejado en él profunda huella para olvidarlo tan pronto. En un corzón donde todo es recuerdo no queda un rincón para esparanza. Estos dos sentimientos se excluyen uno a otro cuando son intensos; sólo cuando se debilitan, se concilian, se dulcifican, y acaban por atraerse mutuamente.

Por su parte, la prometida de Federico tenía un carácter demasiado melancólico. No sentía por él simpatía ni repugnancia; lo mismo que él, sólo por obediencia se prestaba a los proyectos de sus padres. Gracias a la facilidad con que los dejaban hablar a solas, los dos se dieron cuenta de la verdad. Comprendieron que jamás se amarían; pero que sin el menor esfuerzo habían llegado a ser excelentes amigos. Un día que las dos familias, reunidas, pasaron el día en el campo, Federico, al volver, dió el brazo a su futura. Esta le preguntó si no había dejado algún cariño en París. El le contó su historia. Al principio, ella la encontró divertida y la comentó como una bagatela. Federico no hablaba de ello más que como de una locura sin importancia; pero al fin de de relato, mademoiselle Darcy, — éste era el nombre de la joven, — pareció más seria.

—¡Oh, Dios mío, — exclamó, — qué historia tan cruel! Comprendo lo que habréis sufrido, y ahora os estimo más. Pero no sois culpable; dejad que pase el tiempo. Vuestros padres están tan seguros como los míos de nuestro matrimonio. Mas confiad en mí. Procuraré evitaros todo el fastidio posible, y, en todo caso, el disgusto de una negativa.

Se separaron con estas palabras. Federico sospechó que también mademoiselle Darcy debía tener que hacerle una confidencia. No se engañaba. Estaba enamorada de un joven oficial sin fortuna, que había pedido

su mano, con la negativa de la familia. Ella, a su vez, le dió prueba de su franqueza, y Federico la juró que no tendría que arrepentirse de ello. De este modo se estableció entre los dos el tácito convenio de resistirse a sus padres, pareciendo simpre que se sometían a su voluntad. Se los veía continuamente uno al lado del otro, en el baile, en la tertulia, en el paseo; pero tras de haberse conducido durante todo el día como dos amantes, al separarse se estrechaban la mano y se repetían todas las noches que jamás se casarían.

Situaciones semejantes son muy peligrosas. Tienen un encanto que subyuga, y el corazón se entrega a ellas confiado. Pero el amor es una divinidad celosa que se irrita cuando se deja de temerla, y algunas veces se ama sólo porque se ha prometido no amar. Al cabo de algún tiempo, Fedrico había recobrado su alegría. Se decía a sí mismo que después de todo, no había sido culpa suya que una aventura sin importancia hubiese tenido tan siniestro desenlace; que cualquiera, en su lugar, hubiera hecho lo mismo que él, y, en fin, que era preciso olvidar lo que era imposible reparar.

Comenzó a gustarle ver todos los días a mademoiselle Darcy. Le pareció más bella que al primer pronto. No varió su conducta con ella; más poco a poco fué poniendo en sus palabras y en sus protestas de amistad un calor que no dejaba lugar a dudas. No por eso se ofendió ella. Su instinto femenino la advirtió inmediatamente lo que pasaba en el corazón de Federico. Se sintió halagada y casi conmovida; pero, acaso más constante que él, o porque no quisiera arrepentirse de su promesa, tomó la determinación de romper con él por completo y de quitarle toda esperanza. Para ello era necesario esperar a que él se explicase con mayor claridad.

La ocasión se presentó muy pronto.

Una noche que Federico se mostraba más jovial que de costumbre, mademoiselle Darcy, mientras tomaban el te, fué a sentarse en una habitación un poco apartada. Una cierta disposición novelesca, natural en las mujeres, daba aquel día a sus palabras y a sus ojos un atractivo indefinible. Sin darse cuenta de lo que la pasaba, se sentía capaz de cualquier violencia, y antes que ceder a sus tentaciones, prefirió pasárselo ella sola. Federico la había visto salir. Le siguió, se acercó a ella, y después de algunas palabras sobre la expresión de tristeza que observaba en su rostro, le dijo:

—Y bien, señorita: ¿habéis pensado en que se acerca el día en que tendréis que hablar claramente? ¿Habéis hallado el modo de eludirlo? Os he seguido hasta aquí para consultaros. Mi padre no hace más que preguntarme, y yo ya no sé qué contestarle. ¿Qué puedo objetar en contra de nuestro matrimonio, y cómo decirle que no os quiero? Aunque finja que me parecéis fea, antipática y torpe, nadie querrá creerme. Por tanto, me es necesario decir que quiero a otra, y esto, cuanto más tiempo pase, será menos verdad. ¿Y cómo podría ser de otro modo? ¿Es posible estar viéndoos sin cesar impunemente? ¿Qué imagen de mujer ausente no se desvanecería ante vos? Decidme, pues, lo que pensáis y lo que debo decir. ¿No habéis variado de intención? ¿Dejaréis que vuestra juventud se consuma en soledad? ¿Permaneceréis fiel a él y os bastará su recuerdo? A juzgar por mí, os confieso que no puedo creerlo, pues sería engañarnos a nosotros mismos y resistir a nuestro propio corazón y a nuestra suerte común, que nos mandan olvidar y amar de nuevo. Yo mantendré mi palabra si vos me lo ordenáis; pero no puedo por menos de confesaros que semejante obediencia será para mí una crueldad. Sabed, pues, que nuestro porvenir depende hoy tan sólo de vos, y decidid.

—No me sorprende lo que me decís, — respondió mademoiselle Darcy. — Es lo que dicen todos los hombres. Para ellos, el momento presente lo es todo, y sacrificarían su vida entera por una galantería. Las mujeres sienten también tentaciones parecidas, más con la diferencia de que se resisten a ellas. He hecho mal en fiarme de vos, y es justo que sufra mi castigo; pero aunque mi negativa os duela y atraiga sobre mí vuestro rencor, os enseñará una cosa, de cuya verdad os convenceréis con el tiempo: y es que en la vida, cuando se ama, no se ama más que una vez. Los inconstantes no aman: juegan con el corazón. Ya sé que para el matrimonio basta con la amistad, según dicen; esto será cierto algunas veces; pero ¿cómo podría serlo entre nosotros, sabiendo que quiero a otro? Aún suponiendo que abusáseis de la confianza que os dí para obligarme a que me case con vos, ¿no os atormentaría mi secreto después de casados? ¿No sería suficiente para hacer imposible nuestra felicidad? Quiero creer que vuestros amores de París no hayan pasado de una aventura juvenil; pero ¿no pensáis que eso mismo puede haberme hecho formar mala opinión de vos, y que no me ha de ser indiferente conocer la volubilidad de vuestros sentimientos? Creedme, Federico, — añadió, estrechando su mano: — creedme: si alguna vez os enamoráis de veras, os acordaréis de mí y sabréis apreciar el valor de la que un día se atrevió a hablaros de este modo. Ya sabréis lo que es un amor verdadero.

Dicho esto, mademoiselle Darcy se levantó y salió. Vista la turbación de Federico y el efecto que le producían sus palabras, le abandonó a su tristeza.

El pobre Federico era demasiado inexperto para suponer que una declaración tan formal pudiera ocultar la menor coquetería. Desconocía los extraños móviles a que algunas veces obedecen las mujeres. No sabía que la que realmente se niega, se contenta con decir no, y mientras que la que da explicaciones desea que la convenzan.

Fuese por lo que fuese, aquella conversación ejerció sobre él la más desdichada influencia. En vez de procurar convencer a mademoiselle Darcy, evitó en lo sucesivo toda ocasión de encontrarse a solas con ella. Ella, demasiado orgullosa para arrepentirse, le dejó marchar en silencio. Federico habló a su padre de la necesidad de doctorarse. En cuanto a la boda, mademoiselle Darcy

fué la primera en responder; pero sin atreverse a negarse en absoluto, por miedo de disgustar a su familia, pidió que la concedieran un plazo para reflexionar, y obtuvo la promesa de que la dejarían tranquila durante un año. Federico dispuso su vuelta a París. Se le aumentó la pensión y salió de Bensançon más triste aún que cuando vino. El recuerdo de su última conversación con mademoiselle Darcy le perseguía como un presagio funesto, y mientras la posta se alejaba, se repetía en voz baja: "Ya sabréis lo que es un amor verdadero."

IV

Esta vez no se fué a vivir al Barrio Latino. Como tenía asuntos en el Palacio de Justicia, buscó habitación cerca del muelle de las Flores. Apenas llegó recibió la visita de su amigo Gerardo, que durante su ausencia había heredado una gran fortuna. La muerte de un tío le había hecho rico. Tenía un piso en la calzada d'Antin, un cabriolé y dos caballos. En otro piso sostenía una linda querida. Se trataba con toda la juventud elegante. En su casa se jugaba durante todo el día y muchas veces durante toda la noche. Asistía a todos los bailes, paseos y espectáculos, y en una palabra: de modesto estudiante se había convertido en joven a la moda.

Sin abandonar sus estudios, Federico se dejó arrastrar por el torbellino en que vivía su amigo. Pronto llegó a despreciar los placeres que en otro tiempo le divertían tanto en "La Cabaña". No era allí donde se mostraba lo que se llama la dorada juventud. Esta suele gustar de peores compañías, más poco importa. Basta que sea la costumbre, para que se considere más noble divertirse en casa de Musard con la canalla, que en el bulevar Nuevo con gentes honradas.

No había partida alegre a la que Gerardo no quisiera llevar a Federico. Este se resistía todo lo posible; pero acababa por dejarse llevar. De este modo hizo conocimientos en un mundo que le era desconocido. Vió de cerca cómica y bailarinas, y experimentó el inmenso efecto que el trato de estas divinidades produce sobre un provinciano. Trabó amistad con jugadores, con perdidos, con gentes que se sonreían al hablar de los doscientos luises que habían perdido la víspera. Pasó noches enteras con ellos, y tras de doce horas de beber y barajar, los vió al amanecer rendidos, pero componiendo su indumento, preguntarse nuevamente en qué se divertirían durante el nuevo día. Fué invitado a esas cenas en que cada uno sienta a su lado una mujer que le pertenece, pero a la que no dirige la palabra, y que al salir se llevan con ellos como si fuera su sombrero o su bastón. En fin, asistió a todas las irregularidades, a todos los placeres de esa vida ligera y disipada y que, para huir del a tristeza, llevan unos cuantos elegidos que por su alegría parecen no pertenecer al resto de la Humanidad.

Al principio todo le pareció muy bien, pues gracias a ello recobró el buen humor y dió al olvido sus importunos recuerdos. Y, en efecto, en semejante esfera no existe modo de estar siquiera preocupado; hay que divertirse o marcharse. Mas para Federico, aquello fué a la vez un perjuicio, pues perdió la reflexión y sus costumbres ordenadas, suprema salvaguardia. Jugaba a todas horas, sin necesidad. Su desgracia quiso que empezase ganando, y perdió lo ganado y mucho más. Le vestía un antiguo sastre de Besançon, que era el de su familia hacía muchos años, y le escribió diciéndole que no le gustaban sus trajes, y eligió un sastre de moda. Pronto le faltó tiempo para ir al Palacio de Justicia. ¿Cómo tenerle entre quienes en su afanosa ociosidad no hallaban un momento para leer un periódico? Así, pues, tenía su bufete en el bulevar. Comía en el café, concurría al bosque, vestía elegantemente y poseía dinero abundante. No le faltaban más que un caballo y una querida para ser un completo "dandy".

No es poco decir, ciertamente. Antiguamente, el hombre no era hombre ni vivía realmente sino a condición de poseer tres cosas: un caballo, una mujer y una espada. Nuestro pusilánime y prosaico siglo ha excluído de estos tres amigos el más noble, el más firme y el más inseparable del hombre valiente. Nadie lleva la espada en el cinto, pocos son los que tienen un caballo, y, ¡ay!, menos aún los que se vanaglorian de vivir sin una querida.

Un día que Federico tenía que pagar urgentemente unas cuentas, se vió forzado a gestionar una ayuda de sus compañeros de placer, sin resultado alguno. Entonces acudió a un banquero que conocía a su padre, quien le proporcionó, mediante su firma, un pagaré de tres mil francos. Cuando se vió con aquella suma en el bolsillo se sintió alegre y tranquilo, después de tanta inquietud, y se fué a dar un paseo antes de volverse a casa. Al pasar esquina a la rue de la Paix, para internarse en las Tullerías, una mujer, que daba el brazo a un hombre, se cruzó con él, y, al verlo, se echó a reir. Era Bernardina. Federico se detuvo y la siguió con la vista. Ella, a su vez, volvió la cabeza varias veces. Entonces él, sin saber por qué, cambió de camino y se dirigió hacia el café de París.

Estuvo paseando por la puerta durante una hora, y cuando ya iba a entrar a cenar, Bernardina pasó de nuevo. Venía sola. La abordó y le preguntó si quería cenar con él. Ella aceptó y se tomó de su brazo, pero le rogó que fuesen a un sitio menos descarado.

—Vamos al cabaret, — dijo alegremente. — No me gusta cenar donde me vean.

Subieron a un coche y, como otras veces, antes de preguntarse, cambiaron miles de besos.

Tendieron un velo sobre sus tristes recuerdos y lo pasaron alegremente. Bernardina, sin embargo, se lamentó de que Federico no fuera a verla; pero él se limitó a respoderla que ella debía saber muy bien por qué no fué. Bernardina leyó rápidamente en los ojos de su amante, y comprendió que más valía callar. Sentados junto al fuego, como el primer día, no se cul-

daron más que de gozar libremente de aquel feliz encuentro, debido a la casualidad. Animados por el champaña, vinieron las tiernas promesas que inspira este poético licor que los delicados desdeñan. Después de cenar fueron al teatro. A las once, Federico preguntó a Bernardina adónde había de llevarla. Ella guardó silencio algún tiempo, medio avergonzada y medio temerosa, hasta que, rodeando con sus brazos el cuello de su amante, le dijo tímidamente al oído:

—A tu casa.

El manifestó alguna sorpresa al saberla libre.

—¡Bah! Aunque no lo fuera, — respondió ella, — ¿no sabes que te amo? Pero lo soy, — añadió en seguida, viendo dudar a Federico. — ¿Tanto te da que pensar el que me acompañaba antes? ¿Te has fijado en él?

—No, no me he fijado más que en tí.

—Es un buen muchacho. Es un comerciante muy rico que se quiere casar conmigo.

—¿Casarte tú? ¿Lo dices en serio?

—Y tan en serio. No le he engañado. Sabe toda mi vida, pero está enamorado de mí. Conoce a mi madre, y hace un mes que me ha pedido. Mi madre no quería decirle nada referente a mí. Cuando supo que yo se lo había contado todo, quiso pegarme. El quiere que yo lleve la caja. Sería una bonita colocación, pues gana al año unos quince mil francos. Pero, desgraciadamente, no puede ser.

—¿Por qué? ¿Hay algún obstáculo?

—Ya te lo diré. Pero antes vamos a tu casa.

—No, háblame ahora mismo con franqueza.

—Es que vas a burlarte de mí. Yo le estimo y soy buena amiga de él, porque es el hombre mejor de la tierra; pero está muy gordo.

—¡Muy gordo! ¡Qué ocurrencia!

—No le has visto. Es gordo y bajito. ¡Y tú tienes tan buena figura!

—Y de cara, ¿cómo es?

—No está mal. Tiene un mérito: el de parecer bueno y serlo. No sabría decir lo agradecida que le estoy; y si yo hubiera querido, hasta sin casarme hubiera obtenido de él cuando quisiera. Por nada del mundo le jugaría una mala pasada y, si pudiera hacerle un favor, se lo haría con todo mi corazón.

—Pues cásate con él, si es así.

—Imposible. Está muy gordo. Vamos a tu casa y hablaremos.

Federico se dejó llevar, y, cuando se despertó al día siguiente, había olvidado su fastidio y los lindos ojos de mademoiselle Darcy.

V

Desayunaron, y Bernardina se fué. No quiso que Federico la acompañase. Federico apartó el dinero del préstamo con la intención de pagar sus deudas, pero sin apresurarse a pagarlas. A los pocos días asistió a una cena en casa de Gerardo, de donde salió al ser de día. Cuando se iba, Gerardo le detuvo y le dijo:

—¿A dónde vas? Ya es tarde para acostarnos. Vamos a almorzar en el campo.

Dispusieron la excursión Gerardo mandó a buscar a su amante.

—¡Qué lástima, — dijo a Federico. — que no tengas tú también alguna para ir contigo! Estaría completa la partida, y resultaría muy bien.

—¡Quien no la tiene! — respondió Federico, cediendo a un movimiento de amor propio. — Si quieres, escribiré unas líneas, para que las lleve tu criado aquí al lado. Aunque es muy temprano, Bernardina vendrá, no lo dudo siquiera.

—¡Maravilloso! ¿Quién es esa Bernardina? ¿No será la griseta de antaño?

—Precisamente. La misma que originaba tus reprimendas.

—¿De verdad? — dijo Gerardo, riéndose. — Pues quizá tenía razón, — añadió, — que tú eres muy constante, y esto resulta peligroso con las mujeres.

Cuando así hablaba entró su amante. Bernardina no se hizo esperar tampoco. Venía muy lindamente ataviada. Enviaron a buscar un coche de alquiler, y, a pesar del tiempo bastante frío, partieron para Montmorency. Brillaba el sol, y el cielo estaba clarísimo. Ellos fumaban, y ellas, que al poco rato eran ya amigas, cantaban alegremente.

Dieron un paseo a caballo. Federico, lanzado al galope por el bosque, sentía acelerarse su corazón. Jamás se halló tan a gusto. Bernardina estaba junto a él. Se mostraba orgulloso al ver la impresión que causaba a Gerardo el rostro encantador de Bernardina, animado por la carrera. Después de un largo paseo por el bosque, se detuvieron sobre una pequeña eminencia, donde había una casuca y un molino. La molinera les dió una botella de vino blanco, que bebieron sentados a la sombra de unos matorrales.

—Debíamos haber traído alguna friolera. A caballo se hace muy pronto la digestión, y yo ya tengo apetito. Antes de volver a la fonda nos lo habríamos comido sentados en el césped.

Bernardina sacó de su bolsillo una torta que había comprado al pasar por Saint-Denis, y se la ofreció amablemente a Gerardo, que le besó la mano agradecido.

—Mejor será otra cosa, — dijo ella. — En vez de volver al pueblo, almorzaremos aquí. Esta buena mujer tiene en su casa un cuarto de cordero; además, mirad, hay gallinas, que se pueden asar. Vamos a preguntárselo. Mientras nos prepara la comida iremos a dar un paseo por el bosque. ¿Qué os parece? No haremos cuenta que son las perdices del "Caballo Blanco".

Se aceptó la proposición. La molinera puso reparos; pero, conmovida por una moneda de oro que la dió Gerardo, se puso inmediatamente a su obra, haciendo algunas víctimas en el corral. Nunca una comida tan alegre. Se prolongó más tiempo del que los comensales se figuraban. Se escondió el Sol tras las colinas de Saint-Len; densas nubes

cubrieron el valle, y una lluvia espesa comenzó a caer.

—¿Qué hacemos? — dijo Gerardo. — De aquí a Montmorency hay cerca de dos leguas. Esta no es una nube de verano que se puede esperar a que pase. Es una verdadera nube de invierno que durará toda la noche.

—¿Por qué? — dijo Bernardina. — Una nube de invierno pasa como otra cualquiera. Jugaremos a los naipes para distraernos. Cuando salga la luna hará buena noche.

Como se supondrá, la molinera no tenía barajas. Por lo tanto, se estropeó el juego. Cecilia, la amante de Gerardo, empezó a echar de menos la fonda, y a tiritar bajo su traje nuevo. Se hacía necesario resguardar los caballos bajo cubierto. Dos mocetones de mala catadura entraron en la casa. Eran los hijos de la molinera. Pidieron la cena, poco satisfechos de hallar gente extraña. Gerardo se impacientaba. Federico no estaba de buen humor. Nada más triste que cuando se ha reído mucho venga un contratiempo imprevisto a destruir la alegría. Bernardina era la única que conservaba la suya y parecía no preocuparse por nada.

—Puesto que no hay baraja, — dijo, — voy a proponeros un juego. Aunque estamos en noviembre, vamos a ver quién caza una mosca.

—¡Una mosca! — dijo Gerardo. — ¿Qué vais a hacer?

—Busquémosla y luego lo veréis.

Después de examinarlo todo, encontraron una mosca. La pobre volaba torpemente, por la proximidad del invierno. Bernardina la tomó con delicadeza y la puso en medio de la mesa. En seguida hizo sentarse a todos alrededor.

—Ahora, — dijo, — cada uno toma un terrón de azúcar y la coloca delante de él encima de la mesa. Cada uno echa una moneda en el platillo, que es lo que se juega. No vale hablar ni moverse. Ahora se suelta la mosca. Ya revolotea. Como irá de terrón en terrón, cada vez que se pare en uno, el dueño toma una moneda del platito hasta que no quede ninguna. Luego se llena otra vez, y así siempre.

La graciosa idea de Bernardina devolvió la alegría. Siguieron sus instrucciones, y a poco aparecieron otras dos o tres moscas. Cada cual, en el más religioso silencio, seguía con los ojos sus evoluciones en torno a la mesa. Cuando alguna se posaba sobre un terrón, era una carcajada general. Al cabo de una hora, pasada de este modo, había cesado la lluvia.

—No puedo sufrir las mujeres aburridas, — declaró Gerardo a su amigo durante la vuelta. — Hay que confesar que la alegría es un gran bien. Acaso el mayor de todos, porque con él se puede uno pasar sin los demás. Tu griseta ha encontrado el modo de convertir en diversión una hora de aburrimiento, y esto sólo me hace tener mejor opinión sobre ella que si hubiese escrito un gran poema épico. ¿Durarán mucho vuestras relaciones?

—No sé, — respondió Federico, aparentando la misma ligereza de su amigo. — Si te gusta, puedes hacerle el amor.

—No eres franco, Federico. Tú la quieres y ella te corresponde.

—Sí, como siempre, por capricho.

—Ten cuidado con caprichos así.

—Seguidnos, señores, — gritó Bernardina, que galopaba con Cecilia delante de ellos.

Y deteniéndose las dos, para esperarlos, en en montículo, hizo un alto la cabalgata. Estaba saliendo la luna. Lentamente emergía entre oscuros nubarrones que, a medida que se elevaba, parecían huir de ella. A los pies del montículo se extendía un valle, dondye el viento agitaba sordamente las frondas espesas, como un mar verde y sombrío. Nada se distinguía en él, y a seis leguas de París se hubiera creído estar sobre un abismo de la Selva Negra. De pronto, la luna tramontó el horizonte. Un inmenso haz de luz se extendió sobre los bosques e iluminó el espacio en un momento. Las grandes espesuras, los grupos de castaños, los pelados calveros, los blancos caminos, las suaves colinas, se destacaron a lo lejos como por encanto. Los excursionistas se miraron satisfechos y alegres de poderse ver de nuevo.

—Vamos, Bernardina, — exclamó Federico, — cantad algo.

—¿Triste o alegre? — preguntó ella.

—Como queráis. ¡Un canto de caza! ¡El eco os contestará a lo lejos!

Bernardina se echó el velo hacia atrás y entonó el motivo de una canción de caza. Pero de pronto se detuvo. El brillante lucero de Venus, que relucía sobre los montes, atrajo su mirada, y como bajo el encanto de un pensamiento más tierno, cantó, con la música de un baile alemán, los versos siguientes, que un pasaje de Ossian había inspirado a Federico:

Lucero de la tarde, mensajero lejano
que surges transparente del velo vespertino...
Desde su azul palacio del cielo cristalino,
¿qué miras en el llano?
Se calmaron los vientos, la tormenta se aleja...
Llora sobre su césped la selva temblorosa
En raudo vuelo, la nocturna mariposa
sobre el fragante prado su purpurina deja...
¿Qué buscas, sobre el mundo suspensa y transparente?
¿Qué buscas, que a los montes te veo descender
y huyes, — ¡oh melancólico amigo! — sonríete,
como temblor que, a poco, se va a desvanecer?...
Estrella que desciendes a la verde colina
del manto de la noche, lágrima plateada;
tú, que ves al pastor que lejano camina
seguido del rebaño tras la ardiente jornada;
en esta inmensa noche, ¿adónde vas, estrella?
¿Buscas lecho en los juncos del remanso sombrío,
o quieres, a la hora del silencio, más bella
que una perla, caer en el fondo del río?
Más, si vas a morir, estrella, y si tu frente
del mar entre las hondas al fin se va a esconder
antes de abandonarnos y ocultarte, detente:
—¡Oh estrella del amor, no acabes de caer!...

Cantaba Bernardina, y un rayo de luna que iluminaba su rostro dábale una palidez de ensueño. Cuando acabó, Cecilia y Gerardo hicieron mil elogios de su voz, fresca y dulce. Federico la abrazó tiernamente.

Volvieron al hotel y se sentaron a cenar. A los postres, Gerardo, que estaba un poco trastornado gracias a una botella de vino de Madera, se sintió tan fino y galante con Bernardina, que Cecilia se enfadó con él. Riñeron agriamente, y como Cecilia se levantase de la mesa, Gerardo la siguió malhumorado. Entonces, Federico, a solas con Bernardina,

le preguntó si se había enterado por qué regañaban.

—Sí, — respondió ella. — La cosa no es tan difícil de comprender.

—Y tú ¿qué piensas? A este muchacho le gustas. Su amiga le aburre, y para que la deje, creo que no tienes más que decir una palabra.

—¡Y qué os importa! ¿Estás celoso?

—Al contrario, y bien sabes que no tengo derecho a ello.

—Explícate. ¿Qué quieres decir?

—Quiero decirte, querida nena, que mi fortuna ni mis ocupaciones me permiten ser tu amante. Lo sabías antes de ahora, y jamás te he engañado en esto. Si quisiera sentirme gran señor contigo me arruinaría sin llegar a hacerte feliz; mi pensión apenas me alcanza para mí. Además, dentro de poco tendré necesariamente que volverme a Besançon. Ya ves que te hablo bien claro en este asunto, aunque sea en contra de mi corazón. Pero hay otras cosas que no puedo explicarte así; tú eres la que has de pensar en tu porvenir.

—Es decir, que me aconsejas que haga la corte a tu amigo.

—No. El es quien te la hace. Gerardo está rico y yo no; vive en París, centro de todos los placeres, mientras yo estoy destinado a no ser más que un pobre abogado de provincias. Le gustas mucho, y esto puede ser tu suerte.

A pesar de su aparente tranquilidad, Federico, al hablar así, se había emocionado. Bernardina, en silencio, fué a apoyarse en la ventana, y ocultando sus lágrimas, lloraba. Federico lo advirtió y se acercó a ella.

—Dejadme, — dijo Bernardina. — Comprendo que no os dignéis sentir celos por mí, y lo sufro sin quejarme. Pero me habláis con demasiada crueldad, amigo mío. Me tratáis como a una chiquilla, y no tenéis motvos para afligirme.

Habían decidido pasar la noche en la fonda y volver a París al día siguiente. Bernardina se quitó el pañuelo que le rodeaba el cuello, y enjugándose los ojos rápidamente, lo anudó al cuello de su amante. En seguida, reclinándose en su hombro, le atrajo dulcemente hacia la alcoba.

—¡Ingrato! — le dijo, abrazándole. — ¿No hay entonces modo de que me quieras?

Federico la estrechó entre sus brazos. Pensaba a lo que se exponía cediendo a aquel movimiento de ternura; pero cuanto más quería librarse de él, más desconfiaba de sí mismo. Cuando ya estaba por confesarle cuánto la amaba, la palabra comprometedora expiró en sus labios. Pero Bernardina la sintió en su corazón, y los dos se durmieron contentos: el uno, de no haberla dicho, y el otro, de no haberla comprendido.

VI

Ya de vuelta, Federico acompañó a Bernardina hasta su casa. Vivía tan pobremente, que fácilmente comprendió por qué Bernardina se había negado anteriormente a dejarse acompañar por él. Ocupaba un cuarto amueblado, de oscura y miserable entrada. Se componía de dos piezas muy pequeñas, casi sin muebles. Federico quiso hacerla algunas preguntas sobre la difícil posición a que parecía verse reducida; pero ella apenas le respondió.

Algunos días después, Federico volvió a verla, y al llegar al corredor, un ruido extraño se dejó oir en lo alto de la escalera. Las mujeres gritaban, pedían socorro, amenazaban y hablaban de llamar a la policía. En medio de aquellas voces confusas, Federico distinguió en seguida la de un joven, que dominaba sobre las otras.

Pálido, con el traje roto, ebrio a la vez de cólera y de vino, gritaba así, golpeando el pasamanos:

—¡Ya me las pagarás, Luisa! ¡Ya me las pagarás! ¡Ya volveré a encontrarte y sabré hacerte obedecer o te arrancaré de aquí! ¡Me tienen sin cuidado tus amenazas y tus chillerías de mujer! Ten presente que pronto me volverás a ver.

Y diciendo así, bajó la escalera y se fué. Federico dudaba, si subir, cuando vió a Bernardina en el descansillo. Ella le explicó la causa de aquella escena. El que acababa de salir era su hermano.

—Habéis oído que me llama Luisa, — dijo llorando, — y ya sabéis que, por desgracia, ése es mi nombre. Mi hermano se ha pasado la noche en la taberna, y ya veis cómo me ha tratado porque me niego a darle dinero para volver a ella.

Entre lágrimas y sobresaltos contó a Federico lo que siempre había querido ocultarle. Sus padres eran unos pobres carpinteros que, después de haberla maltratado horriblemente durante su infancia, la dieron, cuando tenía diez y seis años, a un rico señor de edad madura. Aquel hombre era generoso, y le hizo dar cierta educación; pero pronto murió, y, quedando sin recursos, la pobre joven tuvo que ingresar en una compañía de cómicos ambulantes. Su hermano la siguió de pueblo en pueblo, obligándola a entregarle cuanto ganaba y colmándola de insultos y golpes cuando no podía satisfacer sus demandas. Al fin, cuando cumplió diez y ocho años, pudo emanciparse. Pero ni aun protegida por la ley podía librarse de las visitas de aquel odioso hermano, que la espantaba con sus violencias y la deshonraba con su conducta. Tal fué, en suma, poco más o menos, el relato que el dolor arrancó a Bernardina, relato de cuya verdad no podía dudar Federico después de cómo le había sido revelado.

Aunque no hubiera estado enamorado de la pobre Bernardina, habría sentido piedad de ella. Se informó de dónde vivía el hermano, y algunas monedas de oro y unas palabras fuertes arreglaron las cosas. La portera recibió orden de responder que la joven se había mudado si se presentaba su hermano. Pero todo esto era bien poco para asegurar la tranquilidad a quien carecía de todo. En vez de pagar sus deudas, Federico pagó las de Bernardina, que en vano intentó evitarlo. No quiso pensar ni en la imprudencia que cometía ni en las consecuencias que podría originar. Se dejó guiar por su corazón, y juró, pasase lo que pasase, no arrepentirse nunca de lo que acababa de hacer.

A pesar de lo cual, bien pronto tuvo que arrepentirse, pues para cumplir los compro-

misos que había adquirido se vió precisado a contraer otros nuevos, más complicados y usurarios que los primeros. Como la Naturaleza no le había dado esa despreocupación que en circunstancias semejantes suele librar, cuando menos, del miedo al mañana, sino todo lo contrario, de todas sus buenas cualidades no le quedaba más que la previsión, y si a su edad se puede ser taciturno y sombrío, él se volvió sombrío y taciturno. Sus amigos advirtieron su cambio; pero pero él no quiso decirles la causa, y para engañar a los demás, disimuló consigo mismo, y, por falta de carácter o por necesidad, se sometió a su suerte.

Con Bernardina, sin embargo, no cambió en nada. Le hablaba siempre de su próximo viaje, pero nunca partía, y todos los días iba a verla. Cuando se acostumbró a la escalera, no le pareció la entrada tan oscura. Las dos habitaciones, al pronto tan tristes, le parecían alegres entonces. Por las mañanas entraba el Sol en ellas, y su tamaño reducido las hacía más abrigadas. Hicieron un sitio y alquilaron un piano. Vecino a la casa había un buen restaurante, de donde les servían la comida. Bernardina tenía una condición especial que es frecuente en las mujeres: la de ser manirrota y ahorrativa a la vez. Pero, sobre todo, tenía un mérito mayor: el de contentarse con todo y el de procurar en todo contentar a los demás.

También hay que decir sus efectos. Sin ser perezosa, vivía en una inconcebible ociosidad. Después de haber hecho las cosas de la casa, con una presteza sorprendente, se pasaba el día entero en el canapé, de brazos cruzados. Como Federico hablaba de su viaje ella hablaba de coser y bordar; es decir, no hacía nada. Desgraciadamente, hay muchas mujeres así, sobre todo entre cierta clase, que más que las otras, tendría precisamente necesidad de ocuparse en algo. Es muy de París esa criatura nacida en la miseria que jamás ha tomado una aguja, y que se dejaría morir de hambre frotándose las pulidas uñas con pasta de almendra.

En cuanto empezaron los bailes de Carnaval, Federico, que era un gran bailarín, estaba a todas horas en casa de Bernardina, lo mismo al amanecer que a media noche. Algunas veces, al llamar a la puerta, se preguntaba, a su pesar, si la encontraría sola. Y si le hubiese suplantado un rival, ¿tendría él derecho a quejarse? Indudablemente no, puesto que, según propia confesión, se negaba a arrogarse tal derecho. ¿Lo diré? Lo temía y casi lo deseaba. Entonces tendría valor para partir, y la infidelidad de su amante lo obligaría a separarse de ella. Pero Bernardina siempre estaba sola. Durante el día, sentada junto a la chimenea, peinábase sus hermosos cabellos, que le caían sobre los hombros. Si cuando llamaba Federico era de noche, corría a abrirle medio desnuda, con los ojos cerrados y la sonrisa en los labios, y, media dormiladaa aún, se le arrojaba al cuello, avivaba el fuego, sacaba del armario algo que cenar, y, aunque siempre alerta y prevenida, jamás preguntaba a su amante de dónde venía.

¿Quién habría podido resistirse a una vida tan dulce, a un amor tan único y tan fácil? Cualquiera que fuesen los cuidados del día, Federico se dormía dichoso. ¿Y cómo despertarse triste viendo a su amiga ir y venir por la estancia preparándole el baño y el desayuno?

Si es cierto que las citas de tarde en tarde y los obstáculos constantes avivan las pasiones y dan al placer el interés de la curiosidad, hay que confesar también que existe un encanto especial, más dulce y acaso más peligroso, en la costumbre de convivir con quien se ama. La costumbre, se dice, conduce a la hartura. Es posible; pero da la confianza, el olvido de sí mismo, y cuando el amor subsiste en ella, está al abrigo de todo temor. Los amantes que no se ven más que con largos intervalos, nunca están seguros de comprenderse; se disponen a ser felices, quieren convencerse mutuamente de que lo son y buscan lo que no pueden hallar; esto es ,las palabras con que expresar lo que sienten. Los que viven juntos no necesitan decirse nada; sienten a la vez, se entienden con los ojos y se aprietan las manos al separarse; gozan a solas de un delicioso bienestar; conocen la dulzura de los días que se suceden; descansan de los transportes amorosos, abandonándose a la mistad; algunas veces he pensado en estas dulcísimas uniones al ver cómo los cisnes se dejan llevar de la corriente en la transparencia de los lagos.

Si un rasgo espontáneo de generosidad arrastró a Federico, el atractivo de aquella vida, nueva para él, fué lo que acabó de cautivarle. Desgraciadamente, para el autor de ese cuento no hay más que una pluma como la de Bernardino de Saint-Pierre que pueda prestar interés a los detalles familiares de un tranquilo amor. Y aun el genial escritor contaba, para embellecer sus ingenuos relatos, con las noches ardientes de la Isla de Francia y con las palmeras cuya sombra temblona se dibujaba en los brazos desnudos de Virginia. En presencia de la más exhuberante Naturaleza nos pinta sus héroes. ¿Diré yo que los unos iban todas las mañanas al tiro de pistola, y desde allí a casa de Gerardo, y luego, muchas veces, a cenar en el restaurante de Very, y al teatro después? ¿Diré que, cuando estaban cansados, se quedaban en casa y jugaban un rato a las damas, al amor de la lumbre? ¿Quién leería detalles tan vulgares? ¿Y para qué más, si basta una palabra? Se amaban y vivían juntos.

Aquello duró poco más de trece meses. Al cabo de este tiempo, Federico se hallaba en situación tan apurada, que anunció a su amiga la necesidad en que se veía de separarse de ella. Bernardina se lo esperaba desde hacía tiempo y no hizo el menor esfuerzo para retenerle. Sabía que había hecho por ella todos los sacrificios posibles, y no podía por menos de resignarse y ocultarle la pena que sentía. Aun cenaron juntos aquella noche. Federico, al irse, introdujo en el manguito de Bernardina un papelito que contenía lo último que le quedaba. Ella le acompañó a su casa y guardó silencio durante el camino. Cuando paró el coche besó la mano de su amigo, derramando algunas lágrimas, y se separaron.

VII

Pero Federico no tenía intención ni posibilidad de irse. Su situación, por una parte, y las obligaciones que había contraído, por otra, le retenían en París. Para desechar el tedio que le dominaba se puso a trabajar con ardor. Dejó de ir a casa de Gerardo, y encerrándose durante un mes, no salió más que para asistir al Palacio de Justicia. Pero la soledad en que de pronto se hallaba, tras de tanta disipación, le sumió en una profunda melancolía. Se pasaba días enteros en su cuarto, paseando de arriba a abajo, sin abrir un libro y sin saber qué hacer. Había pasado el Carnaval. A las nieves de febrero sucedían las lluvias glaciales de marzo. Sin la distracción del placer ni el trato de los amigos, Federico se entregó con amargura a la triste influencia de esa época del año que, con razón, se llama "la estación muerta".

Gerardo vino a verle y le preguntó el motivo de tan súbita reclusión. No le ocultó nada, pero rechazó los ofrecimientos de su amigo.

—Aún es tiempo, — le respondió, — de romper con unas costumbres que no pueden hacer más que perderme. Más vale soportar un poco de aburrimiento que exponerme a verdaderas desdichas.

Tampoco le ocultó el pesar que le causaba estar separado de Bernardina, y Gerardo se condolió y le felicitó a la vez por su determinación.

El día de la "Mi-Caréme" fué al baile de la Opera. Había poca gente. Este postrer adiós al placer no ofrecía siquiera el calor del recuerdo. La orquesta, más numerosa que el público, tocaba, en la mayor desolación, las contradanzas del invierno. Por el vestíbulo se paseaban algunas máscaras, cuyo lenguaje y maneras indicaban claramente que las damas de calidad ya no concurrían a aquella fiesta obligada. Federico iba a retirarse, cuando un dominó se situó junto a él. Era Bernardina. Díjole que no había venido más que con la esperanza de encontrarle. El la preguntó qué había hecho desde que no se veían y Bernardina le respondió que esperaba debutar en el teatro, donde ensayaba un papel. Federico estuvo tentado de convidarla a cenar; pero recordó la facilidad con que a su vuelta de Besancon se había dejado llevar de una ocasión parecida, y estrechándola la mano, salió del baile.

Se ha dicho que el dolor es preferible al tedio. Desgraciadamente, es una triste verdad. Un alma bien templada halla siempre contra el dolor, sea como sea, el valor y la energía; un gran dolor es, casi siempre, un gran bien. Por el contrario, la tristeza y el tedio corroe y destruye al hombre; la sensibilidad se embota, y el pensamiento, indiferente a la inercia corporal, vaga al azar. No tener para vivir otra razón que vivir, es un estado peor que la muerte. Cuando la prudencia, el interés y la reflexión se oponen a una pasión, es muy fácil, al primero que llega, condenar precisamente lo que la pasión entraña. Para los que así luchan con ella abundan los argumentos en contra, y, de buena o de mala gana, acaban por rendirse a ellos. Pero cuando se ha consumado el sacrificio cuando la razón y la prudencia se han satisfecho, ¿qué filósofo ni qué sofista puede aún aportar un nuevo argumento? ¿Y qué responder al que os expone: "He seguido vuestros consejos y lo he perdido todo; he obrado cuerdamente, pero sufro"?

Tal era la situación de Federico. Bernardina le escribió dos veces. En su primera carta le decía que la vida era insoportable; y le suplicaba que fuese a verla de vez en cuando y que no la abandonase por completo. Federico desconfiaba mucho de sí mismo, para no atender esta súplica. Poco después recibió la segunda carta. "He vuelto a ver a mis parientes, — decía Bernardina, — que ya empiezan a tratarme mejor. Se nos ha muerto un tío y nos ha dejado algún dinero. Para debutar me he hecho unos trajes que seguramente os gustarán, y que quisiera enseñaros. Subid a mi casa, aunque no sea más que un instante, cuando paséis por la puerta." Aquella vez Federico se dejó convencer, y visitó a su amiga. Pero nada de lo que ella le había dicho era cierto. Sólo había querido volver a verle. Federico se sintió conmovido por tal perseverancia; pero aquello no hizo más que afirmarle en la triste necesidad de resistir. A las primeras palabras que pronunció sobre esto, Bernardina le cerró la boca.

—Ya lo sé, — dijo; — dame un beso y vete.

Gerardo se iba al campo, y se llevó a Federico.

Los primeros días, espléndidos, y el ejercicio a caballo, le devolvieron cierta alegría. Gerardo había hecho lo mismo que Federico, según decía, había "despachado" a su querida, pues quería vivir en libertad. Los dos amigos recorrieron los bosques cercanos y hacían la corte a una linda moza de una granja vecina. Pero pronto llegaron invitados de París. Los paseos fueron substituídos por el juego. Las comidas se hicieron largas y ruidosas. Federico no pudo soportar aquella vida que poco ha le alucinara, y se volvió a su soledad.

Por entonces recibió una carta de Besancon. Su padre le anunciaba que mademoiselle Darcy venía a París con su familia. En efecto, llegó en aquella semana, y Federico, aunque contra su voluntad, se presentó en su casa. La encontró lo mismo que la dejara: siempre fiel a su secreto amor y dispuesta a servirse de aquella fidelidad como de una coquetería. No obstante, le confesó que había sentido mucho ciertas palabras un poco duras que le dijo en su última entrevista de Besancon. Le rogó que la perdonase si, al parecer, había dudado de su discreción, y añadió que, como no quería casarse, le ofrecía de nuevo su amistad, pero ya para siempre. Cuando no se es feliz ni desgraciado, tales ofertas se dan por bien venidas, y Federico le dió las gracias y encontró algún atractivo en pasar de vez en cuando la velada junto a ella.

Muchas veces, cierta necesidad de experimentar emociones empuja a los desengañados en busca de lo extraordinario. Parecerá sorprendente que una criatura tan delicada como mademoiselle Darcy tuviese un carácter entero y arriesgado para ello. Y, sin em-

bargo, así era. No le fué difícil ganar la confianza de Federico y obligarlo a contar a ella sus amores. Acaso hubiera podido consolarle; con sólo mostrarse un poco coqueta con junto a él, y le hubiera, al menos, distraído de sus penas; pero su gusto fué hacer lo contrario. En vez de censurarle su desordenada vida, le dijo que el amor lo disculpaba todo y que le honraban sus locuras; en vez de confirmarle en ella, le repitía que no concebía que hubiese tomado tal resolución. "Si yo fuese hombre,—decía,—si tuviese vuestra libertad, nada en el mundo podría separarme de la mujer que amase, y antes que renunciar a ella, me expondría con gusto a todas las desgracias, y hasta, si era preciso, a la miseria."

Semejante lenguaje parecía extraño en labios de una joven que no conocía del mundo mas que la intimidad de la familia. Pero, por la misma razón, aquel lenguaje tenía más eficacia. Mademoiselle Darcy tenía dos razones para representar esta comedia, que, por otra parte, le divertía. Primero, porque quería dar pruebas de un gran corazón y mostrarse novelesca, y segundo, porque con ello atestiguaba que, lejos de parecerle mal que Federico la hubiera olvidado, aprobaba su pasión. Por segunda vez, el pobre enamorado fué víctima de aquel manejo femenino, y se dejó convencer por una criatura de diez y siete años.

—Tenéis razón, — le respondía. — Después de todo, la vida es corta, y la felicidad tan rara en el mundo, que es una insensatez reflexionar y hacerse voluntariamente desgraciado, cuando ya existen tantas desgracias inevitables.

Entonces mademoiselle Darcy cambiaba de de tema.

—Y vuestra Bernardina ¿os ama? — le preguntaba con un tono despectivo. — ¿No decís que es una griseta? ¿Y qué se puede esperar de esa clase de mujeres? ¿Sería digna de algún sacrificio? ¿Sabría apreciarlo?

—No sé nada, — repilcaba Feerico, — y yo mismo no sé si siento por ella un gran amor, — añadía en un tono ligero. — Nunca he pensado a su lado más que en pasar el tiempo agradablemente. Ahora me aburro; ésta es toda mi desgracia.

—¡Entonces! — exclamaba mademoiselle Darcy, — ¿qué clase de cariño es ese?

Lanzada por este camino, la joven se exaltaba. Hablaba como si se tratase de sí misma, y su viva imaginación hallaba en todo aquello un motivo para ejercitarse.

—Entonces, amar, — decía, — ¿no es más que un modo de pasar el rato? Si no queréis a esa mujer, ¿a qué íbais a su casa? Si la queréis, ¿por qué la abandonáis? Quizá sufre, quizá llora por vos; ¿cómo es posible que en miserable cálculo de intereses pueda hallar lugar en corazón tan noble como el vuestro? ¿Sois, pues, tan frío, tan esclavo de vuestro interés como ha poco lo han sido mis padres labrando mi desgracia? ¿Es esto digno de vos? ¿No debierais enrojeceros de ello? Pero no; ni vos mismo sabéis lo que sufris ni lo que sentís. La primera que llegue, os consolará. Vuestro corazón está en espera. ¡Ah, no, no es así como se ama! Ya os predije en Besancon que algún día sabríais lo que es el amor. Pero si no sois valiente, os predigo ahora que nunca lo sabréis.

Federico volvía cierta noche a su casa después de una conversació de este género. Sorprendido por la lluvia, entró en un café para beberse un ponche. Cuando una gran tristeza nos acongoja, basta una ligera excitación para que lata el corazón más vivamente, y parece que un gran vaso lleno hasta los bordes se derrama en nosotros.

Al salir del café, Federico aceleró el paso. Dos meses de soledad y privaciones pesaban sobre él. Sentía una gran necesidad de sacudirla el polvo a su razón y respirar a sus anchas. Y se dirigió sin reflexionar a casa de Bernardina. Había cesado la lluvia. A la luz de la luna contempló la calle, la puerta y las ventanas de su amiga, tan familiares para él. Puso la mano temblorosa en el tirador de la campanilla, y, como en otro tiempo, se preguntó si estaría la estufa encendida y la cena dispuesta. En el momento de llamar dudó.

—¿Pero qué mal puede haber, — se decía a sí mismo, — en que pase una hora con ella, y en que solicite de Bernardina no más que un recuerdo de nuestro antiguo amor? ¿Qué peligro puedo correr? ¿No seremos libres mañana los dos? Puesto que nos separa la necesidad, ¿por qué temo volver a verla un instante?

Eran las doce. Llamó suavemente, y la puerta se abrió. Cuando subía la escalera, la portera lo llamó y le dijo que no había nadie. Era la primera vez que le sucedía no hallar en casa a Bernardina. Supuso que habría ido al teatro, y decidió que la esperaría; pero la portera se opuso y, después de dudar algún tiempo, acabó por confesarle que Bernardina había salido muy temprano y que no volvería hasta el día siguiente.

VIII

¿Para qué sirve aparentar indiferencia cuando se ama, sino para sufrir cruelmente el día que se descubre la verdad? Federico se había jurado tantas veces no sentir nunca celos de Bernardina, lo había repetido tanto ante sus amigos, que acabó por creérselo. Regresó a su casa, silbando una contradanza y diciéndose a sí mismo:

—Tiene otro amante. Tanto mejor para ella. Ahora ya estoy tranquilo. Esto era lo que yo quería.

Pero apenas llegó a su casa se sintió sin fuerzas, y sentándose, bajo el peso de un mortal desfallecimiento, se tomó la frente con las manos, como para retener sus pensamientos. Tras una lucha inútil, le venció la Naturaleza, y levantándose, con el rostro bañado en lágrimas, sintió cierto consuelo al confesarse lo que sentía.

A tan violenta sacudida sucedió una extrema languidez. La soledad se le hizo intolerable, y durante muchos días no hizo más que andar de visita en visita y de idas y venidas sin objeto. Tan pronto quería recobrar su antigua y afectada indiferencia como se abandonaba a una cólera ciega o a mil proyectos de venganza. El despego a la vida se apoderaba de él, y a todas horas recordaba la triste circunstancia que acompañó a su na-

ciente amor, y tan funesto ejemplo estaba siempre ante sus ojos.

—Empiezo a comprenderlo, — decía a Gerardo; — ya no me extraña que en un caso así se desee la muerte. No se mata uno por una mujer; se mata porque es inútil y es imposible seguir viviendo cuando se sufre tanto, sea por lo que sea.

Gerardo conocía muy bien a su amigo para dudar de su desesperación, y le amaba demasiado para abandonarle a ella. Con poderosas influencias, que nunca quiso aprovechar para sí, consiguió que Federico fuese agregado a una embajada, y una mañana se presentó en su casa con una orden de partida del Ministerio de Negocios Extranjeros.

—Los viajes, — le dijo, — son el mejor, acaso el único remedio contra la melancolía. Para obligarte a salir de París me he constituído en solicitante, y, gracias a Dios, he tenido éxito. Si estás decidido, debes salir inmediatamente para Berna, adonde te envía el ministro.

Federico no dudó. Dió las gracias a su amigo y se dispuso inmediatamente a prepararlo todo. Escribió a su padre comunicándole sus nuevos proyectos y pidiéndole su autorización. La respuesta fué favorable. A los quince días había ya pagado sus deudas, y como nada se oponía a su marcha, Federico fué a sacar su pasaporte.

Mademoiselle Darcy le hizo mil preguntas, pero él no quiso responder a ellas. Mientras no había visto claramente en su propio corazón, se había prestado, por debilidad, a la curiosidad de su joven confidente; pero ahora era su dolor demasiado cierto para tomarlo a juego, y, apercibido de la gravedad de su pasión, comprendió cuán frívolo era el interés que por ella sentía mademoiselle Darcy.

De este modo hizo lo que cualquiera en su caso. Para contribuir a su propia curación, quería convencerse de que estaba curado, y de que si unos amoríos habían podido ofuscarle un momento, su edad le obligaba a pensar en cosas más serias. Mademoiselle Darcy, como puede suponerse, no aprobó tales sentimientos. No encontraba en el mundo nada más serio que el amor; lo demás le parecía despreciable. Al menos, esto era lo que decía. Federico la dejó hablar, y convino con ella voluntariamente en que él jamás sabría amar de veras. Su corazón le decía todo lo contrario, y como no se tenía por inconstante, bien hubiera querido no mentir.

Cuando con menos valor se sentía, tanto más apresuraba su marcha. Pero no podía librarse de un pensamiento que le obsesionaba. ¿Quién era el amante de Bernardina? ¿Qué sería de ella? ¿Debía intentar verla por última vez? Gerardo no había pensado en esto, porque tenía por norma no hacer las cosas a medias, y desde el momento que Federico se decidió a alejarse, le aconsejó que lo olvidase todo.

—¿Qué quieres saber? — le decía. — Bernardina no te dirá nada, o si te lo dice falseará la verdad. Puesto que has comprobado que tiene otro amor, ¿a qué hacérselo confesar? Las mujeres nunca son sinceras sobre este punto con sus antiguos amantes, ni aún cuando es imposible toda reconciliación. ¿Qué es lo que esperas si ya no te quiere?

Con toda intención, para convencer a su amigo, se expresaba Gerardo en términos tan duros. Los que han amado juzgarán el efecto de aquellas palabras. Pero muchos hay que amaron y que no pueden juzgarlo. Casi todos los lazos de la tierra, aún los más fuertes, suelen desatarse; sólo algunos se rompen. Aquelos á quienes la ausencia, el cansancio o la hartura fueron matando poco a poco su pasión, no pueden figurarse lo que habrían sentido sorprendidos por un súbito golpe; los que aún así permanecen insensibles, no son seres humanos. De todas las heridas que recibimos antes de caer para siempre, la más profunda es la del amor. Es preciso haber contemplado, con los ojos llenos de lágrimas, la sonrisa de una amante infiel, para comprender la crueldad de estas palabras: "No te quiere". Es preciso haber llorado mucho para recordarlo: triste experiencia es ésta. Si intentase dar una idea de ello a los que ignoran, les diría que no sé qué es más cruel, si perder de pronto a la que se ama, por su inconstancia o por su muerte.

Federico no podía oponer nada a los severos consejos de Gerardo; pero un instinto más fuerte que la razón luchaba en él contra aquellos consejos. Para conseguir su propósito, emprendió otro camino. Sin darse cuenta de lo que quería ni de lo que podía originar aquello, buscó el modo de obtener, a cualquier precio, noticias de su amiga. Federico llevaba una sortija que Bernardina solía contemplar con envidia. A pesar de su gran amor hacia ella, jamás se decidió a regalarle aquella joya, que era un recuerdo de su padre. Federico envió el anillo a Gerardo, diciéndole que era de Bernardina, que se lo había dejado olvidado en su casa, y rogándole se encargase de devolvérselo. Gerardo aceptó de buena gana, pero no se apresuró a cumplir el encargo. Federico insistió, entonces tuvo que obedecer.

Una mañana salieron juntos los dos amigos, y mientras Gerardo iba a casa de Bernardina, Federico se aguardó en las Tullerías. En la mayor tristeza, se confundió con los paseantes. No sin dolor se separaba de aquella reliquia de familia que le era tan querida. ¿Qué conseguiría con ello? ¿Qué podía saber que le consolase? Gerardo iba a ver a Bernardina; pero si a ella se le escapaba alguna palabra, si derramaba alguna lágrima, su amigo, no juzgaría conveniente ocultárselo? Federico, aparentando esperar a su amigo con la mayor indiferencia, contemplaba atentamente la verja del jardín. Mas ¿qué importaba? Gerardo habría visto a Bernardina; era imposible que no tuviese algo que decirle, y ¿quién sabe lo que podía hacer la casualidad? Acaso habría sabido muchas cosas en aquella visita. Cuanto más tardaba Gerardo en volver, más esperaba Federico de su vuelta.

Pero el cielo estaba limpio y sereno y los árboles comenzaban a brotar. Existe en las Tullerías un árbol llamado "del veinte de marzo". Es un castaño que se dice estaba en flor el día que nació el rey de Roma, y

que todos los años florece por la misma época. Federico se había sentado muchas veces a su sombra. El castaño, fiel a su poética leyenda, embalsamaba el aire con el perfume de sus floridas ramas. Mujeres, niños y parejas amorosas pasaban sin cesar. Todos parecían aspirar con goce la fragancia de la primavera. Federico reflexionaba sobre su porvenir, sobre su viaje, sobre el país que iba a conocer. Una inquietud llena de esperanza le agitaba, a su pesar. Todo cuanto le rodeaba parecía atraerle hacia una nueva existencia. Pensó en su padre, de quien era el único orgullo y el único apoyo, y de quien no había recibido desde que vino al mundo más que pruebas de cariño. Poco a poco, las más dulces y sanas ideas se fueron adueñando de su alma. La multitud que cruzaba ante él le hizo meditar en la variedad y en la inconstancia de las cosas. ¿No es, en verdad, la multitud un curioso espectáculo, cuando se considera que cada cual tiene su sino diferente? ¿Y hay nada que nos dé más justa idea de lo que valemos y de lo que somos a los ojos de la Providencia? "Hay que vivir, — pensó Federico, — hay que obedecer al supremo guía. Nadie sabe a dónde va y hasta cuándose se sufre hay que seguir adelante. Soy joven y soy libre, es necesario tener valor y resignarse".

Sumido estaba en pensamientos tales, cuando apareció Gerardo, que corrió hacia él Venía emocionado y pálido

—Amigo mío, — le dijo, — ven pronto, no perdamos tiempo

—¿Adónde me llevas?

—A su casa Siempre te he aconsejado lo que he creído justo Pero en esta ocasión hay que dejar a un lado la prudencia y el egoísmo

—¿Pero qué pasa? — exclamó Federico

—Vas a velor. Ven conmigo. Corramos.

Pronto llegaron a casa de Bernardina

—Sube solo, — dijo Gerardo — Vuelvo al instante

Y se alejó.

Federico subió. La llave estaba puesta y las ventanas a oscuras.

—¿Dónde estás, Bernardina? — preguntó.

Nadie respondió.

Avanzó en las tinieblas y al resplandor del fuego medio apagado distinguió a su amiga sentada en el suelo, junto a la chimenea.

—¿Qué os pasa? — le dijo. — ¿Qué ha sucedido?

El mismo silencio.

Se acercó a ella y le tomó una mano.

—Levantáos. ¿Qué hacéis ahí?

Pero apenas había pronunciado estas palabras, retrocedió lleno de horror. La mano que tocaba estaba fría y un cuerpo inanimado acababa de caer a sus pies.

Espantado, pidió socorro. Gerardo llegaba con un médico. Abrieron las ventanas. Condujeron a Bernardina a su lecho. El médico la reconoció, movió la cabeza y dispuso lo que había de hacerse. Los síntomas no dejaban lugar a dudas. La pobre Bernardina, se había envenenado. Mas ¿con qué veneno? El médico lo ignoraba y trataba en vano de averiguarlo. Empezó por sangrar a la enferma. Federico la sostenía en sus brazos. Ella abrió los ojos, le reconoció, le dió un beso y volvió a caer en su letargo. Por la noche la dieron una taza de café, y volvió en sí como si despertase de un sueño. Entonces la preguntaron qué veneno había tomado. Se negó a decirlo, pero acosada por el médico, acabó confesándolo. Sobre la chimenea había un candelero de bronce con huellas de limaduras. Para aumentar el efecto de una pequeña cantidad de opio, pues el farmacéutico no quiso venderle más, se había valido de aquel recurso terrible.

IX

Hasta quince días después no estuvo Bernardina fuera de peligro. Empezó a levantarse y a tomar algún alimento; pero destruída su naturaleza para siempre, el médico anunció que su vida estaba amenazada.

Federico no se había separado de ella. Aun no sabía el motivo que la había impulsado a buscar la muerte, y no comprendía cómo absolutamente nadie se preocupaba de ella. En efecto, durante los quince días no habían parecido por la casa parientes ni extraños. ¿Era posible que su nuevo amante la abandonase en aquellas circunstancias? ¿Sería este mismo abandono lo que causó la desesperación de Bernardina?

Estas dos suposiciones le parecía absolutamente increíbles, y su amigo le hizo comprender que Bernardina no diría nada de ello. Así pus, permanecía en una duda cruel, atormentado por secretos celos y retenido por amor y por lástima.

En medio de sus dolores, Bernardina le manifestaba la más viva ternura. Llena de gratitud por los cuidados que la prodigaba, junto a él estaba más alegre que nunca, pero con una alegría melancólica, y, por decirlo as,velada por el sufrimiento. Hacía los mayores esfuerzos para distraerlo y para persuadirle de que no la dejase sola. Si salía, le preguntaba a qué hora volvería. Le hacía comer a la cabecera de su cama y dormirse tomándole una mano. Para divertirlo, le contaba mil cosas de su pasado; pero permanecía muda en cuanto al presente y a su funesta acción. Nunca obtuvieron respuesta las preguntas y ruegos que Federico la hacía sobre esto, y como él insistiera, se ponía triste y disgustada.

Un día de los que estaba en el lecho acababan de sangrarla, y aun la brotaban unas gotas de sangre de la vena, mal cerrada. Sonriendo, contemplábase aquella lágrima de púrpura que corría sobre la blancura marmórea de su brazo, cuando dijo a Federico:

—¿Me quieres aún? ¿No te has cansado de mí, a pesar de todos estos horrores?

—Te quiero, — respondió él, — y ya nada ni nadie podrá repararnos.

—¿De verdad? — repuso ella abrazándose a él. — ¿No me engañas? Dime si todo es un sueño.

—No, no es un sueño, no, linda y adorada nena mía; viviremos tranquilos y seremos felices.

—¡Ay! ¡Ya no es posible! ¡Ya no es posi-

ble! — exclamó Bernardina con angustia. Y añadió en voz baja. — Y si no es posible, ¿a que empezar de nuevo?

Aunque ella apenas murmuró estas palabras, Federico las oyó y se estremeció.

Al otro día se las repitió a Gerardo, y le dijo:

—He tomado mi partido. No sé lo que dirá mi padre; pero la quiero, y pase lo que pase, no quiero dejarla morir abandonada.

Tomó, en efecto, el partido peor, pero el único que se le ofrecía. Escribió a su padre contándole sus amores. En su carta omitía la infidelidad de Bernardina; no hablaba más que de su belleza, de su constancia, de la dulce insistencia que había puesto en volver a verlo, y, en fin, de la horrible tentativa que acababa de hacer. El padre de Federico, viejo y achacoso, amaba a su hijo único más que a su propia vida. Corrió a toda prisa a París, acompañado de mademoiselle Humbert, su hermana, vieja como él, solterona y muy devota. Desgraciadamente, ni el noble anciano, ni la bondadosa tía tenían la virtud de la discreción, yen cuanto legaron a París, todas sus amistades supieron que Federico estaba locamente enamorado de una griseta, y que ésta se había envenando por él. Pronto se añadió que quería casarse con ella, y la malevolencia habló del escándalo y de la deshonra de la familia. Con el pretexto de defender la causa de Federico, mademoiselle Darcy refirió cuanto de él sabía, con los más novelescos pormenores. En una palabra: queriendo conjurar la tormenta, Federico no hizo más que atraerla sobre sí por todas partes.

Además, tuvo que comparecer ante un tribunal, compuesto de parientes y amigos, y sufrir una especie de interrogatorio: no se le consideraba culpable, no; por el contrario, se le trataba con toda la indulgencia posible; pero se vió en la precisión de mostrar su corazón desnudo, y tuvo que oír cómo discutían sus secretos más queridos.

Inútil es decir que nada se decidió en concreto. Monsieur Humbert quiso ponerse al habla con Bernardina. Fué a verlo; la habló detenidamente y la hizo mil preguntas, a las que ella supo responder con una gracia y una ingenuidad que conmovieron al anciano, que, como todo el mundo, había tenido amoríos en su juventud.

De aquella entrevista salió muy desconcertado y lleno de inquietud. Hizo venir a su hijo y le dijo que estaba dispuesto a hacer un pequeño sacrificio en favor de Bernardina si ésta prometía ocuparse en algo cuando se restableciese. Federico transmitió aquella proposición a su amiga.

—¿Y tú qué vas a hacer? — le dijo ella.— ¿Piensas quedarte aquí, o piensas irte?

Federico respondió que se quedaría. Pero no era esto lo que pensaba su familia. En este punto, monsieur Humbert fué inexorable. Pintó a su hijo los peligros, la vergüenza y la imposibilidad de una unión semejante. En términos comedidos y benévolos le hízo comprender que se perjudicaba en su reputación y en su carrera. Después de intentar convencerle por la reflexión, apeló al supremo recurso paternal suplicar a su hijo. Este le prometió cuanto quiso. Tantas emociones, tantos intereses encontrados le habían tenido en viva agitación, que ya no sabía a qué resolverse, y viendo por todas partes su desdicha, no se atrevía a elegir ni a luchar. El mismo Gerardo, firme ordinariamente, buscaba en vano lo que más conviniera y se veía obligado a confesar que era necesario dejarlo a merced del destino.

De pronto, dos acontecimientos inesperados cambiaron las cosas. Una noche en que Federico estaba solo en su cuarto, entró Bernardina. Estaba pálida, traía los cabellos en desorden, y una fiebre intensa hacía brillar sus ojos con vivo fulgor. Contra la costumbre, su palabra era breve e imperiosa.

—Venía, — dijo, — a exigir una explicación a Federico.

—¿Quieres matarme? — le preguntó. — ¿Me amas, o no me amas? Eres una criatura que necesita de los demás para saber lo que ha de hacer? ¿Estás loco para consultar a su padre si debes seguir con tu querida? ¿Qué han de desear todos más que separarnos? Si tú también lo quieres, no necesitas de ellos, y si no lo quieres, menos todavía. ¿Es que quieres irte? Pues llévame contigo; pero no aprenderé nunca un oficio ni puedo ya volver al teatro. ¿Cómo he de poder, estando como estoy? No puedo más con este sufrimiento. Decide lo que sea.

Durante una hora estuvo hablando en este tono sin dejar a Federico que le respondiera. En vano procuró calmarla. Una exaltación tan violenta no podía ceder a ningún razonamiento. Al fin, rendida por el cansancio, Bernardina se deshizo en lágrimas. Federico la estrechó en sus brazos. No podía resistirse a un cariño así. La condujo a su lecho y le dijo:

—¡Quédate aquí, y el cielo me castigue si dejo arrancarte de mi lado! No quiero ver a nadie; no quiero oír a nadie más que a tí. Me acusas por mi debilidad y tienes razón. Si mi padre me repudia tú me seguirás. Puesto que Dios me hizo pobre, pobres viviremos. Nada me importa mi nombre ni mi familia ni mi porvenir.

Aquellas palabras, pronunciadas con el ardor de una convicción sincera, consolaron a Bernardina, que rogó a su amigo la condujese a pie a su casa.

A pesar de su laxitud, quería tomar el aire. Durante el camino, convinieron el plan que habían de seguir. Federico aparentaría someterse a los deseos de su padre; pero le convencería de que con escasa fortuna no era posible arriesgarse en la carrera diplomática, y de que lo mejor era que ejerciese la abogacía. Monsieur Humbert cedería fácilmente, a condición de que su hijo olvidara su loca aventura. Por su parte, Bernardina se mudaría de barrio para que creyeran que se había ido de París. Alquilarían un pisito en la calle del Arpa o en sus alrededores, y de este modo vivirían con tanta economía que la pensión de Federico bastaría para los dos. En cuanto su padre regresara a Besancon, Federico iría a reunirse con ella y vivirían juntos.

Dios proveería lo demás. Tal fué el proyecto a que se entregaron los pobres enamorados, y cuyo desarrollo creyeron infalible, como siempre sucede en estos casos.

Dos días después Federico, tras una noche sin dormir, se presentó en casa de su amiga a las seis de la mañana. Una conversación qu había tenido con su padre, le preocupaba. Le exigía que saliese para Berna, y venía en busca de Bernardina para recuperar junto a ella el valor que empezaba a faltarle. La alcoba estaba vacía; el lecho también. Preguntó a la portera y supo, de un modo indudable, que tenía un rival y que le engañaban. Aquella vez sintió menos dolor que indignación. Era demasiada traición para que el desprecio sustituyese al amor. De vuelta en su casa, escribió una larga carta a Bernardina, colmándola de los más amargos reproches. Pero al ir a echarla al correo, la rompió. Una criatura tan miserable, le parecía indigna de su cólera. Resolvió partir lo antes posible. Había una plaza para el día siguiente en la posta de Estrasburgo. La tomó y fué a prevenir a su padre. Toda la familia le felicitó, sin que nadie le preguntase, claro es, a qué obedecía tan repentina salida. Sólo Gerardo supo la verdad. Mademoiselle Darcy declaró que aquello era lo piadoso, y que los hombres engañan siempre sin querer. Mademoiselle Humbert añadió sus economías a la cantidad que para el viaje llevaba su sobrino. Una comida de despedida reunió a la familia, y Federico partió para Suiza.

X

Los placeres y fatigas del viaje, el atractivo del cambio de vida y las ocupaciones de su nueva profesión pronto devolvieron la calma a su espíritu.

Sólo con horror recordaba la fatal pasión que había estado a punto de perderlo. En la embajada halló la más amable acogida. Estaba muy bien recomendado; su figura prevenía a su favor, y una modestia natural daba más valor a sus excelentes cualidades, sin hacerlas perder su relieve. Pronto logró una gran consideración entre las gentes, y el más risueño porvenir se abrió ante él.

Bernardina le escribió varias veces. Le preguntaba alegremente si se había ido de verdad y si pensaba volver pronto. El, al principio, se abstuvo de responderla; pero como las cartas continuaban cada vez con más frecuencia, perdió, al fin, la paciencia, y le respondió desahogando su corazón. Con las frases más amargas preguntaba a Bernardina si había olvidado su doble traición, y le suplicaba que en lo sucesivo le ahorrase fingidas protestas de cariño, de las que no quería ser víctima nuevamente. "Por lo demás, — añadía, — no hacía sino bendecir a la providencia, que supo iluminarlo a tiempo, y su resolución era tan irrevocable, que probablemente no volvería sino después de una larga permanencia en el extranjero". Enviada esta carta, Federico se sintió más contento y completamente desligado del pasado. Desde entonces, Bernardina dejó de escribirle, y no volvió a saber más de ella.

Federico fué presentado a una familia inglesa muy rica, que ocupaba una preciosa finca en los alrededores de Berna. Las tres hijas, de las cuales la mayor contaría veinte años, hacían los honores de la casa. La más pequeña, de una rara belleza, pronto se apercibió de la viva impresión que había producido al joven "attaché", y pareció no mostrarse insensible a él.

Pero Federico aun no estaba bien curado de su reciente herida para entregarse a un nuevo amor. Sin embargo, tras tanta desdicha y tanta agitación, sentía la necesidad de abrir su corazón a la tranquilidad de un sentimiento puro. La linda Fanny no fué, como mademoiselle Darcy, su confidente; mas, sin necesidad de que él le relatase sus penas, adivinó en él un reciente sufrimiento, y como la caricia de sus ojos azules parecía consolarle, muchas veces los fijaba en él.

La benevolencia conduce a la simpatía y la simpatía al amor. Al cabo de tres meses, el amor aun no había llegado, pero estaba muy próximo a llegar. Un hombre de tan tierno y expansivo carácter como Federico, no podía ser constante más que a condición ed guardarle fidelidad.

Gerardo tenía razón cuando le dijo que su amor a Bernardina duraría mucho más de lo que él creía; mas para ello hubiera sido necesario que Bernardina le hubiera correspondido con igual fidelidad, al menos en apariencia. Exasperar a un corazón débil, es atormentarlo; o sucumbe, u olvida; no tiene fuerzas para permanecer fiel al recuerdo de quien le hace sufrir. Así, pues, Federico, día tras día, fué acostumbrándose a no poder vivir sin Fanny. Muy pronto fué cosa de casarse. Federico no tenía una gran fortuna, pero se había hecho su porvenir, y contaba con ayudas poderosas. El amor, para el que no hay obstáculos, abogaba por él. Quedó decidido solicitar de la corte el nombramiento de secretario segundo para Federico, y que, una vez obtenido, se casase con Fanny.

Este venturoso día llegó por fin. Los recién casados acababan de levantarse, y Federico, ebrio de felicidad, estrechaba a su mujer entre sus brazos. Estaban sentados junto a la chimenea. Un chasquido y una viva llamarada lo estremecieron. Por un raro capricho de la imaginación se acordó, de pronto, de aquel día en que por primera vez se sentó, también así, junto a la chimenea de un humilde aposento, con Bernardina entre sus brazos. Aquellos que admiten, convencidos, el presentimiento del destino, sean quienes comenten tan extraña casualidad. En aquel mismo momento fué cuando entregaron a Federico una carta con sello de París, que le anunciaba la muerte de Bernardina. No necesito pintaron su dolor y su asombro. He de contentarme con mostrar a los ojos del lector el adiós de la infeliz criatura a su amigo; en ella se hallará la explicación de su conducta, escrita en aquel estilo medio alegre y medio triste que le era tan peculiar:

"¡Ay, Federico! ¡Bien sabía que todo era un sueño! ¡Tú y yo no podíamos vivir tranquilos ni ser dichosos! Yo quería irme de aquí. Recibí la visita de un joven, al que conocí en provincias en mis tiempos de gloria y de triunfo. En Burdeos estaba loco por mí. No sé cómo supo mis señas; vino a verme y se arrojó a mis plantas, como si todavía estuviese representando un papel de reina. Me ofrecía su fortuna, que no es gran cosa, y su corazón, que no es nada. Era al día siguiente de aquel en que — ¡acuérdate, amigo mío!— te separaste de mí repitiéndome que te ibas de París. Yo no estaba muy alegre y — ¡ay, querido! — no tenía dónde comer; me dejé llevar; pero, desgraciadamente, no pude estarme mucho tiempo junto a él; tenía mis zapatillas en su casa; mandé a buscarlas y me decidí a morir.

"Sí, pobrecito mío, quise dejarte aquí. No podía vivir teniendo que trabajar. Sin embargo, la segunda vez, ya estaba decidida. Pero tu padre vino a verme: he aquí lo que tú no has sabido. ¿Qué querías que le dijese? Le prometí olvidarte y me volví a casa de mi adorador ¡Oh, cuánto me he aburrido con él! ¿Tengo yo la culpa que todos los hombres me parezcan groseros y tontos desde que te amé? Pero no puedo mantenerme del aire, y, ¿qué quieres que haga?

"No me quito la vida, amigo mío; pero me voy consumiendo: esto no tiene ningún mérito. Perdida la salud para siempre, me hallo en un estado deplorable. Todo ello nada sería, sino estuviera triste. Se dice que te casas. ¿Es guapa? Adiós, adiós. Cuando venga el buen tiempo, acuérdate de aquel en que regabas las flores de tu ventana. ¡Oh, cuánto y qué pronto te amé! Al verte sentía un gran sobresalto y palidecía de emoción. Adiós, he sido muy feliz contigo.

"Si tu padre hubiese querido, jamás nos hubiéramos separado; pero, — esto era lo peor, — ni tú tenías dinero, ni yo tampoco.

MEMORIA

—¿Se acuerda tu esposo Pedro de cuando llega el aniversario del casamiento de ustedes?

—¡Jamás! ¡Yo se lo recuerdo en enero y en junio, así que me obsequia dos veces al año!

Aunque hubiese entrado en un taller, no habría estado en él mucho tiempo. ¿Qué quieres? Ya ves que he fracasado en mis dos tentativas: nada me sale bien.

"Te aseguro que no estoy loca para querer morir: estoy completamente cuerda. Mi familia — ¡Dios la perdone! — ha vuelto a verme. ¡Si supieras lo que quieren hacer conmigo! Es muy desagradable verse así, a merced de la miseria.

"¡Cuánto mejor hubiese sido ahorrar en otro itempo, cuando nos amábamos! Pero tú querías que fuésemos a todas partes y que nos divirtiéramos. ¡Qué noches tan felices tenemos pasadas en "La Cabaña"!

"Adiós, querido, por última vez, adiós. Si me pusiera mejor, volvería a entrar en el teatro; pero apenas me queda un hálito. Jamás te culpes de mi muerte; bien sé que, si hubieras podido, no habría sucedido nada de esto. Yo ya lo presentía, pero no me atrevía a decirlo siquiera; lo veía venir, pero no quería atormentarte.

"Te escribo de noche, una noche mucho más triste, puedes estar seguro de ello, que aquella que llamaste a mi puerta y no me encontraste. Jamás te había creído celoso, y cuando supe tu cólera al no hallarme, me causó a la vez pena y alegría. ¿Por qué no me esperaste? Hubieras visto mi cara al tener la dicha de hallarte celoso. Pero es igual: me querías más de lo que tú pensabas.

"Quisiera concluir y no puedo. Quisiera no separarme de este papel, como si él fuese el último resto de mi vida. Voy apretando las líneas como para reunir en él todas mis fuerzas y enviártelo. No, tú no has llegado a conocerme a fondo. Me quisiste porque eras bueno y venías a verme, un poco porque te gustaba y otro poco porque te daba lástima. Si hubiera sido rica, no me hubieras dejado; esto es lo único que me digo para consolarme, y lo que aun me da ánimos.

"¡Si pudiera mi padre arepentirse del mal que me causó! ¡Ahora es cuando sé lo que daría por tener un oficio, por poderme ganar el pan con mis manos! Pero ya es muy tarde. Si cuando somos niños pudiéramos ver nuestra existencia en un espejo, yo no hubiera concluido la mía!!! de este modo. Puesto que vas a casarte, es probable que ya no me quieras.

"¿Cómo pudiste escribirme aquella carta tan dura? Si tu padre lo exigía y tú estabas decidido a partir, no creí hacer mal procurándome otro amante. Jamás me sucedió nada tan gracioso, ni jamás vi una cara tan compungida como la suya cuando le declare que me volvía a mi casa.

"Tu carta me desconsoló. Durante dos días estuve al pie de la chimenea, sin hablar ni moverme. ¡Ay, amigo mío, qué desgraciada nací! No querrás creer cómo me ha tratado la providencia durante estos pobres veinte años que tengo. Era mi destino. De niña, me pegaban mucho, y si lloraba, me echaban a la calle. "Vete a ver si llueve", — decía mi padre. — A los doce años, me hacía cepillarle las tablas; y cuando fuí mujer, ¡cuánto me persiguieron! Me he pasado la vida queriendo vivir, hasta que al fin he visto que no tenía más remedio que morir.

"¡Dios te proteja, ya que tú solo fuiste el que me proporcionó mis únicos días de felicidad, el que me prestó un soplo de aire puro! ¡Que Dios te lo pague! ¿Podrás nunca, ¡oh amigo mío! volver a ser tan libre y tan feliz como conmigo? ¿Podrá nadie volver a quererte como te quiso tu pobre y moribunda Bernardina?

"No te aflijas; todo va a terminarse. ¿Te acuerdas de una tragedia alemana que me leíste una noche en nuestra casa? El protagonista preguntaba: "¿qué será lo que exclamemos al morir?" "¡Libertad!", respondía el pequeño Jorge. Lloraste al leer esta palabra. ¿Lloras también ahora? Este es el último grito de tu amiga.

"Los pobres mueren sin hacer testamento. Yo, sin embargo, te mando un rizo mío. Me acuerdo de que un día que el peluquero me quemó el pelo con las tenacillas, quisiste pegarle. Puesto que no querías que nadie quemase mis cabellos, segura estoy de que no arrojarás al fuego este rizo.

Adiós, adiós para siempre.
Tu fiel amiga, Bernardina".

Me han dicho que, después de leer esta carta, Federico quiso atentar contra su vida. No quiero hablar de ello, pues es muy frecuente que la indiferencia humana encuentre ridículos semejantes atentandos cuando el desesperado sobrevive a ellos. En este punto, el fallo de la sociedad es bien triste: se ríe del que intenta matarse, y si, en efecto, se mata, lo olvida.

ALFRED DE MUSSET.

Los agentes de tráfico en Dunstable llevan grandes anteojos de armazón blanca y gruesa. Eso es a consecuencia de que varios de ellos han sido atropellados de noche por los vehículos.

* * * *

A fin de favorecer la adopción de niños huérfanos, James Inglis ha donado a la Glasgow Trades House, 50.000 libras esterlinas para dotar con parte de su renta cada persona que adopte un niño en determinadas condiciones.

El record de la velocidad en aeroplano lo detenta Francia con 190 millas por hora; sigue Norte América con 170, y, en tercer lugar, está Inglaterra, con 155 millas.

* * * *

Uno de los profesores de una Universidad de Estados Unidos afirma que antes de colocarse dentadura postiza es necesario que el paciente se haga revisar por un médico y un dentista, y luego estos dos celebren una consulta.

ALGO QUE SUELE SUCEDER

—¿Qué le pasa a nuestro viejo amigo el empresario y director de este teatro?
—El pobre se encuentra en un gravísimo conflicto. Ha leído una comedia y le ha parecido que tiene que obtener un éxito estupendo.
—¿Y qué?
—Que resulta que esa misma obra ha sido rechazada por todos los demás directores de teatro de la capital como malísima.

En el bar:
—He pedido Oporto y me han traído jerez.
—Lo mismo dá; figúrese usted que es Oporto.
El cliente no contesta, bebe y se va sin pagar.
—¡Alto! — dice el mozo. — No me pagó.
—No importa.... Figúrate que te ha pagado.

Entre tío y sobrino:
—¿Con que me niego usted el dinero que le pido?
—Resueltamente.
—Pues bien, yo sé lo que debo hacer.
Y el sobrino se apodera de un par de pistolas que están sobre la mesa.
—¡Qué intentas, desdichado! — eclamó el tío. ¿Qué vas a hacer?
—Venderlas.

Para que su niño pase un momento de alegría, léale la graciosa historieta Barnigugli y su pingo Tragavientos

CORTE y REMITA el cupón que va al pie y recibirá por correo un ejemplar de EL DIARIO en que aparece LA HISTORIETA ya completa.

SEÑORA: Cada jueves encontrará en EL DIARIO figurines de las útimas modas iluminados a cuatro colores.

COMPRE

todos los días

EL DIARIO

a su vendedor de la tarde y si lo hubiera agotado pídale que le reserve diariamente un ejemplar para Vd.

Señor Administrador de EL DIARIO

Av. DE MAYO 662 - Buenos Aires.

Adjunto 0.10 centavos en estampillas para que me remita un ejemplar del próximo jueves en que aparecerá la página de modas en colores y una página con la graciosa historieta de Barnigugli y su pingo Tragavientos.

Nombre y apellido.....

Localidad.....

F. C.....

Se reciben suscripciones para los números de los jueves a razón de 0.10 ctvs., cada ejemplar.

LEA HOY LA NOVELA DE LA MUJER-GATA

BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

Viernes
Abril 9
de 1926

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO IV. PUBLICACIÓN SEMANAL No. 132

Comienza en este número la sensacional novela del gran autor inglés SAX ROHMER, titulada

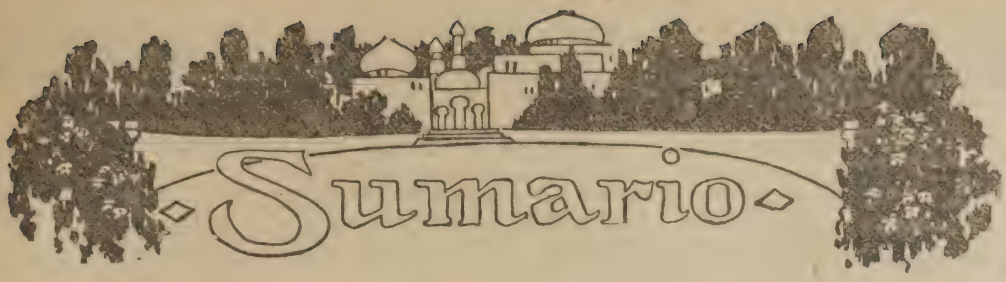
LOS VERDES OJOS DE BAST

La más notable de las obras escritas sobre los misterios de los magos de Egipto.

LAS PERSONAS IMPRESIONABLES O DE IMAGINACION DEBIL NO DEBEN LEER DE NOCHE ESTA SUBYUGADORA NOVELA MISTERIOSA

EL MEDICO ORDENA REGIMEN SECO

—Sí, mozo. Seguimos un régimen seco, por orden del médico. Deme cigarros habanos bien secos, coñac que sea seco y champagne extraseco. ¡Así lo manda el médico!



Los verdes ojos de Bast

Sensacional novela inédita del gran autor inglés Sax Rohmer.

El hijo del Ticiano

Novela corta de Alfred de Musset, que se publica completa en este número.

El árbol de los mil romances

Cuento intenso y emocionante de un gran autor inglés.

Una respuesta curiosa

Nota cómica en colores.

La niña lista

Cuento muy divertido de un gran autor ruso.

Cosas grandes

Nota humorística en colores.

Sacha

Interesantísimo cuento traducido del inglés para "Pucky". Con ilustraciones en colores.

La cocina de "Pucky"

Recetas verdaderamente útiles y prácticas de uso corriente.

Bonbons Fins

Chistes de todos orígenes escogidos por "Pucky" para sus lectores.

Un buen cirujano

Nota humorística en colores.

En la calle

Un relato que da que pensar.

Escarmentado

Cuentito breve y ejemplarizador.

Los modelos de "Pucky"

Gracioso juguete para armar. En colores.

El hijo del lobo

Un relato vibrante del gran escritor Jack London.

Para un distraído otra distraída

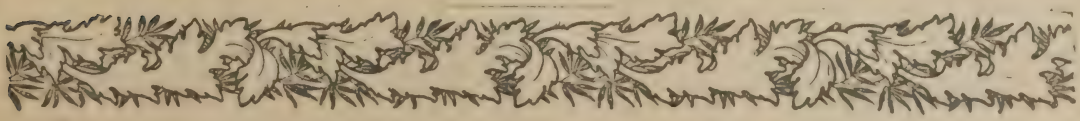
Cuadritos risueños de la vida real.

La noche blanca del húsar rojo

Relato humorístico de Alphonse Allais.

Surcouf

Continuación de la gran novela histórica traducida por "Pucky" por primera vez.



LA RAZON PORQUE NO PROSPERAN

—¡Ay! ¡Querido maestro! La literatura es un oficio que no puede tener esperanzas en el porvenir.

—Eso obedece a que los que nos dedicamos a escribir no podemos declararnos en huelga.

UNA PRIMICIA DE "PUCKY"

LOS VERDES OJOS DE BAST

Novela inédita en nuestro idioma, escrita en inglés por el famoso autor

SAX ROHMER

Traducida especialmente para "Pucky" del original adquirido en Londres

LAS PERSONAS DE TEMPERAMENTO NERVIOSO Y FACILES DE EMOCIONAR NO DEBEN LEER ESTA NOVELA DE NOCHE.

CAPITULO I

Veo los ojos

—¡Buenas noches, señor! Demasiado viento, ¿verdad?

—Demasiado, sargento. Voy a meterme un momento en su garita para encender la pipa, si me lo permite.

—¡Claro que sí, señor! Los fósforos andan bastante escasos en estos tiempos, para desperdiciarlos. Pero parece que la tormenta ha calmado un poco.

—No lo siento, — respondí, entrando en el refugio del policeman, que estaba allí de guardia. Como la garita de un soldado se halla a la entrada de la calle principal de la vieja aldea. — Aún tengo que caminar un buen trecho.

—Sí; su casa está muy a trasmano, ¿verdad? — murmuró mi interlocutor mientras yo, resguardado del viento, comenzaba a cargar la pipa.—Es mucho inconveniente, siempre lo he creído, para un caballero que sale tan a menudo como usted.

—Precisamente por eso es que me agrada, — respondí yo. — Si yo viviera en un lugar fácilmente accesible, no me dejarían en paz ni un minuto, ¿comprende usted? Por otro lado, tengo necesidad de hallarme no más lejos de una hora de viaje de Fleet Street, la "calle de los diarios", como la llaman.

Yo tenía la costumbre de detenerme para conversar en aquel punto ya que conocía a la mayoría de los hombres de la división P. entre los cuales se dividía la vigilancia de aquel sitio. Era un lugar sumamente solitario, por la noche, a la hora en que los vecinos ya se habían retirado a descansar, cuando las casas parecían retroceder aún más dentro de los jardines que las separaban del camino. Reliquia de una época en que los trenes y autobuses no existían, la caída del sol prestaba a la calle principal de la aldea una atmósfera de antaño, disfrazando los ladrillos y el reboque de años atrás. Desde allí, en días de calma, se podía oir el rumor de colmena, de la gran ciudad y las solemnes campanadas de la catedral de San Pablo.

De pie al abrigo de la garita, escuchaba yo el rumor del caer incesante de la lluvia desde las ramas de los árboles que se extendían por encima de ella, acompañado del

SURCOUF Lea la continuación de esta novela sensacional en la página 61 de este número.

rumor confuso del arroyito que se había formado en la cuneta del camino, junto a mis pies; de vez en cuando los últimos suspiros de la tormenta que moría sacudían los arbustos que bordeaban el camino.

—Ahora está mucho más fresca la noche, — dijo el sargento.

Asentí yo con un movimiento de cabeza, encendiendo mi pipa. La tormenta había venido a cortar una temporada de tiempo tropical de las que, a menudo, en medio de los meses de julio y agosto, ponen en Londres algo del cálido aliento de Africa; y este frescor resultante de la tormenta era más que bienvenido.

—Bueno; buenas noches, — dije entonces. Estaba ya a punto de seguir mi camino cuando el timbre del teléfono de la garita de policía comenzó a sonar.

—¡Hola! — llamó el sargento.

Me detuve sintiendo curiosidad por saber a qué se refería el mensaje.

—¿La Casa Roja — continuó el sargento, — en College Road? Sí; la conozco. Está en el recorrido de Bólton. Bólton debe llegar de un momento a otro. Muy bien; se lo diré.

Colgó el auricular y se volvió hacia mí, con gesto de resignación.

—A nosotros los de la policía, nos toca de vez en cuando cada misión de lo más curiosa, señor — comentó. — Anoche, un señor llamó por teléfono a la comisaría, para decir que me pidieran que detuviese al pasar a una señora, bajita, gruesa, de pelo rubio y vestido azul, para decirle que su esposo había tenido que salir y había dejado las llaves en la casilla del perro.

Rió el sargento de buena gana.

—La de ahora, — continuó, — ha llamado para decir que ella cree, observe usted, que solamente cree, haberse olvidado de cerrar el garage, y quiere que el policeman que hace aquel recorrido se cerciore de si las llaves han sido dejadas en la cerradura. Si es así, quiere que cierre la puerta por dentro, salga por la puerta de atrás, la cierre también y lleve las llaves a la comisaría al salir franco, terminado su servicio.

—Sí, — dije yo; — hay gente distraída en el mundo. Pero, ¿ha querido usted mencionar la Casa Roja, la de College Road?

— La misma, — contestó el sargento, saliendo de la garita y mirando hacia la izquierda. — ¡Ah! ¡Allí viene Bólton!

Se refería a un policeman alto, fornido, de rostro rojo, que en esos momentos avanzaba por el camino, chapoteando barro.

—Tengo trabajo uara usted, Bólton, — anunció el sargento. — Escuche: ¿conoce usted la Casa Roja, la de College Road?

Bólton se quitó el casco, rascándose un momento la cabeza cubierta de rojo cabello cortado al rape.

—Déjeme pensar, — dijo. — Está a la derecha. . . .

—No, no, — interrumpí yo. — Es una casa que se halla más o menos a la mitad del camino, a la izquierda, muy silenciosa y cerrada, que tiene una verja alta y ladrillos al frente.

—¡Oh! — exclamó el policeman Bólton. — ¿Quiere usted decir la casa desalquilada?

—Eso era precisamente lo que estaba a punto de observar, sargento, — dije yo, volviéndome hacia mi conocido. — Que yo sepa, la Casa Roja lleva deshabitada doce meses lo menos.

—¿Sí? — exclamó el sargento. — ¡Cosa extraña! Pero eso no me importa. Además pueden haberla alquilado en estos días. Sea como sea, Bólton, he aquí lo que tiene que hacer: tiene usted que ver si la puerta del garage, está abierta. Si lo está y las llaves están en la cerradura, entra usted y cierra la puerta por dentro. Hay una puerta al otro extremo; salga por ella, y ciérrela también con llave. Luego deje las llaves en la comisaría, cuando salga de servicio. ¿Estamos?

—Sí, señor, — respondió Bólton; cuadrado, con el casco en la mano, repetía en voz baja las instrucciones recibidas del sargento, con evidente intención de grabarlas bien en la memoria.

—Yo tengo que pasar por delante de la Casa Roja, "constable", — dije. — Como usted duda y no recuerda cuál es, voy a indicársela.

—Muchas gracias, señor, — dijo Bólton, poniéndose el casco.

—Una vez más, sargento, ¡buenas noches! — saludé, y salí recibiendo de lleno una ráfaga de viento que parecía bajar por la calle principal del pueblo arrancando raudales de agua de las hojas y ramas de los árboles.

Se supone poéticamente que los sucesos extraños se envuelven en sombras impenetrables, y yo, por mi parte, estoy preparado a sostener la exactitud de tal aserto. Pero, a menos que el silencio del "constable" que me acompañaba fuera debido a tales sombras y no a una taciturnidad habitual, nada había, en mi marcha por las silenciosas calles, que pudiera hacerme sospechar que me hallaba entrando en la primera fase de un uceso mucho más extraño e infinitamente más horrible que cualquiera de cuantos, con anterioridad hubiera visto o hubiera leído.

Las sombras no me habían alcanzado aún.

Hablamos poco durante el camino, porque el viento era frío, cortante y molesto, de manera que a menudo me hallaba ocupado en sujetarme el sombrero con la mano. Si se exceptúa un tipo de mal aspecto, evidentemente un miembro de la numerosa y poco limpia hermandad de los vagabundos, que se cruzó con nosotros cerca de la puerta de la vieja capilla, no encontramos a nadie desde el momento en que salimos de la garita hasta aquel en que vimos la verja de ladrillos de la Casa Roja, irguiéndose por sobre la vegetación del costado del camino.

—Esta s la casa, "constable", — dije. — El garage está más allá de la entrada principal.

Llegamos hasta el que estaba el portón cerrado.

—Ahí tiene usted, señor, — exclamó Bólton, triunfalmente. — Ya le dije a usted que estaba vacía.

Frente a nosotros se veía un cartel pues-

to por un agente de alquileres, anunciando las características de la propiedad, el número de dormitorios, de salones, de conveniencias modernas, garage, etc., además del área del jardín y de la huerta.

Sentí un débil chirrido y, retrocediendo un paso, miré hacia arriba. Ví un tablero que aparecía por sobre la pared y ostentaba dos duplicados del anuncio que acabo de citar.

—Esto parece confirmar lo otro, — dije, mirando, a través de los árboles, hacia la casa. — Esta casa tiene todas las apariencias de estar desalquilada.

—Debe de haber sido una equivocación. — murmuró Bólton.

—Si la hay, no es nuestra, — observé yo. — Mire; los carteles lo dicen bastante claro. "Se vende o se alquila. La Casa Roja, etc."

—¡Jum! — gruñó Bólton — ¡Esto si que es bastante extraño! Será mejor que echemos un vistazo al garage.

Avanzamos juntos hasta donde, más de una vez, medio oculta en una especie de nicho, había visto yo la puerta de un garage, evidentemente añadido por algún reciente ocupante de la propiedad. Colgando de una llave puesta en la cerradura, había un llavero, del cual colgaba otra llave más.

—¡Qué me cuelguen, — exclamó Bólton, — si esto no es un negocio extraño!

Abrió la puerta y lanzó al interior el rayo de luz de su linterna eléctrica, revelando la presencia de varias latas de nafta vacías, aparentemente, algunos trozos de madera que recordaban que el garage había sido ocupado recientemente, pero ni sombra de un automóvil, ni nada de valor que hubiera podido interesar a un hombre como el vagabundo a quien hallamos en el camino. Debo exceptuar un enorme y fuerte cajón, de los usados para la exportación de mercaderías, que se hallaba a uno o dos pies de la puerta, de manera que, hasta cierto punto, bloqueaba la entrada, y que bien pudo haber contenido respuestos para automóvil. Noté, con vaga curiosidad, que en una de las caras del cajón habían pintado groseramente, con pintura verde, un gato sentado.

—Si aquí hubo alguna vez algo, — observó Bólton, — ya se lo han llevado. Vamos a cerrar el corral después de que el caballo se ha ido. ¿Puedo contar con usted, señor, en caso de queja?

—¡Cuente conmigo! Pero estoy violando un domicilio particular, así que no sigo adelante con usted. Buenas noches.

—¡Buenas noches, señor! — respondióme el "constable" y, entrando en el vacío garage cerró la puerta.

Me dirigí apresuradamente hacia el chalecito donde había establecido mi domicilio. Muchas veces he pensado que los motivos que me impulsaron a elegir esta solitaria residencia eran bastante egoístas por cierto. A pesar de que me gustaba la sociedad de las gentes, a pesar que nunca perdía estreni ni un debut importante en Londres, mi afición al estudio de lo tenebroso y otra debilidad a la cual me referiré a su debido tiempo, me habían hecho abandonar mis habitaciones situadas en el Temple para retirarme a aquella aldea perdida desde donde mi única concesión con Fleet Street, con los clubs, los teatros, las luces, la alegría y las diversiones de Londres, era el teléfono. Creo que no necesito agregar que mis medios económicos me permitían satisfacer estos caprichosos, de otro modo, como buen periodista, me habría visto obligado a permanecer "en el corazón" de la actividad de los diarios.

Por lo dicho, precisamente me estaba permitido vivir la descuidada vida del "freelance", del franco-tirador o colaborador independiente. Como mi producción era considerada algo mejor que la de los demás, podía yo tener, además de ciertas exigencias, la libre selección de mis temas. No era yo de naturaleza ambiciosa, — aunque bien podía ser que me faltara estímulo, — todo lo que escribía hacíalo por el simple placer de escribir, mientras mis estudios, de los cuales tendré ocasión de hablar detenidamente, no eran de naturaleza como para llenarme los bolsillos.

Muy lejos estaba yo de figurarme que la calma dentro de la cual había organizado mi vida, iba a ser interrumpida abruptamente, ni que mis estudios iban a ser aventados hacia una nueva y extraña dirección.

Pero esa noche en la que iba a presenciar el comienzo de un horrible drama, aún no había experimentado yo presentimiento alguno de la proximidad de fuerzas de lo oculto que iban a cambiar por completo el curso de mi existencia. Al ver el gigantesco olmo que se hallaba frente a mi chalet, me alcanzó la sombra de que ya he hablado.

Solamente en esta forma puedo describir una sensación extraña que se apoderó de mí, obligándome a detenerme y a escuchar. El viento había cesado, dejando silenciosa la oscuridad de la noche; sólo se oía el rumor de la ciudad. Una vez, muy débilmente, me pareció oír el aullido de un perro. No había oído nada hasta entonces que pudiera hacerme pensar en pasos, detrás de mí, pero, sin embargo, me volví rápidamente, convencido de que iba a descubrir la presencia de alguien que me seguía. Este convencimiento se había apoderado de mí de repente y en una forma que no tuve explicación posible. Y no estaba yo equivocado.

A menos de cincuenta pasos detrás de mí una figura, vagamente definida, apareció, bosquejándose contra una luz lejana durante unos segundos antes de desaparecer en la oscuridad que proyectaban los densos árboles del costado del camino.

Permanecí absolutamente inmóvil; miré durante un momento hacia las sombras. Debo decir que no había razón alguna que pudiese causar recelo, alarma ni aún curiosidad en la aparición de un transeunte solitaria a aquella hora, porque era ya más de media noche. Así discutí a solas, admitiendo que, al ver aquella figura, había experimentado no sólo una impresión de curiosidad y de alarma, sino también una emoció más, que aún hoy se me hace difícil definir. Me

percaté instantáneamente de que la forma que había visto no era la de un transeunte vulgar, qué no se trataba de un ser ordinario. En el mismo momento oí de nuevo, bien claro esta vez, el aullido de un perro.

Habiendo dicho todo lo que antecede, no veo por qué no he de añadir que me volví rápidamente dirigiéndome al portón del chalet y lancé un suspiro de alivio al hallarme del otro lado y de cerrarlo de nuevo. Coates, mi ayuda de cámara, había colocado antes de recogerse algunos fiambres en la mesa del comedor para cuando yo llegara; pero aún cuando no me sentí con ganas de tomar alimento alguno, me serví un vaso de whisky con soda bien cargado, lanzando una rápida mirada a una o dos cartas que se hallaban sobre la mesa.

No contenían nada interesante aquellas cartas. Habiendo fumado un último cigarrillo, apagué la luz, entré en el dormitorio, crucé esta habitación sumida en la oscuridad me paré junto a la ventana mirando hacia afuera.

Desde allí podía ver la pequeña huerta; y detrás de un alto cerco, los árboles que, como altos centinelas, bordeaban el camino real.

Las nubes cruzaban velozmente el cielo, de manera que la luna llena aparecía y desaparecía alternativamente, produciendo un constante cambiante efecto de luz y sombra. Durante un momento se extendía la luz hasta donde mi vista alcanzaba a ver el paisaje bañado en luz lunar, y un segundo después reinaba tal oscuridad que no podía verme los dedos de la mano.

Fué durante uno de esos momentos de intensa oscuridad cuando, en el mismo instante que iba a retirarme de la ventana para encender la luz, ví "los ojos".

En un lugar situado a menos de diez pasos de mí, junto a los setos que bordeaban el jardín, me miraban aquellos gigantescos, relampagueantes ojos de gato; lancé una exclamación ahogada y me retiré de la ventana

Un tigre, pensé, o alguna otra bestia por el estilo, debía haberse escapado de su cautiverio. Trabajó en esos momentos mi cerebro con velocidad tal, que revisé mentalmente toda mi colección de armas, eligiendo un rifle que me había sido de gran utilidad en la India, aún antes de haber avanzado un paso en dirección a la puerta.

Pero, también antes de que hubiera avanzado un paso, la luz de la luna llenó de nuevo el jardín; y, aún cuando no había en el seto abertura alguna por la cual aún un pequeño animal pudiera haberse escapado, no pude ver, según dice la expresión común, a bicho viviente. Pero, cerca y lejos a la vez, se dejaban oír entonces los aullidos de terror de los perros de la vecindad.

RECOMIENDE A SUS AMIGOS QUE LEAN ESTA NOVELA. ES ALGO NOVEDOSO Y MUY INTERESANTE. ¿NO ES CIERTO?

CAPITULO II

La huella del gato

CUANDO Coates me trajo el te, los diarios y la correspondencia, a la mañana siguiente, me desperté alarmado.

—¿Ha llovido durante la noche, Coates? — pregunté.

Coates, cuya imperturbable calma me resultaba siempre un saludable sedativo, respondió.

—No, tan sólo desde poco antes de media noche, señor.

—¡Ah! — dije yo. — Estuvo usted en el jardín esta mañana, Coates?

—Sí, señor. Fuí en busca de frambuesas para el desayuno.

—Pero, ¿de este lado del chalet?

—Sí, señor.

—Bueno. Vaya usted entonces, Coates, marchando siempre por los senderos, hasta el cajón de las herramientas. Fíjese usted bien si hay señales de desarreglo en el césped, entre los setos y los senderos, pero no deje usted huella alguna. Usted va a buscar huellas, ¿comprende?

—¿Huellas? Muy bien, señor. ¿De caza mayor?

—De caza mayor, sí, Coates.

Sin demostrar la más mínima sorpresa al oir mis extrañas instrucciones, Coates, magnífico ejemplo demostrativo, para que aun duden de la excelencia de los métodos de disciplina del ejército inglés, salió en silencio.

Pudo decir que no era pequeña la curiosidad y el interés con que yo esperaba el informe sobre el resultado de sus investigaciones. Mientras tomaba poco a poco el te, podía oir desde el lecho sus pasos regulares y acompasados mientras recorría el caminito del jardín, frente a mis ventanas. De pronto cesaron los pasos, que, a poco, fueron seguidos por un murmullo confuso.

Había hallado algo. Todas las trazas de la tormenta de la noche anterior habían desaparecido, apareciendo en su lugar indicios claros de la reanudación de la ola de calor; pero yo sabía que el suelo húmedo tenía que haber conservado perfectamente cualquier impresión dejada en él la noche anterior.

Sin embargo, con los rayos del sol que entraban por mi ventana, desde un cielo tan color turquesa como no lo había visto nunca antes en Inglaterra, me fué imposible emocionarme nuevamente, sentir una vez más el extraño estremecimiento que durante las horas de oscuridad de la noche anterior había experimentado al ver clavados en mí, inmóviles, los gigantescos ojos de gato. Al hallarse más claras mis facultades mentaes, recordé algo que antes no había asociado al fenómeno. Recordé aquella agil y fugitiva forma que parecía seguirme, en el camino. Pero era difícil asociar una cosa a la otra; porque mientra aquella figura fur-

tiva me había dado la impresión de ser la de un hombre, o, para ser más exacto, la de una mujer, los ojos de gato que me miraban desde un punto tan cercano al suelo, me infundieron la impresión que se trataba de un felino que estaba acurrucado.

Los pasos de Coates se dejaron oír de nuevo en el sendero; lo oí marchar en rededor del chalet y por el lado de la cocina. Finalmente entró de nuevo en mi dormitorio, quedándose junto a la puerta, en actitud de "firme" que le era tan peculiar. Su apariencia personal habría hecho hacer un gesto despectivo a los que se hacen de la profesión de ayuda de cámara un algo así como rito religioso, porque Coates, en mi retiro rural, estaba llamado a dar cumplimiento a servicios más importantes que los de mero "valet".

Su rostro pulcramente afeitado, rojo y rollizo, su cabello cuidadosamente peinado y cepillado no eran nada excepcional, es cierto; pero como su trabajo lo llevaba de vez en cuando al jardín, no usaba el clásico jaquet o frac negro del ayuda de cámara, sino una vieja casaca color kaki, pantalón de montar del mismo color y polainas de cuero amarillo, lo que le daba la apariencia del viejo soldado que era.

—¿Y bien, Coates? — pregunté.

Coates tosió.

—Hay huellas de pies, señor, en el plantío de rábanos, — respondió.

—¿Huellas de piés?

—Sí, señor. Profundas. Como si alguien hubiera saltado por encima del seto y caido allí, de pie.

—¡Saltado por encima del seto! — exclamé. — ¡Pero ese sería un salto considerable Coates, para darlo desde el camino.

—Lo sería, señor. Tal vez ella trepó al cerco saltó.

—¿Ella?

Coates tosió de nuevo.

—Hay tres pares de huellas en total, señor, — dijo. — Una de ellas, muy profunda, donde cayó. Otra, casi borrosa, donde ella ha debido darse vuelta, y la tercera con los tacones muy marcados, donde ha debido saltar de nuevo hacia afuera.

—¿Ella? — grité yo.

—Las huellas, señor, — respondió Coates impasible, — son de zapatos de taco alto, de señora.

Me senté en la cama, mirando fijamente a Coates, incapaz de dar crédito a mis sentidos. No acertaba a hablar.

¿Quiere usted te o café en el desayuno, señor? — preguntó Coates interrumpiendo mi silencio.

—¡Que se vaya al diablo el desayuno! — grité. — ¡Voy a ver esas huellas! Si hubiera visto usted lo que vi yo anoche, su inmutable expresión habría perdido su inmutabilidad por una vez, se lo aseguro.

—¿De veras, señor? ¿Entonces el señor vió a la señora?

—¿Señora? — repetí yo altando del lecho. — Si los ojos que he visto anoche pertenecen a una "señora", o yo estoy loco o la "señora" no es señora de este mundo.

Me puse una salida de baño. Salí al jardín; Coates me enseñó el lugar donde estaban las huellas. Un rápido examen me permitió asegurarme de que sus informes eran exactos. Alguien que tenía puestos uros zapatos de tacones altos había estado de pie sobre el suelo húmedo. Como no venían ni iban hacia otro lado las huellas, la suposición de Coates, de que la persona que las había dejado debió saltar por encima del seto, era la única realmente lógica. Me volví hacia él, estupefacto, pero comprendí a tiempo lo fantástico de lo que había visto la noche anterior, y no hablé de los ojos.

Me dirigí en silencio al cuarto de baño, preguntándome si alguna emoción había influenciado y engañado a mis sentidos y si la presencia de aquellas huellas de femeninos piés en aquel lugar no sería una simple coincidencia. Pero aun siendo así, el misterio de su presencia en tal lugar seguía impenetrable. No era posible explicársela satisfactoriamente.

Poco después del desayuno una llamada telefónica cortó la cadena de mis revueltas reflexiones. Me hablaba el director de "The Planet,,, al que le estaba muy agradecido por varios encargos especiales que me había dado, entre ellos la busca del "gnu gigantesco", un animal al que aun cuando se le suponía generalmente extinguido, se le había visto en diversas ocasiones en diversas partes del continente negro.

Aquellos de mis lectores que también sean lectores de "The Planet", recordarán que en aquella ocasión, aun cuando no pude hallar al "gnu gigantesco", descubrí algo sumamente interesante durante mi viaje por las regiones inexploradas de las fuentes del río Níger.

—Un caso sumamente extraordinario ha acaecido, — me dijo el director del citado diario. — Creo que se halla precisamente dentro de su especialidad, Addison. Evidentemente se trata de un asesinato; las circunstancias en que ha ocurrido son de lo más dramático y extraño. Me gustaría que usted quisiera ocuparse de él.

Pedí detalles sin mayor entusiasmo. La criminología era una de mis ocupaciones favoritas y, en diversas oportunidades, había logrado demotrar que eran asuntos criminales algunos supuestos sucesos sobrenaturales. Pero el caso común de asesinato traidor, no me interesaba.

—El cuerpo de sir Marcus Coverly ha sido hallado dentro de un cajón. — Me explicó mi amigo. — Descendían el cajón a las bodegas del vapor "Oritoga", amarrado al muelle de las Indias Occidentales. Había sido llevado por un camión alquilado para ese efecto, pués el buque debía zarpar una hora después, Hay muchos detalles curiosos, pero esos los examinará usted mismo. No necesita venir a la redacción. Vaya directamente al muelle.

—¡Bien! — respondí, — ¡Partiré en seguida.

Esta repentina decisión de hacerme cargo del asunto la había provocado la mención del nombre de la víctima. Al colocar el auricular en la horquilla, me temblaban las

manos ligeramente y no me cabía la menor duda de que me había puesto pálido.

Creo que esto demanda una explicación.

En primer lugar, deseo decir que al retirarme yo a vivir en el chalet que entonces era mi rogar, había obedecido a mi afición a los estudios de la magia a que he hecho ya referencia, y a mi natural inclinación hacia una vida recluída, al derrumbe de ciertos proyectos matrimoniales. Había sabido lo de este derrumbe al leer en los diarios la noticia que anunciaba el compromiso matrimonial de la señorita Isabel Mérlin con el señor Eric Coverly. Había el deseo de ocultar a la sociedad mi desilusión, lo que me había hecho retirarme a aquel lugar casi oculto. Por que si soy tardío en adoptar una decisión en cosas tan serias, cuando la tomo es definitiva.

Sin embargo, aún cuando no había pronunciado yo una palabra que pudiera hacer sospechar a Isabel mi desengaño, aún cuando por el contrario, la había felicitado como todo el mundo, más de una vez yo me había maldecido por tonto. Demasiado tarde comprendí que ella había esperado una sola palabra mía, pero yo me fuí a Mesopotamia sin haberla pronunciado. Durante mi ausencia, Eric Coverly ganó el premio que yo no me había animado a tomar.

Era él el heredero del título, pues su primo sir Marcus, era soltero. Y de pronto, como llovida del cielo, me llegaba la noticia de la trágica muerte del primo.

Puede, pues, imaginarse el lector con cuanta nerviosidad y urgencia me dirigí a los muelles. Abandonando todo otro plan, hice que Coates vistiera su severo uniforme azul y sacara mi pequeño automóvil Rover del garage.

Pocos minutos después corríamos por el mal pavimentado Comercial Road East, por entre camiones que tiraban de media docena de acoplados cada uno, detenidos cada cinco minutos como es habitual en aquel congestionado tráfico.

En el camino de los muelles de las Indias Occidentales, la marcha fué más fácil. Cuando bajé frente a los portones del muelle ví que cuanto diario y agencia periodística informativa tiene el Reino Unido de la Gran Bretaña e Irlanda, se hallaba representado allí. Jones, de "The Gleaner", salía cuando yo entraba.

—¡Hola, Addison! — exclamó al verme.— ¡He aquí un caso que ni de medida para usted! ¡Es algo tan sin piés ni cabeza como "Alicia en el país de las hadas"!

No me detuve, sin embargo. Apresuré el paso en dirección del edificio de la administración del muelle, frente al cual se había reunido un numeroso grupo de personas, in-

Senor Administrador de EL DIARIO

Av. DE MAYO 662 - Buenos Aires.

Adjunto 0.10 centavos en estampillas para que me remita un ejemplar del próximo jueves en que aparecerá la página de modas en colores y una página con la graciosa historieta de Barnigugli y su pingo Tragavientos.

Nombre y apellido . . . . . .

Domicilio . . . . . .

Ciudad o pueblo . . . . . .

Se aceptan suscripciones a la edición de los jueves a razón de 10 ctvs. por cada ejemplar.

F. C. . . . . .

lividuos de la prensa, empleados del puerto y de la aduana, polizontes y otros de la raza de los incalificables. Media docena de periodistas colegas me saludaron. Observé que la puerta estaba cerrada, que delante de ella estaba de guardia un "policeman", corpulento, severo.

—¡Esto me parece una tontería, simplemente, Addison! — exclamó un reporter de "The Clarion", cuyo nombre no recuerdo.— Los funcionarios del puerto no quieren dejar entrar a nadie hasta que llegue el inspector Fulano de Tal de Scotland Yard. Creo que debe haberse detenido a almorzar en el camino.

El que así hablaba sacó el reloj y yo me dirigí a hablar con el policeman.

—¿Tiene usted orden de no dejar entrar a nadie, "constable"?

—Así es, señor, — respondióme cortesmente. — Estamos esperando al detective inspector Gátton, que ha sido encargado del caso este.

—¡Ah! ¡Gátton! — Me apartá del grupo, cargando y encendiendo mi pipa, convencido que, si algo nuevo podía saber del caso, lo sabría por medio de Gátton, pues él y yo somos buenos amigos y hemos intervenido juntos en más de un caso difícil.

Pocos minutos después llegó el inspector, que es un hombre fornido, todo afeitado y de tex bronceada. Sus cabellos negros se hallan salpicados de hilos de plata. Toda su persona tiene el tipo de un oficial de marina retirado. Es hombre muy reservado, pero sus ojos azules de expresión ingénua, le dan el aire de franqueza que parece más propio de los marinos que de los detectives. Saludó con la cabeza a varios conocidos de los del grupo, y, viéndome, se me acercó estrechándome la mano.

—Abra la puerta "constable", — ordenó.

El policeman sacó de su bolsillo una llave y con ella abrió la puerta del pequeño edificio de piedra. Inmediatamente todo el grupo se movió hacia adelante.

—Tengan a bien esperar, señores, — dijo Gátton, alzando la mano. — Deseo efectuar mi examen primero. El señor Addison, aquí presente, — añadió al notar el desaliento de algunos de mis colegas, — tiene información especial que darme en este caso, así que deseo pedirle que se ponga a mi disposición.

El policeman se hizo a un lado y yo entró después del inspector.

—Cierre la puerta de nuevo, "contable" — ordenó Gátton. — No permito la entrada de nadie.

Miré en rededor mío. El cuadro que ví fué tan extraño, tan horrible, que cada uno de sus detalles ha quedado indeleblemente grabado en la memoria.

El interior del edificio se hallaba iluminado por cuatro ventanas colocadas tan altas en la pared que nadie podía mirar desde fuera. El sol muy fuerte entraba por las dos ventanas que daban al sur, dibujando largas rayas negras en el piso, sombra de las barras de las rejas de las ventanas. De rodillas junto a una camilla colocada bien a la luz, motrando un curioso dibujo rectilínec de luz y sombra, se hallaba un hombre que según lo supe luego era el médico de policía, que, en el momento de nuestra entrada, anotaba algo en su libreta de apuntes.

En la camilla, tan completamente tapado que sólo se le veía el rostro, hallábase una persona que, al principio, no pude reconocer, debido a que las facciones, horriblemente contorsionadas, presentaban una apariencia verdosa, indescriptible.

Reprimiendo una exclamación de horror, contemplé aquel rostro.

—¡Dios mío! — murmuré luego. — ¡Sí! ¡Es sir Marcus!

El médico se había puesto de pie y el inspector había avanzado a saludar al doctor Mientras tanto, mi mirada había caído sobre un cajón de madera, casi completamente deshecho, que era el único objeto, además de la camilla, existente allí. Y miré aquello casi tan estupefacto, si no más, que al rostro del muerto.

Los flejes de hierro que lo rodeaban y le daban consistencia estaban rotos algunos, retorcidos otros. Uno de los costados del cajón se hallaba, hecho astillas, en el suelo; pero en una tabla que había formado parte del lado superior del cajón ví, toscamente trazada con pintura verde, la figura de un gato sentado.

¡Sin la más mínima duda, aquel cajón era el mismo que la noche antes había visto yo en el garage de la Casa Roja de College Road!

El misterio comienza. La intriga se inicia. No deje de leer los capítulos de esta sensacional y electrizante novela de incomparable originalidad y que puede ser considerada como la más intensamente subyugadora de su famoso autor, a cuya se debe: "El doctor Fu-Manchú", "La garra amarilla", "Ala de vampiro", "Drogas" y otras sensacionales novelas más, que se publicarán la semana próxima.

El área que administra el Concejo de Londres mide 116.000 millas cuadradas. Está dividida entre 39.200 propietarios, y el mayor de ellos es el propio Concejo.

Frank Knight, de Sussex, carece de manos y piernas; a pesar de ello se gana la vida con su trabajo y escribe bastante bien sosteniendo la pluma con los dientes.

El hijo del Ticiano

Por Alfred de Musset

(Traducción del francés)

I

ERA el mes de Febrero de 1850. Al apuntar el día, un joven cruzaba la Piazzeta, de Venecia. Llevaba el traje en desórden y el bonete, sobre el flotaba una hermosa pluma escarlata, calado hasta las orejas.

Caminaba a grandes pasos al borde de los Esclabones, arrastrando tras sí su capa y espada y saltando desdeñosamente sobre los pescadores que dormían en el suelo. Al llegar al puente de la Paja se detuvo y miró alrededor. La luna se escondía tras de la Giudecca, y la aurora doraba el palacio ducal. De tiempo en tiempo, una humareda espesa y un vivo resplandor escapaban de un palacio vecino. Gruesa vigas, pidras enornes grandes bloques de mármol y mil ruinas en fin cubrían de escombros el canal de las Prisiones. Un reciente incendio acababa de destruir, en medio de las aguas, la morada de un noble patricio. A cada instante se levantaba una nube de chispas, cuya siniestra claridad recortaba la figura de un soldado que, arma al brazo, velaba sobre las ruinas.

Sin embargo, nuestro joven amigo no parecía prestar atención al destructor espectáculo ni a la belleza de los cielos, que iban tiñéndose con los más risueños matices.

Como para distraer sus deslumbrados ojos, contempló un instante el horizonte; pero la claridad del día pareció producirle un efecto desagradable y, embozándose de nuevo en su capa, prosiguió apresuradamente su camino. Pronto se detuvo nuevamente y llamó a la puerta de un palacio. No tardó en salir a abrirle un criado, con una luz en la mano. En el momento de entrar, el joven se detuvo y echando a los cielos una última mirada, exclamó:

—¡Por Baco! ¡Mi carnaval me ha costado bien caro!

Aquel joven se llamaba Pomponio Filipo Vecellio. Era el hijo segundo del Ticiano, y por su gran talento y su viva imaginación había hecho concebir a su padre las más halagüeñas esperanzas; pero su pasión por el juego le tenía en continuo desorden. No hacía más que cuatro años que el gran pintor y su primogénito, Horacio, había muerto, casi al mismo tiempo y en aquellos cuatro años el joven Pippo había disipado la mayor parte de la inmensa fortuna que le proporcionó la doble herencia.

En vez de cultivar el talento que le había dado la naturaleza y mantener la gloria de su nombre, se pasaba los días durmiendo y las noches jugando en casa de cierta condesa Orsini, — que, al menos, se decía condesa, — que era la ruina de toda la juventud veneciana. En su casa se congregaba todas las noches una numerosa concurrencia de cortesanas y de nobles; allí cenaban y se entregaban al juego, y como no se pagaba la cena, inútil decir que los dados se encargaban de indemnizar a la dueña del local, mientras los cequíes pasaban a montones de mano en mano, mientras se derramaba el vino de Chipre y se cruzaban ardientemente las miradas, en tanto que las víctimas, en su doble aturdimiento, se dejaban allí la juventud y el dinero.

De tan depravado lugar acabamos de ver salir al héroe de este cuento, que aquella noche había sufrido pérdidas muy considerables. Además de haber vaciado sus bolsillos al pasadiez, el único cuadro que había sido capaz de terminar, cuando que cuantos le conocían reputaban excelente, acababa de perecer en el incendio del palacio Dolfino. Era un asunto de historia, tratado con fuerza y seguridad de pincelada casi dignas del mismo Ticiano. Viendo a un rico senador, corrió la misma suerte que gran número de obras

maestras, pues la imprudencia de un criado había reducido a cenizas tesoro tal. Pero aquello era lo que menos preocupaba a Pippo. Sólo pensaba en la suerte adversa, que le había perseguido aquella noche con insistado encarnizamiento, y en lo que le habían hecho perder los dados.

Al entrar en su casa, lo primero que hizo fué lavantar el tapete de su mesa y contar el dinero que le quedaba en el cajón; después se hizo desnudar, y como era de un carácter naturalmente alegre y despreocupado, se asomó a la ventana en traje de casa. Al ver que hacía un día hermoso, se preguntó si cerraría las maderas para acostarse o si haría lo que todo el mundo, que despertaba a aquella hora. Hacía mucho tiempo que no había tenido ocasión de contemplar la salida del sol, y le pareció que el cielo estaba más alegre que nunca. Mientras, luchando con el sueño, decidía si acostarse o no, tomó el chocolate allí mismo, en la ventana. Cuando se le cerraban los ojos, creía ver el tapete verde, las manos temblorosas y las caras pálidas y oir el ruido de los dados en el cubilete, y murmuraba, como en sueños: "¡Qué suerte tan fatal! ¡Es increíble perder con quince tantos"! Y veía a su adversario habitual, el viejo Vespasiano Memmo, que con diez y ocho tantos se apropiaba el oro amontonado sobre el tapete. Entonces volvía a abrir de pronto los ojos, para sustraerse a aquel maldito sueño, y se ponía a mirar a las lindas venecianas que pasaban por la calle. Le pareció distinguir a lo lejos una enmascarada. Aquello le extrañó, pues aunque era carnaval, no es costumbre que las pobres se disfracen, y era muy raro que a semejante hora una dama veneciana saliese sola y a pie.

Pero pronto reconoció que lo que había tomado por un antifaz era la cara de una negrita, a la que pudo observar de cerca, advirtiendo su gran esbeltez. Andaba la negrita muy de prisa, y una ráfaga de aire, ciñendo a sus caderas sus ropas de abigarradas flores, dibujó sus graciosos contorno. Pippo se abalanzó a la barandilla y vió, no sin sorpresa que la negrita llamaba a su puerta.

El portero tardaba en abrir.

—¿Por quién pregunta? — exclamó el joven. — ¿Traes algún recado para mí, morenita? Mi nombre es Vecellio, y si te hacen esperar, yo mismo bajaré a abrirte.

La negrita levantó la cabeza.

—¿Os llamáis Pomponio Vecellio?

—Sí, o Pippo, como tú quieras.

—¿Sois el hijo del Ticiano?

—Para servirte; ¿qué quieres de mí?

La negrita después de haber lanzada a Pipo una mirada rápida y curiosa, arrojó con destreza a la ventana una cajita envuelta en un papel, y huyó, rápidamente, volviéndose de vez en cuando. Pippo recogió la caja, y al abrirla encontró en ella una linda bolsa, atada con un cordón. Supuso, con razón, que dentro tendría una carta explicándole aquella aventura. Y, en efecto, allí, estaba la carta; pero era tan misteriosa como todo lo demás, pues no contenía más que estas palabras:

"No malgastes lo que encierro. Cuando salgas de tu casa pon en mí una moneda de oro; con esto tienes bastante para el día, y si al llegar la noche aun te queda algo, por poco que sea, siempre hallarás un pobre que te lo agradezca".

Después que el joven Pippo dió cien vueltas a la caja, examinó la bolsa por todas partes, miró de nuevo a la calle y vió, en fin, que no era posible hacer nada más, pensó: "Hay que confesar que el regalo es original; pero tiene la crueldad de legar inoportunamente. El consejo que se me da es bueno; pero es demasiado tarde advertir que se ahoga al que ya está en el fondo del Adriático. ¿Quién demonio puede mandarme esto?

Pippo había conocido fácilmente que la negrita era una criada. Empezó a repasar en la memoria quién podría ser la mujer o el amigo capaz de semejante envío, y, como no le cegaba la modestia, acabó persuadido de que, más que un amigo, debía ser una amiga. La bolsa era de terciopelo bordado en oro y le pareció demasiado fina para estar comprada en una tienda. Así, pues, pasó revista con la imaginación, primero a las más bellas damas de Venecia y en seguida a las que no lo eran tanto, y pronto se detuvo para preguntarse de qué modo podría averiguar la procedencia de la bolsa. Hizo sobre ellas las más dulces y atrevidas suposiciones, y más de una vez creyó haberlo adivinado todo. Mientras se esforzaba en reconocer la letra, le latía el corazón apresuradamente; tenía una princesa bolonesa que hacía las mayúsculas de aquella manera, y una hermosa dama de Brescia cuyos rasgos eran muy semejantes a aquellos.

Nada tan desagradable como que en semejantes sueños venga a interponerse de pronto un pensamiento enojoso: es algo así como si paseándonos por un campo en flor pisamos una serpiente. Tal fué lo que experimentó Pippo cuando, al pronto, se acordó de cierta Monna Bianchina, que desde hacía poco era su tormento. Había tenido con ella una aventura en un baile de máscaras, y aunque era muy linda, no sentía el menor amor hacia ella. Por el contrario, Monna Bianchina había concebido hacia él una súbita pasión, y se había obstinado en tomar por amor lo que en él no era más que galantería. Le hizo su adorado, le escribía a todas horas y le abrumaba con sus tiernos reproches; pero un día Pippo, al salir de la casa de ella, juró no volver, y mantenía su palabra religiosamente. Así, dió en pensar que Monna Bianchina podía haberle hecho aquella bolsa y habérsela mandado. Esta suposición destruía su alegría y echaba por tierra sus acariciadoras ilusiones. Cuanto más reflexionaba, más verosímil encontraba su sospecha, hasta que mal humorado, se decidió a acostarse y cerró la ventana.

Pero no podía dormir. Con toda probabilidad, le era imposible renunciar a una duda que halagaba su orgullo. Siguió divagando involuntariamente, y cuanto más quería olvidarse de la bolsa y no volver a pensar en ella, con más empeño se obstinaba en negar hasta la existencia de Monna Bianchina para poder buscar más a su gusto. Aunque había corrido las cortinas, y aunque se había vuelto hacia la pared para librarse de la luz, se tiró de pronto de la cama y llamó a los criados

Acababa de hacer una sencilla reflexión que, sin embargo, no se le había ocurrido hasta entonces. Monna Bianchina no era rica, y no tenía más que una criada, la cual no era precisamente una negrita, sino una roliza moza de Chioja. ¿Cómo podía haberse procurado en aquella ocasión la desconocida mensajera que Pippo no había visto nunca por Venecia? "¡Bendito sea tu color negro, — exclamó, — y el sol africano que lo tiñó"!

Y sin esperar un momento más, pidió su jubón e hizo avanzar su góndola.

II

Había resuelto ir a visitar a la señora Dorotea, esposa del abogado señor Pascualigo. Esta dama, de edad respetable y una de las más ricas y espirituales de la República, era madrina de Pippo, y como no había en Venecia una persona distinguida a la que ella no conociera, nuestro amigo esperaba que pudiera esclarecer el misterio que tanto le preocupaba. Pero pensó que todavía era muy temprano para presentarse en casa de su protectora, y haciendo tiempo, se dió un paseo por las Procuracias.

La casualidad quiso que allí encontrase precisamente a Mona Bianchina, que estaba comprando telas. Si saber por qué, entró en la tienda y tras unas palabras indiferentes le dijo: "Monna Bianchina: con la mayor humildad os doy las gracias por el regalo que me habéis enviado, con un sabio consejo, esta mañana".

Al expresarse con aquel tono de seguridad pensaba acaso salir, sobre el terreno, de la duda que le atormentaba. Pero Mona Bianchina era demasiado astuta para dar a entender su extrañeza antes de examinar si le convenía demostrarla. Aunque realmente ella no había mandado nada a Pippo, comprendió que aquello podía ser un motivo para que la correspondiese con otro regalo, y aunque en verdad respondió que no sabía de lo que hablaba, tuvo buen cuidado, al decirlo, de sonreir tan levemente y de enrojecer con tanta modestia, que Pippo quedó convencido a pesar de las apariencia, de que la bolsa procedía de ella. Y después, cuando le preguntó: ¿"Tenéis a vuestro servicio esa gentil negrita"? Desconcertada por aquella pregunta, y no sabiendo qué responder, Monna Bianchina dudó un momento, y, rompiendo en seguida con una estrepitosa carcajada, se separó bruscamente de Pippo. Solo y contrariado, Pippo renunció a la proyectada visita, y, volviéndose a su casa, tiró la bolsa en un rincón y no volvió a pensar más en ella. Pero pocos días después perdió, jugando sobre su palabra, una fuerte suma Cuando salía para ir a pagar su deuda, se le ocurrió utilizar la bolsa, que le era bastante cómoda y que por su tamaño resultaba de gran efecto a la cintura. Se la llevó, y aquella misma noche volvió a jugar y volvió a perder.

—¿Continuais? — le preguntó Vespasiano, el viejo notario de la cancillería, cuando se le acabó a Pippo el dinero.

—No, — respondió éste — no quiero jugar más sobre mi palabra.

—Yo os puedo presta cuanto queráis, — exclamó la condesa Orsini.

—Y yo también, — dijo el señor Vespasiano.

—Y yo también, — repitió con dulce y sonora voz una de las numerosas sobrinas de la condesa. — Pero abrid vuestra bolsa señor Vecellio, aun tenéis un cequí en ella.

Pippo sonrió, y, en efecto, en el fondo de la bolsa encontró olvidado un cequí.

—Sea, — dijo, — jugaremos otro pase, pero no arriesgaré nada más.

Cogió el cubilete, y ganó; volvió a jugar doblando, y, en fin, al cabo de una hora se había repuesto de las pérdidas de aquella noche y de la anterior.

—¿Contináis? — preguntó a su vez al señor Vespasiano, cuyo dinero había desaparecido de su sitio.

—¡No, porque necesitaría ser muy tonto para dejarme desplumar por quien advirtió que no arriesgaría más que un cequí. ¡Maldita bolsa! ¡Indudablemente, tiene algún sostilegio!

El notario se fué furioso del salón, y Pippo se disponía a seguirle, cuando la joven que le había hecho la advertencia le dijo riéndose:

—Puesto que me debéis la suerte, regaladme el cequí que os ha hecho ganar.

Dicho cequí podía reconocerse fácilmente por una marca que tenía. Pippo lo buscó, le encontró y ya tendía la mano para dárselo a la joven, cuando exclamó de pronto.:

—¡Por Dios, preciosa, éste no! Pero para demostraros que no soy tan avaro, os suplico aceptéis estos otros diez. En cuanto a éste, quiero obedecr un consejo que me ha dado la Providencia y a la Providencia se lo regalo.

Y así diciendo, lo arrojó por la ventana.

—¿Será posible, pensaba al volver a su casa, que la bolsa de Mona Bianchina me dé la suerte? Sería un extraño capricho del destino si una cosa que en sí me es desagradable tuviese una fausta influencia para mi.

Pronto le pareció, en efcto, que cuantas veces levaba la bolsa consigo, ganaba. Cuando metía en ella una moneda de oro, no podía librarse por cierto respeto supersticioso, y algunas veces consideraba, a su pesar, la verdad de las palabras que la bolsa contenía: "Un cequí es un cequí — se decía, — y hay mucha gente que no le tiene todos los días". Aquella reflexión le hizo más prudente y más comedido en sus gastos.

Desgraciadamente, Monna Bianchina no había olvidado su conversación con Pippo en las Procuracias. Para confirmarle en el error en que le había dejado, de vez en cuando la mandaba un ramillete o cualquier otra bagatela, acompañado de algunas lineas. Ya hemos dicho que Pippo estaba cansado de sus inoportunidades, a las que había resuelto no responder.

Sucedió que Mona Bianchina, llevada al extremo por aquella frialdad, se decidió a un golpe de audacia que disgustó a Pippo;

Monna Bianchina se presentó en casa de éste durante su ausencia, y después de gratificar al criado, logró esconderse en su aposento. Al volver él y encontrársela allí, se vió forzado a confesarle, sin rodeos, que no sentía el menor cariño por ella y que le rogaba le dajase tranquilo. Bianchina, que, como ya he dicho, era muy linda, se dejó llevar de una terrible cólera y colmó a Pippo de reproches no tan tiernos como otras veces.

Le dijo que puesto que lá había engañado fingiéndole un amor que no sentía, y ahora se veía comprometida por él, había de vengarse. Pippo, a su vez, se irritó también al oír sus amenazas, y para probarle que no tenía miedo a nada, la obligó a que se llevase en el acto un ramo de flores que le había enviado aquella misma mañana, y como hallase a mano la bolsa, le dijo: "Tomad; esta bolsa me ha dado la suerte, pero así veréis que no quiero nada de vos".

Apenas había obedecido a aquel movimiento de cólera, sintió miedo. Monna Bianchina se libró muy bien de sacarle de su engaño. Estaba furiosa, pero sabía disimular. Tomó la bolsa y se retiró decidida a hacer arrepentirse a Pippo del modo con que la había tratado.

Aquella noche, Pippo, como de ordinario, jugó y perdió; en días sucesivos no fué más afortunado. El señor Vespasiano tenía siempre los mejores dados, y le ganaba sumas muy considerables. El se rebelaba contra su suerte y su superstición, y se obstinaba en perder. En fin, un día, al salir de casa de la condesa Orsini, no pudo contenerse y exclamó bajando la escalera: "¡Dios me perdone! Creo que este viejo loco tenía razón y que mi bolsa estaba embrujada. Desde que se la devolví a Bianchina no he ganado una sola vez".

En aquel momento vió ante sus ojos el revuelo de una falda rameada, por la que asomaban dos piernas de mujer ágiles y finas; era la misteriosa negrita. Aceleró el paso, y, abordándola, le preguntó quién era y dónde servía.

—¡Quién lo sabe! — respondió la graciosa africana, con maliciosa sonrisa.

—Supongo que tú. ¿No eres la criada de Mona Bianchina?

—No; ¿quién es esa Monna Brianchina?

—¡Quién ha de ser! Ya que te encargó el otro día de llevarme la caja que con tanto tino me arrojaste a la ventana.

—¡Oh, excelencia, no lo creo!

—Lo sé. No intentes fingir. Me lo ha dicho ella misma.

—Si ella os la dicho... — replicó la negrita con un gesto de duda. Se encogió de hombros, se quedó un momento pensativa y luego, dándole con el abanico en la mejilla, echó a correr diciendo:

—Se ha burlado de vos!

Las calles de Venecia forman un laberinto tan complicado, se entrecruzan tantas veces con tan caprichosa variedad, que Pippo a quien se había escapado la negrita, no pudo volver a encontrarla. Quedó en la mayor perplejidad, pues comprendía que había cometido dos errores: el primero, al entregar la bolsa a Bianchina, y el segundo, al dejar escapar a la negrita.

Vagando al azar por la ciudad, se dirigió casi sin darse cuenta, al palacio de su madrina, la señora Dorotea. Iba arrepentido de no haber visitado mucho antes, como proyectaba, a tan ilustre dama, pues acostumbrado a consultarla sobre cuanto podía interesarle, rara vez había seguido su consejo sin obtener algún provecho.

La señora Dorotea estaba sola en el jardín. Pippo, después de besarle la mano, le dijo:

—Juzgad, mi buena madrina, la necedad que he cometido. Hace unos días recibí una bolsa...

Pero apenas pronunció estas palabras, la señora Dorotea se echó a reír.

—Y bien, —le dijo. — ¿Es que la bolsa no es bonita? ¿No os parece que las flores bordadas en oro hacen un precioso contraste con el terciopelo rojo?

—¡Cómo! — exclamó Pippo. — ¿Es posible que estéis enterada...?

En aquel momento algunos senadores entraban en el jardín. La venrable dama se levantó para recibirlos, y dejó sin respuesta las preguntas que Pippo, en su asombro, no cesaba de repetirle.

III

Cuando los senadores se hubieron retirado, la señora Dorotea, a pesar de los insistentes ruegos de su ahijado, no quiso explicarse más. La contrariaba que aquel primer impulso de risa le hubiese hcho confesarle el secreto de una aventura en que no quería mezclarse. Y como Pippo insistiese, le dijo:

—Hijo mío; todo lo que puedo decirte es que, en verdad, si te dijese el nombre de quien te ha bordado la bolsa, acaso te hiciese un gran servicio, pues se trata de una persona que seguramente es de las más nobles y hermosas de Venecia. Y con esto basta; a pesar de que desearía lo supieses, es preciso que me calle. No puedo traicionar un secreto que yo sola poseo, y que únicamente si me lo ordenasen te revelaría, aunque entonces me honrase en ello.

—¿Honraros, mi querida madrina? Pero podéis creer que confiándomelo a mí solo...

—Yo me entiendo, — replicó la respetable dama. Y como a pesar de su distinción no podía despojarse de cierta intención maliciosa, añadió: — Puesto que a veces haces versos, ¿por qué no compones un soneto con ese asunto?

Viendo que nada podía conseguir, Pippo dió fin a su insistencia; pero, como puede suponerse su curiosidad se había avivado hasta el extremo. Y no pudiendo resolverse a irse de aquel modo, se quedó a comer en casa del señor Pascualigo, en espera de que quizá concurriese a la tertulia la bella desconocida. Pero no concurrieron más que senadores, magistrados y los más solemnes togados de la República.

Al ponerse el sol, Pippo abandonó la reu-

nión y fué a sentarse en un bosquecillo. Reflexionó lo que debía de hacer, y decidió dos cosas: conseguir que Bianchina le devolviese su bolsa y seguir después el consejo que la señora Dorotea el dió riéndose, es decir, componer un soneto sobre su aventura. Decidió, además, una vez compuesto el soneto, dárselo a su madrina, quien seguramente no dejaría de enseñárselo a la bella desconocida. Y para no tardar demasiado, se puso inmediatamente a ejecutarlo.

Después de ceñirse escrupulosamente su jubón y haberse calado graciosamente el bonete, se miró al espejo para ver si se encontraba a su gusto, ya que su primer pensamiento fué seducir nuevamente a Bianchina con fingidas protestas de amor y persuadirla con dulzura. Pero inmediatamente renunció a este proyecto, considerando que con él no haría más que reanimar la pasión de aquella mujer y conseguir que le importunase nuevamente. Entonces tomó el partido opuesto, y corrió a su casa precipitadamente como si en realidad estuviese furioso, disponiéndose a representar una gran desesperación, hasta hacerla temblar de espanto.

Monna Bianchina era una de esas venecianas rubias y de ojos negros, en las que siempre se ha juzgado el rencor como muy peligroso. Desde que la maltrató de aquella manera, Pippo no había vuelto a recibir ningún recado de ella. Sin duda preparaba en silencio la venganza que le anunció. Era, por tanto, necesario, so pena de aumentar el mal, dar un golpe decisivo. Cuando el joven llegó a su casa Bianchina se disponía a salir. Pippo la detuvo en la escalera, y, obligándola a entrar en su cuarto, exclamó:

—¡Qué has hecho, desgraciada! ¡Has malogrado todas mis esperanzas y tu venganza se ha cumplido!

—¡Dios mío! ¿Qué os ha pasado? — preguntó Bianchina estupefacta.

—¡Y tú me lo preguntas! ¿Dónde está la bolsa que decías haberme regalado? ¿Te atreverás aún a sostener tal embuste?

—¿Y qué importa que haya mentido o no? No sé lo que ha sido de ella.

—¡Dámela, o vas a morir! — exclamó Pippo arrojándose sobre ella. Y sin respeto a un vestido nuevo que la pobre acababa de estrenar, separó violentamente el tul que le cubría el pecho y le puso la mano en el corazón.

Bianchina empezó a pedir socorro, creyéndose muerta; pero Pippo la amordazó con el pañuelo y, sin dejarla gritar, la obligó a entregarle la bolsa, que por fortuna conservaba.

—Has causado la desgracia de una familia poderosa, — le dijo en seguida, — has destrozado la existencia de una de las más ilustres casas de Venecia! ¡Tiembra por ti! Son temibles y te vigilan. Desde ahora, ni tú ni tu marido daréis un paso sin que os echen la vista encima. Los Caballeros de la Noche han inscripto tu nombre en sus libros. Piensa en las cuevas del palacio ducal. ¡A la primera palabra que digas del terrible secreto que tu malicia te ha hecho adivinar, toda tu familia desaparecerá!

Todo el mundo sabe que en Venecia no se podía pronunciar una amenaza más horrible. Después de haber dicho aquellas palabras, Pippo salió. Las secretas e inhumanas sentencias de la "corte maggiore" infundían un terror tan grande, que aun los que sólo temían que sobre ellos hubiera recaído la más leve sospecha, ya se contaban como muertos. Esto fué justamente lo que le sucedió al marido de Bianchina, el señor Orio, a quien ella contó, poco después, la amenaza de Pippo. Es verdad que ignoraba las causas, si bien Pippo también las ignoraba, puesto que todo aquello era una fábula; pero el señor Orio juzgaba, prudentemente, que no era necesario saber por qué motivo se habrían atraído la cólera del supremo tribunal, y que lo más importante era substraerse a ella. Y como el señor Orio no era de Venecia y el resto de su familia residía en tierra firme, al día siguiente se embarcó con su mujer, sin que nadie volviera a oír hablar de ellos. De esta manera Pippo se desembarazó de Bianchina y se cobró con creces su mala jugada. Por su parte ella creyó toda su vida que la bolsa que había querido apropiarse encerraba realmente un secreto de Estado, y como en tan caprichoso suceso todo había sido misterioso para ella, jamás pudo hacer conjeturas.

Aquello fué objeto de todas las conversaciones entre los parientes del señor Orio. A fuerza de suposiciones, acabaron por creer posible la fábula. Una gran dama se había prendado del Ticianello, es decir del hijo del Ticiano, el cual estaba enamorado de Monna Bianchina, aunque, bien entendido, perdía el tiempo en sus cuitas. Ahora bien: resultaba que aquella gran dama, que por sí misma había bordado una escarcela para el Ticianello, no era otra que la Dogaresa en persona. ¡Podía comprenderse su cólera al saber que el Ticianello había regalado aquella prueba de su amor a la Bianchina! Tal era la crónica familiar que, salida de la casa del señor Orio, se repetía en voz baja por todo Veencia.

Satisfecho del resultado de su primera empresa, nuestro héroe se dispuso a intentar la segunda.

Se trataba de componer el soneto a la bella desconocida. Como la extraña comedia que acababa de representar le había emocionado, a pesar suyo, empezó a escribir rápidamente algunos versos, no faltos de cierta inspiración. La esperanza, el amor, el misterio y todas las expresiones apasionadas, corrientes en los poetas, se amontonaban confusas en su imaginación. "Pero, — pensó, — si, como mi madrina dice, se trata de una de las más nobles damas de Venecia, debo adoptar un tono más en armonía y abordarla con mayor respeto".

Repasó de punta a cabo lo que había escrito, y encontrando algunas rimas sonoras, se esforzó en adaptar a ellas, no sin trabajo, algunos pensamientos dignos de su dama, es decir, los más bellos y elevados que se le ocurrieron. A la esperanza entusiasta substituyeron el amor y la duda, y en lugar de misterio y de amor, le hablaba de respeto

y gratitud. Como no podía alabar las cualidades físicas de la que no había visto nunca, se sirvió, con la mayor delicadeza posible, de algunos términos vagos que podían aplicarse a todas las mujeres.

En fin: después de dos horas de imaginación y de trabajo hizo catorce versos pasaderos, bastante armoniosos, pero poco originales.

Los copió en un hermoso pergamino y los orló con dibujos de pájaros y flores primorosamente iluminados. Pero, acabada su obra no hizo más que volver a leerlos y arrojarlos al canal que pasaba al pie de su ventana. "¿Qué estoy haciendo? —se preguntó. — A qué proseguir esta aventura, si nada me dice el corazón?"

Tomó su mandolina, y paseándose por su aposento comenzó a cantar, acompañándose con una música antigua, compuesta sobre un soneto de Petrarca. Al cabo de un cuarto de hora se detuvo. Le latía el corazón. Ya no pensaba en las conveniencias sociales ni en el efecto que sus versos pudieran producir. La bolsa arrancada de manos de Bianchina y que acababa de traer como una verdadera conquista, estaba sobre la mesa. Pippo la contempló y se dijo:

—La mujer que ha hecho esto para mí, indudablemnte me ama y sabe amarme. Un trabajo así es largo y difícil. Estos vivos colores y estos rasgos tan finos exigen mucho tiempo, en el que, al trabajar, tenía que pensar necesariamente en mí. En las pocas palabras que me enviaba dentro, había un consejo amistoso que de intención equívoca. Esto es un verdadero reto amoroso, lanzado por una mujer de corazón, y aunque no hubiese pensado en mí más que un día, debo tener valor y recoger el guante.

De nuevo puso manos a la obra y tomando otra vez la pluma, se sintió agitado por el temor y por la esperanza mucho más que cuando jugaba las apuestas más atrevidas. Sin detenerse, y casi sin reflexionar, escribió, a toda prisa, un soneto, cuya traducción, poco más o menos, es la siguiente:

Al leer al Petrarca, cuando niño, anhelante
el ansia de heredar su excelsitud sentía...
El amaba en poeta y cantaba en amante...
¡La lengua de los dioses él solo poseía!...
Esos breves latidos que duran un instante
de apresar en un verso el secreto tenía;
y, rico en su sonrisa, sobre un puro diamante,
una imagen, con áureos cinceles, esculpía.
¡Oh tú la de las dulces palabras amistosas
que escribías ayer y olvidarás mañana
acuérdate de quien, rendido, no te olvida!...
No tengo del Petrarca las musas milagrosas...
¡Sólo dar puedo, al paso por mi ruta liviana,
mi mano al que me busca, y al que me ama mi vida!

A la mañana siguiente Pippo se dirigió a casa de la señora Dorotea, y encuanto se vió a solas con ella le dijo, dejando el soneto sobre las rodillas de la ilustre dama:,

—Tomad para vuestra amiga.

La señora Dorotea, al pronto, se mostró sorprendida; leyó después los versos, y acabó jurando que jamás se encargaría de entregárselos a nadie. Pero Pippo no hizo otra cosa que reirse, y como estaba seguro de lo contrario, se despidió de ella, asegurando que aquel juramento no le inquietaba lo más mínimo.

IV

Sin embargo, se pasó toda la semana siguiente en la mayor incertidumbre, incertidumbre que tenía sus encantos. Como para dejarlo todo a su suerte no salía de casa, sin atreverse a remover, por así decirlo, aquel asunto. En el cual, ciertamente, se condujo con mayor discreción de la que a su edad se acostumbra, pues no contaba más que veinticinco años, y es muy frecuente que, por querer acelerar las cosas, la impaciencia juvenil nos haga extralimitarnos. Hay que ayudarse a sí mismos y hay que saber aprovechar la suerte con oportunidad, ya que, según la expresión de Napoleón, la fortuna es hembra. Pero por la misma razón gusta de aparentar que nos concede lo que le arrancamos por fuerza, y hay que dejarla tiempo para que abra la mano.

Hasta el noveno día por la noche la caprichosa diosa no llamó a la puerta del joven, y si llamó, en verdad, no fué para gran cosa, como vais a ver. Pippo bajó en persona a abrir. Era la negrita, que traía una rosa en la mano, y que acercándola a los labios de Pippo le dijo:

—Besad esta flor; ella os trae un beso de mi ama, que me manda preguntaros si hay algún peligro en que venga a veros.

—Eso sería una gran imprudencia, — respondió Pippo. — De día no podría librarse de que la vieran mis criados. ¿Por qué no viene por la noche?

—¡Oh, no! ¿Quién se atrevería en su puesto? No le es posible venir ni recibiros mas que de día.

—Entonces tendrá que acceder a que nos veamos en otra parte, donde yo te indicaré.

—No; ello lo que quiere es venir aquí. Vos veréis el modo de tomar las precauciones debidas.

Pippo reflxionó un momento.

—¿Tu ama es capaz de levantarse temprano? — preguntó a la negrita.

—Cuando sale el Sol.

—Pues bien, escucha. Yo acostumbro a levantarme muy tarde, y, por consiguiente, en mi casa nadie se mueve hasta bien entrada la mañana. Si tu ama puede venir con el alba, yo estaré esperándola para que entre sin que nadie la vea. Yo me encargo de que se vaya en seguida, y en todo caso puede quedarse aquí hasta el oscurecer.

—Así lo hará. ¿Os parece bien mañana?

—Mañana al amanecer, — dijo Pippo, deslizando un puñado de cequies por entre la gorguera de la mensajera; y sin preguntar nada más se volvió a su cuarto y se encerró, decidido a velar hasta la aurora. No obstante, hizo que le desnudarán para que creyeran que se había acostado, y en cuanto se quedó solo encendió una buena lumbre y se puso una camisola bordada en oro, una gorilla perfumada y un jubón de terciopelo blanco, con mangas de raso. Luego de haberlo dispuesto todo, se sentó junto a la ventana y empezó a fantasear sobre su aventura.

No juzgó tan desfavorablemente como aca-

so se creerá la rapidz con que la dama le había dado cita. No hay que olvidar que nuestro relato sucedía en el siglo XVI, y que en aquellos tiempos el amor era más rápido que ahora. Según los mas auténticos testimonios, parece cierto que en aquella época pasaba por sinceridad lo que hoy llamaríamos atrevimiento, y hay que pensar también que lo que en nuestros días llamamos virtud pasaría entonces por hipocresía. Pero fuese como fuese, una mujer enamorada de un guapo mozo se entregaba a él sin necesidad de frases ni juramentos, y sin que por eso se formase de ella mala opinión.

Nadie se avergonzaba de lo que le parecía natural. Era en aquellos tiempos en que un caballero de la corte de Francia lucía, a guisa de penacho en su caballo, una media de su amante, y cuando alguien manifestaba su extrañeza al verle así, respondía con la mayor naturalidad que aquella media era de una dama por quien moría de amor. Además, tal era el carácter de Pippo, que aunque hubiese nacido en el siglo presente no por eso hubiera cambiado mucho de opinión sobre este punto. A pesar de sus locuras y desórdenes, si alguna vez era capaz de engañar a los demás, jamás lo fué de engañarse a sí mismo; quiero decir con esto que amaba las cosas por lo que valían y no por lo que aparentaban, y que, aunque capaz de disimular a todas horas, no empleaba el disimulo mas que cuando le era necesario. Si pensó, pues, que aquel regalo que tan misteriosamente recibiera tenía, en realidad, mucho de caprichoso, al meno no creyó en él el capricho de una coqueta. A su tiempo dijimos por qué; esto es, por el cuidado y delicadeza con que la bolsa estaba bordada y por el tiempo que en hacerla tuvieron que emplear.

Mientras que su imaginación se recreaba en adelantar la prometida y esperada felicidad, se acordó de lo que en cierto ocasión le contaron de los matrimonios turcos. Cuando los turcos se casan, no ven la cara de su mujer hasta la noche de bodas, pues hasta entonces, delante del novio, como de todo el mundo, se ocultan el rostro con un velo. Ellos tienen que fiarse de lo que los padres de la novia les dicen, y así se casan por referencias. Acabada la ceremonia, la mujer se muestra al marido, que sólo entonces puede comprobar por sí mismo si su adquisición es buena o mala, aunque, como ya es tarde para arrepentirse, lo mejor de todo es encontrarla bien de todos modos. A pesar de todo, estas uniones no suelen ser ni más ni menos felices que las demás.

Pippo se encontraba en el mismo caso que un novio turco. No esperaba, es cierto, que la dama desconocida le resultase una doncella virginal; pero de esto se consolaba fácilmente, porque en cambio había otra diferncia a su favor: la de que el lazo que iba a contraer no era tan solemne. Podía entregarse a los encantos de la espera y de la sorpresa sin temor a sus inconvenientes, y esta consideración le parecía suficiente para compensarlo de lo que pudiera fallarle. Se imaginaba, pues, que aquella era realmente su noche de bodas, y no es extraño que, a su edad, semejante idea le colmase de júbilo.

En efecto: para una imaginación ardiente, la noche de novios debe ser una de las más felices, ya que no la precede ningún dolor. Es verdad que los filósofos aseguran que el dolor hace más intenso el placer; pero Pippo pensaba que un mal aderezo no hace más sabroso un plato bueno. Prefería los placeres fáciles, nunca groseros, y desgraciadamente es ley casi invariable que lo exquisito se pague caro. Mas la noche de bodas es una excepción a esta regla; se trata de una circunstancia única en la vida, que satisface a la vez las dos aspiraciones más queridas del hombre: la convivencia y el amor; el hombre recibe en ella el tesoro de la virginidad, coronada de flores, que todo lo ignora en su pureza, y que una madre se ha esforzado durante quince años en ennoblecer y ornar de virtudes; acaso para obtener una mirada de tan bella criatura sea preciso suplicar un año entero, pero para poseer a la esposa basta abrir los brazos. La madre se aleja y el mismo Dios lo permite. ¿Quién que al despertar de semejante sueño se encuentre soltero no querrá soñar lo mismo cada noche

Pippo no se arrepentía de no haber preguntado nada a la negrita acerca de su ama. En un caso así toda criada ha de alabar a su dueña, aunque sea más fea que un pecado mortal. Además, las dos palabras que dejó escapar la señora Dorotea le bastaban. Solamente hubiera querido saber si la dama desconocida era rubia o morena. Para hacerse idea de una mujer, cuando se sabe que es hermosa, nada tan importante como averiguar el color de sus caballos. Pippo dudó largo rato entre el rubio y el negro, hasta que, para tranquilizarse de una vez, se decidió por el pelo castaño.

Pero no pudo decidirse en cuanto al color de sus ojos. Si fuera morena, se los imaginaría negros, y azules, no de ese azul claro e indeciso, que tan pronto parece verdoso como grisáceo, sino de es puro azul celeste, que en los momentos de pasión se oscurece y se torna sombrío como el ala del cuervo.

No bien le pareció ver aquelos divinos ojos, de tierno y profundo mirar, cuando su imaginación se apresuró a colocarlos bajo una frente blanca como la nieve y sobre unas mejillas sonrosadas, como rayos de sol en la cima de los Alpes. Entre las fragancias de las mejillas puso después una nariz afilada y griega. Más abajo, el carmín de una boca ni muy grande ni muy pequeña, cuyo divino aliento, fragante y voluptuoso, se desliza entre dos blancas hileras de menudas perlas. La barbilla, perfecta y suavemente torneada; el gesto, franco y dulce, aunque un poco altivo, y sobre el cuello, terso y largo, de mate blancura, balanceándose dulcemente como una flor sobre su tallo la extraña simpatía de todo aquel conjunto tan bello y tan gracioso.

Sólo faltaba que tan perfecta imagen, hija de su fantasía, se hiciese material. Ella está al venir, pensaba Pippo, y al ser de día la tendré a mi lado. Y lo más sorprendente de su extraño sueño era que, sin saberlo,

pero sin dudar, acababa de hacer el más fiel retrato de su amante futura.

Cuando la fragata oficial que vigilaba en la entrada del puerto disparó un cañonazo para anunciar las seis de la mañana, observó que la luz de la lámpara enrojecía, amortiguándose, y que un ligero resplandor azulado iluminaba los cristales. Poco después se asomó a la ventana. Aquella mañana no le rendía el sueño, como otras veces, ni se le cerraban los ojos; aunque había pasado la noche sin dormir, se sentía más despejado que nunca. Ya apuntaba la aurora; pero Venecia seguía entregada al sueño. La perezosa ciudad del placer no era tan madrugadora a la misma hora en que entre nosotros las tiendas se abren, empiezan a circular los coches y las gentes se echan a la calle. La niebla matinal era dueña de la laguna desierta y envolvía en su celaje los silenciosos palacios. La ventolina rizaba las aguas levemente, y algunas velas lejanas empezaban a dibujarse en el horizonte, portadoras de la provisión del día para la reina de los mares. Solamente, dominando la ciudad dormida, el ángel que corona el campanil de San Marcos surgía reluciente de la aurora, cuyos primeros rayos se reflejaban áureos en sus doradas alas.

Pero ya, tocando al "Angelus", las innumerables iglesias de Venecia producían un alegre clamor; las famosas palomas de la legendaria República, atraídas por las sonoras campanadas, que parecen contar con maravilloso instinto, cruzaban a bandadas, en un vuelo, sobre el canal de los Eslabones, en busca del grano que a aquella hora es costumbre arrojarles sobre la hermosa plaza; la niebla se elevaba lentamente e iba asomando el Sol.

Los pescadores, despertando, sacudían sus ropas y comenzaban a preparar sus barcas. Uno de ellos, con voz clara y argentina, entonó un canto popular, que a poco fué contestado por otra voz profunda desde el fondo de una nave mercante.

Más lejos, una tercera voz repitió el estribillo del segundo cantor, hasta que muy pronto llegaron a formar un dulce coro, en que cada cual, entregado a su trabajo, repetía su canción, hermoso saludo matinal a la divina claridad del día.

La casa de Pippo está situada en el muelle de los Esclabones, no lejos del palacio Nani, y en el ángulo de un pequeño y oscuro canal. Por el fondo de este canal brilló en aquel momento la estela de una góndola.

Un solo gondolero venía en la popa; pero la frágil barquichuela hendía las aguas con la rapidez de una flecha y parecía resbalar sobre el profundo espejo donde el ancho remo se hundía silenciosamente. Al pasar bajo el puente que separa el canal de la gran laguna, la góndola se detuvo.

Una dama enmascarada, de noble y arrogante figura, salió de ella, y echó a andar por el muelle. Pippo, al verla, descendió y se dirigió a ella. "¿Sois vos?", le dijo en voz baja. Ella, por toda respuesta, le estrechó la mano que le ofrecía, y le siguió.

En la casa aun no se habían levantado los criados. Sin cruzar palabra atravesaron en puntillas la galería baja, donde dormía el portero. Cuando llegó al aposento de Pippo, la dama se sentó en el sofá y permaneció un momento pensativa.

Al fin se quitó el antifaz. Pippo se convenció entonces de que la señora Dorotea no le había engañado. En efecto; tenía ante él una de las más ricas herederas de la nobleza y una de las más hermosas venecianas: Beatriz Loredano, viuda del procurador Donato.

V

Imposible encontrar palabras con que expresar las miradas que Beatriz echó en torno suyo cuando se hubo quitado el antifaz. Aunque viuda desde hacía diez y ocho meses, no tenía más que veinticuatro años, y aunque el paso que acababa de dar pudiera parecer al lector muy atrevido, por primera vez en su vida se arriesgaba en una aventura semejante; pues es lo cierto que hasta entonces no había amado a nadie más que a su marido.

Por eso, al determinarse, sintió una turbación tan grande, que para no volverse atrás en el camino necesitó todas sus fuerzas, ante Pippo brillaban sus ojos encendidos por el amor, la audacia y la vergüenza. Pippo la contemplaba con tan profunda admiración, que no sabía qué decir.

Hay circunstancia en las que es imposible permanecer ante una mujer de perfecta hermosura sin sentirse cohibidos por la admiración y el respeto. Pippo conocía a Beatriz de haberla visto en los paseos y en algunas reuniones particulares.

Mil veces había elogiado su hermosura y había oído elogiarla. Era hija de Pedro Loredano, miembro del Consejo de los Diez, y biznieta del famoso Loredano que tan activa parte tomó en el proceso de Jacobo Fóscari. Harto conocido era en Venecia el orgullo de sus antepasados para que Beatriz no pasase a los ojos de todos por digna heredera de su nobleza. Muy joven aún casáronla con el procurador Marco Donato; pero la muerte de éste acababa de dejarla libre y en posesión de una inmensa fortuna. Los más nobles señores de la República aspiraban a su mano, sin que ella respondiese a cuantos esfuerzos hacían para agradarla más que con una desdeñosa indiferencia.

En una palabra, su carácter altivo y casi salvaje se había hecho popular. Así, pues, la sorpresa de Pippo era mucho mayor; pues si, por una parte, él jamás se hubiera atrevido a suponer que su misteriosa conquista fuese Beatriz Donato, por otra parte, al mirarla, la encontraba tan diferente a otras veces, que le parecía verla por primera vez. El amor, que torna encantador lo más vulgar, se mostraba en aquel momento en todo su poder, embelleciendo aún más la perfecta obra de la Naturaleza.

Después de unos momentos de silencio, Pippo se acercó a ella y le tomó una mano. Trató de pintarle su sorpresa y de expresarle su gratitud por aquella felicidad; pero Beatriz, que parecía no escucharle, nada respondió. Estaba inmóvil y como si no comprendiese nada, como si cuanto la rodeaba fuese un sueño. Sin hacer el menor

movimiento, dejaba hablar a Pippo, que estaba sentado junto a ella y le estrechaba la cintura.

—Ayer, — le dijo él, — me enviastéis un beso en una rosa; dejadme que ahora os lo devuelva en esa flor, mucho más hermosa y fragante que aquélla.

Y diciendo así, la besó en los labios. Beatriz no hizo nada para impedirlo; pero sus ojos, que vagaban al azar, se fijaron de pronto en él, y, apartándole dulcemente, le dijo con tristeza, moviendo graciosamente la cabeza:

—Sé que no me amáis, sé que nunca seré para vos más que un capricho; pero yo os adoro y quiero ponerme de rodillas ante vos.

Y, en efecto, se echó a sus pies. En vano Pippo quiso impedirlo, y en vano la suplicó se levantase. Deslizándose entre sus brazos cayó de rodillas.

No es cosa corriente ni agradable ver que una dama adopte una postura tan humilde. Aunque ello no sea más que una demostración de amor, parece pertenecer exclusivamente a los hombres; es una actitud penosa, que no es posible ver sin emoción, y que muchas veces ha conseguido de los jueces perdón para el culpable.

Pippo, con creciente sorpresa, contemplaba el admirable espectáculo que ante él se ofrecía. Si se sintió conmovido por el respeto al reconocer a Beatriz, ¿qué no sentiría al verla a sus pies? La viuda de Marco Donato, la hija de Pedro Loredano, estaba allí ante él, arrodillada, arrastrando su traje de terciopelo, con mil flores de plata, caído hacia atrás el manto y tendido el cabello. Sus blancos hombros desnudos y sus manos cruzadas en actitud de súplica emergían de rondo tan hermoso, mientras sus ojos dulces y humildes se alzaban hacia Pippo, que, profundamente emocionado y ebrio de orgullo, retrocedió unos pasos. Pippo no era noble, y la patricia altivez que Beatriz acababa de sacrificarle pasó por su alma como un rayo de luz.

Pero aquel rayo apenas duró un momento, desvaneciéndose rápidamente. Aquella escena debía producir algo más que un sentimiento de vanidad.

Cuando nos inclinamos sobre un arroyo transparente, al momento refleja nuestra imagen, como si a nuestra presencia, del fondo de las aguas, surgiese ante nosotros un sér gemelo y semejante. Así, en el espíritu humano el amor llama al amor con una mirada. Pippo se arrodilló también, e inclinados uno ante otro permanecieron algún tiempo, cambiando los primeros besos.

Aunque Beatriz era descendiente de los Loredanos, por sus venas corría también la dulce sangre de su madre, Blanca Cantarini. Jamás hubo en la tierra más bondadosa criatura que aquella dama, que era a la vez una de las más soberanas bellezas de Venecia. Siempre satisfecha y feliz, sin pensar durante la paz más que en vivir tranquila, y en el sacrificio por la patria durante la guerra, Blanca Contarini, parecía la hermana mayor de sus hijas. Murió joven, y muerta aun estaba más hermosa que en vida.

De ella aprendió Beatriz el amor y el conocimiento del arte, y sobre todo de la pintura. No quiere esto decir que la joven viuda tuviese una pedante cultura; había estado en Roma y en Florencia, y las obras maestras de Miguel Angel sólo le habían inspirado curiosidad. Si hubera nacido en Roma, habría sido entusiasta de Rafael; pero hija del Adriático, prefería el Ticiano.

Mientras en torno de ella nadie se ocupaba más que de las intrigas cortesanas o de los asuntos de la República, a ella sólo le interesaban los últimos cuadros del pintor y sólo le inquietaba la suerte de su arte favorito después de muerto el viejo Vecellio.

En el palacio Dolfín había podido contemplar el cuadro de que os hablé al principio de este cuento, único que hasta entonces pintó el Ticianello, y que había perecido en el incendio. Poco después conoció a Pippo en casa de la señora Dorotea, y concibió por él una pasión irresistible.

En tiempos de Julio II y de León X, la pintura no era, como hoy, una de tantas profesiones. Para el artista era una religión, un excelso placer para los ricos, una gloria para Italia y una pasión para las mujeres. Bien podía la hija de un noble veneciano amar sin avergonzarse al Ticianello, cuando un Papa salía del Vaticano para visitar a Buonarotti.

Pero Beatriz había concebido un proyecto que enaltecía y avaloraba su pasión: más que un amante, quería hacer de Pippo un gran pintor. Sabía su desordenada vida y estaba resuelta a apartarle de ella. Comprendía que, a pesar de sus desórdenes, el fuego sagrado del arte no se había extinguido en él, sino que estaba cubierto de ceniza, y esperaba, con su amor, reanimar la divina llama.

Más de un año pasó en dudas, acariciando en secreto su idea, encontrándose con Pippo de vez en cuando y mirando al pasar las ventanas de su casa. Sin querer, un capricho la había arrastrado a aquel extremo. No pudo resistir la tentación de bordarle una bolsa y enviársela. Se prometió, es cierto, no ir más allá, ni intentar nada más. Pero cuando la señora Dorotea le enseñó los versos que Pippo había escrito para ella, vertió unas lágrimas de alegría. No ignoraba el riesgo que corría al querer realizar su sueño; más era su ilusión, una ilusión de mujer, y dispuesta a todo, salió de su casa diciéndose: "La mujer quiere lo que quiere Dios."

Guiada y mantenida por aquel pensamiento, por su sinceridad y por su amor, se creyó al abrigo de todo temor. Arrodillada a las plantas de Pippo, acaba de ofrecer al amor su primer sacrificio.

Pero no bastaba; el dios impaciente le pidió en seguida algo más, y sin vacilar un momento se entregó el Ticianello como si fuera su esposa. Se quitó el velo y lo tendió sobre una estatua de Venus que había en la estancia; luego, tan pálida y hermosa como la diosa de mármol, se abandonó al Destino.

Como había quedado convenido, Beatriz pasó todo el día en casa de Pippo. Al ponerse el Sol, la góndola que la trajo volvió a buscarla. Con el mismo secreto que entró, la dama volvió a salir. Pippo había alejado

a los criados con distintos pretextos; sólo el portero estaba en la casa. Acostumbrado al modo de vivir de su amo, no le extrañó verle pasar por la galería con una dama enmascarada. Pero cuando vió que, al llegar a la puerta, ella levantaba la parte inferior del antifaz para que Pippo le diera un beso de despedida, se acercó sin hacer ruido y se puso a escuchar.

—¿Nunca te habías fijado en mí? — preguntaba alegremente Beatriz.

—Sí, — respondió Pippo; — pero no había podido verte bien. Eres más hermosa de lo que tú misma te crees; puedes estar segura.

—Y tú también; eres tan bello como la aurora, mil veces más de lo que yo creía. ¿Me querrás?

—Sí; mucho.

—Y yo, siempre

Se despidieron con estas palabras, y Pippo, en el umbral de la puerta, siguió con los ojos hasta perder de vista la góndola en que Beatriz Donato se alejaba.

VI

Quince días habían transcurrido y aún no había hablado Beatriz de su proyecto. A decir verdad, se había olvidado de sí misma. Los primeros días de una pasión amorosa son como las expediciones de los conquistadores españoles cuando iban a descubrir el Nuevo Mundo.

Al embarcarse prometían seguir fielmente las instrucciones que se les dieran, aportar nuevos planes y civilizar América; pero apenas llegaban, el espectáculo de un nuevo cielo, de una selva virgen y de una mina de plata o de oro les hacía perder la memoria. Por correr en pos de lo desconocido olvidaban sus obligaciones con Europa, pero descubrían tesoros inmensos: así hacen algunos amantes.

Había otro motivo que excusaba a Beatriz. Durante aquellos quince días, Pippo ni jugó ni fué una sola vez a casa de la condesa Orsini.

Aquello era un buen principio: al menos así lo pensaba Beatriz; yo no sé si tenía o no razón. Pippo se pasaba la mitad del día junto a su amante, y la otra mitad saboreando un vino añejo de Samos en una bodega de Lido y contemplando el mar. Sus amigos no habían vuelto a verle.

Rompió con todas sus costumbres, y nada le inquietaba: ni el tiempo que pasaba, ni la hora que era, ni sus propias acciones. En una palabra, se deleitaba en la embriaguez y en el profundo olvido de todo que dejan tras de sí los primeros besos de una mujer hermosa. Y en en un caso así, ¿puede decirse si el hombre está o no en lo cierto?

Empleando una frase que lo dice todo. Pippo y Beatriz estaban hechos el uno para el otro. Desde el primer día se dieron cuenta de ello; pero les faltaba conocerse, y para esto no era mucho un mes.

Un mes se pasó de este modo, sin hablar para nada de pintura. En cambio, se entregaban por entero al amor, a la música y a los paseos en góndola por las afueras de la ciudad. Las grandes damas gustan más de una cita en un mesón de los arrabales que de una cena en un reservado lujoso. Beatriz era de éstas, y hasta a los mismos banquetes del Dux prefería un pescado frito saboreado con Pippo bajo los emparrados de la Quintavelle.

Después de comer saltaban a la góndola, y bogaban en torno a la isla de los Armenios. Allí, entre la ciudad y el Lido, entre el cielo y el mar, donde aconsejo al lector que vaya a gustar el amor de Venecia, bajo una noche de luna.

Al cabo de un mes, un día que Beatriz fué en secreto a casa de Pippo le encontró más alegre que de costumbre. Acaba a de desayunarse y cantaba paseándose por la estancia. Entrraba el sol, y sobre la mesa relucía una escudilla de plata llena de cequíes.

La noche antes había jugado y había ganado mil quinientas piastras al señor Vespasiano. Con aquella suma había comprado un abanico japonés, unos guantes de olorosa piel y una cadena de oro hecha en Venecia y admirablemente trabajada, y dispuesto todo en un pequeño cofre de cedro con incrustaciones de nácar se lo ofreció a Beatriz. Al pronto, Beatriz recibió el regalo con viva alegría; pero en cuanto comprendió que procedía del dinero del juego se negó a aceptarlo. En vez de entregarse a la alegría de Pippo, se quedó pensativa. Quizá pensaba que ya sentía menos amor hacia ella, puesto que volvía a sus antiguas costumbres. Comprendió, de todos modos, que había llegado el momento de hablar y de intentar que renunciase a los desórdenes en que nuevamente estaba a punto de caer.

No era cosa fácil. En un mes había llegado a conocer muy bien el carácter de Pippo. Miraba la vida con una gran indiferencia en cuanto a las cosas cotidianas, saboreando las delicias del "dolce far niente"; pero por aquella misma indolencia era muy difícil gobernarle en cuanto a las cosas importantes, pues al querer dominarle en lugar de discutir y luchar, dejaba a las gentes, hablar, y seguía haciendo su voluntad. Para conseguir sus propósitos, Beatriz emprendió otro camino y le preguntó si quería hacerle un retrato.

Pippo consintió sin la menor dicifultad. Al día siguiente compró un lienzo y se hizo llevar a su aposento un hermoso caballete de roble, tallado, que perteneció a su padre. Muy temprano llegó Beatriz, cubierta con una amplia túnica oscura, que se quitó cuando Pippo estuvo presto a trabajar.

Entonces se apareció ante él en un traje muy semejante a aquel con que Paris Bordone vistió a su Venus coronada. Los cabellos, ceñidos a la frente y entremezclados con perlas, caían ondulantes sobre los hombros y los brazos desnudos. Un collar de perlas, sujeto en el pecho con un broche de oro, bajaba hasta su cintura, siguiendo y dibujando el maravilloso contorno de su desnudo seno. Su traje, de tafetán tornasolado, rosa y azul, se recogía en las rodillas con un joyel de rubíes, dejando al descubierto una pierna como en el mármol torneada. Ricos brazaletes y chinelas de terciopelo escarlata, con adornos de oro, completaban su to-

cado. La Venus de Bordone no es, como se sabe, sino el retrato de una dama veneciana, cuyo autor, discípulo del Ticiano, gozaba en Italia de una gran reputación. Pero Beatriz, que acaso conocía a la modelo del cuadro, sabía muy bien que ella era aún más hermosa. Quería excitar la emulación en Pippo y demostrarle así cómo era posible sobrepasar a la famosa Venus.

—¡Por los manes de Diana! — exclamó Pippo, después de examinarla algún tiempo. — ¡La Venus coronada no es a vuestro lado más que una pobre pescadora disfrazada de diosa; pero vos sois la madre del Amor y la amante del dios de las batallas en persona!

Como fácilmente puede comprenderse, lo primero que hizo al ver una modelo tan hermosa no fué precisamente ponerse a pintar. Por un instante Beatriz temió que su belleza no fuese el mejor medio para realizar sus proyectos de regeneración. Sin embargo, el retrato fué bosquejado, aunque con mano distraída. En cierto momento, Pippo, sin querer, dejó caer al suelo su pincel; Beatriz lo recogió, y, devolviéndoselo a su amante, le dijo:

—También un día se le cayó a vuestro padre el pincel de la mano; Carlos Quinto lo recogió y se lo dió; yo, aunque no soy emperatriz, quiero hacer con vos lo mismo que el César.

Pippo, que siempre tuvo a su padre un gran cariño y una admiración sin límites, hablaba de él con el mayor respeto. Aquel recuerdo le impresionó. Se levantó y, abriendo un armario, dijo, mostrándoselo:

—He aquí el pincel de que habláis, Beatriz; desde que el emperador de medio mundo lo tocó, mi padre lo conservó siempre como una reliquia.

—¿Queréis referirme aquella escena si la recordáis? — preguntó Beatriz.

—Fué en Bolonia, — respondió Pippo. — El Papa y el emperador celebraban en ella una entrevista. Se trataba del ducado de Florencia, o, por decir mejor, de la suerte de Italia. La ciudad, que había visto al Papa y a Carlos V conversando en una terraza, esperaba respetuosa el final de la entrevista. Al cabo de una hora todo quedó decidido, y a aquel solemne silencio sucedió un gran estrépito de armas y caballos. Nadie sabía lo que iba a suceder, y en vano se agitaban por saberlo. Se había ordenado el más profundo silencio. Las gentes, llenas de curiosidad y terror, veían pasar los soldados de los dos bandos. Se hablaba de desmembramientos de Italia y de nuevos principados. Mi padre se hallaba trabajando en un gran lienzo y subido a la escalera en que pintaba, cuando los alabarderos, pica en mano, abrieron la puerta y formaron alineados contra el muro. Detrás un paje anunció: "¡Paso al César!" Unos minutos después apareció el emperador, embutido en su armadura, con su barba roja, y sonriente. Mi padre, sorprendido y halagado por aquella visita inesperada, descendió de la escalera tan aprisa como pudo; ya estaba viejo y al apoyarse en el pasamano dejó caer el pincel. Los que allí estaban, a quienes la presencia del emperador había convertido en estatuas, permanecieron inmóviles. Mi padre se hallaba confuso por su lentitud y su torpeza; pero no se atrevía a apresurarse por miedo a causarse algún daño. Entonces, Carlos V, se adelantó hacia él e, inclinándose con dificultad, levantó el pincel. "Bien merece el Ticiano, — dijo con una voz clara e imperiosa, — que el César le sirva." Y con una majestuosidad verdaderamente incomparable, alargó el pincel a mi padre, que hincó una rodilla en tierra para recibirle.

Al terminar el relato, que Pippo le hizo con gran emoción, Beatriz quedó un instante en silencio. Con la cabeza baja parecía tan profundamente distraída, que Pippo le preguntó en qué pensaba.

—Pienso, — respondió, — en qué se diría si ahora muerto Carlos V y reinando su hijo en España, Felipe II, en vez de ceñir la espada de su padre, la dejase enmohecer en un armario.

Pippo, aunque comprendió la intención de Beatriz, le preguntó, sonriendo, qué quería decir.

—Quiero decir, — respondió ella, — que también tú eres hijo de un rey; pues si Bordone, Moretto y el Romanino eran pintores excelentes, y el Tintoreto era algo más, vuestro padre era su rey; y ahora, ¿quién heredará su cetro?

—Mi hermano Horacio, — respondió Pippo, — hubiera sido un gran pintor si no se hubiera muerto.

—Sin duda, — replicó Beatriz; — y he aquí lo que se diría de los hijos del Ticiano: uno hubiera sido un gran pintor si no se hubiese malogrado, y el otro también, si hubiera querido serlo.

—¿Tú así lo crees? — añadió Pippo riéndose. — ¡Pues bien, conformes, añadiendo: pero preferiría pasear en góndola con Beatriz Donato!

Ante tan inesperada respuesta, Beatriz se desconcertó. Mas no se desanimó por ello, aunque, adoptando un tono más serio, le dijo:

—Escúchame y no te burles. El único cuadro que has pintado ha causado gran admiración. No hay nadie que no lamente su pérdida, pero hay algo peor que el incendio del palacio Dolfin: la vida que llevas, que acabará contigo. No piensas más que en divertirte y en lo que si para otros sería únicamente una perdición para ti es, además, una vergüenza. Si el hijo de cualquier mercader enriquecido puede malgastar su vida y su dinero en el juego, no le sucede lo mismo al Ticiano. ¿De qué te sirve saber tanto como nuestros más viejos pintores y tener la juventud que a ellos le falta? Para triunfar no necesitas más que intentarlo, y no lo intentas. Tus amigos te engañan; pero yo cumplo mi deber diciéndote que estás ultrajando la memoria de tu padre. Y ¿quién sino yo sería capaz de decírtelo? Mientras seas rico encontrarás quien te ayude a arruinarte; mientras seas joven, las mujeres te querrán; pero ¿qué será de ti si ahora no hay quien te diga la verdad? Yo soy vuestra amada, mi querido señor. ¡Pluguiese a Dios que hubieseis nacido pobre! Si me amáis, es necesario que trabajéis. En un barrio apartado sé de una casita solitaria, de un solo

piso. Si queréis, la amueblaremos a nuestro gusto y tendremos dos llaves: una para vos y otra yo. Allí estaremos en libertad y sin miedo a nadie. Haced que os lleven un caballete, y si me prometéis ir a trabajar dos horas solamente al día, yo también iré a veros todos los días. ¿Tendréis paciencia para ello? Si aceptáis, de aquí a un año, aunque probablemente no me querréis más que ahora, habréis adquirido el hábito del trabajo y habréis dado a Italia un nombre glorioso más. Si no aceptáis, no por eso dejaré de amaros; pero será tanto como decirme que vos no me amáis.

Mientras hablaba, Beatriz se sentía temblar. Se había impuesto la obligación de expresarse sin reservas; pero temía que su amante se ofendiera, y aquel temor, unido al deseo de serle agradable, daba a sus ojos un brillo extraño. Más que una Venus parecía una musa. Pippo al pronto no le respondió. La encontraba tan hermosa, que la dejó algún tiempo en aquella inquietud. A decir verdad, había prestado menos atención a sus palabras que al acento con que las pronunciara; pero era tan penetrante y tan dulce aquel acento, que la había conmovido. Beatriz hablaba poniendo en sus palabras toda su alma, en el toscano más puro y con una dulzura veneciana. Cuando una bella boca de mujer modula un aria ligera y viva, apenas si reparamos en las palabras, y hasta algunas veces es más agradable no percibirlas con claridad y dejarnos llevar solamente por la música. Algo así fué lo que hizo Pippo. Sin fijarse en lo que se le exigía, se acercó a Beatriz y, dándole un beso en la frente, le dijo:

—Todo lo que quieras; así pareces un ángel.

Quedó convencido que a partir de aquel día Pippo trabajase con regularidad. Beatriz quiso comprometerle por escrito, y sacando su librito de notas escribió en él algunas líneas con una decisión de enamorada.

—Ya sabes, — le dijo, — que los Loredanos somos muy formales para las deudas. Te declaro mi deudor por dos horas de trabajo diarias durante un año. Firma, y págame con exactitud para demostrame que me quieres.

Pippo firmó de buena gana.

—Pero bien entendido, — dijo, — que he de comenzar por tu retrato.

Beatriz le besó a su vez, y le dijo al oído:

—Y yo también te haré un retrato, un retrato precioso y exactamente igual a ti; pero no inanimado, sino viviente.

VII

El amor de Pippo y Beatriz hubiera podido compararse al principio con un manantial brotando de la tierra; pero después más parecía un arroyo que se abre cauce entre la arena, infiltrándose poco a poco. Si Pippo hubiera sido noble, seguramente se habría casado con con Beatriz, pues a medida que iban conociéndose aumentaba su cariño. Mas aunque los Vecellio fuesen de una de las mejores familias de Cador, en Friaul, no era posible semjante unión. No sólo se hubieran opuesto los parientes próximos de Beatriz, sino que se hubieran indignado cuantos en Venecia llevaban un nombre patricio. Los que tolerarían de buen grado aquella intriga amorosa y no hallarían nada que decir por que una noble dama fuese la amante de un pintor, jamás hubiesen perdonado que se casase con él. Tales eran los prejuicios de aquella época, mejor, no obstante, que la nuestra.

Amueblada la casita, Pippo cumplía su palabra y acudía todos los días a ella. Decir que trabajaba sería demasiado; pero hacía algo parecido, o, por lo menos, él creía trabajar. Por su parte, Beatriz cumplía más de lo prometido, puesto que siempre llegaba la prmera. El retrato, abocetado, avanzaba lentamente, y erguido en el caballete, aunque la mayor parte del tiempo Pippo no lo tocaba, servía al menos de testigo, fuese para fomentar el amor, fuese para excusar la pereza. Todas las mañanas Beatriz enviaba con su negrita un ramillete a su amante, para acostumbrare a levantarse temprano.

—Un pintor, — le decía, — debe estar en pie al amanecer. Puesto que nada puede hacer sin ella, la luz del Sol es su vida y su verdadero elemento.

Pippo encontraba justa aquella advertencia; pero le parecía muy difícil realizarla. Muchas mañanas tomaba el ramillete de la negrita, le ponía en el vaso de agua de la mesita, daba media vuelta y volvía a quedarse dormido.

Cuando camino de su retiro amoroso pasaba ante las ventanas de la condesa Orsini, le parecía que el dinero le bailaba en el bolsillo. Un día, en el paseo, se encontró al señor Vespasiano, quien, le preguntó cómo no iba por allí.

—He jurado no volver a tomar un cubilete, — respondió Pippo, — ni a tocar una carta; pero ya que estáis aquí, nos jugaremos, si queréis, el dinero que llevemos a cara o cruz.

El señor Vespasiano, que aunque viejo y notario era el juego en persona, no tuvo inconveniente en aceptar su proposición. Arrojó una moneda al aire, perdió treinta cequíes y se fué muy poco satisfecho. "¡Qué lástima, — pensó Pippo, — no haber seguido jugando! Estoy seguro de que la bolsa de Beatriz continuaría dándome buena suerte y que en ocho días ganaría todo lo que he perdio en dos años."

Sn embargo, obedecía a su amante muy complacido. Su pequeño taller ofrecía el más alegre y tranquilo aspecto. Pippo se encontraba en él como en un mundo nuevo, que, no obstante, parecía recordar, pues el caballete y el lienzo le evocaban su infancia. Fácilmente volvemos a las cosas que en otros tiempos nos fueron familiares, y este mismo recuerdo, sin que sepamos por qué, nos las hace más queridas.

Muchas veces Pippo, con paleta en mano, cuyos colores brillaban a los reflejos de un sol matinal, al verlos dispuestos por orden y prontos a ser mezclados, le parecía oir a sus espaldas la ruda voz de su padre, gritándole, como antaño: "¡Vamos, holgazán, en qué piensas?" Ante aquel recuerdo, volvía la cabeza; pero en vez del Ticiano se encontraba con Beatriz, que, desnudo el busto y la fren-

te coronada de perlas, se preparaba a posar ante él, y le decía sonriendo: "Cuando queráis, dueño mío."

No se ha de creer que Pippo se mostrase indiferente a los consejos que le daba su amante, pródiga en ellos.

Cuanto más le hablaba de los maestros venecianos y del puesto glorioso que se habían conquistado entre la escuela italiana, tanto más, después de ensalzar el honor a que habían llegado con su arte, le mostraba su presente decadencia. Sobrado razón tenía para ello; pues por entonces Venecia, lo mismo que Florencia, no hacían más que perder, no sólo su gloria, sino el respeto a su gloria. Miguel Angel y el Ticiano habían triunfado por igual, cerca de un siglo. Después de enseñar las artes a su patria, lucharon contra el general desorden tanto como les fué humanamente posible; pero aquellas dos antiguas y gigantescas columnas se habían arrumbado, y apenas bajo tierra eran olvidados para elevar hasta las nubes a oscuros innovadores. Brescia y Cremona fundaban una nueva escuela y eran proclamados superiores a sus predecesores. En Venecia mismo, el hijo de un discípulo del Ticiano usurpaba su sobrenombre a Pippo, y haciéndose llamar el Ticianello, como tal llenaba la iglesia patriarcal con lienzos de un pésimo gusto.

Aunque Pippo no era hombre demasiado atento a la gloria de su patria, necesariamente había de irritarse ante tal escándalo. Cuando alababan ante él una mala pintura, o cuando en cualquier iglesia veía un deplorable lienzo entre las obras maestras de su padre, experimentaba el mismo disgusto que un ilustre patricio al ver el nombre de un bastardo inscrito en el Libro de oro. Beatriz lo comprendía, y como todas las mujeres, más o menos, sentía el instinto de Dalila: saber utilizar a su tiempo el secreto de los cabellos de Sansón. Y respetando siempre los nombres consagrados, Beatriz, de vez en cuando, procuraba elogiar a cualquier mediocre. No la era fácil contradecir sus propias opiniones; pero, no obstante, con gran habilidad, conseguía dar verisimilitud a sus falsos elogios. De aquel modo solía excitar la indignación de Pippo, que en momentos tales se entregaba al trabajo con gran calor. Entonces adquiría el entusiasmo de los viejos maestros y, lleno de impaciencia, se sentía inspirado. Pero pronto le desanimaba su misma frivoridad y, arrojando los pinceles, exclamaba: "No hablemos más de estas tonterías; vámonos a beber un vaso de Chipre".

Una inconstancia semejante habría desanimado a otra que no fuese Beatriz; pero recordando tantos odios tenaces, no debemos extrañarnos de que el amor pueda engendrar también la perseverancia. Beatriz estaba persuadida de esta verdad: "la costumbre todo lo puede", y de ella nacía su convicción. Había visto a su padre, hombre de escasa salud y de inmensa fortuna, entregado durante su vejez a los mayores trabajos y a los más áridos cálculos para aumentar sus riquezas en algunos cequíes. Y si ella alguna vez le suplicaba que dejase ya de trabajar, siempre le daba la misma respuesta: que era una costumbre adquirida de niño, que se lo había hecho necesaria para vivir y que no podría dejar mientras viviera. Aleccionada por aquel ejemplo, Beatriz no quería prejuzgar nada mientras Pippo no se sujetase al trabajo con regularidad, convencida de que el ansia de gloria llega con el tiempo a constituir una verdadera codicia, tan poderosa como la del avaro.

No se engañaba pensando así; pero la dificultad consistía en que para que Pippo adquiriese una buena costumbre era necesario hacerle abandonar otra costumbre mala. Ahora bien; hay mala hierba que aun con grandes esfuerzos se consigue arrancar, pero el juego no es de éstas; acaso es la única pasión que se resiste al amor, pues se sabe de grandes ambiciosos y de grandes libertinos que han cedido a la voluntad de una mujer, pero no sucede lo mismo con los jugadores; y la razón es fácil de comprender. Así como el oro acuñado representa casi todas las satisfacciones, el juego representa casi todas las emociones; cada carta, cada tirada de dados, significa la pérdida o la posesión de un puñado de oro, que, a su vez, en cada pieza significa una alegría indeterminada. Todo el que gana siente satisfechos sus deseos, no sólo porque puede entregarse a ellos, sino porque no teme descubrir otros nuevos, contando con la seguridad de poder satisfacerlos; de aquí la desesperación del que pierde, al encontrarse de pronto imposibilitado para todo, después de haber manejado sumas enormes. Pruebas tales, repetidas una y otra vez, producen un agotamiento y una sobreexcitación alternativas, que arrastran al jugador en una especie de vértigo, en el que las sensaciones ordinarias se amortiguan y se suceden de un modo demasiado lento y monótono para que, frente a las intensas emociones del juego, pueden ofrecer el menor interés.

Afortunadamente para Pippo, a la muerte de su padre había quedado lo bastante rico para que tales pérdidas y ganancias llegasen a ejercer sobre él tan funesta influencia. La ociosidad, más que el vicio mismo, le había hecho jugador; pero aun era muy joven para que el mal no tuviese remedio, como lo probaba la misma circunstancia en sus gustos, y no era, por lo tanto, imposible que se corrigiese, con tal que alguien velase cuidadosamente por él. A la perspicacia de Beatriz no se había escapado la necesidad de tal cuidado, y sin preocuparse de su propia reputación se pasaba casi todo el día cerca de su amante. Por otra parte, para que la costumbre no engendrase la hartura, empleaba todos los recursos de su coquetería femenina: su tocado, sus galas y hasta su lenguaje mismo cambiaban sin cesar, y ante el temor de que Pippo llegase a cansarse de ella, todo los días vestía un traje diferente. Pippo se daba perfecta cuenta de aquellas estratagemas: pero no era tan necio que se enfadase por ello, sino todo lo contrario, pues a su vez hacía otro tanto, cambiando de humor y de conducta como de gorguera. Pero para

esto Pippo no necesitaba meditarlo, su natural condición se lo daba hecho, y algunas veces decía riéndose: "Un gubio es un pequeño pez, y un capricho, una pequeña pasión."

Viviendo así, y amantes los dos de placer, nuestros enamorados se entendían a maravilla. Sólo una cosa inquietaba a Beatriz. Cuantas veces le hablaba de sus proyectos para el porvenir, Pippo se contentaba con responderle:

—Empecemos por acabar tu retrato.

—No te pido otra cosa, — decía ella, — y bien de tiempo hace que está así convenido. Pero ¿qué piensas hacer después? Mi retrato no puede ser expuesto en público, y en cuanto lo acabases preciso darte a conocer. ¿Tienes alguna idea? ¿Será un asunto religioso o histórico?

Siempre que ella le dirigía estas preguntas, Pippo buscaba el modo de hacerse el distraído para no darse por enterado, como, por ejemplo, recoger el pañuelo del suelo, arreglarse un botón del traje o cualquier bagatela semejante. Beatriz comenzó por creer que aquel silencio ocultaba un secreto de artista y que Pippo no quería darle cuenta de sus planes; pero nadie menos reesrvado ni más confiado que él, al menos para con su amante, ya que no existe amor sin confidencias.

— Será posible que me engañe, — se preguntaba Beatriz, — que su complacencia no sea más que un juego y que no tenga su menor intención de cumplir su palabra?

Cuando le surgían estas dudas, recobraba su aire grave y altanero.

—Cuento con vuestra promesa, — le decía: — estáis emplazado por un año, y ya veremos si sois hombre de honor.

Pero antes de que ella hubiese terminado de hablar, Pippo la estrechaba en sus brazos besándola dulcemente, repetía:

—Empecemos por acabar tu retrato.

Después, ya sabía el modo de hacerle hablar de otra cosa a Beatriz.

Puede comprenderse la prisa que ella tenía por ver terminado su retrato. Al cabo de seis semanas, por fin lo estuvo. El día que posó por última vez estaba Beatriz tan alegre, que no podía permanecer quieta un momento, yendo y viniendo del caballete al sillón y del sillón al caballete, llena a la vez de admiración y de placer. Pippo trabajaba con lentitud, y de cuando en cuando movía la cabeza con disgusto, hasta que, de pronto, frunció las cejas y restregó bruscamente el lienzo con el paño que usaba para los pinceles. Beatriz corrió inmediatamente a él, y vió que había borrado la boca y los ojos. Tal fué su consternación, que no pudo por menor que echarse a llorar; pero Pippo, guardando tranquilamente los colores en la caja, le dijo:

—La sonrisa y la mirada son muy difíciles, y para atreverse a pintarlas hay que sentirse verdaderamente inspirado. Yo no me creo aún capaz de ello, y no sé tampoco si alguna vez lo seré.

El retrato se quedó así, desfigurado, y cuantas veces Beatriz veía aquella cabeza sin ojos sentía aumentar su inquietud

VIII

Como el lector habrá podido observar, Pippo gustaba de los vinos griegos. Y aunque los vinos de Oriente no sean habladores, Pippo, después de una buena comida, se sentía locuaz a los postres. Beatriz nunca dejaba de hacer recaer la conversación sobre la pintura; pero llegando a este punto sucedía una de estas dos cosas: o Pippo permanecía en silencio, sonriendo de un modo muy poco agradable a Beatriz, o hablaba del arte con una gran indiferencia y un profundo desdén. Pero la mayor parte de las veces, Pippo, al hablar de aquello, exponía una idea muy original que tenía para un cuadro.

—Sería un hermoso asunto para pintarlo, — decía. — Una puesta del Sol en el Campo Vaccino, de Roma. Amplio el horizonte, y el paisaje desierto. En primer término, dos niños jugando entre las ruinas, y en segundo, un joven que pasa envuelto en un gran manto; su pálido rostro, con un gesto de cansancia y dolor, en el que, al verle, se comprenda que camina hacia la muerte; en una mano la paleta, y los pinceles en la otra, se apoya en una mujer joven y hermosa, que se vuelve hacia él sonriente. Para explicar esta escena sería necesario poner debajo una fecha: el Viernes Santo de 1520.

Beatriz comprendía fácilmente la significación de aquella enigmática alegoría. El Viernes Santo de 1520 murió Rafael, en Roma, y aunque se procuró desmentir el rumor general, fué cierto que tan grande hombre expiró en brazos de su amante. Por tanto, el cuadro que Pippo proyectaba hubiera representado a Rafael momentos antes de su muerte, y semejante escena sería realmente hermosa, tratada con sencillez por un verdadero artista. Pero Beatriz sabía muy bien a qué atenerse sobre aquel supuesto proyecto, y leía en los ojos de su amante lo que querían darle a entender.

Mientras que toda Italia lamentaba unánimemente aquella muerte, Pippo, por el contrario, solía alabarla, diciendo que, a pesar del enorme genio de Rafael, su muerte había sido más bella que su vida. Aquella idea indignaba a Beatriz, sin que por ello pudiese dejar de sonreir satisfecha a la vez; era tanto como decir que el amor vale más que la gloria, y si creencia tal puede ser reprobada por una mujer, al menos nunca puede ofenderla. Beatriz acaso hubiera estado conforme con él si Pippo hubiera elgido otra comparación.

—Pero ¿por qué, — decía ella, — considerar incompatibles dos cosas que armonizan tan bien? La gloria es hermana del amor, — añadía, — ¿y por qué quieres separarlos?

—Porque nunca se hacen bien dos cosas a la vez. Tú no aconsejarías a un comerciante que se dedicase a hacer versos al mismo tiempo que echase sus cuentas, ni a un poeta que despachase telas a la vez que hiciera sus versos. ¿Por qué, entonces, quie-

res obligarme a ser un gran pintor cuando estoy enamorado?

Como Beatriz no se atrevía a confesar que el amor no era una ocupación, nada podía responder.

—¿Es qué quieres morir como Rafael? — le preguntaba. — Pues si lo quieres, ¿por qué no empiezas haciendo lo que él?

—Todo lo contrario respondía Pippo: — para no morir como Rafael no quiero hacer lo que él hacía. O Rafael hizo mal en enamorarse siendo pintor, o hizo mal en entregarse a la pintura estando enamorado. Es verdad que gracias a esto murió gloriosamente a los treinta y siete años, pero para morir ninguna manera es buena; y si no nos hubiera dejado sus cincuenta obras maestras, lo que hubiera sido una desgracia para el Papa, obligado entonces a que otro decorase sus naves, la Fornarina, en cambio, hubiera recibido cincuenta besos más y Rafael se habría evitado el olor al óleo, que es tan perjudicial para la salud.

—Entonces, ¿harás de mí tu Fornarina? — exclamaba Beatriz. — Si nada te preocupa ni tu vida ni tu gloria, ¿únicamente me reservas la misión de amortajarte?

—No, en verdad, — respondía Pippo llevando la copa a sus labios: — si pudiera transformarte, haría de ti una bacante.

A pesar del tono ligero que afectaba Pippo al expresarse así, no era su burla tanta como pudiera creerse. Bajo aquellas ironías ocultaba un juicio muy razonable, que constituía su verdadero modo de pensar.

Mucho se habla en la historia de las artes de la facilidad con que los grandes artistas ejecutaban sus obras, y se citan casos de algunos que sabían hermanar el trabajo con el desorden y hasta con la ociosidad. Pero no existe un error más grande. Es posible que un pintor experto, seguro de su arte y de su fama, acierte a trazar algo muy bello entre distracciones y placeres. Se dice que Leonardo de Vinci pintaba algunas veces con el pincel en una mano y la lira en la otra; pero su célebre retrato de la Gioconda estuvo cuatro años en el caballete. Aunque hay verdaderas improvisaciones geniales, de fama universal, lo cierto es que lo verdaderamente hermoso es obra del tiempo y de la meditación, y que no hay verdadero genio sin la constancia.

Pippo estaba convencido de ello, y el ejemplo de su padre le había confirmado en su opinión. En efecto: acaso no existió nunca un pintor tan fecundo como el Ticiano, a no ser su discípulo Rubens; pero si la mano del Ticiano era viva, su pensamiento era reposado. Durante los noventa y nueve años de su vida, casi constantemente estuvo entregado a su arte. En sus comienzos pintaba con una tímida minuciosidad y una aridez que recordaba las tablas góticas de Alberto Durero. Sólo a costa de grandes trabajos se atrevió a obedecer a su genio y a dejar libremente correr a su pincel, aunque más tarde se arrepintió de ello alguna vez, y Miguel Angel llegó a decir, viendo un lienzo del Ticiano, que era sensible que en Venecia se olvidase a los príncipes del dibujo.

Ahora bien; por los días en que sucedía este relato, una deplorable facilidad, primer signo de todas las decadencias, reinaba en la pintura veneciana. Pippo, con el nombre que ostentaba, los estudios que había hecho y un poco de audacia, hubiera podido triunfar muy pronto y muy fácilmente; mas he aquí precisamente lo que no quería. Le hubiera parecido vergonzoso aprovecharse de la general ignorancia, y se decía, con razón, que así como el hijo de un arquitecto no debe derribar la obra de su padre, el hijo del Ticiano, al hacerse pintor, tenía el deber de oponerse a la decadencia de la pintura.

Pero para realizar tamaña empresa era indudablemente preciso consagrar a ellos su vida entera. ¿Sería capaz de ello? No estaba seguro. Un hombre solo es bien poco para luchar contra todo un siglo, y la multitud le arrastra como un torbellino a un nadador. ¿Y si así le sucedía? Pippo no se cegaba en cuanto a sus propias fuerzas; preveía que más tarde o más temprano le faltaría el valor, viéndose arrastrado por sus antiguos placeres, y corría el riesgo de sacrificarse inútilmente, fues mayor o menor su sacrificio; pero, en cambio, ¿cuál sería el fruto que recogiese? Era joven, rico y bien parecido, y tenía una amante muy hermosa. Para vivir feliz y sin nada que reprocharse, no tenía más que dejar pasar los días, y ¿había de renunciar a tantos bienes seguros por una dudosa gloria, que probablemente le sería esquiva.

Sólo después de haber reflexionado detenidamente en todo esto Pippo se había decidido a aparentar una indiferencia que poco a poco llegó a ser natural en él. "Si aun me consagro otros veinte años a estudiar, — decía, — para ser luego un imitador de mi padre, mi obra caerá en el vacío, y si no tengo fuerzas para tanto, no haré más que deshonrar mi nombre." Y con su alegría habitual concluía exclamando: "¡Al diablo la pintura! ¡La vida es corta!"

Entretanto, el retrato de Beatriz no se acababa nunca. Un día, la casualidad hizo que Pippo entrase en un convento, donde se encontró con el hijo de Marco Vecello, el mismo que, como ya he dicho, también se hacía llamar el Ticianello, el cual no tenía ningún motivo razonable para tomar aquel nombre, a no ser su lejano parentesco con el Ticiano y el llamarse Tito, que él había transformado en Ticiano, y de Ticiano en Ticianello, para que los papanatas de Venecia le creyesen heredero del genio del gran pintor y se extasiasen ante sus frescos. Jamás habíase preocupado Pippo de aquella superchería ridícula; pero en aquel momento, ya porque le fuese desagradable encontrarse frente a frente con tal personaje, ya porque pensase en su propio mérito con más seriedad que de costumbre, se acercó al andamio, sostenido con pequeños caballetes mal apuntalados, en que el Ticianello trabajaba y, dando un golpe en uno de ellos, le hizo venirse a tierra. Afortunadamente, el andamio tardó un poco en caer; pero vaciló de tal manera, que el que se hacía llamar el Ticianello se tambaleó primero, como si estuviese ebrio, hasta perder el equilibrio y

caer entre los botes de pintura, pintarrajeado de la manera más cómica.

Júzguese su cólera cuando, levantándose de entre el tingladillo arrumbado, se adelantó hacia Pippo, colmándole de injurias. En el mismo momento en que iban a desenvainar sus aceros, sin respeto al sagrado lugar, un sacerdote se interpuso entre ellos y los separó. Las devotas huyeron espantadas haciendo la señal de la cruz, mientras que algunos curiosos se precipitaron hacia ellos. Tito clamaba a voz en grito que un hombre había querido asesinarle, y pedía justicia para aquel delito, que los caballetes por tierra atestiguaban. Los presentes comenzaron a murmurar, y uno de ellos, más arriesgado que los otros, quiso tomar a Pippo por las solapas. Pippo, que todo lo había hecho atolondradamente y que contemplaba aquella escena riéndose, montó, a su vez, en cólera al verse a punto de que le lleva un prisionero y al oirse llamar asesino. Y después de rechazar rudamente al que quería detenerle, se abalanzó sobre Tito.

—¡A ti es, — exclamó, asiéndole fuertemente, — a ti es a quien debieran prenderte y conducirte a la plaza de San Marcos para colgarte en ella por ladrón! ¿Sabes con quién estás hablando, usurpador de nombres? Me llamo Pomponio Vecellio y soy hijo del Ticiano. Yo no he hecho más que dar un puntapié a tu carcomido retablillo; pero si mi padre se hubiera visto en mi lugar, puedes estar seguro de que, para enseñarte a que no te hagas llamar el Ticianello, te hubiera sacudido las costilas de tal modo que hubieras caído al suelo como una fruta picada. Y puede que no hubiera parado ahí. Para tratarte como mereces, colegial insolente, te hubiera agarrado de una oreja y te hubiera llevado al taller de que te escapaste sin saber dibujar ni una cabeza. ¿Con qué derecho te atreves a manchar los muros de este convento y a firmar con mi nombre tus miserables frescos? ¡Vete a estudiar Anatomía, y cuando te hayas pasado diez años copiando escorzos, como yo me los he pasado con mi padre, veremos lo que haces y si te has ganado una firma! ¡Pero hasta entonces ten cuidado de no usar la que me pertence, si no quieres que te arrojo al canal para bautizarte de una vez para siempre!

Dicho lo cual, Pippo salió de la iglesia. La gente, al oir su nombre, se había calmado. Se apartó abriéndole paso y le siguió con curiosidad. Pippo se dirigió a su rincón amoroso, donde halló a Beatriz esperándole. Sin perder tiempo en contarle su aventura, tomó la paleta y, excitado aún por la cólera, se puso a trabajar en el retrato.

En menos de una hora quedó acabado. Al mismo tiempo hizo en él algunas reformas, suprimió algunos detalles demasiado minuciosos, dispuso las telas con más amplitud y retocó el fondo y los accesorios, que en la pintura veneciana tienen tan gran importancia. Con pocas pinceladas acertó a dar perfecta expresión a los ojos y a la boca. La mirada era dulce y altiva, y los labios, ligeramente entreabiertos, mostraban unos dientes como las perlas blancas y parecían hablar.

—Tú no te llamarás la Venus coronada, — dijo al acabar, — sino la Venus enamorada.

Puede comprenderse la alegría de Beatriz, que mientras Pippo trabajaba apenas se había atrevido a respirar. Le abrazó y le besó cien veces; le expresó de mil maneras su gratitud, y le dijo que en lo sucesivo no volvería a llamarle Ticianello, sino Ticiano. Durante todo el día no le habló más que de las innumerables bellezas que a cada instante descubría en su retrato, y no solamente se lamentó de que no fuera posible exponerle, sino que estuvo a punto de suplicárselo. Pasaron la noche en la Quintavelle, y jamás hubo dos amantes tan felices y tan contentos. El mismo Pippo demostraba una alegría infantil, y sólo muy tarde, cuando ya no era posible permanecer allí más tiempo, Beatriz, después de mil protestas de amor, decidióse a separarse de él por algunas horas.

No durmió en toda la noche, agitada por los más risueños proyectos y las más dulces esperanzas. Veía en la realización de sus sueños, cómo Italia ensalzaba y envidiaba a su amante, al que debía Venecia una nueva gloria.

Al día siguiente, como siempre, fué la primera en acudir a la cita, y, esperando a Pippo, se puso a contemplar con delcite su querido paisaje, en cuyo primer término había una roca. Beatriz vió que en aquella roca había algunas líneas trazadas con bermellón. Se inclinó con inquietud y pudo leer el siguiente soneto, escrito en caracteres góticos:

Beatriz Donato era el dulce nombre italiano
do quien tuvo en el mundo tan divina figura.
En su seno escondía un corazón tirano
y en su cuerpo un espíritu sin tacha ni angos-
tura.

Para hacerla inmortal, el hijo del Ticiano
la pintó, en testimonio de su mutua ventura.
No ha vuelto desde entonces a pintar, y su mano
rada encuentra ya digno tras de tal hermosura.

Cualquiera que tú seas, pasajero, detente
y, antes de condenarme, mírala frente a frente
y dí si es por acaso la que adoras más bella...

Ya ves si es poca cosa la gloria, que el retrato
aun siendo — créeme — tan hermoso como ella,
no vale lo que un beso de Beatriz Donato.

Por muchos esfuerzos que Beatriz hizo par ello, jamás volvió a conseuir que su por ello, jamás volvió a conseguir que su ruego sse mostró inflexible, y si ella insistía con viveza, Pippo le recitaba su soneto. Se dice que hasta el día de su muerte Pippo permaneció fiel a su pereza, así como Beatriz a su amor. Vivieron mucho tiempo como dos esposos, y es de lamentar que el orgullo de los Loredanos, ofendido por aquella pública alianza, haya destruído el retrato de Beatriz, de igual modo que la fatalidad destruyó el primer cuadro del Ticianello, cuya existencia se conoció gracias a los trabajos del célebre investigador señor Doglioni.

ALFRED DE MUSSET

El árbol de los mil romances

Por JAMES FRANCIS DWYER

(Traducción del inglés especialmente para "Pucky")

EXISTE, entre la gente bien criada, un cierto desprecio hacia aquellas personas que, armadas de un cortaplumas, graban iniciales en la corteza de indefensos árboles incapaces de protestar. Esa forma de arte se mira como sport favorito de los vulgares, y los árboles víctimas de las iniciales tienen toda la simpatía de las almas elevadas que no pueden ver romance alguno en las obras maestras de las cortaplumas. Puede ser que los críticos tengan razón. No se ha escrito esta historia con el fin de combatir sus prejuicios. Es, simplemente, la historia de un árbol sobre cuyo enorme tronco y ramas se hallan grabadas cientos de iniciales, casi siempre en pares, unidas por corazones, por flechas y pequeñas líneas que forman cadenas trenzadas al final con verdaderos nudos de enamorados, de asombrosa ingenuidad. Se le llama el árbol de los mil romances.

El tal árbol existe en Melrose, en el Devonshire, aldeyauela dulce que parece envuelta en sueños. Es siempre El Arbol. Allá en 1875 se escribía con mayúsculas. El viejo capitán Manning, de Melrose, tiene una carta que le escribió su amigo el mayor Binnie, que fué matado en el Afganistán, en la cual el mayor se expresa con entera libertad respecto a su hijo. "Mi hijo Tom, — escribía el mayor, — fué ayer al Arbol con Clara Busbell. No sé en realidad que es lo que ella ve en él. Es un haragán que no sirve para nada."

Pero Tom Binnie no era haragán el día que llevó a su novia al árbol de los Mil Romances. Allí grabó sus iniciales, tan grandes y profundas, que aún hoy puede uno verlas en la cara que mira al Este.

Todo el romance de Melrose se halla grabado en el tronco y las ramas del enorme árbol. Lleva todas las iniciales de todos los prometidos de la aldea durante más de setenta años. Cada vez que uno de los mozos de Melrose pedía y obtenía la mano de una muchacha de la vecindad, la llevaba al árbol de los mil romances grabando en el tronco de éste las iniciales por vía de pública proclamación del compromiso. La muchacha, sentada en el rústico banco, contemplaba a su prometido grabar las letras en algún sitio libre del tronco o de las ramas, rodeándolas luego de un corazón u otro diseño que le pareciera conveniente.

Hasta el joven Will Thorley cuando se escapó a Londres con Ester Thomas la llevó a El Arbol, la tarde anterior a la mañana en que tomaron el tren para la capital, dejando grabadas en el tronco una W, una T, una E y otra T más, a fin de que su enfurecido padre y el iracundo Squire Thomas vieran que no se olvidaban de la vieja costumbre. El viejo Squire Thomas quiso hacer quitar las iniciales del tronco del árbol, pues creía que toda relación con la familia de Thorley desacreditaba a la suya, pero Melrose, como un solo hombre, se opuso a ello. El Arbol era tan sagrado como el registro de la parroquia, diciendo el pueblo que toda inicial de dos enamorados grabada en El Arbol allí debía permanecer. De manera que las de los dos fugados aún pueden verse hoy sobre la rugosa corteza. Nunca volvieron los dos a Melrose ni nadie oyó hablar de ellos desde el día que se fugaron. Pero la aldea cree que esos dos, que se amaban profundamente, gustarán de saber que ella resistió a la tentativa del viejo Squire para hacerlas borrar de El Arbol. Tal vez Will y Ester lean esta historia. ¿Quién lo sabe?

Las iniciales de una persona no podían ser grabadas en El Arbol sin ser acompañadas de aquellas de otra persona del sexo opuesto. Esa es la ley no escrita y observada religiosamente a través de los años. El viejo abuelo Holland, que vive detrás de El Arbol, desempeña las funciones de algo así como guardián oficial de las anotaciones que en él se hacen.

Cuando algún extraño errante, no acompañado por una dama, ignorante de los deberes de El Arbol, intenta, con un tanto de espíritu imitativo, grabar sus iniciales en el árbol, el abuelo objeta fuertemente:

—Eso no es para usted, míster, — ha gritado el abuelo a más de un ciento de jóvenes, cuando se hallaban aún afilando sus cortaplumas antes de dejar en el árbol la prueba de su presencia. — No es para aquellos que vienen al pueblo de buenas a primeras y quieren mostrar que saben las letras de su nombre.

—¿Pero por qué? — pregunta invariablemente el intrigado desconocido. — ¿Por qué no puedo poner yo mis iniciales allí, cuando todo el mundo las pone?

—Si usted mira bien, lo verá, — replica el abuelo Holland. — Todas esas iniciales están en pares. Y un par es de un hombre y el otro de una mujer. Las hacen el día que se comprometen, y esta constancia en El Arbol es tan fuerte como cualquier ley. Este es el Arbol de los Mil Romances, que ha hecho a Melrose famoso.

El desconocido por lo general siempre pide disculpas y guarda su cortaplumas en su bolsillo, ante la evidencia que se le pone a la vista; pero ha habido ocasiones, especialmente en el período comprendido entre abril, 1912 y junio, 1916, en que los visitantes al pueblo, aquellos que han tenido buena vista, han podido observar la falla en los argumentos del abuelo Holland.

—¡Cómo! ¿Qué es eso? — preguntaban. — Mire usted, debajo de aquella gran rama allí; hay solamente un par de iniciales dentro de un corazón. Parece que se la pegaron a usted allí, abuelo.

Por costumbre, el abuelo Holland se ponía sumamente nervioso y disgustado cuando se le señalaba aquella anomalía.

—¿Y qué demonios le importa a usted eso? — replicaba, furibundo.

—¿No son iniciales de una sola persona? — preguntaba el obstinado.

—¡Son! — chillaba el abuelo.

—¿Y dónde estaba usted metido, entonces? — preguntaba alguno, curioso por demás.

—¡Impertinente! ¡Estaba sentado en mi jardín mirándolo hacer! — aullaba el viejo Holland. — ¡Y déjeme que le diga que era él un hombre mucho mejor de lo que usted será en muchos años!

Algunas veces, un visitante que reconocía en el árbol una posesión local de gran importancia y que cumplimentaba al abuelo Holland a propósito de ella, conseguía inducirlo a relatar la historia de aquellas iniciales encerradas dentro del corazón; o, por lo menos, el abuelo relataba la historia tal cual se conocía en aquellos tiempos. Durante el período de cuatro años que hemos citado, era una historia sin conclusión. Pero ahora está completa y el Arbol de los Mil Romances es lo que su guardián dice que es: "un completo registro de todos los compromisos matrimoniales del pueblo d Melrose, sin que haya ninguna otra anotación de distinto significado". He aquí la historia.

Jack Herrick y Marion Bradbury habían nacido en Surrey Street, que es la calle más linda de todo Melrose. Corre desde la avenida de la Iglesia hasta la calle Burgoyne y en ella se levantan las mejores casas de la aldea. Sus veredas se hallan bordeadas de robles y, durante nueve meses del año es una interesante calle. Aún en invierno lo es.

Los padres de Jack y Marion vivían unos frente a otros, en una cuadra en que no había otros niños que ellos dos. Desde sus primeros años los muchachos jugaban juntos debajo de los robles. Era una amistad verdaderamente notable la que había nacido entre aquellos dos chicos. Nunca se disputaban respecto de sus juguetes, nunca se quejaban a sus respectivos padres y se hacían recíprocamente objeto de una curiosa y anticuada cortesía que obligaba a los mayores a sonreír. El pequeño Jack era el caballeresco protector de la pequeña Marion, la que, a su vez, poseía una cierta gracia natural que hacía admirable juego con la infantil caballerosidad que él revelaba.

Esta amistad creció con los años. Toda la calle Surrey, desde la Avenida de la Iglesia hasta la calle Burgoyne, conocía esa amistad. La historia de su estrecha amistad se hizo más conocida. Las gentes de Melrose Heights sonreían cuando veían pasar a los dos niños. Las gentes pobres que vivían en los pequeños cottages de Herris Street reían bondadosamente al verlos pasar, tomados de la mano, dirigíanse hacia el bosque de Herris en busca de setas.

—¡Cómo se quieren esos chicos! — decían las gentes de Melrose Heights. — ¡Siempre están juntos!

—¡Parecen hermanos siameses! — observaban los habitantes de la calle Herris. — ¡Nunca se han visto dos chicos como ellos! ¡Mírenlo como le ofrece la mano para ayudarla a cruzar!...

En esos tiempos a Jack se le ocurrió un plan para hacer saber a Marión que se hallaba en la calle. Imitaba el grito del buho; y lo hacía tan bien que confundía muchas veces a los vecinos y a las gentes que pasaban. Y el grito del buho siempre atraía a Marion a su lado.

Muchachos rústicos y rudos y, algunas veces, chicas también, intentaban ridiculizar aquella estrecha amistad de los dos niños, a medida que los años pasaban. Jack en más de una ocasión regresó a su casa con la nariz sangrando, como consecuencia de haber resistido alguna copla compuesta por algún otro muchacho.

Fueron a la escuela. Marion, a la escuela de la señorita McGill en la calle Burgoyne y Jack a la escuela para niños de Melrose. Todas las mañanas Jack acompañaba a Marion hasta el instituto de la señorita McGill, yendo a buscarla por las tardes. Una tarde que tuvo que quedarse después de la hora de salida, en penitencia, escapó saltando por la ventana y corrió como un loco hasta la escuela de la señorita McGill, donde Marion lo esperaba. No le preguntó ella la causa de su retraso; probablemente la niña no lo sospechó hasta que vió al maestro de escuela, el viejo señor Babbit, esperando en la escalinata de la casa de los Herrick. El señor Babbit se llevó a Jack de nuevo a la escuela, añadiendo un capítulo extra a la lección que debía estudiar, como castigo por la fuga. Pero a Jack no le importó esto mayormente.

El pueblo se sentía un tanto divertido, sobre la amistad de los dos niños, durante los años de escuela. Hasta aparecieron, sin que nadie supiera cómo, proverbios locales basados en la amistad de los dos chicos, proverbios que servían para indicar el grado de durabilidad de una mercancía o de una sociedad de negocios.

—Se entenderán como Jack y Marion, — dijo el viejo señor Daniels, cuando su hijo hizo sociedad con Ray Creen. Y la gente del pueblo rió.

El tiempo pasaba. Marion dejó su escuela y Jack la suya, para emplearse en la oficina del arquitecto de Melrose. Marion, en su casa, comenzó su lucha con el francés y la música. Pero, durante las horas que Jack podía dejar los planos y Marion la música, salían de paseo juntos, en dirección al bosque de Herris, como lo hacían en los años que habían pasado.

Tal vez fué durante esos primeros años de su vida ofinicista que el árbol de los mil romances comenzó a ejercer cierta atracción sobre Jack. Debe haber sido. Hasta aquellos tiempos habían sido sólo compañeros; desde ese momento en adelante se convirtieron en novios, y El Arbol, en la colina, se convirtió en factor definido en sus vidas.

Las ramas del Arbol parecían moverse amistosamente, llamándolo, cuando Jack, asomado a la ventana de su oficina en el edificio Hardwick, lo contemplaba; parecía sonreir a Marion, cuando ésta lo miraba largamente desde la ventana de su dormitorio, al caer el sol. Sin que ella supiera cómo, El Arbol llegó a hacerse presente poco a poco en las canciones que cantaba, revelándole a la muchacha la curiosa influencia que ejercía. Hizo Marion cambiar de sitio el árbol, a fin de que, cuando practiba el piano, pudiera, desde su asiento, contemplar, a lo lejos el árbol de los mil romances.

Más o menos en aquellos tiempos Melrose descubrió que Marion tenía voz; que tenía una voz. Una voz maravillosa, según opinaban los críticos del pueblo. No es que pretendiera conocerlo todo; pero comprendían que la voz de Marion era de una calidad poco vulgar, nueva y extraña. Los intrigaba, los entusiasmaba y los hacía sacudir la cabeza y preguntarse, maravillados, lo que diría de esa voz un experto en potencia y timbre. El pueblo entero deseaba que alguien, procedente de algún importante centro de población como Londres o P llegara, a poner punto final de una vez por todas, a aquellas dudas.

—Es igual que aquella vez que Jimmy Haskins tenía un gran sello azul que su abuelo había traído de las Indias, — decía el viejo señor Oakley. — Jimmy creía que ese sello valía por lo menos un millar de buenas libras esterlinas. Pero vino un hombre que entendía en sellos, a pasar la noche aquí en camino para Londres, y puso punto final a la discusión.

—¿Qué dijo? — preguntó Jim Phispps.

—Bueno, — respondió el viejo señor Oakley. — Yo no quiero insinuar que la voz de Marion no sea admirable. Estoy solamente hablando del sello de Jimmy. Haskins. El entendido en sellos lo miró y dijo que era un sello de un barril de cerveza y que no valía dos peniques.

Todavía cuentan en el pueblo anécdotas referentes a la voz de Marion en aquel período durante el cual el pueblo todo se preguntaba si, efectivamente, era aquella una gran voz o solamente una voz un tanto diferente de las demás. Cuentan cómo el viejo papaíto Peter Mink, que erá ciego como una piedra, se puso en pie un domingo por la mañana cuando Marion estaba cantando un solo, gritando:

—¡Los oigo! ¡Oigo a los angelitos! ¡Ya voy, mi Dios! ¡Papaíto Mink ya va!

Fueron necesarios los buenos oficios combinados de su hijo Tom, del pastor, dos acólitos y del contador del Banco, señor Greeves, para convencer al viejo papaíto Mink que los ángeles aún no se ocupaban de él.

Pero los rumores sobre la voz de Marion se extendían poco a poco. La historia del papaíto Mink y otras llegaron desde Melrose a otras ciudades más importantes. En lugares tan alejados como Exéter y Plymouth se oyó hablar de ello. La señora Dumby fué a ver a su hermana a Dorchester, y, durante una reunión en casa de su hermana, lo mencionó.

—Y dicen ellos, — contaba la buena señora, de regreso en su casa, — que ella podría hacer mucho dinero con una voz como la suya, si viviera en una ciudad como Dorchester, en la que vive mi hermana.

La señora Slimp observó, en ese momento, que Melrose era casi tan importante; pero eso no impidió que se repitieran las palabras de la señora Dumby en el pueblo.

—¡Grandes sumas de dinero! — decían las gentes. — Sí, señor; por cantar en ópera. Hay gentecs que pagarían hasta ocho chelines por oír lo que nosotros oímos gratis todos los domingos en la iglesia. ¡Cómo tiran el dinero a la calle las gentes de la ciudad.

Se dice en Melrose que las historias que sobre la voz de Marion trajo al regreso de su viaje la señora Rumby, lanzaron a William Bligh en procura de la mano de la muchacha. El rumor puede ser infundado, pero es cosa conocida que el interés de William por Marión comenzó en una época en que la voz de la muchacha daba mucho qué hablar. William era un abogado pequeñito, flacucho, de Melrose, un tanto duro y poco dado al romanticismo, quien, al decir de las gentes de Melrose, tenía un olfato maravilloso para el dinero.

Sea lo que sea que haya impulsado a William Bligh, el caso es que, al despertarse el pueblo, se halló con que el abogado había presentado su candidatura. Era una lluviosa mañana de febrero; muy probablemente Marion no habría ido aquel día a la iglesia, si el abogado no la hubiera ido a buscar en un carruaje alquilado a Sam Bowman.

—Supuse que con la lluvia no iría usted, señorita Bradbury, — dijo Will cuando Marion abrió la puerta, — y sabiendo lo mucho que la congregación echaría de menos su canto, me tomé la libertad de traer un carruaje.

Marion se sintió halagada; inmensamente

halagada. El abogado la llevó a la iglesia, haciendo esperar al coche hasta que el servicio hubo terminado. La llevó de nuevo hasta la calle Surrey, y todo el pueblo se quedó con la boca abierta.

—Parece que el muchacho Jack tendrá que despertarse, — comentó el viejo Oakley, — y cantar su canto de buho más fuerte.

—Lo mejor de todo sería que la llevara al Arbol, no importa lo feo que esté el camino, — rezongó Tom Harcombe. — Yo llevé a mi mujer en invierno. Casi me helé cuando estaba grabando las iniciales. —

—Apuesto que fué ese día que pescastes el reúma, — intervino el capitán Flint.

Guardó silencio Harcombe un momento. Luego, sin dirigirse a nadie en particular, dijo:

—Algunos se enferman de los pies por ir al Arbol, pero hay otros que se enferman de los oídos.

La señora Flint estaba considerada como la charlatana más formidable del pueblo; por esta razón el capitán se calló la boca.

El relato de aquel viajecito a la iglesia en coche, llegó a oídos de Jack Herrik, quien, desde su ventana, contempló durante largo rato el árbol de los mil romances, diciendo cosas muy feas respecto al tiempo. Muchas parejas habían ido al Arbol cuando el suelo se hallaba cubierto de gruesa capa de nieve, pero Marion, según sabía Jack, odiaba la nieve. Pero, con todo, intentó. Al día siguiente de la presentación de la candidatura de Willie Bligh, Jack, sin mencionar para nada El Arbol, sugirió dar un paseo a lo largo de Billingham Road, que pasa por detrás del árbol y sigue recto en dirección a Toequary.

—¿Con este tiempo? — preguntó Marion, sorprendida. — ¿Cómo voy a ir a pasear por el camino, estando todo cubierto de nieve?

—¡Oh! ¡Yo... yo... creía que te gustaría! — tartamudeó Jack.

—¡Gustarme! — repitió ella. — ¡Gustarme! ¿Con una temperatura como la que hoy hace? ¡No seas tonto, Jack! No hay nadie capaz de salir de paseo con este frío.

Jack fuése a su casa y se pasó tres días rezongando; y durante esos tres días, Sam Bowman recibió diez y siete chelines del abogado en pago de diversos viajes de coche hasta la casa de la calle Surrey. Volvió Willie a casa de Marion en carruaje, el martes por la noche, y la llevó a un concierto que se celebraba en el Melrose Town Hall. El miércoles la llevó, también en coche, a la estación, a esperar a la señora Bradbury, que regresaba, y el jueves, siempre en coche, llevóla a cantar a un recital organizado por algunas damas de la sociedad de Melrose, con el plausible propósito de reunir fondos a beneficio de un mejoramiento en los vestidos de las nativas de Samoa, movimiento éste que había sido comenzado por el reverendo Phillpot, que regresó de Oriente para relatar sentidas anécdotas sobre las modas que en aquellos remotos lugares prevalecían.

El viernes, Jack Herick regresó a la lucha. Discutió y habló horas enteras con Marion, pero Marion se mostró un poco caprichosa. No; no gustaba ella más de Willie Bligh que de Jack; pero Willie era gracioso. Además, eso ayudaba a Sam Browman, que tenía una esposa muy enferma y once hijos. Además, tenía que ir al recital. ¿Y cómo iba a ir cuando llavía a cántaros? ¡Tonterías! ¡Claro que no estaba enamorada de Willie! ¡No faltaba más! Era tan petizo, tan extravagante y decía tantas estupideces!... Era una ridiculez pensar que ella podría gustar de él, un chiquitito así...

Jack Herrik la escuchó y fuese. Durante todo el día siguiente, cuanto minuto pudo robar a su trabajo lo empleó contemplando desde lejos el Arbol de los Mil Romances. Deseaba de todo corazón que llegara la primavera, porque así podría llevar fácilmente a Marion hasta el Arbol, cualquier tarde. Odiaba a Willie Bligh; odiaba a Sam Bowman; odiaba al caballo blanco de Sam; a la esposa de Sam y a sus once hijos. Deseaba que todos ellos, Bligh, Sam, caballo esposa e hijos, se murieran; que todo el mundo se hubiera muerto y sólo Marion y él quedaran vivos en el mundo. El verdadero enamorado es la persona de más sangre fría de todo el mundo, a pesar de todos los esfuerzos que hagan los poetas por probar que es una persona de corazón de oro, pronto a llorar por una rosa que se marchita.

Durante los meses de marzo y abril, la batalla entre Jack Herrik y Willie Bligh se desarrolló fieramente. Todo Melrose la contemplaba con interés. Algunas veces parecía que el abogado iba a vencer, pero repentinamente las viejas relaciones de los dos muchachos volvían a reanudarse, el grito del buho volvía a resonar en la calle de Surrey, Melrose entero sacudía su cabeza múltiple silenciosamente y se daba a hacer observaciones sobre que el primer amor era el más fuerte y lo poderosa que es la amistad de la infancia. Pero Willie Bligh era persistente. Hasta se dijo, durante el mes de Marzo, mes en que el abogado se mostró particularmente atento para Marion, que había sido visto en la ventana de su oficina afilando su cortaplumas en el alfeizar de la ventana. Durante semanas enteras, las apuestas se cruzaron hasta en dinero.

Durnte esos meses, la voz de Marion mejoró mucho. La hermana de la señora Dunby vino de Dorchester y dijo, en voz bastante alta, por cierto, "que no había nada parecido en Dorchester. Una voz en un millar", afirmó, observación ésta que intrigó a la señora Progg, que la contradijo diciendo que Melrose contaba con más de mil habitantes.

Llegó luego la primavera. Primavera temprana, que trajo consigo un suceso extraordinario. ¡Un suceso verdaderamente asombroso! Una tarde de domingo, Marion y Jack fueron vistos encaminándose al Arbol de los Mil Romances; todo Melrose sonrió y se guiñó los ojos, formulando mil diferentes observaciones, al cruzarse unos con

"Mi hijo Tom, — esmribía el mayor, — fué ayer al Arbol con Clara Bushell. No sé en realidad qué es lo que ella ve en él. Es un haragán que no sirve para nada."

otros en la calle Mayor. Nueve personas, ni una más ni una menos, salieron disparando en dirección a la oficina del abogado Bligh, para informarle que sus iniciales, W. B., estaban destinadas al cesto de los papeles inservibles. Pero Willie Bligh cerró su puerta con llave y se rehusó a conceder entrevista alguna. Con esa bondad que sólo proporciona la amistad verdadera, los nueve amigos hicieron pasar su informe a través del ojo de la cerradura, diciéndole que el viejo capitán Flint observaba a la pareja con su telescopio, y que Jack estaba grabando sus iniciales en la corteza del árbol. Willie Bligh lanzó una serie de juramentos amenazando con grabar sus iniciales en la cabeza de los informantes si no se dejaban de...

Lo que haya sucedido en el Arbol aquella tarde de primavera, probablemente será un secreto impenetrable por los siglos de los siglos. El viejo abuelo Holand, guardián por derecho propio del Arbol de los Mil Romances, vino hasta la tienda de Trevelyan, pisándole los talones a la pareja, y portador de una estupefaciente historia.

—Vi a los dos en el Arbol, — decía el abuelo, tartamudeando a causa de la fatiga, — y me dije: Bueno; Jack se la ha dado al abogaducho, después de todo! Jack estaba grabando sus iniciales en el árbol, y ella se hallaba sentada en el banco que hay junto a él. En un de repente, Jack se para y empiezan a discutir los dos. Durante cerca de dos minutos estuvieron discutiendo, y luego ella se pone de pie y empieza a bajar la colina apresuradamente, y Jack detrás de ella. Cuando llegaron a la esquina de Ligget, yo salí para ver qué habían grabado en el árbol. ¡Casi hay knock out para uno! ¡No podía creer a mis propios ojos! Había grabado un lindo corazón, y dentro estaban las iniciales J. H., y sólo un pequeño trocito que mostraba donde había comenzado por la M., pero se quedó allí. Quien lo quiere ver puede ir ahora.

Creo que es innecesario agregar que más de una de los de Melrose se tomaron el trabajo de ir allá a confirmar las palabras del abuelo Holland. Once hombres en total y siete mujeres. Durante un momento permanecieron como mudos, contemplando la no terminada anotación.

—¡Le dió calabaza a último momento! — murmuró uno.

—El abogado no está vencido todavía, — confirmó otro.

—Jack debía haberla atrapado antes que

comenzara toda esa charla sobre su voz, — filosofó un tercero. — Se dice que ella puede ganar todo el dinero que quiera, si va a una ciudad grande como Londres. Me parece que él la va a perder ahora.

Las palabras de la vieja señora Blaine parecieron ser proféticas.

Por más que se ha dicho en infinidad de novelas que los "impresarios" llegan repentinamente, embozados en sendos abrigos de pieles, a las humildes viviendas de las cantantes desconocidos y se las llevan luego en coche después de oirlas cantar, mientras las cantantes, como embabadas, se aferran a los contratos cuando la tinta está aún sin secar, eso no es verdad, como no sea en el caso de Marion Bradmury. En este caso, el empresario vino, real y positivamente. Llegó al día siguiente de la disputa en el Arbol, la oyó cantar, le hizo firmar contrato y se la llevó, todo en un cuarto de hora.

Melrose casi se cae de espaldas a causa de la sorpresa. Ese había sido el suceso más sensacional ocurrido en el pueblo desde que el campanero Funnel se resbaló, en lo alto de la torre de la iglesia, y se hubiera estrellado contra el suelo de no haber quedado colgado, por la sentadera de los pantalones, en un ganchos, hasta que lo fueron a descolgar. Melrose pasó tres días preguntándose lo que Marion haría, cuánto ganaría, dónde, y lo que sucedería con Jack, o lo que no sucedería. Y como nadie podía responder a estas preguntas, poco a poco Melrose volvió a su beatífica calma habitual. Alguien dijo que había sido llevada a Londres; otros, que a París, donde debería hacer un curso de estudios que duraría dos años. Hasta llegó a decirse que su voz, después de todo, había resultado ser de una calidad inferior a la que se pensaba, pero que el orgullo de la muchacha le impedía regresar a su pueblo, fracasada.

Jack Herrik y la familia de Marion no tenían noticias que dar, de manera que el iniciales no terminadas de Jack Herrik, de olvido. Papaíto Mink y otros echaron de menos la voz de la muchacha en la iglesia; Sam Bowman se lamentó del dinero que dejaba de ganar con sus viajes en coche debido a la partida de la muchacha, ya que el abogaducho Bligh no se sentía inclinado a perseguir, con la ayuda del caballo blanco de Sam, ninguna otra doncella del pueblo.

Melrose soñó durante un año, dos, tres, cuatro; el Arbol siguió llevando escrupulosamente su registro de los compromisos matrimoniales de la aldea, sirviendo las iniciales no terminada sde Jack Herrik, de base a muchas explicaciones de parte del abuelo Holland. Fué exactamente cuatro ños después de la partida de Marion, que Melrose supo que había sido la cuna de un verdaedro genio. Un genio maravilloso, si se podía dar crédito a los diarios de Londres. Miss Marion Bradbury, de Melrose, de París, donde había estudiado con Marchesi, y más recientemente de Milán, donde lo había hecho bajo la égida del gran Gallívano, había tomado a Londres por asalto. Los diarios relataban cómo el público del Covent Garden se había puesto de pie, escuchando así, extasiado, la maravillosa voz de la muchacha mientras reprisó una, dos, cinco veces, "Mi chiamano Mimí".

Fué papaíto Mink quien tuvo la habilidad de explicar el pensamiento colectivo del pueblo.

—¡No fuí yo tan tonto como creían! — exclamó, cuando su hijo terminó la lectura de la opinión de un reputado crítico londinense. Yo dije que había oido cantar un ange; y ahora viene este criticón o como se llame y dice lo mismo. Sólo que yo lo descubrí cinco años antes que él.

Melrose formó un comité para honrar a su famosa conciudadana. Es decir; fué el abogado William Bligh quien formó el comité. Y como era un comité suyo propio, Jack Herrik no tenía asiento en él. El comité decidió que una comisión, nombrada por el abogado, iría a Londres, pediría a Marion que visitara a Melrose y, en caso de ser posible le serviría de guardia de corps durante e viaje.

Eligió el abogado para formar esta delegación dos hombres cuyo silencio era proverbial en el pueblo y se eligió a sí mismo. Los tres partieron en dirección a Londres mientras Melrose se decía una y otra vez que bien sabía que Marion era capaz de asombrar al mundo si se le daba la oportunidad.

Desde Londres, Bligh envió veinte telegramas. En el primero anunciaba que había visto a Marion. La había impuesto de los sentimientos de los habitantes de su pueblo natal. "Ella considerará el asunto", — anunció. "Todavía no sabemos nada". "Puede ser que vaya", anunciaba el telegrama número diez. "Creo que irá", decía el número once.

Melrose entero temblaba de nerviosidad. Los telegramas del abogado contribuían a mantener al pueblo con los nervios de punta. "Es casi seguro que cederá a nuestros deseos", telegrafiaba el embajador. Hasta que llegó, una noche, un telegrama que hizo saltar de gozo al pueblo entero. "Irá", decía el telegrama y cuando acababa de anunciarse llegó otro, "Saldré Londres acompañado más Marion llegando Melrose cinco treinta. Organicen recepción. Cantará Town Hall esa tarde debiendo regresar inmediatamente Londres causa impostergable compromiso".

Y llegó ella. Llegó, maravillosamente bella en sus pieles caras y sus ropas parisienses. Hubo una parada con antorchas desde la estación al Town Hall, siguiendo al coche en que ella iba todo Melrose. Por lo menos, todo Melrose menos una persona, y esta persona era Jack Herrik. No se le pudo hallar.

El abogado Bligh iba también en el coche, sentado junto a Marion, y saludaba a todo el mundo como si se creyera receptor en parte de los honores y aclamaciones del pueblo. Su vanidad era, en verdad, dirígala. Una y otra vez se puso de pie, saludando a uno y otro lado, quitándose el sombrero. Y cuando el coche se detuvo, a fin de que Marión pudiera estrechar la mano de papaíto Wink.

que había fabricado una de las mejores anécdotas que hayan sido usadas por agentes de publicidad de cantantes, aprovechó la oportunidad para hacer un pequeño discurso en el que se refirió tres veces al papel que había jugado al traer a Marion a su pueblo natal.

Fué, en verdad, una noche gloriosa. Todo habitante de Melrose creía a pie juntillas que el éxito de Marion era un éxito en el cual tenían ellas parte principal e individual. Se relataban unos a otros, anécdotas de la niñez de Marion, de su amistad con Jack Herrik, de su vida en la escuela. La buena señora Williams, que vivía en la calle Surrey junto a la casa de los Bradbury, decía como los gritos de buho de Jack atraían a Marión, siempre, al lado del muchacho. Fué aquella una gran noche de charla; una noche espléndida, como alguien dijo, de meneo de lengua.

Cuando Marión apareció en la plataforma de Town Hall a cantar, todo el mundo guardó silencio. Cantó ella "Addio", llegó a los oídos de los sobrecogidos oyentes como hilos vibrantes de oro y plata; como un cántico celeste, sobrenatural.

Las últimas notas del exquisito adiós murieron, y el auditorió, bajo el peso de la belleza maravillosa de aquella voz, permaneció en silencio, sobrecogido aún hasta para aplaudir. Y, entonces, fué que aconteció lo verdaderamente maravilloso. En medio de aquel silencio sepulcral, desde algún punto fuera del hall, llegó, claro y distinto, el canto del buho, una, dos, tres veces...

Durante un momento Marión permaneció inmóvil, transfigurada, escuchando, sus grandes ojos azules brillando extrañamente, sus brazos extendidos. Pero, repentinamente, lanzando un grito de alegría se volvió, corriendo hacia los bastidores, casi haciendo rodar silla y todo al abogado Bligh con quien tropezó.

Fué el abogado quien hizo el anuncio cuando cayó el telón. Anunció que miss Marión se había indispuesto repentinamente y había debido abandonar el Hall. Fué un abogado bastante nervioso y con cara de pocos amigos que hizo el anuncio, un abogado completamente distinto al orgulloso orador de pocos momentos antes. Pero el discurso de Willie tuvo la virtud de aliviar a la auditorio. Habían esperado una o los canciones más de su conciudadana, pero todo el mundo se sentía feliz, muy feliz, con una sola.

Fué el abuelo Holland, el guardián por derecho propio del Arbol de los Mil Romances, el último habitante de Melrose que vió a Marión, antes de que esta partiera del pueblo en el tren que pasó por él, en dirección a Londres, poco después de amanecer. El abuelo era madrugador y, al levantarse, salió a la ventana, que se hallaba situada junto al Arbol. Y junto al Arbol se hallaba Jack Herrik, ocupadísimo con su cortapluma, terminando el monograma que había empezado cuatro años antes; junto a él, sentada en el banco, contemplándolo fijamente, se hallaba Marión. Cuando ambos muchachos se dirigieron de nuevo al pueblo, tomados del brazo, al abuelo Holland le faltó tiempo para ir a ver lo que había sucedido en el árbol. Poca cosa. A las solitarias iniciales, J. H., se habían unido, más frescas, más nuevas, recien cortadas, una M. y una B.

La breve y vivificante brisa matinal agitaba las ramas del Arbol de los Mil Romances; al abuelo Holland, viejo como era, y por lo tanto, más filósofo qu epoeta, se le antojó que se estremecían de felicidad.

JAMES FRANCIS DWYER.

El tren más rápido de Inglaterra es el de las 15.45, que va de Swindon a Paddington, y recorre 77 millas y cuarto en setenta y cinco minutos.

Una vieja botella artística fabricada en China, que tiene treinta y media pulgadas de alto, ha sido vendida recientemente en 4305 libras esterlinas.

"PUCKY" Magazine

APARECE TODOS LOS VIERNES

Un año de suscripción en toda la República (52 números) $ 9.- m/n.

NO ERA FACIL SORPRENDERLA

—¡Marianita, supongo que ese joven que te corteja no te ha besado jamás o te ha besado por sorpresa!

—No, mamita. El cree que me besa por sorpresa, pero no hay tal cosa.

PARA PASAR UN AGRADABLE RATO

La niña lista

Por L. AFANASIEFF

(Traducción del ruso)

Este cuento, como todos los demás del mismo autor que ha publicado "Pucky" con anterioridad, es interesantísimo y atrayente y bajo su aspecto trivial encierra una moraleja digna de reflexión.

DOS hermanos marchaban juntos por el mismo camino. Uno de ellos era pobre y montaba una yegua; el otro, que era rico, iba montado sobre un caballo.

Se pararon para pasar la noche en una posada y dejaron sus monturas en el corral. Mientras todos dormían, la yegua del pobre tuvo un potro, que rodó hasta debajo del carro del rico. Por la mañana el rico despertó a su hermano, diciéndole:

—Levántate y mira. Mi carro ha tenido un potro.

El pobre se levantó, y al ver lo ocurrido, exclamó:

—Eso no puede ser. ¿Dónde se ha visto que de un carro pueda nacer un potro? El potro es de mi yegua.

El rico le repuso:

—Si lo hubiese parido tu yegua, estaría a su lado y no debajo de mi carro.

Así discutieron largo tiempo y al fin se dirigieron al tribunal. El rico sobornaba a los jueces dándoles dinero, y el pobre se apoyaba solamente en la razón y en la justicia de su causa.

Tanto se enredó el pleito, que llegaron hasta el mismo zar, quien mandó llamar a los dos hermanos y les propuso cuatro enigmas:

—¿Qué es en el mundo lo más fuerte y rápido?

—¿Qué es lo más gordo y nutritivo?

—¿Qué es lo más blando y suave?

—¿Qué es lo más agradable?

Y les dió tres días de plazo para acertar las respuestas, añadiendo:

—El cuarto día venid a darme la contestación.

El rico reflexionó un poco y, acordándose de su comadre, se dirigió a su casa para pedirle consejo. Esta le hizo sentar a la mesa, convidándole a comer, y, entre tanto, le preguntó:

—¿Por qué estás tan preocupado, compadre?

—Porque el zar me ha dado para resolver cuatro enigmas un plazo de tres días?

—¿Y qué enigmas son?

—El primero, qué es en el mundo lo más fuerte y rápido.

—¡Vaya un enigma! Mi marido tiene una yegua torda que no hay nada más rápido; sin castigarla con el látigo alcanza a las mismas liebres.

—El segundo enigma es: ¿Qué es lo más gordo y nutritivo?

—Nosotros tenemos un cerdo al que estamos cebando hace ya dos años, y se ha puesto tan gordo que no puede tenerse de pie.

—El tercer enigma es: ¿Qué es lo más blando y suave?

—Claro que el lecho de plumas: ¿Qué puede haber más blando y suave?

—El último enigma es el siguiente: ¿Qué es lo más agradable?

—¡Lo más agradable es mi nieto Ivanuchka!

—Muchas gracias, comadre. Me has sacado de un gran apuro; nunca olvidaré tu amabilidad.

Entre tanto el hermano pobre se fué a su casa vertiendo amargas lágrimas. Salió a su encuentro su hija, una niña de siete años, y le preguntó:

—¿Por qué suspiras tanto y lloras con tal desconsuelo, querido padre?

—¿Cómo quieres que no llore cuando el zar me ha propuesto cuatro enigmas que ni siquiera en toda mi vida podría adivinar y debo contestarle dentro de tres días?

—Dime cuáles son.

—Pues son los siguientes, hijita mía: ¿Qué es el mundo lo más fuerte y rápido?

¿Qué es lo más gordo y nutritivo? ¿Qué es lo más blando y suave? ¿Qué lo más agradable?

—Tranquilízate, padre. Vé a ver al zar y dile: "Lo más fuerte y rápido es el viento. Lo más gordo y nutritivo, la tierra, pues alimenta o todo lo que nace y vive. Lo más blando, la mano: el hombre, al acostarse, siempre la pone debajo de la cabeza a pesar de toda la blandura del lecho; y ¿qué cosa hay más agradable que el sueño?"

Los dos hermanos se presentaron ante el zar, y éste, después de haberles escuchado, preguntó al pobre:

—¿Has resuelto tú mismo los enigmas o te ha dicho alguien las respuestas?

El pobre contestó:

—Majestad, tengo una niña de siete años que es la que me ha dicho la solución de tus enigmas.

—Si tu hija es tan lista, dale este hilo de seda para que me teja una toalla con dibujos para mañana.

El campesino tomó el hilo de seda y volvió a su casa más triste que antes.

—¡Dios mío, qué desgracia! — dijo a la niña. — El zar ha ordenado que le tejas de este hilo una toalla.

—No te apures, padre, — le contestó la chica.

Sacó una astilla del palo de la escoba y se la dió a su padre, diciéndole:

—Vé a palacio y dile al zar que busque un carpintero que de esta varita me haga un telar para tejar la toalla.

El campesino llevó la astilla al zar, repitiéndole las palabras de su hija. El zar le dió ciento cincuenta huevos, añadiendo:

—Dale estos huevos a tu hija para que los empolle y me traiga mañana ciento cincuenta pollos.

El campesino volvió a su casa muy apurado.

—¡Oh hijita! Hemos salido de un apuro para entrar en otro.

—No te entristezcas, padre, — dijo la niña.

Tomó los huevos y se los guardó para comérselos, y al padre le envió otra vez al palacio.

—Di al zar que para alimentar a los pollos necesito tener mijo de un día; hay, pues que labrar el campo, sembrar el mijo, recogerlo y trillarlo, y todo esto debe ser hecho en un solo día, porque los pollos no podrán comer otro mijo.

El zar escuchó con atención la respuesta y dijo al campesino:

—Ya que tu hija es tan lista, dile que se presente aquí; pero que no venga ni a pie ni a caballo, ni desnuda ni vestida; sin traerme regalo, pero tampoco con las manos vacías.

"Esta vez, — pensó el campesino, — mi hija no podrá resolver tantas dificultades. Llegó la hora de nuestra perdición."

—No te apures, padre, — le dijo su hija cuando llegó a casa y le contó lo sucedido. — Busca un cazador, cómprale una liebre y una codorniz vivas y tráemelas aquí.

El padre salió, compró una liebre y una codorniz y las llevó a su casa.

Al día siguiente, por la mañana, la niña se desnudó, se cubrió el cuerpo con una red, tomó en la mano la codorniz, se sentó en el lomo de la liebre y se dirigió al palacio.

El zar salió a su encuentro a la puerta y la niña le saludó, diciendo:

—¡Aquí tienes, señor, mi regalo!

Y le presentó la codorniz. El zar alargó la mano; pero en el momento de ir a tomarla echó a volar aquélla.

—Está bien, — dijo el zar. — Lo has hecho todo según te había ordenado. Dime ahora: tu padre es pobre, ¿cómo vivís y con qué os alimentáis?

—Mi padre pesca en la arena de la orilla del mar, sin poner cebo, y yo recojo los peces en mi falda y hago sopa con ellos.

—¡Qué tonta eres! ¿Dónde has visto que los peces vivan en la arena de la orilla? Los peces están en el agua.

—¿Crees que eres más listo tú? ¿Dónde has visto que de un carro pudiera nacer un potro?

—Tienes razón, — dijo el zar, y adjudicó el potro al pobre.

En cuanto a la niña, la hizo educar en su palacio, y cuando fué mayor se casó con ella, haciéndola zarina.

L. AFANASIEFF.

Londres está adoptando gradualmente el sistema norteamericano de desayunarse con cereales y fruta.

* * * *

En St. Ives, la ciudad pesquera, de Francia, el gato es un animal privilegiado. Ni grandes ni chicos le causan daño alguno.

* * * *

El novelista noruego Johan Bajer, en una encuesta, acaba de declarar que los autores franceses que más admira, son: Molière, Víctor Hugo y Maupassant. La mejor novela para él es "Los Miserables"; las mejores poesías las de Verlaine, y la mejor pieza teatral. "Cyrano de Bergerac".

La mayoría de los que se dedican a la apicultura en Inglaterra, son mujeres.

* * * *

Afeitarse con piedra pómez, como era la costumbre en la Roma antigua, es la única forma permitida en ciertos manicomios.

* * * *

Unos abogados norteamericanos que visitaron últimamente el colegio de Brasenose, en Oxford, pagaron una deuda de 17 chelines y 10 peniques, dejad aallí por un antepasado de Wáshington en 1633. Acumulado el interés del 5 por 100, la suma hubiera llegado a 1.307.530 libras esterlinas.

GRANDES CASAS

—Se presenta usted pretendiendo la plaza de mucamo y no trae certificados de ninguna clase. ¿Ha servido usted siquiera alguna vez en grandes casas?

—¡Oh! ¡Ya lo creo, señora! ¡En casas de cinco y de seis pisos... y hasta de más pisos también!

SACHA

POR
DOUGLAS NEWTON

"Elena iría a Buda, se enteraría de lo de Sacha y esto constituiría el fin de la mayor felicidad de su vida.

"El conocía a Sacha. Amaba con fiereza y odiaba fieramente. Jamás perdonó a un hombre que se olvidó de ella y siempre se gozó en martirizarlo con crueldad.

UNA VIBRANTE NARRACION DRAMATICA QUE SOSTIENE SU INTENSO INTERES HASTA LA ULTIMA DE SUS ESCENAS.

CARSON dijo:

—No hay discusión posible, Dick; es usted el hombre a quien tenemos que enviar. Nuestra reputación en el Oriente Cercano está en juego. Tenemos que demostrarles a los de Buda, que tomamos la situación en serio, enviándoles, no sólo un hombre de primer orden, sino a usted. ¿Me comprende? Usted es conocido allí y confiamos en su habilidad para sacar las cosas a flote, influyendo con su personalidad. Por otro lado, ellos lo esperan a usted. He telegrafiado a Carobin diciéndole que va usted, y él informará a la prensa. Así, pues, en cuanto ellos sepan que enviamos nada menos que a su viejo amigo Richard Mauson, respirarán con más libertad.

Un sonido extraño, que bien podía haber sido un gemido, escapó de los labios de Mauson. Sonrió Cárson y prosiguió:

—Siento mucho interrumpir su luna de miel, amigo mío. Pero podrá usted gozar de un nuevo viaje de bodas a costa de la casa. Llévese a su esposa.

¡Llevar a Elena a Buda! Mauson hubiera podido chillar de horror.

Elena, la esposa de Mauson, dijo:

—¡Dick! ¡Eso sí que es maravilloso! ¡Tengo tantos deseos de visitar a Buda desde que yo oí hablar de ella! Esperaba que tú me dieras la noticia, pero el entusiasmo me hizo perder la cabeza. El señor Cárson me telefoneó para decir que ahorraríamos tiempo si fuéramos en avión hasta Colonia, para tomar allí el tren transcontinental. El creía que tú ya habías llegado a casa. Me lo explicó todo y te dejó el mensaje. Ha reservado dos asientos en el avión que sale de Croydon a las tres y cuarto, diciendo que podríamos alcanzarlo si nos dábamos prisa. Tengo el equipaje preprado. No quiero perder esta oportunidad de visitar Buda y los lugares de que tanto me has hablado.

Mauson, sin quitar los ojos del rostro de su esposa, de una belleza vívida, inocente, casi austera, experimentó la impresión de haber caído en una trampa.

Pensó en Sacha, que le esperaba en Buda. En Sacha, que ya debía de haber visto en los diarios la noticia de su próxima llegada, y que estaba esperándole. Pensó en Sacha, en su belleza gitana, fiera, despiadada, y miró a Elena, cuya pureza juvenil e intolerante sería despiadada también a su manera. Comprendió que estaba perdido.

Nada podría hacer que Elena desistiera de visitar a Buda. Hasta los pasaportes se hallaban prontos, pues cuando realizaron su viaje de bodas por el Adriático los habían visado en forma de poder utilizarlos si deseaban extender su viaje. Elena iría a Buda, sabría de Sacha, y eso sería el fin de la felicidad más grande que Mauson había tenido en su vida. Sacha, la libre y burlona, horrorizaría a Elena con su audaz, posesiva intimidad. Sacha, la que no olvida, la cruel, se preocuparía de que Elena se horrorizara. Ese era el modo de ser de Sacha.

El la conocía bien; Sacha amaba mucho, pero también odiaba mucho. Nunca perdonaba a un hombre que se había apartado de ella, en parte porque se divertía, con alegría diabólica, en aplastar al desertor. Mauson lo sabía; la había observado, más de una vez, infligir salvaje castigo.

Había, en Sacha, la crueldad de la gitana asiática. Era eso, en parte, lo que atraía a muchos hombres hacia ella, loq ue había atraído a Mauson. El amor de Sacha no era como el amor de una mujer común; era más bien como el amor de una pantera. Fiera, pero soberbia, peligrosa, uno sentía latir el peligro en cada uno de sus besos.

Mauson había conocido a Sacha cinco años antes, cuando ignoraba aún hasta la existencia misma de Elena. Había ido desde Viena a Buda, precedido de la fama de su reputación. Había sido aquello un progreso triunfal, pero Sacha no había inclinado la cabeza ante él. Era la única, entre los miembros del círculo en que Mauson se movía, que no lo hizo; Sacha no se inclinaba ante nadie; por lo contrario. Daba la mano a uno, elevándolo hasta su lado, o con un ademán lo dejaba caer. Poseía una fuerza de voluntad tan grande y avasalladora como su propia belleza.

No podía comparársela con otras mujeres. Estaba tan sobre el resto, como lo hubiera estado una reina. Estaba por sobre ellas en fuego y en inteligencia. Burlona, irónica, ingeniosa, apasionada como una llama, y, aparentemente, sin corazón en algunas fases. No permitía términos medios; con ella era el amor o el odio. Cuando, intrigado por la aparente indiferencia con que ella recibía su presencia, Mauson la había hecho objeto de sus atenciones, ella le había advertido, con ojos brillantes de fiereza:

—¡Tenga usted cuidado, señor Mauson! Yo destruyo a aquellos que me aman. La llama de mi amor consume a la par que ilumina.

Cinco años antes, cuando aún no había ni siquiera soñado en la posibilidad de Elena, eso había conmovido profundamente a Mauson. El peligro era el verdadero alimento de su existencia espiritual.

Durante los cuatro años de compañerismo que siguieron, Mauson tuvo muchos motivos de emoción. La vida es una emoción continua cuando se besa o se disgusta uno con una mujer que lleva una daga en su pecho como una coqueta podría llevar un diminuto pañuelo perfumado... y que la usa más o menos con el mismo gesto casual. Una mujer que, el menor gesto de indiferencia, entraría como un huracán en nuestras habitaciones, completamente ajena a que nos halláramos en una grave reunión de negocios o con una casta y vieja tía solterona millonaria que nos podría dejar todos sus millones.

Sacha, en amor, tomaba todo o nada, con su gesto audaz y cruel. Si uno tenía algo que perder, reputación, posición, riqueza, no debía uno amarla. Porque, habiéndola amado, era uno su esclavo para siempre. Era un riesgo que uno debía aceptar; era una maldición sobre nuestra cabeza, sí, aún después de haber terminado nuestro "affaire" con ella, la olvidábamos. Se vengaba en esos casos, cruelmente, sin piedad.

Mauson la había visto hacerlo así. Mientras él se hallaba en Buda, un italiano había aparecido allí. Llamábase Rocca y era hombre de gran título. Había sido amigo de Sacha muchos años antes, pero había regresado a Italia con anterioridad a la aparición de Mauson en escena. En Italia había casado con una mujer de elevado rango, de grandes riquezas y poderosa influencia, porque Rocca era hombre de gran ambición.

Había regresado a Buda, después, por asuntos de negocios que requerían su atención personal. Sin duda alguna, se sentía completamente seguro. Tal vez había oído hablar del interés de Sacha por Mauson y creído que todo marcharía bien. Ese parecía ser el único medio de explicar la presencia de su esposa... ¿O es que ésta la había obligado a llevarla, como Elena a Mauson, años después?

Pero no estaba seguro, porque Sacha lo arruinó. Le había pertenecido y ella nunca renunciaba a un hombre después de haberlo hecho suyo. Desde el momento que supo que Rocca se halla en Buda, lo buscó y lo persiguió con vengativa asiduidad. Se condujo en verdad diabólicamente. No le habló al principio, porque no tenía tenía necesidad de ello; pero donde quiera que Rocca se presentaba con su encopetada esposa, Sacha estaba siempre allí mirándolo largamente con sus miradas burlonas que le advertían de su decisión de aplastarlo.

Por medio de un instinto extraño, o las informaciones que las de su clase saben cómo obtener, se presentaba siempre ante Rocca a cada paso que éste daba. Ya fuera en el comedor de su hotel, el Bristol, o en los cafés del "quai" de Francisco José; en los conciertos, o en los paseos a la isla de Santa Margarita, o mientras caminaba por el Andrassy Ut. Siempre delante de él, amenazándolo con su mirar fijo, significativo, cruel y provocador.

Eso concluyó con él. Se aterrorizaba solamente al pensamiento de que su esposa pudiera llegar al saber lo que significaba la presencia de Sacha en todos aquellos lugares donde ellos se presentaban, y lo deliberado de los encuentros aumentaron su terror. Comenzó a beber en cantidad; hasta el más superficial de los observadores hubiera podido comprender que aquella rápida degeneración bajo el peso del terrible tormento moral, había comenzado a sublevar e inquietar a su esposa. Por otra parte le era imposible evitar lo significativo de la constante presencia de Sacha y la burlona intimidad de sus sonrisas.

Sacha no ignoraba esto. Tenía informaciones precisas, las que le revelaban el continuo alejamiento de Rocca y su esposa; y esto la divertía. Jugaba su juego de gato y ratón con un algo de salvajismo brutal. Y conversaba de ello con Mauson, como si la deleitara el asunto de conversación.

—¿Pero no es suficiente para usted que el pobre diablo esté pasando las de Caín? — protestó Mauson.

—¡Pero sí, Dick!... sonreía ella. — Eso me divierte.

—¡Dios mío! ¿Es que usted no conoce la piedad, Sacha?

—Precisamente es eso lo que él pedía anoche, arrastrándose, a mis pies, — rió ela. — ¡Qué aburridor se puso!...

Mauson lanzó una exclamación inarticulada, estupefacto.

—Divertido, ¿verdad?

—¡Es usted el mismo diablo! — gritó él.

—Sí, — tornó ella a sonreir con su sonrisa lenta, sardónica. — Es divertido ser un diablo. Es eso lo que yo hago con todos los que se olvidan de Sacha.

Prosiguió ella su horrible juego de gato

y ratón, hasta que el inevitable fin llegó. Sacha, repentinamente, en uno de esos gestos rápidos y decididos de su carácter, relató a la esposa todo. Como lo hizo, Mauson nunca supo. Pero alcanzó a ver los resultados con sus propios ojos. Rocca cayó, arruinado, por completo. Su esposa, furiosa, lo abandonó en Buda. Poco a poco comenzó a vérsele en los más pobres y sucios cafés de la ciudad, sus ropas poniéndose tan sucias y pobres como los lugares que frecuentaba, empapado en alcohol, convertido en una verdadera ruina humana, moral y materialmente. Y Sacha sólo sonreía con su sonrisa cruel, sardónica.

—¡Es usted un verdadero demonio! — exclamaba Mauson. — ¡Hay momento en que sería capaz de estrangularla!

—Sería mejor que lo hiciera usted, si es que mañana puede portarse como Rocca, para conmigo, — respondió ella, tranquilamente. — Lo que he hecho con él es lo que haría con usted. Eso es lo que hago siempre.

—¡Yo me mataría antes de llegar a ese punto!

—Sí. ¿Por qué no lo hizo él? — sonrió ella. — Algunos lo han hecho. Es siempre el mejor final que puede tener un "affaire" conmigo.

Mauson recordaba todo eso a medida que, en compañía de su esposa, volaba en dirección a Colonia. Estaba seguro de que Sacha no había hablado en vano. La ruina o la muerte esperaban, tarde o temprano, a todo aquel que se cruzaba con Sacha. Reclinándose en su asiento, Mauson miró a su esposa. Sí; era esa la única forma de librarse de Sacha, que esperaba en Budapest.

Había dejado a Sacha sin mayores inconvenientes. Carney, Cárson y Co., Limitada, lo habían llamado a Londres, ostensiblemente para informar. Había él dejado a Sacha como quien va en un viaje corto, de pocos días. No habían roto; él debía regresar una semana después. De eso hacía nueve meses.

Dos sucesos habían tenido lugar cuando él llegó a Londres. Carson le había ofrecido un puesto administrativo en la casa central, a mayor salario que el que tenía, y conoció a Elena.

Podría haber dudado sobre aceptar o no la oferta de Carson, de no haber sido por Elena. Era, por naturaleza, un hombre errante. Gustaba mucho de Buda; y en Buda estaba Sacha. Pero Elena habíale hecho olvidar todo eso.

Mauson no podía comprender qué había despertado en él su amor por Elena. Ella era hermosa, vivaz, culta y educada. Tenía, como tenemos todos, sus pequeños defectos individuales, defectos inconscientes; pero eso no había sido obstáculo. Mauson la había amado irrazonadamente; se había convertido en esclavo perfecto de la más bella y poderosa emoción de toda su vida.

La comprensión de que aquella bella, austera y rubia criatura habíase apoderado de su vida en forma tal que, sin ella, no hubiera podido vivir, había sido parte grande la alegría con que había dado curso completamente nuevo a su vida. Pero ahora esa alegría se había convertido en terror. Elena tenía para él gran valor; demasiado. Era para él esencia de la vida misma. Perderla significaría para él la ruina moral, una ruina tan grande y tan completa como la de Rocca. Perderla lo haría pedazos.

Sacha lo esperaba en Buda y perdería él a Elena. No le cabía la menor duda. Elena se sentiría aún más ultrajada, por lo que Sacha le probaría que la misma esposa de Rocca la que, siendo de raza latina, no podía ignorar en tal grado los hábitos de los hombres. Elena tenía los defectos, o los méritos, de su crianza, de su educación. Su carácter era curiosamente rígido, en cuanto a sus derechos de propiedad; era extrañamente inflexible en lo que se refería a moralidad.

No es que fuera casta hasta la mogigatería, no; simplemente la hería profundamente, la enfermaba, la esqueaba la menor insinuación de lo... lo sucio. La afectaba con una repulsión incontenible, que comovía hasta la última fibra de su ser. Esta extraña característica de su individualidad se había puesto en relieve, patentemente, durante su viaje de novios por países habitados por razas poco escrupulosas en lo que se refiere a costumbres o apariencias. Una y otra vez habíase sobrecogido horrorizada a la mera insinuación de esas cosas, como puede uno sobrecogerse y retroceder ante la lepra.

Había él reído al principio; había tratado de hacer a su esposa un poco más cosmopolita; pero tuvo que desistir al fin de cuentas, pues comprendió claramente que la idea misma de que él podía tolerar esas cosas la horrorizaba. Había visto Mauson en sus ojos una mirada de temor, de terror ante la posibilidad de que este caballero, que ella creía sin tacha y sin reproche, pudiera, al fin, no ser tan recto como ella se había complacido en creerlo. Había sido una mirada verdaderamente terrible de contemplar, y había retrocedido él ante ella horrorizado. Había alimentado él la esperanza de que, poco a poco, a medida que la edad de su esposa maduraba y adquiriera más mundo, más experiencia, aquellos sentimientos fueran templándose poco a poco, adquiriendo una elasticidad mayor. Tal vez. Pero para eso serían necesarios años enteros, posiblemente; mientras tanto, Elena era lo que era, y marchaban en dirección a Buda a toda velocidad.

Mauson sentía una especie de perplejidad temerosa. No solo parecía que el destino lo tenía inexorablemente sujeto entre sus garras, sino que hasta sentía un inexplicable temor de dar paso alguno para salvarse. Había tratado de detener a Elena; había tratado de disuadirla del viaje, pero había tenido que cesar repentinamente en sus esfuerzos poro bservar que éstos lo hacían sospechoso a los ojos de su esposa. Ella había comenzado a preguntarle por qué no quería que visitara ella Buda... y no se atrevió a llevar las cosas más adelante.

Tal era su estado. En pocos años más podría Mauson haber cambiado, demostrando un poco más de sentido común en su amor; pero en la actualidad lo tenía completamente indefenso, completamente inca-

"¿No le importa que el infeliz sufra? ¿No tiene usted piedad, Sacha?"

paz de resistir. Su amor por ella era tan loco, absorbía su mente y su intelecto, su cuerpo y su alma en forma tan completa que no se atrevía ni aún con el pensamiento a correr riesgos, aún cuando fueran para salvarlo de riesgos aún más terribles. Sujeto, pareíía, rompletamente de pies y manos, se veía obligado a salir al encuentro de la ruina completa... o la muerte.

Su única esperanza estaba en que Sacha no se hallara en Buda. Viajaba de vez en cuando a Viena, a Borlín, Praga, Bucarest. Residía ella en Buda, más bien dicho; del otro lado del río, en Pest, porque allí se hallaba a sus anchas; pero de vez en cuando, experimentaba la necesidad de un cambio de ambiente, aún momentáneo. Y Mauson rogaba de todo corazón que se hallara ella en cualquier parte durante las cuatro o cinco semanas que él debería permanecer en Buda. Era su única esperanza, y bastante débil por cierto. Si ella estaba en la ciudad, la propaganda que Carobin debía haber iniciado en la prensa ya, la habían puesto sobre aviso de su próxima llegada. Y ella, en tal caso, lo estaría esperando, estaría aguardando que él fuera inmediatamente hacia ella, la imperativa.

No comprendió Mauson cuanto había alimentado esa esperanza hasta que, en llegando al hotel, halló una carta de Sacha emponzoñarla.

La propaganda de Carobin había sido excelente. Muchas eran las cartas que lo esperaban, y que le fueron entregadas al llegar. La mayoría de ellas eran cartas de negocios; pero entre todas ellas, la que parecía notar solamente era la de Sacha. Parecía haberlo hipnotizado por completo. Lo hizo comportarse estúpidamente con Carobin, que los había acompañado hasta el hotel; con su esposa, a la que urgió que se retirara al dormitorio del apartamento que les había sido destinado, a mudarse, con una persistencia que la fastidó. Observó él la mirada de su esposa. La venganza satánica de Sacha había comenzado ya. Pero todo lo que él deseba por el momento era

"Eso es lo que él me pidió de rodillas, anoche, Dick. ¡Qué fastidioso se puso!"

plejar a Elena de aquella carta; temía que aún las mismas palabras escritas pudieran ponzoñarla.

La leyó tan pronto como se quedó solo. Eran apenas unas pocas palabras. Decía: "Venga a verme a las once, esta noche, al café Stepan. Estaré en la mesa del fondo. S."

Nada más. Era Sacha, la misma de siempre, imperativa, segura de sí misma, de ser obedecida. Rehusar hallarse en el Stepan a las once significaba la ruina. Pero, por otro lado, ir significaba ruina también. Con Sacha no había alternativa; no había escape posible.

Quemó la carta; pero sus palabras siguieron ante su vista en letras de fuego, toda la noche, durante toda la comida, haciéndose más claras, más precisas, más imperiosas a medida que las manecillas del reloj se acercaban a las once. Carobin se hallaba un tanto disgustado de haber sido despedido. Había esperado pasar la velada con Mauson, tratando negocios. Elena también se disgustó con él cuando insistió que el único sitio aparente para ella, esta noche, era el lecho. Había ella esperado poder contemplar esa noche algo de la vida nocturna de Buda, con música magyar y el resto. Observó Mauson la actiud de su esposa como un hombre que comienza a leer los signos inmutables de su destino. Su felicidad había comenzado a desmoronarse.

Sentado en el saloncillo de su apartamento, lo comprendía y recordaba a Rocca. Iba él a recorre el mismo camino que había recorrido Rocca. Sacha se disponía a jugar con él en la misma forma que había jugdo con el italiano, como el gato con el ratón. No había escapatoria posible. El y Elena iban a soportar lo mismo que Rocca y su esposa habían soportado. Podía ver, ya, el horror, la miseria, el desprecio creciendo por horas en la expresión de su esposa, lo mismo que Rocca debió haberlo visto en el rostro de la suya. ¿Cómo podía haber soportado el italiano? ¿No había tenido el coraje de ponerle punto final con una bala?

¡Ah! ¡Recordaba ahora! Recordaba que el mejor camino para hombres que se ha-

llaban en la posición de Rocca era una bala. Recordaba el desprecio profundo de Sacha por aquel hombre que no se había atrevido a tomar el único posible camino. Era, según ella había dicho, el camino mejor que podía seguir un hombre que se hallaba frente a frente con ella. Lo era Rocca no solo se habría ahorrado a sí mismo mucho, sinó que le habría ahorrado a su esposa... todo.

Ese pensamiento le hizo a Mausen el efecto de una bocanada de aire fresco. Podría él, por lo menos, salvar a Elena. Solamente un momento de valor, y desaparecería no arruinado, no despreciado y odiado por su esposa, sinó con su carácter sin mancha, poseyendo aún en la muerte todo el amor de su mujer. Nunca sospecharía ella y nunca sufriría. Eso le ahorraría a ella semanas y meses enteros de horror.

Miró el reloj. Las once menos cinco. Hasta el momento en que comprendió cual era el único camino que le quedaba, había estado pensando en concurrir a la cita y explicar a Sacha todo, esperando que, por lo menos por una vez, tuviera ella piedad. Pero comprendió también que aquello era una tontería. ¿No la conocía, a Sacha? No; no había más que un camino.

* * * *

EN el café "Stepan", Carobín, sentado ante una mesa, se hallaba un tanto irritado. Todos sus amigos se hallaban quien sabe donde, ya que él se había excusado con ellos, a causa de Mauson. Y, ahora, no sabía que hacer. Se hallaba sentado casi al extremo interior del salón, leyendo, levantando la vista frecuentemente, con la débil esperanza de hallar algún amigo. Casi frente a él, del lado del salón, sentada a una pequeña mesa de dos personas, se hallaba una mujer. La había mirado Carobín frecuentemente porque la elegante, la soberbia figura de aquella mujer le parecían familiares.

Estaba en lo cierto; la conocía. Cuando la miró por centésima vez, a eso de las once y diez, levantó ella la mano y lo llamó. Levantóse Carobin y se dirigió hacia la mesa que ocupaba la desconócida. Y cuando reconoció el rostro oculto por tupido velo, exclamó:

—¡Sacha!

—¡Silencio! — exclamó ella, nerviosamente. — ¿Quiere usted que todo el mundo me reconozca a pesar de mi rostro oculto? Sí, soy Sacha.

—¡Vaya una sorpresa! — respondió Carobin. — ¿Dónde ha estado usted? ¿Por qué ha desaparecido usted del mundo durante estos tres meses? ¿Qué le ha sucedido, Sacha?

—¿Dick Mauson ha llegado? — preguntó ella, a su vez, sin responder a las preguntas de Carobin.

—Sí, — respondió el interpelado, poniéndose en guardia de inmediato. — Llegó esta mañana.

Recordaba a Rocca, y otros muchos antes que Rocca; sintió repentino miedo por Mauson.

—Debía de haberse visto conmigo aquí a las once, — dijo Sacha. — Yo le escribí. ¿Cree usted que él venga, Carobín?

—¿Ahora? — preguntó él, mirando el reloj. — No; no creo que venga. Su.... No dispone de su tiempo como quisiera.

No se atrevió a decir que la razón por la cual el tiempo de Mauson ya no era absolutamente suyo, era una esposa; y aún cuando no lo decía esperaba que Sacha estallaría. Ningún hombre tenía otros compromisos cuando Sacha mandaba. Pero tuvo la gran sorpresa de su vida. Sacha recibió la explicación con completa tranquilidad...¡sonriendo!

—Entonces, — dijo, — usted tendrá que explicarle por mí, Carobín; hágame el favor. Dígale que ya no soy Sacha. Que no nos conocemos cuando nos lleguemos a encontrar.

Carobín se hallaba demasiado estupefacto para responder.

—¿Me comprende usted? — continuó ella — La vieja Sacha ha muerto. La vieja vida ha cesado de existir. Deseo que todo se olvide.

—¡Sacha! — exclamó, al fin, Carobín. — ¿Es usted en realidad la que habla? ¿Que la ha cambiado a usted? Cuando usted partió con aquel americano...

—Mi esposo, Carobín, — respondió ella tranquilamente, pero con un cierto imperio. Y Carobín vió en los ojos de la mujer una expresión a la vez altiva y tierna. Comprendió lo que había cambiado a aquella mujer, de demonio en ángel, de lobo en cordero.

—De manera, Sacha... ¿que es su esposo?

—Mi esposo, — respondió ella. — Eso es. Yo no quiero perderlo. Lo amo y él nada sabe

Asintió Carobín con la cabeza.

—Comprendo, — dijo — Se lo diré a Mauson.

Tan pronto como pueda, Carobin. No debe él dar ningún mal paso. No somos nada el uno para el otro, Mauson y yo. El pasado ha muerto. No quiero ni recordar que existe Mauson.

—Se lo diré así tan pronto lo vea, por la mañana, — respondió Carobín.

Miró ella el reloj.

—Son las doce menos veinte. Debo volver a casa. Mi esposo no puede estar sin mí, ni yo sin él. Adiós, Carobin; no se olvide de decirle eso a Mauson.

Dirigiéronse lentamente hacia la puerta, donde se despidieron. Al partir, cada una por su camino, las campanas de un reloj de iglesia dieron los tres cuartos.

En el salón de su departamento del hotel, Mauson esperaba esa hora. Su carta estaba terminada. Había decidido que, a las doce menos cuarto, habría llegado la hora.

En el momento que sonaba la primera campanada, levantó el cañón de su revólver a la sien y disparó.

DOUGLAS NEWTON

OSTRAS CON PAN RALLADO

Se unta una fuente de horno con manteca, se pone una camada de ostras, encima una de pan rallado, unos pedacitos de manteca y unas gotas de limón y así se sigue hasta llenar la fuente cuidando que lo último sea el pan rallado. Se coloca más manteca por encima y se pone en el horno hasta que se dore.

* * * *

COQUILLAS DE OSTRAS

Para seis coquillas se abre un tarro de ostras.

Modo de hacerlo: — Se hace primero una salsa blanca de la siguiente manera:

Se derrite al fuego una cucharada de manteca con una de harina, se le agrega medio cazo de leche y medio vaso de agua de las ostras.

Se revuelve para que espese, se retira del fuego y se le añade una yema de huevo crudo, las ostras y un poquito de sal y pimienta.

Se rellenan con la pasta las coquillas echándoles pan rallado por encima y se meten al horno hasta que se doren.

* * * *

OSTRAS "A CABALLO"

Ingredientes: — Doce ostras, doce rebanaditas de jamón, doce rebanaditas de pan frito, media cucharadita de perejil picado, jugo de limón, sal y pimienta.

Modo de hacerlo: — Se cortan rebanaditas de jamón largas y angostas, se sazonan con perejil, sal y pimienta, se pone una ostra en cada rebanada, se rocía con unas gotas de limón, se envuelve bien con el jamón y se asegura con un palito de dientes.

Se fríen en la sartén o se cocinan en el horno, todo el tiempo necesario para calentar el jamón, de lo contrario la ostra se vuelve dura, después se les sacan los palitos y se sirven sobre el pan frito, para empezar el almuerzo o comida.

Nota. — En vez de jamón se puede usar tocino, cocinado primero en agua y después frito.

Se sirven también frías.

ENSALADA DE OSTRAS

Se saca el agua a una docena de ostras. Se pica una cantidad de lechuga que equivalga a la mitad de las ostras.

Se hace el siguiente aderezo: dos cucharadas de aceite, cuatro de vinagre, una cucharadita de sal, una de azúcar, media de pimienta y media de mostaza, se mezcla bien.

En la ensaladera se ponen unas rebanaditas de pan sin corteza, se agregan las ostras y lechugas y se vierte por encima el aceite y vinagre y un huevo duro picadito.

* * * *

HUEVOS REVUELTOS CON OSTRAS

Ingredientes: — Una docena de ostras, seis huevos, una cucharada de manteca fresca, una cucharadita de té de pasta de anchoa, sal y pimienta a gusto.

Modo de hacerlo: — Se mezcla la manteca con la pasta de anchoa y se pone a calentar en la sartén, después se le añaden los huevos batidos y sazonando con sal y pimienta, se revuelven hasta que se empiezan a endurecer, entonces se les agrega lo más ligeramente posible las ostras cortadas en pedacitos.

Se sirve en rebanadas de pan tostado untadas con manteca.

* * * *

OSTRAS A LA CREME

Para cinco timbales se abre un tarro de ostras.

Modo de hacerlo: — Se hace primero una salsa blanca de la siguiente manera:

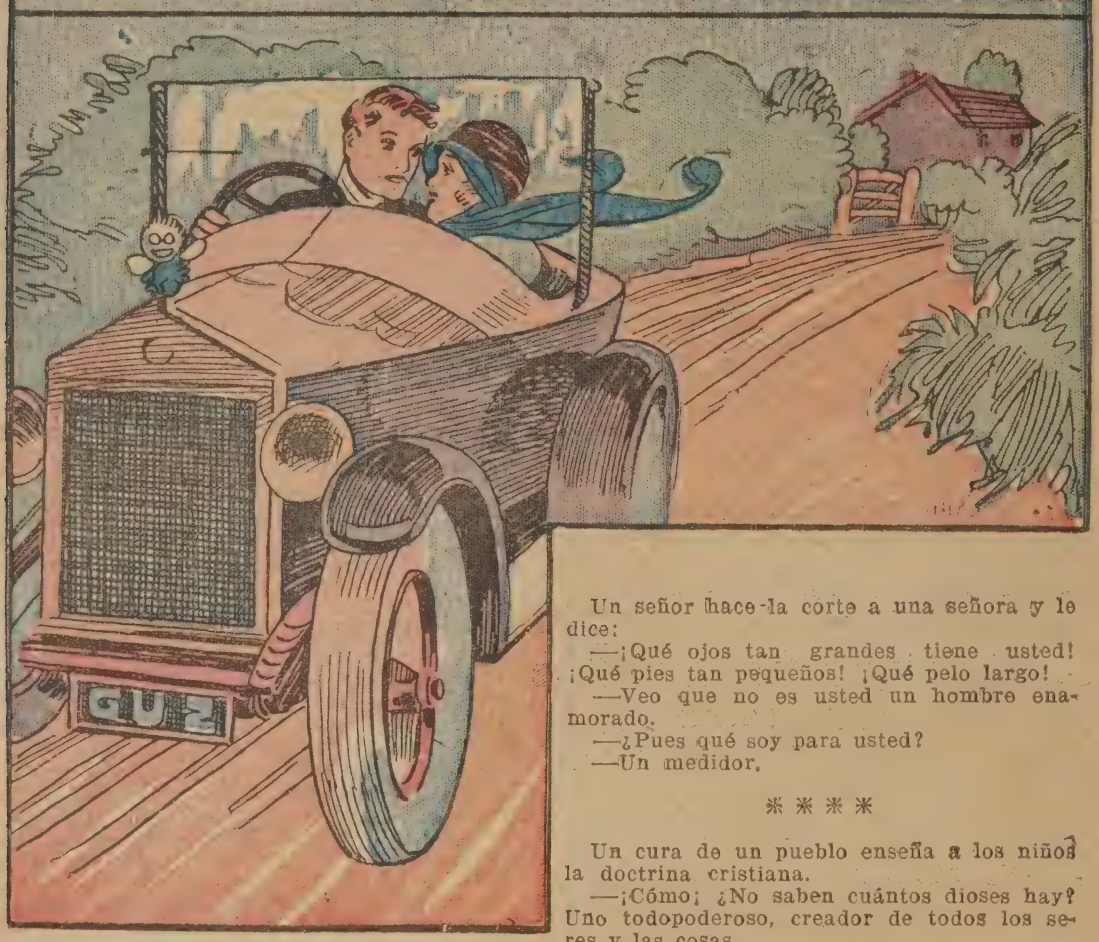
Se derrite al fuego una cucharada de manteca con una de harina, se le agrega medio vaso de leche y medio vaso de agua de las ostras.

Se revuelve hasta que espese, se retira del fuego, se le añade una yema de huevo crudo, las ostras y un poquito de sal y pimienta, se deja cocinar un ratito. Por otro lado se coloca en el fondo de los timbales lechuga picadita, se cubre con la crema de ostras y por encima se adorna con huevo duro picadito y una ostra en el centro de cada timbal.

Se sirve frío o caliente.

CORDON BLEU.

"Bombón Fino"



Niños de ahora:

Un buen hombre a un amigo de confianza:

—Deseo que abras los ojos a mi hijo y le digas que va a parar muy mal si sigue de ese modo.

—¿Pero por qué no se lo dices tú mismo?

—Porque soy su padre, y, naturalmente, no ejerzo ninguna influencia sobre él.

* * * *

—Usted conoce a Jerónimo el carpintero?

—¡Sí!

—¿Es hombre que dice la verdad?

—Según.

—¿Cómo según?

—Usted cuando quiere saber una cosa, pregúntesela a Jerónimo. El se la contará.

—¿Y después?

—Después puede usted estar seguro de que la cosa es completamente lo contrario de todo lo que Jerónimo le ha dicho.

Un señor hace la corte a una señora y le dice:

—¡Qué ojos tan grandes tiene usted! ¡Qué pies tan pequeños! ¡Qué pelo largo!

—Veo que no es usted un hombre enamorado.

—¿Pues qué soy para usted?

—Un medidor.

* * * *

Un cura de un pueblo enseña a los niños la doctrina cristiana.

—¡Cómo¡ ¿No saben cuántos dioses hay? Uno todopoderoso, creador de todos los seres y las cosas.

—Menos de mi hermanito, que lo está criando mi mamá, — contesta un muchacho.

* * * *

Entró a afeitarse un señor en una barbería y a los primeros pases el oficial le dió un tajo. Queriendo compensar a fuerza de amabilidad el accidente, le preguntó después:

—¿Quiere usted que le deje la patilla?

—¡Hombre! — contestó el ciente. — ¡Me contento con que me deje la cabeza!

* * * *

En la Asistencia Pública:

—¿Qué le pasa a ese chico? — pregunta el médico.

—Que se ha tragado una libra esterlina — dice el padre del nene.

—¡Cómo! ¿Se ha tragado una libra esterlina y tiene usted el descaro de traérmelo a consulta gratuita?

UN CIRUJANO EXCELENTE

El cirujano muy distraído: — ¡Cómo! ¿Le he cortado la pierna sana? ¡Y ahora me lo dice!

UN RELATO QUE DA QUE PENSAR

EN LA CALLE

Por PAUL VITERBO

(Traducción del francés)

CON sus doce años iba tirando el pobre trabajosamente de un carro de mano, cargado de ladrillos, como una hormiga que lleva a remolque un grano de trigo de tamaño mayor que ella.

Iba el muchacho cuesta arriba, y al llegar a la mitad de la calle tuvo que detenerse para secarse el sudor.

Algunos transeuntes se detuvieron para contemplar el divertido espectáculo de aquel chico trabajando como una bestia.

Una señora de corazón sensible exclamó:

—¿Cómo se consiente que un chico cargue con un peso así?

Un mocetón de aspecto de hércules de feria asintió a la exclamación de la señora; pero no se dignó ayudar a su prójimo.

En torno del chico se formó un grupo de gente, que lo animaba con sus voces:

—¡Anda, valiente!

—¡Animo!

—¡A la derecha! ¡A la izquierda!

* * * *

De pronto, la escena cambió de aspecto. Un transeunte bien intencionado intervino, muy a tiempo.

—¡Es una vergüenza que dejemos solo al chico! ¿Adónde vas?

El muchacho dió unas señas lejanas, y la gente, compadecida y estimulada por el ejemplo, se puso a empujar el carro.

Con el impulso de aquella masa humana, el carro avanzaba ahora triunfalmente, como en la antigüedad el carro de un cónsul en el circo romano.

Entretanto, el filantrópico autor de la idea de ayudar al chico empujaba con los demás y se desataba en insultos contra el cínico explotador que encargaba a un niño un trabajo tan penoso, y contra la autoridad, que no castigaba aquello.

* * * *

—¿Y por qué no has dicho a tu patrón que era mucho peso para tí y que no podías?

—Ya se lo he dicho, no vaya usted a creer, — respondió el muchacho.

—¿Y qué te contestó ese monstruo?

—Pues me ha dicho: "Tú tira del carro, que en cuanto llegues a la esquina no faltarán unos cuantos vagos idiotas que te lo lleven."

PAUL VITERBO.

ERA EFECTIVAMENTE "MUY BUENO"

El cliente: — Cuando yo le compré a usted este perro, usted me aseguró que era muy bueno para las ratas, pero resulta que las oye, las ve y ni las corre ni las caza.

El vendedor de perros. — Precisamente lo que yo le dije: es de lo más bueno que hay para las ratas; tan bueno que nos les hace daño alguno.

"EL GATO ESCALDADO DEL AGUA FRIA HUYE"

ESCARMENTADO

Por PIERRE MILLE

(Traducción del francés)

ESTABA el tío Braulio trabajando en sus tierras, — situadas en un pintoresco lugar de Francia, — cuando un vecino llegó velozmente a avisarle que su granja estaba ardiendo.

No le causó gran impresión la noticia, y sin grandes prisas marchó al lugar del siniestro.

La razón de su tranquilidad era que el tío Braulio tenía la granja asegurada en una importante cantidad.

El asunto resultaba en defintiva muy ventajoso para él, pues la granja no le era ya útil y más bien le estorbaba por el mucho lugar que ocupaba.

Avisada la Compañía de Seguros, se presentaron inmediatamente sus inspectores para examinar las circunstancias del siniestro. Se comprobó que se trataba de un accidente casual. Faltaban, sin embargo, los medios de apreciación del daño, y el tío Braulio pudo, por tanto, lamentarse a su placer de las grandes pérdidas que le ocasionaba el incendio y reclamar el máximo de indemnización.

En vista de sus exigencias, la Compañía, amparándose en una de sus cláusulas del contrato, reedificó la granja y se la entregó a su dueño.

No hay que decir el desengaño que sufrió con esto tía Braulio; pero tuvo que resignarse y aceptar la granja

* * * *

Poco tiempo después recibió la visita de un agente de seguros, que le expuso las ventajas de este género de operaciones.

El labrador le escuchó sin decir una palabra, y cuando terminó el agente, le dijo:

—¿Asegurarme yo? ¡Jamás! Ya estoy escarmentado en eso de los seguros.

El agente insistió:

—Entonces no se asegure usted. Pero ¿por qué no asegura al menos a su señora?

—¿A mi mujer?... — exclamó indignado, el tío Braulio. — ¿Para que si se muere, en vez de dinero me den otra mujer? ¡Jamás!

PIERRE MILLE

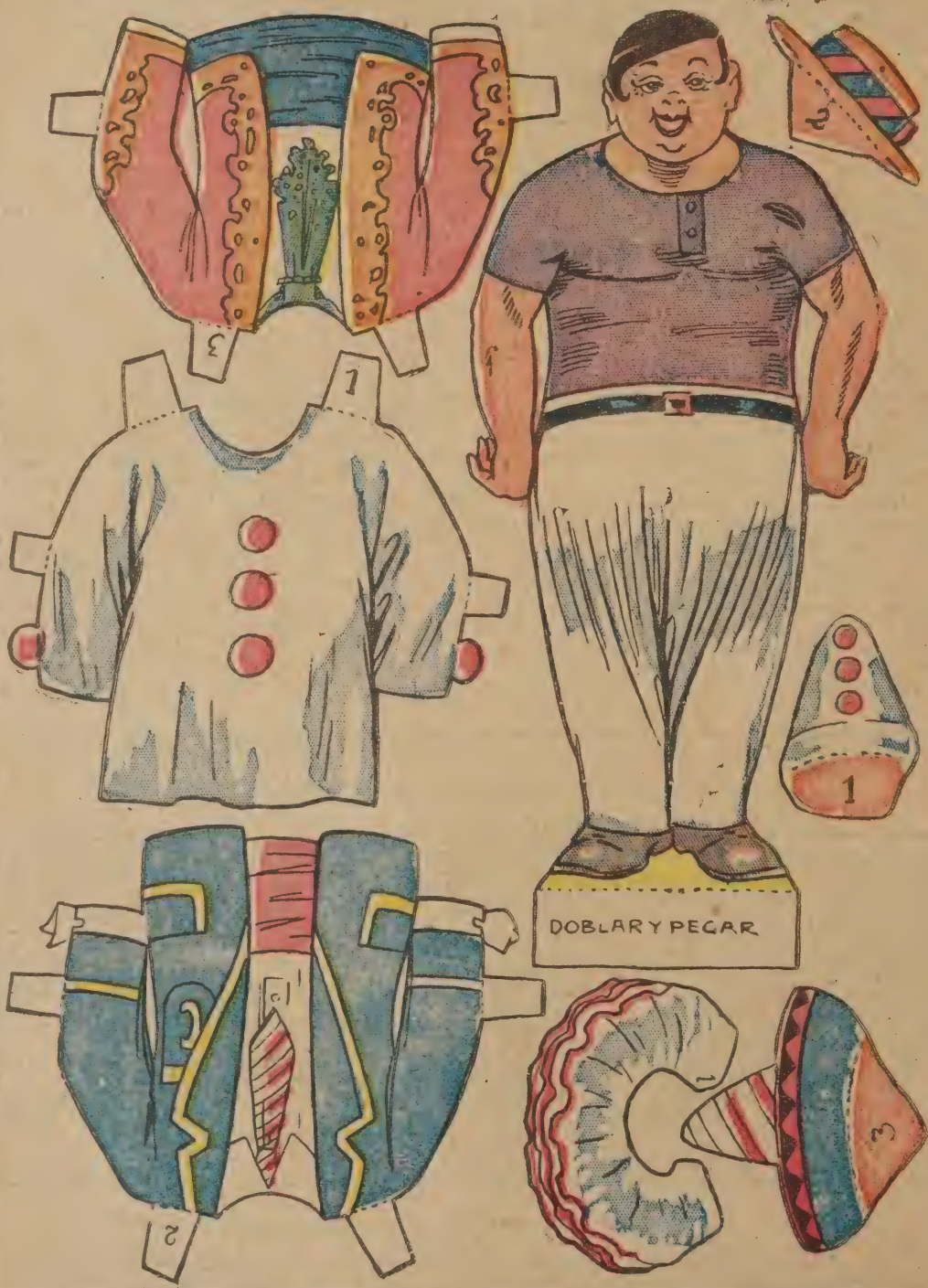
UNA ADVERTENCIA INNECESARIA

El cliente: — ¡Pero mozo! ¡Bien podía haberme usted avisado que la cama estaba llena de chinches!

El mozo: — Francamente, señor, pensé que no era necesario decírselo, porque usted lo notaría en seguida de acostarse.

Los modelos infantiles de "Pucky"

Es tanta la facilidad con que se arma este modelo que casi no necesita explicaciones. Basta indicar que conviene pegar la figura del cuerpo en cartón y los trajes en cartulina. El muñeco se pega en trozo cuadrado de cartón que le sirva de base, sujetándolo por atrás con un puntal de cartulina.



EL HIJO DEL LOBO

Por JACK LONDON

Un relato, interesantísimo como todos los de su autor. - Traducción del inglés.

EL hombre no aprecia casi nunca a la mujer en su justo valor hasta que no se ve privado de su convivencia.

De ordinario vive y se ve envuelto en la atmósfera femenina sin percatarse de la sutilidad que hay en ella; mas el día que le falta, la sensación de vacío que rodea su existencia crece más cada día. En estos momentos, el hombre aspira vagamente a algo tan poco definido que difícilmente podría explicarlo, y si le acontece el topar con amigos tan inexperimentados como él, se encogen de hombros al mirarle, y acaban por recomendarle un tónico. Pero con el tiempo aumenta el malestar, y los detalles pequeños del vivir cotidiano pierden todo interés a sus ojos, y por último, en un buen día, cuando el vacío se le iba haciendo más insoportable, su espíritu repentinamente se inunda de luz.

Cuando esto sucede en el país regado por el Yukón, el caudaloso río de Alaska, el hombre que padece tal pasión de ánimo se agencia una barca, si es en verano, o engancha sus perros a un trineo, si es invierno, y se marcha hacia el Sur. Si tiene fe en el porvenir de aquel país, vuelve meses más tarde trayendo consigo una mujer que compartirá, al poseer su confianza, los rudos trabajos de la aventura. Esto viene a mostrarnos el egoísmo innato en el hombre, y nos recuerda los infortunios de Scruff Mackenzie en aquellos tiempos en que el país aún no había sido invadido por la ola de recién venidos, y en que el "klondyke" no se conocía más que por la pesca del salmón.

Por su aspecto externo, Scruff Mackenzie parecía nacido en la frontera, y efectivamente, había vivido allí. En su rostro veíanse las huellas de veinticinco años de lucha incesante contra una Naturaleza áspera y salvaje. Los dos años últimos, los más duros y difíciles de todos, los había pasado buscando a tientas el oro que se encuentra a la sombra del círculo polar ártico. Cuando aquellas soledades comenzaron a hacérsele pesadas, no tuvo sorpresa alguna, porque, a fuer de hombre práctico, había conocido a muchos otros con igual desventura. No exteriorizó signo alguno de malestar y siguió trabajando aún con más ahinco. En el verano luchó contra los mosquitos y trabajó en los terrenos auríferos del Stuart River, para procurarse una doble provisión de víveres. Reunió después unos cuantos troncos de árbol en forma de balsa, en la cual bajó por el Yukón hasta Forby Mile, y allí construyó una de las cabañas más bonitas del campamento. Tan confortable la encontraron, que algunos se ofrecieron a vivir con él en compañía. Pero él pronto les quitó toda esperanza, con breves y secas frases, notables por su laconismo y energía, y se procuró, comprándolas, provisiones abundantes para dos personas.

Como podemos ver, Scruff Mackenzie era un hombre práctico.

Cuando necesitaba algo iba directamente a procurárselo, sin pararse en barras. Aunque habituado a los trabajos más penosos, no sentía grandes deseos, primeramente, de hacer un viaje de novecientos kilómetros por hielo, después otro por mar, — cerca de dos mil millas, — y luego un tercero de casi mil quinientos kilómetros a pie, y todo a la busca y captra de una mujer. No. La vida le parecía demasiado breve para todo esto. Enganchó sus perros, echó sobre su trineo una carga bastante original y partía a través de la inmensa llanada, en la cual los manantiales del Tanana dibujan sus vertientes occidentales.

Era un infatigable viajero, y sus perros-lobos podían, con sólo una frugal comida, andar mucho tiempo, y rendir mayor suma de trabajo que ningún otro atalaje en toda la cuenca del Yukón.

Tres semanas más tarde llegaba a un campamento de cazadores de la tribu de los Sticks, establecido en el curso superior del Tanana. Los Sticks quedaron sorprendidos de su audacia, pues no son gentes que gozan de buena reputación, y de ellos se dice, con verdad, que han matado a más de un blanco con sólo el objeto de robarle sus trastos, aún cuando éstos fuesen un hacha o una carabina en mal estado. Sin embargo,

Scruff Mackenzie se plantó en medio de la tribu solo y con un aire en que se confundían maravillosamente la humildad, la sangre fría, la familiaridad y la insolencia. Hace falta un profundo conocimiento del espíritu de los bárbaros y una gran flexibilidad para servirse de armas tan diferentes; mas nuestro héroe era maestro en tales artes y sabía, según las circunstancias, mostrarse ora muy conciliador o amenazar con tonos de una cólera olímpica.

Se fué derecho al jefe, Thling-Tinneh, y ante él se inclinó profundamente, ofreciéndole una libra de té negro y otra de tabaco, lo que le conquistó inmediatamente la benevolencia del jefe. Después se mezcló con hombres y muchachas, anunciándoles que por la noche les daría un "potach", la fiesta particular de aquellas tribus. En un rectángulo de cerca de cien pies de largo y veinticinco de ancho se aplastó la nieve hasta formar una superficie muy dura, y se encendió en el centro una gran hoguera, mientras que se tapizaban los costados con ramas de pino. Los individuos de aquella tribu, en número paroximadamente de unos sesenta, salieron de sus cabañas y se pusieron a cantar aires populares en honor del huésped.

Dos años de estancia en aquellas regiones habían enseñado a Scruff Mackenzie los pocos centenares de palabras que componen el vocabulario de aquellos poblados. Había cogido muy bien sus sonidos guturales, asimilándose el giro de sus frases, sus dialectos japoneses, así como los detalles honoríficos tan duros al oído. De esta manera pronunció un discurso a su gusto, teniendo cuidado de satisfacer su necesidad de poesía amorosa con raptos de elocuencia bastante rudos y con contorsiones metafóricas. Cuando Thling-Tienneh y el "Shamán" (médico y santón), le respondieron en el mismo tono, hizo regalillos a los hombres y se puso a cantar con ellos; tomando luego parte en el juego de los cincuenta y dos palos o bastones, en el que era sumamente diestro.

Le fumaron su tabaco y estaban encantados; mas en cuanto a los jóvenes, éstos adoptaron una actitud de desconfianza. Sentían correr entre ellos como un espíritu o aire de bravata que se traslucía bien a las claras de las insinuaciones terminantes de las viejas desdentadas y de las alusiones de las muchachas. Habían conocido muy pocos blancos, "Hijos de lobo", como los llamaban; pero sabían de ellos historias muy extrañas.

Pese a su aparente indiferencia, Scruff Mackenzie notó a escape esta disposición. Bien envuelto en sus pieles, en la noche siguiente reflexionó seriamente en sus cosas y formó su plan de campaña, mientras fumaba numerosas pipas. Entre las muchachas había una sola que le gustaba, y ésta era nada menos que la hija del jefe de la tribu, la linda Zarniska. Sus rasgos, su figura y su aire respondían mejor al tipo de belleza de los blancos, de tal manera que se destacaba una enormidad entre las demás jóvenes de la tribu. Pensaba llevársela, hacerla su esposa y cambiarle su nombre por el de Gertrudis. En cuanto tomó esta resolución, se volvió de lado y se durmió profundamente, como un hijo legítimo de la raza de conquistadores.

Lo que quería no era cosa muy fácil de hacer; era preciso andar con cuidado. Scruff Mackenzie maniobró diestramente y con una indiferencia que desconcertó a los Sticks. Tuvo buen cuidado de hacer entender a los hombres que era un cazador fantástico y una excelente escopeta, y las alabanzas a su puntería corrieron por el campo cuando vieron que mataba a un "moose", animal corpulento, perteneciente a la familia del reno, a quinientos metros.

Una tarde se fué a visitar a Thling-Tinneh en su tienda forrada de pieles de "moose" y de carabo; habló fuerte y distribuyó generosamente su tabaco. No olvidó de rendir tal honor también al Shamán, porque comprendió la influencia de esta especie de médico sobre el pueblo aquél, y le convenía tenerle como aliado. Pero este bonzo era áspero y altanro; no se dejaba engañar, y Scruff Mackenzie le incluyó con razón, en el número de los que quizá se volverían contra él.

Como no veía el medio Mackenzie de estar a solas con Zarniska, se contentaba con dirigirla miradas incendiarias, que dejaban entrever claramente sus intenciones. Ella, que lo había adivinado, como coqueta que era, cuando los hombres se iban se rodeaba de muchachas para ofrecer a Macnenzie la ocasión soñada. Pero éste no sentía prisa; sabía que ella no dejaría de pensar en él, y con unos días que la muchacha tuviera aquella preocupación constante, sus proyectos irían viento en popa.

Por fin, una noche, cuando juzgó que había llegado la hora, abandonó rápidamente la tienda ahumada del jefe, entrando en la más próxima. Como siempre, Zarniska estaba sentada en medio de las mujeres ocupadas en hacer labores y trabajos en perlas. Cundo entró, todas se echaron a reir, bromeando y mezclando su nombre con el de Zarniska. Atrevidamente las echó una a una afuera sobre la nieve, desde donde partieron rápidas a esparcir la noticia por todo el campamento.

Al quedarse solo, cálidamente defendió su causa en el lenguaje de la muchacha, porque realmente no le hubiera entendido en otra lengua. Al cabo de dos horas se levantó y se marchó.

—Entonces, estamos conformes; Zarniska irá a la cabaña del hombre blanco. Ahora voy a hablar a tu padre, que quizá no sea de esta opinión. Le haré muchos regalos; pero que no pida demasiado. ¡Y si dice que no... es igual! Zarniska irá a pesar de todo, a la cabaña del hombre blanco!

Tenía ya levantadá la cortina de pieles para salir, cuando un sollozo ahogado le atrajo al lado de la joven. Ella se arrodilló ante él en la piel de oso que tapizaba la tienda, y ruborosa y como verdadera hija de Eva se desabrochó tímidamente el pesado cinturón con el que ordinariamente se ceñía.

Sorprendido y escamado la miró, escuchando atentamente el menor ruido del ex-

terior. El movimiento que hizo ella en seguida disipó sus temores y le hizo sonreir de alegría. Zarniska se levantó para tomar de su bolsa de labor un capote de piel de "moose" cuajado de un bordado de perlas de fantástico dibujo; tomó luego el cuchillo de caza de Mackenzie, mirando respetuosamente la hoja y probándola ligeramente en la yema de su dedo, y la volvió a la vaina. Colocó el arma en el capote de pieles, en el sitio de costumbre, por cima de las caderas, y se lo colocó a Mackenzie. Parecía una escena de la Edad Media; una dama armando a su caballero.

Mackenzie alzó a la joven y rozó con su bigote los rojos labios de Zarniska. Para ella esto fué la caricia desconocida del Lobo. La edad de piedra y la de hierro se confundían en esta escena.

Hubo como un leve rumor en el aire cuando, poco después, Scruff Mackenzie, llevando en brazos un gran bulto, alzó la cortina de la tienda de Thling-Tinneh. Por todas partes corrían los chicos llevando leña seca al sitio en que el "potlanch" debía realizarse. Un murmullo de voces femeninas se oía cada vez más distinto, y los hombres agrupados se consultaban con aire sombrío, mientras que de la tienda del Shamán salía el rumor extraño de una especie de encantamiento o salmodia.

El jefe estaba a solas con su mujer, con los ojos extraviados. De una ojeada comprendió Mackenzie que la noticia había llegado allí. Por eso entró prontamente en materia, teniendo cuidado de que se percatasen del capote bordado, regalo de boda.

—¡Oh! Thlin-Tinneh, poderoso jefe de los Sticks y de la tierra del Tanana, — exclamó. — Tú eres el que mandas en el salmón, en el oso, en el moose y el carabao! El hombre blanco se presenta ante tí con un gran proyecto. Desde hace muchas lunas vive solitario, su cabaña está vacía. Su corazón, plegado al silencio, suspira por una mujer que tome asiento a su lado, bajo su tienda, y le prepare al volver de la caza el alimento reconfortante. Ha oído el extraño rumor de los pasitos del niño y el sonido de sus vocecitas ha llegado hasta él. Una vez tuvo una aparición que vino a turbar sus noches solitarias: vió al Cuervo, que es tu padre, el gran Cuervo, padre de todos los Sticks, y el cuervo habló de esta manera al hombre blanco: "Calza tus polainas, ata tus patines y prepara tu trineo; aprovisiónate de alimento para muchos días y cárgate de hermosos presentes para el jefe Thlin-Tinneh. Vuelve luego la vista hacia donde el sol acostumbra a desaparecer en medio de la primavera y viaja hasta el campamento de caza del gran jefe. Le ofrecerás tus magníficos presentes, y Thling-Tinneh, que es hijo mío, será para tí un padre. Bajo su tienda hay una joven, a la cual he dado la vida para tí; esa muchacha será tu mujer."

"Así habló el gran Cuervo. Por esto deposito a tus pies numerosos regalos y deseo llevarme a tu hija.

Con aire no desprovisto de majestad el anciano se ciñó sus pieles, procurando no contestar, mietras que un hombrecillo medio enano se escurrió en la tienda, desapareciendo casi instantáneamente, no sin haber advertido rápidamente que el consejo reunido reclamaba la presencia del jefe.

—¡Hombre blanco, a quien llamamos el "Matador de Mooses", y eras también conocido entre nosotros con el nombre de "Lobo" y de "Hijo del Lobo"! Sabemos que perteneces a una raza poderosa, y nos enorgullecemos de tenerte como huésped en nuestro "potlach", pero el rey-salmón no tiene alianza con el salmón subalterno, ni el Cuervo con el Lobo.

—¡Cómo puede ser eso! — exclamó Mackenzie. — He encontrado muchas veces a las hijas del Cuervo en los campos del Lobo. Ejemplo, la mujer de Mortimer, la de Tregidgo, la de Bernabé, que volvió hace dos inviernos, y aunque no las haya conocido, he oído hablar de otras muchas hijas del Cuervo. . .

—Dices verdad, hijo mío; pero esas son reuniones funestas, como la del agua con la arena, y el copo de nieve con el Sol. ¿Te encontraste a Mason y a su compañera? ¿No? Aquí vino hace diez años; era el primero de todos los Lobos. Con él vino un hombre forzudo, vigoroso, tieso como la rama del sauce, fuerte como el oso gris, con el rostro barbilampiño y con un corazón como la plena luna de estío. Su. . .

—¡Ya! — interrumpió Mackenzie, al reconocer al personaje conocido en todo el Norte. — ¡Es Malemute Kid!

—¡El mismo! Un hombre fortísimo. ¿No conoces a su mujer? Era la verdadera hermana de Zarniska.

—No, jefe, no la conozco; pero he oído hablar de ella. Mason, allá abajo, en el Norte, fué aplastado por un enorme tronco de abeto vi[illegible]ísimo; pero era muy grande su amor y poseía mucho oro. Gracias a este ro, su mujer con el hijo vi[illegible] bastantes días hacia el país en donde se ve en invierno el sol a mediodía, y allí vive. Sin las grandes heladas, sin nieve, sin el sol de medianoche en verano, sin la noche a mediodía en invierno.

En esto llegó un segundo mensajero que le habló al jefe de la imperativa llamada del consejo. Al mirar Mackenzie hacia afuera, en la nieve, se percató del grupo de hombres acurrucados ante la hoguera del consejo, y además oyó a lo lejos el rítmico rumor de unas canciones masculinas, y comprendió que el Shamán excitaba las iras del pueblo contra él. El tiempo apremiaba... Volvióse hacia el jefe:

—¡Vamos, pronto! ¡Quiero tu hija! Fíjate: aquí el tabaco, el té, un gran número de tarros llenos de azúcar, confortables abrigos, pañuelos de hermosos colores; por último, una carabina, una verdadera carabina con mucha pólvora y municiones.

—No, — contestó el viejo, luchando para no aceptar todas las riquezas extendidas ante su vista. — Ahora está reunido mi pueblo y no quieren este matrimonio.

—¿No eres tú el jefe?

—Desde luego; pero los jóvenes están furiosos porque los Lobos se llevan las mu-

chachas de la tribu y no tienen con quién casarse.

—¡Escucha, Thling-Tinneh! Antes que el día suceda a la noche, el Lobo tomará, con sus perros, el camino de las Montañas del Este, hacia la comarca del Yukón, y Zarniska abrirá paso con sus perros...

—Pero antes que pase la media noche, mis muchachos quizá arrojarán a los perros la carne del Lobo, sembrando sus huesos en la nieve, en donde permanecerán ocultos hasta el día en que la primavera los descubra.

La amenaza respondió a la amenaza. El rostro bronceado de Mackenzie se volvió rojo, sombrío, y alzó la voz. La anciana esposa del jefe, que hasta entonces era espectadora impasible, se escurrió detrás de él hasta la puerta. El canto de los hombres se detuvo de repente y sucedió un gran murmullo de voces en el momento en que Mackenzie empujaba rudamente a la vieja hasta tirarla al suelo.

—¡Una vez más atiende, Thling-Tinneh! El Lobo muerde aún con la boca cerrada. Para caer él arrastrará a diez de tus hombres, los más fuertes, que te harán mucha falta, porque ahora comienza la caza, y el tiempo de la pesca vendrá dentro de breves lunas. ¿Qué sacarás de provecho con mi muerte? Conozco las costumbres de tu pueblo; te tocará sólo una pequeña parte de mis riquezas, mientras que las tendrás íntegras si me das a tu hija... Además... no tardarán mis hermanos, que son muy numerosos y tienen un hambre que jamás se ve satisfecha... Las hijas del Cuervo engendrarían su pequeñuelos en las tiendas del Lobo. Mi pueblo es mayo que el tuyo, y a estas empresas está llamado. Concédeme lo que te pido y todas estas cosas tan bonitas serán para tí.

Fuera se oía el ruido de los patines sobre la nieve. Mackenzie cargó su escopeta y preparó los dos revólveres que llevaba al cinto.

—¿Consientes, jefe, sí o no?

—Pero... ¿y mi pueblo, que dirá que no?

—Consiente y estas riquezas son tuyas, que yo me las arreglaré con tu pueblo.

—Puesto que el Lobo lo quiere, tomaré estos regalos...; pero conste que yo le he advertido...

Mackenzie pasó a poder del jefe todos los regalos, procurando descargar la escopeta, y cerró el trato con el presente de un pañuelo de seda de vivos colores. En ese momento, entró el Shamán, acompañado de media docena de muchachos. Rápidamente, Mackenzie, con audacia, se abrió paso por entre ellos a empujones y salió de la tienda.

—Prepárate a salir, — dijo secamente a Zarniska, como saludo, entrando en su tienda.

Enganchó a toda prisa los perros, y minutos después se presentaba con su tiro o atalaje en medio del consejo. La joven estaba a su lado. Se colocó en lo alto del rectángulo, junto al jefe, y puso a Zarniska a su izquierda, un poco detrás de él, como era su puesto, y además, como estaba próxima la hora de la lucha, era conveniente que tuviera las espaldas guardadas.

Por ambos lados, los hombres, agrupados alrededor del fuego, cantaban en voz alta himnos populares en que añoraban la historia pasada de aquel pueblo. Extraño canto con cadencias sincopadas y un estribillo monótono y constante, y que fuera de aquel lugar no podía ser más bello ni agradable. Al otro lado del rectángulo, cinco o seis mujeres bailaban bajo la vigilancia del Shamán, que gritaba y regañaba severamente a las que cedían a estos habituales transportes del rito.

Ni aun la palabra terrible puede dar idea de la impresión que causaba aquel espectáculo. Medio ocultas bajo la pesada mausa de sus cabellos, que les caían enmarañados hasta la cintura, las mujeres se balanceaban lentamente adelante y atras ondulando sus cuerpos, según el ritmo que sin cesar cambiaba.

Era una escena rarísima, un anacronismo. En el lejano Mediodía, el siglo XIX desgranaba los años de su última década y allí como fragmento olvidado del mundo antiguo, florecía el hombre primitivo, alejado apenas del tiempo de las cavernas prehistóricas.

Los perros-lobos, de feroz pelambrera, se veían echados entre sus amos cubiertos de pieles de fieras; con los ojos inyectados en sangre y las fauces echando espuma, reflejaban las llamas del fuego. Los bosques dormían bajo la blanca sábana de hielo. Un gran silencio, que salía de las selvas, parece que era todo el fondo del espectáculo; las estrellas danzaban misteriosas en la bóveda azul, como siempre en las épocas glaciales, mientras que los espíritus del polo lucían sus resplandecientes vestiduras a traves de los cielos.

Scruff Mackenzie, al dar una ojeada hacia las dos grandes avenidas de abetos, para ver los que faltaban de aquellas gentes, no entrevió más que una idea vaga del espectáculo grandiosamente salvaje. Su mirada topó un momento sobre un recién nacido, a quien su madre amamantaba allí con el pecho desnudo a cuarenta grados bajo cero, y pensando en las mujeres delicadas de su raza, sonrió ferozmente. De una de aquellas mujeres procedía él y de ella había recibido toda herencia, como las de su raza, el poder de reinar sobre la tierra y sobre el mar, sobre los pueblos y sobre los animales de todas zonas. Solo contra ciento, lejos de los suyos y en medio del invierno de las regiones árticas, sintió correr por sus venas el fuego de sus antepasados, el deseo del amor salvaje y peligroso, y, con el estremecimiento de la lucha inminente, el ardor de vencer o morir.

Al cesar los cánticos y las danzas sagradas el Shamán se puso a perorar con elocuencia arrolladora.

Con la ayuda de su complicada mitología, supo reaccionar hábilmente el espíritu crédulo de su pueblo. La cosa se puso seria.

Oponiendo los principios o espíritus creadores, personificados en la Corneja y el Cuervo, a Mackenzie, estigmatizó a este, llamado Lobo o principio, o espíritu de lucha o destrucción. No se trataba solamente del combate de las fuerzas espirituales, sino de la lucha de hombre a hombre hasta destruirse.

Ellos eran hijos de Jelchs, el Cuervo, que había traído el fuego; Mackenzie era el hijo del Lobo, o en términos más claros El demonio. Un solo instante de tregua en aquella lucha perpetua y casar a sus hijas con los jefes del adversario era una traición y una blasfemia espantosa... No encontraba palabra bastante despreciable ni imagen suficientemente grosera y dura para calificar a Mackenzie a quien llamaba intruso, hipócrita, emisario de Satán. Un rugido salvaje, prontamente contenido, se escapó del fondo del pecho de sus auditores en el momento en que terminaba así su peroración:

—Sí, hermanos míos, Jelchs es todopoderoso. ¿No es él el que nos trae del cielo el fuego que ha de calentarnos? ¿No hace salir de sus cavernas al sol, la luna y las estrellas para que nos den su luz? ¿No os ha enseñado a luchar contra los espíritus malos como el Hambre, y la Helada? En estos momentos, Jelchs está furioso contra sus hijos, reducidos a corto numero y no quiere ayudarlos porque se han dejado arrastrar por malas acciones, recorriendo los senderos del mal al acoger en sus casas a sus enemigos, calentándoles con su fuego, Y el cuervo está afligido por la perversidad de sus hijos, Y hasta que estos no se eleven hasta él y quieran volver a él, no saldrá de las tinieblas para ayudarles. ¡Oh, hermanos míos! El mensajero del Fuego llega para decir palabras al oído de vuestra Shamán, y estas palabras las vais a oír: "Que los jovenes que llevan a las muchachas a las cabañas y que se arrojen al cuello del Lobo y que su odio no se extinga nunca. Solo entonces sus mujeres serán fecundas y crecerán y se multiplicarán, llegando a ser un pueblo poderoso; y los Cuervos mandarán tribus numerosas compuestas de los padres de los jóvenes y de los padres de aquellos padres, allá muy lejos, a los países del Norte, y estas tribus vencerán a los Lobos hasta hacerlos desaparecer como a los fuegos de nuestros campos del año pasado, y los Cuervos reinarán ya sobre toda la tierra." Tal es el mensaje de Jelchs el Cuervo.

Este símbolo de la venida del Mesías provocó una especie de rugido ronco en los Sticks, que se pusieron todos de pie. Se levantó un clamor enorme llamando al Zorro, clamor que cesó solamente cuando un joven se adelantó para hablar:

—Hermanos, las palabras del Shamán las dicta la Sabiduría. Al llevarse los Lobos nuestras muchachas, nuestros hombres no tendrán hijos. Estamos reducidos a un puñado. Los Lobos han cogido nuestras cálidas vestiduras de pieles y nos dan en cambio espíritus malignos que reposan en las botellas y en los vestidos hechos de hierba, y no de la piel del castor y del lince. Aquellas telas no calientan y nuestros hombres mueren de extrañas enfermedades. Yo, el Zorro, no tengo mujer... ¿Por qué? Por dos veces las jóvenes que me gustaban se marcharon al campo de los Lobos. Hoy mismo he reunido pieles de castor, de moose y de carabo para ganar el ánimo de Thling-Tinneh y casarme con su hija Zarniska. Y, sin embargo, ahí la tenéis con sus patines y dispuesta a guiar los perros del Lobo... No hablo solamente de mí. Lo mismo le ha sucedido al Oso; él también hubiera querido ser padre de los hijos de Zarniska, y con esta intención había reunido muchas pieles de las fieras. Hablo, pues, en nombre de todos los jóvenes que no tienen mujer. Los Lobos no se sacian nunca y siempre llevan la mejor parte en el botín, dejando a los Cuervos las migajas.

—Fijáos en Gugkla, — exclamó, señalando con el dedo a una mujer enferma; — sus piernas, torcidas como las bordas de una canoa, la impiden cargar la leña y llevar la comida a los cazadores. ¿A que no la escogen los Lobos?

¡Verdad, Verdad! — vociferaron los hombres de la tribu.

—Ahí está Moyri, a la cual el espíritu del mal le ha torcido la vista. Los niños lloran de miedo cuando los mira y se dice que el Oso la abre el camino sobre el hielo. ¿La han escogido también los Lobos?

Nuevos aplausos coronaron estas nuevas palabras.

—Mirad a Pischet, sentada aquí al lado; mis palabras no pueden llegar hasta ella. Jamás oyó la voz de su marido, ni tampoco el balbuceo de su hijo pues vive sumida en el gran silencio blanco. ¿Lo Lobos hicieron caso de ella? No, ellos se llevan la mejor parte y nosotros las sobras... Pero, hermanos míos, de ahora en adelante no sucederá lo mismo, no dejaremos ya que los Lobos se cuelen furtivamente en nuestros campos, ha llegado la hora.

En el momento en que acababa esta frase, un inmenso resplandor púrpura, verde, amarillo y violado atravesó el cielo de uno a otro extremo del orizonte; era una aurora boreal.

Con la cabeza hacia atrás y los brazos en alto, el orador exclamó:

—Mirad, los espíritus de nuestros padres se levantan, y esta noche se cumplirán grandes acontecimientos.

Reculó algunos pasos, y otro joven avanzó tímidamente, empujado por sus camaradas, a quienes llevaba de estatura la cabeza. Su ancho pecho parecía desafiar el frío, las palabras parecían helarse en sus labios y parecía un poco perplejo. Su rostro tenía la huella horrible de un golpe espantoso que le había llevado una mejilla. Con los puños se golpeó el robusto pecho, que resonaba como un tambor y su voz sonaba como gruñidos que salen de una caverna profunda.

—Soy el Oso Punta de Plata, hijo de la Punta de Plata. Y mi voz se parece a la de la muchacha cazadora de linces, de mooses y carabos. En medio de los horribles silbidos del viento atravesé las montañas del Sur, y he matado a tres hombres de los ríos blancos, y cuando estos se convierten en torrentes encontré el oso blanco, me detuve...

Tomó aliento y pasándose la mano sobre las terribles cicatrices prosiguió:

—No me parezco al Lobo. Mi lengua está helada como el agua; no sé pronunciar largos discursos, y sólo diré algunas palabras. El Zorro anuncia grandes acontecimientos

para esta noche. Sus palabras salen de sus labios como el agua del manantial, pero no es pródigo en acciones. Esta noche luchare con el Lobo, le mataré, y Zarniska vivirá en mi hogar. El Oso no tiene más que decir.

A pesar de la general hostilidad evidente de todos, Mackenzie se contuvo. Sabiendo que su escopeta de poco podía servirle se hechó mano a los revólveres para asegurarse de que estaban preparados, y se quitó los mitones, dejando, sin embargo, cubierto sus brazos con los guantes hasta el codo. Sabía muy bien que atacar a la vez a todos sus enemigos era perderse; más fiel a su palabra, se preparó a vender cara su vida

El Oso infundía respeto a sus camaradas, pues sus puños habían tenido siempre a raya a los más impetuosos. Cuando el tumulto pareció apaciguarse algo, Mackenzie echó una hojeada a Zarniska. Inclinada hacia adelante sobre sus patines, con los labios entreabiertos y las aletas de la nariz vibrantes como una tigresa que olfatea la presa, presentaba un aspecto soberbio. Sus ojazos negros, fijos en los hombres de la tribu, tenían una expresión temerosa y desconfiada, y la tensión de su espíritu era tal que hasta contenía su respiración. Con una mano crispada se apretaba convulsivamente el pecho y la otra empuñaba el látigo: parecía una estatua de mármol. Al momento, irguiendo la cabeza y dando un suspiro, dirigió a Mackenzie una mirada que revelaba todo su amor.

Thling-Tinneh intentó hablar a los de su tribu, pero su voz se extinguió en medio de aquellos hombres. El Oso empezó a dar una especie de gruñidos salvajes y continuos. Mackenzie avanzó y se precipitó con tal furor sobre su enemigo, que este reculó, y oyéndose en su garganta un grito de ahogo. y sus compañeros, apaciguados, se aprestaron a oír.

—Hermanos, — dijo Mackenzie, — el hombre blanco, a quien gustáis en llamar el Lobo, ha venido a vosotros con palabras amistosas, de hermano, y sus labios no se mancharon con la mentira. Pero vosotros habéis demostrado lo que encerráis en el corazón, y ya ha pasado el momento de las palabras de paz. Primeramente, he de deciros que el Shamán es un perfecto falso; tiene mala lengua, las mentiras que os ha dicho no proceden del Espíritu del fuego; sus oídos no oyen la voz del Cuervo, y se ha burlado de vosotros contándoos fábulas que ha inventado. No tiene poder alguno, y recordad el pasado. Cuando os vísteis obligados a matar vuestros perros y a comároslo, cuando nuestros estómagos sufrían horriblemente, cuando no teníais más alimento que las pieles de vuestras albarcas, cuando los viejos y las mujeres dormían el último sueño, cuando vuestros pequeñuelos se morían de hambre en el seno desecado de sus madres; cuando todo era sombras en vuestro alrredor, perecíais en tan gran número como el salmón en el pasaje, y el hambre os diezmaba. ¿qué penas y trabajos os ha quitado el Shamán? ¿Dió carne a vuestros estómagos hambrientos? Os lo repito, el Shamán no tiene poder alguno, y por eso le escupo al rostro!

Aunque un poco sorprendida por aquella especie de sacrilegio, la multitud no dió ni un solo grito de protesta. El miedo se retrató en el rostro de algunas mujeres; en los hombres se vió como la expectación de un milagro. Todos los ojos estaban fijos en las dos figuras centrales; el médico y santón padecía toda la amargura de aquellos momentos crueles; su poder iba a escapársele. Abrió la boca para amenazar, más se volvió pronto atrás ante la actitud feroz, con los puños en alto y los ojos centelleantes de Mackenzie. Este, riendo maliciosamente, añadió:

—¿No me matan? ¿No me hiere el rayo? ¿Las estrellas no se desprenden del firmamento para destruirme? Entonces esto se ha terminado. Ahora os voy a hablar de mi pueblo, que es el más poderoso de todos y reina en todos los países. En primer lugar, nosotros cazamos solos, como véis que lo hago yo; después cazamos en partidas, y, por fin, nos esparcimos en masa sobre el país como el carabao en ciertas épocas del año. Los que nos llevamos a nuestras cabañas viven, los que dejamos se mueren. Zarniska es una muchacha vigorosa, hecha para ser la madre de Lobos, y hagáis lo que hagáis, lo será, porque mis hermanos son muchos y siguen la huella de mis perros. Escuchad ahora la ley del Lobo: "Quien quiera que sea que mate a un Lobo, será castigado con la muerte de diez de los suyos." Muchos países han purgado estos delitos, y así sucederá siempre.

"Ahora me quiero dirigir al Zorro y al Oso. Ellos, según dicen, han puesto los ojos sobre esta muchacha. No puede ser, la he comprado; Thling-Tinneh se apoya en este momento en la escopeta que le he dado; mis regalos están en su tienda. Sin embargo, voy a corresponder con estos hombres. Al Zorro, cuya boca está seca por el discurso que ha pronunciado, le daré cinco grandes paquetes de tabaco para que humedezca su lengua y le permita pronunciar elocuentes discursos al Consejo. En cuanto al Oso, del que estoy orgulloso, le ofrezco dos abrigos, veinte cahices de harina, el doble de tabaco que al Zorro y si quiere seguirme más allá de las montañas del Este, tendrá una escopeta como la de Thling-Tinneh. Si no... ¡nos veremos las caras! El Lobo está ya cansado de hablar, y por última vez os repite la ley de su país: "El que haga perecer a un Lobo, será castigado con la muerte de diez de los suyos."

Después de hablar así, Mackenzie volvió a echarse atrás, en actitud de desafío, pero no sin experimentar una gran inquietud. La noche era oscurísima. Zarniska se acercó a él y en voz baja le contó las aventuras de guerra del Oso con su cuchillo.

Prontamente se decidió la pelea.

En un momento, muchos pies, calzados de albarcas, agrandaron el emplazamiento de la nieve que rodeaba al fuego. Se murmuraba de la derrota aparente del Shamán; unos decían que guardaba su poder para

otra ocasión; otros comentaban lo sucedido, dando la razón al lobo.

El Oso avanzó en la liza, empuñando un gran cuchillo de caza de fabricación rusa. Mackenzie se desciñó el cinturón con los revólveres y se lo puso á Zarniska, diciéndole:

—Si ves que me atacan por detrás, me visas, diciéndome con toda tu fuerza: "¡Marido mío!" Repítelo así: "¡Marido mío!"

Se echó a reir, la acarició la mejilla y se metió en el círculo.

No solamente el Oso tenía más estatura que Mackenzie, sino que su cuchillo era dos pulgadas mayor que el de aquél. Mackenzie se había visto frente a frente muchas veces con hombres de agallas, pero comprendió que esta pelea era una cosa seria. Sin embargo, el resplandor del acero, que brillaba a la luz del fuego, le excitó y despertó en él el instinto dominador de la raza.

El combate comenzó.

De vez en cuando, Mackenzie se veía rechazado cerca del fuego o al final del círculo de combate, pero pronto, en virtud de la táctica pugilista, volvía al centro. Ni una sola voz se oyó en su favor, mientras que los aplausos y sugestiones se prodigaban al Oso. Cada vez que los cuchillos se encontraban, Mackenzie apretaba aún más los dientes y dirigía o paraba los golpes con una calma consciente de su poder. Al principio tuvo lástima de su adversario; pero a este sentimiento substituyó muy pronto el instinto de conservación y luego conoció el placer de matar. Los diez mil años de civilización desaparecieron, no quedando nada más que el habitante de las cavernas luchando por la mujer elegida.

Dos veces hirió al Oso sin llegar a ser tocado por él; pero a la tercera vez sintió la hoja de su adversario, y para salvarse tocó con la mano libre el brazo armado del Oso. Hicieron un cuerpo a cuerpo. Mackenzie se dió cuenta a escape de la inmensa fuerza de su adversario. Sus miembros, al chocarse, se retorcían y anudaban, amenazando saltar con el esfuerzo; cada vez veía más cerca el acero. Intentó desasirse, pero no lo consiguió. Y el círculo de espectadores, vestidos de pieles de fieras, se estrechaba para presenciar mejor el golpe final y la derrota. Entonces, con toda la astucia de un luchador experimentado, Mackenzie se echó un poco de lado y asestó un gran cabezazo a su adversario. El Oso retrocedió involuntariamente, y al perder el centro de gravedad, Mackenzie se echó sobre él con todo su peso y le tiró contra la nieve endurecida y espesa.

—¡Marido mío, marido mío! — gritó Zarniska.

Al oír el choque de la descarga de un arco, Mackenzie se echó a tierra, y en el mismo momento pasó una flecha silbando por cima de él, que fué a clavarse en el pecho del Oso, cuando éste intentaba arrojarse sobre su enemigo. Mackenzie se levantó en seguida. El Oso yacía inmóvil, pero al otro lado de la hoguera, el Shamán se preparaba a lanzar una segunda flecha. Mackenzie cogió su cuchillo por la hoja y lo lanzó al aire. Hubo como un relámpago cuando el arma cayó sobre la hoguera y fué a hundirse hasta el mango en el cuello del Shamón. Vaciló un instante y cayó pesadamente, dando la cara en las ardientes cenizas.

¡Chas, chas!

Y el Zorro, que acababa de apoderarse de la escopeta de Thling-Tinneh, intentaba en vano disparar un tiro. Bajó el arma, oyendo que Mackenzie se reía a carcajadas.

—El Zorro no sabe manejar aún ese juguete; le pasa lo que a las mujeres. Ven, tráemelo, y te enseñaré lo que hay que hacer.

El Zorro dudaba...

—Ven, — insistió Mackenzie.

El Zorro acabó por adelantarse despacio y con la cabeza baja, como a un perro a quien acaban de zurrar.

—Mira cómo se carga y sale el tiro, — dijo, metiendo una bala y echándose la escopeta a la cara. — El Zorro ha dicho que esta noche acaecerían grandes acontecimientos, y no se ha engañado. Ha habido hazañas, pero las del Zorro no son las más notables. ¿Tiene aún la intención de llevarse a Zarniska a su cabaña? ¿Es que quiere seguir el camino emprendido por el Shamán y por el Oso?... ¿No?... Entonces vamos bien.

Mackenzie, con aire de supremo desdén, arrancó el cuchilol del cuello del médico santón.

—¿Hay algún joven más que quiera seguir el mismo camino? En este caso el Lobo los matará, dos a dos, o tres a tres, hasta que no quede uno solo. ¿Nadie se presenta Muy bien.

"Ahora, Thling-Tinneh, te doy está escopeta por segunda vez. Si, después, viajas algún día por el país regado por el Yukón, ten entendido que allí habrá siempre para tí, en el hogar del Lobo, un lugar, una comida abundante! Está ya amaneciendo. Me voy, y quizá vuelva pronto. Por última vez os lo repito: ¡acordaos de la ley del Lobo!

Cuando se unió a Zarniska, pareció a los ojos de todos como un ser sobrenatural. La muchacha se puso a la cabeza del tiro y los perros partieron a escape.

Mackenzie aguardó un instante, y luego, calzándose los patines, siguió el mismo camino.

—¿Se le ha olvidado al Lobo los cinco paquetes de tabaco que me ofreció?

Mackenzie se volvió furioso hacia el Zorro; pero el cómico incidente le hizo gracia.

—Toma, te daré este chiquitín que tengo aquí.

—Como el Lobo quiera, — respondió el Zorro, con una voz melíflua y extendiendo la mano.

Y desapareció.

JACK LONDON.

PARA UN DISTRAIDO OTRA DISTRAIDA

LA NOCHE EN BLANCO DE UN HÚSAR ROJO

Por ALPHONSE ALLAIS

ME he preguntado siempre por qué se llaman noches en blanco a las que se pasan fuera de la cama. Yo tuve que pasar una, y la vi muy negra. Yo estaba enamorado de una muchacha rubia muy linda, con el pelo en ricitos sobre la frente. Estaba siempre a la ventana cuando yo pasaba.

A fuerza de pasar y pasar, creí observar que ella me reconocía, y le dirigía una sonrisita, porque creía ver que ella me sonreía también.

Estaba en un error, como pude ver después, aunque demasiado tarde, por desgracia.

Yo me decía: "Tendré que ir a visitarla algún día". Mientras tanto, procuré informarme hábilmente.

Estaba casada con un señor muy molesto, según parece, director de una importante fábrica de pólvora.

El señor molesto salía todas las noches hacia las ocho para ir a su Círculo, y volvía muy tarde.

"Bueno, — me dije, — ya sé lo que he de hacer."

Estábamos cerca de las fiestas de "Mi-Caréme".

Con este motivo estaba invitado a un baile de máscaras.

Como sabían que tengo una gran imaginación, todos mis amigos me decían: "Procura buscarte un disfraz original."

Me disfracé, desde por la mañana, de húsar rojo de Mónaco.

Por si ustedes me dijesen que en Mónaco no hay húsares rojos, ni húsares de ninguna clase, debo hacer constar que la fantasía puede explicar todas las inexactitudes.

Cuando me contemplé en el espejo de mi armario, me dije: "Ahora será la ocasión de ir a visitar a mi damita rubia. Ella no podrá rechazar a un húsar rojo de tan hermoso porte."

La verdad es, entre nosotros, que estaba muy bien con aquel disfraz.

Cené temprano... una buena cena, sustancial, para llevar fuerzas, mojada con un vino generoso, para llevar...frescura.

Me apreté el cinturón, en el que había un sable dispuesto para el ataque.

Al llegar a la casa de mi adorada, ví que el marido salía.

Bueno; esto va bien... Le dejo alejarse, y subo la escalera despacio por causa de las espuelas, a las que no tenía costumbre, y que deben ser muy largas en los húsares rojos.

Tiré de la campanilla. Se oyeron unos pasos detrás de la puerta. Abrieron... ¡Era ella! ¡Mi rubia!... Le dije...

En estos momentos se dice lo primero que viene a la memoria.

Pero ella me respondió, indignada:

—¡Está usted loco, señor mío!... ¡Mi marido va a venir!... ¡Escuche usted!... ¡Sube!...

Y me dió con la puerta en las narices.

En efecto: alguien subía por la escalera con un paso ruidoso, el terrible paso del esposo vengador.

Me quedé perplejo.

Había un medio muy sencillo de salir de la situación, y era el de bajar la escalera. Pero como ha hecho notar muy bien un filósofo inglés, las ideas más sencillas son las últimas.

Yo pensé en todo menos en bajar.

Pensé en desenvainar el sable y dirigirme al marido; pero esto era absurdo y comprometedor.

El hombre subía.

Entonces ví una puerta en que hasta entonces no había reparado. Abrí la puerta y, rápidamente, me introduje en una habitación, en el preciso instante en que el marido llegaba al final de la escalera. Oí el rechinar de una llave en la cerradura; una puerta que se abre, una puerta que se cierra, — la misma, sin duda, — y pude respirar.

Me puse a examinar la pieza en que había encontrada la salvación.

Pensé que sería la humedad que había hin

ruido, me acerqué a la puerta y empujé...; pero la puerta se resistió.

Empujé más fuerte, y se resistió todavía.

Me puse a hacer fuerza con un vigor sobrehumano. La puerta resistía, sin dejarse abrir.

Pensé que sería la humedad que había inchado la madera. Pero tuve una idea infernal... Sin duda, el marido me había encerrado.

¡Que situación para un húsar rojo!... ¡Vaya una noche de Mi-Caréme!.. ¡Y yo que estaba invitado a un baile!..

Quise alejar este pensamiento. La puerta no se abría; resistía a mi empuje como una roca.

Cansado de empujar, me senté. Estado en una habitación destinada a guardar objetos de limpieza.

Escuché un rato... Se oía el excitante tictac de los relojes..: los cuartos, las medias, las horas...

Y el marido no venía a abrirme.

A cada rato, con desesperación, me levantaba, y, con toda mi energía, empujaba, empujaba, empujaba...

Y la puerta resistía.

Tuve, en fin, que renunciar a la lucha. El puño del sable se me metía en las costillas. Me lo quité y lo colgué del picaporte; después me dormí con un sueño horroroso lleno de pesadillas. El ruido de la calle se iba perdiendo poco a poco.

... ...

¡Me despierto!...Es ya por la mañana.

Me froto los ojos y me doy cuenta de mi situación. El marido me ha tenido encerrado allí toda la noche, y aún...Rabiosamente tiro de mi sable...

No me atrevo a decir lo demás.

¡Imbécil! ¡Más que imbécil! ¡Idiota! ¡Más que idiota! ¡Necio ¡Estúpido Me había pasado toda la noche empujando a la puerta...

¡Y se abría para dentro!

ALPHONSE ALLAIS

Un aficionado a la estadística ha calculado, eliminando los diez primeros años de vida, que, por término medio, una persona que vive hasta los setenta años ha pasado trabajando, 16 años; divirtiéndose, 9 años; vistiéndose y desvistiéndose, 11 meses; limpiándose los dientes, 8 meses; en la iglesia, 7 meses; afeitándose, 6 meses; bañándose, 4 meses; y comiendo, 5 años y 5 meses.

SURCOUF

El rey del mar

Es el éxito cinematográfico sensacional en los salones centrales.

La vida del célebre corsario reflejada en la pantalla.

SURCOUF

NOVELA HISTORICA ESCRITA EN FRANCES POR

LUIS NOIR

(TRADUCCION ESPECIAL PARA "PUCKY")

esta obra ha sido tomado el argumento de la gran película que la casa LEON GAUMONT estrenará en los grandes cine - teatros de Buenos Aires y Montevideo, en la temporada actual.

(Continuación. — Véase el No. 124 y siguientes, de "Pucky")

HIZO Surcouf un significativo gesto.

—Pero no vayan los señores a tomar una cosa por otra. La moda para toda la gente moza es disfrazarse de increíble, aunque la mayor parte de esa juventud que cede ante tan ridículas modas valga mucho más de lo que pudiera suponerse en vista de sus atavíos. Por lo demás, no faltará como indemnizarse de lo que tenga de desagradable la presencia de algunos necios, ya que veremos encantadoras mujeres entre las que debe citarse a la generala Bonaparte en primer término, luego a la reina de las bellas letras, o sea la señora Tallien.

—Todo el mundo habla de esa dama, — interrumpió Brinville, — pero los pobres osos marinos como nosotros no sabemos una sola palabra de la historia de tan interesante persona.

—Esa señora, — dijo Jean Bon Saint Andre, — es hija de Cabarrús, el más rico banquero de toda España, y se hallaba en Burdeos cuando llegó Tallien con poderes discrecionales y extraordinarios como representante de la Convención del Comité de Seguridad Pública, con órdenes mu estrechas de perseguir a realistas y girondinos, y resultó que Cabarrús y su hija se hallaban seriamente comprometidos y para salvar la cabeza de su padre y la suya propia consintió la hija del opulento banquero en trocarse en la señora Tallien.

—¡Pues por lo visto, — exclamó Surcouf en tono airado y enérgico; — ese Tallien es un miserable que abusó de su poder para imponerse a una joven. ¡Eso es odioso!

—Así es; pero continuemos. Volvió Tallien a París cuando continuaba Robespierre su terrible juego que consistía únicamente en ir guillotinando a unos tras otros, para eliminar todos los que parecían como jefes o como cabezas visibles de alguna fracción o tendencia, a que se proponía llegar a la dictadura, y llegó Tallien a esta ciudad en el momento en que quería Robespierre hacer otra siega en el campo republicano y Tallien era uno de los destinados a sufrir las consecuencias. Para molestarle empezó por aprisionar a la esposa del recién llegado a París, y se instruyó en el acto el correspondiente proceso contra ella.

—Si es tan bonita como aseguran, — interrumpió Brinville, — hubieran cometido un delito imperdonable al cortar tan preciosa cabeza.

—La joven supo salvarse. Desde lo oscuro de su cercel escribió a Tallien que demostraría ser un cobarde si la dejaba condenar á muerte y Tallien, armándose de un puñal, lo dejó sobre la barra de la tribuna juró que mataría con él al futuro dictador como no lo condenara la Convención a morir en la guillotina. Dió aquello lugar a la terrible lucha de Thermdor, lucha que terminó por la trágica muerte de Robespierre. Gracias a todas estas circunstancias se salvó la señora Tallien, la que desde aquel momento fué la reina de París.

—¿Me prometen que la podremos ver hoy!

—Antes de dos horas.

—¿Arrastra al marido a sus reuniones!

—Odia a su esposo lo desprecia más aun de los que le odia. Ha sabido conquistar muy poderosas amistades y, Tallien se ve obligado a contemporizar con los caprichos de su consorte, pero es ferozmente celoso y se asegura que lleva sus celos hasta el asesinato.

—¿Mata ese buen señor?

—Si no mata, sabe hacer matar. Tiene asesinos a sueldo que se encargan de ha-

cer desaparecer los amantes de la infiel esposa.

—Estamos, por lo visto, en plenas costumbres de la regencia, — dijo Surcouf. — ¿Caeremos en una decadencia parecida a la que siguió al reinado de Luis XIV?

—No lo creo, — contestó Jean Bon Saint André. — Europa ha de obligarnos a combatir constantemente, y mientras dure la lucha, dejaremos de ser ciudadanos, pero no podemos dejar de ser hombres.

Como aquel tema de conversación no era del agrado de Brinville volvió a hablar de las mujeres:

—Creo haber oído decir que la generala Bonaparte tenía un hijo y una hija grandes los dos y productos de su matrimonio con el señor de Beauharnais.

—Está en lo cierto el capitán Brinville.

—Si lo dicho es verdad, debe tratarse de una mujer de respetable vejez.

—Nació esa señora en la Martinica el 23 de Junio de 1763, se casó a los treinta y dos años, pero parece muy joven aun y es sumamente agradable. Cautiva a cuantos la tratan por su amabilidad indulgente y por su languidez criolla.

—¡Treinta y cuatro años! — murmuraba Brinville. — ¿Qué puede pedir el corazón a esa edad? ¡Y viuda! ¡Y con dos hijos! ¡Vaya una novia!

Con estas palabras se dió por terminada la conversación, y se saldó la cuenta de la cena con el mismo dueño del establecimiento, feliz por tener oportunidad de conocer a tan distinguidos clientes, y no pudo el buen hombre dominarse mientras embolsaba una muy regular suma:

—Estos señores comen algo mejor que el general Bonaparte, que por sí mismo iba a pagar a la caja para entregar sus dos francos, o dos francos y cincuenta como máimum, suma muy cuidadosamente envuelto en la servilleta.

—¿Qué motivo había para tanto secreto?

—Se hubiese avergonzado al dejar sobre la mesa, a la vista de todos, una suma tan insignificante.

—El ser pobre no es vicio ni deshonra, — observó el padre Lanternier.

Salieron del establecimiento y tomaron uno de los monumentes carruajes de la época. Brinville, impáciente y siempre nervioso preguntó:

—¿A donde nos dirigimos ahora?

—Vamos a Chaillot, — contestó Jean Bon Saint Andre.

—¿Se trata de alguno de los arrabales?

—No, es un pueblo, un verdadero pueblo de los que rodean a París.

—¿Es allí donde vive Barras?

—Ocupa allí una hermosa propiedad.

—Ya que tanto nombran a Barras, — dijo Surcouf — ¿pueden decirme si es o no noble, como muchos aseguran?

—Es noble y es un gran señor de muy alta familia. La extirpe de los Barras remonta lo más oscuro de los tiempos para aparecer en los orígenes de la historia. Los Barras primitivos fueron contemporáneos de las rocas de Provenza.

Llegaron muy pronto y se detuvo el carruaje, mientras un suizo abría el monumental portón y acompañaba a los visitantes al torreón central de la mansión donde esperaba el intendente de la casa varios lacayos.

—Mala peste con todo esto, — gruñó Surcouf — estamos en pleno antiguo régimen.

Tan pronto como se vió Barras en el poder se instaló en un gran palacio de Chaillot, y tenía aquella mansión todo es más señorial aspecto, con su soberbio parque formado por árboles seculares, los grandes estanques y platabandas, y con muy bonitos jardines a la francesa. Oyóse la voz del maestro de ceremonias que anunciaba a los visitantes, y los corsarios quedaron deslumbrados al entrar en el inmenso salón donde parecían estar como perdidas unas veinte personas.

Se trataba de una velada íntima, pero sin haberse acicalado como en los días de gala no por ello dejaron las mujeres de vestirse y adornarse del modo más elegante, mientras lucían todos los hombres uniformes o frac. Era el salón de Barras como el santuario de la galantería y se estaba seguro de tropezar siempre allí con bonitas y bien ataviadas mujeres.

Aquella noche justificaba Josefina, por su belleza y sus atractivos, la pasión que Bonaparte sentía por ella. Alta y esbelta, aquella criolla de sus bien cumplidos treinta y cuatro años, y madre de dos hijos, ofrecía el aspecto de una joven, y por la dulzura de su expresión y la amabilidad de sus modales y palabras, por la acariciadora mirada y por la ternura que emanaba de toda la dama ,precía habers eapropiado del encanto femenino que poseen solo las mujeres superiores. Se imponía desde la primera mirada como diosa de la bondad unida a la gracia más avasalladora.

Veíase junto a Josefina a la señora Tallien, como Juno imperiosa y soberbia. Era una belleza orgullosa de sí misma con no se sabía qué excitante modo de ser que turbaba los sentidos de cuantos se ponían en contacto con semejante hermosura. Parecía que la señora Tallien desafiara siempre, segura de conquistar, de tal modo se parecía alguna de esas soberbias estatuas de mármol que nos ha legado la antiguedad clásica. Pero no era ningún secreto que sabía animarse aquel mármol, movido por los caprichos de una naturaleza ardiente y pasionada que parecía adormecerse bajo desdeñosos aspectos.

En torno de aquellas dos reinas de belleza se veía un grupo de lindas jóvenes, y, como era moda entonces vestir según los modelos griegos, se debía al lápiz de David, gran pintor clásico, los dibujos de trajes atenienses que cubrían a las damas reunidas en los salones de Barras.

Era Brinville demasiado inflamable para no sentirse enamorado desde el primer momento, y con el mayor apresuramiento logró que lo presentaran a la señora Tallien. Era el joven marino muy interesante, muy agradable y muy capaz de interesar hasta a la mujer más despreciativa y llegaba, además, precedido de una reputación

que lo colocaba en situación muy visible. Los amores del marino con la que llegó a ser su esposa, el rapto, la intriga de la princesa Survana, todo aquel pasado de amor y de aventuras sugestionaba a las señoras las que rogaron a Brinville que relatara la historia de sus ilusiones y desgracias, y supo satisfacer los deseos de las damas sin la menor afectación, sencilla y alegremente, en ligero tono que le conquistó todas las simpatías.

Surcouf se veía acaparado por Barras, quien no olvidaba sus proyectos.

Allí estaba Bonaparte, y una vez terminadas las presentaciones y los obligatorios saludos, se apartó Barras con Jean Bon Saint Andre y los corsarios, para llamar luego a Bonaparte a su corro y éste, que empezó por mostrarse excesivamente reservado, acabó por ser al poco rato bastante familiar y sencillo.

Fué el mismo Bonaparte el primero en hablar del asunto.

—Diógenes, — dijo a Surcouf, — andaba buscando un hombre, y según tengo entendido anda el señor buscando un general.

Surcouf contó sumariamente lo sucedido en la corte del guicovar, para decir luego:

—A un general menos ilustre que el señor le propondría en el acto ponerse al frente de los ejércitos de rajah mi amigo, pero al vencedor de Rivoli no puede hacerse la misma proposición ya que solo al frente de un ejército propio puede y debe presentarse en la India. Cuando el general Bonaparte haya conquistado Egipto.

—Ruego que me perdonen si interrumpo, — dijo Napoleón. — Acaricié ese sueño antes de mi campaña de Italia, pero he reflexionado después y veo que Egipto es un teatro muy pequeño para realizar grandes empresas.

—¿Quién puede impedir dar a ese teatro cuanta extensión se quiera? Por todas partes podrá el general batir enemigos. Alejandro Magno comprendió que era preciso dominar Egipto para poder pensar en la conquista de Persia, y para subyugar luego la India, y pensó así, en primer lugar por ser una excelente base de operaciones, y no se opone ninguna razón de peso para que no pueda hacer el señor lo mismo que hizo aquel gran capitán. Con treinta mil soldados franceses podéis conquistar Egipto y organizarlo seguidamente para llegar a la conquista del Asia Menor, y con una y otra expedición puede reunirse oro sobrado para atender a los gastos de un gran ejército donde se enrolaría a los hijos del país bajo el mando de oficiales y clases franceses.

"¿Quién podría resistiros en todo Oriente una vez realizado lo que acabo de pintar? Se contaría, además, en la India con el guicovar como poderoso y leal aliado, y no hay duda de que se lograría echar al mar a todos los ingleses para sustituir vuestro poder al suyo, con lo cual podéis contar como vasallos vuestros a todos los riquísimos rajás de la India, de modo que podríais llegar a ser el más fuerte y temido de todos los emperadores de la tierra.

Brilló aquel sueño como si fuera un relámpago que deslubrase a Bonaparte, y pasando su brazo por el de Sucouf, lo arrastró al parque por el cual se pasearon durante largo rato, y cuando volvieron al salón se dió cuenta todo el mundo de que volvía Bonaparte deslumbrado por los proyectos de Surcouf.

Anunció en aquel momento el lacayo la presencia de un visitante más, y Brinville notó como la señora de Tallien palidecía muy visiblemente al oír el nombre anunciado. Hizo notar el marino esta circunstancia a M. Saint-Rupert, encantador joven primo de Barras, y observó éste:

—Nada tiene de extraño que la señora Tallien se haya estremecido, porque no hace seis semanas que ese señor de La Peyriere ha matado a su último amante.

—¿Quién es ese señor de La Peyriere? — preguntó Brinvillie.

—Es un espadachín de alto vuelo, una de las mejores espadas de París, un duelista que se pone, aunque muy reservadamente, al servicio de quien le pague.

—¿Mató en esa ocasión por haberle pagado bien?

—Nadie puede dudar de eso.

—Pero ¿quién puede pagar la muerte de otro?

—Pagó el señor Tallien, quien no es que sea celoso como un turco, porque ha consentido muchas infidelidades de su esposa, pero que no puede tolerar que se apasione ésta por algún buen mozo joven, elegante y distinguido.

—Dígame el señor; si matara alguien a ese La Peyriere ¿qué pensaría la señora Tallien?

—Se quedaría completamente encantada, loca de alegría.

—Pues vamos a matarlo sin perder más tiempo.

—Cuide mucho el señor de buscar cuestión a ese señor. Tira admirablemente y le llaman el moderno San Jorge.

—¿Cuento con el señor como mi segundo testigo, pues guardo para Surcouf el primer puesto?

—¿Se propone joven amigo y valiente capitán hacer que lo asesinen?

—Está en un error mi nuevo amigo. Mataremos a ese espadachín, — añadió luego riendo. — Pero debo pediros un favor. Metámonos en el círculo dónde está ese hombre y lleve el señor la conversación de modo que se toque la esgrima.

—Nó tiene nada de difícil ese encargo.

—Lo que no me explico es cómo se permite queu un canalla semejante frecuente los salones.

—Nunca ha dado motivo a verdadero escándalo. El hombre sabe estar en sociedad. Nadie ignora que ha tenido seis duelos y que mató a cinco contrarios, pero ¿quién puede probar que mató por haberle pagado? No hay quien lo pueda asegurar. No ocultan que se le teme. oN todos están prontos a que les metan unas cuantas pulgadas de acero en el pecho, y no olvidemos que con La Peyriere se va a la muerte segura.

—¡Eso de ir a la muerte!...

Tan pronto como La Peyriere hubo salu-

ado a las señoras, las que le hicieron el más río recibimiento, se dirigió al grupo formado por la gente joven y se mezcló casi en el acto en una conversación promovida por Saint-Rupert, referente a la esgrima francesa comparada con la italiana. Brinville no decía una palabra y dió La Peyriere su parecer con aplomo casi con impertinencia. Brinville ob observó entonces:

—Noto, señores, que conceden ustedes excesiva importancia a las reglas de la esgrima pero puedo asegurar que en un abordaje, el mejor espadachín no sería más útil que cualquier valiente marinero.

—Pero capitán, — interrumpió La Peyriere, — no hablamos de abordajes, sino de asaltos en salas de armas o de duelos.

—Me permito tener ideas propias sobre el duelo, — argumentó Brinville. — Creo que un gran tirador de sala de armas tiene positivas ventajas sobre otro tirador inferior, si suponemos que sea idéntico el valor de uno y otro y aun dentro de esta suposición si ambos esgrimen de acuerdo con las reglas, tal como se hace en las salas de armas, pero si un buen esgrimista se ve frente a frente de un contricante que proceda en forma irregular y cuyo juego no conozca, hay muchas probabilidades en favor del menos instruído y menos maestro en esgrima.

—El señor está en muy grave error.

—¿Qué es lo que se ha permitido decir el señor? — preguntó Brinville.

—He dicho y sostengo que eso es un disparate.

—Caballero, — repuso el marino, — me encargo de demostrar que estoy en lo cierto, a menos que el señor se niegue a prestarse a la prueba.

—Capitán, estoy siempre a las órdenes de cuantos quieran medirse con mi espada.

—No es posible llevar más allá vuestra galantería.

Saludó Brinville y devolvió la reverencia el señor de La Peyriere.

—No creo que necesitemos perder tiempo. Supongo que este palacio tendrá su buena sala de armas.

—No falta un soberbio salón para eso, — manifestó Saint-Rupert.

—Aquí tenemos a Surcouf que vuelve por el jardín con el general Bonaparte y propongo lo siguiente: Vamos ahora mismo a la sala de armas de esta mansión donde podremos comprobar quién de los dos está en lo ciento. El señor Saint-Rupert será uno de mis padrinos y Surcouf será el otro. Busque el señor los suyos.

—Cuento siempre con Santi y con Noireterre.

Se inclinó uno de los jóvenes nombrados.

—¿Conoce alguno de estos señores la sala de armas? — preguntó Brinville.

—Yo sé donde está, — contestó Santi.

—Pues ruego al señor que vaya a ella con el señor de La Peyriere y el otro padrino, y nosotros nos reuniremos allí al instante. Tratemos de que nadie note nuestra salida del salón.

La Peyriere fué el primero en deslizarse por una de las puertas y se reunió pronto con uno de sus padrinos al que se agregó luego el otro. Como eran todos ellos amigos de la familia y conocedores de la casa se dirigieron a la sala de armas donde dieron orden a no de los criados de encender las lámparas, y ya reunidos todos los interesados en el lance, se cerró la puerta del local donde debía realizarse la prueba.

—No perdamos tiempo, señores, — dijo Surcouf.

Descolgó dos espadas que examinó cuidadosamente, y entregó una de ellas a cada combatiente.

—Señores, — dijo el capitán corsario, — quedan abiertas las apuestas y el caballero de Saint-Rupert se juega cien luises a favor de Brinville, suma a la que agrego, por mi parte otros cien luises más. Es una buena ocasión para que los padrinos del contrario de nuestro apadrinado logren sacar un buen beneficio.

—Acepto la apuerta, por mi parte, — dijo Santi.

—También acepto yo, — añadió el otro testigo. — Pero ¿se quitó la punta a las espadas?

—Señor mío, — interrumpió Surcouf, — para apuestas de la importancia de estas, debe tomarse todo género de precauciones, y si hay manera de discutir un botonazo, no conozco medio de ocultar una profunda herida.

—¿Quiere eso decir que se trata de un duelo y no de un asalto? — preguntó La Peyriere.

—No, — contestó Brinville. — Haremos una simple experiencia a muerte, de modo que no debe el señor perdonarme, pues por mi parte yo le prometo hacerle tanto daño como pueda.

—Pero no era esto lo convenido.

—Según parece, tiene miedo mi contrincante.

Sólo de un modo podía contestarse a estas expresiones de Brinville, y comprendiendo La Peyriere que se trataba de asunto muy serio, se quitó el frac, operación que imitó el corsario. Los dos testigos del espadachín quienes jamás podían imaginar semejante desenlace de una simple discusión sobre esgrima, estaban emocionados.

La Peyriere dijo a todos los presentes:

—Los señores son testigos de que mato a Brinville por haberse empeñado el en que termine trágicamente este asunto.

Cruzó Surcouf las espadas y dió la señal. Empezóse la lucha, pero pasó todo tan rápidamente y con tal sencillez se vió el choque de los aceros, que se preguntaban los testigos si era realidad lo visto por sus ojos o si eran víctimas de alguna pesadilla. La calma de Surcouf y la constante alegría y frivolidad de Brinville los tenían asombrados a todos.

El duelo fué sumamente breve. Ofreció con toda idea Brinville la ocasión a su antagonista de que lo pudiera alcanzar con una estocada, y no quiso desperdiciar La Peyriere tan buena oportunidad, pero era esa una

maniobra perfectamente calculada, y apartando solo un poco el golpe. Brinville se tendió a fondo y atravesó el pecho de su enemigo.

Cayó La Peyriere como desplomándose y entregado a los brazos de la muerte. Su pecho se vió en el acto inundado de chorros deroja sangre.

—Acabo de vengar a seis honrados jóvenes, — dijo Brinville. — No matará a nadie más, pero debo reconocer que no le tengo odio alguno.

—Corru en busca de Cabanis, — dijo el señor de Saint-Rupert. — Afortunadamente lo he visto en el salón.

Gozaba ya entonces Cabanis de gran reputación como médico, y corrió al primer llamamiento, para ver al herido a quien se había tendido sobre un colchón, sin conocimiento y cubierto de sangre.

Miró Cabanis a La Peyriese y se convenció de que estaba muerto. Luego estudió la herida que tenía Brinville y la sondeaba con las mayores precauciones, mientras Surcouf, conmovido como jamás lo estuviera, sostenía a su amigo y camarada de tantas aventuras y peligros.

—No puede negarse, — murmuraba Cabanis, — que es un grave delito el que salga un médico de su casa sin llevar en el bolsillo su estuche de operaciones. ¿Qué sucedería a no tener aquí el mio?

Para responder y tranquilizar a Surcouf, quien ansiosamente preguntaba, dijo el facultativo:

—Estamos ante una herida grave, aunque no es mortal como no se presenten complicaciones.

Corrió por todo el salón el rumor de lo ocurrido y uno de los sirvientes dió cuenta a Barras.

—¡Cómo! — exclamó admirado en alta voz el dueño del palacio. — ¿Que La Peyriere ha muerto y que Brinville está herido?

—¿Qué es eso?... — gritó la señora Tallien, estremecida y como delirante.

—Señora, aquí tiene a José quien asegura que Brinville acaba de matar en duelo celebrado en mi sala de armas al caballero La Peyriere.

—¿Pero no agregó también que está herido gravemente el joven Brinville?

—Es el doctor quien asegura que la herida es de verdadero peligro.

—Acompáñeme el señor en seguida a ver a ese herido.

—Pero señora... — observó Barras.

Tan poderosa fué la mirada lanzada por la hermosa mujer, que ni Barras ni ninguno de los presentes logró dominar tanto imperio, y ordenando a José que le mostrase el camino, se dirigió a la sala de armas donde produjo la mayor impresión la entrada de la dama.

Adelantó lentamente, tomó un candelabro y acercó la luz de las bujías al inanimado rostro de La Peyriere, mientras decía:

—Es una gran desgracia que sólo se muera una vez cuando se ha asesinado seis veces.

Entregó el candelabro a José y dijo al doctor Cabanis:

—Salvad a ese joven y simpático herido, y París entero quedará agradecido al sabio doctor Cabanis.

—Creo, señora, que puedo responder de salvarlo.

—Mil y mil gracias, doctor.

Sonrió el famoso médico. Aquel agradecimiento era de singular elocuencia por salir del corazón y por revelar algo muy íntimo.

La señora Tallien dijo luego a Surcouf:

—Me consideraría como muy feliz, señor capitán, si la primera visita del herido fuera a mi casa.

—Tan pronto como recobre mi amigo la posesión de sí mismo y pueda entender mis palabras, le comunicaré, señora, cuáles son vuestros deseos, y seguro estoy de que ha de apresurar su curación sólo para tener el placer de ir a besar vuestra mano.

—¡Qué el diablo se lleve a todos los corsarios! — gruñía Cabanis. — Resultan demasiado galantes estos lobos de mar.

Acompañó Surcouf a la señora Tallien hasta la puerta.

Llegó en aquel momento Barrás y dijo:

—Señores, conservaré en mi casa al herido, pero es indispensable sacar al muerto y llevarlo a su casa. Este duelo, y ruego a todos que entiendan bien lo que digo y lo que quiero decir, se riñó en la calle, porque es indispensable que no se entere el público de que se ha matado a un hombre en mi sala de armas, lo que daría ocasión a mil comentarios. El señor La Peyriere fué impertinente para con el señor Brinville, quien le contestó severamente, y bajaron a la calle y se batieron bajo el farol más próximo a esta casa.

Prometieron todos dar esta versión de lo sucedido, y se llevó a Brinville a una habitación próxima mientras se conducía al muerto a su domicilio, y al amacener del siguiente día. París entero se ocupaba de aquel lance y era Brinville el héroe de la capital de Francia.

Tenía Tallien las osadías de los hombres meridionales y hacía alarde de imprudente audacia con todas las apariencias de bravura, pero no sabía mostrar su ardor sino ante los seres débiles, y por esta razón, bajo el odio de Robespierre y sabiendo que estaba condenado, lo denunció como tirano.

Era Tallien personaje que tenía siempre la mano abierta, cordial el aspecto general, y bromista, agradable y familiar con todos, pero todo aquello no era más que apariencias para fingir amistades y camaraderías, aunque su lema era prometer y no cumplir.

Tal era Tallien. Mentía continuamente y daba, con mucho estrépito, lo que no le costaba nada, aunque todo ello no fuese sino apariencias de bondades que nunca había conocido. Pretendía ser un bravucón máxime a contar de la caída de Robespierre, pero no lograba engañar a quien fue-

se algo perspicaz. Era maestro para la estrategia parlamentaria y sabía colocarse de manera que cayera bien, y prestaba servicios, confesables o no, a los poderosos de su partido, y como se apoyaba en sólidas alianzas y era listo y ducho, no se atrevía a despreciarlo nadie.

Sujetaba a todos los políticos, gracias a los secretos que Tallien poseía. Ni uno solo de los que más figuraban en aquellos años, dejaba de tener algo que ocultar en su vida pasada, pero sabía Tallien dónde estaban enterrados los cadáveres que no quería resucitar nadie, y lo sabía por tener un olfato especial, como el instinto de la hiena para descubrir lo más putrefacto. Hacía constar siempre que lo sabía todo, y gracias a esta velada amenaza no se atrevéa nadie a negarle la menor cosa. Era, en suma, demasiado peligroso para que lo despreciara nadie.

En cuanto a la respectiva situación de Tallien y de su esposa, era de lo más extraño. Había tenido la señora Tallien que casarse con Tallien para salvar la cabeza de su padre y la suya propia, y una mujer no puede perdonar jamás semejante detalle. Hasta lo más profundo de su alma llegaba el desprecio y el odio que la señora Tallien sentía por su marido.

Pero es el caso que al siguiente día del Thermidor, y una vez caído Robespierre, se vió amenazado Tallien, por resultar la caída de Robespierre de una especie de alianza entre los convencionales moderados y los más comprometidos de cuantos figuraban en la Montaña, los cuales enviados en comisión, tal como sucedió con Fouche en Lyon y con Tallien en Burdeos, se habían mostrado terribles, pero tan pronto como quedó derribado Robespierre se vieron amenazados Fouche, Tallien y otros, y no se contentaban los reclamantes con nada menos que no fuese las cabezas de los odiados personajes. Era preciso vengar las atrocidades cometidas en Lyon, Burdeos, Tolón, Nantes y otras muchas ciudades diezmadas por las persecuciones.

La señora Tallien agarró aquella ocasión para sustraerse al yugo de su esposo. Contaba con amigos entre los que en aquellos momentos empujaban los asuntos públicos y los convirtió en devotos y adoradores de sus encantos y gracias a la influencia de la esposa logró ver una amnistía que salvaba a Tallien y a algunos otros de sus cómplices. Todos estos quedaron muy reconocidos a la dama, y muy fortalecida ya la hermosa mujer contra las prepotencias de su marido, continuó cultivando nuevas amistades que se trocaban en poderosas auxiliares.

Tallien aceptó los primeros éxitos de su esposa, y continuó recibiendo beneficios, con el aspecto del hombre que ignora cuanto se dice y se critica. Le bastaba para tranquilizarle la idea de que su mujer no experimentaba afecto alguno para los que formaban el coro de sus adoradores y se consolaba del desvío de su consorte ante la idea de que nadie merecía el amor de tan hermosa mujer; pero tan pronto como se enteraba de que su esposa distinguía algún bien mozo sin influencias, sentía Tallien los más atroces celos.

Nunca se intentó la menor explicación entre los esposos. Tallien lo hubiera considerado como demasiado humillante para él y se complacía en pensar que muy pronto cambiaría la situación política y que, al volver a ser el todopoderoso, nada le costaría mandar en su casa sin miedo a extrañas y invencibles influencias.

Para cuando los esperados cambios políticos se realizaran, contaba dominar a su esposa y acariciaba la idea de garantizar la fidelidad conyugal por medio de medidas duras. Pero hasta que todo ello sucediese, hizo matar a seis jóvenes por simples sospechas de que eran demasiado amigos de la señora Tallien.

Tan pronto como se enteraba Tallien de que su esposa mostraba demasiada simpatía hacia algún joven, los celos del odiado personaje se sentían excitados, y sin el menor escrúpulo se ponía de acuerdo con La Peyriere, quien, después de estipular el precio del asesinato premeditado, buscaba el modo de justificar un duelo con el temido rival y lo mataba fácilmente, dada la reconocida maestría del espadachín. Todo esto era público y no ignoraba nadie que había pasado con su espada el elegante La Peyriere el pecho de seis jóvenes cuyo delito único era haber sabido conquistar las simpatías de la señora Tallien.

Puede, dado lo anteriormente explicado, comprenderse el ruido que haría por todo París la noticia de que Brinville, aunque gravemente herido, había logrado matar a La Peyriere. Toda la juventud dorada se consideró como libre de un terrible enemigo poco menos que omnipotente, y elogiaban todos el gran servicio que había prestado a la humanidad el joven corsario y aquella misma noche no se habló en todo los salones sino del lance de Brinville y de su anunciada visita a la señora Tallien. La presencia de éste en la sala de armas donde se había verificado el duelo, y todos los detalles del trágico asunto eran la universal comidilla, y se preguntaban unos a otros en baja voz cómo recibiría el celoso Tallien aquellas noticias.

Contaba Tallien entre sus íntimos con un tal Thezenaz de Cahors, tipo completo del meridional bromista que sabe meterse en todo y que se alaba de no ocultar nada, pero de esa clase de gente que empieza por sentar estos principios para considerarse en el derecho de contar las cosas más desagradables.

Aquel personaje tenía vara alta con Tallien, por saber algunas cosas, y era hombre a quien no debía desdeñarse aquel charlatán Thezenaz por ser una trompeta de las más resonantes. Cuando se dedicaba a ponderar las excelencias de alguien, resonaba todo París a compás de sus elogios; pero cuando quería derribar a alguien aquella retumbante facundia era como ariete demo-

Todas las tardes encontrará en

EL DIARIO

4.ª edición

además de las noticias completas del día, un suelto que le interesará particularmente.

Cada Jueves

EL DIARIO

publica las modas en colores, una página en colores de una historieta apta para niños e interesantes notas sobre temas de actualidad.

Remita el cupón que aparece en la página N.° 10 de este ejemplar si quiere recibir un ejemplar en su domicilio.

Compre todas las tardes

EL DIARIO

o suscríbase en la Administración:

Av. de Mayo 662 - Buenos Aires

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

3 meses, $ 7.50 - 6 meses, $ 14.50 - 1 año, $ 28.-

dedor que no dejaba en pie ni las reputaciones mejor afirmadas.

Era un hombre alto, seco, negro, con tintes aceitunados, de brillantes pupilas y armado de enorme puño como término de un brazo descarnado y huesudo. Producía siempre la impresión de estar ante un ser original cada vez que entraba en algún sitio, y aquel diablo de hombre lo decía todo, absolutamente todo, como para justificar la eterna franqueza de que hacía alarde el señor Thezanes de Cahors. Se consideraba obligado a saberlo todo, y en consecuencia se lanzó a dar cuenta del asunto de Brinville.

Entró en casa de su amigo como entraría un huracán y habló a Tallien en momento en que le dominaba la rabia, tanto por sus contratiempos políticos como por un nuevo ataque de celos, y colocado en aquel estado de depresión moral sentíase dominado del deseo de descargar en largas confidencias las oleadas de rencor almacenadas y como contenidas dentro del pecho. Como comprendió Thezanes que su amigo estaba en momentos de agobio moral, consideró aquella ocasión la más a propósito para vengarse de una vez de las pequeñeces, de las tacañerías, de las miserias y humillaciones que tenía que sufrir por culpa de Tallien.

—¡Pobre amigo mío! — dijo en tono plañidero mientras le tendía la mano. — No necesito que me digas que estás sufriendo horriblemente.

Apretaba la mano que la había abandonado Tallien, pero meditaba al mismo tiempo que en lugar de abrumarlo de golpe era lo más divertido jugar un rato con él, como juega el gato con los ratones.

Suspiró Tallien y repitió el visitante:

—Si, pobre amigo mío, veo que sufres mucho. Con seguridad te lamentas de algún nuevo disgusto de los muchos que te da tu mujer.

Movió Tallien la cabeza.

—No podía ser otra cosa, — continuó el buen amigo. — Era de esperar todo eso, y la culpa es tuya por haberte unido a una aristócrata que necesariamente te ha de despreciar. Puedo asegurar que no sólo te desprecia sino que te odia. No he dejado de ver eso muy claro, y somos muchos los que hemos visto la misma cosa.

Pasó luego a clavar la primera aguja en el dolorido corazón de Tallien.

—Cada cual lleva su cruz en esta vida. Te empeñaste en poseer a esa mujer y estás espiando con muy justo motivo todas tus canalladas. Mira, amigo, que eso de aprovecharse de que están a punto de cortar un precioso cuello a una lindísima mujer, para obligarla à que se conforme con casarse con el mismo que se trocará en verdugo si no se satisface sus deseos, eso, amigo, es de lo más repugnante de cuanto pueda oirse. No debes extrañarte que se llame al tuyo el casamiento por la guillotina, bonitísimo nombre que no honra al que tan a punto estaba de ser el guillotinador.

No pudo evitar Tallien un movimiento de protesta.

—Mira, querido amigo mío, — continuó el atrevido visitante, — ya sabes que no tengo pelos en la lengua y que canto las verdades del barquero. Mi reputación de ser más limpio que el oro no ha de desmerecer por ser complaciente con nadie. Cónstete que te compadece todo el mundo y que todos te condenan al mismo tiempo, sin que deje yo por eso de ser menos amigo tuyo para defenderte en todas partes. Como no callo nada es imposible que me acostumbre a esas mentiras convencionales tan corrientes; es además indispensable que te enteres de los rumores que corren respecto a tí.

Tallien no sabía sino muy poca cosa de lo últimamente ocurrido. Había oído palabras sueltas, susurros...

—¡Concluyamos! — se atrevió a decir, — ¿Qué sucede de nuevo?

—...Pero no te lo ha dicho nadie aún... ¿Nadie te anunció que estás en vísperas de una nueva infidelidad de las más serias?

Con tal entonación lanzó el amigo complaciente aquellas palabras, y tal era la intención perversa que reflejaban, que dijo anodado Tallien:

—¡Thezanes... mira... mira mucho lo que dices!...

—¡Cómo! ¿Qué es eso? Sí. Thezanes dice siempre lo que mejor le parece por estar muy acostumbrado a decir siempre la verdad, guste o no guste. Soy la misma franqueza y no puedes negar que digo siempre la verdad, como la he dicho siempre. Te atreverás a negar que tengo razón? Las circunstancias han sido más poderosas que tu y te ves amenazado por todas partes. Te acusan los realistas y piden cuenta de la sangre derramada por culpa tuya en Burdeos, mientras los republicanos no quieren sostenerte, y empiezas a ver cómo está en peligro tu cabeza y dejas en estas circunstancia a tu mujer, la más hermosa mujer de todo París, se dedique a salvarte, pero con la idea de lograr de este modo verse libre del martirio de tener que ser tu esposa efectiva. Hace cada cual lo que puede para salir de los conflictos y para triunfar y es público que fué tu esposa la buena amiga del general Pichegrú así como lo ha sido de...

—¡Basta! ¡Te prohibo continuar! — exclamó Tallien con estrangulado acento.

—Perfectamente. Ya me tienes mudo como un ladrillo, pero si quieres que dejemos los amigos de tu esposa que figuran en la política, será, sin duda por tu deseo de que nos ocupemos sólo de los que lograron interesar el corazón de tan soberbia mujer, y estamos en lo más terrible del asunto al hacerse pública tu rabia cuando llegaste a enterarte de que seis pobres mozalbetes eran tus rivales preferidos. Como eres hombre que no repara en dificultad más o menos, los hiciste matar y todos reconocen que hubiera sido mucho más noble y caballeresco matarlos por tu propia mano. Y por mi parte debo reconocer, como lo reconoces tú mismo, que ese modo de proceder es más de

hombre y que no te hubiera acarreado el universal desprecio de que hoy disfrutas. Y ahora vengamos al asunto candente. Tan pronto como el corsario esté curado y lo veamos mariposear en torno de tu consorte, debías empezar por ir derecho a ese valiente mozo y desafiarlo, para matarlo de fiera estocada o dejarte pasar por él de parte a parte y eso sería el mejor modo de rehabilitarte ante la opinión pública.

Siguióse un amargo y largo silencio. Luego prosiguió Thezanes ,como si quisiera revolver el puñal dentro de la herida:

—Veo ya a ese corsario curado y sonriente como un querubín para ir a hacer su primera visita a tu mujer, aunque sólo sea para ser galante ante la sospechosa invitación de la dama, y te veo a tí también con la muerte en el alma, pero obligado a poner buena cara a toda clase de contratiempos y de vergüenzas.

Saltó Tallien de su sillón.

—Ese hombre no entrará jamás en esta casa.

—¡Pero si está invitado por tu misma esposa!

—A pesar de ello queda de mi cuenta arreglar este asunto. Y ahora márcheta.

—Muy bien. Te dejo, pero noto que ni siquiera me das las gracias cuando vales ahora doble que antes de venir a visitarte, ya que hombre prevenido vale por dos.

Tendió Thezanes la mano a su amigo, quien la tomó mientras rechinaba los dientes. El visitante repetía a guisa de despedida:

—Creo que has de saber salir airoso de todo esto y te deseo el éxito más completo... — cerró la puerta, pero antes de salir dijo:

—¡Pobre amigo mío! Comprendo que te causé un gran pesar, pero ya me conoces, soy el único que lo digo todo.

Y dejó a Tallien rabioso y desesperado.

No dejaba Tallien de querer vengarse aún antes dé tiempo de Brinville, quien no podía dudarse de que estaba llamado a dar muchos disgustos al esposo de la hermosa mujer que de tal modo se interesó por el herido corsario. Odiaba Tallien a aquel presunto rival, joven, hermoso, valiente y noble y popular, y aún en el caso de que su mujer no se hubiera manifestado tan interesada por el marino, los odios y las envidias de Tallien hubieran sido los mismos.

Una mañana, al quitar la servilleta de su plato, vió una carta para el en la que leyó:

"Ciudadano: — Tengo el honor de solicitar una audiencia en la que he de contar cosas relacionadas con el capitán Surcouf y con Brinville, los cuales han cometido verdaderos crímenes en la isla de Francia, de la que mi padre es gobernador. Ruego al señor que reciba el testimonio de mi más alta consideración. — Premartín".

—¡Cómo! ¿Qué es esto? — decíase Tallien rebosante de satisfacción. — ¿Cometieron esos corsarios crímenes verdaderos en la isla de Francia? Pero me une la mayor amistad con el ministro de las Colonias y no tengo peores relaciones con el ministro de juticia. Por poco que me empeñe, nada ha de costarme lograr que se procese y encarcele a esos herticos corsarios. Lo menos geu puede conseguirse es una detención preventiva.

Llamó en el acto a su secretario, normando, de reducida talla, de vivos ojillos y de mirada aviesa. Era muy joven, estaba lleno de ambiciones y lo sacó Tallien de las prisiones de Burdeos donde purgaba una condena por estafa. Sí Tallien lo sacó de la cárcel y hasta lo dejó blanco y limpio por completo, es decir, hizo desaparecer todas las pruebas que motivaron la condena, no por ello habían desaparecido por completo las indicadas pruebas y con una sola palabra podía Tallien hundir en la más oscura de las prisiones a aquel pequeño normando, quien por lo mismo, y enterado de todo esto, no tenía otro remedio sino ser muy fiel a su amo.

Dió Tallien nombre y dirección de Premartín y ordenó que se le visitara sin pérdida de momento para darle una cita para aquel mismo día a las dos de la tarde. La cita a aquel ciudadano que resultaba un realista, era para un café que debía designar el secretario.

—Debes hacerle comprender, — explicaba Tallien, — que no me es posible recibirlo en mi casa para evitar murmuraciones.

Agregó aún otras muchas recomendaciones que cumplió el secretario con toda puntualidad.

—¿Qué clase de hombre es ese Premartín? — preguntó Tallien al secretario cuando regresó éste una vez cumplida su misión.

—Es lo que se dice un tonto completo y en el que el orgullo ocupa el lugar reservado generalmente al cerebro. Parece hombre de fortuna y educado por frailes tan idiotas como él.

—¿Qué es eso de los corsarios?

—Parece asunto muy grave y muy complicado.

—¿Tiene aspecto de verdadera gravedad

—En lo relacionado con Brinville, empezamos por el rapto de una joven y luego matrimonio religioso únicamente.

—¿Pero se trata de un rapto?

—Rapto a mano armada, y seguido este primer delito por una sublevación de Surcouf y de Brinville contra el gobernador de la isla, y sublevación que nadre podrá negar.

—¿Pues sabes que todo eso se presenta mucho mejor de cuanto pudiera yo esperar? — dijo Tallien, frotándose las manos con aire del hombre más feliz de la tierra. — Está perfectamente embocado este asunto, y no desconfío de lograr un triunfo completo.

—Pero hay mucho más. Surcouf y Brinville no son corsarios sino verdaderos piratas, o al menos como tales debe considerárseles legalmente, ya que el gobernador de

la isla de Francia les rehusó las patentes indispensables para poderse dedicar al corso. Como no se las quiso dar, se creyeron autorizados a prescindir de tan importante requisito.

— De modo que los ingleses están en su más perfecto derecho al poner a precio las cabezas de esos dos ladrones de mar?

—No hay un solo jurisconsulto que pueda negar a Inglaterra el derecho de considerar como piratas a esos dos franceses. El señor Premartin me ha entregado una memoria extensa en la que puntualiza cuanto acabo de indicar y otras muchas cosas sumamente interesantes.

—Dame ese escrito y lo leeré con el mayor detenimiento.

Con la despierta sagacidad que sólo el odio y la envidia pueden producir estudió Tallien los papeles entregados por el enemigo de Brinville, y a medida que iba enterándose de los pormenores podía oírsele murmurar:

—¡Muy bien, esto marchará perfectamente! Estamos sobre buena pista.

No bien terminó aquella lectura escribió una carta.

—Hay que llevar esta carta, — dijo Tallien a su secretario que apareció al sonar la campanilla, — para que se lleve a la dirección indicada en el sobre sin pérdida de momento.

—¿Se llama a Mathelin sin duda alguna?

—Adivinaste.

—Me lo figuraba, por que va a publicar en su periódico todas las acusaciones formuladas por el gobernador de la isla de Francia. ¿Piensa, según eso hacer una campaña contra Surcouf?

—Y contra Brinville.

—Ni una palabra de todo esto debe salir de aquí.

—Comprendo perfectamente. Se trata de que nadie pueda sospechar de dónde sale el golpe.

—Eso mismo. — Irás tú a la cita que doy a Mathelin y debes decirle, como principio, que hay algo, simples indicaciones, como para entrar en materia. A los dos días debe hacerse la primera acusación, pero sin precisar nada y luego una nota seca, dura y formal y han de seguir después todas las otras acusaciones de manera que se logre sugestionar la opinión pública, y lograremos así producir un cambio en los entusiasmos que provocan esos do marinos que resultan ser simples aventureros.

—¿Nos entenderemos con Mathelin?

—Debes empezar por copiar esta memoria.

—Pero como el señor ve está impresa y tengo tres ejemplares, y no dudo de que pudiéramos repartir mil hoy mismo.

—Tienes razón y demuestra todo eso que nuestro señor Premartin no es tan tonto como supusimos. Ponte en campaña ahora mismo y cuenta con diez luises como sepas desenvolverte bien.

—Preferiría un luis ahora mismo como anticipo, — dijo sonriendo el secretario.

No se atrevió Tallien a rehusar.

—Aquí lo tienes, pero conste que acabas de perder nueve monedas, todas como ésta.

—Más vale un toma que dos te daré, — contestó sentenciosamente el normando.

Es fácil de imaginar el efecto que produciría la primera de las insinuaciones del periódico de Mathelin.

Era este un periodista oscuro y desconocido del gran público, aunque con grandes relaciones entre los financieros y los políticos. Era hombre que ocultaba siempre su personalidad, deslizándose como una sombra por las redacciones a las que llevaba negocios y artículos.

Era autor de los más temibles folletos, y no le costaba ningún esfuerzo hundir a la personalidad mejor vista, y en esta ocasión supo hacer las cosas con destreza admirable, ya que en lugar de dirigirse a un periódico realista entregó la iniciación de la campaña a una hoja periódica republicana ante la que presentó a Surcouf y a Brinville como dos aristócratas y como una temible pareja partidaria del antiguo régimen.

¿No era público que Brinville pertenecía a la nobleza? ¿Y qué era Surcouf, si se estudiaba el fondo de su personalidad, sino un chouán bretón, uno de los aldeanos blancos que tan briosamente lucharon contra los azules soldados republicanos? ¿No se honraban uno y otro con pasear por todo París a un cura al que apellidaban para encubrirlo, capellán de su barco?

El periódico republicano mordió el anzuelo y atacó briosamente. Se habló de motines en la isla de Francia y de verdaderos actos de piratería y de robos descarados cometidos por los dos marinos, y aunque no se nombraba a nadie, comprendió todo el mundo que se aludía a Surcouf y a su teniente, y cuando estaba ya muy excitada la general curiosidad aparecieron los nombres de los que sólo eran presuntos criminales, con lo cual llegó la estupefacción a su colmo.

Hizo Mathelin que los periódicos realistas entraran en funciones para decir que se consideraban obligados, muy contra su voluntad, a acusar a Surcouf, pero que en vista de lo serio y lo documentado de las acusaciones no podía la prensa guardar silencio por más tiempo, y los periódicos republicanos, demasiado comprometidos ya por lo que habían dicho, se vieron imposibilitados de dar media vuelta y de ponerse a defender a los corsarios, de todo lo cual resultó que la opinión pública quedó vuelta del revés, tal como se vuelve un guante, y que todo París se conmovió ante las novedades contadas por las hojas impresas.

El vizconde de Premartín recorría todos los salones realistas y caldeaba la atmósfera con sus conversaciones y relatos y repartió como cerca de un millar de folletos en los que se especificaban las fechorías de Surcouf y de su teniente.

Fué aquel un terrible golpe pero acabó de hacerlo más terrible aún el hecho de que las damas se mezclaron en el asunto, y se discutía sobre si era posible que Brinville hubiera raptado contra la voluntad de la joven, a una señorita heredera de cuantiosa fortuna. Se celebró la boda por brutal imposición del pirata y murió la pobre joven al

poco tiempo, humillada ante tantos ultrajes. Resultaba el heroico Brinville un simple canalla, y la ola de desprecio subía como la espuma.

Fué Surcouf a entrevistarse con Barras, pero éste se empeñó en permanecer invisible, y en vista de que nada podía aclararse por aquel lado, fué el audaz corsario a todas las redacciones,, donde le pusieron ante los ojos las memorias impresas de donde sacaron sus artículos e informes.

Fué Surcouf a desafiar a Premartin, y contestó éste que había hecho demasiado honor a Brinville al cruzar con él su espada y que no estaba dispuesto a batirse con Surcouf en tanto que no dejara éste completamente probada su inocencia.

Así estaban los asuntos cuando en los Quinientos, o sea en la Cámara de Diputados, hubo una interpelación respecto a los acontecimientos de la isla de Francia. Era el interpelante un realista, y el ministro de Marina contestó que había encargado a su colega de la cartera de Justicia este negocio. El ministro de Justicia dijo que era cosa que debían estudiar los tribunales.

Los realistas protestaron y gritaban furiosamente:

—Lo que procede aquí es el inmediato arresto de los culpables.

A consecuencia de estas vociferaciones se representó en la Cámara una interesante comedia. Subió a la tribuna uno de los amigos de Tallien, quien empezó por defender a Surcouf y a Brinville. Empezó por decir que no los cería tan culpables como suponían las acusaciones y que a juicio suyo no habían cometido el menor delito, pero reconoció que eran de tal peso los cargos contra los marinos que la justicia no podía de modo alguno verse paralizada por efecto de la popularidad y fama de los corsarios. Según el orador, lo que debía hacerse era empezar por arrestarlos, como se haría con otro ciudadano cualquiera en caso parecido, y juzgarlos luego con la imparcialidad y hasta con el cariño que merecían tan útiles servidores del país.

Pedía, en resumidas cuentas, igualdad de todos los ciudadanos ante los tribunales de justicia.

Un estruendoso coro de aplausos que partían del campo republicano así como del realista puso término a la peroración, con lo cual el arresto de los corsarios era ya cosa inevitable.

No bien se enteró de aquella orden de arresto, cuando el vencedor de Rívoli y de Arcola fué velozmente a casa de Barras.

—¿Permitirá el señor Barrás que se meta en la cárcel a Surcouf? ¿No le consta al gobierno que todo esto son intrigas de Tallien? ¿Se atreverá a deshonrarse este gobierno al encerrar entre rejas y cerrojos a dos heroicos marinos?

—¡Pero mi querido general, se trata del rapto de una señorita, de matrimonio a la fuerza, de sublevación contra las autoridades!

—Pero no se ha probado una sola de esas acusaciones.

—He leído yo mismo la memoria donde todo se explica.

—¡Vaya una demostración! Cada cual puede hacer una memoria que diga lo que le dé a él la gana.

—No discutamos y pensemos lo ocurrido en la Cámara. No ignora el señor general lo sucedido en los Quinientos. Realistas y republicanos se han puesto de acuerdo para exigir el encarcelamiento de los corsarios.

—Ha sucedido eso por no haber en todo el gobierno una sola persona capaz de saber cumplir con su deber, que consistía ahora en la denfensa de esos corsarios.

—Veo muy difícil esa defensa.

—Pues era la cosa más natural y sencilla. Bastaba con demostrar que partía el golpe del campo realista y probar luego que los realistas son aliados de los ingleses, y una vez sentado todo esto, decir claramente que de lo que ahora se trata es de suprimir a los dos más terribles enemigos de Inglaterra de cuantos puedan darle hoy algún temor. Ante este sencillo y contundente razonamiento ni un sólo francés algo patriota, fuera republicano o no, dejaría de aplaudir y el gobierno no se vería ante el conflicto de dos arrestos que son dos crímenes de lesa patria.

—Pero si llegamos a decir todo eso hubiéramos visto furiosos a los realistas. Hay que tener en cuenta que han cambiado mucho los tiempos.

—¿Quiere decir eso que estamos ya temblando ante el peligro de una evolución en las ideas que nos lleve a la restauración de la monarquía y que trata el señor Barrás de congraciarse con los realista para que se dignen olvidar la metrallada de Saint-Roch, episodio sangriento que no olvidarán nunca? Tenga el señor por seguro que si mañana volviera a entrar el rey en París, pasado mañana nos fusilarían a mi amigo Barrás y a mí.

Como mayor demostración de desprecio, dicho lo anterior por Bonaparte, saludó a Barrás y salió del salón sin esperar nada de aquel hombre en lo relacionado con Surcouf.— A contar de aquel instante disimuló Bonaparte hasta que se vió en lo alto del poder, pero una vez en la cúspide de la autoridad tuvo buen cuidado de demostrar el profundo desprecio que le inspiraba Barrás.

Jean Bon Saint André, uno de los más curtidos parlamentarios y a quien la maniobra de Tallien no podía engañar, corrió precipitadamente a casa de Cabanis, a quien contó cuanto sucedía.

—Es completamente imposible, — decía a su amigo, — impedir que se arreste a Surcouf, pero tenemos en nuestra mano el medio de herir a Tallien en mitad del corazón.

—¿Qué medios son esos?

—Consisten, sencillamente, en impedir que se lleve a Brinville a la cárcel y para ello basta con la autoridad del señor.

—No necesito forzar mi conciencia para certificar que el herido no se halla en estado de que lo lleven a otro sitio.

—Redacte el doctor esas declaraciones que me apresuraré a llevar a la justicia y a varios periódicos.

Escribió el sabio Cabanis un certificado muy detallado en el que decía lo acabado de

exponer, y lo entregó a Jean Bon Saint André.

—Pero no nos quedamos aquí, — dijo el reputado médico con tono enérgico. — Ahora mismo me instalo a la cabecera de mi herido, dispuesto a no desampararlo un momento y a defenderlo contra amigos y enemigos. Dos de mis más reputados colegas, que son miembros del Instituto, turnarán sus cuidados con los míos, y todos nuestros alumnos han de cooperar a que esté el herido bien cuidado y libre de persecuciones. Puede decírselo así el señor al ministro, y veremos si se atreve alguien a disputarnos un doliente puesto bajo nuestra exclusiva jurisdicción.

No era hombre el ilustre Cabenis de aquellos con los cuales puede jugarse, y por esta consideración salió de aquella casa Jean Bon Saint Andre completamente tranquilo en lo que pudiera relacionarse con Brinville. El ministro estaba perfectamente enterado de todas las intrigas tramadas por Tallien, y se sintió como hombre muy dichoso al poder escudarse tras las fomales declaraciones de Cabanis, de modo que no se arrestó sino a Surcouf y fueron completamente inútiles todos los esfuerzos de Tallien para encerrar a su temido rival.

Pero es el caso que el deseo único de Tallien era meter bajo cerrojos a Brinville, importándole muy poco de Surcouf, de modo que al comprender que permanecería en libertad el joven corsario, dió por fracasado su golpe tan diestramente dirigido.

Apareció al siguiente día el informe de Cabanis con la firma de este eminente médico y con la de otros varios conocidos y de los mejor reputados, y como se publicó en todos los diarios de París que pertenecían a la fracción repubicana, se comprendió por todos que había pasado el momento de peligro, y Surcouf se dejó prender sin oponer la menor resistencia.

Aquella misma tarde fué la señra Tallien a visitar al herido, e hizo esta visita con la mayor ostentación, lo que venía a ser el principio de la venganza de Brinville. Rugía de rabia el marido, pero la dama sabía que tenía el poder en sus manos. Conocía muy bien a Mathelin y no dudaba de que en aquella ocasión era el instrumento empleado por el celoso marido.

Pero sabía también que Matheliu se vendía a quien mejor pagaba, y la señora Tallien le citó en casa de su amiga la señora de Bonaparte, la que no bien se vió saludada por el periodista, abandonó su salón, para dejar solos a los dos que debían tratar asuntos muy delicados.

—Señor Mathelin, — dijo la señora Tallien. — admiro la habilidad con que ha sabido llevar su campaña contra el joven marino Brinville y contra el capitán Surcouf, y reconozco la maestría del señor para todo lo que suponga llevar a buen término cualquier asunto que dependa de las columnas de los periódicos.

—Tengo que sacar a la señora de un error. Nada de ese asunto ha pasado por mis manos.

—Mi querido señor Mathelin, le conozco lo bastante para admirar su estrategia y reconocer su estilo. Sé muy bien que es el señor un verdadero maestro de periodistas.

—Pero juro a la señora que...

—Nos conocemos demasiado, mi buen señor Mathelin, y por mucho que me jure que no, sé perfectamente a qué atenerme. Pero sus juramentos me obligan a pensar que acaso rehuse el señor estos diez mil francos que tengo aquí, al alcance de mi mano, en esa cartera que se ve sobre esa mesita.

—¿Qué quiere decir eso de diez mil francos?

—No tengo el menor inconveniente en decirlo todo tal como lo pienso. Supongamos que el joven Brinville, quien dicho sea de paso es muy rico, y que su capitán y amigo Surcouf, mucho más rico aún que el teniente, quieren como marinos generosos que son, manifestar al señor su reconocimiento, no por simples palabras, sino con sonantes luises de oro. No necesito recordar al señor que mi marido es el prototipo de la tacañería y no dudo de que ha pagado muy mal los valiosos servicios que acaba de prestársele, sin contar con que no es posible que deje el señor Mathelin de guardarle algún rencor por las muchas groserías que mi esposo comete con todo el mundo.

Sonreía beatíficamente el señor Mathelin.

—Tiene el señor, — continuó insinuantemente la dama, — una pluma que sólo puedo comparar a la lanza de Aquiles, lanza maravillosa que tenía la virtud de poder curar las heridas producidas por el mismo reluciente acero, y ya que empezó el eximio periodista hiriendo a los dos bravos marinos, use de su pluma como Aquiles de su lanza, y cure a los mismos a quienes tan sin utilidad ni beneficio alguno ha lastimado. Aquí le entrego diez mil francos como un anticipo de los honorarios, y cuente además el señor con la gratitud y el reconocimiento de los dos corsarios. Como no se ha querido meter en la cárcel al padre Lanternier, lo considero como la persona más indicada para ilustrar al señor de la verdad de todo lo ocurrido. Lo de la isla de Francia no puede haber pasado como se contó, y no dudo de que sobra talento al señor Mathelin para probar que el gobernador de aquella colonia era un miserable y un canalla.

Como la señora Tallien se había enterado por el mismo Brinville de cuanto sucedió en la citada isla, pudo enterar al periodista, quien tomaba apresuradamente notas de detalles que para él revestían la mayor importancia.

—Con estos antecedentes en mi poder, — dijo alegremente el escritor, — me comprometo a volver del revés todo París como se da vuelta a un guante.

—No me cabe la menor duda.

—Además de lo que me ha explicado la señora, iré a tomar mayores informes y visitaré a ese famoso padre Lanternier. Dicen que es un tipo original.

—Pero no se trata de hundir a Tallien,

—Cómo,. ¿no quiere la señora que me ensañe con su marido?

—Comprendo que se admire el periodista de este deseo mío. Odio a mi esposo y quiero vengarme de él, y debo agregar que tengo en mis manos los medios para perderlo..

—¿A pesar de todo lo defiende la señora?

—Sí, pero me propongo asarlo a fuego lento. Está al borde de la gran fogata y ha llegado el momento de ponerlo en sitio menos ardiente. Quiero que recobre su tranquilidad para volver luego a mortificarle de modo que sea más cruel el suplicio.

—Logrará la señora vengar a mucha gente.

—No dejaremos un solo detalle en el tintero.

Con la mirada fija, con implacable acento murmuró después la señora Tallion:

—Ha de llegar el momento en que me decida a ejecutar a mi marido, y su caída ha de ser hasta lo más profundo. — Sonrió luego con la mayor amargura, mientras decía a Mathelin. — El señor me ayudará en mi venganza y puedo asegurarle que no ha de perder el tiempo.

Dió la dama al periodista la dirección del padre Lanternier, y lo despidió luego, no sin ver cómo metía en el bolsillo la bolsita de seda con los diez mil francos ofrecidos.

Creía triunfar Premartin al ver a Surcouf preso y al considerar que si estaba Brinville en libertad era sólo por no permitir lo grave de su estado que se trasladara a la prisión. Tan pronto como curara se le llevaría a la várcel. Era una hermosa venganza.

Al siguiente día por la tarde estaba el señor vizconde pavoneándose en uno de los más aristocráticos salones realistas; pero ese París que sabe juzgar y medir tan pronto a todos los hombres, estaba ya enterado de lo méritos de Premartin. Los que tenían algo de ingenio huían a necio semejante, y los imbéciles eran los únicos que formaban corro en torno del criollo, quien charlaba y peroraba cual si se hallara dando alguna conferencia.

Interrumpiendo el discurso del joven Premartin, gritó el lacayo:

—El reverendo padre Lanternier, capellán de marina.

Volviéronse todas las miradas hacia la puerta y se vió como entraba un jigantesco clérigo, admirable por su calma y tranquila conmpostura y majestuoso con su negro traje talar, más imponente aún dado lo colosal del sacerdote. La frente del recien llegado resplandecía de altanera franqueza y el aspecto general imponía y dejaba la más completa impresión de estar ante un modelo de lealtad y de bravura.

Como hombre de mundo que está acostumbrado al trato de la buena sociedad, se dirigió el padre Lanternier a saludar a la señora de la casa, mientras Prematin, como presintiendo una tempetad que debía estallar muy pronto, se ponía lívido y desencajado.

No bien hubo cumplido el sacerdote sus deberes para con la dueña del salón, se dirigió a Premartin, blandiendo en la mano derecha la memoria escrita por el joven contra Surcouf. Desdobló el folleto y dijo:

—Es el señor Martín, ya que eso de Premartín no pasa de ser una necedad vanidosa y pueril, sin justificación posible, es el que está en mi presencia, el llamado Martín quien se divierte repartiendo por todas partes este papelucho? Es este ente quien se presenta en los más honrados salones, donde se le recibe en la creencia de que es un hombre digno, es el señor quien se atreve a calumniar a dos heróicos marinos que son gloria de las flotas francesas? Es este mequetrefe quien ha logrado triunfar hasta ahora, ya que logró que se meta en la cárcel a Surcouf, el terror de los ingleses y el héroe a quien debemos las más preclaras victorias marítimas?

—Caballero...,

—No pronuncie semejante palabra quien no conoce lo que es ser caballero. No es usted quien sostiene que su padre es el tutor de la señorita Lymairac? Pues es el señor uno de los más cínicos embusteros conocidos. No se ha reunido ningún consejo de familia y la única tutora natural y en justicia de la citada señorita era su tía y esta tía creyó encontrar en el padre de este canalla un protector y un apoyo para su sobrina, pero el padre de este necio quiso casar a la rica heredera con su hijo, a pesar de la abierta oposición de la joven.

Trató de protestar Premartín, pero el padre Lanternier dejó la memoria sobre una mesita y sacó del bolsillo un legajo de cartas, las dejó sobre la misma mesa, mientras imponía silencio a su interlocutor y decía a los circunstantes:

—Ha escrito este señor que la señorita Lymairac se vió raptada contra su voluntad y casada después a la fuerza, y aquí estoy yo para probar que el autor de ese folleto ha mentido como mienten los más despreciables bellacos.

Tomó el sacerdote dos cartas de las que formaban en voluminoso paquete dijo en alta voz:

—Aquí está la correspondencia de una recién casada a la fuerza y casada después de un rapto. Ruego a la señora de esta casa que lea estas cartas y que las de a leer a los presentes. Los asuntos que atañen al corazón son de eterno interés para todas las almas femeninas y quiero justificar a mi amigo ante el tribunal formado por las damas aquí presentes. En cuanto a los acontecimientos de la isla de Francia y a las cuestiones entre Surcouf y el gobernador de aquella isla, no necesito entrar en tales enredos de los que sabrán salir airosos cuando se vea el proceso ante los tribunales.

Dicho esto arrancóse del pecho el padre Lanternier la cruz de capellán de marina y la colocó sobre la mesa.

—No he mentido nunca en mi carácter de hombre, y juro no haber hecho nunca cosa y como sacerdote juro otra vez, y lo juro

sobre esta cruz, que no he mentido y que acabo de decir la pura verdad.

Dirigiéndose a Premartín, añadió:

—Atrévase el señor a jurar lo mismo. Juro haber dicho verdad y pida a Dios el inmediato castigo de sus palabras si resultan falsas sus acusaciones.

Premartin no se atrevió a hacer semejantes juramentos, y ante el murmullo levantado en todo el salón al ver la actitud del joven aristócrata, scomprendió que no le quedaba sino un partido que tomar, y salió avergonzado de aquella sala en la que entrará animado de las más risueñas ilusiones.

El padre Lanternier se vió rodeado y felicitado y logró enormes éxitos con el entretenido relato de sus múltiples aventuras y con la descripción de las heroicidades de Surcouf y de Brinville. Cuidó bien de demostrar que ninguno de los dos marinos se preocupaban de política y que solo eran y querían ser buenos marinos y mejores franceses, sin preocuparse poco ni mucho de los acontecimientos que pudieran desarrollarse en tierra firme. Con endiablada fecundia habló el cura de sus focas y de sus frailes y los éxitos logrados con unos y otros, y conquistó universales simpatías, y al retirarse del salón no pudo hacerlo sino rodeado de muchos jóvenes, empeñados en cenar con el decidor clérigo. Consintió con la mayor alegría, y aun añadió durante la dena detalles que bastaban para poner bien en claro todo lo embrollado por Premartín.

El rumor de semejante ajusticiamiento del joven aristócrata corrió por todo París y fué rudísimo golpe para Tallien. Pero aumentó aun la inquietud de tan despreciable personaje a leer en un periódico realista, la nota siguiente:

"Se presenta el asunto Surcouf con aspecto completamente nuevo, y hemos de publicar mañana importantes aclaraciones capaces de hacer cambiar la opinión".

El periódico que hacía estas insinuaciones se comprendía bien que no era amigo de Tallien, y la nota anunciada para el siguiente día era una enérgica protesta firmada por la tia de la señorita Lymairac, la cual se hallaba en París, llevada por Brinville que era su sobrino por efecto del anterior matrimonio con la joven criolla.

La tía de la supuesta joven raptada y casada contra su voluntad escribía indignada y desmentía en absoluto todo lo dicho respecto a semejante asunto.

Aquello cayó como un rayo, pero era sólo el relámpago anunciador de la recia tormenta.

Después de muchas publicaciones para ir descorriendo los velos de la intriga, corrió por todas las redacciones de París un documento abrumador. Era la serie de cartas escritas por el gobernador de la isla de Francia a los ingleses en las que había traición completamente comprobada y que Surcouf sorprendió a bordo de uno de los barcos enemigos apresados.

La acusación presentada contra Surcouf no podía sostenerse ni por un minuto más y fué preciso poner en libertad al valiente corsario, y la salida de la cárcel del popular marino dió motivo a la más entusiasta manifestación. Pero sin detenerse un momento el valiente capitán en recibir los homenajes de sus admiradores, se encaminó a buscar a Premartín, quien había desaparecido.

Estaba Tallien desconsolado con esta serie de derrotas, cuando su buen amigo Thezenes, el franco señor que todo lo decía, se presentó en su domicilio, para no ocultarle nada, de acuerdo, una vez más, con su sistema de mortificar a todo el mundo.

—Queridísimo amigo, no puedes imaginar cómo te compadezco. No sabes que París en pleno está riéndose de tí?

—No necesito que me lo digas, demasiado que lo se todo, — rugió Tallien.

—¡Qué has de saber, pobre hombre! ¿A que no sabes que tu esposa visita a Brinville, quien está convaleciente y en completo camino de rápida curación, y que se ven con frecuencia en casa del marino? ¿A que no sabes que se les ve pasearse en coche, muy juntitos y atortolados, por los Campos Eliseos en pleno día y como si fuese viuda la hermosa mujer? ¿A que no se ha atrevido nadie a decirte que cenan sentados a la misma mesa?

—¡Vete y déjame en paz! ¡Me vengaré de ella!

—Pues confieso que espero una nueva venganza tuya para poderme reir un buen rato a tu costa. Tu venganza ha producido la enorme ovación que se tributó ayer a Surcouf a quien llevaron en triunfo al Palais Royal. No negarás que es un modo de hundir a un hombre odiado que se presenta como un primer éxito. Tu socio y aliado Premartin desapareció, dejándote en las astas del toro...

—No es culpa mía si ese imbécil acusó a los corsarios sin la menor prueba efectiva y sólida. Pero ha de terminar todo esto; todo ha de concluir de modo terrible, — y se contraía el rostro de Tallien como preludiando trágicas resoluciones.

—Temo que no se resuelva todo tu nuevo plan en imprevistos fracasos para tí. Anda con tiento, mira que esos corsarios son gente muy ladina.

—Veremos quién maneja mejor una intriga.

Comprendió Thezanes, con sólo ver el siniestro reflejo de las pupilas de Tallien, que meditaba éste en la manera de asesinar al joven Brinville.

—Comprendo, querido amigo, Ahora como te mataron a tu espadachin, enviarás algún vulgar asesino a que te libre del rival a quien no te atreves a desafiar personalmente.

—Veo que te has vuelto loco, amigo Thezanes.

—Te felicito, pues, equivale lo dicho a confesar que no piensas vengarte.

—Me vengaré, y lo has de ver muy pronto.

Corrió Thezanes de casa de Tallien a la de Brinville. No le conocía, pero era hom-

bre que no se apuraba por presentación de más o de menos. Solicitó ver al joven, y le recibió Brinville, pálido aun pero sonriente. Aquel cuerpo tan extraño del charlatán le hizo gracia y el marino no experimentó antipatía alguna al ver a su visitante.

Este se presentó por sí mismo, y dijo:

—Vengo, ciudadano Brinville, a salvaros la vida.

—¡Demonios! — exclamó riendo el corsario.

—Aquí donde el señor me ve, tengo la honra de ser muy amigo de ese canalla de Tallien, quien me ha hecho centenares de ofensas.

—Lo que no es obstáculo para que se conserve tan digna amistad.

—Continuó siendo amigo de ese pillo para poder retorcerle mejor el pescuezo y revolver el puñal dentro de la herida que he de hacerle. Como principio de mi venganza acabo de contarle que a ciencia y paciencia de todo París pasea el señor y no oculta la mayor intimidad, con la esposa de mi querido amigo.

—No tolero ni la menor alusión a la señora Tallien.

—Pero es el caso que esa señora está aquí dentro de mi corazón. La adoro y la admiro y hasta me dejaría cortar como se pica la carne para hacer empanadas, si con ello me fuese posible prestarle algún servicio. Ella se ha encargado de vengarme. Ella se venga. Vea señor teniente, cómo no he de adorar a quien conjuga al par mío el verbo nosotros nos vengamos? ¿Cómo no la hemos de querer cuando odiamos a Tallien?

—Creo exacto lo que el señor indica.

—¿Quiere saber señor cómo le ha salvado la vida? Comprendo que debe ser ese un deseo muy natural, y me permitiré preguntar si ha visitado el Jardín de Plantas.

—No, no lo he visto aun.

—Pues es imposible que deje el señor de esta ciudad sin visitar semejante maravilla. Bueno, continúo con mi historia: cuando vaya al Jardín, no deje de fijarse mucho en la hiena de Berbería que acaba de enviar nuestro cónsul en Argel, y no olvide que todo lo que aquel animal es como cuadrúpedo lo es Tallien entre los bípedos implumes.

—Veo que no adula al señor Tallien.

—Si hablo de esa hiena es porque Tallien, al anunciarme que se vengaría del joven marino, puso ojos idénticos a los del animal encerrado en el Jardín de Plantas. Tengo la íntima convicción de que buscará el modo de asesinaros.

—¿Pero lo cree el señor hombre capaz de poner en práctica lo que dice?

Abrióse una puerta, y entró la señora de Tallien.

—La señora, — dijo Thezanes, — ha debido oir cuanto hablábamos y estoy bien seguro de que comparte mi opinión.

—Estamos absolutamente de acuerdo, — dijo la señora mientras daba a besar la mano a Thezanes quien se manifestó encantado. — Muchas gracias por vuestra buena voluntad, y retírese completamente, que corre de mi cuenta velar por todos.

Saltaba Thezanes de contento. La acompañó Brinville hasta la puerta de la habitación, y le dió un fuerte apretón de manos como despedida.

Sentíase orgulloso el charlatán. Era un buen hombre en el fondo, y se veía que era un buen amigo de Tallien.

CAPITULO X

La celada

OCHO días después de haberse puesto en libertad a Surcouf, vió éste cómo entraban en su casa el padre Lantermier, seguido de Mario y de Sapajou, cubiertos aun éstos del polvo del camino, ya que llegaban en aquel instante de Marsella. Fué una sorpresa para todos aquel viaje.

—Buenos días, capitán, — decía Mario mientras estrechaba la mano del corsario, — y mil felicitaciones por verle ya en libertad.

Saludó militarmente Sapajou, y dijo:

—Puedo asegurar que nos consideramos como muy felices al ver libre al señor.

Tendió Surcouf su blanca mano al negro, que la apretó efusivamente.

—¿Qué viento favorable les trae por aquí?

—Venimos en calidad de testigos.

—¿Cómo testigos? — preguntó el marino.

—¡No faltaba otra cosa! ¡Por todos los redobles del tambor de Lucifer! — vociferaba Mario. — Esa invención del correo corre mucho y a las sesenta y dos horas de que se arrestase al capitán Surcouf ya lo sabíamos en Marsella. Fué algo como un cañonazo. La ciudad entera se desesperó al saber la noticia. Sapajou y yo dijimos: "A la diligencia sin pérdida de momento, y pues disponemos de fondos, a París con los caballos arrastrando la panza por el barro del camino. Triples propinas a los postillones. ¡A servir de testigos en el proceso Premartin!" Y aquí estamos.

—Veo que cuento con verdaderos amigos, — dijo Surcouf emocionado, mientras daba nuevos apretones de manos a Mario y al negro. — Pero puesto que están aquí, deben aprovechar la oportunidad para visitar la ciudad y conocerla. El padre Lantermier les puede servir de guía.

—Eso ya lo hemos convenido nosotros, — dijo el clérigo.

—Cuando los amigos que así se han molestado por serme útiles quieran volver a Marsella, he de darles un importante encargo.

Al escuchar estas palabras Mario se puso muy serio.

—¿Tienes mucha prisa por regresar a Marsella? — preguntó Mario a Sapajou.

—No tengo ni la menor prisa por verme otra vez en aquella ciudad, — contestó el negro.

—¿Pero no lo pasais como el pez en el agua en el precioso puerto del Mediterráneo?

—Sí allí se pasa admirablemente bien el tiempo, pero la verdad es que uno se abu-

rre. En los primeros días todo andaba perfectamente y allí donde caiais, todos se empeñaban en que contáramos nuestras aventuras, pero luego la vida se convirtió allí en algo tan monótono que queda todo reducido a almorzar, pasearse, comer y otro paseo; dar un vistazo al puerto y luego dormir mucho para matar las horas sobrantes. Acaba por fastidiar eso de que sea siempre lo mismo. Nadie puede negar que la Cannebiéra es la única Cannebiéra, pero resulta siempre el mismo sitio para estirar las piernas. Mire, capitán, le aseguro que no lamentamos vernos en París.

—Pues París cansa tanto como Marsella, y acabaréis por cansaros de esto como de aquello.

—Pienso lo mismo.

—La mejor manera de no aburrirse, mi querido Mario, es una que yo sé. Voy a confiaros un secreto que debéis guardar. Está preparándose una gran expedición para el Egipto, y yo entro en el asunto junto con Brinville y el padre Lanternier.

—¡No se olviden de contar con nosotros dos! ¡Aún no he visto las pirámides y sería una grave falta no verlas habiendo tan buena ocasión. ¿No piensas lo mismo, morenito Sapajou?

—Lo mismo pienso y digo, amo Mario.

—Veo una grave dificultad, — observó Surcouf. — ¿Qué hacemos de vuestras mujeres?

Mirarónse Mario y Sapajou.

—Tú, amigo Sapajou, tú lo dijiste muy a tiempo. Eso de las mujeres tiene que darnos muchos disgustos. Pronosticabas los fastidios que nos ocasionaría traer tanta mujer a Francia. Pero noto que no pareces muy triste por haberte quedado sin una sola de todas las tuyas.

—¡Vamos! ¡Cuéntanos qué se ha hecho de vuestras numerosas consortes! — dijo sonriente Surcouf.

—En cuanto desembarcamos, — dijo Mario, — cuatro viejas charlatanas de esas comadres que se meten en lo que no les importa, dijeron a nuestras esposas que, llegadas a territorio francés eran completamente libres, y les dijeron además, y esto es lo más infame, que aquí no podía tener nadie sino una sola compañera. Cada una de las nuestras se empeñó en ser la única esposa y nuestra casa se convirtió en nu verdadero infierno. Nos vimos obligados a tomar medidas enérgicas.

—Y tan enérgicas! — murmuró el negro.

Pero dieron peor resultado, — continuó Mario. — No sé quién les aconsejó que se presentasen al comisario, y éste les declaró que si no se hallaban a gusto en nuestra casa podían irse a otra parte.

—¿Y se marcharon, sin duda alguna? — observó Surcouf sonriendo.

—Sí. ¡Todas! ¡Hasta la última! ¡Ni una sola dejó de tropezar con alguien que se hiciera cargo de una esposa mía. Pero lo más sensible para mí fué verme abandonado hasta por mi vieja cocinera, la que entró como cocinera en casa de un burgués rico, justificando su abandono con el pretexto de que le daban un buen salario, mientras que a mi servicio no ganaba nada. Esto bastó para convencernos de cuán grande es la ingratitud femenina, y aunque produce todo ello su natural escozor, preciso es reconocer que resulta beenficioso, pues gracias al despego de nuestras consortes, nos vemos ahora libres de todo compromiso y estamos prontos a ir a Egipto sin estorbos que dificulten la expedición.

—Pero antes de ir a ver correr las aguas del Nilo debemos empezar por arruinar el comercio inglés sobre las costas de España, y no daremos fin a la tarea hasta haber apresado cuanto buque británico surque aquellas aguas.

—No creo, amigo Sapajou, que sea desagradable para nosotros pegarles fuerte a los ingleses.

—No pide mi puño más que darles lo más firme que sea posible, — contestó el negro.

—En ese caso, — dijo Surcouf, — os considero ya como de los nuestros. Almorzaremos en los Hermanos Provenzales, donde ha citado Brinville al padre Lantermier y a mí. Ha de experimentar la mayor alegría al vernos a todos reunidos.

—Más felices seremos nosotros al volver a estrechar tan querida mano.

Bajo el poder del Directorio había una policía, además de la que cobraba sueldo, que no percibía honorarios conocidos, pero a la que los poderes públicos recompensaban dejándole hacer muchos negocios. Operaban también aquellos agentes por cuenta de los particulares y era la autoridad muy indulgente para estos tan útiles auxiliares.

Se dedicaban estos agentes con mucha frecuencia a espiar a las mujeres por cuenta de los maridos o a los maridos por orden de las esposas, o a los amigos de las damas por encargo de las enfermas de celos, por lo cual todos los dedicados a estas operaciones de policía doméstica intervenían en numerosos asuntos bastante sucios y conocían las interioridades de mucha gente. La policía oficial aprovechaba a estos agentes particulares para enterarse de muchas cosas de las que sucedían en el mundo del presidio, del crimen oculto y de los más bajos fondos.

Tallien se había visto metido en asuntos bastante dudosos para no conocer perfectamente los recovecos de la policía oficial y de la oficiosa, y había llevado de Burdeos a París a un comisario en quien había sorprendido muy felices disposiciones como intrigante, y lo recomendó de tal modo en las más altas esferas, que ocupaba a la sazón uno de los primeros puestos en las oficinas policiales. Recordó lo que le debía su protegido, y le llamó a su casa.

Era el alto empleado un gascón seco y rudo, que no perdía el tiempo en inútiles palabras, sino que se dirigía directamente al objeto perseguido.

—¡Salud, ciudadano Tallien! — dijo al entrar en la habitación donde el dueño de casa le esperaba. — Me necesitas y me llamas. Me ayudaron antes y debo ayudar ahora. ¿Qué se exige de mí?

Pertenecía Tallien a esa clase de gente a la que desconcierta la franqueza. Quedó

aturdido, pero el policía fijó en él sus miradas penetrantes y dijo:

—Suponía que se trataba de la señora Tallien, y ahora veo que acerté en mis presunciones.

—¿Qué motivo hay para tal seguridad?

—Me basta para estar seguro de lo que digo, el conflicto interno que leo en el señor Tallien. No hay marido que no se sienta avergonzado al confesar que le engaña su mujer.

Como Tallien no contestó ni la menor palabra, el policía continuó:

—Basta ese silencio para comprender que no se trata de vigilar a la citada dama, pues se ve que el marido está enterado de cuanto pueda interesarle. Admitido esto, no cabe duda de que se trata del joven marino que conquistó las simpatías de la señora.

—Vamos acercádonos al asunto, querido amigo, — dijo Tallien. — Veo que va directamente al bulto.

—Sí, marchamos hacia nuestro objeto. Se ha tratado de matar al corsario Brinville por medio del espadachín que teníamos a sueldo, pero el mozo mató al asesino elegante y recibido en todos los salones. Ahora lo que se desea es que alguno de los bandidos que viven en París, con pretexto de una tentativa de robo o de una pelea callejera, limpien la tierra que habitamos de la presencia de tan molesto mozo.

Como Tallien no protestase, continuó el comisario.

—Nunca me he dedicado personalmente a esos negocios, ni quiero intervenir en ellos, pero enviaré aquí a un hombre de toda confianza con el cual será fácil entenderse, como no se quiera que resulte gratis el asunto.

—¿Puede tenerse confianza en esa persona?

—Se trata de La Poule, que es uño de nuestros mejores sabuesos para muchas cosas muy secretas. Es un presidiario escapado del presidio, y al que se deja en libertad con la expresa condición de estar secretamente al servicio de la policía. Sabe que como no ande muy derecho, lo volvemos a meter entre cerrojos.

—¿Es indispensable que me entienda con semejante criminal?

—¿No lo recibo yo con frecuencia? ¿No sabe el señor que si todos los que deben estar en presidio residieran allí, deberíamos construir otras inmensas cárceles?

Quedóse mirando muy fijamente el policía a su interlocutor.

—Opino que podría muy bien perdonárseme el oprobio de tener que entenderme con un escapado de la cárcel. Podría mi amigo aquí presente tomarse la molestia de hablar y tratar con ese bandido.

—¡Nunca! ¡En mi vida semejante cosa! No siento ni el menor odio hacia el ciudadano Brinville, y no tengo ni el menor motivo para desear ni para trabajar para que lo maten. Queda reducido este asunto a lo siguiente: Se me pide un hombre capaz de cometer todo género de delitos, y con enviarlo aquí he concluído. Mi misión queda terminada y seré completamente neutral en todo lo relacionado con ella.

—¿Puedo contar de veras con tal neutralidad?

—¡Juro no intervenir en nada! De este modo pago mi deuda de gratitud por los servicios que reconozco que se me han hecho. Por lo demás, cada cual arregla sus cosas a su modo. Brinville es demasiado amigo de la señora Tallien, y comprendo que tratéis de vengaros, pero eso es un asunto íntimo y particular que no puede interesarme.

Tallien no se atrevió a insistir.

—Bueno, que venga ese hombre, — dijo tristemente.

—Debe recordar siempre el señor, — advirtió el comisario, — que La Poule tiene ante la sociedad el nombre de "señor Desportes".

Tallien escribió el nombre.

—Muchas gracias, — murmuró.

—Muy poco es lo que puedo esperar como gratitud, y reconozco que no merece dar las gracias por lo que acabo de hacer. Dentro de una hora estará aquí nuestro hombre.

Saludó y se fué con paso muy resuelto.

—Como se me presente una ocasión, — gruñó Tallien, — has de ver cómo te hago pagar bien caro tu orgullo. Has estado muy impertinente.

No había transcurrido una hora cuando el secretario de Tallien le anunció la visita del señor Desportes. Dió orden de que pasara, y miró de arriba abajo al visitante no bien entró éste en la habitación.

Era el señor Desportes un burgués gordo, de cara redonda, de barba redondeada, de nariz gruesa, de mejillas llenas, de ojos serenos, boca sensual, anchas espaldas, vientre abultado... Era un ser redondo en todos sentidos.

¿Pero era aquello posible? ¿Podía ser un escapado del presidio de Marais?

—Caballero, — dijo. — Tengo el honor de saludaros y de ofrecer al señor la expresión de mi respeto. Me llamo Desportes, y estoy aquí para serviros.

—Tenía entendido que se llamaba La Poule.

No pestañeó el presidiario, pero dijo:

—Si esperaba el señor a algún La Poule, debo retirarme, pues no soy yo. No me queda por hacer aquí sino pedir perdón al ciudadano Tallien del error que otro y no yo ha cometido, y salir de esta casa.

—Eso de La Poule sería, por lo visto, sólo un mote.

—No he permitido nunca que me pusieran motes.

—Acabemos! — dijo Tallien, vencido y furioso. — No continuemos jugando a quién es el más vivo. Sabemos ambos a qué atenernos, y sé todo lo que necesito saber.

—Exactamente como lo sé yo, ciudadano Tallien. — Dió el visitante media vuelta y se encaminó hacia la salida.

—No se marche! — gritó Tallien.

Desportes dió otra media vuelta.

—Señor mío, — dijo con reposado tono, — consiento en permanecer aquí y en escucharos, pero nada de motes ni palabras poco cultas. — Tendió la mirada en torno y añadió. — Creo que el señor demostraría ser un caballero de buena educación si me

invitara a sentarme en alguno de estos cómodos sillones. Me siento algo fatigado por haber apresurado el paso sólo por complacer a quien esperaba hallar algo más amable.

—Puede sentarse.

No estaba satisfecho el ciudadano Tallien. La sangre fría de aquel hombre le dominaba y excitaba al propio tiempo.

El bonachón del señor Desportes se arrellanó en el mejor sillón, llenó sus anchas narices de rapé y dijo riendo muy burlonamente.

—Los negocios son negocios, y lo primero que debe hacerse es despejar la situación desde un principio, pues como no se parta de bases absolutamente claras y precisas, no se hace sino divagar. El señor creyó que trataba con un La Paule y ha creído también que le sería muy fácil arreglar las cosas a su gusto, mientras yo por mi parte tengo el mayor empeño en hacer constar, aún antes de pronunciar la primera palabra, que soy completamente libre de aceptar o rechazar las proposiciones que pudieran hacérseme. Es preciso que sepa el señor que no saldrá aquí aquello de: "Pero mi querido amigo La Poule, digo señor Desportes, olvida sin duda que puedo enviarle a darse paseítos muy poco agradables por Tolón." Corto esa observación, que sin duda piensa el señor hacerme, con estas simples palabras: Soy demasiado útil en París para que se priven de mi compañía para enviarme al presidio de Tolón. Las únicas personas que podrían darme algún disgusto están demasiado agradecidas a los servicios que les presto. Sin el menor miedo a que me desmientan, puedo asegurar que me consideran como indispensable en la ciudad.

—No ha pensado nadie en hablar de nada de todo eso. Debe estar enterado el señor Desportes del asunto de que se trata.

—Como la persona que me envía aquí no sabe, o no quiere saber nada, nada sé ni puedo saber yo.

Comprendió Tallien que tenía que lanzarse. Se armó de valor para decir:

—No ignora quién me oyó que me engaña mi mujer.

—Corren esos rumores en el barrio donde vivo. Creo que el rival es un corsario.

—Sí, es el capitán Brinville, y no puede dudar el señor de cuáles son mis intenciones al llamarla a esta casa.

—¿Cómo he de adivinar cosas tan secretas?

—Concluyamos. Quiero vengarme, y según parece, el señor conoce a gente capaz de robar una noche a Brinville. Como es mozo que sabe y quiere resistir, se presentará entonces la mejor oportunidad para darle media docena de buenas cuchilladas.

—No está mal ideado todo eso; muy buena idea.

—¿Quiere el señor ordenar que se ataque una de estas noches a Brinville con pretexto de robarle y que termine el caso con la muerte del corsario?

—Todo depende del precio.

—¿Cuánto se pide?

—Empecemos porque para mí ha de haber cinco mil francos.

—Paso por esa suma, — dijo Tallien haciendo un gran esfuerzo.

Vertía lágrimas de sangre el corazón de aquel avaro.

—Otros cinco mil francos más para mi gente.

—¿Cuántos son?

—Son diez. Tengo toda una escuadra a mis órdenes.

—Pasemos por eso, — murmuró tristemente Tallien. — Entregaré ahora cinco mil libras. Levantóse Tallien y abrió un mueble del que sacó una bolsa llena de oro, y contó los cinco mil francos. Luego ató la bolsa y volvió a meterla en el mueble que le servía de caja de caudales. Contemplaba mientras tanto el señor Desportes con el mayor interés el arcón donde había guardado su oro Tallien. Los cinco mil francos permanecían sobre la mesa.

—¿Puedo contar, — dijo el celoso y desconfiado marido, con que sabrán cumplir su palabra los que se ofrecen a terminar bien este negocio?

—Por mi parte tengo el mayor interés en cumplir lo prometido y en lo relacionado con mi gente debo decir que se trata de hombres que por cien sueldos tirarían a su mejor amigo a las aguas del Sena.

—¿Si tan barato trabajan, cómo me ha pedido tanto para ellos?

—No cobro caro sino todo lo contrario. No es lo mismo tirar por la barandilla del puente al primer infeliz transeunte, que atreverse con un fiero corsario que sabe manejar admirablemente la espada o el cuchillo de abordaje y cuento con la seguridad de que ese joven ha de tender sin vida a alguien antes de dejarse matar.

—Pero ¿podemos contar con que los asesinos atacarán seria y valientemente?

—Atacarán como perros rabiosos. — Sonrió siniestramente para continuar: — Allí se podrá ver quién es ese La Poule con el cual se me ha confundido a pesar de mi aspecto de ser el más pacífico burgués. Eso La Poule es el que más respetos merece y ha merecido entre los pensionistas del presidio, sitio donde no se conoce una sola reputación que no esté muy bien ganada.

Guardó el oro en el bolsillo el enigmático señor Desportes, y salió no sin saludar muy ceremoniosamente.

—¡Por fin! — murmuró Tallien. — Creo que ahora me vengaré.

Brillaron sus ojitos como si resplandeciese en ellos el espectro de la muerte.

Desde la creación de los mercados todo el barrio que los rodea ha tenido una existencia de noctámbulo. La vida de los mercados es nocturna indispensablemente, y muy pronto entre el tropel de peones que entran y salen llevando provisiones y mercaderías se vió una turba de gente sin oficio ni profesión ni modo de vivir conocido, junto a otros muchos que parecen van allí sólo a solazarse como etapa última de una noche alegre. Entre mozos calaveras y gente de buen humor se desliza una turba de ladrones, asesinos, escapados de la cárcel, mujeres de la peor especie, y una nube incolora que podría colgarse de la horca sin proceso y con la seguridad de no cometer la menor injusticia.

Todo aquello, infecto y putrefacto, rebu-

lía constantemente en torno de los grandes mercados de París, y el señor Desportes sabía muy bien dónde encontrar los auxiliares que necesitaba, por contar entre aquella canalla gente completamente a devoción de La Poule, el conocido en el mundo burgués con nombre muy distinto.

Sabía dónde tropezar con varios presidiarios que habían logrado escapar de la prisión, y había consegudo organzar una buena cuadrilla con aquellos bandidos cuyas condiciones tuvo ocasión de apreciar en Tolón antes de fugarse él mismo del presidio donde fué compañero de cadena de todos aquellos criminales. Para poder contar en todo tiempo con sus diez subordinados, les pagaba una pensión en la Gibelote, donde residía toda aquella banda de miserables.

Se trata de un rincón o callejón cerrado que daba a la calle de Trois Lanternes y que ya no existe. No tenía sino un metro de anchura aquella calleja y estaba situada en ella la Gibelote, sitio muy afamado donde se comía gato en pepitoria. Los traperos acudían a vender allí todos los gatos que lograban atrapar en sus excursiones. Vendían la carne, pero se reservaban la piel que vendían en las sombrererías.

El señor La Poule, alias Desportes, aseguraba a cada uno de sus camaradas de presidio una cama de paja, donde dormían todos juntos, una sopa y un plato de carne, con otro plato de legumbres, más un vasito de sidra para cada una de las comidas, a razón de sólo dos pitanzas diarias, en las que podían disponer de pan a discreción, y constaba todo esto diez sueldos diarios por cada pensionista, que muy puntualmente abonaba el ex presidiario al patrón de la casa. A cambio de esta seguridad de no morir de hambre y de no pasar frío durante la noche, se había comprometido toda su banda a estar completamente a las órdenes del protector día y noche para que pudiera encargarles varias misiones, raterías, pesquisas o espionajes que pagaba por separado. Había alquilado en la misma calleja una habitación donde había un verdadero depósito de trajes, de disfraces, de sombreros y calzados varios. No faltaban las pelucas ni barbas postizas, y servía así a la policía ostensiblemente, aunque sus verdaderos clientes eran los particulares.

Era hombre muy conocido y contaba con buenas relaciones.

Dominaba a su gente con la misma cadena con que se le dominaba a él, y unos y otros se exponían a arrastrar nuevamente el grillete del presidiario por los patios de Tolón tan pronto como dieron orden de prenderlos.

La situación de los protegidos por Desportes era muy agradable. Comían y dormían sin sufrir ni frío ni hambre aun cuando no se les encargaba servicio alguno. A poco que se les movilizara percibían treinta sueldos diarios. Si era tarea algo más expuesta o trabajosa les abonaba tres francos y cinco en algunas ocasiones, y no faltó oportunidad en la que cobró un luis de oro cada uno de aquellos presidiarios.

Cuando había algún buen ingreso se celebraba una serie de festines y de orgías. Llamaba el señor Desportes a su escuadra el consejo de los diez, pero añadía que era un simple consejo ejecutivo, ya que no lo consultó jamás y se limitaba a dar órdenes secas y terminantes.

La noche siguiente a la entrevista del señor Desportes con Tallien se podía ver al citado señor Desportes en la Gibelote, ¿pero quién era capaz de reconocer en La Poule al insignificante burgués?

Era la más ahorcable imagen posible. Ofrecía el más infecto aspecto de borracho incorregible y pendenciero.

Entró en aquella cueva de bandidos como quien entra en su propia casa.

¿Quién podía decir que no conocía a La Poule? Era muy popular... era uno de los que sabían burlar a la policía... No había manera de pescarle nunca en flagrante delito, y una noche en la cual invadió la fuerza pública la Gibelote, como dijera uno de los agentes:

—Tú, La Poule, por mucho que hagas, has de acabar por caer en nuestra manos, por pillarte en flagrante delito. Te pescaremos un día.

—Un día u otro, — contestó La Poule, — burlándose, y sin siquiera dejar el vaso que empinaba.

No sospechaba nadie que estaba de acuerdo con la policía y que él mismo había combinado con el agente aquella escena, y los pobres rateros, la hampa del crimen, admiraban y envidiaban a los felices grandes criminales que contaban con su cubierto y su montón de paja en los desvanes de la Gibelote. Era la aristocracia del oficio, ya que se les veía en constantes francachelas y con dinero abundante.

Llegó La Poule a la hora de la comida de sus diez, los que hacían sus colaciones en comunidad, y ocupó el sitio de honor que tenía siempre reservado.

Presentóse en el acto el mismo patrón de la casa con oficiosidad complaciente, y dijo La Poule, sin siquiera saludarle:

—Una tortilla, pero con huevos muy frescos, con manteca fresca, todo muy bueno y muy fresco, entendámonos, y no vengas con tonterías. Una tortilla de treinta huevos y tantas patatas bien fritas como quieran. No olvides buen vino y cobra lo que te de la gana. Pero bien, quiero ser bien servido.

Corrió un murmullo de admiración y de alegría por todo el contorno de la mesa. Los que ocupaban el resto de la sala quedaron envidiosos y contritos.

—Mientras preparas la tortilla, empieza a traer sardinas y anchoas y todo lo mejor que guardes en los cajones. Envía a comprar lo mejor, que no quiero comer los desechos de otros sitios. Me traes, cueste lo que cueste, dos buenos jamones de Bayona y tres grandes patés de Pithiviers, con marca de Basville. Luego nos sirves cuatro pollos calentitos que enviarás a buscar ahora mismo a la rotesería de la calle de Montmartre.

La sala entera se puso en pie movida por indescriptible entusiasmo. Acabó el entusiasmo por ser delirante cuando añadió el rumboso La Poule.

—Antes de la tortilla y todo lo demás, quiero empezar por un plato de langosta. Corre y tráeme tres langostas que pesen lo menos tres libras cada una. Pero mucho ojo con que sean bien frescas. Repito que no hemos de pelear por el precio.

El patrón del establecimiento estaba pálido de emoción y de alegría. ¡Qué famoso negocio!

—Como postres, — añadió el gastrónomo señor Desportes, — quiero un queso de brie de doble crema y entero. Pastelitos y dulce y frutas de todo lo más exquisito que haya. Nos traeráas pan blanco y blando, pero que sea blando y blanco, y no lo que por tal cosa vendes. Trae cuantos panes quieras y, pasemos a los vinos. Dos botellas de Borgoña por barba, luego una botella de Burdeos para cada uno. No te olvides de hacer buen café, que servirás con los mejores licores y con cigarros bien elegidos entre lo mejor de cuanto fumen los burgueses.

Nunca había visto la Gibelote cosa parecida. Era un verdadero festín de Baltasar, los diez estaban radiantes de alegría. ¡Qué hermosa noche se preparaba!

Pero tan pronto como se alejó de la mesa el patrón, dijo La Poule:

—¡Atención y mucho ojo!

Plantaron todos los codos sobre la mesa y todas las pupilas se clavaron en el anfitrión. Cuando vió La Poule que estaban todos bien atentos, dejó caer las palabras para decir:

—Empecemos por gastar cincuenta francos por cada uno de nosotros y hay festines y beneficios monstruosos para cuando esté terminado el negocio. Se trata de ofreceros un festín junto al cual este de hoy es sino una mala merienda. Hemos de festejar el triunfo comiendo como ni en toda vuestra vida podíais imaginar.

—¿Para cuando es el asunto? — preguntó el que era algo así como el teniente.

—Para mañana, después de terminar las funciones del teatro.

—¿Se trata de?

—De un hombre que molesta a la policía y al gobierno y al que se debe matar. Hay otros tres que también deben caer. Podéis contar con diez buenos mozos como refuerzo, que son esgrimistas de primera línea y muy bravos muchachos.

Aprobó con la cabeza toda la banda. Se trata de veinte contra cuatro y no cabía duda de que los cuatro estaban condenados.

Sobraban motivos a La Poule para estar orgulloso de su gente. Eran lo que pudiera llamarse la nata y flor de la criminalidad. El que hacía de teniente era un hombre notable, bien educado e instruído en letras. No se afligía ante cualquier cita bibliográfica y conocía los clásicos griegos y latinos. Se le llamaba el Cura y parece que había sido sacerdote, pero había cometido algunas imprudencias, como calificaba la desaparición de la iglesia puesta a su cargo, de los vasos sagrados y de muchas joyas, robadas no había él por quien. Era aquel instruido criminal al único que consultaba alguna vez La Poule, por considerarlo el verdadero jefe de la banda como muy superior a sí propio y con más discernimiento que todos los diez juntos. Preciso es confesar que no se equivocaba La Poule.

Además del cura, que era el teniente, contaba con dos cabos, ya que a veces tenía que dividirse el grupo para maniobrar. Cada cabo recibía cinco sueldos diarios como sueldo, y uno de ellos se llamaba La Founne, mientras el otro tenía por nombre Bouledogne, pero contaba éste con su amigo le Gosse quien pensaba por él y quien lo dirigía, con lo que resultaba ser el verdadero cabo.

Se llamaba le Gosse a aquel pr[illegible] por no ofrecer, con sus veintiocho años cumplidos, sino el aspecto de un adolescente. No tenía pelo de barba y sus modales eran como los de una mujer enferma, por lo reservado y lo modesto, lo dulce de la voz y lo afeminado de los ademanes acababan de completar el individuo y de justificar el apodo. Llamábanle otros la Gata, por lo felino y lo peligroso, ya que estilete en mano y oculta en una esquina, sabía asaltar y vencer a los incautos trasnochadores. No podía conformarse con la modesta pensión que le pagaba La Poule, por ser muy aficionado a golosinas y a los buenos manjares así como a los licores finos y a los cigarros de subido precio. Por lo general trabajaba de noche completamente solo, y pobre del descuidado burgués que pasase algo tarde cerca del estilete del bandido. Pero lo hacía todo con tal recato que nunca pudo sospechar La Poule que fuera su subordinado el autor de tan numerosos atracos nocturnos.

Había como formando parte de la banda de los diez un Chaouin y un Brochet, así como un Guele de Raie y un Bouc. Se contaba con un Serrurier o cerrajero, notable por su habilidad para abrir toda clase de cerraduras y aun contaba la banda con un Descoyuntado, que por haber sido saltibanqui sabía descolgarse y pasar por los más estrechos tragaluces. Puede, por lo indicado, comprenderse que se trataba de una banda soberbia y perfectamente preparada para toda clase de delitos.

Una vez servido el café entró en conversación La Poule con su teniente, para preparar los detalles del crimen.

—Los cuatro individuos de que se trata irán provistos de espadas de marinos.

—¿Se trata de marinos?

—Sí.

—Se defenderán como diablos.

—Hay que contar con ello, pero les opondremos otras espadas realmente bien elegidas que reclutaré mañana. Vosotros seréis diez, pero no quiero que vayáis armados de pistolas para evitar el ruido. Llevaréis todos mangos de escoba.

—Gasta muchas y muy buenas bromas nuestro capitan...

—No bromeo, y dejame concluir. Al extremo de los mangos de escoba ajustaréis, en el momento de empezar la lucha una bayo-

neta que cada uno de los nuestros ha de llevar escondida. Los espadachines que contrataré son los destinados a iniciar la pelea y cuando se escuche el chocar de los aceros y los ruidos de la ferretería en acción, es cuando debéis caer vosotros por la espalda de los marinos a los que traspasaréis lo más rápidamente posible. En todo caso no olvides que lo más interesante es dejar seco y bien muerto al más joven de todos.

—¿Y los otros?

—Después de todo, — dijo La Poule tras un momento de meditación, — como los muertos no hablan, lo mejor será matarlos a todos.

—¿Dónde debemos acudir para cumplir tus órdenes?

—Esa gente es muy aficionada al teatro y mañana irán a la Comedia Francesa y después del teatro irán a cenar a los Hermanos Provenzales.

—Excelente mesa.

—Cierto. Se come muy bien allí. Por lo mismo es seguro que prolongarán su festín lo menos hasta las dos de la madrugada, y como viven al otro lado del puente, deben pasar necesariamente por el de Rívoli.

—Puente que podemos ocupar como lugar estratégico.

—Exactamente. Puedes colocar cinco espadachines emboscados a la entrada del puente, ocultos en los barracones que hay por aquellos parajes. Los otros cinco deben estar prevenidos y pasar el puente en sentido opuesto, para tropezar con los marinos, y deben promover una disputa que degenere en querella y en lucha seguidamente. Sacan todos las espadas, y los cinco escondidos deben acudir al barullo y se lanzarán a atacar por la espalda a los corsarios al mismo tiempo que tus diez tigres los acribillan con sus bayonetas.

Sacó el teniente de su bolsillo un reloj de cobre y lo contempló unos segundos, para decir seguidamente:

—Calculo que todo eso es cuestión de algunos minutos.

—Así debe ser, pues no puede prolongarse la pelea. En el acto debe dispersarse todo el mundo. Tirara cada cual su bayoneta en algún boquete de cloaca y lejos de donde tiren el hierro tirarán los mangos de escoba, y nos encontraremos todos aquí, ya que las emociones abren mucho el apetito.

—¿Estas seguro de contar con esas buenas espadas de que hablas?

—Querido teniente, pienso dirigirme al señor presidente de la academia de esgrima de la calle de Arbre Sec, sitio donde se puede contar siempre con una veintena de espadachines prontos a todo género de tareas, lo mismo a dar una estocada que a participar en cualquier rapto, o a provocar una riña o batirse en duelo. Mi hombre es dentro de su género casi lo mismo que yo en el mío, y nos ayudamos con bastante frecuencia.

—Veo que todo eso está perfectamente calculado. Pero ¿y la policía?

—Buscará mucho, mucho, pero sabemos que buscará con orden de no encontrar nada.

"Sampite, maestro de armas". Era un cartel que sonaba muy bien. El señor Sampite era un corso muy ladino y sin el menor escrúpulo, y su religión única era prescindir por completo del honor. Pertenecía a la policía, lo mismo que a La Poule, y vivía con una mnujer de mala vida, conocida en todos los malos centros y tenía razón el presidiario al asegurar que el director de la academia de esgrima podía disponer a cualquier hora de una veintena de espadachines a los que procuraba buenos negocios su gran maestro de armas.

Entre el director de la academia de esgrima y el señor Desportes reinaba la más cordial amistad. Se enviaban mutuamente clientes y no se negaba nunca un buen informe y se daban siempre cuanto aviso pudiera interesar al compadre, y en una palabra, se sostenía entre los dos personajes una amistad bien cimentada y podía contar cada uno de ellos, en todas las ocasiones, con la cooperación del otro.

El señor Desportes fué a ver a su amigo, quien estaba en su cerrada sala de armas todos los días de las doce del día a las dos de la tarde. La visita se realizó a la una en punto, y vió el visitante diez hombres en la sala del director de la academia.

Toda aquella gente tenía algo así como común aire de familia. Eran iguales, o muy parecidos por lo menos, los trajes de aquellos individuos, como eran idénticos los aspectos serios y reservados y eran igualmente duras y provocativas las miradas. Obligaban todos a recordar algún ave de presa, sea águila, buitre, halcón, cuervo o buho. Podía leerse muha voluntad, mucha osadía en todos aquellos rostros, pero se notaba también muy poca inteligencia. Estaban todos de pie y se hablaban con cortas y secas palabras, pero sin demostrar la menor impaciencia. Les había dicho Sampite que debía llegar un señor a proponer un negocio, y estaban seguros de que el anunciado señor iría a la academia, ya que el director no trataba sino con gente muy formal.

Quien hubiera visto a todos los allí reunidos, hubiera sacado la más siniestra impresión.

Como el señor Desportes se preciaba de ser la personificación de la exactitud, entró en la sala a la una en punto, y como instintivamente se colocaron en fila los diez espadachines, y saludaron todos con idéntico y simultáneo ademán.

Sonrió el señor Desportes, pero ni su rostro ni los de los que ocupaban la sala reflejaron la menor impresión. Eran todos ellos gente serena y fría, dueña de si misma.

Apretó el señor Desportes la mano del director de la academia, y le dijo con ligero tono:

—Buenos días, maestro. ¿Cómo andan los negocios?

—Todo nos marcha regularmente. ¿Cómo está y qué nos cuenta el señor?

—Me hallo tan firme como el puente nuevo, — dijo seriamente.

Dicho esto, sacó el señor Desportes de

cada uno de los bolsillos de su abrigo una bolsa que dejó sobre el sofá. Al caer cada una de las bolsas produjo el característico sonido de las monedas de oro.

—He pensado, — dijo La Poule, — que como estos caballeros no me conocen, sería lo más correcto y lo más seguro para ellos ver cómo el precio del servicio que se espera de los aquí presentes, queda desde ahora en manos de su buen director de academia, y amigo y maestro.

Inclináronse las diez cabezas como si obedeciesen a consigna militar. Sampite intervino para decir:

—Capitán La Persone, si fuese tan amable que se dignara salir de la fila.

—A la orden, señor presidente.

Era un tipo original, un resto del antiguo ejército que había empezado por ser soldado para llegar a sargento y dedicarse luego al contrabando, y teniente más tarde de una de aquellas compañías organizadas para perseguir a los contrabandistas, y como epílogo de esta vida se había visto el señor capitán La Persona en medio de la calle, y en brazos de la miseria, cuando se licenció su compañía. Como recurso único había entonces entrado en relaciones con Sempite.

Era La Persone hombre que gozaba reputación de ser muy determinado y siempre pronto a la acción y su aspecto era mucho más favorable que el de otros espadachines para que pudiera confiársele determinadas misiones. Por los mandos ejercidos había adquirido la costumbre de hacerse obedecer. Lo probó Sempite y como comprendiera que en aquel hombre había condiciones de jefe, lo trató y reconoció como tal. Tenía cabeza de halcón, ojos vivos y penetrantes, palabras mesuradas y secas, ademanes rudos, cara con dos sablazos bien marcados y una mejilla con el boquete hecho por una bala.

Como si se hubiera escrito sobre su frente, podía leerse en todo el aspecto de La Personn que no sentía el menor temor en medio del combate más reñido.

Lo presentó Sempite.

—El señor La Persona es el jefe de la escuadra de los bravos que me ha pedido mi amigo. Entremos los tres en mi gabinete reservado y podremos hablar con toda calma.

Tomó el señor Desportes sus dos bolsas de dinero. Pasaron al gabinete, y una vez sentados dijo el capitán:

—Caballero, cuando trató un asunto sé tratarlo con toda lealtad y sin reservas mentales ni segundas intenciones. Dicho esto, puede el señor decir claramente de que se trata, que doy mi palabra de honor de no revelar nada a nadie, lleguemos o no a entendernos.

Expuso el señor Desportes el asunto, y La Persona presentó muy razonables objeciones.

—Señor mío, — dijo con calma, — esos corsarios se defenderán briosamente y dudo de que basten diez espadas para dar cuenta de ellos, aunque reconozco que son muy suficientes, máxime si se cuenta con el concurso de diez hombres más armados de bayoneta. Pero entre los nuestros debe necesariamente haber heridos y hasta muertos, y no veo que se haya odoptado ninguna disposición para retirarlos del campo de la pelea.

—Tendré tres carruajes guiados por hombres completamente míos y en los que tengo la mayor confianza. Yo, capitán La Persona, soy el primer comprometido y me vería molestado y perseguido como se persiguiera a algunos de los actores, y digo esto para que se comprenda que tengo el mayor interés en tomar todas las precauciones en favor de unos y otros ya que somos todos solidarios.

—Perfectamente, y por lo mismo que somos todos solidarios, debemos ocuparnos de los heridos. El señor pagará todos los gastos de médico, botica y cura, y además cien sueldos diarios mientras dure la inutilización del paciente, según costumbre para estos casos, y para mayor seguridad de todos debe empezar por depositar en manos del director de nuestra academia una suma como garantía de lo convenido.

—Estamos de acuerdo, y ahora lo que necesito es saber en cuánto estima el capitán su concurso. Creo que con cien francos para él y cincuenta para cada una de sus espadas estaría bien pagado.

—Encuentro que es muy poco lo que se ofrece.

—No olvide el señor capitán que pago en oro.

—Lo mismo da cobrar en oro que en plata, pero de todos modos es eso un precio irrisorio y veo que aprecia muy poco el señor la piel humana, ya que no hemos de salir airosos sin quedar maltrechos varios.

—¡Pero diez hombres y otros diez más contra cuatro!

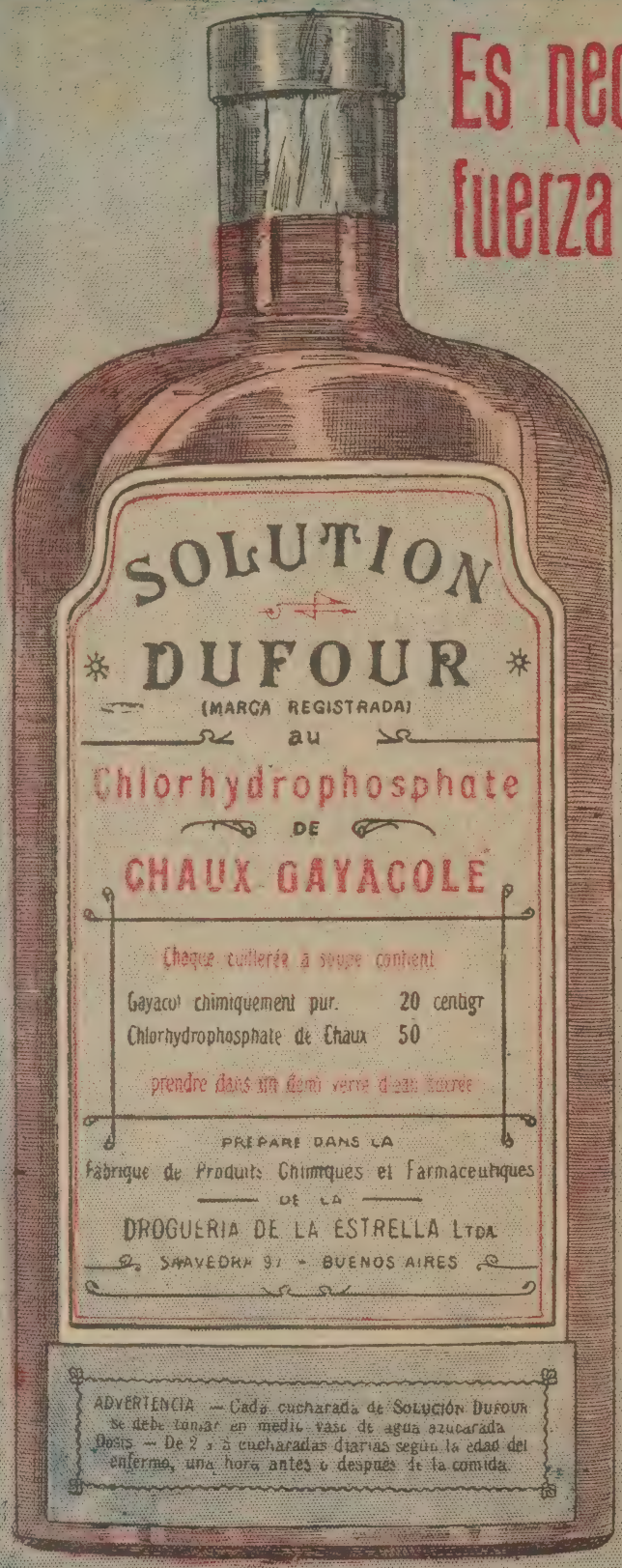
—Repito, señor mío, que nos jugamos la piel, y qué diablos, vale para cada uno de nosotros más que la del más rico burgués. Lo que el señor pide representa diez luises para mí y cinco para cada uno de mis compañeros. Por ese precio seré yo uno de los cinco que den el ataque, y la suerte designará a los cuatro que deben luchar a mi lado. Esta es mi última palabra.

SURCOUF

Continuará en el próximo número de "Pucky". Es una novela extensa y vibrante que ha servido para el argumento de la notable película cinematográfica que la casa francesa León Gaumont estrenará en Buenos Aires y Montevideo en la presente temporada.

MALOS TIEMPOS Y MAL TIEMPO

—Cuando fuí al centro esta mañana recordé que me habías dicho que conviene pensar en tomar precauciones por si vienen malos tiempos. Mañana o pasado te mandarán la cuenta de un paraguas y un impermeable que compró en lo de Buñuelí y Compañía.



Es necesario tener fuerza de voluntad

La tuberculosis, catarros, laringitis crónicas, pulmonías y otras enfermedades, son fácilmente combatibles. Basta una decisión enérgica para concluir con cualquiera de ellas; no se apure usted adoptando cualquier medicamento.

La Solución DUFOUR

es la única que provoca de verdad una acción antibacilar vigorizando los pulmones, destruyendo al mismo tiempo los gérmenes por tenaces que sean.

EN VENTA

DROGUERIA DE LA ESTRELLA LTDA.

DEFENSA 215

y en toda buena farmacia

NACIDA BAJO LA INFLUENCIA DE UNA DIOSA

BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

Viernes
Abril 16
de 1926

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO IV. PUBLICACION SEMANAL No. 133

Lea en este número la sensacional novela del gran autor inglés SAX ROHMER, titulada:

LOS VERDES OJOS DE BAST

La más notable de las obras escritas sobre los misterios de los magos de Egipto.

LAS PERSONAS IMPRESIONABLES O DE IMAGINACION DEBIL NO DEBEN LEER DE NOCHE ESTA SUBYUGADORA NOVELA MISTERIOSA

DELICIAS SUBURBANAS

El esposo (instalando la veleta): — Entra un momento en la casa, querida, y fíjate en el diario de hoy en qué sentido sopla el viento.

Los verdes ojos de Bast

Nuevos capítulos de la sensacional novela de Sax Rohmer el gran autor inglés.

El brocado gris

Primer cuento de una serie novísima y original de Oliver Wright, el famoso novelista inglés.

El gorrioncito

Divertida narración de un popularísimo autor ruso.

Surcouf

Continuación de la novela que narra las hazañas del famoso corsario.

Un buen candidato

Nota cómica en colores.

Los regalos de Jeanjean

Cuento humorístico de un gran autor francés.

Bonbons Fins

Chascarrillos reunidos por "Pucky" para sus lectores.

¿Quién era el señor Mannering?

Muy divertido cuento traducido del inglés para "Pucky"; con ilustraciones en colores.

¡Pura engañifa!

Cuento cómico del humorista francés Henry Falk.

Novedades de todas partes

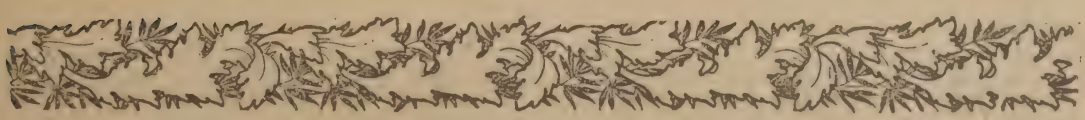
Cosas curiosas, interesantes o nuevas, procedentes de todos los países.

Los modelos de "Pucky"

Un juguete para niños que los grandes deben armar para divertir a los chicos.

El doctor Jekyll y el señor Hide

Famosa novela del gran escritor inglés Robert Louis Stevenson, autor de "La Isla del Tesoro". Se publica íntegra en este número de "Pucky".



En este número publica "Pucky", además de todo su interesante material:

UNA NOVELA COMPLETA

Es la famosa obra del gran autor de "La Isla del Tesoro", la producción más genial de la literatura inglesa de su época.

Se titula:

El Doctor Jekyll y el señor Hyde

por Roberto Luis Stevenson

Esta obra, cuyas ediciones se agotan y que el público lee constantemente, generación tras generación encontrándola siempre interesante, la ofrece hoy "Pucky", completa a sus favorecedores.

Comienza en la página 51 de este número

UNA PRIMICIA DE "PUCKY"

LOS VERDES OJOS DE BAST

Novela inédita en nuestro idioma, escrita en inglés por el famoso autor

SAX ROHMER

Traducida especialmente para "Pucky" del original adquirido en Londres

Esta novela comenzó en el número 132 de "Pucky". Si no ha leído los primeros capítulos pida ese número a la administración, Avenida de Mayo 662, Buenos Aires enviando 20 ctvs. en estampillas de 5 centavos y le será remitido por vuelta de correo.

LAS PERSONAS DE TEMPERAMENTO NERVIOSO Y FACILES DE EMOCIONAR NO DEBEN LEER ESTA NOVELA DE NOCHE.

CAPITULO III

La imagen verde

"SI; — decía Gatton. — Yo dije la pura verdad cuando aseguré que poseía usted informes que yo esperaba pusiera a mi disposición. Algunos detalles me fueron proporcionados por teléfono, de manera que me alegré, al llegar aquí, de hallarlo a usted. De todos modos yo le hubiera consultado y especialmente sobre eso.

Señalo un objeto pequeño que yo tenía en la mano. Era una imagen de esmalte verde y representaba una mujer con cabeza de gato, en postura agachada; era un producto del arte egipcio, probablemente del siglo IV antes de Cristo. Comparada con la figura pintada en la tapa del cajón, la presencia de esta pequeña imagen era una circunstancia tan asombrosa que, desde el momento en que me fué puesta en la mano, la miré perplejo, sin saber qué hacer, como un estúpido.

El médico de policía se había retirado ya y en el local sólo quedaba con Gátton y yo el representante de la policía seccional. El cuerpo de sir Marcus Coverly presentaba todas las horribles características de quien ha muerto por asfixia, y, a pesar de que, como es natural, se le haría la autopsia, poca duda quedaba sobre la forma en que se había producido su muerte. Las señales de violencia que el cuerpo presentaba podía explicarse por el hecho de que el cajón había caído desde una altura de cerca de veinte metros dentro de la bodega del buque. El médico de policía estaba convencido de que muchas heridas y equimosis las había recibido después de la muerte, la que, en su opinión, debió producirse unas doce o más horas antes.

—¿Sabe usted? — dijo Gátton. — Cuan-

SURCOUF

Lea la continuación de esta novela sensacional en la página 19 de este número.

do el cajón cayó y se rompió, muchas cosas que, presumiblemente, se hallaban en los bolsillos de sir Marcus, fueron halladas por uno y otro lado, y entre ellas estaba esa extraña imagen.

—Sin embargo, bien pudo no haber estado en ninguno de sus bolsillos, — interpuse yo.

—Puede ser, — respondióme él. — Pero de que estaba dentro del cajón, no cabe duda. Además, esto es algo más que pura coincidencia.

Y señaló la figura del gato pintada en la tapa del cajón. Ya lo había informado yo del episodio que tuvo por teatro la Casa Roja, la noche anterior, y añadí:

—La suerte está con nosotros, pues, por lo menos, sabemos de donde partió el cajón.

—Exactamente, — confirmó Gátton. — Eso lo hubiéramos sabido igualmente por el carrero, pero en un asunto de esta naturaleza cada minuto de tiempo que se puede ganar es de suma importancia. Supongo que, como periodista, usted no estará de acuerdo conmigo; pero me propongo ocultar estas dos pruebas. Una prematura divulgación de los indicios muchas veces nos perjudica. Ahora, dígame: ¿qué significa, exactamente, esa figura?

—Es una ofrenda votiva que usaban en el Egipto los peregrinos a Bubastis. Es de una antigüedad legítima; y si usted cree que la historia de tales reliquias le puede ser de utilidad en la investigación, tendré mucho gusto en darle mayores detalles esta noche, si tiene usted tiempo de visitarme.

—Creo, — respondió Gatton, tomando la imagen de mis manos y examinándola con atención, — que la historia de esta reliquia es verdaderamente importante. El hecho de que una figura más o menos similar se halle burdamente representada en la tapa del cajón, no puede ser considerado como una mera coincidencia.

Lo miré fijamente durante un momento, y luego dije:

—¿Quiere usted decir que el cajón fué destinado a contener el cuerpo? — pregunté.

—Esa es ciertamente mi opinión, — terció el inspector Heath, de la seccional. — Es exactamente de la forma y medida aparente para ello.

Una vez más me detuve a examinar los fragmentos que yacían en el suelo, y luego el de los varios objetos que se hallaban junto al cajón. Eran estos objetos de la pertenencia del fallecido baronet; la policía había tomado cuidadosamente nota de cada cosa y del bolsillo en el cual se hallaba. Vestía traje de smoking; junto al cuerpo se halló un sobretodo liviano, en cuyos bolsillos fué hallada una cigarrera de plata y un par de guantes. Una billetera que contenía veinte libras en billetes de Banco, varias tarjetas de visita y algunos papeles personales, habían caído del interior del cajón al romperse éste, junto con la imagen. El vidrio del reloj estaba roto, pero seguía marchando en el sitio donde había caído junto a su dueño muerto. Entre las reliquias del crimen figuraba también un bastón de malaca, con puño de oro; de manera, pues, que cualquiera que hubiera sido el motivo del crimen, con seguridad no era el robo uno de los móviles.

—Lo primero que hay que hacer, — dijo Gátton, — es seguir los movimientos de sir Marcus desde que salió de su casa, anoche, hasta el momento en que halló la muerte. Voy a salir ahora para telefonear a Scotland Yard. Debemos haber averiguado quién fué el carrero que trajo el cajón hasta aquí, antes de que caiga la noche. Iré personalmente a casa de sir Marcus y luego hasta la Casa Roja, en cuyas cercanías me parece que se halla el centro del misterio.

Guardóse la estatuita esmaltada en el bolsillo y recogiendo el trozo de madera en el cual se hallaba pintado el gato, dijo:

—Usted que viste sobretodo, Addison. Oculte esta madera debajo de él.

Luego se volvió hacia el inspector Heath, haciendo una señal con la cabeza.

—Muy bien, — dijo. — Salga usted y hable con ellos.

Habiendo transmitido ciertas instrucciones telefónicas referentes al carrero que había conducido el cajón al embarcadero y luego de haber hecho ciertas declaraciones un tanto confusas a los representantes de la prensa, Gátton consiguió escapar hasta mi automóvil. Antes de que hubiera pasado mucho tiempo nos hallábamos corriendo por las mal pavimentadas calles del East End.

La residencia de sir Marcus en Londres, que me era desconocida, la habíamos averiguado por las tarjetas del muerto. Con el presentimiento que haría un descubrimiento de importancia me hallé subiendo por las escaleras que llevaban hasta las habitaciones del baronet, en compañía de Gátton.

En el mismo momento en que llegábamos a la puerta, ésta se abrió y un hombre, evidentemente un policeman vestido de particular salió. Detrás de él apareció otro hombre del cual supuse que sería el ayuda de cámara del baronet.

—¡Hola, Blythe! — exclamó Gátton. — ¿Qué hace usted por aquí?

—El ayuda de cámara de sir Marcus, Moris, — respondió el constable, — telefoneó a Scotland Yard pues estaba inquieto por la tardanza de su patrón, y me enviaron a mí aquí.

—¡Ah, muy bien! — contestó Gatton. — Infórmeme a su debido tiempo.

Blythe partió y Gátton y yo entramos en el hall. Morris cerró la puerta y nos condujo a una pequeña biblioteca. Junto al teléfono se hallaba una bandeja con vasos y una botella de cristal, y evidentes indicios de que Morris habíase desayunado rápidamente solo con galletitas y whisky con soda

—Nó me he acostado en toda la noche, señores, — comenzó, al entrar en la biblioteca. — Sir Marcus era un excelente patrón; si iba a pasar la noche fuera de casa, me lo avisaba siempre con anterioridad, de manera que yo comprendí que algo había sucedido, aún antes de conocer la horrible noticia.

Se hallaba visiblemente emocionado y su

voz era temblorosa. La reputación del finado baronet era una que yo no le hubiera en verdad envidiado; pero por muchas que hubieran sido sus faltas, — y yo sabía que eran muchas, — parecía haber tenido la virtud de ser un buen patrón.

—Un par de horas de sueño, — dijo Gátton, — harán de usted un hombre nuevo. Comprendo perfectamente su sentimiento, pero, desgraciadamente, con el dolor por grande que sea, no conseguiremos arreglar nada. Ahora, no quiero yo molestarlo, pero hay algo que deseo que me explique. En primer lugar, ¿ha visto usted esto antes?

Del bolsillo sacó el inspector una pequeña imagen de la diosa Bast, de la diosa-gata, enseñándosela a Morris. La contempló el ayuda de cámara durante unos momentos con ojos sin brillo, rascándose la barba. Luego sacudió la cabeza negativamente.

—Nunca, — declaró. — Tengo la seguridad de no haber visto nunca nada parecido a eso.

—Bien; segundo: ¿estuvo su patrón alguna vez en Egipto? — tornó a preguntar Gutton.

—No, que yo lo sepa. No estuvo allí desde que yo estoy con él, o sea seis años el treinta y uno de este mes.

—¡Ah! ¿Cuándo vió usted a sir Marcus por última vez?

—A las seis y media, anoche, señor. Cenaba en el club y luego iba al New Avenue Theatre. Yo mismo tomé la localidad de platea para él.

—Iba solo al teatro?

—Sí, señor.

Gátton me lanzó una mirada significativa y yo experimenté un ligero temblor de incomodidad. Había leído claramente en los ojos del inspector que sospechaba la presencia de una mujer en aquel misterio. Al oir mencionar el Nuevo Teatro Avenida, recordé inmediatamente que Isabel Merlín trabajaba en él.

—Sir Marcus no le dió a entender a usted que había posibilidades de que no regresara anoche, ¿verdad? — continuó Gátton, interrogando a Morris.

—No, señor. Por eso, y conociendo la regularidad de sus costumbres, me alarmé al ver que no regresaba ni me telefoneaba.

Gátton miró un momento fijamente a Morris; luego preguntó:

—No será ninguna traición a la confianza depositada en usted por su patrón, — dijo, — el responder a la pregunta que voy a hacerle. El mejor servicio que puede usted prestar a la memoria del baronet, es ayudarnos a encontrar el asesino. — Hizo una pausa, y añadió en seguida. — ¿Estaba sir Marcus interesado en alguien que trabaje en el Nuevo Teatro Avenida?

Morris paseó su mirada un momento del inspector a mí y de mí al inspector. En sus ojos brillaba un destello de sorpresa y de intriga. Finalmente dijo:

—Creo que había una señorita que...

Detúvose, tragó saliva, y:

—Siga, — insistió Gátton. — ¿Que, qué?

—Que... interesaba a sir Marcus. Pero no conozco su nombre ni nada que a ella se refiera, — declaró Morris. — Yo sabía todo lo relativo a otras, pero sobre ésta, sir Marcus era un tanto reservado, lo que me hizo sospechar que...

—¿Sí?

—Que no había tenido mucho éxito.

Sentóse Morris, mirando sin ver unos estantes vacíos de la biblioteca.

—¡Ah! — murmuró Gátton, y agregó: — ¿Visitó alguna vez sir Marcus a alguien que viviera en College Road?

Morris alzó la vista con gesto de cansancio.

—¿College Road? — repitió. — ¿Dónde queda eso?

—No importa, — replicó Gatton. — Si el nombre no le es conocido basta. ¿Tenía automóvil sir Marcus?

—Ultimamente no.

—¿Algunos otros servidores?

—No, señor. Siendo soltero, sir Marcus no tenía necesidad de numerosa servidumbre; y Friar's Park continúa en posesión de la viuda del finado sir Burnham.

—¿Sir Burnham? ¿El tío de sir Marcus?

—Sí.

—¿Qué parientes vivos tenía sir Marcus?

—Su tía, lady Burnham Coverly, con la que creo no se hallaba en muy buenas relaciones. El hijo de milady, que debía haber heredado el título, había muerto. Creo que ella no se sentía muy bien dispuesta hacia mi patrón. El único otro pariente del que he oído hablar es el señor Eric, primo segundo de sir Marcus. Sir Eric, ahora, como es natural.

Me aparté, mirando a las estanterías de los libros. La herida era demasiado reciente aún; y creo que no fuí lo suficientemente hombre como para poder ocultar el dolor que me producía la mención de Eric Coverly.

—¿Eran buenos amigos los primos?, — continuó la voz serena del interrogador.

Morris levantó la cabeza rápidamente.

—¡No lo eran, señor! — dijo. — Nunca lo fueron. Pero hace algunos pocos meses tuvieron un disgusto serio, y casi llegaron a las manos en esta misma habitación.

—¿Ah? ¿Por qué se disgustaron?

De nuevo vaciló Morris en responder.

—Naturalmente, señor, — respondió, con visible molestia, — fué por una mujer.

Sentí que el corazón me saltaba dentro del pecho, pero conseguí mantenerme tranquilo.

—¿Qué mujer? — continuó preguntando Gátton.

—No la conozco, señor.

—¿Verdaderamente no la conoce usted?

La voz de Gátton había adquirido un tono imperativo, de mando, imperiosa, que no admitía réplica. Pero Morris volvió a levantar la vista que fijó en los ojos de Gátton:

—Se lo aseguro, señor, — respondió, sin pestañear. — Nunca he tenido la costumbre de escuchar detrás de las puertas.

—¿Sabe usted si se trataba de la misma mujer que sir Marcus fué a ver anoche? — continuó Gátton, martillando siempre en el mismo sitio.

El interrogatorio de Morris había llegado a un punto tal que me hacía imposible conservar mi tranquilidad. Todas las preguntas de Gátton llevaban inevitablemente a esta culminación, como lo ví claramente. Del disgusto entre los dos primos, a Isabel, la novia de Eric, que trabajaba en el Nuevo Teatro Avenida, había sólo un paso.

—Posiblemente, señor.

El inspector guardó silencio durante unos minutos, observando a Morris fijamente. Luego:

—Muy bien. Siga mi consejo y acuéstese. Tendrá usted mucho trabajo, sin duda. ¿Qué hace usted por aquí? — dijo después.

—El ayuda de cámara de sir Marcus, ¿Quién era el apoderado de sir Marcus?

Dió Morris la pedida información con voz cansada, desprovista de entonación, y partimos.

¡Muy poco se figuraba Gatton que sus palabras eran como un puñal de dos filos, cuando, saliendo a la desierta calle, me dijo:

—Tengo que pasar por Scotland Yard, después de lo cual mi próxima visita será al portero del escenario del teatro.

—¿Puedo servirle de algo ahora? — dije yo, tratando de hablar con tono indiferente.

—Gracias, Addison, no. Pero me agradaría que me acompañara esta noche a examinar la Casa Roja. Creo que está cerca de donde usted vive, de manera que, como está usted interesado profesionalmente en este caso, podemos vernos allí. ¿Va usted a regresar a su casa o a los oficinas de "The Planet"?

—Creo que iré a las oficinas del diario. En todo caso, telefonée allí dándome la hora de la cita, y yo me encontraré con usted en la Casa Roja.

CAPITULO VI

Isabel

DIEZ minutos después me hallaba yo, de pie, en un pequeño "boudoir" que, a menudo, figuraba en mis sueños. Un retrato mio se hallaba sobre la repisa de la chimenea, y en los ojos oscuros de Isobel, al recibirme, brillaba una luz que no tuve el valor de tratar de comprender. No sabía yo entonces lo que supe después; y, como he indicado antes, mi propio y tonto silenció había herido a Isobel tan profundamente como a mí me había herido su subsiguiente compromiso con Eric Coverly

La psicología de la mujer es incomprensible en su misma ingenuidad; y en aquellos momentos en que me hallé frente a ella, esbelta y graciosa con su exquisito traje de paseo, sus mejillas un tanto enrojecidas y sus ojos brillantes, me pregunté muchas cosas y sentí algo de dolor en el corazón. Era mucho más bella y codiciable mucho más que cualquier otra de las mujeres a quien he conocido; y no pude menos de llamarme tonto, estúpido y cobarde por no haber puesto a prueba mi destino el día en que me despedí de ella para ir a la Mesopotamia. Por que, del mismo modo me miraba entonces que en aquel momento. Pero cuando llegué se hallaba a punto de salir para ir a ver a Eric Coverly. El día aquel, del que siepre guardaré amargo recuerdo, ella estaba libre y yo fuí un tonto.

—Casi no me encuentra usted, Jack, — dijo ella, jovialmente. — Iba a salir.

Dijo esas palabras, con un tono de camaradería, que me volvió la consciencia de mis actos y de mi posición.

—Temo Isobel, que lo que tengo que decirle no sea en manera alguna agradable, — respondí, — Aun cuando...

—¿Si? — ayudóme ella a continuar, notando que yo me detenía.

—Aun cuando significa que es usted ahora la futura lady Coverly.

Sus mejillas perdieron el color. Había comprendido instintivamente que alguna tragedia horrible se ocultaba tras de mis palabras. Sin embargo comprendí que ella no alcanzaba a comprender el sentido exacto de mi declaración. Se dejó caer lentamente en un sillón. Un rayo de brillante luz de sol que entraba por la ventana dibujó una hermosa aureola de luz en torno de su cabeza.

—¿Conocía usted a sir Marcus? — pregunté con tanta precaución como me fué posible.

La emoción oculta, intensa, con que esperaba yo su respuesta, sería imposible de describir.

—¿Quiere usted decir?... — nuestros ojos se encontraron y yo asentí con la cabeza. — ¡Oh, Jack! ¿Cuándo sucedió?

—Anoche. Pero no me ha dicho usted, Isobel, si lo conocía.

Hizo ella un gesto negativo.

—No, no lo conocía mayormente, — respondió, — Eric... — vaciló, mirándome rápidamente, y con la misma rapidez bajando la vista de nuevo, — Eric y él no estaban en muy buenas relaciones.

—¿Pero conocía usted a sir Marcus personalmente? — insistí; por que había notado en sus respuestas cierta resistencia a hablar del muerto, que yo no podía comprender.

—Sí; lo veía de vez en cuando, Jack, cuando andaba de viaje. Vino una o dos veces con Eric. Ya no eran buenos amigos, entonces. Nunca me fué simpático. Lo perdí de vista desde que heredó el título, hace de esto unos cuatro años, ¿no?. Estuvo en Rusia, según creo. Luego, él...—Vaciló de nuevo. Noté que como todos, al hablar del fallecimiento del baronet, vacilaba, como buscando palabras. — Vino a verme al teatro, — continuó Isobel — Como él no ignoraba mi compromiso con Eric, no puedo decir que su conducta fué muy escrupulosa. Yo quería evitar cualquier rozamiento entre los primos y no le hablé de la visita a Eric. Sir Marcus insistió. Una noche lo vió Eric cuando salía del escenario, y creo que hubo

entre los dos una escena borrascosa en las habitaciones de sir Marcus.

—¿Nada más, Isobel.

—Nada más. Claro está que he oído hablar mucho de él. Yo le di orden a Marie, mi mucama, de que, cuando viniera sir Marcus le respondiese siempre que yo estaba ocupada.

—¿La visitó de nuevo?

—Marie dice que hizo pasar su tarjeta en muchas ocasiones; pero como ella sabía cuanto le molestaba eso, no me lo dijo entonces. Lo ví muchas veces en las primeras filas de platea, y...¡oh!

La última palabra fué solemente un murmullo. La expresión de Isobel se hizo aún más preocupada.

—Anoche estaba allí, — murmuró, levantando los ojos hacia mí. — Dígame cómo sucedió eso y cuándo.

Pero antes de que yo tuviera tiempo de responderle, nos interrumpieron. Débilmente oí el sonido de la campanilla telefónica y la voz de Marie, la mucama de Isobel, que respondía al llamado.

—El señor Coverly desea hablar con usted, señorita, — dijo luego Marie, entrando en el "boudoir".

—¡Debe haber sabido ahora mismo la noticia! — exclamó Isobel, levantándose rápidamente y corriendo al teléfono.

Consumido por la impaciencia, comencé a recorrer el salón de un lado a otro. Hasta mí llegaba el rumor inteligible de la voz de Isobel que hablaba en el hall. Dos veces me detuve junto a la ventana, mirando hacia la calle, esperando ver que se aproximara la cirpulenta figura del detective, inspector Gátton. Me sentía en un estado de ánimo peculiar y molesto. Las investigaciones de Gátton, hacían nacer la sospecha de que sir Marcus había pasado sus últimas horas, si no en compañía de Isobel, al menos cerca de ella. Como el hombre que más salía ganando con la desaparición del baronet era precisamente el novio de Isobel, preveía yo que ambos iban a pasar por momentos terribles, si Eric Coverly no se encontraba en posición de establecer una coartada.

Había estado yo a punto de preguntar a Isobel si Coverly la había visto la noche anterior, cuando llamó el teléfono. Si Gátton llegaba y me hallaba en el apartamento de Isobel, ¿qué explicación le daría yo de mi presencia allí?

Una vez más me aproximé a la ventana, mirando ansiosamente hacia afuera. De cada coche que se aproximaba esperaba yo ver salir al inspector; y lanzaba un suspiro de alivio al verlos pasar de largo sin detenerse. Todos los transeuntes que aparecían por la lejana esquina, eran objeto de mi escudriñadora investigación.

Todo el color había desaparecido de las mejillas de Isobel y sus ojos se hallaban desmesuradamente abiertos por el terror, cuando regresó al "boudoir".

—¡Oh, Jack, Jack! — exclamó. ¡Es algo horrible! ¡Eric está en casa de su abogado, y le dicen que pueden recaer sobre él las sospechas! ¡Eso es absurdo! ¡Debe haber sido un demonio, el que ha cometido ese crimen, y no un ser humano!

—Entonces, — dije yo nerviosamente, — ¿Coverly no estuvo con usted anoche?

—¡No! ¡Eso es precisamente lo más terrador del caso! Me telefoneó por la tarde para decirme que tenía un asunto impostergable de negocios que atender. Por el tono de su voz...

Se detuvo y me miró, aterrorizada.

—Isobel, — dije yo. — Usted debe saber con seguridad que puede confiar en mí su propia vida y la vida de los que le son queridos.

Apoyó ella rápidamente una mano en mi brazo, y su rostro enrojeció deliciosamente. Creo que puse en mis palabras un calor que, de haberlo demostrado antes y en momento más oportuno, hubiera cambiado el curso de nuestras vidas.

—¡Claro que lo sé, Jack! — respondió. — Pero estoy tan asustada que hasta desconfío de mí misma. Bueno, pues; creo que anoche noté un cambio en el modo de ser de Eric, en el tono de su voz. Le pregunté si yo había hecho algo que a él no le gustara, me dirigió una rápida mirada de turbación. Es algo quisquilloso, ¿sabe usted, Jack? Se rió al oirme, pero con risa forzada, según me pareció. Después convino conmigo que nos encontraríamos en el Hotel Carlton hoy a mediodía para almorzar juntos.

—¡Pero con seguridad debe poder dar completa cuenta de sus movimientos! ¡Debe haberle visto alguien que lo conozca!

Isobel frunció el ceño, preocupada.

—No alcanzo a entenderlo, — me respondió. — Parece que guarda algo en secreto.

—Está equivocado o mal aconsejado. Tendrá que hablar, y hablar claro cuando el inspector Gátton lo interrogue. No quiero ocultarle, Isabel, que la policía sabe que sir Marcus estuvo anoche en el Nuevo Teatro Avenida, y como su muerte acaeció pocas horas después, la naturaleza de sus sospechas es muy natural. ¿Va usted a reunirse con él a casa de los apoderados?

—Sí; así me lo ha pedido.

—Entonces vamos en seguida. Espero que alguien de Scotland Yard llegue de un momento a otro, y es conveniente que usted y Eric se vean y oigan el consejo de los abogados antes de que usted declare.

—¡Pero Jack! — replicó Isobel, mirándome fijamente. — ¿Cree usted que Eric o yo tenemos algo que ver con esto?

—¡No! ¡Usted sabe que yo no creo eso! Pero, por otro lado, un abogado que se halla acostumbrado a considerar esos problemas, puede aconsejarle lo mejor que se puede hacer para evitarle a usted las molestias del sumario. Pero vamos pronto. Prefiero relatarle esta visita a mi modo al inspector Gátton, y no que me halle aquí. El sabrá por Marie que yo estuve, pero eso no importa.

Habíamos salido ya del departamento que ocupaba Isobel, y nos hallábamos descendiendo por la escalera. Al llegar a la puer-

ta de calle miré a derecha e izquierda, pero Gátton no se hallaba a la vista. Cuando llegamos a la esquina llamé a un automóvil de alquiler, en el cual Isobel se dirigió a las oficinas de los abogados apoderados de Coverly. Me quedé contemplando el vehículo que se alejaba, hasta que se perdió de vista, y luego me dirigí hacia la redacción de "The Planet".

Cuando llegué a Fleet Street, ya tenía yo mis ideas más o menos ordenadas. Me senté a escribir el primero de mis artículos sobre "El misterio del Oritoga", pues bajo este título estaba destinado el asesinato de sir Marcus Coverly a figurar como la "causa célebre" del momento. Tenía más de una razón para andar con pies de plomo, pero pude sin dificultad llenar la cantidad necesaria de carillas sin mencionar a Isobel ni a Eric Coverly. A mitad de mi labor dejé la pluma y me puse a reflexionar un momento. Estuve a punto de romper los originales y negarme a hacer la crónica. Pero unos momentos de reflexión me convencieron de que el mejor servicio que podía prestar al sospechado, suponiendo siempre que no pudiera establecer su coartada, sería precisamente presentar ante el numeroso público que leía el influyente diario, los hechos tal y como yo los veía. En el fondo de mi mente yo no tenía la menor duda de que Eric Coverly era completamente inocente. Debajo de la superficie del caso aquel me parecía percibir, instintivamente, algo más oscuro y terrible: un misterio dentro de un misterio; un horror metido en otro horror.

Me hallaba a punto de reanudar el trabajo cuando uno de los mensajeros vino a anunciarme que el inspector Gátton me hablaba por teléfono. Temiendo lo que podría oír de labios del detective, fuí a la habitación contigua

—¡Hola! ¿Con el señor Addison?—preguntó la voz de Gátton un momento después.

—Sí, el mismo, Gátton. ¿Qué hay de nuevo?

—Varias cosas. Tengo ya los informes del agente de la propiedad y hemos entrevistado al portero del escenario del Nuevo Teatro Avenida. No debe escribir usted nada sobre este asunto hasta que yo lo vea; pero, a fin de formalizar las cosas me he entrevistado con el jefe y le he pedido formalmente permiso para consultarlo con usted, sobre esas figuritas egipcias, ¿sabe usted? El se acordó de usted en seguida, de manera que estamos de acuerdo. Pero tengo un hueso que roer con usted.

—¿De qué se trata?

—No importa por ahora. ¿Puede usted encontrarse conmigo en la Casa Roja a las cinco?

—Sí.

—¡Muy bien! ¡Pero tengo pocas esperanzas! Es el caso más extraño que me ha tocado en mi vida. Estamos tratando con gentes poco comunes, no con criminales de los de siempre.

—En eso estamos de acuerdo.

—Si hay alguien en Londres que pueda ver claro a través de este misterio, tengo la seguridad de que es usted, señor Addison. ¿Sabe usted en redor de qué gira todo el misterio?

—En redor de algún incidente desconocido del pasado de sir Marcus. Probablemente de una aventura amorosa.

—Se equivoca usted, — respondió Gatton; y su voz era seria. — Gira en torno de las figuritas de gatos verdes. Hasta luego. A las cinco.

¿Quién ha matado a sir Marcus? ¿Es posible que Eric Coverly no pueda demostrar dónde estuvo la noche del crimen y sea seriamente considerado como autor del asesinato? ¿Qué quiso decir el inspector Gátton al referirse a las figuritas de gatos verdes? A todas estas preguntas podrá contestarse el lector que no pierda la agradable ocasión de leer los futuros capítulos de esta notable novela. Encargue con tiempo su número al vendedor.

Respondiendo al deseo de una viuda que anunció su deseo de contraer segundas nupcias, el alcalde de Grimsby, lugar de residencia de la solicitante, recibió doscientas cartas para hacerlas llegar a sus manos.

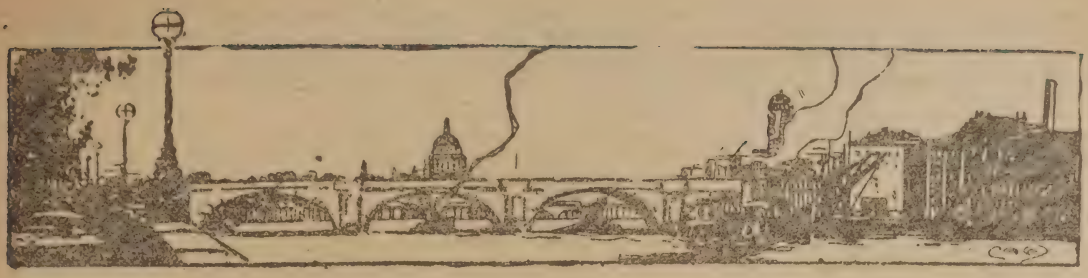
* * * *

La capilla del puente de Rotterdam, que tiene cerca de cuatrocientos cincuenta años de existencia, ha sido sucesivamente hospital, cárcel y depósito de tabaco. Ahora ha sido vuelta a consagrar como lugar de culto.

En la región del Amazonas se ha descubierto una raza de perros que son palmípedos; tienen el pelo largo y sedoso y no ladran. En cambio, emiten un sonido musical que parece un silbido.

* * * *

Para que los vasos de cristal no salten con el fuego, hay que ponerlos a cocer en agua, dejandolos hasta que ésta se enfríe. Si se ponen a hervir en aceite, adquirirán mayor solidez.



LAS AVENTURAS DE ANGELICA

EL BROCADO GRIS

Por OLIVER WRIGTH

(Traducción del inglés para "Pucky")

DEBIDO a la bondad de madame Giraud, la capataza del taller de modista de Valoré, obtuve yo mi primer empleo importante gracias a una recomendación a madame de Sarennes. Madame Giraud se había manifestado complacida de mi trabajo en el taller, mientras yo trabajaba bajo su dirección y, por otro lado, no ignoraba la lucha terrible que había tenido que sostener yo antes que la diosa Fortuna se apiadara de mí y me colocara allí. De manera que me había prometido ayuda, para cuando la oportunidad se presentara, y estaba resuelta a cumplir su promesa.

La ocasión llegó más pronto de lo que ella había esperado. Una de sus mejores clientas, madame la baronne de Roche, matrona esta que, en aquellos tiempos, era íntima amiga de la emperatriz Eugenia, había sido comisionada por una amiga que vivía en el campo para que le encontrara una costurera... pero de cierta capacidad, — "bien intendu", — que debería ir a provincias para trabajar algunas semanas.

Madame de Sarennes quería tener a alguien directamente de París, que pudiera llevar consigo todas las ideas modernas; pero, al mismo tiempo, ella solo podría pagar por estos servicios una suma moderada. Hasta esos momentos no había aún hallado persona alguna que le conviniera.

La baronesa de Roche tomó a madame Giraud de confidente.

—Estoy verdaderamente preocupada por los Sarennes, — le dijo. — Las circunstancias por que atraviesan son en verdad muy duras; una de las mejores familias de Francia, destinadas a llevar una importante posición aquí en París, poseedoras de uno de los castillos más bellos del país y que, con todo, se ven obligadas a mirar dos veces antes de gastar un sueldo. Y era una familia rica, también; pero el viejo monsieur de Sarennes parece que tiene necesidad de jugar y perder todo lo que la revolución le dejó. De manera que la viuda de su hijo tiene que cuidar el dinero y hacer tantos milagros como lo haría una de sus arrendatarias enterrada en el campo un año sí y otro también. Y en cuanto a su hija, ¿no es un crímen, positivamente un crimen, que tenga que pasarse la vida enterrada también?

—¡Naturalmente! ¡Pobre mademoiselle!— apoyó madame Giraud.

—Bien, — continuó la baronesa. — Al fin he conseguido convencer a su madre y la niña vendrá a París a pasar algunas semanas conmigo. Yo la presentaré en las Tullerías, en la sociedad, a fin de que pueda conocer un mundo que es el suyo. Pero aquí está la dificultad. Es necesario vestirla. Simple, sencilamente, como corresponde a una niña, pero sus vestidos deberán ser tambibén elegantes. Y madame de Sarennes no puede hacer los gastos que demanda el equipaje de su hija, por un lado, y por otro no quiere dejarme que la vista yo. Y como la niña no puede vestirse a la moda gratis, se tiene que quedar encerrada en casa. ¡La pobrecilla! Me acaba de escribir ella misma, pidiéndome que le encuentre una costurera capaz de hacerle un traje de corte y conformarse con un sueldo reducido en el campo. Es pues, a vos, madame Giraud, que os pregunto dónde puede hallarse un tesoro de esa naturaleza.

—Creo que tengo exactamente lo que usted necesita, señora baronesa, — respondió madame Giraud.

Y aquella noche me mandó llamar.

—Esta es la oportunidad que usted necesita, Angélica, — me dijo. — Primero, porqué podrá usted ir a pasar una temporada al campo, que bien la precisa, y segundo, porqué, si tiene usted éxito en los trajes de la señorita Sarennes, como son ellos gente de calidad, usted podrá ganarse una pequeña clientela entre sus amigos. Yo soy de la opinión, aun cuando la paga sea pequeña de aceptar el puesto.

Así, pues, cierta mañana dejé a París en uno de los primeros trenes de la mañana y en Monsabié trasborde a una diligencia que lleva y trae pasajeros de Valfrais. Tomé asiento junto al conductor, el cual, al saber que yo me dirigía al castillo de Valfrais se tornó comunicativo y franco. Madame de Sarennes y su hija eran evidentemente bien conocidas en la comarca y amadas, y la

perdida fortuna de la familia no les impedía ser consideradas por el vecindario como los grandes del país.

Era, en verdad, una caída trágica aquella para los Sarennes. De tiempo en tiempo, a medida que la diligencia avanzaba a lo largo del blanco, sinuoso, interminable camino, el postillón me señalaba a lo lejos alguna floreciente cabaña o un rico trozo de tierra, observando invariablemente que tiempo atrás, aquello había formado parte del dominio de la familia Sarennes, pero que el viejo marqués lo había vendido para pagar sus deudas de juego. Verdaderamente debe haber jugado sin límites, audazmente, porque de sus ricas y extensas tierras solo le quedaba el castillo de Valfrais, que había pertenecido a la familia de su esposa y formado parte del dote que ella le trajo al matrimonio.

—¿Dónde está el joven marqués? — pregunté yo, con algo de interés.

¿Estaría también sepultado vivo bajo las ruinas de la fortuna de Sarennes?

—¡Oh! Está en Nancy con su regimiento, — me respondió el postillón. — Todo cuanto centavo puede la madre distraer va destinado a mantenerlo a él allí. Es por el crédito de la familia, dice ella. La señora marquesa haría cualquier sacrificio por él.

Me ayudó a bajar frente a los enormes puertas de hierro del parque y me prometió enviarme mi caja con un hombre desde el pueblo, y yo avancé a pie por la avenida que llevaba al castillo. No pude menos que sentirme impresionada por la belleza de las tierras, pero aún más por el aire de decadencia que tenía todo aquello. El césped sin recortar, árboles caídos, el descuidado camino habrían por sí solos como es natural, más que suficientes, para hacer sospechar los malos tiempos por que atravesaba el castillo de Valfrais.

Llegué al edificio, al fin; un edificio grande, pintoresco, antiguo, que ostentaba una amplia terraza y un jardín al frente. Aquí, por lo menos, no se veía falta de cuidado. La terraza estaba cubierta de flores y hubiera dado fama a un ejército de jardineros, si bien, según supe más tarde, sólo debían su belleza a los constantes cuidados y desvelos de madame la marquesa y su hija, la señorita Julia. Era, al parecer, la única distración que tenían.

Fuí recibida por madame y mademoiselle con una cortesía y bondad que habrían servido por sí solas para revelar su sangre aristocrática. Yo me sentí grandemente impresionada por ambas damas, por madame la marquesa, alta, delgada, digna, con su aire de bondadosa gran señora y mademoiselle Julia... pero ¿qué puedo decir yo de la señorita Julia? Era como una princesa de los cuentos de hadas, viviendo sola en su castillo tejido de rayos de sol en el centro de los bosques. Alta, aunque no tanto como la marquesa, esbelta, graciosa como un capullo de exquisita flor, de rostro dulce, sensitivo, ojos grandes, obscuros, profundos. Parecía poseer el don de granjearse las simpatías de todos; yo me sentía atraída a ella por irresistible fuerza, desde el momento en que la ví.

Tuve ocasión de verla, muy a menudo, porque no era ella mujer torpe o poco experimentada con la aguja. A decir verdad, me confesó que se confeccionaba ella misma casi todo lo que llevaba puesto. Durante horas enteras me acompañaba cosiendo, en la habitación destinada a este efecto, grande, llena de sol, mirando al parque. Creo que, a pesar de que ella no lo haya expresado nunca, que se sentía aliviada de poder conversar con una joven de su mismo sexo; porque en el castillo, fuera de ellas dos y de los viejos Blais y Régine, los servidores, de los cuales hubiera sido difícil determinar cual era el más anciano y enfermo, no había otros ocupantes. Parecían como el castillo mismo, ser reliquias del pasado.

Mademoiselle Julia se hallaba sumamente entusiasmada a propósito de su próxima visita a París, ciudad ésta que no conocía; y el hecho de conocerla yo tan íntimamente, — siendo una parisién, — nos dió motivo de charla más que interesante. Una y otra vez me hizo describirle la maravillosa capital, las plazas y los parques, los teatros, los museos y las tiendas, el bosque Boloña... Todo esto era algo maravilloso para ella.

Como es natural, conversábamos también de vestidos; pero para mí, nada había más interesante que el inocente placer de mademoiselle sobre el simple y sencillo guardarropa que le estábamos confeccionando.

Ciertamente, muchas de las cosas eran lindas y, usadas por mademoiselle, pronto adquirirían una distinción propia; pero yo no podía menos que pensar que le parecerían a ella muy diferente una vez que se encontrara en un salón repleto de las maravillosas creaciones de París. ¡Si por lo menos ella hubiera tenido un solo traje realmente lindo!...

Nuestro principal obstáculo, lo representaba un hermosísimo traje de satín blanco que había sido el traje de bodas de la marquesa y que ahora, remodelado, debería servir de traje de corte a mademoiselle Julia. Era, en verdad, una tela magnífica; pero había estado relegada al olvido durante tantos años que, en ciertos lugares mostraba la débil decoloración causada por los años. Y, después de todo, ¿qué era un traje de seda para una joven de posición que se hallaba a punto de ser presentada a corte tan brillante como la imperial de las Tullerías? No pude evitar, cierto día, insinuar inadvertidamente algo por el estilo a mademoiselle Julia.

Su rostro hermoso se nubló durante un momento.

—¡Ah, Angélica! — exclamó, juntando sus manitas blancas. — ¡Si pudiera usted ver un traje que hay ahora en casa! ¡Es un verdadero ensueño! ¡Y nunca vé la luz! Mire, Angélica! ¡Venga usted por aquí y le voy a enseñar algo!

Partió delante de mí, guiándome por un corredor después de otro, hasta la gran galería, en la cual aún no había yo estado, y abrió una persiana, pues la habitación se hallaba a oscuras.

—¡Allí, Angélica! — exclamó, triunfante.

Me volví rápidamente y lancé una exclamación de sorpresa. Frente a mí colgaba de

Aquella figura era la de una dama de cabello empolvado, vestida con un magnífico traje de brocado gris. Se hallaba inmóvil en el descanso de la escalera. ("El brocado gris". Pág. 14).

la pared un retrato que podía haber sido el de mademoiselle Julia misma. Había en el retrato, la misma esbeltez de cuerpo, los mismos ojos obscuros, la misma inclinación de cabeza, como modesto capullo de flor. Solo la toilette era diferente, pues el cabello estaba rizado y empolvado; un largo collar de perlas daba dos vueltas al cuello y vestía un traje de exquisito brocado gris y plata, a través del cual brillaba algo rosado como la iridescencia de una concha de mar.

Yo no hallaba palabras con que expresar mi admiración.

—Es la abuela de mi madre, — dijo Julia evidentemente complacida por mi admiración. — Era amiga de la pobre reina María Antonieta y estaba considerada como una de las bellezas de la corte de Luis XVI. ¡Ah! ¡Pero tiene una trágica historia, Angélica!

Como es natural, le dije a mademoiselle que me moría de deseos de conocerla.

—Fué durante los tiempos terribles de la revolución, — explicó ella. — La noche anterior al ataque contra las Tullerías. Mis abuelos, el conde y la condesa de Lavalle, habían pasado la velada en palacio, compartiendo la ansiedad terrible del resto de la corte; pero a eso de la medianoche decidieron regresar a su hotel, pues mi bisabuelo se hallaba ansioso respecto de su pequeña hija, a la que habían dejado en casa; mi abuelo pensaba en regresar a palacio cuando se hubiera asegurado de que su esposa quedaba a salvo bajo su propio techo. La ciudad se hallaba toda revuelta y el coche tuvo necesidad de efectuar un gran rodeo a fin de poder llegar a la calle en que mis bisabuelos vivían. Hasta aquel punto no habían sido molestados para nada, pero durante viaje el conde, que era bien conocido y muy odiado por sus principios aristocráticos, había sido reconocido por algunos enemigos. En el momento en que el carruaje se detenía frente al hotel de Lavalle, una multitud encolerizada bajaba por la calle en dirección a ellos. El carruaje conduciendo a los condes tuvo tiempo de entrar al patio, cerrándose las puertas detrás de él, en el momento que los revoltosos llegaban frente a ella. Pero no pasó mucho tiempo sin que los portones cedieran dando paso a los revolucionarios que entraron como bestias hambrientas. Mis bisuabuelos escaparon por el jardín hasta la casa de un antiguo servidor que daba a la otra calle. Allí el conde dejó a su esposa y a su hija, prometiéndole regresar para conducirlas a lugar seguro. Nada lo satisfacía como no fuera el intentar dispersar a los revoltosos que saqueaban su casa. El conde pereció en su intento, pero su servidor, que se hallaba con él, pudo escapar y regresar donde se hallaba la condesa. Demostró en verdad ser un servidor fiel, pues consiguió sacar de la ciudad a mi bisabuela y a su hijita escondidas en un carro de mercado en el cual viajó toda la noche en dirección a este castillo de Valfrais. Mi bisabuela vestía ese mismo traje, tal como cuando salía del palacio real, y fué necesario cubrirla con bolsas y mantas de caballo a fin de ocultar el brillo de la seda. Durante todo el viaje fué víctima de gran ansiedad, pues no sabía la suerte que había corrido su esposo. Había sufrido siempre del corazón, de manera que sus servidores, temiendo que, de conocer ella la verdad no llegaría aquí con vida, le dijeron que el conde había partido en procura de un coche y había enviado a Pierre delante a llevarla a ella y a la niña. Durante todo el camino esperaba ver aparecer de un momento a otro al conde. Y una vez llegada a Valfrais, cuando no hubo otro camino que descubrirle la terrible verdad, fué tan grande la impresión que recibió que no pudo ya recobrase de ella y murió a la semana siguiente. La pequeña huerfanita, mi abuela, fué criada por algunos parientes lejanos; estos parientes guardaron como un tesoro el traje que la condesa llevaba puesto cuando huyó de París el cual constituía la única reliquia que de ella quedó. Mamá lo tiene ahora, y le pediré que algún día se lo muestre a usted, Angélica. Verá usted que es hermosísimo.

—¿Y las perlas? — pregunté yo, mirando el magnífico collar que aparecía en el retrato. — ¿Las tenía con ella madame la condesa?

Me preguntaba yo interiormente cuantas de esas perlas serían necesarias para proveer un vestuario completo para mademoiselle Julia.

—¡No contestó Julia. — Cuando la condesa llegó a Valfrais no tenía ni una sola joya. Se perdieron todas aquella noche en el saqueo del hotel de Lavalle. Sin duda que se las sacó para ocultarlas, o las traía y las perdió en el apuro y confusión de la fuga. Lo cierto es que no se volvieron a ver más. Seríamos ricas si las tuviéramos, Angélica, pues dicen que las perlas solas valen ahora una fortuna. ¡Qué feliz sería si las tuviera ahora!...

¡Pobre mademoiselle Julia! Cerró de nuevo la persiana y la visión del retrato desapareció en la oscuridad.

—¿Cree usted en los espíritus, Angélica? — me preguntó Julia.

—No, señorita, — respondí, aunque, a decir verdad, no estaba muy segura de ello. — ¿Y la señorita?

—¡Naturalmente que no! — respondió ella, apresuradamente. — Pero con todo, Angélica, las gentes dicen que la hermosa dama del brocado gris no puede descansar tranquila en su tumba. Dicen que muchas gentes la han visto rondar el castillo, por la noche. ¿Tendría usted miendo si se encontrara con ella?

—¿Yo, mademoiselle? ¡No! — exclamé. ¡No! Porque, por una parte, la dama del retrato tiene un espíritu bueno y noble y, segundo, porque no existen fantasmas.

Mademoiselle Julia me respondió sólo con una ligera carcajada.

Según parece, mi valor iba a ser puesto a aquella misma tarde. Me hallaba yo remontando la gran escalera, después de la cena, en la obscuridad, cuando en el descanso, en lo alto, percibí una figura debilmente iluminada por la escasísima luz que entraba por una de las ventanas. El corazón se me saltó a los labios porque no había duda posible que aquella figura era la de una dama de cabellos empolvados, vistiendo un mag-

nífico traje de brocado gris. Se hallaba inmóvil como una estatua, allí en el descanso; al verla me quedé yo como convertida en piedra, mirándola fijamente. Repentinamente algo pareció estar dentro de mi corazón y me volví, lanzándome escaleras abajo a toda carrera.

—¡Pero si soy yo, Angélica! — exclamó la voz de mademoiselle Julia.

Me volví, riendo yo también, desandando el camino andado; pero en verdad que me sentía avergonzada de mi cobardía. Lo que visto por la joven, me pidió perdón y disculpas una y otra vez, tratando de hacerme olvidar el susto.

—Le había prometido mostrarle el vestido de mi bisabuela, Angélica; pero no pude resistir a la tentación de ponérmelo. Pero no debe saberlo mamá; se disgustaría. Creería que es esto una irreverencia. Venga usted a mi habitación, Angélica y encienda la luz.

Así lo hice; y nunca han de olvidar mis ojos aquella visión. La señorita Julia se había rizado y empolvado el pelo, y sus grandes ojos ingénuos brillaban con inusitado brillo. Si antes había sido bella con sus trajes de simple algodón, ¿qué podría decirse ahora, al verla vestida con el resplandeciente brocado gris? Porqué, en verdad, aquel vestido era un verdadero milagro de belleza, con sus largos pliegues y su brillo de madreperla y plata brillando a través del gris. Pasaron muchos segundos antes que pudiera yo sobreponerme a mi admiración.

—¡Ah, mademoiselle! ¡Si pudiera usted usar ese traje!

La señorita de Sarenne lanzó un suspiro.

—No creo que mi bisuabuela se hubiera disgustado porque yo lo usara, — dijo con tristeza. — ¿Sabe usted Angélica? Creo que hice mal en burlarme del espíritu, porque ahora me parece que yo misma lo he visto más de una vez. Al menos, he soñado tantas veces con él. Viene, se detiene junto a mi lecho, me sonríe y, en el momento que me va a hablar me despierto. Lo más extraño de todo, Angélica, es que siempre se presenta con este traje de brocado y con las manos en el pecho, así. ¡Ay!

Lanzó mademoiselle un ligero grito de dolor, y una diminuta gota de sangre apareció en uno de sus sonrosados dedos. En el corpiño del vestido debía haber escondido algún alfiler, el que había pinchado a mademoiselle, al imitar ella el gesto del fantasma.

Saqué mi pañuelo, ayudando a mademoiselle, ambas con un solo pensamiento: evitar que una sola gota de sangre manchara el brocado gris. Tan ocupadas estábamos que no oímos que se abría la puerta hasta que una voz, junto a ella, exclamó:

—¡Julia!

Nos volvimos y nos hallamos frente a la señora marquesa, que nos miraba desde el umbral.

Como dos colegiales atrapadas en flagrante travesura, no supimos qué decir. Fué la señorita de Sarennes la que primero se repuso, y trató de explicar a la señora marquesa lo que había pasado. Pero madame no la escuchaba. La miraba y remiraba, contemplándola, sin pronunciar palabra. Tengo la seguridad que fué el ver a su hija con aquel magnífico traje lo que hizo que se olvidase la señora de pasarnos una filípica. Porque cuando, al fin habló por vez primera, casi no pudimos dar crédito a nuestros oídos.

—¿Cree usted que puede arreglarse ese vestido, Angélica? — preguntó.

—¡Oh, señora marquesa! — exclamé yo, abrumada de alegría. Y comencé a explicar lo que había que hacer para dejarlo en condiciones. — ¡Con seguridad este vestido fué ideado para la señorita!

—La falda es demasiado corta, — observó la señora marquesa.

—Pero puede arreglarse, señora. Hay género bastante. ¡Hola! ¡Algo han escondido aquí!

Comencé a pasar los dedos por el ruedo del vestido, tratando de adivinar qué podía ser aquello; era algo grueso, flexible, como un cordón. Asaltada por un presentimiento, comencé a descoser el dobladillo del ruedo. Un momento después descubrí la punta de un cordón de seda, del que comencé a tirar. había pasado un segundo cuando había caído al suelo, a los pies de mademoiselle Julia, un largo y hermosísimo collar de perlas, sujeto por una de sus juntas al cordón de seda.

Si una serpiente hubiera saltado de entre los pliegues del brocado gris, no nos habría producido tanta sorpresa como aquel collar. Durante varios segundos ninguna de las tres pudimos pronunciar palabra. Fué la marquesa la que rompió el silencio, diciendo, en voz muy baja:

—¡Dios mío!

La señorita Julia se llevó de nuevo las manos al pecho, y de nuevo las retiró lanzando un ligero grito de dolor. Al oirlo, me asaltó una verdadera inspiración. Me puse de pie rápidamente y comencé a quitar los cordones del corpiño.

—Quíteselo usted, mademoiselle, quítelo! — exclamé. Y la señorita de Sarennes, tomada de sorpresa, me obedeció sin comentarios.

Con manos temblorosas, casi arranqué el vestido de sus maravillosos hombros blancos; y cuando ella salió de la montaña de pliegues que había caído sobre el piso, tomé mis tijeras y volví el corpiño al revés. Sí; no me había equivocado. Había en el forro un corte, que luego había sido cosido de nuevo apresuradamente. Uno o dos tajos, metí luego los dedos y, una después de otra fuí dejando en las manos de mademoiselle Julia, joyas tales como nunca he visto ni esperó volver a ver en mi vida. Entre ellas, había una gargantilla de diamantes, un broche, un "pendantif", una estrella para los cabellos, y una infinidad de hermosos anillos, todo aquello en el corpiño del traje de brocado, entre el forro y el armazón. Era una de las puntas de la estrella la que había pinchado a la señorita Julia.

Así, pues, toda la historia estaba suficientemente clara. La hermosa dama de la corte había usado sus joyas la noche de su fuga. Probablemente los tenía aun puestas cuando escapó del hotel de Lavalle. y, durante la

noche, probablemente mientras esperaba el regreso de su esposo en la casa de su servidor, había aprovechado la oportunidad para esconder allí dentro las joyas. Se veía a las claras que había sido hecho con apresuramiento y poca práctica. El magnífico traje de corte, habiendo sido guardado como una reliquia después del fallecimiento de la condesa de Lavalle, había guardado fielmente su secreto durante todos aquellos años hasta, que, ahora, derramaba verdaderamente riqueza y felicidad sobre la cabeza de una joven no menos bella, no menos exquisita que su primera dueña.

La felicidad de aquellas dos bondadosas damas no es para ser relatada! ¡Y los cumplimientos de que me hicieron objeto! Se podría haber creído que era yo quien había puesto las joyas allí.

—Sea como sea, fué usted quien las halló, Angélica, — dijo Julia.

Y, más tarde, cuando las joyas fueron ventajosamente vendidas, madame la marquesa me hizo el regalo de una suma de dinero que, desde entonces, se ha hallado entre mí y el miedo de pasar tiempos tan malos como los que una vez pasé.

No creo exagerar al decir que el hallazgo de aquellas joyas tuvo la virtud de cambiar radicalmente el curso de la vida de mademoiselle Julia; porque no sólo podía ahora lucir cuantos trajes querría, sino que la venta de los diamantes sólo produjo dinero más que suficiente para proveerla de una dote que le permitó más tarde, realizar un brillante casamiento, casamiento, que afortunadamente, lo fué por amor.

Se ha dicho jue el día que fué presentada a la corte, la emperatriz Eugenia le envidió su magnífico collar de perlas. Ahora que ha dejado de ser la señorita de Sarennes para convertirse en princesa de Bellerive, posee otras joyas no menos hermosas; todas las creaciones de Valoré, además son presentadas por ella. Pero más de una vez me ha dicho la señora princesa que de todo lo que posee no hay nada que estime más que aquello que se halla guardado en el fondo de un cofre de roble, en su saloncilo de vestir, y que viste en todos los aniversarios felices de su vida; su cumpleaños, su aniversario de bodas. Lo que no es otra cosa que el espléndido traje de brocado gris que, una vez fué el traje de corte de su bisabuela la condesa de Lavalle.

OLIVER WRIGHT.

En la exposición del Imperio Británico, en Wembley, se ha construído en veintidós días un café-restaurant para más de ochocientas personas.

Se dice que los cartagineses fueron los primeros que adoquinaron las calles de sus pueblos con piedras. Londres fué adoquinada por primera vez en el año 1593.

Senor Administrador de EL DIARIO

Av. DE MAYO 662 - Buenos Aires.

Adjunto 0.10 centavos en estampillas para que me remita un ejemplar del próximo jueves en que aparecerá la página de modas en colores y una página con la graciosa historieta de Barnigugli y su pingo Tragavientos.

Nombre y apellido . . . . . .

Domicilio . . . . . .

Ciudad o pueblo . . . . . .

Se aceptan suscripciones a la edición de los jueves a razón de 10 ctvs. por cada ejemplar.

F. C. . . . . .

UN AGRADABLE CUENTO

GORRIONCITO

Por L. AFANASIEFF

(Traducción del ruso)

Pertenece este cuento a la serie que "Pucky" publica desde hace algunos números y, como los que le han precedido en estas páginas, es agradable e interesante, y a pesar de su aspecto jovial, tiene algo que da que pensar.

UN matrimonio viejo que no tenía hijos rezaba a Dios todos los días para merecer la misericordia divina; pero Dios, sordo, al parecer, a las súplicas, no le concedía la gracia de tener un niño.

Un día se fué el marido al bosque para recoger setas y encontró a un viejecito que le dijo:

—Yo sé cuál es la pena que escondes en tu corazón y cuán grande es tu deseo de tener hijos. Oyeme bien: vé al pueblo, pide en cada casa un huevo; luego toma una gallina, hazla sentar sobre ellos para que los empolle y ya verás lo que sucede.

El anciano volvió al pueblo, que tenía cuarenta y una casas; en cada una de ellas entró y pidió un huevo, y luego volviendo á la suya, tomó una gallina y la hizo empollar los cuarenta y un huevos.

Pasaron dos semanas; los ancianos fueron al gallinero, y cuál sería su asombro al ver que de los huevos nacieron cuarenta niños fuertes y robustos y uno pequeño y débil.

El padre le puso a cada uno un nombre; pero al llegar al último, ya no se le ocurría qué nombre ponerle. Entonces, atendiendo a lo que era el pequeño, dijo:

—Como no tengo nombre para tí, te llamaré gorrioncito.

Los niños crecieron con tal rapidez, que algunos días después de nacer pudieron ya trabajar y ayudar a sus padres. Eran unos muchachos guapísimos y trabajadores; cuarenta de ellos labraban el campo y Gorrioncito hacía los trabajos de casa.

Llegó la temporada de siega, y los hermanos se fueron a guadañar y hacer haces de heno. Pasaron una semana en las praderas y luego volvieron a casa, cenaron y se acostaron. El anciano los contempló y dijo gruñendo:

—¡Oh juventud indolente! Comen mucho, duermen aún más y estoy seguro que no han trabajado nada.

—Padre, antes de juzgar, ve a ver, — dijo Gorrioncito.

El anciano se vistió, fué a las praderas y vió con satisfacción que estaban ya listos cuarenta grandes haces de heno.

—¡Qué valientes son mis chicos! ¡Cuánto heno han guadañado en una semana y qué haces tan grandes han hecho! — exclamó.

Tan grande fué su deseo de admirar sus bienes, que al día siguiente fué otra vez a las praderas; llegó allí y vió que faltaba un haz. Volvió a casa preocupado y dijo a sus hijos:

—¡Oh hijos míos! ¡Ha desaparecido un haz de heno!

—No importa, padre. Nosotros tomaremos al ladrón, — le contestó Gorrioncito. — Dame cien rublos; yo sé lo que tengo que hacer.

Tomó los cien rublos y se dirigió a la herrería.

—¿Puedes, — dijo al herrero, — forjarme una cadena con la que pueda atar a un hombre desde los pies hasta la cabeza?

—¿Por qué no? — contestó el herrero.

—Pues hazme una, pero que sea bastante resistente. Si resulta fuerte te paga-

ré cien rublos; pero si se rompe no cobrarás ni un copec.

El herrero forjó una cadena de hierro. Gorrioncito se ató con ella el cuerpo, luego se dobló por la cintura y la cadena se rompió. El herrero le forjó otra mucho más fuerte, que resistió todas las pruebas, y Gorrioncito la tomó, pagó por ella cien rublos y se dirigió a las praderas para montar la guardia a los haces de heno. Se sentó al lado de uno de ellos y se puso a esperar.

Justo a media noche se levantó el viento, se alborotó el mar, y de sus profundidades surgió una yegua hermosísima que se acercó al primer haz y empezó a devorar el heno. Gorrioncito corrió hacia ella, la sujetó con la cadena de hierro y montó a caballo en su lomo.

La yegua, enfurecida, echó a correr por valles y montes; pero, a pesar de esta carrera desenfrenada, el jinete permaneció como clavado en su sitio. Al fin, cansada de correr, la yegua se paró y dijo:

—¡Oh joven valeroso! Ya que has podido dominarme, sé tú el amo de mis potros.

Se acercó a la orilla del mar y relinchó estrepitosamente. El mar se alborotó y salieron a la orilla cuarenta y un caballos tan magníficos, que aunque se buscasen por todo el mundo no se encontrarían otros semejantes.

Por la mañana, el padre de Gorrioncito, oyendo un gran pataleo y estrepitoso relinchar en el patio, salió asustado para ver lo que pasaba. Era su hijo que llegaba a casa acompañado de todo un rebaño de caballos.

—¡Hola, hermanos! — exclamó. — Aquí traigo un caballo para cada uno; vámonos a buscar novia.

—¡Vámonos! — contestaron todos.

Los padres les dieron su bendición y todos los hermanos se pusieron en camino.

Durante mucho tiempo anduvieron por el mundo, pues no era cosa fámil encontrar tantas novias. Además, no querían separarse y casarse con jóvenes que perteneciesen a distintas familias, para no tener suerte distinta cada uno, y no era fácil encontrar una madre que pudiese alabarse de tener cuarenta y una hijas.

Al fin llegaron a un país muy lejano y vieron un espléndido palacio, todo de piedra blanca, que se elevaba en una altísima montaña. Lo cercaba un alto muro y a la entrada estaban clavados unos postes de hierro. Los contaron y eran cuarenta y uno.

Ataron a estos postes sus briosos caballos y entraron en el patio. Salió a su encuentro la bruja Baba-Yaga, que les gritó:

—¿Quién os ha invitado a entrar? ¿Cómo habéis osado atar vuestros caballos a los postes sin pedirme permiso?

—¡Vaya, vieja! ¿Por qué gritas tanto? Antes de todo danos de comer y beber y calién tanos el baño; luego podrás hacernos tus preguntas.

Baba-Yaga les dió de comer y beber, les calentó el baño, y después empezó a preguntarles:

—Decidme, valerosos jóvenes, ¿estáis buscando algo o sólo camináis por el gusto de pasear?

—Estamos buscando una cosa, abuelita.

—¿Y qué queréis?

—Buscamos novias para todos.

—¡Pero si yo tengo cuarenta y una hijas! — exclamó Baba-Yaga.

Corrió a la torre y pronto apareció acompañada de cuarenta y una jóvenes.

Los hermanos, encantados, solicitaron permiso para casarse con ellas, y en seguida lo obtuvieron y celebraron la boda con un alegre festín.

Al anochecer, Gorrioncito fué a ver que tal estaba su caballo, y éste, al acercársele su amo, le dijo con voz humana:

—¡Cuidado, amo! Cuando os acostéis con vuestras jóvenes esposas no os olvidéis de cambiar con ellas los vestidos; poneos los de ellas y vestirlas a ellas con los vuestros: si no, pereceréis todos.

Gorrioncito lo contó todo a sus hermanos, y todos al llegar la noche vistieron a sus jóvenes esposas con sus trajes, poniéndose ellos los de éstas, y así se acostaron. Pronto todos se durmieron profundamente; sólo Gorrioncito permaneció vigilando sin cerrar los ojos.

A media noche gritó Baba-Yaga con una voz espantosa:

—¡Hola, mis fieles servidores! ¡Venid aquí y cortad la cabeza a los visitantes importunos!

En un instante acudieron los fieles servidores y cortaron la cabeza a las hijas de Baba-Yaga.

Gorrioncito despertó a sus hermanos y les explicó lo ocurrido; tomaron las cabezas cortadas de sus esposas, las colocaron en los postes de hierro que adornaban la entrada, ensillaron sus caballos y huyeron de allí a todo galope.

Por la mañana la bruja se levantó, miró por la ventana y, ¡oh desgraria!, las cabezas de sus hijas estaban colocadas en los postes de hierro. Se enfureció, ordenó que le diesen su escudo abrasador y se lanzó en persecución de los jóvenes echando fuego y quemando con su escudo todo en redor de sí.

Los hermanos, asustados, no sabían dónde esconderse. Delante de ellos se extendía el mar, y a sus espaldas la bruja quemaba todo con su escudo ardiente. La salvación era imposible. Pero Gorrioncito era sagaz y astuto: durante su estancia en el palacio de Baba-Yaga le había robado a ésta un pañuelo. Lo sacudió ante sí, y de repente apareció un puente que se tendía de una orilla a otra. Los jóvenes atravesaron a galope el mar por el puente, y pronto se vieron en la orilla opuesta. Gorrioncito sacudió el pañuelo hacia atrás y el puente desapareció.

Baba-Yaga tuvo que volverse a casa, y los hermanos llegaron sanos y salvos junto a sus padres, que los acogieron llenos de alegría.

L. AFANASIEFF.

SURCOUF

NOVELA HISTORICA ESCRITA EN FRANCES POR

LUIS NOIR

(TRADUCCION ESPECIAL PARA "PUCKY")

De esta obra ha sido tomado el argumento de la gran película que la casa LEON GAUMONT estrenará en los grandes cine - teatros de Buenos Aires y Montevideo, en la temporada actual.

(Continuación. — Véase el No. 124 y siguientes, de "Pucky")

CEPTADAS esas condiciones, y verá el señor como sé cumplir mi palabra y cómo no tratan con ningun tacaño. Encontrarán hoy preparada su comida en Rocher de Cancale, a las ocho de la noche, y podrán ver que sé hacer bien las cosas. No me será posible acompañaros a cenar por mis muchas ocupaciones, ya que he de disponer a mi gente.

—Queda a cargo mío presidir ese banquete.

—¿Quiere el señor que arregle todas las cuentas con mi amigo el presidente Sempite?

—Necesito consultar con mis subordinados antes de contestar a esa pregunta.

Entró La Persona en el salón. Sempite se había eclipsado para dejar en libertad a los otros dos para sus deliberaciones. Explicó el capitán el asunto de que se trataba a sus espadachines, y dijo que cien francos para cada uno no era mal precio, y aceptaron los matones con entusiasmo sólo contenido por su afán de mostrarse siempre como gente muy bien educada.

Enterado Sempite de todo esto, recibió de manos del señor Desportes las cantidades convenidas, y luego entregó el mismo señor Desportes al capitán tres luises como arras y para que él y su gente festejaran el negocio, acción que despertó testimonios de gratitud por parte de los esgrimistas, y gracias a todas estas circunstancias, cuando se despidió de los que debían matar a Briuville, el magnánimo señor Desportes, mereció de todos los allí presentes muy repetidas pruebas de respeto y de devoción. Pero todos los elogios, todas las genuflexiones, parecían obedecer a una consigna, de tal modo eran uniformes y como por movimientos mecánicos

Tan pronto como volvieron a verse solos el director de la academia y sus discípulos, preguntó Sempite:

—¿No decía yo a mis buenos amigos que se trataba de un excelente negocio?

Contestó un sordo coro, para decir:

—En efecto, es un hermoso asunto.

Aquella noche representaba en el Theatre Francais la señorita Georges y podía verse dos hombres en el patio, que se fijaban mucho en todo el público. Eran La Poule, o sea el conocido por Desportes, y su teniente el apellidado el Cura por la gente de la banda.

Al llegar el segundo entreacto salieron los indicados, y dijo La Poule a su acompañante:

—Probablemente serán cinco en vez de cuatro. Veo a Surcouf con Brinville y seguramente deben retirarse juntos.

—Uno más o menos, — observó el Cura, encogiéndose de hombros.

—No importa. Hablé de sólo cuatro enemigos, y debo avisar al capitán La Persona. Espérame aquí que ahora vuelvo.

Corrió La Poule a la taberna donde cenaban todos los espadachines, y los encontró saboreando el champagne como sabe hacerlo la gente razonable, y notó que ni uno de aquellos hombres ofrecía el aspecto de los borrachos.

Al ver entrar en la sala a Desportes, se levantó el capitán La Persona y le imitaron todos los presentes, para beber a la salud del visitante. Este vació su vaso y deseó mucha salud a los presentes; luego llamó a La Persona para hablar con él secretamente.

—Capitán, — dijo, — había anunciado que se trataba de luchar contra cuatro, y acaso sean cinco los enemigos. He creído necesario avisar, y creo que no será este motivo para retroceder de lo tratado.

—¿Quién es ese quinto contrincante?

—Es el capitán Surcouf.

—Se trata de un nuevo contrario de verdadera importancia.

—Por esa razón vengo a poner cien francos más en el platillo, con la esperanza de que el señor capitán se comprometerá a hacer que sus amigos admitan este aumento de trabajo.

—No está mal, pero debe agregarse otros doscientos francos para los muchachos, pues ese Surcouf es un enemigo terrible.

—Completamente conformes y aquí están los trescientos francos.

—Muchas gracias, y puede el señor confiar tranquilamente en nosotros.

Mientras todo esto sucedía, había terminado la obra, y Surcouf y Brinville, acompañados del padre Lanternier y de Mario y Sapajou, salieron del teatro para ir a cenar a los Hermanos Provenzales, donde cenaron muy alegremente. Cerca de ellos estaban como vecinos de mesa dos discípulos de David, el famoso Gros a quien hizo barón más tarde el emperador, y Richardin, y aquellos dos pintores, simples aprendices imberbes aún, contaban las diabluras y pesadas bromas de taller, y lo contaban todo con gracia y frescura tal que Surcouf no podía contener la risa y soltaba descomunales carcajadas. De tal modo se intimó que rejuntó una y otra mesa para trocar dos cenas vecinas en una sola. Gros dibujó en un pedazo de papel las caricaturas de Mario, del padre Lanternier y de Sapajou, y entre copa y copa prometió Surcouf consentir en que otro día le hicieran su retrato. Richardin se encargó de retratar a Brinville, pero debemos anticipar que nunca logró tener por medio minuto quieto al diabólico marino.

Serían como las dos de la madrugada cuando se separaron, y los cinco corsarios caminaban muy alegremente por los desiertos muelles, sin preocuparse de un grupo que iba a su encuentro desde el opuesto extremo del Puente Nuevo. Cuando entraron los marinos en el expresado puente y avanzaron por él, se vieron detenidos por cinco individuos que cerraban el camino, empuñando todos largas espadas de combate.

—Cualquiera diría que estos buenos señores tratan de atacarnos, — dijo Brinville burlonamente.

Tanto Surcouf como Brinville tiraron de las espadas. Los otros tres corsarios sólo contaban con sus bastones de paseo, pero preciso será reconocer que eran verdaderos garrotes.

—Pero cómo es eso, Mario? ¿Acaso se atreven estos pobres diablos a querer desplumarnos y para eso nos cortan el camino?

Oyóse en aquel propio momento cómo corría la otra banda de asesinos desde la otra parte del puente. Los que estaban frente a los corsarios cargaron contra ellos con mucho brío y decisión.

—¡Adelante, moreno Sapajou! — gritó Mario.

Cayeron todos sobre los espadachines haciendo los más extraños molinetes. Oíase cómo rasgaba los aires el empuje de los bastones y a los zumbidos primeros sucedieron muy pronto secos golpes, y en menos de diez segundos, no sin que la porra manejada por el padre Lanternier tomara la más briosa parte en la lucha, todos los esgrimistas estaban vencidos y se ensañaron en ellos los vencedores para apalearlos bárbaramente, y hecho esto, volviéronse todos para dar frente a los nuevos atacantes.

Los temibles garrotes derribaron cuanto se ponía al alcance de los palos y en menos de un minuto podía verse catorce hombres por tierra. La tercera banda llegada de refuerzo sufrió la misma suerte, y poco después no se veía sino cuerpos tendidos y algunos de ellos con espasmos como los de la muerte. A lo lejos se veía huir a algunos de los asaltantes, mientras los corsarios estaban alejándose del teatro de tan inesperado combate.

Cuando se hubieron alejado los marinos se vió salir de detrás de las barracas próximas al puente a un hombre que estaba allí oculto. Salió de su escondite, recogió una de las espadas tiradas por el suelo y se dedicó a rematar a todos los heridos, para huir luego de ejecutar tan cruel operación, por una calleja próxima donde se veía tres coches esperando órdenes. Saltó con la mayor presteza a uno de los carruajes y desaparecieron todos en lo negro de las sombras.

Volvieron los corsarios después de alcanzar y matar a dos hombres más, y examinaban el campo de la lucha con la esperanza de encontrar vivo alguno de los contrarios para entregarlo a la policía, pero con gran extrañeza por su parte habían muerto cuantos se les pusieron de frente. Examinó cuidadosamente Surcouf cada uno de los heridos, y al notar las estocadas que les causaron la muerte, dijo a Brinville:

—Te has dedicado a rematarlos, pues veo que todos los pechos presentan dos fieras estocadas.

—No he tenido el placer de pinchar a ninguno de estos canallas, — contestó el joven. — Nuestros amigos armados de sus garrotes han bastado para derrotar a los contrarios.

—Pues en ese caso, — observó Surcouf, — alguien se ha encargado de rematarlos a todos para impedir que pudieran declarar.

El alguien a quien aludía el corsario era el bueno del señor Desportes, el ex-presidiario La Poule, el mismo ue subió en el coche y que se encontraba ya muy lejos de aquel sitio.

Llegó en aquel momento una patrulla, la que se metió resueltamente en el Puente Nuevo, y tan pronto como vió Surcouf el brillo de las bayonetas, dijo con risa contenida:

—Como de costumbre llega el socorro cuando ya no hace maldita la falta.

—¿Quién vive? — gritó el sargento comandante de la fuerza.

—Avancen sin recelo, — contestó Surcouf. — Acabamos de vernos atacados y hemos logrado defendernos.

El sargento, el agente que le acompañaba y los soldados de la patrulla no veían sino cinco hombres plantados en mitad del puente, pero en torno de aquellos campeones se

veía una alfombra formada con cadáveres.

—Se ve que ha sido bravo el asunto, — dijo el sargento.

—Pero ¿qué ha sucedido aquí? — inquirió el agente.

Presentóse Surcouf por sí mismo y nombró a cada uno de sus amigos. Después contó lo que había pasado.

—¡Pero es posible! — exclamó el sargento. — ¿Es posible que sólo los cinco aquí presentes hayan podido luchar contra todos estos que vemos tendidos?

—Con estos y con otros dos muertos más que han de encontrar no lejos de aquí, y aun logró escapar una buena porción de los que nos atacaron.

—Pues mire, señor, — dijo respetuosamente el sargento. — Cuando contaban de los valientes corsarios de Saint Maló algunas aventuras increíbles en los cuarteles, yo era el primero en reírme de tales heroicidades de las que ni la mitad podía admitir como verdaderas, pero ahora me convenzo de que no son mancos los corsarios.

Mientras tanto, examinaba el agente con su linterna cada uno de los muertos, pero reservaba sus impresiones, hasta que terminada aquella minuciosa inspección dijo a Surcouf.

—Será preciso que nos acompañen todos los presentes hasta la más próxima oficina de policía, donde podrá el señor redactar su declaración.

Dirigiéronse al sitio indicado, donde Surcouf escribió muy rápidamente el relato de lo ocurrido, que todos los corsarios firmaron.

El oficial de la oficina dijo sonriendo:

—No ofrezco escolta a los señores. Consideraría como un insulto ofrecer defensa a quienes tan admirablemente saben defenderse por sí solos.

Diez y siete muertos sin haber recibido ni un solo arañazo? Tallien se sintió aterrado al enterarse de este resultado, y cuando al siguiente día corrió por todo París la noticia de lo ocurrido se promovió un verdadero movimiento popular del que pudo darse cuenta Mario, cuando ya paseando en coche, ya a pie, por las calles o los muelles, ya acompañado del padre Lanternier, ya sólo o con su fiel Sápajou, vió cómo se había trocado en un personaje universalmente conocido y admirado.

Paseaba en coche con el cura y su negro cuando se cruzaron con Bonaparte y Bourienne. Saludó el padre Lanternier y sus acompañantes, y Bonaparte y su secretario devolvieron el saludo; pero el general detuvo su caballo en tanto que Bourienne hacía seña al cochero para que detuviera el carruaje.

—Ciudadano Lanternier, — dijo Bonaparte. — Parece que la noche pasada ha tenido una regular algarada.

—Lo que sucedió, — contestó el cura de marina, — es que quisieron asesinar al valiente corsario Brinville y también se proponían matarnos, pues debíamos defenderlo.

—¿Pero y quién pudo?...

—¿Quién, sino un marido celoso y cobarde?

—¿Es cierto que mataron los marinos a diez y siete facinerosos?

—¿Cómo no matarlos? No tenían sino sus espadas, las que nada son ante nuestros garrotes. Cada bastón de los manejados por nosotros sirve como si fuera aguja de hacer media. Llegó luego otra banda armada de mangos de escoba en los que habían encajado bayonetas, pero con sus lanzas cortas, y como chuzos, tampoco lograron resistir a nuestros continuos molinetes.

Escuchaba Bonaparte sin dejar de clavar los ojos en Mario. Quería juzgar aquel hombre y medirlo en su justo valor.

—Capitán Mario, — dijo. — ¿No piensa volver a tomar el servicio en Francia para progresar en su carrera militar?

—Pero, señor, — contestó Mario. — Mi carrera militar está ya hecha. He servido a Tipo Sahib y luego al guicovar, lo que quiede decir que nunca dejé de servir a Francia puesto que luché siempre contra los ingleses.

—Lo veo en toda la fuerza de la edad y no supongo que pretenda descansar ya sobre los laureles conquistados.

—Mi amigo Sapajou y yo pensamos hacernos corsarios voluntarios, sin paga ni parte en las presas, ya que, gracias a nuestras fortunas, podemos permitirnos ese lujo. Navegaremos en los barcos de Surcouf, en los que suponemos hay muchas y muy grandes hazañas a realizar.

—No está mal pensado, pero encuentro que lo natural es servir en infantería ya que tenéis las costumbres terrestres y no las marítimas.

—En primer lugar, mi general, no debe olvidarse que todo marsellés es marino de nacimiento. Además, a nadie le gusta decaer y en la India era yo más que un general, más que cualquier personaje y más que un rajah. Cuando en aquellas regiones sobresale un hombre del nivel de los demás, se convierte en semidios. No creo que acepte Surcouf si le ofrecemos formar parte de la marina militar. Eso de obedecer, aun llevando entorchados de almirante o general, es siempre estar sometido a otro. Yo, el tambor Mario, opino en este punto lo mismo que Surcouf.

—Pero una vez a bordo no habrá otro remedio sino obedecer a ese bravo marino.

—Es cierto, pero como habré empezado por elegirle como mi jefe y superior, todo estará bien ya que si obedezco será por reconocer la superioridad de tan valiente corsario, mientras que si volviera a entrar en el ejército me expondría a verme a las órdenes de cualquier general que no se pareciese en nada a Bonaparte, y no quiero que me mande ningún imbécil. No sirvo para obedecer órdenes estúpidas.

—Pues que le vaya bien en todas sus empresas, ciudadano Mario, — dijo Bonaparte.

Saludó el futuro emperador y puso su caballo al paso hasta acercarse a Burienne, a quien dijo:

—Ese hombre es inteligente y conoce que posee su originalidad propia que desea conservar, pero lo notable en toda esta conversación ha sido para mí cómo han podido to-

nar en la India por semidios a un personaje como éste. No cabe duda de que sólo, en Oriente, puede aspirarse a conquistar fama superior a la corriente entre los hombres. Es preciso apresurar los preparativos de la expedición a Egipto y partir para las tierras del sol naciente lo antes posible.

No es difícil encontrar en las memorias escritas en aquella época rastros de la impresión que produjo sobre el emperador aquella charla del marsellés. Conste que un casual encuentro sobre los boulevares con los que se apellidaba los héroes de la India, acabó de decidir al vencedor de las Pirámides a precipitar su atrevida expedición a Egipto.

La expedición a Egipto se resolvió el día 12 de abril de 1798, y al siguiente día llamó Napoleón a Surcouf, y una vez en el gabinete donde estudiaba el gran militar, se dedicaron los dos a trazar sobre el mapa las campañas en proyecto.

—Capitán, — dijo Bonaparte, — el Directorio me nombró ayer general en jefe del ejército de Egipto.

—Pues reciba el general mis más calurosas felicitaciones.

—Llevo treinta y seis mil hombres como fuerzas de ocupación.

—¿Basta con ese efectivo?

—Si se tiene todo en cuenta, lo considero suficiente.

—Será bastante en todo caso para la conquista de Egipto, pero no para todo lo demás.

—Los treinta y seis mil franceses serán el núcleo de mi gran ejército, que he de organizar con egipcios, sirios y con árabes. Francia nos enviará refuerzos y pertrechos y con 36.000 franceses y otros 100.000 cipayos egipcios, a las órdenes de oficiales y clases nacidas en Francia, podremos contar con un magnífico cuerpo de tropas con el cual no ha de costar mucho tirar a los ingleses al Océano Indico.

—Contando con el genio militar de Bonaparte, — decía Surmouf, — no dudo del éxito, pero hay detalles algo delicados. ¿Cómo se llevan 36.000 soldados a Oriente? ¿Qué puerto se elije como punto de partida de las tropas?

—Saldremos de Tolón.

—¿De qué fuerzas navales se dispone?

—El almirante Brueys tiene a sus órdenes trece navíos de línea. La almiranta, o sea el Oriente y otros dos navíos más de ochenta cañones cada uno. Agreguemos diez navíos de setenta cañones. El total son trece navíos franceses. Cuento con otros dos navíos que según el tratado de Campo Formio pertenecen a Francia y aun debemos agregor diez fragatas venecianas y diez fragatas francesas.

—Con todas esas fuerzas reunidas no igualamos las que los ingleses pueden presentar en línea.

—Lo sé perfectamente, y sólo como curiosidad he de citar los setenta y dos barcos entre corbetas, brics, goletas y otros buques de guerra. Si nos atacan los ingleses, los transportes donde viajen las fuerzas y donde se lleve el material, tratarán de ganar el puerto francés más próximo, y aunque probablemente sufriremos una derrota naval, lograremos salvar el ejército. Si los ingleses no nos atacan...

—Están ya enterados de que se reconcentra grandes fuerzas en Tolón y han ordenado a Nelson que vigile el indicado puerto con tres navíos.

—Lo sé y veremos cuál es ahora la situación. Las grandes fuerzas británicas están bloqueando Cadiz y tienen encerrada en el puerto de la expresada ciudad toda la flota de nuestros aliados españoles, y se trata de un bloqueo muy riguroso. Acabo de hacer una excursión por las costas de Francia, con toda la publicidad posible, y hecho correr la voz de que se proyecta un gran desembarco en Inglaterra con un ejército de cien mil soldados, y es seguro que los espías han dado aviso al almirante inglés, quien debe correr a la defensa de la isla, tanto más cuanto que haremos correr la voz de que nos disponemos a atacar la flota bloqueadora de Cadiz con todas nuestras fuerzas navales, a las que apoyará la armada española conservada y lista en el expresado puerto.

—Toda la combinación consiste en suma, — observó Surcouf, — en hacer creer a los ingleses que nos preparamos a forzar el estrecho de Gibraltar, y para ello debe empezarse por batirlos ante Cadiz, gracias al concurso de lo flota española que tiene ahora bloqueada Albión, y en tanto que se esfuerzan ellos en evitar esos planes, se pondría proa a Egipto...

—Esa es mi idea y deseo saber si puedo contar con el concurso del capitán Surcouf. ¿Podríamos convencer a los británicos de que una vez forzado el estrecho me propongo caer con mis treinta y seis mil soldados sobre las costas inglesas, para reforzar la invasión que debe hacerse por el Norte?

—Veo como cosa muy sencilla lograr que los bloqueadores de Cadiz se convenzan de que abriga Francia estos proyectos. ¿Recuerda el general Bonaparte lo que saben hacer las focas del padre Lanternier?

—¿Quién puede olvidar semejante aventura? — contestó riendo el futuro emperador.

—Pues con escribir una carta dirigida al almirante de la flota española bloqueada en Cadiz, carta en la que se le avise del inmediato ataque por la parte de mar afuera de toda la escuadra francesa, y con la recomendación de estar pronto a salir para tomar entre dos fuegos a los enemigos, todo queda listo. Me presentaré con mi barco ante los ingleses al oscurecer, de modo que me vean y estén sobre aviso y vigilantes, y una vez cerrada la noche envío a una de las célebres focas con la carta, que no puede menos de caer en manos de los bloqueadores, y ya los tenemos convencidos de que se les atacará muy en breve.

Bonaparte explicó sus planes. Francia, señora entonces de Córcega, lo era asimismo de la mayor parte de Italia, y del ejército que ocupaba la península itálica había sacado Napoleón varios regimientos, y había además requisado muchos barcos corsos e italianos reconcentrados en los puertos de

aquellas regiones, y los cuales estaban ya abarrotados de soldados y pertrechos. Explicó todo esto el general al marino, para decir al fin:

—Si logramos salir de Tolón hemos de recoger al paso un primer gran convoy en Ajacio, con todos los elementos preparados en Córcega, para ir luego a Civitta Vecchia, que es el puerto de Roma, y al pasar por Malta nos adueñaremos de tan importante isla y fortaleza.

—¡Pero Malta es inexpugnable!

—Es inexpugnable y no hay quien la tome, pero ahora no se defenderá. Tengo buenos amigos en tan importante plaza y se que nos abrirán las puertas.

—Malta es como nido de águilas que domina todo el Mediterráneo desde el extremo de esa bota formada por la península italiana y la próxima costa de Africa.

—Precisamente por esa razón me determino a señorear tan excelsa posición.

—El convoy que necesita llevarse debe ser enorme.

—No se oyó nunca hablar de semejante flota como enviada por nación alguna a surcar el Mediterráneo. Sería un desastre colosal si la flota inglesa lograse destruir tal esfuerzo náutico.

—Debemos alimentar la esperanza de poder engañar a los británicos. Confiemos en nuestra buena estrella. Todos los hombres que cuentan con porvenir ante ellos deben confiar en su suerte, y yo soy uno de los que no dudan del éxito. Tengo fe completa en mi estrella.

—Cada cual tiene sus ideas, pero si fuera yo quien dispone el modo de hacer esa expedición a Egipto, empezaría por batir a toda costa la flota británica que está ahora frente a Cadiz.

—Yo haría lo mismo, pero si los ingleses llegan a vencernos en esa gran batalla naval, quedan perdidas y olvidadas para siempre las esperanzas de poder llevar nuestras conquistas a Egipto.

—No me batirían los ingleses, por empezar por tomar yo todas las medidas necesarias, y combinaría los ataques de mis corsarios con los dados por las grandes flotas. En ese caso sería yo el único jefe de mis corsarios y yo, por mi propia y exclusiva autoridad, dispondría cómo y cuándo atacaríamos a los marinos contrarios.

Oscurecióse la frente de Bonaparte, mientras decía:

—Pero sería indispensable estar a las órdenes y bajo la autoridad del almirante Brueys.

—Condición absolutamente imposible, — objetó Surcouf. — Para lograr éxito es preciso que pueda yo elegir el momento oportuno y el instante más apropiado, y hay además la gravísima dificultad de que la marina militar ha mirado siempre a los corsarios con desprecio y con recelo, y como lógica represalía he de desconfiar de su buena voluntad para con nosotros, ya que, si resultara el combate favorable a la causa de Francia se atribuiría todo el mérito a los marinos de la armada oficial, y hasta se quitaría a los corsarios la ocasión de combatir, para que toda la gloria recayera sobre los galoneados marinos. Si el negocio se volvía en contra de los franceses, nos darían orden de atacar demasiado tarde y sólo para salvarles a ellos, con lo cual caeríamos sobre un enemigo en pleno éxito y excitado por la victoria, quien nos apuntaría con todos sus cañones, pero no hacer caso de los ya vencidos. Estas son las razones en que necesariamente he de apoyarme para no aceptar en ningún caso la supeditación a las órdenes de almirante alguno.

Bonaparte no contestó nada a tan claras y explícitas declaraciones.

—Mañana recibirá el señor capitán, — dijo luego, secamente, — la contestación del Directorio y del almirante.

Sonrió burlonamente Surcouf y dijo:

—Conozco con mucha anticipación lo que han de manifestarme.

Despidióse de Bonaparte, pero al día siguiente volvió a visitar al general.

—Querido general, — decía Bonaparte, — el Directorio se niega y dice que ni puede ni debe comprometer el principio de autoridad sustrayendo una fuerza naval de la ciega obediencia al almirante en jefe.

—Está todo eso perfectamente escrito y pensado, — contestó Surcouf muy serio, — pero conste que con una flotilla de corsarios me comprometía a dar la victoria naval a Francia.

—En todo caso, — murmuró Bonaparte, meditabundo y visiblemente disgustado, — la oferta hecha por el señor capitán respecto a sus gestiones ante la flota bloqueadora de Cadiz quedan siempre en pie. ¿No es eso?

—Sin duda. Cuando digo una vez algo es como si firmase una escritura.

—En tal caso trate el señor de estar en Tolón dentro de diez días.

—Allí estaré. Hasta la vista, mi general.

CAPITULO X

A la conquista de Egipto y de las almeas

BONAPARTE llegó a Tolón.

Al día siguiente pasó revista al ejército, lanzó una proclama, y declaró a sus soldados que formaban el ala derecha de las fuerzas destinadas a la conquista de Inglaterra, y que obedecía todo aquello al propósito de engañar al gobierno y al almirantazgo británicos.

La expedición estaba pronta y pronto estuvo en condiciones de embarcarse. Surcouf había recibido las cartas de Napoleón, firmadas una por el general en jefe del ejército y otra por el almirante de Francia, y si la carta del general era muy corta, la del almirante, era en cambio, se extendía en múltiples detalles y pedía una pronta contestación.

Se anunciaba en uno y en otro documento el inmediato ataque a Cádiz, y rogaba el almirante francés al español que se fijase para unos dos o tres días a contar de la fecha del recibo de la carta, la fecha del combate combinado contra la flota bloqueadora.

Reconocían los centros navales el grave peligro que corría Surcouf al llevar estos mensajes, porque con seguridad se tropezaría con barcos ingleses muy superiores en fuerza a los que pudiera tripular el corsario, y se puso a su disposición un bric de la marina militar, pero rehusó la oferta, y contestó:

—Busco sólo velocidad, mucha velocidad y sé bien que he de encontrar en Marsella lo que necesito.

En efecto, entre los barcos mercantes amarrados, pues por ser los ingleses dueños del Mediterráneo, quedaba cerrado todo puerto francés, pudo ver Surcouf un bergantín muy fino de líneas que llamó poderosamente la atención del corsario. Era un buque construído en la misma Marsella para traer té de los puertos de la China a los del Mediterráneo. Con la mayor rapidez posible y sin regatear compró el corsario aquel hermoso buque que tripuló con gente suya que llevó desde Saint Maló a Marsella por la posta.

Las famosas focas del padre Lanternier formaban parte principal de aquel destacamento. En tanto que llegaban los nuevos marineros de la gallarda nave, modificaba Surcouf algunos detalles de la misma, para trocar en barco de guerra el rápido casco destinado al transporte de te.

Como sólo le sobrecargó con algunos cañones de mediano calibre, conservó el esbelto buque sus buenas condiciones marineras y lo rápido de su marcha. Cuando los corsarios se vieron embarcados en su nuevo palacio flotante no dudaron de salir airosos de todas sus atrevidas empresas.

Por de pronto, y como simple ensayo, era preciso salir del puerto burlando la estrecha vigilancia de una fragata inglesa, de una corbeta de la misma bandera y de otros barcos menores. Esperaron lo más sombrío de una noche muy oscura, y largó amarras el barco corsario, dirigiéndose a toda vela mar afuera. Lo vieron demasiado tarde, y resultó tardío y lejano el cañoneo. Tan pronto como se vieron lejos de este primer peligro, Surcouf reunió en cubierta a todas sus focas, o mejor dicho, a las focas adiestradas por el padre Lanternier, y les dijo:

—Muchachos, se trata de elegir a uno de vosotros para que lleve dos cartas como quien quiere cruzar y burlar la vigilancia de toda la flota británica. Debe quien se encargue del mensaje, hacer de modo que lo prendan, y no hay duda de que le interrogará el almirante enemigo. Debe empezar el que elijamos para esta misión, por negarse a hacer declaraciones de ningún género, pero ante las instancias de los enemigos, ha de fingir que está rabioso y ha de amenazar a los enemigos de verse destruídos muy pronto por nuestra flota unida a la de los españoles que está bloqueada en Cádiz. Se trata de que el almirante inglés quede completamente convencido de que son estos nuestros planes. Ahora que están todos los presentes enterados de qué se trata, pónganse todos de acuerdo, y designar por vosotros mismos al llamado a desmpeñar tan seria misión.

Salió de la fila el jefe de las focas. Era un contramaestre y dijo a Surcouf:

—Salvo el respeto que debemos todos a nuestro capitán, me permitiré observar que es inútil consultarnos. Todos conocemos al más indicado para ese servicio y éste es el parisién llamado Pelo en Mano, por ser gruñón, chalatán, solapado en todo menos cuando llega el momento de entrar en fuego o de blandir el sable de abordaje, pero tiene una socarronería especial y miente y cuenta historias y chascarrillos capaces de hacer morir de risa a un ahogado. Nadie duda de que ha de saber engañar como un chino al almirante inglés.

—Pero, ¿está dispuesto ese mozo a meterse en tal aventura?

La cara del contramaestre reflejó la mayor extrañeza ante aquella pregunta:

—¿Qué razón podría alegar para dejar de ahorcarse por su propia mano si le honrase nuestro capitán con semejante orden?

Salió el parisién de la fila y pudo verse que era un marinero pequeño, atildado y con pretensiones de elegante en el atavío de la persona. Empezó por ser grumete, en castigo de los pecadillos que los padres quisieron corregir con unos meses de vida de mar, pero el mozo gustó de aquello y se hizo corsario. Pertenecía a una buena familia y había recibido esmerada educación, de modo que sabía expresarse en los términos más cultos en las contadas veces en que se acordaba de lo que había sido.

—Mi capitán, — dijo respetuosa, pero tranquilamente. — No todos los días se presenta a un pobre marino ocasión de poder burlarse de un galoneado almirante. Con el mayor placer me dejaré prender por los ingleses, para que me lleven a declarar ante el jefe de su flota.

—Te canjearemos inmediatamente.

—Quedaré muy agradecido a mi capitán si se apresura a canjearme, pero como ese canje tarde algunas semanas, será inútil hacer gestiones para darme la libertad. Me escaparé de la cárcel o pontón donde me encierren. No veo que sea muy difícil reirse de todos los ingleses juntos.

—¿De modo que te declaras completamente decidido?

—Resuelto del todo, mi capitán.

—Llevarás dos cartas bien cosidas en tu blusa de cuero impermeable. Los enemigos no dejarán de descoserte el traje y encontrarán las cartas, que es todo cuanto se desea.

—En resumidas cuentas,—dijo el parisién, — lo que se quiere es que la flota enemiga no se mueva de las aguas de Cádiz, mientras hace vela nuestra escuadra en distinta dirección.

—Exactamente, — contestó Surcouf.

—Puede estar seguro mi capitán de que cumpliré fielmente la misión que se digne confiarme.

—Te reconoceremos doble parte en las presas.

—No es cosa de despreciar. Ración doble de buenas botellas...

—Pues anda a preparar tu kayat y tu blusa. Te entregaré las cartas en cuanto estés pronto.

Ordenó Surcouf romper filas, y el parisién se dedicó a los preparativos necesarios para cumplir las órdenes recibidas.

Pero las focas quisieron dar un nombre especial a su nuevo compañero, y desde aquel momento se conoció al parisién por "La foca de Cádiz".

Nelson gozaba ya en aquellos años de enorme reputación y con muy honrosas acciones había ganado sus entorchados de almirante, pero no significaba todo aquello sino la iniciación de su gloriosa carrera y de su fama universal. Veíase dominado por el más ardiente afán de subir, de subir aún más y de subir siempre, y se agarraba a la esperanza de nuevos éxitos como hace el perro de presa que nunca suelta el bocado. Era un hombre terrible y a sus órdenes la diciplina no sólo era de hierro sino que adquiría caracteres feroces.

Llegó una mañana un aviso enviado de Londres y le entregó unos pliegos procedentes del almirantazgo y diez minutos más tarde, todos los comandantes de los barcos que constituían la flota bloqueadora vieron flotar la bandera de señal que les ordenaba ir, sin pérdida de momento, a bordo de la nave almirante.

Era grande la ansiedad de todas las tripulaciones por la convicción de que debía suceder algo muy serio, y una hora después estaban todos los comandantes de nave apiñados sobre cubierta del navío montado por Nelson. Apareció éste, y jamás la ingrata cara del marino pareció tan amenazadora ni tan implacable para con sus subordinados.

Tomó la palabra, y dijo:

—El almirantazgo, — pronunciaba con su gangosa pero recia voz, — me avisa que el corsario Surcouf se ha encargado de hacer pasar a través de la escuadra enemiga un mensaje para el almirante español encerrado en Cádiz. Prevengo y doy cuenta de esta noticia a todos los jefes de barco y cada uno de los presentes debe prevenir a todos sus subordinados, con la expresa orden de que si algún buque británico encuentra al corsario Surcouf debe hundirlo o apresarlo a toda costa. Quien se deje vencer por dicho enemigo debe dejarse matar en la lucha, ya que todo el que sobreviva y caiga en poder del corsario, será ahorcado en el acto que lo canjeemos. Entiéndase bien que la lucha con Surcouf debe ser a muerte, y que el que no muera peleando contra él, se balanceará colgado del pescuezo tan pronto como nos devuelvan los prisioneros. Y conste que lo mismo colgaré a marineros que a oficiales.

Paseó su único ojo, por ser tuerto Nelson, por los rosotros de todos los circunstantes, una vez hechas tan terribles advertencias, y continuó después:

—Creo que cuantos están aquí están bien convencidos de que cumplo siempre mi palabra y que ejecutaré todo lo dicho aun tratándose del hijo de uno de los lores del almirantazgo. Ninguno de los presentes ignora la estratagema de Surcouf cuando hizo que sus bandidos tripularan kayaks esquimales para que de este modo pudiera confundirse a los hombres con las focas, y hasta me recuerdan el curioso detalle de que los marineros de Surcouf, admirablemente adiestrados, imitan con extraordinaria similitud las cabriolas y volteretas de los delfines y las focas. Quedan advertidos todos los presentes y a cargo suyo queda la obligación de advertir a los que se hallen a las órdenes de los señores comandantes de barco.

Cada día y cada noche debe estar patrullándose entre unos y otros de los navíos y unidades que forman nuestra flota. Quiero que esté de tal manera surcada constantemente el agua por nuestras patrullas que sea absolutamente imposible pueda pasar nada entre nuestras líneas. Todo oficial que se haga reo de la menor negligencia quedará degradado y expulsado de la marina real. Los comandantes de cada unidad responden y cargan con las culpas de todo lo hecho por cualquiera de sus subordinados.

Cayeron estas palabras como si fueran de plomo derretido y sabían todos que tremendo significado tenían en labios de Nelson.

Añadió luego esta última amenaza dirigida especialmente a la marinería, amenaza que heló la sangre en todos los rostros:

—Como logre pasar la foca que ha de traer los despachos, queda toda la tropa y todas las tripulaciones castigadas durante un mes a no tomar cerveza, té, ni ron.

Dicho esto, dió media vuelta, volvió la espalda a los altos cargos en la marina real que mandaban navíos de línea y brutalmente dió por terminada la entrevista.

Durante ocho días estuvo espiando con ciega y loca afición como quedaba cada uno de los espacios de mar que mediaba entre cada barco bloqueador, y por mucho que escudriñase nada logró ver capaz de inspirar sospechas, mientras todas las tripulanes estaban desesperadas con semejante trabajo y vigilancia, y maldiciendo todos de las focas de Surcouf.

Distinguióse una vela en el horizonte y se clavaron en ella todos los anteojos. Flotaba al viento el pabellón tricolor. Era el barco de tres palos tripulado por los corsarios.

Avisaron a Nelson, y subió éste al puente. Examinó largo rato el buque, vió que eran las cinco de la tarde y que empezaba a declinar el día, y se limitó a decir:

—Es hacer demasiado honor a esos bandidos mandar contra ellos una corbeta.

Ordenó que pasara a bordo de la almirante el comandante de la corbeta Arethuse, quien estaba ante el almirante a los pocos minutos.

—Dará el señor comandante caza a ese corsario con su corbeta y lo deseignó por ser el suyo el más velero barco de toda nuestra escuadra. No creo que si ese esbelto barco de tan finas líneas toma la fuga pueda alcanzarlo ni ninguna de nuestras unidades; pero si el corsario Surcouf manda el barco que debe perseguirse, acaso se decida a dar cara. Si se presentara ese caso, debe echársele a pique, caso de no poderlo apresar.

Callaba el comandante de la corbeta. El almirante le enseñó con un dedo el extremo

del palo mayor, y dijo frío, impasible, espantoso de tanta indiferencia:

—Vencido y colgado, todo será lo mismo.

Volvió a su buque el comandante de la Arethuse y dió orden de hacer zafarrancho de combate y pocos minutos después salía la corbeta y daba caza al corsario. Dejó éste que se le aproximara hasta estar a sólo dos tiros de cañón, y trató de hacerse bien visible el mismo Surcouf, paseándose muy tranquilo por el puente de mando, mientras podía verse una enorme escoba enarbolada en la punta del palo mayor.

No pudo dudar el inglés de que estaba frente a frente de Surcouf, y creyó que éste se disponía a resistirle, pero Surcouf corría más que el barco de guerra y se entretenía como si lo torease, sin alejarse mucho, pero sin ponerse al alcance de las piezas de artillería y así entretuvo a su perseguidor hasta que habiendo cerrado la noche se vió obligada la corbeta a volver a su sitio en la línea bloqueadora.

Dió cuenta el comandante a Nelson, y éste se limitó a contestar:

—Está bien.

Ordenó en el acto a todas las unidades de su flota que se redoblase la vigilancia aquella noche, y como a las dos de la madrugada aprisionaron a la foca, la que, de acuerdo con las órdenes del almirante, condujeron los que la habían capturado a presencia del gran Nelson.

Velaba éste con la mayor impaciencia, y ordenó que se llevara ante él en el acto al prisionero, con lo cual se vió ante el marino jefe de la flota británica el marinero corsario de Surcouf.

Vestía el parisién su blusa de cuero impermeable, blusa de esquimal y sus calzones de lo mismo, y saludó militarmente al almirante, quien ordenó que lo desnudarán de calzones y de blusa, mientras con su único y sanguinario ojo contemplaba Nelson al marinero enemigo.

—¿Quién eres?

—Un marinero francés, corsario de los que forman parte del bergantín mandado por mi capitán Surcouf.

—¿Qué hacías a esta hora en el mar?

—Reconocía el poder y situación de la flota inglesa.

—Mientes.

No pestañeó el parisién.

—¡Mientes! — continuó Nelson exasperado. — Eres un embustero. Vas a Cadiz para llevar instrucciones al almirante español.

No quiso responder ni una palabra el prisionero.

—No quieres hablar pero te haré fusilar ahora mismo como no abras el pico. Espero que baste esta advertencia para que se te aclare la voz.

—El señor almirante no tiene derecho a fusilarme.

—Puedo fusilarte porque eres un espía.

—¡Eso es falso! Soy un marinero que tripula una embarcación destinada a reconocer y observar, en cumplimiento de órdenes recibidas. No me escondía, examinaba la situación de cada uno de los barcos de la flota entre los que trataba de deslizarme, y ejercía el derecho que tenemos todos los marinos, aunque bien sabido es que nos jugamos la piel, pues una bala puede dar fin de nosotros. También me exponía a caer prisionero, que es precisamente lo que ha sucedido, pero el derecho de gentes no autoriza a ningún almirante a pegarme cuatro tiros por hacer lo que puede legalmente hacer todo el que no teme morir en el cumplimiento de su deber.

Ante esta manera de expresarse creyó Nelson tener ante sí algún odicial, y dijo al prisionero:

—Veo que trato con un caballero oficial.

—Debo asegurar al señor almirante que se equivoca.

—Un simple marinero no sabe una palabra de derecho de gentes, ni tiene siquiera idea de lo que significa esa palabra.

—Tendrá razón el señor si se refiere a la gente de Inglaterra, pero en Francia somos muy distintos.

—Pues en todos los casos debo advertir que como el preso continúe negando u omitiendo, mandare que lo ejecuten sin atender a consideración de ninguna índole.

—Considero deber mío hacer saber al señor gran almirante Nelson, de parte de mi capitán el corsario Surcouf, que como me fusilen a mi se fusilará, como justa represalía a diez oficiales ingleses.

Ante aquella enérgica contestación acabó de convencerse Nelson de que trataba con un oficial y ordenó que se le registrase la blusa al marinero.

Descosieron en el acto todas las costuras y entre ellas encontraron muy pronto la carta muy bien doblada. Luego hallaron la otra misiva, oculta también con las mayores precauciones.

—No podrá negar ahora, — dijo Nelson con aire triunfal, — que el objeto perseguido era llevar estas cartas a Cadiz.

Abrió las cartas y se enteró de su contenido.

—Llévenselo. No hay que gastar pólvora en fusilar a este hombre. Sé ya cuanto necesitaba saber.

Enseñó las cartas al jefe de su Estado Mayor y añadió luego con tono de rabia:

—¡De modo que los franceses se empeñan en reñir una batalla naval ante la ciudad de Cadiz! ¡Pues por Dios vivo que soy el más satisfecho de todos ante tan grande noticia! Hemos de hacer la más espantosa carnicería y engordarán los peces de estas aguas con corne traida por la flota francesa. Que venga el almirante Brueys cuando guste.

—Nunca se debe, señor almirante, vender el cuero del oso antes de haberlo matado, y me juego mi mejor pipa a que los franceses derrotan a esta escuadra.

Dominó Nelson su cólera. Quiso sacar más datos al prisionero y aprovechó la oportunidad.

—Caballero, — dijo mordiéndose los labios para dominar su irritación, — todos los combates sostenidos hasta este momento bastan para demostrar que si los marinos franceses son muy valientes, no maniobran

como los ingleses. Si llega aquí vuestro almirante con sus navíos, volveremos a batiros como os hemos batido siempre.

—Permítame el almirante que le diga que han de encontrarse con fuerzas aproximadamente iguales como navíos de línea, pero debo advertir que en tanto que las grandes unidades se cañoneen como de costumbre, atacaremos con más de cien barquitos ligeros, tripulados por corsarios avezados a los más briosos abordajes, y reitero mi apuesta a que logramos derrotaros.

Se extremeció Nelson. No era imposible lo indicado por el prisionero, pero se juraba para su interior que sabría contener aquel ataque y vencer a pesar de todo. Su interés por el momento era continuar aquel interrogatorio que datos tan preciosos proporcionaba a los británicos.

—Sé muy bien que no hoy corsarios en el Mediterráneo, pues están todos los buques destinados al corso en los puertos de la Mancha o en el Océano.

—Pero mi capitán Surcouf ha ordenado a todos los capitanes corsarios que se reconcentren en Tolón y se llevó en pos a todas las tripulaciones.

Para corroborar sus afirmaciones citó el parisién uno por uno los nombres de los más famosos capitanes del corso.

—Pero ni Surcouf ni nadie puede ordenar que los buques crucen todo Francia en silla de posta, — observó Nelson burlonamente.

—Nos sobran en los puertos del Mediterráneo soberbios bergantines con los cuales improvisar una magnífica flotilla corsaria. No necesitamos sino cascos en los que pueda embarcarse la gente, pues nuestro modo de pelear es puro abordaje y lucha con hacha o con cuchillo. Esta es la razón en que me apoyo para considerar como derrotado al señor almirante, pues conoce bastante bien la vida de mar para no tener la menor duda respecto al valor de los corsarios cuando luchan con sus sables de abordaje.

—Gracias por tan preciosos informes. Puede estar seguro de que sabremos demostrarles que somos muy dignos enemigos de esa gente.

Dió una orden al jefe de estado mayor, que se llevó al prisionero para tratarlo como si fuera un oficial, circunstancia que llenó de orgullo al parisién, cuyo amor propio se sintió muy halagado. Para él era el colmo de la alegría ver cómo los ingleses se engañaban hasta el punto de considerarlo oficial, detalle que acrecentaban su orgullo al pensar en lo admirablemente que había sabido engañar al gran almirante Nelson.

Este, creyéndose realmente expuesto a un violento ataque de los corsarios, pidió en el acto un gran refuerzo de corbetas y de barcos de segundo orden, con idea de poder resistir al empuje de enemigos que no existían sino en la imaginación del parisién.

Surcouf no tenía duda, el día siguiente de que su foca, o sea el parisién, habría sabido maniobrar de modo que lo apresaran los ingleses, pero tenía remordimientos de conciencia por haber huído el día anterior ante la corbeta que lo dió caza, a pesar de que para la intención del corsario era sólo llamar la atención de los enemigos. Sin embargo, quedaba sentado el hecho indiscutible e innegable de que había huído, fuera por lo que fuese, ante un solo barco inglés. Para quitarse de la mente tan poco gratos pensamientos y volver por el honor de su nombre, se presentó otra vez con el mayor descaro, como si se propusiera desafiar a toda la poderosa escuadra bloqueadora de Cadiz.

Como la víspera, lucía la bandera tricolor y la colosal escoba, y así preparado lanzó su barco hasta estar muy cerca de las líneas británicas, lo que dió ocasión a que, como había sucedido el día anterior, se saliera la Arethusa a darle caza al corsario.

Los buques de la flota miraban como simples espectadores lo que sucedía, y pudieron observar cómo hacía el corsario sin el menor apresuramiento sus aprestos para huir, y cómo se alejaba, igual a quien no quiere hacer o lo hace contra su voluntad. Era una fuga provocativa. Dos horas después habíanse perdido de vista los dos barcos, y unos minutos más tarde les llevaron las brisas el eco del tronar de los cañones.

Nelson, en el castillo de popa de su magnífico navío, paseábase nervioso, y decía a sus oficiales:

—¡Es el colmo de la audacia! Pero nuestra corbeta lo echará a pique, y nos veremos libres de un enmigo tan molesto.

Oyóse más lejano el estampido de los cañones.

Luego reinó un lúgubre silencio.

—Ha concluído todo, — murmuró Nelson. — La Arethuse ha debido echar a pique al corsario.

Estaba muy equivocado el almirante Nelson. Había dejado Surcouf que la distancia que separaba un barco del otro fuera disminuyendo, hasta quedar reducido a un tiro largo de cañón. Disparó la corbeta y se mantuvo el corsario a la misma distancia, lo que resultaba muy desfavorable para los fuegos de la artillería enemiga, cuyos tiros carecían de precisión. Pero enloquecido el perseguidor continuó su obstinada caza.

Cuando calculó Surcouf que aquel continuado cañoneo completamente infructuoso había cansado al enmigo, viró rápidamente de bordo, y cayó sobre su contrario con viento de popa, por haber sabido ir ganando situación maniobrera mientras huía. Recibió muchos proyectiles al dirigirse briosamente contra el buque inglés, vió cómo rodaban por cubierta de su barco muchos muertos despedazados y muchos heridos, pero logró abordar al adversario sin que su buque sufriese serias averías.

El abordaje fué terrible. Los ingleses se defendieron con desesperación, pero los corsarios tenían como cabezas de columnas de ataque al padre Lanternier, a Surcouf, a Brinville, a Mario y a todas las focas, las que parecían estar dotadas de vigor extraordinario. Todos sabían tirar sus hachas de abordaje de modo que abrieran los pelotones destinados a resistirles, y se lanzaban

luego, sable en mano sobre los ya rotos escuadrones ingleses. El empuje de aquella gente era irresistible; los británicos se vieron desbaratados. El comandante y oficiales de la corbeta quedaron gravemente heridos, pero cuando se les consideró como prisioneros pidieron todos que los remataran, lo que llenó de admiración a los corsarios.

Recibió el barco rendido una completa dotación de marinos franceses, y los dos navíos empezaron a navegar de conserva.

Se enteró entonces Surcouf de que todos los heridos estaban desesperados, y al ir personalmente a enterarse del motivo de semejante desconsuelo, le confesó el comandante de la corbeta "Arethuse" que Nelson los haría ahorcar tan pronto como los canjearan.

—Siendo así las cosas, — dijo Surcouf exasperado a su vez, — vamos a enviarle un cartel de desafío del que ha de hablarse en todas las marinas del mundo, y este mensaje ha de servir para salvar el honor de unos bravos enemigos que han sabido cumplir con su deber.

Redactó en el acto este mensaje:

"Yo, Surcouf, capitán corsario, comandante del bergantín "Talismán", que acaba de apresar a la "Arethusa", después de ver mi tripulación reducida en un tercio de sus efectivos en la lucha para rendir el barco citado, y necesitando marinear mi presa, envío este desafío al almirante inglés, para decirle:

"Durante tres días te espero aquí, gran almirante Nelson, si te atreves a venir a atacarme con una corbeta como la "Arethusa", con el mismo número de cañones y con los mismos tripulantes. Lucharemos y si cayera prisionero, lo ahorcaremos, tal como pretende hacer él con los bravos oficiales y marineros de mi presa, la "Arethusa", oficiales y marinos que han sabido batirse con todo el valor y la pericia más dignas de elogio."

Ordenó que se alejara la "Arethusa", mandó sacar centenares de copias del desafío y ordenó que un bote con sus tripulantes y un tambor con bandera blanca de parlamento, se dirigiera hacia los ingleses, ante cuya flota se presentó, quedándose al pairo.

Esperaba Nelson furioso e impaciente en el castillo de popa de su nave almirante, y admirado de no ver aparecer la "Arethusa", cuando el vigía colocado en la cofa señaló al barco de Surcouf.

—¿Está solo? — preguntó ansiosamente Nelson.

—Solo, — gritó el vigía.

Cayó aquella palabra sobre el puente del navío británico como si hubiera sido un rayo. O había caído la "Arethusa" en poder de los corsarios o la habían hundido. ¿Serían verdad todas las hazañas atribuídas a Surcouf? ¿No había medio de resistir al que enarboló la escoba para barrer los mares? ¿Era posible que con un barco mercante, y poco menos que desprovisto de artillería, se pudiera tomar una corbeta de guerra al abordaje?

El vigía señaló poco después un bote que se acercaba con bandera blanca.

—Me envían un parlamentario, — pensó el almirante, pensativo.

Pero la chalupa maniobró de modo que abordase el extremo de la línea formada por la flota bloqueadora y batió el tambor al acercarse al navío que formaba el extremo de la larga fila de embarcaciones. Quiso acercarse, pero le gritaron desde a bordo:

—Diríjase al almirante.

Rodeó la chalupa el navío contrario, y uno de los tripulantes franceses lanzó un paquete, que no era sino varios ejemplares del desafío de Surcouf y cada una de las unidades cerca de las cuales pasó el bote con la bandera blanca al tope, recibió nutridas envolturas donde se repetía hasta la saciedad lo escrito por el capitán corsario.

Tardó mucho el bote parlamentario en llegar al costado del navío almirante. Cuando se halló contra el negro casco, resonó briosamente el tambor, y luego subió a bordo el mismo que lo tacaba.

Era un veterano corsario bretón de tipo original y enérgico, y su llegada produjo la

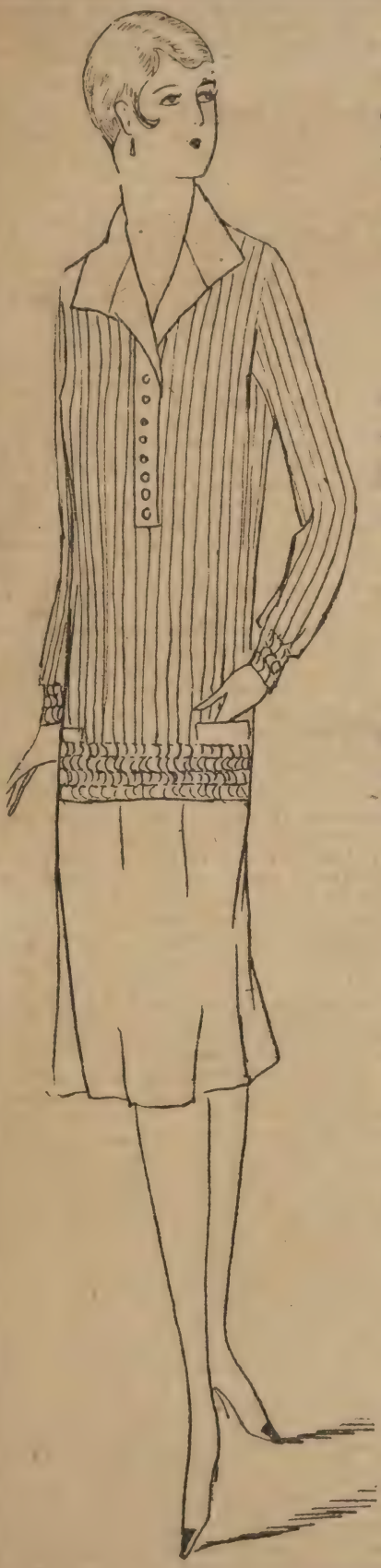
AMENAZADOR

Clarita: — ¿Qué dijiste tú cuando Carlos te amenazó con que iba a besarte?

Margarita: — ¡Le dije que me gustaría ver que se atreviese a cumplir su amenaza!

Clarita: — ¿Qué sucedió entonces?

Maruja: — Bueno; tú ya sabes que Carlos siempre trata de hacer lo que yo le indico.



Figurines tan bonitos y prácticos como este; cada jueves los encontrará en las páginas femeninas que inserta

EL DIARIO

Ediciones de los jueves

Publica además de las modas en colores, una página tambien en colores de una historieta apta para niños.

Todas las tardes encontrará en

EL DIARIO

4.ª edición

además de las noticias completas del día, un suelto que le interesará parficularmente.

Remita el cupón que aparece en la página 16 de este número si quiere recibir un ejemplar en su domicilio,

Compre todas las tardes

EL DIARIO

o suscríbase a la administración:

Av. de Mayo 662 - Buenos Aires

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

3 meses. . .	$ 7.50
6 „	„ 14.50
1 año. . . .	„ 28.00

PRECIOS DE SUSCRIPCION

a las Ediciones de los Jueves solamente:

1 año.	$ 5.00
6 meses.	„ 2.50
3 „	„ 1.50

mayor impresión a bordo del gran navío. Todos lo miraban con la mayor curiosidad, mientras esperaba el francés con la más admirable indiferencia que Nelson diera orden de recibirlo.

Cuando se plantó el emisario ante Nelson, preguntó éste con tono mucho más amable del corriente en él:

—¿Qué noticias puedes darme de la "Arethusa"?

—La apresamos.

—Cuéntame el combate.

Sin andar con fraseología, contó el tambor, en cuatro gráficas palabras, salpicadas de muy enérgicos términos, todas las peripecias del combate. Vió Nelson que su gente se había portado perfectamente y se enteró de que fué la lucha una verdadera carnicería, ya que ni uno solo de los oficiales dejaba de mostrar varias heridas. Terminó el parlamentario, para decir con acento en el que se reflejaba sinceridad y admiración:

—Esta tripulación rendida y herida toda ella hoy, es la que nos ha causado mayor número de bajas desde que empezamos nuestra campaña contra los ingleses. Es éste mi abordaje número diez y siete y nunca había visto que resistieran los enemigos tan valientemente como han sabido hacerlo éstos. Casi todos los prisioneros están en la enfermería, donde mueren muchos de ellos.

Escuchaba Nelson con la mayor atención.

—Quedo enterado, — dijo tras largo silencio. — Viniste como parlamentario y deseo saber qué quiere vuestro capitán.

—Quiere demostrar al almirante Nelson que sus oficiales y marineros no merecen que los ahorquen, pues a juicio del capitán Surcouf, se han portado como valientes. Para salvar la vida a tan nobles enemigos es para lo que me entregó este mensaje que pongo en manos del jefe de esta flota

Leyó Nelson la carta de desafío, y contestó en el acto y sin manifestar la menor vacilación:

—Si sólo fuera capitán de barco, aceptaría este desafío, pero siendo almirante no puedo aceptar lo que sería una verdadera locura. Si Surcouf quiere probar de ese modo que los tripulantes de la "Arethusa", se han portado bien, puedes decirle que me basta con la palabra de tan bravo enemigo para creer que mis subordinados han merecido todos los honores. Pocos jueces como Surcouf pueden decir que entienden lo que es el valor en las luchas marítimas. Despidió luego al tambor parlamentario, y le dijo al despedirse de él:

—Te encargo que digas al señor comandante de "Arethusa" que no ha perdido mi estimación y que hoy, como siempre, diré que es un valiente marino.

—Está muy bien, señor almirante.

El tambor saludó militarmente y bajó a la chalupa francesa que le esperaba. Alejóse lentamente la diminuta embarcación, dejando aquella escena hondas huellas en el espíritu del gran almirante inglés.

Tan pronto como volvió el parlamentario, corrió Surcouf a enterar a los oficiales prisioneros de cuáles habían sido las palabras de Nelson, y luego, habiendo alcanzado a la "Arethusa", puso la proa hacia Tolón, pero dejó que flotara el pabellón británico al tope de la "Arethusa", y aún puso el mismo pabellón en su barco, que aparentaba así ser una presa hecha por la corbeta británica.

Pasó ante el peligroso desfile de Gibraltar y se engolfó en el Mediterráneo, por donde circulaban con toda tranquilidad los barcos mercantes ingleses, por considerarse los británicos como únicos señores y dueños de los mares. Surcouf supo aprovechar de aquella ciega confianza y apresó más de veinte barcos. Logró entrar en Tolón con todas sus presas, aprovechando una noche de oleaje y de espesa bruma.

Quiso el almirante Brueys enterarse del resultado del plan de Surcouf, y este dió cuenta del resultado, pero habló al almirante en presencia de Bonaparte.

Llevó para la entrevista el capitán corsario al mismo tambor que había servido de parlamentario, y le ordenó que contara su entrevista con Nelson. El almirante Brueys se quedó convencido de que Nelson había caído en el lazo, y entonces fué cuando tomó Surcouf la palabra para decir:

—Hago reparar mi barco que ha recibido algunas averías en los últimos combates, pero pienso volver a navegar tan pronto como pueda. O me equivoco mucho o Nelson os hará observar desde lejos.

—Si se nota en cualquier sitio la presencia del enemigo, será preciso dar aviso, — dijo Bonaparte.

Pocos días después recibía éste noticia remitida por Surcouf, que había vuelto a navegar.

"El almirante Nelson, con tres navíos elegidos entre los más ligeros de su flota, está espiando el puerto de Tolón."

Era evidente que Nelson quería saber cuándo saldría de puerto la flota francesa, que contaba adelantarse con sus rápidos navíos y deseaba tener tiempo para preparar la escuadra inglesa. Pero al salir los barcos de Tolón podría convencerse de que se dirigía hacia Egipto y no con rumbo a Cádiz toda la armada y los transportes. En el acto llamaría todas las fuerzas reunidas ante las costas españolas, y no le costaría gran esfuerzo alcanzar el numeroso y lento convoy, al que presentaría una batalla muy desventajosa para los franceses.

¿Sospechaba Nelson cuáles eran los planes de los franceses? ¿Su perspicacia le indicó que el verdadero objetivo perseguido era llegar con felicidad a Egipto? Surcouf se encargó de disipar la duda, gracias a su gran conocimiento de las costumbres de la marina británica, y se le vió volver a Tolón tras una ausencia relativamente corta.

Había ido a dar una vuelta en torno de la flota bloqueadora de Cádiz, y no paró hasta apresar a dos de las llamadas "moscas", dependientes de la escuadra de Nelson. Sabido es que en términos marítimos se llama "moscas" a los barquitos encargados de la vigilancia y descubiertas. Lo que Surcouf esperaba se realizó, y pues por su conocimiento de las cosas de mar era

raro se equivocase en sus pronósticos.

Entre los tripulantes de los barcos exploradores capturados encontró muchos extranjeros embarcados a la fuerza en la flota británica, con arreglo a los procedimientos ingleses de lo llamado "la presa", o lo que es lo mismo, la prisión por las cuadrillas de los llamados reclutadores, que en todos los puertos de Inglaterra se apoderaban de cuanto marinero u hombre medio de mar veían en las tabernas y muelles, sin preocuparse de si eran súbditos de la Gran Bretaña o no. Todos los sorprendidos con el vaso en la mano ante el mostrador de una taberna o cuantos andaban por los muelles o barrios frecuentados por la marinería de todas las naciones que acude a Londres, Bristol u otros puertos de Albion, se veían enrolados muy contra su voluntad, para nutrir las tripulaciones de los navíos mandados por el inexorable Nelson.

Fácil es concebir la rabia, la desesperación, el odio reconcentrado de los marineros extranjeros a los que se obligaba contra su voluntad a servir en la marina británica. Surcouf, que conocía hasta el último detalle de cuanto pudieran hacer sus enemigos, se lanzó con su bergantin al que imprimía extraordinaria velocidad, contra los barquitos avisos y exploradores, y consiguió apresar a dos de los que se habían aventurado más lejos de sus bases.

Encontró en uno de los faluchos apresados a un marinero dinamarqués y otro irlandés, y en el otro de los buques apresados tropezó con un hamburgués y con dos norteamericanos. Todos ellos confesaron que se sentían satisfechos al verse entre enemigos de los odiados ingleses, pues éstos les obligaron a servirles contra su voluntad. Surcouf aprovechó aquellos hombres tan dispuestos a ser los más útiles aliados, para tener noticias positivas.

En cuanto llegó a Tolón rogó al general Bonaparte que le concediese una entrevista, y el general dió cuenta de todo al almirante. Ante uno y otro reunidos explicó Surcouf cómo, por los marineros extranjeros apresados y libertados al propio tiempo, pudo enterarse de cuáles eran las intenciones de la flota enemiga.

Nelson insistía en su error de suponer que los franceses querían librar una gran batalla frente a Cádiz, y encontraba que era muy peligroso para él el esperar un ataque que debía tomarlo entre dos fuegos: el de los franceses procedentes de Tolón y el de los españoles que debían salir de la bahía de Cádiz.

Como consecuencia de estos recelos, el gran marino quiso personalmente inspeccionar lo que se hacía en el puerto de Tolón, con el propósito de mandar que desde Cádiz se le incorporaran diez navíos, tan pronto como los franceses tomaran el mar, con lo cual contaría con trece naves de alto bordo, o sea con igualdad de fuerzas de línea a las que pudiera tener Brueys.

Con arreglo a estos planes, quedaban aun suficientes fuerzas ante Cádiz para impedir la salida de la escuadra española, y no dudaba de la victoria contra los franceses, ya que conocía el estado de desorganización de la marina militar, debilitada por la emigración de los oficiales realistas y minada por varias causas. Sabía, además, que las tripulaciones no se hallaban bien instruídas ni adiestradas, y no podía dudar de lograr una gran victoria, siempre que luchara con número equivalente de navíos. Respecto a la acción de aquellos corsarios con cuyas hazañas había amenazado Surcouf al almirante inglés, sabía éste por sus emisarios y espías establecidos en Tolón, que el almirante francés no tenía ni uno solo a sus órdenes.

El jefe de la flota británica parecía no sospechar siquiera cuáles eran los planes franceses respecto a Egipto, y esta actitud no dejó de tener muy intranquilos a los responsables de la empresa. Tanto Bonaparte como el almirante estaban siempre pendientes de los informes que les comunicaba Surcouf, y por fin preguntó el general al marino cuáles eran sus propósitos.

—Esperaré un fuerte golpe de mistral para que Nelson se vea obligado a huir ante la fuerza del viento, con lo cual quedaremos con el mar libre de vigías y con viento favorable para dirigirnos a Córcega. Desde Ajaccio haremos vela inmediatmente para Civita-Vecchia, donde nos reuniremos con el otro convoy y cuando ya no pueda perseguirnos, será cuando se dé cuenta Nelson de que supimosb urlar su vigilancia.

—¿Pero el mistral no es viento de tormenta?

—Cierto, y tendremos que luchar con mar gruesa hasta que nos veamos al abrigo de Córcega. No niego que correremos verdadero peligro, pero como cree en ella el general, también tengo yo fe en la estrella de Bonaparte.

Como no había otro remedio sino renunciar a los proyectos de expedición o aceptar estos planes, prciso fué conformarse con ellos. El 9 de mayo de 1798 se dió a la vela la flota, pues un recio golpe de viento había obligado a Nelson a refugiarse con sus tres navíos en Cerdeña, gracias a lo cual toda la escuedra francesa llegó a Ajaccio y pudo salir para tocar en Civita-Vecchia, sin haber visto ni una sola vela británica.

Pero Nelson sabía que los navíos de Francia habían salido de Tolón, y envió en el acto un aviso a Cádiz para que diez navíos más forzasen velas para reunírsele.

Mientras esto sucedía, la gran escuadra y el enorme convoy, de quinientas unidades de transporte, navegaba proa a Egipto. Desaparcía el mar bajo tal acumulación de cascos repletos de soldados y pertrechos.

Llegaron frente a Malta, donde se intimó a los caballeros propietarios y defensores de la isla que entregaran plaza y fortalezas, y rindieron una y otra. Se ocupó el punto aquel que era como la llave de una extensa zona mediterránea, y Cafarelli, el general de ingenieros, recibió orden de disponer qué guarnición debía quedar en aquel importante punto.

Al recibir las llaves de la ciudad de manos de los caballeros de Malta, no pudo por menos de decir el general, en tono entre burlón y conmovido:

—Ha sido una gran fortuna para nosotros que los caballeros de Malta se hallaran dentro de estas fortificaciones para que tan galantemente nos abrieran sus puertas, pues sin su oficiosidad nunca hubiéramos podido atrevernas a abrirlas por nuestros propios puños.

Aquel feliz y tan fácil éxito no hizo perder tiempo, y la flota continuó su marcha con rumbo a Egipto; pero Nelson había adivinado los verdaderos propósitos de los franceses, y como ya tenía sus diez navíos de refuerzo, forzó velas en dirección a Alejandría, el gran puerto egipcio donde esperaba destrozar a la flota y al convoy. Pero Surcouf logró otra vez prestar el más importante servicio a su país, adelantándose a Nelson.

No había perdido de vista al almirante británico y lo vigilaba constantemente con su velero barco de tres palos, y como era éste un excelente devorador de millas acuáticas, tan pronto como pudo convencerse el corsario de que la escuadra inglesa reunida ponía la proa a Alejandría, se apresuró a desbaratar los planes del enemigo.

Nelson llegó a Alejandría el 30 de junio, y su primer cuidado fué ponerse en contacto con las autoridades, las que le advirtieron que el día antes había salido de aquel puerto un bergantín francés cargado de provisiones que aseguró vendería a la gran flota francesa. El capitán del barco francés pidió más víveres que debían depositarse en determinado sitio de la costa donde pudiera recogerlos más tarde, pues su propósito era surtir de provisiones a la escuadra de Francia que bloquearía las costas de Siria.

Nelson quiso interrogar personalmente a los mercaderes que habían recibido estas órdenes comerciales, y muchos de ellos le dijeron que la primera ciudad que debía sufrir el asedio y bloqueo era San Juan de Acre. Estos datos fueron ampliados por los facilitados por un judío muy listo, con el cual Surcouf había hablado largos ratos.

—Me dijo el capitán francés, — manifestó el judío, — que tanto él como yo podríamos ganar ahora mucho dinero.

—¿De qué manera? — preguntó ansiosamente.

—Primero encargándonos del aprovisionamiento de las fuerzas que han de desembarcar en Siria y luego continuando con el propio suministro a lo largo del río Eúfrates, por el que irán hasta el Golfo Pérsico, camino para dominar Persia, la India y el Beluchistan.

—¿Cómo? ¿Hasta la India está en peligro?

—Ese es el verdadero objetivo de la expedición. Parece que el general francés, el famoso Bonaparte, ha tomado sus medidas y está bien enterado. Sabe que el chá de Persia no puede oponer sino muy débil resistencia, y el capitán de ese bergantín, que es quien me ha dado todos estos informes, dice que en el ejército francés existe la convicción de que no ha de reñirse un solo combate con los persas. Las hordas de esa pobre gente se han de ver dispersadas sin la menor dificultad y el chá ha de darse por muy satisfecho con firmar una paz que sólo le imponga como obligación la de dejar que pase pacíficamente por su territorio el ejército victorioso.

Meditaba Nelson que contando con un general del temple de Bonaparte era posible realizar un plan gigantesco.

Continuaba el judío, como sin dar importancia a sus palabras.

—El capitán francés es hombre muy atrevido y emprendedor y me ha propuesto que siga al ejército como proveedor y que me dedique además a ir comprando a los soldados lo mejor del rico botín de que se apoderen, pero ese negocio me parece muy expuesto.

Pensaba Nelson que ya necesitaba todo lo que necesitaba saber. Despidió al judío y a los demás mercaderes y dirigió sus navíos a la costa de Siria donde se preparó para recibir dignamente a la flota enemiga, pero esta llegaba al día siguiente a Alejandría, y Bonaparte, como pocos días antes la había dicho el padre Lanternier, tenía un motivo más para estar sumamente agradecido a Surcouf.

No era posible desembarcar bajo la ameneza de los cañones de las fortalezas que defendían Alejandría, y se eligió para el desembarco una playa a cuatro leguas de la ciudad.

Era el 1o. de Julio de 1798 cuando se ancló en la ensenada del Marabú, y la noche misma del desembarco volvió a verse llegar a toda vela el barco de Surcouf. Bajó el corsario con sus amigos a tierra, levantaron una tienda con velas de repuesto, y fué el capitán a visitar a Bonaparte, no sin advertir al general que tenía importantes noticias relativas a los ingleses. Se enteró Bonaparte con la mayor satisfacción de que estaba esperándole Nelson ante las costas de Siria y bloquando San Juan de Acre.

Felicitó calurosamente a Surcouf por su modo de burlar al almirante contrario y le preguntó luego qué pensaban hacer los corsarios.

—Mi general, — respondió el capitán, — mis amigos y yo hemos decidido seguir las operaciones del ejército, en calidad de voluntarios.

—Pero ninguno de ustedes tiene montura.

—Eso es un error, mi geenral. Hemos comprado soberbios caballos árabes y todo lo que pedimos es que nos reciba bien alguno de los generales con mando de fuerzas.

—¿Con qué general prefieren operar?

—Con Kléber.

—Debí sospecharlo, — dijo Bonaparte, sonriendo alegremente.

Volvieron los corsarios a su tienda donde encontraron un intérprete que agregó Napoleón a sus tropas, por conocer lo muy útil que es conocer y dominar el idioma del país donde se opera. Era un copto o felá egipcio cristiano.

Cenaron los marinos con el intérprete, y

le preguntó Surcouf al llegar la hora de los cigarros y el café:

—¿Qué población tiene Egipto?

—Como cinco o seis millones de habitantes, — contestó el copto. — La mayor parte o la gran masa popular son los felás, musulmanes todos ellos y dedicados exclusivamente a la agricultura. Los coptos, como yo, vivimos en las ciudades y somos cristianos del rito jacobita, con nuestro patriarca especial y propio que reside en Alejandría. Puede contarse además con unos trescientos mil árabes y con acaso veinte mil turcos y otros tantos judíos, sirios, armenios, nubios y hombres nacidos en todos los países de la tierra.

—Pero — preguntó Brinville. — ¿Quién es el que manda en este país?

—Los verdaderos dueños de Egipto son los mamelucos que obedecen a dos beys y que reconocen la autoridad del sultan de Constantinopla, a quien pagan tributo.

—¿Qué es eso de mamelucos? — preguntó Mario. — ¿Se les come con cuchara o con tenedor cuando se trata de comerse a esos buenos mozos?

—Los mamelucos forman una milicia de unos cuarenta mil hombres reclutados por ellos mismos. Esa milicia es valiente, muy brillante, muy rica, está admirablemente montada y posee armas de valor y de mérito indescriptibles.

—¿De modo que tendremos que habérnoslas con cuarenta mil de esos señores mamelucos? — preguntó burlonamente Mario.

—En todo caso no se pondrán ante vosotros sino una mitad como máximun, pero esos veinte mil jinetes podrían muy bien barreros y arrojaros al mar. Está a punto de desencadenarse contra vosotros una verdadera tromba de caballería y temo que no os sea posible resistir a su empuje.

—Puedes estar bien tranquilo. Formaremos cuadros y verás cómo se rompe esa borrasca de caballos y lanzas y sables contra el muelle y la recia escollera formada por las bayonetas francesas, tal como se desmenuza y vuelve vencido el más recio oleaje al chocar contra las rocas de la costa.

—No entiendo qué quieres decir con eso de cuadros, — murmuró el copto, — pero el ímpetu de los mamelucos es irresistible.

—Imagina que una división formada por cuatro regimientos forma con cada uno de ellos una línea recta y coloca luego esas cuatro rayas, formadas por cuatro hileras de valientes soldados cada una de modo que cierren un recinto de forma cuadrangular. No negarás que ha de resultar un cuadro algo difícil de romper.

—Os han de desbaratar esas cuádruples líneas. Derribarán a los más valientes y firmes guerreros.

—Pero piensa en las cuatro hileras una tras la otra con que ha de tropezar cada jinete. No olvides que cada ángulo del cuadro está protegido por artillería, y que cada una de las caras del cuadro hace fuego siempre que la atacan. Figúrate lo que supone dos hileras con la rodilla en tierra, con la bayoneta armada y haciendo un fuego sostenido, que las otras dos filas siguientes se sostienen para fusilar a los jinetes.

—No creo en vuestro triunfo, pero si saliérais victoriosos, todos mis hermanos coptos bendecirían a sus libertadores, pues el yugo musulmán resulta pesadísimo para nosotros.

Al siguiente día de estas conversaciones se presentó ante Alejandría una columna de asalto, y se adueñó de la ciudad sin casi tener que vencer resistencia.

Un día más tarde hacía Bonaparte su entrada triunfal en la ciudad africana fundada por Alejandro Magno.

Era aquello el principio de la realización de un sueño de gloria.

Una vez tomada Alejandría, se presentó Surcouf ante el general Kleber. Eran dos hombres como hechos expresamente para entenderse y para complementarse.

—Mi general, — dijo Surcouf, — he pedido a Bonaparte que me pusiera a las órdenes de Kléber para servir en su estado mayor, en concepto de voluntario, con algunos de mis amigos, y me permito presentarme para rogar no se nos niegue lo solicitado. Cierto que pertenecemos a la morina, pero somos todos bastantes buenos jinetes para poder servir como ayudantes de campo de un buen general.

—Capitán, — contestó Kléber, — considero como un gran honor para mí haber elegido mi división para hacer esta campaña. Quedan incorporados a mi estado mayor el capitán y los otros corsarios sus amigos, y daré orden de que les proporcionen buenos caballos.

—No sóo contamos, mi general, con caballos, — dijo Surcouf, — sino que son los nuestros excelentes potros árabes, y hasta he pensado en mi actual jefe para quien adquirí dos magníficos ejemplares que están aquí y que me permito ofrecerle, general Kléber.

—Veo, capitán, que hemos incorporado a nuestra división un hombre valioso. Mil gracias por el regalo que acepto y del que pienso hacer muy buen uso.

Kléber y Surcouf bajaron a la calle y el general se quedó mirando al ver unos soberbios caballos de pura sangre árabe que dos esclavos tenían de la brida. Contempló, palpó, midió el general los magníficos animales y no ocultó su alegría al verse dueño de ellos.

—Nunca hubiera creído, — dijo con asombro, — que fuese posible dar con dos ejemplares tan hermosos. Repito mis más expresivas gracias, capitán Surcouf.

—¿Estos esclavos qué harán ahora? — preguntó Kléber.

—Llámelos el señor general sirvientes y no esclavos, — observó el carsario.

Surcouf había hecho que le acompañase el intérprete y le dijo a éste que indicase a los felás que pasaban a servir al general Kléber. Tradujo el copto lo dicho por Surcouf, y los dos negros se acercaron a besar humildemente los faldones de la casaca del general.

Era el tercer día a contar de la ocupación

de Alejandría cuando pasaron Surcouf y sus amigos cerca de una cuadrilla de almeas y de músicos ambulantes, cuando de pronto se lanzaron tres de las almeas en dirección a los corsarios para refugiarse al amparo de los franceses. Avanzó uno de los músicos, y Surcouf creyó conveniente intervenir. Por su trato con los árabes de la guardia del guicovar había tenido que familiarizarse con el idioma de aquella gente, pero como el músico había levantado su palo para castigar a una de las mujeres fugitivas, empezó el corsario por pegar un puñetazo al agresor, y hacerle rodar una docena de pasos, lo que pareció complacer extraordinariamente a las almeas.

Hecho esto, pidió el capitán a las asustadas mujeres que explicaran lo que todo aquello significaba.

—Sahib faranghil, — dijo una de las almeas. — Teníamos nosotras tres a nuestro hermano Suleyman que fué siempre muy bueno con nosotras. Era justo y afable. Nuestra madre que supo ser muy prudente, se casó con el hermano de nuestro jeque y queríamos también nosotras que nos casaran con nobles. Pero murió nuestro hermano, y desde entonces es hombre, que sólo es primo lejano nuestro, se empeña en mandar en nosotras sin tener el menor derecho para ello. Ahora quiere que aceptemos las proposiciones que los hombres nos hacen, y como no queremos prestarnos a sus malas artes, nos apalea constantemente.

Mario, que hablaba el árabe aún mejor que Surcouf y Brinville, intervino para decir:

—¿Te enteraste, amigo Sapajou? Este señor árabe zurra a sus mujeres.

—Ahora mismo, señor Mario, — dijo el negro, — daré a ese buen hombre una lección para que aprenda a vivir como Dios manda.

Sin esperar más administró una soberana paliza al primo, que gritaba desaforadamente.

Arremolinábase la gente para presenciar la escena.

—Sadi faranghil, — dijo la almea a Surcouf, — eres uno de los jefes de esos cristianos que, según nos han contado, protegen a las mujeres y a los niños. Ampáranos y llévanos en tu compañía, y te prometemos bailar para solaz de los soldaos que creen en Cristo.

Mientras esto sucedía Ouled-Nayal, o sea el apleado primo, arengaba a la multitud, gran parte de la cual empezaba a mostrarse hostil.

—Me parece, buen Sapajou, — dijo Mario, — que esa canalla andrajosa empieza a murmurar.

—¡Demos duro y recio sobre esos herejes para mayor gloria de Dios! — gritó el padre Lanternier.

Los temibles garrotes de los corsarios se encargaron de dispersar al tropel de curiosos agresivos, la calle quedó limpia en un instante. Cuando no quedó a quien apalear, se dirigieron todos a la cas ocupada por los marinos.

—¡Por vida del diablo! — murmuraba Brinville, que en todo veía alegres aventuras. — Hétenos con tres bonitas almeas en nuestra estela. Nunca esperé marchar al frente de un pelotón de bailarinas.

Los corsarios no habían tenido tiempo sino de entrever a una de las almeas, o sea a la que habló por ocultar todas ellas los rostros tras los espesos velos, y lo cierto es que no podían discernir si se trataba de mozas bonitas o feas.

Cuando llegaron a su alojamiento, llamó Surcouf al dueño de casa, un rico banquero que se consideraba muy honrado con alojar a jefes de tal categoría, y le explicó lo sucedido, rogándole que dispusiera dónde alojar a las pobres mujeres, a lo que se prestó el mercader judío con gran complacencia. Ordenó que se distribuyese refrescos y golosinas a las almeas, con la egoísta esperanza de que, tanto él como toda su familia, podrían disfrutar gratis de una sesión de danza morisca.

Las almeas tenían cuanto formaba su ajuar. Estaban precisamente preparadas para cambiar de domicilio, de modo que conducían todo lo necesario. Tan pronto como bajaron del piso alto donde las habían alojado, dieron las gracias a los corsarios por todas sus atenciones. Se habían quitado los velos y se habían acicalado con todo el arte de la femineidad asiática así que su presencia ante los franceses fué una verdadera revelación, como repetía el enamoradizo Brinville.

Eran casi idénticas las tres jóvenes. Poseían las tres esa superior belleza propia de la mujer árabe de buena raza y bien criada. Era, lo que se llama entre ellos "gente de tienda grande", lo que equivale a decir de casa aristocrática en Europa.

Ofrecían las tres ese perfil aguileño de las razas puras, y unos labios algo gruesos, no poco felinos y muy sensuales que ponían un rojo sello a los hermosísimos del rostro. Era su sonrisa, de delicadeza extrema, y de acuerdo con la expresión argelina, los ojos presidían el explendor de las facciones. Eran negros, dulces, de atrayente y tímida mirada, y parecían abrirse mucho para ver mejor ante la extrañeza de hallarse en presencia de cristianos. Eran esbeltas y ofrecían líneas esculturales de infinita gracia.

SURCOUF

Continuará en el próximo número de "Pucky". Es una novela extensa y vibrante que ha servido para el argumento de la notable película cinematográfica que la casa francesa León Gaumont exhibe actualmente en Buenos Aires y Montevideo.

UN BUEN CANDIDATO

El gerente (al que pide empleo como guarda del tranvía subterráneo): — ¿Qué condiciones tiene usted para pretender ese puesto?

El solicitante: — Estuve siete años en Noruega, señor, embalando arenques en los barriles.

El gerente: — ¡Aceptado!

UN CUENTITO INTERESANTE

Los regalos de Jeanjean

Por HENRY FALK

(Traducción del francés)

¿QUE es lo que regalaríamos a Jeanjean como aguinaldo? — se preguntaron los esposos Bramard al acercarse el año nuevo.

—Mira, — dijo la madre, — ya tiene 6 años. Yo creo que es ocasión de comenzar a cultivar sus gustos para la artes y las ciencias.

—Por lo mismo que sólo tiene 6 años, — dijo el padre, — creo que lo esencial es regalarle algo que le guste, sin meterse en más historias.

El señor Bromard, rico vendedor de paños, se encontraba en este punto, como sobre otros muchos, en discrepancia con su mujer, que, como buena burguesa, por haber estudiado canto y piano, se encontraba con una cultura artística superior con mucho a la del marido, únicamente comerciante. Este sostenía:

—Jeanjean no es, a mi juicio, de una inteligencia precoz extraordinaria. Está fuerte y sano, y es, naturalmente, juguetón. No se divertirá con juegos complicados y serios. Yo creo que debemos preguntarle lo que desea. Es lo más sencillo.

—¿Cómo va a saber él lo que quiere?—dijo la madre. — No tien la menor idea de estas cosas. Nuestro deber de padres es escoger por él juiciosamente. Yo estimo conveniente despertar en él el oido musical.

—¿El oído musical?... ¿Jenjean? Permite que me ría.

—Sí; el oído musical. Creo que debes comprarle un fonógrafo.

—¡Muy bien!... Ya te comprendo. Tú tienes ganas de un fonógrafo, y quieres que yo se lo compre al niño. Jeanjean no hace caso de músicas.

—Porque no conoce nada. Yo he encontrado en el una sensibilidad especial para la música. Cuando yo tocó el piano se calla.

—Y se duerme.

—¡No!... te equivocas. Eres un tonto. Jeanjean escucha religiosamente.

—Hasta que se pone a llorar...

—¡Llora de emoción!

—Bueno. Vamos a ver, Jeanjean, responde: ¿quieres como aguinaldo un fonógrafo?

—¿Qué es un "ponógrafo", papá?

La señora Bramard, encolerizada, interrumpió este interrogatorio gritando:

—¡Claro! Le dices cosas que no entiende...

Se dirigió ella al chico:

—Escucha, precioso, — dijo sentándolo en sus rodillas, — ¿Quiéres que te regalemos como aguinaldo un aparato que toque música?

—¿Música?... ¡Sí, mamá!

—¿Ves tú? — gritó triunfalmente. — Quiere un fonógrafo. Lo tendrás, amor mío, con las piezas más hermosas escogidas por tu mamá: el gran bailable de Sansón y Dalila, La cabalgata de la Walkyria, el final de Sigfredo...

—Pero mujer, ponle al menos "Milonguita", — suspiró el podre; y dirigiéndose al niño añadió: — ¿Y que te gustaría además? ¿Qué te gustaría a tí, sin que mamá ni yo digamos nada?

—¿Yo?... ¿Yo solo?... Yo quiero pescaditos colorados,... ¿Sábes?... pescaditos colorados en el agua.

El padre gritó triunfalmente:

—¿Eh?... Aquí tienes su opinión sobre el regalo. Tendrás pescaditos colorados, Jeanjean. Te los regalo yo.

—¡Gracias papá! ¡Qué bien!

El chico abrazó a su padre y se puso a bailar de alegría.

—Ya ves, — dijo Bramard a su mujer,— que prefiere los peces al fongrafo.

—Cuando tenga el fonógrafo lo preferirá a los peces, — replicó la esposa.

La discusión siguió y el marido terminó por ceder, como de costumbre. Jeanjean recibió como aguinaldo un fonógrafo y una pecera con peces.

* * * *

Aunque no era de una inteligencia extraordinaria, Jeanjean era observador y sensible, como todos los niños; había comprendido que cada regalo tenía la preferencia de cada uno de sus papás. Cuando estaba con su madre, oía con paciencia y sin placer el fonógrafo.

Cuando estaba con su padre se ponía a jugar con los peces, simulando una pesca con redes en una palangana llena de agua. Cnandu sus padres estaban juntos, Jeanjean estaba preocupado: hubiera querido escuchar el fonógrafo y pescar con red; pero su madre le reprendía:

—Deja los peces, queridito. Ven al salón a oir la música.

—¿Qué le importa la música? — decía el padre. — Quédate en tu cuarto. Jeanjean, pesca aquel pez gordito, hijo mío.

Después de muchas reflexiones, Jeanjean preguntó un día:

—Si los peces pudieran estar al aire... ¿también les gustaría la música?

—La música, — le respondió su madre, —no está hecha para los peces, no la pueden oir metidos en la pecera.

—¡Ah! — dijo Jeanjean, y de nuevo se puso a reflexionar.

* * * *

—¡Cielos! ¡Dios santo! ¡Es horrible! La señora Bramard exhalaba gritos de terror profundo.

Su marido acudió hacia donde ella gritaba, petrificada junto a la puerta.

No pudo contener una carcajada.

—¿Eres tú el que ha hecho esto, Jeanjean?

—Sí, papá.

—¿Y para qué has hecho esto, desgraciado?

—Para jugar a todo junto. Por dar gusto al mismo tiempo a tí, a mamá y a los peces. ¿Por qué no le das cuerda al fonógrafo?

Jeanjean, en el deseo de contentar tanto a sus padres como a sus peces privados de música, había metido el fonógrafo en la palangana llena de agua y había hechado en la bocina del aparato a todos sus pececitos rojos

HENRY FALK.

En Rusia, cualquier carta o paquete que se considera sospechoso es abierto y se lee o examina su contenido. Una máquina ingeniosa vuelve a arreglarlo todo, y su destinatario no puede sospechar que su correspondencia ha sido violada.

La gneralidad de los hombres compran sus sombreros en la creencia de que van bien con todos los trajes. Pero los sostres han comenzado a protestar porque afirman que a veces un sombrero basta para destruir el efecto de su mejor creación

"PUCKY" Magazine

APARECE TODOS LOS VIERNES

PRECIOS DE SUSCRICION

Capital e Interior

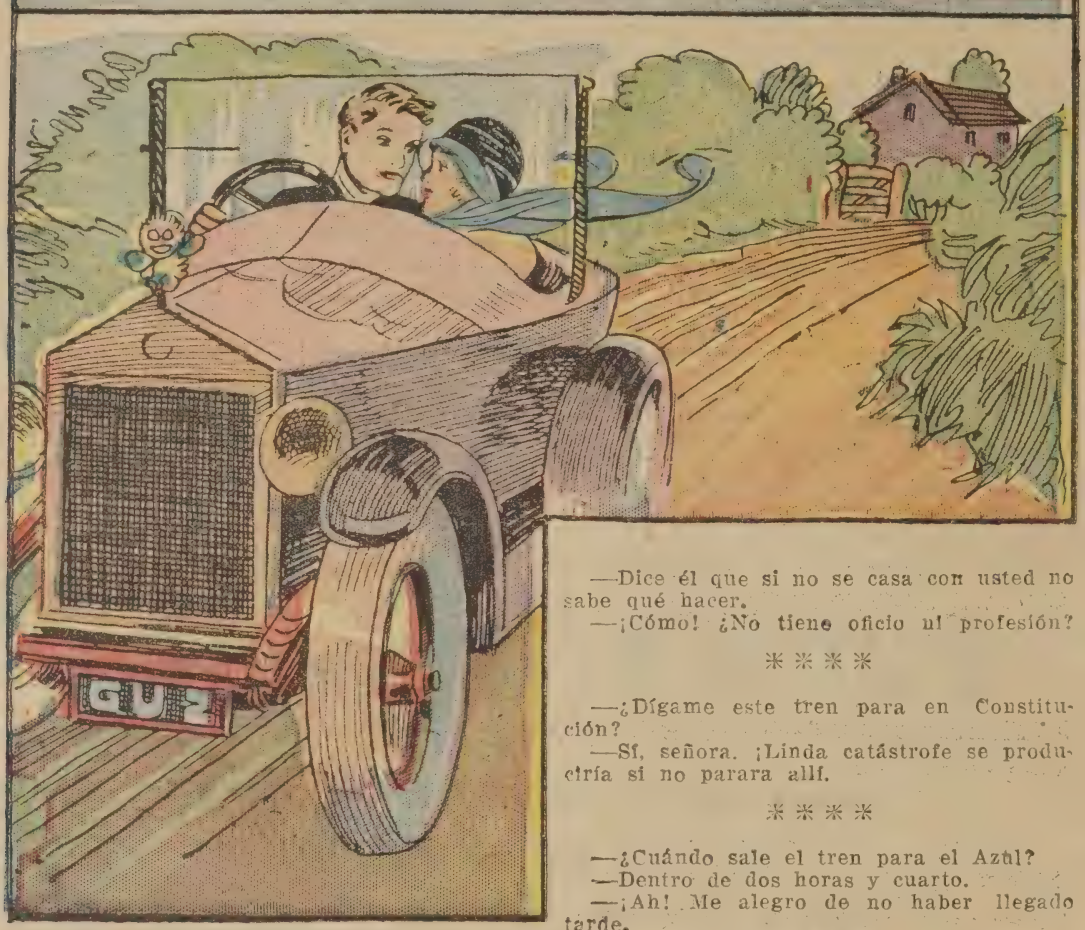
Número de la semana	$ 0.20
„ atrasado	„ 0.40
Suscrición por 3 meses (13 números)	„ 2.50
„ „ 6 „ (26 „)	„ 4.80
„ „ 1 año (52 „)	„ 9.00

EXTERIOR

Bolivia, Brasil, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, España, EE. UU de Norte América, Filipinas, Guatemala, Honduras, Méjico, Nicaragua, Paraguay, Perú, San Salvador, Santo Domingo y Uruguay . . . Año $ 9.00 c/l.

Demás países . . . . . „ 12.00 „

"Bombón Fino"



—¿Piensas casarte o conservar tu libertad? — pregunta Lucía a Lía.
—Ambas cosas, — respondió Lía.

* * * *

—¿Por qué has dejado que tu mujes se tiña el pelo de rubio?
—Porque me dijeron que las rubias eran más cariñosas y menos peleadoras que las morochas, pero ella de un color o de otro, es lo mismo.

* * * *

—¿Cuándo me paga usted aquellos cinco pesos que aún quedan pendientes, don Simón?
—No son cinco; son diez.
—Está usted equivocado; no son diez, sino cinco, lo que quiero que usted me pague.
—Es que yo prefiero deberle a usted diez a pagarle cinco.

—Dice él que si no se casa con usted no sabe qué hacer.
—¡Cómo! ¿No tiene oficio ni profesión?

* * * *

—¿Dígame este tren para en Constitución?
—Sí, señora. ¡Linda catástrofe se produciría si no parara allí.

* * * *

—¿Cuándo sale el tren para el Azul?
—Dentro de dos horas y cuarto.
—¡Ah! Me alegro de no haber llegado tarde.

* * * *

—¿Sabes que la mujer de Juan Pérez se arrojó a la dársena Sur anoche
—¡Pobre Pérez!
—Pero un vigilante la salvó en seguida.
—¡Pobre Juan!

* * * *

—Dígame, — dice el maestro, — el nombre de un pájaro.
—Ruiseñor, — dice un alumno.
—Otro.
—Alondra.
—Otro más.
—Gorrión.
—Otro.
—El tiempo.
—¿Cómo el tiempo? — pregunta el maestro asombrado.
—Y claro, — dice el niño. — ¿No aseguran que "el tiempo vuela"? Si vuela es que es pájaro.

¿Quién era el señor Melling?

POR

Shirley Hook

"Sí, tenemos una habitación. Pero será mejor que hable con mi tía Hester a ese respecto."

Se dice aquello de "pueblo chico, infierno grande" y lo demuestra este divertido relato que pinta a qué extremos pueden llegar las consecuencias de los chismes y habladurías en un tranquilo pueblecito.

LA primera vez que el señor Julián Mannering se presentó en la ciudad costanera de Whinsea fué un sábado a eso de las doce del día. La mayor parte de la gente de la Calle Alta, la calle Principal de Whinsea que desciende precipitadamente desde la estación del ferrocarril hasta la orilla del mar, e incluye la iglesia de Todos los Santos, dos capillas, el edificio del Concejo Municipal, el Banco, la gran tienda "Eureka" y el salón para reuniones, se percató de su llegada porque el señor Mannering era un hombre en el que era difícil no fijarse y al cual no se olvidaba fácilmente. Tenía el rostro todo afeitado era joven y de buen aspecto; caminaba con un aplomo que hubiese resultado impresionante si hubiera vestido mejor.

Pero Whinsea no sólo es una población vieja, es también anticuada. Sus puntos de vista respecto a lo que es o no correcto, son muy rígidos. La señorita Quillian, la que tiene el negocio para la venta de porcelana, desaprobó por completo la forma en que Julián pasó junto a ella. El pidió disculpa, pero sin darle al caso la debida importancia.

El viejo Clidd, el vendedor de semillas de la casa de al lado fué de la misma opinión. Y cuando Julián entró en el bar de "El verde arado" los últimos restos de su reputación estaban hechos polvo aun cuando sólo tomó un inocente vaso de cerveza, y esto para tener pretexto para solicitar algunos informes.

—¿Hay por aquí algún sastre decente? —preguntó al señor Prell, el dueño del bar.

—¿De confección o de medida? — dijo el señor Prell fijando sus ojos grises y calculadores en la polvorienta ropa, en su cuello y su camisa ajados y en sus opacos botines de cuero claro.

—De confección. Tengo prisa.

—La casa de Henway es bastante buena. Pero no fía, — agregó el señor Prell lealmente, para no comprometerse con sus conciudadanos.

—Bueno. ¿Hay quién venda ropa blanca?

—La casa de Binnage Hermanos, a pocas puertas de aquí.

—¡Bravo! ¿Y una casa que venda vajas y baúles?

—Está Chawne, el del "Emporio de las Valijas". Pero diga usted, señor...

—Una pregunta más y hemos terminado. ¿Sabe usted de alguien que tenga una pieza para alquilar?

El señor Prell mencionó con sumo placer la casita "Los Laureles" de una prima política de su esposa. Obtenida esa información el cliente se retiró.

Unos minutos después el señor Prell salía de su bar con el objeto de hacer algunas averiguaciones. Hubiese ido antes pero dió la casualidad de que se detuvo frente a la puerta de su casa un ómnibus descubierto y cargado de sedientos excursionistas. Debido a eso resultó el miembro número tres de un comité que constaba ya de la señorita Quillian y del anciano Clidd.

—No cabe duda; no es un caballero, — decía ella.

—¡Un perdido, es lo que me parece! — dijo Clidd.

—¿Se refieren ustedes al tipo del traje polvoriento? — dijo el señor Prell. — Yo estoy convencido de que ha hecho "algo".

—¡Ah! — exclamó la señorita Quillian. Ordinariamente no se le veía conversando con Prell. Pero aquel día era una excepción. — Aquí viene el señor Henway!

El señor Henway se dirigió a Prell.

—Si fué usted el que me envió como cliente ese joven... — comenzó a decir.

—¡Le dije que usted no fiaba! — dijo Prell frunciendo el ceño.

—¡Pero no estoy tan escaso de clientela que me guste negociar con locos!

—¡Locos! — La exclamación fué triple.

—No es otra cosa. Le enseñé una linda serie de muestras y le dije que procedían directamente de Londres.

"—Yo también, — dijo él.

"—Son muy elegantes, — dije.

"—También yo, — dijo él. — Me gusta el aspecto de este gris. Necesito ocho trajes de ese género.

"—¡Ocho! — exclamé.

"El sacó una lista de medidas, casi todas parecidas.

"—Ocho. Que al precio de cuatro guineas cada uno serán treinta y tres libras doce chelines, si no he olvidado mi aritmética, — dijo él. — ¿Los tiene usted prontos?

"—Sólo tengo éste, — dije yo, — pero puedo tener los ocho para el martes. En este caso debo manifestarle que...

"—¿Qué necesita usted un depósito? — Sacó dos billetes de cinco libras del bolsillo y los puso en el mostrador.

—¡Billetes falsos! — dijo el señor Prell sin vacilación alguna, aprovechando una pausa que hizo el señor Henway para recobrar aliento y ver el efecto que había hecho su relato.

—No lo parecen.

—¿Los llevó usted al Banco?

—Es sábado. No pude llegar antes de que cerraran. Aquí viene Alfred Binnage.

El señor Binnage fué enrolado como quinto miembro del comité.

—¿Qué tal — preguntaron los otros. No fué necesario nada más.

El señor Binnnage tosió.

—Parece que es un loco, — opinó la señorita Quillian como para animarle.

—¡O es el más grandísimo ladrón que se ha visto en Whinsea! Cuatro docenas de cuellos todos iguales y del mismo número; diez y seis corbatas de seda enteramente iguales; ocho sombreros de paja; ocho de fieltro; veinticuatro pyjamas, saco y pantalón y veinticuatro camisas. ¡Total, cerca de veinte libras!

—¿Pagó? — preguntó Prell.

—¡Claro que pagó!

—¿Con billetes? — chilló la aguda voz del pequeño Henway igual que las bisagras de una puerta cuando necesitan aceite.

—Sí; con cuatro billetes de cinco libras.

—¡Son falsos! — dijo el viejo Clidd, repentinamente inspirado. — Billetes falsos hechos en Londres. Quiere librarse de ellos y al mismo tiempo disfrazarse para escapar luego.

—Cuatro docenas de cuellos de la misma forma y del mismo número, no me parecen gran elemento para disfrazarse, — objetó Binnage. — Con ellos tendría que seguir siendo el mismo tipo una y otra vez. ¡Hola, Chawne!

El señor Chawne, dueño del "Emporio de las Valijas" relató en seguida el caso del hombre que le había encargado ocho baúles del mismo tipo y del mismo tamaño, que serían entregados en un sitio que el comprador indicaría oportunamente en Whinsea, y los había pagado en billetes de una libra. Estaba en discusión su relato cuando reapareció el señor Mannering.

Pasó junto al grupo y saludó amistosamente agitando una mano. No había conseguido habitación en "Los Laureles". La prima política de la esposa del señor Prell le había dicho que él no era el tipo de cliente a que estaba habituada, pero que tal vez la señora Staggs de "El Horizonte"...

El señor Mannering se dirigía en aquel momento a "El Horizonte".

* * * *

Suponía que después de haber llamado a la puerta sería recibido por una mujer que tendría, más o menos, el aspecto de una patrona de casa de huéspedes. Pero el Destino hizo que se equivocara. La puerta se abrió y apareció en el hueco una delgada y rubia joven con los ojos más azules que él había visto hasta entonces y unos labios que...

el señor Mannering, generalmente muy prosaico hubiese escrito allí mismo, en aquel momento, un poema deidcado a las curvas de aquellos labios. Pronto recobró la suficiente serenidad para poder tartamudear cuál era su deseo.

—Sí, tenemos una habitación, — dijo la joven. — Pero será mejor que hable usted a su respecto con mi tía Hester.

La tía Hester emergió de la cocina. Explicó, sin tomar aliento ni una vez, que tenía las manos negras porque había estado limpiando el hollín, pues el casero era tan tacaño que no quería poner una cocina de gas a pesar de que había gastado nada menos que cinco libras en composturas en los pasados tres años sin incluir lo de la ley de impuesto a la renta y aún cuando podía echarla a la calle sin más trámite, cuando quisiera, por más que el techo de la casa era excelente, gracias a Dios, lo que no podía decir de los techos de su casa su vecina de al lado, la señora de Yates, que sufría de asma hacía tanto tiempo.

Julián pronunció una que otra palabra como quien clava una cuña. No le importaba esperar, pues le daba más tiempo para estudiar los ojos y los labios de la joven rubia.

Sí, había una pieza disponible, admitió la señora Stagg. El señor que la había reservado no había podido ocuparla debido a la repentina llegada de una cuñada con siete hijos, procedente de Nueva Zelandia o de Nueva York, no recordaba bien de cual de las dos ciudades. Veinticinco chelines por semana, sin comida.

—¿Y si usted se ecargara de todo? — preguntó el señor Melling.

—Si yo me encargara de todo le costará dos libras, — dijo la señora Stagg.

—¡Aceptado! — dijo el señor Mannering Un interno instinto le dijo que lo mismo hubiese respondido: "¡Aceptado!" si la dueña

ALGO DIFICULTOSO

—Quiero una caja de cubos de sopa concentrada, doña Rita. Si los tiene en forma de bola démelos de esos porque a mi esposo le cuesta mucho trabajo tragar los cubos cuadrados.

La gente que había comenzado a dispersarse, se apiñó de nuevo al oír a Mannering.

de casa hubiera dicho dos libras y media o tres libras. Lo más que pudo hacer fué agregar media corona "extra" para el aceite y el vinagre y exigir una semana de anticipo.

* * * *

Julián pagó y la señora Stagg le dió el recibo, aún antes de haber inspeccionado la habitación. Le hicieron ver "la perspectiva" que, según se suponía incluía el mar, aún cuando para verlo, sobre todo durante la marea baja, se necesitaba hacer un grandímo esfuerzo de imaginación. También le indicaron cómo había que hacer para no golpear con la cabeza en la araña de gas y cuál era la silla que tenía una pata floja y no era de toda confianza.

Julián contestó: "Sí" y "¿De veras?" y "Lo recordaré", pero todo esto mientras su mente subconsciente seguía ocupada en el poema dedicado a aquellos labios que eran más hermosos que cuantos labios había visto en el mundo y aquellos ojos que eran unas estrellas azules. Su poema hubiese sido más férvido aun si Julián hubiera sabido que Cupido había lanzado aquella mañana no un dardo, sino dos.

El y Jenny Stagg cambiaron algunas palabras a la hora de la comida y algunas más a la del té. Su siguiente encuentro se produjo al extremo del paseo a eso de las siete de la tarde. Acaeció por pura casualidad; después recordaron ambos qué casual había sido el encuentro. El crepúsculo era excepcionalmente luminoso y el mar presentaba el aspecto de una enorme paleta brillante y multicolor.

El señor Mannering dióse cuenta de muchos detalles durante los cuarenta minutos que pasearon juntos; entre otras cosas supo que Jenny tenía veinticinco años, que no tenía novio; que iba todos los domingos a la iglesia de Todos los Santos, — pues su tía era muy devota, — y luego, una que otra vez, a pasear por los jardines del Priorato; que le gustaba el cinematógrafo, pero no iba con frecuencia porque no tenía quien la lleva-

pañara; que amaba los buenos versos y que ella misma se hacía las blusas y los botones que usaba. Fué una deliciosa e informativa charla. Volvieron juntos a la casa, y no menos de veinte ojos los miraron pasar.

Aquella noche, Jenny Stagg, sentada junto a la ventana de su cuarto y mirando hacia la luna grande, límpida y muy amarilla, que ascendía laboriosamente de las copas de los manzanos de la huerta de los fondos de la casa, se dijo:

—¡Me gusta... horriblemente! Pero es persona bastante misteriosa. ¡Sé tan poco a su respecto!

Esto era verdad. El señor Mannering, aún cuando parecía la franqueza personificada, no le había dicho absolutamente nada sobre sus propios asuntos; se había limitado a decirle que estaba en Whinsea de vacaciones a la vez que por interés. Jenny sabía que no era comerciante, ni empleado, ni viajante de comercio; tenía una vaga idea de que era algo profesional. Pero no sabía nada más.

Llegó el domingo. El la esperó despues de la iglesia y pasearon luego por el jardín del Priorato. Pero esto no la enteró de nada nuevo. Llegó el lunes. Llegó, también, algo más. Si durante ese tiempo Jenny no se hubiese movido y no hubiese respirado en un ambiente dorado enteramente suyo, también se hubiera dado cuenta de lo que estaba por llegar. Pero el amor es así, — cuando es amor de verdad, — y le pesca a uno desprevenido.

Un brusco cambio en el modo de tratar, la señorita Stagg, a su huésped se basó en la tendencia, de parte de los habitantes de Whinsea, a reunirse en pequeños grupos frente al portón del frente de la casa.

El señor Melling, al levartarse de la mesa después de desayunarse, para salir a dar su matutino paseo, lo notó, al mirar por la ventana.

—¡Hola! ¿Qué pasa? — preguntó.

La señora Stagg, que tenía la bandeja con las cosas del té en la mano, no ofreció explicación alguna. Con el ceño fruncido, perplejo y preocupado, el señor Mannering dirigióse a la puerta del frente y la abrió. La muchedumbre, — resultó una muchedumbre cuando él se presentó, — se movió, arrastrando ruidosamente los pies, pero no presentó síntomas de querer retirarse del sitio donde estaba.

—¿Se les ha perdido algo? — preguntó con tono jovial al viejo Clidd, que era el que más cerca estaba del portón.

La mirada del señor Clidd se desvió hacia el lado contrario.

—¡Aquí viene! — anunció en voz alta.

Se oyeron murmullos entre la gente y un voluminoso sargento de policía cruzó por entre la muchedumbre.

—¡Aquí viene! — se dijeron los unos a los otros.

—¡Supongo que no será a buscarme! — dijo Julián con toda cortesía.

El señor Mannering miró hacia atrás, hacia el zaguán. Allí estaba Jenny; su tía se había retirado cautelosamente por la puerta del fondo y formaba en ese instante en las filas de sus enemigos.

—Usted no puede creer... ¿Qué pretenderán probar? — dijo él, mirando con franqueza los ojos azules.

—No puedo creer ni una sola palabra, — dijo ella, mirándole con idéntica franqueza.

El agento llegó al portón, lo abrió, consultó un papel que tenía en la mano, observó al señor Mannering detalladamente y después habló.

—Cabello negro. Cinco pies, cuatro y media de estatura, sirena con cabellera rizada tatuada cerca de la muñeca derecha. Un hombro más alto que el otro. — Movió negativamente la cabeza y se volvió hacia el viejo Clidd. — Lo siento, señor, pero se ha equivocado usted. Este no es Dick Tenfleet, alias Horacio Wickham. La descripción no coincide. No sé quién es, pero este individuo

no es el que robó cinco mil libras en billetes en el Banco Universal. ¡No, señor! Las noticias de los diarios los han desorientado y usted perdone, señorita Quillian.

—Yo no he dicho nada ni en un sentido ni en otro, — exclamó la señorita Quillian, poniéndose muy colorada.

—Bueno ¿qué me dicen todos ustedes? — manifestó el sargento. — ¡Ustedes tienen ojos para ver y ahí está él, de pie, delante de todos ustedes!

—Tal vez está disfrazado, — dijo el señor Henway, no muy convencido.

—¡Disfrazado! ¿Disfrazado de qué? — preguntó sarcásticamente el sargento. — ¿De elefante?

—Puede ser que esté disfrazado, pero no se le note, — dijo el señor Clidd. — Sin embargo, yo creo que no lo está.

—¡Está bien! — dijo el sargento. — ¡Sea quien sea, no es nuestro hombre!

Se volvió y se alejó apesadumbrado. Se comprendía el por qué de esa pesadumbre. Se había desvanecido para el sargento la esperanza de cobrar las cien libras de recompensa que se ofrecían por la captura de Dick Tenfleet.

—¿Así que era de esto de lo que se trataba? — dijo el señor Mannering. — ¡No pensé jamás que yo pudiera tener cara de ladrón de bancos! Pero...

Volvió la cabeza y miró de nuevo a Jenny.

—¿Les diré quien soy? Yo no quería decir nada antes de que estuvieran pegados los carteles, pero si a usted le parece que debo decirlo...

—Sí, dígalo usted, — murmuró ella en voz muy baja.

—¡Adelante, pues! — Alzó la voz. — ¡Señoras y señores detectives aficionados de ambos sexos! — La muchedumbre que empezaba a dispersarse se apiñó de nuevo al notar que el señor Mannering dirigía la palabra. — El lunes quince próximo, los "Ocho Facsímiles", grupo musical dirigido por el señor Julián Mannering y ha actuado con fenomenal éxito en Londres, comenzará una breve serie de audiciones en el salón municipal de Whinsea. Debido a un desdichado accidente en el cual ocho baúles de ropa y todo el material escénico se quemó en el incendio de unos vagones de ferrocarril, se hizo necesario reponer todo el equipaje de la compañía urgentemente. Conociendo la reputación del comercio de Whinsea, decidí hacer las compras en la localidad. Por lo tanto hice aquí algunas adquisiciones urgentes. Si necesitan ustedes algunas explicaciones más...

Pero no las necesitaban. La muchedumbre había empezado ya a dispersarse. La primera en retirarse fué la señorita Quillian, la que vendía loza; le siguió el señor Clidd, con el que se fué el señor Henway, todos ellos con las orejas gachas.

Julián Maonnering les miró sonriendo con benevolencia.

—¡La verdad, — dijo de repente, — es que todo esto constituirá un buen reclamo para nuestra breve temporada!

Dirigió luego su mirada a los ojos de Jenny. Con toda decisión cerró Julián la puerta de calle y con no menor decisión se volvió hacia Jenny, se inclinó hacia ella y la besó.

SHIRLEY HOOK.

Una sirvienta sumamente nerviosa

—¡Veo aquí más de diez certificados de patronas en cuya casa no ha estado más de quince días!

—Es que sucede, señora, que soy muy nerviosa, ¿sabe? y no puedo estar mucho tiempo en el mismo sitio.

"¡PURA ENGAÑIFA!"...

Por HENRY JOUSSET

TENGO por vecino a un hombre encantador. Cuando tiene necesidad de fumar, fuma de mis cigarrillos, porque él no trae.

La otra mañana entró mi hombre con un diario en mi casa. Sin saludarme siquiera, al preguntar por mi estado de salud, exclamó:

—¡Estos periodistas! ¡Qué farsantes! Todos son iguales. No saben qué inventar para engañar a los lectores. Aquí, por ejemplo, hay una noticia curiosa...

—¿Cuál?

Me ofreció el diario:

—Lea usted ahí.

Tomé el diario y leí:

"Ayer, en el Estado de Michigan, en New City, se ha transportado a una distancia de doscientos metros una casa de siete pisos. La operación duró tres horas escasamente".

—¿Y qué? — dije yo.

—¿Y qué? ¡Pues que eso no es verdad! Una casa no es una silla; se puede transportar una silla de un sitio a otro; pero no se puede transportar una casa.

—¿Y en qué se funda usted?

—Hombre, lo sé por experiencia. Ayer fué día quince, ¿no? Pues ayer estuve yo de observación, de cuatro de la mañana a doce de la noche, delante de la casa número cuarenta y cinco de la calle de Lafayette. Yo no me moví un momento de mi puesto, pues tenía deseos de ver esa curiosa operación, inédita para mí. Yo no vi nada. No movieron la casa; me han engañado indignamente.

—¿Cómo le han engañado a usted?

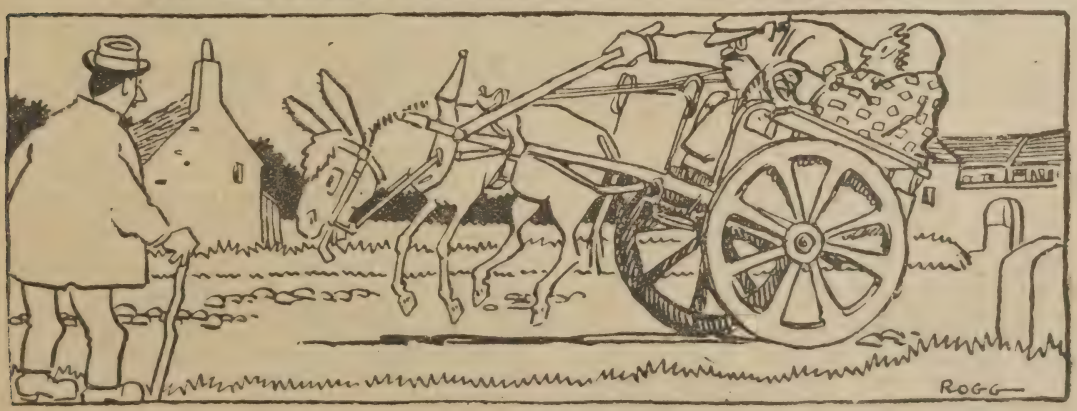
—Sí, amigo mío. Hace ocho días recibí el prospecto de un depósito de automóviles y bicicletas. En este prospecto figuraba el siguiente anuncio, en gruesos caracteres de tinta violeta:

"AVISO. — El próximo día 15, la casa será trasladada al número 50 de la misma calle."

"Creyendo que se trataba de una cosa seria, me fuí temprano y me instalé en la acera, frente al número cuarenta y cinco. Pero me habían engañado. A las ocho de la noche, no sólo no había sido trasladada la casa, sino que aún no habían comenzado los trabajos. Yo puedo asegurar que no la han movido ni quince centímetros. ¡Pura engañifa, amigo mío!

HENRY JOUSSET.

NO SE DABA CUENTA DE LO QUE PASABA



—¡Qué burro testarudo! Por más que le pego, se ha empeñado en no tirar del carrito, y no tira!

Salsa verde

(Para puchero o pescado hervido)

Se pisan bien en una soperita dos yemas de huevo cocido, se le agrega un pancito sin corteza bien remojado en agua después de haberlo exprimido y una cucharada de perejil picado. Se mezcla hasta que quede como una crema espesa y se sazona con aceite, vinagre, sal, pimienta y un poquito de mostaza o Worcester sauce.

También se puede hacer sin mostaza.

Se sirve fría.

* * * *

Salsa para pescado

Se ponen en una cacerolita, dos cucharadas de manteca, se revuelven bien con una cucharada grande de harina, un poco de sal y pimienta, una taza de agua en donde ha hervido ya el pescado, media cebolla sin picar y dos cucharadas de vino seco.

Una vez que haya hervido hasta espesar, se retira del fuego y se sirve junto con el pescado. Antes de servirla se le saca la cebolla.

* * * *

Salsa de cebolla

Ingredientes: Medio vaso salsa blanca, dos cucharadas de caldo, dos cebollas, azúcar, sal y pimienta.

Modo de hacerla: Se pelan bien y se cocinan las cebollas en agua y sal, después se retiran del agua y se cortan lo más finamente posible o si se prefiere, se deshacen como puré.

Se colcan despusé en una cacerolita con las dos cucharadas de caldo y se cocinan suavemente con la cacerola tapada hasta que se consuma el caldo.

Luego se le añade la salsa blanca, se deja espesar, se agrega el azúcar, sal, pimienta y se sirve bien caliente

* * * *

Croquetas de ostras

Se cocinan en agua y sal un kilo de papas, se pisan bien, se revuelven con dos huevos (yemas y claras), y una cucharada de manteca y se extiende la mezcla sobre un plato hasta que se enfríe.

Por otro lado se hace una salsa blanca bastante espesa y se mezcla con unas 8 o 10 ostras cortadas en pedacitos y se deja enfriar.

Cuando ambas pastas están frías se forma con la de papas las croquetas poniendo en el centro de cada una un poco de la crema de ostras; se envuelven en huevo y pan rallado y se fríen en grasa bien hirviendo.

* * * *

Pollos a la habanera

Desplúmense bien y ábranse, y sáquese el vientre y demás menudencias; límpiense bien y pártanse en cuartos, poniéndolos a freir en grasa de cerdo y unas tajadas de jamón; estando medio dorados, se les echa ajíes verdes en pedazos, perejil, tomates, ajos y cebollas, todo picado; se sofríe todo esto con los pollos, añadiéndole un poco de vinagre.

Cuando se conozca están los pollos medio cocidos, se les agrega pasas de uva, almendras tostadas machacadas, alcaparras enteras, rebanadas de bananas fritas y dos tazas de caldo del puchero; se deja hervir procurando que quede la salsa espesa.

CORDON BLEU.

UNA BUENA INDIRECTA

El: — ¡Es curioso lo que me pasa, pero no me es posible pensar cuando estoy fumando!

Ella: — ¿De veras? ¡Pues no sabía que fuese usted un fumador tan constante!

NOVEDADES DE

RECIBIDAS

Emperadores romanos españoles

Durante el Imperio romano florecieron los siguientes historiadores españoles:

Lucio Cornelio Balbo, el mayor, natural de Cádiz, "escritor purísimo y elegante".

Cayo Julio Higinio, historiador doctísimo que, lo mismo que el anterior, floreció en tiempo del emperador Octavio Augusto.

Lucio Floro, del tiempo de Vespasiano.

El emperador español Trajano, que escribió la historia de su guerra de Dacia.

El emperador español Adriano, que, entre otras obras, escribió en griego su propia vida.

Antonio Juliano, historiador de las guerras judaicas de su tiempo.

* * * *

Peces ciegos

En el fondo del mar profundo reina la oscuridad más completa, y, sin embargo, allí existen, arrastrándose los unos, moviéndose libremente los otros, infinidad le animales que pueden esclarecer la terna noche en que viven lel modo más extraño y maravilloso.

Son estos animales cefalópolos semejantes a jibias o calamares, de cabeza opalescente, provistos le fanales variantes dispuestos en la superficie del cuerpo, de los que amanan luces de diversos y brillantes colores; son crustáceos, provistos igualmente de fanales, o bien de especiales glándulas que producen y despiden sustancias luminosas; son peces de formas extraordinarias; son enormes bocas y dientes agudos y feroces, que llevan en los costados y bajo el vientre varias filas de luces espléndidas, son estrellas de mar que se arrastran en el fondo resplandecientes de luz verdosa; son miles de millones de puntos luminosos, que ya se encienden, ya se apagan, suspendidos en el agua o apoyados en el suelo, que parecen en su conjunto un raro firmamento de luces inconstantes.

En muchas zonas hay un leve, pero permanente resplandor, como de luna, producto de bacterias luminosas que, viviendo y multiplicándose en suspensión en el agua, suministran luz a los peces que no la tienen propia; pero, en compensación, están dotados de ojos.

* * * *

Pagando cuentas

Las huéspedes le los grandes hoteles emplean a veces sistmas un tanto irregulares para pagar sus cuentas le hospedaje. En la oficina de estos establecimientos es cosa bastante corriente que se presente una señora pidiendo su cuenta, y que en vez de dinero entregue algunas joyas. Tan frecuente es el caso, que en ciertos hoteles de la Costa Azul y de otros puntos presta servicio un tasador de joyas a fin de evitar estafas.

Siendo buenas las joyas, la administración del hotel no se opone a recibirlas en depósito, mientras el huésped envía el dinero que debe.

En uno de los grandes hoteles de Londres ocurrió hace tiempo un caso muy curioso. Una señora que se había quedado sin dinero entregó un collar de diamantes como garantía del pago de mil libras que importaba su factura. El collar valía diez mil, y, naturalmente, la casa no tuvo inconveniente en admitirlo; pero lo curioso es que la señora no volvió a recogerlo, y pasado cierto número de años, el hotel vendió la joya por nueve mil libras. De esta cantidad dedujo el importe de la deuda y el resto lo depositó en el Banco de Inglaterra, donde sigue esperando que se presente la olvidadiza lesconocila.

Hace años llegó a un hotel un individuo de aspecto ordinario, acompañado de su mujer y de su hija y tomaron varias habitaciones. El hospedaje en estas condiciones importaba 260 francos diarios, y, según la costumbre establecida, cuando los huéspedes no son personas conocidas, el administrador suplicó al jefe de aquella familia que depositase una cantidad para responder del pago. "No tengo dinero, — respondió el huésped: — pero le daré una cosa que hará el mismo papel". Y al poco rato bajó a la oficina con una enorme pepita de oro y la entregó, diciendo: "Aquí está el depósito". El tasador del ho-

TODAS PARTES

POR:

tel la pesó y calculó que valía unos ocho mil pesos oro.

* * * *

Familia excepcional

En la granja de Philipponiére, en Betz-le-Chateau, Francia, vive una familia excepcional: la pequeña de la casa, la mamá y la bisabuela, no suman, entre todas, arriba de noventa años.

En efecto, Reina Mouré nació el 7 de setiembre pasado. Su madre, Magdalena Lucía Granjer, se casó en noviembre de 1924, tiene diez y seis años y cuatro meses. La abuela, Leontina Luisa Robín, nació el 20 de febrero de 1893. Tiene, pues, treinta y dos años. Es, sin duda, la abuela más joven de Francia.

En fin, la bisabuela, Leontina Arnault, tiene cincuenta años, y piensa ver a los hijos de sus bisnietos.

Estos matrimonios prematuros no impide que en la familia de que hablamos lleguen hombres y mujeres a edades avanzadas.

* * * *

Bonitas figuras

Si se imprime un movimiento regular a un líquido viscoso, la glicerina, por ejemplo, por medio de la rotación constante de un disco en contacto con el líquido, se obtendrán bonitas figuras, que bajo la acción de un movimiento rápido presentarán al cabo de pocos minutos un carácter marcado y permitirán reconocer las relaciones de movimiento de los líquidos, y especialmente la configuración de las superficies y las marcha de las corrientes.

El agua contenida en la glicerina es la causa principal de las figuras producidas por el movimiento. Una gota de agua en la superficie toma, en primer lugar, la forma de un anillo, por efecto de la rotación; una parte del agua es arrastrada por las partículas de glicerina situadas en la superficie, a las cuales se adhiere, y esta agua, difundiéndose lentamente en la glicerina, traza su marcha y produce las figuras

La viscosidad grande de la glicerina es la causa de que una molécula de agua que se mueve en este medio, se mueve como si fuera una molécula le glicerina. Se notan con regularidad las superficies de las corrientes y puede hacerse visible el camino recorrido por las moléculas.

El aceite de ricino, al que se añade una gota de alcohol, produce figuras de movimiento tan marcadas como las de la glicerina. Las que producen los aceites menos viscosos, o el alcohol, extendido en nua superficie de una copa de aceite, son mucho menos distintas.

Las figuras producidas son diferentes según que el objeto puesto en rotación es un disco, un anillo, una superficie plana o una esfera. Se puede calcular el trabajo que hay que gastar para conservar el movimiento, que ha llegado a ser estacionario, y medir la resistencia opuesta por el líquido a la rotación de una superficie giratoria en redor de su propio eje, dentro de un vaso cualquiera, o a la rotación de una superficie de forma cualquiera en torno del eje, de la misma forma que la superficie de revolución.

* * * *

Perlas

La invasión de las perlas falsas avanza. Entre las blancas de oriente purísimo, que se confunden con las verdaderas, las hay azuladas, rosáceas y negras, que obtienen igual éxito.

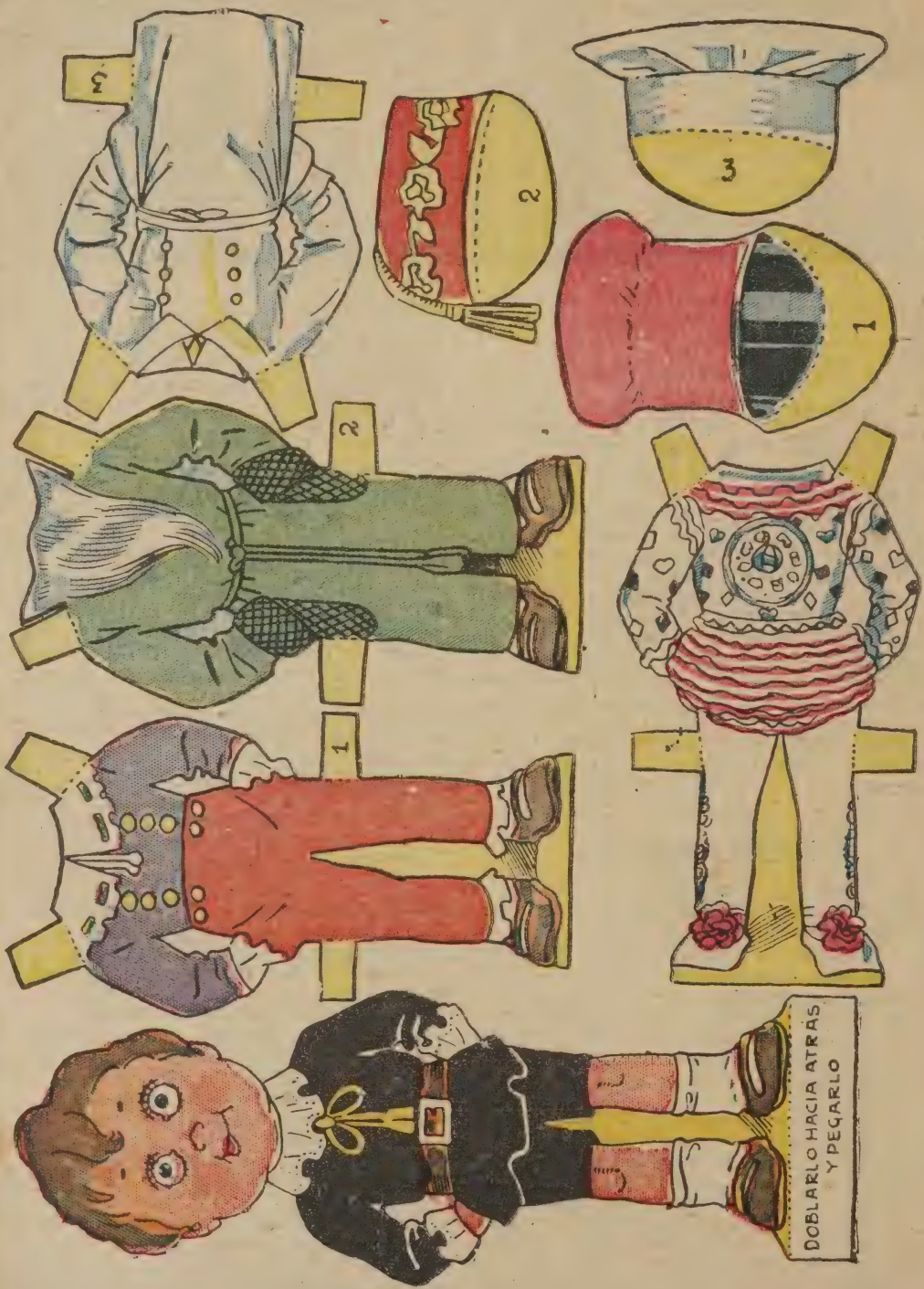
La moda prescribe la unión de un collar corto de perlas gruesas y otro largo, muy largo, de perlas más pequeñas, pero no chiquitas.

La perla es la única joya que ahora se admite como adorno, y de ahí su éxito creciente. Casi podría presumir con mayor razón la imitada que la auténtica, porque aun cuando sea su valor inferior, no desmerece en belleza.

Las mujeres que quieren hacer ostentación de fortuna con sus joyas, tienen que recurrir a los brillantes, que hasta ahora no tienen imitaciones de tan exacto parecido como las perlas.

Los modelos infantiles de Pucky

Es tanta la facilidad con que se arma este modelo que casi no necesita explicaciones. Basta indicar que conviene pegar la figura del cuerpo en cartón y los trajes en cartulina. El muñeco se pega en trozo cuadrado de cartón que le sirva de base, sujetándolo por atrás con un puntal de cartulina.



UNA NOTABLE NOVELA COMPLETA

El doctor Jekyll y el señor Hide

Por ROBERTO LUIS STEVENSON

(El autor de "La isla del Tesoro")

Pocas producciones de la literatura novelesca universal ofrecen el atractivo de esta novela extraordinaria y genial cuya originalidad asombrosa la hace vivir a traves de las generaciones, habiéndose hecho de ella, en todas las lenguas conocidas, miles de ediciones.

La anécdota de la puerta baja

EL jurista Utterson, hombre severo, en cupo rostro jamás se vió la luz de una sonrisa, era de palabra tarda, lacónica y fría, de corazón poco sensible, de alta estatura, seco de carnes, macilento, pero simpático a pesar de todo. En reuniones íntimas, y cuando paladeaba un buen vino, sus ojos brillaban con expresión de hondo sentimiento humano, que si no se traducía en palabras, hablaba en los símbolos silenciosos del rostro, animado por la jovialidad de sobremesa. Pero más frecuentemente aun, y con mayor elocuencia, el valer moral de Utterson se revelaba en los actos ordinarios de la vida. El legista era un hombre de costumbres muy austeras. Así, cuando estaba solo, contrariaba su gusto por el rico mosto de las vendimias, y bebía ginebra. El teatro era su pasión, y, sin embargo, en veinte años no había visto una sola representación escénica. Pero todo lo que tenía de rígido para sí mismo, lo tenía de tolerante para los demás. Cuando meditaba en la conducta descarrilada de algún prójimo, en vez de condenarla sin caridad, consideraba casi con envidia la fuerza de la pasión a que obedecen las infracciones de la ley moral. Si tenía que intervenir en actos ajenos, lo hacía más para ayudar al culpable que para reprocharle su conducta.

—Me inclino a la herejía de Caín, —exclamó un día con singular franqueza. —Veo complacientemente la perdición de mi hermano en fragilidad.

Fiel a esta tendencia, frecuentemente tuvo el privilegio de ser el único que no retiraba su amistad a los infelices arrastrados por la pendiente de la degradación, y el único también que no dejaba de tenderles la mano. Si alguno de ellos llamaba a su puerta, hallaba la faz invariable del amigo de los días felices.

La cordialidad generosa era tanto más fácil para el legista Utterson, cuanto que su temperamento concentrado y su falta de ostentación le permitían fundar todos sus afectos en la sólida base de una simpatía sin restricciones. Como todo hombre verdaderamente modesto, aceptaba los amigos que le deparaba la suerte, y no extendía su círculo. Buscaba a los de su casta y se apegaba a los que tenían con él un trato constante. Su amistad era como las yedras, que se abrazan y que sólo por efecto de la duración forman un manto inseparable de las tapias y de los troncos. En este género podría catalogarse el afecto que existía entre el legista Utterson y Richard Enfield, caballero muy conocido en la ciudad y pariente lejano de aquél. Para muchos había un fondo incomprensible en el vínculo amistoso de aquellos dos seres tan desiguales. Veíaseles en los paseos dominicales, callados, sombríos, recibiendo a veces con marcadísimo interés la presencia de un tercero, que parecía aliviarlos de la carga de su común melancolía. Sin embargo, los dos amigos estimaban en tan alto precio sus excursiones semanales, que por ellas dejaban negocios y distracciones, pues querían sobre todo gozar de su silenciosa comunicación espiritual.

Sucedió que en cierta ocasión, vagando al azar por uno de los barrios más animados de Londres, acertaron a internarse en una callejuela, que aunque animada de contínuo durante los días de entre semana, presentaba un aspecto de paz inalterable en las horas de reposo dominical. Los vecinos de la callejuela eran personas de buen pasar, que después de hacer todo lo posible para elevar todavía más su condición, dedicaban parte de los honrados beneficios del comercio a la ornamentación de los establecimientos en que ganaban la vida. Por eso la calle tenía un aspecto halagador, y las dos filas de tiendas parecían dos filas de vendedoras ataviadas para el mercado. Aun en domingo, cuando las vitrinas ocultaban sus más brillantes atractivos y casi no había transeuntes en las aceras, aquella limpia calle contrastaba con las inmediatas, como contrastan las alegres llamas de una hoguera con el fondo de una selva tenebrosa. El reciente barniz de las contraventanas, el bronce pulido de las puertas, el aseo general y el tono alegre

de las fachadas, atraían la atención del transeunte y provocaban en él una sonrisa de admiración.

La línea de la calle se interrumpía dos puertas antes de doblar la esquina de la izquierda; yendo hacia el oriente, y daba entrada a su solar, en el que había un sombrío edificio. El edificio, que era de dos pisos, no tenía ventanas, y no había en él otra puerta que la del sótano. Arriba, el tétrico caserón estaba rematado por un muro incoloro, sin huecos ni relieves. Todo acusaba la huella de una prolongada y sórdida negligencia. La puerta, que no tenía campanilla ni aldabón, estaba desteñida, y en su rugosa superficie se levantaban escamas de vetustez y desaseo. Cuantos vagabundos pasaban por la calle frotaban sus fósforos en las hojas de aquella puerta; los niños jugaban sobre las gradas de la escalinata que llegaban ahsta el umbral, y los alumnos de las escuelas vecinas probaban sus navajas en las molduras, sin que en el transcurso de una generación hubiese aparecido alguien para reparar los daños o impedir el acceso de quienes los causaban.

En la tarde a que nos referimos, el señor Enfield y el legista Utterson, iban por la acera opuesta, y al pasar frente a la casa, el primero preguntó, levantando el bastón para señalar:

—¿Ha puesto usted atención alguna vez en esa puerta?

Su amigo contestó afirmativamente.

—Para mí, esa puerta tiene relación estrecha con cierta historia, — repuso el señor Enfield.

—¿De veras? — preguntó el legista con ligera alteración de voz. — ¿Y que fué ello?

—Pasó de este modo, — dijo el señor Enfield. — Volvía yo a Londres, de no sé que lugar apartado, y serían las tres de una triste mañana de invierno; iba por calles solitarias y silenciosas, en las que no había un solo ser humano. La ciudad estaba entregada al sueño. Yo veía la fila interminable de los reverberos, como cirios abandonados. Pasaba por esa ansiedad expectante en que nos ilusiona la presencia de un agente de policía. De pronto ví dos personas. Una de ellas se dirigía hacia el oriente: era un hombrecillo que andaba con paso regular. La otra, una chicuela de ocho a diez años, corría desaforadamente por una calle lateral. Las dos personas que acabo de mencionar se encontraron en la esquina, y ocurrió lo más horrible del episodio. El hombrecillo dió un empellón a la niña, la derribó y dejándola tendida, pasó de largo, después de pisotearla cruelmente. Esto, que así referido parece muy sencillo, formó un espectáculo espantoso. Los gritos de la niña fueron tan lastimeros, que no podían dejar indiferente a quien los oyera. Aquel sujeto no era un hombre: era un Yugernaut implacable. Yo lancé una exclamación y me eché a correr en pos del monstruo; lo acogoté, y volví con él hasta le sitio donde estaba la niña, rodeada ya de un grupo de personas. El autor del daño ni hizo resistencia; se mantuvo perfectamente frío, pero me dirigió una mirada tan siniestra, que un sudor copioso, como el que nos baña después de una carrera precipitada, cubrió todo mi cuerpo. Los que yo creía curiosos no eran tales, sino los deudos de la niña, que habían salido al oir el llanto. Poco después llegó un médico, en cuya busca había ido la niña, y de cuya casa volvía cuando sufrió el atropello. Las contusiones no eran de importancia, según declaró el médico, y el incidente parecía terminado. Pero hubo una circunstancia muy curiosa. Yo había sentido la más viva repulsión por aquel hombre desde el primer momento. La familia de la niña también se mostró mal dispuesta hacia él, cosa muy natural; pero lo notable fué el caso del médico. Era éste un boticario cualquiera, sin edad ni color, de acento edimburgués muy marcado, y sensible como una gaita escocesa. Pues bien: el recetador tenía tanta indignación como los deudos de la niña, y no podía fijar los ojos en el salvaje autor del atropello sin ponerse verde y rojo de ira. Yo adiviné lo que le pasaba, como él adivinó mis emociones, y no pudiendo ninguno de los dos proceder al exterminio de la fiera, hicimos lo que estaba más cerca de este acto irreparable. Le anunciamos que se iba a promover un escándalo formidable, para que su nombre resonase con reprobación unánime desde un extremo al otro de Londres. Si tenía parientes o amigos, si merecía consideraciones de alguien, ya podría despedirse del mundo entero, pues iba a morir civilmente. Le decíamos estas palabras con el tono de la más profundo indignación; pero a la vez nos esforzábamos por apartar a las mujeres, que estaban hechas unas arpias. Jamás he visto caras más irritadas y feroces. En el centro de aquel círculo de odio, el hombrecillo, — aunque muy asustado, cosa que le era imposible ocultar, — mostraba una frialdad sardónica que le permitía afrontar el peligro como si en vez de hombre fuera el propio espíritu del mal, Satanás en persona.

—Supongo que se quiere dinero, — decía, — y tendré que darlo. Estoy atado de pies y mano. Un caballero hace todo lo imaginable para que no se le ponga en picota. Digan ustedes lo que he de pagar.

Aprovechando la ocasión, logramos arrancarle cien libras para la familia de la niña. El hubiera querido huir para quedar libre de nuestras garras, pero vió que todos sus esfuerzos serían inútiles, y cedió. Quedaba por hacer efectivo el pago. ¿Y dónde cree usted que nos llevó para entregarnos el dinero? Pues nada menos que a esa casa en donde hay solo una puerta de sótano. Sacó una llave del bolsillo, abrió, entró y volvió a salir con diez libras en oro y un cheque por noventa. Era éste pagadero al portador, y tenía una firma que no puedo mencionar, aunque es uno de los puntos esenciales de mi narración; pero baste saber que el nombre de la persona que suscribía el cheque figura con frecuencia en los papeles públicos. Si la firma era auténtica valía eso y mucho más; pero precisamente la dificultad estaba en que la firma fuese auténtica, y yo me permití decir que todo aquel inciden-

te parecía una invención grosera, pues nadie entra por la puerta de una covacha, a las cuatro de la mañana y sale de ella con un cheque de noventa libras, firmado por otra persona, a menos que se trate de una novela. En la vida real no se presentan casos de este género. Pero él nos miraba sonriendo, y decía:

—Tranquilícense ustedes. Yo permaneceré a su disposición y los acompañaré hasta la hora en que se abra el Banco, para cobrar personalmente el importe del documento.

En vista de esta indicación, el médico, el padre de la niña, el desconocido y yo fuimos a mi cuarto. Después de almozar, nos encaminamos al Banco. Yo presenté el documento al cajero, diciéndole que tenía muchas razones para suponer que la firma era apócrifa. Sin embargo era auténtica y el cheque fué pagado.

—¡Vaya! ¡Vaya! — dijo por todo comentario el legista Utterson.

—Veo que el hecho le causa a usted la misma impresión que a mí me causó. Sí; hay algo inquietante en lo que llevo referido. El hombre del atropello es una persona repugnate, un ente odioso, y el signatario del cheque, no sólo es la flor de la hidalguía, sino que se le celebra además, — lo que da al caso un carácter todavía más extraño, — como uno de los hombres que se distinguen por su generosidad en grado máximo. Yo creo que el truhan de la aventura callejera tiene cogido por la nariz al personaje ilustre que firmó el cheque, y que hay entre ambos una deuda antigua. Por eso llamo yo a ese edificio la casa de la intimidación. Pero, dicho esto, quedan todavía muchas cosas que explicar.

Meditaba en ellas, sin duda, cuando el legista Utterson lo sacó de sus cavilaciones, preguntándole:

—¿Y sabe usted si el signatario del cheque vive en sa casa?

—¿En una casa de ese aspecto? Imposible. He averiguado las señas de aquel caballero, y sé positivamente que tiene su habitación en una plaza que no hay que mencionar, una de las principales de Londres.

—¿Y no ha hecho usted indagaciones en la casa de la puerta baja?

—No, señor Utterson. Tenía escrúpulos de delicadeza que me impedían hacerlas. Siento una repugnancia muy grande hacia los procedimientos inquisitivos; me sugiere algo de lo que veremos en el día del Jucio Final. Formular una pregunta equivale muchas veces a tirar una piedra. Suba usted a lo alto de una colina, tome usted una piedra y échela usted a rodar por la pendiente. La piedra arrastrará otras muchas, y sin que usted lo piense, el pobre diablo que cultiva lechugas en su huerta para pasar inofensisamente un día de asueto, sufrirá descalabraduras mortales, y su viuda contraerá segundas nupcias. Mi lema es, por lo mismo: "mientras más extrañeza te causen los actos de tu prójimo, más cuidado debes poner en abstenerte de asomar los ojos por la rendija para sorprenderlo en su intimidad".

—Divisa muy digna de elogios, — dijo el jurista.

—Pero sin preguntar, he estudiado la casa misteriosa, — prosiguió el señor Enfield — Y digo casa, aunque apenas lo parece. No aparece en toda ella otra puerta de entrada que la del sótano; no la traspone sino el sujeto de la aventura, y esto muy de tarde en tarde. Hay en el primer piso tres ventanas que dan hacia el patio. Abajo no hay ninguna. Las tres ventanas de que hablo están siempre cerradas, pero limpias. Probablemente alguien vive en la casa, no sólo por el aseo de las ventanas, sino porque constantemente sale humo de la chimenea. Y, sin embargo, no podría afirmarlo con toda seguridad, pues los edificios contiguos se apiñan de tal modo en el patio, que es difícil decir dónde comienza el uno y dónde acaba el otro.

Los dos amigos continuaron silenciosamente su paseo.

—Enfield, — dijo el señor Utterson, — esa norma de conducta que usted sigue es admirable.

—Así lo creo, — repuso el señor Enfield.

—Pero, a pesar de todo, yo formularía una pregunta. ¿Cómo se llama el individuo que atropelló a la niña?

—No veo inconveniente en responder a la pregunta de usted. Ese hombre se apellida Hyde.

—¡Jum! — gruñó el señor Utterson. — ¿Y que clase de hombre es ese Hyde?

—No me parece difícil describirlo. Su aspecto presenta no sé qué rasgos repulsivos. Pocas veces habré visto alguien que me sea tan profundamente antipático, y, sin embargo, no hay en él peculiaridades dignas de señalarse expresamente. Ha de tener cierta deformidad, pues produce el efecto de un ser monstruoso, pero no puedo especificar la línea en que se aparta de la normalidad. Se le mira con interés, y no descubrimos la causa que provoca nuestra curiosidad. No; es imposible, absolutamente imposible para mí hacer una descripción de Hyde, y no por falta de memoria, pues lo tengo tan presente como si lo estuviera viendo.

El señor Utterson guardó silencio, pero se le veía preocupado.

—¿Y está usted seguro de que ese hombre llevaba consigo la llave? — preguntó finalmente.

—Pero mi querido Utterson...

Grande era la sorpresa de Enfield, y no terminó su frase, justamente para hacerla más expresiva con el silencio.

—Sí, sí; ya veo que mi pregunta ha de parecerle a usted muy inconducente. Pero, sépalo usted; si no le pregunto quién es el signatario del cheque, no lo atribuya usted a discreción, sino a que ese nombre me es muy conocido. Estoy enterado de cuanto usted ha dicho. Conque si ha habido inexactitud en alguno de sus detalles, bueno será que usted haga la rectificación correspondiente.

—Debió usted haberme advertido eso que dice, — repuso Enfield con voz apagada. — Pero nada se pierde, pues he dicho pedantescamente fiel a la verdad. Aquel sujeto tenía una llave de la puerta, y lo que es más

la tiene todavía. Hará una semana le ví abrir.

El señor Utterson dió un profundo suspiro, pero no pronunció una palabra más. Su joven compañero reanudo la conversación, diciendo sentenciosamente:

—Buena lección por indiscreto. He hablado más de lo debido. Hagamos ahora el pacto de no mencionar en lo sucesivo este asunto.

—De todo corazón, — dijo el jurista. — Deme usted la mano y estreche la mía. ¡Ni una palabra más!

En busca del señor Hyde

El señor Utterson llegó esa noche a su casa de muy mal talante, y comió sin apetito. Era su costumbre de viejo solterón pasar la velada del domingo junto a la chimenea, leyendo un libro de teología, cuyas páginas absorbían su atención hasta que las doce campanadas de la torre vecina le señalaban la hora grata del reposo. En la noche a que nos referimos, el jurista tomó la palmatoria y entró en su estudio tan pronto como se hubo levantado el mantel. Abrió la caja de caudales, y sacó de ella un documento que tenía guardado en la parte más oculta. Era el testamento del doctor Jekyll, cuyo contenido se puso a leer, inclinando sobre el texto la frente, ensombrecida por los tristes pensamientos que alteraban sus hábitos.

Aunque el notario Utterson era depositario de ese documento, no había querido tomar parte en su redacción, y ésta había sido obra exclusiva del doctor Jekyll. Se trataba, pues, de un testamento hológrafo. De acuerdo con esa expresión de última voluntad, Eduardo Hyde aparecía como heredero universal de Enrique Jekyll, doctor en medicina y en derecho, miembro de la Sociedad Real y de otros muchos centros científicos y literarios. Lo más extraño no era que Hyde fuese el heredero designado por Jekyll, y que éste declarase al primero "su amigo y benefactor", sino que, en caso de desaparición o inesperada ausencia de Jekyll durante tres meses, por ese solo hecho Hyde entraría en posesión de todos los bienes del ausente, sin otra condición que el pago de ciertas pequeñas cantidades a los servidores del testador.

El notario Utterson había considerado siempre este documento como una extravagancia de las que ofenden el buen sentido. No sólo por ser jurista, sino por ser, sobre todo, amante fiel de las prácticas que consagra una tradición venerada, el señor Utterson era enemigo del capricho, pues creía que todo procedimiento inusitado constituía una afirmación de petulancia. Hasta entonces su indignación se alimentaba sólo en la falta de datos que tenía para juzgar íntimamente a Hyde; pero, de pronto, veía que su instintiva repugnancia tenía un fundamento positivo. Juzgaba pésima aquella disposición testamentaria, cuando el nombre del autor era para él un simple nombre, sin antecedentes morales ni de orden íntimo; pero la juzgó detastable cuando vió que la rodeaban atributos odiosos. La niebla artificiosa que envolvía los hechos de Jekyll se disipaba para presentar a éste en una diafanidad acusadora, bajo forma de un ente interni.

—Lo tenía por hombre sin juicio, — decía Utterson, mientras colocaba el malhadado papel en su sitio; — pero ya empiezo a temer que se trata de una perversidad.

Apagó la bujía, se puso un pesado gabán y salió en dirección de Cavendish Square, ciudadela de la Medicina, donde tenía su casa el doctor Lanyon, y donde esa celebridad metropolitana recibía a sus numerosos clientes.

—Si alguien puede suministrarme datos positivos será Lanyon, — dijo Utterson, amigo del ilustre médico.

El solemne mayordomo de Lanyon conocía muy bien al señor Utterson, y lo recibió afablemente, conduciéndole en el acto hasta el comedor, en donde el gran sabio estaba de sobremesa, bebiendo a solas una copa de Oporto. Lanyon era un hombre de faz rubicunda, de genio vivo y de carácter franco, expansivo, irascible y resuelto. Aunque estaba muy lejos de la vejez, un mechón de cabello cano le caía sobre la frente.

Cuando el señor Utterson se presentó en el dintel del comedor, Lanyon saltó de su silla, y avanzó con ambas manos extendidas para saludar a su visitante. Al verle, se hubiera tomado sus expansiones por apariencia teatral, pero emanaban de un temperamento afectuoso. Y en aquel momento su alegría era de una sincesidad tanto mayor cuanto que lo visitaba su antiguo condiscípulo de escuela y de colegio, el amigo con quien le unían los vínculos más estrechos, no sólo de cariño, sino de mutuo respeto. Los dos antiguos camaradas se veían siempre con gusto, y no tenía límites el placer que a cada uno de ellos proporcionaba la compañía del otro.

Después de hablar de cosas indiferentes, el señor Utterson llevó la conversación al asunto que era objeto de sus preocupaciones.

—Supongo, Lanyon, que tú y yo somos los amigos más antiguos de Jekyll. ¿No lo crees así?

—Desearía que no lo fuéramos tanto, pues en verdad ya somos viejos, — dijo riendo el doctor Lanyon. — Efectivamente, creo que es como dices. ¿Y por qué lo recuerdas? Veo muy poco a Jekyll desde hace tiempo.

—¿Realmente? Yo tenía entendido que había entre vosotros cierta intimidad.

—La hubo. Pero hará diez años noté que Jekyll empezaba a dar en ciertas extravagancias muy singulares. Aquella cabeza no andaba bien, y aunque sigo fiel a nuestra amistad, que es muy vieja para que pueda quebrantarse, casi no lo veo. Hay en él propensiones tan pocos serias y anticientíficas — agregó el sabio poniéndose rojo de indignación, — que habrían bastado, no sólo para alejar a dos amigos como él y yo, sino para resfriar a dos hermanos del alma, como Damón y Pitias.

La exaltación del doctor Lanyon fué un

alivio para el notario, pues decía interiormente:

—Habrán reñido por cuestiones científicas.

A él no le preocupaban materias de esa índole. Toda su vida intelectual se reducía a escrituras de contratos y sucesiones.

—No; no hay nada serio en este enfriamiento de relaciones, — siguió pensando, mientras daba tiempo para que el doctor Jekyll recobrase la calma.

—¿Conoces a un tal Hyde, protegido de Jekyll?

—Hyde? — repitió Lanyon. — No. Jamás he oído ese nombre. Jamás en mi vida.

Esto fué todo lo que pudo averiguar Utterson; fué todo lo que llevó consigo a su casa y a su cama, aquella cama ancha y negra en cuya blanca superficie revolvió las cavilaciones del no interrumpido insomnio. La noche no fué un descanso para él, y la sombra nocturna era menos densa que la sombra de su espíritu, asediado por las dudas.

Oyó las seis en el reloj de la iglesia, que se hallaba tan a mano como podía desearlo la piedad más solícita, y esa hora lo encontró frente a la irreductible incógnita del problema. Primero había planteado éste sólo desde el punto de vista intelectual; pero ya era víctima de la imaginación, y mientras se agitaba su cuerpo entre las sombras de la noche, la anécdota referida por el señor Enfield se desarrollaba con toda claridad sobre los cortinajes del dormitorio, como proyecciones de una linterna mágica. Veía la sucesión interminable de los reverberos en una Londres silenciosa; después oía el paso rápido del desconocido que desembocaba hacia la callejuela; aparecía la niña corriendo precipitadamente de la casa del médico a la suya; presenciaba el choque, y veía a la Yuguernaut humana atropellando a la niña y siguiendo de largo, sin preocuparse por los gritos de dolor de la criatura. O bien se representaba la alcoba de la suntuosa casa de su amigo. Jekyll dormía como duerme quien está libre de preocupaciones. Se abre la puerta; una mano aparta familiarmente las cortinas del lecho, y el doctor despierta. Ve a su lado la figura de alguien para quien la casa entera no tiene secretos ni cerrojos. Aún en tal momento, será preciso dejar las sábanas, ponerse en pie y hacer lo que indique el importuno visitante.

El notario no podía dejar de ver ese duende vagabundo que se metía furtivamente por las casas oscuras y silenciosas; vagaba como una sombra fantástica por laberintos de ciudades dormidas; que se precipitaba como caballo desbocado, y que en cada esquina derribaba una pequeña criatura. Utterson oía los gritos de las inocentes víctimas, tendidas por tierra y llorando desesperadamente.

En las alucinaciones del notario, la figura errante no tenía rostro que la identificara. Si el jurista lograba dormir un instante, en su sueño aparecía el personaje de la puerta baja; pero tampoco entonces le podía ver el rostro, pues o no lo tenía, o sus rasgos fisonómicos se alteraban y confundíanse si él quería examinarlo.

Esa noche de insomnio y pesadillas engendró en Utterson un deseo insano de conocer a Hyde. Como para justificar su curiosidad, el notario se decía a sí mismo que no bien conociera a Hyde el misterio quedaría aclarado, o tal vez desvanecido, como pasa muchas veces cuando analizamos un aparente enigma. Penetraría las razones ocultas del afecto, o, si queréis, de la servidumbre que ligaba a su amigo con el inquietante Hyde, y por lo mismo, descifraría las sorprendentes cláusulas del testamento. De todos modos, sería digno de ver el rostro de aquel hombre sin entrañas ni piedad humana; un rostro capaz de levantar en el alma del impasible Enfield las tormentas del odio insaciable.

Impulsado por esa extraña curiosidad, el señor Utterson comenzó a encaminar diariamente sus pasos hacia la puerta baja de la callejuela. Lo mismo por la mañana, antes de la hora de oficina, que al mediodía, es decir, en los momentos de tareas más urgentes y de tiempo más escaso, y por la noche, bajo una luna que velaban las nieblas de la ciudad, el notario ocupaba su puesto de vigilancia. Allí le amanecía muchas veces: allí cayeron sobre sus hombros algunos chubascos; allí le daba codazos la gente en horas de actividad y de tráfico; allí le abrasaban los rayos del sol.

—Si él se oculta, fiel a su nombre, yo seré Argos para descubrirle. Veremos quién gana en este juego.

Su perseverancia alcanzó al fin la merecida recompensa. Era una noche fría y serena; el pavimento de las calles parecía el de un salón de baile, por la limpieza; los reverberos, que no agitaba el viento, marcaban con fijeza las zonas de luz y sombra en las aceras. Habían dado las diez de la noche, las tiendas de la callejuela estaban ya cerradas, en torno de aquel barrio tranquilo. Era fácil percibir todo ruido, ya saliera de las casas, o ya fuera el de algún transeunte, cuyos pasos resonaban mucho antes de que se le viera.

El señor Utterson acababa de instalarse en su observatorio, cuando percibió que alguien se acercaba con un andar ligero y de ritmo singularísimo. Durante sus numerosas guardias de espionaje nocturno, Utterson había llegado a familiarizarse con el efecto que produce a lo lejos el paso de una persona cuando su cadencia se desprende súbita y distintamente del zumbido que forman las mil voces de la ciudad. Sin embargo, nunca hasta entonces su curiosidad se despertó a tal grado. Una previsión supersticiosa lo llevó a la entrada del solar.

Los pasos se acercaban entretanto, y sonaron de pronto con mucha mayor fuerza cuando el transeunte desembocó por la callejuela. Utterson pudo hacer un examen completo de la persona que había dado la vuelta a la esquina. Era un hombre pequeño, vestido con mucha sencillez, y de un aspecto que aún desde lejos impresionó desfavorablemente al notario Utterson. El transeunte cruzó la calzada y se acercó di-

rectamente a la puerta, sacando la llave del bolsillo antes de llegar, como quien se aproxima a su casa.

El señor Utterson salió de la sombra, y tocándole en el hombro, preguntó:

—¿Es usted el señor Hyde?

Hyde retrocedió con el aliento cortado por la sorpresa. Pero se repuso instantáneamente, y aunque sin ver de frente al notario, respondió con frildad:

—Así me llamo. ¿Qué quiere usted?

—Veo que va usted a entrar, — repuso el notario. — Soy viejo amigo del doctor Jekyll, — mi nombre es Utterson, de Gaunt Street, — y usted sin duda habrá oído hablar de mi. Habiendo encontrado a usted, le detuve para pedirle que me franquee la puerta.

—El doctor Jekyll no está en casa, — replicó Hyde, mientras metía la llave en la cerradura.

De pronto, sin ver a su interlocutor, le preguntó:

—¿A qué se debe que usted me conozca?

—¿Y, usted por su parte querrá hacerme un favor?

—Con mucho gusto, — contestó Hyde. — ¿Cuál es?

—¿Permitirá usted que le vea la cara? — preguntó el abogado.

Hyde pareció vacilar; pero, impulsado por una súbita reflexión, afrontó el examen de Utterson con la expresión audaz del que dirige un reto.

Los dos se miraron con atención durante algunos segundos.

—Ya podré reconocer a usted. — dijo Utterson. — Eso tendrá ciertas ventajas.

—Sí, — repuso Hyde. — Conviene que nos hayamos visto. También podré darle a usted mi dirección.

Y citó el número de una calle en Soho.

—¡Dios santo! — pensaba el señor Utterson. — ¿Si dirá esto con relación al testamento?

Pero ocultó tales cavilaciones, y se limitó a expresarle su agradecimiento.

—Ahora veamos cómo me conoció usted.

—Por las señas que me han dado, — fué la respuesta de Utterson.

—¿Quién?

—Amigos de ambos.

—¿Amigos de ambos? — repitió como un eco el señor Hyde con voz ronca. — ¿Y quiénes son esos amigos

—Jekyll, por ejemplo, — dijo el abogado.

—El jamás ha hablado de esto con usted, — exclamó Hyde, rojo de cólera. — No creía que usted fuera capaz de mentir.

—Mida usted sus palabras.

Hyde lanzó una carcajada de salvaje, abrió la puerta y desapareció por ella.

Utterson quedó inmóvil en el sitio que ocupaba. Era la imagen de la perplejidad. Cuando se echó a andar, lo hizo lentamente, deteniéndose cada dos o tres pasos, y con la cabeza inclinada sobre el pecho. El problema que se había planteado era uno de esos que pocas veces logramos resolver. Recapacitando, el señor Utterson hacía un balance de sus impresiones. Hyde era un hombre desmedrado y pálido que, sin ser deforme, daba la impresión de la deformidad. Sonreía, pero con una sonrisa que desagradaba. Había en él una mezcla inconciliable de timidez y audacia. Hablaba con voz silbante y entrecortada. Hyde no tenía un solo rasgo que lo favoreciese, pero todos ellos juntos no bastaban para explicar la repulsión, el odio y el temor que el señor Utterson sentía en presencia de aquel hombre.

—Ha de haber por fuerza algo más, — decía el perplejo tabelión. — Hay, sin duda, algo más que no acierto a definir ni a designar con su nombre. Dios me lo perdone, pero este individuo no tiene rasgos humanos. ¿Será un troglodita? ¿Se habrá repetido en este infeliz el caso del doctor Fell? ¿O no será más bien que una alma perversa irradia a través del barro que la contiene, y que transfigura ese barro al penetrarlo? Esto último es lo más probable. ¡Pobre Jekyll! ¡Si alguna vez he visto la rúbrica de Satanás en un rostro humano, es en el de tu nuevo amigo!

Doblando la esquina de la callejuela, aparecía una plaza, y en ella un grupo de casas antiguas, opulentas, que habían decaído de su antigua grandeza, y que estaban convertidas en viviendas y cuartos para toda clase de fortunas y condiciones. Allí habitaban grabadores de cartas geográficas, arquitectos, abogados de ínfima categoría y agentes de empresas desconocidas. Una de aquellas casas, sin embargo, la segunda después de doblar la esquina, conservaba su antigua disposición de morada individual. La puerta principal tenía el sello que graban la comodidad y la opulencia, por más que apenas se pudiese distinguir su verdadero aspecto entre las sombras de la noche. Disipábanse éstas en la inmediación del reverbero, y a su luz avanzó el señor Utterson para llamar a la puerta de la casa señorial.

Un criado de cierta edad, muy bien vestido, recibió al señor Utterson.

—¿El doctor Jekyll está en casa, Poole? — preguntó el visitante.

—Voy a informarme, señor Utterson, — dijo el criado.

Y abrió un vestíbulo de techo bajo, muy cómodo, con pavimento de baldosas, atestado de ricos arcones de encina, e iluminado por las alegres llamas de una chimenea que tenía el fogón abierto, según la usanza de las casas de campo.

—¿Prefiere el señor esperar aquí, junto al fuego, o encenderé el comedor?

—Aquí aguardaré, — dijo el señor Utterson, apoyándose en el alto guardafuego.

El salón en donde había quedado solo era el encanto de su amigo Jekyll, y Utterson lo citaba como uno de los más elegantes de Londres. ¿Pero por qué al entrar sintió esa noche un estremecimiento y no la placidez con que veía la opulencia interior de la casa de Jekyll? La imagen de Hyde no se apartaba de su mente. Cosa muy rara en él: todo le parecía desapacible, y la vida misma se le antojaba repelente. Las sombras que danzaban en el techo y los toques de luz que la hoguera pro-

yectaba sobre las molduras metálicas, eran a sus ojos señal de funestos augurios. Le avergonzó sentir un gran alivio cuando supo que el doctor Jekyll no estaba en casa.

—Poole, ví que el señor Hyde entraba por la puerta del gabinete de disecciones. ¿Se le faculta para hacerlo, estando ausente el doctor Jekyll?

—Sí; el señor Utterson puede estar tranquilo, — contestó el criado. — El señor Hyde tiene una llave de esa puerta.

—Su patrón parece depositar una gran confianza en ese joven, querido Poole, — dijo el señor Utterson, con faz meditabunda.

—Así es, — contestó Poole. — A todos nos ha ordenado que le obedezcamos.

—¿Habré visto yo alguna vez al señor Hyde? — preguntó Utterson.

—No lo creo, señor. Jamás come en casa, — contestó el mayordomo. — Muy pocas veces viene a esta parte del edificio. Siempre entra y sale por la puerta del laboratorio.

—Buenas noches, Poole.

—Buenas noches, señor Utterson.

Y el abogado volvió a su casa, con el corazón oprimido.

—¡Pobre Jekyll! — pensaba. — ¡Pobre Jekyll! Te veo en un océano de infinitas zozobras. Tu juventud fué tormentosa. Es verdad que han transcurrido muchos años. Pero Dios no tiene cláusulas de prescripción. Su justicia nos impone el pago de nuestras deudas, aunque sea tarde. Yo veo en este caso extraordinario, el fantasma de un pecado. Es el castigo que llega, "pede claudo", cuando la infiel memoria ha olvidado, y cuando la propia indulgencia ha sobreseído.

El abogado, dejándose llevar por estos pensamientos, buscaba en sus recuerdos los vestigios de alguna iniquidad que pudieran traerle sombras de remordimiento y exigencias de expiación. Pero el pasado de Utterson era purísimo: pocos hombres habría que pudieran leer las cuentas de sus actos buenos y malos con menos aprehensión. Y, sin embargo, aquel hombre inmaculado se humillaba, ponía la frente en el polvo y daba gracias al cielo por haberle permiitdo no caer en abismos cuyos bordes pisó en más de una ocasión. Volviendo al asunto principal de sus preocupaciones, brilló en su espíritu un lampo de esperanza.

—Si se pudiera penetrar el secreto de ese enigmático Hyde, encontraríamos hechos cuya negrura puede colegirse por el aspecto singular del hombre. Comparados con ellos, los de Jekyll serán como un rayo de sol de primavera. Esto no puede continuar así. ¡Pensar que Jekyll está expuesto a que un facineroso le sorprenda en su cama, y apresure el momento de heredarle si por un azar o una imprudencia llega a los oídos del malvado la existencia del testamento! Es necesario que una oportuna intervención salve a mi amigo. No sé si Jekyll consentirá en que yo le abra los ojos.

Y al decir esto, Utterson repasaba mentalmente las cláusulas del testamento.

Jekyll dormía tranquilo

Dos semanas después, quiso la fortuna que el doctor diese una de las comidas con que de vez en cuando obsequiaba a cinco o seis amigos íntimos, viejos camaradas, hombres inteligentes, personas de alta reputación y jueces competentísimos en materia de vinos añejos. El señor Utterson estaba, naturalmente, invitado, y no sólo fué del banquete, sino que se las arregló de tal modo, que pudo quedarse con Jekyll cuando los otros comensales habían partido. Esto no era una novedad entre los dos amigos. Quien lo era de Utterson lo era sin restricciones, y el notario ejercía una gran atracción en lo íntimo de sus expansiones. Se le invitaba a comer, por Jekyll o por cualquiera otro de sus amigos, y cuando se despedían los ligeros y los murmuradores, el dueño de la casa hacía una insinuación para que el seco jurista se quedase aún, no para hablar con él, sino para hacer el ejercicio previo de la soledad, y para anticipar gratamente el reposo, después del desgaste de la espiritual conversación. Así fué como se encontraron frente a frente, junto al fuego de la chimenea, el notario Uttrson y el doctor Jekyll, el apergaminado y silencioso huésped a quien ya conocemos, y el dueño de casa. Era éste un hombre macizo, bien proporcionado, que llegaba a los cincuenta. En su rostro afeitado había una expresión de timidez, iluminada por la luz de una inteligencia superior y de una bondad que exteriorizaba en aquel instante la mirada de afecto efusivo con que se dispuso a escuchar las palabras de Utterson. Este, en efecto, había empezado su plática diciendo:

—Jekyll, deseaba esta oportunidad para que hablemos. ¿Recuerda usted las cláusulas de su testamento?

Un observador perspicaz habría notado que el tópico era poco grato para el oyente; pero Jekyll dijo con tono jovial:

—¡Pobre Utterson! Compadezco a usted de todo corazón. Este cliente ha sido autor de preocupaciones muy hondas para su notario. Bien, recuerdo, mi querido amigo, la pena que le causó a usted el testamento. Sólo ha habido otra persona más atribulada que usted por culpa mía: el menguado pedante Lanyon, a quien ponen fuera de sí las que él llama mis herejías científicas. No arrugue usted el entrecejo; sé que Lanyon es buena persona, y lo reconozco; más aún, declaro que es un colega admirable, y deseo verle y cultivar su amistad; pero esto no quita que, llamando a las cosas por sus nombres, y calificando a los hombres por sus hechos, digamos que Lanyon es un menguado pedante, falto de conocimientos; un pedante en toda la extensión de la palabra. El mayor de los desengaños que yo he tenido en mi vida, es el descubrimiento del verdadero valor de Lanyon.

—Usted sabe que ese documento no fué de mi aprobación, — prosiguió Utterson, haciendo a un lado rudamente cuanto Jekyll decía sobre el nuevo tema de conversación.

—¿Habla usted de mi testamento? Sí; lo

sé. Lo sé sin que me quede duda alguna, — añadió Jekyll, con un dejo de acritud. — Usted me dió su opinión en forma demasiado explícita.

—Y repito lo que dije. Lo repito tanto más convencido cuanto que últimamente supe algo del joven Hyde.

El ancho y bien modelado rostro de Jekyll palideció intensamente, pues hasta los labios perdieron su color y las orejas se destacaron como dos manchas negras.

—No quiero oir una palabra más sobre este asunto. Creí que era cosa convenida entre nosotros.

—Es abominable lo que se me ha dicho de él, — continuó Utterson.

—Abominable o no, esto no altera la situación. Usted no se hace cargo de lo que ella significa.

El doctor hablaba con una incoherencia que no era posible ocultar.

—Esta situación es muy penosa, Utterson. Sí; mi situación es muy extraña. Es lo más extraño que usted puede imaginar... Hay asuntos, y éste entre ellos, que no se arreglan con pláticas.

—Jekyll, usted me conoce; usted sabe que soy digno de confianza. Dígame usted todo lo que haya, sin reservas de ninguna especie, y yo le aseguro que le sacaré de esa situación a que se refiere.

—Mi qurido Utterson, reconozco la bondad de usted, y no sólo la reconozco, sino que me creo incapaz de encontrar palabras para dar una expresión a la idea que de ella tengo. Además, deposito en usted la confianza más absoluta. Mi fe en usted pasa los límites de la fe en mí mismo. Con eso le digo todo. Puede usted estar seguro de que la situación no es tan deplorable. Puede usted dormir tranquilo. Permítame que le diga sólo una cosa: de mí depende quedar libre del señor Hyde, a la hora que esto me convenga. Le doy a usted mi palabra de honor. Mil y mil gracias por su interés. Una sola palabra más para concluir, y le ruego a usted que no la eche a mala parte, pues lo sentiré. Doblemos la hoja. El asunto es absolutamente íntimo.

Utterson reflexionaba, con la mirada fija en la hoguera.

—No tengo la menor duda en que usted procede como debe proceder.

Y al decir esto, el notario se puso en pie.

—Pero ya que hemos hablado de este asunto, — y espero que haya sido por última vez, — quiero que usted se dé cuenta de una cosa, mi querido Utterson. Realmente, el pobre Hyde me inspira el mayor interés. Creo que usted lo ha visto. El me lo dijo. Y entiendo que su proceder no fué de lo más correcto. Pero, realmente, me interesa ese joven, — me interesa en un grado extraordinario, — y si yo desaparezco, Utterson, quiero llevarme la promesa solemne de que usted lo patrocinará y velará por sus derechos. Usted lo haría si supiera todo lo que hay en este asunto. Quíteme usted un peso enorme.

—Será imposible que yo prometa afecto amistoso para ese hombre, — dijo el notario.

—No es eso lo que pido, — repuso el doctor, con tono suplicante, poniendo la mano sobre un brazo de Utterson. — Pido justicia nada más. Ayúdele usted por afecto a mí, cuando yo haya desaparecido.

Utterson dió un suspido, que no pudo contener.

—Lo prometo.

El asesinato de Carew

Un año después, en octubre de 18.... el público de Londres fué hondamente sacudido por un crimen de singular ferocidad, tanto más notable cuanto que la víctima era persona de alta posición. Había pocos datos, pero todos ellos revestían caracteres muy sorprendentes. Una camarera que vivía sola en cierta casa no distante del río, subía la escalera a eso de las once para recogerse en su habitación. Aunque poco después la ciudad estaba envuelta en una espesa niebla, la noche era muy serena en las primeras horas, y la luna brillaba en todo su esplendor sobre el césped que se veía desde la ventana de la doncella. Esta tenía, al parecer, propensiones al romanticismo, pues sentándose sobre su baúl, que estaba al pie de la ventana, se entregó a las dulzuras del ensueño. Jamás se había sentido tan dispuesta a ver el mundo como un paraíso y a los hombres como seres dotados de la mayor bondad. Y al decir esto, las lágrimas brotaban en torrente por sus ojos. Aquella contemplación poética fué interrumpida por la vista de un anciano de cabello blanco y de hermosa apariencia que se acercaba al prado del jardín. Otro individuo de estatura pequeña, en quien la doncella no se fijó al principio, avanzaba en sentido contrario. Cuando los dos estuvieron al habla, exactamente en el lugar donde la doncella podía ver los movimientos de ambos, el caballero anciano se dirigió al otro en forma muy cortés, descubriéndose primero para saludarle. No se trataba de un negocio de gran interés, pues por los ademanes del anciano, la doncella comprendió que sólo pedía señas para ir a alguna parte. La joven veía el rostro del anciano iluminado por la luna; y admiraba rasgos de bondad, expresión de antigua gentileza, acompañada de cierta arrogancia natural, propia de quien está seguro de su propio valer. La doncella reconoció en el interlocutor del anciano a un tal Hyde que había estado en la casa donde ella servía, para ver al amo, y por quien la criada sintió la repulsión más viva. Hyde, que llevaba en la mano un grueso bastón y jugaba con él, haciendo molinete, se detuvo para oir lo que el anciano le pedía, pero no contestó a su saludo y escuchó sus palabras con mal contenida impaciencia. Súbitamente rompió en una explosión de rabia: saltó, blandió el bastón, y, según las palabras textuales de la doncella, se condujo como un poseído. El anciano se echó hacia atrás, sorprendido y un tanto lastimado en su decoro. Esto acabó de exacerbar la insana cólera de Hyde, quien, acometiendo al anciano, lo apaleó

hasta dejarlo tendido en el suelo. En vez de calmarse, pisoteó a su víctima con siniestro furor, golpeándolo a la vez con tal fuerza que se oía la fractura de los huesos y el choque del cuerpo sobre el pavimento. La doncella no pudo resistir el horror que la causaba aquel espectáculo, y se desmayó.

Serían las dos de la mañana cuando volvió en sí. Bajó y salió en busca de la policía. Hacía tres horas que se había cometido el crimen. El cuerpo del anciano estaba todavía tendido sobre la hierba del prado, y presentaba las más increíbles mutilaciones. El bastón con que se consumó el hecho, aunque de madera muy rara, dura y recia, se había roto en dos partes, por la crueldad insensata con que lo había empleado el criminal. La parte desgajada había sido llevada, sin duda, por el matador. La víctima tenía un reloj de oro y un portamonedas, pero no se le encontraron tarjetas ni papeles, salvo un sobre cerrado y lacrado, que llevaba sin duda al correo, y que estaba dirigido al señor Utterson.

Este no se había levantado aún de dormir cuando le entregaron el pliego. Se le refirió lo ocurrido, y al saberlo dijo solemnemente:

—Mi deber es callar hasta que vea el cadáver. Acaso se trate de un asunto de capital importancia. Sírvanse ustedes aguardar, mientras me visto.

Gravemente acabó esa tarea, y con el mismo continente procedió a almorzar. Después de esto se encaminó en coche hacia la inspección de policía, adonde había sido llevado el cadáver. Conducido al depósito, Utterson dijo, moviendo la cabeza de arriba abajo:

—Sí; reconozco este cadáver. Tengo la pena de identificar en él a sir Danvers Carew.

—¿Es posible? — exclamó el empleado de guardia.

Una luz extraña brilló en los ojos del agente de policía. Era el fuego de la ambición profesional.

—El asunto tendrá una enorme resonancia, y acaso usted podrá ayudarnos a esclarecer el crimen y descubrir al matador.

Después de estas palabras, hizo una relación sucinta de los hechos declarados por la doncella, y mostró al abogado el fragmento del bastón encontrado cerca del cadáver.

El señor Utterson se sintió dominado por el abatimiento al oir el nombre de Hyde, pero cuando vió el fragmento del bastón, ya no había duda posible: en aquel bastón, roto y astillado, reconoció un obsequio que él había hecho al doctor Enrique Jekyll.

—¿El Hyde a quien se refiere la doncella es un hombre de baja estatura?

—Muy pequeño y con cara de hombre perverso en sumo grado. Así lo describe la doncella, — contestó el empleado.

El señor Utterson reflexionó un momento. Después, levantando la frente, dijo:

—Si usted quiere acompañarme, lo llevaré en mi coche a la casa de Hyde.

Eran las nueve de la mañana, y se había levantado la primera bruma de la estación. El cielo estaba cubierto por un palio achocolatado, pero el viento no cesaba de soplar y de arrastrar consigo los pesados vapores de la atmósfera que parecían falanges en línea de batalla. Mientras el coche de punto rodaba por las calles, el señor Utterson vió maravillosas combinaciones en el color de la penumbra, pues de pronto la atmósfera se envolvía en tinieblas nocturnas, y un instante después brillaba una luz cárdena, semejante al reflejo de un incendio distante, o bien, rompiéndose momentáneamente los velos de la bruma, un macilento rayo de sol penetraba como dardo entre nubarrones acumulados que fingían guirnaldas colgadas en un túmulo. El triste barrio de Soho, con sus calles sucias y sus transeuntes desaliñados, con sus reverberos no extinguido o encendidos de nuevo para combatir la fúnebre invasión de las tinieblas, parecía a los ojos de Utterson, bajo aquellos tintes cambiantes, no una ciudad conocida, sino el cuadro fantástico de un sueño. Además, su mente se cubría de nieblas más densas aún que las de Londres. Y viéndose en compañía del polizonte, su corazón sentía ese terror involuntario que la ley y sus agentes inspiran aún a los hombres más honrados.

Cuando el simón se detuvo frente a la casa cuyas señas dió Utterson al cochero, la niebla había levantado un pliegue de sus colgaduras, y el notario pudo ver, en impresión instantánea, una lóbrega callejuela, una taberna, un restaurante francés de ínfimo orden, una verdulería, grupos de niños harapientos que jugaban en los quicios de las puertas, y mujeres de varias nacionalidades, que salían, llave en mano, para beber la copa matinal. Pero después de aquella visión rápida, el cielo volvió a entenebrecerse, y el cuadro desapareció. El notario y su acompañante estaban en pie, frente a la puerta del favorito de Jekyll, del heredero designado para suceder al doctor en el goce de una fortuna que ascendía a un cuarto de millón de libras esterlinas.

Una mujer pálida y de cabello cano abrió la puerta. La maldad que se adivinaba en el rostro de la portera tenía el velo de la hipocresía, y sus maneras no podían ser más afables. Dijo que allí vivía el señor Hyde, pero que estaba ausente. Llegó muy tarde por la noche y salió una hora después. Eso no era extraño en él, pues carecía de hábitos regulares. La víspera, por ejemplo, le había visto después de una ausencia de dos meses.

—Permítanos usted que entremos a su habitación, — dijo el notario.

La mujer se excusaba, alegando que no le era posible introducir a personas extrañas.

—Debería más bien, — continuó Utterson, — haber comenzado por decir a usted quién es el caballero que me acompaña. Puede usted franquear la puerta al señor Newcomen, inspector de Scotland Yard.

Un relámpago del más odioso júbilo brilló en el rostro de la vieja.

—¡Ah! ¿Conque tiene enredos? ¿Pues qué ha hecho?

El señor Utterson y el inspector cambiaron una mirada.

—Por lo visto, el señor Hyde no es persona muy simpática y bienquista de los que le tratan, — observó el policía. — Pero vamos a nuestro negocio. Guíenos usted, buena mujer, para que podamos visitar la casa.

La portera vivía sola en ella. El edificio no tenía muebles, salvo los dos departamentos de Hyde; pero esas dos estancias contenían cuanto pueden solicitar la opulencia y el buen gusto. Había buena despensa y excelentes vinos, vajilla de plata y mantelería de clase superior; entre los cuadros vieron uno que era, sin duda, regalo de Jekyll, gran conocedor de obras de arte, y los tapices no podían ser más ricos y de colores más artísticamente dispuestos. Sin embargo, se notaba el desorden de un reciente y rápido trasiego. Había ropa tirada sobre el pavimento con los bolsillos vueltos hacia afuera, gavetas y armarios abiertos, y un montón de cenizas en la chimenea que indicaban la destrucción de papeles. El inspector buscó entre las cenizas y sacó el lomo de un libro de cheques, de color verde, que había resistido a la acción del fuego. También se encontró tras de la puerta la mitad del bastón con que Hyde cometió el crimen. El inspector estaba lleno de alegría, y esta aumentó cuando, después de visitar el Banco, supo que el matador tenía acreditados algunos miles de libras esterlinas.

—Puede usted creerme, — dijo el inspector dirigiéndose al señor Utterson; — ese hombre está en mis manos. Sólo habiendo perdido la cabeza se concibe que comientras dos actos tan insensatos como dejar el bastón en la casa y quemar el libro de cheques. ¿Qué hará sin dinero? Toda nuestra tarea se reducirá a situarnos en el Banco, aguardar en la ventanilla y ver a los que pidan libros talonarios.

Pero esto último no era tan fácil como lo suponía el inspector. ¿Quién identificaría a Hyde? El amo de la doncella que presenció el crimen dijo que lo había visto sólo dos veces. No teniendo Hyde parientes ni amigos, era imposible seguir las huellas del asesino. En la casa no se encontraron retratos de aquel hombre enigmático. Y, para colmo de dificultades, las descripciones que hacían de él las dos o tres personas que le habían visto, diferían entre sí, como sucede siempre que se quiere comparar impresiones de observadores no habituados a la exactitud. Sólo había un rasgo común en cuantas declaraciones obtuvo la justicia: Hyde impresionaba a quienes lo veían por una deformidad que no acertaban a definir.

La carta

Era ya muy avanzada la tarde cuando el señor Utterson llamó a la puerta del doctor Jekyll. Poole salió a recibirlo, y después de guiarlo por los pasadizos de la servidumbre, lo condujo a un patio que antes había sido jardín. En este patio interior estaba el ala del edificio llamado indistintamente laboratorio y anfiteatro. El doctor Jekyll había comprado la casa a los herederos de un célebre cirujno, y como él era más bien dado a la química que a la anatomía, cambió el destino de la parte del edificio situada en el fondo del jardín.

Era la primera vez que Utterson entraba en aquella dependencia de la casa de su amigo. Examinaba con curiosidad el anfiteatro, animado en otro tiempo, cuando lo visitaban numerosos estudiantes de anatomía. Era un local extraño, sin ventanas, de muros deslucidos, triste y silencioso. Había aquí y allá mesas cubiertas de frascos, crisoles, tubos, probetas, retortas y hornillos. En el pavimento yacían desparramados cuévanos y cajas abiertas, de las que salía paja, heno y virutas de embalaje. Una cúpula central daba paso a la luz mate, que se difundía por el espacioso salón. Esa puerta dió paso al señor Utterson, quien se encontró por fin en el gabinete del doctor Jekyll. La sala era muy vasta. Daba al patio por tres ventanas muy polvorosas con verjas de hierro. Junto a los muros había grandes armarios de cristal y un tocador; en el centro, una mesa de trabajo. La chimenea estaba encendida, y sobre la repisa brillaba la luz de una lámpara, pues la niebla era cada vez más espesa, aún en el interior de las habitaciones. El doctor Jekyll, muy abatido, ocupaba una poltrona cerca del fuego. No se levantó para dar la bienvenida a su amigo. Le tendió una mano de hielo, y le dirigió una frase con voz alterada. Poole salió, dejándolos solos.

—¿Ya está usted enterado de la noticia? — preguntó Utterson.

Jekyll se estremeció.

—Sí; oí las voces de los vendedores instalados en la plaza. Las oí desde mi comedor.

—Ante todo, una palabra, — dijo el jurista. — Carew era cliente mío, pero usted también lo es, y yo necesito una orientación para normas de mis actos. ¿Supongo que no habrá cometido usted la insensatez de ocultar a ese hombre?

—¡Utterson, lo juro por Dios vivo! — exclamó el médico. — Y también juro por Dios que no volveré a verle más. Le empeño a usted mi palabra de honor de que hemos acabado para siempre. En verdad, no necesita de mí; usted no lo conoce como yo; está en lugar seguro; no se volverá a oir hablar de él; conserve usted el recuerdo de lo que acaba de oir.

Utterson escuchaba con tétrica expresión, pues la palabra febril de su amigo le causaba un disgusto muy hondo.

—Parese que usted tiene una seguridad absoluta en lo que dice, y me alegraré, por lo que a usted se refire, pues si el negocio se ventila ante los tribunales, el nombre de usted tendrá que sonar forzosamente.

—Estoy tranquilo en absoluto por lo que a él se refiere, — contestó Jekyll. — A nadie puedo comunicar las causas de mi certidumbre. Pero hay un punto que quiero consultar a usted, para que me ilustre. He recibido... he recibido una carta, y no sé si debo ponerla en manos de los agentes de la autoridad. Prefiero entregársela a usted,

Utterson, y usted tomará el partido que convenga. Yo confío absolutamente en su buen juicio y en su rectitud.

—¿Teme usted, acaso, que esta carta pueda servir de guía para la aprehensión? — preguntó el notario.

—No, — contestó Jekyll. — No me interesa la suerte de Hyde, pues todo ha terminado entre nosotros. Lo que me preocupa es mi reputación, expuesta al ludibrio por este odioso crimen.

Utterson rumiaba las palabras de Jekyll. La preocupación egoísta de su amigo le sorprendía, pero a la vez le quitaba un peso.

—Está bien, — dijo finalmente el notario. — Muéstreme usted esa carta.

Estaba escrita con una forma de letra muy extraña, de dirección exactamente perpendicular a las líneas, y la firmaba Eduardo Hyde. Decía, en resumen, que el doctor Jekyll, benefactor del signatario, no tenía para que preocuparse de la seguridad de este, pues contaba con medios suficientes que le permitían escapar a la acción de la justicia, y se declaraba deudor moral del médico, por mil beneficios que pagaba de un modo indigno. El notario encontró satisfactoria la carta, pues daba a las relaciones de Jekyll y Hyde un carácter diferente del que Utterson suponía, y aun se reprochó a sí mismo las sospechas que había alimentado contra su amigo cliente.

—¿Tiene usted el sobre? — preguntó.

—Lo quemé, — dijo Jekyll. — No sabía de lo que se trataba. Pero, en todo caso, no tenía sello de correo. La carta fué entregada a mano.

—¿Puedo conservar este papel para estudiarlo? — preguntó Utterson.

—Todo queda enteramente al buen juicio de usted. Yo he perdido la confianza en mí mismo.

—Está bien. Consideraré el asunto — replicó el notario. — Y ahora, una palabra más. ¿Hyde dictó los términos del testamento en la parte relativa a la desaparición de usted?

El doctor pareció próximo a sufrir un vértigo. Apretó los labios, e hizo una señal afirmativa.

—Lo sabía, — dijo Utterson. — El asesinato de usted era cosa resuelta, y si ha escapado usted ha sido por un milagro.

—Para el efecto, ha habido algo más, — repuso el doctor solemnemente, — pues he recibido una lección. ¡Y qué lección Utterson!

Jekyll cubrióse el rostro con ambas manos.

Antes de salir, el notario habló con Poole.

—Jekyll me dice que hoy se recibió una carta. ¿Qué cara tenía el mensajero?

Poole aseguró que sólo habían llegado pliegos por correo, y que entre ellos no hubo carta alguna, pues todos los sobres eran de anuncios y circulares.

Utterson sintió con esto que sus temores renacían. La carta había llegado por la puerta del laboratorio; tal vez había sido escrita en el mismo gabinete donde él estuvo con Jekyll. De ser así, el asunto presentaba carácter muy distinto, y convenía examinarlo con la mayor cautela. Entretanto, los chicos gritaban a voz en cuello:

"¡Edición especial! ¡Horrible asesinato de un miembro del Parlamento!"

Tal era la oración fúnebre que se pronunciaba en memoria de su cliente y amigo. A la vez, pensaba, con zozobra, que otro cliente y amigo vería su nombre arrastrado por el remolino del escándalo. En todo caso, la decisión que él debía tomar era inquietante, y por mucha que fuese la confianza que tenía en su propio juicio, buscaba instintivamente el apoyo de un consejo. No lo solicitaría directamente, pero podría echar un anzuelo.

Utterson llegó a su casa, y poco después ocupaba su sitio habitual, cerca de la chimenea. Frente a él se había sentado el señor Guest, su primer secretario. Entre ambos, a una distancia conveniente del fuego, estaba un velador, y sobre el velador una botella de cierto vino que había pasado muchos años en la lobreguez del sótano. La niebla tendía su ala sobre la ciudad y los reverberos brillaban como carbunclos en la atmósfera, saturada de vapores. Bajo los pliegues de las nubes que se arrastraban rozando los tejados, la vida de la ciudad arrojaba su torrente por las grandes arterias, con un fragor semejante al de un viento tempestuoso. La estancia del notario estaba iluminada por las llamas de la hoguera. Los ácidos de la botella se habían resuelto muchos años antes, y la coloración del licor se había suavizado, tomando la entonación, a la vez rica y sorda, de una antigua vidriera; tal parecía que las bermejas tardes otoñales de los viñedos salían de la mágica botella para dispersar la niebla de Londres. Insensiblemente, el notario se sintió inclinado a la confidencia. Pocos eran los secretos que no entregaba a la discreción del señor Guest, y muchas veces le dijo lo que deliberadamente hubiera querido guardar para sí mismo. Guest era un empleado que llevaba largos años de servicio al lado de Utterson; conocía a Poole; difícilmente ignoraría la familiaridad que tenía Hyde en la casa de Jekyll. Con tales antecedentes le sería fácil llegar a una conclusión. Convenía, pues, que viese la carta, ya que la carta era tal vez la clave del misterio. Guest no extrañaría la consulta y le halagaría en extremo, considerándola, por otra parte, como cosa muy natural, por ser un hombre entregado con pasión a la grafología. Sobre todo, Guest era un hombre prudente; sus observaciones contenían siempre alguna indicación reveladora, y, guiado por ellas, el jurista podría tal vez encaminar sus pasos en un sendero recto.

—Es muy lamentable el caso de sir Danvers, — dijo Utterson para iniciar la conversación.

—Sí, y ha provocado la indignación pública. El matador es un loco.

—Quisiera conocer la opinón de usted, pues justamente poseo un documento firmado por ese individuo. Lo que hablamos debe quedar entre nosotros, pues aún no he resuelto definitivamente el partido que de-

bo tomar. De todos modos, se trata de un asunto escabrosísimo. Aquí tiene usted el papel, que parece hecho a propósito para que usted ensaye sus facultades. Lo llamaremos "autógrafo del asesino".

Los ojos de Guest brillaron de satisfacción. Tomó el papel; se instaló cómodamente para examinarlo, e hizo su estudio con el interés más vivo.

—Este hombre no tiene nada de loco; nada absolutamente. En cambio, su letra es de lo más extraño que he visto.

—Como es extraño el que ha trazado, — agregó Utterson.

En ese momento entró el criado con una carta.

—¿Es del doctor Jekyll? — preguntó el secretario. — Creí reconocer la letra. ¿Hay algo reservado en ella, señor Utterson?

—No; es una invitación para comer. ¿Por qué hace usted esa pregunta? ¿Desea usted ver esta carta?

—Un momento. Gracias, señor.

El secretario colocó las dos cartas una junto a la otra, y las comparó escrupulosamente.

—Gracias, señor, — dijo Guest, devolviendo los pliegos. — El autógrafo es de lo más interesante.

Hubo una pausa, y el señor Utterson mantuvo una lucha interior. Al fin formuló esta pregunta:

—Guest: ¿por qué ha comparado usted esos documentos?

—Porque existe entre ellos una semejanza muy singular. En cierto sentido, hay verdadera identidad. Las dos formas de letra son iguales, y sólo se ve diferencia en la inclinación que presenta una de ellas.

—Esto es muy curioso, — dijo Utterson.

—Sí, lo es efectivamente.

—No pienso hablar de esta carta, — dijo el principal.

—Ya usted comprende.

—Sí, señor; comprendo perfectamente.

Pero no bien quedó solo el señor Utterson, llevó la carta a su caja de secreto.

—¡Jekyll falsario por servir a un asesino! — decía Utterson para sí.

Y sintió que la sangre se le congelaba.

El notable incidente del doctor Lanyon

El tiempo siguió su curso. Hyde desapareció por completo; y fueron inútiles todas las pesquisas para descubrir su paradero. El asesino de Carew había sido considerado como un ultraje a la nación, y con el fin de asegurar el castigo del culpable, se ofreció una gratificación de millares de libras esterlinas al que lo entregara. Se trazó el pasado de Hyde, y fueron exhumados muchos hechos desfavorables para el asesino. Se hizo pública su crueldad, fria y violenta a la vez, su vida bestial, sus amistades con gente de mala conducta, la atmósfera odiosa que lo rodeaba; pero no se supo una palabra de su paradero ni del camino que siguió antes de ocultarse. Tal parecía que después de salir de la casa de Soho su existencia se hubiera borrado.

Paulatinamente fué calmándose la intranquilidad que sentía el abogado Utterson, y éste empezó a recuperar la calma Si era lamentable la muerte de sir Danver Carew, la desgracia estaba acaso suficientemente compensada con la desaparición de Hyde. Y libre ya del influjo pernicioso, Jekyll parecia renacer. Salía de su aislamiento; reanudaba sus antiguas relaciones de amistad; aceptaba invitaciones y daba comidas en su casa. Antes, había sido caritativo, pero desde entonces, no sólo se distinguió por el amor al prójimo, sino por el fervor con que practicaba sus deberes religiosos. Trabajaba, salía al sol y al aire, hacía bien a sus semejantes. El rostro de Jekyll revelaba la íntima satisfacción del que es útil en la vida. Durante dos meses vivió en paz consigo mismo.

El día 8 de enero, Utterson comió con otros amigos en la casa de Jekyll. Lanyon fué de los invitados. Jekyll veía alternativamente a su colega y al abogado, y recordaba los buenos tiempos en que los tres eran inseparables.

Utterson volvió el día 12 a la casa de Jekyll, y no se le dió entrada. Quiso repetir la visita el día 14, y tampoco se le franqueó la puerta.

—El doctor está indispuesto, y no recibe, — dijo Poole.

El 15 hizo una nueva tentativa, y el resultado fué idéntico. Ahora bien: como durante los dos últimos meses se había habituado a la visita diaria de Jekyll, el nuevo confinamiento le causó una profunda preocupación. En la quinta velada, Guest comió con Utterson, y en la sexta, éste fué a la casa de Lanyon.

No se le negó el paso, como en la de Jekyll, pero al entrar se quedó sorprendido de ver la mudanza que se había efectuado en su amigo. El rostro de éste llevaba el sello de la muerte. Sus mejillas, antes sonrosadas, habían palidecido; la carne caía en pliegues lívidos; la calvicie se extenda, la senectud, aparecía en todos los rasgos fisonómicos. Y, sin embargo, no era esto lo que le impresionaba pues la simple decadencia física de Lanyon no hubiera explicado suficientemente la estupefacción de Utterson. Este adivinó un terror profundamente arraigado en el alma de su amigo. Parecía poco probable que el doctor se acobardase por la idea de la muete, y, sin embargo, ésa fué la suposición que hizo Utterson.

—Es médico, — decía para sí. — Sabe que sus días están contados, y este pensamiento lo agobia.

Sin embargo, cuando Utterson le habló del cambio que advertía en su aspecto, Lanyon se expresó con gran entereza, y declaró que estaba perdido.

—Mi salud se ha quebrantado, — dijo el médico, — y será imposible que vuelva a recuperarla. Esto es cuestión de días. No importa: mi vida ha sido grata; la amaba: sí, la amaba. Muchas veces he pensado que es preferible dejarla a sabiendas, con alegría.

—Jekyll también está enfermo, — observó Utterson. — ¿Lo has visto?

La fisonomía de Lanyon se alteró. Su mano temblaba. Con voz muy bronca e insegura, dijo:

—No quiero volver a verlo. No quiero oír su nombre. Hemos acabado para siempre. Te ruego que me ahorres la pena de cualquier alusión a un hombre que para mí ha muerto.

—¡Vaya! ¡Vaya! — dijo Utterson.

Después de una pausa muy prolongada, aventuró esta indicación:

—Puedo hacer algo? Lanyon, piensa que éramos íntimos, y vé que no es tiempo ya de formar nuevas amistades.

—Nada puedes hacer, — contestó Lanyon.

—En todo caso, pregúntaselo a él.

—¿Y cómo he de pregúntarselo si no me recibe?

—De ningún modo me sorprende esto. Después de mi muerte, Utterson, sabrás acaso lo que haya de bueno y malo en nuestra querella. Por ahora, nada puedo decir. Con que si quieres quedarte y hablar de otras cosas, te lo agradeceré en el alma; pero si es imposible para tí dejar de tratar de esta cuestión que considero odiosa, por Dios te ruego que me dejes.

No bien llegó a su casa, Utterson escribió una carta a Jekyll quejándose de no ser admitido, y preguntándole la causa de su enemistad con Lanyon. Al día siguiente recibió la respuesta ,que contenía pasajes muy patéticos, y otros de una oscuridad misteriosa. Nada podía hacerse para buscar un acomodo con Lanyon. "De ningún modo censuro a nuestro antiguo amigo, — decía la carta de Jekyll, — pero creo, como él, que no podremos vernos en lo futuro. Me propongo por mi parte vivir enteramente aislado. No se sorprenda usted por esto, ni se ofenda, pues aunque mi amistad es invariable, muchas veces encontrará usted cerrada mi puerta. Debo seguir una senda tenebrosa. Pesa sobre mi un castigo que no me es dado describir, y corro un peligro de que no debo hablar. Reconozco que soy el más encenegado de los pecadores, pero soy también el más desdichado entre todos los que sufren. Jamás imaginé que esta tierra fuese morada de dolor y espanto como los que me han tocado en suerte. Para aligerar mi destino, usted no puede hacer otra cosa, Utterson, que respetar mi silencio."

El abogado quedó confuso después de la lectura de esta carta. Cuando había desaparecido la influencia maligna de Hyde y el doctor Jekyll volvía a sus tareas y amistades; cuando le sonreían las perspectivas de un ocaso feliz y colmado de honores, todo desaparecía de pronto en un naufragio que se llevaba a la vez las satisfacciones del afecto, la grata dulzura de los hábitos y la paz del alma. Un cambio tan súbito e inmotivado sugería la idea de la locura, pero las palabras de Lanyon, y sobre todo su reticencia, indicaban algo más grave y profundo.

Días después. Lanyon tuvo que gaurdar cama, y en menos de dos semanas pasaba a mejor vida. Utterson asistió a los funerales, y se afectó mucho. Cuando volvió a su casa, entró en el despacho y se encerró con llave. A la luz melancólica de una bujía, abrió un sobre llevado a mano y que tenía el sello del excelente amigo que acababa de bajar a la tumba. El sobrescrito decía:

"CONFIDENCIAL"

"Para J. G. Utterson, en persona.

"Si el destinatario muere, este pliego será destruído sin que nadie lo lea."

El abogado temía ver el contenido de aquella misteriosa misiva.

—Acabo de llevar a un amigo hasta la tumba. Temo que este pliego me cueste otra amistad no menos cara.

Pero sobreponiéndose, condenó el miedo como una deslealtad, y rompió el sello. Dentro del sobre había otro sobre, sellado también, con una indicación que decía:

"Este sobre no deberá abrirse sino después de la muerte o desaparición del doctor Enrique Jekyll."

Utterson volvió a leer esas líneas, sin dar fe a sus ojos. La palabra "desaparición" empleada por Lanyon era la misma de que se sirvió Jekyll en aquel malhadado testamento que Utterson había devuelto hacía tiempo a su autor. ¿Por qué la persona de Jekyll se asociaba íntimamente a la idea de una desaparición? Sin embargo, en el testamento la siniestra sugestión de Hyde era evidente; el propósito, claro y horrible. Pero ¿qué significaba esa misma palabra escrita por Lanyon? El fideicomisario tuvo la tentación de violar la prohibición impuesta por la voluntad terminante de su amigo, y de penetrar hasta el fondo del misterio; pero, por grande que fuera su curiosidad, pudieron más en su ánimo el honor profesional y la lealtad al amigo difunto. El pliego fué depositado en el interior de aquella caja que había contenido ya la primera palabra del enigma.

Pero no es lo mismo sobreponerse a la curiosidad que dominarla. Desde aquel momento, Utterson sintió un cambio profundo en su actiud hacia Jekyll. Ya no deseaba su compañía con el afán de los días anteriores. El afecto era invariable, pero lo turbaban pensamientos inquietantes y graves temores. Llamó, es verdad, a la puerta de Jekyll, pero al decírsele que el doctor no recibía, Utterson acaso creía verse libre de un peso, y tal vez encontraba menos enojoso hablar con Poole en el quicio de la puerta, oyendo los rumores de la vida callejera, que entrar en la casa, ver al prisionero voluntario y tratar las cosas privadas con quien guardaba obstinadamente el inescrutable secreto de su reclusión.

Las nuevas que comunicaba Poole eran muy poco gratas. El doctor no salía del gabinete en donde lo había visto el señor Utterson, y muchas veces dormía allí. Estaba triste. No hablaba ni leía. Era visible que lo agobiaba una pena. La repetición invariable de estos informes acabó por ser un re-

traente para Utterson, quien iba alargando cada vez más los intervalos de sus visitas.

El incidente de la ventana

Era un domingo. El señor Utterson hacía su paseo habitual con el señor Enfield, y los dos amigos pasaban por la callejuela. Cuando llegaron frente a la puerta, ambos se detuvieron simultáneamente.

—Por fin nos hemos librado de Hyde. Ya no se le verá, — dijo Enfield.

—Espero que su ausencia será definitiva. ¿Le he referido a usted que me fué dado verle, y que tuve el mismo sentimiento repulsivo a que usted aludía en su narración?

—Era imposible verle sin odiarle, — concluyó Enfield. — Y ya que tratamos de esto, debo decir que usted ha de haberme creído más torpe que un jumento. ¿Cómo no comprendí que este edificio es la parte posterior de la casa del doctor Jekyll? Y cuando lo descubrí, al cabo, no fué por mi habilidad, sino en parte por obra de usted.

—¿Con que lo descubrió usted? — preguntó Utterson. — Puesto que ha sido así, entremos al solar y demos un vistazo a las ventanas. Para hablarle a usted con toda franqueza, debo decir que me inquieta mucho el estado del pobre Jekyll. Siento que, aun a través de los muros, la influencia de un amigo pudiera serle benéfica.

El patio era frío y no poco húmedo. Aunque en el cielo brillaba el sol esplendorosamente, inclinándose a su ocaso, el recinto estaba ya envuelto en la penumbra del crepúsculo. Una de las tres ventanas, la del centro, tenía una hoja a medio abrir, y junto a ella, respirando el aire con infinita tristeza, aparecía el doctor Jekyll, en quien se veía todo el desconsuelo de un hombre condenado a prisión.

—¡Jekyll! — dijo Utterson, en voz alta. — Espero siga usted mejor.

—Todo lo contrario, Utterson, — contestó el doctor con tristeza. — Exactamente todo lo contrario. Pero, gracias a Dios, esto no durará mucho.

—La reclusión de usted es excesiva, — dijo el abogado. — Debería usted salir y activar la circulación de la sangre. Haga usted lo que hacemos el señor Enfield y yo. (Mi pariente, el señor Enfield... El doctor Jekyll...) Baje usted, tome su sombrero, y dé una vuelta con nosotros. Apresúrese.

—Es usted muy bondadoso, — dijo el médico suspirando. — No habría para mí nada más grato que aceptar su invitación; pero no, no, no; es imposible; no me atrevo. De todos modos, Utterson, es para mi una satisfacción muy grande la visita de usted. Desearía que subieran usted y el señor Enfield; pero en esta pieza no se puede recibir a nadie.

—En tal caso, — propuso el abogado con mucha espontaneidad, — permaneceremos aquí y hablaremos.

—Precisamente eso era lo que iba a proponer, permitiéndome una libertad extrema, — repuso el doctor con una sonrisa de gratitud.

Sin embargo, apenas si podía oírsele la voz, y su sonrisa desapareció disipada en una nube de terror y desesperación.

Los dos caballeros que estaban en el patio se quedaron fríos al ver este súbito cambio en la fisonomía de Jekyll. La impresión fué instantánea, como la que se recibe a la luz de un relámpago, pues la ventana cayó de golpe ocultando a Jekyll. Sin embargo, aquella impresión fué suficiente, y los dos amigos salieron en silencio del solar. Tampoco hablaron al cruzar la callejuela, y sólo cuando llegaron a una calle de mucho tránsito, donde la relativa animación del domingo los reconfortó con el influjo de una pulsación vital, el señor Utterson se atrevió a mirar el rostro de su compañero de paseo. Uno y otro estaban pálidos; uno y otro reflejaban el terror en sus ojos.

—¡Dios nos perdone, Dios nos perdone! — exclamó el señor Enfield.

El señor Utterson asintió con honda convicción, inclinó la cabeza y siguió su camino en silencio.

La última noche

El señor Utterson estaba junto a la chimenea. Era de noche, y el abogado acababa de comer. Lo que menos esperaba era una visita de Poole.

—¡Dios santo! ¿A qué vendrá usted, Poole?

Y mirándolo más atentamente, prosiguió:

—¿Tiene usted alguna preocupación? ¿Acaso ha empeorado el doctor Jekyll?

—Señor Utterson, — contestó Poole, — hay algo que no marcha como es debido.

—Siéntese usted, Poole; siéntese usted, y tome un vaso de vino. No se apresure usted, y cuénteme con calma lo que pasa. Le ruego que sea completamente franco.

—Nada tengo que decir al señor de ciertas extravagancias del patrón. Ya el señor sabe cómo pasa largas temporadas en su laboratorio. Estamos en una de esas temporadas; pero hay algo que no me gusta... No; no me gusta... Y para hablar con franqueza, tengo miedo de...

—Eso es, — interrumpió el abogado. — Hable usted con toda franqueza, Poole. ¿Qué teme usted?

—Mis temores datan de una semana, — repuso Poole, sin hacer caso de la pregunta del señor Utterson. — ¡Ya no puedo más!

No necesitaba decirlo, pues su aspecto daba testimonio de los temores a que se refería. Sólo una vez vió de frente al abogado, y eso fué al hablar del miedo que le dominaba. Después, apoyando el vaso de vino sobre la rodilla, sin probarlo, y desviando la vista, dijo:

—¡No; es imposible! ¡Esto no puede continuar!

—¡Calma, calma, Poole! — insinuó el abogado. — Veo que pasa algo muy grave. Procure usted explicarse con toda claridad.

—¡Un juego de mala ley! — exclamó el Poole con voz muy bronca.

—¡Un juego de mala ley! — exclamó el señor Utterson, no sólo asustado, sino irritado. — ¿Qué clase de juego? No sé a lo que podrá referirse este hombre.

—La verdad, señor, es que no me atrevo a decirlo, — respondió Poole. — Pero si el señor quiere venir conmigo, vería lo que pasa.

Por única respuesta, el abogado Utterson se levantó de la butaca, tomó su sombrero y se puso un grueso gabán. A la vez observaba la tranquilidad que se retrató en el semblante del mayordomo de Jekyll, cuando comprendió que Utterson iba a la casa de su amigo. No menos sorprendido se quedó el abogado viendo que Poole no había acercado los labios a la copa de vino.

La noche era de las más frías y agitadas de Marzo. En el cielo, una pálida luna parecía arrastrada por el viento, y en torno suyo flotaban diáfanas nubecillas como algas sútiles. Era difícil hablar, debido a la fuerza del ventarrón, que congestionaba el rostro de los transeuntes. Las calles habían quedado solitarias, y al verlas, el señor Utterson creyó que pocas veces habría estado tan desierta aquella parte de Londres. Hubiera querido sentir la presencia estimulante de la muchedumbre, pues pesaba en su ánimo la previsión de una calamidad abrumadora. Cuando él y Poole llegaron a la plaza, encontraron que toda ella era viento y polvo, y que los árboles del jardín azotaban con su follaje los hierros de la verja. Poole había caminado constantemente dos pasos delante del abogado Utterson; pero cuando llegaron a la plaza, se detuvo en media de la acera, y, a pesar del viento furioso, llevó la mano al sombrero, sed escubrió y enjugó su frente sudorosa con un enorme pañuelo rojo. La caminata había sido larga y hecha a paso veloz; pero no era ésa la causa de aquel sudor. Lo que Poole tenía era una angustia infinita, pues su rostro estaba densamente pálido y su voz se quebraba en sonidos guturales.

—Hemos llegado, señor, — dijo el criado; — y Dios permita que no encontremos algo funesto.

—"Amén", Poole, — añadió gravemente el abogado.

El mayordomo llamó a la puerta, dando un suave golpe con la mano, y la puerta se abrió, pero resguardada por la cadena. Una voz preguntó desde el interior:

—¿Es usted, Poole?

—Sí; no hay novedad. Puedo usted abrir la puerta.

El vestíbulo estaba profusamente iluminado, la chimenea despedía vivos destellos, y junto a ella, como rebaño, se hallban agrupados todos los individuos de la servidumbre. No bien se presentó el señor Utterson, hombres y mujeres rompieron en un clamor histérico. La cocinera se desprendió del grupo, y extendiendo los brazos, como para levantar en ellos al abogado, exclamó:

—¡Bendito sea Dios, una y mil veces! Aquí está el señor Utterson.

El abogado dijo con severidad:

—Pero ¿por qué está aquí todo el mundo? Esto es muy inconveniente, muy indebido, y el señor se enfadaría si lo viera.

—Es que todos tienen un miedo espantoso, — dijo Poole, abogando por ellos.

Siguió un silencio de muerte; nadie protestó contra las palabras de Poole. Sólo la doncella levantó la voz y empezó a dar gritos.

—¡Silencio! — le dijo Poole, con un acento tan feroz que era el mejor testimonio de su propia nerviosidad, común a todos. En efecto, no bien resonó el lamento de la pobre muchacha, el coro dirigió sus miradas hacia la puerta interior, con expresión de espanto.

Dirigiéndose al pinche, Poole ordenó en tono perentorio:

—¡Pronto, una bujía! Aclaremos esto de una vez por todas.

Rogó al señor Utterson que lo siguiera, y se encaminó hacia el jardín del fondo.

—Procure el señor avanzar lo más suavemente que pueda. Conviene oir sin ser oídos. Y si acaso el amo invita al señor para que entre, no lo haga por nada del mundo.

Esta última indicación estuvo a punto de romper el equilibrio de su espíritu, tan ponderado siempre. Reanimándose, siguió el mayordomo por los pasadizos de la servidumbre y por los vericuetos del antiguo anfiteatro, que obstruían las mesas, enseres y aparatos del laboratorio. Llegaron por fin hasta la gradería de madera que daba acceso a la puerta forrada de bayeta roja. Poole le hizo seña de que se detuviese para escuchar. El mayordomo colocó la bujía en una grada, llamó en su auxilio todo el valor y toda la resolución que necesitaba para sobrellevar aquella prueba, y con mano incierta dió dos o tres golpes en la puerta roja

—El señor Utterson ha venido y desea ver al señor, — dijo Poole.

Mientras hablaba, hacía señas expresivas al abogado para que escuchara.

Una voz quejumbrosa contestó desde el interior:

—Diga usted que no puedo ver a nadie.

—Gracias, señor, — dijo Poole mirando a Utterson con expresión que parecía de triunfo.

Tomó la bujía, y guiando al señor Utterson por el patio, lo llevó hasta la cocina, en donde el fogón estaba apagado y las cucarachas saltaban libremente sobre el pavimento.

—¿Cree el señor que quien habla es mi amo? — preguntó Poole, mirando fijamente al abogado.

—Me parece que ha cambiado mucho, — contestó Utterson muy pálido, pero sin apartar sus ojos de los de Poole.

—¿Que ha cambiado? Ya lo creo que ha cambiado. ¿Habré estado veinte años en la casa de este hombre para que pueda engañarme a mí mismo, hasta el grado de no reconocer su voz? No, señor. Mi amo ha muerto hace ocho días. Se le oyó dar gritos e implorar el nombre de Dios. Ahora bien: sólo El sabe quién está allí y por qué el que está allí se finge mi amo.

—Poole, lo que usted dice me parece extraordinario. Tiene más bien el carácter de un cuento de espantos.

Y mordiéndose las uñas, el abogado prosiguió así:

—Supongamos lo que usted cree. Supongamos que el doctor Jekyll ha sido...; bien, digamos la palabra: supongamos que ha si-

do asesinado. ¿Por qué permanece el asesino en ese gabinete? El hecho es tan irracional que no podemos aceptarlo ni aun como meramente posible.

—Por lo que veo, el señor no se convence fácilmente. Poco importa, puesto que tengo muchos datos para llevar la persuasión a su ánimo. Desde hace una semana, el amo, o ese otro individuo, o el ser infernal que allí habita, clama noche y día por una medicina, y no la encuentra. El amo tenía por costumbre escribir sus órdenes en una hoja de papel, y arrojar ésta a la gradería del anfiteatro Pues bien: durante la última semana no ha hecho sino enviarnos estos mensajes, y aún las comidas se le sirven dejándoselas sobre la gradería, para que él las tome cuando no hay gente en el laboratorio. Todos estos días me ha tenido en movimiento constante, con papeles que llevo a los principales farmacéuticos, droguistas y químicos de Londres. Voy y vuelvo hasta tres veces diarias; llevo recados y quejas; traigo las substancias pedidas, y se me envía a otra casa, pues el amo dice invariablemente que la preparación no sirve. Yo no sé qué cosa desea, pero el hecho es que está desesperado por no tener esa substancia.

Poole buscó en sus bolsillos, y sacó un pliego ajado, que el señor Utterson examinó cuidadosamente a la luz de la bujía. Su texto decía así:

"El doctor Jekyll presenta sus atenciones a los señores Maw, y les dice que la substancia es impura y completamente inútil para el objeto a que la destina el que esto escribe. En 18..., el doctor Jekyll compró una cantidad considerable de esa substancia en la casa de los señores Maw. Les ruego que se sirvan hacer la búsqueda más cuidadosa, y enviar lo que aún quede de aquella substancia. Se desea y suplica la mayor prontitud. El solicitante no quiere que se omita gasto alguno, y pagará lo que se le pida. Sería imposible exagerar la importancia que esto tiene para el doctor Jekyll."

Hasta allí, el recado llevaba una dirección fija, y sus términos eran perfectamente normales; pero después de poner punto en el último párrafo transcripto, la emoción del que guió la pluma no pudo contenerse, y tomó cuerpo en una verdadera imploración.

"¡Por Dios santo, — decía ese final, — busquen ustedes la substancia que me enviaron!"

—Este papel es de una importancia extraordinaria, — dijo el señor Utterson.

Y con palabra severa preguntó:

—¿A qué se debe que tenga usted en su poder esta carta, y por qué está abierta?

—La razón es que el empleado de Maw se indignó al leerla, y me la devolvió, o más bien, me la arrojó, como si se le hubiera levado un objeto inmundo.

—La letra es del doctor Jekyll. ¿No lo cree usted?

—Así me parecía, — contestó el criado con cierta displicencia. — Pero ¿a qué fijarnos en si la letra es o no del amo! ¡Yo lo vi personalmente!

Poole pronunció estas últimas palabras con voz alterada.

—¿Lo vió personalmente? — repitió el señor Utterson. — ¿Y cómo fué eso?

—Entró de pronto en el anfiteatro. El había salido para buscar la substancia, o por cualquiera otra causa. La puerta del gabinete estaba abierta, y lo vi hurgando entre las probetas, en el fondo del laboratorio. Al oír mis pasos, levantó la cabeza, dió un grito, subió la escalera, y se precipitó en el gabinete. No lo vi sino un instante, pero juro que los cabellos se me erizaron como púas. Señor, si aquel hombre era mi amo. ¿por qué se había puesto un antifaz? Si era mi amo, ¿por qué dió un chillido de rata aplastada? Si era mi amo, ¿por qué corrió? Le he servido durante muchos años. Además...

Poole hizo una pausa, y pasándose la mano por la frente, pareció entregarse a su preocupación.

—Las circunstancias que usted refiere son interesantísimas, y tienen un sello muy misterioso, — dijo el señor Utterson. — Pero ya creo percibir una suave claridad. Su amo, Poole, está sujeto a una de esas enfermedades que torturan y deforman a los que la sufren. De allí viene que su voz se haya alterado. De allí que evite la vista de sus amigos, y que se ponga un antifaz para que no lo atormenten con su curiosidad; de allí también el afán por encontrar esa droga, que es la última esperanza, la tabla a que se asa para no perecer. ¡Dios le conceda que esa esperanza no salga fallida! Tal es la explicación que yo doy de los hechos. Da tristeza aceptarla, Poole, pero es la única sencilla y natural. Por otra parte, nos libra de zozobras que serían espantosas.

—Señor, — prosiguió el mayordomo cuya palidez tomaba los tintes más variados, — ese individuo no era mi amo, y puede usted creer que le hablo con verdad. Mi amo, — y decía esto bajando la voz y mirando en torno suyo, — es una persona de estatura elevada, y muy arrogante, y el que estaba allí parece una especie de enano.

Utterson iba a iniciar una protesta.

—¿Pero cree el señor que yo no conozco a mi amo después de veinte años de servicios constantes? ¿Cree el señor que no sé hasta dónde alcanza su cabeza en la puerta del gabinete, por la que le he visto pasar mañana a mañana? No, no, señor; el hombre del antifaz no era el doctor Jekyll, y para mí, se ha cometido un asesinato.

—Si usted lo afirma, Poole, yo tengo el deber estricto de aclarar los hechos. Yo quiero ante todo respetar las indicaciones de su amo, y esta carta, además, demuestra para mí que el doctor Jekyll vive; pero en visto de lo que usted afirma, me siento en la precisa obligación de romper la puerta.

—Eso es ponerse en razón, señor Utterson, — exclamó el mayordomo.

—Ahora viene la segunda cuestión: ¿cómo se hace eso?

—Es muy sencillo: el señor y yo lo ejecutaremos. — fué la respuesta que dió Poole sin vacilar.

—Muy bien dicho, — repuso el abogado, — y suceda lo que suceda, yo seré el único responsable. A usted no le pesará, Poole.

—Yo tomaré una hacha que hay en el an-

fiteatro. Y el señor llevará el atizador para que sirva de palanca.

—¿Sabe usted, Poole, — dijo el abogado, levantando el pesado y rudo instrumento, — que vamos a desafiar un peligro?

—Bien me doy cuenta de ello, señor, — respondió el mayordomo.

—Hablemos, pues, con absoluta franqueza, — repuso el señor Utterson. — Lo que hemos dicho hasta este momento es mucho menos de lo que los dos pensamos. Pongamos las cartas sobre la mesa. ¿Reconoció usted al hombre de la máscara, o no lo reconoció?

—La impresión fué tan rápida y esa persona estaba tan encogida, que apenas podría asegurarlo, señor Utterson, — respondió Poole. — ¿Me pregunta usted si era el señor Hyde? Pues bien: a eso respondo que así lo creo. Lo creo por la estatura, por la ligereza del movimiento, y, sobre todo, porque nadie, sino él, podría haber tenido acceso a la puerta del laboratorio.

Como recordará el señor, cuando se cometió el asesinato, él disponía de la llave. Pero hay algo más. Yo no sé si el señor Utterson habrá visto alguna vez a ese señor Hyde.

—Sí, contestó el abogado. — Hablé con él en una ocasión.

—El señor sabrá entonces, como todos nosotros que ese individuo era muy raro, y, que..., no sé cómo decirlo, que al verlo se le helaba a uno la médula.

—Sí; es verdad. Yo sentí algo semejante, — afirmó el señor Utterson.

—Pues bien: cuando esa especie de mono saltó del laboratorio al gabinete del señor Jekyll, dando brincos por sobre los frascos, yo sentí que el hielo entraba en mi sangre y en mis huesos. Ya sé que esto nada significa, señor Utterson. Aunque ignorante, he leído lo suficiente para hacerme cargo de lo que es una prueba de juicio; pero hablamos del sentimiento íntimo, y en ese terreno, yo pondría la mano sobre el Evangelio para jurar que el individuo del gabinete es el señor Hyde.

—Por mi parte, yo me inclino a creer exactamente lo mismo que usted, — dijo el abogado. — Esto era de esperar. Aquellas relaciones no podían traer buenos resultados. Sí; mi pobre amigo Enrique Jekyll ha sido asesinado, y el matador, por causas, razones y fines que no conocemos, está amadrigado, y acecha en el gabinete de la víctima. Habrá que vengarla. Llame usted a Bradshaw.

El lacayo acudió, pálido y nervioso.

—Cálmese usted, Bradshaw, — dijo el abogado. — Ya comprendo que la expectación y la incertidumbre tienen a usted inquieto. Pero precisamente se trata de poner fin a esta situación. Poole y yo vamos a forzar la puerta forrada de bayeta roja. Si todo sale bien, yo afrontaré las responsabilidades. Para evitar alguna complicación, y dado que alguien intente salir por la puerta de la callejuela, usted y el ayudante, con dos buenos garrotes, irán a situarse en esa puerta. Tienen ustedes diez minutos para ocupar ese puesto.

Salió el lacayo, y Utterson miró su reloj.

—Ahora, Poole, vayamos nosotros al lugar que nos corresponde.

Poniéndose el atizador bajo el brazo, el abogado salió al patio. La noche estaba tenebrosa, pues las nubes habían velado ya la faz de la luna. El viento, que llegaba sólo en intermitentes bocanadas hasta el fondo de aquel pozo formado por los edificios circundantes, agitaba la luz de la bujía, hasta que entrando en el reparo del anfiteatro, el señor Utterson y Poole tomaron asiento silenciosamente para esperar el momento indicado a los que debían hacer guardia en el exterior. A lo lejos se oía el rumor de Londres; pero en el anfiteatro el silencio era profundo, sólo interrumpido por el ruido de pasos que salía del próximo gabinete.

—Siempre se pasea de ese modo, señor,— dijo Poole; — todo el día y una buena parte de la noche. Sólo se detiene cuando recibe alguna nueva preparación de los químicos. No hay como la mala conciencia para impedir el descanso. En esos pasos se adivina el remordimiento por la sangre derramada. Pero escuche el señor lo más atentamente que pueda; escuche, y con la mano en el corazón, dígame si los pasos que oye son los del doctor Jekyll.

Utterson suspiró.

—¿Eso es lo único que se oye? — preguntó el abogado.

Poole hizo una señal afirmativa.

—Una vez, sólo una vez, también se oyó que lloraba.

—¿Llanto? ¿Y de qué género?

El abogado había sentido el estremecimiento del horror.

—Parecía llanto de mujer, o de alguien que está desesperado, — contestó el mayordomo. — Yo salí inmediatamente, con el corazón hecho pedazos, creyendo que también rompería a llorar.

Habían transcurrido ya los diez minutos. Poole sacó el hacha que estaba oculta entre un montón de paja de empaque, y colocó la bujía sobre una mesa, a fin de que les diera luz suficiente durante el ataque a la puerta. Conteniendo el aliento, los dos se acercaron a la entrada de la estancia, donde aquel paso infatigable marcaba su ritmo en el silencio de la noche.

—Jekyll, — dijo Utterson en alta voz, — quiero ver a usted.

Se interrumpió en espera de la respuesta, pero nada se oyó en el interior del gabinete.

—Le prevngo a usted que hay sospechas muy fundadas, y debo por lo tanto ver a usted. Esto nadie lo evitará. Si usted no presta su consentimiento, emplearemos la fuerza bruta.

—¡Utterson, — dijo la voz, — en nombre de Dios le ruego que tenga piedad de mí!

—¡Esa no es lo voz de Jekyll! ¡Es la de Hyde! ¡Echemos abajo la puerta, Poole!

Poole blandió el hacha, y el golpe resonó en todo el edificio, que tembló por el choque violentísimo de la puerta contra los goznes y la cerradura. Un doloroso alarido salió del gabinete. De nuevo cayó el hacha entre las dos hojas de la puerta, y de nuevo se cimbró el marco. Cuatro veces asestó Poole el filo del hacha con todas sus

fuerzas, pero la madera no se hendía porque era durísima, y el excelente herraje resistía también. Sólo al quinto hachazo se rompió la cerradura, y los fragmentos desprendidos de la puerta cayeron sobre el tapiz del gabinete.

Los sitiadores, azorados por los efectos materiales del ataque, y más aún por el silencio que había sucedido a sus esfuerzos, retrocedieron un paso, y clavaron la vista en el interior del gabinete. La luz tranquila de la lámpara lo alumbraba; el hogar estaba animado por una llama resplandeciente; la caldera murmuraba su débil atención. Esto fué lo que vieron y oyeron de pronto. Fijando más la atención, pudieron notar que algunas gavetas estaban abiertas, que sobre algunas gavetas estaban abierban ordenadamente los papeles, y que junto al fuego había todo lo necesario para el té de la velada. Era, en suma, la más tranquila y vulgar ed las habitaciones de Londres, y sólo difería de cualquiera otra por los numerosos frascos que había en los armarios de cristales.

En medio del aposento yacía un hombre agitado y convulso. Se acercaron de puntillas, levantaron la cabeza de aquel hombre para identificarlo, y reconocieron en su cara la de Eduardo Hyde. Vestía ropa demasiado grande para su estatura, y advirtieron que indudablemente esa ropa era de la medida del doctor Jekyll. El hombre estaba muerto, pero los tendones del cuello palpitaban todavía con un movimiento de contracción. La redoma que vieron junto al cadáver, y el olor a arsénico, indicaban que acababa de consumarse un suicidio.

—Hemos llegado demasiado tarde, — dijo amargamente el abogado. — Nuestra intervención ha sido inútil para salvar al que lo necesitaba y para castigar al que lo merecía. Hyde ha dado cuenta de sus actos. Busquemos ahora el cadáver de Jekyll.

La mayor parte del edificio estaba formada por el anfiteatro. Este cubría toda la superficie del terreno, y recibía luz cenital. Seguía el gabinete de la puerta roja, que formaba piso superior en el extremo y que tenía luz por el patio. Un corredor comunicaba el anfiteatro con la puerta baja de la callejuela, y ese corredor estaba también unido al gabinete por una escalera. Además de los departamentos mencionados, había en aquella ala del edificio algunos aposentos sin ventanas y una espaciosa cueva. Todo lo examinaron cuidadosamente. Los aposentos sin luz necesitaban una inspección muy somera, pues no tenían muebles, y por el polvo que se desprendía al abrir, pudieron comprender que no habían sido visitados durante años y años. En la cueva encontraron muchos trebejos que databan de los tiempos del cirujano predecesor de Jekyll; pero al abrir la puerta advirtieron que era inútil toda pesquisa en aquel sitio, pues cayó frente a ellos una inmensa telaraña, que había servido como una especie de sello de inviolabilidad durante una serie incalculable de años. No había, pues, huella alguna de Jekyll, vivo o muerto.

Poole golpeaba con el pie las baldosas del corredor.

—Aquí debe estar enterrado, — decía, prestando atención al sonido que se desprendía de las baldosas.

—O habrá huido, — repuso Utterson, examinando la puerta de la callejuela. Vieron que estaba cerrada con llave, y ésta se encontró, ya tomada de orín, sobre el pavimento del corredor.

—Parece que nadie ha hecho uso de esta llave, — dijo el abogado levantándola y examinándola.

—Nadie ha hecho uso de esta llave, — repitió como un eco la voz de Poole. — ¿No ve el señor que está rota? Diríase que alguien la ha pisoteado.

—Y también las fracturas están enmohecidas.

Los dos se miraron sorprendidos y perplejos.

—Poole, esto excede a mi comprensión. Volvamos al gabinete.

Subieron silenciosamente la escalera, y mirando de vez en cuando el cadáver, registraron el gabinete con mayor cuidado aún. En una mesa hallaron vestigios de reciente operación, que había sido interrumpida. Vieron, el efecto, que en distintos receptáculos de cristal se encontraban sendos montones de un polvo blanco, como para un experimento que fuera suspendido por la tragedia.

—Esta es precisamente la sustancia que yo he traido en diversas ocasiones, — observó Poole.

Y no bien había dicho esto, oyeron que la caldera se destapaba y que el agua empezaba a derramarse.

Se acercaron a la chimenea. Vieron la butaca que estaba junto al fuego, dispuesta para un reposo tranquilo y grato; vieron la taza sobre el brazo de la poltrona, con dos terrones de azúcar ya colocados en el fondo; vieron algunos libros al alcance de la mano del que ocupara aquel asiento, y uno de ellos abierto: ¡Era una obra piadosa, de la que Jekyll solía hablar con grandísimo respeto, pero tenía en el margen anotaciones blasfematorias!

Continuando sus exploraciones, llegaron al tocador, y los secretos contenidos en este mueble los horrorizaron. ¿Qué era ello? Nada. Sólo una disposición especial del espejo que reflejaba los cambiantes rojizos de las llamas sobre el cielorraso y las vitrinas, y sus propios rostros, pálidos como dos espectros.

—¡Lo que habrá visto este cristal! — murmuró Poole.

—¡Y nada, sin embargo, más extraño que cuanto nos rodea! — repuso el abogado en el mismo tono. — Esto que ha hecho Jekyll, esto que ha hecho Jekyll es incomprensible!

El abogado dijo las anteriores palabras como arrastrado por el torrente de su propia audacia, pues hasta entonces no se había atrevido a relacionar el nombre de su amigo con la sorprendente realidad que lo rodeaba.

—Sí, es verdad; esto es incomprensible, — repitió Poole.

Se dirigieron hacia el escritorio. Sobre los papeles, puestos en orden y arreglados con meticuloso esmero, había un sobre dirigido al señor Utterson. Este reconoció la letra del doctor Jekyll. El abogado abrió el pliego, y su contenido, formado de varias piezas, cayó al suelo, junto a los pies del señor Utterson. Lo primero que vió el amigo de Jekyll fué una disposición de última voluntad, con las mismas indicaciones contenidas en el documento que había tenido en su poder, y que había devuelto seis meses antes; a saber: un testamento para el caso de muerte, y una donación para el caso de desaparición. Había una diferencia. En vez de transmitir sus bienes a Eduardo Hyde, el doctor Jekyll disponía de ellos en favor de Gabriel Juan Utterson. Este miraba a Poole, miraba al papel, y por último, clavó los ojos en el malhechor que yacía sobre la alfombra.

—La cabeza me da vueltas. Este hombre me odiaba; este hombre sabía tal vez que yo había ocupado su puesto; este hombre tenía en sus manos el testamento de Jekyll; ¿por qué no lo destruyó, ni abrió siquiera el pliego?

Vió el segundo papel. Era una carta escrita por Jekyll. Leyó la fecha.

—¡Por Dios santo, Poole! — exclamó el abogado. — ¡Jekyll ha estado vivo aquí hoy mismo! Y si estaba vivo hoy, es imposible que haya sido muerto en tan breve espacio. Jekyll ha huído. Pero ¿por dónde? Y si ha huído, ¿por qué lo ha hecho? Este hombre que vemos sobre la alfombra no es un suicida. Preveo que si no somos muy cautos, atraeremos una catástrofe sobre la cabeza del desdichado Jekyll.

—¿Y por qué no lee el señor ese papel? — preguntó Poole.

—¡Por miedo! — contestó el abogado solemnemente. — ¡Dios quiera que sean infundados mis temores!

Diciendo esto, se acercó el pliego a los ojos y leyó:

"Mi querido amigo Utterson:

" Cuando usted lea éstos renglones, yo " habré desaparecido, sin que me sea dable " prever las circunstancias en que tal cosa " suceda; pero el instinto y la situación in- " concebible en que me encuentro, permiten " asegurar que el fin se acerca rápidamen- " te y que es inevitable. Lea usted la na- " rración que Lanyon puso en sus manos, " según me dijo, y si quiere usted saber " más, lea después la confesión de quien es " su indigno e infortunado amigo. — En- " rique Jekyll."

—¿Había otro papel? — preguntó Utterson.

—Sí, aquí está.

Y entregó al abogado un voluminoso paquete con varios sellos. El abogado puso en su bolsillo el paquete.

—Nada quisiera decir del contenido de este papel. Si Jekyll ha huído o ha muerto, podremos tal vez salvar su honor. Son las diez. Voy a casa para leer con calma ambos documentos. Regresaré antes de las doce, y llamaremos a la policía.

Salieron, cerraron con llave la puerta del anfiteatro, y Utterson, dejando una vez más a los criados cerca de la chimenea del vestíbulo, corrió a su casa para leer las dos relaciones que contenían la clave del misterio.

La narración del doctor Lanyón

El nueve de enero, hoy cuatro días, el correo de la tarde me trajo un pliego certificado, en cuyo sobrescrito reconocí la letra de mi colega y antiguo condiscípulo Enrique Jekyll. El hecho no dejó de sorprenderme por varias razones. En primer lugar, Jekyll y yo no teníamos correspondencia, y además, la víspera habíamos comido juntos. El envío de una carta certificada me pareció extemporáneo, pues, dado que me escribiera no tenía para qué acudir a formalidades tan desusadas entre amigos. El contenido de la carta no hizo sino aumentar mi sorpresa, que ya era muy grande cuando rompí el sobre. He aquí el texto de lo que me escribió el doctor Jekyll:

"10 de diciembre de 18...

" Querido Lanyon:

" Usted es uno de mis amigos más antiguos, y si bien hemos diferido algunas veces en materias de orden científico, no recuerdo, a lo menos por mi parte, que nuestro afecto se haya quebrantado. En todos los días que llevo de vida desde que nos conocemos, no recuerdo uno solo que me hubiese encontrado poco dispuesto a sacrificar mi fortuna y perder un brazo si de ello hubiera dependido la salvación de la vida de usted, la conservación de su honor o el equilibrio de sus facultades mentales. Pues bien, Lanyon, no es usted quien acude a mí pidiéndome un servicio semejante; soy yo quien lo hace, para decirle que mi vida, mi honor y la integridad de mi razón están en manos de usted; si usted no me presta su auxilio hoy por la noche, soy hombre irremediablemente perdido. Después de leer este exordio, supondrá usted que voy a pedirle una de esas complicidades que deshonran. Lea usted lo que sigue, y forme el juicio que le parezca conveniente.

Le ruego que me sacrifique todos sus compromisos, intereses o deseos por esta noche. Si se le llama al lecho de muerte de un emperador, no vaya. Tome un coche de punto, si el de usted no está a la puerta, y llevando consigo esta carta para seguir literalmente sus indicaciones, acuda usted sin pérdida de momento a mi casa. El mayordomo Poole habrá recibido las órdenes correspondientes y esperará a usted acompañado de un cerrajero. Después de forzar la puerta de mi gabinete, entrará usted solo. Abra usted el armario marcado con la letra E, que está a la izquierda, y si lo encuentra cerrado, rómpalo. Tome usted el cuarto cajón, cortando de arriba para abajo, o lo que es igual, el tercero de abajo para arriba. En la extrema perturbación de mis fa-

cultades, originada por la desesperada situación que guardo, puedo haber olvidado las señas, y dar a usted una dirección inexacta; pero supla usted mis deficiencias, y reconozca el cajón por su contenido. Encontrará usted unos polvos, una redoma y un libro a la rústica. Tome usted el cajón con todo lo que contiene, absolutamente con todo, y llévelo usted a su casa.

"Esta es la primera parte del servicio que solicito de usted. Pasemos a la segunda. Si usted sale oportunamente, estará de regreso en su casa mucho antes de las doce de la noche; pero quiero darle amplio margen para que no falte tiempo, en previsión de uno de esos obstáculos que no está a nuestro alcance superar, y también porque prefiero que lo demás se haga cuando ya estén dormidos los criados de usted. Al dar, pues, las doce de la noche, se encontrará usted solo en su consultorio, y abrirá personalmente a la persona que se presente en mi nombre. Esa persona recibirá de usted el cajón llevado por usted de mi casa. Con esto habrá terminado la intervención de usted, y merecerá mi gratitud ilimitada. Si después de haber entregado el cajón insistiera usted en tener una explicación, la recibirá antes de que hayan transcurrido cinco minutos, y comprenderá, no sólo que todo esto es de capital importancia, sino que el olvido de cualquiera de los datos enumerados (por más que a los ojos de usted parezca fantástica mi aseveración) puede echar sobre la conciencia de usted el peso de una grave responsabilidad, cual es la de haber causado mi muerte o el naufragio de mi razón.

"Confío en que no recibirá usted mi apelación con ánimo ligero, pues el corozón se me paraliza y el pulso me tiembla sólo de suponer una posibilidad tan desastrosa. Piense en mí, e imagine mi situación en lugar extraño, bajo el peso de una tribulación que sería imposible exagerar, y tanto más amargado cuanto que si usted ejecuta puntualmente mis indicaciones, todas las penas que me agobian desaparecerán como si fueran obra de la imaginación. Acuda usted en mi auxilio, querido Lanyon, y salve a su amigo. — E. J."

" P. S. — Ya había cerrado y lacrado esta carta, cuando me asaltó un nuevo terror. Si falla el servicio de correos, usted no recibirá esta carta hoy, sino mañana. En ese caso, yo le ruego a usted, querido Lanyon, que desempeñe mi encargo cuando mejor le acomode durante el día, y que a las doce de la noche, aguarde la llegada de mi enviado. Tal vez ya sea demasiado tarde, y si esa segunda noche pasa sin que se presente quien ha de ir en mi nombre, dé usted por muerto a Jekyll."

Acabé la lectura de esta carta con la seguridad de que mi colega había perdido el juicio; pero, no obstante esto, yo me consideraba obligado a hacer lo que me pedía, pues no era lícito dar a Jekyll por loco sin apurar todos los medios de la prueba. Era imposible hacerme cargo de la importancia real de los hechos, teniendo sólo para formar juicio el incomprensible fárrago de mi amigo. Ni por un momento abrigué la idea de desantender su petición, lo que habría significado para mi el peso de una responsabilidad extraordinariamente grave. Me levanté de la mesa, tomé un coche, y di las señas de la casa de Jekyll. Efectivamente, el mayordomo aguardaba mi llegada, pues el mismo correo le había llevado una carta, certifcada también, con instrucciones de su amo, y, acatándolas, Poole envió por un cerrajero y un carpintero. Estos obreros llegaron cuando el mayordomo y yo conversábamos acerca de lo que debíamos hacer, y los cuatro nos dirigimos al antiguo anfiteatro del doctor Denman, por donde se entra al gabinete de Jekyll, como tú lo sabrás sin duda. La puerta era muy maciza, y la cerradura excelente. El carpintero dijo que para forzarla habría que destruirla por completo. El cerrajero tuvo que trabajar desesperadamente, por más que se veía su consumada habilidad. A las dos horas, conseguí pasar por aquella puerta. El armario E estaba sin llave; tomé el cajón, lo rellené de paja, lo envolví en una sábana y volví en el mismo coche a "Cavendish Square".

Una vez en mi consultorio, examiné el contenido. Los polvos estaban muy esmeradamente envueltos; pero no se veía la mano complaciente del droguista que se esmera en halagar a sus clientes. Jekyll había trabajado personalmente en la fabricación de aquellos polvos. Abrí uno de los papeles, y encontré que la substancia era una sal blanca y cristalina. La redoma, no llena sino hasta la mitad, contenía un líquido color de sangre, que por su olor acre, parecía estar compuesto de fósforo y de alguna substancia volátil. No me fué posible conjeturar cuáles serían los otros ingredientes. El libro era de apuntes, y sólo contenía algunas flechas relativas a muchos años; pero la última de ellas, que cerraba la serie bruscamente, databa de doce meses o más. Fuero de esto, no había sino indicaciones muy breves, a veces de una sola palabra, y siempre relativas a alguna fecha. Entre los varios centenares de fechas, sólo encontré seis indicaciones que decían muy espaciadamente: "Doble". Y casi al principio de la lista, una fecha que tenía esta exclamación con tres admiraciones: "¡¡¡Fracaso total!!!" Mi curiosidad era muy grande, pero no encontraba medio de satisfacerla. En resumen: tenía en mis manos una redoma, unos polvos y un registro de experiencias, que como casi todas las investigaciones de Jekyll, no conducían a fines prácticos. ¿En qué podían influir estos polvos, esta redoma y este registro sobre la vida, el honor o el equilibrio mental de mi casquivano colega? Y dado que fueran de tanta importancia, ¿por qué sólo en mis manos y en mi casa tenían virtud? Si el mensajero de Jekyll podía ir a un lugar, ¿por qué no podía ir a otro que no fuera mi casa? Pero, aun suponiendo algún impedimento, ¿a qué venía el secreto de la entrevista? Mientras más reflexionaba, más me convencía de que Jekyll era víctima de una enfermedad mental. Despedí a los criados, y les dije que podían retirarse a descansar; pero tomé la precaución de armarme de un revólver, pues bien podía suceder

que necesitase emplearlo en mi defensa.

Apenas habían empezado a sonar las doce en los campanarios de Londres, cuando oí un suave ruido en la puerta. Alguien llamaba con los nudillos. Abrí personalmente, y encontré un hombre de pequeña estatura que se apoyaba en los pilares del pórtico.

—¿Es usted el enviado del doctor Jekyll? — pregunté.

Me dijo que sí con boca contraída, y cuando lo invité a que pasara, no lo hizo sin dirigir una mirada recelosa hacia las sombras de la plaza. No lejos estaba un agente de policía que avanzaba con la linterna abierta. Al verle, mi visitante pareció apresurarse y entrar violentamente.

Esto influyó en mi ánimo de un modo muy desfavorable, y mientras seguía los pasos de mi huésped hasta el consultorio, perfectamente bien iluminado, llevaba la mano en el bolsillo, listo para empuñar el revólver al primer movimiento sospechoso. Ya en el consultorio pude examinar al desconocido. Jamás lo había visto.

Como llevo dicho, era un hombre de baja estatura; pero lo que me llamó extraordinariamente la atención, fué la expresión de su fisonomía y la combinación increíble de una actividad muscular enorme con las apariencias de una extremada debilidad en su constitución. Por último, lo de más importancia, lo más característico de ese hombre, era la perturbación subjetiva que causaba en quienes se le aproximaban. Físicamente, el simple hecho de verlo producía una especie de escalofrío acompañado de un debilitamiento notable del pulso. Atribuí esta impresión a alguna antipatía idiosincrásica y personal, y sólo me extrañaba el grado de acentuación de los síntomas; pero más tarde, reflexionando sobre estos acontecimientos, he llegado a comprender que la causa de mis impresiones tiene un origen más profundo que una repulsión instintiva, y que había en ella una revelación de los misterios de la naturaleza humana.

Aquella persona, que desde el primer momento había despertado en mí lo que llamaré una curiosidad antipática, vestía del modo más estrafalario. Otro individuo, con la ropa del que yo tenía delante, habría provocado simple hilaridad. Su traje era de buena clase, por la tela y por el corte, pero enormemente grande para la estatura del que lo llevaba. El pantalón le arrastraba, aun después de doblado para que no tocara el suelo; el talle de la levita caía debajo de la cadera; el cuello de la camisa se apoyaba sobre los hombros. Y, cosa estupenda: yo no me reía, si no que, viendo lo anómalo de aquel engendro, tomaba de su aspecto la parte impresionante, o más bien, la parte repugnante, que el elemento cómico no hacía sino reforzar y subrayar con sus disparidades. Quería yo conocer lo íntimo de su naturaleza, y conocer su carácter, pero mi curiosidad quería escudriñar asimismo su nacimiento, su pasado, su fortuna y su posición social.

Lo que digo tan extensamente no me ocupó sino breves momentos. Mi visitante parecía dominado por tétrica excitación.

—¿Tiene usted eso? — exclamó. — ¿Lo ha traído usted?

Su impaciencia era tal, que estuvo a punto de ponerme la mano sobre el hombro para activar mi respuesta.

—¡Cuidado, señor! — le dije. — Recuerde usted que no tengo aún el gusto de conocerle. Ante todo, sírvase usted tomar asiento.

Y dándole el ejemplo, ocupé la silla que he reservado para mí en el consultorio. Procuraba obrar con la misma calma metódica que empleo en el desempeño de mis tareas profesionales, por más que la hora, las preocupaciones que me dominaban y el horror que sentí a la vista del monstruo, no eran elementos propicios para la serenidad.

—Pido a usted mil perdones ,doctor Lanyon, — dijo el visitante, inclinándose respetuosamente. — Lo que usted dice no tiene réplica, y debo reconocer que la impaciencia ha sido más fuerte que la cortesía. Vengo enviado por el colega de usted, Enrique Jekyll, para un negocio de la mayor importancia, y por eso creía...

Hizo una pausa, se llevó la mano al cuello, y a pesar de los esfuerzos que hacía para dominarse, pude ver la inminencia de un ataque de histeria.

—Y por eso creía, — prosiguió, — que un cajón...

Apiadado de la angustia de mi visitante, y en parte también por curiosidad:

—Aquí está, — dije señalando con el dedo hacia el sitio en que estaba el cajón.

Lo había puesto en el pavimento, tras de una mesa, y estaba todavía cubierto por la sábana. El hombrecillo saltó de la silla, dió un paso, y se llevó la mano al corazón. Pude oir distintamente el castañeteo de sus dientes, movidos por una ación convulsiva de los maxilares. Su rostro se demudó, y al verlo, pálido como un espectro, no sabía yo qué sería más inminente, pues ya me parecía verlo caer fulminado por una muerte súbita, ya con un acceso que me obligaba a ponerle camisa de fuerza y llevarlo a un manicomio.

—¡Repóngase usted! — le dije. — El volvió la cara hacia mí, sonrió de un modo siniestro, y haciendo un movimiento desesperado, apartó la sábana del cajón. Cuando vió el contenido, su pecho se dilató en un sollozo de alivio que me dejó petrificado. Después, con la voz más natural del mundo, y como si estuviera en perfecta posesión de sí mismo:

—¿Tiene usted un vaso graduado? —preguntó.

Me levanté haciendo un esfuerzo; satisfice su deseo.

El dió las gracias con una inclinación y una sonrisa, y empezó a medir una pequeña porción de líquido de la redoma, al que mezcló uno de los papelillos de polvos. A medida que los cristales se disolvían, el líquido color de sangre comenzó a tomar un tinte más claro y a producir el ruido de efervescencia, con desprendimiento de vapores. De pronto, cesó la ebullición espumosa, y el compuesto, después de tomar un matiz oscu-

ro purpurino, se fué desvaneciendo gradualmente hasta tornarse en verde muy deslavado. El desconocido examinaba atentamente estas transformaciones. Cuando terminaron, sonrió, colocó el vaso en la mesa, y volviéndose hacia mí preguntó, a la vez que me miraba con ojos escudriñadores:

—¿Cuál es el deseo de usted? Nos quedan dos caminos. O bien me permite usted que yo tome este vaso en mis manos, y que salga de la casa de usted como he entrado en ella, sin que medie entre nosotros una sola palabra de explicación (esto sería lo prudente, y lo que yo le aconsejaría), o bien la curiosidad puede en usted más que cualquiera otra consideración. Yo haré lo que usted quiera, y sólo le ruego que reflexione antes de darme su respuesta. Si yo salgo de aquí en este momento, usted quedará como antes, sin haber adelantado en fortuna ni en sabiduría, aunque con la satisfacción de haber tendido la mano a un amigo que sufría angustias mortales, — satisfacción que puede considerarse como una fortuna moral. — Por otra parte, queda a elección de usted ver un nuevo campo del conocimiento, un camino que abre dilatadas perspectivas de fama y poder. Antes de que transcurra un minuto, usted podrá ser dueño del secreto más extraordinario, y presenciar un prodigio superior a la soberbia de Satanás. El propio espíritu del mal, se inclinará convencido.

—Señor, — dije, afectando una indiferencia que estaba lejos de sentir, — las palabras de usted son enigmáticas, y no hacen mucha mella en mi ánimo, poco inclinado a lo sobrenatural. Pero ya que hemos avanzado hasta este punto, y ya que he podido prestar servicios inexplicables, no veo por qué habría de negarme a mí mismo el final del episodio.

— Muy bien dicho, — repuso mi visitante. — Lanyon, recuerde usted el juramento que prestó como médico. Lo que va usted a ver, queda bajo el secreto de nuestra profesión. Usted ha sido un hombre encastillado en sus opiniones, de una índole muy material y muy estrecha; usted ha negado las virtudes que encierra la medicina trascendental; usted ha hecho mofa y escarnio de quienes más saben. ¡Ahora, ponga usted atención!

Llevó el vaso a sus labios, y apuró ávidamente su contenido. Dió un grito, vaciló, se bamboleó, se asió a la mesa para no caer, y empezó a boquear y a mirar sin ver con ojos inyectados. Antes de que yo pudiera acudir a su lado para sostenerlo, observé un cambio. Todo su cuerpo se dilataba. A la vez, la cara se le había amoratado, y las facciones se descomponían, como metal fundido que pasa a un nuevo molde. Y recuerdo que me puse en pié, que dí un salto hacia atrás, y que extendí los brazos en un movimiento instintivo de defensa contra el prodigio que me horrorizaba.

—¡Dios santo, Dios santo! — exclamé. — ¡Dios santo! — repetí muchas veces, — pues ante mí, pálido, descompuesto, desfallecido, tendiendo las manos sin tino, como quien acaba de salir de las tinieblas de la muerte, se presentaba el propio... ¡Enrique Jekyll!

No sabría trasladar al papel lo que me dijo durante una hora, más o menos, que permaneció a mi lado. Lo que he visto y oído, son cosas superiores a mis fuerzas. Ya no tengo delante de mí aquella imagen; ya no oigo aquellas palabras; y al evocar su recuerdo, ignoro si soñaba o estaba despierto. Lo único que sé es terrible: mi vida está destruida en sus raíces más hondas; he perdido el sueño; noche y día me acompaña la imagen del espanto; mis horas están contadas; muero por esto, y, sin embargo, aun no lo creo. Pero queda todavía algo más: las revelaciones que aquel hombre me hizo de su vida moral, aun bañadas por lágrimas de arrepentimiento y penitencia, fueron tales, que el horror no me permite recordarlas sin un estremecimiento de todo mi ser. Sólo diré una cosa, Utterson, y esto bastará, si usted la cree; sólo diré que quien llamó a mi puerta, según la propia declaración de Jekyll, fué el individuo que bajo el nombre de Hyde, ha sido buscado en toda la Gran Bretaña como asesino de Carew. — Hastie Lenyon

La declaración circunstanciada de Jekyll

Nací en 18... Heredero de una cuantiosa fortuna, tuve además ventajas naturales que hubieran bastado por sí solas para hacer de mí un hombre excelente. Era inclinado al trabajo, respetuoso con mis superiores y dotado de simpatía para vivir fraternalmente con mis iguales. Nada me faltaba pues, para un porvenir lleno de distinción y honores. Tenía defectos, y entre ellos, el peor de todos era cierto deseo impaciente de goces, qu si ha sido elemento de felicidad para muchos, para mí encerraba un problema difícil, ya que mi primera aspiración era la de distinguirme en público por una gravedad y una arrogancia que no se armonizaban bien con las expansiones de un temperamento jovial. Adquirí el hábito de ocultar mis placeres, y cuando alcancé los años de la madurez y fué preciso subordinarlo todo a la posición que ocupaba y a los progresos de mi carrera, hice de mi vida un sistema de profunda duplicidad. Muchos se habrían jactado de las duplicidades a que yo me entregaba; pero el punto de vista que yo había adoptado y el valor que asignaba a los actos humanos, desarrollaron en mí un sentido morboso de pudor. Más profundamente que la mayoría de mis semejantes, cavé yo el foso que divide los territorios asignados al bien y al mal en lo íntimo del alma; pero esto no se debió tanto a la degradación producida por mis flaquezas, cuanto a la exigencia de mis aspiraciones. La dualidad misteriosa y eterna, raíz de don de brotan todos los sistemas religiosos, y fuente abundantísima de todas las miserias humanas, era el tema favorito de mis meditaciones.

No; yo no era un hipócrita. Mi vida tenía una bifurcación, pero yo me entregaba con

la misma sinceridad a una y otra de las dos corrientes, y no ponía una porción más verdadera de mí mismo cuando me despojaba de los velos del pudor, que cuando me entregaba en pleno sol a investigar los secretos de la naturaleza o a aliviar las penas de mis semejantes. Y sucedía que, presamente, mis tendencias intelectuales, llevándome a lo místico y trascendental, proyectaban su luz sobre la guerra que en mi vida interior se desarrollaba entre las dos partes opuestas a la naturaleza humana. Moral e intelectualmente, me acercaba cada día más a esa verdad cuyo parcial descubrimiento ha sido causa de mi naufragio; a saber: el hombre no es unidad, sino dualidad. Y digo sólo dualidad, porque mi conocimiento no ha dado un paso adelante para descubrir nuevas divisiones; pero los que vengan atrás encontrarán hechos que yo no he podido analizar, y continuando el camino de mis investigaciones, descubrirán acaso que el hombre no es un individuo, sino una república habitada por ciudadanos múltiples e incongruentes. Yo, por mi parte y en lo que a mí personalmente se refiere, he avanzado en una dirección, sólo en una dirección Descubrí la dualidad humana en mí mismo y en la parte moral de mi persona; vi que si en el campo de mi conciencia se destacaba una forma de mi naturaleza, yo no podía identificarme con ella, sino bajo la condición de identificarme a la vez con la otra. Y desde muy temprano, antes de que el hecho pasase en mi espíritu a la categoría de investigación científica, yo me complacía en la separación de los dos elementos, como quien sueña sin dormir y acaricia una imagen grata en ese sueño.

Si cada uno de estos dos seres, pensaba yo, puede revestir una identidad separada, la libre quedará libre de las mayores torturas. El ser injusto y bajo puede seguir su camino, libre de la sujeción y remordimientos que impone la compañía de un ser justo y noble. Y por su parte, el ser justo y noble puede levantarse cada vez más, con seguridad y firmeza, practicando el bien, que es la dicha de su alma, sin el peligro de verse arrebatado de ese cielo purísimo por las garras del otro ser, condenado perpetuamente a la humillación de su servidumbre. ¿Por qué ha de llevar el hombre en un mismo haz esta antorcha luminosa y esta tea infernal? ¿Los dos hermanos enemigos lucharán eternamente en el vientre materno? Y si esta maldición no ha de ser perdurable, ¿cómo librar de ella a la humanidad?

Mis meditaciones me habían llevado hasta este punto, cuando de la mesa de mi laboratorio se desprendió la luz que, según llevo dicho, empezó a iluminar la senda que yo recorría. Comencé a percibir más profundamente que otros, hasta hoy a lo menos, la inmaterialidad trémula, la trasciencia vaporosa de este cuerpo, sólido al parecer, que nos sirve de vestidura Encontré que ciertos agentes naturales pueden agitar y arrojar esta vestidura carnal, como el viento, si entra por una ventana, puede arrastrar las cortinas mal sujetas. Hay dos razones que me vedan tratar a fondo la parte científica de mi confesión. La primera es que llevamos el peso y la maldición de nuestras responsabilidades, sin que nos sea posible apartarlas, pues cuando lo hacemos, vuelven a caer sobre nosotros con mayor fuerza. Y en segundo lugar, porque mis descubrimientos no fueron completos, y esta triste realidad les quita todo valor, aun el simplemente hipotético. Baste saber que no sólo reconocí mi cuerpo natural simplemente por el aura y refulgencia de algunas de las facultades que ennoblecen mi espíritu, sino que pude componer una droga dotada de fuerza suficiente para destronar aquellas facultades, privarlas de la supremacía que tienen habitualmente, y cometerlas a un continente corpóreo no menos natural que el otro, puesto que era expresión de facultades menos elevadas, y llevaba el sello de estos elementos propios de mi alma.

Mucho vacilé antes de dar a la teoría una forma que la actualizase prácticamente. Bien sabía que el peligro a que estaba expuesto, pues una droga capaz de alterar y destruir las bases materiales de la identidad, podía ser muy funesta, y ya fuera por un inapreciable error en la dosis, o por inoportunidad en el momento de la experiencia, podía también dispersar definitivamente los elementos del tabernáculo inmaterial cuyo cambio intentaba. Pero la tentación de llevar a término un descubrimiento tan singular y profundo, era suficiente para sobreponerse a los temores más fundados. Hacía tiempo que había logrado preparar la tintura, y pude proporcionarme en una casa de químicos muy reputada cantidades considerables de cierta sal, último ingrediente necesario para la preparación, según mis experiencias. Por fin, en una maldita noche, me fué dado ver todos los elementos en el vaso, y después de presenciar su ebullición, cuando ésta hubo cesado, con pulso firme llevó la poción a los labios

Sentí que mi cuerpo se desgarraba fibra a fibra, y oí los crugidos de mis huesos; tuve náuseas mortales; mi espíritu se pobló de los horrores que han de acompañar el tránsito de esta vida. Pero un instante después, mis agonías se disiparon, y experimenté la sensación del que vuelve a la salud después de una enfermedad agotante Había algo muy extraño, algo indescriptiblemente nuevo, y en su novedad, increíblemente dulce: me sentía más joven, más ligero, más lleno de bienestar físico; mi cerebro era centro de corrientes impetuosas de audacia, de imágenes sensuales desordenadas que giraban como aspas de molino. Más aún; estaba libre de todo vínculo, y la palabra obligación dejaba de tener sentido. Mi alma era a la vez virgen e impura. El primer aliento de la nueva vida me reveló que yo era diez veces más perverso que en la antigua, y que ninguna de las dos partículas de mi ser podía emanciparse de la culpa original. Ese pensamiento fué para mí como un vino espumoso. Tendí las manos en la deliciosa frescura de aquellas sensaciones, pero al hacerlo, sú-

bitamente me dí cuenta de que mi estatura era menor.

Entonces no había espejo en el gabinete, y el del tocador, que está detrás de mi escritorio, fué llevado a ese lugar tres días después del acontecimiento que narro, y precisamente para el objeto de estas transformaciones. La noche había transcurrido y era el momento del alba, o más bien de la negrura matinal que anunciaba el día. Todos los que vivían en mi casa se hallaban sumidos en lo más profundo de su sueño y yo aventuré una excursión hasta mi alcoba, dominado como estaba por la embriaguez de la esperanza y del triunfo. Crucé el patio, bajo la luz de las constelaciones que parecían mirar maravilladas, pues creí ser el primero de los seres que la insomne vigilancia de los astros descubría en una transformación de este género; después crucé los corredores, con el paso furtivo del ladrón, de un hombre que era extraño en su propia casa, y llegando finalmente a mi cuarto, ví por primera vez la imagen de Eduardo Hyde.

En este punto debo hablar sólo teóricamente, pues no voy a decir lo que sé, sino lo que supongo más probable. La parte perversa de mi naturaleza, a la que acababa de transferir la eficiencia del sello material, era menos robusta y menos desarrollada que la parte buena, cuya identidad abandoné minutos antes. Esto querrá decir que en mi vida, dedicada en sus nueve décimas partes al esfuerzo, a la virtud y a la inhibición contra el egoísmo, el mal había tenido menor ejercicio y desarrollo. De allí, tal vez, que Eduardo Hyde fuera más pequeño, más ligero y joven que Enrique Jekyll. Y así como el bien se retrataba en la fisonomía de éste, el mal aparecía distintamente grabado en el rostro del primero. Además, el efecto de la parte letal del hombre, a lo que conjeturo, producía la impresión de la deformidad y decadencia en el individuo más imperfecto. No obstante esto, cuando el ídolo apareció a mi vista en el espejo, yo no sentí repugnancia, y lejos de ello, saludé al recién venido con un movimiento de júbilo.

También este monstruo era yo; era un ser que parecía natural y humano. A mis ojos, tenían una imagen más viva del espíritu, más expresa y única que el continente corpóreo, imperfecto y dividido, que hasta entonces había constituído mi yo. Y, sin duda, al pensar así estaba en lo justo, pues he observado que mientras llevé la apariencia de Eduardo Hyde, nadie se acercaba a mí sin una sensible palpitación de la carne, advertencia de un peligro. Esto, a lo que yo colijo, se debe a que los seres humanos están formados por una mezcla de bien y de mal, en tanto que Eduardo Hyde, único caso que presenta la humanidad, es el mal en estado de pureza.

Sólo un momento permanecí frente al espejo. Había que hacer la segunda prueba, ya, que era la decisiva. Quedaba por ver si estaba perdida para siempre mi identidad, pues una vez asegurado de que era imposible la redención de la personalidad completa que yo había poseído, tenía que desaparecer de una casa que ya no era mía, y aprovechar para ello los minutos fugitivos que aun quedaban de noche y tinieblas. Corrí nuevamente hacia mi gabinete, preparé la droga, la bebí, y en medio de los tormentos de la disolución, reasumí mi personalidad, con la estatura y facciones de Enrique Jekyll.

Esa noche fué decisiva en mi existencia. Si hubiera realizado mi descubrimiento dominado por tendencias más nobles, si hubiera aventurado la prueba terrible bajo el imperio de aspiraciones generosas o de un sentimiento de piedad, mi rumbo habría sido distinto, yo había emergido de las agonías de la muerte y del nacimiento como ángel y no como demonio. La droga, por sí misma, no tenía una acción discriminadora; no era diavólica ni divina; sólo obraba como emancipadora, y derribaba las puertas de una prisión: los cautivos de Filipos, que estaban

"PUCKY" Magazine

APARECE TODOS LOS VIERNES

Un año de suscripción en toda la República (52 números) $ 9.- m/n.

dentro, podía correr libremente. Pero en aquellos días mi virtud pasaba por un período de somnolencia, y la ambición tomó su sitio, llena de vivacidad y energía. De este movimiento interno surgió Eduardo Hyde. He aquí la causa de que, aun teniendo yo dos personalidades y dos apariencias, mientras la una era todo mal, la otra era el antiguo Enrique Jekyll, mezcla incongruente de cuyo arrepentimiento y elevación había desesperado. Todo el movimiento experimental se dirigió, pues, hacia la perversidad.

Aun después de tantos años de lucha, no había logrado vencer mi aversión a la vida de estudio. Quería romper su monótona uniformidad con alguna expansión; pero como mis placeres pertenecían entonces a un género poco noble para emplear un eufemismo, y como yo no era sólo muy conocido y altamente apreciado, sino que la edad me imponía ya el más estricto recato, la incoherencia de mi vida tomaba carecteres demasiado impropios. Sentí, pues, la tentación de emanciparme en el sentido de una existencia placentera, y allí fué precisamente donde encontré las cadenas de mi esclavitud. Beber una copa, despojarme de la vestidura corpórea del conocido profesor, y envolverme en el disfraz que se llamaba Eduardo Hyde: tal era la tentación a que sucumbí.

La idea me sonreía y me parecía profundamente humorística. Hice, pues, todos los preparativos para una nueva existencia. Tomé y amueblé la casa de Soho, en donde se buscó a Hyde por la policía, y contraté como ama de llaves a una mujer poco locuaz y nada escrupulosa. Por otra parte, anuncié a mis criados que el señor Hyde, cuyas señas di, estaba facultado para entrar a la casa principal y hacer el ella lo que creyera conveniente, como si fuera suya. Había hecho una descripción completa de Hyde, como ya dije, pero para evitar una mala inteligencia de los criados, fuí a la cas de mi segunda apariencia, y me hice familiar a todos ellos. Después redacté aquel testamente que fué tan criticado por usted, y que tenía por objeto librar a Eduardo Hyde de la miseria si Enrique Jekyll sufría algún quebranto o desaparecía. Después de tomar todas estas precauciones suficientes á mi entender, comencé a sacar partido de las inmunidades que me proporcionaba aquella situación.

Muchos han alquilado brazos para cometer crímenes con mano ajena, poniendo a salvo la persona y la reputación. Yo era el primero que padía hacer algo semejante en el orden del placer. Podía llevar públicamente mi carga de responsabilidad, y en un momento, como escolar que sale a vacaciones, embarcarme para recorrer todos los mares de la libertad. No era el hombre que se disfraza; era el hombre que deja de existir en su aspecto respectable. Cuando era Hyde, yo no existía! Entraba por la puerta baja de mi laboratorio, mezclaba una sal, bebía la droga que tenía siempre lista, y eso bastaba para que Eduardo Hyde desapareciese como el baho de un espejo. Los que le persiguieran encontrarían a un hombre sobre quien no podía caer sospecha alguna; el sabio que a la luz de su lámpara consumía las horas de la noche en la quietud y el estudio.

Los placeres que yo buscaba, ya lo he dicho, eran del género innoble, y vuelvo a decir que podría aplicárseles una expresión más dura. Pero aun esos placeres tomaron en manos de Eduardo Hyde una forma monstruosa. Muchas veces, al volver de las excursiones nocturnas, me maravillaba considerando la depravación del substituto. Este ser que surgía de las profundidades de mi propia alma, y que gracias a mí salía para satisfacer todos sus caprichos, era un malvado de tendencias villanas; era la esencia del egoismo; era una bestia que se solazaba con avidez en la tortura de los demás; era, en suma, insensible como la roca. Muchas veces, Enrique Jekyll se pasmaba al recordar los actos ejecutados por Eduardo Hyde; pero las leyes morales no tenían imperio sobre aquella situación, y parecía como si una mano insidiosa hubiese abolido la conciencia. "Hyde y sólo Hyde es el culpable", decía el regulador íntimo de aquel orden absurdo. Jekyll no perdía nada de su naturaleza superior; las buenas cualidades de que estaba dotado parecían intactas, y aun se le veía buscar solícitamente todos los medios imaginables para reparar los daños causados por Hyde. Esto adormecía su conciencia.

No quiero entrar en pormenores acerca de las infamias a que concurrí indirectamente, y digo esto, pues aún hoy no acepto la idea de que yo fuera autor de ellas. Sólo me referiré a las advertencias que llovían sobre mí diciéndome que el castigo llegaba por sus pasos contados. Sufrí un accidente que mencionaré solo de paso, por lo haber sido de consecuencias. Cometí no sé qué acto de crueldad contra una niña, y provoqué la indignación de un transeunte. Este es el mismo a quien reconocí en días pasados como el pariente que venía con usted cuando hablamos, yo en la ventana y usted y él en el patio. La familia de la niña y un médico se unieron a ese transeunte para atacarme, y llegué a temer por mi vida. A fi nde calmar el justo resentimiento de esas gentes, Eduardo Hyde las trajo hasta la puerta baja, y dejándolas allí, salió después para pagarles una indemnización, lo que hizo dándoles un cheque firmado por Enrique Jekyll. Este peligro se eliminó para lo futuro, abriendo una cuenta en el Banco para el propio Eduardo Hyde, dando cierta inclinación a la mano, creí que mi substituto estaría a cubierto de todo peligro.

Dos meses antes del asesinato de sir Danvers, después de haber pasado una noche de aventuras, volví a casa y me encontré con una sensación muy extraña al despertar. En vano recorrí la alcoba con los ojos; en vano me decían éstos que identificaban los muros y muebles de la estancia en que yo dormía habitualmente como Jekyll, vecino de la plaza; insistí para reconocer las cortinas de la cama y las entalladuras de la caoba; pero todo fué en vano, pues una voz repetía que

no no había despertado de la misión de la plaza, sino en el cuarto de Soho, donde a veces descansaba el cuerpo de Eduardo Hyde. Sonriendo de aquella ilusión, analizaba uno a uno sus elementos; pero lo hacía distraídamente, y aun recuerdo que volví a caer en el grato sueño de la mañana, ese sueño que se interrumpe y reanuda por momentos. Proseguía mi análisis en estado de vigilia, cuando acerté a verme una mano. Usted ha dicho frecuentemente que la mano de Jekyll era profesional, por su forma y su tamaño: ancha, firme, blanca, bien modelada. Pero la mano que yo veía con claridad suficiente, a la luz amarillenta de aquella mañana londinense, aquella mano a medio cerrar sobre las sábanas, era delgada, nudosa, rígida, de una palidez sombría, y además, estaba cubierta de bello. Era la mano de Eduardo Hyde.

Después de examinarla con estupefacción durante algunos instantes, el terror llamó a mi pecho y lo agitó con un estrépito de címbalos. Saltando de la cama, corrí precipitadamente hacia el espejo. La imagen que se presentó a mis ojos fué tal, que sentí en la sangre la fluidez de un líquido ligero y helado. Sí; en aquella cama se había acostado Enrique Jekyll, y despertaba Eduardo Hyde. ¿Qué explicación tendría el hecho? Formulé la pregunta y como formularla era responder a ella, sentí otra oleada de terror en el pecho. Lo que importaba era el remedio. Por lo avanzado de la hora, ya todos los criados estaban en pie, y para llegar al gabinete en donde tenía mis substancias químicas, era preciso atravesar un corredor, bajar dos escaleras, recorrer el pasadizo posterior y cruzar el patio abierto, hasta la puerta del anfiteatro. El horror me paralizaba. ¿Qué podía hacer? Si me cubría la cara, las sospechas serían mayores, pues la estatura me delataría. Pensando en esto, recordé con dulzura infinita que los criados tenían ya el hábito de ver a mi segundo en la casa. Me vestí con ropa de Jekyll, que era demasiado grande para Hyde, y recorrí el largo trayecto, no sin despertar el estupor de Bradshaw, quien me veía pensando qué haría el señor Hyde a aquella hora y con aquel traje. Díez minutos después, el doctor Jekyll, con su forma habitual estaba en el comedor, cabizbajo y sombrío, simulando que almorzaba.

Tenía poco apetito. El extraño incidente, que me advertía sobre la reversión involuntaria de una transformación voluntaria, fué el dedo babilónico que trazaba sobre el muro la advertencia de la ruina, y comencé a hacer las más serias reflexiones sobre las mil eventualidades a que estaba sujeta una existencia dividida de ese modo. La parte de mi ser que me era dado exteriorizar, proyectándola en una personalización completa, había recibido últimamente una nutrición excesiva y se había fortificado con el ejercicio. No sólo ,sino que hasta la estatura de mi segundo parecía mayor, y cuando mi yo revestía la forma de Hyde, creía sentir a veces el impulso de una sangre más impetuosa. Se anunciaba un nuevo peligro, y era que, prolongándose la situación, el equilibrio se rompiera permanentemente, y perdida la facultad de transformación, la identidad de Eduardo Hyde fuera la única que me perteneciese irrevocablemente.

Recordando yo que el efecto de la poción no había sido constantemente igual. Una vez, muy al principio de mi carrera experimental, falló totalmente. Después tuve que duplicar la dosis, y aunque llegó el caso de que la triplicara, con infinito peligro de perder la vida. Mis satisfacciones tenían, pues, una sombra. A la luz de aquel accidente matinal, comprendí que si en los primeros días toda la dificultad de la experiencia estribaba en despojarme del cuerpo de Jekyll, gradualmente, pero ya de una manera indiscutible, la dificultad había llegado a ser inversa. Y mi situación se reducía a una pérdida del dominio de mi yo original y más perfecto, y una incorporación en mi segunda personalidad, caracterizada por su imperfección y sus tendencias viciosas.

Yo tenía que hacer una elección decisiva. Mis dos naturalezas poseían una memoria común, pero las otras facultades se dividían en sus correspondientes personificaciones. Jekyll — ser compuesto — se proyectaba hacia el exterior, y ya fuera con aprehensiones, a con el ímpitu del deseo no contrariado, gustaba de acompañar a Hyde en sus placeres y aventuras; pero Hyde sentía la mayor indiferencia para Jekyll, y si lo recordaba era como el bandido montañés recuerda la cueva en donde se oculta a los ojos de sus perseguidores. En una palabra: Jekyll era más tierno que un padre; Hyde era más indiferente que un hijo. Echarme del todo en brazos de Jekyll, era renunciar para siempre a los apetitos que había satisfecho con ilimitada libertad. Convertirme en Hyde, era morir a los intereses y aspiraciones de mi parte espiritual, y convertirme definitivamente en un ser despreciable, absolutamente solitario en medio de los que habían sido mis semejantes. El dilema podría parecer demasiado sencillo; pero lo dominaban consideraciones muy especiales, aunque de otro orden, que no podían menos de alterar el peso de la balanza, pues mientras Jekyll perdería hasta la conciencia del bien vinculado en la persona de Jekyll. Por más que las circunstancias en que yo debatía la cuestión fueran de lo más extraño, la cuestión misma es tan vieja como el mundo. Siempre se levantan los mismos argumentos para decir al pecador que tiembla horrorizado; a mí me pasó lo que a la gran mayoría de mis semejantes; perdí la parte mejor de mi alma; la perdí después de haber pronunciado un voto en su favor, y sólo porque esa parte noble no tuvo fuerza para resistir los embates del mal.

Sí; me abracé a la suerte del viejo y decepcionado sabio, pues no renunciaba a las esperanzas que aún alimentaba, y a los amigos que eran el decoro de su vida; me despedí para siempre de la libertad, de la relativa juventud, del paso ligero, del pulso

PRETENSION

El pretendiente grande y atlético: — He venido a pedirle a usted la mano de su hija... ¿Tiene usted alguna objeción que hacer?

rápido, de los secretos placeres y de los instintos de Hyde. Tal vez mi elección contenía alguna reserva inconciente, pues no dejé la casa de Soho ni destruí la ropa del segundo la que había en el gabinete. Durante dos meses, sin embargo, me mantuve absolutamente fiel a mi determinación; durante dos meses llevé una vida de austeridad no igualada hasta entonces en el transcurso de mis días, y durante esos dos meses mi conciencia no cesó de dispensarme su aprobación y su aliento. Pero el tiempo fué borrando la impresión que había causado en mí el terror, y la voz de la conciencia se hizo demasiado familiar. Comencé a sufrir las torturas del deseo, y Hyde luchaba por emanciparse. Finalmente, una debilidad me vió de nuevo disolviendo los polvos y bebiendo la pócima transformadora

Yo no creo que cuando el alcohólico razona consigo mismo acerca de su inclinación viciosa, una sola vez entre quinientas le afecten los peligros a que lo conduce la embrutecedora insensibilidad física. Tampoco yo, por mucho que hubiese considerado mi situación, acerté a representarme la completa insensibilidad moral y la insensata propensión al mal que constituían los caracteres más salientes de Eduardo Hyde. En la falta hallé el castigo. El demonio había estado mucho tiempo dentro de la jaula, y salió de ella rugiendo. Desde el momento de beber la droga, tuve la conciencia clara de una acometida más furiosa de las potencias malignas. Tal vez a esto se debió la tempestuosa impaciencia con que escuché el correcto saludo y las razones corteses de mi víctima, el infortunado sir Danvers, o por lo menos declaro ante Dios que ningún hombre en su sano juicio habría sido capaz de cometer acto tan infame provocado por causa tan baladí, y que mis golpes llevaban el mismo grado de conciencia que acompaña a los movimientos del niño cuando rompe un juguete. Pero yo me había despojado voluntariamente de los instintos moderadores que permiten a los hombres más perversos caminar con cierta firmeza por una senda de peligros. En mi caso, la tentación equivalía literalmente a pecar.

El espíritu infernal se despertó en mí rabiosamente. Con un transporte de alegría descargué el bastón, y cada golpe resonaba deliciosamente dentro de mí. El cansancio físico me detuvo al cabo, y el delirio estaba en toda su plenitud, cuando sentí de pronto que el terror penetraba en mi pecho como una barrena, y que el frío llegaba hasta mis huesos. La niebla se disipó; me ví perdido y huí de aquel sitio, a la vez orgulloso y trémulo, pues había satisfecho el amor al mal por el mal mismo, y acababa de estimular en grado sumo una pasión dañina, en tanto que mi amor a la vida parecía amenazado en su fondo esencial. Corrí a la casa de Soho, y para dar seguridades a la misma seguridad, destruí cuantos papeles había en ella. Después salí a la calle, iluminada sólo por las luces del gas. Mi espíritu flotaba en un éxtasis, me recreaba en el crimen que acababa de cometer, y anticipaba la dicha de otros que cometería después. Con todo, sentía rondar en torno mío los pasos del vengador. Hyde había entonado una canción mientras preparaba la droga, y al beberla, brindó por el muerto en una celebración siniestra de su crimen; pero aún no habían terminado las convulsiones de la transformación, cuando Enrique Jekyll cayó de rodillas, derramando lágrimas abundantes que eran a la vez de gratitud y de remordimiento, tendiendo las manos para implorar la bondad divina. El velo de las complacencias se rasgó de arriba abajo, y me fué dado contemplar todo el curso de mi vida. Lo seguí desde los días de la infancia, cuando me guiaba y sostenía la mano virtuosa de mi padre; evoqué los afanes de mi vida profesional, y llegué por último, en una niebla de irrealidad, a los horrores de la noche que acababa de pasar. Contenía mis sollozos para no estallar, y me esforzaba por aquietar con preces y lágrimas las imágenes terribles que me aterrorizaban. El espectro de mis iniquidades se levantaba dentro de mí, y apagaba la voz con que imploraba al Ser Supremo. El remordimiento se fué calmando, y le sucedió un júbilo inmenso. El problema de mi conducta había

sido resuelto por sí mismo. Hyde se había hecho imposible; quisiéralo o no, mi individualidad quedaba circunscripta a la parte más noble de mi existencia. ¡Cuánto me regocijó este pensamiento! ¡Con qué humildad tan voluntaria acepté desde aquel instante las restricciones de la vida natural! En un acto sincero de renuncia, cerré la puerta por donde me escapaba hacia el mal, y arrojando la llave, puse sobre ella las botas con violencia.

Los diarios anunciaron que el matador había sido identificado, que el crimen de Hyde era patente y que la víctima había ocupado un puesto muy alto en la consideración de sus compatriotas. No se calificaba el hecho como una simple transgresión a la ley penal, sino como un acto de locura trágica. Creo recordar que estas noticias me produjeron una sensación muy dulce, y que dí gracias a Dios por haber puesto el patíbulo como impedimento a futuras desviaciones de la senda de mis impulsos generosos. Jekyll era mi refugio y mi salvación, pues si Hyde asomaba la cara, aunque fuera un instante, millares de manos se levantarían para aniquilarlo.

Formé la firme resolución de redimir mi pasado con actos de virtud, y debo decir honradamente, que no fué estéril aquel propósito. Usted mismo sabe cuántas obras de caridad practiqué en los últimos meses del año anterior; usted sabe que pasé los días por lo demás tranquilo, si no es que feliz en un olvido total de mí mismo, viviendo La vida de honradez y caridad no me pesaba, puedo decirlo hablando con toda lealtad, pues, por lo contrario, diariamente me parecía más fecunda en satisfacciones íntimas. Pero no se había alejado de mí la maldición de la dualidad, y pasados los primeros impulsos de la penitencia, el ser imperfecto, acostumbrado a no tener quien lo dominara, rugió para que se le dejara libre de sus recientes cadenas. No era que yo quisiese resucitar a Hyde. Pensar en esto habría sido para mí una tortura indecible. Quise sólo engañar a la conciencia, pero ya sin el artificio de la despersonalización. Caí al golpe de la tentación, pero caí como un simple pecador furtivo, como uno de tantos a quienes domina la tentación en un momento de fragilidad.

Todo tiene su término, y aún la medida más grande acaba por colmarse. La última de mis complacencias con el mal rompió definitivamente el equilibrio de mi alma. Y, sin embargo, yo no estaba alarmado, pues el pecado me parecía tan natural como en los tiempos anteriores a mi gran descubrimiento. Recuerdo que era un delicioso y claro día del mes de enero. Por las aceras y el arroyo corría el agua del deshielo; pero no había una sola nube que empañara

Si usted desea suscribirse, llene y remita la carta siguiente:

.....de 1926.

Señor administrador de "PUCKY"

Avenida de Mayo 662.

Buenos Aires.

Muy señor mío:

Adjunto un giro postal por $ 9.—m|n., de c|l. en pago de mi suscripción por un año a ese magazine.

.....

Con letra clara

Precios de Suscripción

Ciudad e Interior

3 meses . . . $ 2.50
6 „ . . . „ 4.—
1 año . . . „ 9.—

Nombre y apellido .....

Localidad .....

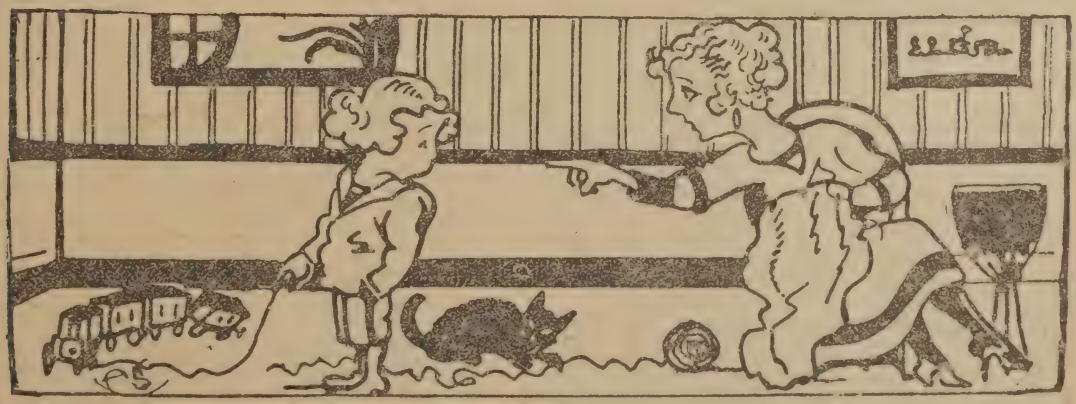
F. C. .....

la diafanidad purísima del espacio. "Regent' Park" estaba saturado, a la vez, de los susurros invernales y de los olores de una anticipada primavera. Yo tomaba el sol sentado en un banco. Dentro de mí, la bestia se deleitaba paladeando memorias de placeres; el espíritu se había adormecido, y si bien hablaba de una futura penitencia, guardaba una actitud indolente. Y dando un paso más, hacía comparaciones halagüeñas para mí. La benevolencia de mi carácter era capaz de movimentos activos, mientras otros muchos vivían en la cobarde crueldad del abandono. Justamente cuando me dominaba este pensamiento de vanagloria, empezó a temblarme todo el cuerpo, y a la vez experimenté la más terrible náusea. El ataque pasó, pero quedé tan débil que estuve a punto de perder el conocimiento. Cuando hubo pasado este desmayo, noté que mis pensamientos variaban de rumbo. Sentía no sé qué atrevimiento, no sé qué deseo de desafiar peligros, no sé qué disolución de los vínculos más sagrados de la obligación moral. Bajé la vista, y advertí que la ropa caía en pliegues sobre mis brazos y piernas, como si en vez de pantalón y levita, llevara un manto demasiado grande para las dimensiones de mi cuerpo. La mano que descansaba sobre una rodilla era nerviosa y veluda. En una palabra: Eduardo Hyde estaba sobre el banco del parque donde se había sentado Enrique Jekyll. Minutos antes había llegado un caballero rico, respetable, amado de todos los que le conocían, el mismo que congregaba en su casa a numerosos amigos, discretos y graves; pero he ahí que, en vez de aquel sujeto distinguido, estaba en el banco un hombre de la más baja extracción, un paria, un prófugo, un asesino a quien aguardaba la horca.

Mi razón se ofuscaba, pero falló enteramente. Más de una vez he observado que las facultades de mi segundo yo eran más agudas y de mayor elasticidad. En una situación desesperada como aquella, Jekyll habría sucumbido, pero Hyde encontró recursos que le permitieron salir de ella airosamente. La droga estaba en uno de los armarios del gabinete. ¿Cómo llegar hasta ese sitio, o como obtener las substancias? Tal era el problema que intenté resolver, con la cabeza apoyada en las palmas de las manos. Yo mismo había cerrado la puerta baja del laboratorio, y si intentaba entrar por la casa del doctor Jekyll, mis propios criados me pondrían en manos de la autoridad. Había que emplear a una tercera persona. Esa tercera persona era Lanyon. Pero ¿cómo llegar hasta él y cómo persuadirlo? Suponiendo que no se me detuviese en la calle, ¿cómo presentármele? Y llegando hasta el caso extremo de que un desconocido, de aspecto repelente, hablase con Lanyon, ¿iba éste a forzar la puerta del estudio de su colega Jekyll? Recordé entonces que conservaba una cosa de mi yo original: podía escribir como Jekyll. A la luz instantánea de este relámpago, se iluminó toda mi senda.

"Arreglé mi ropa lo mejor que pude, y llamando un simón que pasaba, me dirigí a cierto hotel de la calle Portland, cuyo nombre recordaba por casualidad. Al verme, el cochero no pudo disimular la risa, pues por trágica que fuera la consecuencia de vestir aquella ropa, su efecto inmediato era altamente cómico. Yo le mostré los dientes con furor satánico, y la risa desapareció de sus labios, felizmente para él, y más felizmente aún para mí, pues no faltó sino el espacio de un segundo para que lo tomara por el cuello y lo bajara de su asien-

¡Oh, las mujeres!



La mamá: — Has sido muy malo todo el día, Pipiolo, y se lo diré a papá.
Pipiolo: — ¡Así son ustedes, las mujeres! ¡Incapaces de guardar un secreto!

to. Cuando entré en la posada, todos temblaron a mi vista, pues la mirada sombría que dirigí en derredor ha de haber llevado consigo una fuerza especial. No se miraron unos a otros, y ejecutaron mis órdenes con la mayor humildad. Fuí conducido a una habitación, y se me dió recado de escribir. No conocía yo a Hyde en peligro de muerte. Vibraba de cólera, sentía movimientos homicidas, quería infligir males. Sin embargo, procedía con astucia refinada, y sabía dominar sus impulsos frenéticos con un gran esfuerzo de la voluntad. Redactó las dos cartas: una para Lanyon y otra para Poole, y deseando tener la prueba de que eran enviadas, ordenó que se le trajesen los recibos de la certificación.

"Despusé de esto, pasó el día en aquella habitación, calentándose en la chimenea y mordiéndose las uñas. Allí se le sirvió de comer por un camarero que temblaba al verlo. Entrada la noche, pidió un simón cerrado y recorrió las calles de la ciudad en un paseo sin rumbo fijo. Hablo de él; no hablo de mí. Yo no era aquel hombre, o, más bien, aquel ente infernal en el que no había una sola partícula de humanidad. Todo su ser estaba compuesto de dos elementos: odio y miedo. Pasado algún tiempo, y cuando creyó que el cochero empezaba a abrigar sospechas, se aventuró en la corriente de los noctámbulos que observaban su extraña catadura. Su alma se agitaba por la tempestad de las dos pasiones esenciales que constituían aquel monstruo: odio y miedo. Apresuraba el paso, perseguido por el terror, hablando consigo mismo, escapándose por las calles más solitarias, contando los minutos que faltaban para la media noche. Una mujer le habló, ofreciéndole, a lo que creo, una caja de fósforos. La abofeteó en la cara, y la mujer huyó.

Cuando recuperé la personalidad en la casa de Lanyon, la repulsión de mi viejo colega me afectó tal vez, — yo no lo recuerdo. — Aquella impresión no era en todo caso sino una gota de agua comparada con el océano de horrores que experiment; durante las horas de aquel día. Un cambio se había operado en mí. Ya no temía a horca, sin ser Hyde. Esto me horrorizaba y me atormentaba. La execración de Lanyon llegó a mí como impresión de un sueño, y el trayecto que seguí hasta mi casa, y lo que hice hasta verme nuevamente en mi cama, fueron las impresiones y los actos de un sonámbulo. Estaba tan rendido por la fatiga de las emociones de aquel día infernal, que me dormí profundamente, al grado de no despertarme las pesadillas que tuve varias veces. A la mañana siguiente estaba quebrantado y debilitado, pero con una gran sensación de reposo. Odiaba y temía cuanto se relacionaba con la bestia oculta dentro de mí, y no olvidaba los peligros enloquecedores de la víspera. Pero ya estaba en mi casa y cerca de las drogas que necesitaba para la transformación. Era tan viva mi alegría al pensar en el peligro conjurado, que casi lucía esa alegría como si fuera un lampo de esperanza.

Paseaba en el patio después del almuerzo, aspirando con placer el aire tónico de la mañana, cuando advertí las indescriptibles sensaciones premonitorias de la transformación. Apenas tuve tiempo para llegar a mi gabinete, pues no bien traspasé el umbral de la puerta del anfiteatro, todo mi cuerpo era recorrido por las cálidas corrientes de furor y por la paralizante depresión del miedo que formaban las dos actividades anímicas de Hyde. Hube de emplear dosis duplicada para volver en mí o a mí. Pero ¡ay! seis horas después, mirando con melancolía las llamas de la chimenea, volvieron los tráfagos y tuve que tomar nueva dosis. En una palabra, desde aquel día fué neecsario emplear una gimnasia formidable de la voluntad y apelar continuamente a la droga para conservar la personalidad de Jekyll, o para recuperarla. A cualquier hora del día o de la noche podía verme acometido por el estremecimiento de la transformación. No dormía, ni aún dormitaba siquiera en mi sillón, sin que despertara Hyde. Bajo la fuerza de esta maldición, que no se apartaba de mí, y debilitado por el insomnio a que me condenó voluntariamente, traspasando límites que me condené voluntariamente, traspasando límites que hubiera considerado imposibles, mi personalidad quedó condenada a vivir en un cuerpo consumido por la fiebre, y a ser un espíritu debilitado por la angustia; una personalidad absolutamente concentrada en el horror a su otro yo. Pero cuando el sueño me vencía, o cuando en la vigilia acababa la virtud medicinal de las drogas, me levantaba sin transición, pues cada día las convulsiones de la transformación fueron menos marcadas, y el campo de la fantasía se poblaba de imágines terroríficas; mi alma hervía de odio y el cuerpo no parecía suficientemente vigoroso para contener la furioso energía de la vida. Mientras más se debilitaba Jekyll, más potente despertaba Hyde. El odio que uno y otro se tenían era igual por ambas partes. Para Jekyll ese odio formaba parte de su instinto vital, pues había medido la deformidad del ser que compartía con él una zona de los fenómenos de la conciencia, y que era su coheredero hasta la muerte; pero aparte de estos vínculos de comunidad, causa en sí mismos dolor y miseria, pensaba en Hyde, no sólo como en la criatura infernal, sino como en una creación inorgánica. Lo más desalentador para Jekyll era que el barrio diese alaridos, que gesticulase el polvo morfo, que fuese capaz de pecado lo que estaba muerto, y que lo caótico usurpase los privilegios de la vida de Jekyll: era su cónyuge inseparable; más aún: constituía uno de sus órganos; todavía más: parecía un flúido que le recorría las carnes y que la víctima sentía antes de que se incorporase en una personificación determinada. Esa fuerza que se actualizaba aún en la confianza del sueño, prevalecía contra él y lo arrojaba de la vida. En cambio, el odio de Hyde para Jekyll era de otra naturaleza. El terror a la horca lo llevaba continuamente hasta el suicidio tem-

UN CLIENTE EXTRAORDINARIO

—Una taza de te solo, clarito, y un poco de pan tostado.

poral, y volvía a reintegrase a su condición subordinada como parte y no como persona; pero maldecía de esa necesidad, abominaba del desaliento en que había caído Jekyll, guardaba rencor por la repugnancia de que era objeto a los ojos de Jekyll. De ahí las simiescas burlas con que me hostigaba, como aquella de escribir, por mi propia mano, blasfemias en el margen de los libros piadosos; de allí que rompiese cartas y que llegase en su maldad hasta destruir el retrato de mi padre. Creo que, a no ser por el miedo a la muerte, habría consumado un suicidio, sólo para arrastrar a Jekill en su propia ruina. Pero Hyde ama la vida con pasión, ama tanto, que yo mismo, odiándole como nadie puede odiarle, no puedo menos que sentir compasión, pues comprendo su dolor cuando piensa que está en mis manos acabar con él si me suicido. Es inútil que continúe esta descripción, y por otra parte, me falta tiempo para ello. Baste decir que nadie ha sufrido las torturas de que soy víctima. El hábito no las ha aminorado, pues su único efecto ha sido producir el embotamiento del alma y la aquiescencia de la desesperación. Este castigo habría continuado durante largos años, a no ser por la última calamidad, cuya consecuencia ha sido la pérdida definitiva de mi rostro y de mi naturaleza. La sal, de la que no hice nueva provisión desde la fecha de mi primer experimento, estaba ya agotándose. Pedí cierta cantidad de substancia. Se me trajo, e hice la mezcla. Hubo un cambio de coloración, el primero, pero no se produjo el otro. Bebí la droga, y el resultado fué negativo. Usted sabrá por Poole que se buscó en todos los establecimientos químicos de Londres, y que fueron vanos. Tengo el convencimiento de que la primera cantidad de polvos de que yo dispuse no tenía toda la pureza con que se obtiene la substancia por los industriales, y que precisamente esa falta de pureza le dió eficacia.

Ha transcurrido una semana, y llego a las postreras líneas de esta confesión, bajo la influencia de la última porción de los antiguos polvos. A menos que se produzca un milagro, ésta será la última vez que Enrique Jekyll piense con su propia cabeza, y vea su imagen reflejada en el espejo, — una imagen profundamente alterada por el sufrimiento. — Debo apresurarme para terminar, pues si hasta hoy no ha sido arrojado al fuego este manuscrito, ello se debe únicamente a la más rara combinación de la prudencia con la buena suerte. Si la metamorfosis se efctúa mientras yo escriba, Hyde no dejará un solo fragmento de esta confesión. Pero si logro terminar, y si deposito este pliego en la mesa, pasado algún tiempo, el extraordinario egoísmo de Hyde y la cautela con que obra librarán, tal vez, mis papeles de su furor simiesco. Por lo demás, la certidumbre del castigo que se cierne sobre los dos, ha obrado en él bajo una forma de aplanamiento. Antes de que transcurra media hora, cuando yo me haya reencarnado de nuevo, y ya definitivamente, en la odiosa personalidad que es mi tormento, me sentaré a temblar y a llorar, o seguiré, angustiado y anhelante, el eterno paseo de mi expectación en este gabinete, último refugio que me queda sobre la tierra. Cada ruido que oiga será una amenaza. ¿Morirá Hyde en el patíbulo, o tendrá el valor suficiente para libertarse por sí mismo del suplicio? Dios lo sabe, y a mí no me interesa lo que haga ese hombre. Ha llegado la hora de mi muerte; lo que pase después, incumbe a otro, no a mí. Dejo la pluma, y sello esta confesión. Con ella acaba la existencia del desdichado Enrique Jekyll.

ROBERT LOUIS STEVENSON.

UNA DONANTE ALGO EXIGENTE

—¿Qué pruebas me da usted de que lleva veinticuatro horas sin comer? Pruébelo usted, y le daré cincuenta centavos.

LA FRASEOLOGIA DEL MÉDICO

El doctor Tijereta: — ¡Pronto; háblale por teléfono al tachero! ¡Esto caño tiene hemorragia!

AMARO MONTE CUDINE

EL MEJOR DE LOS APERITIVOS

FABRICANTES

Gerónimo Bonomi e hijos

BELGRANO 2280

BUENOS AIRES

Notable: LOS VERDES OJOS DE BAST

BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

Viernes
Abril 23
de 1926

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO IV. PUBLICACION SEMANAL No. 134

Esta escena corresponde a la novela corta titulada:

El misterio de la plaza Washington

por CHARLES SOMERVILLE

que se publicará completa en este número.

EXIGENCIAS JUVENILES

La nena: — Mamá: voy a casarme con Pepe Pito.
La mamá:—Creí que querías casarte con Alberto Mate.
La nena: — ¡Oh! ¡Es tan joven!

El misterio de la plaza Wáshington

Una extraordinaria narración policial de interés asombroso.

Los verdes ojos de Bast

Nuevos capítulos de la gran novela misteriosa e intrigadora del famoso escritor Sax Rohmer.

Surcouf

Continuación de la novela de piraterías y combates en la época napoleónica.

Hay avisos que engañan

Nota cómica en colores.

La oración fúnebre del señor Kube

Divertido artículo humorístico.

Antes y ahora

Historieta cómica de un gran dibujante inglés.

Las fantasías en colores

Nota humorística en colores.

El cobarde

Muy interesante cuento de imprevisto final. — Con ilustraciones en colores.

Bonbons fins

Chascarrillos y chistes de todas clases reunidos por "Pucky" para sus lectores.

Para lucir el anillo

Comentario humorístico en colores.

Papá compra un baño plegadizo

Sucedido gracioso presentado en forma de historieta.

Cocina francesa

Un artículo muy atrayente y además muy verídico por cierto.

El negro Curimba y el perro ladrador

Modelo en colores para que lo armen los grandes y divierta a los chicos.

El título de propiedad

Novela norteamericana de Edward Eggleston que se publica completa en este número.

Los temblorosos dedos de la señora van Alstyne buscaron tanteando en la pared la llave de la luz y la movieron... Sus ojos grandes y grises vieron con horror lo que pasaba. ("El misterio de la plaza Wáshington".)

UN NOVISIMO RELATO POLICIAL

EL MISTERIO DE LA PLAZA WASHINGTON

Por CHARLES SOMERVILLE

(Traducción del inglés para "Pucky")

Esta extensa y completa narración de cómo fué cometido un crimen, es de las que interesan al lector desde el primer momento y le tienen subyugado desde la primera página hasta la última.

UNA hora después de media noche, el día veintitrés de mayo de 19..., John Stuyvesant van Alstyne, famoso abogado, diplomático, literato, neoyorquino de pura raza, descendiente de los colonizadores holandeses que fueron los primeros en poner el pie donde se alza hoy la gigantesca metrópoli, fué asesinado en la biblioteca de su casa de arquitectura colonial, en la plaza Wáshington.

Algunos segundos antes del momento en que el asesinato fué cometido, la esposa del asesinado, en su dormitorio directamente sobre la biblioteca, despertó. No fué despertada por ningún rumor o ruido. Pero, aún en sueños, su mente había sido conmovida por algo desacostumbrado, tal vez por la realización repentina de la rotura abrupta de un vínculo familiar. Sentóse en la cama, perpleja, pestañeando en la oscuridad.

En el mismo momento oyó el disparo que mató a su esposo. Era una noche quieta, de perfecta calma; las ventanas del dormitorio se hallaban abiertas y el eco del disparo de la pistola, sonando en la plaza daba la impresión de que el tiro hubiera sonado en el parque mismo. Pero esta primera impresión de la señora van Alstyne fué corregida de inmediato por el rumor de vidrios que caen y se rompen, sonando en la biblioteca de su mansión. El rumor llegó a sus oídos amortiguado por las gruesas paredes y techo de la vieja mansión solariega, pero, así y todo, definido, claro. Luego, el sordo rumor de un cuerpo pesado que cae.

La señora van Alstyne se apoderó de la cadena de luz, que reposaba sobre la almohada de su lecho, apretó el botón y la habitación se inundó de luz. Y vió lo que esperaba: el lecho de su esposo, junto al suyo, vacío. Arrojóse de la cama, pintado en su rostro el temor de algo que no se atrevía a suponer verdad, pósose un peinador que se abrochó rápidamente y salió. En el descanso de la amplia escalera tocó un botón en la pared y el hall se inundó de luz.

Observó que Felton, el mayordomo, en zapatillas, mangas de camisa y chaleco negro y amarillo de su librea, que se hallaba ya allí. Junto a ella, llegando en silencio, repentinamente, apareció Ornsby, el segundo criado.

—¿Oyó usted... el disparo? — preguntó ella.

—Sí, señora. Yo no me había acostado aún. Estaba abajo, fumando un cigarrillo, cuando...

La señora van Alstyne no dejó terminar al criado; cruzó el hall resueltamente, dirigiéndose a la puerta de la biblioteca, y...

—¡John! — llamó. — ¡John! ¿Qué ha sucedido?

Abrió la puerta violentamente, mirando dentro, a la oscuridad. Grandes cortinas de seda color gris oscuro caían sobre las ventanas, cerrado el paso por completo a la luz que podría haber venido de la plaza. La biblioteca se hallaba por completo en la oscuridad.

—Soy yo, mamá.

La voz que respondió a la señora van Alstyne fué la de su hijo John van Alstyne, de diez y ocho años de edad, cuyo timbre de hombría había vuelto, por un momento, a la inseguridad de la infancia.

SURCOUF Lea la continuación de esta novela sensacional en la página 27 de este número.

—He tropezado con algo en la oscuridad. ¡Uh...!

La mano temblorosa de la señora van Alstyne tanteó, a lo largo de las paredes, en busca del botón de la luz; lo hallaron y lo apretaron. Se volvió para mirar y su cuerpo alto y aristocrático se apoyó contra la pared; sus grandes y expresivos ojos grises se abrieron desmesuradamente, abarcando todo el horror del espectáculo.

Felton, el mayordomo, desde la puerta murmuró, en voz baja:

—¡Dios bendito!

Una de las mucamas del grupo de sirvientes que se agolpaban a la puerta, lanzó un agudo chillido y huyó, escaleras arriba gritando, a medida que huía.

Van Alstyne, el padre, yacía cuan largo era, en el piso, boca abajo. Cubría su alto y fornido cuerpo una bata de vestir, de seda, a cuadros blancos y marrones. Sus pies, embutidos en zapatilas de fieltro, se hallaban casi tocando una pequeña caja de caudales, cuadrada y resistente que se hallaba contra la pared, con su puerta abierta así como todos sus compartimentos y cajones. Estos últimos se hallaban colocados, cuidadosamente, uno junto al otro en el piso; pero, junto a ellos, había una cantidad de papeles y documentos en completa confusión.

La cabeza de corto y sedoso cabello blanco del famoso abogado, yacía reposando sobre el brazo izquierdo contraído. La manga remangada de la bata de vestir y del pyjama de seda blanca dejaban ver la muñeca, sobre la cual caían mechones de cabello blanco vívidamente teñidos de rojo. La mano se hallaba cerrada con fuerza. El brazo derecho se hallaba extendido, casi en ángulo recto con el cuerpo, y la mano sostenía una pistola automática, que señalaba en dirección a la mesa de la biblioteca.

La pantalla de cristal, verde por fuera y blanca por dentro, de una lámpara de pie de bronce, había saltado hecha añicos. A lo lejos, junto a la pared, el vidrio de la puerta de una biblioteca había saltado también, roto, y la bala había entrado por el lomo de un libro encuadernado en cuero marroquí rojo oscuro.

Van Alstyne, hijo, de cuerpo alto, esbelto, de rostro agraciado, juvenil, de ojos azules, mirada, muy pálido y horrorizado, la figura de su padre tendida sobre el piso. Un sombrero negro, blando, echado sobre la nuca, cubría a medias su cabeza. Un verdadero desórden de cabello negro ensortijado le cubría la frente pálida. Sobre la pechera de seda plegada que dejaban ver su chaleco blanco y su smocking, aparecía una ancha mancha roja. Extendió la mano, temblorosa, buscando la mesa para apoyarse en ella, y entonces se pudo ver que sus dedos se hallaban enrojecidos. Un sobretodo liviano, de viaje, se hallaba, a alguons metros de distancia, en el suelo.

Entre él y su padre, en el suelo, un viejo sable de caballería, cuya hoja brillante estaba manchada de sangre desde la mitad hasta la empuñadura. Cerca de ella, la vaina.

El muchacho, renunciando, aparentemente al apoyo buscado, se apartó de la mesa, revelando entonces algo que su cuerpo había ocultado. Sobre la mesa, se hallaba una cajita de acero, recubierta de cuero repujado, abierta, y junto a ella infinidad de papeles en desórden.

Felton avanzó un paso, vacilante; pero sus ojos, fijos en el joven John van Alstyne, brillaban con inusitado vigor.

—¡Por Dios, señorito Jack! ¿Qué ha hecho usted? — preguntó.

El muchacho pareció no haberlo oído. Por el contrario, avanzó rápidamente, se arrodilló junto al cuerpo de su padre, y levantó cuidadosamente la ensangrentada cabeza, colocando la suya propia muy cerca.

—¡Papá! — murmuró, muy despacio. Luego, más fuerte: — ¡Papá! ¡Háblame, papá!

En la pausa que hizo, esperando respuesta, la señora van Alstyne avanzó rápidamente en dirección a su esposo y a su hijo. Pero el muchacho levantó la cabeza, diciendo:

—¡Mamá! ¡No respira! ¡Está... está muerto!

—¿Cómo?... ¿Cómo ha podido suceder una cosa así, señorito Jack? — persistió el criado.

John van Alstyne se puso en pie, fijando su estupefacta mirada en el mayordomo.

—¿Cómo ha podido suceder?

El cuerpo del muchacho se estremeció.

—¿Supone usted que yo lo sé, acaso? Tropecé con su cuerpo en la oscuridad. Yo había entrado recién por la ventana...

—¿Por la ventana? — preguntó la madre, sorprendida.

Asintió el muchacho con la cabeza, pero no ofreció otra explicación. Se lo impidió el sonido de la campanilla de la puerta de calle, llamando imperiosa, prolongadamente. El mayordomo, apartando impacientemente a los otros sirvientes, respondió al llamado. Al regresar venía acompañado del "policeman" Jerry O'Mara. El veterano agente, de cabellos y bigote blanco, de rostro rojo, respiraba apresuradamente, como fatigado por un esfuerzo.

—Oí el disparo cuando estaba cerca, — dijo, — al otro extremo de mi parada... ¿Qué es?...

Vió entonces el cuerpo. Avanzó unos pasos, se inclinó, mirando en silencio. Luego se alzó, retrocedió dos pasos, se quitó la gorra y murmuró:

—¡Dios nos asista! ¡Es el señor van Alstyne en persona!

O'Mara permaneció inmóvil durante unos segundos, estupefacto de que el asesinato de un personaje de tal importancia hubiera acontecido en su distrito; y, por otro lado, genuinamente impresionado. Conocía al aristócrata, al diplomático, al abogado, al literato, desde hacía muchos años. Recordó, repentinamente, al muchacho de la plaza Wáshington que acostumbraba a escaparse de sus tutores para confraternizar con los pilluelos de las casas de vecindad de Greenwich Village, y que había conseguido, con la fácil democracia del hijo de pura raza, ser admitido como perfecto miembro de "la comandita". Muchas fueron las no-

En este número publica "Pucky", además de todo su interesante material:

OTRA NOVELA COMPLETA

Es una famosa obra de un notable autor estadounidense, la producción más popular de la literatura de su época en su país.

Se denomina:

EL TITULO DE PROPIEDAD

por Edward Eggleston

Esta obra, es digna de ser leida por todos pues tiene muchos atractivos; es de esperar que los favorecedores de este magazine la encuentren muy interesante, "Pucky" la publica completa.

Comienza en la página 51 de este número

ches en que, al llegar a su casa, el abogado y diplomático de mundial renombre no había vacilado en permanecer hasta horas enteras charlando, en la plaza o a la puerta de su casa, con el policeman, recordando los viejos tiempos de la "comandita" y sus más famosas travesuras y escapadas.

Pero, un momento depués, el policeman recordó su deber. Miró en redor suyo buscando un teléfono. Lo vió sobre una de las bibliotecas; avanzó en dirección a él pero se detuvo, y, junto con los demás, miró sorprendido en dirección a la ventana. Esta se había abierto bruscamente, apareciendo en ella un hombre alto, bien vestido, de cabello rojo y de rasgos salientes.

O'Mara se irguió, saludando.

—Buuenas noches, capitán Belcher.

Belcher respondió con un movimiento de cabeza. Sus ojos de color gris verdoso apreciaron rápidamente todos y cada uno de los detalles del elegante salón, elocuente en sus muebles, sus libros, sus estatuas, sus curiosidades y pintura, del carácter afluente y culto de su propietario, muerto en el suelo.

Belcher saludó con la cabeza, cortésmente, en dirección a la señora van Alstyne.

—Espero no haberla asustado, señora, entrando por la ventana. Pero no quise demorarme, esperando a la puerta. Es siempre importante llegar al teatro de un suceso como este, tan pronto como sea posible.

Lanzó una rápida mirada, inquisidora, a O'Mara y al mayordomo.

—Supongo que no se ha tomado ni movido nada, ¿no?

Iban los interrogados a responder, cuando el otro criado, Ornsby, avanzó, levantó del suelo el sobretodo del joven van Alstyne, aparentemente obedeciendo a su instinto de buen servidor, y comenzó a sacudirlo y tratar de desarrugarlo, preparándose a doblarlo, se detuvo indeciso, al oir las palabras del capitná Belcher.

—¡Póngase otra vez en aquella puerta! — ordenó el detective. — ¡Deje las cosas quietas! ¡Todo absolutamente quieto!

Mantuvo el sobretodo un momento en sus manos, y luego lo dejó caer al suelo de nuevo, en el mismo sitio en que había estado y se arrodilló para arreglarlo en un desorden similar a aquel en que haba estado. Ornsby volvió al grupo de sirvientes que se hallaban aún, inmóviles e interesadísimos, agrupados a la puerta.

Luego, evitando el lago de sangre en el piso y la espada, el capitán Belcher se dirigió al teléfono, llamndo al departamento central de policía.

—Oficina de investigaciones. Habla el capitán Belcher. ¿Es usted, jefe? Asesinato... John Stuyvesant van Alstyne. Parece que encontró un ladrón forzándole el arca! Tiró contra el ladrón, pero no dió en el blanco. El ladrón tomó un viejo sable de la pared, sobre la caja, y con él le abrió el cráneo. Eso es todo lo que sé. Estaba dirigiendo un raid contra un salón de juego, del otro lado de la plaza. Sí; en el barrio de los tanos. Cruzaba la plaza en camino a casa cuando oí el disparo. Ví que se encendían las luces en la casa van Alstyne y vine. ¿Quiere que me haga cargo? Bien. Encontré al policeman O'Mara en el lugar del suceso cuando llegué. ¿Notificar a quién? ¿Redburn? ¡Oh, sí! Vive aquí cerca.

Belcher colgó el receptor.

Los labios de la señora van Alstyne, sentada erecta en el sillón, se movieron con alguna dificultad.

—Me agradaría que se enviara a buscar al señor Redburn. El y el señor van Alstyne son... — se interrumpió, mirando al cadáver, y corrigió: — eran muy amigos.

—Ciertamente, señora, — respondió Belcher. — Sea como sea, se le enviará a buscar. Es él quien dirige las investigaciones en casos de... en casos como el presente, en representación de la oficina del fiscal del idstrito; O'Mara: busque el número de la casa del señor Redburn y dígale lo que pasa.

Pero aquel paso fué innecesario, porqué la campanilla de la puerta volvió a sonar y cuando el criado que atendió el llamado regresó venía seguido del ayudante del fiscal del distrito, Dr. James Redburn. El ascensorista de la casa de departamentos en que el Dr. Redburn vivía le había puesto al corriente de que algo raro ocurría en la casa de los van Alstyne.

Redburn, nacido en el sur de los Estados Unidos, de treinta y cinco años de edad habíase ganado, ya entonces, una reputación envidiable. Se le consideraba, con el beneplácito general, úno de los más brillantes fiscales que Nueva York haya tenido.

Alto, delgado, de cabellos negros y rostro moreno en el cual se marcaban definitivamente las líneas, cada una de las cuales revelaba carácter, individualidad e inteligencia, poseía, por contraste, unos modales, una mirada y una sonrisa de inusitada suavidad. Pero, en ocasiones, como muchos acusados en procesos criminales habían, para su mal, descubierto, esta suavidad podía desaparecer por completo; y bajo la intensa ferocidad de sus inteligentes interrogatorios, muchos habían sido los testigos deshonestos y los criminales que habían tenido que deponer su actitud de propia satisfacción y orgullo para ante lo que suponían un "abogado fácil", para salir de la plataforma de los testigos completamente vencidos y deshechos.

Redburn se detuvo, asombrado y horrorizado, al ver el cuerpo de su amigo. Luego vió a la señora van Alstyne y a su hijo, y avanzó hacia ellos rápidamente.

—No hay nada reconfortante que úno pueda decir en una situación como esta, señora van Alstyne, — dijo. — Pero yo me voy a hacer cargo de esto en seguida y le aseguro que haré todo lo que esté en mi poder para que caiga sobre el asesino todo el peso de la justicia.

Extendió su mano en dirección a John van Alstyne; pero sus ojos se fijaron, al mismo tiempo que los del muchacho, en los dedos ensangrentados de éste.

—Jack, muchacho mío, no... Pero tal vez será mejor que no digas...

—¡Oh! Usted sabe cómo amaba yo a mi padre, señor Redburn, — protestó el muchacho.

Redburn lanzó al muchacho una mirada rápida, investigadora, y luego se dirigió al sillón de hamaca que se hallaba del otro lado de la habitación, desde donde durante algunos minutos, estudió, en silencio, deliberadamente, los rostros de todas las personas congregadas allí.

—Nadie se retirará de aquí sin mi permiso, — dijo. — Ahora, ¿quién fué el que descubrió el cuerpo del señor van Alstyne?... ¿Quién fué el que descubrió el asesinato?

Felton se apresuró a responder.

—El señorito Jack, aquí, señor.

—¿Es eso así? — preguntó Redburn, dirigiéndose a Jack.

—Sí, señor. Tropecé con el cuerpo en la oscuridad.

—¿Qué lo movió a usted entrar en la biblioteca? — tornó a preguntar el ayudante del fiscal, cambiando radicalmente el tratamiento que daba al muchacho. — ¿Oyó usted un disparo?

—No, señor. Es decir, oí el disparo, pero, en aquel momento, pensé que era una goma de automóvil que explotaba. Acababa de dejar a unos amigos en un automóvil en la esquina de la Quinta Avenida, y entré a casa por la ventana.

—¿Por la ventana? — repitió, preguntando, Redburn, sin manifestar la más mínima sorpresa.

—Sí, señor.

—¿Pero no estaba la ventana cerrada a esa hora, la una de la mañana?

—¿Me permite, señor? — intervino Felton.

—Sí, si tiene algo que ver con la ventana.

—Sí, señor. No me gusta llamar la atención, ni me agrada interrumpir. Pero en un caso tan terrible como éste, supongo que es necesario decir todo. Siento gran cariño por el señorito Jack...

—No importa cuánto cariño sienta o deje de sentir usted por el señorito Jack, — interrumpió secamente Redburn. — ¿Qué es?

El joven van Alstyne lanzó una rápida, encolerizada mirada a Felton. Pero los ojos pequeños, negros, del mayordomo, sólo brillaban con ese brillo falto de expresión tan común en los hombres de su profesión. Rosetas de color, sin embargo, aparecieron en sus carrillos que, de otro modo, eran continuamente amarillos, gordezuelos. Pasóse rápidamente la lengua por los labios colocados debajo de una anriz en punta, vuelta levemente hacia arriba. Redburn lo observó detenidamente. Era evidente que aquel se contenía a duras penas bajo una gran nerviosidad. ¿Era aquella solamente la de un sirviente conmovido por lo sensacional del suceso intentando aprovecharse de esa oportunidad para llamar sobre sí la atención de los demás para jugar un papel importante, cuando el requisito principal de su profesión es moverse en el fondo de las cosas sin ser notado? ¿O es que se sentía genuinamente dolido del trágico fin de su amo y, simplemente, trataba de ayudar, sincera, honestamente?

—El señorito Jack... — comenzó a decir Felton, pero Jack lo interrumpió.

—Creo que sé lo que Felton quiere decir, señor Redburn, — dijo John van Alstyne. — Es sobre la forma en que he regresado a casa esta noche.

—El señorito Jack me pidió que dejara la ventana abierta para él poder entrar esta noche, — dijo el mayordomo, incisivamente.

—Quiere decir que yo le dí un dólar para que lo hiciera así. Mi padre hacía tiempo que estaba disgustado conmigo, señor Redburn, por la hora en que regresaba yo a casa, de noche. Esta mañana me quitó la llave, y me advirtió que debía regresar a las once. Pero yo me iba a encontrar con algunos otros muchachos, y sabía que iba a regresar tarde. Sabía que sería más tarde de las once. No quería llamar con el timbre, porque sabía que eso podría despertar a papá, en cuyo caso habría una escena. Así que le pedí a Félton que me dejara esa ventana sin el pasador, — señaló aquélla por la cual había entrado el capitán Belcher, — esperando poder llegar así a mi cuarto sin que papá me oyera.

—¿Era eso lo que iba usted a decir? — preguntó Redburn al mayordomo.

—Sí, señor. Pero, naturalmente, yo creí que...

—No importa por ahora lo que usted crea, respondió Redburn, bondadosamente, pero con firmeza. Volviéndose a John van Alstyne, continuó:

—Deseo que me relate usted exactamente todos sus movimientos esta noche.

El muchacho vaciló, indicó la presencia de su madre con un gesto de cabeza, diciendo:

—Yo... preferiría...

—Es necesario que hable usted, Jack. Naturalmente, le advierto que cualquier cosa que usted diga podría ser empleada en contra suya y que, también, tiene usted el derecho de rehusarse a responder. Pero mi consejo, hijo mío, es que usted me responda francamente.

—Sí, señor. Cené en casa y después fuí al teatro con algunos amigos. Le puedo dar a usted los nombres de todos ellos. Luego fuimos a cenar al Regal.

—¿Regresó usted a casa directamente de Regal?

—No.

—¿Dónde estuvo usted mientras tanto?

El joven van Alstyne se echó para atrás los rulos que le habían caído sobre la frente, frunció el ceño, luego echó los hombros para atrás, y dijo:

—En lo de Breen.

—¿La casa de juego?

—Sí.

—¿Jugó usted?

—Ruleta.

—¿Ganó o perdió?

—Perdí.

—¿Mucho?

—No tenía mucho dinero, señor, pero... pero... firmé un pagaré.

—¿Por cuánto?

—Trescientos dólares, señor.

—¿Ha estado usted yendo a lo de Breen antes de esto?

—Este... Sí, señor Redburn; bastantes veces.

—¿Ha perdido siempre?

—Sí.

—¿Tiene Breen algún otro de sus pagarés?

—Sí.

—¿Cuánto le debe usted?

—Cerca de unos mil dólares, señor Redburn.

—Sabía que yo había ido alguna vez a lo de Breen. Un amigo del club me vió allí y se lo dijo. Pero él no sabía que yo hubiera firmado nada.

En este punto Felton avanzó un paso, levantó su pesado rostro como si fuera a hablar, luego pareció considerarlo y volvió a dar dos pasos atrás.

—¿Y bien? — preguntó Redburn. — ¿Iba usted a decir algo?

—Este... preferiría no hacerlo, señor.

—No es cosa de elección en un asunto de esta naturaleza. Si usted conoce algo que pueda arrojar nueva luz sobre este crimen, es deber suyo hablar.

—Sí, señor; eso es lo que me ha estado diciendo mi conciencia, señor Redburn. Pero decir algo que pueda serle perjudicial al señorito Jack...

—Eso nada tiene que ver con el asunto. Estamos perdiendo tiempo. ¿Qué es lo que iba usted a decir?

Felton tosió; apartó su mirada de los ojos del joven van Alstyne y de la madre de éste, y los fijó en las enérgicas facciones del fiscal del distrito.

—Bueno, señor... mucho me temo que el señorito y el señor tuvieron un altercado... un altercado bastante violento, esta mañana, señor. Fué en la mesa, durante el desayuno. El señor dijo que tenía la intención de cortarle al señorito la pensión que le pasaba para sus gastos privados, por completo, si no cambiaba de costumbre. Dijo que simplemente no quería tolerar más la vida desarreglada del señorito. Pero... este... tal vez...

—Siga usted.

—Además, señor, dijo al señorito Jack que si llegaba a saber de nuevo que había andado arrastrando el nombre de van Alstyne por las casas de juego, lo iba a desheredar. Agregó que se proponía investigar. Entonces, señor, el señorito, mucho me temo que siguiendo malos consejos, pidió a su padre una y otra vez que le diera unos cientos de dólares, prometiéndole que se portaría mejor y que no volvería a concurrir a los salones de juego, después de lo cual el señor gritó violentamente que tenía, aquí en la caja de hierro, diez mil dólares en dinero, pero que ni un sólo centavo, señor Redburn, ni le daría tampoco un solo dólar más hasta tanto no demostrara que se podía conducir mejor y ser un verdadero caballero. Pero, señor, — continuó, — preferiría que fuera el señorito Jack el que declarara esto. Tengo la seguridad que él está muy lejos de negarlo. La señora van Alstyne se hallaba también presente. Me parece, también, que Ornsby oyó algo de la conversación desde la antesala. El señor se hallaba muy enojado y alzó la voz mucho, señor Redburn.

John van Alstyne retrocedió rápidamente hasta donde su madre se hallaba, y pasó un brazo en redor de los hombros de la dama.

—No hay necesidad de que se moleste usted en preguntar a mamá, señor Redburn. Lo que Felton dice es verdad; pura verdad. Yo no lo habría ocultado ni mamá tampoco, señor. Es cierto que nos enojamos bastante. Admito, también, que me sentía verdaderamente desesperado al salir de lo de Breen esta noche, no sabiendo cómo iba a hacer para descontar mis pagarés, y sabiendo que Breen ra muy capaz de pedirle el descuento a papá. Yo le habría relatado a usted todo esto francamente, de no haberse adelantado Felton, — concluyó.

Pero su voz era temblorosa y francamente nerviosa.

—¿Se hallaba la caja de caudales cerrada esta noche cuando el señor van Alstyne se retiró? — preguntó Redburn. — ¿Sabe alguien eso?

—Sí, señor, — respondió Felton. — Yo le traje a las once un poco de brandy y soda al señor...

—¿Dos horas antes del asesinato?

—Precisamente, señor. Se hallaba, en esos momentos, cerrando la caja.

—¿Conoce usted la combinación de la caja?

—¿Yo? ¡Oh, no, señor!

—¿Sabe usted quién la conocía, además del señor van Alstyne?

—La señora, señor; tengo la seguridad. Y creo que el señorito también la conocía.

—¿Jack? — preguntó Dedburn, volviéndose hacia el joven al mismo tiempo.

—Sí, señor, — respondió éste. — Papá me la explicó hace algún tiempo, pues tenía yo algunas medallas y trofeos de valor ganados en concursos atléticos, y los cuardaba allí.

—¿Solamente su papá, su mamá y usted conocían la combinación de la caja?

—Sí. ¡Claro, señor Redburn! — respondió el muchacho, con ansiosa mirada.

—Jack, — dijo el ayudante del fiscal del distrito, no sin cierta bondad. — ¿No hay ya nada más que desee usted decir? ¿Ha dicho usted todo lo que sabe, todo, respecto a la muerte de su padre y sobre las relaciones, un tanto tirantes, entre usted y él? ¿Todo?

—Sí.

—¿Sabe usted donde, en la caja, acostumbraba su padre a guardar el dinero?

—En esa cajita de acero recubierta de cuero.

—Deme usted esa cajita, joven, — intervino repentinamente el capitán Belcher, que desde la entrada del ayudante del fiscal no había pronunciado una palabra, limitándose a contemplar la escena atentamente.

John van Alstyne extendió su mano de ensangrentados dedos y, al observar la sangre se extremeció y retrocedió.

—No importa, — dijo Belcher, y tomó la cajita el mismo.

Examinó la cajita cuidadosamente, mirando luego a la mesa, de la que tomó un pesado cortapapel. Sacó de su bolsillo un cristal

de aumento colocado en un extremo de un pequeño tubo de caucho, comunmente llamados ojos de relojeros, volviendo a examinar la cajita y el cortapapel con suma atención.

—Jack, — dijo Redburn. — Voy a tener que pedirle a usted que se someta a ser revisado.

John van Alstyne levantó rápidamente la cabeza.

—Muy bien, señor.

—Belcher, ocúpese usted de eso.

—¡Ciertamente, señor! — respondió el capitán. Se guardó de nuevo el cristal de aumento en su bolsillo, después de colocar cajita y cortapapel sobre la mesa, y, diciendo a van Alstyne que levantara sus brazos, examinó cuidadosamente todos los bolsillos y tanteó todo el cuerpo del joven por sobre las ropas. Sacó de los bolsillos un tarjetero, varias cartas que, con un movimiento de cabeza advirtió a Redburn carecían de significado, y por último le quitó la cadena del reloj, a uno de cuyos extremos colgaba, sola, una llave.

—Jack, ¿Dónde está su reloj? — preguntó Redburn.

El joven aristócrata de la plaza Wáshington enrojeció.

—Lo empeñé esta mañana, señor.

—¿A fin de obtener dinero para jugar?

—Si, señor.

—Cierto, señor, — confirmó Belcher. — Aquí está la póliza.

Belcher rodeó la mesa, colocando sobre ella, frente al ayudante del fiscal, todos los objetos que había retirado de los bolsillos del joven van Alstyne.

—¿Ese sobretodo en el suelo: es suyo? — preguntó Redburn.

—Sí, señor, — contestó el muchacho.

—Examínelo, Belcher.

El capitán detective levantó al sobretodo por el cuello, con la mano derecha, y metió la izquierda en uno de los bolsillos, la que sacó vacía. Luego la volvió a meter en otro de los bolsillos; lanzó una significativa mirada a Redburn y sacó de allí un paquete chato de billetes de banco, formando un fajo cerrado por una ancha faja de papel blanco en el medio.

—Está marcado, señor, — dijo Belcher. — Dice: "Diez mil dólares, cien billetes de cien dólares".

—¡Oh! Que...¡Cómo...!

Los ojos del jóven van Alstyne brillaban inusitadamente, su boca se había contraído en una mueca terrible. Cuando habló, lo hizo casi aullando.

—¡Yo nunca hé puesto ese dinero allí! — protestó. — ¡Nunca he teñido ese dinero en mis manos! ¡Ni siquiera lo he visto! ¡Yo le digo, señor Redburn que todas esas circunstancias en contra mía mienten! ¡Alguien ha puesto ese dinero allí! — Lanzó una mirada de desesperación en redor suyo, clavándola primero en Felton y después en los demás. — ¿Qué están tratando de hacer conmigo? ¿Quieren ustedes hacerme aparecer como el asesino de mi padre? ¿De mi propio padre? — Hizo un esfuerzo, tratando de hablar con calma, pero su voz adquirió casi todos los contornos de un grito histérico. — ¡Oh...! ¡Ya veo claro! ¡He jugado, estoy en deudas, he firmado pagarés que no puedo descontar, he sido un tonto, un loco, un tarambana; mi padre me rehusa dinero, me amenaza con desheredarme... si descubre mis deudas de juego me desheredará con toda seguridad! ¡Yo sé que él tiene diez mil dólares en la caja de caudales, de la cual sólo él, mi madre y yo conocemos la combinación. A media noche se me descubre robando la caja, yo mato a mi padre, me apodero del dinero, que luego es hallado en mis bolsillos.

Se interrumpió, falto de respiración; suspiró, mirando al suelo.

—Si; he oído en diversas ocasiones hablar de personas que...que han sido condenadas a muerte por crímenes que no habían siquiera soñado en cometer, gente castigada por delitos de los cuales no eran responsables. ¡Oh! ¡La gente lo creerá, lo creerá! ¡Todo el mundo creerá que fuí yo quien mató a mi padre...! — Encaróse con Redburn, gritando con fiereza: — Yo le digo a usted, Redburn, que todas estas circunstancias acusadoras mienten. Yo no he matado a mi padre, Redburn...usted que dice que era el íntimo amigo de mi padre...¿qué está tratando de hacer con el hijo? ¿Hacerle pagar unas locuras de muchacho mandándolo a la silla eléctrica?

La señora van Alstyne se había puesto de pie y su hijo se volvió hacia ella.

—¡Mamá! — gritó. — ¿Porqué me miras así, mamá? ¿Tú....tú crees eso? Soy inocente, mamá. Si papá pudiera hablar, te diría que soy inocente.

Se dejó caer de rodillas junto al sillón, llorando. La señora van Alstyne reasumió su asiento y colocó una mano sobre la cabeza de su hijo.

—Señor Redburn, — dijo, con toda calma, estoicamente. — ¿Cree usted que mi hijo a muerto a su padre?

—No he formado opinión alguna aún, señora, — respondió el ayudante del fiscal. — Pero no le oculto que los hechos que hasta ahora hemos podido poner a luz son bastante feos. Usted comprenderá que yo sólo hago mi deber, cumplo el juramento que presté al aceptar el cargo de funcionario público, investigando todos los detalles que pueda. Pero le ruego que no se moleste en atender más la investigación, que debe ser un tormento para usted.

Miró ella un momento la inclinada cabeza de su hijo, respondiendo luego:

—Si usted me lo permite, señor Redburn, me quedaré.

El ayudante del fiscal asintió con un movimiento de cabeza.

—Felton, — preguntó, — ¿cuánto tiempo hace que está usted empleado en esta casa?

—Cinco años.

—Sus relaciones con el señor van Alstyne,

—Eran de las mejores, señor. Nunca he recibido una observación de su parte, señor.

—¿Cómo es que a la una de la mañana no se había retirado aún usted?

—Por haber dejado la ventana de la biblioteca abierta. Me sentía preocupado debido a eso, señor, y decidí esperar hasta que el señorito regresara. Pero me dormí. El disparo me despertó.

—Comprendo, Belcher, — llamó Redburn tomando un cuadernillo de notas y una pluma, — creo que es conveniente dejar constancia de las declaraciones del mayordomo ya. ¿Tiene usted alguna pregunta que hacer?

—No, por el momento, señor. Mientras usted pone en limpio las declaraciones, yo voy a examinar un poco las cosas.

—Ciertamente. No es necesario que le advierta que no debe usted tocar nada hasta tanto llegue el médico forense.

—¡Naturalmente, señor!

Belcher había tenido sumo cuidado en colocar la cajita de acero y el cortapapel en el mismo sitio en que habían estado, entre los papeles, antes de tomarlos él. Examinó ambas con su lupa de relojero, los colocó de nuevo en el mismo sitio con escrupulosa exactitud, y luego dirigióse hacia el sitio en que se hallaba el cadáver, cubierto con un lienzo blanco. Pudo observarse, cuando se movía de un lado a otro de la mabitación examinando todo, sin que nada se le escapara, que no se parecía en nada al detective de las novelas, sagaz, de rostro huesoso y nariz de pico de ave de rapiña; pero tampoco tenía parecido alguno con el obeso, rechoncho detective de la vida real, que siempre lleva su galera a la nuca y en su boca un cigarro de hoja sin encender.

No había en él nada que hiciera sospechar a quien no lo conociera que se trataba de un detective. Por lo contrario, más bien hubiera parecido un militar vestido de civil. Se hallaba muy bien vestido, tal vez un poco pretenciosamente. Vestía un traje de cuadros blancos y negros, zapatos amarillos, guantes de piel de perro, cuello y camisa blanda de seda. Cubría su cabeza con elegante sombrero de castor, gris oscuro. Una perla de regulares dimensiones aparecía en una corbata azul. En el dedo pequeño de la mano derecha, un anillo de platino con un diamante solitario. Su cabello rojo era abundante, y frecuentemente se pasaba por entre ellos los dedos, pero sin despeinarse.

Se hallaba completamente afeitado; las líneas de su rostro eran bien definidas; su boca, de abultados labios, apretados; nariz aquilina; ojos verdes un tanto grandes que parecían tener cierta tendencia a juntarse. De haber alguien tratado de deducir por la apariencia de su persona su probable ocupación, se hubiera dicho que se trataba de un corredor de bolsa, de un gerente de hotel o de un gerente de teatro de alta categoría. Nadie hubiera sospechado, siquiera, su ocupación real. Su apariencia personal, de por sí explicaba el por qué de sus muchos éxitos como detective, de su posición real en el departamento. Los diarios hacía tiempo que le habían profetizado el puesto de inspector.

Después de examinar detenidamente el corta papel y la cajita de acero, sólo una vez más toeó un objeto en el salón trágico. Eso sucedió cuando, agachándose, levantó un tanto la sábana que Redburn había pedido para con ella tapar el cadáver, y examinó durante algunos segundos la herida. Colocóle de nuevo la cabeza en la misma posición que había encontrado, la tapó de nuevo con la sábana, y se levantó.

Conservaba calma perfecta; casi indiferencia. Podría objetarse, sin embargo, que la vista de víctimas de actos de violencia era algo que el capitán Belcher veía todos los días. Finalmente, su atención se concentró en el ensangrentado sable y en la vaina del mismo. No los tocó, sin embargo, sino que permaneció contemplándolos un momento, con ojos semicerrados.

Mientras tanto, el ayudante del fiscal del distrito, doctor Redburn, terminaba de escribir el affidawit del mayordomo, convenientemente arreglado, de las declaraciones que el mayordomo había hecho respecto a los disgustos entre los van Alstyne, padre e hijo, el pedido que este último le había hecho de dejar una de las ventanas abiertas, el conocimiento que tenía el hijo de que su padre tenía diez mil dólares en la caja de hierro de la cual conocía la combinación y que, bajo los ojos de Felton, había sido hallado en un bolsillo del sobretodo del joven van Alstyne, por el capitán Belcher, un fajo de billetes de diez mil dólares. Esta declaración fuéle leída a Felton, el que se apresuró a firmarla, después de pronunciar el juramento de práctica, del cual dió fe el fiscal.

—Creo qus usted dijo que Ornsby había oído la conversación, esta mañana.

—Debe haberla oído, — respondió Felton.

—Ornsby, — llamó el fiscal. — Acérquese usted.

Ornsby obedeció el llamado, un tanto vacilante. Era un hombrecillo delgado, pequeño, de cabello gris cortado muy corto sobre una frente angosta. Grandes cejas negros sombreaban completamente sus ojos hundidos, azules e inquietos. Tenía nariz corta, delgada y afilada, y boca grande, de labios delgados; pero el cuello que sostenía aquella cabeza era sorprendentemente grueso para cuerpo tan delgado.

—¿Ha oído usted la declaración de Felton, con referencia al altercado entre los señores van Alstyne, esta mañana? ¿Oyó usted desde el otro salón tal conversación?

—No de todo lo que ha informado el señor Felton.

—Bien; ¿su nombre?

—Jaime Alfredo Ornsby.

—¿Desde cuanto tiempo hace que está usted trabajando en esta casa?

—Desde dos meses atrás, señor.

—¿Qué parte de la conversación oyó usted?

—Oí que el señor van Alstyne amenazaba a su hijo con desheredarlo si llegaba a saber que andaba usando su nombre en salones de juego.

—¿Es eso todo?

—Que yo recuerde, sí, señor.

—¿No oyó usted decir al señor van Alstyne que tenía en la caja de hierro diez mil dólares, pero que no daría al señorito un centavo de ellos?

—No, señor. Debo haber regresado a la cocina antes de que eso fuera dicho.

—¿No sintió usted curiosidad en oir el resto de la discusión?

—No, señor.

—¿Dónde estaba usted cuando oyó el disparo?

—En mi habitación del tercer piso.

—¿Era el disparo lo suficientemente fuerte como para despertarlo a usted allí?

—Despertó a todo el mundo, señor, debido a la ventana abierta, supongo. Sonó muy fuerte, señor, como si hubiera sido fuera. Todos supusimos que había sido en la plaza donde se había disparado ese tiro. Me puse los pantalones y las zapatillas y bajé al hall, porque oí a la señora salir de su habitación y encender las luces, y supuse que el disparo en la plaza la había alarmado. Pero no oí quebrarse la pantalla de la lámpara ni el vidrio de la biblioteca; no, señor.

El capitán Belcher se acercó a la mesa, mientras seguía su examen metódico, permaneciendo allí hasta tanto Redburn se puso de pie, señalando la silla a Ornsby, al que entregó la pluma para firmar. Al finalizar Ornsby de esribir su nombre lentamente al final de la página, el capitán Belcher se inclinó sobre la espalda del criado, lo tomó de la muñeca y le colocó las esposas. Luego, con un golpe seco, tomó la otra muñeca y realizó rápidamente la misma operación.

—Ahí tiene a su hombre, — dijo, en tono de completa seguridad y calma, dirigiéndose a Redburn. — Ese es el asesino.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Es zurdo. ¿Notó usted que él tomó la pluma con la mano izquierda y firmó con esa mano?

—¿Y bien?

—Fué un zurdo el que cometió el asesinato.

Ornsby no dijo nada. Pero los ojos azules, debajo de las gruesas y pobladas cejas, despedían llamas. Pero su rostro se había puesto lívido como la muerte; sus labios partidos, caídos en una expresión de desmayo.

—¿Qué pruebas tiene usted para una acusación de esa clase? — preguntó Redburn, interesadísimo.

—Las pruebas están desparramadas por todas partes en esta habitación, — respondió Belcher, haciendo un amplio ademán con sus manos. — Sin embargo, este tipo es nuevo para mí. No debe hacer mucho tiempo que está aquí. Supongo que es un especialista en cajas de hierro, que consiguió burlar la vigilancia de Ellis Island. Pero puede ser que se le conozca ya. Un momento.

Sacó del bolsillo una cigarrera lisa de plata, la que, con un pañuelo, limpió, colocándola luego sobre el escritorio. Sin miramientos rudamente, tomó la mano del prisionero, la dió vuelta y forzó el dedo pulgar sobre la cigarrera.

—O'Mara, — llamó, — déme un poco de luz con su linterna.

Obedeció el policemán, lanzando el rayo de luz de su linterna eléctrica sobre la pulida superficie de la cigarrera, mientras que el detective, con su ojo de relojero, examinaba la impresión dejada allí por el dedo del criado con toda atención.

—Está bien, — dijo Belcher, unos minutos después.

El miserable acusado, como abrumado bajo el peso de la acusación, cayó en el sillón. La señora van Alstyne, Felton, Redburn y los demás criados sólo tenían ojos para el capitán detective. Belcher llamó a la central de policía, pidiendo luego comunicación con la oficina de identificación.

—Belcher llama del central nueve cero ocho seis dos, tome nota del número. Fíjese impresión pulgar... clasificación B. Raya recta que corre dentro de un lazo en el centro. Tercer anillo, bifurcado; séptimo anillo, dos veces bifurcado. Respóndame tan pronto como pueda, al número que le he dado. Gracias.

—Permítame, capitán, un momento, que... — dijo el fiscal del distrito. Pero el capitán detective le interrumpió.

—¡Ciertamente, señor Redburn! Vamos a examinar de nuevo todo, juntos usted y yo. Mire usted, primero, ese cofrecillo de dinero y el cortapapel de cobre. Tenga, señor Redburn; use mi lupa. Por esas rayas que aparecen en el cortapapel, verá usted que ha sido usado para forzar la tapa del cofre de acero. Ahora, mire usted las rayas que hay en el cofre. ¿Ve usted? Van de izquierda a derecha. En otras palabras; que ha sido abierto por un zurdo.

Redburn asintió con la cabeza.

—Lo que ha sucedido, según yo conjeturo, — continuó el capitán Belcher, — es lo siguiente. Este hombre había conseguido abrir la caja, en la oscuridad, como es natural, cuando el señor van Alstyne entró. Usted ha notado, de seguro, las viejas espadas y armas que hay en la panoplia, sobre la caja de hierro. Este hombre, de haber tenido una pistola, no habría deseado usarla; eso significaría alarma inmediata. Se apoderó, por lo tanto, de una de las espadas de la panoplia. El señor van Alstyne se le fué encima en seguida. Nuestro hombre retrocedió, a fin de poder dar impulso al sablazo. Se hallaron frente a frente el uno del otro. El señor van Alstyne levantó su pistola, para usarla, pero Ornsby fué más rápido que él. Le partió el cráneo. Pero la pistola se disparó en el movimiento convulsivo de la mano y el brazo al sentirse herido. Notará usted que rompió primero la pantalla de la lámapara, y luego el vidiro de la biblioteca, en una de las estanterías más bajas. La pistola apuntaba hacia abajo, cuando disparó. O'Mara, déle su linterna al señor Redburn. Venga aquí, hasta donde está el cuerpo. Tenga cuidado de no tocar el sable y la vaina. Fíjese usted en la herida. Corre, en forma decisiva, de izquierda a derecha en la frente del señor van Alstyne. Es exactamente la trayectoria que seguiría un

sablazo que una persona zurda pegara a otra hallándose ambos frente a frente.

Redburn alumbró con su linterna la cabeza caída del abogado muerto, separó los cabellos blancos, observando que Belcher había descripto la herida correctamente. Después de haber dejado la cabeza en la misma posición, se detuvo aún un momento estudiando la posición del brazo izquierdo del muerto; abrió un poco los dedos de la mano. Luego se puso en pie pidiendo a O'Mara que quitara el lienzo blanco. Se alejó unos pasos, contemplando el cuerpo desde alguna distancia.

—Naturalmente, el disparo, especialmente sonando tan fuerte en el silencio de la plaza, — continuó Belcher, — le dejó muy poco tiempo para escapar. En su apresuramiento, dejó la espada y la vaina en posición tal, que dicen a las claras que el crimen fué cometido por una persona zurda. Un golpe como el que recibió el señor van Alstyne lo haría caer hacia adelante. Ambos hombres se hallaban frente a frente. Fíjese dónde está la espada; a la izquierda de un hombre que se hallara frente a frente del señor van Alstyne, y la vaina derecha. Tenía el dinero; pero, además, está el disparo alarmante. Naturalmente, escapar de la casa tanto le valdría a Ornsby como una confesión. Además, había bajado a la biblioteca calzado con las mismas zapatillas de suelas de goma que tiene puestas. Puede moverse en absoluto silencio. ¿Y dónde lo encontramos? Se halla detrás de la señora van Alstyne en el momento que ella llega a la escalera que lleva al piso bajo. Es el primero de los sirvientes en llegar de sus habitaciones en el cuarto piso. Naturalmente, no bajó hasta el piso bajo, sino que subió hasta el segundo. No se atrevió a seguir hasta el cuarto, por miedo de tropezar con alguno de los otros sirvientes que bajaran alarmados por el disparo.

—Pero, — objetó el fiscal, — ahí tenemos también a Felton, cuya actitud tratando de encausar las sospechas en dirección a John van Alstyne, lo hacen a él mismo sospechoso.

—Sí; y durante un tiempo creí que trataba de cubrirse a sí mismo. Luego pensé que tratara de cubrir a este otro, hallándose él mismo complicado en el asunto. Pero me parece que no. De estar mezclado en esto, no habría admitido que se hallaba levantado aún cuando ocurrió el asesinato. No; creo que este Ornsby hizo el trabajo solo. Yo lo identificaría como un ladrón en cualquier parte, si bien es nuevo para mí. No creo haberlo visto antes.

—Pero el dinero, Belcher, el dinero que se halló en los bolsillos de van Alstyne hijo.

—A eso voy, señor Redburn. Cuando yo entré por la ventana, justamente en el momento en que advertía a todo el mundo que no se tocara nada, absolutamente, este hombre había levantado el sobretodo y lo estaba desarrugando, tratando de doblarlo después. Se lo saqué de las manos, pero no antes de que él hubiera colocado allí el dinero. Sabía demasiado que, con la policía presente tan pronto, no tendría oportunidad de escapar con el dinero; sabía que todo el mundo y todo aquí serían revisados. No tenía la menor oportunidad de esconderlo. ¡Pero si es el dinero mismo, señor Redburn, lo que prueba que el joven van Alstyne no lo ha puesto allí!

—Le agradecería una explicación, capitán. Comienzo a comprender cómo se ha ganado usted la reputación de ser uno de los mejores detectives.

—Gracias, señor, — quiso quedar serio el capitán, pero sonrió a despecho propio. — Es un hecho irrefutable que existe la prueba física de que el joven van Alstyne no lo pudo poner allí. Mírelo usted. El dice que tropezó con el cuerpo de su padre en la oscuridad. ¿Dónde tenía usted el sobretodo cuando entró, joven? ¿Puesto?

—No, señor; lo traía al brazo.

Asintió Belcher con la cabeza.

—El joven tiene sangre en la pechera de la camisa y en los dedos. Supóngase que fué él quien mató al abogado y se manchó así. Si hubiera llevado el sobretodo puesto lo tendría manchado también. Si decimos que él mató al padre, y que no lo llevaba el sobretodo puesto cuando lo hizo, sino que lo dejó en el suelo mientras trabajaba en la caja de hierro, y puso el dinero después en el bolsillo, ¿qué sucedería? Si hubiera usado la mano derecha, el dinero estaría manchado de sangre y el bolsillo posiblemente también. Usted tiene el dinero, señor Redburn; examínelo.

El fiscal examinó el paquete con atención.

—No hay en esto la menor marca de sangre, — admitió Redburn. — ¿A ver su mano izquierda, Jack?

El muchacho la mostró.

—Pero esa mano, Belcher, sin embargo, no está manchada.

—Naturalmente, el muchacho puede haber sido lo suficientemente vivo como para usar esa mano y colocar el dinero en el bolsillo sin tocar el sobretodo con la derecha. Pero no me parece posible, tratándose de un muchacho que debería estar nerviosísimo, y trabajando en la oscuridad. Lo habría hecho con naturalidad, involuntariamente, automáticamente. Levantar el sobretodo, para darse cuenta así de dondde estaba el bolsillo; y si usó la mano izqiuerda, la limpia, para el dinero, debe haber levantado el sobretodo con la derecha, y entonces el cuello sería el manchado. Pero el sobretodo, señor Redburn, no tiene manchas ni en el cuello ni en ninguna parte. Y no hay manchas en el dinero, tampoco. Naturalmente, Ornsby conocía lo del incidente entre padre e hijo, y sabía que era debido a que el hijo jugaba. Supuso que las sospechas caerían sobre el muchacho. Y colocar el dinero en el bolsillo del muchacho, era un golpe maestro.

—¡Eso es mentira!

Era la primera vez que hablaba Ornsby después de ser esposado. Sus negras y pobladas cejas se habían contraído y sus ojos azules echaban llamaradas de furia, su boca contraída en una mueca.

—¿Qué está tratando de hacer usted? — gritó. — ¿Está tratando de hacerme apa-

recer a mí culpable para salvar al muchacho? Yo nunca...

El timbre del telófono interrumpió a Ornsby.

—¡Hola! Habla el capitán Belcher. ¿Teniente Gray? ¡Magnífico!

Escuchó en silencio durante unos momentos, y, mientras así lo hacía, las miradas de sus ojos verdes semicerrados se fijaron en los azules ojos de Ornsby. Y el rostro del criado se tornó lívido de palidez. Cerró los ojos, dejó caer la cabeza, y de su boca se escapó un gemido que hizo estremecer a aquellos que lo oyeron.

Sin quitar la vista de Ornsby, Belcher dijo, conservando el receptor en el oído:

—Harry el inglés, o John Morris, o Wilbur Green o Grey o Don O'Neil. Parece que tiene usted varios nombres para elegir, ¿eh, Ornsby? Tres condenas por robos de cajas de hierro, en Inglaterra. ¡Palabra, Ornsby! ¿Qué método? ¿Pólvora, acetyleno? ¿No? ¡Ah! Tacto. Gracias, teniente. Ha estado usted en la casa dos meses, ¿eh, Ornsby? Creo que no necesitaría usted ods minutos para abrir esa caja más vieja que Matusalén. ¡Pero si los marteillos deben haber sonado como tiros, al caer en la combinación! ¡Tal vez haya sido ese ruido el que despertó al señor van Alstyne!

Colocando de nuevo el tubo en el gancho, se volvió, buscando a Redburn con la vista, brillantes los ojos de triunfo.

Pero observó que Redburn no había prestado la más mínima atención a la conversación telefónica. El cuerpo alto, delgado, del ayudante del fiscal del distrito se hallaba de rodillas junto al cuerpo sin vida del abogado John Stuyvesant van Alstyne, el cual había sido de nuevo desprovisto del blanco sudario que lo cubría. Dos veces examinó con atención la posición del cuerpo en el suelo, la herida, todo, levantando la vista luego para pasearla en redor suyo, como si buscara algo en la superficie de la gruesísima alfombra de Esmirna, de verde pelush, la que cubría por completo el piso de la biblioteca.

El capitán Belcher se le acercó en el momento en que Redburn se ponía en pie.

—¿Qué hay de interesante? — preguntó.

—Bueno... Todavía no sé si es interesante o no. Pero, tal vez, llegue a dar a su caso nueva luz. ¿Tiene usted su automático?

—¡Claro, señor!

—Démelo un momento, Belcher.

El detective sacó, de debajo su saco, la pistola automática que, según costumbre, reposa, pendiente del hombro izquierdo, en la canana, sobre el corazón, y la entregó al otro funcionario.

—Está cargada, naturalmente, — advirtió, en el momento en que el otro la tomaba.

—Bien; tendré cuidado.

Dirigióse hasta la puerta de la biblioteca, desde donde se volvió, avanzando de nuevo como alguien que viene de fuera. Conservaba la pistola en su mano derecha y avanzó a lo largo de la pared oeste de la habitación, en dirección a la llave de luz, que se hallaba a unos tres pasos de la puerta.

Usando la mano derecha para apretar el botón eléctrico, se halla durante un momento con una espalda vuelta a medias, luego se movió lentamente hacia la derecha, y se halló dando cara a la habitación, justamente en ángulo recto al cuerpo de John Stuyvesant van Alstyne. Se guardó el revolver en el bolsillo, se inclinó a examinar de nuevo la alfombra, esta vez en frente de la caja de caudales y allí hacia la pared sur. Cuando se puso de nuevo en pie examinó la extraña y abundante colección de armas blancas y de fuego que se hallaban colgadas en la pared sobre la caja de hierro, y que desde esta se extendían hasta el techo. Luego miró detrás de la caja.

Belcher que lo observaba, preguntó, intrigado:

—¿Qué ha visto usted?

—He visto que está usted equivocado, capitán. Este asesinado no fué cometido por un zurdo.

—¿Qué?

—Un estudio un poco más atento que el que usted aparentemente ha hecho, demuestra a las claras lo que ha sucedido.

—Escucho, — respondió Belcher, con forzada cortesía.

—El señor van Alstyne entró a la habitación cuando ésta estaba a oscuras. Esas pesadas cortinas de seda verde quitan toda luz que pudiera llegar de la plaza. La habitación, pues, debe haber estado en la oscuridad más completa y absoluta. ¿No fué en esa forma que usted halló la biblioteca al entrar esta noche, señora van Alstyne?

—Sí, señor Redburn.

—Naturalmente, el hombre que estaba robando la caja, sería tan cauteloso como le fuera posible. El rumor que debe haber despertado al señor van Alstyne no debe haber sido un rumor muy fuerte. Debe haber habido, probablemente, una serie de ruidos, muy débiles, sospechosos. El muerto no estaba, probablemente, seguro de hallar a alguien aquí. Pero, al entrar en la habitación, evidentemente pensó que el mejor método sería el de entrar, encender la luz repentinamente y usar su arma contra el desconocido con mayor rapidez de la que el desconocido pudiera poner en usar sus propias armas. Pero el ladrón muy bien pudo haberlo oído moverse en su habitación arriba; Felton me dice que el dormitorio se halla exactamente sobre la biblioteca, en el piso alto. Puede haberlo oído, también, al bajar. Sea como sea, el ladrón no tenía la menor oportunidad de escapar, de la casa. De la parte de fuera, la casa está brillantemente iluminada. Un hombre que corriera por esas calles casi desiertas a la una de la noche, sería facilísimamente observado y se hara sospechoso. Además, existen en guardia policemen de casi todas las agencias particulares de detectives, además de la oficial, en casi todas las manzanas. Si trataba de escapar, lo haría con el dueño de casa a los talones, que, por lo menos, podría alarmar todo el barrio a tiros.

Hizo el fiscal una pausa, y continuó.

—En situación tan desesperada como aquella en que se hallaba colocado, el la-

drón no se atrevía, por esa misma razón, a usar su pistola, suponiendo que llevara una, pensó en usar un arma silenciosa que tenía a mano; una de las espadas que se hallaban sobre la caja de hierro. Al alumbrar la habitación, en busca de la caja de hierro, conseguridad que ha visto las espadas a la luz de su linterna eléctrica. Tomó una de esas espadas. Tal como lo he demostrado hace un momento yo mismo, el señor van Alstyne se hallaba, en el momento de encender la luz, con su espalda a medias vuelta hacia la habitación. Esa fué la oportunidad del asesino. Se hallaba contra la pared Oeste de la habitación, o sea del otro lado de la llave de luz. Saltó hacia adelante; tomó el brazo derecho del señor van Alstyne por la muñeca; y, al tratar el abogado de libertarse, extendió con ese propósito el brazo izquierdo. Entonces el asesino retrocedió, descargando el golpe con su espada, hallándose en ángulo recto con su víctima, ¿me comprende? O, en otras palabras, se hallaba a la derecha del señor van Alstyne. Esgrimía la espada con la mano derecha; y, naturalmente, en una posición tal, bien ha podido, lógicamente, producir esa herida tan extraña que puede ser confundida con la que haría un zurdo, de hallarse frente a frente a su víctima. Pero el señor van Alstyne no se hallaba de pie frente a la caja de caudales que se hallaba contra la parte Sur, frente a frente a su adversario, según la posición de su cuerpo parece ahora indicar. El cuerpo ha sido movido. Se hallaba de pie contra la pared Oeste, con su espalda contra la llave de luz. Como es natural, el charco de sangre habra marcado instantáneamente donde cayó la cabeza de van Alstyne. Pero no debe haberle llevado más de dos segundos al asesino arrastrar el cuerpo y volver los pies desde donde cayó hasta la pared Sur de la habitación, frente a la caja.

—¿Cómo ha llegado usted a esa conclusión, Redburn? preguntó Belcher.

—La alfombra lo demuestra. La alfombra ..y algunas cosas más.

—¿La alfombra?

Belcher se agachó, examinando cuidadosamente la gruesa alfombra. En su rostro podía verse retratado el fastidio y el despecho.

—Observo, por la expresión de su rostro, capitán, que está usted en buen camino, ahora. — observó Redburn. — Esa alfombra es nueva, de buen tejido. Debe tener unas tres pulgadas de espesor. Su superficie blanda, de delgadísimos pelos de seda, ha conservado todos los movimientos del cuerpo y de los pies, como si hubiera sido sobre arena. Usted puede ver, por la confusión de las huellas de pies, que la lucha tuvo lugar allí donde he dicho. Tales impresiones no se hallaban frente a la cabeza de van Alstyne, donde están la espada y la vaina, sinó algunas pocas, y todas de la misma persona. Además, el pelo de la alfombra está poco cepillado, en una misma dirección, desde aquel punto junto a la llave de luz, donde tuvo lugar la lucha, hasta la caja de caudales y desde allí hasta donde ahora yace. Además, se ve el punto en el cual fué dado vuelta. Ese "cepillado" va todo en dirección al cuerpo. Es, pues, evidente, que eso fué producido por el mismo asesino, al levantar los pies del muerto y arrastrar el cuerpo

—¿Ha mencionado usted otras cosas más?

—Si; usted examina los cordones de la bata de vestir del señor van Alstyne, usted verá que al atarlos, lo hizo bien en el frente de su cuerpo. Si hubiera caído recto hacia adelante, en la forma que parece sugerir la posición del cuerpo, estos cordones habrían caído debajo del cuerpo. Así fué cuando él cayó; pero al ser arrastrado el cuerpo por el asesino, los cordones pasaron por debajo del brazo en forma que ahora, véalo usted, se hallan estirados hacia la izquierda del cuerpo, o sea en la dirección que el cuerpo fué arrastrado. Es otra prueba de que el cuerpo ha sido movido. Si usted quiere examinar más, verá usted que hay una de las puntas del bigote del muerto que se ha vuelto hacia abajo al ser arrastrado el cuerpo. Y una media luna en la alfombra indica donde se dió vuelta su barbilla al dar vuelta al cuerpo.

—Pero...la espada y la vaina, la espada a la izquierda y la vaina a la derecha?

—A eso voy. Si usted mira sobre la caja de caudales, usted verá allí marcas claras de que había dos sables y no uno. Si usted mira, además, detrás de la caja misma, usted verá, caído en el suelo, un sable. Es el que estaba colgado a la izquierda. El usado para matar al señor van Alstyne, es el que colgaba hacia la derecha. Fué un hombre no zurdo el que lo descolgó, Belcher.

—Pero eso contradice la posición de sable y vaina en el suelo, — replicó Belcher, dándose importancia.

—No. La vaina ha sido puesta en el suelo por el asesino, con su mano derecha. Está donde debe estar. Pero es diferente con la espada, que fué colocada en el suelo por una mano derecha también.

—¡Pero si está al lado izquierdo!

—Observe usted la guarda, Belcher.

El viejo sable tenía un mango de bronce, resguardado por una guardia del mismo metal, para proteger la mano y los dedos del que lo usaba.

—La guarda está vuelta hacia la derecha, Belcher. De haber sido colocada allí por una persona zurda, habría quedado vuelta en dirección contraria. Es un pequeño detalle del cual el asesino se olvidó, al tratar de encausar las sospechas en dirección de un zurdo.

—Pero usted oyó los detalles y antecedentes que me han dado por teléfono, ¿no es así? — preguntó Belcher. — Ese hombre a quien he arrestado es un viejo conocido de la policía inglesa, que ha estado tres veces en presidio por robos de cajas de caudales.

—Cierto. Pero no ha entrado a trabajar en casa del señor van Alstyne bajo nombre s-u puesto o falsos documentos.

—¿Quiere usted decir que van Alstyne sabía quien era?

—Si; él dice que salió de Inglaterra, después de cumplir su última condena, determi-

nado a vivir honestamente. Eso es porque tiene un hijo de diez y ocho años que ha sido criado por algunos parientes aquí, y que no sabe nada del pasado del padre. Ornsby quería ocultarlo por el, muchacho y, como digo, vivir honestamente. Le fué fácil pasar las autoridades de inmigración, pero corría el peligro de ser reconocido y deportado. Hizo entonces lo mejor que podía haber hecho. Fuése a las oficinas del fiscal de distrito, y nos explicó... me explicó a mí lo que pasaba. Yo interesé a van Alstyne en este asunto, quien siempre estaba pronto a tender su mano a un hombre que precisaba ayuda. Van Alstyne lo tomó en su propio empleo, a fin de que pudiera tener la oportunidad que quería. — Pero Felton dice que debe haber oído la conversación de padre e hijo esta mañana. Diez mil dólares en la vieja caja de caudales, deben haber sido una buena tentación para este hombre, reformado o no.

—Creo, — respondió Redburn, — que ya he demostrado bien claramente que este asesinato no fué cometido por un zurdo.

—Si; eso es cierto, — admitió Belcher, de mala gana. — Pero, en ese caso, tendremos que volver al muchacho, o al mayordomo. Naturalmente, tanto el uno como el otro deben haber sabido que ste hombre era zurdo. Pero no alcanzo a conformarme con la idea de que haya sido alguno de ellos capaz de confeccionar tal plan rápidamente, apurados por la alarma del tiro, Redburn. Sería necesario un criminal experimentado para hacer eso.

—Precisamente. Un criminal experimentado fué el que cometió el crimen, Belcher, — respondió Redburn, sacando del bolsillo la pistola del detective, que este le había entregado, y jugando con ella. — Fué usted, Belcher, quien mató a John Stuyvesant van Alstyne.

Los ojos de Belcher se abrieron demesuradamente, brillando con intensa rabia. Pero luego los enrecerró de nuevo sonriendo indulgentemente.

—¿De dónde saca usted esa colosal idea, Redburn? — preguntó.

Pero, con todo, no pudo evitar que tanto sus ojos como su rostro denotaran una mal disimulada rabia, al notar que la señora van Alstyne, que se había puesto de pie, lo miraba fijamente, escrutadoramente; su rostro todavía lívido y casi contrado. Que el joven van Alstyne haba avanzado un paso en dirección a él. Que el policeman O'Mara había repentinamente ocupado un lugar directamente detrás suyo. Que Felton y los otros sirvientes, agrupados en la puerta, lo miraban con horror. Que los ojos del hombre esposado, que se hallaba junto a la mesa, lo miraban, brillantes, socarrones.

—¿Qué demonios está usted tratando de hacer? — gritó, dirigiéndose al ayudante del fiscal de distrito.

—Tengo idea de conocer algunas cosas que usted ni sueña yo pueda saber, Belcher, — respondió Redburn, tranquilamente. — De habérselo usted figurado, ni hubiera usted soñado en regresar aquí audazmente para hacerse cargo de la investigación policial, después de haber cometido usted el asesinato, suponiendo que en esa forma podría usted burlar la ley. Puedo asegurarle, Belcher, que todo lo que ha conseguido usted es meterse con ambos pies en el infierno.

—¡Bueno, bueno! ¡Basta de charlatanería! — replicó el capitán. — ¿Qué es eso que usted dice que sabe de mí? ¿Quiere usted decir que soy empleado de policía y salteador en mis momentos de ocio?

—Usted tomó los diez mil dólares, Belcher para despistar; para hacer suponer que el motivo del asesinato había sido el robo, a fin de hacer recaer la responsabilidad sobre el criado zurdo. La policía sabía sin embargo, que este hombre estaba aquí, y quien era. El señor van Alstyne lo llevó al departamento central, donde se sometió a la identificación dactiloscópica. Usted sabía que trabajaba él aquí. Pero no fué en busca del dinero que usted vino a esta caja de hierro esta noche, Belcher.

—¡Oiga, Redburn! ¿Ha perdido usted la cabeza? ¿Cómo demonios podía saber yo la combinación de la caja de caudales?

—Me parece que recuerdo, Belcher, una conversación que usted tuvo con nosotros, cierto día, en la oficina del fiscal, respecto a la facilidad de abrir cajas por el sistema de tacto. Lo simple que resultaban después que una caja había sido usada durante un tiempo "tantear" la caída del martillo dentro de los ahujeros de la combinación ya desgastados por el uso de la misma clave. Como se sensibilizó usted con papel esmeril la piel del índice y del pulgar, y cómo abrió usted en dos minutos, delante nuestro, la caja de la fiscalía, que era por cierto bastante nueva, y ante nuestros propios ojos.

—Bien; ¿qué más? — interrogó Belcher, sin perder un ápice de su actitud desafiante.

—Hace dos días, Belcher, mataron en la taberna del Buho Blanco, a Bennie Lowenstein.

—¡Seguro! Parece que se puso a decirle insolencias a una muchacha que iba acompañada y eso dió motivo a una pelea a tiros.

—Eso es precisamente lo que dice el parte policial, — respondió Redburn. — Pero yo sabía algo más; el muerto sabía algo más. Usted mismo sabía algo más, Belcher. John van Alstyne andaba detrás suyo, para desenmascararlo a usted, para mandarlo a presidio. Usted lo sabía. Usted sabía, si tiene usted dos dedos de frente, que, cuando se hallaba usted frente a frente a la fuerza indivdual más poderosa de esta ciudad. El amaba a su ciudad natal como un hijo a su padre. Era la ciudad natal de sus antecesores, hasta más allá de la cuarta generación. No había hombre que la conociera mejor que él, en todas sus fases, tanto sus altas esferas como sus bajos fondos. Era un hombre de mundo, que comprendía perfectamente que una gran ciudad no puede gobernarse como se gobierna una comunidad religiosa de una aldea. Pero sabía que existían en esta ciudad vicios despreciables y comercio en esos vicios que él no estaba dispuesto a tolerar. Usted recuerda cómo limpió de col-

meros y rufianes la ciudad, hace diez años, cuando lo que se llamó el escándalo de la prostitución. Y usted... ¡usted se creyó seguro de ser suficientemente vivo para un hombre como él! Cuando, en las entrevistas que concedió a la prensa, denunció la existencia de salones donde se despluma a muchachos tarambanas, ricos y tontos como Jack, hubiera sido mejor para usted que hubiera renunciado a su puesto como jefe de la sección juegos prohibidos y se hubiera escapado al otro lado del mundo. Pero no; ¡la loca vanidad del criminal! Usted creyó, seguro de su negocio de coimas en gran escala, que sus secretos se hallaban seguros en las manos de hombres que no tenían conveniencia en exponerlo a usted. Pero van Alstyne levantó el velo, descubriendo a su intermediario, Bennie Lowenstein. Hace pocas noches, cinco, él tuvo a Bennie aquí, en esta misma habitación, durante cerca de seis horas. Creo que usted sabe eso. Y Bennie cantó de plano. Y usted también sabía eso. Usted trató de acorralar a Bennie, para averiguar cuánto había confesado. Eso es algo que yo sé y que usted no sabía que conocía. Pero Bennie lo evitó a usted. Tenía más miedo a van Alstyne del que le tenía a usted. El sabía bien lo que un abogado del prestigio, de la inteligencia, del valor, habilidad y... y obstinación de van Alstyne podría hacer, si se ponía a investigar su pasado, un pasado que sus amigos de la policía habían, de tiempo en tiempo, borrado. Bennie en cualquier momento hubiera valido veinte años de prisión, de haberlo así decidido van Alstyne.

El ayudante del fiscal hizo una pausa, se humedeció los labios y continuó:

—Así, pues, usted le hizo cerrar la boca a Bennie con una bala. Pero ¿a quién había complicado Bennie? ¿Cuánto sabía John van Alstyne? ¿Qué hombres debía usted hacer escapar de la ciudad, del estado, de la nación misma? ¿Qué otros hombres deberían hacerse desaparecr para siempre, al igual que Bennie Lowestein? Usted conjeturó, y, según sabía yo, dió en lo cierto, que en esa caja de caudales de van Alstyne había, si solo podía usted meter sus manos allí y hallarlo, un documento completo, una declaración acabada de Bennie Lowenstein.

Los ojos de Redburn no habían cesado de mirar, con fijeza extraña, a los ojos del capitán de policía, a los ojos de uno de los más brillantes pesquisantes del departamento central de policía, al jefe de la sección Juegos Prohibidos, manteniendo la mirada esa con una fascinación que el otro trataba, en vano, de sacudir.

—¡O'Mara! — ordenó repentinamente Redburn. — El capitán Belcher está arrestado, por orden de la fiscalía. ¡Regístrelo!

Llaves, una linterna eléctrica, una billetera de lujoso cuero bien provista de dinero, algunos otros artículos de menor importancia, aparecieron antes de que O'Mara revelara una cantidad de papeles, de entre los cuales, con excelente instinto, el viejo policeman irlandés sacó un largo sobre, y de este una cierta cantidad de hojas de papel cubierta de letra menuda, redonda y clara de John Stuyevsantv an Alstyne.

—La declaración de Bennie Lowestein, — dijo Redburn, haciendo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Supongo, — dijo Belcher, con ojos relampagueantes de rabia, — que la fiscalía cierra con eso la investigación.

—Hay un detalle del que usted se olvidó, Belcher, — añadió Redburn. — Es el pequeño jueguito que hizo usted con el sobretodo del muchacho, cuando se lo quitó a Ornsby. Debía haberse dedicado usted a la prestidigitación.

CHARLES SOMERVILLE

Durante los dos últimos años se gastaron en Inglaterra diez y siete millones de libras esterlinas en la ampliación y mejora le las líneas telegráficas.

Durante el mes de Abril del año pasado fueron matados en las calles de Londres diez y siete conductores de triciclos automóviles de reparto.

"PUCKY" Magazine

APARECE TODOS LOS VIERNES

Un año de suscripción en toda la República (52 números) $ 9.- m/n.

UNA PRIMICIA DE "PUCKY"

LOS VERDES OJOS DE BAST

Novela inédita en nuestro idioma, escrita en inglés por el famoso autor

SAX ROHMER

Traducida especialmente para "Pucky" del original adquirido en Londres

Esta novela comenzó en el número 132 de "Pucky". Si no ha leído los primeros capítulos pida ese número y el 133 a la administración, Avenida de Mayo 662, Buenos Aires, enviando 40 ctvs. en estampillas de 5 centavos y le será remitido por vuelta de correo.

LAS PERSONAS DE TEMPERAMENTO NERVIOSO Y FACILES DE EMOCIONAR NO DEBEN LEER ESTA NOVELA DE NOCHE.

CAPITULO V

La cena interrumpida

Yo llegué a la Casa Roja antes que el inspector Gátton. Un agente se hallaba en la entrada y al llegar yo y detenerme frente a la puerta me miró con aire de desconfianza. Le dije que tenía una cita con el inspector Gátton, me dejó pasar y me dirigí a la casa. No era, al parecer un edificio muy viejo y presentaba todas las características de las casas del período victoriano. El origen de su nombre no era fácil de conjeturar; tal vez se debiera a que su fachada se hallaba cubierta, en sus tres cuartas partes, por una enredadera de hojas de rosas.

La media luna formada por la avenida de entrada, destinada a los vehículos y el cerco de material que bordeaba el camino, hallábanse llenos de maleza, lo que revelaba el abandono en que se encontraba la propiedad, en la cual se alzaban varios árboles bastante altos. A la beillante luz del sol, no tenía aquel lugar nada de extraño ni de curioso. Era enteramente vulgar, haciéndolo menos atrayente los cartelones anunciando que se alquilaba, puestos en las ventanas. Era difícil imaginarse que aquel fuera el teatro del misterioso crímen, del cual a esa hora hablaba ya todo Londres y que, más tarde, habría de servir de motivo para discusiones en todo el mundo civilizado.

Gátton llegó poco después que yo. Le acompañaba el "constable" Bólton, en compañía del cual yo había visitado por primera vez la Casa Roja. Bólton vestía de particular y tenía toda la apariencia de pez fuera del agua que caracteriza a todo "policeman" que se viste de paisano. A decir verdad parecía asombrado. Al llegar frente a la casa se quitó el sombrero y se secó el sudor del rostro con un gigantesco pañuelo, saludándome con un movimiento de cabeza.

—Buenas tardes, señor, — dijo, — fue una verdadera suerte que viniera usted conmigo anoche. Entonces me pareció que esto era algo raro, y por lo visto no me equivoqué.

—Verdad es, — dijo Gátton, con algo de sequedad. — Aquí están las llaves que usted entregó en la comisaría esta mañana.

El inspector sacó del bolsillo un llavero de acero, del cual colgaban una llave grande y otra pequeña y corta, las que yo en seguida reconocí; eran las mismas que la noche anterior había visto colgando del ojo de la cerradura del garage.

Juntos los tres nos dirigimos hasta el garage, donde el detective-inspector metió la llave en el ojo de la cerradura; luego, volviéndose a Bólton, dijo:

—Ahora, díganos usted exactamente todo lo que hizo anoche.

Bólton se paso de nuevo la galera, que hasta entonces había llevado en la mano, vaciló un momento y luego abrió la puerta.

—Naturalmente, — explicó, — tenía yo anoche mi linterna eléctrica. Este señor y yo miramos desde aquí durante un momento.

—El señor Addison me ha dicho ya lo que vió él, — dijo Gátton. — Dígame usted qué hizo después de retirarse el señor Addison.

Bólton, entornando los ojos como quien trata de recordar, sacó la llave de la cerradura y entró. Gátton y yo lo seguimos. Había en el garage un tragaluz, de manera que pudimos ver perfectamente aún cuando Bólton cerró la puerta de nuevo. Sus movimientos fueron los siguientes: cerró la puerta por dentro, avanzó lentamente hasta otra puerta que era más pequeña y estaba situada en el extremo opuesto del garage y la abrió con la otra llave del llavero.

—Un momento, — dijo Gátton. — ¿Miró usted en redor suyo antes de abrir esta puerta?

—Sólo durante el tiempo suficiente para darme cuenta de dónde estaba, señor. Más o menos el tiempo que he empleado ahora.

—Bien; continúe.

Seguimos a Bólton saliendo a un sendero muy angosto, flanqueado por arbustos y que era evidentemente una entrada de servicio. Bólton se volvió y cerró con llave la puerta del garage, se guardó las llaves en el bolsillo, y se dirigió lentamente al camino, saliendo por el costado del garage.

—¡Ah! — murmur Gátton. — Déme usted las llaves. Durante todo este tiempo, ¿oyó usted o vió algo de naturaleza poco común?

Bólton se quitó de nuevo el sombrero. Yo sospechaba ya a esta altura, que el policeman consideraba el aire fresco como una buena ayuda a su intelecto.

—Pues, señor, — respondió, preocupado. — Aquella primera puerta....

—¿Qué? — preguntó Gátton al verlo que se interrumpía.

—Me pareció que ahora se abría con más facilidad que anoche. Parecía que hubiera allí algún obstáculo, cuando estaba medio abierta.

—¿No estaría el cajón en el camino? — sugirió Gátton. — Salvo la ausencia del cajón, ¿encuentra que falte algo, o que haya ahora algo que no estaba antes?

Bólton movió negativamente la cabeza.

—No, señor. — respondió. — Está todo igual, salvo, como he dicho, que me parece que la puerta se abre ahora con más facilidad.

—¡Jum! — gruñó Gátton. — ¿Conservó usted las llaves en su poder hasta que lo relevaron?

—Sí, señor.

—Bien. Puede retirarse.

Bólton se llevó la mano al sombrero y partió. Gátton se volvió entonces hacia mí.

—Entremos de nuevo, — dijo, — a fin de no llamar la atención.

Abrió la puerta del garage y cerró una vez que hubimos entrado, dijo:

—Antes de que sigamos adelante, ¿quiere decirme usted por qué ocultó el hecho de que uno de los más importantes eslabones de la cadena de pruebas se hallaba ya en su poder?

—Sin duda, — dije yo, — algo avergonzado, — se refiere usted a la señorita Isobel Merlin.

—¡Claro! — respondió. — Y también a que usted se adelantó a mí y se entrevistó con tan importante testigo antes de que yo hubiera averiguado su existencia.

Seguía sonriendo, pero en su tono tranquilo se adivinaba la decisión implacable de cumplir con su deber, característica sobresaliente del carácter de aquel hombre.

—Deseo decir, — continuó, — que, por su cooperación, que me ha sido muy útil en más de una ocasión, sigo siempre muy agradecido, pero, si le doy a usted más facilidades que a ningún otro periodista, espero que usted no abuse de ellas.

—Realmente, inspector, — repliqué, — exagera usted un poco. No he hecho nada que pueda perjudicar al caso, ni podía saber esta mañana, antes de haberme entrevistado con la señorita Merlin que pudiera ser por ella por quien se interesaba el difunto sir Marcus.

—¡Jum! — volvió a gruñir Gátton. Pero sus ojos seguían mirándome con la franqueza de siempre, tan engañadora precisamente por eso.

—Además, — continúe, — todo cuanto yo haya averiguado está a su disposición. Debo decirle (y se lo confesaría a muy pocos hombres), que la señorita Merlin es amiga mía muy íntima, y que estuvo por ser algo más si yo no hubiera sido un tonto y un estúpido.

—¡Oh! — exclamó Gátton; y su expresión cambió por completo. — ¡Oh! ¡Eso sí que es fastidioso! A decir verdad, — frunció el entrecejo, — es un detalle fastidioso y molesto.

—¿Qué quiere usted decir? — pregunté.

—Bueno... No sé qué explicación le habrá dado a usted la señorita Merlin sobre sus relaciones con sir Marcus...

—¿Relaciones? — exclamé, acalorado. — Ese hombre era sólo uno de tantos conocidos suyos. Ella sólo lo había visto desde el escenario, durante los últimos meses.

—¡Ah! — exclamó Gátton. — ¿Sí? — preguntó, mirándome de extraña manera. — Eso no parece estar muy de acuerdo con las declaraciones del portero del escenario.

Sentí que yo cambiaba de color.

—¿Qué asegura el portero del escenario? — pregunté.

Sin responder, continuó Gátton mirándome con perplejidad. Luego, creyendo yo adivinar el curso de sus pensamientos, dije:

—Vamos a ver, inspector, — si nos entendemos los dos. Cualquiera que sea la declaración del portero del escenario o de otras personas, sobre ese punto, puede estar usted enteramente seguro de que la señorita Merlín nada tiene que ver con este horrible crímen. La idea de su complicidad es absurda. Tan seguro estoy de eso, que puede usted hablarme con entera franqueza. Le doy a usted mi palabra de honor que seré igualmente franco con usted. La verdad de todo el

asunto no la puede perjudicar a ella. Por mi parte estoy tan deseoso como usted de descubrir la verdad.

Gátton me extendió la mano.

—¡Bien! — dijo. — ¡Nos entendemos! Pero, ¿cómo va a explicar esto la señorita Merlin?

Sacó de su bolsillo una libreta de notas y después de volver algunas páginas, dijo:

—Lo menos en seis ocasiones, tengo las fechas aproximadas, sir Marcus mandó su tarjeta al camarín de la señorita Merlin.

—Lo sé, — dije. — El la perseguía, pero ella no lo recibió.

—Espere un momento. Anoche, — Gátton me lanzó una rápida mirada, — Marie, la mucama de la señorita Merlin, bajó, después que la tarjeta del baronet hubo sido llevada al camarín, y habló con sir Marcus, a pocos pasos de la garita del portero del escenario, pero suficientemente lejos para que éste no pudiera oir. Eso fué a las diez. A las once, es decir, después de la representación, el baronet volvió, y Marie bajó de nuevo a hablar con él. Salieron juntos a la calle y el baronet tomó un "cab" que lo esperaba y se fué. La señorita Merlín salió del teatro un cuarto de hora después

Nuestrasc miradas se encontraron y, durante unos segundos, no dijimos ni una palabra.

—¿Usted pretende afirmar, — dije luego — que la señorita Merlin arregló una cita con el baronet y que, a fin de salvar las apariencias, cada uno fué por lado distinto?

—¿Bueno? — dijo él. — ¿Y usted que es lo qué saca en limpio?

Por el momento no supe que responder.

—Como no conozco nada a ese respecto, — dije después, — no pude hablar de eso con la señorita Merlin. Tal vez habló usted. ¿Qué dice ella?

—No la he visto, — confesó Gátton. — Llegué diez minutos después de haber salido ella... con usted.

—¿Vió usted a Marie?

—Desgraciadamente Marie también había salido. Pero hablé con una mujer que según parece va todos los días a hacer la limpieza. Ella fué la que me dijo que usted había estado allí.

—Marie podrá arrojar alguna luz sobre ese punto.

—¡No tengo la menor duda! — exclamó Gátton. — Mientras tanto, tenemos suficientes pruebas para asegurar que el baronet vino del Nuevo Teatro Avenida a esta casa.

—Puede no haber venido aquí, — dije yo. — También puede haber ido a otro lado, de donde fué traído aquí...

—¡En el cajón! — exclamó Gátton. — Sí; tiene usted razón. Puede ser que el cuerpo estuviera ya en el cajón cuando usted y Bólton llegaron anoche. Eso debió suceder una hora justa después de salir sir Marcus del teatro.

—¿Pero quién llamó por teléfono a la comisaría, anoche? — exclamó. — ¿Cuál puede haber sido el objeto de esa persona desconocida?

—Eso es lo que tendremos que averiguar,— respondió Gátton tranquilamente. — Eso forma parte, sin duda, de un plan trazado con extraordinaria astucia; quiero decir que no ha sido ni un accidente ni una falta de previsión. Mis ayudantes están en actividad y ya conocemos una buena cantidad de detalles a cual más asombroso. No he visitado aun la casa, pero tengo el informe de uno de mis ayudantes que ha estado en ella. También tengo las llaves. El garage voy examinarlo más cuidadosamente después.

Miró Gátton rápidamente en torno suyo antes de que saliéramos, y luego cerró la puerta con llave, por fuera. Nos dirigimos al portón donde el policeman estaba de guardia. De allí, por la avenida, fuimos hasta la entrada principal de la casa. Tenía un enorme pórtico con gruesas columnas y sobrecargado de enredaderas. Noté, un fuerte y penetrante olor a hojas secas y observé que una verdadera alfombra de éstas cubría el camino. A la sombra de los árboles reinaba un agradable fresco, pero aquel olor no me agradaba y supuse que debía haber disgustado a más de un presunto inquilino.

Al aproximarme observé que de las ventanas situadas a izquierda y derecha de la puerta habían sido arrancados los carteles de "Se alquila" pero algunos trozos de papel estaban todavía adheridos a los vidrios. Tampoco había carteles en el pórtico; pero cuando Gátton abrió la puerta, lancé una exclamación de sorpresa.

Nos hallamos en un pequeño vestíbulo o hall de recepción. A la izquierda había una escalera y tres puertas se abrían sobre aquel hall. ¡Pero aun cuando la Casa Roja estaba desalquilada, el hall estaba amueblado. El piso, encerado y brillante, en parte cubierto por dos o tres alfombras y frente a la chimenea sobre la barandilla de bronce estaban la pala y el tizonero del mismo metal, para remover el fuego; había varias sillas de espalda a las paredes y una pequeña palmera en un jarrón chino.

—¡Cómo! ¡Esto está amueblado y hasta la escalera está alfombrada!

—Sí; — respondió Gátton, examinando todo aquello con penetrante mirada. — Pero, de acuerdo con los informes de mi subordinado, si sube usted arriba es donde recibirá la gran sorpresa.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Espere. ¿Quiere que vayamos a verlo?

Precedido de Grátton subí yo por las escaleras hasta el primer rellano. Me detuve allí, estupefacto. En aquel punto cesaba todo intento de amueblar la casa. El descanso estaba enteramente desprovisto de muebles y de adorno, lo mismo que el tramo superior de la escalera que comenzaba en él.

—Sí; es una combinación bastante extraña, ¿verdad? — exclamó Gátton, sonriendo al notar mi sorpresa.

Descendimos de nuevo al amueblado hall.

—Mire usted, — dijo entonces mi compañero.

Abrió una puerta de la izquierda, empleando para ello una de las llaves del llavero que llevaba. Apareció a mi vista una habitación grande, rectangular, evidentemente destinada a comedor. Se hallaba vacía, sin mueble alguno, sólo había en ella algunos trozos de

papel y mucha basura en el suelo, en varios montones. Mi estupefacción crecía por momentos. Gátton abrió otra puerta, la del centro, revelando otra habitación vacía también.

He reservado esta para el final, — dijo, — Como usted ve no esta cerrada cerrada con llave.

Indicó la terecera puerta, la de la derecha y, como noté que deseaba que fuere yo quien la abriera, avancé y así lo hice. Entré en una habitación pequeña, cuadrada, exquisitamente amueblada y decorada.

Una gruesa alfombra de Persia cubría el piso y las ventanas estaban cubiertas por ricas cortinas de llamativo color. Algunas hermosas acuarelas puestas en ricos marcos, colgaban de las paredes. También en uno de los rincones, un curioso mueblecito, un amplio diván y dos mullidos sillones de acuero. En el centro había una mesa, sobre la cual se veía una lámpara con pantalla de seda de colores. Dos sillas de alto respaldo estaban colocadas frente a frente... ¡Y la mesa pronta para la cena! Una botella de champaña en un balde de plata, dentro del cual el hielo se había derretido, y sobre la mesa los manjares de una excelente cena fría. La mesa estaba decorada con un florero con rosas blancas. Los cubiertos de plata del servicio eran de buena calidad y el mntel y las servilletas de hilo fino y blanco como la nieve.

Como un estúpido permanecí allí mirando aquello, notando la dirección de la mirada de Gátton, dirigí las mías hacia la repisa de la chimenea, en la cual un reloj marcaba las horas con su solemne tic-tac.

¡Junto al reloj, en un valioso marco tallado, se halla una fotografía grande, de Isobel Merlin!

CAPITULO VI

La voz

"EN este punto es en el que se centraliza el misterio", — dijo Gátton.

No repliqué porque aún no había recobrado la serenidad que perdí al hacer tan extraño descubrimiento en el cuarto de la cena. Había sido tan inesperado y confirmaba de tal modo las crueles y no disimuladas sospechas del inspector, que pareció alzar algo así como una impalpable barrera entre nosotros dos. De esto se daba perfecta cuenta el inspector Gátton. Intentó hacer que yo sintiera interés por las investigaciones que él realizaba en el garage, pero durante un rato yo no ví nada de todo cuanto me rodeaba; sólo veía aquel retrato mirándome sonriente e interrogativamente a través de una niebla de duda, y las palabras de mi compañero llegaron a mis oídos como amortiguadas por aquella niebla. Sin embargo, al cabo de un momento logré salir de aquel adormecimiento más convencido que nunca de que Isabel era enteramente inocente de toda complicidad en el asunto.

—La presencia de ese retrato, — dije, — nos hace adelantar un paso más. ¿Se da usted cuenta, inspector, de que esa es una trampa hábil y astutamente armada? Lo que yo había considerado como una serie de infortunadas coincidencias, veo ahora que son parte de un bien combinado plan, cuyo objeto es hacer aparecer personas enteramente inocentes como autoras del delito.

—¡Jum! — gruñó Gátton, perplejo. — Tal vez sea como usted lo supone. De todos modos, ese es un nuevo punto de vista que no se me había ocurrido, lo confieso. Pero hay un testigo que debe estar en condiciones de aclararlo todo.

—¿Se refiere usted a Marie, la mucama?

—Precisamente. Mentirá, sin duda, pero ya encontraremos el modo de llegar a la verdad.

—¿No sería conveniente, inspector, — pregunté con nerviosidad, — ponerla en sitio seguro inmediatamente?

Gátton se sonrió, inclinando la cabeza.

—Marie hará todo lo posible para evitar que la pesque Scotland Yard, — contestó. — Pero la vigilan de muy cerca. Dígame, — agregó, cambiando de tono, — ¿qué opina usted de esas señales que hay en la puerta?

Habíamos vuelto a cerrar la puerta del garage y estábamos de pie, dentro. Las señales que mi compañero indicaba se hallaban situadas en lo alto, cerca del techo.

—Puede ser que tengan algo que ver con la manifestación de Bólton. ¿Recuerda usted que dijo que anoche la puerta, al abrirla, ofreció alguna resistencia y que hoy, en cambio, la abrió con toda facilidad? — dijo. — Si no estoy equivocado, ahí estaba instalado hace poco alguna clase de mecanismo.

—Posiblemente un aparato para impulsar la hoja y cerrarla, — opiné yo.

Las señales corresponden en realidad a las que hubiera podido dejar un aparato de esa clase. Parecía que se había tratado, después de sacarlo, de disimular los agujeros dejados por los tornillos.

—¿Con qué objeto? — murmuró Gátton, desorientado.

—¡Quién sabe! — dijè. — El propósito de todo esto es un misterio enteramente intrincado e indescifrable para mí.

—Si un mecanismo como el que usted dice hubiera estado en esa puerta, — dijo lentamente Gátton, — ustedes hubieran notado su presencia anoche, a no ser que uno de ustedes sostuviera la puerta abierta.

—¡Ninguno de nosotros dos sostuvo la puerta abierta! — dije yo con creciente excitación. — Recuerdo bien que nos quedamos los dos de pie, mirando hacia el interior. Yo estaba detrás del policeman mientras él dirigía la luz de su farol en diversos sentidos.

—¡Jum! — murmuró Gátton. — Entonces, si no era un aparato para cerrar la puerta, tenía que ser otra cosa. ¿Le parece que debemos revisar la otra puerta?

Nos dirigimos hacia la otra puerta. Sentí

grandísima curiosidad. ¿Qué vería del otro lado? Casi me sentía convencido de que del otro lado íbamos a encontrar unas señales iguales. En esto no me equivoqué. Algún mecanismo había estado atornillado a la otra puerta, también. Miramos los dos aquellos denunciadores agujeros de tornillos y luego nos miramos el uno al otro.

—Lo que nos falta, — dijo Gátton, — es conocer el plan a que obedecieron todos estos detalles aislados al parecer. Nada, como lo hemos visto ya, fué accidental; no ha habido coincidencias. Con algún deliberado propósito se hizo que el policeman cruzara este garage, abriendo y cerrando las puertas al pasar.

—¿Quién dió esas instrucciones al policeman?

—Ese es uno de los puntos menores que yo he averiguado ya, — contestó el inspector Gátton. — Al venir aquí pasé por casa del agente encargado de alquilar la casa, como usted lo sabe, puesto que ha traído las llaves. Estuve también en la estación. El sargento que estuvo de guardia anoche no se hallaba allí, así que no pude verle, desgraciadamente. Pero supe que fué una mujer la que habló por teléfono.

Sentí cada vez más acongojado el corazón. Me parecía que mientras nos encontrábamos en aquel garage una mano invisible tejía una red, cada vez más estrecha y más intrincada, en torno de Isabel. Mis ideas se hicieron cada vez más caóticas porque se me hacía más y más inexplicable el propósito de todo aquello. Parecía obra de alguien que tuviera el propósito de hacer que Isobel fuera encarcelada o condenada a algo peor.

—¿Qué dijo el agente encargado de alquilar la propiedad? — pregunté con voz casi temblorosa.

Gátton movió la cabeza, pensativo.

—No tengo razón alguna para dudar de la palabra de ese hombre de negocios, — replicó, — porque en el momento en que le ví no podía haber tenido ni la menor noticia de que se había cometido el crimen. Sin embargo lo que me dijo parece casi increíble. El también, según me dijo, recibió sus instrucciones por teléfono.

—¿Por teléfono? — exclamé.

—Por teléfono, — repitió Gátton. — Hace diez días más o menos le habló por teléfono alguien que le ofreció verbalmente alquilar la Casa Roja por el término de un año. Era un extranjero que, en lugar de ofrecer las usuales referencias y garantías, dijo que estaba dispuesto a abonar por adelantado los doce meses de alquiler. Como la Casa Roja era considerada como un verdadero elefante blanco, según suele decirse, el agente se sintió intersado; cuando, al día siguiente recibió por correo la suma ofrecida, no tuvo reparo en entregar las llaves al futuro locatario que deseaba tomar en seguida algunas medidas para encargar unas alfombras y para algo más.

—Espere un momento, — le interrumpí yo; — ¿a quién hizo el agente entrega de esas llaves?

un mensajero de la localidad, que fué a recogerlas, de acuerdo con lo que se le había avisado al agente con anterioridad

—Muy bien. ¿Y después?

—Eso es todo cuanto el agente pudo decirme.

—¡Cómo! ¿Nada más?

—Absolutamente nada más. Se comprende con toda claridad que el único propósito de ese desconocido inquilino era hallarse en condiciones de disponer de la casa para utilizarla en la ejecución del crimen.

—¿Así que desde el principio al fin el mensajero de la localidad fué la única persona que apareció en todo el asunto?

—Así es, — afirmó Gátton. — El dinero de los doce meses de alquiler, que en mi opinión fué lo que hizo que el agente no tuviese recelo alguno, fué enviado en billetes de Banco, no en cheque.

—¡Pero con seguridad debió dar el inquilino su nombre, algún domicilio, algo así!

—Dió un nombre, — dijo Gátton, — y las señas de un hotel, pero no se preocupó el agente de averiguar si se trataba o no de datos verídicos desde que tenía en su poder el dinero, que era lo más importante.

—¿Y la voz que oyó por teléfono?

Ví de nuevo en el rostro del inspector Gátton la misma expresión de antes

—Fué una voz de mujer, — me contestó el inspector.

—¡Dios mío! — murmuré. — ¿Qué significa todo esto?

La declaración del cochero, cuando se la encontrara, — y la del carrero que había llevado el cajón del garage al muelle de las Indias Occidentales y (porque era posible que se tratara del mismo hombre) que lo había entregado en la Casa Roja, lo que harían sería estrechar aun más la red tejida en torno de Isabel a la que yo sabía inocente. No tenía yo ni la menor duda de que así sería.

—Gátton, — dije; — por lo que voy viendo y sabiendo, este caso no es, en el fondo más que una combinación cuyo verdadero propósito no ha sido el asesinato de sir Marcus si no la condena de la señorita Merlin como autora del crimen.

Gátton me miró con evidente preocupación pintada en el rostro.

—Empiezo a pensar eso mismo, — confesó. — Este asunto no fué jamás ni planeado ni ejecutado por una mujer; lo juraría. Hay una mujer metida en el asunto porque por todas partes hay constancia de que su voz dió las misteriosas instrucciones; pero esa mujer no está sola en esa combinación. Además lo intrincado del caso indica que es obra de un criminal realmente genial. Cuando conozcamos la verdad, si algún día llegamos a conocerla, nos encontraremos con que el crimen fué planeado por un hombre de maravillosa, a la vez que pervertida, intelectualidad. Esto me parece indiscutible.

—Lo que me intriga, Gátton, — dije, — es la relación existente entre los sucesos que se desarrollaron en el garage y los, hasta ahora desconocidos, que tuvieron lugar en la pieza amueblada y adornada de la Casa Roja.

—Se comprende claramente que prepararon una cena para dos personas, — replicó Gátton, — y que una de esas dos personas

ca sir Marcus. No cabe duda a ese respecto. Que él esperaba que la otra persona fuese la señorita Isobel Merlín, lo hace suponer la presencia del retrato de la joven actriz en la habitación; porque usted se habrá percatado de que era el único retrato que allí había.

—Sin embargo, — dije con firmeza, — estoy positivamente convencido de que nadie se sorprendería más que ella misma al enterarse de la presencia de su retrato en semejante sitio.

—Como ya lo he dicho, — manifestó Gátton, — me voy inclinando rápidamente hacia su modo de pensar, señor Addison. Pero aún cuando yo pensara ya enteramente como usted, las pruebas que hasta ahora hemos recogido demuestran todo lo contrario; esto no me lo negará usted. En cuanto a la conexión entre este garage y la interrumpida cena (pues no cabe duda de que fué interrumpida) es algo que es mi obligación averiguar.

—¿No le parece, — dije, — que tal vez concedemos demasiada importancia al hecho de que algunos aparatos han sido sacados de esas dos puertas? Puede ser que los sacara el anterior locatario. El llamado a la estación de policía puede haber tenido por único propósito el asegurarse un testigo de autoridad indiscutible que, llegado el momento, declarara que el cajón estaba aquí la noche del crimen.

—Por el momento, — replicó Gátton. — no veo de qué podía servir semejante testimonio. Voy a permitirme, sin embargo, suponer que usted se equivoca al creer lo que cree sobre el objeto que se tuvo en vista al enviar a Bólton, anoche, a abrir y cerrar estas puertas. Ahora me propongo volver a visitar el teatro de la interrumpida cena.

Abandonando el garage, muy poco más adelantados en nuestras informaciones que cuando entramos en él, nos encaminamos por el enarenado camino de entrada, a la la sombra de los altos árboles y envueltos de nuevo en el pestilente hedor de los montones de hojas podridas. El entrar en la Casa Roja, Gátton y yo nos detuvimos primeramente en aquel oasis de confort y lujo situado en el desierto de habitaciones vacías y sucias del resto de la casa. Mi compañero lo examinó todo sin olvidar detalle, llegando hasta a golpear las ruinas por si había algo hueco. Examinó los herrajes de la puerta y, por último cruzó el vestíbulo dirigiéndose hacia el ala del Sur de la casa, la que quedaba más cerca del garage.

No tenía yo idea de lo que allí esperaba encontrar, pero me pareció que dedicaba especialmente atención al revestimiento de madera de sus paredes y a la cornisa para colgar cuadros, de las habitaciones vacías y no alfombradas en las que entramos. Fuese lo que fuese lo que buscaba no lo encontró. Nos hallamos por último en una triste habitación delante de cuyas ventanas se extendían las entrelazadas enredaderas. Desde allí se distinguían los fondos del garage y yo lo miré frunciendo el ceño y preguntándome cual era el diabólico secreto que encerraba. Al mismo tiempo me maravillaba ante el capricho del destino que me había hecho testigo de un acto de tan espantoso drama.

—Claro está, Gatton, — dije, — que todos suponemos que sir Marcus halló realmente su muerte en esta casa. Debemos recordar sin embargo, que tal vez pudieron traerlo a este sitio después de haberlo matado.

—Tan corto ha sido el tiempo transcurrido, — replicó el inspector, — desde el momento en que salió del Nuevo Avenne Theatre y de la hora en que se calcula que dejó de existir, que parece imposible que visitara algún lugar intermedio.

—Pero...¿no es posible que estuviese ya dentro del cajón cuando yo vi el cajón en el garage?

—No creo que estuviese entonces dentro del cajón, — opinó Gatton, — pero sí creo que en aquel momento se hallaba en la casa Roja.

—¿Cree usted que sir Marcus estaba en la casa en el momento en que el policeman y yo abríamos la puerta del garage?

—Así lo creo. Me parece que estaba en ese cuarto donde estaba preparada la cena para dos.

—¡Dios mío! — exclamé. Me parecía horrible pensar que el hombre que en aquel momento yacía asesinado se hallaba en la casa, probablemente con vida mientras Bólton y yo nos encontrábamos a menos de cuarenta yardas de él. Me resultaba horrendo pensar que habíamos podido, a no mediar la circunstancia de que ignorábamos su presencia allí, haber evitado su muerte, evitado tal vez la bien combinada máquinaria criminal instalada en la Casa Roja.

—Alguien estuvo aquí anoche, — declaró Gátton de improviso, cuando nos volvíamos para retirarnos de la desierta habitación, — después de retirarse usted y Bólton. Todo lo que podía ser prueba acusadora para el asesino, ha sido retirado. Mirando el asunto con sensatez se comprende evidentemente que una persona bastante astuta, para haber planeado este crimen, no pudo cometer la torpeza de hacerse culpable de un acto de tan evidente estupidez como el de dejar olvidado su retrato en la repisa de la chimenea.

Este hecho, que se había presentado por sí mismo ante la mente del inspector con tan convincente claridad, me quitó un enorme peso de encima. Yo lo había tenido presente desde el primer instante, pero había temido que desde el punto de vista oficial, — y el punto de vista oficial suele ser a menudo muy original, — no le hubiera parecido lo que a mí.

—El hábil y astuto criminal que planeó todo eso, — dije, — se ha pasado de astuto, como usted lo ha dado a entender, Gátton. Si el crimen fué artísticamente planeado con el determinadop ropósito de hacer recaer la responsabilidad del delito sobre la cabeza de una persona inocente, ha tenido una falla propia de un mediocre delincuente. Ese detalle del retrato no engañaría a un niño.

—No; en ese punto estoy de acuerdo con usted. El hallazgo de ese retrato ha con-

tribuido más a convencerme de la inocencia de la señorita Merlin. que todos los testimonios de su buena conducta que pudiera haber presentado. Sepa usted, — añadió sonriendo picarescamente, — que precisamente los individuos a quienes sus más íntimos amigos soponen más ajenos a toda inclinación criminal. son los que suelen dedicarse al crimen, hasta el punto que no me sorprende nunca ver que un ladrón o asesino convicto y confeso posea certificados dignos de la vistuosa vida de un arzobispo. Pero cuando veo un rastro artificial lo reconozco a una milla de distancia. Los rastros verdaderos jamás le saltan a uno a la cara como salta ese.

Llegamos a la puerta del frente; seguimos por el camino cubierto de hojarasca y nos encontramos con que al policeman de guarda en el portón se había unido un agente vestido de particular que, evidentemente, esperaba al inspector para hablarle.

—¿Qué tiene usted que decirme? — preguntó Gátton con interés al recién llegado.

—Ya la tenemos, señor, — contestó, saludando.

—¿Se refiere usted a la mucama Marie? — pregunté yo.

Gátton inclinó la cabeza afirmativamente.

—Me parece, señor Oddison, — dijo, — que me dirigiré inmediatamente a Bow Street, a donde la han llevado para interrogarla. ¿Quiere usted venir conmigo, o tiene usted algún otro compromiso?

Vacilé un momento, indeciso y perplejo.

—No tengo grandes deseos de ver cara a cara a esa mujer, pero le agradecería mucho. Gátton, que me informara después del resultado del interrogatorio, — dije.

—Lo haré sin falta, — dijo Gátton. — Me sería agradable si usted pudiera proporcionarme hoy los datos relacionados con esas pequeñas estatuitas de gatos que, según usted dijo, tiene usted en su poder.

—Así lo haré, — dije. — ¿Opina usted todavía que la marca del cajón y la imagen de la mujer-gata tienen importante relación con el crimen?

—¡No lo dudo! — contestó el inspector. — Si el retrato es un rastro falso, el rastro del gato es verdadero y debe seguírsele. Tal vez — agregó, — sería bueno que usted se fuera ahora a su casa y estudiara los puntos que le parezcan de interés, porque cuando yo venga no podré quedarme mucho tiempo

—Así lo haré, — dije, — aún cuando creo que hallaré inmediatamente todo el material necesario.

Gátton se retiró con el detective que había traído la noticia del arresto de Marie y yo, alejándome por contraria dirección, me dirigí a mi chalet. Era tal el estado de confusión de mi mente al pensar en cómo terminaría todo aquello y en lo que su terminación significaría para Isabel, que no me era posible reflexionar con cordura. Excuso decir que no pude, por más esfuerzos que hice, formarme teoría alguna que consiguiera coordinar de algún modo toda la asombrosa y terrible serie de acontecimientos que rodeaba a la violenta muerte de sir Marcus.

En una forma extraña y que demuestra toda la diabólica genialidad de la persona autora del crimen, las circunstancias van presentándose de tal modo que parece que el criminal ha tenido el propósito de hacer aparecer como autora del delito a la joven actriz Isobel Merlin. ¿Por qué ha hecho eso? ¿Quién es el incógnito criminal que desea ver acusada a una mujer inocente? Lea los capítulos sucesivos de esta novela sensacional y sabrá esas y muchas cosas más estremecedoras y misteriosas.

Un médico francés afirma que el temor a la muerte acorta la vida.

* * * *

La única hija sobreviviente del doctor Livingstone, el que primero exploró el desconocido continente africano, es misionera en Chitambos. Su famoso padre falleció en 1873.

* * * *

En los jardines de Kew se encuentra la planta llamada Hechtia Argentea. Fué llevada a Inglaterra de Méjico hace cincuenta años y ningún otro ejemplar ha sido descubierto desde entonces.

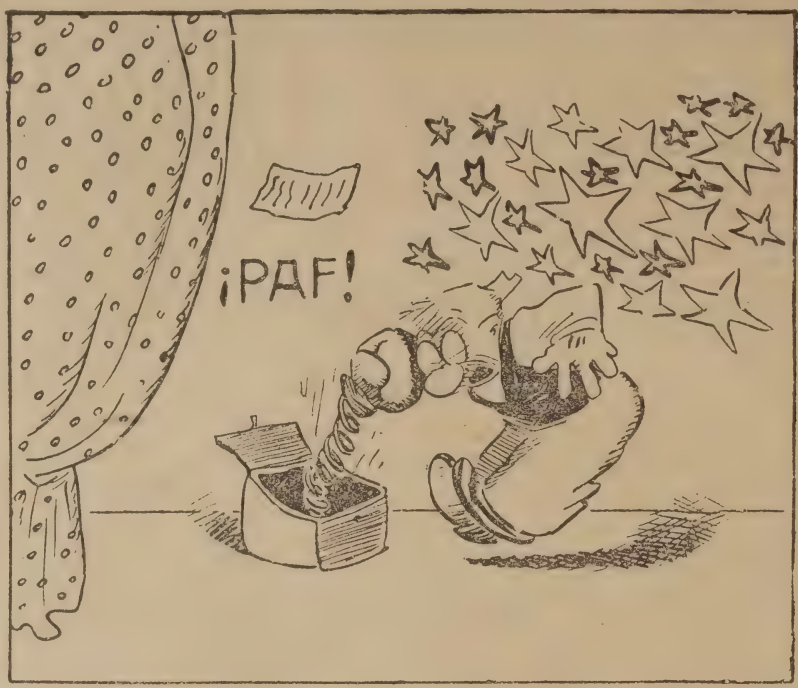
En las líneas férreas de Inglaterra trabajan en el transporte de los diversos ramos de la industria más de 80.000 hombres.

* * * *

La isla de Wallarea, situada a dos horas de distancia de Londres, tiene cien habitantes, y no cuenta con escuela ni iglesia.

* * * *

Se afirma que la mayor parte de los incendios de casas que ocurren en Londres es debida al descuido de dejar ropas cerca del fuego o a los puchos encendidos de cigarros y cigarrillos.



Este es último regalo que manos anónimas le mandaron al Sr. Barnigugli; el gracioso personaje de la historieta que en colores y al tamaño de una página se publica en

EL DIARIO

Ediciones de los Jueves

Remita el cupón que aparece en la página 34 de este número si quiere recibir un ejemplar en su domicilio.

Compre todas las tardes

EL DIARIO

o suscríbase a la administración:

Av. de Mayo 662 - Buenos Aires

PRECIOS DE SUSCRIPCION

3 meses. . .	$ 7.50
6 „	„ 14.50
1 año. . . .	„ 28.00

PRECIOS DE SUSCRIPCION

a las Ediciones de los Jueves solamente:

1 año	$ 5 00
6 meses. . . .	„ 2.50
3 „	„ 1.50

SURCOUF

NOVELA HISTORICA ESCRITA EN FRANCES POR

LUIS NOIR

(TRADUCCION ESPECIAL PARA "PUCKY")

De esta obra ha sido tomado el argumento de la gran película que la casa LEON GAUMONT estrenará en los grandes cine - teatros de Buenos Aires y Montevideo, en la temporada actual.

(Continuación. — Véase el No. 124 y siguientes, de "Pucky")

OS corsarios se miraron unos a otros diciéndose con el mudo lenguaje de los ojos que nunca habían admirado en la India unas beldades como aquellas.

Los corsarios escucharon atentamente la triste historia de las almeas contada con gemebundo tono por la mayor de todas, y cuando terminó su amarga relación, le preguntaron:

—¿Cuáles son vuestros proyectos para el futuro?

—Dicen que vuestro ejército se prepara a marchar hacia el Cairo y quisiéramos ir con vosotros, pues en caso de permanecer en Alejandría no tardaríamos en vernos reclamadas por el caid, al que se habría sobornado previamente, y el caid declararía quién puede alegar derechos sobre nosotras.

—En vista de tan poderosa razones, — dijo Surcouf, — os llevaremos hasta el Cairo.

—Como no somos suficientemente ricas para poder comprar camellos, haremos el viaje en burros de alquiler.

—Corre de nuestra cuenta la compra de tres camellos para que os lleven.

—Eso es muy caro, — repitieron las tres.

Preguntó Surcouf al intérprete cuánto costaba un camello.

—Con su attacheya, cuestan de doscientos cincuenta a trescientos francos.

La "attacheya" es una especie de palanquín o cajón adornado con cortinas y cojines para comodidad de las damas árabes que viajan.

Soltó Surcouf una alegre carcajada

—Os compraremos cuatro camellos para que además de los utilizados para cada una de vosotras, dispongáis de otro para los equipajes.

—Mil gracias sidi; mil y mil gracias. Nos dijo el judío amo de esta casa que eras el rey del mar, y vemos que tiene razón. ¿Cuándo quieres que bailemos para distraer vuestro aburrimiento tan lejos de la patria?

—Pensaremos en esas danzas cuando nos veamos en el Cairo.

—Somos tus esclavas y puedes disponer como mejor gustes.

—Pero no debéis olvidar que un día u otro dejaremos esta tierra de Egipto.

—Entonces nos llevaréis en vuestra compañía. Cuando con nuestros bailes hayamos ganado bastante, puesto que eres el rey del mar, nos llevarás a Argel donde volveremos a vernos en nuestro aduar. Allí reclamaremos contra la conducta de nuestro primo, que recibirá el castigo de los palos que allí se aplica, y luego volveremos a ponernos en viaje, pero bajo el amparo de nuestro hermano menor, y reclutaremos otros músicos y bailarines de nuestra tribu argelina.

—Todo eso está muy bien pensado, — dijo Surcouf, — pero no debéis preocuparos por ganar dinero, pues os prometo daros todo cuanto podáis precisar.

Besaron las pobres muchachas las manos de Surcouf, quien dejaba hacer por lo muy acostumbrado que estaba a esta clase de ceremonias, y volvieron las almeas a sus habitaciones, no sin dejar entre los corsarios la más grata impresión.

Parecían estar encantadas las bailarinas de ir al Cairo, y como gente acostumbrada a viajar por aquel país, hicieron hacer todos los preparativos con la mayor prudencia y cordura.

El intérprete anunció a Surcouf que no suponía empresa baladí la de cruzar una extensa zona en la que era el calor espantoso. Erap reciso proveerse de agua, de víveres, de tiendas. El copto se extendió en la larga enu

meración de los muchos detalles que consideraba necesarios.

—No puedo dudar, — interrumpió Surcouf, — de que persigues algún secreto objeto al largar tan descomunal discurso.

—Mire, excelencia, cierto es que tenemos ya los tres camellos para las almeas así como uno más para el transporte de sus equipos, pero será preciso dotar a cada una de las bailarinas de una negra para su servicio particular, a menos que su excelencia no se determine a comprar una esclava para cada almea.

—Compra esas esclavas de que hablas.

—Está bien, excelencia, pero necesitaremos además otros dos camellos para agua y víveres, pues son muy escasos los pozos en todo el camino y se los disputarán a tiros, como has de ver tú mismo. Los camellos de que hablo son los que aquí llamamos camellos cocina.

—Compra esos camellos y veamos que más pides.

—Para tener esos camellos necesitamos un sokrar.

—Comprendo; ¿un camellero, no? Pues alquila uno o los que te parezca. Veo que eres calculador y que no descuidas nada. Que las almeas no sufran o sufran lo menos posible y para ello te doy amplias facultades. Son muchachas muy agradables y ya las quiero como si fueran hijas mías.

El intérprete, cristiano honrado y muy activo, se preocupó de que no faltase nada. Las jóvenes posían irresistible atractivo y conquistaron muy pronto el afecto de los corsarios, de modo que lo dicho por Surcouf al copto era expresión de la verdad, por considerar a las muchachas árabes acogidas a su amparo, como si formasen parte de la propia familia del marino.

Todos los grandes corazones experimentan una vaga necesidad de amores y afectos paternales.

CAPITULO XII
Hacia el país del fuego

SE acercaba el día de ponerse en marcha por tener prisa Bonaparte de tomar posesión de El Cairo, y el día seis de julio se puso en camino el ejército, para que sufrieran los soldados el horrible calor de sesenta grados, bajo un sol de fuego, bajo los rayos de un implacable astro que desde lo alto de los cielos arrojaba torrentes de luz centelleante, y aquellos veteranos hechos por completo a la vida del campamento, halláronse como fuera de su centro al recorrer un país que no ofrecía el menor recurso.

Los corsarios tuvieron ocasión de apreciar las ventajas de aquel camello cocina, como dijo el copto, en el cual una de las esclavas de las almeas oficiaba como jefe de cocina, y tanto Kléber como su estdao mayor quedaron muy agradablemente sorprendidos, cuando en el alto de mediodía vieron cómo se les brindaba una taza de excelente cafe hecho a la moda egipcia, y fué aun mayor su satisfacción cuando. al dar por terminada aquella etapa primera, les obsequió Surcouf con humeante plato de alcuzcúz, y una garrafa de agua, mientras era indescriptible el ruido en las proximidades del pozo, pues se batían todos como fieras para disputarse unas gotas del turbio líquido.

El segundo día de marcha resultó aun mucho más penoso que el primero. El espejismo tomó caracteres extraordinarios y el ejército entero veía ante sí risueños paisajes frondosos, donde serpenteaba el agua de arrojos clarísimos, entre praderas de lujuriosa vegetación.

Pero como la alegre visión se desvanecía a medida que adelantaba la marcvha o se mantenía siempre a la misma distancia, desesperaban todos de alcanzar tan risueños parajes. La insolación arrolló a centenares de infelices, y nubes de cuervos revoloteaban sobre aquel ejército, verdadera caravana interminable como perdida entre las arenas del desierto.

Describían las bandadas de cuervos en el azul y límpido de los cielos círculos y extrañas figuras que asemejaban a inscripciones cabalísticas, como seres conscientes de lo que hacen y que no dudan de contar con abundante presa, y sentían los soldados cómo tomaba la idea de la muerte posesión de aquellas almas, al ver cómo sobre la cabeza de cada uno de los hijos de Francia extendía sus negras alas un voraz y graznador cuervo egipcio.

Aquella noche fué extraordinariamente triste. En el extenso campamento no se oyó una sola risa.

Gracias a los consejos de varios egipcios que tomó Bonaparte como guías y como gente experimentada en aquellas regiones, se emprendió el tercer día la marcha mucho antes de salir el sol y se pudo llegar así al punto marcado como sitio de descanso antes de que arreciaran los grandes calores, con lo cual, tanto hombres como caballos, pudieron esperar con menos impaciencia que se sacara agua de los pozos. El cuarto día se adoptaron las mismas precauciones, y logró legarse a Ramanieh. Aquello era la salvación por suponer agua abundante, ya que se había llegado a orillas del Nilo.

Se olvidó como por encanto todo lo sufrido y el ejército entero lanzó un prolongado alarido de júbilo tan luego como pudo cada sediento soldado ver la azul cinta de agua. El territorio que se ofrecía ante su vista era un verdadero paraíso para los infelices que salían del infierno donde el fuego de las alturas y las abrasadoras arenas del piso habían sido por cuatro interminables días torturas de los espíritus y los cuerpos.

Estableciose el ejército a lo largo de las márgenes del gran río y la primera noche, a contar de la llegada de los franceses a Ramanich, transcurrió tranquilamente, pero la siguiente se vió turbada por nutrido tiroteo de fusilería que obligó a la vigilancia de las avanzadas. Nutridos grupos de veloces ginetes árabes se deslizaban entre los puestos de vanguardia para fusilar a los que dormían sobre la arena de la playa. Contóse algunos

muertos y bastantes heridos, pero no se pudo ver a uno solo de los atacantes, por huir con igual rapidez con que se presentaban por sorpresa.

Amaneció, y muy lejos de terminar las agresiones, empezó toda una serie de escaramuzas. Podía verse con toda claridad cómo más de tres mil jinetes árabes auxiliaban a los mamelucos. Caracoleaban todos por la ilimitada llanura. Agrupábanse algunos centenares, galopaban furiosamente en dirección a los franceses, y al estar a tiro disparaban sus armas, para girar y huir con la misma velocidad con que hicieran sus acometidas.

Fué preciso ordenar la retirada de las grandes guardias y de los puntos de avanzada, y hubo que poner las tropas más apartadas del centro al abrigo de la artillería y protegidas por trincheras, para tener alguna garantía de seguridad.

Luego aún se dió orden de que salieran columnas enteras abiertas en guerrillas de tiradores. Estas guerrillas sufrieron poco por efecto del fuego de los árabes, y gracias a estas medidas se logró mantener a los jinetes contrarios a más de los trescientos pasos marcados por el alcance de los fusiles. Los puestos avanzados se establecieron a cuatrocientos pasos del grueso de las columnas, las que quedaron fuera del alcance de las balas enemigas.

A vista de todo el ejército realizaron los corsarios una hazaña notable. Poseían soberbios caballos árabes de pura sangre, y comprendiendo al padre Lanternier, que se empeñó en formar parte de la partida y aún sumando sus ordnanzas, no llegaron a constituir sino un pelotón de ocho jinetes.

Habían observado que de tiempo en tiempo avanzaba mucho, hasta colocarse junto a las primeras líneas, un joven y gallardo árabe, jinete de magnífico potro que manejaba con maravillosa destreza. Llegaba a todo galope al frente de un centenar de otros tan valientes escaramuceadores como él, y su escuadrón molestaba, hería y suspendía los trabajos de uno de los grandes destacamentos de vanguardia dedicado a la construcción de una trinchera.

Llegaba al tropel el escuadrón mandado por el aludido joven cerca de donde se hallaban los franceses, cuyos parapetos no podían defenderlos aún, por estar a medio hacer la trinchera, y disparaban sus fusiles sobre defensores y obreros, para volver bridas y huir al más desaforado galopar de los otros.

Surcouf se irritó ante tan repetida maniobra, y fué a ver a Kleber, a quien pidió ochenta mosquetones armados.

—¿Qué se propone hacer con todo ese armamento?

—Exterminar a esos árabes asesinos, —dijo el corsario. — Quiero enseñar a este ejército cómo me las arreglaba en la India para desembarazarme de tan molestos vitantes.

Entregó Kleber los mosquetones bien cargados, mientras había ordenado el marino que se ensillaran los caballos. Hizo luego colgar dos a cada costado de la silla, y otros dos mosquetones quedaron en banderola sobre cada silla. Conocida es la habilidad de los marinos para atar y manejar las cuerdas, y en cinco minutos quedó listo y a punto de ponerse en marcha el pelotón.

Esperaba Surcouf a caballo con sus ocho hombres y sus ochenta carabinas cargadas, y cuando volvió otra vez el aguerrido jefe árabe a fusilar a los trabajadores de la trinchera, se lanzaron los corsarios a todo galope tan pronto como vieron que los enemigos habían disparado sus armas.

Cuando los árabes oyeron galopar tras ellos y pudieron contar lo reducido del pelotón que los perseguía, volvieron grupas y cargaron a los corsarios, pero refrenaron éstos sus bridosnes y caundo los enemigos estaban a menos de doscientos pasos, rompieron un fuego terrible por lo sostenido y lo certero.

Los ochenta mosquetones parecían una guadaña segando la hierba de los prados. La carnicería fué espantosa, y los árabes consideraron como cosa de magia ver como se descargaba tanto fusil sin que los cargara nadie. Asustados, vencidos y dominados de supersticioso temor, huyeron a todo galope, pero no sin dejar tendidos treinta muertos o con muy graves lesiones.

Ordenó Surcouf que se reuniesen otra vez todos los mosquetones tirados sobre la arena a medida que se hacía fuego sobre los árabes, y luego se apoderó del negro caballo del jefe así como de varios otros que galopaban libres por la llanura, y volvieron los ocho jinetes al campamento cargados de rico botín de los primorosos fusiles árabes tomados a los enemigos.

El ejército entero, advertido por los gritos de los que vieron el principio de la aventura, corrió a las líneas avanzadas para darse cuenta de los detalles de las emocionantes escenas, y fué enorme la ovación con que recibieron a los corsarios, y como viera Surcouf a Bonaparte y a Kleber cerca, se aproximó a saludarles.

—Capitán, — dijo el futuro emperador — Acabamos de verle combatir uno contra diez, lo que supone un hermoso hecho de armas.

—No supone sino haber sabido sorprender al enemigo, que no podía suponernos tan bien armados, — contestó sencillamente el corsario.

Ordenó que le acercaran el soberbio caballo negro que montaba el jefe árabe y dijo a Napoleón:

—Permitidme, general, que os ofrezca este caballo.

—Lo acepto con el mayor placer y se llamará desde ahora Surcouf, en recuerdo de quien tan briosamente supo conquistarlo.

Empezó a reinar el pánico en los campamentos al correr la voz de que varios soldados, por demasiado imprudentes al aventurarse aguas adentro del río, habían sido pasto de los cocodrilos. Fué aquello motivo de una gran emoción, y muy luego corrió la voz de que diez hombres, cien soldados, mil franceses habían desaparecido en las aguas del Nilo. Fué preciso ordenar un redoble general de tambores para que se reu-

formar todas las unidades y pudiera cada jefe de compañía leer la orden general del ejército que prohibía los baños en el río. El agua necesaria para los ranchos debía tomarse en la misma orilla.

Las alarmas se repetían a cada momento. Súpose que muchos caballos, al entrar en el río para beber, se vieron mordidos en los hocicos por gigantescos saurios, los que arrastraron hacia el centro de la corriente, y fué preciso prohibir el baño de las caballería y se ordenó excavar estanques próximos al río para que en ellos pudieran abrevarse los bridones.

A prestar fé a lo que se decía entre la tropa habían causado los cocodrilos egipcios más bajas al ejército de cuantas podía sufrir en la más sangrienta batalla, pero cuando se estudió bien y se puntualizó el asunto pudo llegarse a comprender que quedaba todo reducido a la desaparición de dos soldados, a otro con una pierna devorada y a cinco caballos muertos.

Cuando se enteró Sapajou de que había cocodrilos en el río, manifestó la más estrepitosa alegría, alegría que causó mucha extrañeza entre los numerosos amigos con que en la división de Kléber contaba el negro marsellés. Sus principales amistades eran con un tambor mayor y con dos tambores más. Pero el tambor mayor de que se trata era hombre tan notable que mereció por unanimidad de todo el ejército el agradable apodo de Adonis.

Era bastante rara la historia de Adonis. Hijo de acaudalado burgués, y libre a contar de sus veinte años, había derrochado su fortuna del modo más tonto imaginable hasta quedarse sin un solo sueldo. Le aconsejó uno de sus parientes que ingresara en el ejército, en aquellos años en que toda la juventud sentaba plaza voluntariamente para formar en los batallones del 92 y como tenía 1.95, se pensó en sacar algún partido de su estatura.

Era, además, hermoso hasta el punto de volver locas a todas las cantineras, pero era de una simplicidad asombrosa, y tan ignorante que casi no sabía leer. Los voluntarios le pusieron Adonis como el único nombre que podían ponerle, pero se convencieron todos de que nunca podría sacarse de tan soberbio mozo un mediano oficial. Para aprovecharlo de algún modo lo hicieron tambor mayor.

Estaba orgullosísimo de tener a sus órdenes dos tambores mayores célebres. Era uno de ellos el famoso tambor de Arcola, mozo que sin orden de nadie, bajo un terrible fuego, y por propia inspiración tocó la carga y paso de ataque de Arcola, y supo electrizar con su caja a todos los valientes granaderos. Era un pequeño meridional, vivo, inquieto, alegre, saturado de buen humor, y bastaba su ingenio para surtir a media docena de cabezas, con lo cual compensaba la estupidez de su tambor mayor. Era este tambor de Arcola muy querido y muy respetado en todo el ejército. Manejaba palillos de honor y batía asimismo en caja bélica de honor, y figuraba como tambor mayor del batallón número dos.

El otro tambor mayor, o sea el del tercer batallón, era un veterano que desde sus catorce años tocaba el tambor en todas las campañas del Canadá, donde sirvió a las órdenes de Montcolm. Había nacido en las colonias, y en contacto con los pieles rojas supo adquirir una infinidad de habilidades, además de ser maestro en todos los secretos de la vida del campamento y de los azares de una campaña. Era un taciturno, uno de esos que se ríen por dentro, y al verle se creería que corría sangre india por las venas de aquel veterano, y que era un representante de la famosa raza de mestizos francocanadienses, a quienes llaman los ingleses caras de madera quemada. Como nombre de guerra se conocía a este tambor por el Canadiense.

¿Qué razón había para que Sapajou hubiese trabado tanta amistad con todos aquellos tambores? Era amistad brotada de las sonoridades de la caja. Discípulo predilecto de Mario, había llegado Sapajou a ser insuperable en el dominio del ruidoso instrumento. Con los palillos en la mano, nadie como él para arrancar a la estirada piel de burro todo cuanto pudiera pedirse como ruidoso y armónico.

Sapajou experimentaba de vez en cuando como nostalgias y añoranzas del retumbante parche, y en uno de sus momentos de deseos de batir la bélica caja, se fué en busca de Arcola, nombre con el cual todo el ejército le apellidaba, como legítimo título de bien ganada nobleza, al diminuto y alegre meridional. Quedó Arcola maravillado del talento de Sapajou, y como Sapajou era muy rico, invitaba a los tambores a grandes comilonas, y ya se sabe que el afecto de los soldados se gana tanto o más que con la conquista del corazón, por medio del agradecimiento del estómago.

Estas son las razones que explican la gran amistad de Sapajou con los tambores de su división.

El negro manifestó la más loca alegría al enterarse de que había muchos cocodrilos en el Nilo, y corrió sin pérdida de momento en busca del forjador jefe de artillería para encargarle de la fabricacinó de un aparato que el negro explicó y hasta dibujó.

Imagínese una especie de ancla con los picos retorcidos y muy similar a los instrumentos empleados para sacar de los pozos los baldes que se caen; imaginemos en cada extremo de cada pincho un anzuelo grande y recto. Hizo fabricar un triple anzuelo gigantesco, trabajo que exigió más de una hora de fuelle y martillo.

Mientras se forjaba el aparato, Sapajou invitó a sus tres amigos tambores a una partida de pesca, y cundo llegaron los invitados estaba ya el negro en posesión de su invento, que enseñó orgullosamente a los amigos blancos.

—Pescaremos hoy, — dijo a los asombrados tambores, — y no diréis que es chico el anzuelo. Pensad en que el Nilo está lleno de cocodrilos, y que no son raros los que miden siete metros de longitud

—¿Para qué pescar esos bichos, que no sirven par nada?

—En primer lugar, — contestó el negro, — siempre es divertido pescar sea lo que sea, y además, la piel de un cocodrilo vale un buen precio.

—¿No se come esa carne? — preguntó Arcola.

—He comido carne de cocodrilo, y puedo asegurar que las patas, bien envueltas en hojas de plátano y después de adobadas con sal y especias, resultan un manjar muy gustoso. En todos los mercados de la India y de China se vende carne de cocodrilo.

—En ese caso, — observó uno de los tambores, — como es de en pescar cocodrilos, veremos cambiar el rancho de las compañías.

—Pero necesitamos una buena soga, — dijo el negro. — La flotilla de barcas nos la facilitará. Es indispensable contar con un cable delgado pero muy resistente.

Dirigiéronse a una especie de embarcadero improvisado en el que se veía anclada toda la flotilla de chalupas, y Sapajou se puso en relaciones con el patrón de una goleta, quien puso a disposición del marsellés una canoa, cables y los remeros necesarios.

Embarcaron con todos los artefactos construídos y con los buscados para aquella expedición de pesca fluvial, y tan pronto como se hallaron en el centro del río, se lanzó al agua el gran anzuelo. Un flotador al que se había atado una gallina indicaba el lugar donde se había sumergido todo el aparato.

Chillaba desesperadamente la gallina, y sus gritos llamaron la atención de los cocodrilos y muy pronto pudo verse cómo sacaban las monstruosas cabezas varios saurios, para mirar muy fijamente a la alborotada gallina, y para sumergirse luego lentamente.

No cabía duda de que se dirigían nadando entre dos aguas a la codiciada presa.

—¡Mucha atención! — recomendó Sapajou.

Los círculos marcados en la superficie del agua indicaban las evoluciones de los cocodrilos y se comprendía que no podían tardar en morder el cebo, y se vió cómo desaparecía éste repentinamente, dentro de una formidable boca abierta bajo él. Tiraron reciamente Sapajou y sus compañeros de la cuerda para que agarrara más el anzuelo, y luego largaron algunas brazas de soga, hasta que por orden del negro volvieron a tirar todos con la mayor energía para fatigar al animal.

No faltaba público para contemplar las peripecias de la pesca. Todas las tripulaciones de la flotila miraban con el mayor interés. La orilla del Nilo veíase cubierta de soldados tan curiosos como los marinos.

Se fatigaba visiblemente el cocodrilo. El anzuelo debía haber agarrado bien y pudieron empezar los pescadores a remar en demanda de la orilla, arrastrando al monstruo, que se debatía en furiosos coletazos.

El cocodrilo lanzaba lastimeros gemidos. Parecía estar llorando; alzaba las patas delanteras como pidiendo piedad y sus ojos tan feroces siempre, miraban a los tripulantes del bote como si rogaran que cortasen el cable que lo arrastraba hacia tierra.

A pesar de todas estas súplicas, se le arrastró gracias al concurso de más de treinta marineros, y una vez tendido sobre las arenas de la playa, lo mataron a hachazos y tiros. Se le despedazó en el acto, y ante aquel éxito, se generalizó la pesca de cocodrilos de modo tal, que media hora después eran más de veinte chalupas las que perseguían a los monstruos del Nilo.

También descubrió Sapajou cómo en medio de aquellos desiertos de arena, podía obtenerse soberbias cosechas de huevos, con sólo buscar y descubrir los depositados por las hembras de ols cocodrilos. Abandonados al calor solar aquelos milares de huevos son los gérmenes de los numerosos pobladores del gran río egipcio. Advirtió y demostró el negro que los huevos de cocodirlo se parecen extraordinariamente a los de ganso, y que sólo ligerísima diferencia en el gusto puede indicar de qué clase de animal proceden.

El negro marsellés fué el personaje más popular de todo el ejército, y ya que gracias a él, y mientras permanecieron las tropas sobre las márgenes del gran río, ni faltó carne en las ollas ni huevos abundantes para apagar el hambre de los soldados.

Se había instalado a las almeas en una gran tienda colocada en el centro del campamento especial formado por los corsarios y sus sirviente. Constaba quel campamento, situado entre el del resto de la división, de seis tiendas, rodeadas por una cintura improvisada a la moda beduína. Hemos dicho que con los marinos viajaban los camelleros, y estos cercaron su campo con infranqueable valla de espinosas plantas. Estas plantas, apiladas, entretejidas y enterradas parte de elas en las arenas, eran capaces de detener la más feroz carga de caballería. Quien se aproxima a esta clase de cercos queda escarmentado para siempre, y los soldados franceses que lucharon en Argelia experimentaron lo ventajoso de tales atrincheramientos y los adoptaron en el acto de ver lo que les costaba vencer a los protegidos por los reductos espinosos.

No se deja sino una estrecha puerta para entradas y salidas, pero cada noche se cierra el boquete con grandes haces de espinos en sostenidos por palos trasversales. Ante aquela puerta se mantenía constantemente de centinela uno de los sirvientes, con la consigna de no dejar entrar a nadie, y un pabellón tricolor, pero con los distintivos propios de la marina, indicaba a los soldados que era aquel recinto la casa propia de los corsarios, círculo al cual nadie hubiera tenido el atrevimiento de querer penetrar a viva fuerza. El enorme prestigio de que gozaban los marinos era su mejor defensa, y no lejos de aquel como mundo aparte en el campamento general, podía verse la gran tienda de Kleber y de los oficales del estado mayor.

Resultaba de esta disposición que las jóvenes almeas tenían motivos sobrados para considerarse como en su propia y exclusiva casa a pesar de vivir en el centro de un campamento lleno de bullicio y de ruido. Cada día sabían hacer algo que contribuyese a conquistar más el corazón de sus amigos europeos. los que las trataban como si formasen todos una misma famila. Surcouf venía a ser como el patriarca de aquel aduar moruno, y la noche segunda que pasaron sobre las mar

genes del Nilo. Llamó Fátima a uno de los camelleros y les dijo:

—Sé que tienes una flauta y que no la tocas mal. ¿Quieres tocar para que pueda danzar yo?

—Sí, quiero, y te prometo tocar con toda mi mejor volutad.

Explicó entonces Fátima a los corsarios:

—¿Habéis oído? Tocará ese buen hombre y nosotras bailaremos.

—¿Queréis cumplir vuestra palabra?

—Pero dime, ¿si las pobres almeas no danzamos, quieres decirme de qué utilidad podemos ser en este mundo y en este campamento? No tocan la flauta todas las noches nuestros camelleros? Y ¿quién admira tal cosa? Ni los escuchamos cómo endulzan las amarguras de la vida con los armónicos sonidos arrancados a la caña? ¿Quién puede censurar que bailemos nosotras, ya que es ese nuestro oficio? ¿Quién nos verá a través del espeso cercado de espinos? Tendamos unos tapices de tienda a tienta, y así nos sustraeremos a la general curiosidad.

—La verdad es,—observó Brinville,—que podemos distraernos sin que nos vea nadie.

No pudo resitir más Surcouf, pero llamó en el acto a su marinero y le dijo:

—Excepto el camellero músico, me echas de este recinto a todos los demás y les das dinero para que beban hasta última hora. Aqui tienes un luis para ti y para los otros marineros, y no volváis al campamento hasta que se hayan apagado todas las hogueras.

—¡Llevaos también a Sapajou! — agregó Mario. — Aquí hay otro luis para las copas. Todas las cantinas ambulantes están llenas de golosinas y de buenos mostos descargados por la flotilla proveedora. Disfrutad de una noche de asueto.

Brinville parecía asombrado de todo esto pero no se le oyó pronunciar ni una palabra. Cinco minutos después, los cuatro corsarios, comprendiendo el padre Lanternier, se hallaron solos con las almeas y el flautista.

Como ni almeas ni flautista entendían una palabra de francés, preguntó Brinville a su capitán:

—¿Para qué diablos han sacado del campamento a toda nuestra gente?

—Por una razón muy sencilla, — contestó con serio tono Surcouf. — Esas pobre niñas van a ofrecerse como un espectáculo curioso, y como yo las respeto y quiero como si fuesen hijas mías, no puedo consentir que sirvan de diversión a extraños.

Dirigiéndose luego a las almeas, djo:

—No deben bailar la danza del amor. El padre Lanternier se opone a ello.

—¿Yo? ¡Yo no me opongo a ninguna danza amorosa que quieran bailar estas muchachas! ¡Al contrario!

Pegó Surcouf el más rudo y significativo codazo al padre y éste prosiguió:

—¡Yo, por mi parte, la verdad es que sólo debo permitir danzas muy púdicas! ¡Danzas muy decentes! ¡No! ¡De ninguna manera eso de la danza del amor! Espero que me comprendan mis queridas niñas! Yo soy muy púdico!

Largó Brinville una estrepitosa carcajada. Era evidente que el padre Lanternier lamentaba quedarse sin la danza del amor, pero también era cosa vista que el codo de Surcouf era elocuentísimo.

Mario dijo con su tono más solemne:

—El padre Lanternier tiene siempre razón.

Antes de salir los marineros del campamento habían extendido los toldos para evitar las miradas de los curiosos y el tapiz obre el cual debían danzar las almeas. y cuando hubo preludiado el camellero flautista inició su baile Fátima, con gracia y seducción infinitas. Su gracia era solo comparable a la nobleza de todos sus movimientos y conquistó desde los pasos primeros la admiración de los corsarios, pero a pesar de la prohibición de Surcouf ejecutó ante él y como si a él solo se la dedicara la fantástica danza del amor con maestría tal, que supo conservar todas las bellezas y seducciones, pero desprovista de los lascivos movimientos ordinarios, y cayó postrada al final. Levantáronla del tapiz y cubierta con un chal volvió a sentarse en su sitio, en la alfombra.

Le sucedió su hermana Nadeje la que sin el menor género de duda bailó exclusivamente para Brinville, y fué Brinville quien se la llevó al verla también desvanecida, y la tercera almea, o sea Nansourah bailó en honor de Mario, y éste la sostuvo antes de caer al suelo, para darse por terminada la escena en el momento en que, por apagarse los fuegos del campamento, regresaron los marineros a sus tiendas en compañía de Sapojou, quien parecía estar muy turbado y en situación tal que no podía darse cuenta de nada de cuanto viese.

Pero las escenas del baile habían producido en los corsarios indescriptible afecto, y como soñadores y ensimismados permanecieron largo rato fumando en torno de su hoguera. Luego, sin cambiar una sola palabra con sus compañeros, Surcouf se alejó de ellos, y Mario imitó lo hecho por el capitán, de modo que quedaron solos el teniente Brinville y el padre Lanternier.

Cambiaron éstos sus impresiones.

—Acaban esas tres infelices almeas, — decía el sacerdote, — de dejar entender de manera bien clara que no les sois desagradables, y pronostico desde aquí que hemos de celebrar tres bodas en el Cairo, tan pronto como lleguemos a dicha ciudad.

—No serán tres sino dos bodas las que en todo caso podrían celebrarse.

—¿Quién de vosotros es el que no se casa?

—Yo. He visto que no me prueba el matrimonio, o al menos el matrimonio católico.

—¡Pero hombre! ¡Vaya con el muchacho!

—Lo dicho. Celebraremos un casamiento musulmán, lo que ha de causar la mayor satisfacción al general Bonaparte y sin conventirme a la fe de Mahoma me uniré legalmente con Nadeje.

—Eso no deja de ser una picardía y un pecado mortal.

—No padre, sólo es prudencia. El casa-

miento musulmán permite el divorcio y es indudable que este año o el que viene se sentirá Najede dominada por la nostalgia de sus danzas.

—¿Supones que la tiente el diablo por ese lado?

—¡Es cosa infalible! Surcouf y Mario estarán casados muy cristianamente, y no podrán casarse ya con ninguna católica en el caso de que sus esposas los abandonen. No olvidemos que Surcouf está lo que en términos marítimos dicen pescado y con todo el anzuelo mordido. Nnuca, ni con la princesa Marien le ví tan interesado como ahora.

—No está menos metido en la red el señor Mario.

—Cierto, pero Mario es marsellés y además no está llamado a ser la representación, para la historia del futuro, de la gloria de todos los corsarios franceses, gloria que sintetiza a maravilla nuestro querido Surcouf. La menor tacha, la menor falta en la vida de Surcouf revestiría muy graves caracteres, y creo que si se casara sumariamente ante cualquier cadí moro con su almea, aunque luego le deje él o le abandone ella, que le engañe su mujer o que se vengue él, todo eso no llegaría a ser asunto de verdadera monta. Considere lo que sería nuestro gran Surcouf casado por el reverendo padre Lanternier ¿Qué mayor desgracia para el capitán? Ya veo a mi adorado Surcouf en la necesidad de matar a su consorte, por adúltera, para quedarse libre de tal compañera. No se negará que es muy desagradable semejante porvenir para hombre tan visible y tan observado por el mundo entero como es él.

—Todo eso no pasa de suposiciones y nada nos cuesta suponer que sea la musulmana un modelo de fidelidad.

—Padre Lanternier, se trata de una bailarina, de una artista y quisiera saber cuándo y dónde se oyó decir que una bailarina fuera fiel a marido alguno. No pasa todo esto de ser un capricho y sería locura pedirles algo más ni a danzarinas moras ni a bailarinas francesas.

—Me obligas a meditar, amigo Brinville, — dijo muy serio el padre cura. — Repaso de memoria mis libros y recuerdo que dicen las Sagradas Escrituras: "En la duda, abstente" y yo...

—Con arreglo a esa santa sentencia debe nuestro capellán abstenerse y no echar la bendición por ahora al gran Surcouf.

—Tienes razón. Me negaré a casar a nuestro capitán.

—¡Y hará perfectamente!

Dicho esto levantóse el padre Lanternier para ir a acostarse, pero murmuraba mientras se persignaba antes de entregarse en brazos de Morfeo:

—Miren, miren donde diablos encuentro anidando una moral en la que nunca habíamos pensado.

Mientras tanto, permanecía Brinville calentándose en las últimas brasas del fogón, y sonreía con su más picaresca sonrisa.

Descansado y repuesto el ejército, tomó sus bagajes el día 13 de julio para emprender la marcha sobre el Cairo, en tanto que se veía por todas partes nutridas nubes de beduinos, convertidos en activísimos auxiliares de los mamelucos. En vano confió Bonaparte en los felices resultados del eterno odio entre turcos, beduinos y mamelucos. Le constaba los antiguos y nunca amortiguados rencores de turcos contra mamelucos, de mamelucos contra fellash y de beduinos contra todos los otros pobladores de Egipto. Con el mayor asombro suyo y de todos sus generales, vió cómo se unían estrechamente bajo la bandera del Islam cuantos odiaban a los cristianos. El fanatismo logró la más completa victoria contra todas las previsiones diplomáticas.

Mandaba a los árabes un joven jerife llamado Si-Sliman, y este general enemigo empezó por encontrar que los franceses estaban muy mal armados y que sus fuegos no se rompían sino al hallarse cerca, para no ser efectivos sino a los trescientos pasos o poco más y para no ser temibles sino a unos trescientos mal contados.

Ante la experiencia de lo visto convenció a todos los cherifs secundarios de que podían aproximarse impunemente a los invasores hasta menos de trescientos pasos y una vez allí esperar a que hicieran fuego. En setenta segundos caían sobre los extranjeros de un rápido galope, y llegaban junto a ellos antes de que pudieran volver a cargar sus fusiles.

Estos cálculos eran erróneos. Un infante de aquellos tiempos podía hacer tres disparos en el tiempo indicado, y además los árabes no tenían la menor noción de lo que eran los impenetrables cuadros formados por triple hilera, con la primera, rodilla en tierra y con las bayonetas de tal modo que pinchaban los hocicos de los caballos enemigos. La segunda fila cruzaba sus bayonetas mientras la tercera fusilaba a los atacantes. Además, los cañones colocados en los ángulos de cada cuadro, vomitaban metralla sobre los apiñados escuadrones. Muy valientes y muy seguros de la velocidad de sus caballos, aclamaron los bravos jinetes a su improvisado general y consideraron como segura su victoria, y Si-Sliman dispuso que se atacara a los extranjeros en Crebreis, en lo más activo de la marcha de los invasores. Los árabes debían ocultarse en un repliegue del terreno, descargarían sus armas y se lanzarían en el acto a la carga sobre la vanguardia francesa, la que se vería arrollda por el violento choque de tan briosa caballería.

Se adoptó aquel plan de combate por unanimidad.

El ejército árabe situó seis mil caballos en una sola masa, ocultos en un declive y esperó la llegada de la vanguardia francesa.

Marchaba ésta por columnas de pelotones a distancias cumplidas, disposición sumamente favorable para la rápida constitución de los cuadros.

Apareció de repente la totalidad de la gran masa de caballería enemiga, y resonó

en el acto la orden general de formar cuadros. La división de vanguardia entera maniobró como en un campo de ejercicios, y se ejecutó todo el movimiento con el aplomo y sangre fría que eran de esperar en soldados veteranos de las gloriosas guerras de Italia.

Quedaron estupefactos los árabes al ver cómo se formaban los cuadros en un instante, con el más admirable orden y dentro del más profundo silencio, y aquellos cuadros daban un ángulo a los contrarios y estaban dispuestos de modo que se protegían mútuamente. Entretanto acercáronse los jinetes y disparaban sus fusiles, no a la orden de jefe alguno, sino a capricho de cada combatiente. Era un fuego sin eficacia y sin efecto moral, pero un instante después se lanzaron todos en el más desesperado galope, y los seis mil jinetes atacaron a fondo a los extranjeros.

Pero abriéronse las negras hileras de los cuadros para lanzar llamaradas estruendosas, y tres descargas sucesivas derribaron centenares de hombres y caballos y desorganizaron el ímpetu de la carga. Retumbó la solemne voz del cañón apagando todos los otros ruidos, y zumbó la metralla por los aires como anunciando que la muerte volaba en sus alas de hierro. La orden de fuego a discreción, que recorrió las filas de los cuadros, empezó a diezmar árabes, y el brillante y enérgico escuadrón, veíase diezmado, destruído, tendido por la arena, entre los encabritamientos de los potros y los ayes del os heridos. La confusión llegó a ser espantosa, y aquella valiente masa de jinetes lanzada al combate, se convirtió en amontonamiento de gente y caballos desesperados y furiosos todos, que acabó por huir con mayor rapidez aun de la empleada en el ataque.

SURCOUF

Continuará en el próximo número de "Pucky". Es una novela extensa y vibrante que ha servido para el argumento de la notable película cinematográfica que la casa francesa León Gaumont exhibe actualmente en Buenos Aires y Montevideo.

Senor Administrador de EL DIARIO

Av. DE MAYO 662 - Buenos Aires.

Adjunto 0.10 centavos en estampillas para que me remita un ejemplar del próximo jueves en que aparecerá la página de modas en colores y una página con la graciosa historieta de Barnigugli y su pingo Tragavientos.

Nombre y apellido . . . . . .

Domicilio . . . . . .

Ciudad o pueblo . . . . . .

Se aceptan suscripciones a la edición de los jueves a razón de 10 ctvs. por cada ejemplar.

F. C. . . . . .

HAY AVISOS QUE ENGAÑAN

—¡Parece que no se da cuenta de que soy yo la "joven y bella señorita casadera" a que se refiere el aviso de propuesta de matrimonio que está leyendo!

UN CASO DE CONCIENCIA

LA ORACION FUNEBRE DEL INCORREGIBLE KUBE

POR GEORGES AURIOL

(Traducción del francés)

Dice un viejo refrán aquello de "genio y figura hasta la sepultura"; el caso que con original gracejo narra a continuación el gran humorista francés, confirma de modo encantador lo que afirma el antiguo aforismo.

¡KUBE ha muerto! — Dios lo tenga en su gloria. — ¡Era un hombre terrible!

Parece que le veo con su gabán raído, — pero siempre correcto, — con sus zapatos ligeramente torcidos, su "galerita" y su barbita. Todavía tiemblo al recordarle. No me atrevo a mirar de reojo, porque me parece que le voy a ver surgir.

Era un verdadero fantasma. No se le veía llegar. Cuando se le apercibía, era demasiado tarde para esquivar su encuentro. Era misterioso como una carta anónima. No llegaba nunca, ni venía. Aparecía.

A la hora del ajenjo acudía al boulevard preocupado en buscar alguna cara amiga.

Solía hacer un signo a uno de nosotros Raramente se sentaba. Un minuto, una palabra, sólo una palabra. No tenía que decir más que una palabra.

Saludaba amigablemente al que había llamado. Pero después del invariable "¿Cómo estás", empezaba a hablar de negocios vagos y lejanos, un tanto ilusorios; de proyectos inciertos, de asuntos en trámite y que no podía terminar a menos que...

—A propósito, querido, ¿no podrías prestarme cinco francos?

Porque Kube había recibido del cielo esta misión: ¡"pechar"!

Kube obedecía a su destino.

Honrada y resignadamente "pechaba" infatigable. Nunca, — debo decirlo en su honor, — pasaba de veinticinco francos. Si por casualidad, no tenía necesidad más que de dos francos, con la imprevisión que le caracterizaba, no pedía más de los dos francos.

Un día, después de que le hube satisfecho el óbolo en cuestión, me sorprendió verle apuntar algo en un papel. Como le preguntase el motivo de esto, me respondió:

—Cada semana guardo una cantidad para empezar a pagar mis deudas. ¡Me voy a librar de este horrible peso!

Tal era, señores, la naturaleza de este hombre que acaba de morir.

Yo creo que ahora estará a la diestra de Dios Padre, porque murió muy santamente. A pesar de no tener ningún terrible crimen que confesar, hizo llamar a un cura para que le asistiese en su última hora.

Al recibir la absolución, en lugar de esperar tranquilamente la hora de la marcha, se mostró nervioso e inquieto.

—¿Qué tiene usted, hijo mío? — le preguntó el cura.

—Padre, — respondió Kube, — yo no estoy tranquilo. Dios no puede recibirme en su seno... Verdad es que yo no he hecho nunca ningún mal a nadie; pero ¿a quien le he hecho yo bien en este mundo? He vivido una existencia inútil, no tengo títulos que mostrar para ganar la gracia del Altísimo...Si yo tuviera...

—¿Qué? — dijo el padre.

Con un supremo esfuerzo Kube, Kube, entonces, se incorporó en su cama. Misteriosamente se inclinó hacia el buen cura, y cuando estuvo seguro de que nadie podía oírles, le preguntó:

—Padre, — dijo, — ¿no tendría usted, por casualidad, cien días de indulgencia que prestarme?

GEORGES AURIOL

ANTES Y AHORA

1726. — La esposa le saca las botas

1926. — Inversión de los factores...

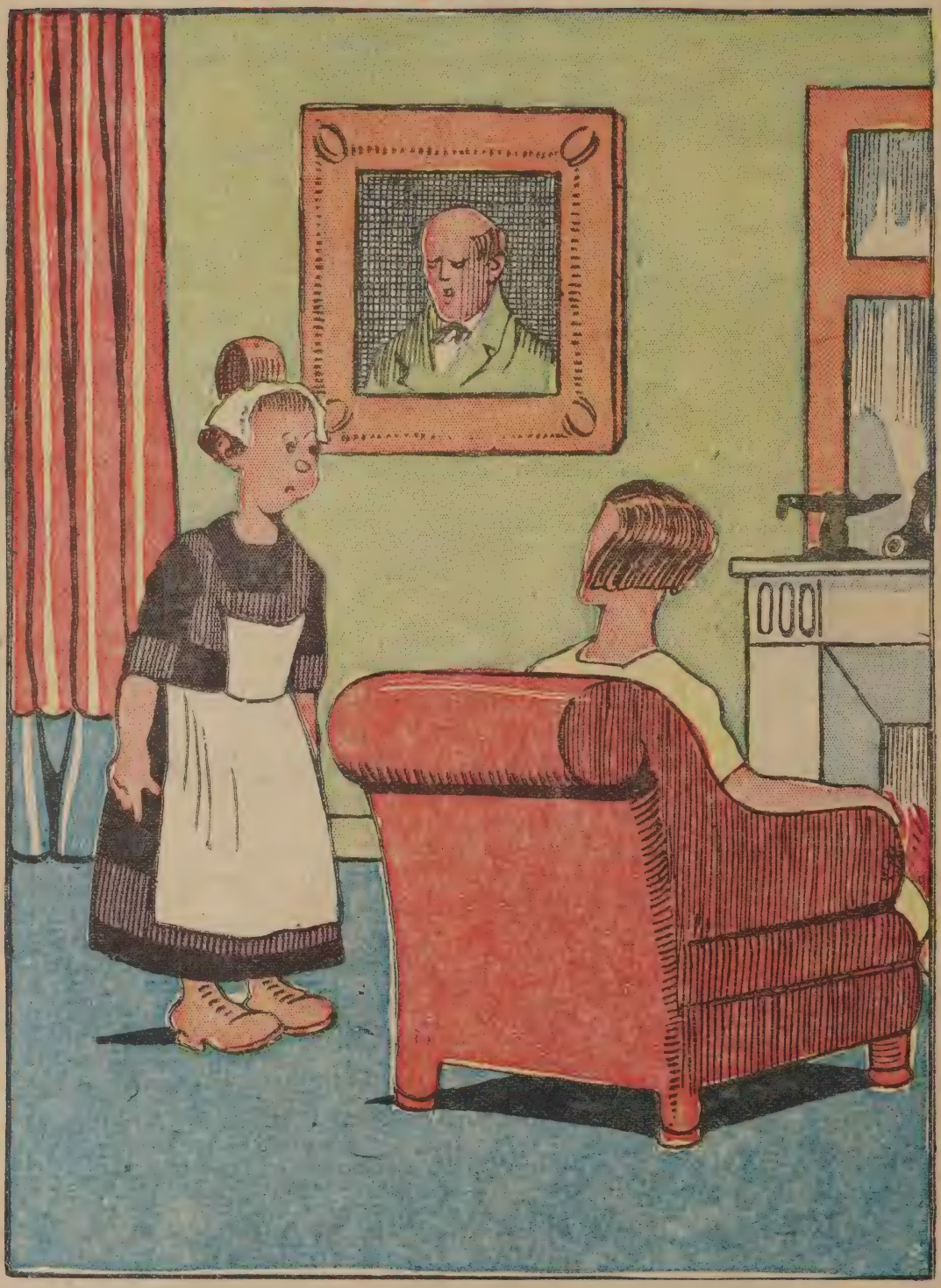
Entonces el hombre solicitaba "de rodillas" la mano de su amada.

Hoy es la señorita a la moderna la que propone casorio "en las rodillas" del hombre.

Entonces probablemente el peluquero se hacía agradable por lo atrayente de su charla, pero...

... Hoy, los términos han cambiado. No es él quien charla.

¡A LA QUINTA VEZ!



—Debe usted venir en seguida cuando yo toco el timbre, Nicolasa... ¿No oyó que yo tocaba?

—Sí, señora, pero a la quinta vez; antes no.

EL COBARDE

por AUSTIN PHILIPS

ROSALINDA FARLINGFORD oyó que el reloj de la iglesia daba las campanadas de las ocho.

Quince minutos después miró su reloj de pulsera y subió corriendo al piso alto. Se quitó rápidamente su elegante falda y se puso otra de descolorida tela de lana, vistió la correspondiente vieja blusa y se encasquetó un sombrerito "cloche". Bajó corriendo por la escalera y salió de la casa.

En la larga y excepcionalmente ancha calle principal de aquella pequeña ciudad del condado de Devon, más de una persona volvió instintivamente la cabeza para mirar a aquella mujercita de paso rápido y pies bien calzados que parecía un perfecto conjunto de encanto y de delicadeza.

Pero Rosalinda Farlingfom no se fijó en ninguna de ellas

"Será un golpe importantísimo, Pedro, si podemos realizarlo", dijo Rosalinda.

porque su mirada estaba fija en un joven alto y rubio que se hallaba esperando en la esquina de una tranquila calle transversal por la que se iba al campo y a los pantanos.

—¡Pedro!

—¡Ha llegado usted en el momento oportuno! — dijo Pedro.

—¿Para qué?

—Para ver el carro del correo. Mire, está allí, cruzado en aquel camino.

El compañero de Rosalinda indicó un vehículo que había llegado por la calle principal y se había detenido frente a un edificio situado delante de donde ellos estaban. Un momento después un cartero ayudaba al conductor a llevar unas cuantas bolsas de correspondencia al interior de la oficina del Correo.

—¡De todas partes del Norte del condado de Devon! Procedentes de varias ciudades y aldeas, se quedan temporariamente en este centro. La oficina será cerrada con llave dentro de diez minutos, y esas mismas bolsas, junto con la de la localidad, esperarán, sin que nadie las custodie, en la oficina de clasificación hasta la llegada del carro de Exeter que, a eso de las once, se llevará todas las bolsas. Mientras tanto, querida, la oficina permanecerá cerrada y vacía.

Pedro se expresaba como quien explica algo importante. Rosalinda experimentó un repentino estremecimiento de terror. Después, con el propósito de ocultar lo que sentía, habló precipitadamente.

—¡Va a ser un golpe importantísimo, Pedro, si podemos realizarlo! — dijo.

—¡Tremendo!

—Nos redondearemos, ¿no es verdad?

—Claro que sí. Y podremos vivir tranquilos después. Pero, querida, me doy cuenta de que usted sufrirá una nerviosidad muy molesta. ¡No lo haga! No se considere obligada a soportar el peso de un asunto así... A menos que se sienta realmente decidida.

—¡Estoy enteramente decidida, Pedro!

—¿Está segura?

—¡Absolutamente segura, querido Pedro!

—¡Muy bien, entonces! ¡Mire! ¡Mire! Ya están apagando las luces y ¡por vida de Júpiter! ahí va el jefe de correos.

El que hablaba indicó a un hombre alto, fornido, de unos cincuenta y cinco años que caminaba pomposamente por la calle principal. Rosalinda le vió entrar, casi en seguida, pasando por el abovedado arco de ladrillo rojo, en la principal hostería de Bóniton.

—¿Está usted enteramente seguro de que se quedará ahí dentro? — dijo ella en voz baja procurando ocultar, como antes, su temblorosa nerviosidad.

—¡Estoy enteramente seguro! Así lo hace todos los días, sin variar, de su tranquila existencia; es su costumbre de todas las noches. Ahora transcurrirán dos horas largas antes de que regrese a su oficina para hacer entrega de las bolsas que están esperando, el conductor del carro de Exeter. Ahora salen los empleados. Debemos proceder con rapidez. Si no vamos de prisa nos faltará tiempo, Rosalinda.

* * * *

La joven inclinó la cabeza en señal de asentimiento y caminando junto a su compañero, avanzó con él por la calle principal. No habían adelantado más de diez yardas cuando pasaron por delante de un edificio cuyo frente era de ladrillo colorado.

—¡La oficina de policía, Pedro!

—Sí, eso es.

—¡Qué grande!

—Así lo es. Bóniton es un punto de importancia. El jefe de esta oficina es un "superintendente" que tiene mando en todo un extenso distrito.

—¡Qué horrible! ¡Pero claro está que no van a enterarse de nada.

Rosalinda Farlingford habló máquinalmente, para darse ánimos ella misma. La pareja avanzó un poco más y dobló luego por una calle transversal. Pocos momentos después volvieron otra esquina y entraron en un callejón paralelo a la calle principal.

—Este es el sitio, — dijo el hombre cuando llegaron a un portal angosto y muy oscuro. — Suba rápidamente. No es muy difícil. ¿Tiene usted la antorcha?

—Sí, Pedro.

—Enciéndala lo menos posible. Recuérde que la llave que necesita está en una alacena con puerta de vidrio situada detrás de una especie de escritorio en alto que tiene unos escalones como si fuese un púlpito bajo; lo usa el empleado que vigila la oficina para sentarse y escribir. Vaya directamente a tomar la llave, que debe tener puesta una etiqueta. Deslícese luego por la primera puerta de la derecha y llegará a unos escalones que conducen al sitio que tan cuidadosamente le he descripto. ¿Está usted pronta, querida Rosalinda?

En respuesta, Rosalinda abrazó al que hablaba, fuerte y tiernamente a la vez. El, con un sólo brazo, la tomó de la cintura y la levantó de tal modo que las manos de la joven alcanzaron a agarrarse de una viga del bajo techo de la habitación en que estaban, techo inclinado suavemente hacia el muro del lado del portal.

—¡Yo me quedaré junto a la ventana! — oyó ella que decía en voz baja su compañero mientras, por su parte, rezaba en silencio una plegaria con el propósito de no hacer caso de los fuertes latidos de su corazón, que parecía saltarle desordenadamente en el pecho. — La cortina está corrida y no puedo ver nada absolutamente, sea lo que sea. Pero si llega a veces a necesitarme, llame, ¡que yo oiré!

* * * *

El techo era grueso y firme, — tan firme y tan grueso que un pesado boxeador, no ya una mujercita delgada, hubiera podido pasearse por él sin el menor peligro; — la claraboya de vidrio situada en el centro del techo de la oficina de clasificación estaba entreabierta, unas pocas pulgadas. Se abrió más aun con toda facilidad, cuando Rosalinda Farlingford la corrió y sujetó de modo que un hombre tan voluminoso, — y aun más voluminoso, — que su compañero (quien, al parecer había escogido el puesto de me-

nor peligro), hubiera pasado con toda facilidad.

Pero se había resuelto ya la misión que Rosalinda debía tener a su cargo y la joven no parecía tener ni aun la menor intención de desistir. Rápidamente descendió colgada de los tirantillos de las cabriadas del techo, dejando la claraboya abierta para que su voz, — en caso de que tuviese que llamar, — llegara hasta los oídos del hombre que esperaba detrás de la cortina de la ventana. Descendió, siempre colgando, una corta distancia, encendió la antorcha para orientarse y puso los pies en la mesa de clasificación, se soltó de la viga del techo y descansó un instante para tomar aliento. Saltó de la mesa al piso de maldera, dejando una huella de barro en la mesa junto a unas cartas y descordenando un poco dos montoncitos de cartas locales que esperaban el reparto de la mañana.

Después, tomando aliento, permaneció de pie, inmóvil, en la oscuridad durante algunos segundos, aterrorizada, pero decidida. El valor moral, — si puede emplearse el epíteto "moral" puede aplicarse a semejante manera de entrar en una oficina pública, — lograba dominar todos sus temores físicos.

No tenía tiempo que perder. Todo retardo era peligroso, desesperadamente peligroso, pues podía producir el fracaso de todo, anulando cuanto se había combinado y disipando todas las esperanzas por las cuales se había atrevido a tanto.

Dirigió una sola mirada hacia arriba, a una ventana de vidrios opacos, situada de modo que desde ella se podía vigilar todo aquel cuarto, que era uno de los llamados "cuartos de observación" instalados actualmente en todas las modernas oficinas de correos. Miró luego el montón de bolsas de correspondencia procedentes de las poblaciones cercanas y que habían sido traídas, como ella lo había visto, por un carro, para que esperaran a otro carro, que debía llegar a buscarlas a las once. Miró entonces hacia el escritorio colocado en alto detrás del cual debía hallar la llave de la que le había hablado su compañero, y miró también hacia la puerta que debía abrir con aquella llave.

Con toda la mayor rapidez concebible, avanzó. Abrió la puerta de vidrios de la alacena y comenzó a buscar por las etiquetas, la que necesitaba. Treinta segundos después haba encontrado la llave que buscaba, la había sacado, había cerrado la puerta de la alacena y se había vuelto para descender por los peldaños del escritorio, cuando de improviso le pareció que el corazón dejaba de latirle y le temblaba todo el cuerpo. ¡Allí había alguien más que ella!

* * * *

Procedente de algún cercano corredor de los que comunicaban con las partes habitadas del edificio, llegaba un rumor de pasos, lentos y pesados. Rosalinda Farlingford, que hasta aquel momento habíase sentido horrorizada, dejó de sentir miedo. Su cerebro rápido y agudo, tan rápido como sus pies ágiles y firmes, funcionó en aquel momento de peligro como si huebiera sido electrizado.

Se alejó del escritorio elevado, cruzó el piso como un gamo y se ocultó entre las bolsas vacías, prontas para usarlas la mañana siguiente, — que estaban colgadas en un aparato horizontal a propsito, — y la otra pared de la oficina.

Ganó la carrera por un par de segundos. Las pisadas sonoras cubrieron el ruido de los pasos leves de la joven, de modo que no los oyó el que llegaba. La joven se agachó, agarrándose a una de las bolsas para sostenerse mejor y mirando por una hendija que había entre dos bolsas, vió fácilmente y vió sin que la vieran.

Un hombre grande se hallaba de pie en la oficina de clasificación. Parecía abultar el doble de lo que abultaba el jefe de correos a quien Rosalinda y su compañero (¡el que esperaba misteriosamente fuera, en la ventana con la cortina corrida, que quedaba frente a ella!) habían visto en la calle hacía diez minutos y que había entrado en el restaurante de la "Hostería del Fardo de Lana". El recién llegado se dirigió a la fila de bolsas selladas y llenas de cartas y sacó una navaja de bolsillo.

Abrió una bolsa, sacó las cartas recomendadas que contenía, — atadas junto con la lista de la oficina expedidora, — las abrió, examinó el contenido y se lo guardó con evidente satisfacción en un bolsillo interior del saco.

Después volvió a meter las demás cartas en la bolsa, metió los extremos de unos hilos a través de uno de los sellos de plomo que estaban allí en una cajita, prontos para ser usados, tomó las pinzas oficiales y apretó con ellas el sello inviolable y seguro, procediendo en todo eso como si hiciera la cosa más natural del mundo.

Volvióse luego hacia las demás bolsas, con las que procedió del mismo modo, robando el contenido de las cartas recomendadas. Había sellado de nuevo todas las bolsas menos una, — sin haber dejado rastro alguno de su hazaña. — cuando dió un respingo como si hubiera recibido un golpe.

Un ruido habíase producido dentro de la Oficina de Clasificación, — el ruido de algo que se desgarra, — y procedía de sitio donde estaba escondida Rosalinda. En su nerviosidad, la joven se había olvidado de todo menos de que estaba atisbando. Siguió instintivamente agarrada a la bolsa vacía para sostenerse en su incómoda postura, y sin querer había tirado con tanta fuerza, que la tela se había desgarrado ruidosamente por el sitio donde tenía unos ojalitos de dos de los caules colgaba el aparato especial para sostener bolsas vacías.

Rosalinda casi no se dió cuenta de lo que había sucedido. Pero el hombre sí, y su enorme rostro se puso muy pálido, se llevó una mano al corazón y respiró jadeante y estertorosamente. Después, reponiéndose algo, permaneció unos instantes perplejo: presentaba el aspecto del que está convencido de que ha sido descubierto; adelantó con la furia de la desesperación hacia el sitio de donde le había llegado el ruido y donde Rosalinda seguía acurrucada.

En aquel momento, la colosal crisis de terrible y agudo terror que tan intensa había sido en el primer momento de verdadero peligro, no volvió, — cosa rara, — a dominarla. Por lo contrario, su frialdad resultó maravillosa. Su mente trabajaba con actividad y agudeza. Dándose cuenta de que tendría que ser capturada si se quedaba allí acurrucada, se levantó resueltamente.

El hombre grande retrocedió al verla. Después, lanzando un juramento entre dientes, avanzó hacia ella, tomando en el camino uno de los hierros que sirven para asegurar la tapa de los canastos de encomiendas. Rosalinda se encogió de nuevo, corrió como un gamo por el espacio que quedaba entre la pared y la protectora cortina de bolsas colgadas, pasó luego por debajo de las dos últimas y estuvo en el centro de la oficina mientras su perseguidor la buscaba en su anterior escondrijo.

—¡Pedro! — gitó alto y bien claro. — ¡Pedro! ¡Venga pronto!

* * * *

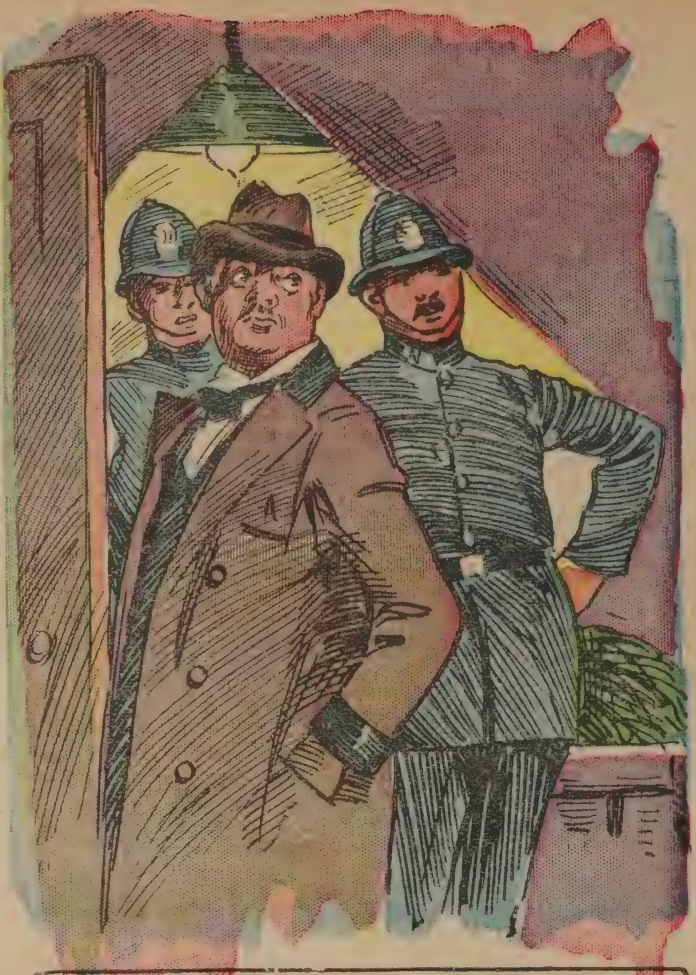
Rosalinda gritó esas palabras hacia el exterior. Pero como su adversario corría tras ella ciego de furor y medio loco de miedo, ella corrió, evitándolo por entre las mesas de clasificación. Estaba en esto cuando oyó la respuesta a su llamado en forma de un ruidoso romper de vidrios.

La ventana había sido descorrida, la cortina desgarrada de su sostén, un hombre se inclinaba mirando. Al verlo, el enemigo de Rosalinda se detuvo como paralizado, respirando dificultosamente, sus ojos expresaron un terror indescriptible. Porque le apuntaba un revólver que empuñaba el compañero de Rosalinda, el cual, lentamente y con curiosa dificultad, había puesto pie en la habitación.

Durante un momento reinó absoluto silencio; la expresión de los tres personajes protagonistas indicaba claramente las emociones experimentadas por cada uno de ellos.

En el rostro de Rosalinda Farlingford se notaba visible alivio, satisfacción, una ex-
notaba visible alivio, satisfacción, una ex-
tenía todo un aspecto triunfal; en el rostro del hombre de la ventana veíase desprecio, enojo y un aire de alivio no menor que el de su pequeña y delicada colega; en cuanto al corpulento ladrón de cartas recomendadas, permanecía de pie, aturdido y perplejo, demasiado estupefacto hasta para mostrarse resentido cuando le quitaran lo robado y se viera ante varios hombres armados, aún cuando por el momento no creía tener más enemigo que una mujer.

De pronto, tal actitud cambió por completo. Como la mente de Rosalinda, su mente también trabajaba rápidamente durante aquella crisis de su destino; y la necesidad pareció aconsejarle lo mejor y lo más sensato que en su opinión, podía hacer en tal momento.



El alcalde procuraba escabullirse, dirigiéndose hacia la puerta del corredor.

—¡No sea loco! — gritó mirando siempre al alzado revólver y sin volverse ni una sola vez para mirar a Rosalinda. — No pierda la cabeza. Usted me ha pescado, pero yo lo he pescado a usted. Es verdad que usted puede meterme una bala en el cuerpo, pero la oficina de policía está a cincuenta yardas de aquí, y si yo grito vendrán a prenderle al instante. Si no vienen los de policía, alguien vendrá. Por el Cielo, tenga corazón. Váyase de esa ventana donde puede verlo cualquier transeunte, y repartámonos lo que tengo yo aquí. Estamos en la noche del jueves; las compañías mineras pagan el viernes y hay muchos billetes de Banco en las quince cartas recomendadas que tengo en mi poder. Aún cuando hayamos tropezado los dos yendo por el mismo camino, podemos, sea como sea, dividirnos el resultado.

—¡Imposible! — dijo Pedro, y sus palabras sonaron como un chasquido de látigo.

—¿Imposible? — repitió el hombre corpulento.

—¡Sí! ¡Enteramente imposible!

—¿Qué? ¿Pretende usted que yo se lo dé todo?

"¡No dejen que se vaya! ¡No lo dejen salir!" -- gritó Rosalinda.

—¡Claro que sí! ¿Por quién me toma usted, señor Bennett? Yo soy...

Calló sobresaltado el que hablaba; se había oído un fuerte ruido; en el corredor que conducía a la parte habitada del edificio resonaba ruido de pasos; y un momento después, la Oficina de Clasificación se llenó de hombres vestidos de uniforme, mientras del lado de fuera de la ventana rota, otro hombre más, de pie, apuntaba con un revólver al compañero de Rosalinda. Entonces un hombre de buen aspecto, vestido de particular, avanzó por entre los de policía.

—Baje ese revólver, estimado señor, — dijo con calma. — Le apuntan de todas partes. Jameson, detenga a la señorita. ¿Qué es eso? ¡Dios mío! ¡Es el alcalde!

—¡Sí, por el Cielo, es el alcalde! — El hombre grande se asió desesperado y con la rapidez del relámpago a la ocasión que se le presentaba. — Vine a conversar un momento con mi hermano... y como no lo hallé en su casa me metí en esta oficina, donde me ví asaltado por estos dos criminales.

—¿Se han apoderado de algunos valores?

—¡No! ¡Nosotros no... pero él sí! — gritó Rosalinda, que estaba sujeta por dos policeman.

—No trate de engañarnos. Conocemos perfectamente al alcalde. Sargento, revise a ese individuo; usted, Swanson, cuide de la joven. Si se niega a entregar todo lo que tenga en su poder, tendremos que llamar a su esposa para que ella la revise después

* * * *

El sargento cumplió la orden recibida. Rosalinda, inmóvil, permanecía a la expectativa. De pronto se dió cuenta de que el alcalde, aprovechando el momento en que los de policía se ocupaban de los presos, procuraba escabullirse sin que nadie lo notara, camino del corredor.

—¡No dejen que se vaya! — gritó la joven lo más fuerte que pudo. — ¡No dejen de ningún modo que salga de esta oficina!

El corpulento personaje no hizo caso; ya se hallaba cerca de la puerta. Entonces, el hombre de buen aspecto (que era uno de los superintendentes de policía del condado de Dévon, un hombre de origen muy modesto que había entrado en la policía como "constable" y por sus propios méritos había ascendido rápidamente) le puso familiarmente una mano en el hombro.

—Lo siento mucho, pero no puede reti-

rarse usted ahora, señor Bénnett, — dijo. — Antes de irse ha de prestar declaración.

—¡Pero tengo que irme! ¡Tengo una cita de suma importancia!

—Unos pocos minutos nada más, señor Bénnett. Realmente no puedo dejar que usted se retire todavía.

El superintendente le obstruyó el paso con cortesía pero con firmeza, y Rosalinda vió de nuevo la expresión de terrible angustia e intenso terror en los ojos del ladrón de cartas. Después oyó que el jefe se dirigía con impaciencia a los que buscaban.

—¿Han encontrado algo, muchachos?

—¡Ni una sola carta robada, señor!

—¿Algo más?

—Sí, señor. — En el rostro del sargento se notó una expresión tal de perplejidad que Rosalinda se rió sin querer. — Algunos papeles oficiales con el membrete "En Servicio de Su Majestad" en todos ellos, y además este documento, señor.

—¿De qué se trata? ¡Déjeme usted verlo!

El sargento le entregó una tarjeta. Era grande y tenía impreso en un ángulo un imponente sello; un nombre estaba escrito a mano y tenía una firma muy conocida.

El superindendente leyó dos veces el documento, y Rosalinda vió que después miró al cautivo, que sonreía muy jubiloso, en verdad. Por último, como para convencerse por completo de que no estaba ni confundido ni equivocado, el superintendente leyó en alta voz el documento, que decía así:

"Este es para certificar que el portador, " Pedro Allan Rotherham, es un investiga- " dor adscripto a la Secretaría de la Di- " rección General de Correos. Se suplica a " todos los buenos súbditos de Su Majestad, " en consecuencia, que le presten cuanta " asistencia y colaboración pueda necesitar " en el desempeño de sus funciones."

En medio del silencio de asombro que siguió a la lectura del documento, Rosalinda vió que el maravillado superintendente estudiaba larga e inquisitivamente a su compañero y que luego miraba interrogativamente, como invitándole a que diera su opinión, al sargento que había hallado aquel documento que había hecho allí el mismo efecto que pudiera haber hecho el estallido de una bomba.

De pronto, la joven se dió cuenta de algo muy urgente. Una vez más, el alcalde de Bóniton se dirigía hacia el pasadizo, aprovechando la perplejidad de los de policía. Rápidamente corrió Rosalinda y le cortó el paso, situándose en la puerta. ¡Por fin iban a creerle!

—¡No dejen que se vaya! ¡Les repito que no lo dejen salir! Tiene los bolsillos llenos de cartas recomendadas con dinero, que ha robado de las bolsas. De doce bolsas abrió once y volvió a cerrarlas y sellarlas. Yo vine a verlo para servir de testigo.

Los de policía rodearon al alcalde como una jauría de sabuesos. Bénnett peleó desesperadamente, protestando, pero todo fué inútil. Al cabo de dos minutos estaba tendido en el suelo, agotadas las fuerzas, con un hombre sentado en cada uno de sus brazos, otro sentado en su ancho tórax y dos más sujetándole las piernas. El recobrado producto del robo era examinado por el superintendente y por Pedro Rotherham, que había sido puesto en libertad sin necesidad de que nadie lo mandara.

* * * *

Media hora después, el hermano del jefe de Correos estaba encarcelado; y el jefe de Correos, al que habían ido a llamar perentoriamente a la "Hostería del Fardo de Lana" de parte de la policía, había enviado en busca de un vidriero para que compusiera la ventana rota.

En la oficina particular del superintendente de policía, Rosalinda Farlingford estaba sentada muy orgullosa, escuchando el relato de su coadjutor.

—Como usted ha podido verlo, — decía Pedro Rotherham, — este caso era ya viejo y parecía centralizarse en Exéter, pues todas las bolsas procedentes de las distantes oficinas son enviadas al mencionado punto. Nunca se le ocurrió a ninguno de mis colegas que las sustracciones se verificaran en Bóniton, porque se supone que el jefe de correos de esta localidad no se retira de su oficina mientras están en ella las bolsas que trae el carro procedente de varias ciudades y aldeas, que debe vigilar hasta que las recibe el conductor del carro que las conduce a Exéter, a las once de la noche.

"El caso vino a caer en mis manos accidentalmente durante la ausencia de uno de mis superiores. Descarté la teoría de que los robos se realizaban en Exéter, y vine a esta población, donde me enteré de que el jefe de correos iba todas las noches a la "Hostería del Fardo de Lana" a las ocho y media en punto, dejando enteramente desierta la oficina. Observé que Bénnett visitaba la parte habitada de la casa durante esas prolongadas ausencias de su hermano, y que las sustracciones se notaban siempre a raiz de esas visitas nocturnas que se realizaban cada quince días.

"Por último, el buen alcalde de Bóniton fué ayer a las carreras de Newton Abbot y lo ví perder mucho dinero, lo que tendría por consecuencia que se vería necesitado de numerario. En vista de eso, preparé mis planes. Mandé a la señorita Farlingford aquí presente, que se metiera por la claraboya, tomara la llave del "cuarto de observación" y vigilara a Bénnett desde la ventana hecha para ese propósito. Pero, según me ha dicho ella, el hombre llegó antes de lo que se le esperaba, y tuvo mi compañera que ocultarse detrás de la percha para bolsas vacías.

—¡Muy bien! ¡Muy bien! ¡Fué excelente su plan, señor Rotherham! Supongo que el éxito obtenido por usted en esta investigación redundará en personal beneficio para usted.

Rosalinda vió que Pedro volvía la cabeza y la miraba.

—¡Así lo espero! — contestó, — Hace al

gún tiempo que acaricio la idea de casarme y de abandonar mi misión de pescar ladrones obteniendo un puesto en la Meca de todos los pesquisantes, un puesto de jefe de correos. Después de esto de hoy, es difícil que me lo nieguen. Cuando llegue el momenot me casaré con esta señorita que tan eficazmente me ha ayudado a dejar demostrada la culpabilidad del alcalde Bénnett.

El superintendente de policía de Bóniton miró a Rosalinda casi con admiración.

—¡Es usted muy valerosa, señorita! — dijo. — ¿No se asustó usted cuando se metió en la Oficina de Clasificación, pasando por la claraboya del techo?

—¡Sí, señor; me asusté mucho, muchísimo! — asintió Rosalinda.

* * * *

La joven se dió cuenta de que el superintendente la miraba cada vez con mayor admiración. Entonces ella vió que el de policía se volvía hacia Pedro Rotherham.

—"Todo ha ido bien cuando termina bien", dice el refrán, — manifestó el superintendente. — Pero, por mi parte pienso, señor investigador, que yo, en su lugar, hubiera vacilado antes de permitir que la señorita Farlingford se expusiera a los peligros de una hazaña tan dificultosa y...

—¡Pero si fuí yo la que insistí en que entraría en la oficina! — dijo Rosalinda.

—Así habrá sido, estimada señorita. Pero se le dió a usted el puesto de mayor peligro cuando podría haber sido igualmente útil quedándose en la ventana; y me parece que su prometido tenía obligación de haber subido al techo y pasar por la claraboya, de modo...

—¡Pero si no le era posible!

—¿Qué dice? ¿Que no le era posible, señorita Farlingford?

—¡Claro que no! ¿No comprende? ¡Qué hombre más negado!

La voz de Rosalinda vibraba de enojo. Tocó muy cariñosamente la mano derecha de Pedro.

—¿Cómo quiere usted que subiera a aquel techo y que se colgara de las cabriadas de hierro si es un lisiado?

—¿Lisiado?

—¡Sí! ¡Su brazo izquierdo es artificial! ¡Perdió el suyo, casi hasta el hombro, en la guerra!

AUSTIN PHILIPS.

El salón central del Palacio de Justicia de Londres ha sido ahora restaurado y pintado, después de veintidós años.

La estación de radiotelefonía más meridional del mundo se encuentra en las islas Orcadas, que son argentinas.

Sí usted desea suscribirse, llene y remita la carta siguiente:

.....de 1926.

Señor administrador de "PUCKY"
Avenida de Mayo 662.
Buenos Aires.

Muy señor mio:

Adjunto un giro postal por $ 9.—m|n., de cl. en pago de mi suscripción por un año a ese magazine.

.....

Con letra clara

Nombre y apellido .....

Localidad .....

F. C. .....

Precios de Suscripción
Ciudad e Interior

3 meses	$ 2.50
6 "	4.50
1 año	9.—

Bonbons Fins

—¿Qué es una coqueta?
—La muchacha que no te hace caso.

* * * *

—En el insomnio siempre hay un consuelo.
—¿Cuál?
—Que mientras no se puede uno dormir no se tienen pesadillas.

* * * *

—¿Por qué escribe usted artículos diciendo cómo la gente puede vivir con muy poco dinero?
—Porque no quiero tener que vivir de ese modo.

* * * *

El otro día, una nena cuyo abuelito había fallecido hacía ocho días, estaba pensativa delante de un cajón de una mesa que ella acababa de abrir.
—¡Dios mío! — dijo de pronto. — ¡En qué apuro se va a ver abuelito! ¡Se ha ido al cielo dejándose olvidado aquí los anteojos!

* * * *

—Estudia todo lo más que puedas, — dice al papá al niño, — la ciencia que adquieras será caudal tuyo, que nadie podrá robártelo.
—Pero papá, — dice el nene. — ¿No es mejor no tenerlo para no correr el riesgo de que intenten robármelo?

* * * *

Tomasito ha terminado su primer año de interno en el colegio y al regresar a su casa en las vacaciones, quiere asombrar a su hermanita pequeña.
—¿Ves? — le dice una noche indicando una estrella. — Aquella estrella es muchas veces más grande que el mundo.
—No es cierto, — dice la hermanita.
—Sí, es cierto, — insiste Tomasito seguro de su sabiduría.
—Si es tan grande, ¿cómo no nos tapa cuando llueve? — dice entonces la hermanita.

—¿Te costó mucho tu nuevo vestido?
—Cinco minutos de lágrimas.

* * * *

—El hombre que llega puntual a una cita, nunca pierde ninguna ocasión.
—No, pero tiene que esperar media hora a que llegue el otro.

* * * *

En un coche de un ferrocarril en Francia, va una señora sola y un coronel viejo con cara de pocos amigos.
La señora empieza a toser molestada por el humo acre de la pipa del militar.
—¿Señora, en el batallón de usted no se fuma?
—En mi batallón alguna vez, pero en "mi compañía", nunca.

* * * *

—¿Qué cortas del diario?
—Una noticia de cómo un marido obtuvo el divorcio, porque su esposa le revisaba el bolsillo.
—¿Y qué va a hacer con él?
—Lo voy a poner en mi bolsillo.

* * * *

—Un nene bien educado hace como has hecho tú, saluda a los mayores quitándose el sombrero, — dice el viejo bondadoso al nene pícaro.
—Sí, señor, — responde el nene. — Y si me quiere oir decir: "Mil gracias", deme veinte centavos.

* * * *

Una familia modestísima, ha pasado súbitamente a la riqueza, gracias a una herencia inesperada. El padre compra una chacra y la instala con todo lo necesario. La señora invita a sus amigas.
—¡Qué lindas vaquitas! — dice una visitante. — ¿Le producen mucha leche por día?
—Creo que llegado el caso, podrán producirla, pero nosotros no necesitamos hacerlas trabajar, así que nos traen la leche del tambo.

PARA LUCIR EL ANILLO...

--Yo quisiera encontrar el modo de evitar que mi esposa gaste tanto dinero como gasta en pares de guantes.

—Cómprale un buen anillo de brillantes rodeado de perlas y engarzado en oro y platino.

Papá compra un baño plegadizo

y se lo lleva a un hotel de pueblo de campo cuando va gozar de unos días de descanso.

LA TRADICION DESAPARECE

COCINA FRANCESA

POR EDGARD QUINEL

(Traducción del francés)

ESCOUBLAC convida a su amigo Champlitte a comer en el restaurante "La Galia Gastronómica", célebre por su cocina francesa.

Escoublac (entrando en el restaurante). — Vas a apreciar ahora, mi querido amigo, esta cocina única en el mundo...

Champlitte. — Ya sé que conoces los buenos sitios.

Escoublac. — Tengo un olfato para eso... Sé que "La Galia Gastronómica" ha cambiado de dueño; pero de seguro que el nuevo patrón seguirá fielmente las antiguas tradiciones de la casa.

Champlitte. — ¡Nos vamos a dar un banquete!...

Escoublac. — No lo dudes. Todos los platos típicos de Francia entera, hasta los más refinados, propios para halagar el gusto más delicado, los puedes pedir aquí.

Champlitte. — Tanto mejor, porque tengo el estómago algo delicado y no puedo comer sino ciertas cosas exquisitas.

Escoublac. — No hemos podido elegir mejor. Ahora verás. ¡Mozo!

El mozo (acercándose con el lápiz y el block de notas en la mano). — ¿Qué desean los señores?

Escoublac. — Puesto que nos hallamos en el templo de la antigua cocina francesa, dadnos, gran sacerdote del arte de bien comer, una idea...

El mozo (mentalmente). — ¿Qué dice este idiota? (Alto). La casa, señores, se debe a su reputación. Pueden tomar los señores la sopa de Chicago, para empezar.

Champlitte. — ¿No es muy pesada?

El mozo. — No, señor. Es caldo con purée de tomates y perlas del Japón. Después pueden tomar el canapé a la Leczinisky.

Escoublac. — ¿Leczinisky?... Eso es polaco...

El mozo. — Más bien son sardinas sobre rebanadas de miga de pan, asadas y servidas sobre una servilleta. Aconsejo a los señores que tomen también las croquetas de ternera a la italiana; vaca ahumada a la noruega y huevos con queso de Parma.

Champlitte (tímidamente). — Sardinas en servilleta, vaca ahumada... Tú crees que...

Escoublac. — Calla, no le interrumpas.

El mozo. — Después irá muy bien pollo a la Argentina, foie gras trufado, salsa suprema y legumbres a la rusa con arroz blanco.

Champlitte. — ¿Trufas y "foie gras" para mi piloro?...

Escoublac. — Espera. Continúe usted, mozo.

El mozo. — Y terminaresmos por una ensalada sueca con mayonesa; legumbres variadas, hongos y colas de cangrejos del Volga; frutas sir Henry Layard, heladas y servidas obre bizcocho de Saboya con unas gotas de "kirsch" y un poco de "cherry brandy". Por último, queso de Chester y una cosa deliciosa: higos de Esmirna en confitura.

Escoublac. — ¿Nada más?

El mozo. — Estas son las especialidades de la casa, los platos refinados de "La Galia Gastronómica".

Escoublac. — Entonces, llama usted cocina francesa a la sopa americana, las sardinas polacas, las croquetas italianas, el pollo argentino, la ensalada sueca, las frutas escocesas, el Chester inglés y los higos turcos?

El mozo. — Es lo que come la gente bien.

Escoublac. — ¿Pues sabe usted lo que le digo? Que la gente bien puede comer todo eso, pero que a mí no me da la gana de comer esas cosas. (Levantándose). ¡Vamos, Champlitte! (Al mozo). Cuando un restaurante anuncia que sirve cocina francesa, tengo derecho a exigir sopa de purée de papas, vol au vent, tortilla de tocino, lenguado normando y buen queso de Brie.

El mozo. — Muy bien; pero todo eso lo encuentra el señor de seguro ahí enfrente.

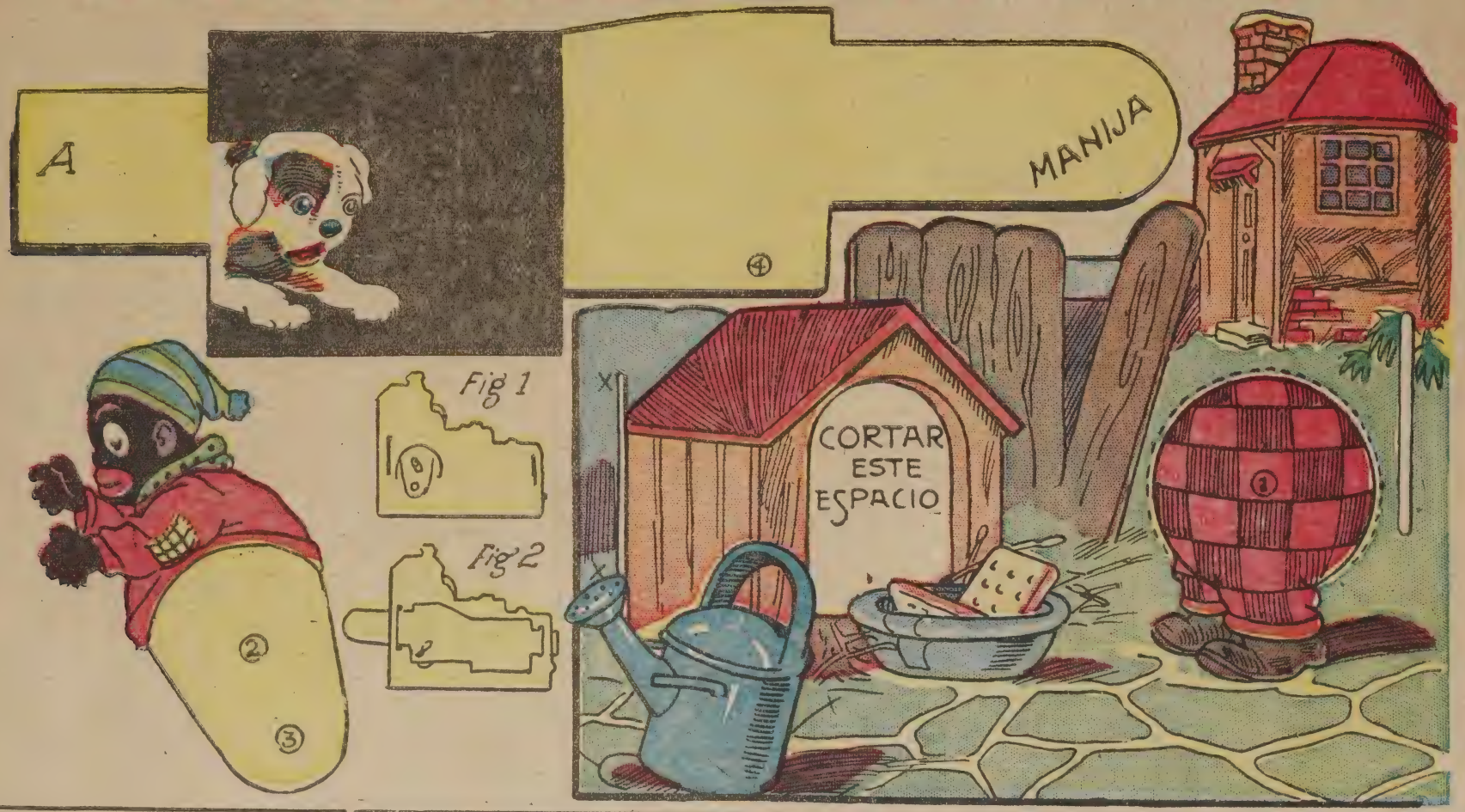
Escoublac. — ¿Dónde?

El mozo. — En el restaurante chino.

EDGARD QUINEL

Consejos para armar el juguete de la página 50. — Primero se pega todo el dibujo en un cartón; se deja secar y se recorta con todo cuidado. Hecho esto se corta el agujero de la entrada a la casilla del perro. Se hacen las dos hendijas marcadas X X y Y Y. Después se corta la hendija curva, marcada con línea de puntos en las piernas. Se tema el cuerpo y se pasa por esa ranura hasta que el punto 2 esté debajo del punto 1 y se fija con un broche. Se coloca el punto 4 del trozo largo detrás del punto 3 y se une con un broche. Moviendo la manija se verá cómo el perro ladrador aparece cada vez que se acerca el negrito Curimba para agarrar una de las galletas que el perro tiene su comedero.

EL NEGRITO CURIMBA Y EL PERRO LADRADOR



Véase la explicación del modo de armar este lindo modelo, al pie de la página 49 de este número de "Pucky"

LAS NOVELAS COMPLETAS DE PUCKY

El título de propiedad

Por EDWARD EGGLESTON

(Traducción del inglés)

Esta novela, — que "Pucky" ofrece hoy completa a sus lectores, — es una de las más populares en Estados Unidos, patria de su autor y constituye un relato original y pintoresco de una época interesantísima de la vida de aquel país.

I

"ADELANTE!"

No ha habido ningún coronel de coraceros que, al lanzar a su regimiento contra un cuadro enemigo, haya dado aquella orden suprema con más fuerza que la daba Whisky Jim al tomar asiento en el pescante de su diligencia y reunir en una mano todas las riendas de sus cuatro caballos bayos.

Esto sucedía en Red-Owl, una población que, a los dos años de existencia, contaba con tres mil habitantes, y esperaba reunir próximamente diez mil. El dinero rentaba en esa época el seis por ciento al mes sobre primera hipoteca; los solares doblaban su valor en una sola noche, y todo el mundo no pensaba en otra cosa que en despellejar al prójimo con arreglo a la ley, si era posible, o contra la ley, si no había otro remedio.

Pero Whisky Jim, como todos los hombres sinceramente consagrados al culto del caballo, desdeñaba el aprovecharse de la inexperiencia de los recién llegados o de los azares excepcionales de una temporada de locas especulaciones. Si le hubiesen mostrado una mina de oro bajo las ruedas de su diligencia, no le habría sido posible explotarla por más de veinticuatro horas; porque las manos le hacían conquillas, como decía él mismo, en cuanto soltaba las riendas de su four in hand.

—¡Adelante!... Y la diligencia se puso en marcha de una sola sacudida, dejándose detrás la fachada de madera del hotel de Red-Owl, rodando entre dos filas de árboles cortados casi al ras de la tierra (por lo que no se veía más que una especie de muñones), sobre la blanda yerba de una gran calle, tan extraña a todo empedrado y a todo macadam, como el mismo día aquel en que Red-Owl, su padrino e ilustre jefe indio, cargando los dioses lares sobre los lomos de su más viejo squaw y echándose el fusil al hombro, abandonó, sin ánimo de volver nunca, el patrimonio que acababa de vender a los blancos por algunas mantas y unos cuantos barriles de pólvora y de whisky.

—¡Adelante!

Y el largo látigo se enroscó en los flancos de los caballos, tomando éstos el galope al extremo de la calle. En el mismo instante la diligencia dió en una hondonada una sacudida tan violenta, que Jim y el viajero que había tomado asiento a su lado en el pescante estuvieron a punto de perder el equilibrio.

El viajero era un joven de aspecto reflexivo y estudioso, que llevaba en bandolera una de esas cajas de zinc, pintadas de verde, que son tan conocidas de los naturalistas.

—¡A eso sí que se le puede llamar un bache! — exclamó, agarrándose lo mejor que pudo a los bordes de la banqueta.

Whisky Jim remojó los labios con la punta de la lengua, y dijo con aire de persona enterada.

—Lo que no impide el que ese bache se haya vendido la semana última por la cantidad de dos mil...

—¿Dólares? — preguntó el joven, asombrado.

—¿Acaso pensaba usted que iba a decir dos mil bellotas dulces? — replicó el cochero mirándole con cierto desdén.

El viajero se sintió aplastado por aquel ser superior.

—El precio me ha parecido enorme, — dijo con una modestia que le conquistó de nuevo la benevolencia de Jim, haciéndole reanudar su conversación con evidente condescendencia.

—¿Lo cree usted así, joven?... Pues ha de saber que el que pagó ese precio no ha tardado mucho en reembolsarse...

Al llegar aquí, el ser superior se detuvo con el propósito manifiesto de dejarse interrogar. El viajero lo comprendió.

—¿Cómo fué eso? — preguntó con interés.

Jim se tomó un poco de tiempo y después dejó caer esta sentencia:

—Ha vuelto a vender este charco de ranas precisamente por el doble de lo que le ha costado.

—¡Cómo! ¿Por cuatro mil dólares?

—Exactamente joven. Dos por dos hacen cuatro, si he de creer al maestro de escuela que me enseñó en otros tiempos la regla de multiplicar allá en Vermont... Pero, por casualidad, ¿no vendría usted de allí?...

El viajero calló. No estaba acostumbrado a los modales del Ser Superior. Whisky Jim se tomó en breve el trabajo de reanudar la conversación.

—La semana entrante lo venderán por seis mil, — añadió.

El joven, cuyo pensamiento no se ocupaba ya del asunto, tuvo que hacer un esfuerzo para volver a él.

¿Y hasta cuándo continuará subiendo el precio de esa manera? — preguntó.

—Hasta que haya subido a su mayor altura. Entonces bajará como alma que lleva el diablo. Cuanto más suba, más rápida será la caída.

—¿Y cuándo habrá llegado a su mayor altura?

El Ser Superior volvióse para mirar la cara al estudiante, pero con una sonrisilla burlona.

—Eso, eso es, precisamente, lo que todos quisieran saber... No hay uno solo que deje de procurar el vender a tiempo y con beneficio; pero, al fin y al cabo, no hay más remedio que alguno de ellos caiga en la red...¡Arre!...

Y un magnífico latigazo dado a los caballos les hizo tomar el galope hasta la cumbre del anfiteatro de praderas que se desenvolvía detrás de la aldea.

Red-Owl se hallaba al pie de una colina desde lo alto de la cual se veían a la orilla del río, como en un plano topográfico, sus casitas de madera, aun vírgenes de toda pintura, y acá y acullá algunas tiendas de campaña plantadas entre los árboles, sobre los solares aun en estado natural, cosa que no impedía el que alcanzaran por lo menos precios tan dignos como los mejores terrenos de Filadelfia.

—¿Por qué viven esas gentes ahí metidas en tiendas de campaña? — preguntó el joven viajero.

—¿Por qué? Por una razón muy sencilla: porque no tienen otra mejor. No por plata ni por oro podría usted encontrar una cama, ni un techo en Red Owl... Figúrese usted que las camas son los ases, las casas las briscas, y que los jugadores que los tienen en la mano...¡Mire usted! Ahí viene otro contingente de imbéciles decididos a que los saqueen...

El conductor señaló con el extremo del látigo un viejo vapor, negreado por el hormigueo de emigrantes, el cual iba a atracar al muelle.

Su compañero, Alberto Charlton, volvió la cabeza, haciendo un mohín de compasión. Prefería mirar el camino que se extendía ante sus ojos. Llega a constituir una fecha en la vida del hombre el día en que se ve por vez primera las praderas americanas, sobre todo si el paisaje lo forman esas ondulaciones semejantes al oleaje del mar, y que no se hallan en parte alguna cortadas de una manera tan regular como en Minnesota.

Alberto había efectuado de noche el viaje de Chicago a Dunleith, y por lo mismo no había podido disfrutar de la vista de la llanura. Sentía viva inclinación hacia los espectáculos de la naturaleza, y un gusto especial por todo lo que conservaba el sello salvaje de los tiempos primitivos.

—¡Qué país tan magnífico! — exclamó de repente.

—¡En toda su vida ha dicho usted nada menos tonto! — murmuró Jim. — Por mi parte, le aseguro que no conozco terreno mejor que éste para que se muevan las ruedas de un coche.

Cada uno ve las cosas del color del cristal por que las mira. A los inmigrantes cuyos "schooners de pradera", — llaman así a unos carros grandes cubiertos con una lona blanca, — fueron los primeros en trazar el camino sobre aquellas colinas cubiertas de yerbas, los valles se les aparecieron como sitio muy propio para establecer granjas, sin necesidad de tomarse el duro trabajo de arrancar la maleza. No se trataba de un paisaje, sino sencillamente de un terreno de primera clase, en donde se tenía la seguridad de recolectar muchas fanegas de grano por cada fanega de tierra, sin peligro de atrapar unas tercianas. Para los especuladores que iban en busca de sitios buenos, que no estuviesen muy lejos de la carretera, donde plantar sus piquetes, aquello eran otras tantas "secciones" divididas en tantas "vigésimas" y "cuatrigésimas", que podían comprarse por un precio muy económico y revenderse por otro muy elevado.

A los ojos de Jim era un terreno magnífico para las ruedas de su diligencia, si se exceptuaban unos cuantos "baches malditos". A los del entusiasta joven Alberto Charlton, que sentía un desprecio profundo hacia todas las costumbres sórdidas de aquel país, ese horizonte sin límites de temblorosa yerba, aquella continuidad infinita de verdes ondulaciones salpicadas de flores rojas y amarillas, era sencillamente uno de los espectáculos más notables que la naturaleza le había presentado.

Entretanto, la diligencia había llegado a

la estacada que separa el puerto de Purple River del de Gig-Gun. A un lado y a otro hileras de sauces y algodoneros, inclinados sobre las dos corrientes del agua, dibujaban las sinuosidades con tanta mayor precisión cuanto que en tres leguas a la redonda no había otros árboles.

Alberto Charlton se hallaba tan encantado del espectáculo que, levantándose de su asiento, empezó a gritar al lado del conductor que aquello era un paraíso.

—¿Un paraíso? ¡Tal vez! ¡Y me parece que no faltan en él las serpientes! — contestó Jim. — ¡Arre!...

Sin prestar atención a esta reserva, Alberto, poseído del mayor entusiasmo, empezó a explicar a Whisky Jim ciertas teorías de su invención relativas a la necesidad de volver al "estado de naturaleza". El hombre, decía, debe vivir en paz con las otras criaturas y no matarlas; para la salud física,, lo mismo que para la moral, lo mejor es abstenerse de comer carne; acostumbrarse a no llevar trajes de lana; endurecerse a la intemperie de las estaciones; dajar crecer la barba en vez de afeitarla; huir del uso del tabaco, del café y del whisky; acostarse con el sol y levantarse con él...

El Ser Superior le dejó hablar, y de repente, con el tono de un profundo interés:

—Escúcheme, señor, — le dijo: — ¿quiere dar fe a mis palabras?

—Diga usted.

—Pues no traiga usted esas ideas a Nueva Bizancio. Es mal terreno para que prendan... ¡Ya lo verá! Esto no es un país de ideas, sino de solares... Las ideas no dan ningún interés, y en nuestro tierra lo único que gusta es esto... Si usted se empeña en seguir con esas teorías, me voy a permitir darle un consejo: vuélvase cuanto antes a Boston... Tengo mis motivos para hablar así... Como que en otros tiempos fuí el conductor de la diligencia.

Detúvose un instante, y después añadió con la seguridad de un juez que va a dictar una sentencia:

—...Para las ideas, créame, no hay como Boston... Allí se desenvuelven como en parte alguna del país... ¡Además, hay tantas sociedades que se consagran a su cultivo!... No he ganado yo poco dinero en otro tiempo conduciendo gentes de ideas que se reunían en los aniversarios, los congresos y otras fiestas que acostumbraban a dar... ¡En medio de todo, son buenas personas! Además, en Boston, con sólo llevar un sombrero de alas anchas, usted puede hacer creer o negar lo que mejor le parezca, sin que nadie se fije en ello. Que crea usted en algo como que no crea en nada, siempre le mirarán en aquel pícaro país como un caballero. Cada uno lleva su idea en la cabeza y el sombrero de alas anchas lo cubre todo... ¡Pero aquí venirnos con ideas... Voy a expresárselo claramente: ¡no conocemos más que el tanto por ciento!

Hecha esta declaración, que el Ser Superior acentuó con un largo silbido, gritó un nuevo ¡arre!, y añadió:

—Procure usted trasladarse a Boston; créame.

Whisky Jim daba seguramente este consejo con toda sinceridad; pero, como otros consejos igualmente sinceros, éste tuvo la desgracia de no ser agradable al paladar de quien lo recibía. Tal vez tuviese por único objto el hacerle conocer al joven la indiscreción que había cometido al exponerle al primero con quien se encontraba, las teorías más caras a su corazón.

Sea ello lo que fuere, la verdad del caso consiste en que el joven calló, resolviendo para sus adentros aprovechar la primera oportunidad que se le presentase para tomar sitio en el interior de la diligencia dejando al Ser Superior entregado a sus reflexiones.

A derecha e izquierda veíanse las cabañas edificadas sobre los solares de aquel terreno endiablado, con el único pretexto de legalizar la posesión a los ojos del fisco. Algunas eran sólo de ramaje. Pero si la habitación dejaba bastante que desear por más de un concepto, en cambio era seguro que la declaración juramentada del peticionante le atribuiría todas las cualidades que aparentemente le faltaban, hasta el punto de que cualquiera la creyese una magnífica posesión.

En breve vióse a la orilla del camino y frente por frente al coche, una especie de "tovera". Debía haber en el aspecto de aquel montículo de barro alguna cosa que excitaba la atención, porque en cuanto lo vió Whisky Jim comenzó a silbar, a chasquear el látigo y a soliviantar los caballos hasta que les hizo emprender el galope.

Cuando llegaron al nivel de aquel accidente del terreno, detuvo el coche de pronto y dejó caer las riendas con el abandono propio del que ha concluído la etapa de la mañana.

Y, efectivamente, el montículo de barro no era ni más ni menos que la "Sod Tavern", una habitación fabricada, con el techo inclusive, de tierra y yerbas, la cual tendría apenas diez pies de altura.

Contaba ya tres años de existencia y la hiedra crecía a sus anchas por todas partes sobre las paredes exteriores.

Al ruido de la diligencia surgió de aquella gruta artificial un ciudadano con camisa encarnada, y anunció a las "señoras" y a los "caballeros", que la comida estaba preparada.

Un magnífico plano impreso, que colgaba en el interior de la choza, facilitó a los viajeros el convencimiento de que aquel tabernáculo se alzaba en medio de una ciudad ideal. Esa obra de arte debía ser la hija de la imaginación de un poeta, porque no se habían limitado a trazarla para la simpre representación de las realidades objetivas. Si se hiciera caso de las indicaciones del mencionado plano, la solitaria posada donde se encontraba el viajero se hallaba rodeada por un gran colegio, una estación de ferrocarril, un depósito central de mercancías, un palacio de justicia, una fábrica de tejidos de lana y otros muchos establecimientos de utilidad pública o privada, ahora completamente invisibles, pero cuyo conjunto formaba la flore-

ciente ciudad de Nueva Cincinati. Aquel plano, creo que no hay necesidad de decirlo, — se hallaba destinado a circular por los Estados del Este.

La comida de Sod-Tavern era, afortunadamente, más substanciosa que el ampuloso documento y sometió las teorías dietéticas de Alberto Charlton a una prueba bastante ruda. El viaje al aire libre del Minnesota había abierto el apetito del buen muchacho, por lo cual sintióse altamente mortificado cuando al tomar asiento a la mesa se encontró con una taza de café que humeaba debajo de su nariz. Sentía verdadero horror hacia el café, precisamente porque le gustaba mucho, y el gesto de desdén con que apartó la taza hubiese podido dar la medida exacta de las ganas que tenía de vaciarla. La comida se compuso de magníficas patatas hervidas, de jamón salado y de pan a medio cocer.

Como era lector asiduo de la "Revista de los bebedores de agua", Alberto Charlton había hecho voto de no comer carne de ninguna clase, y principalmente de cerdo. No tuvo, más remedio que atacar de frente las patatas, las cuales nadaban en una gran cantidad de agua caliente, de la que se hallaban impregnadas como si fuesen esponjas. También se creyó en el deber de comer pan; pero tuvo buen cuidado de mondarlo como una fruta alrededor de los islotes de harina cruda de que se componía la miga.

Jim, que se había sentado a su mismo lado, le advirtió con mucho desembarazo que las "ideas" no servirían nunca de alimento en Minnesota; y con esa libertad de lenguaje que caracteriza a las poblaciones de la frontera se generalizó muy pronto el debate acerco de la cuestión alimenticia.

Un señor gordo, que comía por cuatro, hablaba pestes de la comida, tal vez con el objeto de que no comiesen los otros viajeros.

—No hay nada tan malo para el estómago como el jamón, — decía a la vez que se iba echando en su plato las tajadas más grandes.

Lo mismo en las acusaciones que en los repetidos ataques contra el plato de resistencia, era apoyado enérgicamente por un caballero de aspecto triste, ancho de espaldas y con grandes patillas, que respondía al nombre de Mr. Minorkey, al cual, según él mismo decía, le hacían padecer todas las enfermedades descriptas y por describir en los tratados de patología.

Había ido "tirando" hasta entonces, ni más ni menos que por haber procurado siempre comer buena carne, añadió con intención manifiesta de aludir a Alberto Charlton, cuya abstinencia había notado todo el mundo.

—En los climas fríos no es posible vivir sin comer carne...

La conversación se hizo general sobre este punto tan conmovedor, hasta el extremo de que a miss Minorkey, una joven bonita, de frente despejada e inteligente y muy alta, que hasta entonces no había despegado los labios, le pidiesen su opinión.

De la pregunta resultó que esta señorita había leído mucho y había reflexionado aun más acerca de las cuestiones que dividen a la humanidad. Sin tomar abiertamente la defensa de Alberto Charlton, contestó presentando la cuestión bajo diferentes aspectos, como sucede en casi todas las cosas de este bajo mundo, y como resultado de ello, vino a expresar que autoridades muy respetables sostenían la superioridad de una alimentación excesivamente vegetal. No se necesitó nada más para que las pálidas mejillas del joven estudiante se coloreasen y brotase de sus labios un agradecimiento caluroso hacia la opinión de miss Minorkey.

—Al cabo y al fin, — pensó, — es la única persona de talento que hay en la reunión, y bien vale la pena de tenerla de mi parte...

Alberto Charlton no había sido nunca mujeriego y hasta consideraba esta condición como muy digna de desprecio. Esto no era un obstáculo, sin embargo, para que rindiese un culto verdadero, allá en el fondo de su corazón, al sexo débil, en un sentido general. Por eso sin duda su corazón debió latir con mayor violencia que de costumbre al tomar asiento en el interior de la diligencia, después de comer.

Mr. Minorkey y el señor gordo habían establecido como base indiscutible que para su salud eran de absoluta necesidad los dos asientos primeros. Otros dos viajeros tenían sus sitios en el centro, y Alberto Charlton no tuvo otro remedio uqe sentarse en el único sitio vacante, es decir, en la peligrosa vecindad del hermoso traje ceniciento que la sabia miss Minorkey había elegido para realizar su expedición. Lo hizo así, experimentando alguna emoción.

No manifestó ella ningún deseo de continuar la discusión entablada en la mesa. Sin embargo, cuando su vecina, cansada de oir a Mr. Minorkey la relación de sus enfermedades y al señor gordo las alabanzas del clima de Minnesota, se rendía al sueño, se atrevió a desvelarla haciendo varias observaciones sobre el paisaje, a las que contestó ella con tanta oportunidad que bien pronto se entabló entre ellos una conversación animadísima.

Por reservada que quisiese ser en la expresión de sus sentimientos, no dejaba por ello Elena Minorkey de mostrar un talento bien cultivado y un gesto exquisito y sólido. Alberto Charlton se sentía entusiasmado y no trataba de ocultarlo. Satisfecho de haber hallado en aquel país semisalvaje una compañera tan distinguida, dejóse arrastrar bien pronto por los encantos de la aventura.

¿Estaba enamorado? Un poco de calma, queridos lectores. Ustedes necesitan una historia de amor y no quiero chasquearles; además, no sabría yo mismo escribir una novela donde no hubiese amores. Es preciso, no obstante, darle tiempo a las gentes para que respiren. Enamorarse está muy pronto dicho, pero ese sentimiento no se revela tan rápidamente como un relámpago.

Alberto Charlton estaba conmovido, se sentía feliz, y no tengo ningún inconveniente en confesar que dos o tres veces, aprovechando los momentos de silencio, se le ocurrió

preguntarse si una joven tan amable podría ser la feliz esposa de un hombre serio, de un hombre de estudios, como él, por ejemplo. Esos son los preliminares que llevan indefectiblemente al amor.

Alberto Charlton tenía apenas veinte años: esa edad precisamente en que con tanta facilidad se persuade uno de que está enamorado; sobre todo si viaja durante doce horas a través de un país espléndido, gozando del aire puro y fresco, y llevando al lado una joven tan graciosa como Elena Minorkey.

No me atreveré a afirmar si Whisky Jim hizo bien o mal cuando, una vez que se detuvo para dar de beber a las bestias, echó una mirada al interior del coche y se permitió pensar que aquellos dos, con sólo ponerles un velo blanco sobre las cabezas, harían una buena pareja con sus "ideas".

Mr. Minorkey y el señor gordo pasaron bastante bien el viaje, y no ciertamente porque en sus almas germinase esa canción muda que nos hace pasar las horas tan rápidamente; ni porque se tomasen interés alguno por las líneas ondulantes de las colinas cubiertas de musgo o por la forma triste y el color agradable de los sauces que bordeaban el arroyo; ni tampoco porque estudiasen el contraste que ofrecía el verde de las praderas con el azul oscuro del cielo, prolongándose ambos hasta los límites infinitos del horizonte. Sin embargo, la verdad es que el paisaje les daba tema constante para una conversación que debía ser de la mayor importancia, supuesto que era inagotable.

—He prestado dinero sobre esos terrenos al tres por ciento mensual, aumentando hasta el cinco una vez vencido el primer plazo, y con hipoteca que me asegurase la propiedad en caso de no pagar...

Así hablaba Mr. Minorkey de vez en cuando a medida que el coche avanzaba, no sin añadir algunas reflexiones suplementarias acerca de las relaciones de su salud con sus operaciones hipotecarias. Por ejemplo, había sufrido un enfriamiento una vez que fué a inspeccioner un terreno, y estuvo a punto de morirse de un reuma que atrapó como resultado de la expedición; en otra estuvo a punto de contraer una pleuresía si se hubiera retardado un poco más en su estancia, precisamente cuando prestó cien dólares al cinco por ciento mensual sobre tal terreno.

El señor gordo era un mapa topográfico viviente, un verdadero catastro en carne y grasa...

—¡Ahí tiene usted a Sokska! — exclamaba, — la nueva ciudad que ha trabado Johnson... ¿Vé usted las estacas que señalan los límites de aquela colina?... Yo compré un solar en la plaza mayor y una manzana entera frente a la fábrica proyectada. Hay un riachuelo que atraviesa la ciudad, y todo el mundo está conforme en decir que tiene fuerza motriz suficiente para mover una sierra mecánica casi todas las horas del día durante una buena parte del año. La carretera de San Pablo llegará hasta ahí el año que viene, si hay posibilidad que la aprueben en la legislatura de este año. Me parece que haría usted un buen negocio comprando terrenos por allí, Mr. Minorkey.

—¡Oh! Eso nunca. Yo jamás compro terrenos. Se corren muchos riesgos. Yo cobro mi interés al tres o al cinco por ciento mensual sobre primera hipoteca y a retroventa en caso de que no puedan pagar, y dejo las aventuras para los otros.

El sistema del caballero gordo era todo lo contrario; los riesgos no le habían quitado nunca el sueño. No había en todo el Estado una ciudad imaginaria hipotéticamente trazada sobre el papel, y que ofreciese algunas ventajas problemáticas, en la que no tuviese el gusto de poseer terrenos.

—Compréndame usted, — decía: — yo compro barato, muy barato, por un pedazo de pan, y después espero el alza. Al cabo y al fin algunas ciudades acaban por brotar de la tierra, ¡que diablos!... Yo tengo solares en todas partes, diseminados allá y acullá. ¿Será posible que no gane ni un solo número en todas estas loterías?

Pero Mr. Minorkey movía la cabeza como aquel que no se deja convencer.

—¡No! ¡No me hable usted de semejantes riesgos!

Nada hay tan seguro como una hipoteca, sin omitir, por supuesto, la cláusula de retroventa. Ahí está el secreto...

La conversación seguía muy animada también al otro extremo del coche: Alberto y miss Minorkey se cambiaban rápidamente sus impresiones y procuraban a la vez hacer investigaciones acerca de sus respectivos caracteres.

El estudiante era el ardor mismo y poseía nociones positivas y principios absolutos. Tenía su opinión formada sobre todo; amaba y detestaba cordialmente, y no escatimaba las invectivas para expresar sus simpatías.

Sus convicciones morales no eran sólo inquebrantables, sinó vehementes. Sus preferencias intelectuales tomaron el aspecto de verdades indiscutibles. En política era un radical avanzadísimo, y en filosofía un escéptico que afirmaba sus creencias con el mayor desenfado.

Miss Minorkey, por el contrario, era la calma y la serenidad mismas. No creía nada y no negaba tampoco nada en absoluto. Hablaba de todo con indiferencia, y no se tomaba interés manifiesto por ningún orden de cosas humanas. Si hubiese caido de pronto y desde las nubes sobre la superficie de este planeta sublunar, no habría podido dar sobre cuanto veía pasar una mirada más imparcial, por no decir más indiferente. Teorías, doctrinas, artículos de fé y hasta los deberes morales, eran para ella lo que los individuos otomológicos pudiesen ser para Alberto Charlton. Los clavaba con un olfiler, los plantaba sobre un pedazo de papel, los examinaba cuidadosamente con el microscopio y los dejaba a u nlado como "specimens" interesantes.

Sabía escuchar con cortés atención, y a Alberto le dolía de veras que no participase de su escepticismo y lo aplaudiese. Sin embargo aquella frialdad era un gran atractivo para él. Sentía la necesidad de emprender una campaña activa para hacer penetrar en aquella alma tan equilibrada las opiniones generosas que le entusiasmaban a él. Su juvenil amor propio se sentía espoleado por la idea

de que podría interesar a aquella joven tan discreta y tan inteligente, y de que tal vez llegaría a convencerla. El pobre admiraba tanto más aquella calma filosófica, cuanto que carecía en absoluto de ella.

En una palabra, aun no había terminado la jornada de la tarde, cuando ya Alberto pensaba:

—¡Es la mujer más distinguida que he conocido!

¿Y quién podía ser más digno de la mujer más distinguida sinó el hombre aquel cuyo sueño era el señalarle a la humanidad el fin a donde debía marchar? Le gustaba mucho la palabra "fin". ¿Acaso las palabras preferidas por un hombre no nos dan casi siempre la clave de su carácter? Podemos reirnos de él cuando habla de "vocación", de "progreso" y del "fin" en un momento de efervescencia; pero es raro que su vocabulario no sea casi siempre indicio seguro de una inteligencia activa y de un corazón generoso.

Por otra parte, nada tiene de extraño que Alberto Charlton, tan relleno de esta clase de palabras sonoras, se entusiasmase muy pronto con una joven para la cual carecían de sentido. ¿No sucede siempre lo mismo? En el mundo moral, como en el mundo físico, ¿no són las electricidades de nombre apuesto las que se atraen?

Entretanto habían llegado a la vista de Nueva Bizancio y la atención de Alberto se despertó al oir el nombre de su padrastro, Mr. Plausaby, que acababa de sonar en la conversación de Mr. Minorky y el señor gordo.

—Mr. Plausaby, — decía éste, — ha sabido elegir el sitio. Es un hombre muy despierto. Ya verá usted como dentro de poco está aquí la capitalidad del distrito y la cabeza de la línea. Por eso tengo ahora la idea de comprar terrenos...

—Sí, Nueva Bizancio será dentro de poco una ciudad muy hermosa, — contestó Mr. Minorkey. — Tengo una buena hipoteca sobre uno de los mejores solares. Precisamente... ¿ve usted?... aquel que se distingue allí, a lo lejos.

—¡Qué niña tan mona! — exclamó el señor gordo. — Apuesto cualquier cosa a que es Katy Charlton, la hijastra de Plausuby.

En aquel momento Alberto, sacando la cabeza por la portezuela, gritaba:

—¡Eh! Katy...

Y pudo verse a una niña de quice a dieciséis años, que corría hacia el portal de la fonda, enfrente del cual se detuvo la diligencia.

—¡Viva Katy! — exclamó el estudiante, bajando a tierra de un salto y dándole un tiernísimo abrazo a su hermana.

—¿Y el equipaje, señorita?... — gritó Jim, interrumpiendo aquellas efusiones con un tono que sólo podía pertenecer al Ser Superior.

Pocos minutos más tarde, la diligencia, después de haber dejado a Alberto y al señor gordo en Nueva Bizancio, seguía su marcha a Perritaut, ocho millas más allá.

Al tiempo de partir, el joven quitóse el sombrero y saludó profundamente a miss Elena Minorkey, que le devolvió el saludo con la majestad de una reina.

II

TODO el día que Alberto Charlton había empleado en recorrer el trayecto que media entre Red-Owl y Nueva Bizancio, lo había pasado la pequeña Katy esperando a su hermano. La llamaban las gentes la "dulce y pequeña Katy", y seguramente no se pueden encontrar el el diccionario otras palabras que puedan dar una idea más aprovimada de aquella deliciosa criatura.

¡Tan sabia como miss Minorkey, seguramente que no lo era! Tampoco se puede decir que hubiese sido un modelo de alumna en la escuela; pero poseía el encanto, y esta es una cualidad que hace inútiles todas las demás.

El corazoncito de Katy sentía afecto para todos; para su madre, mistres Plausaby; para su padrastro el "squire" Plausaby; para su prima Isa, como llamaba a la sobrina de su padrastro; ¿para quién más? No importa... Pero seguramente para nadie tanto como para su hermano Alberto.

Y ahora que Alberto iba a venir a este hogar nuevo para él, el corazoncito de Katy asomaba por entre sus labios rojos.

Parecía como que no hubiese de llegar el momento de enseñarle a su hermano todo lo que no conocía aún; ¡él, que sabía tantas cosas! Sus pájaros y sus flores, y el lago del Diamante cubierto de plantas acuáticas, y los niños de las ardillas en el bosque, y todos los habitantes de la ciudad, con sus nombres y cuanto se decía de ellos; en una palabra, todo el tesoro de noticias amontonadas durante dos años de separación.

Y además había un "él", que ella sentía verdadera impaciencia por presentar a Alberto... ¿Sería del gusto de éste?... Claro que sí.... ¡haciendo tan buena pareja los dos!... A medida que se iba aproximando la hora, aumentaba la agitación de Katy, y le hablaba tanto a su madre del gran acontecimiento, que llegaba a fatigar a esta respetable señora, la cual no veía en todos los incidentes de esta clase más que un motivo para vestirse con mayor cuidado que de ordinario, y añidir a su peinado un lazo que se daba de bofetadas con el resto del traje.

A la niña le servía de pretexto para ir al Gran Bazar, donde lo mismo compraba alfileres, que peras confitadas para postres, que cualquier otra cosa. Sabía demasiado bien quien se encargaría de la venta, quién buscaría mil pretextos para prolongar todo lo posible su pequeña transacción comercial, y quién la dejaría hablar a sus anchas del hermano mayor. ¿Acaso a "él" no le gustaba oirla hablar hasta por los codos a propósito de cualquiera?...

Desgraciadamente no se podía quedar de la mañana a la noche en el Gran Bazar para hacer una compra sin importancia. Nada nada, ¡había que darle también un avance a la primita Isa, que bordaba junto a la ventana y que cantaba, como ella, las alabanzas de Alberto! ¡Era tan inteligente, tan bueno,

tan guapo, tan fuerte y tan valiente; ¡Tenía unos ojos tan hermosos y una voz tan simpática!

—¡Te aseguro, prima, que de grado o por fuerza, acabarás por amarlo!

Y la prima bajó los ojos para mirar la costura.

Por fin llegó Alberto. Durante su ausencia de dos años, su madre se había vuelto a casar, con el "squire" Plausaby y emigrado con él a Minnesota. Aun no conocía a su padrastro, y si bien Katy en todas sus cartas le alababa, sin embargo, las noticias que le llgaban por otros conductos no eran favorables. Sentía hambre de ver un corazón honrado; hambre de abrazar a su madre, a quien tiernamente amaba, y hambre, sobre todo de estar al lado de Katy.

Después de haber llegado, Katy le paseó en triunfo por toda la casa, presentándole a su madre, que le estrechó contra su corazón, y a su padrastro, que le dió un buen apretón de manos, y a la prima Isa, con acompañamiento de una graciosa mueca, que decía:

—¿No te parece el chico más guapo del mundo?

Isa se manifestó algo fría y reservada; pues, ¿qué le faltaba? ¿No tenía los ojos bastantes bonitos, y la frente bastante ancha y despejada?

Respecto a mistress Plausaby, con su moño encarnado en los cabellos, se sentía orgullosa de su hijo, pero un poco tibia.

—Vamos a ver ¿por qué no has obtenido tu diploma? — le preguntó a la hora de los postres.

—Pues precisamente porque para ello hubiera necesitado perder mucho tiempo en una porción de estudios tan fastidiosos como inútiles. He trabajado diez veces más que las tres cuartas partes de esos mismos condiscípulos qu ehan obtenido un título, y los catedráticos lo saben bien. Pero ¿qué quiere usted? No pueden ponerle la etiqueta más que a una educación en la que los elementos están pesados y medidos con arreglo a la receta: tanto de griego, tanto de latín, tanto de matemáticas . . . Y yo, a la verdad, no tenía ganas de plegarme a esas reglas.

Mistress Plausaby abrió desmesuradamente los ojos.

—Lo que quieras; pero habría preferido verte volver con un título. ¡Gusta tanto! ¿No se va con ese objeto a las universidades?

—Le aseguro que traigo los principios elementales de una educación sólida, y he creído que esto era lo más importante.

—¿Cómo lo va saber la gente si no tienes un título?

—¿Y qué me importa que lo sepa o no?

—Pero, mamá, ¿acaso no ve en la cara de Alberto que sabe mucho? — preguntó Katy con sinceridad.

Mr. Plausaby se creyó obligado a decir que por su parte no dudaba ni poco ni mucho de lo bien que Alberto había empleado el tiempo en la universidad; reflexión que tuvo la fortuna de herir más al joven estudiante que todas las críticas de su madre.

—Lo cierto es — añadió mistress Plausaby,—ueq no tiene una ni un momento de satisfacción con las gentes de "principios"... ¡Dios me libre de los "principios"! . . . A tu padre le había dado por ahí, y a eso debemos el no tener un céntimo. Lo que más me gusta en Mr. Plausaby es que no tiene ningún "principio" que poner por delante a las gentes para contrariarlas . . . Pero tú, basta con que cualquiera manifieste ganas de que hagas una cosa, para que en seguida elijas la contraria. Por ejemplo, ahora mismo me asombrarías si de buenas a primeras me ofrecieses seguir la carrera de abogado, que fué la de tu padre y yo quisiera para tí.

—Le aseguro que con tanto gusto tomaría la carrera de obogado, como la de salteador de caminos, — contestó Alberto con sequedad.

—¡Muy bien! ¡Vaya un respeto hacia la memoria de tu padre! — exclamó mistress Plausaby. — En fin, aun me daría por muy contenta si te decidieses por la profesión de médico.

—¡Qué! Quiere usted que pase el tiempo envenenando a mis clientes o administrándoles drogas que no les den ni frío ni calor? ¡Eso nunca! Los médicos son unos simples charlatanes: cuando no se confiesan impotentes, en nueve casos, por lo menos, de cada diez. Y si esto es verdad, ¿con qué derecho se atreven a cobrar honorarios? Con que los hombres supiesen tomar un baño frio por la mañana, vivir al aire libre, levantarse temprano, fortalecerse con los cambios de temperatura y no violasen las reglas del sentido común con sus músculos, sus nervios, su cabeza, su estómago y todos sus órganos, no tendrían necesidad de transformarse en probetas para el uso de los boticarios...

—¿Has oído?... — dijo mistress Plausaby, encarándose con su esposo. Este sonrió maliciosamente, como para demostrar que había oído a o otros muchos expresarse así .

En cuanto a la prima Isa, parecía dominada por cierta admiración por la franqueza de Alberto, a la vez que sorprendida por unas opiniones tan radicales.

Míster Plausaby era uno de esos hombres que hablan siempre al mismo diapasón, sin preocuparte de la monotonía. Moderado hasta la médula de los huesos y finó sin ostentación, trataba a todo el género humano con la misma cortesía. Era imposible entrar en relaciones con él sin formar la mejor opinión; de tal manera conocía el arte de introducir en la conversación alguna frase de elogio, que dejaba deslizar como por casualidad. Decir que tenía el formal propósito de lisonjear al prójimo con el objeto de explotarle, sería ir tal vez demasiado lejos; pero sin duda lleva siempre alguna ventaja el que pone a las gentes de buen humor y se capta las simpatías de sus vecinos.

Al día siguiente, el caballero gordo de la diligencia se presentó para comprar terrenos, según tenía por costumbre. Mr. Plausaby desplegó acto continuo sobre la mesa un plano de Nueva Bizancio, paseó descuidadamente el dedo hasta las inmediaciones de la "estación proyecta", se puso a mirar

con atención todos los terrenos lindantes con el 'colegio", y pareció absorto en un profundísimo cálculo mental.

Una vez hecho esto, comenzó a exponer con su sonsonete dulce y tranquilo las innumerables ventajas del país. Nunca se le hubiese ocurrido a nadie que el porvenir de aquella humilde aldea fuese tan grande. ¿Cómo negar, ni siquiera poner en duda, las afirmaciones del modesto Plausaby, que daba aquellas explicaciones al señor gordo como quien le hace una confidencia?

Alberto no conocía aún la ley psicológica descubierta muchos años antes por su padrastro, según la cual toda confidencia hecha al oído de un señor gordo, con los cabellos ensortijados y la nariz chata, es pregonada a son de trompeta antes de transcurridas veinticuatro horas.

—Si no me equivoco, pertenece usted a la iglesia episcopal, — dijo como por casualidad Mr. Plausaby.

El señor gordo contestó que estaba bautizado.

—¡Ah!... ¡debí comprenderlo al ver su natural cordialidad!... Yo también soy sol bautizado, en principio... en principio solamente, y siento el no haberlo hecho aún efectivo... Mi madre y mi primera mujer estaban bautizadas las dos. Así es que he sentido siempre una marcada predilección, esa es la palabra, por esas creencias... Ya comprenderá usted que al decir esto no me refiero a las simpatías personales que pueda sentir hacia usted... Los negocios son los negocios, y cuando uno se ocupa de ellos, hay que dejar a un lado los cumplimientos... Lo que puedo decirle bajo la promesa de que me ha de guardar usted el secreto, es lo siguiente: ¿Ve usted este trrreno señalado con la palabra "colegio"? Pues bien, estoy en tratos para venderlo a los representantes de la Universidad bautista... ¡Cuidado que es extraña la coincidencia!... Dos o tres miembros de la congregación del doctor Armitage, en Nueva York, han tenido la generosidad de subscribir para esta empresa nada menos que cien mil dólares... Hágame usted el servicio de no divulgar la noticia... no sea que alguno trate de deshacer el negocio... Uno no está solo en el mundo... y hay siempre vecinos que pueden hallarse mal dispuestos... Perritaut, por ejemplo, para no nombrar más que uno... Esta clase de secretos vale más guardarlos para sí... ¿qué le parece a usted?

Y Plausaby desenvolvió su sonrisa diplomática cara a cara del caballero gordo, quien contestó guiñando el ojo.

—Además, — continuó, — si corriese la voz de que se iba a construir una Universidad bautista, habría tal demanda de terrenos en todos sus alrededores, que no sabría uno a quién atender.

—Claro. — contestó el señor gordo.

—Por otra parte, —añadió Plausaby, — deseo, como es natural, conservar en ese cuartel tanto terreno...

—Como usted pueda, — dijo el otro terminando la frase con una pequeña sonrisa.

—Eso es: tanto como pueda... No significa esto decir que vaya a rechazar sistemáticamente a todos los compradores... ¡No!... no es ese mi pensamiento. Los hombres respetables, los hombres de influencia y de peso, sobre todo si son bautistas, serán los preferidos. ¡Cuántos más bautistas haya, mejor para...!

—¡Para la Universidad!

—Precisamente: para la Universidad. Mi mayor deseo consiste en poder colocar el colegio bajo el patronato de vecinos honrados e inteligente, no tengo por qué decirle a usted con cuánta satisfacción vería figurar su nombre en la lista...

Aquí el señor gordo sonrió con visible satisfacción.

—Sólo que me creo en el deber de prevenirle con toda lealtad que hay una manzana, una sola manzana, de la que no quiero vender un solo solar... Es la número 26.. conque ya lo sabe usted.

El señor gordo, que no se había acordado nunca de la manzana número 26, como no había pensado en ninguna otra, sintió acto continuo un deseo inmoderado de adquirir terrenos precisamente en aquella sección de plano.

—¡Y yo que había pensado en solicitar que me cediese usted la mitad!...

—No, eso es imposible. No me exija usted semejante cosa. Quiero reservar para mí la manzana, porque precisamente está en pendiente, lo cual asegura el curso de las aguas... Le cederé la 28, si usted tiene interés por ella, o cualquiera otra, tan buena como ésa, pero no la 26... tengo intención de edificar.

El señor gordo declaró que la 26, y sólo la 26, era la que le convenía... Si no había medio de conseguirla, prefería renunciar a la adquisición proyectada.

—Se ve que usted es un hombre conocedor, — dijo Plausaby. — Pero hay algo de terquedad en su insistencia sobre esa manzana especialmente. Eso es abusar de mis deseos por que figure used entre los protectores de la Universidad...Vamos a transigir... Le doy por una bicoca la mitad de la 28, con tal de que no me exijan ni una parcela de la 26...¿Le conviene a usted?

—Pues yo, querido Mr. Plausaby, lamento muy de veras el parecer tan obstinado, pero no siento interés más que por la 26... Vamos, ceda un poco; hágalo por mí.

Plausaby "squire", acabó por decir que le cedería en la manzana 26 los solares que más le conviniesen al señor gordo, pero reservándose las dos esquinas del lado sudeste.

Pero casualmente eran aquellos dos de los que tenía empeño en comprar el señor gordo, porque en todas las ciudades en proyecto poseía la flor y nata de los solares, y además, prefería no comprar nada si no le dejaban en libertad para elegir lo que él quisiera.

—Vamos, querido señor, sea usted razonable, — le decía Plausaby. — Esos son los que tengo elegidos para mi hijastra, la pequeña Katy, que se va a casar esta primavera, y le he prometido, como regalo de boda, los dos mejores solares de la ciudad.

Después de un maduro examen he puesto os ojos en ellos... y ¡qué diablos! Eso es una razón poderosa... A ver si nos entendemos: le cedo los dos solares inmediatos por la mitad del precio...

Pero el señor gordo continuó inexorable. Mr. Plausaby le dijo de repente que no tenía entrañas, y esto le halagó mucho. Precisamente su mujer le llamaba calzonudo con mucha frecuencia, y experimentaba una verdadera satisfacción al verse confundido con un Shylock.

—Siento en el alma privar a la pequeña Katy de su regalo de boda, — dijo con cierta frialdad; — pero necesito la flor y nata, o nada. Casualmente al lado sudeste de la manzana es donde tenía puesto yo los ojos.

Mr. Plausaby acabó por concedérselos al doble precio del corriente, haciendo observar con un suspiro que tendría que buscar otros solares para la pobre Katy. Después salió con el señor gordo para cerrar el negocio con un vaso de whisky.

Cuando se fueron, Alberto preguntó a su madre:

—¿Es verdad que Katy se casará esta primavera?

—Yo no sé nada, — contestó la imperterrita mujer, muy ocupada en ese instante en atarse las cintas de un sombrero nuevo. — Katy no me ha dicho ni una palabra... Es verdad que hay un joven que viene todos los domingos, que se pasea con ella a caballo algunas veces, por el lago Otras, y que le envía de vez en cuando unos regalitos llamándole su "nena"... Creo que sus intenciones son buenas y formales, pero éste es un asunto que no me compete... Nadie más que Katy debe elegir... Ya ves: dos veces me he casado sin consejo de nadie, y no tengo motivo de queja. No quiero ocuparme de los asuntos de Katy ni para bien ni para mal. En tratándose de casamiento, debe dejársele completa libertad.

—¿Pero está ya arreglado para la primavera? ¿Sí o no?

—Sé tanto como tú de ese asunto, querido Alberto. Si no se casan durante la primavera, se casarán cuando llegue el verano. Yo les vigilo, y la verdad es que, después de todo no veo ningún mal en que se casen... Ya verás cómo el día menos pensado haces tú lo mismo...

—¿Y es verdad que Mr. Pausaby le ha prometido dos solares a Katy para cuando se case?

—¡Cá! ¡En la vida de Dios! Eso es un argumento que emplea casi siempre que realiza una venta . ¡Ya ves cómo conoce perfectamente la manera de tratar a esos majaderos!... Cuando tengas algún negocio que ventilar con cualquiera, confíaselo a Mr. Plausaby.

—Pero, mamá, ese proceder no tiene aspecto honrado.

—¿No tiene nada de honrado? ¡Vamos, como siempre, la cabeza llena de "principios!.. Mira, haznos el favor de no exigirnos el mejor día que comamos yerbajos solamente, como tú.. Mi querido hijo: no entiendes una palabra de negocios... Deja que Mr. Plausaby trate los suyos como mejor le parezca, y no te preocupes, como no me preocupo yo...

Y mistress Plausaby salió de la habitación después de pronunciar estas palabras. Alberto tuvo también la curiosidad de salir con el objeto de ver la famosa manzana número 26, que su padrastro tenía tanto interés en conservar.

Encontró el sitio ocupado por un terreno pantanoso, todo lleno de charcos. Si algún día llegaban a cometer la locura de levantar en la manzana 27 una Universidad bautista, seguramente que no les faltaría en los alrededores agua con que bautizar.

III

KATY tenía quince años y medio, si prestamos fe a la hoja llamada guardia de un ejemplar de la Biblia, en donde estaban inscriptas las fechas del nacimiento de cada uno de los mismbros de la familia. Cualquiera hubiera creído que tenía veinte al ver el desarrollo y esplendor de su gracia y de su hermosura; pero si era mujer por las formas y los sentimientos, era aún una niña por el raciocinio.

Alberto la conocía a fondo, y sabía que para ella, amar era tanto como entregarse a ese sentimiento sin reflexión, sin reserva y sin temor. Por ello su alma se veía asaltada de recelos acerca de aquel joven que paseaba con su hermana, la hacía correr por el lago en una lancha y por el campo en un caballo, y parecía querer casarse con ella, si bien esto último no estaba del todo aclarado.

Esas dudas eran tan vivas en él, que no se atrevió a manifestárselas a Katy, seguro de que no había de pasar mucho tiempo sin que pudiese juzgar personalmente.

Mr. Smith Westcott, agente principal de la sucursal Jackson, Jones y Compañía, era un hombre de veintiocho a treinta años. Vestía con elegancia, llevaba el sombrro ladeado sobre la oreja derecha y hacía sonar constantemente en sus bolsillos un puñado de llaves y monedas de oro. Su mirada no tenía nada de franca, y su fisonomía gastada parecía atestiguar una juventud tempestuosa.

En cuanto vió a Alberto se le acercó, afectando una gran simpatía.

—¡Cuánto me alegro de conocerle, "by George"! — exclamó con la voz de reclamo de un comisionista que trata de realizar una venta. ¡No hay para mí dicha mayor que la que me proporciona el ver a los parientes y amigos de Katy!... ¡Pero cuánto se le parece usted, Mr. Charlton!... Y no crea que con esto trato de halagarle; Katy es la muchacha más linda de todo el Estado... ¿Usted no ha estado antes nunca aquí? ¡Qué país más aburrido! No se conoce ni la más pequeña distracción... Ni teatros, ni bailes, ni carreras de caballo, y hasta el tabaco es detestable... ¡Un callejón sin salida, donde no hay más remedio que ahorcarse o casarse!...

Disparató de esa manera durante ocho o

diez minutos, paseándose de arriba a abajo por el salón, haciendo sonar los bolsillos o tarareando una canción popular, hasta que dijo:

—Vaya, Katy, ¿aún no se ha puesto usted el sombrero?... Saldremos a respirar el aire libre... Hace un tiempo demasiado bueno para estar metidos en casa... ¿Verdad que nos disculpará usted, Mr. Charlton?

Katy dudó un momento, volviéndose hacia su hermano, como para preguntarle:

—¿Me lo permites, Alberto?

Este contestó afirmativamente con una tranquilidad que le asombró a él mismo. Estaba indignado sólo de pjensar que Katy pudiese nunca pertenecer a aquel títere repugnante y vulgar, y tuvo la tentación de echarse de repente sobre él para abofetearle y ponerle de patitas en la calle.

—¡Adiós! — dijeron entonces los enamorados.

Y se fueron.

Alberto no se sintió con ganas de continuar en la casa, y tomando su sombrero, dirigióse hacia el lago del Diamante, y fué a sentarse sobre un montículo que lo dominaba, con el objeto de ver desde allí cómo las sombras de la noche iban subiendo lentamente por el lado de Levante.

Este espectáculo es uno de los más hermosos que ofrece la pradera americana. Parece como que se eleve poco a poco un vapor negro que brota de entre las altas yerbas. Los objetos van perdiendo su contorno, las formas se van confundiendo, el paisaje se disuelve en la sombra, y la majestad de aquella silenciosa transformación es incomparable.

Alberto Charlton, a pesar de su disgusto, no pudo resistir a la influencia del panorama, y con ello, la idea de aquel desgraciado casamiento de Katy se hizo aún más amarga. Pasó revista rápidamente a todos los remedios que él creía fáciles. ¿Amonestarla? Eso era imposible, porque no se trataba de un acto razonado, sino de un sentimiento del corazón... ¡Cuán doloroso era el ver a aquel corazoncito dulce y tierno, aquella alma pura, amante y generosa, entregados a un ser incapaz de apreciarlos!

—¿He de consentir que entreguen a semejante botarate esa vaso de alabastro, lleno de exquisitos perfumes? — exclamó con rabia.

Pensó valerse de su madre, pero ¿de qué le serviría si estaba más preocupada que Katy? En su padrastro no había que pensar... Y pasó una hora sumido en estas reflexiones.

Poco a poco la pradera, el lago y todo cuanto le rodeaba, se había ido evaporando envueltos en las tinieblas. Le parecía asistir a la disolución general de todas las cosas y que aquella fatalidad de que se dolía era, como la noche, implacable e invencible.

¡Westcott podía morirse de repente!... Claro, pero estas cosas no suelen suceder. Alberto sabía por experiencia, y lo sabía demasiado bien, que las personas cuya muerte sería un beneficio, tienen buen cuidado de no morirse. Esta es una ley que no se suele tener bastante en cuenta al formar las tablas de probabilidades de las compañías de seguros sobre la vida.

Después de muchos razonamientos y de no pocos arrebatos, acabó por pensar que tal vez había algo de injusto en sus ideas. ¿Podía esperar que Katy eligiese el novio a gusto suyo? El mismo era una excepción, una especie de monstruo, un hombre del porvenir más que del tiempo presente. ¿Qpé derecho tenía, pues, a medir a sus contemporáneos con su propia medida? Smith Westcott era un muchacho muy listo en los negocios, según la voz pública, y esta cualidad misma traía consigo, como requisito casi indispensable, cierta vulgaridad de modales y de ideas. ¿Acaso ello sería obstáculo para que poseyese un buen corazón y fuese un marido excelente?... No, no había que ser tan absoluto en el juicio...

Alberto volvió a la casa dispuesto a mostrarse más caritativo.

Por desgracia, al acercarse a su domicilio oyó la voz odiosa de aquel hombre que decía:

—¡Adiós, divina Katy!... "¡By George!" es usted tan dulce como la miel rosada; su perfume supera al de un buen cigarro, y mi corazón la ama a usted tanto como a un dólar acabado de acuñar...

En seguida sonaron dos besos.

Con muy buenos propósitos venía Alberto, pero sintió renacer en su alma el deseo de estrangular al galante novio. ¡Decididamente era imposible que Katy se casase con un ser semejante! ¡Había que matarle cuanto antes, si no cabía otro remedio!...

Sonaron otros dos besos dados y recibidos, y acto continuo pasó Westcott agitando en los bolsillos las llaves y las monedas de oro.

Alberto entró de un salto en la casa, dispuesto a expresarle a Katy toda su cólera.

Pero la sola presencia de aquella inocente y dichosa criatura bastó par desarmarle. ¿Cómo? ¿Iba a cambiar con una sola palabra la felicidad en dolor? ¿Iba a prepararle a la pobre niña una noche de lágrimas, en substitución de los sueños de color de oro que la esperaban al apoyar la cabeza sobre la fresca almohada?

Dió un abrazo a su hermana y corrió a esconderse en su habitación. Como es consiguiente no pudo cerrar los ojos y se deslizaron las horas de insomnio pasando revista mental a la situación de sus asuntos.

A pesar de aquellos "principios" tan odiados por mistress Plausaby, su primer marido había tenido bastante habilidad para dejarle al morir una fortunita de diez mil dólores, aparte de un fondo especial destinado a completar la educación de sus hijos; y lo mejor de todo era que aquel dinero había sido ganado honradamente y no debía un céntimo a nadie.

Por su parte, Alberto tenía el convencimiento de que Plausaby, "squire", se servía en la actualidad de aquel dinero para hacer especulaciones de tal naturaleza que lo mismo podían enriquecerle como enviarle a la cárcel por el camino más corto. Era depositario además de mil dólares destinados a la educación de Katy, y fácilmente se compren-

de todo el interés que tendría en que Katy terminase cuanto antes su educación, casándose, previos todos los requisitos legales, con el seductor Wetscott. Mistress Plausaby se había declarado indiferente en el asunto. La niña, no cabía la menor duda, que era incapaz de poder apreciar la indignidad de su pretendiente. Todos los poderes constituídos en la casa conspiraban, pues, en favor de aquel resultado, cuya simple posibilidad hacía estremecer de horror a Alberto Charlton.

Cuando iba ya a dormirse con esta conclusión se acordó de la prima Isa, Isabel Clay, para darle su verdadero nombre, con la que no había contado, y que tal vez pudiese serle un aliado utilísimo. Era muy modesta y vivía silenciosa en su triste retiro; pero esta circunstancia, ¿era bastante para esperar que tuviese sentido común? Se propuso madurar esta inspiración.

A la mañna siguiente no se le presentó ocasión de encontrarse a solas con Isa, y tuvo que aplazar la conferencia que se había propuesto celebrar con ella. Forzado a ese retraso, tomó la determinación de salir a recorrer los campos de las inmediaciones con el objeto de ver si podría encontrar algunos insectos dignos de figurar en su colección.

Esta distracción parecerá seguramente bárbara, y mucho más tratándose de un hombre de ideas tan avanzadas acerca del derecho que se arroga la especie humana de sacrificar a sus apetitos los animales superiores; pero hay que decir en honor de Alberto Charlton que, por lo menos procuraba buscar la manera de evitar el dolor a sus víctimas, enviándolas al reposo eterno por medio de una gota de cloroformo que les administraba en cuanto las hacía prisioneras.

En menos de dos horas había conseguido ya clavar en el sombrero muchas docenas de coleópteros, de orthópteros y de otras variedades de insectos familiares a los entomogologistas de profesión. Una ancha cecropia con las alas desplegadas le servía de escarapela; cinco o seis katididas, escalonadas con mucho orden, parecían las cortesanas de su brillante reina; tres caballitos del diablo se balanceaban en los bordes del sombrero, y un formidable grupo de escarabajillos formaba detrás el grueso del ejército . . . Los saltamontes los llevaba ensartados formando largos rosarios, que pendían del sombrero hasta el cuello del cazador, y azotaban su rostro mientras iba corriendo de un lado a otro, con la red en la mano para hacer nuevas conquistas.

Una gran mariposa volaba desde hacía cinco minutos delante de Alberto Charlton, el cual en la creencia de que pertenecía a una familia desconocida para él, corría por una pendiente y sin ver nada a sus pies. De pronto advirtió que había ido a tropezar con dos paseantes, a los cuales se apresuró a pedir mil perdones.

Su confusión aun fué mayor al reconocer en aquellos a Mr. Minorkey y a su hija, la cual no pudo contenerse y echó a reir a carcajadas.

Y en verdad que la fisonomía del joven sabio, abrumada por el museo portátil, justificaba plenamente aquel acceso de alegría. Por fortuna tuvo bastante presencia de ánimo para reponerse a tiempo, y quitándose el sombrero, se lo presentó a miss Minorkey.

—¡Oh, qué espléndida cecropia! — exclamó ella aproximándose con un interés que acabó de conquistar el corazón del cazador. — Me parece, caballero, que ha sido usted muy afortunado en su expedición . . . Yo no puedo, tampoco quejarme de la mía, — añadió enseñándole un herbario que llevaba debajo del brazo.

—¿A qué debo el tener la dicha de encontrarle aquí? — preguntó Alberto.

—El clima de Perritaut no me sentaba — se apresuró a contestar Mr. Minorkey. — En cuanto llegué comencé a sentir la influencia de la malaria y estuve a punto de temer que me faltaría el tiempo preciso para marcharme . . . Esta mañana hemos llegado . . . ¿Es verdad que estos aires son tan saludables como la gente dice?

Se pusieron a conversar. Mr. Minorkey tenía que ir a echar una ojeada a un solar de la parte baja de la población; pero su hija no se hallaba muy dispuesta a seguirle y manifestó deseos de volver a la fonda. Alberto se ofreció galantemente a acompañarla.

La encontró más hermosa que nunca por el color encendido que el aire librfe y el sol habían impreso sobre su blanca tez; de manera que cuando iba a su lado no podía resistir la tentación de mirarla con el rabillo del ojo. De pronto sintió la imperiosa necesidad de obsequiarla con algo, y como no poseía otra cosa que su corona de insectos:

—Me parece, — le dijo, — que usted se interesaba por esta cecropia. ¿Me permite que se la ofrezca?

Y sin más cumplimientos, ni esperar contestación, clavó el largo alfiler con que la llevaba prendida en el herbario de miss Minorkey, que demostró agradecérselo, con suma coquetería.

—Con mucho placer la acompañaría hasta la habitación de la fonda, — dijo Alberto, cuando se aproximaba al pueblo, — pero mis adornos son tan ridículos que, si usted me lo permite, me retiraré.

—¿Por qué? — contestó miss Minorkey. — ¿Cree usted que se me importa algo que se burlen de nosotros los profanos? Además, le aseguro a usted que me siento verdaderamente dichosa cuando oigo hablar de algo que no sean solares en venta y cinco por ciento al mes.

Esto era en verdad mucho más de lo que se requería para borrar hasta el último escrúpulo de Alberto. Se apresuró a aprovechar la autorización, no sin conceder algo a las preocupaciones sociales: hizo el sacrificio de llevar el sombrero en la mano al entrar en la calle principal y hacerle girar como una perinola, a fin de hacer creer que él era el primero en reirse del singular adorno que le había puesto.

Una gran fonda de tablones de pino es el centro y el punto de partida indispensable de toda la ciudad en flor. La de Nueva Bizancio poseía, entre otros atractivos, un salón tapizado, con seis sillas de madera nuevas, con una rosa amarilla pintada en el res-

paldo, un sofá viejo, relleno de crin, y un piano casi afónico.

El conjunto no tenía nada de llamativo ni revelaba comodidad; pero Alberto Charlton no se hallaba, a causa del estado de su ánimo, en condiciones de prestar atención a estos detalles de moblaje. Entregado por completo a las explicaciones que se había apresurado a darle a miss Minorkey sobre sus estudios de entomología, acabó en breve por elevarse a consideraciones mucho más generales respecto a la educación. Por su parte, ella le escuchaba con todo el interés que podía otorgar a las cosas de este bajo mundo, mientras disecaba con sumo cuidado un magnífico girasol que había cogido en la pradera durante su paseo.

Aquella conversación hizo que se deslizase rápidamente la tarde, y cuando llegó la hora de cenar, Alberto, a quien había parecido el tiempo muy corto, le ofreció a Elena volver por la noche con el microscopio para hacerle ver los detalles anatómicos de girasol.

La joven, que no veía en perspectiva más que el aburrimiento de una noche solitaria en aquella fonda de villorrio, aceptó con tanto agrado el ofrecimiento del joven sabio, que éste se apresuró a advertir en su casa que pensaba salir tan pronto como terminase la cena.

De este modo se iba aplazando la conferencia que pensaba tener con Isabel. La verdad es que, sin saber por qué, no le parecía el asunto tan urgente como la víspera. La noche anterior, creía que no había que perder un segundo para detener el progreso del mal y que era llegado el momento de echar todo el peso de su razón en la balanza para acortar aquella afección desgraciada de la pequeña Katy. Ahora aquel asunto había ido a parar a segundo término, y para él no existía ya nada tan urgente como enseñarle a Elena la estructura íntima de un tejido vegetal.

Aun no habían abandonado todos la mesa, cuando le faltó tiempo para tomar el microscopio y correr hacia la fonda donde se hospedaba miss Minorkey.

Pronto quedó instalado el microscopio sobre el viejo piano y acto contínuo comenzó a cortar con inteligencia el girasol y luego colocó los pedazos en los portacristales. Comenzaron luego las explicaciones sobre los prolegómenos del arte a su encantadora discípula. ¡Nunca le habían apasionado tanto las observaciones microscópicas! La botánica, que le había parecido siempre un entretenimiento de niñas, se revelaba repentinamente a sus ojos como la más hermosa de las ciencias. ¡Qué dicha tan grande la de poder pasar la vida de aquella manera, inclinado sobre un objetivo, con Elena a su lado, enseñándole las maravillas de lo infinitamente pequeño, o viendo cómo ella se extasiaba en la contemplación de aquellos misterios!

No es fácil saber hasta qué hora se hubiese prolongado esta sección, si la criada de la fonda no hubiese venido a informarles de que Mr. Minorkey se hallaba peor y llamaba a su hija para que le cuidase. Elena pareció recibir aquella alarmante noticia con su habitual filosofía; pero Alberto Charlton no necesitó más para coger su microscopio y despedirse.

Cuando salía de la fonda oyó ruido de voces en una habitación contigua y no pudo menos de prestar oído. Era Smith Westcott que saboreaba su "toddy" en compañía de algunos amigos, quienes se burlaban de su pasión por la pequeña Katy.

—¡Bah! ¡bah!... ¡Pasión!.. — exclamó. — Eso es muy fácil de decir... ¿Me creen ustedes aún bastante niño para enamorarme? ...Están muy equivocados, amigos míos. He vivido demasiado para dejarme engañar de esa manera... ¡Crean ustedes que si me caso es sólo por cuestión de salud, porque me hace falta una mujercita que me cuide y me mime!... y la verdad, la quiero bonita, porque es siempre más agradable que tenerla fea... Además, la quiero joven para educarla a mi gusto y quedar dueño de hacer en todo mi santa voluntad... ¡Ja!... ¡Ja!... me parece que no soy tan bestia como ustedes se suponen...

Alberto Charlton no oyó más; pero esto era suficiente para llenarle de remordimientos acerca de su abandono en lo que tanto interesaba a su hermana. Echó a correr hacia la casa de Plausaby con el objeto de ver si encontraba aun levanda a la prima Isabel y hablar con ella un rato.

Isabel Marlay no era sobrina del "squire", sino de su primera mujer. Plausaby había sido su tutor durante la niñez, y, por lo tanto, el encargado de administrar el pequeño patrimonio que había heredado de sus padres. Y como sucedía con todos los fondos fiados a las manos de aquel digno personaje, el citado patrimonio no había tardado en ser víctima de un sinnúmero de enfermedades crónicas. Los depósitos tomaban un giro malo; los deudores no pagaban; el capital se fundía insensiblemente sin esperanzas de que pudiese retornar, y cuando llegó el momento de rendir cuentas, Plausaby se encontró en una situación que habría sido muy embarazosa para cualquier individuo, pero que él supo resolver sencillamente diciéndole a Isa que se quedase para siempre en su casa a compartir la vida de familia, contentándose tan sólo con cien dólares anuales para sus gastos.

La pobre niña había aceptado aquel arreglo con tanta mayor facilidad cuanto que no era posible otro, y por este medio había adquirido en la casa la posición de una especie de hermana mayor.

Esta era, en toda la fuerza de la expresión, una excelente muchacha y una mujer de su casa. No tenía pretensiones literarias ni científicas. Era modesta; poseía mucho tacto y mucho gusto, y una sinceridad y lealtad a toda prueba. Además de estas cualidades, era tan reservada en sus modales, que casi no dejaba ver a la gente que era muy bonita.

A pesar de su habitual silencio, ejercía en todos los de la casa grandísima influencia, a la que el mismo Alberto cedía seguramente, sin darse cuenta de ello, cuando pensaba con la mayor naturalidad el recurrir a aquel

consejero íntimo. Se hubiese podido decir de ella que era la conciencia y el sentido común del hogar. Hacia ella volvían todos involuntariamente los ojos cuando había que tomar una resolución o tenían algo que determinar.

Como lo suponía Alberto, la encontró sentada junto a la ventana de la sala de labor, prolongando su tarea a la luz que se desprendía de la pantalla de la lámpara, y bordando un traje blanco para Katy. Sin preámbulos de ningún género le refirió el objeto de sus preocupaciones, y pudó advertir en el acto que miss Marlay sentía hacia el pretendiente de Katy una aversión tan instintiva como la suya.

A propósito de este asunto se explicó con un calor que no le era común y se colorearon sus mejillas, encendidas por la indignación, ante la sola idea de que una niña tan dulce como Katy cayese en manos de un tunante como Westcott.

Pero cuando se trató de estudiar los medios que habrían de ponerse en juego para impedir semejante desgracia, hubo que convenir en que la joven no encontraba ninguno.

—No conozco ningún medio que pueda intentarse con la más pequeña esperanza de éxito, — dijo con acento penetrado de la más profunda tristeza.

Se comprendía que había meditado mucho sobre el asunto, pesando y midiendo todas las dificultades, y que tenía demasiado buen sentido para entregarse a vanas ilusiones.

—¿Acaso no podría intentar usted algo en ese sentido? — preguntó Alberto.

—Lo he intentado todo. He hablado a su mamá y a mi tío Plausaby; le he rogado a Katy que me escuchase, y no he conseguido más que hacerla llorar, porque decía que yo era injusta. Aunque se lograra convencerla de la indignidad de ese hombre, estoy segura de que se obstinaría en casarse, en la esperanza de ejercer sobre él una influencia saludable. Créame usted, Mr. Charlton, no hay nada que hacer, y si se pudiera intentar alguna cosa, el único a quien Katy se hallaría en todo caso dispuesta a escuchar sería a usted...

Hablaba con una animación que la hacía aparecer muy distinta de la prima Isa que Alberto había conocido hasta entonces. Por poco observador que fuese, no pudo menos de fijarse en lo bien que le sentaban en el rostro aquellos vivos colores.

Tal vez se hubiese enamorado de ella si toda su imaginación no estuviese preocupada con el recuerdo de Elena. Pero precisamente en aquel mismo momento entró en la sala mistress Plausaby, y fijándose en aquella confidencia, se apresuró a llamar a su hijo a una habitación inmediata para decirle con cierto misterio:

—¿Verdad que Isa es muy guapa?...

No se necesitaba más para disipar el encanto.

—Mi madre tiene la idea de casarme con Isa... ¡claro!... — iba diciendo al subir al cuarto.—¡No! Es Plausaby quien busca esa solución... porque necesita un marido que no mire con mucha atención sus cuentas. Pero se engaña; porque, ¡voto al diablo! no he de ser yo ese marido.

IV

ALBERTO era incapaz de pasar el tiempo en la ociosidad. Sabía bastante geometría para convertirse en pocos días en un excelente agrimensor, y con el entusiasmo de un demócrata sincero no retrocedió delante de nada que pudiese servirle para l empleo de sus facultades. Afortunadamente encontró bastante trabajo, sin que por ello diese ninguna importancia a estas ocupaciones temporarias, que no le impedían soñar con sus proyectos del porvenir.

Su objetivo era el llegar un día a fundar un colegio modelo en aquel suelo virgen del Minnesota, un colegio donde enseñaría a los niños a no estimar más que la honradez, la sinceridad y el desinterés, y a las niñas a desdeñar la coquetería.

Estas ideas eran las de un visionario; pero había en ellas mucho de noble y generoso. Ellas le facilitaban, además, un tema inagotable en sus conversaciones nocturnas con miss Minorkey. A Elena le gustaba oirle desarrollar sus planes, y muchas veces le decía que experimentaba un placer semejante al que resulta de la lectura de un buen poema. Pero cuando trató de despertar en ella algo de aquel entusiasmo de que se sentía tan rico, le fué preciso reconocer que la empresa tenía pocas esperanzas de éxito.

Miss Minorkey era la primera en declarar que no se sentía nacida para aquella abnegación de sí misma en provecho de la humanidad. ¡Saludar teóricamente lo sublime en sus varias manifestaciones, todo eso estaba muy bien; pero tomarlo por móvil de sus propios actos, eso sí que no!

Alberto acabó, como es consiguiente, por ver en aquella neutralidad misma una perfección más, y ciertos versos que se publicaron una mañana en las columnas de "El Anunciador de Red-Owl" dieron cuerpo a aquel descubrimiento. Iban dirigidos a E. M., y tenían por objeto demostrarle al lector que a ciertos seres elegidos podía uno levantarlos por encima de sus proyectos filantrópicos sin temor de que se le tachase de egoísta. E. M. era uno de esos seres privilegiados y su misión en la tierra no era otra que inspirar los esfuerzos y los trabajos de otro que sólo aspiraba a merecr su aprobación.

Esta poesía pareció, en general, poco clara a los lectores del periódico, y algunos críticos severos censuraron en ella el que el autor no se hubiese sujetado de una manera estricta a las reglas de la prosodia. Pero E. M. se sintió ligeramente lisonjeada y procuró hablar con indulgencia a Alberto, fingiendo que ignoraba quién fuese el autor. ¿Qué le faltaba ya?

Hubiese sido el más feliz de los mortales en medio de sus ocupaciones geodésicas y sus lucubraciones poéticas, si de vez en cuando no le lacerase el corazón el recuerdo de la pequeña Katy.

Cuanto más veía a Westcott más odio le

profesaba, y desgraciadamente no encontraba ni una remotísima esperanza de que la prima Isa le fuese de alguna utilidad en la sorda campaña que había emprendido contra el pretendiente. Si la sola sospecha de que trataban de dársela por mujer había bastado para alejarle de ella, miss Marlay no se sentía por su parte menos indignada por aquel proyecto, cuyos móviles creía haber traslucido. No experimentaba más que cierta simpatía hacia Alberto, en quien había admirado frecuentemente la generosidad y la franqueza. Le veía con los ojos puestos en otra mujer, y sabía cuáles podían ser, en aquella pequeña conspiración de familia, los motivos de Plausaby, para no encerrarse en una reserva absoluta.

A causa de esto, ella y Alberto trabajaban cada uno por su lado, y sin plan ni concierto para desbaratar los planes de Westcott. Y, como es consiguiente, sus trabajos no tuvieron otro resultado que empeorar la situación.

Todas las veces que Isa se aventuraba a hablarle a Katy de su pretendiente, la hermosa niña se entretenía en detallar con trasportes de júbilo las cualidades que creía ver en él. Y si sucedía que Alberto se dejaba arrebatar hasta el extremo de calificarle de fatuo o de malvado vulgar, Katy se echaba a llorar, veía en su novio al hombre menos comprendido y más perseguido del mundo, y tomaba la resolución formal de serle desde entonces más fiel que nunca.

—¡Yo soy quien ha de vengarle de todas esas injustas desconfianzas, y lo haré aunque vaya contra todos!

Smith Westcott, por su parte, no había tardado mucho tiempo en advertir que la marcada hostilidad de Alberto y de la prima Isa no hacía otra cosa que favorecer los proyectos en vez de perjudicarlos. A causa de ello, afectaba sentirse profundamente herido y no perdía la menor ocasión para decirle a Katy que sólo su amor le hacía tolerable la existencia. Si ella por desgracia prestase algún día oídos a sus enemigos, él iría acto continuo por el camino más corto a echarse de cabeza al lago... Vivir sin su pequeña Katy, le era imposible... ¡Preferiría un millón de veces irse allá abajo, al fondo de las aguas, a habitar con las sanguijuelas, entre las hierbas acuáticas y en el reposo eterno!...

Esta visión era tan espantosa para la pobre niña, que no la dejaba dormir durante la noche y la perseguía durante el día, hasta el extremo de hacerle jurar, en medio de abundantes lágrimas, que no sería más que de él; juramento que renovaba todas cuantas veces podía. ¡Y a fe que no se apuraba poco y le entraban pocos escrúpulos no bien transcurían veinticuatro horas sin ver al seductor Westcott!...

Conviene advertir que mistress Plausaby era su aliada en aquella pequeña guerra intestina, y la opinión de su madre pesaba mucho, como es natural, en el alma de la joven, contrabalanceando los ataques de su hermano Alberto. La buena señora no perdía ocasión de decir que le era de todo punto incomprensible la razón por la que Katy no podía casarse a gusto suyo, sin padecer una persecución semejante. ¿Acaso en asuntos de esta índole, no es uno mismo el mejor juez de sus intereses?

Mr. Westcott, a juicio de la señora, era un hombre muy honrado, que vestía con mucha elegancia y llevaba siempre guantes nuevos. Tenía la dirección de una casa de comercio muy importante, en donde Katy encontraría siempre todo cuanto le fuese necesario... ¿Para qué se quería más?... ¡Cuántas gracias no le habría dado ella al cielo si Plausaby hubiese tenido un gran bazar, rodeado de cajas llenas de sedería, de cintas y de encajes! ¡Ese, y nada más que ese, puede llamarse un buen casamiento!... En diez leguas a la redonda no era posible encontrar un partido mejor. ¡Y ese, precisamente, es el que había interés de llenar de obstáculos para que la pequeña Katy no pudiera realizar sus aspiraciones!... ¡Ello era tanto como no tener un adarme de sentido común!...

Fácil será darse cuenta que toda esa argumentación no se perdía en los oídos de la niña.

En medio de aquellas discusiones, Plausaby se reveló bajo una forma nueva. Sentía hacia Alberto, según él mismo trataba de explicarlo, un afecto tan paternal que quería por su parte empujarle hacia el camino de la vida.

—Está usted maravillosamente dotado, — le dijo, — y sería verdadera lástima que no tuviese en qué emplear sus facultades. Habría deseado, lo mismo que su mamá, que hubiese usted seguido una carrera liberal; pero como no es esa su inclinación, no hay que pensar en ello. Comprendemos su repugnancia... y yo mismo he combinado un plan que quiero someter a usted con la esperanza de que él merecerá su estudio... Creo que lo hallará usted de acuerdo en un todo con sus "principios"...

Plausaby, tosía de vez en cuando, poniendo un intervalo entre frase y frase. Alberto, por consideraciones a su madre, escuchaba en silencio, pensando a la vez que su padastro no había pronunciado aún ni una sola palabra que pdueise justificar una objeción.

Mr. Plausaby expuso su plan, que tenía por objeto asegurar el derecho de propiedad sobre ciertos terrenos, cuya declaración jurramentada no se hallaba de acuerdo con la ley. Alberto contestó que por su parte no tendría inconveniente en ser propietario de terrenos pero que para ello necesitaba ante todo ser mayor de edad, para lo cual le faltaban aun algunas semanas, y, entonces, según todas las apariencias, no quedarían ya en disposición de ser adquiridos solares de buenas condiciones.

La cuestión de edad era fácil de arreglar según explicó Mr. Plausaby. Nada, en verdad, era más fácil de subsanar. Todos los jóvenes de diez y nueve años compraban terrenos. Era ya una costumbre y la costumbre tiene fuerza de ley... Cierto que había en lo que se refiere al derecho de primacía costumbres que Plausaby no podía aceptar... Por ejemplo: no le parecía bien que se construyese una casa de madera con ruedas y la

hiciesen pasar de un solar a otro, para que pudiesen declarar los testigos que en cada solar donde se detenía había un edificio. ¡No! Eso era una práctica admitida pero que le repugnaba a Plausaby, "squire"... Era peligroso (y desde este punto de vista lo rechazaba), por más que personas muy honradas no habían sentido repugnancia en algunas ocasiones en recurrir a estos medios... ¡Se veían cosas tan singulares!

¿No juraba un hombre que había visto vidrios en las ventanas de su casa, porque había colocado sobre el alféizar dos o tres botellas vacías y rotas?... ¿No se contaba la historia de cuatro sujetos que construyeron una choza en el punto de intersección de cuatro solares y luego juraron separadamente que poseían una casa en sus terrenos?... Estos expedientes podían tener su lado humorístico, pero no eran dignos de ser imitados, y míster Plausaby tendría buen cuidado de no aconsejárselo a nadie... Sin embargo, preciso era convenir en que la mayor parte de las propiedades del Minnesota se habían constituido por medios semejantes... o en último término, por medios poco regulares... Sí, la irregularidad era la base fundamental de todas las tomas de posesión... Lo que no había impedido que el tiempo y la costumbre lo hubiesen sancionado.

¿Al fin y al cabo, la costumbre no es ley?... Alberto aparentaba lo menos veintitrés años ...más de veintitrés años!... ¡veinticinco o aún más!... Acaso no hay personas que son hombres a los diez y seis años, mientras que otras, por el contrario, siguen siendo niños por tiempo indefinido?... La cuestión quedaba reducida a saber si se sentía o no en disposición de asumir la responsabilidad de la propiedad. Lo que hay que considerar en la ley, no es la letra, sino el espíritu que la informa... En una palabra, podía decirse que Alberto estaba en plena posesión de todos los derechos del mundo, siempre y cuando no se tratase de atender a la edad estrictamente legal...

Al llegar a este punto, Mr. Plausaby se detuvo para observar el efecto de su discurso. Alberto le dejó hablar, y su silencio le animó.

—Respecto a la elección del terreno, lo tengo todo calculado, — continuó. — Se le presenta a usted una ocasión excelente para realizar un beneficio líquido de dos mil dólares por lo menos, en un mes. Hay muy cerca de aquí unos solares que han sido registrados a nombre de un mayoral de diligencia, que es una especie de loco, un hombre sin cultura, que no tenemos gana de que venga a establecerse con nosotros... Usted, Alberto, ya es otra cosa; sería una adquisición excelente para el pueblo... Dejando a un lado la satisfacción que había de proporcionarle usted a su mamá y a mí el verle tan de cerca de nosotros... Pues bien, nada más fácil que proporcionarle esos terrenos de Whisky Jim, para distribuirlos acto continuo en solares y proceder a su venta... No tengo necesidad de decir a usted que si yo no hubiese ya agotado mi derecho de opción, el asunto este correría por mi cuenta... pero ya que no puede ser para mí, le confieso que la ocasión es admirable para usted y le ha de ser imposible, de todo punto imposible, el ejercer mejor su derecho...

—Pero, — replicó Alberto, — si Whisky Jim tiene la intención de deshacerse de sus terrenos, ¿por qué no le decimos que los guarde por mi cuenta el poco tiempo que falta para que yo los tenga cuando llegue la mayoría de edad?

—Whisky Jim no tiene ni la más remota idea de renunciar a su propiedad. Lo que ocurre sencillamente es que ha abandonado la obligación de residir, y con ello, ha incurrido en la caducidad de su privilegio. ¡Hace ya más de treinta días que no ha aparecido por aquí!... Ahora tiene usted perfecto derecho para "saltar a pies juntos", como decimos, tomar posesión e invocar su derecho de primacía... Conozco y trato con intimidad a Mr. Shamberson, el cuñado del registrador de la propiedad; ese se encargará de favorecer a usted mediante unos cincuenta dólares, y con razón o sin ella le respondo desde ahora que él conseguirá lo que desea... ¡Tenga usted presente, sin embargo, de que todo el derecho está de su parte en esta excelente operación!... Sin contar con que libra usted a la ciudad de un habitante muy poco recomendable... Lo que no impide de que usted pueda establecer allí una biblioteca pública, como tiene proyectado...

—Me han dicho, — objetó Alberto, — que si Jim no ha venido a tomar posesión de su terreno durante el plazo de treinta días, es por que se encuentra enfermo en la Sod-Tavern.

—¡Precisamente!... Vamos a ver, ¿y por qué ha dejado de tomar posesión cuando estaba bueno? Además, y estas cosas no está demás nunca el repetirlas, no es esa la cuestión, sino que se trata ante todo de librar a la población de un mozo poco recomendable. Es una asunto de moralidad pública, y nada más... Y cuando se considera que la posesión de los terrenos trae consigo no sólo el que substituya usted a ese triste personaje, sino también el que adquiera usted el dinero necesario para fundar una biblioteca o una escuela, es decir, un edificio de grande utilidad pública, verdaderamente no puede uno menos de pensar que es para usted un deber el no dejar escapar semejante ganga.

La paciencia de Alberto había llegado al límite.

—En una palabra, — exclamó: — usted quiere que yo afirme, bajo juramento, que soy mayor de edad, lo cual es una mentira; que soborne a fuerza de dinero al registrador de la propiedad, y que me apodere de unos bienes mientras el poseedor está enfermo!

—¡Querido Alberto: da usted unos nombres tan terribles a las cosas!... Yo no deseo más que usted realice un buen negocio: he ahí todo... Esos terrenos se encuentran hoy libres, y si no los toma usted, otro se encargará de aprovechar la coyuntura. No es bueno dejar que se escape una ocasión semejante...

—¿La ocasión de ser perjuro y ladrón? — gritó Alberto, dominado por la cólera. — ¡Muchas gracias, caballero!

Y dejó la casa para no verse obligado a decir más.

—¡Siempre con sus ideas! — dijo mistress Plausaby. — Es su padre en carne y hueso. Bien puedes estar seguro, Plausaby, de que lo ha aprendido de mí semejantes ideas!

—¡No! ¡Estoy de ello bien seguro! — dijo el "squire", con su acostumbrada filosofía.

Esta discusión fué el principio de una interminable serie de disgustos entre Alberto y Mr. Plausaby, o, por mejor decir, de críticas amargas que el joven adquirió la costumbre de emitir constantemente contra las operaciones de su padrastro, pues, como es fácil comprender, era punto menos que imposible el querellarse con Mr. Plausaby.

Era el hombre más cachazudo de la tierra. Poseía una sangre fría admirable y no había ultrajes que pudiesen hacérsela perder... ¡Ultrajes! ¡No había recibido pocos en esta vida, gracias a la manera especialísima de entender los negocios! Con ello, la mansedumbre más inquebrantable ahbía concluído por ser en él una especie de enfermedad crónica. Mejor dicho, era su capital, el mejor de sus fondos, el que le había costado menos y le rendía más. Si Mr. Plausaby hubiese tenido que elegir entre las virtudes cristianas, no habría encontrado ninguna otra que le remunerase con más largueza.

La longanimidad que Plausaby ponía en juego para tragarse todas las alusiones que su hijastro le hacía respecto a las "bandas negras" y a los "tiburones de tierra firme", producía admiración general en todos los individuos de la familia. Hasta Isabel Marlay y la pequeña Katy llegaron a considerar muchas veces que Alberto iba demasiado lejos, y que era poco generoso al mostrarse implacable con un hombre tan dulce y tan discreto como el dueño de la casa.

Por otra parte, aquella desaprobación tácita que leía a su alrededor en todas las fisonomías, no hacía más que aumentar la irritación del joven, y esta irritación amargaba en vez de endulzar la severidad de sus juicios.

De pronto se supo que Smith Westcott había "saltado a pies juntos" sobre los terrenos de Whisky Jim. Alberto no dudó ni un solo momento de que todo se debía a las instigaciones de Plausaby, y este convencimiento acabó por darle un acceso de indignación que no se tomó el trabajo de contener.

Se puso completamente de parte de Jim y manifestó a todo el mundo la esperanza de que llegaría un día en que se le hiciese justicia. Cuando supo que el mayoral había conseguido asegurarse la protección de Shamberson, el cuñado del registrador de la propiedad, tampoco hizo nada por disimular su alegría.

Westcott, aconsejado por Plausaby, le había ofrecido a este íntegro funcionario los famosos honorarios de cincuenta dólares, pero por el mismo correo llegó a manos del influyente personaje una carta de Jim ofreciéndole la mitad de sus terrenos si conseguía que le conservasen la propiedad. Shamberson se apresuró a hablarle del asunto a su cuñado, y una vez bien pesado y bien medido todo, aceptó la proposición de Jim. Los principios puritanos de Alberto no impidieron que éste se alegrase de aquellos tratos, que aseguraban la derrota de Westcott.

Respecto a la pequeña Katy, no hay por qué decir que estaba decididamente interesada en favor de su novio. ¿No le había enseñado éste el sitio en donde pensaba edificar el nído más hermoso del mundo? ¿Y quién era sino el borracho Whisky Jim el que iba a atravesarse en aquellos encantadores proyectos, sobornando a la justicia para arrancarle un terreno tan bien adquirido? ¡Aquello no podía tolerarse!

Toda la casa estaba sobreexcitada con aquel acontecimiento y la preocupación se comunicó en breve a todo el pueblo.

Conviene advertir que Nueva Bizancio llegaba precisamente en aquellos momentos al período más crítico de su desarrollo. Cuando Mr. Plausaby y sus asociados habían acordado el emplazamiento un año antes, habían procedido con areglo al rito ordinario, es decir, que habían procurado averiguar por cuantos medios estuvieron a su alcance el lugar que ofrecía más probabilidades de que algún día pasase la línea de ferrocarril. Después habían plantado los mojones, trazado el plano, elegido un nombre sonoro, construído una fonda, — sin cuidarse para nada de las circunstancias de tiempo y de lugar, — publicado un hermoso mapa ilustrado, y, finalmente, vendido terrenos a largo plazo a todo aquel que se había prestado a tomarlos.

Pero el asunto de mayor importancia para ellos era el llegar a conseguir que la capitalidad del distrito, que estaba en la antigua aldea de Perritaut, pasase a Nueva Bizancio, población que tenía buen cuidado de presentar como de mayor porvenir. Precisamente en los mismos días en que las pretensiones formuladas por Smith Westcott sobre los terrenos de Whisky Jim iban a promover un pleito ruidoso, acababa de estallar la guerra entre las dos poblaciones vecinas y se acercaba en momento decisivo. Las elecciones habían de ejercer, como es natural, una influencia considerable en la solución de la querella.

Alberto se había puesto al lado de los enemigos de Nueva Bizancio, tanto porque creía que el derecho y la razón estaban de parte de Perritaut, como porque le era punto menos que imposible el sujetarse a pensar nada que estuviese de acuerdo con Plausaby. Hablaba con elocuencia y calor, y no era por lo tanto un adversario digno de desprecio. Por eso su padrastro, no habiendo podido lograr que abrazase la causa neobizantina interesándole en la adquisición de los terrenos de Whisky Jim, pensaba ahora alejarle del distrito, por lo menos hasta que se hubiesen efectuado las elecciones.

Una mañana mistress Plausaby le recordó a su hijo que aun no había ido a visitar a la familia del primo John, que habitaba en Glenfield, situado a unas treinta millas de dis-

tancia próximamente. ¿No sería oportuno el ir a saludarles?

Alberto, bastante sorprendido por aquella declaración, contestó que escribiría antes una carta y que por el momento no corría tanta prisa. Después reflexionó, y calculando que la sugestión nacía de Plausaby, acordó permanecer en Nueva Bizancio.

La noche de aquel mismo día se sentaba bajo los árboles para leer los versos de Gerald Massey, cuando precisamente en el mismo momento, Isa se presentó delante de él.

—No opina usted, Mr. Charlton, — le dijo, — que lo más acertado sería seguir el consejo de su mamá y partir para Glenfield?... Pero, ¿quién sabe si habré hecho mal mezclándome en asuntos que no son de mi incumbencia? — añadió después de haber observado en la fisonomía de Alberto la sorpresa que le causaban sus palabras.

—¡De ninguna manera! — contestó el joven, — antes al contrario, no puedo menos que agradecerle el consejo, miss Marlay. Pero, vamos a ver, ¿por casualidad se ha pasado usted al bando adversario?

—No sé lo que entiende usted por bando adversario, — replicó la joven. — En último término permanezco neutral. Tengo el convencimiento de que nada puede torcer l s determinaciones de mi tío, y además, esas continuas disputas no tienen otro resultado que hacer muy desgraciada a la mamá de usted.

—¿Y para evitar esos disgustos opina usted que debo abandonar la causa que considero justa, y huir del distrito antes de que llegue el día de las elecciones? — preguntó Alberto con cierta ironía.

—¿Y por qué no? El primer deber de un hijo es el de proporcionarle a su madre toda la dicha posible... Pero no se trata de eso. Lo que quería decirle a usted es que si se lleva a Katy, la distracción que esto le proporcione tal vez pueda ser benéfica para el logro del fin que ambos perseguimos. ¿ caso la felicidad de Katy le interesa a usted menos que la cuestión de saber si Perritaut continuara o no siendo la capital del distrito?

Alberto se sintió profundamente c cionado por aquel argumento y por el interés que Isa tomaba por la suerte de la niña.

—¡Tiene usted razón! — exclamó levantándose. — Es un punto de vista que no había tenido presente. Le agradezco en el alma el que me lo haya hecho notar...

—Al fin y al cabo no es nada... ¡nada absolutamente! — murmuró Isa, excusándose.

Y mientras su figura ligera desaparecía por el otro extremo de la galería, Alberto no pudo menos de exclamar:

—¡Encantadora criatura!

Pero casi en seguida se puso a recapitular mentalmente todas las perfecciones intelectuales y morales que colcaban a Elena Minorkey por encima de ella, acusándose de debilidad por aquel movimiento de admiración que le habían producido la gracia y la dulcísima voz de miss Marlay.

—¡Esos son dones secundarios que se pueden encontrar lo mismo entre las pájaros y los animales inferiores! — dijo sonriendo. — Pero la alta cultura de Elena, ¡ah!, eso sí que se ha hecho para elevar a un hombre por encima de sí mismo...

No le costó gran trabajo el llevarse a Katy; bastó para ello imponerlo como condición precisa de su visita a Glenfield. Allá en el fondo de su alma se sentía algo humillado por esta concesión. Por su parte, el padrastro hubiese querido conservar a la niña en Nueva Bizancio, porque el dejarla marchar era lo mismo que darle una moneda a un saboyano para que se vaya con su organillo a otrap arte y osdeje de fastidiar.

La boda de Katy con Smith Westcott formaba parte de la política de Plausaby, pues para él tenía suma importancia el que estuviese de su parte el agente principal de la casa Jackson Jones y Compañía. Sin embargo, comprendiendo que era necesario algún sacrificio para desembarazarse de Alberto, llevó su condescendencia hasta el extremo de ofrecer para el viaje su caballo y su "buggy".

Todo quedó arreglado en un abrir y cerrar de ojos. Smith Westcott apenas tuvo tiempo para ir corriendo a decirle adios a su amada y manifestarle, a la vez que hacía sonar los bolsillos, la esperanza de que no permanecería ausente mucho tiempo. Mistress Plausaby e Isa salieron hasta el umbral para presenciar la marcha; las malets y la cesta de las provisiones quedaron dulcemente colocadas debajo del asiento; se cambiaron besos y apretones de mano; después, el "buggy" partió.

Era mediodía aproximadamente, y Alberto pensaba llegar a Glenfield, sin correr mucho, a cosa de las nueve de la noche.

Una vez tomada la resolución, se sentía alegre. Por primera vez desde su regreso le parecía que era suya y muy suya la pequeña Katy. Por su parte, la niña experimentaba una alegría infantil al salir de aquella atmósfera de cólera que gravitaba por toda la casa, al ver contento a su hermano y al darse cuenta que la complacía dejando a Nueva Bizancio.

Bromeaban a más y mejor, reían y cantaban, admirando la pradera; se detenían para hacer un ramo o para perseguir a una mariposa, porque Alberto no había olvidado su red ni su caja de hojalata.

Nunca le había parecido el musgo tan verde ni el cielo tan azul. ¡El sol calentaba un poco, pero en cambio los riachuelos que vadeaban estaban tan frescos y transparentes! Acá y acullá se descubrían algunas casas de labor; un pájaro cruzaba saltando sobre el camino apenas trazado, o se remontaba volando pesadamente desde un bosquecillo de maleza. Las cigarras surgían por todas partes, dejando oir su eterno cri-cri. La atmósfera rebosaba de vida y de luz. De esta manera, los dos viajeros no se apresuraban mucho y dejaban que el viejo caballo de Plausaby anduviera al paso y con la cabeza baja a lo largo del camino.

A eso de las cinco de la tarde, y precisamente en el momento en que atravesaban un vado, el ruido sordo de un trueno lejano llegó hasta el oído de Alberto, haciéndole temer que no había obrado con la debida

prudencia prolongando el viaje. Le hizo apresurar el paso al caballo y llegó a una bifurcación en donde el camino se dividía en dos.

¿Cuál de ellos debía tomar para llegar a Glenfield? Esto era lo que no recordaba. Pero Katy, que había hecho ya aquel viaje, le aseguró que era el de la derecha, y acordó seguir el consejo.

La tempestad invadía rápidamente el cielo detrás de ellos, y parecía como que les persiguiese. Bien pronto les alcanzaría.

Era una de esas tempestades tan frecuentes en la meseta del Minnesota, y las cuales es preciso haberlas visto para formarse una idea de la magnitud de ellas. Alberto escudriñaba con la vista el horizonte, alimentando la esperanza de encontrar un abrigo; pero había desaparecido todo rastro de habitación, y no se descubría ni la choza de un labrador.

De pronto la lluvia adquirió extrema violencia. El continuo rodar de los truenos, precedidos de relámpagos que tan pronto brotaban a la derecha como a la izquerda, por delante o por detrás, espantaba lo que no es decible a la pequeña Katy. Alberto no sabía qué determinación tomar.

Retroceder era imposible, porque se encontraban ya a muy larga distancia de Nueva Bizancio. ¿Avanzar? Abrigaban la duda de si habían equivocado el camino. En último caso, pensó que tal vez éste fuese el único medio de encontrar sitio donde abrigarse.

Durante más de una hora, el carruaje se arrastró de aquella manera, azotado por la lluvia y alumbrado por los relámpagos. Entre la superficie casi inundada de la pradera sin árboles y las nubes negras, había un cambio continuo de choques eléctricos. A cada momento se preguntaban los hermanos si les heriría uno de aquellos rayos.

Alberto había envuelto a Katy en todos los pañuelos y chales que había ido encontrando; pero como no hay ningún tejido que pueda resistir a aquel modo de llover a cántaros, uno y otro se sentían calados hasta los huesos.

Hubo un descanso y un momento de esperanza. La nube se aclaró por la parte del oeste, levantóse la brisa y pareció como que cesaba la lluvia.

Después volvió el viento, las nubes se cerraron de nuevo, y el agua comenzó a caer a torrentes. Los relámpagos iban siendo cada vez menos frecuentes, pero se había echado encima la noche, y no se alcanzaba a distinguir por ninguna parte en todo cuanto abarcaba el horizonte, la más pequeña señal de habitación humana. El caballo apenas podía moverse de puro cansado: el frío húmedo de aquella lluvia sin fin se iba haciendo insoportable. Alberto comenzó a temer formalmente que Katy, no pudiendo resistir aquel furioso ataque de los elementos, acabase por exhalar su pequeña alma. Cada vez que llegaba a la cima de una ondulación del terreno, miraba a lo lejos con la vana esperanza de decubrir una luz, un cobertizo, una habitación cualquiera. Pero nada, siempre nada.

La desgracia había querido que se metiesen en sentido diagonal por un inmenso territorio concedido a una compañía que aún no lo había empezado a cultivar.

Alberto comprendía perfectamente que se habían extraviado, y que no había medio de llgar aquella noche a casa de su primo John. Pero la ausencia completa de toda clase de cabañas, aunque estuviesen deshabitadas, le llamaba la atención como si se tratase de un fenómeno sobrenatural.

A cada instante creía distinguir alguna cosa, y sin pérdida de momento empezaba a azuzar al pobre caballo; pero siempre acababa por llegar a algún zarzal o a algún montón de piedras que de lejos le habían ocasionado el error.

Las horas transcurrieron de aquella manera. La lluvia era cada vez más fría. Katy callaba, pero su hermano la sentía temblar a su lado bajo la influencia de aquella temperatura extrema. El mismo estaba casi paralizado por la humedad. El ruido monótono de aquel diluvio, el paso del viejo caballo por las charcas y a lo lejos el estampido debilitado del trueno, le sumían en una especie de estupor.

De pronto despertó, sobresaltado. El carruaje acababa de llegar al fondo de una especie de valle. En el camino, que se descubría sólo por la falta de yerbas, los baches eran cada vez más profundos, y ante él se levantaba un montículo sobre cuya cima, a la luz de un relámpago lejano, acababa de descubrir una pirámide de heno. Además, era positivo que la pradera del lado derecho del camino había sido segada recientemente. Aquellos signos mostraban con toda claridad que había habitantes en los alrededores, y Alberto se apresuró a llamar la atención de su hermana sobre aquellos indicios. Pero Katy no se hallaba entonces en estado de poderlos apreciar, y le faltaron las fuerzas para contestar ni una sola palabra.

Su hermano observó por otra parte con marcada inquietud, que el agua en donde se había metido el caballo era cada vez más profunda. Al principio apenas le cubría los cascos; ahora ya le llegaba a las corvas...

De pronto la yerba deapareció a ambos lados del camino, perdiéndose en una especie de lago, y al otro lado de la sábana de agua, el montículo pareció convertirse en inaccesible acantilado.

¿Qué harec? ¿Trataría de pasar el vado? Alberto lo intentó, pero ni gritos, ni caricias, ni amenazas, ni latigazos, pudieron decidir al pobre caballo a dar un paso más.

¡Y la verdad es que tenía razón! Un relámpago que rasgó las tinieblas fué lo suficiente para hacerle ver a Alberto que lo que tenía delante de los ojos no era un estanque sino una barrancada que, por efecto de la lluvia, había crecido hasta el extremo de tomar las proporciones de un río que se precipitaba rápidamente al pie del montículo.

La situación parecía desesperada.

La lluvia continuaba: el barranco engrosaba, y sus aguas, chocando contra las piernas del caballo y las ruedas del carruaje, añadían un ruido siniestro al de las cataratas del cielo.

Alberto trató de llamar, haciendo una bocina de sus manos, pero el estruendo del viento y de la lluvia apagaba el sonido ronco de su lringe, y ni la más pequeña señal de vida se manifestaba al otro lado del barranco.

Hubo un momento en el que creyó oir ruido de remos en medio de la oscuridad de la noche; pero un nuevo relámpago vino a disipar aquella esperanza, haciéndole ver que los supuestos remos no eran otra cosa que una estacada puesta al través de la corriente, y contra la cual iban a estrellarse las aguas en su furiosa carrera.

Sin embargo, aquel descubrimiento le inspiró a Alberto una idea para salir de su horrible situación.

Torció hacia la derecha, colocó el carruaje sobre una especie de túmulo que se elevaba sobre las olas de agua que le rodeaban, y diciéndole a Katy que aguardase tranquila su régreso, volvió a pie a la orilla del torrenta. La pobre niña echóse a llorar, diciendo que no le vería más, o que si volvía la iba a encontrar ya difunta.

El, sin embargo, bajó hacia la sábana de agua; se hundió resueltamente siguiendo la línea de la estacada y trató de ganar la orilla opuesta.

No lo consiguió sino a costa de grandes trabajos. La fuerza de la corriente le impedía nadar, y sin el apoyo de aquella especie de barrera que en el estado normal del barranco marcaba las orillas del camino e indicaba el vado, no hubiese conseguido nunca atravesar la corriente.

Por fin, al cabo de un cuarto de hora de grandes esfuerzos llegó al límite de la dificultad, y se encontró sobre la otra orilla, al pie de aquel mismo montículo que era su objetivo desde hacía ya largo rato.

Cinco minutos más tarde llegaba casi a tientas a la puerta de una pobre choza construída con barro, y llamó.

Abrióse de par en par, y un hombre de elevada estatura apareció en el dintel. Llevaba camisa de lana, pantalón de algodón y las botas altas de los "hombres de las llanuras", pero en vez del gran sombrero de fieltro que completa generalmente su traje, cubría la cabeza un gorro de piel de lobo, cuyo rabo le colgaba por la espalda.

—¡Hermosa lluvia! ¿verdad? — dijo con familiaridad. — ¿De dónde diablos sale usted en un tiempo como este, o es que ha caído del cielo como una rana?

Alberto no tenía ninguna gana de reir. Contó lo que le pasaba en dos palabras, y le pidió permiso para traer a su hermana a aquella casa.

—Como usted guste, — contestó el hombre. — Será la primera señora que me haya dispensado la honra de descansar bajo mi techo; pero será bien recibida.

Alberto se apresuró a volver sobre sus pasos, preguntándose al mismo tiempo con no pequeña angustia, si cuando llegase al lado de su hermana la encontraría aún viva. Atravesó el barranco contra la corriente, gritando de vez en cuando que todo marchaba muy bien, con el objeto de tranquilizar a Katy.

Sin embargo, cuando llegó a su lado la encontró sin conocimiento.

En un abrir y cerrar de ojos desenganchó el caballo y lo ató con las riendas a las ruedas del carruaje. Después, tomando a la niña en brazos, se lanzó por tercera vez en medio de la corriente.

Tenía casi agotadas las fuerzas, de manera que sólo a duras penas pudo realizar aquel difícil paso. Por fin tocó tierra firme, escaló el montículo y fué a depositar su preciosa carga en el suelo de la choza.

En aquel mismo instante, el dueño de la choza se acercó a la cómoda, o mejor dicho, a una caja antigua que hacía sus veces, y sacó una botella de whisky, con el objeto de aproximarla a los pálidos labios de la niña. Pero al verla tan hermosa y tan blanca por efecto del desmayo retrocedió como herido por un súbito temor, y le dijo, entregándole el frasco a Alberto.

—Desconocido: échele usted mismo unas cuantas gotas de este aguardiente, pues yo no me atrevo a hacerlo.

Alberto derramó un poco de whisky sobre los labios de Katy, y bajo la influencia de aquel cordial que los quemaba, se consiguió que muy pronto recobrara sus sentidos. Abrió los ojos mientras Alberto le frotaba los pies y las manos con el objeto de hacerla entrar en calor, por más que pensaba que esto no había de ser cosa fácil en tanto no tuviese a su disposición algún traje seco para que cambiase de ropa.

¡El equipaje se hallaba en el coche, metido en una caja! Bien hubiese querido ir a buscarlo, pero no estaba seguro de poseer bastantes fuerzas para cargar con aquel peso; además, su huésped había salido de la choza, y Alberto no se atrevía a dejar a Katy sola...

Cuando se hallaba entregado a estas dudas, entró el hombre del bosque.

—Me he tomado la libertad de ir a buscar su equipje, — dijo, echando al suelo las maletas y las cestas. — He creído que la señorita se alegraría de verlo y de poder disponer de él. Entretanto, desconocido, si no le parece mal, podemos encaramarnos a la boardilla, dejando libre esta habitación...

Había en el tono de aquel rudo hijo de la pradera una educación franca y sincera un respeto casi religioso hacia la bella criatura que veía renacer a la vida.

Alberto le siguió por la escalera que conducía a las regiones superiores de la choza, en donde ambos pasaron una media hora reclinados sobre una piel de bisonte, hablando en voz baja como en la habitación de un enfermo.

Katy les gritó que ya podían bajar, y la encontraron vestida de pies a cabeza con ropas secas y casi repuesta de la ruda sacudida, aunque muy pálida aún.

El cazador de oficio empezó entonces a apilar en el hogar tal cantidad de combustibles, que el calor llegó a ser intolerable. Hizo acfé, echó en una cazuela algunos pedazos de carne de cerdo salada, cortó una sopa de pan, y en fin, les sirvió a los viajeros unas grandes tazas de leche para rociar aquella cena, que encontraron deliciosa. Temblán-

dole la voz y poniéndose colorado hasta la punta de los cabellos, puso toda la casa a disposición de Katy. Apenas se sentía con fuerzas para formular sus excusas con respecto a la pobreza de sus provisiones. La idea de que por vez primera, al cabo de siete u ocho años de soledad, veía una mujer bajo su techo, le transportaba fuera de sí mismo y parecía paralizarle.

Volcaba el café, se le caía la vajilla y cometía mil torpezas. Katy trató de tranquilizarle, dirigiéndole dos o tres palabras amables, pero con ello no consiguió otra cosa que aumentar su agitación.

Había algo de cómico, pero a la vez de profundamente conmovedor, en aquel muchacho alto y desgarbado, con los rojos cabellos encrespados sobre el rostro curtido por el sol, con sus grandes ojos negros animados por un fuego sombrío, fijos en aquella niña sin poderlos separar, y temblando como herido por una batería eléctrica cada vez que la niña parecía ocuparse de él.

Estos cazadores de oficio de los estados fronterizos pueden dividirse en dos clases: los que han huído del mundo y de la civilización por odio a la humanidad, y los que han obedecido a los impulsos de una sensibilidad enfermiza. Dare Swaney, el cazador, pertenecía a esta categoría de los sensibles.

Al despertarse a la mañana siguiente sobre su piel de bisonte, Alberto obsevó que su compañero había desaparecido; pero en cuanto bajó, vióle al pie de la escalera y con la cabeza apoyada contra la puerta de la choza.

—Estoy esperando que se levante, — dijo Dare sencillamente. — Estaba pensando qué es lo que yo podría hacer para que mi pobre alojamiento fuese más digno de ella...

—Ya ve usted que no hay posibilidad de pensar siquiera en que ustedes puedan marcharse hoy. La lluvia a cesado, pero se necesitan no menos de veinticuatro horas para que se pueda sacar el carruaje de ese maldito charco... ¡Bien sabe Dios que no se me ha ocurrido nunca el quejarme de mi choza; pero desde que esa niña celestial ha franqueado el dintel, quisiera que fuese de diamantes!

El gigante hablaba con una sinceridad que impresionaba el corazón de Alberto.

—¿De qué país ha venido usted? — le preguntó.

—De Wawbosche. No era allí feliz. Tenía la idea de escribir poesías en el dialecto del país, como Mr. Burns escribió el dialecto escocés, yo no conseguí otra cost que hacer reír a las gentes... los jóvenes me dedicaban cantares y los niños me daban encerradas. Tomé lar esolución de abandonarles a sus negocios y refugiarme aquí, en donde nadie tiene nada que decir de mis versos...

—¿Quiere usted leerme algunos? — le preguntó Alberto.

—¡Oh, no! Por favor no me pida usted semejante cosa. Cuando vine aquí hice la formal promesa de que nadie leería ni oiría leer mis versos, a no ser la risa de la pradera a la mujer que yo elija para esposa...

—Siendo así, no insisto — dijo Alberto inclinándose.

En aquel momento apareció Katy. Se sentía aún algo cansada y lánguida, pero no experimentaba ningún dolor; de suerte que se creyó obligada a ayudar al hombre de los campos en los preparativos del almuerzo. Mejor habría sido para los utensilios de la casa del pobre muchacho el que se hubiese marchado a dar una vuelta por los alrededores, porque con motivo de la alegría que experimentaba al verse ayudado por tan bella criatura, rompió las tres cuartas partes de los platos.

Sin embargo, de aquella amable colaboración salió ganando dos o tres recetas culinarias absolutamente nuevas para él. Por su parte fué tomando confianza, y en medio de su entusiasmo llegó a enseñarles a los huéspedes todos los útiles que eran necesarios para una vida de cazador, tales como lazos para coger liebres y las trampas para agarrar pájaros... Acabaron por hacerle hablar, y confesó que hasta aquel día había alimentado una violenta preocupación contra las señoras de las ciudades, porque las creía orgullosas, coquetas e inabordables...

—En fin — dijo balbuciando al final de aquel discurso en que se había metido, — yo no había llegado nunca a sospechar que la más bonita, la más encantadora, vendría un día a abrigarse bajo mi techo y heriría...

Al llegar aquí la emoción del pobre Dare fué tan fuerte que dejó bruscamente la mesa y huyó al campo.

Alberto le encontró al cabo de dos o tres horas, y quedó tan encantado de la belleza del paisaje, del vigor de la vejetación y de la tranquilidad de aquel rinconcito desierto e ignorado, que tuvo la idea de comprarlo.

Antes de medio día había ya elegido un pedazo y lo había marcado con mojones. ¡Aquel era el sitio que había soñado tantas veces para plantar su granja-escuela! Establecerse allí, rodearse de discípulos queridos, vivir en medio de ellos descifrando los secretos de la tierra y cultivando las ciencias, era un sueño delicioso, al que se abandonó todo el día.

Por su parte Dare estaba contentísimo de pensar que iba a tener por vecino al hermano de aquella criatura celestial, y tomó a su cargo el construír sobre el terreno, en virtud del derecho de primacía, una cabaña semejante a la suya. Alberto ya veía completo su establecimiento, con sus edificios destinados a la granja, sus ganados y sus cultivos. El día pasó entregado a aquellos sueños.

Después vino la cena. Unas ardillas asadas que habían cazado en el bosque inmediato, constituía el plato fuerte. Tras de ello disfrutaron una velada deliciosa, en que charlaron al amor de la lumbre y de una noche de reposo suplementario bajo un techo hospitalario del hombre de los campos.

Por fin, amaneció de nuevo, y llegó el momento en que se hizo necesaria la separación Pero cuando todo estuvo dispuesto para la marcha. Dare manifestó que no de-

jaría partir a sus nuevos amigos sin enseñarles el camino, y aun acompañarles hasta los alrededores de Glenfield. Allí se decidió por fin a volver rienda, no sin haber ruborizado mucho al despedirse, no sin tartamudear y no sin haber intentado inutilmente expresar mil sentimientos tumultosos que asaltaban sus labios.

Cuando volvió a su soledad, pasáronse muchos días amasando versos en recuerdo del ángel luminoso que había honrado con su presencia la choza del pobre anacoreta, y que había dejado a este incapacitado de hacer otra cosa que suspirar y derramar abundantes lágrimas. Y parecía hecho exprofeso: nunca sus versos habían sido peores, según la propia confesión del autor. Cuanto más profundo era su sentimiento, tanto menos se sentía con facultades para expresarlo. Así se comprende que quemase y rasgase centenares de poesías, no bien las había escrito.

¿Y con qué objeto se entregaba a aquel derroche de literatura? El mismo lo ignoraba. El pobre cazador de oficio hubiese preferido cincuenta veces ir a ahorcarse del árbol más alto de los bosques cercanos, antes que confesar que estaba enamorado de Katy y que soñaba con unirse a ella para hacerla compartir su vida.

ALBERTO puso en juego en Glenfield todo cuanto se le ocurrió para distraer a Katy y hacerla olvidar a Smith Westcott. Se había consagrado a aquella curación con el mismo ardor apasionado que llevaba a todas las cosas, y a cada momento creía encontrar un motivo para creer que había logrado su propósito. Pero desgraciadamente tantas cuantas veces se hacía esas ilusiones, llegaba el correo con una misiva del galán, y se venía al suelo todo el trabajo de dos o tres días.

Y no es porque las cartas de amor de Smith Westcott fuesen un modelo acabado en su género. Eran tontas y frías hasta el punto de desesperar a cualquiera; las escribía con una letra muy igual, sobre papel de comercio estoy por creer que las metía en los copiadores y la prensa antes de enviarlas, — y se hallaban completamente desprovistas de los relumbrones con que solía adornar por regla general la conversación. Por aquel mismo formalismo tan opuesto del carácter de su corresponsal, no contribuía poco a impresionar la imaginación de Katy. "Para aparecer tan diferente de como es él, pensaba, es preciso que Westcott sufra mucho por acusa de mi ausencia." Mistress Plausaby se encargaba de confirmarle esta opinión en las cartas que confrecuencia le escribía a una hija para darle detalles acerca de la tristeza de Westcott, de sus frecuentes visitas para recoger noticias de Kay y de las excelentes cualidades que cada día se descubrían en él.

La pobre niña veía cómo le disgustaba aquel matrimonio a su hermano, a quien ella amaba con delirio, y muchas veces se sentía dispuesta a renunciar a él para no desesperarle; pero, ¿cómo no se había de conmover cuando recibía noticias de la profunda melancolía de Westcott, y como no pensar que Alberto era algo injusto? De esta manera pasaba por una serie de incertidumbres y de tormentos morales que unían más y más cada día a su amante, sin que tuviese conciencia de lo que hacía.

Alberto, por otra parte, no estaba tampoco tan delicado exclusivamente a aquella política fraternal que le faltase el tiempo para cambiar largas cartas con miss Minorkey. El sí que sufría de verse lejos de ella; pero se hallaba tan poseído de la necesidad de que continuase Katy en Genfield, que al acbo de tres semanas no se hablaba aún del regreso.

Entretanto llegó un día en que se recibió una carta de Westcott diciendo que sus negocios le obligarían a pasar por allí cerca, y que aprovecharía la oportunidad para volver a Nueva Bizancio con Katy. No se necesitó más para decidir a Alberto a emprender aquel regreso que venía retardando con falsos pretextos. Apenas entró en Nueva Bizancio, acompañado de su hermana, Westcott echó completamente al olvido los negocios que hacían necesario su presencia en Glanfield.

Las cosas cobraron muy pronto su marcha acostumbrada. Alberto, en vista de que su intervención era impotente para evitar aquel matrimonio que tanto aborrecía, se entregó casi exclusivamente al amor de miss Minorkey.

Después vinieron sobre él nuevas ocupaciones: Plausaby, squire, consiguió que le nombrasen administrador de correo en Nueva Bizancio, medida cuyo objeto principal era demostrar a todo el mundo cómo practicaba el perdón de las injurias, a la vez que compensaba hasta cierto punto el libre uso que él hacía del capital de la familia. Indudablemente Plausaby, "squire", hubiese preferido el tomar para sí aquel empleo; pero había ejercido funciones análogas en Pensilvania y había resultado entre él y el ministerio de comunicaciones una gran frialdad, basada en la profunda divergencia de opinión acerca de unas viejas cuentas que no se habían saldado.

Aquellas funciones suplementarias no ocupaban a Alberto más que a la hora del correo. La administración fué instalada en una habitación a medio construir de la casa de Plausaby; Katy, su madre y la prima Isa se encargaron de la venta de estampillas y de otros pequeños detalles, y Alberto pudo continuar entregado a sus estudios favoritos, embolsándose a la vez los cuatrocientos o quinientos dólares de honorarios que le producía su empleo.

Esta circunstancia le permitió también e dejarle provisionalmente a Plausaby los doscientos veinte dólares que le quedaban de fondo de su educación; y es muy posible que sólo para llegar a este resultado maravilloso hubiese maniobrado el viejo zorro.

Una mañana encontró Katy al abrir la ventana un ramillete de flores silvestres atado a uno de los herrotes, y dentro del rami-

llete una hoja de papel azul, con unos versos que decían:

Un ángel descendido de los cielos
Penetró en mi cabaña solitaria,
Cuyo desnudo suelo, complaciente,
Se dignó hollar con su ligera planta;
Y por la noche, la cabeza hermosa
Reclinar sobre mísera almohada...
Después entre las nubes encendidas
Huyó, tendiendo las ligeras alas.

. . . . . .

¡Hoy, triste y pensativo, me hallo solo
Para siempre jamás en mi cabaña,
Y no puedo dormir cuando la frente
Reclino en los cojines de la cama,
Porque si escucho en la callada noche
Oigo sonar sus pasos en la estancia!

La niña no concedió mayor importancia a estos versos, los cuales echó en uno de sus cajones; pero dos o tres días depués, al entrar en su casa, de vuelta a la fonda en donde había pasado la noche en compañía de miss Minorkey, vió Alberto a un hombre que permanencía pegado a la pared exterior de su casa, debajo mismo de la ventana de Katy.

—¿Qué hace usted ahí? — preguntó con alguna grosería.

—Nada de particular, — contestó la voz de Dare Sawney.

—¡Cómo! ¿Es usted? — le dijo Alberto, tendiéndole la mano. — Vamos, entre a mi casa, donde será usted bien recibido.

—¡Entrar... ¡Oh! ¡De ningún modo!... Deseo sólo contemplar de lejos a esa divina criatura. Me contento con admirarla y escribirle versos... ¡Y eso me basta!... Gracias, Mr. Charlton.

El hombre de los bosques dió dos o tres pasos con la intención de marcharse, pero volvió luego junto a Alberto para decirle:

—No descuide usted el venir tan pronto como pueda a habitar sus terrenos; hay ya muchos que se interesan por los linderos.

Luego desapareció.

Si esto fuese una historia de Nueva Bisancio, no estaría de más el contar cómo y de qué manera consiguieron que las elecciones fuesen favorables en esta capital en embrión, y cómo, en vista de ello, un puñado de neo-bizantinos invadió un día a la hora de comer el pueblo de Perritaut, tomó por asalto las oficinas del distrito, robó los archivos y colocándolos en una carreta, se los llevó al trote largo de dos caballos; contaríamos también cómo ese golpe de Estado, si bien no tuvo de inmediato por resultado asegurar a Nueva Bizancio el carácter oficial de cabeza de distrito, dió pie, sin embargo, para que se hablase algo del suceso y se fijasen en el pueblo las miradas de los especuladores haciendo subir mucho los precios de los terrenos, y referiríamos además cómo los negocios de Plausaby tomaron un giro bastante próspero para que se creyese autorizado a constituirse en director de una compañía del ferrocarril del valle de Big-Gun...

Pero todos estos detalles no tendrían más que una relación muy indirecta con este relato, si no sirviesen para hacer constar que las operaciones a que hemos aludido se efectuaban sólo en el dominio de la imaginación, porque todas las ventas se efectuaban a tan largo plazo, que el alza de los terrenos no daba lugar ni siquiera a que se presentase un solo dólar suplementario en la caja de los audaces financistas que la habían provocado.

De cualquier modo que sea, la casa Plausaby parecía en aquel momento tan lanzada en el camino del éxito y de la fortuna, que el feroz Minorkey creyó que no debía oponerse en absoluto a los proyectos cada vez más públicos de su hija y de Alberto. Aquellos proyectos obtenían por otra parte la aprobación de Plausaby, de su esposa y de Katy. La misma Isa vióse obligada a confesar que Elena era precisamente la única mujer que le convenía al joven sabio.

Todo hubiera marchado a pedir de boca (excepto la desgraciada inclinación de Katy hacia Smith Westcott), cuando una casualidad que no pudo ser más favorable, permitió a Alberto redoblar con mucho ardor su campaña contra el representante de la casa Jackson, Jones y Compañía.

Era un domingo por la mañana muy temprano, y la escena ocurrió en la galería del hotel. Smith Westcott, que había pasado gran parte de la noche bebiendo, según es costumbre en muchas personas dedicadas a los negocios, estaba precisamente entretenido en aquel momento en divertir a sus amigos con todas las bromas que le sugería su buen humor, cuando descubrió a Alberto, que iba a llevar un libro a miss Minorkey.

Acto continuo se cruzó en su camino, y fué a plantarse delante de él con las manos metidas en los bolsillos.

—Muy buenos días, señor erizo, — dijo con su familiaridad de borracho. — ¿Cómo está la niña? Quero decir mi hermosa niñita, porque maldito lo que me acuerdo de la de usted... ¿Me entiende?... ¡hablo de la que ha de ser mi mujer, aunque no le haga a usted ninguna gracia, cuñadito!...

Alberto se había puesto repentinamente pálido.

—Si continúa usted hablando de mi hermana en esos términos, ¡le abro la cabeza! — dijo de repente.

—¿Y qué? ¿No tengo acaso derecho para hablar de ella? ¿No es mi mujercita? ¿No es mi novia?

Antes de que hubiese acabado su frase, Smith Westcott recibió en medio de la mejilla tan soberbio bofetón, que cayó de espaldas contra la balaustrada de la galería. Pudo, sin embargo, agarrarse a la barandilla, y llevóse la mano al lado derecho para tomar el revólver. Pero sin darle tiempo para utilizarlo, Alberto cayó sobre él de un salto, lo desarmó, y arrojando el arma a la calle, se dedicó a administrarle una corrección completa a su adversario.

Smith Westcott se defendía como un diablo. La lucha degeneró en un verdadero pugilato, y la cólera dióle tanta energía a Alberto que el combate hubiese podido tener resultados trágicos si los testigos de aquella escena no hubiesen separado a los dos campeones.

Cuando Alberto llegó a su casa, le faltó

el tiempo para denunciar la conducta de Smith Westcott. Hablaba con verdadera indignación de la audacia que tenía para atreverse a mezclar el nombre de Katy a sus bromas de borracho, de suerte que aquella vez todo el mundo, incluso mistress Plausaby y su esposo, se pusieron abiertamente en contra del comerciante.

La misma Katy estaba indignada, no tanto por lo que Smith estcott había dicho, como por lo que había intentado. ¡Amenazar a su hermano con un revólver! ¡Querer matar a Alberto! Eso era una villanía, y estaba dispuesta a no perdonársela nunca a aquel tunante.

Y cumplió su palabra, a pesar de que Smith Westcott le enviaba todas las mañanas los mensajes más desesperados y el testimonio de su más amargo arrepentimiento.

Lo que referían de la la aflicción del pobre diablo era verdaderamente conmovedor. Ya no cantaba ni movía ruido con el dinero de los bolsillos, y a sus dos dependientes les asustaba con los arrebatos coléricos que le daban de pronto. Ya no fumaba cigarros, por lo menos en público, en señal de luto, y permanecía a la noche en el negocio echando melancólicas bocanadas de humo de su gran pipa y bebiendo whisky aguado.

VI

ALBERTO comprendía perfectamente que aquello no era más que una tregua; una tregua inesperada, de la que era necesario a toda costa sacar el mejor partido posible a la mayor brevedad, si no quería ver a su hermana caer de nuevo bajo la influencia de Smith Westcott. Pero estaba muy indeciso y no sabía qué partido tomar.

Isa se encargó de indicarle el único que poda ser eficaz.

—Es preciso partir, — le dijo una noche, cuando volvía de su visita cotidiana a miss Minorkey: partir con Katy, o de lo contarrio la verá usted entregada de nuevo a esos desgraciados amores.

—¡Partir! — exclamó Alberto; — ¡eso es lo que yo quisiera! Pero ya sabe lo que me falta. Plausaby tiene en su poder todos mis fondos y los de Katy.

Isa estuvo a punto de ofrecerle cincuenta dólares, que era todo cuanto poseía; pero con esto apenas había la cuarta parte de lo necesario, y además ella temía que su ofrecimiento pudiese interpretarse como un testimonio demasiado vivo de su interés. Desde que había entrevisto el proyecto de casarla con Alberto, mantenía con respecto a él una reserva, que podríamos calificar de glacial. Se contentó pues, con decir que no debía ser absolutamente imposible procurarse la suma necesaria para el viaje, y después se retiró.

Alberto quedó completamente absorto en sus reflexiones. Miss Marlay tena razón. No había otro partido que tomar que el hacerle cambiar de aires a Katy. Pero ¿cómo procurarse el dinero? Contar con Plausaby para obtenerlo, era imposible. Además de la decidida repugnancia, que tenía hacia todo lo que fuese pagar, el viejo tiburón no había de hacer absolutamente nada para impedir un matrimonio que deseaba en el fondo.

Bien pensadas las cosas, no cabía otra solución que aprovecharse de su derecho de primacía sobre un terreno aun no ocupado y adquirir el título de propiedad. Y por último, tomar a préstamo, bien de manos de Monorkey, bien de los de cualquiera otro amante de las hipotecas, dos o trescientos dólares sobre aquel valor.

Pero en este caso lo primero que había que hacer era vivir por lo menos treinta días seguidos sobre el terreno que se trataba ocupar, y lo segundo poseer la pequeña suma necesaria para pagar los derechos del título de propiedad.

Respecto a este último punto, Plausaby quiso mostrarse hombre generoso, y prometió formalmente entregar todas aquellas sumas que fuesen necesarias para asegurar la propiedad de Alberto, el cual, a su vez, se apresuró a transportar sus petates a una cabaña completamente arruinada sobre un terreno libre. Como sólo tenía que pasar las noches allí, pensaba que durante el día podía ejercer bastante vigilancia sobre Katy. Un mes no es un plazo tan largo que no se pueda esperar que transcurra sin peligros. Sólo con que lograse mantener a su hermana a conveniente distancia de Smith Westcott durante esos treinta das, la habría salvado.

Desgraciadamente todo conspiraba a lorrar la resolución que Katy había tomado de no ver nunca más a Smith Westcott. Por un lado sus propias tristezas, por el otro la desaparición de todo vestigio de la batalla en el rostro de su hermano; todo iba presentándose hábilmente para excusar a sus ojos las torpezas del amante, haciéndole pensar que Alberto era víctima de grandes preocupaciones contra Smith, y que se había mostrado muchas veces injusto con él,, habiéndole provocado de todas maneras... Además, era tan agradable el pasear todas las tardes en su compañía, oirle bromear, beber la miel de sus cumplidos, hacerse la interesante y estar a punto de casarse... Y no había nada que decir del amor de Smith Wescott: él era sinceso. Todo el mundo hablaba de sus pesares... ¡Y sería capaz de echarse de cabeza al lago, como había expresado muchas veces para el caso improbable de que se viese abandonado!...

Así pensaba la niña y por la noche, a la hora de tomar el té, Mr. Plausaby encontraba siempre ocasión propicia para mezclar en la conversación el nombre del desterrado.

—Nunca hubiese creído que Smith Westcott tuviera tanto corazón, — decía con cierta indiferencia. — No hay por qué repetirlo: el pobre muchacho está desolado. Esta mañana, precisamente, le he encontrado y da pena el verle. Flaco, pálido, ojeroso.. No me extrañaría que el día menos pensado hiciese una barbaridad..., Alberto se ha mostrado siempre duro con él. ¡Su crimen no ha sido tan grande!

Y las consecuencias de aquelos detalles, que Plausaby dejaba deslizar con indiferencia y sin darle ninguna importancia, eran que al cabo de una o dos horas Isa encontra a Katy llorando.

—¡Cuán desgraciada soy, primita! — exclamaba la pobre niña. — ¡Cuánta lástima me da Smith Westcott! ¿Ha oído usted lo que Plausaby ha contado de él? ¡Estoy segura de que va a suceder algo terrible!

Isa procuraba consolarla, pero no tenía bastante valor para decirle la opinión que ella tenía formada del héroe de tantos suspiros.

Entretanto el pleito de Whisky Jim con Smith Westcott había sentenciado contra el pobre Jim. La razón era muy sencilla. Plausaby y su compinche, asombrados e inquietos al ver que Mr. Shamberson, el primo del registrador, rehusaba sus proposiciones, haciendo declinar en contra suya la sentencia, se habían apresurado a denunciar al magistrado prevaricador, haciendo que volviese a incoarse el pleito con anulación de la primera sentencia. El negocio había sido apreciado muy bien, y como el punto de derecho no era dudoso, Smith Westcott había sido puesto en posesión de los terrenos reclamados.

Casi al mismo tiempo que Alberto, Smith Westcott había transportado su cama, su maleta, su pipa y su damajuana de whisky a la cabaña construída por el desgraciado Jim, comenzando de esto modo los treinta días de residencia que fija la ley para adquirir el famoso privilegio de primacía. Conocía perfectamente los proyectos de marcha que abrigaba Alberto y, por su parte, se hallaba decidido a continuar la lucha, a levantar fondos sobre el valor de su terreno y a lanzarse, si era preciso, en persecución de su amada. Para él se trataba de un punto de amor propio. Tal vez tampoco le supiese mal abandonar por algún tiempo el Minnesota, a causa de ciertos proyectos que las gentes le atribuían a Whisky Jim.

El Ser Supremo había dicho públicamente en la Sod Tavern que el clima del país era excelente para las personas que padecían del pecho, pero que era en cambio muy peligroso para los que "saltaban a pies juntos" sobre un terreno a que no tenían derecho.

Y a medida que iba aproximándose el término del plazo fatal, iba tomando una actitud más y más amenazadora. Habiendo circulado la noticia de que Smith Westcott había hecho ya depositar en Red-Owl para la adquisición del título de propiedad, Jim dijo misteriosamente a Alberto, al mismo tiempo que dejaba caer la valija de la correspondencia a la puerta de la administración de correos:

—Conozco a alguien que se alegraría de saber el día en que ha de llegar ese título de propiedad. ¡Y no crea que lo diga porque ese uno quiera robarlo, no, porque es incapaz de tal cosa! Pero, ¿quién podra reclamar si, por ejemplo, la valija cayera casualmente al agua al tiempo de atravesar el Big-Gun?...

De todo esto, Alberto sacó la consecuencia de que Smith Westcott se hallaba decidido a dar un golpe de audacia, como por ejemplo, el robar a Katy. En su consecuencia quiso vivir prevenido. Por ello apremiaba tan continuamente a Plausaby con el objeto de que éste le entregase cuanto antes la suma prometida y que le era indispensable para obtener también el título de propiedad.

Pero el pobre Plausaby tenía no poco que rascar; sobre su cabeza habían caído aquellos días tres o cuatro tejas enormes. Por un lado el pueblo de Perritaut pedía la anulación de las últimas elecciones y le acusaba de fraude por otro, la compañía del ferrocarril de Big Gun no podía pagar ni tan siquera la cuenta del papel y de la impresión de los prospectos por otra, finalmente el señor gordo de la manzana número 26 intentaba contra él una demanda judicial por estafa, so pretexto de que el terreno no esta en pendiente, sino, por el contrario, en medio de unos pantanos.

Estos tres asuntos, estallando de repente se añadían a las dificultades financiaras ya crónicas que eran la trama de aquella existencia. Le era de todo punto imposible satisfacer las peticiones de Alberto y, ya desesperado, acabó por decirle que él mismo había depositado a su nombre en Red-Owl el precio del título de propiedad.

—Era un crédito que no pensaba cobrar — dijo con mucho aplomo — y que ahora, no sé por qué, me han abonado. En vista de ello, he dado orden para que lo entregasen en las oficinas de la administración para evitarle a usted más retrasos...

Alberto respiró. ¿Cómo creer que aquello era mentira? Ni siquiera lo sospechó, quizá por la proximidad del peligro. Katy no había contestado nunca a las cartas de Smith Westcott y cumplía la palabra que le había dado a su hermano de no volverlo a ver. Pero ese sacrificio era cada día más penoso para ella y se acercaba el momento en que le faltaban las fuerzas para resistir.

El título de propiedad llegó el mismo día en que expiraba para Alberto el plazo de residencia sobre los solares. En cuanto tuvo en su poder el codiciado documento corrió al registro de la propiedad, hizo su declaración guardóse el título en el bolsillo, y obtuvo de Mr. Minorkey doscientos dólares al tres por ciento mensual, con hipoteca y su retroventa correspondiente para el caso de que no pagase.

Era un viernes. Había querido arreglar sus maletas en un momento y partir el sábado por la mañana; pero Katy no estaba a punto porque tenía aun que terminar muchas cosas Intervino su madre.

—¿Por qué? — le dijó — ponerse en camino un sábado, cuando los vapores hacen la travesía los domingos? ¿Querían pasar todo un día aburriéndose en Red-Owl? Esto era fastidioso, y valía mucho más esperar al lunes.

Alberto se dejó convencer, con tanto mayor motivo, cuanto que entrevía en este aplazamiento un medio de pasar dos o tres noches en compañía de Elena Minorkey. Hacía un mes que no se había podido proporcionar aquel placer. Sin embargo, no por ello creyó que debía escuidar la vigilancia sobre Katy, y resolvió no perderla de vista hasta el momento de la marcha. Costase lo que costase era preciso que Smith Westcott no encontrase ni la más pequeña ocasión para acercarse a ella. ¡Ah, y lo que es en presencia de él, seguramente que no tendría lugar semejante entrevista!

Desempeñaba admirablemente su papel de hermano de tragedia, y se paseaba de un án-

gulo al otro de la sala con las cejas fruncidas, los puños cerrados y preparado al combate.

Después de maduras reflexiones y cuando ya se acercaba la noche, decidió él llevar a Katy a casa de miss Minorkey con el objeto de arreglar un paseo en lancha.

Elena aceptó con alegría la proposición y juntos se dirigieron al lago, en donde desamarraron un botecito de madera de pino que había abandonado hacía mucho tiempo por algún sujeto como Dare, enamorado de la pesca, y que ahora se hallaba a disposición del público.

Cuando Alberto se encontró en medio del lago dió un suspiro de satisfacción, porque se sentía, aunque provisionalmente, libre de su pesadilla, Katy parecía feliz y contenta, y su risa argentina volaba sobre las límpidas aguas como si no hubiese existido nunca sobre la tierra nigún Smith Westcott. Elena se encontraba también allí, y a Alberto le parecía que jamás la había querido tanto. Cuando se hallaba a solas con ella experimentaba muchas veces una especie de disgusto de no haber alcanzado nunca, ni aun después de sus frases más apasionadas que de los labios de ella brotase una palabra tierna, o por lo menos ordial. Ahora la presencia de Katy le obligaba a permanecer en un diapasón más arreglado al de la diosa, y le impedía entrever aquella discordia que le era tan frecuentemente dolorosa.

La tarde transcurrió alegremente, dando la vuelta al lago, bromeando, riendo y pasándo los remos de un lado a otro. para salpicarse con el agua. asta la grave miss Minorkey se permitió un momento hundr la blanca mano en el agua fresca para echa toda la que le cupo en el hueco a la cada de Alberto. Después, utilizando la luz de la luna, fueron a visitar la antigua defensa construida por los castores; y, por último, a cosa de las diez de la noche, se decidieron a volver al pueblo, después de haberse divertido tanto que acordaron repetir el paseo al día siguiente.

VII

EL sábado no era el día que más inquietudes despertaba en Alberto. Sabía que se le destinaba a los negocios, a causa del reposo completo del domingo. La divisa de Smith Westcott, que le había valido el nombramiento de agente principal de la casa Jackson, Jones y Compañía, era: "Los negocios ante todo".

Sin embargo, no por ello descuidó la vigilancia, e hizo muy bien, pues a cosa de las cuatro, un dependiente del Gran Bazar fué en busca de estampillas, que no le hacían falta, sin más objeto que efectuar un reconocimiento y ver si las cercanías de la plaza estaban guardadas.

A la caída de la tarde tomaron el camino del lago. Isa formaba entre los de la partida. Alberto, al mismo tiempo que le debía aquella atención, discurrió también que ella entretendría a Katy, mientras él hablaba a sus anchas con Elena. Cuanto más se acercaba el momento de la separación, tantas más cosas tenía que decirle.

En la orilla les esperaba un desencanto. El bote había sido ya tomado porque en aquel momento iban a echar al agua una barca de vela que llevaba el nombre de "La dama del lago", y dos o tres malas cabezas habían creído portuno y divertido entregarse a una especie de parodia de aquella ceremonia, bautizando con el mismo nombre a la vieja canoa "La desposada del pirata", y entretenían con sus pullas a los espectadores reunidos junto al agua.

Los jóvenes que habían construído por subscripción entre ellos la verdadera "Dama del lago", al ver a Alberto y a las tres señoritas, les ofrecieron asiento en la barca, donde según afirmaban, había aun lugar para cuatro.

Aceptaron el ofrecimiento. Ya habían entrado las tres jóvenes y Alberto iba a hacer lo mismo, cuando el viejo lobo de mar que gorbernaba el timón, le tocó en el hombro:

—Me parece poco prudente el que también venga usted, Mr. Charlton, — le dijo a media voz. — Somos ya once. Por poco que arrecie el viento... ¡doce!... Somos muchos!

—¡Oh, siendo así me quedaré en tierra, — dijo el joven retirándose.

—¡De ningún modo, Alberto! Tome usted mi sitio, — gritó uno de los asociados.

—¿Quiere usted que le prive del placer de inaugurar su lancha? ¡Eso sería demasiado!... Voy a sentarme a la orilla del lago y desde aquí les veré maniobrar...

Se disponía a hacerlo como lo había dicho y la lancha iba a izar las velas cuando apareció Smith Westcott.

—¡Esperen ustedes un momento!... Les acompañó, — gritó a los jóvenes.

—¡Imposible, Mr. Westcott! — contestó el del timón. — Iríamos muy cargados. Precisamente acabo de rogarle en este momento a Mr. Charlton que se quede en tierra.

—¡Bah!... ¡bah! Peso tanto como una pluma... Hagan y digan lo que les parezca: soy de la expedición.

Y sin más ni más hizo un esfuerzo para altar dentro de la barca; pero Alberto, que lo había previsto todo, metióse por el otro lado de la embarcación y se apoderó del único asiento vacío.

Smith Westcott quiso protestar, pero todos se hicieron los desentendidos y nadie le contestó. "La Dama del lago" soltó las amarras, resbaló sobre la arena y se alejó...

Apenas la quilla quedó libre de la arena, Alberto saltó al agua, quitose el sombrero y les deseó un afortunado paseo a las señoras, las cuales a su vez agitaron los pañuelos. Todos aplaudían el ardid de que se había valido para impedir que la barca zozobrase por exceso de carga. Sólo uno o dos sospechaban apenas el motivo más poderoso que había determinado su conducta.

Por su parte, estaba satisfechísimo de haber conseguido que Smith Westcott se quedase en tierra, y con gran alegría se echó sobre la yerba para quitarse las botas y verter el agua que contenían.

Entretanto la lancha daba bordadas por el lago, iluminada por los últimos rayos del sol poniente. La brisa era fresca y traía

hasta la playa las carcajadas y los cantares de los tripulantes de la embarcación.

—Esa música debe sonar de una manera bastante desgradable en los oídos de Westcott, si es que que la oye, — pensó Alberto.

Y mirando a su alrededor, dominado por esta reflexión, vió al otro lado del lago a su enemigo que había seguido por la empalizada de los castores y que llamaba a los piluelos que se habían apoderado de "La Desposada del pirata".

Estos contestaron a su llamamiento, le tomaron a bordo, y antes de dos minutos Alberto tuvo la mortificación de ver al odiado Westcott que se aproximaba a "La Dama del lago" y tomaba asiento en su interior.

Vió más, pues no tardó mucho en convencerse de que por un ingenioso cambio de asientos el miserable había llegado a ponerse precisamente al lado de Katy. ¡Pensar que Elena e Isa estaban al otro extremo de la barca, desde donde no podían oir lo que aquel pícaro murmuraba al oído de la niña!

Alberto estaba furioso. Una mano gruesa vino a posarse sobre su hombro.

—¡No se incomode usted, Mr. Charlton! ¡Corre por mi cuenta ese sujeto en cuanto desembarque!...

Era el hombre de los bosques.

—¡Tan cierto como me llamo Dare Shawney que voy a hacerle saltar la tapa de los sesos!... ¡Ya verá usted como no le yerro!...

Y le mostró el revólver amartillado que llevaba en el bolsillo.

Pero un momento le bastó para volver a sentimientos más razonables, y comprendió que no tenía derecho a dejar que aquel pobre loco enamorado cometiese un asesinato.

—¿Está usted seguro de que el revólver se halla bien cargado? — le preguntó a Dare. — ¿Me lo quiere usted permitir?

El otro se lo dejó sin desconfianza. Alberto lo examinó un momento, y después, tomando una súbita resolución, lo arrojó al lago con todas sus fuerzas.

—¡No derramemos sangre! — dijo volviéndose hacia el hombre de dos bosques.

El viento acababa de cambiar repentinamente y la embarcación, tomada a sotavento y demasiado cargada, había zozobrado,

Durante algunos momentos no se distinguía más que una masa informe que luchaba con las aguas, ni se oían más que gritos ahogados y gemidos. ¡Lucha horrible, en la que cada uno se agarraba a lo que tenía más cerca de la mano; racimo de seres humanos suspendido del aparejo y del casco de la lancha!

Cuando la alarma cundió por la orilla, la gente se reunió formando grupos, y cien personas se retorcían las manos al ver su impotencia en presencia de ese desastre.

Acercábase la noche. Se distinguían vagamente en el crepúsculo las cabezas de los sobrevivientes flotando en el agua y dando gritos para que fuesen en su auxilio, porque iban a perecer.

Pero la catástrofe había tenido lugar a más de una milla de la costa. No había barcas, ni remos, ni cuerdas al alcance de la mano de los espectadores del drama, y con esa especie de inercia que suele apoderarse de las multitudes ante estas tragedias, todos se miraban unos a otros, y nadie hacía nada.

Muy pronto, sin embargo, con tablones y postes traídos a hombros, algunos obreros se pusieron a construir una especie de balsa. Pero Alberto y Dare no habían esperado tanto.

Echaron a correr en redor del lago con la esperanza de encontrar el bote. No fué cosa fácil... Los chicuelos que se habían apoderado de él lo habían ocultado entre la maleza que crecía en la orilla del lago opuesto a la población. Por fin, Dare lo descubrió y saltó a él con su amigo. Remaron enérgicamente hacia el lugar del siniestro.

Hacía ya más de veinte minutos que éste había tenido lugar. Durante todo este tiempo los náufragos habían procurado animarse unos a otros y sostenerse del mejor modo posible, agarrados al casco de la barca, que flotaba con la quilla hacia arriba. Tres de los tripulantes habían perecido desde el primer momento. Después una joven se había desmayado y se había sumergido. Los demás vivían, y entre éstos se hallaban Katy, Elena, Isa y Westcott.

Con los ojos desesperadamente abiertos y fijos en la superficie del agua, sentían desfallecer sus fuerzas, y se preguntaban si no llegarían a tiempo los auxilios que esperaban.

—Katy, — dijo Westcott: — yo soy un buen nadador, y si usted quiere trataré de llevarla a la orilla...

La mayor parte de las veces suele mezclarse un motivo egoísta a las acciones de los hombres. Hay que creer, sin embargo, que en medio de estos motivos interesados, había también un sentimiento de generosidad y de cariño sincero hacia la dulce niña.

—Vale más esperar a que vengan en socorro nuestro, — decía Isa. — Ayudándonos mutuamente, aun podemos resistir lo menos quince o veinte minutos, o tal vez más; en cuanto se hayan ustedes marchado, ¿quién sabe si tendrán fuerzas para llegar?

Isa no aprobaba la tentativa.

Pero Katy no podía más. Se asió al cuello de su prometido en la forma que éste le indicaba, y Smith Westcott empezó a nadar.

—Pronto llegaremos, hija mía, — le dijo al tiempo de partir. — Una vez he recorrido yo más de tres millas en el mar, y el lago no tiene ni dos de ancho.

Desgraciadamente no había contado con todos los elementos del problema. Le faltó pronto el aliento y no tardó mucho en acobardarse.

Como esta enfermedad es muy contagiosa, Katy perdó hasta la más pequeña esperanza de salvación en vista del tono con que le hablaba Westcott.

—¡Alberto!... hermano de mi alma!... — gritó en el colmo de la desesperación.

Cualquiera hubiera creído que Smith Westcott no esperaba más que aquel llamamiento para tomar la suprema resolución que germinaba en su alma. Vió sin duda

también con bastante claridad que Katy había perdido la confianza en él, y esta convicción le endureció. Le faltaban ya las fuerzas, y al volver la cabeza vió que la balsa, ya concluída, tomaba el camino de la lancha, y que él, tan cargado como ella, se encontraba aún a mucha distancia de la playa. Katy, por su parte, le estrechaba más cada momento, asiéndose a él con la inconsciencia de la desesperación...

Tomó su determinación.

Haciendo un esfuerzo violento desprendióse de las dos manecitas que le tenían agarrado, y echando a un lado a la dulce niña, púsose a nadar hacia la orilla.

Katy se fué al fondo.

Alberto y Dare habían remado vigorosamente, pero se había perdido tanto tiempo en buscar el bote, que llegaron a la embarcación náufraga al mismo tiempo que la balsa. En seguida oyeron la voz de Isa:

—¡Vayan a buscarlos!... ¡En seguida!... ¡Katy y "él"!...

—¡Allí están! — dijo Dare, señalando dos cabezas que apenas se veían en la superficie del agua. — ¡No perdamos tiempo!

Hubo que virar de bordo y ponerse a remar.

—¡Alberto!... ¡hermano de mi alma!... — oyeron en aquel momento.

Era el primer llamamiento de Katy. Ninguno de los dos hombres dijo una palabra, pero ambos se inclinaron desesperadamente sobre los remos.

—¡Alberto!... ¡Alb...! — dijo la dulce voz.

Después nada. La brisa no llevaba en sus alas más que el eco agitado de dos pares de remos.

Por fin la lancha llegó al punto en donde estaba Westcott. Al verla aproximar había retrocedido.

—¡Allí!... Creo que está allí... — dijo, agarrándose al borde de la embarcación.

La ausencia de Katy explicaba bastante el sentido de aquellas palabras. Alberto y Dare se echaron al agua y se hundieron.

Muchas veces volvieron a la superficie sin haber encontrado nada. Alberto se sintió en breve rendido y tuvo que descansar un momento.

Dare no descansó. Se hundía, se hundía otra vez y recorría con la rapidez de un pescado dos o trescientos cúbicos de agua, subía para respirar y volvía a hundirse.

Por fin aquel heroico esfuerzo fué coronado por el éxito. Encontró bajo su mano algo dulce y sedoso que flotaba como un haz de algas, los cabellos de Katy. Agarró el ligero cuerpo, le arrastró hasta la superficie, le transportó al bote y le depositó en el fondo. Sí, era ella; su cadáver, al menos...

Echarle los brazos hacia atrás, poner sus labios sobre los de ella para introducirle aire en los pulmones, hacer tentativas para que aquel gracioso talle de virgen efectuase algunos movimientos de aspiración, todo esto fué obra de algunos momentos. Alberto, aplastado por la desgracia, no tenía ni fuerzas para ayudar a su amigo.

En cuanto a Smith Westcott se mantenía aferrado al bote con las manos crispadas sobre la borda sin poder saltar al interior, tan paralizadas las tenía a causa de la fatigal, del frío y del espanto.

—¡Ayúdele! — le dijo Alberto a Dare. — Yo no puedo.

—¡Ayudarle a ese bicho! — exclamó el cazador. — Casi estoy tentado de darle con el remo un golpe bien fuerte en los dedos para que vaya a charlar un rato con las sanguijuelas... Todo lo que puedo hacer en favor suyo es privarme de este placer.

Dare hablaba de aquella manera tan alegre porque creía advertir en Katy las primeras señales de la vida. Y no se equivocaba.

La pobre niña dió de pronto un fuerte suspiro, agitó débilmente las manecitas y entreabrió los ojos. Vivía.

—¡Katy! ¡querida de mi alma! — gritó Alberto, echándose a sus pies. — ¡Es él, es Dare quien te ha salvado! ¡Abrázale!

Ella obedeció con infantil docilidad; pero pronto su mirada errante se fijó en la baranda del bote y junto a ella, casi al nivel de su pálido rostro, vió otro, una faz convulsa por la vergüenza y los remordimientos, una cara de malvado, una cara de asesino: la de Smith Westcott.

Inmediatamente cerró ella sus pesados párpados, porque todo lo recordaba.

VIII

OCHO días después "La Antorcha del Minnesota", periódico que veía la luz en Peritaut, publicaba en la primera página el siguiente artículo:

" Horrible atentado en Nueva Bizancio. — Asesinato del representante de Jackson, Jones y Compañía. — Substracción de un título de propiedad. — Prisión del administrador de correos. — Nueva Bizancio parece destinada a proporcionarnos asuntos para la crónica judicial, y va a ser muy difícil el encontrar entre los crímenes calificados uno solo del que no se hayan hecho culpables en el corto espacio de tres meses los habitantes de esta desgraciada ciudad.

"Hoy se trata de un asesinato complicado con un robo.

"He aquí los primeros detalles que hemos podido recoger:

"Esta mañana, aproximadamente a las nueve, ha comenzado a circular el rumor de que había sido detenido por orden de la autoridad, como presunto autor del robo de la valija, el administrador de correos de Nueva Bizancio, un joven que hasta ahora había conseguido tener fama de muy honrado, de nombre Alberto Charlton. El único cargo que aparecía claramente consignado en la orden de detención era el robo de un título de propiedad, en blanco, que pertenecía a Mr. Smith Westcott, el honorable representante de la casa Jackson, Jones y Compañía, bien conocida de nuestros lectores por el uso inteligente y liberal que hace de nuestra página de anuncios.

"Al mismo tiempo que el oficial de policía procedía a la detención de Alberto Charlton, los dependientes de Mr. Smith Westcott, sorprendidos de que no volviese

su principal como tenía por costumbre de la casa donde ya residía cerca de un mes, situada en unos terrenos sobre los cuales había solicitado el derecho de primacía, enviaron una persona a objeto de informarle si se hallaba enfermo.

"El mensajero se detuvo en el dintel mismo de la casa en presencia del cadáver ensangrentado y frío del desgraciado "gentleman".

"Mr. Smith Westcott debió ser asesinado de un tiro de revólver en el ojo izquierdo, probablemente en el momento de entrar en su casa la noche anterior.

"La notoria antipatía que reinaba desde hace mucho tiempo entre Alberto Charlton y él, y el interés que el administrador de correos creía sin duda tener en que desapareciese el verdadero dueño del título de propiedad que había sustraído, no permiten dudar que él sea el único autor del asesinato y robo. Fieles, no obstante, a la regla que nos hemos impuesto en este periódico de no prejuzgar la culpabilidad de un hombre antes de que comparezca a la presencia del jurado, nos abstendremos de toda discusión referente a las circunstancias del crimen.

"Nos dicen que el acusado se encierra en un prudente silencio y se niega a dar toda luz que sirva a los fines de la justicia. Por nuestra parte, sólo podemos expresar el deseo de que le tengan bien vigilado y no le dejen escapar, como sucede desgraciadamente con mucha frecuencia tratándose de los criminales más peligrosos.

Los detalles que se daban en este artículo, publicado en Perritaut, eran exactos, o poco menos. Era cierto, en primer lugar, que Alberto Charlton había sido detenido como presunto autor del robo de un título de propiedad en blanco perteneciente a Smih Westcott. Era cierto asimismo que sobre nuestro héroe pesaba una acusación de asesinato; pero también debemos añadir que todo el vecindario de Nueva Bizancio se hallaba bajo la impresión de una sorpresa enorme.

Añadiremos que el representante de Jackson, Jones y Compañía había pasado una semana muy desagradable después del suceso del lago. Todos apartaban la cabeza cuando le veían pasar. Hasta los hombres menos heroicos son generalmente muy dados a exigir pruebas de valor en los demás, y los neobizantinos pensaban unánimemente, poco o menos, que Smith Westcott debía haberse ido a fondo con Katy en vez de abandonarla. Nadie le perdonaba el desenlace de su idilio.

Debido a estas demostraciones, Smith Westcott sentíase muy humillado, y hubiese querido abandonar inmediatamente la población; lo retenía el título de propiedad que estaba esperando.

Pero el ansiado documento no llegaba. Extrañóse de la tardanza; tomó un aire misterioso y dió a entender a sus amigos que dentro de poco Nueva Bizancio tendría un nuevo tema para sus conversaciones...

El mismo, sin duda, no creía que iba a ser tan buen profeta.

Algunos testarudos se obstinaron, sin embargo, en creer que Alberto era inocente.

En los primeros momentos de su detención había permanecido silencioso, pero después le preguntó al jefe de policía qué pruebas tenía en contra suya.

—Una prueba muy difícil de rechazar, — le contestó éste. — Un título de propiedad que lleva el número 27.904, el cual fué depositado el día 26 de agosto en el buzón de Red-Owl, con sobre dirigido a Mr. Smith Westcott, que éste no ha recibido. Ese título de propiedad se encuentra en poder de usted, supuesto que le ha servido para obtener un préstamo hipotecario. ¿Quiere usted mayores pruebas?

A oir esto, la fisonomía del acusado se contrajo visiblemente, y acto continuo se encerró en un silencio feroz.

Cuando entraba en la cárcel le dieron la noticia de que habían encontrado el cadáver de Smith Westcott. Al saberlo, palideció y dijo:

—¡Estoy perdido!

Le permitieron la entrada de sus amigos, quizás con la esperanza de sorprender algún indicio que arrojase un rayo de luz sobre aquel asunto; pero se negó a dar todo género de explicaciones hasta a su misma hermana, que se arrojó llorando en sus brazos, y le suplicó que se sincerase a los ojos de la justicia, pues ella ya sabía que era inocente.

Cuando entraron a decirle que una señorita joven deseaba verle, le latió el corazón con mucha violencia, porque no abrigaba la más pequeña duda de que sería Elena.

Era sólo su prima Isa...

El sentimiento de disgusto que experimentó al verse chasqueado, debió pintarse en su rostro. Pero Isabel, si por casualidad llegó a notarlo, hizo como quien nada ve, y se puso a hablar más afectuosamente que nunca.

—¿Quiere usted hacerme el favor de devolverle a miss Minorkey un paquete de cartas que se halla en mi mesa de escribir? — le preguntó Alberto cuando ella se levantaba para retirarse.

—Con mucho gusto, — contestó la pobre niña, tomando la llave que él le entregaba.

"...¿Le diré también a miss Mnorkey, — añadó después de un momento de duda, que encendió sus mejillas con los más frescos colores, — le diré que es usted inocente?

Alberto bajó los ojos, víctima, al parecer, de un violento combate interior.

—Dígale, — contestó por fin, — que algún día daré explicaciones... y entretanto que piense como usted.

—Yo creo... ¡estoy segura de que usted es inocente!—exclamó la joven.

—Gracias, Isabel, — dijo Alberto tendiéndole la mano. Pareció como si quisiese añadir algunas palabras, pero se detuvo de repente, púsose muy encarnado y no insistió más.

Isabel alejóse muy triste, porque no sabía qué pensar. En verdad que su fe era inquebrantable, pero, ¿aquel silencio?... ¿Y aquella reserva?...

La joven encontró a Elena arreglando las maletas.

—Le traigo a usted un paquetito que Mr. Charlton me ha encargado que le entregue, a la vez que me ha rogado ofrezca a usted sus respetos.

—¿Un paquetito?... Sin duda será algún libro mío, — dijo Elena, recibiendo el mensaje con la mayor tranquilidad del mundo. — ¿Le ha visto usted?... ¡Siento mucho lo que le pasa! ¡Me gustaba extraordinariamente su conversación! ¡Un muchacho tan instruído y tan formal! En mi vida le hubiese creído capaz de robar la correspondencia y de...

—¡Pero si es inocente, completamente inocente! — exclamó Isa, escandalizada.

—¿De veras?... ¡ah!... ¡Me alegro!... Supongo que podrá probarlo...

Elena se apresuró a decir que este asunto había agravado las dolencias de Mr. Minorkey.

—Yo estaba tan unida a Mr. Charlton,— añadió. — y ya comprenderá usted que esto...

—¡Pero yo creía que usted le amaba con el alma y el corazón! — exclamó Isa amargamente. — ¡Y el pobre muchacho lo cree también!

Elena frunció sus cejas olímpicas.

—¡Amar! ¡Amar es una palabra muy elástica! — dijo. — Sin embargo, hay circunstancias... Vamos a ver, miss Marlay, dígame de buena fe: ¿podría usted aceptar un momento la idea de casarse con un hombre que ha llevado el uniforme carcelario, aún cuando después se probase su inocencia?

—¡Sí! — exclamó, roja de indignación. — ¡Y tendría hasta orgullo!... ¿Acaso el primer deber de la mujer no es el de unirse al hombre que ama, lo mismo en la próspera que en la adversa fortuna, y si es preciso hasta en la muerte?

Elena se entregó a divagaciones generales. Ella no era partidaria de esas ideas románticas.

Isa se levantó pálida de ira y marchóse con el corazón rebosando de desprecio hacia aquella joven, que tan bien discurría sobre su falta de cariño. ¡Pobre Alberto! ¡Tan dulce, tan confiado, tan resuelto! ¿Cómo era posible hacerle traición de aquella manera cuando se gozaba la dicha de ser amada por él?

IX

La vista de la causa tuvo lugar al cabo de dos meses en Red-Owll, y no correspondió a las esperanzas de "La Antorcha del Minnesota". Jamás se ha desenvuelto un asunto más sencillo delante de un jurado ansioso de concluir.

No costó mucho establecer que el acusado tenía las razones más poderosas del mundo para odiar a Smith Westcott; que deseaba alejarse cuanto antes; que ambicionaba con verdadero ardor realizar fondos antes que su adversario; que el título de propiedad en blanco número 27.904 había sido depositado en el buzón de correos de Red-Owl el 26 de agosto; que un viajero sentado en el pescante de la diligencia había visto al mayoral recibir la valija en buen estado y con los sellos correspondientes y entregarla de la misma manera en Nueva Bizancio a las cinco de la tarde; que Alberto Charlton había llenado las formalidades de los terrenos que tenía tomados con ayuda del título de propiedad en cuestión, y que inmediatamente había hipotecado la finca a Mr. Minorkey por valor de doscientos dólares. La escena del lago, las palabras de Smith Westcott acerca del gran escándalo cuya trama poseía, las investigaciones que él mismo había hecho en Rew-Owl a propósito de su título de propiedad, el gran peligro en que se hallaba de ser descubierto el administrador de correos, todo contribuía a señalarle como el asesino...

Ante aquellas pruebas tan evidentes, la defensa tuvo bien poco que decir. Alberto había llevado siempre una conducta ejemplar. Su vida pasada, su inteligencia y su interés bien entendido, eran otros tantos mentís a un acto hacia el cual debía haber sentido necesariamente grandísima repugnancia.. He ahí todo lo que pudo decir el abogado defensor sin una sola frase de marcada convicción.

El juez dió gran solemnidad al acto de pronunciar la sentencia, pareciendo como que tenía placer en desarrollarla.

—El crimen de que acaba de ser declarado culpable el acusado es uno de los más abominables, tratándose de un hombre instruído, casi un sabio, de un funcionario del Estado y de un depositario de la autoridad pública. Se trata de un abuso de confianza y de un robo rodeado de todas las circunstancias agravantes que pueden hacerle más odioso. A esto sucede acto continuo un asesinado, destinado, tanto a ahogar un odio salvaje como a conjurar las consecuencias de un robo realizado anteriormente. En presencia de tal cúmulo de hechos, el código apenas puede indicar un castigo suficiente para penarlos, y los rigores más extremados de la ley no llegan, ni con mucho, al nivel de la responsabilidad que pesa sobre el culpable. Pero esta misma circunstancia le facilita a la justicia un motivo para no agotar toda la severidad de que dispone. Alberto Charlton apenas ha llegado a la edad del hombre, y ha sido arrastrado sin duda alguna a la lamentable serie de sus crímenes por un sentimiento honroso: por el desinteresado afecto que tenía a su hermana. Hay, pues, el derecho a sospechar que ha cedido a obcecación pasajera y que su naufragio moral no está exento de salvación. Por eso, obteniendo el beneficio de las circunstancias atenuantes, no se le aplicará el castigo supremo. Veintiún años de servidumbre penal son tiempo suficiente para que se arrepienta y reflexione acerca de la necesidad de dominar sus pasiones. Hay derecho a esperar que esta terrible experiencia le será de grandísima utilidad, y que al salir de la cárcel, ya cumplidos sus cuarenta años, llegará a ser un ciudadano respetable y sobre todo respetuoso para con la ley...

En el momento en que le caía sobre la cabeza aquella sentencia, Alberto podía ver

a través de las ventanas de la sala del tribunal las primeras nieves de noviembre y oír en la calle vecina las campanillas de los trineos: esa música que anuncia la llegada de la estación de las fiestas. ¡Cuán lejos de él estaba ya el mundo!... ¡Sintióse separado de los días humanos por un abismo sin fondo. Dentro de poco iba a entrar en su celda y la puerta se cerraría sobre él como la loca de un sepulcro, y hasta en el fondo de esa tumba no gozaría el bien supremo de los muertos, el reposo absoluto, el olvido perfecto!

Aun no se daba cuenta de la última prueba que le deparaba la casualidad.

Al día siguiente, a las seis de la mañana, sobre la espesa capa de nieve que había caído la víspera, la diligencia de San Pablo, montada sobre patines, se detenía delante de la cárcel y acto continuo tomaban asiento en ella dos viajeros. El uno era el jefe de la fuerza pública y el otro Alberto Charlton, duramente cargado de hierro y de esposas, que una gran capa de piel de búfalo y la noche aún más oscura ocultaban a todas las miradas.

La diligencia partió de nuevo y se detuvo por última vez, antes de salir de la ciudad, delante de la fonda Fuller.

—¿Hay dos asientos de berlina? — preguntó tosiendo una voz, en la que Alberto reconoció en seguida a Mr. Minorkey.

—Sólo uno de berlina y otro del interior, — contestó el mayoral.

—Hija mía: tú tomarás asiento en el interior, si no quieres que yo entregue el alma a Dios en este trayecto de veinte leguas, — dijo el viejo enfermo imaginario.

A consecuencia de eso Elena se encontró sentada frente por frente de Alberto, pero sin que pudiese distinguir sus facciones a causa de la sombra. El mayoral azotó los caballos, que acto continuo emprendieron el galope.

El aire fresco de la mañana y el espectáculo majestuoso de las vastas llanuras de nieve que empezaba a iluminarse con las primeras luces del alba, pusieron a los compañeros con ganas de hablar. La conversación recayó, como es natural, sobre el proceso del día anterior, y resultó tan intolerable para Alberto que, inclinándose al oído de su guardián, le dijo en voz baja:

—Va a hacerse de día y no quisiera que me conociesen. ¿Quire hacerme el favor de echarme el sombrero a los ojos y levantarme la bufanda?...

El individuo de policía era bastante humano para no negarse a aquel deseo, e hizo lo que le pedía su prisionero. La conversación seguía su marcha.

—¿No ha leído usted la vista de la causa? — preguntó a miss Minorkey un viajero que era amigo de su padre.

—No tengo la costumbre de leer las crónicas judiciales, — le contestó.

—Por mi parte creo que el tribunal ha estado demasiado indulgente.

Y empezó a referir la historia de la cuestión con la imparcialidad de un testigo completamente desinteresado.

La diligencia se había detenido para dar les algún descanso a los caballos; el individuo de policía aprovechó la ocasión para desentumecerse las piernas delante de la portezuela y sorberse una copa de whisky.

Al volver a su sitio separó un poco la capa de piel de búfalo, dejando ver las esposas que sujetaban las manos de Alberto.

Eleno las vió y su mirada se elevó hasta las ojos del preso. Sintió un escalofrío y apenas pudo contener un grito...

¡Oh! ¡Qué suspiro de consuelo se escapó de su pecho al encontrarse en la tibia sala de descanso de la fonda, en el pueblo vecino! Y, sin embargo, el pensamiento, el único suplicio que acababa de sufrir la hacía temblar aún.

El, entretanto, había continuado su camino hasta llegar a su celda para quedarse allí solo, después de las lúgubres formalidades que se llenan cuando se entra en presidio.

Una vez terminada su triste cena, ocupóse durante dos o tres horas en trazar el plan de los estudios a que pensaba dedicarse en las horas de descanso durante la serie de años que tenía por delante. Después se echó sobre el camastro, y ya hacía bastante tiempo que dormía, cuando le despertó e hizo abrir los ojos un ruido extraño que sonaba encima de su cabeza.

Cualquiera hubiese dicho que un martillo y un par de tenazas estaban desclavando con precaución las maderas que constituían el marco de la ventana.

El trabajo fué bastante largo; pero de repente la espléndida luz de la luna, aumentada con el reflejo de la nieve, inundó la celda; la ventana se había abierto y la voz de Dare Sawney entró con el frío glacial de la noche.

—¡Vamos, Mr. Charlton, de pie y no perdamos ni un segundo — decía la voz.

Alberto se levantó de la cama presa de la mayor indignación.

—Dare, — exclamó, — no es aquí donde ha debido usted venir, ¡sino al tribunal! Me ha dejado usted condenar de un asesinato del que es autor... Pude callarme en prueba de agradecimiento al hombre que salvó la vida de mi hermana, pero la deuda ya está pagada, y en adelante evite usted mi presencia.

La cabeza del cazador quedóse inmóvil sobre el reborde de la ventana. Otro rostro apareció junto a ella.

—No sea usted niño, Mr. Charlton, — dijo el Ser Superior, propietario de aquella fisonomía. — ¿Cree de veras que el pobre Dare tenga que ver en todos estos asuntosx...Es tan inocente como un niño que acabara de nacer. ¡Créale a Whisky Jim!...

Alberto quedóse confundido.

—Pero entonces — exclamó, — ¿sería usted?...

El Ser Superior guiñó un ojo:

¿Qué hacer? No había posibilidad de escapar aquel suplicio de siete a ocho millas. Hubiese querido mostrarse desdeñosa, o, por lo menos, indiferente; pero no hubo más remedio que renunciar a ello, porque

la mirada profunda y severa de Alberto la paralizaba.

Tomó la determinación de fingir una jaqueca para poder, sin ofensa de nadie volver la cara a la pared del coche. Nunca, en todo el transcurso de su vida, se había sentido tan conmovida, tan confusa, tan humillada. Esforzábase por pensar que no era ella, sino él, quien debía avergonzarse; pero no conseguía nada y los papeles continuaban invertidos. Alberto estaba más tranquilo e indiferente que lo había estado nunca delante de Elena, mientras que ella no podía dejar de temblar hasta con los ojos cerrados, sólo de pensar que la mirada de Alberto la espiaba, que leía en su alma, penetrando su pequeñez y su bajeza.

En vano murmuró que tenía frío, y envolviéndose la cabeza con un pañuelo, fingió dormir. Ningún velo era bastante espeso para ocultar su alma a aquellos ojos implacables que sentía fijos sobre ella, atravesando los sombríos pliegues de la tela...

—¿Qué quiere usted? ¡Era mi obligación! — dijo. — Mr. Charlton: usted no es el buen Dios, y no tendrá, por lo mismo, la pretensión de que confiese... En vez de echar tanta balandronada, lo mejor que podía hacer era bajar en seguida... Todos los centinelas tienen su pinta de whisky en el estómago; mis caballos están enganchados al mejor trineo del país, y por lo mismo podemos echar a correr con las manos metidas en los bolsillos...

El prisionero dirigió una mirada a la llanura cubierta de nieve. La libertad estaba allí delante de él, y no tenía más que agarrarla e irse con Dare al fondo de los bosques para llevar la vida independiente del cazador. Pero sea que el pensamiento de evadir la pena de aquel modo le indignase, sea que aun hubiese algún otro motivo oculto por su sobreexcitación, lo cierto es que sacudió tristemente y en sentido negativo la cabeza.

—¡Pues bien, no se olvide que deja escapar una ocasión que no volverá a encontrar en veinte años! — exclamó Whisky Jim. — Ya se lo dije a usted el día que tuve el gusto de conocerle, Mr. Charlton, el Minnesota no es país propio para las ideas.

—¡No! ¡no! ¡no puedo!... — replicó Alberto con decisión. — Retírense, amigos míos, y no se dejen sorprender...

El Ser Superior se puso a rumiar todos los juramentos de su repertorio, mientras Dare buscaba en los bolsillos de su traje, hasta encontrar un pliego que le entregó a Alberto.

—Tome usted, Mr. Charlton, lea usted al menos antes de que nos marchemos, — le dijo; — quizá haya algo que le haga cambiar de opinión...

El prisionero abrió la carta, y la repasó a la luz de la luna. Era de Katy, y decía:

" Mi querido hermano: — ¡Por fin lo sabemos todo! Mr. Plausaby ha desaparecido hace ya ocho días, sin dejar rastros de su nueva residencia. Han corrido ciertos " rumores de que iban a detenerle, y la pobre mamá no hace más que llorar.

" Ayer, por la noche, la prima Isa consiguió arrancarle la confesión de lo que ya " sospechábamos — de lo que no hemos " querido decir, Alberto, — y es que el título de propiedad fué ella la que te lo remitió...

" No le ha costado poco trabajo a Isa el " hacerle referir como ocurrió todo! Voy a " decirte sólo lo más importante. Parece " que Mr. Plausaby había sufrido muchos " contratiempos. Habían venido algunos sujetos de Pennsylvania para exigirle una " cantidad importante, so pena de hacerle " encarcelar. Tenía, además, la causa que le " habían formado por el robo de los archivos de Perritaut y la demanda de aquel " señor gordo, a quien había vendido unos " solares asegurándole que estaban en pendiente. Tú le atormentabas diariamente " pidiéndole un dinero que no te podía dar, " y deseaba además alejarte para que no " pudieses servir de testigo contra él en la " demanda del señor gordo.

" En fin, no sabía que partido tomar, " cuando vió en la oficina del correo un paquete grande que procedía de Red-Owl, " llevaba el timbre de la administración de " rentas e iba dirigido a Mr. Westcott. Esto " le sugirió la idea de hacer que mamá lo " retuviese y sacase de él el título de propiedad en blanco. Al día siguiente hizo " que te entregasen aquel documento como " si acabase de recibirlo a cambio del dinero que pretendía haber depositado a tu " nombre en Red-Owl. Había convencido a " mamá de que esto no presentaba ninguna " dificultad; que Mr. Westcott sería muy " pronto su yerno, y que, por lo tanto, habían de ir a parar al fondo general de la " casa sus solares; que aquel sencillo pedazo de papel timbrado bastaría para alejarte, evitándole a él a su vez una sentencia condenatoria en el asunto del señor " gordo, y por último, que tú mismo no tenías nada que temer.

" En una palabra: mamá obedeció sus órdenes, como tenía por costumbre, y cuando te prendieron, él fué quien le impidió, " por medio de tremendas amenazas, el ir " a confesar toda la verdad.

" También tienes tú alguna culpa, Alberto, pues has preferido ir a la cárcel a verle encausado. Todo esto es lo que la prima " Isa ha conseguido hacerle declarar en medio de abundantes lágrimas. A Isa, y sólo " a Isa, pertenece el honor de esta confesión. Sin su energía, sin su fe en ti, sin " su indomable resistencia, mamá no hubiese dicho nada: no sabía más que llorar y " retorcerse en la cama sollozando. Ahora " que no está sometida a la influencia de " Plausaby, comprende mejor que nunca su " falta, e Isa ha conseguido arrancarle una " declaración firmada de los hechos.

" Estamos dispuestos a valernos de esta " declaración para hacer que se anule tu " sentencia, si no consientes en venir a

" buscarnos en compañía de Mr. Dare. Ma-
" má se halla también dispuesta a aceptar
" las consecuencias de su error y no quie-
" re dejarte donde estás, cueste lo que
" cueste. Decídete. Creo que acabarás por
" pensar como nosotras, que la mejor con-
" clusión es aceptar la libertad.

' Este es el voto más querido de tu her-
" manita. — Katy Charlton".

Terminada la lectura de esta carta. Alberto permaneció callado. Pesaba en su conciencia las dos determinaciones que podía tomar. ¿Continuaría allí, es decir, condenaría a su madre a sufrir todos los horrores de una causa y de un encarcelamiento seguro y evidente? ¿Recobraría su libertad, el derecho de gobernar a su famliia a la manera que él solo lo entendía, trabajando para ella, empleando en una obra útil esos veintiún años que debía pasar en un calabozo?

Pronto eligió. Le hizo seña a Dare de que se hallaba dispuesto a seguirle, y deslizándose tras de él hasta el pie de aquella escalera en que Whisky Jim les había precedido, encontróse pocos minutos después instalado en un trineo que le esperaba en la sobra y que partió acto contínuo, rápido como un relámpago.

En el momento en que tomaba asiento, una manecita enguantada se tendió hacia él, saliendo de algo que había tomado por un montón de pieles.

—¡Isa! — exclamó. — ¡Estaba usted aquí y yo no sabía nada!...

—Le había recomendado a Dare que no se lo dijese; ¡pero estaba tan impaciente por saber qué determinación tomaba usted! — añadió muy emocionada.

Después, como asombrada y confusa de su vivacidad:

—Era preciso — agregó — que dejásemos cuanto antes a Nueva Bizancio, porque si llegamos a salir después de su fuga, nos habrían vigilado para descubrir donde se ocultaba usted.

¿Y Katy?... ¿Y mamá? — pregunt[illegible] berto.

—Están ya instaladas en la casa que Dare ha construído para usted junto a la suya, y en donde no hay peligro que vengan a buscarle a usted...

El trineo se deslizaba sin ruido. Dare y Jim, inclinados sobre los caballos, no hacían más que reconocer el camino sobre la blanca sábana que cubría la llanura. Todo estaba silencioso. Las estrellas titilaban y la luna llena parecía contemplar amorosamente aquella pareja que huía hacia la libertad.

Alberto pensaba en los sucesos de ayer, en la vanidad de los juicios humanos, en las ilusiones que dejara tras de sí, en todo cuanto le parecía una tremenda pesadilla perdida en un pasado lejano. Y su pensamiento se fijaba en la criatura modesta y desinteresada que no había dudado de él en su naufragio y que supo triunfar sola contra todos. Poco a poco sintióse penetrado por el dulce calor de aquella manecita enguantada que había conservado entre las suyas. La llevó a sus labios.

—Isa, — le dijo en voz baja: — ¿quiere usted compartir conmigo la casa que ha construído Dare?

Ella le miró sonriendo y en sus ojos brillaron dos lágrimas.

—¿Para qué sino para eso he venido a buscarle? — contestó.

Hubo un momento de silencio.

—¿Ahora dejará usted que Katy se case a gusto? ¿Verdad que sí?

—¿Con ése? — dijo señalando al cazador, cuyas anchas espaldas se dibujaban sobre el azul sombrío del cielo.

Ella inclinó la cabeza en señal de afirmación.

—Mi corazón se la dió — dijo Alberto — el día en que la sacó del lago.

En aquel momento volvióse Whisky Jim, y designando con el látigo un bosquecillo verde situado hacia el nordeste:

—Ya estamos libres de cuidados, Mr. Charlton. — dijo. — En aquel bosquecillo de árboles que usted ve a lo lejos le espera otro trineo, que le llevara al puerto de salvación; en cuanto a mí, voy a continuar el camino para hacerles seguir la pista a los alguaciles, si por casualidad se divierten corriendo tras de la huella del carruaje... ¡En fin, convenga usted conmigo en que no son las ideas las que hacen falta en Minnesota¡...

Hizo chasquear el látigo y levantando desdeñosamente los hombros:

—¡Eso está bueno en Boston! — añadió con profunda convicción.

EDUARD EGGLESTON

La grippe no es una enfermedad tan moderna como generalmente se supone. Esta enfermedad está mencionada en una obra inglesa, "The Lame Lover" ("El amante rengo"), escrita en 1770 por Samuel Foote.

* * * *

"Un hombre honrado tiene más memoria que un mentiroso", — ha dicho Liponsky, una maravilla de memoria que recientemente se presentó en público en Londres. En dos días aprendió dos mil palabras inglesas.

* * * *

Un juez norteamericano afirma que el crimen es una consecuencia de un defecto físico del cerebro. Se basa para hacer tal afirmación en 40.000 comprobaciones realizadas en los tribunales de Chicago.

* * * *

Las serpientes pitón, que hacen la huelga de hambre cuando están en cautiverio, son alimentadas a la fuerza por medio de un tubo que se llena de trozos de carne que se empuja hasta dentro del reptil.

EL ERIZO

—¡Es curioso! ¡Hubiera jurado que me había sentado en algo que me pinchaba, pero no lo veo!

Quereis la Salud?? . . .

APERITIVO TONICO ESTOMACAL

UNICOS INTRODUCTORES:

JOSÉ PERETTI & Cia. - Buenos Aires

Maravilloso: LOS VERDES OJOS DE BAST

BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

Viernes
Abril 30
de 1926

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO IV. PUBLICACION SEMANAL No. 135

Corresponde esta escena a la novela titulada:

Los juguetes

escrita en inglés por la famosa autora Baronesa Orczy,
y que traducida especialmente para "Pucky" aparece completa en este número.

DESPUES DE PROBARSELOS TODOS

El cliente: — ¡Oh! ¡No hay que darle vueltas! La galerita es el único sombrero que da realmente tono a una cara.

Los juguetes

Extraordinario relato de grandísimo interés original de la baronesa Orczy y traducido por primera vez a nuestro idioma.

Los verdes ojos de Bast

Continuación de la gran novela de Sax Rohmer cada vez más atrayente.

Surcouf

Continuación de la vibrante novela de piraterías y batallas.

El gato, el gallo y la zorra

Un agradable cuento de un gran autor ruso.

Estampido final

Nota cómica en colores

Historia de moscas

Curioso y divertido artículo humorístico.

La fantasía de la moda

Comentario gráfico en colo

Poca simpatía

Nota cómica en colores.

.l barrendero

Artículo humorístico del gran novelista Alfred Capus.

La voz del amo

Un cuento encantador y emocionante con ilustraciones en colores.

Bonbons fins

Chistes y chascarrillos de todas procedencias.

¡Oh! ¡Estos hombres!

Nota cómica en colores.

El cerdo del vecino

Artículo humorístico de un famoso escritor francés.

El retrato del maestro

Juguete para que armen los grandes para divertir a los chicos.

Fantasma de Oriente

Novela completa de Pierre Loti, el popular novelista francés.

"Sin perder muchas palabras, el señor Ernesto Berty me metió en el carruaje e inmediatamente nos pusimos en camino." ("Los juguetes.")

UN RELATO DE GRANDISIMO INTERES

LOS JUGUETES

POR LA BARONESA ORCZY

(Traducción del inglés para "Pucky")

Una narración encantadora y originalísima, digna de la famosa autora de "The Scarlet Pimpernel" ("La anagálide roja")

I

TIENE usted razón, señor. Muy pocas veces hablo de mis tiempos de paz y tranquilidad, cuando el más grande de los monarcas que haya conocido el mundo me honraba con su confianza y su intimidad. Yo tenía mi oficina en la Rue de Saint Roch, entonces, en el piso alto de la casa que se halla junto a la iglesia, a pocos pasos del palacio. Puedo decir a usted, señor, que en aquellos tiempos los ministros de estado, los embajadores extranjeros, sí, y muchos miembros de la casa de su majestad, subían y bajaban por mis escaleras todo el día.

En cuanto a monsieur el duque d'Otrante, ministro de policía, enviaba a mí o por mi cada vez que un intrincado caso requería inteligencia especial, secreto—y astucia. Como, por ejemplo, en el caso de las limas inglesas. ¿Les hé hablado alguna vez de él? ¿No? Bueno; voy a relatarlo ahora.

Eran aquellos, señor, los días en que los decretos de Berlín del emperador iban a limpiar el mundo de comercio y de iniciativa inglesa. No era ya un caso de pagar enormes derechos de aduana sobre la mercancía inglesa o una multa mucho más alta aún si se os hallaba en el acto de contrabandearlos. Era prohibición total... y pena de muerte o poco menos si se os hallaban media yarda de tela de Bradford o media docena de limas de Shefield y tratando de introducirlas en el país. Pero usted sabe cómo son estas cosas, señor. Cuanto más estricta una ley sea, tanto más pronto se hallan ciertas criaturas que no reconocen ni ley ni derecho, a romperla. Nunca floreció tanto el contrabando como en esos días. Estoy hablando, señor, del año 1810 u 11 a lo sumo. Nunca había sido tan audaz ni los hombres que lo practicaban tan audaces y decididos.

El señor duque d'Otrante tenía las manos más que llenas, os lo aseguro. El contrabando era ya un negocio que requería la intervención de la policía secreta, pues ni los funcionarios aduaneros ni los guardacostas podían nada contra tal estado de cosas.

Hasta que un día vino a verme Hypolite Lerceux. Yo lo conocía bien, señor. Un inteligente y astuto sabueso, si alguna vez lo hubo, y bien se merecía tal calificativo, señor, porque era rojo como un zorro. — Ratichon, — me dijo, sin preámbulo alguno tan pronto como se halló sentado frente a mí y después que yo hube colocado una botella de mi buen Burdeos y un par de vasos sobre la mesa. — Ratichón, necesito su ayuda en el asunto de las limas inglesas. Hemos hecho todo lo que podemos, en nuestra sección; el señor duque ha doblado el personal aduanero en la frontera suiza, la guardia de costas es a la vez eficiente y bien organizada y, con todo, tenemos la seguridad, las pruebas, de que en este momento se usan en el país cientos de miles de limas inglesas. Y se usan aún dentro de los arsenales del ejército de su majestad, lo que usted convendrá conmigo, es el colmo. Monsieur el duque d'Otrante está decidido a poner fin a semejante escándalo. Ha ofrecido una buena recompensa a quien le proporcione informes que tiendan al arresto de uno o varios de los mayormente comprometidos, y yo estoy decidido a recibir esa recompensa,

SURCOUF Lea la continuación de esta novela sensacional en la página 24 de este número.

con su ayuda, si es que está usted dispuesta a prestármela.

—¿Cuál es la recompensa? — pregunté yo.

—Cinco mil francos, — respondióme. — Su conocimiento del italiano y del inglés es lo que me ha impulsado a ofrecerle a usted coparticipación en esta espléndida empresa...

—No vale la pena mentirme a mí, Leroux, — interrumpí yo con toda tranquilidad, — si es que vamos a trabajar juntos amistosamente.

Lanzó un juramento.

—La recompensa son diez mil francos. — Lancé este tiro a la ventura, conociendo bien, como conocía, o mi hombre.

—¡Juro que no lo es! — exclamó con calor.

—Jure usted otra vez y las que quiera, porque no he de trabajar con usted por menos de cinco mil francos, — repliqué.

En verdad que juró de nuevo y protestó en voz alta. Pero yo me mantuve firme.

—¿Quiere usted otro vaso de vino? — pregunté.

Después de esto, Leroux cedió.

El asunto tenía todos los contornos de algo escabroso, no exento de peligros. Los contrabandistas de mercancías inglesas eran gentes peligrosas, determinadas y audaces, que se jugaban el cuello por obtener las fantásticas ganancias que el "trabajo" permitía. En todo asunto de contrabando, el conocimiento de lenguas extranjeras es una invalorable ventaja. Yo hablaba el italiano bien y conocía bastante inglés. Sabía lo que valía. Bebimos ambos una copa de cognac y sellamos nuestro trato allí.

Después de lo cual Leroux acercó su silla a la mía.

—Escuche usted, pues, — dijo. — ¿Conoce usted la firma Fournier Fréres, en la Rue Colbert?

—De nombre, naturalmente. Cuchilleros y fabricantes de instrumentos de cirugía, abastecedores de su majestad. ¿Qué hay de ellos?

—Monsieur el duque hace algún tiempo que tiene el ojo sobre ellos.

—¡Fournier Fréres! — exclamé yo. — ¡Imposible! No existe en toda Francia firma comercial más respetable.

—¡Ya lo sé! ¡Ya lo sé! — replicóme, impaciente. — Sin embargo, es curioso que el socio menor, el señor Arístide Fournier, ha adquirido hace poco tiempo, una casa en St. Claude.

—¡En St. Claude! — volví a exclamar.

—Sí; bastante cerca de Gex, ¿verdad?

Hice un movimiento de hombros porque aquella circunstancia, en verdad, parecía un tanto extraña.

Gex, señor, aquel maravilloso lugarejo en las montañas del Jura, colocado justamente fuera del borde de la zona aduanera de su majestad, era conocido como nido de contrabandistas. El gobierno suizo, del otro lado, estaba siempre dispuesto a cerrar un ojo y mirar para otro lado con el otro, siempre que la palma de su mano fuera lo suficientemente "engrasada" por la poca escrupulosa hermandad mientras que, por otro lado, las montañas del Jura, con sus angostos desfiladeros y pasajes ofrecía un excelente medio para introducir de contrabando mercancías en Francia, bajo las mismas narices de los aduaneros.

—Pero no se puede ir a Gex sin permiso de la policía, — observé.

—No, — respondióme; — a menos que uno sea joven y vigoroso y pueda trepar por las montañas, cosa que lo es el señor Fournier, así como un completo montañés. Sólo dos caminos salen y entran a ese distrito, — continuó. — Ambos pasan por sobre puentes que cruzan el Valserine y ambos tienen puestos aduaneros justamente dentro de nuestra frontera. Pero, además de estos dos caminos, la frontera puede ser cruzada, como es natural, por cualquiera de los angostos desfiladeros que sólo son accesibles a los peatones y a las mulas. Es allí donde nuestros funcionarios de aduana quedan burlados, porque los pasajes son precipicios y ofrecen ilimitado abrigo a aquellos que conocen cada pulgada del terreno. Son esos desfiladeros y pasajes los que usa el señor Arístide Fournier para llevar a cabo su felón comerico con el enemigo. En eso jugaría mi vida. Pero intento ponerme sobre sus pasos y, si obtengo la ayuda que solicito de usted, tengo la convicción de poder pescarlo tarde o temprano.

—Soy su hombre, — respondí simplemente.

—Muy bien, — respondió él sin sorpresa. — ¿Está usted pronto para partir conmigo a Gex?

—¿Cuándo parte usted?

—Hoy.

—Estaré pronto.

Lanzó un profundo suspiro de satisfacción.

—Entonces, escuche usted cuál es mi plan, — continuó Leroux. — Viajaremos juntos hasta St. Claude, desde donde usted seguirá hasta Gex, y allí buscará alojamiento en la ciudad, titulándose intérprete. Esto le dará a usted oportunidad de mezclarse con algunos de los contrabandistas. Debe usted andar siempre con los ojos abiertos y las orejas alerta. Yo, por mi parte, buscaré alojamiento en Mijoux, que está en la frontera, a una media docena de kilómetros de Gex; todos los días arreglaré de hallarme con usted, a fin de que usted me comunique las novedades que tenga. Y conviene que sepa usted, Ratichón, — agregó, con gravedad, — que esto quiere decir que hay que marchar derecho, o la recompensa se le escapará a usted por entre los dedos.

Fingí ignorar la ruda amenaza, y respondí con calma:

—Necesito tener dinero a cuenta. Soy hombre podré y tendría que sacar dinero de mi bolsillo desde el momento mismo en que diera el primer paso en dirección a Gex hasta aquel en que usted me pague lo convenido de la recompensa.

Por toda respuesta, sacó él una cartera de su bolsillo, la que, observé, estaba rebosando de billetes de banco. Esto me hizo Comprender dos cosas: que era él, en verdad, emisario de monsieur el ministro de

Policía, y que podía yo haber exigido un millar de francos adicional, sin temor a perder el trabajo.

—Le daré a usted quinientos a cuenta, — dijo Leroux, humedeciendo el pulgar ancho y chato en la lengua para contar el dinero.

—Cuente usted un millar, — dije, — y llámelo usted "adicional" y no "a cuenta".

Lanzó tres juramentos y trató de argumentar.

—No tengo mayor interés en el negocio, — dije con estudiada calma. — De manera que si usted cree que pido mucho, hay otros por ahí que lo harían por menos dinero que el que yo pido.

Era esta una maniobra peligrosa, señor. Pero tuvo éxito. Leroux no sólo no maldijo, sino que rió y contó diez billetes de cien francos y los colocó sobre la mesa. Pero antes de que yo los hubiera podido tocar, colocó él sobre ellos su huesoa mano, y me miró fijamente a los ojos, al mismo tiempo que decía, significativamente:

—Las limas inglesas valen hasta veinte francos cada una en el mercado.

—Lo sé.

—Los hermanos Fournier no se atreverían a correr los riesgos que van a correr por un cargamentos de menos de diez mil limas.

—Sin la menor duda, — respondí, inocentemente.

—Será de su cuenta averiguar cuándo y cómo piensan pasar el cargamento a territorio francés.

—Exactamente.

—Y comunicarme cuanta información haya usted obtenido.

—¿Y vigilar también el valioso cargamento, como es natural? — concluí yo.

—Sí, — respondióme rudamente. — Tenerle el ojo encima; pero las manos lejos, ¿me entiende, mi buen Ratichon? De lo cintrario puede haber lío.

No esperó a escuchar mi indignada protesta. Se había puesto de pie, volviéndose para marcharse. Me extendió su enorme, ruda mano.

—¿Estamos de acuerdo?

Se la estreché. Naturalmente, Leroux no había querido ofenderme. Era un hombre ordinario, sencillo, que no conocía a un caballero cuando lo tenía delante.

Y nos separamos excelentes amigos.

II

UNA semana más tarde, yo estaba en Gex. En St. Claude me había separado de Leroux y había alquilado una silla de postas para que me llevara a mi destino. Eran sólo unos quince kilómetros, sobre la zona de la aduana, por terrenos que ofrecían los más maravillosos paisajes que yo haya nunca visto. Marchábamos por angostas gargantas, a cuyos lados la montaña se alzaba, como cortada a pico, hasta alturas incalculables. Solamente de vez en cuando conseguía yo echar una mirada casi imperceptible a lo largo de los declives, por algún corte en las montañas, observando pasajes por los cuales parecía que sólo un chivo o animal similar podría pasar. Una vez cientos de piés sobre mi cabeza, alcancé a ver un par de mulas descendiendo lo que parecía, a aquella altura, una senda vertical casi que bajaba por la ladera de la montaña. Los animales parecían hallarse pesadamente cargados, y me pregunté qué clase de mercancías transportarían, y si en los días siguientes no me vería yo también obligado a arriesgar mi vida entre aquellos precipicios en persecución de esos audaces y astutos burladores del fisco.

Confieso que, a ese pensamiento, y con tales paisajes ante mi vista, no pude contener un estremecimiento de disgusto.

Nada de importancia ocurrió durante los primeros quince días de mi estadía en Gex. Me había instalado en unas habitaciones moderadamente confortables, en el corazón de la ciudad, cerca de la iglesia y del mercado. En los vidrios de una de las ventanas de mi habitación, que se hallaba situada en el piso bajo y que daba a la calle, había yo colocado un letrero que anunciaba: "Aristide Barrot, intérprete", y en una línea más abajo: "Inglés, italiano, alemán". Hasta había tenido unos cuantos clientes, pequeñas conversaciones entre algunos pobres diablos que habían sido arrestados en el acto de contrabandear algunos pocos metros de tela suiza o algunos quesos de crema, y que eran enviados a Gex para ser puestos a disposición de las autoridades competentes.

Leroux había hallado alojamiento en Mijoux y venía dos veces a Gex para conversar conmigo. Nos encontrábamos, por las mañanas y al anochecer, en el Café et Restaurant du Crane Chauve, pequeña y oscura taberna situada en las afueras del pueblo. Leroux se estaba impacientando de lo que comenzaba a llamar mi estupidez y remolonería; pero es que, por lo menos hasta entonces, nada tenía yo que decir.

No había la más mínima indicación, por parte alguna, de la presencia en Gex de monsieur Aristide Fournier. Nadie en la ciudad parecía conocerlo o haber oído hablar de él, si bien el propietario del hotel principal recordaba haber etnido un huésped de ese nombre una o dos veces el año anterior. Pero naturalmente, durante los primeros días de esa estadía en la ciudad, era imposible que yo creyera todo lo que yo oía decir. No había yo aún tenido éxito en ganarme la confianza de los habitantes. Pero bastante pronto me fué completamente evidente que todo el pueblo y los alrededores del mismo se hallaban ocupados en el peligroso y lucrativo comercio del contrabando. Todo el mundo, desde el alcalde hasta el menos conspicuo de los ciudadanos, tomaban parte, de vez en cuando, en uno que otro negocio. Eso significaba multas y prisión, en caso de reincidencia; pero dos días después de mi llegada a Gex ví ser entregados a la policía dos pobre diablos que habían sido arrestados en el momento que intentaban hacer pasar el Valserine a seis mulas cargadas. Dos días después fueron colgados en la plaza del pueblo

Puedo asegurar, señor, que esta justicia sumaria me hizo estremecer de nuevo desagradablemente, y me pregunté yo si Leroux estaría en lo cierto, al sospechar que un comerciante honesto como el señor Arístide Fournier se atrevería a correr riesgo tan formidable, aún tratándose de las grandes ganancias que ese comercio daba.

Al cabo de quince o diez y seis días de haber llegado yo a Gex, el tiempo que, hasta esos momentos había sido magnífico, se desató en lluvias y tormentas. Nos hallábamos entonces en la segunda semana de setiembre; una lluvia torrencial había estado cayendo todo el día, y salí yo solamente a encontrarme con Leroux, como de costumbre, en el Café du Crane Chauve. Acababa de regresar de nuestra acostumbrada entrevista del atardecer; eran ya las diez de la noche y me disponía yo a meterme en el lecho, cuando me sorprendió un violento llamado de la campanilla de la puerta de calle. No había tenido yo casi tiempo de preguntar si este tardío visitante desearía verme a mí o a mi dueña de casa, madame Bournon, cuando los pesados pasos de la buena mujer sonaron en el pasillo. Pocos segundos después oí la voz de un hombre que pronunciaba varias palabras en tono imperioso, y entre ellas mi nombre, a lo que la señora Bounon respondió que el señor Arístide Barrot se hallaba en casa. Un momento después introducía al nocturno visitante en la habitación.

Se hallaba embozado por completo, de pies a cabeza, en una capa de oscuro color; cubría su cabeza un amplio sombrero de anchas alas, que llevaba echado sobre los ojos, y al dirigirme la palabra no se quitó ni la una ni el otro.

—¿Es usted intérprete, monsieur? — preguntó, hablando en tono rápido, imperativo, entrando en materia sin preámbulo.

—Para servir a usted, señor.

—Me llamo Ernesto Berty. Deseo que venga usted conmigo, en seguida, a mi casa. Necesito de sus servicios como intermediario para entenderme con algunos hombres que han venido a verme por asuntos de negocios. Estos hombres son rusos, pero, — agregó, me pareció que a impulsos de una idea súbita, — pero hablan el inglés correctamente.

Supongo que mi expresión fué perfectamente de acuerdo con lo que sentía; un tanto dudoso, debido a la hora que era, para no mencionar para nada el abominable tiempo que hacía, pues mi visitante continuó, con ciertra impaciencia:

—Es absolutamente necesario que venga usted conmigo ahora mismo. Mi casa se halla situada a alguna distancia de aquí, pero tengo una silla a la puerta que nos llevará y lo traerá a usted de nuevo, — y añadió con tono significativo, — le pagaré a usted lo que desee.

—Es muy tarde, — dije, — y, además, el tipo . .

—¿Cuánto quiere usted? — interrumpió rudamente. — Cuánto, y en marcha en seguida.

—Doscientos francos, — dije, a la ventura

—¡Bien! ¡Venga usted! — replicó. — Le entregaré el dinero mientras vamos en marcha.

Tomé mi capa y mi sombrero, y pocos segundos después, estaba pronto a seguirlo. Avisé a madame Bournón de que no regresaría hasta unas dos horas después. Pero como yo tenía mis llaves no necesitaba molestarla para nada al regresar.

Una vez que salimos a la calle me arrepentí, casi, de haberme dejado arrastrar. La lluvia caía torrencialmente, y al principio no ví ni sombras de vehículo alguno. Pero, obedeciendo una orden de mi visitante, lo seguí calle abajo hasta la Plaza del Mercado, a cuya esquina ví, esperando, un carruaje tirado por dos caballos.

Sin gastar muchas palabras, monsieur Ernest Berty me hizo entrar al carruaje, que en seguida se puso en marcha. La oscuridad que reinaba era impenetrable y la silla que nos llevaba algo más que saltarina. Tuve muy pocas oportunidades de averiguar qué camino ceguíamos. Una pequeña linterna, colocada dentro del coche y frente a mí, cuya luz oscilaba incesantemente por los saltos del vehículo, me imposibilitaba aún más de ver fuera el camino que seguíamos. Mi compañero, sentado junto a mí, permanecía inmócil y absorto; al cabo de un tiempo me aventuré a preguntarle qué camino seguíamos.

—A través de la ciudad, — me respondió. — Mi casa está en las afueras de Divonne.

Ahora bien; Divonne, según yo sabía bien, se halla bastante cerca de la frontera suiza. Queda una distancia de unos seis o siete kilómetros, o sea una hora larga de viaje en este vehículo por demás incómodo. Quise repetidamente trabar conversación con mi compañero, pero no pude poner nada en limpio debido a su taciturnidad.

Fuera de eso, sin embargo, poco o ninguna causa de queja tenía yo; después de pasar el primer cuarto de hora, y cuando ya habíamos dejado el empedrado de las calles del pueblo, mi taciturno compañero sacó de su bolsillo un rollo de billetes de Banco; y, a la luz temblorosa del farolillo colocado frente a nosotros, separó cuatro billetes de cincuenta francos y me los entregó, sin pronunciar una palabra.

El camino que seguíamos era algo extraordinariamente fatigante. Pero, después de algún tiempo, supongo que el monótono rumor de las ruedas y el incesante caer de la lluvia en los cristales, unidos al silencio de mi compañero de viaje, me sumieron en una especie de sopor. Sea como sea, el caso es que, repentinamente, mucho antes de lo que yo había calculado, la silla de postas se detuvo con un chirrido, arrancándome de mi semiinconsciencia la voz de monsieur Berty que decía, secamente:

—¡Hemos llegado! ¡Venga usted conmigo!

Estaba yo completamente duro, señor y tiritaba... no tanto de frío como de nerviocidad. No será necesario que lo diga, para que usted lo suponga, señor, que todas mis facultades estaban en el "qui-vive". No podría precisar cómo sucedió; pero el caso es que, durante aquel fatigoso viaje bajo la

lluvia, junto a un compañero que no pronunciaba palabra, había yo adquirido la convicción de que mi aventura actual tenía algo que ver con Fournier hermanos y con las limas inglesas que quitaban el sueño de tantas de las noches de monsieur el duque d'Otrante, ministro de Policía.

Pero nada en mis maneras ni en mi conducta, mientras bajaba yo del coche en el portal de la casa, que aparecía extremadamente oscuro y sólido, traicionaba en lo más mínimo lo que yo pudiera sentir. Aparentemente, no era yo otra cosa que un satisfecho "bourgueois", intérprete de profesión, y encantado del espléndidamente remunerado trabajo que la casualidad había puesto en mi camino.

La casa, en sí, aparecía solitaria a la vez que oscura. El señor Berty me condujo por un largo y angosto pasadizo, al final del cual había una puerta, que abrió, diciendo en su tono brusco usual:

—Tenga a bien esperar aquí. Enviaré por usted.

Cerró la puerta de nuevo, y a poco oí el rumor de sus pasos alejándose por el corredor. Yo me hallaba en un salón pequeño, escasamente amueblado, alumbrado débilmenmente por una lámpara de aceite que colgaba del techo, cuyo piso apenas cubría una alfombra cuadrada; dos sillas colocadas junto a una pequeña estufa de hierro. Una pequeña ventana en una de las paredes, noté que estaba defendida por barrotes de hierros y persianas. Me senté, esperando. Al principio, el silencio que me rodeaba era roto solamente por el caer de las aguas contra las persianas cerradas, y el silbido del viento entrando por el tubo de la chimenea; pero, después de un poco de tiempo, mis sentidos, que a esas horas se habían convertido ya en superagudos, si se me permite la expresión, comenzaron a notar ciertos ruidos débiles dentro de la casa misma, pasos sobre mi cabeza, murmullos confusos de voces y, más que todo, el inconfundible rumor de una voz femenina, alzada como en tono de amenaza o de queja.

Sin saber yo cómo ni por qué, una vaga sensación de alarma se apoderó de mi sistema nervioso. Comencé recién entonces a darme cuenta de mi situación allí, solo en una casa extraña, sobre cuya ubicación no tenía yo la menor idea y entre hombres que, de de ser mis sospechas ciertas, eran nada más ni menos que un grupo de criminales que ante nada retrocedían.

Las voces, especialmente la de mujer, sonaban ahora mucho más claras. Me puse en pie y avancé en puntillas hasta la puerta, la que abrí muy despacio. No había la menor duda sobre el tono de ruego desesperado que vibraba en la voz de mujer, llegando desde alguna de las habitaciones superiores. Hasta alcancé a oir algunas palabras.

—¡Oh, no, no! ¡No más, por favor!—repetidas a intervalos, con desesperada insistencia.

Tratando de sobreponerme a mi natural ansiedad, abrí la puerta un poco más y salí al pasillo, todos mis sentimientos caballerescos despiertos y al servicio de la belleza en apuros, despiertos por aquellos desgarradores gritos. Olvidando todos los peligros posibles y toda prudencia me lancé corredor abajo, determinado a cumplir con mi deber de caballero tan pronto como hubiera podido poner en claro de dónde venían aquellos gritos de angustia. Pero en ese momento oí el característico fru-fru de la seda y el rumor de pasos apresurados bajando las escaleras. Un momento después, una visión radiante, en blanca muselina, rubios rizos, perfumada de violeta, descendió sobre mí; una manecita pequeña y cálida se apoderó de una de las mías y me condujo, sin resiscia, de nuevo a la habitación que momentos antes había yo abandonado.

Estupefacto, contemplaba yo aquella aparición de ensueño. Era una joven, esbelta, como un lirio, vistiendo un vestido de muselina blanca, que la hacía aparecer aún más esbelta. Sus cabellos rubios habían sido exquisitamente peinados en un sin fin de rulos, que servían de marco a un rostro sonrosado, purísimo.

¡Era exquisita, señor! Y sus ojos azules, profundos, usted no podría imaginarlos más bellos, señor. Pero lo que me llegó al corazón fué la expresión de horror y de miseria que se pintaba en su rostro; juntó sus manos en ademán de súplica, y sus ojos azules se llenaron de lágrimas.

—¡Váyase usted, señor! ¡Váyase en seguida! — murmuró, en voz baja, hablando con rapidez. — ¡Se lo ruego a usted! No pierda un minuto. Si estima usted en algo su vida, ¡váyase, por Dios!

—¡Mais, mademoiselle...! — exclame, confundida, porque, si he de decir verdad, su actitud toda había despertado mis peores presentimientos. Pero, también, todos mis instintos de sabueso olfateando la presa.

—¡No discuta usted, monsieur, se lo ruego, — continuó la maravillosa criatura que, en verdad, parecía ser presa de emociones incontenibles; horror, espanto, terror. — Cuando él regrese, que no lo encuentre a usted aquí. Yo le explicaré, trataré de hacerlo comprender, pero váyase usted.

Confieso—sin vergüenza, señor, que tengo muchas faltas; que mi carácter no es precisamente todo lo que debía ser; pero, gracias a Dios, la cobardía no es una de mis faltas; de manera que cuanto más rogaba aquel ángel vestido de mujer, tanto más determinábame yo a ver el fondo del negocio. Naturalmente, yo ya estaba convencido de hallarme en la pista de monsieur Aristide Fournier y de las limas inglesas; y no estaba yo dispuesto a perder cinco mil francos y la gratitud del ministro de policía así como así.

—Mademoisele, — dije, con toda la calma que me fué posible adoptar, — permítame que le asegure que, si bien su ausiedad por mi modesta persona es como agua al sediento, no tengo el menor temor por mi propia seguridad. He venido como simple intérprete que soy y, ciertamente, no valgo mucho más fuera del camino; por otro lado, se me han abonado ya mis servicios y estos habre de poner a disposición de quien me ha paga-

do por ellos todo lo mejor que sepa y pueda.

—¡Ah! ¡Pero es que usted no sabe...! — respondióme, sin apartarse un ápice de su actitud de terror y miedo. — ¡Usted no sabe donde está! ¡Esta casa no es otra cosa que una guarida de criminales, dentro de la cual ninguna persona honesta, hombre o mujer, se halla segura.

—Perdón, mademoiselle; — respondí, con toda la frivolidad y galantería de que fuí capaz; — pero tengo ante mi la prueba de que, por lo menos, hay en ella ángeles.

—¡Ah, monsieur...! Si se refiere usted a mí, — respondióme, con un suspiro de dolor, — yo solo merezco compasión. Mi querida mamá y yo no somos otra cosa que esclavas de mi hermano, que nos usa como simples instrumentos para sus nefastos fines.

—¡Pero...! — murmuré, estupefacto hasta casi perder la palabra ante la villanía que las palabras que mi ángel implicaban.

—Mi madre, señor, — dijo, — es anciana y enfermiza. Está muriendo de angustia a la vista de las maldades desu hijo. Yo no puedo, no quiero dejarla; pero, sin embargo, daría mi vida por verla libre de las garras de mi malvado hermano.

Mi alma entera se conmovió por la intensidad de pasión que vibraba en las palabras de esta magnífica criatura. ¿Qué tremebundo y horrible misterio de iniquidad y crimen escondían las paredes de esta casa?, me preguntaba yo. ¿En qué tragedia me vería yo envuelto así, mientras cumplía con mi deber prosaico en beneficio del tesoro de su majestad? Como un relámpago pasó por mi mente la idea de que, tal vez, podría yo servir mejor, tanto a su majestad como a esta maravillosa criatura, abandonando esta casa y permaneciendo toda la noche oculto en alguna parte en los alrededores, hasta poder, durante el día, localizarla exactamente. Luego podría comunicarme de inmediato con Leroux y era un consumado criminal. Ya había comenzado a formarse en mi mente un plan audaz y temerario, ya, in mente también, medía yo la distancia que separaba aquel saloncito de la puerta de la casa, cuando, a lo lejos, oí el rumor de pesados pasos descendiendo lentamente una escalera. Lancé una mirada a mi compañera, y observé que sus ojos se dilataban gratualmente con creciente terror. Lanzó un grito ahogado, se apretó el pañuelo a los labios y murmuró roncamente:

—¡Demasiado tarde...!

Y escapó de la habitación, dejándome presa de tan encontradas emociones como nunca antes en mi vida había yo experimentado.

III

UNOS segundos después monsieur Ernest Berty, o cualquiera que haya sido su nombre verdadero, entró en la habitación. Si encontró a su exquisita hermana en el corredor o en la escalera, no podía yo conjeturar. Su rostro a la débil luz de la colgante lámpara de aceite, aparecía impenetrable y siniestro.

—Por aquí, monsieur Barrot, — dijo, con sequedad.

Por un segundo se me ocurrió lanzar sobre él todo el peso de mi persona, que era considerable, y correr hacia la puerta central. Pero era más que probable que se me atajaría en el camino y se me traería de vuelta, después de lo cual sería, con toda seguridad, sujeto más que sospechoso para estos pillastres, en cuyo caso mi vida no valdría un vaso de mal vino. Teniendo presente las advertencias de la muchacha, comprendí que la única probabilidad de seguridad para mi persona, la única posibilidad de escapar de allí para servir mañana de algo a la joven estaba en disimular, en fingir completa ingenuidad y buena fe.

Asumí, pues, una expresión perfectamente profesional y seguí a mi compañero escaleras arriba. Me introdujo en una habitación justamente sobre aquella en la cual había estado esperando hasta entonces. Tres hombres, vistiendo rudas ropas se hallaban sentados a una mesa, sobre la cual había un par de jarros y cuatro vasos de bronce, vacíos. Mi contratante me ofreció un vaso de vino, que rehusé; luego nos pusimos a trabajar.

A las primeras palabras que monsieur Berty pronunció, comprendía que mis conjeturas había estado en lo cierto. Si era él personalmente Aristide Fournier u otro representante de aquella firma, o un simple pillastre entregado a canallas trabajos y ocupaciones, es cosa que yo no podía determinar; pero lo cierto es que, por medio de frases cifradas y palabras y expresiones convenidas, que él creyó yo no entendía, daba instrucciones a aquellos hombres para conducir ciertos cargamentos de contrabando a traves de la frontera. Se habló mucho de los "juguetes" y los "niños"; estos últimos debían dar un paseo por la montaña, pero evitar las "espinas". Los juguetes" deberían ser seguramente amarrados y protegidos contra la tormenta. Se trataba, evidentemente, de un caso de mercancía de contrabando, de mulas y de agentes aduaneros, siendo estos últimos las "espinas". Cuando hubimos terminado, ya no tenía yo la menor duda de que el cargamento de contrabando era de limas o de navajas inglesas, ya que era extraordinariamente valioso y no abultaba nada, ya que solo dos "niños" serían suficientes para llevar todos los "juguetes" durante considerable distancia. Aquellos hombres eran, también, sin la menor duda, ingleses, pues yo ensayé en ellos algunas palabras que conocía del ruso, y sus semblantes permanecieron completamente inexpresivos.

Sí; ahora estaba yo convencido de hallarme sobre las huellas de monsieur Aristide Fournier, y una de los contrabandos más importantes de mercancías enemigas que se haya intentado o llevado a cabo en Francia. Cinco mil francos, buena suma de dinero en aquella época, señor, me estaba prácticamente asegurada, pues ya mi fértil cerebro me había sugerido no menos de media docena de medios para atrapar a estos canallas contrabandistas.

Haría ya terminado yo mi trabajo y me

disponía a retirarme, pero lo monsieur Ernest Berty me llamó.

—Un momento, monsieur Barrot, sil vous plait.

—A su servicio, señor.

—Como usted ve, — continuó, — esos señores no conocen una sola palabra de francés. Durane todo el camino que tengan que recorrer, hallarán puestos de gente amiga que les informará de las condiciones en que se halle el camino que tengan que recorrer y de cualquier peligro que pueda haber delante. La ignorancia de nuestra lengua, puede serles un motivo de graves trastornos y peligros. Necesitan un intérprete que los acompañe por las montañas.

Hizo una corta pausa, y luego agregó, abruptamente:

—¿Quiere usted ir con ellos? Este asunto es importante, — continuó rápidamente, — y estoy dispuesto a pagar bien a usted. Esto significa un par de noches de viaje, un día de descanso en las montañas, y habrá diez mil francos para usted en esto, si los "juguetes" llegan sin molestia a St. Claude.

Supongo que algo en mi rostro debe haber traicionado el entusiasmo repentino que sentí. Aquí estaba el dedo de la providencia señalándome el mejor medio de cazar y burlar a este empedernido criminal. No es que yo me dispusiera a arriesgar mi pescuezo por los diez mil francos que se me ofrecían; pero como guía de confianza que iba a ser de los "juguetes", podría conducirlos no a St. Claude como él inocentemente podría suponer, sinó a los brazos de Leroux y los funcionarios de la Aduana.

—Entonces, ¿estamos de acuerdo — preguntó, en su tono seco e imperioso habitual, tomando mi silencio por afirmativa. — ¿Diez mil francos y usted acompañará a estos señores y sus "niños" hasta St. Claude?

—Soy un hombre pobre, monsieur, — respondí, tristemente.

Luego, de entre un número de papeles que se hallaban sobre la mesa seleccionó uno, que me ofreció.

—Sí, — respondí. — Está a poca distancia de Gex.

—Esto, — señaló el papel que me había entregado, — es un plano de la aldea y del paso de Cergues, cerca de ella. En el punto que he marcado con una cruz, mañana por la noche a las ocho, estaremos yo y mis hombres esperando a usted. No puede usted perderse ni dejar de hallar el punto indicado, porque el plano es sumamente exacto y muy minucioso, y el sitio marcado con la cruz se halla a menos de quinientos metros de la última casa, a la entrada del paso. Yo acompañaré a mis hombres hasta ese momento, y luego se los entregaré a usted para que los conduzca por la montaña. ¿Está claro?

—Perfectamente.

—Muy bien, entonces. Puede usted retirarse. El coche está esperándolo a la puerta. Usted sabe su camino para llegar a ella.

Me despedí con un corto saludo de cabeza y dos minutos después me hallaba yo fuera de esta casa misteriosa, instalado en el destartalado vehículo y de regreso a mis habitaciones.

Estaba yo completamente deshecho de fatiga y de nerviosidad, y creo que la mayor parte del camino me lo pasé durmiendo. Lo cierto es que el viaje de regreso no fué ni la mitad tan largo como el de ida. La lluvia caía pesadamente; pero no me importaba nada el estado del tiempo ni la fatiga. Mi camino hacia la fama y la fortuna había sido más fácil de lo que yo hubiera podido aún soñar. A la mañana siguiente yo vería a Leroux, arreglando con él los detalles de la captura de los imprudentes contrabandistas; y yo pensé que el medio mejor para eso sería que él me saliera al encuentro, al encuentro de mis compañeros y sus "niños" y sus "juguetes", al comienzo mismo de nuestro viaje, ya que no me satisfacía mucho la idea de cruzar por pasos y desfiladeros solitarios y peligrosos en compañía de semejantes rufianes.

Llegué a casa sin inconveniente alguno. El vehículo se detuvo frente a la puerta de mi alojamiento, y me disponía yo a bajar cuando mis ojos si fijaron en algo blanco que reposaba en el asiento delantero del carruaje, de manera que la luz de la linterna caía sobre él de lleno. Creo que, durante el viaje, estuve demasiado cansado y dormitando para fijarme en él; pero ahora, después de examinarlo cuidadosamente, ví que era una carta que me estaba dirigida. "Monsieur Arístide Barrot, intérprete." Y debajo, "Muy urgente".

Tomé la carta que oculté en mi capa, y bajé; el vehículo inmediatamente se puso en marcha y desapareció en la oscuridad de la noche. Yo apenas había podido ver los caballos, pero sin siquiera tener tiempo de echar una mirada sobre el cochero. Me metí en mi habitación y, a la luz de la lámpara de mesa, desdoblé la misiva y me puse a leerla. No estaba firmada, pero a las primeras palabras, comprendí que quien la escribía no era otra que la hermosa muchacha que se me había aparecido en aquella guarida de criminales como un ángel.

"Monsieur, — decía la misiva, escrita a todas luces con mano que la emoción hacía temblar, — usted es bueno; usted es bondadoso. Mi pobre madre, a quien adoro, está enferma de terror y de dolor. Mucho me temo que muera, si queda mucho más tiempo en poder de este monstruo que, desgraciadamente, es mi propio hermano. Y si ella me falta, qué será de mí, sin que nadie se interponga entre mí y sus crueldades? Mi pobre madre tiene algunos parientes que residen en St. Claude. Ella hubiera ido ya a refugiarse a su lado, de no ser que mi hermano nos conserva aquí virtualmente prisioneras. Ahora, gracias a una casualidad verdaderamente extraordinaria, mi hermano se hallará ausente durante todo el día de mañana y la noche siguiente. Mi querida madre y yo vemos que este es el medio que Dios nos ofrece para nuestra liberación. ¿Quiere usted..., puede usted ayudarnos, querido monsieur Barrot? Mi madre y yo estaremos en La Pailly mañana, una hora antes de la puesta del sol. Estaremos ocul

tas en la taberna del Rey de Roma, donde, si usted nos viene a buscar, nos hallará esperándolo ansiosamente. Todo lo quo deseamos es algún vehículo y la compañía de un hombre bravo como usted hasta St. Claude, donde nuestros parientes le agradecerán a usted toda su bondad y la generosidad demostrada para con dos pobres y aterrorizadas mujeres, y donde yo besaré sus manos con gratitud y devoción."

Sería imposible, señor, que tratara de describiros las encontradas emociones que despertó en mi corazón la desesperada misiva. Todos mis instintos de caballerosidad despertaron. Y me decidí a cumplir con mi deber de hombre y galano caballero para con estas dos pobres mujeres. Aún antes de meterme en la cama había decidido in mente lo que habría de hacer. Afortunadamente, me era posible conciliar mis deberes para con el emperador, como buen ciudadano del imperio, y aquellos que me debía a mí mismo, respecto de la recompensa por la captura de los contrabandistas, con mis deseos de ayudar y de salvar a aquella divina criatura cuya belleza había inflamado mi impresionable corazón, y así tener mis manos besadas por ella con gratitud y devoción.

A la mañana siguiente, Leroux y yo nos hallábamos enfrascados en nuestros planes, mientras bebíamos café, fuera de la Crane Chauve. Leroux se hallaba trastornado de alegría y satisfacción ante la posibilidad de la famosa captura, la cual, como es de suponer, redundaría en crédito suyo, aun cuando todo el resultado del asunto se debiera a mi cerebro, a la fertilidad de mi imaginación y a mi audacia. Afortunadamente, lo hallé no sólo dispuesto sino deseoso de prestarme toda la ayuda que yo pudiera desear respecto a las dos damas que se habían puesto bajo mi protección.

—Puede ser que saquemos valiosos informes de ellas, — observó Leroux. — En el entusiasmo de su gratitud es muy posible que ellas lleguen a traicionar algún importante secreto sobre nefastos negocios de la respetable firma de Fournier Hermanos.

—Lo cual prueba en forma irrecusable, una vez más, — dije yo, — lo mucho que me deben usted y monsieur el ministro de Policía.

No discutió Leroux el punto; a decir verdad, nos hallábamos los dos demasiado satisfechos para perder tiempo y gastar saliva en inútiles discusiones. Nuestros planes para aquella noche eran muy simples. Estudiamos el plan que me había dado Fournier-Berty hasta que llegamos a la conclusión de que podríamos llegar con los ojos vendados al punto marcado con una cruz. Convinimos en que Leroux se ocultara allá con un buen refuerzo de gendarmes, hasta el momento en que yo apareciera en escena, identificara a mis amigos de la noche anterior, conversara con ellos algunos momentos, para alejarme después dejando a la ley en posesión del terreno, majestuosamente representada por Leroux, y a los bandidos en su poder.

Mientras tanto, yo había planeado mi parte privada y personal en el negocio de la noche. Alquilé un vehículo que habría de llevarme hasta St. Cergues. Allí me proponía dejarlo en la posada, para seguir a pie hasta el punto convenido, en el paso, en la montaña. Tan pronto como hubiera yo visto a los contrabandistas en manos de Leroux y sus gendarmes, regresaría a St. Cergues todo lo rápidamente que pudiera, montaría en mi vehículo, me dirigiría a toda velocidad a La Pailly, para colocarme a disposición de mi atribulado angel y su madre.

Leroux me prometió que en la estación de aduana de Mijoux los funcionarios cuidarían de mí y de las señoras, y que un par de caballos de refresco aguardarían para llevarnos velozmente a St. Claude, donde, si todo salía bien, podríamos hallarnos al amanecer.

Habiendo convenido todo esto en la forma indicada, nos separamos. El, para arreglar toda aquella parte del asunto que estaba a su cargo, con el comisario de policía y los funcionarios de la aduana, y yo para esperar, con toda la paciencia que pudiera, la hora en que debía partir para St. Cergues.

IV

La noche, tal como yo lo había previsto, prometía ser en extremo oscura. Una ligera llovizna, que calaba hasta los huesos, había reemplazado a la lluvia torrencial del día anterior. La noche caía rápidamente. Dejé el carruaje en el pueblo y audazmente me lancé a pie por el paso de la montaña. Yo había estudiado el plano con tal cuidado, que me sentía completamente seguro de mi camino; pero quería llegar al punto convenido cuando ya el último rayo de luz del día hubiera desaparecido.

Pronto dejé la última casa detrás mío, y entré en el angosto paso. La soledad de aquel lugar era indescriptible. Cada paso que daba en la piedra parecía despertar el eco en las alturas que, a pico, caían en precipicio a ambos lados del desfiladero. In mente, no pude menos de sentirme un tanto aterrado del coraje de que hacían gala aquellos hombres que, como Aristide Fournier y su pandilla, afrontaban tales y tantos peligros como los que las montañas y los hombres tenían para ellos en aquellos lugares, por el mero deseo de lucro fácil.

Habría yo andado, según calculé, unos quinientos metros, cuando percibí, delante de mí, el brillo de pequeñas luces que parecían moverse de un lado a otro. El silencio y la soledad ya no parecían tan absolutos. A pocos metros de donde yo me hallaba, había hombres vivos, dispuestos a todo, inconscientes de la red que les había tendido un astuto cerebro, red pronta a cerrarse en redor de ellos.

Un momento después fuí detenido por un imperativo grito de "¡Alto!" Un momento después había sido reconocido. Monsieur Ernest Berty o Aristide Fournier, cualquiera que fuera su nombre, observó con pocas pa-

labras mi puntualidad, mientras yo, con mirada rápida y escrutadora, tomaba buena cuenta de la pequeña compañía. Vi las vagas formas de tres hombres y dos mulas, que parecían estar pesadamente cargadas. Se hallaban en un lugar llano del pasaje, que parecía ser una caverna sin techo, cavada en la piedra de la montaña. Las paredes en redor les ofrecían, a la vez, abrigo y refugio. Ellos no parecían tener el menor interés en ponerse en viaje; tenían toda la noche por delante, según manifestó uno de ellos, en inglés.

Sin embargo, momentos después Fournier-Berty dió la señal de iniciar la marcha, preparándose él mismo a separarse de sus hombres. Justamente en ese momento mis oídos percibieron el rumor de pies, y antes de que ninguno de los canallas allí reunidos hubiera podido percatarse de lo que aquello significaba, Leroux y los gendarmes aparecieron, cerrándoles el camino y ordenando:

—¡En nombre del emperador, manos arriba!

Yo sólo recuerdo un confuso murmullo de voces, del ruido de armas de fuego, órdenes cortas y secas y gran cantidad de maldiciones lanzadas por el señor Aristide Fournier. Pero yo había visto a Leroux, y, como la parte que me correspondía del trabajo de la noche estaba terminada, cambié con él sólo algunas palabras, y me apresuré desandar el camino andado, a través de la noche y de la lluvia.

Encontré el vehículo esperándome en St. Cergues y, con la promesa de un "pourvoire" adicional, le hice castigar sus caballos con algún resultado en velocidad. Menos de una hora después nos hallábamos en La Pailly, donde nos detuvimos frente a la pequeña posada pomposamente llamada "Del rey de Roma". Al descender del vehículo me salió al encuentro la propietaria, la que, al preguntarle yo por dos señoras que debían haber llegado aquella mañana, en seguida me condujo al piso alto.

Ya mi mente se hallaba ocupada llamando y contemplando visiones de la rubia beldad el día anterior. Entré en una habitación pequeña, que olía a comida pasada y ropas húmedas. Y me hallé repentinamente ante una voluminosa y fea mujer, que, dificultosamente, se puso en pie al verme entrar.

—¿Monsieur Aristide Barrot? — preguntó con voz cascada, al cerrar la puerta la posadera.

—Para servir a usted, madame. — murmuré, confuso; — pero...

En verdad que estaba yo casi aterrorizado. Nunca en mi vida había visto yo algo tan grotesco como esta mujer. Para comenzar, era algo más que comunmente gorda y fea. Parecía una verdadera montaña de carnes; pero lo que más me molestaba es que no era otra cosa que una asquerosa y repelente caricatura de su hermosa hija, cuyas delicadas facciones recordaba débilmente. El rostro estaba surcado de miles de pequeñas arrugas, y llevaba el cabello blanco aplastado sobre la cabeza. Llevaba un bonete pasado de moda desde hacía siglos, atado debajo de la barbilla en punta, y su enorme cuerpo se hallaba envuelto en un chal de Cachemira, de colores chillones.

—Usted sin duda esperaba ver a mi querida hija junto a mí, mon bon monsieur Barrot, — dijo, después de un momento, hablando con gran bondad y dignidad.

—Confieso, madame... — comencé a decir.

—¡Ah! Ma chere se ha sacrificado por mí. Esta mañana comprobamos que, si bien mi hijo estaba ausente, había dejado a algunos de sus compinches encargados de vigilarnos de tal manera que sólo podríamos escapar, y eso con grandes riesgos, una de nosotras. Sería necesario que una quedara detrás para entretener a los carceleros, mientras la otra escapaba. Mi hija... ¡ah! ¡Es un ángel, monsieur! Mi hija temía el enojo de mi hijo cuando regresara, y ha preferido ser ella la que sufra las consecuencias que no una pobre anciana como yo. Decidió ella que yo debía ir, y quedarse ella. Después, uno o dos días tal vez, podría conseguir que mis parientes, a cuya casa voy, se ocupen de arrancarla de las garras de mi hijo...

—¡Pero, madame!... — protesté yo.

—Lo sé, monsieur, — respondióme ella, con la misma calma digna que ya me había reducido a respeto. — Ya sé que usted me creerá una vieja egoista, pero mi Angélica (y en verdad que es un ángel), hizo todos los arreglos necesarios, y no he podido menos que obedecer. Pero no tengais miedo por ella, monsieur. Mi hijo sabe que ella resiste mejor sus intenciones que yo, tiene más coraje y el fuego de la juventud. Además, mis parientes de St. Claude nos ayudarán en seguida. Mi hermano es hombre influyente y, de haberlo sabido, nunca hubiera permitido que mi hijo me tratara como lo ha hecho.

Naturalmente, no me correspondía a mí discutir. Mi deber, imperioso, me obligaba a apoyar, sin discusión, aquellas dos pobres mujeres en apuros; y, aparentemente, el primer paso a darse en el cumplimiento de aquel deber consistía en conducir con todos los cuidados y consideraciones del caso, a la vieja señora hasta St. Claude, y luego dar los pasos necesarios para que mademoiselle fuera traída también todo [illegible]pidamente que los influyentes parientes de madame pudieran conseguir.

Fué necesario mucho tiempo, señor, y grandes esfuerzos para poder meter dentro del coche aquella masa de carne sólida; y el conductor rezongó, y no poco, ante la inesperada y fenomenal carga que se le dispensaba. Pero, sin embargo, sus caballos eran de esos caballejos de las montañas, pequeñitos, pero fuertes e incansables, y avanzamos, por entre la oscuridad por el camino departamental a buena velocidad. En Mijoux, nos hallamos con que los oficiales del puesto aduanero se hallaban ya prontos a prestarnos la ayuda que necesitáramos. Leroux no se había olvidado de ordenar se nos tuviera preparado un tiro de caballos de refresco y mientras se cambiaban los nuevos por los cansados, los galantes oficiales aduaneros nos sirvieron un riquísimo

café caliente. Fuera de la sacramental pregunta:

—¿Madame no lleva nada sujeto a derechos y que desee declarar a las aduanas de su majestad? — y la igualmente convencional respuesta: — No, monsieur. Solamente mis afectos particulares, — no se nos hizo nueva pregunta. Y media hora después continuamos nuestro camino con toda tranquilidad.

Llegamos a St. Claude al salir el sol; y, de acuerdo con las indicaciones de madame el cochero se detuvo frente a un gran caserón en la avenida del Jura. De nuevo se presentó la misma dificultad para bapar a madame del coche, pero, esta vez, a mi insistente llamado a la puerta, apareció el "concierge" y otro hombre, los cuales, con grandes muestras de respeto, bajaron a madame y la llevaron al interior de la casa.

Mientras hacían esto, madame pareció hablar con el conserje respecto a mi modesta persona, pues aquel regresó casi de inmediato para comunicarme que madame Fournier, mére, esperaba que yo permanecería en St. Claude uno o dos días, pues deseaba verme de nuevo muy pronto. También me honró con una invitación a cenar aquella misma noche, a las siete.

En consecuencia, pues, me dirigí al Hotel des Moinesc, matando el tiempo todo lo mejor que pude, durante el resto del día. A las siete en punto me presenté en la Avenida del Jura, un tanto disgustado de tener que presentarme ante señoras en mis ropas de viaje. Evidentemente, los Fournier eran personas de clase algo más que acomodada. Todo, en aquella residencia, hablaba de "confort" exquisito y hasta de lujo. Fuí conducido a un saloncillo, el cual, hasta en sus menores detalles, denotaba exquisita mano femenina en el cuidado. Había allí almohadones de seda bordada, sobre un sofá; carpetas de encajes en las mesas.

Allí esperé menos de cinco minutos, al cabo de dos cuales oí un paso rápido, elástico, que se aproximaba por la pieza contigua; un segundo después se abría la puerta y ante mí aparecía la misma deliciosa visión de mis sueños, la exquisita Angélica, sonriendo picarescamente.

—Mademoiselle,—exclamé, tartamudeando, porque, en verdad, estaba estupefacto. — ¿Cómo está usted aquí?

Sonrió ella por toda respuesta; sonrisa adorable, llena de alegría, de travesura y de... sí, señor; de triunfo. Pregunté por madame. De nuevo sonrió ella, respondiendo que madame se hallaba en sus habitaciones descansando de las fatigas del viaje. Había apenas conseguido reponerme de la primera sorpresa, cuando otra, aún mayor, más completa, cayó sobre mí. Esto fué la entrada en el saloncillo de monsieur Ernest Berty o Arístide Fournier, a quien yo suponía ya expiando sus crímenes en una prisión de la frontera, pero que ahora entraba, sonriendo también, también extremadamente jovial, que me saludó como si fuéramos viejos amigos y que... casi no podía creer en mis ojos, pasó su brazo por la cintura de su hermana, mientras ella levantaba hasta él los ojos, llenos de amor...

Pero cuando él se presentó a si mismo, ya no me produjo sorpresa su anuncio, pues lo había sospechado.

—Arístide Fournier, cher monsieur Barrot, para servir a usted.

Tuve necesidad de cerrar y abrir los ojos varias veces y pasarme la mano por la frente, para convencerme de que no era objeto de un sueño. Un sueño, señor, que duró todo el tiempo que tardamos en regalarnos con una opípara cena, que se convirtió en maravillosa realidad cuando monsieur Arístide Fournier contó, ante mis ojos, cien billetes de cien francos cada uno, que me ofreció con una graciosa sonrisa.

—Sus honorarios, monsieur, — dijo. — Y permítame asegurarle a usted que nunca he abonado suma de dinero tan importante de mejor voluntad que ésta.

Tomé los billetes, señor, como si el mundo se abriera debajo mío para tragarme.

—¡Pero yo no he hecho nada! — respondí, desde el fondo de mi estupefacción.

Mademoiselle Angelique y monsieur Fournier se miraron; sin duda alguna yo ofrecía un espectáculo sumamente cómico, porque los dos lanzaron la carcajada.

—En verdad, mon cher monsieur Barrot, usted hizo todo lo que se había comprometido a hacer, con la más perfecta corrección y la más exquisita caballerosidad, — respondió Fournier tan pronto como pudo hablar. — Usted condujo "los juguetes" perfectamente hasta St. Claude.

—Pero... ¿Cómo? — pregunté, tartamudeando. — ¿Cómo?...

De nuevo rió mademoiselle Angélica. Y, en medio de su risa, me preguntó:

—Maman era muy gorda, ¿n'est-cepas?, mon bon monsieur Barrot? ¿No le pareció a usted que se parecía extraordinariamente a mí?

Miréla a los ojos, que brillaban rebosantes de travesura. Y entonces, repentinamente, comprendí. Ella era la que había representado el papel de madre y gorda, se había cubierto el rostro de afeites para darle aspecto de ancianidad, se había colocad en la cabeza una peluca blanca y un ridículo bonete, y, en redor de su esbelto cuerpo haba llevado miles y miles de limas inglesas. Lancé una exclamación de asombro. Sorpresa y admiración de su atrevimiento y audacia, me quitaron la palabra.

—¿Monsieur Berty? — murmuré yo, mientras la cabeza me daba vueltas como un trompo. — ¿Los ingleses, las mulas, los paquetes?

—Monsieur Berty, como usted vé, está ahora aquí en la persona del señor Arístide Fournier, — respondióme ella. — Los ingleses eran tres servidores fieles y decididos, que no sólo lo engañaron a usted, sino también a los funcionarios de aduana, mientras los paquetes sólo contenían efectos personales, los que fueron llevados por los gendarmes a Mijoux, donde, después de muchos juramentos, tuvieron que ser devueltos a monsieur Berty, poniéndolo en libertad con sus compañeros, dándoles disculpas

por el arresto y las molestias causadas, llegando aquí esta tarde, mientras mamá se desprendía de su gordura, convirtiéndose de nuevo en la esbelta madame Arístide Fournier, a sus órdenes.

Me hizo una profunda reverencia, sonriendo, y todo lo que pude hacer yo a mi vez fué ocultar lo mejor que pude el disgusto que esta última revelación me había causado. Así que, después de todo, ni siquiera señorita era....

Pero yo tenía los diez mil francos en el bolsillo. Y, finalmente, cuando me despedí de los esposos Fournier, me sentía el hombre más feliz del mundo.

Pero Leroux nunca me perdonó. De lo que me haya sospechado, no sé, ni siquiera si me sospechó de algo. Pero, con todo, debe haber oído hablar de la gorda mamán, por los oficiales que nos dieron café en Mijoux. Pero nunca me mencionó el asunto para nada, ni me ha hablado desde aquella memorable noche. A uno de sus colegas, sin embargo, díjole una vez que no tenía en su vocabulario expresiones adecuadas para sus sentimientos.

BARONESA ORCZY.

Un pleito, en el que se gastaron 800 libras esterlinas, se ha seguido con motivo de los daños causados en una ventana mientras se efectuaba en Bradford la entrega de una tonelada de carbón. El caso fué llevado hasta la Cámara de los Lores.

* * * *

Una sorprendente característica del centro comercial de Londres, la City, es la de que durante el día, entre las diez y las diez y siete, viven en ella más de 400.000 personas; pero al anochecer la City se despuebla, y su población queda reducida a 13.700 personas, es decir, treinta veces menor que la diurna.

El mejor vino que se cosecha en Jérez se consume en Inglaterra.

* * * *

En Inglaterra se consumen anualmente 120 millones de libras de tabaco.

* * * *

Las moras de zarza para hacer dulce con ellas (Blackberry Jam) no se cosechan en Francia, dejándolas perder porque en muchas regiones se cree que son perjudiciales para la salud y además porque se cree que con sus espinosas ramas se hizo la corona de espinas que ciñó las sienes de Jesucristo.

Si usted desea suscribirse, llene y remita la carta siguiente:

.....de 1920

Señor administrador de "PUCKY"

Avenida de Mayo 662.

Buenos Aires.

Muy señor mio:

Adjunto un giro postal por $ 9.—mn., de cl. en pago de mi suscripción por un año a ese magazine.

.....

Con letra clara

Nombre y apellido .....

Localidad .....

F. C. .....

Precios de Suscripción
Ciudad e Interior

3 meses	$ 2.50
6 „	„ 4.—
1 año	„ 9.—

¿Es Vd. cultor del football?

Compre

EL DIARIO

(Edición de los Jueves)

y tendrá una colección de fotografías en colores de todos los teams que tomarán parte en el campeonato de 1926.

Si quiere recibir un ejemplar de EL DIARIO a domicilio, remita el cupón que aparece en la página 80 de este ejemplar.

UNA PRIMICIA DE "PUCKY"

LOS VERDES OJOS DE BAST

Novela inédita en nuestro idioma, escrita en inglés por el famoso autor

SAX ROHMER

Traducida especialmente para "Pucky" del original adquirido en Londres

Esta novela comenzó en el número 132 de "Pucky". Si no ha leído los primeros capítulos pida ese número, el 133 y el 134 a la administración, Avenida de Mayo 662, Buenos Aires, enviando 60 ctvs. en estampillas de 5 centavos y le será remitido por vuelta de correo.

LAS PERSONAS DE TEMPERAMENTO NERVIOSO Y FACILES DE EMOCIONAR NO DEBEN LEER ESTA NOVELA DE NOCHE.

CAPITULO VII

El gato de Bubastis

"PERTENECE a la familia de los gatos que apareció de improviso cuando se hicieron las excavaciones en las ruinas de Tell Bastáh, el año 1878." Esto escribí. Tenía yo a mi lado, en la mesa la obra de Gastón Máspero llamada "Arte Egipcio". "Esas figuritas de gatos, — agregó. — se extendieron en pocos años por todo el mundo."

"Esa diosa, — que pertenece a una familia de importancia, — se llama Bast. Su adoración floreció especialmente al lado meridional del delta del Nilo. Se la ve dibujada frecuentemente, o inscripto su nombre, en los monumentos, aún cuando no se nos entere lo suficiente sobre sus mitos o su origen. Era aliada o parienta del Sol. Unas veces se decía que era su hermana o su esposa, otras que era su hija. En algunas ocasiones representaba un papel agradable, bondadoso y benéfico, protegiendo al hombre contra las enfermedades contagiosas o los malos espíritus, alejándolos mediante la música de su sistro; tenía también sus horas de traicionera perversidad durante las cuales jugaba con su víctima como el gato con el ratón antes de ultimarla por medio de un zarpazo. Residía habitualmente en la ciudad que llevaba su nombre, en Pubastit, la llamada Bubastis por los escritores clásicos egipcios. Su templo, en el cual habían trabajado Cheops y Chephren durante la construcción de sus pirámides, fué reconstruído por los faraones de la vigésima segunda dinastía, engrandecido por los de la vigésima sexta; cuando Herodoto lo visitó a mediados del siglo V (antes de Jesucristo), lo consideró como uno de los más notables que había visto en todas las regiones de Egipto por las que, hasta entonces, había viajado.

"Las fiestas de Bast atraían a gran número de peregrinos de todas partes de Egipto, como en la actualidad las fiestas de Sidi Ahmed el-Bedane atraen al pueblo a la moderna feria de Tantáh. La población de cada aldea se instalaba en una barca espaciosa para ir a la fiesta, hombres y mujeres en promiscuidad se embarcaban con el propósito de divertirse por el camino y nunca dejaban de hacerlo. Acompañaban el lento avance de las embarcaciones con interminables cantos, canciones de amor y no himnos sagrados; iban en las barcas flautistas y tocadores de castañuelas para que no cesara el ruido mientras descansaban los cantores. Cada vez que pasaban frente a una población se acercaban lo más posible a la orilla, sin desembarcar y entonces, mientras la orquesta redoblaba su ruido los pasajeros arrojaban chubascos de insultos a la orilla,

haciendo groseras observaciones respecto a las mujeres que se hallaban en pie en la ribera; los de tierra respondían y una vez agotado el repertorio de los insultos..."

Puse fin a mis observaciones en este punto; la mala conducta de los antiguos egipcios mencionada por el gran egiptólogo no tenía relación alguna con el asunto que nos interesaba, así me pareció, al menos. Procedí, pues, a agregar algunos detalles relacionados directamente con las ofrendas votivas que los peregrinos depositaban a los pies de la diosa.

"La mayor parte de los peregrinos, antes de regresar a sus aldeas, dejaban un recuerdo de su visita a los pies de Bast. Unas veces era una joya votiva con una inscripción adecuada indicando la razón por la cual el donante estaba agradecido a la diosa; otras era una estatuita de cerámica marrón o azúl o, si el donante era rico, de bronce, de plata o de oro: la diosa era representada de pie, sentada, acurrucada, con cuerpo de mujer y cabeza de gato, con un sistro o un escudo en la mano. Durante el período griego las figuras fueron de bronce o de madera pintada y dorada, con la cabeza de gato de metal, algunas eran de tamaño natural, modeladas con arte exquisito; tenían ojos de esmalte y amuletos en la frente."

Decía el autorizado escritor que todas esas ofrendas, que se reunían en gran cantidad eran, pasado algún tiempo, almacenadas por los sacerdotes en sótanos o en pozos especialmente cavados para ellas, "verdaderos escondrijos parecidos a los de los tiempos clásicos". Allí se acumulaban por miles, grandes y chicas, algunas intactas como acabadas de hacer, las otras estropeadas ya, sin forma ni valor. Los sitios donde se guardaron esas ofrendas fueron olvidados pronto y los objetos allí escondidos reposaron fuera del alcance de los hombres hasta que por casualidad, durante los trabajos de excavación, fueron puestos a la luz del día.

Terminado mi informe, dirigí mi atención a la pequeña imagen de esmalte verde que el inspector Gátton me había dado para que la estudiase. No era posible determinar el período durante el cual había sido escondida, pero juzgando por su contorno y por su aspecto general a la vez que por la clase de esmalte que tenía, me pareció reconocer el estilo del segundo período saíta y la atribuí a los primitivos ptolomidas, o sea al siglo cuatro, anterior a la Era Cristiana. Fué esa la época en la cual el culto a Bast y a sus formas subordinadas, Pakh y Máit, era más popular, la época en la cual fué establecido en Egipto el más extenso cementerio para gatos. La ejecución de la estatuita era del más puro estilo egipcio, sin que se echara de ver en ella ni aun la menor influencia griega.

Había llegado a este punto de mis observaciones cuando oí sonar la campanilla de la puerta de calle y un instante después entró. Coates en la habitación.

—El detective inspector Gátton desea verle, señor.

Entró Gátton con una expresión de mayor perplejidad aun que la que tenía cuando me separé de él en la Casa Roja. Me pareció que además tenía aspecto de sentirse fatigado.

—Sírvase usted una buena dosis, inspector, — dije indicando la mesita en que había whisky, soda y vasos.

—Gracias, — dijo Gátton. — No he dispuesto de tiempo para detenerme ni a tomar un trago ni a fumar un cigarro, desde que me separé de usted, pero las pruebas van apareciendo rápidamente.

Se sirvió whisky y soda. Visitaba con frecuencia mi casa y estaba acostumbrado a mis costumbres un poco bohemias. Poniendo el vaso en una esquina de mi mesa escritorio, se dejó caer en la butaca y comenzó con toda tranquilidad a cargar su pipa.

Aun cuando era tarde faltaba bastante tiempo para que anocheciera y el paisaje que se distinguía por la ventana estaba bañado en dorada luz de sol. Desde donde yo estaba sentado se veía el camino flanqueado de árboles y por primera vez desde el momento en que acaeció tan extraño suceso, me pregunté si era posible que la persona que me seguía y a quien tan vagamente logré ver la noche anterior, así como los ojos felinos que me habían mirado desde abajo de la sombra del cerco de arbustos, tuvieran alguna relación con la tragedia que casi a la misma hora, se desarrollaba en la Casa Roja. Decidí manifestar estas sospechas a mi amigo, pero lo dejé para más tarde porque deseaba con grandísima ansiedad enterarme de las declaraciones de Marie, la mucama, y de saber si esas declaraciones eran las que habían acrecentado la perplejidad que notaba en el rostro de Gátton.

—Cuénteme lo que declaró la mucama Marie, Gátton, — dije.

Gátton sonrió amargamente y tomó un sorbo del vaso.

—Empezó, claro está como yo lo había supuesto, — dijo el inspector, — manifestando que no sabía nada de nada, pero se dió cuenta de que se encontraba en situación muy grave y cambió de táctica. Sin embargo, aun cuando se hizo todo lo posible para inducirla a que adoptara diferente actitud, se empeñó después en repetir el extraordinario relato que hizo cuando el primer interrogatorio. El relato de la mucama fué el siguiente:

"El difunto sir Marcus había cortejado durante largo tiempo a la señorita Merlin sin que ella le hiciera caso yq Marie había recibido orden de su patrona de rechazarle y de desengañarle del modo más terminante posible. En verdad me complace poder decir que su teoría sobre la ignorancia completa de la señorita Merlin respecto al crimen es confirmada por la declaración de su mucama. En varias ocasiones, según parece, sir Marcus estuvo en el teatro y envió su tarjeta al camarín de la actriz y Marie rechazó la visita, de acuerdo con las órdenes recibidas de su patrona y sin que la mucama diera cuenta a la señorita Merlin de la visita de su insistente, aun cuando rechazado cortejante. Esto sucedía hacía ya algún tiempo cuando una noche, mientras la señorita Merlin estaba en escena llama-

ron por teléfono a Marie y le hicieron una proposición.

"La proposición era esta: Si la noche siguiente sir Marcus se presentaba de nuevo en el teatro, la mucama le diría que la señorita Merlín le llevaría a cenar con ella después de la función, pero que debía proceder con toda reserva. Marie, según su declaración, empezó por negarse a hacer lo que se le proponía, pero como le dijeron que sólo se trataba de darle una broma al baronet, acabó por acceder. Debio agregar que la promesa de un billete de diez libras contribuyó a decidirla y que cuando hubo recibido ese dinero por correo la mañana siguiente, resolvió hacer lo que se le pedía.

"Las instrucciones que recibió fueron bien claras. Debía decir a sir Marcus que la señorita Merlin accedía a entrevistarse con él después de la función. Cuando el baronet se presentara en el teatro debía decirle que su patrona había resuelto que sería más prudente que fuese él solo al lugar de la entrevista y que ella iría un cuarto de hora más tarde. Debía darle al cortejante una llave (que Marie recibió junto con el dinero) y decirle que entrara y esperara en la habitación situada a la derecha del vestíbulo. Un cochero que conocía las señas de la casa, estaría esperándole cerca de la puerta del escenario.

Gátton hizo una pausa, fumó tranquilamente durante un momento y continuó después.

—Sin que la señorita Isobel Merlin se enterara, el plan se llevó a efecto. Sir Marcus se presentó a las diez de la noche y recibió de Marie el mensaje convenido, volvió a eso de las once y entonces le dijo la mucama lo que le habían dicho que dijera, es decir: que su patrona había pensado que era mejor que fuese él antes, que ella iría un cuarto de hora más tarde. Para ver si era verdad lo de la broma que querían dar al baronet, la mucama salió por la puerta del escenario a fijarse si estaba realmente esperando un coche. Allí estaba en realidad y la mucama dijo a sir Marcus en el momento en que le preguntaba al cochero si sabía a dónde tenía que llevarle.

"El cochero contestó que lo sabía y Marie pretende no saber nada más respecto al asunto. Sólo sabe, además, que sir Marcus se metió en el coche y que el coche se fué y que su patrona regresó sola a su departamento un cuarto de hora después. Punto siguiente: averiguaciones sobre el coche y el cochero. Fueron encargadas de ellas varios detectives esta mañana temprano. Los investigadores regresaron a Scoteand Yard hace un par de horas. Habían encontrado al cochero y lo que éste dijo fué muy sencillo: Una persona llamó por teléfono, al teléfono llamado para servicio de una parada de coches cercano del teatro, y como a él le tocaba el turno él atendió al llamado. Por teléfono, pues, le dijeron que fuese a la puerta del escenario del New Aveime Theatre a buscar a sir Marcus y que lo llevara a...

Calló un instante

—¿A dónde?

—¡A la Casa Roja!

—¡Por fin se dió con la clave! — exclamó nerviosamente.

—No cabe duda, — dijo Gátton. — El cochero lo llevó a donde sele había indicado y fué en la Casa Roja, sin duda, donde halló la muerte. En realidad, fué el cochero el último que habló con la víctima del crimen. El cochero preguntó por donde se iba a la Casa Roja a un platón cualquiera, a un vagabundo a quien encontró en la esquina de College Road. Ha descripto con bastantes detalles el aspecto del vagabundo, pero no creo que la manifestación del cochero sea suficiente motivo para buscarle. Al llegar a la Casa Roja el cochero y el pasajero se encontraron con que la casa estaba desocupada. Sin embargo, sir Marcus, que tenía por costumbre tratar muy groseramente a sus inferiores, pagó al cochero y lo despidió con toda brusquedad. El cochero que no niega que pidió que se le pagara doble tarifa porque se le desocupaba en un sitio tan alejado de aquel donde tenía su parada y a tanta distancia del tráfico de Londres donde tal vez le fuera posible encontrar pasajero, se alejó vagamente intrigado, pero no tan intrigado como hubiera podido haberlo estado cualquier otra persona, pues los cocheros de Londres están acostumbrados a que les ocupen en muy extrañas misiones.

—Estamos acercándonos al corazón del misterio, — dije.

—¡Jum! — gruñó Gátton. — No estoy muy seguro de que así sea. Cuato más profundizamos más oscuro lo veo todo. Uno de mis hombres ha recorrido las inmediaciones durante todo el día en busca del carrero que llevó el cajón a los muelles de las indias occidentales, pero sin resultado favorable. Considero importantísimo ese punto, pues de él depende que sepamos a qué hora fué recogido el cajón y además cuándo y por quien fué entregado en el garage.

—Otra pregunta, — dije, — aun cuando creo adivinar la respuesta. ¿Fué un hombre o una mujer la persona que pidió el coche por teléfono.

—Tanto en el caso de la propuesta hecha a Marie, la mucama, como en el pedido del coche, — contestó Gátton, — fué una voz de mujer la que habló por teléfono.

—¡Gracias a Dios queda resuelta una duda! — exclamé. — ¡No es posible que haya sido Isobel en ninguno de los dos casos!

—¡Claro que no! — dijo inmediatamente Gátton — Celebro que así sea con igual júbilo que usted. Hay, sin duda, una segunda mujer en el caso; sin embargo no puedo decidirme a creer que tan bien combinado plan haya sido tramado por una mujer.

—¿Ni aun por una mujer celosa? — opiné yo.

—¡Por ninguna mujer? — replicó. — Además ¿quien metió el cuerpo en el cajón? ¿Dónde está la clase de mujer capaz de hacer semejante cosa?

—Es decir, — manifesté, — que aun se encuentra usted sin la menor sombra de dato respecto a la identidad de la persona que

cometió el crimen y respecto a los medios empleados para cometerlo.

Dejando la pipa en el cenicero, el inspector tomó de encima de la mesa la estatuita de Bast y la sostuvo en alto, entre el pulgar y el índice.

—¡Por más vueltas que demos volvemos siempre al gato verde! — dijo lentamente.

—Voy a molestarme ahora, señor Addison, pidiéndole que me entere de la historia de esta pequeña imágen.

—Bien, — dije. — Pero hay un punto del cual no le he hablado todavía por que, en realidad, dicho sea con toda franqueza, suponía que no tenía existencia real fuera de un cuento; pero todo lo relacionado con este asunto es tan enteramente fantástico, que ya no creo que lo que me pasó pueda hallarse fuera de las fronteras de la posibilidad. Por lo tanto, antes de pasar a examinar el aspecto puramente arqueológico de la investigación (y dudo todavía de la utilidad de semejante estudio) permítame que le cuente una experiencia curiosa que tuve la noche pasada, después de haberme separado de Bólton.

Gátton escuchó en silencio mientras yo le dí cuenta de cómo me había parecido ver una sombra detrás de mí y luego cómo había visto unos enormes ojos de gato que me miraban por la ventana.

Su expresión de ingenuo asombro me resultó casi cómica.

—Bien, señor Addison, — dijo cuando yo hube terminado, — Si usted me hubiera dicho eso antes de haberme encargado de "El misterio del Oritoga", pues según veo, — y al decir así sacó un diario del bolsillo, — de ese modo han bautizado el asunto los periodistas, yo hubiese afirmado que sus estudios sobre los misterios de Egipto le habían trastornado la cabeza; pero esa voz que habla por teléfono y esa casa vacía en la que sólo está amueblada una habitación, el gato verde pintado en el cajón y el gato verde que está en esta mesa, me han preparado para escuchar tranquilamente cosas aun más extrañas que su aventura de la noche pasada.

—Si, — dije yo, — no hay visible relación entre los episodios del asunto y esa extraña aparición que vi yo en el jardín la noche pasada.

—Tampoco había visible relación entre la presencia del cuerpo de sir Marcus dentro de un cajón para mercaderías metido en la bodega del vapor Oritoga y el paraje de la casa de Collage Ruad, hasta que la encontramos, — replicó Gátton. — De todos modos me alegro de que me haya usted hablado de eso. Voy a tenerlo en cuenta por que puede proporcionar otro eslabón para la cadena. Y ahora, — agregó sacando la libreta y el lápiz, — venga la historia de esas cosas en forma de gato.

Suspiré bastante fastidiado, cuando cruce la habitación para tomar del estante el volumen de Gastón Máspero que había consultado antes pero había vuelto al estante al entrar Gátton.

—He aquí todo, reducido a su más mínima expresión, — dije.

Gátton anotó metódicamente los pasajes que yo le leí.

—¡Jum! — gruñó, una vez terminada la tarea y releyendo sus anotaciones. — "Tenía también sus horas de traidora perversidad durante las cuales jugaba con su víctima como el gato con el ratón hasta matarla de un zarpazo".

Alzó la vista y me miró de modo muy extraño.

—"Jugaba con su víctima como el gato con su víctima", — murmuró, — "hasta matarla de un zarpazo". ¡Curioso; ¿No es cierto?

CAPITULO III

Mi visitante

DURANTE largo rato, después de haberse retirado Gátton, permanecí solo, pensando en nuestra conversación. A pesar de que se había retirado tarde, no pensaba en descansar e iba a proseguir las investigaciones con el propósito de dar con nuevos datos sobre el autor de la muerte de sir Marcus. La habitación estaba cargada de humo de tabaco, pues nuestra conferencia había durado más de dos horas. La oscuridad había llegado por fin y seguía yo sentado entre sombras, recapacitando en qué horrible laberinto estaba metido, cuando entró Coates.

—¡Ah, Coates! — dije. — ¡Encienda luz!

Movió la llave, se encendió la luz y vi que de la abierta ventana, camino de la puerta recién abierta, flotaban nubes de humo.

—¿Va a salir esta noche, señor? — me preguntó Coates de pie, "firme" como un soldado, según lo que hacía siempre que se dirigía a mí.

—Creo que no, Coates, — contesté. — He trabajado bastante durante el día. Pero le agradecería que hablase usted por teléfono al New Avenue Theatre y preguntara si la señorita Merlin no tiene inconveniente en hablar conmigo. Me parece que debe estar por concluir la función.

—Bien, señor, — dijo Coates. Procedió a pedir la comunicación mientras yo seguía sentado fumando distraídamente y oyendo distraídamente su voz.

—La señorita Merlin no ha trabajado esta noche, señor, — dijo Coates al cabo de un rato. — Se encontraba indispuesta.

—Ya me lo figuraba, — murmuré. — No era de esperar que después de un día tan horrible y de tanta excitación pudiera tener tranquilidad para actuar esta noche. Pida comunicación con su departamento, Coates, — agregué. — Deseo hablar con ella porque sé que se halla muy intranquila.

—¿Es cierto, señor, — se permitió preguntar Coates, — que todo eso tiene algo que ver con el descubrimiento de esta ma-

ñana en los muelles de las Indias Occidentales?

—Así es, Coates, — contesté. — Se trata de un asunto verdaderamente lamentable.

—¿Cierto, señor? — dijo Coates, volviendo hacia el aparato telefónico.

Tres minutos después estaba yo hablando con Isobel.

—Encuentro enteramente imposible decirle a usted lo que ha sucedido, — declaró ella, — desde que le ví a usted por última vez. Me siento incapaz de pensar, y claro está que no pude ir al teatro esta noche. Pero no ha sido todo tan malo como podía haberlo sido.—Calló un momento, vacilante, y dijo después: — Tuve que avisar al teatro en último momento, por desgracia, aún cuando realmente, como usted lo sabe, yo iba a retirarme del teatro dentro de muy poco.

—Sí, — dije yo con voz ronca. — Ya lo sé; ¿ha visto usted a los de la policía?

—He visto al inspector Gátton, — contestó ella, — pero como me dijo que iba a verle a usted, supongo que usted estará enterado de todo por él.

—No, — dije; — no me ha dicho ni palabra sobre usted, pero con seguridad usted se habrá dado cuenta de que Gátton no cree que usted tenga nada que ver, de ningún modo, con ese espantoso caso.

—Se mostró sumamente amable, — manifestó Isobel, — en verdad. He cambiado por completo de opinión sobre el modo de proceder de la policía después de mi entrevista con Gátton; pero aún cuando se mostró tan atento conmigo, no puedo, realmente, perdonarle las sospechas que tiene y que no disimuló, respecto a Eric.

—¡Respecto a Eric! — exclamé.

—¡Oh! — continuó Isobel. — Tal vez no haya querido decirle a usted lo que piensa sobre Eric porque sabe que usted es amigo suyo; pero ante mí no se calló nada. En realidad, Eric se halla bajo la vigilancia de la policía.

—¡Pero eso es increíble! — dije yo. — ¿Acaso quiere usted decir, Isobel, que Coverly ha insistido en guardar silencio respecto a lo que hizo la noche pasada? Si ha procedido a sí, a nadie más que a él mismo puede culpar de lo que le pasa. Nada importa la posición social ni todo lo demás, cuando está pendiente la investigación de un homicidio. Esto debe saberlo él perfectamente.

Creo que hablé acaloradamente y con algo de indignación, pues me disgustaba la actitud de Coverly, porque sólo podía acrecentar las molestias y los pesares a que Isobel se veía sometida.

Sin embargo, un momento después lamenté mi acaloramiento.

—¿Va usted también a reñir conmigo? — preguntó ella con voz lastimera.

—¿Por qué dice usted eso? ¿Quién ha reñido con usted?

—Eric riñó fieramente conmigo hoy, en casa de sus abogados. Cuando le supliqué que dijera qué había hecho la noche pasada se puso... — vaciló un momento, perpleja, — ... se puso casi insoportable. Parecía que no se daba cuenta de que yo sólo pensaba en él, ni de todo lo que yo podía suponer ante su silencio. ¿Qué cree usted, Jack? ¿Qué es lo que puede querer ocultar?

Por el momento me consideré obligado a callar. ¿Qué podía ocultar Coverly? Yo rechazaba la idea de su complicidad en el crimen. Por nada del mundo le hubiera considerado culpable. La única explicación verosímil que se presentaba a mi mente, — e indudablemente a la de Isobel, — era la de la intervención de otra mujer.

—Usted debe convencerse, — dije yo a Isobel, procurando expresarme con más calma, — de que él debe tener razones más que suficientes para callar, y que esas razones son dignas de un caballero. Sea como sea, con seguridad tendrá que variar de actitud dentro de muy poco. En realidad, hay ocasiones en las cuales cualquiera de nosotros se vería en apuros si tuviera que demostrar lo que ha hecho en determinado tiempo. No es tan fácil establecer una coartada. Sin embargo, siempre es posible indicar más o menos dónde se estuvo durante una hora cualquiera, aún cuando haya que confiar testigos para confirmar la verdad. Su actitud de silencio es enteramente ridícula, Isobel.

—¿Ha leído usted los diarios de la tarde y de la noche? — preguntó ella, angustiada.

—Algunos, — contesté.

—¡Ya figura mi nombre en las crónicas! — añadió. — ¡Uno publica mi retrato! Es horrible la forma en que esa gente aprovecha toda oportunidad para dar pábulo al escándalo.

—Todo se pondrá en claro, — dije con tanta confianza como si todo estuviera a mis órdenes. — Usted sabe, y yo lo sé también, que Coverly es inocente, y no creo que Gátton lo considere culpable.

Conversamos un poco más, y después yo volví a mi silla, a la habitación cuyo aire estaba todavía cargado de humo de tabaco.

Sin creer que tuviera algún significado especial, como yo lo había supuesto, atraído tan sólo por lo extraño del pasaje, recordé cómo Gátton había insistido en referir la descripción que hacía Máspero de los atributos de la diosa Bast. "Algunas veces juega con su víctima como el gato con el ratón..." El libro grande con sus hermosas láminas, varias de las cuales representaban gatos parecidos al que Gátton había dejado en mi poder para que siguiera examinándolo, estaba en la mesa, y releí los pasajes relativos al carácter de la diosa-gata que yo había matado para informar a Gátton. Casi no ei nada de aquello, pues seguía volviendo en la mente los diferentes problemas relacionados con el caso. Seguí sentado ahí cerca de una hora, hasta que interrumpió mis reflexiones la entrada de Coates.

—¿Volverá a necesitarme de nuevo esta noche, señor? — preguntó.

—No, — contesté, — mejor será que se acueste ahora, porque probablemente tendremos que levantarnos mañana temprano, Coates. El inspector Gátton vendrá, tal vez, a buscarme.

—Muy bien. Buenas noches, señor, — dijo Coates, y girando sobre sus talones con toda perfección, dió media vuelta y salió.

Seguí leyendo, no ya en busca de datos interesantes, sino como se lee generalmente algo, sea interesante o no. Durante algún tiempo oí que mi concienzudo criado cerraba puertas y ventanas, según era su costumbre hacerlo todas las noches; oí luego que se cerraba la puerta de su cuarto, y después nada más.

No sé cuándo me dí cuenta por primera vez de haber oído lejanos aullidos de perros; pero sé que de improviso fuí arrancado a mi somnolencia sobresaltándome el repicar de la campanilla de la puerta de calle. Me percaté entonces de que llevaba sentado allí más tiempo del que creía. Era ya la una menos cuarto.

¿Quién llamaba? En quien primero pensé fué en Gátton; podía haberse producido algún suceso nuevo relacionado con el caso y venía a solicitar mis servicios. Coates tenía el sueño pesado y el sonido de la campanilla no le había despertado, sin duda. Vestido, pues, como estaba, con pyjama, zapatillas y salida de baño (pues esta era mi manera de vestir dentro de casa durante la estación de los calores) fuí por el corredor hasta la puerta del frente de la casa y la abrí.

Una mujer se encontraba de pie delante de la puerta.

Durante un momento creí tontamente que era Isobel, y el corazón me dió un salto en el pecho. Pero la ilusión se disipó instantáneamente en cuanto mi visitante habló.

Su voz tenía un acento enteramente distinto del de Isobel; era una voz suave, acariciadora, un poco velada pero fascinadora, y aún cuando no pude explicarme el por qué, vagamene extraña, rara, sobrenatural.

—Usted perdone, — dijo ella. — Con seguridad se ha de preguntar usted maravillado qué es lo que, a semejante hora de la noche, trae un visitante a su puerta, y en verdad, mi explicación le ha de parecer muy extraña.

Mientras hablabla miró temerosamente hacia atrás, hacia la oscuridad del camino. Observé que parecía estar vestida con toilette de recepción, que se cubría con un hermoso abrigo y que tenía un chal de velo envuelto a la cabeza y a los hombros, de modo que casi no se le veía el rostro. En aquel momento oí que los perros aullaban muy cerca.

El instinto es algo muy curioso, y fué el instinto lo que hizo que en el momento en que me ví delante de aquella extraña mujer se me ocurriera despertar inmediatamente a Coates. Confieso honradamente que me amedrentaba y de buena gana hubiera cerrado la puerta que nos separaba. Esto no tenía la menor razón de ser porque tenía ella todo el aspecto y las maneras de una mujer bien educada, presentaba en verdad una silueta de suma elegancia vista allí, esbelta y grácil, a la luz de la luna que la destacaba sobre el fondo verde oscuro de la arboleda y formaba como una cimitarra de luz, en el camino, a sus espaldas.

Creo que no hubiera cedido yo al mencionado impulso del instinto, pero la decisión me fué arrebatada de las manos porque de improviso mi visitante lanzó un ahogado grito, se tambaleó como mareado y pareció estar a punto de desplomarse.

Tuve por fuerza que avanzar para sostenerla y antes de que me hubiera dado cuenta de lo que pasaba se encontraba ya dentro del corredor y apoyada pesadamente en mi hombro.

—¡Cierre usted la puerta! — dijo con su voz baja y velada. — ¡Pronto! ¡Pronto! ¡He vuelto a verlos!

Un escalofrío que se me contagió hizo que su cuerpo se estremeciera de pies a cabeza.

—¡Los ojos! — dijo en voz muy baja. — ¡Dos grandes ojos me han seguido! ¡Por eso fué por lo que llamé a su puerta! ¡Me dió miedo!

Fué suficiente que nombrara los ojos. Deseando que mi visitante se arreglara como pudiera, me acerqué de un salto a la puerta y la cerré. Cuando me volví, a la luz que salía por la entornada puerta de mi escritorio ví que la mujer avanzaba lentamente hacia el interior. Me adelanté a ella y abrí la puerta por completo para que pasara.

—Tenga la bondad de sentarse un momento, — le dije. — Se nota que se alarmó usted muy seriamente.

Aun no oía ni veía a Coates cuya voz hubiera acariciado mis oídos, en aquel momento, como la más deliciosa de las músicas; porque yo no podía admitir tranquilamente la presencia de aquella mujer por más que hacía por explicarme cómo era posible que anduviera paseando con semejante vestido por tales sitios y a tan avanzada hora de la noche. Pero nos unía un vínculo de singular simpatía. Me sentía dispuesto a compadecer a toda persona a quien hubieran asustado aquellos horribles ojos porque yo también los había temido y en aquel momento no podía dudar de que la horrible aparición rondaba por las cercanías de mi casa.

—Crea usted que me explico cabalmente lo que le pasa, — dije, volviéndome hacia mi visitante. — Es algo extraordinario pero creo que algún gato extraordinariamente grande, frecuenta actualmente estas inmediaciones.

Me encontraba junto a la mesita y me disponía a servir un vaso de agua, cuando la mujer levantó su mano enguantada de blanco con ademán negativo.

—Muchas gracias, — dijo, — muchas gracias. Ya me siento bien y, en realidad, si la causa de mi alarma es sólo un gato, como usted dice, voy a seguir adelante.

Se rió. Su risa, de tono bajo, fué musical y armoniosa. A la luz de la lámpara con pantalla que lucía en la mesa pude ver, a través del velo, el brillo de sus blanquísimos dientes, pero no pude explicarme por qué razón tenía la cabeza envuelta de aquel modo. Sin embargo, a pesar de hallarse tan oculta su cara no lograba evitar que se echara de ver que tenía unos ojos notablemente grandes y hermosos. Parecía haberse tranquilizado ya por completo pero no noté que mostrara intenciones de quitarse el velo.

—¿Está usted segura de que no volverá a sentirse nerviosa cuando se vea de nuevo en el camino? — le pregunté.

—¡Oh! ¡No! Vivo aquí cerca, en casa de unos amigos, — explicó, dándose cuenta de mi curiosidad, — y tuve la indiscreción de salir a esta hora para echar una carta al correo a fin de que la recogieran al pasar por la mañana, a primera hora.

Esta explicación debiera haberme satisfecho, lógicamente. Era posible que hubiera pensado yo muy poco más en ese incidente puesto que me encontraba envuelto en un torbellino de episodios aún más extraños; pero gracias a uno de esos accidentes que a veces parecen obra del caprichoso y travieso destino, debía yo enterarme, de improviso, de quién era mi visitante. Cuando digo que debía enterarme de quién era ella, tal vez me expreso mal; debiera decir, para ser más exacto, que iba a enterarme de lo que ella no era, es decir, de que no era un vulgar ser humano.

Cuando ella se levantó para marcharse fué cuando intervino la traviesa mano del destino. No alumbraba la habitación más que una sola lámpara, la de la mesa. En aquel momento se produjo un repentino aumento de luz, — debido sin duda a algún accidente pasajero que se produjo en la usina, — el filamento de la lámpara se quemó y la habitación quedó sumida en la más completa oscuridad. Me levanté sobresaltado, lanzando un grito. No niego que me sentí molesto al hallarme solo, en la oscuridad, con mi extraña visitante; pero aún era peor lo que se produjo luego. Mirando a través de la habitación hacia la silla donde estaba sentada mi visitante, en medio de las tinieblas ¡vi un par de grandes ojos de fuego que me miraban fijamente!

Su horrenda luminosa vigilancia me hizo comprender que mi sobrenatural visitante se percataba hasta de mis menores movimientos. Por mi parte sólo podía ver aquellos dos ojos fieramente llameantes.

¿Qué sucedió durante los instantes que siguieron a la rotura del filamento de la lámpara? No puedo explicarlo en detalle. Sólo sé que lancé un grito ronco y que retrocedí para alejarme de aquellos horribles ojos que parecían avanzar hacia mí.

Mi grito despertó a Coates. Oí las pisadas de sus pies descalzos cuando saltó de la cama; un instante después se abrió la puerta de su cuarto y el criado se acercó andando a tientas por el oscuro pasadizo.

—¡Hola, señor! — gritó con voz ronca.

—¡Aquí, Coates! — repliqué con una voz de tiembre distinto a mi voz de costumbre.

Tropezando con una silla en su camino, Coates llegó corriendo al escritorio. Me pareció ver algo que volaba y el cuadrado de media luz de la abierta ventana (porque aquel lado del chalet quedaba en la sombra) se oscureció durante un breve instante.

—¡Una luz, Coates! — grité. — La lámpara se ha quemado.

—Hay fósforos en la mesa, señor, — dijo Coates.

Recordé instantáneamente que así era. La caja de fósforos se hallaba al alcance de mi mano. La tomé, encendí uno y a su temblorosa luz miré en redor mío. Mi visitante se había ido; ¡se había ido realmente por la ventana, pues la puerta de calle estaba cerrada!

—¡Se fué, Coates! — exclamé. — Se fué ella!

Y Coates preguntó con extrañeza:

—¿Ella?

Pero en aquel mismo momento algo distrajo rápidamente mi atención.

Miraba yo hacia el lado de la mesa donde estaba el temo de la obra de Máspero. Junto al libro tenía yo la estatuita de Bubastis un momento antes... ¡pero la estatuita ya no estaba allí!

¿Quién era aquella misteriosa visitante que decía haberse asustado de los ojos que brillaban en la noche y era ella misma la poseedora de aquellos ojos sobrenaturales? ¿Fué el objeto de su insólita visita el apoderarse de la estatuita de la diosa-gata? ¿De qué agilidad estaba dotada para haber saltado de aquel modo por la ventana? ¿Qué relación tenía aquella mujer con la muerte de sir Marcus? Si desea usted saberlo lea los vibrantes capítulos de esta obra que aparecerán en el próximo número de "Pucky".

Se ha inventado últimamente un atril que, accionándose un resorte con el pie, se vuelven las hojas automáticamente

* * * *

En los juegos olímpicos realizados últimamente en París tomaron parte 45 naciones. En los celebrados en Amberes hace cuatro años, el número de países representados fué de 17.

Quito es la única ciudad del mundo, en la región del Ecuador, donde el sol sale y se pone a las seis durante todo el año.

* * * *

Las viudas en el distrito de Coira, en Nueva Guinea, se quitan la ropa y se cubren el cuerpo con arcilla blanca. Tienen que llorar a su desaparecido esposo por un año.

SURCOUF

NOVELA HISTORICA ESCRITA EN FRANCES POR

LUIS NOIR

(TRADUCCION ESPECIAL PARA "PUCKY")

De esta obra ha sido tomado el argumento de la gran película que la casa LEON GAUMONT estrenará en los grandes cine - teatros de Buenos Aires y Montevideo, en la temporada actual.

(Continuación. — Véase el No. 124 y siguientes, de "Pucky")

CONTINUABA tronando el cañón como para apoyar la derrota de los egipcios y enviaba botes de metralla y granadas explosivas, con precisión tal, que en contados minutos quedó la llanura libre de enemigos pero sembrada de cadáveres.

Salió entonces de todos los cuadros un formidable grito de ¡Viva la República!, y continuó la triunfadora marcha de los hijos de Francia.

Tal fué el combate de Chebreis, primero de los que ilustraron los anales del ejército francés en su campaña de Egipto, y si no revistió verdadera importancia del punto de vista militar, fué en cambio de enorme peso en el ánimo de los soldados europeos al convencerles prácticamente de que podían perfectamente resistir y vencer en campo raso a los temibles jinetes del desierto, pero el efecto de aquella victoria fué nulo sobre los mamelucos, ya que éstos, acostumbrados a batir siempre a los árabes, gracias a la rígida organización de la caballería mameluca, no hicieron sino burlarse de sus auxiliares, y cuando Si-Sliman y sus segundos jefes se presentaron ante el bey de los mamelucos, dijo éste en tono despreciativo:

—Os envíe para que molestaráis de lejos a los franceses, pero nunca pasó por mi imaginación la loca idea de que os propusieráis fuerza como la vuestra cargar a fondo a los extranjeros. ¿Quién podía dudar de que volveríais grupas tan pronto como resonaran los primeros cañonazos? La media, o sea la artillería, es la madre del terror para los árabes. No debemos afligirnos por lo sucedido, ya que pronto, sin que os toméis la molestia de combatir a nuestro lado, veréis cómo tomamos esas piezas que os dieron tanto miedo y cómo derrotamos, sableamos, destrozamos a los atrevidos invasores.

—Dios es grande, — limitóse a contestar en coro el grupo de árabes. — En manos del Profeta está la victoria, y si ha dispuesto que triunfes, es seguro que triunfarás.

Pero al alejarse de aquel lugar los guerreros árabes, ansiaban ver derrotado el orgulloso ejército mameluco.

El bey de los mamelucos contaba con fuerzas casi equivalentes a las de los franceses y se disponía a combatirles enérgicamente. Podía oponer a los invasores veinticuatro mil soldados de infantería, formada ya de milicias levantadas apresuradamente, ya de genízaros, y el curso de la guerra se encargó de demostrar que no faltaba valor a todos aquellos soldados, pero sabía el bey por propia experiencia que no sabía maniobrar bien y rápidamente frente a un enemigo como el que entonces tenían ante ellos, y como había en el campo egipcio muchos renegados europeos, aconsejaron que se construyeran líneas de trincheras para detener a los intrusos, ya que era cosa perfectamente conocida lo bien que turcos ,egipcios y orientales en general, saben batirse cuando se ven protegidos por recios parapetos, y en atención a estas juiciosas recomendaciones, determinó el bey fortificar la población de Embabeh, situada a unas cinco leguas de El Cairo, con el propósito de detener allí el empuje de los invasores.

Se apoya la indicada ciudad sobre la margen del Nilo y se la rodeó de amplio recinto de trincheras, en las que se colocó veinticuatro mil soldados para defender la curva formada de una a otra parte de la ciudad, hasta dar con las aguas del caudaloso río.

A la derecha de aquella plaza fuerte improvisada en pocos días, acampó el bey con

sus diez mil jinetes, todos mamelucos, que logró reunir, y a la izquierda de los atrincheramientos situó otro cuerpo formado por tres mil jinetes árabes, los que sólo debían intervenir para rodear a los franceses y cortarles la retirada, sableando a los dispersos y convirtiendo en desastre definitivo la victoria que se miraba como indiscutible.

Puede asegurarse que jamás caballería alguna de todo el mundo desplegó arrojo parecido al demostrado por los mamelucos. Aquellos diez mil jinetes de reconocida bravura eran formidables enemigos, y ante la situación y fuerzas de cada uno de los dos ejércitos, preciso era que los generales contrarios demostraran gran competencia para lograr un éxito.

Bonaparte sabía perfectamente cuáles eran las posiciones y qué medidas había adoptado el bey de los mamelucos, y la víspera de darse la batalla anunció, en una proclama a sus soldados, que antes de veinticuatro horas habrían vencido a los egipcios teniendo las pirámides como testigos de su gloria.

Al amanecer formó el ejército en cuatro columnas y se puso en marcha de modo que se pudiera formar los cuadros con la mayor rapidez y comodidad. El plan de Napoleón era oponer a los jinetes contrarios cinco grandes cuadros formados cada uno de ellos por una de las divisiones.

De pronto, se dominó una ligera elevación desde la cual podía distinguirse las monumentales pirámides a unas cinco leguas de distancia. Los tres misteriosos y antiquísimos monstruos se elevaban como si se hallasen muy cerca del Cairo, perfilándose sobre el azul de un cielo purísimo y prestaban al panorama imponderable majestad. Entre los tres prodigios dejados por las generaciones del pasado para asombro de las presentes, veíase el campamento de los mamelucos, el poblado de Embabeh y las fuerzas árabes, y en aquel momento, cuando el ánimo del soldado quedó sobrecogido de religioso fervor ante los soberbios recuerdos levantados a la muerte, reunió el capitán de cada compañía a su gente, y leyó una corta pero sustanciosa arenga.

"Soldados: desde lo alto de esas pirámides, cuarenta siglos os contemplan".

Sintiéronse estremecidos hasta los más apáticos. Aquellas sencillas frases, grandiosas por su ruda elocuencia, eran la evocación de cuatro mil años de recuerdos. Los faraones, Abraham, Moisés, Semirámis, Alejandro y César, San Luis... todo un pasado trágico y glorioso se levantó ante los invasores, y comprendieron todos que en sus propias manos tenían un porvenir de gloria. ¿Qué se pensaría y se diría en Francia y en el mundo entero cada vez que se viera a alguno de los soldados que formó parte del ejército de Egipto?

No me escuchó el menor grito. La voz de Bonaparte logró convertir a todo su ejército en ser mudo y penetrado de la más ferviente admiración. Nunca ante aquellos veteranos de cien campañas se había dicho cosa semejante en el momento de ir a medir sus armas con las del enemigo.

Contemplaba impasible el general la posición enemiga, y gracias a su admirable prontitud de juicio se dió cuenta de que los grandes cañones colocados en los parapetos no podrían moverse rápida ni cómodamente en un campo de batalla como aquel. Comprendió que disponían los egipcios de una potente artillería que quedaba inmovilizada por completo y vió, además, que los mamelucos habían dejado demasiado espacio entre su campamento y la ciudad que trataban de defender, lo que debía sugerir a los franceses la idea de apoderarse del poblado por medio de un asalto que tomase la posición por donde no se esperaba el ataque.

Bonaparte, muy lejos de marchar directamente sobre Embebeh, determinó dirigirse al espacio dejado libre, tanto más cuanto que se hallaba su itinerario fuera del alcance de los grandes cañones enemigos, y dejó la ciudad a su izquierda para operar contra la caballería mameluca, la que por esta maniobra quedaba separada de Embabeh. Comprendió y esperó que las confusas masas de la caballería enemiga se estrellaría contra los férreos cuadros, y una vez adoptada esta idea, se dividió el ejército en cinco divisiones y todo él se lanzó por el espacio libre de que hemos hablado.

Al ver aquellas maniobras murmuraba el bey Mourad.

—Alá ciega a los perros cristianos y los pone en nuestras manos. Dejemos que por sí mismos se metan en el horno donde los asaremos.

Pero experimentó desagradable sorpresa al ver que las columnas se dirigían hacia donde estaba él y no hacia la ciudad, y cuando las divisiones, tan distantes de la plaza ártillada que nada tuvieran que temer de los cañones, formaron los cuadros escalonados de manera que se protegían mútuamente, quedó el bey mudo de sorpresa. La rapidez y precisión de todos los movimientos tácticos fué una revelación para el musulmán.

—De modo que todos esos cuadros están como ligados entre sí.

La cohesión entre los distintos cuerpos, la rigidez de los alineamientos, todo le causaba el mayor estupor, aunque conocía que el ejército francés era demasiado reducido para la empresa en proyecto. Como una división, cuando ha formado el cuadro ocupa muy reducido espacio, y como cada frente del cuadro no tenía sinó cuatrocientos pasos, resultaba que el frente total de todas las fuerzas no pasaba de dos kilómetros, mientras los mamelucos se diseminaban en lineas ilimitadas

Surcouf se había situado con todos sus amigos en el centro del cuadro de Dasaix, con el grupo de los camellos transportadores de las almeas y sus equipajes, y fué este cuadro, que ocupaba la extrema derecha, el que recibió el primer choque de los jinetes enemigos.

Veíaseles a ellos y sus caballos resplandecientes bajo los rayos del sol que aun daba mayor brillo a lo lujoso de las vestiduras y arneses. Se convencieron los franceses de que no había exageración en lo dicho del lujo de la caballería mameluca, pero tocaron de pronto

todas las trompetas egipcias la carga, y toda la línea que daba frente a los cuadros se lanzó en perfecto orden. Hubiérase dicho e a aquello una de esas larguísimas olas que corren desde la lejanía del mar hacia las playas, amenazando tragarse cuanto se oponga a su vertiginosa marcha.

Tronaron los cañones emplazados en los angulos de todos los cuadros, pero los botes de metralla no lograron quebrar la formidable oleada de jinetes. Eran los mamelucos gente muy distinta a los árabes, por ser más valientes aun que ellos, por estar sometidos a severa disciplina y por hacer alarde del mayor desprecio de la vida, circunstancias que daban a su ataque una violencia desconocida.

La fusilería entró en acción con tres mortíferas descargas, pero tampoco consiguió detener la soberbia y maravillosa carga, carga única en la historia, y la línea de los magníficos caballos y los lujosísimos y brillantes caballeros chocó con las bayonetas de los hijos de Francia.

Cruzáronse gritos de insulto y desafío, y se vió a muchos mamelucos como hacían girar sus monturas, como retrocedían algunos pasos, para volver a caer a galope sobre las líneas francesas, donde quedaban acribillados, no sin haber aplastado algunos soldados de la república. Aquella maniobra repetida por docenas de héroes egipcios abría brecha en las filas de los cuadros, y el de Desaix contó muy luego con muchas bajas, pero Surcouf, Brinville y sus compañeros, recogieron los fusiles de los caidos y se aprestaron a cerrar las filas y a tapar con sus cuerpos las brechas abiertas en las murallas humanas.

Detenida ante aquel dique la ola de caballos y jinetes, se vió obligada a detenerse y luego emprendió la retirada, y el bloque de invencibles soldados franceses quedó como dueño del terreno que pisaba.

Pero no eran gente los mamelucos para declararse derrotados volvieron a organizar sus escuadrones yse lanzaron a sucesivas cargas tan briosas como la anterior, pero todos los esfuerzos resultaron infructuosos y cada vez que la cara atacada de alguno de los cuadros se veía desbaratada y rota por el irresistible empuje de los potros, corría la tercera fila de la cara no atacada a llenar los claros y ejecutaba este movimiento con rapidez y sangre fría tal que resultaba esteril todo el heroismo derrochado por los valientes caballeros egipcios.

Podíase contar mil quinientos muertos tendidos como para formar sangrienta trinchera ante las filas que formaban los cuadros, y otros tres mil heridos se desangraban sobre las arenas, cuando Mourad Bey hizo tocar retirada, convencido de que no había medio de vencer, y pudo verse como huía avergonzada de sí misma toda la brillante caballería mameluca, derrotada por una infantería a la que había despreciado eternamente.

Cuando se retiraba del campo de batalla el vencido y desesperado bey, pasó junto a él a todo galope un fakir, sagrado personaje a quien mejor les place y te ves vencido ahora soberbio caballo árabe;

—Bey, — dijo. — Alá Akhan dá la victoria a quien mejor le place yte ves vencido ahora como lo fué Sidi Sliman. Olvida tu orgullo, que sólo Dos es grande.

Volvió grupas el fakir y tomó el camino del desierto, sin que se atreviese el bey a ordenar que lo persiguieran, y todo el destruido poderío de los mamelucos se puso en marcha en dirección al Cairo, pero recibieron durante la marcha la noticia de que Embabeh estaba en poder de los invasores, de modo que lo único que podía hacer ya Mourad Bey e a huir en dirección al alto Egipto.

Las consecuencias de aquella victoria fueron enormes, ya que se entregó el Cairo, ciudad de medio millón de almas y que era la capital del Estado y la base de la sustentación de todo el Egipto medio. Aun produjo otros beneficios por haber quedado los franceses dueños de cuarenta cañones y de muchos y muy buenos caballos árabes, sin contar con un rebaño de cuatrocientos camellos.

Alejandría, puerto de mar, era ya entonces como lo es hoy, una ciudad cosmopolita donde había recibido el ejército europeo muy satisfactoria acogida, pero en el Cairo se hallaron en caso muy distinto. Reinó el terror al principio, pero dando pruebas de manifiesta cobardía, corrió toda la población musulmana a recibir en triunfo a los vencedores aunque todas aquellas manifestaciones de regocijo, de admiración y de afecto, fuesen sólo encubridoras del odio más profundo a los cristianos, y no pudo dudarse de esto en vista de la terrible insurrección que estalló más tarde en la ciudad de que se trata.

Bonaparte se equivocó por completo respecto a cuales eran las verdaderas ideas de la gente del país. Los soldados muy bien vestidos, perfectamente alimentados y atendidos, observaron la más estricta disciplina, y no se molestó para nada a los vecinos de la ciudad, y creyó el general que la población estaba muy agradecida a este modo de proceder; pero en el fondo del pensamiento egipcio, como estaba aquel pueblo acostumbrado a las brutalidades y prepotencias de los mamelucos, tomó todas las correctas actitudes francesas por demostración de debilidad y de temor, y por lo bajo, sordamente, mientras resonaban aclamaciones en calles y plazas, se tramaban intrigas que muy pronto debían dar sus resultados.

Engañado Bonaparte por la aparente sumisión del vecindario creyó que podría emprender la marcha hacía el interior con sólo dejar en el Cairo unos miles de hombres para tener allí un punto de apoyo. Con su ejército de operaciones esperaba poder destruir a todos los beys rebeldes y muy especialmente a aquel Moarud que estaba reconcentrando sus fuerzas en el alto Egipto. También era preciso combatir al bey Hassain quien se agitaba por la parte de Siria, donde había reunido grandes elementos de resistencia. Pero llegó una terrible noticia para retardar los planes del general en jefe.

Había enviado Bonaparte a Surcouf, una vez ocupado el Cairo, a inspeccionar la situación de la flota francesa, por estar el general sumamente intranquilo respecto a las operaciones navales. Debía el corsario estudiar bien los aspectos de la campaña

marítima y dar su informe secreto al general en jefe.

Bajó Surcouf por el Nilo en uno de los barcos de la flotilla, puesto por completo a las órdenes del corsario, y llevó al almirante francés el parte oficial de la victoria de las pirámides, pero aquel parte no era sinó el pretexto buscado para disimular el verdadero objeto del viaje del marino. Volvió Surcouf tan pronto como le fué posible, pero se manifestó sumamente alarmado, y quiso en el acto de llegar al Cairo dar cuenta a Bonaparte de sus observaciones.

—¿Qué diría el general Bonaparte de un ejército que se inmoviliza voluntariamente con un río como este a su espalda, y que renuncia por puro capriche a todas las ventajas que puede ofrecer la habilidad de las maniobras?

—No podría decir sino que suponía eso la mayor locura.

—Pues esa es la locura cometida por el almirante Brueys. Si un ejército se ve muy expuesto a que lo tiren al río contra cual trata de reñir una batalla, más expuesta está una flota a que la arrojen sobre la costa, si permanece fija amarrada a sus áncoras y si voluntariamente pierde todas sus condiciones maniobreras.

—El almirante, — dijo Napoleón, — a quien observé eso mismo, me contestó que nunca está más segura una escuadra que cuando se ve bajo la protección de la costa.

—Hay que distinguir en este asunto, — interrumpió Surcouf. — Estará muy segura cuando se halla contra una costa provista de baterías situadas a tal altura que puedan pasar los proyectiles sobre los barcos amigos para herir a los contrarios, pero no es ese el caso de nuestra situación en Aboukir.

—Muy cierto es todo eso, — murmuró el general.

—Creo que debe en el acto dejar nuestro almirante ese fondeadero tan peligroso, y salir a alta mar procurando el contacto con los ingleses y tratar de no comprometer la situación de este ejército, pero aún en el caso de verse obligado a aceptar el combate, se vería en la posibilidad de maniobrar a su placer, lo que en Abukir es imposible.

—No hay duda de que todo esto es la simple exposición de una verdad indiscutible, —dijo Bonaparte mientras paseaba nerviosamente.

Había penetrado en el cerebro del gran militar la exactitud de las observaciones del marino, y comprendió que tenía ante sí un hombre de mar tan genial como lo era él para los asuntos relacionados con las campañas por tierra. Volvió a pedir más explicaciones y discutió con el corsario todos los puntos, y en el acto envió orden al almirante Brueys de salir del fondeadero de Abukir, pero desgraciadamente el almirante decía y pensaba que Bonaparte no entendía nada de asuntos navales y opinaba, además, que se metía en lo que no entraba en las atribuciones del que no era sinó general en jefe del ejército. Un marino no viene obligado a obedecer órdenes con la misma pasividad que es obligatoria en el soldado. Tiene el recurso de oponer al cumplimiento de cualquier disposición, ya la falta de viento favorable, ya el estado del mar, o bien la falta de agua para la marinería, y hasta la carencia de provisiones. La desobediencia en la marina no lo es si se quiere pintar al asunto a gusto del desobediente, y el almirante Brueys cargó sobre sus hombros la responsabilidad de no hacerse a la mar, resolución que dió motivo al más terrible desastre marítimo.

Corría mientras tanto Nelson con rumbo a Egipto, con la rabia de un lobo hambriento al que escapó la presa tantos meses codiciada. Tan pronto como se convenció de la verdad, forzó velas en dirección a Aboukir y el 1o. de agosto estaba ante aquellas costas toda la flota británica.

La hora era solemne. Si quedaba vencido la escuadra francesa, todo el ejército desembarcado en Egipto quedaba encerrado sin poder salir de la tierra conquistada.

Los franceses se consideraban más bravos que los ingleses, pero tenían la convicción de su inexperiencia, y nadie dudaba de la falta de condiciones maniobreras de los jefes, lo que supone pésimo estado de espíritu para vísperas de una batalla decisiva.

Por lo contrario, reinaba entre los ingleses la más ciega confianza en el genio de Nelson, y como disciplina, como instrucción, como prácticas marineras de oficiales, artilleros, soldados y marinos no podía pedirse ya mayor perfección. El estado mayor era el más notable del mundo, y el almirante gozaba ya entonces fama de ser uno de los grandes marinos entre todos los más renombrados en los anales de la historia.

Supo demostrar el mismo día de su llegada ante los franceses el almirante Nelson, que era hombre de genio, y le bastó la primera mirada para darse cuenta de qué maniobra debía ejecutar, ya que el almirante Brueys había cometido una gravísima falta.

No se había ceñido éste bastante a las sinuosidades de la costa, y entre los navíos frances y la playa podían muy bien deslizarse otras naves, y en el acto dividió el almirante inglés su flota en dos secciones, una de las cuales debía meterse entre la línea enemiga y la costa, mientras luchaba de frente contra los navíos de Francia, tomados así entre dos fuegos.

Estas dos escuadras atacaron el ala izquierda concentrándose todas las fuerzas británicas contra ella. Cada navío francés se vió embestido por dos o tres naves enemigas, mientras los navíos que formaban el ala derecha, quietos y amarrados a sus áncoras, veían cómo estaban destrozando los enemigos toda una mitad de la flota republicana. Después de destruir los ingleses los navíos del ala izquierda hicieron lo propio con los que formaban el centro. Pudo el almirante francés Villeneuve ordenar que toda la flota que formaba el ala derecha, puesta a las órdenes del citado marino, cortase cabos y saliera para tomar entre dos fuegos a los navíos ingleses que fusilaban a los franceses del ala izquierda, y con esta simple maniobra quedaba desconcertado todo el plan de Nelson y hasta se

veía éste preso de sus propias redes. Conste que se dió por parte del almirante esta orden, pero dijo Villeneuve más tarde para excusarse, que la humareda del cañoneo le impidió ver las señales de órdenes, y aun agregó como disculpa final que el viento no era favorable para semejante maniobra, pero aun admitiendo que no se le hubiera ordenado, era aquello tan lógico y natural que por propia iniciaitva debió el jefe de aquella sección de la escuadra acudir al socorro de su superior, y en lo relacionado con el viento, no le faltó al mismo almirante para huir, y tan pronto como vió volar el Orient, soberbio navío francés de 120 cañones y en cuanto se dió cuenta de que otros dos navíos más habían sido echados a pique por los británicosfi abandonó el campo de la acción con dos buenos navíos y con dos fragatas.

No habiendo hecho la maniobra indicada para torcer el rumbo del combate, trató sólo de salvar sus naves, para lo cual se dirigió a toda vela a Malta, mientras los ingleses destruían hasta los últimos restos de la gran flota francesa.

El almirante Brueys murió como un héroe, y al verse muy gravemente herido, muy lejos de consentir que lo llevaran a la enfermería del entrepuente, ordenó que se le dejara donde estaba, ya que un almirante francés debe saber morir siempre en el puesto de mando.

El cañoneo enemigo era formidable y parecía empeñado el almirante Brueys en reparar su imperdonable falta de táctica con una muerte gloriosa, y no cesó de dar órdenes hasta que lo arrojó a las olas una nueva andanada de las baterías inglesas que barrió el puente de mando.

Pocos momentos más tarde ardía de proa a popa el soberbio navío Orient, y estalló la pólvora de la santa bárbara, lanzando por los aires la más heroica tripulación de cuantas han servido a bordo de navío alguno.

Tal fué, a muy grandes rasgos, el desastre de Aboukir, desastre que había previsto Surcouf y que había anunciado a Bonaparte.

Las consecuencias de aquella catástrofe marítima fueron enormes.

En aquellos momentos dominaba Francia todas las posiciones estratégicas del Mediterráneo. Tolón, Corfú, Malta y Alejandría estaban bajo su mando, y era lo lógico que se trocaran en los señores únicos del gran mar interior, que parecía ser ya un simple lago francés, pero en aquella jornada quedó Francia sin su poderosa flota, y a contar de aquel momento de nada podía servir el señorío de tan importantes puertos, y lo peor era que la conquista de Egipto, principio y base de una estupenda serie de glorias militares por todo el mundo asiático, quedaba reducida a una simple expedición aventurera.

El efecto producidó entre la población egipcia por aquella aplastadora derrota francesa fué indescriptible y preparó los ánimos para la sublevación. Comprendieron todos que los franceses no podían contar con recibir refuerzos, y por lo tanto debía fatalmente ir perdiendo día a día aquel soberbio ejército invasor sus efectivos y su eficacia, y no sólo fueron los egipcios los que supieron apreciar la gravedad de la nueva situación, sino que en las filas del os briosos soldados de Francia cundió el desaliento y se esparció por todos los cuerpos el más negro pesimismo.

Bonaparte recurrió una vez más al maravilloso efecto de sus palabras para reanimar el abatido espíritu de las tropas:

"Es preciso morir aquí donde nos hallamos o salir de esta situación con toda la gloria con que supieron triunfar los héroes antiguos".

Escribió a Kléber, gobernador a la sazón de El Cairo:

"Esta derrota naval obligará al ejército a realizar hazañas mayores aun de las que habíamos soñado".

En los mismos momentos en que se producía el colosal desastre marítimo estaba ocupándose Bonaparte de la pacificación del país, pero era precisamente someter por completo todo Egipto y que estuviese en las manos de Francia antes de emprender reformas trascendentales y decisivas. Fundaba en El Cairo un instituto, y establecía severa policía, sin dejar de asistir a las fiestas del Nilo, y trataba por todos los medios de hacerse popular entre las clases superiores del territorio.

Envió contra Murad Bey al general Dessaix para que mandase y dirigiera la expedición al alto Egipto, y personalmente se puso en campaña contra Ibrain Bey, quien ofrecía resistencia por las fronteras de Siria, pero durante la ausencia del general surgió un desconocido apellido, el Mahadi y fué éste el que provocó las sublevaciones y los tumultos de El Cairo.

Tenía el pueblo gran confianza en el Mahadi por haber pronosticado, y predicado mucho antes de producirse, todo lo que sucedería en el desastre de Abukir. Pertenecía aquel fanático a una secta muy numerosa en Egipto y diseminada por toda la región, y no le costó esfuerzo alguno reunir en contados días millares de adeptos. Predicaba la guerra de exterminio de los franceses, sin que supieran éstos nada de cuanto sucedía, por estar la totalidad de los pobladores contra los extranjeros, o al menos por temor a las iras de los patriotas si se llegaba a denunciar la conspiración.

A contar del combate de Aboukir se sabía que tanto turcos como ingleses enviaban tropas a Egipto, ya para concluir con la dominación francesa en alguna gran batalla, ya para debilitar unas fuerzas que no podían remontarse y a las que se dejaría en cuadro con una bien estudiada y metódica serie de continuadas escaramuzas, y ante esta seguridad, ante la convicción de que el ejército francés estaba condenado a desaparecer por consunción, tanto los coptos, como los griegos, los cretenses y demás pobladores ajenos al islamismo, se veían obligados a callar, por saber que se los haría pagar muy cara la delación cuando llegara el triunfo definitivo de los enemigos de Francia.

A estas circunstancias debe atribuirse el hecho de que predicase públicamente el Mahadi en todas las mezquitas de Alejandría el exterminio de los invasores, sin que las autoridades francesas se enterasen, y sólo por

estos motivos puede explicarse cómo envió emisarios al Cairo para preparar la gran revuelta, sin que los trabajos subterráneos que supone tal empeño, y en que la complicidad de millares de hombres llegara a despertar la desconfianza de los que paseaban tranquilamente por las calles de la ciudad, sin sospechar siquiera que bullía un furioso volcán bajo sus plantas.

El Mahadi encontró un notable intrigante que se puso en contacto con él, por tener aquel nuevo personaje en vista un particular interés que podía lograr mediante una gran insurrección en el Cairo. Se trata de un hombre ladino, listo, dotado del genio de la intriga, y comprendió el gran partido que podía sacar del Mahadi, y se ofreció a él tan pronto como la fuerza del nuevo elemento se opuso de relieve.

El individuo a quien se alude no era otro sino Macaoud, el argelino, el adepto a la secta de los Oled Nayl, el afiliado a la orden de los Tedjenas, o lo que es lo mismo, el propio primo de las jóvenes almeas que habían logrado salvarse de las tiranías de su pariente.

Aunque no era Mecaoud sino un simple músico ambulante, había corrido mucho mundo y había visto y sabido ver muchas cosas. Tenía treinta y cinco años, y desde que cumplió los quince no conoció otra profesión sino la de acompañante de almeas, y su ingenio y felices disposiciones para la intriga no dejó de hallar centenares de ocasiones en que afinarse con semejante oficio. Enamorado de Mariem, su prima, tenía el proyecto de casarse con ella al terminar aquel viaje, pero la escapatoria de la joven convirtió en furiosa una pasión que permanecía como domada por la seguridad de que no podía escapársele su ídolo. Desde aquel instante el sueño único del argellino era volver a ser dueño de los tres almeas, pero comprendía que era eso muy difícil mientras fuesen los franceses los señores y dueños de Egipto.

Tras el desastre de Aboukir, previsto y predicado anticipadamente por el visionario Mahadi, concibió el primo de las bailarinas el plan de una insurrección popular en el Cairo y marchó a proponer esta idea al Mahadi. el que se hallaba entonces en Alejandría. Se dió a conocer como un khouan, o hermano de su orden, y dijo después:

—Antes de Alassa, o Jesús, el Cristo cristiano, vivió un profeta llamado Juan quien predicaba en el desierto. Tú estás haciendo lo mismo que él, ya que predicas en las mezquitas de Alejandría, lo que equivale a predicar en el desierto. No esperes ver cómo se sublevaban al influjo de tu voz estos egoístas mercaderes. Hay muchos cristianos en esta ciudad atraídos por su puerto, y los musulmanes son tímidos y medio descreídos por el contacto con los enemigos de nuestra fe. Estás jugándote la vida, para no lograr en el mejor caso imaginable, ni mil hombres prontos a tomar las armas contra los franceses.

—¿Qué debe hacerse, según tu idea?

—Debemos sublevar el Cairo que es musulmán todo él.

—¿Pero has comprendido lo difícil que será predicar la guerra santa bajo la autoridad y durante la ocupación de los soldados de Cristo?

—Es fácil sublevar a todo el pueblo con la menor predicación. Si me nombrases tu wikid, o vicario, y me dieses tus poderes para poderme presentar y disponer en nombre tuyo, antes de dos meses estallará una revuelta, y como son muy pocos los franceses residentes en la ciudad, ha de sernos muy fácil dar cuenta de todos ellos. Una vez exterminados los invasores, pondríamos en estado de defensa la gran ciudad de Egipto, y el general francés no podría reconquistar plaza tan populosa si la defendemos bien, ya que bastante trabajo tiene Bonaparte con Ibraim Bey. Respecto al general que opera contra Morad Bey nada hay que temer de él, dada la gran distancia a que se encuentra.

Escuchaba el Mahadi extático y asombrado. — Era un iluminado sin perspicacia ni grandes ideales.

—Es Alá quien te envía, — murmuró. — Tú eres quien disipa el error y propaga la claridad. Tienes mucha razón y comprendo que es en el Cairo donde debe darse el golpe. Te nombraré mi representante, mi wikid y hasta te daré mi sello para que con él firmes tus cartas.

El argelino brincaba de alegría, aunque trataba de permanecer impasible.

—Alá Akabar, Dios es grande... Mahoma es su profeta y tú eres el salvador.

Salía para el Cairo al siguiente día el argelino, jinete en un camello de marcha y portador de una carta para el jefe de la orden muslímica en toda la gran ciudad. Llegó a Ramenich en sólo veinte horas de viaje y entregó a un camellero la montura prestada en Alejandría por otro camellero afiliado a la secta secreta. Embarcó en el Nilo, y muy pocos días más tarde desembarcó vistiendo como el más miserable fakir o como el último estudiante pobre.

El mokaden, o intedente del jefe supremo de la orden, ya que no residía éste en el Cairo, recibió al wikid del mahadí con la mayor deferencia y sin perder un minuto empezaron a estudiar los dos la manera de preparar la sublevación en proyecto, y aunque Mecaoud no veía en todo este asunto sino el medio que debía proporcionarle ser el señor de las almeas, al mismo tiempo que trabajaba para provocar la sedición se enteró del lugar donde residían y descubrió muy pronto la residencia de las que fueron sus esclavas. Una vez enterado de este importante dato, dió a entender que era indispensable vigilar mucho a las jóvenes por lo que interesaban ellas a la causa de los egipcios, y gracias a esta superchería logró que se las rodeada de una espesa red de espías. Además se instaló él mismo en una casa próximay no salía de ella sino disfrazado de tal modo que no pudiera reconocerle nadie.

El papel de fakir que por el momento había adoptado el primo de las almeas le facilitaba el modo de poder pasar inadvertido. Pudo circular por todas partes sin temor de que lo reconocieran, y le fué posible, gracias a esta circunstancia, ir tendiendo todos los hilos de la terrible insurrección que estalló el 21 de octubre.

Hacía un mes que se instalaron los corsarios en el Cairo, Bonaparte había asegurado el orden en la ciudad y parecía estar todo muy tranquilo, y todos ignoraban las maniobras del Mahadi y de sus agentes.

Surcouf y las almeas ocupaban una casa, o mejor dicho, un palacio situado a alguna distancia de la ciudadela y rodeado de un gran jardín, y transcurría muy alegremente el tiempo, por ser las almeas más agradables de día en día, pero Surcouf aparecía muchas veces como frenético y ansioso, y era indiscutible que se sentía preocupado por algún pensamiento.

Se atribuía el mal humor del corsario al disgusto producido por el desastre de Abukir, y no pudo negarse que la causó verdadera amargura semejante derrota, pero aun se veía víctima de otros más tristes pensamientos por imaginar que el ejército de Dessaix se preparaba a marchar con una fuerza de ocho mil hombres en dirección al alto Egipto.

Maurad Bey, repuesto ya de la herida recibida en la batalla de las pirámides, había reunido en aquella región del Sur muy grandes refuerzos y tenía sus numerosas tropas reconcentradas en los montes de Sediman que dominan lo orilla izquierda del Nilo. Tan preocupado estaba Surcouf por estos asuntos que anunció una noche a Brinville que se ponía en camino al siguiente día para reunirse con Dessaix.

—Pero, — dijo el teniente. — ¿Cómo ponerte en viaje en el momento de ir a casarnos?

—¿Casarnos a la moda musulmana? — preguntó Surcouf.

—Claro que sí.

—Cásate como mejor te parezca pero no haré yo lo mismo.

—¿Qué motivos tienes para ello?

—He hablado muy detenidamente sobre este asunto con el padre Lanternier, quien me ha hecho muy juiciosas reflexiones. El corsario Surcouf casado con una bailarina musulmana, que ha corrido mucho mundo, sería tema de las más divertidas conversaciones y se prestaría a comentarios muy desagradables.

—No puedes negar que eso de volver a Saint Maló Surcouf con una señora del brazo, que sabe todo el mundo que fué danzarina, que corrió de feria en feria, se prestaría a las más sangrientas burlas.

—Estamos completamente de acuerdo, tanto más cuanto el padre Lanternier no me ha ocultado la verdad y me ha dejado entrever el porvenir. Mi almea acabaría por abandonarme un día u otro.

—Eso, amigo mío, es lo más probable, y en ese caso debes casarte, como lo hacemos nosotros.

—Nunca. He querido mucho a la princesa, pero habíamos sido demasiado amigos y hasta compañeros de aventuras para que el verdadero amor pudiera entrar en aquellos escarceos. Lamenté su muerte como la lamento aun hoy, pero lamento su desaparición como se siente la de un amigo querido y nunca como la de una mujer amada.

—Fué aquel un matrimonio de amistosa conveniencia.

—Has acertado en el modo de calificarlo, pero ahora, en lo relacionado con esta almea, nos hallamos en presencia de un amor verdadero, y aun casándome con ella a lo musulmán, pasaría una vida desesperada sólo al pensar en el momento en que me abandonase. No tengo motivos para ocultarte que experimento por esa niña una ternura que yo mismo califico de excesiva.

Reflexionaba Brinville, y dijo después:

—Veo, querido capitán, que es muy grave tu caso. ¿Cuándo marchas?

—Salgo pasado mañana. Ansío verme lejos de aquí.

—Marcharemos juntos y pondremos como pretexto que nos llama el general.

—Estamos conformes.

Apretánronse la mano los dos inseparables amigos, y decíase Brinville una vez solo:

—No puede negarse de que Surcouf tiene recta conciencia. Más que un gran hombre es lo que se llama un gran carácter.

Momentos después estaba Brinville en las habitaciones de Mario.

—Amigo Mario, ¡qué suerte la tuya! Buenos días, Sapajou. Ni te había visto.

—Pero ¿qué suerte es ésa? — preguntó Mario retorciéndose los bigotes.

—Me explicaré. Ni Surcouf ni yo podemos casarnos, y se aplazan los matrimonios por tener que salir mañana por orden del general Dessaix. Me ha dicho que necesitaba disponer de algunos hombres valientes y de toda confianza para llevar una carta a un jefe árabe que quiere ser aliado nuestro. Vosotros sois, nos había dicho a Surcouf y a mí, gente decidida, hábil y determinada, y sumando vuestros dos marineros nos da ya un efectivo de cuatro hombres muy suficientes para plantar cara a una docena de jinetes enemigos. No quiero llamar la atención enviando numeroso destacamento y sólo quiero enviar para entrevistarse con ese jefe a unos cuantos de los nuestros.

—En consecuencia, — dijo Mario, — el general no pensó sino en vosotros para encargarnos tan delicada misión?

—Debo confesar, — murmuró Brinville, — que no habló sino de nosotros.

—¿No se acordó de que estamos nosotros en el mundo? — preguntó Mario en tono airado.

—Muy por lo contrario. Ha dicho que acaso en esta coyuntura representara muy buen papel el famoso bastón del capitán Mario, pero me apresuraré a cortar la conversación diciendo al general que por el momento no había que contar sino con nosotros dos, ya que estabas a punto de casarte.

—No sé cómo no te tiro por esa ventana, tenientillo del demonio, — rugía Mario. — Has cometido una torpeza increíble en mozo tan despierto como tú. Ahora mismo corro a ver al general Dessaix a decirle que me pongo en viaje acompañado de mi amigo Sapajou. ¿No es cierto, morenito, que salimos con Surcouf y con Brinville para ver si servimos o no para esa tan peligrosa como delicada misión?

—Pues vamos a ver al general.

—¡Alto! — gritó Brinville riéndose como ... — ¡Pero qué vivos de genio sois

todos! He dicho después, pero como nunca dejas terminar los discursos. Pues manifesté al general que como era seguro que no te conformarías con permanecer con los brazos cruzados, se podrían aplazar los casamientos para tiempos más tranquilos.

—Veo que no eres tan mal amigo como había imaginado. Claro que eso de casarse puede quedar para cuando no haya otra cosa que hacer.

Sonrió Dessaix al decirle todo esto, y abadió:

—Conozco demasiado bien a ese valeroso capitán Mario para dudar de que esté pronto a partir, aún en el caso de estar más enamorado que esos gatos que andan entre las tejas maullando para no dejar dormir a los vecinos.

—Veo que sabe hacerme justicia ese bravo general.

—No podía hacer otra cosa. Estamos entendidos, y pasado mañana, al amanecer, nos pondremos en camino. Adios, amigos Mario y Sapajou.

Tranquilizado ya Mario, dió terrible apretón de manos a Brinville, y es esta la razón que le impidió casarse con su almea. Era demasiado buen camarada de los corsarios para dejarlos correr solos los nuevos peligros.

Muy afortunadamente, acaso por escrúpulos muy fáciles de comprender o ya por efecto de las prédicas del padre Lanternier, los corsarios no habían dicho nada de matrimonio a las jóvenes almeas, y éstas, gracias a la libertad en que se veían, habían gozado jugando a señoritas francesas, juegos que les impidieron aburrirse. Habían desechado los velos morunos, paseaban libremente por bazares, ferias y mercados. Salían de paseo del brazo de los corsarios, lo que constituía para aquellas infelices clavizadas la mayor satisfacción de un orgullo infantil.

Pero hete aquí que se enteran de pronto que los corsarios se ausentan, lo que hubiera sido como un rayo caído en sereno cielo a no haber dicho Brinville, para atenuar los malos efectos de la noticia:

—Se trata de ausencia de pocos días. Volveremos luego, ya que sólo se trata de llevar una carta. Somos los embajadores del general.

Querían las almeas formar en la expedición, pero las disuadió Brinville. Resignáronse, lloraron un poco, recomendaron mucho el más pronto regreso, y volvieron a sus diversiones.

Pero había espiado la salida de los corsarios uno a quien interesaba mucho aquel viaje. Era el primo de las almeas, y se prometió sublevar la ciudad mientras aquellos odiados franceses estuvieran lejos.

DISCOS-DOBLES, SURTIDOS EN-PESOS
25 BUEN ESTADO Y PORTE PAGO 12
POR CAMBIO $ 7
S. ALVAREZ
UN. TELEF. 0727 AVENIDA
DEFENSA 658 - BUENOS AIRES
COMPRO VENDO Y CAMBIO NUEVO Y USADO

CAPITULO XIII

Atrapados en una tienda

BONAPARTE había embarcado en su flota a muchos hombres de ciencia cuando salió para Egipto. Entre los más ilustres se contaban Monge, Bartholet, Dolomien, Geoffroy de Saint Hilaire, Coffarell, jefe de ingenieros y otros varios no muy conocidos del público algunos de ellos, pero todos ellos sabios llamados a revolucionar el mundo científico. Pero, cosa increíble, y en lo que solo podemos tener fe si volvemos a leer lo escrito entonces, el ejército entero miraba con animadversión a toda aquella pléyade de doctos.

Siempre que lo permitían las operaciones militares se veía correr a los sabios haciendo exploraciones en ruinas, templos y cualquier curiosidad de las ciudades o aldeas egipcias, o visitando los lugares que ofrecían algún interés o estudiando los monumentos o haciendo excavaciones que sacaran a luz lo enterrado por las arenas acumuladas durante muchos siglos. Los soldados se imaginaban que todos los altos, las marchas y las operaciones que realizaban para llevar a término el plan concebido por el general, sólo obedecían al capricho de los sabios, que deseaban escudriñar hasta los últimos rincones del país conquistado a costa de la sangre de los valientes defensores del a República.

Los soldados decían al referirse a Monge:

—Ese buen señor, ese hombre que nunca ha disparado un fusil, considera una gran victoria volver de cualquiera de sus excursiones con un tacho roto o un pedrusco negro como el hollín, aunque la conquista del gran sabio cueste la vida de cien pobres diablos, abrasados bajo este sol de fuego y con la carga de la mochila y el armamento, sólo para defender a los que nunca han de batirse.

Como es muy natural, no comprendían las tropas ni lo importancia de los llamados pedruscos ni siquiera la de las losas con curiosas e indescifrables inscripciones. ¿Qué razón podía haber para que Bertholet recogiera misteriosas plantas que había que conducir, por fardos, en los bagajes de los cuerpos? ¿Debían sacrificarse todos para dar gusto a las manías de una turba de maniáticos?

Geoffroy de Saint Hilaire padecía de otra clase de locura. Ordenó que se recogiesen huesos, cráneos, y hacía excavar los cementerios antiguos para registrar las tumbas donde desde siglos atrás dormían en paz los egipcios de las pasadas edades. Ordenó grandes trabajos para registrar terrenos donde por capricho de aquel loco debía encontrarse restos de ciudades o de templos muy antiguos.

¿Cómo podían sospechar los ignorantes soldados que gracias a aquellas pacientes investigaciones podría reconstituirse la historia anatómica de las razas antidiluvianas?

Admiraban a Larrey por su pericia como

cirujano, pero le llamaban el carnicero por su manía de hacer la disección de cuantos caían en la lucha. Consideraba la tropa que si procedía de este modo era por afición exagerada al oficio, sin darse cuenta de que busca el eminente orador por medio de este nunca interrumpido trabajo, descubrir y dominar todos los secretos de la ciencia.

Pero el que servía de tema favorito a las burlas de la soldadesca era Caffarelli. Le habían amputado una pierna, pero no por falta de aquel miembro dejó de ser un rabioso coleccionista. Bajo el fuego abrasador del sol egipcio recorría cojeando enormes distancias, buscando entre ruinas y sepulcros abandonados. Su equipaje y el de la división a la que iba agregado, era un verdaero bazar de los más extraños objetos. Pero nunca tenía bastante, y era un martirio para las tropas el servicio estéril, en opinión de los veteranos, a que se las sometía por caprichos de aquel iluso.

Un día iba cojeando el general de ingenieros por las abrasadas arenas de un antiquísimo cementerio, cuando ordenó se excavara una opresión del suelo donde era insoportable el calor. Los soldados de la escolta del general cojo y anticuario empedernido, empezaron a murmurar en tono alto.

—¡Cómo, muchachos! — les dijo Caffarelli mientras señalaba con el dedo el foco de fuego que parecía ser el sol. — No podéis decir que esté yo sobre un lecho de rosas, y bien claro se ve que el sol nos calienta a todos por igual.

—Eso es muy cierto, general, pero mientras todos nosotros hemos de dejar aquí nuestros esqueletos tostándose a los rayos de ese sol, no os podrá suceder lo mismo, pues siempre tendrá el general un pie en la querida tierra francesa.

Aludían así burlonamente los soldados a la pierna de Caffarelli, que guardaba en Francia la familia del general, para unirla al resto del cuerpo y enterrarlo todo junto en el panteón construído expresamente.

Aquella irónica protesta corrió de fogón en fogón y se convirtió en muletilla repetida a cada instante en todo el campamento.

Es el caso que Dessaix llevó consigo a la mayor parte de los sabios, por ser en el alto Egipto donde debía tropezarse con las maravillosas novedades históricas y científicas, y cuando aquel reducido cuerpo llegó a Xerapi, se vió obligado a detenerse por algún tiempo, en virtud de las combinaciones del plan militar trazado de antemano.

Como dentro de un radio de sólo dos días de marcha en torno del campamento había templos y ruinas antiquísimas, los sabios se apresuraban a visitar y reconocer hasta lo más escondido, gracias a las indicaciones de expertos guías de que se había provisto oportunamente la división. Pero mientras los doctos se engolfaban en sus estudios, se dedicaban los beduinos a atacarles y a atacar a la escolta, lo que dió ocasión a muchas escaramuzas sangrientas y mortíferas para los franceses. Llegó a tal punto la universal murmuración contra las exigencias de los sabios, que Dessaix se vió obligado a suspender las exploraciones a los antiguos monumentos, y ocasionó con ello la mayor desesperación entre el pelotón de los doctos.

Había a unas quince leguas del campamento un antiguo templo visitado por Monge, pero se vió detenido el investigador al llegar al fondo de una cripta, donde tropezó con recia puerta de bronce, de resistencia y solidez tal que sólo contando con grandes palancas o con poderosos medios, era posible pensar en abrirla, y regresó Monge al campamento con el firme propósito de volver con una sección de zapadores de las tropas de ingenieros para forzar la misteriosa puerta tras la cual soñaba hallar tesoros de cosas raras.

Pero se evaporó su esperanza al ponerse al frente de una compañía de zapadores. El general Dessaix había ordenado que no se pusiera a disposición de los sabios ni un soldado ni un solo potro. Monge se sintió presa de la mayor desesperación.

—Aquella excavación, — decía a los corsarios, por haberse hecho el sabio muy amigo de Surcouf y sus compañeros, — aquello que parece una caverna no es sino una grandiosa tumba, sin duda alguna. Y digo esto por haber interpretado las inscripciones hechas en la piedra que sirve de cierre a la recia puerta. Allí están durmiendo sobre losas de granito todos los grandes sacerdotes del templo y todos los miembros de sus familias. Cada momia está cubierta de preciosas joyas, testigos irrebatibles de las distintas fases de las industrias locales, y hay junto a cada momia la biografía completa del enterrado, lo que supone un tesoro científico como no se ha visto otro igual, tan pronto como se logre descifrar claramente lo escrito en signos tan endiablados. Ya comprenden mis amigos, los valientes corsarios que me escuchan, que sería inmortalizarse llegar a la conquista de esos tesoros para llevarlos a un museo de Francia, pero desgraciadamente me niega el general la escolta sin la cual nada puedo hacerse.

—Más adelante ha de permitir que se hagan tan interesantes descubrimientos, — dijo Brinville para consolar al sabio.

—Acaso sea así, pero temo que alguien se adelante, y que se robe esos tesoros y todas esas reliquias del pasado.

—Sería una verdadera lástima, — murmuró Surcouf.

—Más que una lástima, — observó Brinville, — creo que sería una desgracia.

Los dos corsarios estaban pensando en lo mismo, pero ninguno de ellos adelantó la menor palabra. Se separó de ellos Monge, para ir a llorar en otros fogones sus amargas quejas, y de tal modo corrió de tienda en tienda, que no se habló ya de otra cosa en todo el campamento sino de los tesoros y las maravillas encerradas en el templo de Serapis.

Macaoud, después de discutir y concertar con el mokaden de la orden todos los detalles del plan de insurrección de el Cairo,

y una vez visto como estaban en marcha todas las ruedecitas y todos los engranajes de la vasta conspiración, quiso ir a ver a Mourad bey para ponerse de acuerdo con él y concertar la cooperación de los ejércitos en armas con el pueblo a punto de sublevarse. Debe advertirse que alimentaba aunque muy vaga la esperanza de poder desembarazarse de los corsarios, y para lograr sus fines se puso en viaje acompañado de un hermano músico como él, y como el afiliado a la cofradía del Mahadi.

—Los corsarios, — decía a su hermano, — son gente muy temible y sus venganzas alcanzan a cuantos los ofenden. Si logramos encontrar la manera de que los maten, sería la mitad del éxito de nuestros proyectos.

A estas razones se debe que pidiera hospitalidad en Xerapi al mufti de la mezquita Mecaoud y su hermano. Era el mufti descendiente de una antigua familia sacerdotal que servía bajo los faraones el famoso templo de Serapis, el mismo templo que quería Monge, sin el menor escrúpulo, desvalijar y llevarse cuanto formaba los carcófagos de los antecesores del sacerdote musulmán.

Este mufti, por los numerosos espías que tenía en el campamento, sabía que los corsarios proyectaban una expedición al indicado templo, y se enteró de que andaban buscando un buen guía que los llevase hasta las ruinas sagradas y dió cuenta de estas noticias a Mecaoud, a quien dijo:

—Hermano, el taleb, o como llaman ellos el sabio francée Monge, ha estado en la tumba del templo de Serapis, donde se vió detenido por la gran puerta de bronce que cierra la sepultura de los sacerdotes. Sabe que es allí donde puede encontrar las estatuas y las momias de mis antepasados, y quiere apoderarse a toda costa de tales tesoros. Pero el general francés no quiere darle más soldados para su escolta, y la única conversación actual en todo el campamento gira en torno de los secretos ocultos en las ruinas del templo. Los corsarios se proponen adueñarse de todo ello.

—¡Loado sea Dios! — dijo alegre el argelino. — Has dicho que hay uno tumba en ese templo y que está cerrada por una gran puerta de bronce?

—Si.

—¿Pero es sólida y fuerte la puerta de que hablas?

—Tan sólida es que desafío a que en dos días de incesante trabajo con pico y recias palancas se logre moverlas de su sitio. Está encastrada en un marco de bronce que a su vez se ajusta en las ranuras hechos en los enormes bloques de piedra que forman los ciclópeos muros de granito.

—Hermano, si realmente se proponen los corsarios profanar el templo de Serapis, creo que estamos en condiciones de poder castigar a esos herejes. ¿Sabes tu como se abre la recia puerta de que hablas?

—Es un secreto antiquísimo.

—¿Pero lo conoces tú?

—Si.

—En tal caso, hermano, podemos dejar que los corsarios entren en la tumba, y los dejaremos allí enterrados con las momias de los sacerdotes de Serapis.

El mafti abrió los ojos como quien se siente deslumbrado por un destello de inesperadas claridades.

No hacía cinco minutos que se había alejado Monge, cuando dijo Surcouf a sus amigos.

—Ese pobre Monge es un inocente y se jugaría la piel por conquistar sus momias ¿Quién de nosotros piensa en los tesoros del tzmplo, y quién se atrevería a ir a retirarlos?

—¿Quién de nosotros no está pensando precisamente en eso? — dijo uno.

Reinó un largo silencio.

—¿Qué razón hay para que no vayamos? — preguntó Brinville.

—Por mi parte, — añadió el padre Lanternier, — iría con el mayor gustó para escudriñar esos secretos enterratorios tan antiguos y para ver las momias de mis rancios colegas, que no por pertenecer a otro religión dejaban de ser sacerdotes. Ver las canillas de un cura de hace cuatro mil años no es cosa que pueda contar todo el mundo.

—En ese caso y puesto que todos parecen estar prontos a dar gusto a Monge, — dijo Surcouf, — no veo el motivo para que no nos pongamos en camino lo antes posible.

—¿Y los beduinos? — preguntó Brinville.

—Seremos ocho nosotros, o lo que es lo mismo, los cuatro aquí presentes y nuestros cuatro agregados y buenos amigos. Monge formará en la partida y no dejará de ir con sus sirvientes. Creo que podemos hacer frente a todos los beduinos del Egipto.

Una vez adoptada esta resolución se pusieron todos en campaña para lograr un guía, lo que resultaba muy difícil. Dos días enteros pasaron en estas inútiles pesquisas, hasta que se les acercó un fellah misteriosamente pidiendo hablar con Surcouf.

Una vez a solas con el capitán, dijo:

—He sabido que buscas un guía para ir al templo de Serapis y aquí me tienes a tus órdenes.

—Veamos cuáles son las condiciones que impones y trataremos de entendernos.

—No me guía el interés y por lo tanto no es por afán de dinero por lo que me ofrezco. sino por mi afán de vivir tranquilo protegido por un señor cristiano.

No pudo ocultar Surcouf la sorpresa que le causaban estas palabras. Se dió cuenta el fallah del asombro del marino, y continuó:

—Pertenezco a la clase de los felahs, y un felah no es sino un desgraciado esclavo a quien todo el mundo oprime, veja y maltrata, y roba y saquea. Nos apalean, nos aplastan con impuestos y con trabajos forzados, y somos el burro de carga de todas las otras clamucho más desgraciado que los otros fallahs, por no deber pertenecer a la clase social de ellos. Somos mucho más desgraciados que las bestias de albarda o de las que tiran de las

carretas o arrastran el arado y yo soy aún que me veo, y que desciendo de antiquísima familia sacerdotal.

—Pero siendo así, preguntó el marino, —¿cómo se explica que no seas ulema, mufti o portero cuando menós de alguna mezquita?

—Ni soy ni puedo ser nada de eso por haberme casado con una copta cristiana, motivo por el cual he inspirado a todos los musulmanes la mayor desconfianza.

—¿Qué razón hay para que no te hagas cristiano?

—¿Hacerme cristiano sin salir de la aldea en que nací? Aun sería mucho más dura entonces mi existencia. Si el señor acepta mis servicios; tengo el propósito de convertirme en cristiano, pero necesito para eso pensar en mi mujer, en mis hijos, en lo poco que poseo y en mis dos asnos con los cuales podría transportar mi familia, bienes y equipaje.

—Bueno, ¿cuánto pides?

—Dos piastras mensuales.

—Te daré treinta.

Se posternó el felah a los pies de Surcouf, y besó los zapatos del marino, mientras sollozaba.

—Pero, preguntó el corsario al felah cuando éste volvió a ponerse de pie, — Eres capaz de abrir la gran puerta que cierra la tumba de los sacerdotes enterrados en el templo?

—Como descendiente que soy de los primitivos encargados del culto, conozco el secreto de esa puerta. Es un legado que pasa de padres a hijos y que sólo se trasmite en la mayor reserva.

—No puedo comprender cómo no has ido a sacar los tesoros encerrados en esa tumba ya que tan al alcance de tus manos los tienes.

—Me vigilan y sospechan todos de mí. ¿Qué hubiera podido hacer una vez en mi poder las joyas? ¿Huir? ¿A dónde? Si me dirijo a pedir hospitalidad a los beduinos, ellos serían los primeros en robarme y matarme después. Mi mujer y mis hijos quedarían como esclavos de los nómadas. Si tratara de disimularme o de ocultarme en alguna ciudad, debía de empezar por declarar de dónde venía, y me hubiesen aprisionado y una vez reconocido como ladrón me hubieran condenado a muerte.

Quedó convencido Surcouf de que el felah no podría robar por su cuenta los tesoros de las tumbas.

—¿Dices que traerás a tu mujer y tus hijos a nuestro campamento? — preguntó al egipto.

—Si hemos de quedar contratados desde mañana mismo, aquí vendré con mi familia, con mis asnos. Viajaré toda esta noche y solo pido como seña la suma de cien piastras cuando esté aquí con todos los míos. Por mi parte tengo fe completa en la palabra del capitán francés.

—No tengo menos confianza que tu en lo que prometes, — dijo Surcouf. — Aquí tienes por ahora este bolsillo y mañana recibirás las cien piastras.

Prosternóse una vez más el folah e hizo mil y mil protestas de fidelidad, pero Surcuf, no del todo satisfecho, le interrogó largamente respecto a las peculiaridades del templo. Contestaba a todo el falah con cuantos detalles se pedían, pero volvía a repetir que no haría nada como no se le garantizara permanecer luego como sirviente de los franceses. Salió por fin del campamento, mediante la promesa de volver al amanecer del siguiente día, y aquella noche misma invitó Surcouf a comer a todos sus amigos y a Monge, para decir, cuando llegó el momento de los postres y de destacapar el champagne al asombrado Monge, que le prometía traerle las famosas momias muy pronto. Enterado el sabio de los planes de los corsarios, quiso formar parte de la expedición y desde luego se le consideró como incorporado entre los que muy en breve explorarían las tumbas de los sacerdotes del templo de Serapis.

Al día siguiente al amanecer se encaminaban dos hombres a pie en dirección al templo de Serapis Salieron de lo ploblado, y cuando estuvieron seguros de que no podía enterarse nadie de sus palabras, dijo uno de ellos:

—¿Estás bien seguro de poder abrir y cerrar a tu antojo la gran puerta de bronce?

—Con tus propios ojos podrás verlo dentro de un rato.

—¿Tu hermano podrá traer aquí a los corsarios franceses y al taleb cristiano?

—Aquí estarán antes de que llegue el sol al tercio de su carrera.

Callaron tan pronto como dijeron lo indicado, y continuaron su excursión, y después de mucho andar sobre las arenas llegaron a las ocho de la mañana al antiguo templo.

Veíanse columnas, canalones, árboles ornados por plantas parásitas, más columnas corintias y fragmentos adornados con follajes de mármol y granito.

SURCOUF

Continuará en el próximo número de "Pucky". Es una novela extensa y vibrante que ha servido para el argumento de la notable película cinematográfica que la casa francesa León Gaumont exhibe actualmente en Buenos Aires y Montevideo.

ESTAMPIDO FINAL

—Muy aburridor, su drama. En vez de que el protagonista muera envenenado en el último acto, arréglese usted para que muera de un tiro de revólver.

—¿Por qué, señor director artístico?

—Porque el estampido servirá para despertar a los espectadores y anunciarles que la función ha terminado.

TODO SE FALSIFICA

HISTORIA DE MOSCAS

POR MARIO RADAELLI

Se desprende de esta divertida narración, escrita en un estilo fácil y cómico, una moraleja que aun cuando aplicada a las moscas, merece generalización y es digna de ser tenida en cuenta por el lector.

NO se si ustedes conocen la historia de la mosca y de las tres mosquitas, pues en materia de moscas el hombre es evidentemente de una gran ignorancia.

En el restaurante oye usted a cada rato la voz iracunda de un cliente que grita: "¡Mozo! ¡Hay una mosca en la sopa!" Siempre el mismo grito sólo cambiando el plato, como si una mosca fuera siempre igual a otra mosca. Sin embargo, esos mismos clientes saben distinguir por ejemplo, entre el guyere y el camembert, aunque los dos son quesos y al pedir el postre no confunden el uno con el otro.

Por estos y otros motivos sospecho vehementemente que ustedes no conocen la historia de la mosca viuda y las tres mosquitas, sus hijas, que se reunieron en torno del lecho de muerte de la mosca madre para recibir sus últimos consejos.

Es sabido que estos últimos consejos suelen ser de una gran sabiduría y no deben ustedes asombrarse por lo tanto, de que la mosca viuda hablara de este modo:

"Hijas mías, siento que las fuerzas me van a faltar. Escuchadme atentamente. Nosotros somos el único ser en este mundo que en cualquier parte encuentra lo que necesita. No dependemos de nadie, no somos esclavizadas por nadie, ni puestos en jaulas para que cantemos, ni atadas con cadenas para que ladremos, ni uncidas a carros para que tiremos. Todo lo que existe nos pertenece. Sólo tenemos un enemigo; ese animal que no tiene más que dos patas y se llama hombre. De ese debéis guardaros, hijas mías, con mucho cuidado y no fiarse de él nunca, aunque sea chico, sea grande, sea varón o mujer. El es el único ser dañino que existe en el universo. Sin el hombre, el mundo sería un paraíso.

La existencia de animal tan perverso es la única mosca que me ha hecho dudar de la existencia de Dios. Dios me perdone. Porque, si es tan bueno ¿por qué permite que exista y pulule ese enemigo de la mosca?

En fin, ese es un misterio, pero no olvidéis nunca que es el único animal que falsifica. No comáis nunca cosa manipulada por él...".

Y la podre mosca expiró sin poder terminar la revelación de su secreto. Y las tres mosquitas lloraron largamente, y luego emprendieron el vuelo, desoladas, sin rumbo, con tal de ir lejos de aquel lugar tan triste, que ya les parecía empapado de dolor.

Y, al caer la tarde, llegaron a una casita y penetraron por la ventana abierta del comedor, donde, sobre el mantel tendido vieron una copa llena de vino.

Una de las tres hermanas, la más pequeña y, por lo tanto, menos resistente a las tentaciones, dijo que tenía hambre y sed, y que tomaría ese vino.

La mayor y más prudente, recordó a la menor las palabras de la madre; pero la menor que había crecido en una Universidad y había aprendido a razonar como los doctores, explicó que el vino se hace con uva exprimida y no es, por lo tanto, un producto del hombre sino de la naturaleza, y se posó sobre el borde de la copa y tomó el vino.

Cuando las tres hermanas reanudaron el viaje, la pequeña se detuvo de pronto y, entre la desesperación impotente de las hermanas, falleció. El vino estaba falsificado.

Muy tristes siguieron el viaje las dos mosquitas y cuando las fuerzas les faltaron se metieron en un caserón, que resultó ser un es

tablo y vieron una mujer que ordeñaba una vaca. La lechera, proyectaba como una flecha de marfil, levantaba a cada chorro volúmenes de espuma y el balde se llenaba insensiblemente.

La menor de las dos moscas dijo entonces a la mayor que tenía hambre y sed y esperaría a que la mujer se alejara para tomar esa leche. La mayor le recordó la palabras de la madre; pero la menor observó que allí no cabía falsificación, pues la leche salía evidentemente de la vaca.

La ordeñadora terminó su trabajo, se levantó, cogió el balde con la leche y se metió en una habitación inmediata. Al rato, sacó fuera un tarro, lleno hasta el borde de leche espumosa.

La mosquita ambrienta se precipitó y bebió golosamente toda la leche que pudo. Cuando se reunió con su hermana, vió que la ordeñadora sacaba fuera del cuartito inmediato, uno tras otro, cinco tarros todos llenos de leche espumosa, y observó que era cosa de milagro haber llenado cinco tarros grandes con solo un balde de leche; pero no pudo completar sus observaciones pues dolores terribles comenzaron a retorcerle los intestinos y murió al poco rato. Evidentemente, la leche estaba falsificada.

La hermana mayor, sola ya en el mundo, voló toda la noche y a la mañana siguiente, cansada, hambrienta y desesperada, se metió en una farmacia en momentos en que el farmacéutico despachaba polvos insecticidas, especiales para matar moscas. Decidida al suicidio, sin esperar a que el boticario le alejara, fué a posarse sobre el polvo y comió, comió, comió. El boticario la vió y la espantó con un geso de mal humor.

La pobre mosca, llena de veneno, se posó en un rincón junto a un vidrio de la ventana y cerró los ojos esperando la muerte.

Un bienestar creciente se apoderó de ella. El cansancio y la digestión la amodorraron. Soñó con un mundo mejor, donde no había hombres y se podía vivir sin desconfianza. Por fin, despertó. Estaba fuerte y descansada, ningún dolor, digestión perfecta y renovada alegría de vivir.

El insecticida estaba falsificado.

MARIO RADAELLI

Se ha formado en Cincinati (Estados Unidos) una sociedad contra el abuso de la soda.

Las ovejas de mejor lana son las que se crían en Ushuaia.

"PUCKY" Magazine

APARECE TODOS LOS VIERNES

PRECIOS DE SUSCRICION

Capital e Interior

Número de la semana	$ 0.20
„ atrasado	„ 0.40
Suscrición por 3 meses (13 números)	„ 2.50
„ „ 6 „ (26 „)	„ 4.80
„ „ 1 año (52 „)	„ 9.00

EXTERIOR

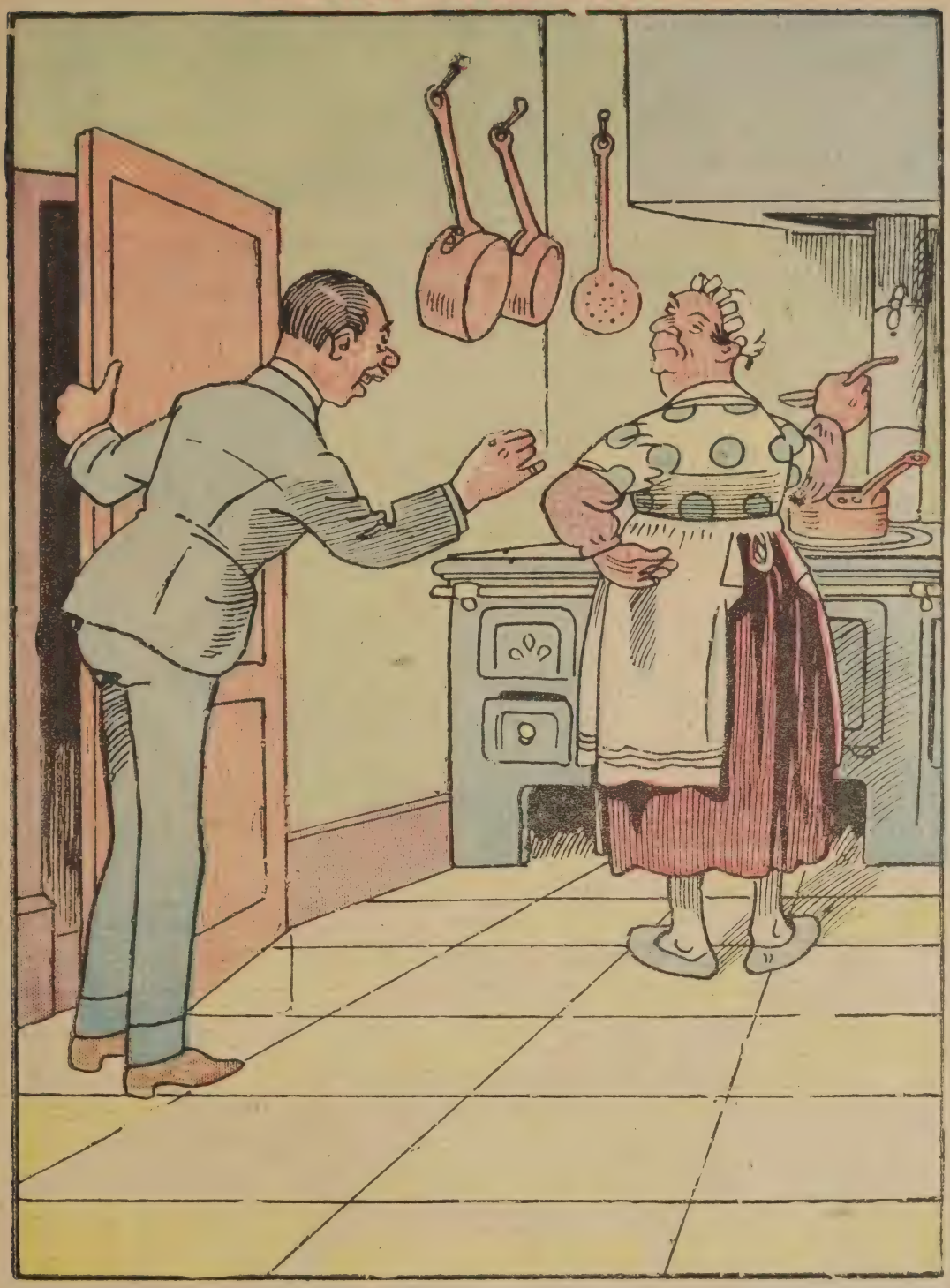
Bolivia, Brasil, Jolombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, España, EE. UU. de Norte América, Filipinas, Guatemala, Honduras, Méjico, Nicaragua, Paraguay, Perú, San Salvador, Santo Domingo y Uruguay . . . Año $ 9.00 c/l.

Demás países . . . . . „ „ 12.00 „

LAS FANTASIAS DE LA MODA

Segun las revistas de modas masculinas se está volviendo a la moda del corset y de la "cintura de avispa"... ¡para los hombres!

POCA SIMPATIA



El patrón: — Lucía: deje que se queme el asado de corderito y que se corte la mayonesa. La mamá de la señora viene a almorzar.

EL BARRENDERO

UN día del pasado invierno, en el refugio del cruce de la calle Drout, hablaba yo con un hombre al que no conocía; pero que era muy amable y simpático. Estábamos rodeados por la nieve, en compañía de otros parisienses, y esta comunidad de infortunio nos hacía comunicativos. El hombre murmuró:

—¡Qué tiempo del diablo!

Como ésta era mi opinión, la apoyé diciendo:

—¡Es un tiempo abominable!

Y él añadió:

—Preciso es tener mucha necesidad de salir para hacerlo en un día como éste.

Arrastrado por la curiosidad, le pregunté:

—¿También tiene usted precisión de hacerlo como yo?

—¡Bah! Precisión, precisamente, no. He salido de casa para comprarme estas "snowboots". Son muy cómodas. Si no las tiene, le aconsejo que se compre un par.

—¡Sí que lo he de hacer!

—¡Qué agradable sería, con este tiempo, poseer una renta de cien mil francos, por lo menos!

—¿No los tiene usted? — dije, y él suspiró, contestando:

—¡Me falta bastante para llegar a ellos! En fin, hay muchos más desgraciados que yo.

Continué:

—Lo que me parece imposible es que se deje tanto tiempo la nieve en las calles, y, sin embargo, he leído en los diarios que en París hay cerca de cinco mil barrenderos.

—Cinco mil ciento trece, — replicó mi interlocutor.

—¿Es ése el número exacto?

—Completamente.

—¿Cómo lo sabe? Digo, si no soy indiscreto...

—Soy barrendero, — contestó con modestia.

—¡Ah!

Una ráfaga de viento interrumpió la conversación durante algunos segundos, al cabo de los cuales añadió el buen hombre:

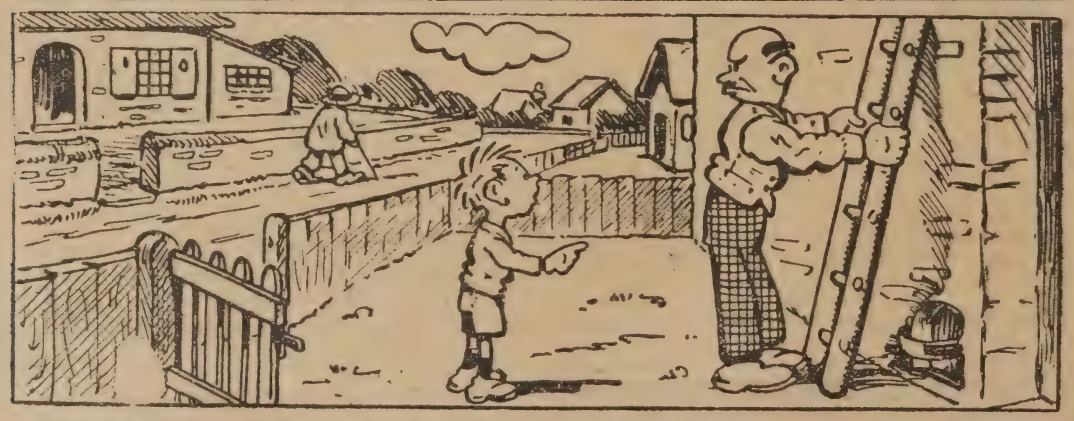
—Decididamente, voy a meterme en mi casa. ¡Tanto peor! ¡Hay que arriesgarse!

Y sólidamente amparado por sus "snowboots", abandonó el refugio, diciéndome:

—¡Cualquier día vuelvo a poner los pies en la calle mientras haga este demonio de tiempo!

ALFRED CAPUS.

UN TIPO DE ROSTRO BASTANTE MARMÓREO



—Me manda papá a preguntarle si quiere tener la bondad de devolverle la escalera que le prestó.

—¿Tu padre no puede hacer lo mismo que yo? ¿No puede pedirle prestada una escalera a cualquier otro?

UNA NARRACION AGRADABLE Y TIERNA

"La voz del amo"

POR PETER CHANCE

(Traducción del inglés especial para "Pucky")

La vida está llena de sorpresas y a veces, como le pasa a la heroína de este encantador relato, cuando más tenebroso parece el ambiente, brilla de improviso la refulgente luz de la alegría, de la dicha y de la felicidad.

AQUEL lunes por la mañana en la oficina de los señores Dren y Douglas, comisionistas de Bolsa, sólo se hablaba de que el señor Vincent Douglas, el hermoso joven miembro de la firma, había sufrido heridas de importancia en un accidente automovilístico. Había ido a pasar el "week-end", o sea el sábado y el domingo en la casa de campo de la señorita Diana King, cuyo retrato aparecía con tanta frecuencia en revistas y en los diarios, que la proclamaban como una de las jóvenes más bellas de la alta sociedad.

Los diarios se ocupaban de lo sucedido y volvían a publicar retratos de la señorita King, así como retratos de Vincent Douglas, que iba a quedarse en casa de su huésped hasta que tuviera bien la pierna que se había fracturado.

Una de las mecanógrafas de la oficina tenía un diario y miraba el retrato de Diana con expresión de envidia.

—Es muy hermosa, — dijo, — pero ¡qué aire orgulloso el suyo!

Phyllis Page detuvo su tecleo y escuchó los comentarios que hacían los que la rodeaban. Phyllis era pequeña, de figura recortada y de rostro alegre, en el que brillaban dos ojos muy azules.

Mientras escuchaba acudía a su memoria el recuerdo del primer día que trabajó en aquella oficina grande e imponente y vió por primera vez a Vincent Douglas. La mandó llamar para dictarle algunas cartas.

Como era aquel su primer día sentíase, naturalmente, nerviosa, y recordó de qué modo se aterrorizó al descubrir que un párrafo de lo que había trazado taquigráficamente le resultaba ininteligible por completo.

Tímidamente, temerosa de que la despidieran o al menos de que le dieran un buen reto, se metió, casi temblando, en la oficina particular del más joven de los socios y explicó tartamudeando lo que le pasaba, balbuceando una excusa lo mejor que pudo.

—¡Pero si eso no tiene importancia! — habíale asegurado Vincent Douglas y ella, tranquilizada, volvió a sonreír y recobró su habitual timbre de voz. — Es hoy el primer día que trabaja aquí, ¿no es cierto? ¡Además, todos podemos cometer errores!

Entonces repitió el párrafo que ella no había podido descifrar, se levantó y cortésmente abrió la puerta para que ella pasara al salón grande de la oficina.

Después de quel incidente, él habíase parado con frecuencia junto al escritorio de Phyllis para dirigirle algunas palabras al cruzar por la oficina durante el día, y esas charlas, aún cuando breves, habíanle sido muy agradables a la joven.

Durante las semanas que siguieron al día del accidente, la espaciosa oficina le pareció nuevamente un sitio extraño. Llevaba el señor Douglas una semana de ausencia cuando el señor Dren, el socio mayor, se acercó al escritorio de Phyllis.

—Vengo ahora mismo de Rosemount y he visto al señor Douglas, — dijo. — Mejora espléndidamente y cree que podrá encargarse de algo de trabajo si se le manda una mecanógrafa. Sería bueno que viniese usted a la oficina todas las mañanas, recogiera algunas cartas que contestar y luego tomara el tren y fuera a Rosemount.

* * * *

PHYLLIS se sintió casi como si estuviera en vacaciones, cuando, la mañana siguiente, salió de la oficina para Rosemount, que estaba en el cercano condado de Surrey. Cuando

"Supongo que usted es la muchacha que mandan de la oficina", dijo Diana King con marcada frialdad.

entró en la estación pasó por delante de una florista. El señor Douglas había sido siempre tan considerado con ella... ¿no le molestaría que le llevase algunas flores para poner en una habitación? Pero Phillys disponía de poco dinero, y las flores más indas eran muy costosas. Sin embargo, vió un ramo grande de pensamientos modestamente tirado a un lado de la vidriera, y lo compró.

En Rosemount, cuando miraba perpleja, pensando hacia dónde debía dirigirse, un chauffeur de muy buen aspecto y muy bien vestido, se acercó a ella.

—Usted perdone, señorita. — le dijo, — ¿es usted la joven a quien el señor Douglas está esperando?

Phyllis inclinó la cabeza afirmativamente y siguió al chauffeur hasta una hermosa y grande "limousine". Después de un cuarto de hora de carrera, el automóvil se deslizó suavemente por el imponente portón

A Phyllis le fué desagradable el desprecio con que Diana la miró de pies a cabeza.

de hierro forjado y piedra, y se detuvo luego frente a una soberbia y antigua mansión.

Una raucama le preguntó si era la secretaria del señor Douglas, y le rogó que esperara unos momentos.

—Voy a llamar a la señorita King, —dijo.

Cuando volvió, la acompañaba una joven alta y morocha, que tenía puesto un vistoso "negligé" y ostentaba el más hermoso cabello negro que Phyllis había visto en su vida. A Phyllis le fué desagradable el aire de desprecio con que Diana King la miró de pies a cabeza.

—Supongo que es usted la muchacha que mandan de la oficina, ¿no? — preguntó fríamente. — Voy a ver si el señor Douglas está pronto para recibirla. Tenga a bien venir por este lado.

Phyllis siguió a la otra mujer, que se detuvo ante una puerta pintada de blanco

que fué abierta por una joven enfermera.

—Aquí está la muchacha de la oficina del señor Douglas, — anunció la señorita King, y se retiró.

Vincent Douglas estaba tendido en un diván, y un complicado aparato sostenía rígida la pierna del paciente.

—Buenos días, señorita Page, — dijo jovialmente, y se estrecharon la mano.

—Lamentamos mucho su accidente, en la oficina, señor, — se atrevió a decir Phyllis.

Sintióse algo cohibida al ver en la habitación varios ramos de magníficas flores, y recordó el mazo de pensamientos que había comprado.

—Le he traído estos... — tartamudeó, tímidamente. — Pero tal vez tengan poca imporancia para usted... Tiene usted aquí tan hermosas flores...

El rostro de Vincent expresó un repentino sentimiento de júbilo.

—¡Cuánta bondad, señorita Page! ¡Los pensamientos son mis flores favoritas! ¿Quiere usted tener la bondad de ponerlos en aquel florero?

Entonces leyó él las cartas que ella había traído de la oficina, y luego dictó las contestaciones. Se mostraba mucho más amistoso que antes, y Phyllis calculó que eso se debía a que no estaba envuelto en el monótono y vulgar ambiente de la extensa oficina. Era enormemente placentero trabajar en aquella espaciosa y soleada habitación. ¡Muchísimo más agradable que la ahogada y llena de empleados oficina de Londres!

Si las siguientes semanas pasaron lentamente para Vincent Douglas, que estaba con la pierna enyesada y obligado a no moverse, transcurrieron en cambio rápidamente para Phyllis, que iba a Rosemount todos los días. Su trabajo en tales condiciones le parecía una placentera tarea de vacaciones. Cuando se atrevió a preguntarle cuánto tardaría aún en poder levantarse y él le contestó que todavía le faltaban tres semanas, Phyllis procuró fingir que lo lamentaba mucho, pero recibió con júbilo la noticia. Tenía miedo del día en que él pudiera volver a Londres y terminaran sus visitas a Rosemount.

Cada vez que se encontraba con Diana King, ésta parecía tratarla, a propósito, como si fuese una sirvienta.

* * * *

UN día, como el señor Douglas tenía una excepcionalmente numerosa serie de cartas que contestar, invitó a Phyllis y que se quedara a almorzar con él. Fué aquel un almuerzo íntimo y alegre. Pasaron la tarde despachando una gran cantidad de correspondencia de negocios.

De improviso se oyó llamar a la puerta del dormitorio y entró Diana King. La presencia de Phyllis a aquella hora de la tarde, pareció sorprenderle desagradablemente.

—Me parece, Vincent, — dijo con lentitud y con su afectado tono de costumbre, — que voy comprendiendo por qué ha dedicado usted tanta atención a los negocios en los últimos tiempos. Es necesario que no se fatigue tanto. ¡Ah! He pedido que le sirvan el te. Hay unos "scones" exquisitos, como para tentar el apetito de un inválido.

Entró una mucama empujando la mesita de ruedas con el te y Phyllis notando que sólo estaba servido para dos, se levantó discretamente de la silla situada junto al diván de Vincent Douglas.

Le pareció ver brillar en los ojos del joven un expresivo destello con el cual le pedía disculpa silenciosamente por el modo como era tratada, pero a fin y al cabo él sólo era un invitado, en casa de la familia King y no podía invitarla a tomar el te con él cuando la dueña de casa la había ignorado en forma tan significativa.

Phyllis no se había dado cuenta de todo lo que era capaz de hacer la señorita King con el propósito de vejar a la joven mecanógrafa.

Cuando Phyllis acababa de entrar en la oficina la mañana siguiente, el señor Dren la llamó a su escritorio particular.

—El señor King estuvo aquí esta mañana muy temprano, — comenzó. — Parece creer, a consecuencia de lo que su hija y el médico le han dicho, que el señor Douglas no debe recibir visitas. Además es una pena que tenga usted que hacer tan pesado viaje en ferrocarril todos los días. En consecuencia ha puesto su fonógrafo para dictar, su "dictáfono", a disposición del señor Douglas.

—Lo comprendo, señor Dren, — dijo Phyllis, sonriendo aun cuando su corazón estaba rebosante de amargura.

—En vista de eso, — prosiguió el señor Dren, — el chauffeur del señor King, que lo trae a la ciudad todas las mañanas, vendrá a la oficina y se llevará las cartas para el señor Douglas. Luego, cuando regrese por la tarde a buscar a su patrón, traerá los cilindros impresionados para que usted escriba las cartas. Una excelente combinación, ¿eh? Algo genial, la idea ¿no le parece, señorita Page?

—Sin duda, señor Dren. Si puede contribuir a la rápida mejoría del señor Douglas, me parece espléndida.

—Yo nunca he hecho uso del dictáfono, — dijo el señor Dren familiarmente, — pero debe ser una invención maravillosa. ¡Vamos a ver si el señor Douglas se acostumbra a manejarlo!

Phyllis se dió cuenta perfectamente de que aquella nueva combinación había sido cuidadosamente tramada por la señorita Diana King. Cuando salió de la oficina particular del señor Dren le pareció que toda alegría y toda luz habían desaparecido de su vida.

* * * *

DURANTE los terribles días que siguieron las únicas comunicaciones que Phyllis recibió del hombre a quien ella amaba fueron los negros cilindros de pasta de cera, que llegaban después del almuerzo para que ella transcribiera lo impresionado en ellos.

Cuando el señor Dren se retiraba aquella ajustaba los receptores en los oídos, volvía a

oír la voz que le era más grata que todas las demás voces del mundo. Pero sufría una triste decepción al oír a Vincent Douglas hablar únicamente de cosas tan serias y opacas como las hipotecas o los "debentures" y saber que mientras ella estaba sentada escribiendo a máquina frente a su mesa, Vincent Douglas estaba tomando el te con la astuta y orgullosa señorita King.

Transcurrieron tres semanas, que fueron muy tristes para Phyllis. Llegó un día en que no se recibieron cilindros impresionados por el señor Douglas y la joven comprendió que aquello indicaba que había llegado el fin de la situación.

Cuando el señor Dren se retiraba, aquella noche Phyllis se atrevió a preguntarle si vendrían o no más cilindros. Su respuesta llenó de esperanzas su corazón.

—Esta mañana traje al señor Douglas a la ciudad, en mi automóvil, — dijo. — Ya le han sacado el enyesado de la pierna y él insiste en andar de un lado a otro con muletas, a pesar de las órdenes del médico que quiere tenerlo sometido algún tiempo más de quietud.

—¡Oh! — exclamó Phyllis. — ¿Vendrá mañana a la oficina? — el señor Dren sonrió picarescamente.

—No, ni mañana ni en algún tiempo más. Tiene que reponerse antes, y ha decidido hacer un viaje de varias semanas por el Mediterráneo. ¡Ah! Ahora recuerdo que me dió un cilindro del dictáfono para usted. Perdone que se me haya olvidado porque él desea que lo transcriba usted esta misma noche, particularmente.

—No me importa quedarme algún tiempo más, — murmuró Phyllis, que se volvió para ir a su oficina y también para ocultar las lágrimas que le llenaban los ojos.

Llevó el cilindro a su mesa. Las demás mecanógrafas y los dependientes se habían retirado ya cuando intentó comenzar la transcripción. Empezaba a anochecer. Suspirando miró Phyllis por la ventana a la reluciente iluminación de la calle y a los reflejos de oro que extendía por el mojado pavimento.

Después, dejando de mirar tomó tristemente el cilindro, lo puso en la máquina y se colocó los receptores en las orejas. Al menos oiría una vez más la voz que tanto amaba. Cerrando los ojos movió el botón que ponía el aparato en movimiento.

El cilindro empezó a girar. Phyllis escuchó con atención, con las manos puestas sobre las teclas de la máquina de escribir. Pero no escribió... porque con grandísimo asombro oyeron sus oídos las siguientes palabras:

"Phyllis, adorada mía. Algo tengo que decirle hace ya mucho tiempo. Es algo que no tuve libertad para decirlo mientras estuve en Rosemount. Ahora que estoy de regreso en mi casa, puedo decírselo. Yo la amo, pequeña Phyllis, la de los lindos y brillantes ojos azules. ¿Quiere usted casarse conmigo y que luego partamos a visitar el asoleado Mediterráneo, usted y yo, solitos? ¡Por favor, diga usted que sí! Contésteme por teléfono, adorada Phyllis, ahora mismo."

El cilindro calló de pronto. Pero Phyllis seguía inmóvil, sentada en medio de la oscuridad, con los ojos llenos de lágrimas de alegría y de felicidad. Entonces, de repente, pero con suavidad y dulzura oyó que la misma voz decía:

—¡La quiero a usted tanto, mi Phyllis adorada!

Pero no era el cilindro el que hablaba en aquel momento.

Volvió ella la cabeza y allí, en el hueco de la puerta, apoyado en sus muletas, estaba Vincent Douglas en persona.

—No tuve paciencia para esperar más, Phyllis, — dijo él en voz baja. — He venido en busca de su respuesta. ¿Quiere usted casarse conmigo?

Se levantó ella; adelantó él los brazos para recibirla y una de las muletas rodó por el suelo. A Phyllis le dió miedo, creyó que iba a caerse. Se acercó rápidamente a él y lo sostuvo, agarrándole un hombro. En la oscuridad los labios de Vincent se encontraron con los de Phyllis, y así fué cómo el enamorado joven obtuvo su ansiada y sincera respuesta.

PETER CHANCE.

Los chinos se están acostumbrando al uso del rapé.

* * * *

La sal del océano es suficiente para cubrir 700 mil millas cuadradas con un espesor de una milla.

* * * *

Los artistas que son miembros de la Real Academia Británica, tienen que jubilarse al llegar a los sesenta y cinco años de edad

* * * *

Un criminologista francés ha dicho que no se debe pintar de gris el interior de ninguna prisión porque ese color deprime el espíritu y conduce a los presidiarios a la neurastenia y la demencia.

Si el apetito de un hombre fuera en proporción como el de un gorrión, se comería un carnero entero en una comida.

* * * *

Cuanto más aumenta la gordura en un animal, disminuye la cantidad de agua que tiene. La carne de un pollo flaco tiene un 70 por ciento de agua, la de uno gordo un 35 por ciento.

* * * *

Como el franqueo, dentro de Inglaterra, es ahora muy elevado, muchas casas inglesas mandan los catálogos y las circulares encajonados, como carga, a Francia y allí los confían al correo, pagando así muchísimo menos.

"Bombón Fino"

—Señor, no sea atrevido, recuerde que habla con una hija de Eva.

—¿Sí? No la creía tan vieja.

* * * *

—Veo que a usted no le gustan mis cuadros, pero, mi amigo, yo sólo puedo pintar las cosas tal como las veo.

—Entonces, mientras las siga viendo así, no pinte.

* * * *

—A un yanqui no hay quien lo engañe, —decía el otro día un neoyorquino a un irlandés, — sobre todo en transacciones de negocios.

—Bien, — dijo el irlandés, — yo le vendo en cinco centavos algo que me costó diez y todavía salgo ganando cinco.

El yanqui quiso hacer la operación y dió los cinco centavos. Entonces el irlandés le dió un boleto de tranvía del Anglo Argentino.

* * * *

Cliente: — ¿Qué vidrios son estos que me estoy probando?

Optico: — El número 2, señor.

—¿Tiene algunos de más potencia?

—Sí, tenemos el número uno.

—¿Y después?

—¡Oh! Después de esos lo que usted necesita no son lentes, sino un perrito que la acompañe.

* * * *

—Tomas, — dice la recién casada el octavo día después de la boda, — antes de unirnos me prometiste que dejarías de fumar el día que nos casáramos y te veo encender la pipa. Eso no es cumplir.

—Perdona, Pepita, yo cumplí mi palabra.

—¿Sí? No veo cómo.

—El día que nos casamos, recuérdalo bien "el día que nos casamos" no fumé ni un cigarrillo.

* * * *

—Don Pedro, el dueño de la empresa de pompas fúnebres, suele contestar con gracia a los que le dan bromas sobre su negocio.

—Usted, — le dijo el otro día un amigo, — debe estar deseando que todo el mundo se muera para enterrarlo.

—¡No! Todo el mundo no.

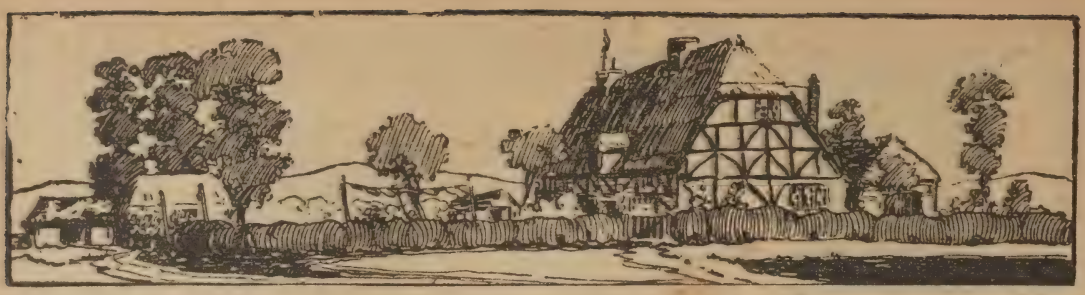
—¡Cómo!

—Hay gente tan antipática, que da gana de enterrarla aunque no haya muerto.

¡OH! ¡ESTOS HOMBRES!

—Te he quitado las llaves y si no has vuelto a las doce de la noche, te encontrarás con la puerta cerrada.

—¿De veras? En ese caso tendré que esperar a la "reapertura" como el Congreso... y puede ser que no haya "quorum".



UN CONSEJO APROVECHADO

EL CERDO DEL VECINO

POR ALTÉR EGO

(Traducción del francés)

Puede repetirse aquí aquello de "al maestro, cuchillada"; a veces el que se cree más pícaro es el que cae víctima de aquel a quien hizo su confidente. El caso presente es ejemplarizador y sobre todo, gracioso.

ELIACIM preguntó a Nephtalí por encima del cerco que separaba sus propiedades:

—¿Qué te pasa? Pareces preocupado.

Nephtalí se acercó al a pared divisoria, y dijo bajando la voz:

—Que no nos oigan. Sí, amigo; estoy muy preocupado.

—¿Y por qué?

—Porque voy a matar mi cerdo.

—¿Pero tienes un cerdo?

—¡Cómo que no lo sabías! — replicó Nephtalí.

—En verdad nunca te he hablado de eso por discreción. Creía que no querías que se supiera que poseías semejante animal. Pero si tú lo declaras, no te oculto mi extrañeza al ver que guardas una bestia impura, prohibida por nuestra religión.

—Nuestra religión prohibe comer su carne, Eliacim, pero no que se gane dinero con ella. Si yo tengo un cerdo es por la utilidad que puede reportarme.

—¡Ah! ¡Vamos!... Pero entonces, ¿por qué te preocupa la idea de matarlo?

—Voy a decírtelo. Es costumbre, cuando se mata un cerdo, invitar al vecino.

—Es una tradición muy respetable; opinó tendenciosamente Eliacim.

—Yo nunca me atrevería a invitarte.

—¿Por qué?

—Porque estoy seguro de que tú, como yo, no comerías esa carne.

—Si la comiera invitado por tí, el pecado no sería mío, sino tuyo...

—Pero, te conozco. Tú no consentirías que yo pecara.

—De todas maneras me costaría gran trabajo no aceptar una fineza tuya.

—¡Gracias! Nunca expondría yo tu delicadeza a tal conflicto. En quien yo pensaba es en mi otro vecino, Duponí Durand. A éste tendría que invitarle.

—¿Comerías cerdo con Dupont?

—¿Y qué otra cosa puedo hacer? En ese caso sería él quien soportaría el peso de mi pecado, y como no es de nuestra religión... Pero tendría que ofrecerle las mejores tajadas puesto que sería el invitado y de este modo el rendimiento que me produjera el animal quedaría muy mermado.

—Es verdad. ¿Qué vas a hacer?

—No sé... ¿Qué harías tú en mi lugar?

—¿Me pides una opinión o un consejo?

—Más bien un consejo.

—Pues bien; mata el cerdo sin preocuparte de Pedro ni Pablo, ni de Duponí o de Durand... Cuando lo hayas matado, no tienes más que contar por todas partes que te lo han robado.

—¡Excelente idea! No había pensado en ello. Gracias. Lo haré como dices.

* * * *

Durante la noche Eliacim se levantó, se vistió, salió de su cuarto y se dirigió de puntillas al cerco medianero, lo saltó con toda clase de precauciones, entró sin ruído en el corral de Nephtalí, se apoderó del cerdo y lo encerró en su corral.

Su intención no era matar al animal, sino aprovechar cualquier ocasión para conducirlo discretamente a uno de los mercados vecinos.

Se acostó y pronto se quedó sumido en un sueño apacible y profundo.

Al rayar el alba fué despertado por grandes gritos, que procedían de casa de Nephtalí.

Casi inmediatamente éste fué a llamar a la puerta de Eliacim, exclamando:

—¡Levántate, ven pronto! ¡Es horrible lo que me ocurre!

Eliacim corrió a abrir la puerta. Nephtalí, con el rostro desencajado se entró en la casa y cayó sobre una silla, repitiendo:

—¡Esto es horrible!

—Pero, ¿qué es horrible? — preguntó Eliacim con interés.

—¡Me han robado el cerdo esta noche! ¡Un animal tan hermoso! ¡Estoy arruinado!

—¡Muy bien! ¡Bravo! — exclamó Eliacim.

—¿Pero, así tomas mi desgracia? — gimió Nephtalí. — Te repito que me han robado el cerdo.

—¡Bravo! ¡Bravo! ¡Está muy bien!

—¿Aún te ríes?

—¡Naturalmente! — dijo Eliacim. — Eres un admirable actor. Pero delante de mi no exageres. Yo estoy al corriente de todo, puesto que fuí yo quien te aconsejó la cosa. Donde tienes que hacer el Jeremías lo mejor que puedas es en casa de Duponf Durand. Anda, corre Naphtalí. Te repito, que eres un consumado actor.

ALTER EGO.

Los japoneses vendan las heridas con tiras de papel.

* * * *

El caballo es el animal que sucumbe más rápidamente si se le expone a un frío muy intenso.

* * * *

La longevidad es más frecuente en los países donde el número de nacimientos es menor.

* * * *

Las damas mejicanas han organizado una sociedad contra la costumbre del beso entre las mujeres.

* * * *

Los sistemas modernos de defensa y alarma contra los ladrones, son tan eficientes que muchas compañías de seguros han rebajalo las primas a quienes los han instalado en sus casas

El vino pierde su valor al cabo de 200 años.

* * * *

El agua relativamente caliente quita la sed y refresca mucho mejor que el agua fría.

* * * *

Las bombas se usaron por primera vez en el año 1634.

* * * *

Los pavimentos de madera de las calles se desgastan medio centímetro al año, si son de buena calidad.

* * * *

J. Pierpont Morgan pagó más de medio millón de dólares por la mejor colección de relojes antiguos de ornato que había en Europa y era propiedad de un coleccionista bávaro.

¡SI SUS CLIENTES DIFUNTOS LO VISITARAN!

—¿Cree usted, doctor Laxativo, que los espíritus de los muertos vuelven a este mundo para conversar con los vivos?

—¡Pero amigo mío! ¡Si yo creyese eso, hace años que hubiera abandonado el ejercicio de la medicina!

EL RETRATO DEL MAESTRO EN EL PIZARRON

CONSEJOS PARA ARMARLO: Después de pegar en cartón los dos pedazos que forman el modelo y de dejarlos secar, se recortan cuidadosamente y se unen mediante un brochecito pasando la parte del brazo por la hendija que se habrá hecho en la línea de puntos blancos y dejando atrás lo restante. Cuando el viejo se asoma por la ventana, el muchacho pícaro que ha hecho su caricatura, la borra con el trapo.

UN AGRADABLE CUENTO

EL GATO, EL GALLO Y LA ZORRA

Por L. AFANASIEFF

(Traducción del ruso)

Pertenece este cuento a la serie que "Pucky" publica desde hace algunos números y, como los que le han precedido en estas páginas, es agradable e interesante, y a pesar de su aspecto jovial, tiene algo que da que pensar.

EN otros tiempos hubo un anciano que tenía un gato y un gallo muy amigos uno de otro. Un día el viejo se fué al bosque a trabajar; el gato le llevó el almuerzo y el gallo se quedó para guardar la casa. Pasado un rato se acercó a la casa una zorra, y situándose debajo del a ventana, se puso a cantar:

—¡Cucuricú, Gallito de la cresta de oro! Si sales a la ventana te daré un guisante.

El Gallo abrió la ventana, y en un abrir y cerrar de ojos la Zorra lo tomó para llevárselo a su choza. El Gallo se puso a gritar:

—¡Socorro! Me ha tomado la Zorra y me lleva por bosques oscuros, profundos valles y altos montes. ¡Gatito, compañero mío, socórreme!

Cuando el Gato oyó los gritos echó a correr en busca del Gallo; encontró a la Zorra, le arrancó el Gallo y se lo trajo a casa.

—Ten cuidado, querido Gallito, — le dijo el Gato, — de no asomarte más a la ventana; no hagas caso de la Zorra, que lo que quiere es comerte sin dejar de ti ni siquiera los huesos.

Al otro día se fué también el anciano al bosque; el Gato le llevó la comida y el Gallo se quedó a cuidar la casa, no sin haberle recomendado el buen viejo que no abriese la puerta a nadie ni se asomase a la ventana. Pero la Zorra, que tenía mucha gana de comerse el Gallo, se puso debajo de la ventana y empezó a cantar como el día anterior:

—¡Cucuricú, Gallito de la cresa de oro! Mira por la ventana y te daré un guisante y otras semillas.

El Gallo se puso a pasearse por la cabaña sin responder a la Zorra; entonces ésta repitió la misma canción y le echó un guisante por la ventana. El Gallo se lo comió y dijo a la Zorra:

—No, Zorra, no me engañas: lo que tú quieres es comerme sin dejar ni siquiera los huesos.

—¿Pero por qué te figuras que yo te quiero comer? Lo que quiero es que vengas a mi casa para hacerme una visita, presentarte a mis hijas y regalarte como te mereces.

Y otra vez se puso a cantar con una voz muy suave:

—¡Cucuricú, Gallito de la cresta de oro y cabecita de seda! Mira por la ventana; así como te di un guisante te daré también semillas.

El Gallo asomó la cabeza por la ventana y la Zorra lo tomó con sus patas y se lo llevó a su choza

El Gallo, asustado, se puso a dar grandes gritos:

—¡Socorro! La Zorra me ha tomado y me

lleva por bosques oscuros, valles profundos y altos montes. ¡Gatito, compañero mío, sócorreme!

El Gato oyó los gritos del Gallo, lo buscó por todas partes y al fin lo encontró; se lo quitó a la Zorra, lo trajo a casa y le dijo:

—¿No te había dicho, querido Gallito, que no mirases por la ventana? El mejor día te comerá la Zorra y no dejará de ti ni siquiera los huesos. Ten cuidado mañana porque iremos muy lejos de casa y no te podré oir ni ayudar.

Al día siguiente el viejo se marchó otra vez al campo, y el Gato, como de costumbre, le llevó la comida. Cuando la Zorra vió que se había marchado el anciano, vino debajo de la ventana de la cabaña y se puso a cantar la misma canción de siempre; la repitió tres veces, pero el Gallo no le respondía.

—¿Qué te pasa? — dijo la Zorra. — ¿Por qué hoy, Gallito, no me respondes?

—No, Zorra; esta vez no me engañas; no miraré por la ventana.

La Zorra le echó por la ventana un guisante y varias semillas y se puso a cantar muy dulcemente:

—¡Cucuricú, Gallito de la cresta de oro y la cabecita de seda, sal a la ventana! Yo tengo un palacio grande, grande; en cada rincón hay muchos sacos de grano y podrás comer tanto como quieras. ¡Si tú vieras cuántas golosinas tengo allí! No creas al Gato, que si yo hubiese querido comerte ya lo habría hecho; yo te quiero mucho, y mi deseo es que viajes y veas tierras nuevas para que aprendas a vivir bien en el mundo. ¿Me tienes miedo? Pues mira, asómate a la ventana, que yo me retiraré un poquito.

Y se escondió debajo de la ventana. El Gallo saltó sobre el marco y sacó su cabeza afuera; la Zorra, de un golpe, le tomó y se lo llevó a su casa. El Gallo se puso a dar gritos desesperadamente llamando al Gato en su socorro, pero tanto el viejo como el Gato estaban muy lejos y no le oyeron.

Apenas el Gato volvió a casa se puso a buscar a su amigo, y no encontrándolo, pensó que le habría ocurrido la misma desgracia de siempre. Tomó una lira y un palo y sea fué en busca de la choza de la Zorra. Una vez llegado, se sentó y empezó a cantar acompañándose con la lira:

—Tocad, cuerdecitas de oro. ¿Está en casa la señora Zorra? ¡Qué hermosas son sus hijas, la mayor Maniquí, la otra Ayuda Maniquí, la tercera Dame el Huso, la cuarta Carda la Lana, la quinta Cierra la Chimenea, la sexta Enciende el Fuego y la séptima Hazme Pasteles!

La Zorra, oyendo cantar, dijo a su hija Maniquí:

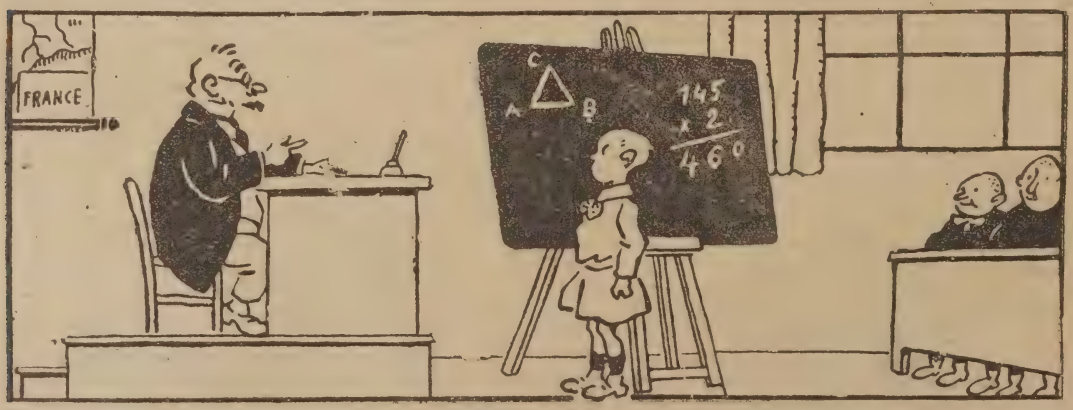
—Sal a ver quien canta tan bonita canción.

Apenas Maniquí se presentó al Gato, éste le dió un golpe en la cabeza con el bastón y la guardó en un saco que llevaba. Repitió la misma canción, y la Zorra envió a su segunda hija, y después envió la tercera, y así hasta la última. Conforme salían de la choza, el Gato las mataba y las guardaba en su saco. Por fin salió la misma Zorra, y apenas el Gato la vió le dió con el palo un golpe tan fuerte en la frente, que la Zorra cayó rodando por el suelo para no levantarse más.

El Gallo se puso muy contento, saltó por una ventana, dió las gracias al Gato por haberle salvado y volvieron los dos a casa del viejo, donde los tres vivieron muy felices durante muchos años.

L. AFANASIEFF.

HABIA QUE CONTARLAS

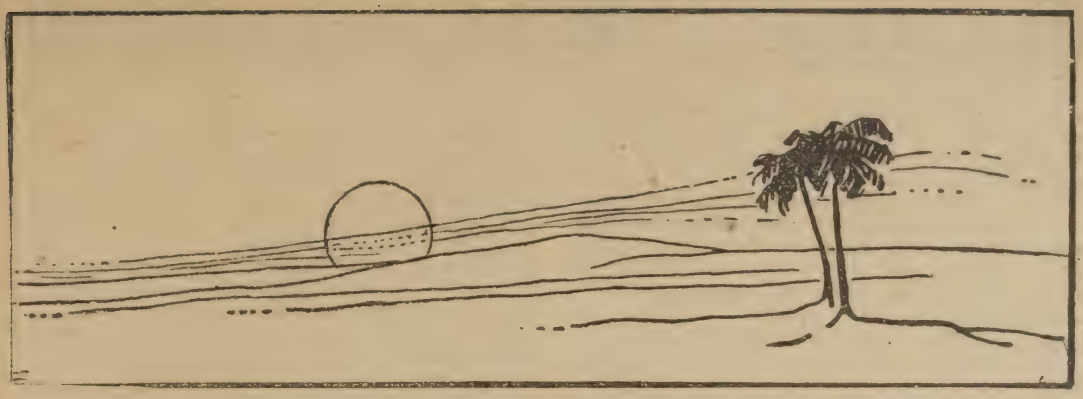


—Vamos a ver: si cinco monedas de diez centavos y dos monedas más, ¿cuántas tendrás?

—Diez monedas.

—¡Cómo diez monedas!

—¡Claro que sí! ¿No vé que ya tengo tres en el bolsillo?



LAS NOVELAS COMPLETAS DE "PUCKY"

FANTASMA de ORIENTE

POR PIERRE LOTI

I

Setiembre: 188...

MEDIANOCHE, después de un fresco atardecer de setiembre en el que ya se anuncia algo del otoño. Silencio por doquier. En mi caca familiar, apaciblemente adormecida, permanezco solo, desvelado, sumido el espíritu en gran turbación de ansiedad y de espera. Poco después de las dos, me retiré a mi cuarto, diciendo que iba prudentemente a acostarme, en previsión de mi partida matinal del día siguiente. Más el sueño no llega. Encerrado en mi departamento particular, errando sin objeto de una habitación a otra, permanezco vagamente pensativo, como en la víspera de mis grandes marchas de marino para campañas largas y lejanas, y, en mi interior paso una lenta y lejanas, y, en de tiempos ya lejanos, de cosas, para siempre acabadas, de rostros borrados ya por la muerte.

Sin embargo esta vez no salgo más que por un mes; no iré más allá de Constantinopla;... pero el viaje será triste.

Menester ha sido que en aquellas tierras se haya realizado un acto inolvidable de este negro hechizo, que ha sido mi vida, para que yo me inquiete de tal modo, ante la sola idea de volver allá; para que todo cuanto de allí proceda: una palabra tártara que asalta mi mente; un arma oriental; una tela turquesca, un perfume, me sumerja de pronto en un ensueño de desterrado en el que reaparezca Estambul. No es, no, obra sólo del arte la de que mi retiro de aquí se parezca al de cualquier emir de otros tiempos, sea semejante a una morada oriental, que, por sortilegio, se haya incrustado en medio de mi querido caserón hereditario, con sus arcos dentellados, sus arcaicos bordados de oro, sus blancos enlucidos. Un hechizo del que yo no sabré desprenderme jamás, ha sido lanzado sobre mí por el Islam en el tiempo en que yo habité las riberas del Bósforo, encanto que yo he sufrido de mil maneras, en las cosas, en los dibujos, en los colores, hasta en las raras flores de ensueño que están aquí ingenuamente pintadas sobre los azulejos de mis paredes. Y, sobre todo, me atrae este encanto triste; me lleva hacia allá, donde yo estaré mañana.

Es, pues, verdad, que voy a volver a ver a Estambul... Es ciertamente, real y próxima esta peregrinación con la que sueño hace diez años...

En los diez años que los azares de mi profesión de marino me hacen rodar por todos los cabos del mundo, nunca he podido volver allá; ¡nunca! cual si un hado funesto, una cadena sin merced, me hubiesen alejado de allí constantemente.

Jamás he podido cumplir el solemne juramento de volver, que empeñé a una muchacha circasiana sumida en el mayor desconsuelo.

Y nunca más he vuelto a saber de ella que fué la mujer adorada, a quien yo creí haberme dado por entero, en cuerpo y alma, para siempre, a través del espacio y del tiempo infinitos.

Desde que yo la abandoné, constantemente esta visión, siempre la misma, me persigue en sueños: mi navío hace en Estambul una escala inesperada, rápida, furtiva; este Estambul vuelto a ver en sueños, es raro dilatado, deforme, siniestro: apresuradamente salto a tierra acuciado por la fiebre de llegar hasta ella; mil circunstancias me lo impiden, y mi ansiedad pasa... Después, de pronto, llega el momento de maniobrar y de partir sin haber vuelto a verla, sin haber hallado nada de su rastro perdido.... y es tal la congoja que experimento, que me despierta...

Para tornar a leerlo durante esta velada de espera, buscaré con temor un libro que yo, tiempo atrás había publicado, por necesidad de cantar mis males, de gritarlos

a voz en cuello a los viandantes del camino, fuesen ellos quienes fuesen; libro que desde el día en que salió a luz, nunca más me atreví a abrir.

¡Pobre librito mío, muy desmañadamente compuesto, a mi ver; pero en el que yo había puesto toda mi alma de entonces; mi alma vencida, presa de los primeros vértigos mortales, creyendo que yo no volvería a escribir, y que no se sabría más tarde, quién era el autor anónimo de "Aziyadé!"...

(Aziyadé: un nombre de mujer turca, inventado por mí, para reemplazar el verdadero, más bonito, más dulce; pero que yo quería ocultar).

Con profundo recogimiento, cual si me asomase a mirar una tumba, levantando su lauda funeraria, comencé a volver estas páginas olvidadas, sorprendentes para mí mismo que las había escrito.

Por una parte, puerilidades que me hacían sonreir. Un tal Loti convencional a quien yo creía parecerme. Y, después, aquí y allá, bravuconadas, blasfemias, banales las unas, de las que os hago merced; tan desesperadas y tan ardientes las otras, que casi se convertían en plegarias. ¡Oh, tiempos de juventud, en los que yo me permitía orar y maldecir!

Mas todo lo inexpresado, que dormía entre líneas, entre palabras sordas e impotentes, se va despertando poco a poco, surgiendo de la larga noche en que yo la había dejado desvanecerse. Reaparecen ante mí esos insondables fondos de mi vida, de mi amor de entonces, sin los cuales, por otra parte, carecían estas páginas de su encanto profundo y de su íntima congoja. De vez en cuando, por un recuerdo, por un sufrimiento que este libro provoca, siento cierta glacial sacudida, un estremecimiento del alma, que proviene de los hondos abismos, entrevistos en los grandes misterios desflorados. Misterios de preexistencias o de no sé qué incógnito, que no puede ni aún vagamente ser formulado. ¿Por qué la impresión recobrada de pronto, de un rayo de luz de la luna de mayo, sobre esta pedregosa campiña de Salónica, en la que comienza nuestra historia, es suficiente para causarme este escalofrío?... O bien la visión de un sol de tarde invernal deslizándose en nuestro recatado alojamiento de Eyub... Ya una frase pronunciada por ella, que vuelve a mi memoria, impregnada de las inflexiones de la lengua turquesa, y del sonido de su voz juvenil y grave... Ya, sencillamente, la sombra de un recio muro, que lanza sobre un rincón de una calle solitaria, la pesadumbre de una mezquita vecina...

Todas estas cosas, tan pequeñas, apenas coercibles, casi inexistentes, ¿por qué están ligadas a las profundidades desconocidas del alma humana? ¿A qué algo anterior pretenden unirse; a qué aventuras muertas ya; a qué ceinzas, dolientes aún, que de tal modo hacen lamentarse? Y, sobre todo, ¿por qué se experimenta estos extraños sacudimientos del recuerdo, únicamente cuando se trata de países, de lugares, de tiempos tocados por el amor con su varilla mágica, deliciosa y mortal?

Multitud de páginas voy colviendo sin leerlas siquiera;: aquellas en que yo había ordenado, cambiando los sucesos con mayor o menor destreza, por las necesidades del libro, o para mejor despitar indiscretas averiguaciones. Despues, he aquí nuestros últimos días de Eyub, con la desgarradora despedida, mientras la primavera se derramaba una vez más sobre el viejo Estambul sembrando por las calles tristes las blancos flores de los almendros. Y, ahora, en fin; todo este pasaje imaginario de Azrael que yo había añadido, no solamente por que se me figuraba, dadas mis ideas de entonces sobre las historias escritas, que era necesario un desenlace, sino mas bien, porque yo había soñado para nosotros dos, un final así. ¡Oh! Recuerdo que había compuesto con mis lágrimas y con mi sangre el desenlace; tal, y, por más que fuese inventado, ha estado tan cerca de ser verdadero, que lo releo esta noche, despues de tantos años, con una turbación que no esperaba, así como si, desde ultratumba, se volviese a leer la página suprema de la vida...

Bien, el verdadero fin continúa aun en el misterio. Tiemblo al pensar que lo conoceré muy pronto, ya que parto mañana para reemover, allá, todas estas cenizas.

En cuanto a la verdadera continuación, héla aquí, sencillamente.

No; yo no se nada más de ella. No fundamento sobre nada la convicción, al mismo tiempo dulce y desoladora, que hago de su muerte. Poco a poco, nuestra historia de amor se detiene; pero sin solución precisa. Nuestro diálogo se ha truncado; pero sin terminar.

Las raras y breves cartas que, al principio, y a pesar de la vigilancia feroz, a traves de mil dificultades lograban llegar hasta mí, cesaron, siete años ha, de traerme sus ahogados lamentos. Terminadas, tambien las cartas de "Achmet"; y terminadas de un modo inquietante: convertidas en raras, en inverosímiles llenas de confusiones de nombres y de personas, que él mismo era incapaz de cufrir, con una persistencia tal en no hablarme jamás de ella, que yo no me atreví a preguntar ni a responder, ante el temor de redes tendidas, de manos extrañas, empleadas en interceptar nuestros secretos.

¿Cómo, a distancia, descifrar este enigma? Qué amigo, bastante adicto, bastante habil, bastante seguro, se encargaría de estas indagaciones en Estambul a traves de las prisiones del harén?... Además, año tras año yo esperaba volver y, por lo contrario, los azares de mi vida me condujeron por otra parte; al Africa, a la China, cada día más lejos... Entonces, poco a poco, se realizó en mí una especie de apaciguamiento de estos recuerdos sin que yo ciertamente fuese culpable; y se decoloraron como empolvados, como envueltos por las cenizas del sepulcro.

Sólo por las noches, durante los momentos lucidos de ensueño, volvía a encontrar, siempre bajo la misma forma, mis sentimientos no satisfechos; siempre los imaginarios regresos a Estambul, a las cúpulas altas y oscuras parfiladas sobre un dilatado cielo mortecino; siempre las carreras anhelantes, detenidas, a mi pesar, por insuperables inercias y sin término; , para acabar, siempre el despertar, a la hora precisa de nuestra unión,

con la angustia y el remordimiento de haber malgastado los instantes precisos que me hubieran sido suficientes para llegar hasta ella.

¡Oh, el extraño Estambul, la aplastante ciudad espectral que yo he visto durante mis veladas!... Alguna vez, permanecía lejana, mostrando solamente en el horizonte su silueta confusa... Al caer la tarde, desembarcaba yo en una playa desierta, entreviendo allá, en lontananza, las torrecillas y las cúpulas...A traves de los fúnebres arenales sembrados de tumbas, emprendía mi carrera, entorpecida por el sueño, o bien me hallaba en los pantanos, en los que los lirios, los juncos y todas clases de plantas acuáticas, anudándose en torno mío, se abalanzaban a mí y me aprisionaban. ¡Oh! ¡Y pasaba la hora y yo no podía avanzar!

Otras veces, mi barco de ensueño me conducía hasta los muros de una ciudad santa: y, entonces, era en las calles donde yo padecía el suplicio de no llegar jamás; perdido en el laberinto inexplicable, vacío y oscuro, corriendo hacia el barrio alto de Mechmed-Fatih donde habitaba su anciano dueño. Luego, en plena marcha, me daba, de pronto, cuenta de que yo no podía ir directamente a su casa, y vacilaba febriciente, mientras pasaban los minutos, no sabiendo ya que resolución tomar para encontrar, siquiera, algún antiguo conocido, que me hablase de ella; que supiera decirme, al menos, si vivía aún, o qué pudo haberle acontecido, y, si había muerto, en qué cementerio la habían sepultado... Mi tiempo se agotaba en indecisiones, en encuentros, con gentes semejantes a espectros que me obstruían el paso... Otras veces, delapilaba mis minutos preciosos, deteniéndome, como en mis paseos de antaño, en los bazares de armas, sentándome en los cafés, para esperar en ellos a personas a quienes yo enviaba a buscar y que no llegaban nunca; o, y estos más, me extraviaba, presa de un profundo terror, en los barrios desconocidos y desiertos; en calles cada vez más estrechas, que me aprisionaban como trampas, en medio de una noche profunda; y, para acabar, llegaba de pronto la hora, la hora inexorable de zarpar, y el exceso de inquietud me hacía despertar.

Durante estas absesionantes pesadillas que durante diez años me han acometido tantas veces, jamás he vuelto a ver — siquiera desfigurado o muerto, — su rostro juvenil, nunca he obtenido ni la más leve indicación, por confusa, por fantástica que fuese, acerca de su destino...

Y, ahora, el maleficio que de ella me tenía alejado parece roto al fin. En completa posesión de mi actividad de espíritu y de vida, voy a volver a ver, en pleno día, a pleno sol, esa ciudad, que, para mí, ha ido poco a poco fundiéndose en un oscuro sueño, hasta el punto de llegar a tenerla yo mismo, punto menos que por quimérica. Trabajo me cuesta creer que nada entorpecerá mi camino; que llegaré al fin; que ambularé por estas calles sin ser retardado por inercias de ensueño; que interrogaré a seres vivientes y que quizás tropiece con el querido rostro perdido.

Realmente, parto mañana; y parto de un modo tan prosaico, y positivo, como para un viaje cualquiera... Abajo están ya mis maletas prestas a ser recogidas de madrugada, por el carrueje que me conducirá a la estación. Apresuradamente, como durante toda mi vida lo he hecho, atravesaré Europa; de prisa, en tres días, en el rápido de París a Bucarest. En el camino en los Cárpatos, me detendré, no obstante, una semana, en el palacio de una reina incógnita; alto que, indudablemente, tendrá algo de encanto y de ensueño ante la inquietante etapa final. Después, desde Varna, por el mar Negro, en veinticuatro horas, me hallaré en Constantinopla.

Mis preparativos de viaje están, por suerte, terminados con anticipación. Nada turba la paz de esta velada, rodeada de silencio y de quietud.

Aprovecho estos momentos para recoger los menudos objetos preciosos que pienso llevar conmigo: cartas, amuletos, y cierta sortija que ella me había dado. Después, pleno de unción y de recogimiento, abro un cajoncito misterioso oculto bajo antiguos bordados orientales. Es la cuna en que duermen mil cositas traídas de Eyub; hojillas sobre las cuales aparecen algunas palabras turquesas, trazadas torpemente, con su escritura infantil; trozos cortados de la tela de nuestro diván de Brousse; restos de pobres flores que en otro tiempo crecieron durante la primavera, en los jardines de Estambul. En lo más hondo de este escondrijo, entre despojos, busco una dirección en caracteres arábigos que Achmet dictó al escribano público de la plaza de Jení-Djamí, la mañana misma de mi marcha. Según él, la nota habría de servirme de recurso supremo para encontrarlo, si yo no regresaba sino después de largos años, una vez agotados todos los sobres dirigidos a su propio nombre, dictado la antevíspera por Aziyayé: únicos medios de correspondencia con ellos.

Hela aquí, la notita. Tiene cinco o seis líneas ,y no termina del todo. Da el nombre y el escondite de una vieja armenia: "Anaktar-Chiraz; que vive en el arrabal de plaza de Hadji-Alí. Al lado hay un vendedor de frutas y, enfrente, un viejo que vende turbantes."

Achmet creía que esta mujer no abandonaría jamás su casa, por ser dueña de ella. Antes, ella le había recogido y cuidado durante no sé qué enfermedad, cuando él era un pobre niño huérfano. Según él, la viejecita lo quería mucho, y sabría siempre donde encontrarlo, aunque hubiese cambiado veinte veces de oficio y de hospedaje. ¡Pobre dirección cándida, que fué escrita, — ¡áh, cuán bien lo recuerdo! — al aire libre, al fin de la mezquita, bajo los plátanos, con un claro sol de primavera, y de juventud y que ha dormido despues, durante diez años, en las lobregueces de este cajón, mientras yo recorría el mundo!... Ha empalidecido; ha amarilleado; ha tomado el aspecto de un viejo documento concerniente a personas ya difuntas... Me hace daño volver a verla tan ajada. Me parece inverosímil que pueda yo conducirla de nuevo al gran luminar de

oriente y que las palabras escritas en ella puedan servirme jamás para anular un hilo conductor hacia seres que están aún vivos, que son reales, y no mitos fraguados por mi imaginación; espectros de mi memoria. Esta anciana armenia, este comerciante en frutas, este vendedor de turbantes, pobres gentecillas cualesquiera de un perdido arrabal; y aún este mismo barrio antiguo y mísero al que recuerdo vagamente haber ido una vez o dos, a sentarme con Achmet, a la hora crepuscular, bajo las parras centenarias de un melancólico café turco... ¿quién sabe lo que habrá sido de todo ello?... De todo ello, ¡quién sabe qué es lo que yo encontraré!

Diez años son, por si, un profundo retroceso en el que todas las imágenes se esfuman en la misma bruma. También, al principio, mi ensueño, se ha mantenido en sentimiento de ansiedad aunque adormecido; he aquí, que, de pronto, una honda confusión me invade ante esta reflexión súbita: "¡Luego puede decirse, que ella vive!"... Durante tan largo tiempo, jamás esta idea se ha alzado ante mí de un modo tan pungente. En efecto... Puesto que yo no se nada; toda vez que yo no estoy seguro de nada, no es cosa imposible, que pronto, dentro de pocos días, — idea que, me hacía temblar de miedo, como si ello fuese a realizarse mañana, — me hallase yo de nuevo ante ella. ¡Oh! volver a encontrarme de nuevo ante su mirada, que yo creí para siempre extinta; ante su mirada de dólor y de gozo; volver a contemplar, — como ella decía, — sus "¡ojos cara a cara!"... ¡Oh, qué congoja, qué embriaguez la de aquel momento!...

¿Cómo estaría ella entonces?... ¿Cómo se conservaría su faz de veintiocho años?... ¿Se presentaría de nuevo ante mí con toda su femenina hermosura?... Sería la misma muchachita de antes, esbelta, de verdes ojos del color del mar? ¿O bien, quién sabe si marchita, agostada, hija al fin, de la carne y del amor?... ¿Qué importa? Aunque estuviese envejecida y expirante... Yo la amo aún... Pero, de todos modos, el instante de esta extraña entrevista, sería para entrambos un poco terrible y no habrá continuación, no habrá arreglo que pueda afrontarse sin espanto. Aziyadé y Loti, los de antaño, al menos, están bien muertos; lo que de ellos pueda quedar, se ha transformado; apenas les queda un leve parecido de rostro y de alma, como lo afirma este librito infantil que yo acabo de cerrar; los dos han muerto.

Es casi un sacrilegio decirlo: en los momentos actuales, creo yo que preferiría estar seguro de que sólo una tumba hallaría allá. Por ella y por mí, preferiría, que fuese ella quien me hubiese precedido en la destrucción final, en la reintegración al polvo inerte, que no piensa ni sufre. Y, entonces, iría yo a sostener mi juramento de retorno, ante algunas de esas urnas funerarias de místicas inscripciones, de esperanza que tan severamente atraviesan la eternidad de los tiempos, en los bosques de cipreses.

Todo es pesadumbre e inquietud esta noche en mi alojamiento. Todo ha adquirido un aire lúgubre, al contacto de este sólo reverbero que deja sumido el fondo de la habitación en una oscuridad confusa. Acá y allá relucen los machetes de acero, las curvas hojas de los yataganes, y, sobre el rojo oscuro de la pintura de las paredes, los bordados exóticos parecen la representación simbólica de los misterios de Oriente, que son para mí, absolutamente incomprensibles.

¿Qué seres desconocidos, de una generación que precedió a la nuestra, han trazado en dibujos sus sueños, sus sueños inmutables? Aquellos que templaron estas armas y batieron estos aros, ¿qué quimeras acariciaban, qué amores? Yo siento más lejos de mí que nunca, esos creyentes que ahora duermen en tierra santa, al pie de las blancas mezquitas. Todo este decorado oriental, se concita esta noche para hacerme sentir mejor cuán desemejantos son, hasta en el espíritu, las diversas razas humanas, y cuánta insensatez existe y cuán imposible y funesto es esto de ir a buscar el amor en aquellas tierras. Entre los dos distanciados que se aman, queda siempre la barrera de la herencia y de la educación fundamentalmente distinta; el abismo de mil cosas incomprensibles. Y es necesario prever que, en seguida, cuando llegue su fin, ni aun tendrían para arrullarlos juntos en la hora postrera, un recuerdo común, un poco dulce, de las ilusiones religiosas de su infancia, ni la misma tierra después para reunirlos.

Parece que el tiempo y la muerte se separan ya por anticipado, y que en ellos van a disolverse dos negaciones opuestas.

Aquí están las cosas impregnadas de perfumes turquescos como un, serrallo. Esto es demasiado ya. Este silencio, enervante también, aumenta aún la pesadez perfumada del aire. Abro de par en par las ventanas.

Continúa imperando el silencio, aumentado aún, prolongado por el hondo callar de todo el contorno. Por el ventanal se deslizan una mariposa y los hilados rayos de luz de la luna. Con ellos, penetra una ráfaga de frescor, una brisa exquisita proveniente de los jardines, de la campiña, de las grandes marismas, por encima de los olmos de las murallas. Al contacto de este airecillo fresco me siento despertar cual si me librase de un sueño tenebroso y me acomodo en la ventana para respirar la vida. Las cosas familiares de la vecindad se me aparecen entonces; los lugares siempre conocidos. Los reflejos lunares les prestan esta noche algo de tranquilidad inmutable; un no sé qué de irreal, de fantástico; más ellos son ciertamente los mismos, los mismos que yo he visto durante toda mi vida: estos viejos tejados; estos hastiales; las hondas zanjas de los jardines; las sombrías masas de verdura... y diríase que todo esto, me canta ahora un breve himno melancólico de la tierra natal, que me aconseja no la abandone. ¡Tantos y tantos más sencillos que yo, no han desertado jamás de este país, ni aún de este vecindario!... Quizá, si yo hubiese obrado como ellos...

Una vaharada asciende de los jardines; un olor a humedad, a musgo, a hojas muer-

tas, peculiar de las primeras noches frías en los que se elevan las primeras nieblas ligeras. ¡Otoño ya! Un verano más que se va, que habrá ya transcurrido cuando yo vuelva a Estambul. ¡Oh! Y yo voy, por este viaje, a perder nuestros últimos hermosos días de aquí en plena floración, la más bella, de los rosales de nuestros muros; y, este año, no veré ya dos amados vestidos de negro paseándose por nuestro patio, durante los últimos esplendores de setiembre... Y, dado lo imprevisto de mi profesión de marino, ¿quién sabe cuándo volveré a ver estas cosas?... Heme aquí, ahora, indeciso, en víspera de esta primera marcha, atristado, casi retenido por el sentimiento de lo que abandono.

Después, bruscamente, todo cambia desde que he penetrado en el gabinetito turco, rojo oscuro, en que lucen las armas. Todo se olvida ante la inquieta impaciencia de Estambul, sencillamente a causa de un amuleto que yo he ido a buscar en el fondo de un cofre, y que he colgado de mi cuello.

Desde mucho tiempo atrás no había yo visto este amuleto de Oriente. Está compuesto por no sé qué minúsculos objetos misteriosos encerrados en un saquito; la bolsita, cosida bastante torpemente por una mano poco diestra, que había procurado, empero, esmerarse en su labor, está construída por un trozo de brocado de oro en el que aparece bordada una flor de color rosa. A este fin, la tela ha sido cortada, escogida entre lo que restaba mejor conservado de cierto vestido que una niña circasiana había llevado durante dos años de su vida, para ir al colegio, por entre sendas de altas hierbas a lo largo del Bósforo, en el pueblecito de Kanlidja.

Creo yo que es tan antigua como el mundo esta puerilidad de cambiar entre sí, cuando se ama, livianas cosillas, pertenecientes a los primeros años de la existencia, para hacerse con ellas amuletos contra el mutuo olvido. Esto lo he visto ya, repetidas veces, entre gentes de razas completamente distintas. Y esta uniformidad en los sentimientos humanos es, ¡ay! para hacerme dudar, anticipadamente, de la propia individualidad de las almas. Cuando se piensa en esto, se está tentado, — tan parecidas son, — a no mirarlas más que como emanaciones efímeras de ese mismo todo impersonal, que es la "especie", indefinidamente renovada.

Así, pues, ocurre con nosotros: cuando el amor crece y se eleva a convertirse en aspiración de duración eterna, o cuando la amistad llega a hacerse lo bastante profunda para hacer sentir la inquietud de su fin, se acaba por volver las miradas atrás, hacia la infancia de aquél a quien se ama. El presente nos parece insuficiente y corto; y, entonces, como se sabe que lo porvenir, "acaso no llegue jamás", se trata de volver a apresar el pasado; que, por lo menos, ha sido. ¿A quién te parecías tú cuando eras chiquitina?... Dime ¿cómo era tu carita?... ¿Cómo tus vestidos?... ¿Con qué soñabas tú cuando eras muchacha?... ¿Cómo eran tus andares y tus juegos?... Y yo, a mi vez, yo tengo también que contarte mis primeras alegrías de niño; mis primeras penas; hasta yo mismo, tengo interés en obsequiarte con una cosita de aquellos tiempos; una monada que tengo en la mayor estima..." En Eyub, en el misterio preñado de peligros de nuestro cuartito turco, encerrados en él los dos, inquietos ante los menores ruidos que herían el pesado silencio que nos rodeaba, con frecuencia dedicábamos nuestras veladas de invierno a charlas de esta clase. ¡Y cuántas veces, durante mi vida, — antes de haberla conocido y después de haberla casi olvidado, — cuántas veces ¡ay! he hecho lo propio, con unos y con otros, bajo la influencia de amistades dulces o poseído pora el hechizo mortal de los amores! ¡Oh, señuelo piadoso, a pesar de todos los pesares!

Y, sin embargo, quizás la más hermosa parte de embriaguez de la vida, tras la cual deberá uno, acaso, contentarse con morir, ha consistido en que una muchachita deliciosa haya experimentado la necesidad de entregar un amuleto contra el olvido, y lo haya construído desgarrando la más sagrado de sus reliquias infantiles.

Este talismán de brocado de oro, ha producido, además, esta noche, su efecto mágico; pues ha completado de un modo misterioso, la evocación comenzada por la lectura del libro. De pronto, la que me lo había dado, se me aparece como si estuviese presente. Yo la veo, atando el amuleto a mi cuello; despues, alzando hacia mi sus miradas, en las que transparentaba su almita sencilla y grave, su rostro surgido de la noche, con la expresión de los postreros días y la suprema interrogación de sus ojos. Lo que quizás había entonces de un tanto ficticio; de un tanto vacilante ahora en mis sentimientos hacia ella, se ha disipado como una nube con lo que yo me he dicho a mí mismo de razonable, de frío, de egoista y de tremendo, sobre las probabilidades de su muerte. ¡Oh, no! ¡En lugar de su tumba, que la encuentre pronto a ella, sea como sea y cueste lo que cueste! Aunque tenga yo que comenzar, despues, a sufrir de nuevo, prefiero volver a verla. No es que lo espere, no; pero siento dentro de mí lo que deseo a pesar de todo. ¡Oh! Volver a hallarla, aunque sea envejecida, aunque sea a punto de morir, aún convertida en sombra consciente, que pudiese comprender que yo he vuelto, y escuchase aún mi demanda de perdón... Sombra que conservase aún la expresión de sus ojos; y a quien pudiese yo amar un instante, con lo más puro de mi alma y lo más tierno de mi piedad. O, si fuese menester, aunque la hallase después de haberme olvidado, joven aún, siempre hermosa, disfrutando en paz del estío de su vida; de algunos años de sol que constituyen su patrimonio, el de ella, como el de todas las demás criaturas, y que no tengo derecho alguno a arrebatarle.

Estas barreras de que yo hablaba; ¿no se yo ya que todo no existe? Por encima de todo eso pasa el amor, el encanto de una mirada, que va del fondo de un alma al de la otra. Y, en este instante, si ella estuviese

cerca de aquí, iría a buscarla de la mano, y sin vacilación, con una sonrisa, la conduciría hasta colocarla en medio de cuanto de más querido y de más respetado existe para mí.

Todas mis vacilantes impresiones de esta velada se funden ahora — en este desesperanzado arranque hacia ella, — en el más tiernísimo deseo de verla una vez más.

II

Bucarest, octubre de 188...

Cerca de quince días después, en el otro extremo de Europa, en el regio palacio de un soberano, donde he llegado por la noche, y en el que estoy solo.

Habiendo atravesado, rápido, Alemania y Austria, he hecho un alto de una semana, cerca de la exquisita reina de este país, en su residencia de verano, en medio de los Cárpatos.

Ayer lo abandoné, y aquí, en Bucarest, donde debo pasar la noche, se me ha concedido hospitalidad en el palacio real, deshabitado en estos momentos.

No hay nada más desolado y más solemnemente triste que un palacio vacío. Tan pronto como me quedo solo en mi departamento, me siento envuelto en una clase de silencio especial. Desde muy lejos, el ruido de los carruajes más incesante en Bucarest que en París, se me presenta como un sordo rodar en la tempestad. Estoy separado de la calle bulliciosa por grandes plazas sin transeuntes, en las que vigilan centinelas; y en el palacio mismo, nadie se mueve.

En el castillo de la reina, a pesar mío, me dejé distraer y seducir por mil cosas. Pero aquí, en esta última etapa antes de Estambul — que no está más que a veinticuatro horas de mí, — desde por la mañana, sólo oigo sonar contra el pavimento, cada vez más distintamente, como en crescendo, el paso regular de centinelas que guardan las puertas.

Martes, 5 de octubre.

A las cuatro de la madrugada, antes de amanecer, dejo el palacio real. Hace frío en las calles de Bucarest. Un carruaje nos conduce a la estación, a rienda suelta, en medio de un par de coches que ruedan en la oscuridad. El cielo tiene un aspecto glacial de invierno. A lo largo de estas calles rectas y modernas, que se parecen a las de cualquier capital de Europa, yo no sé ya a punto fijo donde estoy, ni adonde, tan rápidamente, me llevan estos caballos. De todos modos, no me doy cuenta exacta de que voy camino a Estambul y que llegaré allá mañana.

A las cinco de la madrugada, estoy ya en el tren, en los pesados vagones-camas del Oriente-Exprés.

Después, hacia las diez, el tren se detiene a la orilla del Danubio, que es menester franquear en barco. Mucho frío siempre, con una ligera bruma velando los horizontes de una llanura de plata, dilatada, infinita. Más aquí apunta yá la indumentaria de Oriente. Nuestros barqueros van tocados con el fez; y, sobre el río, barcas inmóviles de largas bergas, ostentan el pabellón turco, rojo con la media luna blanca. Y renace en mí, más punzante y súbito, el sentimiento del plan que me guía en esta fresca mañana de octubre, a través de estas aguas y de estas praderas.

En la orilla opuesta asaltamos un pequeño y destartalado convoy que durante el día debe hacernos atravesar Bulgaria.

¡Cuán sombría y bárbara resulta en este día de otoño, esta Bulgaria el revolución y en guerra!

Una larga parada, hacia el mediodía en no sé qué pueblo, en medio de una llanura desierta. En ella hay establecido un campamento de caballería. Los jinetes visten trajes de campaña, adoptando un gesto bravo y soberbio, prestos a combatir al día siguiente. Su charanga se alínea en círculo para ofrecernos una tocata extraña, de rara tristeza oriental; algo como una marcha guerrera, lenta y obstinada hacia un objeto que sería la muerte... Y, escuchándolo, me siento a punto de llorar. Cada vez más, esta proximidad de Estambul, reviste para mí de una importancia exagerada las cosas más triviales del camino, presentándomelas como a través de un crespón.

A medida que avanzamos hacia el Mar Negro, el aire se va entibiando. Las estaciones, las pobres aldeas perdidas, de trecho en trecho, en medio de regiones desoladas, — comienzan a ostentar nombres tártaros que yo puedo comprender y traducir, y que me encantan; como si regresase a una partida conocida: El Mercadito... El Diableja...etc. Trajes turcos, turbantes, vestidos de paño burdo, entrecillados de negro, comienzan a presentarse en los vallados, y yo, aguzo el oído atentamente, para escuchar a estas gentes hablar la dulce lengua amada, en este triste y áspero país.

Varna aparece al fin y saludo sus primeras torres, sus primeras mezquitas.

Cuando embarcamos en el bote que nos conduce al vapor que ha de llevarnos a Constantinopla, el Mar Negro está sumido en plácida calma. El aire es tibio, ligero, y Varna se aleja de nosotros, con sus torrecillas bañadas por los luminosos oros del sol naciente.

Una ruidosa mesa redonda, en este paquebot abarrotado de turistas; y, por lo tanto, y para mí, el olvido momentáneo, entre la baraúnda de voces y en medio de la banalidad de las cuestiones que se discuten.

Pero, después cuando paseo solo, en la noche gris, sobre el puente de este vapor que hace rumbo al Sur, que se desliza rápidamente, sin bandazos, sin ruido, cual si patinase, recuerdo que estoy ya casi al término de mi viaje, y que llegaré mañana. Me asombra, al hallarme a bordo, por hábito de mi profesión, no tener que prestar servicio; estar, entre dos marineros que no me obedecerían, y para quienes soy desconocido. Nada me interesa, ni las maniobras ni el rumbo; y esto, me parece un poco inverosímil. Basta con esto, en la vaguedad de esta

noche, para arrojar sobre la realidad de mi presencia a bordo, algo de incertidumbre de un sueño. Nadie conoce mi nombre; menos aún lo que yo voy a hacer en estas tierras, y cómo su proximidad me atribula. Este regreso a Estambul, adquiere a esta hora, un cierto aire de clandestinidad, de fúnebre, algo como si el silencio de cada instante más absoluto del barco, hiciera que éste, huyendo, se adormeciera.

Instintivamente mis ojos miran y siguen dos o tres luces lejanas, apenas perceptibles, que parecen agujereadas, por casualidad, en la inmensidad neutra, — mar o cielo ¡quién lo sabe! — y que son faros de la costa de Turquía. El mar se va aplomando cada vez más, y nuestra marcha, es a cada momento más y más resbaladiza en medio de la noche confusa en la que el horizonte carece de contornos.

Siempre, entre sueños, mis imaginarios retornos a Estambul se realizaban así; deslizándome en la oscuridad; y, esta noche, termino por sentir, casi, la impresión de no ser yo más que un fantasma de mí mismo en ruta nocturna hacia el país que tanto he amado...

Jueves, 6 de octubre. — Al alborear, un empleado de acento extranjero viene a advertir a los pasajeros, en sus camarotes, que la entrada en el Bósforo se aproxima. Yo acababa, apenas, de dormirme, empleando la noche en soñar, y me desperté sobresaltado, sintiendo sacudido mi corazón al solo conjuro de este nombre: ¡el Bósforo!

Sobre el puente, donde se sentía frío, uno a uno fueron apareciendo los pasajeros, indiferentes, decepcionados ante lo que se les presentaba. En efecto, la entrada en el Bósforo es más bien desagradable, entre estas montañas de regular aspecto, que se esbozan, muy confusamente, entre tintas ascuras

Es un amanecer de otoño, brumoso y gris, bajo su cielo neblinoso inmóvil. Apenas se distingue nada entre estos vellones de niebla, que penden como velos.

Enojoso, para los turistas. En cuanto a mí, que no tendré más que dos días y medio, sólo dos días y medio para esta peregrinación, me pongo a reflexionar, que si el tiempo tórnase lluvioso, como es probable, de cara ya el invierno, todo será más triste más complicado, y mis investigaciones, más difíciles...

Ayer por la tarde, no ví los pasajeros de tercera que aborrotaban el puente. Ciertamente son verdaderos turcos, con caftán los hombres, veladas las mujeres. Y, luego, de pronto, al acercarnos a tierra, un olor penetrante especial, exquisito para mi olfato; un olor antaño bien conocido, y, después de mucho tiempo, olvidado; el olor de la tierra turca; algo que emana de las plantas o de los hombres, no lo sé; pero algo, que no ha cambiado, y que en un instante, me devuelve todo un mundo de impresiones de otros tiempos. Entonces, bruscamente, se practica en mi existencia como un hoyo; un derrumbamiento de todo lo que ha sucedido desde el día de congoja en que abandoné a Estambul; y me hallo de nuevo en Turquía, precisamente antes de haber levantado de ella mis pies, como si una cierta alma mía, que jamás se alejara de aquí, viniese, de nuevo, a tomar posesión de mi cuerpo irresponsable y errante...

Comenzamos a bajar por el Bósforo y la gran fantasmagoría de sus dos orillas se va desarrollando lentamente. Lo reconozco todo; los palacios, las más pequeñas villas, los menores macizos de árboles... Y me hallan tan tranquilo en estos momentos, que me causa asombro; que no me lo explico, cual si fuese ayer, nada más, cuando dejé el territorito turco... Un poco de ansiedad, solamente, a pasar por frente a los cementerios, en los que, a la orilla misma del agua, están las tumbas de las mujeres, bajo los altos cipreses gigantes de rogizos troncos de negro follaje. ¡Oh! cómo contemplo estas tumbas con sus piedras encima, terminadas siempre por una especie de simétrico, representando flores. De repente me salta el deseo, acompañado de una vaga inquietud, de seguir con la vista, a medida que se aleja, algunos de estos obeliscos azules o verdes con inscripciones de oro. Siempre me he figurado que su sepulcro debía ser así. Sin embargo, ¡quién sabe que rostros, sin duda del todo desconocidos, duermen bajo aquellas piedras!...

He aquí ya los quioscos imperiales y los grandes harenes; después la serie de palacios, completamente blancos, con sus andenes de mármol; y, por fin, allá en lo alto, surgiendo de pronto de una niebla que se desgarra, la silueta incomparable de Estambul.

¡Oh! ¡Estambul está allí! Perfectamente real, rápidamente acercado a mí, ahora, bajo un aspecto puro, vulgar, devuelto a su apariencia ordinaria, que diez años de ensueño me habían cambiado un poco; pero, por lo demás, casi tan hermosa como en mi recuerdo. Me admiro de estar cada vez más tranquilo de espíritu, hablando con los compañeros de viaje que me ha deparado el azar, y señalándoles como una guía, las mezquitas y los palacios.

El fondear es bullicioso en medio del batiburrillo de vapores, de veueros, que ostentan todas las banderas de Europa. Y, en seguida, comienzá la furiosa invasión de teros, de aduaneros, y de faquines. Cien esquifes nos dan el asalto y todas estas gentes que suben a bordo, de una marejada, hablan y gritan en todos los idiomas de Levante. ¡Oh, yo conozco tan bien esto, esta baraúnda de las llegadas, estas voces, estas entonaciones, estos gestos!... Y esta aglomeración de navíos a nuestro alrededor, y estas humaradas negras, por encima de las cuales asoman allá, sobre el claro cielo, las cúpulas de las mezquitas santas... Yo mismo me mezclo en este bullicio; por otra parte las palabras turcas, aún las más olvidadas, reviven en mí, todas juntas. Con los barqueros por mi pasaje, con los faquines por mis maletas, discuto sobre cuestiones que me son sobre todo punto indiferentes, por necesidad de agitarme, y de hablar, también. Hasta en el bote, en el que me instalo, por fin, con mis maletas, continúo no se qué asombroso trato... — y, así, exceptuando un ligero temblor, acaso cuando mis pies se posan en tie-

:ra — me hallo sobre el muelle de Constantinopla.

Después de una hora perdido en formalidades de la aduana, de pasaporte y no sé de qué más, sobre los muelles, en este barrio bajo de Galata, pleno siempre del mismo bullicio y del mismo estrépido, héme aquí, luego, transportado a Pera, instalado en un hotel distinguido, en el que los turistas se amontonan.

Pronto dan las seis. ¡Qué modo de dilapidar el tiempo, cuando los más breves minutos debieran ser contados!

Además. Es menester desayunarse, abrir las maletas, vestirse... Y el tiempo continúa deslizándose.

La habitación en que yo me arreglo, es vulgar, situada en alto, dominando desde sus ventanas, un conjunto de casas europeas, ordinarias; pero por encima de sus tejados hay dos o tres golpes de vista maravillosos: uno de ellos sobre Estambul; otro, sobre Escutari, de Asia: cúpulas, torres, cipreses que aparecen como suspendidos en el aire. Y estas rosas, estrevistas apenas, son suficientes para darme, con una turbación deliciosa una necesidad un poco febril de apresurarme, la conciencia de esta vecindad. ¡Dios mío! ¡Quién sabe cuánto habré averiguado esta tarde! ¡Ay, acaso nada! En solo dos días, buscar en el gran Estambul misterioso, la huella, borrada ya, después de siete o de ocho años, de una mujer que formó parte de un harén... ¡Qué insensato soy! No triunfaré jamás; no hallaré nada.

Mi plan, largamente meditado, es el de buscar, por de pronto, a esta vieja armenia del arrabal de Kassim-Pachá, indicado por Achmet como recuerdo supremo; y de la cual he encontrado la dirección la noche de mi partida. Si vive, acaso ella me dé la clave de todo: este sería el medio más sencillo y más rápido.

Mientras tanto, espero un intérprete que me ha prometido guiarme — pues necesitaré para mis pesquisas de alguien que sepa leer parfectamente el turco, que yo tan solo hablo.

—Va a venir, va a venir — me dicen, con parsimonia desesperante.

Y el tiempo pasa y él no llega.

No está, el maldito, en su casa.

Vuelvo al hotel, volando. ¡Más de las doce y media ya! ¡Dios mío;cuánto tiempo perdido, cuando sólo dispongo de dos días! Ocurre como en mis sueños: ¡Todo me detiene!...

He aquí, por fin, un intérprete que me guiará. Es un horrible viejo griego, astuto, huroneador, que se ofrece a acompañarme todo hoy y mañana. Como prueba le presento la dirección de la vieja, que él lee de corrido. Sabe perfectamente donde se halla situada la tal plaza de Hadju-Alí, en que ella vive, y va a llevarme allá, presuroso pues el tiempo me apremia.

—Iremos más pronto a pie — dice.

Ganaremos tiempo por las encrucijadas que él conoce, por callejuelas por las que no podrían circular ni coches, ni caballos. Hénos al fin, en marcha. Las nuves de esta mañana se han borrado del cielo. Gracias a Dios, cálido, luminoso. Todo, así, resultará menos siniestro. Tengo en las manos las señas de la vieja Anaktar-Chiraz, la preciosa dirección chiquita, conductora, en la que todo mi plan se apoya y que, después de diez años, vuelve a ser su sol de Oriente. Camino con un paso rápido, acuciado por la fiebre de llegar, bajo la impresión física de haberme vuelto ligero, de resbalar, por decirlo esí, sin rozar el suelo. Esto contrasta con la inercia de mis pesadillas, que, durante tantos años, mis sueños. Paréceme oír hervir mi sangre en mi cabeza, circulando más aprisa que de costumbre. Quisiera correr, sin este viejo que me sigue y que me ata como una traba...

¿Por dónde me hace pasar?... ¡Siempre y cuando me haya entendido bien!... He aquí barrios nuevos de los que yo no conozco nada. Todo ha cambiado. Se ha derribado atrozmente, por aquí, después de mi partida, — y estas transformaciones, tan grandes, del lugar, contribuyen a hacerme más penosa la sensación de que mi historia de amor y de juventud ha huído con lo pasado, se ha hundido en el polvo; y, en vano buscaré yo su huella, desvanecida...

¡Ay, viejos barrios turcos de ahora, callejuelas tortuosas, en las que comienzo a hallarme de nuevo, un poco en mi casa!...

Acabamos de descender a un suburbio, que me era familiar antaño... y tres este recodo, allá abajo, debe existir un antiguo convento de derviches vocingleros, lúgubre, con los catafalcos que se ven a través de las enrejadas ventanas, horripilante cuando se pasa junto a él de noche... Sí, allí está aún. Sin atenuar mi paso, lanzo una mirada por entre los barrotes de los ventanales. Siempre los mismos viejos ataúdes cubiertos por los mismos viejos paños, tocados con los mismos turbantes, y todo ello, apenas un poco más roído que antes, por el moho y por la polilla. Cosa rara es que todos los atributos de la mente, que han permanecido tal cual eran, despierten en mí recuerdos precisamente de primavera y de amor.

Voy orientándome cada vez mejor. Debemos de estar aproximándonos, estar cerca ya, del barrio de Anaktar-Chiraz, pués vislumbro cierta mezquita humilde, cuya cúpula, resquebrajada por los años, se alza enjalbegada entre negros cipreses; veo igualmente, el café; el café orlado de parras centenarias en el que Achmet me había presentado cierta tarde a la vieja armenia. Se acerca, pues, el término de la primera etapa de mi peregrinación, y me invade un poco de confianza; un destello de esperanza, de llegar al fin.

Como conozco muy bien la desconfianza que inspira un extranjero, voy a sentarme apartado, en el jardincillo triste de este cafetín, bajo las parras amarillentas, cabe al antiguo muro y en el mismo lugar de antaño. Pediré una pipa, como un indígena cualquiera; y, mientras tanto, el viejo griego irá de un lado a otro, preparando sus informaciones.

Presto vuelve descorazonado.

—Sin duda ha debido inducirme a error,

— me dice, — o su papel es falso. Nadie sabe nada de eso en la vecindad.

Sin embargo, yo estoy absolutamente seguro de que era aquí; pues la vieja salía de su casa una tarde, cuando Achmet la llamó para presentarme a ella, y rogarle que aceptase las cartas que yo escribía para él, desde Francia. Aunque haya muerto, es imposible que alguien no la recuerde. Es preciso que el viejo vuelva a interrogar a los ancianos del barrio, que insista, a pesar de los gestos duros y foscos... Doblaré la recompensa ofrecida.

Un cuarto de hora de impaciente espera. Vuelve a presentárseme, agitando, con aire de triunfo, un pedazo de papel escrito con lápiz. Un viejo judío, que la conocía bien, ha consignado en la esquelita, mediante su porqué, la nueva dirección. No, no ha muerto; pero se ha mudado tres años ha, muy lejos de aquí, allá a Pri-Pachá, en los aledaños extremos, cerca de los grandes cementerior israelita.

¡Ay! ¡Cuánto tiempo se necesitará para trasladarme allá!... Y no obstante, ya tengo un rastro, una pista casi segura, que prefiero ensayar antes que cualquier otro medio más peligroso y más incierto... A ver: que se busque, sea donde sea, caballos nsillados, y vámonos.

¡Ah, este trayecto a caballo hasta Pri-Pachá! ¡Cómo hallar palabras que expresen la melancolía de esta luminosa jornada de otoño, bajo este sol, aún abrasador, que ha adquirido ya su aspecto moribundo de fin de verano!...

Caminamos a lo largo del golfo del Cuerno de Oro, mas por la orilla opuesta a Estambul, y un poco alejados del mar en la melancólica campiña, rodeando las barriadas construídas a la orilla del agua.

Como hecho exprofeso, debemos volver a pasar por todos los lugares tan familiares antaño, que yo recorría durante las mañanas de invierno, cuando vivía en Eyoub, — aquellas mañanas glaciales y tristes de febrero y de marzo, — para volver a bordo de mi barco, tras noches deliciosas. Estos son, también, los sitios que yo he vuelto a ver más a menudo, durante diez años, en mis visiones nocturnas. En el sueño de este día, aparecen más claros; pero no por eso los tengo por más reales.

Vamos de prisa, haciendo trotar a nuestros caballos siempre que podemos. Tan pronto descendemos a las hondonadas como subimos a las alturas, siempre un poco desolados, por este suelo árido, desde el cual vislumbramos, allá, en la otra orilla, la gran decoración de Estambul, que la luz dora por completo.

Además de mi tristeza, que me presenta hoy las cosas vivas, bajo un aspecto de muerte, otra tristeza impera eternamente aquí, y se cierne sobre los alrededores de Constantinopla.

Ya traté de expresarla en uno de mis primeros libros; mas no pude conseguirlo; y hoy, cada piedra, cada sepultura con que tropiezo en mi camino, hacen revivir en mí las impresiones de antes, con el tormento interior, que ha constituido uno de los más constantes de mi vida, de verme impotente para recoger y consignar por medio de palabras, lo que veo, lo que siento, lo que sufro...

Por todas partes, sobre las rocas, sobre la hierba cortada, se extiende un triste uniforme, gris rojizo, que es como la pátina del tiempo. Diríase que una ceniza recubre este país, sobre el que han pasado tantas razas de hombres, de civilizaciones, de esplendorosos poderío... Y, de trecho en trecho, distanciados, en medio de esta especie de eriales del abandono, se yergue una blanca torrecilla rodeada de negros cipreses.

Un barranco más profundo, al cual hemos de descender, se abre ante nosotros. Ofrece un aspecto tan agreste y aslvaje, como si nos hallásemos a cien leguas d una ciudad. En su fondo, entre plátanos, existe una antigua fuente en la que yo, antaño, hallaba casi todos las mañanas a la misma joven turca que me parecía bellísima bajo sus veos. Era antes de salir el sol cuando yo pasaba por allí, al amanecer, en invierno; y, a tales horas iba ella, sola, a llenar en esta fuente su cántaro de cobre. Nos cruzábamos en el camino hondo, velado por las brumas matinales: cambiábamos una mirada de conocimiento, después de lo cual, sus ojos, lo único visible de su velado rostro, se entornaban en una semi-sonrisa. No había vuelto a acordarme de ella durante diez años, y ahora volvía a verla como en un claro espejo; y renacían en mí todas mis tristes impresiones de aquellos amaneceres, de aquellas caminatas por sendas tan desiertas, la cara flagelada por el aire seco y glacial, o por la neglina gris. Y como mi espíritu estaba inquieto en aquellos tiempos, cada mañana me preguntaba yo si entre tantos peligros com onos rodeaban, podría al anochecer próximo reunirme aún a aquélla que acababa de dejar, o si, por lo contrario, no surgiría Azrael, para destruirlo todo...

En Pri-Pachá, donde llegamos al fin, después de interrogar a los transeuntes de las calles, hallamos la casucha de la vieja armenia de quien dependía todo el resultado de mi peregrinación.

Lleno de ansiedad, llamo a la purta. Dos veces; tres veces... El viejo aldabón resuena fuerte, hasta hacer temblar las maderas carcomidas. Nadie viene a abrir. Las ventanas están cerradas. Mas un judío caduco, centenario por lo menos, sale alarmado, de una casa vecina, semienvuelto en un caftán verde.

—¿La vieja Anaktar-Chiraz? — nos responde con un airecillo de sospecha. — ¿Qué la quieren ustedes?...

Se tranquiliza ante nuestro aspecto.

—Sí, efectivamente, aquí es; no está ahora... Se marchó ayer para establecerse jnuto a una de sus parientes, que está muy enferma... precisamente allá, en Kassin-Pachá, de donde veníamos nosotros, juntamente al lado de su antigua morada...

¡Oh! Se apodera de mí una ráfaga de locura. ¿Qué hacer?... Pasa el tiempo y debe ser ya tarde. No sé la hora, pues en

mi precipitación, olvidé en reloj en el hotel; pero me parece que ya desciende el sol. Si la noche llega, ya no hay nada que hacer en Estambul, — y no dispongo más que de otro día, después del que todo estará terminado. — De veras que yo he tenido, en sueños, el presentimiento de lo que sería este viaje. Todo se realiza en él como en mis pesadillas; estas trabas acumuladas; esta inquietud de las horas demasiado cortas; esta congoja "de no tener tiempo para llegar hasta el fin".

¿Qué resolución adoptar? Ya no lo sé: y mi cabeza vacila un poco. Vámonos. ¿Volvamos sobre nuestros pasos, hasta ese Kassim-Pachá de donde venimos, con estos malditos caballos de alquiler que no quieren andar?... No. Eyoub, donde vivo, y que me atrae como una amante, está ahí, cerca de nosotros, precisamente enfrente, en la otra orilla del Cuerno de Oro, — que, en estos parajes, se estrecha, y podrá atravesarse pronto. — Por otra parte, me siento realmente convertido en un habitante de este santo arrabal. Los diez años que me separan del tiempo en que yo vivía en él acaban de desvanecerse tan por completo, qu hasta me forjo la ilusión de volver allá, a mi casa, entre rostros familiares, y que, sin esfuerzo, me imaginaría encontrar allí una casa tal como la dejé; con los queridos habitantes de otros tiempos. Por lo menos iré a sentarme en el antiguo cafetín en que Achmet y yo pasábamos las veladas de invierno, en compañía de derviches, recitadores de fantásticas historias de encantamiento... No es posible que no quede en aquel barrio alguien que me reconozca: que le inspire simpatía y que acceda a ayudarme en mis búsquedas, que, ciertamente, no han de causar extorsión a nadie. Devolvemos, pues, nuestros caballos; descendemos hacia el embarcadero para tomar un esquife, escogiendo un remero joven, a fin de ir de prisa, y bien pronto nos hallamos deslizándonos ligerísimos, a todo remo, sobre las tranquilas aguas.

¡Oh, Dios mío! ¡Todo, ¡ay! ha cambiado! Mi casa, vieja ya, y las dos o tres que la rodeaban, ya no existen. No había previsto yo esta destrucción, y siento que mi corazón se oprime. El marco que había encuadrado mi vida turca, ha sido destruído para siempre, y esto hace que todo retroceda a unas lejanías borrosas.

Echo pie a tierra, tratando de orientarme, de reconocer alguna cosa, al menos. ¿Dónde está el cafetín de los derviches narradores de historias? En el lugar que él ocupaba, se alza ahora un gran muro blanco que yo no conocía; un cuartel flamante con soldados de centinela. Y todas las casas del contorno están cerradas, silenciosas, y, sobre todo, inabordables. ¡Ea! Yo soy aquí, ahora, un extraño. He estado loco, al venir acá, malgastando mis minutos contados, cuando debí volver, desandando lo andado, y seguir la única pista un tanto segura para buscar, a toda costa, a la dichosa vieja.

Sin embargo, parte de mi peregrinación consistía también en volver a ver a Eyoub... ¡y lo he realizado tan pronto! ¡Oh!... ¡Y la sagrada mezquita, y la avenida de los sepulcros santos!... Estoy ahora a dos pasos de estas cosas misteriosas y raras, antes tan familiares en mi vecindad... Quizás no vuelva jamás por aquí... ¿Tendré valor para abandonar Eyoub sin ir a verlas nuevamente?... Por lo demás, apresurándome, todo se reduce a la pérdida de cinco, de diez minutos a lo sumo, y digo a mi remero:

—Vete, atraca un poco más lejos, en el muelle de mármol de allá abajo, a la entrada del Camposanto.

Dejando al viejo griego en el esquife, con el barquero, vuelvo a saltar a tierra, solo, sobrecogido por el glacial silencio de este lugar, por su fúnebre sonoridad, jamás por mí olvidada, que transforma el eco de mis pasos. En la calzada de eterna paz, sobre las losas de mármol, verdeantes a la sombra, humillada la cabeza, me es preciso pasar hoy, con esta precipitación febril, que comunica a todas las cosas muertas un cierto aspecto de inexistencia. Corro, corro, por esta avenida entre dos filas de monumentos funerarios y de tumbas, en medio de toda la silenciosa blancura de los mármoles. A la izquierda y derecha, bordeando la estrecha senda, se alzan antiguas paredes blancas, perforadas por una especie de ojivas por las que las miradas se sumergen en las entrañas sombréas de un bosquecillo repleto de sepultùras. Nada ha cambiado, naturalmente, de todo esto, que es sagrado e inmutable. Este paraje único, tan estrechamente unido a mis recuerdos de amor, estaba igualmente mucho años antes de nuestra existencia, y así continuará largo tiempo aún, después que nosotros hayamos desaparecido.

Al final de la avenida, en una sombra más espesa, bajo una oscura bóveda de plátanos, me detengo delante de la puertecita de la impenetrable mezquita santa. Allí están siempre las mismas viejas mendigas, con el rostro velado, encogidas, acurrucadas, inmóviles, sobre unas piedras. Una de ellas, despertada de su sueño por el ruido de mis pisadas, se asusta al ver que me acerco; acaso teme que yo cometa la imprudencia de franquear aquellos umbrales; y "¡Jasak!... ¡Jasak!" (¡prohibido! ¡Prohibido!), me dice, con irritado acento, extendiendo una mano de muerta, como para cerrarme el paso. Y yo le respondo tranquilamente en esta lengua turca que hablo ya con la misma facilidad de antes:

—Ya lo sé, ancianita: que está prohibido; vengo solamente a echar una ojeada a la entrada; y después me iré.

Al terminar le entrego una limosna. Entonces, con apacible voz, ella misma tranquiliza a las otras, que comenzaban a soliviantarse también:

—Ya lo sabe, ya lo sabe, — les dice. — Es de por acá. Viene a mirar esto solamente.

Y, en efecto, lo veo todo, presurosa, distraídamente. ¡Tantas veces, antaño, había venido aquí, cuando vivía en Eloub, hasta esos umbrales de los que conozco hasta las

piedras más pequeñas, entre la semioscuridad que se desprende de los grandes árboles!... Desde el lugar sombrío en que me hallo, en medio de estas cobres, veladas, con inmovilidad de fantasmas, se me figura que un resplandor un tanto maravilloso reluce allá: en el patio de la mezquita, entre la secular blancura de la cal y de los azulejos...

De pronto, después de esta rápida ojeada, parto, presuroso, por la sagrada avenida, presa nuevamente del vértigo del tiempo, que huye; de la luz, que me parece menos dorada; del favor del sol poniente de la tarde.

Es a Kassim-Pachá, naturalmente, en busca de esta vieja, a donde debo ir, conste lo que cueste. Ahora iré por mar, será más rápido, desde aquí.

Cuando de nuevo me hallo tendido sobre mi esquife, digo al remero:

—Vete aprisa, aprisa, y tendrás una propina espléndida...

El pícaro me responde con una sonrisa que muestra sus blancos dientes, y se pone a remar con toda la fuerza de sus brazos. La marea nos ayuda y descendemos rápidamente por el Cuerno de Oro, alejándonos del sombrío Eyoub.

Pero vamos a pasar por delante del arrabal de Hadjikeni... ¡Si me detuviese en él!... El barrio no es tan pavoroso como el que dejo: y, quién sabe; puede que alguien me reconozca; alguno de los judíos que yo empleaba en mi servicio; el gran Salomón mismo, o el viejo Kairoullah, cualquiera, con tal que me informen. Al pasar, intentaré esta prueba... Después de todo, esto me permitiría volver a ver mi casa, la primera de mis casas turcas, pues también he habitado yo aquí, antes de poder realizar el sueño, casi imposible, de vivir en Eyoub.

En el libro de juventud en que yo he relatado mi vida oriental he pasado por alto nuestra estancia en Hedjikeni, por abreviar, y también por obedecer a cierto sentimiento de decoro que ahora me divierte; este Hadjikeni es un arrabal pobre, bastante mal mirado en Constantinopla.

Allí había ido yo a instalarme por de pronto, al dejar mi alojamiento europeo de Pera; allí había recibido a Aziyadé por primera vez, a su regreso de Salónica. Permanecimos allí cerca de dos meses, ocultos, antes de atrevernos a buscar una casa en la otra orilla, en el arrabal de los santos sepulcros, y después habíamos conservado, por lo que pudiese ocurrir, este primer refugio, más seguro, donde, por coquetería, volvíamos de cuando en cuando.

A lo último, como todo se transforma en la memoria, todo se olvida: he aquí que ya no conozco la "Escala" de nuestra calle; es decir, el pontón de viejas tablas que nos era tan familiar antiguamente, y en el que desembarcábamos con seguridad absoluta, hija de la costumbre, en el misterio protector de las noches más foscas.

Por impaciencia, echo pie a tierra, a la entrada de una callejuela israelita que recuerdo vagamente, muy vagamente. Y seguido siempre del viejo griego, comienzo de nuevo a caminar rápido, a correr, espoleado sin tregua por la inquietud del tiempo.

Tras un recodo, damos en una calle en la que hay establecido un mercado judío. Gritos de compradores; una turba afanosa; un cúmulo de canastos de frutas y de legumbres, hornillos en que se asan carnes a la intemperie; banquillos de cambistas y de usureros. Allí me oriento en seguida; ya lo creo; y el corazón me late con más fuerza, pues mi casa debe de estar muy próxima.

Por otra parte, yo conservaba de este mercado un recuerdo particular, único, entre todos. Morador de Hadjikeni o morador de Eyoub, yo venía aquí todas las tardes con Achmet para cambiar, para tomar dinero prestado de estos judíos, o bien para comprarles el pan y los pasteles destinados a la misteriosa comida de Aziyadé. Y es que Constantinopla es la única ciudad del mundo en la que he estado verdaderamente mezclado en la vida del pueblo, en la vida de ese pueblo oriental ruidoso, pintoresco, pleno de color; pero necesitado, atento a mis pequeños oficios, a mil menudos cambalaches...

Mi compañero cotidiano Achmet era, por sí, un hijo de este pueblo, impuesto en los más pequeños medios de esta vida laboriosa, acostumbrado a negociar con casi nada; y aprendiendo sus mañas me volvía yo hombre del pueblo, como él, a ciertas horas. Verdad es que yo también era pobre en aquellos tiempos, y hasta estaba apurado alguna vez para sostener mi papel de Hassán.

Este mercado que cruzo hoy con un paso desembarazado y rápido, sintiendo pesar el cinturón de cuerdo en el que he hecho coser, un tanto a uso marinero, mi reserva de monedas de oro, ¡oh, esa caminata, cuánto me recuerda de miserias alegremente conllevadas a causa de ella; de regateos tímidos, de peticiones de préstamos, por cantidades que ahora me hacen sonreir! Y bajo las vestiduras turcas, estas cosas me parecían aceptables, casi me divertían y me daban, por otra parte, la impresión de haberme salido de mí mismo y convertido en cualquiera de los mentecatos que me rodeaban. ¡Había aún tanta puerilidad en mi vida, en aquel tiempo!

Tras esta calle del mercado, una plaza tranquila, a la orilla del mar; una plaza silenciosa bordeada por emparrados de vides y decorada en su centro con una antigua fuente de mármol. ¡Y mi casa allí, que se me presenta de pronto, real y verdadera, besada por el hermoso sol de la tarde! Al fin encuentro algo de entonces, una cosa que ha formado parte de mi querido pasado, y que existe aún...

Invadido por un vago temor de aproximarme a aquel lugar, con una extraña turbación de espíritu, voy lentamente a sentarme en frente, en plena calle, delante de un cafetín con sus parras que el otoño hace amarillear, y lo contemplo atentamente. (¡Qué mal suena este nombre de "café"

para indicar estos tinglados orientales en los que se fuma la típica pipa!) Contemplo la casita de antaño, cual si mirase una cosa de ensueño, que osase presentarse a mis miradas en pleno día. Me parece empequeñecida, de aspecto mísero... Y, no obstante, es la misma y sólo sus jaspeados de vejez, en las paredes, evoca en mi mente recuerdos mil.

No; no ha cambiado, tampoco, esta plaza; ni una piedra ha sido alterada desde que yo habitaba aquí. ¿Será posible, señor, que todo haya permanecido tan invariable; que el sol lo ilumine tan alegremente; que yo, yo mismo, vuelva a hallarme aquí, joven aún, y que durante tantos años no sepa nada de "ella", ni siquiera si vive, o si reposa ya en el regazo de la tierra.

Este es el primer instante de reposo y de ensueño, desde que comencé mi errante y larga caminata. Este sol de octubre que poco ha me parecía alegre derramándose sobre esta plaza solitaria, rápidamente me entristece, me pone triste, más triste que la bruma o que la noche. Ni me encanta ni me engaña; sólo tengo, ahora, conciencia de su impasibilidad ante la continua destrucción. Siento la muerte, la melancolía de la muerte, en sus dulces luces... Impregnados de muerte están sus rayos...

Un zagal se presenta para servirnos. Le pregunto:

—¿Es viejo el amo?... ¿Es muy antiguo este café?

—¿El amo? ¡Anda! — respondió, sorprendido. — ¡Puede que haya cincuenta años ya que está aquí! Es un abuelete...

—Entonces, dile que venga, que hemos de hablar.

Recuerdo, instantáneamente, el rostro del viejecillo, en cuanto se presenta.

—¿Te acuerdas de mí?... Yo vivía, bastantes años ha, ahí, en la casa de enfrente...

—¡Ah, sí! — contestó, un poco sorprendido. — Y después te fuiste a vivir a Eyoub... Así, pues... no; de esto que yo digo, hace lo menos veinte años... (en Turquía se lleva muy mal la cuenta del tiempo)... Tendrías que ser mucho más viejo de lo que eres...

—Y de mi criado Achmet, ¿te acuerdas?

Sí; de mi criado Achmet se acuerda perfectamente; mas no puede darme ninguna noticia de él... Desde que me marché de Hadji-Keni no ha vuelto a verlo.

Entonces le envío a buscar a todos los viejos del barrio; a todos aquellos que, más o menos, puedan acordarse de mí.

Y bien pronto se forma un grupo de vecinos, de curiosos, de gentuza, que me miran como a un aparecido del otro mundo, admirados también de encontrarme tan joven. Parece que en la memoria de todos ellos, mi presencia aquí los ha transportado, poco a poco, a tiempos inciertos y ya pasados.

Me doy perfecta cuenta de que ellos no se han olvidado aún de aquel francés que tenía la manía de venir a aislarse aquí; pero ¡ay! en cuanto a Achmet, nadie pudo decirme nada. En vista de ello, se me propone ir a ver a un viejo judío que me conocía muy bien, y que acaso podría indicarme algo; érase un tal Salomón...

¡Salomón! ¡pues ya lo creo que quiero ver a Salomón! A quién me acompañe allá, bien de prisa, le daré una buena recompensa. De este Salomón me servía yo con frecuencia.

Iba a realizar compras con Achmet, y no ignoraba las clandestinas idas y venidas a mi casa de una musulmana. Al marcharme yo, verdad es que lo había despedido por no sé qué pillería; pero, ¿qué importa, con tal que me ayude?... Hasta casi una alegría tendría al volver a verlo, como todo aquello que ha estado mezclado en mi vida pasada...

Llega. Sin duda no me cree aquí tampoco; queda sorprendido al reconocerme, y toca la mano que yo le alargo. Yo lo había hecho todo un hombretón, recio, fornido, y me lo encuentro encanecido y encorvado.

—Achmet, — dice, — no; no he vuelto a verlo, ni aun a oir hablar de él desde que te marchaste... Debe haber dejado el país... O quizás se haya muerto.

Después me promete invertir la tarde en realizar investigaciones, y subir mañana a Pera, a darme cuenta de ellas.

Bien. Así, pues yo no averigué nada más aquí. Otra demora perdida... Y el tiempo apremia. Es mentester marcharse.

Sin embargo, desearía volver a entrar en mi casa, ya que tan cerca estoy de ella. Sobre todo, quisiera subir al primer piso, al cuartito que yo había preparado con tanto esmera, para recibirla.

Envío a Salomón a tratar de ello con quienes ahora lo habitan, unos armenios pobres, que por unas monedas acceden a franquearme sus puertas.

Entro, subo la escalera, vuelvo a ver nuestra querida habitación pequeñita, tan alegre antes, con su extraño arreglo... Ahora, nada ya. Muebles sórdidos, desorden, pingajos que cuelgan... Mejor fuera que no hubiese visto esta profanación lamentable. La rápida ojeada lanzada por mí, fué suficiente para hacerme retroceder, retroceder aún hasta el fondo del abismo; el pesado aquel del cual husmeo y persigo el rastro.

Pero al bajar estos escalones que las babuchas de Aziyadé han hollado, una emoción punzante me invade; emoción que yo no había previsto.

Un lejano día de mi infancia, un pálido rayo de sol de invierno filtrado por una ventana de la escalera, me impresionó de un modo inexplicable, profundo. — Ya he referido yo esto, no sé dónde. — Y, aquí, muchos años después, experimento el mismo estremecimiento, al vorver a ver, en esta casa de Hadji-Keui un rayo semejante y de igual significación misteriosa, que todas las tardes se deslizaba a lo largo de una escalera, para iluminar un ánfora de Atenas colocada en un nicho del muro... A menudo, estos pormenores ínfimos se graban para siempre en la memoria, y parece como si ellos, en sí mismos, resumiesen todo un paraje, toda una época dolorosa o deseada. Así había ocurrido con este rayo de sol, — mezclado ya por mí a no sé qué "pasado"

desconocido. — Yo había pensado en ello cien veces, desde mi alejamiento del país turco; y una angustia especial, una congoja extraordinaria y de inquietante origen, traía a mi mente la idea de que no volvería yo a ver, nunca, este rastro de luz pálida, cayendo sobre este nicho, sobre esa ánfora... Jamás, jamás, por siempre jamás.

Pues bien; el nicho vacío, permanece en el muro; y mientras voy bajando, continúa el sol iluminándolo con su rayo melancólico.

Una vez más, con todo esto, me pierdo en lo inexplicable.

Volvemos a bordo de nuestro esquife, el griego y yo, después de esta parada que ha durado veinte minutos justos, y continuamos nuestro rumbo hacia Kassim-Pachá, con todo el impulso de nuestros remos.

En el Cuerno de Oro reina el acostumbrado vaivén, el cruzamiento incesante de los esquifes silenciosos... ¡Cuán bella y tibia y luminosa es esta tarde! Me causa una agradable sensación de estío, a mí, que vengo de los bosques de pinos de los Cárpatos, sobre los que cae ya la nieve... Y me entrego de nuevo a los engaños del sol. Me dejo, poco a poco, mecer y fascinar por todo este movimiento tan familiar antaño. Cómo pronto, en Eyoub, me forjo la ilusión de estar aún en aquellos tiempos lejanos en que tenía yo escondites misteriosos, aquí, en una y otra orilla. ¡El regreso es tan parecido! Las grandes cúpulas de las mezquitas se alzan en los mismos sitios. La silueta inmensa deEstambul, presidía nuestras venturosas idas y venidas de amor. ¡Oh! ¿Cómo expresar el hechizo de este paraje que se llama el Cuerno de Oro? ¿Cómo decir de él, aunque sea aproximadamente, que está formado con mis inquietudes, con mis congojas, mezcladas a la sombra del Islam, y que, sin duda, no existe más quep ara mí sólo?

En la Escala de Kassim-Pachá, desembarcamos bien pronto, frente al palacio de arquitectura morisca, del Almirantazgo. Allí miró qué hora es. ¿En qué estaba yo pensado? Preciso es que tenga la cabeza trastornada para no haber observado que el sol está bastante alto aun. ¡Si apenas son las tres y media! Experimento un dulce cosiego ante la certidumbre de que el día no está aún próximo a su fin...

Diez minutos de marcha apresurada para llegar de nuevo al barrio en que tendremos probabilidad de hallar a Anagtar-Chiraz. Por estas vetustas callejuelas, típicamente musulmanas, es por donde transitan, en baluchas, las mujeres rebozadas en velos de muselina blanca.

Después de la inútil y larga peregrinación que acabo de realizar, vuelto de nuevo a mi punto de partida en esta plaza de Hadidji-Ali, tranquila y solitaria, entre sus casitas bajas, como una plaza de pueblo, me siento en el mismo café donde estuve, en el jardín, bajo el emparrado amarillento que se deshoja ya. En este rincón apacible, triste, casi campesino, estaremos bien para hablar de lo pasado, sin testigos, en medio de las cosas inmovilizadas siglo ha. Precisamente, la entrada es como escogida para la entrevista, un tanto fúnebre, que preparo, para las cosas tristes y empolvadas de ceniza que sin duda vamos a comunicarnos.

Envío al husmeador griego a preguntar por Anaktar-Chiraz; a rogarle que venga a chalar un momento conmigo. Estoy persuadido de que esta vez habrá de hallarla. Lo único que me preocupa es saber si ella consentirá en venir; si no le inspirará miedo... Y, para esperar, pido que me preparen una pipa. La tarde es cada vez más templada, simulando una de las reposadas tardes estivales. El sol, que desciende, dora la antigua mezquita de enfrente y la parra, deshojada, bajo la cual me siento. Nadie circula por la plaza. Apenas llega hasta mí un confuso rumor del Cuerno de Oro y de las embarcaciones... Hondo silencio se extiende por todo el contorno... Pasan minuts y minutos de espera. Nada indica la proximidad de la inmensa ciudad vecina... Experimento en estos instantes la sensación del estío, de una agonizante tarde de verano, en cualquier aldeuela oriental... Y una calma profunda se derrama sobre mí.

Al fin vuelve el griego, seguido de una vieja vestida de negro, curtida, de duras facciones, que recuerdo al punto. Sólo una vez en mi vida la había visto; pero estoy cierto de que es ella. Su aspecto es azorado, huraño... ¡Con tal de que se acuerde!...

Evidentemente, siente temor de las personas desconocidas, y ante el interrogatorio a que deseo someterla en un lugar tan apartado. Tras una ceremoniosa reverencia se sienta delante de mí, al borde de un taburete, y me examina. Yo estoy sentado a contraluz y ella me ve entre sombras, sobre un fondo soleado.

¡Oh, sí! ¡Vaya si es ella!... Acabo de sorprender la sonrisa, bondadosa, cándida, que ha iluminado momentáneamente su rostro apergaminado y endurecido. Un mechón de sus cabellos, que se conservan aún negros como el ébano, se divisa por entre la tela de seda negra, negra igualmente, con que envuelve su cabeza como con una banda. Sus vestidos usados, pero limpios, están cortados a la europea; pero pasados de moda, con unos "bieses" de terciopelo negro. En mi país, en las aldeas del Sur o de Auvernia, las viejas se visten así y ofrecen este mismo aspecto.

Sentada, rígida, en el banquillo, espera.

Comienzo a preguntarla dulcemente, tímidamente, en turco, teniendo sus respuestas.

—¿Achmet?... ¿Achmet?... — con la mirada huraña aun.

No. No se acuerda... ¡Ha tanto tiempo ya de la historia que yo le cuento!... ¡Y ha tenido tanto que pensar, y ha visto morir tantos jóvenes y tantos viejos!... Además ¡hay tantos "Achmet" en Constantinopla! ... — Después, — añade para excusarse, — uno tras otro, he perdido a mi marido, a mis hijos... y desde entonces mi cabeza está alelada, mi memoria es cosa perdida.

¿Cómo disipar la noche que se ha extendido sobre esta inteligencia?

¿Cómo me las arreglo?... Ella tiene temor aun; más que nada, es temor de ser interrogada para cualquier asunto judicial; miedo, no sé de qué.

—No temas nada de nosotros, buena mujer, — le digo. — Yo busco este Achmet porque lo quiero de veras; no por otra cosa. Procura acordarte de algo... Desearía volver a verlo... Ayúdame. Ya ves que te lo suplico.. Vamos: busca, busca... Achmet, Mihran Achmet... Yo me acuerdo muy bien de ti y te he reconocido en seguida. Estoy seguro de haber venido aquí, con él, a hablar contigo, diez años ha, cuando tú habitabas en este barrio... Y hasta le he escrito, a tu casa, los tres primeros años de mi marcha.... Tú lo has cuidado... ¿no te acuerdas tampoco de cuando estaba enfermo y herido?...

Una ráfaga parece surcar su mente. Se inclina para mirarme más de cerca; sus ojos, se abren, se dilatan, penetran hasta el fondo de los míos...

—¿Cómo te llamas tú? — exclama con brusquedad.

—¡Lotí!

—¡Lotí!.... ¡Ah, Lotí!... ¡Oh, Achmet! ¡Mihram-Achmet! ¡Y tanto como me acuerdo de Mihram-Achmet!

Tras un silencio de algunos segundos, durante el cual se entenebreció su rostro súbitamente, agregó con dureza:

—¡Eulu! ¡Eulu! "Yedi senek dan, tekok dona ouldi" (¡Muerto! ¡Muerto!.... ¡Siete años ha ya!...) El principio de esta contestación, el tono cruel, la repetición irritada de esta primera palabra de ecos siniestros, algo absolutamente semejante a esto me lo había imaginado yo, tiempo atrás, con referencia a Aziyadé... "¡Eulú!" "¡Eulú!"... Temía yo que para anunciarme su muerte, se me perseguiría encarnizadamente con esta palabra.

Escuché, impasible, la frase fúnebre, olvidándome de Achmet, para pensar solamente que el hilo conductor era cada vez más difícil de recuperar; que no me quedaba otra esperanza que su hermana Eriknaz y que era preciso, a cualquier precio, encontrarla esta misma tarde.

La vieja en tanto continuaba:

—Su última noche te estuvo llamando incesantemente: ¡Lotí! ¡Latí! ¡Lotí!... ¡Pues fuiste tú la causa de su muerte!

Aun esto había previsto yo. Yo sé perfectamente que no; que él he debido morir de su agonía de aparecer sospechoso de algún maleficio mortal. Lo que me sorprende únicamente es sentirme apenas conmovido, cual si en este momento tuviese el corazón cerrado, o lleno de otra cosa que no fuese él.

—¿Sabes dónde está su sepultura? — dije, sencillamente. — Así tú me llevarás a ella mañana. Pero ahora es a Eriknaz, su hermana, a quien yo necesito; dime dónde vive, costa de Asia, por la parte de Ismir.

—¿Eriknaz? ¿De quéin, sino de ella, te estoy hablando? Seis meses después de su hermano, también ella fué encerrada en un ataúd. En cuanto a su hija Alemshab se casó y se fué a vivir lejos de aquí, allá a la costa de Asia, por la parte de Ismir...

Y Anaktar-Chiraz hizo un ademán, cual si sacudiese el polvo para afirmar mejor que todo se ha acabado en este mundo. Mesa limpia. No queda ya nada de todo ello.

El hilo conductor con que yo había contado, se ha roto. Se ha roto y se ha desvanecido bajo tierra, años ha, con Eriknaz. En cuanto a Aziyadé, es inútil preguntar por ella a esta vieja que me habla. Ni siquiera conoció su existencia... "Es una buena y santa mujer, decía Achmet; pero no es preciso confiarle nuestros secretos. No sabría guardarlos; y yo no sé ya qué hacer...

Ahora es Anaktar-Chiraz la que me abruma a preguntas, muy dulcificada ya, pues comprende que sufro. ¿Cómo es que he desaparecido, durante diez años, sin contestar, siquiera las cartas de Achmet agonizante? ¿Qué es lo que me trae hoy aquí? ¿Qué es lo que yo pretendo saber de Eriknaz?

No contesto ya, aplastado, pensativo. Mas, de pronto, me acuerdo de otra hermana de Achmet. ¿Cómo, pues, ha surgido ella en mi memoria? Verdad es que una especie de invisibilidad rodeaba a esta criatura, bastante extravagante. Sólo una vez, y en la oscuridad, la había entrevisto apenas. Ellos mismos, Eriknaz y Achmet no la veían casi nunca, y bajaban la voz al hablar de ella. Era una hermana vieja ya; una anciana que les inspiraba miedo y veneración, llamándola muy bajito "nuestra madre". Pero ella conoció la existencia de Aziyadé y su dominio y conocía también a Kadidja, la negra. Ciertamente que no comprendo cómo no he pensado en esto antes de ahora.

Y, temblando, pregunto:

—¿Te acuerdas de que Achmet tenía una hermana vieja, que vivía sola, allá hacia Aguas-Dulces?...

Afortunadamente se acordaba; y hasta creía que esta hermana anciana, vivía aún, en su misma casa. Mas se trata de una mujer singular que ha padecido grandes desventuras y que vive en el mayor aislamiento. Siete años ha desde el destierro, no he vuelto a verla.

—¡Oh! ¡Aprisa! — digo. Vas a llevarme allá. ¡Te lo suplico!

Objeta que es muy tarde: que el sol se pone; que su enferma la espera... ¿Por qué no, mañana, tempranito? ¡Está tan lejos!... Y, después de todo, ¿sabemos siquiera si nos recibirá? No es seguro...

Se lo ruego, se lo suplico, pues no me atrevo a ofrecerle dinero, aunque parece pobre. Le suplico y veo que sus ojos, poco a poco, se enternecen. Pues bien, sí. Me acompañará esta tarde. Transcurre el tiempo necesario para advertir a la enferma a quien ella cuida; vuelve, partimos juntos.

Silencio al griego, que ha adoptado un aspecto demasiado curioso, demasiado husmeador, y quedo sólo siguiendo con la vista la negra ropa de la anciana, que se aleja.

Unos minutos de espera y de silencio, esperando su vuelta. Encima de mí, la parra deshojada adquiere más y más las tintas de oro rojizo, y un matiz de oro se extiende también sobre la mezquita de enfrente, sobre las ramas de los grandes cipreces, sobre todos los objetos. La tranquila tarde desciende sobre este pequeño barrio perdido, en el que la muerte de Achmet acaba de serme confirmada. Cuanto más lo pienso, más me persuado de que también Aziyadé, está, como él, reposando en la tierra turca. Y en

vez del desgarramiento horrible que hubiera sentido antes, sólo experimento una dulce melancolía, con algo quizás de apaciguamiento, al creerlos así, y un deseo de reunirme a ellos cuanto antes, en la paz que ellos disfrutan. A estas impasibilidades del Islam que siento en torno mío, se une para arrullarme el encanto tranquilo de esta tarde que muere. Y en este punto, mi sufrimiento se adormece en una resignación absoluta ante la muerte universal.

. . . . . .

¡Oh! ¡Con qué increíble alegría, con qué emoción profunda y sin nombre estrecharía entre mis brazos a estos dos pobres pequeños que tanto me han amado; a quienes casi confundo ahora en una misma ternura, y que, no teniendo ya nada de terrestre, me son restituídos por un instante!

. . . . . .

Vuelve la buena viejecita, dispuesta a conducirme a la casa de la hermana de Achmet, y de nuevo nos dirigimos hacia el mar, para tomar mi esquife y mi barquero que nos conducirán al centro del Cuerno de Oro, a Pri-Pachá, cerca de Aguas Dulces.

Es necesario atravesar, bajando, los mismos barrios musulmanes de antes; que ahora están teñidos de rosa por los postreros rayos del sol; animados por la vida oriental de la tarde y poblados de vestimentas de colores chillones.

En la Escala de Kassib-Pachá nuestro barquero nos espera confiado, tumbado sobre el esquife. Y, al declinar el día, comenzamos de nuevo a resbalar por las aguas del Cuerno de Oro, en sentido inverso al de nuestra primera excursión. En la orilla del Sud la luz se extingue poco a poco, detrás del Estambul, encanto final del día.

El sol se pone cuando desembarcamos por la parte de allá de Pri-Pachá, en el apartado suburbio cercano a los grandes cementerios. Henos aquí, la vieja armenia y yo, caminando juntos, de prisa, bajo el crepúsculo, por un barrio sombrío, armenio, de calles estrechas y tortuosas, de casas de madera pintadas de oscuro o de rojo, enrejadas como mazmorras.

Anaktar-Chiraz se detiene ante una de estas moradas de misterioso aspecto y llama con el aldabón de hierro. Los golpes resuenan siniestramente en todas las tablazones del viejo vecindario muerto.

Poco después la puerta se entreabre desconfiadamente, y en la hendidura sombría aparece un rostro espectral que me hace estremecer, un rostro de cincuenta años, triste, marchito, enjuto, pero parecido al del pobrecito Achmet, con una de esas semejanzas que sorprenden hasta el espanto. Su hermana, evidentemente, pero tan parecida a él, con sus mismos rasgos, su misma expresión, sus mismos ojos, tal como si volviese a verlo a él mismo, treinta años más viejo, lanzándome una mirada de reproche a través del tiempo y de la muerte.

También ella se asombra, vacila, dispuesta a cerrar la puerta, entreabierta apenas.

—¡Lotí! — se apresura a decirle la vieja Anaktar, pronunciando este nombre apagadamente, como anunciando la presencia de fantasma. — ¡Míralo: es Lotí!... ¡Lotí que ha vuelto!

—¿Lotí?... ¿Lotí?... — repite la otra con temblores de voz. — ¡Ah, Lotí! — añade, tras un silencio, con acento dolorido y amargo que me llega al corazón, mejor que pudiera hacerlo el más punzante de los reproches...

Háblanse, entre ellas, en turco, tácita y apresuradamente, diciéndose algo cuyo sentido se me escapa. Después me ruegan que suba las sigo por una menguada escalera negra.

En el primer piso, en una habitación amueblada a estilo oriental, más de aspecto sobrio y pobre, me incitan a sentarme en un diván mísero. Luego, la hermana de Achmet, se dispone a prepararme café (deber de hospitalidad) y en tanto que va y viene en torno a su hornillito, enjugando para mí sus tazas ordinarias de gente pobre, observo que gruesas lágrimas resbalan por sus mejillas.

¡Oh, Dios mío! ¡Cuán triste resulta esto, aquí, a la luz del crepúsculo, en esta pieza desnuda en la que esta mujer llora; cómo mi corazón se oprime, y cómo las palabras que yo quisiera pronunciar se detienen y se apagan!

Entrambas comprenden, las viejecitas, que yo he venido aquí a comunicarles o para interrogarlas sobre algo grave. Mas, ¿qué será ello? Yo no hablo... Ellas esperan... Y el silencio se hace cada momento más pesado en la noche que avanza.

. . . . . .

—¿Te acuerdas tú bien de la "señora Aziyadé", la damisela turca a quien también tu hermano quería tanto?.... ¿No recuerdas?...

Entonces, ella, deposita sus tazas y su mantelillo, como para quedar más libre, y comprendiendo que comienza el grave interrogatorio... Y mientras asiente, con la cabeza, sus manos se cruzan de un modo tal, que parecen decirme:

—¡Que si me acuerdo!... ¿Cómo podría yo haber olvidado todo aquello?

. . . . . .

Otro silencio aún, durante el cual siento en mis sienes repetidos golpecitos que las martillean, — el ruido presuroso de las arterias que laten. — Y, por fin, con brusco acento un tanto ahogado, formulo la pregunta suprema:

—No ha muerto... ¿verdad?...

Premiosa al contestar, me mira, y sus tristes ojos hundidos, se revisten de un tinte de sorpresa, casi injuriosa... Y tras algunos segundos de espera, poco a poco, voy comprendiendo que "sí"; que es que "sí"...

Me he convencido de ello, absolutamente, antes de que la vieja, con un tono de amarga reconvención se decidiera a decir:

—¡Verdaderamente!... Pero, ¿es que tú no lo sabías?

A media voz, miento.

—Sí, lo sé; lo sé...

Y después, con apagada voz, balbuciente como un niño, agrego:

—No es esto, no; no es eso lo que yo quería preguntarte... Yo deseaba suplicar

te que me dijeras dónde la han enterrado...

Reina de nuevo el silencio, más profundo que antes. He mentido, por vergüenza de declarar mi ignorancia; de haber podido vivir en ella tantos años. Mas comprendo claramente que la anciana no me ha creído; y sus miradas continúan clavándose en mí con curiosidad, mezclada de repulsión y de vituperio. Existe, por otra parte, esta actitud mía, inexplicable para ella. Nuestra sangre fría, nuestra serenidad ante el dolor, son incomprensibles para los orientales, que todo lo expresan con alaridos.

El silencio se hace glacial, cual si las capas de aire se congelasen entre nostros. Y sobre la casa enrejada, en la mísera y extraña habitación, el crepúsculo va tendiendo sus sombras, y a través delas espesas celosías de madera que velan las ventanas, sólo penetra una vaga claridad incolora. Cae la noche rápidamente y por momentos, cual si, a nuestras espaldas, fuesen tendiéndose uno a uno y con rapidez, densos velos de crespón.

Era aquí en esta triste morada y a esta hora de desolación, donde debía yo recibir el golpe final.

No sé cuántos segundos, cuántos minutos permanezco sin hablar ,sentado entre estas dos mujeres, una de las cuales, llora.

La hermana de Achmet, atenta a las leyes de la hospitalidad, me sirve una tacita de café, que bebo lentamente, siempre en medio de mi aparente tranquilidad. Dentro de mí, en las profundas regiones del pensamiento y del recuerdo, reina una turbación y una clase de indecisa fantasmagoría, como entre sueños. Experimento la impresión de asistir a derrumbamientos en el abismo. Cosas que estaban encima, caen una tras otra fundiéndose, destruyéndose. Tremendos ruidos imaginarios, acompañan a estas caídas; después se extinguen, se callan, cuando todo ha caído y reina el silencio, cuando ya no queda nada; silencio tan lúgubre por fuera como por dentro.

La hermana de Achmet no sabe dónde ha sido enterrada Aziyadé. Ante la insistencia de mis preguntas, sólo responde esto, fríamente. — Pero me dice, — Kadidjá, la negra, que aún vive, es seguro que lo sabe. Si "tengo empeño", ella misma irá mañana a preguntárselo, o a rogarle que me acompañe.

—¡Mañana!... ¡Oh, no, no! Esta misma noche... Ahora mismo...

Tras estos momentos de calma fúnebre, se apoderan de mí de nuevo la actividad y la inquietud del tiempo.

La anciana rehusa en el acto. ¡En casa de la negra,en el viejo Estambul, conmigo y con la noche encima!... No, — dice. — No es posible. No se atreverá a tanto.

Así como antes supliqué a la otra, ahora suplico a ésta. Y, a su vez, veo que se enternece. Pues bien, sí; irá. Pero sola. Prefiere ir sola. Irá a casa de Kadidjá a advertirle y a pedirle hora. Después, mañana por la mañana volverá a buscarla con un bote y me acompañará a donde yo quiera.

He aquí nuestro plan para al día siguiente: A las ocho nos reuniremos en este lado del Cuerno de Oro, en Kassim-Pachá, en la plazoleta de Hadi-Alí. Yo traeré un carruaje al que subirán la armenia y la negra, que me guiarán cada una de ellas, hacia uno de los sepulcros, mientras que la hermana de Achmet, eclipsada siempre, volverá a encerrarse en su solitario hogar. Queda convenido, prometido, jurado... y descendemos los tres.

Mientras la hermana de Achmet se prepara para salir, intento interrogarla, pero resulta que no sabe casi nada de esta. Ha vivido siempre en el mayor aislamiento; no ha conocido pormenores precisos de la muerte de Aziyadé. — "Mañana; mañana nos lo dirá todo Kadidjá". — Por pertenecer a quella época, hojea un cuaderno con anotaciones escritas en turco. Se aproxima a la celosía de una ventana por la que penetra aún un poco de claridad, y dice:

—Veamos: Esto fué al terminar la primavera, que precedió a la muerte de Achmet; el año 1397 de la hégira. Debe, pues, haber de esto, siete años y algunos meses. — La anciana, sabe que el cadáver fué transportado de noche, casi clandestinamente; pero el viejo Abedín, su amo, — muerto también el año último, — mandó construir, no obstante, un sepulcro de mármol. Y esto es todo. — Mañana, Kadidjá, me dirá lo demás; mañana.

Ya está lista. Sobre su humilde vestido ha echado un manto negro, y bajamos juntos, cerrando con cerrojos las puertas, a medida que pasamos.

Por la estrecha calleja, más sombría aún, nos dirigimos hacia el mar; donde debemos separarnos.

La hermana de Achmet alquila un esquife para dirigirse a Estambul. La vieja armenia, salta al mío, que me espera; y se sienta a mi lado. La dejaré en Kassim-Pachá, al pasar, y continuaré mi camino, solo, por el Cuerno de Oro, para regresar a Pera, ya que ahora, ha terminado mi lúgubre jornada. Después de reflexionar acerca de ello, me parce mejor que mi entrevista con Kadidjá, haya sido demorada hasta mañana, y pueda ser preparada con anticipación, pues me da miedo esta mujer; miedo su odio y desprecio... Vuelvo a llamar a la hermana de Achmet, que ya se alejaba deslizándose sobre las aguas grises, y, con una mano, detengo su ligero esquife, para hacerle mil recomendaciones.

—Explica bien a Kadidjá, — le digo, — que han sido mis viajes militares los que me han impedido volver; expediciones; guerras lejanas; que no ha sido culpa mía... Vete... Si yo no hubiese amado a la "Señora Aziyadé", ¿habría vuelto por acá, desde tan lejos, después de diez años?...

Me callo, porque noto que mi voz tiembla, — que es preciso que me rehaga, — porque estoy a punto de llorar.

—Se lo diré, Loti; se lo dirá, — me responde, y me parece sorprender ahora en su rostro desconsolado, una expresión de tenue dulzura. Después, nuestras barcas se separan en el crepúsculo ya confuso.

¡Terminó mi lúgubre jornada! Se acabaron las agitaciones, las inquietudes, las an-

siedades, los ruegos.... Terminó el drama, cuyo desenlace ha permanecido, como en suspenso, durante diez años.

Nos deslizamos rápidamente sobre las aguas. A mi lado, rígida, silenciosa, va la armenia. Una tranquilidad de sepulcro comienza a enseñorarse de mí. Paréceme que esta tierra, que esta ciudad tanto tiempo soñadas, se han despojado repentinamente de su encanto indecible, así como de su inmenso misterio. Que Estambul está vacío y vacío mi corazón, también, y vacía mi alma. Siento como un hundimiento de todas las cosas y un deseo ardiente de abandonar esta Turquía lo más pronto posible para nunca más volver a ella.

Continuamos avanzando a todo remo, como quien tiene prisa por llegar a alguna parte.

¿Por qué tan presurosos? No lo sé. Nada nos apremia ahora, nada nos acucia, ya que está todo terminado. Y, ¿a dónde vamos? No lo sé, tampoco. Temo que esta vieja que yace á mi lado me hable y rompa este silencio que tanto necesito. Temo que me pregunte por Aziyadé, sobre todo, acerca de lo que acaba de serle revelado, inesperado y sorprendente para ella. Vuelvo la cara para no tropezar con sus miradas, y miro, sin verla, la maravillosa decoración crepuscular: Estambul, que, invertido, se refleja en las aguas tranquilas; los miles de barquichuelos que se entrecruzan, paseando sin ruido la atenuada fantasmagoría de las vestimentas y de los colores.

Todo esto, que durante diez años había desaparecido para mí y que surge de nuevo ante mis ojos como por ensalmo, no me dice ya nada, fuera del tiempp delicioso que hace; dulce aún, tibio, enervante como en estío.

En en el desembarcadero de Kassim-Pachá detenemos, al fin, para dejar a la vieja enlutada, cuya sola presencia, muda, se me hacía molesta.

—Adiós, — dijo Anaktar-Chiraz. — Que Dios te acompañe y mañana acude a la cita para tus tumbas.

Regreso solo, como aliviado de un fúnebre peso; pero siguiéndola con los ojos, mientras se aleja, echándola de menos, sin embargo, ya que ella ha sido el lazo de unión con el caro pasado.

Mi barkuero, con zalamero gesto de niño fatiga,od me enseña sus brazos desnudos, que — según asegura, — comienzan a dolerle, y me dice:

—¿Es necesario aún ir tan de prisa?

—¡Oh, no! Ya, ¿para qué?

No se me ocurrió avisárselo. Ya no tiene objeto. Nadie me espera en parte alguna, en esta inmensa ciudad, en la que sólo soy conocido de los muertos. Nada me importa ya dónde haya de ir. No tengo nada que hacer, sino vagar libre y solo, rebuscando por uno y otro lado, rastros de recuerdos de otros tiempos. Así, pues, le respondo:

—Por lo contrario, ve despacito a donde quieras; deja dormir la barca a merced del agua; retira los remos; descansa, cruza tus brazos y canta, si quieres.

Bien pronto quedamos casi inmóviles, arrastrados solamente por una insensible marea. El barquero, ha cruzado los brazos y canta. Entona un aire extraño, tan dulce, tan sorprendentemente dulce... Escucho su canción que es aguda y quejumbrosa y miro en torno mío, con más interés ya, con más animación que antes. Verdaderamente, desde que la pobre vieja enlutada, que se alzaba ante mí como remordimiento, se ha marchado, siento en mí no sé qué alivio demasiado repentino, que me sorprende y que me confunde.

Ahora miro ya, cada vez más con mi habitual avidez de ver... Todo ha cambiado de aspecto al caer la noche. En tierra han sido encendidos los faroles; y sobre los barcos y en los esquifes que se deslizan silenciosos en toda dirección, Estambul no es más que un festón obscuro de cúpulas y de torres, perfilado sobre el cielo, claro aún. En medio del Cuerno de Oro, seguimos siempre a merced del agua y de entrambas orillas a la vez; llega hasta nosotros, un tanto atenuado, el clamor oriental; el confuso conjunto de los ruidos de Constantinopla, que distinguiría entre todos los rumores de la tierra. Es lo mismo de antes; todo perdura semejante a otrora. Sin haber vuelto a verlos, me represento todos los barrios de ambas costas, por los que yo he garzoneado noches y noches. ¡Yo sé todo lo que ocurre, todo lo que se comercia, todo lo que se oculta, todo lo que se canta en ellos! De tal modo, que no me he forjado, tan completa como en estos instantes, la ilusión de hallarme sumergido de nuevo en el confuso interior de sus entrañas, y nada de cuanto yo pudiera decir en páginas enteras, en volúmenes, expresaría la melancolía sin nombre de esta impresión.

Por el contrario, ¡cuán diferente es todo en mí, y para mí desde la época de mi juventud! Entonces, yo, era pobre y perfectamente desconocido. Mi existencia turca, irregular y peligrosa estaba constantemente amenazada; no tenía apoyo alguno. Una queja de la Embajada, una orden de un jefe, podrían anonadarme a cada momento. Entonces yo me veía en apurillos de dinero muy a menudo, por unas pequeñeces; cuando se trataba de adquirir un traje turco, un arma, o tan sólo de enviar al judío Salomón a las tiendecitas de la vecindad a comprar nuestra cena... Entonces me era preciso contar con estas turbas que esta tarde oigo alborotar en entrambas riberas; con estas gentes del pueblo a las que mi fantasía me había mezclado. Entre ellos, tenía yo prestamistas, acredores, amigos que me eran útiles, enemigos cuyas delaciones me aterrorizaban... Ahora podría comprar diez veces o todos estos menguados enemigos su silencio, también, sólo con algunas monedas de oro de mi cinto. Actualmente mis horizontes se han dilatado, dilatado desmesuradamente y soy casi un soberano comparado con el muchacho desvalido de antes. Pues bien: todo esto, que diez años ha, habría sido el encanto de mi vida con ella, ha llegado a mi demasiado tarde, sin duda; ya que apenas me inquieta. Algo se ha extinguido en mí; algo de mí mismo se ha sepultado con Aziyadé, en tiera turca.

La gran decoración continúa cambiando. las misteriosas cúpulas aparecen indecisas y casi diáfanas en la noche; las luces son innumerables; y, en las alturas, brillan las estrellas. El tiempo, cada vez más suave, sin un soplo de brisa, tal cual en una noche de estío. Miro, libre ya de mi modorra de muerte, miro con avidez, dilatadas las pupilas para abarcarlo todo. Y me siento lleno de contradicciones que me estremecen. Unas veces, fiel siempre a la querida memoria de mi muertecita, estoy triste hasta el fondo del alma y como para siempre; y experimento la sensación (que yo sé que es fugitiva, por serme, ¡ay! conocida ya de otros tiempos) la sensación del desvanecimiento y del fin de todo sobre la tierra. Otras, momentos después, me invade un retorno a la vida, con una especie de victoria egoísta, de triunfo, al volver a hallarme vivo aún, aún joven, sensible aún al amor. Y, entonces, me dejo influir por este país de Oriente, por la tibieza de la noche, por los recuerdos de embriagueces pasadas, por todas las cosas que debían tenerme ya para siempre, sin cuidado.

¡Diez años para nuestras almas humanas, que duran tan poco, es, en verdad, un período infinitamente largo! Diez años de separación, de silencio, minan, agujerean el recuerdo. Esto lleva a una especie de renunciamiento; a instantes de olvido, singulares; casi a un anochecer para el amor, aun entre aquellos quo más se han querido. Y darse cuenta de esto es en sí, una cosa amargamente alucinante.

Noche cerrada ya, llegamos al fin del gran puente de Estambul, y subo a Pera, al hotel.

Comida vulgar en mesa redonda, en compañía de turistas conocidos ayer en el Oriente-Expres o en el vapor de Varna.

Y por un momento, vuelvo a ser como todo el mundo, y charlo, con la memoria adormecida, recordando apenas que es mañana por la mañana, la dudosa entrevista con Kadidja, y la visita a la sepultura.

Mas, en seguida, después de cenar, pido un caballo para ir a Estambul, (A los dependientes de las fondas europeas, les parece siempre una cosa absurda ,esto de ir de noche a Estambul, y, sobre todo, de ir allá solo. Y, sin embargo, voy, voy para ver de noche la casa del viejo Abeddin; la casa en la que ella ha debido morir y de donde se la llevaron una noche casi clandestinamente).

Primeramente, cruzo al trote largo las calles de Galata, llenas de luces, de gritos y de música. Después, a la entrada del puente que enlaza las dos ciudades, en el punto en que comienzan a reinar las sombras y el silencio, me detengo para encender el farolillo que un espolique llevará delante de mí durante mi paseo por la ribera opuesta, y bien pronto, franqueando el puente, heme aquí metido en el inmenso Estambul, negro, cerrado, y muerto. Durante el día retenido en otra parte, no había hecho más que vislumbrarlo de lejos; y después de diez años, llego ahora a él en plena noche, exactamente igual que cuando lo visité por primera vez en mi vida. durante una fiesta de Bairam.

Noche oscura. Las estrellas empañadas. Mis ojos van habituándose al medio; acabo por ver, y, sin vacilación, cual si hubiese partido ayer de aquí, me dirijo al trote por entre este dédalo, entre los altos muros sin ventanas, reconociendo, al pasar, los grandes palacios enrejados, los funerarios quioscos en que arden los velarios, las cúpulas de las pálidas mezquitas silenciosas que se exclaman en el cielo. Y la luz de mi linterna, que corre, que baila delante de mí, me va mostrando en la tierra, a lo largo de la calle, manchas oscuras, que son perros dormidos.

Voy de prisa, pues es tarde; y la casa del viejo Abeddim, está lejos.

Al revolver una espuina se abre, al fin, ante mí, la gran plaza desierta de Mehmed-alin bordeada de una serie de cupulitas chatas, de una blancura de lienzo. Me acerco al final de mi objeto; casi he llegado ya a él. Cruzo en diagonal la plaza escuchando ahora los cascos de mi caballo que suenan más fuerte sobre el enlosado, despertando por doquier lúgubres ecos. Después, me hundo de nuevo en la oscuridad de una calleja estrecha; y en ella es en donde se me aparecerá la casa, la vieja casa de madera, alta y triste, pintada de rojo oscuro, con sus ventanas enrejadas, salientes, sobre las que están pintadas mariposas amarillas y tulipanes azules. Nadie pasa nunca por este barrio; nunca en él se abre una puerta; jamás se ve una luz. He acortado mi marcha y hago iluminar por el farol de mi espolique los viejos muros, la base de los viejos balcones de impenetrables rejas, para conocerlas bien, para no equivocarme cuando pasemos... Mas, de pronto, nada ya delante de mí Un vacío infinito sembrado de piedras derrumbadas, de vigas ennegrecidas, y mi caballo salta sobre escombros.

El fuego ha hecho aquí s uobra. Uno de los grandes incendios que abrasan aquí barrios enteros en pocas horas, lo ha destruido todo... "Esto ocurrió el invierno pasado", me dice mi guía, agitando su linterna a derecha e izquierda para mostrármelo mejor. No ha quedado el más pequeño rastro de calle. En una extensión de trescientos o cuatrocientos metros, sólo hay escombros. ¡Así, pues, se acabó! La casa en que Aziladé cerró sus ojos, se ha fundido en las llamas. Ante estas ruinas, es preciso retroceder.

Y me alejo, poniendo mi caballo al paso, tomando, al azar, una dirección cualquiera, en la noche oscura.

Este montón de ruinas... ¡No; no había yo previsto esto! La destrucción, rebasa la medida de cuanto yo esperaba. No es que me figurase que fuera eterno este barrio sombrío; pero sí creo, sin duda alguna, que, pues contaba muchos siglos ya, durara siquiera tanto como yo. Mi angustia aumenta ahora, al convencerme de que jamás, jamás podré venir a vagar por esta calle que era la suya, bajo los altos balcones enrejados de la casa en que ella había pasado la mitad de su vida.

Al marcharme, ya no miro nada. En el

fondo de mi alma me atormenta una especie de desesperanza melancólica, sin compensación, sin consuelo, sencillamente dolorosa. El recuerdo de ella, el sentimiento que ella me inspira, el pesado remordimiento, son para mí como una opresora capa de duelo. Y, además, surge esta pregunta desoladora, que se me presenta con una claridad glacial: ¿A qué conduce lo que voy a hacer mañana? ¿A qué el engaño pueril de esta visita a su tumba? ¿Sabrá algo ella que he vuelto y se dará la menor cuenta del beso que daré a la tierra sobre los despojos que fueron su cuerpo? ¡Oh! ¡El temor amargo e irremediable de no poder ya jamás, jamás, cambiar con ella un solo pensamiento!... ¡Pobrecita Azidayé! ¡Cuántas cosas no he sabido decirle que me abrasan ahora, y que le diría si me fuese devuelta, unos minutos tan sólo para una postrera entrevista!

Para decirle que la he amado profundamente, con más ternura aún de lo que ella creía, de la que creía yo mismo; para decirle que jamás se extinguirá la pena de haberla perdido; para pedirle perdón por vivir, de ser aún joven y de amar aún... ¡Para decirle todo esto y dejarla, después, dormirse de nuevo en el regazo de la tierra, tras una despedida henchida de amor!... Mas no; es preciso continuar así durante toda la eternidad, bajo esta incomunicación horriblemente cruel. Pronto llegará mi hora, también, haciendo esta incomunicación más irreparable aún y aun más definitivo el silencio entre nosotros; porque todas las cosas que no he podido decirle, pero que viven en el fondo de mí mismo, conmigo morirán. Y el tiempo continuará huyendo; y los nombres de los dos se olvidarán... Se olvidarán, separados...

Alejándome, siempre al azar, por el dédalo de calles y bajo la densa noche, termino por llegar al centro de esta inmutable ciudad en cierto barrio muy santo, en el que se alza la mezquita del sultán Sehim. Tumbas, cipreses, quioscos funerarios en que arden menudas lámparas que iluminan los catafalcos. Una calle exquisita y única en su género, muy derecha y, sin embargo, de típico aspecto árabe, toda enjalbegada, bordeada regularmente por series de arcos ojivales. Estas casas centenarias constan sólo de un piso bajo, muy bajo, dejando ver a derecha e izquierda extensiones de cielo. Es aquí el lugar más elevado del centro de Estambul, desde el cual se dominan todos los alrededores. Solas, las cúpulas sobrepuestas de la mezquita vecina se yerguen en la azulada oscuridad del aire, blancas como la nieve, indecisas como los halos que se forman en torno de la luna.

La calle se prolonga en larga fila de arcadas tristes y va a perderse en la sombra confusa; pero allá, un poco a lo lejos, una puerta, abierta aún, derrama nu tenue resplandor sobre el pavimento blanco.

¡Oh! Es, precisamente, el viejo cafetín donde yo acostumbraba a detenerme con Achmet, en horas un tanto avanzadas de la noche, cuando cruzábamos a pie el gran Estambul. ¿Cómo es posible que permanezca abierto tan tarde? Diríase que es por mí; que me espera y que me llama. Me apeo un instante, para ir a sentarme en él, bajo los arcos, en la frescura de la noche.

Todo continúa aquí intacto. Las antiguas pinturas, las viejas estampas de la Meca, pegadas en la pared... Son las mismas. Enfrente, en medio de la calle, existe aún la antigua fuente de mármol, cubierta en su vértice por algo que parece una negra cabellera y que es realmente, un manojo de helechos. Aun este mismo banquillo que acaba de acercarme el cafetero, ha debido de servirme más de una vez.

Antaño, — lo recuerdo exactamente, — cuando me sentaba aquí, veía pasar de trecho en trecho algunos piadosos derviches que se dirigían a la mezquita;... y, precisamente, en el instante en que estoy pensando en esto, el grupo de derviches aparece. Caminan lentamente, volviendo la cabeza para mirar a estas gentes, rezagadas a esta hora insólita delante de este café que es el único que permanece abierto, en toda la extensa calle desierta, de lontananzas perdidas en la noche oscura.

Antaño, — también de esto me acuerdo, — había aquí un músico, un viejecito que durante toda la velada, en el fondo de la extraña salita, ejecutaba en un violín aires orientales, tristes hasta desgarrar el alma... Y esta noche, de pronto, detrás de mí, comienza a gemir esta misma música. ¡Oh! Ahora la evocación es tal, que siento, más hondamente que nunca, circular por mi médula el escalofrío de mi despertar angustioso... Así, pues, yo estoy aún aquí, yo mismo, sentado tranquilamente en el sitio de costumbre. En torno mío, Estambul; las cosas son las mismas y permanecen como estaban... y nuestro pisito adorado de Eyub, no existe ya; y la casa de ella está reducida a cenizas y Achmet ha muerto, y ha ya siete años que ella está sepultada bajo tierra, y todo está arrasado, barrido, acabado para siempre jamás... La frase de la hermana de Achmet, resuena en mí, de pronto, más terrible, cual si a mi espalda me la cantase el violín con notas desconocidas de inaudita tristeza... "Fué al terminar la primavera... Se la llevaron de noche..."

Se la llevaron de noche... Veo el crepúsculo de mayo o de junio, tranquilo, límpido, iluminado, en ironía punzante, con sus tintas rosadas, la cara sombría. Entreábrese, después, la puerta, sin ruido, dando paso a unos hombres cargados con un pesado objeto... ¡Oh! ¡Es un cuerpo el que se va así, y este cuerpo es el suyo!... No; jamás había experimentado yo por ella, nada comparable a mi sufrimiento presente...

Por otra parte, parece que desde el principio de mi peregrinación a Constantinopla, a pesar de las dificultades sembradas como por placer, en mi camino, a pesar de los cambios de la destrucción de la muerte, — y no obstante las intermitencias de olvido que me confunden, — parece, digo, que voy acercándome siempre y cada vez más al que-

rido fantasma perseguido; y que nuestras almas están prontas a reunirse.

He vuelto la cabeza hacia el lado de la calle y de las sombras, porque mis ojos se velan súbitamente y no veo nada. Lágrimas horriblemente amargas, lágrimas de abandonado, como han debido de ser las suyas, resbalan a lo largo de mis mejillas.

El muchachito que me sirve el café y la pipa, observa que lloro y me mira con asombro, y dándose cuenta de que, sin duda alguna, los negocios de este extranjero le son indiferentes, se retira sin hablar. El viejo músico de la muerte está solo, casi entre sombras, y continúa tocando como en sueños.

Me quedo aun, prolongando cuanto me es posible estos momentos de dolor, porque nunca, en diez años, me he sentido tan cerca de ella como aquí, en la soledad de esta calle plena de sombras, en tanto gime detrás de mí, en medio del silencio y con la noche en torno la ahilada música penetrante de este violín.

Una hora después, trasladado a la otra orilla, vuelvo a subir a Pera, despidiendo a la puerta de mi hotel a mi espolique y a mi caballo. Y, cambiando de idea, en lugar de entrar, vuelvo a partir solo, a pie, para barzonear el acaso, quizás hasta la mañana. Prefiero no perder, durmiendo, el breve tiempo que he de permanecer aquí.

Con esto experimento una especie de embriaguez inesperada, absoluta, hallándome solo, libre, sin objeto, tendido en las calles oscuras. La noche continúa siendo dulce, como de junio, y el aire está cargado de todos los olores de Constantinopla, en los que sobresale, en estos barrios el balsámico perfume de los cipreses.

Durante tres meses de verano, antes de ir a habitar en Hadjikeni y en Eyub, había yo vivido aquí, en lo alto de Pera, contemplando desde mi ventana el maravilloso panorama lejano de Estambul. Era en los tiempos aquellos en que esperaba la llegada de Aziyadé, sin creer ciertamente que viniera, y esperándola, me aturdía con otras. Era, también, en la época transitoria de mi vida, en la que, de repente, no teniendo ya ni fe ni esperanza, me lancé al amor con todas mis fuerzas. Y el encanto nuevo del Oriente, el esplendor del estío, p el reclamo de tantos ojos negros, todo esto, había hecho de estos tres meses de espera, algo singularmente voluptuoso, con profundidades de una tristeza de abismo. ¡Oh, las noches de entonces, empleadas en errar por las calles, como hago ahora, mas siempre a caza de aventuras, tras una aventura nueva!... ¡Aquellas noches!... ¡Cómo se alza ante mí su recuerdo a cada paso, a cada nueva cosa reconocida en la oscuridad!... ¡Y estos olores!... ¡Tampoco han cambiado! ¡Y todos los ruidos que tan rápidamente conozco como familiares: aullidos lejanos de los perros vagabundos; señales de vigilantes que golpean el sonoro pavimento con el cuento de sus ferradas pértigas; el clamor confuso procedente de allá abajo, de los lugares de perversión de Galata!...

Desciendo por las escaleras de una calle que no está edificada más que por uno de sus lados, y que, por el otro, domina una profunda cortadura: El Campo de los Muertos, con una línea pálida, a lo lejos, que es el mar; y un festón fantástico, que es Estambul.

Me parece reconocer de un modo muy particular este piso, estos escalones...

Efectivamente. ¿Cómo no había yo caído antes, en que esta calle es la mismísima en que yo vivía y que ésta es mi casa de Pera, y que aquellas son mis ventanas? ¡Cuántas veces he entrado yo en este piso a horas impropias, cuando ya los frescos tintes rosados de la alborada comenzaban a apuntar por la costa de Asia!... Poco a poco recuerdos más precisos de locuras pasadas, me asaltan a pesar mío y me turban más y más.

Después llego a Campo chico de los Muertos, rodeado de tapias: un bosque de cipreses que huelen bien y en el que se hallan sepulturas musulmanas tan antiguas, que ya no inspiran horror. Antes acostumbraba a penetrar en él, de noche, y a sentarme sobre el seco musgo, sembrado de gálbulas olorosas que caían de los árboles. Era un asilo seguro en el que las citas no tenían nada que temer. La entrada estaba allí, por el pórtico de rejas de hierro que comienzo a vislumbrar. Portón siempre cerrado; pero cuando se estaba, como yo, acostumbrado al lugar, pasando la mano por una parte del muro, en que la piedra está carcomida, se alcanzaba el cerrojo y se podía abrir... Y mi mano, por sí sola se introduce por el hueco de la pared, halla el cerrojo, y lo descorre. El portón se abre aún, chillando ligeramente al girar sobre sus goznes herrumbrosos, con un ruido conocido, que acaba de trostornarme.

¡Dios mío!... ¿Es que yo no sé ya qué es lo que he venido a hacer a Constantinopla? ¿Lo he olvidado?... ¡Estando ya tan próxima mi visita a su tumba, he podido pasar un momento tal de turbación y de indiferencia! ... ¡Oh, la frese fúnebre! "¡Se la llevaron de noche!..." ¿Cómo, ni por un solo instante ha podido huir de mi mente? ¿Cómo soy aún tan juguete de mis pasiones, que haya podido pensar en otra cosa?... Al regresar al hotel, bajo la cabeza, me parece que he ofendido su grata memoria todo el tiempo que he invertido en este extraño paseo nocturno, que he alejado de mí el espectro amado, que se aproxima poco a poco...

Y al hallarme solo, por fin, en el oscuro cuarto de la fonda, no viene a mí el sueño, pero sí el llanto: las lágrimas que lavan y que bendigo.

III

Viernes, 7 de octubre de 188...

Me despierto, tras sueños confusos. Me visto, inquieta la mente, para acudir al cementerio.

En mi equipaje he colocado uno de esos vestidos turcos, bordados, que la gente del

pueblo viste los días de fiesta: pobre reliquia, un tanto ajada, de nuestros tiempos de Eyub. Lo usaba en nuestro pisito, por nuestro barrio, allá por la noche. Azidayé me había hecho jurar, también, que yo retornaría con este traje, para que ella volviese a verlo; y, después de diez años, lo visto nuevamente, aunque sea para ir a visitar su tumba en el cementerio. Luego, cuando ya estoy vestido así, me acomete una duda: estas ropas orientales, que tan familiares me eran antaño, me causan hoy el efecto de un disfraz, de una triste mascarada... Quisiera, por esto, despojarme de ellas y guardarlas. ¿Qué hacer?... Intento ocultarlas bajo un sobretodo vulgar, de color indefinido, — que, en seguida remplazo por una capa de viaje, más larga aún, en la que me envuelvo hasta las polainas doradas... ¡Cuán pueriles todos estos detalles, tratándose de una peregrinación fúnebre cuyo dominio os turba hasta el fondo del alma!

Abajo está ya dispuesto un buen carruaje, que encargué la víspera, para que las mujeres pudieran tener asiento en él, a mi lado; y me pongo en marcha, bajo un hermoso sol, puro, que respira alegría.

Es menester dar un gran rodeo y pasar por calles de pendientes peligrosas para poder ir en coche a la plaza de Hadji-Alí, en la que ellas me han citado, ya que Kassim-Pachá es un arrabal bajo, separado de Pera por las hondonadas del "Campo de los Muertos".

Sin embargo, llegamos. Aquí están ya la pequeña mezquita blanca, y sus cipreses negros.

En la plaza de Hadji-Alí, columbro dos mujeres que me esperan; nada más que dos: Anaktar-Chiraz y la hermana de Achmet. La tercera, Kadidjá, la esencial, la más deseada, ¿cómo es que no está allí?

Las otras dos, al verme, hacen un gesto de consternación.

—¿Qué es esto, Dios mío?... ¿Ha rehusado verme?... ¿Ha muerto acaso? ¡Entonces sí que estaría terminado todo! Habría naufragado en el puerto, y nadie ya, en el mundo, sabría guiarme... Tengo tiempo para decirme todo esto en algunos segundos de ansiedad jadeante, mientras salto a tierra y corro hacia las mujeres para interrogarles.

—No, — me responden. — No es nada tan grave; es que la pobre vieja está enferma, desde el año pasado, clavada en un camastro, imposibilitada para dar un paso. Y ningún coche puede llegar al barrio en que ella vive; tan estrechos y empinados son los caminos.

Por otra parte, ¿a qué había de venir ella hasta aquí, siendo así que la tuhba que buscamos está en la otra costa del Cuerno de Oro, por la parte de Estambul, aunque mucho más lejos, fuera de murallas?

¡Fuera de los muros de Estambul! ¡Allá es donde la han enterrado! ¡Oh! ¡Cómo este pensamiento, me parte ya, por anticipado, el corazón!

Rápiramente surge ante mí, en mi pobre mente, la región desolada formada por eriales y por bosques de cipreses que se extienden al pie de las viejas murallas inmensas desde el Fanar hasta Siete Torres; todo el fúnebre desierto de una docena de kilómetros de largo, en el que son enterrados los muertos vulgares. ¡Allí es donde la han sepultado. Algunas veces, ya había yo sentido el temor espantoso de ello, sin querer, por lo mismo, atormentar mi pensamiento con esta idea. No; antes trataba de representánmela durmiendo en alguno de estos deliciosos cementerios de Escutario de las orillas del Bósforo. Y ¿cómo descubrir allá, en aqu aquel sitio, su querida sepultura, si está Kadidjá, que es la única persona que la conoce y que, sin duda, no ha de vivir largo tiempo no puede venir hoy mismo, cueste lo que cueste, a enseñármela?

Una vez más experimento la angustia de sentir que el hilo conductor se quiebra y se escapa de mis manos; la angustia de buscar una fórmula cualquiera, siempre con esta misma prisa febril, y de hallar algún...

Al fin brota una idea en mi mente, y llamo al cochero griego que me ha servido.

(Este conciliábulo en esta plaza, este extranjero, este coche, son cosas asombrosas para las gentes de este barrio inmóvil; y tras las rejas de las ventanas, comienzan a entreverse ya algunos pares de ojos). He aquí que me acuerdo de pronto de las literas, que diez años ha, estaban aún en boga en Pera. Yo había visto en aquella época, las tardes de lluvia, actrices o bailarinas que se hacían conducir al hotel. Este cochero, que tiene traza de listo, sabrá quizás hallarme una, en seguida, y traérmela aquí mismo con un relevo de camilleros...

Una moneda de oro a cuenta, otra después, por su trabajo, si me proporciona todo esto en media hora. Y parte, seguro de su éxito, fustigando sus caballos.

Una más aún de estas esperas inciertas como las que tan a menudo han cortado mi jornada de ayer. Mientras tanto, me siento sobre una piedra ,entre las dos mujeres. Me despojo de mi capa gris, que, en estos barrios es más extraña que mi traje oriental; y ahora los bordados de mi vestido, antaño recogido por ella, vuelven, después de tantos años, a brillar con sus reflejos de otros tiempos ante el sudario de cal de los mismos viejos muros; y en blanca callejuela, soleada, salitaria, me siento feliz con melancolía, al haber vuelto a adoptar por un momento el aspecto de cualquier paisano de aquí.

Treinta, cuarenta minutos se deslizan en una espera silenciosa. Las dos enlutadas mujeres, yacen sentadas, la cabeza entre las manos, una a mi derecha, la otra a mi izquierda; — cual pensamientos de muerte que hubieran adquirido forma humana.

Por fin, allá, en lo alto, en la cúspide de una cuesta que domina el barrio de Hadji-Alí, aparece, recortado sobre el fondo del cielo, el carruaje que vuelve al paso, seguido de la litera y de los angarilleros!

¡Aprisa, aprisa! Que el coche me espera aquí con Anaktar-Chiraz, una hora, dos bo-

ras. todo el tiempo que sea menester, y que la hermana de Achmet, los camilleros y la litera bajen conmigo hasta el Cuerno de Oro donde alquilaremos un gran esquife para pasar a Estambul.

Ya en Estambul, desembarcamos en el sombrío Fanar, en la escala más próxima al barrio de Kadidjá; después trepamos por calles en escalera, entre murallas desconchadas y ruinosas, y observados por los raros transeuntes que se vuelven a mirarnos, con un aspecto de hostil inquietud.

En un chiribitil sin nombre, en un oscuro camaranchón, yace Kadidjá, tendida sobre andrajos horribles, lanzando apagados gañidos, como una pobre bestia enferma. Pero es ella ciertamente; y yo creo que ninguno de los rostros ni ninguna de las cosas que he vuelto a ver en Constantinopla, me han impresionado tanto como esta vieja faz negra, en la que hay algo de la malicia del mono agonizante, y de suplicante ternura; no se qué mezcla de animalidad que se descompone y de un fiel espíritu que se va.

Al acercarme a ella, tenía miedo de sus reproches y de su cólera. Pero la explosión de todo se disipó ya ayer, cuando la hermana de Achmet pronunció mi nombre; después me perdonó, porque había vuelto. Ya no oigo el terrible ¡Eulú! ¡Eulú! ni la maldición que me anunciaba un presentimiento cruel diez años ha, cuando escribí el capítulo final de Aziyadé. Por el contrario, ella me tiende sus pobres manos negras, arrugadas, torcidas, horribles. A pesar de todas las distancias, nuestros ojos se penetran y se comprenden. Llora; y, mirándola, siento que mis lágrimas brotan, también. Ella es la última de las últimas, negra, esclava de nacimiento, ahora despojo humano apenas, que perece de miseria en un muladar... Y me inclino sobre ella con tierna piedad, y hasta creo que sin gran esfuerzo, la daría un beso de misericordia.

Seguramente, — dice, — se levantará a pesar de sus males, y se dejará conducir y llevar; hará cuanto ya quiera, aun a riesgo de morir esta tarde, feliz, mucho más feliz de cuanto ella hubiera sabido pedir al cielo, dichosa del papel que va a representar entre su ama y yo; feliz con la suprema visita inesperada que va a hacer a su tumba.— y sus lágrimas corren, corren sobre el negro de sus mejillas; lágrimas de alegría que la transfiguran.

Mas otra nueva dificultad se presenta. Los camilleros muestran ahora su disgusto y no quieren prestarse a este plan. ¡Cómo! Levantar ellos eso, con sus brazos; sentarlo en su litera, tapizada de terciopelo nuevo... ¡No; eso, jamás! Ellos son conductores elegantes de bordado traje que no se prestan a ser rebajado con un trabajo tal. Rehusan.

Reflexiono, además, que esta pobre vieja, casi desnuda, se enfriará mortalmente, una vez apartada de los pingajos inmundos que están amontonados sobre su cuerpo; pero recuerdo haber visto al pasar hermosas mantas de lana color naranja, en los anaqueles de una tiendecita de judíos; y ruego a la hermana de Achmet, que corra y compre una. Entre ella y yo, envolveremos a Kadidjá, en la manta, la alzaremos en brazos, la llevaremos a la litera, y los moros podrán ya, llevarla sin temor.

Un cuarto de hora más perdido en este tocado que parece un atardamiento. Al fin, la vieja envuelta, arropada por la lana gruesa y nueva, y sentada en la litera de terciopelo, sonríe, a pesar de su dolor y de su pena, ante este lujo desconocido hasta aquí, durante toda su vida. Y partimos, despidiéndonos de la hermana de Achmet, con apretones de manos y agradecimiento.

Al marcharnos, Kadidjá, parece resucitar a la vida. Con una vocecita clara, da sus órdenes e indica por que parte de Estambul habrá que salir. Avanza la mañana. Alquilo un caballo en el camino y ordeno a los muchachos que corran. Chiquillos que ven pasar el gran lujo de la litera escoltada por un caballero dorado como un "cavás" de bajá, atisban por las ventanillas de cristal para ver la belleza que es transportada tan de prisa; y, después, se asustan al sorprender aquella cara negra de macaco.

Todas estas agitaciones, todos estos apresuramientos, me han hecho perder de vista el objeto de la caminata. Además, influye el placer físico de montar este buen caballo joven, que la casualidad me ha deparado; el placer de cortar el aire vivo y puro en una hermosa mañana de sol... Y otra vez aún, el olvido vuelve. Marcho al trote, aligerado el corazón, interesándome por las cosas singulares y grandiosamente tristes del contorno

Caminamos largo tiempo por estos barrios casi inhabitados, medio en ruinas, que se llama "El Viejo Estambul". Después, la gran muralla almenada que encierra todo esto, se nos presenta, al fin. Salimos por antiguas puertas ojivales que se suceden en oscura bóveda; y henos aquí en el campo ya, en el desierto de las tumbas.

A nuestra espalda, estos baluartes que acabamos de salvar, parecen el cerco de alguna colosal ciudad abandonada. Increíblemente altos, erizados de dientes puntiagudos, flanqueados por enormes torres, se alejan de nosotros, a derecha e izquierda, indefinidamente paralelos, perdiéndose en las lejanías desoladas.

Ante nosotros se extiende la interminable región de las sepulturas; eriales de un gris rojizo salpicados aquí y allá por grupos de cipreses, que se alzan como las agujas de una iglesia. Un pueblo de tumbas cubre este suelo, con sus piedras encima, de todas las edades, de todas las épocas de la historia. Esta tierra está llena de osamentas de muertos.

Antaño, cuando yo vivía en Eyub, rara vez venía por estos sitios. Una vez, sin embargo, dimos un paseo por aquí, en pleno día. Vinimos ella y yo, después de comer, una tarde de diciembre, escogiendo este lugar porque era el más desierto. Y, muy cerca de aquí, lo recuerdo bien, un pajarito que, sin duda equivocaba la estación, cantó para nosotros solos, un canto de primavera desde las

ramas de uno de estos cipreses... Después, más lejos, vimos enterrar una hermosa muchachita, — que debe de ser polvo hoy.

¡Oh! Este paseo sobre la hierba cortada y las margaritas de invierno, el único que nos atrevimos a dar juntos, bajo la luz del sol... ¡Cómo, y de qué modo tan desgarrador, lo recuerdo ahora!

Vuelvo a darme plena cuenta, de todo lo que de infinitamente melancólico hay en nuestro intento. La idea de que me acerco a ella, a los despojos de lo que ha sido su cuerpo, me hace experimentar profundos estremecimientos glaciales, y siento reavivarse en mí la impresión física, peculiar de las horas de duelo; la impresión de sentir el pecho y las sienes perforadas lentamente, y cada vez más, por tornillos de hierro.

Miro en torno mío las sepulturas más próximas y también las más lejanas, buscando, interrogando con la vista las menos viejas, las que aún permanecen blancas y en las que brilla un poco de oro; las que no han adquirido aún el uniforme tinte gris rojizo del conjunto de todo este inmenso osario.

Durante muchos años, había yo previsto, adivinado, este paeso fúnebre, todo cuanto hoy es realidad. Pero jamás había supuesto que se verificaría en la región de supremo abandono en que nos encontramos. No; no creí nunca, verme obligado a buscarla entre esta tribu de muertos. Ciertamente, padecería menos creyéndola fuera de aquí, perdida en medio de tantas y tantas otras que no tienen ya siquiera nombre, que no tienen ya siquiera piedra...

Hadidjá ha hecho torcer a los mozos hacia la izquierda y costeamos ahora la aplastante, la interminable muralla almenada, en dirección a Siete Torres, caminando sobre un terreno desnudo, que ofrece un aspecto de maldito.

Debemos acercarnos, pues la vieja ha golpeado el cristal de la litera con su negra mano, haciendo signos de marchar despacito; y la veo que mira, con los ojos dilatados, que busca... También ella tiene ahora un gesto de duda, de vacilación, — ¡y yo, tiemblo! — ¡Ah! Ya ha debido verla, pues hace detenerse a sus arrogantes conductores, con un gesto de mando... Por aquí, a la derecha, hacia es breve montículo, en el que hay una descena de piedras en pie. ¡Allí es! Entre este número hay tres o cuatro tumbas de mujeres que distingo a simple vista, con los remates pintados de azul o de verde, con inscripciones, y un capitel de flores extrañas, doradas en algún tiempo... ¿Aquélla?...

Se hace apear, la pobre vieja, vacilante, con la mirada ardiente. Apoyada en los mozos, que la tienen envuelta en el anaranjado cobertor, — no por cuidados hacia ella; sino por asco de su cuerpo, — camina casi firme. Ha libertado de los pliegues de la manta sus horribles brazos de momia, en los que se acusan las hinchadas venas, y camina, por un esfuerzo de su voluntad, entre los hombres que la sostienen; y avanza dando tropezones que le hacen padecer mucho... Yo la sigo con piedad infinita.

¿Cuál de ajuellas tumbas? ¡Ah! Sin duda aquélla hacia la cual parrece dirigirse, pintada de apagado azul, con inscripciones de oro aún brillantes... ¡Sí, aquélla es!... La negra se arroja sobre ella, y a ella se agarra con sus dos crispadas manos... ¡Pobre mono viejo cuya vista molesta; que infunde miedo!... En seguida se vuelve hacia mí, para gritarme con acerada voz, salvaje, aguda, sorprendente en medio de este silencio: "¡Bourdá! ¡Bourdá!, Azidayé!" (¡Aquí! ¡Aquí, Azidayé¡) Hay en ello un sentido oculto que comprendo, y que me atraviesa como una espada: "— Eres tú, tú, quien la ha traído aquí."... Después, súbitamente me toma las manos y con voz completamente cambiada, con una voz de criaturita, dulce, dulce como para pedirme perdón, repite: "¡Aquí! ¡Aquí, Azidayé!... ¿Ves?... ¡Aquí es donde está ahora!"... Y, al mismo tiempo, una mueca que parte el alma, contrae su faz y un torrente de lágrimas brota de sus ojos...

Bajo la cabeza; pero ni una sola lágrima acierto a derramar. Con un gesto maquinal para descubrirme, como se hace ante las sepulturas cristianas, llevo mi mano a la frente... Después, la dejo caer. Olvidaba el traje que visto para venir aquí: el fez turco no se quita jamás; ni aún para rogar a Dios. Me apoyo en el mármol, buscando entre las inscripciones retorcidas, que yo no sé descifrar, buscando su nombre, el verdadero, el amado, el grabado sobre la tosca sortija de oro que ella me dió, el que está escrito, también en mi pecho, con pequeñitas letras indelebles... Pero, ¿cómo es que, de pronto, me hallo tan tranquilo, distraído casi?... Parece como si no comprendiese bien; como si no estuviese aquí ya. ¿Qué es, pues, lo que ha cerrado mi corazón de modo tan inesperado? Sin duda la presencia de estos hombres, con sus miradas curiosas, con su asombro casi irónico; todo este grupo; todo este aparato, casi teatral. ¡Oh! ¡Era menester poder haber venido solo! No debían estar ellos aquí... Sus miradas, su proximidad sola, son ya insultantes para esta sepultura amada. — Y si ellos lo adivinan todo, quizás sea esto hasta un peligro, más tarde, para la tranquilidad de este lugar, cuando yo esté lejos...

Volverá solo, mañana por la mañana. Tendré tiempo aún, ya que el vapor que me espera, no zarpa hasta las tres de la tarde. Esta será mi verdadera visita. Pero, ahora, vámonos. Estas gentes que pisotean la tierra, que hablan...; lo profanamos todo...

A la que duerme bajo esta piedra, a ella, le digo en mi interior: — "Volveré solo, a verte, pobrecita nena; pasaré contigo la mañana de mañana, en tu desierto. Tú sabes bien que te amo; ya que, por encontrarte, he realizado todo este largo viaje..." A pesar de todo, sin querer, miro furtivamente la tierra sobre la que se alza el monolito de mármol... No; no quiero pensar hoy en lo que hay debajo de él... Vuelvo la cabeza, y a fuerza de erguirme, torno, de pronto, a sentirme impasible, con dura expresión.

Tomo nota de los alrededores con atención extrema, para no equivocar el camino cuando vuelva solo. Cuento, además, los bastiones cuadrados de esta formidable muralla sombría que parece cerrar el mundo detrás de nosotros, desde el lugar en que es

tamos, hasta la puerta por la que vamos a salir; después, apresuradamente, dibujo en un librito de memorias, los alineamientos, la silueta de los cipreses, a fin de asegurar todas mis señales. Grabo, para siempre, todo este fúnebre lugar en mi memoria; para no olvidar el camino cuando, dentro de diez años, de veinte años, me sea dado poder volver acá... Busco también algunas matitas que poder llevarme mañana... ¡Ay! ¡Casi no existen!... ¡Tan árida es la tierra!... Sólo dos o tres hojillas imperceptibles, espinosas, de un frágil liquen gris... No sé si, ni aún en primavera, brotará sobre esta sepultura la más pequeña florecilla del páramo.

Vámonos. Marchemos de prisa. Los mozos colocan de nuevo a la extenuada viejecita en la litera; monto a caballo, y cruzamos esta soledad con paso rápido, como cuando vinimos. ¡Cuán rara en verdad y cuán inesperada para mí, esta visita tan corta y tan fría! Me voy más amargamente triste, descontento, insatisfecho... Si mientras tanto, cualquier novedad, me impidiese volver mañana; si de aquí a allá, cualqpier cosa me fulminare... Hasta el momento en que nos reunimos en las formidables puertas de la gran muralla, continúo dudando, volviendo la vista atrás, al galope de mi caballo.

Cuando Kadidjá está acostada de nuevo en su camastro, en su negro camaranchón, despido a los mozos, cuya presencia me es odiosa. Con el mayor agrado extiendo sobre la vieja el cobertor nuevo, que le place tanto y que acaricia con sus manos, como una niña a un juguete nuevo.

Quisiera interrogarla ahora, ya que es ella la única en el mundo con quien puedo hablar, entre las que han sabido, las que han visto, que han guardado en su memoria todo aquello que yo tengo miedo de saber.

—Sí. Sí; — me responde. — Yo te contaré cosas, cosas... Uno de estos días ven-

UN EFECTO TEATRAL ESTROPEADO

La primera actriz (que acaba de cortarse melena): — ¿No le gusta a usted como me queda?

El empresario: — ¿Sí me gusta? ¿Cómo hacemos ahore al final del segundo acto, en que el valiene héroe la tiene que arrastrar por el escenario tomándola del cabello?

drás a hablar con tu Kadidjá, cuando ella haya dormido bien, para recordar todos tus sentidos...

—¡Uno de estos días!... ¡Pero si no dispongo de más días que el de hoy!

—¡Ay, Lotí! — añade, incorporándose con dificultad. — ¡No sabes!... No sabes que fuí despedida, echada a la calle... Pero su Kadidjá no había ido muy lejos, no creas; y durante dos noches, estuve en la calle, junto a la puerta, para escuchar...

¡Había sido despedia !Por lo tantó ¿qué podrá decirme?... ¿qué datos confusos y extraños podré obtener de su flaca memoria, que, además, parece ya trastornada?

—Y Feuzibé-hanum, — le dije. — ¿Sabes qué ha sido de ella?

—¡Ah, Feuzibé!... Sí... Ella sí que sabe muchas cosas... Y pudiera ser, vaya si podría ser, que viniese aquí, a hablar contigo.

Esta Feuzibé, una de las tres o cuatro mujeres del viejo Abeddin, la había visto yo sólo una vez, velada, naturalmente. Pero sabía que era para Azidayé mejor que sus compañeras, casi servicial y buena. Y parece ser que ella sola, es la que, de todo el harén disperso, quedó en Constantinopla, donde volvió a casarse. ¡Oh, si hubiese medio de hablar con ella!... Verdad es que no creo yo que esto sea posible...

—¿Cómo haríamos, buena Kadidjá, para decidirla a venir aquí, a tu casa?

Momentos después, siguiendo las indicaciones de la negra, en un cuchitril vecino busco, y traigo conmigo, una mujer viejísima, de siniestro aspecto de entrometida, que ha debido intervenir durante su vida, en más de una turbia aventura. Con ella es con quien Kadidjá cuenta, para preparar la entrevista. Muy excitada, ahora, le da con ese objeto instrucciones que parecen bastante precisas; y yo, por mi parte, le prometo una buena recompensa. La entrevista será aquí, desde luego, y para después del mediodía, a eso de las siete, contando a la turca... ¡Pero tengo tan poca confianza en esto!...

Quisiera interrogar a Kadidjá aún; pero la infeliz está cada momento más agotada y me da lástima. Yo mismo estoy terriblemente cansado de la excursión de esta mañana. Además, presiento cuanto va a decirme, si insisto, en términos más claros: que Aziyadé murió por mi abandono. Ya que esto es verdad, mi deber es oirlo y me someto; pero bastará oirlo una sola vez, y esto será esta tarde, cuando vuelva... Ahora recuerdo que me está esperando al otro lado del agua; y, un poco cansadamente, me voy hacia allá.

Es preciso, pues, descender ahora al Cuerno de Oro, tomar un esquife, pasar a la otra orilla, volver a la plaza de Hadji-Ali, donde me esperan Anaktar-Chiraz y el coche, y visitar otra tumba.

Sentado a mi lado, Anaktar-Chiraz ha dicho al cochero:

—Vete al cementerio armenio católico de Chichlí...

Es muy lejos, a lo que parece, y fustiga a los caballos, que emprenden un rápido trote. Dando espalda a Estambul, llegamos de nuevo a Pera; la cruzamos a toda velocidad, la dejamos atrás, así como el arrabal de Taxim, y henos aquí en otro suburbio, bien distinto de aquel en que Aziyadé está sepultada. ¡Cuán lejos uno de otro, han acostado a mis dos pobres amiguitos de Eyoub!

¿En un cementerio católico?... ¡Ah, sí! Ahora lo recuerdo. Achmet me había contado que él era armenio-católico; y que, más tarde, hacia sus quince años, se había hecho musulmán, adoptando este nombre. En sus últimos momentos se había acordado de Cristo.

¡Qué horribles afueras, éstas, contrastando con las de Estambul, cuya melancolía es grande y soberbia! Aquí es el lado por el que todas las gentes cosmopolitas de Pera vienen a "divertirse" los días de fiesta, a una campiña sin árboles, sin verdura, desnuda absolutamente. Se instalan en torno a odiosos ventorrillos de empalizada, armenios, griegos, judíos, que recuerdan los horrendos alrededores parisienses. Después comienzan los campos de labor, en los que penetra nuestro coche, región toda gris, color de tierra, sin una hierba verde; y, por fin, en una altura solitaria, aparece un cercado de muros, grises también, tras los cuales no se alza un ciprés ni follaje alguno. Es el cementerio de Chichlí.

Entramos. Parece un cementerio de pobres, de ajusticiados. Ni una flor; ni una planta. Tal cual cruz de madera o de piedra; algunas lápidas de mármol muy humildes; casi por todas partes, caballones de tierra, indicando el yacimiento de los cadáveres.

La vieja armenia se orienta, elige un sendero; se pone a contar los montículos siniestros: — uno, dos, tres, cuatro, — y se detiene ante una fosa que parece haber sido mullida recientemente.

—¡Aquí está nuestro Achmet!

Y sus buenos ojos de madre anciana, se velan un tanto, ante el recuerdo del niño que ella había cuidado como a uno de sus hijos.

—¡Oh, pobrecito! ¡Cuán doloroso es venir a ver el lugar de su sepultura!

No tendré tiempo de volver por segunda vez cerca de él, y le doy mi adiós postreo.

—¿A qué lado cae su cabeza?

—Aquí, — respondió la vieja, inclinándose para tocar con los dedos unos grumos de tierra.

Y en el lugar que indica, recojo, para llevármelo, un pequeño trébol, mezquino, que ha crecido aquí, solitario...

Encargo al cochero que, a toda marcha, nos conduzca al hotel.

Anaktar-Chiraz está sentada junto a mí en el carruaje, y, por el camino, le ruego se encargue, después de mi partida, de colocar en el cementerio una lápida de mármol que deseo ofrecer a la memoria de Achmet... Pues recuerdo que una de sus penas era la de morir antes de ser lo suficientemente rico para poder costearse una tumba.

No es mucho más de mediodía cuando llegamos al hotel. Todas mis largas caminatas de la mañana sólo han durado cuatro horas.

Hago subir conmigo a la armenia. Los

sirvientes, poco acostumbrados a ver a los turistas con tales amigas, la miran, aunque sin insolencia, ante el honesto y digno aspecto de sus ropas de luto.

Sacando de su bolsillo sus gruesas antiparras, se sienta ante un esmritorio para escribir todas las instrucciones que quiero dejarle, referentes a la tumba.

Pero el judío Salomón viene a interrumpirnos, conducido por un criado. Viene a decirme que ha hecho cuanto le ha sido posible para hallar a Achmet, y que nadie le conoce.

¡Oh, lo creo sin esfuerzo alguno, que no es posible encontrarse con Achmet! Y desde ayer, desde la hora en que yo había enviado al tal Salomón en busca de informes, cuánto camino he recorrido ya, por la región de las tristes certidumbres y de las fúnebres tranquilidades! En aquellos momentos, todo era aún preguntas inquietantes; ahora parece que sobre las cosas que tanto me intrigaban ayer, ha descendido una pesada lluvia de cenizas.

En caracteres armenios, Anaktar-Chiraz ha acabado de anotar por sí misma, cuanto le he encargado referente a la lápida. Y ya están terminados nuestros quehaceres comunes. Sólo nos falta decirnos adiós.

Levántase ella para retirarse, y me mira con sus bondadoso ojos de madre que yo he admirado, poco ha, en Chichlí. Mientras me agradece cuanto he hecho por el pobre muertecito, derrama gruesas lágrimas que, a poco más, me obligarían a llorar, también.

Después me pide permiso para besarme; y al irse ya, — ¡oh, lo deseo vivamente! — vuelvo su beso sobre su arrugada mejilla de pobrecita vieja.

A las ocho horas turcas (alrededor de las

REGALO UTIL

Moisés: — ¿Quí la vas a mandar di rigalos a tu hermano con motivo di la su cumpleaños, quirido Jacob?

Jacob: — He tinido una idea di primera clase. Li voy a rigalar dos palomos ladrones qui pront la van a llinar su palomar.

tres de la tarde) acudo a la cita en casa de Kadidjá.

Junto al camastro de cobertor anaranjado en que las pobres horripilantes manos negras se agitan, la mujeruca de sospechoso aspecto con quien he tratado esta mañana, se halla sola, de pie. Fenzibé-hanúm no está allí. Ya lo temía.

—Está ausente, — dice la intermediaria, — no se sabe dónde ha ido, ni por cuánto tiempo tampoco....

Y comprendo al punto, por sus respuestas obstinadamente evasivas, por su expresión glacial y hermética, que es inútil insistir. Esta Fenzibé, que no quiere verme, le habrá metido miedo con alguna amenaza, o la habrá sobornado para no decirme nada.

Cuando se aleja, después de haberme pedido que le pagase su mandado, me siento sobre un banquillo, a la cabecera de la cama de Kadidjá.

Ahora comienza para mí la hora más cruel de toda mi peregrinación aquí; la hora de la explicación y del castigo.

En un intervalo, cortado por gritos y silencios, esforzarme por saber y lograrlo apenas. Exprimir este viejo cerebro negro, tan pronto abatido, como presa de deliro ardiente. Sacar de él dos frases incoherentes, cosas que me hielan y que me abrasan. Sentirse detenido a cada minuto por la piedad de verla tan fatigada, por el remordimiento de haber, quizás, precipitado su fin, obligándola a realizar esta mañana tan larga excursión. Sentir entre ella y yo, para aumentar aún la nube oscura, las dificultades de un idioma que ni uno ni otro poseemos de un modo perfecto. Y decirme, por tanto, que es menester aprovchar, de cualquier modo, este momento único; porque yo parto mañana... y porque ella va a morirse. Ella es el único lazo de unión que, más o menos vivo, existe aún entre mi querida amiguita y yo. Cuando lo trague la tierra, toda liga dura quedará cortada para siempre. Lo que no haga salir hoy de esta memoria, media descompuesta, será para siempre perdido.

En lo concerniente a la fecha, Kadidjá está de acuerdo con a hermana de Achmet. Cierto es que, por la primavera, hará siete años que murió Aziyadé... En cuanto a las causas de su muerte... quedan como sobreentendidas entre nosotros. Con una delicadeza que yo no esperaba, la pobre mujer evita decírmelas. Mas, con una mirada de asombro y de doloroso reproche, me detiene, cuando intento preguntárselas. A pesar de las alternativas de la puerilidad senil, conserva rasgos de rara inteligencia, y su corazón de pobre vieja esclava no ha dejado de ser fundamentalmente bueno. Cada vez más aumento mi respeto hacia ella, y mi piedad, mi piedad sobre todo, por tanta fatiga mortal como le causo.

—Así, por lo que dices, mi buena Kadidjá, ella esperó durante más de una año...

¿Esperar qué, pobrecita mía? Algún quimérico retorno, un rapto, quizás; una de esas peligrosas aventuras que, en rigor, podría yo intentar hoy, con oro e independencia; ¡pero que antes me eran imposibles!

Y al final de este tiempo es cuando comenzó a declinar rápidamnte; a perder los colores de su sana juventud y a doblar su cabeza creyéndose hasta olvidada, abandonada para siempre.

—Pero mis cartas... ¿No las recibía nunca?

—¡Oh, las cartas!... Yo le entregué... espera; le entregué hasta la sexta...

—¿Y por qué no las otras?

—Las otras, — dice, — ¡al fuego!... ¡Las arrojé al fuego!... Puesto que me habían despedido, ya ves que no podía llevárselas ya; y tuve miedo de guardarlas.

Del modo con que ella ha pronunciado "¡al fuego!" comprendo que las consideraba, al fin, como objetos engañadores, maleficios, causas indirectas de desventura.

En cuanto a las de Aziyadé, Kadidjá está segura de haberme enviado cuatro, ni una más. Esto es lo que yo creía; las cuatro primeras, las que se parecían a ella; aquéllas en las que hallaba yo sus queridos pensamientos exquisitos con su chocante mescolanza de idea de niña salvaje. Las siguientes, pues, aquellas cartas vulgares, vacías, inverosímiles, como las últimas de Achmet, ¿de dónde provenían? ¿Qué mano inquietante me las había escrito, y con qué objeto? Eso continuará siendo siempre un misterio; y, por otra parte, ¿qué importa, "ya que ahora todo ha terminado"?

Fueron imprudencias de nuestros últimos días, las que, seguramente, abrieron los ojos del viejo Abeddín, acerca de nuestra larga e impune intriga, y luego vendrían las delaciones de las otras concubinas del harén, que serían interrogadas, a quienes harían hablar las amenazas o las promesas.

Aziyadé, por tanto, no ha podido ser expulsada de la casa de su dueño, ni maltratada; aislada, solamente, como cosa impura, olvidada y emparedada en el silencio de su departamento, en el que no entrarían más que criadas hostiles. Al término de un año, Kadidjá misma había visto cerrársele la puerta de aquella morada sombría, como sospechosa de sostener relaciones con el escribano público y con el correo francés de Pera... Y entonces fué cuando comenzó realmente la lenta agonía, con el fin de toda esperanza.

No creo yo que una criatura joven, muy joven, de hermosa sangre nueva, exenta de todo contagio, pueda morir de desesperanza solamente, si se le deja el sol, el aire y la libertad... ¡Pero así, enclaustrada y en el mayor abandono!....

—Ya sabes, — dice Kadidjá, — que su habitación daba a la parte de la Estrella (al Norte), y que en ella hacía mucho frío...

Sí; recuerdo aquellas ventanas de rejas espesas, situadas en una de las alas de la casa en la que no entraba jamás el sol. Distraídamente, la miraba yo, al pasar, en aquella calle oprimida por el misterio, a la que no llegaban más que de tarde en tarde los rojizos rayos, sin calor, del sol poniente. Y me figuro lo que debía de ser aquel departamento, hoy destruído por el fuego, en el que la muerte, con lentos pasos, fué a buscarla...

Después Kadidjá continúa:

—Siempre cerrada allí, durante el invierno enfermó a causa del frío de aquella habitación. Entonces, las otras mujeres, le administraban remedios... ¡Oh, Lotí! Para que veas: esto era, sobre todo, lo que yo quería decirte... ¡le daban remedios de los cuales yo desconfiaba!...

¡Dios mío! ¿Dónde estaba yo, mientras ocurría todo esto, en aquel harén oscuro?... ¡Tan fácilmente podía haberla salvado, con un poco de alegría y de sol, arrancándola de allí!... ¿Qué rincón del mundo estaba yo recorriendo, sin saber nada, sin poder nada, mientras el alma de mi amiguita se escapaba angustiosamente, y se abatía con lentitud su cuerpo adorado... hasta aquella tarde de mayo en que "casi clandestinamente se la llevaron?"

. . . . . .

Algunos pormenores aún, que suplico, y que se me conceden, con gran trabajo, en medio de gemidos de criatura o de gritos, — pues Kadidjá, delicara cada vez más agotada. — También yo, también yo estoy agotado por las cosas horriblemente penosas que escucho, y por la tensión de espíritu que necesito para hacerlos brotar, una a una, de esta cabeza de pobre mono viejo, casi muerto ya. Entre el horror de preguntar más, y el deseo de saber más cosas, vacilo, y estoy a punto de darlo todo por terminado, — pero continúo aún, recordando que esta es la conversación postrera ; la última vez que puedo hablar de ella con un ser un tanto viviente...

Basta. Su tortura ha durado ya mucho, — y la mía también. — Por otra parte, sé ya casi todo lo que quería saber... Me voy.

—Ahora ya es tarde... Tú volverás a Pera, ¿no?... — pregunta la pobre vieja con un acento zalamero y persuasivo, volviendo de pronto a las mañitas sagaces de niño, impaciente porque esto acabe y porque la deje en paz.

Le entregó algunos luises de oro que la deslumbran y que la aseguran un poco de bienestar para el fin de sus días ya contados.... Y después, le doy mi adiós definitivo, llevando de ella su perdón y una bendición enternecida.

La pobre, murió pronto, ciertamente. Sus ojos, que después de los míos eran los únicos que habían mirado a Aziyadé con ternura, se extinguieron y se descompusieron. La imagen de Aziyadé, que perduraba aún en el fondo de aquella mente expirante, bien pronto se extinguirá ya. Cuando morimos, no es ello más que el principio de una serie de anonadamientos parciales, que nos sumergen cada vez más dentro de la absoluta noche negra. Los que nos aman mueren también. Todos los cerebros humanos en los que nuestra imagen ha sido medio conservada, se dis-

Señor Administrador de EL DIARIO

Av. DE MAYO 662 - Buenos Aires.

Adjunto 0.10 centavos en estampillas para que me remita un ejemplar del próximo jueves en que aparecerá la página de modas en colores y una página con la graciosa historieta de Barnigugli y su pingo Tragavientos.

Nombre y apellido . . . . . .

Domicilio . . . . . .

Ciudad o pueblo . . . . . .

Se aceptan suscripciones a la edición de los jueves a razón de 10 ctvs. por cada ejemplar

F. C. . . . . .

gregan y tornan al polvo. Todo cuanto nos pertenecía se dispersa y se desmigaja. Nuestros retratos, que nadie conoce ya, se borran, — y nuestro nombre se olvida, — y nuestra generación pasa del todo.

Me alejó lentamente por la callejuela deteriorada y desierta.

A los pocos pasos requiero mi caballo, que un chiquillo paseaba dando vueltas alrededor de una plaza solitaria.

Es tarde ya, para volver a visitar su tumba... Pasaré allí toda la mañana de mañana. Y una vez más, comienzo a vagar sin rumbo, hasta la noche...

Al caer la tarde, en pleno crepúsculo, vuelvo a hallarme de pronto, en la inmensa plaza de Mehmed-Fatih, conducido por el azar.

Y viene a mi mente la frase de mi diario de otros tiempos, que ha quedado grabada muy especialmente en mi memoria, incorporándose, poco a poco, a este barrio santo, cual si fuese ella su propia expresión.

"La mezquita de Mehmed-Fatih, nos ve frecuentemente, a Achmet y a mí, sentados ante sus grandes pórticos de piedras grises, tendidos al sol, ajenos a las inquietudes de la vida, persiguiendo un ensueño, intraductible a ninguna lengua humana..."

Nada ha cambiado en esta plaza. Continúa siendo uno de los lugares más turcos y más melancólicos de Estambul. La mezquita se yergue, siemprer igual, a través de los siglos, con sus altas puertas grises festoneadas de dibujos misteriosos. Y, en torno, bajo la parras amarillentas de los caftanes de chemir, los mismos viejos turbantes blancos, aparecen sentados aquí, a la postrera claridad de la tarde de otoño, fumando sus pipas, mientras contemplan cosas santas.

Me detengo en medio de ellos; en el mismo lugar en que diez años atrás habíamos visto, una tarde, aparecer sobre las gradas de la mezquita un iluminado, que alzando los brazos al cielo, gritaba: "¡Veo a Dios! ¡Veo al Eterno!..." — Achmet había movido la cabeza, incrédulo, replicando: — "¿Qué hombre, Lotí, será el que pueda jamás ver a Allah?...")

Verdaderamente, no sé por qué la parada en esta plaza, se destaca tan profundamente entre tantos otros recuerdos de mi peregrinación; ni por qué experimento la necesidad de expresarlo aquí, para impedir que esta impresión desaparezca en la rápida huída de todo, cual se retendría de la mano, por un instante, una brizna que arrastrada por la corriente, flotase sobre el haz de las aguas.

IV

Sábado, 8 de octubre, de 188... Mañana del último día. Una densa niebla gris, desciende sobrer Constantinopla, remembrando los otoños del Norte.

Como ayer, vuelvo a vestirme mi traje turco, para parecerme más a lo que era yo antaño; para ser reconocido más fácilmente, en la región de los muertos que voy a visitar, por no sé que inciertas emanaciones de las almas que deben mirar a través de sus tumbas. Y, solo, esta vez, camino a caballo, a lo largo de la gran muralla de Estambul, infinitamente solo, bajo este cielo hundido y oscuro; solo en toda la extensión que alcanzo a vislumbrar en medio de estos eriales y de estas arboledas funerarias.

La muralla se prolonga a medida que avanzo, se desarrolla, siempre igual, en las lontananzas de la campiña muerta. Parece como si sostuviese con los millares de puntas de sus almenas, las pesadas nubes rastreras dispuestas a caer sobre la tierra; y, en esta mañana sin sol, adquiere un triste color sombrío. Resto colosal del pasado, nos achica y nos aplasta, tanto a nosotros como a nuestras cortas existencias; a nuestros sufrimientos de un minuto; a toda la deleznable nada que somos.

Al pasar miro las hnndas puertas ojivales por las que nadie sale ni entra; después, cuento con cuidado los enormes torreones cuadrados, — hasta el moménto en que doy con el altozano que se me indicó ayer, y sobre el cual, entre otras tumbas, está el pequeño remate azul con inscripciones de oro.

Y cuando he reconocido éste perfectamente, ato mi caballo a las ramas de un ciprés, para aproximarme solo, y tenderme en tierra, sobre la tierra tostada, ligeramente rociada por la lluvia, en la que crecen raras plantas mezquinas. Por la orientación del monolito, deduzco la posición del querido cuerpo que está oculto debajo, y después de haber ojeado el contorno, a lo lejos, por si hubiese alguien que pudiera verme, me tiendo dulcemente y beso la tierra, sobre el lugar en que debe de hallarse el muerto rostro.

Años ha que he tenido el presentimiento, mejor dicho: la visión anticipada de cuanto hago ahora. Bajo un cielo caído y sombrío como éste, me he visto volver, con estas ropas de antaño, a tenderme aquí, sobre su tumba, y a besar su tierra. Y es hoy, ahora, el beso postrero, y sin embargo, esto mismo, no me parece que sea absoluta realidad. Me dejo distraer aqu ímismo, por no sé qué; acaso por la inmensidad del fúnebre decorado; por todo este encanto de desolación, de que se rodea engrandeciéndose a mis propios ojos irresponsables, la escena de mi visita a esta tumba.

Sin embargo, a medida que los minutos pasan, espantosamente silenciosos, y mientras las pesadas nubes continúan arrastrándose sobre los recios muros carracenos, voy adquiriendo poco a poco, conciencia de las cosas. Sufro más sencillamente; comprendo de un modo más humano y más poderoso y me fustiga el estremecimiento, el verdadero estremecimiento de infinita tristeza.

Algunos instantes se deslizan aún. Se alza un poco de viento, sembrando sobre este país de muertos gotas de lluvia flagelante.

Nuestra larga entrevista muda, cruza frases diferentes que parecen acercarnos más y más el uno al otro. Ahora estoy dominado por completo, por la impresión de que nuestros cuerpos se han reunido nuevamente, después de haber estado tan separados por los años, por la distancia, por las correrías a traves del mundo, y por el indescifrable misterio que envolvía para mí el destino de ella. Ahora siento que ambos estamos aquí, próximos, separados solamente por un poco de tierra, en la que la han acos-

tado sin ataúd. Y amo tiernamente estos despojos, que en este momento me hacen el efecto de serlo todo. Quisiera verlos, tocarlos, llevármelos... Nada de cuanto haya sido Aziyadé podría causarme espanto ni horror...

Las nubes grises se arrastran con franjas más sombrías, que, al pasar, derraman la lluvia sobre la melancólica campiña y sobre la muralla inmensa.

Ahora la imagen de Aziyadé está ante mí, casi viviente, evocada, sin duda, por la proximidad de sus despojos, en los que ha debido quedar, flotando, algo como una esencia de ella misma... ¡Oh!, más viva, de pronto, tan viva, como jamás había yo vuelto a encontrarla, desde la tarde de la separación. Veo de nuevo, claro como nunca, su sonrisa, su profunda mirada sobre la mía; su mirada de los días últimos, oigo su voz, sus breves inflexiones acostumbradas, confiantes, infantiles. Hallo de nuevo todas las íntimas e incoercibles cositas suyas que yo he adorado con ternura infinita. Y ahora, nada existe ya; ni el gran decorado, ni el extraño ambiente; no queda nada más que ella misma... y todas mis cambiantes impresiones se debilitan, se funden en algo infinitamente dulce, y lloro con cálidas lágrimas; como ya tenía deseos de llorar.

. . . . . .

Desde este instante me forjo la ilusión deliciosa de creer que ella sabe que he vuelto aquí, y que lo ha comprendido todo. Llega a mí la noción furtiva, inexplicable, pero íntimamente sentida de una alma persistente y presente. Y ahora, la amargura de los remordimientos que se adherían a su recuerdo, ha descaparecido, sin duda, para siempre jamás.

Me levanto apaciguado, con una muy diferente tristeza. De pronto, hasta su propio destino me parece ménos sombrío. Ella se fué en plena juventud, no habiendo tenido más que este sólo sueño de amor — ¡y beso como el que yo he venido a dar a su tumba, nadie, seguramente, vendrá a depositarlo en la mía!...

Al pie de la estela de mármol, de entre las hierbecitas que allí brotan, escojo una de las más frescas, que llevo conmigo; después beso su nombre escrito en relieve, sobre el mármol, volviéndome de lejos, para verla una vez más en medio de la soledad en que huye, hasta perderse de vista, la alta muralla de Estambul...

V

Por la tarde, apoyado en la popa del vapor que me conduce, miro cual diez años ha, cómo Constantinopla se aleja. Después cae el crepúsculo como un gran velo arrojado sobre todo; y al salir del Bósforo, en el Mar Negro, la noche nos esvuelve ya.

Todo se apacigua en mí; se apacigua más y más; todo se aleja, cayendo en un lejano ya borroso.

VI

Enero 1892. — En los días de mi infancia, recuerdo haber leído la historia de un fastasma que venía tímidamente durante la noche, haciéndoles señas con las manos, a comunicarse con los vivos. Y estuvo viniendo de este modo, durante varios años; hasta el momento en que uno, habiendo osado seguirlo, comprendió lo que deseaba, y satisfizo sus anhelos.

Pues bien. Este sueño angustioso que durante tantos años me había perseguido; esta pesadilla de mi regreso a Constantinopla— siempre dificultada y no llevada a término jamás — este sueño, no volvió a mortificarme desde que realicé esta peregrinación... Y, en cuanto al Oriente se refiere, todo se ha apaciguado en mi recuerdo, con los años que han ido sucediéndose...

Esta obsesión era, sin duda, la llamada del querido fantasma de allá, que ha oído, y que ya no se renueva...

PIERRE LOTI.

"PUCKY" Magazine

APARECE TODOS LOS VIERNES

Un año de suscripción en toda la República (52 números) $ 9.- m/n.

MANERA DE PENSAR

—Encantadora mañana.
—¿Para qué?
—Para una revolución.

Para que su niño pase un momento de alegría, léale la graciosa historieta Barnigugli y su pingo Tragavientos.

CORTE y REMITA el cupón que va al pie y recibirá por correo un ejemplar de EL DIARIO en que aparece LA HISTORIETA ya completa.

SEÑORA: Cada jueves encontrará en EL DIARIO figurines de las utimas modas iluminados a cuatro colores.

COMPRE

todos los días

EL DIARIO

a su vendedor de la tarde y si lo hubiera agotado pídale que le reserve diariamente un ejemplar para Vd.

Señor Administrador de EL DIARIO

Av. DE MAYO 662 - Buenos Aires.

Adjunto 0.10 centavos en estampillas para que me remita un ejemplar del próximo jueves en que aparecerá la página de modas en colores y una página con la graciosa historieta de Barnigugli y su pingo Tragavientos.

Nombre y apellido .....

Localidad .....

F. C. .....

Se reciben suscripciones para los números de los jueves a razón de 0.10 ctvs., cada ejemplar

Lea: "LOS VERDES OJOS DE BAST"

PORTE PAGO

BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

Viernes
Mayo 7
de 1926

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO IV PUBLICACION SEMANAL No. 136

EL HOMBRE SIN PATRIA

POR

E. EVERETT HALE

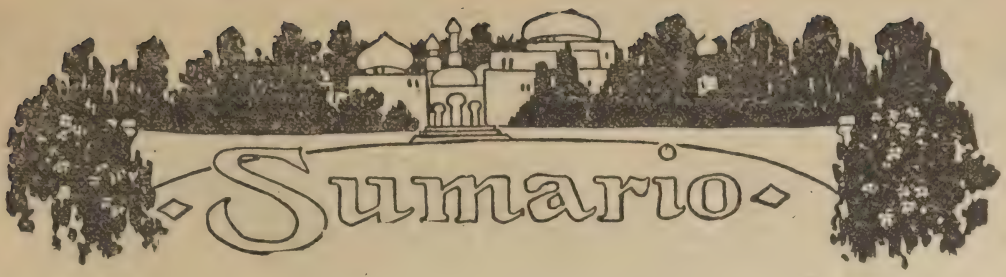
La historia del hombre que fué condenado a vivir sin tener noticias de la patria de la cual habia renegado.

20 cts.

LO PRIMERO ES LA SEGURIDAD

Sibila (después de la declaración): — Supongo, Ricardo, que ahora tendrá usted que hablar con papá.

Ricardo: — !Como no! ¡En seguida! ¿Qué número de teléfono tiene?



El hombre sin patria

La historia de un hombre que renegó de su patria y fué condenado a no volver a oírla nombrar en su vida. (Esta obra ha servido de argumento para la película de la compañía Fox que se exhibe actualmente en los cinematógrafos de Buenos Aires y Montevideo).

Los verdes ojos de Bast

Nuevos capítulos de la novela sensacional, cada vez más atrayente y misteriosa que "Pucky" traduce para sus lectores.

Una mujercita a la moderna

Divertido cuento del gran humorista francés Alphonse Allais.

La luna y el mar

Nota humorística en colores.

Las cinco dádivas

Cuento de hadas por el gran autor estadounidense Mark Twain.

Todos felices

Comentario gráfico en colores sobre un suceso verosímil.

Novedades de todas partes

Parrafitos interesantes de todos los orígenes.

Sybil se casa

Divertido cuento traducido del inglés y con ilustraciones en colores.

Cuestión de nombre

Nota cómica en colores.

No se encontraba allí

Comentario gráfico humorístico en colores.

La escala del distraído

Artículo cómico por el gran humorista Caré.

El prestidigitador

Modelo para que armen los grandes para los chicos.

El armario en la pared

Nueva e interesantísima aventura de Angélica la modista.

El caballo y los refranes

Una serie escogida de refranes sobre "la mejor conquista del hombre"

Surcouf

Continuación de la gran novela histórica sobre piraterías y batallas en la época napoleónica.

"¡Ojala no vuelva a hablar nunca de los Estados Unidos!" exclamó. Y fué condenado a no volver a oir hablar de su patria. ("El hombre sin patria")

Lea en la página 21 la gran novela

Los Verdes Ojos de Bast

En la página 59 de este número continúa la notable obra de piraterías y combates:

SURCOUF

UN RELATO UNICO EN EL MUNDO

El Hombre Sin Patria

Por EDWARD EVERETT HALE

La narración episódica de lo que le sucedió a Philip Nolan el que renegó de su patria y fué condenado a no volver a oir hablar de ella. Este suceso ha sido presentado cinematográficamente por William Fox y es exhibido en los cinematógrafos del Río de la Plata actualmente.

SUPONGO que pocos lectores del "New York Herald" del 13 de agosto de 1863 observarían por casualidad en una humilde esquina, entre las defunciones, el siguiente anuncio:

"NOLAN: Fallecido el 11 de mayo, a bordo de la corbeta Levant de los Estados Unidos. Lat., 2º 11' S. Long., 131º O.—**Philip Nolan.**"

Por mi parte lo advertí debido a la circunstancia de encontrarme desamparado en la antigua casa de la misión en Máckinac, aguardando un vaporcito del lago Superior que nunca se decidía a llegar; y devoraba, por consiguiente, cuanta lectura podía acaparar, hasta las defunciones y matrimonios anunciados en el "Herald". Tengo buena memoria para nombres y personas, y el lector echará de ver conforme avance que tenía razones suficientes para recordar a Philip Nolan. Muchas personas, en cambio, se habrían interesado en este anuncio, si el oficial del Levant que lo redactó, hubiéralo hecho en esta forma: "Falleció, mayo 11, "El hombre sin patria". Pues bajo el nombre de "El hombre sin patria" había sido generalmente conocido este pobre Philip Nolan por todos los oficiales de marina que le tenían bajo custodia hacía cosa de cincuenta años y, a la verdad, por todos los marineros de la armada. Hasta podría decir que muchos de los hombres que acostumbraban a beber con él un vaso de vino una vez a la quincena durante viajes de tres años, nunca supieron que su nombre era Nolan, y ni siquiera si el infeliz tenía nombre alguno.

No hay ningún mal en referir la historia de este ser infortunado. Hasta hoy ha habido razón para guardar secreto absoluto, aun cuando terminó la administración de Mádison en 1817; secreto de honor entre los oficiales de la armada que tenían sucesivamente bajo custodia a Nolan. Y dice muy alto ciertamente del "esprit de corps" de la profesión y del honor personal de sus miembros que la historia de este hombre haya sido totalmente desconocida a la prensa y, según creo, a toda la nación.

Por ciertas investigaciones hechas en los archivos navales, cuando fuí agregado al despacho de los astilleros, me inclino a pensar que los informes oficiales a su respecto se quemaron cuando el incendio de los edificios públicos en Wáshington.

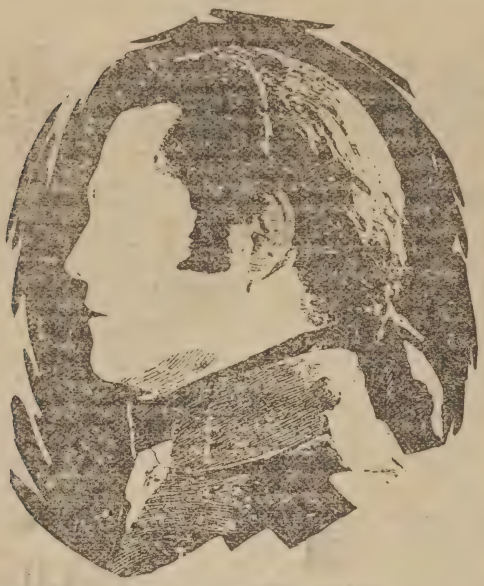
Uno de los Túcker, o quizá uno de los Watson, estuvo a cargo de Nolan a la terminación de la guerra; y cuando, al regresar del viaje, presentó su informe en Wáshington a uno de los Crówninshield, que se encontraba entonces en el departamento de marina, descubrió que en las oficinas de estado se ignoraba por completo tal historia. No sabría decir si era desconocida en realidad o si la política adoptada consistía en un "Non mi ricordo". Pero lo que sé es que, desde 1817 y quizá antes, ningún oficial de marina ha mencionado a Nolan en sus informes de viaje.

Como dije antes, no existe ahora la necesidad de misterio. Y ya que ha muerto la desgraciada criatura, paréceme interesante referir un poquillo de su historia, siquiera sea para enseñar a los jóvenes americanos del día lo que significa ser "hombre sin patria".

* * * *

Philip Nolan era un joven oficial de los más distinguidos en la "Legión del Oeste",

SURCOUF Lea la continuación de esta novela sensacional en la página 59 de este número.



Philip Nolan, el hombre que fué condenado a no volver a oír hablar de su patria.

como se llamaba entonces la división de nuestro ejército originaria del Oeste. Cuando Aarón Burr realizó su primera y arrojada expedición a Nueva Orleans en 1805, encontró en el fuerte de Mássac o en algún otro punto de la ribera, como cosa dispuesta por el diablo, a aquel alegre, intrépido y brillante joven, en, alguna cena, imagino, Burr le observó, conversó con él, paseó con él, llevóle uno o dos días a navegar en su barco y le fascinó, en una palabra.

Al año siguiente la vida de cuartel era demasiado insípeda para el pobre Nolan. Hizo uso del permiso de escribirle que le había concedido el gran hombre. El pobre mozo escribió una tras otra largas, floridas y pomposas cartas, y volvió a escribir, y envió las copias, sin que jamás viniera una línea de respuesta del fastuoso impostor.

Los demás jóvenes de la guarnición se burlaban de él porque, en su afección mal recompensada por un político, había sacrificado en escribirle el tiempo que ellos dedicaban al whisky. El pocker y otros juegos eran aun desconocidos.

Pero un día Nolan tuvo su desquite. Aquella vez descendió Burr el río, no como abogado en busca de lugar adecuado para establecer sus reales, sino como conquistador disfrazado.

Había derrotado a no sé cuántos procuradores, había asistido a no sé cuántos banquetes públicos; su nombre había salido en letras de molde en no sé cuántas revistas semanales; y se rumoraba que tenía un ejército a sus espaldas y un imperio delante de él. El día de su llegada fué un gran día para el pobre Nolan. No haría una hora que se encontraba Burr en el fuerte cuando ya había enviado a buscarle. Aquella noche pidió a Nolan que le acompañara en su esquife para mostrarle un cañaveral o un árbol de algodón, según decía; en realidad, para seducirle; y cuando arriaron la vela, Nolan estaba ya alistado en cuerpo y alma. Desde entonces, aún cuando él todavía lo ignoraba, se convirtió en "un hombre sin patria".

Lo que Burr proyectaba lo sé tanto como vos, querido lector. No nos interesa, de otro lado. Solamente, cuando estalló la gran catástrofe, y Jéfferson y los partidarios de la casa de Virginia de aquel entonces se propusieron incluir a todos los Clárence posibles del partido federal, con motivo del juicio de alta traición en Richmond, algunos de los acalorados de segundo orden en aque distante valle del Missisipí, más alejado entonces de nosotros de lo que hoy se encuentra la sonda de Púget, introdujeron la novedad en su escenario provincial; y para disipar la monotonía del verano en el fuerte de Adams, se dieron como espectáculo una serie de juicios militares de los oficiales.

Varios coroneles y mayores fueron enjuiciados, y para completar la lista entró también Nolan contra quien existían indicios más que suficientes, Dios lo sabe: que estaba aburrido del servicio, que había querido abandonarlo, que había obedecido gustoso la orden de marchar a cualquier lado con todo el que quisiera seguirle, siempre que la orden apareciera firmada: "Por mandato de Su Excelencia, A. Burr". El consejo de guerra proseguía sus tareas. Pero los pájaros gordos volaban, a lo que yo me sé. La culpabilidad de Nolan quedó suficientemente establecida, como decía; sin embargo, ni vos lector ni yo hubiéramos sabido nunca de él, si no fuera porque al preguntarle el presidente del tribunal, momentos antes de terminar si deseaba decir algo para probar su lealtad constante a los Estados Unidos, en un frenesí de rabia gritó:

"¡Al diablo los Estados Unidos! ¡Ojalá no vuelva a oír hablar nunca más de los Estados Unidos!"

Supongo que Nolan no imaginó hasta qué punto iban a herir sus palabras al viejo coronel Morgan que presidía la corte marcial. La mitad, por lo menos, de los oficiales presentes había servido bajo la revolucinón, arriesgando la vida, por no decir el cuello, en obsequio a los ideales que él zahería tan desdeñosamente en su locura.

Philip Nolan, por su parte, había crecido en el Oeste de aquellos días, en medio de la "conspiración española", y la "conspiración de Orleans", y todo lo demás. Habíase educado en una colonia cuya mejor sociedad estaba formada por uno que otro oficial español o algún mercader francés de Orleans. Su educación, tal como era en la actulidad, se había perfeccionado en sus expediciones industriales a Veracruz, y creo que me dijo alguna vez que su padre tomó a un inglés como ayo suyo durante un invierno en la colonia.

Había pasado la mitad de su juventud con su hermano mayor persiguiedo caballos sal-

En la borda del buque donde estaba prisionero, Nolan soñaba con la patria de que voluntariamente se había divorciado. ("El hombre sin patria").

vajes en Tejas; en una palabra, los Estados Unidos apenas pasaban de una idea vaga para él. Sin embargo, había vivido a costa de los Estados Unidos, todo el tiempo que estaba en el ejército. Había jurado por su fé de cristiano, ser leal a los Estados Unidos. Los Estados Unidos le habían dado el uniforme que vestía y la espada que llevaba al costado. Nada, mi pobre Nolan; solamente porue los Estados Unidos os habían aceptado entre los primeros como uno de sus leales hombres de honor, aquel A. Burr se preocupaba de vos un pelo más que de los hombres de su chata que izaban la vela de la embarcación.

No excuso a Nolan; explico simplemente al lector porque enviaba al diablo a su patria y deseaba no volver a oir hablar de ella jamás.

Sólo volvió a oir el nombre de su patria una vez después de aquellas palabras. Desde aquel instante, el 23 de setiembre le 1807, hasta el dia en que murió, 11 de mayo de 1863, jamás oyó nombrar de nuevo a los Estados Unidos. Durante este medio largo siglo fué hombre sin patria.

El viejo Morgan, como he dicho, sintióse terriblemente ofendido. Si Nolan hubiese comparado a George Wáshington con el Benedict Arnold, o gritado "¡Dios guarde al rey George!" no habría quedado Morgan más dolorosamente impresionado. Trasladó la corte marcial a sus habitaciones particulares, y volvió al cabo de cinco minutos con el rostro más blanco que un sudario , para decir:

"¡Prisionero, escuchad la sentencia del tribunal! El tribunal decide, sujeto a la aprobación del presidente, que jamás volvais a oír el nombre de los Estados Unidos."

Nolan soltó una carcajada. Pero nadie le imitó. El tono del viejo Morgan había sido demasiado solemne, y todo el cuarto quedó en silencio mortal durante un minuto. Aún Nolan perdió su fanfarronería pasado un momento. Entonces Morgan añadió: — "Señor Mariscal, levad al prisionero a Orleans en un buque de guerra y entregadlo allí al jefe naval."

El preboste dió sus órdenes, y sacaron al prisionero de la sala del tribunal.

"Señor preboste", continuó el viejo Morgan, "cuidad que nadie mencione los Estados Unidos en presencia del prisionero. Señor preboste, ofreced mis respetos al teniente Mitchel en Orleans, y pedidle que nadie nombre a los Estados Unidos mientras el prisionero se encuentre a bordo del buque. Recibireis órdenes escritas del oficial de servicio esta noche. La corte se suspende sin día determinado."

Siempre he creído que el coronel Morgan llevó a Wáshington los procedimientos de la corte marcial, explicando a Jéfferson lo que había pasado. Lo cierto es que el presidente aprobó la resolución; es decir, a creerse a las personas que aseguran haber visto su firma. Antes de ue el Nautilus diera la vuelta de Nueva Orleans por la costa septentrional del Atlántico llevando a su bordo el prisionero, la sentencia quedaba aprobada y él era un hombre sin patria.

El plan adoptado fué más o menos el mismo que se siguió siempre. Quizá nació de la necesidad de enviarle por agua desde el fuerte de Adams y de Orleans. Se solicitó del secretario de marina, — probablemente el primer Crówninshield, aún cuando no estoy seguro de su persona, — que pusiera a Nolan a bordo de algún buue del gobierno aparejado para larga travesía, ordenando que se le confinara de tal suerte que jamás volviese a oir hablar de su patria ni al volverla a ver. Pocas travesías largas se realizaban en aquel tiempo, y la marina no gozaba de gran favor, de manera que, siendo casi todo tradición en esta historia, como ya lo he explicado, no podría decir con certidumbre cual fué su primer viaje. Pero el capitán a quien fué entregado Nolan, — probablemente Tingey o Saw, aunque también pudo ser alguno de los jóvenes de aquel tiempo que, como yo, son viejos en la actualidad, — el capitán, decía, reguló la forma y las precauciones necesarias para el caso, las mismas que, de acuerdo con aquel program, se llevaron a cabo hasta la muerte del prisionero.

* * * *

Treinta años después, cuando era yo oficial segundo del Intrepid, ví el pliego original que contenía las instrucciones. Siempre he lamentado no haber sacado entonces copia exacta de aquel papel. Decía, sin embargo, más o menos lo siguiente:

"Wáshington, (y la fecha, que debe haber sido a fines del 1807).

"Señor: El teniente Neale os entregará la persona de Philip Nolan, ex teniente en el ejército de los Estados Unidos.

"En el transcurso de su juicio por la corte marcial, manifestó dicha persona, acompañado de su voto, el deseo de no volver a oír hablar jamás de los Estados Unidos.

"La sentencia del tribunal fué que este deseo quedara satisfecho.

"Por ahora ha confiado el presidente la ejecución del a sentencia a ese departamento.

"Tomareis al prisionero a bordo de vuestro buque, y le guardaréis con toda clase de precauciones para impedir su fuga.

"Le procurareis alojamiento, mesa y vestidos con relación con el grado de oficial que había alcanzado en el ejército, como si fuera a bordo un pasajero por asuntos de gobierno.

"Los caballeros pueden hacer a bordo cualquier arreglo que juzguen conveniente con respecto a su sociedad. No debe exponérsele a ninguna falta de cortesía, ni es necesario recordarle que se encuentra prisionero.

"Pero bajo ningún concepto oirá hablar de su patria ni leerá la menor noticia concerniente a los Estados Unidos; y recordaréis especialmente a los oficiales a vuestras órdenes que, en las diversas concesiones que dicha persona pueda obtener, cuiden de que se mantenga esta regla que envuelve su expiación.

"La intención del gobierno es que jamás vuelva a ver el país de que ha renegado. An-

tes de la terminación de vuestro viaje, recibiréis órdenes acerca de la forma en que esto debe verificarse.

"Respetuosamente, por el Departamento de Marina: W. Sóuthard."

* * * *

Si hubiera conservado yo en la memoria esta orden completa, no habría solución de continuidad al principio de mi historia. Por lo que respecta al capitán Saw, siempre que fuera él, pasó la orden a su sucesor en el puesto, y éste, a su vez, al que le siguió; y supongo que el capitán Levant la conserva hasta hoy como documento para probar su derecho de conservar aquel hombre bajo su indulgente custodia.

La regla adoptoda a bordo del buqque en el cual conocí al "hombre sin patria" era la misma que se había observado desde el principio, según creo.

En ninguna mesa agradaba tenerle de contínuo, porque su presencia cortaba toda conversación sobre la patria o el regreso futuro, sobre política y literatura, paz o guerra; suprimiendo, en fin, más de la mitad de los temas que agradaba tratar a los hombres de navegación.. Pero se creyó siempre demasiado duro que le estuviera vedado reunirse siquiera alguna vez con nosotros más allá de un simple saludo; y adoptamos, por último, cierto sistema definido. No se le permitía conversar con los tripulantes a menos que hubiese algún oficial de por medio. Con los oficiales no existía restricción, naturalmente, hasta donde él y los otros quisieran extenderlo. Pero él se volvía más y más tímido, aunqué tenía sus favoritos: yo era uno de ellos. Entonces el capitán le invitó a su mesa todos los lunes, y cada mesa le tomó un día por turno. Según las proporciones del barco, cada uno le tenía a su mesa con mayor o menor frecuncia. Tomaba el almuerzo en el camarote — siempre tenía su camarote particular, — donde había un centinela o alguien de guardia para vigilar su puerta. Y todo lo demás que comía o bebía, lo tomaba solo. En ciertas ocasiones, cuando los marinos o la tripulación tenía algún día de fiesta, se les permitía invitarlo.

Entonces enviaban a Nolan con algún oficial, y mientras se encontraba con ellos, tenían los hombres prohibición de hablar de la patria. Tengo para mí que el espectáculo de su castigo era moralizador. Llamábanle "Plain Buttons," porque aún cuando él prefería vestir el uniforme regular del ejército, no se le permitía usar los botones que llevaban las iniciales o la insignia del país que había desconocido.

* * * *

Recuerdo que poco tiempo después de haberme agregado a la marina, me encontraba una vez en tierra con algunos oficiales más antiguos de nuestro buque, y los del Brandywine con quienes nos reunimos en Alejandría. Teníamos licencia para hacer una excursión al Cairo y a las Pirámides. Mientras nos zangoloteábamos a lomo de burro en

Hubiera sido imposible amar para el hombre sin patria que vió pasar en vano al amor por el horizonte de su vida.

aquella dirección, algunos de estos caballeros (los jóvenes les llamábamos "Dons" entonces, pero la frase cambió desde hace largo tiempo) comenzaron a hablar de Nolan, y uno de ellos manifestó el sistema que seguía con respecto a sus libros y a sus lecturas. Como casi nunca se le permitía desembarcar aunque el buque estaría fondeado en el puerto largos meses, el tiempo se le hacía pesado con frecuencia, y cualquiera estaba autorizado para prestarle libros siempre que no fueran publicados en América, ni hicieran mención de ese país. Esta clase de libros era muy común en aquel tiempo, en que la gente del otro hemisferio se preocupaba de los Estados Unidos, tanto como nosotros del Paraguay. Recibía así, pronto o tarde, todos los periódicos extranjeros que llegaban al buque; solamente que alguien los revisaba primero y recortaba cualquier aviso o capítulo en que se aludiera por incidencia a la América del Norte. Esto resultaba un poco cruel a veces, cuando lo escrito detrás de lo cortado era tan inocente como el Hesiodo. En la mitad de alguna relación sobre las batallas napoleónicas, por ejemplo, o de cierto discurso de Cáning, encontraba de repente el pobre Nolan un gran vacío porque a la vuelta de la página venía el aviso de algún paquebote para Nueva York, o cualquier trozo insignificante del mensaje del presidente. Aquella fué la primera vez, digo, que llegaba a mi conocimiento algo de este sistema, con el cual tanto y tanto tuve que hacer después. Lo recuerdo, porque apenas se hizo alusión a las lecturas, el pobre Phillips, que era de la partida, nos refirió algo aconteci-

do a Nolan en su primer viaje al cabo de Buena Esperanza; siendo esto todo lo que alcancé a saber de tal viaje. Habían tocado en el cabo, y después de cumplir los deberes de cortesía con el almirantazgo y la marina ingleses, se preparaba a partir para una larga travesía en el acéano Indico. En previsión del pasado viaje, Phillips consiguió que un oficial le prestara una colección de libros ingleses, lo cual entonces como en nuestros tiempos significaba una suerte inesperada. Entre ellos, como si el diablo lo hubiese preparado, contábase The Lay of the Last Minstrel, (El canto del último trovador), poema del cual más o menos todos habían oído hablar, pero que ninguno conocía a fondo. Creo que no haría mucho que se había publicado. Bien; nadie pensó que hubiera riesgo de encontrar allí nada nacional, aunque Phillips juraba que el viejo Shaw había arrancado La tempestad, se Shákespeare antes de dársela a Nolan, porque decía: "las islas de Bermuda deben ser nuestras y, por Júpiter, algún día lo serán." Así, permitióse a Nolan que se reuniera a la compañía cierta tarde en que un grupo fumaba y leía ne voz alta en el puente. Ahora no se hace esto a menudo, pero cuando yo era joven, matábamos así el tiempo con mucha frecuencia. Bien; sucedió que llegó el turno a Nolan de leer para los demás; y leía muy bien, para lo que me sé. Ninguno de los presentes conocía una palabra del poema; solamente que trataba de magia y caballería, y que pasaba hacía diez mil años. El pobre Nolan leyó de seguido el canto quinto, detúvose un minuto, bebió un trago, y comenzó de nuevo, sin la menor idea de lo que venía a continuación:

> Allí vive un hombre tan desgraciado,
> que nunca a sí mismo pudo decir:...

Parece imposible que ninguno de nosotros hubiera oído antes aquel poema; pero así era, y el pobre Nolan prosiguió, inconsciente o mecánicamente:

> ¡Esta es mi patria, mi país natal!

Entonces todos advirtieron que algo doloroso se acercaba; mas Nolan, esperando pasar pronto, supongo, empalideció un poco, pero siguió adelante:

> "¿Cuyo corazón ardió dentro del pecho,
> tras largos años en ajenas tierras,
> al enderezar sus pasos al hogar?...
> Si allí vive ese hombre, id, y mirad le bien...

En este momento todos deseaban en sus adentros que hubiera forma de saltar dos páginas del poema; pero Nolan no tuvo presencia de ánimo para esto; tartamudeó un poco, volviose color de ecarlata y balbuceó:

> Para él no entona el ministril sus trovas:
> a pesar de sus títulos, su nombre famoso,
> riquezas sin número, cuanto el deseo puede forjar,
> aquel infeliz, dentro de sí concentrado...

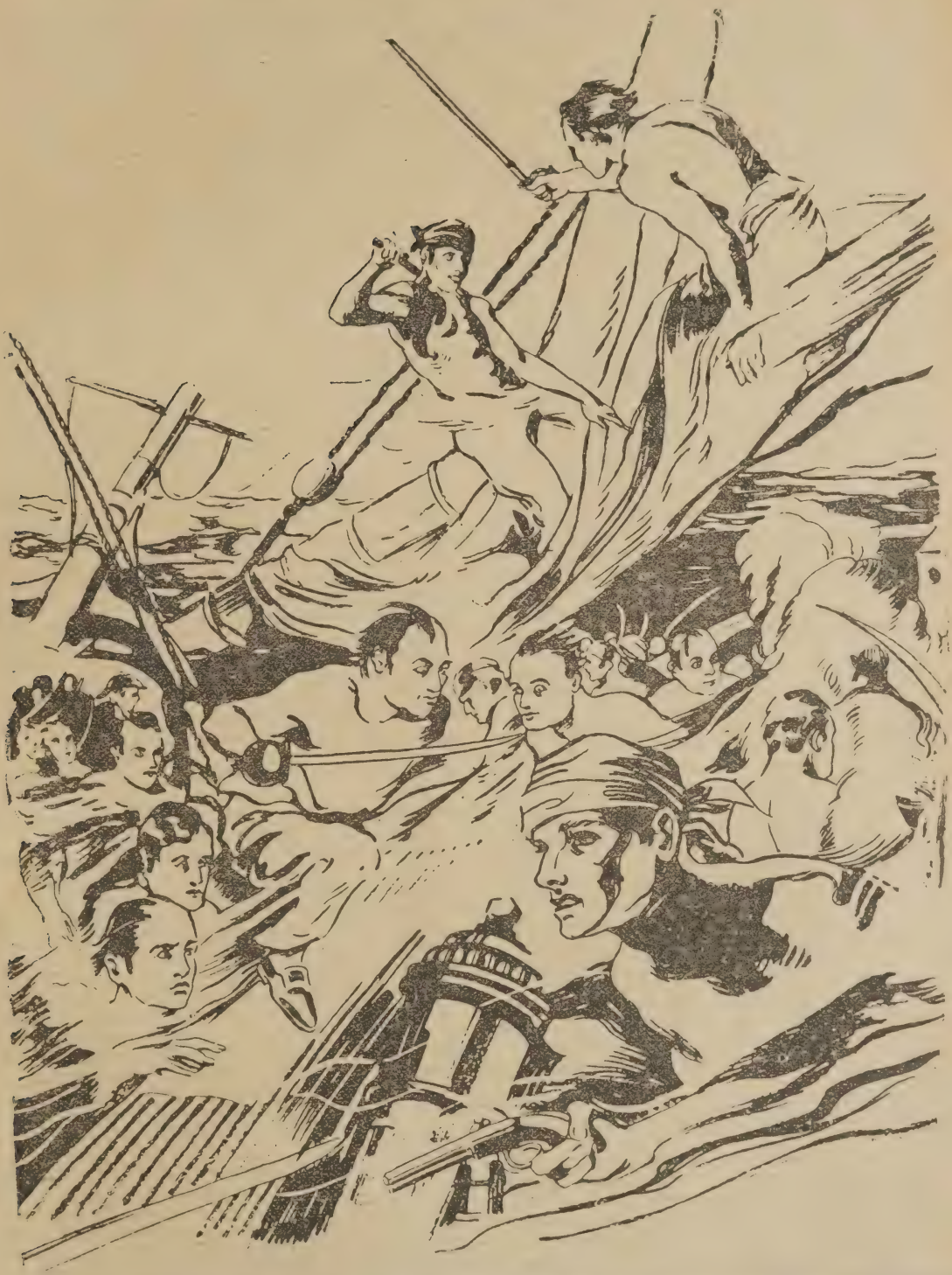
Y aquí se ahogó el desgraciado; no pudo continuar; y, levantándose precipitadamente, arrojó el libro al mar, desapareciendo en su camarote, "y ¡por Júpiter!" decía Pillips, "no le vimos más por espacio de dos meses. Y yo tuve que inventar una triste historia para explicar al cirujano por qué me era imposible devolverle su Walter Scot".

Esta anécdota revela más o menos el tiempo en que la fanfarronería de Nolan se había venido abajo. Al principio, decían, era altanero, consideraba una farsa su prisión, afectaba gozar con el viaje, y así en lo demás; pero, dice Pillips, que cuando volvió a salir de su cmarote no era ya el mismo hombre. Jamás leyó en voz alta otra vez, a menos que fuera la Biblia o algo de Shákespeare o cualquiera otra cosa de que estuviera seguro. Pero no fué esto solamente. Jamás volvió a mostrar con los jóvenes el compañerismo de otros tiempos. Siempre era tímido después cuando yo le conocí, hablaba rara vez y sólo para contestar, excepto con muy pocos amigos. Entusiasmábase en contadas ocasiones, — recuerdo haberle oído expresarse con bella elocuencia en los últimos años de su vida, sobre tema inspirado en uno de los sermones de Flechier, — pero generalmente tenía el aspecto fatigado y nervioso de un hombre herido en el corazón.

Cuando efectuaba su viaje de regreso el capitán Shaw, siempre que fuera Shaw, como he supuesto, abordó con sorpresa general a una de las islas de Windward o Antillas menores, permaneciendo allí casi una semana. Los marineros decían que los oficiales estaban hartos de carne salada y querían probar sopa de tortuga antes de regresar a la patria. Mas después de algunos días llegó el Warren al mismo fondeadero; cambiaron señales; enviaron cartas y documentos a Phillips y a todos aquellos hombres que estaban de retorno al hogar, y dejeron que el Warren zarpaba para el extranjero, quizás hasta el Mediterráneo, y que tomaba a bordo al pobre Nolan y sus petates para la segunda travesía. El empalideció profundamente cuando recibió la orden de alistarse para el trasbordo. Sabía bastante de astronomía para comprender que hasta aquel momento seguían rumbo a la patria. Esto era prueba evidente de algo que no había pensado, de que quizá nunca regresaría a su país, ni siquiera para estar en prisión. Y este fué el primero de los veinte o más trasbordos, que le llevaron a habitar tarde o pronto, más de la mitad de nuestros mejores buques; manteniéndole durante su vida entera a cien millas de distancia más o menos de la patria de la cual manifestó una vez el deseo de no volver a oir hablar.

* * * *

Quizá si fué durante esta segunda travesía, — pues que ello aconteció en el Mediterráneo, — cuando tuvo ocasión de bailar con Mrs. Graff, famosa belleza del sur en aquella época. Habían estado fondeados largo tiempo en la bahía de Nápoles donde los oficiales intimaron mucho con la marina inglesa que les ofreció grandes fiestas; por lo cual pensaron nuestros hombres corresponder las atenciones dando un suntuoso baile a bordo del buque. Cómo pudo realizarse esto a



Se combatió reciamente y la batalla fué cruenta y larga. El hombre sin patria luchó como el primero por el pabellón de la patria de la que no volvería a oír hablar.

bordo del Warren, no sabría decirlo. Tal vez no era el Warren, o tal vez las damas de aquel tiempo no necesitaban tanto espacio como las de hoy. Precisaba a los oficiales disponer con algún fin del camarote de Nolan y les disgustaba pedírselo sin invitarle para el baile; de manera que el capitán autorizó la invitación, siempre que ellos aceptaran la responsabilidad de evitar que conversara con personas inconvenientes "que pudieran darle noticias". Así, el baile se verificó, siendo la fiesta más hermosa de la temporada, me atrevo a decir; pues jamás he sabido que no lo fueran los saraos de la gente de guerra. Entre las damas contábase la familia del cónsul de los Estados Unidos, una o dos viajeras que se habían aventurado hasta allí y un lindo grupo de señoritas y señoras inglesas, quizá si hasta la misma Lady Hamilton.

Bien; diferentes oficiales se turnaban conversando amistosamente con Nolan en forma de evitar que otra persona le hablase. La fiesta transcurría alegremente; y después de las primeras horas, los mismos camaradas que montaban la guardia honoraria con Nolan dejaron de temer que ocurriera algún contratiempo.

Solamente cuando una dama inglesa quizá Lady Hamilton como dije, antes, pidió las danzas americanas de figuras, sucedió algo muy original. Todos bailaban contradanzas en aquella época. La banda negra, muy entusiasta, convino en lo qué serían las danzas americanas de figuras, y se abrió con Virginia Reel, continuando con Money Murk al cual debía seguir The Old Thirteen según el orden cronológico. Mas precisamente en el momento en que Dik, el director de orquesta, golpeaba la batuta para que comenzaran los violines, y se inclinaba hacia adelante para decir con todo el ceremonial negro: "¡The Old Thirteen, señoras y caballeros!" como había dicho, "Virginny Reel", si gustáis y "Moev Musk, si gustáis!" el asistente del capitán le tocó el hombro, y murmuró algo a su oído que le impidió anunciar el nombre de la danza; se inclinó simplemente, comenzó el oire, y todos le siguieron; enseñando los oriciales las figuras a las jóvenes inglesas sin desirlas por qué la danza no tenía nombre.

Mas no era esta la historia que yo iba a referir. En tanto que se deslizaba la fiesta, Nolan y los camaradas habían recobrado su aplomo, como digo, a tal punto que pareció enteramente natural que, inclinándose ante la arrogate señora de Graff, dijera el primevo:

—Espero que no me habréis olvidado, señorita Rútledge. ¿Puedo aspirar al honor de teneros por pareja

Hizo esto tán inpensadamente que Shúbrik, que estaba a su lado, no pudo impedírselo. Ella rió y dijo:

—Ya no puedo llamarme señorita Rútledge, señor Nolan; pero bailaré con voz la mismo que si lo fuera; — e hizo una seña con la cabeza a Shúbrik como diciendo que le confiara a Nolan, a quien condujo al lugar donde se formaba la cuadrilla.

Nolan pensó que al fin le llegaba su vez. Había conocido a la dama en Filadelfia y se había encontrado con ella en otras partes, y pensó que era una enviada de Dios.

No es fácil conversar en contradanzas como se hace en el cotillón y aún en los intérvalos del vals; pero allí había oportunidad para la voz y los sonidos lo mismo que para las miradas y los sonrojos.

Comenzó hablando de sus viajes y de Europa y del Vesubio y los franceses; y luego, cuando terminaron la figura, y tenían bastante tiempo de conversar mientras los demás desempeñaban su turno, dijo él con intrepidez, aunque algo pálido, afirmaba ella cuando me refirió la anécdota años después:

—Y ¿qué habéis sabido de la patria, señora de Graff?

Entonces la arrogante criatura le miró con ojos penetrantes. ¡Júpiter! ¡Qué mirada más penetrante debió lanzarle!

—¡La patria?? ¡señor Nolan!!! ¡Yo creía que erais vos el hombre que no deseaba volver jamás a oír hablar de su patria, — y subió inmediatamente al puente en busca de su marido, dejando al pobde Nolan solo, como estaba de ordinario. Nunca volvió a bailar.

No podría referir una historia ordenada de su vida: nadie sería capaz de hacerlo ahora; y a la verdad, tampoco trato yo de hacerlo. Esta es la tradición que he arreglado, por que es lo que creo entre las fábulas que han circulado acerca de este hombre durante cuarenta años. Las mentiras que se cuentan de él son innumerables. La gente acostumbrada a decir que era el "hombre de la máscara de hierro"; y el pobre George Pons fué a la tumba con el convencimiento que era el autor de "Junius", castigado por su famoso libelo contra Tomás Jéfferson. Pons no era muy fuerte en materia de historia.

* * * *

Anécdota más feliz que todas las que he referido es la que se refiere a la guerra. Esto sucedió poco después. He oído contar la historia en tres o cuatro formas diferentes, y quizá haya pasado más de una vez. Pero no sabría decir en cuál de los buques tuvo lugar. Sin embargo, en uno de los grandes duelos de fragata con los ingleses, en los cuales recibió realmente el bautizo de fuego nuestra armada, aconteció que un proyectil redondo del enemigo cogió de lleno uno de nuestras baterías, llevándose al oficial y a casi todos los hombres de artillería. Podéis decir cuanto queráis acerca del valor; pero seguramente no era espectáculo muy agradable aquel. Mientras los hombres que estaban solamente heridos trataban de levantarse, y los sanos ayudaban a los asistentes del cirujano a retirar los cuerpos, apareció Nolan en mangas de camisa, con la baqueta de un fusil en la mano; y, como si hubiera sido el oficial de mando, expresó con autoridad quiénes debían ir al sollado con los heridos y quiénes debían permanecer con él; completamente tranquilo y con el aire de seguridad que hace sentir a los demás que todo marcha perfectamente. Cargó en seguida el cañón con sus propias manos, apuntó y dió la orden de fuego. Permaneció allí, capitán de aquella batería, levantando el espíritu de sus hom-

bres hasta la destrucción del neemigo; sentado en la cureña mientras el cañón se enfriaba, aunqué estaba expuesto a todo instante; explicando la manera más sencilla de prepara las descargas pesadas; haciendo ue los inexpertos rieran de sus propias chambonadas; y cuando el cañón estaba frío, cargándolo de nuevo y con rapidez dos veces mayor que cualquier otra batería del buque. El capitán rondaba para alentar a sus hombres, y Nolan, tocando su sombrero, dijo:

—Estoy aquí enseñándoles cómo hacemos esto en la artillería señor.

Y en esta parte de la historia concuerdan todas las leyendas que el comodoro dijo:

—Ya lo veo y os lo agradezco, señor; y nunca olvidaré este día, señor, ni vos tampoco lo olvidareis.

Y después que todo hubo pasado y que recibió la espada del inglés, en medio del fausto y ceremonia del alcázar, el comodoro exclamó:

—¿Dónde está el señor Nolan? Decid al señor Nolan que venga acá.

Y cuando vino Nolan, dijo el capitán:

—Señor Nolan todos tenemos mucho que agradeceros hoy; hoy sois uno de los nuestros; seréis nombrado en el parte oficial de la batalla.

Y entonces el anciano, desciñéndose su propia espada de ceremonia, la dió a Nolan e hizo que éste la ciñera. El hombre que me lo contó fué testigo ocular de la escena. Nolan lloraba como un niño y tenía en verdad, razón de hacerlo. No había ceñido espada desde aquel infernal día en el fuerte Adams. Pero después, en ocasiones de ceremonial, llevaba siempre aquella antigua espada francesa, primorosamente cincelada, del viejo comodoro.

El capitán le mencionó en el parte oficial. Siempre se ha dicho que pidió entonces la gracia de Nolan. Escribió una carta particular al secretario de guerra; pero nada resultó. Como he dicho antes, sucedía esto cuando comenzaba a ignorarse en Wáshington todo el asunto y cuando la prisión de Nolan continuaba simplemente porque nadie había capaz de ordenar que se suspendiera sin nuevas órdenes del gobieno. He oído decir que estuvo con Pórter cuando tomó posesión de las islas Nukahiwa. No este Pórter, comprendéis, sino el viejo Pórter, su padre, Essex Pórter; quiero decir, el viejo Essex, no el Essex de nuestros días. Como oficial de artillería que había servido en el Oeste, Nolan sabía más que todos ellos de fortificaciones, troneras, revellines, empalizadas y todo lo demás; y trabajó con la mejor voluntad para fijar convenientemente la batería. He pensado simpre que fué una lástima que Pórter no le dejara el mando en unión de Gamble. Esto habría arreglado el asunto con respecto a su castigo. Habríamos conservado las islas y tendríamos ahora un puerto en el océano Pacífico. Y cuando nuestros amigos los franceses pretendieron esta pequeña bahía, habrían encontrado que se hallaba ya ocupada de antemano. Pero Mádison y sus partidarios los virginianos descartaron por completo esta posibilidad.

* * * *

Todo esto sucedía hace cincuenta años. Si Nolan tenía treinta entonces, debió contar cerca de ochenta a su fallecimiento. Parecía un hombre de sesenta cuando sólo contaba cuarenta. Pero después de aquella época me parece que no cambió una línea su fisonomía. Según imagino yo su vida, por lo que he sabido, debe haber recorrido todos los mares sin desembarcar casi nunca. Debe haber conocido mejor que nadie a todos los jefes de nuestro servicio naval. Me dijo una vez, con grave sonrisa, que ningún hombre llevaba vida tan metódica como la suya. — Sabréis que la gente me llama el "hombre de la máscara de hierro", y no ignoráis cuán ocupado vivía este personaje. — Acostumbraba decir que no aconsejaría a nadie leer continuamente, como no es posible dedicarse de continuo a ninguna ocupación; pero que él leía procisamente cinco horas diarias. — "Luego" añadía, — pongo al día mis anotaciones, escribiendo a determinadas horas los comentarios sobre mis lecturas e incluyendo en ellas mi colección de recortes. — Esta colección era muy interesante, a la verdad. Tenía seis u ocho libros sobre temas diferentes. Uno de historia, otro de ciencias naturales y otro que él llamaba "Miscelánea". Mas no eran simplemente colecciones de recortes de periódicos. Había además ejemplares de plantas y gramíneas, conchas cerradas y trozos cincelados de huesos y madera que él mismo haba enseñado a labrar a los marineros y que figuraban hermosamente como ilustraciones en su colección. Dibujaba admirablemente. Tenía algunos cuadros sumamente divertidos y otros de los más patéticos que he visto en mi vida. Quisiera saber quién conserva las colecciones de Nolan.

Bien; acostumbraba decir que sus lecturas y apuntes constituían su profesión, y les dedicaba cinco y dos horas diarias, respectivamente. "Luego, — proseguía, — todo hombre necesita alguna distracción tanto como una profesión. La historia natural es mi distracción".

Esto le tomaba dos horas más todos los días. Los marineros acostumbraban traerle pájaros y peces; pero en las largas travesías tenía que conformarse con cienpiés, cucarachas y otros menudos ejemplares de este estilo.

Era el único naturalista que he conocido que hubiera observado algo de las costumbres de la mosca casera y del mosquito. Todos os dirán si son lepidópteros o estrepsiteros; pero en cuanto a la manera de librarse de ellos o a la forma en que estos bichos escapan cuando se les golpea, ¡vamos! Linneo sabía tanto acerca de esto como el idiota John Foy. Estas nueve horas formaban la "ocupación" diaria y regular de Nolan. El resto del tiempo conversaba o paseaba. Hasta que envejeció, subía a cubierta con frecuencia. Hacía siempre bastante ejercicio, y nunca supe que hubiera estado enfermo. Si alguna otra persona experimentaba algún malestar en el buque, envertíase en el enfermero más atento y afectuoso y sabía más que muchos cirujanos. Así, siempre que al-

guien estaba enfermo o moría a bordo, o siempre que el capitán requiriese sus servicios en estos casos, Nolan estaba dispuesto a recitar las oraciones. Hé dicho que leía admirablemente.

* * * *

Mis relaciones con Phílip Nolan comenzaron seis u ocho años después de la guerra con Inglaterra, en ocasión de mi primer viaje cuando fuí nombrado guardiamarina. Eran los primeros tiempos del tratado sobre el mercado de esclavos, cuando la casa reinante, que era aún la casa de Virginia, experimentaba cierto sentimentalismo provocado por los horrores del tráfico de esclavos, e hizo algo entonces en favor de su supresión. Nos encontrábamos por este motivo al sur del Atlántico. Por el tiempo en que yo me agregué al buque, creía que Nolan era una especie de clérigo secular, un clérigo de levita azul. Nunca pregunté nada acerca de él. Todo en el barco me resultaba extraño. Yo sabía que era de novatos el preguntar y se me figura que pensé que debía haber un "Plain Buttons" en todas las naves. Le teníamos a comer en nuestra mesa y una vez por semana; y se nos recomendaba que aquel día no habláramos una sola palabra acerca de la patria. Pero si nos hubieran dicho que no debíamos hablar del planeta Marte o del Deuteronomio, tampoco habría preguntado la causa; tan desprovista de razón como ésta, había muchas cosas, a mi entender. Llegué a comprender algo por primera vez acerca del "hombre sin patria" en cierta ocasión en que dimos caza a una sórdida goleta que llevaba esclavos a bordo.

Enviaron un oficial al abordaje, y pasados algunos minutos, regresó el bote pidiendo que se enviara a alguien que hablara portugués. Mirábamos todos desde la barandilla cuando llegó el mensaje, y cada uno deseaba poder adivinarlo, cuando preguntó el capitán si alguno de nosotros sabía hablar portugués.

Pero ninguno de los oficiales conocía este idioma; y en momentos en que el capitán trataba de averiguar si alguien de la tripulación era capaz de hacerlo, se adelantó Nolan y dijo que, si el capitán lo deseaba, poda servir de intérprete puesto que conocía el portugués. El capitán le dió las gracias, hizo preparar otro bote para él, y allí tuve la suerte de acompañarle. Cuando abordamos la goleta se presentó a nuestra vista una escena que rara vez es posible contemplar y que, por otra parte, nunca se experimentaría tampoco el deseo de hacerlo.

La suciedad y la confusión más espantosas reinaban sobre cubierta. No había muchos negros; mas con el objeto de que comprendieran que se hallaban libres, habíales hecho quitar Vaughan los grillos y esposas que llevaban, los cuales en obsequio a la ocasión se colocaron a los bribones que componían la tripulación de la goleta. Los negros, libres ahora en su mayor parte, hormigueaban en el sucio puente, amontonándose en torno de Vaughan, a quien se dirigían en todos los dialectos imaginables, y en el "patois" de cada dialecto, desde las modulaciones zulúes hasta el dialecto de "Beled-el-jerid".

Cuando llegamos al puente, Vaughan miraba desde lo alto de un gran barril donde se había encaramado en su desesperación, y exclamaba:

—¡Por el amor de Dios! ¿Hay alguien que pueda hacer entender algo a estos infelices? La gente les ha dado ron, pero eso no los ha aquietado. He aporreado dos veces a ese grandullón, pero tampoco ha servido de nada. Luego les hablé en chactaw; pero ¡que me cuelguen si entendieron esto mejor que el inglés!

Nolan dijo que podía hablar portugués, y entonces hicieron salir de las filas a dos hermosos africanos de la tribu de Kroo, que según se había puesto en limpio anteriormente, trabajaron alguna vez con colonos portugueses en la costa de Fernando Po.

—Explicadles que están libres, — dijo Vaughan; — y que estos bribones serán ahor cados tan pronto como tengamos cuerda suficiente para todos ellos.

Nolan "dijo esto en español"; es decir, lo explicó en portugués inteligible para los negros de Kroo, quienes a su vez lo transmitieron a los demás negros en idioma que todos fueran capaces de comprender. Hubo entonces un grito salvaje de delectación, un apretar los puños y saltar y danzar bajo los pies de Nolan; y un precipitarse general hacia el barril en adoración espontánea a Vaughan, el "deus ex machina" de la ocasión.

—Decidles, — continuó Vaughan, muy complacido, — que los llevaré a todos al Cabo de Palmas.

Esto no hizo ya tan buen efecto. El Cabo de Palmas estába realmente tan alejado de su patria como de Nueva Orleáns o de Rio de Janeiro, lo cual significaba que quedarían allí eternamente separados de su hogar. Y inmediatamente: —¡Ah, Palmas no! — y como comprendereis, los intérpretes dijeron inmediatamente, — ¡Ah, Palmas no! y comenzaron a proponer multitud de expedientes diversos con la mayor volubilidad. Vaughan parecía decepcionado por el resultado de su magnanimidad, y preguntó seriamente a Nolan lo que decían. Gotas de sudor perlaban en la pálida frente del pobre Nolan cuando hizo callar a los hombres y repitió:

—Dicen que a Palmas no. Dicen que se les lleve a su patria, a su propia tierra, a su propia casa; que se les lleve adonde están sus propios chiquillos y sus propias mujeres. Dice uno que tiene padre y madre ancianos que morirán sino le ven. Y este otro dice que dejó a todos enfermos en su casa, y que remaba con dirección a Fernando para rogar al médico blanco que les socorriese, cuando estos demonios le prendieron en la bahía justamente enfrente de su hogar, y que desde entonces no ha vuelto a ver a nadie de su familia. Y este otro dice, — se atragantó Nolan, — que no ha sabido una sola palabra de su tierra durante seis meses que ha pasado encerrado en una barraca infernal.

Vaughan decía después que se sentía enve-

jecer mientras Nolan bregaba para dar la traducción. Yo mismo, que no comprendía todo el alcance de aquello, podía observar que hasta los elementos parecían fundirse a algún ardiente calor, y que alguien sufría los resultados. Hasta los negros dejaron de aullar al ver la agonía de Nolan y la agonía de Vaughan, casi tan intensa por simpatía. Tan pronto como éste pudo encontrar palabras, exclamó:

—¡Decidles que sí, que sí, que sí! Decidles que irán a las montañas de la luna si lo desean. ¡Si yo oriento el rumbo a través del gran desierto blanco, ellos volverán a su hogar!

Y después de algún esfuerzo, Nolan lo repitió. Entonces se lanzaron todos a besarle otra vez, y querían que frotara su nariz contra las suyas.

Pero Nolan no pudo soportar más tiempo; y, logrando que Vaughan le diera autorización para regresar, me arrastró hacia el bote. Cuando estuvimos intalados a popa y los hombres comenzaron a remar, me dijo:

—¡Joven, que esto os enseñe lo que es estar sin familia, sin hogar y sin patria! Y si alguna vez os sentís tentado a decir una palabra o a hacer algo que pueda levantar una barrera entre vos y vuestra familia, vuestro hogar y vuestra patria, ¡pedid a Dios la gracia de que en aquel mismo instante os lleve a su propia casa, el cielo! Uníos estrechamente a vuestra familia, joven; olvidaos a vos mismo cuando lavoréis para ella. Pensad en vuestro hogar, joven; escribid, enviad mensajes, hablad de los vuestros. Conservad vuestro hogar más cerca de vuestro corazón mientras más lejos os encontréis; y apresuraos a volver en cuanto estéis libre, como lo hacen ahora estos infelices esclavos. Y con respecto a vuestra patria, joven, — y las palabras se ahogaban en su garganta, — nunca tengais otro anhelo que servirla como ella lo exige, aunque el servicio os procure mil infiernos. Cualquiera cosa que os suceda, quienquiera que os lisonjee o que os seduzca, nunca miréis otra bandera, nunca paséis una noche sin rogar a Dios que bendiga este emblema. ¡Recordad, joven, que detrás de todos aquellos hombres con quienes tratáis, detrás de los oficiales y del gobierno, y aun del pueblo, existe la Patria misma, vuestra patria, y que le pertenecéis como pertenecéis a vuestra madre! ¡Defendedla siempre, joven, como defenderíais a vuestra madre, si estos demonios se hubieran hoy apoderado de ella.

Yo estaba mortalmente aterrorizado por su calma cargada de pasión; mas, casi sin darme cuenta, protesté por lo más sagrado que así lo haría y que jamás había pensado en hacer lo contrario. Apenas parecía oirme; pero así era, sin embargo, porque casi en un murmullo profirió:

—¡Oh! ¡Si alguien me hubiera hablado así cuando tenía vuestra edad!

* * * *

Creo que esta confidencia a medias, de la cual jamás abusé, siendo esta la primera vez

El recuerdo de la patria, de la que no volvió a tener noticias, entristecía a Nolan.

que hago referencia a ella, fué lo que nos hizo después tan amigos. El se manifestaba siempre muy bondadoso para conmigo. Sentábase a menudo a mi lado y aun se levantaba muchas veces por la noche para pasear conmigo en el puente cuando me tocaba la guardia. Me enseñó muchísimo de matemáticas, y a él debo mi afición por esta ciencia. Prestábame libros y me ayudaba a comprenderlos. Jamás aludió otra vez directamente a su historia; pero durante treinta años supe por diversos oficiales todo lo que voy refiriendo. Cuando terminada nuestra travesía nos separamos en el puerto de Santo Tomás, estaba yo más triste de lo que podría expresar. Tuve el placer de encontrarle otra vez en 1830; y más tarde, cuando creí tener alguna influencia en Wáshington, removí cielo y tierra para obtener su gracia. Pero, fuera de su prisión, se había convertido en una especie de fantasma. Pretendían que no existía tal individuo, que jamás había existido. ¡Probablemente dirán lo mismo ahora en el departamento de marina! Quizá sí lo ignoran en realidad. ¡No sería el primer asunto del servicio que parece ignorar el departamento del ramo!

* * * *

Se cuenta que Nolan encontró una vez a Burr en uno de nuestros buques, cuando una partida de norteamericanos vino a bordo en el Mediterráneo. Pero creo que esto es falso; o más bien una fábula "ben trovata" acerca del tremebundo golpe que asestó a Burr preguntándole si le agradaba mucho encontrarse

"sin patria". A juzgar por la vida de Burr, nada de esto puede haber sucedido, por supuesto; y lo menciono únicamente como ilustración de las innumerables historias que circulan cuando existe un pequeño misterio en el fondo.

Así vió cumplido su deseo el infeliz Nolan. Sólo considero suerte más horrible que la suya, la de aquellos hombres que tienen un día para abandonar su patria por el desierto en castigo de haber intentado su ruina, y pueden comprobar al mismo tiempo la prosperidad que alcanza después de verse depurada de ellos y de sus iniquidades. El deseo del pobre Nolan, como todos aprendimos a llamarle, no porque su expiación fuera demasiado grande sino porque su arrepentimiento era tan visible, fué sin duda el mismo de los Bragg y Beauregard, que faltaron a su juramento de soldados hace dos años, y el de los Maury y Barrón, que faltaron al suyo de marinos. No sé si ellos se habrán arrepentido a menudo. Sé que hicieron todo lo posible para destruir la patria; para convertir en átomos y arrojar a los vientos todos los honores, vínculos, recuerdos y esperanzas que constituyen la patria. Sé también que mientras vegetan por todo el resto de su vida en sitios miserables, como Boulogne y Léicester Square, dedicados a vituperarse mutuamente hasta la muerte, su expiación tendrá la misma punzante agonía que la de Nolan, agregada al tormento de que todo aquel que les conozca podrá verles despreciados y execrados. ¡Habrán satisfecho su deseo, lo mismo que Nolan!

En cuanto a este infeliz se arrepintió de su locura y se sometió valerosamente a la suerte que había invocado.

Nunca agravó intencionalmente la dificultad o delicadeza de la misión de quienes lo tenían bajo su custodia. Sucedieron algunos incidentes; mas nunca fueron provocados por su culpa.

El teniente Truxton me refería que cuando la anexión de Tejas hubo acalorada discusión entre los oficiales acerca de la conveniencia de arrancar este Estado de la hermosa colección de mapas que tenía Nolan; del mapa universal y del mapa de Méjico, conforme arrancaron el de los Estados Unidos cuando compraron un atlas para él. Pero se decidió, con bastante buen criterio, que hacerlo así sería revelarle virtualmente lo que había sucedido, o como decía Harry Cole, hacerle pensar que el viejo Burr había llegado a triunfar al fin. Así, no fué culpa de Nolan que tuviera lugar un gran contratiempo en mi propia mesa, cuando me encontré por pocos meses al mando de la corbeta "George Washington" en un viaje a la América del Sur.

Estábamos anclados en la bahía de La Plata, y algunos de los oficiales que desembarcaron y volvían justamente a bordo nos entretenían con la relación de sus malaventuras montando caballos bravíos de Buenos Aires.

Nolan estaba a la mesa con nosotros, y de humor inusitadamente jovial y comunicativo. La historia de cierta caída hízole recordar una de sus aventuras cuando era todavía adolescente y cogía caballos salvajes en Tejas con su hermano Stephen.

Refirió la anécdota con muchísima gracia, tanto que él mismo rompió el silencio de un instante que sigue generalmente a las historias interesantes, preguntando sin darse cuenta:

—Decidme, ¿qué ha sido de Tejas? Después que Méjico proclamó su independencia, creía yo que Tejas le seguiría muy pronto. Es verdaderamente una de las regiones más hermosas de la tierra; es Italia de este continente. Pero no he sabido una palabra de Tejas durante casi veinte años.

Había en la mesa dos oficiales de Tejas. La razón por la cual ignoraba Nolan todo lo que se relacionaba con esa zona, era que se habían cortado lastimosamente de su periódicos todas las noticias desde que Austin inició la colonización; de manera que aun cuando leía de Honduras y de Tamaulipas, y hasta últimamente de California, aquella virgen provincia que tanto había recorrido, y donde había muerto su hermano, según creo, no existía ya para Nolan. Waters y Williams, los dos tejanos, miráronse ferozmente tratando de no reir; Edward Morris parecía absorto en la contemplación del tercer eslabón de la cadena de la lámpara del capitán. Watrous tuvo una convulsión de estornudos. Nolan comprendió que algo había en el aire, no sabía qué. Y yo, como dueño de la fiesta, me vi obligado a decir:

—Tejas está fuera del mapa, señor Nolan. ¿Habéis visto la curiosa relación de la bienvenida a sir Thomas Roe, por el capitán Back?

Después de este viaje no volví a ver a Nolan. Escribíale por lo menos dos veces al año porque en aquella travesía intimamos muchísimo; pero él jamás me contestó. Los compañeros me contaron que "envejeció" muy rápidamente en los últimos quince años para lo que había motivo, en verdad; pero que siempre era el mismo suave, estoico y silencioso sufridor, soportando lo mejor posible la pena impuesta por su propio deseo; menos sociable quizá con la gente nueva a quien no conocía, pero más ansioso que nunca, al parecer, de hacerse útil, de ayudar y enseñar a los jóvenes que sentían por él una especie de adoración. Y ahora parece que ha muerto este querido y viejo compañero. ¡Ha encontrado al fin una patria y un hogar!

* * * *

Después de haber escrito estas líneas y mientras dudaba si las haría publicar como enseñanza a los jóvenes Nolan y Vallándigham y Fátnall de nuestros días, recibí una carta de Dánforth, a bordo del "Levant", con la relación de las últimas horas de Nolan. Esto ha venido a desvanecer todos mis escrúpulos con respecto a la publicación de su historia.

Para comprender las primeras palabras de esta carta, debe recordar el lector profano que desde 1817 era sumamente delicada la

posición de los oficiales que conservaban a Nolan bajo su custidia. El gobierno no había renovado las instrucciones de 1807 a su respecto. ¿Qué debían hacer en esta situación? ¿Dejaríanle marchar? Y ¿qué responderían en caso de que el departamento de marina les pidiera cuentas por haber violado las órdenes de 1807? ¿Seguirían guardándole? ¿Qué sucedería si alguna vez llegaba la liberación de Nolan, y entablaba él juicio criminal por falsa prisión o secuestro contra todos los que le habían tenido prisionero? Yo hice presente e insistí con Soúthard sobre todas estas circunstancias, y tengo mis razones para creer que los demás oficiales procedieron de igual manera. Pero el secretario contestaba siempre, como sucede en Wáshington con bastante frecuencia, que no había órdenes especiales que dar y que debíamos resolver según nuestro propia criterio. Lo que significaba. "Si tenéis suerte, seréis sostenido; si fracasáis, seréis abandonado". Bien; como dice Dánfarth, todo ha pasado ahora, aun cuando no sé si me expongo a ser perseguido criminalmente por las revelaciones que vengo haciendo.

He aquí la carta:

Philip Nolan

"Levante, 2o 2' a 131o 0.

"Querido Fred:

"Estoy tratando de reunir mi valor para deciros que todo ha terminado para nuestro viejo y querido Nolan. Durante esta travesía he estado con él más que nunca y he podido comprender ampliamente la forma en que acostumbrábais expresaros acerca de este viejo camarada. Pude advertir que no andaba muy fuerte en los últimos tiempos, pero no tenía la menor idea de que su fin estuviese tan cercano. El médico le atendía con gran esmero, y ayer por la mañana vino a decirme que Nolan no se sentía muy bien y que no había podido dejar su camarote; algo que yo no recordaba haber sucedido jamás. Permitió que le visitara el doctor mientras él estaba acostado, — primera vez que el médico había entrado en el camarote, — y manifestó deseos de verme. ¡Oh, amigo mío! ¿Recordáis las historias misteriosas que inventaban los marineros a propósito de su camarote, en los lejanos días del "Intrepid"? Bien; acudí y allí yacía el pobre hombre en su lecho, sonriendo plácidamente al darme la mano, pero con aspecto muy débil. No pude evitarme de lanzar una mirada en torno, la cual me mostró el pequeño santuario que se había formado en el hueco que habitaba. Las estrellas y las rayas lucían rodeando un retrato de Wáshington, y había pintado un águila majestuosa, arrojando rayós por el pico y sujetando con las garras el globo que sus alas cubrían. El querido y antiguo compañero sorprendió mi ojeada y dijo con triste sonrisa: "¡Como véis, aquí tengo patria!" Y señaló entonces a los pies de su lecho, donde yo no había dirigido antes la mirada, un gran mapa de los Estados Unidos, dibujado de memoria, y que había colocado en aquel sitio para mirarlo mientras yacía acostado. Veíanse allí en grandes letras nombres originales y anticuados: "Indiana Territory", "Mississippi Territory" y "Louisiana Territory", como supongo que aprenderían la geografía nuestros padres; pero el viejo camarada había agregado también Tejas, llevando la frontera occidental hasta el Pacífico; sólo que en estas costas no había nada definido.

"¡Oh, Dánforth! Sé que me muero. No volveré a ver mi patria!" dijo. "¡Espero que querréis decirme algo ahora! ¡Aguardad, aguardad! No pronunciéis una palabra hasta que yo haya dicho lo que estoy seguro que sabéis: que no hay en este buque, que no hay en los Estados Unidos ¡Dios los guarde! hombre más leal que yo. ¡No puede haber hombre que ame como yo nuestro pabellón, que ore por él como yo lo hago, é invoque para él porvenir tan brillante como yo! Cuenta ahora treinta y cuatro estrellas, Dánforth. Doy gracias a Dios por ello, aunque ignoro sus nombres. Jamás se ha arrancado ninguna de sus estrellas; ¡doy gracias a Dios por ello! De allí deduzco que ningún Burr ha triunfado. ¡Oh, Dánforth, Dánforth! — suspiró. — ¡Qué espantosa pesadilla parece la idea juvenil de gloria personal o de soberanía independiente a la mía! Pero, ¡decidme algo, que yo sepa todo, Dánforth, antes de morir!"

"Ingham, os juro que me sentí un monstruo por no haberle dicho todo desde antes. Hubiera o no peligro en hacerlo, fuera o no delicadeza, ¿quién era yo, para haber tiranizado todo este tiempo a aquel querido y sano anciano que había expiado largos años en toda la fuerza de su virilidad, la locura de traición de un adolescente?

"Señor Nolan, — exclamé, — "os diré todo lo que deseeís saber mas, ¿por dónde he de comenzar?"

"¡Oh, la bienaventurada sonrisa que iluminó su pálido semblante! Estrechó mi mano

y dijo: "¡Dios os bendiga! Decidme sus nombres", añadió señalando las estrellas del pabellón. "La última que conozco es Ohío. Mi padre vivía en Kentucky. Pero he adivinado Míchigan, Indiana y Mississippí; allí estaba el fuerte de Adams. Esto suma veinte. ¿Cuáles son las otras catores? ¡Espero que no habréis quitado ninguna de las antiguas!"

"Bueno; no era mal examen este; y yo le dije los nombres en el mejor orden que me fué posible, y él me pidió que bajara su hermoso mapa y que las dibujara al lápiz lo mejor que pudiese. Estaba loco de alegría a propósito de Tejas y me dijo que allí había muerto s uhermano. Tenía marcada una cruz dorada en el sitio en que suponía encontrarse su tumba; y había conjeturado que Tejas pertenecía a la Unión. Luego se extasió al ver California y Oregón; esto, decía, lo había sospechado en parte porque jamás se le permitió desembarcar en dichas playas, aun cuando los buques se dirigían allá a menudo, Y los marineros, — agregaba riendo, — traían muchas otras cosas además de peletería. Luego retrocedió ¡cuán lejos, Dios mío! para averiguar de la "chesapeake" y lo que sucedió a Barrón por rendirse al "Leopard"; y si Burr había hecho alguna nueva tentativa, — rechinando los dientes con el único impulso de ira que demostró. Pero pronto lo hubo dominado y exclamó: "¡Dios me perdone, como estoy cierto de haberle perdonado!" Luego me preguntó acerca de la antigua guerra, y refiriéndome la verdadera historia de sus proezas con el cañón el día en que tomamos el "Java',' inquirió por el querido viejo David Pórter, como le llamaba. Y despus, tranquilizándose algo y demostrando sentir gran felicidad, me escuchó referir en una hora la historia de cincuenta años.

"¡Cuánto deseaba yo que hubiera otro que supiera más! Pero lo hice lo mejor que pude. Hablé de la guerra inglesa. Le conté de Fulton y de los comienzos de la navegación a vapor. Le hablé del viejo Scott y de Jackson; le dije todo lo que sabía acerca de Mississippí, Nueva Orleáns, Tejas y su tierra natal, el antiguo Kentucky. Y pensad, me preguntó quién estaba al mando de la legión de Oeste. Díjele que era un bizarro oficial llamado Grant que, según las últimas noticias, iba a establecer su cuartel general en Vícksburg. Entonces, "¿dónde está Vícksburg?", dijo. Se lo dibujé en el mapa; está a cien millas más o menos de su viejo fuerte de Adams y creo que el fuerte de Adams será una ruina en la actualidad. "Probablemente está situa-

"PUCKY" Magazine

APARECE TODOS LOS VIERNES

PRECIOS DE SUSCRICION

Capital e Interior

Número de la semana	$ 0.20
„ atrasado	„ 0.40
Suscrición por 3 meses (13 números)	„ 2.50
„ „ 6 „ (26 „)	„ 4.80
„ „ 1 año (52 „)	„ 9.00

EXTERIOR

Bolivia, Brasil, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, España, EE. UU. de Norte América, Filipinas, Guatemala, Honduras, Méjico, Nicaragua, Paraguay, Perú, San Salvador, Santo Domingo y Uruguay . . . Año $ 9.00 c/l.

Demás países . . . . . „ „ 12.00 „

do en la antigua colonia de Víck", dijo, "¡vaya qué cambio!"

"Os aseguro, Ingham, que era tarea bien difícil condensar la historia de medio siglo en aquella conversación con un enfermo. No sé todo lo que le dije acerca de la inmigración y la manera de realizarla; de vapores, ferrocarriles y telégrafos; de inventos, libros y literatura; del colegio militar de West Point y de la escuela naval de Annápolis; todo esto con las interrupciones más originales que podáis imaginar. ¡Figuráos a Róbinson Crusoe haciendo las preguntas acumuladas en cincuenta y seis años!

"Recuerdo que preguntó de improviso quién era presidente ahora; y cuando se lo dije inquirió si el viejo Abe era hijo del general Benjamín Lincoln. Decía que cuando era aún muy joven había conocido al viejo general Lincoln en cierta negociación llevada a cabo con los indios. Díjele que no, que el Viejo Abe era de Kentucky, como él; pero no pude decirle a qué familia pertenecía; había salido de esfera baja. "¡Bravo!", gritó Nolan. "Me alegro. Meditando y rumiando todo esto he llegado a la conclusión de que nuestro mayor peligro consistía en la sucesión regular del mando, de nuestras primeras familias". Entonces hablé de mi visita a Wáshington. Le conté cómo había conocido al diputado por Oregón, Hárding; le hablé de la Smithsonian Institution y las expediciones exploradoras; le conté del capitolio y de las estatuas del frontón y de la Libertad de Cráwford en la cúpula; y del Wáshington de Gréenough. Ingham, díjele cuanto pude recordar que demostrara la grandeza y la prosperidad del país; pero, ¡no me fué posible forzar mis labios para decirle una palabra acerca de la infenal sublevación!

"Y él bebía mis palabras y gozaba con ellas hasta un extremo indecible. Iba quedando poco a poco más silencioso, pero no se me ocurrió que estuviera fatigado o desfallecíente. Le alcancé un vaso de agua en que apenas humedeció sus labios, y me dijo que permaneciera a su lado. Entonces me pidió que le trajera el libro presbiteriano de "Oraciones generales" que estaba cerca, y me anunció con una sonrisa que se abriría por sí solo en el sitio deseado, como efectivamente sucedió. Había una doble marca roja en el extremo inferior de la página; yo me arrodillé y leí, mientras él repetía conmigo: "Por nosotros y por nuestra patria, te damos gracias, Dios misericordioso, porque, a pesar de nuestras repetidas transgresiones a tu santa ley, has continuado dispensándonos tu bondad maravillosa", — y así hasta terminar la acción de gracias. Entonces volvió las páginas hasta el final del mismo libro, y leyó palabras más familiares a mis oídos: —"Desde el fondo del corazón te suplicamos, Señor, sostener con tu gracia y bendecir a tu siervo el presidente de los Estados Unidos, a todas las demás autoridades,... y el resto de la oración episcopal.

"Dánforth", dijo, "he repetido estas oraciones mañana y noche hace cincuenta y cinco años". Y luego, expresó el deseo de dormir. Hízome inclinar sobre él, y me besó; entonces dijo: "Abrid mi biblia, Dánforth, cuando haya muerto". Salí.

"No tenía idea de que aquello fuera el fin. Imaginé que estaba fatigado y que quería dormir. Sabía que era feliz, y quise dejarle solo.

Pero una hora más tarde, entrando suavemente el doctor, encontró que Nolan había entregado su alma en una sonrisa. Oprimía algo contra sus labios. Era la banda de la Orden de Cincinnati, de su padre.

Abriendo su biblia, encontramos una tira de papel en una página donde había subrayado el texto:

"Deseen patria, una patria celestial; allí donde Dios no se avergüence de llamarse su Dios: porque El ha preparado una ciudad para ellos".

En la tira de papel había escrito:

"Sepultadme en el mar; ha sido mi hogar y le amo. Pero, ¿querrá alguien colocar una piedra a mi memoria en el fuerte de Adams o en Orleáns, para que mi desgracia no sea mayor de la que estaba condenado a sobrellevar? Decid allí:

> En memoria de
>
> PHILIP NOLAN
>
> Teniente del Ejército de los Estados Unidos
>
> Amó su patria más que ninguno; pero ninguno como él fué indigno de su patria.

H. EVERETT HALLE.

Lágrimas

Las lágrimas que vierte una persona blanca están compuestas de agua en gran cantidad, fosfato de sosa, cloruro de sodio y una pequeñísima cantidad de mucus.

En los negros, los elementos de las lágrimas son casi los mismos; solamente falta el fosfato de sosa y en cambio, hay una escasa proporción de amoníaco.

Los esquimales lloran muy raras veces, y cuando lo hacen, sus lágrimas contienen mucho cloruro de sodio; gentes endurecidas por las especiales condiciones de su país. No es en ella frecuente el llanto; pero, en cambio, lo vierten más amargo que los hombres de otras razas.

Más curioso que la composición química de las lágrimas es su aspecto al microscopio. Los elementos de las lágrimas del blanco están dispuestos de manera que figuran las espinas de un pez; el esquimal ofrece la forma de un arco.

¿Es Vd. cultor del football?

Compre

EL DIARIO

(Edición de los Jueves)

y tendrá una colección de fotografías en colores de todos los teams que tomarán parte en el campeonato de 1926.

Si quiere recibir un ejemplar de EL DIARIO a domicilio, remita el cupón que aparece en la página 80 de este ejemplar.

UNA PRIMICIA DE "PUCKY"

LOS VERDES OJOS DE BAST

Novela inédita en nuestro idioma, escrita en inglés por el famoso autor

SAX ROHMER

Traducida especialmente para "Pucky" del original adquirido en Londres

Esta novela comenzó en el número 132 de "Pucky". Si no ha leído los primeros capítulos pida ese número y los números anteriores a la administración, Avenida de Mayo 662, Buenos Aires, enviando 80 centavos en estampillas de 5 centavos y le será remtido por vuelta de correo.

LAS PERSONAS DE TEMPERAMENTO NERVIOSO Y FACILES DE EMOCIONAR NO DEBEN LEER ESTA NOVELA DE NOCHE.

CAPITULO IX

La cortina de terciopelo

"ESTO si que me asombra, señor Addison", — dijo el inspector Gátton.

Nos encontrábamos en el jardín de mi chalet, delante de la ventana de mi cuarto de trabajo, que estaba abierta. Entre el camino y el cerco de arbustos había un pequeño plantío de flores. Quedaba a la sombra del cerco y Coates había sembrado allí varias plantas de tabaco. El suelo era allí más blando que en otros sitios del jardín.

Allí, marcadas con toda claridad, estaban las huellas de unos zapatos pequeños y de tacos altos.

—Parece que hubiéramos vuelto a los tiempos de "Jack el de los tacos de resorte", — continuó mi amigo, — anteriores a mi época. Creo que aquel misterio no fué aclarado nunca.

—No, — contesté; — nunca fué explicado satisfactoriamente. En consecuencia la analogía entre ambos casos no es de buen augurio. Pero como usted lo dice todo parece indicar que mi visitante saltó con toda limpieza por encima de un cerco de seis pies de altura.

—¡Es algo inverosímil! — dijo Gátton con tristeza. — En vez de contribuir a aclarar el asunto esto es algo que lo embrolla todavía más.

Volvimos a mi cuarto de trabajo.

—¿Ha leído usted los diarios? — me preguntó el inspector.

—Casi todos ellos. Dan una importancia excesiva y mencionan con exagerado exceso a la señorita Merein.

—Y al del nuevo baronet... a sir Eric, — dijo Gátton con intención.

Le miré cara a cara fijamente.

—¿Cree usted seriamente, — dije, — que Eric Coverly tiene algo, sea lo que sea, que ver con la muerte de su primo?

Gátton se removió violento, en su silla.

—Bueno, — contestó, — en estos momentos en que aún se ignora todo lo relacionado con el autor del crimen ¿quién sino él sale beneficiado directamente con la muerte de Marcus Coverly?

Era esa una pregunta que yo no me había atrevido a hacer porque sabía que no había modo de contestarla.

—El es el que hereda el título de baronet, — agregó Gátton, — y a la muerte de lady Burham Coverly, heredará el castillo y parque de Friar. Existe una cláusula según la cual esa señora ha de gozar de la posesión en usufructo de tan valiosa propiedad mientras viva.

—Según he oído decir la propeidad está hipotecada, ¿será eso verdad?

—Aún no he confirmado ese punto, señor Addison, — contestó Gátton. — El apoderado de sir Eric carece de noticias al respecto y lo que dice el apoderado de sir Marcus es inexacto. Pero aun suponiendo que sólo se trate del título, más de un hombre ha perdido la vida por muchísimo menos. Además debe usted tener en cuenta a la señorita Merlin.

—¿Por qué? — pregunté.

—Porque está comprometida para casarse con Eric y sir Marcus la cortejaba de manera bien visible. Los celos hacen que los hombres (y las mujeres) cometan las cosas más extrañas y desesperadas. El carácter de sir Eric Coverly, el nueva baronet, es bastante curioso y raro.

—Es testarudo y, desde algunos puntos de vista ,débil, — dije. — Pero por lo demás es un caballero de buena educación y que respeta las tradiciones de su viejo apellido. Le digo a usted Gátton, que suponerle autor del crimen es una tontería. Basta recordar su conducta mientras estuvo en el ejército para comprender que es un hombre enteramente digno de confianza.

—Sí, — dijo Gátton entredientes, — le dieron una medalla por "distinguidos servicios" en Egipto.

Esta manifestación del inspector me hirió igual que un golpe físicamente fuerte. Gátton empezó a cargar su pipa sin dirigirme una sola mirada; pero el oculto significado de sus palabras era sobradamente evidente.

—Gátton, — dije, — ¿a dónde diablos quiere usted ir a parar?

El inspector se encogió de hombros.

—Lo que usted podía llamar el aspecto colateral del asunto, — contestó, — inclina las cosas del lado de Egipto, ¿no es así? Muy bien. ¿Quién más, de los que sabemos relacionados con el asunto, está o ha estado vinculado alguna vez con Egipto?

—Pero... ¿la mujer?...

—¡Ah! — dijo Gátton. — Ahora profundiza usted. Pero suponiendo que las extraordinarias características de su visitante puedan ser explicadas de algún modo, que sean consecuencia de algún "truc", por ejemplo, ¿es posible que sea una mujer con la cual Eric Coverly se encontró, en otro tiempo, en Egipto?

Miré fijamente a Gátton durante un momento.

—En ese caso, — dije después, — sería una rival de la señorita Merlin, ¿no es eso?

—¡Precisamente! El detalle del retrato es digno de una mujer celosa. Todo fué planeado con suprema astucia, pero en cuanto entra en escena la odiada rival, la persona autora del plan se excede, exagerando, estropeándolo todo.

—¿Cree usted entonces que el silencio de Coverly obedece al propósito de ocultar a alguien?

—Lo que creo es que trata de escularse él mismo. Un hombre acusado de asesinato no vacila en demostrar la coartada a menos que se encuentre entre la espada y la pared. ¿Cuál es la situación de su amiga la de los extraños ojos, en el asunto? Hasta este momento no lo sé. No niego que en más de una ocasión he oído hablar de casos de personas que tuvieron ojas luminosos como los de los gatos, pero personalmente no he visto ningún ser humano dotado de esa rara condición.

—Muy bien, inspector, — dije. — Espero que dentro de poco tendrá usted más datos a ese respecto. Estoy tratando de conseguir, para ilustrarme sobre esos casos, una obra de Saint Hilaire que trata de teratología.

—En cuanto a su extraordinaria actividad y agilidad, — agregó Gátton, — debemos recordar que un cerco de arbustos no es una tapia de piedra. Quiero decir con esto que el salto no tuvo que ser de seis pies de altura. Además esta es la época de las señoritas atléticas. Hay ahora mujeres atléticas que pueden realizar hazañas notables y saltar a grandes alturas. Claro está que aún hay que encontrar e interrogar a muchos testigos, pero yo creo saber actualmente lo que se puede esperar. Es una ingeniosa idea aun cuando no enteramente nueva para mí.

"Todo ha sido combinado por medio del teléfono, poderoso aliado del criminal moderno. En resumen, lo que ha sucedido es lo siguiente: La Casa Roja, escogida por su ubicación aislada y también porque se hallaba a mano, fué arrendada por el asesino, a quien no conocemos todavía, sin que tuviera lugar ninguna entrevista personal. Debemos buscar pues, a alguien que dispone de considerables recursos financieros gracias a que pagando anticipado, en dinero, un año de alquiler el hombre, o la mujer, a quien llamaremos A, no tuvo que dar las referencias y garantías de costumbre y obtuvo las llaves y el derecho a disponer de la casa. Por el mismo medio obtuvo los muebles y enseres necesarios. Aun no hemos dado con la casa que mandó todo eso, pero no dudo de que el trato fué realizado por teléfono pagando por anticipado como en el otro caso. Debieron hacer llaves duplicadas para algunas puertas, lo que debió ser muy sencillo. Encontraremos al mueblero y al hotelero o dueño de restaurante que proporcionó la cena. Estos debieron ser atendidos en la Casa Roja por algún mensajero o cosa por el estilo, que recibió las órdenes por teléfono y las llaves con el dinero anticipado, por correo.

"Todo fué combinado teniendo en vista un solo propósito: el de hacer que sir Marcus concurriera a la habitación donde estaba preparada la cena. Si concurrió al New Avennue Theatre la pasada noche fué porque la pidieron que concurriera; esto si que no lo podremos averiguar nunca; probablemente de parte de la señorita Merlín. La sangre fría conque A encargó un cajón y lo hizo mandar al garage, un cajón para meter

DISCOS-DOBLES, SURTIDOS EN-PESOS
25 BUEN ESTADO Y PORTE PAGO 12
POR CAMBIO $ 7
S. ALVAREZ
UN. TELEF. 0727 AVENIDA
DEFENSA 658 - BUENOS AIRES
COMPRO VENDO Y CAMBIO NUEVO Y USADO

en él el cadaver de la víctima y mandarlo al puerto embarcándolo para las Indias Occidentales nos ilumina respecto del carácter de la persona a quien tenemos que buscar.

"Tarde o temprano tenía que descubrirse todo, claro está. Se descubrió antes debido al accidente que se produjo en el puerto. Si se hubiera descubierto mucho después, A hubiese tenido tiempo para desmantelar la Casa Roja de modo que la investigación se hubiera visto seriamente entorpecida. En las circunstancias presentes lo que pudo desmantelar fué lo más importante de todo.

—¿A qué se refiere usted? — pregunté con sumo interés.

—A la máquina de muerte, — contestó Gátton. — A la astuta combinación en torno de la cual fueron establecidos los detalles antes mencionados. No necesitamos esperar a que el médico forense presente su informe a qu el médico forense presente su informe para saber que sir Marcus murió asfixiado.

—¿En la habitación donde estaba preparada la cena para dos? — pregunté yo.

—¿Lo duda usted?

—No, dije, — no lo dudo.

—No he consentido que toquen nada de lo que hay allí, — prosiguió Gátton, — ahora iré a revisarlo todo de nuevo. Quiero hacer una última tentativa a ver si logro poner en claro el misterio de cómo halló la muerte sir Marcus.

—Hay un detalle, — dije yo, — que parece imposible que esté de acuerdo con lo demás del plan. Me refiero a la figura de la diosa Bast pintada en una tabla del cajón, ustedes la tienen en Scotland Yard, y la imagen de la Diosa que me fué robada anoche de la mesa de mi escritorio.

Gátton se levantó de su asiento y lanzó un suspiro.

—Siempre he visto, señor Addison, — replicó, — que precisamente esos detalles colaterales de un caso, esos puntos que no parecen estar relacionados con él en el primer momento, suelen ser luego los datos de mayor importancia. Los casos aparentemente más sencillos, aquellos en que no se presentan circunstancias de ese género, son precisamete los más difíciles de solucionar.

Me reí solo un instante.

—No es posible quejarse de que falten semejantes puntos desligados del asunto en el caso del "Misterio del Oritoga", — dije.

— Según dijo un colega mío cuando fué hallado el cajón todo el asunto parecía tan disparatado como el argumento del cuento de hadas "Alicia en el país de las Maravillas".

Gátton se dirigió a la Casa Roja y yo le acompañé porque me interesaba mucho llegar a saber cómo habían matado a Sir Marcus. Como yo tenía propósito de visitar a Isobel aquella misma mañana, Coates nos llevó a Gátton y a mi hasta la Casa Roja y allí le dije que me esperara.

Aun cuando todavía era temprano, la importancia que los diarios habían dado al asunto había reunido una cantidad bastante numerosa de peregrinos delante de la casa que había sido teatro del crimen, cuando nosotros llegamos. Londres es una ciudad de mirones. En cuanto se produce la más trivial escena callejera se reúne un público interesado en enterarse de todo; una casa donde, según se dice, se ha cometido un homicidio se transforma en punto de atracción para todos los curiosos desocupados procedentes de los cuatro puntos cardinales.

Nuestra llegada produjo conmoción entre la abigarrada muchedumbre reunida en la calzada. A pesar de los esfuerzos del policeman de guardia, hombres, mujeres y niños se amontonaban junto a la verja mirando hacia la casa vacía como si esperaran ver aparecer la cara del asesino o el espectro de la víctima tras de los vidrios de las ventanas. Un grupo numeroso habíase reunido frente al garage pero como Gátton y yo bajamos del automóvil y nos dirigimos por el camino de coches, el público inició un movimiento en la misma dirección.

—Quén sabe, — dije yo, — Si A, el buscado asesino, se encuentra entre esos grupos de mirones. ¡Se dice con tanta frecuencia que el asesino se siente irresistiblemente atraído al sitio que fué teatro de su crimen!

—Puede ser que esté o que no esté, — replicó Gátton; — pero de lo que estoy seguro es de que están dos hombres del D. I. C. (Departamento de Investigaciones en lo Criminal) de modo que A, si está, debe andar con mucho tiento.

Pocos momentos después me encontraba nuevamente en el vestíbulo de la Casa Roja: me pareció que el sitio aquel tenía en aquel momento un ambiente de misterio que no le había notado antes. En el silencio y abandono de la casa parecía flotar algo siniestro. Claro está que todo eso era creación de mi mente en la que influía el conocimiento de los luctuosos sucesos vinculados con aquel sitio y aquella casa. Pero si el día anterior al visitar la casa yo había sentido sorpresa y curiosidad, en mi segunda visita experimentaba una impresión de tenebrosa ansiedad como si esperara oir algo que no llegué a oir y preguntándome en vano qué secreto estaba oculto entre las paredes de la desolada mansión.

Según lo había ordenado Gátton, la habitación donde estaba servida la trágica cena estaba tal como la vimos la primera vez. Volvimos a ver los blanquísimos manteles y la reluciente platería. Oí el tic-tac del reloj que estaba en la repisa de la chimenea y miré tontamente hacia la botella de champagne metida en el plateado balde para hielo que entonces sólo contenía agua sucia. Una frutera muy grande estaba a un lado de la mesa con duraznos, damascos y pelones; algunas zumbadoras avispas se habían metido por una ventana que alguien había abierto y revoloteaban zumbando perezosamente en redor de la frutera. Y por último, allí, junto al reloj, estaba el retrato de Isobel.

En vano se buscó algún rastro de pelea. Pero la naturaleza de la investigación de mi amigo era más misteriosa. Me pareció que volvía a dirigir mi atención a la pared, al marco de cada una de las ventanas y al contorno de la puerta.

—¡Ah! — exclamé yo de repente. — ¡Ya

sé lo que está usted buscando! Alguna conexión entre este cuarto y el garage, ¿no es eso?

Gátton, que en aquel instante examinaba el tablero inferior de la puerta levantó la cabeza y sonrió.

—Puede ser, — contestó.

Por el tono de su voz comprendí que, fuera lo que fuera lo que buscaba, aún no lo había encontrado.

Al cabo de un rato, desistiendo de buscar en la puerta, se levantó y miró con curiosidad, durante algún tiempo, hacia un hueco situado precisamente detrás de una de las sillas de alto respaldo que estaban en torno de la mesa de la cena. Ya habíamos examinado aquel hueco y lo habíamos encontrado vacía Gátton avanzó hacia él y levantó hacia un lado la cortina que cubría la entrada a aquella especie de alacena sin puerta.

El hueco tenía unos cuatro pies de ancho por tres pies de profundidad y no contenía nada de moblaje ni de adorno.

—¿Le llama a usted la atención algún detalle de cómo está arreglado esto? — me preguntó mi compañero.

Miré durante largo tiempo, pero no logré dar con detalle alguno que me pareciera salirse de lo vulgar.

—No, — dije luego; — lo único que me extraña es que hayan puesto una cortina así en un hueco de esa clase.

—¡Y qué cortina! — exclamó Gátton, estrujando la tela con una mano.

Yo también toqué la tela de la cortina y noté que era de terciopelo muy grueso y en extremo pesada. Mirando hacia arriba, me dí cuenta de que estaba sujeta a un palo colocado tan alto que casi tocaba al cielorraso.

—Bien, — dijo Gátton, mirándome de modo extraño y entornando los ojos; — además de lo extraordinario del grueso de esta cortina, ¿nota usted algo más?

—No, — confesé.

—Bueno, — prosiguió él; — debe usted recordar que ayer, cuando examiné este sitio, tuvo que poner una silla para mantener la cortina levantada y examinar el interior del hueco.

—Así lo hizo usted, es verdad, — dije; — lo recuerdo.

—¿No le llamó a usted la atención que yo hiciera eso? Si se fija usted en cómo está sujeta la cortina al palo de arriba, verá que no cuelga de unas anillas corredizas, según costumbre; está clavada o atada fijamente. En consecuencia, no está en condiciones de ser descorrida. Fíjese usted y verá además que está formada por un solo paño, de manera que quien desee entrar en ese hueco se ve obligado a levantar la cortina y, una vez dentro, a dejarla caer, cerrando de nuevo la entrada.

Estudié más detenidamente la disposición de la cortina y me dí cuenta de que Gátton estaba en lo cierto. También ví algo más.

—¡Esta habitación ha tenido alumbrado a gas en un tiempo! — exclamé. — Allí, cerca de la cornisa puesta para clavar detrás de ella los clavos que sostengan los cuadros que se pongan en la pared, se ve la extremidad de un caño de gas, tapada.

—Muchas casas tienen, en la actualidad, luz eléctrica y gas, por esta zona, — dijo Gátton, sin explicar por qué lo decía.

Pero aún antes de que terminara de hablar le ví cambiar de expresión. Un instante después tomó una silla y la metió en aquel hueco.

—¡Sostenga usted un momento la cortina levantada hacia un lado! — me ordenó rápidamente.

De pie en la silla, examinó en tapón de bronce que yo había mencionado, y que sin

NO LE QUEDABA TIEMPO

—Usted debía trabajar.

—No dispongo de tiempo, señora. ¡No ve que pido limosna durante once horas por día!

duda tapaba el extremo de un caño de gas. Durante unos momentos le miré en silencio.

—¿Qué cree usted haber hallado? — pregunté luego, con impaciencia.

Gátton me miró por encima del hombro.

—¡Creo ue he encontrado "una prueba"! — contestó.

CAPITULO X

La valija mojada

ISOBEL entró en la habitación y se acercó a la silla de la cual yo acababa de levantarme. Con su toilette de mañana, sencilla y elegante, con la luz del sol reluciendo en su cabello color caoba y a pesar de la expresión de temor que aún se notaba en sus ojos, estaba más bella que nunca. Noté al levantarme para saludarla, que la tenía intranquila una extraña excitación nerviosa.

—¿Le preocupa a usted la situación de Eric? — pregunté cuando hubimos terminado las salutaciones de costumbre.

—Cada día que pasa veo que el caso se pone más grave para él. — contestó ella sentándose, con aire de cansancio, en una butaca situada a mi lado.

En realidad, la sombra que nos había envuelto parecía en aquellos momentos casi palpable; era algo que se asemejaba a las terribles tinieblas de Egipto, y no la disipaba ni aún el brillante y alegre sol de la mañana.

—¿Cuándo vió usted a Coverly por última vez?

Isabel levantó la cabeza con aire de sentirse fatigada y aburrida.

—Anoche. — Y me pareció que creía que alguien le seguía los pasos... un detective.

Noté que Isobel hablaba de Eric Coverly con una especie de reserva que yo no me explicaba. Sin embargo, tenía sobrada razón para proceder así, pero en aquellos momentos yo estaba tan tontamente ciego que no me dí cuenta de las encontradas emociones que luchaban entonces, en terrible conflicto, en la mente de la joven actriz.

—¿Sigue negándose a decir lo que hizo la noche del crimen? — pregunté.

—Sí; insiste en su extraordinario silencio, — dijo Isobel.

La expresión dei ntranquilidad de sus ojos se acentuó en aquel momento.

—Lo que no puedo explicarme es la actitud de resentimiento que ha adoptado últimamente, — agregó Isobel.

—¿De resentimiento? ¿Contra quién?

—¡Contra mí!

—Pero...

—¡Oh! Si es algo que no se entiende, Jack, y que me está haciendo horriblemente desgraciada. Se quejó también con grandísima amargura de la vigilancia a que lo tiene sometido la policía. Se da cuenta de que el coronel interpreta su silencio en sentido desfavorable para él, pero en lugar de hablar con toda franqueza, adoptá, hasta cundo está a solas conmigo, esa incomprensiva actitud de resentimiento. En realidad, su conducta casi me hace pensar que él se imagina que soy yo la responsable de sus presentes desgracias.

—Tiene que estar demente si piensa así, — dije. Y supuse que Eric debió hablar con excesiva amargura, porque Isobel bajó la vista y noté que se ruborizaba, como si algo la tuviera perpleja.

—No crea usted que yo le condeno, — agregué apresuradamente, — pero en realidad por tranquilizarla a usted, ya que no por la buena fama de su propio nombre, debía hablar inmediatamente. ¿Espera usted verle hoy?

Isobel inclinó la cabeza afirmativamente.

—Espero verlo de un momento a otro,— contestó; después, mirando de soslayo unos cuantos diarios que estaban tirados en el suelo, cerca de su butaca, agregó: — Supongo que usted ha leído ya todo lo que la prensa ha creído necesario decir al respecto.

Moví la cabeza en señal de asentimiento.

—¿Qué podía esperarse sino eso? — dije. — Es este un caso en el cual todas las pruebas, aún cuando sean puramente circunstanciales, indican como culpable a un inocente. Siento muchísimo lo que le pasa a Coverly, pues con su actitud no sólo hace que usted y él se vean envueltos en un caso de lo más desagradable, y que también entorpece la acción de la justicia. En verdad, con su inexplicable silencio está, inconsciente e involuntariamente, dando al criminal tiempo sobrado para escapar, eludiendo la acción de la ley.

Mientras pronunciaba estas palabras, oí que un coche se detenía en la calle, frente a la casa. Miré por la ventana y ví que Coverly bajaba del coche, pagaba al cochero y entraba en el portal. Su actitud era curiosamente furtiva, y me dió la dolorosa idea de que parecía un fugitivo. Pocos momentos después entró en la habitación y su expresión, cuando me vió allí, fué de marcada hostilidad.

Eric Coverly no se parecía absolutamente nada al difunto baronet de quien heredaba el título, pues pertenecía a otra rama enteramente distinta de la familia. Sir Marcus tenía el cabello oscuro y el cutis pálido mientras que Eric Ceverly era uno de esos tipos de cabello rubio, de rostro rozagante, curtido por el aire libre, un tipo enteramente inglés, desenvuelto, jovial y despreocupado. Nunca nos había unido una gran simpatía porque los estudios a los cuales yo dedicaba tanto tiempo le parecían ridículos y absurdos. Aun cuando instruido y al tanto de casi todas las cosas era un elemento típico de su clase social y nadie lo hubiese clasificado como un intelectual.

—Buenos días, Addison, — dijo después de haber saludado a Isobel con fría corrección, lo que yo atribuí a mi poco agradable presencia. — ¡Parece que la gente de la tribu de Fleet Stelt se ha puesto de acuerdo para hacer que me ahorquen, según veo!

—¡No diga usted tonterías, Coverly — repliqué con brusquedad — Esa equivocada

actitud se disipará inmediatamente en cuanto usted deje de negarse a decir lo que estuvo haciendo mientras se cometía el crimen.

—¡Pero eso es un insulto! — exclamó Coverly acalorado. — ¿Qué demonios tengo yo que ver con la muerte de Marcus?

—Estoy enteramente convencido de que usted no sabe ni una palabra a ese respecto; pero yo lo conozco hace muchos años. Los de "la tribu de Felet Street" a quienes usted se refiere, le miran a usted como una unidad de Londres y nada más. En un caso como el presente, Coverly, todos los hombres son iguales.

Mientras yo me descargaba de ese discurso, cuyo objeto era, debo decirlo en defensa propia, acicatear a Coverly y decidirle a que proyectara algo de luz sobre el misterio, Eric me miró con una expresión de creciente desagrado. Noté que tenía unas ojeras oscuras y que se hallaba muy nervioso y muy excitado. Me pareció que debía haber dormido muy poco en las últimas cuarenta y ocho horas y que tal vez había recurrido al uso de estimulantes para hallarse en condición de hacer frente a las nuevas dificultades que pudieran presentarsele en el día.

—No me creo obligado, — dijo con enojo, — a dar cuenta de lo que hago o he hecho a cuanto policeman tenga la ocurrencia de preguntármelo. No sé absolutamente nada respecto al crimen. Ya lo he dicho así. ¡No estoy acostumbrado a que se dude de mi palabra!

—Querido Coverly, — dije, — convénzase de que tarde o temprano tendrá usted que abandonar su actitud heróica. ¿No quiere usted dejarse aconsejar por nadie? Va usted a tener que contestar a las preguntas que le haga el coronel y si usted insiste en su extraodinaria negativa y no contesta a una sencilla pregunta, con seguridad que el asunto pasará de inmediato a un tribunal de superior jerarquía.

—¡Sí! ¡Ya le he dicho a usted que en Fleet Street me consideran ahorcado, Isobel! — gritó Coverly riéndose a carcajadas que resultaron muy desentonadas.

Pero, — y no era posible que hombre alguno interpretara aquello en favor de Coverly — para mi enojo y mi asombro, agregó:

—¡Está bien! ¡Que hagan lo que les de la gana! ¡Hablaré si quiero hablar, pero no de otro modo!

Creo que había más que suficientes razones para sentirme fastidiado ante la actitud del aturdido joven cuyas respuestas a mis observaciones habían sobrepasado los límites de todo cuanto indica el código del buen gusto. Yo había esperado provocar de su parte una declaración que contribuyera a disipar la oscura sombra que comenzaba a envolver su nombre y que envolvería también a la joven que se hallaba de pie a su lado mirándome con expresión de pena en sus oscuros ojos.

Comprendí que no podía seguir por más tiempo allí sin que la paz dejara de reinar.

—Me parece que ya es hora de que vaya a ocuparme de mis propios asuntos, — dije con una sonrisa que no debió ser muy risueña, — y que deje de meterme en los asuntos ajenos. Adios, Isobel. Ya sabe que estoy a sus órdenes para todo cuanto usted quiera mardarme. Adios, Coverly. Lamento muchísimo que se vea usted envuelto en tal lamentable asunto.

Eric se limitó a rozar mi extendida mano e inmediatamente me volvió la espalda y se fué a mirar por la ventana.

Cuando bajé a la calle tuve inmediata confirmación de lo que había dicho Coverly, Sus movimientos eran vigilados.

En el portal de la casa vi a un hombre que hablaba con el portero. Cuando llegué yo volvió la cara y se puso a encender un cigarrillo. A pesar de esa precaución tuve tiempo para reconocerle: era el mismo empleado del D. I. C. (Departamento de Investigaciones en lo Criminal) que había llevado a Gátton la noticia de la detención de Marie, la mucama de Isobel Merlin.

Sentía la mente enturbiada cuando me dirigí a las oficinas de "The Planet". Hubiera hecho cualquier sacrificio con tal de hallar el medio de tranquilizar y reconfortar a Isobel; sentía un intenso enojo contra el hombre que tan deliberadamente causaba la infelicidad de Isobel. Me parecía que la actitud de Coverly negándose a decirlo, que libraría a su nombre de toda sospecha y tranquilizaría a Isobel, era la actitud de un villano.

Leí religiosamente toda una pila de recortes relacionados con el caso y me pude dar cuenta de que la opinión se inclinaba decididamente a considerar a Eric Coverly como culpable del crimen. El uso que hacían del nombre de Isobel me hizo hervir la sangre en las venas. Tomé todo el montón de recortes y los arrojé al canasto de los papeles inútiles. Me disponía a aplastarlos con un pie dentro del canasto cuando me avisaron que me hablaban por teléfono.

El inspector Gátton me hablaba de Scotland Yord y su voz era en extremo grave.

—¿Puede usted venir inmediatamente? — Hay algo nuevo; algo muy desagradable.

No quiso decir más por teléfono. Fuí a toda prisa a donde me esperaba Coates y diez minutos más tarde me hallaba en una de las rabitaciones desnudas y poco confortables, típicas de la casa central de la policía metropolitana.

Con el sombrero quitado Gátton tenía más que nunca, aspecto de marino pues el cabello era corto y risado y el cráneo parecido al de un bull-dog, cráneo típico, según la creencia general, de todos los altos jefes de la armada. En una silla que estaba en el hueco formado por una de las grandes ventanas había una valija de cuero. Estaba mojada y manchada y había sido palpablemente pescada del agua hacía poco tiempo. Al ver que yo dirigía la vista hacia aquel ob-

jeto en el momento de entrar, el inspector inclinó la cabeza afirmativamente.

—Sí, — dijo, — acaban de traerla.

—¿Qué es eso?

—Bien, — contestó Gátton sentándose en una esquina de la mesa y cruzando los brazos. — Es una pieza de convicción suficiente para enviar a la horca al hombre más inocente del mundo.

Me miró significativamente y sentí ya que el corazón empezaba a latirme violentamente.

—¿Puedo conocer los detalles? — pregunté.

—Claro que sí. Le he pedido que viniera especialmente para ponerle al corriente de todo. Sir Eric Coverly, al negarse a contestar a las preguntas que se le hicieron, tuvo que ser sometido a una estricta vigilancia, como usted no lo ignora. Debo decir que se trata de algo que se hace en todos los casos semejante y que no podría evitar ni aun el mismo jefe de policía. Pues bien anoche salió de su domicilio y fué a la casa donde está el departamento que ocupa la señorita Merlin. Salió por una puerta de los fondos y siguió por un estrecho pasadizo en vez de salir por el portal del frente. Creyó, evidentemente que había logrado salir sin que nadie le viera. Llevaba en la mano . . . eso.

—¡Dios mío! — exclamé. — ¡Ese joven loco quiere ponerse él mismo la soga al cuello!

—En realidad. — prosiguió Gátton, — "alguien" le vió. Le siguió mientras cruzó el parque Saint James. Se detuvo junto al lago, paseándose indolentemente durante un rato. El hombre que le seguía no le perdió de vista, pero no se dejó ver, naturalmente. No había nadie más que ellos en aquel momento en aquel sitio. Coverly, convencido de que no le veía nadie, arrojó eso en el agua. En seguida se puso de nuevo en marcha a toda prisa y se le siguió hasta la puerta de la casa de la señorita Merlin. Pero el sitio donde había dejado caer la valija en el agua del estanque había sido debidamente marcado, como es natural que lo fuera, y cuando yo llegué hoy a la oficina, ya había sido pescada la valija y traída aquí para que yo la inspeccionara.

—¿Qué contiene? — pregunté, con cada vez más tristes y alarmantes presentimientos.

El inspector Gátton se acercó a la silla y abrió la valija. Primero sacó de ella varios trozos de carbón de piedra, mojados.

—Para hacer peso y que se hundiera la valija, sin duda, — dijo.

Luego, una por una, sacó del húmedo interior de la valija varias prendas de vestir muy viejas, la harapienta vestimenta de un vagabundo. Había también un par de pesadas botas, unos pantalones con varios remiendos, un sobretodo deshilachado, una gorra grasienta y uor último, una bufanda muy desgastada y de color rojo.

Gátton me miró fijamente.

—Ahora sí que tendrá que romper su obstinado silencio, — dijo. — ¡Si fracasaran nuestras investigaciones en otros rumbos, estas son pruebas más que suficientes para ahorcar a cualquiera!

—¡Pero esto es como para enloquecer a cualquiera! — exclamé. — ¿No es posible hacer algo, Gátton? ¿No hay ninguna orientación de la que hasta ahora no se haya hecho caso y que se pueda seguir ahora? ¿No hay modo de descubrir la verdad siguiendo otro rumbo distinto? ¡Porque sean las que sean sus ideas personales, Gátton, yo estoy enteramente seguro de que Coverly es inocente!

Gátton metió todos aquellos objetos en la valija, uno por uno, frunciendo el ceño mientras procedía de ese modo.

—Se me ocurrió esta mañana que hay una investigación que, siendo justos con el hombre de quien se sospecha y con el propósito de poner en claro las cosas, puede realizarse. Temo que a Coverly le toque pasar un rato muy malo cuando comparezca ante el tribunal del coronel, pero tal vez sea posible hacer algo antes de que se realice la encuesta oficial. Ahora bien. . .

Calló de pronto y me miró, entornando los ojos.

—Conociendo el interés que le inspira a usted el caso, voy a proponerle algo. Tal vez sea salir de los límites que, según el jefe, debe tener su intervención en estas averiguaciones, pero me arriesgaré a que mi superior se disguste, llegado el caso. Le advierto, sin embargo, que todo cuanto usted llegue a saber me lo ha de comunicar a mí y no a "The Comet". ¿Se puede comprometer a eso su conciencia periodística?

—Por completo, — dije inmediatamente. — Mis artículos para "The Planet" están sujetos siempre a la previa censura de usted. ¿Qué es lo que quiere usted que yo haga?

—Esto, — dijo Gatton. — Deseo que usted se entere en qué circunstancias falleció el señor Roger Coverly.

—¿Roger Coverly? — repetí yo.

—Sí; el hijo de sir Burnham Coverly, — agregó Gátton, — y por lo tanto, el heredero directo del título. Murió en algún sitio del extranjero hace cinco o seis años, y en consecuencia, el hoy difunto sir Marcus heredó el título de baronet a la muerte de su tío, sir Burnham. Usted recordará que el llamado Morris habló de que existían resentimientos entre lady Burnham Coverly y sir Marcus, a causa de la prematura muerte del hijo de lady, naturalmente.

—Ya comprendo, — dije, interesado. — Usted propone que yo vaya al parque de Friar y me entreviste allí con lady Burnham Coverly, ¿no es eso?

—Eso mismo, — contestó Gátton. — Es algo muy irregular y que está fuera de lo común, sin duda, pero le conozco lo suficiente para saber que usted sabrá encontrar el modo de allanarse el camino de alguna manera Enviaré también a un hombre del D. I. C. Tengo mucho que hacer en la ciudad y no puedo ni pensar en acompañarle, pero me gustaría que usted fuera.

Se comprendía cuál era el motivo que ocultaba la propuesta de Gátton, y me fué

agradable el bondadoso y humanitario impulso que la provocaba.

Tendí la mano estrechando la del inspector.

—Gracias, Gátton, — dije. — Puede usted dejar con toda confianza y enteramente por mi cuenta ese punto. Hoy mismo saldré para el parque de Friar.

—Bien, — dijo Gátton. — Y permítame que le dé un consejo útil: ¡no vaya sin llevar a mano un buen revólver!

CAPITULO XI

El hombre arañado

CERCA de las siete de la tarde llegué a la Hostería de la Abadía, situada en Upper Crossleys, y rodeada de los antiguos edificios de una vieja aldea. Procedía de la época en que los hermanos de hábito blanco del, en un tiempo, gran monasterio de la Cruz-de-Lises trabajaban como labriegos en las tierras de la abadía y pescaban en el arroyo que corría lentamente por el fondo del cercano valle. El tiempo había maltratado el edificio de la hostería a tal punto que el amplio balcón que dominaba el frente del patio de los coches, amenazaba desplomarse al peso de los años.

Las tierras circundantes me impresionaron a primera vista. Eran extensas y arboladas colinas y verdes valles; en muchos sitios había verdaderos bosques, pero entre los lugares cultivados y ocupando tal vez mayor espacio, había extensiones cuyo aspecto árido y agreste evocaba el recuerdo de los campos de batalla de los combates entre soldados y bandidos de la época feudal. En los tiempos antiguos existió allí un castillo, cuyas ruinas aún se veían en la cumbre de una cercana altura, y en el que estuvo el guardián de toda la región.

Desde el cuarto que ocupé en la hostería distinguíase una vasta perspectiva de tierra de labrantío, de prados y de terreno inculto, limitada a lo lejos por laderas cubiertas de árboles y cortadas por valles de vez en cuando. Por encima de las copas de los árboles se alcanzaba a ver una torre, de alguna vieja casa, el resto de la cual quedaba oculto entre el verde follaje.

Después de haber saboreado una típica comida campesina, cuyos platos fueron pocos pero sabrosos y abundantes, encendí la pipa y fuí al salón y despacho, con la esperanza de conseguir que algún visitante casual me enterara de algunos detalles sobre cosas de la vecindad que pudieran au-

Senor Administrador de EL DIARIO

Av. DE MAYO 662 - Buenos Aires.

Adjunto 0.10 centavos en estampillas para que me remita un ejemplar del próximo jueves en que aparecerá la página de modas en colores y una página con la graciosa historieta de Barnigugli y su pingo Tragavientos.

Nombre y apellido . . . . . .

Domicilio . . . . . .

Ciudad o pueblo . . . . . .

Se aceptan suscripciones a la edición de los jueves a razón de 10 ctvs. por cada ejemplar

F. C. . . . . .

xiliarme en mi propósito de investigación.

El hostelero, un tipo algo taciturno, — cosa rara en su clase, — estaba sentado detrás del mostrador, fumando en pipa, cuando ye entré, y en todo el salón sólo había un hombre más. Era un tipo con apariencia de gitano, de mirada fugitiva, vestido como los guardabosques, con las pantorrillas envueltas en tiras de cuero y una gorra de piel. Tenía a su lado una escopeta de caza. El hostelero me saludó con una inclinación de cabeza, y el otro dijo "Buenas noches" cuando entré, así que me pareció que el guardabosque podía ser la fuente de información que yo buscaba.

—¿Hay buena caza por estos parajes? — le pregunté para comenzar la conversación.

Mi pregunta pareció divertirle mucho.

—¡Vaya si hay! — contestó el hombre. — ¡Está todo lleno de caza, señor, puede estar seguro! ¡Y no la aprovecha nadie! — Miró al hostelero, guiñó un ojo y agregó: — ¡Nadie más que Jim Corder!

El hostelero lanzó un gruñido que fué considerado por el otro como una risotada, pues se rió a carcajadas y muy divertido y contento, en vista de lo cual deduje que aquello de "Jim Corder" constituía una frase graciosa admitida y popularizada en la localidad.

—Parece que usted sabe distinguir una liebre de una perdiz, — dije, — así que admito gustoso su manifestación.

Esta observación provocó un segundo gruñido del hostelero, que volvió a fruncir el ceño, y otro estallido de risotadas de mi amigo el guardabosque.

—Crea, señor, — declaró el hombre, — que todos los pájaros me conocen, como si yo fuera su padre. Cuando yo les digo "Buenos días", todas las aves se inclinan saludándome, créalo.

Volvió a reir, y cuando su risa hubo terminado, yo, esperando conseguir alguna información, me decidí a interrogarlo.

—Entonces, — dije, — son pocas las partidas de cazadores que vienen en la actualidad.

Los dos hombres, — el hostelero y el guardabosques, — se pusieron tristes.

—Tiene razón, señor, — contestó el guardabosques. — ¿No es cierto, Mártin?

Mártin, el hostelero, gruñó. Me pareció que había mirado al otro con desagrado.

—Esta región, — continuó el guardabosque, moviendo vagamente un brazo como indicando toda la extensión de las cercanías, — es un sitio de lo más solitario. ¿No es cierto, que es solitario, Mártin?

Mártin gruñó, mientras el guardabosque lo miraba con disimulo.

—Desde que sir Burnham se durmió para siempre, estos sitios están desconocidos para ellos mismos. Puede creer lo que le digo, señor. No se conocen ellos mismos. Todo está tranquilo, lo mismo en invierno que en verano. El parque está cerrado; y el parque era el parque, en otros tiempos. ¿Digo bien, Mártin?

Mártin recobró el habla; se quitó la pipa de la boca y dijo:

—¡Ya lo creo que lo era, Hawkins!

Reinó el silencio durante unos momentos. Mis dos nuevos amigos, Hawkins y Mártin, parecían pensar en la decadencia que se notaba en Upper Crossleys, y me pareció que Hawkins sentíase contento de que así sucediera.

—Pero el parque sigue aún ocupado por lady Coverly, ¿no es así? — pregunté.

—¡Sí! — exclamó Hawkins, moviendo afirmativamente la cabeza. — Se ha quedado ella y me tiene a mí y a mi mujer, porque es una verdadera dama. Pero las cosas andan de distinto modo. Las cosas andan mal. ¿No andan mal, Mártin? — preguntó, dirigiendo una picaresca mirada al estólido hostelero.

—Mal andan, — asintió Mártin.

—La mejor parte del parque está cerrada, — declaró Hawkins. — Ya no están los caballos, ya no están los coches, todo ha desaparecido, todo se ha ido; no quedamos más que mi mujer y yo.

—Pero deben estar los criados de la casa, — dije.

—¡Mi vieja y nada más! — exclamó Hawkins triunfalmente. — ¡Tal como se lo digo!

—¿Afirma usted que lady Coverly vive enteramente sola en este sitio, sin más servidumbre que... que la señora Hawkins para atenderla?

Fué Mártin, el hostelero, el que contestó a mi pregunta.

—Las cosas no van bien, — dijo, y volvió a la boca la pipa que se había quitado de los labios para dirigirse a mí.

—Usted no sabe ni la mitad de lo que pasa, — declaró Hawkins. — ¿Cuál es mi obligación, por ejemplo? A usted se lo pregunto: ¿cuál es?

Habiendo hablado así, cambió una significativa mirada con el hostelero y guardó silencio. Ni aún mi ofrecimiento de volver a llenarle su jarro de cerveza, aún cuando aceptada, le inclinó a hacer mayores confidencias. Se habló de las perspectivas de las cosechas de trigo y de fruta, pero las miradas cambiadas entre Hawkins y Mártin parecieron decidir a ambos a no continuar sus manifestaciones sobre la situación de la dueña del castillo y parque de Friar.

El caso era muy extraño, y claro está que sirvió para acicatear mi curiosidad. La soledad que me había llamado la atención en la aldea a pesar de lo luminoso y claro del día, pareció acentuarse entonces en mi imaginación. Sentado allí, en la tranquila sala de la hostería, recordé los varios "chalets" antiguos que había visto a derecha e izquierda de la Hostería de la Abadía, y recordé que me habían causado la impresión de que se hallaban desocupados, y la falta de clientes en la salita de la hostería no podía atribuirse a la calidad de la cerveza, porque ésta era excelente. Una especie de extraña inmovilidad había descendido sobre Upper Prossleys. Era algo curioso lo que sucedía.

Reflexionando sobre ese punto y entremezclando una que otra palabra en la conversación sobre vulgaridades que seguían entre el hostelero y Hawkins, seguí sentado, mirando unas veces al uno y otras al otro, más convencido cada vez de que no se profe-

saban muy buena amistad. Estaba yo situado en la sala de modo que cualquiera que entrara procedente del exterior no podía verme hasta estar delante del mostrador. Debido a esta posición en que estaba, se debió la extraña escena que se desarrolló luego.

Durante una larga pausa que hubo en la conversación, oí ruido de pasos en el camino, — empedrado con cantos rodados, — de fuera de la hostería. Hawkins y el hostelero se miraron rápidamente y luego, — con suma sorpresa de mi parte, — me miraron interrogativamente. Sin embargo, antes de que pudiera pronunciarse una sola palabra y antes de que yo pudiera preguntar a qué se debía la agitación de aquellos dos sujetos, entró un joven cuyo porte y cuya manera de vestir me llamaron inmediatamente la atención.

Vestía una especie de cómico "elegante" traje de saco, y ostentaba un sombrero de paja muy echado hacia atrás sobre su bien enaceitado cabello oscuro. Llevaba guantes y un bastón de caña de la India, y su porte era el de una persona muy convencida y segura de su superioridad. Era un joven de recia contextura, musculoso y que debía tener facciones agradables, juzgándolo como un habitante del campo. Pero no era posible apreciar su fisonomía, porque tenía un vendaje quirúrgico en torno de la garganta, en vez de cuello, y el rostro transformado en un verdadero mosaico, porque gran cantidad de trozos de tira emplástica de diversas formas.

—Buenas noches, Mártin; buenas noches, Hawkins, — dijo amablemente. Y avanzando hacia el mostrador, agregó: — Lo de siempre, Mártin.

Cuando hubo dado la orden y el hostelero se volvió para cumplirla, con la mayor amabilidad, la turbada mirada de Hawkins, que me miraba como atemorizado, hizo que el recién llegado se percatara de mi presencia. Se volvió con la rapidez del rayo, y ví que las partes del rostro que no estaban tapadas por los parches, se le ponían muy rojas. Sus negros ojos relucieron.

—¡Mártin! — gritó, volviéndose hacia el hostelero. — ¡Maldito Mártin del demonio! ¡Aquí está un forastero! ¿Por qué diablos no me avisó?

—Usted perdone, señor Edward, — dijo el hostelero, poniendo un vaso de whisky en el mostrador, frente a su cliente. — ¡No hubo materialmente tiempo!

—¡Usted miente! — gritó el otro, con un furor desesperado que no tenía verdadera justificación. — ¡Esa es una mentira! ¡Lo que usted quiere es que todo el mundo se ría de mí en la localidad! ¡Eso es lo que usted se propone!

Tomando el vaso que acababan de servirle, lo arrojó tan violentamente al piso salpicado de arena, que se hizo añicos. Después, tomando su sombrero y poniéndolo como un escudo entre mis curiosas miradas y su emparchado rostro, salió corriendo de la sala.

—¡Pueden irse todos ustedes al mismísimo infierno! — gritó, dirigiéndose a nosotros, deteniéndose un brevísimo instante en la puerta antes de desaparecer.

Oí cómo se alejaban sus rápidos pasos. Después se conoce que volvió una esquina y dejaron de oirse sus pisadas. Miré hacia donde estaba Hawkins. Se entretenía en hacer describir círculos a su jarra de cerveza para revolver su contenido. Mártin levantó la tabla levadiza del mostrador y recogió flemáticamente con escoba y pala los fragmentos del vaso, que arrojó al tacho de la basura. Se me ocurrió en seguida que aquellos hombres sencillos miraban el estallido de furor del joven como un asunto personal. Su actitud era semejante a la qqe adoptan las personas de edad de la familia cuando algún pariente joven no se ha conducido bien. Pero con seguridad yo no estaba preparado a contribuir a ese protector silencio. El periodista que tenía yo dentro me exigía una explicación.

—Muy extraño ese joven, — dije, tanteando el terreno. — Parece que es muy susceptible, ¿no es verdad?

—¿Susceptible? — repitió Hawkins, levantando rápidamente la vista. — ¡Una vez agarró a Tom Pike del cuello y de los fundillos del pantalón y lo echó dentro de la pileta donde beben los caballos sólo porque le preguntó qué sastre le hacía la ropa! ¡Y yo lo ví!

—¿De veras? — dije. — Entonces es una especie de Carpentier de la localidad, ¿no es eso?

—Sí, — dijo Mártin mirándome mientras volvía a su asiento de detrás del mostrador, — es muy suelto de manos.

—Parece que le ofende mucho todo lo que pueda referirse a su presente desfiguramiento. ¿Su última pelea fué tal vez con un alambrado de púas que estaba enredado?

Pero, con grandísimo asombro de mi parte, Mártin se limitó a gruñir, moviendo la cabeza tristemente, siendo imitado bastante bien por Hawkins.

—¿Está muy desfigurado? — insistí.

—Sólo uno es profundo, — contestó Hawkins, mirando al hostelero como si le pidiera disculpa. El infortunado incidente parecía haberles aproximado. — El del cuello. ¡Pero como tiene tanto orgullo y se considera tan hermoso! ¿No es cierto, Mártin?

—Así es, — asintió el hostelero.

Me decidí a hacer todo lo posible por enterarme de qué significaba aquello. El caso era curioso. No se relacionaba en absoluto con el asunto que yo tenía entre manos, pero también podía suceder, — y no sería la primera vez, — que de un modo o de otro viniera a coadyuvar al éxito de la investigación y contribuyera a facilitarme las informaciones que buscaba.

—¡Beban, caballeros! — dije. — Como se acerca la noche, me parece que tendremos tiempo para consumir una jarra de buen whisky antes de que den las diez.

Mi iniciativa dió resultado, pues mientras Mártin preparaba la bebida casi con celeridad, Hawkins se mostró muy confidencial.

—Ese joven se llama Edward Hines, señor, — me dijo confidencialmente y en voz baja. — Su padre es el agricultor más importante de la región y el joven Edward es el terror de las muchachas. Pero es correcto en sus procederes. Viene aquí a beber y

dice con toda claridad atrás de qué muchacha anda. ¡Desgraciada de la que le hace caso! ¡Yo me alegro de que mi hija esté en Londres, porque andando suelto el joven Edward!... ¡Me alegro de que ella esté en Londres!

Los vasos estaban servidos ya en el mostrador. Hawkins calló.

—¡Salud! — dije yo. Y agregué: — ¿Qué me dicen respecto a nuestro mutilado joven amigo?

—Bueno, — continuó Hawkins, — la verdad que el caso tiene gracia, ¿no es cierto, Mártin?

El hostelero gruñó.

—El señor Edward vino aquí hace tres semanas lo más orgulloso, petulante y pagado de sí mismo. Dijo que tenía una cita con una dama de Londres que vendría por el camino de West Wingham nada más que para entrevistarse con él. ¿No es cierto, Mártin?

Mártin asintió con una inclinación de cabeza y un nuevo gruñido.

—Fué a verla, — declaró Hawkins con una ingenuidad de muchacho. — Y volvió a ir a verla cuatro noches después. Ella le hizo un regalo, en prueba de cariño. El nos lo mostró. Entonces fué a verla por tercera vez y...

Hawkins dejó de hablar y miró al hostelero, como si le suplicara silenciosamente que le ayudara a explicar con claridad lo que había ocurrido en esa tercera entrevista con la misteriosa "señora de Londres".

—Prosiga usted, — le aconsejó Mártin. — Explíqueselo al señor. Se queda alojado aquí, y no hay nada que ocultar.

Agradecí lo manifestado por el hostelero, que había pronunciado el discurso más largo que hasta entonces le había oído, y levanté mi vaso, deseándole salud.

—Pues bien, — continuó Hawkins. — Pasó una noche o tal vez pasaron dos sin que le viéramos, pero el miércoles...

—El jueves, — corrigió Mártin.

—Tiene usted razón, Mártin, — asintió Hawkins, — el jueves me encontré con el granjero Hines de regreso del mercado de Wingham, cuando venía hacia aquí a mediodía. Esto fué el jueves. Pues bien, el mismo juevés, el joven Edward se presentó después de haber anochecido. Se escabulló en seguida. Estábamos aquí tres o cuatro de nosotros aquella noche, ¿no es cierto, Mártin? ¡Como era día de mercado!... Se escabulló el joven, que ya tenía la cara como usted se la ha visto hoy, aún cuando un poco peor. No le explicó ni una palabra a nadie y nadie le ha dirigido ni una sola pregunta. Tomó su vaso de whisky escocés y se fué rápidamente. ¿Qué le parece a usted el caso, señor?

Me miró con aire de triunfador. Por mi parte, confieso que me sentía decepcionado. Una riña a golpes y arañazos entre el rústico conquistador y alguna muchacha de agallas de la localidad no me excitaba tanto como a mis compañeros.

—¿Es eso todo cuanto sabe usted al respecto? — pregunté.

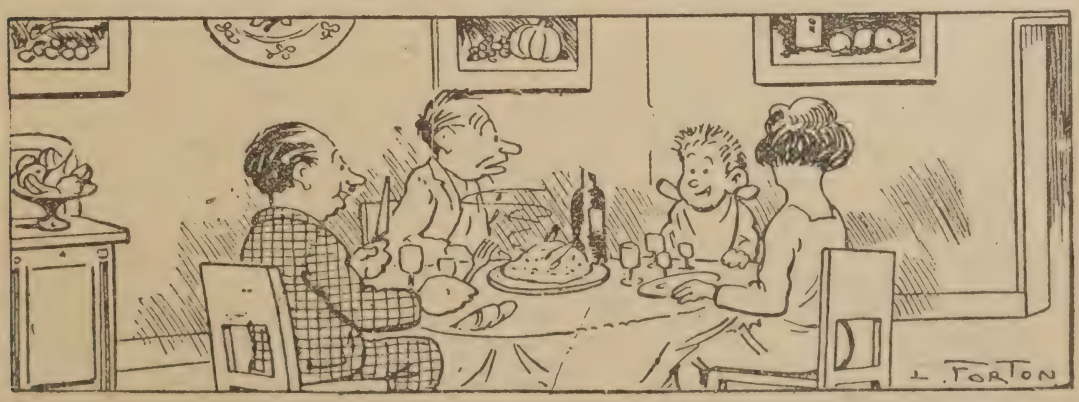
—No, — dijo Mártin; — no es todo. Dígaselo, Hawkins.

—Sí, — prosiguió Hawkins; — debe saberlo, desde que va a quedarse alojado aquí. Pues como he dicho, el joven Edward guarda el más completo silencio respecto a lo que le ha pasado. Tal vez nosotros no nos hubiéramos ocupado mucho del caso si no se diera la casualidad de que en este mismo salón, y hace de eso seis meses, él no se hubiera burlado como se burló del joven Harry Adams.

—¿Por qué razón? — pregunté perezosamente. La conversación empezaba a aburrirme.

—El joven Harry Adams, — explicó Haw-

UN DIA EXTRAORDINARIO



El invitado: — ¡Qué suculenta comida! ¡No como yo así todos los días!
El niño de la casa: — ¡Nosotros tampoco!

kins con gusto y reluciéndole los ojos con malicia como antes, — en un tiempo era el único rival del señor Edward en la conquista de las muchachas. Un tipo de muy buen aspecto, en la guerra lo hicieron sargento. Pues bien, hace seis meses el joven Harry Adams entró aquí una noche tambaleándose y chorreándole sangre de la cara y del cuello. Se dejó caer sentado ahí, en esa silla donde está usted ahora, y se desmayó en seguida. ¿No es así, Mártin? Tuvimos que mandar al joven Jim Corder (que solía venir por acá en aquellos tiempos) a Leways, en busca del médico. ¡Oh! ¡Qué noche!

—Noche terrible, — dijo Mártin.

—Lo mismo que ahora el señor Edward, — prosiguió Hawkins, — el joven Harry Adams no quiso decir ni una sola palabra sobre lo que le había sucedido. Pero cuando el señor Edward lo vió por primera vez, casi cubierto el rostro de tira emplástica, se rió tanto que casi se cayeron de sus ganchos los jarros que Mártin tiene colgados en la estantería. ¡No sabía el infeliz que a él también le pasaría otro tanto!

El relato me había interesado de nuevo.

—Entonces, en el caso del señor... Adams, — dije, — no conocieron ustedes detalles de ninguna clase sobre lo sucedido?

—Nunca, — contestó Mártin. — ¡Caballeros: ya es la hora!

—Sí, — dijo Hawkins, levantándose. — Es la hora. Buenas noches, señor. Buenas noches, Mártin.

—Buenas noches.

Hawkins se dirigió hacia la puerta, y ya estaba por salir cuando recordé algo que yo había pensado preguntarle antes pero que, por carecer de oportunidad, no lo había dicho.

—Usted me habló de un regalo que como muestra de cariño, la señora de Londres le dió al señor Hines, — dije. — Creo que usted dijo que se lo mostró. Este suceso ha despertado mi curiosidad. ¿Recuerda usted cómo era el regalo?

—¡Claro que sí! — contestó Hawkins, de pie en la sombra de fuera del umbral de la hostería con el rifle al hombro, constituyendo, visto desde dentro, una figura extraña. — Lo trajo a la hostería para mostrarlo. Lo vimos todos los que estábamos aquí aquella noche. No me pareció una cosa de tanto valor como para que la hubiera regalado todo una señora.

—Entonces, ¿qué era?

—Pues un muñeco chino, él dijo que era de oro, pero yo creo que era de bronce. ¡Y era feo! Pero él dijo que iba a llevarlo colgando de la cadena del reloj. Buenas noches, señor.

Se volvió para marcharse, pero yo lo llamé.

—¿Qué clase de figura era? — le pregunté.

Desde la oscuridad, la voz de Hawkins me contestó.

—Era algo así como un gato, señor.

Y oí su alegre risa que se alejaba a la distancia.

¿Qué origen tenía la valija con ropa vieja que Eric Coverly había arrojado al estanque? ¿Qué había hecho Eric la noche del crimen? ¿Quién había arañado de modo tan terrible a los dos campesinos? ¿Por qué razón? ¿Qué significaba el regalo de una alhaja representando un gato que la "señora de Londres" había regalado a Hines? Estas y muchas cosas más electrizantes y estremecedoras conocerá el lector que lea los sucesivos capítulos de esta novela que aparecerán en "Pucky"; no deje de leer los que se publicarán la semana próxima.

—¿Pero, por qué vamos a pie? — dice la recién casada a su esposo. — Cuando salíamos con mamá, estando de novios, siempre tomabas un automóvil.

—Pues por eso tenemos ahora que ir a pie y gracias.

* * * *

—Yo la amo tanto, — decía el joven a su adorada, paseando junto al arroyo, — qué sólo quisiera darle una prueba grande de lo que soy capaz por usted.

—¿De veras?

—Sí. Si usted se cayera al arroyo yo haría lo que cualquier hombre valeroso.

—¿Sabe usted nadar?

—No; pero tocaría el pito llamando al vigilante.

—Juancito: ¿qué hiciste con los diez centavos que te dí para que te tomaras la cucharada de Emulsión de Scott?

—Con cinco centavos me compré una masita y los otros cinco se los dí a Pedrito para que se tomara la emulsión en mi lugar.

* * * *

—¿No se ha fijado usted? — dice él a ella, — en la influencia que ejerce sobre uno la ropa que viste? Si yo me visto con traje de montar me siento un gran jinete, cuando me visto de frac me siento un hombre de sociedad, cuando...

—Así, — interrumpe ella, — que cuando esté usted bañándose, se sentirá absolutamente nadie.

EL EXITO DE UN PLAN

UNA MUJERCITA A LA MODERNA

POR ALPHONSE ALLAIS

(Traducción del francés)

Con la expresiva gracia que es gala de su brillante estilo, el gran humorista francés ofrece aquí un relato que bajo su cómico aspecto es fácil que dé de pensar mas de lo que parece si sólo se lee superficialmente.

En cierta ocasión había una mujer monísima cuyo marido era feo como un sapo y bruto como un cerdo.

Los sentimientos que la mujercita experimentaba hacia su esposo no hubieran bastado, en cuanto a la temperatura, a derretir un pan de manteca; en tanto que él se hubiera arrojado al fuego a una leve indicación de su conyuge.

Casos de esta naturaleza se pueden comprobar frecuentemente en muchos hogares modernos.

La bella damita y su desgraciado esposo vegetaban en medio de una indigencia agobiadora. El oro no se apilaba en su caja de hierro, y ni tenían caja.

El hombre, por él, se hubiera resignado a ser pobre; con un pedazo de pan y otro de queso y un saco de lustrina se sentía dichoso; pero su mujercita se lamentaba de su suerte, y se le oía repetir a menudo:

—¡Dios mío, qué desesperante es encontrarse tan necesitado!

Por todo recurso tenía él un modesto empleo de tenedor de libros en una casa que acababa de fundarse para la importación general de la filoxera en el Norte de Francia hoy en liquidación. A lo sumo, sus ingresos alcanzarían de mil ochocientos a dos mil francos anuales.

No tengo el gusto de conocer a ustedes; pero quisiera ver la cara que pondrían con dos mil francos al año, si tuvieran una mujercita a quien agradara vestirse de seda mejor que de percal.

Por fortuna, él era un bruto y se tragaba los embustes de su gentil pareja:

—¿Cuánto crees que me ha costado esta docena de camisas?

—¡Caramba! — contestaba el imbécil, rascándose la coronilla. — No sé.

—Es increíble: tres francos. No dirás que te arruino, ¿eh?

—¿Tres francos? — repetía él desconcertado.

—Sí, amigo mío, tres francos; era una liquidación.

A decir verdad todavía exageraba con sus tres francos. Las camisas no la habían costado dos ni aún uno. ¡Ni siquiera cincuenta céntimos! Le habían costado..., pongamos "una sonrisa" por respeto a las bellas lectoras.

No obstante la frecuencia de tales sonrisas, el abonado del ajuar aumentaba en proporciones aterradoras.

Un día en que la cena había sido más floja que de costumbre, la mujercita entró en la habitación del esposo en el momento en que se metía en la cama

—Oye, querido.

—Dime, querida.

—¿Sabes lo que acabo de leer en un diario viejo?

—Tú dirás, hermosura.

—La historia de un hombre, en Dijón, que se aseguró la vida y que cobró el seguro enseñando a la compañía de seguros un cadáver que hizo pasar por el suyo

—¿Y después?

—El hombre cobró su seguro.

—¡Pero le prenderían!

—Le predieron porque era pavo. Yo he ideado un truco estupendo para no caer en la cárcel

—¿Cómo es?

En este momento apagaron la luz, y no oí más.

Semanas después de los sucesos que acabo de relatar, se encontró un hombre asesinado en un vagón de la línea Lyon a París. Los documentos que llevaba facilitarn su identificación.

La linda mujercita recibió entre sollozos convulsivos los doscientos mil francos del seguro. Aquel día llevaba un elegante vestido negro, dejando detrás de sí una estela de perfume.

Por la tarde depositó en el correo ("Extranjero") una carta concebida en estos términos:

" Mi querido esposo difunto: ya sabes el
" pánico que siempre han inspirado los apa-
" recidos. Te condujiste bien conmigo du-
" rante tu vida; espero, pues, que no me
" molestarás después de muerto. Por otra
" parte, el clima de esta ciudad, tan conve-
" niente para mi salud, es fatal para los
" difuntos de tu temperamento. — Nunca
" te olvidaré. — Elena."

¿Se sacrificarían ustedes por las mujeres?

ALPHONSE ALLAIS.

—Pero señor, cómo quiere usted casarse con mi hija no teniendo más que lo que tiene, si yo con toda mi fortuna no logro hacer frente a sus gastos!

—Podríamos probar los dos juntos.

* * *

—¿Qué tal te va con tu esposa, Tatarrete?

—Mal. Me opreocupa su cabeza.

—¿Locura?

—¡No!

—¿Neuralgias?

—Menos.

—¿Qué entonces?

—Sombreros de moda.

—¿Cómo es eso? — preguntó el jefe al detective. — Veo que usted no consigue averiguar nada en el asunto del hombre del baúl. ¿Cómo explica usted eso?

—Es que los repórters están peleados conmigo y no me quieren dar ningún dato de los que ellos inventan.

* * * *

—Pero diga, doctor, — dice el enfermo, — ¿no es posible saber lo que tengo para curarme de una vez?

—No; es una enfermedad misteriosa. Unicamente una autopsia podría decirlo.

—Pero entonces, doctor, hágamela esa autopsia y salgamos de dudas de una vez.

Si usted desea suscribirse, llene y remita la carta siguiente:

.....de 1920.

Señor administrador de "PUCKY"

Avenida de Mayo 662.

Buenos Aires.

Muy señor mio:

Adjunto un giro postal por $ 9.—m|n., de c|l. en pago de mi suscripción por un año a ese magazine.

.....

Con letra clara

Nombre y apellido .....

Localidad .....

F. C. .....

Precios de Suscripción
Ciudad e Interior

3 meses	$ 2.50
6 "	4.[illegible]
1 año	9.—

LA LUNA Y EL MAR!

Ella: — ¿Usted cree que la luna tiene realmente algo que ver con las mareas?

El: — Así dicen; pero lo cierto es que con luna y sin luna los viajes por mar me marean aun cuando no entienda lo de las mareas.

EL CUENTO DE HADAS DE UN HUMORISTA

Las cinco dádivas

POR MARK TWAIN

(Traducción del inglés)

No siempre han de ser desopilantes narraciones humorísticas las que lleven la firma del famoso escritor norteamericano Mark Twain; la que va a continuación es una encantadora narración que tiene su moraleja y es digna de ser leída por todos.

EN la aurora de la vida llegóse la Buena Hada, con su canastita de oro en las manos, y dijo al joven:

—He aquí mis dádivas: Fama, Amor, Riqueza, Placer y Muerte. Elige pronto.

El joven exclamó, sin titubear:

—¿Para qué pensarlo?...

Y eligió el Placer.

Se fué por el mundo y empezó a saborear esos goces apetecibles, que hacen suspirar a la edad juvenil.

Entonces comenzó a advertir que esos goces eran fugaces y matadores de la ilusión, que eran vanos e infecundos. Cada placer gustado dejábale con la mueca del hastío en los labios. Un día pensó:

—¡Cuántos años malgastados inútilmente!... ¡Si pudiese volver a elegir!

* * * *

Volviendo a aparecérsele la Buena Hada, le dijo:

—Quedan cuatro dádivas. Puedes elegir de nuevo. Mas no olvides que el tiempo tiene alas y que sólo uno de mis dones es realmente precioso.

El hombre, — pues el joven de antes era hombre ya, — meditó largo rato. Y eligió el Amor. No advirtió que de los párpados del Hada se desprendían dos gruesas lágrimas...

Transcurrieron mucho años, y cierta noche encontróse el hombre arrodillado junto a un ataúd en un lugar desierto. En comunión consigo mismo, murmuró:

—Uno a uno fueron yéndose y dejándome. Ahora es "ella" la que me abandona. Las penas asolaron mi espíritu. Por cada hora de dicha que me proporcionó ese mercader traidor que se llama Amor, me hizo pagarle con años de amargura... ¡Oh, maldito mil veces sea!

* * * *

—¡Elige de nuevo! — le dijo la Buena Hada. — El tiempo es un gran maestro, y ahora sabrás lo que te conviene. Quedan tres dádivas. Pero sólo una de ellas es realmente preciosa.

Reflexionó el hombre, y eligió la Fama. La Buena Hada se alejó después de lanzar un suspiro.

Al pasar de los años, tornó la Buena Hada. Contempló al hombre sólo y pensativo, envuelto por las melancolías de un ocaso de otoño. Y ella, compasiva, oyó sus quejas.

—Mi nombre llenó el mundo. El elogio de mis obras volaba de boca en boca. Todo me sonreía. Fuí feliz un instante; un instante tan sólo. Porque luego empezó a roerme la Envidia, a denigrarme la Calumnia, a perseguirme el Odio. Después cayó sobre mí el Ridículo, que es el principio del fin. Y acabé en manos de la Compasión, que es el entierro de la Fama... ¡Oh, miseria e inanidad de la Nombradía!... ¿Qué eres, en suma? Al principio, blanco para los dardos del lodo, y en la hora de la decadencia, un motivo de menosprecio y compasión.

* * * *

—Vuelve a elegir, — suspiró la Buena Hada con su voz cristalina. — Quedan dos dádivas. No desesperes. Ya te dije que había una verdaderamente preciosa; aún la tienes al alcance de la mano.

—¡Tienes razón! — dijo el hombre. — ¡Venga la Riqueza, que es la Fuerza incon-

trastable! ¡Cómo habré podido ser tan ciego!... Ahora será la vida digna de vivirla. Gastaré, derrocharé, deslumbraré. Los que de mí se mofaban, arrastrarán ante el oro su vileza, revolviéndose en el cieno, impotentes. Tendré todos los goces, todas las satisfacciones del espíritu y del cuerpo. Compraré la deferencia, el respeto la estima, la adoración, cuantos oropeles sentimentales puede suministrar el mercado de la vida. Ahora si que he de aprovechar el tiempo que antes perdí, porque era ignorante de las cosas del mundo.

Pasaron tres años. El último de ellos sorprendió al hombre en una mísera guardilla. Tiritaba; sus mejillas, hundidas, tenían el color de la cera, y vestía andrajos. Mordisqueando un mendrugo, decía:

—¡Malditas sean todas las dádivas de la Vida!... Burlas son y doradas mentiras... ¡Dádivas!... Llamémoslas préstamos. ¡Placer, Amor, Fama, Riquezas!... No sois sino disfraces temporales de estas realidades eternas: Dolor, Desengaño, Vergüenza y Miseria. El Hada habló la verdad: en su canastita de oro sólo una dádiva era preciosa. ¡Cuán mezquinas, despreciables e inútiles son las restantes, comparadas con la inestimable, la piadosa, la suave, la excelsa; la que ahoga en sueño sin negras pesadillas, eterno, los dolores que afligen al cuerpo, las afrentas y penas que roen el alma! ¡Ven, dádiva suprema!... Estoy fatigado y quiero descansar.

* * * *

Llegóse la Buena Hada. Traía en una canastita cuatro dádivas. Pero faltaba la Muerte. Y el Hada murmuró:

—La dí al niño predilecto de una madre. Como él ignoraba todo lo de este mundo, me rogó que eligiese yo. Tú no me invitaste a escoger.

—¡Oh, desgraciado de mí!... ¿Y qué me resta entonces?

prar la déeferncia, el respeto, la estima, la rable agravio de la Ancianidad.

MARK TWAIN.

Se ha inventado últimamente un atril que, moviendo un resorte con el pie, vuelve las hojas automáticamente.

* * * *

El nombre Hackney procede del francés, "haquenée" o sea acanea, yegua mansa para silla.

* * * *

La ley inglesa prohibe todo clase de juegos durante los domingos y en el día de Navidad.

En el Japón ha sido adoptado recientemente el sistema métrico decimal de pesas y medidas.

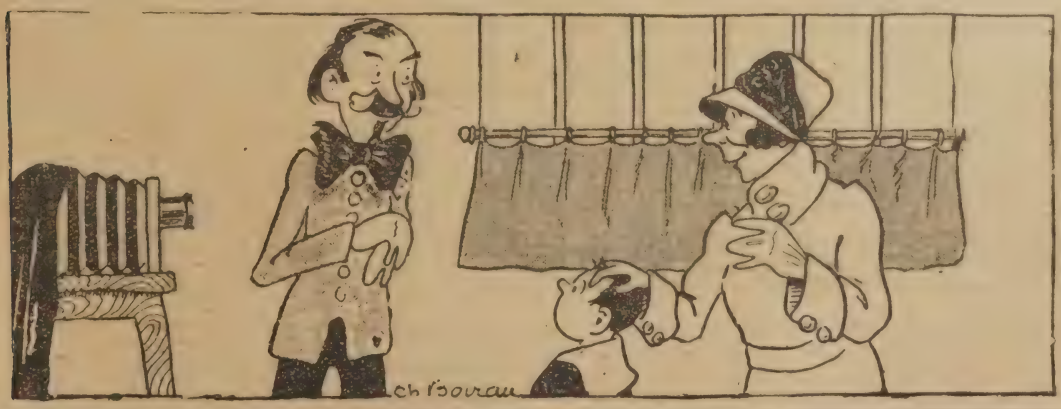
* * * *

El sistema de sobrealimentarse se practica mucho más en el Norte de Inglaterra que en el Sur.

* * * *

Los habitantes de la Cochinchina prefieren los huevos muy viejos y casi secos, a los frescos.

EN EL CREPUSCULO



—Esta tarde, no puedo retratarle; no hay bastante luz.
—¡Oh! ¡Para un nene tan chico, poca luz debe bastar!

EL LADRON APROVE

Todos felices. --- Un tra

—Ahora mismo, — dice la joven esposa en un arranque de enojo, — me voy a casa de mi mamá, al Rosario.

—Bien. — dice el marido con calma. — Toma el dinero para el viaje de tren.

—¡Cómo! — dice ella después de contarlo. — Pero aquí no hay bastante para el boleto de ida y vuelta.

CHA LA OPORTUNIDAD

bajo fácil para el ladrón

Una maestra de escuela primaria preguntó a sus alumnos qué era el pasto.

Nadie supo contestar. De pronto se levanta una mano.

—A ver, Juancito, — dice la maestra, — ¿qué es el pasto?

—¡El pelo de la tierra! — dice el alumno.

Un máuser vale diez veces lo que valía un fusil de chispa.

* * * *

Fricciones enérgicas con agua y jabón son, — a creer lo que asegura un médico canadiense, — un valioso preventivo contra el cáncer de la piel.

* * * *

Bicicletas que vuelen van a ser ensayadas en Italia. La hélice propulsora es accionada por los pedales. Sobre el ciclista va colocado un globo lleno de gas, de un tamaño suficiente para sostener la máquina

* * * *

En una de las cárceles de Francia se ha permitido recientemente que uno de los presos saliese de la prisión para contraer matrimonio, regresando a su celda inmediatamente después de la ceremonia.

* * * *

En las nuevas naves aéreas que realizarán el viaje entre Inglaterra y la India, será permitido fumar. Los dibujos hechos para construirlas contienen grandes comedores y salones de fumar.

* * * *

El Concejo Municipal de Hornsey Borough (Inglaterra), ha editado unos libros con cuentos en los que se pone claramente de manifiesto cuáles son las buenas y malas costumbres

* * * *

En un minuto la tierra recorre 13 millas en rotación y 1.080 en traslación. En un minuto un rayo de sol recorre millas 11.160.000. En un minuto nacen cerca de 80 niños y muere igual número de seres humanos. En un minuto un expreso recorre una milla; un caballo, al trote largo, 836 metros; y un hombre, de prisa, 112. En cada minuto cobra el gobierno americano 639 pesos oro y gasta 541. En un minuto se cosechan en los Estados Unidos 905 libras de tabaco; se producen 600 libras de lana; son extraídas 200 toneladas de carbón y 61 de antracita; se hacen 12 de hierro y tres de acero; se construyen 15 barriles, y se acuñan 121 dólares en distintas monedas.

Las águilas vuelan hasta dos mil metros de altura.

* * * *

Una casa inglesa recibió últimamente una orden de otra norteamericana para fabricar 10.000 abrigos de hombre.

* * * *

Los agricultores de aquellos países europeos en los que se come pan negro generalmente, tienen la dentadura excepcionalmente buena.

* * * *

Las hojas de una planta californiana, la Venus atrapamoscas, absorbe cualquier insecto que se pose en ella. La víctima es convertida en un líquido que nutre a la planta

* * * *

Se están realizando experimentos a fin de descubrir, si es posible, la forma de suprimir la fatiga en el hombre por medio de una sustancia que proteja los músculos.

* * * *

El ex-imperio ruso medía en extensión la sexta parte de la tierra de nuestro planeta. Todo el Norte de Asia y la mitad de Europa quedaban dentro de sus fronteras

* * * *

Una famosa pantera, conocida y temida durante diez años en las cercanías de Secunderabad (India), ha sido muerta al fin, hace poco. En su cuerpo se hallaron numerosas cicatrices de heridas de bala.

* * * *

Recientemente se ha descubierto, en la colección de 26.000 volúmenes antiguos, pertenecientes a la Biblioteca de Brown University (América del Norte), un manuscrito autógrafo de Cristóbal Colón, el único en su género de que se tenga noticia. Este manuscrito permaneció por siglos en un ejemplar de la "Sphera Mundi", obra que los geógrafos consultan rara vez. Se trata de una petición que Colón dirigió en 1494, desde la Española, a Fernando e Isabel. La misma biblioteca conserva también una carta importante del "inventor" de la América, fechada en Roma, 1493, y que consta de unas ocho páginas.

SYBIL SE CASA

Por CHARLES MATKIN

(TRADUCCION DEL INGLES PARA "PUCKY")

Un caso curioso y divertido en el cual parece que la casualidad realiza algo que verdaderamente no es tan casual como parece.

EL señor Brimbleby es uno de los más antiguos y sin duda uno de los más respetados residentes de nuestro pueblo de campo. Conoce a todo el mundo y es presidente de una porción de cosas desde los clubs de cricket y de tennis a la sociedad de pescadores con caña. En suma, es un estimable anciano caballero que sólo tiene un defecto. Debido a su debilidad de memoria se confunde bastante al querer referirse a éste o a aquél, mezcla los nombres y los asuntos de la gente y lo hace con una indiferencia que a veces resulta desconcertante. Me encontré un día con él, mientras paseaba, tomando el aire, por la calle principal del pueblo.

—¿Cómo le va, Lawrence? — exclamó jubilosamente golpeándome en el pecho.

—Se equivoca usted, señor Brimbleby, — repliqué sonriendo. — Yo soy Jackson, Tony Jackson.

—¿De veras? ¡Claro! ¡Jackson! ¡Cómo usted y Lawrence usan sombrero igual!... ¡Parece que lo hicieran de intento para confundirme. Usted no debiera hacer eso, ¿sabe? ¡Ah! Dicho sea de paso, permítame que lo felicite: fueron magníficos sus cien tantos de ayer, jugando contra Lower Markham.

—El que jugó y el que hizo esos tantos fué Wilkinson, — dije. — Yo no juego al cricket.

—Pues debiera usted jugar, — replicó el señor Brimbleby, dándome otro golpe en el pecho con el puño del bastón; — es un juego espléndido, un juego de hombres viriles. Con razón dice Shakéspeare: "Juntos jugaron al cricket, ese juego de hombres". ¿Lo dijo Shakespeare o Byron? Poco importa verdaderamente si lo dijo el uno o el otro, la verdad es que el cricket es un juego de hombres fuertes y ágiles. Yo no lo jugué nunca: siempre preferí el tennis, pero eso importa poco. ¿Qué fué lo que hizo usted el otro día, entonces? Yo sé que usted hizo algo.

—Tuve la desgracia, la semana pasada, de meterme con mi automóvil de dos asientos en casa de la señora de Lersware, la que tiene el negocio de loza y porcelanas; fué vez sea de esto de lo que usted quería acordarse.

—¡Sí! ¡De eso era! ¡Ya sabía yo que usted había hecho algo! ¡Maravilloso desastre, según me dijeron! Parece que el gato barcino de la señora Lersware estaba echado dormido, en una palangana y se llevó el mayor susto de su vida. ¿Por qué hizo usted eso?

—Porque me pareció que con ello hacía mover un poco el comercio de porcelana y loza, — contesté riendo.

—¡Oh! ¡Son peligrosos esos automóviles! ¡Muy peligrosos! Y dígame: ¿cómo está su esposa? ¿Sigue bien?

—Se ha olvidado usted, señor Brimbleby, de que no soy casado.

—¿No? Pues bien, debiera usted casarse. Un hombre que no está casado es sólo medio hombre. Yo me casé dos veces y míreme. — Me golpeó con tanta fuerza, en el pecho, con el puño del bastón, que tuve que retroceder uno o dos pasos. — ¿Por qué no se casa usted?

Sonreí con bastante amargura, por cierto.

—Los patos rengos como yo no servimos más que de estorbo, — dije. — Desde que una bala se me metió en la pierna, allá, en Francia, cojeo un poco, ya lo sabe usted y soy como un número atrasado, fuera de la circulación. Además tengo ya treinta y seis años.

—¡Tontería! — El anciano caballero se puso tan vehemente que tuve que retroceder otros dos pasos para evitar otro golpe que me hubiera dejado fuera de combate. — Vamos a ver; ahí están Marie Heniming,

"¡Sí! — dijo Sybil. — ¡Qué cosa terrible! ¿No es cierto?" Su tono fué tan raro que me quedé atónito.

Rita Crossways y Gladys Dingles; con muchachas encantadoras que necesitan novio. ¿Por qué no se casa con una de ellas?

—Son encantadoras por cierto, — contesté, — pero no son para mí. Como lo dije antes, soy un número atrasado.

—¡Tontería! — gritó de nuevo el señor Brimbleby. — Eso es lo que dice usted mismo á todos. Sin embargo, aun cuando usted se haya jurado no abandonar la soltería, bien puede usted ayudarme, quizás, a llevar adelante un asuntito que tengo en la mente hace algún tiempo. Me refiero a Sybil Brooke y el joven Nettleton.

Creo que dí un respingo.

—Sybil Brooke y... y el joven Nettleton? — repetí. — Pues no sabía que...

—¿Pero dónde tiene usted los ojos, mi joven amigo? ¡Cualquiera puede notar que él la admira del modo más rendido!

—¿Cualquiera puede notarlo? — murmuré yo. — ¿Y ella, por su parte, corresponde?...

—Eso es lo que faltan ver. Ahí es donde puede influir una ayuda amistosa. Hay gente que, en esos asuntos necesita que se le ayude.

¿Era posible que Sybil, — la pequeña Sybil a la que yo conocía desde la época en que andaba con las piernas al aire, cuya belleza yo había visto acrecentarse hasta llegar a la perfección y cyuo carácter era de oro más puro, — se hallara ya a la puerta de una nueva vida? El pensar en eso me impresionó mucho. No tenía yo razón alguna que oponer contra la personalidad del joven Nettleton; era de muy buena apariencia y estaba dotado generosamente de todos los bienes de este mundo. Sin embargo se hallaba muy lejos de ser digno de Sybil y era incapaz de llegar a apreciarla en su justo valor.

* * * *

—Creo, — dije, — que lo mejor que puede hacerse es dejar que ese asunto siga su curso natural sin que se mezcle nadie de fuera. Que sea lo que haya de ser y nada más.

—¡Dios mío! — exclamó el señor Brimbleby. — Es usted un reseco y áspero filósofo a la antigua usanza. En vista de eso voy a tener que ocuparme yo mismo de la

mencionada misión. ¡Qué mundo más extraño es éste!

Y sin decir más, pero dándome un nuevo golpe con el puño del bastón en el pecho, a manera de despedida, se alejó calle arriba.

Creo que el sol seguía brillando con igual fulgor que un momento antes, pero la corta calle principal del pueblo me pareció de pronto tenebrosa y lúgubre. Sentí que debía reflexionar sobre aquello en la más completa soledad, me encaminé hacia el parque donde estaban las canchas para distintos juegos.

Así que iba a perder lo que más aprecia-

de chocolate y fambruesas y bollos (unas veces unos y otras veces otros) con el propósito, — según decía ella, — de abrirse el apetito para la hora de comer. Tal vez yo no me había percatado debidamente de lo mucho que había crecido. Claro está que ella seguiría siendo siempre amiga mía, pero esa amistad cambiaría inevitablemente de aspecto. Estuve a punto de gemir. Es que yo soy brutalmente egoísta; no lo niego y no puedo evitarlo.

—¡Hola, compañero! — gritó de improviso una voz. — ¿Qué hace usted por acá? ¿Entrenándose para el sábado?

"¿Ha oído usted, — dije, — la lamentable noticia que ha corrido afirmando que estamos comprometidos y vamos a casarnos?"

ba en el pequeño mundo en que vivía, la amistad de Sybil Brooke. Claro está que yo esperaba hacía tiempo que eso sucediera algún día, pero había creído que no sería tan pronto. Para mí, Sybil era aún la niñita que solía entrar en el jardín de delante de mi casa y cortar flores para hacer algún ramo o acercarse a conversar un rato sobre sus lecciones del colegio y comer bombones

Levanté la vista y me asombré al ver a Sybil en el sendero, delante de mí. Tenía el sombrero colgado del brazo y su rubio cabello algo despeinado como si hubiese andado corriendo por el bosque, brillaba a la luz del sol con un fulgor que casi encandilaba. Sus labios entreabiertos sonreían y, aquella sonrisa me pareció la quinta esencia de la buena amistad.

—¡Dios mío, Sybil! — exclamé sorprendido. — ¿Sabe usted que me sobresaltó el verla a usted de improviso?

—¡Me parece que le hacía falta algo que lo zamarreara un poco, — replicó ella, — por que tiene usted hoy una cara que parece el prototipo de lo fúnebre ¿Qué le pasa?

—Nada...absolutamente nada, — dije, haciendo un grandísimo esfuerzo para dominar mi emoción. — ¿Qué es eso que dijo usted de entrenamiento para el sábado?

—¡Cómo! ¡Esto si que es bueno! — exlamó ella con fingida y cómica indignación. — ¿Pretende usted afirmar que no está enterado de que usted y yo hemos sido designados compañeros para jugar en el torneo de tennis de "dobles mezclados" que se realiza el sábado?

—Esta es la primera noticia que tengo, — contesté. — ¡Jamás pensé en figurar en el torneo! Mis días de jugador de tennis han pasado ya. ¡Además mi juego tiene que resultar una verdadera crueldad para mi compañera.

—¡Pobre viejecito! ¿Necesita ya un sillón de ruedas? ¿Por qué no lo pide? Sepa usted, Tony, que fué el señor Brimbleby el que anotó su nombre de usted en la lista de los que habían de jugar en el torneo. El señor Brimbleby dijo que usted tenía grandísimos deseos de jugar y lo anotó, pero aún no le había designado compañero mío. Como yo también estaba libre de compromiso se le ocurrió que podíamos jugar juntos. Por eso fué por lo que lo puso conmigo.

Yo no sabía si reirme o enojarme. Era indudable que el señor Brimbleby me había confundido con otro y la consecuencia era que Sybil, — uno de los mejores elementos del club, — se vería agobiada por el peso de un compañero que no era capaz de correr como es debido. Claro está que yo podía hacer un "dride" y hacerlo bien, siempre que la pelota pasara cerca de mí. Podría defender mi terreno pero no responder a la actividad de una compañera realmente ágil.

—Me fastidia ese señor Brimbleby, — dije.

—No se permita decir ni una sola palabra contra él; es el más encantador de los viejos caballeros del mundo, realmente; — agregó ella poniéndose seria. — Es el único hombre en quien he confiado verdaderamente en toda mi vida.

—Yo creía encontrarme también en esa envidiable situación, — dije tristemente.

—Usted se encontraba en esa situación, Tony, pero desde que ha declarado una y otra vez que es usted un "número atrasado"... bueno... ¡Claro! Pero venga, sentémonos en ese banco y empecemos a trazarnos nuestro plan de campaña para el partido que hemos de jugar el sábado.

No me encontraba con deseos de planear mucho. Conversamos y decidimos primeramente que yo haría todo lo que me fuera posible hacer y que Sybil se ocuparía de lo demás.

* * * *

El sábado fué un día admirable para jugar al tennis. Nuestro plan de campaña dió maravilloso resultado. Jugamos partido tras partido hasta que, asombrado, noté que figurábamos en el final.

Sybil había trabajado mucho todo el día y en cuanto a mí, me sentía rendido de cansancio. El final debía jugarse despus del te y yo acababa de sentarme en una butaca después de haber bebido una buena dosis de algo fresco, cuando Sybil regresó de una visita a la lejana cancha donde todavía estaban jugando el otro semi-final.

—Aún no ha terminado, — dijo ocupando la butaca que estaba junto a la mía, — pero con seguridad ganan el señor Nettleton y Myra Fawcett; están jugando muy bien.

—Dicho sea de paso, — dije, y me asombré de que no se me ocurriera antes aquella idea, — usted debía haber jugado de compañera con Nettleton.

—¿Por qué? — preguntó ella mirándome francamente a la cara.

—Porque...bueno...., porque es un buen jugador, — contesté tímidamente.

Ella se rió.

—¡Vaya una razón! La verdad es que él me lo pidió.

—Entonces...¿por qué demonio?...

—No puedo jugar con dos compañeros a la vez, ¿no es cierto? ¡Vamos! Tráigame un poco más de té, Tony y no diga más tonterías.

Fuí en busca del té y se lo serví.

—Pero, — dije, volviendo a sentarme, — usted no estaba ya comprometida conmigo cuando él le pidió que fuera su compañera.

Sybil se ruborizó de un modo adorable.

—Hace un momento, Tony, le pedí que no dijera tonterías ¿Debo pedírselo de nuevo?

Entonces comprendí. Debido a mi carácter siempre me pasaba lo mismo, no comprendía las cosas hasta que las tenía delante de los ojos. Con seguridad se había producido entre los dos una reyerta de enamorados que había sido causa de una tirantez de relaciones; así se explicaba todo.

—Creo que debo acceder a su pedido, — dije humildemente.

* * * *

Sybil había profetizado con acierto; Nettleton y Myra Fawcett ganaron su semi-final con toda facilidad. Nos hallábamos de pie delante de ellos en el centro de la cancha del club y había, de ambos lados, numerosos espectadores. De no haber estado pensando en Sybil y en Nettleton yo me hubiese sentido casi feliz; era aquel el primer partido de aquella clase que jugaba yo al cabo de algunos años. Me encontraba a punto de jugar en el final...gracias a Sybil, naturalmente.

Ganamos la primera vuelta, — 8 a 6, — después de una serie de endiabladas jugadas que me dejaron muy cansado pero orgulloso de mí mismo. Perdimos la segunda, 6 a 3, — con bastante facilidad.

Myra Fawcett era una jugadora muy segura, — cosa rara tratándose de una muchacha, — y el joven Nettleton dió dos y tal vez tres golpes de primer orden y jugó con sumo acierto. Empezó la tercera y última vuelta y creo que todos nosotros sentíamos ya bastante cansancio. Sybil estaba verdaderamente fatigada por que había tenido doble trabajo y lo había realizado con admirable nobleza.

A pesar de todo cuanto pudimos hacer el juego empezó a escapársenos de las manos; perdimos los cuatro primeros tantos seguidos y yo me dí cuenta de que habíamos perdido el torneo. De improviso Nettleton empezó a jugar tan bajo que una y otra vez dió con la pelota en la red del modo más sorprendente.

En el primer momento me figuré que estaba sentido de cansancio, pero en cuanto lo observé un poco me percaté de que lo hacía a propósito. ¿Por qué procedía así aquel joven? Una breve mueca que hizo Sybil en un instante en que nuestras miradas se cruzaron me dió la clave del enigma. El joven Nettleton procuraba darle la victoria a Sybil. ¡Dios mío! ¿Se figuraba que eso podría serle agradable a ella? Si pensaba así demostraba conocer muy poco a Sybil. No podía yo imaginarme nada que, como ese proceder, pudiera provocar mayor resentimiento en el leal corazón de Sybil; la conducta de Nettleton no era sportiva.

Además constituía una verdadera traición en contra de la pequeña Myra Fawcett que había jugado todo el día de un modo admirable. Igualamos a cuatro casi a poco de nosotros mismos y Sybil empezó a pasar a Myra todo lo que pescaba. Yo hice lo mismo. Nettleton debió asombrarse de lo que pasaba por que hubo un momento en el cual no tuvo nada que hacer, resultando un mero espectador del resto del juego. Y Myra se condujo como una valiente; ganó la vuelta y el torneo y nadie la felicitó más cordialmente que Sybil.

No vi a Nettleton después del partido; debió marcharse silenciosamente. Lo sentí por él. Después de todo su conducta sólo era un error en el cual, joven e inexperto había incurrido. Me dejó resentido por que con su proceder había molestado sin duda a Sybil.

—Sybil, — dije yo cuando se hubo terminado el reparto de los premios y el estrechar de manos, — deseo que usted me prometa algo.

—¿Algo? ¿Qué? — dijo ella.

—Olvide usted este torneo o, por lo menos, su terminación. Estoy seguro de que Nettleton lamenta de verdad el tonto esfuerzo que hizo porque ganara usted. Es un buen muchacho, de buen corazón.

—¡Respuesta! — dijo Sybil mirándome a la cara y sonriendo con franqueza: — Primero: No olvidaré jamás ese torneo; segundo: Me son indiferentes los sentimientos del señor Nettleton, aun cuando, naturalmente, lamento su conducta.

Sentí que dentro de mí algo daba un salto. No iba a perder a Sybil a fin de cuentas; al menos no iba a perderla todavía. El señor Brimbleby no estaba en lo cierto.

—Y ahora, — dijo ella, — yo deseo que usted me prometa algo.

—Después de su poco comprometedora respuesta a mi deseo no se si me será posible, — dije. — ¿De qué se trata?

—Deseo que usted vuelva a jugar al cricket.

Sonreí.

—No hay que pensar ya en lo de "número atrasado". Usted ha roto el hilo jugando en este torneo y se ha portado espléndidamente. Claro está que no le ha de ser posible arrojar la bola con la paleta pero estoy segura de que podrá guardar el "wicket" y restar los golpes como es debido.

—Está bien, — dije, si usted lo cree así...

* * * *

Dos días después volví a encontrarme con el señor Brimbleby. Me golpeó en mitad del pecho con el puño del bastón.

—¡Qué reservado! ¡Qué reservado! — gritó. — ¡Cómo debió reirse para sus adentros desde que yo le hablé del joven Nettleton! ¡De todos modos, reciba usted mis más cordiales felicitaciones!

Le miré maravillado.

—¡Felicitaciones! ¿Por qué? — pregunté.

—¡Pero qué reservado! — replicó aplicándome otro golpe con el bastón. — ¡Y qué hombre de suerte! ¿Me invitará usted a la boda?

—¿Boda? ¿A qué boda?

—¡La suya! ¿Qué secretos son esos?

—¿Se burla usted de mí? — le pregunté, mojado.

—¿Burlarme? — replicó, dándose tono. — ¡No tengo esa costumbre! Hace un momento que me han informado que está usted comprometido con Sybil Brooke. ¿No es eso verdad?

Creo que fué tanta mi sorpresa, que estuve a punto de rodar por el suelo.

—¡Verdad! ¡Claro que no lo es! — grité. — No he oído decir semejante cosa. ¿Quién es la persona que ha lanzado tan tonta noticia? Me gustaría saberlo para retorcerle el cuello. ¿No puede una joven tener amistad con un hombre de edad mediana sin que?... ¡Pero si es algo escandaloso! — Me sentía tan indignado que tartamudeaba. — Créame usted, señor Brimbleby, nunca he mirado a esa joven más que como una amiga... una amiga a la que estimo mucho... pero nada más. ¿Quién le ha dicho a usted eso?

—¡Dios mío! — exclamó el señor Brimbleby, echándose atrás el sombrero. — ¡Me sorprende usted! A ver... ¿quién me lo dijo? Tal vez fué... ¡No! ¡Tampoco! Realmente me está pareciendo que se me ha olvidado.

—Le suplico, señor, que trate de recordarlo. ¡Este es un asunto que puede afectar seriamente a la posición social de la señorita Brooke! ¡Es pura y sencillamente lamentable!

(Continúa en la pág. 48).

CUESTION DE NOMBRE

Ella: — Mi esperanza es llegar a hacerme un nombre.

El: — ¡Oh! ¿De veras? ¿Para qué? ¿Por qué no admite el que yo le ofrezco y ya está hecho?

NO SE ENCONTRABA ALLI

—¿Sabe usted que yo le dije que no a Enrique la primera vez que se declaró?

—No. Claro que usted no debía encontrarse presente ahí, en aquel instante, ¿no es cierto?

(Continuación de la pág. 45)

—Voy a decirle lo que voy a hacer, — dijo, procurando calmarme. — Trataré de recordar quién me lo dijo, y luego se lo diré a usted.

—Y desde este momento, — agregué, en un estado de considerable agitación, — le pido que no lo repita, que no se lo diga a nadie más y que lo desmienta enérgicamente si se presenta el caso. No quiero de modo alguno herir los sentimientos de Sybil. No quisiera molestarla ni por todo el oro del mundo. ¿Sabe usted si ella está enterada de eso?

—No puedo decirlo; pero probablemente no tardará en llegar hasta ella la noticia.

—Estoy por ir a verla en seguida y a prepararla, — dije fieramente. — ¡Pero como encuentre a la persona que ha echado a rodar ese rumor, voy a!...

—¡Atropéllelo o atropéllela, porque bien pudo ser una mujer con su automóvil de dos asientos! ¿No le parece?

Y el anciano se alejó, indiferente por completo ante el lamentable estado de ánimo en que me había dejado su noticia.

* * * *

Fuí a toda prisa a casa de Sybil. Creo que nunca me había sentido tan enojado como en aquel momento. El pensar que Sybil era objeto de un chisme semejante, era algo que no podía resistir.

La encontré en el jardín de su casa arrancando peras de un peral. Se hallaba a la mitad de la altura de un frondoso árbol, sentada en una rama y con una canasta colgada de otra rama.

—¡Oh! ¡Estimada Sybil! — grité. — ¿Se ha enterado usted?...

—Tome una pera, — me interrumpió, arrojándome una.

—¿Ha oído usted, — proseguí, recogiendo la pera en el aire, — la lamentable noticia que ha corrido afirmando que estamos comprometidos y vamos a casarnos?

Sí, — dijo Sybil. — ¡Qué cosa terrible! ¿No es cierto?

Su tono fué de tan completa indiferencia que yo me quedé atónito.

—¿Qué le pasa, Sybil? — grité porque en realidad me parecía que estaba riéndose. — ¡Pero realmente no es usted hoy la misma de siempre!

—Tal vez no, — suspiró. — Es el caso que ese terrible rumor me ha... Claro está que una vez lanzada la noticia no nos queda más recurso que seguir la corriente.

—¿Seguir la corriente? — repetí yo. — ¿Qué quiere usted decir con eso?

—Que debemos comprometernos. ¿No le parece?

—Si usted cree, — dije, — que yo voy a consentir que usted se sacrifique uniéndose a una vieja ruina como yo, nada más que por el "qué dirán", se equivoca...

Una pera me dió en la cabeza y después otra y otra más. Cuando cesó el bombardeo volví a mirar hacia arriba. Pero la risa había desaparecido y en su lugar veíase una expresión extraña, seria a la vez que picarresca y quizá un poco triste.

—Sybil, — dije en voz baja.

—Pienso en este momento, — dijo ella, — que es usted el más adorado de todos los tontos de este mundo.

Al instante se presentó la verdad ante mi imaginación. No me hubiera imaginado que podía subir tan rápidamente por aquella escalera. No hubiera creído que dos personas podían sostenerse en aquella rama el tiempo que nos mantuvimos nosotros dos. Por bondad de la Divina Providencia no nos desnucamos. Sybil era al fin mía por los siglos de los siglos, amén. Era algo increíble.

—Y siempre le quise a usted, Tony, — dijo ella en voz muy baja, — desde cuando sólo era así de alta. ¡Pero usted no quiso entenderme nunca!

—Es que nací muy poco perspicaz, — declaré con voz ronca, — y seguiré siendo lo mismo hasta la tumba.

* * * *

Al regresar a mi casa caí de las nubes al tropezar con un cuerpo pesado. Era el señor Brimbleby. Pasado el primer momento de turbación le dí jubilosamente la grata noticia. El viejo caballero se sintió real y sinceramente contento.

—¡Que hombre de suerte! — dijo. — ¡Hombre de suerte!

—Supongo, señor Brimbleby, — dije, sonriendo, — que no ha recordado usted el nombre de la persona que le dió a usted la noticia del compromiso antes de que existiera.

—¡Sí! ¡Lo he recordado! — contestó dándome otro golpe, con el puño del bastón en el pecho.

—¿Quién fué?

—¡Quien había de ser! ¡Sybil, naturalmente!

Antes de que yó pudiese salir de mi asombro el anciano caballero se había alejado ya, camino adelante.

CHARLES MATKIN.

Se suicidan más hombres que mujeres.

* * * *

Miles de toneladas de tierra mineral de la región de Sud Africa donde se recogen diamantes, han sido transportadas a Londres, donde se las deposita en la sección sudafricana de la Exposición del Imperio, próxima a inaugurarse. De esa tierra se espera sacar diamante por valor de muchos miles de libras esterlinas, a fin de cortarlos y pulirlos a la vista del público.

La salida y destino de los buques que acarrean la preciosa tierra se han mantenido secretos, y la "mina" será custodiada día y noche hasta la fecha de la apertura de la Exposición, el próximo Abril.

UN CURIOSO CASO HUMORISTICO

LA ESCALA DEL DISTRAIDO

Por CAMI

PRIMER ACTO

Un amante de la lectura

El hombre que lee (hojeando el diario). —¡Oh! ¡Oh! Aquí, en la octava página de este diario, veo un aviso extraordinario. Leamos. Lee:

LA MUSICA Y LA LITERATURA AL ALCANCE DE TODOS

¡Estupefactante! ¡Monumental! ¡Sublime!

¡¡¡LA REVELACION DEL SIGLO!!!

LA OBRA DE BOILEAU

IMPRESA EN FLAUTAS DE LUJO

Las obras completas en 175.000 flautas a seis versos por flauta

¡INSTRUIRSE HACIENDO MUSICA!

¡CUARENTA Y DOS AÑOS Y DOS MESES DE CREDITO!

¡¡¡Setenta y cinco céntimos por mes!!!

El hombre que lee (entusiasmado). — ¡Ah! He aquí una ocasión única para un apasionado de la lectura como yo! Voy a enviar en seguida un boletín de suscripción.

SEGUNDO ACTO

Una biblioteca numerosa

La portera (petrificada, al hombre que lee). — Señor, tres carros de mudanza llenos de flautas se han parado delante de la puerta. ¿Dejo subir a los peones de mudanzas?

El hombre que lee. — Sí. Es mi edición completa de Boileau. Déjelos subir. (La portera sale persignándose).

Coro de peones de mudanzas (entrando cargados de flautas):

Llevamos fardos pesados
conformes con el destino.
El mozo lleva las flautas,
pero también bebe vino.

El peón de mudanzas, poeta. — Esta cuarteta de mi composición es una discreta alusión a los deberes del cliente con el mozo de mudanzas. (El hombre que lee comprende la alusión y saca una botella. Después, los mozos reanudan su trabajo).

Coro de mozos. — El transporte ha terminado. Sus 750.000 flautas están colocadas en el cuarto. Llegan hasta el techo del comedor, del dormitorio, del cuarto de baño y de la sala.

El hombre que lee. — Perfectamente.

TERCER ACTO

¡Imprudencia!

El hombre que lee. — Mi biblioteca de flautas ocupa la mayor parte de mi casa. Me veo obligado a vivir en la cocina. Pero ¡qué importa ese pequeño inconveniente! ¡Me es tan dulce, al llegar la noche, entregarme a la lectura de las flautas literarias!

Una voz angustiosa (lejos). — ¡Fuego! ¡Fuego!

El hombre que lee (sobresaltado). — ¡Cielos! ¡Un incendio! (Abre la puerta para salir.) ¡Misericordia! ¡La escalera es presa de las llamas y yo vivo en el quinto piso! ¡Imposible salvarme! Pero, ahora que pienso... Estas flautas me pueden servir de peldaños providenciales. (Llena sus bolsillos de flautas.) Ahora, abriré la ventana y bajaré. (Abre la ventana. Saca un pie fuera, saca una flauta de su bolsillo y la coloca debajo del pie sin apoyo. El pie derecho queda sostenido por este primer escalón. Coloca el pie izquierdo un poco más bajo y pone debajo otra flauta para apoyarse. Así, alternativamente, va descendiendo por la escala de las flautas que saca de sus bolsillos. Por fin llega hasta el suelo, sin ningún percance.) ¡Salvado!

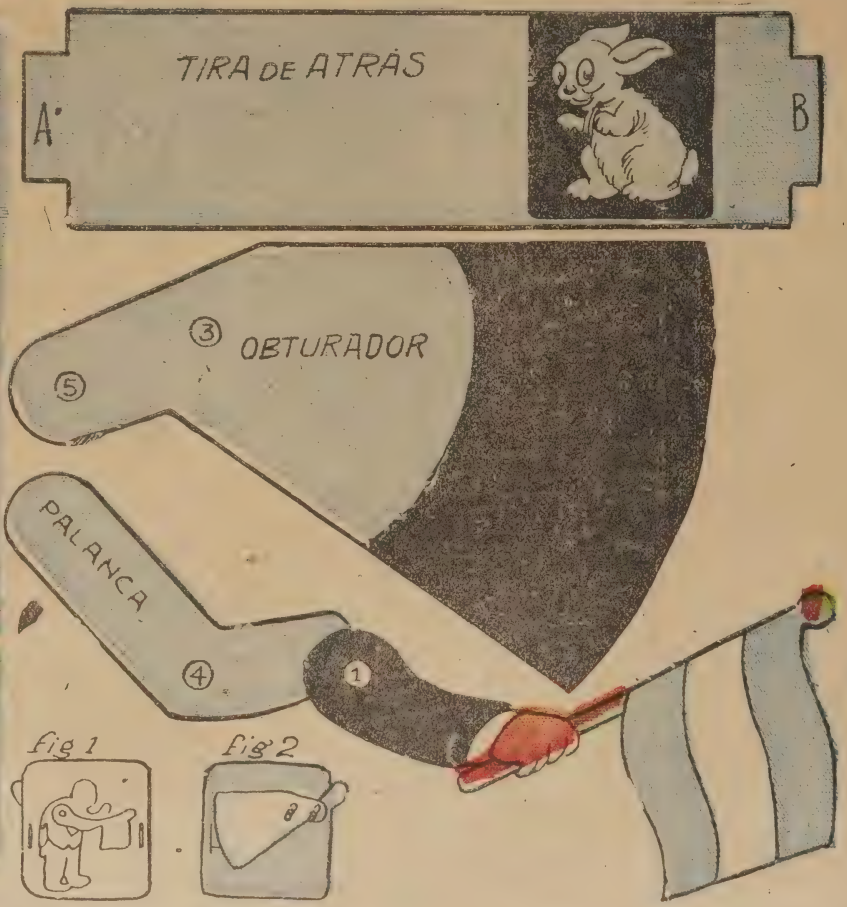
Un hombre de sangre fría. — Sí. Salvado. Pero ¡qué imprudencia! ¡Descender por una escala sin montantes!

El hombre que lee. — ¡Cielos! ¡Es verdad! En mi precipitación, no he reflexionado que no tenía más que los escalones! ¡Me hubiese podido matar!

TELON

CAMI.

EL CONEJO DEL PRESTIDIGITADOR



CONSEJOS PARA ARMARLO: Primero se pegan todos los trozos en un cartón, se dejan secar bien y se recortan con cuidado. Se corta el agujero de la caja de la mesa y se hacen las hendijas A y B y la semicircular del hombro del prestidigador. Se toma el trozo que dice Palanca y se mete por el semicírculo del hombro hasta que el punto 1 esté sobre el punto. Después se pone la pieza que dice obturador poniendo el 3 detrás del 1 y del 3. Se sujetan 1, 2 y 3 con un brochecito. Del mismo modo se unen 4 y 5. Luego se pone la tira de atrás metiendo sus extremos en las ranuras A y B. Para mover el juguete se levanta y baja la palanca y se verá aparecer y desaparecer al conejo.

LAS AVENTURAS DE ANGELICA

El armario en la pared

Por OLIVER WRIGHT

(Traducción del inglés especialmente para "Pucky"

PARECIA que la confección del traje de corte para la señorita de Sarennes hubiera de ser la base de mi fortuna. Cuando abandoné el castillo de Valfrais las damas tuvieron la bondad de hablar tan favorablemente de mí y de mi trabajo, y esto me proporcionó una verdadera serie de compromisos, pasando de un lugar a otro siempre entre amigos suyos. Fu así como vine a encontrarme algunos meses después, en la casa solariega de la señora du Laurier.

La familia dueña del castillo de Laurier no era hasta cierto punto diferente de la que yo había dejado en Valfrais, pues se componía de una señora mayor y una joven, con un hijo ausente. Ahí cesaba el parecido. La señora du Laurier, alta, robusta y voluble, parecíase tanto a la elegante y digna marquesa de Sarannes como la señorita Julia se parecía a la señora Enriqueta, la hija política de la castellana du Laurier.

Debe confesarse que la señora Enriqueta, — la señora de Jacques du Laurier, si hemos de darle su nombre y título, — tenía razones suficientes para no hallarse muy satisfecha de la vida que llevaba. No era la falta de dinero lo que mantenía a las señoras de Laurier constantemente encadenadas a su casa solariega. Tampoco era falta de afición a la vida social de parte de la señora Enriqueta. Era a su juicio, una pura y tonta razón de sentimentalismo y de política. Los du Laurier eran ardientes legitimistas; y el señor Jaques no podía permitir que su joven y encantadora esposa se presentara en la sociedad parisién mientras un Bonaparte ocupara, usurpador, el trono de las Tullerías. Creo que legó a decir que aquél debía ser un período de duelo nacional y se hubiera sentido enormemente feliz si la señora Enriqueta hubiera accedido a vestir siempre de luto; pero no había poder humano que pudiera obligar a eso a la señora Enriqueta. En más de una ocasión dijo ella que, antes, preferiría vestir luto por el señor Jacques mismo.

El señor Jacques no la honraba con su visita frecuentemente. Me parece que, de haberse decidido a acompañar a su esposa con frecuencia, la señora Enriqueta se habría reconciliado con la vida tranquila y solitaria del campo. Estaba enamorada de verdad de su esposo aun cuando no podía contenerse y reñía con él siempre que la visitaba. Pero el señor se hallaba casi siempre lejos de su casa, viajando, "por negocios" que le llevaban con frecuencia a París. Estaba ella convencida de que él se divertía a sus anchas en la capital y no alcanzaba a comprender la razón por qué no había de hacer ella otro tanto.

Lo cierto era que ella se había casado con un hombre de una esfera algo superior a la suya. El casamiento había sido considerado como muy brillante para ella, aun cuando ella, por su parte, había aportado al matrimonio un dote considerable que rehizo la maltrecha fortuna de los du Laurier. Debió soñar que después de casada ocuparía una destacada posición en sociedad, y, en cambio, se veía obligada a llevar aquella vida casi monástica en la mansión solariega, en compañía de su madre política y tratando constantemente de convencer a su esposo de que debía poner casa en la ciudad.

Si ella hubiera estado rodeada de gentes de su propia clase, es posible que hubiera encontrado quien simpatizara con sus ambiciones; pero no era así. No era tan inteligente como su esposo; y, fuera de la vida social y de los hermosos vestidos, poco era lo que le importaba. Lo cierto era, que la vida tranquila y sedentaria de provincia, poco podía interesar a una joven como ella.

Creo que con el propósito de proporcionar distracción a su nuera, la señora du Laurier contrató mis servicios, pues ella, por su parte, poca atención prestaba a su atavío personal, que consistía, casi invariablemente, en un vestido sencillo de seda negra, amplio, y un velo del mismo color sobre el cabello.

Pero la señora Jacques era diferente; durante semanas enteras estuve ocupada cortando, cosiendo, reformando, oyendo incesantes lamentos de la señora, quejosa de que nunca habría nadie que admirara tan hermosos vestidos, pues estaba como enterrada en vida.

Así pasó el otoño y entró el invierno; las visitas del señor Jacques se hicieron cada vez más escasas. Estaba sumamente ocupado, según su madre explicaba. Ella siempre

representaba bien su papel ante la señora Enriqueta; pero, a pesar de todo, yo adivinaba que a la señora la consumía una ansiedad constante. Después de lo que pasó comprendí que siempre estuvo al tanto de los manejos del señor.

Estábamos ya cerca de Navidad, sin que el señor Jacques hubiera dado señales de vida, cuando una noche de improviso apareció. Yo estaba en el cuarto de costura, una habitación bastante grande, situada en el piso principal de la casa, hacia los fondos con una puerta de vidrios que daba al jardín. Acababa de encender la lámpara y me disponía a recoger la costura, para ir a la mesa, cuando la puerta de vidrios se abrió lentamente y entre las sombras del otro lado pude ver la silueta de un hombre. Lancé un grito. La puerta se abrió del todo y el señor Jacques entró rápidamente, llevándose un dedo a los labios para indicarme que callara.

—¡Silencio! ¡Silencio, mi buena Angélica! — murmuró. — ¡Ya ve usted que no es nadie más alarmante que mi muy humilde persona! Pero no me agradaría que anunciara usted la novedad de mi llegada en forma tan ruidosa. Quise tomar de sorpresa a la familia, pero nada importa, que me ha descubierto usted. Le agradeceré que le avise a mi señora madre y, como es natural, a la señora Enriqueta, que estoy aquí. Esperaré aquí en su habitación, si no tiene usted inconveniente; y, a propósito, no diga usted a nadie más que estoy aquí. Cierre la puerta con llave al salir y llévese la llave.

No cabía duda de que algún misterio en aquella visita tan reservada. Hice lo que me había pedido. Salí al corredor, cerré la puerta, y me llevé la llave. Fuí a avisar a la señora. Se puso muy pálida cuando le dije que había llegado el señor y como se había presentado. Tomó la llave de mis manos y, encargándome que llamara a la señora Enriqueta sin tardanza, se dirigió al piso bajo. Al llegar a la puerta, se volvió.

—Angélica, — dijo, — es de suma importancia para el señor que nadie sepa que ha venido hoy aquí. Puedo confiar en que usted no hablará de eso a nadie ¿verdad?

Naturalmente, le prometí lo que deseaba.

—Adviértale a la señora Enriqueta eso mismo. Dígale que baje como si nada pasara. Dígale que puede tratarse de algo muy importante.

Fuí en busca de la señora Enriqueta.

La señora, a pesar de la alegría que le produjo la noticia de la llegada de su esposo, no pudo reprimir un movimiento de impaciencia.

—¡Más completa, sin duda! — exclamó, con un gesto de fastidio. — ¡Quiera Dios que éste les haya fracasado!

Esta observación me dió a entender de qué se trataba. Creo que la señora Jacques no hubiera servido para consipradora.

Pero en aquel caso, al menos, parecía que sus votos iban a realizarse. El complot había fracasado sin duda, había estallado prematuramente, y amenazaba hacer saltr por las nubes al señor Jacques con su estallido. Su única esperanza estaba en poder salir de Francia sin demora.

Fué la señora du Laurier, la madre, quien me puso al corriente de todo. Me esperaba al pie de la escalera cuando bajé, y ordenándome silencio, me tomó de la muñeca y me llevó hasta el invernáculo, cerrando la puerta al pasar. Allí estaba el señor Jacques du Laurier en un sofá, sentado junto a la señora Enriqueta, cuya mano apretaba entre las suyas, como un enamorado de verdad. Ella lloraba y esto me hizo pensar que sucedía algo muy serio. Fué esta vez, como siempre, la madre de monsieur la que dominó la situación.

—Angélica, — dijo. — Sé que puedo confiar en usted.

¿Por qué será que las gentes siempre empiezan así cuando la quieren meter a una en algo grave? ¿Qué me quedaba a mí sino decir que haría todo lo posible por merecer la confianza de la señora?

Ella me explicó cómo andaban las cosas. Me dijo que durante algunas semanas el señor Jacques había organizado un complot de extensas ramificaciones tendiente a hacer que volviera a Francia su legítimo soberano y sentarlo en el trono que Bonaparte usurpaba. Pero, en el mismo momento en que estaba a punto de estallar y de arrancar a Napoleón III del trono, alguien había denunciado lo que sucedía, ocupándose de ello en alguna carta. Me pareció que la señora Enriqueta se inquietó mucho al oír estas palabras.

—Ahora, — terminó la madre del señor, — todo está descubierto. La sangre del señor Jacques caerá sin duda sobre la cabeza de la imprudente persona que cometió tal indiscreción. La señora Enriqueta se puso a llorar como una Magdalena.

—¿Por qué no te dirigiste a Inglaterra Jacques? — preguntó la señora du Laurier, con impaciencia. — ¡Es una verdadera locura, haber venido aquí.

—Mamá, — respondió el señor dulcemente, — vine, primero, por que no podía partir sin despedirme de tí y de mi esposa. Y, segundo, porque, habiendo salido de París a toda prisa, no me hallaba provisto de fondos. Pensé que lo mejor sería, por muchas razones, confiar en tí.

—¡Pero tu madre no tiene en casa un Banco de Francia! — exclamó la señora secamente. — Angélica, ¿tiene usted aquí algún dinero?

Tenía yo todas mi ganancias de los meses anteriores, unos trescientos francos en total, los que puse a disposición de la señora.

—Yo tengo unos doscientos, — dijo ella, contando con los dedos. — Enriqueta como es natural, no ha de tener mucho.

Pero la señora Enrique solo tenía ciento cincuenta. Es decir que entre todas reunimos lo suficiente para que el señor pudiera salir de Francia. La señora le enviaría más dinero a Londres, más adelante.

—Ahora, Angélica, — dijo la señora cuando nuestro dinero estuvo en la cartera del señor , — es sumamente importante que sólo usted sepa que el señor estuvo aquí esta noche. A Pierre tedremos que decírselo

"¡Silencio! ¡Silencio mi buena Angélica! — murmuró. — Le agradeceré que le avise a mi señora madre y a la señora Enriqueta que estoy aquí." ("Las aventuras de Angélica". "El armario en la pared".)

como es natural, pero Pierre es de confianza. No obstante nadie más debe ver al señor. Estará aquí hasta que toda la servidumbre se haya retirado, y luego partirá. Pierre preparará la carreta y el caballo. Ahora, Angélica, vaya a cenar con los demás, y cuando se hayan retirado me hará usted el favor de poner algo de comer en una bandeja y traerlo aquí. Dígale a Pierre disimuladamente, que venga por la puerta del jardín, a hablar conmigo. ¡Pero ni una sola palabra a nadie!

Hice lo que me habían pedido y durante una hora, no ví a mis compañeros de conspiración. Avisé a Pierre y ví que, un momento después, se retiraba silenciosamente sin llamar la atención. Era numerosa la servidumbre que había en la residencia de la señora du Laurier, pero como todos tenían costumbre de recogerse temprano, a las diez de la noche el último de los criados se había retirado ya. La servidumbre tenía sus habitaciones en una de las alas del edificio, alejada del cuerpo central, de manera que no había peligro de que algún criado llegara a sorprender nuestros manejos. Finjí retirarme cuando todos los demás, pero tan pronto como la última de las puertas del corredor se hubo cerrado me quité los zapatos, apagué la luz, descorrí el cerrojo, y bajé a la cocina. Allí encontré lo que buscaba, lo puse en la bandeja y fuí en busca de la señora.

La hallé, junto con la señora Enriqueta, en el salón, haciendo que bordaba, según costumbre. Por precaución la señora había cerrado con llave la puerta del inevrnáculo, de modo que si alguno de los sirvientes acudía, parecería que estaba ya cerrado para toda la noche. Nos apresuramos a libertar al prisionero y le llevamos una luz y la cena.

El señor había aprovechado la oportunidad para dormir un rato y despertó completamente fresco y dispuesto a tomar la cena. Sin saber por qué, me pareció que todos habíamos recobrado algo de nuestra tranquilidad y que mirábamos la situación con mejores ojos. Las dos señoras se ocuparon del señor, quien cenó espléndidamente bien. Yo acababa de servirle una taza de café y él se hallaba casi a punto de encender un cigarrillo, cuando el lejano ladrido del perro, en las caballerizas, hizo que nos miráramos unos a otros, palideciendo.

—Debe ser Pierre, que viene con la carreta, — dijo la señora du Laurier, tranquilizándose rápidamente. — Debes irte ya, hijo mío. No pierdas tiempo. Cuando amanezca deberás estar a muchas millas de aquí.

Pero antes de que el señor pudiera replicar, llegó a nuestros oídos un rumor de pasos cautelosos que se acercaban a la puerta del invernáculo.

Tratamos de figurarnos que era Pierre quien llegaba, pero se nos encogió el corazón. De pronto la señora du Laurier apagó la luz. La noche era clarísima, serena, y la luna brillaba esplendorosa. Al mismo tiempo que se apagaba la luz, apareció, sobre la blanca cortina que cubría la puerta de cristales, la silueta de un hombre. No era aquella la silueta de Pierre, pues el hombre vestía un capote y un sombrero de tres picos. La señora Enriqueta, con sorprendente sangre fría, avanzó rápidamente y corrió el pasador de la puerta.

Al mismo tiempo, el señor Jacques fué corriendo en dirección a la puerta interior del invernáculo, pero antes que pudiera abrirse oyó un rumor extraño y alguien, del otro lado, la abrió, lanzando dentro los rayos de luz de una linterna.

—¡No se sale, señor! — exclamó una voz.

Había tres hombres del otro lado de la puerta, cerrando el paso. Dos de ellos eran sin duda, oficiales de policía y detrás de ellos se hallaba el desdichado Pierre, pálido como la muerte. Los de policía lo habían encontrado frente al portón y, hallando en sus bolsillos la llave, lo habían obligado a dejarlos entrar silenciosamente. Por eso fuó que nos pudieron tomar de sorpresa.

Hubo una gran escena. La señora Enriqueta sufrió un ataque de nervios, la señora du Laurier intentó toda clase de argumentos y persuasiones, mientras el señor Jacques adoptaba la actitud del patriota mártir. Pero nada de esto dió resultado.

Los de policía se condujeron con gran cortesía, pero objetaron que, ellos eran hombres sencillos que cumplían con su deber y, por lo tanto se veían obligados a pedir al señor Jacques que los acompañara.

—¡Pero por lo menos ustedes le permitirán ponerse ropa de abrigo! — protestó la señora. — Ve arriba, hijo mío, y te daré algunas ropas. Angélica, me hará usted el favor de dar algo para cenar a estos señores mientras esperan.

—Lo siento mucho, señora, — dijo uno de los gendarmes, interponiéndose una vez más. — Mi deber mi obliga a acompañar a usted.

La señora pareció realmente desconcertada durante un momento, pero se repuso de inmediato.

—Señor, — dijo, — sus sospechas son, tal vez naturales. No trataré de interponerme entre usted y su deber. Es verdad que me habría agradado conversar algunos momentos a solas con mi hijo, pero, ya que hasta eso se me niega, vé, hijo mío; tengo la seguridad de que estos caballeros te ayudarán. Enriqueta y yo esperaremos aquí.

Se secó una lágrima y los gendarmes, algo avergonzados, siguieron al señor, saliendo de la habitación.

No había acabado de salir, cuando la señora du Laurier cambió por completo de tono.

—Angélica, — me dijo, rápidamente. — Corra a la cocina y prepare una cena todo lo mejor que pueda, y téngala aquí pronta para cuando los gendarmes regresen. Puedes seguir con tus nervios, Enriqueta. Eso es de muy buen efecto y lo haces muy bien. Pierre... ¿dónde está Pierre?

—¡Aquí, señora! — respondió Pierre, avanzando un tanto avergonzado. Era evidente que esperaba una reprimenda, pero no sé lo que la señora le dijo por que yo me dirigí a la cocina como se me había pedido.

La despensa de los Laurier estaba siem-

pre bien provista y, en pocos minutos, puse sobre la mesa del invernáculo una excelente cena. Cuando el señor Jacques y los de policía reaparecieron, la señora los recibió muy afable.

—Los señores, — dijo con aire de noble y austera dignidad. — No puedo permitir que, en una noche como esta, aun mi mayor enemigo, parta de mi casa sin haber gustado la hospitalidad de los du Laurier. Mi hijo conversará conmigo y su esposa aquí mientras ustedes saborean la cena que los espera a ustedes. Señores, siéntense ustedes. ¡Pero, los capotes! ¿No será mejor que se los quiten ustedes, por mayor comodidad? Aquí cuélguenlos en este armario!

Abrió la señora la puerta de un espacioso armario empotrado en la pared, dentro del cual, colgaban dos o tres abrigos. Hizo señas a los gendarmes de que colocaran allí los suyos, y permaneció junto a la puerta, sosteniendo la puerta, cuyas bisagras, según sabía yo, cerraban con resorte. Supuse que la intención de la señora era encerrarlos allí; pero si así fué, fueron ellos demasiado astutos, pues nunca entró más que uno a la vez, mientras el otro vigilaba. Sin embargo me pareció observar en los labios de la señora la rápida sombra de una sonrisa.

—Si no me equivoco, señor, — dijo la señora du Laurier, — tiene ustedes un compañero en el jardín. ¿Por qué no lo invita usted a entrar también? Debe tener frío y apetito. Teniendo usted su prisionero a la vista, no hay que temer.

—Es verdad, señora, — respondió uno de los gendarmes. Después de reflexionar un momento se levantó, abrió la puerta de vidrios, hizo entrar al número tres, y volvió a cerrar la puerta, guardándose la llave en el bolsillo.

—¡Desconfía usted de todos, monsieur le gendarme. — exclamó la señora.

—¡Es mi oficio, señora!

Sin embargo creo que se sentía algo avergonzado de su exceso de precauciones y que, en retorno, deseaba demostrar cortesía, lo que hizo tardando todo lo posible en cenar. Mientras tanto, el señor du Laurier, sentado entre su madre y su esposa, conversaba con ellas en voz baja, sosteniendo entre sus manos una de cada una de ellas.

Al fin, el oficial no pudo demorarse más e hizo una señal a sus compañeros para que se pusieran de pié, disponiéndose a partir. Tanto él como su compañero sacaron el abrigo del armario, y se prepararon. Ambas mujeres se hallaban ocupadísimas con el prisionero; y al abrazarlo la señora exclamó, con desmayo:

—¡Pero Jacques! ¡Qué locura! ¡Esa ropa es bastante desabrigada! ¡Este abrigo! ¡Es una telaraña! ¡No, no! ¡Insisto que lleves uno más abrigado!

Avanzó hacia el armario, lo abrió y permaneció allí, conservándolo abierto.

—¡Toma ese azul de allí, Jacques! ¡Ese sí que es abrigado! — y, al entrar el señor Jacques en el armario, dijo: — ¡No! ¡Ese no! El otro, el de piel! ¡Oh! mon Dieu!

La puerta del armario se le había escapado a la señora de las manos, cerrándose con un ruido seco.

—¡La llave — gritó la señora. — ¡La llave! ¡Pronto! ¡Por Dios! El señor se va a ahogar, ahí dentro!

Todos sabíamos que la llave debía haber estado allí un momento antes, porque, sin ella, el armario no podía abrirse. El caso fué que en aquel momento había desaparecido. El oficial avanzó rápidamente, golpeando en la puerta.

—Señor, — gritó. — Le ruego que trate de abrir desde dentro. — Al no recibir respuesta, agregó: — ¡Este es un juego de niños, señora. No conduce a nada. Solamente consigue demorarnos innecesariamente. Esa llave debe aparecer en seguida. No, señoras;

ASPIRACIONES

—Yo quisiera pasarme la vida cantando. ¡Yo quisiera ser un ave canora!
—Y yo una escopeta de dos cañones.

no puedo admitir ayuda, — mientras nosotras demostrábamos estar muy ocupadas en buscar la llave, — tengan a bien apartarse y permitir a mis hombres que busquen.

La llave fué encontrada, debajo de un mueble donde la señora debió haberla arrojado inadvertidamente, al apartarse del armario, y el oficial, con gran gravedad, la metió en la cerradura y abrió la puerta.

—¡Señor...! — comenzó.

Lanzó un grito y resapareció dentro nel armario como un conejo en la conejera. Sus compañeros avanzaron también en su ayuda, pero no bien habían entrado en el armario cuando dejaron escapar extramaciones de alarma y desaparecieron con igual precipitación.

La señora Enriqueta y yo también avanzamos; una sola mirada nos bastó para comprender. El armario era un pequeño espacio que había entre dos puertas. La puerta del otro lado antes oculta detrás de los capotes y abrigos, se hallaba abierta. Una ráfaga de aire fresco venía de la otra habitación, donde una ventana, directamente opuesta al a puerta, dejaba ver el jardín iluminado por la luz de la luna.

En aquel mismo momento que los gendarmes cruzaban la habitación, se oyó el rumor de los casos de los caballos en las piedras; luego, del camino real llegó el ruido de los pasos de un caballo lanzado a toda carrera.

¡Si hubieran visto ustedes cómo desaparecieron los gendarmes por aquella ventana! No perdieron ni un solo segundo. En menos tiempos del que se necesita para contarlo motaron a caballo, lanzándose a toda carrera en persecución del fugitivo.

Durante unos momento permanecimos con el corazón en un puño. Pero no bien había desaparecido de nuestra vista el último de los gendarmes, cuando madame du Laurier, con la ligereza y la agilidad de un felino cruzó la habitación y cerró la centana.

—¡Jacques! — llamó en voz baja.

¡Y el señor aperció en persona, algo aturdido, saliendo de atrás de la montaña de abrigos! Pero fué un señor Jacques transformado el que apareció, convertido en un obrero de blusa azul y un sombrero viejo con un saco al brazo.

—No hay momento que perder, Jacques, — advirtió la señora. — Tan pronto como los gendarmes comprendan que siguen a Pierre, volverán hacia acá como el viento. Debes escapar por el jardín, hacia los bosques. ¡Buen viaje, hijo mío! ¿Tienes el dinero?

—Pierre me lo dió cuando cambiamos de sacos, — respondió el señor. — Piensa usted en todo, mamá.

Pierre regresó una hora después, habiendo conseguido dar esquinazo a los gendarmes, no sin haberlos hecho correr varias leguas por el camino de Orleáns. Pero no por eso nos vimos libres de aquellos caballeros. Regresaron al amanecer insistiendo en registrar el castillo.

Los oficiales se sentían inclinados a tratar duramente a la señora, pero ella pronto los puso en su verdadero lugar.

—¿Qué quieren ustedes, señores? — les dijo. — ¿Suponen ustedes que mi hijo iba a esperar aquí mientras ustedes se iban a dar un paseo a la luz de la luna? No fué él quien escapó de ustedes, sino ustedes de él. ¿De qué se quejan? Lo dejaron donde estaba; en el armario, buscando un abrigo.

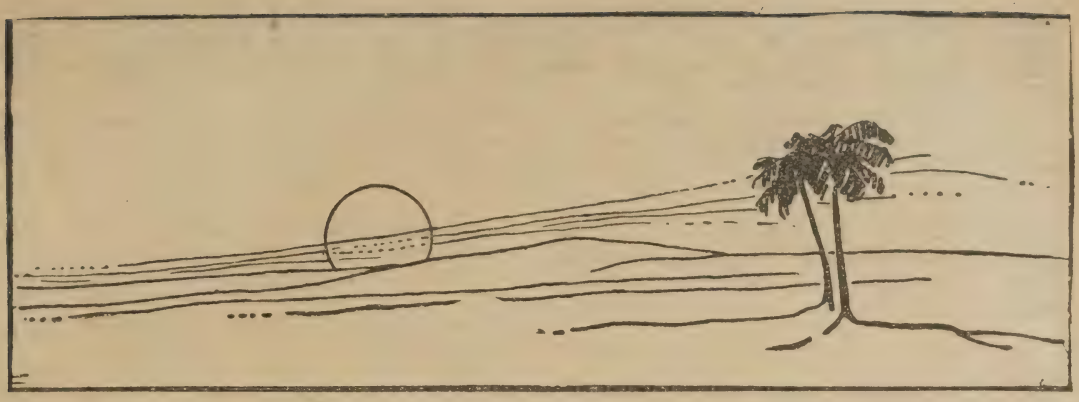
Pues, cuando los gendarmes oyeron esto y comprendieron cómo habían sido engañados, se enfurecieron aun más. Pero creo que, cuando hubieron discutido el asunto entre ellos, deben haber resuelto decir cuanto menos, mejor, sobre lo ridículo del papel que habían hecho. Lo cierto es que la señora no fué molestada más y ni siquiera se la interrogó. Cuando, una semana después, llegó la noticia de que el señor Jacques se había embarcado para Inglaterra, tuvo la satisfacción de poder decir que se debió a su sangre fría, su astucia y su presencia de ánimo que su hijo hubiera podido savar a vida.

OLIVER WRIGHT.

"PUCKY" Magazine

APARECE TODOS LOS VIERNES

Un año de suscripción en toda la República (52 números) $ 9.- m/n.



ALGUNAS IDEAS INTERESANTES

EL CABALLO Y LOS REFRANES

HAY refranes para todo y sobre todo. Nuestro idioma los tiene numerosos y muy dignos de ser recordados. Un curioso, investigador, ha reunido los que publica "Pucky" a continuación. Son refranes, dichos y aforismos. Son castellanos y extranjeros. Para los que aman al "noble bruto", al amigo y ayudante del hombre en rudas tareas, han de gustar estos refranes. A los que sólo conocen "de vista" a "la más noble conquista del hombre", les ha de parecer la serie, lo cree "Pucky", muy digna de ser leída, porque se inspira en la experiencia y en la bondad.

Si compras un caballo, prefiere el hueso a la carne.

* * * *

Huye como de la peste del caballo estrecho de pechos.

* * * *

Exige en el caballo cuerpo corto, buena caja, miembros vigorosos, cascos sanos.

* * * *

El caballo cuya grupa es tan larga como la espalda y el lomo reunidos, tómalo con los ojos cerrados, porque es una bendición.

* * * *

Ten en cuenta el origen del caballo; buena sangre no puede mentir.

* * * *

Desconfía del negociante en caballos; él engañaría hasta a su padre.

* * * *

Debes tratar al caballo con bondad, pero sin debilidad; sé para él un amo y un amigo a la vez.

En la manera de tratar al caballo piensa siempre en ti.

* * * *

Cuida siempre del caballo antes que de tí mismo; éste será egoísmo bien entendido.

* * * *

Evita a tu caballo la molestia y la incomodidad; silla perfectamente ajustada, barbada y bocado no muy apretados.

* * * *

Un jinete no cuidará nunca demasiado de los cascos de su caballo

* * * *

No prestes tu caballo a nadie; no debes tener confianza sino en tí mismo.

* * * *

Caballo que come de todo, va a cualquier parte

* * * *

La educación del caballo debe ser lenta. Lo que se aprende demasiado aprisa se olvida pronto.

El caballo marcha con el alimento de la víspera, y no con el del día.

* * * *

Si tu caballo no obedece al trote o al galope, vuélvelo a poner al paso. Obrar de distinta manera sería ensillar antes de traer las bestias.

* * * *

Ponte de acuerdo con tu caballo al principio del trabajo. Todo el ejercicio será bueno.

* * * *

No seas avaro de caricias, pero dalas a tiempo.

* * * *

Sé severo si es menester, con las piernas o con el látigo; pero con las manos sé dulce.

* * * *

Al caballo, las piernas son más útiles que las manos.

* * * *

Ten a menudo las riendas cueltas.

* * * *

El día en que no montes tu caballo es un día perdido para su educación.

* * * *

Un caballo bien enseñado es siempre bueno.

Un jinete debe ser juzgado por el trabajo de su caballo.

* * * *

El andar corto y levantado es madre del andar largo.

* * * *

Monta con confianza tu caballo; pero ten en cuenta que siempre hay peligro.

* * * *

No emprendas camino con nuevas herraduras, porque se marcha mal con botines nuevos o apretados.

* * * *

Si quieres ir lejos, no cinches con exceso a tu caballo.

* * * *

El mejor camino es el más sobrio y el más rústico.

* * * *

Los mayores enemigos del caballo son la gordura y el reposo.

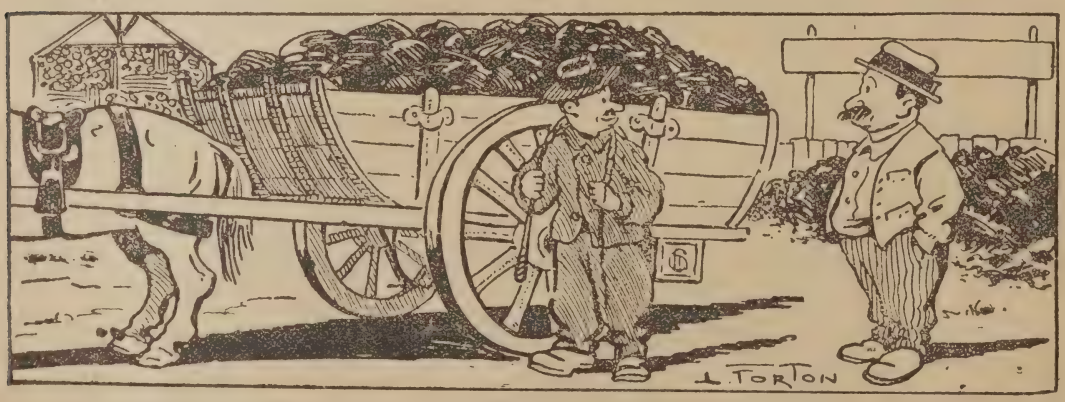
* * * *

El jinete, cuando tiene un pie en el estribo, tiene el otro en la tumba.

* * * *

La seguridad del jinete está en las crines del caballo.

EL COMERCIO DEL CARBON ES COMO LO DEMAS



—¡Pare el carro! Me parece que ha cargado usted de más. Ahí lleva usted lo menos tonelada y media de carbón.
—No he cargado de más, patrón, he cargado a ojo dos toneladas.
—¡Ah! ¿Son dos toneladas? Bueno. Siga no más.

SURCOUF

NOVELA HISTORICA ESCRITA EN FRANCES POR

LUIS NOIR

(TRADUCCION ESPECIAL PARA "PUCKY")

De esta obra ha sido tomado el argumento de la gran película que la casa LEON GAUMONT ha estrenado en los grandes cine - teatros de Buenos Aires y Montevideo, en la temporada actual.

(Continuación. — Véase el No. 124 y siguientes, de "Pucky")

Si prescindimos del orden arquitectónico de las columnas, los templos egipcios se parecen mucho a los templos griegos, o bien a algùna de las imitaciones de arquitectura helénica hechas por los modernos constructores.

Pero lo que caracteriza la edificación egipcia es la profusión de esfinges gigantescas, situadas como guardianes exteriores o interiores de todo recinto sagrado.

También las extrañas imágenes de deidades por tanto tiempo indescifrables forman en los bajorrelieves extraños problemas.

¡Qué dioses más singulares! Uno de los dioses ostenta cabeza de lobo. Otro luce testa de gallo, y hasta hay un dios que es un enorme cocodrilo.

Aquellos templos inspiran las más extrañas ideas a quien los estudia.

Son aquellos monumentos de asombrosa elevación, y cuando Mecaoud y el mufti pasaron entre la doble hilera de esfinges guardianas del templo, parecían ser simples enanos que se deslizaban por la inmensa avenida que era preciso recorrer antes de llegar al monumental pórtico.

La antiquísima construcción se había levantado en el centro de una zona desolada y de una aridez aterradora. En otros tiempos debieron llegar las aguas del Nilo hasta aquellos parajes, llevadas por canales, pero cegáronse las acequias y los troncos de las palmeras plantadas en las márgenes se secaron al soplo del implacable viento del desierto que, arrastrando continuamente las tenues y abrasadas arenas, acabó por cubrir con espesa capa árida la superficie de las tierras fértiles y productivas.

También podía notarse los efectos de la acción de los siglos sobre lo duro de la piedra. Las esfinges aparecían como mutiladas, y columnas magníficas yacían por el suelo, medio enterradas muchas de ellas, y el techo del templo estaba hundido por algunos sitios, perfilándose rajaduras a través de las cuales pasabn débiles rayos de luz al interior de los milenarios sepulcros.

Entraron los dos musulmanes en las ruinas. Servía el mufti de guía al argelino, y cruzando varias galerías medio arruinadas llegaron al santuario tras el cual se había excavado una escalera bastante ancha, por la que se llegaba a una cripta, o especie de reducido templo subterráneo.

Antes de aventurarse por aquellas profundidades encendió el mufti su linterna y alumbrados por el ténue rayo de luz se internaron en la cripta hasta tropezar con la puerta de bronce de que se habla antes. Era aquella puerta de una sola pieza, recia, firme y sólida, y parecía, por lo enorme, un obstáculo insuperable, dada su resistencia y sus dimensiones en altura y en anchura.

Sacó de su túnica el mufti un cordón de seda y tomó varias medidas.

—¿Qué haces? — preguntó Mecaoud.

—Busco, por medio de cálculos geométricos, el lugar exacto donde debo apoyar el dedo.

—¿Para abrir?

—Sí. Se trata de un maravilloso mecanismo, extraordinariamente sencillo y gracias al cual se abre o cierra esta gran puerta. Ves cómo está toda ella cubierta de esculturas ornamentales y que todos estos adornos son líneas entrelazadas que se cortan o se bifurcan, y se trata de dar con el sitio preciso donde está como si dijéramos la llave de esta imponente mole de bronce. Mira, mira.

Apoyó el dedo.

Giró en el acto la enorme puerta de bronce, no sin producir agrio chirrido.

Salió de las tumbas de los sacerdotes una bocanada de aire viciado, mefítico, irrespirable. El argelino se lanzó impaciente en lo oscuro del sepulcro.

—¡Calma! — dijo el mufti. — Es preciso dejar que es renueve el aire.

Dejó pasar el egipcio más de cinco minutos antes de consentir en que se entrara en la tumba. Consideraba como muy peligroso penetrar en tan cerrado recinto sin una renovación de aire, y cuando creyó, por fin, que no ofrecía peligro la aventura, entraron los dos expedicionarios en una extensa cámara cuyos muros se veían cubiertos por celdillas estrechas pero profundas, y vieron una momia en cada una de aquellos nichos. Sobre grandes mesas de granito se veía otras muchas momias, cuyos detalles denunciaban la época de las invasiones musulmanas.

—Estos son los restos de mis antecesores, los sacerdote de Serapis, — dijo en tono solemne el mufti.

Permaneció silencioso largo espacio.

—Esta quietud de la tumba respetada por miles de años es la que quieren turbar los creyentes en Cristo. Maldígalos nuestro dios.

—¡Malditos sean! ¡Condenémoslos a morir encerrados en esta tumba! Los dejaremos entrar en esta cámara sepulcral cerrando la recia puerta logramos defender los cuerpos de tus antepasados y los tesoros que conservan, así como castigaremos a esos impíos.

—¿Ha visto que poseo el secreto de abrir y que podemos dejarlos entrar en este recinto?

—Bien me he convencido de que posees los secretos de esta maravillosa obra tan antigua.

—Llegará muy pronto mi hermano, y éste, quien es como acabas de decir, maestro en los secretos de esta puerta, hará entrar aquí a los franceses y los guiará hasta este mismo sepulcro, pero cuando estén todos aquí, saldrá con cualquier pretexto y los dejará encerrados por toda una eternidad. Ahora, lo que debemos hacer nosotros es ir a escondernos donde podamos verlos entrar y para gozar de nuestro triunfo.

Con la manta con que se cubría, el mufti fué borrando las huellas de los pasos de ambos visitantes, y para dejar sin el menor rastro aquel lugar, hijo que Mecaoud pasara antes que él. Subieron por la amplia escalera y fueron a tenderse boca abajo en una duna próxima para dominar las cercanías del templo sin que pudiera notar nadie su presencia.

No hay en todo el mundo quien sea capaz de fingir, de mentir y de representar mejor una comedia que un fallah egipcio, y el guía contratado por Surcouf supo engañar al corsario con asombrosa facilidad

No bien llegó al campamento empezó por sacar un escapulario corto y recitó unas oraciones con fervor enternecedor. La mujer y un niño que llegó estaban sobre el lomo del asno, y aparentaba sentir por la esposa y por el hijo infinita ternura. Venía el otro asno cargado con miserable ajuar, y empujaba ante sí el egipcio los dos cuadrúpedos como si se sintiera feliz por completo al ponerse él y todo lo suyo bajo la protección de los europeos.

Sonreía bonachonamente a los soldados, y cuando se vió en presencia de los corsarios resplandecieron los ojos del fallah con brillo de triunfo.

De acuerdo con las costumbres del país, se prosternó ante su nuevo amo, así como ante cada uno de los amigos del capitán, y hecho esto se dedicó a instalar esposa, hijo y asnos bajo una tienda de reducidas dimensiones que descargó de uno de los buros. Trabó luego a los dos mansos animales y corrió luego a decir a Surcouf:

—¡A sus órdenes me tiene, señor!

—Por nuestra parte, — dijo Surcouf, — estamos prontos a partir.

Así era. Los camellos que debían formar parte de la expedición, los caballos, los víveres, el agua y las armas, estaba todo a punto. Monge se había instalado en el campamento de los corsarios con su criado, y con sólo dar un caballo al guía pudieron ponerse todos en marcha.

Andaba el fallah delante de todos, pero volvía constantemente la cabeza para mirar el campamento y la diminuta tienda que servía de abrigo a su esposa y a su pequeño. ¿Quién era capaz de sospechar la menor perfidia en hombre que demostraba poseer tan tierno y sensible corazón? Con tal naturalidad se representó toda la comedia, que todos cayeron en la trampa.

Andaban alegremente. Habían empezado todos a aclimatarse al sol egipcio, y aquella madrugada era relativamente fresca, de modo que respiraban los expedicionarios con deliciosa satisfacción. Como con solo activar el paso de los camellos era posible llegar antes de las nueve de la mañana, hora en la cual el sol abrasa ya y el calor es sofocante, se consideraban todos como vencedores a poca costa, y Monge celebraba con risas y con bromas la rabia del general Desaix cuando viera volver al sabio con su séquito de momias. Luego dedicaba sus pensamientos a lo que dirgían sus colegas.

—No me perdonarán en toda su vida el haberles burlado de este modo.

Llegaron ante la avenida que conduce al templo, sin haber tropezado con un sólo beduíno.

El guía explicó tan extraño acontecimiento:

—Ha corrido por todas partes la voz de que el general había prohibido salir a reconocer templos ni sepulcros, y los beduínos renuncian a perder el tiempo en inútiles excursiones, ya que saben no tendrán ocasión de escaramucear con las escoltas de los odiados sabios.

Entraron en el templo, cuyas extrañas formas y grandiosidad causaron el mayor asombro a los corsarios. Caballos y camellos entraron en los recintos exteriores.

Se apearon y una vez encendidas las linternas, se aventuraron por la escalera. Monge andaba tras el guía, y todas andaban con las carabinas preparadas, por ser muy

posible tropezar con alguna emboscada en tan peligrosos lugares.

Al llegar a aquel punto experimentó Surcouf alguna inquietud. ¿Sabría el guía abrir la monumental puerta? Pero éste, como había hecho su hermano, tomaba sus medidas y luego apoyó la mano sobre una de las mil figuras trazadas por el buril en el bronce milenario.

Abrióse la puerta, y Monge no pudo contener un grito de entusiasmo. El aire, renovado poco antes, era entonces respirable, y entró Monge con la precipitación del anticuario ávido por contemplar raras curiosidades, y tras él entraron los corsarios y todos sus acompañantes, para aventurarse en el tenebroso sepulcro.

Quedaron todos maravillados ante lo que se ofrecía a su vista. Nadie pensaba en el guía.

Este quedó el último y dejó que los cristianos se metieran entre las mesas de granito y entre las momias, y logró de este modo quedar fuera de la puerta, la que se cerró con estrépito. Volviéronse los corsarios al escuchar el extraño ruido y trataron de forzar la maciza puerta, pero comprendieron muy pronto que todos sus esfuerzos resultarían completamente inútiles, y se dieron cuenta de haberse dejado cazar en trampa tal que no se veía modo de salir de ella.

Corría el guía fuera del templo y se plantó sobre una altura formada por un montón de columnas y de piedras. Lo vieron en el acto sus dos cómplices, y corrieron hasta llegar verse junto a él.

—¡Pronto! — dijo. — Apoderémosnos de los camellos y caballos y emprendamos la fuga.

—No robemos nada, — interrrumpió Mecaoud. — Los animales bastarían para que se nos reconociese. Dejemos que mueran todos de hambre y sed dentro de las tumbas.

Siguiendo tales consejos, huyeron rápidamente, y muy pronto se perdieron entre los montones de las arenas del desierto.

El mismo Surcouf confesó más tarde que en su vida sufrió amargura ni tormento como aquel.

—Me he dejado engañar como un chiquillo por un felah, señores y amigos míos, y estamos atrapados en esta horrible tumba por exclusiva culpa mía.

—¡No hay razón para tanta amargura! — dijo Mario. — ¿Quién puede dudar de que sabremos salir de este oscuro encierro?

—¿Cómo romperemos la puerta si no disponemos de herramientas?

Dejaba Monge que hablaran los demás mientras reflexionaba él. Cuando cada cual manifestó sus impresiones, se oyó la voz del sabio para decir:

—No estamos tan bien pescados como piensan los aquí presentes.

—¿Cómo que no? — observó tristemente Surcouf.

—Vamos, buenos muchachos, — ordenó afablemente Monge a los marineros; — apretad los puños y acerquemos a esa puerta de tan recio bronce unas cuantas de estas mesas de granito. Con una de estas mesas romperemos la otra, y con los trozos construiremos un hornillo que hemos de cubrir de enorme espesor de piedra, y todo esto se apoyará contra la puerta misma para determinar una enorme resistencia interna. El hornillo, que proveeremos de larga mecha, ha de estallar entre el bronce, veinte espesores de mesa de granito que ofrecen mayor resistencia que la del cierre que nos impide el paso. No cabe duda de que la explosión ha de derribar el obstáculo que nos impide salir de aquí y sacar estas adoradas momias. Trabajad sin desesperaros, que voy a hacer algunos numeritos a ver si me equivoqué en mis imaginaciones.

Sacó su cartera y su lápiz y empezó el sabio a hacer sus cálculos como si se hallara en su escritorio de París, y dijo:

—Estas leyes de resistencia de materiales nos sirven ahora a maravilla. Dicen que basta con la pólvora contenida en nuestras bolsas de municiones y en nuestras cartucheras para abrirnos el camino cerrado por la picardía de ese cariñoso fellah. Basta con la mitad de nuestra pólvora para ello.

—Pues señores, — dijo Brinville. — Veo que eso de la ciencia es cosa muy económica. Como no soy sabio, hubiera cargado nuestra mina con cuanto hemos traído para defendernos de los egipcios.

—¿De qué nos serviría salir vivos de esta tumba? — observó Monge. — Estamos seguros de tropezar con los beduínos al salir.

Transportaron varias de las grandes mesas de mármol, y empleando una como ariete se logró romper otras. Construyó por sí mismo Monge el hornillo o mina y fabricó una mecha que debía dar tiempo para esconderse lejos de los efectos de la explosión. Uno de los marineros fué el colaborador en la fabricación de la mecha, aunque quedó sin camisa para lograr su propósito. Ordenó Monge que se apilaran mesas y más mesas contra la puerta de bronce y detrás de la mina, y dejó que saliera la mecha al exterior, no sin tapar con todo cuidado con tierra los intersticios por donde se deslizaba el cordón lleno de pólvora llamado a determinar la gran explosión. Una vez terminados todos los preparativos, aconsejó Monge, como exceso de prudencia, que se tendieran todos en el suelo en el rincón de la tumba más alejado del hornillo, y por sí mismo quiso ser el artillero libertador, y dió fuego a la mecha, para correr como una liebre a reunirse con los corsarios.

Resonó un sordo estampido que no pareció ser muy recio para los que se hallaban en el interior de la cripta, por haber descargado todas sus energías hacia el exterior. Corrieron todos y se apresuraron a despejar de escombros el pasadizo, y vieron que si algunas rocas de las que formaban el encaje de la puerta habían resistido, otras, en cambio, estaban como pulverizadas. Las recias chapas de bronce aparecían hendidas y el paso quedaba libre, y un instante después habían subido todos las anchas escaleras y respiraban un aire más viable. Camellos y caballos permanecían dentro del templo, aunque asustados todos y pegando brincos de terror.

Monge no perdía el sentimiento de la rea-

lidad, y dijo no bien se vió fuera del negro agujero:

—¡Que se coloquen dos marineros en observación, mientras volvemos los demás a hacer nuestra gran cosecha entre los muertos! Estas momias de algunos miles de años son nuestras ahora, y ya que estamos seguros de poder salir de aquí, entremos de nuevo en las catacumbas de los sacerdotes de Serapis.

Surcouf maravillado, de la sangre fría del sabio, dijo:

—Amigo, como se determinara a aprender algo de nuestro oficio, le aseguro que me resultaría un corsario de primera fuerza.

Apretó efusivamente la mano de Monge. El sabio había sabido maravillar a los heroicos corsarios al demostrarles que era tan bravo como ellos.

Empezaba a caer la noche tan rápidamente como llega en los países próximos al Ecuador, y empezaban a reinar las sombras cuando entraron en el campamento los corsarios con sus compañeros y cabalgaduras. Cansados todos, se procedió a la descarga de los camellos y se dejó las momias sobre lienzos y bajo cobertizos improvisados, y terminados estos trabajos preliminares cenaron opíparamente todos los expedicionarios, y de tal modo lo hicieron que Monge perdió la cuenta de los vasitos de vino que bebía. El padre Lanternier bebía como un tonel desfondado y todos los corsarios supieron plantar cada vaso en mano al cura y al sabio. Nadie podía negar la alegría experimentada al volverse a ver sanos y salvos bajo las tiendas de su campamento.

No bien creyó el argelino haber dejado encerrados a los corsarios en la tumba de los sacerdotes de Serapis, corrió a cumplir su misión ante Mourad Bey, quien había prometido cooperar a la insurrección del Cairo. Pero contaba el musulmán con el general Desaix, quien había querido dar al bey todo el tiempo necesario para que se debilitaran sus fuerzas, ya que enviaba destacamentos al alto Nilo para requisar comestibles y más reclutas. Esta pasividad aparente no suponía que se aplazara por término indefinido el momento de combatir, y enterado de que sólo tenía el bey a sus inmediatas órdenes cuatro mil mamelucos, levantó el campamento y a marchas forzadas se plantó ante Sediman, de modo que el 6 de Octubre estaba ante la posición ocupada por su enemigo.

Al amanecer del siguiente día se puso en marcha el reducido ejército de Desaix, ejército que sólo contaba con ocho mil hombres, para dirigirse en busca de un enemigo que le doblaba como número de combatientes. Pero no es el número sino la posición lo que determinaba los éxitos militares en Egipto.

Son los egipcios admirables trabajadores en todo lo relacionado con movimientos de tierras, y habían trazado formidables líneas de trincheras, con baterías situadas a retaguardia y dispuestas de modo que podían tirar sobre las cabezas de los defensores de las líneas de primera fila. Disponían de grandes piezas de artillería llevadas hasta aquel paraje a fuerza de brazos y sacrificando centenares de caballos y de bueyes, pero ocupaban posiciones absolutamente fijas, y a retaguardia de tan imponentes defensas se veía los escuadrones de mamelucos intercalados con los de árabes; disposición muy acertada ya que el entusiasmo y la disciplina de los veteranos mamelucos servían para enardecer y sostener el vacilante espíritu de los beduínos.

Eran estos mamelucos los mismos magníficos jinetes montados en soberbios potros de la más pura sangre árabe, y tanto caballeros como caballos desaparecían bajo los ampulosos ropajes cargados de ricos bordados de oro y plata, y el sol egipcio relucía en las brillantes vestimentas de los que se preparaban a cargar a los pobres y humildemente vestidos soldados de la República francesa.

Estos, o sea los soldados de Desaix, se pusieron en marcha con las claridades primeras de la aurora, para evitar las horas de gran calor y poder luchar frescamente, frase que entre los soldados tenía la más diabólica significación.

Rompió la marcha la columna dividida en varios cuerpos, cada uno de los cuales formaba de modo que pudiese cerrar el cuadro con dos solos y simples movimientos de sus compañías, y cada cuadro podía y debía proteger a los dos vecinos, los que a su vez le servían de protección, y la división entera maniobró de modo que nunca los cañones enemigos pudieran alcanzar con sus proyectiles a los audaces extranjeros. Gracias a esta simple maniobra, toda la artillería egipcia establecida para tirar sobre su frente se vió atacada por uno de sus flancios.

Cargaron los mamelucos, y, como se había visto en la gran batalla de las pirámides, pudo verse allí heróicos jinetes que se entregaban como pasto de la metralla y de las balas de fusilería francesa. Corrían enceguecidos, soberbios de patriotismo y de coraje, a clavarse en las bayonetas, para tener el placer de derribar unas cuantas hileras de fusileros, para ver por tierra a los odiados cristianos, pero sabiendo perfectamente que las reservas acudían a cerrar los claros, mientras las filas últimas abrasaban a quemaropa a los valientes mamelucos.

Sabía aquella aristocracia militar que se jugaba en aquella ocasión su carta última, y en consecuencia, puso en juego el más desesperado coraje.

Pero también los infantes franceses comprendían que se jugaban no sólo la piel sinó la gloria. Y, qué sangre fría, qué disciplina, qué sobriedad y qué valor estóico para rechazar las feroces acometidas de los mamelucos. No ha vuelto a verse desplegar semejante valor entre caballería e infantería como el derrochado en la batalla de Sediman, y cuando después de dejar mil quinientos muertos ante las bayonetas francesas retiráronse los destrozados mamelucos, no quedó a la artillería otro trabajo sinó el de bombardear los reductos defendidos por los fellahs para asegurar el exito del definitivo asalto.

Desapareció el último resto de la resistencia ante el brioso empuje de las columnas

francesas, que desdoblando los terribles cuadros, volvieron a su formación de combate.

Como consecuencia de aquella batalla se sometió todo el alto Egipto hasta las cataratas de Syare, por las que no puede remontarse el Nilo ni a remo y empujado por las velas, con lo cual se extendió la autoridad de los franceses hasta los límites de la Nubia, donde terminaba entonces el mundo conocido, y los restos de los derrotados mamelucos huyeron unos o se sometieron otros, para no quedar sinó un reducido contingente como baluarte del bel Ibrain, quien se había refugiado en Siria ante los avances de las tropas mandadas por Bonaparte.

Gracias a estas victorias pudo considerarse como completamente pacificado todo el Egipto, pero en aquel momento estalló la gran sublevación de El Cairo.

Mecaoud no permaneció mucho tiempo en los campamentos de Moured bey y regresó a El Cairo tan pronto como celebró una importante entrevista con el jefe de los mamelucos, y no bien se vió otra vez en la capital, cuando reanudó todas sus intrigas.

La conjuración había extendido sus tentáculos y se contaba con el concurso de las tribus de beduinos, las que habían ofrecido cooperar con sus contingentes que debían presentarse en la ciudad, el día señalado, o sea el 27 de noviembre. Las importantes corporaciones de los conductores o arrieros de asnos y los numerosísimos mozos de cuerda y cargadores empleados en todas las ciudades musulmanas, habían recibido orden de estar prontos a tomar las armas, y todos los que formaban en lo que se llama clases bajas o pobres entraban en el movimiento insurreccional con el mayor entusiasmo.

Pero no contento con todos estos preparativos había organizado Mecaoud uno banda de un centenar de fanáticos de su misma secta que le obedecían ciegamente, y con ellos contaba para forzar las puertas donde se albergaban los corsarios y las almeas, y para conservar bajo su mando aquel edificio hasta el total restablecimiento del orden tras los alborotos del combate.

Afortunadamente había en la comparse en que habían figurado las almeas un joven Ouled Nayo de sólo catorce años de edad, pariente lejano de las jóvenes, a las que tenía gran cariño por haberse visto muy bien tratado por ellas, y este joven continuaba al lado de su primo Mecaoud quien creía poder contar con la fidelidad de su subordinado. Al principio, al hablar de revuelta contra los franceses el jefe de la secta, lo escuchaba con mayor entusiasmo el joven, por ser musulman acérrimo y por su odio a todo lo que fuese cristianismo. Era su mayor entusiasmo contribuir a expulsar de Egipto a los roumis, o creyentes de Cristo. Estaba pronto el mozo a dar gustoso la vida por restablecer al sultán en la plena posesión de sus dominios.

Mecaoud, creyendo que el fervor del joven le haría pasar sobre todo otro género de consideraciones, explicó cuales eran sus planes definitivos.

—Mis primas, — dijo con acento que era fácil reconocer el odio, — se verán obligadas a reconocer mi autoridad y haré de ellas lo que quiera.

Comprendió Toumy que su primo tenía sus segundos pensamientos y empezó a pensar por cuenta propia. Empezó el mozo a sentirse inquieto y muy preocupado. No quería hacer traición a los conspiradores, cuyo éxito deseaba con toda su alma musulmana y anti-extranjera, pero quería a toda costa salvar a las almeas, y en la incertidumbre y deseseperación en que se hallaba, acabó por decidirse a pedir a un memorialista copto que le escribiese el siguiente billete:

"Mecaoud está en El Cairo. Os está en-
"volviendo en intrigas. Como no os apresu-
"reis a huir muy pronto, os pescarán como
"a las gacelas pescadas en las redes tendidas
"en el monte. Desconfiad de toro, queridas
"hermanas mías, y huid en el mayor se-
"creto".

Al recibir este aviso no dudaron las almeas de quién pudiera haberlo escrito, y lo remitieron a Surcouf sin pérdida de tiempo, acompañando el extraño mensaje con extensa carta redactada por ellas mismas, y no bien llegó el correo ante el capitán, cuando este, una vez hecho traducir por un copto lo allí expuesto, dijo a sus compañeros:

—Como no tenemos nada importante que hacer aquí, debemos pedir permiso al general Dessaix y ponernos en camino en dirección a El Cairo. Esto debe hacerse lo antes posible, ya que olfateo grandes peligros en la citada ciudad.

Concedida la licencia, se pusieron en marcha el mismo día, con el programa de hacer veinte leguas diarias y esta rapidísima marcha permitió a los corsarios hallarse en El Cairo el 18 de octubre. Era ya tiempo.

Mostráronse felices las tres jóvenes de volver a ver a sus amigos, pero manifestaron que era insufrible la insolencia de los pobladores de la ciudad contra ellas. Confesó Marien que no se atrevían a salir de casa por verse insultadas y amenazadas por todo el mundo. Una tarde, un fakir que capitaneaba una turba de desarrapados, las atacó y las cubrió de injurias y hasta llegaron a apedrearlas. Lograron meterse en la casa donde habitaban, pero las turbas permanecieron ante ella lanzando piedras y con amenaza de incendiarla.

Todo lo contado por las jóvenes revestía extraordinaria gravedad.

—Es una suerte para nosotros, — dijo Surcouf a los reunidos para enterarse del estado de la ciudad, — es una verdadera suerte que esté esta casa tan cerca de la ciudadela, pero no obstante bueno será organizar la defensa contra cualquier motín callejero. Ese Macaoud es muy capaz de provocar un grave conflicto.

Reconoció minuciosamente toda la casa que era un pequeño palacio correspondiente al antiguo estilo egipcio. Constaba de cuatro espesos muros, uno de los cuales presentaba un estrecho pórtico flanqueado por dos columnas de muy gracioso efecto. Como entrada no había sino una sola puerta recia y

sólida, defendida y reforzada por gruesas barras de hierro y sólo algunos tragaluces, con barrotes de hierro que acababan de hacerlos más sombríos, eran las aberturas que daban a la calle. No se veía una sola ventana y los muros tenían una altura limpia de aberturas, para llegar a los mueretes de las azoteas situadas a quince metros sobre el nivel del piso.

El interior estaba formado por un patio cuadrado en cuyo centro se veía un surtidor rodeado de minúsculo jardincito oriental, y todo en torno del patio se veía las galerías superpuestas a las que daban las distintas habitaciones de la casa. Estas habitaciones eran bastantes reducidas y sólo se entraba a ellas para dormir, ya que se pasa todo el tiempo en el patio, en las sombras de la galería o en lo despejado y límpido de las azoteas.

Cada uno de los cuatro ángulos del edificio estaba flanqueado de una torrecilla como suspendida o saliente, y cada torrecilla tenía sus aspilleros, precauciones muy necesarias en aquellos paises en los que toda casa habitada por gente rica quiere dormir tranquila y poderse defender contra los frecuentes motines populares.

Con contar con algunos hombres en cada una de aquellas torrecillas, podíase cruzar los fuegos y fusilar a cuantos se atrevieran al ataque. Surcouf se dió cuenta de que para entrar en su domicilio era necesario empezar por derribar la maciza puerta y escalar los elevados muros, bajo el mortífero fuego de los defensores de la casa.

Sabía el corsario que sólo era posible contar con ocho hombres, ya que para nada contaba ni quería contar con los sirvientes indígenas de los que desconfiaba hasta el extremo de no permitir que durmiese uno de ellos dentro del edificio, y se puso de acuerdo con todos sus compañeros para convenir en que lo primero que debía hacerse en caso de ataque, era echar fuera de la casa a todos los egipcios. Pero con todo esto quedó aun intranquilo el capitán.

—Es necesario, — dijo Brinville, — reclutar más gente para nuestra defensa.

—Estamos de acuerdo, pero quisiera que me dijeses dónde podremos encontrar más y buenos soldados.

—Ahora mismo compraremos el complemento de nuestra guarnición. Vamos al mercado de esclavos.

Llamó Surcouf en el acto al intérprete y le explicó lo que deseaba.

—Mire capitán, — dijo el copto, — los hombres que necesitas son los nyams. Los nubios, que están en guerra con ellos y que disponen de armas de fuego, hacen terribles matanzas y apresan a muchos de estos pobres y valientes salvajes que por no tener fusiles no pueden defenderse, aunque reconozcan todos que son hombres de extraordinaria valentía.

—¿Son salvajes? — preguntó Brinville.

—Sí, son lo que se llama enteramente salvajes, pero es gente muy agradecida y muy leal si se los trata humanamente.

—¿Qué precio tiene cada uno de esos negros?

—Cuestan por lo general unos seiscientos francos cada uno en moneda francesa.

—Te entregaré ahora mismo ocho mil francos, — dijo Surcouf, — y me traerás diez de esos salvajes esclavos. Trata de buscar y comprar un jefe o hijo de jefe entre ellos para que tengan quien les mande y para que se consideren honrados al obedecer a alguno de su propia raza.

—Aquí estaré de vuelta antes de tres horas.

Acompañado de dos de los marineros y del negro Sapajou, se dirigió el copto al mercado de esclavos, con los ocho mil francos en el bolsillo.

Una vez entre los numerosos infelices ofrecidos a la venta, y después de que Sapajou metiera baza en cada adquisición, se eligió los más robustos y esbeltos guerreros nyams, uno de los cuales había sido jefe de la aldea de pajizas chozas destruída por los nubios. Una vez pagado el importe de la compra, dijo Sapajou al intérprete:

—Como puede ser que estos señores se equivoquen respecto a mí, debes decirles que yo no soy ningún negro como ellos, sino un blanco que se volvió negro por efectos del sol de mi querida Marsella.

Tradujo el intérprte aquellas declaraciones, y Sapajou empezó a maniobrar con su bastón, con lo cual comprendieron los nyams nyams que estaban bajo la autoridad de un negro blanco, al que debían respetar y obedecer.

—Agrégales,—dijo Sapajou al intérprete — que soy maestro en el manejo del palo y de la vara cuando llega el momento de enseñar a cada cual a cumplir con su deber.

Volvió a traducir el intérprete, y Sapajou hizo con su palo maravillas de destreza y habilidad para demostrar a los negros que era un maestro en todo lo relacionado con el manejo del palo. Lanzó su porra a prodigiosa altura y la recogió en el aire con gran admiración de los salvajes esclavos.

Cuando notó el negro que según él no era sinó un blanco enegrecido, el enorme prestigio ganado con sus evoluciones y habilidades alineó en dos filas a los negros y pronunció un discursito que el intésprete traducía palabra por palabra. Ordenó luego la marcha por el flanco derecho y encaminó su pelotón a una casa de baños y mientras se remojaba toda aquella sudorosa carne morena, corrió el intérprte a buscar trajes algo decentes, iguales todos, de modo que resultaba un uniforme genial y muy vistoso, y para mayor esplendor del todo hizo que se cosiera chillones adornos de galones de oro y plata en las ropas destinadas a cubrir la desnudez del jefe de aldea negro comprado por cuenta de Surcouf.

Los ya limpios y relucientes nyams nyams vistiéronse con las más locas demostraciones de infantil alegría aquellos trajes, primero de brillantes colorido y fina tela vistos en toda su salvaje existencia. Aquellas ropas eran para los desnudos negros africanos como signos externos de riqueza y señoría.

—Diles que pasan desde ahora a servir de soldados al rey de los mares, nuestro se-

ñor el capitán Surcouf, — ordenó Sapajou al intérprete.

Tan pronto como se enteraron los nyams nyams de que además de los vistosos atavíos se les entregaría un fusil a cada uno de ellos, no fueron dueños de ocultar su alegría intempestiva y bullanguera. Sapajou aprovechó aquel entusiasmo positivo para inculcarles las primeras reglas de disciplina militar, y con voz de trueno ordenó que formasen en dos filas y rompiera el gallardo pelotón la marcha casi triunfal en dirección a la casa donde residían los corsarios.

Entraron marcialmente hasta llegar al patio, donde se armó a cada negro con reluciente carabina de dos cañones. Diéronle también un par de pistolas a cada soldado y un sable. Ante estos objetos que manejaban con loco entusiasmo, fué imposible limitar las explosiones de júbilo de los negros. Recordando las salvajes costumbres de sus aldeas africanas, empezaron sus danzas guerreras animadísimas, espectáculo que las jóvenes bailarinas y los corsarios contemplaban desde las galerías.

Cuando terminaron los nuevos reclutas su agitada danza bélica se les dió de comer, y era de ver su glotonería al saborear los vinos, el café, los manjares que jamás habían probado y los licores que ni sospecharon en su vida; pero como no había tiempo que perder, no bien terminaron de comer empezó la instrucción militar, ya que si ansiaban tener armas de fuego, no eran prácticos en el útil manejo de carabinas y pistolas.

Sapajou se encargó de la instrucción de sus soldados, y los llevó a donde pudieran ejercitarse en el tiro al blanco. Día a día se perfeccionaban aquellos valientes soldados negros que sólo ansiaban estar en condiciones de prestar útiles servicios, y como ejercicio, el más importante de todos, se simulaba diariamente un ataque a la casa para ver como tomaba cada cual su sitio para la defensa. Esto simulacros se repetían cuando menos podía nadie imaginarlo, tanto a la luz de sol, como entre las sombras de la noche. Era como una contínua repetición de zafarranchos de combate que sostenían a los habitantes de la casa en un costante alerta.

Pero estaba Mecaoud enterado de cuanto se hacía y tomó las medidas encaminadas a contrarrestar todas las maquinaciones de Surcouf.

Era el músico ambulante hombre de gran ingenio, de recursos y de despierto espíritu y comprendió que las almeas, al verse groseramente amenazadas por el populacho, habían advertido a los corsarios de algún vago peligro. Lamentaba el argelino que el odio de los musulmanes contra los cristianos franceses hubiera conmovido antes de tiempo la población del Cairo, para dar lugar a que las jóvenes se dieran cuenta del estado de ánimo de los egipcios y dieran la voz de alerta a sus protectores.

Veía que contaban los corsarios por el momento con un refuerzo de diez negros y comprendía que en tal estado de cosas podía defenderse muy bien la casa. Comprendía el músico que sería muy difícil hundir la recia puerta como no dispusiera de cañones y en atención a estos motivos decidió surtirse de artillería. Como no reparaba en dificultades y era hombre que sabía buscar supo proporcionarse dos piezas. Eran cañones montados en un barco griego que había logrado remontar el río hasta llegar al Cairo donde se presentó cargado de pasas y de otros productos de las islas del Archipiélago, y como en aquellos tiempos había tantos piratas turcos por aquellos parajes, ni un solo navío mercante dejaba de llevar sus cañones para poderse defender, Bajo pretexto de querer armar un barco egipcio, y gracias al precio ofrecido, logró que le vendiesen las dos piezas así como una buena provisión de pólvora y proyectiles.

Llegó la noticia de la derrota de Sediman y sembró el desaliento entre los conjurados, pero los jefes y directores del movimiento trataron de levantar el decaído espíritu público.

—Alá, — decían — ha utilizado a los cristianos para experimentar a los mamelucos opresores de los falahs, y enemigos de los árabes, pero también había enviado a la hueste vencedora la más terrible peste, y ya más de tres mil franceses habían perecido, y como llegaron muchos heridos y más enfermos aun de los que pertenecían al ejército de Desaix, y que este general evacuó para el Cairo, lo dicho por los jefes de los conspiradores pareció ser simple expresión de la verdad.

Se cree de muy buena gana aquello que se desea y acabó toda la población del Cairo por quedar convencida de que los franceses morían como moscas a causa de la peste. Poco después pudo convencerse el pueblo de que la misma peste causaba bajas entre los extranjeros que formaban la guarnición de la ciudad. Murieron varios oficiales a los que se enterró con toda solemnidad del caso y el pueblo quedó convencido de que apenas tenía enemigos contra quienes combatir.

Animados por todas estas consideraciones, el día 21 antes de salir el sol, se notó gran murmullo en todas las calles en las que se había aglomerado un gentío enorme. Empezaron por atacar a cuanto soldado se veía solo, y muy pronto se atacó los puestos externos y hasta los fortines. Antes de la siete de la mañana habían muerto más de cincuenta franceses, y era ya demasiado tarde cuando pudo pensar Surcouf en ponerse a cubierto encerrándose en la ciudadela. Vió entre aquel reducto, que se defendería perfectamente, y la casa donde habitaba más de diez mil hombres fanátizados y formando una masa frenética que aumentaba por momentos con nuevos elementos llegados de todos los barrios. En vista de la situación tocó su silbato de alarma, y corrieron a sus puestos señalados de antemano cuantos residían en aquel palacio.

Más de treinta mil enloquecidos y feroces enemigos corrían con docenas de largas escalas en dirección a los muros de la casa, sobre los cuales se asomaban los defensores esperando la orden de romper el fuego, y la

lucha se trabó con el mayor encarnizamiento contra la fortaleza, mientras un nutrido grupo de más de quinientos hombres mandados por Mecaoud se especializaban en sus empeños contra la casa ocupada por los corsarios.

Grande fué la sorpresa de Surcouf cuando vió apuntar dos cañones contra la puerta de cuya defensa se había encargado con Brinville y dos marinos.

—Está visto, — dijo Mario acudiendo desde la azotea, — estos buenos señores derribarán este portón y noc veremos cara a cara.

—No la derribarán tan pronto como imaginan, — observó Surcouf.

Estalló el primer cañonazo cuyo proyectil dió en el suelo, por tirar demasiado bajo, y de rebote pegó con los recios muros.

Tanto los marineros como los negros rompieron el fuego contra los que manejaban los cañones. Sapajou era como general de los diez esclavos.

—Tirad despacito. Nada de apresuramiento. Apuntad bien, con calma. Como sepáis ser buenos soldados os veréis libres y hasta podéis llegar a ser negros blancos como lo soy yo.

A pesar de lo vivo del fuego de fusilería no se abandonó el servicio de las piezas y cada artillero muerto o herido se veía reemplazado en el acto por otros no menos decididos voluntarios. Cierto que perdieron muchos tiros, pero otros daban en el blanco y se comprendía que la puerta estaba condenada a venir al suelo. Había ya más de cien artilleros improvisados muertos o seriamente heridos cuando uno de los tramos de la puerta quedó destrozado y el otro cayó también a los pocos minutos.

Lanzaron las turbas amontonadas en la calle gritos de júbilo y se lanzaron al asalto, marchando al frente de todos una escuedra de fakires que blandían sus armas y arrastraban a los demás combatientes con su fanatismo y con su arrojo.

Mientras así se batían ante la casa habitada por Surcouf, en la cercana ciudadela debía ser extrema la resistencia y muy vigoroso el ataque, ya que contínuamente resonaba el estampido del cañón y que el estrépito de la fusilería y los gritos de los combatientes formaban ensordecedor estruendo.

La columna que logró meterse por fin por la abierta puerta llegó al pórtico, pero se vió diezmada una vez allí por los fuegos salidos de un parapeto improvisado por Surcouf en contados minutos. El corsario había previsto el caso y organizó una barricada con muebles, colchones y divanes tras el hueco abierto, y todo los defensores de la casa se hallaban detrás de aquel reducto. La mortandad de los atacantes fué terrible, pero se renovaba la turba de fanáticos y los últimos empujaban a los de primera línea, para obligarles a romper el parapeto a pesar de su deseo de no exponerse de tal modo.

Estallaron de pronto cinco explosiones sucesivas, pero en tan corto intervalo que casi se confundían en una sola, y como estallaron dentro del pórtico y se vió una gran llamarada que invadía el recinto, los asaltantes huyeron lanzando desaforados gritos y dejando sobre las losas del pavimento destrozados trozos de cadáveres.

Veamos qué era lo que había sucedido.

Surcouf había hecho variar cinco cajas de botellas de burdeos y las había llenado de pólvora, y unido entre sí por medio de una mecha. Le bastó dar fuego a esta para provovar una terrible explosión dentro mismo del grupo de los asaltantes, y no bien vió libre el pórtico de enemigos, cuando gritó con su acostumbrada sangre fría:

—Cinco hombres aquí! ¡Vengan y síganmé!

Saltó sobre la barricada y empezó a apilar cadáveres hasta la altura del marco de la puerta.

—Veo, — dijo Brinville, — que estás poniendo un colchón de carne humana como defensa de nuestra casa.

Al amontonar los muertos vieron como dos fakires respiraban aun y daban señales de vida, pero sin hacer el menor caso de ellos se les incluyó en la muralla para que acabasen entre los otros cadáveres de ser uno de los tantos. La guerra que les hacían los enemigos era despiadada, y a caer los franceses en manos de los fanáticos tenían la seguridad de no merecer la menor consideración.

La barricada hecha ahora con carne tomada al enemigo ofrecía mucha mayor resistencia que la opuesta antes por la mazorril puerta de hierro.

Asomadas a una de las galerías altas asistían las almeas a todos estos sangrientos espectáculos y el feroz carácter de su raza se sobrepuso en ellas hasta el extremo de impulsarlas a lanzar el estridente grito de guerra con el cual las mujeres de su tribu excitaban a los guerreros en los furores del combate. Tomaron luego sus tamboriles y guitarras moras y entonaron el himno de muerte que entonaban otrora los compañeros de Mahoma. Los negros nyams, al escuchar tales acordes y cánticos, se asomaron a las torrecillas donde se les había colocado y lanzaron roncos y agrios gritos que semejaban los de las fieras de sus bosques mientras los corsarios lanzaban hurras frenéticos ante la vergonzosa derrota de los fakires, y la totalidad de las escenas desarrolladas en la casa palacio y fortaleza adquirieron un tinte de grandiosa ferocidad.

Continuaba en tanto el asalto de la fortaleza con loco entusiasmo y con valor y ferocidad indescriptibles. Se habían afirmado contra los muros centenares de escalas y por todas partes del recinto se veía trepar a los atrevidos asaltantes, y formidables clamores se elevaban hasta los cielos como anunciando el triunfo de los egipcios.

Recapacitaban los corsarios que si lograban los musulmanes tomar la fortaleza había llegado el último día para todos los habitantes de aquella casa tan briosamente defendida hasta aquel momento.

Reanudóse el sitio de su morada, ya que

Mecaoud, quien como por arte milagroso había logrado escapar con vida del asalto, volvió a emplazar los cañones y las balas disparadas por las piezas se metieron entre la barricada de carne humana que al impulso de los proyectiles se iba transformando en una especie de sanguinolento picadillo.

El argelino ordenó que se colocaran las piezas a mucha mayor distancia que antes, de manera que los artilleros estaban a cubierto de los fuegos de los defensores del palacio fortificado.

Ordenó Surcouf que nadie disparase un sólo tiro y se dedicó exclusivamente al refuerzo de su improvisada barricada, y para ello tiró sobre el montón de cadáveres muchos tapices arrollados, muchos colchones y cojines y todo cuanto podía contribuir a consolidar aquella informe masa de carne que amenazaba desmenuzarse rápidamente.

De pronto se oyó cómo redoblaba el estruendo producido por los gritos de los negros nyams, y Sapajou gritaba desde lo alto de la azotea:

—¡Victoria !H¡uyen como liebres, amo Mario! ¡La ciudadela ha roto el fuego!

Así era. La ciudadela había logrado rechazar el asalto, gracias a terribles descargas de metralla que bastaron para barrer a todos los osados que habían conseguido trepar hasta lo alto de los parapetos. Las piezas de campaña unieron sus estragos a los causados por la artillería pesada, y los fusileros hacían espantosos blancos en los apiñados grupos que sostenían las escalas mientras trepaban por ellas los más atrevidos pelotones destacados en reserva tiraban a bayonetazos, desde lo alto de las murallas al piso, a los que lograban subir hasta las azoteas de la ciudadela.

Los más fanatizados fakires, los más osados patriotas yacían por los suelos; centenares de cadáveres habían casi terraplenado los fosos, las escalas estaban rotas por los mutuos esfuerzos, y perdido el primer empuje retrocedieron todos para huir en precipitada fuga, en tanto que desde lo alto de las murallas continuaba la tempestad de fuego y plomo que barría cuanto no se apresuraba a ponerse fuera del alcance de los tiros.

Pudieron contemplar entonces los corsarios el inolvidable cuadro de un pánico indescriptible. En menos de diez minutos quedaron libres todas las cercanías de la ciudadela, y no se oyó en aquel antes tan bullanguero distrito, otro ruido que los estertores de los moribundos y los lamentos de los heridos.

—¡Tomaremos los cañones! — gritó Surcouf.

Saltó la barricada seguido de todos los suyos, y los cañones se vieron muy pronto metidos triunfalmente en la casa, con todo lo que quedaba, como municiones, en poder de los egipcios. Ordenó Surcouf que se colocaran las piezas en batería con frente al pórtico, y acababan de disponerlo todo, cuando llegó uno de los ayudantes del general Kleber a saludar al capitán corsario.

Cuando el oficial vió la barricada no fué dueño de impedir un movimiento de admiración. Todos aquellos sangrientos cadáveres reducidos a pasta inmunda le causaron el mayor asombro.

—¡Diablos! — dijo con el tono del soldado que las ha visto de todos los colores. — ¡No es flojo el trabajo hecho en esta casa. Pero vengo en busca de los señores, ya que el general les invita a venir a refugiarse en la fortaleza!

—Puede el caballero oficial decir al general Kléber que esta casa es otra fortaleza que puede y debe servir, y servirá, como fuerte avanzado. Dispongo ahora de artillería y me comprometo a sostenerme contra todos los que puedan atacarnos. Lo único que pido es pólvora y proyectiles.

Felicitó calurosamente el ayudante a todos los corsarios, y marchó para remitir en el acto todo lo pedido por los marinos, y cuando pudo contar Surcouf con municiones abundantes, dió orden de llevar todos los muertos lejos de allí y después de construir un reducto semicircular ante la puerta de la casa, emplazó en aquella batería sus dos piezas. Con tal actividad trabajaron negros y blancos que antes de caer el día estaba terminada toda la obra. Se colocó dos centinelas sobre el parapeto levantado, y los libres de servicio se dedicaron a festejar la victoria conseguida.

Durante dos días continuó la insurrección, pero Kléber, dueño y señor de la fortaleza, se propuso, según gráfica frase suya, dejar que los vecinos y pobladores del Cairo hirvieran largo plazo y se cocieran en su propia salsa.

Cuando empezó el tercer día de revueltas, los mongrebinos y los árabes empezaron a saquear las casas de los musulmanes ricos y las de los felahs, y bastó ello para que cambiase por completo el aspecto de las cosas, y felahs, judíos, armenios, griegos y todos cuantos tenían algo que temer o que vengar, se armaron y se defendieron y hasta se arrojaron contra los ladrones. La ciudad entera se convirtió en campo de batalla donde se luchaba día y noche, y tras un día de pelea todos los árabes y los mongrebinos se vieron obligados a dejar la ciudad. Entonces se acercaron comisiones de notables para ponerse al habla con Kléber.

—¡Arréglense como puedan! — contestó el general. — Restablezcan el orden. No quiero meterme en nada hasta que el general Bonaparte esté aquí. Pero debo recomendar a estos señores notables que arresten a todos los alborotadores o de lo contrario me veré en la triste necesidad de fusilar a todos los presentes.

—Podríamos fácilmente, — dijo un judío, — librarnos de más de dos mil bandidos de los que han sido los principales revolucionarios. Bastará que cada uno de nosotros haga una lista de toda la gente de mala vida que habita en su barrio para que se sepa muy pronto quiénes son los que deben arrojarse de esta ciudad.

Aplaudieron todos lo dicho por el judío.

Tomada aquella resolución se procedió muy sumariamente, y al otro día había más de dos mil hombres de pésimos antecedentes encerrados en los calabozos de la ciudadela.

Bonaparte, enterado de la sublevación y acontecimientos de el Cairo, regresaba a toda marcha con fuerzas imponentes. Hizo su solemne entrada en la ciudad y al otro día dió cuenta Kléber de todo cuanto había sucedido y terminó con las siguientes palabras:

—Tenemos aquí más de dos mil prisione-

ros que nos han entregado los notables, y como resultado de una investigación en la que personalmente he tomado parte, veo que toda esa gente son ladrones y bandidos profesionales. ¿Qué hacemos de ellos?

—¡Que se les fusile! — contestó Bonaparte. — Es necesario que toda insurrección vencida sea como esas tormentas que dejan purificado el ambiente. Debemos aprovechar esta oportunidad para sanear los bajos fondos de el Cairo.

Empezaron dos días después las ejecuciones y fueron la señal del terror de todos los vecinos, y a pesar de todos los empeños el caso es que empezó a haber orden en la ciudad.

Enterado Bonaparte de la valiente defensa hecha por los corsarios, quiso visitar la casa donde tantas hazañas se habían realizado, y quedó sorprendido al ver los negros nyams, formados y rígidos como los más disciplinados veteranos, presentando armas mientras custodiaban la batería.

Lo recibieron los corsarios a la puerta de la casa y tuvo el general palabras de felicitación y elogio para cada uno de ellos, pero preguntó como si se tratase de asunto que le interesara en extremo:

—¿Qué negros son esos que he visto, firmes y erguidos como los mejores soldados, haciendo guardia a esta mansión?

Explicó Surcouf cómo se proporcionó reclutas.

—¿Se batió bien esa gente? — preguntó el general.

—Se batieron perfectamente, — contestó Surcouf, pero penetrando en los pensamientos de Bonaparte, añadió: — Podríamos formar varios regimientos de negros. Desgraciadamente costaría eso muy caro, ya que pagué seiscientos francos por cada uno de estos valientes nyams.

—Querido capitán, — dijo el futuro emperador, — tendremos tantos como se quiera y los tendremos completamente gratis. Pienso decretar la conscripción, o lo que es lo mismo, una gran leva en masa de todos los hombres esclavos o libres, sin la menor distinción entre unos y otros, pero, para evitar cuestiones, enviaremos a sus casas a todos los hombres libres y nos quedaremos sólo con los negros.

A no fracasar Bonaparte en su campaña de Siria, lo que bastó para desbaratar todos sus sueños de grandes conquistas asiáticas y africanas, hubiera formado un poderoso ejército negro, y como la idea de organizar una gran masa militar formada toda ella con negros era como una obsesión de aquel cerebro, empezó por organizar un escuadrón de mamelucos indígenas montados en camellos, y es seguro que hubiera dado mayor extensión a esta milicia a no verse detenido ante San Juan de Acre.

Apaciguado el Cairo, con la victoria francesa en Sediman, podía considerarse como supeditado todo Egipto y se vió Bonaparte en condiciones de reunir importantes fuerzas para emprender la campaña definitiva hasta lograr la supeditación de Siria.

Algunas horas después de celebrarse la entrevista de que hablamos obtuvieron los corsarios del general en jefe el permiso para incorporarse a los que partían para luchar en Siria, y como se trataba de larga ausencia, determinaron llevar en su compañía a las jóvenes almeas y a los negros y valientes esclavos nyams nyams.

CAPITULO XIV

El chacal y la hiena

TALLIEN se hallaba en Egipto. Josefina, muy amiga de la señora Tallien, había logrado que Bonaparte llevara en su compañía tan molesto marido; pero la señora Tallien tuvo el talento de maniobrar de modo que su esposo se considerase como muy honrado con aquella misión, que si le ponía en situación muy brillante como colega del gran general, la dejaba a ella libre de los celos de un esposo tan cargante.

Tallien era de los que figuraban como uno de los sabios incorporados a la expedición conquistadora.

¿Sabio el señor Tallien? ¿En qué podría ser docto aquel hombre? Toda su bilis era poca para odiar a sus colegas, o sea a los verdaderos sabios que figuraban en el ejército, y este odio procedía del desprecio que para Tallien manifestaron desde el primer momento los naturalistas, astrónomos, arqueólogos y demás hombres de estudio, que no podían sufrir se les parangonara con necio e ignorante como aquél.

Los oficiales desdeñaban saludarle, por ser público entre todos lo bajo de los sentimientos de aquel hombre, su cobardía y su falsedad, y aún contribuía a tenerlo furioso el manifiesto desprecio del mismo Bonaparte, quien no quiso saber respecto al señor Tallien absolutamente nada, y limitó todo su interés por aquel sabio anodino a hacerle pagar religiosamente su sueldo.

Era todo esto motivo más que sobrado para que la bilis del señor Tallien amenazase estallar el día menos pensado, máxime cuando Thezenas, aquel terible Thezenas de Cahrs, el buen amigo Thezenas, que nunca callaba nada de cuanto sabía, estaba también en Egipto.

Nunca había podido lograr el famoso Thezenas nada del señor Tallien, mientras la esposa de éste logró que le diesen un puesto en la administración, con cargo al municionamiento de las tropas, lo que equivalía a ser algo así como intendente. Supo mostrarse hábil, activo, despierto y audaz, y resultó un proveedor o un jefe de administración militar muy útil, sin que se pudiera probar que fuese demasiado ladrón, y Bonaparte, que sabía apreciar los méritos de cada uno, le dió amplias facultades para muchos servicios.

Lucía Thezenas un lujoso uniforme confeccionado de modo que admirase a los egipcios, y se veía rodeado siempre de una nube de cortesanos y de subordinados obedientes a las menores indicaciones, ya que supo hacerse popular entre los humildes, a los que trataba como amigos. Thezanas era rico y gastaba fastuosamente, y tenía a su disposición una escolta formada por una

compañía de infantería por un escuadrón de caballería, por dos piezas de montaña y con una sección de guías indígenas, para que pudiera hacer las requisas de víveres con garantías de seguridad.

Era por lo indicado, jefe de todo un reducido ejército, pero a pesar de semejantes encumbramientos, se guardó muy bien de reñir con su antiguo y buen amigo Tallien.

Sin que los razonamientos intervinieran en el asunto, como por instinto, por intuición y acaso por alguna mala idea, continuó siendo el mismo excelente amigo de Thallien, quien no se veía muy agasajado por Bonaparte en lo relativo a pagas y ventajas materiales. Le despreciaba demasiado el general en jefe para ordenar que se abriera largamente la bolsa o la caja de la administración militar en favor de quel agregado tan sin motivos, y se deducía de esto que se hallara Tallien en una indigencia relativa. Pero allí estaba Thezenas para enviar a su buen amigo víveres frescos, vinos exquisitos, licores de los más difíciles de encontrar, café, te, y aún de vez en cuando añadía algunas piastras como préstamo. Se mostraba generoso y espléndido, con lo cual estaba Tallien más enconado en sus odios contra quien le favorecía y contra todo el mundo.

Con motivo de la sublevación del Cairo, la defensa de la casa de los corsarios produjo gran ruido entre todos los franceses, y en cada una de las conversaciones a que dió lugar la briosa manera de portarse de todos los pobladores de la mansión donde Surcouf y Brinville residían, experimentaba Tallien un nuevo movimiento de rabia. Pero oyó pronunciar no una sino varias veces el nombre de un Mecaoud, un músico ambulante musulmán, un Oued Naïl argelino que se presentaba como mortal enemigo de los corsarios y como su implacable perseguidor, y desde aquel momento no tuvo Tallien otra preocupación sino la de ponerse en contacto con aquel hombre intrigante que tan útil podía ser para los tenebrosos proyectos del sabio hecho tal por arte de las intrigas de su esposa.

Había estudiado Tallien con mucho detenimiento la organización de varias sectas musulmanas y había logrado convencer a un kouan de orden inferior de que era Tallien completamente contrario a los planes del general Bonaparte, y no le ocultó que sentía odio feroz a los corsarios. Cuidó bien de decir muchas veces ante aquel kouan, que era su propio criado, que premiaría con toda generosidad a quien matara a Brinville, y aún añadió que sería para él una gran satisfacción poder conocer a aquel Mecaoud tan enemigo de los corsario como lo era él mismo.

Tanto repitió siempre lo mismo que concluyó por convencerse el kouan, y propuso a Tallien proporcionarle una entrevista con Mecaoud, oferta aceptada con júbilo por el francés, pero el desconfiado Mecaoud puso por condiciones para verse que debía acudir al lugar de la cita Tallien sin compañía alguna y sólo guiado por el kouan, su criado.

Celebróse la entrevista en pleno desierto, y empezaron los dos intrigantes por estudiarse largo rato en silencio, hasta que cambiaron una sonrisa, por haber comprendido ambos que habían nacido uno para el otro, y que necesariamente debían llegar a entenderse. Pero esperó impasible el árabe que empezara a hablar el francés.

Dijo éste al intérprete, quien tradujo:

—Según parece, sentimos los dos el mismo odio contra los corsarios.

—Odio a esos príncipes del mar y quiero su muerte, — rugió con sorda voz el argelino. — Quiero, además, ser dueño de las almeas.

—Veo que podemos llegar a entendernos.

—Sé que uno de los príncipes del mar te quitó tu mujer, y sé también que entre ese hombre y sus amigos te han hecho sufrir mucho. Es natural que trates de vengarte.

—Eso mismo es lo que ansías tú, pero ¿cómo lograremos nuestros propósitos?

—Durante esa expedición a Siria que preparará Bonaparte, he de estar siempre sobre uno de los flancos del ejército francés, y no me alejaré más de media jornada de ellos. Llevaré en mi compañía un millar de jinetes y otros tantos camellos de marcha cargados de odres con agua y con víveres, y he de esperar las ocasiones oportunas para caer ya sobre el conovy, ya sobre el ejército, y estas ocasiones, que deben ser los momentos de desaliento, me los has de comunicar por medio de este kouan que te sirve como criado.

—Está bien, pero tú, con todos tus jinetes, ¿te comprometes a caer sobre el campamento?

—Sí, como esté seguro de ir directamente a las tiendas en que duerman esos príncipes del mar.

—Puedo hacer cada noche el plano de nuestro modo de acampar y remitírtelo por mi criado.

—Puede alejarse del campamento como quien busca cardos y hojas secas para encender el fuego, y tan pronto como esté algo separado de los centinelas le saldrá al encoentro uno de mis hombres, que vendrá a ser como el anillo primero de la cadena para trasmitir las comunicaciones. Recibiré así los planos y todas las instrucciones y para entenderlas, ya que has de escribirlas en francés, estaré provisto de un intérprete para que me lo traduzca todo en el acto. De mano en mano de cada uno de los correos apostados sólo para este servicio, pueden volar las noticias que me trasmitas. Los dos primeros correos serán los únicos que correrán a pie, los otros dispondrán de veloces caballos árabes y tendrán orden de galopar desenfrenadamente.

—Veo que organizas perfectamente tus servicios, — observó Tallien.

Meditó un momento, y preguntó luego:

—¿Pero esperas poder penetrar en nuestro campo con una carga de tus jinetes?

—Cruzarán vuestro campamento mis valientes árabes tal como cruza la nube más espesa la bala disparada por el cañón, o como corta el rayo la negrura de los más

encapotados cielos. Llegarán a galope tendido a las tiendas de esos reyes del mar, y pasarán a cuchillo cuanto en ellas se vea, excepto mis primas, a las que montaremos a la grupa de los potros, y lo haremos todo esto en menos tiempo del que necesita un hombre para apagar la sed cuando logra tenderse y meter los labios entre las aguas de una fuente.

—Veo que no tienes en cuenta las guardias avanzadas.

—Pasarán mis jinetes entre uno y otro destacamento, y para ello necesito tus precisas indicaciones para saber dónde están colocadas.

—Puede que logres tus propósitos, — dijo Tallien, quien conocía la habilidad de los árabes.

Como nada más tenían que decirse, se separaron, y Mecaoud volvió a engollarse en el desierto, mientras el francés regresaba al Cairo.

Durante el segundo día de marcha de las tropas, estuvo muy a punto de perecer la división entera entre las arenas, tal como sucedió al gran ejército de Cambisses en aquel desastre registrado por la historia antigua.

Un espantoso simoun asaltó a los expedicionarios y los colocó en situación sumamente crítica.

Dos horas antes de salir el sol se pusieron en marcha los franceses, dejando el segundo campamento en pleno desierto, y como a las diez de la mañana estaban a un cuarto de legua del fortín donde debían hacer alto. El calor era ya insufrible desde antes de las siete de la mañana, y marcaron los termómetros 45 al sol, pero aquel calor insoportable aún fué aumentando a medida que avanzaba el día.

Vaciáronse todas las cantimploras y los bidones de compañía quedaron también sin una gota de agua, pero todos los sufrimientos de la tropa se mitigaban ante la vista del fortín que les ofrecía descanso y agua. No dejaba aquel ejército un solo rezagado. Sabíase que todo el que quedaba a retaguardia caía bajo los sables de los beduinos que como nube envolvente rodeaba siempre la columna, y reinaba cierta esperanza en medio del general abatimiento cuando se notaron los síntomas precursores del simoun.

El jefe de los guías dijo a Bonaparte:

—Se nos echa encima el aglabi, o sea el viento del sur. Ordena que se tienda en el suelo todo el ejército y que cubra bien cada cual su cabeza con trapos.

—Pero estamos casi llegando a ese fortín, — observó el general.

—Ordena inmediatamente el alto. Antes de dos minutos estamos envueltos por el simoun.

Tambores y trompetas hicieron resonar los acordes del alto, y los ayudantes volaron a galope tendido para llevar a todos los cuerpos la orden de adoptar las precauciones estipuladas cuando se presentara el simoun, y pudo verse entonces el más curioso espidamente sus mochilas y equipajes para pidamente sus mochilas ye quipajes para formar especie de muros tras los cuales se tendieron sobre las arenas. Envolvieron todos la cabeza con el trozo de lienzo que formaba la tienda provisional, y en tanto que así se preparaban los infantes, los caballos y los camellos se arrodillaron y trataban de disimular sus cuerpos, azotados ya por la tormenta.

No bien adoptadas estas precauciones, cuando pasó sobre el campo la borrasca de fuego, y fué aquellas una terrible prueba aunque no durase, aún comprendiendo los preludios, más allá de cinco minutos. Todo aquel que no envolvió su cabeza en los lienzos y todo el que osó respirar libremente, quedó como carbonizado. Los cadáveres aparecían por docenas y todos completamente negros, y tan abrumado quedó el ejército, que fué preciso ordenar que se dejara las mochilas y material de campamento bajo la vigilancia de los que mejor habían resistido, para que los restantes pudieran acercarse al fortín y beber y tranquilizarse.

Luego fué preciso llevar agua a los guardianes dejados a retaguardia.

—Quien se maravillará ahora, — decía Kleber una vez pasado el huracán, — de que todo el ejército de Cambisses pereciera en una de estas tempestades de arena y fuego?

—¿Qué les ha sucedido a nuestras queridas almeas? — preguntó Surcouf.

—No han sufrido mucho, — respondió el corsario. — Bajamos los palanquines, y dentro de ellos, con las cortinillas bien cerradas, han podido resistir estos horrores, pero en cambio he estado muy a pique de quedarme sin uno solo de mis negros, por negarse los muy bárbaros a taparse la cabeza. No me costó poco trabajo hacerme obedecer.

Afortunadamente, y debemos estar por ello muy agradecidos a la lealtad de los guías, conocíamos todas las precauciones que deben adoptarse contra estas tormentas desconocidas para los europeos. Gracias a los parapetos de mochilas y a los trozos de tienda que cada soldado conduce, hemos podido salvar el ejército de una catástrofe espantosa.

Afortunadamente, el pozo de aquella etapa era abundante, y pudo beber a su satisfacción todo el mundo, y se pasó la noche en el más profundo silencio, por sentir cada cual la necesidad de dormir y reponerse.

En Francia estamos acostumbrados a imaginar que los soldados que luchan en Argelia son verdaderos árabes, pero eso no pasa de ser un error, ya que los árabes auténticos son los nómades beduinos que recorren Egipto, Arabia y Siria. Aquellos beduinos son en general muy ignorantes, pero son sobrios, infatigables, audaces y diestros y muy bravos, y su falta de instrucción no les impide ser músicos, oradores y poetas. Son además, ladrones por oficio, pero cuando han ofrecido a alguna caravana guiarla o defenderla, no sin regatear estos servicios, son leales y fieles hasta la muerte, a la que se exponen por cumplir su compromiso.

Pero hay dos clases de beduinos, y los del desierto de Siria son los peores de to-

dos. Son muy pobres, y apenas si llevan algún vestido, y se dividen en los tiyayeb y los tasmirah, y unos y otros son tan crueles y tan ávidos como los negros perros de blanquísimos dientes que les acompañan siempre. Ambas tribus viven exclusivamente del saqueo de las caravanas o bien de los peajes que se conforman éstas en pagar cuando no son bastante fuertes para luchar con los hijos del desierto.

A estas dos tribus se había dirigido Mecaoud para buscar soldados que se atrevieran a atacar a los franceses, y no le costó mucho levantar la gente necesaria. Le prometieron los jefes un millar de jinetes, pero vió cómo se ponían bajo sus órdenes más de mil doscientos, pero lo que hacía de aquella fuerza una terrible arma era su movilidad asombrosa. Aquella columna parecía marchar empujada por el viento, para envolver a los franceses con enjambres de atrevidos guerreros que buscaban siempre ocasiones oportunas para dar golpes seguros. Acampaban en pleno arenal, sin preocuparse de buscar los pozos conocidos, por contar siempre con recuas de camellos que les proveían de agua y de víveres. Tenían maharís que cómodamente podían llevar a los combatientes agua sacada de pozos situados a tres jornadas de distancia.

Notable es que aquellos beduinos que no saben la menor palabra del Coran, sean tan fanáticos musulmanes y tan creyentes en el Islam que están esperando constantemente la venida de un madhi, o salvador, y Mecaoud, enterado de estos pormenores, predicó entre los beduinos en nombre del madhi, y hasta hizo varios milagros, o lo que es lo mismo, lució sus mañas de prestidigitador y de comediante con arte y habilidad tales que dejó convenidos a sus nuevos adeptos.

Estos, acostumbrados desde la infancia a los efectos del simoun, lo habían resistido mucho mejor que los europes, pero pudieron notar los exploradores de Bonaparte que cuando pasó la tormenta no quedaba un solo beduino a la vista, lo que hizo sospechar que habrían ido en busca de algún lejano pozo o a alcanzar algunos de los convoyes que les llevaban agua. El campamento francés, necesitado de sueño, se durmió desde el primero al último de los que lo componían, y todos confiaban tener ante sí una tranquila noche.

Serían como la una de la madrugada. Los fuegos del campamento, penosamente mantenidos con algunas hojas secas, cardos y estiércol de caballo y de camello, empezaban a apagarse, y cabeceaban los centinelas puestos ante los pabellones de fusiles. Apoyaban ambas manos en el cañón de su fusil, y con la cabeza sobre las manos unidas, dormían plácidamente, como dormían en las guardias y puestos avanzados todos los que no estaban de centinela y las claridades de las estrellas que filtraban hasta el desierto permitían ver cómo más de un centinela quedaba vencido por instantes por el sopor de invencible sueño.

Avanzaban en tanto los árabes en el mayor silencio y con lentitud extremada, y como blanco bloque que en nada se diferenciaba del color de las arenas, bajaron de unas dunas que les ocultaban hasta aquel instante, y bajaban en dirección a los puestos avanzados, no sin haber calculado antes las deformaciones que entre las sombras de la noche ofrece la visualidad del desierto, donde se deforman todos los objetos y donde las masas quedan como vagas e imprecisas.

Marchaba aquella fuerza con paso muy lento, y cuando dobló el altozano y se colocó entre aquella elevación y el campamento, parecía ser la misma colina o médano arenoso, y eran tan suaves, tan ondulantes los movimientos de la masa de jinetes beduinos, que producía la impresión de no moverse de su sitio.

Más de dos horas empleó aquella silenciosa masa para recorrer un espacio que no tenía más de mil pasos, y es esta una de las más hábiles y terribles maniobras de los hijos del desierto. Todos los caballos relinchadores tenían atada la lengua para que no pudieran denunciar la presencia de los atacantes, pero bastaba un tajo de la gumía para que libre otra vez la lengua del animl, pudiese lanzar sus relinchos de victoria.

Cuando el escuadrón se vió cerca de la avanzada, cuyo centinela estaba adormecido, se lanzó a todo galope y vientre a tierra de los potros, sin proferir el menor grito, y, ladeándose para no tropezar con los destacamentos de vanguardia, cayó como un rayo sobre el centro del campamento, con la velocidad con que rasga el rayo lo negro de las nubes.

En aquellas épocas no se establecían verdaderos campamentos. Los soldados dormían envueltos en su saco de campaña, de modo que los cascos de los caballos árabes pisotearon todas las líneas, y mientras era todo desorden y confusión por todas partes, se vió llegar a un centenar de jinetes escogidos hasta donde se habían instalado las tiendas de los corsarios. Mecaoud era el jefe de aquel audaz destacamento.

En cumplimiento de órdenes dadas de antemano, cortaron los asaltantes las cuerdas que atan al suelo las tiendas, y todas las ocupadas por los hombres, fueran corsarios, camelleros o negros, cayeron sobre los dormidos, y los recios tejidos de pelo de camello paralizaron los movimientos de los asombrados marinos, mientras las almeas pasaban de grupa en grupa hasta las últimas, filas, para que las cruzaran sobre la silla los beduinos y huyeran con ellas a todo galope.

Habían saltado ya los soldados franceses sobre los fusiles, cuyos pabellones había desordenado la precipitada carga, y empezó el fuego para ser un minuto después un verdadero infierno. Los jinetes, comprendiendo que les era imposible resistir, se agruparon en una masa compacta y emprendieron la retirada, no sin dejar tendidos, muertos o con heridas graves, más de trescientos franceses.

Los corsarios se vieron libres de los sables enemigos por efecto de la resistencia de la tiendas de pelo de camello que les cubrían. Sonaron los clarines y se logró

ganizar los cuerpos. Dieron órdenes los generales, cuando eran ya inútiles, y lo único que pudo hacerse fué disponer para lo sucesivo las avanzadas y los servicios de vigilancia y retenes de modo que hubiera alguna garantía contra ataques tan violentos como inesperados.

Se ordenó que a contar de aquella noche, la cuarta parte de los efectivos de cada unidad permaneciera sobre las armas. Se redobló los efectivos destinados a los puntos extremos de vigilancia y custodia. Se distribuyó patrullas de caballería en constante movimiento en torno de los campamentos y se adoptó tales medidas de precaución que en todo el resto de la campaña no hubo que lamentar sorpresas tan desagradables.

Cuando reinó de nuevo la calma y cuando los corsarios lograron salir de la especie de red de cuerdas y pesados lienzos bajo la cual estaban, celebraron consejos y llamaron al intérprete para que participara de aquella conversación.

Debe resordarse que el intérprete era un copto cristiano, hombre prudente y leal, y se esperaba de aquel conocedor del país alguna idea salvadora.

Visto el rapto de las almeas y la forma como se había desarrollado todo aquel dramático episodio, no cabía duda de que Macaoid había entrado nuevamente en funciones y que aquel brioso ataque al campamento obedecía más a apoderarse de las jóvenes que a matar a los corsarios.

El intérprete dijo:

—Los que nos han atacado para hacer esa razzia son los tiyayah y los taamirah. Ahora llevarán a sus cautivas a alguno de sus campamentos más remotos, donde acaso los jefes principales quieran repartirse las prisioneras.

—Mecaoud ha de oponerse a semejante combinación.

—Conozco, — dijo sonriendo el intérprete, — un proverbio árabe que dice: "Antes de la razzia, muy amigos, y una vez terminada, enemigos irreconciliables.

—¿De modo que supones posible se disputen las almeas?

—Valen mucho como mujeres, y lograrán siempre un subido precio. Son hermanas, danzan muy bien y serán siempre esclavas de gran valor. En cualquier mercado de Siria se pagará por cada una de ellas sus dos o tres mil piastras, suma que resulta enorme para un jefe beduino, y principalmente para los de esta zona.

—Pero según parece, es Mecaoud el teniente de ese famoso mahadi que predica la guerra santa contra nosotros, y debe gozar de gran influencia entre los suyos.

Contestó el intérprete, poniendo sucesivamente las manos sobre su cabeza, sl corazón, sus manos y sus pies:

—Es cierto; tiene influencia con los beduinos, y la tendrá hasta que llegue a tirarles del bolsillo... Pero nunca tendrá la menor influencia en cuanto se trate de intereses. No hay un solo beduino que no lleve al mercado a padre, madre, esposa e hijos, como le paguen lo que él pida.

—¿En ese caso nos devolverán las prisioneras si ofrecemos por ellas un buen precio?

—Sin la menor duda.

—¿Vírgenes y limpias? — preguntó ansiosamente Brinville.

—No respondo... pero pudiera ser.

—Demonios, — gruñía Mario rascándose el cogote.

Lanzó Brinville una carcajada pero permanecía Surcouf sombrío.

—En lugar de gastar bromas de bastante mal género y gusto, — dijo airadamente, — deberíamos preocuparnos del rescate de esas prisioneras que son de los beduinos por no haber sabido defenderlas nosotros.

—Enviemos a alguien que se ponga de acuerdo con los jefes de esas tribus, — dijo el intérprete. — Si así me lo ordenan veré de encontrar al emisario.

—Trata de encontrarlo pronto, — añadió el capitán.

Prometió el intérprte no perder un minuto en buscar al mensajero, y se retiró entre las sombras.

Tan pronto como se vieron los árabes a un par de leguas del campamento de los franceses, hicieron alto para dar un respiro a los caballos. Los dos jefes se habían reunido con Mecaoud, quien galopaba junto a ellos sin haber pronunciado una palabra cuando llegó el momento del descanso dijo bruscamente Reycoub, en tono de hombre determinado:

—Conozco de reputación a las almeas que acabamos de robar. Sé que son vírgenes y que gozan de gran fama. Nos han llevado a donde si bien hemos tenido el gusto de matar muchos cristianos, no hemos traído otro botín que esas mujeres.

Reschid, el jefe de los taamirah, dijo lacónicamente:

—Es muy cierto.

—Corre a mi cargo, — añadió Reycoub, — vender la mía. La venderé por virgen por seis o siete mil piastras.

—¿La tuya? — exclamó alarmado Mecaoud.

—Sí, la mía, la que mecorresponde.

—Claro está. Una para él, otra para mí y la tercera la dejaremos para ti, — expresó el otro jefe.

—Esas mujeres pertenecen al mahadi, — gritó Mecaoud.

—Esas mujeres son de quienes las robaron. Si te damos una, si tú, hombre sin guerreros a tus órdenes, te quedas con una de ellas, qué más puedes apetecer?

Comprendió Macaoud que se había metido en un abismo. Trató de ensayar hasta dónde alcanzaban sus prestigios religiosos.

—Las órdenes del mahadí es de llevarle esas mujeres, si os atreveis a desobedecerle caerá sobre vosotros y vuestras tribus la maldición de nuestro gran profeta.

Debemos ponernos en la situación de aquellos infelices europeos de la edad media a quien se amenazaba con excomunión mayor. Eran tiempos de profunda fe, y aquellas amenazas producían generalmente efecto. Callaron los beduínos y parecieron reflexionar seriamente.

Pero de pronto resonó una voz que decía:

—Sidi, sidi, jefes de estos beduínos, escuchad lo que tengo que deciros. Os engaña ese

hombre. Es primo mío y no pasa de ser un músico ambulante. Es el mayor intrigante y el primer embustero...

—¿De modo que nos estás engañando? — preguntó burlonamente uno de los jefes.

—¿No posees el poder del mahadí? — rugió el otro.

La voz de Meriem continuaba gritando desde lejos:

—Dejad, ordenad que me presente ante ese traidor. Quiero confundirlo en presencia de los señores que mandan estos guerreros.

El jinete que conducía a Meriem la dejó en el suelo al escuchar estas palabras, y la joven avanzó con la mayor tranquilidad, entre las conversaciones de los árabes, admirados de la belleza de la almea. Plantóse ésta ante su primo, y preguntó:

—¿Cómo podrás probar esa misión que dices te ha dado el mahadí?

—Tengo sus cartas.

—¿Quién las ha leído?

Reinó un largo silencio hasta que confesaron los jefes que no sabían leer.

—Os ha mostrado cartas falsificadas. He usado este hombre de la ignorancia de los beduínos. Enséñame esas cartas. Veámoslas. Yo las leeré...

—Jamás. Una almea no puede enterarse de tales secretos.

—Ya veis cómo no se atreve. He de confundirle de todos modos. Pero lo mejor será ver esas cartas. Las lleva en su estuche de taleb. Quitárselas y veremos si miente o no.

Los talebs, más propiamente dicho, talbas sabios, llevaban siempre un tintero cerrado y en un estuche un pergamino y papel con cañas cortadas como plumas. Se apoderaron del estuche de Macaoud y tomando Meriem las cartas, dijo a los jefes:

—Sabéis todos cómo el mahadí no teme meter una antorcha encendida en un barril de pólvora, ya que caundo la pólvora se reduce a polvo impalpable no arde. El mahadí prepara siempre todos sus pergaminos para mensajes de modo que no puedan arder ni aun por efecto de la pólvora. Poned pólvora sobre estos mensajes y si no se queman podremos suponer que proceden del mahadí.

Trató Mecaoud de oponerse a aquella especie de prueba de fuego, tan común en la edad media, pero le obligaron a estarse quieto y a callar. Se veía desconcertado el músico por la audacia de su prima y por la inventiva que demostraba.

—Amontonad hojas, mucha hojarasca, — ordenaba Meriem como si fuese el jefe del campo. — Preparad una gran hoguera y echad pólvora entre la leña, y luego colocad esas cartas sobre todo. Por medio del fogonazo de una pistola pegad fuego al montón. Si no se queman esas cartas, prestad fe a este hombre, pero si quedan los pergaminos reducidos a cenizas debéis darle una paliza tal que no le queden ganas de volver a burlarse de la ignorancia de los grandes jefes beduínos

—Tienes muchísima razón, — gritaron todos los árabes. — Debemos someter esas cartas a la tradicional prueba del fuego...

En medio del más religioso silencio y ante los escudriñadores ojos de todos los beduínos se hizo la famosa prueba del fuego, y com era de esperar, quedaron las cartas reducidas a cenizas.

Comprendió Mecaoud que había perdido la partida, pero trató de reponerse por medio de un golpe de audacia, y mientras estaban todos entretenidos y preocupados en la contemplación de las llamas, saltó sobre la silla del soberbio caballo de uno de los jefes. Sabía que era el mejor y más corredor potro de toda la tropa, y lo lanzó a toda carrera entre las sombras. Persiguéronle, pero fué inútil, y en tanto que unos cuantos jinetes galopaban tras el fugitivo, contó Meriem su historia sin omitir el menor detalle.

—Los príncipes del mar, — decía para concluir, — nos salvaron de las garras de ese Mecaoud, quien es un ladrón, un impostor y un infame, y no podemos ser ingratas para con los generosos extranjeros que tantas atenciones han tenido con nosotras.

Detúvose un instante, y continuó:

—Quiisera preguntaros ahora qué motivo podéis tener para llevarnos al mercado de esclavas y mujeres donde, según he oído, nos pondréis a la venta. Habló no sé quién de entre vosotros de seis o siete mil piastras. Los príncipes del mar darán diez mil por cada una de nosotras, como se nos respete por todos.

Añadió luego a gritos, pero con la mayor picardía para despertar la general codicia:

—Y además de todo el dinero indicado habrá otras veinte mil piastras más para que se reparten por igual entre todos los guerreros aquí presentes.

Equivalía aquella declaración a poner toda la banda de beduínos de parte de las almeas, y no es posible imaginar lo que pesa la menor moneda de plata en el ánimo de aquellos hombres. En aquel país es tal el valor del dinero que por un solo franco se compra un gordo y sabroso carnero de los mayores, y a contar del momento en que Meriem supo así exponer cuál era la situación, se convirtieron las almeas en vivo y riquísimo tesoro para los jefes y en unas cuantas piastras para cada uno de los desarrapados guerreros que les obedecían.

Cuando pudo apreciar la joven el efecto producido por sus palabras, dijo a los dos jefes:

—Ahora que nos libramos todos de las intrigas de ese impostor de Mecaoud, debéis llevarnos a alguno de vuestros campamentos fijos, y enviad sin pérdida de momento un mensaje a los príncipes del mar. Daré una carta escrita por mí y con ella le recibirán con todas las consideraciones, se tratará el precio del rescate y la manera de entregarlo y de devolvernos a nuestros amigos.

Ordenaron los jefes que desmontaran tres jinetes, y las tres almeas, gallardamente instaladas en las sillas árabes, desfilaron triunfalmente entre los dos capitanes de aquel aguerrido escuadrón.

Encamináronse al encuentro de un convoy de agua al que se dió alcance antes de mediodía. Echó todo el mundo pie a tierra, bebieron hombres y caballos, se preparó el café, y cuando las galletas quedaron cocidas bajo las cenizas de las fogatas, comieron dátiles como postre.

Considerándose ya los beduínos como hom-

bres ricos, no cuidaron de seguir persiguiendo a los franceses y renunciaron a hacerles la guerra, al menos por el momento, ya que su gran asunto por entonces era ver cómo cobrabran el enorme rescate que pensaban sacar de las almeas.

En atención a las circunstancias las dos tribus que habían proporcionado los mayores contingentes para la aventura, acamparon junto al inagotable pozo de Bou Choklem, en torno del cual hallaban los caballos abundante pasto. Permanecieron cinco horas descansando los expedicionarios y volvieron a emprender la marcha antes de apuntar la aurora.

Llyegaron al indicado pozo al ponerse el sol, y los oblícuos rayos doraban las trescientas tiendas en las que se albergaban los beduinos de las dos tribus, como formando un solo pueblo, aunque separado uno del otro por larga valla de tela.

Los hombres, mujeres, chiquillos y perros que ocupaban aquel aduar ambulante se precipitaron al encuentro de los guerreros, y como hacen siempre en casos semejantes, se corrió la pólvora con el mayor entusiasmo. Terminada aquella loca explosión bélica, se ofreción a los prisiones el riffa, o sea lo que podríamos llamar un festín de honor.

Concluído el festín se dió una tienda a las almeas y pusieron a las órdenes de las jóvenes varias negras para que les sirviesen como esclavas propias. Llenaron su tienda de tapices y de cuanto represente el sumario moblaje de los pobladores del desierto y gracias a todas estas circunstancias lograron dormir tranquilamente las almeas a pesar de su cautiverio, sin perder las esperanzas de un pronto cambio de situación.

No podía negarse que era Meriem mujer de gran talento.

Al día siguiente, no bien amaneció, se hizo comparecer a las tres almeas a la gran tienda donde estaban los jefes principales de las dos tribus. Se trataba de hacer un largo interrogatorio a las jóvenes para saber si los príncipes del mar eran o no tan ricos como decían, y si podrían y querrían abonar tan crecidas sumas.

Con la socarrona diplomacia de los viejos beduinos, tendieron muchos lazos a las jóvenes para sorprender su verdadero pensamiento. Las interrogaban por separado, les hacían sútiles observaciones...Pero respondieron siempre con tanto ingenio como sinceridad y supo triunfar Meriem de lo más difícil, de manera muy notable.

—Estos príncipes del mar, según decís — observó un viejo jefe se propondrán casarse con vosotras? Pero si lo desean, ¿cómo es que no os habéis casado ya con ellos?

—Por la razón, — contestó Meriem muy seria, — de que su fe les prohibe contraer matrimonio mientras están en campaña. Saben allí, como sabéis vosotros, que un recien casado prefiere estar con su mujercita antes de ir a que lo maten.

Escuchóse un nutrido murmullo de admiración.

—Eso si que es lo que se llama una ley sabia... ¡Si los cristianos saben! — gruñían los jefes musulmanes.

Con esta última duda se dió por terminado el interrogatorio y ya no se trató sino de escribir a los corsarios. Colocaron sobre un baúl empleado como mesa un retal de pergamino, y escribió Meriem bajo el dictado del más anciano cheik, hombre reputado en el aduar como el más capaz de todos.

Pondremos aquí esta carta que se conserva en poder de la familia Brinville Lagarde:

—Alabado sea Dios que da la victoria a quien El quiere. — A los príncipes del mar. — Que el salam, o saludo, sea con vosotros.

Nosotros, los cheiks, os hacemos saber que las almeas son ahora nuestras prisioneras y que las tratamos lo mismo que tratamos a nuestras hijas. Están en compañía de nuestras esposas y de nuestras hijas. Ofrecemos devolverlas tal como las recibimos, y juramos, con la mano puesta sobre el corazón, que no han sufrido el menor ultraje ni el menor mal tratamiento. Se han alimentado con leche de camello, con carne sana y pura y con pastelitos de miel.

Ofrecemos canjearlas contra cincuenta mil piastras, y caso de no aceptar, las venderemos en los mercados de Siria. Encargamos esta carta a un copto cristiano a quien debéis explicar vuestras intenciones. Somos cheiks muy conocidos por nuestra lealtad en cumplir toda palabra dada. Nadie podrá decir que caravana que haya pagado el derecho de paso fuese atacada por los nuestros, y siempre quese ha rescatado algún cautivo en nuestro poder nos apresuramos a entregarlo.

Que Dios ilumine a los ilustres príncipes del mar y haga de vosotros sinceros creyentes, para que logréis disfrutar a vuestra muerte de las delicias del paraiso de Mahoma, después de haber sido la gloria del Islam".

Seguían a estas expresiones, no las firmas, sino los caracteres impresos con los sellos de cera virgen, de acuerdo con la moda musulmana, y de los cheiks beduinos que no saben escribir, y una vez terminada esta carta dirida por los cheiks a los corsarios, cada una de las almeas redactó la suya, muy tierna y muy expresiva, dirigidas a sus más particulares amigos, pero se escribió todo en el mismo pergamino, el que se arrolló cuidadosamente. Este pergamino se arrolló a un trozo de palo, y el rollo se metió luego en el saco de cuero. Uno de los cheiks más joven, montado sobre un mehari de marcha y con escolta de diez guerreros, jinetes también en maharis, salió del campamento para llevar la misiva a los franceses.

En tanto que se desarrollaban todos los acontecimientos enumerados, estaba el ejército francés batiéndose en una serie de batallas para apoderarse de tres ciudades. Bonaparte trataba de estar siempre en las proximidades del mar y andaba por la costa a algunas leguas de distancia, y debía adueñarse de varios puertos antes de San Juan de Acre.

El primer combate se riñó en El Arisch,

que es la última ciudad egipcia, situada sobre la frontera de Siria y con puertecillo insignificante y sobre una especia de oasis en el desierto que se extiende desde el Cairo a Siria. Allí esperaba a Bonaparte Ibraim, segundo bey de los mamelucos, reforzado por muchos millares de fellahs y por contingentes de genízaos turcos.

No había logrado obtener el concurso de Djezzar Pacha, gobernador de San Juan de Acre, y quien mandaba en Siria a nombre del sultán, aunque era casi independiente... Habíase visto amenazado constantemente por los mamelucos, los que sólo de nombre dependían del sultán, y no desagradaba al gobernante y señor de Siria verse desembarazado de tan molestos vecinos.

Calculaba que si los franceses destruían los restos de aquella feroz milicia saldría ganando mucho todo el país. Estos cálculos eran absolutamente exactos.

—Los franceses — había dicho Djezzar a Sidney Smith, el comodoro inglés y aliado del sirio — no pueden recebir refuerzos, y conquisten o fracasen ante San Juan de Acre, han de ver forzosamente cómo se debilitan hasta acabar por agotarse...Como veo que no es posible evitar que tomen San Juan de Acre no pienso quedarme aquí cuando se apoderen de esta ciudad. Me meteré en una barca cuando llegue el final de la defensa, y volveré a atacarlos cuando sepa que quedan reducidos a algunos miles de hombres.

Esta es la razón que explica cómo en la batalla de El Arisch se batió solo la gente mandada por Ibraim Bey.

Adoptó tales disposiciones que gracias a ellas le fué posible resistir durante más de una hora. Como había hecho Mourad, también el envío a la muerte segura y al desastre más heróico a los valientes mamelucos, los que se estrellaron siempre al chocar con los cuadros formados por los franceses. Imaginó que sus jinetes atacaran por escuadrones escalonados, pero no logró con aquella táctica sino producir horrible confusión, ya que los escuadrones rechazados por la metralla se precipitaban sobre los que se dirigían en furioso galope a la carga por escalones. Rompían las líneas de los nuevos combatientes, y no era posible reorganizarlas bajo el fuego de la fusilería de los cuadros.

Huyó Ibraim ante su fracaso y su derrota, y tomó el ejército francés el poblado de El Arisch, donde pudo descansar de una jornada de fatigas y peligros.

Al llegar a El Arisch recibieron los corsarios la carta de los jefes beduinos. El portador era un copto rico, comerciante muy respetado en toda la región.

Presentóse el emisario ante Surcouf, quien reunió a sus amigos para que se enterasen de lo que debía participarles el copto.

—Tengo — dijo el mercader — continua y muy frecuentes relaciones con las tribus de beduinos del desierto de Siria que son los raptores de vuestras tres almeas. En la buena estación envio mis caravanas hasta las costas orientales de Arabia a donde remito productos europeos que compro en Alejandría o en el Cairo, y se cambia todo lo remitido por productos de la India, Persia o de Marcate. Digo esto para que se comprenda que si dependo de los beduinos, ya que por sus territorios ha de pasar mi mercadería, también dependen ellos de mí, ya que abono un derecho para que no molesten y para que auxilien mis caravanas, y los enriquezco y proporciono artículos que por sí mismo nunca lograrían obtener.

—Comprendemos perfectamente.

—Quieren que el rescate de las jóvenes raptadas se deposite en mis manos y que garantice yo esa operación. Tan pronto como les participe que me habéis entregado la suma estipulada, pondrán en libertad a las jóvenes y las escoltarán hasta el sitio donde determinéis.

Dicho esto entregó el copto a Surcouf la carta escrita por los jefes. Hizo traducir el capitán aquel escrito, y leyeron todos las misivas de Meriem y sus hermanas.

El copto entonces dijo:

—Las pretensiones de los beduinos son muy exageradas y debo aconsejar a los señores que traten de lograr alguna rebaja.

—Es inútil — interrumpió Surcouf.

Entregó en el acto un bono sobre un banco griego del Cairo. La suma escrita era el total pedido como rescate. Preguntó después el copto:

—¿Dónde podremos ir a esperar a las muchachas?

—Si me proporcionan un salvo conducto con la firma del general Bonaparte, los mismos beduinos se encargarán de traerlas a esta localidad.

—Antes de una hora entregaré ese documento.

—Pues antes de diez días estarán aquí las almeas.

—¿Respondes tú de eso?

—No entregaré un céntimo de franco a los beduinos hasta que declaréis haber recibido sanas y salvas esas jóvenes.

—Veo que eres un hombre formal, — dijo Surcouf, que hizo un buen regalo al copto.

Tras un corto descanso continuó el ejército su marcha en dirección a San Juan de Acre, ciudad en la que el pachá Djezzar se presenta en el campo de la historia como una de las más terribles siluetas de tiranos enérgicos y feroces de cutnos hayan podido proyectar su siniestra sombra sobre los abrasados campos de oriente.

Djezzar es el hombre fatal que encadenó el destino del que fué luego Napoleón el Grande, pero que se vió detenido en sus sueños de ser otro Alejandro conquistador de la fabulosa India.

Había logrado Djzzar ser dueño de la voluntad del sultán a fuerza de útiles servicios prestados, y constaba que era hombre audaz, enérgico, tenaz, atrevido, y tan buen general, dentro de los procedimientos turcos, como excelente diplomático. Siria, país donde se habían mezclado las razas y creencias, donde había cristianos ,turcos, drusos. arme-

nios, árabes, judíos y fellahs, y en la peligrosa vecindad de los terribles mamelucos, necesitaba gobernador de muy especiales condiciones, y se envió allí a Djezzar para arreglar lo que parecía sin arreglo posible.

Llegó y supo imponerse. Empezó por organizar un reducido ejército que tenía bajo sus inmediatas órdenes en San Juan de Acre, y se formaba aquel núcleo de árabes, turcos, genízaros, drusos y aventureros de todas partes, con la idea de que entre gentes de tan opuestos orígenes no podía haber inteligencias peligrosas y él, el amo, el pachá, el que pagaba a todos, era el lazo único de unión entre todos sus soldados.

Con aquel ejército había el pachá logrado grandes éxitos, reprimiendo todas las revueltas, entregando al saqueo todas las ciudades rebeldes, aterrorizando el país y metiendo en cintura las tribus. Oprimía Siria como si fuera una naranja y le sacaba todo el jugo. Daba al sultán una buena parte de lo reunido, y gozaba de ser el mejor bajá de todo el imperio.

Había comprendido perfectamente cómo es el Oriente. Aquellas poblaciones necesitaban un amo que contara con su ejército propio como instrumento de gobierno. Los tesoros de aquel bajá pasaban por ser prodigiosos, pero estaban tan ocultos que no podían exponerse ni por efecto de rebeliones ni de guerras.

Se enteró Djezzar en Gaza, primer puerto de Siria, de la conquista de El Arisch, y se preparaba a tantear las fuerzas de aquel ejército francés considerado como invencible, cuando se le presentó un desconocido para solicitar una audiencia.

Djezzar, como todo tirano asiático, era familiar y el más humilde de sus ubordinados tenía abiertas a toda hora las puertas de su palacio.

No se conocía allí etiqueta alguna. Se recibía a todo el mundo con tanta sencillez como aspecto huraño y hasta feroz.

—¿Quién eres? — preguntó ceñudo el preocupado bajá.

—Soy el mensajero de la muerte o de la fortuna, — contestó el desconocido, mientras arqueaba sus facciones enigmática sonrisa. — Traigo la fórmula para tí y para los franceses la muerte, — agregó serio y con acento solemne.

—¿Quién eres?

—Un ouled nayli, un argelino. Me llaman Mecaoud ben Kaleb. Soy kalifa del mahadi.

—¿Del mahadi de Alejandría? ¿De ese imbécil fanático?

—Del mismo.

—¿De ese hombre que no ha hecho nada.

—Ha sublevado el Cairo y volverá a sublevarlo otra vez. Cuenta con millares de partidarios sobre el Nilo y ha de dar muchos disgustos a los franceses.

—Bueno. ¿Pero qué pretendes de mí?

—Muy poca cosa. Que me hagas entregar tres almeas, primas mías que entregarán estos días a los extranjeros. Digo entregármelas si, como supongo y espero, los vences.

Contó Macaoud en pocas palabras todas las aventuras de las almeas.

—¿Qué ofreces a cambio de esa promesa que ahora exiges?

—Lo he dicho ya. Ofrezco la muerte de todos los franceses.

—¿Cuentas con muchos soldados,

—¿No mata nada sino la bala? Solo los sables, los cañones y las lanzas y los fusiles logran diezmar un ejército? — pregunta Mecaoud con la más siniestra sonrisa. — ¿No son las epidemias las que causan más bajas en las tropas? Pues esa epidemia es la que he enviado a buscar y que pronto tendremos aquí.

—¿A dónde la fuiste a buscar?

—A Medina.

—¿Te refieres a la peste?

—Sí, sembraré la peste en el campamento francés. Beberán la peste en el agua de los pozos, comerán peste al comer su pan. Han de respirar peste en el aire que respiran y en el polvo levantado por el viento.

—Te comprendo. Harás reunir gérmenes de peste en Medina y los sembrarás en los campos de los extranjeros.

—Exactamente.

—¿No tienes miedo?

—Padecí de las pestes como has padecido tú y me curé del mismo modo que curaste. Nadie sufre dos veces los ataques de esa enfermedad, y podemos usarla contra los europeos que no la conocen.

—Tienes mucha razón, y veo que reflexionas cuerdamente.

—Necesitamos envenenar Gaza y Jaffa con los gérmenes de la peste, ya que los franceses han de tomar dichas dos ciudades, y digo que las tomarán ya que no te propones defender seriamente sino esta de San Juan de Acre.

—¿Quién te ha enterado de tal modo de mis proyectos?

—La adivino al darme cuenta de que sólo aquí es donde puedes poner en juego todos los elementos y recursos de que dispones.

Quedó pensativo el bajá y luego dijo:

—Pedías una promesa mía y queda formulada la contestación a tu gusto y tal como deseabas. Tienes amplias facultades para proceder como mejor te parezca.

Desde aquel momento se pusieron a la obra de muerte Mecaoud y el bajá. Chacal y tigre se habían puesto de acuerdo.

El argelino contaba con espías en el campamento de los franceses. Eran egipcios del Cairo de los reclutados como peones, o de los numerosos vendedores ambulantes, y gentes todas ellas acostumbradas a los más inconfesables tráficos, además de la profesión que aparentemente ejercían.

El ejército francés se veía seguido de nutrida nube de tan tristes personajes, que el mando debió haber expulsado, pero que toleraba por entender que los servicios de todos aquellos mercachifles y mozos de cuerda eran útiles y hasta necesarios a los soldados, y entre tan poco recomendable personal contábase toda una escuadra que estaba a devoción de Mecaoud. Obedecían los correligionarios del argelino que acompañaban a las tropas de Bonaparte a un habilísimo bandido llamado Mamouth.

Este Mamouth supo hacerse muy amigo

del jefe nyam, jefe también de los esclavos negros comprados por Surcouf. Supo ganar la amistad y la confianza del jefe negro, gracias a regalitos insignificantes al principio, más importantes después, y más que todo por la gran deferencia con que lo trataba, como si reconociera en el esclavo todos los honores debidos al reyezuelo salvaje, señor de su aldea africana.

Mamouth tenía fija la vista en el campamento de los corsarios y notó como llegaba el rico comerciante copto a quien todos conocían en el Cairo, como era público que estaba en las mejores relaciones con los beduinos ya que pagaba con generosidad el derecho de que sus caravanas circulasen por el desierto, y como estaba enterado Mamouth del robo de las almeas, no le quedó duda de que la visita del rico comerciante obedecía a tratos para el arreglo del rescate.

En lugar de hacer preguntas a Garabi, nombre del negro jefe de los nyams, empezó por condolerse ante él de la desventura de las jóvenes, y tanto insistió y tal fué la amargura demostrada que el jefe esclavo le confesó que le había dicho Sapajou, gran amigo de Garabi, que muy pronto experimentarían la alegría de ver entre ellos a las queridas niñas árabes.

Cuando se enteró de estos pormenores, le faltó tiempo para correr a participar tales novedades a Macaoud.

Meditaba éste sus planes cuando recibió esta noticia. Estaba libre por el momento, y la peste se había sembrado ya en Gaza y en Jaffa.

El ejército francés marchaba entre tanto a la victoria y a su ruina.

Djezzar, el terrible pachá, quiso vigilar por sí mismo cómo se sembraban los gérmenes de la peste en los pozos, en los cuarteles, en las casas y en todos los rincones de Gaza, y muy pronto se recibió la noticia de que la epidemia había hecho acto de presencia en la expresada ciudad. Se habló de casos de peste, y satisfecho del efecto producido por las infernales maquinaciones de Macaoud, salió el pachá con toda su caballería de Gaza, mientras las milicias locales se aproximaban a la defensa contra los franceses.

Acercábase el ejército formado en columnas que fácilmente se transformaron en cuadros tan pronto como se vieron frente a la caballería de Djezzar pero éste se limitó a entablar insignificantes escaramuzas, por constarle perfectamente que con sus árabes y sus drusos no lograría desbaratar los cerrados cuadros, y tras una serie de amagos, ordenó la retirada para desaparecer muy pronto en la lejanía.

Bajo la protección por retaguardia que prestaban los cuadros no desdoblados aún, dió una columna el asalto, poniendo en juego aquella furia francesa que tanta admiración producía entre los musulmanes, y tomó la ciudad en la que entró a descansar de sus fatigas todo el ejército.

Era aquella excelente oportunidad para tomar algún descanso y reponer provisiones y equipos, ya que después de tan largas marchas andaban bastante desorganizados todos los servicios, pero no bien se había tomado el primer momento de reposo cuando estalló el flagelo, y centenares de combatientes se sintieron molestos con extraños síntomas que no dejaron de alarmar a los médicos de la expedición. Para saber a qué atenerse iniciaron una serie de investigaciones, y se enteraron entonces de que muchos habitantes de Gaza se hallaban atacados de la peste. No podía admitirse la menor duda y se convenció el ejército de que tenía que luchar con la plaga egipcia.

Se dió aviso a Bonaparte, quien ordenó ponerse inmediatamente en marcha, pero aquella medida no fué eficaz por llevar los soldados los gérmenes del mal en los pliegues de sus ropas.

—Dios parece que se propone aplastarnos con las plagas de Egipto, — decía el padre Lanternier.

A contar de la salida de Gaza, las marchas fueron terribles. A cada momento caía algún soldado desfallecido y sin fuerzas para dar un paso más. Lo instalaban sobre un camello, pero muy pronto el largo convoy de la ambulancia no pudo recibir un enfermo más.

Se recurrió entonces a los caballos de las fuerzas de caballería, pero el aspecto de las columnas empezaba a ser lúgubre y la moral de las tropas decaía por instantes bajo aquella fatídica amenaza que se cernía sobre todas las cabezas. Andaban todos con la frente inclinada sobre las arenas, penosamente y sin entusiasmo, y de este modo se logró llegar ante Jaffa.

Era ciudad más importante que Gaza y si bien ofrecía más recursos que aquélla, rallábase, en cambio, mucho mejor defendida, de modo que era la ciudad que los soldados tenían ante ellos un bocado muy difícil de digerir para ejército azotado por los horrores de la peste.

Envió Bonaparte un parlamentario para intimar la rendición de la ciudad.

Pero los sitiados sabían que la epidemia no sólo diezmaba a los enemigos sino que abatía el valor de los más bravos, y no podían sospechar que un ejército de moribundos se hallara en condiciones de combatir.

Djezzar había pronosticado que pasarían de largo los invasores sin atreverse a atacar a Jaffa, y todos tenían fe en la palabra del pacha.

Pero éste había dado la fórmula para asegurar a Jaffa una heroica defensa.

Antes de dejar la ciudad llamó a su teniente de más confianza y le mostró una barca en el puerto con los treinta remeros que sólo esperaban la orden para salir como si el barco fuese una flecha.

—Te dejo en Jaffa, — dijo el bajá, — pero aquí tienes esta barca para salvarte en el último momento.

Era un bravo el general llamado por Djezzar, y contestó:

—¿Salvarme? Si me dejas aquí para defender esta ciudad, sabré morir en mi sitio.

—Vales tú mucho más que toda Jaffa, y te necesito en San Juan de Acre, donde moriremos todos si es preciso en defensa de nuestras mujeres, hijos y ciudad. Allí te portarás como lo haré yo mismo; aquí se trata sólo de entretener al enemigo.

—Pero Jaffa puede y debe defenderse.

—Sí, debe defenderse todo lo posible para hacer que mueran en asaltos y ataques cuantos francesas podamos matar, pero es necesario que entren en esta ciudad los extranjeros, ya que tenemos aquí envenenados todos los pozos, todos los víveres y todas las ropas. Aquí han de acabar de beber la muerte que en Gaza no hizo sino saludarlos. Pero escúchame bien. Los franceses enviarán un parlamentario, y mandarás que le corten la cabeza en lo más alto y visible de las murallas. Luego harás atar por los pelos la cabea cortada y que el hondero de más puños la arroje al campo de los invasores.

—Así se hará, — contestó impasible el general.

—Dirás entonces a la guarnición y las milicias que después de tal modo de recibir al parlamentario no hay más remedio que batirse todos como leones, y que los cristianos pasarán a degüello a toda la población. Así la defensa ha de ser terrible, y cuando lo veas todo perdido, te disfrazas de mendigo, subes a esa barca y vienes a reunirte con tu pachá y amigo.

—Exactamente como lo has dicho se ejecutará todo, si Dios nos deja cumplir tus órdenes, — dijo sonriente el general árabe.

Admiraba aquel general el fiero genio de Djezzar.

Presentóse el desgraciado parlamentario y se le permitió entrar dentro de la plaza, mientras un chaouch esperaba en lo más alto de las murallas con su yatagán bien afilado.

Comprendió el oficial francés lo que aquello significaba, y se volvió hacia las tropas que lo miraban desde lejos. Levantó su sombrero y lo agitó en el aire como saludando por vez postrera su pabellón, mientras gritaba de modo que pudieran oirlo sus camaradas: ¡Viva la República!...

Tiró al suelo su sombrero, y con los brazos cruzados esperó los acontecimientos.

El chaouch quiso hacerle arrodillar, pero se negó enérgicamente. Un oficial turco lo mató de un pistoletazo, y el verdugo pudo cortar aquella cabeza que yacía sobre la muralla. Llamaron al mejor hondero entre todos los pastores residentes en la ciudad, y ató éste los cabellos con un cordelillo. Hízolo girar luego y lo lanzó con fuerza. Vióse rebotar el sangriento trofeo, y la guarnición de la plaza lanzó un grito de rabia al verse obligada, a contar de aquel momento, a defenderse hasta el extremo último.

Adelantó un jinete francés de los que quedaron fuera de las murallas como escolta del parlamentario y recogió el horrible despojo del valiente oficial, y con la sangrienta cabeza en la máno corrió a mostrarla por todas las filas.

—¡Guerra a muerte! ¡Guerra sin cuartel! — vociferaban los enfermos defensores de la República.

Se dió inmediatamente orden de asaltar, y se tomó la ciudad entre los mayores transportes de rabiosa acometividad. Toda la guarnición y una buena parte de los vecinos murieron a bayonetazos y pasados a cuchillo por los enfurecidos soldados, mientras blanqueaba a lo lejos la vela de la barca donde huía el autor y único responsable de aquel crimen contra el derecho de gentes, expiado por más de cuatro mil hombres muertos en la más espantable carnicería que llenó de sangre casas, murallas y cuarteles.

No por haberse logrado tan sangrienta victoria dejaba de proceder el sagaz Mecaoud. La visita del copto no le permitió abrigar la menor duda, y estaba seguro de que los corsarios habían abonado el rescate de las almeas, las que no podían tardar en verse sanas y salvas en el campamento de los franceses. Era ya tiempo de obrar, y él mismo, que había sembrado la peste en varias ciudades, él, que contaba con solemne promesa de Djezzar, se presentó nuevamente al pachá para exponerle sus nuevos deseos.

—¿Qué quieres? — preguntó el general.

—Quitar las almeas a su escolta de beduinos.

—¿Cuánta gente necesitas?

—Quinientos buenos jinetes.

Llamó el bajá a su kodja y le dictó una carta que firmó no bien terminada. La selló con su sello especial que nunca dejaba a nadie, y dijo al argelino:

—A poca distancia de aquí, en las montañas de Houran, reside el agha de Beni Saker, hombre de toda mi confianza. Le entregas esta carta y te dará cuatrocientos guerreros montados en buenos caballos o en meharis.

—Gracias, — dijo alegremente Mecaoud.

—¡Que Alá te guarde!

Salió precipitadamente, pero no bien lo vió fuera el pachá cuando dictó otra carta que salió en el acto llevada por un correo especial y perfectamente montado, al mismo agha a quien dirigiera la misiva anterior.

Los beni saker son montañeses, como lo son los kabylas de Argeliaña. Daban a Djezzar sus mejores y más fieles soldados, por lo cual llamaba el pachá a aquel territorio su granero de hombres, motivo por el cual le había exceptuado del pago de impuestos, concesión que le había hecho sumamente popular entre los aguerridos hijos de la montaña. El agha que los mandaba era hombre despierto, atento y complaciente, que gobernaba el distrito con mucha habilidad y dulzura, sin que se notara el peso de su mano enguantada, pero muy querido por los administrados, a los que no molestaba nunca.

Recibió a Mecaoud con demostraciones de la mayor deferencia y de la menor voluntad. Era para el agha un gran honor poder ser útil a un kalifa del mahadí, y se consideraba como muy feliz al recibir en su casa de tan santo personaje. Todo el distrito quedaba a disposición del viajero. Tendría los cuatrocientos jinetes. Doscientos meharistas y otros doscientos a caballo. Pero, ¿cuánto cobrarían? La gente de aquel distrito era libre, y sin dinero en mano no daban un sólo paso.

Disponía Mecaoud del oro de su cofradía,

y como había un vicario de su orden en las montañas de Hauran, no fué difícil proporcionarse la suma pedida.

El agha recibió el dinero y nombró cuatro jefes, uno por cada cien hombres, elegido entre los más experimentados, y les dió, además, un veterano guerrero como kalifa con orden de que todos le obedecerán. Pero tanto a este califa como a los cuatro jefes hizo muy prudentes recomendaciones, siempre en nombre del pachá Djezzar, y para explicarles estos asuntos mostró a los interesados la segunda carta de las escritas por el general.

Llenados todos estos requisitos, se puso en marcha la columna.

Tal era la situación cuando Bonaparte, antes de llegar a San Juan de Acre, dió la famosa batalla de Monte Tabor, donde luchó contra los turcos. El sultán había ordenado una reconcentración general de todo su ejército de Asia Menor y enviaba aquellas fuerzas para sostener a su pachá de Siria. El ejército turco, muy superior en número al francés, presentó batalla, y se vió derrotado de modo tal que los dispersos restos huyeron en todas direcciones.

Los beduinos experimentaron la mayor alegría al enterarse de que su agente en el Cairo había cobrado el rescate de las almeas, y celebraron las dos tribus una gran fiesta en honor de las jóvenes bailarinas, las que para festejar su libertad danzaron ante sus raptores, y al siguiente día salieron con buena escolta de veinticinco jinetes y de otros veinticinco meharistas, fuerzas que, dado el estado de las cosas, pareció muy suficiente para garantía del viaje.

Andaban sin la menor desconfianza, y pasaron ante Jaffa sin entrar en la ciudad, y era media noche de una tranquila velada en que dormían todos, cuando empezaron a ladrar los perros, negros, feroces y siempre vigilantes. Pusiéronse en pie algunos y dieron la voz de alarma, pero pudieron ver cómo su reducido campamento estaba rodeado por numerosa y callada, tropa, tan superior en número que no podía alimentarse la menor esperanza de victoria en caso de intentar la resistencia. Además, quedaron todos sorprendidos al escuchar una voz que gritaba:

—Somos mucho más fuertes que vosotros, pero no tratamos de haceros daño alguno. Permaneced tranquilos yesperemos a que aclare el día. Entonces hablaremos y nos hemos de poner de acuerdo. Si sabéis portaros bien yo, caid de la tribu de los beni sakers, os juro por el Coran que hemos de jaros marchar a vuestros aduares completamente libres.

No sabían qué hacer los beduinos, y en tanto que unos opinaban por batirse, contaban otros los enemigos y reconocían que eran demasiados. Avanzaron entonces dos de ellos en busca del jefe enemigo, y reconocieron a Mecaoud como uno de los parlamentarios.

—Podría, — dijo el músico ambulante, — dar orden de que os mataran, pero os perdono. El mahadí no se ha sublevado para matar musulmanes sino creyentes en Cristo.

Saludó uno de los beduinos según la moda oriental. Continuó Mecaoud:

—Entregadme las almeas y os doy recibo por medio de esta carta que tenéis obligación de obedecer.

Era inútil toda discusión. Volvió el beduino a su campamento y explicó a sus amigos cuáles eran las exigencias de los sitiadores, y fueron todos de acuerdo en la idea de someterse, aunque representara la pérdida del subido rescate, pero no había medio de luchar contra lo imposible.

Desarrolláronse todas estas escenas sin otros testigos que los perros. La almeas no se habían depertado, pero al escuchar ladridos y al oír murmullo de voces, abrieron los ojos y salieron de su tienda.

Vieron cómo estaba envuelto el lugar donde acamparon sus guardianes, y lo comprendieron todo. A pesar de hallarse a dos pasos de la libertad, volvían a caer en las garras de Mecaoud. Era cosa de desesperarse, y en tanto que las dos más jóvenes rompían en amargo llanto, se veía impasible a Meriem.

—Por lo visto tenéis idea de entregarnos, — dijo a los beduinos.

—¿Podemos hacer otra cosa? Pasan de cuatrocientos los que nos rodean, y no somos sino cincuenta. Antes de empuñar nuestros fusiles nos veríamos aseinados.

Cmprendió Meriem que era preciso resignarse y dió gracias a los beduinos por todas las atenciones que habían tenido con ellas durante el viaje, y tomando luego por la mano a sus hermanas, se encaminó en busca del caid de los beni-saker. Mecaoud las recibió con insultos y con gritos.

—¡Malditas hijas de perro! — gritaba. — ¡Ya las tenemos aquí! Pronto trabaréis conocimiento con mi garrote! Ha llegado la hora del castigo.

Disponíase Meriem a contestar airadamente cuando el viejo caid le hizo una seña con la mano, y notó la joven mucha benevolencia en la mirada del jefe.

Mecaoud continuaba con sus insultos.

—Mucho cuidado con lo que se dice, — observó el caid al músico; — las palabras pueden llevar muy lejos a un hombre como sucede con un caballo indómito, y tanto a uno como a otro conviene poner apretado freno.

Preguntábase Macauod qué podría significar aquello, no por no entender las palabras pronunciadas, sino por no darse cuenta de la razón en virtud de la cual intervenía el caid en sus asuntos.

Hizo subir el caid a las jóvenes a un palanquín llevado por un camello, y les aseguró muy sonriente que nada tenían que temer del palo de Mecaoud, quien se guardaría muy bien de molestarlas.

Ordenó luego a los beduinos que se fueran a sus aduares, y cuando vió que le obedecían, formó su columna con su correspondiente vanguardia, retaguardia y dos patrullas de flanqueadores y mandó seguidamente emprender la ruta, pero no bien rompió la marcha la carabana, cuando acercóse Mecaoud al caid para quitarse el peso que le oprimía el corazón.

—¿Por qué motivo, caid, — dijo, — me

impides tratar a estas desvergonzadas como merecen?

—Hijo mío, — respondió el anciano, — esas pobres niñas son maravillosas de belleza y gracia. Dice un poeta persa que sólo debe azotarse a las mujeres con suspiros y con flores.

—No soy persa...

—Tampoco lo soy yo, pero no negarás que da muy sanos consejos ese poeta.

—Quiero saber de una vez si esas mujeres me pertenecen o no. ¿No soy su amo? ¿No te pagué a tí ¡íy a tus hombres para que se las quitaran a esos beduinos? ¿No me pertenecen las almeas?

—Ignoro aún si ers tú u otro quien ha pagado.

—¿No te lo dijo tu agha?

—No.

Llamó el caid a uno de los jefes.

—Dime, Solimán, — preguntó. — ¿Sabes tú quién es el que paga esta expedición que hacemos? Si lo sabes, sácanos de dudas.

—Quien dió la orden de pago fué nuestro pacha, — respondió Soliman.

No sabía qué decir Mecaoud. Prosiguió el caid:

—Nos dijo nuestro agha: Hay unas muchachas que están en camino para entregarlas a los franceses, y es preciso quitárselas; Mecaoud debe serviros de guía, y cuando tengáis las jóvenes en vuestro poder, las traéis para que las vea e interrogue yo, y no necesito recomendaros que se las trate con toda deferencia. Os hago responsables de cualquier molestia que pudiera ocasionarlas alguien. Esto es lo que sabemos, — prosiguió el caid, — y ya comprendes que al hablar tú de palos y al escuchar tus insultos, debemos oponernos a uno y otro. Por esa razón, y no por otra, te recomendé antes que te mordieses la lengua.

—Está bien, — respondió rabioso el argelino, — sabré tomar mi revancha cuando nos veamos en presencia del pachá.

Sonrió burlonamente el caid en tanto que Solimán retorcía sus bigotes. Uno y otro sabían mucho más de lo acabado de decir.

No ofreció incidentes aquel viaje, y los beni saker se mostraron muy atentos y serviciales con las almeas, y éstas, al llegar a la primera etapa, y sólo para ver la rabia de Mecaoud, ofrecieron danzar para distraer a sus guardianes. Bailaron con su acostumbrada gracia, y lograron el éxito que siempre arrancaban del público, con lo cual hicieron sufrir al odiado primo.

En todo el resto del viaje se mantuvo a distancia de las bailarinas, temeroso de dejarse arrastrar por alguna explosión de su coraje, ya que le constaga que el viejo caid no hubiera tolerado la menor ofensa a las muchachas, pero llegaron por fin al campamento y se hallaron con que el agha estaba ausente. Había dejado orden de que sus mujeres se hicieran cargo de la custodia y agasajo de las almeas, lo que era sacarlas de nuevo del poder de Mecaoud.

Reclamó éste y exigió la entrega de sus primas, pero pasaron así dos días, al cabo de los cuales regresó el agha, y en el acto concedió al argelino la audiencia que éste solicitaba.

Quejábase amargamente Mecaoud del modo de proceder del caid.

—Cuidado, mucho cuidado, y trata de no extralimitarte, — decía el agha, — no olvides que con mucha frecuencia imagina uno obrar por cuenta propia y no hace sino trabajar en beneficio ajeno.

—¿Qué quieres decir con esas palabras?

—Tenemos todos nosotros un amo, lo mismo mi caid que tú y que yo, que debo obediencia a mi pachá, quien a su vez está sometido a la autoridad del sultán, y éste aún tiene que obedecer a Dios, amo supremo. Mi caid no ha hecho sino obedecer mis órdenes, como yo he obedecido las del pachá.

Comprendió Mecauod que se había burlado de él.

—El bajá me escribió una carta particular en la que me ordena conservar esas tres almeas hasta que termine el sitio y defensa de San Juan de Acre.

—De manera, — objetó Mecaoud sin poderse dominar, — de modo que después de prestar el mayor servicio a Djezzar, me ofende y perjudica miserablemente?

—Hijo mío, ya sabes que Djezzar es un tigre, como sabes que no pasas de ser tú un chacal, y no puedes ignorar que con mucha frecuencia sirve el cobarde chacal de guía al valeroso tigre para que el rey de los desiertos descubra la ambicionada presa, y tampoco debes olvidar que es siempre una imprudencia molestar al tigre con exigencias, ya que acostumbra a premiar a sus auxiliares con un fiero zarpazo. Djezzar, como tigre acostumbrado a tratar con chacales, repite ahora lo que ha hecho mil veces.

—¡Pues que Dios lo maldiga!

—No digas de él cosas demasiado desagradables. Mira que es mi bajá, y yo opino como él que el tigre no debe gratitud alguna al chacal pobre bicho que si sirve de guía es sólo con la esperanza de disfrutas de las somgras del festín del poderoso carnicero. Se da por satisfecho con las migajas de la mesa del felino cuando está ya éste harto.

—¿Y mi dinero? ¿Y el sueldo de tus cuatrocientos hombres? Ya que te quedas con las almeas, devuélveme lo que os pagué.

—Querido hijo mío, veo que alimentas ridículas pretensiones. ¿Imaginas que con su carta me remitió el bajá el oro necesario para el pago de mis soldados? No, y supongo que conoces bastante a Djezzar para estar bien enterado de que nunca se acuerda de tales detalles. ¿Y te atreverías a suponer que pueda ser yo bastante tonto para pagar de mi bolsillo los gasos de semejante expedición? Espero que no me ofendas hasta el extremo de hacerme tan poco favor como ese.

—Quiere decir todo lo dicho que te quedarás con las mujeres si los franceses triunfan o si matan al pachá.

—Ese es otro gran error tuyo. Si algo de eso sucediese, trataría con los príncipes del mar y lograría atesorar una bonita suma.

Estalló la indignación de Mecaoud.

—Debo advertirte, — continuó el agha, — que Djezzar termina con estas palabras su carta. Como se permita Mecaoud la menor insolencia, lo agarrotas sin pérdida de momento...Y ahora, enterado de todo esto, querido amigo e hijo mío, puedes retirarte en paz... no te desesperes... y muérdete la lengua. Te lo aconseja tu mejor amigo...!

Salió Mecaoud con la muerte anidando dentro de su negra alma, mientras el complaciente agha daba sus órdenes para que se dispusiera un diffa, o velada musical y bailable. Las almeas se prestaron de muy buena voluntal y tanto el jefe supremo de la tribu como todos los notables se vieron obsequiados por un espectáculo coreográfico muy poco frecuente en el desierto, y durante el rato en que eran las jóvenes la admiración y el encanto de los árabes, se mordía los puños de rabia Mecaoud en el rincón donde debía pasar la noche, ya que ni se le invitó a participar del festín ni de la fiesta.

El sitio de San Juan de Acre era una empresa temeraria. Sabía Bonaparte que eran los ingleses, por orden del comodoro Sidney Smith, quienes dirigían la defensa de la plaza, como le constaba que la solidez de las murallas nunca podría vercerse con la artillería de campaña. Sabía que la guarnición era numerosa y no ignoraba que Djezzar era el más rudo adversario, pero el futuro emperador había tentado a la fortuna varias veces y no vacilaba en ponerla a prueba un vez más.

La peste continuaba asolando los campamentos, y la provisión de víveres era más difícil a cada momento. La batalla de Monte Tabor consumió muchas miniciones que no había sido posible reponer, pero a pesar de todas estas circunstancias tan desfavorables, puso sitio a la ciudad el ejército francés .

Los sitiados se mostraron extraordinariamente audaces y resueltos al principio. Fuera del recinto amurallado había una casa de recreo, que los turcos aspilleraron y fortificaron como punto extremo de la defensa, y Bonaparte quiso empezar por apoderarse de aquel fortín avanzado. Lanzó dos compañías a las que se recibió con tan sostenido fuego que se vieron obligadas a retroceder.

No había sino cincuenta turcos en aquella casa, pero estaban perfectamente cubiertos y abrigados contra las balas enemigas, y al otro día se vió dos cañones apuntando al fortín con la intención de demolerlo, pero en el acto rompieron fuego las culebrinas de largo alcance de la plaza, y era tal la precisión y rapidez del tiro que los cañones franceses se vieron acallados en pocos minutos y fué preciso abandonar la partida entablada.

¿Qué motivo podía hager para que aquellos dos fracasos hubieran trastornado a Mario hasta el punto en que se le veía? Cosas son estas que sólo conociendo las características del genio provenzal podría llegar a explicarse.

Mario, acompañado de su inseparable Sapajou, fueron a ver cómo demolían el fortín turco los cañones de la república, y no dudaban que sería lo mismo apuntar las piezas que ver convertido en polvo impalpable el minúsculo castillejo. Pero hétenos con que en lugar de destruir son los franceses los destruídos, y que en lugar de convertir en montón de escombros la casa fortificada, hay que buscar cómo esconder la artillería de los europeos, mientras los que concurrieron a ver la demolición del fortín huyen velozmente perseguidos por el plomo turco.

Produjo esto el más terrible golpe para el amor propio de Mario, quien contó su chasco, su vergüenza, al haber ido a gozar en la pulverización del castillejo y verse obligado a huir, para que no le pulverizasen a él.

—Querido, — decía Brinville burlonamente. — Es indispensagle lavar con sangre de turco esa afrenta a dos espectadores marselleses. Te sobra razón para sentirte indignado. Si solo son cincuenta los defensores de esa caseta de mala muerte debió haberse tomado tan mezquina fortificación. Como nos lo permita Surcouf lo tomamos nosotros solos, con nuestros negros.

—Eso es hablar, — murmuraba Mario, — Mira Brinville, desde que dimos la batalla de Monte Tabor no hemos hecho nada. Esto es desesperador... Se enmohece uno...Y hay que hacer algo, aunque sólo sea para no acordarse de la maldita peste.

Consultaron el caso con Surcouf, quien se detuvo a reflexionar antes de dar su parecer. No era el capitán corsario ninguno de esos falsos héroes que se tiran de cabeza sin reflexionar ni ver el peligro muy fríamente.

—Se trata de aventura muy expuesta pero en la que hay algunos factores favorables para el éxito. Empecemos por que será necesario dar vuelta a la fortaleza y tendremos que deslizarnos en la oscuridad para poder atacarla por detrás, o sea por el frente que mira a la ciudad, donde ni habrá obras de defensa ni siquiera centinelas fijos. Atacando por allí, puede salir bien el asunto, como podemos fracasar. Es cuestión de suerte y de ánimos. Además, será necesario llevar una bandera para que desde este campamento vean que los corsarios se han apoderado del fortín. Espero que podemos sostenernos hasta que Bonaparte envíe refuerzos. Ahora queda sólo ejecutar lo pensado.

Decidido por unanimidad el asalto al castillejo, empezaron los corsarios a prepararse para la expedición.

Pusiéronse en marcha a las dos de la madrugada y empezaron por dar un gran rodeo de modo que sin acercarse a más de seiscientos pasos lograron colocarse entre la casa aspillerada y la ciudad, y una vez en el suelo, empezaron a deslizarse penosamente sobre las arenas, sin producir el menor

ruido y sin movimientos que pudieran advertir a los adversarios. Serían las cuatro de la madrugada cuando penetraban por una brecha que la guarnición había dejado abierta para poderse comunicar con la plaza, tal como había previsto el capitán. En aquella abertura vieron un centinela medio dormido al que estranguló uno de los negros antes de que lograra despertarse.

Entraron los atacantes en silencio tal que nadie se dió cuenta de su invasión, y como hallaron dormidos a todos los turcos no les costó trabajo alguno no despacharlos para la otra vida en un instante, y el centinela que velaba en lo alto de la azotea murió de un tiro, disparo único en toda aquella importante y arriesgada operación.

Ni en la ciudad ni menos en el campamento francés se podía sospechar nada del drama que estaba desarrollándose, pero al amanecer vieron todos con la mayor sorpresa, que el pabellón tricolor flotaba sobre el fortín.

Previnose en el acto a Napoleón, quien dijo:

—Pero es el pabellón de la marina.

Apuntó su anteojo a la azotea de la casa y distinguió a uno de los marineros de Surcouf de centinela.

—Han tomado el fortín, — dijo a sus ayudantes.

Ordenó en el acto que una compañía saliera para defender la nueva adquisición, y como se había establecido la bandera contra el muro que miraba al campamento, ni podían ver nada desde la ciudad ni abrigaban la menor sospecha.

La compañía de ingenieros lanzada a la carrera llegó a la casa fortificada y se albergó en ella, donde en el acto empezó sus tareas para poner en mejor estado de defensa aquellas paredes, mientras regresaban a su campo Surcouf y sus amigos a los que se aclamaba por todas partes. El general en jefe les llamó a su presencia y les felicitó por tan heróica hazaña.

Al mismo tiempo salía de la ciudad un convoy de víveres para la guarnición del fortín, donde se la dejó entrar para matar a todos los que no se rindieron, ya que no se quería embarazarse con prisioneros, y como dos horas más tarde, al ver que nadie salía de la casa, empezaron en la ciudad a tener alguna sospecha y enviaron un fuerte destacamento para que reconociera el punto y se pusiera en contacto con los defensores. Como se recibió a tiros a estos soldados del bajá, rompió la plaza el fuego de cañón contra el fortín, pero se había trabajado con destreza y habilidad y estaba ya a cubierto de las agresiones enemigas, y todo el furor de los turcos no logró rendir ni desmantelar la casa aspillerada en todo el día.

Cerró la noche, y dió Bonaparte orden de volar aquel punto que tanta sangre había costado, y cuando se oyó el estampido de la formidable explosión que pulverizaba la casa fuerte, se oyó la ronca voz de Mario, que decía muy satisfecho:

—¿Está demostrado ahora si valía o no la pena tomar esa fortaleza?

Pero no dejaba de notarse cierta amargura en el tono del tambor mayor. La desaparición del fortín era para él como quitarle uno de los testigos de su gloria.

CAPITULO XV

La fuga de Meriem y sus hermanas

COMO hace todo musulmán rico y que se respeta un poco, tenía el agha un harem muy bien organizado. Contaba con las cuatro esposas legítimas permitidas por la ley, pero tenía además muchas esclavas. La primera esposa del jefe era una georgina altiva y dominadora. Llamábase Jamina y tenía por amante al kodja o secretario del amo, joven taleb, o sea sabio, de sólo dieciocho años, mozo dulce y cariñoso con mucho de la zalamería del gato y de la astucia del chacal, pero era audaz y capaz de tomar resoluciones atrevidas.

La segunda mujer del agha era una kurda, ruda y salvaje hembra, brutal, feroz e inteligente al mismo tiempo, con mucho arrojo personal y pronta a toda clase de osadías. Estaba enamorado del palafrenero de su esposo, kurdo como ella y su primo además, valiente guerrero que la acompañó durante el viaje hasta llegar al aduar del marido y jinete de los mejores de la tribu. Era tan bravo y diestro que el agha le rogó quedarse a su servicio.

La tercera consorte del jefe era una drusa llamada Kora. Era gentil, coqueta, muy ladina, muy alegre y demasiado amiga de lucir buenos trapos para ser buena mahometana. Era hija de un jefe importante, quien la entregó, para que la educase, a una familia cristiana de Damasco, donde trató señoras europeas a las que debía un barniz de civilización. Por todo ello se aburría de modo terrible en la montaña y trataba de divertirse con el segundo escudero del agha, un aventurero árabe llamado Latidji, famoso y bellísimo tipo, que casi cansado de correr por el mundo se refugió en aquel lugar.

SURCOUF

Continuará en el próximo número de "Pucky". Es una novela extensa y vibrante que ha servido para el argumento de la notable película cinematográfica que la casa francesa León Gaumont exhibe actualmente en Buenos Aires y Montevideo.

EL DESENGAÑO DE LA PREMIADA

—¡Juanita! ¿Otra vez de camarera? Yo creí que después de ganar el premio de belleza, la había contratado una empresa cinematográfica.

—Así fué, pero la única vez que trabajé, lo que hicieron fué fotografiarme una mano con la que sostenía un frasco de veneno en una escena de uno que sufre una pesadilla.

Para que su niño pase un momento de alegría, léale la graciosa historieta Barnigugli y su pingo Tragavientos

CORTE y REMITA el cupón que va al pie y recibirá por correo un ejemplar de EL DIARIO en que aparece LA HISTORIETA ya completa.

SEÑORA: Cada jueves encontrará en EL DIARIO figurines de las útimas modas iluminados a cuatro colores.

COMPRE

todos los días

EL DIARIO

a su vendedor de la tarde y si lo hubiera agotado pídale que le reserve diariamente un ejemplar para Vd.

Señor Administrador de EL DIARIO

Av. DE MAYO 662 - Buenos Aires.

Adjunto 0.10 centavos en estampillas para que me remita un ejemplar del próximo jueves en que aparecerá la página de modas en colores y una página con la graciosa historieta de Barnigugli y su pingo Tragavientos.

Nombre y apellido.....

Localidad.....

F. C.....

Se reciben suscripciones para los números de los jueves a razón de 0.10 ctvs., cada ejemplar.

Lea: "LOS VERDES OJOS DE BAST"

BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

Viernes
Mayo 14
de 1926

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO IV. PUBLICACION SEMANAL No. 137

EN ESTE NÚMERO:

¡JUSTICIA!

Una interesante narración policial.

El policeman dirigió la luz de su linterna a la puerta del número 10.

UNA DUDA REALMENTE ANGUSTIOSA

La cliente: — No me deje más tiempo en esta angustiosa ansiedad, doctor. ¿Estoy realmente muy enferma? ¿Debo ir a Mar del Plata, a Montevideo, a Cachenta o a Rosario de la Frontera?

¡Justicia!

Interesantísimo relato policial traducido especialmente para "Pucky".

Los verdes ojos de Bast

Nuevos capítulos de la novela mas sensacional de nuestra época

Recuerdos de la juventud

Nota cómica en color

El gato negro

El cuento más famoso del famoso cuentista Edgar Poe.

Demasiado rápido

Comentario humorístico en color

Como mamá le había enseñado

Nota cómica en color.

La caja de cartón

Una nueva aventura de la modista Angélica, traducida del inglés para "Pucky".

Muy nervioso

Lámina humorística en color.

Nuestro clima variable

Graciosa historieta en color.

Surcouf

Continuación de la gran novela de piraterías y batallas en la época napoleónica.

Guillermo Tell

Divertidísimo artículo humorístico de Cami, el famoso autor francés.

La moda según la fotografía

Dibujos cómicos en color.

Un muchacho de mala suerte

Historieta para niños, en color.

La casa de Pedro López

Agradabilísima novela que describe una interesante época de la vida española

Prescripción médica

Nota humorística en color.

Rafael Sabatini

el gran autor inglés que escribió "El Halcon de los Mares" y tantas otras novelas sensacionales, ha escrito tambien

HERMANOS DEL MAR

Una gran novela de aventuras entre piratas en el mar de las Antillas. Esa novela, dividida en episodios por su autor comenzará a publicarse en el número 139 de "Pucky" que se pondrá en venta el

EL VIERNES 28 DE MAYO DE 1926

HERMANOS DEL MAR

se presentará profusa y artisticamente ilustrado.

No deje de leer esa obra sensacional del famosisimo autor de "Las mil y una noches de la Historia" que tanto han gustado a los lectores de "Pucky."

UN INTERESANTE RELATO POLICIAL

¡Justicia!

Por A. SADLER

(Traducción del inglés para "Pucky")

FUE en el sagrado salón interior de "The Fleece", que Slim Bradley mencionó, casualmente, como uno lo hace hablar del "trabajo" con los amigos, que los negocios lo habían de llevar, la noche siguiente, a una bien reputada mansión en el West End.

—¿A qué horas vas, Slim?

La pregunta fué hecha por Nosey Jervis, tipo de no muy bien definida posición, poco comunicativo en sus asuntos y demasiado preguntón en lo que se refería á los demás. Los ojos de Slim, casi invisibles detrás de las pestañas, se clavaron un momento en el lívido rostró del preguntón.

—Llamaré a la puerta y entregaré mi tarjeta de visita a las tres en punto de la mañana. ¿Qué vas a hacer tú?

—Nada que valga la pena. Puede ser que vaya por un trabajo hasta Richmon, pero no estoy seguro.

—El no estar seguro es lo que te pone tan a menudo a la sombra, hijo. Buenas noches a todos.

Bebió Slim de un trago el resto de su copa de licor, y desapareció hacia la calle con aquella calma y rapidez de paso que tan famoso le habían hecho entre sus iguales.

Sabemos, ya, que Slim Bradley era una persona en extremo puntual, que planea con gran cuidado y a quien disgusta que se le alteren sus planes. Pero su dependencia del bello sexo era bien conocida, lo que nos demuestra que, de vez en cuando, bien podía esperarse un no estricto cumplimiento de los itinerarios.

Dos ojos de forma de almendra y un delicado rostro de color aceituna tuvieron la culpa de que, a la noche siguiente, Slim aprovechase, a las dos de la mañana en lugar de las tres, de todas las sombras que lanzaba á su paso un voluminoso polizonte, para marchar detrás de él, silenciosamente, sin ser visto. El policeman iluminó con su linterna la poco pretenciosa y sólida puerta del número diez, y siguió su camino, tarareando aburridamente una canción. El señor Bradley se metió en el resquicio de la puerta. Manipuló la cerradura de triple resorte contra los ladrones, con mucha mayor facilidad de lo que lo hubiera hecho la mayoría de los hombres al regresar a casa a esas horas, con la llave, y desapareció dentro del hall, donde se detuvo un momento, escrutando.

Satisfecho, subió por la ancha y alfombrada escalera hasta la habitación que milord usaba como salón de fumar. Evidentemente su señoría, aristocrático y reaccionario en su vida pública, compartía, sin embargo, el muy democrático y común defecto de roncar. Slim abrió la puerta del saloncillo de fumar, quedando, instantáneamente, con todos sus músculos en tensión como un arco pronto á disparar la flecha. Muy cerca suyo había oído el débil rumor de un suspiro contenido tal como el que lanza una persona que está a punto de moverse. Cerró la puerta con llave en el más completo silencio, y se agachó apoyando rodillas y manos en el suelo.

Durante cinco minutos quedó allí, tan silencioso e inmóvil como una piedra, y de nuevo oyó la respiración, desde el centro del saloncillo. Slim avanzó un par de metros, y rasció con sus largas uñas la alfombra. Tuvo su recompensa de inmediato. Un algo muy parecido a un grito de alarma contenido se dejó oir, seguido del rumor de cauteloso movimiento en dirección a la puerta. Tan rápida y silenciosamente como una pantera, retrocedió Slim hasta la puerta, mirando, en la oscuridad, en dirección de su invisible compañero.

SURCOUF Lea la continuación de esta novela sensacional en la página 38 de este número.

Slim se sentía preocupado. Su señoría se hallaba perfectamente dormido. Los sirvientes, a menos que se hubiera efectuado un brusco cambio, vivían en el ala lejana de la gran residencia. ¿Quién demonios podía ser? Con toda seguridad, alguien que no tenía muchos deseos de publicidad, pensó Slim y este pensamiento lo decidió. Juzgando con exactitud la posición, encendió su linterna lanzando un rayo de luz amarilla al rostro alarmado y sudoroso de... Nosey Jervis.

Nosey se acurrucó como un escuerzo asustado, entre las cuatro patas talladas de una biblioteca. El rostro de Slim, invisible en la oscuridad, detrás de la linterna, expresó, por un momento, diabólica travesura; que, al fin, primó en su naturaleza sogre el vehemente deseo de cobrarse la vida del sudoroso señor Jervis.

—Curioso encontrarse así, Nosey, — murmuró. — Estás bastante lejos de Richmond; pero, ya que estás aquí, vamos a ver qué es lo que tienes.

—No sé, en verdad, cómo es que he venido a dar aquí, Slim; te lo aseguro. Se me olvidó por completo que había dicho...

—Sí... ya sé. Esa es la clase de medicina que suelen administrar los jueves. Vas a tener que tomar otro trago la próxima vez que dejes ver las narices por "The Fleece". ¡Vamos trae!

De muy pocas ganas el señor Jervis se adelantó y abrió una pequeña valija de mano que parecía, y debió pertenecer alguna vez a un médico rural, y comenzó a colocar en el suelo pequeños idolillos de metal, con la renta de un año en cada ojo, delicados perfumeros cuajados de piedras, pequeños trozos de jade, de marfil, de ébano, delicadamente labrados, de todos los cuales muy pocos eran los que no se hallaban adornados con piedras preciosas.

Slim colocó todo de nueva en la pequeña valija de mano, la que cerró de nuevo.

—Me llevo esto, — anunció con toda calma. — Es mejor que comiences de nuevo... Debe haber aún algo que valga la pena.

—Vamos a medias, — replicó el otro, sobreponiéndose en él la codicia al respeto que siempre le había inspirado, a despecho propio, la reputación de Slim. — Eso es lo mejor que había.

—Justamente lo que yo habría elegido, de no haber metido la pata donde nadie te llamaba, — replicó Slim Bradley.

Ahora bien; un hombre que no sabe contener su genio, debe evitar el trabajo nocturno; pero Nosey Jervis era famoso. Cuando Slim se puso en pie para partir, Nosey se apoderó de la manija de la valija. Esto, de por sí, era molesto; pero, en adición, el lenguaje que empleaba Nosey era insoportable. Durante algunos minutos una lucha feroz, de parte de Nosey, aburridora y estúpida por Slim, tuvo lugar en la oscuridad. Slim torcía y retorcía, usaba puntas de pies, talones, codos, pero Nosey no soltaba. No había más remedio. Levantó la rodilla y con ella dió un golpe feroz en la boca del estómago a Nosey Jervis. Nosey lanzó un agudo grito de dolor, pero aun así, con toda la obstinación de una naturaleza débil, no soltó.

En el corredor, afuera, se dejó oir el rumor de pasos apresurados. Era precisamente en esos momentos apresurados en que el señor Bradley se hallaba a la altura de sus antecedentes. Soltó la valija, descorrió la llave de la puerta y retrocedió, en el mismo momento en que su señoría dejaba ver su rostro hueso, adornado de blancos y largos bigotes, sombreado por la luz de la vela que llevaba en sus manos.

Nosey Jervis, todavía suspirando de dolor por el golpe recibido no sin soltar el bastón, se precipitó contra su señoría; pero el pie de Slim se encontró con su tobillo cuando avanzaba y cayó redondo al suelo.

—Puede ser que yo no sea capaz de evitar un robo, su señoría, — observó el señor Bradley con calma, — pero puedo evitar un asesinato. ¿Quiere usted llamar la policía, milord?

Su señoría sostenía un revólver de regulares dimensiones en una mano delgada pero segura. Tenía la fría calma que es la prerrogativa del aristócrata britanico o del ladrón de reputación internacional.

—Levántese usted, — dijo su señoría, dirigiéndose a Jervis. — Y ahora, los dos, abajo, a la puerta principal. Les recomiendo que no hagan tonterías porque tengo una puntería que no falla nunca y no me importa un poco de sangre.

Slim y su compañero miran a los policemen con el mismo cariño con que un gato, según las apariencias, mira a un perro. Tuvo Slim un momento de indecisión. ¡Sería cosa tan fácil quitarle al lord el revólver de las manos...! Un pequeño golpecito seco en el centro de su brillante pelada, bastaría para hacerle guardar silencio durante un cuarto de hora, por lo menos; y de Nosey Jervis se podía ocupar después. Pero Slim tenía una imaginación realmente privilegiada. Haciendo un movimiento de hombros, avanzó el primero en dirección al piso bajo y esperó allí tranquilamente hasta que el agente de la parada hubo llamado a dos compañeros.

Su protesta contra el arresto fué débil y poco entusiasta, y las cáusticas y socarronas observaciones de los de uniforme azul no pudieron sacarlo de su calma de mártir.

Las noticias corren por el bajofondo londinenese con la velocidad del pensamiento. Los parroquianos de "The Fleece" conferenciaron y reunieron dinero, de manera que Slim se halló un buen día representado por el más inteligente y brillante de los abogados jóvenes de Londres. Nosey, cuyo rostro valía una condena de cadena perpetua aun antes de que se hubieran examinado pruebas, fué abandonado a su propia suerte.

El magistrado que debía entender en el asunto era un hombre apocado, de cabello blanco, que tenía ciertas veleidades en sentido de reformar criminales. La policía decía, sin miramientos de ninguna especie, que era demasiado viejo y blando para tal trabajo. Escuchó el juez las declaraciones del aristócrata, que dejó expresa canstancia de la

actitud asumida por Slim cuando Nosey Jervis intentó asaltarlo. Escuchó con frialdad la narración de los más notables hechos de "armas" de Slim, que recitó el representante de la policía; y luego escuchó, casi con lágrimas en los ojos, el apasionado alegato de la defensa, que citó la Biblia y Shakespeare, pidiendo para su defendido el beneficio de la duda.

—Su pasado ha recibido el castigo que merecía. Ahora viene honestamente tratando de salvar a otros, — concluyó el joven y brillante abogado.

El magistrado se limpió los cristales de sus lentes y el representante de la policía juró y maldijo por lo bajo. Slim estornudó y tragó saliva al escuchar el sermón que le endilgó el juez, como medida preliminar a su asolución. Nosey Jervis fué puesto a la sombra por seis meses.

AQUELLA noche el salón interior de "The Fleece" se hallaba repleto. La victoria de los miembros de aquella distinguida cofradía, era una victoria colectiva, y los bocks sustituíanse velozmente mientras los cantos y las narraciones de aventuras en las calles oscuras de la metrópoli, sucedíanse sin interrupción. La diversión hizo época. Pero el colmo fué cuando Slim, sentado detrás del mostrador, colocando a caballo de su nariz un par de lentes apretados, repitió, con la misma voz, palabra por palabra, pausa por pausa, suspiro por suspiro, el sermón que aquella mañana había marcado el momento de su libertad.

Y cuando la compañía aún se retorcía en sillas y bancos de pura risa, el huésped de honor desapareció, a fin de llevar a cabo, con todo el estilo acostumbrado, el punto culminante de la aventura.

LA mañana siguiente, a mediodía, el magistrado y el joven abogado abandonaban el edificio del tribunal juntos. Mientras avanzaban por una de las callejuelas en aquel punto donde los dos grandes barrios de Londres, Este y Oeste, se unen, el abogado sacó de su bolsillo una pesada caja de plata para cigarros, y ofreció uno a su amigo.

—Son buenos, señor. Se lo garantizo, porque no los he comprado yo.

El magistrado eligió un puro, pero se detuvo asombrado, con la mirada fija en la cigarrera.

—Mi estimado amigo... permítame... Pero debo estar equivocado.

Extendió una mano temblorosa, con la cual tomó una caja de cigarros, acercándosela a sus ojos miopes.

—¡Mía! — gritó al fin. — ¡Y mis cigarros, también! ¡Mi estimado amigo! Recuerdo que la dejé en mi estudio anoche, y que esta mañana no fué posible hallarla por ninguna parte. Sin embargo...

El abogado se sonrió.

—La hallé esta mañana con la correspondencia, en casa, enviada por un hombre que "tiene los mejores deseos", — rió. — No puedo decir con certeza quién es, pero me parece que lo sé.

Durante un minuto, ambos se miraron en silencio. Dos veces el magistrado pareció que iba a hablar, pero las dos veces se contuvo. Al cabo, se guardó su preciosa cigarrera y continuó su camino, en silencio.

A. SADLER.

EL HOMBRE ERA BASTANTE RESERVADO

—¡Lindo cerdo! ¿Cuánto pagaste por él?

—Bueno... Lo cierto es que no pagué ni un céntimo más de lo que me pidieron por él.

—¿Cuánto fué lo que te pidieron por el cerdo?

—Verás... ¡Ni un céntimo más de lo que pagué por él! ¡Qué diablo!

¿Es Vd. cultor del football?

Compre

EL DIARIO

(Edición de los Jueves)

y tendrá una colección de fotografías en colores de todos los teams que tomarán parte en el campeonato de 1926.

Si quiere recibir un ejemplar de EL DIARIO a domicilio, remita el cupón que aparece en la página 36 de este ejemplar.

UNA PRIMICIA DE "PUCKY"

LOS VERDES OJOS DE BAST

Novela inédita en nuestro idioma, escrita en inglés por el famoso autor

SAX ROHMER

Traducida especialmente para "Pucky" del original adquirido en Londres

LAS PERSONAS DE TEMPERAMENTO NERVIOSO Y FACILES DE EMOCIONAR NO DEBEN LEER ESTA NOVELA DE NOCHE.

RESUMEN

de los capítulos de esta interesante novela publicados en números anteriores de "Pucky", para los nuevos lectores.

El cuerpo de sir Marcus Coverly ha sido hallado en un cajón que estaba a punto de ser cargado en el vapor "Oritoga", amarrado en los muelles de las Indias Occidentales en Londres. Esta fué la noticia que conmovió a toda la capital, un día de verano, hace algunos años.

JACK ADDISON, joven periodista, colaborador del diario "The Planet", se ocupa del asunto por encargo de la dirección de ese diario. A su amigo el

DETECTIVE INSPECTOR GATTON, del D. I. C. (Departamento de Investigación en lo Criminal) de Scotland Yard, que se hace cargo de la investigación del misterio de la muerte de Coverly, Addison tiene algo interesante que contarle. La noche anterior el policeman de guardia en la esquina de su casa, situada en los suburbios ha recibido un misterioso mensaje ordenándole que vaya a un garage situado junto a la llamada Casa Roja, espaciosa mansión situada muy cerca, y vea si no sucede nada. Addison ha acompañado al policeman al garage y allí ha visto un cajón grande con un gato de forma extraña pintado en uno de sus costados. Como estudia cosas de egiptología reconoce en seguida que aquel gato es una representación de Bast, la diosa gata. En los diques reconoce el mismo cajón que ha sido utilizado para meter en él al muerto. Un extraño suceso de que se da cuenta más tarde aquella misma noche, presta curioso significado al gato dibujado en el cajón. Mirándole desde un cerco de arbustos del fondo del jardín de su casa, Addison ve un par de ojos grandes, luminosos y verdes. A la mañana siguiente

COATES, el ayuda de cámara, chauffeur y jardinero de Addison encuentra en el jardín de la casa huellas de las pisadas de unos zapatitos con taco alto.

A consecuencia de la muerte de sir Marcus Coverly el título hereditario de "baronet" que poseía debe pasar a su sobrino

ERIC COVERLY, que está comprometido y próximo a casarse con una joven actriz de comedia que actúa en el New Avenue Theatre y se llama

ISOBEL MERLIN; a esta actriz profesa Addison un secreto amor. Ha estado a punto de solicitar su mano, pero mientras vacilaba indeciso, Eric Coverly se le adelantó.

En el cajón se encuentra una estatuita de la diosa gata. La figura es robada después por una mujer que mediante una argucia se mete en casa de Addison y al parecer escapa saltando por encima del cerco del jardín.

Los ojos de aquella mujer brillan en la oscuridad como los de un gato.

MARIE, la mucama de la señorita Isobel Merlin aclara algo el misterio confesando que ha sido sobornada y que cuando sir Marcus se presentó en la puerta del escenario del teatro le dió un falso mensaje según el cual debía ir a la Casa Roja donde esperaría la llegada de la señorita Merlin, — a la que había perseguido con sus atenciones. — que iría a cenar con él.

La Casa Roja, según lo prueban las investigaciones que se hacen, está desocupada, pero el hall y la habitación donde se halla servida una cena para dos han sido lujosamente amueblados. En la repisa de la chimenea se ve un retrato grande de la señorita Merlin.

Se comprende que esa casa, elegida por su aislada situación ha sido alquilada por el asesino con el único propósito de hacer ir a sir Marcus al cuarto donde está servida la cena. La identidad del inquilino es un misterio. Ha tomado la casa tratando por teléfono; no ha dado referencias y no se las han exigido porque ha enviado un año de alquiler adelantado al pedir las llaves.

Todos los datos que se conocen indican que una mujer está complicada en el caso. El coche que llevó a sir Marcus a la Casa Roja fué encargado por teléfono y tanto en el caso de Marie la mucama como en el del coche ha sido una mujer la que ha hablado por teléfono.

Eric Coverly, que estaba en malas relaciones con el difunto baronet se muestra silencioso respecto a lo que ha hecho durante la noche del crimen y por esta razón es vigilado por la policía. Una noche le ven arrojar furtivamente una valija en el estanque del parque Saint James. Esa valija que la policía recoge, contiene las ropas harapientas de un vagabundo.

A pedido de Gátton, Addison va al parque de Friar a visitar a

LADY BURNHAM COVERLY con el propósito de averiguar en qué circunstancias su hijo

ROGER, halló la muerte, a consecuencia de la cual sir Marcus ha heredado el título de baronet. Se sabe que existía mala voluntad entre lady Burnham Coverly y sir Marcus a consecuencia de la prematura muerte del hijo de la señora.

En la Hostería de la Abadía situada en la antigua aldea de Upper Crossleys, Addison se entera de lo que le ha pasado a

EDWARD HINES un joven tenorio campesino, el cual ha tenido varias entrevistas con cierta "dama de Londres". Cuenta lo pasado el guardabosque del parque de Friar, quien cuenta que una noche, después de su tercera entrevista con la misteriosa "dama de Londres" Hines volvió con el rostro y el cuello lacerados por terribles y profundos arañazos. Parecida aventura ha tenido otro conquistador campesino, pero tanto el uno como el otro han callado la condición de su asaltante. Un detalle curioso es que la "dama de Londres" ha obsequiado a Hines con una estatuita de oro que representa "un gato raro".

(Lea usted ahora los interesantísimos capítulos de esta obra singular que se publican a continuación.)

CAPITULO XII

Sueño con los ojos verdes

TARDÉ bastante en dormirme aquella noche. Durante cerca de media hora estuve de pie, frente a la ventana abierta contemplando la ladera, bañada por la clara luz de la luna, en cuya altura se destacaba la punta de una torre sobre las copas de los árboles. El hostelero me había dicho que eran los edificios del parque de Friar, los que se podían distinguir mirando por entre los árboles. Mientras me hallaba allí, de pie, contemplando la torre que sobresalía como un vigilante centinela, acudieron a mi imaginación miles de encontradas ideas.

El curioso ambiente de soledad de que me había dado cuenta en el momento de mi llegada me pareció más intenso aún después de haberse retirado a sus esparcidas casas los habitantes del distrito. Nada turbaba el silencio, ni aún el ruido de un pájaro o de otro ánimal cualquiera. Desde el momento en que las pisadas de Mártin el hostelero pasaron por delante de mi puerta cuando el hombre subió pesadamente a su dormitorio, no había oído absolutamente nada más que el ahogado tic-tac del viejo reloj de pesas y alta caja, situado en el rellano, frente a la puerta de mi cuarto. Y ese ruido, el único que turbaba la completa tranquilidad, se enredaba de modo extraño con mis pensamientos, a tal punto que llegó a parecerme igual al tic-tac del reloj que estaba en la repisa de la chimenea de la trágica habitación de la Casa Roja.

El espacio que yo alcanzaba a ver era muy extenso y aun cuando distinguía una de las alas del castillo de Friar, la casa y el parque estaban a más de dos millas de distancia. No era posible discernir dónde terminaba el parque y comenzaba el bosque. Sin embargo era tal el extraño estado de mi mente que traté de trazarme los detalles que debido a la distancia no alcanzaba a ver.

Mañana, pensé, buscaré el modo de entrar en esa casa que se vislumbra entre los árboles. En realidad era tan grande mi deseo de penetrar las profundidades de aquel misterio porque tenía esperanzas de dar con algún hecho nuevo que probara la inocencia de Coverly, que de no haber sido ya tan tarde, hubiera ido aquella misma noche al castillo de Friar.

Sin embargo mi tarde de inacción no había sido enteramente estéril. Había conocido al hombre de la cara arañada y Hawkins me había contado la singular historia del mismo. Y entonces, mientras me hallaba

Pero lo más horrendo de todo y lo que, por último, hizo que me despertara cubierto de sudor frío, fué la visión de dos grandes ojos verdes que me miraban como estrellas fijas, fascinadores e hipnóticos, y contra cuyo maléfico poder luché, en mi ensueño, con todas las fuerzas de mi voluntad. ("Los verdes ojos de Bast", capítulo XII.)

allí, de pie, bebiendo, por decirlo así, la soledad que me rodeaba, mi mente volvió a pensar por centésima vez en el relato del guardabosque respecto a lo que les había pasado a los dos campesinos conquistadores. Confieso que la parte final del relato de Hawkins y que a él le parecía un detalle sin importancia, había hecho renacer en mi las esperanzas que, a mi llegada, se hallaban a punto de morir.

Aun cuando era posible que el regalo de "algo que parecía un gato" al joven Edward Hines podía resultar, una vez hechas las averiguaciones del caso, despojado de toda importancia y significación, prefería pensar que el destino o la perspicacia de los razonamientos del inspector Gátton me habían llevado a aquel tranquilo lugar campesino con un propósito determinado. Concebí grandes esperanzas basadas en la figura de "la señora de Londres". En realidad me parecía que había más líneas de investigación que exigían inmediata atención, que las que yo podía investigar solo en el tiempo de que disponía. Estaba decidido a visitar el parque de Friar la mañana siguiente a primera hora, pero no sabía, después de esa visita, qué era lo que me convenía hacer.

Resolví que haría bien en dormir pensando en el asunto, y me metí en la cama. Cuando soplé la llama de la bujía de que me había provisto la mucama, recuerdo que pensé que la luz de la luna era tan brillante que me hubiera sido posible leer sin dificultad, un diario cualquiera.

Dormí durante dos horas o algo más, pero mi sueño, interrumpido por ensueños grotescos y disparatados, no me proporcionó el deseado descanso. Figuras cada vez más horribles y amenazantes se amontonaban sobre mí, pero la que resultó la más horrenda de todas y la que terminó por despertarme cubierto el cuerpo de sudor frío, fué la de los enormes ojos verdes que me miraban como estrellas fijas, fascinadoras e hipnóticos, contra cuyo maléfico poder luché en mi ensueño con todas las fuerzas de mi voluntad.

Vagamente definido, cual si estuviera formado de humo, pude distinguir el cuerpo del ser al cual pertenecían aquellos inverosímiles ojos. Era una silueta delgada y sinuosa que a veces me parecía la de un ser humano y otras la de un animal. Durante algunos momentos ofrecía su aspecto las líneas de un cuerpo femenino, de repente sus ojos terribles me miraban desde un nivel inferior y la silueta que presentaba la forma de una acurrucada bestia feroz. Esta horripilante aparición parecía arrastrarse acercándose hacia mí; cada vez la veía más cerca y acurrucada como si se dispusiera a saltar. Creo que me desperté, como he dicho, cuando la horrenda aparición se puso rápidamente de pie.

Noté algo que tal vez podía haber sido lo causante de mi pesadilla: me había dormido con la cara alumbrada directamente por la luz de la luna. Algo más me pareció ver, pero traté de convencerme que era consecuencia de mi pesadilla y nada más. Era esto una pequeña forma que cruzaba el espacio de mi abierta ventana, un fantasma de la imaginación, — según lo decidí en aquel momento, — el remanente de un ensueño que se alejaba en el instante en que yo despertaba.

Tan seguro me sentí de que era así que no me levanté a averiguar qué era ni se oyó ruido alguno, procedente del camino que estaba al pie de la ventana, que pudiera indicar que aquello había tenido más causa que un capricho de mi imaginación. Sin embargo, me fué difícil volver a conciliar el sueño. Durante una hora lo menos estuve volviéndome a uno y otro lado, oyendo el tic-tac del reloj de pesas y viendo constantemente con la imaginación el desierto cuarto de la cena interrumpida de la Casa Roja.

De repente, mientras seguía intranquilo, echado en la cama, me dí cuenta de dos detalles: primero de que aullaban los perros de la vecindad y segundo de una especie de ahogada conversación que parecía realizarse en algún sitio muy cercano. Escuchando con atención me pareció oír la voz de un hombre y la de una mujer. Posiblemente no era yo el único que se hallaba despierto en la Hostería de la Abadía, pensé. Pero después me pareció que los que hablaban no se encontraban dentro de la casa sino afuera, en el camino.

Por último me venció la curiosidad. No sé a qué hora fué pero creo que debía faltar algo para el amanecer, y naturalmente me pregunté quiénes podrían ser las personas que conversaban al pie de mi ventana a semejante hora. Me levanté silenciosamente y crucé la habitación, procurando que no me diera la luz de la luna. Procediendo con cuidado logré asomarme de modo que distinguí el trozo de camino que quedaba delante de las puertas de la hostería.

En el primer momento no pude calcular de qué lado subía hasta mí el rumor de aquella conversación, pero fijando la atención en un espacio de sombra situado al pie de un árbol que quedaba delante de la ventana, ví en él dos siluetas. En algún sitio un perro aullaba lúgubremente.

Durante largo tiempo no ví más que unos bultos informes y no pude distinguir, de lo que hablaban, ni una sola frase. La noche seguía serena y tranquila, y la luna tenía un brillo tropical que proyectaba bien definidas sombras y daba a todo el paisaje una dureza extraña, como la de los cuadros del famoso Wiertz.

Las voces, muy bajas, continuaron lo que parecía una disputa. Algo pude oir, de vez en cuando, de la voz de la mujer y su acento avivó mi curiosidad, pero no logró despertar mi memoria. Pero era la voz de una joven, mientras la del hombre hacía pensar en un extranjero de bastantes años de edad. Subconscientemente, siguiendo no sé por qué con la idea del cuadro de Wiertz, dí a los casi invisibles conversadores, sus correspondientes personalidades. El hombre se transformó en Asmodeo, el maestro de ceremonias de los aquelarres del Sábado Negro y a la mujer la consideré igual a la "bruja joven" pintada en una de sus famosas telas por el extraordinario genio pictórico belga

Todo, en aquel cuadro de plata y negro, parecía estar de acuerdo con las telas del gran pintor. Recordé las palabras del impío autor y me figuré que el lejano bosque estaba "poblado de grises figuras, con las ramas cargadas de criaturas aladas que habían surgido de lo profundo; una cortina de tinieblas tachonada de ojos luminosos..."

Fué como si el recuerdo de esas palabras, — que yo había leído en un libro de hechicería, — hiciera vibrar de improviso todos mis nervios. Miré fijamente hacia aquella mancha de sombra diciéndome que era víctima de una alucinación. Si era así o si lo que veía era realidad, dejo que lo decida el que esto lea; los episodios siguientes y que ahora relataré podrán, sin duda, ayudarle a adoptar su decisión.

Me pareció durante un momento que unos "ojos luminosos" en verdad, "tachonaban la cortina de tinieblas". Desde la sombra proyectada por el corpulento árbol me miraron verdosamente un instante... y después no los ví más.

Miré durante un rato más, pero no logré notar señal alguna de movimiento en la mancha de sombra. Las voces habían cesado ya. Se me ocurrió que los que habían conversado debían haberse retirado por un estrecho sendero que yo había visto por la tarde y que conducía a una senda que cruzaba los prados.

Me percaté de que mi corazón latía con extraordinaria precipitación. Tan poderosa y tan ingrata había sido la impresión que había producido en mi mente aquel, — posiblemente trivial, — incidente y la extraordinaria pesadilla que lo había precedido, que al volver a la cama, — y a pesar del calor que hacía aquella noche, — cerré los postigos y corrí las cortinas de la ventana.

No sé si fué porque con eso evité que entrara la luz de la luna o por alguna otra razón que no llegué a comprender, lo cierto fué que me dormí en seguida profundamente y no me desperté hasta que la mucama llamó a mi puerta, a las ocho de la mañana. Dormí tranquilamente, sin que volvieran a torturarme las terroríficas pesadillas que habían entorpecido mi sueño en las primeras horas de la noche.

Después de desayunarme fumé una pipa sentado en el banco del pórtico del frente y el señor Mártin, que evidentemente tenía pocos visitantes, se mostró casi comunicativo. Clientes poco agradables, — me dió á entender, — habían perjudicado mucho su negocio. Mediante gruñidos y algunas guiñadas procuró enterarme de la condición de los que así habían dañado sus intereses. Pero cuando terminó su exposición, me hallaba yo tan enterado de lo que había querido decir, como antes de que la empezara.

—Las cosa no van bien por estos sitios, — dijo a manera de conclusión, y se metió en su hostería.

Lo cierto era, — fuese la que fuese la razón á la que aquello obedecía, — que la aldea, aún bajo la plena luz del día, tenía un aspecto de indefinible abandon y de soledad, inexplicale. Varios de sus chalets eran de construcción antigua y muchos de ellos se hallaban desocupados. Un molino desierto se alzaba a un extremo de la calle de la aldea y ofrecía un aspecto lúgubre y triste con sus aspas negras e inmóviles que se destacaban sobre el azul del cielo como las alas de un enorme murciélago estaqueado en el aire por artes mágicas.

A corta distancia de la aldea se extendían riquísimos prados, pero estos, — según me dijeron, — formaban parte de la propiedad del agricultor Hines, y ese agricultor Hines era considerado habitante de la parroquia de al lado. Sobre las tierras de Upper Crossleys era sobre las que se cernía la nube de tristeza. Me pregunté si lo que pasaba era que el distrito había florecido mientras contó con la protección de "la casa grande" y había decaído con la decadencia de la misma. Esto había sucedido con frecuencia tiempos atrás, — aún cuando actualmente sucedía pocas veces, — y yo me sentí inclinado a aceptar como exacta esa explicación.

Después de un breve paseo volví a la Hostería de la Abadía, tomé el bastón y mi máquina fotográfica y me puse en camino hacia el parque de Friar.

Juzgando por algunas indicaciones atmosféricas que había observado calculaba yo que tenía que volver la tormenta eléctrica que pocos días antes había interrumpido la extraordinaria ola de calor.

Cuando me alejé de la aldea por el polvoriento camino, una brisa fresca me acarició el rostro. A lo lejos ví en el cielo, un nubarrón muy oscuro, casi negro que parecía rozar las cumbres de las lejanas montañas.

CAPITULO XIII

El doctor Damar Creefe

EN línea recta, el parque de Friar estaba a menos de dos millas de la Hostería de la Abadía, pero el camino que según el tablero indicador conducía "A Hainingham" seguía una tortuosa línea a través del valle, y cuando llegué a lo que, según supuse, debían ser los portones de entrada, una nube de tormenta del color del ébano coronaba la cumbre de la cercana montaña y sus bordes, heridos directamente por los rayos del sol relucían como si fueran de oro bruñido. A través de las filas de pinos que cubrían las laderas, una brisa anunciadora de tormenta susurraba cada vez más fuerte y allí, en la hondonada, los pájaros callaban.

Miré casi atónito, hacia la casa del portero, cubierta de hiedra y que, a juzgar por las apariencias, debía estar deshabitada. Empujé la puerta de hierro, abriéndola y tiré de una anilla que sujeta a una cadenita, colgaba de la pared. Un dircordante campaneo premió mi esfuerzo y la cascada nota de una campana que resonó en la parte alta del edificio pareció ir de pino en pino hasta que se

disipó lúgubremente en algún sitio oscuro de la parte alta de la ladera.

En la voz de la campana noté la misma expresión de soledad, la misma atmósfera de abandono que reinaba en todo aquel confín. Se hubiera dicho que la campana decía: "¡Vuélvase usted! ¡No moleste a los habitantes de esta propiedad!"

La casa, una de cuyas alas, según he dicho, se veía desde la ventana de mi cuarto de la hostería, no alcanzaba a distinguirse desde los portones. En realidad había dejado de distinguir la casa en cuanto salí de la hostería y no había vuelto a verla después.

Diez minutos antes yo había preguntado por donde se iba al parque a un labrador a quien encontré en el camino y que me contestó demostrando una poca disimulada curiosidad. Las señas que me dió fueron vagas, como son siempre las que da la gente del campo que supone, a quien le pregunta, enterado del nombre y ubicación de los sitios que, como puntos de partida o de referencia, le indica. Sin embargo logré comprender que el parque de Friar era en parte un antiguo monasterio y en verdad, la cascada campana había hablado con una voz que recordaba a los antiguos conventos, a los claustros callados por donde se movían silenciosos los que habían renunciado al mundo y a sus pompas y vanidades.

Aun cuando yo no había enterado de mi propósito de ir al parque ni al hostelero de la Hostería de la Abadía, — ni a ninguno de sus clientes, que por cierto eran muy pocos, — tenía esperanzas de encontrar a Hawkins en la casita de la portería y por eso toqué la campana por segunda vez. Pero su repique no obtuvo respuesta; parecía que hombres, bestias y pájaros hubieran huido todos juntos del parque de Friar.

A lo lejos me pareció distinguir algunos grupos de ganado. Las hileras de pinos cuchicheaban secretamente unas con otras; la nube que coronaba la montaña se hacía cada vez más negra y comenzaba a extenderse sobre el valle.

Entre esta pesada quietud de la naturaleza, comencé a subir por el camino cubierto de hojarasca y piñas de los pinos. Se veía que aquellas tierras llevaban años sin que nadie las cuidara. Pocos peatones y menos vehículos habíanse acercado en los últimos tiempos al edificio del parque de Fiar, por que los yuyos crecían en abundancia en medio del camino para coches. Después de haber avanzado durante un rato, hasta que la empinada ladera de la montaña me pareció vertical como la pared de una torre, detuve el paso y miré a través de la oscuridad que se acrecentaba por momentos. Sentí frío; ni un rayo de sol se filtraba por entre el ramaje del túnel de pinos. Me había equivocado de camino y en vez de acercarme a la casa me había alejado de ella? ¿La desierta casita situada junto a los portones, pertenecía tal vez a otro establecimiento?

Semejante reflexión hizo que me sintiera molesto; durante un momento sentí un temor infantil en medio de aquella oscuridad. Pensé en las "tinieblas tachonadas de ojos luminosos" y avancé caminando rápidamente como si huyera de algo. A los pocos pasos llegué a una de las varias curvas del camino y allí a lo lejos, como si brotara de una caverna situada en la falda de la montaña, vi brillar una luz amarillenta.

Apresuré el paso, más tranquilo ya, hasta que pude ver la casa con toda facilidad. Me dí cuenta entonces de que en realidad me había salido del camino de los coches porque la senda que seguía terminaba al pie de una gradería que tenía unos pocos escalones cubiertos de musgo. Subía por aquellos peldaños y me hallé al extremo de una terraza. La entrada principal quedaba a mi izquierda y separada de la terraza por un espacio de abandonado césped. Aquella parte de la mansión era del estilo arquitectónico hannoveriano y de feo aspecto, mientras que el ala que estaba más cerca de mí era de la época de los Tudor y muy pintoresca. Excepción hecha de la luz amarillenta que lucía en una ventana que quedaba a la derecha del pórtico, no se veía luz alguna en aquella casa, a pesar de que la cercana tormenta había envuelto ya todo el paisaje en una prematura noche.

La idea que me había hecho de la mansión del parque de Friar no se alejaba mucho de la realidad. No había señales de que se hallara ocupada en aquella mansión de aspecto extraño que debía llevar varios siglos olvidada allí, en el fondo de aquella herradura formada por las montañas.

La tranquilidad y quietud de aquel lugar era de las que parecen palpables, de las que uno cree poder ver y sentir. Una humedad escalofriante brotaba de la terraza cuyo piso de grandes losas de piedra con las hendijas cubiertas de musgo parecía unirse por un lado a la exhuberancia de los yuyos crecidos al pie y por el otro a las enredaderas del frente y a las copas de los pinos.

Crucé la terraza y el espacio de césped y me detuve a mirar por los vidrios de una puerta de la cual salía la luz que estaba en una habitación contigua al hall. La oscuridad era cada vez mayor y en una mesa cubierta de papeles y situada en aquella habitación ardía una lámpara de las usadas para leer.

La habitación estaba amueblada como biblioteca. Todo cuanto espacio había disponible en la pared estaba ocupado por estanterías cargadas de libros. Los volúmenes eran casi todos antiguos y muchos de ellos estaban encuadernados en forma extraña y llamativa y eran, sin duda, de origen extranjero. Había también aparatos de química y cajas de vidrio con animales disecados, así como una maravillosa colección de reliquias egipcias esparcidas por todo el cuarto en el mayor desorden.

Junto a la mesa estaba sentado un hombre sumido en el estudio de un voluminoso tomo encuadernado en cuero. Era extraordinariamente descarnado y, al parecer, muy alto. Su rostro, todo afeitado, se parecía al de Anubis, el dios con cabeza de halcón del antiguo Egipto y su caballo, blanco como la nieve, era largo y lo usaba peinado hacia atrás dejando libre su huesuda frente. Tenía la piel de un color amarillo mate y sus largas, delgadas y oscuras manos me indicaron en seguida que se trataba de un euroasiático. Pisé e hice crujir unas piedras de pedre-

Junto a la mesa estaba sentado un hombre sumido en el estudio de un voluminoso libro encuadernado en cuero. Era muy delgado y al parecer, muy alto. Su rostro todo afeitado, se parecía al de Anubis, el dios con cabeza de halcón del antiguo Egipto, y su cabello blanco como la nieve era largo y lo usaba peinado hacia atrás. Tenía la piel amarillenta y mate. ("Los verdes ojos de Bast", capítulo XIII.)

gullo del piso y el ruido reveló mi presencia. El hombre levantó la cabeza rápidamente.

Me sobresalté. Los ojos muy abiertos y muy negros tenían gran parecido con los del halcón porque eran intensamente oscuros; además acentuaban la semejanza que el rostro de aquel hombre tenía con el del dios Anubis. Me convencí en aquel momento más que nunca de que me había equivocado de camino.

—Perdone usted que le moleste en forma tan descortés, — dije, — pero creía que ésta era la mansión del parque de Friar; veo que me he metido donde no debía meterme.

La intensa mirada no dejó ni un instante de estar fija en mi rostro.

—No hay tal cosa, — contestó el hombre sentado junto a la mesa expresándose con voz áspera y aguda y con marcado, pero no discernible acento extranjero. — Todos los visitantes son recibidos aquí con agrado, vengan o no por pura casualidad. Pero usted se ha extraviado sin duda; esta es la Casa de la Campana.

—¿Me encuentro muy lejos del parque de Friar? — pregunté.

—No; la distancia no es grande. ¿Puedo preguntarle si lady Coverly está enterada de que usted se propone visitarla?

—No, no está enterada, — dije con sorpresa.

—Entonces temo que su viaje le resulte inútil. Es una inválida, una enferma que no puede recibir a nadie.

Había algo perentorio e imperioso en su actitud; esto me molestó y él sin duda, se dió cuenta del efecto que me habían hecho sus palabras.

—Soy el consejero, en mi calidad de médico, de lady Coverly, — agregó el euroasiático. — Tal vez pueda serle a usted útil. De todos modos temo que tendrá usted que aceptar mi modesta hospitalidad por el momento. Si no se guarece usted bajo techo se empapará.

Mientras así hablaba toda la hondonada brilló alumbrada por un enceguecedor relámpago y en realidad sus últimas palabras no pude oirlas bien porque las ahogó el fragor de un formidable trueno que retumbó entre las montañas.

De repente comenzó un chubasco verdaderamente tropical y yo avancé un paso hacia el interior de la habitación. Su ocupante se levantó, ostentando toda su alta estatura, para recibirme.

—Soy el doctor Damar Greefe, — dijo, y se inclinó ceremoniosamente.

Dije mi nombre a mi vez y con suma cortesía me ofreció una silla de alto respaldo, volviendo luego a ocupar la silla en que antes estaba sentado.

—Usted es forastero en estos parajes ¿no es cierto? — agregó.

A pesar de toda su cortesía algo había en la actitud del doctor Damar Greefe que no me agradaba. Su voz, su manera de expresarse, era la de un caballero, pero su rostro era como una máscara de Anubis. Sentado yo allí en aquella extraña y desordenada habitación entre tantas reliquias del pasado y de los aparatos de laboratorio utilizados tal vez en hacer experimentos para indagar el futuro mientras rugía el trueno sobre la Casa de la Campana, decidí tratar de que el doctor Damar Greefe no conociera el verdadero motivo de mi viaje. En realidad me sentía arrepentido de haberle dicho mi nombre, aun cuando el haberle dado un nombre falso hubiera sido violar groseramente la hospitalidad que tan decidido me había brindado.

Aun ahora no me es fácil explicar los encontrados sentimientos que me asaltaron en el instante de mi primera entrevista con aquel hombre singular.

—Estoy haciendo una breve cura de descanso, — dije, — y como me han afirmado que la mansión del parque de Friar ofrece muchos detalles interesantes de carácter histórico, me propuse obtener permiso para visitar la casa y, si me lo consentían, tomar algunas fotografías.

El doctor Damar Greefe inclinó gravemente la cabeza.

—La mansión del parque de Friar fué monasterio en otros tiempos y constituye un edificio de grandísimo interés arqueológico, señor Addison. Pero es de lamentar que la mala salud de lady Coverly la impida atender a visitante alguno.

Noté algo en el tono de su voz, — que el euroasiático había endulzado hablando más bajo y de modo que no parecía tan brusca como antes, — que me obligó a preguntarme dónde la había oído antes. No necesité volver a mirar aquel rostro de ave de rapiña para convencerme de que era la primera vez que veía al doctor Damar Greefe, pero me sentía convencido de que yo había oído su voz en otra ocasión, aún cuando no conseguí recordar dónde y en qué circunstancias había sido.

—Sir Burham murió hace ya varios años ¿no es así? — pregunté, tanteando el terreno.

—Si, hace varios años.

Sin volver a su perentorio tono de antes el doctor Damar Greefe, cortés pero friamente cortó mi propósito de hablar de la familia Coverly. Después de varias abortadas tentativas en el sentido de hacer que la conversación girara sobre ese punto, tuve que convencerme de que aquel hombre estaba decidido a no hablar de tal asunto y abandoné mis tentativas.

La tormenta se alejaba hacia el lado del Oeste y aun cuando muy luminosos relámpagos brillaban de vez en cuando llenando de luz aquella extraña habitación, haciendo relucir la tapa pintada de amarillo vivo de un sarcófago egipcio o haciendo resaltar de modo horrible las piezas de anatomía metidas en sus cajas de vidrio, el trueno ya no sacudía la casa como antes. Sin embargo, aún llegaba a mis oídos el eco del trueno que retumbaba en las lejanas cumbres. Me di cuenta de que mi huésped por casualidad, el que se hallaba sentado frente a la mesa cubierta de mil objetos diversos sentíase cada vez más molesto y me observaba fijamente con sus ojos tan parecidos a los de un ave de rapiña.

—Me parece, — dije, — que ha cesado ya la lluvia

—Por el momento, — replicó mirando hacia la terraza, — yo le aconsejaría que se quedara un poco más. El tiempo amenaza todavía y el chubasco final de la tormenta no se hará esperar.

—Mil gracias, — dije. — Voy a correr el riesgo de que me sorprenda en el camino. Ya he abusado más de lo prudente de su hospitalidad, doctor Greefe. Ha sido usted muy bondadoso ofreciéndome asilo.

Se levantó irguiendo su cuerpo delgado y alto, de aspecto repelente, al darse cuenta de que yo estaba decidido a retirarme y me acompañó hasta la puerta principal.

—En cualquier otra ocasión en que venga usted por estos sitios, señor Addison, — dijo mientras estábamos los dos de pie en el pórtico, — le suplico que tenga la bondad de visitarme. ¡Tengo tan pocos visitantes!

No sé mediante qué procedimiento; no sé si por razonamiento o por pura intuición llegué a pensar así, no lo sé; pero en el momento en que volví la curva del camino cubierto de ramaje y vi a lo lejos la abandonada casita del portero, me dí cuenta, sin la menor duda, de que el doctor Damar Greefe no había vuelto a sus estudios y en cambio había dado un rodeo por alguna senda oculta entre los árboles, con el propósito de cortarme el camino. No sabía yo lo que se proponía procediendo así, pero sentíame convencido de que había adoptado esa determinación en el mismo instante en que yo me separé de él en el pórtico de la entrada.

Apresurando el paso me pregunté cuál sería su ulterior propósito. ¿Trataría de cortarme el paso o se limitaría a espiarme para averiguar si yo me dirigía o no hacia la carretera? Más tarde me enteré de que era éste su propósito, pues aún cuando mi agitada imaginación veía que aquel hombre delgado, lúgubre, con cara de halcón me miraba desde las sombras que me rodeaban, desempeñé a la perfección el papel de la inocencia y no volví la cabeza ni una sola vez.

Cuando llegué al camino ancho, volví hacia la izquierda desandando el camino por el cual había ido al domicilio del doctor euroasiático. Si había supuesto que yo tenía intención de visitar la mansión del parque de Friar a pesar de haberme dicho él que la visita sería inútil, sufrió un desengaño.

Una nueva y extraña teoría para explicar el "misterio del Oritoga" acudió entonces a mi mente. Era una teoría horrible pero, — basándome en los datos que hasta aquel momento tenía, — era factible y verosimil. Pensaba yo además, que había cometido un lamentable error de estrategia al buscar abiértamente, ocasión de entrevistarme con lady Coverly. Pero yo no tenía noticias, cuando pensé mi plan, de la existencia del doctor Damar Greefe.

Lancé un suspiro de alivio cuando me ví en la carretera. La idea de que el doctor euroasiático de cabellera blanca y amarillento rostro, me miraba por entre los árboles, espiándome como una fiera, me era muy desagradable. Comprendí entonces que debía hacer varias averiguaciones, pero antes necesitaba informarme mejor sobre algunos puntos. Me daba cuenta de que había un misterio dentro de otro misterio, porque no podía olvidar que en la colección de cosas egipcias que tenía el doctor Damar Greefe había visto, poco antes, algunas estatuitas de "gatos de Bubastis"

CAPITULO XIV

El doctor negro

COATES, mi sirviente, me había reexpedido puntualmente, las cartas que para mi habían llegado a mi mi casa, así que las encontré, esperándome, cuando estuve de regreso en la Hostería de la Abadía. Los repartos de cartas en Upper Crossleys eran excéntricos y poco puntuales, pero después de haber revisado los recortes de diarios que me enviaban, almorcé rápidamente y me senté con el propósito de preparar una columna para "The Planet". Mi colaboración tendría por objeto hacer que el público no dejara de interesarse por los conocidos personajes principales de la tragedia, y al mismo tiempo indicar la posibilidad de que nuevos acontecimientos vinieran a hacer aun más interesante y aun más intrincado el ya embrollado "misterio de Oritoga".

Varias veces, mientras escribía, miré por mi abierta ventana hacia el valle más allá del cual surgía, por encima de las copas los árboles, una de las alas de la mansión del parque de Friar. Extrañas y terribles ideas se amontonaban en mi mente, ideas que debían ser cuidadosamente excluídas de artículo destinado a las columnas de "The Planet". Terminé de escribir y decidí ir hasta la cercana población, — situada a varias millas de distancia, — a echar al correo la carta con los originales para el diario. A mismo tiempo dirigí al inspector Gátton un telegrama cifrado. El largo paseo me sentó bien, contribuyendo a disipar los mórbidos vapores que ensombrecían mi mente Terminado lo que tenía que hacer y libre de toda posible sospecha en mi carácter de londinense que se pasea a pie por el campo, me puse en campaña con el propósito de conseguir la información que me hacía falta.

Su natural taciturnidad hacía que el hostelero de la Hostería de la Abadía no fuese individuo muy a propósito para ser interrogado. Por otra parte su manera de pensar, puesta en evidencia por su actitud hacia el burdo y agreste Edward Hines me aconsejaba que no contara con él para que me pusiera al tanto de sucesos o de rumores que pudieran redundar en detrimento de la buena fama de Upper Crossleys. Pero en la carretera y poco antes de entrar en los arrabales de la pequeña ciudad campesina había visto yo una hostería, muy frecuentada al parecer por los vecinos de la localidad, y

como el típico salón de despacho de bebidas de la hostería es el centro del chismorreo de las poblaciones de campaña, encaminé mis pasos hacia "Los Trilladores", pues así se llamaba esa hostería.

Hacía poco que me habían abierto las puertas y sin embargo en cuanto entré en el salón encontré el chismorreo que buscaba.

—Supongo que no le pescó el chubasco de esta mañana, señor, — díjome un anciano que estaba sentado en una butaca en un rincón de la sala. Pero al campo le ha venido bien esa lluvia. — Me miró durante un momento y agregó: — Por aquí hay muchos lindos sitios por donde pasear. Mucha gente viene de Londres para contemplar el paisaje, especialmente los domingos.

—Sin duda, — dije yo como incitándole a seguir y aproximándome al mostrador.

—Ahí está Mantón, — siguió el anciano, — desde cuya altura se distingue el mar, cuando el aire está claro. Muchas veces, durante la guerra, he oído los cañonazos que disparaban en Francia, desde Upper Crossleys, en noches serenas. Después, cuatro millas más allá está el parque de Friar, aun cuando a nadie dejan trasponer sus portones. Pero tampoco lo intenta nadie, — agregó pensativo.

—¿Cómo es eso? Yo creía que el parque de Friar era muy interesante.

—¡Oh! ¡Ah! — murmuró mi interlocutor. — ¿Es posible que tenga usted deseos de visitarlo?

—Tenía deseos, en verdad.

—¡Oh! ¡Ah! Pero, el caso es que se trata de algo peligroso.

—¿Peligroso? — repetí — ¿A qué peligro se refiere usted?

Me miró un momento con ojos astutos y lacrimosos.

—¿Y las trampas para cazar hombres?— preguntó. — ¿No son peligrosas las trampas para cazar hombres? ¿Y las escopetas cargadas con perdigones? Las descargas de perdigones pueden hacer mucho daño. ¡Oh! ¡Ah!

—Pero, — exclamé, — no es posible que afirme usted en serio que en el parque han puesto trampas para cazar hombres. Eso es enteramente ilegal. ¿Y por qué han de recibir con perdigones a los visitantes?

—Debe ser porque tienen orden de hacerlo así, — exclamó el viejo. — Sí, esa es la razón; los que lo hacen tienen orden de hacerlo.

—¿Quién lo hace?

—El viejo Hawkins, el que era guardabosque de sir Burnham. ¿Qué hace ahora en el parque? Pone trampas y cosas por el estilo, eso es lo que hace todo el día. Mi hijo Jim lo sabe, ¡vaya si lo sabe! Mi hijo Jim encontró una de esas trampas... y dejó en ella la mejor parte de unos pantalones nuevos.

Si tales manifestaciones eran exactas proyectaban muy desagradable sombra hacia mi amigo el de la otra hostería. Me pregunté si el "Jim" de que me hablaba el viejo de "Los Trilladores" era el "Jim Corder" cuyo nombre le hacía tanta gracia a Hawkins (después de enterá de que así era efectivamente). También me pregunté si la manifestación de Mártin cuando dijo que cierto clientes eran perjudiciales para su negocio se refería al guardabosque. Además, consideré de modo distinto la sonrisa con que Hawkins respondió cuando preguntó si había caza abundante en las cercanías.

Comencé a sentirme realmente interesado.

—Pero con seguridad, ustedes habrán adoptado medidas a ese respecto, — dije.

—¡Oh! ¡Ah! Mi hijo Jim lo hizo. Durante varios días esperó agazapado al viejo Hawkins, pero Hawkins fué más listo que él.

—Pero, — dije, — usted podía haber exigido daños y perjuicios legalmente.

—Puede ser, — me contestó, — pero me parece que hubieran empezado por preguntar qué andaba haciendo mi hijo Jim en las tierras del parque. ¡Claro está que se lo hubieran preguntado!

Ese punto de vista no se me había ocurrido todavía, pero era acertado, sin duda alguna.

—¿Qué objeto tiene todo eso? — pregunté. — ¿Pretende Lady Coverly que no entre nadie en las tierras del parque?

—No es lady Coverly, — dijo el viejo. — Es ese doctor negro.

—¿Un doctor negro? ¿Quién es ese doctor negro? — exclamé.

—Uno al que llaman doctor Greefe.

—¡Oh! — dije. — ¿Por qué le llaman doctor negro? ¿Es de raza negra?

—Es negro, — me contestó el viejo, — enteramente negro, aún cuando tenga el cabello blanco. ¡Oh! ¡Ah! ¡Tiene la sangre negra, con toda seguridad!

—¿Qué tiene que ver ese doctor con las trampas para hombres puestas en el parque?

—Ha sido él quien las hizo poner. ¡El las hizo poner, seguramente!

—¿Por qué? La propiedad no pertenece al doctor Greefe; pertenece a lady Coverly.

—¡Pertenece a ella! ¡Ni su propia alma pertenece a lady Coverly!

Me dí cuenta de que el hombre se ponía nervioso. Creí que me hallaba a punto de enterarme de lo que deseaba saber.

—¿Qué edad tiene lady Burnham Coverly? — pregunté.

—¿Lady Burnham? Vamos a ver; no tendría más de veinticinco años cuando sir Burnham la trajo por primera vez al parque. Esa era la edad que tenía. Todo esto ha cambiado mucho desde la época en que yo era joven. Poco tiempo después, sir Burnham se fué a Egipto, enviado por el gobierno y once años después regresó.

—¿Fué lady Burnham con él a Egipto? — pregunté con interés.

—¡Oh! ¡Ah! ¡Claro está que fué! El pobre señor Roger nació en Egipto. Hará ocho años el próximo octubre, que regresó al parque, y seis años, el próximo setiembre, que murió el joven señor Roger.

—Entonces lady Coverly debe tener poco más de cuarenta años de edad, — dije.

Una de mis teorías, — disparatada sin duda, — fué desbaratada por esta información. Yo había concebido la idea (y la noticia de que lady Coverly había residido

DEMASIADO RAPIDO

El turista: — ¿Hay algún camino para bajar desde aquí a la aldea rápidamente?
El guía: — Sí, señor, todo derecho, pero es demasiado rápido.

en Egipto la fortalecía) de que la mujer misteriosa era nada menos que la dueña del parque de Friar. Su antipatía hacia el difunto baronet me había parecido dar motivo para el crimen. Pero era imposible conciliar la figura de aquella solitaria y dolorida mujer con la superágil visitante que había estado en mi chalet de Londres, con la dueña de los horrendos ojos verdes. Resolví intentar otro rumbo y recordando que el verdadero motivo de mi visita a Upper Crossleys era enterarme de los detalles de la prematura muerte de Roger Coverly, pregunté:

—¿Murió el señor Roger Coverly en Inglaterra? — pregunté.

—¡Oh, no, señor! Murió en el extranjero, pero lo trajeron a Inglaterra para enterrarlo. Lo trajeron, señor.

—¿Sabe usted dónde murió?

—¡Oh! ¡Ah! He oído decir que fué en el extranjero, de una fiebre o cosa así. Se murió en pocos días. ¡Y era sólo un muchacho! Su muerte mató a sir Burnham, con seguridad.

—Entonces sir Burnham murió poco después.

—Dos años después, y desde entonces, estos sitios no han sido jamás lo que antes fueron.

—¿Pero qué tiene que ver con todo esto el doctor Greefe?

—¡Ah! ¡Hace usted bien en preguntarlo! Hará unos siete años se instaló en la casa grande de junto al parque y que forma parte del mismo parque; y allí está desde entonces, con su sirviente negro.

—¿Sirviente negro? — exclamé.

—¡Oh! ¡Ah! ¡Un negro de verdad! No negro a medias como su patrón, sino negro como el carbón y feo... no es posible ser más feo de lo que es él. A veces va de noche a la Hostería de la Abadía, junto con Hawkins. ¡Entre los dos forman la mejor pareja de pillos de Upper Crossleys. Han hecho que las personas decentes se retiren de aquella hostería, y eso que Mártin es el que tiene mejor cerveza de toda la localidad. Si yo fuese Mártin, — agregó el anciano truculentamente, — yo sabría qué decirles a los dos y qué hacer con los dos, — dijo con acentuada ferocidad.

—Por lo visto, — dije yo, sintiéndome asombrado ante el cúmulo de detalles de que iba enterándome, — el doctor Greefe no goza de la simpatía popular.

—¿Popular? — repitió el anciano.

Acabó de beber su jarro de cerveza y lo volvió a la mesa dando un fuerte golpe.

—¡Ha sido la ruina de esta región! ¡Es peor que la mosca brava!

—Pero ¿de qué modo puede ser culpable de los males de que ustedes se quejan?

El anciano miró dentro del jarro vacío con un aire tan elocuente que yo no pude interpretar equivocadamente su significado. En consecuencia, dí orden de que se lo llenaran de nuevo, evitando así que se cortara la corriente de su verbosidad.

—¿De qué modo? — preguntó alzando su voz vibrante. Se rió con tono sarcástico. — Ese doctor es un borrón que ha caído en el distrito. En vida de sir Burnham y antes de que se fuese a Egipto, todo era distinto; aún cuando, según lo creo yo, su llegada a estos sitios tuvo mucho que ver con la muerte de sir Burnham y con la pérdida de su hijo en la forma que le dije. Eso es lo que yo creo.

Tomé un sorbo del jarro de cerveza que ne habían llenado de nuevo.

—No alcanzo a entender, — dije, — cómo pudo, la presencia del doctor Greefe,

LA EDAD DE LA HIJA Y LA EDAD DE LA MADRE

—Dígame la verdad, señorita Sofía, ¿qué edad tiene usted?
—Esta mañana, en este momento, tengo diez y ocho años. Dentro de poco, cuando venga mamá, tendré quince.

producir la muerte de sir Burnham o la muerte de cualquier otra persona.

—No, — dijo el anciano picarescamente; — usted no alcanza ¿eh? Pues bien, esas son cosas que ninguno de nosotros alcanza a entender y que algunos logramos entender. Si usted llega alguna vez a echarle la vista encima a ese doctor, con seguridad alcanzará a entender algo.

Con el propósito de conseguir que hiciera más íntimas confidencias, le dije:

—¿Supone usted que el doctor Greefe tenía algo mediante lo cual dominaba al difunto sir Burnham?

—Yo no supongo nada.

—¿Algo mediante lo cual domina a lady Burnham, entonces?

—¡Oh! ¡Ah! Algo de eso tiene que haber.

—No crea usted, — agregué suavemente, — que yo dudo de la veracidad de sus afirmaciones, de ningún modo, pero ¿qué puede salir ganando ese doctor negro, como usted le dice, persiguiendo a esa gente?

—Hay cosas, — replicó el anciano, — que nadie puede entender, y cosas que todos podemos entender. ¡Oh! ¡Ah! Todos los que vivimos acá sabemos que Upper Crossleys no es lo mismo ahora que antes de haberse instalado aquí el doctor negro. Además, primero murió el señor Roger y después sir Burnham falleció. Ahora, según he leído en este diario, otro de ellos ha desaparecido.

Levantó dos nudosos dedos y los cruzó delante de mí.

—¿Ha oído usted hablar alguna vez del mal de ojo? — preguntó, mirándome fijamente. Tomó un largo sorbo de su jarro. — Pero usted tal vez se ría de eso, — agregó.

—No estoy inclinado a reirme de nada de lo que usted me ha dicho, — le aseguré, — y en cuanto al mal de ojo, he oído hablar mucho de eso, aún cuando debo confesar, alegrándome de que así sea, que nunca he tenido ocasión de conocerlo personalmente.

—Creo que así ha de ser, señor, — manifestó el anciano. — Un hombre tan bondadoso como usted no tiene por qué haber conocido personalmente tal cosa. Y confío en que nunca lo conocerá, y por lo tanto en que nunca verá a ese doctor negro. Si alguna vez hubo una persona que hiciera mal de ojo, es ese doctor negro. La vieja madre Shale, la que vive en la casita que está allá abajo, frente al molino de viento, me lo advirtió a los tres días de haber venido él. "Señor Corder, — me dijo, — ese doctor negro es de los que hacen mal de ojo." Nunca dijo mayor verdad la pobre vieja, y nadie puede negar que trajo la desgracia y la tristeza a esta localidad.

Calló porque le faltaba aliento. Se concedió un momento de reposo antes de proseguir.

—¿Qué tiene que ver el mal de ojo con las trampas para hombres y los tiros a los visitantes que cruzan el parque? — pregunté.

—¡Ah! ¡Ahí está el caso! Es que quien tiene mal ojo tiene mal corazón, y el corazón de ese hombre es tan negro como su cara. ¡Más negro aún! — añadió, después de pensarlo mejor.

—Sin embargo, usted no tiene pruebas que demuestren que el doctor Greefe es el responsable de esas trampas y de la actitud de Hawkins.

—Nadie las tiene, — manifestó mi informante. — Si alguien las tuviera, ya hubiera hecho hace tiempo que le cayera encima todo el peso de la ley.

—¿Se ve con frecuencia a lady Burnham paseando por el parque? — pregunté.

—¡Nunca! — me contestó. — Ni se la ha visto por el parque ni ha salido del parque desde hace más de un año.

Miró en redor suyo con disimulo, y después dijo:

—Yo creo, — y bajó la voz lo más posible, — que no pasará los portones del parque con vida.

—¡Vaya! — exclamé. — ¡Esta región me parece muy alegre! Sin embargo, a pesar de lo que usted ha dicho por mi bien, me gustaría ver a ese doctor negro. ¿Atiende enfermos en la localidad?

—¿Atender enfermos? ¡Como que va a llamarlo nadie!

—Entonces ¿cuenta con medios particulares de fortuna?

—La casa en que vive pertenece al parque, — me contestó, — y no creo que haya pagado alquiler una sola vez. En cuanto a si tiene medios de fortuna, no puedo decirlo porque no lo sé.

Poco más fué lo interesante que me contó mi amigo el de "Los Trilladores", pero había sido buena la cosecha; así que emprendí viaje de regreso a la Hostería de la Abadía. Durante el camino repasé, en la imaginación, todo lo que había oído sobre el doctor Damar Greefe y la extraña historia relacionada con él.

En realidad, el euroasiático vivía como un paria, y yo no sabía si compadecerle o no. En medio de un ambiente de ignorancia es terrible el conquistarse una reputación tal como la que rodeaba al doctor euroasiático; la conversación sobre el mal de ojo me llevó mentalmente a los antiguos días de aquel rincón extraño donde, separados de las principales cosas de la vida actual, la sencilla gente vivía creyendo en lo mismo en que creían sus antepasados. En aquellos remotos tiempos cuando los hermanos blancos de la cercana abadía dominaban por completo en la región, la historia de una persona acusada en la forma como era en nuestros días acusado el doctor Damar Greefe, de hacer mal de ojo, terminaría seguramente en la hoguera por la santa madre iglesia, pues no fué solo en España, por cierto, donde floreció la inquisición porque, bajo uno u otro nombre, los tribunales de la religión torturaron y mataron a herejes y hechiceros durante varios siglos y en todas partes.

Todo aquello era muy extraño en verdad, y fuera de su importancia ante la opinión de la sencilla e ignorante gente del campo, parecía encerrar algo que lo relacionaba con el propósito de mi misión más que con las patrañas de la vieja hechicería que aún

perduraba en la mente de los habitantes de Upper Crossleys.

Recordé cómo había mirado por la ventana de mi cuarto en la hostería y cómo me había parecido, el paisaje bañado por la luz de la luna, uno de los extraños cuadros de Wiertz. Cuando eso me había sucedido yo no había oído hablar todavía de la nube de hechicería que según tradición popular envolvía a la región; aún no me había figurado que la noche era como "una cortina de tinieblas tachonada de luminosos ojos" y sólo podía suponer que mi mente se había sentido impresionada por la evocación de un cuadro famoso ante el aspecto de lo que mis ojos veían. Concretando, diré que los que habitaban la región habían creado aquella atmósfera de desolación y de algo más siniestro que yo había notado en cuanto llegué a la pequeña aldea.

Tales eran mis pensamientos mientras regresaba a la Hostería de la Abadía, y como había reunido tanta nueva y valiosa información, resolví incluirla en una extensa comunicación dirigida a Gátton. Por lo demás, no sabía cuál había de ser mi próximo paso, pues la idea del atrevido avance que dí luego no se había presentado aún ante mi mente.

Dos veces, durante la tarde, eché una mirada al salón de despacho de bebidas de la hostería, pero no ví ni a Hawkins el guardabosques ni al sirviente negro.

Y cuando por último me retiré a dormir, cerré las ventanas y corrí las cortinas, e hice votos porqué no se repitieran las pesadillas que habían hecho tan odiosa la primera noche que pasé en la Hostería de la Abadía.

Cada vez se hace más misterioso el desarrollo de los sucesos. ¿Qué relación puede tener ese doctor euroasiático con el crimen? ¿Qué situación es la de esa lady Coverly, que no recibe visitas ni sale de su casa, y que ha perdido a su hijo y a su esposa en forma tan rara? ¿Quién arañó a los dos tenorios campesinos? ¿Quiénes eran los que hablaban al pie de la ventana de la hostería donde estaba Addison? Si desea usted saberlo, lea los capítulos de esta extraña novela que "Pucky" publicará en su próximo número.

Sí usted desea suscribirse, llene y remita la carta siguiente:

.....de 1926.

Señor administrador de "PUCKY"
Avenida de Mayo 662.
Buenos Aires

Muy señor mio:

Adjunto un giro postal por $ 9.—m|n., de cl. en pago de mi suscripción por un año a ese magazine.

.....
Con letra clara

Nombre y apellido .....

Localidad .....

F. C. .....

Precios de Suscripción
Ciudad e Interior

3 meses	$ 2.50
6 "	" 4.80
1 año	" 9.—

UN CUENTO FAMOSO DE UN AUTOR FAMOSO

El Gato Negro

Por EDGARD POE

(Traducción del inglés)

Es tal vez el más famoso de todos los cuentos del gran autor estadounidense, que de tanta celebridad goza en el mundo literario, el que "Pucky" publica a continuación ofreciendo a sus lectores una pepita de oro puro de la gran producción literaria universal.

No espero ni solicito que se crea la muy extraña aunque familiar historia que voy a trasladar al papel; y verdaderamente fuera locura confiar en que se me diese crédito, puesto que mis sentidos rechazan su propio testimonio. Sin embargo, no estoy loco, y seguramente no sueño; pero mañana he de morir y hoy quiero descargar mi conciencia. Lo que me propongo, desde luego, es referir al mundo, clara y suficientemente, sin comentarios de ningún género, una serie de simples acontecimientos domésticos, que por su consecuencia me han aterrado, martirizado y aniquilado. A pesar de ello, no trataré de delucidarlos, pues a mí me inspiraron solamente horror, por más que a muchas personas les parecerán más extravagantes que terribles. Tal vez más tarde se hallará una inteligencia que reduzca mi fantasma a una vulgaridad, algún espíritu más sereno que el mío que no vea en los hechos referidos por mí con terror sino una sucesión ordinaria de causas y efectos muy naturales.

Desde mi infancia me hice notar por mi docilidad y humanitarios sentimientos, y hasta la ternura de mi corazón, que acabé por ser juguete de mis compañeros. Mi afición y cariño a los animales no tenía límites y mis padres me habían permitido conservar muchas especies favoritas; de modo que pasaba el tiempo siempre con ellas, y nunca me creía tan felíz como cuando les daba de comer y las acariciaba. Esta particularidad de mi carácter se desarrolló a medida que iba creciendo, y cuando llegué a ser un hombre, fué la fuente principal de mis recreos. A los que se han encariñado con un perro fiel y sagaz no necesito explicarles la naturaleza e intensidad de los goces que este pueda reportar. En el amor desinteresado de un animal, en ese sacrificio de sí mismo, hay algo que va directamente al corazón que palpitaba con el mío; al observar mi afición a esas sensiones de apreciar el valor de la mezquina amistad y la fidelidad de "gasa del hombre natural".

Me casé muy pronto, tuve la dicha de hallar en mi esposa un carácter que simpatizaba con el mío, al observar mi afición a esos favoritos domésticos, no perdió oportunidad de proporcionarme individuos de la especie que más me agradaba; y así tuvimos aves, un pez dorado, un magnífico perro, conejos, un mono pequeño y "un gato".

Este último era en realidad un animal hermoso y robusto, completamente negro, y de maravillosa sagacidad. Al hablar de su inteligencia, mi mujer, que en el fondo era bastante supersticioso ,hacía frecuentes alusiones a la antigua creencia popular, según la cual se considera a todos los gatos negros como brujos disfrazados. No quiero decir con esto que mi señora hablara siempre con "formalidad" sobre el asunto, y si cito el hecho es simplemente porque me acude en este momento a la memoria.

Plutón, así se llamaba el gato, era mi favorito, mi compañero; sólo de mis manos recibía su alimento, y seguíame por la casa a todas partes, con tal insistencia, que no sin trabajo le impedía salir también a la calle en pos de mí.

Nuestra amistad subsistió así algunos años durante los cuales mi carácter y mi temperamento, por efecto del demonio de la intemperancia — y me sonrojo al confesarlo, sufrió una alteración radicalmente mala. Cada vez más sombrío e irritable, y más indiferente a los sentimientos de los demás, usaba un lenguaje brutal al hablar con mi esposa; y al fin pasé a las violencias personales. Mis pobres favoritos hubieron de resentirse, naturalmente, del cambio de mi carácter, pues no contento con descuidarlos, los maltraté. En cuanto a Plutón, guardábale aun las suficientes consideraciones para no proceder con él del mismo modo; pero no tenía miramiento alguno con los conejos, el mono, y hasta el perro, cuando por casualidad o por cariño me salían al paso. Mi dolencia me aquejaba cada vez más, — ¡qué enfermedad hay comparable con el alcohol! — y al fin el mismo Plutón, que ya se hacía viejo y comenzaba a ser un poco fastidioso, hubo de sentir los efectos de mi maligno carácter.

Cierta noche, al entrar en casa, completamente ebrio, pues salía de una de mis acostumbradas tascas de los arrabales, imaginéme que el gato evitaba mi presencia, quise cogerle para castigarle, pero espantado por mi ademán, infirióme una ligera herida con los dientes. Enfurecido como un demonio, ya no me reconocí; mi alma primera pareció huir del cuerpo, y en cada fibra de mi ser infiltróse una malignidad, hiperbólica, saturada de ginebra; saqué del bolsillo del chaleco, un cortaplumas, abríle, cogí al pobre animal por el cuello, y deliberadamente le hice saltar un ojos de la órbita. — ¡Me sonrojo, me estremezco al dar cuenta de esta censurable atrocidad!

Al recordar la razón por la mañana, cuando se hubieron desvanecido los vapores de mi saturnal de la víspera, experimenté a la vez horror y remordimiento por el crimen de que me había hecho culpable; pero era un sentimiento equívoco y débil que no penetró hasta el alma. Volví a entregarme a los excesos y muy pronto ahogué en el vino el recuerdo de mi mala acción.

Sin embargo, el gato curó lentamente; cierto que la órbita del ojo perdido tenía un aspecto espantoso; pero el animal no parecía sufrir ya; iba y venía por la casa según su costumbre, si bien como debía esperar, huía con terror al acercarme yo. Conservaba aún bastante de mi primera bondad para que me afligiera al pronto aquella evidente antipatía de parte de un ser que tanto me había querido antes; y entonces se manifestó, coom para señalar mi caída final e irrevocable, el espíritu de la "Perversidad".

La filosofía no tiene en cuenta ese espíritu; más, tan cierto como que el alma existe, creo que la perversidad es uno de los primitivos impulsos del corazón humano, una de las primeras facultades o sentimientos indivisibles que imprimen la dirección al carácter del hombre. ¿Quién no se ha sorprendido cien veces consumando un acto necio o vil, sólo por que está persuadido de que no "debía" cometerle? ¿No tenemos, por ventura, una constante inclinación, a pesar de la excelencia de nuestro juicio, violar lo que es la "ley"? Ese espíritu de perseverancia, digo, fué lo que me perdió al fin. Ese ardiente e insondable deseo del alma de "martirizarse a sí misma", de violentar su propia naturaleza, de hacer mal sólo por amor al mal, fué lo que me impulsó a continuar, y por último a consumar el suplicio a que sometí al animal inofensivo. Cierta mañana deslicé un nudo corredizo alrededor de su cuello, con la mayor sangre fría, le colgué de la rama de un árbol; mis ojos estaban llenos de lágrimas, y mi corazón de amargos remordimientos; pero ahorqué a Plutón "porque" sabía que me había amado, y "porque" estaba persuadido de que jamás me diera motivo alguno de enojo, le ahorqué "porque" no se me ocultaba que al proceder así cometía un pecado, un pecado mortal, que comprometía mi alma hasta el punto de ponerla si tal cosa estuviese en lo posible, fuera de la misericordia del Dios Muy Misericordioso y Muy Terrible.

En la noche siguiente al día en que cometí este acto cruel, despertóme en mi sueño el grito de ¡fuego, fuego! Las cortinas de mi lecho estaban ardiendo: la conflagración se había propagado por toda la casa y no sin gran dificultad pudimos escapar, mi esposa, un criado y yo. La destrucción fué completa; toda mi fortuna se perdió, y desde entonces entreguéme a la desesperación.

No trato de establecer aquí una relación de causa a efecto entre la atrocidad y el desastre, porque me hago superior a semejante debilidad; pero doy cuenta de una serie de hechos y no quiero omitir un solo eslabón de la cadena. Al día siguiente del incendio visité las ruinas; las paredes se habín derrumbado, excepto un tabique interior poco grueso, situado casi en el centro de la casa, y contra el cual se apoyaba la cabecera de mi cama: en esta parte, la mampostería había resistido a la acción del fuego, y yo atribuí el hecho a la circunstancia de ser la pared nueva. Delante de aquel tabique habíase reunido una multitud considerable y varias personas parecían examinar cierta parte con minuciosa y viva atención. Las palabras: ¡"qué extraño, qué singular"! y otras semejantes, excitaron mi curiosidad; acerquéme y ví, semejante a un bajo relieve esculpido en la blanca superficie, la figura de un gato gigantesco: la imagen estaba representada con una exactitud verdaderamente maravillosa y el animal tenía una cuerda alrededor del cuello.

Al pronto, ante aquella aparición, pues apenas podía considerarla como otra cosa, mi asombro y mi terror fueron extremados; pero la reflexión vino al fin en mi auxilio. Recordé haber ahorcado al gato en el jardín contiguo de la casa, jardín que fué invadido por la multitud al oírse los gritos de alarma; alguno debió desatar al animal del árbol, para arrojarle a mi habitación por la ventana abierta, sin duda con el objeto de despertarme; las otras paredes comprimieron al caer la víctima de mi crueldad en la substancia del yeso recientemente apli-

tado, y la cal de aquel tabique, combinada con las llamas y el amoníaco del cadáver, debió producir la imagen tal como la veía.

Aunque tranquilizase así ligeramente mi espíritu, ya que no del todo mi conciencia, en cuanto al hecho sorprendente que acabo de exponer, no por eso dejó de producir en mi ánimo una impresión profunda. Durante algunos meses no pude deshacer el fantasma del gato, y agitábase en mi alma algo que parecía ser un remordimiento, pero que no lo era. Llegué a deplorar la pérdida del animal, y a buscar a mi alrededor, en las despreciables tabernas que acostumbraba a frecuentar, otro favorito de la misma especie que se pareciera al difunto.

Cierta noche, hallándome sentado y medio aturdido en una inmunda tasca, llamóme la atención de pronto un objeto negro, el cual reposaba en uno de los inmensos toneles de ginebra o de rom que constituían el principal mobiliario de la sala; y como hacía algunos minutos que miraba en aquella dirección, sorprendióme no haber echado de ver antes el citado objeto. Acerquéme y le toqué con la mano; era un gato grande, al menos tanto como Plutón, y se le parecía mucho, excepto en una cosa.

El difunto no tenía un solo pelo blanco en todo el cuerpo, mientras que éste presentaba una mancha blanca, aunque en forma indecisa, que cubría casi toda la región del pecho.

Apenas le hube tocado, púsose en pie al punto, produciendo esa especie de ronquido particular que en los gatos indica satisfacción; se restregó contra mi mano, y me pareció muy contento con mis caricias. Aquel era el animal que yo buscaba, y por lo tanto ofrecí al dueño comprársele; pero el hombre me dijo que no era suyo ni le había visto nunca antes. Seguí acariciándole, y cuando me disponía a volver a casa, el animal pareció inclinado a seguirme; le permití que me acompañara, y de vez en cuando deteníame para hacerle una caricia. Cuando llegamos a casa entró como si fuera la suya, y al punto se encariñó con mi señora.

En cuanto a mí, pronto experimenté una marcada antipatía contra el animal, es decir, lo contrario de lo que yo esperaba; yo no sé cómo ni por qué fué así, pero la evidente ternura del gato me disgustaba, produciéndome casi fatiga. Poco a poco este sentimiento de disgusto y enojo rayó en la amargura del odio; alejábame siempre del animal, pero una especie de vergüenza y el recuerdo de mi primer acto de crueldad retrajéronme de maltratarle.

Durante algunas semanas abstúveme de pegar al gato o de cometer una violencia; pero gradual e insensiblemente llegué a mirarle con indecible horror, y rehuía en silencio su odiosa presencia, como el soplo de la peste.

Lo que contribuyó sin duda, a enconar mi odio contra el gato fué la circunstancia de haber echado de ver, a la mañana siguiente al día en que le llevé a casa, que así como a Plutón, le faltaba un ojo. Sólo por esto mi mujer le cobró más cariño, pues, según he dicho ya, poseía en alto grado esa ternura de sentimiento, característica en mí en otra época, y fuente de mis recreos más sencillos y puros.

Sin embargo, el afecto del gato hacia mí parecía ir en aumento, a medida que mi aversión redoblada; seguía mis pasos con una tenacidad que difícilmente imaginaría el lector; si me sentaba, colocábase debajo de la silla o saltaba sobre mí, prodigándome sus caricias espantosas; y si me levantaba para andar, introducíase entre mis piernas, exponiéndome a una caída, o bien clavaba sus largas y agudas uñas en la ropa, trepando hasta mi pecho. En tales instantes, y aunque deseaba matarle de un golpe, impedíamelo en parte el recuerdo de mi primer crimen, pero aun, debo confesarlo de una vez, el verdadero "terror" que el animal me inspiraba.

Y este terror no era seguramente producido por un mal físico, aunque me costaría mucho definirle de otro modo. Casi me avergüenzo de confesar que el terror que el gato me causaba habían ido en aumento por una de las más extrañas quimeras que fuera posible concebir. Mi esposa me había llamado más de una vez la atención sobre el carácter de la mancha blanca de que ya he hablado, y que constituía la única diferencia visible entre el nuevo gato y el que yo había muerto. El lector recordará sin duda, que aquella mancha, aunque grande, era primeramente vaga en su forma; pero lentamente por grados imperceptibles, que mi razón se esforzó largo tiempo en considerar como imaginarios, adquirió al fin contornos muy marcados, llegando a ser la imagen de un objeto que no puedo nombrar sin estremecerme. Esto era lo que me hacía mirar al gato con horror y disgusto, y lo que me hubiera impulsado a librarme de él, "si me hubiera atrevido", porque aquella mancha era la imagen de una cosa hedionda, siniestra, la imagen de una "horca". ¡Oh, lúgubre y terrible máquina de horror y de crimen, de agonía y de muerte!

Y desde aquel instante consideréme más mísero que cuanto pudiera serlo toda la Humanidad, y ya no conocí la beatitud del reposo ni de día ni de noche. Durante el día, el animal no me dejaba solo un momento, y por la noche, cuando despertaba de mis sueños, agitados por indefinible angustia, sentía a cada momento en mi rostro el hálito tibio del gato, y su enorme peso; era la encarnación de una pesadilla que en mi potencia no podía sacudir, que estaba eternamente incrustada en mi "corazón".

Bajo la presión de semejantes tormentos, lo poco bueno que aun quedaba en mí desapareció; todos mis pensamientos fuero malos; los más sombríos y peores que puede haber. La tristeza de mi carácter habitual degeneró en odio a todas las cosas y a toda la humanidad; y mi esposa, que no se quejaba nunca, ¡ay de mí!, sufría las consecuencias de mi martirio, y era la más paciente víctima de las frecuentes e indomables erupciones de la ciega furia que desde entonces me dominó.

Cierto día acompañóme con motivo de cierta ocupación doméstica al sótano de la vieja casa donde nuestra pobreza nos obli-

MUY NERVIOSOS

Juan: — No puede usted imaginarse lo nervioso que estaba yo en el momento en que le pregunté si accedía a casarse conmigo.

María: — Y usted no puede ni suponer lo nerviosa que estuve yo hasta que usted me hizo esa pregunta.

NUESTRO CLIMA VARIABLE

El hombre que pensaba salir de paseo.

gaba a vivir; el gato me siguió bajando en pos de mí por la empinada escalera y como tropezara con él, faltóme poco para caer en tierra. Esto me exasperó hasta la locura, levanté el hacha que llevaba en la mano, y olvidado en mi cólera el temor pueril que hasta entonces me detuviera asesté al animal un golpe que hubiera sido mortal si le hubiese alcanzado como yo quería; mi esposa detuvo mi brazo; pero esta intervención excitó más aun mi rabia infernal, desprendíme al punto, y hundí el hacha en su cráneo. La pobre mujer cayó muerta en el sitio, sin proferir una sola queja.

Consumado este horrible asesinato, lo primero que hice fué reflexionar deliberadamente sobre la manera de ocultar el cadáver, comprendiendo que no podía sacarle de la casa, ni de día ni de noche, sin exponerme a que lo vieran los vecinos. Pensé en varios proyectos; por un momento ocurrióseme la idea de cortar el cuerpo en pedazos y destruírlos con el fuego; después resolví abrir una fosa en el suelo mismo del sótano; luego me pareció mejor arrojarle en el pozo del patio; parecióme más conveniente sin embargo, encerrarle en una caja a guisa de mercancía en la forma acostumbrada, y encargar a un mozo de cordel que lo llevase a un punto cualquiera. Por último, adopté un plan que me pareció mejor de todos: reducíase a emparedar el cadáver allí mismo, como lo hacían con sus víctimas los monjes de la Edad Media.

El sótano tenía buenas condiciones para llevar a cabo mi proyecto; las paredes, levantadas a la ligera, habían sido cubiertas recientemente en toda su extensión con una capa de yeso que a causa de la humedad de la atmósfera no se había endurecido; y en ella veíase una saliente formada por una especie de falsa chimenea, cuyo hueco se había rellenado. No dudé que me fuera fácil retirar los ladrilos en aquella parte, introducir el cadáver, y tapiarle, de modo que nada pudiera infundir sospechas. No me engañé en mí cálculo: con el auxilio de unas grandes tenazas quité fácilmente los ladrillos y después de apoyar el cuerpo contra la pared interior, sostúvele en esta posición hasta que hube dejado toda la mampostería como antes estaba, sin mucha dificultad. Después busqué mortero y arena, con todas las precauciones imaginables; preparé una argamasa que no se podía diferenciar de la otra, y cubrí los ladrillos con una capa cuidadosamente; cuando hube terminado, ví con satisfacción que la obra era perfecta; la pared no presentaba la seña de la operación; recogí todos los restos, escrupulosamente

"PUCKY" Magazine

APARECE TODOS LOS VIERNES

PRECIOS DE SUSCRICION

Capital e Interior

Número de la semana	$ 0.20
„ atrasado	„ 0.40
Suscrición por 3 meses (13 números)	„ 2.50
„ „ 6 „ (26 „)	„ 4.80
„ „ 1 año (52 „)	„ 9.00

EXTERIOR

Bolivia, Brasil, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, España, EE. UU. de Norte América, Filipinas, Guatemala, Honduras, Méjico, Nicaragua, Paraguay, Perú, San Salvador, Santo Domingo y Uruguay . . . Año $ 9.00 c/l.

Demás países . . . . . „ 12.00 „

y apisoné el suelo, por decirlo así. Al mirar triunfalmente a mi alrededor, dije para mis adentros: Aquí por lo menos no se habrá perdido inútilmente mi trabajo.

Mi primera diligencia fué después buscar el gato, causa de aquella terrible desgracia, porque estaba resuelto a matarle; si lo hubiera encontrado en aquel momento, nada le habría salvado; pero el astuto animal inquieto sin duda por mi reciente cólera, parecía haber resuelto no presentarse. Difícil me sería dar una idea de la profunda sensación de alivio que la ausencia del odiado animal produjo en mi corazón; no se dejó ver en toda la noche, y así es que ésta fué la primera que pasé tranquilo desde que el gato estaba en la casa; dormí profundamente; ¡sí, "dormí" con el peso de aquel asesinato sobre el alma!

Transcurrieron el segundo y tercer día sin que viniese mi verdugo, y una vez más respiré como hombre libre. El mostruo, poseído sin duda de terror, había abandonado la casa para siempre; ya no le vería jamás; mi felicidad era completa. En cuanto a mi tenebroso crimen, inquietábame muy poco; pero dióse orden para practicar pesquisas, naturalmente, no se pudo descubrir nada; de modo que consideré segura mi felicidad.

Cuatro días después del asesinato, un destacamente de agentes de policía se presentó de improviso en la casa para proceder a un detenido examen de la localidad; pero confiado yo en lo impenetrable de mi escondite, no experimenté la menor inquietud. Los oficiales me obligaron a que les acompañara en su pesquisa, y no dejaron ningún rincón por registrar, bajando al fin por tercera o cuarta vez al sótano. Ni uno sólo de mis músculos se estremeció; mi corazón latía tranquilamente, como el de un hombre que duerme en la inocencia; recorrí el sótano de un lado a otro con los brazos cruzados sobre el pecho, y paseábame con la mayor indiferencia. Satisfecha del todo la policía, disponíase a retirarse, y fué tan grande el júbilo de mi corazón que no pude resistir el vivo deseo de decir al menos una palabra, aunque sólo fuese una, a manera de triunfo para convencer a aquellos hombres de mi inocencia.

—Caballeros, — dije al fin, cuando subían la escalera, — me complace mucho haber desvanecido sus sospechas y deseo a todos completa salud, así como un poco más de cortesía. Sea dicho esto de paso, caballeros..., hé aquí una casa bien construída (en mi insaciable deseo de decir alguna cosa con indiferencia, apenas sabía lo que hablaba); puedo asegurarles que es una casa admirablemente bien construída; esas paredes son de la más sólida mampostería.

Y al decir esto, permitiéndose la bravura frenética, golpée con una caña que tenía en la mano precisamente en los ladrillos que ocultaban el cadáver de la esposa de mi corazón.

¡Ah! ¡Dios me proteja y me libre al menos de las garras del archidemonio! Apenas se hubo apagado el eco de mis golpes, en silencio, una voz me contestó desde el fondo de la tumba; era una queja, entrecortada al pronto, como de sollozo de un niño; pero que se convirtió en un lameto prolongado, sonoro y contínuo, completamente anormal y antihumano, un alarido que expresaba a la vez el horror y el triunfo, y que sólo podía venir del infierno, sonido espantoso producido a la vez por la garganta de los condenados en medio de sus tormentos, y en la de los demonios que se regocijan en sus antros malditos.

Locura fuera tratar de comunicaros mis pensamientos; parecióme desfallecer y vacilé, apoyándome en la pared opuesta. Durante un momento, los oficiales permanecieron en la escalera, inmóviles, mudos de terror, y unos instantes después, diez o doce brazos robustos golpeaban victoriosamente el muro que cayó todo entero. El cadáver, ya muy desfigurado y lleno de sangre coagulada, se mantenía derecho a la vista de los espectadores; sobre su cabeza con su boca rojiza dilatada, y su ojo único brotando fuego, ví el hediondo gato, cuya astucia me había inducido al crimen, y cuya voz reveladora me entregaba al verdugo. ¡Había emparedado al monstruo en la tumba!

EDGAR POE.

—Mi hijo es mentiroso, hipócrita y cobarde, — decía desconsolado el padre, y no sé de quién puede sacar esos defectos. De mí no será.

—No: tú tienes todos los tuyos todavía, — dijo la esposa.

* * * *

—¿Usted es casado, no es cierto?

—No, señor; yo no me he casado nunca.

—¡Ah! Es raro ¿no?

—No. Fíjese: cuando muchacho me enamoré de una bellísima morocha. "O me caso con ella o no me caso con ninguna", me dije.

—¿Por qué no se casó con ella?

—Cuando la conocí mejor y me dí cuenta de su carácter, me dije: "Prefiero no casarme con ninguna a casarme con ella."

—¿Y después?

—Después me ha ido tan bien sin ninguna, que no se me ha ocurrido pensar en otra.

* * * *

—Perdone, señor, — dice un pasajero en el tren al que va sentado delante de él. — ¿Quiere tener la bondad de prestarme sus anteojos?

—Con mucho gusto, señor, — dice el otro, dejando de leer el diario y entregándole los lentes.

—Y ahora, señor, que usted, sin anteojos, no puede leerlo y por lo tanto le es inútil, ¿quiere tener la bondad de pasarme el diario?

Retrocedí un paso, contemplando aún el misterioso paquete sobre el parapeto del puente. En ese momento, el paquete pareció dar un brinco en el aire que casi lo levantó de donde estaba. Avancé y lo arrojé al agua. ("Las aventuras de Angélica", "La caja de cartón".)

LAS AVENTURAS DE ANGELICA

La Caja de Cartón

POR OLIVER WRIGHT

(Traducción del inglés especialmente para "Pucky

ABIA yo pasado ya algún tiempo trabajando en provincias, haciendo ropas para algunas grandes señoras, y había reunido una bonita suma de dinero. Pero si al principio me gustó la vida campesina, con su calma y su paz infinita, al cabo de unos meses comencé a sentir nostalgia de vida más agitada de la ciudad.

Comencé a desear cada vez con mayor ansiedad el volver a verme en mi hermosa capital, pues estoy orgullosa de haber nacido en París. Me decidí, pues, a no aceptar más trabajo en provincias y, con el pequeño capital que tenía, tentar mi fortuna en París.

Habiendo terminado mi último vestido, hice mi equipaje, me despedí de la gente de la casa donde trabajaba, y me dirigí a la aldea por la cual pasaría la diligencia de Monsablé media hora después.

El jardinero del castillo donde estuve me acompañó y llevó mi equipaje hasta la diligencia. Era un joven no mal parecido, que se sentía inclinado a ser un tanto sentimental al ver que partía "la señorita Angélica". Pero, ¿pasarme yo en el campo un año sí y otro también?... ¡No y no!

La aldea de Boisdormant se halla lejos de todo camino frecuentada. Verdad es que, desde la estación más cercana de ferrocarril, puede uno llegar a París en menos de una hora, pero antes hay que soportar tres horas de diligencia por malísimos caminos. En invierno estos caminos son muchas, veces, bloqueados por la nieve, y a veces, la diligencia demora días enteros.

Llegó el vehículo con atraso, pero llegó. Tuve la suerte de encontrar asiento en el interior, pusieron mi equipaje en el techo, y partimos, saltando y dando tumbos por el camino barroso. Poca gente era la que viajaba, porque era aquel día uno de los más crudos y fríos del mes de marzo. Todos los pasajeros sólo pensaban en arrebujarse más y más, reacios a toda clase de conversación. Así recorrimos más de una hora de camino hasta que, con gran ruido de golpear de cascos herrados y muchos saltos en las piedras, llegamos a la pequeña aldea de Oudonc, y nos detuvimos frente la hostería.

Allí vimos señales de vida. Era día de mercado en Oudonc. Había carpas y kioscos en la plaza, donde se notaba gran movimiento a pesar del frío. Mis compañeros, despertando por fin se prepararon a descender de la diligencia. Algunos tenían, al parecer, algo que hacer en el mercado.

Hubiera yo descendido también, con sumo placer, para recorrer las carpas del mercado; pero no tuvimos tiempo para ello. Nos detuvimos tan sólo el tiempo necesario para cambiar caballos y para que el conductor tomara una copa. Emprendimos de nueva la marcha, dejando detrás de nosotros aquel modesto trozo de vida campesina.

Hay gente que se vuelve loca por el campo en invierno; qué encuentran belleza en la tierra oscura y desnuda, en las praderas heladas de frío, con las granjas de techos rojos y los árboles que yerguen sus ramas sin hojas sobre el fondo plomizo del cielo. Les gusta el silencio y la soledad, según dicen. A mí me pasa lo contrario. Bien dicen que sobre gustos no hay nada escrito.

Poco después de haber salido de Oudonc, el sol se ocultó entre grandes nubes rojas. Entre las sombras del ocaso el paisaje parecía aún más triste que antes.

Yo era entonces el único pasajero que quedaba en el interior de la diligencia. Hallándome cansada tanto por lo aburrido del viaje como por los saltos y tumbos de la diligencia, me envolví en una manta, puse los pies sobre el asiento de delante y traté de dormitar.

Me desperté a causa de la repentina parada de la diligencia; al preguntarme qué motivo habría tenido el conductor para detenerse, observé que lo había hecho respondiendo a una voz que había gritado algo desde las sombras. Saqué la cabeza por la ventanilla y vi que pasábamos por un bosque. Todo estaba oscuro como boca de lobo, y no pude ver nana más que la blanca línea del camino que se extendía delante y detrás de nosotros. No era aquel un sitio en el cual podría uno suponer que un pasajero esperaba la diligencia; pero allí estaba alguien que desaba subir al vehículo.

Después de cambiar unas palabras con el

conductor, uno de los postillones se apeó y abrió la puerta del coupé. Una mujer salió de entre los árboles y avanzó, subiendo al vehículo. Al hacerlo así se piso el ruedo de la falda y yo acudí a ayudarla, ofreciéndole tomar en mis manos un atadito que llevaba. Se las compuso ella sin mi ayuda, sin embargo, pero aquello fué lo suficiente par establecer entre nosotras cierta cordialidad.

El conductor, habiéndose detenido, decidió aprovechar aquella oportunidad para encender los faroles. Fué aquella una operación hecha con toda parsimonia, y la recién llegada pareció lamentar la demora, pues gritó desde el interior:

—¡Adelante, amigo mío! Tengo que tomar el tren de París en Monsablé, y ya estamos atrasados.

—Al contrario, tenemos tiempo de sobra, — respondió el conductor, — y no puedo acercarme al pueblo sin luces. ¡Ya está!

Y dichas estas palabras subió al pescante de la diligencia.

—Me parece haber oído que alguien llamaba, — dije cuando ya había despertado de nuevo, el ruido del vehículo, los mil ecos del bosque.

—Debe ser el perro de aquella granja de allá abajo, — respondió mi compañera de viaje. — Me ha engañado a mí misma más de una vez esta noche con sus ladridos. No detenga usted el coche, señorita, se lo ruego. Estamos atrasadas ya y no sabe usted lo que he luchado por alcanzarla.

Se notaba que había corrido mucho, porque su respiración era jadeante. Abrí la canastita que el ama de llaves del castillo me había obsequiado, y saqué una botella de vino y un paquetito de bizcochos. Aceptó mi compañera lo que le ofrecí, diciendo:

—Salí de casa con pocos minutos de tiempo, tan de prisa que no pensé en los alimentos. Pero usted debe tomar algo también, señorita. ¡Bueno! ¿Beberá usted primero?

Echó el cuerpo para adelante y, al hacerlo así, un repentino barquinazo de la diligencia, hizo saltar al aire, hacia adelante el paquete que tenía sobre las rodillas. Yo lo alcancé, evitando así que cayera sobre el piso.

—¡Dios mío! — exclamó ella. Fué casi un grito lo que escapó de su garganta y, durante un momento, se tapó el rostro con ambas manos.

Luego, mirando de nuevo, vió el paquete reposando tranquilamente en mi falda; y con un suspiro de alivio lo tomó, poniéndolo en seguida, en el asiento, detrás de ella.

—Señorita, — me dijo, — no sabe usted cuánto le agradezco lo que acaba de hacer. Creí que todo mi futuro se lo había llevado el diablo con la rotura de esa cajita. ¡Si usted supiera cuán frágil y precioso es lo que contiene!

Habló con voz profunda, rica en tonalidades, y con un ligero acento extranjero que me hizo sospechar que procedía ella de las provincias del Sur o, tal vez, de Italia. La debilísima luz que entraba a la diligencia, procedente de los faroles laterales, me permitía ver que era alta y tenía unos ojos negros muy grandes y brillantes. Pero, fuera de eso, nada más pude distinguir, pues se hallaba envuelta en una amplia y larga capa, cuya capucha llevaba puesta, oscureciéndole el rostro por completo. Había en toda su actitud un aire de misterio que me interesó mucho; pero, tal vez fuese aquello efecto de su inesperada aparición, surgiendo de las sombras del bosque.

Mi compañera resultó agradable y cuando llegamos a Monsablé nos hallábamos ya en bastante buenas relaciones. Descubrí que le había estado relatando mis idas y venidas por las provincias, de uno a otro castillo, y que también le había explicado mis futuros planes en forma confidencial. Creo que fué la copa de vino que tomé la que se me subió a la cabeza, lo que me hizo hablar tan libremente con una persona extraña.

Mi compañera, por lo contrario, fué muy poco lo que me confió. Descubrí, que como lo había pensado, era italiana, y que vivía en aquella parte de la comarca, allá, según decía, vagamente, — como mucama al servicio de una compatriota suya casada con un caballero francés de excelente posición. No expresó nombre alguno, como es natural, ni yo se lo pregunté tampoco. Con un encargo de su señora, iba a París. Su misión tenía algo que ver con el paquete que yo había salvado de la destrucción, pues éste parecía llenar por completo sus pensamientos y preocuparla pues una y otra vez se volvía para observar si se hallaba siempre donde ella lo había puesto. Era una cajita cuadrada, envuelta en un gran pañuelo de algodón. No pasó mucho tiempo sin que comenzara yo a preguntarme cuál sería la naturaleza de su contenido.

Mi compañera debió sospechar lo que yo pensaba, al ver que de vez en cuando, le lanzaba una que otra mirada. Entonces, me ofreció una explicación de su viaje.

—Mi señora, — dijo, — ha querido enviar un regalo a una amiga suya que está en París. Se trata de algunas uvas de especie rara y costosa, que ella ha cultivado en sus invernáculos. Como hoy es día de fiesta y la señora supo que su amiga ofrece una fiestita, se ha encaprichado en que las reciba hoy para ponerlas en la mesa esta noche. Por una estupidez del criado, la caja no fué despachada esta mañana, razón por la cual me vé usted haciendo este viaje a toda prisa. Le aseguro mi buena señorita, que mi señora es pura capricho. ¡Cómo que si estas uvas no llegan a tiempo eso puede costarme el puesto!

La consolé, como es natural, y le dije, también, que yo también iba a París, la demora en el despacho de la cajita había sido afortunada para mí, ya que eso me había permitido hallar una excelente compañera de viaje; y que, como yo conocía la ciudad muy bien, podría servirle de algo, lo que me agradeció.

A esta altura de nuestro camino, las luces de Monsablé comenzaban a brillar intermitentemente como luciérnagas. Un cuarto de hora después atravesábamos la ciudad hacia la estación del ferrocarril, a la cual estaba por llegar el tren de París.

En cuanto descendimos de la diligencia, fuíme a ocuparme de mi equipaje, prometiéndome mi compañera esperarme junto a la oficina de los pasajes. Pero ella no estaba allí cuando yo fuí a tomar mis pasajes, pero la ví que se hallaba en el andén, a alguna distancia, en anamida conversación con un hom-

bre, también italiano, según me pareció. No quise interrumpirlos y pasé de largo.

Como el tren de París llegó en aquel momento y habiendo hallado yo un compartimiento vacío, me procuré dos asientos junto a la ventanilla en él y me quedé en la puerta para esperar a Teresa. Yo ya la había perdido de vista y comenzaba a sentirme un poco preocupada por su ausencia, ya que el tren sólo se detenía unos pocos minutos en Montablé. Nos hallábamos ya a punto de emprender la marcha, cuando ella apareció, avanzando apresuradamente, con el precioso paquete debajo del brazo. Miró en redor suyo, con mirada investigadora, como si me buscara a mí, y yo me incliné hacia adelante, agitando la mano.

—¡Pronto, pronto! — grité.

En verdad que mi advertencia no era del todo apresurada, ya que los empleados de la estación habían comenzado a dar sus gritos sacramentales de:

—¡Señores viajeros, al tren!

—¡Ah, señorita! — exclamó mi compañera, saltando a colocarse a mi lado en el estribo. — ¡Es usted tan buena, tan amable! Usted me hará un gran favor, ¿no es verdad? He encontrado un amigo mío que me informa que mi pequeño hijito está enfermo, en el hospital de Lyon. No puedo ir a París, después de recibir tal noticia. Si yo tomo el tren aquel que espera allí, puedo estar junto a él en pocas horas. Pero por otro lado, no puedo dejar de cumplir el encargo de mi señora, pues de la contrario eso me costará con toda seguridad el empleo. ¿Podría usted hacerme este pequeño favor, señorita? Cuando usted llegue a París, al salir de la estación, pasará usted a pocos pasos de la calle en que este paquete debe de quedar. ¿Sería mucho pedirle que lo dejara usted en la dirección que tiene?

Me sentí bastante desilucionada de tener que hacer, después de todo, el viaje sola. Pero como es natural, yo no podía rehusarme a ayudar a otra mujer que se hallaba en apuros. Así, pues, accedí al pedido de Teresa, a que, con expresiones de gratitud completamente fuera de proporción con el servicio que recibía, comenzó a darme las instrucciones completas.

—Hay algo sobre lo cual yo me permito pedirle escrupulosidad, — imploróme. — Esta cajita deberá hallarse sobre la mesa del señor esta noche, o mi señora nunca me perdonará que su tanto tiempo preparada sorpresa no haya salido como ella quería. Prométame, pues, señorita, prométame usted que este paquete será entregado nunca más tarde de las ocho de la noche. El tren llega a París a las siete y quince, de manera que le queda a usted tiempo suficiente para ello. Todo lo que necesita hacer usted es entregar el paquete en la puerta, pidiendo que sea entregado al señor, de parte de un compatriota suyo, que teme que él haya olvidado el país natal, y que le envía esto como recuerdo.

Prometí lo que se me pedía, y Teresa, con nuevas protestas de gratitud, cerró la puerta del compartimento. El silbato del tren sonó.

—¡El paquete! ¡No me ha dado usted el paquete!

El tren se había puesto ya en movimiento, y Teresa seguía manipulando los nudos de su capa.

—¡Aquí está!

Dejando caer el pañuelo de algodón al andén, subió a los estribos del coche, que ya se movía, inclinándose luego por la ventanilla, me alargó la caja de cartón. En el mismo momento en que ella hacía esto, una extraña sospecha me asaltó, porque, en el momento en que la mano me alargaba el paquete, la luz de la lámpara del techo cayó sobre ella. Era una mano de dedos gruesos, musculosos, ancha palma, muñeca gruesa y fuerte, como la de un obrero; y me asaltó la convicción repentina de que, no importa como fuera vestida aquella persona, ciertamente que la mano no era mano de mujer.

¡Un hombre vestido de mujer! ¿Qué significaría eso? Me dejé caer en el asiento, completamente estupefacta. Pero, inmediatamente me levanté, asomándome a la ventana, a fin de llamar a Teresa para que se llevara su paquete; pero en vano. El tren salía ya de la estación; al mirar yo para trás no pude ver a mi compañera por ningún lado. Pero, sí; una alta figura de mujer vistiendo una larga y amplia capa, subía en ese momento a un compartimiento de un tren que comenzaba a moverse del otro lado de la estación. Esa debió ser Teresa, en cuyo caso anduvo con admirable rapidez. Quise ver más, pero en ese momento hubo una pequea conmoción en el andén del cual había partido el tren de París. Dos hombres acababan de llegar, pretendiendo subir al tren en movimiento; pero fueron contenidos por el conductor, y quedáronse gesticulando y amenazando como poseídos, en el centro de un corrillo de curiosos que se formó de inmediato, que me cerró la mirada a todo lo que había ido más allá.

¿Qué podía hacer yo? Me senté de nuevo, desalentada; pero, poco a poco, el sentido común vine en mi ayuda. ¿Por qué razón debía yo suponer que Teresa era un hombre disfrazado? ¿No habría sido yo la víctima de una falsa idea, de una simple ilusión óptica? ¿Sobre qué podía yo basarme, como no fuera en sus manos rudas y grandes? Probablemente, Teresa sería una de las muchas servidoras empleadas en las faenas de granja, aún ella misma tal vez trabajara en los campos. Y esa clase de trabajo no es el más a propósito para conservar las manos blancas y sedosas. Comencé a respirar más tranquilamente, y agradecer la circunstancia que me había salvado de ponerme en ridículo.

Me incliné hacia adelante, examinando el paquete, que se hallaba sobre el asiento frente al que yo ocupaba. Se trataba de una fuerte caja de grueso cartón, sellada y asegurada con una cinta verde. Sobre la tapa, llevaba la dirección, escrita claramente: "A S. E. el señor ministro de Serdeña", y, abajo, la calle y el número. Bueno; por lo menos, la dirección correspondía a un barrio respetable de la capital.

Consideradas todas las cosas, el camino a seguir se me aparecía claro y definido. Había prometido entregar aquel paquete y lo entregaría. Las promesas deben ser cumplidas y, después de todo, entregar el paquete a la puerta, dar el mensaje y marcharme, era co-

RECUERDOS DE LA JUVENTUD

El artista: — De primer orden el chiste ¿eh?
El director: — ¡Magnífico! La primera vez que lo leí recuerdo que estuve riéndome una hora.

LA MODA SEGUN LA GEOGRAFIA

La moda de Egipto bajo dos distintos aspectos.

La moda piel roja

Moda polar.

Moda druídica

Moda del Paraiso
(Más vale que no se vea)

sa fácil y serviría al mismo tiempo de medio para cortar toda futura conesión entre Teresa y yo.

Como se ve, pues, estaba resuelta a hacer lo que había prometido, entregando la caja aquella en la legación de Serdeña antes de las 8 p. m. Pero el Destino tenía decidido todo lo contrario. A poca distancia de París nos sorprendió una densa neblina, de manera que tuvimos que aminorar la marcha, con lo cual perdimos media hora, llegando con este atraso a la estación de la capital. Al llegar sufrimos otro retraso más, pues un par de gendarmes colocados a la entrada, sólo nos permitían salir uno por uno, lo que, cuando se trata de gran número de pasajeros, es un proceso siempre lento.

Al fin me hallé en la calle, y me puse en marcha en dirección al destino de la caja de cartón, y me sentía feliz al pensar que me libraría de ella en pocos minutos más. Cuando tuve que llevarla colgando de la mano observé que era más pesada de lo que yo había creído, pues a no dudarlo, la fruta se hallaba estrechamente empaquetada.

Había ya puesto mi pie en el puente, para cruzarlo, cuando de mil campanarios partió el tañer de campanas. ¡Las ocho de la noche!

¡Y yo todavía tenía que recorrer varias cuadras! Bueno; sea como sea, — pensé, — no es culpa mía si nos hemos atrasado, y el paquete llegará a su destino tan pronto como fuera posible. Apreté el paso, cruzando el puente, que se hallaba casi desierto cuando, más o menos a la mitad de su extensión me dí cuenta de que pasaba algo raro con la caja. Me pareció sentir como una vibración en la caja, la que se comunicaba a mis manos. Temí una ilusión y pasé el paquete a la otra mano, pero con ésta también sentí el mismo curioso temblor de caja. Sorprendida y alarmada, coloqué la caja misteriosa sobre el borde del puente, debajo de la luz, y me la quedé mirando, sin saber qué hacer. ¿Habría allí dentro algún animal, a pesar de que Teresa me había dicho que contenía uvas? Pero no; eso era imposible. No hubiera podido vivir en aquella caja completamente cerrada al aire. Y ahora, mientras el rumor de las campanas moría a lo lejos, mientras estaba yo aún inmóvil en medio del puente, mirando la extraña caja, oí el rumor, cerca de mí, descubriendo luego que partía de la caja, como de un reloj que tratara de dar las horas con cierta dificultad.

—¡Estas uvas son las más extrañas que haya yo visto en mi vida! — murmuré, estupefacta y más alarmada aún.

Retrocedí un paso, contemplando aún el misterioso paquete sobre el parapeto del puente. Y, en ese momento, llenándome de horror, el paquete pareció dar un brinco en el aire, que casi lo levantó de donde estaba. Presa de un repentino acceso de pánico, sal-

Senor Administrador de EL DIARIO

Av. DE MAYO 662 - Buenos Aires.

Adjunto 0.10 centavos en estampillas para que me remita un ejemplar del próximo jueves en que aparecerá la página de modas en colores y una página con la graciosa historieta de Barnigugli y su pingo Tragavientos.

Nombre y apellido . . . . . .

Domicilio . . . . . .

Ciudad o pueblo . . . . . .

Se aceptan suscripciones a la edición de los jueves a razón de 10 ctvs. por cada ejemplar

F. C. . . . . .

té hacia adelante, y, con un empujón, lancé la caja de cartón dentro del río.

Un ruido, como de un trueno subterráneo, subió y una columna de agua se levantó del río, subiendo varios metros por sobre el nivel del puente, para caer luego sobre éste en forma de fuerte lluvia. Yo no esperé a saber lo que los transeuntes pensaban de aquello, sino que me volví y comencé a correr en dirección al otro lado del puente. Allí, desde un lugar oscuro, me volví para mirar, viendo que se había reunido un numeroso corro de personas junto a la lámpara. Y temiendo ser seguida y acusada de llevar máquinas infernales. Continué mi interrumpida marcha hasta que, a fuerza de emoción, mis piernas no me pudieron sostener más y me dejé caer, rendida, sobre un banco bajo los árboles de los Campos Elíseos.

¡Qué sorpresa se habría llevado el ministro de Cerdeña, de haber sido colocada aquella caja sobre su mesa!

Allí comencé a pensar si no habría preparadas más sorpresas por el estilo para el ministro, y si no sería mi deber provenirlo y ponerlo en antecedentes de la escapada que había tenido.

Resueltas estas dudas mías por la afirmativa, aquella misma noche me encaminé a la legación de Cerdeña y allí, en una conversación con el secretario del ministro, y con el ministro más tarde, les expliqué toda mi extraordinaria aventura.

Ambos bondadosos caballeros armaron un gran alboroto sobre mi persona, insistiendo el ministro en hacer un exquisito regalo, diciendo que yo había salvado su vida. Bueno; eso debe haber sido una exageración, pero, por lo menos, yo había estado a punto de perder la mía.

Mi relación fué al punto comunicada a la policía, lo que me costó molestias sin cuento. Pero parece ser que toda mi narración se hallaba de perfecto acuerdo con ciertos informes que ya poseían ellos.

Parec ser que aquella misma mañana, la policía había recibido un anónimo en el que se les informaba que cierto notorio anarquista italiano se hallaba ocupado en fabricar bombas y máquinas infernales en la pequeña aldea de Oudonc, con la intención de traerlas luego a París, pero sin que se supiera su destino ulterior.

Con estos informes en mano, la policía colocó de inmediato guardias en la estación en París, a la espera de la llegada del italiano, a quien ya conocían de vista, mientras instruían a la policía local de Oudonc de allanar la casa donde se decía que el italiano habitaba.

El anarquista escapó justamente a tiempo disfrazado de mujer, llevándose consigo una de sus máquinas infernales más perfectas, seguido de cerca por la policía. Pero ésta lo perdió en los bosques. Allí pudo el revolucionario tomar la diligencia, mientras sus perseguidores llegaban al camino a tiempo sólo para verla a lo lejos. Siguieron a pie hasta Monsablé, llegando también tarde a la estación, en el momento que el tren a París partía.

Mientras tanto, se supone, el italiano debió haber recibido algunos informes acerca de que la estación de París se hallaba vigilada y fué entonces que tuvo la brillante idea de utilizar a la insospechosa y confiada muchacha que tuvo la desdicha de ser su compañera de viaje. Parece que nunca tuvo en cuenta en lo más mínimo el peligro a que me exponía a mí. Es cierto que insistió en que yo debía entregar el paquete antes de las ocho, hora en que debía estallar, según el mecanismo que llevaba. Pero, ¿cómo podía él saber que yo iba a hacerlo? ¿Cóómo podía yo saber que era una bomba, para dejarla antes de esa hora?

Bueno; el caso es que, según parece, los revolucionarios italianos pensaban que el ministro de Cerdeña había sido un tanto remolón en apurar a Napaleón III a acudir en auxilio de Italia. Y éste era su método cortés y práctico de recordarle su deber a S. E.

Todo está bien cuando bien concluye; pero, lo que es a mí, no me va a ver en mi vida aceptando encargos, sobre todo, de paquetes para desconocidos.

OLIVER WRIGHT.

Lea en la página 9 la gran novela

Los Verdes Ojos de Bast

En la página 38 de este número continúa la notable obra de piraterías y combates:

SURCOUF

SURCOUF

NOVELA HISTORICA ESCRITA EN FRANCES POR

LUIS NOIR

(TRADUCCION ESPECIAL PARA "PUCKY")

De esta obra ha sido tomado el argumento de la gran película que la casa LEON GAUMONT ha estrenado en los grandes cine - teatros de Buenos Aires y Montevideo, en la temporada actual.

(Continuación. — Véase el No. 124 y siguientes, de "Pucky")

LA cuarta esposa del agha era una beduina, hija de un jefe muy pobre, pero que supo explotar la notable hermosura de su hija para lograr de ella muy subido precio. Era Bathyns, el más acabado modelo del esplendor femenino árabe. Tenía ojos de gacela, mirada aterciopelada tal como la cantan los poetas del desierto, y tenía esbelto, ondulante el talle que se movía con gracia serpentina. Era toda ella una seductora caricia.

Pertenecía a una tribu de ladronas que sólo vivía del pillaje y no sabía apreciar sino el valor y la astucia, motivos por los cuales se entregó con toda su alma al cariño de Monsour, mozo de veinticinco años que a los quince había sabido ganar, ya, gran reputación de héroe, y al que todos llamaban el glorioso.

Todas estas mujeres y todos estos hombres odiaban y despreciaban al agha, por lo avaro, mezquino; pequeño e ntodo y puntilloso en pequeñeces, como acostumbran a serlo muchos diplomáticos. Las esposas le fingían amor y hasta representaban escenas de celos, pero no era ello obstáculo para que engañasen al gran jefe con arte inimitable.

Tenía el agha la mayor parte de los días agrias discusiones con sus consortes, y era muy frecuente oirle decir que le ocasionaba más conflictos su hogar que todas las complicaciones diplomáticas a que le obligaba la política. Aquellas cuestiones domésticas tenían por objeto despistar al agha, quien hubiera cortado la cabeza a sus cuatro esposas con sólo sospechar la mitad de la verdad. Los maridos no transigen nunca con nada que se relacione con el honor conyugal.

Si pudiera huir las mujeres musulmanas serían muchas las que volarían en busca de la ansiada libertad. Pero ¿a dónde en busca de un asilo? Si trataban de refugiarse en algún país próximo, como no fuera cristiano, era caer en otra esclavitud peor; y las mujeres del agha, como estaban enteradas de esto, no pensaron en huir de su esposo. Sólo la joven drusa, la que había estado en Damasco en contacto con las familias de los cónsules europeos, decía con acento de amargura:

—Si esta montaña se hallase cerca de un Estado cristiano, podríamos huir todas, cualquiera de estas noches. Con hacer que nos bautizasen, quedábamos convertidas en damas lo mismo que las otras...

La fuga era el sueño de las cuatro esposas del agha, y cuando llegaron las almeas y contaron sus aventuras, las cuatro consortes del jefe les hicieron infinitas preguntas hasta llegar a tener ideas de cómo eran y qué hacían los francess.

—¡Qué desgracia para vosotras! — decía la gentil Kora. — Haber caído en manos del agha. Con vuestros príncipes del mar eráis libres y ahora, tan pronto como termine el sitio de la ciudad, seréis esclavas de Djezzar, quien es un tigre, y si éste muere quedaréis como presas del agha.

—Pero debéis rogar a Dios que no muera Djezzar. Por malo que sea es siempre menos tacaño que al agha, — agregó la circasiana.

—Si fuera posible llegar a algún puerto donde se encontrase un navío que nos llevara a los reinos de los cristianos, — suspiraba Kora. — Pero todo eso no es sino soñar en lo imposible.

Escuchaba Meriem y conocía lo bastante su mundo para darse cuenta que contaba cada una de aquellas mujeres con muy buenos amigos, y como moza lista que era, estudió, pensó, fué fijándose en detalles y aca-

ó por formar su composición de lugar y por proceder en consecuencia.

Al siguiente día de verse en el campamento llamó a Kora para poder hablar reservadamente con ella y le dijo:

—Eres muy imprudente.

—¿Qué motivo tienes para decirme eso?

—Por haber notado que miras con excesiva ternura al segundo escudero de tu marido.

Negó Kora al principio, pero Meriem insistió en aconsejar mucha prudencia.

—Mire, Kora, aun suponiendo que no haya nada entre ese árabe y tú, nunca podrás negar que lo miras como no miras a nadie. Vigilo tus ojos.

Quedó Kora bastante intranquila con aquellas palabras, mientras las almeas gozaba del privilegio de ir de una a otra. por todas las tiendas dependientes del agha. Encontró al kodja.

—Señor Si Bazouchll, si tienes algún interés en conservar la cabeza sobre los hombros, sería conveniente que tomaras algunas precauciones y que demostraras más prudencia. Debías empezar por disfrazarte de mujer para determinadas empresas y harías muy bien en arrastrar un poco más tus babuchas y no dejar huellas que sólo pueden ser las dejadas por un joven gallardo y decidido. Esas son las primeras medidas que debe adoptar un enamorado cuando acude a una cita, mientras duerme el agha, a quien se forzó la mano en la dosis de opio de su pipa.

Como acostumbra a hacer la mayor parte de los musulmanes ricos, se embriagaba el agha cada noche con opio, y las esposas del señor confiaban, acaso demasiado, en los efectos del narcótico para gozar de toda su libertad durante las horas de la noche.

Había bastado a Merien una sola noche para ponerse al corriente de las interioridade aquel hogar. El interpelado trató de deslizarse, de escapar de entre los finos dedos de la suspicaz almea:

—Te equivocas, no tengo amiga alguna en esto que es el palacio de mi amo. Duermo en la zaouia, donde me eduqué y hasta puedo asegurarte que paso gran parte de las noches estudiando. Esto son cosas que sabe aquí todo el mundo, y que si las ignoras tú es por no conocer este aduar.

—Sé que arde tu lámpara, pero sé también que no estás tú leyendo a su claridad, — dijo la almea sonriendo. — Pero debes estar tranquilo, que si te hablo, no es para denunciarte, sino para que envites un conflicto Eres el que más dinero tienes en la aldea y ganas lo suficiente para poder comprar mucha esencia de rosas, y el olor te denuncia en medio de las sombras. Gracias a tus perfumes he logrado descubrirte, y no alvidés lo que dije al empezar. Trata de conservar la cabeza sobre los hombros. No te vuelvas a perfumar; mira que puede costarte muy caro.

Alejóse, pero quedó perplejo el joven.

Merien se apresuró a decir a la kurda que estaba, también, enterada de sus secretas inclinaciones, pero como se trataba de mujer muy capaz de estrangular a las almeas si tomaba a mal el asunto, la almea supo encararlo de modo que se limara las asperezas probables.

Empezó por hablar a aquella jigantesca mujer de su amante, kurdo como ella, y que se le parecía mucho.

—Eres casi tan alta como él, — decía la almea, — y no puedes negar que tenéis cierto parecido.

—Sí, nos parecemos mucho.

Estalló Merien en sonora carcajada, y dijo, como si se le ocurriese alguna extraña idea:

—De noche, cualquiera te tomaría por el mismo, sólo con ponerte unas barbas postizas.

La kurda no rió la broma sino que, por lo contrario, arqueó las cejas y se puso seria. La bestia empezaba a sacar las uñas, pero la almea no se desconcertó y aun dijo:

—En tu lugar yo me divertiría disfrazándome con las ropas de tu paisano y vestido de ese modo me presentaría ante el agha, aunque debo recomendarte que no recurras a tal disfraz, sino de noche, y hasta sólo en las noches muy oscuras.

—Veremos, — murmuró la kurda, como por decir algo.

—No has reparado cómo ese paisano y primo tuyo, que tiene una herida de bala en una pierna, cojea de manera muy sensible?

—Claro que sí.

—Pues mira, la noche que te ocurra disfrazarte, para que te confundan con ese gallardo joven, cuida mucho de cojear, si realmente pretendes que te tomen y confundan con el cojo kurdo.

Agarró la jigantesca mujer las muñecas de Merien y fijó sus pupilas en los ojos de la alamea.

—Habla y dime todo lo que sabes.

Contestó Merien como confundida y asombrada:

—Nada más tengo que decirte. ¿Pero qué te pasa? Si no quieres disfrazarte de esa manera, con no hacerlo no hay motivo para que lo tomes de tal suerte.

Soltó la kurda a la joven y voló a contar a la georginana lo que le había sucedido con la joven bailarina.

La georgiana dijo a la kurda:

—Esa muchacha está enterada de todo, y contó la entrevista de la almea con el kodja y los consejos relacionados con los perfumes. Contó tambin lo que había dicho a Kora, la esposa drusa.

—Si matara a esa almea, — murmuraba la kurda....

—Harías muy mal. Si nos avisa es prueba de que no quiere hacernos ningún daño, y demuestra con sus palabras que no quiere hacernos traición.

—Es cierto eso, pero no deja de ser terrible la idea de vivir bajo la amenaza de que bastara que hable una mujer para que nos corten la cabeza.

—También es verdad lo que dices, pero me parece que algún plan lleva esa joven premeditado cuando así nos avisa a todos.

—Bueno, pero como se atreva a denunciarnos, — dijo la kurda, — me comprometo a matarla con mi puñal.

Al mismo tiempo que todo esto sucedía, estaba Merien con Bathyna, y llevándola a un rincón apartado le dijo:

—Hermana mía, eres árabe como yo y es deber mío indicarte un grave peligro en que te veo.

Y la almea hizo el característico signo de cortar una cabeza.

—Eso es lo que harán de tí dentro de poco.

—Pero, ¿qué motivo puede haber?

—No es bastante motivo la trampa de tu habitación.

—¿De qué trampa hablas?

—Sí, sé que hay una trampa en tu cuarto y que está tapada por un viejo cofre, y no puede menos de extrañar cómo te obstinas en cuanto alguien te visita en permanecer sentada sobre mueble tan incómodo, cuando dispones de muelles y blancos cojines. Tu amigo, tu buen amigo que dispuso la trampa durante uno de los viajes del agha, hará perfectamente si busca algún otro medio de llegar a visitarte. Pero todo eso será sólo en el caso de que ni él ni tú os decidais a seguir mis consejos.

—¿No te propones hacerme traición, denunciarme, entregarme a la muerte?

—¿Puede una almea hacer traición a secretos de amor de mujer alguna? ¿No somos nosotras las hijas preferidas del dioe cisgo?

—Muy cierto es eso, pero temo que...

—Te advertí, lo mismo que he advertido a las otras compañeras tuyas.

—¿Pero qué sabes tú...?

—Es eso lo más fácil del mundo. Un marido viejo y desagradable, avaro y molesto, debe ser blanco de muchas intrigas domésticas, si cuenta con cuatro esposas. No he necesitado sino abrir los ojos para ver...

—¿Qué es lo que me propones?

Te lo diré en otra ocasión. Bathyna saltó al cuello de Merien y luego charló con las otras esposas y todas ellas pudieron convencerse de que la almea meditaba algo que interesaba a todas.

Acertaron las esposas del agha. Tenía sus planes bien formados la despierta almea y los comunicó a las oprimidas mujeres.

—Escuchad, — díjoles un día, — los franceses están en San Juan de Acre, ciudad que atacan, y el campamento europe se halla no muy lejos de estas montañas y en sitio tal que con buenos meharís y con caballos ligeros es fácil llegar a él en tres jornadas.

—Te entiendo, — exclamó Kora, — pretendes que huyamos todas. Perfectamente. vamos en busca de los franceses. Ellos nos salvarán.

—Pero hemos de huir con nuestros buenos amigos, — observó Bathyna.

La kurda presentó una objección llena de buen sentido. Además de pensar en la fuga era preciso pensar en cómo se comería una vez recobrada la libertad.

—¿Cómo podremos vivir? ¿Qué podrán ganar nuestros amigos si nos sometemos a los franceses?

—He pensado en todo eso, — contestó la almea. — Si huímos y nos echan mano, ya sabemos que nos cortarán el pescuezo, pero esto es cuanto de más terrible pueda sucedernos, ¿no es eso? Pensando en esto he recapacitado que si al huir nos llevásemos el tesoro del agha no aumentaría en nada nuestro castigo, ya que de todos modos nos condenarían a muerte.

—No haces sino decir la verdad pura, — exclamó una de las desesperadas esposas del jefe.

—El agha, continuó Merien, — desconfía siempre tanto de los beni sakers como de las otras tribus a las que castiga y saquea y desconfía asimismo de Djezzar, su bajá, lo que quiere decir que, como hombre prudente, desconfía del mundo entero y que tiene su tesoro encerrado.

—Sí, en el cofre de las perlas y los diamantes, — interrumpieron a coro todas las esposas. — Está lleno de preciosidades.

—Todas nosotras lo hemos visto, — agregó la circasiana. — Nos lo enseña el agha cuando está de buen humor.

—¿Sabéis dónde lo tiene?

—No.

—Es preciso enterarse de dónde lo escondió. Nada tenemos que ver ni mis hremanas ni yo en lo encerrado en ese cofre, ya que los príncipes del mar son extraordinariamente generosas y si algún día llegara a faltarnos su valiosa protección volveríamos a utilizar nuestras piernas para repetir las danzas con las cuales nos hemos mantenido.

—Pero de todos modos, — observó la kurda, — debemos partir con vosotras los tesores que nos llevemos.

—De ninguna manera, — interrumpió la almea. — Si conseguimos descubrir ese tesoro y si huímos llevándolo y podemos ponernos al amparo de los franceses, se dividirá el contenido del cofre en cuatro partes y se sorteará entre vosotras, para que una vez casadas con vuestros buenos amigos podais vivir todos cómodamente.

—Yo, — dijo Bathyna, — quiero ir a París a esos países de los que todo el mundo había.

—Harás lo que mejor te parezca o lo que quiera tu compañero.

—Lo importante es huir y luego ya veremos cómo salimos de todo, — exclamó la georgiana. — Pero ¿acaso consienten los franceses que las mujeres posean y puedan disponer libremente de sus fortunas?

—Claro que sí, — contestó la almea.

—Pues en ese caso, es preciso que te comprometas a lograr que gracias al poder de los reyes del mar, se considere como nuestro lo que nos toque a cada una por la participación en el tesoro, ya que si se estipula que es de nuestros maridos y no nuestro, muy pronto nos veríamos tan oprimidas como ahora.

—Respondo de que seréis vosotras y no vuestros esposos los dueños de las riquezas que os toquen en el reparto.

—Así es cómo debe hacerse, — murmuró la georgiana. — Mi pequeño estudiante es

encantador pero no deja de ser ladino y algo intrigante, y no me extrañaría verle jugarme cualquier mala pasada si es él el dueño del dinero.

—Lo cierto es que debemos tomar precauciones para que nuestros amigos no se conviertan en maridos y dueños y señores absolutos.

—Haré como tú. Mi primo es algo brutal y temo que se ponga furioso cuando se me ocurra abandonarle, pero llevándome mi capital.

—Pues el que me ha de defender y salvar en este rapto de cuatro esposas descontentas, — agregó Kora, — es capaz de todo lo malo y he de tomar mis medidas para que no me explote ni me esclavice.

La única que nada dijo fué Bathyna. Tenía fe en su guerrero poeta, con lo cual resultaba que cuatro mujeres se hacían raptar por sus amigos, pero que tres de ellas tenían en los raptores tan poca confianza como en el esposo.

Reanudó Merien la conversación para decir:

—No debe decirse una palabra de todo esto a vuestros amigos. La cuestión de intereses se arreglará a gusto vuestro tan pronto como lleguemos al campamento francés.

—Nos pondremos en camino durante la noche, — dijo la georgiana, — dos de los acompañantes estarán esperándonos con camellos y maharís en la próxima montaña, y al amanecer podemos haber recorrido veinte leguas, de modo que nada tenemos que temer ya del agha. Estará tan dormido como de costumbre cuando acabé de fumar su pipa de opio..

—Sí, pero ese día se despertará mucho más tarde que de costumbre, — advirtió la almea. — Se pondrá opio en su cena, de modo que estará ya intoxicado, aun antes de encender la pipa. Todas estas precauciones nos darán seguridad absoluta para la fuga y nos permitirán alejarnos mucho sin que piense nadie en perseguirnos.

La georgiana, mucho más viva que sus compañeras, observó:

—Veo un peligro en todo esto.

—No uno sino muchos son los peligros que tendremos que sortear, — indicó Merien.

—Cierto, pero hay un peligro que temo extraordinariamente y me refiero a las cuadrillas de bandidos.

—Es muy cierto. Por todas partes tropezaremos con partidas de bandoleros que sólo viven del pillaje.

—¿De cuántos hombres se componen las más fuertes de esas bandas de merodeadores? — preguntó la almea.

—Se forman de seis u ocho, y nuestros cuatro defensors, por muy bravos que sean, han de sucumbir ante tales enmigos.

—Escuchadme. Tanto mis hermanas como yo somos argelinas y sabemos batirnos sin experimentar el menor miedo.

—Por mi parte, — agregó la kurda, — sé luchar como el primer hombre

—No he de quedarme corta en la defensa de mi libertad, — dijo Bathyna.

—Por lo que pudiera suceder, — indicó Merien, — empezaremos por vestirnos todas de hombres y por ir armadas. Dispondremos de un total de once fusiles, y antes de atacarnos alguna banda de ladrones ha de reflexionar un poco; pero es indispensable que, sin llamar la atención, aprendan tadas a cargar fusiles y pistolas, y para ello cada una de vosotras debe trocarse en discípula de su buen amigo y defensor.

—Nada necesito aprender, — dijo fieramente la kurda. — Que vengan y nos veremos.

—También yo entiendo de eso cuanto necesito saber, — añadió Bathyna.

—Perfectamente. Falta sólo que se ejerciten las otras dos.

—Pero no podremos aprender a tirar al blanco.

—No, pero os podéis acostumbrar a apuntar bien.

Muy pronto supo Merien que los amigos de aquellas pobres mujeres estaban enterados del proyecto, de modo que lo más importante era averiguar dónde se ocultaba el cofre que encerraba los tesoros, y para ello celebró Merien un consejo con Bazouchi y con el poeta, que era hombre de profunda imaginación.

—Sería preciso, — dijo la almea, — que se diera una noche una falsa alarma, de modo que el agha se creyera atacado por fuerzas numerosas y que, decidido a huir, preparase su cofre para la fuga. El kodja que le despierte debería enterarse del lugar dónde lo tiene oculto.

—¿Quién ha de dar esa voz de alarma?

—Eso es cosa que ni sé ni entra en mi dominios. Lo único que creo sería conveniente es ver el modo de imitar un recio cañoneo próximo.

—Eso es lo más fácil, — observó el poeta, — con hacer varias minas en la montaña y cargarlas de pólvora, se produce el efecto deseado.

—Muy bien, — exclamó la almea, — por nuestra parte, todos fingiremos que tomamos esos ruidos por un verdadero cañoneo, y gritaremos de modo tal que entre el pánico en el campamento. Los franceses están ya dentro de las tiendas.

—Si empiezan los gritos aquí mismo, — decía riendo el kodja, — todo el mundo ha de creer que los franceses están atacando la aldea, y el agha ha de ser el primero en sentirse acobardado y ansioso de huir con su cofre de perlas y diamantes.

—Entendidos. Falta ahora saber: ¿para cuándo podemos producir esa alarma?

—Para la noche de pasado mañana.

Confióse en la palabra de El Mansour, y esperaron todos el resultado de la intriga. Llegó la terrible noche, y debe agregarse que no era el agha un verdadera guerrero de raza ni de educación, ya que debutó como kodja, o sea secretario o escribiente del pachá, y por haber notado éste la astucia y la doblez del mozo acabó por nombrarlo

UN MUCHACHO DE MALA SUERTE

Carlitos tuvo la desgracia de que lo persiguiera un toro bravo.

.. y recibió tal tepetazo que fué a parar a las ramas de un peral de la quinta de don Lino.

Llegó don Lino y lo acusó de estar robándole las peras. ¿No es esto el colmo

PRESCRIPCION MEDICA

Pérez: — ¿Es posible que el médico le dijera que se fuese al Infierno? Pero... ¿de qué enfermedad se quejaba usted?

López: — ¡De ninguna! ¡Fuí a cobrarle los intereses de la hipoteca de la casa!

agha de los montañeses. gente que necesitaba tratar con un zorro de las condiciones del antiguo escribano.

—No pasa de ser un cuervo, — decía Djezzar del agha, riéndose de él, — es un cuervo que huele la pólvora a tres tiros de cañón.

Dormía tranquilamente el agha cuando una hora antes de amanecer retumbó un cañonazo en la cima de la montaña, seguido de otro y otros más, y fué lo mismo estallar aquellas explosiones como oirse en todos los rincones del palacio, en las tiendas, en todo el campamento, el aterrado grito de:

—Los franceses... los franceses... ya están aquí...

Sucedíanse las detonaciones cada vez más lentas, pero siempre regulares, y al despertar el agha por los gritos y empujones de su kodja, escuchó los gritos de las mujeres y el estampido de los cañonazos. Todos gritaban que los franceses estaban dentro de la aldea, y ante estos gritos y tales demostraciones de pánico universal pidió el agha un caballo y una escolta, y se dirigió al escondite donde tenía oculto el famoso cofre, pero espiaba el kodja y sorprendió el secreto. Montó el agha y huyó para continuar su huída mientras duraban las detonaciones.

El caid, al regreso de un reconocimiento que practicó por aquellos parajes, dijo que no había podido ver ni el menor rastro de enemigos, y que no sabía a qué anómala causa debían atribuirse aquellas detonaciones. En vista de este extraño informe se envió otros núcleos para practicar nuevos y más minuciosos reconocimientos, y dijeron lo dicho por el caid, y como no era posible admitir que los franceses hubieran disparado los cañonazos, se cayó en la cuenta de que debía tratarse de explosiones de origen volcánico. El agha, convencido de que no había peligro alguno, reemplazó su cofre dentro del escondite, sin sospechar que conocían su secreto. Continuó la vida en el aduar de la misma manera, con la monotonía de la existencia árabe.

Sabido es que el cari, es la base de la alimentación en Oriente, tanto para los ricos como para los pobres. El cari es arroz con pimentón colorado, y en aquella pasta era donde debía mezclarse el opio destinado a que se durmiera, como duermen las marmotas, el agha de aquel lugar árabe, pero como se trataba de dormir a todo el personal de la casa, se puso opio en todo el arroz destinado a consumo de la servidumbre, y esclavos, secretarios y sirvientes, quedaron todos sumidos en el sueño más profundo.

Se había preparado todo. Armas, provisiones, disfraces, monturas, todo en fin cuanto debiera tenerse a punto, y llegó la noche designada para emprender la fuga, y las esposas del agha, dueñas y directoras de la cocina de su tirano y marido, mezclaron muy subida proporción de opio en un arroz bien cargado de pimiento colorado. Estaba tan apetitoso aquel plato que todos los que formaban el personal de la casa comieron hasta saciarse, y como los conjurados eran los únicos que estaban en el secreto y se abstuvieron de comer, resultó que menos ellos quedaron los restantes dormidos como troncos.

Como cuenta la fábula que sucedió en el famoso palacio de la Bella del bosque durmiente, se siguió a la copiosa cena un silencio de muerte en el domicilio del agha. Los esclavos, sorprendidos por la más extraña pesadez, quedaron tendidos por todas partes. El dueño de la casa ni logró fumar la mitad de su pipa de opio, y se desplomó sobre los cojines, y el kodja, quien espiaba a su amo, no bien lo vió roncar como una mor sopla, se apresuró a incautarse del cofrecillo, mientras Mansour y las mujeres, disfrazadas todas de hombres, esperaban impacientes y excitados por la emoción.

—En marcha, — dijo el secretario, presentándose, — ha llegado el momento de jugarnos la cabeza para conquistar la libertad y la fortuna.

Enseñaba el cofre de los tesoros a sus cómplices, y le siguieron todos bajo la dirección de Mansour quien servía como guía general y jefe de la caravana, y antes de andar un cuarto de hora encontraron los camellos y los potros. Saltaro todos sobre las sillas, y una hora después se hallaban á más de tres leguas del agha y su aldea.

Empezaron los fugitivos a engolfarse en el desierto de Hauran y habían adelantado mucho cuando aún dormía todo en la casa del agha. Llegaban todas las mañanas a aquella morada muchos montañeses a tratar de sus negocios con el jefe del distrito, y era costumbre que es agha los recibiese temprano para enterarse de lo que pudiera ocurrir en el territorio dejado bajo su mando. Muchos visitantes esperaban tostándose a los rayos del sol y admirados de que nadie diera señales de vida, y en vista de esta anomalía se dió aviso al caid.

Llamó éste a la puerta con recios y sonoros golpes, pero nadie contestó a tan enérgicos llamamientos. Ordenó que se derribase la barrera, y después de poner una guardia para impedir que el tropel de curiosos invadiese la morada del gobernante, se aventuró a entrar en lo interior, al frente de unos cuantos elegidos entre sus subordinado más valientes.

Tropezaron con un esclavo tendido, y resonaron gritos de espanto. El esclavo debió haber muerto defendiendo a su señor, y se buscó dónde tenía las heridas, para apreciar la clase de enemigos:

—Está aún caliente, — dijo uno.

—Como que está dormido como un borracho, — añadió uno más listo que todos los demás.

Por todas partes pudieron ver el mismo espectáculo. Gente tirada por los suelos en todos los aposentos y por todos los rincones. Era inútil moverlos, zarandearlos, golpearles. Aplastados por un sueño de plomo, ninguno daba señal de poderse desprender del sopor que los había derribado.

¿Qué podía significar todo aquello?

Se llamó al mabout de la aldea, hombre

muy inteligente, muy sagaz y muy reflexivo, ya que no se llega a vicario intendente o agregado de corporación alguna musulmana sin haber probado estar dotado de inteligencia superior.

El mokadem o vicario de la zaouia o aldea de los beni sakers era hombre muy sabio aunque con toda su sabiduría no había logrado sacar nunca un sólo céntimo al agha, avaro de los más recalcitrantes, y no podía despreciar aquella ocasión de vengarse del viejo que nunca le mostró el menor reconocimiento ni por su ciencia ni por sus servicios. Bastó una rápida, discreta y hábil recorrida de inspección para que el vicario se convenciese de que las esposas del agha faltaban entre los montones de dormidos, como notó también que faltaban cuatro de los servidores del gobernador, y sin necesidad de aguzar mucho la imaginación, comprendió que las esposas del viejo, con jóvenes gallardos y amigos, habían abandonado al esposo. Esta opinión se afianzó al descubrir en la misma habitación del agha un armario disimulado y nunca visto hasta entonces, abierto y roto y sacado de su escondite, lo que bastó para convencerle de que se había robado y burlado al viejo esposo por sus cuatro mujeres.

Dijo que aquella misma noche soñó que el ángel Gabriel sembraba la semilla del sueño de los justos sobre el domicilio del agha. Gracias a aquel sueño pudieron los demonios meterse dentro y lograron inspirar a las consortes del gobernador la pecaminosa idea de abandonarle acompañadas de sus queridos amigos, y de llevarse el tesoro que guardaba el agha en su propia habitación. Había permitido Alá todo aquello sólo para castigar la avaricia del agha, quien nunca había hecho la más insignificante donación para el culto de la zaouia. Dicho ésto se retiró majestuosamente el mokaden, mientras quedaba la multitud asombrada y presa de supersticioso terror.

Por alusiones del mismo agha sabía el vicario que tenía perlas preciosas y pedrerías de inestimable precio, y apoyado en lo visto, pudo el hombre preparar su alocución.

Cuando logró despertar el agha, estaban ante él todos los servidores, esclavos y dependientes, arrodillados y pidiendo muy contritamente al ángel Gabriel que abriese los ojos del amo y señor y jefe, y se enteró el agha de la misteriosa visita del ángel, de la fuga de sus mujeres y del robo de su cofre, lleno de perlas y diamantes, y entre millares de voces que comentaban el milagro, lo llevaron en triunfo a la mezquita, donde se vió obligado a sufrir un largo y agresivo sermón, pronunciado por el mokadem. Molesto, enojado, volvió a su morada sin abrigar la menor idea de perseguir a los fugitivos, y lamentando más la pérdida de sus diamantes y sus perlas, que verse privado del brillo de los hermosos ojos de sus esposas.

Sorprendió el día a los felices fugados de la aldea, muy lejos ya, del monte Hauran, y metidos en los desiertos de Kra, se dejaban guiar por el que figuraba como jefe de la caravana, o sea por Latidje, el amigo de la bonita drusa, y este guía, conocedor de todas aquellos regiones, por haber tenido una vida aventurera, dispuso un rodeo como de una legua para que se ocultasen los fugitivos en una hondonada del terreno, y una vez allí declaró que descansarían el día entero.

—Lograremos así, — dijo a sus compañeros de excursión, — evitar los tropiezos con ladrones, y podremos descansar sin miedo a que nos vea, ni nos descubra nadie. No sobra agua para llegar a San Juan de Acre, y no necesitamos acercarnos a los pozos, lugares peligrosísimos en nuestro caso.

—Te sobra razón, — observó la kurda. — Los ladrones y salteadores vigilan las rutas de los pozos para dar allí sus mejores golpes de mano.

Descargaron los meharis y se desensilló a los camellos y se extendió unos lienzos para que bajo aquellos ligeros abrigos, pudiera dormirse sin verse tostados por el sol. Salieron de las alforjas las galletas amasadas con pasta de carne picada, lo que da una especie de pan sumamente nutritivo, y, agregando algunos dátiles se comió cuanto puede comerse en viajes por sitios como aquellos y en circunstancias en las que es peligroso encender fuego, pero como gente prevenida, se disponía de buena provisión de café frío, que bastaba exponer un rato al sol para que estuviera tibio.

Una vez satisfecho el apetito de todos, quisieron ver el contenido del cofrecillo de las joyas, y como los orientales son inteligentes en lo relacionado con la pedrería, se valuó muy pronto lo robado y se llegó a la conclusión de que representaba el tesoro del agha, cuatro millones de piastras.

¡Qué fortuna para cada uno! . . . Pero se manifestó en el acto un deseo que fué la kurda la primera en manifestar.

—Si hiciéramos las partes de cada cual ahora mismo . . .

Todos estaban conformes con tal idea, y empezaron a seperar perlas, diamantes, zafiros, topacios y esmeraldas. Hicieron luego de cada clase de piedras cuatro montoncitos, más iguales posible, y cuando se pusieron todas de acuerdo, en que todos los montoncitos venían a ser de un mismo valor, se puso en pie uno de los hombres, se volvió de espaldas al grupo y preguntando para quien era, respondía tal o cual de las cuatro mujeres del agha.

Terminado este sorteo se apresuró cada una de las agraciadas a guardar su tesoro en sus udjebira, o bolsa o alforja, y terminada tan importante operación como suponía partirse lo robado, se tendieron todos a dormir bajo los toldos, no sin dejar de centinela a uno de los hombres, ya que quedaba a cargo de los felices amigos de las fugitivas esposas la seguridad de la caravana.

Pero los orientales son víctimas de la terrible pasión del juego.

Ningún guerrero árabe deja de llevar la baraja en todas sus expediciones. Kurdos, drusos, armenios, persas como hindús, son empedernidos jugadores y están dotados de muy ágiles dedos para toda clase de trampas. No hay oriental que no sepa hacer saltar las cartas a gusto suyo, y como todos

están enterados de las habilidades de su contricante, el que pierde trata siempre de tomar la revancha con otras trampas más vistas, lo que origina disputas y peleas inevitables, y a tal punto llega ésto en aquellas regiones que los dos más íntimos amigos se guardarán muy bien de jugar, aún sin poner el menor interés en el juego, ante la seguridad de tener que enemistarse.

Despiertos todos mientras dormían aun las mujeres, y no sabiendo cómo matar el tiempo los amigos de las esposas del agha, pensaron en jugar un rato; pero fueron prudentes.

Hermanos míos, — dijo el pequeño Bazouchli. — Sabemos todos que el juego es un vicio muy peligroso, ya que las cartas caen al suelo cuando las sueltan las manos que han de esgrimir el puñal.

—Has dicho una gran verdad, — observó el poeta Mansour.

—Cinvengamos en lo siguiente, — dijo el kodje. — Jugarán dos y los otros dos se distraerán mirando la partida. Luego se cambiará y jugarán los que han sido meros espectadores.

—Conformes, — exclamó Latidje.—¿Quién quiere jugar una partida?

—Me ofrezco a jugar contigo, — contestó el kurdo.

Colocáronse uno frente a otro y empezó la partida del modo más pacífico. Se jugaba valores insignificantes y las pérdidas de cada uno se compensaban con las ganancias. Pero poco a poco se iban animando los jugadores. Perdía el kurdo y dobló las apuestas, con lo cual se llegó a sumas de mayor consideración, no sin experimentar los jugadores emociones muy violentas.

Los que no debían pasar de ser testigos se habían interesado mucho en el curso de la partida y apostó cada uno de ellos por uno de los jugadores. El Mansour se puso de parte del kurdo mientras Bazouchli apostaba por Latidje.

Pero Latidje era un audaz aventurero que había corrido mucha tierra y frecuentado toda clase de garitos, y como maestro en todas las artes de Oriente llevaba la partida en declarado triunfo, no dejando ganar a su contrincante sino alguna que otra vez para acabarlo de entusiasmar.

Exasperábase el kurdo mientras el pequeño Bazoucli se fijó en que no jugaba limpio aquél por quien había apostado él, y pero como salía ganando por efecto de las trampas, se guardó muy bien de dar la voz de alarma. El Mansour no era un espíritu burdo como el del kurdo y se dió cuenta de las maniobras de quien le hacía perder, pero suponía que el jugador se habría también dado cuenta, de que les estaban robando. Al convencerse de su error, dió un codazo al kurdo y le dijo:

—Basta de jugar.

—¿Qué no juegue más? ¿Qué motivo hay?

—Hemos perdido ya demasiado. Latidja hace trampas. Pido que declare lo mismo Bazoucli, y no dudo que ha de confirmar lo dicho por mí como no se declare embustero.

—No he reparado en si hacían o no trampas los jugadores, — dijo con hipócrita acento el joven.

—No viste las trampas por cegarte los ojos los resplandores de la ganancia que obtenías.

Mientras discutían en tono agrio Mansour y el kodja, reclamaba el kurdo las perlas perdidas.

—Ya que ganaste gracias a tus trampas, — exclamó con tono feroz, — empieza por devolver cuanto ganaste.

—No hay cosa más fácil, — contestó Latidje, — que acusar de tramposo al adversario afortunado en el juego.

—Mansour ha visto tus trampas.

—Pues miente Mansour.

—No yo, sino tú, chacal maloliente, — gritó Mansour, — tú eres el que miente como un canalla. Por lo demás, ni se sabe quién eres ni de dónde vienes, y esta ignorancia obedece a causas que todos conocemos. Has dejado pésimos rastros tras tus pasos, y algún grave motivo tuviste para ir a refugiarte bajo la tiranía del agha. Yo sé que no eres sino un ladrón y un asesino.

Saltó el kodja sobre Mansour con su gumia bien agarrada, pero traidoramente trató Bazoucli de herir a Mansour por la espalda, y lo hubiera logrado a no interponerse el kurdo, quien ante traición como aquella, saltó y agarró con férreos dedos la muñeca del kodja, quien pasó en el acto su cuchillo a la mano izquierda y dió una cuchillada al kurdo, a quien hirió en mitad del vientre. Lanzó el kurdo un rugido de feroz rabia, y con sobrehumano esfuerzo, el gigante estranguló al joven kodja. Cuando lo vió muerto a sus pies, volvió tranquilamente la cabeza para enterarse de la marcha de la otra lucha.

Había logrado Latidje herir a su adversario, valindose de la sorpresa causada por lo rápido de su acometida, y como vencedor que era estaba rematando al caído. El kurdo, convencido de que le habían robado lo perdido en el juego, y sintiéndose morir, reunió sus últimas fuerzas y acribilló a cuchilladas al tramposo, y no cesó de pinchar en las espaldas de su enemigo mientras conservó las fuerzas necesarias para esgrimir el puñal. Cayó al fin sobre dos cadáveres, y así terminó una tragedia que no había durado dos minutos.

Merien, despierta desde el principio de la lucha, no quiso intervenir en ella. Comprendió que hubiera sido inútil, y veló por sus hermanas y por sus amigas. No sentía el menor afecto por ninguno de aquellos hombres, y el único que le merecía algún interés era el poeta. Ninguna emoción pasional podía conmoverla, y pertenecía a una raza en la que el espectáculo de una lucha a muerte no podía impresionar. Vió cómo caía el kurdo sobre los otros dos muertos y murmuró:

—Se acabó. Se degollaron mutuamente todos estos tigres.

Luego quedó pensativa y meditó en las consecuencias de aquella matanza. La lucha se había desarrollado sin ruido, y las dormidas mujeres estaban tan fatigadas que aún continuaron durmiendo más de una hora. Merien continuaba engolfada en sus meditaciones, hasta que acabó por decir:

—Bien pensado todo, puede que sea esta lo mejor que pudiera suceder,

Hizo ruido expresamente para que despertaran las dormidas, y fué ofreciendo a cada una un vasito de café, y cuando vió que todas estaban bien despiertas, dijo muy lenta y muy seriamente:

—Tenemos la muerte sobre nuestras cabezas.

—¿Qué ocurre? ¿Qué dices? — preguntaron ansiosamente todas.

—Me sentía muy inquieta, — dijo, — meditaba como podría lograr que vuestros amigos os devolviesen las perlas y pedrería. No puede dudarse de que ofrecía dificultades el asunto y hasta creo que estabáis todas condenadas a quedaros sin la fortuna esperada.

—¿Diste con el medio de que nos devuelvan nuestras joyas tan pronto como lleguemos al campamento de los franceses? — preguntó la georgiana.

—Se encargó Dios de arreglar este negocio, — respondió Merien. — Se pusieron a jugar durante vuestro sueño, y, como era natural, el juego trajo la disputa y tras ella llegó la pelea en la cual se han matado los cuatro amigos vuestros.

Y mostró un repliegue del terreno donde se había desarrollado la terrible escena.

—Allí descansan todos y descansarán para siempre.

Corrieron todas las mujeres. Lanzaba la kurda gritos de pantera, mientras la drusa ni dijo nada ni lanzó un solo suspiro. Bethyna lloró a su poeta, y la circasiana se limitó a decir:

—¡Pobre pequeño mío!...

Meriem dió un empujón a la kurda, y le dijo:

—¡Silencio! Pueden oirte. Si algún bandido está en estas proximidades vendrán llamados por tus gritos.

Puso la kurda sordina a su dolor. La circasiana preguntó:

—¿Qué haremos ahora?

—Latidja, — dijo Merien, — era hombre prudente. Aconsejó no viajar sino durante la noche, y de noche es como hemos de seguir el viaje en dirección Noroeste, que es por donde cae San Juan de Acre. Lo más importante es poder distinguir el mar.

—¿Y si encontramos beduínos?

—¿Quién os dice que en semejante caso no hubieran sido vuestros cautro amigos más peligrosos que los ladrones del desierto?

Parecieron asombradas las fugitivas esposas al escuchar esta observación. Contentóse Merien con sonreir, y dijo:

—¿Queréis que sea vuestro jefe?

—Sí, ¿quién puede serlo?

—Es preciso hacer un sacrificio.

—¿En que consiste?

—Es indispensable que os cortéis todas los cabellos como los llevan los hombres, de modo que sólo quede la mecha que ostentan en la coronilla. Respondo del éxito si seguís mis consejos.

Vacilaron las mujeres del agha.

—Es indispensable, y no olvidéis que por corto que se corte el pelo vuelve a crecer muy pronto, pero que no ha crecido otra cabeza al que se la cortan. Y entendámonos. ¿Soy o no el jefe? A un jefe se le obedece y no se le discute.

—¿Qué razón hay para ese sacrificio?

—Cuando se nombra un jefe es por tener confianza en él. Si no confiáis en mí, nombremos a la kurda o la circasiana, pero en ese caso me separaré de vosotras acompañada solo de mis hermanas. Podéis arreglar vuestros asuntos cómo mejor os parezca.

—No, no nos dejes... permanece a nuestro lado...

—Pues tomad las navajas de afeitar de vuestros buenos amigos, y que se rape todo el mundo como se rapan los musulmanes. Y pronto, no hemos de perder la jornada por detalles de coquetería.

Obedecieron las mujeres del agha a Merien pero previamente se había reintegrado cada una de las joyas que le pertenecían. Merien registró los equipajes de los muertos y sacó la guitarra que llevaba Mansour y no dejó de apropiarse de la flauta del kodja.

—Como sabes tocar la guitarra, — dijo a la drusa, — aquí te entrego esta. Cuídala mucho.

Después indicó a la georgiana:

—He visto que eres maestra en la flauta, te recomiendo ésta, y cuida que no se estropee en el viaje.

Insistió mucho con las dos en que no descuidaran el esmero en la conservación de los instrumentos.

—¿No enterraremos a estos buenos amigos? — preguntó la kurda.

—¿Cómo podríamos enterrarlos y para qué podría servir ese entierro? — dijo la almea. — Muy pronto será de noche y hemos de comer, y debemos dar cebada y agua a las cabalgaduras.

Siguieron todas el parecer de la almea.

La reducida caravana recorrió como una legua sin detenerse, pero una vez hecho este trayecto dió Merien la orden de hacer alto. Revisó entonces prolijamente las cargas de los camellos, y secundada por la kurda, practicó también en el modo de viajar por aquellas regiones, pudo convencerse de que todo estaba en su lugar. En su condición de almea había recorrido el Sahara y los más apartados rincones argelinos, y era capaz de dirigir por la buena ruta la más numerosa caravana.

Terminada esta revisación, se volvió a emprender la marcha para recorrer de un solo tirón un largo trecho.

Prosiguióse la marcha con toda actividad durante más de dos horas, y acababan las fugitivas de doblar un altozano cuando vieron ir en su dirección una tropa como de una docena de camellos. No podía tratarse sino de bandidos en algunas de sus expediciones, y se presentó el problema de si se debía huir lo que representaba el abandono de los camellos, con lo cual hubieran muerto de sed y hambre, ya que eran meharis los que conducían las provisiones.

Adoptó Merien rápidamente su determinación. La tropa sospechosa habíase detenido, mientras las fugitivas que los miraban sumaban siete siluetas. Los camellos colocados en seguida en fila hacían más imponente aun aquella partida, tan débil en realidad.

Ordenó la almea en voz baja.

—Romped el fuego. ¡Descargad con toda rapidez fusiles y pistolas y disparad igual-

mente todas las armas que llevaban los muertos. Vaya, fuego todas.

La kurda, la georgina, la drusa, todas a una rompieron un fuego atronador y unidos los disparos hechos por las almeas a los de las fugitivas esposas del agha, resultó un estruendoso recibimiento hecho a los bandoleros los que emprendieron precipitada fuga al convencerse de que tenía que habérselas con caravana bien armada y más numerosa que ellos.

Merien, quien había conservado la más admirable sangre fría, escuchó largo rato el ruido del galope que se alejaba por momentos. Comprendió que los enemigos estaban dominados por el pánico, y dijo a sus amigas:

—No han de volver a molestarnos, por suponer que somos valientes y más numerosos que ellos. Por lo demás, todo aquel que ataque si la menor vacilación en combates nocturnos, según decía mi padre, está seguro de desconcertar y vencer y derrotar al adversario. Mi padre era un guerrero de gran fama, seguimos sus consejos. Ahora volved a cargar las armas. Es preciso estar siempre preparadas.

Vigiló y ayudó a sus amigas a la carga de fusiles y pistolas, muy especialmente a la georgiana y la drusa, las que estaban muy nerviosas, mientras la kurda ni pestañeó siquiera, en tanto que las dos almeas reían como si todo aquello no pasara de ser una fiesta. Una vez segura de que todas tenían cargadas sus armas, volvió a emprenderse la marcha, pero con orden de no hablar, y a las claridades primeras del alba, dió orden de alto, para ir a ocultarse en un declive del terreno.

—Tu, kurda,—ordenó Merien en tono imperativo, —descarga los camellos y da agua a todas las cabalgaduras.

Alejóse Merien sola y a pie para explorar los alrededores y se tendía en la cima de las dumas para no ser vista y para poder estudiar el país con entera tranquilidad. No distinguió tropa alguna, y volvió al improvisado campamento, en el cual, siguiendo las órdenes de la almea jefe, nadie pronunciaba una palabra o lo decía en boja baja.

—Podemos hablar en alta voz ahora, — dijo Merien. — No hay nadie en todo lo abarcado por la vista.

—Pues empecemos por comer, — manifestó la gigantesca kurda.

—Tienes estómago de avestruz, — dijo alegremente Merien, — pero veo que la drusa no tiene apetito por tener demasiado miedo. Daba risa verla cargar el fusil. Tiraba la pólvora lo mismo fuera que dentro del cañón. Estaba temblorosa como hoja movida por el viento...

Burlábanse de la drusa mientras la kurda extendía las provisiones sobre una manta y se hizo honor a las galletas y los dátiles, y una hora más tarde podía verse cómo siete mujeres bonitas dormían bajo los toldos en tanto que los animales mordían las raquíticas hierbas del desierto.

Llegó la noche sin que se hubiera producido ningún desagradable acontecimiento, y pudieron las fugitivas volver a tomar su ruta en dirección al mar, y Merien, quien poseía el sentido de la orientación, natural entre los árabes nómadas, fué quien sirvió de guía.

Después de tres noches de marcha llegaron ante la sitiada ciudad de San Juan de Acre, pero comprendió que le sería imposible llegar al campamento francés, dado el cordón de patrullas turcas que rodeaba a los sitiadores.

Esepró Merien que cerrara la noche por completo, y cuando comprendió que estaban todos dormidos, excepto los centinelas, emprendió la marcha con sus hermanas, vestidas como ella de hombre, y armadas todas las mujeres, se dirigieron al campo de sus amigos, los franceses.

Marchaba la almea delante, andaba con la mayor cautela . Se detenía, volvía a andar y aplicaba el oído en la arena antes de que cualquiera de los avances. Tras una marcha que era más bien un deslizamiento, logró verse como a tres tiros del fusil de una avanzada de Bonaparte, y pudo distinguir el parapeto de defensa alzado y claro sobre el cielo.

—Tendámonos aquí — dijo Marien en baja voz — Esperemos a que aclare el día por ser grave imprudencia presentarnos durante la noche ante esa avanzadilla que no vacilaría en fusilarnos.

Sentáronse las mujeres y tardó a asomar el alba dos horas que parecieron muy largas, pero sonó por fin el toque de diana en las líneas francesas y se notó el movimiento del despertar de una fuerza militar. Apareció el sol casi de golpe, como sucede en los países próximos al Ecuador, y tan pronto como fué completamente de día, dijo la almea a sus amigas:

—Que nadie se mueva mientras me convierto en parlamentario.

Desplegando los anchos paños de un género blanco que se había provisto púsose en pie y se encaminó directa y frescamente hacia los soldados de descubierta. La vió uno de los más avanzados y indicó a su jefe lo que había visto, y todos los franceses subieron al parapeto para enterarse de lo que podía querer aquel árabe que se acercaba como un parlamentario. Cuatro soldados, con la bayoneta calada y mandados por un cabo, adelantaron al encuentro de Meriem.

Díjoles ésta en idioma sabir:

—Soy la almea de Surcouf. Hemos logrado escapar por entre los árabes y quedan otra amigas mías cerca de aquí.

La reconoció el cabo, y la condujo ante el oficial de guardia, quien también reconoció a la joven. Le indicó que podía llamar a sus compañeras, y volaron todas las mujeres a reunirse con Marien tan pronto como vieron las señas que les hacía, y habiendo contado en cuatro palabras cuáles eran sus aventuras, se vieron muy pronto conducidas por el cabo hasta la tienda del capitán corsario.

Surcouf se mostró admirado al ver aquellas árabes que invadían su campamento, pero reconoció en el acto a Merien, quien saltó para abrazar al corsario. Llamó Surcouf a sus amigos, y se desarrolló entonces una escena conmovedora. Sapajou y los negros emprendieron una danza endemoniada mez-

cada con gritos de alegría. y acudían centenares de curiosos a enterarse de lo que significaba tanto alboroto.

—Nos quitaron tres y vuelven siete decía Brinville pensativo.

—Si, pero estas cuatro damas son las esposas del beni sakers. Contaré esa historia, pero ahora estamos muriéndonos de hambre.

Sapajou voló a la despensa, en tanto que las cuatro esposas fugitivas del agha contemplaban admiradas a Surcouf. Esperaban verle resplandeciente de oro y podrería, cubierto de deslumbrados bordados, y tenían en su presencia hombres sencillamente ataviados con un pantalón de lienzo, una camiseta cretona y un gorro.

—¿Son estos los príncipes del mar? — preguntaba la georgiana, mujer altanera y saturada de orgullo.

—Si; son estos — contestó Merien.

—¿Cómo visten tan miserablemente?

Lanzó Marien una carcajada, pero enojada dijo a la kurda en voz baja.

—No es posible que sean estos los príncipes.

—Lo mismo creo, — respondió la kurda.

Se había servido el café y las fugitivas lo tomaron, empapando en la galleta de la que se daba a los soldados, y que encontraron las hambrientas mujeres muy buena. Contó luego Merien todas las aventuras que habían corrido. Los corsarios quedaron asombrados y el padre de Lanternier, quien había ido a la ambulancia a prestar sus servicios a los apestados, al llegar en aquel momento y enterarse de lo ocurrido, abrazó a las almeas, mientras las mujeres de agha miraban con la mayor extrañeza al marabut de los cristinos

—Ese es un hombre que me gusta mucho —decía la kurda en vaz baja a Marien. Es un gran mozo.

—Pero los marabuts franceses no se casan — respondió la almea.

Pareció disgustada la musulmana.

Los corsarios se preocupan de la fortuna y de las esposas del agha y Surcouf llamó a sus marineros para decirles;

—Hay que fabricar cuatro cintos para llevar doblones, pero bien suavecitos y blandos por la parte que debe tocar la piel, se trata de estas señoras, tomad las medidas.

Luego dijo a Merien.

—Explica a esas damas que para mayor seguridad deben ponerse esos cinturones sobre la piel y no separarse nunca de sus joyas.

Avisó Merien a las mujeres, las que no opusieron obstáculos a que los marineros les tomaran la medida del talle, y llegó en aquel momento Kleber, con el uniforme de diario, o sea con el redingot tan grato para los generales republicanos que nunca quiso dejar Napoleón, aún después de ser emperador.

En opinión de la georgiana, no parecía ser Kleber ningún gran jefe, y quedó admirada cuando le dijo Merien que sólo Bonaparte mandaba más que él. Esta sencillez de atavíos era motivo de asombro para las mujeres, pero a pesar de la pobreza de la indumentaria se sintió atraída la kurda por la gigantesca talla de Kleber y por su aspecto de león guerrero.

—¿Pero éste, — preguntó con mucho interés a una de las almeas, — éste buen mozo se casará?

—¡Quién sabe! ¡Podría ser!...

Quedó pensativa la kurda, pero la distrajo un húsar, quien se presentó para entregar un pliego a Kleber. Era buen mozo, elegantísimo con su uniforme lleno de alamares, con el flotante dolman sobre el hombro, el ruido de las espuelas y el resonar del sable al chocar contra las botas. Saludó militarmente el húsar y entregó el pliego que traía, mientras lo devoraba con los ojos la mujer.

—Está bien, — dijo Kleber.

Volvió a saludar el húsar, giró sobre sus talones y salió con el acompañamiento del ruido de espuelas y de sable.

—¿Este será algún gran jefe? — preguntó la georgiana.

—No es más que uno de los mil y mil soldados.

—Me engañas. Cómo puede vestir con más lujo un simple soldado que sus superiores.

Rió Merien. la georgiana se inclinó al oído de la kurda y le dijo:

—Me parece que la almea está burlándose de nosotras. Ese que acaba de entrar y salir debe ser uno de los principales de este ejército.

Como la kurda solo pensaba en Kleber, ni siquiera respondió. Era una mujer realmente impulsiva aquella kurda, franca y violenta, y le era imposible sobreponerse a sus instintos y dominar sus ímpetus, y aquel encuentro de Kleber con una mujer de aquel temperamento debía influir en su destino.

Cuando se levantó el general para despedirse, no sin anunciar antes que al día siguiente habría revista, y cuando salió de la tienda, se deslizó tras él silenciosamente la kurda, pero como nadie podía sospechar cuales eran sus intenciones, no repararon en esta circunstancia, hasta que más de media hora más tarde preguntó Merien;

—¿Dónde está la kurda que no la veo?

—Creo, — contestó la georgiana, — que salió tras del bajá Kleber.

SURCOUF

Concluirá en el próximo número de "Pucky". Es una novela extensa y vibrante que ha servido para el argumento de la notable película cinematográfica que la casa francesa León Gaumont exhibe actualmente en Buenos Aires y Montevideo.

COMO MAMA LE HABIA ENSEÑADO

—¿Gritaría usted si yo la besara, encantadora niña?
—"A las niñas se las debe ver pero no oír", decía mamá.

LA LEYENDA HELVETICA EN BROMA

GUILLERMO TELL

Por CAMI

(Traducción del francés)

El picaresco humorismo del desopilante escritor francés pone hoy en broma la patriótica leyenda de Suiza y como de cosutmbre logra dar una nota de curiosa originalidad.

EL CRUEL GESSLER

La escena representa la plaza pública de Alfort

EL BAILIO GESSLER

(A Guillermo Tell). — Tú no has querido saludar a mi sombrero que yo mandé colocar en lo alto de una pica, en la plaza del pueblo. ¡Está bien! (A los arqueros). Que le corten la cabeza de un hachazo.

EL HIJO DE GUILLERMO TELL

¡Piedad, señor Gessler! ¡Piedad! ¡Es mi único padre!

EL BAILIO GESSLER

Sea. Voy a ser clemente, pero con una condición.

GUILLERMO TELL

Tus condiciones serán las mías.

EL BAILIO GESSLER

Tú eres, a lo que parece, un excelente ballestero. Con las puntas de tus flechas escribes, a ciento cincuenta metros de distancia, tus iniciales en una lenteja.

GUILLERMO TELL

Se exagera, señor bailío.

EL BAILIO GESSLER

Poco importa. Te perdonaré, pero quiero que tú atravieses una manzana colocada sobre la cabeza de tu hijo.

GUILLERMO TELL

¡Es horrible!

EL HIJO DE GUILLERMO TELL

Acepta, padre. Yo confío en tí.

GUILLERMO TELL

(Aparte). — El cielo me sugiere una idea (alto). Sea. Acepto.

EL BAILIO GESSLER

Ve a buscar tu arco y vuelve en seguida. Guardo a tu hijo en rehén. ¡Anda!

SEGUNDO ACTO

TERRIBLE PRUEBA

La misma decoración

LOS CAMPESINOS SUIZOS

Guillermo Tell vuelve con su arco. Vamos a asistir a una terrible prueba.

GUILLERMO TELL

Estoy de vuelta, señor bailío.

EL BAILIO GESSLER

(Aparte). — ¡Es extraño! Tengo de repente deseos de estornudar (estornuda).

GUILLERMO TELL

Señor bailío, ha dejado caer usted sus lentes al estornudar. Helos aquí. (Le ofrece los lentes.)

EL BAILIO GESSLER

Gracias. Guillermo Tell, coloca a tu hijo junto a ese árbol y pon una manzana sobre su rubia cabeza.

GUILLERMO TELL

Voy a buscar la manzana a una quinta que está cerquita, ahí no más.

LOS CAMPESINOS SUIZOS

El corre a buscar la manzana a la quinta. El instante es solemne.

GUILLERMO TELL

(Volviendo). — He aquí la manzana. **(Trae un enorme zapallo de los redondos y lo coloca sobre la cabeza de su hijo.)**

LOS CAMPESINOS SUIZOS

¿Se habrá vuelto loco Tell? Pretende engañar al bailío Gessler colocando un zapallo sobre la cabeza de su hijo.

EL BAILIO GESSLER

Ya que la manzana está colocada, puedes tirar.

LOS CAMPESINOS SUIZOS

Gessler no se da cuenta de que es un zapallo y no una manzana.

GUILLERMO TELL

(Apuntando). — A la gracia de Dios. **(Tira y atraviesa con su flecha el gigantesco zapallo.)**

EL BAILIO GESSLER

Has atravesado la manzana. Te devuelvo la libertad.
(Guillermo Tell se aleja con su hijo).

LOS CAMPESINOS SUIZOS

No comprendemos nada de todo esto. Corramos a casa de Guillermo Tell. El nos explicaría este misterio. Corramos.

(Corren a casa de Guillermo Tell).

TERCER ACTO

LA MUERTE DEL TIRANO

La escena representa la casa de Guillermo Tell

LOS CAMPESINOS SUIZOS

Bueno, Guillermo, explícanos cómo, delante de Gessler, has conseguido reemplazar la manzana por un zapallo gigante.

GUILLERMO TELL

Es sencillísimo. ¿Vosotros habéis oído estornudar a Gessler?

LOS CAMPESINOS SUIZOS

Sí.

GUILLERMO TELL

Fuí yo quien provocó su estornudo. Le había arrojado a la nariz, sin que lo notase, un puñadito de pimienta en polvo.

LOS CAMPESINOS SUIZOS

¿Para qué?

GUILLERMO TELL

Para que, al estornudar, se le cayesen los anteojos y yo los pudiera recoger

LOS CAMPESINOS SUIZOS

¿Con qué objeto?

GUILLERMO TELL

Con objeto de reemplazarlos por otro par de lentes especiales que disminuyen el tamaño de los objetos. ¿Comprendéis por qué Gessler ha tomado el zapallo por una manzana.

LOS CAMPESINOS SUIZOS

Comprendemos. Pero ¿no temes la venganza cuando se dé cuenta del engaño?

EL HIJO DE GUILLERMO TELL

(Entrando). — Padre, nada tienes que temer del tirano Gessler. Acaban de encontrarlo muerto en la montaña

LOS CAMPESINOS SUIZOS

¿Muerto en la montaña?

EL HIJO DE GUILLERMO TELL

Sí. Gracias a los lentes que disminuyen los objetos, Gessler acaba de hacer un esfuerzo mortal.

LOS CAMPESINOS SUIZOS

¿Cómo es eso?

EL HIJO DE GUILLERMO TELL

Intentó levantar, para llevarlo a su casa, el pico cubierto de nieve de una montaña. ¡Lo había tomado por un cónico y blanco pilón de azúcar!

TELON

CAMI.

LAS NOVELAS COMPLETAS DE "PUCKY"

LA CASA DE PEDRO LOPEZ

POR JUAN TOMAS SALVANY

Como típica muestra de la literatura española de fines del siglo pasado, ofrece hoy "Pucky" esta divertidísima novela de costumbres que pinta en forma admirable el ambiente madrileño de la epoca en que se desarrolla su acción.

I

URANTE el último otoño, mi familia, por convenir a sus intereses, hubo de trasladar su residencia a la isla de Cuba. Yo, como lo hubiese cruzado ya dos veces, corriendo grave peligro en una de ellas, no me sentía con ganas de pasar el charco nuevamente; ni mi afición ni mi conveniencia me llamaban a ultramar, a donde van tantos a sufrir el naufragio de sus esperanzas, cuando no el de su alma y de su cuerpo. Además, "de Madrid al cielo", — dice el vulgo, — y dice bien, porque si en Madrid falta dinero con frecuencia, nunca falta un amigo a quien pedírselo, y la vergüenza está de más, y el aturdimiento y la frivolidad, valga la metáfora, son los vientos que empujan nuestra vida hacia el sepulcro.

Por estas razones, y por otras que no son del dominio público, resolví permanecer en la corte, si bien hube de mudar de domicilio, viniéndome muy ancha y no pudiendo seguir habitando la casa que habitado había con mis consanguíneos.

Provisionalmente me instalé en un hotel, donde no viví mal un par de meses, al cabo de los cuales dí en hacer ascos a la comida, un tanto amanerada, y en pensar que quien como yo se domicilia en un hotel, viene a ser un viajero que no viaja, paradoja viviente, torpe y ociosa a todas luces. En vista de ello, para tener más arraigo y estar como en familia, resolví mudarme a una casa de huéspedes, cosa que, una vez resuelta, la verifiqué en el acto.

Dos mudanzas equivalen a un incendio, suele también decirse, y ello debe de ser cierto, porque desde la casa familiar a la de huéspedes, me ví privado de algunos objetos, preciosos por su utilidad, ni más ni menos que si hubieran quedado reducidos a pavesas.

Todos los huéspedes comíamos a un tiempo en mesa redonda, — así la llamaban, aunque era cuadrada, — excepto los rezagados, que siempre los había; y durante casi todas las comidas, sobre la nueva ley de inquilinatos, sobre el impuesto de la sal, sobre mil cosas que no nos importaban un bledo, se armaba cada discusión que hacía retemblar las paredes del reducido comedor, cuando no degeneraba en disputa de mal tono con peligro inminente de la vajilla y aun de nuestros propios individuos. Estas comidas bullangueras me disgustaron en breve, y el apelativo "patrona", puesto constantemente en boca de los huéspedes, recordándome la llegada de tropas a un villorrio y haciendo imaginariamente de mi traje un uniforme, vino a terminar con mi paciencia.

—Un solterón de mi calibre, — pensé después de contar las vigas del techo de mi cuarto, — debe vivir feliz e independiente, como España en tiempo de los cartagineses.

Y me eché a la calle, resuelto a buscar casa cuyo alquiler se hallase en armonía con mis recursos, por cierto no muy sobrados.

—Tomaré un criado, — añadí, — y comeré a lo bohemio donde pueda y me pesque el apetito.

Adoptada esta nueva resolución, no tardó en dolerme el cuello a fuerza de torcerlo y mirar a los balcones en busca de papeles.

En Madrid, nadie lo duda, existen buenas casas para los ricos, aunque los alquileres suelen ser mejores. En cuanto a los pobres, no hay que apurarse por ellos; se les relega a una cueva con honores de departamento interior, o a un observatorio astronómico con nombre de sotabanco, o a una pocilga sin nombre y si honores, sin aire, sin luz y sin higiene, que ninguna de estas cosas, por lo visto, deben de necesitar los pobres.

Yo, en mi calidad de escritor público, venía a ser un pobre vergonzante, esto es, decente, de los que piden limosna cuartilla en mano, cuando, como el de que aquí se trata, tienen muy poco o nada por su casa, y luchaba con el doble inconveniente de ser pobre con educación y costumbres de rico, o rico con recursos y haberes de pobre. En tal situación hubo de costarme en gran manera encontrar casa, porque las que me gus-

taban eran caras, y las que baratas eran, esas no me gustaban.

Por fin, al recorrer una calle larga, estrecha, algo sombría, pero céntrica, ví papeles en un piso tercero. A mayor abundamiento, en la parte exterior del portal, hondo, oscuro y no muy limpio, pendiente de un clavo, se veía un tarjetón con estas palabras en letra gruesa y desigual:

se Alquila un cuarto Tercero en once Duros. La Portera Dará raZón

Miré a todos lados y no ví portera ni portería. En el interior del portal sí pude ver a mano derecha un arco que sostenía parte del techo, daba acceso a la escalera, angosta y empinada, y a la izquierda de ésta, cuya angostura remataba una pilastra, un largo pasadizo que, a juzgar por la luz interior, conducía a un patio.

Mis ojos buscaban todavía a la portera a quien pedir razón del cuarto, cuando un ruidoso taconeo, descendiendo desde lo alto de la escalera, me hizo volver instintivamente la mirada. Dos mujeres jóvenes, regordetas y no mal parecidas, con sendos mantones sobre los hombros y pañuelos a la cabeza, por debajo de los cuales asomaban las revueltas greñas, bajaban atropelladamente la escalera, no sin riesgo de ir a estrellarse contra la pared de enfrente. Una de ellas, la más desgreñada, llevaba en la mano una fotografía, en la cual pude ver el busto de un hombre, y se reía con risa sardónica, prorrumpiendo a borbotones:

—El muy charrán... así lo desnuquen... me ha dado... su retrato... ¿Tengo yo algo que ver... con su... maldita estampa?

—¿Está guapo?

—Mira.

Esto diciendo, las dos amigas, sin reparar siquiera en mí, se detuvieron en el umbral de la puerta, y juntando sus cabezas desgreñadas, contemplaron breves momentos el retrato.

—¡Puf! — prorrumpió, con asco la que lo tenía en la mano.

Al propio tiempo ajó la fotografía, arrojándola a la calle con desdén.

—Chica, yo no vuelvo a esa casa, — profirió la compañera.

—¡Otra! ¡Ni yo! — replicó la del retrato.

Y ambas desaparecieron a lo largo de la calle, entre sonoras risotadas, codeando, cabeceando y sonándoles a monedas los bolsillos de las faldas.

Con filosófica conmiseración contemplaba la fotografía desdeñada, cuya varonil imagen a su vez parecía mirarme desde el suelo, cuando acertó a pasar un carro y la arrastró, aplastada, informe, bajo el lodo de su rueda.

Entibiando este incidente mi deseo de tomar la casa, iba a alejarme.

De pronto gritó una voz desde el fondo del portal:

—¿Quería usted ver el cuarto, señorito?

Una mujer alta, delgada, pálida, vestida de negro, apareció en el largo pasadizo que comunicaba con el patio. Había en su semblante una amalgama de bondad y truhanería, que no pudo menos de llamarme la atención, y respondí:

—¿Es usted la portera?

—Para servir a usted.

—Pero ¿y la portería?...

—La tengo en la prendería de al lado, que por la parte de atrás conduce al patio...

—Comprendido.

—Conque, si usted quiere ver el cuarto..

—No siendo molestia...

—Nada de eso. ¿A qué está una? Suba usted.

Ella delante, yo detrás, echamos a andar escalera arriba. Al llegar al segundo tramo oí el golpe de una puerta que se cerraba, en seguida ruido de tacones sobre los peldaños, y en el próximo rellano, un señorito pasó, sin vernos, junto a nosotros, dándose aires de don Juan y tatareando una canción obscena.

II

—Decía usted que renta el cuarto...

—Once duros.

—Si lo dieran en diez...

—No tengo esa orden. Pero, en fin, vea usted al amo.

—¿Dónde se le ve?

—Para poco en casa; en el teatro, en el café de Lisboa...

—Alegre vida lleva el amo.

—¿Qué quiere usted? Cada uno tiene su modo de matar pulgas.

—Con franqueza, el cuarto no me disgustará si efectúan en él algunas mejoras.

—A la vista están los operarios.

—Con todo, aparte del precio, tengo otra razón más poderosa para tentarme la ropa antes de tomarlo.

—Usted dirá.

—He visto salir a dos mujeres...

—¡Ya! No siga usted; se trata de la inquilina del segundo, que se nos ha entrado por sorpresa y la hemos despedido. Desocupa el cuarto a fin de mes, en cuanto consuma la fianza.

—De suerte que los vecinos...

—Son de lo más tranquilo de Madrid.

—Ya digo, no siendo en diez duros... y me corro en dos; no puedo dar más que ocho.

—Vea usted al amo, o si quiere usted le veré yo.

—¿Cuándo termina el mes?

—Faltan ocho días; para entonces habrán concluido los operarios, y el cuarto quedará en disposición de ser habitado.

—Pues bien, mañana vé usted al amo, pasado vuelvo yo por la contestación, y si ésta es favorable, no hay más que hablar.

—Corriente... Mire usted, sentiría que no nos arregláramos, porque tiene usted un aire, y una cara... Me parece usted una persona formal; en fin, me ha petado usted.

—Muchas gracias.

—No las merece.

—Conque, entendidos ¿verdad?

—¡Ya lo creo!

—Contando con que la del segundo...

—Por supuesto.

—Pues, hasta pasado mañana.

—Hasta cuando usted quiera, señorito

La de aquella tarde fué la peor comida de cuantas verifiqué en la casa de huéspedes; dos de estos, por si era o no era Catalina buen autor, por si Gayarre cantaba o no cantaba con más arte que Massini, atronando el comedor, se dijeron mil picardías; volcaron tres copas llenas de vino; rompieron una fuente; y la criada, que en otra servía un guiso, fué a chocar de un codazo contra la repisa de la chimenea, vertiendo de aquélla sobre la levita de un comensal. Nos quedamos sin principio. Yo me retiré a mi habitación, mohino y enfurruñado, diciendo entre dientes:

—Aunque no lo bajen, mañana tomo el cuarto.

Cuando volví a ver a la portera, ella me dijo:

—Esta mañana temprano, he visto al amo.

—¿Y qué?

—Le he pillado de muy buen humor.

—¿De suerte que pondrá el cuarto?...

—En diez duros, como usted quería.

—Perfectamente.

—Con una condición.

—Sepamos.

—Que se comprometa a vivir en él tres meses.

Reflexioné un momento y dije:

—No tengo inconveniente, siempre y cuando él a su vez me responda de los vecinos.

—De esos respondo yo; descuide usted, señorito, la casa, en acabando el mes, será una balsa de aceite, y por si así no lo fuese, aquí está una.

—Corriente; ¿hay más condiciones?

—Un mes de fianza y otro adelantado.

—Pero hasta el próximo...

—Se supone.

—En tal caso es asunto concluído. Puede usted quitar los papeles.

—Ahora mismo.

—Por lo que toca al contrato...

—Lo firmaremos mañana, si usted quiere, con la fecha convenida.

—Hasta mañana, pues.

—Buenas tardes, señorito.

Y la portera me despidió con la amable sonrisa de quien ve colmado su deseo.

Veinticuatro horas después puse mi firma en un papel, al lado de la del casero, cuyo papel, aparte del sello movil, pegado en un ángulo, y de los renglones de costumbre, tenía impresas al margen infinidad de condiciones y cortapisas de las que no me había dicho palabra la portera, ociosas unas, disparatadas o excéntricas otras, risibles las más. pongo por caso una en virtud de la cual se me prohibía terminantemente criar gallinas, conejos y otros animales "en los pasadizos", cosa que parecía reconocerme el derecho de criarlos en las habitaciones, condición, aparte de esto, imposible de ser infringida, si se considera que el cuarto sólo tiene un pasillo.

—El casero teme que le convierta la casa en una granja, — dije para mi coleto; — pero como no me prohíbe escribir, que es lo que especialmente me propongo, allá se las avenga él con sus ridiculeces.

La firma que en el contrato figuraba al lado de la mía era la de un tal Pedro López, que así debía llamarse, el hasta entonces para mí tan apreciable como invisible casero.

A fin mes ajusté mis cuentas con la patrona de la casa de huéspedes; al otro día, mandé cargar en un carro algunos muebles hasta entonces depositados en la guardilla de la casa que habitaba con mi familia, y en compañía de un doméstico, recién licenciado del ejército y debido a la amistad de un capitán de infantería, cuyo asistente había sido, procedí a la mudanza de la cual esperaba el bienestar tan codiciado.

III

La casa de Pedro López constaba de tres pisos y un sotabanco, con fachada y balcones al mediodía, circunstancia que me decidió a habitarla. Era un tanto vieja, pero no estaba mal conservada, por más que su dueño hubiera obrado cuerdamente mandando revocar el frontis. El portal ya lo conocemos; al lado de éste había una prendería, cuya mejor prenda era la portera casada con un empleado de corto sueldo en las oficinas del ferrocarril del Norte, la cual prendería tenía en su interior dos habitaciones con puerta y ventanas a un patio alto, estrecho y rectangular, semejante a una gran maleta descansando sobre una de sus caras laterales.

Este patio, según ya dije, por medio de un largo pasadizo y de una puerta de comunicación, situada debajo de la escalera, venía a ser la prolongación y remate del zaguán.

La escalera, cosa rara en Madrid, era de piedra, con peldaños altos, desiguales, grasientos y desgastados, recibiendo la luz del patio por una reja pequeña y cuadrada, con barrotes de hierro, abierta a considerable elevación sobre cada meseta, y las paredes que limitaban su caja estaban estucadas, con un estuco cayendo o grieteándose en unos lados, negro o amarillento en otros; en su parte superior la cubría y la alumbraba a un tiempo, al nivel del tejado, un largo tragaluz en forma de óvalo, con alambrera y cristales negruzcos, empolvados y llenos de telarañas.

La barandilla era de hierro labrado, con pasamano de madera, ancho y carcomido, lo mismo que las puertas que daban acceso a los diversos departamentos.

A ellos se llamaba tirando de sendas cadenitas de metal entre negro y amarillo, pendientes a la izquierda del marco, rematando en un anillo y haciendo sonar de un modo destemplado, al tirarse de ellas, una tosca campanilla situada en el interior de cada cuarto.

Durante la noche, hasta las once, hora en que la portera, cerrando el portal, las apagaba, vertían macilenta luz sobre esta escalera, arrancando siniestos reflejos a la grasa de los peldaños, a los hierros de la barandilla y al estuco de las paredes unas candilejas de petróleo, sostenidas por otras tantas abrazaderas empotradas en aquéllas.

El primer tramo, que terminaba en el rellano del piso principal, ofrecía una pendien-

te más sauve que la de los subsiguientes, los cuales se iban empinando a medida que se subía, como si a su construcción hubiera presidido el propósito deliberado de castigar el inquilino con una fatiga proporcionada a su indigencia.

El primero y segundo piso de la casa eran enteros, es decir, abarcaban toda el área de la misma, excepto el patio; el tercero estaba partido en dos departamentos, de los cuales me había a mi caído en suerte, o en desgracia, el de la izquierda. Este último, o sea el que acababa de alquilar, constaba de un pequeño recibimiento, atravesado por un pasillo que conducía por un lado a las habitaciones de delante, consistentes en una sala y un gabinete a la francesa, con balcones a la calle, todo ello bastante reducido, y por el otro a las habitaciones de atrás, que eran la cocina y el comedor, con una alcoba éste, y ambos con vistas a un segundo patio, comprendido entre mi casa y la inmediata.

Estas habitaciones eran las más oscuras, húmedas y tristes de la casa, y desde ellas se hallaba uno en comunicación auricular con los vecinos.

En el pasillo había dos cuartitos interiores, que recibían luz y ventilación por otros tantos montantes abiertos en los tabiques que respectivamente los separaban a uno y otro lado, del gabinete y de la sala.

Todas las habitaciones, sin omitir la alcoba del comedor, estaban estucadas, con exclusión de este último, la sala y la cocina, revocada ésta y empapelados aquéllos, cada uno según su importancia y destino.

Adornaban la sala y el gabinete sendos cielos rasos, claros y limpios, con cenefas oscuras y rosetones de relieve en el centro; cubría las paredes de la primera vistoso papel floreado sobre fondo perla; comunicaba con ambas una puerta vidriera de cristales con labores y visillos encarnados; los suelos eran de fino baldosín recién puesto y por los balcones de ambas piezas se entraban raudales de luz, de aire puro y de sol de mediodía, gracias a la casa fronteriza, cuya elevación no pasando de dos pisos, daba generoso y libre acceso a semejantes beneficios.

Tal era, someramente descrito, el cuarto tercero izquierda, de la casa de Pedro López, que acababa de alquilar y me disponía a poner con la comodidad que mis recursos permitían. En efecto, aprovechando los restos del mueblaje y utensilios de nuestra antigua casa, mandé alfombrar la sala y el gabinete, esterar los pasillos y demás habitaciones, colgar cortinas en las puertas y balcones respectivos, y colocar cada mueble en su lugar correspondiente.

Destiné al criado uno de los cuartos interiores, situado enfrente de la puerta de la escalera, hice del gabinete mi dormitorio y de la sala mi despacho, quedando así instalado, sino con el lujo apetecible, con el decoro al menos debido a mi persona.

Paco Ramírez, que tal nombre y apellido usaba el licenciado del eército, recién entrado a mi servicio, era un aragonés de unos veinticinco años, moreno, alto, fornido, tesarudo como buen hijo de su madre patria; pero con la fidelidad de un perro y la exactitud de un matemático en el cumplimiento de su deber, a juzgar por los informes de su antiguo jefe y amo.

—¿Sabes cocinar?— le pregunté.

—Si el señorito se contenta con comer lo que mi capitán... — respondió el ex-asistente.

—Veamos tus habilidades. En la cocina tienes lo necesario; ahí va dinero para la compra de mañana y... ¡mucho ojo con las sisas!

—A la orden... mi señorito.

—Perfectamente, — añadí por lo bajo; — no tendré necesidad de comer en público, ni de qué me exploten fondistas.

En seguida, satisfecho de haberme instalado en toda regla, me asomé al balcón a contemplar la vecindad.

Era al caer de una melancólica tarde de Diciembre; el sol se hundía en el ocaso, como un ministro que depone su cartera a los pies del soberano, con la esperanza de recobrarla en breve; algunos negruzcos nubarrones, de formas raras y gigantescas, amenizaban el puro azul del éter; el viento, frío y suave, al azotarme el rostro, traía los infinitos rumores de esa gran colmena llamada Madrid, donde abundan más los zánganos que las abejas, y cuya miel, casi siempre inadvertida y despreciada, se seca y se evapora en las celdillas de los corazones y los cerebros en que fuera fabricada.

Muchedumbre de pacíficos ciudadanos discurría tranquilamente por la calle en opuestas direcciones, desde la desfachatada chula al atildado caballero, desde el aguador, cargado con su cuba, a la gran dama, cargada con su vanidad y sus alhajas, mientras venían a confundirlos y barajarlos, salpicándoles de barro y como escupiéndolos sobre las aceras, las ruedas de los carruajes que al estremecer el empedrado, atronaban sus oídos.

Las tiendas ostentando en sus vistosos escaparates una variada multitud de objetos, ya útiles, ya preciosos, y de tentadoras golosinas, eran otros tantos lazos tendidos al bolsillo del ocioso o atareado transeunte; entre ellas, interrumpiendo la monotonía de la calle, veíase aquí una carbonería, allá un café, acullá un estanco, más arriba una farmacia, una lonja de ultramarinos al lado de un palacio, en animado contraste y bulliciosa algarabía todo ello.

Junto al portal de mi casa, es decir, de Pedro López, un corrillo de tres personas ocupaba la acera, cual si hubiera hechado allí raices, interceptando el paso, sufriendo sin sentirlos, los codazos y las invectivas de los transeuntes.

En un balcón del cuarto segundo, tirada mejor que sentada, sobre una silla de enea debajo de una cortina de persiana, envuelta en ancho mantón desde los piés hasta la barba, una mujer desgreñada y sucia miraba con ojos estúpidos a la calle, sonriendo de cuando en cuando y haciendo, no se sabía a quién, con la cabeza señas imperceptibles.

Los balcones de la casa de al lado se hallaban cubiertos de ropa, y en el alero del tejado de enfrente picoteaban, trinando, algunos gorriones; sobre las tejas se levanta-

ban las buhardas con sus caballetes cubiertos de pizarras, y a lo lejos, dominándolo todo, alzábanse más aún, como gigantes petrificados, las cúpulas de los templos, con sus linternas de cristales sosteniendo la cruz que abrazaba el vacío, símbolo perfecto y elocuente de nuestras creencias.

Una niña de diez a doce años, asomada al balcón inmediato al alero del tejado donde picoteaban los gorriones, apuntó a mi rostro unos gemelos de teatro, examinándome con ávida curiosidad.

—¡Delicioso! — pense cerrando el balcón. —aquí podré entregarme sin estorbo a terminar la novela titulada "Los Adularoses" que hace largo tiempo anuncié al público.

Y me puse a escribir, sentado al buseau que había mandado arrimar a un testero de la sala.

IV

Aquella noche y las dos siguientes, escribí sin interrupción multitud de cuartillas.

Los escritores, cuando nos entregamos de lleno a la producción, somos excéntricos y caprichosos como las mujeres en cierto estado; de uno sé que no podía escribir sin un loro posado en el hombro; otro lo verificó cerrando las ventanas en pleno día y alumbrándose con una bujía metida en un cráneo; y en fin, por no cansar, me consta que hubo quien no podía trazar un renglón sin antes sumergir los pies en un baño de agua caliente.

Por lo que a mí toca, cuando me entrego a la vida holgona, y ello sucede casi siempre, mis costumbres no difieren en un punto de las de los demás mortales. Pero si me arrojo al trabajo, como quien se arriesga a cruzar los mares, sufro un cambio tan radical que ni me curo de cuanto me rodea ni a mí mismo me conozco.

Siguiendo entonces una fase de esta transformación, solía levantarce tarde, comer fuerte a la una, pasear hasta las cuatro, tomar un piscolabis a las cinco y sentárme a escribir hasta las tantas de la noche, sin dárseme un ardite del mundo ni de los mortales. Si el trabajo me debilitaba, salía como un sonámbulo a cenar a cualquier café; de lo contrario me acostaba con mis personajes de novela y me dormía al cabo con los ensueños de mi imaginación calenturienta.

Pues bien, a la cuarta noche, próximo a entrar en el nudo de mi obra, oí repentinamente sobre mi cabeza un golpe sordo, seguido de otros varios; después algo como silletazos y derribo de muebles; en seguida sollozos sofocados, gritos penetrantes y frases entrecortadas.

Solté la pluma, levanté la cabeza, retuve el aliento, y el silencio de la noche, como con la ayuda de un teléfono, entre otras que no entendí, trajo a mi oído estas palabras.

—¡Asesino! ¡ladrón!

—¡Bribona! ¡Te voy a reventar!

—¡Revienta a tu hijo... si te atreves!

Sonó otro golpe, seguido de otro grito, luego pasos precipitados en todas direcciones, y al fin un último golpe seco, semejante al de un cuerpo pesado que se viene al suelo, hizo retemblar el cielo raso.

—¡Se están matando! — proferí con susto.

De un salto me puse en pie; tomé una palmatoria y llegué al cuarto de mi criado.

Ramírez roncaba como un bendito, con tanta fruición, que me dió pena despertarle.

Sobre una silla, junto a la cabecera de la cama, tenía un revólver cargado.

Me apoderé del arma, y con ella en una mano y la luz en otra, abriendo sigilosamente la puerta, me lancé de igual modo escalera arriba; subí hasta el mismo tragaluz y me detuve a escuchar en el último rellano.

Un silencio sepulcral reinaba en toda la casa; los golpes secos, los pasos precipitados, los gritos desgarradores y las frases entrecortadas, parecían más que triste realidad engendro de mi revuelta fantasía.

Sólo al breve rato sentí abrirse la puerta del principal, pasos y voces tranquilos de varias personas que se despedían en la escalera, luego separarse y encajar de nuevo las pesadas hojas del portal, luego... volvió a reinar desde el zaguán al tejado el mismo sepulcral silencio.

—Si se han matado ya, — dije encogiéndome de hombros, — maldita la falta que les hago; y si están apaciguados, ¿a qué reanimar el fuego?... ¡A imitar a Ramírez! ¡A dormir! Lo que fuere sonará.

En absoluto no respondo de ello, porque no me oí; pero juraría que a los diez minutos mis ronquidos habían dúo con los de Ramírez.

V

A las dos de la tarde del siguiente día cuando salí a dar el paseo acostumbrado, encontré a la portera barriendo el portal.

—Oiga usted, señora Pepa.

—Mande usted, señorito.

—¿Ha oído usted algo anoche?

—¡Yo!... Nada.

—¿Ni ha venido la autoridad?

—Tampoco.

—Pues en el sotabanco se han estado matando.

En el mismo instante de proferir estas palabras, un hombre de capa y hongo, descalabrado a juzgar por la venda que le cubría parte de la cabeza, acertó a bajar la escaleras, y al pasar, nos dió las buenas tardes.

—Ahí lo tiene al vecino del sotabanco, — me dijo la portera.

—¿Es casado?

—Sí...—respondió con cierta reticencia.

—En ese caso, — repliqué, — déle usted por viudo, porque ha matado a su mujer.

—¿Decía usted?... Voy comprendiendo; habrá oído usted gritos, golpes, sollozos, insultos...

—Eso es.

—Pues semejante escena se repite la mayor parte de las noches.

—¡Diantre!

—Como él juega, y ella se emborracha, a lo mejor arman un belén, hasta que ella se acuesta sobre el santo suelo, o alguno de los dos, como ha sucedido esta noche, se dá o recibe algún porrazo. En la casa todos esta-

mos acostumbrados a esos zipizapes y no les hacemos maldito el caso; como nos pillen dormidos, ni siquiera nos despiertan.

—Y ¿no han intentado ustedes poner paz?

—Ni falta les hace. Una vez se metió un vecino con ellos en medio de la gresca, y estuvo en un tris que no le saltaran un ojo, después de decirle que más sabía un loco en su casa que un cuerdo en la ajena. Tres veces se han separado jurando matarse, y otras tantas han vuelto a reunirse, no pudiendo soportar la separación. Son dos tortolitos que no viven el uno sin el otro; se quieren a trompis, y hay que dejarlos; cada uno es como Dios le ha hecho.

—El vino, las mujeres y el juego... ¿Sabe usted señora Pepa, que tiene usted encerrados todos los vicios en el sotabanco?

La portera me volvió la espalda y continuó barriendo; yo salí, comenzando a disgustarme de la casa de Pedro López.

En efecto, a las tres o cuatro noches se repitió la escena, exornada con el aparato de costumbre, sólo que el estrépito fué mayor, si cabe, que en la primera. Me distrajo de tal modo, que furioso de no poder seguir escribiendo, cuando él por centésima vez gritaba: "Te voy a reventar", le contesté sin que me oyera por fortuna:

—¡La revienta usted, o la reviento yo!

Ramirez dormía como sólo él sabía hacerlo, acostumbrado tambien al zipizape. Habiéndome la fatiga dado sed, me levanté y fuí a la cocina a beber un vaso de agua.

Ya en ella, una circuntancia extraña vino a llamarme la atención.

Por la ventana que caía al patio abierto entre mi casa y la inmediata, se entraba un ruido extraordinario de monedas, ni más ni menos que si a expuertas las estuviera manejando.

—¡Chispas! — dije para mí. — ¿Dónde me he metido yo? ¿Serán ladrones o monederos falsos?

Me asomé y ví alumbrada la ventana del principal a traves de la entreabierta montera de cristales que cubría el patio. Con la mayor atención escuché durante algunos minutos.

Oíase el ruido de dinero derramado a expuertas sobre un mueble; luego el ludir de unas monedas con otras, como si contándolas las ordenaran en pilas. Al mismo tiempo, una voz ligeramente emocionada, unida a cierto cofuso rumor que recordaba el roce de papeles mugrientos, decía por lo bajo:

—Cuatro mil... seis mil... veinte mil...

—No ha sido floja la ganancia, — añadió una nueva voz.

—Gracias a mis escamoteos de ases y sotas.

—Y a mi cambio de barajas cuando aquel tío copó la banca.

—Si llego a tallar yo...

—Lo malo es que nos han levantado un muerto de dos mil realas.

—¿Quién ha sido?

—Aquel vejete, en el "entrés".

—No te apures; de enero a enero el dinero es del banquero.

—Que no entre más ese canalla.

—Descuida.

Callaron y siguieron contando.

—¡Vaya una casa de juego! — dije cerrando sigilosamente la ventana. — Y jugadores de ventaja por lo visto. Vamos atando cabos; el vecino del sotabanco entra de paso en el principal; mientras él tira de la oreja a Jorge, su... mujer o lo que sea, le espera empinando el codo. Una vez desplumado, él sube a su habitación, la encuentra a ella borracha y la apalea. ¡Pues, señor, esta casa es un edén!

Al tiempo de retirarme al gabinete, sentí sobre mi cabeza reproducirse la cosabida escena; esta vez no me impidió dormir, porque, como había dicho la portera, también yo me había acostumbrado al zipizape.

Transcurrió cerca de una semana, sin que, aparte de las referidas, ocurriera cosa digna de mentarse. Sólo algunas veces encontraba en la escalera, ya subiendo o bajando, gente de mala traza, de las cuales unos me daban maquinalmente las buenas tardes; otros pasaban sin saludar, con aire misterioso o preocupado.

—Serán "puntos" o jugadores, — me decía; — los que saludan van gananciosos; a los que bajan sin decir esta boca es mía se los llevan los diablos.

La mayor parte de las noches oía abrirse y cerrarse con cierto sigilo, pero tambiér con bastante frecuencia, las puertas de los cuartos inferiores y la de la calle; al propio tiempo sonaban pisadas de varias personas, acompañadas de murmullos, entre los cuales percibían de cuando en cuando palabras soeces y blasfemias.

Yo empezaba a preocuparme seriamente de mis vecinos y hasta a maldecir la hora en que se me ocurriera meterme en aquella casa.

Verdad es que nadie se metía conmigo ni me estorbaba en un ápice; que, salvo a lo zipizapes del sotabanco, la tranquilidad era completa; pero una vaga inquietud, un malestar inexplicable, me sobrecogía cuando estaba ocioso.

—¿Viviré condenado a ser otro judío errante? — pensaba entonces, cruzando por mi imaginación la idea de mudarme de nuevo.

Mi criado Ramírez era quien no parecía preocuparse en lo más mínimo.

Fiel al cumplimiento de su deber, solía madrugar todas las mañanas; iba a la compra, a la vuelta me servía el chocolate, si estaba yo despierto, y luego se encerraba en la cocina a preparar la comida de la una, en cuyo cometido solía salir bastante airoso.

Mientras yo daba mi paseo de costumbre, Ramírez se quedaba en casa haciendo la limpieza; terminada esta, salía a complimentar mis órdenes, si las tenía, o me dejaba dispuesto el piscolabis de la tarde, o hacía de su capa un sayo, según las circunstancias.

Como quiera que si yo cenaba algunas noches, no lo verificaba en casa, Ramírez entonces campaba por sus respectos hasta las once, hora en que cerraban la puerta de la calle y él venía a recogerse.

Unicamente los sábados y las vísperas de los demás días festivos, le permitía llevarse la llave, con la ineludible condición de tener juicio y no venir más tarde de la una.

No cambiaba con él más palabras que las precisas, y por su parte, debo confesar que, salvo algunas pequeñeces, siempre inevitables, en las dos o tres semanas que llevaba a mi servicio no me había dado motivo de censura. Ganaba, amén a la comida, ocho duros mensuales, los mismos que percibía, por preferirlo él así, a razón y cuenta de diez pesetas por semana.

Era la noche de un sábado y víspera, además, del cumpleaños de Ramírez. Yo, preocupado, rendido y con una jaqueta, dando punto a las cuartillas, me acosté a las once. Ramírez que no se hallaba recogido aún, lo cual no me extrañó, pues se había llevado la llave, siendo para él doble día de suelta.

Dormí siete horas de un tirón, al cabo de las cuales me desperté, sobrecogido y nervioso a esta suposición; la cama estaba intacta; la vela de sebo con que solía alumbrarse mi criado, no había sido encendida. Ramírez en fin ¡no había ídormido en casa!

Pensativo y contrariado, fuí a sentarme ante mi escritorio, donde, con aire distraído, me puse a repasar las cuartillas que escribiera la víspera.

Amaneció, y, a eso de las siete y media, sentí abrirse cautelosamente la puerta de la escalera, y habiendo quedado habierta la de comunicación con el pasillo, desde el lugar donde me hallaba sentado, ví entrar a Ramírez, con aire receloso, pisando como los gatos, en dirección a su dormitorio. Ignoro si me vería, pero es lo cierto que no se dió por entendido. Yo dejé hacer, limitándome a observar a mi criado.

Ramírez, a los cinco minutos, salió de su habitación, se dirigió a la cocina, volvió a salir con la cesta al brazo, y sin decir oste ni moste, se marchó a la compra.

Apenas hubo desaparecido, corrí a su cuarto, impulsado de una viva curiosidad; había descompuesto la cama y sustituído, por cabo recién apagado, la vela intacta a su palmatoria.

—¡Ah, bribón! ¡Cuántas veces te habrás burlado de mí! — no pude menos que exclamar!

Antes de una hora, volvió y me sirvió el chocolate, con militar exactitud, sin manifestarse sorprendido de mi madrugón.

Después de tomar el desayuno, le llamé a mi presencia.

—Oye, Ramírez.

—A la orden, mi amo

—¿Se puede saber dónde has dormido esta noche?

—Yo... señorito... en casa... como todas las demás.

—¡Mientes, perillán!

Ramírez miró al techo, bajó la cabeza y se puso a dar vueltas a la gorra entre sus manos.

—Acabemos; ¿dónde has dormido?

—En el segundo mi amo

—¡Cómo! ¡En el cuarto segundo de esta casa!

—Sí señorito. Vine tarde, no traía fosforos, la escalera estaba oscura y me equivoqué de cuarto.

Súbito una idea repentina iluminó mi pensamiento, recordé la escena del retrato, y dije al criado:

—Conque ¿una equivocación, eh?

— Sí, mi amo.

—Pues ándate con pies de plomo, porque la vez que te vuelvas a equivocar, será la última... ¡Granuja!

Ramírez, esquivando un tremendo puntapié, echo a correr hacia la cocina.

Yo permanecí arrellenado en el sillón, mirando la pared, y seriamente pensativo.

—Resumamos, — dije, — En el principal, un garito con jugadores de ventaja; es decir, la fuente de todos los crímenes. En el sotabanco, un hombre y una mujer, un... matrimonio, o lo que sea, que juega, se emborracha, blasfema, arma poco menos que un zipizape diario y está revienta o no revienta; todos los vicios, todas las groserías, presentes en tejas arriba, y, lo que es peor, un crímen futuro, si Dios no lo remedia. En en segundo... demasiado temo adivinar lo que hay en el segundo; por de pronto, unos vecinos o vecinas, que codician al criado ajeno, que no es poco codiciar. En el tercero de la derecha, ignoro todavía cuyos sean los inquilinos; pero, probablemente, por la pinta de la casa, no deben de ser cosa de provecho. En el tercero, izquierda, a la vista esta, Ramírez y yo; Ramírez es un truhán, según acaba de probarme... Luego yo, yo, y no tengo por qué envanecerme, ¡soy la única persona decente de la casa! Pues, señor, ¡vaya unos vecinos! ¡Y yo que pensaba mandarles mi tarjeta de visita! Afortunadamente esas cuartillas me han distraído, y yo no se las he mandado aún. Esto no puede continuar así; ¡o ellos, o yo!... ¡Ramírez, Ramírez!

—Señorito.

El infeliz acudió tembloroso, creyendo que yo iba a despedirle.

—A la portera, que suba inmediatamente.

—Voy volando.

La señora Pepa, a los cinco minutos, se hallaba en mi presencia.

Entonces la observé rápidamente. Vestía de negro, como siempre, ni más ni menos que si llevara el luto de su honradez, o el de las víctimas de sus inquilinos. Era una mujer, según dije, alta, pálida y delgada, con una palidez de convento o de hospital; había en sus movimientos algo felino, algo del tigre o de la gata; en su mirada, un rayo de bondad postiza y de virtud estúpida; rodeaba sus ojos un cerco amoratado, y sus labios, sinuosos y delgados, parecían próximos a despegarse, apercibidos a la defensa, y aún al ataque.

—¿Manda algo el señorito? — preguntó con voz meliflua.

—¿Está en casa su marido de usted?

—Sólo viene a dormir por las noches y se va muy de mañana; le trae tan ocupado ese bendito ferrocarril...

—¿De suerte que usted corre con todo?

—Para servir a usted.

—Perfectamente; ahí está el recibo; ajústeme usted la cuenta; me voy de esta casa.

—Pero...

—O se van todos los vecinos.

—No lo permita Dios; pagan como príncipes.

—Siendo así, lo dicho; me marcho, señora Pepa.

—Hay una pequeña dificultad.

—Oigamos.

—Siento disgustar al señorito; mas, con el debido respeto, le recordaré que ha firmado un contrato en virtud del cual se compromete a permanecer tres meses en el cuarto. Todavía no hace uno que tengo la honra de contarle entre...

—¿Y si falto a lo contratado?

—Pierde usted la fianza y el mes corriente.

—Eso es inicuo.

—Sin perjuicio de que el amo, si quiere...

—Gracias, señora Pepa; me ha dado usted una idea; veré al amo.

—Todas las noches, en el café de Lisboa, después del teatro...

—Pero él, ¿dónde vive?

—Cuchilleros, 37. Yo lo digo porque en el teatro, o en el café, preguntando por don Pedro López... Todo el mundo lo conoce. Crea usted que tendrá un disgusto.

—En efecto, no es agradable la noticia.

—Mas... sepamos: ¿por qué se marcha el señorito?

—A causa de los vecinos.

—¡Bendito Dios! ¡Si son de lo más tranquilo de Madrid!

—¡Caracoles! ¡A eso llama usted tranquilidad! Unos vecinos que roban, seducen y se matan todas las noches...

—¿Le han molestado a usted en algo?

—¿A mí?... No.

—Es que.... yo respondo del orden... y si alguien se atreviera con el señorito... Aparte de los zipizapes del sotabanco, a los cuales todos nos hemos acostumbrado, y donde nunca llegará la sangre al río... ¡rediós! ¡no faltaba más!... Pues, como iba diciendo, no ha visto usted vecinos más tranquilos. En el principal juegan, es verdad, pero son todas personas decentes, muy decentes, eso sí; como que el juego es un recreo de la aristocracia, según no ignora el señorito. Las del segundo tendrá sus trapicheos, no diré que no; al fin, a todos se nos ha de comer la tierra; y, señor, lo que yo digo, ¿a qué está una, sino...? pero esas son también unas personas muy prudentes, de mucha decencia; son unas señoritas que no se meten con nadie. Aquí no hay escándalos, ni belenes; a las once se cierra el portal, y esta casa es muy tranquila, muy tranquila, señorito.

—Perdone usted, señora Pepa; si mal no recuerdo, me aseguró que las del segundo estaban despedidas...

—Y lo estaban, y lo están aún; sí, señorito.

—Pues, entonces, ¿por qué no se marchan?

—Eso mismo digo yo... ¡Señor, también es mucho porfiar!

—¿O por qué no las echan ustedes de una vez?

—Todos los días las estoy echando, sino que ellas no me hacen maldito el caso; y luego ya ve usted, la ley de desahucios... yo no entiendo de leyes, y me aburro, y lo dejo...

—Señora Pepa, dice usted que vive el amo...

—Cuchilleros, 37, y mejor en el teatro, en el café, preguntando por don Pedro López...

—Está bien, yo me las entenderé con ese señor.

—Como usted quiera, señorito. Crea usted que yo tendría un disgusto, un verdadero disgusto, si una persona tan fina, tan decente como usted, nos abandonara. Lo que digo yo todos los días: ¡qué decente, qué fino es el señorito. ¡Bendito Dios!...

Aquella misma tarde fuí a ver al casero, y me contestaron que acababa de salir.

—¿A qué hora vendrá?

—A ninguna, lo menos hasta la madrugada...

—Me urge mucho verle; ¿no come en casa hoy?

—Esta noche, en el café de Lisboa... Allí suele cenar.

Volví amis cuartillas, para hacer tiempo y aprovecharlo. Un capítulo en que describía al adulador y los efectos de la adulación, me retuvo en casa hasta las nueve, hora en que salí, decidido a buscar a mi don Pedro.

Al bajar la escalera, casualmente me fijé en un detalle significativo, que hasta entonces no llamara mi atención. Las candilejas de petróleo que en cada rellano alumbraban aquélla, sostenidas por sendas abrazaderas de hierro empotradas en la pared, estaban atadas con una cadenita sujeta a un anillo del mismo metal, empotrado también a distancia conveniente, y servía de nudo a la atadura un candado cuya llave obraría en poder de la portera.

—¡En valiente casa me he metido! — no pude menos de pensar. — Se conoce que aquí roban hasta las candilejas. Eche usted decencia y tranquilidad, señora Pepa.

Al tiempo de cruzar la meseta que la precedía, oí cerrarse con estrépito la puerta del segundo, no sin que antes viera flotar en su interior la punta de una capa.

Apoyada en el quicio de la puerta de la calle, ví una mujer envuelta en un mantón que sólo le dejaba al descubierto desde la frente a la nariz, tiritando de frío y tarareando una canción que no entendí. Al pasar por delante de ella, me miró con cierta curiosidad, sin atreverse a proferir palabra.

VI

Atravesando nubarrones de humo, dando y recibiendo codazos y empujones, gané el mostrador del café de Lisboa.

—¿Ha venido don Pedro López?

El amo miró a todos lados, y llamando a un camarero, repitió la pregunta.

—Acaba de marcharse, — respondió el interrogado.

—¿Sabes tú si volverá?

—Despus del teatro, seguro; viene todas las noches...

—Muchas gracias.

Saliendo del café, crucé despacio la Puerta del Sol, indeciso entre volver a casa o esperar en cualquier parte la hora de ver a mi casero.

Los disgustos y las preocupaciones del día me habían quitado el apetito durante la comida, y como en aquel instante me acometiese cierto desfallecimiento, resolví entrar en el Oriental, a donde solían concurrir varios amigos y compañeros.

Allí estaban Paco, Antonio, Ventura, Marcos, con algún otro, todos ellos ventajosamente conocidos en la república literaria. Al llegar me dirigieron una granizada de preguntas.

—¡Hola, Luis! ¿Qué tal estás?

—No se te ve el pelo por ninguna parte; ¿dónde te metes, hombre?

—¿Va muy adelantada tu novela?

—¿Cuándo la publicas?

—¿Tienes novia?

—¿Tronaste con Clotilde?

Y así por el esitlo, durante algunos minutos. Al fin pude decir.

—Señores, me he mudado.

—¡Mandaste al diablo a la patrona con sus huéspedes! ¿Dónde vives ahora?

—Infantas, 109, vuestra casa, en el tercero izquierda.

Apenas hube proferido estas palabras, al alborozo siguió un silencio glacial. Todos se miraron con extrañeza.

—Pero, hombre, Luis, ¿qué es eso? — se atrevió a decir uno.

—¿Cómo vives? — preguntó otro.

—Que el diablo me lleve si os entiendo. Vivo independiente, en compañía de un criado; salgo poco y trabajo ocho horas diarias. Por cierto que... ¡Oid!

Y a continuación referí cuanto sabía de mis vecinos y las impresiones que éstos me produjeran.

Todos soltaron la carcajada.

—Por fin, ¿me explicaréis? — dije desconcertado.

—¡Infantas, 109! ¡La casa de Pedro López, como llaman por ahí! — respondieron todos a un tiempo.

—¿Y qué tenemos con ello? — repliqué con la mayor sorpresa.

—Que bas caído en la trampa, en el garlito. ¡Te han cazado como a un conejo!

—Pues bien, sí; os juro que ignoraba...

—Tú serás allí, de fijo, la única persona decente.

—Pero, hombre, tú, tan corrido; tú, el novelista, el fotógrafo a la pluma, de nuestra sociedad, no sabías...

—Lo sabe todo Madrid.

—¡Ja, pa, ja!

—¿Ignorar también quién es ese Pedro López, tu casero?

—¡Ja, ja, ja!

Soltaron una carcajada más estrepitosa que las anteriores. Yo, ciego de furor y de vergüenza, cruelmente herido en mi amor propio, les grité levantándome de un salto:

—Pues bien, sí, lo sabía, lo sé todo; de intento me he metido en esa casa... porque.. como soy novelista... y para escribir buenas novelas es indispensable la observación, la... experimentación...

El despecho no me dejó concluir, y salí sin pagar la cena medio consumida, cuyo importe debieron de satisfacer con gusto mis amigos a trueque del buen rato que les diera.

Vagué por las calles, sin dirección ni conciencia de ello, como un proyectil arrojado de un obús, y con una idea fija en el cerebro.

—Pedro López... — me decía, — ¿quién será ese Pedro López?... López... López... López de Ayala, López Guijarro, López Bango... no, ese no es, estaba en el café, y además, se llama Eduardo... López el de los chocolates, tampoco, ese es otro López... Pues, señor, apenas habrá López entre los españoles, todos los descendientes de los antiguos Lopes, o lobos, o lo que fueran... Lo menos hay diez mil; conque... ¡échese usted a buscar! Decir López es como no decir nada; y en cuanto a Pedro, el nombre de pila de mi casero, de mi pesadilla, mejor dicho... desde el gallego del cuento, que apenas se llamaba Pedro, hasta don Pedro Calderón de la Barca, es decir, toda la escala de los Pedros... pues, ¡adivine usted al Pedro en cuestión! Paciencia Luis, mucha paciencia; no tienes otro remedio que volver al café de Lisboa a ver si esta vez eres más afortunado. ¿Qué hora tenemos? La una menos cuarto. Ya habrán concluído las funciones en todos los teatros. Vamos allá.

El café de Lisboa estaba, si se considera lo avanzado de la hora, bastante concurrido. Varias personas cenaban en distintas mesas, formando grupos, charlando tranquilamente unos y alborotando otros. Me dirigí al mismo camarero de antes, repitiendo la pregunta:

—¿Ha venido don Pedro López?

—No, señor, no ha venido; es una rara casualidad, viene todas las noches, yo soy quien le sirvo.

—Traéme una chica clara, y como le veas entrar, avísame.

Tomé un diario, encendí un cigarro; mi casero no aparecía. En el café, de fijo, habría más de un López; pero el que yo buscaba... ¡a ese había que echarle un galgo!

Al cabo de media hora, cansado de fumar y de beber, resolví ir a acostarme, con objeto de madrugar y sorprender a mi López en la cama, si es que dormía en ella.

—Como quiera que sea, — iba diciendo camino de mi casa, — si mañana no le veo, pasado me mudo a cualquier parte, y renuncio a la fianza, y al pico de este mes, y sea lo que Dios quiera.

VI.

Esta vez, dando razón a la portera, la casa estaba como una balsa de aceite; ni un rumor se oía en la escalera, ni en los cuartos, ni en el sotabanco.

Ramírez dormía como un lirón, sin haber equivocado el dormitorio; sin duda no carecía de fósforos.

Nadie hubiese sido capaz de adivinar que allí se albergaba gente inmoral y truhanesca, de malos antecedentes y peores costumbres. Tanta quietud casi daba miedo.

Entré en el gabinete, con un fósforo en la

mano; encendí la bujía; tiré sobre un sillón la capa y el sombrero; dí cuerda al reloj, colocándolo después sobre la mesa de noche y empecé a desnudarme.

Apenas me hube quitado la levita, un violento campanillazo, brusco y nervioso, me estremeció de pies a cabeza.

—A estas horas... ¿quién será? ¿qué me querrán? — dije sobresaltado. — ¡Voy!

Un segundo campanillazo, más violento que el primero, me ahogó la voz.

Tomando la palmatoria y un pesado bastón, me lancé a abrir.

Un hombre y una mujer, azorados, convulsos, las ropas en desorden, se arrojaron, no entraron, dentro de mi habitación, cerrando la puerta tras ellos.

El hombre, calvo, de mirada penetrante y repulsiva, contaría medio siglo; la mujer, un prodigio de hermosura y de candor a juzgar por la apariencia, unas diez y siete primaveras; metida en aquella casa, me pareció un lirio entre cardos o una perla en un muladar.

Venía aferrada al brazo de su padre, y presa de un convulsivo temblor, se adhería instintivamente a él como si la amenazara un gran peligro.

—Perdone usted, — dijo el hombre de la calva, — si nos entramos en su casa a tales horas, sin previo aviso ni presentación alguna. Soy el prestamista de al lado; creo que los vecinos deben ayudarse en ciertas ocasiones...

—Ya tenemos en campaña a otro vecino, un usurero, otro tunante, — dije para mí, inquieto y sorprendido de semejante escena. — Pero sepamos al fin, ¿qué ocurre? — pregunté en alta voz.

El pobre hombre miró con azoramiento a todos lados.

—Tiene usted ladrones en casa? — profirió, castañeándole los dientes.

—¡Tal vez! — respondí mirando con fijeza al usurero.

—Es que yo... ahora mismo... nosotros... Cuéntaselo tú, hija mía, que a mí me tiemblan las carnes.

—Tranquilícese usted, vecino; tome usted asiento, señorita, y cuéntenos...

—No hay tiempo que perder; es necesario registrar la casa, ahora mismo.

—Sosiéguese usted, papá, — dijo la joven con adorable acento.

—Respondo de que aquí no ha entrado nadie, — añadí con firmeza.

—Sin embargo, oigo ronquidos.

—Es Ramírez, mi criado, que duerme como un bendito, ahí, tras ese montante.

El prestamista pareció tranquilizarse hasta cierto punto y preguntó:

—¿No ha venido usted hace un momento de la calle?

—Sí, señor.

—¿Lo ve usted? Lo he oído... ¡Si sabré yo quien entra y sale!

—No comprendo...

—Dígame usted por favor, ha entrado alguien con usted?

—Nadie, que yo sepa.

—Y en la escalera, ¿ha visto usted?...

—Los peldaños, las paredes.

—¡Es particular! Pues entonces estaban escondidos... ¡Ladrones tenemos!

—Pero ¿dónde?

—¡Qué se yo! En cualquier parte. A poco de entrar usted llamaron a mi puerta, con cierto sigilo. ¿Verdad Rosa?

—Sí, papá, todavía se me crispan los nervios.

—Y con motivo. Figúrese usted, vecino, un llamamiento a semejante hora es para asustar a cualquiera. Yo no me atreví a salir, salió ésta, y... El caso es que con el susto se me pierden las palabras... Cuéntalo tú, hija mía, tú eres más valiente.

La joven se volvió hacia mí, embriagándome con su hermosura, y dijo:

—Apenas oí que andaban en la puerta, salté de la cama, tomé un luz, me eché esta bata encima, y así como estoy, salí a mirar por el ventanillo: entre la oscuridad de la escalera me pareció distinguir un hombre de mala traza, disfrazado de militar. — ¿Quién? — pregunté, temblando. Y una voz ronca, desde fuera, respondió: — ¡Degollada! Dí un grito de espanto, la luz se me cayó de la mano, quise huir y tropecé con papá, que me había seguido hasta la puerta. Al mismo tiempo sonaron pasos desiguales por la escalera, como si el ladrón, frustrado el golpe, se diera a la fuga. Fuimos por otra luz, y al cerciorarnos de que no había nadie, impulsados del miedo, nos hemos atrevido a llamar a la puerta de usted, el único vecino que nos inspira confianza y cuya visita deseábamos.

—Lo celebro, — respondí inclinándome, — aunque lamento, señorita, la ocasión que nos aproxima. ¿Está usted segura de cuanto acaba de referirme?

—Segurísima.

—¿No le parece a usted, vecino, muy sospechoso todo eso?

—A decir verdad, en esta casa no me extraña nada.

—¿No le parece a usted que un hombre, a tales horas, disfrazado de militar, tentando una puerta que no es la suya, no viene con buen fin?

—Así al menos lo parece; con todo, se dan casos...

—¡Oh! y tendrá cómplices, apostaría un perro chico: un hombre solo no se mete así, a humo de pajas, en una ratonera.

—Papá, son las dos de la mañana, estamos molestando a este caballero; eso no será nada.

—Y luego, — prosiguió el prestamista, — esa voz ronca y esa palabra atroz con que el ladrón ha contestado a la pregunta de mi hija: ¡Degollada! A mí que no me digan, aquí hay gato encerrado, aquí se ha cometido un crimen o van a cometerlo... ¿Si será algún cliente? — añadió, como advertido por su conciencia.

—Cálmese usted, yo no creo...

No pude continuar; un campanillazo, si cabe más fuerte que el de mis vecinos, me cortó la palabra.

Todos nos miramos sorprendidos; Rosa

palideció, su padre se puso lívido, yo empecé a temer alguna desgracia.

—¡Ramírez! ¡Ramírez! — grité con todas mis fuerzas. Y al tiempo de gritar corrí hacia la puerta, preguntando con ira:

—¿Quién?

—¡Degollada! — respondió la misma voz de antes.

Instantáneamente, sonaron pasos en la escalera; escuché algo semejante a un ronquido de agonía, y un golpe sordo, como el de un cuerpo al caer sobre los peldaños, me heló la sangre en las venas.

Rosa y su padre se habían levantado como impelidos de un resorte; al escucha la extraña contestación, la primera cayó sobre una butaca, lo mismo que si, en efecto, la hubieran degollado; el segundo, azorado, convulso, sin encomendarse a Dios ni al diablo, abrió el balcón, gritando con todos sus pulmones:

—¡Sereno! ¡Sereno!... ¡Pronto, ladrones en el 109.

Sonó en la calle un pito al que contestaron otros varios, seguidos de ladridos y carreras. Yo entré en mi cuarto y salí empuñando una magnífica pistola de dos cañones. Ramírez, a medio vestir y frotándose los ojos, nos miraba a todos con aire estúpido.

—¡Toma el revólver y sígueme! — le grité precipitádamente hacia la escalera cuya puerta había abierto.

Varios vigilantes nocturnos subían, oscilando sus faroles, pistola y chuzo en mano, seguidos de algunos policías y de agentes de orden público, armados también.

—¿Qué hay? ¿Qué ocurre?

—Ladrones...no sabemos... aquí han debido de matar a un hombre.

La alarma cundió por toda la casa como un reguero de pólvora. Su efecto fué indescriptible. La portera salió al zaguán acompañada de su marido en calzoncillos, y gimoteando: — ¡Qué vergüenza! ¡Bendito Dios! ¡Una casa tan tranquila! — Un verdadero alboroto ocurrió en el principal: oímos volcarse una mesa, movimiento desordenado de sillas, seguido de un estrépito metálico, golpes, gritos, palabras soeces y blasfemias; a continuación se abrió la puerta y un grupo de hombres azorados se lanzó hacia la escalera: unos, a favor del desorden, se precipitaron a la calle; otros se confundieron con los que subían en busca de los ladrones. En el segundo, varias mujeres desarrapadas, medio dormidas, medio desnudas, olvidadas del pudor, salieron a la meseta de la escalera, y alargando sus estúpidas cabezas, contemplaron todo aquello con aire indiferente, mientras en lo alto se oía al vecino del sotabanco, que por centésima vez gritaba: — ¡Te voy a reventar! — Todo ello simultáneamente y en el espacio de un minuto.

Al oir, sin comprenderlas, las voces del sotabanco, vigilantes y policías se lanzaron hacia lo alto de la escalera, creyendo, no sin razón, que arriba estaban los criminales. Ramírez y yo permanecimos en el rellano correspondiente a nuestra puerta, guardando el paso, arma al puño y prontos a disparar sobre el primer ladrón que se presentara. En cuanto al usurero, sin hacer caso de su hija, que continuaba desmayada en el sillón, se había colocado junto a la entornada puerta de su cuarto, dispuesto a dejarse hacer trizas antes que le arrancaran su dinero.

—¿Dónde están los ladrones? — preguntó de pronto, con acento bravucón, en el piso inferior una voz ronca.

—¡Don Crispín, por allá! — respondió la portera.

—¡Arriba, don Crispín! — dijeron las del segundo.

Y repitiendo la misma pregunta, pasó por delante de nosotros un capitán de coraceros, de formas hercúleas, y sable en mano.

—¡Al que pille, le degüello! — iba diciendo mientras subía la escalera.

Y de la hoja de su sable partían vivos reflejos a la luz de los faroles.

—¡Te voy a reventar! — seguía gritando el vecino del sotabanco.

—¡La reventarás en la prevención, canalla! — le respondió un agente de orden público.

Al cabo de algunos minutos, tras inútiles pesquisas, todos bajaron custodiando a la pareja del sotabanco.

—¡Aquí hay un cadáver! — gritó horrorizado el usurero, señalando al próximo rellano.

Todos nos precipitamos hacia el sitio que indicaba el prestamista.

Efectivamente, en un rincón, yacía un hombre sobre un charco al parecer de sangre, y vistiendo uniforme militar. El susto y la confusión del primer ímpitu nos habían impedido verle antes.

—Es el que anduvo en mi puerta; ¡le han degollado! — dijo el usurero.

—Y si no, le degollaremos nosotros, — añadió un policía.

—Nadie le toque, es mi asistente, — observó don Crispín, inclinándose sobre el presunto muerto; — ha vaciado su cuerpo y está durmiendo la mona... ¡Ah, bribón, así cumples mis órdenes! ¡En tal estado vienes a reunirte conmigo en el principal, mientras yo me duermo, cansado de esperarte, en cama ajena! ¡Toma, toma y aprende, ladrón!

Esto diciendo, el coracero, de un soberbio puntapié, obligó a levantarse a su asistente y la emprendió con él a cintarazos. El infeliz, recobrado de su borrachera, se dió a la fuga saltando los escalones de cuatro en cuatro.

—¡Calle! — gritó Ramírez al verle escapar. — ¡es mi antiguo compadre, el asistente del capitán Degollada!

—¡Degollada! — repetimos, estupefactos, el prestamista y yo.

—Sí, señores don Crispín Degollada, capitán de coraceros, para servir a ustedes,— contestó el aludido, dirigiéndonos un saludo militar y envainando el sable con aire de triunfo.

—Comprendido, — dije riendo; — el señor se hallaba en el principal esperando a su asistente: éste llegó al fin en el estado

que hemos visto, y desconcertado, llamó a todas las puertas sin acertar a proferir otra palabra que el nombre de su amo, hasta que cayó y durmió.

Todos soltaron la carcajada.

—Conque ¿esos eran los ladrones? — preguntó un vigilante.

—¡Pues no valían la pena de haber levantado tanto cisco! — objetó el jefe de policía.

—Señores, buenas noches, — prosiguió un agente de orden público. Y concluyó, encarándose con el vecino del sotabanco:—Cuando la haya reventado usted, volveremos por los dos.

Todos aquellos hombres desocuparon la escalera, ignoro si haciendo la vista gorda o no sospechando que tuvieran algo que ver con los vecinos del principal.

Al poco rato había recobrado la casa su aspecto ordinario. Sólo el usurero y yo quedábamos en la escalera.

—¡Se ha salvado mi dinero! ¡Hija mía! — profirió aquél, máquinalmente.

—Aquí estoy, papá, ¿se sosegó todo? — respondió la joven, acudiendo.

—No ha sido nada, señorita, una alarma falsa.

—¡Alabado sea Dios!

Entonces pudé ver, en la puerta de mi vecino, una plancha de metal con estas palabras:

DIMAS RAPOSO

PRESTA DINERO SOBRE ALHAJAS Y EFECTOS QUE CONVENGAN

—¡Es posible, — le dije, — que usted, tan apegado a sus intereses, habite en semejante casa!

—¡Pues por eso! — me contestó. — ¿No ve usted que son clientes míos los del principal y del segundo?

Rosa exhaló un elocuente suspiro, mirando a su padre; luego se volvió hacia mí, y con una graciosa sonrisa, alzó la mano, apoyó el índice en la frente y me hizo una seña que interpreté de esta manera:

—Es su manía; hay que dejarle.

—Vecino, está usted apurando la bujía,— observó don Dimas con la vista fija en mi palmatoria.

—¡Vaya! que ustedes descansen.

—Buenas noches; haga usted lo propio.

—Y muchas gracias, caballero, — terminó la joven con acento angelical.

Mientras sonaba tras la puerta del usurero gran ruido de llaves y cerrojos, entré en casa, cerrando la mía, deseoso de acostarme, acto en el cual sin cumplimiento me había precedido Ramírez.

—¡Las tres y media! Noche toledana; esta casa se va haciendo inhabitable, — dije, mirando el reloj a tiempo de desnudarme.

III

Al amanecer ya estaba yo en la calle, resuelto a pillar en la cama a mi casero. Transitaban en ella escasas personas y de poco arraigo todas ellas. Muchos portales permanecían cerrados, otros comenzaban a abrirse, dando paso a sendas muchachas de servicio, que, cesta al brazo, se encaminaban a la compra.

Algunos perezosos y soñolientos dependientes de tienda iban descubriendo los escaparates de las tiendas, o descubiertos ya, barrían la acera, levantando nubes de polvo espeso y repugnante.

Los edificios, con sus balcones y ventanas cerrados, parecían dormidos también como los vecinos que albergaban. A la vuelta de tal o cual esquina, la destemplada esquila de las burras, al sonar desacompasadamente, pregonaba la leche salutífera.

Algún carro repleto de basura estremecía el empedrado, inficionando la atmósfera, formando admirable contraste con la suntuosidad y magnificencia de los palacios cuyo despojo tal vez era.

Me dirigí a la calle Cuchilleros y busqué en ella el número 37. Al entrar en el zaguán, abierto ya, una agraciada niña de catorce a quince años, secándose la cara con una toalla sucia, me salió al encuentro.

—¿Por quién pregunta usted?

—¿Don Pedro López?

—No está.

—¡Cómo que no está! Que no recibe de rás; pero en cuanto a estar en casa, tan temprano...

—Para el amo debe de ser muy tarde, porque no se ha recogido todavía.

Entre tantos miles de López como cuenta España, principié a dudar de la existencia de mi don Pedro López.

No sabiendo qué resolución tomar, permanecía clavado en el portal, cuando acertó a entrar un hombre de capa y sombrero hongo.

—Este caballero busca a usted, — dijo la niña.

El recién llegado hizo con la cabeza un movimiento casi imperceptible.

—¿Es usted don Pedro López? — pregunté con aire de duda.

—Para servir a usted.

Respiré como Colón al decubrir la América.

—Usted dirá, — añadió el extraño personaje.

—Soy inquilino de usted y vengo a hablar sobre asuntos de la casa.

—¿De qué casa, caballero?

—La de la calle de las Infantas.

—Mala hora es esta: pero en fin, suba usted, — dijo bostezando.

Subimos, él delante, yo detrás, entregado a serias reflexiones.

Mi casero no era un mito, sino un hombre de carne y hueso, que vestía como los demás, que estaba allí, delante de mis ojos, subiendo la escalera, echando cada bostezo que temblaban las paredes; y no un casero así como se quiera, sino un casero trasnochador, buen mozo, propietario de más de una casa, como lo había revelado su pregunta.

Entramos en el cuarto segundo con auxilio de una llave que sacó al efecto, y me introdujo en una especie de despacho con ventana a un patio, con una mesa sin papeles encima, y en el cual cogían apenas tres personas.

Nos sentamos, él en una butaca junto a la mesa, yo en una silla al lado opuesto.

Se quitó el sombrero y la capa; un rojizo rayo de sol entró en la habitación, y entonces pude examinar a mi casero.

Era un hombre como de treinta años, alto y bien formado, pero de aspecto vulgar y hasta repulsivo, no sé si como casero o como hombre, o bajo cualquier aspecto que se le considerase. Su cabello era negro, lustroso y fino a fuerza de afeites, su frente estrecha y deprimida, sus orejas grandes y caídas como las de un perro perdiguero, su nariz correcta, sus labios gruesos y rojos, recordando el almagre, su barba redonda, carnosa y reluciente; sus ojos, careciendo de brillo inteligente, no daban al semblante expresión alguna o le daban la de un lacayo; tenía el rostro afeitado, y bajo la lustrosa epidermis, algo semejante a una oía de pelo pugnaba por rebasar la superficie; vestía chaqué y chaleco de punto, pantalón de lana, todo ello oscuro y flamante.

—Usted dirá, — repitió, mirándome de hito en hito.

—Perdone usted si tan temprano le moesto, pero...

—Al grano.

—Pues el grano consiste en que quiero borrarme del número de sus inquilinos.

Sin contestar, abrió un cajón, sacó de él un mamotreto y se puso a hojearlo.

—¿Qué departamento ocupa usted?

—El tercero de la izquierda.

—¿Su gracia de usted?

Le dije mi nombre.

—¿Cuánto tiempo lleva usted en la casa?

—Tres semanas.

—En efecto, aquí está. Pues, amigo mío, — añadió soltando el mamotreto, — lo convenido es ley, no puede usted mudarse antes de dos meses y una semana... A no ser que se resigne a perder la fianza y el pico del mes corriente...

—No obstante...

—¿Ha firmado usted o no el contrato por un trimestre?

—Sí, señor.

—Pues, entonces, nada tengo que añadir; usted cumple o no cumple; si no cumple para eso es la fianza.

—Con todo, haré observar a usted que sus inquilinos, mis compañeros de vecindad, no son personas decentes.

—¡Cómo que no! Para mi valen tanto como usted y como cualquier otro; pagan al pelo.

—En el principal hay un garito. ¡Una casa de juego!

—¿Qué tengo que ver yo con él? Eso es cosa de la autoridad.

—En el segundo...

—Sé lo que me va usted a decir; esas mujeres son autorizadas; ¡vea usted si serán decentes!

—En el tercero derecha vive un usurero

—Lo cual es una gran comodidad para los vecinos. Además, también está autorizado, y en Madrid, la usura constituye un artículo de primera necesidad.

—Acaso no sepa usted que los vecinos del sotabanco se están reventando a golpes todas las noches.

—Pues que revienten de una vez; entonces pondré papeles. Si delinquen, ahí están los tribunales, los presidios y el verdugo. Yo, nada tengo que ver con ellos.

—Esta noche pasada hemos llevado un susto; allí no ha dormido nadie.

—Eso se lo cuentan ustedes a la portera; ella es la encargada de mantener el orden.

—Debo advertir a usted que antes de tomar el departamento, la señora Pepa me prometió echar a las vecinas del segundo, y en su consecuencia...

—Esa condición no consta en el contrato.

—¿De suerte que?...

—Lo dicho, amigo mío, vuelva usted dentro de dos meses y hablaremos. Hoy por hoy, es asunto concluído.

Y, acompañándome hasta la puerta, me despidió como si hubiese despedido al carbonero.

Salí rabioso y horrorizado, balbuciendo:

—¡Váya un hombre estúpido! Por no darle el gusto de chuparse la fianza, subarrendaré la casa. No lo que es de mí no se burla ese animal; ¡el casero soy yo! — concluí parodiando a Luis XIV.

Aquel mismo día al regresar a casa después de mi paseo acostumbrado, un hombre, vestido de caballero, como la mona vestida de seda, me paró en la calle con este saludo:

—¡Hola, Pepito! ¡Cuánto tiempo sin verte! ¿Cómo estás?

Retrocedí algunos pasos, rechazando la mano que me tendía.

—Está usted equivocado, — le dije, — pues no tengo el gusto de conocerle.

—¡Tan olvidadizo eres! ¡Ya no conoces a Periquillo, tu antiguo compañero de colegio, el que siempre compartía contigo su merienda cuando te castigaban!... Pero ¿a qué ir tan lejos? No hace seis años todavía, fuímos compañeros de oficina en el gobierno civil de Granada. ¿Tampoco lo recuerdas?

—¡Yo! Ni me llamo Pepe, ni me ha castigado ningún hombre, ni probé jamás la merienda ajena, ni fuí nunca empleado, ni ví otra Granada que la del mapa.

—No le hace, caballero; es el caso que ahora estamos cesantes y nos reunimos varios amigos; hemos fundado un modesto círculo de recreo, donde jugamos a las cartas; se juega en familia, poco dinero, nada más que para pasar el rato. Si usted quiere honrarnos con su visita, yo tendré mucho gusto en presentarle, solo para que vea usted el local.

—¿Y Dónde dice usted que es eso?

—Cerquita, ahí, en el 109.

—Justamente al 109 voy.

—Sígame usted, yo guiaré.

Entramos en casa, subimos la escalera, llegamos a la meseta correspondiente al cuarto principal.

—¡Qué! no entra usted? — me dijo el hombre.

—Mírame bien a la cara, so tunante, y anréndetela de memoria para dejarme siem-

pre el paso franco, porqué, en volviéndome a parar te descalabro de un palo.

—Bien, hombre, bien; no hay que tomarlo tan a pechos, — refunfuñó, penetrando en el garito, mientras yo subía la escalera.

Apenas yo hube entrado en mi despacho, mandé a Famírez poner a un lado de cada balcón, papeles que sirvieran de reclamo a fin de subarrendar el cuarto.

—¿Nos mudamos señorito?

—Sí, para evitarte nuevas equivocaciones. ¡Y yo que tanta tranquilidad me prometía en esta casa! — pensé viendo a Ramírez ejecutar mi orden.

A todo esto, con tales inquietudes y disgustos, mis "aduladores" adelantaban muy poco en sus adulaciones. Llegó la noche; no tuve gana de escribir y me lancé a la calle.

—¿A dónde voy? ¿Al Oriental? De ninguna manera; no quiero ver a mis amigos mientras siga en esa casa; me creerían consentido. ¿A la tertulia de la duquesa? No, estoy de humor. ¿Al Ateneo? ¡Es tan monótono aquello!

Reflexionando de esta suerte y caminando a la ventura, acerté a pasar por delante de un teatro cuyo cartel anunciaba la comedia de magia "Los polvos de la madre Celestina", exornada con todo el aparato que requiere su argumento. Desde mis tiernos años no había concurrido a una sola representación de esa comedia, que, a la sazón, hacía mis delicias, y cuya parte literaria, como obra de Hartzenbusch, es excelente.

—Tal vez me divierta, — dije.

Tomé una butaca y entré a ocuparla. Estaban a la mitad del primer acto.

Efecto de la noche toledana que tenía en el cuerpo, el sueño pudo más que los versos de Hartzenbusch, y me quedé dormido en la butaca. A ratos, por un esfuerzo de la voluntad, me despertaba, miraba a la escena y volvía a dormirme.

En una de estas alterntivas, ni dormido ni despierto, creí soñar con un palacio encantado, lleno de hadas danzando a los rayos de la luna, al son de una música deliciosa. Abrí los ojos y una voz dijo a mi espalda:

—¡Preciosa decoración!

Miré maquinalmente y ¡oh sorpresa! ví la realidad de mi sueño sobre el escenario: el palacio existía, la música sonaba, la luna era luz Drumont, las hadas eran bailarinas.

El público aplaudía frenéticamente.

Pedí prestados los gemelos a un vecino de butaca y los apunté a la escena.

Ni un rayo caído a mis pies me hubiera asombrado tanto.

—No puede ser, estoy soñando todavía.

Me restregué los ojos, volví a mirar con los gemelos y no me cupo duda: el varón de la primera pareja coreográfica... ¡era mi casero!

Era él, sí, mi casero en carne y hueso, el amo de la señora Pepa, el misterioso concurrente al café de Lisboa, el trasnochador insustancial, el mismo que con tanta grosería me recibiera aquella mañana. Y allí estaba, cubierto de talco y lentejuelas, bailando a la faz de su inquilino, improvisando posturas académicas, haciendo piruetas y visajes, dando saltos y volteretas, durante los cuales llegaba hasta perder la forma humana, como un oso en la plaza pública. ¡Y gustaba, y le aplaudían, y sabe Dios lo que cobraría por cada salto, por cada visaje, por cada voltereta de su decoro, por cada puntapié asestado al sentido común!...

—Y ese hombre, — no pude menos de pensar, tiene casas en Madrid, es propietario; fuera de aquí representa y vale más que yo, vota a los representantes de la nación, interviene en la cosa pública, se llama amigo y conservador del orden; y yo, poeta, autor de novelas, escritor público, no tengo voz ni voto, con dificultad visto levita; soy, comparado con él, un hombre despreciable, un pelafustán, un pelele, un don nadie! ¿Y está bien así la sociedad? ¿Y existe Dios y la consiente?...

Todo aquello me disgustó de tal manera, que me levanté y fuí a acostarme, sin esperar la conclusión del espectáculo.

Excuso decir que al día siguiente me mudé, no tanto a causa de mis vecinos, como del golpe recibido en mi dignidad al tener por casero, esto es, por tirano, a un bailarín.

JUAN TOMAS SALVANY.

"PUCKY" Magazine

APARECE TODOS LOS VIERNES

Un año de suscripción en toda la República (52 números) $ 9.- m/n.

EL RAPTO NO SE PODRA REALIZAR

Eduardito: — Vuélvete adentro, Eloisa. Ya no podemos escaparnos. ¡Allí viene tu padre!

NUNCA CAVILE VD.

cuando se encuentre atacado de TOS, RONQUERA, CONSTIPADO, RESFRIO, etc, pues las

Gotas de Oro

además de su gran efecto curativo tienen la virtud de perfumar deliciosamente el aliento, al mismo tiempo que desinfectan los bronquios y pulmones. No hay enfermedades de las vías respiratorias por antiguas que sean, que resistan su acción.

EN VENTA:

Droguería de la Estrella Ltda. Defensa 215, sus secciones y toda farmacia.

Lea: "LOS VERDES OJOS DE BAST"

BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

Viernes
Mayo 21
de 1926

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO IV. PUBLICACION SEMANAL No. 138

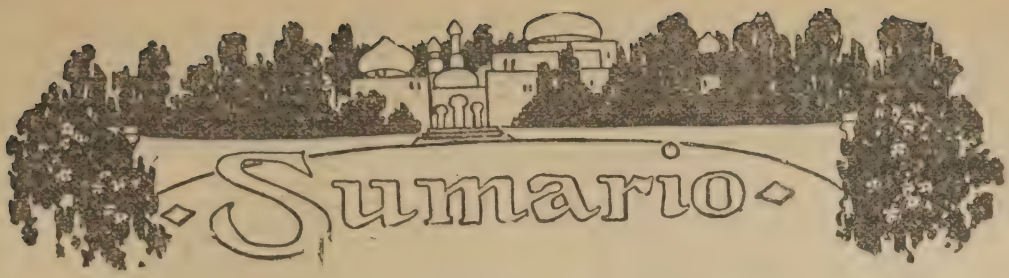
Se publica íntegra en este número la novelita titulada:

Entre el ocaso y la aurora

Nueva hazaña de Acton Dawes el famoso ex-ladrón de alhajas.

LA CONVERSACION INTERRUMPIDA

El chico encargado del ascensor recibe una oportuna y enérgica lección.



Entre el ocaso y la aurora

Un vibrante cuento del gran autor de los relatos de "Mano Maestra", el exladrón de alhajas.

Los verdes ojos de Basi

Continuación de la notable novela del famoso novelista inglés Sax Rohmer.

Una aventura de caza

Nota humorística en color.

Surcouf

Capítulos finales de la grandiosa novela de piraterías en la época napoleónica.

Así era no más

Chascarrillo ilustrado en color.

Una preguntita

Ocurrencia graciosa. En color.

Aún la había más dura

Comentario gráfico. — En color.

Pintura que engorda

Nota cómica. — En color.

El huelguista

Artículo humorístico por el famoso escritor francés Jean Kolb.

La cocina de la muneca

Juguete para que armen los grandes y divierta a los chicos.

La candidatura Beguin

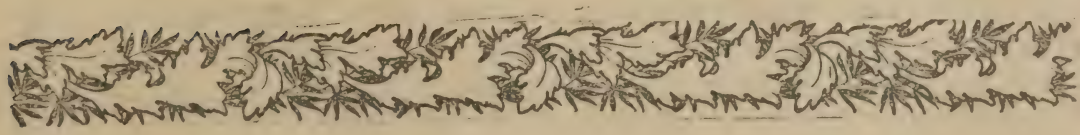
Cuento humorístico político e interesante.

Aventura sin par de un tal Hans Pfaal

Novela completa del gran escritor estadounidense Edgar Poe.

La ciencia mágica

Otro cuento ruso del notable autor L. Afanasieff.



RAFAEL SABATINI

el gran autor inglés que escribió "El Halcon de los Mares" y tantas otras novelas sensacionales, ha escrito tambien

HERMANOS DEL MAR

Una gran novela de aventuras entre piratas en el mar de las Antillas. Esa novela, dividida en episodios por su autor comenzará a publicarse en el próximo número de "Pucky" que se pondrá en venta

EL VIERNES 28 DE MAYO DE 1926

HERMANOS DEL MAR

se presentará profusa y artisticamente ilustrado.

No deje de leer esa obra sensacional del famosisimo autor de "Las mil y una noches de la Historia" que tanto han gustado a los lectores de "Pucky."

Entre el Ocaso y la Aurora

POR L. J. BEESTON

(Traducción del inglés para "Pucky")

OBRE la plaza, cercada, donde la niebla, fina como el vapor, y fría como el hielo flotaba como humo, empujado por el viento, parecía flotar la canción entonada por una poderosa voz de bajo.

Godman la oyó, tanto como es posible en un hombre cuyos sentidos se hallan ofuscados. En su cerebro que se apagaba, brotó la sorpresa de que las gentes que se hallaban en la habitación de la cual partía el canto tuvieran la ventana abierta con el viento terrible y helado que soplaba sobre Londres.

Godman se hallaba sentado en la base de una columna corintia que, junto con otra, soportaba el pórtico de la casa que se levantaba a sus espaldas. Sentía la lluvia correr hacia abajo por su cuello, penetrar por las suelas de sus zapatos hasta empaparle los pies. Sentía frío, que temblaba. Y cada vez que aflojaba sus dientes, castañeteaban. Dábase cuenta de que una ola de oscuridad amenazaba envolver sus sentidos todos. Podría ser sólo sueño, como podría ser también un desmayo producido por agotamiento físico. No lo sabía ni le importaba saberlo. Había perdido todo interés. Su suerte había sido tan mala estos tiempos...

No era muy tarde. El reloj de una cercana iglesia había recién dado las diez; pero la plaza de que hemos hecho mención está situada en un barrio un tanto apartado, y el tiempo verdaderamente salvaje que reinaba alejaba aún a aquellos transeuntes de ocasión. Un coche se había detenido junto a una de las esquinas de la plaza. Desde una de las ventanas cuyo vidrio había sido bajado, un hombre observaba a Godman con atención.

Godman, por su parte, se hallaba completamente ajeno a la observación de que era objeto. Ni siquiera había oído el batir regular del motor. Repentinamente, una docena o más de voces entonaron el refrán de la canción, que poco antes cantara la voz de bajo: "No hay nada que alivie tanto el corazón que sufre como un buen largo trago de vino del Rhin!"

El viento traía claramente hasta los oídos del proscripto cada una de las palabras de la vieja canción. Levantó pesadamente la mirada de sus ojos atontados por el debilitamiento. ¡Vino!

¡Tonterías!

Las pupilas cayeron pesadamente sobre los ojos que ya no veían, y su cabeza se inclinó hacia adelante. En ese momento el hombre que había estado observando a Godman desde la ventanilla del coche, abrió la portezuela, bajó, cruzó la calle, deteniéndose junto a la inconsciente figura que yacía en el portal.

—¡Buen hombre! — exclamó.

No hubo respuesta. Tomó a Godman por el brazo y lo sacudió, rudamente.

—¡Vamos, despierte! — ordenó con brusquedad.

Pero esta vez tampoco su voz hirió los embotados sentidos del proscripto. El desmayo, el sueño, el letargo o la muerte habían cerrado sus sentidos a toda sensación.

El pasajero del coche volvió a cruzar la calle en dirección a donde lo esperaba éste, mirando hacia los lados con mirada escrutadora. Al acercarse al automóvil, el chauffeur se inclinó.

* * * *

SURCOUF

Lea la conclusión de esta novela sensacional en la página 25 de este número.

Godman abrió los ojos.

Lo primero que vió fué un retrato al óleo, de mujer, encuadrado en un marco ovalado de madera oscura, sobre la repisa tallada de una chimenea. Lo miró durante un momento sin comprender; luego con un destello de inteligencia; más tarde frunciendo el ceño. Su mirada incrédula se paseó del retrato al resto de la habitación. Algo maravilloso había sucedido.

La habitación se hallaba resplandeciente a causa del espléndido fuego y las luces eléctricas sombreadas con pantallas verdes. Sobre el piso se extendía una amplia alfombra turca de color carmesí. En el centro de la habitación se hallaba una mesa rodeada de sillas talladas según el estilo Estuardo. Sobre la mesa, un pollo frío; un canastillo de plata lleno de panecillos calientes aún; media docena de frutas diferentes, dos botellas de vino, uno tinto, uno blanco; una caja de cigarros.

Godman cerró los ojos de nuevo; recordó el pórtico, el pie de la columna de Corinto, el viento helado que le penetraba hasta los huesos; la lluvia que lo había empapado. Naturalmente, no había la más mínima duda de que se hallaba aún allá; dormía, soñaba; toda aquella magnificencia, todo aquel milagro, no era otra cosa que un sueño.

Cuando se atrevió a mirar de nuevo, lo hizo a sí mismo. Se hallaba reclinado sobre un sofá. Sus viejos y deteriorados botines habían sido reemplazados por un par de zapatos de reluciente charol. Entre ellos y el pantalón alcanzó a ver el brillo de calcetines de seda. ¿Qué se habían hecho sus ropas sucias, viejas y desgarradas? Vestía ahora un traje de etiqueta; y la camisa almidonada, inmaculadamente blanca, crujía al moverse él.

—Sí; estoy despierto, — murmuró Godman para sí. — Eso es perfectamente cierto. No hay duda, pues, de que alguien se está burlando de mí.

Durante unos momentos Godman permaneció inmóvil, tratando de comprender qué clase de broma sería aquella y qué podría sacar de ella el bromista. Pero como todo aquello parecía hallarse desprovisto del más pequeño elemento humorístico, Godman decidió que el asunto era más o menos serio.

En el mismo momento que quiso poner su cerebro en movimiento, tratando de hallar una explicación satisfactoria al misterio, una nube lo envolvió. Comprendió Godman cuan profundo había sido su agotamiento. Lo habían traído a esta casa, lo habían cuidado, sin interrumpir para nada su estado de inconsciencia. ¿Cuántas horas habrían pasado?

Con gesto instintivo llevó la mano al bolsillo del chaleco. Sí; efectivamente. Había allí un reloj; un reloj de oro asegurado por una cadenita de frac. El reloj acusaba las doce menos cuarto.

Godman sacó las piernas del sofá, sentándose al borde de éste. El confort que respiraba todo el ambiente penetrábale en las fibras del alma como el calor del fuego en el cuerpo. Sobre las ventanas había pesadas cortinas carmesí corridas y un "portiers" del mismo material sobre la puerta. Probó el pestillo; pero la puerta estaba cerrada con llave. Miró a través de los vidrios de las ventanas, alcanzando a ver, abajo, parte de una mal alumbrada y silenciosa calle. Sentóse, entonces, a la mesa, resuelto a comer y olvidarse por completo que tenía cerebro mientras comía.

¿Desde cuándo no había tenido una cena como aquella? El cuerpo de Godman se estremeció a ese pensamiento. ¿Cuánto tiempo había transcurrido desde aquella época en que acostumbraba a vestirse de smocking para sentarse a la mesa? No sabía cuánto; pero sabía que una vez había sido. Y al infiltrar el exquisito vino un valor delicioso en sus venas, se dijo Godman que volverían a existir para él esos tiempos. Después de todo, le faltaban aún cinco años para llegar a cuarenta. ¿Existirían de nuevo? ¡Pero si ya habían llegado!...

Había terminado de cenar. Se hallaba a punto de encender un cigarro cuando oyó un rumor en la casa que, hasta entonces, se había hallado sumida en el más perfecto silencio. Era la lejana melodía de un piano. Godman escuchó con suma atención. Entendía la buena música, y comprendió que quien quiera que se hallara ejecutando aquella balada en fa menor de Federico Chopin, la ejecutaba con extraordinaria intensidad de sentimiento.

Cierta inexplicable asociación de ideas le hizo dirigir la mirada hacia el retrato de mujer que se hallaba sobre la chimenea. Levantóse de su silla y se acercó para poder contemplar mejor aquel rostro hermoso, cuyos ojos parecían clavados en los suyos propios. Godman respiró profundamente. ¡Qué tesoro para un hombre! ¡Observar esos exquisitos ojos, reir en los suyos... sentir la tersura de aquel rostro de rosa contra el suyo!...

Una hora antes, tales ideas no habrían formado parte ni aún de sus más locos pensamientos. Una sonrisa despectiva entreabrió sus labios al comprender Godman el milagro que una buena cena y el contacto de ropas buenas había hecho.

Por primera vez comenzó entonces a tantearse los bolsillos. Esa inspección dió un resultado doble. Primero, puso en evidencia una cigarrera de brillante oro en el smocking, y luego un pequeño tarjetero de gamuza en el bolsillo de su chaleco, dentro del cual se hallaba una media docena de tarjetas con un nombre litografiado: Walter Hayman.

—Evidentemnte. — se dijo Godman, pensativo, — que este deberá ser mi nombre. Yo debo llamarme Walter Hayman.

Con un ligero gesto de sus hombros guardó nuevamente el tarjetero en su bolsillo. Ya habría tiempo de encarar el misterio cuando éste hubiera tomado más cuerpo. Ciertamente que no tenía temor alguno de lo que pudiera resultar. Durante años y más años de su vida había marchado del brazo con la aventura. Mientras Walter Hayman no fuera una cosa desmesuradamente terrible, bien podía él llevar la máscara si esto

era necesario. Tenía muy pocas ganas de regresar junto a su constante compañero de los últimos tiempos: la necesidad.

El pianista estaba terminando su balada. Godman acercóse a la puerta, con el propósito de escuchar los compases finales. Repentinamente llegó a sus oídos el débil rumor de pasos humanos. fuera. Regresó apresuradamente junto a la mesa, reasumiendo allí su asiento. ¿Qué se preparaba ahora?

Al abrirse la puerta Godman se volvió, observando en el umbral la figura de un hombre, entrado ya en años, vistiendo librea, que, inclinando la cabeza respetuosamente, dijo:

—La señorita Fairer está pronta a recibirlo, señor.

Godman se puso en pie de inmediato. Un ligero estremecimiento nervioso recorrió su cuerpo. No tenía la menor idea de lo que podría seguir, pero se atrevía a asegurar que era algo muy lejos de lo común, de lo ordinario. Siguió al criado bajando un tramo de escalera completamente cubierto de gruesas alfombras. El criado llamó a una puerta, la abrió y Godman entró.

Instantáneamente comprendió que la señorita Fairer era el original del retrato. No estaba preparado para eso, y su corazón dióle un salto dentro del pecho. Se hallaba un tanto alejada del piano, dando su izquierda a la chimenea que se hallaba frente a la puerta su cabeza vuelta hacia Godman al detenerse éste dentro de la habitación con la puerta, ahora cerrada. a sus espaldas. No habló ella ni se movió. Con sus ojos clavados en Godman permanecía allí, mientras este esperaba alguna señal que le permitiera avanzar.

* * * *

Pasó medio minuto largo sin que nada rompiera la tensión de la situación aquella. La extraña, casi sobrenatural belleza de la muchacha, conmovió a Godman profundamente. Se preguntó por qué lo miraría ella tan fijamente, tan silenciosamente. Vestía ella un exquisito traje de noche de brillante seda verde oscura; sus largos cabelos rubios se hallaban sujetos ligeramente. Evidentemente se había levantado de un sillón, junto al cual se hallaba parada, apoyando la mano sobre el brazo, donde sus dedos tamborileaban nerviosamente.

Al cabo, Godman dió un paso adelante.

—Entiendo que usted envió a por mí, — dijo.

El efecto que sus palabras produjeron en la muchacha fué remarcable. Su rostro enrojeció rápidamente, para luego palidecer con tanta rapidez como se había encendido. Su mano derecha se cerró fuertemente sobre el respaldo del sillón mientras la izquierda se apretó fuertemente contra el pecho, como si un repentino espasmo de dolor la hubiera sacudido.

—¿Que... yo envié... por usted? — respondió ella, luchando visiblemente por mantenerse tranquila.

—Su criado me dijo de venir — dijo Godman. estupefacto.

Por toda respuesta se dejó caer ella en el sillón, llevando a la mejilla que presentaba a su visitante una blanca y delicada mano.

—¡Oh! ¡Eso sí, es verdad! — respondió, después de una larga pausa. — Creí entender que usted quería decir que lo había enviado a buscar yo... donde quiera que usted se hallaba... donde ha estado usted. No sé dónde ha sido ni se lo voy a preguntar a usted. No hay necesidad de que esté usted de pie allí, junto a la puerta. Siéntese usted, si gusta. Sí; es verdad; cuando supe que usted se hallaba aquí, dije que lo vería a usted... un momento. Era eso contra mis inclinaciones, contra mi voluntad, pero se me empujó a concederle a usted unos minutos.

Su perplejidad más completa que nunca, Godman avanzó, ocupando un asiento del otro lado de la estufa, de manera que se hallaba ahora frente a frente con la muchacha. Ella se sombreaba los ojos con una mano, como para protegerse de la luz; pero no lo miró cuando preguntó:

— Por qué ha venido usted, Walter?

El tono de cansancio, el tono de dolor de corazón con que fué hecha la pregunta eran tan evidentes, tan a las claras naturales, no fingidos, que Godman pensó, con un sensación extraña de incomodidad, que su apariencia personal debía ser tan parecida a la de Wlater Hayman, que ella lo tomaba sin la menor duda por este último. Esa parecía ser la única conclusión que podía sacarse. ¿Qué podía hacer él? Levantarse de inmediato a responder: "¡Alguien ha engañado a usted!", parecía ser la única respuesta adecuada a tal pregunta. Se puso de pie, con las palabras que, sabía, lo iban a herir profundamente, temblándole en los labios.

—¿Por qué no me responde usted? — continuó preguntando ella, mientras Godman luchaba por recobrar su dominio. — Está usted sentado allí, sintiendo piedad por mí, no lo dudo. Pero Dios bien sabe que yo no le pido a usted piedad, si bien... si bien hubo un tiempo en que, de haber sido usted leal para conmigo, aún podría haber sobrellevado, sin una palabra de queja, esta perpetua oscuridad en que vivo.

Godman se dejó caer de nuevo en el sillón que había ocupado, conmovido hasta los cimientos mismos de su alma. Porque aquellas palabras, y el alzarse repentino de los ojos le descubrieron la verdad; la muchacha estaba ciega.

¿Cómo entonces, lo había ella tomado por Walter Hayman, a quien, no cabía duda, ella amaba? Debía ser el timbre de su voz. Recordó entonces aquel instante de gran emoción que sintió ella, cuando él había hablado, acabado de entrar. Probablemente su rostro y su cuerpo mismo no eran aquellos del ausente Walter Hayman, pero, sin duda alguna, tenía su misma voz.

Sin saber casi lo que decía, mas a impulsos de sus propios sentimientos que en respuesta a las palabras que ella acababa de pronunciar, exclamó:

—¡Oh! ¡Lo siento!... ¡Lo siento!

Era aquello un verdadero grito que partía del fondo de su corazón.

Tembló ella y se echó atrás, como si la hubiera amenazado abofetearla.

—Bueno, — murmuró, con tono de cansancio. — Ha expresado usted su simpatía. ¿Tiene algo más que agregar?

Godman se apoderó de la oportunidad.

—No; nada más.

—Adios, entonces.

—Adios.

Levantóse y dió un paso en dirección a la puerta, diciéndose que aquello era lo mejor qu podía hacer. Comprendía que revelarle la verdad, decirle, con franqueza brutal, que aquel hombre a quien ella creía su amigo se había servido de él para engañarla en la forma más cruel, era un golpe demasiado terrible para que él se aviniera a descargarlo. Lo mejor era irse en seguida y poner término a aquella situación lo antes posible.

Godman estuvo a la altura de la situación, pero su interlocutora no. Avanzó Godman en dirección a la puerta y, cuando se hallaba a punto de salir, volvió la cabeza para contemplar por última vez a la hermosa muchacha. Fué entonces que ella levantó la mano, diciendo:

—Espere usted un momento, — con un esfuerzo visible. — He sido, tal vez, un poco abrupta. Si ha sido así, le ruego me dispense. Pero con todo, es usted el que debe ser perdonado. El largo, larguísimo silencio de los años que ha dejado pasr. Pensé que me había olvidado... ¡usted! ¿Por qué me envió usted aquella carta de despedida? ¿Aquella carta en que usted insinuabá ligeramente que se había cansado de mí? Si hubiera sido usted franco... tal vez hubiera yo olvidado...

Se interrumpió, echó la cabeza para atrás; durante un momento, Godman creyó que ella había perdido el conocimiento.

Corrió hacia ella; pero la locura de aquel movimiento suyo lo hizo detenerse. Comprendió que había demorado su partida demasiado tiempo. ¿Qué pensaría?... ¡Lo que sufriría ella si él se fuera ahora sin una palabra de explicación! Su presencia allí, como Walter Hayman, había arrancado a la muchacha aquella tácita confesión de amor... el sentido latente de sus palabras no era otro que ese.

Godman, tratando de calmarse, dijo, en tono inseguro:

—Está usted cometiendo una terrible equivocación. Es usted la víctima de un engaño al cual yo, ¡Dios bien lo sabe! no he tenido nunca la menor intención de prestarme.

No recibió respuesta. El cuerpo esbelto y delicado de la muchacha permaneció en la silla inmóvil, blanco, como si la vida hubiera abandonado definitivamente. Godman le tomó una de las manos y comenzó a palmearla. Al inclinarse sobre ella, un bucle de sus hermosos cabellos le rozó la frente. Soltó la mano y se enderezó. Retrocedió, esforzándose para no perder la cabeza. ¡Triple tonto, Walter Hayman, al haber despreciado ese exquisito tesoro!... ¡Y él, Godman, sólo tenía necsidad de callar la boca... de evitar contradecirse!...

Repentinamente, la muchacha abrió sus ojos y se puso, vacilante, en pie. Godman la tomó delicadamente por una de las muñecas para ayudarla.

—¿Qué ha dicho usted, Walter? ¿Que yo he cometido una equivocación, que he sido engañada? ¡Oh! ¡Si sólo pudiera creer eso! Pero, si se me ha engañado, como usted dice, quién sino usted, me ha engañado? ¿Y por qué? ¿Por qué me ha herido usted de esa manera?

Godman persistió, sosteniéndola aún.

—¡Yo no soy el hombre por quien usted me toma! ¡Yo!...

Interrumpiólo ella.

—Se equivoca usted. Yo nunca lo tomé a usted por todo lo que usted me juraba ser. En los momentos en que lo amé a usted con más intenso amor, comprendí, a pesar de todo eso, que no era usted capaz de una afección que me conservara siempre la primera en su corazón. Y cuando usted partió cuando usted se fué al extranjero para labrarse una fortuna, como si el dinero importara, no pude menos de preguntarme por cuánto tiempo me sería usted fiel. Dos años de silencio, y después, su carta. Naturalmente, no se me oculta que ha habido otra mujer por medio. ¿Se casó usted con ella?

—Siéntese usted, — respondió Godman.

—¿Se casó usted? — insistió ella.

—¡No, no! — murmuró el otro.

—¡Ah! Entonces se cansó usted de mí, como lo había supuesto yo!

Godman se pasó una mano por la frente, cubierta de sudor. Sentía el laborioso latir te su corazón. No había sabido hacerse comprender, y cada minuto que pasaba hacía la explicación más difícil, menos posible. Una voz tentadora parecía murmurar a su oído: "¡Tú puedes darle el amor que ella ansía! ¡Está en tu poder el hacerla supremamente feliz! ¡Dí una sola palabra y tómala en tus brazos!"

Continuó ella lentamente, con voz casi acariciadora:

—Debía yo haber pensado que era la condición bajo la cual esta fortuna se me legaba, la que lo hizo a usted mantenerse alejado de mí; pera esta fortuna sólo me fué legada hace seis meses, y su silencio ha sido mucho más largo que todo eso.

Tres veces abrió Godman la boca para hablar, y tres veces la volvió a cerrar sin pronunciar palabra.

Ella, ansiosa, esperaba.

—¿Por qué no responde usted?

—Porque no quiero causarle a usted dolores innecesarios, — respondió Godman, con un esfuerzo.

—¡Cosa extraña! ¿No ha venido, entonces, usted aquí con el deliberado propósito de hacerme daño?

—¡Dios bendito!

—¿Bien?

Godman volvió sus ojos, enrojecidos, hacia la puerta. ¿Tendría que escapar corriendo? ¿No sería eso lo mejor? ¿O, tal vez, no sería conveniente esperar a descorrer el velo del misterio en el futuro, cuando se hubiera

hecho amar en cambio de años y años de cuidados? ¡El! ¡Pero si él, Godman, era un pobre pordiosero que no poseía un solo centavo en el mundo!

Un gemido se escapó de sus labios.

—¡Qué poco cortés en su silencio! — continuó. — Si pudiera yo ver su rostro por un momento, Walter, no necesitaría su respuesta; ni una sola palabra. Espero... espero que me diga si ha regresado usted a mí porqué algún dolor, algún disgusto, algún temor lo ha impulsado a ello. En mis horas de egoísmo he deseado, he rogado que alguna calamidad cayera sobre usted. En el fondo de su corazón usted no ha podido ignorar que nadie lo ha amado a usted como yo. Y su naturaleza lo habría enviado a usted, en caso de necesidad, hacia allí donde el amor lo esperaba. Siempre he estado segura de eso.

Godman la escuchó hasta el fin. Con sus cambios de expresión, con los movimientos de sus manos, la habría interrumpido más de una vez, de haberlo podido ver ella. Pero solo la palabra la habría podido contener, y esa palabra no podía pronunciarla él. La humillación hubiera sido como si él la hubiera abofeteado.

—¿O es que tiene usted algo terrible que decirme, Walter... alguna confesión que hacerme? — continuó ella, observando que Godman no respondía.

En aquel momento, cuando Godman buscaba afanosamente palabras con que responder, con que salir de aquella situación mas que embarazosa, sonó en la puerta un discreto golpe; un segundo después el mismo criado que lo había conducido allí entró.

—Se desea su presencia en la otra habitación urgentemente, señor, — dijo, con gran respeto.

—Volveré a verla a usted, — aseguró Godman, con voz escasamente audible.

* * * *

Infinitamente aliviado siguió al criado. Fué conducido a la misma habitación que había dejado antes de aquella terrible escena que lo había conmovido hasta el fondo del alma, cosa esa que era lo último que hubiera podido esperar. Allí, paseando inquieto de un lado a otro de la habitación, se hallaba un hombre alto, de amplio pecho y anchas espaldas. Al entrar Godman, señaló una silla con gesto imperioso.

—¿Debo admitir que usted aprecia el cambio efectuado en su condición? — preguntó, con un acento frío, corto.

—Es, por lo menos, un cambio sorprendente, — respondió el otro, resuelto a ser cauto en sus respuestas.

—En verdad que lo es. De hallarme yo en sus zapatos, supondría que he ido de cabeza al cielo saliendo del infierno. Esas ropas le quedan a usted bien, a pesar de que no fueron hechas de acuerdo a sus medidas, las que han sido solamente conjeturadas. Porqué esas ropas, deseo que lo comprenda usted bien, han sido hechas para usted.

—¿De manera que no es a causa de un capricho repentino que he sido traído aquí? — preguntó Godman.

—¡Ciertamente que no! Esto ha sido cuidadosamente planeado y se ha esperado el momento oportuno para llevar el plan a la practica.

—¡Ah! ¿Entonces he sido vigilado?

—Cuidadosamente. Conocemos bastante sobre su persona. sabemos qua ha sido usted un caballero en sus tiempos; sabemos que, si ha venido usted a menos, ha sido por causas completamente ajenas a su voluntad, debidas más bien a una serie de circunstancias inevitables.

—Cuando usted dice "nosotros", supongo qus usted no incluye en el pronombre la señorita Fairer.

—No; todo este asunto es, y debe siempre ser, insospechado de la señorita Fairer, Hablo de mí mismo y de una segunda persona cuya cooperación era indispensable. Cuando usted se una a nosotros, seremos tres; ni uno más. Sin duda, ya que es usted hombre inteligente, ha debido sospechar algo de la razón por la cual lo hemos elegido.

—Parece ser que mi voz se parece a la de otra persona, — respondió Godman, observando que su interlocutor se detenía.

—¡Exactamente! Podría ser muy bien Walter Hayman hablando. Si de decir verdad, fué el escucharlo a usted casualmente hablar que me dió la presente idea. Sabe usted ya que se desa que usted pase por ser este Walter Hayman. De no haber demostrado usted presencia de ánimo durante su entrevista con la señorita Fairer, el resultado habría sido desilusionante; un derrumbe de nuestra idea, para ser exacto Pero yo calculé que usted sabría salir del paso, y se portó usted admirablemnte.

—¡Qué! — gritó Godman. — ¿Usted oyó?...

—Oí cada una de sus palabras. ¡Naturalmente! Me hallaba oculto en un lugar desde el cual no podía usted verme. Repito; usted se condujo admirablemente.

—¡Por Dios, ha sido sin la menor intención, entonces!

—¿Quiere usted decir, entonces, que su intención fué arrancar a la señorita Fairer de su error?

—¡Eso es lo que quiero decir!

El otro lanzó un gruñido. Paseóse un momento, y luego se detuvo frente a Godman nuevamente.

—Eso, tal vez, es cosa que no debe sorprender, — dijo, fríamente. — Era lo natural, y honra a usted. Pero usted no ha oído aún lo que tengo que decirle. No ha considerado usted aún una proposición que raramente... no; nunca, se le presenta a un hombre que se halla en su condición para colocarlo en la afluencia y en la felicidad. Ahora, escúcheme usted atentamente y guárdese toda consideración para usted hasta tanto haya terminado.

Hizo una pausa, pareciendo reflexionar un momento.

—Usted deseará saber algo respecto a Walter Hayman. Amaba a esa muchacha

ciega con la cual ha estado hablando usted, — continuó. — Era un inútil, que no la merecía en lo más mínimo. Ella no se dejaba engañar por sus faltas, y en más de una ocasión se las reprochó. En un momento de ira y petulancia, desapareció. De eso hace tres años. Durante todo ese tiempo, tan sólo una carta le escribió, y en ella insinuaba un enredo en el que parecía haberse metido. Bien. Después de la partida de Hayman, la señorita Fairer recibió una regularmente importante herencia, pero con lo cual debía aceptar cierta condición. Esta condición exige que, de casarse ella con Walter Hayman, pierde la herencia. Fué una condición impuesta teniendo en vista su propio bien. Pero, ¡mujer al cabo!, esa condición pareció aumentar más que nunca el cariño que sentía por Walter Hayman. Ha sido, y es, perfectamente indudable para mí que, de presentarse Walter Hayman y solicitarlo, ella se casaría con él sin vacilar... y perdería así una considerable fortuna. ¿Me comprende?

—Perfectamente.

—Si ella no cumple con la condición del testamento, la fortuna esa pasará a manos de un pariente suyo. Para ser exacto, pasará a mis manos. Probablemente usted previó esto ¿no?

—Efectivamente.

—Tanto mejor. Si he de decir la verdad, no espero que Walter Hayman regrese. Hace tres años que se marchó; la única carta que hemos tenido de él procede de la Australia Occidental. Era el tipo precisamente capaz de ir cayendo cada vez más, hasta perderse del todo. Y no tengo la menor duda de que se ha hundido. Vamos a eliminarlo por completo. Ahora puede usted ver claramente cual es la razón por la cual yo deseo que usted se convierta en Walter Hayman. ¡Un momento! ¡No me interrumpa! Usted me dirá que Walter Hayman tiene amigos aquí que pueden describirla la treta. No. El no tiene amigos aquí. Ella es australiana. Ella se hallaba en Australia cuando lo conoció a él. Ella vino a Londres después de haber recibido la fortuna que le dejó un pariente australiano también. No olvide usted que, cuando una persona gana una fortuna por medio de un casamiento, aquel casamiento está siempre en la plena luz pública. Es decir, que está siempre bajo la atención de los murmuradores. Pero cuando es una fortuna la que se pierde por medio de un casamiento... entonces es muy poco probable que el casamiento ese se mire con sospecha. Si la señorita Fairer decide casarse y, pide la fortuna...

—Para ella, — volvió a decir la voz, — la realización del deseo más caro a su corazón.

Levantó Godman los ojos.

—Para mí, una fortuna que no se me escapará de entre las manos.

—¡Por favor!

—Y ni un solo eslabón de la débil en toda la cadena, — agregó el tentador, como si no hubiera oído a Godman.

—¡Me rehuso a hacerme cómplice de esa pillería! — gritó Godman, poniéndose violentamente de pie.

—¿Qué? ¿Usted? — preguntó el otro, como escupiendo las palabras.

—¡Un plan satánico, infame! — murmuró Gorman, fatigado a causa de la lucha interior que lo había destrozado. — Ya he ido demasiado lejos, pero, por el cielo...

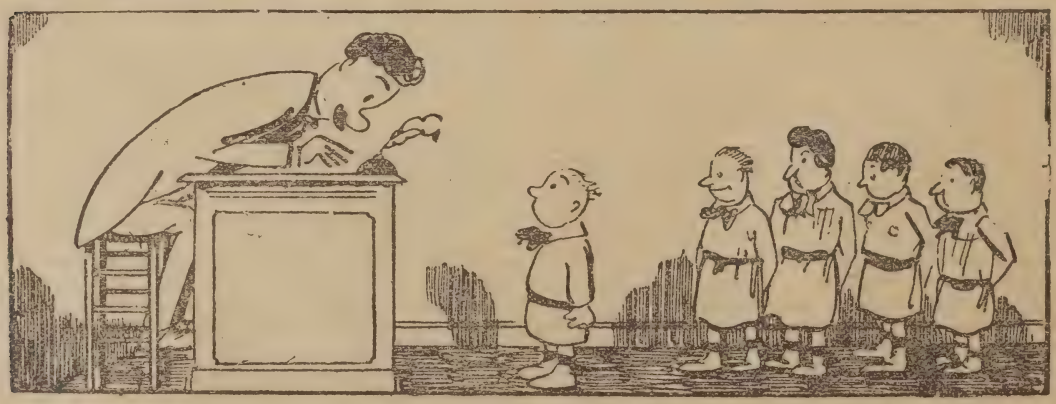
—¡Deténgase! — gritó el otro, lívido de rabia, al observar que Godman daba un paso en dirección a la puerta. — ¿Está usted loco? ¿No se acuerda usted que...?

—¡Quíteseme de delante!

—¡Imbécil! ¿Qué va usted a hacer?

—Decirle a esa pobre muchacha que le he mentido.

UNA PREGUNTA MAL INTERPRETADA



—Vamos a ver, niños, ¿qué se hizo con las cenizas del general San Martín?
—Perdone, maestro, pero el general San Martín no murió en un incendio.

—¡Ah! ¿Piensa usted hacer eso?

—¡Por San Jorge que sí! ¡Y ahora... en seguida!

—¡Bueno! — exclamó el otro, brillándole los ojos como carbunclos. — Vaya. ¿Quién lo detiene?

Godman abrió violentamente la puerta y se lanzó fuera. Instántaneamente dos manos poderosas se apoderaron de él y, a pesar de todos sus esfuerzos, fué introducido de nuevo en la habitación que intentara abandonar. Durante varios segundos luchó desesperadamente por desasirse; luego una mano lo tomó de los cabellos, obligándolo a echar la cabeza para atrás, y algo blanco cayó sobre su boca y naríz, algo que exhalaba un olor acre. Sus sentidos vacilaron como la luz de una vela expuesta al viento y, como la luz de una vela, se apagaron.

* * * *

Con la impresión de que una cuerda se estrechaba en redor de su cuello, con la impresión de que la noche caía sobre él para atraparlo y hundirlo en la oscuridad. Godman hizo un esfuerzo para recobrar sus sentidos, y lo consiguió.

Aquella sofocación había sido causada por su cabeza misma, inclinada demasiado sobre el pecho. Miró en redor suyo con ojos sorprendidos, estupefactos. ¿Donde estaba? Sentado en la base de una columna corintia que sostenía el pórtico de una residencia. Oyó el viento silbando por sobre la plaza; la lluvia le caía sobre el rostro.

Sus sentidos, aún entumecidos por el cloroformo, no parecían comprender aún. De no haber sido por los restos del nauseante narcótico, podría haber creído él que se trataba sólo de un sueño, de una pesadilla. Apoyó el rostro en las palmas mojadas de las manos, luchando por pasar a través de aquella niebla mental. Su traje de etiqueta había desaparecido; vestía de nuevo sus ropas rotas. Con un violento estremecimiento, recordó, repentinamente, todo. ¿Dónde estaba la casa a la cual había sido conducido? No tenía de ello la más remota idea. Podría estar allí cerca, como podría estar del otro lado de Londres .

Apretándose los ojos con las manos, le pareció ver de nuevo el rostro hermosísimo de la ciega... de una muchacha divina que le había ofrecido sus brazos hablándole con palabras de amor... Verdad que ella lo había tomado por otro. Pero, ¿importaba eso? ¿Importaría eternamente? ¿Y su mala suerte presente lo mantendría siempre al borde del hambre?

¡Amor! ¡Esperanza!

Un estremecimiento de emoción recorrió todo su cuerpo, le hizo correr la sangre en las venas más apresuradamente, hasta que su cuerpo todo sintió inusitado calor.

En algún lado, de alguna manera, alguna vez la encontraría.

—¡Por San Jorge que sí! ¡Lo sé, siento aquí dentro que la voy a encontrar! — gritó Godman, pegándose en el pecho, violentamente, con el puño cerrado.

¿Quién es que va examinar esa transacción que es una transacción de pérdida y no una de beneficio? Nadie. Además, estas seguros en cualquier caso. Piense usted. La señorita Fairer es ciega; pero también es maravillosamente hermosa. Ganará usted un corazón que lo adorará a usted bajo el nombre de Walter Hayman. Con su esposa, se retirará usted a algún tranquilo lugar del campo... ya que su amor hará el retiro más alejado de Austraila, de cualquier persona que conozca a Hayman. Cosa fácil, por otro lado.

Detúvose un momento, como esperando una respuesta; pero Godman, con la cabeza baja, silencioso, hallábase tan inexpresivo como un mármol.

—Por otro lado, yo, al heredar la fortuna que la señorita Fairer pierde, le entregaré legalmente una renta vitalicia de quinientas libras esterlinas anuales. Con esa renta segura ustedes serán perfectamente felices. No puede usted dudar de que yo cumpliré mi promesa, ya que usted tendrá un cierto poder en hacérmela cumplir. Pero no olvide usted que yo no he de temer ese poder suyo ni por un momento, porque es un arma de dos filos. Por lo demás, — continuó, — usted no es un desconocido para mí. He conseguido poner bastante en claro de su pasado, por medio de mis investigaciones. Yo no entregaría esa hermosa muchacha al primero que se presentara. Pero, en este caso, el casamiento será completamente feliz. La dará a ella exactamente lo que su corazón desea. El resto le corresponde a usted. Confieso que estos huele marcadamente a complot, pero no olvide que los resultados han de favorecer a todos sin perjudicar a nadie.

Las palabras de aquel hombre caían pesadamente sobre el cerebro de Godman, dentro de su misma alma. Como quien se halla bajo la influencia de un sueño exquisito, escuchaba la oferta, sabiendo que aquel sueño se habría de convertir en realidad a menos que el mismo, con sus propias manos, lo destrozara.

—Para usted. — continuó el tentador, — una vida cómoda, sin privaciones y una mujer hermosa que lo adorará.

Godman sintió que la frente se le inundaba de sudor.

Sobre la pequeña plazuela, cercada por alta verja, donde la niebla, fría como el hielo y fina como el vapor se agitaba al soplo de la ligera brisa, parecía flotar la canción aquella, cantada por una poderosa voz de bajo.

L. J. BREESTON.

—Esa asociación de la Mano Negra es algo terrible. Esta mañana no más, mi marido recibió una carta llena de amenazas diciéndole que le iba a pasar esto, aquello y lo de más allá si no mandaba una suma de dinero.

—Sí. Mi marido suele recibir cartas así.

—¿La Mano Negra?

—No. El sastre.

¿Es Vd. cultor del football?

Compre

EL DIARIO

(Edición de los Jueves)

y tendrá una colección de fotografías en colores de todos los teams que tomarán parte en el campeonato de 1926.

Si quiere recibir un ejemplar de EL DIARIO a domicilio, remita el cupón que aparece en la página 23 de este ejemplar.

UNA PRIMICIA DE "PUCKY"

LOS VERDES OJOS DE BAST

Novela inédita en nuestro idioma, escrita en inglés por el famoso autor

SAX ROHMER

Traducida especialmente para "Pucky" del original adquirido en Londres

LAS PERSONAS DE TEMPERAMENTO NERVIOSO Y FACILES DE EMOCIONAR NO DEBEN LEER ESTA NOVELA DE NOCHE.

RESUMEN

de los capítulos de esta interesante novela publicados en números anteriores de "Pucky", para los nuevos lectores.

El cuerpo de sir Marcus Coverly ha sido hallado en un cajón que estaba a punto de ser cargado en el vapor "Oritoga", amarrado en los muelles de las Indias Occidentales en Londres. Esta fué la noticia que conmovió a toda la capital, un día de verano, hace algunos años.

JACK ADDISON, joven periodista, colaborador del diario "The Planet", se ocupa del asunto por encargo de la dirección de ese diario. A su amigo el

DETECTIVE INSPECTOR GATTON, del D. I. C. (Departamento de Investigación en lo Criminal) de Scotland Yard, que se hace cargo de la investigación del misterio de la muerte de Coverly, Addison tiene algo interesante que contarle. La noche anterior el policeman de guardia en la esquina de su casa, situada en los suburbios ha recibido un misterioso mensaje ordenándole que vaya a un garage situado junto a la llamada Casa Roja, espaciosa mansión situada muy cerca, y vea si no sucede nada. Addison ha acompañado al policeman al garage y allí ha visto un cajón grande con un gato de forma extraña pintado en uno de sus costados. Como estudia cosas de egiptología reconoce en seguida que aquel gato es una representación de Bast, la diosa gata. En los diques reconoce el mismo cajón que ha sido utilizado para meter en él al muerto. Un extraño suceso de que se da cuenta más tarde aquella misma noche, presta curioso significado al gato dibujado en el cajón. Mirándole desde un cerco de arbustos del fondo del jardín de su casa, Addison ve un par de ojos grandes, luminosos y verdes. A la mañana siguiente

COATES, el ayuda de cámara, chauffeur y jardinero de Addison encuentra en el jardín de la casa huellas de las pisadas de unos zapatitos con taco alto.

A consecuencia de la muerte de sir Marcus Coverly el título hereditario de "baronet" que poseía debe pasar a su sobrino

ERIC COVERLY, que está comprometido y próximo a casarse con una joven actriz de comedia que actúa en el New Avenue Theatre y se llama

ISOBEL MERLIN; a esta actriz profesa Addison un secreto amor. Ha estado a punto de solicitar su mano, pero mientras vacilaba indeciso, Eric Coverly se le adelantó.

En el cajón se encuentra una estatuita de la diosa gata. La figura es robada después por una mujer que mediante una argucia se mete en casa de Addison y al parecer escapa saltando por encima del cerco del jardín. Los ojos de aquella mujer brillan en la oscuridad como los de un gato.

MARIE, la mucama de la señorita Isobel Merlin aclara algo el misterio confesando que ha sido sobornada y que cuando sir Marcus se presentó en la puerta del escenario del teatro le dió un falso mensaje según el cual debía ir a la Casa Roja donde esperaría la llegada de la señorita Merlin, — a la que había perseguido con sus atenciones, — que iría a cenar con él.

La Casa Roja, según lo prueban las investigaciones que se hacen, está desocupada, pero el hall y la habitación donde se halla servida una cena para dos han sido lujosamente amueblados. En la repisa de la chimenea se ve un retrato grande de la señorita Merlin.

Se comprende que esa casa, elegida por su aislada situación ha sido alquilada por el asesino con el único propósito de hacer ir a sir Marcus al cuarto donde está servida la cena. La identidad del inquilino es un misterio. Ha tomado la casa tratando por teléfono; no ha dado referencias y no se las han exigido porque ha enviado un año de alquiler adelantado al pedir las llaves.

Todos los datos que se conocen indican que una mujer está complicada en el caso. El coche que llevó a sir Marcus a la Casa Roja fué encargado por teléfono y tanto en el caso de Marie la mucama como en el del coche ha sido una mujer la que ha hablado

Eric Coverly, que estaba en malas relaciones con el difunto baronet se muestra silencioso respecto a lo que ha hecho durante la noche del crimen y por esta razón es vigilado por la policía. Una noche le ven arrojar furtivamente una valija en el estanque del parque Saint James. Esa valija que la policía recoge, contiene las ropas harapientas de un vagabundo.

A pedido de Gátton, Addison va al parque de Friar a visitar a

LADY BURNHAM COVERLY con el propósito de averiguar en qué circunstancias su hijo

ROGER, halló la muerte, a consecuencia de la cual sir Marcus ha heredado el título de baronet. Se sabe que existía mala voluntad entre lady Burnham Coverly y sir Marcus a consecuencia de la prematura muerte del hijo de la señora.

En la Hostería de la Abadía situada en la antigua aldea de Upper Crossleys, Addison se entera de lo que le ha pasado a

EDWARD HINES un joven tenorio campesino, el cual ha tenido varias entrevistas con cierta "dama de Londres". Cuenta lo pasado el guardabosque del parque de Friar, quien cuenta que una noche, después de su tercera entrevista con la misteriosa "dama de Londres" Hines volvió con el rostro y el cuello lacerados por terribles y profundos arañazos. Parecida aventura ha tenido otro conquistador campesino, pero tanto el uno como el otro han callado la condición de su asaltante. Un detalle curioso es que la "dama de Londres" ha obsequiado a Hines con una estatuita de oro que representa "un gato raro".

Aquella noche Jack Addison, que se aloja en la Hostería de la Abadía, se despierta y oye que un hombre y una mujer conversan en voz baja protegidos por la sombra que proyecta un árbol situado al pie de la ventana. Addison mira hacia abajo y ve, fijos en él, dos ojos luminosos como los de un gato.

Por la mañana, Addison, va a visitar a lady Coverly, pero tropieza con el

DOCTOR DAMAR GREEFE, un euroasiático quien, en su calidad de médico consejero de lady Coverly le prohibe a Addison que vaya a visitarla. Al doctor Greefe le llaman en la localidad "el doctor negro" y se dice de él que hace "mal de ojo". Addison, en el salón de despacho de bebidas de la Hostería de los Trilladores se entera de que en el parque de Friar, residencia de lady Burnham Coverly, hay puestas trampas para cazar a los hombres que por allí pasen y que más de uno que ha cruzado el parque para ahorrar camino, ha sido saludado a tiros de escopeta cargada con perdigones.

(Lea usted ahora los interesantísimos capítulos de esta obra singular que se publican a continuación.)

CAPITULO XV

Recibo visitas

DESPUES del desayuno, la mañana siguiente, comencé a formular el plan que debía llevarme a la realización de un extraordinario descubrimiento. Tomé el desayuno en mi habitación y cuando ya había terminado y me disponía a encender mi pipa, el señor Mártin, el hostelero, llamó a la puerta.

—¡Adelante! — grité.

Entró el hostelero, tan serio como de costumbre.

—Ha venido una señora que desea verlo, señor, — anunció.

La forma en que hizo su manifestación evidenciaba una curiosa mezcla de desaprobación y de respeto. Por mi parte debo declarar que en quien primero pensé fué en Isobel. En el mismo momento en que me visitó esa idea (el deseo es padre del pensamiento) me dí cuenta de cuán disparatada era.

—¿Una señora? — repetí. — Pero si yo no conozco a nadie en la localidad. ¿Está usted seguro de que preguntó por mí?

—Enteramente seguro, — contestó el hostelero, al que sacaba de su constante calma un suceso que resultaba extraordinario en la historia de la Hostería de la Abadía. — Preguntó por el señor Addison. Está esperando en la sala de café, señor.

Sin acertar quien podía ser mi visitante, me dirigí a la habitación que quedaba junto al despacho de bebidas y a la que el señor Mártin había llamado pomposamente sala de

café. Ví en el banco de junto a la puerta a un tipo mal vestido a quien hubiera tomado por algún comerciante de la localidad si no hubiese notado que no tenía relación alguna con Mártin. Estaba leyendo un diario y junto a él, en el banco, ví una taza de café.

La mañana de niebla anunciaba otro día cálido cuando yo entré en la "sala de café", en la que reinaba una media luz parecida a la de un crepúsculo de verano. Los rayos del sol cruzaban a través de la niebla y templaban el ambiente. La habitación tenía sólo una ventana, así que aun a mediodía no resultaba muy alumbrada.

Mi visitante se levantó del pequeño sofá forrado de tejido de crin, para recibirme. Con la mano apoyada todavía en la manija de la puerta, me detuve porque realmente era una persona desconocida la que se hallaba frente a mí.

Era alta, muy delgada y vestía con gran elegancia. Todo su aspecto era de extranjera o por mejor decir, resultaba exótico. Tenía puesto un sombrero que me pareció parisién y de alto precio y de su borde colgaba aún adornado velo que ocultaba por completo sus facciones, sin conseguir ocultar por completo sus ojos brillantes y en forma de almendra. Durante un momento se presentó a mi mente una terrible idea; pero el recuerdo más sobresaliente que yo tenía de sus ojos de bruja que tanto misterio envolvían, era su brillante color verde. Los ojos de mi visitante, aun cuando extraordinariamente grandes y brillantes, tenían otra forma y, al parecer, un maravilloso color de ámbar.

Cuando habló su voz me pareció la de una persona muy culta y gentil y, sin embargo, me hizo estremecer y creo que miré a la visitante demasiado fijamente y casi con impertinencia. Noté una leve ronquera en su voz y un tono acariciador y meloso que me recordó de inmediato la escena acaecida en mi cuarto de trabajo y que terminó con la desaparición de la estatuita de la diosa Bast.

Creo haber dicho ya que soy de aquellos que no se deciden sino después de mucho pensar. En aquel momento, convencido de que el recuerdo de los ojos luminosos amenazaba con convertirse en una obsesión, a tal punto que esperaba verlos brillar en el rostro de toda desconocida con quien me encontraba, me obligué a mi mismo a creer que el parecido de la voz de la visitante de la hostería con la voz de la anterior visitante era lo que me había traído a la mente la idea de la semejanza de los ojos.

—Señor Addison, — dijo ella. — Creo que usted considerará bastante extemporánea esta visita, pero, — e hizo una imperceptible pausa, — yo resido en el parque de Friar y lady Coverly se ha enterado por el doctor Greefe, de que a usted le gustaría visitar la casa.

—Así es, — murmuré; — ha sido usted muy bondadosa al tomarse tanta molestia, pero...

—No ha sido molestia alguna, — declaró ella. — Tenía que venir por estos lados y lady Coverly me pidió que lo viera a usted que aún cuando el estado de salud no le permite atender a visitante alguno, está usted plenamente autorizado a visitar cuando guste las partes más antiguas del edificio.

—Le quedo muy agradecido, — dije.

Habiendo hablado así, callé y me di cuenta de que sentía una extraña turbación. Porque aun cuando deseaba alejar de mi mente toda desagradable sospecha relacionada con una dama que se había desviado de su camino para realizar un acto de cortesía, no me era posible hallar sitio para aquella elegante figura femenina en el ambiente de la mansión del parque de Friar tal como me lo había descrito el viejo hablador de "Los Trilladores".

Decidí mentalmente que interrogaría al respecto a Mártin y, si había ocasión, a Hawkins, tan pronto como se presentara oportunidad y al primero en cuanto se fuese mi visitante. Pero la señora no parecía tener prisa por retirarse.

—¿No ha visitado usted nunca las inmediaciones? — insistió con su acariciadora voz que cada vez me recordaba la escena de aquella memorable noche, en mi chalet.

Se arrellanó en el sofá de modo que tuve que sentarme en la única silla que tenía la sala de café. No dejé de notar que aun cuando me llamaba "señor Addison" no había manifestado intención de decir su nombre. Además seguía de espaldas a la ventana.

—Nunca, — contesté; — pero creo que son muy interesantes por varios conceptos.

—Usted encontrará que el parque de Friar es realmente fascinador, — aseguró. — Se halla donde estuvo uno de los más antiguos y más espaciosos monasterios del Sur de Inglaterra. En realidad algunas partes de la mansión, especialmente la capilla y la torre del Oeste, la que se ve desde aquí, según creo, son remanentes del primitivo edificio.

Se notaba con toda claridad que procuraba despertar mi interés; y, consciente de que mi fría actitud resultaba bastante burda, si ella era lo que pretendía ser, — es decir una amiga de lady Coverly, — procuré a mi vez, demostrar algo de interés por la historia del antiguo monasterio.

No lamenté proceder así. Creo que jamás he oído hablar de los áridos detalles históricos de modo más fascinador. Mi visitante demostró conocer de modo asombroso todo lo relacionado con la historia de aquel rincón de Inglaterra. Los Coverly habían desempeñado importante papel en la historia de aquellos parajes desde los nebulosos tiempos de la Inglaterra sajona. Las escenas que yo había evocado al contemplar por primera vez el campo agreste que se extendía entre la aldea y las lejanas tierras del parque, me fueron descriptas con el colorido y el relieve de la vida real. Aquella mujer estaba enterada de todas las hazañas de importancia de cada uno de los Coverly que habían vivido desde la época del rey Canuto y con los hechos de todos los abades que habían gobernado el monasterio de Croix-de-Lis.

Por último cuando yo oía con creciente maravilla, fascinado por la amplitud de conocimientos de aquella mujer y, en parte, tam-

bién por la musicalidad de su voz, ella pareció darse cuenta de improviso de cómo había pasado el tiempo y, levantándose se rió, y su risa despertó de nuevo mi memoria.

—¡Pero qué tonta soy, señor Addison! — dijo. — Usted pensará que soy más que excéntrica para estarme ahí sentada tanto tiempo entregada a la misión de guía de la localidad.

Mientras así hablaba ella se oyó un rumor procedente del camino. Era el rumor de unos pesados pasos. Alguien se acercaba a la puerta de la hostería.

—¡Mártin! ¡Mártin! — oí gritar después. — ¡Un momento! ¡Haga usted el favor!

El que había gritado era el doctor Damar Greefe.

Si el oír su voz me sobresaltó, el efecto que hizo en mi visitante fué sumamente singular. Avanzando un paso me agarró el brazo con su mano enguantada y extrañamente delgada. Cuando la ví a mi lado me di cuenta de que era aun más alta de lo que yo me había figurado; era casi tan alta como yo, en realidad. Sus movimientos ondulantes y ágiles tenían una indescriptible gracia y resultaban, — y noté esto con grandísima impresión de desagrado, — muy parecidos, por raro que pueda creerse, a los de un gato.

—¡Oh! ¡Señor Addison! — dijo ella acercándose tanto que sentí su aliento en mi mejilla. — Ese hombre me asusta tanto como una víbora. Voy a pedirle a usted un favor. Veo que esta habitación tiene otra puerta y yo tengo un motivo de importancia para no querer encontrarme con él. No se a dónde da esa puerta, pero supongo que por ahí lograré encontrar sitio por donde salir de la hostería.

Cada vez me apretaba el brazo con mayor fuerza.

—¿Puedo permitirme rogarle, — agregó ella suplicante, — que, si es necesario, le oculte el hecho de que yo he estado aquí?

—¡Pero Mártin sabe que usted ha estado aquí! — protesté. Mi mente, ante el sorprendente giro que habían tomado las circunstancias, era un torbellino. — Además, hay un hombre, que está sentado en el banco de junto a la puerta y que tiene que haberla visto entrar a usted, también.

—No me vio, — contestó ella rápidamente. — Y Mártin no sabe quien soy.

Estuve a punto de decir: "Yo tampoco lo sé", pero ella no me dió tiempo.

—¡Por favor! — suplicó. — ¡No es mucho lo que le pido, pero significa muchísimo para mí.

Dicho eso y sin esperar mi respuesta se volvió y corrió hacia la puertita que daba acceso a la despensa de la hostería. Esa despensa tenía otra salida que daba a la pequeña huerta de verdura de la hostería.

Oí que Mártin el hostelero, hablabla con el doctor euroasiático en el comedor que quedaba junto a la sala de café y antes de que tuviese yo tiempo para abrir la puerta llamaron a ella perentoriamente y la abrieron del lado de fuera. Entró el doctor Damar Greefe.

A pesar de que la mañana era calurosa tenía puesto un pesado sobretodo negro y su cabello blanco resaltaba en forma llamativa bajo su sombrero de fieltro de alas muy anchas. Si me había sorprendido la alto estatura de la mujer que había desaparecido de modo tan rápido, la estatura del euroasiático quedará explicada diciendo que tuvo que encogerse para poder entrar por la puerta de la sala de café.

—¡Ah! — exclamó, mirando hacia mí, que me hallaba de pie en medio de la mal iluminada habitación. — El señor Addison, ¿no es así?

—A la disposición de usted, doctor Greefe, — contesté.

—Creía que mi sobrina andaba por aquí, — dijo él.

—¿Su sobrina? — exclamé con asombro, no fingido por cierto.

—¡Precisamente!

La brusquedad de su modo de expresarse, que antes me había llamado la atención volvió a ponerse en evidencia en aquel momento. Si yo no hubiese tenido razones más poderosas que las puramente personales para no desear enemistarme con aquel hombre, con toda seguridad le hubiese contestado con el tono enérgico y severo que se merecía.

—Yo no sabía, — prosiguió con su voz aguda y desagradable, — que se conocieran ustedes. Infórmeme al respecto.

Durante todo el tiempo no hacía más que mirar con desconfianza en redor.

—¡Infórmole a usted que no la conozco! — dije. — ¡Pero si la conociera no concibo que nuestra relación pudiera concernirle a usted en lo más mínimo!

—¡Es usted brusco, señor! — gritó inclinándose hacia mí en forma que pude ver cómo brillaban sus ojos de ave de rapiña y la mueca de furor que desfiguraba su amarillento rostro.

—Lamento muchísimo que a usted le parezca así, doctor, — dije con toda naturalidad porque la conducta del euroasiático me resultaba sencillamente molesta y tenía todo el aspecto de la actitud propia de un demente. — En ningún caso sería yo capaz de mostrarme brusco con un hombre enfermo y el tono y la manera con que usted se ha dirigido a mí indican bien a las claras que su temperatura no es normal.

Durante un momento se quedó de pie delante de mí, como si fuese a asaltarme.

—¡Ah! — exclamó luego. — ¡Sí! ¡Tiene usted razón, señor Addison. Como vivo tan solo hace tanto tiempo es fácil que ahora mis maneras sean excesivamente bruscas. No se fije usted en eso. ¿Se ha ido entonces?

—Si se refiere usted a una señora que estuvo a visitarme hace como una hora puedo contestarle que sí, que se ha ido.

El doctor Greefe se irguió de nuevo y se quedó inmóvil, de pie en la pequeña habitación, alto, delgado, con un aspecto realmente llamativo y extraño.

—¡Ah! ¿Y no era mi sobrina? — preguntó luego.

—No tengo el gusto de conocer a su sobrina, doctor Greefe.

—Sí. Así lo dijo usted. Bien. Buenos días, señor Addison.

Se volvió y salió de la habitación. Cuando yo, a mi vez, salí al pasadizo, le ví salir de la hostería. Mártin se hallaba de pie junto a la puerta con aire de sentirse muy preocupado. Cuando me acerqué a él con el propósito de hablarle, noté que el forastero mal vestido ya no estaba sentado en el banco.

—¡Hola, Mártin! — exclamé. — ¡Me había parecido que tenía usted aquí un cliente!

—Cuando usted bajó de su habitación aquí estaba. Se fué con Cassim y Hawkins. Fueron indicarle cuál es el camino por el cual se va a Mánton.

—¿Cassim?

Mártin gruñó y fué a colocarse en su sitio, detrás del mostrador.

—Tienen ustedes muy curiosos residentes en esta localidad, — dije.

—¡Demasiado curiosos algunos de ellos!

—Cassim, por ejemplo, no es nombre inglés.

Mártin produjo el extraño ruido que, en él, substituía a lo que era risa en los demás mortales.

—¡Inglés! — exclamó. — ¡Si ese Cassim es más negro que el sombrero que tiene usted puesto!

Mi sombrero era gris, pero a pesar de eso comprendí la idea del hostelero.

—¡Cómo! — exclamé. — ¿Un negro por estos sitios?

—¡Un negro! ¡Un berebere! ¡Un moro o algo así! Al menos de eso tiene aspecto... ¡Y además es mudo!

—¡Mudo! ¿Y es amigo de Hawkins?

—¡Eso lo sabe Dios! ¡Las cosas no andan bien por acá!

—Dígame Mártin: ¿sabe usted si una señora reside en la misma casa que el doctor Damar Greefe?

—Puede ser que "sí" y puede ser que "no". ¡El caso es que se cuentan cosas y más cosas!...

Eso fué todo lo que conseguí que me dijera mi hostelero. Encendí la pipa y fuí a sentarme al banco situado junto a la puerta con el propósito de organizar debidamente mis ideas y ordenar, en debida formación los hechos que de una y otra parte, había ido conociendo en las últimas y recientes horas.

Pensé que podía no hacer caso de la reputación que gozaba en la localidad el doctor Damar Greefe, pero después de haber observado personalmente al sujeto llegué a la conclusión de que había muchos puntos, relacionados con él, que yo no podía desechar ni abandonar. En primer lugar era raro que un hombre, fuera el que fuera, viviese aislado como él vivía en la Casa de la Campana. ¿Por qué se había retirado así el imperioso euroasiático en compañía de su sirviente negro? Pensé que yo también vivía solo con mi criado, pero luego me dije que no existía similitud entre ambos casos.

Después: ¿quién era esa "sobrina" tan celosamente custodiada por el doctor Greefe? ¿Y si era la misma que me visitó en mi chalet a altas horas de la noche, por qué había venido a visitarme a la hostería? A pesar de mi natural modestia, — que en esos asuntos me ha parecido con frecuencia lamentablemente excesiva, — llegó a ocultarme el hecho de que aquella mujer hallaba mi compañía sumamente agradable. Pero, si yo no la había visto con anterioridad, ¿bastaba esa simpatía que la inclinaba hacia mí para haberla decidido a visitarme? Recordando nuevamente su voz velada y acariciadora, me pregunté: "¿He oído realmente en alguna ocasión anterior, esa misma voz?"

Tal vez la aparición de los ojos verdes que miraron hacia mi ventana desde abajo, desde el espacio de sombra, la noche de mi llegada, aparición que yo había relegado atribuyéndola al mundo de los ensueños había sido real y no fantasmagórica. ¡Si era así en realidad, la sobrenatural visitante que se había presentado en mi chalet en forma tan insólita, me había seguido hasta la hostería de la aldea de Upper Crossleys!

No, tal vez, no ¿sería posible que me hubiera precedido? Quizás Gátton no me había dicho todo lo que sabía o pensaba. Tal vez, como yo lo había sospechado ya, el corazón del "Misterio del Oritoga" se hallaba en torno del parque de Friar y no en Londres.

Consecuencia de todas mis meditaciones fué una decisión que adopté luego: la de visitar, siguiendo mi primitivo plan de investigacón, al señor Edward Hines. Después de haberme enterado por los datos que me dió el hostelero Mártin, de donde quedaba la granja de Leeways, tomé mi bastón y me puse en camino.

CAPITULO XVI

El gato de oro

La mañana era hermosísima y aun cuando el sol no había llegado a la plenitud de su fuerza ya había dispersado la niebla matutina y me daba cuenta de que el calor llegaría a ser tropical antes de que hubieran transcurrido dos horas.

Durante la primera parte de mi jornada, — mientras estuve en las cercanías de la aldea de Upper Crossleys, — no me crucé ni con un sólo transeunte; el recuerdo de los ojos verdes me siguió paso a paso de tal modo que varias veces sentí tentación de volver la cabeza convencido de que iba a ver que alguien me seguía. Dominé, sin embargo, ese impulso. Sentía que mi imaginación agregaba nuevos horrores a los ya existentes a tal punto que me hallaba muy cerca de confundir a los unos con los otros y de no poder discernir entre lo real y lo imaginario.

Al cabo de media hora de marcha me encontré frente a un sitio donde un bosque se hundía cuesta abajo hacia el costado del camino de modo que sus árboles situados en escala ascendente, proyectaban una sombra muy ancha sobre el camino.

Yo estaba enterado de que la entrada de la granja quedaba precisamente del otro lado; metiéndome entre los árboles vi varios edificios que no tenían el aspecto de abandono y de soledad que caracterizaba a los

de las cercanías de Upper Crossleys. Veinte yardas más adelante distinguí el edificio de la granja.

Se notaban señales de actividad en el vasto patio de la granja, así que hacia él me encaminé con paso rápido. Un momento después me encontraba en un patio de piso adoquinado a un lado del cual había gran número de grandes tarros de leche. Una mujer estaba barriendo el piso.

—¿Podría ver al señor Edward Hines? — le pregunté. — ¿Puede decirme usted dónde he de encontrarle?

La mujer me miró fijamente de modo extraño y como estupefacta.

—¿Es usted amigo suyo? — me preguntó.

—No soy amigo suyo en realidad, — contesté, — pero tengo que hablarle de un asunto de particular importancia.

La mujer siguió mirándome del mismo modo extraño y permaneció en silencio tan largo rato que comencé a pensar que no iba a responder.

Sin embargo, después de aquella larga pausa, habló.

—Si el señor Edward no lo está esperando, — dijo, — no sé si debo aconsejarle que entre a verlo. No se encuentra muy bien en estos días y a veces se siente de un extraño mal humor.

—Lo sé, — dije. — Comprendo perfectamente; pero él querrá verme cuando sepa la razón de mi visita. ¿Lo encontraré más allá?

Indiqué una puerta que estaba abierta y hacia la cual se iba por un caminito enarenado y limpio, flanqueado por canteros de flores muy hermosos y bien cuidados; aquella puerta me había parecido que era la principal del edificio de la granja.

—Bien, señor, — dijo la mujer, perpleja todavía, — allí le dirán si es posible ver al señor Edward; pero no se lo aconsejo.

—¡Está bien! — dije, y me encaminé hacia aquella puerta.

Ví, un momento después, una habitación bien amueblada donde una anciana de cabello blanco estaba entregada a sus quehaceres domésticos. Me paré en el hueco de la puerta.

—Me llamo Addison, — dije. — ¿Podría tener unos pocos minutos de conversación con el señor Edward Hines?

La anciana, — que debía ser la madre del joven a quien yo buscaba, — suspendió su trabajo y me miró, perpleja y nerviosa. Me dí cuenta de que el señor Edward Hines gozaba en su casa de la misma reputación que en otras partes, y pensé que lo sucedido había sido en extremo molesto y fastidioso para él.

—Es el caso, — contestó la anciana después de una elocuente pausa, — que él se encuentra arriba en su habitación, pero que no quiere recibir a visitante alguno, según me ha dicho.

—Estoy enteramente seguro de que "a mí" querrá recibirme, — dije con aplomo. — Tengo noticias de importancia que comunicarle. — Como ella siguiera mirándome perpleja, añadí: — Sé lo que ha sufrido y cómo está desfigurado. No tema usted que se produzca escena desagradable de clase alguna.

—¡Si yo estuviese segura de eso!... — dijo, vacilante, la anciana, mirándome recelosa, de pies a cabeza. — ¿El le conoce a usted?

—¡Oh! ¡Sí! — contesté. — Nos hemos visto antes. Le aseguro que la entrevista será tranquila si usted me permite que yo suba y me anuncie personalmente a él, señora Hines.

Si acaso hubiera yo tenido dudas al respecto pronto hubiese confirmado mi idea de que aquella anciana era la madre del conocido señor Edward, pues antes de que ella hubiera tenido tiempo para contestar, una voz aguda e imperiosa, una voz que yo había oído en anterior ocasión, gritó desde algún sitio que se hallaba en alto.

—¡Si está alguien que viene a visitarme, madre, dígale que se vaya! ¡Ya sabe usted que ni quiero ver a nadie!

—¡Ahí tiene, señor! — dijo la señora de Hines, sin poder ocultar su turbación. — ¡Ya le dije que no querría verle!

—Le ruego a usted que me permita subir, — dije. — Cambiará de opinión en cuanto oiga lo que tengo que decirle.

—¿Oyó usted, madre? — gritó la irritada voz. — ¡Como se atreva a subir le voy a romper la cara!

Juzgando por la voz, calculé que el irritado joven se encontraba en una habitación situada precisamente encima de aquella a cuya puerta me encontraba yo.

—No se alarme, señora, — dije entrando en la habitación y apoyando, con actitud tranquilizadora, una mano en el hombro de la anciana.

Sin esperar más protestas avancé hacia un tramo de escalera que ya había visto yo antes y que debía conducir al piso de arriba. Subí por ella rápidamente. El periodista que anda a caza de tema no es fácilmente arrojado del sitio donde quiere meterse, así que momentos después me ví en un dormitorio muy desordenado, cuyas paredes estaban decoradas con láminas sportivas, dibujos del famoso Kirchner y retratos de numerosas damiselas.

El arañado joven, — que aún tenía el rostro casi enteramente cubierto de pedazos de tira emplástica, — estaba de pie, haciéndome frente y con los puños cerrados.

—¡Váyase! — fué la palabra con que me saludó. — ¡Váyase antes de que le arroje escaleras abajo!

—Estimado señor, — dije, — si usted no está particularmente interesado en figurar como un infeliz testigo y bajo un aspecto poco digno y hasta risible, en un proceso por homicidio, tenga la bondad de sentarse y de escucharme.

Edward Hines vaciló, abriendo y cerrando las manos y mirándome con contenido furor.

—¿Qué quiere decir usted con eso? — preguntó. — ¿De qué me habla usted?

—Le hablo del "Misterio del Oritoga", — contesté.

—¿Del "Misterio del Oritoga"? — exclamó Edward Hines.

EL ESPECIFICO PARA ENGORDAR

—¿Entonces tu producto hace engordar realmente?
—¡Hay que entenderse! Antes de lanzarlo al mercado yo era delgado como un alambre pero desde que lo vendo estoy gordo, como puedes verlo. ¿Sirve o no sirve?

Su expresión cambió. Se dejó caer en el sillón de brazos del que evidentemente se había levantado al oír mi voz en la habitación de abajo. Ví un ejemplar de un diario tirado en la alfombra. Una línea de gruesos caracteres y a todo el ancho de la página que quedaba encima, me demostró que había estado leyendo las últimas noticias sobre el crimen, en el momento de mi llegada. A todo eso yo había estudiado debidamente al joven tenorio campesino. Tomé una silla que estaba cerca de mí y me senté frente a él, sacado mi cigarrera y ofreciéndole un cigarro de hoja.

—Me explico lógicamente que se muestre usted quisquilloso en las presentes circunstancias, — dije, procurando suavizar en lo posible su excitación, — pero puede usted estar enteramente seguro de que no he venido a recordarle lo que ha pasado. Acepte un cigarro, fumemos y conversemos. Tengo algo que decirle.

Siguió mirándome con los ojos entornados pero yo fuí, poco a poco, suavizando la situación. Aceptó el cigarro, — aún cuando no de muy buen grado, — lo encendió y arrojó el fósforo sin ofrecérmelo para que yo encendiera el mío. Hice como que no echaba de ver su grosería, e inmediatamente hablé del objeto de mi visita.

—Aún cuando no soy empleado del Departamento de Investigaciones en lo Criminal, — dije, — soy, sin embargo, representante de Scotland Yard, y le ruego que escuche muy seriamente lo que tengo que decirle. En poder de usted se encuentra cierto amuleto de oro...

Se levantó instantáneamente. Los sitios del rostro que no estaban cubiertos por los parches de tira emplástica, se le pusieron morados más que rojos. En mi vida me había topado yo con un joven tan colérico como aquel.

—¡Maldito sea! — gritó. — ¿Qué diablos tiene usted que ver con eso?

—¡Siéntese! — dije con energía. — ¡Le he hecho una advertencia y no la repetiré! O usted contesta cortésmente aquí a mis preguntas o tendrá que contestarlas frente al jurado cuando se las dirija el "coroner", ante el cual, en ese caso, tendrá que presentarse con la cara como la tenga. No le daré nueva ocasión de elegir. Repito, pues, mi observación: usted tiene en su poder un amuleto de oro en forma de gato, según creo.

De pie y mascullando maldiciones mientras me miraba de soslayo, oyó mis palabras; yo no dejé de mirarle fijamente y con frialdad. Volvió a sentarse, y volviéndose hacia un lado abrió con una mano un cajón de la cómoda, a la que alcanzaba desde su asiento. Abierto el cajón, sacó de él una estatuita de oro de la diosa Bast y me la mostró sosteniéndola entre el pulgar y el índice.

—¿Es a esto a lo que usted se refiere? — preguntó groseramente.

—A eso mismo, — contesté; — permítame que lo examine.

De mala gana dejó que yo tomase de su mano y examinara detenidamente la estatuita. Se trataba, sin duda alguna, de un objeto hecho en Egipto muchos siglos atrás. Era realmente una legítima estatuita de las que ofrecían los devotos agradecidos a la diosa Bubastis.

—Sin propósito alguno de inmiscuirme en sus asuntos privados, — dije, volviendo a mirarle a la cara, — ¿quisiera usted tener la bondad de decirme cómo llegó este objeto a su poder?

La estudiada frialdad de mi actitud fué influyendo poco a poco en el carácter del joven Edward Hines, que me contestó, menos bruscamente que antes y con voz ronca:

—Me lo dió una mujer.

—¿Cómo se llama esa mujer?

—No lo sé.

—¿No sabe usted el nombre de la mujer que le obsequió con una alhaja de tanto valor?

Una ridícula expresión de vanidad apareció durante un momento en sus ojos.

—¿Es muy valioso? — preguntó.

—Vale, sin duda alguna, cincuenta libras esterlinas y tal vez más, — contesté con toda naturalidad.

—¿De veras? — dijo él casi jubilosamente. — Pues bien, por extraordinario que pueda parecerle a usted, el caso es que ignoro el nombre de esa mujer.

—Claro está, — dije yo con maquiavélica astucia, — que yo no espero que usted recuerde el nombre de cada una de las mujeres que le han amado, pero este es un regalo extraordinario que sólo puede haberlo hecho una mujer que estaba enamoradísima de usted.

—Es algo extraordinario ¿no es cierto? — dijo Edward Hines rebosante de petulante amor propio. — No puedo recordar a todas las mujeres con quienes ando en amores; me hacen regalos con mucha frecuencia. Mire ese marco dorado. Me lo dió una joven a la que sólo había visto tres veces. ¡Y es de plata maciza y dorado a fuego!

Miré el regalo en cuestión y ví que contenía el retrato del señor Edward Hines, pero sin trozos de tira emplástica cubriéndole las facciones.

—No es malo, — dijo él desdeñosamente. — Lo hicieron unos notables joyeros de Londres. La joven lo pagó con su dinero.

—Pues bien, aun eso, siendo como es, muy valioso, — dije yo, — no tiene comparación con el objeto que tengo en este momento en la mano.

—¡No! — dijo el joven que se había puesto de excelente humor al ver cómo admiraba yo con tanta franqueza sus condiciones de Don Juan. — Sin embargo queda en pie el detalle de que yo, hasta ahora, no sé cómo se llama. Pero, — agregó, — ¿qué quiso usted decir cuando manifestó que yo tenía algo que ver con el "Misterio del Oritoga".

—Me referí a que la policía anda buscando a una mujer cuya filiación coincide exactamente con la de su amiga.

—¿De veras? — exclamó: — ¿Una mujer alta, de muy linda figura y admirablemente bien vestida?

—Creo que probablemente es la misma.

— dije. — ¿Tiene alguna peculiaridad en su aspecto o en su manera de ser, gracias a la cual pudiera usted reconocerla si la viese de nuevo?

—Tiene varias peculiaridades por medio de las cuales podría reconocerla, — declaró con acento de amargura y resentimiento.

—¿Qué peculiaridades son esas?

El señor Hines se inclinó hacia adelante y me dió una palmada en la rodilla, confidencialmente.

—La conocí por casualidad ¿me comprende? — díjome, — en el camino de Londres, una tarde, al ponerse el sol. Me preguntó por dónde se iba al parque de Friar y note en seguida que yo le había hecho impresión favorable. La pregunta que me hizo fué un pretexto para hablar conmigo, claro está. Me ofrecí a acompañarla; aceptó y, abreviando diré que sucedió lo de costumbre: me dijo que quería volver a verme.

"Pues bien, — prosiguió complacido, — volví a verla el jueves siguiente y nos hicimos excelents amigos ¿comprende usted? Pero siempre deseaba hallarse de regreso en su casa antes de que anocheciera. A todo esto yo no sabía quién era ni donde vivía, pero, naturalmente yo me había dado cuenta del lado hacia donde se alejaba. Era alguna dama de Londres que estaba alojada en alguna de las grandes casas de por aquí y que no quería faltar a la hora de la comida. Aquella noche, cuando nos separamos me obsequió con ese objeto de oro. Quedamos convenidos en que volveríamos a vernos.

Hizo una pausa, sacudió la ceniza de su cigarro de hoja y reflexionando como si escogiera palabras para expresar su signifite manifestación, permaneció unos instantes en silencio.

—La tercera vez que la ví, — dijo luego — yo me arreglé de modo que no pudiera retirarse tan pronto ¿me comprende? Entonces... no se, realmente como explicarselo. No soy tipo que se asuste fácilmente; pero... Debo decir que la escena se desarrolló en un bosque... Aquella mujer me dió el susto mayor que he experimentado en toda la vida.

Se inclinó de nuevo hacía adelante y volvió a darme una palmada confidencial en la rodilla.

—Estimado... señor Addison; creo que usted me dijo que es ese su nombre, ¿no es así? Entonces, de pronto, los ojos de aquella mujer se encendieron ¡brillaron en la oscuridad igual que los de un gato!

Me miró con la mismo expresión amenazadora de antes como si esperara que yo me riera de él y se dispusiera a imponerse por la fuerza y si yo lo tomaba en ridículo. Pero yo incliné seriamente la cabeza mirándolo como si su narración me tuviese dominado e interesadísimo.

—¡Sí! Igual que los de un gato, señor Addison! — repitió. — Admito que me asusté. No sé si ella, al oir el grito que yo, sin poder evitarlo, lancé en aquel mismo momento, creyó que iba atacarla; no se si penso de otro modo, pero lo cierto es que un segundo después me saltó al cuello.

Lanzó una ahogada exclamación y se tocó con una mano el vendaje que le rodeaba el cuello y los arabescos de tira emplástica que casi le cubrían todo el rostro.

—¿Al cuello? — dije — Pero... ¿afirma usted que pretendió ahogarle?

—¡Ahogarme! — exclamó Hines con enojo. — ¡Me tomó del cuello con los dientes!

—Pero..., — dije y callé en seguida temeroso de herir la ultra-sensible susceptibilidad del señor Hines. — ¿Y lo que tiene usted en el rostro?

—¡Maldita mujer! — exclamó gritando — ¡Maldita mujer! Yo no la había visto nunca sin guantes, pero debía habérselos quitado aquella noche para "esto", — e indicó su rostro cubierto de parches; — ¡esto lo hizo con las uñas!

Calló de nuevo mirándome fijamente y luego, volviendo a su anterior y ridícula ostentación de petulante vanidad agregó:

—Pero al fin salí ganando, — y echó el amuleto de oro en el cajón de la cómoda de donde lo había sacado, — pues si eso vale cincuenta libras, todavía me sobrará dinero después de pagar al médico y al farmacéutico.

Hubo otro momento de silencio que interrumpí yo al ver que Hines seguía silencioso y sonriente.

—Entonces, — dije, — usted la reconocería, sin duda, si volviese a verla.

—No crea que estoy muy seguro de eso, — contestó el de los arañazos. — Cada vez que nos vimos se presentó con el rostro cubierto por un velo espeso y bordado; pero puede usted estar seguro, — agregó con su fatuidad de antes, — de que es una mujer muy bella. ¡De no haber sido así yo no la hubiera hecho caso!

—¿Está usted enteramente convencido de eso? — me atreví a preguntar.

—¡Sí! ¡No cabe duda al respecto! ¡Unos ojos admirablemente hermosos! ¡Demasiado extraordinarios ¡Malditos!...

—Bien, — dije; — le agradezco muchísimo todo lo que me ha dicho y puede estar usted enteramente seguro de que ayudará mucho a continuar la investigación que se realiza actualmente.

—No tiene usted por qué darme las gracias, — dijo Edward Hines con amabilidad. — Si puedo hacer algo más en su favor, dígamelo; pero confío en que usted hará que no me envuelvan en el proceso ni me hagan concurrir ante el "coroner". ¿Comprende usted?

—Puede estar usted enteramente seguro, — contesté, — de que jamás sabrá nadie nada de lo que le ha sucedido, al menos en lo que a mí se refiere. Me comprometo a no dar publicidad a nada de cuanto usted me ha dicho.

Me retiré de la granja de Leeways enteramente satisfecho del resultado del primer paso del plan de campaña que me había propuesto realizar.

De regreso en mi habitación de la Hostería de la Abadía me pasé la mayor parte de la tarde redactando un detallado informe sobre mi entrevista con Edward Hines. Terminado mi informe salí para echarlo al correo de la población y no en el buzón de Upper Crossleys pues echándolo en éste no estaba seguro de que saliera para Scotland Yard por el tren de la mañana próxima.

Realicé el viaje de ida y vuelta con toda tranquilidad porque no podía dar el segundo paso de lo que había planeado hasta que llegara la noche.

CAPITULO XVII

El nubio mudo

CUANDO regresaba de la pequeña ciudad el cielo presentaba una brillantez tropical. El paisaje estaba envuelto en la luz de la luna llena y debajo de los árboles las sombras tenían una condición aterciopelada que pocas veces se ve en Inglaterra y se recortaban con una nitidez que no recordaba haber visto nunca. Pero al poco andar me olvidé de la belleza de aquella noche absorto en el recuerdo de los detalles del extraordinario caso.

Cada nuevo dato adquirido en vez de contribuir a esclarecerlo lo hacía más y más enredado y confuso. Un misterio aparecía envuelto en otro y en total formaba aquello un laberinto a cuyo nucleo yo creía a veces, que no nos sería posible llegar ¿Quién era la mujer cuya escurrideza figura aparecía en cada revuelta del caso? ¿Era la misma que había visitado mi chalet y se había llevado la verde estatuita de esmalte? ¿Sería la misma con la cual yo había conversado en la sala de café de la Hostería de la Abadia y a la que yo no había reconocido?

Se trataba de una mujer dotada de grandísima habilidad para la combinación de hechizos, y además sabía disfrazar temporaraimente su personalidad. Mientras en unos momentos era una criatura semianima y repelente, en otras resultaba una mujer encantadora, versada en curiosas cosas de historia y de conversación muy agradable.

Qué se ocultaba debajo de todas aquellas actividades? Si estaba complicada con el homicidio de sir Marcus Coverly, el propósito de su visita a mi chalet no era difícil de buscar, se proponía retirar una prueba acusadora y había sido auxiliada por la mano del destino.

Pero ¿por qué había ido a visitarme a la Hostería de la Abadía y qué había conseguido con su entrevista? Tal vez. — reflexioné mientras avanzaba por el camino campesino, — había sido interrumpida por la inoportuna llegada del doctor Damar Greefe. ¿Por qué se había presentado el doctor allí y en aquel momento si no era porque había sospechado la presencia de ella allí? ¿Qué relación existía entre aquellos dos extraños personajes?

La extraña historia relatada por el presuntuoso y escasamente inteligente Edward Hines se limitaba a una tonta aventura de parte de la misteriosa mujer que se había visto obligada a terminarla (algo ferozmente, lo confieso) debido al ordinario y brusco ardor del rústico patán, según me pareció. Pero a menos que su visita a la Hostería de la Abadía tuviera por razón la de que me había escogido como sucesor del señor Edward Hines, yo no me daba cuenta de a qué podía obedecer.

Empecé a desear la presencia del inspector Gátton porque él, gracias a su experimentada inteligencia, podía ayudarme a investigar las profundidades de este caso que desafiaban mis solitarios esfuerzos. No conseguía llegar a suponer quién era realmente aquella mujer. Suponiendo que estaba complicada en la muerte del baronet ¿en qué forma podía salir ganando gracias a ella? Yo no alcanzaba a comprenderlo. Tampoco llegaba yo a darme cuenta de cuál era la situación del doctor Damar Greefe en el caso.

Seguí caminando con paso cada vez más rápido, como suele sucederme cuando me hallo abstraído pensando en algo; y tal vez estimulada mi mente por el ejercicio, se aclararon algunas de mis dudas y me sentí convencido de que la figura tenebrosa que había seguido mis pasos la noche del crimen, — la dueña de los ojos luminosos que me habían mirado desde mi jardín — la mujer que había robado el amulado verde de mi mesa escritorio y la mujer que había mordido y arañado a Edward Hines era la misma que me había visitado en la Hostería de la Abadía y además era la misma a la cual, sin verla, la había oído conversar al pie de mi ventana, la noche de mi llegada a Upper Crossleys.

En todo eso existía una cadena de hechos que vinculaba a la Casa Roja con el parque de Friar. o al menos con sus cercanías. Cuando mis ideas estuvieron relacionadas las unas con las otras con tanta claridad, tomé una decisión respecto a la identidad de la otra persona que había hablado en las sombras, frente a la hostería cuando yo me desperté aquella noche. Mentalmente volví a oir el tono ronco y agudo de su voz. Recordé como, influido por el hechizo que parecía extender por toda la comarca, lo comparé con Asmodeo, el organizador de los aquelarres de las brujas y consideré que mi comparación no había sido inexacta. Y por último me sentí convencido de que se trataba del doctor Damar Greefe.

Había caminado sumido en mis reflexiones y debía hallarme a mitad de camino cuando me asaltó la sensación molesta de que alguien me seguía y vigilaba. Lo mismo que la noche en que volvía de la Casa Roja a mi casa experimenté el convencimiento de que me seguían, sentí la misma idea en mi mente. Pero si en la primera ocasión sentí más curiosidad que miedo, en ésta me asustó el que me perseguía y de cuya presencia me había dado cuenta por no sé qué capricho de mi intención. Pero el hecho fué que me

sentí convencido de que me amenazaba algo grave.

En consecuencia adopté un plan que me decidí a poner en ejecución sin demora. Cruzaba yo una parte de camino alumbrada de lado a lado por la luna en el momento en que me sentí asaltado por la desagradable sospecha, — que en realidad era más que una sospecha, — y vi delante de mí un trozo como de veinte yardas de extensión enteramente cubierto de sombra debido a que el terreno, de uno de sus lados, era alto y los árboles que había en él extendían su sombra a mucha distancia. También había notado yo en aquel sitio, al pasar en el otro sentido, algo que me propuse utilizar en mi beneficio.

Avancé, pues, hacia aquel espacio de sombra, resonando mis pasos acompasadamente en el camino. Era como una especie de ensenada o remanso donde los peones camineros habían tenido hasta hacia poco tiempo un montón de piedras de las que se usan para componer los caminos. Me dirigía a ese sitio sin alterar el compás de mi paso. Cuando llegué a él di media vuelta y seguí marcando el paso y mirando al camino por donde había venido.

El propósito de esta combinación es bien claro; mientras el ruido de mis pasos haría que quien me siguiera supusiera que yo seguía caminando en la sombra yo miraba hacia atrás en busca de mi perseguidor de cuya presencia me había asegurado.

Tal vez a pesar de la cautela con que avanzaba había hecho algún ruido que subconscientemente me había advertido. Porque en aquellos momentos, poco después de ponerme a mirar, lo vi.

Ocultándose en la sombra lanzada por los árboles sobre el camino, una figura humana avanzaba hacia mí.

La forma en que avanzaba indicada claramente que aquel hombre no deseaba que se le viera. Si hubiera tenido yo algunas dudas al respecto estas se hubieran disipado al ver algo, que hubiera sido muy doloroso para mí si no llego a oirlo a tiempo.

Un trozo de camino que debido a un claro entre los árboles estaba enteramente lleno de luz obligó al que me perseguía a cruzarlo bajo los luminosos rayos de la luna.

Le vi entonces claramente y pude notar que se trataba del nubio, del negro mudo.

Me bastó una sola mirada para convencerme de la horrible verdad. El hombre estaba desnudo de la cintura arriba, sin duda para poder moverse con más facilidad. Vi su cuerpo de Hércules y su rostro bestial de labios gruesos y entreabiertos. Conocía el tipo y sabía que no podía esperar misericordia en sus manos. Debía ser uno de los negros mudos que tienen en Asia en los harenes y lo

Senor Administrador de EL DIARIO

Av. DE MAYO 662 - Buenos Aires.

Adjunto 0.10 centavos en estampillas para que me remita un ejemplar del próximo jueves en que aparecerá la página de modas en colores y una página con la graciosa historieta de Barnigugli y su pingo Tragavientos.

Nombre y apellido . . . . . .

Domicilio . . . . . .

Ciudad o pueblo . . . . . .

Se aceptan suscripciones a la edición de los jueves a razón de 10 ctvs. por cada ejemplar.

F. C. . . . . .

que llevaba en la mano derecha acabó de convencerme.

¡Era un cordón de estrangulador!

Sonreí tristemente. No podía tener duda alguna sobre la identidad del que me seguía para matarme; ¡era el criado negro del doctor Damar Greefe! Cuando pasó por el sitio iluminado y se internó de nuevo en la sombra apresuré el compás de mi fingido paso con el propósito de confundirlo. Yo no conozco el dialecto nubio, pero supuse que el negro debía conocer el árabe. Levanté la voz, lanzando un aullido fúnebre y grité luego, en árabe.

—¡Cassim! ¡Cassim! — aullé. — ¡Satán te llama!

Creo que jamás he sido testigo de un pánico semejante como el de entonces. Cassim estaba a menos de diez pasos de mi y pude oír como le castañeteaban los dientes.

—¡Cassim! — grité. — ¡Huye! ¡Huye! ¡Satán está aquí!

Un horrible balbucear, — lo único que podía producir aquel hombre sin lengua, — contestó a mi grito. Oí un ruido de rápidos pasos y ví al nubio que huyendo volvía a pasar a todo correr por la parte alumbrada del camino.

—¡Más de prisa! ¡Pronto, Cassim! — grité. — ¡Satán te persigue! ¡Corre tras de tí! ¡Y está delante de tí también! ¡Corre!

Cassim vaciló, permaneció inmóvil un segundo. Después se volvió hacia la derecha, gritando de modo horrible, se precipitó hacia el cerco y sin hacer caso de que se componía de arbustos espinosos que debieron arañarle el cuerpo desnudo, pasó por entre las ramas y siguió corriendo por el campo arado que había del otro lado.

Contra un enemigo como aquel no hay arma más poderosa que la superstición. Sin embargo no solté de la mano el revólver y seguí camino adelante con paso acelerado durante el resto de mi jornada. No me da vergüenza confesar que cuando ví las luces de la Hostería de la Abadía sentí grandísima satisfacción y que experimenté un agradable alivio cuando, separándome de la carretera, me ví de nuevo en la calle principal de Upper Crossleys.

¿Qué debía esperar después de eso? No lo sabía. Mis enemigos, — puedo llamarlos así, — habían dado un paso en falso, pues debido a él tenía yo el convencimiento de que el doctor Damar Greefe era mi enemigo, desde que había intentado hacerme matar por su sirviente nubio.

Mi plan de operaciones nocturnas, — que ya era bastante peligroso, — prometía, después de lo pasado, ser más peligroso todavía. Hubiera dado muchísimo por contar con la compañía de Gátton, pero si tenía que proceder a solas, a solas saldría del paso. Si soy lento en decidirme puedo decir con veracidad que soy tenaz para ejecutar lo que he decidido. En aquel caso se trataba de una verdadera acción de guerra contra un enemigo al que yo sabía bien preparado.

¿Qué le pasa a Addison aquella noche? Puede suponer el lector con todo derecho que los capítulos que siguen son de los más interesantes y atrayentes de esta sensacional novela que, a medida que avanza, va siendo más y más electrizante. ¿Qué mujer es esa de los ojos luminosos? ¿Cuál es su vinculación con el doctor euroasiático? ¿Qué tiene que ver la diosa Bast con el homicidio del baronet Marcus Coverly? A su tiempo se pone todo en claro y la verdad resulta extraordinaria y estremecedora. No deje de leer los capítulos que aparecerán en el próximo número, en el que además comenzará "Hermanos del mar", la hermosa nueva novela del gran Rafael Sabatini y que se desarrolla entre piratas, en la época de los bucaneros y en el mar de las Antillas.

Una nenita oyendo que su mamá habla por teléfono con su papá, la interrumpe para preguntarle:

—Mamita: ¿cómo hizo papá para meterse dentro de una cajita tan chica?

* * * *

—¿Cómo es que nadie se atreve a discutir sobre la guerra con Martín y que cuando él está presente es él el único que habla del conflicto?

—Es que Martín es el único, de todos nosotros, que sabe pronunciar nombres extraños e irrita-laringes de los pueblos donde se verifican los encuentros.

—¡Mozo! — dice el cliente de mal genio. — ¡Usted no sabe ni cómo se da de comer a un cerdo!

—Perdone, señor, — responde el mozo, — pero trato de hacerlo lo mejor posible.

* * * *

—¿Cómo está el enfermo esta mañana? — pregunta el médico a la esposa del paciente.

—Está mejor, pero parece preocupado por alguna cosa.

—Bien. Dígale que no le presentaré la cuenta hasta fin del mes que viene. Esta noticia le aliviará.

SURCOUF

NOVELA HISTORICA ESCRITA EN FRANCES POR

LUIS NOIR

(TRADUCCION ESPECIAL PARA "PUCKY")

De esta obra ha sido tomado el argumento de la gran pelicula que la casa LEON GAUMONT ha estrenado en los grandes cine - teatros de Buenos Aires y Montevideo, en la temporada actual.

(Conclusión. — Véase el No. 124 y siguientes, de "Pucky")

PARA los musulmanes todo general era un bajá.

—Sé donde está la kurda.

—¿Dónde se ha metido?

—Está en la tienda del bajá Kleber.

—Es una buena fortuna para Kleber, — dijo Brinville. — Ayer mismo se quejaba de que faltaba aquí un buen surtido de mujeres. Debe estar bailando de alegría.

Explicó Brinville a las mujeres lo que significaba aquello de una buena fortuna y logró hacer reir a todas las presentes. El padre Lanternier se proponía divertirse a costa de Kleber cuando le encargase el general que cuidase de la moral de los soldados, pero avisaron en aquel momento que estaba servido el almuerzo, y todos se precipitaron a la mesa, so sin que la kurda sirviese de tema a las conversaciones.

Había llegado ésta, siguiendo los pasos de Kleber, a la puerta de la tienda del general sin que éste se diese cuenta que lo seguían. Presentó armas el centinela, saludó el general y entonces fué cuando vió a la mujer tras él, y como el centinela creyó que equel árabe acompañaba a su jefe, le dejó libre paso.

Kleber quedó admirado al ver aquel musulman tan bien plantado en su presencia, pero al fijarse reconoció que se trataba de una de la mujeres encontradas en la tienda de los corsarios. ¿Qué diablos podía querer aquella dama?

Aumentó la sorpresa del general al ver como la kurda se desceñía el cinturón y extendía sobre su mesita las perlas y los diamantes, y supuso que venía a pedirle una gracia para la que le ofrecía subidísimo perecio. Hizo señas para que la mujer recogiera sus joyas y volviese a ponerse el cinturón, y hecho esto, llamó a su intérprete al que ordenó preguntar a la visitante que era lo que deseaba.

—Que diga pronto lo que pretende.

—Soy rica, — contestó la kurda, — soy joven y no soy fea, y deseo ser la esposa de este general.

Temeroso de lo que pudiera agregar la dama, dedujo Kleber al intérprete y trató de disuadir a la mujer de sus propósitos.

Pero con todo aquello resultaba muy delicada la situación de Kleber, temeroso de las burlas de Bonaparte como se enterase de algún enredo de su amigo. Para salir del conflicto, llamó al intérprete y le preguntó;

—¿Has dicho algo de lo manifestado antes por esa señora?

—Mi general, un intérprete que se respeta es como una tumba.

—Perfectamente. Ahora necesito que me proporciones un uniforme completo de mameluco con sus armas. El uniforme lo vestirá esa persona que me visitó y que dijo ser una mujer, sólo para guardar su incógnito.

—Tendrá ahora mismo el general todo lo que pide.

—Pues, en marcha y volando.

Una hora más tarde estaba el intérprete en la tienda con todo lo necesario para vestir y armar un mameluco.

Sabido es que Bonaparte había organizado un escuadrón de tropas indígenas como núcleo primero de un futuro ejército colonial que no pudo llegar a ver formado, y Kleber trató de hacer comprender a la kurda que como los reglamento militares prohiben que ningún oficial tuviese mujeres a su servicio, era indispensable desfrazarse de aquel modo si pretendía continuar bajo su valiosa protección.

UNA PREGUNTITA

—Yo tengo excelente salud, soy fuerte y gordo. Y sin embargo mi padre, cuando nació, no pesaba más que medio kilo.
—¿Y logró vivir?

—¿Por qué no se muda a una casa mejor?
—¡Mejor! ¡Si ni siquiera puedo pagar esta!
—Si no paga de todos modos, bien podía vivir mejor.

—He escrito un poema pidiendo la paz.
—¿Y usted quiere que haya paz, verdaderamente?
—Sí. De todo corazón.
—Entonces, queme el poema.

ASI ERA NO MAS

—A ver niño: ¿qué es la paleontología?
—Es... Esto... Es...
—¡Ah! ¡Te dá que pensar la pregunta!
—No, señor... ¡la respuesta!

—¿Me garantiza usted, joyero, que estos brillantes no son falsos? ¿Me da su palabra de que son legítimos?

—Tan legítimos señora, como el suave tono sonrosado de sus mejillas y el carmín de sus labios, — dijo el joyero.

—¡Ah! — agregó la señora. — Entonces no los llevo.

Por enfermedad del primer actor un artista secundario tiene que encargarse de su papel. Deseoso de ser apreciado, interpretando un papel de tanta importancia, da parte de lo que sucede a varios autores y críticos.

Uno de ellos le contesta en seguida, mediante una tarjeta que dice: "Gracias por la advertencia. Así no iré".

Como había tenido la kurda que cortarse el cabello para disfrazarse de hombre durante su expedición por el desierto, no había que hacer ahora el sacrificio de la cabellera, y aceptó con placer el plan propuesto por el general. Kleber le anunció que debía prepararse a formar parte de la ecolta en la revista anunciada para el día siguiente, y no se ha visto desde que el mundo es mundo, mujer más felíz que aquella ante noticia semejante.

Vistióse el traje traído por el intérprete, y no pudo evitar Kleber su admiración.

—¡Demonios con este hermoso mameluco! ¡En todo el escuadrón de la guardia de Bonaparte no podrá presentar uno que le iguale! ¡Qué envidia me tendrá el general en jefe!

Ordenó Kleber que se comprara para alojamiento de la kurda una tienda árabe y mandó que la adornasen con tapices y cojines, y hecho esto llamó a un veterano sargento primero y le recomendó muy especialmente al mameluco a quien debían tratar todos como si fuera un oficial, ya que era hijo de un príncipe árabe.

Para pasar la gran revista vistióse Kleber su uniforme de gala, y la kurda, quien formaba parte de la escolta, quedó asombrada al ver al general con tantos galones y entorchados y cubierto con el imponente sombrero de dos picos sobre el que flotaba un penacho de plumas. La división completa, formada en batalla, esperaba el paso de Kleber, y emocionada hasta más no poder oyó la mujer cómo redoblaban los tambores, cómo tocaban las cornetas, y cómo presentaban armas todos al paso de su protector. Los soldados y oficiales pertenecientes a otras divisiones, miraban la revista como simples curiosos, pero todos se fijaban en el bizarro mameluco con que había aumentado la ecolta de Kleber.

Continuó la revista y cuando terminó, empezó el desfile a los acordes de la marsellesa. Nunca había oído la kurda música europea y quedó maravillada. Quiso varias veces hablar a Surcauf, pero se lo prohibió el sargento veterano, y cuando hubo terminado el desfile, volvieron al campamento de Kleber donde desmootaron todos, y pudo la kurda hablar con Surcouf, quien no la había reconocido bajo semejante disfraz. Manifestó que la encantaba la fiesta y ponderaba lo hermoso del espectáculo.

—¡Pero si es la kurda! — dijo Surcouf. — Es la kurda vestida de mameluco...

Lanzaron todos los corsarios estrepitosas carcajadas, acudieron las almeas y sus amigas y llegó Sapajou con sus negros y todos a una reconocieron y celebraron la suerte y la gallardía de la kurda.

—Me casé con el bájá francés, — dijo muy satisfecha. — Tú, mi querida georgiana, puedes convencerte que no le faltan galones ni dorados a mi señor.

Mordióse los labios la georgiana, pero meditaba sordamente.

—He de tomar mi desquite.

Acercábase la hora de la comida y los corsarios se despidieron de Kleber, quién dió orden a su mameluco de que le siguiera. La comida de los marinos fué extremadamente alegre, por bastar como tema de bromas las aventuras de la kurda. Pero la georgiana estaba apesadumbrada y recordaba haber visto un jefe, un gran jefe sin duda alguna que se le apareció entre aureola de gloria y rodeado de lujo deslumbrador.

Había visto en el desfile los gastadores y los zapadores formando a la cabeza de las columnas, con sus blancos delantales, sus altas gorras de pelo y precediendo al tambor mayor llamado Adonis, de quien ya nos hemos ocupado, y que tan amigo era del tambor de Arcola y del Canadiense. Con su alta estatura, su gran gorra de pelo, su gallardía, su belleza varonil, sus bordados y relumbrones, y con las evoluciones de su bastón, era aquel hombre como el compendio de todo lo más llamativo para la georgiana, y no le quedó duda de que era el bájá general, jefe superior de toda la brigada.

En concepto de la orgullosa georgiana, los gastadores no eran sino la escolta del bájá, tambores y músicos sólo tocaban para él, ya que era él quien hacía señas y dirigía todo el movimiento, y en una palabra, estaba como loca por el tambor, como lo contó más tarde el que se hizo célebre en Arcola. Merien estaba enterada de aquellos entusiasmos, por haberle preguntado muchas veces durante la revista y el desfile la georgiana quién era el gran jefe que manejaba tan atronadora porra, y cuando xplicó la almea que el tambor mayor no mandaba sino su banda, replicó airadamente la otra:

—Pero ese que tú llamas Mario era un gran bájá en los ejércitos del guicovar, y como jefe supremo de los tambores se le respetaba poco menos que a un dios, y si sé eso es por haberlo dicho tú misma.

Comprendió la almea que no era posible rectificar las ideas de la georgiana, y murmuró sonriente:

—¡Otro casamiento en vista!

Pero la georgiana censuraba a Merien por suponer que trataba de rebajar los méritos del tambor, y como comprendió la almea las ideas de su amiga, trató de desilusionarla.

—Si consideras como una felicidad para tí hablar con ese bájá que tanto te gusta, me ofrezco a proporcionarte una entrevista con él.

—Cuánto antes, dame esa ocasión de verle, — gritaba la georgiana.

Tan pronto como terminó la cena, contó Merien a Brinville lo sucedido con su amiga, y preguntó si podría invitarse a los tambores a tomar café con los corsarios.

—Es muy fácil, — contestó el teniente. Dijo luego, dirigiéndose al cura:

—Padre Lanternier, por esta vez hemos de verle en el colmo de la felicidad.

—¿A qué deberé tanta dicha? — preguntó el sacerdote.

—Ya que no pudo casar a Kleber, le será posible casar a nuestra georgiana con el tambor Adonis, el mozo más hermoso de todo el ejército.

—¿Casarla con un tambor mayor?

—¡Qué importa, si está enamorada de él?

—¿Sabe si él la quiere?

—¿No ha de quererla? Tiene una dote muy importante. Propongo que le inviten con Sapajou y los tambores mayores para que nos acompañe a tomar café. Creo que vamos a divertirnos mucho.

Se encargó Mario de presentar los tambores mayores a las damas, y lo hizo de la manera más solemne, pero les advirtió previamente:

—Vais a encontraros, — decía a los pobres tambores, — ante señoras cuyas dotes pasan de un millón, y son tan buenas mujeres que sólo aspiran a casarse con algún militar francés. La ocasión la pintan calva, y es preciso aprovecharla. Tratad de ser agradables a esas damas, mis queridos colegas.

Contó en cuatro palabras la historia de las esposas del agha. Se colocó a Adonis junto a la georgiana y el canadiense ocupó un lugar al lado de Bathyna, mientras el tambor de Arcola se sentó tocando los ropajes de la drusa, y una vez todos instalados dió principio la fiesta improvisada.

Adonis, acostumbrado a los galanteos, supo ser fino y tierno, y no desmintió la buena opinión que se había formado de él. Las burdas galanterías de aquel fatuo fueron del agrado de la georgiana, la que cuidó bien de no ocultar las agradables impresiones que aquel hombre le producía, y los colegas de Adonis no fueron menos hábiles en el modo de dejar encantadas a sus compañeras de festín.

Tras un par de días de relaciones se sintieron seguros de sus afectos todos los enamorados, y solicitaron permiso para celebrar los matrimonios. Estos permisos, pedidos por cada uno a su inmediato jefe, llegaron por toda una larga serie de escalones hasta el mismo Bonaparte, quien se apresuró a autorizar las bodas.

El día señalado como fecha para la celebración de los casamientos, hicieron los soldados altar al aire libre, y el padre Lanternier, quien decía su misa todos los domingos, revestido de los hábitos sacerdotales, empezó por bendecir el altar, provisto ya de todos los sagrados vasos que guardaba el cura de marina en su maleta. Como no contaba con sacristán, se dedicó a buscarlo, y tropezó con dos seminaristas que habían sentado plaza en un batallón de tiradores ligeros. Lo mismo ayudaban a misa que tomaban al asalto un fortín.

Era una hermosa mañana cuando la división Kleber formó su gran cuadro en torno del altar, no sin dejar entre las bayonetas un paso libre para que pudiera entrar el cortejo, y se vió llegar a las tres parejas con toda la pompa conveniente, precedido el cortejo nupcial por veinte gastadores y por una música.

Admiraron todos la hermosura de las novias, cuyos brillantes deslumbraban, heridos por los rayos del sol. El tambor mayor resplandecía junto a la bellísima georgiana, la que se sentía orgullosa por boda tan llamativa. Alineáronse los novios frente al mayor de la media brigada, y se oyó el redoble de todos los tambores, y una vez terminado el formidable redoble, las músicas unidas de toda la división ejecutaron los aires exigidos por las circunstancias.

Luego, el mayor recibió las declaraciones de los novios, y, llenadas todas las formalidades, declaró que los contrayentes quedan unidos por la ley. Firmaron los maridos y como las esposas no sabían escribir, pusieron sus sellos y algunos trazos imposibles de descifrar. Volvieron a redoblar todos los tambores y empezaron los preparativos para la misa de campaña.

La dijo majestuosamente el padre Lanternier y pronunció después un sermón que gustó mucho a los soldados, por haber desarrollado el tema en que todo militar que muere por su patria se eleva a la categoría de glorioso mártir, y que el sacrificio de la vida en el fragor de las batallas era suficiente para redimir muchos pecados. Terminada la alocución a las tropas, habló expresamente para los acabados de casar, y a los que dió su bendición como número final a la ceremonia.

Abrazó Kleber a los recién casados, y se dió la orden de romper filas, con lo cual se desorganizaron los cuadros, y se retiraron todos a los acordes de las alegres sonatas de las músicas nupciales.

Terminó muy alegremente aquel día y es lo probable que no fuese menos alegre la noche, ya que en todo el campamento resonaron los cantos y las buenas ocurrencias en torno de los vivacs.

CAPITULO XVI

La vuelta de Bonaparte a Francia

MIENTRAS todo lo anteriormente explicado sucedía, tronaban los cañones de los sitiados para contestar al fuego de la artillería sitiadora. Pero se notó que las baterías francesas resultaban ineficaces, y se reconoció que no estaba lejano el momento en que fuera preciso abandonar la empresa.

Tras muchos asaltos tan mortíferos como inútiles, se comprendió que había llegado el momento de ordenar la retirada. El almirante inglés Sidney Smith había organizado la defensa de la plaza de acuerdo a todas las reglas del arte, y Bonaparte, sin otro material de sitio sino sus reducidas piezas de campaña, comprendió que todos sus esfuerzos resultarían estériles, y que nunca lograría tomar San Juan de Acre. Ordenó y dispuso varios asaltos con escalamiento de los muros, y hubiera salido airoso en su empresa si el almirante inglés no hubiese dispuesto tras las brechas desmoronadas a cañonazos, nuevos parapetos improvisados, desde los que se hacía a los asaltantes el más mortífero fuego, y tras las más heroicas y repetidas tentativas, fué preciso resignarse a la idea de renunciar a la conquista de la ciudad sitiada. Rugía Bonaparte y maldecía al almirante Sidney Smith:

—Ese hombre ha hecho que fracasara mi fortuna...

Tan pronto como el ejército francés lió

sus tiendas y empezó a iniciar la retirada, se vió salir de la ciudad al terrible bajá Djezzar, quien escaramuceó constantemente sobre la retaguardia, a la que hostigó más de diez veces, por simular cargas a fondo, pero que detenían el ímpetu de los caballos tan pronto como veía formados los cuadros. La jornada resultó durísima.

Llegaron los franceses a Jeffa, donde encontraron una ciudad devastada por la peste, y en la que por todas partes se veía montañas de cadáveres. Los apestados que formaban parte del ejército se alojaron en edificios detestables en los que morían a miles, sin medicinas ni asistencia, ya que nadie conocía cómo curar ni cómo aliviar aquella espantosa epidemia.

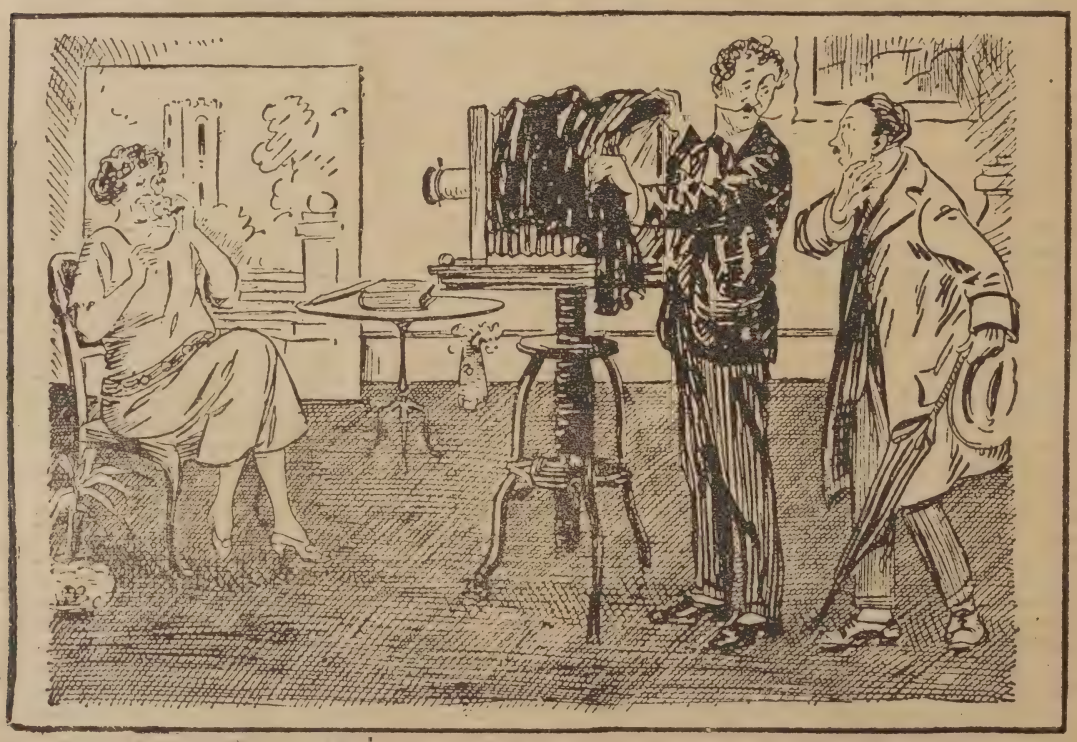
La naturaleza se encargaba por sí misma de matar o de curar a su capricho.

Entró el ejército francés en el Cairo en el más lastimoso estado. Los soldados habían sufrido horriblemente, y sólo quedaban 25.000 hombres a los que se vistió, equipó y habilitó de nuevo, y se curó a los numerosísimos enfermos con la mayor solicitud.

Entró Bonaparte en el Cairo el 20 de mayo y dejó descansar a su ejército, excepto un cuerpo de seis mil hombres que operaba por el alto Egipto, donde el mahadí había promovido revueltas. De pronto se entera Bonaparte de que la flota inglesa está ante Aboukir, nombre fatal para Francia, y supo también que desembarcó el almirante británico diez y ocho mil genízaros en la península próxima, la que podía cubrirse con trincheras infranqueables en todo el istmo que la unía a tierra firme. La flota inglesa amparaba aquel cuerpo de tropas por todas partes, como dueños del mar que eran a contar de la destrucción de la escudra republicana.

No contaba Bonaparte sino con los seis mil hombres que operaban en el Sur contra el mahadí como tropas disponibles, pero comprende que si deja que los turcos se instalen y fortifiquen le será preciso emprender después un sitio en regla contra aquella península transformada en inexpugnable ciudadela, y sin la menor vacilación se arroja con sus seis mil valientes contra los turcos antes de que hubieran logrado organizarse. Los desorienta, los acosa, los fusila, sin dejarlos salir de la península en

¡QUE NO HABLARA!



Fotógrafo: — Me parece que voy a conseguir que su esposa, en el retrato, esté realmente hablando.

El esposo: — ¿Sí eh? Pero... no se preocupe. Con que esté parecida basta.

que se habían encerrado, y doce mil enloquecidos fugitivos se ven arrojados al mar a bayonetazos, donde se ahogan todos, mientras entregan las armas los restantes seis mil genízaros.

Llegó Kleber al fin de la matanza llevando refuerzos y, busca con la mirada el ejército turco para atacarlo, pero no logra verlo. Había desaparecido. Fué aquella la más admirable batalla de aquella asombrosa campaña, que se llama la expedición a Egipto, y fué también la última dada por Bonaparte en aquel país. A contar de aquel momento decidió dejar Egipto y empezó sin pérdida de momento los preparativos de su viaje de regreso.

No bien volvió Bonaparte al Cairo mandó llamar a Surcouf y le dijo:

—Capitán, siéntese y hablemos. Tengo que hacer grandes revelaciones bajo promesa de secreto. Se trata de la salvación de Francia, y debo agregar que acabo de recibir terribles noticias.

—Aquellos imbéciles de directores, — exclamó el marino, — han puesto la patria en peligro?

—Sí: tan mal han gobernado que Francia no se dispone de un sueldo ni se tiene crédito alguno y estamos condeados a la mayor miseria, lo que ha bastado a los enemigos para unirse más contra nosotros.

Reflexionó Bonaparte un rato, y luego pareció aprobar los proyectos de Surcouf.

—¿Qué será de vuestra almeas?

—Las dejaremos bajo la protección de Kleber. Además, hemos de volver aquí con la fragata y podremos volver a ocuparnos de esas muchachas. Hemos quedado de acuerdo con ellas en que las enviaremos a Argel, puerto desde el cual podrán volver a su tribu.

—Decían que pensabáis casaros con ellas.

—Lo pensamos, efectivamente, pero después de mirar bien el asunto hemos renunciado a tal proyecto. Los corsarios casados no serían corsarios verdaderos... Eso de dejar años y más años a sus esposas en tierra... No negará el general que es punto algo escabroso, méxime cuando se trata de esposas orientales.

—Mucho más cuando ha sobrado tiempo para que sean esas mozas algo más que simples amigas...

—Puedo asegurar que las considero como hijas mías y que todos las respetan como tales. Mis amigos y compañeros no ven en ellas sino una hermana, y una dulce afección llena un vacío que el amor no llenaría nunca. Esas chiquillas ya que no son sino eso, forman nuestra familia y nadie deshonra su propia estirpe.

Dejó Surcouf a Bonaparte, quien no pudo evitar estos pensamientos, expresados entre dientes.

—¡Qué hombre éste! ¡Qué corazón y qué carácter!

En su fuero interno se prometió el que sólo era entonces general en jefe, hacer de Surcouf un almirante como llegara a adueñarse del poder, tal como eran los ideales y los proyectos de Napoleón.

Pero no era Surcouf capaz de aceptar tales honores. Era corsario y nunca quiso salir de tan honrosa categoría.

Fué el marino a ver a Kleber y le explicó lo convenido con Bonaparte. Cambiando luego el tema de la conversación, dijo:

—Me llevo a mis negros, general, y mis almeas se quedarán aquí sin tener quien las defienda. Vengo a pedir amparo y protección para esas pobres niñas. Tienen un terrible enemigo.

Explicó Surcouf todo lo relacionado con Macaoud.

—No podemos dudar, — añadió el marino, — de que una vez fuera de aquí nosotros, ha de tratar ese bandido de apoderarse de las almeas.

—Enviadme a esas jóvenes. Las instalaré en mi palacio, donde vivirán con mi mameluco.

—Así lo haré, pero recomiendo que salgan de casa lo menos posible.

—Para eso bastará que se las recomiende el capitán antes de irse.

—Lo hice ya, — entregó Surcouf un sobre lacrado a Kleber y dijo luego: — Este es mi testamento. Dejo toda mi fortuna a esas señoritas. Si muero, se encontrarán ricas y la fortuna endulza muchos disgustos. No he confesado a esas muchachas que ha de ser larga nuestra ausencia y creo conveniente que continúen en la misma creencia. Mañana iré a verlas, pero no pienso volver a verlas ya, para lo cual ruego al general les diga que Bonaparte ha dispuesto repentinamente nuestro viaje. Decidles que nos envían al alto Nilo a una expedición corta y de ese modo evitaremos tristezas y amarguras.

—Se cumplirán todas esas recomendaciones, — dijo Kleber.

Dejó Surcouf al general. Sentía henchido el corazón de amargura. Puede ser un corsario tan valiente como se quiera, pero no por ello deja de ser hombre.

Pasó todo perfectamente. Los beduinos recibieron y trataron a Surcouf como a un gran príncipe, y de etapa en etapa llegó con sus compañeros a Jaffa. Retiráronse los árabes al estar a vista de la ciudad, temerosos del contagio de la peste, epidemia que no deseaban llevar a sus aduares en los pliegues de sus albornoces.

La ciudad se hallaba en lamentable estado. El tigre Djezzar había ido a San Juan de Acre donde ordenó la reparación de los desperfectos causados por el bombardeo, y calculó después que convenía dejar que se acabara la peste antes de determinarse a otras operaciones. Había perdido la ciudad las dos terceras partes de su población, y para librarse de tantos millares de cadáveres, los hacía llevar a alta mar, donde se los arrojaba a las olas, no sin atar grandes piedras a los pies de los difuntos.

Entraron los corsarios en una ciudad poco menos que despoblada y en la que reinaba el más completo desorden. Nadie se fijó en aquellos viajeros que cruzaron calles desiertas cuando se dirigían hacia el puerto, donde plantaron sus tiendas en los grandes solares destinados a mercado, pero donde no se veía a una sola persona en aquellas circunstancias.

Había ordenado Surcouf previamente llenar de agua hervida los odres y había hecho comprar en los comercios de los coptos cristianos pan muy cocido, pescado salado, arroz y todas las provisiones necesarias. Se surtió de vino y licores y compró después una barca grande en la que fué cargando sus útiles y víveres.

Se había enterado respecto a la tripulación de la falúa, y supo que no quedaba vivo sino un jefe con dos tripulantes a bordo, por haber sido víctimas de la peste todos los demás. Anclaron su barca junto a la falúa, y Surcouf, con sus amigos y el padre Lanternier, se encaramaron por las cuerdas para asaltar la embarcación cuyos guardianes dormían ebrios de raki.

Se limitaron a amarrar a los dormidos, lo que se hizo en un instante, y hecho esto, entre Brinville y los negros izaron la vela y se puso en franquía la embarcación. Habían amarrado antes la barca con las provisiones a la falúa, de modo que bastó cortar el cable que sujetaba ésta para emprender el viaje con las provisiones a remolque. Surcouf, quien había estudiado las pecualiaridades del puerto, tomó el timón y muy pronto volaba la embarcación morisca en alta mar.

Tan pronto como se perdió de vista Jaffa, lo que sucedió muy pronto por ser la falúa buen barco velero, se trasbordó todo lo contenido en la barca llevada a remolque. Surcouf y todos sus compañeros se habían disfrazado con el traje usado por la marinería turca, con sus correspondientes uniformes de oficiales para el capitán y Brinville, y como flotaba el pabellón otomano al tope y como conocían bastante bien el árabe, podían estar seguros de que se les tomara por barco al servicio del sultán.

Subieron los prisioneros a cubierta y les dieron de comer y beber, y cuando se les vió tranquilizados les participó Surcouf que los pondría en libertad y les regalaría la barca con la cual regresarían a Jaffa.

Ante tal conducta preguntó el jefe:

—¿Quiénes sois, hermanos? ¿Sois corsarios de Argel o de Túnez? Vuestro modo de hablar el árabe prueba que sois extranjeros.

—Somos corsarios franceses, — respondió Surcouf.

Reflexionó el jefe y añadió luego:

—Soy un buen marino, y...

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que no tengo el menor interés en volver a Jaffa, donde cobro poco y como mal.

—¿Pretendes seguir en este barco a mis órdenes?

—Toda mi vida he soñado con ser corsario. No lo soy por falta de oportunidad.

—¿Te encuentras bastante valiente para nuestro oficio?

—Todos los días, durante la terrible peste de Jaffa, he estado mirando la muerte cara a cara sin que mi rostro se contrajera.

—¡Jura sbre el Corán que serás fiel!

—Lo juro por la barba del Profeta.

—Está bien. Formas parte de nuestra tripulación.

—¿Cómo te llamas, capitán?

—Surcouf.

Se estremeció el árabe.

—Surcouf! — murmuró — ¡Pero si Surcouf es el rey del mar que está ahora con Bonaparte!

—Ese mismo soy.

Contempló el árabe a Surcouf sin poder salir de su asombro. Sonriente el marino, dijo presentando a sus compañeros:

—Estos señores son los príncipes del mar.

El árabe cayó de rodillas a los pies del corsario, quien le levantó, y para sellar el pacto entre los dos, estrechó la mano de aquel marino, que le había sido muy simpático.

—¿Qué hacen estos hombres que te acompañan? — le pregutó después.

—Nos quedamos todos aquí, — respondieron, — queremos entrar a servir a las órdenes del rey de los mares.

Los enroló Surcouf, no sin hacerles jurar por las barbas del profeta, juramento el más sagrado entre los musulmanes. Alzaron luego la barca para colocarla en cubierta de la falúa, y distribuyó Surcouf los servicios y los puestos según las condiciones de cada uno.

El viaje resultó muy largo a causa de los vientos contrarios, pero se logró llegar a vista de las costas de Córcega y logró Surcouf entrar de noche en el puertecillo de Sartene, no bloqueado por los ingleses, y no bien desembarcado se informó y pudo enterarse de que una de las fragatas de Villaneuve, escapada al desastre de Aboukir, se había refugiado en Ajaccio. Dejó parte de su gente en el puerto donde llegó la falua y salió el capitán para Ajaccio donde trató de informarse respecto al carácter del comandante de la fragata. Era un teniente de navío, por haber muerto el capitán en el combate.

Aquel teniente de navío, afortunadamente era hombre atrevido, ambicioso, emprendedor como nadie y estaba desesperado de permanecer en Ajaccio donde se aburría soberanamente. Le visitó Surcouf, y charlaron de Francia y de Egipto, y se manifestó el teniente muy de acuerdo con Surcouf en que no podía durar el directorio, y arrastrado por la conversación dijo:

—Hace falta un hombre que tome el poder y no se cómo saldrán del conflicto no estando Bonaparte en Francia.

—¿Quiere el señor teniente ascender a almirante? — —preguntó bruscamente Surcouf.

—¿Cómo ascender a almirante?

El señor acaba de decir que si Bonaparte estuviera en Francia se trocaría en dictador.

—Esa es mi opinión.

—Pues esté pronto a ocupar el puesto de que hablamos.

—¡Si está en Egipto y no en París!

—Llévelo el señor teniente a Francia.

—Hay un navío y dos fragatas ante el puerto de Alejandría, lo que supone fuerzas muy superiores a una sola fragata.

—Cierto, pero si logro que toda esa flota

pierda una noche dándome caza, podría el señor teniente meterse en el puerto, embarcar al general y volver a partir con rumbo a las costas francesas.

—¿Será posible alejar a los ingleses bloqueadores de Alejandría?

—Respondo de ello gracias a los corsarios que organizaré y a los barcos que pienso armar.

—¿Está Bonaparte pronto a correr esa aventura?

—Es cosa convenida y mi viaje sólo obedece a esa causa.

—Afortunadamente disponemos de una fragata muy velera. No tiene Inglaterra un sólo barco que pueda darme alcance.

Convenido el plan, pusiéronse todos a la obra y se hizo una leva de marinería. Se dió el aviso a todos los puertos y todos remitieron sus contingentes y cuando Surcouf consideró que estaba todo listo dió orden de salir la escuadrilla reconcentrada en Sartene.

Aquella escuadrilla estaba a las órdenes de Brinville, quien empezó por cañonear al enemigo a las luces primeras de la aurora y antes de que tuviera tiempo de prepararse al combate y cayeron resueltamente sobre los ingleses para trabar los más sangrientos abordajes. Resistieron hasta el último extremo los británicos y se llenaron de heridos todos los hospitales. No sobrevivió sino un centenar de marinos franceses, heridos todos ellos y a los que se envió a los hospitales de Ajaccio. Tripularon los barcos apresados con tantos hombres como se pudo meter en ellos y tomó Surcouf el mando de una de las fragatas tomadas a los ingleses, mientras se hacía Brinville jefe de la otra. Los segundos se convirtieron en jefes del barco de ters palos que mandó antes Surcouf, y con otras embarcaciones apresadas, con tres fragatas y cinco barcos de tres palos, se dirigió a Egipto la improvisada flotilla. El navío inglés y las dos fragatas que cruzaban ante el puerto de Alejandría vigilaban con el mayor cuidado, en tanto que Bonaparte sentíase impaciente a la espera de noticias.

Al amanecer de uno de los días más tristes, se vió una flota de corsarios. Las cinco naves presentáronse poderosas y valientes, con la bandera francesa al tope y una descomunal escoba atada al palo mayor como enseña de combate. Apareció la flota muy a lo lejos, pero se la veía aproximarse rápidamente.

—¡Aquí tenemos a Surcouf! — murmuró Bonaparte.

Se aprestó para el viaje por no dudar de que, según había prometido el marino, muy pronto aparecería una fragata destinada a llevar a Francia al futuro emperador. El mar debía quedar libre de enemigos dentro de muy limitado plazo.

Se dieron cuenta los ingleses de que era Surcouf el jefe de aquella flotilla al ver la gran escoba atada al mástil, y comprendiendo que se verían atacados, tomaron las medidas necesarias para defenderse. Entablose el combate, pero no intentaron los corsarios abordar a los buques enemigos, y al cabo de una hora de lucha parecieron desesperar de poder sostener la pelea, como vencidos por el cañoneo británico. Uno de los barcos franceses pareció huir ante el peligro de hundirse y unos minutos después se retiraron los otros cuatro, no sin contestar al cañoneo inglés, aunque con visible decaimiento.

Maniobraron los ingleses para apresar los buques que más parecían haber sufrido y cuya velocidad se había reducido, acaso por efecto de las vías de agua, y retrocediendo unos mientras avanzaban los otros, acabaron por perderse todos de vista. Tan desalentados, tan destruídos parecían estar los corsarios, que los ingleses se encarnizaban en la persecución, como seguros de apoderarse de los navíos o de hundirlos.

Continuó de este modo la palea hasta tocar las tres de la tarde. Entonces señaló el vigía británico dos fragatas que cortaban la retirada con rumbo a Alejandría, en tanto que los corsarios suspendieron su fuga y plantaron cara al adversario.

Fué aquella una de las más hermosas luchas de escuadras que se registró en aquellos tiempos.

Comprendieron los ingleses aunque demasiado tarde, que el objeto de Surcouf había sido obligarles a abandonar el estrecho bloqueo de Alejandría, y sólo se dieron cuenta de la maniobra al ver cómo una fragata francesa se dirigía a toda vela al puerto de la ciudad. Al ver que aquel barco no tomaba parte en la pelea comprendió el comodoro inglés los verdaderos propósitos del corsario, y dijo a su oficial de bandera:

—Esa fragata corre a buscar a Bonaparte.

—Así lo creo, y ahora mi almirante, tratemos de defendernos. Surcouf manda la fragata de más porte y nos atacará muy pronto.

—Y su teniente, ese intrépido y joven Brinville debe ser el comandante de la segunda fragata. Cumplamos con nuestro deber. Un navío de su majestad británica y dos fragatas de la propia bandera son bocado duro de tragar hasta para un héroe como Surcouf.

Encarnizábase el combate. Muy pronto se pudo comprender cual era la táctica de Surcouf. Con sus dos fragatas abrumaba a cañonazos el navío enemigo, mientras por el otro lado de la línea de fuego los tres barcos mandados por otros corsarios bombardeaban del mismo modo al navío, y a pesar de sus ochenta cañones, aquel sostenido y bifurcado fuego aplastaba a los defensores del navío, a pesar de los auxilios de las dos fragatas británicas. Pero estas a pensar en su propia defensa, ya que la Tonnante, que estaba a la derecha del navío, vió avanzar el barco francés montado por Mario, quien si bien había dejado al segundo la dirección de la nave se encargó de dirigir y ordenar el abordaje.

Cuatrocientos corsarios estaban tendidos boca abajo sobre el puente del rápido vele-

¡HOMBRE SUERTUDO!

—¡Qué hombre de suerte! ¡Se asegu ró la vida hace ocho días, en cincuenta mil pesos, pagó la cuota!...
—¿Y qué?
—¡Que ayer se murió!

—¿Qué le pasa, Susanita?
—He perdido mi ideal. El hombre a quien amo se casa con otra.

—Yo también vi desvanecido mi ideal.
—¿También se casó con otro, Serafina?
—No: se casó conmigo

AUN LA HABIA MAS DURA

—Mozo, este pollo tiene la carne más dura que he comido en mi vida.
—¡Es que el señor no ha probado a un los bifes que se sirven aquí!

El nene de la casa: — ¿A qué han venido todas esas mujeres?

La nena de la casa: — Han venido a ver el nuevo nene que a mamá le han traído de París.

El nene de la casa: — ¡Gran cosa! ¡Como si no hubiese nenes por todas partes!

La nena de la casa: — Sí, pero este es nuevo y ellas vienen sin duda a tratar de ver cómo es la última moda.

—¿Es vivo y dispuesto el nuevo recluta?

—¡Ya lo creo! El otro día le dijeron que había un escape de gas y corrió a darle la voz de ¡alto!

* * * *

—¿Es fuerte el team de football que tienen ustedes aquí?

—¡Ya lo creo! ¡La temporada pasada mató a dos referees!

ró esperando todos ellos la voz de arriba y a ellos. Corría directamente contra el enemigo, el que en momento de ver cómo se le abordaba lanzó una andanada a boca de jarro, pero tomado por una banda, el bauprés del corsario se enredó en los cordajes del palo mayor, y comenzó la matanza. Mario y Sapajou con terribles porras, como cabezas de columna de los corsarios, se lanzaron sobre el puente del buque inglés y las hachas y sables de abordaje empezaron a funcionar con gran daño.

Los tres buques franceses que cañoneaban al navío enemigo no necesitaban de todo su persoal y cada uno de ellos envió un refuerzo de cien hombres a Mario. Acercáronse las chalupas a los costados del barco y con aquel aumento de gente por grupos de quince o veinte fieras más sobre el puente de la fragata, la lucha tomó mayor empuje.

Destrozados, sableados, empujados, casi completamente destruídos, trataron inútilmente de defenderse los ingleses en el entrepuente, pero les fué preciso rendirse no sin haber experimentado enormes pérdidas, y tan pronto como quedó vencida la fragata, rompió el fuego con toda su artillería contra el navío que media hora antes lucía la misma bandera, y aquella intervención fué sumamente oportuna, por verse los corsarios que luchaban con el navío en situación delicada.

Había dos fragatas francesas por uno de los costados de la línea de combate y cinco barcos corsarios por la otra, y tres de estos buques se dedicaban al cañoneo del navío. Acababa Mario de tomar la fragata que se hallaba a la derecha, mientras el padre Lanternier atacaba la que estaba a la izquierda. Había el cura logrado lanzar los garfios de abordaje y había entablado la lucha. Vestía hábitos sacerdotales y estaba armado de enorme cruz de hierro que mandó fabricar por el forjador de a bordo. Blandía con furor aquel santo símbolo, mientras gritaba con recia voz:

—¡Mueran estos herejes! ¡Matad a todos estos condenados!

UN ERROR EN EL TOCADOR

—¡Dios mío, Enrique! ¿Qué te ha pasado?

—Gurgl... Pffs... puchs... Gurgl... Que pu... puffs... puse jabón de af... ffs... afeitar, en el cepi... pillo... ¡Puffs! en vez de pasta para los... grugle... para los dientes.

La aparición de un gigantesco sacerdote con tal trajo y tal arma causó el mayor asombro a los británicos.

Recibió el padre Lanternier once heridas, pero no cesó de matar enemigos herejes con su pesada cruz de hierro, y sólo suspendió sus mortíferas actividades cuando se declaró vencida la insignificante parte de tripulación que se sostenía en pie.

El navío se veía rodeado por todas partes y la lucha era ya imposible Cuatro fragatas y los cinco barcos corsarios eran sobradas fuerzas para vencer y se rindió el comodoro, a quien dejó Surcouf su espada como la conservaron también los oficiales vencidos.

—Caballeros, — dijo el corsario a los prisioneros, — es para mí un honor hacer constar que se han batido admirablemente todos los presentes. No era posoble sostenerse por más tiempo. Así lo haré constar en mi parte oficial para que el almirante Nelson no gruña ni se muestre descontento de tan valientes marinos.

Dió las órdenes oportunas para que todos los prisioneros no heridos, exceptuándose los oficiales, quedaran encerrados en el fondo de la cala, con buena vigilancia, pero sin que se les maltratase. Tomó luego Surcouf el mando del navío y dispuso que se reparasen las averías lo mejor posible, para lo cual se puso al pairo. Trabajaron todos con febril actividad, se repartió bien las tripulaciones entre los navíos apresados y los otros y reinó muy pronto tal orden y tan maravillosa precisión que dejó admirado todo aquelllo al comodoro inglés.

Invitó Surcouf a éste a comer con él y con sus oficiales, y como todos ellos tenían conciencia de haber cumplido con su deber, con todo su deber, no parecían demasiado tristes y la franqueza y la alegría propias del marino se impusieron a la amargura de reconocer su vencimiento.

Estaban como a mitad de la comida cuando entró un contramaestre para decir al capitán:

—Se ha visto el cohete.

—Que se conteste a esa señal, y pongan todos la proa con rumbo a Francia, — bajando la voz dijo a Brinville: — El general Bonaparthe estará dentro de muy poco en París.

Se había convenido entre Surcouf y el comandante de la fragata que conducía a Bonaparte que los corsarios con toda su flota precederían el barco en que viajaba el general, y que maniobrarían de tal suerte que si se presentaba alguna escuadra enemiga, quedaba a cargo de Surcouf batirse con los contrarios para dar tiempo a la huída del futuro emperador. Una vez embarcado Bonaparte , y vista la señal convenida, no quedaba ya sino poner las proas a Francia y Surcouf, después de llamar a su segundo y de explicarle la ruta que debía seguir toda la flota, continuó tranquilamente su conversación de sobremesa con los prisioneros británicos.

La travesía fué muy feliz. No se tropezó con ninguna flota inglesa, y tanto la fragata que conducía a Napoleón como la escuadrilla de Surcouf divisaron las costas de Francia sin haber tenido que combatir. General y corsarios desembarcaron en Frejus, el 8 de octubre del año 1799, y salió en el acto el general para París, llevando en su compañía a Surcouf y sus amigos.

Vieron cómo en aquellos momentos acababa de salvarse a Francia por sí misma sin necesidad del concurso de Bonaparte, y el mismo general explicó cuál era la situación militar y política a Surcouf, en quien tenía la más absoluta confianza, y como podía contar con la discreción y la lealtad del marino, no guardó para él el menor secreto.

—Sabemos que se ha formado una nueva coalición contra Francia, y esta confederación de enemigos ha puesto sobre las armas 350.00 soldados a los que sólo pudimos oponer 170.000 hombres distribuídos en cinco ejércitos. Expliqué ya, cuando hablamos en Egipto, las derrotas y percances que sufrimos, pero hoy Massena ha restablecido los asuntos, gracias a la gran victoria de Zurich, en Suiza. Ha destrozado a los rusos mandados por Suwaroff, el invencible general que acababa, auxiliado por 60.000 austriacos, de vencer a nuestras tropas de Italia. Austria quería apoderarse del Piamonte y agregarlo a la Lombardía y al Véneto, con el propósito de trocarse de esa suerte en los dominadores de toda la alta Italia y para lograr sus planes enviaron a Suwaroff a Suiza para que los rusos se unieran a los austriacos destinados a luchar contra Massena.

—A lograr sus propósitos, quedaban como señores del país, — observó Surcouf

—Era una hábil operación política, — dijo Bonaparte, — pero muy expuesta del punto de vista militar. Dejó Massena que se pusieran en movimiento los austriacos que debían esperar a Suwaroff, y en la ausencia de éstos, y antes de que llegara el citado general ruso, destrozó un ejército de moscovitas encargado de la defensa de Zurich y aun anonadó otras tropas situadas sobre la línea del Lint, y hecho esto volvió a cambiar de frente para caer sobre Suwaroff, quien se acercaba por espantosos desfiladeros y cuyas tropas habían padecido extraordinariamente por las nieves de las montañas y por las pérdidas experimentadas por lo penoso de la marcha.

Quedaron destrozados los rusos con pérdidas de más de la mitad de su gente. El invencible quedaba vencido, y se vió obligado a pronunciarse en retirada por horribles caminos. Indignado contra los austriacos, ha tomado con los restos de su gente el camino de Rusia, y esta potencia, enfurecida por lo que dice es una traición, se apartó de la liga. Han durado estas operaciones militares desdo el día 25 al 26 de setiembre, y se conocerán como la batalla de Zurich, y supone enorme fuerza perdida por la coalición, a la que hemos vencido también en Holanda.

Brune ha tenido la suerte de obligar a 40.000 anglorrusos a reembarcarse precipitadamente en sus navíos, después de haberse posesionado de Bergan, y estas dos victorias aseguran a Francia contra las invasiones, y el invierno, con sus fri[illegible]
de r[illegible]

los de nuevo, obliga a una suspensión de hostilidades.

—Durante la cual tomará las riendas del poder el general Bonaparte.

—¿Eso será lo antes posible. Necesito disponer de todo este invierno para restablecer el orden, llenar las arcas del tesoro, reconstituír las unidades militares y tomar todas las medidas necesarias para destruir a los aliados.

—¿Tiene el general esperanzas de salir airoso en sus proyectos?

—Más que esperanzas, tengo la seguridad de triunfar. El Directorio no puede sostenerse en pie. Las dos asambleas son igualmente impopulares, además, débiles y de ilegales. Además la de los ancianos está de mi parte, y en lo relacionado con la de los Quinientos, ha de verse cómo la echo fuera de la sala de sesiones con una compañía de granaderos.

—¿Pero se hará eso pronto?

—Muy pronto. Todos los partidos se dirigen a mí. Los realistas nos ofrecen restablecer los Borbones sobre el trono, lo que supondría para mí la espada de gran condestable de Francia y una enorme renta. No he contestado ni sí ni no. Los jacobinos me ruegan me ponga a la cabeza de esa colectividad y muy especialmente piden eso los jacobinos militares, mientras los moderados, que no quieren nada con los Borbones, pero que están hartos del Directorio y de todas sus intrigas, me incitan a que me adueñe del poder. Al día siguiente de dar mi golpe de Estado, todos los partidos han de concederme un largo crédito por esperar de mí algo menos malo que lo actual, y tendré tiempo de consolidarme. Tan pronto como tenga en mi mano la policía y el ejército, no veo quién se atreverá a atacarme.

—¿Pero el general Bonaparte está seguro del ejército?

—Del ejército del interior y del que reside en París, sí, y suman éstos como 30.000 hombres, con los que puedo contar. Tengo, además, un general enérgico a mi completa devoción. Me refiero a Lefevre, cuyos soldados están fanatizados por su general y por mí. ¿Puede admitirse que los generales que operan sobre las fronteras, y que no reciben ni refuerzos ni municiones, ni víveres, ni dinero se sientan dispuestos a sostener el Directorio? ¿Pueden tener el menor cariño a los Quinientos? De ninguna manera, y puedo asegurar que todos han de aplaudir el derrumbe de nuestro gobierno.

Rompió Surcouf en estrepitosa carcajada, mientras continuaba Bonaparte:

—París está harto del Directorio y París me aclama y me empuja al poder y Francia

UN CASO DE TRABAJO PERDIDO

...ando fastidiado: — Sí, le conté la historia de la triste muerte de mi ... la señora, en vez de darme plata, me dió

entera ha de sentirse orgullosa al contar con un gobierno fuerte, seguro, enérgico...

—Estamos de acuerdo y demos por sentado que se admite y bendice el gobierno del general Bonaparte, ¿pero qué título adoptará el triunfador?

—Es preciso salvar las apariencias y llevar las transiciones con método y calma. No quiero presentarme con aires de Dictador. Francia nombrará su cuerpo legislativo, y tendremos nuestro tribunal, nuestro Senado, con sus correspondientes asambleas departamentales, y yo no seré sino Cónsul, el primer Cónsul, con otros dos cónsules más con sólo atribuciones consultivas. — Sonreía Bonaparte al añadir. — Todo el mundo conspira en mío. Le convencí de que para salvar a Francia al Directorio mismo y lo hace en favor mío. Le convencéa de que para salvar a Francia se necesitaba una cabeza y una espada, y ya imagina ser él la cabeza directora para dejarme a mí el sable y poder militar y está muy de acuerdo con que demos un golpe de Estado. Fouche y Telleyrand, dos ministros sin garantía alguna, están seguros de continuar con sus ministerios como gobierne yo, y lo serán mientras permanezcan fieles, y prefieren estas esperanzas a continuar a merced de los caprichos del Directorio... Toda la alta administración está de mi parte.

—¿Pero es tan seguro como parece ese general Lefevre?

—Mi querido capitán, se trata de un hombre que ha llegado a ser lo que es a fuerza de actos de valor, es un hijo y creación del pueblo y teme la vuelta de la monarquía, no sin reconocer, como lo reconoce todo el mundo, que la república es imposible. Le prometí hacer de él un mariscal de Francia y ha de serlo, como puedo hacer almirante al corsario Surcouf.

—Nunca, mi general. Soy Surcouf y Surcouf he de continuar siendo. No quiero ni debo ser nada más y me sobra con ello.

—Es un raro caso el vuestro, pero Lefevre se halla en muy distinta situación. Ambiciona ser mariscal y sólo yo puedo darle el bastón tan deseado. Cualquier rey lo enviaría a provincias retirado del servicio, por culpa de la esposa de Lefevre, antigua cocinera, de modales imposibles, y que dice palabrotas y usa terminachos capaces de ruborizar a un cabo de gestadores, y que bastaron para escandalizar a mi hermana. No usa otro lenguaje sino el corriente en el último cuerpo de guardia, y todo París la conoce con el mote de Madame Sans Gene, la mujer sin educación ni miramientos, como ella misma se complace en repetir. Soy el único que puede hacer mariscal a Lefevre, a pesar de estos gravísimos inconvenientes, y como está seguro de ello, ha de sacar a culatazos a los Quinientos tan pronto como se lo indique. No tengo la menor duda respecto a este punto.

—¡General! — exclamó Surcouf, sonriente —¿Qué está pensando, mi querido capitán?

—Reía anticipadamente de lo gracioso que resultaría poner a nuestro padre Lanternier en contacto con esa Madame Sans Gene.

—Pues se trata de cosa muy sencilla. Vayan todos los corsarios y sus amigos a cenar esta noche a los Tres Hermanos Provenzales. Invitaré al general y su consorte y dispondré que se nos reserve un comedor separado del público.

—Entendido. Hasta la vista, mi general. Dentro de unos días espero llamarle Cónsul.

—Cónsul... Bueno... Sí... Pero primer Cónsul...

Cuando se vió Surcouf en la calle, sacudió aquella cabeza de león y murmuró entre dientes:

—¡Primer Cónsul ya! ¡El primero desde el primer día!

Presentía ya el marinero el futuro mandatario, al César, al emperador romano que se daría Francia por su propia voluntad, por abandono de sí misma, para que él la esclavizara y sacrificara a su insaciable ambición.

FIN DE "SURCOUF"

"PUCKY" Magazine

APARECE TODOS LOS VIERNES

Un año de suscripción en toda la República (52 números) $ 9.- m/n.

LO SERIO EN CÓMICO

EL HUELGUISTA

POR JEAN KOLB

(Traducción del francés)

Aún los asuntos y las cuestiones de mayor importancia social pueden resultar cómicas cuando se exagera la nota, como pasa en el caso presente, que lleva al extremo un asunto que a veces se aproxima mucho a esa exageración.

Estamos, si no les parece mal, en la Audiencia

EL PRESIDENTE

(Al secretario del Tribunal). — El pleito siguiente.

EL SECRETARIO

(Llamando). — Pleito Couche contra Couche. Huelguistas contra patrón... Entren los huelguistas.

(Couche entra. Es un obrero aserrador, negligente en su modo de vestir y tiene la facha de un aficionado a la bebida.)

COUCHE

(Entrando). — ¿Los huelguistas?... ¡Presente!

EL PRESIDENTE

Que pasen los otros.

EL SECRETARIO

No hay nadie más.

EL PRESIDENTE

¡Cómo! ¿No hay nadie? **(A Couche.)** ¿Dónde están sus compañeros?

COUCHE

Mis compañeros soy yo.

EL PRESIDENTE

¿Cómo que es usted?... Le pregunto que dónde están los otros huelguistas.

COUCHE

Los otros huelguistas soy yo.

EL PRESIDENTE

No comprendo... En fin, llamad al patrón de este huelguista...

COUCHE

Mi patrón... ¡soy yo!

EL PRESIDENTE

¿Todavía?...

COUCHE

¡Siempre!

EL PRESIDENTE

¡No comprendo una palabra!

COUCHE

¡Pues es clarísimo! Mi historia, señor presidente de la sala 22 de la Audiencia del Sena, será breve: Los obreros aserradores de Pins-sur-Yeule están todos en huelga.

EL PRESIDENTE

¿Todos?

COUCHE

¡Todos!

EL PRESIDENTE

Y ¿dónde están esos "todos"?

COUCHE

Todos están aquí. ¡Soy yo! En Pins-sur-Yeule no hay más obrero aserrador que yo.

EL PRESIDENTE

Explíquese, amigo mío. ¿Por qué ha pues-

to usted pleito contra su patrón? ¿Dónde está su patrón?

COUCHE

¡Aquí!

EL PRESIDENTE

¿Dónde?

COUCHE

¡Soy yo!

EL PRESIDENTE

¿Su patrón es usted?

COUCHE

Eso mismo. Lo que sucede es que en Pins-sur-Yeule no hay más obrero aserrador que yo... y tampoco hay más patrón aserrador que yo.

EL PRESIDENTE

Bueno, ¿y qué?

COUCHE

Figúrese usted que es obrero aserrador en Pins-sur-Yeule y que recibe aviso de sus compañeros de Federación anunciando que la huelga general de los obreros aserradores se ha declarado en Francia. En ese caso, usted dirá: Yo soy un obrero aserrador y debo marchar con mis obreros aserradores. ¿Comprende? Yo no he hecho más que seguir a mis compañeros. Cuando ellos se han sindicado, yo me he sindicado... Cuando ellos se han reunido, yo me he reunido. Cuando ellos han pasado en manifestación por delante de la casa de sus patrones, yo me he paseado por delante de las puertas de mi taller. Cuando han saqueado los talleres, yo he saqueado mi taller. Cuando se ha gritado a coro: "¡Viva la huelga!", yo he gritado a coro: "¡Viva la huelga!"

EL PRESIDENTE

¿Se niego usted a volver al trabajo?

COUCHE

Me niego. (Canta La Internacional)

EL PRESIDENTE

¿Cuándo cederá usted?

COUCHE

Cuando me hayan hecho concesiones.

EL PRESIDENTE

Pues, si es usted el patrón, ¡hágaselas usted!

COUCHE

¡Jamás!

EL PRESIDENTE

¿Y va a estar usted mucho tiempo así?

COUCHE

Dure lo que dure.

EL PRESIDENTE

Pero amigo mío, si es usted su patrón y su obrero, puede usted entenderse con gran facilidad.

COUCHE

Sí, como obrero puedo conseguirme aumentos; pero como patrón me niego en absoluto. No puedo aceptar imposiciones.

EL PRESIDENTE

Entonces, ¿qué va usted a hacer?

COUCHE

¡Muy sencillo! Como patrón voy a tomar un obrero carnero para que me haga el trabajo, y, como obrero, le esperaré a la salida del trabajo ¡y le romperé la cabeza!

JEAN KOLB

Lea en la página 13 la gran novela

Los Verdes Ojos de Bast

En la página 25 de este número termina la notable obra de piraterías y combates:

SURCOUF

DEMASIADO SUSCEPTIBLE

—¡Dios mío! ¡Yerno! ¡Una serpiente de las de anteojos!
—No se apure vieja, golpéele con los impertinentes, hágale caer los anteojos y una vez ciega yo la mataré.

—No cabe duda, es un músico refinado.
—¿Qué entiende usted por músico refinado?
—Uno que toca cosas que a usted no le interesa oír y habla de lo que toca en forma que usted no le logra entender.

* * * *

—¡Niño! — dice el cura a uno de los que van a la doctrina. — ¿Sabes a dónde van los chicos que el domingo en lugar de venir a oír el catecismo se van a pescar?
—No sé, padre, — contesta el chico, — pero me gustaría saberlo porque ¡traen más mojarritas...!

—Ya no me hablas con el mismo afecto de antes, — dice la esposa al esposo. — Me temo que hayas dejado de quererme.
—¿Dejar de quererte? ¡Qué disparate! ¡Te quiero más que a mi vida! Pero ahora cállate, déjame leer el diario.

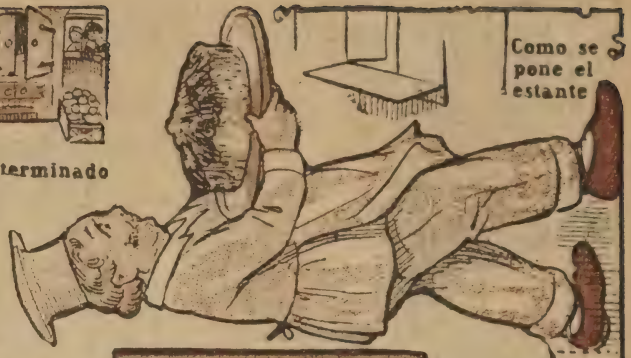
* * * *

—¡Qué gruñón es Pérez!
—¿Por qué lo dices?
—Esta mañana se encontró un papel de diez pesos y está rabiando porque un hombre, a quien él le debe ocho con cincuenta, le vió levantar el billete del suelo.

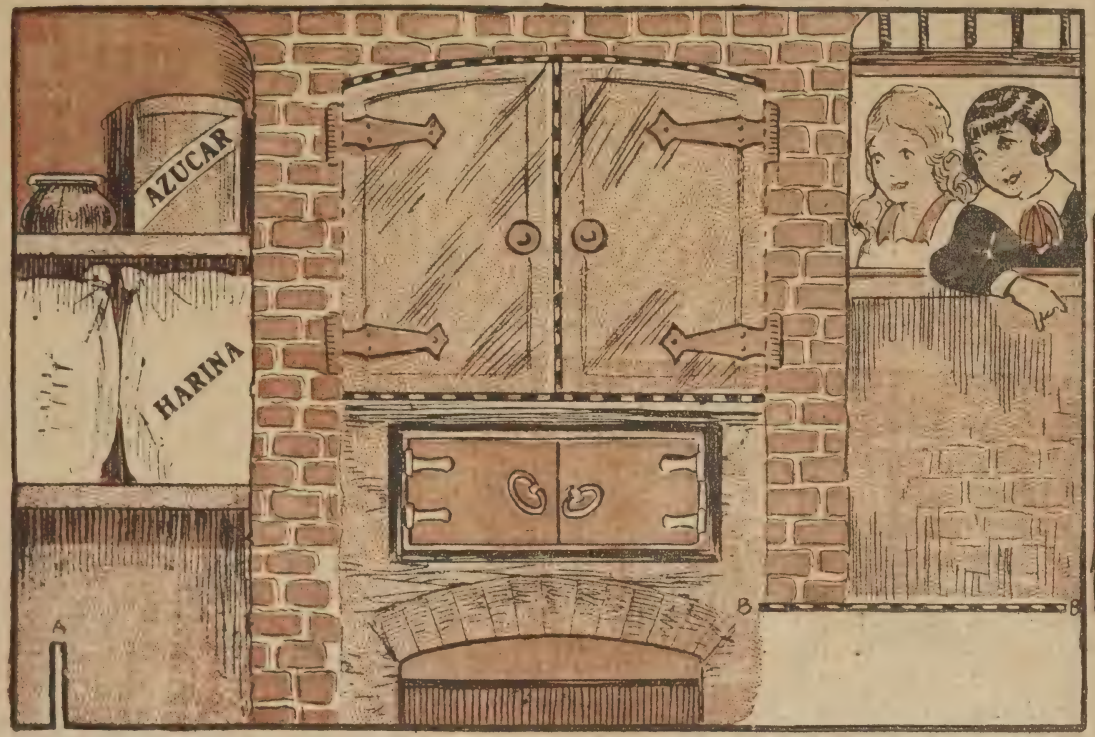
LA COCINA DE LA MUÑECA

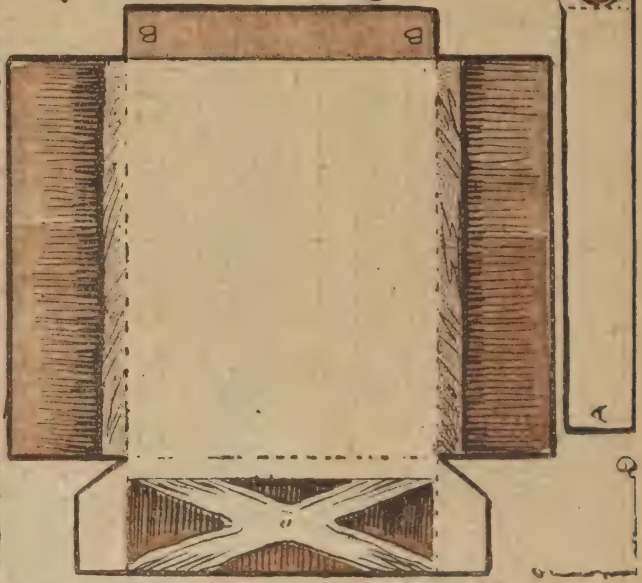
Despues de pegar todo el dibujo y de dejarlo secar bien, se recortan los diversos trozos, se doblan por las líneas de puntos y se arma el modelo segun lo indican los dibujos chicos. Nada más fácil ni más lindo.

Modelo terminado



Como se pone el estante





Este juguete es uno de los más fáciles de armar de cuantos ha publicado "Pucky" hasta el presente. Si el niño o la niña no se atreve a armarlo ¿por qué no le da su hermanito mayor o su papá o su tío el gusto de verlo hecho y terminado?

FANTASIA ELECTORAL

LA CANDIDATURA BEGUIN

POR PIERRE THIBAUT

(Traducción del francés)

La ley de elección por distritos y el voto de las mujeres puede llegar tal vez a producir casos tan graciosos como el que relata el gran humorista francés, llevando algo lejos, sin embargo, sus suposiciones.

EL día 5 de Abril de 1950, al sonar las doce campanadas de la media noche, los parisienses supieron la gran noticia.

En una memorable y pesada sesión, que marcaba el fin de la Legislatura, el Parlamento acababa de acordar la concesión a las mujeres del derecho del voto.

La nueva ley empezaría a regir desde las próximas elecciones, fijadas para el día 24 del mismo mes.

Habiendo aparecido en uno de los diarios que publicaron ediciones extraordinarias esta información verdaderamente sensacional, Adonis Béguin, tenor, se colocó delante del espejo de la vidriera de una casa de comercio y contempló su figura. Ya la conocía él, y la juzgaba agradabilísima; pero esa noche le pareció admirable.

—¡Dentro de tres semanas seré diputado!...

Y una voz lejana le decía con dulcísimo acento, como un canto de su corazón.

—¡Me veo!... ¡Estoy en el recinto legislativo!

Al día siguiente, grandes tiras de papel gris perla, verde amante y azul tierno anunciaban al pueblo la candidatura de

ADONIS BEGUIN
Tenor

A la gente le hizo mucha gracia aquello. Una nube de "affiches" hacían estos comentarios:

"¿Cuál es su programa? El tenor se burla. ¿De dónde sale ese ruiseñor?"

Monsieur Béguin respondía lacónicamente:

"Al freír será el reír. ¿Mi programa?... ¡Por la mujer! ¡Por el amor! ¡Por el arte! Siempre novedades."

Nueva hilaridad de sus adversarios y nueva cruzada de papel multicolor. Querían apelar al buen sentido de los electores; estaban persuadidos de que aquel "histrión" no podía triunfar, que no tenía representación ni autoridad política. Por último, se le invitaba a exponer su programa en una asamblea enmiga.

El candidato Béguin no rechazó la invitación.

En el escenario se instaló, destacándose sobre un fondo rojo puro, para buscar el contraste.

Sucesivamente, los candidatos "serios", desfilaron por el escenario exponiendo sus teorías.

El auditorio, compuesto en su mayoría por mujeres, no manifestó más que una cortés indiferencia: esperaba a Béguin.

Y Béguin, por fin, se levantó y dijo:

—Señoras, caballeros, electores, enemigos políticos: "Carmen". Segundo acto. Romanza de Don José.

Y cantó. Aquello fué una apoteosis. El tenor se ganaba los corazones a cada nota y conquistaba más y más admiradores.

En vano el presidente agitaba la campanilla para calmar el estruendo. Los enemigos rugían exasperados. Más de doscientos pañuelos perfumados habían volado por la sala, para caer rendidamente a los pies del cantante, como un enjambre de flores voladoras llenas de amorosa emoción.

Al acabar su último trino, Adonis anunció, con una flema desconcertante:

—Mi retrato firmado será distribuido gratis a la salida.

En vista de este éxito resonante, sus enemigos redoblaron los insultos y las calumnias: le acusaban de haber traicionado a su nodriza a los tres años, de vivir a costa de una portera sexagenaria y depravada, de ser un hombre escuálido y enfermizo, etc.

Béguin respondía tranquilamente:

—"Mañana, durante la votación, el candidato Adonis Béguin cantará "el sueño de Manon", ante la mesa instalada en la calle Machin".

Fué elgido por una mayoría asombrosa.

PIERRE THIBAUT

LAS NOVELAS COMPLETAS DE "PUCKY"

AVENTURA SIN PAR DE UN TAL HANS PFAAL

POR EDGARD POE

(Traducción del inglés)

De incomparable atractivo es esta producción del gran poeta y novelista estadounidense cuya fama corre por todo el mundo; es, la pesente una de las narraciones que se leen con sumo interés del principio al fin.

EGUN las últimas noticias de Rotterdam, parece que esta ciudad se halla en un singular estado de efervescencia filosófica. A decir verdad, se han producido fenómenos de un género tan inesperado, tan nuevo y tan absolutamente en contradicción con todas las opiniones admitidas, que no dudo que muy pronto se hallará trastornada toda Europa, y la física en fermentación; mientras que la razón y la astronomía se agarran de los cabellos.

Parece que el... del mes de... (no recuerdo a punto fijo la fecha) se había reunido una inmensa multitud, con un objeto que no se especifica, en la gran plaza de la Bolsa de la agradable ciudad de Rotterdam. El día era muy caluroso para la estación; apenas soplaba la brisa, y a la multitud no le desagradaba que de vez en cuando la regase, durante algunos minutos, un chaparrón benéfico, producido por las masas de blancas nubes diseminadas en la celeste bóveda del firmamento.

Sin embargo, hacia mediodía manifestóse en la multitud una ligera aunque notable agitación, seguida del clamoreo de diez mil lenguas; diez mil cabezas se levantaron para fijar la vista en el cielo; otras tantas pipas se retiraron simultáneamente de las bocas, y un grito prolongado, inmenso, atronador, sólo comparado con el mugido del Niágara, resonó a través de toda la ciudad y de los alrededores de Rotterdam.

El origen de aquel tumulto fué muy pronto evidente; vióse desembocar en un espacio de la extensión azulada, caliendo de una de aquellas masas de nubes de contornos vagamente definidos, un ser extraño, heterogéneo, de aspecto sólido, de tan singular configuración y tan fantásticamente organizado, que la multitud de aquellos robustos menestrales, que le miraban desde abajo con la boca abierta, no podían de ningún modo comprender lo que era, ni cansarse de mirarle.

¿Qué podría ser aquello? Por todos los diablos de Rotterdam, ¿qué presagiaría semejante aparición? Nadie lo sabía; a nadie le era posible divisarlo; ni aun el burgomaestre Mynheer Superbus Von Underduk; de modo que los buenos ciudadanos, no teniendo cosa mejor que hacer, volvieron a colocar sus pipas en la boca, y con la vista siempre fija en el fenómeno, lanzaron bocanadas de humo, hicieron una pausa, contoneáronse de derecha a izquierda, murmurando significativamente, guardaron silencio otra vez, y después de gruñir de nuevo, siguieron fumando tranquilamente.

Sin embargo, veíase bajar, acercándose cada vez más a la beata ciudad, el objeto de tan general curiosidad, causa de aquella considerable humareda; de modo que a los pocos minutos el objeto estuvo bastante cerca para que se pudiera distinguir con claridad. Parecía ser, y lo "era" indudablemente, una especie de globo; pero hasta entonces, Rotterdam no había visto otro semejante, pues ¿quién ha oído hablar nunca de un globo fabricado tan sólo con diarios grasientos? Seguramente nadie en Holanda; y sin embargo, allí sobre las narices del pueblo, o más bien a cierta distancia de ellas, veíase el objeto en cuestión, construído, — lo sé de buena autoridad, — con dicho material, en el que nadie había pensado hasta entonces para semejante objeto. Aquello era un escandaloso insulto al buen sentido de los menestrales de Rotterdam.

En cuanto a la forma del fenómeno, era más reprensible aún: afectaba la figura de un gigantesco gorro de loco completamente invertido; y esta semejanza no se desvaneció en modo alguno cuando al mirarle más de cerca la multitud pudo ver una enorme bellota pendiente de la punta y alrededor del borde superior una serie de pequeños instrumentos semejantes a las campanillas de las ovejas, que resonaban continuamente.

Pero he aquí otra cosa más extraordinaria aún: suspendido de unas cintas azules en la extremidad de la fantástica máquina, balanceábase, a manera de barquilla, un inmenso sombrero de castor gris americano, de alas en extremo anchas, de copa hemisférica, con una cinta negra y una hebilla de plata. Cosa

singular: algunos ciudadanos de Rotterdam hubieran jurado que conocían ya aquel sombrero, y a decir verdad, la multitud pareció casi familiarizada con él: mentras que la matrona Gretter Pfaall profirió una exclamación de alegría al verle, declarando que era positivamente el sombrero de su querido esposo.

Ahora bien: esta circunstancia parecía tanto más importante cuanto que Pfaall había desaparecido de Rotterdam con tres compañeros hacia unos cinco años, y hasta el momento en que comienza este relato, todos los esfuerzos para obtener noticias de los ausentes fueron completamente inútiles. Cierto que se habían descubierto últimamente, en un punto retirado de la ciudad, algunas osamentas que se creyeron humanas, mezcladas con restos de extraño aspecto, llegando a suponer algunos que en aquel lugar se había cometido un horrible asesinato, y que Hans Pafaall y sus compañeros fueron probablemente las víctimas.

El globo, pues en efecto lo era, hallábase entonces a cien pies del suelo, y la multitud podía ver claramente al personaje que le ocupaba. Era, por cierto, un ser extraño; sólo medía dos pies de altura, pero su pequeñez no le hubiera librado de perder el equilibrio y caer de su diminuta barquilla, a no haber tenido ésta un reborde circular que llegaba hasta el pecho del singular individuo, estando sujeto por las cuerdas del globo.

El cuerpo del hombrecillo era desproporcionadamente voluminoso y comunicaba al conjunto de su persona un aspecto de redondez extravagante; sus pies, como era natural, no se podían ver; tenía las manos monstruosas; el cabello gris, sujeto por detrás en forma de coleta; la nariz prodigiosamente larga, ganchuda y de color rojizo; los ojos grandes y de penetrante mirada; y la barba y las mejillas, aunque llenas de arrugas, infladas al parecer: lo más singular en aquel conjunto, era que en los dos lados de la cabeza no se veía la menor señal de orejas.

El hombrecillo vestía una especie de paletó, o más bien saco de seda azul celeste, calzón ceñido, sujeto en las rodillas con hebillas de plata, chaleco amarillo, de una tela brillante, una especie de bonete blanco, puesto con gracia de medio lado; y como complemento de este equipo, un pañuelo de seda encarnado alrededor del cuello, con un nudo enrome y las puntas pendientes sobre el pecho.

Al llegar a cien pies del suelo, como ya he dicho, el hombrecillo pareció sobrecogido repentinamente de una agitación nerviosa, y hubiérase dicho que no deseaba acercarse más a la "tierra firme". Arrojó cierta cantidad de arena, tomándola de un saco de lona, que a duras penas levantó, y mantúvose estacionario durante un momento; después sacó del bolsillo de su paletó con cierta precipitación, una cartera de piel, pesóla en la mano con aire receloso, examinóla detenidamente, sorprendido al parecer, abrióla al fin, sacó una enorme carta sellada con lacre encarnado, muy bien sujeta con hilos del mismo color, y dejóla caer a los pies del burgomaestre Superbus Von Underduk.

Su Excelencia se inclinó para recogerla, pero el aeronauta, siempre inquieto, y no teniendo aparentemente nada que hacer en Rotterdam, comenzaba a prepararse ya para subir de nuevo, y como le era preciso descargar una parte de su lastre a fin de elevarse, media docena de sacos, arrojados uno después de otro sin tomarse la molestia de vaciarlos, cayeron sobre la espalda del infeliz burgomaestre e hiciéronle rodar varias veces por tierra a la vista de todo Rotterdam.

No se ha de suponer, sin embargo, que el gran Underduk dejó pasar impunemente aquella impertinencia de parte del hombrecillo; dícese que en cada una de sus caídas arrojó furiosamente seis bocanadas de humo de su querida pipa, la cual sujetaba entretanto con toda su fuerza, como lo hará siempre, si Dios lo permite, hasta el último día de su vida.

Sin embargo, el globo se elevaba como una golondrina, y cerniéndose sobre la ciudad, desapareció tranquilamente detrás de una nube semejante a aquella de que había salido de un modo tan singular, perdiéndose de vista para los buenos ciudadanos de Rotterdam, atónitos ante aquel espectáculo.

Toda la atención se fijó entonces en la carta, cuya transmisión, con los accidentes que la siguieron, habían estado a punto de ser fatales a la persona y a la dignidad de su Excelencia Von Underduk. Este funcionario, sin embargo, no se olvidó, durante sus movimientos giratorios de poner en seguridad el objeto importante, la carta, que según el sobre, había caído en manos legítimas, pues iba dirigida a su Excelencia primeramente, y al profesor Rudabud, en su calidad respectiva de presidente y vicepresidente del colegio astronómico de Rotterdam. En su consecuencia, estos dignatarios la abrieron al punto y hallaron la siguiente comunicación, muy extraordinaria, y a la verdad en extremo grave.

"A sus Excelencias Von Underduk y a Rudabub, presidente y vicepresidente del colegio nacional astronómico de la ciudad de Rotterdam:

Vuestras Excelencias se acordarán sin duda de un humilde artesano, componedor de fuelles, que desapareció de Rotterdam hará unos cinco años, con otros tres individuos y de una manera que debió considerarse inexplicable; yo soy el mismo Hans Pfaall, si V. E. no lo llevan a mal, y el mismo que firma esta comunicación. Es notorio entre la mayor parte de mis conciudadanos que he ocupado por espacio de cuatro años, la casita de ladrillo situada en la callejuela conocida con el nombre de Sauerkraut, donde aun habitaba en el momento de mi desaparición. Mis abuelos residieron siempre allí desde tiempo inmemorial ejerciendo invariablemente, como yo, el muy respetable y muy lucrativo oficio de componedor de fuelles, pues a decir verdad, hasta estos últimos años, en que todos se entregan con pasión a la política, jamás se ejerció más fructuosa industria por un honrado ciudadano de Rotterdam, y nadie fué más digno que yo.

El crédito era excelente, los parroquianos numerosos, y por lo tanto no faltaba dinero ni buena voluntad; pero como ya he dicho,

muy pronto nos resentimos de los efectos de la independencia, de los grandes discursos del radicalismo y de todas las drogas de esa especie.

Aquellos que hasta entonces habían sido los mejores parroquianos del mundo, no tuvieron ya un momento para pensar en nosotros; todo lo necesitaban para aprender la historia de las revoluciones, vigilando en su marcha la inteligencia y la idea del siglo; si necesitaban soplar el fuego, construían un fuelle con algún diario; a medida que el gobierno se debilitaba, adquiría yo la convicción de que el cuero y el hierro eran cada vez más indestructibles; y muy pronto, no hubo en Rotterdam un solo fuelle que necesitase compostura. Semejante estado de cosas era insostenible; muy pronto quedé más pobre que una rata, y como tenía mujer e hijos, mis gastos llegaron a ser insoportables; de modo que empleaba todo mi tiempo en reflexionar sobre la manera más conveniente de poner fin a mis días.

Sin embargo, mis acreedores me dejaban pocos ratos para entregarme a la meditación; sitiaban materialmente mi domicilio desde la mañana a la noche, y tres de ellos, en particular, atormentábanme lo que no es decible. vigilaban de continuo m puerta y me amenazaban a cada momento con la ley.

Juré vengarme cruelmente de aquellos tres individuos, si llegaba a tener la suerte de tomarlos entre mis uñas; y creo que esta dulce esperanza fué la única cosa que me impidió realizar desde luego mi proyecto de suicidio, que era levantarme la tapa de los sesos de un pistoletazo. No obstante, juzgué sería mejor disimular mi rabia, prodigando promesas y buenas palabras, hasta que, por un feliz capricho de la suerte, se me presentara ocasión de vengarme.

Cierto día que conseguía escapar de aquellos tres perros, y hallándome más abatido que nunca, estuve vagando largo tiempo, sin objeto por las calles más obscuras; hasta que al fin, al doblar una esquina, me encontré junto a la tienda de un librero de viejo, vi a mano un sillón, destinado para los parroquianos; dejéme caer en él de muy mal humor, y sin saber por qué, abrí el primer volumen que me cayó a las manos.

Resultó ser un folleto sobre la astronomía especulativa, escrito por el profesor Encke, de Berlín, o por un francés cuyo nombre se asemejaba mucho al suyo; y como yo tenía un ligero conocimiento de esa ciencia, me absorbí de pronto de tal manera en la lectura del folleto, que lo leí dos veces de cabo a rabo sin saber lo que pasaba a mi alrededor.

No obstante, como se acerbaba la noche, tomé el camino de mi casa; pero la lectura de aquel tratado, coincidiendo con un descubrimiento neumático que me había revelado hacía poco un primo de Nantes, como secreto de gran importancia, acababa de producir en mi ánimo una impresión indeleble, y vagando a través de las obscuras calles, repasé minuciosamente en mi memoria los extraños rozamientos del escritor, a veces ininteligibles. Algunos pasajes me habían afectado de una manera extraordinaria, y cuanto más pensaba en ellos, más me interesaba el asunto.

Mi educación, muy limitada, y mi completa ignorancia de los asuntos que son atinentes a la filosofía natural, lejos de hacerme desconfiar de mi aptitud para comprender lo que había leído, o de inducirme a poner en cuarentena las nociones vagas y confusas que surgieron naturalmente de mi lectura, convirtiéronse en aguijón más poderoso para mi espíritu, y fuí lo bastante vano, o tal vez razonable, para preguntarme si las ideas descabelladas que surgen desordenadamente de los espíritus no pueden contener a menudo toda la fuerza, toda la realidad y las demás propiedades inherentes al instinto y la intuición.

Era ya tarde cuando llegué a casa, y al punto me acosté; pero estaba tan preocupado que no pude dormir, y pasé toda la noche sumido en profundas meditaciones. Por la mañana, a primera hora, corrí a la tiendecilla del librero y gasté el poco dinero que quedaba para comprar algunos volúmenes de mecánica y de astronomía práctica. Los llevé a mi casa como un tesoro, y comencé a leerlos con detención, aprovechando cuantas horas me quedaabn libres. Así pude adelantar lo bastante en mis nuevos estudios para poner en ejecución cierto proyecto, inspirado por el diablo o por algún genio protector.

Durante aquel tiempo hice los esfuerzos posibles para contentar a los tres acreedores que tanto me martirizaban, y por último lo conseguí, vendiendo una buena parte de mi mobiliario para satisfacer hasta cierto punto sus reclamaciones, y ofreciendo saldar la diferencia apenas realizase un plan que había concedido, para el cual reclamaba sus servicios. Gracias a estos medios, pues mis acreedores eran muy ignorantes, no me costó mucho inducirlos a secundar mis miras.

Arregladas así las cosas, con el auxilio de mi esposa, y adoptando las mayores precauciones para guardar el secreto, dispuse de lo poco que me quedaba, y pedí a préstamo una cierta cantidad, sin cuidarme, con vergüenza lo confieso, de los medios de reembolsar la suma.

Gracias a este aumento de recursos, pude comprar varias piezas de batista muy buena, de doce varas cada una, cordel, barnices, un cesto de mimbre, y otros artículos necesarios para construir un globo de extraordinarias dimensiones. Encargué a mi mujer que lo confeccionara lo más pronto posible, y le di todas las instrucciones necesarias para proceder convenientemente en su trabajo.

Al mismo tiempo construí con bramante una red de suficientes dimensiones, a la cual adapté un arco y varias cuerdas, y compré numerosos instrumentos y las materias necesarias para practicar experiencias en las más altas regiones de la atmósfera. Cierta noche transporté prudentemente a un sitio retirado de Rotterdam cinco barricas con aros de hierro, de cincuenta cuartillos de cabida cada una, otra más grande, seis tubos de hoja de lata de seis pulgadas de diámetro por cuatro pies e longitud, de una regular cantidad de "cierta substancia metálica" que no quiero nombrar y media docena de frascos llenos de un ácido muy común. El gas que debía resultar de esta combina-

ción no se ha fabricado hasta ahora sino por mí, o por lo menos no se aplicó nunca a semejante fin; sólo puedo decir aquí que es una de las "partes constituyentes del ázoe", que tanto tiempo se ha considerado como irreductible, creyéndose que su densidad es menor que la del hidrógeno en unas treinta y siete veces o poco más; carece de sabor, pero no de olor; arde cuando está puro, produciendo una llama verdosa, y ataca instantáneamente la vida animal. No tengo inconveniente en revelar todo el secreto; si bien pertenece de derecho, según he indicado ya, a una ciudadano de Nantes, en Francia, quien me lo comunicó incondicionalmente.

El mismo individuo tuvo a fn de confiarme, sin conocer en modo alguno mis intenciones, un procedimiento para fabricar los globos con cierto tejido animal, que hace casi imposible el escape de gas; pero esto me pareció demasiado costoso, y por otra parte era muy posible que la batista revestida de caucho produjese el mismo efecto. Sólo cito esta circunstancia porque creo probable que el individuo de que se trata intente uno de estos días alguna ascensión con el nuevo gas y la materia de que hablo, y porque no quiero robarle la gloria de un invento muy original.

En el espacio que debía ocupar cada una de las barricas practiqué secretamente un agujero, de modo que todos formaron un círculo de veinticinco pies de diámetro, en cuyo centro, que era el sitio destinado al barril más grande, abrí un hoyo profundo.

En cada uno de los cinco agujeros deposité una caja de hoja de lata que contenía cincuenta libras de pólvora de cañón, y en el hoyo un barril que encerraba ciento cincuenta. Entre este barril y las cinco cajas formé dos regueros de pólvora, y después de introducir en una la extremidad de una mecha de cuatro pies, llené el hoyo y le coloqué el barril encima, dejando que sobresaliera un poco de éste la otra punta de aquélla, aunque casi imperceptiblemente.

Además de los artículos enumerados transporté a mi depósito general y oculté allí uno de los aparatos perfeccionados de Grimm para la condensación del aire atmosférico, aunque reconocí que esta máquina necesitaba singulares modificaciones para llenar el objeto a que yo la destinaba. Sin embargo, gracias a un continuo trabajo y a una incesante perseverancia, obtuve excelentes resultados en todos mis preparativos, y el globo quedó terminado muy pronto.

Podía contener más de cuarenta mil pies cúbicos de gas, y elevarse fácilmente con todos mis aparatos, y ciento setenta y cinco libras de lastre, según calculé, si gobernaba bien. Habíale aplicado tres capas de barniz, y observé que la batista haría muy bien las veces de seda; era tan sólida como esta última y costaba mucho más barata.

Cuando estuvo todo dispuesto, exigí a mi mujer que me guardara el secreto de todos mis actos desde el día en que visité la tiendecilla del librero, y prometía por mi parte volver tan pronto como las circunstancias me lo permitiesen; dile el poco dinero que me quedaba y nos despedimos. A decir verdad, no me inquietaba por ella, pues era una mujer de las que llaman vividoras, y podía arreglar sus asuntos sin mi auxilio.

Hasta creo, hablando con franqueza, que siempre me había tenido por un gandul, por un simple complemento de peso, una especie de hombre bueno para hacer castillos en el aire, y nada más, por lo cual no le disgustaría verse libre de mí. Era ya muy entrada la noche cuando nos despedimos, y ayudado por los tres acredores que tanto me habían perseguido, trasladé el globo, con su barquilla y demás accesorios, por una senda retirada hasta el sitio donde guardaba todos los demás objetos: los encontré intactos, y di principio a mi tarea.

Era el primero de abril y la noche estaba tan obscura, como ya he dicho, que no se veía ni una sola estrella; una espesa niebla nos molestaba mucho, pero lo que más me inquietaba era el globo, que, a pesar del barniz que le protegía, comenzaba a cargarse de humedad, sin contar que la pólvora podía averiarse también.

Hice trabajar mucho a mis tres acreedores, ocupándolos en amontonor hielo alrededor de la barrica central y agitar el ácido en las otras; pero a cada momento me importunaban con sus preguntas para saber qué proyectaba con todo aquel aparato, manifestando su descontento por la ruda tarea que se les impodía. Dijéronme que no les era posible comprender lo que podría resultar de bueno haciéndoles mojarse la piel sólo para ser cómplices de tan abominable hechicería.

Ya comenzaba a inquietarme un poco y hacía los mayores esfuerzos para adelantar el trabajo, pues pensé que aquellos tontos habrían creído que yo tendría algún pacto con el diablo, y que todas mis operaciones no era nada tranquilizadoras. Temiendo que me dejasen plantado esforcéme para calmarlos, prometiendo pagarles cuanto se les debía tan pronto como hubiese llevado a buen fin el trabajo que me ocupaba. Naturalmente, interpretaron mis palabras como quisieron, imaginándose sin duda que trataba de obtener una inmensa cantidad de dinero contante; la cuestión para ellos era que les satisficiese mi deuda, y con tal que lo hiciese así, dándoles además una gratificación por los servicios, seguro estoy que poco les importaba que mi alma y mi cuerpo se perdiesen.

Al cabo de cuatro horas y media el globo me pareció bastante lleno, colgué la barquilla y puse en ella todo mi equipo, un telescopio, un barómetro, un electrómetro, el compás, la brújula, el reloj, la campana, la bocina, etc., etc., así como un globo de cristal, cerrado herméticamente después de hacer el vacío, el condensador, cal viva, una barra de lacre y abundante provisión de agua y víveres, tales como el "pemmican", que contiene mucha materia nutritiva relativamente a su escaso volumen. También puse en mi barquilla un par de palomas y una gata.

Iba a rayar el día, y pensé que era la mejor hora para emprender mi ascensión. Dejé caer un cigarro en el suelo como por casualidad, y al bajarme para recogerle, prendí fuego disimuladamente a la mecha, cuya extremidad, como ya he dicho, sobresalía un

poco al borde inferior de uno de los pequeños toneles.

Practiqué esta maniobra sin ser visto de ninguno de mis tres verdugos; salté a la barquilla, corté al punto la única cuerda que me retenía en tierra, y eché de ver con la mayor satisfacción que subía con inconcebible rapidez; el globo llevaba sin dificultad sus ciento setenta y cinco libras de lastre de plomo, y habría podido soportar doble cantidad. Cuando abandoné la tierra, el barómetro marcaba centígrado 19o.

Sin embargo, apenas me hallé a la altura de cincuenta varas, llegó a mis oídos un estruendo espantoso, y vi elevarse tan pesada tromba de fuego, de grava, de madera y de metal inflamado, con miembros humanos, que mi corazón desfalleció y arrojéme en el fondo de mi barquilla estremecido de horror.

Entonces comprendí que había cargado la mina espantosamente, y que debía sufrir las principales consecuencias de la sacudida. En efecto, en menos de un segundo sentí toda mi sangre afluir hacia las sienes, y de improviso produjose a través de las tinieblas una agitación que no olvidaré jamás, pues parecía que el firmamento se desgarraba.

Más tarde, cuando tuve tiempo de reflexionar, no dejé de atribuir la extremada violencia de la explosión, relativamente a mí, a su verdadera causa, es decir, a mi posición directamente sobre la mina y en la línea de su acción más poderosa; pero en aquel momento sólo pensé en salvar mi vida. El globo bajó primero, después se dilató violentamente, luego comenzó a girar con una rapidez vertiginosa, y por último, vacilante y rodando como un hombre ebrio, hízome saltar de la barquilla y me dejó enganchado, a espantosa altura, de cabeza abajo, en la extremidad de una cuerda muy delgada, de tres pies de longitud, que por casualidad se cruzaba en el fondo de la barquilla; en esta cuerda se enredó mi pie izquierdo provindencialmente en medio de la caída. Es de todo punto imposible formarse una idea exacta de mi horrible situación: abrí convulsivamente la boca para respirar; un estremecimiento semejante a un acceso de fiebre sacudió todos los nervios y los músculos de mi ser: parecióme que los ojos saltaban de sus órbitas; sobrecogiéronme unas náuseas horribles, y por último perdí el conocimiento.

No podría decir cuánto tiempo estuve en aquella posición; pero transcurrieron algunas horas, pues cuando recobré en parte el uso de mis sentidos observé que amanecía; el globo se hallaba a prodigiosa altura sobre la inmensidad del Océano, y en los límites de aquel vasto horizonte, en todo el espacio que mi vista alcanzaba, no veía señales de tierra.

Sin embargo, mis sensaciones al recobrar el sentido no eran tan dolorosas como podía esperarlo; pero, a decir verdad, había mucho de locura en la contemplación plácida con que examiné al principio mi situación. Apliqué las manos a los ojos una después de otra, y preguntéme con asombro qué accidente podría haber dilatado mis venas, ennegreciendo tan horriblemente mis uñas; después palpé la cabeza, movíla varias veces, y al fin me aseguré que no era, como lo pensara un instante con espanto, más voluminosa que mi globo. Después, al tocar los bolsillos de mi pantalón, eché de ver que había perdido el libro de memorias y el mondadientes, lo cual me produjo honda pena. Entonces sentí un vivo dolor en el tobillo del pie izquierdo, y comencé a darme cuenta de mi situación.

Pero ¡cosa extraña! no experimenté asombro ni horror, sino una especie de satisfacción al pensar en la destreza que debería desplegar para librarme de aquella extraña alternativa, y no dudé un momento de mi salvación. Por espacio de algunos minutos entreguéme a profundas reflexiones, y recuerdo muy bien que a menudo oprimí los labios, apliqué mi índice a un lado de la nariz, e hice los ademanes propios de las personas que, cómodamente sentadas en un sillón, meditan sobre asuntos intrincados o importates.

Cuando hube coordinado lo bastante mis ideas, acerqué con precaución mis manos a la espalda y desprendí la hebilla de hierro de la pretina del pantalón; tenía tres púas un poco enmohecidas y giraban difícilmente; pero con mucha paciencia las coloqué en ángulo recto con el cuerpo de la hebilla y vi con la mayor satisfacción que se mantenían firmes. Sujetando entre los dientes esta especie de instrumento, comencé a desatar el nudo de mi corbata; mas, antes de llevar a cabo esta maniobra, hube de reposar algunas veces. En una de las puntas de la corbata sujeté la hebilla, y para mayor seguridad até la otra alrededor de mi muñeca. Después, elevando el cuerpo, por un prodigioso esfuerzo muscular, conseguí lanzar la hebilla sobre la barquilla y engancharla en el reborde circular.

Mi cuerpo formaba entonces con la pared de aquella un ángulo de cuarenta y cinco grados; pero no se ha de enteder que yo estuviese a cuerenta y cinco grados bajo la perpendicular; muy lejos de ello, hallábame siempre en un plano casi paralelo al nivel del horizonte y mi posición era, por lo tanto, de las más peligrosas.

Si se supone que al principio, cuando fui lanzado de la barquilla, hubiese caído de cara al globlo, en vez de dar la vuelta por el lado opuesto, o, en segundo lugar, que la cuerda a que me enganché hubiera estado pendiente por casualidad del reborde superior, en vez de pasar por una abertura del fondo, se comprenderá muy bien que en estas dos hipótesis me hubiera sido imposible efectuar semejante milagro, perdiéndose así para la posteridad mis presentes relaciones.

Tenía, pues, muchos motivos para bendecir mi suerte; pero hallábame tan aturdido, que no podía hacer nada, y permanecí colgado durante un cuarto de hora, sin atreverme a intentar ningún esfuerzo y en un estado semejante al idiotismo. Sin embargo, esta disposición de mi ser fué substituída muy pronto por un sentimento de horror, de espanto y de desesperación. La sangre, tan largo tiempo acumulada en los vasos de la cabeza, y el cuello, y que hasta entonces

PINTURA QUE ENGORDA

—Me parece que en el retrato mi esposa está más gorda que en el original.
—Puede ser que la haya engordado el aceite... ¡Como pinto con aceite de hígado de bacalao!...

El misionero sonrió benevolamente a los salvajes que le rodeaban.

—Yo les curaré a todos de su canibalismo, — se dijo lleno de esperanzas. — Hasta ahora me han tratado tan bien que espero que pronto oirán respetuosamente mi palabra.

Después de haber sido presentado al rey se retiró a la cabaña que le habían destinado especialmente y a la que, poco después fué a buscarle uno de los salvajes.

—El rey me ha mandado que lo prepare para comer, — dijo el hombre.

—¡Ah! — sonrió el misionero. — Con mucho gusto. ¿Es usted el secretario de su majestad?

—No, — contestó el nativo. — Soy el cocinero.

había producido un saludable delirio, comenzaba ahora a refluir y recobrar su nivel; y entonces comprendí el peligro, lo cual no me sirvió más que para perder la sangre fría y el valor necesarios.

Afortunadamente para mí, esta debilidad no duró largo tiempo; la enrgía de la desesperación me infundió ánimos; profiriendo gritos y haciendo frenéticos esfuerzos me lancé convulsivamente por una sacudida general, y, al fin, tomándome al borde tan deseado a fuerza de puños, contraje mi cuerpo y fuí a caer de cabeza en el fondo de la barquilla casi sin aliento.

Transcuurrió un buen rato antes de que me serenase lo suficiente para ocuparme de mi globo; y al examinarle con atención tuve el gusto de reconocer que no había sufrido percance alguno. Todos mis instrumentos estaban intactos y por fortuna no había perdido tampoco mi lastre ni provisiones. Miré mi reloj que marcaba las ceis; seguí subiendo rápidamente, y el barómetro marcó entonces la altura de tres millas y tres cuartos.

Debajo de mí veíase en el Océano un pequeño objeto negro, de forma ligeramente prolongada, poco más o menos de la dimensión de una ficha de dominó, y que no parecía otra cosa. Apunté mi telescopio y vi claramente que era un buque inglés de noventa y cuatro cañones, que avanzaba pesadamente, siguiendo la dirección del Oeste Sudoeste; fuera de este buque, sólo se divisaba agua y cielo.

Ya es hora de explicar a Vuestras Excelencias el objeto de mi viaje. Recordaréis que mi deplorable situación en Rotterdam me había impulsado a proyectar el suicidio, no porque estuviese cansado de la vida, sino porque era intolerable la miseria en que me hallaba. En esta disposición de ánimo, deseando vivir aún, aunque la existencia me aburría, el folleto que leía en la tienda del librero y la oportuna revelación de mi primo de Nantes, despertaron en mí el deseo de apelar a un nuevo recurso y tomé un partido decisivo. Resolví marchar, pero vivir; abandonar el mundo, sin renunciar á la existencia; y, en una palabra, suprimiendo los enigmas, determiné abrirme paso "hasta la luna", sin cuidarme de todo lo demás.

Y ahora, para que no se me crea más loco de lo que soy, voy a exponer detalladamente, lo mejor que me sea posible, las consideraciones que me indujeron a una empresa de este género, aunque difícil y llena de peligros, no estaba del todo fuera de los límites de lo posible para un espíritu audaz.

La primera cosa que se debía tener en cuenta era distancia positiva de la luna a la tierra. Esta distancia media o aproximativa, entre los centros de ambos planetas, es cincuenta y nueve veces, más una fracción, el radio ecuatorial de la tierra, o sean unas 237.000 millas. Digo la distancia media o aproximativa porque es fácil comprender que la forma de la órbita lunar, siendo una elipse de una excentricidad que no baja de 0, 05484 de su semi-eje mayor, y ocupando el centro de la tierra el foco de esa elipse, si conseguía de un modo u otro encontrar la luna en su perigeo, la distancia indicada dsminuiría sensiblemente.

No obstante, dejando a un lado esta hipótesis, era positivo que en todo caso debía deducir de las 23.000 millas el radio de la tierra, o sea 4.000, el de la luna, que son 1.080, o un total de 5.080; de modo que sólo debería franquear una distancia de 231.920 millas. Pensé que este espacio no era verdaderamente extraordinario; pues repetidas veces se han hecho en tierra viajes de una celeridad de 60 millas por hora, y verdaderamente hay motivos para creer que se alcanzará mayor rapidez; pero aun contentándome con la de que que hablo, no se necesitaría más de ciento sesenta y un días para llegar a la superficie de la luna.

Sin embargo, numerosas circunstancias me indujeron a creer que la velocidad aproximativa de mi viaje excedería en mucho a la de sesenta millas por hora; y como estas consideraciones produjeron en mí una impresión profunda, las explicaré más ampliamente por lo que sigue.

El segundo punto que se debía examinar tenía distinta importancia. Según las indicaciones del barómetro, sabido es que cuando nos elevamos sobre la superficie de la tierra a una altura de 1.000 pies, se deja debajo una trigésima parte, poco más o menos, de la masa atmosférica; que a 10.600 pies llegamos a una tercera parte, con corta diferencia; y que a 18.000, que es casi la elevación del Cotopaxi, se pasa de la mitad de la masa flúida, o, en todo caso, la mitad de la parte ponderable del aire que rodea nuestro globo.

Se ha calculado también que a una altura que no excede de la centésima parte del diámetro terrestre, es decir, 80 millas, la rarefacción aumenta de tal modo, que la vida animal no es posible, y además, que los medios que tenemos a nuestro alcance para reconocer la presencia de la atmósfera, llegaban a ser del todo insuficientes.

Sin embargo, no dejé de observar que estos últimos cálculos se basaban únicamente en nuestro conocimiento experimental de las propiedades del aire y de las leyes mecánicas que rigen su dilatación y compresión, en lo que se puede llamar, comparativamente hablando, la proximidad inmediata de la tierra. Al mismo tiempo, considérase como cosa positiva que a cualquiera distancia dada de su superficie, pero inaccesible, la vida animal no sufre ni debe sufrir esencialmente modificación alguna. Ahora bien, todo razonamiento de este género y según semejantes datos, ha de ser por necesidad puramente analógico. La mayor altura a que el hombre ha llegado es de 25.000 pies, y al decir esto refieróme a la expedición aeronáutica de Gay-Lussac y Biot: es una elevación bastante regular aunque se compare con las 80 millas en cuestión, y yo no podía menos de pensar que el asunto daba lugar a la duda y mucha latitud a las conjeturas.

En fin, suponiendo una ascensión efectuada a cualquiera altura, la cantidad de aire ponderable atravesada en todo período ulterior del viaje, no está de manera alguna en proporción con la altura adicional adquiri-

da, y es evidente que, levándonos todo lo posible, no podemos, en rigor, llegar a un límite más allá del cual la atmósfera deja de existir en absoluto. Deduje, en conclusión, que "debe existir", aunque "pueda ser" en un estado de rarefacción infinita.

Por otra parte, yo sabía que no faltaban argumentos para demostrar que hay un límite verdadero y determinado de la atmósfera, más allá del cual falta por completo el aire respirable; pero se ha emitido una circunstancia por los que sostienen la existencia de este límite, que parecía no una refutación perentoria de la doctrina expuesta, sino un punto digno de la más seria investigación.

Comparemos los intervalos entre las vueltas sucesivas del cometa de Encke en su perihelio, teniendo en cuenta todas las perturbaciones debidas a la atracción planetaria, y veremos que los períodos disminuyen gradualmente, es decir, que el eje de la elipse del cometa se corta siempre, en proporción lenta, pero muy regular.

Ahora bien, esto es precisamente lo que debe suceder, si suponemos que el cometa halla una resistencia por haber penetrado en las regiones de su órbita "un medio etéreo excesivamente raro", porque es evidente que este medio, retardando la velocidad de aquel, debe aumentar su fuerza centrípeta y debilitar la centrífuga. En otros términos, la atracción del sol llegaría a ser cada vez más poderosa, y el cometa se aproximaría más en cada revolución. Verdaderamente no hay otro medio para explicarse el cambio de que se trata.

He aquí otro hecho: obsérvase que el diámetro verdadero de la parte nebulosa de ese mismo cometa se contrae rápidamente a medida que se acerca al sol, dilatándose muy pronto cuando continúa su marcha hacia su afelio. ¿No tenía yo alguna razón para suponer, con Mr. Valz, que esa aparente condensación de volumen tenía su origen en la compresión del medio citado, y cuya densidad está en proporción de la proximidad del sol?

El fenómeno que afecta la forma lenticular, y que llaman luz zodiacal, era también un punto digno de atención: esta luz, tan visible en los trópicos, y que no es posible tomar por una luz meteórica cualquiera, elevase oblicuamente desde el horizonte y sigue por lo regular la línea del ecuador del sol: a mí me pareció dimanada evidentemente de una atmósfera especial que se extendía desde el astro hasta más allá de la órbita de Venus, y en mi opinión a mucha mayor distancia.

No podía suponer que aquel medio estuviese limitado por la línea del trayecto del cometa, o se hallara confinado en la inmediación próxima al sol; era sencillo imaginar, por el contrario, que invadía todas las regiones de nuestro sistema planetario, condensado en redor de los planetas en lo que llamamos atmósfera, y modificado tal vez en algunas por circunstancias puramente geológicas, es decir, modificado o variado en sus proporciones o en su naturaleza esencial por las materias volatilizadas que emanan de sus globos respectivos.

Tomada la cuestión desde este punto de vista, no podía ya vacilar apenas: suponiendo que a mi paso hallara una atmósfera "esencialmente" análoga a la que rodea la superficie de la tierra, pensé que por medio del muy ingenioso aparato de M. Grimm podría condensarla fácilmente en suficiente cantidad para las necesidades de la respiración.

Esto era lo que oponía el principal obstáculo a un viaje a la luna; yo había empleado algún dinero y mucho trabajo para adaptar el aparato al objeto que me proponía y confiaba del todo en su aplicación, con tal que pudiese llevar a cabo el viaje en muy corto tiempo. Esto me conduce a la cuestión de la velocidad posible.

Todo el mundo sabe que los globos se elevan en el primer período de su ascensión con una rapidez comparativamente moderada. Ahora bien, la fuerza de ascensión consiste tan sólo en la gravedad del aire ambiente respecto al gas del globo; y a primera vista no parece nada improbable ni inverosímil que a medida que éste vaya llegando sucesivamente a las capas atmosféricas de menor densidad, pueda aumentar su rapidez y velocidad primeras. Por otra parte, no recordaba que en ningún informe sobre un experimento anterior, se hubiese mostrado jamás una disminución aparente de la celeridad absoluta de la ascensión, aunque tal pudo suceder a causa del escape de gas por un globo mal confeccionado, muchas vees falto de barniz, o defectuoso por cualquier otro estilo.

Parecíame, pues, que sólo el efcto de esta pérdida podría equilibrar la rapidez adquirida por el globo a medida que se alejase del centro de gravitación, consideré también que, si en mi travesía hallaba el "medio" que yo había imaginado y era de la misma esencia de lo que llamamos aire atmosférico, importaba relativamente poco que le encontrase en tal o cual grado de rarefacción, es decir, respecto a mi fuerza ascensional, pues no sólo el gas del globo estaría sometido a la misma rarefacción (en cuyo caso bastábame soltar una cantidad proporcional de gas suficiente para evitar una explosión), sino que por la naturaleza de sus partes integrantes, debía en todo caso ser siempre específicamente más ligero que un compuesto cualquiera de ázoe puro y de oxígeno. Había, pues, una probabilidad, y hasta muy grande, "para que en ningún período de mi ascensión pudiese llegar a un punto donde las diversas gravedades reunidas de mi inmenso globo, el gas inconcebiblemente raro, que encerraba, de la barquilla y de su contenido, igualasen a la gravedad de la masa de atmósfera ambiente desalojada"; y se concibe sin dificultad que ésta era la única condición que pudiera detener mi fuga ascensional.

Si llegaba alguna vez a ese punto imaginario, quedábame el recurso de servirme de mi lastre y de otros pesos, que representaban un total de 300 libras poco más o menos. Al mismo tiempo, la fuerza centrí-

peta debía de crecer siempre en razón del cuadrado de las distancias, y por lo tanto, llevando una celeridad prodigiosamente acelerada, llegaría sin duda al fin, a esas lejanas regiones donde la fuerza de atracción de la luna se substituía por la de la tierra.

Había otra dificultad que no dejaba de inquietarme. Se ha observado que en las ascensiones a considerable altura, además de la dificultad para respirar, experiméntase en la cabeza y en todo el cuerpo un malestar indecible, acompañado a menudo de hemorragia nasal y otros síntomas alarmantes, malestar que se hace cada vez más insoportable a medida que el globo se eleva (1).

Esta era una consideración bastante temible. ¿No podía suceder muy bien que esos síntomas aumentasen hasta determinar la muerte misma? Después de madura reflexión, deduje que no.

Era preciso buscar el origen en la desaparición progresiva de la presión atmosférica a que está acostumbrada la superficie de nuestro cuerpo, y en la distensión inevitable de los vasos sanguíneos superficiales, — no en una desorganización positiva del sistema animal, como en el caso de la dificultad para respirar, por ser la densidad atmosférica químicamente insuficiente para la renovación regular de la sangre en un ventrículo del corazón. Excepto en el caso de faltar esta renovación, no veía motivo para que la vida no se conservase, aún en el vacío, pues la expansión y compresión del pecho, que se llama comúnmente respiración es un acto puramente muscular; es la causa y no el efecto de aquélla. En una palabra, yo concebía que si el cuerpo se acostumbra a la falta de presión atmosférica, estas sensaciones dolorosas debían disminuir gradualmente; y para soportarlas mientras durasen, tenía gran confianza en mi constitución de hierro.

He expuesto algunas de las consideraciones, no todas, seguramente, que me indujeron a formar el proyecto de un viaje a la luna. Ahora, con permiso de Vuestras Excelencias, voy a manifestar el resultado de una tentativa cuya concepción parece tan audaz, y que en todo caso no tiene igual en los anales de la humanidad.

Habiendo llegado a la altura que ya he dicho, es decir, a tres millas tres cuartos, arrojé algunas plumas al aire y reconocí que subía con suficiente rapidez; de modo que no era necesario gastar lastre, de lo cual me alegré mucho pues deseaba guardar tanto como fuera posible, por la sencilla razón de que no tenía ningún dato positivo sobre la fuerza de atracción y la densidad atmosférica de la luna.

Hasta entonces no me aquejaba ningún malestar físico, respiraba libremente y no tenía dolor de cabeza. La gata estaba echada muy tranquila sobre mi ropa de la cual me habían despojado, y miraba las palomas con aire indiferente; yo había atado las patas de estas últimas para impedirlas volar, y en aquel momento picaban afanosas algunos granos de arroz diseminados en el fondo de la barquilla.

A las seis y veinte minutos, el barómetro marcó una elevación de 26.400 pies, o sean cinco millas, con diferencia de una fracción. La perspectiva parecía no tener límites; pero nada es más fácil que calcular, con el auxilio de la trigonometría esférica, la extensión de superficie terrestre que abarcaba con la vista en aquel instante.

La proporción de 5 a 8 millas expresaría esfera es a toda la superficie de esta esfera como el grueso de segmento del diámetro de la misma. En mi caso, el espesar debajo de mí era poco más o menos igual á mi elevación, o a la altura del punto de vista sobre la superficie.

La proporción de 5 a 8 milas expresaría, pues, la extensión de la superficie que yo abrazaba, es decir, que veía la décimasexta parte de la superficie total del globo.

El mar aparecía liso como un espejo, aunque con ayuda del telescopio pude observar que se hallaba en un estado de violenta agitación; el buque no era visible, sin duda, por haber derivado hacia el este. Desde aquel momento comencé a sentir a intervalos un fuerte dolor de cabeza aunque seguía respirando con libertad; la gata y las palomas no experimentaban, al parecer, molestia alguna.

A las siete menos veinte, el globo penetró en la región de una grande y espesa nube que me entorpeció mucho; mi aparato condensador se deterioró, y quedé calado hasta los huesos. Semejante encuentro no dejaba de ser muy singular, pues yo no podía suponer que una nube de tal naturaleza pudiera sostenerse a tan considerable altura. Pensé remediar el mal arrojando dos pedazos de lastre de cinco libras cada uno, quedándome aún ciento sesenta y cinco libras; y gracias a esta operación atravesé muy pronto el obstáculo, observando al punto que mi rapidez había aumentado prodigiosamente.

A los pocos segundos de haber salido de la nube, un relámpago deslumbrador la cruzó de una extremidad a otra, incendiándola completamente, de tal modo que le comunicó el aspecto de una masa de carbón en ignición; recuérdece que esto sucedió en pleno día.

No se podría expresar con palabras la sublimidad de semejante fenómeno, cuando se produce en las tinieblas de la noche, fenómeno solamente comparable con el infierno; y tal como le ví, aquel espectáculo me erizó los cabellos. Sin embargo, paseaba a lo lejos mi mirada en la inmensidad, explorando mentalmente las singulares y vastas bóvedas, los abismos rojizos y siniestros de un fuego espantoso e insondable.

De buena había escapado; si el globo hubiese permanecido un minuto más en la nube, es decir, si la molestia que me aquejó no me hubiese aconsejado arrojar el lastre,

(1) Desde que Hans Pfaal publicó su primer trabajo, he sabido que M. Green, el célebre aeronauta del globo "Nassau", y otros experimentadores combaten los asertos de M. de Humboldt, hablando, por el contrario, de un malestar siempre "decreciente", lo cual conviene con la teoría presentada aquí. — E. P.

el resultado habría sido muy probablemente mi muerte. Semejantes peligros, por más que se fije poco la atención en ellos, son los mayores que se pueden presentar cuando se va en globo. Entre tanto, había alcanzado una altura bastante considerable para no tener y a la menor inquietud por este concepto.

Desde aquel momento me elevé muy rápidamente, y a las siete el barómetro marcaba una altura al menos de nueve millas y media. Entonces comencé a experimentar mucha dificultad para respirar; la cabeza me dolía mucho; y como sintiera hacía tiempo cierta humedad en las mejillas, reconocí al fin ue era sangreque saltaba continuamente de mis oídos.

Los ojos me inquietaban también mucho; al pasar la mano por encima, parecióme que estaban fuera de las órbitas, y todos los objetos contenidos en la barquilla y el globo tenían a mi vista un aspecto monstruoso y falseado. Estos síntomas excedían a lo que yo esperaba, e inquietábame bastante. En aquella coyuntura arrojé imprudentemente fuera de la barquilla tres pedazo más de lastre de a cinco libras, y entonces la velocidad acelerada de mi ascensión condújome rápidamente sin bastante gradación, a una capa de atmósfera en extremo rarificada, lo cual estuvo a punto de producir un resultdo fatal, para mi expedición y para mi persona. Sobrecogióme de pronto un espasmo que duró más de cinco minutos, y cuando cesó en parte, sólo pude respirar a grandes intervalos, de una manera convulsiva, desangrándome copiosamente durante todo este tiempo por nariz y oídos, y hasta ligeramente por los ojos. Las palomas parecían presa de excesiva angustia, y agitábanse para escapar, mientras que la gata mayaba lastimosamente, tambaleándose en la barquilla como bajo la influencia de un veneno.

Entonces reconocí, demasiado tarde, la grave imprudencia que había cometido al arrojar el lastre, y mi turbación fué indecible. Sólo esperaba morir, y esto en pocos minutos, porque mi padecimiento físico contribuía también a impedirme que hiciera el menor esfuerzo para salvar la vida.

Apenas me quedaba facultad para reflexionar, y el fuerte dolor de cabeza aumentaba por momentos; entonces comprendí que iba a perder muy pronto los sentidos completamente, y había empuñado ya una de las cuerdas de la válvula, cuando el recuerdo de la jugarreta que había hecho a mis tres acreedores, y el temor de las consecuencias que esto tendría a mi regreso, atemorizáronme por el pronto y me contuvieron; me eché en el fondo de la barquilla, esforzándome para coordinar mis ideas, y cuando lo hube conseguido un poco, resolví apelar al recurso de una sangría.

Como no tenía lanceta, érame imposible practicar bien la operación, pero la llevé a cabo abriéndome una vena en el brazo izquierdo con la hoja de mi cortaplumas. Apenas comenzó a salir la sangre, experimenté mucho alivio, y cuando hube perdido una regular cantidad los síntomas más peligrosos desaparecieron casi completamente. Sin embargo, no juzgaba oportuno ponerme en pie, y después de vendarme el brazo lo mejor que pude, permanecí inmóvil durante un cuarto de hora. Pasado ese tiempo me levanté y sin sentir ya el malestar que me aquejaba.

Sin embargo, la dificultad para respirar había disminuido muy poco, pensé que muy pronto sería urgente hacer uso del condensador. La gata se había vuelto a echar cómodamente sobre mi ropa, y con gran sorpresa observé que durante mi indisposición había dado a luz cinco gatitos. Seguramente no esperaba este aumento de pasajeros, pero el incidente me agradó, pues proporcionábame la oportunidad de comprobar un hecho que más que ningún otro me había inducido a intentar el viaje.

Yo había imaginado que la "costumbre" de la presión atmosférica en la tierra era en gran parte causa de los dolores que atacaban la vida animal à cierta distancia de esa superficie. Si los gatitos experimentaban malestar "en el mismo grado que su madre", debía considerar como falsa mi teoría; pero en el caso contrario, como una excelente confirmación de mi idea.

A las ocho hallábame a una elevación de diez y siete millas, y de consiguiente me pareció indudable que mi velocidad ascensional no sólo aumentaba sino que hubiera sido algo sensible hasta en el caso de no haber arrojado lastre, como lo había hecho. Los dolores de cabeza y de oídos repetíanse a intervalos con fuerza, y de vez en cuando producíase la hemorragia de la nariz; pero en suma padecía mucho menos de lo que yo esperaba.

No obstante, de minuto en minuto érame difícil respirar, y cada inhalación iba seguida de un movimienta espasmódico del pecho, en extremo fatigoso. Por lo mismo preparé al punto el aparato condensador para que funcionara inmediatamente.

El aspecto de la tierra en aquel período de mi ascensión era verdaderamente magnífico; al oeste, al norte y al sur, en todo el espacio que mi vista alcanzaba, extendíase una superficie ilimitada de mar, al parecer inmóvil, que de vez en cuando tomaba un tinte azul más profundo; y a una inmensa distancia hacia el este, prolongábanse con mucha claridad las costas occidentales de Francia y España, y una pequeña porción de la parte norte del Continente Africano. Era imposible distinguir la menor señal de edificios; las más orgullosas ciudades de la humanidad habían desaparecido completamente de la faz de la tierra.

Lo que me sorprendía sobre todo en el aspecto de las cosas que estaban debajo de mí era la concavidad aparente de la superficie del globo; fuí bastante necio para esperar que su verdadera convexidad se manifestase más claramente a medida que me elevaba; pero a los pocos segundos de reflexionar sobre el hecho, pude explicarme esta contradicción. Una línea dirigida perpendicularmente sobre la tierra desde el punto en que me hallaba habría formado la perpendicular de un triángulo rectángulo,

cuya base se habría extendido desde el ángulo recto en el horizonte y la hipotenusa de este en el punto ocupado por mi globo; pero la altura a que me hallaba no era nada, o casi nada comparativmente con la extensión que mi vista abarcaba; en otros términos, la base y la hipotenusa del triángulo supuesto eran tan largas, en comparación con la perpendicular, que podían considerarse como dos líneas casi paralelas: de este modo, el horizonte del aeronauta se le aparece siempre al nivel de su barquilla.

Sin embargo, como el punto situado desde luego debajo de él se halla aparentemente, y lo está en efecto, a inmensa distancia, es natural que le parezca también sumamente alejado debajo del horizonte. De aquí la impresión de concavidad, impresión que durará hasta que la altura se halle relativamente a la extensión de la perspectiva en una proporción tal que desaparezca el paralelismo aparente de la base y de la hipotenusa.

Sin embargo, como las palomas parecían sufrir horriblemente, resalví ponerlas en libertad; desaté una de elas, magnífico macho de color gris, y lo coloqué en el borde de la barquilla; mas al punto eché de ver que estaba muy inquieto; miraba ansiosamente en su alrededor, batía las alas y arrullaba con fuerza, aunque sin atreverse a marchar. Al fin le tomé y arrojéle a unas seis varas de distancia; pero muy lejos de bajar, como yo esperaba, hizo grandes esfuerzos para poder volver al globo, produciendo sonidos muy agudos y penetrantes. Al fin consiguió ocupar su primera posición en el borde de la barquilla; mas apenas se hubo posado, inclinó la cabeza sobre el pecho y cayó muerto en el fondo de aquélla.

La otra paloma no tuvo tan mala suerte: par evitar que hiciese como su compañera y volviera al globo precipitéla con toda mi fuerza, y tuve el gusto de observar que seguía bajando con gran rapidez, haciendo uso de sus alas muy fácilmente con la mayor naturalidad.

Al poco tiempo se perdió de vista, y no dudo que llegase a buen puerto. En cuanto a la gata, que parecía bastante repuestá de su crisis, devoraba en aquel momento con evidente satisfacción el ave muerta, y acabó por dormirse, muy contenta al parecer. Los gatitos, bien vivos, no manifestaban el más ligero síntoma de malestar.

A las ocho y cuarto, no pudiendo ya respirar más tiempo sin sufrir intolerables dolores, ocupéme en adaptar alrededor de la barquilal el aparato unido con el condensador. Este aparato exige alguns explicaciones, y Vuestras Excelencias recordarán sin duda que mi objeto era ante todo encerrarme completamente en mi barquilla, preservándome de la atmósfera en extremo rarificada, en medio de la cual vivía; y por último, introducir con mi condensador una cantidad de esa misma atmósfera preparada para la respiración.

Con este objeto arreglé un saco muy grande de cautchuc en extremo flexible, muy sólido y completamente impermeable; toda la barquilla estaba en cierto modo colocada en este saco, cuyas dimensiones eran propias para el objeto; es decir, que pasaba por debajo del fondo de la barquilla, extendíase sobre sus bordes y subía por fuera a lo largo de las cuerdas hasta donde estaba sujeta la red.

Desplegado así el saco, y cerrado herméticamente por todos lados, era preciso sujetar ahora la abertura, haciendo pasar el tejido de cautchuc sobre el aro, o, en otros términos, entre éste y la red; pero si desprendía la una del otro para efectuar la operación, ¿cómo sostendría la barquilla? Ahora bien, la red no estaba ajustada al aro sólidamente, y sí sólo por una serie de nudos corredizos; no deshice más que un corto número de estos a la vez, y dejé la barquilla suspendida por los otros. Después de hacer pasar cuanto pudo de la parte superior del saco, rehice los nudos, mas no en el aro, pues la interposición de la cubierta de cautchuc hacía esto imposible, sin una serie de grandes botones fijos en aquella, a unos tres pies bajo la abertura del saco: los intervalos de los nudos y de los botones se correspondían. Hecho esto, desprendí del aro algunos más de aquellos, introduje una nueva parte de la cubierta, y deshechos los nudos, los fijé a su vez en los botones respectivos. Por este procedimiento pude pasar toda la parte superior del saco entre la pared y el aro.

Es evidente que el aro debía caer desde entonces en la barquilla, no estando sostenido el peso de ésta y de cuanto contenía sino por la fuerza de los botones. A primera vista, este medio no ofrecía tal vez la suficiente seguridad; pero no había razón alguna para desconfiar, pues no solamente los botones eran en sí sólidos, sino que estaban tan unidos, que cada uno de ellos no soportaba en realidad más que una ligera parte del peso total. Aunque la barquilla hubiera pesado tres veces más, no habría tenido la menor inquietud por este concepto.

Elevé el aro a lo largo de la cubierta de cautchuc, y la fijé en tres ligeras pértigas preparadas al efecto; con esto me proponía conservar en la parte superior del saco la suficiente tirantez, y mantener la inferior de la red en la posición apetecida.

Ya no me faltaba más que anudar la abertura del saco, lo cual hice fácilmente, reuniendo los pliegues de cautchuc y oprimiéndolos fuertemente con una especie de torniquete fijo.

En los lados de la cubierta desplegada alrededor de la barquilla había adaptado tres cristales redondos, muy gruesos, pero sumamente claros, a través de los cuales podía ver a mi alrededor, sin dificultad en dirección horizontal; y en la parte del saco que formaba el fondo había una cuarta ventana análoga correspondiente a una pequeña abertura, que practicada en el suelo de la misma barquilla, permitíame mirar perpendicularmente debajo de mí. No me había sido posible aplicar el invento a la parte superior, sobre mi cabeza, a causa de verme obligado a cerrar la abertura de una manera especial, y por efecto de los numerosos repliegues que resultaban, siéndome preciso

renunciar, por lo tanto, a ver los objetos situados en mi cenit. Esto importaba poco, pues aunque hubiera podido tener una ventana sobre mí, el globo me habría impedido ver.

A la distancia de un pie, bajo una de las ventanas laterales, había una abertura circular de tres pulgadas de diámetro, con un reborde de cobre, modelado interiormente para adaptarse a la espiral de un tornillo; el ancho tubo del condensador estaba apuntando sobre este reborde, hallándose el cuerpo del aparato, naturalmente, en la cámasa de atmósfera ambiente rarificada, que cuerpo de la máquina, atraíase al tubo una mas de atmósfera ambiente rarificada, que salía condensada y mezclada con el aire sutil contenido ya en la cámara.

Esta operación, repetida varias veces, llenaba al fin aquélla de una atmósfera conveniente para respirar; pero en un espacio tan reducido como aquel, debía viciarse muy pronto por necesidad, haciéndose impropio para la vida por su repetido contacto con los pulmones.

Entonces rechazábale una pequeña válvula puesta en el fondo de la barquilla, precipitándose muy pronto el aire denso en la atmósfera rarificada. Para evitar en un momento dado el inconveniente de un vacío total en la cámara, esta purificación no se debía practicar en una vez, sino gradualmente, teniendo la válvula abierta sólo algunos segundos, y cerrándola después, hasta que uno o dos golpes de la bomba del condensador hubiesen dado con que llenar la atmósfera expulsada. Por amor a los experimentos, había puesto la gata y su progenie en un cestillo, suspendiendo éste, fuera de la barquilla, de un botón que había cerca del fondo, próximo a la válvula, a través de la cual podría introducirles el alimento en caso necesario.

Practiqué esta maniobra antes de cerrar la abertura de la cámara, y no sin alguna dificultad, pues para llegar a la parte inferior de la barquilla hube de servirme de una de las pértigas, provista de un gancho.

Apenas el aire condensado penetró en la cámara, el aro y aquéllas fueron inútiles: la expansión de la atmóstera obtenida distendió poderosamente el cautchuc.

Cuando hube concluído todo este arreglo, y la cámara estuvo llena de aire condensado, eran ya las nueve menos diez minutos. Durante todo el tiempo empleado en estas operaciones había sufrido horriblemente por la dificultad de respirar, y deploré el descuido, o más bien la terrible imprudencia de que me había hecho culpable al aplazar para última hora un asunto de tanta importancia.

Pero, al fin, cuando hube terminado, comencé a recoger y, muy pronto los beneficios de mi invento. Respiré de nuevo con la más completa facilidad; y ciertamente no había razón para que no fuese así.

Complacióme por demás verme alíviado en los vivos dolores que hasta entonces me aquejaran; lo único que me molestaba era un ligero dolor de cabeza con cierta sensación de plenitud en las muñecas, en los tobillos y en la garganta.

Era evidente que una gran parte del malestar ocasionado por haber desaparecido la presión atmosférica se desvanecía del todo, y casi todos los dolores que me acosaban durante las últimas dos horas debían atribuirse tan sólo a los efectos de una respiración insuficiente.

A las nueve menos cuatro, es decir, un poco antes de haber cerrado la abertura de mi cámara, el mercurio, después de alcanzar su límite extremo, había vuelto a caer en la cubeta del barómetro, que, como ya he dicho, era muy grande.

Señalaba entonces una altura de 132.000 pies, o sean veinticinco millas, y de consiguiente, en aquel momento abarcaba con la mirada por lo menos la 320a. parte de la superficie total de la tierra. A las nueve había perdido esta última de vista otra vez por el Este, pero no sin observar antes que el globo derivaba rápidamente hacia el Noroeste. El Océano conservaba siempre su aspecto de concavidad, más con frecuencia impedíanme verle las masas de nubes flotantes.

A las nueve y media repetí el experimento de las plumas, arrojando un puñado a través de la válvula: no revoloteaban, como yo esperaba, sino que cayeron perpendicularmente como una bala, y con tal velocidad, que las perdí de vista a los pocos segundos.

A pronto no supe qué pensar de aquel fenómeno extraordinario, pues no podía creer que mi velocidad ascensional hubiese aumentado tan repentina y prodigiosamente; pero reflexioné muy pronto que la atmósfera estaba entonces demasiado rarificada para sostener ni aún las plumas, que éstas caían realmente como a mí me pareció, con excesiva rapidez, y que me habían sorprendido simplemente las velocidades de su caída y mi ascensión.

A las diez ya no tenía nada que hacer, pues nada exigía mi atención inmediata; todo iba muy bien y estaba persuadido de que el globo ascendía con una velocidad siempre mayor, aunque no tenía medio alguno para apreciar la rapidez. No sentía dolor ni molestia de ningguna especie, y hasta disfrutaba de un bienestar que no había disfrutado desde mi salida de Rotterdam. Ocupábame unas veces de inspeccionar mis instrumentos, y otras en renovar la atmófera de la cámara; en cuanto a esto último, resolví practicar la operación cada cuarenta minutos, más bien para preservar completamente mi salud que por una necesidad absoluta. Sin embargo, no podía menos de hacer conjeturas, dejándome llevar de ciertas ilusiones: mi pensamiento se elevaba a las extrañas y quiméricas regiones de la luna; mi imaginación, libre ya de toda traba, vagaba a su antojo ante las maravillas multiformes de un planeta tenebroso y cambiante. Unas veces creía ver bosques de venerables encinas, precipicios pedregosos, sonoras cascadas y abismos sin fondo; otras, llegaba de repente a tranquilas soledades inundadas de un sol de mediodía, donde no podía penetrar nunca viento alguno del cielo, y donde se extendían, hasta perderse de vista, vastas praderas cubiertas de amapolas y grandes flores semejantes a lirios, to-

das silenciosas e inmóviles durante una eternidad. Después de viajar largo tiempo penetraba en un país que no era otra cosa sino un lago tenebroso, con frontera de nubes; pero estas imágines no eran las únicas que fluctuaban en mi cerebro. Algunas veces creía ver negros horrores, verdaderamente espantosos, que agitaban las últimas profundidades de mi alma por la simple hipótesis de su posibilidad.

Sin embargo no podía permitir a mi pensamiento fijarse con insistencia en estas últimas contemplaciones, pues pensaba juiciosamente que los peligros verdaderos y palpables de mi viaje eran harto suficientes para absorber toda mi atención.

A las cinco de la tarde, cuando me ocupaba en renovar la atmósfera de la cámara, aproveché esta ocasión para observar la gata y sus hijuelos a través de la válvula. Parecía sufrir mucho otra vez y no dudé que se debía atribuir particularmente su malestar a la respiración; pero mi prueba, respecto a los gatitos, había tenido un resultado de los más singulares.

Como era natural, esperaba que manifestarían una sensación de dolor, aunque no tanto como la madre, y esto hubiera sido suficiente para confirmar mis suposiciones respecto a la costumbre de la presión atmosférica; mas no esperaba hallarlos, después de un escrupuloso examen disfrutando de perfecta salud, sin la menor señal de malestar. Sólo podría explicarme esto desarrollando más mi tema, y suponiendo que la atmósfera ambiente, en alto grado rarificada, podría no ser insuficiente, desde el punto de vista químico, para las funciones vitales, como creí al principio, y que a una persona nacida en semejante región le sería dado, tal vez, no sentir la menor molestia para respirar; mientras que al volver a las capas más densas, inmediatas a la tierra, sufriría sin duda dolores análogos a los que yo acababa de padecer.

Fué para mí motivo de profundo sentimiento el accidente desgraciado que me privó de mi pequeña familia de gatos y del medio de profundizar la cuestión por un experimento continuado. Al pasar la mano por la válvula con una taza llena de agua para la madre, la manga de mi camisa se enganchó en la hebilla que sostenía el cesto, el cual se desprendió del botón.

Aunque se hubiese evaporado en el aire no se hubiera perdido de vista de una manera más instantánea; seguramente no transcurrió la décima parte de un segundo entre el momento de soltarse y su desaparición completa con todo cuanto contenía. Hubiera deseado que llegasen a tierra felizmente; mas no era posible que la gata y sus hijuelos sobrevivieran para referir su odisea.

A las seis de la tarde observé que una gran parte de la superficie visible de la tierra estaba sumida en una espesa sombra y avanzaba de contínuo con singular rapidez; a las siete menos cinco, dicha superficie quedó envuelta en la superficie de la noche.

Sin embargo, hasta algunos instantes después los rayos del sol poniente no dejaron de iluminar el globo; y esta circunstancia, que yo esperaba ya, no dejó de causarme un inmenso placer. Era evidente que por la mañana contemplaría el cuerpo luminoso a su salida, algunas horas antes que los ciudadanos de Rotterdam, aunque estuviesen situados mucho más cerca que yo en el Este; y que de día en día, a medida que me hallase a más altura en la atmósfera disfrutaría de la luz solar durante un período cada vez más largo.

Resolví entonces redactar un diario de mi viaje, contando los días de veinticuatro horas consecutivas, sin tener en cuenta los intérvalos de tinieblas.

A las diez me acometió el sueño y me hechè para pasar el resto de la noche; pero de pronto hallé una difisultad que, si bien hubiera debido saltarme a la vista, pasó inadvertida para mí hasta el último momento. Si me dormía, según era mi intención, no podría renovar el aire de la cámara durante aquel intérvalo; respirar aquella atmósfera más de una hora era cosa de todo punto imposible, y si este tiempo se prolongaba un cuarto de hora más, podían resultar las más deplorables consecuencias. Tan cruel alternativa me inquietó mucho; y apenas se creerá que después de estar expuesto a tantos peligros me pareciese la cosa tan grave que desesperase de llevar a cabo mi designio, resignándose por último a bajar.

Pero esta vacilación sólo fué momentánea: reflexioné que el hombre es el más completo esclavo de la costumbre, y que mil casos de la rutina de su existencia se consideran de importancia esencial, no siendo tales sino por que ha hecho rutina de las necesidades. Era positivo que no podía dormir; pero sería fácil adquirir la costumbre de despertarme sin el menos inconveniente de hora en hora durante todo el tiempo consagrado a mi reposo.

Bastábanme cinco minutos cuando más para renovar la atmósfera; y la única dificultad verdadera reducíase a inventar un procedimiento para despertarme en el momento necesario. Sin embargo, era este un problema cuya solución, lo confieso, me apuraba bastante.

Había oído hablar del estudiante que, para no dormirse sobre sus libros, tenía en la mano una bola de cobre que, resonando al caer en una vasija del mismo metal puesta en el suelo junto a su silla, servía para despertarle si le sobrecogía el sueño.

Sin embargo, mi caso era muy distinto del suyo y no daba lugar a semejante idea, pues yo no debía estar despierto, y sí sólo a intérvalos regulares. En fin, imaginé un medio que, aun cuando parezca muy sencillo, consideréle como un invento comparable con el telescopio, de las máquinas de vapor y hasta de la imprenta.

Se ha de observar por lo pronto, que el globo, a pesar de la altura que había llegado, seguía subiendo en línea recta con toda regularidad y que la barquilla no experimentaba la menor oscilación. Esta circunstancia me favorecío mucho para llevar a cabo mi proyecto: la provisión de agua se hallaba en barriles sólidamente sujetos en el interior de la barquilla; desprendí uno de

ellos, y cogiendo dos cuerdas, las até con fuerza en el reborde de aquelle, de modo que la cruzasen paralelamente, a la distancia de un pié una de otra; así formaban una especie de tableta, sobre la cual coloqué el barril, sujetándole en posición horizontal.

A unos ocho pies sobre las cuerdas y a cuatro del fondo de la barquilla, fijé una tabla delgada, la única que tenía, y sobre ella, y debajo de uno de los bordes del barril, puse una pequeña vasija de barro.

Después proctiqué un agujero en el fondo de aquel, de modo que correspondiese con la vasija, y adapte un pedazo de madera cortado en forma de tapón, introduciéndole y retirándole de manera que el agua cayera por el agujero sólo en una cantidad suficiente para llenar el receptáculo hasta el borde en el intérvalo de sesenta minutos.

En cuanto a esto último, me fué fácil asegurarme pronto: bastóme observar hasta dónde se llenaba la vasija en un tiempo dado. Dispuesto así el mecanismo, lo demás se adivina facilmente.

Mi lecho estaba en el fondo de la barquilla de modo que mi cabeza, cuando me echaba, hallábase debajo de la vasija, siendo evidente que al cabo de una hora, una vez llena aquella, el agua debía desbordarse y caer desde una altura de más de cutro pies sobre mi rostro, lo que me despertaría sin duda, al punto, aunque durmiera profundomente. Eran lo menos lasonce cuando terminé mi operación y al punto me acosté, confiado en la eficacia de mi invento. No se defraudaron mis esperanzas: de sesenta en sesenta minutos despertábame con toda exactitud mi fiel cronómetro; vaciaba entonces el agua de la vasija por el agujero del barril, dejaba funcionar el condensador y volvía a mi camá.

3 de abril. — Observé que mi globo había llegado a una inmensa altura, y que la convexidad de la tierra se manifestaba en fín de una manera notable. Debajo de mí, el Océano, divisábanse numerosos puntos negros, que sin duda eran islas; sobre mi cabeza, el cielo tenía un color negro de azabache y las estrellas visibles brillaban mucho, bien es verdad que siempre me habían parecido iguales desde el primer día de mi ascensión. Muy lejos, hacia el norte, divisabe en el confín del horizonte una línea de deslumbrante blancura y supuse al punto que aquello sería el límite sur del mar de los hielos polares.

Mi curiosidad se despertó en alto grado, porque esperaba avanzar mucho más en aquella dirección, y tal vez hallarme en un momento dado directamente sobre el mismo polo. Entonces deploré que la enorme altura a que me hallara me impidiera practicar un examen tan seguro como yo quería; pero de todos modos, aun podía hacer algunas buenas observaciones.

No me ocurrió nada extraordinario durante aquel día; mi aparato funcionaba siempre con toda regularidad y el globo subía sin ninguna vacilación aparente; pero el frío era intenso y debía abrigarme todo lo posible con mi paletó.

Cuando las tinieblas se extendieron sobre la tierra me acosté, aunque todavía me iluminó durante algunas horas la luz del día. Mi reloj hidráulico funcionaba muy bien y dormí con toda tranquilidad hasta la mañana siguiente, salvo las interrupciones periódicas.

4 de abril. — Me he levantado con buena salud y contento; causándome no poca admiración el extraño cambio sobrevenido en el aspecto del mar: ya no presentaba en su mayor parte el tinte azul intenso observado por mí hasta entonces; tenía un color blanco agrisado y un brillo que deslumbraba los ojos.

La convexidad del Océano era tan evidente, que toda la masa de sus aguas lejanas parecía precipitarse con violenta rapidez en el abismo del horizonte, e instintivamente prestó atento oído, esperando percibir los ecos de la poderosa catarata.

Las islas no estaban ya visibles, bien porque hubiesen quedado detrás del horizonte hacia el Sudoeste, o ya porque mi mayor elevación las hubiera puesta fuera del alcance de mi vista: no me era posible determinarlo, pero me inclinaba en favor de esta última opinión.

La faja de hielo, al Norte, era cada vez más aparente; el frío había perdido mucho de su intensidad; no me ocurrió nada nuevo, y pasé el día leyendo, pues no olvidó los libros al emprender mi excursión.

5 de abril. — He contemplado el singular fenómeno del sol levante, cuando toda la superficie visible de la tierra estaba sumergida aún en las tinieblas; pero la luz comenzó a difundirse sobre todas las cosas y volví a ver la línea de los hielos por el Norte; entonces era mny distinta y parecía de un tono más oscuro que las aguas del Océano. Evidentemente me llevaba con la mayor rapidez. Imaginé que divisaba todavía una faja de tierra hacia el Este, y otra en la dirección Oeste; pero no me fué posible asegurarme. Temperatura moderada; no ha ocurrido nada importante este día y me acuesto temprano.

6 de abril. — Me ha sorprendido mucho hallar la faja de hielo a una distancia moderada, llamándome la atención un inmenso campo de hilo que se extendía hacia el Norte. Era evidente que el globo conservaba su misma posición; de modo es que debía llegar muy pronto a la altura del Océano boreal, y por lo tanto, tenía grandes esperanzas de ver el polo. Durante todo el día continué acercándome a los hielos.

A la caída de la noche, los límites de mi horizonte se agrandaron de improviso y muy sensiblemente, lo cual se debía sin la menor duda a la forma de nuestro planeta, que es la de un esferoide aplanado. Al fin, cuando las tinieblas me invadieron, me acosté con mucha ansiedad, temiendo pasar sobre un punto tan curioso sin poder observarle bien.

7 de abril. — Me levanté temprano, y con mucha alegría contemplé lo que vacilaba en considerar como el mismo polo Norte. Allí estaba, sin duda alguna, directamente bajo mis pies; pero, ¡ay! entonces me hallaba a tan inmensa elevación, que no podía distinguir nada con claridad.

A juzgar por la progresión de las cifras que indicaban mis diversas alturas en diferentes momentos, desde el 2 de abril a las 6 de la mañana hasta las 9 menos veinte minutos de la misma (instante en que el mercurio había vuelto a caer en la cubeta del barómetro había seguramente alcanzado en aquel momento, — 7 de abril a las 4 de la madrugada, — una altura de 7.254 millas, por lo menos, sobre el nivel del mar.

Esta elevación puede parecer enorme; pero el cálculo en que se basaba dábame sin duda un resultado muy inferior a la realidad. De todos modos era evidente que tenía a la vista la totalidad del mayor diámetro terrestre; todo el hemisferio Norte se extendía debajo de mí como un inmenso mapa en relieve, y el gran círculo mismo del ecuador formaba la línea fronteriza de mi horizonte. Vuestras excelencias, sin embargo, comprenderán fácilmente que las regiones sin explorar aún, y confinadas en los límites del círculo ártico, aunque se hallaban directamente debajo de mí, estaban demasiado lejos del punto de observación para que pudiese practicar un minucioso examen. Sin embargo, lo que yo veía era de una naturaleza singular e interesante. Al Norte de la misma faja citada, que se podría definir, salvo una ligera restricción, como límite de la exploración humana en esas regiones, seguía extendiéndose sin interrupción, o por lo menos muy pequeña, una sábana de hielo.

Desde su principio, la superficie de aquel mar helado se deprime marcadamente; más lejos parece plano; y por último llega a ser singularmente cóncavo, terminándose en el polo mismo por una cavidad central circular, cuyos bordes se marcan bien, y cuyo diámetro aparente indicaba entonces, respecto a mi globo, un ángulo de 65 segundos, poco más o menos. En cuanto al color, era oscuro de diversa intensidad, siempre más sombrío que ningún punto del hemisferio visible, y llegando a veces al negro: más allá era difícil distinguir cosa alguna.

A las siete de la tarde, el globo pasaba hacia la orilla Oeste de los hielos, deslizándose rápidamente en dirección al ecuador.

8 de abril. — He observado una visible diminución en el diámetro aparente de la tierra, y un cambio positivo en su color y aspecto general. Toda la superficie visible presentaba entonces en diversos grados, un tinte amarillo pálido, y en ciertas partes tenía un brillo casi doloroso para los ojos. La densidad de la atmósfera me molestaba mucho para ver bien; y entre las masas de nubes apenas me era posible distinguir el planeta de vez en cuando. En las últimas cuarenta y ocho horas aquel obstáculo me impidió la observación; y como la altura a que me hallaba era excesiva, confundíame con aquellas masas flotantes de vapor, y el inconveniente aumentaba a medida que ascendía.

No obstante, pude reconocer sin dificultad que el globo se cernía entonces sobre el grupo de los grandes lagos de la América del Norte, corriéndose directamente hacia el Sud, lo cual debía conducirme muy pronto en dirección a los trópicos.

Esta circunstancia fué para mí altamente satisfactoria, y consideréla como un feliz presagio de mi triunfo. A decir verdad, la dirección que había tomado hasta entonces me inquietó, pues era evidente que si la hubiera seguido largo tiempo, no me habría sido posible llegar a la luna, cuya órbita no está inclinada sobre la eclíptica sino en un pequeño ángulo de 5°8'48".

Por extraño que parezca esto, hasta aquel período tardío no comencé a comprender la gran falta que había cometido al no partir de algún punto terrestre situado en el plano de la elipse lunar.

9 de Abril. — El diámetro de la tierra ha disminuído hoy mucho, y la superficie adquiere por momentos un tinte amarillo más pronunciado. El globo se ha deslizado siempre en línea recta hacia el Sud, llegando a las 9 de la noche sobre la costa Norte del golfo de Méjico.

10 de abril. — Un ruido sordo, un crujido terrible que no me podía explicar en manera alguna, me despertó de improviso a las cinco de la mañana; fué breve, pero mientras duró, no se parecía a ninguno de los ruidos que jamás oyera. Inútil es decir que esto me alarmó mucho, pues al pronto creí que globo se desgarraba; pero al examinar todo el aparejo atentamente, no encontré el menor desperfecto.

He pasado la mayor parte del día haciendo conjeturas sobre tan extraordinario accidente, pero sin hallar una explicación satisfactoria. Me acosté muy descontento, poseído de la mayor ansiedad.

11 de abril. — He observado una diminución sensible en el diámetro aparente de la tierra, y un acrecentamiento considerable, por primera vez, en el de la luna. Entonces fué un penoso trabajo para mí condensar en la cámara el suficiente aire atmosférico para la conservación de la vida.

12 de abril. — Se ha verificado un cambio singular en la dirección del globo, y aunque ya lo esperaba, he experimentado el mayor placer. En su dirección primera había llegadoa lvigésimo paralelo de latitud sud, y ha girado bruscamente hacia el este, en ángulo agudo, siguiendo esta ruta todo el día, y manteniéndose poco más o menos en el plano exacto de la elipse lunar. Lo más digno de notarse era que este cambio ocasionaba una oscilación muy sensible en la barquilla, oscilación que duró algunas horas en mayor o menor grado.

13 de abril. — Me ha ocasionado otra vez mucha inquietud la repetición de aquel crujido que me atemorizó el 10, sin que aun pueda explicarme la causa de una manera satisfactoria.

Observo notable decrecimiento en el diámetro aparente de la tierra; que subtiene respecto al globo un ángulo de 25 grados; y en cuanto a la luna érame imposible verla, porque estaba casi en mi cenit. Avanzaba siempre en el plano de la eclipse, pero progresando poco hacia el Oeste.

14 de Abril. — Disminución excesivamente rápida en el diámetro de la tierra. Hoy me ha impresionado mucho la idea de que el globo avanzaba por la línea de los áspi

des, remontando hacia el perigeo, o en otros términos, que seguía directamente el camino que debía conducirme a la tierra. La luna estaba sobre mi cabeza, y de consiguiente invisible para mí. Siempre me ocupa el enojoso e indispensable trabajo de condensar la atmófera.

15 de Abril. — Ni siquiera podía distinguir claramente en el planeta los contornos de los continentes y de los mares. Hacia el mediodía me inquietó por tercera vez ese ruido espantoso que tanto me asombrara antes; pero duró más, y fué de mayor intensidad.

Poseído de terror, esperaba temblando alguna terrible destrucción, cuando la barquilla osciló con violencia suma, y junto al globo ví pasar una masa gigantesca, inflamada y rugiendo como el fragor de mil truenos, sin dejarme tiempo a ver lo que era. Cuando me recobré de mi admiración y espanto, supuse naturalmente que aquello debía ser algún enorme fragmento volcánico desprendido de aquel mundo a que me acercaba con tanta rapidez, y sin duda un pedazo de esas singulares substancias recogidas a veces en la tierra, y que se llaman aerolitos, a falta de un nombre más preciso.

16 de Abril. — Al mirar hoy hacia arriba en cuanto me era posible, por cada una de las dos ventanas laterales, ví, con mucha satisfacción, una parte muy pequeña del disco lunar que avanzaba, por decirlo así, más allá de la vasta circunferencia de mi globo. Mi agitación fué muy extremada, pues apenas me cabía duda ya que iba a llegar muy pronto al fin de mi peligroso viaje.

Al decir verdad, el trabajo que exigía entonces el condensador se acrecentó hasta el punto de ser intolerable, sin dejarme apenas punto de reposo. Ya no debía pensar en dormir; sentía un malestar indecible, y todo m iser desfallecía; la naturaleza humana no podía soportar más tiempo semejante padecer. Durante el intervalo de las tinieblas, muy corto ahora, otra piedra meteórica pasó de nuevo cerca del globo, y la frecuencia de esos fenómenos comenzó a inquietarme.

17 de Abril. — Esta mañana debe ser memorable en mi expedición. Se recordará que el 13 la tierra subtendía relativamente a mí un ángulo de 25 grados; el 14 había disminuído éste mucho; el 15, más aun; y el 16, antes de acostarme, calculé que no era más que de 7 grados 15 minutos.

Imagínese, pues, cuál sería mi asombro al despertarme en la mañana del 17, después de un breve sueño agitado, ví que la superficie planetaria colocada debajo de mí había "aumentado" de una manera tan inopinada y espantosa, que su diámetro aparente subtendía un ángulo de 39 grados al menos. Quedé como herido del rayo; ninguna palabra podía dar idea exacta del asombro del estupor que me sobrecogió; mis piernas vacilaron, estremecime de pies a cabeza, y erizóseme el cabello. — ¡El globo ha reventado! — Esta fué la primera idea que cruzó por mi mente; no había la menor duda. ¡Tal vez caía ya en aquel momento con la más impetuosa e incomparable velocidad! A juzgar por el inmenso espacio recorrido ya con tanta rapidez, debía encontrar la superficie de la tierra dentro de diez minutos. ¡Dentro de diez minutos quedaría aniquilado, destrozado!

Pero al fin la reflexión vino en mi auxilio; medité y comencé a dudar. La cosa era imposible; de ningún modo podía haber bajado tan rápidamente y además; aunque me acercase a la tierra situada debajo de mí, mi verdadera velocidad no estaba de ningún modo en relación con la espantosa rapidez que había imaginado al principio.

Estas reflexiones calmaron la perturbación de mis ideas y pude a considerar el fenómeno desde su verdadero punto de vista. Era preciso que mi asombro me hubiese privado del ejercicio de mis sentidos para que no echase de ver la enorme diferencia que había entre el aspecto de la superficie que estaba debajo de mí y la de mi planeta natal. Esta última se hallaba, pues, sobre mi cabeza y del todo oculta por el globo; mientras que la luna — la luna misma en toda su gloria, — se extendía debajo de mí: la tenía a mis pies.

El asombro y el estupor producidos en mi espíritu por aquel extraordinario cambio de dirección de las cosas eran tal vez, bien mirado, lo más explicable de mi aventura, pues aquella "inversión" no sólo era natural en sí e inevitable, sino que hacía largo tiempo había previsto, considerándola como una simple circunstancia, como una consecuencia que debía producirse cuando llegara al punto exacto en que la atracción del planeta sería reemplazada por la del satélite, o en otros términos, cuando la gravitación del globo hacia la tierra fuese menos poderosa que su gravitación hacia la luna.

Cierto que salía de un profundo sueño, que todos mis sentidos estaban aun trastornados cuando me encontré de pronto ante un fenómeno que esperaba y no esperaba en aquel momento.

La revolución misma debía haberse verificado naturalmente de la manera más suave y gradual, y es positivo que, aunque me hubiese despertado en el momento en que se ejecutó, me habría parecido hallarme en sentido inverso, sin notar síntoma alguno "interior" del cambio de posición, es decir, una molestia, una perturbación en mi persona o en mi aparato.

Es casi inútil decir que al darme cuenta de mi situación, y una vez libre del terror que absorbió todas las dificultades de mi alma, me fijé tan sólo en la contemplación del aspecto general de la luna. Desarrollábase debajo de mí una inmesa carta geográfica, y aunque se hallaba todavía a considerable distancia, a mi modo de ver, las asperidades de la superficie se marcaban con una claridad muy singular, que no podía explicarme. La falta completa de océano, de mar, y hasta de lagos y ríos, me llamó la atención desde luego, como el carácter más extraordinario de su condición geológica.

Sin embargo, ¡cosa extraña! veía vastas regiones planas, de carácter positivamente alu-

vial, aunque la mayor parte del hemisferio visible estuviese cubierto de innumerables montañas volcánicas en forma de conos, que más bien tenían el aspecto de eminencias formadas por el arte que de salientes naturales. La más alta no excedía de tres millas tres cuartos de elvación perpendicular; pero un mapa de las regiones volcánicas de los "Campi Phlegraei" daría a Vuestra Excelencia mejor idea de la superficie general que cualquiera descripción, siempre detectuosa, que yo trate de hacer.

La mayor parte de esas montañas, se hallaban evidentemente en estado de erupción, y dábanme una terrible idea de su furiosa violencia por las piedras que lanzaban, impropiamente llamadas meteóricas, que partiendo de abajo, pasaban junto al globo con una frecuencia y velocidad espantosa.

18 de Abril. — Hoy he observado un aumento enorme en el volumen aparente de la luna, y la rapidez de mi descenso ha comenzado a inquietarme. Ya se recordará que al principio, cuando comencé a soñar en la posibilidad de un paso hacia la luna, entró por mucho en mis cálculos la hipótesis de una atmófera ambiente, cuya densidad debía ser proporcionada al volumen del planeta; y esto a despique de muchas teorías contrarias y hasta a pesar de las preocupaciones universal que no admite la existencia de una atmósfera lunar cualquiera. Sin embargo, además de las ideas que ya emití respecto al cometa de Encken y a luz zodiacal, lo que me confirmaba en mi opinión eran ciertas indicaciones de M. Shroeter, y de Lilienthal. Este sabio observó la luna por la noche, poco después de ponerse el sol, antes que la parte oscura se hiciese visible, y continuó examinándola hasta que dicha parte llegó a serlo.

Los dos cuernos parecían afilarse formando una especie de prolongación muy aguda, cuya extremidad estaba ligeramente bañada por los rayos solares cuando una parte del hemisferio oscuro no se veía; y poco tiempo después, todo el borde sombrío se iluminó.

Yo pensé que aquella prolongación de los cuernos más allá del semicírculo reconocía por causa la refracción de los rayos del sol por la atmósfera de la luna; y calculé también que la altura de esta atmósfera (que podía refractar bastante luz en su hemisferio oscuro para producir un crepúsculo más luminoso que la luz reflejada por la tierra cuando la luna se halla a unos 32 grados de su conjunción), debía ser de 1356 pies de rey. Según esto, supuse que la mayor elevación capaz de refractar el rayo solar era de 5376 pies.

Mis ideas sobre este punto se confirmaban también con un pasaje del tomo 82 de las "Transacciones filosóficas", en el cual se dice que, al efectuarse una ocultación de los satélites de Júpiter, el tercero desapareció después de mantenerse invisible uno o dos segundos, y que el cuarto no se pudo distinguir al acercarse al limbo (1).

(1) Hevelius escribe que algunas veces observó en cielos muy serenos, donde hasta las estrellas de sexta y séptima magnitud brillaban visiblemente, que, supuesta la misma altura de luna, igual alejamiento de la tierra, y el mismo telescopio, el astro y sus manchas no aparecían siempre tan luminosas. Dadas estas circunstancias, es evidente que la causa del fenómeno no reside en nuestra atmósfera ni en el telescopio, ni en la luna, ni en el ojo del observador, por lo cual debe buscarse alguna cosa (¿una atmósfera?) existente alrededor de la luna.

Casini ha observado a menudo que en el momento de quedar ocultos por la luna Saturno, Júpiter y las estrellas fijas, cambian su forma circular, tomando la oval; y en otras ocultaciones no sorprendió ningún cambio en aquélla. Se podría inferir, de consiguiente, que en algunos casos, pero no siempre, la luna está envuelta en una materia densa, en la cual se refractan los rayos de las estrellas.—E. P.

Yo había fundado en la resistencia mi esperanza de bajar sano y salvo o, mejor dicho en el apoyo de las atmófera existente en estado de densidad hipotética.

Por lo demás, si había hecho una conjetura absurda debía suponer que el desenlace de mi excursión sería quedar pulverizado contra la áspera superficie del satélite: en una palabra, tenía mil razones para estar atemorizado.

La distancia que me separaba de la luna era comparativamente insignificante; pero el trabajo exigido por el condensador no había disminuído en nada ni veía indicio alguno de densidad creciente en la atmósfera.

19 de Abril. — Esta mañana a eso de las nueve hallándome espantosamente cerca de la superficie lunar y cuando mi inquietud llegaba a su colmo he observado con mucha alegraí que el pistón del condensador daba señales evidentes de una alteración en la atmósfera.

A las diez tuve motivos para creer que su densidad había aumentado considerablemente; a las once el parato exigía sólo un trabajo muy ligero; a mediodía me aventuré, no sin alguna vacilación, a aflojar el torniquete, y al ver que no daba nigún mal resultado, abrí con resolución la cámara de cautchuc y descubrí la barquilla. Como yo debía esperarlo, una violenta jaqueca, acompañada de espasmos, fué la consecuencia inmediata de un experimento tan precipitado y lleno de peligros; pero como estos y otros inconvenientes para la respiración no eran de tal carácter que pusieran mi vida en peligro, me resigné a sufrirlos, tanto más cuanto que tenía motivos para esperar que desaparecerían progresivamente, pues a cada minuto me aproximaba a las capas más densas de la atmósfera lunar.

Sin embargo, mi aproximación se efectuaba con impetuosidad excesiva y bien pronto quedó demostrado, — cosa muy alarmante para mí — que si no me engañaba, probablemente, al contar con una tmósfera cuya densidad debía ser proporcional al volumen del satélite, me había equivocado mucho, sin embargo, al suponer que esa densidad aun en la superficie para soportar el inmenso peso contenido en la barquilla de mi globo. Tal hubiera debido ser el caso, exactamente como en la superficie de la tierra si suponemos que en uno y otro planeta la verdadera gravitación del cuerpo está con la densi-

atmosférica; mas "no era" así, y mi precipitada caída lo demostraba suficientemente. Pero ¿por qué? No se podía explicar esto sino teniendo en cuenta esas perturbaciones geológicas que ya anuncié hipotéticamente.

Como quiera que sea, tocaba casi en el planeta, y caí con la más terrible impetuosidad. He aquí, por qué, sin perder un minuto arrojé todo mi lastre, mis barricas de agua, mi aparato condensador, mi saco de coutchuc y, en fin todos los artículos contenidos en la barquilla; pero todo esto no sirvió de nada.

Caía siempre con espantosa rapidez, y bien pronto me hallé a media milla de la superficie. Como expediente supremo, me despojé de mi paletó, del sombrero, de las botas; desprendí también la barquilla, que no pesaba poco, y agarrándome de la red con ambas manos, apenas tuve tiempo de observar que todo el país, en cuanto mi vista alcanzaba, estaba lleno de viviendas liliputienses. Un momento después caía como una bala en el centro mismo de una ciudad de aspecto fantástico, y en medio de una multitud de seres pequeños, ninguno de los cuales pronunció una sílaba ni se molestó en lo más mínimo en auxiliarme. Todos estaban con las manos en las caderas, gesticulando como idiotas de la manera más ridícula y mirándome de través.

Separéme de ellos con profundo desdén, y levantado la vista hacia la tierra que acababa de abandonar, de la cual me había desterrado tal vez para siempre, diviséla bajo la forma de un sombrío e inmenso escudo de cobre de un diámetro de dos grados poco más o menos, fijo e inmovil en el cielo, y guarnecido en uno de sus bordes de una media luna de brillante oro. No se descubría ninguna señal de mar ni de continente y el conjunto presentaba manchas variables, cruzadas por las zonas tropicales y ecuatorial, como por otras tantas fajas.

Así, pués, me permitiré manifestar a vuestras excelencias, que después de una larga serie de angustias y peligros, llegué al fin sano y salvo, a los diez y nueve días de mi salida de Rotterdam, al término del viaje más extraordinario e importante que jamás se emprendió y efectuó, ni siquiera se concibió por un ciudadano cualquiera de vuestro planeta.

Réstame sólo referir mis aventuras, pues vuestras excelencias comprenderán fácilmente que después de residir cinco años en un planeta que, tan interesante ya de por sí, lo es doblemente por su íntimo parentesco, en calidad de satélite, con el hombre, puedo ya mantener con el Colegio Astronómico correspondencias secretas de mayor importancia que los simples detalles, por sorprendetes que sean, del viaje llevado a cabo con tanta felicidad.

Tal es, en suma, la verdadera cuestión. Tengo muchas cosas que decir, y sería un verdadero placer comunicároslas. He de hablar extensamente sobre el clima de este planeta, su asombrosas alternativas de frío y de calor, su claridad solar, que dura quince días, implacable y brillante; de la temperatura glacial, más que polar, que se siente en la otra quincena; de una traslación constante de humedad, efectuada por destilación, como en el vacío, desde el punto situado bajo el sol hasta el más lejano; de la raza misma de los habitantes, sus usos, sus costumbres y sus instituciones políticas; de su organiganismo particular, su fealdad, su falta de orejas, apéndice supérfluo en una atmósfera tan singularmente modificada; de su ignorancia sobre el uso y las propiedades del lenguaje, y el particular método de comunicación que reemplaza la palabra; de la incomprensible relación que une a cada ciudadano de la luna con otro del globo terráqueo, relación análoga que rige igualmente los movimientos del planeta y los satélites, por el cual las existencias y destinos de los habitantes del uno están enlazados con los del otro; y, por último, si no lo llevan a mal vuestras excelencias, les hablaré particularmente de los sombríos y horribles misterios relegados a las regiones del otro hemisferio lunar, regiones que, gracias a su concordancia casi milagrosa de la rotación del satélite sobre su eje con la revolución sideral alrededor de la tierra, no se ha vuelto jamás hacia nosotros, y, a Dios gracias, no se expondrán nunca a la curiosidad de los telescopios humanos.

He aquí todo lo que desearía referiros, todo esto y mucho más aun; pero si he de hacerlo reclamo mi recompensa. Aspiro a volver al seno de mi familia y a mi casa; y como precio de mis comunicaciones ulteriores, y teniendo en cuenta la luz que puedo hacer, si tal place, sobre diversos ramos importantes de las ciencias físicas y metafísicas, solicito que, por la influencia de vuestra digna cooperación, se me perdone el crimen de que me hice culpable al abandonar la ciudad de Rotterdam.

El portador de la presente, habitante de la luna que ha tenido a bien servirme de mensajero en la tierra, y a quien he dado las instrucciones necesarias, esperará de vuestras excelencias y me traerá la gracia solicitada si hay medio de obtenerla.

Tengo el honor de ofrecerme fiel y humilde servidor de vuestras excelencias.

HANS PFAAL.

Al terminar la lectura de este extraño documento, el profesor Rudabud, mudo de sorpresa, dejó caer su pipa en tierra, según dicen; mientras ue Mynheer Supherbus Von Underduk, después de limpiar sus antiparras y guardarlas en el bolsillo, olvidó su dignidad hasta el punto de hacer tres piruetas, estupefacto y poseído del mayor asombro.

Se obtendría la gracia, esto era indudable, o, por lo menos, así lo prometió el buen profesor Rudabub: jurólo profiriendo un voto enérgico; y tal fué decididamente la opinión del ilustre Von Underduk, quien, cogiendo del brazo a su colega, recorrió la mayor parte del camino hacia su casa sin pronunciar una palabra, para deliberar sobre medids urgentes.

Sin embargo, llegado a la puerta del domicilio, el profesor sugirió la idea de que, habiendo desaparecido el mensajero (aterrado sin duda por el aspecto de los ciudadanos de Rotterdam), el perdón no serviría de gran cosa, puesto que sólo un habitante de la luna podía emprender tan lejano viaje.

Ante una observación tan sensata, el burgomaestre debió ceder, y el asunto no tuvo más consecuencias; más no pudieron evitarse los rumores y las conjeturas. La carta fué publicada y dió origen a una infinidad de opiniones y cuentos.

Algunos hombres por demás juiciosos, llegaron hasta el punto de ridiculizar la cosa, presentándola como una pura invención, como un "carnard'; pero creo que esta palabra es para esa gente un término general que aplican a todas las materias cuando su inteligencia no puede penetrarlas. En cuanto a mí comprendo en qué han fundado semejante acusación. Veamos lo que dicen:

Ante todo, algunos farsantes de Rotterdam profesan ciertas antipatías especiales contra determinados burgomaestres y astrónomos.

Secundo: que un enano extravagante, escamoteador de oficio, cuyas orejas habían sido cortadas en castigo de alguna falta, había desaparecido ahcía algunos días de la inmediata ciudad de Brujas.

Tertio: que las gacetas pegadas alrededor del pequeño globo eran de Holanda, y, de consiguiente, no se podían haber fabricado en la luna: eran papeles sucios, muy grasosos; y que el impresor Gluck juraba por la Biblia que aquellos diarios se habían tirado en Rotterdam.

Quarto: que se había visto dos o tres días antes al mismo Hans Pfaall, el vil borracho, con los tres bribones a quien llamaba sus acreedores, en una taberna mal afamada de los arrabales, cuando volvían de una expedición con los bolsillos llenos de dinero.

Y, por último, que es opinión generalmente admitida, o que debe serlo, que el Colegio de los Astrónomos de Rotterdam, así como todos los colegios astronómicos de las demás partes del mundo, no es ni mejor, ni más sabio, ni más ilustrado de lo que se necesita.

EDGAR POE.

"PUCKY" Magazine

APARECE TODOS LOS VIERNES

PRECIOS DE SUSCRICION

Capital e Interior

Número de la semana	$ 0.20
„ atrasado	„ 0.40
Suscrición por 3 meses (13 números)	„ 2.50
„ „ 6 „ (26 „)	„ 4.80
„ „ 1 año (52 „)	„ 9.00

EXTERIOR

Bolivia, Brasil, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, España, EE. UU. de Norte América, Filipinas, Guatemala, Honduras, Méjico, Nicaragua, Paraguay, Perú, San Salvador, Santo Domingo y Uruguay . . . Año $ 9.00 c/l.

Demás países . . . . . „ 12.00 „

OTRO DIVERTIDO CUENTO RUSO

La Ciencia Mágica

Por L. Afanasieff

EN una aldea vivían un campesino con su mujer y su único hijo. Eran muy pobres, y sin embargo el marido deseaba que su hijo estudiase una carrera que le ofreciese un porvenir brillante y pudiera servirles de apoyo en su vejez. Pero ¿qué podían hacer? ¡Cuando no se tiene dinero!

El padre llevó a su hijo a varias ciudades y pueblos para ver si alguien quería instruirle de balde; pero sin dinero nadie quería hacerlo. Volvieron a casa, lloró él, lloró la mujer, se desesperaron los dos por no tener bienes de fortuna, y cuando se calmaron un poco, tomó el viejo a su hijo y otra vez se marcharon ambos a la ciudad cercana. Cuando llegaron a ésta encontraron en la calle a un hombre desconocido que paró al campesino y le preguntó:

—¿Por qué estás tan triste, buen hombre?

—¿Cómo no he de estarlo? — dijo el padre. — Hemos visitado muchas ciudades, buscando quien quiera instruir de balde a mi hijo, y no he podido encontrarlo; todos me piden mucho dinero y yo no lo tengo.

—Déjamelo a mí — le dijo el desconocido. — En tres años yo le enseñaré una profesión muy lucrativa; pero acuérdate bien: dentro de tres años, el mismo día y a la misma hora que hoy, tienes que venir a recogerlo; si llegas a tiempo y reconoces a tu hijo, te lo podrás llevar; pero si llegas tarde o no lo reconoces, se quedará para siempre conmigo.

El campesino se puso tan contento que se olvidó de preguntar sus señas al desconocido y qué era lo que iba a enseñar a su hijo. Se despidió de éste, volvió a su casa, y con gran júbilo contó lo ocurrido a su mujer. No se había dado cuenta de que el desconocido a quien había dejado su hijo era un hechicero.

Pasaron tres años; el viejo había olvidado por completo la hora y el día, y no sabía de qué modo salir de este apuro. El día anterir a aquel en que el campesino tenía que presentarse al hechicero, su hijo, transformado en un pajarito, voló a la casa paterna, se situó delante de la cabaña, y dando un golpe en el suelo con una patita, volvió a su estado primitivo y entró en la casa hecho un joven guapísimo. Saludó a sus padres y les dijo:

—¡Padre! Mañana es el día en que tienes que venir a buscarme, pues se cumplen los tres años de mis estudios; cuida de no olvidarlo.

Y le explicó a qué sitio tenía que ir y cómo podría reconocerlo.

—Mi maestro tiene en casa otros once jóvenes discípulos, los cuales se han quedado para siempre con él porque sus padres no llegaron a tiempo para llevárselos o no han sabido reconocerlos; si te sucediese lo mismo, no tendría más remedio que quedarme toda la vida con él. Mañana, cuando llegues a casa del maestro, él nos presentará a los doce jóvenes transformdos en doce palomos blancos, todos exactamente iguales; tú tienes que fijarte, pues al principio todos volaremos a la misma altura; pero luego yo volaré más alto que los otros; el maestro te preguntará: "¿Has reconocido a tu hijo?" Tú señálale el palomo que vuela más alto. Después, — prosiguió el hijo, — te presentará doce caballos que tendrán todos el mismo pelo, las mismas crines y la misma alzada; fíjate bien en que todos estarán muy tranquilos menos yo, que me moveré y golpearé el suelo con la pata izquierda. El maestro te repetirá la pregunta de antes y tú, sin titubear, señálame a mí. Después de esto, — siguió el hijo — aparecerán ante tí doce guapos jóvenes todos de la misma estatura, del mismo color de pelo, con la misma voz y estarán vestidos y calzados todos iguales. Fíjate bien entonces en que se posará en mi mejilla una mosca pequeñita; ése será el signo por el que podrás reconocerme.

Se despidió de sus padres, dió un golpe en el suelo, y al instante se volvió a transformar en un pajarito, que se fué volando a casa de su maestro.

Por la mañana, el padre se levantó temprano y se fué en busca de su hijo. Cuando se presentó delante del hechicero, éste le dijo.

—He enseñado a tu hijo durante tres años toda la ciencia que yo sé; pero si tú no le reconoces, se quedará conmigo para siempre.

Después soltó doce palomos todos blancos que no se diferenciaban en nada. El hechicero dijo entonces al padre:

—Díme cuál es tu hijo.

—¿Cómo quieres que lo reconozca cuando todos son iguales? — exclamó el padre.

Pero de pronto, uno de los palomos empezó a volar más alto que los demás, y el padre, entonces, reconoció en él a su hijo.

—Bien, hombre. Esta vez has reconocido a tu hijo, — dijo el hechicero.

A los pocos minutos aparecieron ante ellos doce caballos, los cuales tenían el mismo pelo, las mismas crines y la misma alzada. El padre empezó a caminar alrededor de ellos sin poder reconocer a su hijo, cuando uno de los caballos golpeó el suelo con la pata izquierda; el padre en seguida señaló el caballo, diciendo al hechicero:

—Ese es mi hijo.

—Tienes razón, viejo, — repuso el hechicero.

Por último se presentaron ante sus ojos doce jóvenes guapísimos; tenían todos la misma estatura, el pelo del mismo color, la misma voz y estaban vestidos y calzados del mismo modo. El campesino se fijó bien en ellos, pero esta vez no podía reconocer a su hijo; pasó por delante de ellos dos veces y por fin vió posarse una mosquita sobre la mejilla derecha de uno de los jóvenes. El padre, lleno de júbilo, lo señaló al hechicero, diciéndole:

—Maestro, ése es mi hijo.

—Lo has reconocido; pero no eres tú el sabio astuto, sino que el astuto es tu hijo.

El padre, contentísimo y seguido del hijo, se marchó a su casa. No se sabe cuánto tiempo caminaron; los cuentos se cuentan pronto; pero en la realidad las cosas ocurren mucho más despacio. En su camino encontraron a unos cazadores que estaban discutiendo, y mientras tanto, una zorra aprovechaba la ocasión para huir de ellos.

—Padre — exclamó el hijo —, yo me transformaré en perro de caza, cogeré a la zorra, y cuando los cazadores quieran quitármela tú le dirás: "Señores cazadores con este perro yo me gano la vida". Ellos querrán comprarte el perro y te ofrecerán por él una buena cantidad de dinero; tú véndeme, pero conserva el collar y la correa.

Al instante se transformó en perro de caza y cogió a la zorra. Los cazadores se pusieron a gritar al viejo campesino, diciéndole:

—¿Por qué, viejo, has venido aquí a molestarnos y robarnos nuestra presa?

—Señores cazadores — respondió el viejo, — no tengo más que este perro, con el cual me gano la vida.

—¿Quieres vendérnoslo?

—Compradlo.

—¿Cuánto quieres por él?

—Cien rublos.

Los cazadores, sin decir una palabra más, le pagaron al viejo los cien rublos, y al ver que éste le quitaba al perro el collar y la correa, dijeron:

—¿Para qué necesitas tú el collar y la correa?

—Por si se me rompen las correas de mis abarcas tener con qué componerlas.

—Bueno, cógelos — le dijeron, y ataron al perro con un cinturón, arrearon sus caballos y se marcharon.

Al poco rato vieron otra zorra y soltaron a sus perros; pero éstos, por más que corrieron no la pudieron coger. Uno de los cazadores dijo a sus compañeros:

—Amigos, soltad el perro que acagamos de comprar.

Lo soltaron, pero no tuvieron casi tiempo de verlo; la zorra corría por un lado y el perro desapareció por el otro, y llegó donde se había quedado el viejo, dió un golpe en el suelo, y al instante se transformó en el guapo mozo de antes.

El padre y el hijo continuaron su camino; llegaron a un lago y vieron a otros cazadores que cazaban patos grises.

—Mira, padre — le dijo su hijo —, mira cuantos patos vuelan. Voy a transformarme en halcón para coger y matar a los patos; entonces los cazadores empezarán a amenazarte para que les dejes cazar en paz, y tú diles: "Señores cazadores, yo no tengo más que este halcón que me ayuda a ganar el pan de cada día". Ellos entonces querrán comprarte el pájaro, y tú se lo venderás, pero acuérdate bien de no darles las correitas que sujetan las patas.

Se transformó en un magnífico halcón que voló con gran rapidéz a una gran altura, y desde allí se precipitó sobre la manada de patos, hiriendo y matando tantos que su padre reunió en seguida una montón de caza.

Cuando los cazadores vieron un halcón tan prodigioso se acercaron al viejo y le dijeron:

—¿Por qué has venido aquí a quitarnos y estropearnos nuestra caza?

—Señores cazadores, no tengo más que este halcón, con la ayuda del cual me gano la vida.

—¿Quieres vendérnoslo?

—Compradlo.

—Cuánto quieres por él?

—Doscientos rublos.

Los cazadores le pagaron el dinero y se quedaron con el pájaro; pero el viejo le quitó las correas que sujetaban las patas.

—¿Por qué se las quitas? — preguntaron los cazadores. — ¿Para qué te pueden servir?

—Yo camino mucho, y con frecuencia se me rompen las correas de mis abarcas y éstas me podrán servir para reemplazar las rotas.

Los cazadores, no queriendo entrar en discusiones, le dejaron las correas y se marcharon con el halcón en busca de caza. Al poco tiempo voló hacia ellos una manada de gansos.

—¡Compañeros, soltad pronto el halcón! — gritó uno de los cazadores.

Lo soltaron, y éste voló con gran rapidez y se elevó a una gran altura sobre la manada gansos, pero continuó volando más allá en busca del viejo, hasta que le perdieron de vista. Encontró a su padre, dió un golpe en el suelo y volvió a su verdadero ser.

De este modo llegaron los dos a su casa con los bolsillos llenos de dinero. Llegó el domingo, y el hijo dijo al padre:

—Padre, hoy me transformaré en un cagallo; tú me venderás, pero acuérdate bien de no vender la brida, porque si la vendes no podré volver más a casa.

Dió un golpe con un pie en la tierra y se transformó en un magnífico caballo, que el padre llevó a la feria para venderlo.

Apenas llegó, muchos compradores rodearon al caballo, ofreciendo cada vez más dinero; el hechicero, que estaba allí entre los compradores, ofreció al viejo un precio más elevado que los demás y se quedó con el caballo. El viejo empezó a quitarle la brida, pero el hechicero le dijo:

—Pero hombre, si le quitas la brida, ¿cómo quieres que me lo lleve a mi cuadra?

Toda la gente que estaba presente empezó a murmurar y a decirle:

—No tienes razón: si has vendido el caballo, has vendido con él la brida.

Como el viejo no podía nada contra tanta gente, le dejó la brida al comprador.

El hechicero se llevó el caballo a su cuadra, lo ató muy bien al anillo y le puso la cuerda tan corta que el animal se quedó con el cuello estirado y sin poder llegar al suelo con las patas delanteras.

—Hija mía — dijo el hechicero a su hija — he comprado un caballo que es mi discípulo último.

—¿Dónde está? — preguntó ella.

—En la cuadra.

Corrió a verlo y tuvo compasión del joven; quiso soltarle un poco la cabezada y empezó a quitarle los nudos y aflojarle la cuerda, y el caballo a menear la cabeza de un lado a otro hasta que se quedó suelto, y de un salto escapó de la cuadra y se puso a galopar. La hija corrió entonces hacia su padre llorando y diciéndole:

—Padre, perdóname. He cometido una gran falta: el caballo se ha escapado.

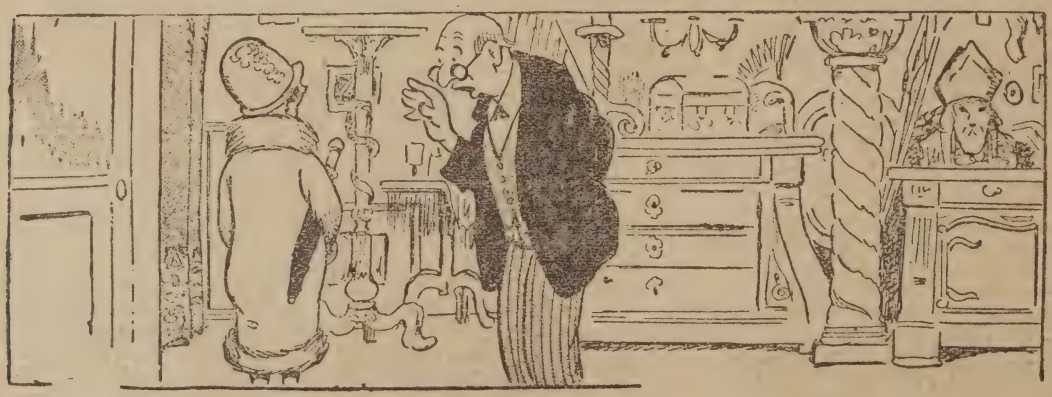
El hechicero dió una patada en el suelo, se transformó en un lobo gris y salió corriendo como el viento. Ya estaba muy cerca del caballo cuando éste llegó a la orilla de un río, dió un golpe en el suelo y se transformó en un pececito; el lobo dió un golpe en el suelo y se tiró al agua en forma de rollo. El pececito nadaba, nadaba, perseguido por el rollo, y ya le iba a alcanzar, cuando llegó a la otra orilla, donde unas jóvenes estaban labando ropa. Salió del agua y se transformó en una sortija de oro que, rodando, fué a parar a manos de una de las muchachas, hija de un rico mercader, la cual apenas vió la sortija, se la puso en el dedo meñique.

Entonces el hechicero se transformó en hombre y rogó a la joven que le regalase la sortija. Ella se la dió, pero al quitársela del dedo se cayó al suelo y se convirtió en muchas perlitas; el hechicero se transformó en gallo y se puso a comérselas. Mientras estaba entretenido en esta operación, una de las perlas se transformó en un buitre que voló muy alto, y de un golpe se tiró al suelo sobre el gallo y lo mató.

Se convirtió entonces el buitre en el joven que conocemos, del cual se enamoró la hija del mercader. Se casaron y vivieron muchos años felices y contentos.

L. AFANASIEFF.

MUEBLES ANTIGUOS MODERNOS



—¡Todos los muebles antigous que tiene usted en venta son sumamente caros!
—¿Qué quiere usted, señora? ¡La mano de obra está ahora tan cara!

HACIA SU EFECTO SIN NECESIDAD DE HABLAR

Bataclana 1.a (con orgullo): — En la nueva revista me han dado un papel en el que hablo veinte palabras. ¿No le han dado a usted papel?

Bataclana 2.a: — No; el director me dijo que yo era demasiado linda para necesitar que me dieran papel.

AMARO MONTE CUDINE

EL MEJOR DE LOS APERITIVOS

FABRICANTES

Gerónimo Bonomi e hijos

BELGRANO 2280

BUENOS AIRES

UNA NUEVA GRAN NOVELA DE PIRATAS

PORTE PAGO

BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

Viernes
Mayo 28
de 1926

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO IV. PUBLICACION SEMANAL No. 139

La más notable serie de aventuras de piratas que escribió

Rafael Sabatini

el famoso autor de "El Halcón de los mares"

Narraciones inéditas, traducidas especialmente para "Pucky" y tituladas:

HERMANOS DEL MAR

Empiezan en este número

APROVECHANDO LA OCASION

El cliente (al que acaban de arrancarle una muela): — Perdone, señor dentista, pero, ya que tiene las tenazas en la mano ¿no podría arrancarme de la suela del botín ese clavo que me molesta?

Hermanos del mar

Nueva y electrizante novela de piraterías en el mar de las Antillas, original de Rafael Sabatini, el famoso autor de "El Halcón de los Mares".

Un duelo terrible

Muy divertido cuento del gran humorista francés Cami.

En la librería

Nota humorística, en color.

Los verdes ojos de Bast

Continuación de la notable novela de Sax Rohmer, traducida especialmente del inglés para este magazine.

Un médico sociable

Chascarrillo ilustrado, en color.

Los grandes medios

Ocurrencia filosófica, en color.

La ropa nueva de la vieja osa

Divertido juguete para que se entretengan los niños.

Un tipo adecuado

Comentario gráfico, en color.

El santo de mi mujer

Los apuros de un marido atrapado en un día de fiesta.

El aparecido

Otra de las "novelas completas de Pucky". Una obra del gran autor Wilkie Collins, y que entretiene y divierte del principio al fin.

Una tos divertida

Nota crítica y cómica, en color.

Demasiado susceptible

Un apunte del natural tomado por un gran dibujante. — En color.

El payaso malabarista

Modelo para que lo armen los grandes y jueguen los chicos.

LO QUE MAS LE INTERESABA

—¡Alfredo! ¡Pronto! ¡Baja ese menú, que estás leyendo al revés, y mírame!

Hermanos del Mar

Por RAFAEL SABATINI

(TRADUCCION DEL INGLES ESPECIAL PARA "PUCKY")

Tal vez no existió jamás un autor que pintara con tanto relieve y tan poderoso colorido las escenas de los tiempos pasados como Rafael Sabatini, el gran escritor inglés autor de "Las mil y una noches de la historia" publicadas por "Pucky". En esta nueva serie de aventuras de piratas, que "Pucky" traduce por primera vez del inglés el famoso autor pinta con maravillosos colores los vibrantes tiempos de los bucaneros, — tiempos de novela, de caballerescas y sangrientas aventuras, — interesantes aun en sus más pequeños detalles.

PRIMER EPISODIO

LA REBELION DE LOS CONVICTOS

EGUIDO de sus negros, que marchaban trás de él como una jauría de sabuesos, el coronel Bishop apareció, de pronto y silenciosamente, por la esquina de una de las avenidas que dividían los enormes plantíos de caña de azúcar, color de ámbar y madura ya. Su llegada tuvo la virtud de interrumpir un íntimo coloquio que celebraba Jerry Pitt, el convicto rebelde con un desconocido. Este desapareció en seguida entre la espesura del bosque, que por aquel lado limitaba la planíación de caña de azúcar.

El coronel Bishop no quiso perseguir al desconocido y dedicó toda su atención a Jerry Pitt, un desgraciado que tiempo antes había sido enviado a las Barbadas donde lo vendieron como esclavo por un plazo de diez años en castigo de haberse comprometido en la revolución encabezada, en Inglaterra, por el duque de Monmouth.

Ante la enérgica mirada del coronel, el convicto se estremeció y sintió frío, a pesar del sofocante calor que reinaba.

El coronel, hombre bajo, fornido, vestido livianamente de seda amarilla, adornado con galones de oro, avanzó, sacudiendo una delgada caña de bambú.

—¿Qué decía esa vergüenza humana de Nutall? — preguntó, con voz gruesa y aire de desprecio.

El esclavo bajó la cabeza y se agitó molestó. Un par de calzones de algodón, sucios y rotos, lo vestían de la cintura a las rodillas; arriba y abajo de esos límites, se hallaba desnudo, salvo un sombrero de paja, medio roto, de alas anchas, que defendía su cabeza cargada de mechones como el oro, de la inclemencia del sol.

El bambú del plantador cayó con terrible fuerza sobre la indefensa espalda del convicto.

—¡Responde, canalla! ¿Qué clase de tratos tienen ustedes dos?

El esclavo levantó sus ojos azules, febricientes y hundidos en un rostro que un año de esclavitud había casi despojado de toda apariencia humana, pero aun no respondió.

—¡Testarudo, como una mula, según se dice! ¿eh? — El coronel hacía gala de un humorismo marcadamente sarcástico. Conocía más de una docena de medios, algunos de ellos bastante divertidos, de reducir a la impotencia la testarudez de aquella canalla esclava. — ¡Perro! ¿Crees que puedes reírte de mí? ¿Crees, por ventura, que no sé lo que andan tramando ocultamente por aquí?

—¿Por qué se molesta en preguntarlo, entonces? — replicó Jerry. — En su voz hubo algo de la amarga audacia que es hija de la desesperación. Si el plantador conocía en realidad el motivo que había llevado a Nutall a hablar con el esclavo, el castigo que éste recibiría sería de poca importancia en comparación con la muerte.

Aquella respuesta despertó en el pecho

A pedido del público lector — **"EL GRAN JEFE BLANCO"**

La novela del autor de "Margarita del Bosque" que publicó "Tit-Bits" comenzará en el número 142 de "Pucky", no lo olvide.

del coronel Bishop una furia brutal. El coronel comenzó a castigar la espalda indefensa con fuerza terrible, hasta que, dolorido más allá de la resistencia humana, sus descarnados y enflaquecidos miembros, su hombría despertaron de repente. Pitt saltó hacia adelante.

En el mismo momento que saltó, los guardianes negros saltaron también. Media docena de musculosos brazos negros estrujaron el débil cuerpo blanco. El infortunado esclavo quedó reducido a la impotencia, con los brazos sujetos a su espalda.

—Tráiganlo, — ordenó el coronel; y, volviéndose, abrió el la marcha.

Por la avenida bordeada de dorada caña de azúcar fué llevado el desdichado Pitt hasta un claro de la plantación. Era un claro verde y llano, situado frente a la casa del sobrestante. Desde allí se veía gran parte de la bahía de Carlisle, el fuerte y los muelles, a los cuales se hallaban atracadas algunas chalupas. A lo lejos, hacia el puerto, impulsada por una ligera brisa que apenas movía la tranquila superficie azul como un zafiro del mar Caribe, se veía una fragata de bandera inglesa.

El coronel Bishop se detuvo un momento a mirar, poniéndose la mano sobre los ojos a modo de visera. A pesar de lo débil que era el viento, la fragata sólo llevaba desplegada la cebadera; todas las demás velas se hallaban arrolladas y dejaban ver las líneas generales de la majestuosa nave, desde el alto castillo de popa hasta la proa cuyo metal pulido brillaba bajo el sol abrasador. Su lento avance indicaba que manejaba la nave un navegante conocedor de aquellas aguas y que sondeaba cautelosamente el camino.

Volvióse el coronel fija de nuevo su atención en el esclavo. Dentro de la empalizada que rodeaba la casa del sobrestante había dos postes, clavados sólidamente en tierra y destinados a atar en ellos a los esclavos a quienes se apaleaba. A esos postes y por orden del coronel, los negros habían atado al infortunado Pitt mientras el coronel miró hacia la nave.

—Los cachorros que se revelan contra su amo deben aprender obediencia a costa del pellejo, — exclamó el coronel, rechinando los dientes.

Después de pronunciadas aquellas palabras comenzó su labor de verdugo de ocasión.

El hecho de que descendiera a azotar por su mano al esclavo cuando los hombres de su nacimiento y categoría hubieran encargado de tales tareas a un negro cualquiera, da una idea de la brutalidad del carácter del coronel Bishop. Con verdadero agrado, con fruición, como si así diera gusto a su crueldad bestial, castigaba a su víctima con la caña de bambú.

Cuando fatigado ya, lanzó lejos de sí los restos de la caña, abandonando el castigo, la espalda del infortunado revolucionario reducido a la esclavitud por castigo, era del cuello a la cintura, una sola superficie sanguinolenta. El cuerpo colgaba de los brazos atados a los postes. Sus sentidos habían quedado adormecidos bajo la intensidad del dolor.

El coronel Bishop se inclinó hacia su víctima.

—¡Así aprenderás a ser sumiso con tu amo! — exclamó. — Aquí te quedarás sin comer ni beber, ¿me oyes? hasta que reveles en qué clase de negocios anda Nutall y por qué vino a buscarte. — Se irguió. — Cuando quieras, manda por mi. Como no cedas pronto te pondré la marca de hierro.

Lanzó una breve carcajada y se volvió, saliendo de la empalizada seguido de sus negros. Pitt quedó solo.

Poco después, despertó del desmayo en que el dolor le había sumido y experimentó nuevos sufrimientos. Los postes a que el infeliz se hallaba sujeto estaban al sol y los candentes rayos daban en la desgarrada espalda del infeliz como olas de fuego. Pronto se agregó a éste otro tormento mayor, el de las moscas. Las crueles moscas de las Antillas atraídas hacia él como verdaderas nubes, dieron hacia él como verdaderas nubes. El coronel Bishop, especialista en el arte de hacer hablar a los que querían callar, sabía bien que toda su inventiva no podía producir un tormento mayor que el que producía la naturaleza en un hombre que era expuesto al aire en las condiciones en que se hallaba Pitt.

El esclavo, — que, un año antes, había sido en Inglaterra, en su condado nativo de Somerset, un hombre de cierta influencia y de buena posición, — se volvió, olvidando que estaba atado; y lanzó un grito de dolor.

Así lo halló el señor Peter Blood quien, pareció surgir del centro de la tierra. Irguiéndose con esfuerzo, se vió frente a unos ojos azules, profundos, que lo contemplaban fijamente. Las condiciones en que se hallaban la camiseta y los calzones del señor Blood era tal, que casi no se sostenían en su sitio. No llevaba medias y tenía los pies metidos en suecos de madera hechos por él mismo. El sombrero de paja, era como los usados comúnmente por los negros y los esclavos, pero estaba adornada con una pluma. Esta, y los rulos de su cabello negro y abundante, su bigote pequeño con las puntas vueltas hacia arriba y su barbita negra y en punta indicaban que era un caballero venido a menos pero que se esforzaba por hacer mejor efecto a pesar de sus escasísimos recursos.

Con una enorme hoja de palmera espantó el señor Blood las moscas que devoraban la espalda de Jerry, y luego, para evitar nuevos ataques, colgó la hoja, atándola con un trozo de fibra del cuello del martirizado esclavo.

Sentándose junto a él, atrajo hacia su lado la cabeza del esclavo, apoyándola sobre su hombro, y le lavó la cara con un poco de gua que sacó de una cantimplora.

Jerry estremecióse, gimió, y respiró profundamente.

—¡Agua! — esclamó. — ¡Deme agua, por el amor de Dios!

Le puso la cantimplora en los labios, y el infeliz bebió hasta agotar la provisión.

Refrescado y reviviendo, se sentó.

—¡Mi espalda! — gimió luego.

—Me parece, — dijo el señor Blood, — que la espalda no debe dolerle tanto, desde que está cubierta. Pero dígame que ha pasado. ¡Dios mio! ¿Crée usted qué podemos pasarnos sin un navegante como usted? Porque ha provocado la ira del bestia de Bishop? ¿Por qué ha estado a punto de hacerse matar por él.

Jerry se irguió, gimiendo de nuevo, pero esta vez su dolor fué más moral que físico.

—No creo que haga tanta falta un navegante, doctor, — murmuró, explicando. — Nutall vino a verme, hace una hora, a la plantación. Esta metido en dificultades debido a la nave que compró para nosotros. Los magistrados, lo llamaron, para preguntarle cómo es que él un eterno deudor insolvente, consiguió dinero para comprarla. Quieren saber con qué propósito la compró y Nutall está desesperado.

—¿Es eso todo? — preguntó el señor Blood, poniéndose de pie y encogiendo los hombros

Blood era un poco más alto que la generalidad de los hombres, delgado, pero bien proporcionado; su rostro era de rasgos finos y de constante expresión jovial, su piel, continuamente expuesta al sol, había adquirido casi un tinte cobrizo como el de un mestizo de indio.

—Nutall tendrá que callarse la boca, aún cuando sólo sea en beneficio propio. Existen penas muy poco agradables para el encubridor y el cómplice de los esclavos que huyen. Son penas peores que el ser marcado en la frente. Pero... — calló y frunció el ceño. —¿Sábe algo el coronel? — preguntó.

—Sospecha. Precisamente para hacerme confesar me ha atormentado. Si no hablo me dejará morir aquí.

—¡Mal haya el menguado! — gritó el señor Blood. — Sin embargo será necesario arreglárselas de algún modo. No podemos irnos sin usted y no puede usted quedarse por que es usted el único que tiene habilidades de navegante.

—¡Pero no podremos irnos, Peter! — replicó el esclavo.

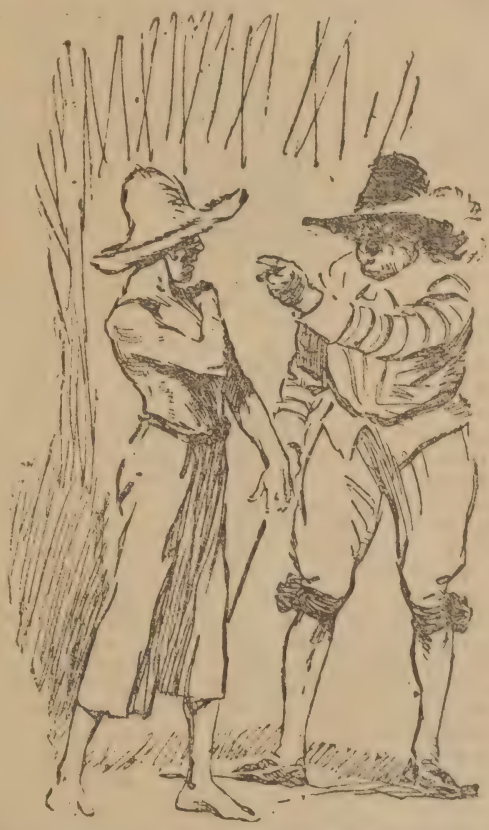
—No seas tonto, — replicó el señor Blood. —¡No, niños! ¡Con todo preparado, hasta las armas ocultas en lugar seguro en el muelle, con los aparatos de navegación prontos, las provisiones hechas y todo lo demás que se requiere!...

—¿Pero no comprende que no tenemos nave en qué irnos? Los magistrados han ordenado que la nuestra sea confiscada, a menos que Nutall explique satisfactoriamente cómo es que la compró?

El señor Blood permaneció inmóvil un momento, como si recién entonces comprendiera el sentido exacto de las palabras del esclavo y la verdad acababa de presentarse a su cerebro. Se dió cuenta de que había trabajado combinando planes y corrido peligros sin cuento durante meses enteros, para fracasar precisamente la víspera del día en que el buen éxito parecía seguro. La dificultad mayor había constituído el dinero necesario para la compra de la nave para la fuga. Varios amigos que tenían en Inglaterra habían acudido en su ayuda. Habían enviado mercancías de Inglaterra consignadas a un amigo que el señor Blood tenía en Bridgetown; este amigo había vendido las mercancías y guardado los fondos para el señor Blood.

Volvió la cabeza, mirando hacia el mar, contemplando las aguas sobre las cuales había soñado poder navegar de nuevo y libre por fin.

Lenta y majestuosamente, la gran fragata roja entraba en la bahía. Un par de chalupas se apartaba del muelle y salía a su encuentro. Desde donde se hallaba, el señor Blood podía ver brillar el bronce de los cañoncitos montados a proa.



"¡Responde, canalla! ¿Qué clase de tratos tienen ustedes dos?"

De pronto, algo se interpus en su línea visual. Una voz furiosa exclamó:

—¿Qué demonios está haciendo aquí?

El cornel Bishop, de regreso, entraba a la empalizada, seguido de sus negros.

—Los deberes de mi oficio, — respondió sonriendo el señor Blood, con la blandura de un chino.

Antes de haberse convertido en soldado de fortuna, y tras de cinco o seis años de vida errante, el señor Peter Blood había sido médico y cirujano. Había sido esta condición lo que lo había puesto en el lugar en que entonces se hallaba.

Morton Grant

Al ponerse el sol, doscientos cincuenta españoles eran dueños de la ciudad.

Establecido en la ciudad de Bridgewater, cuanto las armas del rebelde duque de Monmouth marcharon hacia ella, había sido llamado para atender a un caballero del séquito personal de monseñor el duque, que estaba herido. Por pura humanidad profesional había acudido al llamamiento, y por motivos de profesión y humanidad había permanecido en el ejército, para atender a otros heridos. Fué tomado prisonero, después de la batalla de Sedgmoor. Explicó el por qué de su presencia allí, pero nadie quiso creerle.

—¿Por qué había yo de seguir al campeón de la fe protestante, siendo, como soy, de familia y educación papista? — preguntó a lord Jeffreys, cuando compareció ante este siniestro juez, acusado de traición al rey. Pero se le había impuesto silencio, cosa poco fácil esta, y finalmente sentenciado a muerte. Esta sentencia fué luego conmutada por la de transporte, pues en las plantaciones de las colonias inglesas se precisaban esclavos, y los condenados eran más baratos que los negros.

El señor Blood juró que había prestado sus servicios por impulso profesional y humanitario; no se le habría podido inducir a prestarlos de nuevo profesionalmente en las Barbadas, de no haber descubierto que haciéndolo así, podía haber mitigado dolores que, en otra forma, habrían sido insoportables. Sus servicios habían sido cedidos, de vez en cuando, por su amo, el coronel Bishop, a otros colonos, y en esta forma había llegado a trabar amistad con el mercader de Bridgetown, que le había reservado el dinero producto de las mercancéas enviadas por sus amigos.

El furioso coronel, avanzando a grandes pasos, observó de una sola mirada dos cosas: una de ellas, la vacía cantimplora, en el suelo, junto al prisionero, y segunda, la hoja de palmera que le protegía las espaldas.

Las venas de su frente se hincharon como dos cuerdas.

—¿Ha hecho esto usted?

—¡Sí!

El señor Blood parecía haberse sorprendido de la pregunta.

—He dicho que no ha de comer ni beber hasta que yo lo ordenara así.

—Pues yo no le oí a usted decir eso, — respondió Blood.

—¡Qué no me ha oído! — adquirió el rostro del coronel una expresión como si fuera a castigar al médico. — ¿Cómo demonios iba a oirlo si no se hallaba aquí?

—Entonces, ¿cómo quiere que yo sepa las órdenes que dió usted? Todo lo que sé es que uno de sus esclavos estaba siendo poco menos que asesinado por el calor del sol y

las moscas. Y yo me dije: este es uno de los esclavos del coronel y yo soy el médico; y naturalmente, es mi deber cuidar de lo que es propiedad de el coronel. Por eso le dí agua y le cubrí las espaldas para protegerle contra las moscas. ¿No he procedido bien?

—¡Bien! — el coronel estaba rojo de cólera, casi sin poder hablar.

—¡Calma! ¡Calma! — recomendó el señor Blood. — ¡Puede usted ser víctima de una apoplegía si se acalora de esa manera! No le vendría del todo mal una sangría, coronel.

El coronel lo apartó de su lado con iracundo ademán, se acercó al prisionero y arrancó de la espalda de éste, violentamente, la hoja de palmera.

—¡En nombre de la humanidad!... — comenzó a decir el señor Blood.

—¡Fuera de aquí! — gritó el coronel, en el colmo del furor. — ¡Y no se presente aquí hasta que lo llame, si no quiere que se le sirva el mismo plato!

Estaba verdaderamente furibundo. Pero el señor Blood no vaciló ni un segundo. En ocasiones anteriores el coronel había comprobado que el señor Blood era un hombre difícil de manejar. Lo recordó entonces ante la serena mirada de aquellos ojos azul pálido, que tenían tan extraña apariencia en su curtido rostro; como dos zafiros engarzados en cobre.

Se juró que pondría fin a la audacia de aquel desvergonzado. Mientras tanto, el señor Blood hablaba con perfecta calma.

—¡En nombre de la humanidad, — decía, — me permitirá hacer lo que me sea posible para aliviar sus sufrimientos o le juro que renunciaré de inmediato a mi puesto de médico. ¡Qué me lleve el diablo si atiendo un solo enfermo más en esta infecta isla. Me permito recordarle que su esposa está en este mismo momento enferma de una fiebre grave.

—¡Por los cuernos de Satanás! ¿Se atreve a imponerme condiciones?

—Ya lo ha visto.

La serena mirada de los ojos azules chocó contra la furibunda del coronel, cuyos ojos se hallaban inyectados en sangre, con el blanco amarillento. Durante un momento, el coronel Bishop contempló al señor Blood en silencio.

—He sido demasiado suave con usted, — dijo al fin. — Pero eso habrá de corregirse, — añadió, apretando los labios. — Lo he de castigar con el látigo hasta que no quede ni un solo dedo de piel en su espalda.

—¿Lo hará? ¿Y qué será de su esposa?

—No es usted el único médico que hay en la isla.

El señor Blood lanzó una carcajada.

—¿Y se atreverá a decir eso al gobernador Creed, que está tan enfermo de gota que no puede tenerse en pie? Sabe usted muy bien que el gobernador no toleraría más médico que yo, siendo, como es, hombre inteligente, que sabe lo que le conviene.

Pero la pasión brutal del coronel, despierta por completo, no era cosa fácil de dominar.

—Si aún está vivo cuando mis negros acaben con usted, probablemente ya habrá recobrado, para entonces, la razón. — Hizo una seña a sus dos negros. — Atenlo y dénle cien azotes de manera que...

El resto de su orden no se oyó. En aquel momento un ruido terrible, como un trueno de espantosa tempestad, ahogó su voz, estremeciendo el aire.

El coronel Bishop dió un salto, y sus negros también saltaron, así como el señor Blood, por no ser menos. Los cuatro hombres se volvieron y miraron hacia el mar.

A lo lejos, en la bahía, se veía que la nave grande se hallaba a un cable de distancia del fuerte. Estaba envuelta en una nube de humo.

De los picachos y peñascos cercanos, cientos de aves marinas asustadas, volaron hacia el mar, lanzando gritos de terror.

Mirando estupefactos, desde la altura en que se hallaban, los cuatro hombres, que aún no alcanzaban a comprender lo que había pasado, observaron que la nave arriaba el pabellón inglés y un momento después enarbolaba orgullosa la enseña de Castilla. Entonces comprendieron.

—¡Piratas! — gritó el coronel. — ¡Piratas!

El miedo y la incredulidad se mezclaban en el tono de su voz. Los dos negros lo miraban, sin saber qué hacer.

La nave que se había acercado a la bahía sin ser molestada en lo más mínimo debido a su engañadora bandera, era un corsario español que venía a devolver parte de las visitas hechas a las colonias españolas por los Hermanos del Mar, de la clase de Morgan y sus sucesores.

No había despertado la nave ni la más mínima sospecha, así que pudo saludar al fuerte con una andanada de veinte cañones.

Mientras miraban, observaron cómo la nave continuaba avanzando entre la densa nube de humo. Había desplegado su vela mayor para maniobrar más fácilmente, virar en redondo y descargar sobre el fuerte los cañones de su banda de babor.

Con la segunda andanada, el coronel Bishop despertó de su estupor, recordando que su deber lo llamaba.

En la ciudad, abajo, los tambores redoblaban. Una corneta llamaba insistentemente, como si el peligro requiriera más aviso que el estampido de los cañones.

Como jefe de la milicia colonial, el puesto del cornel Bishop se hallaba a la cabeza de las escasas tropas, y en el fuerte que los españoles estaban convirtiendo en polvo con sus balas. Recordando esto, el coronel se lanzó a toda carrera, a despecho del calor; sus negros le siguieron de cerca.

—Bueno, — dijo el señor Blood. — Eso es lo que yo llamo una interrupción a tiempo. Por más que lo que va a salir de todo esto, — añadió, pensativo, — sólo lo sabe Satanás.

Levantó la hoja de palmera del suelo y la puso de nuevo sobre la espalda de su compañero de esclavitud. Al oirse una tercera andanada el sobrestante, Kent, apareció en la empalizada, seguido de unas dos

docenas de peones de la plantación, algunos de los cuales eran blancos. Todos ellos se hallaban presa del pánico. Kent se metió con ellos en la pequeña casa blanca, como una tromba. Cuando salió, seguido de sus hombres, todos se hallaban armados de mosquetes, picas y espadas.

Un pequeño grupo de revolucionarios condenados a la esclavitud, se habían reunido.

Kent, al pasar los vió.

—¡A los bosques! — ordenó. — ¡A los bosques! ¡Quédense allá quietos hasta que hayamos vencido!

Dicho eso corrió detrás de sus hombres, a la cabeza de los cuales iba a unirse con las fuerzas regulares y los voluntarios de la villa que, en las calles adyacentes al puerto, disponíanse a oponerse al desembarco de los corsarios españoles.

Los esclavos hubieran seguido de buena gana el consejo del sobrestante Kent, de no haberlos detenido el señor Peter Blood.

—¡Vamos! — exclamó. — ¿Por qué tanta prisa, y con tanto sol? — No hay que ir a los bosques tan pronto. Ya habrá tiempo de hacerlo después.

Acompañados por otros esclavos que se les habían unido, todos ellos condenados por rebeldes en Inglaterra a aquella vida miserable, la mayoría de ellos cómplices en los trabajos de Pitt y de Blood para escapar de la isla, permanecieron en la cumbre contemplando la lucha que se libraba abajo.

El desembarco de los corsarios era contenido por la milicia regular y por cuanto ciudadano en estado de armas tomar contaba la villa. Pero habían sido tomados de sorpresa; el fuerte, había sido reducido a silencio antes de haber podido entrar en acción. El desembarco de las tropas corsarias era protegido por los cañones de la fragata española, en cuyas chalupas se efectuaba, así como en las que habían acudido a recibirla, antes de que revelara su identidad.

A la caída del sol, doscientos cincuenta corsarios españoles eran dueños de la ciudad; y en la casa de gobierno el gobernador Creed, acompañado por el coronel Bishop y algunos oficiales inferiores, era informado, cortésmente, por don Diego Valdez, de la suma requerida en rescate. Por cien mil doblones de a ocho y cincuenta cabezas de ganado, don Diego renunciaría a reducir la ciudad a cenizas.

Mientras el corsario arreglaba detalles con el apoplético gobernador británico, los españoles lo arrasaban todo empleando cuanta forma conocida de violencia hay, regalándose y festejando el triunfo con la alegría de los de su clase.

Cuando cayó la noche no quedaban más de cinco hombres de guardia a bordo del "Cinco Llagas", como se llamaba la fragata; tan confiados estaban los españoles de la completa derrota de los isleños.

Mientras sus compañeros festejaban el triunfo en tierra, el artillero y sus ayudantes que habían cumplido con su deber asegurando a su capitán una fácil victoria, festejaban y bebían en el entrepuente de los mañones, los vinos y la carne que el hijo y lugarteniente de don Diego había llevado de tierra, uniéndose a ellos.

Arriba, dos centinelas, tan sólo, hacían la guardia a babor y a estribor. Indiferente debe haber sido su observación, que no alcanzaron a ver dos chalupas que, al amparo de las sombras, habían salido del muelle, con remos engrasados, hasta detenerse debajo mismo del castillo de la fragata.

Del lado de babor aún pendía la escala de cuerda por la cual don Diego había descendido al bote que lo condujo a tierra. El centinela de babor, llegado a la galería en su recorrida, se halló con una forma humana que se encontraba frente a él, sobre la escalera.

—¿Quién va? — preguntó.

—Soy yo, — respondió el señor Peter Blood, en español. Una larga estadía en los Países Bajos había permitido al señor Blood aprender esta lengua.

El español se acercó.

—¿Eres tú, Pedro? — preguntó.

—Pedro soy, — respondió el otro. — pero dudo ser el Pedro que tú piensas.

—¿Cómo?

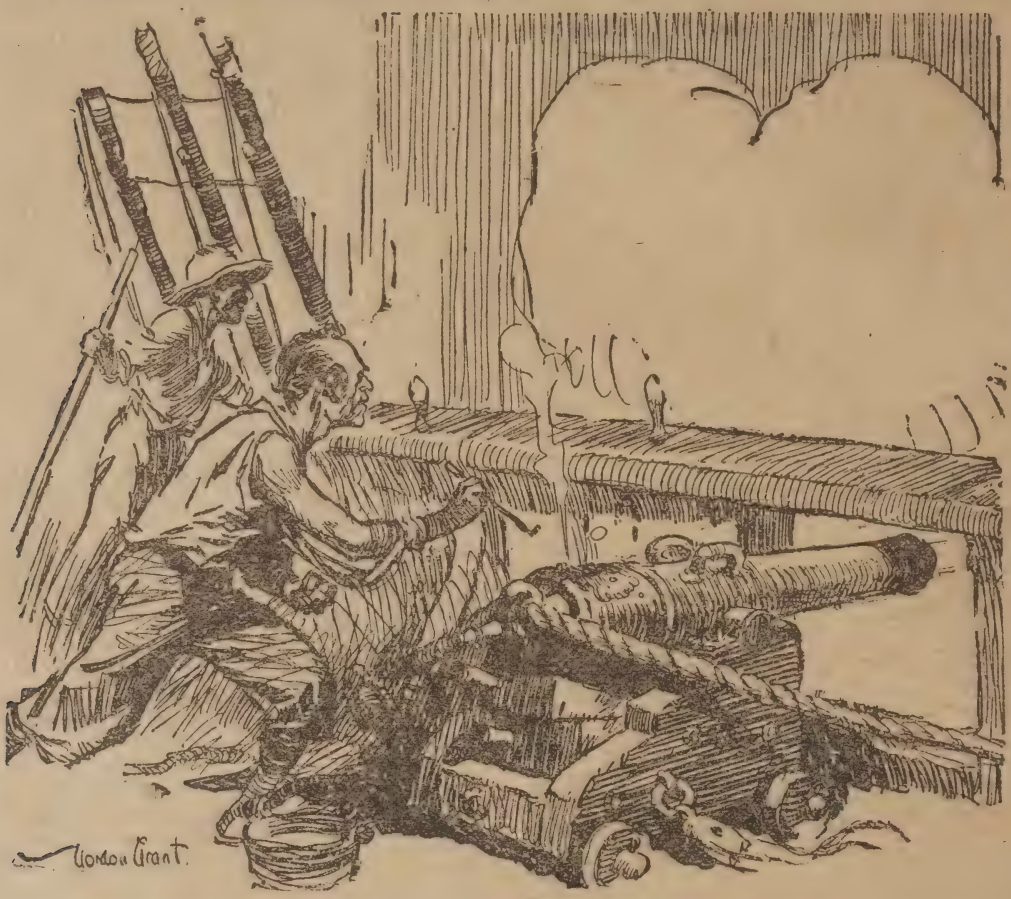
—Así.

La borda de madera era baja; el español no sospechaba; el señor Blood era forzudo. Salvo por el rumor que produjo la caída del español en el agua, rozando casi uno de los botes llenos de esclavos, no hizo el menor ruido. Armado como estaba con casco, coraza y tizona, se hundió para no volver a molestar.

—¡Chist! — hizo el señor Blood a sus compañeros que esperaban. — ¡Suban ahora, pero sin ruido!

En cinco minutos, los esclavos se hallaban a bordo; eran treinta; se esparcieron agachados, por el entrepuente. Brillaron luces. Bajo un farol, vieron al otro centinela pasearse perezosamente por el castillo de proa. Agachados, deslizáronse en silencio como sombras, hacia la escalera. Unos veinte estaban armados de mosquetes tomados de la casa del gobernador, o de la reserva secreta preparada por el señor Blood, en previsión del día de la fuga. El resto se hallaba equipado con hachas, espadones y machetes.

En el entrepuente de la nave permanecieron un tiempo alerta, hasta que el señor Blood se hubo asegurado de que no aparecía en el puente más centinela que el que vigilaba la proa. Por lo tanto, la atención de los esclavos debía ser concentrada primeramente en él, y fué el señor Blood mismo quien avanzó cautelosamente, acompañado de dos de sus hombres, dejando al resto a cargo de un tipo valeroso y resuelto, que respondía al nombre de Ogle. Cuando regresaron los tres, no había centinela alguno en el puente del corsario español.



Mientras tanto, los comensales del banquete qué se celebraba en el interior de la nave, continuaban alegremente su festival, convencidos de hallarse en completa seguridad. Aún mismo cuando su retiro fué repentinamente invadio, hallándose ellos rodeados de unos treinta hombres, peludos, medio desnudos, que aparentemente habían sido una vez blancos, pero que tenían todo el aspecto de salvajes, los corsarios no podían creer a sus propios ojos. ¿Quién hubiera podido creer que una treintena de olvidados esclavos de las plantaciones podrían atreverse a tal cosa?

Los medio borrachos españoles dejaron de reir; cesaron los alegres cánticos. Miraron fijamente, estupefactos, a los mosquetes que les apuntaban. Luego, de entre los asaltantes, apareció un tipo alto, esbelto, de rostro curtido y ojos azules, ojos en los que brillaba una luz de travesura, que les dirigió la palabra en excelente español.

—Se ahorrarán dolores de cabeza y peligros considerándose mis prisoneros y sometiéndose a ser llevados a la cala, donde no podrán estorbar.

—¡Por la santa Virgen! — exclamó el joven Esteban Valdez.

Después, los esclavos se regalaron con los manjares y vinos en cuyo consumo los españoles habían sido interrumpidos. El gustar de una buena comida, después de muchos meses de alimentación a base de bacalao y pan de harina de maíz, era ya un verdadero banquete para aquellos desgraciados.

Tuvo el señor Blood que usar de toda su firmeza para evitar que sus hombres se excedieran. Antes de disfrutar por entero de la victoria, era necsario adoptar las disposiciones necesarias para lo que había de seguir a la toma de la fragata. En tomar aquellas disposiciones se empleó gran parte de la noche.

Poco después de haber asomado el sol su faz sonriente por sobre el hombro del monte Hillbay, uno de los centinelas, que se paseaba por el puente, vestido ya con el casco y la coraza de un corsario español, llevando al hombro un mosquete de los hallados en la armería de a bordo, anunció la aproximación de un bote. Era don Diego Valdez, que regresaba a bordo, portador de cuatro grandes cofres de tesoro, que contenían el rescate que le fué entregado al amanecer por el gobernador Creed. Seis hombres que remaban, le acompañaban en la chalupa.

En la fragata, todo estaba en orden y en calma. Se hallaba exactamente en la misma posición que antes, con el lado de estribor hacia tierra. La escala principal

Precisamente en medio de ellos dió otro tiro que destruyó de manera horrible el segundo bote.

caía por el de babor. Hacia ella se dirigió el bote que llevaba a su bordo a don Diego y al tesoro. El señor Blood había tomado sus disposiciones con gran rapidez. Los garfios se hallaban prontos y el cabrestante atendido por los hombres necesarios.

Don Diego saltó al puente solo, sin sospechar nada, y fué desmayado por un golpe dado en la cabeza con la culata de una pistola, enarbolada por un gigante llamado Wolverstone. Fué conducido, en brazos de dos de los convictos, a su camarote, mientras los cofres que contenían el tesoro eran rápidamente izados a bordo con la ayuda de los hombres que habían quedado en el bote. Luego, los seis españoles pasaron a bordo uno a uno, y recibieron la misma bienvenida que su capitán. El señor Blood era un genio, según puso de manifiesto, para estas cosas. Hasta sospecho que tenía cierta afición a lo dramático.

Porque dramático, y no otra cosa, fué el espectáculo que se le presentó a los sobrevivientes del asalto español que se hallaban en tierra, con el coronel Bishop a la cabeza y el gobernador Creed, apoplético y gotoso, sentado sobre los restos de una pared y a su lado, mientras observaban la partida de ocho chalupas que llevaban a los españoles.

Observaban la partida aliviados al verlos retirarse, y doloridos por la paliza recibida y la fortuna que les había sido arrancada, lo que, temporalmente al menos, había interrumpido la felicidad de la pequeña colonia inglesa.

Los botes se apartaron de los muelles, llenos de corsarios que reían y cantaban; pero no habían llegado a la mitad del camino entre la nave y la costa, cuando estremeció el aire el estampido de un tiro de cañón. Una bala cayó a menos de veinte yardas del primer bote, lanzando una lluvia de agua sobre sus ocupantes.

Detuviéronse los remeros, maldiciendo de todo corazón el descuido de su artillero, que había estado a punto de darles en pleno bote. Pero antes de que hubieran podido maldecir lo bastante, un nuevo disparo se dejó oir y esta vez un tiro mejor dirigido, dió en pleno bote, al que convirtió en millones de astillas, lanzando a sus ocupantes, algunos muertos, otros vivos, al agua.

Pero si silenció a los ocupantes del primer bote esta segunda bala, dió voz, y vehemente por cierto, apasionada, encolerizada y temerosa, a los de los otros siete botes. En todos ellos, los corsarios soltaron los remos y gritaron desaforadamente.

Otra bala cayó entre ellos, destrozando un segundo bote con desconcertante precisión. Un momento de silencio siguió; silencio de muerte, angustioso. Luego, como a una voz de mando, gritos, chillidos, aullidos y maldiciones volvieron a dejarse oir, seguidos del rumor de los remos al caer al agua y batirla furiosamente, en un desesperado intento de ponerse al abrigo de tan buen puntería. Algunos se pusieron de parte de aquellos que indicaban la conveniencia de regresar velozmente a tierra, y otros de la de los que decían que era mejor volar hacia la nave y ver qué pasaba en ella.

Que algo pasaba en la fragata, no había la menor duda. Particularmente, en vista de que, mientras ellos discutían y movíanse de un lado para otro sin saber qué hacer, gesticulando y maldiciendo, otra nueva bala cayó sobre ellos, para dar cuenta de un tercer bote.

Después de aquella definitiva demostración, las opiniones de los tripulantes de las cinco chalupas restantes ya no estuvieron divididas. Se lanzaron a remar a tierra con toda velocidad, pero antes de que lo hubieran podido hacer en forma apreciable, tres nuevos disparos dieron cuenta de dos botes más, mientras los tres que quedaban procuraban ganar tierra sin prestar la más mínima atención a aquellos de sus compañeros corsarios que se debatían en el agua.

Pero si los españoles no podían comprender lo que allí pasaba, los isleños menos aún podían entenderlo. Por lo menos, no hasta que la orgulloso bandera española desapareció del tope del palo mayor, apareciendo en su lugar, un momento después, la de Inglaterra. Y aún después, la sórpresa de los isleños no aminoró, por cierto; pues que temían que los enfurecidos españoles que se dirigían a tierra saciaran en ellos los deseos de ven-

ganza que el suceso, sin duda, debía haber despertado entre los corsarios.

Pero el resuelto Ogle, sin embargo, continuó dando pruebas de que sus conocimientos de artillería no eran rudimentarios ni de ayer. Detrás de los españoles que huían partían sus balas, y el último de los botes corsarios voló hecho trizas en el mismo momento que tocaba al murallón del muelle. Ese fué el fin de la triplación corsaria que, solamente diez minutos antes, se dirigía a su nave, alegre y confiada, riendo y cantando, contando "in mente" los doblones de a ocho que habrían de tocarle en tan venturosa acción de guerra. Pero los corsarios que consiguieron llegar a tierra tuvieron más que motivo para arrepentirse de ello. Sin embago, hago gracia a mis lectores, de detalles poco agradables y nauseabundos.

El misterio del socorro que les había llegado a último momento para invertir los papeles en perjuicio de los españoles, y conservar en la isla el enorme rescate que les había sido arrancado, era algo que aún había que averiguar. Que la fragata se hallaba ahora en manos amigas y británicas, no se podía dudar; y la única posible conclusión que de ellos se podía sacar, se hallaba muy cerca de la verdad. Un grupo de isleños debía haberla asaltado por la noche, apoderándose de ella. Lo que quedaba por hacer era descubrir la identidad precisa de esos salvadores y hacerles los honores que se merecían. A cumplir con esto, ya que no podía hacerlo el mismo gobernador por impedírselo su condición física, fué el coronel Bishop, acompañado de dos oficiales.

Saltando de la escala de cuerda al puente de la fragata, los ojos del coronel Bishop brillaron al fijarse en los cuatro cofres que contenían el tesoro arrancado a los isleños. Colocados a ambos lados de los cofres se hallaba una docena de hombres de aspecto marcial, en dos filas, defendidos pechos y espaldas por corazas de pulido metal, y la cabeza cubierta por cascos de metal también, que les ocultaban los rostros. A sus lados, los mosquetes.

No es posible esperar que el plantador reconociera, a la primera mirada, en aquellos soldados de marcial apostura, los barbudos, sucios y casi desnudos esclavos de sus plantaciones. Y menos aun puede eperarse que reconociera al gallardo caballero que avanzó a recibirlo, alto, esbelto, lujosamente vestido a la usanza española, todo de negro con encajes de seda y plata pendiendo a la izquierda de su cuerpo una espada de empuñadura de oro y un tahalí bordado de hilos del mismo metal, su cabeza cubierta de un castor negro, de anchas alas, adornado por enorme pluma blanca.

—Bienvenido sea a bordo del "Cinco Llagas", mi querido coronel. — oyó decir el plantador al elegante caballero, en voz que le pareció vagamente familiar y un tanto burlona. — Hemos puesto en servicio lo mejor que hemos hallado en el guardarropa del español, a fin de hacerle el honor que merece al recibir su visita. Si bien confieso que era al excelentísimo gobernador a quien esperaba yo.

—¡Peter Blood! — aulló el coronel Bishop. Luego, comprendiendo, la alegría siguió a su estupefacción. — ¡Por todos los santos del Paraíso! — chilló. — ¡Mis convictos! ¡Y fué con ellos con los que se apoderó de la nave y volvió los papales en contra de los españoles! ¡Esto es un acto heroico!

—Heroico, ¿eh? — respondió el señor Blood, tranquilamente. — Epico, diría yo. — Y agregó fervorosamente: — ¡Bendito sea mi genio!

El coronel se dejó caer sobre uno de los cofres, se quitó el chapeo y secóse el sudor de que estaba su frente bañada.

—¡Me sorprende usted! — murmuró. — ¡Me sorprende! ¡Nunca lo hubiera creído! ¡Haber recobrado el tesoro y habernos capturado esta hermosa nave con todo lo que contiene! Será para reparar en algo las pérdidas que hemos sufrido. ¡Dios me valga, Blood, se merece mucho por esto; todos ustedes merecen mucho. ¡Por San Jorge que han de hallarme generoso. Su Excelencia escribirá al gobierno dando cuenta de la hazaña de ustedes, y es posible que parte de las condenas en la isla os sea perdonada.

—Eso mismo estoy pensando yo, — respondió el señor Blood en tono que hizo al coronel levantar la vista rápidamente. Entre los convictos, alguno tuvo la audacia de reir. — Y, mientras tanto, hay un pequeño asuntillo de unos azotes que se deben. Es usted hombre de palabra en tales asuntos, coronel, y dijo, si no me equivoco, que no dejaría un trozo de piel en mi espalda.

El plantador se puso de pie rápidamente, para interrumpir. Aquella sugestión, parecía, casi lo ofendió.

—¡Bah! ¿Después de lo que ha hecho usted cree que puedo pensar en tales majaderías? ¡Ya no hay nada parecido a eso para usted, mi amigo!

—Sin embargo no puedo menos que pensar que ha sido suerte grande para mí que los españoles hayan llegado ayer en lugar de hoy, ó yo me hallaría en este momento en la misma situación que el pobre Jerry Pitt. Y de haber sido así, ¿dónde habría estado el genio que habría de volver los papeles en contra de los españoles?

—¿Para qué hablar de eso?

—Ha hecho usted muchas canalladas y cometido grandes crueldades en su tiempo, coronel, y quiero que esto le sirva de lección. Será una lección que recordará usted largo tiempo. Allí está Jerry Pitt, en su camarote, con alta fiebre y con la espalda de todos los colores del arco iris. Y de no haber sido por los españoles, tal vez se hallara muerto a estas horas. Eso solo es bastante. Pero cuando pienso que se preparaba usted para hacer lo mismo conmigo, me pregunto si he de dejar que regrese usted a tierra.

—¿Qué demonios quiere usted decir? — exclamó el coronel.

Al fin se había alarmado el plantador y, a pesar de que su tono era fanfarrón, su rostro se hallaba blanco como la nieve.

—Sea como sea, — continuó el señor Blood, — creo que lo conservaré como rehén pendiente de la conducta que observe el go-

"Usted me asombra, — dijo. — ¡Por mi alma, me asombra usted!

bernador Creed hasta que levemos el ancla y nos hagamos a la mar.

—¡Hasta que!... — El horror quitó al coronel la voz necesaria para completar la frase.

—Así es, — respondió Blood. Y se volvió a los dos oficiales que acompañaban al coronel. El bote espera, caballeros. Ya han oído lo que he dicho. Repítanlo, con mis respetos, al señor gobernador.

—Pero, señor...

—Si les parece, caballeros, mi nombre es Peter Blood, elegido capitán de esta fragata, la "Cinco Llagas" que ho tomado como presa de guerra de don Diego Valdez, quien es mi prisionero a bordo. Hemos vuelto los papeles en alguien más que los españoles. Ahora comprenderán ustedes. Ahí es; la escala. La hallarán más conveniente que el ser lanzados por la borda, que es lo que sucederá si se quedan ustedes.

Y tomaron la escala, con gran prisa a despecho de todos los aullidos del coronel Bishop, cuya rabia monstruosa se ocultaba detrás del terror que le producía el hallar

se a merced de aquellos hombres de los cuales tan cruelmente había abusado.

Entre ellos se hallaban unos cinco o seis que poseían bastante conocimientos de navegación, siendo, como eran, hijos del condado de Devon. Estos, ayudados por otros que se limitaban a cumplir órdenes, comenzaron a hacerse cargo de la maniobra. Se levó el ancla y se izó la vela mayor que, inflada por una buena brisa, les permitió poner proa al mar abierto, sin ser molestados para nada por el fuerte o los que de este quedaba. Al aproximarse la nave al cabo que cae al este de la isla, el señor Blood se volvió al plantador, quien, bajo guardia, y aterrorizado por añadidura, se hallaba sentado, con la cabeza entre las manos, sobre uno de los cofres del tesoro, que tanto había soñado llevar a tierra con él.

—¿Sabe usted nadar, coronel?

El coronel levantó la vista, abatido y fiero a la vez, pero sin responder.

—Como médico vuestro, — continuó Blood, le prescribo un baño para disminuir el calor de su bilis. Y como el coronel no respondiera; — es una suerte para usted que yo sea sanguinario. Crea usted que me ha costado un trabajo de mil demonios evitar que estos muchachos míos lo colgaran del palo mayor. Dudo de que valga ustel el trabajo que me ha costado, pero le daré la oportunidad de que lo pruebe nadando. Estamos a un cuarto de milla del cabo, y, con un poco de suerte, podrá alcanzarlo. ¡Vamos! ¡Venga usted, no vacile, o sólo el diablo sabe lo que va a ser de usted!

El coronel se levantó, sacudiendo sus hombros. Un déspota para el cual la misericordia era desconocida, que no había conocido nunca freno en sus arrebatos, se veía ahora obligado a sofrenarse, en el momento mismo en que sus sentimientos habían llegado al grado sumo de su violencia.

El señor Blood dió una órden. Una tabla larga fué sacada fuera de la borda, a la que se sujetó.

—Si le place, — rijo el señor Blood, con una invitante cortesía.

De haber podido matar una mirada, seguramente que el señor Blood habría quedado fulminado allí mismo. El coronel quitóse los zapatos y saltó a la tabla. Durante un momento permaneció allí, contemplando en silencio las aguas que corrían, silenciosas, a unos veinticinco pies debajo.

—Solo un paseíto, mi querido coronel, — dijo una voz cortés, burlona, detrás de él.

Miró hacia atrás el coronel, viendo las defensas de la nave llenas de rostros que el día anterior hubieran palidecido bajo su mirada, y que entonces se hallaban iluminadas por traviesa sonrisa.

Lanzó un juramento, y avanzó por la tabla. Tres pasos dió; perdió pié el cuarto y cayó al agua.

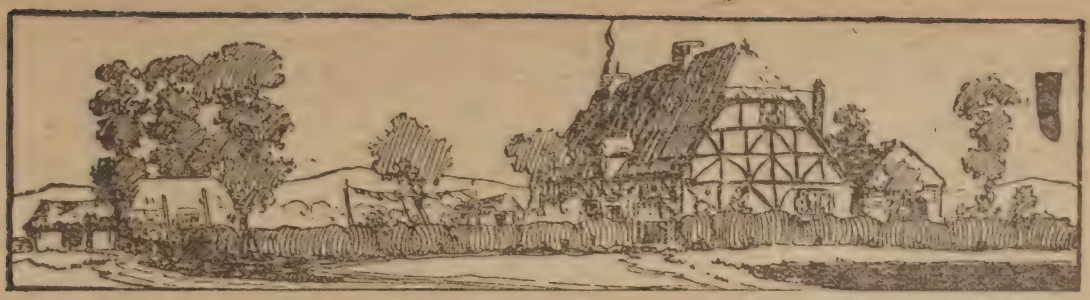
Cuando salió a la superficie en busca de aire, la fragata se hallaba ya a algunos metros, navegando a sotavento. Pero el rugido de satisfacción y de burla, que lanzaron sus ex convictos lo alcanzó, para enterrar el hierro aún más en la herida.

La segunda de estas narraciones, titulada "Don Diego Valdez", constituirá uno de los tantos atractivos del número 140 de "Pucky", que aparecerá el viernes 4 de Junio de 1926.

Lea en el número 142 de "Pucky"

"EL GRAN JEFE BLANCO"

La novela del autor de "Margarita del Bosque" que el público a pedido.



EN EL CAMPO DEL HONOR

UN DUELO TERRIBLE

Por CAMI

(Traducción del francés)

Basta ver que se trata de una producción de Cami para que el lector se sonría antes de comenzar su lectura. Ya ha publicado "Pucky" muchos artículos de este notable autor con el que sucede que cada nuevo relato parece más gracioso aún que los anteriores, tan inagotable es su original humorismo.

CUADRO PRIMERO

HACIA EL CAMPO

La escena representa un camino

EL SEÑOR GORDO

Este camino nos conduce directamente al lugar escogido para el duelo.

TESTIGO PRIMERO

Su adversario ha impuesto duras condiciones: el encuentro a un metro diez. No debo ocultarle que tiene usted grandes probabilidades...

EL SEÑOR GORDO

(Lleno de esperanza). — ¿Usted cree?

TESTIGO PRIMERO

(Continuando). — ...Grandes probabilidades de abandonr precipitdmente este valle de lágrimas. Su exagerada gordura le impide toda ocultación del pecho y del vientre. En el duelo todo estriba en poder comprimirse.

TESTIGO SEGUNDO

(Apretando con emoción la mano del señor gordo). — Temo que sea usted llamado hoy a más altos destinos. **(Señala al cielo con un ademán significativo.)**

EL SEÑOR GORDO

¡Es horrible! ¿Qué hacer? **(En este momento ve venir hacia ellos una máquina apisonadora que está arreglando el camino.)** ¡Espérenme un segundo! **(Se arroja bajo la apisonadora en marcha. La máquina le pasa por encima.)**

TESTIGOS PRIMERO Y SEGUNDO

(A un tiempo). — ¡Cielos!

EL SEÑOR GORDO

(Levantándose una vez que pasó la máquina). — Creo que he tenido una buena idea. **(Mirándose complacido en un espejo de bolsillo.)** He logrado comprimirme bastante.

TESTIGO PRIMERO

(Admirado). — ¡Magnífica inspiración! Está usted tan liso como una hoja de papel.

TESTIGO SEGUNDO

Su adversario no podrá alcanzarle. Sin embargo es un tirador consumado; el día que nació su hija, a doscientos metros, con un revólver de reglamento, le cortó el frenillo.

CUADRO SEGUNDO

EL DUELO

La escena representa un prado

TESTIGO PRIMERO

(En voz baja a los demás testigos). — Siendo excesivamente severas las condiciones de este lance, creo, señores, que para

evitar la muerte de un hombre sería prudente cambiar las balas por corchos.

LOS TESTIGOS

(A coro). — Sería prudente. (Cargan las pistolas con tapones.)

TESTIGO SEGUNDO

(A los adversarios). — ¿Desean ustedes que se les cierren los oídos para evitarles escuchar las detonaciones?

ADVERSARIO PRIMERO

Sí; me molesta el ruido.

ADVERSARIO SEGUNDO

A mí también: soy cardíaco. Toda conmoción me es perjudicial.

Los testigos pegan con obleas las orejas de los adversarios; éstos son colocados a un metro diez el uno del otro. El juez de campo da la señal. Los dos combatientes hacen fuego; gracias a su compresión extraordinaria, el señor Gordo no es alcanzado; su adversario cae con un corcho en el vientre.)

EL MEDICO

(Reconociendo al herido.) — El tapón ha profundizado bastante. Voy a intentar extraerlo. (A los testigos.) ¿Quién de ustedes me presta un sacacorchos? (Se le alarga uno. Como un mozo de café descorchando una botella de cerveza, el médico coloca al herido entre sus rodillas y tira con todas sus fuerzas del sacacorchos.) Mis esfuerzos son inútiles. (Abandona al duelista taponado y se sume en profunda meditación. Los testigos ensayan por turno, sin resultado, descorchar a la víctima del duelo. El médico, saliendo de su meditación.) Señores, traslademos al herido a la venta próxima. Tengo una idea.

CUADRO TERCERO

LA OPERACION

La escena representa el interior de un restaurante vecino.

EL MEDICO

(Al dueño del restaurante.) — Traiga tres botellas de champagne. (El dueño obedece. El médico hace beber al herido las tres botellas.) Ahora, señores, agarren al enfermo por los hombros y por las piernas y agítenlo con fuerza. (Los testigos lo hacen así. Impulsado por el gas del champagne, el tapón salta alegremente por el aire. El médico, a los testigos.) ¡Señores, la operación se ha realizado felizmente.

TELON

CAMI.

Señor Administrador de EL DIARIO

Av. DE MAYO 662 - Buenos Aires.

Adjunto 0.10 centavos en estampillas para que me remita un ejemplar del próximo jueves en que aparecerá la página de modas en colores y una página con la graciosa historieta de Barnigugli y su pingo Tragavientos.

Nombre y apellido . . . . . .

Domicilio . . . . . .

Ciudad o pueblo . . . . . .

Se aceptan suscripciones a la edición de los jueves a razón de 10 ctvs. por cada ejemplar.

F. C. . . . . .

UN MEDICO SOCIABLE

—Dicen que el doctor Tijereta se ha dedicado al espiritismo.
—Se le habrá ocurrido querer hablar con sus clientes.

Los ojos de la amistad rara vez engañan. — **Voltaire.**

* * * *

El premio de todas las virtudes está en ellas mismas. — **Séneca.**

Simplificar la vida es un gran arte. — **Demófilo.**

* * * *

El que no teme morir, nada teme. — **Elliot.**

¿Es Vd. cultor del football?

Compre

EL DIARIO

(Edición de los Jueves)

y tendrá una colección de fotografías en colores de todos los teams que tomarán parte en el campeonato de 1926.

Si quiere recibir un ejemplar de EL DIARIO a domicilio, remita el cupón que aparece en la página 18 de este ejemplar.

UNA PRIMICIA DE "PUCKY"

LOS VERDES OJOS DE BAST

Novela inédita en nuestro idioma, escrita en inglés por el famoso autor

SAX ROHMER

Traducida especialmente para "Pucky" del original adquirido en Londres

LAS PERSONAS DE TEMPERAMENTO NERVIOSO Y FACILES DE EMOCIONAR NO DEBEN LEER ESTA NOVELA DE NOCHE.

RESUMEN

de los capítulos de esta interesante novela publicados en números anteriores de "Pucky", para los nuevos lectores.

El cuerpo de sir Marcus Coverly ha sido hallado en un cajón que estaba a punto de ser cargado en el vapor "Oritoga", amarrado en los muelles de las Indias Occidentales en Londres. Esta fué la noticia que conmovió a toda la capital, un día de verano, hace algunos años.

JACK ADDISON, joven periodista, colaborador del diario "The Planet", se ocupa del asunto por encargo de la dirección de ese diario. A su amigo el

DETECTIVE INSPECTOR GATTON, del D. I. C. (Departamento de Investigación en lo Criminal) de Scotland Yard, que se hace cargo de la investigación del misterio de la muerte de Coverly, Addison tiene algo interesante que contarle. La noche anterior el policeman de guardia en la esquina de su casa, situada en los suburbios ha recibido un misterioso mensaje ordenándole que vaya a un garage situado junto a la llamada Casa Roja, espaciosa mansión situada muy cerca, y vea si no sucede nada. Addison ha acompañado al policeman al garage y allí ha visto un cajón grande con un gato de forma extraña pintado en uno de sus costados. Como estudia cosas de egiptología reconoce en seguida que aquel gato es una representación de Bast, la diosa gata. En los diques reconoce el mismo cajón que ha sido utilizado para meter en él al muerto. Un extraño suceso de que se da cuenta más tarde aquella misma noche, presta curioso significado al gato dibujado en el cajón. Mirándole desde un cerco de arbustos del fondo del jardín de su casa, Addison ve un par de ojos grandes, luminosos y verdes. A la mañana siguiente

COATES, el ayuda de cámara, chauffeur y jardinero de Addison encuentra en el jardín de la casa huellas de las pisadas de unos zapatitos con taco alto.

A consecuencia de la muerte de sir Marcus Coverly el título hereditario de "baronet" que poseía debe pasar a su sobrino

ERIC COVERLY, que está comprometido y próximo a casarse con una joven actriz de comedia que actúa en el New Avenue Theatre y se llama

ISOBEL MERLIN; a esta actriz profesa Addison un secreto amor. Ha estado a punto de solicitar su mano, pero mientras vacilaba indeciso, Eric Coverly se le adelantó.

En el cajón se encuentra una estatuita de la diosa gata. La figura es robada después por una mujer que mediante una argucia se mete en casa de Addison y al parecer escapa saltando por encima del cerco del jardín. Los ojos de aquella mujer brillan en la oscuridad como los de un gato.

MARIE, la mucama de la señorita Isobel Merlin aclara algo el misterio confesando que ha sido sobornada y que cuando sir Marcus se presentó en la puerta del escenario del teatro le dió un falso mensaje según el cual debía ir a la Casa Roja donde esperaría la llegada de la señorita Merlin, — a la que había perseguido con sus atenciones, — que iría a cenar con él.

La Casa Roja, según lo prueban las investigaciones que se hacen, está desocupada, pero el hall y la habitación donde se halla servida una cena para dos han sido lujosamente amueblados. En la repisa de la chimenea se ve un retrato grande de la señorita Merlin.

Se comprende que esa casa, elegida por su aislada situación ha sido alquilada por el asesino con el único propósito de hacer ir a sir Marcus al cuarto donde está servida la cena. La identidad del inquilino es un misterio. Ha tomado la casa tratando por teléfono; no ha dado referencias y no se las han exigido porque ha enviado un año de alquiler adelantado al pedir las llaves.

Todos los datos que se conocen indican que una mujer está complicada en el caso. El coche que llevó a sir Marcus a la Casa Roja fué encargado por teléfono y tanto en el caso de Marie la mucama como en el del coche ha sido una mujer la que ha hablado

Eric Coverly, que estaba en malas relaciones con el difunto baronet se muestra silencioso respecto a lo que ha hecho durante la noche del crimen y por esta razón es vigilado por la policía. Una noche le ven arrojar furtivamente una valija en el estanque del parque Saint James. Esa valija que la policía recoge, contiene las ropas harapientas de un vagabundo.

A pedido de Gátton, Addison va al parque de Friar a visitar a

LADY BURNHAM COVERLY con el propósito de averiguar en qué circunstancias su hijo

ROGER, halló la muerte, a consecuencia de la cual sir Marcus ha heredado el título de baronet. Se sabe que existía mala voluntad entre lady Burnham Coverly y sir Marcus a consecuencia de la prematura muerte del hijo de la señora.

En la Hostería de la Abadía situada en la antigua aldea de Upper Crossleys, Addison se entera de lo que le ha pasado a

EDWARD HINES un joven tenorio campesino, el cual ha tenido varias entrevistas con cierta "dama de Londres". Cuenta lo pasado el guardabosque del parque de Friar, quien cuenta que una noche, después de su tercera entrevista con la misteriosa "dama de Londres" Hines volvió con el rostro y el cuello lacerados por terribles y profundos arañazos. Parecida aventura ha tenido otro conquistador campesino, pero tanto el uno como el otro han callado la condición de su asaltante. Un detalle curioso es que la "dama de Londres" ha obsequiado a Hines con una estatuita de oro que representa "un gato raro".

Aquella noche Jack Addison, que se aloja en la Hostería de la Abadía, se despierta y oye que un hombre y una mujer conversan en voz baja protegidos por la sombra que proyecta un árbol situado al pie de la ventana. Addison mira hacia abajo y ve, fijos en él, dos ojos luminosos como los de un gato.

Por la mañana, Addison, va a visitar a lady Coverly, pero tropieza con el

DOCTOR DAMAR GREEFE, un euroasiático quien, en su calidad de médico consejero de lady Coverly le prohibe a Addison que vaya a visitarla. Al doctor Greefe le llaman en la localidad "el doctor negro" y se dice de él que hace "mal de ojo". Addison, en el salón de despacho de bebidas de la Hostería de los Trilladores se entera de que en el parque de Friar, residencia de lady Burnham Coverly, hay puestas trampas para cazar a los hombres que por allí pasen y que más de uno que ha cruzado el parque para ahorrar camino, ha sido saludado a tiros de escopeta cargada con perdigones.

Más tarde Addison es visitado en la Hostería de la Abadía por una mujer desconocida que le recuerda a la mujer de los luminosos y verdes ojos de gato. Le visita para manifestarle de parte de lady Coverly que tiene autorización para visitar la mansión del parque de Friar. La visitante se muestra muy nerviosa cuando se entera de que llega el doctor Greefe y se escapa. El doctor Greefe pregunta a Addison por "su sobrina', pero Addison responde con reticencias.

Addison se propone averiguar el misterio del amuleto que la "señora de Londres" ha regalado al tenorio campesino Edward Hines; logra entrevistarle y confirma su idea de que esa dama es la misma que le robó a él la estatuita de la diosa Bast, la misma que estuvo a verle en la hostería, la misma que habló bajo su ventana. Pero, ¿quién es?

Al regresar a al hostería por la noche. Addison está a punto de ser estrangulado por el nubio mudo, criado del doctor Damar Greefe.

(Lea usted ahora los interesantísimos capítulos de esta obra singular que se publican a continuación.)

CAPITULO XVIII

El secreto del parque de Friar

AL entrar en el salón de despacho de la hostería lo encontré vacío de clientes. Mártin estaba sentado detrás del mostrador entregado a la lectura de un diario que tenía desplegado delante de él. Subí a mi cuarto, me puse un par de bandas pantorrilleras, — que si son inútiles y molestas para usarlas a diario son excelentes cuando hay que cruzar por terrenos donde hay arbustos espinosos, — tomé mi bastón grueso y además revisé el revólver a ver si funcionaba bien. Por último metiéndome en el bolsillo la antorcha eléctrica, salí de mi cuarto.

El salón de despacho se cerraba en el momento en que yo bajé. Mártin me miró somnoliente.

—Voy a dar un paseo a la luz de la luna, — le dije. — ¿Se levantará alguno para abrir cuando yo llegue o prefiere usted darme la llave de la puerta chica?

—La puerta no se cierra nunca, — contestó lacónicamente. — Venga a la hora que quiera.

A un habitante de la ciudad semejante manifestación le hubiera parecido alarmante, pero, conociendo algo de los usos y costumbres de la gente del campo no me sorprendió mayormente. Por lo tanto dije: "Buenas noches" al hostelero y salí.

La falsa maniobra ejecutada por el doctor Damar Greefe había adelantado la investigación mucho más de cuanto hubiera podido adelantarla yo personalmente. Se notaba con claridad que el euroasiático consideraba poco agradable para su seguridad mi presencia en aquellos parajes. Al demostrar tan claramente que esa era su manera de pensar había demostrado también que se consideraba culpable de algo. Por lo demás me sentía convencido de que el doctor deseaba a toda costa, — aún cuando fuera matándome, — evitar que yo visitase el parque de Friar y su vieja mansión.

Habiéndole fracasado su indiscutible propósito de suprimirme por completo, — pues esas órdenes debía tener sin duda alguna el nubio mudo, — debía percatarse de que había descubierto su juego. Tenía que sentirse desesperado y me dí cuenta de que la única esperanza que podía yo tener si quera burlarle estaba en que yo procediera con grandísima rapidez.

La noche era hermosísima; ni una sola nube empañaba la azulada serenidad del cielo; pero a pesar de toda la belleza natural que me rodeaba yo sentía como antes la misma impresión de soledad y de desolación que parecía ser la característica de aquella región campesina. En la carretera no ví a transeunte alguno ni hallé señal alguna de vida hasta que, volviendo para internarme en un camino lateral por el cual me dirigí a aquel camino del valle donde estaba la abandonada casita del portero que pertenecía a la Casa de la Campana oí el grito de una lechuza entre las ramas de los árboles y casi encima de mi cabeza.

Muy alerta ante la posibilidad de que alguien observara lo que yo hacía, me detuve preguntándome si aquel grito de lechuza, — procedente de una rama baja y precisamente de arriba de donde yo estaba, — había sido lanzado por una lechuza o por un ser humano que lo había imitado. El canto de la lechuza es muy fácil de imitar, y por eso se le emplea con preferencia para hacer señales. Saqué del bolsillo la antorcha eléctrica y dirigí su haz de luz hacia el follaje del roble; en el mismo momento oí ruido de alas en movimiento y ví que una lechuza se alejaba volando, asustada por la luz.

Tranquilizado a este respecto, me guardé la antorcha en el bolsillo y seguí ladera abajo envuelto en un silencio tan intenso que el ruido de mis pasos cautelosos parecía un clamor grandísimo. Cuando llegué a la esquina miré hacia la izquierda, donde el camino, en cuya superficie se veían alternadas manchas de luz y de sombra, extendíase solitario todo lo que alcanzaba la vista. Por allí se iba a los portones de la Casa de la Campana, y el camino que se inclinaba en suave cuesta abajo por aquel lado, ascendía en empinada cuesta arriba por el lado derecho. En aquel sitio fué donde me equivoqué de camino la primera vez que quise ir al parque de Friar.

Me dirigí, pues, hacia la derecha, en busca de la entrada que estaba seguro de encontrar antes de haber avanzado doscientas yardas. El camino torcía un poco hacia la izquierda y al cabo de poco andar, como yo lo había supuesto, me hallé frente a una casita, — la portería, — casi enteramente cubierta de hiedra pero en parte visible del otro lado de los portones que cerraban el camino enarenado de entrada para carruajes.

Aquella era la entrada al parque de Friar. Me sentí convencido de que así era efectivamente, pero no pensé en pedir que me franquearan el paso del modo habitual. Seguí junto a una alta tapia, evidentemente muy antigua y que dividía las tierras del parque del camino, y avancé así unas trescientas yardas. En aquel sitio la tapia, que limitaba lo que en un tiempo había sido la huerta de verdura del monasterio, cedía el sitio a un cerco de arbustos en el que no tardé en descubrir un hueco suficientemente ancho para permitirme pasar.

Cuando estuve dentro me encontré en un espacio de parque en el cual se alzaban algunos árboles majestuosos y venerables, olmos en su mayoría. No era posible discernir dónde terminaba el parque y comenzaba el bosque, pero a mi izquierda pude seguir junto a la tapia, — que se veía con toda claridad a la luz de la luna, — y llegar al sitio donde estaban los portones.

Hacia allí me encaminé, fijándome con toda atención para no caer en alguna de las trampas para hombres de las que había oído hablar, e igualmente alerta por si se hallaba escondida alguna persona. Sin tropezar con obstáculo alguno, llegué al portón que, según pude verlo, estaba cerrado y sujeto por un fuerte candado.

Junto a la tapia había una zanja seca y seguí por ella, buscando un sitio por donde me fuera posible escalar la tapia. Avancé lentamente porque había allí muchas matas de yuyos y mucha hojarasca, y entre aquello podía estar escondida alguna trampa. De ese modo me acerqué al cerco que bordeaba el camino antes de descubrir lo que andaba buscando.

Encontré un pino que crecía bastante cerca de la tapia para servirme para lo que yo deseaba. Sus ramas bajas estaban a una altura a la que podría alcanzar, y más arriba distinguí una rama que pasaba por encima de la tapia. Colgándome de la muñeca, por medio de la correa que tenía, el bastín, subí al árbol y poco después me hallaba a horcajadas en lo alto del muro.

Debajo ví un trozo de huerta abandonada y más allá, a la derecha, una extensión que en otro tiempo debió ser una quinta de verdura cultivada en grandes tablones cuadrilongos. Delante de mí quedaba la portería, pero desde donde yo estaba no se distinguía la casa. Debía estar detrás de un grupo de árboles hacia el cual se dirigía el bastón, subí al árbol y poco después me yo a la luz de la luna que pasaba por entre el ramaje de los árboles que flanqueaban el camino para coches.

Una enredadera se extendía por la tapia a mis pies; sus ramas, muy viejas, tenían el grueso de maromas y me ofrecían una escala natural por la que descendí. Una vez en el juncal en miniatura que, en un tiempo había sido florido jardín, me dirigí hacia la portería, incitado a hacerlo por una luz que había visto brillar en la ventana y a través de un tejido de enredaderas.

No sabía si era de temer que hubiera trampas para cazar hombres en la parte que quedaba encerrada por la alta tapia pero, sin embargo no omití precaución alguna cuando me abrí paso a través del bosque de plantas silvestres que ocupaba el sitio donde en otro tiempo estuvo un jardín hermosísimo y reservado. Observando aun mayores precauciones me dirigí hacia la casita. Un momento después miraba por la ventana cuyo vidrio no tenía más cortinillas para ocultar a los que estuvieran dentro de la habitación que las ramas de las enredaderas con sus hojas.

La habitación hacia cuyo interior miraba yo, presentaba el más desordenado aspecto. Era un típico aposento de rústico trabajador, pobremente amueblado y sin duda, allí vivía el guardián de la portería. En aquel momento se hallaba a medio desmantelar; las alacenas estaban abiertas así como los cajones de la cómoda y mi conocido Hawkins procedía a guardar una cantidad de cosas en un cajón de madera, grande, situado en mitad del cuarto. En una mesa de madera sin pintar, una lámpara de petróleo alumbraba el cuarto. Era su luz la que yo había visto por la ventana. Inclinada hacia la mesa, revisando una cantidad de papeles y tomando nota como si hiciera una cuenta o cosa así, estaba una mujer con apariencia de gitana. Aquella mujer debía ser la esposa del guardabosque.

Tenía el cabello negro y lustroso, como inaceitado y una fisonomía disgustante; los anillos de oro que le colgaban de las orejas acentuaban su aspecto de gitana.

Marido y mujer estaban discutiendo porque de vez en cuando, la gitana, levantando la vista de sus papeles, lanzaba miradas furibundas, terribles como flechas, al hombre que estaba arrodillado en el suelo llenando el cajón grande. Llegaron a mis oídos algunos fragmentos de su conversación porque la hoja de la ventana estaba entornada y aun cuando no pude seguir el hilo de lo que hablaban, pude darme cuenta de que la mujer acusaba al marido de haber cometido una indiscreción que había motivado la partida para la cual se estaban preparando. Hawkins replicaba con una energía feroz que exteriorizaba el verdadero carácter violento del hombre; esta violencia ya la había echado yo de ver bajo la jocunda melosidad de que hacía gala cuando trataba con alguien con quien deseaba estar en buenas relaciones.

Convencido de que aquella pareja estaba sumamente ocupada arreglando sus cosas personajes, me alejé de la casita y siguiendo por el camino de coches, me encaminé hacia la mansión. Había calculado más o menos, la distancia que separaba el camino del edificio y mi cálculo no resultó muy equivocado. El camino describía un amplio semicírculo y luego, a la luz de la luna, restaurada parte de su medioeval belleza por la magia del fulgor de la luz de la luna, vi ante mi a la histórica mansión del parque de Fryar.

Era un edificio bajo, extenso, cuyas líneas principales recordaban al viejo monasterio y que extendía hacia la izquierda las columnatas de unos claustros que terminban en una capilla tras de la cual se alzaba la antigua torre cuya veleta se distinguía desde la ventana de mi dormitorio de la hostería. Era, aquella torre, un maravilloso ejemplo de la arquitectura sajona y tenía mucho parecido con la de Earl's Barton. Todas las ventanas estaban a oscuras. Observé muy especialmente el espacio que quedaba entre el final del camino y la entrada principal de la casa porque me pareció la parte más habitable de toda la vieja mansión ruinosa.

Sin pensar en que podían estar atisbando desde alguna ventana unos invisibles ojos, me interné entre los grupos de arbustos que había debajo de los árboles que flanqueaban el camino y comencé a dar la vuelta a la casa de manera que si alguien miraba por las ventanas no pudiera verme.

Me resultó bastante defícil llevar a cabo ese plan; varias veces tuve que cruzar sitios en los que daba la luz de la luna, pero por fin terminé de dar la vuelta y me ví de nuevo en el sitio de donde había partido sin haber despertado visible alarma. Me detuve un momento a pensar qué era lo que me convenía hacer y qué era lo que había averiguado.

Lo más importante de todo era esto: sólo una de las alas de la mansión del parque de Fryar, — la que quedaba más allá de la torre, — presentaba señales de hallarse habitada y era, en realidad, la única que parecía habitable. En otras palabras: la mayor parte del edificio no era más que una majestuosa ruina. Muchas ventanas estaban sin vidrios y muchas más no tenían hojas; numerosos eran los arcos agrietados y desmoronados en parte. La capilla, — que mirada dé lejos tenía tan pintorsco aspecto, — vista de cerca resultaba tan sólo un cascarón que se sostenía en pie por milagro. Muchos arbustos, formando densa vegetación, llegaban hasta las paredes del ala del Este, la que concluía en la torre. Yo había mirado por la ventana de la capilla y por una ventana del otro lado; el interior no tenía techo y el suelo estaba cubierto de maleza. Me pregunté si todo aquello databa de los días de sir Burnham, pues no podía reconciliar semejante aspecto de desaliño y aban-

dono con el carácter, que según la gente de la localidad, tenía el extinto.

El campo de mis investigaciones se vió en consecuencia, muy aminorado, pues las habitaciones habitables de la mansión se reducían a siete u ocho, aun cuando dos de ellas parecían ser de gran extensión. Una de ellas debió ser, en otros tiempos, el refectorio del monasterio. Mi siguiente descubrimiento fué este: la entrada a la casa debía estar en una de las dos puertas de cristales que daban a un pequeño espacio de césped situado a veinte yardas del camino de entrada. Pero, para acercarme a aquellas puertas tenía que exponerme a la clara y brillante luz de la luna que bañaba toda aquella fachada de la casa.

Permanecí inmóvil unos minutos sin decidirme a intentar la aventura. No se oía ruido alguno. La noche era tan serena que no se movía ni una hoja. Me decidí a pasar corriendo. Poco después me hallaba junto a la puerta que quedaba del lado del Este.

Había que subir dos escalones para llegar a ella. En los vidrios había cortinillas blancas. Recordando que el hostelero me había dicho que la puerta de la hostería "no se cerraba nunca" y esperando que en aquella casa tuvieran la misma costumbre, agarré la brillante manija de bronce que había visto antes.

La manija se movió suavemente y empujando un poco la puerta se abrió y me hallé de pie sobre un piso de lustrado roble. Me quedé parado, inmóvil y en silencio, escuchando. No se oía ni el menor ruido. Cerrando la puerta saqué mi antorcha eléctrica, la encendí y dirigí su luz en redor. En la habitación donde me encontraba no había ni un sólo mueble. Saqué del bolsillo un par de muy gruesos calcetines de lana y me los puse sobre el calzado para adormecer el ruido de mis pasos. La puerta de aquella habitación vacía y desolada estaba abierta. Seguí con lento paso por el ancho corredor con la mente llena de aterrorizadores recuerdos de la Casa Roja.

Exploré tres habitaciones más y aún cuando en dos de ellas aun quedaban algunos macizos muebles cubiertos por una gruesa capa de polvo, no hallé señales de que nadie habitara allí. Todo el piso bajo estaba desocupado; un tramo de escalera, — sin alfombra, — hacía suponer por su descuidado aspecto que tampoco estaban habitados los cuartos del piso alto.

Subí por aquella escalera lo más suavemente que pude, pero los peldaños crujieron de modo tan escandaloso que me alarmé de pronto y acabé de subir mediante varios saltos. Nada tenía que temer, sin embargo, porque en el piso alto sólo encontré habitaciones vacías. El descubrimiento más importante que hice en la parte superior de la casa fué el de un dormitorio que estaba casi enteramente amueblado. En la cama aún estaban las sábanas y las mantas, en desórden y sucias de polvo. Numerosas telarañas adornaban, — por decirlo así, — el dosel de la cama y estaban tendidas de cortina a cortina y de la colcha a las cortinas. En todas partes la capa de polvo era gruesa y oscura.

Cuando regresé a la vacía habitación de entrada estaba convencido de que había resuelto el problema en busca de cuya solución había hecho mi nocturno paseo.

¡La mansión histórica del parque de Friar estaba deshabitada!

CAPITULO XIX

El hombre de la torre

Me retiré del parque de Friar sin que me vieran, tal como había entrado. Cruzando el terreno donde había tantos arbustos me encaminé hacia el lado del Oeste, para llegar lo antes posible a lo que había sido jardín y estaba lleno de malezas. Corriendo el riesgo de tropezar con trampas para cazar hombres, di un gran rodeo sin acercarme a la casita de la portería y llegué a ver la tapia en un sitio más cercano de los céspedes de la casa que aquel por el cual había entrado.

No sé por qué se me ocurrió dar un nuevo vistazo a la casa antes de retirarme. En vez de empezar a cruzar la quinta abandonada me volví y miré hacia la torre sajona que, plateada por los rayos de la luna, surgía por encima de las copas de los árboles que me impedían ver el resto del edificio y cuya sombra me permitía esconderme.

¡Me incliné a mirar por una de las pocas aberturas que había entre el ramaje, y miré hacia lo alto de la torre y vi allí, con toda claridad, la figura de un hombre!

En el primer momento le vi tan blanco el rostro, a la luz de la luna que dudé de que fuera un hombre. Como permanecía inmóvil, mirando siempre, al parecer, hacia un mismo sitio., volví a dudar de que fuese un ser humano. Pero por fin se movió de modo que me convencí de que mi primera impresión había sido la exacta. ¡Era un hombre!

A la distancia a que me hallaba no podía distinguir quién era, pero me dí cuenta de qué era lo que hacía tan pronto como se movió. La luz de la luna se reflejó en los lentes de unos gemelos grandes con los que estaba examinando algo que se encontraba dentro del alcance de aquel alto punto de observación.

Seguí observando y volví a ver que el hombre levantaba los gemelos y miraba aquel objeto lejano que tanto parecía interesarle. Recordando que una mancha de luz rozaba la parte alta de la pared, como una flecha de fuego, en el sitio por donde yo tenía necesidad de cruzar para llegar al lugar donde se encontraba el pino, abandoné mis anteriores precauciones, apresuré el paso por entre la maleza y me dirigí al pino que me indicaba el sitio por donde podía salir.

Subí presuroso por la escalera natural formada por la enredadera y sin detenerme descendí del otro lado. De nada me hubiese servido mirar hacia atrás porque desde aquel sitio no se veía la torre. Además no me era agradable detenerme en mi precaria retirada,

ADECUADO

El anticuario: — La señora hace bien en comprarme mi tienda de antigüedades; tiene un tipo elegante y adecuado al ambiente del negocio.

LA CELULOIDE ROTA

PARA unir los trozos de celuloide basta mojar las superficies de fractura con ácido acético concentrado y ponerlas en contacto ejerciendo una fuerte presión.

Si sólo se ha de reblandecer la celuloide para doblarla, basta calentarla con agua hirviendo.

En el vapor de agua a 120 grados, se pone tan blando, que se puede moldear fácilmente, incluyéndole metales, maderas, etc.

Para rebladecerla, a fin de preparar con ella una solución, basta rasparla finamente e introducirla en alcohol a 90°.

UNA TOS DIVERTIDA

—¡Cómo debe sufrir el pobre viejito con esa tos!
—¡Sí! ¡Pero si viera cómo le divierte al nene verle toser!

AGUA DE LAVANDA

El agua de lavanda o de alhucema, cuyo perfume, tan refrescante, es uno de los favoritos de los ingleses, puede prepararse en la forma siguiente:

Esencia de lavanda inglesa 34 gramos
Agua de rosas . . . . 80 " "
Alcohol a 85 grados . . . 1 litro

Se echa la esencia en el alcohol, se agrega el agua de rosas, se agita bien y se filtra.

Se guarda en frascos bien tapados y no se usa hasta pasados dos o tres días o más.

No había tropezado con ninguna trampa para hombres durante mi presurosa retirada, tal vez la suerte me había favorecido o quizás porque por allí no había tales trampas. Pero cuando me vi en campo más despejado pero en el cual el suelo estaba cubierto de pasto y hojarasca, volví a proceder con toda cautela y procuré seguir el mismo camino por donde había pasado antes y por el cual había llegado al pino que me permitió pasar por encima de la alta tapia.

Cuando, por último, me vi de nuevo en el camino alto, libre ya del terreno del parque de Friar me quedé un rato parado y me llamó la atención el percatarme de que tenía el cuerpo cubierto de transpiración

Me parecía que tenía algo de fantástico el hecho de que yo hubiese explorado las numerosas habitaciones de la mansión desierta, de que hubiera dado la vuelta a todo el edificio, habitable o no, mientras el misterioso observador estaba en lo alto de la torre mirando tan interesadísimo sabe Dios a dónde. Me pregunté qué era lo que observaba aquel hombre. Si se había percatado de mi presencia en el momento en que yo salí de la casa, ¿por qué dirigía sus gemelos a lo lejos y no al terreno circundante? Si no me había visto ni me había oído debía felicitarme por haber podido realizar con el éxito más completo mi hazaña de ladrón.

Pero suponiendo que fuera exacta la última hipótesis se me presentaba aún más oscuro el misterio de la presencia y del propósito de aquel. ¿Quién era y qué era lo que hacía a aquella hora en la torre del desierto parque de Friar?

Como había visto al guardabosque muy ocupado, preparando su equipaje en su portería rechacé la idea de que pudiera ser Hawkins el hombre que estaba en la torre. Lo que había visto del hombre de los gemelos no me servía para identificarlo porque la distancia era demasiado grande para distinguir con claridad los detalles.

Me dirigí, pues, a la Hostería de la Abadía revolviendo en la mente la nueva perplejidad que se había inmiscuido en el caso. Como lo había dicho Gátton, cada nueva prueba que aparecía en caso tan enmarañado lo que hacía era enredar aún más la madeja y oscurecer más el ambiente. Cuando pisé la cuesta que conducía a Upper Crossleys dejé que mi mente vagara a su gusto y el pensamiento que dominaba poco después en mis ideas era el relacionado con la desaparición del sitio donde debía estar, lady Burnham Coverly.

Recordando las suaves manifestaciones del doctor Damar Greefe quien me afirmó que lady Burnham Coverly estaba tan delicada de salud que no le era posible atender a las personas que visitaran su casa me pregunté de nuevo cuáles y cuántas eran las criminales vilezas que ocultaba el formidable doctor euroasiático. El estado en que se hallaban las habitaciones de la mansión del parque de Friar indicaba bien a las claras que allí no había residido ni lady Coverly ni persona alguna en los últimos meses, tal vez en los últimos años. ¿Qué significaba, pues, todo aquello? ¿A qué obedecía la vigilancia y la custodia que el guardabosque gitano había ejercido en las tierras del parque y sus inmediaciones?

Lo único que podía significar todo aquello era que el doctor Damar Greefe deseaba impedir que alguna persona de la ciudad intentara entrar en la casa y, en consecuencia, se enterara del extraño secreto que su soledad y su abandono revelarían.

Allí, en verdad, en aquel antiguo monasterio, parecía tener su residencia el genio maléfico que difundía, que esparcía por toda la vecindad, la atmósfera de desolación y de angustia por la cual me sentí envuelto desagradablemente desde el mismo instante de mi llegada a Crossleys. Decidí enterarme, haciendo averiguaciones entre los comerciantes de la localidad, — con los cuales aún no había conversado, — cómo era posible que se ocultara el hecho de que no residía persona alguna en la mansión del parque de Friar y que no supieran nada al respecto los que, por razón de su propio negocio, tenían que presentarse en aquélla, como en las demás casas de su distrito, solicitando órdenes, ofreciendo mercancías, etc. Aún cuando este plan me parecía conveniente se me ocurrió en seguida la respuesta que con seguridad me darían. De fijo el doctor Damar Greefe o Hawkins, o su mujer, servían de supuestos intermediarios entre los comerciantes y los inexistentes habitantes de la mansión del parque de Friar. Y al mismo tiempo constituían una barrera entre los dueños de casas de comercio y la casa del parque.

Lo que se encerraba detrás de todo eso erau n problema superior a mi poder de imaginación y a mis habilidades deductivas. Si lady Coverly había cambiado de domicilio por alguna razón, ¿con qué objeto seguía el euroasiático doctor haciendo que todos los habitantes de la vecindad creyeran que, como antes, residía en el parque de Friar?

La madeja estaba enredada de tal modo que cuanto más pensaba en ella más descorazonado me sentía. Me parecía también que me alejaba más y más del eslabón que yo buscaba, del eslabón que conectaba el misterio con el otro que yo no cesaba de considerar vinculado con la Casa Roja. Los ojos luminosos proporcionaban un visible lazo de unión; de esto me sentía convencido. Pero, ¿qué relación podía tener la muerte de sir Marcus con la desaparición de lady Burnham Coverly? Y luego ¿qué lugar ocupaba el doctor Damar Greefe en todo el enredo? Por último, — y esto era lo más misterioso de todo, — ¿quién o qué era la mujer de los ojos de gato?

Me hallaba en este punto de mis meditaciones cuando me di cuenta de que había llegado al frente de la Hostería de la Abadía, en la que reinaba la más completa oscuridad. Creyendo que había oído ruido de pasos detrás de mí me sentí de repente, presa de un extraño pánico que tal vez me sea perdonado, dadas las circunstancias. Emergiendo de aquel laberinto de estremecedoras reflexiones y al oír, — o creer oír, — ruido de pasos de alguien que me perseguía, procedente del camino alumbrado por la luna, corrí hacia la puerta lateral de la hostería rogando

a Dios silenciosamente que estuviera abierta como Mártin me había asegurado que estaría.

A este respecto me convencí en seguida; la puerta se abrió en cuanto la toqué. Sentí deseos de disponer de algo que me permitiera cerrarla por dentro. Como no lo encontré subí a toda prisa al piso alto. Decidí adoptar una precaución que hasta entonces no había adoptado: aquella noche cerré con llave por dentro la puerta de mi dormitorio.

Cuando entré en la habitación busqué en los bolsillos de mi ropa la caja de fósforos. La hallé, encendí un fósforo y a su luz busqué la bujía que me dejaba todas las noches en la mesita de noche. Aquella noche no estaba en el sitio de costumbre; por alguna razón la habían puesto en una mesa que estaba cerca de la ventana. En el momento en que la vi se apagó, consumida, y en el instante en que iba a encender otro, el ruido de pasos que había oído antes se oyó más fuerte y más cercano, de modo que no pude dudar de que alguien corría por el camino, dirigiéndose a la Hostería de la Abadía.

Sentí grandísima curiosidad por saber de quién se trataba, y sin encender un nuevo fósforo como ya iba a hacerlo, me acerqué a la ventana y miré hacia el camino. A veinte yardas de distancia vi a un hombre que parecía hallarse cansadísimo. Le oí respirar jadeante. No menguó mi asombro cuando se acercó más y miró hacia mí. Le reconocí en seguida. Era el tipo pobremente vestido a quien había visto por la mañana sentado en el banco del frente de la hostería.

Sin saber a qué atribuir su presencia, — pues sin duda se dirigía a mí, — me asomé a la ventana. Ví que se acercaba a la puerta de la hostería, que se tambaleaba y que se agarraba del poste del letrero colgante para no caerse. Se echaba de ver que estaba exhausto. Cuando habló lo hizo con voz baja y ronca.

—¡No encienda la luz! — dijo.

Esa observación en tal momento y en tales circunstancias, me pareció ridícula en el primer momento, y sentí deseos de reír; pero el tono serio del hombre y su condición de agotamiento así como la urgencia con que había hecho su advertencia, no dejaron de impresionarme.

—¿Por qué no? — pregunté, asomado a la venatna y todavía con grandísimo asombro.

—¡Poco importa! ¡No la encienda! — dijo con voz entrecortada. — ¡No! ¿Puedo subir?

El tono con que se expresaba aquel hombre me pareció conocido. Pero tenía tan torpe la mente, que no me dí cuenta de nada.

—¡Sí! — dije. — Bajaré con una luz para enseñarle el camino, si es que usted quiere hablarme.

—¡Nada de luz! — gritó con voz ronca. — ¡Si le tiene usted algún aprecio a su vida, no encienda ni un fósforo!

Me encontraba yo tan aturdido que casi no sabía si bajar al encuentro de aquél, — al parecer, — demente, o quedarme donde estaba.

—¡No vacile, señor Addison! — gritó con mayor claridad, pues comenzaba a recobrar el aliento. — ¡Haga exactamente lo que le digo!

—¡Dios mío! — exclamé.

Me volví, corrí a la puerta y escaleras abajo. Ya había reconocido la voz de aquel corredor nocturno. Abriendo la puerta tendí la mano, y el tipo mal vestido avanzó la suya en respuesta.

—¡Gátton — grité, excitadísimo. — Gátton! ¿Qué significa esto? ¿Por qué ha venido usted disfrazado de ese modo? ¡Yo le vi esta mañana, pero usted no hizo seña alguna para que lo reconociera!

—¡No quise! — dijo, aún jadeante, el inspector, que subía por la escalera a tropezones. — ¡Pero he realizado uno de los trabajos más terribles de mi vida, esta noche, y he logrado el éxito buscado sólo unos pocos segundos antes del momento decisivo!

Ya habíamos llegado a la puerta de mi habitación.

—¡No entre! — dijo lacónicamente Gátton. — Déjeme que piense antes lo que nos conviene hacer.

—¡Pero yo no entiendo ni una palabra de todo esto!

—¡Ya lo entenderá dentro de un momento! replicó. — ¡Bien lo hubiese entendido si hubiera encendido la luz!

No sabía qué decir. Permanecimos unos momentos en silencio, en el pasadizo.

—Tenemos que correr el riesgo, — dijo Gátton; — si mi teoría ha de ser puesta a prueba.

—¿Correr el riesgo? ¿Qué riesgo? — pregunté.

—¡Oh! ¡Puedo asegurarlo contra ese riesgo! — declaró. — Cuestión de un momento. ¿Se decide?

—¡Bien! — exclamé riendo, sin saber por qué. — ¡Esta sí que ha sido una noche de sorpresas! ¡Me parece que no me queda resistencia en el cuerpo para sufrir otra semejante!

—¡Muy bien! — dijo el inspector.

Era algo extraordinario oír aquella voz que me era tan conocida y ver al reflejo de la luz de la luna que entraba por la ventana, un rostro enteramente desconocido.

—¿Qué tenemos que hacer?

—Tenemos que correr el riesgo de morir instantáneamente los dos. — contesté. — Pero aminoraremos todo lo posible el riesgo.

Viéndome dispuesto a dirigirle una de las tantas preguntas que estaba por formular, me tapó la boca.

—Las explicaciones después, — dijo. — ¿Dónde hay una bujía?

—Hay una en la mesa que está junto a la ventana. Voy a tomarla...

Pero él me sujetó por un brazo.

—¡Eso es cosa mía! ¡Espere aquí! — ordenó.

Le oí frotar un fósforo en la caja, y como yo encendiera otro para guiarle, lanzó un grito.

—¡Nada de luz! ¡Ya se lo advertí! — exclamó, quitándome el fósforo y apagándolo de un golpe. — ¡Nada de luz!

Abrió la puerta. Cruzó la habitación. Des-

de que habló del peligro que nos amenazaba, el corazón me latía violentamente. Esperé angustiado su regreso, aún cuando no sabía qué nos amenazaba. Poco después regresó con la palmatoria.

—Ahora, — dijo, cerrando la puerta; — encienda la bujía.

Aturdido por su voz y su actitud, hice lo que me había dicho. A la luz de la bujía me pareció más asombroso aún el disfraz de mi amigo.

No me dejó tiempo para hablar.

—Escuche, — dijo. — Voy a poner esta bujía en su cuarto, y usted y yo vamos a correr.

—¿A correr? — exclamé.

—¡Eso mismo! ¡A correr para que no nos maten! Mejor será hacia el piso de arriba. Si hay una habitación desocupada que quede encima de la ventana, mejor será.

—La de arriba está vacía, — contesté, — y probablemente está abierta la puerta.

—Nos arriesgaremos a ir, — dijo Gátton. — Venga usted adelante e indique el camino.

—¿Puedo utilizar mi antorcha eléctrica? — pregunté.

—En la escalera, — contestó Gátton. — Pero tendrá que apagarla antes de entrar en el cuarto de arriba.

Abrimos la puerta de mi cuarto, entramos corriendo y corriendo salimos, cerrando la puerta como si el diablo nos persiguiera.

Entonces nos dirigimos los dos al piso de arriba. Recuerdo que pensé en aquel momento que mi compañero había perdido la razón. Sin embargo, pronto llegó algo que confirmó cuanto había dicho.

En el mismo momento en que yo apoyaba la mano en la manija de la puerta de arriba y antes de que pudiera moverla, todo el edificio de la Hostería de la Abadía se balanceó bajo mis pies. ¡Después, en la pieza de abajo se oyó una ensordecedora explosión! ¡Un eco, o algo que pareció como un eco rápido y bien destacado, se oyó, procedente de las lejanas montañas.

CAPITULO XX

Lo que contó Gátton

"NO conviene salir ahora, — dijo Gátton con voz cansada; — puede ser peligroso. Además, hay que tener en cuenta la posibilidad de que haya incendio."

De todas partes llegaron voces de gente que se había despertado sobresaltada y que preguntaba qué había sucedido. El estrépito había alarmado a todos los que estaban en la hostería. Yo estaba convencido de que Gátton me había salvado de un grandísimo peligro. Procedente de la habitación contigua llegó ruido de pasos y en traje de noche se nos apareció Mártin el hostelero.

—¡Señor Addison!... — comenzó. Y miró fijamente a mi compañero.

—¡Que nadie salga de su habitación! — dijo Gátton. — ¡Que no salga nadie hasta que yo dé permiso!

—¿Qué?... — dijo Mártin.

—Soy oficial de policía, — agregó Gátton, — y usted tendrá la bondad de hacer lo que le digo. ¿Duerme alguien en el mismo piso que el señor Addison?

—No, señor, — contestó Mártin, que todavía estaba dormido a medias pero que se sintió impresionado por la actitud autoritaria del de policía.

Se oyó ruido de pisadas en el piso de más arriba.

—¡Ordene a todos que se queden en sus cuartos! — repitió Gátton.

Mártin, levantando la voz, le obedció.

—¿De qué elementos dispone usted para caso de fuego? — continuó el inspector.

Varias personas miraban desde el rellano de arriba pero no habló nadie hasta que Mártin pudo coordinar suficientemnte sus ideas y contestar:

—Hay baldes en las caballerizas, señor... y está el pozo. Wilkins duerme en los establos.

—¿Puede usted avisarle sin necesidad de bajar?

—Trataré de hacerlo, — contestó el hostelero.

Fué Mártin hasta la ventana del rellano y la abrió.

—¡Wilkins! — gritó con estentórea voz. — ¡Wilkins!

—¿Qué quiere, patrón? — se oyó contestar desde lejos.

—Dígale que prepare los baldes para incendio y que no se mueva de las caballerizas hasta que yo le avise, — ordenó Gátton.

Mártin dió esas órdenes con una voz que debió oirse en Leeways y luego se quedó inmóvil, perplejo, rascándose la cabeza.

Pero con seguridad, de toda la gente asombrada reunida bajo el techo de la vieja hostería, era yo el más atónico y el que menos se explicaba lo pasado.

—¡Por favor! — exclamé, volviéndome hacia Gátton. — ¿Qué significado tiene ésto?

—Esto significa, — contestó, — y aún a través de su disfraz pude reconocer su picaresca sonrisa de siempre, — que entre usted y la Eternidad no se interponía nada más que la luz de un fósforo. Aún ahora no me siento tranquilo, y no deseo trasponer su puerta hasta pasados unos minutos. Como los dos tenemos mucho que decirnos, tratemos de hallar un cuarto donde podamos conversar.

Nos dirigimos a una habitación grande que daba a los fondos de la hostería. Por la puerta, que estaba abierta, podíamos oir las excitadas voces de los empleados de la casa que se habían reunido en el cuarto de Martín, que quedaba del otro lado del descanso de la escalera. Nunca, en toda la larga historia de la Hostería de la Abadía, habíase producido nada semejante.

—Creo — dijo Gátton, — que economiza-

remos tiempo si usted empieza por contarme exactamente todo lo que usted ha hecho.

—Muy bien, — dije. — Pero antes de que comience, dígame la verdad: ¿cuándo llegó usted?

—Hora y media después de recibir su telegrama cifrado. Vine en automóvil. El coche está en Mantow, en este momento.

—¿Vino con ese disfraz?

—Luego lo explicaré. Pero mientras tanto, venga su relato.

Aun cuando me consumía la impaciencia expliqué lo mejor posible todo cuanto había hecho desde mi llegada a Upper Crossleys y el inspector siguió con suma atención mi relato.

—Ahora, Gátton, — dije cuando hube terminado: — hágame usted el favor de no hacerme esperar más tiempo.

—Le diré todo cuanto sé, — contestó lentamente. — En primer lugar tenía yo dos razones para indicarle a usted que visitara el parque de Friar. Se me había imaginado que la "mujer-gata" se interesaba por usted". Si era por que lo consideraba a usted peligroso o por alguna otra razón, no podía dicernirlo. Pensé un plan para averiguar si estaba, por casualidad, relacionada de algún modo con el parque de Friar. Le envié a usted a este sitio: (a) para hacer averiguaciones y (b) para "hacer que saltara el gato".

—¡Muy lindo de su parte! — dije entredientes.

—¡Ya le advertí que se trataba de una misión peligrosa! — dijo Gátton. — Celebro que el plan haya tenido perfecto éxito. Las investigaciones que usted ha hecho han sido en extremo satisfactorias y además usted ha conseguido hacer que "saltara el gato". Ahora, para que usted vea lo importante que han sido sus descubrimientos voy a explicarle mi segunda y más importante razón y aquella que con más fuerza me decidió a dirigir mi atención hacia el parque de Friar. Pocas horas antes de que usted estuviera en Scotland Yard la otra mañana (a ver la valija arrojada al agua por Eric Coverly) yo había conversado con los abogados apoderados que habían manejado los asuntos del extinto sir Burnham.

—¡Ah! — exclamé. — ¿Y qué dijeron?

—Yo buscaba, naturalmente, datos quo pudieran relacionar unos sucesos con otros; abreviando, lo que yo quería saber era que ganaba Eric Coverly mediante la supresión de su primo. Me enteré de que financieramente no ganaba absolutamente nada más que un montón de deudas. El parque de Friar está hipotecado hasta la empuñadura. Además lady Burham Coverly tenía un derecho vitalicio a la propiedad, de acuerdo con el testamento de su marido.

"Después, por el más viejo de los abogados, un hombre de ley a la antigua usanza, que aun recuerda a sir Burnham, me enteré de muchos significativos detalles. Hace siete u ocho años, poco después de su regreso de "Egipto", según me dijo el señor Hardacre, el abogado, algo sucedió que produjo un cambio completo en su cliente, sir Burnham. Fíjese usted bien, señor Addison, poco después de su regreso de "Egipto". Vendió grandes cantidades de títulos y reunió una suma cuantiosa de dinero del que dispuso en forma que ignoró siempre el señor Hardacre. Abreviando: en un período de tres años, o de menos quizás, el que era un hombre rico se transformó en un hombre pobre.

"Luego envió a su único hijo el señor Roger Coverly que entonces era casi un niño, al extranjero, a cargo de un tutor; el señor Hardacre nunca supo la causa de semejante determinación pues la salud del niño era excelente y nada aconsejaba que se le enviara fuera del país. Empezó a despedir a sus criados. Gran parte de las tierras del parque de friar fueron clausuradas y se las dejó abandonadas. Por último el señor Hardacre con sompresa y con pena, hipotecó la propiedad por orden de sir Burnham. Según las cláusulas del contrato hipotecario, que tuve el privilegio de poder leer, la operación se hizo en condiciones que despertaron mi curiosidad.

"El hipotecario accedía a que, en caso de que muriera sir Bernham la viuda retendría la posesión de la propiedad mientras viviera ya pagara o no los intereses de la hipoteca.

—Pero esa condición... — dije.

—Es algo digno, como lo dijo un día un amigo suyo, digno de un capítulo del libro "Alicia en el país de las maravillas", es verdad. Pero continuó. Cuando se firmó ese extraordinario contrato el señor Hardacre visitó el parque de Friar, como era lógico que lo hiciera, y fué testigo de los sucesos más singulares y significativos. Por ejemplo, la noche de su llegada, sir Burnham entró corriendo en su habitación mientras él estaba vistiéndose para la comida, le pidió que cerrara por dentro y que no saliera del cuarto hasta que el dueño de casa le diera permiso para salir. Le advirtió muy especialmente que no dejara entrar "absolutamente a nadie" que llamara a la puerta en el intervalo.

—¡Dios mio! — exclamé. — ¿Y llamó álguien?

—No; pero media hora después volvió sir Burnham y le dijo que ya podía salir. El señor Hardacre se sintió muy emocionado al notar que sir Burnham estaba pálido y parecía hallarse enfermo; en suma, y repitiendo las palabras del señor Hardacre, "parecía haber envejecido cinco años en media hora". Después, aquella misma noche, por pura casualidad vió a su huésped arrodillado, en la capilla (que en aquellos tiempos aún tenía techo) orando fervorosamente. Un ambiente de indiscriptible horror, declaró el viejo abogado parecía flotar en el parque de Friar y, aún cuando él no tenía pruebas en que fundar la exactitud de su teoría, no podía quitarse de la cabeza la idea de que la

persona de que emanaba aquella atmósfera era el hipotecario. Porque parecía presentarse al mismo tiempo que se presentaba aquel hombre a quien, en aquellos momentos, vió por primera vez.

Gátton hizo una pausa, sacando del bolsillo la pipa y la bolsa del tabaco.

—¿Quién era esa persona? — pregunté yo.

—¡Un médico llamado Damar Greefe!

—¡Dios Todopoderoso! — exclamé. — ¿A dónde nos lleva todo esto, Gátton?

—Nos lleva lentamente hacia el descubrimiento de la verdad, señor Addison y la verdad, cuando lleguemos a ella, va a resultar aún más horrenda que cuanto hayamos imaginado. Dejando a un lado muchos de los detalles que me contó el señor Hardacre, lleguemos a la muerte, en Suiza, del señor Roger Coverly en tan oscuras circunstancias que supongo que nunca se conocerán su detalles. De lo que estoy seguro no obstante es de que allí no se jugó limpio.

—¿Supone usted que Roger Coverly fue asesinado?

—En realidad no dudo de que fué así, — contestó Gátton que, habiendo atascado su pipa, procedió a encenderla. — Creo que él fué su primera víctima.

—¿Su "primera" víctima?

—Señor Addison, estoy de acuerdo con el apoderado del extinto sir Burnham: la araña que teje esta tela es el doctor Damar Greefe. La emoción que le produjo la prematura muerte de su hijo anonadó de tal modo a sir Burnham que ya no volvió a ser el mismo de antes. El parque de Friar entró en su fase final durante la cual fué habitado por lady Burnham que parece hallarse por completo bajo la influencia del doctor euroasiático.

—Pero mi querido Gátton, — exclamé. — ¿Dónde está ahora lady Burnham?

—¡En mi opinión ha muerto! — anunció solemnemente. — Se que parece inverosímil, pero tratándose de una mujer sola que no tiene, al parecer, parientes vivos, que fué separada de sir Marcus y de otros miembros de la familia de su esposo, no ha podido ser mayormente difícil ocultar el hecho de su muerte.

—¡Pero Gátton! ¡No es posible que afirme usted que en este caso también se ha "jugado sucio"!

—¡Claro está que no lo afirmo! ¡Se comprende con toda claridad que el propósito final de todo ese silencio y ese secreto ha sido "ocultar" el hecho de su muerte! Resulta mucho más útil viva que muerta, señor Addison y ellos esperaban poder mantener la fúnebre comedia hasta...

—¿Hasta qué?

—Hasta que sir Eric Coverly fuera ahorcado por haber asesinado a su primo.

—¡Gátto! ¿A dónde va usted a parar?

—¡Eric es el último de los Coverly! — contestó sencillamente Gátton. — Una vez muerto él ya no habrá peligro de que persona alguna pague la hipoteca.

—¿Peligro?

—Eso mismo. Existe algún secreto en el parque de Friar (o en la casa de la campana) que exige que la propiedad siga en posesión del doctor Damar Greefe como ha estado en realidad desde el fallecimiento de sir Burnham Coverly. Hasta ese punto todo se ve con claridad. Aun cuando Eric Coverly ha insistido en su obstinado silencio, uno de mis ayudantes que ha examinado hace poco los papeles dejados por sir Marcus hizo ayer un descubrimiento, que unido a lo que me dijo el señor Hardacre y a su telegrama cifrado, me hizo venir a Crossleys a toda prisa.

—¿Qué descubrimiento fué ese?

—Una invitación del doctor Damar Greefe, fechada poco tiempo después de la muerte de sir Burnham, pidiendo a sir Marcus que visitara el parque de Friar. El doctor le manifestaba que el estado de salud de lady Coverly la impedía atender a los visitantes pero le aseguraba a sir Marcus que ella tenía grandes deseos de verlo para dejar zanjados y olvidados cuantos resentimientos pudieran existir entre los dos. Lo más significativo de todo era que el eurosiático indicaba a sir Marcus que se alojara "aquí".

—¿En la Hostería de la Abadía?

—Eso mismo. Ahora bien la "mejor pieza" de la Hostería es la que usted ha ocupado y esa es la que a sir Marcus le hubieran dado si hubiese aceptado la invitación del doctor. Escuche pues: todos estos datos parecen indicar al parque de Friar. Pero el mensaje de usted indicando que el tipo sospechoso era un tal Damar Greefe y pidiéndome que averiguara sus antecedentes estuvo a punto de desequilibrar la balanza. Vi, francamente, que usted había dado un paso en falso pero que sin embargo servía a mis propósitos. Entonces resolví buscar en Upper Crossleys los últimos datos, personalmente sin decirle al doctor Damar Greefe la razón de por qué se sospechaba que estuviera complicado en el caso.

"La policía local me proporcionó algunos datos geográficos de estos lugares así como algunos informes sobre las personas más notables de la vecindad. Anoche, pues, realicé yo el plan que usted había preparado para esta noche.

—¡Cómo! ¿Visitó usted el parque de Friar?

—Eso mismo. Pero no entré por la puerta de cristales. No se me ocurrió que pudiera encontrarse sin llave. Me había venido provisto de todas las herramientas propias de un ladrón (y de un certificado necesario) así que entré por el lado de la cocina. Encontré, como a usted le pasó después, la casa enteramente desierta y señales de que llevaba deshabitada largo tiempo. Me sentí preocupado y perplejo. Pero mi investigación fué más detallada que la de usted, porque subí a lo alto de la torre.

—¡A lo alto de la torre!

—Sí. Dentro de un momento le diré lo que encontré allí. Pero, abreviando, después de enterarme de que la historia de la en-

fermedad de lady Coverly era un mito, no me enteré de nada más que contribuyera a la información. Pensé seriamente en detener al doctor Damar Greefe pero luego decidí vigilarle durante algún tiempo sin dejarme ver. Tuve la suerte de verle esta mañana aquí, en la Hostería de la Abadía. Ví también a la mujer que vino a visitarle a usted. Por último conversé con el llamado Hawkins a quien acompañaba su amigo el mudo.

"Separándome de ese interesante paraje fuí rápidamente a la casa de la Campana, suponiendo que podría visitarla sin que nadie me molestara. Llegué tarde .Uno de mis ayudantes me avisó que regresaba el euroasiático en el momento en que iba a entrar.

"Vigilé la casa todo el día, pero hasta poco después de anochecer no salió el euroasiático. Fué hacia el parque de Friar y yo lo seguí.

—¡Cómo! ¿Estuvo usted allí esta misma noche?

—Estuve allí. Seguí al doctor Damar Greefe, decidido a enterarme de la clase de asunto que le llevaba al parque de Friar a aquella hora de la noche. Debo añadir que si logré saberlo fué por pura casualidad y buena suerte. Yo no sabía a qué parte del edificio había ido pero, sabiendo que tenía que estar dentro observé desde el jardín. En realidad me encontraba aun en los jardines cuando usted llegó.

—¿Entonces fué a usted a quien yo vi en la torre?

—¡Oh! ¡No! ¡No fué a mí! Yo había examinado por completo la torre durante mi primera visita y lo que allí había visto me había lamado mucho a atención. Sin embargo hasta después de la admirable retirada de usted, del parque de Friar, esta noche, la horrible explicación no acudió a mi mente. Entonces comprendí que el objetodo invitar a sir Marcus a Upper Crossleys era matarlo. El plan fracasó porque sir Marcus no vino. Se marchó de nuevo a Rusia, según creo, y estuvo allí, cumpliendo una misión oficial, durante algún tiempo. Pero cuando regresó se tramó un nuevo plan el de la Casa Roja. Sin embargo, la máquina de muerte instalada para realizar el primer plan homicida, aun estaba allí.

—¿Dónde? — pregunté atónito.

—¡En la torre del parque de Friar! Fué

UN CLIENTE DESORIENTADO

El alarmado mozo (al gerente del hotel): — Me parece que ha llegado el momento de que usted le hable. Acaba de ponerse el panqueque al cuello y se está comiendo la servilleta.

LOS GRANDES MEDIOS

—Le advierto que el casero no quiere animales en la casa, así que si usted quiere habitar el departamento tendrá que matar al perro.
—¿No sería mejor que yo hiciera matar al casero?

LA ROPA NUEVA de la VIEJA OSA.

Este modelo es de fácil ejecución y no necesita explicaciones en verdad Todo su éxito depende de que se pegue bien el dibujo en cartulina y se recorte y doble debidamente cada uno de los trozos.

el ver a Damar Greefe, de pie en la plataforma de la torre y armado de gemelos, lo que me hizo descubrir la lúgubre verdad. El aparato que no pudo ser usado en el caso de sir Marcus no iba a resultar inútil después de todo; iba a ser empleado en quitar del camino un obstáculo que molestaba mucho a los criminales. Yo había dejado el automóvil cerca de Crossleys y tuve que correr como jamás había corrido en mi vida.

—Pero, Gátton, ¿qué halló usted en la torre y qué relación existe entre la torre y la explosión que se produjo esta noche?

—La siguiente: una especie de cañón de los llamados "howitzers", me parece que fabricado por Krupp, pero ya lo verá usted, está instalado en la plataforma de la torre. Lo examiné, señor Addison, la pasada noche y como un tonto, pensé que debía haber sido usado para algún festejo de la localidad y luego se habían olvidado de desmontarlo.

"Estaba instalado muy firme y a cierta altura, de modo que no podía sacarse con facilidad de donde estaba. Sin embargo en el primer momento ese detalle no me llamó la atención .Como estaba tan bien calculada la puntería no lo sé, pero la verdad acudió a mi mente cuando ví que usted cruzaba por entre los arbustos y que el doctor Damar Greefe miraba con sus gemelos. El cañón estaba apuntado de modo que su pequeño proyectil fuese a dar en la ventana situada sobre la entrada de la Hostería de la Abadía.

—¡Dios mío! ¡Eso es increíble!

—Lo mismo pensé yo. Pero las condiciones del tiempo le favorecieron; no soplaba ni la más leve brisa. Que tuvo buen resultado el tiro lo prueba el hecho de que su habitación, en estos momentos, debe estar llena de gas mortífero. Claro está que el proyectil debió ser pequeño; que tal vez no contenía gas, que el hombre confió puramente en la explosión. Pero yo digo todo lo que pudo ser. La gente, después de oir la explosión, dirá que se trata de un rayo de los que caen a veces cuando el tiempo está como esta noche. Si se encuentra algún trozo de la bala, ¿quién puede llegar a suponer quién la disparó?

—Gátton, — dije; — le debo a usted la vida. Pero ¿por qué quería matarme ese demonio?

Gátton se sonrió.

—Tengo una teoría, Addison, — contestó, — y es ésta: Creo que se figuró que la indiscreción de cierta misteriosa dama podía causar su ruina. Si no me equivoco esa dama ya ha hecho cosas que pueden poner el cuello del doctor muy cerca de la soga del verdugo; por eso estaba decidido a hacer abortar esta última aventura antes de que adelantara, suprimiendo al que era objeto de ella...

Me dí cuenta de que me ponía pálido.

—¡Cállese usted, por favor, Gátton! — le interrumpí.—¡Es horrendo y estremecedor el pensar en eso! Esa gente ha hecho que la vecindad resulte inhabitable para ellos mismos con todo eso y....

A mis oídos llegó en aquel momento, apagado, el eco de una detonación de arma de fuego.

—¡Han huído! — exclamó Gátton levantándose. — ¡Pronto !Tenemos que exponernos a sufrir los efectos de los gases mortíferos si es que los hay!

—¿Por qué? ¿Qué fué ese tiro?

—¡Una señal !¡El doctor Damar Greefe y "la gata" han huído!

Cruzó el rellano, entre un coro de presurosas preguntas que le dirigieron los del personal de la hostería. Yo le seguí hacia la habitación del frente.

—¡Esto es consecuencia de haberme distraído durante media hora! — exclamó enojado. — ¡Es una maldición tener ayudantes tontos!

Abriendo la ventana se inclinó hacia afuera. Yo me acerqué a él y al mirar por la ventana vi un gran resplandor rojo a lo lejos, entre los bosques. El ruido de un automóvil que se acercaba a toda velocidad se oyó entonces y casi en seguida vi la luz de los faros delanteros.

—¡Hola! ¡Hola! — gritó Gátton. — ¡Blythe! ¡Petersham!

El automóvil se detuvo y luego se oyó un grito.

—¡Se nos ha escapado, señor! ¡La casa de la Campana está ardiendo!

Cada vez es más intrincado el asunto del crímen, cada vez más complicada su acción, ¿quienes son ese doctor Damar Greefe y "la gata"? ¿Por qué ha sido "liquidada criminalmente toda la rama de la familia Coverly de los dos últimos sobrevivientes uno ha sido asesinado en forma que el otro parece ser el matador para que le ahorquen como criminal? ¿A qué obedece la fuga y a qué el incendio de la Casa de la Campana? No deje usted de leer los capítulos que se publicarán en el próximo número; ¿le gustará leer en "Pucky" la novela "El gran jefe blanco" que publicó "Tit-Bits"?

UN MARIDO ATURDIDO

EL SANTO DE MI MUJER

POR OCTAVE PRADELS

(TRADUCCION DEL FRANCES)

Hay momentos de aturdimiento que pueden tener lamentables consecuencias; uno de esos momentos es el que comenta el graciosísimo cuento que aparece a continuación, y que no tiene ni una línea que no sea atrayente o interesante.

¡QUE día acabo de pasar!

Es el día de Santa Angela, el santo de mi mujer. Esta mañana me he dicho: ¿Qué le regalaré? ¿Un ramo de flores? Es poco... ¿Una alhaja?... Demasiado caro... ¡Qué fastidio! ¿Y si le ofreciera una lata de espárragos? ¡Con lo que a mí me gustan los espárragos!

Lo mismo fué pensarlo que hacerlo. Compré una lata que me costó seis francos. Subí a mi casa, y con la cara sonriente de esposo que cree haber cumplido con su deber, entré en el cuarto de mi esposa, que estaba desenredando sus rizos.

—¿Qué sorpresa se le trae a mi vidita por ser su santo?

—¿Es verdad? ¡Ay, qué lindo estás! — me contestó, tratando de ver lo que ocultaba tras de mis espaldas.

Yo la abracé, y radiante, la enseñé la lata de espárragos.

Angela la vió e hizo un gesto.

—¿Es ésto?

—Sí... Una verdadera sorpresa.

—Pero... ¿Nada más que ésto?

—¡Claro!... yo... si...

—¡Ah! ¡Usted es un miserable con su mujer!

Cuando Angela me habla "de usted", es que está indignadísima.

Traté de hacer valer mi regalo.

—Pero fíjate qué hermosos son, — dije. — Seis francos la lata... No soy tacaño contigo. Te los puedes comer a tu gusto... Te puedo traer más si quieres.

Llamé a la sirvienta.

—Francisca, prepare usted estos hermosos espárragos para el almuerzo... Nos los comeremos con aceite.

—No, — dijo Angela con tono seco. — Con salsa blanca.

—Pero... sin embargo...

—Sí. ¡Claro! Contraríame todavía...

—Nada de eso... pero...

—Sí, le comprendo a usted... Me obligaría a beber vinagre para echarme a perder el estómago.

—Angela, te aseguro...

—¡Es inútil! No me habituará usted a sus gusots ordinarios.

—¿Ordinarios? Ah... pero...

—No comeré sus espárragos. ¡Le aborrezco a usted!

—¡Vas demasiado lejos!

—¿También me impedirá usted hablar? ¡Ah, no! Puedo gritar muy alto que es usted un...

—¡No sigas!

—¡Un miserable!

—¡Angela! ¡Angela!

—¡Eso es ¡Insúltame encima!... No te falta más que agarrar un palo y golpearme. Pero yo no me dejaré, no... tenga usted cuidado...

Y me dió una sonora bofetada. Tomó el sombrero y salió gritando:

—¡No me verá usted más!

Yo estaba rojo de cólera, y mi mejilla aun más roja; pero al cabo de cinco minutos me sobrecogió un temor... La conozco bien... es una mujer muy viva... Bajé a la calle... corrí inquieto... Llegué hasta el Puente Nuevo y allí ví un grupo de gente y tuvo un terrible presentimiento. Ví al chico de una pastelería, que llevaba sobre una bandeja unas fuentes de helados, y le pregunté temblando:

—¿Qué pasa, qué pasa?

—¡Ah, señor! Debe haberse ahogado.

—¡Dios mío! ¿Quién?

—No lo sé, pero era atrozmente bonita.

—¡Entérese, por favor!

—No tengo tiempo. Llevo los postres a unos señores que están esperando.

Bajé la escalera que llega hasta el agua, sacándome ya una manga del saco, cuando recordé que no sé nadar. Me remangué entonces y busqué con mis brazos por todos lados.

¡Nada! Bajé a lo largo del Sena y ¡nada!... Llegué al puente de los Inválidos y ví un bulto... mi corazón palpitó... Era un caballo, y, además, perdí veinte minutos en ver cómo lo sacaban. Continué marchando hasta el puente del Día.

—Entonces, — me dije, — ¡habrá desaparecido!

Volví a subir. Volví al puente de Grenelle y allí ví otro grupo. El pequeño pastelero, con los helados medio derretidos por el sol.

—¿Qué es eso? ¿Qué pasa?—le pregunté.

—Nada. Que acaban de sacarla.

—¡Ah! ¿Vive?...

—No; está bien muerta.

Sentí flaquear mis fuerzas, desfallecí, pero hice un esfuerzo supremo de voluntad y dije al pastelero:

—Amigo mío... tome veinte francos y mi tarjeta... Que la transporten hasta casa. No tengo valor para acercarme.

Y eché a correr como un loco.

Llegué a mi casa empapado de sudor. Llamé. Me abre la sirvienta, con rostro alegre. ¡Estas sirvientas tienen tan poco afecto a sus patrones! Me dejé caer en una silla. La sirvienta me dijo:

—¿El señor no va junto a la señora?

—No, no me atrevo... ¡Después de lo que ha pasado!

—La señora le habrá perdonado ya, seguramente.

—¿Tú crees, Francisca? ¡Era tan buena!

—En el comedor está.

—Vamos, tengamos valor. Cumpliré con mi deber. Pediré perdón a sus despojos.

Gimiendo abrí la puerta del comedor y ví a mi mujer, que estaba comiendo los espárragos.

—¡Hola! ¿Sabes que son excelentes? Pero ya no quiero más... Reventaría...

No pude decir nada. Estaba idiotizado.

En efecto: sonó la campanilla, y la sirvienta introdujo al pastelero, que traía en sus brazos el cadáver de una perra ahogada. Abracé a la sirvienta y al chico, a quien dí veinte francos y le rogué que llevara la perra hasta el primer montón de basuras.

Volví con mi mujer, la abracé ocho veces, loco de alegría. Ella ya se había comido todos los espárragos y la salsa blanca también.

En total: la lata de espárragos me ha costado ¡cuarena y seis francos! y no los he probado... Para otra vez compraré una alhaja.

OCTAVE PRADELS.

Origen del merino

Se llamaba "merino" a una especie de juez que se ponía por el rey en un territorio en donde tenía amplia jurisdicción.

Con la independencia de los condes de Castilla empezaron a llamarse "mayorinos" los gobernadores de las provincias, nombre que, abreviado, después se convirtió en "merinos". Su creación está envuelta en el misterio, como otras muchas de la Edad Melia; pero su importancia empezó, sin duda alguna, después de la independencia de los condes, en atención a que éstos lo eran ya en 923, según varios historiadores.

Las primeras noticias fidedignas que se tiene de los "merinos" son un privilegio del tiempo de Bermudo II, concedido al convento de San Salvador de Carracedo en 990, y por mucho tiempo se llamaron en Castilla "merindades" los distritos que habían silo gobernados por "merinos", y según la época de su creación, se denominaron antiguas y

"PUCKY" Magazine

APARECE TODOS LOS VIERNES

Un año de suscripción en toda la República (52 números) $ 9.- m/n.

LAS NOVELAS COMPLETAS DE "PUCKY"

El aparecido

POR WILKIE COLLINS

(Traducción del inglés)

El argumento de esta novela está tomado de una causa que hubo en Estados Unidos a principios del siglo XIX, y que está impresa con el título "Juicio, confesiones y convicción de Jesse y Stephen Boorn, por el asesinato de Rusell Colvin. Por Leonard Sargeant, ex-teniente gobernador de Vermont". No estará de más añadir, que todo lo que es "improbable" en esta novela, son "hechos" tomados de la causa, y que todo lo que parece "natural" es invención. (Nota del autor.)

CAPITULO PRIMERO

EL ENFERMO

EL doctor dijo, levantando la cabeza;

—El corazón está bien. Los pulmones en perfecto estado. No encuentro en parte alguna lesión orgánica. No hay que asustarse, Felipe Lefrank; no se alarme. Todavía no está usted en el caso de dejar este pícaro mundo. La enfermedad que usted padece tiene facilísimo remedio: la dolencia se llama exceso de trabajo, y el remedio descanso.

Así me habló el médico, en la oficina que ocupaba yo en el "Temple" (Londres). Le había mandado llamar para que me reconociera, después de un desmayo de media hora sobre mi mesa de escribir, que había asustado a mis pasantes.

No tengo empeño en presentarme a mis lectores llamando su atención innecesariamente; pero es preciso añadir, por vía de aclaración, que soy un abogado con buen bufete. Soy oriundo de Jersey, la isla del Canal, y mi apellido francés, Lefranc, fué inglesado ya hace algunas generaciones, cuando en Inglaterra se usaba todavía la "k" en la terminación de las palabras que ahora concluyen con "c". Pero mi familia siempre se vanagloriaba de proceder de Jersey. Todavía mi padre tiene una rabieta cada vez que recuerda que yo pertenezco al foro inglés.

—¡Descanso! — repetí yo, cuando terminó el médico su consejo; — pero, amigo mío, ¿sabe usted lo que significa "se abren los tribunales"? Ahora empiezan a funcionar, sírvase usted echar una ojeada sobre los mamotretos que hay en esa mesa.

"El descanso para mí, es sinónimo de ruina.

—Y el trabajo, — repuso tranquilamente el doctor, — sinónimo de muerte.

Dí un brinco. No lo decía él por asustarme; hablaba con franqueza y en serio.

—Sólo es cuestión de tiempo, — prosiguió. — Tiene usted una constitución robusta y es usted joven; pero no puede usted a sablendas hacer trabajar con exceso al cerebro, y descomponer el sistema nervioso durante mucho tiempo más. Salga usted de Londres inmediatamente. Si le gusta a usted navegar, emprenda un largo viaje por mar. Los aires del Océano son los mejores para recuperar las fuerzas perdidas. No dejo ni una sola receta, ni hay necesidad de comprar nada en la botica, ni de que diga yo otra palabra.

Dicho y hecho. Sin abrir de nuevo la boca, ni aún para despedirse, se marchó. Yo era terco y aquel mismo día fuí al juzgado a informar.

El abogado que hacía cabeza en el pleito acudió a mí para pedirme algunos datos que yo tenía obligación de darle. Grande fué mi asombro, mi horror, cuando ví que no era capaz de coordinar mis ideas; hechos y fechas se mezclaban confusamente en mi espíritu. Al día siguiente devolví a los procuradores todas las causas, para seguir el consejo del doctor, y tomé pasaje en el primer vapor anunciado para Nueva York.

Escogí este viaje a América mejor que otro por mar, con un objeto determinado. Hacía muchos años que había emigrado a los Estados Unidos un pariente de mi madre, el cual se había dedicado allí a la agricultura. Me había invitado muchas veces para que fuera a visitarle, si alguna vez me decidía a cruzar el Atlántico. El largo período de holganza, mal nombre de descanso, que el doctor me había condenado, en nada que me fuera más agradable podría emplearse, a mi juicio, que en hacer una visita a mi pariente y ver al paso lo que fuera posible en América.

Después de detenerme pocos días en Nue-

va York, salí por ferrocarril con dirección a la residencia de mi huésped, Mr. Isaac Meadowcroft, dueño de la hacienda Morwick.

Los panoramas naturales de más grandiosidad que hay sobre el haz de la tierra, se encuentran indudablemente en América; pero en ciertos Estados de la Unión americana se encuentran también, formando el reverso de la medalla, paisajes tan monótonos, tan iguales, tan poco interesantes para el viajero, como pueda tenerlos la tierra en el peor rincón del mundo. La parte del país en que estaba situada la hacienda de Mr. Meadowcroft, está incluída en la última clasificación. Miré en redor mio al apearme del coche en la estación de Morwick, y me dije a mi mismo: "Si para curarme necesito estar aburrido y sin emociones, he escogido con toda seguridad el sitio más a propósito".

Ahora contemplo aquella afirmación a la luz de sucesos posteriores y declaro, como lo hará el lector dentro de poco, que al hacerla fuí un imprudente y ligero en demasía, pues ligereza, y grande, es no tener en cuenta las muchas sorpresas que pueden tener preparadas el tiempo y la casualidad, en todas partes.

El hijo mayor de Mr. Meadowcroft, Ambrosio, me esperaba en la estación para llevarme en el coche hasta la hacienda.

En el aspecto de Ambrosio de Meadowcroft no había absolutamente nada que pudiera dar la menor idea de los extraños y terribles acontecimientos que hubo después de mi llegada a Morwick. Un muchacho robusto, hermosote, uno de tantos igualmente robustos y hermosos, que me dijo: — ¿Cómo está usted, Mr. Lefrank? Mucho gusto tengo en conocerle: suba usted al "buggy", y el criado se encargará de recoger el equipaje.

Con cumplidos igualmente convencionales respondí: — Muchos gracias. ¿Están todos buenos? Y sin más, nos pusimos en marcha.

Nuestra conversaeión en el viaje empezó sobre asuntos de agricultura y ganadería. No habíamos adelantado veinte varas, cuando ya había manifestado yo mi completa ignorancia en la materia. Ambrosio Meadwocroft buscó otro asunto para variar la conversación, pero sin resultado. Al ver su fracaso, traté yo de probar mejor fortuna, y le pregunté si habría tenido la suerte de escoger una buena ocasión para mi visita. En el tostado y estólido rostro del joven brilló un relámpago de satisfacción; sin duda había yo tocado, sin saberlo, la cuerda sensible.

—No podía usted haber venido en mejor tiempo, — dijo. — Nunca ha estado nuestra casa tan alegre como ahora.

—¿Tienen ustedes visitas?

—No es precisamente una visita. Es un nuevo miembro de la familia, que ha venido a vivir con nosotros.

—¡Un nuevo miembro de la familia! ¿Sería indiscreto preguntar quién es?

Ambrosio Meadowcroft meditó antes de contestar. Dió un latigazo al caballo, me miró con cierta vacilación tímida, y de repente rompió, lanzando la verdad entera con las palabras más sencillas.

—Pues es ni más ni menos que la muchacha más linda que hay en el mundo.

—Ya, ya. ¿Una amiga de la hermana de usted?

—¿Amiga? ¡Válgame Dios! Nuestro primita americana, Naomi Colebroock.

Recordé entonces que una hermana menor de Mr. Meadowcroft, se había casado hacía mucho tiempo con un comerciante americano, y que había muerto poco después, dejando un hijo único. Ambrosio me enteró ahora de que también el padre había muerto y que en sus últimos momentos recomendó a su desvalida hija, al cuidado y compañía de los parientes de su mujer, en Morwick.

—Era un hombre muy activo, siguió contando Ambrosio. Emprendió veinte negocios y en ninguno tuvo suerte. Murió, dejando apenas con que enterrarle. Mi padre tenía sus dudas, antes de la llegada de mi prima; por que no sabría lo que valdría, despues de todo, la sobrinita americana. Ya sabe usted que nosotros soms ingleses, y aunque vivimos en los Estados Unidos, cada vez estamos más apegados a los usos y costumbres de Inglaterra. No nos gustan mucho, en genral, las mujeres americanas; pero cuando se presentó Naomi, nos conquistó a todos. ¡Qué muchacha! En seguida ocupó en casa su puesto, como si hubiera nacido en ella.

Aprendió en una semana a hacerse util y necesaria. Basta con decir que aún no hace dos meses que vive con nosotros, y no podemos explicarnos cómo nos las componíamos antes, cuando ella no estaba.

Ya en este camino la conversación, habló Ambrosio sin pararse ni para respirar, ponderando las gracias de Naomi Colebrook y refiriendo varios incidentes. No era preciso ser un lince para descubrir el efecto que la americana había causado en su primo. Se me comunicó, hasta cierto punto, más templado; el entusiasmo del jóven, y en realidad sentía una complacencia impaciente ante la perspectiva de ver a Naomi, cuando ya a la caída de la tarde se detuvo el coche en la puerta principal de la hacienda de Morwick.

CAPITULO II

NUEVAS CARAS

EN el momento de llegar, fuí presentado a Mr. Meadowcroft, padre.

El anciano estaba enfermo, al punto de tenerle sujeto a su sillón un reumatismo crónico. Me recibió con amabilidad, pero demostrando al mismo tiempo algún fastidio. Su única hijo soltera, — hacía mucho tiempo que él era viudo, — estaba allí, asistiendo a su padre. Era una mujer de mediana edad, melancólica, sin atractivos visibles en ningún género: una de esas personas que parecen aceptar bajo protesta, la obligación de vivir, como carga que nunca hubieran echado sobre los hombros, si se les hubiese consultado previamente. Los

tres tuvimos una trabajosa conversación de pocos minutos en un salón de paredes desnudas, hasta que se me indicó que podía subir a mi cuarto, donde ya me esperaba mi maleta, para que yo mismo la abriera.

—A las nueve se cena, — me dijo Miss Meadowcroft. Pronunció estas palabras como si el cenar fuese una especie de pecado deméstico, que acostumbraban a cometer los hombres y a tolerar las mujeres. Seguí a mi criado hasta mi cuarto, no muy satisfecho por cierto de mi primera escena en la hacienda.

Ni Naomi, ni nada agradable hasta entonces.

Mi cuarto estaba limpio, fastidiosamente te limpio. Me dediqué a buscar por los rincones una pizca de polvo con deseo de ver algo que rompiera aquella monotonía. Por toda biblioteca, una biblia y un libro de oraciones. Me asomé a la ventana y ví una llanura árida, cultivada en parte, que se desvanecia por todos lados en la luz crepuscular formando horizonte. Sobre la cabecera de mi camita blanca y linda, estaba colgado un pergamino con sentencia condenatoria sacada de las Escrituras, y grabadas con historiadas letras rojas y negras. La figura triste de miss Meadowcroft había recorrido mi alcoba, dejando allí evidente rastros. Se me cayó el alma al suelo al pasar mi vista por aquel cuarto. La hora de la cena era todavía un punto lejano del porvenir. Encendí las velas, y saqué de mi saco de viaje una novela francesa, que sin riesgo puede asegurarse que sería la primera que había entrado en la hacienda de Morwick. Era una de las obras maestras y encantadoras de Alejandro Dumas, padre. A los cinco minutos de lectura, estaba en otro mundo, y en aquel taciturno cuarto me hacían compañía una porción de franceses rebosando vivacidad y alegría. El sonido de una campana imperativa e intransigente me trajo a tiempo a las regiones de la realidad. Saqué el reloj, eran las nueve.

Al pie de la escalera me esperaba Ambrosio para llevarme al comedor.

Mr. Meadowcroft había sido traladado en su sillón de ruedas y ocupaba la cabecera de la mesa. A su derecha se sentaba su grave y silenciosa hija. Me hizo señas, con la solemnidad de un fantasma, para que me colocara en el sitio vacante a la izquierda del amo de la casa. Silas Meadowcroft entró casi al mismo tiempo y me fué presentado por su hermano Ambrosio. Había un gran parecido de familia entre los dos hermanos, siendo Ambrosio el más alto y el de mejor figura, pero ninguno de los dos tenía ninguna facción característica. Me parecían dos jóvenes sin cualidades desarrolladas todavía, que buenas o malas, el tiempo y las circunstancias se encargarían de desenvolver, cuando estuvieran en sazon.

Observando estaba a los dos jóvenes, sin que ninguno de los dos, debo confesarlo, me causara impresión muy favorable, cuando otra vez se abrió la puerta, para dejar paso a otro miembro del círculo de la familia, que llamó mi atención inmediatamente.

Era bajo, seco, espinoso y extraordinariamente pálido, teniendo en cuenta que vivía habitualmente en el campo. Su fisonomía era en otros conceptos, además de la palidez muy chocante. En su parte inferior estaba cubierta por una barba negra y espesa, cosa muy rara en aquel tiempo en que la moda en América para los hombres era la de afeitarse completamente, siendo rarísimas excepciones los que se dejaban pelos en la cara. La parte superior estaba alumbrada por un par de ojos negros, saltones y salvajes, cuya expresión me sugirió que sus facultades mentales no se encontraban en perfecto equilibrio. Hombre muy sensato en lo que decía y hacía, segun pude observar entonces, tenía sin embargo, en aquellos ojos negros y fieros algo que me daba a entender que en circunstancias excepcionales de prueba, podría sorprender a sus más antiguos amigos con algún acto violento o por alguna manera insensata. "Un poco chiflado", esta es la calificación vulgar de lo que me pareció el que acababa de presentarse en el comedor.

Mr. Meadowcroft, el viejo, que hasta aquel momento no había dicho una sola palabra, me hizo la presentación del desconocido, mirando con el rabillo del ojo a sus hijos como si desconfiara de ellos; mirada, que, sentí notarlo, fué correspondida con otra muy parecida de cada uno de los muchachos.

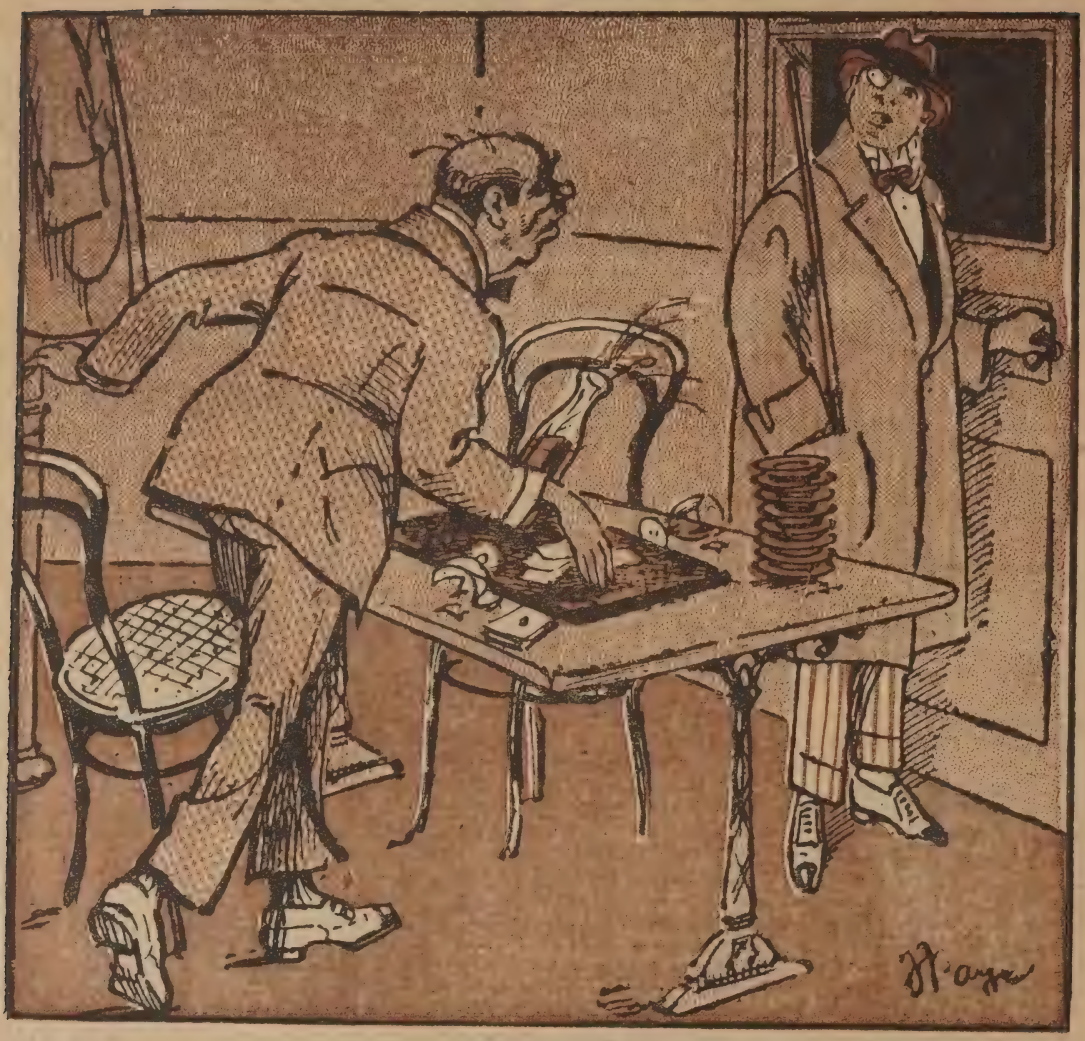
—Felipe Lefrank, es mi administrador general, Mr. Yago, — dijo el anciano. — Juan Yago, éste, es pariente de mi difunta esposa. No está bueno, y ha cruzado el Océano, buscando tranquilidad y cambio de aires. Felipe, Mr. Yago es americano: creo que no tendrá usted prevención contra los americanos; sentaos juntos y trabad relaciones de buena amistad. Lanzó otra mirada oscura a sus hijos, y sus hijos hicieron otro tanto. Sin disimulo se separaron de Juan Yago al acercarse éste a la silla que quedaba vacía a mi lado, y se dirigieron al otro lado de la mesa. Era claro que el hombre de la barba disfrutaba de todo el favor del padre, y que por esta razon o por cualquiera otra era cordialmente odiado por los hijos.

Se abrió la puerta otra vez, y entró tranquilamente una joven que se sentó sin más ceremonias a la mesa.

¿Era aquella joven Naomi Colebrook? Miré a Ambrosio y en su cara encontré la respuesta. Ya por fin, conocía a Naomi Colebrook.

Una muchacha lista y a juzgar por las apariencias, tambien buena. Para describirla a grandes rasgos, diré que tenía la cabeza pequeña, bien colocada sobre sus hombros; ojos pardos alegres, que miraban con honradez que decían sin doblez lo que su dueña pensaba; una figurita elegante y pequeña, demasiado reduciada para el concepto que los ingleses tienen de la belleza; un acento americano muy fuerte, y, cosa rara en América, una voz de mujer encantadora, cuyo tono conseguía que fuera agradable el acento para oídos ingleses. La primera impresión que formamos de la gente es la exacta y justa en el noventa y nueve por ciento de los casos. A primera vista me gustó Nao-

DEMASIADO SUSCEPTIBLE



—¡Usted es un bandido, un ladrón y un verdadero canalla!
—¡Eh! ¡Basta! ¡Nada de palabras de doble sentido!

COSAS INTERESANTES Y CURIOSAS

La venta del opio está absolutamente prohibida en Australia y en Nueva Zeelandia, donde las mujeres tienen voto.

La venta de tabaco y de licores a los menores de diez y siete años está prohibida en el Estado de Wyoming, en Australia y en Nueva Zelandia, y a los menores de diez y ocho, en Utah.

Está aboslutamente prohibido el que los niños tengan en su poder tabaco.

Para todo lo que se refiere a higiene, la solicitud de las mujeres se ha extendido muy especialmente a los niños. Así, en Nueva Zelandia está absolutamente prohibido poner en ama fuera de la casa paterna a los recién nacidos. En Utah y Colorado, los niños de todas las escuelas están sujetos a la inspección médica, y los médicos examinan escrupulosamente los ojos, los dientes y las orejas y la respiración de los alumnos.

En Utah, las comisiones de higiene están autorizadas a tomar todas las medidas que juzguen necesarias para evitar la propagación de enfermedades venéreas.

La falsificación de las sustancias alimenticias está severamente castigada dondequiera que las mujeres intervienen en el gobierno; además, en el Utah las mujeres investigan los mataderos y los itios en que se preparan todos los productos que han de servir para el consumo.

En Denver (Colorado), las mujeres han hecho instalar en la vía pública fuentes de agua potable y canastos para depositar papeles sobrantes.

EL PAYASO MALABARISTA

Despues de pegar los dibujos en cartón y de dejarlos secar bien, se recortan con todo cuidado y se arma el juguete del modo que puede verse por el dibujito explicativo, reuniendo con broches los puntos 4 y 3 y 5 y 6. Nada mas fácil. Moviendo la manija de uno a otro lado, el malabarista ejecuta su juego.

mi Colebrook; me agradó su placentera sonrisa; me encantó el cordial apretón de manos que me dió cuando nos presentaron. — Si no me va bien aquí con nadie, me dije entre dientes, con ella tengo la seguridad de hacer buenas migas.

Alguna vez había de acertar en mis profecías. En la atmósfera de sofocantes rencores que se respiraba en la hacienda de Morwick, la hermosa niña americana y yo fuimos buenos amigos desde el principio hasta el fin.

La cena no fué muy alegre. La única conversación animada, la sostuvimos Naomi y yo, de un extremo al otro de la mesa.

Por alguna razón incomprensible, parecía que Juan Yago no se encontraba a gusto en presencia de su joven compatriota. Levantaba la vista del plato para mirar de reojo a Naomi, y volvía a bajarla frunciendo el ceño. Cuando me dirigía a él, me respondía con dificultad. Hasta hablando con Mr. Meadowcroft, parecía sentirse embargado, sin duda alerta contra los dos hijos, según deduje yo observando la dirección que entonces tomaban sus miradas. Al mediar la cena había yo reparado por vez primera que Silas Meadowcroft tenía la mano izquierda vendada, y ahora empecé a observar que los ojos de Juan Yago, que furtivamente nos recorrían a todos los que estábamos en la mesa, miraban cínica y curiosamente la mano lastimada del joven.

Para que mi primera noche en la hacienda fuese lo más dificultosa posible para un extraño, no tardé en descubrir que el padre y los hijos se hablaban indirectamente entre sí, valiéndose de Mr. Yago y de mí mismo. Cuando el viejo Mr. Meadowcroft hablaba desdeñosamente a su administrador de alguna equivocación que se había cometido en la labranza, los ojos del anciano marcaban que sus censuras iban derechas a sus hijos. Cuando los dos hijos tomaban alguna palabra mía suelta acerca de los animales en general, y la aplicaban satíricamente a la mala dirección de ovejas y vacas en particular, miraban fijamente a Juan Yago, aunque me hablaban a mí. En estas ocasiones, y se repetían con frecuencia, Naomi salía resueltamente al paso en el momento preciso, llevando la conversación a otro asunto de menos peligro. Cada vez que ella por este sistema tomaba parte importante en conservar la paz, la melancólica miss Meadowcroft la miraba despacio, de arriba abajo, con duro y silencioso desprecio, en castigo de su intervención. Reunión de familia más espantosa y desunida jamás la había visto. La envidia, el odio, la malevolencia y la falta de caridad nunca son tan detestables, a mi juicio, como cuando tan malas pasiones se ven barnizadas por un sentido de conveniencia y van trabajando bajo la superficie. Si no hubiera sido por lo que Naomi me interesaba, y por lo que me entretenía sorprender las miradas amorosas que entre ella y Ambrosio se cruzaban, no hubiera podido resistir toda la cena sin levantarme, y me hubiera refugiado en mi cuarto para seguir leyendo la novela francesa.

Por último se acabó aquella larguísima comida, servida con profusa ostentación. Miss Meadowcroft se levantó con su funeral solemnidad, y me despidió con las siguientes palabras:

—Aquí en el campo todos madrugamos mucho. Buenas noches, Mr. Lefrank.

Puso sus huesudas manos en el respaldo del sillón de Mr. Meadowcroft, interrumpiéndole bruscamente con el saludo de despedida que me hacía, y se lo llevó rodándolo hasta la cama, con el mismo aire que si le llevara a la fosa.

—¿Se va usted ya a su cuarto? En caso de que no se vaya usted ya, si estos caballeros lo permiten, ¿podré ofrecer a usted un cigarro?

De esta manera, pronunciando cada palabra con penosa deliberación, y subrayando su alusión a "estos caballeros" con una sardónica mirada de soslayo dirigida a ellos, cumplió Juan Yago sus deberes de hospitalidad. Me excusé de aceptar el cigarro. Con estudiada cortesía el hombre de los ojos negros y saltones me dió las buenas noches y salió del comedor.

Ambrosio y Silas se me acercaron amablemente, cada uno con su petaca bierta.

—Tuvo usted razón de sobra para decirle que no, — empezó Ambrosio. — Nunca fume usted con Yago porque se envenenaría usted.

—Y nunca crea usted una palabra de lo que Juan Yago le diga, — añadió Silas. — Es el mayor embusterò de América, y no lo hay más tunante en la tierra.

Naomi les hizo señas con el dedo para que se callaran, como si aquellos dos hombrones hubiesen sido dos niños.

—¿Qué pensará Mr. Lefrank, — añadió ella, — al oiros hablar así de una persona que merece la consideración y confianza de vuestro padre? Id a fumar, que estoy avergonzada de los dos.

Silas salió sin murmurar ni una palabra de protesta; Ambrosio se quedó quieto, con la intención evidente de hacer las paces con Naomi, antes de separarse de ella.

Viendo que yo allí les estorbaba, me dirigí hacia una vidriera que había en el extremo del comedor. Aquella puerta daba al jardincito que tenía la hacienda, bañado en aquel momento por la hermosa luz de la luna. Salí para disfrutar de aquel espectáculo y me dirigí a un asiento que había debajo de un árbol. El gran reposo de la Naturaleza nunca me había parecido tan inefablemente solemne y hermoso como ahora, después de lo que había visto y oído dentro de la casa. Comprendí, o creí comprender, la horrenda desesperación por todo lo humano, que antiguamente llevaba a los hombres a los monasterios. El lado misantrópico de mi naturaleza (qué enfermo habrá que no se conozca ese lado), estaba venciéndome casi por completo cuando sentí que me tocaban suavemente en el hombro, y me encontré una vez más reconciliado con mi especie, gracias a Naomi Colebrook.

CAPITULO III

LA ENTREVISTA A LA LUZ DE LA LUNA

"QUIERO hablar con usted, — empezó Naomi. — ¿No formará usted mala idea de mí por hberle seguido hasta aquí fuera? En América no estamos muy acostumbrados a las ceremonias."

—Y tienen ustedes mucha razón en América. Suplico a usted que se siente.

Se sentó a mi lado, mirándome franca y resueltamente a la luz de la luna.

—Usted es pariente de esta familia y yo también, por cuya razón creo que puedo decir a usted lo que no podría decir a un extraño. Me alegro mucho de que usted haya venido, y por una razón, que usted ni siquiera sospecha.

—Gracias por la distinción que usted me hace, miss Colebrook, cualquiera que sea esa razón que no adivino.

No hizo caso de mi respuesta, fija siempre en sus propios pensamientos.

—Me parece que puede usted servir para mucho bueno en esta desgraciada casa, — siguió dicendo la muchacha, con sus ojos fijos todavía en mí, sin pestañear siquiera.—No hay amor, ni confianza, ni paz en la hacienda de Morwick. Todos, menos Ambrosio, tienen aquí necesidad de una persona. No juzgue usted mal a Ambrosio, cuyo único defecto es no pensar mucho. Quiero decir que todos los demás necesitan alguien que les haga avergonzarse de sus malos corazones, y de su manera de conducirse horrible, falsa y envidiosa. Usted es un caballero y sabe más que ellos; no tienen más remedio que acudir a usted para buscar alivio a sus males. Trate usted, Mr. Lefrank, se lo ruego, trate usted de ponerlos en paz. Ya usted ha oído lo que ha pasado en la cena, que no le habrá causado ciertamente buena impresión. Sí, estoy segura de ello. Reparé cómo fruncía usted el entrecejo, y demasiado sé lo que "eso" significa entre los ingleses.

No había más remedio que decir claramente todo lo que pensaba a Naomi. Reconocí la mala impresión que me habían producido los incidentes de la cena, con la misma franqueza con que los he referido en estas páginas. Naomi movió su cabeza como aprobando sin ninguna clase de reservas mi franqueza.

—Así me gusta: eso es hablar claro, — dijo; — pero, ¡Dios mío!, pinta usted las cosas con demasitda dulzura, cuando dice que al parecer no se llevan muy bien los hombres de esta casa. Se odian unos a otros. Esa es la palabra: se odian, Mr. Lefrank, se odian a muerte. — Al decir esto levantaba sus puños, y los movía violentamente para añadir fuerza a sus palabras; pero de repente recordó a Ambrosio y añadió, abriendo otra vez sus manos y apretando con una de ellas mi brazo: — Excepto Ambrosio: no vaya usted a juzgarle mal. Es incapaz de hacer daño a nadie, el pobre Ambrosio.

La inocente franqueza de la muchacha era realmente irresistible.

—¿Sería yo injusto, señorita, — pregunté, — sospechando que es usted un tanto parcial por Ambrosio?

Una inglesa hubiera sentido alguna vacilación para contestar a mi pregunta, o por lo menos hubiera fingido que la sentía. Naomi no titubeó un momento.

—Tiene usted completa razón en lo que supone, — dijo con la más perfecta compostura. — Si nada se presenta que lo estorbe, pienso casarme con Ambrosio.

—¿Si nada se presenta que lo estorbe? — repetí. — ¿Qué quiere decir eso? ¿El dinero?

Movió la cabeza.

—Quiere decir un presentimiento interior que yo tengo, — respondó. — Un temor de que las cosas tomen un mal giro entre los hombres de casa, que son unos pícaros, sin corazón ni sentimiento. No me refiero a Ambrosio, por supuesto, sino a su hermano, Silas, y a Juan Yago. ¿Reparó usted en la mano de Silas? Pues aquello lo hizo Juan Yago con un cuchillo.

—¿Sin querer? — repliqué yo.

—A propósito, — me respondió. — En pago de un puñetazo.

Esta plena revelación del estado de las cosas en la hacienda de Morwick acabó de asustarme. ¡Golpes y cuchilladas en el rico y respetable hogar del viejo Mr. Meadowcroft, y no entre los jornaleros, sino entre los dueños! Mi primera impresión fué la que habrá experimentado indudablemente el lector: apenas podía creerlo.

—¿Está usted segura de lo que afirma? — pregunté.

—Lo sé por Ambrosio, que nunca se atrevería a engañarme. Ambrosio sabe todo lo que pasó.

Mi curiosidad había sido excitada extraordinariamente. ¿A qué especie de familia había yo venido, cruzando con temeridad el océano, en busca de quietud y descanso?

—¿Quiere usted contarme todo lo que sepa?

—Bueno: contaré todo cuanto Ambrosio me dijo; pero tiene usted que prometerme primero una cosa: que no ha de marcharse usted y abandonarnos cuando conozca toda la verdad. Deme usted su mano para prometérmelo, míster Lefrank.

No había medio de resistir su espontánea franqueza. Le dí la mano, en señal de cumplir mi promesa. Naomi empezó su relación en cuanto tuvo empeñada mi palabra, sin perder una sola en preámbulos.

—Cuando le enseñen a usted toda la hacienda, verá que en realidad hay dos casas de campo en una. En este lado de acá, mirando desde este árbol, están las siembras. Al otro lado, que es la parte mayor de la hacienda, los pastos. Cuando Mr. Meadowcroft, por su años y enfermedades, no pudo cuidar por sí mismo de la hacienda, los muchachos (quiero decir Ambrosio y Silas), se repartieron el trabajo. Ambrosio atendía a las cosechas y Silas a los animales. Por una causa o por otra, las cosas no marchaban bien bajo su dirección: yo

no sé por qué. El viejo cada día estaba más disgustado, sobre todo en lo referente al ganado, que es en lo que él funda su amor propio. Sin decir una palabra a sus hijos, buscó sin que nadie se enterase (y en esto me parece que no hizo bien, ¿verdad?) alguien que viniera a ayudarle, y en hora maldita oyó hablar de Juan Yago. ¿Le gusta a usted Juan Yago, Mr. Lefrank?

—Hasta ahora, no. No me gusta.

—Estamos de acuerdo: pero no sé; es probable que no tengamos razón. Nada hay que decir en contra suya, sino que es muy raro en todas sus cosas. Dicen que lleva todos esos asquèrosos pelos en la cara (yo no puedo soportar las barbas), por un voto que hizo cuando perdió a su mujer. ¿No opina usted, Mr. Lefrank, que por fuerza tiene que estar bastante loco el hombre que demuestra la pena que le causa la muerte de su mujer, jurando no volver a afeitarse en su vida? Pues bien; eso es lo que dicen que hizo Juan Yago. Quizás es una mentira, porque por aquí la gente miente mucho.

"De todos modos, lo que es verdad, y los mismos hermanos lo confiesan, es que cuando Juan vino a la hacienda, traía una reputación de primera clase. No es fácil contentar al viejo Meadowcroft, y con Juan Yago está más que contento, y eso que no le gustan ni pizca los americanos. Es como sus hijos, inglés pero sin mezcla, hasta la médula de los huesos. Pues a pesar de su odio a los americanos, Juan Yago consiguió metérsele en el corazón, sin duda porque el administrador sabe perfectamente su oficio. Sí: es un labrador completo en todos conceptos. Desde que se hizo cargo de la hacienda, todo ha prosperado, como no pudo prosperar en la época de los muchachos. El mismo Ambrosio me lo ha confesado así. De todos modos es duro verse reemplazar en su propia casa por un extraño, ¿no es así? Juan es el que da ahora todas las órdenes. Los muchachos siguen trabajando también; pero no tienen voz ni voto cuando Juan y el viejo deciden alguna cosa relativa a los negocios de la casa. Me he detenido mucho en contarle a usted esto; pero ahora podrá usted ya comprender cómo han nacido y se han desarrollado la envidia y los odios entre esta gente, mucho antes de que yo viniera. Desde que estoy aquí, las cosas han empeorado más y más cada vez. Apenas pasa día sin que se crucen palabras gruesas entre los hermanos y Juan, o entre los hermanos y su padre. El viejo da mayor gravedad a estas disputas, tomando siempre el partido de Juan Yago, en lo cual hace una solemne barbaridad. Héblele usted sobre esto cuando la ocasión se presente. La responsabilidad principal en la disputa del otro día entre Silas y Juan hay que buscarla, a mi juicio, en esa parcialidad continua. No es que yo quiera disculpar tampoco a Silas. Fué brutal, aunque sea hermano de Ambrosio, lo de pegar a Juan, que es mucho más pequeño y más débil que él; pero fué más brutal todavía lo que hizo Juan: sacar el cuchillo y tirar una puñalada a Silas. ¡Vaya! Si éste no agarra el cuchillo con la mano (y la sacó con una cortadura terrible, yo se la curé), hubiera terminado la cuestión casi de seguro en un homicidio.

Se detuvo al acabar de salir de sus labios esta palabra, volvió la cabeza para mirar hacia atrás y se levantó violentamente. Miré al mismo sitio ue ella estaba mirando. Allí ví la oscura figura de un hombre, que de pie y cubierto por la sombra de un álamo, nos estaba observando. Me levanté en seguida para acercarme a él; pero aomi, que ya había recobrado su presencia de ánimo, lo impidió sin dejarme intervenir.

—¿Quién está ahí? — preguntó, dirigiéndose rápidamente hacia aquel hombre. — ¿Qué busca usted ahí?

Salió de la sombra del árbol y la luna nos hizo conocerle: era Juan Yago.

—Supongo que no vendré a estorbar, — dijo, mirándome con dureza.

—¿Qué quiere usted? — repitió Naomi.

—No quiero molestar a usted en lo más mínimo, ni tampoco a este caballero. Cuando nada tenga usted que hacer, señorita, quisiera que me hiciera usted el favor de permitirme decirle unas pocas palabras a solas.

Habló con la más escrupulosa cortesía; tratando, y por cierto sin conseguirlo, de ocultar una gran agitación que le dominaba por completo. Sus salvajes ojos negros más saltones aún a la luz de la luna, se fijaban suplicantes, con expresión extraña de oculta desesperación, en el rostro de Naomi. Sus manos, cruzadas por delante, temblaban sin parar. Aunque el hombre no me gustaba mucho, en aquel momento sentí realmente una impresión de lástima por su aspecto.

¿—Quiere usted decir que necsita hablarme a solas esta misma noche? — preguntó Naomi con sorpresa que no trataba de disimular.

—Sí, señorita. Cuando no moleste a usted ni a este caballero el escucharme un momento.

Naomi titubeó.

—¿No sería lo mismo esperar hasta mañana?

—Mañana tendré que salir de la hacienda para asuntos de la misma, señorita, y estaré fuera todo el día. Concédame usted unos minutos esta misma noche, se lo suplico. Se adelantó un paso hacia ella, tartamudeando y bajando la voz hasta parecer un murmullo, añadió:

—Tengo en realidad algo que decir a usted, señorita Naomi, y sería usted muy buena, más que buena todavía, si quisiera escucharme esta misma noche, antes de irse a acostar.

Volví a levantarme par dejarle mi puesto y otra vez me detuvo Naomi.

—No, — me dijo. — No se mueva usted. Entonces se dirigió a Yago muy de mala gana, diciéndole: Si tanto se empeña usted en hablar conmigo, señor Yago, no habrá más remedio que escucharle. No puedo calcular que tenga usted que decirme, que no pueda

manifestarse delante de un tercero. Sin embargo, parecería una falta de atención contestarle a usted negativamente. Ya sabe usted que todas las noches a las diez en punto doy cuerda al reloj de la sala. Si gusta usted ir a ayudarme, es más que probable que pueda usted ablarme a solas. ¿Está usted satisfecho?

—En la sala, no, señorita, y perdóneme usted.

—¿En la sala no?

—En ningún sitio dentro de la casa; dispense usted mi atrevimiento.

—¿Pero qué pretnde usted?—Se volvió a mí impacientemente y me preguntó:—¿Comprende usted a este hombre?

Juan Yago me miró como implorándome para que yo respondiera en su nombre.

—Tenga usted paciencia, señorita Naomi, — dijo, — creo que podré hacer que usted me comprenda. Hay en la casa ojos que están siempre mirando, y oídos que no dejan de escuchad, y hay allí quien da unos pasos, no diré quién, pero unos pasos tan silenciosos que no hay manera de oirlos.

No era difícil comprender la última alusión. Naomi le detuvo sin dejarle seguir hablando.

—Bien, ¿dónde ha de ser? — preguntó resignándose, — ¿en el jardín, Mr. Yago?

—Gracias, muchas gracias, señorita; en el jardín estaremos muy bien. Señaló al decir ésto, un paseo enarenado que había un poco más allá y que la luna bañaba sin proyectar en él la más pequeña sombra. — Allí, — dijo, — donde podamos ver todo lo que nos rodee y tener la seguridad de que nadie nos está escuchando: a las diez. Dicho esto, hizo una pausa y se dirigió a mí.—Pido a usted mil perdones por haber interrumpido su conversación. Le ruego que me excuse.

Sus miradas se detuvieron otra vez suplicantes en el rostro de Naomi. Nos saludó y desapareció bajo la sombra de los árboles. El sonido distante de una puerta que se cerraba con cuidado, llegó hasta nosotros en el silencio de la noche. Juan Yago había vuelto a entrar en la casa.

Cuando estuvo ya donde no podía oirnos, me habló Naomi con mucho interés:

—No vaya usted a suponer que existen secretos entre nosotros dos, — me dijo. — Estoy tan a oscuras como usted respecto de lo tenga que decirme, y se me pasan intenciones de no acudir a la cita cuando den las diez. ¿Qué haría usted en mi lugar?

—Después de haber dado la cita, — respondí, — paréceme que no tiene usted más remedio que asistir a ella. Si tiene usted el menor temor, yo esperaré en cualquier otro sitio del jardín, desde donde pueda oir a usted si me llama.

Recibió mi proposición con un gracioso movimiento de cabeza y una sonrisa de lástima por mi ignorancia.

—Usted es extranjero, Mr. Lefrank, y por eso me habla usted como lo hace. En América no hacemos a los hombres el honor de desabemos guardarnos solas. Le he prometido jar que nos asusten. En América las mujeres ir a escucahrle y tengo que cumplir mi promesa, ¿no es eso Es muy extraño. — prosiguió hablando más bien consigo misma que conmigo, — que Juan Yago haya descubierto los manejos repugnantes, subrepticios y astutos de miss Meadowcroft. La mayor parte de los hombres no hubieran tenido tan buena nariz.

Me quedé estupefacto. ¡La grave y severa miss Meadowcroft convertida en curiosa y espía! ¿Qué novedades encerraría aún la hacienda de Morwick?

—¿Aludía realmente a la hija de Mr. Meadowcroft aquella indicación de ojos y oídos que estaban alerta y de los pasos suaves que no se oían — pregunté .

—Naturalmente que sí. ¡Ah! Ella le ha engañado a usted como engaña a todo el mundo. ¡La pícara malvada! Secretamente tiene parte muy importante y la mitad de la culpa en toda la mala voluntad que los hombres se profesan. Estoy segura de lo que digo. Es la que hace que Mr. Meadowertto esté siempre a mal con sus dos hijos. Vieja como usted la vé, Mr. Lefranck, y fea como es, no tendría inconveniente, si pudiera conseguir que Juan Yago se lo propusiera, en ser su segunda esposa. No lo dude usted: ni tendría el más pequeño sentimiento, si no les quedara a sus hermanos ni una paja ni una piedra de toda la propiedad, a la muerte de su padre. La he observado y sé lo que digo. ¡Ay! ¡tantas cosas podría decirle a usted! pero ahora no hay tiempo, porque ya son las diez y tenemos que que darnos las buenas noches. Estoy muy contenta de haber hablado con usted. Para despedirme, repetiré lo que antes dije: influya usted, se lo pido por Dios, influya usted para que se reconcilien y se avergüencen de lo que está sucediendo en esta pícara casa. Ya hablaremos más de todo mañana, cuando usted pueda, cuando le hayan enseñado a usted la hacienda. Y ahora buenas noches. ¡Calla! están dando las diez y mire usted a Juan Yago que viene otra vez ocultándose con la sombra de los árboles. Buenas noches, amigo Lefranck, y alegres sueños.

Con una mano tomó la mía para apretarla cordialmente; con la otra me empujó sin ceremonia en dirección a la casa. ¡Qué muchacha tan encantadora y tan irresistible! Era yo casi tan malo como los dos hermanos, lo declaro, casi odiaba también a Juan Yago, cuando pasé a su lado bajo la sombra de los árboles.

Cuando llegué a la puerta de cristales me detuve y miré al paseo de arena.

Ya se habían reunido. Vi aquellas dos figuras, llenas de sombra, paseando arriba y abajo a la luz de la luna, la mujer un poco delante del hombre. ¿Qué estarían diciéndose? ¿Por qué tenía interés tan grande en que nadie oyera una sola palabra? Muchos presentimientos son algunas veces, en contadísimos casos, ciertamente, fiel profecía de lo por venir. Una vaga desconfianza de aquella entrevista a la luz de la luna se apoderó furtivamente de mi espíritu. ¿Saldrá de esta conversación algún daño? — me preguntaba al cerrar la puerta y entrar en la casa.

Y salió un daño de la entrevista, como después se verá.

CAPITULO IV

EL BASTON DE HAYA

LAS personas de temperamento impresionable, nervioso, que duermen por vez primera en una casa extraña, y en una cama en que antes no se han acostado nunca, tienen forzosamente que resignarse a pasar una mala noche y no fué la excepción de la regla la primera que yo pasé en la hacienda de Morwick.

Lo poco que dormí fué a ratos y despertándome siempre las pesadillas. A las seis de la mañana ya no pude resistir la cama. El sol entraba alegremente por la ventana y me decidí a probar el vigorizador influjo de un paseo con el airecillo fresco de la mañana.

No había hecho más que tirarme de la cama, cuando oí pisadas y voces debajo de mi ventana.

Las pasidas cesaron, pero las voces aumentaron y se distinguían perfectamente. Había dejado abierta la ventana toda la noche, y pude, sin llamar la atención de los de abajo, enterarme de lo que pasaba.

Las personas que allí hablaban eran Silas Meadowcroft, Juan Yago y tres extraños, cuyo aspecto y trajes daban a entender desde luego que eran trabajadores del campo. Silas balanceaba en su mano un grueso bastón de haya y hablaba con Yago, en términos groseros y bastante insolentes, acerca de su entrevista nocturna con Naomi algunas horas antes.

—Otra vez, cuando se le antoje a usted ir a cortejar a una señorita en secreto, asegúrese primeramente de que la luna se ha puesto ya, o espera a una noche nublada. Se le vió a usted en el jardín, señor Yago, y es preciso que nos diga usted hoy la verdad, aunque sea la primera que diga en su vida. ¿La encontró usted fácil a sus pretensiones? ¿Dijo que sí?

Juan Yago se contenía.

—Si no puede usted prescindir de dar una broma, señor Silas, — dijo con tranquilidad y firmeza, — tenga usted la bondad de buscar asunto menos inconveneintes. Es usted completamente injusto en la suposición que hace respecto de lo que pasó anoche entre esa señorita y yo.

Silas dió media vuelta y se dirigió irónicamente a los tres trabajadores:

—Ya le oís, muchachos. No quiere decir la verdad por más esfuerzos que hago para que no mienta. No estaba enamorando anoche a Naomi en el jardín: ¡qué había de hacerlo! Ya fué casado una vez, y es demasiado listo para uncirse la coyunda de nuevo.

Con gran sorpresa mía, Juan Yago contestó a esta grosera mofa de una manera formal y seria:

—Está usted en lo justo, señor, — dijo. — No tengo intenciones de volverme a casar. Lo que estaba hablando con miss Naomi no le importa a usted; pero no es, ni mucho menos, lo que se le ha antojado suponer; era algo enteramente distinto, y que a usted ni le va ni le viene.

"Sírvase usted entender de una vez para siempre, señor Silas, que jamás me ha pasado por las mientes nada que tenga la menor relación con enamorar a esa señorita. La respeto y admiro sus buenas condicones; pero si fuera la única mujer que quedase en el mundo, y yo mucho más joven de lo que hoy soy, nunca pretendería pedirle que fuese mi esposa. Y dicho esto, rompió en una carcajada estrepitosa y forzada. — No, no, no es mi tipo, señor Silas, no es mi tipo.

Algo hubo en estas palabras o en la manera de decirlas, que exasperó, al parecer, a Silas. Dejó su burlona ironía, y se dirigió a Juan Yago con un tono de salvaje desprecio.

—¿Que no es su tipo? — replicó. — Por vida mía que es una frescura para un hombre que está en la posición de usted salir del paso de esa manera. ¿Qué quiere usted decir, al manifestar que "no es su tipo"? ¡Insolente pordiosero; Naomi Colebrook es un bocado exquisito para el que es amo de usted.

Ya el temperamento de Juan Yago empezaba a flaquear. Se acercó un paso o dos a Silas Meadowcroft en actitud amenazadora.

—¿Quién es mi amo? — preguntó .

—Ambrosio se lo demostrará a usted si se lo pregunta, — respondió el otro. — Naomi es su novia y no la mía. No se ponga usted al alcance de él, si quiere usted que le quede un solo hueso sano.

Juan Yago dirigió una de sus sardónicas miradas de reojo a la mano herida del joven.

—No se olvide usted de su propia carne, — señor Silas, — cuando amenace mis huesos. Ya le he señalado a usted, y déjeme tranquilo sin meterse en mis cosas, para que no le marque por segunda vez.

Silas levantó su garrote. Los labradores, comprendiendo el giro grave que la disputa iba tomando, se interpusieron entre los dos y los separaron. Yo había estado vistiéndome a toda prisa durante el altercado, y en este momento crítico salí corriendo escaleras abajo, para ver lo que mi influencia podía hacer en el restablecimiento de la paz en la hacienda de Morwick.

Todavía seguía la guerra de palabras fuertes cuando me incorporé al grupo.

—Vaya usted enhoramala a ocuparse en sus negocios, perro cobarde, — oí que decía Silas. — Váyase usted a la ciudad, pero con cuidado de no encontrar a Ambrosio en el camino.

—Tenga usted cuidado de no encontrarse otra vez con mi cuchillo antes de que me vaya, — gritaba el otro.

Silas hizo un esfuerzo desesperado para soltarse de los que le sujetaban.

—La última vez te dí con el puño, — le gritó, — ahora te daré con esto.

Levantó el bastón para amenazarle: me acerqué, y se lo quité de la mano.

—Mr. Silas, — le dije, — estoy enfermo y he salido para dar un paseo, y necesito llevar un buen bastón. — ¿Me presta usted el suyo?

Aquellos hombres de campo rompieron a reir estrepitosamente. Silas fijó en mí sus ojos con una expresión de colérica sorpresa. Juan Yago, recobrando en el acto el dominio

—No se me ocurrió, Mr. Lefranck, que estábamos molestando a usted, — me dijo. — Lo siento con toda el alma y le pido que me dispense.

—Acepto esas excuses, Mr. Yago. — le res-

pondí, — en la inteligencia que usted, como de más edad, dará el ejemplo de tolerancia, si se pone otra vez a prueba en lo sucecivo su genio, como hoy ha sucedido. Y además tengo que añadir, dije, dirigiéndome a Silas, — que necesito que usted me haga un favor, a mí que estoy recibiendo la hospitalidad de su padre. Otra vez que el buen humor de usted le inspire la idea de dar bromas a Mr. Yago y no las lleve usted tan lejos. Yo tengo la seguridad de que usted no quiso ofenderle, Mr. Silas. ¿Me quiere hacer el favor de manifestarlo así, usted mismo? Yo quisiera que se dieran ustedes ahora las manos.

Juan Yago extendió inmediatamente la suya, con un movimiento de buena fe que, en mi entender, era un poco fingido. Silas Meadowcroft no hizo nada en igual sentido.

—Que se vaya a sus negocios, — dijo Silas. — No quiero gastar más saliva por culpa suya; y esto por complacer a usted, Mr. Lefranck: pero ¿darle la mano? perdóneme usted: antes prefiero ir al infierno.

Era inútil seguir persuadiéndole, vista su terquedad. Ni me dió tampoco ocasión de quejarme de él, ni de hacer observaciones, aunque hubiera querido hacércelas. Dió media vuelta, callado y con ademanes de mal humor, y retrocediendo por el camino que había traído, desapareció al doblar una esquina de la casa. Los jornaleros se marcharon inmediatamente en diferntes direcciones, para empezar la faena cotidiana. Quedamos solos Juan Yago y yo.

Dejé que el hombre de los ojos negros hablara primero.

—Dentro de media hora, — me dijo, — estaré en camino para Narrabee, que es la ciudad donde tenemos el mercado y a donde me llaman los negocios de la casa. ¿Tiene usted cartas que darme para el correo o algún otro encargo que hacerme para la ciudad?

Le dí las gracias y le dije que nada se me ocurría. Me hizo otro saludo respetuoso y se metió en la casa. Yo, mecánicamente, seguí el camino que Silas había tomado al separarse.

Al volver la esquina de la casa, y después de seguir andando un rato, me encontré a la entrada de las cuadras y frente a frente otra vez con Silas Meadowcroft. Apoyaba los codos en la puerta del corral, haciéndola mover lentamente de un lado a otro, mientras jugaba con una paja que destrozaba con los dientes. Cuando me vió acercarse, se separó un paso de la puerta, e hizo un esfuerzo para excusarse, con muy poca gracia por cierto.

—No se ofenda usted, señor. Pídame otra cosa cualquiera y haré todo cuando desee: pero no me pida usted que dé la mano a Juan Yago. Le odio demasiado para estrechar su mano. Si llegara a tocarle con una, con la otra, se lo aseguro a usted, le estrangularía.

—¿Tanto rencor guarda usted a ese hombre, Mr. Silas?

—Le odio a muerte, Mr. Lefranck, y no me arrepiento ni me avergüenzo por odiarle.

—¿Hay alguna iglesia en estas cercanías, o algo que se le parezca?

—Ya lo creo que la hay.

—¿Y usted asiste a ella?

—Pues ¿qué he de hacer sino ir? Todos los domingos, sin faltar uno.

Una tercera persona que estaba detrás de mí soltó una carcajada, sin duda provocada por nuestro diálogo. Me volví y descubrí a Ambrosio Meadowcroft.

—Entiendo la buena intención de su catecismo, señor, aunque mi hermano parece no comprenderlo, — me dijo. — Pero no juzgue usted mal a Silas: no es el único cristiano que se deja la religión en el banco de la iglesia cuando sale a la calle. Nunca conseguirá usted que seamos amigos de Juan Yago, por mucho que haga para convencernos. Pero ¿qué veo? ¿qué lleva usted ahí Mr. Lefrank? ¿no es mi bastón? ¡Pues no he estado yo buscándolo poco tiempo! Aquel grueso bastón me estaba incomodando hacía ya rato, por ser demasiado pesado para la mano de un enfermo, y para nada necesitaba ya tenerlo. Juan Yago debía de estar en camino de Narrabee, y el salvaje humor de Silas Meadowcroft se había convertido en un reposo con malos modales. Devolví el bastón a Ambrosio, quien se echó a reir al tomarlo.

—No puede usted figurarse, Mr. Lefrank, cómo se extraña andar fuera de casa sin el palo a que uno se acostumbra. Un hombre llega a amoldarse a su bastón, aunque parezca mentira. ¿Se encuentra usted con ganas de almorzar?

Todavía no; voy primero a hacer algún ejercicio, dando una vuelta por ahí.

—Muy bien, muy bien. Quisiera poder acompañar a usted; pero tengo que hacer esta mañana y lo mismo le pasa a Silas. Retrocediendo por el mismo camino que ha traído, se hallará en el jardín. Si quiere usted seguir más allá, por la puertecilla que hay a lo último saldrá al camino.

Con ligereza y por no pararme a pensar, hice una verdadera tontería. Me volví por el camino que me habían indicado, dejando a los hermanos juntos a la puerta del patio de la cuadra.

CAPITULO V

NOTICIAS DE NARRABEE

CUANDO llegué al jardín, se me ocurrió una idea. La manera de hablar alegre y decidora que había tenido Ambrosio indicaba muy a las claras que hasta entonces nada sabía de la disputa ocurrida bajo mi ventana. Silas confesaría que él había tomado el bastón de su hermano, y le contaría que con él había amenazado la cabeza de Yago. No sólo era inútil, sino que había de ser perjudicial, que Ambrosio se enterase de la disputa. Retrocedí para volver a las cuadras. Nadie había ya a la puerta. Llamé alternativamente a Silas y a Ambrosio y nadie me respondió. Los hermanos se habrían marchado ya a sus quehaceres.

De vuelta en el jardín oí una voz agradable que me daba los "buenos días". Miré a todas partes y encontré a Naomi Colebrock, asomada a una de las ventanas bajas de la casa. Tenía puesto un delantal de trabajo, y estaba limpiando los cuchillos para el almuerzo en una tabla preparada a la anti-

EN LA LIBRERIA

—Dígame: ¿tiene las cartas de madame de Sevigné?
—No; todavía no ha venido el cartero.

—Yo no podía resistir el peso de una familia como la de Jones, — dice Peters.

—¿Jones? Si no tiene a nadie más que a su mujer?

—Sí. Pero pesa ciento cuarenta kilos.

* * * *

Un joven, cuya conversación nó era ni poco ni mucho interesante y además hablaba en un tono monótono y abrumador, llevaba largo rato monopolizando la palabra en una reunión.

—Mi hermano, — decía finalmente, — es todo lo contrario de lo que soy yo, en todo sentido. ¿Conocen ustedes a mi hermano?

—No, — dijo un joven irónico, — pero tendría mucho placer en conocerlo al ver la breve y bella descripción que de él acaba usted de hacernos.

gua. Un reluciente gato negro se arqueaba subido sobre su hombro, siguiendo los movimientos de la hoja del cuchillo al pasar de un extremo a otro de la superficie de la tabla cubierta de piel.

—Acérquese usted, — me dijo. — Necesito hablar con usted.

Al aproximarme observé que en su bonito rostro había nubes de ansiedad. Arrojó con mal modo al gato de su hombro y me saludó con una ligerísima indicación de la preciosa sonrisa que le era habitual.

—He visto a Juan Yago, — me dijo, — y algo me ha indicado de lo que ha sucedido esta mañana; según él me ha dicho, debajo de la ventana del cuarto de usted. Cuando le he pedido que me diera más detalles, me ha dado por única explicación la siguiente respuesta: "Hable usted con Mr. Lefrank; yo tengo que salir para Narrabee". ¿Qué ha pasado? Dígamelo usted todo y en seguida, pues estoy fuera de mí y no puedo esperar.

Con la única excepción de que hice la pintura con los mejores colores, en vez de emplear los más malos, le conté lo que había yo presenciado, tan detalladamente como acabo de referirlo. Dejó caer el cuchillo que estaba limpiando y cruzó sus manos, quedándose pensativa.

—¡Ojalá no hubiera acudido nunca a la cita de Juan Yago! — dijo. — Siempre que un hombre pide algo a una mujer, tiene ésta que arrepentirse, según veo, de haber dicho: "Sí".

Hizo esta exacta reflexión demostrando en su cara pena profundísima. La cita a la luz de la luna había dejado recuerdos muy amargos en su espíritu, sin duda alguna. Vi esto tan claro como la estaba viendo a ella misma.

¿Qué le habría dicho Juan Yago? Se lo pregunté con la mayor delicadeza posible, y excusándome previamente por la indiscreción de la pregunta.

—Quisiera decírselo a usted, — empezó dando solemnidad a su voz, y subrayando mucho el "a usted".

Y nada más dijo. Palideció y de pronto le subieron encendidos colores a su rostro. Volvió a tomar el cuchillo, y siguió pasándolo por la gamuza con tanto ahinco como antes.

—No puedo contárselo a usted de ninguna manera, — continuó, fijas sus miras en el cuchillo y con la cabeza inclinada; — he prometido no decírselo a nadie. Olvide usted todo el incidente lo mejor y lo más pronto que pueda. ¡Chitón! Ahí viene el espía que nos vió anoche en el jardín y que se lo dijo a Silas.

La antipática miss Meadowcroft abría la puerta de la cocina, llevando en sus manos un enorme libro de oraciones; miró a Naomi como sólo puede mirar una solterosa celosa y vieja a una muchacha más joven y más bonita.

—A rezar, miss Colebrook, — dijo con su tono más seco. — Se detuvo, y al verme en la parte de afuera de la ventana me dijo: La hora de las oraciones, Mr. Lefrank, — mirándome con un gesto de cierto recogimiento, dedicado exclusivamente a mi persona.

—Ahora mismo voy, miss Meodowroft,— dijo Naomi.

—No tengo interés ninguno en conocer los secretos de usted, señorita Colebrook.

Con esta dura respuesta, nuestra sacerdotisa salió de la cocina, con su libro de rezos en las manos. Yo me incorporé a Naomi, entrando en el cuarto por la puerta que daba al jardín, donde ya había ella venido muy de prisa a encontrarme.

—No estoy tranquila: hay algo que me inquieta extraordinariamente, — me dijo, — ¿No dejó usted juntos a Ambrosio y Silas?

—Sí.

—¿Y supone usted que Silas le contaría a Ambrosio todo lo ocurrido esta mañana?

La misma idea, como ya antes manifesté, había cruzado por mi espíritu. Hice cuanto pude por tranquilizar a Naomi.

—Mr. Yago está ya lejos de la casa, y en su ausencia lo arreglaremos todo, entre usted y yo.

Me agarró el brazo.

—Vamos a las oraciones, — me dijo. — Allí estará Ambrosio y habrá ocasión de que yo le hable.

Ni Ambrosio ni Silas estaban en el cuarto para almorzar, cuando nosotros entramos. Después de esperarlos en vano unos diez minutos, Mr. Meadowcroft mandó a su hija que leyera el rezo, lo que ella hizo con el tono de una mujer ofendida que hubiera asaltado el trono de la piedad para seguir alegando sus derechos. Después se sirvió el almuerzo, sin presentarse ninguno de los dos hermanos. Miss Meadowcroft miró a su padre, diciendo:

—De mal en peor. ¿Qué le dije a usted?

Naomi inmediatamente aplicó el antídoto, exclamando:

—Indudablemente se habrán entretenido con sus ocupaciones, tío; y volviéndose a mí: ¿querrá usted ver la hacienda, Mr. Lefrank? Yo le acompañaré y así me ayudará usted a buscar a los primos.

Más de una hora estuvimos andando, recorriendo las dependencias, sin descubrir a los que buscábamos. Por último, los encontramos, en los últimos linderos de un bosquecillo, sentados en el tronco de un árbol tumbado en el suelo, y charlando.

Silas se levantó al vernos y se internó en el bosque sin pronunciar palabra ni para saludarnos ni para despedirse. En este momento observé que su hermano Ambrosio le hablaba al oído, a lo cual respondió Silas: "está bien".

—Ambrosio, ¿quiere decir todo esto que tienes algún secreto para mí? — preguntó Naomi, acercándose sonriente a su novio.— ¿Has mandado a Silas que no abra la boca? Ambrosio empezó a dar con la punta del pie a las piedrecillas que tenía cerca, y eché de ver, con cierta sorpresa, que no llevaba ni estaba por allí su bastón favorito.

—Son negocios, — dijo respondiendo a Naomi, pero no con mucha afabilidad, — negocios de Silas y míos. Y nada más puedo responderte a lo que querías saber.

Naomi siguió preguntando con la pertinacia femenina, sin hacer caso de la mala acogida que encontraban sus palabras en aquel hombre mal humorado.

—¿Por qué no habeis ido ninguno de los dos a rezar a la hora del almuerzo?

—Porque teníamos demasiado que hacer,

— replicó Ambrosio ásperamente, — y estábamos muy lejos de la casa.

—¡Qué casualidad! — añadió Naomi. — Desde que vivo aquí no ha sucedido nunca otro tanto.

—Pues, vivir para ver. Hoy ha sucedido ya.

El tono con que pronunció estas palabras hubiera advertido a cualquier hombre que había que dejar en paz a Ambrosio; pero estas advertencias indirectas no sirven para nada, cuando son dirigidas a las mujeres. Naomi, que tenía todavía en su espíritu algo que preguntar, prosiguió:

—¿Has visto hoy a Juan Yago?

El fuego que estaba ligeramente encubierto salió formando llama al influjo de esta pregunta:

—¿Tienes más preguntas que hacer todavía? — exclamó Ambrosio violentamente. — ¿Eres el cura que me está examinando de doctrina y de catecismo? No he visto a Yago y he estado en mis ocupaciones, que son muchas. ¿Estás ya satisfecha?

Dió media vuelta lanzando un juramento, y se internó en el bosque, por el mismo sitio que su hermano. Los hermosos ojos de Naomi se levantaron para mirarme, rebosando indignación.

—¿Qué significa, Mr. Lefrank, hablarme a mí de esa manera? ¡Habrá grosero! ¿Cómo se ha atrevido a tanto?

Dicho esto, se calló. Voz, manera y mirada, todo cambio en ella repentinamente.

—Nunca ha sucedido nada que se parezca a esto. ¿Qué significará? Confieso que he encontrado a Ambrosio desconocido; otro hombre enteramente. ¿No le choca a usted también?

Traté otra vez de suavizar las cosas.

—Algo le habrá puesto de mal humor, miss Colebrook. Los hombres a veces pierden los estribos por tonterías y nimiedades. Lo sé por experiencia. Deje usted pasar algún tiempo, él pedirá a usted mil perdones y como si nada hubiera sucedido.

Mis palabras no consiguieron tranquilizar mucho a mi linda compañera. Volvimos a la casa. Llegó la hora de comer y se presentaron los hermanos. El padre les habló de su falta a las oraciones de la mañana, con innecesaria severidad, a mi juicio. Ellos recibieron el regaño, con innecesaria indignación por su parte, y se marcharon. Una amarga sonrisa de satisfacción apareció en los delgadísimos labios de miss Meadowcroft. Miró a su padre y alzando después con tristeza sus ojos al cielo, exclamó:

—¡Cómo ha de ser! No hay más remedio que rezar por ellos, señor.

Naomi desapareció cuando acabó la comida. Cuando volví a verla, tenía algo nuevo que decirme.

—He estado con Ambrosio, — me dijo, — y me ha pedido perdón. Ya hemos hecho las paces, pero...

—¿Pero qué, miss Naomi?

—No es el mismo de siempre. Afirma que no le pasa nada, pero yo conozco que me oculta algo.

Se pasó el día y llegó la noche. Yo volví a la lectura de mi novela francesa, sin que ni el mismo Dumas consiguiera arrancar mi atención de los sucesos del día. No puedo dar cuenta de lo que pensaba, ni explicar la razón de estar yo tan abstraído. Hubiera deseado no haber salido nunca de Inglaterra y empecé a tomar horror, sin explicación razonable, a la hacienda de Morwick.

Dieron las nueve y todos nos reunimos otra vez para cenar, con excepción de Juan Yago. Se esperaba que estuviera de regreso a la hora de la cena, y le esperamos un cuarto de hora más, por deseo manifiesto de miss Meadowcroft. Pasó el cuarto de hora y Yago no apareció.

Y fué entrando la noche, sin que se presentara el ausente. Miss Meadowcroft se ofreció voluntariamente a esperarle sin acostarse. Naomi le lenzó una mirada que encerraba bastante malicia, al separarse las dos mujeres hasta el día siguiente. Yo me encerré en mi cuarto, y también me desvelé. Al amanecer el siguiente día salí como el anterior para respirar los aires puros de la mañana.

En la escalera encontré a miss Meadowcroft que volvía a su cuarto. Ni uno de sus cabellos grises estaba fuera de su sitio; nada en el aspecto de aquella impenetrable mujer revelaba que hubiera estado de guardia toda la noche.

—¿No ha vuelto Mr. Yago? — pregunté.

Miss Meadowcroft movió pausadamente la cabeza, frunció el entrecejo y me dijo:

—Estamos en manos de la Providencia, Mr. Lefrank. Mr. Yago no habrá podido venir y alguna necesidad imperiosa le habrá retenido toda la noche en Narrabee.

Empezó su inalterable curso la rutina diaria de las comidas. Llegó la hora del almuerzo, la de la comida, y Juan Yago no proyectó su sombra en las puertas de la hacienda de Morwick. Conferenciaron Mr. Meadowcroft y su hija, diciendo enviar en busca del desaparecido. Fué despachado a Narrabee uno de los trabajadores más inteligentes de la casa, para que averiguara y tomara informes.

Volvió ya por la noche, trayendo noticias muy extraordinarias. Había visitado todas las casas de huéspedes y todos los sitios de Narrabee, donde se reúnen hombres de negocios; había preguntado a todos y en todas partes, consiguiendo únicamente saber que nadie había visto a Juan Yago. Todos respondían que Juan Yago no había estado en Narrabee.

Nos miramos los unos a los otros, excepto los dos hermanos, que estaban sentados juntos en un rincón oscuro del cuarto. La conclusión parecía ser inevitable. Juan Yago había desaparecido.

CAPITULO VI

EL HORNO DE CAL

EL primero que habló fué Mr. Meadowcroft.

—Es preciso que parezca Juan, y alguien tiene que ir a buscarle.

—Sin pérdida de momento, — añadió la hija.

Ambrosio se levantó en el acto y se adelantó desde el oscuro rincón.

—Yo lo averiguaré, — dijo.

Silas le siguió.

—Iré contigo, — añadió.

Mr. Meadowcroft se interpuso.

—Con uno que vaya, basta, por ahora. Tú atrás, Ambrosio. Tal vez tu hermano tenga que ir también luego. Si ha sucedido algo grave. Dios no lo quiera, tendremos que hacer indagaciones en otros sentidos. Silas, tú te quedarás en la hacienda.

Los dos hermanos salieron juntos; Ambrosio para preparar su viaje; Silas, para ensillarle un caballo. Naomi se escurrió detrás de ellos. Quedé en compañía de Mr. Meadowcroft y su hija, ambos devorados por la ansiedad que les producía la desaparición de Yago y ambos tratando de ocultarla bajo una máscara de devota resignación y paciencia. No hay para qué decir que yo también me retiré tan pronto como pude sin faltar a las conveniencias sociales. Al subir a mi cuarto, descubrí a Naomi, medio oculta en el hueco que formaba un asiento antiguo de ventana que había en el primer descanso de la escalera. Mi interesante amiguita estaba horriblemente disgustada. Con el delantal se tapaba la cara, llorando copiosamente. Ambrosio no se había despedido tan tiernamente como acostumbraba y ella estaba más persuadida cada vez de que Ambrosio le estaba ocultando algo. Todos esperamos con ansiedad la venida del nuevo día, que oscureció todavía más aquel misterio.

El caballo en que había ido Ambrosio a Narrabee volvió a la hacienda, montado por un mozo del hotel, quien trajo una carta de Ambrosio, que nos sobresaltó. Todas las indagaciones que había hecho habían demostrado de una manera positiva que Yago no había pasado por Narrabee ni por sus inmediaciones. Lo único que se había podido averiguar de su paradero, procedía de unos rumores vagos. Se había dicho que un hombre de las señar de Juan Yago había sido visto en la noche anterior en un tren de ferrocarril, con dirección a Nueva York. Sobre esta imperfecta pista, había decidido ambrosio comprobar la verdad de la noticia, extendiendo sus pesquisas hasta Nueva York.

Esta manera extraordinaria de obrar me indujo a sospechar que algo malo había sucedido realmente; pero a nadie participe mis dudas, aunque me preparé desde aquel mismo momento a que la desaparición de Juan Yago tuviera consecuencias gravísimas.

Y aquel mismo día empezaron a presentarse.

Había transcurrido ya tiempo suficiente para que se extendieran por todo el distrito los rumores de lo que había ísucedido en la hacienda. Los vecinos, que conocían de antiguo la mala voluntad que se tenían los hombres de la hacienda, sabían también sin duda, por que la contaron los tres trabajadores que la presenciaron, la escena deplorable que había ocurrido debajo de la ventana de mi cuarto. La opinión pública se manifiesta inmediatamente en América sin la menor reserva, ni el más insignificante cuidado por las consecuencias, y en esta ocasión declaró que el desaparecido había sido víctima de algún crimen, achacando la responsabilidad de la desaparición a uno de los dos hermanoso a los dos a un tiempo. Ya muy avanzado el día, vino a confirmarse lo razonable de esta grave opinión de la mayoría por un descubrimiento sorprendente. Se hizo saber que un predicador metodista establecido recientemente en Morwick, había soñado que Juan Yago había sido asesinado y que sus huesos estaban escondidos en la hacienda de Morwick. No era todavía de noche y ya era general la decisión de comprobar lo que hubiera de cierto en los sueños del cura; no solamente en el distrito inmediato, sino hasta en la misma ciudad de Narrabee, la voz pública insistía en la necesidad de hacer un registro minucioso en la hacienda de Morwick, hasta encontrar los restos mortales de Juan Yago.

En el terrible giro que las cosas habían tomado, Mr. Meadowcroft desplegó un espíritu y una energía que no hubiera yo podido prever.

—Mis hijos tienen defectos, — dijo, — y defectos grandes, que nadie conoce mejor que yo. Se han portado mal y han sido muy ingratos con Juan Yago, tampoco lo niego; pero Ambrosio y Silas no son asesinos. Buscad y registrad cuanto querais Yo soy el primero en pedirlo y exigirlo, porque después de lo que se ha dicho, es indispensable que se haga justicia a mi familia y a mi apellido.

Los vecinos le tomaron la palabra. La sección Morwick de la nación americana se organizó en el acto. Se reunió el pueblo soberano en tribunal, hubo discursos, fueron elegidas las personas competentes para representar los interess públicos, y al día siguiente empezó el registro. Todo el procedimiento, redículamente informal desde un punto de vista jurídico, fué ejecutado por aquella gente extraordinaria con un sentido tan severo y estricto del deber, como si hubiera sido sancionado por el más elevado tribunal de la tierra.

Naomi recibió la calamidad que había sobrevenido en aquella familia tan resueltamente como su mismo tío. El valor de la niña creció hasta la altura de las circunstancias. Su única ansiedad era por Ambrosio.

—Debía estar aquí, — me dijo. — Estos pícaros de la vecindad son lo bastante malos para decir que su ausencia es una confesión de su culpabilidad.

Tenía ella razón. En el grado de excitación a que había llegado el espíritu público, la ausencia de Ambrosio constituía por sí sola una circunstancia sospechosa.

—Podríamos telegrafiar a Nuva York, — se me ocurrió decir, — si se supiera a dónde podíamos dirigirle el parte.

Yo sé el hotel donde paran los Moedowcroft cuando van a Nueva York, — me contestó. — A él me enviaron a mí cuando

murió mi padre y allí esperé a mis Meadowcroft, que fué a buscarme para traerme a Morwick.

Decidimos enviar un telegrama al hotel Escribiendo estaba yo el parte, y Naomi mirando por encima de mi hombro lo que yo escribía, cuando nos sorprendió una voz extraña que sonaba a nuestro lado.

—¡Ah, ya tenemos sus señas. ¿Son esas? — dijo la voz. — Nos estaban haciendo ya mucha falta.

El que hablara era un extraño. Naomi le reconoció como uno de los vecinos.

—¿Y para qué quería usted esas señas? — le preguntó inmediatamente.

—Porque ya me parece que hemos encontrado los restos mortales de Juan Yago, — contestó el hombre. — A Silas ya le tenemos asegurado, y ahora nos falta coger a Ambrosio, por indicios de asesinato.

—Mentira, — gritó furiosa Naomi; — es una horrenda mentira.

El hombre se dirigió a mí.

—Llévesela al cuarto inmediato, señor, — me dijo, — y que procure cuidarse.

Nos fuimos juntos al otro cuarto.

En un rincón, sentada al lado de su padre, cuya mano tenía entre las suyas, vimos a la severa y pétrea mis Maddowcroft gimoteando silenciosamente. Enfrente de ellos, agazapado sobre el apoyo de la ventana, errantes los ojos y con los brazos colgados descubrimos en seguida a Silas con todo el aspecto de un hombre herido por el pánico. Unas cuantas personas, de las que habían venido a registrar la hacienda, estaban sentadas cerca de él sin perderle de vista. La mayor parte de los extraños estaban de pie, rodeando una mesa que había en el centro de la habitación. Se apartaron al acercarme con Naomi permitiéndonos ver perfectamente los objetos colocados en la mesa.

En el centro de todos los objetos había un montoncito de huesos chamuscados. Al lado de los huesos, había un cuchillo, dos botones de metal y un bastón quemado en parte. El cuchillo fué reconocido por uno de los trabajadores de la hacienda, por ser el arma que siempre llevaba Juan Yago y la misma con que había herido en la mano, días antes, a Silas Meadowcroft. Respecto de los botones, la misma Naomi declaró que tenían una forma particular, que le había llamado mucho la atención siempre en el chaquetón de Juan Yago. En cuanto al bastón, a pesar de la acción del fuego, no me fué difícil identificar su puño extravagantemente tallado. Era el pesado bastón de haya, que yo le había quitado a Silas, y había devuelto a Ambrosio, al reclamarlo éste por suyo. Respondiendo a preguntas mías, se me informó de que los huesos, cuchillo, botones y bastón habían sido encontrados juntos en un horno de cal, que a la sazón estaba funcionando en la hacienda.

—¿Es grave esto? — me preguntó en voz muy baja Naomi al separarnos de la mesa.

—Sí, — le respondí en el mismo tono, — es muy grave.

La comisión registradora siguió los procedimientos con la más estricta regularidad. Se hizo en el acto la denuncia que era del caso a un juez de paz, y el juez dió la correspondiente orden de prisión. Aquella noche fué preso Silas y se despachó un aguacil para prender en Nueva York a Ambrosio.

Por mi parte hice lo poco que pude para ser útil. Con la tácita sanción de Mr. Meadowcroft y de su hija, fuí a Narrabee y apalabré al mejor abogado que había en la ciudad para que se encargara de la defensa. Hecho esto, nada quedaba por hacer sino esperar noticias de Ambrosio, y las declaraciones que hubiera de prestarse ante el juez, para ver lo que arrojaban. No referiré la desolación que hubo en la casa durante tan terrible expectativa, porque a nada útil obedecería el detenerme a referirla: únicamente diré que la conducta de Naomi corroboró mi convencimiento de que poseía una naturaleza nobilísima. Yo no me daba cuenta del estado de mis propios sentimientos en aquel entonces; pero ahora estoy dispuesto a creeer que fué la época en que empecé a envidiar a Ambrosio la mujer que había alcanzado.

El telégrafo nos trajo las primeras noticias de Ambrosio. Había sido preso en el hotel y estaba ya en camino para Morwick. Llegó al día siguiente y entró en la cárcel como su hermano. Estaban encerrados en calabozos distintos y prohibida toda comunicación entre ellos.

Dos días después, empezaron las primeras declaraciones. Ambrosio y Silas Meadowcroft estaban acusados ante el juez por el odioso asesinato de Juan Yago. Fuí citado como testigo, y a petición de la misma Naomi, llevé a la pobre muchacha al tribunal, y estuve sentado a su lado mientras duraron las declaraciones. También asistió Mr. Meadowcroft en su sillón de inválido, con su hija al lado.

Tal fué el resultado de mi viaje a través del Océano en busca de quietud y descanso, y de tal manera el tiempo y la casualidad se encargaron de desmentir mis precipitados presentimientos respecto de la vida aburrida y monótona que me esperaba en la hacienda de Morwick.

CAPITULO VII

MATERIALES PARA LA DEFENSA

CUANDO íbamos a sentarnos en los sitios que se nos habían designado en el juzgado, tuvimos que pasar por delante de la plataforma en que estaban de pie los dos presos, uno al lado del otro.

Silas no hizo caso de nosotros. Ambrosio nos dirigió una mirada de saludo y puso la mano en la barandilla que tenía enfrente. Al pasar por allí Naomi pudo alcanzar aquella mano con los dedos de la suya. — Sé que eres inocente murmuró, enviándole al mismo tiempo una mirada alentadora de amor, sin dejar de seguirme para ocupar su

puesto. — Ambrosio no perdió ni un momento la presencia de ánimo, lo cual, pude aquivocarme, me pareció de muy mal agüero.

Tal como la acusación presentaba el caso acriminaba muchísimo a los dos presos.

Ambrosio y Silas Meadowcroft estaban acusados del homicidio de Yago (llevado a cabo con el bastón o con una arma cualquiera) y de la destrucción premeditada del cadáver arrojado al horno de cal. En prueba de esta última afirmación, se presentaron el cuchillo que el interfecto acostumbraba llevar siempre consigo, y los botones de metal que todos reconocían como de su chaquetón. Se argüía que estas sustancias indestructibles y unos cuantos fragmentos de los huesos mayores, eran lo único que se había salvado de la acción de la cal ardiente. Habiendo presentado algunos expertos médicos, en apoyo de esta teoría, por sus declaraciones de que los huesos eran humanos, y habiendo demostrado de un modo evidente el descubrimiento de los expresados restos en el horno, la acusación procedía en seguida a probar que el hombre a quien se había echado de menos había sido asesinado por los dos hermanos y arrojado después en el horno de cal, con el objeto de ocultar su crimen.

Testigo tras testigo declararon acordes, respecto de la inveterada enemistad al interfecto demostrada por Ambrosio y Silas. El lenguaje de amenazas que usaban siempre que de él hablaban; sus continuas disputas con él, que habían llegado a ser un escándalo público en toda la vecindad, y que por lo menos ,una vez habían acabado a golpes; la desagradable escena que había ocurrido debajo de mi ventana y la devolución a Ambrosio, en la misma mañana de la fatal disputa, de aquel mismo bastón encontrado entre los restos del muerto: estos hechos y sucesos, además de una porción de circunstancias de menor importancia, declarados bajo juramento por testigos cuya reputación era digna de todo crédito, llevaban con terrible fijeza a la conclusión a que el fiscal había llegado.

Yo miraba a los hermanos al ir apretándoles cada vez con más fuerza el cúmulo de declaraciones. A juzgar por las apariencias seguía Ambrosio manteniendo su presencia de ánimo. Otra cosa demostraba Silas, que dejaba ver un terror abyecto en su cadavérico rostro; en sus grandes y huesudas manos, que convulsivamente apretaban la barandilla junto a la cual estaba de pie; en sus ojos fuera de las órbitas, que se fijaban con horror en cada uno de los testigos que se iban presentando. El sentimiento público le juzgó en el acto. Allí estaba ya convicto, según el juicio público, como culpable.

El único punto ganado por la defensa era el relativo a los chamuscados huesos.

Repetidamente interrogados acerca de este punto los expertos médicos, la mayor parte de ellos confesaron que se habían precipitado algo al hacer el primer examen, y que era muy posible que llegara todavía a demostrarse que los restos eran los de un animal y no los de un hombre. En vista de esto, decidió el juez que se hiciera un segundo reconocimiento y que se citara mayor número de médicos competentes.

Y con esto terminaron las primeras diligencias: los presos fueron otra vez encarcelados por un plazo de tres días.

Tan completa era la postración de Silas, al terminar la vista, que fué necesario que dos hombres le ayudaran a salir del tribunal. Ambrosio se inclinó sobre la barandilla para hablar a Naomi antes de seguir al carcelero.

—Espera, — le dijo en voz muy baja y con confianza, — hasta que oigan lo que yo tengo que decir.

Naomi le envió un beso con mucho cariño, y volvió a mí sus ojos empapados en lágrimas.

—¿Por qué no oirán ahora mismo lo que él tiene que decir? — preguntó. — Cualquiera puede comprender que Ambrosio es inocente. Es una vergüenza y clama al cielo que vuelvan a enviarle al calabozo. ¿No opina usted lo mismo, Mr. Lefrank?

Si yo hubiera confesado lo que pensaba, hubiese dicho que Ambrosio, a mi juicio, nada había probado a no ser que tenía excepcional fuerza de dominio sobre sí mismo. Era imposible declarar esto a mi amiguita. Distraje su espíritu de la pregunta acerca de la inocencia del que amaba, proponiendo que pidiéramos la orden necesaria para visitarle al día siguiente en la cárcel. Naomi enjugó sus lágrimas y me dió un apretoncito lleno de gratitud.

—¡Ah, Dios mío! ¡Qué bueno es usted! — exclamó la niña americana que nunca reservaba sus pensamientos. — Cuando llegue usted a casarse, segura estoy de que la que sea su esposa no se arrepentirá jamás de haber dicho "sí" a boca llena.

Mr. Meadowcroft guardó profundo silencio en todo el camino de regreso a la hacienda, que hicimos a pie, acompañando el sillón de inválido. Lo último que le quedaba de resolución y fuerzas se había agotado por la demoledora presión de los procedimientos judiciales. Su hija, por una especie de indulgencia severa con Naomi, nos permitía compasivamente que oyéramos su opinión, expresada con frases de las Divinas Escrituras. Si estas máximas significaban algo pertinente, querían decir que ella había previsto todo lo que había sucedido; y que lo mano de cuanto estaba ocurriendo, a su modo de ver, era la muerte de Juan Yago sin preparación para su inesperado fin.

Obtuve la orden de entrada en la cárcel para la mañana siguiente.

Encontramos a Ambrosio confiado todavía en el resultado favorable para su hermano y para él. Parecía casi tan deseoso de referir, como de escucharla estaba Naomi, la verdadera historia de lo que había sucedido en el horno de cal. Los jefes de la cárcel, que asistían como es de rigor a la entrevista, le avisaron que todo cuanto dijera podía ser

anotado y presentado en el tribunal en contra suya y como declaración.

—Pues que se anote y sea enhorabuena, — replicó Ambrosio. — Nada tengo que temer, porque únicamente estoy diciendo la verdad.

Con lo cual se volvióa Naomi y empezó su relación, que escribo casi con sus mismas palabras, en cuanto puede alcanzar mi memoria.

—Desde luego puedo decir que nada tengo que ocultar desde el principio, niña mía. Después de dejarnos aquella mañana Mr. Lefrank pregunté a Silas la razón de haber recogido mi bastón. Al decírmelo, Silas me refirió también las palabras que había tenido con Juan Yago debajo de la ventana de Mr. Lefrank y entré en celos: lo confieso francamente, Naomi, creí lo peor que puede creerse, y lo dí como cosa real y realizada entre tí y Yago.

Aquí le interrumpió Naomi sin cumplimientos.

—¿Y por eso me hablaste aquella mañana de la manera que lo hiciste cuando te encontramos en el bosque?

—Precisamente.

—¿Y por eso te separaste volviendo la espalda, cuando fuiste a Narrabee, sin darme un beso de despedida?

—Nada más que por eso.

—Pídeme perdón ahora mismo, antes de pronunciar una palabra más.

—Te pido perdón.

—Di que estás arrepentido de tus malos pensamientos.

—Estoy arrepentido y avergonzado, — respondió humildemente Ambrosio.

—Ahora puedes ya continuar, — replicó Naomi, porque estoy satisfecha.

Ambrosio prosiguió.

—Nos dirigíamos al llano que hay al otro lado del bosque donde estábamos hablando Silas y yo, y quiso la mala suerte que tomáramos el sendero que pasa cerca del horno de cal. Al volver el recodo, nos encontramos con Juan Yago, que se encaminaba a Narrabee. Yo estaba demasiado nervioso, te lo confieso, para dejarle pasar sin más ni más. Le insulté de mala manera. Se le subió también la sangre a la cabeza y me contestó en iguales o peores términos. Confieso que le amenacé con el bastón, pero juro que sin intención de hacerle daño. Sabes, ya que no has olvidado lo ocurrido con Silas, que Juan Yago no tarda nunca en sacar el cuchillo. Es oriundo del Oeste, donde siempre tienen a mano un arma en cualquier bolsillo. Es lo más probable que tampoco él tuviera intenciones de herirme, pero ¿quién me lo aseguraba? Cuando se me vino encima con el arma en la mano, arrojé el bastón y me lié con él a brazo partido. Con una mano le quité el cuchillo y lo tiré, y con la otra le sujeté por el cuello de su grasiento chaquetón y le dí tales sacudidas que le crujían los huesos. Me quedé con un buen pedazo del chaquetón entre las manos. Tiré aquel trapo al horno de cal, a cuyo lado sucedió todo; recogí el cuchillo y también lo tiré al horno, y a no detenerme Silas, el mismo paradero hubiera tenido en seguida probablemente Juan Yago; pero Silas me sujetó, mientras gritaba: "Corre, escápate y no vuelvas a aparecer por aquí si no quieres morir abrasado en el horno". Estuvo quieto contemplándonos durante un minuto, recuperando el aliento y arreglándose la descompuesta ropa. En seguida dijo con voz y mirada, más de muerto que de vivo: Muchas veces se prometen cosas que no han de cumplirse, Mr. Silas; pero "yo jamás volveré por aquí". Dió media vuelta y se alejó de nosotros. Nos quedamos mirándonos, como un par de tontos. ¿Será verdad que no vuelva? — dije yo. — ¡Bah; — me respondió Silas, — está demasiado enamorado de Naomi para no volver. Y ahora Naomi, ¿qué te sucede?

Yo también lo había reparado. Había palidecido ella repentinamente, cuando Ambrosio contó lo que Silas había respondido.

—No me sucede nada, — rspondió Naomi. — No tiene derecho tu hermano a tomarse la libertad de acordarse de mi nombre. ¿Dijo algo más Silas, ya puesto tú en camino?

—Sí; miró al horno y me preguntó: ¿Por qué has tirado ahí el cuchillo, Ambrosio? ¿Sabe uno, por qué hace las cosas, cuando las hace fuera de sí? — Es una magnífica hoja y en tu caso me la hubiera apropiado. Entonces recogí el bastón que estaba en el suelo, y le dije: "Puede ser que aun no este perdido" y empecé a rebuscar con el bastón para ver si conseguía ponerlo al alcance de una pala o de otra herramienta cualquiera para sacarlo.

—Dame la mano, — le dije a Silas, — para que pueda estirarme y alcanzar más lejos y verás cómo todavía lo recojo.

En vez de encontrar el cuchillo, poco faltó para caer yo mismo en el horno, porque el vapor casi llegó a privarme del sentido. Todo lo que puedo decir es que me dió una especie de vahido y dejé caer el basón en el horno. Hubiera yo caído detrás del bastón, y allí hubiera muerto, si Silas no me hubiera tirado de la mano. Vaya, vaya, — me dijo, — que si no llego a sujetarte, el cuchillo de Juan Yago te hubiera quitado la vida, al fin y al cabo. Me llevó del brazo y juntos fuimos hasta el bosque. Allí nos detuvimos en el mismo sitio en yue ustedes nos encontraron, y nos sentamos en aquel tronco. Hablamos algo más acerca de Juan Yago, conviniendo por último en esperar a ver lo que sucedía, sin decir mientras tanto a nadie una sola palabra de lo ocurrido. Llegaste tú con Mr. Lefrank, cuando aun estábamos hablando y no te equivocabas cuando me decías que yo te ocultaba algo. Ya sabes mi secreto y lo que entonces ocultaba.

Aquí se detuvo. Le hice una pregunta, la primera que le dirigía.

—¿Temían ustedes entonces, usted y su hermano que pudiera venir la acusación que hoy pesa sobre ustedes?

—Ni por las mientes se nos pasó semejan-

te idea, señor — respondió Ambrosio. — ¿Cómo podíamos nosotros prever que los vecinos iban a registrar el horno y que iban a decir de nosotros lo que han dicho? Todo nuestro temor era que el viejo se enterase de la disputa y se pusiera más furioso que nunca en contra nuestra. Yo era el más empeñado en guardar el más absoluto secreto, porque me acordaba de Naomi y quería no disgustarla por manera alguna. Póngase usted en mi caso y comprenderá, señor, que no era muy agradable lo que me esperaba en la casa, si Juan Yago cumplía su promesa de no volver y se averiguaba que yo tenía la culpa.

Seguramente que la explicación de su conducta era satisfactoria; pero a mí no acabó de convencerme.

—Entonces usted cree, — dije yo, — que Juan Yago está cumpliendo su propósito de no volver nunca a la hacienda. ¿Usted piensa que vive y que está oculto, sabe Dios, dónde?

—Seguramente, — dijo Ambrosio.

—Seguramente, — repitió Noemi.

—¿Creen ustedes en aquel rumor de que se le había visto viajando en un tren con dirección a Nueva York?

—Yo lo creo firmemente, señor, y aún más creo: que yo hubiera dado con él, por lo mucho que me interesaba, si cuando ya estaba en la pista no me hubieran sacado de Nueva York.

Miré a Naomi.

—Y yo creo lo mismo, — dijo. — Juan Yago está escondido para no presentarse.

—¿Suponen ustedes que por miedo a Ambrosio y Silas?

No contestó ella al pronto.

—Puede que les tenga miedo, — dijo al cabo de un rato, subrayando mucho el "puede".

Volvió a vacilar y volví a dirigirle la siguiente pregunta:

—¿Cree usted que pueda haber algún otro motivo para que no venga?

Miró al suelo y respondió con sequedad, casi con aspereza.

—No lo sé.

Me dirigí a Ambrosio:

—¿Tiene usted algo más que contarnos?

—No, — me dijo He dicho cuanto sabía relativo al asunto.

Me levanté para hablar con el abogado a quien había yo encargado de la defensa y que nos había ayudado a conseguir la orden de entrada en la cárcel, y nos había acompañado.

Sentado aparte, hasta entonces había permanecido en silencio, observando atentamente el efecto que las palabras de Ambrosio Meadowcroft producían en los empleados de la prisión y en mí.

—¿Será esta la defensa? — le pregunté en voz baja.

—Esta será Mr. Lefrank. Y entre nosotros ¿usted que opina?

—Entre nosotros, que el juez, los enviará ante el jurado.

—¿Acusados de asesinato?

—Sí, como asesinos.

CAPITULO VIII

LA CONFESION

MIS respuestas al abogado expresaban perfectamente el convencimiento de mi espíritu. La narración hecha por Ambrosio tenía para mí todas las apariencias de un cuento inventado, y acomodado de un modo muy burdo para explicar las pruebas incidentales acumuladas por la acusación. Llegué a este convencimiento con repugnancia y contra mis deseos, que hubieran sido encontralo todo a gusto de Naomi. Dije cuanto pude para que flaqueara la absoluta confianza que ella tenía en la absolución completa de los presos, en la próxima sesión del juzado.

Llegó el día señalado.

Naomi y yo fuimos juntos al tribunal. A Mr. Meadowcroft no le fué posible salir de casa. Su hija asistió, yendo sola a pie desde la hacienda, y sentándose sola tambien en el tribunal.

En esta segunda comparecencia Silas estaba más tranquilo y se parecía más a su hermano. La acusación no llamó más testigos. Empezó la batalla por las declaraciones de los médicos relativas al examen pericial de los chamuscados huesos, y hasta cierto punto, obtuvimos una victoria; es decir, obligamos a los doctores a reconocer que sus opiniones eran muy diferentes y contradictorias. Tres confesaban que no podían asegurar nada con certeza. Dos llegaban todavía más lejos y declaraban que los huesos eran de un animal y no de un hombre. Nos apoderamos de estos argumentos y en seguida entramos en la defensa, fundada n la declaración de Ambrosio Meadowcroft.

Como es natural, la defensa no podía presentar testigos en su apoyo. Bien porque esta circunstancia le desalentara, bien porque en lo íntimo participaba de mi opinión acerca de lo manifestado por su defendido, el caso es que el abogado solamente habló como una máquina, haciendo todo cuanto pudo, sin duda alguna; pero haciéndolo sin demostrar convencimiento ni entusiasmo verdadero por su causa. Naomi me dirigió una mirada de ansiedad, al sentarse el abogado, después de cumplir su cometido. La mano de la muchacha, que yo tomé, se puso fría. Vió claras señales del fracaso de la defensa n las miradas y ademán del abogado de la acusación; pero animosamente esperó la decisión del juez. Yo había previsto con toda claridad lo que el juez no tendría más remedio que decir, en cumplimiento de sus deberes. La cabeza de Naomi cayó sobre mi hombro al oír las terribles palabras que sentenciaban a Ambrosio y a Silas Meadowcroft a comparecer ante el jurado por el crimen de asesinato.

La saqué del salón para que tomara aire. Al pasar por delante de los acusados, vi a Ambrosio mortalmente pálido, y que se que-

daba mirándonos al vernos salir: era evidente que la decisión del juez le había acobardado. Su hermano Silas se había dejado caer aterrorizado en la silla del carcelero; el miserable temblaba y tiritaba en silencio como un perro amedrentado.

Miss Meadowcroft regresó con nosotros a la hacienda, y no despegó sus labios en todo el camino. Nada pude descubrir en su aspecto que demostrara existir en su fría y secreta naturaleza el menor rasgo de conmiseración por sus hermanos. Cuando Naomi se retiró a sus habitaciones, nos dejaron solos unos minutos, y entonces con gran asombro mío, aquella mujer fría y desapiadada exteriormente, me demostró que ella también era hija de Eva, capaz de sentir y sufrir, aunque duramente a su manera, como cualquier mortal.

De repente se puso de pie a mi lado, descansando su mano sobre mi brazo.

—¿No es usted abogado? — me preguntó.

—Sí señora.

—¿Y ha practicado usted su profesión?

—Durante diez años.

¿Y cree usted... — Aquí suspendió de pronto la pregunta: se suavizó su cara y miró al suelo. — No haga usted caso,—dijo pareciendo confusa. — Me tienen trastornada todos estos disgustos, aunque aparente otra cosa. No haga usted caso de mí.

Se separó de mí. Esperé intimamente persuadido de que aquella pregunta no acabade de formular volvería más o menos tarde a buscar salida. Estaba yo en lo justo. Volvió hacia mí casi involuntariamente, como mujer que obra bajo un impulso superior a su voluntad.

—¿Cree usted que viva todavía Juan Yago?

Hizo la pregunta con vehemencia, con desesperación, como si las palabras se le escaparan deseando en vano contenerlas.

—No lo creo, — respondí.

—Recuerde usted lo que han hecho sufrir mis hermanos a Juan Yago, — persistió ella. —¿No cree usted posible que adoptara él la repentina resolución de abandonar esta hacienda?

Contesté tan francamente como antes.

—No me parece verosímil.

Se quedó mirándome fijamente inmóvil y como desalentada, durante algún tiempo; inclinó después saludándome en silencio su cabeza gris y me dijó solo. Al dirigirse hacia la puerta la ví mirar al techo, y la ví murmurar entre dientes: "La venganza es mía, yo devolveré, dijo el Señor".

Era el responso de Juan Yago, rezado por la mujer que le amaba.

Cuando volví a verla llevaba otra vez su acostumbrada careta: era otra vez miss Meadowcroft, que estaba sin inmutarse en impenetrable calma ,oyendo a los abogados discutir la situación terrible de los hermanose, con el patíbulo en perspectiva.

Cuano me quedé solo, empecé a sentirme inquieto por Naomi. Subí y llamando suavemente a la puerta de su cuarto hice mis preguntas desde fuera. Su clara y juvenil voz me respondió con tristeza: "Estoy tratando de resignarme para no molestarle a usted tanto, cuando volvamos a reunirnos". Bajé, y por primera vez sospeché el verdadero carácter del interés que me inspiraba la niña americana. ¿Por qué su respuesta había traído lágrimas a mis ojos? Salí a pasear solo, para entregarme con entera libertad a mis meditaciones. ¿Por qué el timbre de su voz seguía sonando en mis oídos sin abandonarme un instante? ¿Por qué todavía mi mano experimentaba la sensación del frío de la suya, cuando la oprimía yo al sacarla del tribunal?

Tomé de súbito la resolución de salir para Inglaterra. Cuando volví a la casa estaba anocheciendo. Aún no habían encendido el farol de la entrada. Me paré para ir acostumbrando mis ojos a la oscuridad de dentro de la casa y oí la voz del abogado a quien habían encargado la defensa y que hablaba con otra persona en tono muy grave.

—No tengo yo la culpa, — decía la voz.

Me arrebató el papel de la mano cuando todavía yo no había reparado en ella.

—¿Quiere usted que se lo devuelva? — preguntó la voz de miss Meadowcroft.

—No, es una copia nada más. Si el guardarla ha de servir para tranquilizarla, que se quede con ella. Buenas noches.

Diciendo estas últimas palabras, se iba acercando a mí el abogado en dirección a la puerta de salida. Le detuve sin ceremonia, porque sentía una curiosidad indomable por saber de qué se trataba.

—¿Quién le arrbató a usted el papel de las manos? — le pregunté sin andarme con rodeos.

El abogado se sobresaltó, porque le había sorprendido. El instinto de la desconfianza profesional le hizo tomarse tiempo para responder.

En ese breve espacio de tiempo, miss Meadowcroft contestó a mi pregunta, desde el otro extremo de la habitación, diciendo:

—Naomi Colebrook le quitó el papel.

—¿Qué papel?

Detrás de mí se abrió suavemente otra puerta y Naomi en persona se presentó en el dintel, respondiendo a mi pregunta.

—Se lo diré a usted, — dijo en voz baja, — entre usted aquí.

—No ardía más que una vela en el cuarto; la miré con aquella tenue luz y... mi resolución de volver a Inglaterra fué inmediatamente uno de los muchos proyectos que he abandonado en la vida.

—¡Dios mío! — exclamé, — ¿qué otra cosa nueva ha sucedido?

Me dió el papel que había tomado de las manos del defensor.

La "copia" a que él se había referido era realmente una copia de la confesión escrita de Silas Meadowcroft cuando volvió a la cárcel. Acusaba a su hermano Ambrosio por el asesinato de Juan Yago. Declaraba bajo juramento que él había visto a Ambrosio cometer el crimen.

Valiéndome de una frase vulgar, apenas podía dar crédito a mis ojos, y por segunda vez leí las últimas frases de aquella confesión.

"Oí sus voces junto al horno de cal. Se peleaban hablando de la prima Naomi. Corrí inmediatamente a separarlos y ya no era tiempo. Ví que Ambrosio daba a Yago un terrible golpe en la cabeza con el garrote de haya. Yago cayó sin decir ¡ay! siquiera. Puse la mano en su corazón y estaba muerto. Me asusté horriblemente. Ambrosio me amenazó con matarme en el acto si decía una sola palabra de lo que había presenciado a ningún ser viviente. Levantó el cadáver y lo arrojó dentro de la cal, y detrás arrojó también el bastón. Fuimos juntos al bosque y nos sentamos en un tronco de árbol. Ambrosio compuso la versión que debíamos dar si llegaba a descubrirse lo que acababa de suceder. Me la hizo repetir palabra por palabra, como quien estudia una lección, y en eso estábamos ocupados cuando la prima Naomi y Mr. Lefrank se nos presentaron delante. Ellos saben lo demás. Esta es mi verdadera confesión, hecha bajo juramento. La hago espontáneamente, arrepintiéndome de no haberla hecho antes. — Firmado: **Silas Meadowcroft**".

Dejé caer el papel para mirar otra vez a Naomi. Me habló ella con extraña compostura. En su vista se notaba una determinación inflexible: en su voz se comprendía una resolución irrevocable.

Silas ha mentido, acusando en falso a su hermano para salvarse él, — dijo. — Veo la falsedad cobarde y la crueldad cobarde, brotando de cada renglón de ese papel. Ambrosio es inocente y el tiempo se encargará de probarlo.

—Olvida usted, — repliqué yo, — que nosotros no hemos podido probarlo, por más esfuerzos que hemos hecho.

—Juan Yago vive; anda escondido huyendo de nosotros y de todos cuantos le conocen, — respondió ella. — Ayúdeme usted, amigo Lefrank, y vamos a poner anuncios en los periódicos.

Me separé de ella sin poder hablar de pena. Confieso que creí que aquel nuevo disgusto que había experimentado había afectado su cerebro.

—Usted no lo cree, — me dijo. — Cierre usted la puerta.

La obedecí. Se sentó y me señaló una silla al lado suyo.

—Siéntese usted, — continuó. — Voy a hacer una cosa mala, pero no hay más remedio. Voy a romper una promesa sagrada. ¿Se acuerda usted de aquella noche de luna en que me pidió una cita Yago en el camino del jardín?

—Sí.

—Pues escuche usted, porque voy a contar lo que pasó entre Juan Yago y yo en aquella entrevista.

CAPITULO IX

EL ANUNCIO

ESPERÉ callado aquella nueva revelación que se me iba a hacer. Naomi empezó por dirigirme una pregunta:

—¿Recuerda usted cuando fuimos a ver a Ambrosio en la cárcel? — me dijo.

—Perfectamente.

—Ambrosio nos habló de algo que el canalla de su hermano le había contado de Juan Yago y de mí. ¿Recuerda usted lo que fué?

Lo recordaba muy bien. Silas había dicho: "Juan Yago está demasiado enamorado de Naomi para no volver".

—Eso es, — observó Naomi al oirme repetir las mismas palabras. — No pude menos de sobresaltarme cuando oí lo que Silas había dicho, y pensé que usted lo había notado.

—Lo noté en el acto.

—¿Y no sabía usted la causa de mi sobresalto?

—Me causó asombro.

—Pues voy a decírselo a usted. Lo que Silas dijo a su hermano hablando de Juan Yago era exactamente lo mismísimo que yo estaba pensando en aquel instante. Me sobresaltó encontrar mi propio pensamiento en otro hombre y referido a mí por otro hombre distinto. Yo soy la persona que ha echado a Juan Yago de la hacienda de Morwick; y soy la única persona que puede hacer que vuelva y le haré venir.

Algo había en sus ademanes, más que en sus palabras, que iluminó repentinamente mi espíritu.

—Me ha revelado usted el secreto, — dije. — Juan Yago está enamorado de usted.

—Está loco por mí, — contestó ella, bajando la voz hasta el diapasón de un murmullo. Rematadamente loco, es lo único que puede decirse de él. Después de haber dado unas cuantas vueltas por aquel camino del jardín, de repente y fuera de sí, estalló como una bomba. Se arrodilló delante de mí, me besó las faldas, me besó los pies; collozó y lloró como un niño pequeño. No crea usted que me falte valor, señor mío, siendo una débil mujer como soy. Ningún hombre, que yo recuerde, había llegado a asustarme nunca; pero lo confieso, Juan Yago me atemorizó; ¡oh! sí, me atemorizó. Se me subió el corazón a la garganta y se doblaban mis rodillas. Le pedí, le supliqué, le imploré que se levantara y que se fuera.

Inútilmente: seguía arrodillado y agarrado a los bajos de mi vestido. Salían las palabras de su boca a borbotones, como... no encuentro mejor comparación, como el agua que arroja la bomba. Su dicha y su vida, y sus esperanzas en este mundo y en el otro, y Dios solamente sabe cuántas cosas más, todo dependía, según me dijo, de una sola palabra mía. Saqué fuerzas de flaqueza, las suficientes para recordarle que era la prometida de Ambrosio. Me parece que debía usted avergonzarse de lo que está usted haciendo: confesar que es usted lo bastante malvado para amarme cuando sabe que estoy destinada a otro hombre. Cuando así le hablé, tomó otro rumbo y empezó a denostar a Ambrosio. Esto me envalentonó. Le arranqué de un tirón mi vestido, y le dije todo lo que se me ocurrió. Le aborrezco a usted, — le dije: — aunque no estuviera prometida a Ambrosio no me casaría con usted; no, no, de ninguna manera: aunque fuera usted el único hombre que me solicitara en el mundo. Le aborrezco a usted, Mr. Yago, le odio a usted. Vió, por fin, que yo sentía lo que le estaba

diciendo y que estaba decidida a todo. Se puso en pie, y se sosegó apareciendo tranquilo de repente. "Ya ha dicho usted bastante", esto fué lo que me contestó. Me ha quitado usted la vida: ya no tengo ni esperanzas ni porvenir. Estaba orgulloso de mi trabajo, orgulloso de la hacienda, señorita; sufría el odio feroz que esos brutos primos de usted me tienen; era leal a los intereses de Mr. Meadowcroft, y todo esto lo hacía por usted, Naomi Colebrook, todo por usted.

Ahora ya se acabó todo, y ya no tengo razón para seguir viviendo en la hacienda. Ya nunca volveré a molestar a usted. Me voy, como se van los animales cuando se sienten enfermos, a esconderme en un rincón para morir. Hágame usted un favor, que será el último. No me convierta usted en el hazmereir de toda la vecindad, porque me sería intolerable, y solo la idea me enloquece. Déme su palabra de no decir jamás a nadie lo que yo he dicho a usted esta noche; dé usted esa palabra sagrada al hombre cuya vida ha destrozado usted para siempre. Hice lo que me pidió; y le dí mi palabra de honor llenos de lágrimas mis ojos. Sí; esto fué lo que pasó. Después de decirle que le odiaba (y le aborrecía de veras) me enterneció su dolor; sí, me enterneció. ¡Dios mío! qué tontas somos las mujeres.

¿Cuál es la horrenda perversidad, señor, que nos tiene siempre dispuestas a compadecer a los hombres? Me alargó su mano, diciéndome "Adiós para siempre" y me dió lástima. Estrecharé esa mano, — le dije, — si me promete usted una cosa en cambio de la promesa que yo acabo de hacerle: prométame usted que no abandonará usted esta casa, porque ¿cómo se las compondría mi pobre tío si usted faltara? Siga usted aquí y seamos buenos amigos, y olvido y perdón Mr. Yago. Me lo prometió (dijo que nada podía negarme) y volvió a prometérmelo cuando le ví a la mañana siguiente. Sí; tengo que ser justa con él, por más que le aborrezca. Creo que él pensaba en cumplir honradamente su palabra mientras yo le estaba mirando. Solamente cuando se quedó solo fué cuando el diablo le tentó y faltó a su promesa, alejándose de la casa con intención de nunca volver. A mí se me a educado creyendo en el diablo, Mr. Lefrank, y me parece que esa creencia explica muchas cosas, y entre ellas a Juan Yago. Lo que falta saber únicamente es a dónde ha ido: que como yo lo sepa me comprometo a hacerlo volver para libertar a Ambrosio de la mancha que su vil hermano ha arrojado sobre él. Aquí tiene usted la pluma; escriba usted un anuncio, Mr. Lefrank, y hágalo sin pérdida de momento en favor mío.

La dejé hablar y hablar sin tratar de contradecir sus opiniones, hasta que ya no tuvo más que decir. Cuando me colocó la pluma en la mano, empecé a redactar el anuncio, con el mismo empeño con que lo hubiese hecho participando de sus opiniones y creyendo vivo a Juan Yago.

Si en vez de ser "ella" hubiera sido otra persona cualquiera, le hubiera manfestado paladinamente que mi juicio permanecía firme e inalterable. Si no hubiera habido disputa junto al horno de cal, hubiese podido inclinarme, por las circunstancias del caso, a creer que podía atribuirse la desaparición de Juan Yago al terrible desengaño que había sufrido con Naomi. Aquel mismo temor al ridículo que le había hecho afirmar que nada le importaba Naomi, cuando disputaba con Silas debajo de la ventana de mi alcoba, podía también haberle obligado a retirarse en secreto y de repente del teatro de su desventura; pero pedirme a mí que creyera, después de lo que había ocurrido en el horno de cal, que vivía aún, era pedirme que tomase la declaración de Ambrosio Meadowcroft como relación exacta de los hechos.

Yo, desde el principio, me había resistido a esto y seguía resistiéndome, firme en mi juicio. Si yo hubiera sido el llamado a decidir entre las probabilidades de la versión dada por Ambrosio en defensa propia y la dada por Silas en su confesión, hubiera tenido que resolver aunque contra todos mis deseos, que la confesión, a mi entender, era la menos increíble de las dos narraciones.

¿Podía decirse esto mismo a Naomi? Hubiera redactado antes cincuenta anuncios en busca de Juan Yago; y hubiera hecho otro tanto, todo el que hubiera estado tan enamorado de ella como yo lo estaba.

El anuncio que había de insertarse en el "Mercurio de Morwick", quedó redactado en estos términos:

"ASESINATO. — Se suplica a todos los periódicos de Estados Unidos que publiquen, que Ambrosio y Silas Meadowcroft, de la hacienda de Morwick, condado del mismo nombre, están acusados y can a ser juzgados por el asesinato de Juan Yago, que ha desaparecido de esta hacienda y de las inmediaciones. Si alguna persona puede dar noticias de la existencia del expresado Yago, salvará, sólo con comunicarlas inmediatamente, las vidas de dos hombres acusados injustamente. Yago es un hombre de unos cinco pies y cuatro pulgadas de estatura, flaco y escueto y extremadamente pálido. Sus ojos son oscuros, muy brillantes y movibles. Tiene la barba y el bigote negros y muy poblados. Todo el aspecto del hombre es repulsivo y arisco".

Añadí la fecha y las seños. Aquella misma noche se despachó a Narrabee un criado a caballo para que gestionara la inserción del anuncio en la primera edición que hiciera el periódico.

Al separarnos aquella noche, Naomi parecía la que era antes, radiante de felicidad y alegría. Ya en camino de la imprenta el anuncio, tenía una ilimitada confianza en él y estaba segura del buen éxito.

—No puede usted figurarse lo que me ha consolado, — me dijo con su manera franca y cordial cuando nos dimos las buenas noches. — Todos los periódicos copiarán el anuncio y antes de que concluya la semana tendremos noticias de Juan Yago.

Ya nos habíamos separado y volvió para decirme:

—Jamás perdonaré a Silas el haber escrito esa confesión — murmuró a mi oído. — Si alguna vez volviera a habitar en la misma casa que Ambrosio, vamos, no me casaría con Ambrosio entonces para no tener

que vivir con su hermano. De ningún modo.

Y me dejó. Mi espíritu no olvidó estas últimas palabras en todas las largas horas de insomnio de aquella noche. Eso de que ella pensara, por más que pusiera toda la condición de determinadas circunstancias, en una remota posibilidad de no casarse con Ambrosio, era, vergüenza me da declararlo, alentarme directamente a ciertas esperanzas que yo había empezado ya a formar en silencio. El correo del siguiente día, me trajo una carta de negocios. Me escribía mi pasante para preguntarme si había alguna probabilidad de que yo volviera a Inglatera a tiempo de asistir a la nueva apertura de los tribunales. Respondí sin detenerme a pensarlo mucho: "Me es imposible fijar la fecha de mi regreso". Naomi estaba en el cuarto, mientras estaba escribiendo. ¿Qué me hubiera ella contestado si le hubiera dicho toda la verdad, añadiendo: "V. tiene la culpa de que yo no fije el día de mi regreso".

CAPITULO X

EL SHERIFF Y EL GOBERNADOR

LA cuestión de tiempo era ahora muy grave en la hacienda de Morwick. En el término de seis semanas se iba a abrír en Narrabee el tribunal para las causas criminales.

En este intervalo no hubo acontecimiento de importancia que merezca mencionarse.

Llegaron muchas cartas con vagas noticias o preguntas que se referían al anuncio de Juan Yago; pero ninguna con informes positivos. No había ni el más ligero rastro; ni la sombra de una duda se proyectaba en lo afirmado por la acusación; Juan Yago había sido asesinado y su cadáver destruído en el horno de cal. Silas Meadowcroft se ratificaba firmemente en la confesión horrible que había hecho. Su hermano Ambrosio, con igual firmeza, persistía en asegurar que era inocente, y reiteraba lo que previamente había manifestado en todas sus declaraciones. De vez en cuando acompañé a Naomi a la cárcel. Cuando se aproximaba el día de la visita pareció que flaqueaba Ambrosio algún tanto en su resolución: sus maneras revelaban profunda inquietud y se hizo extremadamente suspicaz e irritable por la más insignificante tontería. Este cambio no quería si significar necesariamente el reconocimiento de su culpabilidad: podía, cuando más, ser una indicación de una agitación nerviosa al irse acercando el día de la sentencia. Naomi se dió cuenta del estado de su novio, y se aumentó extraordinariamente su ansiedad, aunque ni por un momento se debilitó su confianza en la inocencia de Ambrosio. Con la excepción de las horas de las comidas, estuve en aquel mes y medio constantemente solo con la encantadora niña americana. Miss Meadowcroft registraba ávidamente los periódicos en busca de noticias de Juan Yago, y esta operación la llevaba a cabo recogida en su cuarto. Mr. Meadowcroft no quería ver a nadie más que a su hija y a su médico, y rara vez a uno o dos amigos. He tenido después motivos para creer que Naomi en aquellos días de unión íntima, descubrió el verdadero carácter del sentimiento que me había inspirado; pero no dejó escapar ni una sola palabra que lo indicara. Seguía siendo para mí, en su manera de portarse y en sus palabras, una verdadera hermana, y nunca traspasó ni el diámetro de un cabello los seguros límites de la norma de conducta que se había trazado.

Empezó a verse la causa. Después de oírse todas las declaraciones de los testigos y de examinarse la confesión de Silas Meadowcroft, el jurado encontró que había motivos para proceder contra los dos acusados. Se señaló para dar sentencia definitiva el lunes de la siguiente semana.

Yo había preparado cuidadosamente el espíritu de Naomi para la decisión del gran jurado. Sufrió el nuevo golpe con bravura.

—Si no se cansa usted, — me dijo, — venga conmigo mañana a la cárcel. Ambrosio necesitará algún consuelo. Se calló y miró las cartas del día que estaban sobre la mesa. Ni una palabra de ese Juan Yago, — dijo, — y todos los periódicos han copiado el anuncio. ¡Tenía yo una seguridad tan grande en que, antes de verse la causa, sabríamos algo de él!

—¿Todavía sigue usted creyendo que vive? — me arriesgué a preguntar.

—Tan segura estoy de ello como siempre — replicó con firmeza. — Se esconde en algún sitio, quizás disfrazado. Y si seguimos sin saber nada de él, como ahora, como empiece el juicio, y si el jurado... Se detuvo estremecida. La muerte, la muerte vergonzosa en el patíbulo, podía ser el terrible resultado de la decisión del jurado. Ya hemos esperado bastante a que lleguen las noticias hasta nosotros, — siguió diciendo Naomi; — tenemos forzosamente que buscarlas nosotros mismos, y que descubrir el rastro de Juan Yago. Nos queda una semana todavía. ¿Quién me ayudará a hacer pesquisas? ¿Será usted, amigo Lefrank?

Innecesario es decir, aunque no veía la manera de conseguir nada útil, que consentí en ayudarla.

Decidimos pedir aquel día el permiso para visitar a Ambrosio en la cárcel, y después de verle, dedicarnos inmediatamente a buscar por todas partes; el cómo, no se me ocurría, ni tampoco a Naomi. Empezaríamos por solicitar de la policía que nos ayudara para encontrar a Juan Yago, y después obraríamos según indicaran las circunstancias. ¿Se ha formado nunca proyecto con menos esperanzas?

Las circunstancias se declararon en contra nuestra desde el principio. Solicité, cómo de costumbre, el permiso para entrar en la cárcel y por primera vez se me negó, sin que se me quisiera dar razón alguna para esta negativa. Hice cuanto pude por obtener explicación satisfactoria y la única respuesta que se me dió fué: "Hoy no".

Por indicación de Naomi fuimos a la misma cárcel para ver si allí conseguíamos sa-

ber más. El empleado en la puerta exterior era uno de los muchos admiradores de Naomi. Descifró el misterio con mucha cautela y hablando muy bajo. El "sheriff, el alguacil del distrito y el gobernador de la cárcel, estaban en aquel momento hablando reservadamente con Ambrosio en su celda, y habían dado orden terminante de que nadie entrara a ver al preso. ¿Qué significaba esto? Volvimos atónitos a la hacienda. Allí Naomi hablando casualmente con una de las criadas, hizo ciertos descubrimientos.

Aquella misma mañana muy temprano, el "sheriff" había sido llevado a Morwick por un antiguo amigo de los Meadowcrofts y había celebrado una larga conferencia con monsieur Meadowcroft y su hija. Al salir de la hacienda, se dirigió el "sheriff" a la cárcel, con cuyo gobernador había entrado en seguida en la celda de Ambrosio. ¿Se estaba ejerciendo alguna influencia poderosa para convencer a Ambrosio?

Las apariencias seguramente sugerían esta idea. Suponiendo que realmente se hubiera tratado de influir en su ánimo, se presentaba en seguida otra duda. ¿Con qué objeto? No había más remedio que esperar y estar alerta.

No tuvo nuestra paciencia que ponerse a pruebas muy duras. El acontecimiento del día siguiente nos aclaró el misterio de muy inesperado modo. Antes de las doce del día, trajeron los vecinos asombrosas noticias de la cárcel.

Ambrosio Meadowcroft estaba confeso de ser él mismo el asesino de Juan Yago. Había firmado la confesión en presencia del "sheriff" y del gobernador de la cárcel, aquel mismo día.

Ví el documento, que no es del caso copiar aquí. Eu sustancia, Ambrosio confesaba lo que Silas había confesado, alegando, además, que había golpeado a Yago, únicamente por sus intolerables provocaciones, con el objeto de reducir el grado del crímen, de homicilio con alevosía, a homicidio en defensa propia. ¿Era aquella confesión la verdadera relación de lo que había sucedido, o el gobernador y el "sheriff", por salvar de la deshonra el apellido de la familia, habían persuadido a Ambrosio para que escapara con esta confesión, de la ignominia de morir en el patíbulo? El "sheriff" y el gobernador guardaron un impenetrable silencio hasta que la presión de las preguntas judiciales, en la vista, les obligó a romperlo.

¿Quién se encargaba de hablar a Naomi de esta última calamidad, la más angustiosa de todas las que le estaban cayendo encima? Sabiendo cuánto la amaba yo en secreto, sentía una invencible repugnancia de ser yo mismo la persona que revelara la degradación de Ambrosio Meadowcroft a su prometida. ¿Estaría enterada de lo sucedido por alguno de los de la casa? El abogado pudo darme una respuesta: miss Meadowcroft se lo había contado a Naomi.

Me exaltó oirlo. Era miss Meadowcroft la última persona en la casa a quien yo hubiera escogido para el encargo, porque indudablemente le habría dado la noticia, de manera que fuera aún más terrible. Traté de encontrar a Naomi sin conseguir dar con ella. En otras ocasiones siempre la había encontrado accesible. ¿Se ocultaba ahora de mí? Me asaltó esta duda cuando bajaba la escalera después de haber estado llamando en vano varias veces a la puerta de su cuarto. Estaba resuelto a verla a todo trance. Esperé unos cuantos minutos y volví a subir muy de prisa las escaleras. En el descanso encontré a Naomi, en el momento en que salía de su cuarto.

Trató de retirarse, pero la agarré de un brazo para detenerla. Con la mano que le quedaba libre se cubrió el restro con el pañuelo como para que no la viera.

—En una ocasión me dijo usted que yo la había consolado, — dije dulcemente. — ¿No quiere usted que la consuele otra vez ahora?

Todavía forcejeó para desasirse, y siguió con la cabeza vuelta para no mirarme.

—¿No comprende usted que me da vergüenza mirarle cara a cara? — me dijo en voz baja y entrecortada por los sollozos. — Déjeme usted.

Insistí en mis esfuerzos para sosegarla. La llevé hasta el asiento de la ventana y le dije que esperaría allí hasta que pudiera hablarme.

Se dejó caer en el asiento y cruzó las manos descansándolas en su falda. Sus ojos, mirando al suelo, se obstinaban en no encontrar mis miradas.

—¡Oh! — decía hablando consigo misma. — ¿Qué locura se apoderó de mí? ¿Es posible que yo haya podido nunca rebajarme amando a Ambrosio Meadowcroft? Se estremeció al ver que había dado expresión a sus ideas, dejándolas asomar a los labios. Una tras otra rodaban gruesas lágrimas por sus mejillas. — No me desprecie usted, Mr. Lefrank, — me dijo débilmente.

Hice cuanto pude, como hombre honrado, en pintar la confesión de Ambrosio desde el mejor punto de vista posible.

—Le ha faltado el ánimo, — le dije. — Ha hecho esa confesión, por que perdidas las esperanzas de demostrar su inocencia, le causó horror el patíbulo.

Se levantó, dando una patada de cólera en el suelo. Me miró, con la cara encendida de rubor y vergüenza, y corriendo por ella abundantes lágrimas.

—No hablemos más de él, — dijo en tono resuelto. — Si no es un asesino, ¿qué otra cosa puede ser? Un hombre que miente y un cobarde. ¿Con cuál de esos aspectos me deshonra más? He concluido con él para siempre y jamás volveré a dirigirle la palabra. Me empujó violentamente para abrirse paso; dió unos cuantos pasos hacia la puerta de su cuarto y al llegar a ella se paró y volvió a mi lado. La generosidad de su alma se reveló en las palabras siguientes:

—No soy ingrata para usted, amigo Lefrank. Una mujer en mi caso no es ni más ni menos que una mujer; y cuando está avergonzada como yo lo estoy, lo lamenta

muy profundamente. Deme usted la mano y que Dios le bendiga.

Puso sus labios en mi mano antes de que yo me enterase de lo que hacía y se metió corriendo en su cuarto.

Me senté en el mismo sitio que ella había ocupado. Me había mirado un instante al besarme la mano. Me olvidé de Ambrosio y de su confesión; me olvidé de la sentencia que en breve recaería en la causa; me olvidé de mis deberes como abogado inglés y de mis clientes y amigos de Inglaterra. Allí me quedé sentado, envuelto en una ilusión que yo acababa de forjarme, ocupando mi espíritu entero con la imagen de Naomi en el momento en que me estaba mirando hacía un instante.

Ya he dicho antes que estaba enamorado de ella; si añado este detalle, no es sino para probar que siempre digo la verdad.
ypéfr íínwb ííííí vbgkqj cmfwyp shrdla

CAPITULO XI

EL GUIJARRO Y LA VENTANA

MISS Meadowcroft y yo fuimos los únicos representantes de la familia que asistimos a la vista. No hicimos el viaje juntos a Narrabee. Con excepción de los saludos de ordenanza, al darnos los buenos días y las buenas noches, no me había vuelto a dirigir la palabra miss Meadowcroft, desde aquella vez en que manifesté mi opinión de que no vivía Juan Yago.

Me he abstenido con toda intención de rellenar desagradablemente mi relación con detalles jurídicos y me propongo ahora hacer solamente un bosquejo, lo más suscinto posible, de la defensa.

Insistimos en que los dos presos alegaran que no eran culpables. Hecho esto, pusimos reparos a la legalidad de los procedimientos en las primeras diligencias. Acudimos al antiguo derecho de Inglaterra, que no declara nunca convicto de homicidio a un reo, cuando no ha aparecido el cadáver, o se ha probado de una manera incontestable que ha sido destruido. Negamos que se hubieran presentado pruebas suficientes en el caso que se juzgaba.

Deliberaron los jueces, y decidieron que siguiera la vista. Volvimos a protestar cuando se leyeron como prueba las confesiones de los presos. Alegamos que habían sido obtenidas por el terror o por alguna otra influencia indebida; y llamamos la atención hacia ciertos detalles secundarios, en que las dos confesiones estaban en desacuerdo. Por lo demás, fué ahora nuestra defensa, en cunto a lo esencial, una repetición de la presentada en el sumario ante el juez. Volvieron a quedar los jueces deliberando, y volvieron a desestimar nuestra protesta, admitiendo las confesiones como prueba.

Por su parte, la acusación, presentó un nuevo testigo en su favor. No hay para que perder tiempo en extractar su declaración. Se contradijo gravemente en los careos y pudimos probar evidentemente que no era digno de crédito como testigo.

El presidente del tribunal hizo el resumen.

En lo concerniente a las confesiones, dijo que ningún valor podía darse a una confesión arrancada por la esperanza o el terror; y encargó al jurado que pesara detenidamente si las confesiones en el caso actual habían sido obtenidas por alguna influencia extraña. En el curso de la vista, la defensa había hecho ver que el "sheriff" y el gobernador de la cárcel habían dicho a Ambrosio con conocimiento y aprobación del padre de éste, que la sentencia tendría que ser irremediablemente adversa; que la única probabilidad de librar a su familia de la mancha que dejaba una ejecución pública, era la de hacer una confesión; y que en caso de que confesara, ellos harían los mayores esfuerzos y cuanto pudieran para que les fuese conmutada la sentencia de muerte por la de destierro perpetuo. En cuanto a Silas, estaba probado que estaba medio muerto de terror cuando hizo la abominable acusación contra su hermano. En vano habíamos confiado en que estas circunstancias inducirían al tribunal a no admitir ninguna de las confesiones; y estábamos destinados a llevarnos un nuevo chasco, porque creíamos que el jurado haría caso de nuestras pruebas, inclinándose por la inocencia de los presos. Después de estar discutiendo una hora, volvió el tribunal con el veredicto de "culpable" contra los dos presos.

Preguntados en debida forma si tenían algo que decir en atenuación de la sentencia, Ambrosio y Silas declararon su inocencia y reconocieron públicamente que sus respectivas confesiones habían sido arrancadas de ellos por la esperanza de escapar de las manos del verdugo. El tribunal no tomó en cuenta estas declaraciones y ambos fueron condenados a muerte.

Cuando volví a la hacienda, no ví a Naomi. Miss Meadowcroft le dió cuenta del resultado de la vista. Media hora después, me entregó uno de los criados una carta, cuyo sabre para mí estaba escrito por Naomi.

Abrí el sobre, y dentro había una carta y una tira de papel en la cual Naomi había escrito precipitadamente las siguientes palabras: "Por Dios,lea usted esa carta que le envío y haga inmediatamente lo que le parezca mejor".

Leí la carta que al parecer era de un caballero residente en Nueva York. Precisamente el día anterior había visto, por verdadera casualidad, el anuncio relativo a Juan Yago, entre varios recortes pegados en un álbum de curiosidades que llevaba un amigo. Escribía a la hacienda de Morwick para decir que había visto un hombre que respondía a las señas de Juan Yago dadas en el anuncio, pero que se ocultaba bajo otro nombre y que estaba trabajando como dependiente en el escritorio de un comerciante de Jersey City. Con tiempo disponible, antes de la salida del correo, había vuelto al referido escritorio para informarse mejor antes de enviar su carta; pero, con gran sorpresa su-

ya, se le había dicho que el dependiente no había asistido a la casa aquel día. El principal había enviado a su casa para preguntar por él, y allí respondieron que después de almorzar y leer los periódicos había hecho repentinamente su equipaje, pagando religiosamente su cuenta y marchando sin decir adónde.

Estaba anocheciendo cuando leí esta carta y tenía tiempo de sobra para reflexionar acerca de lo que conviniera hacer, antes de dar el primer paso.

Dando por verdadera la carta y aceptando la explicación de Naomi, respecto del motivo que había obligado a Juan Yago a ausentarse de la hacienda, sin decir a nadie una palabra, llegué a la conclusión de que cuantos pasos se dieran para buscarle serían inútiles, limitándolos a Narrabee y sus inmediaciones.

El periódico leído después de almorzar por Juan Yago le habría sin duda hecho conocer todo lo que había descubierto el gran jurado, y la causa criminal, que era consecuencia natural. Mi experiencia en la naturaleza humana me sugería que él se aventuraría en estas circunstancias a regresar a Narrabee, atraído por el amor que a Naomi profesaba. Mas decía mi experiencia, y siento decirlo, que trataría de sacar partido de la triste posición de Ambrosio, como medio de arrancar el consentimiento de Naomi para repetir sus pretensiones, con esperanzas de que fueran admitidas. La cruel indiferencia por los males y sufrimientos que su repentina desapación podía causar a otros, claramente estaba indicada en su apartamiento secreto de aquellos lugares. La misma cruel indiferencia, llevada a un grado extremo, podía muy bien impulsar a presentar a solas sus proposiciones a Naomi, haciendo de la aceptación de todas ellas el rescate de la vida de Ambrosio.

A estas conclusiones llegué sin meditar mucho. Estaba resuelto, por complacer a Naomi, a aclarar por completo el misterio; pero es inútil decir que mis dudas sobre la existencia de Juan Yago permanecían sin disminuir, después de la lectura de aquella carta. Creía que esto no era ni más ni menos que una broma despiadada y grosera.

Las campanadas del reloj de la sala me sacaron de mis meditaciones. Las conté: eran las doce de la noche.

Me levanté para irme a mi cuarto. Ya todos los demás habitantes de la casa se habían retirado, como de costumbre, una hora antes. El silencio en todas partes, era profundísimo. Andaba yo de puntillas y al atravesar el salón, me asomé a la ventana, como por instinto. Era una hermosa noche de luna, semejante a aquella noche fatal en que Naomi tuvo la entrevista con Juan Yago en el jardín.

La palmatoria de mi cuarto estaba en una mesita a la entrada; acababa de encenderla y empezaba a subir, cuando se me apareció de repente la misma Naomi.

Repuesto del primer sobresalto que tan repentina aparición me produjo, comprendí en seguida en sus miradas de inquietud, en sus mejillas, pálidas como las de un cadáver, que algo muy grave había sucedido. Tenía un gran pañolón echado sobre sus hombros, y un pañuelo blanco de la mano amarrado en su cabeza. Estaba despeinada; era evidente que acababa de levantarse de la cama, a toda prisa y por efecto del temor.

—¿Qué pasa? — pregunté saliendo a su encuentro.

Asió temblorosa y agitadísima mi brazo.

—Juan Yago, — dijo entre dientes.

Se me va a acusar de terco invencible. Ni aun entonces quise creerlo.

—¿Dónde está? — pregunté.

—En el patio de detrás, — contestó, — debajo de la ventana de mi cuarto.

El acontecimiento era demasiado grave para detenerse en los escrúpulos y conveniencias propias de la vida ordinaria.

Que yo le vea, — dije.

—Aquí estoy para llevarle a usted, — respondió con su franqueza y resolución de siempre. — Suba usted conmigo.

Tenía su cuarto en el primer piso de la casa, y en el único que daba al patio de detrás. Mientras subíamos me fué contando lo que había ocurrido.

—Estaba en la cama, — me dijo, — pero no dormía, cuando oí que daba una piedrecita en los cristales. Me quedé escuchando, sin darme cuenta de aquel golpe, cuando vino otra piedrecita a repetirlo. Hasta entonces, estaba sorprendida, pero no asustada. Me levanté y corrí a mirar por la ventana. Allí estaba Juan Yago, mirándome a la luz de la luna.

—¿La vió a usted?

—Sí, y me dijo: baje usted a hablar conmigo, que es gravísimo lo que tengo que decirle.

—¿Le respondió usted?

—Tan pronto como pude recobrar mi aliento. Le dije: "Espere usted un poco", y me eché a correr para avisar a usted. ¿Qué debo hacer?

—Voy primero a verle yo mismo y después hablaremos.

Entramos en la alcoba de Naomi. Oculto cuidadosamente detrás de la cortina de la ventana, miré y... allí estaba.

Se había afeitado toda la cara y cortado el pelo a punta de tijera; pero no había modo de desfigurar aquellos ojos negros, tan salvajes, el aire peculiar de su figura angulosa y flaca, paseando de un lado a otro, a la luz de la luna, esperando a Naomi. ¡Me había negado con tanta firmeza a creer que aquel hombre viviera todavía!

—¿Qué hago, — repitió Naomi.

—¿Está abierta la puerta de la cuadra en que se hacen los quesos?

—No, pero no está cerrada con llave ni cerrojo la del cuarto donde se guardan los aperos, al doblar la esquina.

—Muy bien. Asómese usted a la ventana y dígale que baja usted inmediatamente.

Aquella valiente muchacha me obedeció sin vacilar un instante.

Ni asomo de duda se presentó en su mirada ni en sus movimientos: ni tampoco en la

voz de él se notó temor alguno, cuando respondió suavizándola todo lo posible desde abajo.

—Está bien.

—Esté usted hablando con él en el mismo sitio en que ahora se encuentra, — dije a Naomi, — hasta que calcule usted que he tenido yo tiempo para dar la vuelta a la casa y meterme en el cuarto de los aperos. Entonces, finja usted que tiene miedo de que puedan sorprender a ustedes desde la lechería, y dobien ustedes la esquina, de manera que yo pueda oir la conversación desde detrás de la puerta.

Salimos juntos de la casa y nos separamos sin hacer ruido ni pronunciar una palabra. Naomi siguió mis instrucciones con esa pronta perspicacia que tienen las mujeres, siempre que se trata de alguna estratagema. No llevaba yo un minuto de enciero en el cuarto de los aperos de labranza, cuando oí la voz de Yago al otro lado de la puerta.

Las primeras palabras que pude percibir claramente, se referían al motivo que había tenido para abandonar la hacienda. El amor propio herido, doblemente mortificado por las calabazas despreciativas de Naomi y por los palos que le había sacudido Ambrosio, había sido el móvil de su huída de Morwick, sin avisar a nadie. Confesaba que había visto el anuncio, el cual le había servido para ocultarse más y mejor.

Después que se había reído de mí y de haberme visto insultado y despreciado, — me daba gusto saber, dijo aquel canalla, — que no faltaba en esta casa quien tuviera razones de mucho peso para verme otra vez en ella. De usted depende, miss Naomi, que yo me quede y usted tiene los medios de obligarme a salvar a Ambrosio, presentándome yo mismo a la justicia y diciendo quién soy.

—¿Qué me quiere usted dar a entender? — oí que preguntaba con dureza Naomi.

Bajó él bastante la voz; pero no tanto que yo no pudiera escucharle.

—Prometa usted casarse conmigo, — dijo, — y mañana me presento al juez para que vea que nadie me ha asesinado.

—¿Y si digo que no prometo nada?

—En ese caso desaparezco otra vez y nadie que me conozca ha de echarme la vista encima hasta que quiten la vida a Ambrosio.

—¿Sería usted bastante infame, Juan Ya-

¿Es extranjero un sonámbulo?

El señor que viste camisa de dormir: — ¡Pero agente, no puedo remediarlo por más que hago! Sepa usted que yo soy sonámbulo.

El de policía: — ¿Sí? Pues bien, ya es hora de que ustedes los extranjeros sa den cuenta de que aquí no se puede andar por la calle en camisa.

go, para hacer lo que está usted diciendo?— preguntó Naomi, levantando la voz.

—Si grita usted para que la oigan, — respondió él, — tan seguro como Dios nos está mirando, ahogo a usted entre mis manos. Ahora me toca a mí, señorita, y conmigo no se juega así. ¿Será usted mi mujer? ¿Sí o no?

—No; — respondió ella en alta voz y con firmeza.

Abrí la puerta de un empujón y me eché encima de él en el momento en que iba a cumplir su amenaza. No había él sufrido la enfermedad nerviosa que a mí me tenía debilitado y tenía más fuerzas que yo. Naomi me salvó la vida. Apartó de un empujón la pistola que él sacó del bolsillo y con la que me apuntaba a la cabeza, en el momento de salir el tiro. Instantáneamente le eché la zancadilla y pude derribarle. Naomi me ayudaba a sujetarle. La detonación alarmó a la casa, y vino gente.

CAPITULO XII

EN QUE ACABO TODO

Juan Yago fué llevado ante el juez e identificado al día siguiente.

Ya no corrían peligro, por consiguiente, en cuanto a lo de la justicia humana dependía, las vidas de Ambrosio y Silas Meadowcroft; pero hubo algunas dificultades de procedimiento que salvar y algunas formalidades legales que llenar, antes de que se pusiera en libertad a los dos hermanos, en el concepto de hombres honrados.

En el intervalo que transcurrió para todo esto, hubo varios acontecimientos que voy a referir aquí brevemente, para dar fin a mi historia.

El viejo Mr. Meadowcroft, abatido por los sufrimientos que tantas desgracias le habían ocasionado, murió casi repentinamente, de su padecimiento reumático del corazón.

Un codicilo, unido a su testamento, justificaba suficientemente lo que Naomi me había dicho de la influencia de miss Meadowcroft sobre su padre, y del objeto que se había propuesto al usar de ella. A los hijos de Mr. Meadowcroft no les quedaba más que una renta vitalicia. La propiedad de la hacienda era para la hija, con una recomendación del testador, además, de que se casara con "su mejor y más querido amigo Juan Yago".

Armada con las facultades que le otorgaba el testamento, la heredera y nueva dueña de Morwick envió un insolente recado a Naomi para que no siguiera viviendo en aquella casa. Hay que añadir aquí que miss Meadowcroft no quiso nunca creer que Yago hubiera pretendido a Naomi por esposa, ni que la hubiera amenazado si se negaba a casarse con él. A mí me acusaba, como a Naomi, de querer con nuestras calumniosas declaraciones perjudicar a Juan Yago, por odio que teníamos a aquel "hombre tan desgraciado", y también me envió, lo mismo que a Naomi, una carta formal de despedida.

Los dos despedidos nos encontramos aquel mismo día en la escalera, con nuestros sacos de viaje.

—Nos echan a la calle al mismo tiempo, Mr. Lefrank, — dijo Naomi con una sonrisa preciosamente cómica, — y usted se volverá a Inglaterra, creo; y yo me quedaré aquí temiendo forzosamente que ver lo que hago para ganarme la vida. A las mujeres no nos falta ocupación en este país, si tenemos quien nos recomiende y nos proteja.

Abreviando, y para no insistir en detalles que casi son exclusivamente de carácter íntimo, diré que Naomi y yo nos casamos y regresamos casi inmediatamente a Inglaterra.

Los dos hermanos, Ambrosio y Silas Meadowcroft, partieron para Australia, donde se les ofrecían tierras para colonizar, en excelentes condiciones. Jóvenes y pletóricos de esperanzas, partieron confiando en el porvenir.

A pesar de que miss Meadowcroft había heredado de su padre toda una fortuna con la que esperaba atraer a Juan Yago y decidirle a que fuera su esposo, Juan Yago lo pensó mejor y desdeñando a la hacienda, resolvió ausentarse también para Australia, dejando a la que, desde la muerte de su padre, había soñado casarse con el joven, sumida en la tristeza del desengaño y de la decepción.

Así suelen disiparse en este mundo, algunas veces, como al diablo se le ocurra resolver las cosas, las esperanzas que se suponen mejor fundadas.

WILKIE COLLINS.

Lea en la página 21 la gran novela

Los Verdes Ojos de Bast

LA SEÑORA QUERIA VERLO TODO

—No encuentro nada de mi gusto. ¿Está usted segura de que estas son todas las medias que tiene en la casa?
—Sí, señora; las únicas que no le he mostrado son las que tengo puestas.

Quereis la Salud?? . . .

APERITIVO TONICO ESTOMACAL

UNICOS INTRODUCTORES:

JOSÉ PERETTI & Cia. - Buenos Aires

Pronto **EL GRAN JEFE BLANCO**

BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

Viernes
Junio 4
de 1926

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO IV. PUBLICACION SEMANAL No. 140

EN ESTE NÚMERO:
La gran aventura de piratas escrita por
RAFAEL SABATINI
Titulada

HERMANOS DEL MAR

Una descripción incomparable de la vida de los antiguos bucaneros.

BUSCABA UNA PICHINCHA MARITAL

—¿Cómo es posible que se haya casado con un marido así?

—Es tanto su afán de pescar artículos de ocasión en las liquidaciones que en cuanto vió a ese hombre se enamoró de él. ¿No has visto que tiene aspecto de artículo de liquidación a mitad de precio?

Don Diego Valdez

Segundo episodio de la gran novela de piraterías en el mar de las Antillas escrita por Rafael Sabatini.

Escena campestre

Nota humorística en color.

El atletismo de hoy

Crítica gráfica de oportunidad.

Los verdes ojos de Bast

Continuación de la notable novela de Sax Rohmer traducida especialmente para "Pucky".

Poca molestia

Chascarrillo ilustrado en color.

Una mucama moderna

Ocurrencia social. En color.

La ropa del nene y de la nena

Juguete para armar. En color.

El millonario y el artista

Una nota de observación de las costumbres de hoy. En color.

¡Que pierdo el tren!

Divertido cuento del gran autor inglés Arnold Bennet.

Las fichas que desaparecen

Un cuento muy interesante del notable escritor francés León Gandillot.

Amor de tendero

Nota crítica y cómica. En color.

Ya no era necesaria

Un apunte del natural tomado por un notable dibujante. En color.

Camila

Novela completa de Edmundo de Amicis (traducción del italiano).

Viendo pasar el tren

Juguete que los grandes pueden armar para divertir a los chicos

A pedido de miles de lectores comenzará a publicarse en el número 142 de "Pucky" la notable novela:

EL GRAN JEFE BLANCO

publicada anteriormente en "Tit-Bits" y recibida con entusiasmo por todos sus lectores.

EL GRAN JEFE BLANCO

es del mismo autor de la famosa obra "Margarita del Bosque" y esta es suficiente recomendación para los que no la conocen o no tienen referencias a su respecto.

EN EL NUMERO 142 de "PUCKY"

EL GRAN JEFE BLANCO

Hermanos del Mar

Por RAFAEL SABATINI

(TRADUCCION DEL INGLES ESPECIAL PARA "PUCKY")

Tal vez no existió jamás un autor que pintara con tanto relieve y tan poderoso colorido las escenas de los tiempos pasados como Rafael Sabatini, el gran escritor inglés autor de "Las mil y una noches de la historia" publicadas por "Pucky". En esta nueva serie de aventuras de piratas, que "Pucky" traduce por primera vez del inglés el famoso autor pinta con maravillosos colores los vibrantes tiempos de los bucaneros, — tiempos de novela, de caballeresca y sangrientas aventuras, — interesantes aun en sus más pequeños detalles.

SEGUNDO EPISODIO

DON DIEGO VALDEZ

ON Diego Valdez despertó y, con ojos lánguidos y dolorida cabeza, miró en redor suyo, al camarote lleno de sol. Cerró de nuevo sus ojos, tratando de pensar. Pero entre el dolor que sentía en la cabeza y la confusión en su mente, halló que pensar era cosa imposible. Una indefinible sensación de alarma lo llevó a considerar lo que lo rodeaba una vez nuevamente. No podía caber la menor duda de que se hallaba en su propio camarote, a bordo de su propia nave, la "Cinco Llagas"; de manera que su alarma debía hallarse mal fundada. Pero, con todo, pequeños recuerdos indefinidos, llegando en auxilio de la reflexión, le indicaban que allí no estaba todo como debía estar. La posición del sol, entrando por la cuadrada ventana del camarote de popa, hacía suponer que la hora sería temprana, por la mañana, a menos que la nave navegara en dirección al este, en cuyo caso la hora habría de ser tarde, por la tarde. Que la nave navegaba, don Diego podía percibirlo por el lento balanceo que se dejaba notar. ¿Y cómo diablos era que la nave había levado anclas sin que él, el capitán, supiera cuál curso seguía, si oeste o este, ni podía recordar dónde se dirigían?

Su mente comenzó a recordar, detalle por detalle, la aventura de ayer, si es que de ayer era. Claramente recordó el fácil ataque a la colonia inglesa; cada uno de los detalles estaba claro en su mente hasta el momento en que, victorioso, regresaba a bordo de su nave. Había traído consigo, a su regreso, el rescate importando un ciento de miles de piezas de a ocho que había arrancado a los vencidos isleños, y sus hombres lo seguían en ocho chalupas, también cargadas con el producto del pillaje y provisiones.

Había don Diego comenzado de nuevo a torturar su mente con las más variadas conjeturas, cuando la puerta se abrió y, para mayor mixtificación de don Diego, éste vió su mejor traje entrar al camarote.

No había sobre ello duda posible; era su traje, cortado a la usanza española, de tafettas negra con encajes en hilo de plata, que un sastre de Cadiz le había hecho un año atrás. Y conocía don Diego cada detalle tan bien, que era imposible que no lo reconociera ahora.

El traje se detuvo a cerrar la puerta, y luego se acercó a la litera en la cual don Diego yacía. Dentro del traje vino el señor Peter Blood, un caballero alto, esbelto, de más o menos la misma estatura y corpulencia de don Diego. En viendo la mirada de

Lea en el número 142 de "Pucky"

"EL GRAN JEFE BLANCO"

La novela del autor de "Margarita del Bosque" que el público ha pedido.

los ojos muy abiertos y sorprendidos del español fijos sobre su persona, el señor Blood apresuró el paso.

—Despierto, ¿eh? — dijo, en español.

El asombrado señor Valdez miró hacia arriba, hallándose con dos ojos azules, en un rostro curtido y sardónico encuadrado en un marco de rizos negros. Los dedos del señor Blood tocaron la cabeza del señor Valdez; el señor Valdez cerró los ojos, apretándolos, frunció los labios y lanzó una exclamación de dolor.

—¿Duele? — preguntó el señor Blood, sonriendo. Tomó entre sus dedos índice y pulgar la muñeca del señor Valdez, manteniendola en esta posición unos segundos. Luego y al fin, el intrigado español preguntó:

—¿Es usted médico?

—Entre otras cosas, — fué la no muy clara respuesta, mientras continuó estudiando el pulso del paciente. — Un poco intermitente, — comentó, soltando la mano del español.

Don Diego se sentó en el mismo diván de terciopelo rojo en que se hallaba reclinado.

—¿Quién demonios es usted? — preguntó. — ¿Y qué diablos está usted haciendo en mi nave, vestido con mis propias vestimentas?

Las cejas negras se levantaron, arqueándose.

—Está usted delirando todavía, me temo. Esta no es su nave. Es la mía, y estos son mis vestidos.

—¿Su nave? — repitió el otro, estupefacto. Y aún más estupefacto, si cabe, añadió: — Pero... entonces... — Se detuvo, sus ojos desmesuradamente abiertos por la sorpresa. Luego miró en redor suyo, una vez más, examinando cada uno de los detalles familiares. — ¿Pero estoy loco? — preguntó al fin. — ¿No es esta nave la "Cinco Llagas"?

—La "Cinco Llagas" es.

—Entonces... — su expresión se hizo aún más preocupada. — ¡Válgame Dios! — exclamó, como angustiado. — ¿Va usted a decirme ahora que es usted también don Diego Valdez?

—¡Oh,no! Mi nombre es Blood. El capitán Peter Blood. Esta nave, al igual que estos magníficos vestidos, son míos por el derecho de conquista. Tal como usted, don Diego, es mi prisionero.

Sorprendente como era aquel anuncio, tuvo la virtud de calmar un tanto al estupefacto don Diego, ya que era mucho menos asombrosa que aquello que él había comenzado a imaginarse.

—Entonces... ¿no es usted español?

—Honor que le hace usted a mi acento castellano. Tengo el honor de ser irlandés. Veo que está usted pensando en que ha acurrido un milagro debido a mi genio, que es considerable.

Y con toda clase de detalles y aclaraciones el señor Blood precedió a dilucidar el misterio. La noche pasada, mientras los corsarios españoles mandados por don Diego Valdez se regalaban y entregaban a la alegría de una fácil victoria en la conquistada población de Bridgetown, treinta olvidados esclavos de la plantación, — revolucionarios condenados a la esclavitud por haberse hallado comprometidos en la rebelión de monseñor el duque Monmouth, — se habían introducido subrepticiamente en el "Cinco Llagas"; habían dominado allí la pequeño guardia y se habían apoderado de la nave.

—Cuando vino usted a bordo esta mañana trayendo el rescate de un ciento de miles de piezas de a ocho, le dimos a usted un pepequeño golpecito amistoso en la cabeza, para conservarlo a usted en calma. Después de esto, procedimos a subir a bordo los cofres de tesoro, y después hundimos a fuerza de balas de cañón las chalupas que contenían vuestra gente. Conseguido esto con todo éxito y limpieza, y no teniendo el menor deseo de volver a la esclavitud, levamos anclas y nos hicimos a la mar.

El rostro del español habíase convertido en rojo y lívido por intérvalos, mientras Blood narraba los sucesos. Tocóse repentinamente la cabeza,confirmando las palabras del irlandés con el descubrimiento en ella, de un chichón del tamaño del huevo de una paloma.

Don Diego se dejó caer de nuevo en el diván, sus ojos negros que brillaban extraordinariamente estudiando minuciosamente el rostro curtido de Blood. Después de todo, no le faltaba el estoicismo propio de su profesión.

Con gran cortesía, pues, preguntó:

—¿Y ahora, señor capitán?

—Y ahora, señor español, — respondió Blood, — siendo, como soy, hombre humano, siento mucho que no haya usted muerto del golpecito que le dimos, porque eso quiere decir que deberá usted sufrir el proceso de morir de nuevo.

—¿Es eso necesario? — preguntó don Diego, sin la menor perturbación aparente.

Los ojos azules de Blood parecían aprobar la compostura del español.

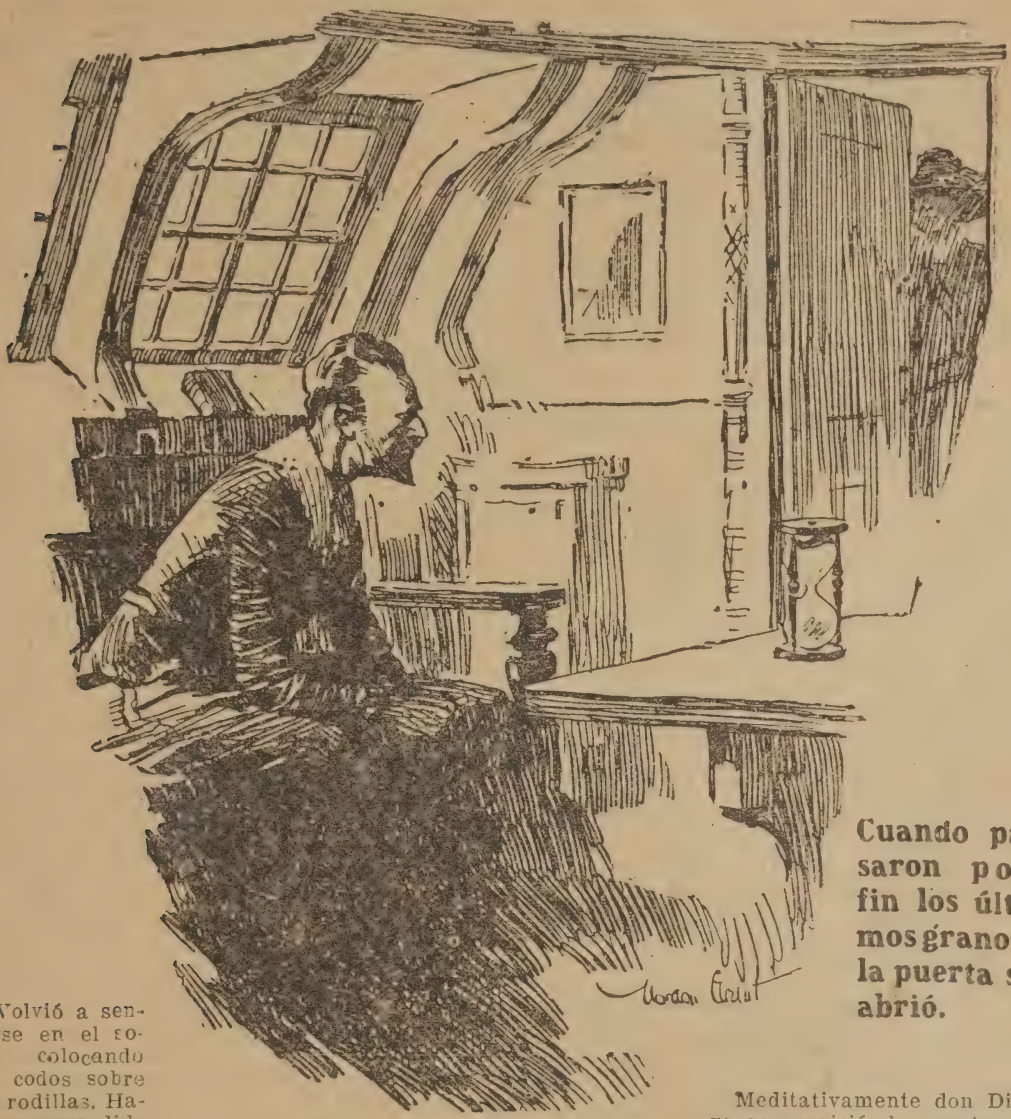
—Pregúntese a sí mismo, — respondió. — Dígame usted, según un experimentado y sanguinario pirata, ¿qué haría usted en mi lugar?

—¡Ah! Pero es que existe una diferencia; — don Diego se sentó de nuevo, para discutir el asunto. — Y es el hecho de que usted se proclama ser hombre humano.

El capitán Blood se sentó a la orilla de la mesa de roble.

—Pero no soy un tonto, — respondió. — Y no voy a permitir que mi natural sentimentalismo irlandés se interponga y me impida hacer aquello que sea necesario y propio. Usted y sus diez canallas sobrevivientes son una amenaza para la seguridad de la nave. Además, no está muy bien provista en lo que se refiere a provisiones y agua. Es verdad que nosotros somos en número muy pocos, pero usted y sus hombres aumentan este número en forma poco conveniente. Así, como usted ve, la prudencia nos aconseja que nos privemos del placer de su compañía y, en consecuencia, imponiéndonos a los deseos de nuestro propio corazón, deberemos rogar a usted que tenga a bien dar un paseíto por una tabla.

—Comprendo, — respondió el español, pensativo.



Cuando pasaron por fin los últimos granos, la puerta se abrió.

Volvió a sentarse en el sofá, colocando los codos sobre las rodillas. Había comprendido por fin el tipo de hombre con el cual tenía que habérselas, y ahora lo enfrentaba en su propio terreno, con una urbanidad sarcástica, una indiferencia que hacía parangón a la de su interlocutor.

—Confieso, — agregó, — que hay mucha razón en lo que usted me dice.

—Me quita usted un gran peso de encima, señor español, — respondió Blood prontamente. — No quiero aparecer como excesivamente duro a sus ojos, especialmente desde que mis amigos y yo debemos a usted tanto. Porque, no importa lo que haya significado para otros, su asalto a las islas Bárbadas fué oportunísimo. Me siento feliz, por lo tanto, en que usted convenga en que no queda otra camino que escoger.

—Pero, amigo mío, yo no he convenido en tanto.

—Si hay alguna alternativa que usted pueda proponer, me sentiré feliz de poder estudiarla.

Meditativamente don Diego se acarició la punta de su barbilla negra.

—¡Puede usted darme de tiempo hasta la mañana? Mi cabeza me duele tan escandalosamente que me impide pensar. Y este asunto, usted admitirá, es algo que requiere profunda reflexión.

El capitán Blood se puso en pie. De una alacena tomó un reloj de arena, medido para media hora; lo volvió, de manera que la mitad conteniendo la arena roja quedaba hacia arriba, y lo colocó sobre la mesa.

—Siento tener que apurar a usted en asunto de tal naturaleza, don Diego, pero una ampolleta es todo lo que puedo dar a usted. Si cuando esas arenas hayan cambiado de recipiente no puede usted sugerir otra alternativa más aceptable, me veré obligado con gran dolor, a pedir a usted y a sus amigos a saltar por sobre la borda.

Salió, cerrando la puerta con llave.

Apoyados los codos en las rodillas y la cabeza en las manos, don Diego observaba con la mirada fija en el reloj, las arenas caer continuamente. Las líneas de su rostro se profundizaban más, revelando su preocupación. Puntualmente, cuando los últimos granos de arena caían, la puerta se abrió de nuevo.

El español lanzó un suspiro y se puso en pie, para recibir al capitán Blood y darle la respuesta en cuya busca venía.

—He pensado en una alternativa, señor capitán; pero depende de su caridad. Y es que nos deje usted en una de las islas de este pestilente archipiélago, donde nos las arreglaríamos como pudiéramos.

El capitán Blood frunció el ceño.

—Tiene eso sus dificultades.

—Me lo temía, — dijo don Diego, irguiendo el cuerpo. — No hablemos más.

—¿No tiene usted miedo de morir, don Diego?

El español echó la cabeza para atrás, frunciendo el entrecejo.

—La pregunta es en extremo ofensiva, señor.

—No ha sido hecha con tal intento; pongámosla en otras palabras, tal vez más justamente. ¿No desea usted seguir viviendo?

—¡Ah! A eso puedo responder ya. Pero ese deseo no ha de hacer de mí un cobarde para diversión suya, señor bromista.

Era ésta la única señal que, hasta el momento, había revelado la cólera o resentimiento interior que pudiera sentir el corsario español.

El capitán Blood no respondió de inmediato. Como anteriormente, se sentó en la esquina de la mesa.

—¿Estaría usted dispuesto, señor español, a ganarse la vida? ¿La suya y la de los otros españoles que están a bordo, juntamente con la libertad?

—¿Ganármela? — preguntó don Diego; y al observador capitán Blood no dejó de ver el ligerísimo temblor que agitó al español. — ¿Ganármela, dice usted? Si el servicio que usted pide no es contrario a mi honor...

—¿Puedo ser sospechado de tal cosa? — respondió el capitán. — Porque yo comprendo que hasta un pirata tenga honor. — Y sin esperar respuesta procedió a explicar su proposición. — Si usted mira por esa ventana, don Diego, verá usted lo que, aparentemente, no es más que una simple nube, a lo lejos. Pero, en realidad, es la isla que hemos dejado a popa. Todo el día hemos estado navegando con sólo un deseo: el de poner cuanta mayor extensión de mar sea posible entre nosotros y las Bárbadas. Pero ahora, cuando ya vamos a perder casi de vista la tierra, nos hallamos en dificultades.

El único hombre que entre nosotros conoce el arte de la navegación, se halla postrado en el lecho, delirante de fiebre, como resultado de ciertos tratamientos poco delicados que recibiera en tierra. Yo puedo manejar una nave tolerablemente bien durante una acción, y hay a bordo dos o tres nativos de Devon que me pueden ayudar; pero de los más profudos misterios de la navegación, del arte de hallar nuestro camino en la inmensidad del mar, no sabemos palabra. Ceñirnos a tierra, navegar cerca de la costa, sería salir al encuentro del desastre, como usted, tal vez, ha percibido. Así, pues, deseamos dirigirnos a la colonia holandesa de Curacao todo lo más rápidamente que podamos, donde podremos aprovisionar nuestra nave e invitar alguno que otro aventurero a completar el número de nuestros tripulantes. ¿Me promete usted, si lo dejo en libertad, bajo la palabra de honor, que nos conducirá allá? Si lo hace usted así lo dejaremos a usted y a sus hombres allí o, si usted prefiere, lo llevaremos de nuevo, para dejarlo en una de las islas menores.

Don Diego dejó caer la cabeza, sumido en profunda reflexión, y dirigióse hacia los ventanales de popa. Allí permaneció un tiempo, mirando a la inmensidad del mar iluminada por el sol, a las aguas muertas que la gran fragata deja a su paso. Su nave, que aquellos perros ingleses le habían robado; su nave, la que se le pedía que condujera a seguro puerto, en el cual la perdería, en el cual sería de nuevo equipada para llevar la guerra a su propia raza. Eso estaba en un platillo de la balanza; en el otro, las vidas de once hombres, incluyendo la suya.

Volvióse de nuevo; y hallándose esta vez con la espalda hacia la luz, el capitán Blood no pudo percibir cuan pálido su rostro se había puesto.

—Acepto, — dijo.

Así quedó el convenio realizado, después de lo cual don Diego quedó en libertad en aquella nave que había sido suya, cuya navegación fué dejada por completo en sus manos. Y precisamente porque los hombres que tripulaban la fragata eran nuevos en el mar de las Antillas; precisamente porque no habían aún aprendido a ver en todo español un traidor al que debía darse muerte a la vista, lo trataban con la cortesía y delicadeza que su propia urbanidad y suavidad de modales invitaba. Hacía sus comidas en el mismo gran camarote que el capitán y los seis oficiales que este había escogido para secundarlo, entre los cuales se hallaban Hagthorpe, un hombre alto y delgado, rubio, que había perdido un ojo en la batalla de Sedgmoor y Ogle, rechoncho, viejo guerrero, cuya ignorancia de navegación solo era comparable con sus conocimientos de artillería y todo lo que con este arte se relacionaba.

Hallaron en don Diego, un excelente, casi alegre, compañero, y sus amigables sentimientos para con él viéronse despertados por la brava ecuanimidad y fortaleza de que daba pruebas en la adversidad.

Que don Diego no se condujera honradamente, era cosa que no se podía sospechar. Por otro lado, no había razón aparente pa-

ra que así lo hiciera. Por otro lado, había tenido para con ellos la mayor franqueza. Había criticado el camino seguiguido al abandonar las Barbadas, saliendo contra el viento en lugar de haberlo hecho a sotavento, en dirección al mar Caribe, alejándose del archipiélago. Por esa causa, se verían ahora obligados a cruzarlo de nuevo, para dirigirse a Curacao; paso éste que no se podía dar sin correr ciertos peligros.

En cualquier punto, entre las islas, podrían encontrarse en el camino con una nave tanto o más poderosa. Que esta nave fuera española o inglesa, sería para ellos igualmente peligrosa y hallándose como se hallaban con una reducida tripulación a bordo, no podrían siquiera pensar en combatir. A fin de reducir este peligro a su mínimo, don Diego hizo tomar a la nave primero curso hacia el Sur, y luego hacia el Oeste. Así, siguiendo una línea más o menos en medio de las islas de Tobago y Granada, pasaron la zona de peligro llegando a la comparativa seguridad del mar Caribe.

—Si este viento no amaina, — dijo, aquella noche durante la cena, — podremos llegar a Curacao dentro de tres días.

. . . . . .

Durante tres días el viento se mantuvo en el mismo estado; hasta refrescó un tanto el segundo día. Y aun al caer el sol el tercero el "Cinco Llagas" se hallaba en medio de un mar sin fin, alcanzando sus tripulantes a ver solo mar y cielo en todas direcciones. El capitán Blood, un tanto extrañado, mencionó aquello al español.

—Será mañana por la mañana, — respondió don Diego, con la calma de la convicción.

—¡Por todos los santos! Siempre es "mañana" con ustedes los españoles, amigo mío, y "mañana" nunca llega.

—Pero este "mañana" está en camino y llegará, no se aflija usted. No importa cuan temprano se levante usted mañana, verá usted tierra, don Pedro.

El capitán se separó de don Diego, yéndose a ver a Jerry Pitt, a cuyo mal estado de salud don Diego debía aquella oportunidad de salvar la vida que se le había ofrecido. Hacía ya más de veinticuatro horas que se le había calmado la fiebre y recobraba sus fuerzas a tal punto que ya comenzaba a quejarse de lo que llamaba su confinamiento y del calor que reinaba en el camarote. Para alegrarlo un tanto, el capitán Blood consintió en que subiera al puente, a respirar un poco de la fresca brisa marina. Y así, al tiempo que el último rayo de sol desaparecía del horizonte, Jerry Pitt apareció en el puente, del brazo de su médico y capitán.

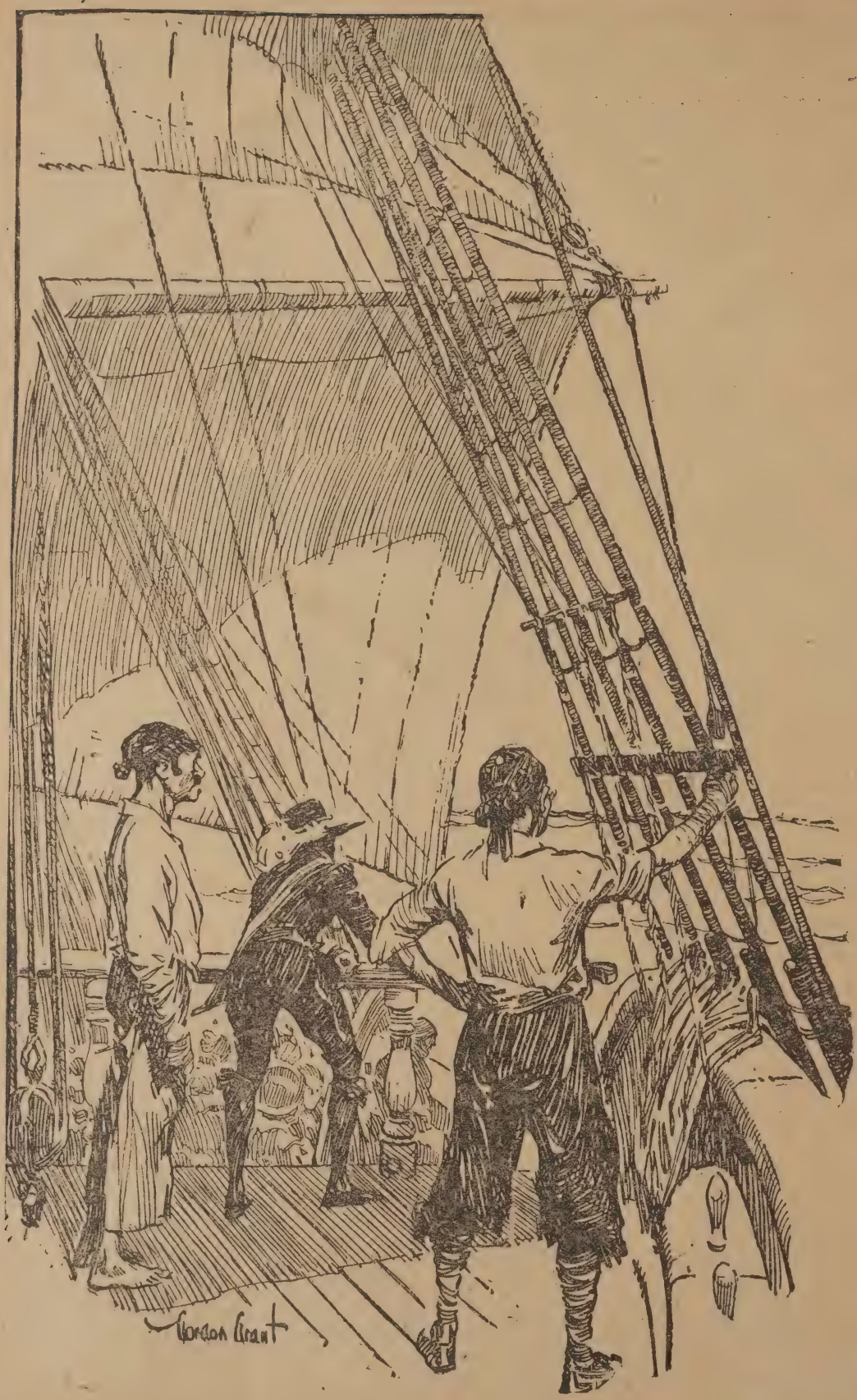
Fuertemente abrazados se balancearon los dos

Sentado sobre la brazola de una escotilla el muchacho de Somerset llenó sus pulmones con el fresco aire marino y se confesó revivido por el mismo. Luego sus ojos levantáronse a la bóveda del cielo, en la cual habían aparecido ya, en las primeras sombras de la noche que caía rápidamente, miriadas de pequeños puntos de brillante plata. Durante unos momentos, su mirada vagó por los cielos hasta que, repentinamente, se fijó en algo y su rostro adquirió una expresión de perplejidad. Luego miró al capitán Blood, que se hallaba junto a él.

—¿Conóces algo de astronomía Peter? — preguntó.

—Astronomía, ¿eh? — respondió Blood. — A fé mia que habría de verme en apuros para diferenciar la Cintura de Orión de Círculo de Venus.

—¡Ah! Y supongo que el resto de nuestra tripulación comparte esta ignorancia tuya, ¿no?


Gordon Grant

Los ojos seguían al bote con vigilante ansiedad.

—¡Hum! Sería más cortés de tu parte suponer que la exceden.

Jerry indicó, extendiendo el brazo, un punto luminoso, en el cielo, hacia el lado de estribor.

—Esa es la estrella Polar.

—Sí, ¿eh? Me pregunto yo ahora como demonios haces para conocerla entre todas las demás.

—Y la "Estrella Polar" frente a nosotros, — continuó Jerry, impertubable, — casi sobre nuestra serviola de estribor, indica que seguimos un curso Norte, Noroeste, o, a decir verdad, Norte por Oeste, ya que parece difícil que nos hallemos a más de diez grados Oeste.

—¿Y qué razón valedera hay para que así no sea?

—Me dijiste, creo, que vinimos por el Oeste del archipiélago, entre Tobago y Granada, llevando Curacao como destino. Si tal fuera nuestro derrotero, deberíamos tener la "Estrella Polar" por el través, allá.

En aquel mismo instante en que la mano de Pitt se levantó para señalar el lugar que, según él, la estrella debería ocupar toda la indiferencia, toda la pereza del capitán Blood desapareció como por arte de encantamiento. Había abierto la boca para responder, pero la cerró de inmediato. Un rayo de luz le había dado en el rostro, rayo de luz que desapareció en seguida; la puerta de la toldilla se había abierto, cerrándose casi en seguida. Un momento después se oía pasos en la escalera. Don Diego se aproximaba. Los dedos del capitán Blood se cerraron significativamente sobre el hombro de Jerry Pitt. Luego llamó al español, ha-

blándole en inglés, como se había acostumbrado a hacerlo cuando lo hacía delante de terceros.

—¿Tendría usted la amabilidad de ser juez en una pequeña discusión entre nosotros, don Diego? — preguntó, sonriendo. — Discutimos, el señor Pitt y yo sobre que estrella es la Polar.

—¡Verdaderamente! — El tono del español era reposado; podría haberse dicho que, detrás, había contenida risa. Y la razón de eso la dió la pregunta que formuló en seguida: — Pero, dígame usted: ¿Es el señor Pitt su navegante?

—A falta de otro mejor, — respondió, riendo, el capitán Blood. — Ahora bien; estoy dispuesto a apostarle cien doblones a ocho a que la Estrella Polar es aquella.

Extendió el brazo, señalando un punto luminoso directamente por el través. Más tarde, Blood confesó a Pitt que, de haber confirmado don Diego su indicación, lo habría pasado de parte a parte con su espada allí mismo.

Lejos de ello, sin embargo, el español expresó francamente su risa por la ignorancia de Blood.

—Pues pierde usted, señor don Pedro, — respondió. — La estrella Polar es aquella.

Y la señaló.

—¿Está usted seguro?

—¡Pero mi querido don Pedro...! — el tono del español era de ofensa y protesta. — ¿Cómo podría yo no estar seguro? Además, ahí tenemos el compás. Pero venga usted al cuarto de derrota y vea usted cual es la nuestra.

Su completa franqueza, su tranquila actitud de hombre que a nadie tiene que temer, acallaron de inmediato las sospechas que tan rápidamente se habían despertado en la mente del capitán Blood. Pero Jerry Pitt se mostraba satisfecho con menos facilidad que el capitán.

—En tal caso, señor español, — dijo, — ¿podría usted decirme, ya que nuestro destino es Curacao, porque llevamos el curso que llevamos?

De nuevo no hubo en la respuesta de don Diego la menor vacilación.

—Bien puede usted preguntar, — respondió, suspirando. — Yo tenía la esperanza de que esto no sería observado. He tenido un descuido... un descuido de lo más culpable. No hice suficientes observaciones. Es mi costumbre; tengo demasiada seguridad en mí mismo. Me confío demasiado en los cálculos aproximados. Y el resultado ha sido que hoy, al tomar el cuadrante, me doy cuenta que hemos estado navegando a un medio grado demás, en latitud Sur, de manera que Curacao, se halla ahora casi a nuestro Norte. Es debido a eso que nos hemos retrasado. Pero estaremos allí mañana.

La explicación, tan completamente satisfactoria, tan sin vacilaciones y rápidamente ofrecida, no dejó más dudas en el capitán Blood. Considerando esto después, el capitán Blood decía a Jerry que era absurdo el haber sospechado de don Diego. A pesar de ser corsario había probado su temple al confesarse pronto a morir antes que entrar en combinación alguna que pudiera mancillar su honor.

Nuevo en el mar y en las costumbres de los aventureros que lo navegaban, el capitán Blood tenía aun ilusiones; pero la mañana siguiente, la aurora misma, habría de destrozarlas.

Subiendo al puente antes que el sol saliera, el capitán vió tierra a proa, tal como el español le había prometido que habría, de suceder. A unas diez millas de distancia se hallaba, llenando el horizonte hacia Oriente y Occidente, con un cabo montañoso saliendo recto hacia ellos. Observando fijamente, el capitán Blood frunció el ceño. No había creído que Curacao fuera de tan considerables dimensiones. En verdad que esto se parecía mucho menos a una isla que al continente mismo.

Con los rizos de sus cabellos echados hacia atrás por el soplo de la brisa que soplaba de tierra, observó, por la servioleta de estribor, una gran nave que juzgó se hallaría a una distancia de cinco millas, que aparentaba poseer un tonelaje tan grande o mayor que el de la "Cinco Llagas". Mientras observaba, vió Blood que aquella alteraba el curso que seguía y, dando bordadas, dirigióse hacia ellos, ceñida al viento.

Una veintena de los tripulantes de la nave se hallaban ya levantados en el castillo de proa, observando atentamente la tierra adelante; y el rumor de vóces y sus risas llegó a sus oídos a través de la nave.

—Allí, — dijo una voz detrás de él, con untuoso tono, — se halla la tierra prometida, don Pedro.

Había algo en aquella voz, un algo de disimulada satisfacción, que convirtió en completa la media duda que hasta entonces había sentido Blood. Se volvió rápidamente hacia el español; tan rápidamente, a decir verdad, que la sonrisa que brillaba en el rostro de este último no pudo desaparecer de él antes de que Blood la viera.

—Parece usted hallar gran satisfacción a la vista de la tierra prometida, don Diego, si consideramos su posición.

—Naturalmente, — respondió don Diego, restregándose las manos que, según observó Blood, le temblaban. Naturalmente. Lo satisfacción de un navegante.

—¿De un navegante o de un traidor? — preguntó secamente el capitán Blood. Y, al retroceder el español ante él, con repentina alteración de semblante que confirmaba cada una de las sospechas de Blood, el capitán, extendió un brazo en dirección a la costa distante. — ¿Qué tierra es esa? — rugió. — ¿Tendrá usted el desparpajo de decirme que esa es la tierra de Curacao? — Avanzó furioso en dirección a don Diego, y don Diego, paso a paso retrocedió ante él. — ¿Será necesario que le diga yo a usted que tierra es esa? ¿Será necesario? — Aquella fiera demostración de conocimiento pareció sorprender y desconcertar al español, por que no respondió. Fué entonces que el capitán Blood lanzó un golpe a la ventura; pero con gran probabilidades de estar en lo cierto. Una línea de costa como la que tenía a la vista, si no era de tierra firme co-

lonial española, y él sabía que esta no podía ser, debería pertenecer ya fuera a Cuba o a Hispania. Ahora, sabiendo que Cuba era de las dos la más al Noroeste, se hallaba, se desprendía que, si don Diego trató de traicionarlos, los habría llevado a la más cercana de las dos. — Esa tierra, perro traidor, canalla español, es la isla de Hispaniola!

Al mismo tiempo que escupía, más bien que pronunciaba aquellas palabras, observaba atentamente el rostro de don Diego, para ver el efecto que en él causaba; para ver reflejarse en él la prueba de haber acertado o equivocádose en su pensamiento. Pero ahora, el español, que no había cesado de retroceder, había llegado al centro del alcázar, donde la vela de mesana formaba una pantalla que los ocultaba a ambos a los ojos de los otros ingleses de abajo. Los labios del español se contrajeron en una horrible sonrisa.

—¡Ah, perro inglés! — murmuró, por lo bajo. — Sabes demasiado.

Y dió un salto, pretendiendo apoderarse del cuello del capitán Blood. Aferrados el uno al otro, lucharon durante unos momentos, rodando luego por el puente. El irlandés con una zancadilla, había hecho perder pie al español. Don Diego había pensado confidentemente en poner fuera de combate al capitán irlandés, y así ganar la media hora que sería necesaria para acercarse a aque hermoso bergantín que navegaba en dirección a ellos. Nave española, sin duda alguna, se decía, ya que nadie hubiera osado acercarse tanto a las costas de Hispaniola, a no ser una nave hispana. Pero todo lo que había conseguido había sido traicionarle, según se confesó a sí mismo, al hallarse de espaldas en el suelo con el irlandés de rodillas sobre su pecho, mientras los tripulantes del "Cinco Llagas", atraídos por los gritos de Blood, subían apresuradamente la escalerilla en ayuda de su capitán.

—Desea usted que ruegue por su sucia alma, ahora mientra estoy en esta actitud de ruego? — burlóse Blood furiosamente del vencido.

Pero el español, aun cuando vencido sin la más mínima duda, forzó sus labios para sonreir, devolviendo la burla por burla, sarcasmo por sascarmo.

—¿Y quién rogará por su alma, capitán inglés, cuando aquella fragata venga a abordar esta nave mía?

—¡La fragata! — exclamó Blood, comprendiendo repentinamente la idea que había tenido el español al traicionarlos, y percibiendo, al mismo tiempo que era demasiado tarde para evitar las consecuencias de la traición. Hasta la menor traza de humor o cortesía había desaparecido de su actitud.

Se acercó mucho al español.

ahora; sus ojos azul celeste brillaban y su rostro se hallaba lívido a causa de la contenida cólera.

Levantóse, dejando al español en poder de sus hombres.

—¡Que sea atado fuertemente! — ordenó. — Pero que no se le cause el menor daño; que no se toque ni un solo pelo de su preciosa cabeza.

La advertencia que la orden del capitán contenía era más que necesaria. Frenéticos de cólera y rabia al pensamiento de que podían hallarse a punto de caer en nueva esclavitud aun peor que aquella de la que acababan de escapar, los tripulantes de la fragata hubieran destrozado al español sobre la marcha. Pero si ahora se contenían obedeciendo la orden del capitán, era por que en la voz de éste vibraba un algo que prometía al español don Diego Valdéz algo más exquisito que la muerte.

—¡Menguado! ¡Sucio pirata! ¡Tú, hombre de honor...! — apostrofaba Blood al español.

Don Diego clavó sus miradas en los ojos de Blood y rió.

—Me estima usted mal, — respondió, con toda calma. — Dije que no tenía miedo a la muerte y le he demostrado a usted que no lo tenía. Usted no comprende; es usted solamente un simple perro inglés.

—Irlandés, si a usted place, — corrigió Blood, insistiendo sobre su nacionalidad, cosa que resultaba casi cómica ante la gravedad de la situación. — Pero, ¿qué de

vuestra palabra, caballero de España?

—¿Como pudo usted figurarse que iba yo a dar mi palabra de dejar esta, mi hermosa nave en posesión de tal perro indecente como usted, para que luego la utilizara usted en hacer la guerra a mis compatriotas? ¡Ja, ja! — rió don Diego, secamente, con risa que nada tenía de alegre. — ¡Tonto! Puede usted matarme; pero ¿qué importa eso? Moriré habiendo hecho mi trabajo bien. En menos de una hora serán todos ustedes prisioneros de España, y el "Cinco Llagas" volverá a enarbolar el pabellón de Castilla.

Con el rostro pálido de furia, el capitán Blood continuaba mirando fijamente al español, sus puños contraídos, su colera impidiéndole pensar.

—¡Esperen! — ordenó al fin a sus hombres; y dirigiéndose hacia la borda, donde se le unieron Hagathorpe, Wolverstone y Ogle, el artillero. En silencio los cuatro hombres contemplaron durante unos momentos aquella otra nave. La fragata española había virado, navegando ahora más o menos a un punto de timón fuera de la linea que seguía el viento, y que, al fin, tendría que cruzarse con el curso que seguía el "Cinco Llagas".

—En menos de media hora mas, — dijo el capitán Blood, después de unos momentos, — la vamos a tener cruzada a nuestra proa, barriéndonos el puento con sus cañones.

—¡Podemos luchar! — interpuso el gigante tuerto, Wolverstone, lanzando un juramento.

—¡Luchar! — repitió Blood, despectivamente. — Faltos de hombres, con apenas una treintena para una nave que requiere cien, ¿qué probabilidades tendremos? Sería suicidarse. Nuestra única posibilidad de escapar está en que nos crean ellos españoles también, y nos dejen seguir nuestro camino.

—¿Y cómo puede ser eso posible? — preguntó Ogle.

—No es posible, —respondió el capitán Blood. — Si lo fuera...

Se interrumpió, clavando durante unos momentos sus ojos en el verde oscuro de las aguas. Ogle, siempre dispuesto al sarcasmo, dijo:

—Podremos enviarles a don Diego Valdéz en un bote tripulado por sus españoles a ofrecerles nuestros respetos.

El capitán Blood se volvió como si le fuera a cruzar el rostro de una bofetada. Pero, repentinamente, sus ojos brillaron con nueva luz, luz de inspiración esta vez.

—¡Por San Jorge! — exclamó.

Avanzó rápidamente hasta el sitio donde el español se hallaba aun en manos de los esclavos y ordenó:

—¡Abajo! ¡Traigan los prisioneros españoles! Y tú, Hagathorpe, iza al palo mayor la bandera de España, que la puedan ver desde lejos.

Cuando los diez tristes y manatiados españoles se hallaron formados en fila, en el alcazar, frente a él, el capitán Blood procedió a relatar, clara y secamente, la traición de que habíase hecho responsable don Diego Valdéz y el peligro en que se hallaban a consecuencia de ella.

—Es este, peligro que comparten ustedes con nosotros, — anunció. — Pero hay aun una posibilidad de que escapemos con vida nosotros y ustedes, siempre que se avengan ustedes a ejecutar mis órenes.

Detrás de él, don Diego lanzó una ronca carcajada.

—¡No hay posibilidad alguna! — gritó, con voz vibrante. — No le proporcionen ustedes medio alguno. Muramos primero y ¡viva España!

El capitán Blood no le prestó la más mínima atención. Sus miradas observaban los rostros de los españoles, tratando de penetrar en sus pensamientos. Y en los ojos de los manatiados prisioneros no vió precisamente la luz del entusiasmo que don Diego había tratado de comunicarles. Se volvió Blood hacia aquellos que custodiaban al español.

—Que sea atado a la boca de aquel cañón, — ordenó indicando una de las culebrinas de guardiatimón.

La orden de Blood hizo perder a don Diego algo de aquel espíritu romano que en él había admirado el capitán irlandés. Un hombre puede no tener miedo a la muerte, y, sin embargo, horrorizarse ante la forma que esa misma muerte ha de tomar. Don Diego se estremeció violentamente al oír la orden del capitán Blood, abrió los ojos desmesuradamente mirando espantado en redor suyo, y luego comenzó a debatirse como un poseído entre las manos de sus guardianes; su boca comenzó a lanzar juramentos, maldiciones y blasfemias que eran clara muestra del horror que sentía. Pero a pesar de su desesperación, de su lucha tenaz y terrible, fué rápido y seguramente atado a la boca del cañón, con los brazos extendidos en cruz.

Desde allí, dirigióse al capitán Blood en tono de frenética desesperación:

—¡Bárbaro hereje! ¡Salvaje inhumano! ¿No te contentarías con matarme cristianamente??

—¡Póngale una mordaza! — ordenó a sus hombres. Tenía una idea que lo hacía recurrir a este medio.

En un momento, el español podría reponerse de su sorpresa, recobrar el perdido espíritu, y volver a arengar a sus compañeros a resistirse a los deseos y órdenes del irlandés. Hacia ellos se volvió Blood, observando, con satisfacción, que en los diez rostros se hallaba retratado el horror. Ordenó al artillero, que era un hombre de severa apariencia y aire de autoridad, adelantar un paso y comenzó a explicarle lenta y concisamente, lo que deseaba de él, empleando en ello el excelente castellano que poseía.

—Aquella fragata, — dijo, — abrirá pronto fuego contra nosotros, a menos que, mientras tanto, podamos evitarlo. Ahora bien; nosotros no nos hallamos en condiciones de luchar, como su capitán bien lo sabía cuando nos condujo a esta trampa, abusando de la palabra de honor que de él aceptamos. Pero si no nos hallamos en condiciones de luchar, tampoco estamos dispuestos a rendirnos, cosa que significaría para nosotros la muerte o algo peor. Si tenemos que morir, lo haremos luchando; y si se nos obliga a esto último, el fuego comenzará, de nuestra parte, con este cañón, — y tocó la culata de la culebrina a cuya boca don Diego se hallaba sujeto. — ¿Me comprende usted?

Esteban, el artillero, fijó sus miradas en los ojos azules de Blood.

—¿Si comprendo? — preguntó. — Pero, en nombre de Dios, ¿cómo puedo comprender? Habla usted de evitar una lucha; ¿cómo?

—Puede evitarse la lucha, y puede haber un escape, — se le respondió, — Si don Diego fuera a bordo de aquella fragata y por medio de su presencia propiamente acreditada satisfaciera a su capitán de que esta nave de España es, como su bandera lo proclama. — Levantó el brazo, señalando el tope del palo mayor, en el cual flameaba el morado de Castilla. — Pero, debido, a que don Diego se halla ocupado en importantes asuntos, no puede concurrir en persona. Debe, pues, ser representado. Puede usted ir, como lugarteniente suyo, en una chalupa tripulada por estos compotriotas suyos, a fin de que la ilusión sea completa. Si regresa usted a nuestro bordo sin accidente, habiendo representado su papel de tal manera que podamos seguir nuestro viaje sin inconvenientes, don Diego gozará de su vida así como todos ustedes. Pero si sucede la menor cosa ya sea por traición, ya por desgracia, la batalla será comenzada por nuestra parte con este cañón, el cual fijará la puntería sobre la chalupa que lo conduzca a usted. — Se detuvo; luego preguntó: — ¿Qué tiene usted que decir a eso?

Siguieron unos segundos de silencio, roto al fin por los españoles que se hallaban detrás de Esteban.

—¡Acepte usted, Esteban! — lo urgieron, hablando varios a la vez. — ¡En nombre del cielo, acepte usted!

El capitán Blood sonrió.

—¿Oye usted? — preguntó, añadiendo: — Créame usted, es buen consejo.

Esteban se pasó por los resecos labios la lengua, y por la frente el dorso de la mano para secarse gruesas gotas de sudor que le surcaban. Sus miradas estaban fijas sobre su capitán que atado a la boca del cañón se debatía furiosamente por libertarse de sus ligaduras inútilmente.

—Pero ¿cómo puede hacerse eso? ¿qué podré decir yo al capitán de esa nave?

—Irá usted vestido convenientemente de acuerdo con su rango de lugarteniente de don Diego, y llevará usted una carta, que yo le entregaré, carta que don Diego tiene gran interés en que sea llevada de inmediato a Cadiz. Lo ha enviado a usted con ella en la esperanza de que esa otra nave navegue rumbo a España.

Los otros prisioneros españoles que veían en el plan del capitán Blood la única posibilidad de salvar la vida comenzaron a exhortar a su compañero a desempeñar el papel que se le imponía. A estos pedidos clamorosos y a sus propios terrores y deseos, cedió el artillero español.

Las maneras del capitán Blood se hicieron bruscas. Demasiado tiempo se había perdido ya, y las dos naves, corriendo una hacia el el encuentro de la otra, se hallaban a menos de una milla de distancia. Ordenó Blood que le fueran quitadas las ligaduras a los prisioneros, y que fuera botada al mar una piragua, pronta para ser tripulada. A Esteban llevólo consigo a su camarote, y mientras el artillero se ponía vestidos más de acuerdo con la misión que iba a desempeñar Blood permaneció ocupado con plumas y papeles entre los efectos de don Diego. Terminó su tarea al mismo tiempo que Esteban de vestirse y el capitán Blood entregó a este un paquete que lucía un nombre y una dirección en Cádiz que Blood había hallado entre algunas cartas de don Diego. El paquete se hallaba sellado con las armas de Valdez. Nadie hubiera podido imaginarse por el exterior correctísimo del paquete que este solo contenía unas hojas de papel en blanco.

Cuando subieron nuevamente al puente, la otra nave se hallaba a menos de media milla. Blood dió una orden, y la proa de Cinco Llagas disparóse un cañonazo con polvora solamente, y la fragata fué puesta al pairo, mientras los marineros corrían de un lado a otro para botar al agua la chalupa.

Mientras tanto, la otra nave, virando un punto o dos, continuó navegando hasta hallarse a la mitad de la distancia que antes los había separado. Recién entonces fué que se puso al pairo, obedeciendo la señal que se le hiciera, y en espera del bote que se dirigía a ella velozmente. Haber conservado su curso durante tanto tiempo, y rehusarse aún ahora a enarbolar su bandera, era cosa sospechosa de parte de aquella nave; y durante unos momentos Blood temía que su intención fuera continuar navegando hasta ponerse junto a ellos. Lanzó, pues, un suspiro al verla detenerse.

El capitán Blood se hallaba, con Hagathorpe, Ogle y Wolverstone junto a la cubierta de proa que tenía, aún, atado a su boca a don Diego que luchaba por desprenderse con tanta fuerza y tan inutilmente como en los primeros momentos. Ogle conservaba el cañón apuntando a la lancha que se dirigía a la otra fragata, mientras que, junto él, se hallaba su ayudante, con la mecha encendida en sus manos, pronto a aplicarla al cañón tan pronto su jefe le diera la orden.

Las miradas de los hombres aquellos no se apartaron un momento del bote aquel, mientras cruzaba el trecho de agua que separaba a las dos naves, hasta que lo vieron colocarse junto al negro casco de la fragata y vieron a Esteban subir rápidamente la escala.

Después de aquello siguieron unos mo-

mentos de intensa ansiedad, de agonía para los hombres que a bordo del "Cinco Llagas" esperaban el resultado de la misión del artillero español. Repentinamente, llegó a sus oídos el son de una trompeta, que fué de inmediato acallado por el rugir de ocho cañones. La andanada fué disparada por alto, intetando, sin duda, barrer los puentes del "Cinsco Llagas", ya que esta se hallaba presentando casi su serviola alta, y las balas pasaron por el cordaje haciendo en realidad poco daño. Solo dos hombres resultaron heridos por astillas que arrancaron de uno de los palos las balas. Pero si la andanada no llevó a la nave la muerte que sin duda fué intención llevara, llevó en cambio una consternación tanto o más fatal.

—¡Traición! ¡El pícaro español nos ha traicionado! — fué el grito que se oyó en el puente.

Lanzando por entre apretados dientes un juramento, el artillero, Ogle, ordenó:

—¡Fuego! — ordenó.

Obediente, su segundo agachóse a dar fuego al cañón. Don Diego hizo un desesperado esfuerzo; fracasó de nuevo su intento de libertarse; sus músculos se endurecieron y volvió los ojos al mar.

Pero antes de que la mecha pudiera dar fuego a la pólvora, el capitán Blood había detenido el brazó del artillero, arrancando de su mano la mecha, que arrojó al suelo y la apagó con el pie.

—¡Arríen la bandera! — gritó. — ¡No hemos sido traicionados! ¡Es por que los españoles han cumplido su palabra por lo que esto ha sucedido!

Y uno de sus brazos se extendió, señalando hacia el tope del palo principal de la otra nave, en la cual flameaba entonces la bandera inglesa, revelando así, al fin, la identidad de la otra nave, ahora que el momento de comenzar la lucha había llegado.

Fué aquello algo que cada uno de los hombres de a bordo comprendió instantáneamente. Rápidamente, antes que el "Pride of Bristol", como la otra fragata se llamaba, pudiera recomenzar el fuego, la bandera de España había sido arriada, apareciendo en su lugar los colores ingleses en el palo mayor del "Cinco Llagas". Aquello, y el extraordi-

"PUCKY" Magazine

APARECE TODOS LOS VIERNES

PRECIOS DE SUSCRICION

Capital e Interior

Número de la semana	$ 0.20
„ atrasado	„ 0.40
Suscrición por 3 meses (13 números)	„ 2.50
„ „ 6 „ (26 „)	„ 4.80
„ „ 1 año (52 „)	„ 9.00

EXTERIOR

Bolivia, Brasil, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, España, EE. UU. de Norte América, Filipinas, Guatemala, Honduras, Méjico, Nicaragua, Paraguay, Perú, San Salvador, Santo Domingo y Uruguay . . . Año $ 9.00 c/l.

Demás países . . . . . „ 12.00 „

hario relato que en esos momentos Esteban hacía, confirmado en parte por el contenido en blanco del paquete que llevaba, fueron más que suficiente para dar, al "Pride of Bristol" pausa. La tripulación española del bote fué retenida temporalmente a bordo mientras uno de los oficiales de la fragata inglesa bajaba al bote y con marineros ingleses se dirigía a visitar el "Cinco Llagas".

El capitán Blood recibió al oficial del "Pride of Bristol" con una narración en la cual debió haber, por fuerza, algunas reservas.

No sólo resultó aquella narración completamente sastifactoria, sinó que provocó también la hilaridad del oficial hasta un punto tal que Blood sintió tentación, dificilmente contenida, de lanzarlo por la borda al mar. Cuando, al fin, consiguió reponerse de su tempestuosa hilaridad, anunció que el capitán Blood recibiría de nuevo sus prisioneros españoles, pero aconsejó que don Diego Valdéz fuera ahorcado de inmediato, por traidor.

—Pues ahora ya no estoy de acuerdo con usted, — respondióle el capitán Blood. — Puede ser, como usted dice, un pirata, un español y un traidor; pero es hombre de espíritu romano. Además, he empeñado mi palabra que, si sus hombres cumplían conmigo, le respetaría la vida.

Se volvió hacia sus hombres, que esperaban órdenes.

—Desátenlo, — ordenó. — Ya ve usted, don Diego, que yo, al menos, cumplo mi palabra. Tendrá usted su vida. ¿Me oye usted?

Al formular esta pregunta su entrecejo se frunció. Acercóse rápidamente al español, lanzando una exclamación; ¡don Diego Valdéz estaba muerto!

En silencio, mientras Blood contempló el inanimado cuerpo del corsario español, que sus hombres acostaron en el puente; luego, el médico, durante algún tiempo dormido, en el fondo su su alma, despertó. Y Blood agachóse junto al cuerpo del español. Ni la menor herida aparecía visible en el cuerpo de don Diego. Don Diego había muerto de la impresión que le produjo el saberse condenado al disparar la otra nave su andanada.

El capitán Blood se puso de pie; en sus ojos aparecía una extraña expresión.

—Era un hombre de espíritu mucho más grande que el que su pobre cuerpo podía contener, — dijo. — Su alma inmortal era más fuerte que su pobre corazón perecedero. ¡Qué sea ese su epitafio!

"LA HIJA DEL GOBERNADOR" es el título del próximo episodio de esta interesante serie y aparecerá en el número de "Pucky" que se pondrá en venta el 4 de junio.

El día de San Jorge y los servios

Dos curiosas tradiciones de la juventud

PARA los servios el día 24 del mes de abril, día de San Jorge, es una fiesta que esperan con júbilo y celebran con alegría en cualquier sitio del mundo donde estén.

En ese día las jóvenes ponen en práctica costumbres tradicionales y... y un poco interesadas.

Las jóvenes, porque sólo en las jóvenes se obra el milagro, juntan flores diversas y brotes de ciertos árboles y los tienen toda la noche en infusión de agua, que ha de haber sido tomada en la cascada de un molino. Esa agua, mezclada al pan del día siguiente, les asegura una belleza inalterable.

Otras muchachas, al caer la tarde, hacen ramos de flores y dan a cada uno de ellos el nombre de uno de sus adoradores. Ponen los ramilletes sobre el techo de su habitación y allí los dejan durante toda la noche, y el que a la mañana siguiente está más lozono y más cuajado de rocío indica cuál es el pretendiente más sincero.

¿Es Vd. cultor del football?

Compre

EL DIARIO

(Edición de los Jueves)

y tendrá una colección de fotografías en colores de todos los teams que tomarán parte en el campeonato de 1926.

Si quiere recibir un ejemplar de EL DIARIO a domicilio, remita el cupón que aparece en la página 65 de este ejemplar.

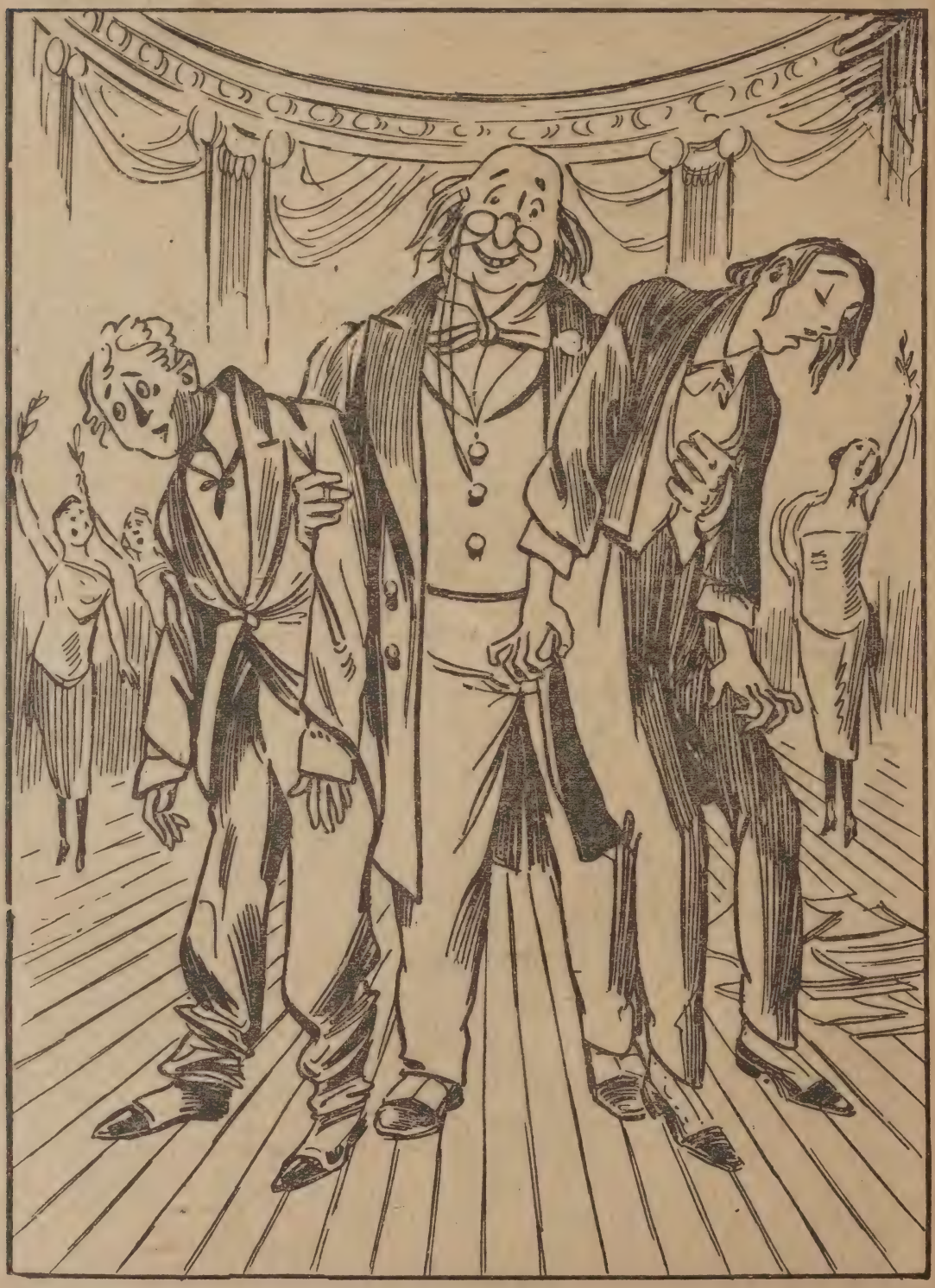
YA NO ERA NECESARIA

La señora (hablando por teléfono): — ¿Hablo con Inocencio el carnicero? Bueno; no me mande el hígado para el gato, que le pedí. No lo necesita; se comió los dos pescaditos colorados de la pecera.

La convicción es la conciencia del espíritu. — Chamfort.

La última vanidad del hombre es el epitafio. — Alibert.

EL ATLETISMO DE HOY



—¡Dos atletas modernos! ¡El vencedor de los "seis días de fox-trot" y su pianista!

UNA PRIMICIA DE "PUCKY"

LOS VERDES OJOS DE BAST

Novela inédita en nuestro idioma, escrita en inglés por el famoso autor

SAX ROHMER

Traducida especialmente para "Pucky" del original adquirido en Londres

LAS PERSONAS DE TEMPERAMENTO NERVIOSO Y FACILES DE EMOCIONAR NO DEBEN LEER ESTA NOVELA DE NOCHE.

RESUMEN

de los capítulos de esta interesante novela publicados en números anteriores de "Pucky", para los nuevos lectores.

El cuerpo de sir Marcus Coverly ha sido hallado en un cajón que estaba a punto de ser cargado en el vapor "Oritoga", amarrado en los muelles de las Indias Occidentales en Londres. Esta fué la noticia que conmovió a toda la capital, un día de verano, hace algunos años.

JACK ADDISON, joven periodista, colaborador del diario "The Planet", se ocupa del asunto por encargo de la dirección de ese diario. A su amigo el

DETECTIVE INSPECTOR GATTON, del D. I. C. (Departamento de Investigación en lo Criminal) de Scotland Yard, que se hace cargo de la investigación del misterio de la muerte de Coverly, Addison tiene algo interesante que contarle. La noche anterior el policeman de guardia en la esquina de su casa, situada en los suburbios ha recibido un misterioso mensaje ordenándole que vaya a un garage situado junto a la llamada Casa Roja, espaciosa mansión situada muy cerca, y vea si no sucede nada. Addison ha acompañado al policeman al garage y allí ha visto un cajón grande con un gato de forma extraña pintado en uno de sus costados. Como estudia cosas de egiptología reconoce en seguida que aquel gato es una representación de Bast, la diosa gata. En los diques reconoce el mismo cajón que ha sido utilizado para meter en él al muerto. Un extraño suceso de que se da cuenta más tarde aquella misma noche, presta curioso significado al gato dibujado en el cajón. Mirándole desde un cerco de arbustos del fondo del jardín de su casa, Addison ve un par de ojos grandes, luminosos y verdes. A la mañana siguiente

COATES, el ayuda de cámara, chauffeur y jardinero de Addison encuentra en el jardín de la casa huellas de las pisadas de unos zapatitos con taco alto.

A consecuencia de la muerte de sir Marcus Coverly el título hereditario de "baronet" que poseía debe pasar a su sobrino

ERIC COVERLY, que está comprometido y próximo a casarse con una joven actriz de comedia que actúa en el New Avenue Theatre y se llama

ISOBEL MERLIN; a esta actriz confiesa Addison un secreto amor. Ha estado a punto de solicitar su mano, pero mientras vacilaba indeciso, Eric Coverly se le adelantó.

En el cajón se encuentra una estatuita de la diosa gata. La figura es robada después por una mujer que mediante una argucia se mete en casa de Addison y al parecer escapa saltando por encima del cerco del jardín. Los ojos de aquella mujer brillan en la oscuridad como los de un gato.

MARIE, la mucama de la señorita Isobel Merlin aclara algo el misterio confesando que ha sido sobornada y que cuando sir Marcus se presentó en la puerta del escenario del teatro le dió un falso mensaje según el cual debía ir a la Casa Roja donde esperaría la llegada de la señorita Merlin, — a la que había perseguido con sus atenciones, — que iría a cenar con él.

La Casa Roja, según lo prueban las investigaciones que se hacen, está desocupada, pero el hall y la habitación donde se halla servida una cena para dos han sido lujosamente amueblados. En la repisa de la chimenea se ve un retrato grande de la señorita Merlin.

Se comprende que esa casa, elegida por su aislada situación ha sido alquilada por el asesino con el único propósito de hacer ir a sir Marcus al cuarto donde está servida la cena. La identidad del inquilino es un misterio. Ha tomado la casa tratando por teléfono; no ha dado referencias y no se las han exigido porque ha enviado un año de alquiler adelantado al pedir las llaves.

Todos los datos que se conocen indican que una mujer está complicada en el caso. El coche que llevó a sir Marcus a la Casa Roja fué encargado por teléfono y tanto en el caso de Marie la mucama como en el del coche ha sido una mujer la que ha hablado

Eric Coverly, que estaba en malas relaciones con el difunto baronet se muestra silencioso respecto a lo que ha hecho durante la noche del crimen y por esta razón es vigilado por la policía. Una noche le ven arrojar furtivamente una valija en el estanque del parque Saint James. Esa valija que la policía recoge, contiene las ropas harapientas de un vagabundo.

A pedido de Gátton, Addison va al parque de Friar a visitar a

LADY BURNHAM COVERLY con el propósito de averiguar en qué circunstancias su hijo

ROGER, halló la muerte, a consecuencia de la cual sir Marcus ha heredado el título de baronet. Se sabe que existía mala voluntad entre lady Burnham Coverly y sir Marcus a consecuencia de la prematura muerte del hijo de la señora.

En la Hostería de la Abadía situada en la antigua aldea de Upper Crossleys, Addison se entera de lo que le ha pasado a

EDWARD HINES un joven tenorio campesino, el cual ha tenido varias entrevistas con cierta "dama de Londres". Cuenta lo pasado el guardabosque del parque de Friar, quien cuenta que una noche, después de su tercera entrevista con la misteriosa "dama de Londres" Hines volvió con el rostro y el cuello lacerados por terribles y profundos arañazos. Parecida aventura ha tenido otro conquistador campesino, pero tanto el uno como el otro han callado la condición de su asaltante. Un detalle curioso es que la "dama de Londres" ha obsequiado a Hines con una estatuita de oro que representa "un gato raro".

Aquella noche Jack Addison, que se aloja en la Hostería de la Abadía, se despierta y oye que un hombre y una mujer conversan en voz baja protegidos por la sombra que proyecta un árbol situado al pie de la ventana. Addison mira hacia abajo y ve, fijos en él, dos ojos luminosos como los de un gato.

Por la mañana, Addison, va a visitar a lady Coverly, pero tropieza con el

DOCTOR DAMAR GREEFE, un euroasiático quien, en su calidad de médico consejero de lady Coverly le prohibe a Addison que vaya a visitarla. Al doctor Greefe le llaman en la localidad "el doctor negro" y se dice de él que hace "mal de ojo". Addison, en el salón de despacho de bebidas de la Hostería de los Trilladores se entera de qué en el parque de Friar, residencia de lady Burnham Coverly, hay puestas trampas para cazar a los hombres que por allí pasen y que más de uno que ha cruzado el parque para ahorrar camino, ha sido saludado a tiros de escopeta cargada con perdigones.

Más tarde Addison es visitado en la Hostería de la Abadía por una mujer desconocida que le recuerda a la mujer de los luminosos y verdes ojos de gato. Le visita para manifestarle de parte de lady Coverly que tiene autorización para visitar la mansión del parque de Friar. La visitante se muestra muy nerviosa cuando se entera de que llega el doctor Greefe y se escapa. El doctor Greefe pregunta a Addison por "su sobrina', pero Addison responde con reticencias.

Addison se propone averiguar el misterio del amuleto que la "señora de Londres" ha regalado al tenorio campesino Edward Hines; logra entrevistarle y confirma su idea de que esa dama es la misma que le robó a él la estatuita de la diosa Bast, la misma que estuvo a verle en la hostería, la misma que habló bajo su ventana. Pero, ¿quién es?

Al regresar a al hostería por la noche, Addison está a punto de ser estrangulado por el nubio mudo, criado del doctor Damar Greefe.

(Lea usted ahora los interesantísimos capítulos de esta obra singular que se publican a continuación.)

CAPITULO XXI

De regreso en Londres

ISOBEL preguntó con marcadísimo interés:

—¿Entonces el repentino cambio que se ha notado en la actitud de la policía no obedece a ninguno de los descubrimientos hechos por usted durante su visita al parque de Friar?

—Eso no puedo decirlo, — contesté. — Hemos hecho algunos descubrimientos, como ya se lo he dicho, pero como señalan claramente a una persona cuya personalidad aún no está enteramente esclarecida, por desgracia no puedo decir que, dentro

del concepto legal dejen completamente libre de toda culpa a Coverly.

Isobel, como me había parecido en el primer momento de nuestra entrevista, tenía aspecto de sentirse muy cansada. Se le notaba en los ojos la misma suplicante y patética expresión de angustia que tanto me había emocionado cuando la vi la mañana siguiente a la noche de la tragedia. Se la notaba molesta e inquieta y yo comprendía que le sobraban razones para eso. Aun cuando un velado párrafo (en el cual descubrí la mano de Gátton) había salido en los diarios del día anterior diciendo lacónicamente que sir Eric Coverly había hecho voluntariamente importantes declaraciones gracias a las cuales la policía había podido orientarse hacia nuevos rumbos. — y que naturalmente había excitado el interés del público en general, — después no había sido ampliada o explicada esa noticia. Entre las alarmas y las carreras que habían sido el final de mi visita a Upper Crossleys, Gátton, — supongo que así fué, — olvidóse de mencionar ese punto; a pesar de eso yo estaba convencido de que esa información había tenido su origen en Scotland Yard.

No comprendía yo qué objeto era el de mi amigo al publicar esa información, pero como tenía que verle poco después decidí esperar hasta que nos viéramos para obtener la explicación de su al parecer nueva táctica.

Pasaron varias horas después del momento en que, — mientras las llamas de la incendiada Casa de la Campana enrojecían el cielo y destacaban las siluetas de los pinos que rodeaban al domicilio del doctor Damar Greefe, — partía yo para Londres. Gátton tenía esperanzas de hallar cosas de suma importancia sin duda, en la Casa de la Campana porque fué grande su enojo al ver que había estallado el incendio.

En medio de la confusión del fuego el astuto euroasiático había huido. Se había adoptado todo medio concebible para interceptarle el paso y mientras Gátton, — inspirado no sé por qué esperanzas, — había corrido hacia el incendiado edificio yo había tomado el automóvil de la policía y había partido en persecución del doctor Damar Greefe, acompañado por el detective-sargento Blythe el culpable, según parecía, — y según lo creía Gátton, — de nuestro fiasco.

A pesar de todas esas medidas el perseguido desapareció por completo. Blythe y yo llegamos a los suburbios de Londres sin haber visto ni una sola vez el automóvil en que había escapado el doctor Damar Greefe.

La mañana siguiente no recibí comunicación alguna. Me sentí consumido por la impaciencia y la curiosidad, ardiendo en deseos de ver a Gátton. Luego, poco después de las doce del día, recibí un telegrama que decía así:

"Procure hacer que sir Eric vaya a su casa esta noche a las ocho. Allí nos veremos a esa hora. — Gátton.

Alegre al ver que se me presentaba ocasión de hacer algo, — porque la inacción en tales momentos era una tortura para mí, — fuí inmediatamente a las habitaciones de Eric Coverly. Había salido. Dejé una carta rápidamente escrita. Suponiendo que podía encontrarlo allí, fuí a toda prisa al departamento ocupado por Isobel. No había estado allí en todo el día. Lo único que me quedaba era esperar que regresara a sus habitaciones a tiempo para acudir a la cita. Era indudable que Gátton tenía muy importantes razones para solicitar aquella entrevista.

Gátton y yo estábamos convencidos de que el doctor Damar Greefe era si no directatante responsable de la muerte de sir Marcus, uno de los que habían estado complicados en el crimen. De todos modos había mostrado su garra: primero en la tentativa de homicidio de que fuí objeto por parte de su sirviente, el nubio mudo; segundo, en el disparo de un proyectil con gas mortífero (ya habíamos comprobado de que así era) desde la torre del parque de Friar a mi habitación de la Hostería de la Abadía. Yo le resultaba molesto, le estorbaba; consideraba mi existencia en el mundo como una amenaza para su vida.

Su actitud tenía dos explicaciones admisibles: una, que mis averiguaciones me habían acercado demasiado, en su concepto al núcleo del misterio; otra, que la misteriosa socia del doctor, la poseedora de los ojos verdes había adoptado conmigo una actitud que, en opinión del euroasiático acabaría por comprometerlo a él. En suma aun cuando era evidente que aquellas misteriosas personas que residían en Upper Crossleys eran los criminales a quienes Scotland Yard estaba buscando, aun no habíamos logrado saber en qué forma estaban ligadas con el crimen cuyo problema procurábamos solucionar.

Por otra parte, mientras no era lógico suponer que existían vínculos que unieran a sir Eric, el nuevo baronet, con el euroasiático o con la mujer que actuaba de acuerdo con el euroasiático, yo estaba enteramente convencido de que no existían pruebas demostrativas de que no había relación alguna entre todos ellos.

Mi mayor deseo era poder ofrecer a Isobel alguna noticia consoladora porque la joven pasaba días y noches de horrible temor; pero lo único que podía hacer era tratar de infundirle parte de la confianza que me animaba. Pero no podía decirle, — como hubiera sido mi deseo, — que la complicidad de sir Eric Coverly en el crimen estaba definitiva y legalmente demostrada.

—¡Si él quisiera romper su absurdo silencio! — dijo ella de repente. — Si él hablara, la sospecha que contra él perdura entre cierta gente, quedaría, naturalmente, anulada. ¡Pero la actitud que él ha adoptado desde la noche de la tragedia lo único que ha hecho ha sido fundamentar más y más las sospechas de los que piensan mal de él!

Isobel se sentó frente a mí, en el sofá, con las manos juntas y entre las rodillas.

—¿Se refiere usted a algún nuevo paso que ha dado él? — le pregunté. — ¿A algo de lo cual yo...?

La joven inclinó lentamente la cabeza en señal de asentimiento.

—Sí, — dijo, — pero sólo puedo decírselo a usted en confianza porque se trata de algo que el inspector Gátton ignora.

—Tenga usted la bondad de decírmelo, me apresuré a pedirle, — pues ya sabe usted que mi único afán es ver a Coverly libre de toda sospecha ante los ojos de la policía y del público.

—Pues bien, — prosiguió ella, vacilante, — la pasada noche me mostró una copia de una "declaración" que según él le dejará libre de toda sospecha. Pero impuso una extraordinaria condición.

—¿Qué condición fué esa? — pregunté con sumo interés.

—¡Que sólo se haga uso de esa declaración únicamente en caso en que esté por suceder "lo peor"! — dijo ella.

—¿Lo peor? ¿Qué quiso decir con eso? ¿Se refirió tal vez a que si llegaban a procesarle por homicidio?

Isobel volvió a inclinar la cabeza en señal de asentimiento.

—Me figuro que fué eso lo que quiso decir, — dijo tristemente. — ¿No le parece a usted que es una locura?

—¡Una completa locura! — asentí. — Si está en condiciones de demostrar su coartada ¿por qué no lo hace desde ahora y se evita todas las molestias que tendrá que sufrir mientras calle?

—Eso mismo le dije yo, pero se negó terminantemente a cambiar de actitud. Se puso terriblemente irritable y muy excitado. No me atreví a insistir al respecto, así que, naturalmente... — Isobel calló y se encogió de hombros con resignación.

¿Sentí una alegría hija de mi amor propio al darme cuenta de que Isobel hablaba de Coverly con evidente impaciencia y como si le molestara la actitud de su futuro esposo? Creo que así fué aun cuando siempre procuré ser justo y caballeresco con todos los demás. Sin embargo, poco después iba a tener que arrepentirme de haber sentido, respecto a Coverly, lo que sentí en aquel momento. Pero ¿cómo iba yo a saber, — encontrándome ciego ante tantas cosas, — que su inocencia no tardaría en ser demostrada ante los ojos de todo el mundo por medios que diferían de la publicación que, de modo tan extraño me había colocado ante Isobel?

—Como, — excepción hecha del telegrama, — no había recibido comunicación alguna de Gátton, supuse que no había descubierto nada nuevo en las ruinas de la Casa de la Campana. Había, sin duda, enviado su informe a Scotland Yard, pero sus descubrimientos, — en caso de que hubiera hecho alguno, — no habían tenido por consecuencia la captura de persona alguna; esto era evidente.

Mi último artículo para "The Planet" había sido una especie de disertación comentando los sucesos y no un artículo informativo, a pesar de que mencionaba en él algunas de mis aventuras en Upper Crossleys. Pero en el momento en que me puse a escribir, me dí cuenta de lo difícil que era el expresar, en un artículo para un diario, la extraña condición que reinaba en la casi desierta aldea. A pedido de Gátton había callado respecto a las dos tentativas que contra mi vida había hecho el doctor euroasiático.

La mirada suplicante de Isobel, — como ya he dicho, — era difícil de resistir, pero, en realidad, poco era el consuelo que podía ofrecerle, así que nada tiene de extraño que sintiera grandísimo alivio cuando, por fin, salí de su departamento. Sentir el deseo de tener derecho a reconfortar a una mujer como pudiera hacerlo el hombre que la ama y pensar que ese derecho podía haber sido mío si lo hubiera pedido a tiempo, es una tortura que ningún hombre puede sufrir sin grandísima emoción.

Esperando de un momento a otro un nuevo mensaje de Gátton, fuí primero a la redacción de "The Planet", pero aún cuando almorcé en el club y regresé tarde, aún no me esperaba allí correspondencia alguna. En consecuencia, me dirigí a mi chalet. Cuando pasaba por la calle que en un tiempo fué calle principal de la policía y cruzar frente a la oficina policial donde (en lo que a mí se refería), habíanse desarrollado las primeras escenas del drama, se me ocurrió pensar cuántos episodios, extraños y trágicos, habían acaecido en tan poco espacio de tiempo.

Allí estaba de guardia un oficial,—igual que la noche en que ví por primera vez los verdes ojos de la mujer misteriosa; — pero como no le conocía, seguí caminando pensativo hasta que al llegar a la Casa Roja la vista del desierto edificio hizo acudir a mi mente otras horribles reflexiones.

No había curiosos reunidos frente a la casa porque el interés despertado por el crimen en el primer día empezaba a menguar. No ví ni siquiera a un agente de policía de facción. En consecuencia deduje que habían terminado las averiguaciones en la Casa Roja y que ya no había probabilidad de volver a examinar aquel edificio.

Coates estaba esperándome cuando llegué a mi chalet con la noticia de que Gátton había hablado por teléfono desde Crossleys hacía una hora confirmando su telegrama y diciendo que me visitaría en cuanto llegara a Londres. Esto me fué agradable. Lo único que sentí fué no haber estado en casa cuando él habló por teléfono.

—También habló sir Eric Coverly, señor, — agregó Coates, — a eso de las tres de la tarde y dijo que vendría esta noche a las ocho, de acuerdo con el pedido del señor.

Miré hacia el tipo militar de mi criado, que seguía de pie, tieso, en el hueco de la puerta.

—¡Bien! ¿Nada más? — dije.

—Eso fué todo cuanto dijo, señor.

Entré en mi cuarto de trabajo. Estaba pensativo y preocupado. Me acerqué a la ventana y miré por ella hacia el camino flanqueado de árboles que en mi imagi-

nación se unía al recuerdo de uno de los más tenebrosos momentos de la tragedia en la cual me había visto envuelto de modo tan extraño.

Yo sabía que Gátton opinaba que la Casa Roja había sido elegida como teatro para la horrible escena que en ella se había desarrollado no por pura casualidad, sino porque estaba convenientemente situada del punto de vista del asesino. Tenía el inspector Gátton la idea de que la guarida londinense del hombre buscado, — que según parecía era el doctor Damar Greefe, — debía encontrarse en las cercanías de la Casa Roja.

Semejante suposición no tenía bases muy sólidas en mi opinión, y sin embargo la encontraba, no sé por qué, inquietante. De tal manera me habían impresionado las manifestaciones de la singular criatura de ojos verdes (a la que no me decidía a considerar como una mujer ni aún como un ser humano) que tenía constantemente su recuerdo en la imaginación y, como sus apariciones habían sido siempre nocturnas, asociaba su recuerdo con la oscuridad y me alarmaba la proximidad de la noche. Estos temores se acentuaban, sin duda, cuando acudía a mi memoria lo que me había dicho Gátton poco antes de mi partida de Upper Crossleys.

—Una vez destruída su base del parque de Friar, señor Addison, — me dijo, — se verán obligados a volar en busca de una nueva guarida, cuya ubicación no conocemos aún. Desde esa guarida fué, probablemente, desde donde combinaron todo el complicado plan que condujo a la muerte de sir Marcus. De no proceder así, no les queda más alternativa que salir del país y a este respecto todo el mecanismo del D. I. C. ha sido puesto en actividad, de modo que es casi imposible que pueda salir de Inglaterra un hombre tan fácil de identificar como el doctor Damar Greefe. Claro está, — añadió, — que puede ser que dispongan de otra residencia más de la que tampoco tenemos noticia, pero me inclino a creer que van a dirigirse a Londres.

Yo me daba cuenta de que la noticia publicada sobre una supuesta declaración de Eric Coverly estaba relacionada con esta teoría de Gátton, pero no me sentía convencido todavía de la solidez de la teoría en sí misma.

Teniendo en cuenta (como Isobel me lo había dicho hacía poco) que el documento-declaración de Eric Coverly era un completo secreto para todos nosotros, la noticia publicada por Gátton había sido un tiro disparado en la oscuridad y nada más. El hecho de que hubiera dado en el blanco era una de las tantas coincidencias que exigían detenido razonamiento. El inspector estaba convencido, — como lo estaba yo, — de que Eric Coverly era inocente, y había supuesto que podía presenciar una coartada en cuanto se decidiera a no insistir en su silencio. ¿Por qué se había adelantado a dar la noticia? Esto no lo sabía yo todavía.

Comí poco y de prisa. La excitación que sentía me cortaba el apetito. Volví a mi despacho. Me acerqué al estante y tomé de él el tomo de la obra "Arte egipcio", de Máspero. Leí de nuevo los párrafos que Gátton había copiado en su libreta de apuntes, el pasaje relativo a los atributos de Bast, la diosa gata. Yo recordaba especialmente la línea que decí: "Jugaba con su víctima como un gato juega con un ratón".

Ahogando un suspiro de cansancio, volví el libro a su sitio y me puse a mirar por la ventana hacia el cielo que se oscurecía por momentos. Mentalmente me sentía inquieto, pero esa inquietud no se reflejaba en mi físico porque estuve apoyado en el borde de la ventana, inmóvil, mientras una procesión de las figuras asociadas con el "Misterio del Oritoga" desfilaban como fantasmas por delante de mí.

En el momento en que me parecía ver pasar la figura del doctor euroasiático, oí que sonaba la campanilla del aparato telefónico. El sonar del timbre me despertó, y me dirigí a la pequeña antesala donde estaba instalado el aparato. Tomé el auricular adelantándome a Coates, que había acudido desde el jardín al oir el llamado.

—¡Hola! — dije.

Una voz desconocida para mí; la voz de un hombre, voz gruesa y ronca, preguntó:

—¿Es usted el señor Addison?

—Sí.

—Acabo de llegar de Upper Crossleys con el inspector Gátton. El me pidió que le dijera que fuese usted a esperarle al puesto de policía de la esquina de la calle principal, inmediatamente.

—Bien, — dije; — ahora mismo iré.

—¡Ah! — continuó. — ¿Puede prestarme a Coates con el automóvil por una hora?

—Sí, — contesté. — ¿Para qué lo quiere?

—Si va con el automóvil al puesto de policía de Denmark Hill y se encuentra allí a las ocho y cuarto, — continuó la voz, — el detective sargento Blythe se verá con él. Hay allí un cajón que el inspector Gátton desea llevar a la casa de usted, señor Addison.

Colgué el auricular, dejé el teléfono en la mesita y salí al jardín a ver si mi sirviente había regresado.

—Coates, — dije, — saque el coche.

Coates abandonó en seguida sus trabajos de jardinería y se irguió en posición de "firme".

—Muy bien, señor, — dijo.

—Tendrá usted tiempo para ir al garage y regresar para hacer pasar a sir Eric Coverly a las ocho. Voy a buscar al inspector Gátton. Informe a sir Eric que estaré de vuelta dentro de unos minutos. Hágale pasar al despacho y que se instale confortablemente. Después vaya con él al coche al puesto de policía de Denmark Hill. Allí estará esperándole un hombre con un cajón. El hombre será un detective de Scotland Yard llamado Blythe. Traiga el cajón en el coche.

—Bien, señor

ESCENA CAMPESTRE

El joven (nerviosamente): — Me parece haber oído pasos.
La joven (despectivamente): — ¿Y qué esperaba oír aquí? ¿Un fox trot?

LA ROPA DEL NENE Y LA NENA

No necesita explicación el modo de armar este juguete. La ropita, despues de pegado todo en cartulina, se recorta con cuidado y viste de varios modos a la nena y al nene.

Cuando entró en la casa ya se sacaba el saco viejo que usaba para sus trabajos de jardinería. Por mi parte, me puse un sobretodo liviano sobre el poco atildado traje de andar por casa. Tomé el sombrero y el bastón y salí de la casa camino de la calle principal de la aldea.

Un rato de rápida marcha me permitió verme junto a la casita que estaba entre los árboles. Allí no estaba Gátton. Excepción hecha de algunos vecinos de las cercanías que regresaban de sus tareas (a los que miré con atención por si alguno de aquellos señores era Coverly) y del agente de guardia en aquel punto, no se veía a nadie.

Después de esperar unos diez minutos, me dirigí al agente de policía que estaba allí de guardia.

—Buenas noches, policeman, — le dije; — yo esperaba encontrarme aquí con mi amigo el inspector Gátton, de Scotland Yard. ¿Lo ha visto usted?

—Lo conozco bien, — contestó el de policía, — y lo conocería si lo viese, pero el inspector Gátton no ha estado por aquí esta noche.

—¿No ha visto paseando por las cercanías a alguno que pudiera haber sido enviado por él?

—No, señor; no he visto a nadie.

—¡Es extraño! Me llamo Addison, policeman, — dije, — y si alguien preguntara aquí por mí, tenga la bondad de decirle que vaya a mi casa.

Le dí al policeman las señas de mi domicilio.

—Así lo haré, — manifestó el policeman. — Buenas noches.

Volví hacia mi casa pensativo, pero sin temor alguno, y sin que la horrible verdad llegara en aquel instante ante mi mente.

CAPITULO XXII

La niebla gris

ESTABA yo a la mitad de mi camino de regreso cuando vi que un automóvil avanzaba por el camino detrás de mí. Cuando estuvo más cerca oí que menguaba la rapidéz de su marcha y antes de que pudiera volverme oí que me llamaban:

—¡Hola! ¡Señor Addison! — dijo una voz muy conocida para mí.

Me detuve, dí media vuelta y vi a Gátton asomándose hacia afuera por el costado de un automóvil y mirándome por entre la oscuridad crepuscular, que era cada vez mayor.

—¡Hola, Gátton! — exclamé, acercándome a él. — Le he esperado más de diez minutos y como no llegaba usted, decidí volver a casa.

—¿Esperándome?

—Sí; en el puesto de policía.

Me miró francamente maravillado y luego miró al chauffeur de policía que manejaba el coche.

—¿Por qué hizo usted eso? — dijo — Coates debe haberse equivocado. Yo dije que iría a verle a su casa, no que nos encontraríamos en la calle.

Yo seguía sin darme cuenta de la verdad de todo aquello.

—Sí; ya se que dijo usted eso, — repliqué; — yo me refiero a su segundo mensaje.

—Yo no mandé ningún segundo mensaje.

—¿Cómo? — exclamé yo.

—¡Suba! — gritó Gátton lacónicamente. — Esto necesita explicación.

Subí al automóvil y mientras el coche avansaba de nuevo expliqué al inspector todo lo que había sucedido. Durante mi explicación vi que el inspector fruncía más y más el ceño.

—¡Aquí algo anda mal! — dijo.

—¿Entonces no fué usted quien ordenó que me hablaran por teléfono?

—No se ni una sola palabra respecto a ese segundo mensaje. Cuando usted lo recibió yo estaba en camino, regresando de Crossleys. Llevo hora y media marchando en automóvil.

Le miré atónito. Era difícil imaginar cuál era el objeto de aquel mensaje. Yo no recordaba que se hallara en mi poder objeto alguno que pudiera haber hecho que el asesino procurara desviarme para quitármelo.

Cada vez más excitado ví como las casas se iban quedando atrás a medida que adelantaba el automóvil por el desierto camino. Llegamos al trozo de camino flanqueado de árboles que conducía en línea recta a mi chalet. En cuanto el automóvil se paró yo salté rápidamente seguido de Gátton y corrimos por el caminito que llevaba a la puerta.

Juzgando por ciertas indicaciones que me eran familiares me dí cuenta que Coates aun no había regresado por lo que deduje que había partido en busca del hipotético "hombre el cajón". Sintiendo no se qué aprensión, metí la llave en la cerradura y abrí la puerta.

En cuanto hube procedido así se presentó ante mi vista un singular espectáculo.

El cuidadoso Coates había cerrado todas las ventanas como lo hacía siempre que salía de la casa, de modo que no corría casi aire por el pasadizo. Pero en cuanto la puerta se abrió noté que una especie de vapor gris, parecido a una niebla, flotaba sobre la alfombra formando como una capa de un pie de espesor de la que se elevaban simosas espirales hacia la puerta que yo acababa de abrir.

Ante semejante fenómeno me quedé mudo de asombro. Mientras parecía vapor o neblina matutina de esa que sube al amanecer, del pasto de los prados en los días de calor, yo no me explicaba de ningún modo su presencia dentro de mi chalet.

—¡Dios mío! — exclamó Gátton tomán-

dome por un brazo, tan fuerte que casi lancé un grito de dolor. — ¡Mire! ¡Mire!

—¿Qué diablos es eso? — balbucí, volviéndome, le miré a la cara. — ¿Qué puede ser eso?

—¡Retroceda en seguida! dijo con voz ronca empujándome hacia el pórtico. — ¿No ha notado un olor extraño?

—Sí; lo he notado. Un olor muy desagradable.

Gátton inclinó la cabeza asintiendo.

—¡Sólo Dios sabe lo que aquí ha pasado durante su ausencia! — dijo — De lo que estoy seguro es de que usted tiene muchísima suerte, señor Addison. Esto ha sido una tercera tentativa para quitarle a usted del mundo de los vivos.

El olor sofocante que ya había llegado a nuestro olfato tenía para mí algo de conocido; sin embargo no lograba recordar cuando y dónde lo había sentido antes.

—¡Tenemos que abrir las ventanas! — dijo Gátton.

Siguiendo la acción a la palabra, sacó el Pañuelo del bolsillo y tapándose la nariz con él entró corriendo por el pasadizo hundiendo los pies en la misteriosa niebla gris. Un momento después oí el ruido que hizo una ventana al ser abierta violentamente; luego el ruido de la otra.

—¡Sepárese de la puerta! — gritó en seguida el inspector Gátton.

Un momento después Gátton apareció tosiendo y estornudando a efecto de la niebla que se alzaba de los alfombrados pasadizos.

El chauffeur apareció en aquel momento por el sendero que conducía al portón.

—¡No se mueva de junto al cocne! — ordenó Gátton. — ¡No se separe del automóvil como yo no le avise!

Casi no me dí cuenta de lo que había dicho el inspector. Yo tenía la mirada fija en la niebla gris. A la luz crepuscular veía yo avanzar lentamente aquella niebla mortífera, extendiéndose por entre los senderos de flores a izquierda y derecha de la puerta por donde salía de la casa.

—Hay que darle tiempo para que se extienda y se diluya, — dijo Gátton. — Estoy seguro de que bastaría respirarla un momento para quitarle la vida a cualquier hombre.

Mientras el inspector se expresaba así acudió a mi mente la idea del sitio donde yo había olido en otra ocasión aquel mismo humo gris.

—¡La Hostería de la Abadía! — dije en voz baja. — ¡La Hostería de la Abadía!

—¡Sí! — dijo Gátton. — Usted ha descubierto el misterio. Pero ¿puede usted explicar por qué razón esa niebla gris flota en el piso de las habitaciones de su casa?

—No, — contesté. — Pero tenemos que entrar. Hemos de entrar a ver lo que pasa, sea lo que sea, agregué.

—Sí; ahora podemos atrevernos, — dijo el inspector.

Entramos los dos y nos dirigimos á mi despacho. Cuando pasamos por la puerta de la antesala donde estaba el aparato telefónico, miré en redor un instnte.

—¡Dios mío, Gátton! — exclamé. — ¡Mire!

Miró y nosotros dos, inmóviles, horrorizados, como si hubiéramos echado raíces en el suelo, nos quedamos a un lado de la salita.

He dicho que Coates cerraba siempre las ventanas antes de salir de la casa, pero la ventana de la antesalita estaba abierta. ¡Tendido en el suelo, boca abajo, estaba un hombre!

Vestía un sobretodo liviano y su sombrero estaba debajo de la mesita del aparato telefónico, a donde había rodado, sin duda, en el momento de su caída. El olor al humo venenoso era allí mucho más fuerte que en otras partes de la casa. Como la cara del hombre venía a quedar del lado del piso, — ya he dicho que había caído sobre la alfombra, — no era posible vérsela.

—¡Mire Gátton, mire! — exclamé atónito. — ¡Estaba hablando por teléfono con alguien.

—Sí; ya miro, — replicó Gátton.

Agarrado con la mano izquierda, el hombre caído tenía el auricular del aparato telefónico.

—¡Necesitamos máscaras protectoras contra gases venenosos! — dijo el inspector.

Tenía razón. Yo había reconocido ya el olor del mortífero gas. Era igual al que se había extendido surgiendo de la habitación de la Hostería de la Abadía cuando estalló en ella el misterioso proyectil. El chalet estaba todo enteramente lleno de gas mortífero.

—¡Tenemos que arriesgarnos, sea como sea! — dijo Gátton y enterarnos de quien es este hombre.

Incliné la cabeza afirmativamente. Nos agachamos rápidamente y volvimos boca arriba a aquel hombre. Yo casi no pude reprimir un grito de horror.

¡Era Eric Coverly!

Me pareció que la antesalita llena de mortífero humo giraba en redor de mi cabeza. Miré aquellas facciones desfiguradas por una mueca horrible y que empezaban a adquirir el color verdoso que distiguía el rostro de sir Marcus tal como yo recordaba haberlo vista la mañana en que habían hallado el cadáver en la bodega del Oritoga.

—¡Saquémoslo afuera! — dijo Gátton con voz ronca. — Puede ser que aún tenga vida.

En el momento en que nos inclinamos para levantarlo tanto mi compañero como yo sentimos unas violentas nauseas porque las partículas del humo mortífero que aun flotaban por el aire eran todavía suficientemente tóxicas. Sin embargo conseguimos sacar a Eric Coverly al pasadizo.

Una vez allí fué necesario quitarle de la mano el tubo del teléfono que tenía fuertemente agarrado.

Volví la cabeza mientras el inspector Gátton se encargaba de eso. Después, los dos

juntos, sacamos a Eric Coverly al aire libre.

—¡No me diga usted que está muerto! — dije con voz ronca.

Pero Gátton que ya se había puesto de pie inclinó la cabeza afirmativamente.

—¡Era el último! — dijo con extraño acento. — ¡Después de todo, han triunfado!

El que había manejado el automóvil y que estaba a la puerta evidentemente asombrado mirando por entre la verja donde el inspector le había dicho que se quedara; al distinguirlo, Gátton lo llamó.

—Dé aviso al oficial de guardia de la policía local y traiga a un médico, — dijo Gátton. — ¿Dónde vive el más cercano?

Di rápidamente el nombre y las señas y el chauffeur corrió hacia su coche que no tardó en partir a toda velocidad hacia la casa del médico.

Me resulta sumamente difícil recordar con exactitud las detalles de aquellos minutos de nuestra entrada al chalet. Gátton y yo de pie en el jardincito de junto al pórtico mirábamos al cuerpo de aquel hombre que había muerto bajo mi techo en circunstancias a la vez horrendas e incomprensibles.

Eric Coverly había quedado trágicamente vindicado; su muerte demostraba su inocencia. El modo cómo había muerto indicaba que había fallecido exactamente del mismo modo que su primo sir Marcus.

He explicado ya que mi chalet se hallaba situado en un paraje singularmente aislado aún cuando a corta distancia de la insomne vida de Londres; recuerdo que entre la partida del hombre con el automóvil y su regreso con el médico y dos oficiales de policía a los que halló en la oficina local, sólo un hombre a pie pasó por delante de la puerta de mi casa y eso por el otro lado del camino.

¡Cuán pocas probabilidades tenía aquel transeunte de sospechar que una escena horrible se desarrollaba casi a su lado a poco mayor distancia que el ancho del camino, del otro lado de la verja de hierro que separaba mi jardín de la calle.

Habíase perdido a lo lejos el rumor de los pasos de aquel único caminante cuando Gátton volvió a acercarse a mí.

—¡Venga! — dijo rápidamente. — Tenemos que atrevernos ahora. Yo necesito enterarme de cómo se ha desarrollado esa combinación del teléfono.

Volvimos a la puerta de la antesala y los dos juntos nos detuvimos a mirar el tubo del teléfono que con tanta deficultad habíamos arrancado de la mano del muerto. El inspector se inclinó y lo levantó del suelo. La niebla gris estaba ya casi enteramente disipada y ambos miramos atónitos el aparato telefónico que Gátton tenía en la mano.

Para cualquiera que lo mirara su aspecto era el de un aparato telefónico como otro cualquiera. En el sitio correspondiente tenía puesto mi número. Luego, así que entramos en la habitación, observé algo fuera de lo común.

Vi un largo cable verde que procedía de un toma-corriente que había en la pared y salía "hacia afuera" por la abierta ventana. El cable unido al aparato que Gátton tenía en la mano no estaba unido a su debida conexión, procedía en cambio del jardín, pasando por la ventana y estaba, evidentemente, conectado con algo que se hallaba afuera, en el jardín.

—¿Qué significa esto, Gátton? — exclamé.

Evidentemente tan confundido como yo, Gátton, puso el aparato telefónico en su mesita y abriendo del todo la ventana, se inclinó hacia afuera.

—¡Hola! — gritó. — ¡El cable va hacia el techo de la casita de las herramientas!

—¡Al techo de la casita de las herramientas! — repetí yo con incredulidad.

Pero Gátton no me hizo caso y siguió observando.

—¿Qué demonios tenemos aquí? — se preguntó de repente.

Se había inclinado aún más por el hueco de la ventana y le vi que alzaba algo del cantero de flores que quedaba al pie de la misma. Cuando se irguió y se volvió hacia mí pude ver que se trataba de un segundo aparato telefónico.

—¡Cómo, Gátton! — exclamé, tomando el aparato de su mano. — ¡Este es el "verdadero teléfono de mi casa"! ¡Mire! ¡Este sí que está debidamente conectado!

—¡Ahora lo comprendo todo! — replicó él. — ¡Lo colocaron fuera y lo sustituyeron por un duplicado! Veo que apoyada a la casita de las herramientas hay una escalera de mano. Sigamos el rastro del cable unido al teléfono duplicado.

La escalera era una que Coates utilizaba para sus trabajos de jardinería. Gátton saltó al jardín por la ventana, subió luego por la escalera y revisó el techo del camaranchón que yo utilizaba para guardar las herramientas.

—¡Oh! — exclamó de improviso. — ¡Un cilindro de gas!

—¿Qué dice?

Indicó con un dedo el cable verde.

—¡Esto no es un cable ni nada por el estilo! — gritó. — ¡Es un tubo forrado de verde! ¿Lo ve usted?

Descendió y se unió a mí.

—¿Lo ve usted? — repitió el inspector? — Un llamado desde la oficina telefónica tuvo que hacer sonar el timbre que está en la antesala. Este diabólico aparato, — e indicó el falso teléfono, — es hueco. El peso del auricular lo cierra herméticamente, sin duda. Pero si alguien, al contestar al llamado, toma con la mano derecha el aparato y saca el auricular de su horquilla, abre el caño y recibe en el mismo rostro, con fuertísima presión, el chorro del tambor o cilindro que está en el techo de la casita de las herramientas.

—¡Dios mío, Gátton! — dije yo. — ¡Esto es satánico en realidad! Pero ¿por qué no se han llevado todo eso una vez logrado su propósito?

—¡No tuvieron tiempo! — dijo el inspector. — No habían contado con que la víctima, en los estertores de la muerte se agarra-

rrara con tanta fuerza al falso aparato telefónico.

Oí que un automóvil llegaba a todo correr el portón del chalet y después las excitadas voces de varias personas.

—¡Por fin sabemos de dónde salió la niebla gris! — dije en el momento en que Gátton y yo corríamos al encuentro de los recién llegados.

—Sabemos mucho más que eso, — replicó él. — ¡Ahora sabemos ya cómo murió sir Marcus!

—Gátton, — exclamó excitado cuando llegábamos ya al grupo que esperaba en el pórtico de entrada; — ¿pretende usted afirmar que?...

El inspector me miró fijamente.

—Lo que afirmo, — dijo lentamente, — es que no me he olvidado del caño de gas tapado que había en el cuartitó de la Casa Roja. Lo único que yo no sabía era por qué medios la misma víctima había dado entrada al gas mortífero en aquel cuartito. ¡Y ahora lo veo con toda claridad!

—Tiene usted razón, Gátton; el mismo truco ha tenido buen resultado dos veces.

—El mismo truco, como usted lo dice, señor Addison, pero con una combinación que sólo ha podido ser inventada por una mente como la...

—¡La del doctor Damar Greefe! — exclamé.

—Creo que tiene usted razón.

Callamos. Mientras Gátton y yo con la cabeza descubierta veíamos cómo el infeliz Eric Coverly era conducido al automóvil que esperaba, yo volví la vista a otro lado y procuré pensar en qué forma, con qué palabras podría enterar a Isobel de la nueva y horrible tragedia.

Constituía lo sucedido un nuevo hecho relacionado con el "Misterio del Oritoga". A mi mente acudió entonces el pensamiento de cómo explotarían los diarios, con grandes encabezamientos la nueva tragedia que conmovería enormemente al público porque con la noticia de un nuevo crimen traería la demostración de la inocencia de aquel que, no habiendo demostrado su coartada, era considerado culpable por todo el público.

Creo que puedo omitir los detalles menores de la horrenda tragedia. Aún hoy me estremezco cuando pienso en todo aquello. El humo mortífero dejó impregnada con su olor la casa durante muchas horas, y en aquel ambiente malsano se desarrollaron las escenas oficiales del caso: interrogatorios, averiguaciones... todas las mil y una formalidades que invariablemente acompañan a un hecho así y que no considero necesario detallar aquí.

Coates regresó con mi automóvil poco después de haber sido retirado el cadáver, y lo que contó fué muy sencillo. Había cerrado la casa y luego había sacado el coche del garage como yo le había dicho, volviendo a tiempo para recibir a Eric Coverly, a quien hizo pasar a mi despacho, informándole de que yo no tardaría ni diez minutos en regresar. Había ido luego a Denmork Hill donde se encontró con que lo de la cita era mentira y con que "el hombre del cajón" era un mito.

—Como usted ve, — dijo Gátton, — el plan del criminal no podía ser más sencillo: quitar a Coates del camino el tiempo necesario para realizar la sustitución del teléfono. El hecho de que Coates cerrara las ventanas al salir de la casa no fué inconveniente para su plan. El pestillo de la ventana de la antesala es del sistema antiguo, y he visto en sus piezas de bronce señales de la herramienta que sirvió para forzarla. La persona que abrió la ventana pudo sacar un teléfono y poner el otro con la mayor facilidad. Lo único que faltaba era subir el tambor de gas comprimido al techo de la casita de las herramientas y volver a cerrar la ventana, dejando abierto solo un espacio suficiente para que pasara por él el tubo que parecía cable. Coates, aún cuando se hubiera tomado la molestia de mirar, nada hubiese visto a la media luz del crepúsculo. Es el siguiente paso, sin embargo, el que me parece más interesante.

Gáton se expresaba con grandísima excitación.

—¿A qué llama usted "el siguiente paso"? — pregunté.

—Bien, — contestó el inspector; — poseemos pruebas de sobra para demostrar que el criminal posee un talento napoleónico para trazar sus planes y realizarlos de acuerdo con un itinerario, un horario pre-establecido. Testigo de esto fué el uso que hizo del policeman Bólton en el caso de la Casa Roja, caso que demostró que nuestro hombre estaba perfectamente enterado de cuanto hacía el policeman de aquella parada, y estableció su plan de acuerdo con esos datos. Muy bien; habiendo establecido la trampa del teléfono en su antesala, ¿fué nuestro hombre a hacer "personalmente" el llamado que hizo que Eric Coverly se acercara al teléfono, o se quedó vigilando la casa y dió orden a "otra persona" para que llamase por teléfono?

—No podría decirlo, Gátton. Además, ese punto no me parece mayormente importante.

—¿No? — dijo Gátton, sonriendo triunfalmente. — Entonces voy a explicárselo. Mientras en la Casa Roja la combinación funcionó "automáticamente", porque el momento de la llegada de sir Marcus estaba fijado de antemano, en el segundo caso alguien tenía que vigilar el regreso de usted, señor Addison, de su mítica cita.

—¿Mi regreso?

—¡Sin duda! ¡El plan estaba combinado para matarlo a usted, señor Addison! ¡Sin saberlo el infeliz Eric Coverly le salvó a usted la vida, pagándolo con su propia existencia! Ellos ignoraban que Coverly iba a venir a su chalet. No debe usted olvidarse de que Coverly tenía puestos un sombrero de fieltro claro, un sobretodo también claro y llevaba un bastón negro. Las mismas prendas llevaba usted cuando acudió a la cita que, por teléfono, había hecho el criminal.

Hizo una breve pausa, durante la cual me miró fijamente.

—El que estaba esperando su regreso de usted, — dijo con lentitud el inspector, — vió llegar a Coverly y creyó que llegaba usted. En cuanto Coates se fué en el automóvil hizo la señal. Nosotros llegamos unos pocos minutos después, nada más. ¿Lo comprende usted ahora?

—¡No, Gátton! ¿Adónde quiere usted llegar con esas suposiciones?

—A esto: ¡el llamado telefónico tiene que haber sido hecho desde algún aparato situado "cerca" de su chalet. No había tiempo para hacerlo de más lejos. ¡No hay, dentro de una milla de distancia, ningún aparato telefónico para uso del público ni oficina telefónica alguna que esté abierta después de las siete de la tarde!

—¡Dios mío! — exclamé. — ¡Ahora sí que entiendo!

Gátton me miró sonriendo con aire de triunfo.

—El doctor Damar Greefe tiene una residencia dentro de un cuarto de milla a la redonda de su chalet, señor Addison, — añadió. — ¡Se ha traicionado! Por lo tanto... Pero mire usted.

Destornillando el tornavoz del falso teléfono, sacó el trozo de cartón en que estaba escrito mi número, y en el reverso del cartón se veía escrito otro número distinto.

—Fíjese en el doctor Brown Edwards, — dijo. — Fué el último ocupante de la Casa Roja y tal vez figure todavía en la guía telefónica.

Comprendiendo el propósito de su averiguación, revisé en seguida la voluminosa guía y encontré el número.

—¡El mismo aparato que fué usado en la Casa Roja! — exclamó Gátton.

Hubo un momento de pausa.

—Pero ¿con qué objeto combinó el criminal el abrir y cerrar de las puertas del garage de la Casa Roja? — pregunté.

—¡Muy sencillo! — me contestó Gátton. — Mientras aquí el teléfono estaba instalado de modo que cualquiera podía hacer sonar la campanilla pidiendo comunicación con su número, en la Casa Roja, según lo he descubierto, el teléfono había sido desconectado poco después de mudarse el doctor Brown Edwards de la casa.

—Entonces, el abrir y cerrar de las puertas eran tan sólo un medio para hacer que sonara el timbre.

—Eso mismo. El abrir de la primera puerta hacía, probablemente, que la campanilla empezara a sonar, y el abrir de la segunda puerta hacía que el timbre dejara de tocar. Señor Addison, — se levantó, apoyó ambos manos en la mesa y me miró fijamente: — llegamos al final de una terrible batalla de astucias. ¡Scotland Yard "versus" el doctor Damar Greefe y la señora de verdes ojos de Bast. Respecto a esta última, hay un detalle interesante.

—¿Cuál?

—¡Que la "voz" que en la última ocasión se oyó por teléfono, no fué de mujer, sino de hombre!

CAPITULO XXIII

Lo inevitable

"LAMENTO mucho haber tenido que molestar a usted a hora tan intempestiva, señorita Merlin, — dijo el inspector Gátton, — pero como el documento que el extinto sir Eric Coverly dejó en poder de usted puede aclarar de algún modo un caso tan oscuro, tal vez usted no tenga inconveniente en leerlo para que nosotros nos enteremos de su contenido".

Yo observaba la impresión que aquellas palabras causaban en Isobel y sentía una emoción y una profunda simpatía que en vano intentaría describir. Las sucesivas emociones a que se había visto sometida en los últimos tiempos habían robado a sus mejillas su sonrosado color y habían trazado debajo de sus ojos unos semicírculos anchos y sombríos. Era tal el torbellino que revolvía mis ideas que me era casi imposible razonar y que me quitaba todo valor moral, a tal punto que no me atrevía a examinar y estudiar las mismas emociones que de un modo salvaje, realmente brutal, me acometían.

Tarde ya, la noche anterior yo había cumplido la desagradable obligación de enterarla de la inesperada y horrible muerte de Coverly. Jamás olvidaré aquella hora tenebrosa. Ante tal noticia Isobel demostró, sin embargo, un valor admirable.

Aun cuando yo comprendí el grandísimo esfuerzo que le costó, ella me contestó con toda la mayor serenidad concebible a la solicitud de Gátton.

—Mire ahí... Lo saqué del cajón de mi "bureau" cuando supe que usted había llegado, inspector.

Tomó de la mesa un sobre tamaño oficio, con sello de lacre, y que tenía su nombre escrito con letras grandes y algo desiguales.

—Me permito indicar, — dijo Gátton con una delicadeza que se conquistó mi gratitud, — que sea usted misma la que primero lo lea, señorita Merlin. Si hay en él algo que pueda ser útil, podrá usted comunicármelo si le parece.

Vi que Isobel se mordía con fuerza el labio inferior, pero rasgó resueltamente el sobre. Me uní a Gátton, que se había acercado a la ventana, mientras ella leía. Permanecimos los dos largo rato mirando hacia afuera.

—Es bastante largo, — dijo Isobel en voz baja, al cabo de un tiempo.

Gátton y yo nos volvimos ambos a la vez. Vi que Isobel estaba muy pálida, más pálida que antes, sentada junto a la mesa con una hoja de papel de cartas en la mano. Sin mirarnos empezó a leer lo que sigue con una voz monótona que adoptó para ocultar lo mejor posible su emoción:

"Esta relación de lo que hice durante la noche del 6 de agosto sólo debe ser leída

en caso de que yo sea falsamente acusado de haber matado a mi primo Marcus Coverly o en caso de mi muerte.

"Aquel día, por la tarde, recibí aviso de que mi prometida, Isobel Merlin iba a entrevistarse con sir Marcus aquella misma noche en un edificio llamado la Casa Roja. Me dieron las señas y se me pidió que si yo dudaba de la veracidad del aviso que telefónicamente se me daba, vigilase lo que hiciera la señorita Merlin aquella noche.

"Yo había reñido ya con mi primo con motivo de las mal recibidas atenciones de que había hecho objeto a mi prometida y aun cuando nada de lo que yo sabía daba ni el menor fundamento a las palabras del denunciante, su aviso me preocupó. No tengo ni la menor idea sobre la personalidad de quien me habló por teléfono; sólo puedo decir que su voz era la de una mujer.

"No quise confiar a persona alguna un asunto semejante. Obtuve personalmente en un distrito lejano las viejas y desgarradas ropas que ahora están en manos de la policía y respecto a las cuales he sido tenazmente interrogado. Vestido de ese modo y después de ensuciarme la cara y las manos para disfrazarme mejor, salí de mi casa, por la puerta de los fondos, a eso de las nueve de la noche y como no confiaba lo suficiente en mi disfraz para atreverme a tomar un tranvía o un ómnibus, fuí a pie hasta College Road.

"Hallé sin dificultad la Casa Roja, pero al ver que se hallaba desalquilada, supuse inmediatamente que se trataba de una farsa. Sin embargo decidí esperar en las inmediaciones hasta la hora en que, según la voz que me había hablado por teléfono, debía verificarse la entrevista. Poca era la gente que circulaba por aquel camino. Cayó un terrible chaparrón que me empapó la ropa hasta la piel porque no tenía para resguardarme, más que los árboles que flanquean el camino, si no quería abandonar mi vigilancia.

"Poco antes de que cesara la lluvia, pero cuando ya había amainado su furia de los primeros momentos, salí del sitio donde estaba tan precariamente guarecido y me dirigí hacia la calle principal. Aun no había avanzado veinte pasos cuando ví que se acercaba un coche. El conductor, al ver mi harapienta figura, detuvo el vehículo y me preguntó por dónde se iba a la Casa Roja.

"Miré en seguida hacia el interior del coche y ví que el pasajero era nada menos que mi primo Marcus Coverly. Ya había empezado a dudar, pero al verle no dudé más. Le dí al conductor los datos que me había pedido y siguiendo lentamente, a pie, al vehículo, ví, desde entre los árboles, que sir Marcus despedía al coche y se encaminaba, por el enarenado camino interior, hacia la puerta de la casa.

"Estaba solo y como yo sabía que la señorita Merlin no había llegado antes, sólo podía deducir que llegaría después. En consecuencia me alejé de nuevo, caminando lentamente, de la Casa Roja hacia la calle principal. Cinco minutos después me crucé con un policeman acompañado por un hombre que tenía puesto un sobretodo impermeable, de los delgados y un sombrero de fieltro. Este hombre, según supe después (aun cuando entonces no lo reconocí) era el señor Jack Addison.

"Permanecí en la esquina de la calle hasta después de las doce de la noche. Dos veces volví a la Casa Roja y en una de esas ocasiones me acerqué hasta el pórtico de la puerta de entrada; pero aun cuando me pareció que dentro de la casa brillaba una luz, pues algo de ella se filtraba por los intersticios de los postigos de la habitación que quedaba a la derecha de la puerta, no pude cerciorarme de si así era. De dentro de la casa no llegaba ni el menor ruido.

"Eso fué todo lo que pude averiguar. Muy disgustado y muy cansado, volví a pie a mi casa, preguntándome qué podía significar la visita de sir Marcus Coverly a aquella casa, al parecer desalquilada y por qué se había quedado allí, pero particularmente preguntándome por qué la voz que me había hablado por teléfono me había comunicado algo que sólo era verdad a medias y me había obligado a ejercer de espía enteramente en vano.

"El descubrimiento realizado la mañana siguiente en los muelles de las Indias Occidentales me puso en una situación horrenda y dió un nuevo y terrible carácter a los motivos que había tenido la comunicante. Me dí cuenta entonces de que, aun cuando enteramente inocente de toda complicidad, me veía situado de modo que parecía complicado en el asesinato de mi primo.

"Mi mal aconsejada tentativa de ocultar la ropa que me había servido para disfrazarme y de la cual no había sabido cómo desprenderme, me fué dictada por el pánico. Yo sabía que la policía me vigilaba y cometí la tontería de creer que iba a poder burlarme de su vigilancia.

"Esto es todo cuanto tengo que decir. Esto no explica nada ni me libra de nada, bien lo sé, pero juro de que es pura y exacta verdad.

"(Firmado:) Eric Coverly, baronet".

Aun cuando Isobel no demostraba emoción, comprendí que pasaba por unos momentos terribles. Gátton demostró de nuevo su tacto y su habilidad al dirigirle la palabra en aquel momento.

—Señorita Merlin, — dijo el inspector con emoción, — es usted una joven muy valiente. Muchas gracias. Mi único deseo hubiera sido poder evitarle este disgusto.

Estrechándome calurosamente la mamo, se retiró dejándome solo con Isobel.

Cuando ya no se oyó el rumor de sus pasos, Isobel volvió a sentarse en el sillón de donde se había levantado y permanecimos un momento en silencio. No puedo ni siquiera dar una idea de mis pensamientos en aquel instante. Confieso oue me sentía asustado de mi mismo. Nunca me había parecido Isobel más encantadora; nunca había sentido yo, como en aquel momento, mayor deseo de estrecharla en mis brazos

VIENDO PASAR EL TREN

Para construir este juguete es necesario pegar todos los dibujos en cartulina y dejarlos secar bien antes de recortarlos. Despues se cortan muy cuidadosamente y se hacen las hendijas indicadas en el modelo. La forma en que se ha de poner el tren se ve en el dibujito y los sitios donde se ha de pegar a los espectadores esta debidamente marcado.

1 — PEGAR — 1

2 — PEGAR — 2

A PEGAR A

EL MILLONARIO Y EL ARTISTA

El nuevo rico: — Bien, me parece que usted es digno de hacer el retrato de mi hija, al óleo. ¡Pero nada de aprovecharse! ¡Eh! ¡A ver si le da dos buenas manos!

Lo justo es la imagen de Dios sobre la tierra. — Napoleón I.

Ser severo, más que una cualidad, es una virtud. — Bonnier.

La tensión de aquel silencio se hacía insoportable.

—No es posible que usted se quede aquí sola, — dije con voz ronca.

Isobel, sin mirarme, movió negativamente la cabeza.

—Voy a ir a casa de la señora de Wentworth, mi tía Alison, — contestó.

—Bien, — dije. — Me complace saber que va a estar usted en agradable y jovial compañía.

La señora de Wentworth era, realmente, una encantadora anciana, y, — que yo lo supiera, — la única parienta que Isobel tenía en Londres y tal vez en Inglaterra. Ocupaba una casa que, — como ella misma, — era pequeña, escrupulosamente limpia y a la moda antigua. Era una de esas casitas que en un tiempo se hallaban "en el campo", pero que poco a poco se han visto rodeadas por los tentáculos de la edificación de la capital.

Estaba situada en la parte norte de un pueblo, y aún cuando en redor de ella habían surgido filas y más filas de chalets modernos, entre los muros de la casita vieja uno se sentía a muchas millas de los suburbios.

—¿Cuándo se marchará usted, Isobel?— pregunté.

—Creo, — contestó, — que por la mañana.

—¿Me permitirá usted que la lleve en mi coche?... ¿O llevará usted mucho equipaje?

—¡Oh, no! — contestó, sonriendo tristemente. — Voy a vivir del modo más sencillo durante una semana. Saldré a compras con tía Alison... y tal vez iré alguna vez al cinematógrafo.

—Entonces... ¿puedo yo llevarla?

—Sí; ya que usted lo desea, — contestó sencillamente.

Me despedí poco después y me dirigí a la redacción de "The Planet". Tenía trabajo pendiente, pero confieso que no me era agradable la idea de volver a mi chalet. Como la Casa Roja había perdido su actualidad, el público había dedicado su atención a mi residencia, y yo, que había deseado vivir aislado y tranquilo, era molestado casi cada hora por tipos curiosos y atrevidos a los que les parecía que el teatro de un crimen sensacional era de propiedad pública.

Coates había desengañado a muchos de esos molestos visitantes, pero a pesar de eso, el chalet me resultaba desagradable. Me convencí de que debía buscar otra residencia sin la menor demora. ¿Debo declarar que la primitiva causa de mi aislamiento ya no influía en mí tan poderosamente como antes? Más adelante hablaré de mis ensueños de aquellos momentos; pero puedo decir aquí que yo sabía, — y acepté el saberlo con grandísimo júbilo, — que si mi nueva esperanza de casa estaba destinada a desplomarse, entonces sí que no habría, en toda la extensión de Inglaterra, un solo sitio donde yo pudiera encontrar nuevamente reposo.

Por lo tanto, regresé a mi antes pacífica y tranquila residencia hasta altas horas de la noche. Coates me esperaba, pero no tenía nada importante que decirme, al parecer. Pero cuando ya le había dicho que podía retirarse, se volvió al llegar a la puerta.

—Perdone, señor, — dijo. Y tosió para aclararse la voz.

—Diga, Coates; ¿qué hay?

—Hace como media hora, señor, los perros de toda la vecindad empezaron a aullar, señor. He creído que debía decírselo al señor porque el inspector Gátton me preguntó esta mañana si había vuelto a oír aullar a los perros.

Miré a Coates cara a cara.

—¿El inspector Gátton le preguntó a usted eso, Coates?

—Sí, señor, me lo preguntó. Entonces, como los he oído aullar, he querido enterar al señor de lo pasado. Buenas noches, señor.

—Buenas noches, Coates, — contesté.

Durante largo rato después de su partida, me quedé sentado en el sillón, reflexionando respecto a ese trivial acontecimiento. Desde donde yo estaba podía ver cómo brillaban a la luz de la lámpara las letras doradas del título del libro de Máspero sobre "Arte Egipcio", y mis pensamientos anunciáronse como dispuestos a ser malos compañeros de cama.

¡Contrariamente a lo que era mi costumbre, aquella noche dormí con las ventanas cerradas! Y aún cuando me desperté dos veces, una a las dos de la mañana y otra a las cuatro, creyendo haber oído los fúnebres aullidos de los perros, nada que no fuese la intranquilidad de mi propia imaginación, turbó mi sueño.

Después de desayunarme y despachar mi correspondencia, envié a Coates al garage en busca de mi pequeño automóvil, y como iba a tener otro pasajero, dejé al criado en casa y fuí en el coche a la casa de departamentos donde vivía Isobel. Como buena mujer, aún no estaba pronta. Mucho tuvo que ir y venir la mucama Marie, — que a pesar de la intervención que había tenido en la tragedia de sir Marcus había sido dejada en su puesto, — antes de que, por último, partiéramos para la casa de la señora de Wentworth.

Isobel habló poquísimo durante el trayecto, pero una vez noté una mirada suya de soslayo que me hizo saltar el corazón al ver que ella se ruborizaba.

La señora de Wentworth me recibió tan afablemente como de costumbre. Era una señora anciana, excéntrica pero de una rectitud que infundía respeto, y si yo hubiera seguido su sencillo y maternal consejo en el pasado, todo hubiera acontecido de modo diferente.

Se llevó a Isobel a su cuarto, dejándome en completa libertad, pues nunca me había tratado como persona de cumplido durante los años que la conocía, y en cambio me había enseñado a considerarme como en mi misma casa bajo su hospitalario y respetable techo. Yo sabía también, — porque ella no se tomó jamás la molestia de ocultarlo, — que en su opinión Isobel y yo habíamos sido hechos la una para el otro. El compromiso de Isobel con el infeliz

Eric Coverly le pareció siempre una triste y pesada broma, y nunca olvidaré como me recibió cuando la visité por primera vez a mi regreso de la Mesopotamia.

Transcurrió más de media hora antes de que regresara Isobel; y aún cuando ella entró en la habitación desenvuelta y tranquila al parecer, renació en seguida la tirantez de antes. Comprendí que toda conversación vulgar me sofocaría. Y aún cuando todavía no me he perdonado mi conducta de entonces, debo, — por el bien de mi alma, — decir toda la verdad.

La tomé en mis brazos, la estreché fuertemente y la besé.

Un aplastador convencimiento de mi culpa me dominó en el mismo instante en que sus labios rozaron los míos, y soltándola, me volví, exclamando:

—¡Isobel! ¡Perdóneme! He procedido como un villano para con "él". ¡Pero... esto era inevitable! Procure olvidar que he sido tan débil. Pero, Isobel...

Sentí que su mano, apoyada en mi brazo, temblaba.

—Los dos debemos tratar de olvidar, Jack, — dijo ella en voz baja.

Le tomé ambas manos y la miré fijamente en los ojos.

—Mi vida se derrumbará si la pierdo a usted, — dije. — Creo que tuve un momento de locura. Dígame usted algún día, cuando sea oportuno y lógico que usted lo haga, usted me escuchará y ya cumpliré con la penitencia que usted me indique. ¡He procedido como un cobarde!

—¡No siga usted! — me ordenó ella suavemente.

Alzó los ojos, y su grave y dulce mirada calmó la fiebre que me consumía, llenando de paz mi corazón.

—No tiene usted mayor culpa que yo, — dijo. — Y como yo lo entiendo así, no me es difícil perdonar. No intento excusarme pero aún cuando "él" hubiese vivido, yo no hubiera podido seguir adelante después de sus... sospechas. ¡Oh, Jack! ¿Por qué dejó usted que yo cometiese tan grandísimo error?

—¡Adorada mía! — repliqué. — ¡Sólo Dios sabe lo que por eso he sufrido!

—Por favor, — dijo ella con temblorosa voz, — ayúdeme a conducirme bien con "él". ¡No vuelva jamás, a hablarme de él... de ese modo... hasta...

Pero no terminó la frase porque en aquel momento entró, de repente, tía Alison con su aspecto de buena mamá de cabello blanco, mejillas sonrosadas, movimientos rápidos y mirada perspicaz. Era una anciana adorable, tanto más adorable para mí cuanto que había hecho cuanto le había sido posible para acercarnos a Isobel y a mí. Tenía, como siempre, mucho más que decir de cuanto podía decir en el tiempo de que disponía.

Nos dirigimos al comedor.

—Ahora, muchachos y muchachas, sepan que yo tengo apetito, aún cuando ustedes no lo tengan. Me he pasado largo rato conversando con la cocinera, olvidándome de que ustedes estaban aquí. La cocinera se va porque se casa. Me parece que no ha preparado los bollos como es debido. ¡Dios mío!! ¡Lo que hace el amor! ¡Cómo revuelve la mente de las personas! ¡Arréglese el cabello, Isobel querida! Si no te lo arreglas, Mary se va a figurar que Jack te ha besado! ¡Ayer ví al cartero besándola! ¡Besándola a Mary! ¡Qué poco como usted, Jack! ¡Oh ¿Y la pimienta? ¡Mary! ¡Toca el timbre, Isobel! Es necesario que yo hable con el cartero. ¡El tiene la culpa de que a Mary se le haya olvidado de poner pimienta en el frasquito! ¡Además, pueden haberlos visto! ¡Y eso no es digno de una casa respetable!

—¡Querida tía Alison! — dije, al ver que la activa anciana salía corriendo porque Mary no acudía con suficiente rapidez a su llamado. — ¡Cómo le gusta entrar y salir como si fuese un camarero! ¡Qué excelente amiga ha sido para mí, Isobel! ¡No podía estar usted en mejor compañía en momentos como los presentes.

—¡Es un encanto! — asintió Isobel, y cuando nuestras miradas se cruzaron, de un lado a otro de la mesa, se puso muy colorada.

Un instante después tenía los ojos llenos de lágrimas; y sabiendo en quién pensaba ella, me quedé inmóvil, cabizbajo, sintiéndome culpable y arrepentido. Habíame sobrepasado de nuevo, refiriéndome al extinto. En aquel mismo momento hice solemne promesa de que no volvería a tocar ese punto hasta que hubiera transcurrido el tiempo necesario. Como cumplí fielmente mi pensamiento, creo que mi pecado me ha sido perdonado.

Almorzar en aquella casa y en compañía de Isobel era una verdadera delicia, así que yo lamentaba cada momento que transcurría porque me acercaba al instante en que tendría que retirarme. Pero cuando por último me despedí, me parecía hallarme en un mundo nuevo; me parecía gozar de una vida distinta de la que tenía al entrar. He dicho que creo que en la actualidad ya se me ha perdonado mi pecado humano de aquel día. Sin embargo, no ha sido sin sufrir la correspondiente penitencia.

No soñaba yo en aquel momento de felicidad cuán pronto había yo de volver a aquella casa y cuán pronto iba a sufrir el más terrible y mortal terror de toda mi vida.

¿Qué quiere decir Addison con eso? ¿A qué horrible y mortal terror se refiere? Eso y mucho más sabrá el lector en los capítulos que se publicarán en el próximo número de "Pucky" En el número 142 comenzará la gran novela de "Tit-Bits" titulada "El gran jefe blanco", que se publica a pedido del público lector.

UN JIRON DE VIDA AL NATURAL

¡QUE PIERDO EL TREN!

POR ARNOLD BENNET

(Traducción del inglés)

Este cuadro de la vida de todos los días ha sido trazado por el gran novelista inglés Arnold Bennet, el autor de "Enterrado en vida", una de las novelas cómicas más notables de nuestra época. En este breve cuento, el escritor hace gala de su estilo brillante y de un humorismo de fineza incomparable.

I

ARTURO CORTERILL se despertó. No despertó con el presentimiento de algún desastre. A través de los visillos verdes pasaba la luz de un farol. Arturo distinguía, merced a ella, el cuerpo de su hermano Simeón dormido profundamente en la otra cama. Vió después el baúl abierto, junto al tocador. Después miró al reloj de encima de la chimenea, y le pareció como si le apretasen el corazón con unas pinzas. ¿Por qué no había mirado antes al reloj? ¿Era posible haber permanecido despierto durante cinco minutos sin dirigir la mirada al reloj? ¿Acaso no dependía su vida entera de aquel reloj?

El reloj marcaba las siete menos diez, y el tren debía pasar a las siete y diez. Había más de diez minutos hasta la estación, y tenía que vestirse, abrocharse las botas nuevas y acabar de hacer el equipaje.

Había que hacer algo. Aunque estaba despierto no podía moverse; las tenazas le oprimían el corazón.

Aunque sólo fuera, se iría con lo suyo, dejándole el baúl a su hermano.

—¡Simeon! — gritó al fin poniéndose en pie, y gritó de nuevo, como el aludido no contestase: — ¡Sim!

—¿Qué pasa? — preguntó tranquilamente Simeón.

—¡Hemos perdido el tren! ¡Son las siete menos ocho! — contestó Arturo, y, saltando de la cama, empezó con histérica prisa a preparar su equipaje.

Simeón sacó un reloj de debajo de la almohada y, después de ver la hora, dijo:

—Bien. De todos modos, será mejor levantarse. Son las seis menos ocho. Tenemos por delante una hora y diez y ocho minutos.

—¿Qué dices? El reloj iba bien anoche...

—Pero yo lo adelanté.

—¿Cuándo?

—Cuando tú te acostaste.

—No te ví.

—No; pero yo lo adelanté.

—¿Para qué?

—Para tener tiempo de sobra

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Si te lo hubiera dicho, sería como no adelantarlo. El que adelanta el reloj y les va contando a todos los de la casa lo que ha hecho, es idiota.

Arturo, aunque quiso gruñir, no podía enfadarse. Las tenazas habían desaparecido. Era libre y no desgraciado. Podía coger el tren.

Simeón se acercó a la ventana y miró la carretera.

—Hay un poco de niebla.

Arturo sintió de nuevo las tenazas.

—Pero clareará — continuó.

Luego Simeón salió al pasillo y gritó:

—Señora Hopkins!...Señora Hopkins...

Cuando volvió a la alcoba dijo:

—Estaba ya vestida y dispuesta para bajar. El desayuno estará dentro de diez minutos.

—Muy bien — dijo Arturo.

A las seis y cuarto estaban los dos vesti-

dos. A las seis y veinte estaba hecho el baúl, cerrado y liado.

—¿Qué vamos a hacer con este baúl para bajarlo por las escaleras?

—Cuando venga el mozo — dijo Simeón —, entre él y yo lo bajaremos. Es mucho peso para ti.

A las seis y veinticinco estaban desayunando. Arturo comprendió que todo marchaba bien. A las seis y media se habían bebido cinco tazas de te y se habían comido cuatro huevos, cuatro lonchas de jamón y libra y media de pan. Simeón, que era la tranquilidad llevada a la exageración, cargó la pipa y empezó a fumar. Tenía cuarenta minutos para tomar el tren de la línea de Loop, si venía sin retraso. Había un buen margen para toda clase de contratiempos.

—El mozo debe estar al llegar — dijo Simeón a las siete menos veinticinco, mientras cepillaba su sombrero. — No se habrá olvidado, señora Hopkins, de avisar anoche al mozo de estación...

—¡Oh, no señor Simeón! Al segundo mozo, Merrith. Le dije que trajera carretilla.

La campana del reloj del hall dió los tres cuartos.

—¿Va bien ese reloj? — preguntó Arturo muy nervioso, cogiendo su gabán.

—Está un minuto retrasado — dijo Simeón cogiendo el suyo.

Al oir la palabra retrasado sintió Arturo de nuevo las tenazas. Era necesario bajar el baúl.

Simeón salió al patinillo, cogió un carreta vieja, la hizo rodar y la metió en la casa, al pie de la escalera.

—¡Señora Hopkins! — gritó — ¡Y tú también Arturo!

—¿Qué haces?

—Llevar yo el baúl a la estación. Si no encontramos al mozo en el camino, peor para nosotros ... y peor para él.

II

Estaba tan oscuro como si fuera noche cerrada. Hacía mucho frío.

—Cuidado, Arturo — gritó Simeón —; el piso está como cristal. Ha llovido esta noche, y ahora escarcha. Vamos.

Arturo dijo adiós a la señora Hopkins.

—Vaya señorito Arturo — dijo ella —. Las cosas irán mejor cuando vuelva de aquí a un mes.

No contestó nada. Las tenazas le oprimieron nuevamente.

Simeón empuñó las varas de la carretilla y empujó.

—¿Lo llevas? — —preguntó a Arturo.

—¿El qué?

—Eso.

—Sí.

—¿Sí? Enséñamelo. Mejor es que me lo des. Conmigo irá más seguro.

Arturo se desabrochó el gabán, se quitó el guante izquierdo y sacó de uno de los bolsillos un objeto reluciente. Simeón lo tomó en silencio. La procesión echó carretera adelante.

—Mira — dijo Simeón al notar la intranquilidad de su hermano —. Puedes estar tranquilo. Cogemos el tren. Faltan veinte minutos, y en nueve llegamos.

Imposible que ante aquella seguridad y aquella confianza no desaparecieran las tenazas

En esto, Arturo se fijó en la rueda de la carretilla: en la única rueda.

—Oye, ¿qué le pasa a esa rueda?

—Que está endurecida — replicó Simeón —. Pero llegaremos de todos modos.

La niebla clareaba. Arturo vió la luz roja de una señal en las cercanías de la estación.

La catástrofe ocurrió cuando la cuesta, a menos de cien yardas de la estación. Simeón embistió con todas sus fuerzas contra un ladrillo roto. La rueda se partió. Se astillaron las maderas del vehículo, y el baúl rodó por tierra.

Simeón, sin decir nada, consultó el reloj.

—Lo podemos llevar nosotros — sugirió Arturo desatinadamente.

—No podemos levantarlo; pesa mucho — dijo Simeón sentándose en el baúl.

—Y ¿qué vamos a hacer? — preguntó Arturo trágicamente.

—¡Pues muy sencillo! Tú puedes ir sin mí perfectamente. En todo caso, corre a la estación, y a ver si puedes traer a un mozo con otra carretilla.

¡Qué calma y qué recursos los de aquel hombre! Arturo no pudo menos de admirar la sangre fría de su hermano.

—¡Oye! — llamó Simeón — Toma, por si acaso no vuelves — y le alargó el objeto pequeño y brillante.

—Tengo que volver de todas maneras. No puedo marchar sin el baúl. Tengo en él todas mis cosas.

—Ya lo sé. Pero "quizás te tengas que marchar sin él". ¡Corre!

Arturo corrió y preguntó en la estación por Merrith.

—¡Se le ha muerto la madre a las cinco, — dijo el más viejo de los mozos, — y estoy solo!

—Bueno. Déme usted una carretilla.

—No puedo dar una carretilla. Eso es contra el reglamento. Hay un inspector muy riguroso.

—Pues yo necesito una carretilla...

—Pues yo no se la doy.

El disco cambió la luz verde por la roja.

—La señal, — dijo el mozo, — ¿Es ése su tren?

Arturo es quedó perplejo. ¿Debía abandonar al baúl y a Simeón, o no?

Simeón tenía razón. Tomó el tren.

Afortunadamente, alcanzó por los pelos en Knype el expreso de Londres. Una vez en él, respiró tranquilo. Estaba a salvo: sin Simeón y sin equipaje; pero estaba a salvo.

III

El tren se detuvo un momento en la estación que él creyó Lichfield. Al asomarse a la ventanilla, le pareció que la estación

de Lichfield había crecido desmesuradamente. Al arrancar el tren, vió la palabra "Sttaford", escrita en letras blancas. Estaba solo en el departamento. Salió al pasillo y preguntó:

—Es éste el tren de Londres, ¿no?

—No. Este es el tren de Birmingham.

—¡Cielos! — exclamó Arturo Coterill.

—Antes de meterse en un tren, se pregunta, — le dijo un señor de levita.

—Lo que pasa es que el expreso de Mánchester se divide en Knype, y un tren va a Londres y el otro a Birmingham, — dijo otro señor.

—Ya lo sé, — dijo Arturo.

—Siempre el de Londres ha salido primero

—¡Claro que sí! — dijo Arturo. — He viajado en él muchas veces.

—Pero lo han variado desde la semana pasada.

—No me queda más remedio que tomar otro tren.

—Me parece que no lo toma usted, — dijo el de la levita.

—"Tengo que estar en Londres antes de las dos", — dijo Arturo trágicamente.

—Hay expresos de Birmingham a Londres que hacen el viaje en tres horas, — dijo el caballero de la levita.

El tren de Birmingham tenía un temperamento irónico porque llegó a la hora en punto. Por esto, Arturo tuvo que pasarse cincuenta y cinco minutos ociosos.

—¿Es éste el tren de Londres? — preguntó a un inspector a las once y treinta y cinco.

—¿No lo ve usted? — contestó el otro ásperamente.

Efectivamente: a lo largo del tren se leía "Euston"; pero Arturo quería estar convencido antes de montarse.

El tren salió puntualísimamente; pero desde Watford se convirtió en un mixto indecete, perdiendo más de un cuarto de hora y echando por tierra las esperanzas de Arturo.

Llegó éste a Londrs a las dos y un minuto. Se bajó del tren completamente desconcertado. Pensaba en el suicidio.

—¡Vamos, anda! — dijo una voz.

Arturo se quedó estupefacto; aquella voz era de Simeón, que estaba en el andén con dos maletas.

—Anda, anda de prisa y no te entretengas en hablar. A la fonda, primero.

Al subir al coche, empezó Simeón el relato de sus aventuras.

—Tomé el carro de un lechero y fuí a Knype. Me ha costado una libra. El caballo se cayó una vez; pero se levantó. Llegué con el tiempo justo para tomar el tren. No lo hubiese podio tomar de haber salido antes el de Londres que el de Birmingham. Me sorprendió no encontrarte en Londres. Fuí al hotel; todos te estaban esperando, claro está, asustados de tu tardanza. Arreglé las cosas de prisa. Tuve tiempo de comprar esta maleta... ¡Para, cochero!

Estaban en el hotel.

En una habitación, sobre la cama, estaban las ropas de vestir de Arturo.

—¡Aprisa!

—Pero ¡si son más de las dos! — gimió Arturo.

—Bueno, no importa. Tenemos tiempo hasta las tres. Lo he arreglado todo para las tres menos cuarto.

—Me parece que éstos no se pueden celebrar después de las dos.

—¿Qué tienes tú que ocuparte de esto? Hace muchos años que la ley de las dos no está en uso. ¿Has comido?

—No.

Añadió Simeón al acabar de abrocharle el chaleco:

—Me lo suponía. Espera. Bebo un trago de este "whisky".

—¡No! — dijo Arturo resueltamente.

—¿Por qué no?

—Porque tendré que besarla después de la ceremonia.

—¡Qué tontería! ¡Bébetelo! En el Registro Civil no se besa nadie. Hazme el favor de no preocuparte. Ahora, la corbata. ¡Listo!

A los tres minutos dirigíanse rápidamente en coche, cortando la niebla de Londres, al encuentro de la pareja. Al cuarto de hora había un soltero menos en este valle de lágrimas.

ARNOLD BENNET

LA MODA DE LA MELENA

Sólo tendrá diez años de vida

SE calcula, — entre los profesionales de la "alta peluquería", — que la moda de la melena "a la garconne" comenzó en el año 1917. Desde entonces fué extendiendo su zona de ocupación, hasta llegar el año pasado al verdadero resultado estratégico del arreglo de la frente y el afeitado de la nuca.

Actualmente el corte de pelo "a la garconne" se ha generalizado tanto, que casi todas las mujeres que lo han adoptado se resisten a creer que esa moda puede pasar como han pasado todas las demás modas femeninas de peinado o no.

Sin embargo, las predicciones de su fin van multiplicándose y sólo varían en cuanto a la fecha en que ha de suceder.

Una revista profesional titulada "Nova", afirma con datos estadísticos e históricos cuidadosamente recogidos, que ninguna moda relativa al cabello femenino ha durado más de diez años.

Recuerda esa revista que la moda del "moño a la griega" duró un decenio, y la del peinado "alto" tuvo exactamente igual duración. Asegura que en consecuencia, con la moda actual ocurrirá lo mismo.

Si la predicción de la revista "Nova" se cumple, la moda de los cabellos cortos tendrá que acabar el año que viene.

UN RELATO QUE HACE SONREIR

LAS FICHAS QUE DESAPARECEN

POR LEON GANDILLOT

(Traducción del francés)

Leon Gandillot, el gran vaudevilista francés, el autor de tantas divertidas comedias, ha trazado aquí un cuadrito hilarante y original que sin duda alguna ha de ser saboreado como algo excelente por los lectores de este magazine.

UNA partida de dominó, querido comandante? — preguntó la señora de Lemirotón.

—¡Con mucho gusto, señora!

El señor Lemirotón había ya preparado la mesa para el juego y había volcado sobre el tapete la caja de las fichas.

—Ya lo sabe usted, comandante; falta el cuatro dos.

El comandante se mostró consternado.

—Faltando una ficha, no podemos jugar.

—Eso no tiene nada que ver, puesto que la ficha falta para todos, — observó la señora de Lemirotón.

—¡Es verdad! — respondió el comandante, después de haber reflexionado durante un buen rato.

Comenzó la partida.

Sentada en una silla, cerca de la mesa, "Bobina", la perra de los señores de Lemirotón, una linda perra completamente negra, próxima a traer a este mundo une nueva serie de perritos, seguía el juego con mucho interés.

Al levantarse para dar la luz, el señor Lemirotón hizo caer una de sus fichas:

—¡Trae, "Bobina"!

La perra saltó de la silla, se puso a buscar concienzudamente bajo la mesa, y terminó por levantar su hocico sin haber encontrado la ficha.

—¡Vamos a ver! — dijo el señor Lemirotón, poniéndose a cuatro patas para buscarla.

El comandante se puso en la misma posición, mientras que la señora encendía fósforo tras fósforo para facilitar la tarea.

La ficha no se encontraba.

—Aparecerá mañana, cuando se barra, — dijo la señora de Lemirotón.

Los dos hombres se levantaron y la partida continuó.

Dos días después, el comandante y los señores de Lemirotón se hallaban otra vez reunidos alrededor de la misma mesita. Antes de comenzar el juego, el señor Lemirotón tuvo la idea de contar las fichas. Faltaban cuatro.

Los dos esposos y el heroico militar se miraron con estupor. "Bobina", fatigada por su volumen excesivo, dormía sobre un canapé.

—¡No hay forma de jugar con cuatro fichas de menos! — exclamó el comandante.

—Siendo para todos lo mismo... — contestó la señora de Lemirotón.

—¡Es verdad!

La partida transcurrió sin más incidentes.

Tres veces por semana iba el comandante a comer a casa de sus amigos Lemirotón, y después de la comida, solían jugar al dominó.

Pero ¡qué cosa más rara! A cada nueva cuenta del número de fichas, había una o dos menos que en la cuenta anterior. Una desaparición tan repetida había de emocionar profundamente a gente tan honrada como los de Lemirotón.

No podían sospechar de la lealtad de un militar retirado, y era evidente que este escamoteo continuo no era obra del azar.

Las sospechas de la señora de Lemirotón recayeron en su cocinera, una fiel sirviente que llevaba quince años en la casa, y que, a pesar de sus protestas y súplicas, se vió en la calle de la noche a la mañana.

El señor Lemirotón, por otra parte, creyó lo más conveniente denunciar el hecho al comisario de policía, el cual hizo algunas averiguaciones sin ningún resultado.

Y el número de fichas disminuía constan-

UNA MUCAMA MODERNA

—¡Cómo! ¡Le has regalado a tu mucama el colorete, los polvos y la barra de "rouge"?

—¡Sí! He tenido que dárselo todo para que no usara lo de mi tocador.

POCA MOLESTIA

—Los mellizos no son más molestos que un solo chico. Cuando uno de ellos se pone a chillar, chilla tan fuerte que no se puede oír al otro.

temente. No quedaban más que el seis doble, algunas blancas, dos o tres cuatros y el cinco tres. El comandante, hombre riguroso, no se resignaba a usar un dominó que no era de reglamento, y llegó hasta enfurecerse en varias ocasiones, mientras "Bobina" le miraba maliciosamente. Enorme ahora, todavía la perra se colocaba cerca de la mesa para seguir las incidencias del juego.

Un día, cuando estaban terminando de almorzar los señores de Lemirotón, oyeron gemidos y un ahogado estertor en la habitación próxima. Acudieron presurosos, y vieron a la perra tendida y moribunda. A su lado estaba la caja de las fichas.

—¡"Bobina", querida "Bobina"! ¿Qué te pasa? — preguntó la señora de Lemirotón, mientras que la tomaba en sus brazos y, ayudada por su marido, la ponía sobre el canapé.

Los ojos de la perra parecían salirse de sus órbitas. Hizo un desesperado esfuerzo para levantarse.

Temblaba atrozmente en un espasmo extraordinario. Después, sus patas se encogieron, su hocico se inclinó hacia el suelo, y de su boca entreabierta salió... ¡una ficha!

"Bobina" había estado a punto de extrangularse con el seis doble.

Esto fué el rayo de luz para los de Lemirotón. Descubrieron en un instante la causa de la desaparición misteriosa de las fichas de su dominó.

Era "Bobina", que, con su solicitud maternal, robaba y tragaba todas las fichas, para que los perritos que llevaba dentro de sí pudieran distraerse jugando al dominó.

Vivamente impresionados, los señores de Lemirotón dejaron correr una lágrima de ternura, y prodigaron los más exquitos cuidados al noble animal, que no tardó en reponerse del susto pasado.

Al día siguiente, "Bobina" trajo al mundo cinco perritos tan negros como su mamá.

Y aquella misma tarde, con gran alegría del comandante, se pudo organizar una partida monstruo, con el juego al fin reconstituído y compuesto de sus veintiocho fichas exactas.

LEON GANDILLOT

HABIA DICHO LA VERDAD

El casero enojado: — Cuando yo le alquilé estas piezas usted me dijo que no tenía hijos.

La inquilina: — ¡Y así es! ¡Estos son todos nietos!

LAS NOVELAS COMPLETAS DE "PUCKY"

CAMILA

Por EDMUNDO DE AMICIS

(Traducción del italiano)

Los favorecedores de "Pucky" conocen, y de fijo admiran al autor de "Cuore", del que este magazine ha publicado algunas producciones, ofreciendo hoy la que se inserta a continuación y que es una de las más encantadoras novelas de tan estimado autor.

I

NA señora anciana de la ciudad de..., necesitando criada, rogó por medio de carta a una amiga residente en otra ciudad cercana, que le mandase la suya. Dicha amiga iba a abandonar Italia en breve.

La respuesta no se hizo esperar y fué afirmativa.

"La muchacha, — decía la carta, — partirá mañana.

"No puedo darle informes respecto a su familia, por la sencilla razón de que ella no ha querido dármelos, y no he conseguido procurármelos por mí misma, pues nunca quiso ni aun decirme de qué país era. A cualquiera otra que me hubiese mantenido tal secreto, le habría dicho: "Guardáos el misterio e id con Dios". Pero con esta muchacha no tuve valor. Me ha parecido desde el primer momento tan buena, tan honrada y tan agradable, que la he aceptado sin más preámbulos ni informes. Quizá se avergüenza de sus padres, y rehusa describirlos. Sea lo que fuere, creo que en este arcano carece de culpa.

"Se la mando a usted, pues, sin temor alguno.

"Le recomiendo sin embargo, que le guarde ciertas consideraciones, porque no puede con determinados trabajos fuertes; es débil y enfermiza y luego... es hasta bonita".

La muchacha llegó.

Se presentó a la señora tímidamente, sonriendo. Gustó y quedó todo convenido.

Se llamaba Camila. No era realmente bonita, sino muy simpática; un poco pálida y melancólica; y sonreía mejor por cortesía que por ganas de sonreir.

Desde los primeros días trató la señora de saber algo de su familia. Se turbaba, dió mil respuestas vagas, como si aquellas preguntas le hicieran daño. Por lo menos la señora deseaba saber dónde había nacido, y ella pronunció el nombre de un pueblo cualquiera, el primero que le vino a las mientes, de un modo que quería decir: "No, no es ese; pero lo digo por salir del apuro". Bastó esto para que la señora no insistiese más por enterarse. Algún tiempo después probó de nuevo, pero con idéntico resultado; al fin decidió no volver a pensar en ello.

Cada día se mostraba más diligente, más humilde y más dulce. La hija menor de la casa la quería con vivísimo afecto: la misma señora no hacía más que alabarla, prodigándola palabras que parecían inspiradas por entusiasta simpatía. Su marido solía chancearse diciéndole que era un alma romántica subyugada por el atractivo del misterio; que el tiempo haría luz y la luz iluminaría, Dios sabe qué cosa. Pero el tiempo no reveló nada, y Camila se fué haciendo cada vez más melancólica.

Sólo tenía un defecto, si puede llamarse así una desventura, cual era su extremada sensibilidad nerviosa, que la hacía temblar al oír un ruido imprevisto, al aparecer inesperadamente una persona, al sentir que la llamaban desde otra habitación en fin, por cualquier movimiento, sonido o visión, para lo cual no estuviese preparada. A veces llegaba hasta a ponerse enferma, y ni lecturas de cosas tristes, ni narraciones de siniestros, ni descripciones de espectáculos en los cuales hubiera remotamente la idea de un peligro, se podían hacer en presencia suya sin que diese pruebas tan evidentes de turbación y de dolor, que hacía cejar en su empeño al narrador más obstinado. Una o dos veces al mes, sin otro motivo que estas sacudidas nerviosas, se veía obligada a pasar un par de días en cama, con dolorosa agitación primero, cayendo luego en tan grande postración, como si hubiera sufrido larga y penosa enfermedad.

Cierta noche estaba toda la familia reunida en el comedor, y Camila sentada en un rincón.

Era ya tarde; unos leían, otros escribían, nadie hablaba: ni aun respirar se oía. Sobre la terraza había algunos tiestos de flores, y sólo el rumor de las hojas sacudidas por

el viento y los lejanos ecos de una campana turbaban aquel silencio. De pronto, se oyó en la habitación inmediata fuerte golpe como si hubiese caído de lo alto una cosa pesada, y a la vez un agudísimo grito.

Casi al mismo tiempo otro grito más agudo que el primero salió de la boca de Camila.

La señora, el marido y los hijos, sin atenderla, corrieron a la otra habitación.

—No es nada, — gritó a los pocos instantes la madre.

Había sido la niña, que buscando en la oscuridad el cordón de la campanilla, para darles una broma, había tropezado con la mano en un gran martillo colgado en la pared, y éste se le había caído sobre los pies.

Volvieron en seguida al comedor y se encontraron con Camila en tierra; la levantan, sangraba su cara; en el momento que lanzó el grito, cayó desvanecida, y al caer había dado con la frente en una silla. La llevaron a la cama, volvió en sí, pero se le presentó una fiebra tan violenta, que llenó a todos de espanto. Cuando ya pudo hablar, preguntó qué había sido aquel golpe y aquel grito; se lo dijeron; al principio pareció que no quería creerlo; no estaba completamente en sí, y prorrumpía en exclamaciones sin sentido. Luego pareció que había cobrado la razón, y entonces pidió nuevas explicaciones de lo ocurrido; demandó perdón por la inquietud que causara y lloró. Trataron de consolarla.

—¿Por qué lloras? — le preguntó la niña.

Y ella, llorando más fuerte todavía, respondió:

—¡Yo bien lo sé!

Al día siguiente, enviaron a buscar al médico. Vino el doctor, y antes de entrar en el cuarto de Camila se hizo referir todos los accidentes que precedieron a la enfermedad. Entró, examinó a la enferma, le hizo algunas preguntas respecto a su estado, y después le dijo:

—Diga usted, ¿ha sufrido alguna vez en su vida un gran susto?

La muchacha se contrajo violentamente, y se puso más pálida de lo que estaba.

—Contésteme sin cuidado a esta pregunta, pues se la hago por su bien.

—Ningún susto..., — balbució Camila, moviendo la cabeza, y haciendo como si buscase algo en su mente.

—¿Lo puede usted asegurar? — insistió el médico.

— . . . Sí.

—Perdone mi insistencia, — repuso el médico. — Quizá usted por razones particulares no querrá decirme la verdad, pero no me cabe duda que usted ha sufrido algún gran susto, que la ha causado mucho daño: dígamelo; ¿fué acaso una caída? ¿Algún peligro que amenazase a usted o a alguno de su familia? ¿Algún delito del cual fué usted espectadora inesperadamente?

Camila tembló con violencia como sobrecogida por la fiebre; luego cerró los ojos y volvió la cabeza hacia otro lado, dejándola caer con todo su peso sobre la almohada.

La niña lanzó un grito.

—No es nada, — dijo el médico, — déjenme solo, tal vez no quiera confiar su secreto más que a mí.

Salieron de la estancia; al cabo de un cuarto de hora salió él también, y toda la familia lo cercó.

—Ni una palabra sola ha salido de su boca, — exclamó el médico; — pero ahora más que nunca estoy convencido de que una gran conmoción producida por un susto ha sido la causa de su enfermedad; esto significa poco; es señal de que debajo se esconde algo. La enfermedad es grave, el sistema nervioso ha experimentado funesta sacudida. La joven, a lo que parece, tenía ya antes una complexión física bastante delicada, y el golpe que ha sufrido quizás no habría perturbado a una persona robusta, pero ha sido demasiado fuerte para ella. Ustedes intentarán descubrir algo, si bien no es necesario, toda vez que la naturaleza de la enfermedad es bastante manifiesta.

A una última pregunta que le dirigieron mientras abría la puerta para salir, respondió en voz baja algunas palabras que dejaron a todos pensativos.

La enferma fué empeorando rápidamente. La acometían a menudo ataques de delirio seguidos de mortales inquietudes y de letargos profundos.

Hablaba delirando y todos recogían sus palabras con ansiedad por ver si daban luz sobre el hecho que se empeñaba en ocultar; pero a nada condujeron sus cuidados; pudieron observar, sin embargo, que a menudo hacía por cubrirse la cara con las manos, sacudiendo la cabeza a la par, como si repentinamente se le ofreciera a la vista alguna cosa que causara horror.

En ocasiones se sentaba en el lecho y miraba aquí y allá en el suelo, con los ojos extraviados, como si hubiera esparcido algo que se moviese. De cuando en cuando, en los momentos de mayor agitación, hacía una señal para imponer silencio, se ponía una mano detrás de la oreja como para recoger un lejano sonido, y gritaba con acento de terror: "¡Abajo!"

Pero la idea más extraña, sobre la cual volvía a cada paso, aun estando tranquila, era que alguno tratase de quitarle la ropa; un par de vestidos y poca ropa blanca que guardaba en su pequeño baúl, colocado al lado de la cama. Siempre tenía la vista encima, y se hubiera dicho que allí encerraba el gran secreto. Un día dijo que quería quemarlo todo, y la niña le contestó que no se lo permitirían.

—Entonces, — murmuró ella, — prométeme que lo harás en cuanto yo muera.

Por lo demás, siempre tenía dulzura y resignación, y no concluía nunca de dar gracias a sus amos por los cuidados que le prodigaban y por el cariño que mostraban hacia ella.

—Yo bien sé que he de morir, — dijo un día a la señora; — estoy dispuesta; pero me apena morir aquí y acarrearle dolor a ustedes, que tanto bien me han hecho... (y luego, mirando en redor), y entristecer

asimismo la casa. ¡Hágame el favor, buena señora! — prorrumpió finalmente con voz suplicante. — ¡haga usted que me lleven al hospital!

Una mañana con gran trabajo y con mucho secreto, escribió una carta. La señorita lo advirtió, y le dijo que se la entregase, que ella misma la mandaría al correo. Camila rehusó, suplicándole que mandase venir a la portera que no sabía leer. Vino la portera, y Camila le metió la carta en el bolsillo, con la promesa de que la echaría al correo sin dejar ver la dirección a nadie.

Poco a poco iba perdiendo las fuerzas, y ya el médico le daba pocos días de vida. Una noche, sobrecogida por los frecuentes ataques nerviosos, después de larguísimos espasmos, pero siempre con su mente serena y con plena conciencia de sí hasta el último momento, murió.

Sus últimas palabras, con las cuales parecía querer revelar algo, no fueron comprendidas.

Se convino desde entonces en hacer pesquisas respecto de su familia, para poderle enviar al menos la ropa de la joven, más que por su valor, porque sería de recuerdo querido para sus padres. Se escribió, se hizo que preguntasen unos y otros; al fin se pensó en abrir el baúl, por si se encontraba alguna carta o apunte o dirección cualquiera, por donde colegir el lugar de su nacimiento, o quienes fueran sus parientes, si los tenía.

Abrióse el cofre en presencia del médico y de toda la familia. La señora fué sacando una por una todas las prendas y ropa blanca. En el fondo, entre dos o tres líos, se encontró una carta abierta. La señora la tomó y la leyó; constaba de pocas líneas escritas por Camila; era una carta comenzada, abandonada a la mitad, y sin dirección. Decía:

"Desde aquel día siempre he estado mala; perdía las fuerzas y no podía soportar los trabajos del campo. Por eso me trataban con malos modos en mi casa y me decían que no servía para nada, echándome en cara muchas veces tu acción, haciéndome comprender que dudaban de mí, y el que yo te hubiese aconsejado. Esta sospecha me hizo perder el valor, y quizá me habrían arrojado de casa por inútil; pero tome la resolución de ir a servir a la ciudad, esperando encontrar alguna buena familia que tuviera compasión de mi estado y me tomase para los servicios menos fatigosos; y luego, que ya no era posible seguir en aquella casa después de lo ocurrido; me daba miedo y sufría demasiado.

"Ahora, ya estoy en la ciudad; he hallado una buena familia, pero ni digo nada a nadie, ni jamás lo diré, pensando solamente que alguien pudiera llegar a saberlo; creo que tendrían horror de mí que no tengo culpa, sin embargo; ni aun quiero que en mi casa sepan de mí; yo los perdono, pero me han tratado demasiado mal, al dejarme marchar sola, como estaba, enferma y sin protección..."

—¿Hay más escrito? — observó el médico.

La señora volvió la hoja; en efecto había algunas líneas más en medio de una página llena de tachones, que escondían totalmente lo escrito.

"Yo luego hice un lío con aquel vestido y para quitármelo de delante los ojos, lo metí en el fondo del baul.

"Han pasado tantos meses, y siempre me parece, no obstante, que fué ayer cuando lo guardé; nunca he tenido valor para volverlo a tocar; sólo con extender la mano, tiembla todo mi cuerpo, y casi me faltan las fuerzas..."

—Veamos, pues, el lío, — dijo la señora, dejando la carta.

Lo sacó fuera del baul, rompió el papel en que estaba envuelto, y salió un vestido de mujer.

—¿Qué es esto? — gritó llena de espanto la señora mirándolo por todas partes.

Se puso el médico sus anteojos, tomó el vestido, lo miró por un lado y por otro, y dejándolo caer en tierra, dijo:

—Está manchado de sangre.

Este descubrimiento dió lugar a infinidad de conjeturas y sospechas; pero en nada aclaró el misterio. Por otra parte, la familia no hizo más investigaciones y poco a poco dejó caer el asunto en el olvido. Cuando una noche, ya tarde—cerca de un año después de haberse abierto el cofre—se presentó un desconocido que deseaba hablar con la señora.

La señora lo recibió en la antesala, juntamente con su marido y sus hijos. Era un joven como de veinticinco años, pálido, mezquinamente vestido, con el pelo largo y el aspecto acabado de un pobre; pero con ciertos ojos que no inspiraban confianza.

Le preguntaron qué deseaba.

El miró alrededor con aire atónito, como si reconociera la casa, y enseñando una hoja de papel que tenía en la mano, preguntó humildemente:

—¿Son ustedes los señores...?

Le respondieron afirmativamente.

—¿Sirvió aquí — continuó el desconocido — hace algún tiempo una joven que se llamaba Camila y que se murió?

—Que murió; — respondió la señora mirándole fijo.

—Y... — preguntó el joven con voz conmovida, — ¿cómo se cayó?

—¿Qué cómo se cayó? — repitieron todos maravillados.

—¿O es que no ha muerto? — añadió el joven enseñando otra vez la carta; — ¿no ha muerto a consecuencia de una caída desde la ventana... y apenas tuvo tiempo de escribirme?

—¿Eh? — repuso la señora; — sí, la pobre muchacha murió de una enfermedad nerviosa, enfermedad que la hizo sufrir mucho tiempo, hasta morir de consunción, todo ello causado por un gran susto que tuvo no se sabe cuándo ni cómo; quizá una desgracia ¡quién sabe! algún lance terrible, de segu-

ro; — y mirábanle fijamente.

El desconocido se quedó sin palabra por un momento, con la boca abierta y los ojos desencajados.

Luego comenzó a contraer el semblante; a temblar todo su cuerpo; a mirar ora a uno ora a otro, con indecible impresión angustiosa, hasta que finalmente lanzó un grito doloroso y se lanzó como un rayo por la escalera.

Salen detrás de él, volaba, y no pudieron alcanzarle.

Bien puede imaginarse la curiosidad, la emoción, y las sospechas juntamente que la inesperada visita que aquel hombre debió producir. Durante varios días, ni se pensó ni se habló de otra cosa; quien aconsejaba revelar el hecho a la policía; quien, lanzarse en busca del desconocido por toda la ciudad; quien, reanudar las pesquisas respecto a la familia de Camila.

Cuando una noche en que el médico estaba en la casa y se conversaba sobre el susodicho argumento, oyeron llamar a la puerta, y a los pocos instantes la voz de la muchacha, que decía desde la habitación inmediata:

—Señores, vengan un momento, que yo tengo miedo.

Acuden todos, era el desconocido, más pálido y desencajado que la vez primera, con la ropa hecha trizas y cayéndosele a pedazos.

—¿Qué quiere usted? — le preguntaron.

El fijó sus ojos en la señora como si jamás la hubiese visto, y dijo:

—¿Son ustedes los señores...?

—Sí, ya lo hemos dicho, — respondió la señora.

—Hace tiempo — continuó — ¿servía en esta casa una joven que se llamaba Camila y que luego murió?

—Por Dios, ya le hemos dicho que sí; — exclamaron todos maravillados.

—Perdonen ustedes — murmuró el médico haciendo seña a la familia, — y acercándose al desconocido, le tomó por el brazo y le dijo cariñosamente:

—Váyase a sus asuntos, buen hombre, que aquí nada hay para usted; váyase, pues.

Así diciendo lo empujó suavemente hacia afuera y cerró la puerta. Luego se volvió hacia la familia, que esperaba una explicación, diciéndoles:

—Este joven está demente.

II

En la provincia de..., en el Piamonte, hay una aldehuela, a la que las gentes de los alrededores llaman el pueblo de los "Hocicudos" sin duda por burlarse de la seriedad de sus habitantes. Y en verdad que deben ser los más serios de la provincia, si es cierto que la naturaleza del suelo donde se vive, produce algún efecto sobre el carácter y el humor; porque el pueblecito hállase colocado en una hondonada profunda, con escasa luz, casi siempre cubierto de niebla y rodeado de altas y rocosas montañas. Sin embargo, el calificativo de "duros" iría mejor a las cabezas que a las caras, por que el campesino de aquellas tierras reune en alto grado el carácter del campesino piamontés; bueno, honrado, trabajador, pero duro de cabeza, como el granito, cuando se trata de cosas que sea preciso cambiar de parecer, ceder o plegarse.

Ocurre, por ejemplo, en el mercado, que para pasar después de haberle dicho por tres veces: — ¿Me permite? — se vé uno obligado a dar cuatro o cinco pasos hacia atrás, tomar de flanco la marcha, y después empujarle hasta hacerle dar contra la pared. Lo mismo cuando se trata de arrancarle una preocupación, de disuadirle de algún pique, de removerle de alguna resolución: el más reposado y vigoroso razonador del mundo, pierde la paciencia y la voz, y hay que concluir diciendo lo que dicen las madres de los niños testarudos, que no hoy más que cortarles la cabeza. Son rígidos y tercos, pero no cortos de alcance. Tardan en entender, es cierto, y se están un rato con los ojos asombrados y la boca abierta antes de tomar una idea; pero luego la aprisionan en la ruda mente, y la defienden como celosos de su conquista, con tanta tenacidad, dándole vueltas y revueltas, que concluyen por poseerla y comprenderla mejor que una inteligencia rápida que toma las ideas al vuelo.

Esta lentitud de entendimiento que ellos mismos reconocen, unido a cierta astucia grosera que les hace temer que la gente más diestra les engaña, da a sus maneras y a su lenguaje un no sé qué de rudo, áspero y desconfiado, que a primera vista se les juzga por de lo que en realidad son. Por lo demás, se ha comprendido desde un principio que para no ser suplantados por los listos, una de las primeras cosas era aprender a leer y escribir, poniendo buena cara, desde luego, a las primeras escuelas que se abrieron en el pueblo, enviando allá a sus hijos, concluyendo por asistir también los viejos.

En fin, es un pueblo que, dichosos nosotros si de un extremo al otro de Italia se le pareciesen todos.

Hace pocos años, en una casa de labradores colocada a la extremidad de la aldea, al lado del camino principal, se hallaba un joven que por su aspecto rudo y su entrecejo, se podía decir que era la expresión más fiel de la índole de aquella gente. No era un estúpido, ni un hipócrita, ni un vicioso, sino que más bien se rozaba muy poco con los demás jóvenes del lugar, y la mayor parte de los días se los pasaba en casa, sin que jamás hubiera dado que decir a las gentes. A muchos, sin embargo, desagradaba; tenía pocos amigos, sin más razón que por lo orgulloso y huraño que aparecía en sus modales y palabras. Era uno de esos que cuando hablan con nosotros, se fijan en el traje, en el sombrero, en las botas, recorriendo con la vista el semblante, sin mirar nunca a derechas; sonríen, y reprimen súbitamente la sonrisa; bostezan, y detienen el bostezo a la mitad; mueven una mano, y la dejan en suspenso como si fuera la de un muñeco, y no

A pedido de miles de lectores comenzará a publicarse en el número 142 de "Pucky" la notable novela:

EL GRAN JEFE BLANCO

publicada anteriormente en "Tit-Bits" y recibida con entusiasmo por todos sus lectores.

EL GRAN JEFE BLANCO

es del mismo autor de la famosa obra "Margarita del Bosque" y esta es suficiente recomendación para los que no la conocen o no tienen referencias a su respecto.

EN EL NUMERO 142 de "PUCKY"

EL GRAN JEFE BLANCO

AMOR DE TENDERO

El dependiente de tienda (distraído y nervioso, en el momento de declararse): — Recuerde, señorita, que este es decididamente el último día de esta asombrosa oferta.

Para ser siempre bueno hay que serlo demasiado. — **Guizot.**

La pobreza sólo es virtud cuando se sabe soportar. — **Levesque.**

tienen ni palabra ni mueca, ni mirada que no sea violenta y pensada; concluyen a la postre por desasosegarle a uno y no hallar el momento de dejarles, y una vez separados, se sorprende su mirada en el mismo instante en que nos huye. Carlos era uno de estos, por cuyo motivo desagradaba hasta a las mujeres, aun que su fisonomía no fuese antipática. Era una figura que en el pueblo, en medio de la multitud, a la salida de la misa, entre las cien caras de frente deprimida, de rizos crespos o lacios, de narices torcidas y color de tierra cocida, llamaba en seguida la atención por los rasgos regulares, por sus grandes ojos y por la palidez.

Era enjuto y bajo, pero de apariencia robusta, y aquellas arrugas de la frente, daban a su mirada una expresión fiera que cuando no era perturbada por la ira era agradable.

Solamente le vivía el padre, que trabajaba en una lejana ciudad; él se hallaba con unos tíos y primos suyos del lugar, entre los cuales había una muchacha llamada Camila, huérfana y acogida por la misma familia que también le acogiera a él. Juntos habían vivido desde niños, y como fácilmente puede adivinarse, apenas llegado a la edad en que empieza a mirarse con distintos ojos al compañero de escuela y a la hija del portero, comenzó a andarle al retortero a ella, ésta a corresponderle y la familia a dejar correr el asunto, pensando que a su tiempo podrían casarse.

Esta muchacha, que tenía diez y seis años (tres menos que Carlos), era de índole y de maneras diferentes a las de él. Pero el afecto había nacido con la intimidad, a escondidas casi, y aún también porque los extremos, una vez que se dice se tocan, es preciso tambien que se acerquen; y luego, por que en ella, humilde y afectuosa, vivía aquel sentimiento secreto que impulsa a la mujer hacia los hombres de naturaleza áspera y violenta, como por una necesidad de verter en otros la dulzura de su alma, un deseo de luchar y de sufrir, de expiar culpas ajenas, de escuchar con la bondad y los dolores propios a quien tenga necesidad contra los castigos del cielo.

Carlos la quería a su modo; frecuentemente, sin embargo, la hería con palabras durísimas, o la asustaba con sus salvajes ímpetus de cólera que generalmente seguían cuando ella con resolución y viveza combatía el mal, y defendía la honradez, echándole en cara alguna de sus testarudeces culpables, valiéndose siempre del lenguaje irrebatible de la convicción y del afecto, haciéndole comprender que no tenía razón; ella imploraba la paz, y cuando la misma sumisión, que era en cierto modo victoria, no volvía a enardecer al adversario, la paz estaba hecha. Y si alguna vez conseguía refrenarlo, amansando sus instintos, volviéndole al buen camino, entonces se ponía orgullosa; cada día que pasaba se unía más íntimamente a él por lo misterioso y cerrado de su carácter; precisamente porque, como siempre sucede, su corazón estaba en continua curiosidad, imaginando siempre que la parte escondida a su cariño era la mejor, y que a fuerza de cuidados, de sumisión, de sacrificios, lograría ponerla de manifiesto, sobreponiéndola a las demás inclinaciones.

Por la tarde solían estar juntos a la puerta de la casa: Camila trabajando sentada; él en pie, apoyada la espalda contra la pared. Hablaban poco, especialmente Carlos. Si tenía suelta la lengua, era mala señal; seguramente procedía de bilis comprimida a que necesitaba dar rienda suelta; entonces era cuando salían de su boca los discursos más disparatados; no volver a trabajar, meterse a contrabandista, emigrar al extranjero. Entonces la muchacha empezaba a combatirle hasta donde le llegaba el aliento y la esperanza, y luego las lágrimas.

—Soy un mal sujeto, muy malo, ¿no es verdad? — concluía por decir él arrepentido; y Camila, consolada ya con aquellas palabras, le respondía enjugándose los ojos:

—No lo creo...

III

UNA tarde, a la hora acostumbrada, vino él a encontrarla con más entrecejo que de ordinario, y tomándola la mano, así se estuvo inmóvil, mudo, con la espalda apoyada en la pared y apretándole la mano. Camila le miró a hurtadillas y le dió miedo; jamás le había visto tan descompuesto: estaba pálido y temblaba.

—¿Qué tienes? — le preguntó.

—Tengo... — respondió con violencia y sin volver la cabeza, — nada, una bagatela. Tengo que hace cinco días cuando recibimos la noticia de la muerte de mi hermano mayor no hemos pensado en una cosa.

—¿En qué cosa?

—Ni tú, ni yo, ni mis padres, ni el cura, ni nadie hemos pensado, y parece imposible, y es preciso reconocer que todos hemos perdido la cabeza.

—Pero di, qué...

—Digo, digo... y no hay remedio, sino que lo tengo que decir: que tengo que ir a ser soldado; ya está dicho...

La muchacha dió un grito y se puso en pie.

—¿Sabes ahora ya lo que tengo? — añadió el joven, — y luego a poco replicó: — Así es. La ley, si no lo sabes, cuando hay tres hermanos ,toma el primero y el último, y cuando el primero muere, deja al último toma al al segundo; yo soy el segundo; por tanto, a mí me toca.

—Pero..., — dijo la muchacha sin volver todavía por completo del atolondramiento, — ¿es verdad eso?

—¿Que si es verdad? El alcalde me lo ha dicho; y luego, que cuando quieras puedes ir a ver mi nombre, añadido ya a la lista. Y aun hay más. Entre mi hermano y yo no había más que un año de diferencia; en justicia, me habría tocado la quinta del año próximo; pero este año, como sabrás, y sino te lo digo yo, sacan dos quintas de una vez, porque se les debe una; por consiguiente,

estamos arreglados. Dentro de un mes, ¡largo!

—Pero, ¿es posible? — exclamó con voz alterada la muchacha.

—¡Vaya si es! — respondió el joven con amarga sonrisa. — Pero no hay por qué preocuparse, ¿sabes? ¿Qué son cinco años? ¡una bagatela! ¡Mochila, escudilla y rancho; pan negro y adelante! ¡Y viva el rey!

Y dió un golpe tan fuerte en la pared, que le saltó la sangre de los nudillos.

—¡Pero Carlos !— gritó Camila agarrándolo, — ¿qué haces?

—¿Que qué hago? — respondió el joven con amarga sonrisa convulsiva, — ¡mira lo que hago! — e hizo ademán violento como de darse un puñetazo en la barba. Pero detuvo el brazo de pronto, dió una carcajada, y exclamó: — ¡Ah! se me olvidaba que ya no se abren los cartuchos con los dientes; tanto importa conservarlos.

Y se puso a pasear arriba y abajo, tatareando entre dientes.

Camila, pálida, fuera de sí por la sorpresa y el dolor, lo seguía sin decir palabra, mirándole con ojos extraviados.

—¿Qué dices de esto? — preguntó Carlos deteniéndose.

—¡Qué he de decir yo! — prorrumpió Camila con voz temblorosa. — ¡Te digo que me parece un sueño! ¡Te digo que no puedo creerlo! ¡Te digo que me estalla el corazón! Y echándole los brazos al cuello sollozaba.

—¡Oh, por Dios, déjame en paz! — le respondió bruscamente separándola y tomando la dirección del pueblo. — ¡Buenos estamos para ternuras!

IV

A poco trecho de camino, Carlos se encontró a un amigo suyo del lugar; hombre como de unos treinta años, alto, enjuto, con ojos vidriosos y cierta expresión despreciativa en su boca, el cual para su clase observaba un atildamiento raro de hallar en los jóvenes del campo; cabellos peinados y con pomada, corbatín, y buenos pantalones grandes y ceñidos a la garganta del pie. Era uno de tantos malos campesinos, que sirvieron mal en el ejército y que vuelven a su casa peor que antes, con la perversidad indeleble de su naturaleza, acrecida por los vicios que aprendió en la ciudad y lo que aprendió en el cuartel; una mezcla de villano, de aventurero y de malandrín, apestando a aguardiente y pomada y despreciando lo que él llamaba la "ignorancia".

Este tal, habiendo vuelto con la licencia al pueblo, abrió una pequeña tienda de licores.

Al ver a Carlos se para, y sin acercársele, le dice con sonrisa compasiva:

—¡Lo sé! ¿Y no hay redención posible, eh? — añadió luego.

—También tú has servido, — respondió Carlos.

—¡Por esto precisamente, amigo mío, me das compasión!

Carlos permaneció mudo, con los ojos clavados en tierra.

—¿Y Camila?

Carlos se encogió de hombros.

—¡Qué remedio! Ahora te toca a tí: cada uno a su vez.

Carlos se mordió los labios y siguió su camino.

La voz había cundido por el pueblo, todos lo conocían y todos lo miraban. Alguno de los más íntimos, viéndole pasar, salía a la puerta de la tienda, le llamaba: — ¿Con que nos vamos, eh? — Otros, maliciosamente, decían: — ¡Ya se le bajará la soberbia! — Y las muchachas: — ¡Ahora es cuando hay que ver a Camila !— El a ninguno miraba, pero sentía que le venían encima tadas las miradas; y en aquel momento le oprimía bastante menos la idea de tener que ir a servir, que la imagen de todas las burlas de la gente a quien era antiptico. — ¡Si pudiera cogeros uno por uno! — murmuraba, apretando el mango del cuchillo.

Fué a hablar con el alcalde, volvió a leer la lista de los quintos, y regresó a casa de noche. Al entrar encontró a Camila llorando en un rincón, y acordándose entonces del modo brutal como le había comuicado la noticia, le entró remordimiento, y acercándose, la dijo en voz baja:

—No hay por qué desesperarse; luego, que... todavía no es seguro.

—¿Cómo que no es seguro? — gritó la muchacha maravillada.

—Aun existe la segunda categoría.

La muchacha se quedó pensando: — ¡Segunda categoría, números altos, números bajos, cuarenta días! — Todas estas ideas se le amontonaban confusamente en la cabeza.

—Podría tocarme un número alto, — añadió Carlos.

—¿Y entonces no irías? — exclamó Camila.

—Iría sólo por cuarenta días.

—¿Pero es verdad? — gritó la muchacha arrebatada por la alegría.

—Sí; ¡pero es preciso tener fortuna! — respondió Carlos.

—¡Así es! Pero yo suplicaré tanto a Dios, que seguramente nos concederá esta gracia; — y corrió a encerrarse en su cuarto.

Carlos fué sobrecogido por un sentimiento de ternura, como no había experimentado hacía mucho tiempo; pero en él los sentimientos de ternura tomaban una expresión de despecho y de cólera; apretó los puños, y mirando al cielo estrellado, murmuró con los dientes apretados:

—En verdad que es una ley infame esta que nos obliga a abandonar la casa, los padres, amigos, todo, por ir a hacer... el galeote.

En este momento se oyó una voz en la calle:

—¡Y no hay redención!

Era el amigo licorista que al pasar había visto destacarse en lo oscuro la figura de Carlos, sobre el fondo iluminado del cuarto; Carlos sintió un temblor.

—¡Morral a la espalda! — añadió la voz alejándose.

Y poco después:

—¡Pan de munición:

Y luego, y ya de lejos:

—Y látigo y media cadena.

Las últimas palabras fueron seguidas de una gran risotada; luego todo quedó silencioso en la calle oscura y desierta.

V

LLEGO el día en que Carlos debía ir a la capital a sacar el número. Salió por la mañana temprano con objeto de volver al día siguiente a la misma hora. Camila le acompañó hasta la calle, delante de la casa, y haciendo un gran esfuerzo contuvo las lágrimas y no profirió palabra alguna en el momento de separarse. Estaba pálida y tenía en los ojos señales de no haber dormido y de haber llorado. Cuando se hallaron en la calle, recogió todas sus fuerzas, reanumó su espíritu cuanto pudo, y apretando entre sus dos manos la de Carlos, le dijo con voz entrecortada:

—Vuelve pronto.

Carlos hizo indicación de que sí.

—Y... — prorrumpió con suplicante voz, —¡que te toque un número alto!

Carlos sonrió, la besó y se alejó rápidamente; ella permaneció inmóvil.

—¡Un número alto! — murmuró de nuevo con dulce y temblorosa voz.

Carlos, desde muy lejos, se volvió; Camila hizo ademán como de extraer el número; luego se convirtió este ademán en un saludo; después le envió un último adiós.

Al cabo de un rato se entró en casa y dejándose caer sobre una silla, agotadas sus fuerzas por el esfuerzo que había hecho, exclamó tristemente:

—¡Ah, si el rey presenciase esto y viese lo que nos cuesta, seguramente no mandaría sacar la quinta! ¡Es que no lo sabe y no hay nadie que se lo haga comprender!

No hay para qué decir en qué estado de ánimo pasó aquel día y la noche siguiente. Por momentos se sentía tan extenuada, que le parecía no se podría sostener hasta el día siguiente; a veces sentía dentro de sí tal inquietud, tal deseo, que la ponía en la necesidad de trabajar con furia, de afanarse, de agotar sus fuerzas, para hallar en el cansancio mismo, algo de reposo. Suplicaba, leía, salía por los campos, volvía a casa, se dejaba caer sobre todas las sillas, y siempre veía delante aquella mano, suspendida en actitud de entrar en la urna y sacar la papeleta; percibía todas aquellas papeletas blancas, plegadas, confundidas, moverse y mezclarse por entre los dedos de Carlos como si estuviesen animadas. — ¡Esta! — habría querido decir ella. — ¡No, la otra! — ¡No, por amor de Dios, aquélla que está debajo! — Cada pedazo de papel que distinguía por tierra, los números escritos en las paredes, cualquier objeto que tuviese relación con lo que llenaba entonces toda su alma, le conmovía profundamente el corazón.

Dos imágenes, entre muchas, cruzaban continuamente delante de sus ojos: un soldado que se alejaba por un camino solitario, y que poco a poco se iba haciendo cada vez más pequeño, apareciendo y desapareciendo como un punto negro; y un joven también que vestido de paisano iba a su encuentro, cantando, con un número en el sombrero, que cada vez se iba haciendo más grande, hasta que ella podía leerlo bien: un número alto, el número tan suspirado, su salvación, su vida. Y estas dos figuras se encontraban, se confundían, se cambiaban la una con la otra rápidamente, acompañando a todos estos cambios una sucesión igualmente rápida de goces y de terrores febriles. Así pasó muchas horas de la noche, rezando y llorando.

A la mañana siguiente, estuvo con los padres, esperando a Carlos delante de la casa. Al cabo de una hora interminable, se vió aparecer en el camino, muy lejos, un grupo de gente que en seguida fué reconocido, por el paso rápido que traían, por los sombreros blanquecinos, por los cantos que de cuando en cuando transportaba el aire: era el pelotón de los quintos. Camila se apoyó en el brazo de una parienta suya; el grupo se acercó; la muchacha y todos los demás, se acercaron... ¡Carlos no venía!

Los jóvenes pasaron; todos tenían su número en el sombrero; alguno de ellos saludó a Camila; a ella le faltó aliento para pedir noticias; uno de sus parientes lo interrogó.

—¿Y Carlos? — preguntó a uno de los jóvenes que venía detrás.

—Ha salido con nosotros: pero debe haber tomado otro camino.

—¿Qué número ha sacado?

El joven, a quien los demás llamaban, emprendió a correr sin dar respuesta.

—¡El número! ¡el número! — gritaron Camila y todos los suyos.

—¡Aquí está el número! — tronó una voz inesperada a sus espaldas.

Todos se volvieron: era Carlos. Camila dió un grito desesperado: ¡tenía el número siete!

VI

EL amigo de Carlos había servido ocho años; su servicio lo había terminado a fines de 1876, y estaba completamente libre. Siendo soldado, había permanecido especialmente, después de la guerra de 1866, a la clase de los "descontentos políticos"; clase que un día sólo existía entre los oficiales, se extendió luego a los sargentos y terminó por echar raíces también entre los soldados. Durante el último año de servicio, había estado con su regimiento destacado en una ciudad, donde entre los periódicos republicanos y los monárquicos se había producido una lucha violenta a propósito del ejército, mezclándose en ella nombres de generales, coroneles y oficiales de todos grados; se habían tratado públicamente cuestiones delicadísimas de disciplina armando una zambra y un escándalo inmenso. Como ocurre siempre en casos semejantes, según que la discusión o más bien la batalla, se enardecía, iba también ensan-

chándose; así es que pronto del argumento primero, referente a la alta administración del ejército, se entró en los más pequeños detalles de la economía propia del soldado; primero, del soldado en general; luego, del soldado en determinados regimientos; acusando en primer término al "sistema", al gobierno y al ministro, después al general de división, a tal coronel y a determiandos capitanes; se habían nombrado personas, se habían citado hechos, convocado jurados, y se habían llevado a cabo varios duelos. Al fin y a la postre, después de tanto hablar, escribir, publicar y desafiarse, la tempestad se calmó, quedando como al principio todo, excepto los cascos de los soldados, los cuales quedaron a la jineta.

Los soldados (los que sabían leer) iban tomando mucho gusto en el asunto, y todos los días revisaban los periódcos; habiendo sido castigados al sorprenderlos en esta faena, tuvieron ocasión para meditarlo; aun después de castigados, cada cual se procuró una colección de los números más calientes, y a cada instante se les daba un repasón, a escondidas, subiendo las escaleras, a la hora de la limpieza, detrás de los árboles de la plaza de armas, en la hora de descanso.

A fuerza de tanto leerlas, en la cabeza de cada uno quedóse larga lista de palabras y de sentencias que, luego, según las ocasiones, iban soltando a media voz, con ojo avizor, por si el oficial que les regañara no había vuelto las espaldas. Un capitán que les aconsejase no ir a los tugurios a charlar con los paisanos de monarquía o de república, era un hombre que tenía medio a las "ideas nuevas". El subteniente que haciendo un discurso a la compañía explicase qué cosa es el ejército, cuál es su misión y cuáles sus deberes, de manera que no fuese del agrado de ellos, era un hombre que entendía al revés el "espíritu de las instituciones". Al sargento que daba una orden y cortaba la palabra en la boca gritando: "¡Silencio!" se le respondía: — "No soy un autómata". — A la palabra soldado se la acompañaba siempre como aditamento necesario la palabra "pobre", y ciertos desahogos de cólera contra un superior lejano, se cerraban irremisiblemente con una frase misteriosa que hacía brillar los ojos de los circunstantes: — "¡Ha de llegar aquel día!"

Nuestro soldado había sido uno de ellos y de los más ardientes. Apenas vuelto al pueblo natal con el ánimo aun lleno de agitación y la memoria fresca de aquellos hechos y de aquellas lecturas, se entregó a hacer propaganda de las "nuevas ideas". Habiendo abierto una pequeña tienda de licores, sirvió de punto de reunión a los descontentos del lugar. Allí se leían los periódicos, se hablaba de "dilapidación del tesoro público" y de la "trata de blancos", y de otras cosas que no todos entendían, pero que todos hacían demostración de sentir profundamente. El nuevo tribuno era la voz más autorizada de la asamblea, no sólo porque frecuentemente daba de beber a crédito, sino porque tenía el talento de las malas personas, nutrido del lenguaje periodístico, y mantenido vivo y elocuente por su habitual estado de preludios de embriaguez.

La tarde del día en que Carlos volviera del a capitar de sacar el número, nuestro personaje (se llamaba Marcos) estaba discurriendo con tres o cuatro quintos en un rincón de la tienda. Le preguntaban informes sobre la vida del soldado y le estaban oyendo con la boca abierta.

—El mal está, — decía echando hacia atrás el sombrero, como para dejar más rienda suelta al pensamiento, — en que los superiores no estudian y no saben nada de nada. Y cuando falta esto, — tocándose la frente con el índice, — es muy bonito ir cubierto de galones y de cruces, pero no por eso dejarán de ser unos asnos. Estamos atrasados; he aquí la gran cuestión.

—¿Y qué tal la comida? — preguntó uno.

—La carne, — respondió encendiendo su cigarro, — casi siempre está mala; la sopa se da a los pobres, y de vino ni siquiera se habla.

—¿Y entonces, cómo se vive? — preguntaron todos.

—Cada cual se ingenia, tomando ejemplo de los superiores; mirad: roba la administración militar, roba la comandancia, roban los médicos, es una ladronera general; todos campan sobre las espaldas del soldado.

Alguno de ellos le preguntó qué tal se vivía bajo la disciplina.

—Mal... los tontos. Estos, oid, en el oficio de soldado, tienen sobre sí todas las desgracias. El pan y el agua, los grilletes, los sablezos, son siempre para ellos. Pero para el que tiene un poco de chispa y otro poco de corazón, ya es otro cantar. Es preciso saber enseñar los dientes con oportunidad, y aún los mismos superiores tienen un pellejo que conservar, ¿entendéis?... Toda la cosa está en no dejarse acoquinar. Un capitán se había empeñado en ponerme los puntos, y todas las semanas le tenía encima; era una vida que no podía durar una semana más. Cierto día le planté la vista encima... porque, no lo olvidéis, con los superiores nunca hacen falta testigos; si hay quien vea, está uno en ascuas; estando solos, se niega hasta la muerte y se salva la piel. Pues bien, le eché los ojos encima en un corredor, de noche, sin esperárselo, y allí le dije cuatro cosas de las que llegan al alma; os lo aseguro. "O usted acaba por romperme el alma, o le juro bajo mi palabra de honor, que a mí me tocará un balazo en las espaldas, pero usted no se libra de que le meta cuatro dedos de bayoneta en el vientre; ni el mismo Anticristo le libra de ello." No dijo una palabra más: si hubiese respirado, lo ensarto como a una rata. He aquí todo; es preciso no dejarse poner el pie al cuello.

—¿Y la guerra?

—La guerra, — respondió Marcos, — no hay para qué hablar; allí no hay más remedio que cumplir como bueno. La patria es una sola, y el soldado es siempre defensor de la patria. Pero siempre vamos a parar a lo mismo, y es que los generales no saben lo que hacen. Figuráos: un general en 1866, cuando marchábamos sobre Venecia, con

fuertes por todas partes; un brigadier ¿entendéis? plagado de galones y de cordones, con aire de comerse a todos los alemanes habidos y por haber, que daba miedo mirarle, yendo detrás de mí, que iba con otros de vanguardia y con encargo de evitar la presencia del enemigo... pues bien, aquel general no sabía dónde estaba el fuerte de... no me acuerdo, un fuerte de primer orden, desde el cual podían los alemanes destrozarnos a cañonazos cuando quisieran; pues digo que el tal general, que estaba solo, tuvo que bajarse a preguntármelo a mí, — y se daba sobre el pecho con la mano extendida; — a mí, simple soldado, cosa que hace salir los colores al rostro de vergüenza, y decirme: "Oye tú, ¿hacia qué parte se encuentra tal fuerte?" Y yo tenerle que responder: "Señor general, el furte de que habla vuecencia es aquél, mire, donde señalo con el dedo." Y si por casualidad no hubiese yo observado, nos conducía seguramente al matadero. ¿Qué os parece? Pregunto y digo si tiene gracia hacer la guerra de este modo...

VII

A las once de la noche, Marcos había quedado solo en su tienda, iluminada por un farol, leyendo un periódico atrasado. En esto entró Carlos.

—Número siete, ya lo sé, — dijo Marcos, echándole una ojeada sin dejar de leer.

Carlos se sentó a su lado sin decir una palabra, y apoyando un brazo sobre la mesa, inclinó la cabeza sobre la mano.

—Es muy dura la tal vida, — comenzó a decir Marcos, lanzando a su amigo una mirada maligna.

—¡Oh, en cunto a dura, lo es y mucho; te lo puedo asegurar! Es una vida que el que quiera hablar de ella, es preciso que la haya probado. Te lo digo por tu bien, y porque no quisiera que fueras a servir con una idea falsa. Mi deber, como amigo, es decirte la verdad y sin farsa. Ya puedes imaginarte, humillaciones; no es posible que puedas pensar nunca tantas como tendrás que sufrir, te lo juro. Llorarás lágrimas de sangre. Por lo pronto, si tienes sentimiento del honor, cuenta con no tenerle. Cabos, sargentos, tenientes, capitanes, son todos gente pagada expresamente para llamarte bruto y perdido a cada paso, y por turno. En la plaza de armas, a presencia de medio mundo, te ponen las manos en la cara, sin importarles la gente que se detiene a reir. En las marchas, cuando uno está muerto de sed, hasta el punto de haber perdido la figura de hombre, y se queda uno rezagado, o se cae a través del camino, entonces vienen los puñetazos y los puntapiés, en términos que no tienen nada que envidiar las gentes de galeras. He visto un comandante, durante una marcha en que un soldado se había puesto enfermo hasta el punto de no poderse tener en pie, y él creía que lo hacía a propósito; pues bien, le hizo ir hacia adelante a fuerza de empujones y de puntapiés por espacio de media legua, hasta que cayó al fin a un foso; cosa que le vuelve a uno loco. Alguna que otra vez tiene uno que sufrir también sablazos, dados con el corte, no creas; sin piedad, querido mío, le tratan a uno. El soldado es una bestia; prepara las espaldas y la cara. Y al que se subleva, lo meten en prisión a que le coman vivo las ratas, o lo envían a una compañía de disciplina donde le rompen los huesos a palos. Si luego tienes la desgracia de enfermar, no hay nada qué decir, porque todo el mundo sabe bien lo que son los hospitales militares. Si no curas pronto, te dan el pasaporte para el cementerio, lo mismo que dos y dos son cuatro, porque ¡comprendes! no quieren mantener carne inútil. He visto yo compañeros míos tendidos, extenuados en aquellas camas, con los ojos vidriosos y la cara del color de la cera. Es cierto que puedes tener la fortuna de ir a la guerra. Entonces tus superiores se ganan los grados y tú dejas la piel en medio del campo, si antes de ponerte en fila con una docena de tus compañeros, no te entra una bala en la espalda, condenado por "huir a la desbandada ante el enemigo." Créeme, es una vida de galeote. Para resistirla, se necesita no tener sangre en las venas. Quisiera poseer tantos duros como compañeros he visto hacer trizas con los dientes la correa de la banderola, y echar mano a la bayoneta para atravesarse la garganta. Por mi parte, y no lo digo por desanimarte, porque no sería esta acción de hombre honrado, iría a una prisión, iría a pudrirme en una prisión, me haría salteador de caminos, me dejaría ahorcar en medio de la plaza, todo, antes que volver a ser soldado. Bien es verdad que si me reclamasen, me largaría a Francia o a Suiza. ¡Se han ido tantos otros! ¿Qué quieres? Yo no me encuentro con inclinación a recibir puñetazos, puntapiés y sablazos. De todos modos, me haría más feliz recibir un tiro en el pecho, de un carabinero en la frontera, pues que, al menos, sólo sería una bala, que recoger doce en la espalda, de mis compañeros, mandados por el primer ayudante. Ten valor, ánimo. Son cinco años no más, y cinco años... son largos, sí, ya lo creo que son largos, pero al fin no es la vida entera.

VIII

AL siguiente día, y a la hora acostumbrada, Carlos y Camila se encontraban delante de la puerta. Ella tenía los ojos rojos de llorar; él la saludó con una sonrisa.

—¿Estás alegre? — preguntó Camila.

—Sí.

—Cualquiera diría que se te ha olvidado que tienes que marchar.

—Yo no marcho, — respondió con franqueza el joven.

—¿Cómo que no partes?

—No, no marcho, — añadió él, destacando claramente las sílabas; — no voy a servir.

—¡Te meterán en la cárcel! — exclamó

Camila, mirándole inquieta, con fijeza que hacía adivinar su pensamiento.

—Para el que se deje atrapar, — murmuró, mirando en alto.

—¡Carlos! — gritó ella dejando la labor, — ¡Tú bromeas!

—Bromas, ¿eh?... Ya verás.

Carlos permanecía siempre inmóvil, mirando al suelo.

—Siempre la he tenido.

—¡No es verdad!

—¿Cómo que no es verdad? — repuso Carlos dando una vuelta en redondo, y le echó una de aquellas miradas que la hacían enmudecer.

Camila volvió a sentarse, apoyó su frente entre las manos y murmuró con voz humilde:

—Ten compasión de mí... no me hagas sufrir... dime que no lo dices de veras.

El le puso la mano sobre la cabeza en ademán cariñoso, pero en seguida la retiró y se quedó pensativo. Calló por algunos minutos también ella, absorta en la meditación de la nueva desgracia que el intento de Carlos la hacía prever; luego se levantó, y apoyándose con las manos cruzadas en la espalda del joven, le dijo con toda la dulzura de su corazón y de su voz:

—He comprendido todo lo que pasa por tu imaginación, y... mira, aún me atrevo a asegurarte quién te ha metido tal idea en la cabeza.

El joven hizo indicación de que no.

—No digas que no, Carlos; no quiero ponerte a mal con nadie; lo digo únicamente para hacerte ver que ciertas cosas no te creo capaz de pensarlas. ¿Tú me quieres bien, no es verdad?

Carlos indicó que sí.

—Por consiguiente... piensa un poco en mí, si es verdad que me quieres bien. ¿Querrías dejarme sola? Ya comprendes tú que no es posible que yo vaya contigo. Cierto que podrás contestarme que para ir a servir has de dejarme por fuerza. Ya lo sé, pero la cuestión es otra; porque si vas a servir, sé dónde estás y cuándo debes volver; y año más o menos, si no ocurren desgracias, tu vuelta es segura. Pero si te vas por algún otro motivo... adiós matrimonio; quién sabe cuándo podrás volver. Y luego... ¿dónde irías? ¡Ay, Dios mío! No me hagas pensar en ello; sería preciso que fueras a vivir a otro país; bien sé donde van; pasan los montes; aún de la parte de acá, ha habido también gente que deserta de las filas; ¿se les ha vuelto a ver? Siento decirte que todos concluyen mal; además, si es por sostener a la familia, bien sabes que gracias al cielo, aún cuando tú faltases, por algunos años al menos, no nos arruinaríamos; y si tuviésemos necesidad de tí... sería la misma cosa, teniendo que estar fuera del país. Por consiguiente, ¿por qué te quieres ir? ¿Para bien de los tuyos o de mí? ¡No!... ¡ya! Lo has dicho por meterme miedo, Carlos, ¿no es verdad?

—¿Pero sabes, — respondió Carlos con forzada sonrisa y sin mirarla, — que se diría que casi tienes gusto en que yo vaya a servir? Dí la verdad, ¿te gustaría?

—¡Agradarme! ¡Por Dios, Carlos! ¿Es posible que tú no puedas decir una palabra sin herir mi corazón? ¿Todavía no me conoces? Desde que me diste la noticia hace siete días, no he tenido un momento de tranquilidad, bien lo sabes. No he hecho más que llorar y desesperarme... Mira mis ojos... mira en lo que ha venido a parar mi cara; no pienso más que en tí; apenas te veo alegre me consuelo; siempre que sale de tu boca una palabra triste, cambio de color; ¡por toda recompensa de la vida que hago, en vez de animarme, mostrándome al menos un poco de compasión, me dices que tengo gusto en que te marches!

—No, no he dicho eso.

—Lo has dicho, y luego... ¿podrías dudar de mí quizá? ¿Quieres que te prometa que por todo el tiempo que estés lejos de aquí no mire a la cara de nadie ni por un momento siquiera, como si no tuviera ojos? Soy capaz de hacerlo; aún me atrevo a hacer voto; aún no me conoces tú bien, ya lo verás. Soy capaz de venir aquí todas las noches cinco años seguidos, como si tú estuvieras presente. ¿Cinco años? ¡Diez! ¡Quince! Te esperaría sin lamentarme, sin quejarme, sin faltarte ni aún con el pensamiento. Todo ello, por supuesto, sabiendo que te hallas en el país, que no andas por el mundo como un desesperado, sin que nadie te busque y cumpliendo con tu deber. Todos los demás van... Carlos, ya puedes comprender cuánto me cuesta decir esta palabra; siento que mi deber es decírtela y te la digo con todo mi corazón, sin vacilar; al contrario, mira, con cierta satisfacción, como si fueran las palabras de una oración: ¡vete tú también!

Cundo nos empeñamos en hacer algo, especialmente con propósito triste, las palabras del que quiere persuadirnos que le abandonemos, cuanto más cariñoso y dulce es, tanto más ruda es nuestra obstinación y más áspera la resistencia.

—¡Bah! ¡bah! — prorrumpió el joven, encogiéndose de hombros. — Eso es muy fácil decirlo; pero cuando uno está en su casa. Es preciso saber qué clase de vida va uno a hacer.

—¡No te impacientes, Carlos; bien sabe Dios qué lejos estoy de pensar qué sea una buena vida! Por mala que sea, de seguro no lo es tanto como a mí me parece; y sin embargo, es preciso tener ánimo. ¿Pues que la vida que fuera del país tuvieras que hacer sería mejor? Y no creas que ha habido más muchachas que yo que hayan tenido relaciones con jóvenes soldados; seguramente conozco yo más de una, tú mismo las conoces. Pues bien, se fueron al ejército, estuvieron separados varios años, a alguno le tocó ir a la guerra. Ellas les esperaron, viviendo retiradas todo aquel tiempo, hasta que volvieron, queriéndose luego aún más, se casaron y viven en paz y sin remordimientos. Creo yo que no estarían tan contentos si hubiesen huído aún cuando hubieran contado con la vuelta. Entonces la vida del soldado no era peor que ahora... Hay, además, que si tú fueses un hombre débil, como Pedro el hijo del panadero, que

no pudo resistir y que murió en una marcha, pase; pero tú eres robusto (lo miró) y hasta te encontrarías bien.

—Sí, sí, buenas palabras, — respondió sonriéndose, — que no hacen al caso; yo no hablo de fatigas, ni las temo. Es que no siento aquí, — golpeándose en el lado del corazón, — ganas de ser soldado. No he nacido para servir ¡ca! ¡Los señores de aquí al lado me habían propuesto ir a la ciudad, y en qué condiciones! ¿Has visto si he aceptado? Es mi carácter, ¿qué quieres? Es imposible que yo pueda soportar a los superiores. Figúrate qué clase de esclavitud la del soldado; me riñen, respondo, y ya sabes lo que viene detrás de esto. Ya sé yo bien la vida que se hace; me lo han dicho, y además todo el mundo lo sabe; y si tú quieres saberlo, no tienes más que ir una vez a la plaza de armas. Siento que si llego a ir no vuelvo; no es vida para todos, hasta tal punto, que los hay que se matan de desesperación. Iría a trabajar a las minas, quién sabe; iría aquí, a la fábrica de vidrios, donde se pasa todo el día al pie de los hornos y se pierde la vista; iría donde tú quisieras, al fin del mundo; pero a servir no, no puedo, es inútil, este es mi genio, no he sido hecho para servir.

—¡Servir! — dijo con timidez la muchacha, — yo no sé, pero por lo que oigo decir, que es lo mismo que yo creo, el soldado se fatiga y corre peligros, pero a nadie sirve, ¿a quién sirve?

—¡A todos! — gritó él. — ¡Sí, a todos sirve!... ¡Que a quién sirve!

Camila calló por un momento, y luego se le escapó de los labios, con cierta incertidumbre, como se dicen las cosas que se han oído decir, porque más bien han quedado en los oídos que en la inteligencia:

—Se sirve al rey.

—¡Vaya una cosa ahora, — respondió Carlos rebuscando una respuesta, — salir con el rey! Ya te figuras tú que va a estar siempre el rey en el cuartel haciendo de protector; haciendo justicia cuando maltratan a alguno; cuidando de si el pan es bueno o malo, y obligando a comprender a los médicos cuando te cuidan que eres carne de cristiano. ¡Nada, sí, el rey se entera de todo!

—Yo no sé; pero también he oído decir que ser soldado... es un honor.

—¡Ah, pobre de tí, un honor! El honor es para los que mandan y tienen galones de oro y los bolsillos llenos de cuartos; pero para el pobre campesino que va allá... ¿Sabes lo que hay? Lo que hay allí son grillos, eso es lo que hay, querida mía. Y luego... (aquí bajó la voz gesticulando y con acento muy significativo) ¡no sabes qué vida hacen los soldados!

La muchacha se le quedó mirando un momento como si no hubiera comprendido, y luego bajando los ojos, murmuró:

—Yo creo que el que quiere, en todas partes puede portarse bien.

—¡Ya, tú siempre tienes una buena razón que contestar! Todo lo arreglas en seguida y lo ves muy bonito.

—Y tú no lo verías todo tan mal, — respondió Camila con cierta vivacidad, — si no hubiera quien te lo hace ver de ese modo.

—Ya sé de quien hablas; no es cierto, y no quiero oir una palabra más.

—Pero, ¿cómo quieres tú que hable entonces? — prorrumpió ella con la voz un poco trémula de indignación, hinchándosele las venas de su blanco cuello. — Te digo lo que siento, lo que el corazón me dicta, que creo que es tu bien. ¿Quieres que yo diga por fuerza lo que tú piensas? Mándame, amenázame; pero con el corazón, no me lo harás decir nunca, jamás lo diré, me repugna... no puedo!

—Y bien — dijo Carlos con voz tranquila al parecer, pero con acento airado, — voy, sí, te lo prometo, me marcho, pero... óyeme bien, te lo advierto antes y estate segura de que sostendré mi palabra: no soy de los que se dejan poner el pie en el cuello, tengo sangre en las venas... me conoces; pues bien, a primera vez que un superior cometa una violencia conmigo, me dirija una palabra soez o me ponga la mano encima, aún cuando estuviéramos en medio de la plaza de armas o en medio de la calle, en presencia de cien personas, o en la tuya, o en la del cura, en la de tus padres, o en la del diablo que fuera, ¡como hay Dios que le abro la cabeza con la culata del fusil, y sea lo que quiera!

Camila se cubrió el rostro con horror. El la miró oblícuamente, y con la complacencia bestial del que mide la herida abierta por las palabras dichas; pero casi al mismo tiempo, por uno de esos rápidos cambios del corazón frecuentes en las naturalezas violentas, se conmovió a la vista de aquella pobre criatura que sollozaba, como si el pecho se le abriera.

—¡Camila! — añadió con voz cariñosa.

—Sí, — empezó a decir sollozando; — quered a uno, consagradle todo vuestro corazón; sufrid, consumíos por él; y todo con la esperanza de que caundo se encuentre en una situación difícil, os consuele el ver que necesita de una, que podréis serle útil, confortarle, animarle; sí sí, ilusión; vendrá ese momento; haréis todo cuanto sea posible por persuadirle de que no falte a sus deberes; y entonces, por toda recompensa a vuestro cariño, él os responderá que quiere hacer su voluntad... — y añadió casi imperceptiblemente: — ¡asesino! — y prorumpió en llanto, aún más afligida.

Carlos se inclinó y la tomó por una mano; ella aprovechó aquel momento para decirle con voz suplicante:

—¡Prométeme que irás! — y le tomó por los brazos.

—¡Camila, — exclamó él, soltándose y alejándose con rapidez, — soy un desgraciado!

Camila le hizo seña de que se detuviera; Carlos desapareció; entonces ella bajó de nuevo la cabeza, llorando. En aquel momento la conmovió el sonido de una voz alegre y cariñosa que preguntaba:

—¿Qué hay?

—¡Ah, el señor cura! — exclamó Camila. — Tengo tanta necesidad de él, es bueno, se lo diré todo, me dará ánimos, el cielo sea

bendecido. — Y corrió hacia el pobre viejo con la confianza y serenidad de una niña.

IX

DOS horas después, Carlos y Marcos se encontraron en una de las calles del pueblo.

—¿Sabes que he pensado otra cosa? — dijo Marcos. — ¿En qué manos te vas a poner para aquel asunto?

—¿Qué asunto?

Marcos indicó con un gesto el país lejano donde le proponía irse.

—Ah, ¿entendiste?... Pues bien: ¿sabes en qué manos te has de poner para salir bien? ¿A que no lo adivinas? Después de todo, no serías el primero que ha seguido ese camino... sobre todo ahora que los curas párrocos son más fuertes: si él quiere, te encontrarás bajo seguro, sin advertirlo, porque ellos mismos se escriben de parroquia en parroquia. Debes ir a verle, contarle el caso en que te hallas, tantearle un poco sin que te arriesgues. Si ves que cede en seguida, sigue firme hasta que la cosa esté en su punto; si se hace el sueco, firme también; no es más que una ficción para no comprometerse él primero. Si se niega, adiós; por más que no temas, es un hombre honrado, y no te hará traición; lo peor será que no habremos sacado nada en limpio.

—¿Pero de quién hablas? — preguntó Carlos.

Y el amigo hizo alrededor de la cabeza un gesto bufonesco que quería representar un sombrero de cura.

X

EL cura, a quien los habitantes del lugar llamaban familiarmente don Luis, era un viejecito como de setenta años, pequeño, nervioso, con vivísimos ojos que leían en las almas, — decían las devotas, — como en un libro; buen hombre y buen cura, indulgente para con los penitentes, alegre en la mesa, con la cara encendida y los cabellos blancos; de ideas políticas tricolores; en su vida y en sus maneras, análogo a los demás curas del lugar, los cuales, sin embargo, le miraban con estimación por un cierto barniz de ilustración, de que había dado prueba años atrás, componiendo varios sonetos dedicados al arzobispo, que fueron alabados por un periódico de la provincia como "flores de buena poesía, recomendables tanto por la nobleza de la forma como por la robustez de los conceptos". Su benévola mirada y la dulzura de su voz, templaban la severidad de sus líneas y la rigidez de sus movimientos, que le asemejabn en cierto modo a un coronel retirado. Era abierto y afable con todos; nadie le quería mal; Camila, especialmente, le quería bien, por la intimidad que el vivir al lado de la iglesia, viéndole pasar continuamente, u ofreciéndola ocasión de hablarle con detención, le había dado. Así que corrió a su casa a darle cuenta de todo, del resultado de la quinta, de los propósitos de Carlos, de sus temores, incitándole a que le hiciera cambiar de intencines si no quería verla morir de dolor. El cura prometió hacer cuanto pudiese, y aún añadió que buscaría a Carlos antes de ser de noche.

Una hora después llamaba Carlos a la puerta del cura.

No sabía todavía qué había de decirle, ni siquiera había pensado la manera de empezar; sentía una grande emoción. Entró, se detuvo en un ángulo de la habitación con el sombrero en la mano.

La habitación era pequeña, colocada en la planta baja, alegre, llena de luz, con el aspecto peculiar de las habitaciones todas de los curas de pueblo, que hacen adivinar la vecindad de la iglesia; blancas y desnudas las paredes, un crucifijo sobre la puerta, un cuadro viejo, un par de macetas sobre el antepecho de la ventana y un ligero perfume de incienso en el aire.

El cura estaba sentado en un sillón, delante de la mesa, leyendo; cuando vió delante al muchacho, se sorprendió.

—Tengo que hablarle, señor cura, — dijo Carlos.

El cura le hizo sentar.

—¿Cómo es que se ha anticipado? — pensaba, entretanto. — Algo ocurre. — Se quedó mirando a Carlos, y cruzó por su mente una sospecha, y resolvió espontáneamente. — Siento que hayas sido llamado a servir en el ejército, — dijo.

—Sí, señor, — respondió Carlos, mirándole con fijeza.

—¿Y cuándo te marchas?

—... Me iré después del reconocimiento; dentro de diez días.

—Y... — preguntó el cura, echándole una mirada escudriñadora, — ¿te marchas?

Carlos no respondió, le miró. El cura se confirmó en su sospecha, y después de mirar un momento al libro con las cejas fruncidas, levantó la cabeza y dijo con aire distraído:

—Por consiguiente, te vas y has venido a pedirme un consejo, ¿no es verdad?

—Me ha comprendido usted.

—Sí, creo que he entendido, — respondió con seriedad el cura, — y tomando de repente acento bondadoso, continuó: — Seguramente... tú eres un muchacho valiente, robusto, juicioso, cumplirás como bueno y volverás a tu casa contento. Ni aún tengo por qué preguntarte si mantendrás tu promesa a Camila; al contrario, estoy seguro que todo el tiempo que estés lejos de aquí, tendrás buena conducta y harás lo posible para que así como ahora puedes ofrecerle una mano honrada, a tu vuelta pueda estrechar la de un soldado valiente, ¿no es así?

El muchacho, maravillado, tan pronto se ponía encendido como palidecía, sin saber qué responder ni a qué partido quedarse. De repente, le volvieron a la cabeza las palabras del amigo: "Si se hace el sueco, no es más que pura ficción, para no comprometerse él primero", con lo cual aún tuvo un rayo de esperanza. Cobró ánimos, y rompió el hielo de golpe.

—¡Pero yo no voy a servir! — exclamó.

—¡Ah! — gritó el cura con ligera sonrisa y mirando hacia la ventana.

—¡Ya lo había yo dicho! — pensó Carlos, — ya estamos en el punto.

—¿Y qué piensas hacer? — preguntó el cura, mirando siempre lejos.

—¿Yo?...

Estuvo pensando un momento y respondió precipitadamente:

—El mundo es muy grande.

—Tú no sabes una cosa, — replicó el cura, volviéndose hacia Carlos y sonriendo benévolamente, como si no hubiese comprendido el significado de las últimas palabras. — No sabes que yo he sido capellán del ejército cinco años, desde el 54 al 59. Cinco años seguidos capellán del primer regimiento de infantería, brigada del rey, y de esta suerte, también yo he sido medio soldado y puedo hablar. Verdad es que de entonces acá han cambiado mucho las cosas... y dicen que para mejorar. Cree en lo que yo te digo; no es una vida mala, dura y arrastrada más que para los malos soldados. Para los otros es otra cosa, y todo consiste en empezar bien. En seguida que un muchacho es mirado con buenos ojos por los superiores, puede estar seguro de sí, a no siente más el peso de la disciplina. Es menester estar alegres, ser francos y leales; los jefes perdonan todo a los soldados abiertos, valientes y honrados, aunque tengan el diablo en el cuerpo y hagan de cuando en cuando una gorda, porque al verle la cara no pueden menos que decir: "¡Aquí hay un hombre!" En todos los regimientos hay un cierto número de esos valientes simpáticos...

"...Recuerdo, entre otros, a un tal Farinelli, del cual seguramente se recordarán también los oficiales más antiguos del regimiento. Era un pedazo de hombre más alto que tú lo menos un palmo; tan largo, que se había puesto a doble ración... ¡Era el calavera más grande del mundo! Se escapaba de noche, arriesgaba la vida, alborotaba la compañía, pero era a la vez tan buen muchacho, que todo el mundo lo miraba con buenos ojos. En las marchas siempre llevaba las mochilas de los que no podían más. En el cuartel siempre estaba cantando; saltaba como un gamo, rompía una piedra con el puño; si se encontraba en alguna riña, la hacía terminar en seguida a fuerza de trompicones; siempre el primero para arrojarse en caso de incendio o para echarse al agua a salvar a algún compañero; listo sin juicio, pronto en sus respuestas, hasta el punto de que nadie podía seguirle; incapaz de mentir, aunque le hubieran cubierto de oro; un soldado modelo en el servico, y fuera de él un demonio. Tenía el vicio de la bebida, pero así y todo, se plantaba en las filas tan derecho, que los jefes, en lugar de castigarle, no tenían más remedio que reir. Todo el regimiento lo conocía. El capitán decía que con cincuenta perdidos como él se hubiera atrevido con un batallón de austriacos. Recuerdo que una vez el coronel, que era una buena estampa de soldado viejo, con una cicatriz en la frente, pasando revista al regimiento, se detuvo a mirar a aquel guapo muchacho que le miraba atrevido con sus dos ojazos llenos de fuego, y no pudo menos de decirle: "¿Sabes que tienes una bonita facha de soldado?" Echate a adivinar lo que él le contestaría: "Tampoco la de usía es de mentirijilla, señor coronel." Este se quedó un momento como estúpido, se echó a reir y al fin no dijo nada. ¡Estos son soldados! Los había además, como ocurre siempre, enteramente diversos, lo opuesto; pero así y todo, soldados valerosos, tranquilos, que pasaban los cinco años sin dejarse oir; como si fueran sombras; lo mismo el último día que el primero; los primeros siempre para ponerse en fila, como para volver al cuartel; sin una mancha en el capote, sin una palabra más alta que otra; sin tener nunca una deuda que pasase de la "masita"; siempre sanos y de buen humor, soldados que en cinco años no recibieron ni una reprensión, ni un regaño, y de cuya existencia, ni el mismo comandante de la compañía se hubiera dado cuenta si no constasen sus nombres en las listas; jóvenes que parecían haber nacido con la divisa militar encima, con el fusil en la mano y como si debieran servir por toda su vida. Me acuerdo bien de un capitán que tenía en su compañía una docena de ellos, que me decía: "Si yo tuviera siemper una compañía de soldados como éstos, viviría veinte años más. Palabra de honor, que si me preguntasen a quién quería más, si a esos muchachos o a mis hijos, me vería perplejo para responder." ¿Qué te parece esto?

Carlos escuchaba con la cabeza baja y pensativa.

—Y puedo hablar, mira, — continuó el cura, — porque a los soldados piamonteses de aquel tiempo puedo decir sin vanagloriarme que los he conocido a fondo. Entonces era otra cosa; los soldados tenían religión y se confesaban; venían al servicio con medallas benditas al cuello; eran gente sencilla, a la buena de Dios y con demasiada buena pasta, quizá; pero como temple de hombres, — y golpeaba con el nudillo del índice sobre un sujetapapeles de piedra, — eran duros como esto. Muchos venían a hacteme confidencias. Un buen capellán servía de algo en aquel tiempo. Los había que en los primeros días venían a decirme que no podían aguantar aquella vida. "Es inútil, decían, nos falta valor; alejados de casa, esta disciplina, sin amigos por tanto tiempo, nos desespera." Y yo respondía siempre: "Animo, hijos míos. Os lo suplico en nombre de vuestra familia, de los hijos que tendréis un día, del país en que habéis nacido, del rey que os ha dado esta divisa; tened valor. Vosotros cumplís un gran deber, no hay de doloroso más que los primeros meses. Cuando seáis viejos estaréis orgullosos de poder decir que habéis sido soldados; encontraréis amigos; os acostumbraréis a la disciplina; sentiréis menos las fatigas. Un poco de fuerza y paciencia para otro mes y veréis." Y quería que lo prometiesen, lo prometían y se encontraban contentos. Otros se desfogaban en acusacio-

nes contra ciertos superiores que no los podían ver y les ponían en situación de hacer un despropósito, y yo repetía siempre: "No, hijos, no digáis ni penséis estas cosas. No hay superior que pueda quereros mal. Es una mala inteligencia. Si alguno os persigue es porque os ha juzgado mal. Hacédselo ver. Cumplid con vuestro deber y mirad siempre al superior de frente, a la cara, con respeto, pero con la cabeza levantada, con el alma en los ojos, sin rencor, y habladle con el corazón en la mano, como a vuestro padre; ya veréis que cambiará de pensamiento y os hará justicia."

"... ¡Cuántos no vinieron luego a agradecerme estos consejos! Una vez vino un soldado licenciado con decidida intención de decirme que su capitán, quien siempre lo había tratado mal a él y a otros siete u ocho que marchaban con la licencia juntos... pues bien, que aquel capitán que todos decían que era un perro, les había dicho el día que fueron a despedirse a su casa: "Alguna vez os habré parecido un hombre bestial que gritaba y castigaba injustamente; pero si recordáis bien, era siempre en los días de lluvia, y la razón héla aquí: Es esta fatiga que tengo en el pecho y que me han causado los alemnes en Novara", y descubriéndose el pecho, enseñó una horrible herida que hacía doce años le martirizaba. Entonces todos se creyeron en el caso de excusarse.

"...Es preciso ir despacio, querido mío, para juzgar y condenar. Siempre me acordaré de un soldado de Saluzzo que era perseguido por un oficial y que le odiaba a muerte, y decía cuando estalló la guerra, que en la primera ocasión se haría justicia por su mano. Pues bien: se encontraron precisamente sobre el campo de batalla el uno al lado del otro en un momento en que llovían balas. Ahora oye lo que ocurrió. En un momento, el soldado siente que el oficial le da un gran golpe en la cabeza. ¡Era demasiado pardiez! La sangre se le arrebató. Lanzó un grito de rabia y se volvió ciego para darle un bayonetazo... ¿Qué vió? El oficial, pálido, que se tambaleaba, buscando donde apoyarse. Una bala le había herido en el lado, mientras gritaba adelante con la espada en el aire, la cual, cayendo, había ido a golpear sobre la cabeza del soldado. En un momento, me contó él mismo, se me marchó todo el odio del corazón. Lo sujeté, lo tuve un momento suspendido, luego lo tendí en la yerba, me arrodillé para apretarle la mano sobre la herida. Pero era inútil; la herida era mortal. El me miraba sin lamentarse, con los ojos espantados y fija la mirada. Parecía como si quisiese pedirme perdón de las injusticias que me había hecho. Mi teniente, le dije yo, será una cosa ligera. Pero sí; los ojos se le velaban, y mientras me inclinaba para mirar la herida, él puso una mano sobre mi cabeza y la hizo deslizarse por la mejilla hasta la espalda, haciéndome una caricia. Yo levanté la cabeza y grité: ¡Teniente! ¡Había muerto! ¡Y entonces me pareció haberlo querido siempre!" ¿Qué me dices? ¿Son estos soldados? ¿Son hombres ante quienes uno debe descubrirse, sí o no?

Carlos permanecía siempre inmóvil, mirando al suelo y esforzándose inútilmente en aparentar que su seriedad no era más que mal humor.

—Yo les he visto a prueba en el cincuenta y nueve; aquellos muchachos, — añadió el cura después de haber echado una mirada a la ventana queriendo demostrar que no se ocupaba de la impresión que sus palabras hubieran podido producir. — Entonces existían también los provinciales, hombres de veintiseis a treinta y dos años, la mayor parte con mujer e hijos. ¡Pero qué soldados! Los he visto pasar el día de San Martino, cuando el regimiento desfilaba delante del coronel para entrar en fuego. La gente joven iba más despreocupada; los provinciales un poco más tristes; pero todos tenían el corazón sereno, de tal suerte, y daban un ¡viva el rey!, que hubiera bastado para comprender que la batalla no se podía perder. El coronel decía de cuando en cuando: "Animo, mis bravos soldados, que todo saldrá bien." Yo los bendecía en mi interior con el corazón oprimido, y pensando en cuántos no volverían más. Un poco después empezaron a silbar las balas. No quiero exagerar, digo la verdad: cuando oí los primeros silbidos me parecían aullidos de gatos rabiosos: me faltaron las piernas. Pronto me rehice. Metí la mano bajo la ropa, estreché el crucifijo que llevaba sobre el corazón, y me dije: "¡Vamos, Luis, éste es el gran momento para hacer ver que un buen cura sabe ser un buen soldado!"

"...A los pocos minutos comenzaron a notarse los primeros huecos en las filas. ¡Qué cosas me tocó presenciar! Se veía a aquellos pobres muchachos, mientras la compañía iba adelante, detenerse de pronto, dar una vuelta con los brazos por el aire y caer desplomados sin soltar el fusil. Es preciso haber estado allí, para comprender lo que se sufre, el valor, que se necesita cuando se ve allí en medio de la yerba, y en medio de las mieses, entre las zarzas y dentro de los fosos, aquellas caras blancas con los ojos fijos, y por todas partes armas y fornituras esparcidas y sangre. Principié a correr de unos a otros. Me llamaban. — Aquí, aquí, capellán. — Aquí estoy, — respondía, — aquí estoy hijos míos. — Me agarraban de la mano, me hacían arrodillar, no querían que me separase de ellos. Por mi parte, daba ánimo a los heridos y bendecía a los moribundos. ¡Qué muertes he visto! ¡Qué serenidad! ¡Qué resignación! Los hubo, que antes de expirar hacían una señal con la mano, así, en además de decir adiós al regimiento que se alejaba. Algunos me quisieron dejar un recuerdo. Aquí tengo en una caja, un anillo y una banda roja; un campesino de Monferrato, pobre joven, quería darme sus pendientes y se tocaba las orejas con una mano, que ya no servía para quitárselos. En seguida, ya no sabía dónde me encontraba; las lágrimas me oscurecían la vista; tenía la manos bañadas en sangre, y corría de aquí para allá como un insensato. ¡Pero nunca he visto a ninguno volverse atrás! Había cazadores heridos que se sostenían apoyados en los

troncos de los árboles con un esfuerzo desesperado, para poder ver a su batallón que combatía en las alturas.

"... He visto un artillero, un muchacho rubio, herido en la espalda y destrozado, que se apoyaba contra el brocal de un pozo, que para infundir valor a los soldados que pasaban, hacía ademán de rociarles con su propia sangre, como para bendecirles, riendo y gritando. — ¡Tomad, es sangre vertida por la patria, os dará fortuna! — He asistido a un pobre soldado de caballería, que al expirar me dejó sus últimos recuerdos. Tenía en el bolsillo una carta para su madre con diez pecetas dentro, y que el día anterior había querido echarla al correo en Lonato y no había podido. ¡Me la dió y quiso que le prometiese enviarla! Hecha la promesa, parecía más tranquilo. Sufría mucho, estaba blanco como este papel; de cuando en cuando dejaba oir un prolongado lamento; hizo un útilmo esfuerzo para que me inclinase hacia él; así lo verifiqué, poniendo el oído cerca de su bocañ Apenas salió un hilo de voz de su pecho para decirme: — Si no tuviera ocasión de volver a pasar por mi pueblo... soy de Castelnuovo Calcea... me llamo Antonio Calvi... me haría un favor... buscando a mi madre... a mi mujer... si preguntan cómo he muerto... — y diciendo esto me echó un brazo al cuello para sostenerse, — decidles que he muerto como buen soldado... con valor... que he sufrido... casi nada... y que cuando sea grande... Pepín... mi pobre niño, — y luego añadió con un esfuerzo, — se lo digan. En este momento dejó caer el brazo, la cabeza hacia atrás contra una piedra, y adiós... todo acabó. — ¿Has entendido? Estos son jóvenes que hay que tomar como ejemplo, almas fuertes y grandes de quienes se llevará el nombre en el corazón por toda la vida.

Carlos continuaba callando, teniendo la barba apoyada sobre el pecho; pero el temblor de las manos, con las que daba vueltas al sombrero, mostraba que alguna emoción, o al menos una fuerte lucha de sentimientos opuestos, se había despertado en su alma.

—Pero no he visto sólo cosas triste, — continuó el cura pasándose la mano por los ojos... — hablo quizás demasiado; pero es un defecto de los viejos, que se puede perdonar. Tú habrás oído hablar de Juan Bassi, que estaba en artillería, que se distinguió tanto en la guerra del 60 y 61; a Garigliano, que se ofreció espontáneamente a llevar una orden del general bajo una tempestad de balas, y tomó una bandera, por lo cual le dieron la medalla de oro, y todos los periódicos hablaron de él. Le habrás oído nombrar; hace honor al país; hace seis años se estableció en Francia, y en el pueblo no queda más que su primo el cartero. Pero no es posible que tú puedas recordar cuando vino a esta casa después de la guerra. Pues bien; fué una escena, que todos los que van a servir debían tenerla presente. Nos dejó en el pueblo a su anciano padre, a la mujer y una niña de dos años, que se llamaba Luisita, que era un encanto; se fué en el cincuenta y ocho; una vez en el servicio, vinieron sucesivamente varias guerras, y no pudo obtener licencia; así que no volvió hasta el setenta y dos, después de haber cumplido el servicio. La noticia de su heroicidad, la dió el alcalde: hacía tiempo que el padre y la mujer vivían en gran ansiedad por falta de noticias. Una mañana, llega sin más ni más a su casa el alcalde; estábamos frente a la iglesia de Santiago; entra, encuentra a los dos, tristes como de costumbre, y les preguntó: — ¿Hace tiempo que no tenéis noticias de Juan? — Se levantaron espantados, diciendo: — ¡Hace dos meses! — Pues bien, — dice el alcalde, — vuestro Juan... —¡Ha muerto! — gritaron ambos. — ¡Qué muerto! — dice el alcalde. ¡Cien veces vivo, gracias al cielo! Leed en este periódico. — Abre la mujer el periódico, había una ceñal roja en él, empieza a deletrear... ¡figúrate la maravilla y el placer! Contado todo extensamente; estaba su nombre y apellido, con la relación del hecho, medalla de oro, orden del día y quien sabe cuánto más.

"...Aquellas dos pobres criaturas, desde un principio, se quedaron como imbéciles, y luego parecía que se habían vuelto locos. Figúrate por un momento: la medalla de oro, que no la conceden sino a los más valientes entre los valientes, una cosa grande, tan grande, que el soldado que la alcanza es casi como un príncipe, a quien todo el ejército conoce, sin que nadie sobresalga en punto al honor encima de él. Pronto se esparció la noticia por todas partes, corriendo la gente a ver al padre y a la mujer de aquel gran soldado. Hasta la gente veraniega de los alrededores venía y les traían regalos. La casa de los Bassi estaba llena de la bendición de Dios; amigos de todas partes, todos les llevaban en palmas. Era un triunfo continuado. Llegaron primero sus cartas; luego las comunicaciones de la autoridad, y a poco la noticia de que la tropa del treinta y siete había sido licenciada. Figúrate a aquel pobre viejo y a su pobre mujer, que hacía cinco años que no habían visto a Juan. Finalmente, llegó la última carta que decía: tal día a tal hora. ¡Fué una verdadera fiesta! Bassi debía llegar a la estación del ferrocarril, que entonces estaba a una milla de aquí. Todos convinieron en ir a su encuentro. Llegado el día, se reunió mucha gente, fueron a buscar al viejo, a la mujer y a Luisilla, que no conocía a su padre puede decirse; había crecido, tenía siete años, y una señora la había vestido como una princesa, y todos juntos se encaminaron hacia la estación. Había más de doscientas personas, con bandera y música; estaba el alcalde, muchos señores y yo acompañaba a la esposa, que parecía desmemoriada y lloraba: y las amigas le decían: — ¡Eh, Teresa, no lo pensarías seguramente cuando os hacías el amor bajo el olmo de Santiago! — En la estación dejaron entrar a todo el mundo hasta la misma vía. El uno tenía una botella en la mano para poder ser el primero en ofrecerle de beber: otros llevaban cigarros, otros ramos de flores, y la pobre Luisita tenía a su alrededor una porción de gente que la acariciaba y le decía: — Ahora vas a ver a tu padre por primera vez. — Al fin se oyó el silbido: al pobre viejo tuvieron que sostenerle, por que le faltaban las piernas, y el alcade dió el brazo a Teresa, que se sen-

tía mal. El tren llega, se detiene, bajan cuatro o cinco soldados, todos los rodean. — ¿Dónde está Juan Bassi? ¿no ha venido? ¿dónde está? ¡Bassi! ¡Bassi! ¡Aquí está! — se oyó gritar asomándose él en persona: un gran soldado negro, guapo, alegre, con la medalla de oro en el pecho; bajó de un salto, reconoce a los suyos, lanza un grito, aferra entre sus brazos a su padre y a su mujer, comienza a dar una tempestad de besos sobre ambas cabezas, como si estuviera loco, mientras la música tocaba, y todos gritaban, empujándose unos a otros por llegar a tocarle. Cuando de repente siente que le tiran de la casacas, se vuelve y se encuentra con una carita y dos brazos que se lanzan a su cuello... Al pronto no la reconoció. — ¡Es Luisilla! — gritaron todos. Yo había sido empujado hacia atrás y no vi nada; pero oí un grito que me llegó hasta lo más profundo del alma y que nunca he olvidado; el grito del placer más grande, más merecido y más santo que pueda experimentar el corazón el corazón del hombre: el gozo del soldado valeroso que vuelve al seno de su familia pudiendo decir a sus hijos: — ¡Sobre este pecho, contra el cual os oprime, la patria ha puesto un signo de su gratitud y de su admiración!

El buen cura lanzó una mirada furtiva a Carlos, y viéndole conmovido pensó despedirle con la impresión viva y entera de sus palabras.

—Ahora vete, — le dijo con amabilidad y empujándole hacia la puerta, — y vuelve a saludarme antes de marchar.

Carlos vivamente conmovido intentó decir algunas palabras aún cuando no fuera más que para salvar las apariencias del amor propio; pero no logró más que balbucir algunas sílabas sin sentido; se dejó empujar hasta la puerta, sin poder resistir un impulso del corazón que le hizo exclamar:

—Os lo agradezco, — y salió bruscamente, humillado y confundido.

—Te he puesto buena semilla en el corazón, — dijo para sí el cura cerrando la puerta, — lo demás a ti te toca.

XI

CARLOS se detuvo convulso en medio de la calle permaneciendo durante algunos minutos en un estado de tremenda incertidumbre. En aquel corto intervalo se decidió la suerte de su vida. La primera idea que le vino a las mientes, fué correr a casa de Camila y gritarle: — Sí, iré a servir, estoy arrepentido, soy otro, perdóname, cuanto te hecho sufrir y no se hable más del pasado.

Mas aún no había concluído de decirse a sí mismo estas palabras, cuando la rabia de sentirse vencido, su calvaje orgullo, y la feroz inclinación del despecho que era dominante en su naturaleza, pudieron mucho más. Todavía permaneció allí un momento clavado, jadeante, como si hubiera hecho una larga carrera, y luego dijo con resolución: — ¡No, no y no! ¡No son más que palabras! ¡Todos están de acuerdo en quererme ver amarrado! Es inútil ,es una aversión de la sangre, no puedo, y no será, aun cuando tuviese que reducirme a vivir como un bandido o como un perro. Y volvió en derechura a la tienda de su amigo. Este, apenas Carlos hubo concluído de contarle su conversación con el cura, se encogió de hombros, sacó del cajón un periódico usado, lo extendió sobre la mesa y le dijo: — Oye esto, no te pido más que lo oigas bien y luego hagas lo que te parezca; y empezó a leer: "...Hemos visto con nuestros propios ojos hasta qué exceso de furor bestial puede arrastrar al hombre insensato de disciplina que se pone entre las más selectas virtudes militares. Un regimiento de infantería volvía del fatigosísimo ejercicio de campaña; los soldados, extenuadas las fuerzbas, caían; en vano los superiores se esforzaban por hacer que avanzasen. Entonces el coronel reunió a todos los oficiales y les dijo: — En absoluto, es preciso llegar a tal hora; sírvanse de la espada. — Los oficiales se precipitaron sobre los soldados, gritando: ¡Animo! ¡Arriba! ¡Adelante! — y agitando las espadas desnudas. Pocos soldados pudieron levantarse; los más quedaron tendidos en tierra. Entonces las espadas hendieron el aire y una tempestad de golpes empezó a caer sobre las costillas, sobre las cabezas y sobre los brazos de aquellos pobres infelices que imploraban piedad; y con los golpes los puntapiés, y con los puntapiés los acostumbrados improperios: — ¡Perezosos! ¡Canallas! — Aquí y allá se oyeron lamentos y gritos de desprecio, los oficiales se vengaban apuntando los nombres de los decontentos en sus cuadernos y amenazando constantemente con los grillos, con los consejos de guerra, con la disciplina, con la reclusión y el calabozo. Algunos soldados que a duras penas habían logrado levantarse, caían nuevamente, los médicos se precipitaban sobre ellos, llamándoles impostores, removiéndoles y tirando de ellos hasta que advertían que su rostro estaba lívido y sus miembros rígidos. Otros, que habían podido al fin emprender la marcha, caían bajo el peso de la mochila, embarazando el camino a sus compañeros y produciendo tal ira en los oficiales, que acababan por empujarles echándoles a rodar en el polvo. Otros que apenas se detenían para enjugarse el rostro, sufrían nuevos golpes de los oficiales, que veían en ello una protesta.

"Caminando el regimiento de esta suerte llegó a la puerta de la ciudad. En el mismo instante salió un ayudante de campo a caballo, avanzando a la carrera hacia el coronel; al cabo de unos minutos se propagó entre los oficiales el grito de: — ¡El príncipe! ¡el príncipe! — El regimiento se detuvo y se alineó en un segundo; los soldados que estaban detrás fueron empujados hacia adelante, los que permanecían en tierra tomados por el el cuello fueron puestos en pie. Se oye la voz de mando: — ¡presenten armas! — El príncipe avanzaba, guapo, fresco, alegre, seguido por cinco oficiales que miraban a las señoras de los balcones; miró con complacencia a las primeras compañías, haciendo cumplidos a los capitanes que las mandaban; y apenas había llegado a la mitad del regimiento fué transmitiéndose de fila en fila en voz baja, una orden, repetida por mil pechos aniquilados y por mil bocas ardorosas y que se

reveló en un grito largo, fatigoso, desgarrador, acompañado de una sonrisa amarga, un grito en fin, que tenía algo de la risa del loco y del gemido del ahogado: — ¡Viva el príncipe! — El coronel fué invitado a la comida..."

Al llegar a este punto dobló el periódico, diciendo:

—¿Has entendido? Los curas te entretienen con charlas; y yo en lugar de esto te doy sacrosantas verdades impresas. ¿Qué te parece?

Carlos no respondió, permaneciendo por largo tiempo inmóvil con los brazos cruzados sobre el pecho y con los ojos fijos en el periódico. Su resolución, sin embargo, no era tan firme todavía como él quería creer. Algo de hermoso y de grande había pasado por su alma, por lo cual se sentía desconcertado y sin aliento.

XII

LA palabra fría, sarcástica y pérfidamente obstinada de Marcos, no tardó, sin embargo, en vencer la última resistencia de su corazón. Durante muchos días continuó a su lado destilando veneno en su alma; por la tarde le llevaba a pasear por las sendas de los montes, alrededor del pueblo, y allí le hilvanaba flemáticamente, una tras otra, largas relaciones de violencias y crueldades, desesperaciones, y casos de locura y de suicidios, exponiendo con voz compasiva mil particularidades irritantes, hasta arrancar de los labios de su víctima un grito de indignación y de rabia, añadiendo entonces con tono de consuelo: — que estos eran casos raros. — De esta manera iba Carlos afirmándose cada vez más en la resolución de substraerse a toda costa de la quinta. Pero cuando su pensamiento se fijaba en la idea de la deserción, las dificultades, los peligros y la incertidumbre de su porvenir le asustaban. Una noche no pudo contenerse en decírselo a su amigo, con el cual hasta entonces se había mostrado firme y tranquilo respecto a su propósito de desertar. Paseaban por la falda de un monte; el sol se había ocultado; ninguno de los dos hablabla. Carlos miraba abajo; allá en lo hondo del valle, su pueblecito, donde empezaba a brillar alguna luz, y del cual llegaba hasta su oído confusa gritería de muchachos. La idea de que, a los pocos días debía decir adiós, quizá para siempre, a aquel valle, a aquelas casas, a Camila, a todos los recuerdos de su familia y de su infancia, le oprimió el corazón de repente con gran violencia; se detuvo, lanzó un profundo suspiro, y pasándose una mano por la frente, que le ardía: — marchar, abandonando todo y todos... ir... quién sabe dónde ni por cuánto tiempo... solo por el mundo... perseguido... ¡ah, es demasiado duro! ¡Siento que es inmensamente duro!

Marcos le miró sin responder.

Se pusieron de nuevo en camino.

A los pocos pasos su amigo murmuró con manifiesto aire de descuido, como si se tratase de una cosa indiferente:

—No habría necesidad, de seguro, de correr el mundo.

—¿De qué manera? — preguntó Carlos deteniéndose sorprendido.

—¿Eres un hombre?

Carlos hizo un gesto.

—Pues bien, — dijo Marcos, — y acercándole la boca al oído, pronunció algunas palabras en voz baja.

—¡Jamás, mientras yo viva! — gritó Carlos echándose hacia atrás bruscamente, y en ademán de rechazar vigorosamente una proposición.

—Nunca, — respondió tímidamente el amigo, — es una palabra que se dice muy pronto; la cosa merece alguna reflexión; no se trata de la vida. He creído darte un consejo amistoso; me parece que sería un medio de arreglarlo todo. Piénsalo: por lo demás, por mi parte me lavo las manos. Al fin y al cabo, tú eres únicamente a quien interesa este asunto.

Continuaron bajando hacia el pueblo en silencio; Marcos, tranquilo; Carlos, en cambio, profundamente agitado.

—¿Podré contar contigo? — preguntó éste con voz que no parecía la suya, en el momento de separarse.

—Todo lo que un buen amigo y un hombre de honor puede hacer, — respondió Marcos llevándose un mano al pecho, — te prometo que lo haré.

Carlos le miró con fijeza durante un momento, le apretó la mano y se fué.

XIII

PASARON cinco días, que fueron para Camila una angustia continua. Carlos consumía con su amigo la mayor parte del día; con ella hablaba rara vez y poco; pero cuando la encontraba, alargaba siempre la mano y le hacía una caricia, cosa inusitada. Ella, sin embargo, no se hacía ilusiones. En aquellas muestras de afecto creía encontrar la necesidad que él sentía de animarla y darle fuerzas para resistir la prueba; ya no veía en su semblante la preocupación de los días pasados, y sí descubría la triste firmeza de una resolución definitiva.

Pasaba horas solo, sentado a la sombra de un árbol pensando con la cabeza apoyada en una mano; hablaba y gesticulaba solo; alguna vez contraía su cara como si se le apareciese de improviso una imagen horrible. Camila, temblorosa, seguía con la vista todos sus movimientos y todos sus gestos; apenas salía él de casa, corría a su habitación a ver si había alguna variación; a veces le detenía en la puerta; otras le seguía, le buscaba, le llamaba. — ¿Qué piensas? — le preguntaba diez veces al día, a lo cual respondía siempre: — ¡Nada!

Llegó la víspera del día del reconocimiento: al día siguiente, Carlos debía ir a la capital, a presentarse a la comisión de quintas para ser reconocido por los médicos. Por la mañana, apenas se levantó, se halló algo más inquieto y más pálido que de costumbre. Salió, poco después volvió, anduvo en su cuarto y salió de nuevo.

Camila corrió presurosa a ver lo que había hecho (estaba cerrada la puerta) pensando si

quizá habría preparado su ropa para marchar.

No había duda; quería desertar aquella noche. Unas horas después volvió a verle inmóvil en medio del campo con los brazos cruzados sobre el pecho; poco después alcanzó a verle de nuevo en la calle con su amigo; volvió a casa al anochecer. Camila le detuvo al lado de la puerta, le aferró por las manos y le dijo en voz baja pero resuelta y con acento que revelaba todo el sufrimiento de su alma:

— ¡Carlos, no puedo vivir así! ¡Dime que cumplirás con tu deber! ¡Te lo exijo, habla dime lo que piensas!

—¡Nada!

—¡No es cierto! ¡tú quieres huir!

—¡No!

—¡Sí, lo adivino, lo sé, quieres huir esta noche! ¡No tienes piedad!... ¡No quieras matarme!...

—¡Silencio! — murmuró Carlos, mirando alrededor.

—¡No puedo callar, siento necesidad de hablar ¡si he de morir, no quiero morir callando! ¡Carlos! — exclamó, poniéndose de rodillas, — no me levantaré si antes no juras que no me abandonarás, que irás a la capital, que irás al servicio; te lo pido en nombre de nuestro cariño, en nombre de tu madre, de Dios.

—Lo juro, — dijo Carlos indicándole que bajase la voz.

—¿Lo juras? — gritó Camila poniéndose en pie, y colocándole las manos sobre los hombros, — júralo de nuevo!

—¡Lo juro!

—¡Júralo por tu madre!

—Lo juro por mi madre, por mi padre, por quien quieras, cien mil veces; ¿qué más quieres que te diga?

Camila le miró fijamente; dejó caer los brazos murmurando con acento de profunda consternación:

—No te creo; veo en tus ojos algo que no me deja creer. ¡Vete! — dijo con ímpetu, rompiendo a llorar. Y luego:

—Eres un hombre sin corazón; ¡vete, déjame morir!... ¡Ah! no, no, Carlos, espera, detente por piedad, — y le detuvo echándole los brazos al cuello; — ¡perdóname! ¡No puedo vivir más así! ¡Ten compasión de tu Camila!

—Por cuanto hay de más sagrado en el mundo, Camila, — exclamó Carlos separándose, — te juro que no huiré!

Camila, sin reparar en estas últimas palabras, sobrecogida por una idea repentina, arregló sus cabellos, se enjugó los ojos y corrió a casa del cura. Entró, se echó a sus pies, le contó todo, concluyendo por decir: — Estoy en vuestras manos; salvadme de la desesperación y a él de su ruina.

El cura pensó largo rato antes de responder; luego preguntó si Carlos había ido a su casa: Camila le dijo que sí.

—Entonces, vete y cuida de no dejarle salir en una hora; en lo demás, pienso yo.

Camila se fué a la carrera. Tomó entonces el cura el sombrero, y se dirigió a casa del sargento de la Guardia Civil que era un franco y viejo soldado, suplicándole encarecidamente hiciera vigilar la casa de Carlos durante la noche, explicándole el por qué. El sargento, con voz ronca (que no usaba más que en los actos del servicio) llamó a dos guardias, dió la orden a regañientes, añadiendo para sí:

—Bien me decía el corazón que un día u otro tendría que habérmelas con este mozo.

XIV

ERAN las nueve de la noche. Toda la familia de Carlos y de Camila se hallaba alrededor de la mesa en una pequeña habitación de la planta baja.

Camila estaba sentada en un rincón, donde apenas llegaba la luz de la lámpara que servía para todos.

Carlos se encontraba en su cuarto que era una pequeña habitación en bajo, de la casa de los dueños, que se hallaba frente a la de los labradores donde estaba Camila.

Entre una y otra se hallaba la era.

La pobrecilla, aunque el cura no le había dicho qué pensaba hacer para disuadir al joven, confiaba sin embargo.

De cuando en cuando se asomaba a la ventana; la niebla era espesísima; ni las estrellas ni el campo se veían; sólo la vantanilla iluminada del cuarto de Carlos rompía la oscuridad. Camila la miraba fijamente sin mover los párpados; ora la veía ensancharse como la boca de inmenso horno, ora reducirse, hasta el extremo de parecerle un mero punto luminoso que se iba poco a poco alejando. Todo estaba tranquilo; en el aire, por los campos, por todas partes, sólo alguna voz extraña y lejana se percibía, alternando con el sonido de la esquila de algún perezoso animal.

De repente le pareció oir pasos en la era; miró atentamente y vió en efecto a alguien que se movía. Cruzó por su imaginación la sospecha de que fuese Carlos; dió un paso como para precipitarse fuera, y advirtió entonces que se dirigía hacia la casa, diciendo para sí: — ¡Es el cura! — y respiró. Al cabo de poco tiempo vió dos negras sombras destacarse sobre la pared del cuatro de Carlos: — ¡Él es!

No: era Marcos.

Camila se volvió a sentar en su rincón, diciendo a sus padres:

—El cura ha ido a hablar con Carlos.

Los padres, que habían leído en el semblante de Carlos la idea de algún propósito endiablado, aun cuando no les importase grandemente, respondieron:

—Está bien: siempre que consiga volverle el juicio.

Poco rato después, levantándose todos, se despidieron de Camila, diciéndole:

—Si viene el cura hazle entrar, y dile que nos hemos ido a acostar, que estábamos rendidos, y que tenga compasión de nosotros, dándole a la vez las buenas noches de nuestra parte. Tú, chiquitín, quédate a hacerle compañía.

El hermano de Carlos se detuvo.

Un minuto después llamaron a la puerta. Abrió Camila y se presentó el cura. Ella se le quedó mirando, queriendo leer en su ca-

ra el éxito de la empresa. Y él, que al pasar había visto a los dos guardias haciendo centinela, sonreía de su propia obra. Camila, traduciendo aquella sonrisa, pensó: — ¡Somos felices! — y tomándole una mano, se la besó en un transporte de alegría y de gratitud.

El cura tomó asiento entre la muchacha y el rapaz, frente a la luz, y comenzó a pensar cómo los tendría algo alegres. De cuando en cuando Camila le interrumpía para escuchar si se oía algún ruido.

El cura hablaba de Carlos:

—Es una vida cruel, — decía, — la vida del soldado, ¿quién no lo sabe? Pero es preciso tomarla como una prueba que Dios quiere hacer con nosotros para ver si somos bastantes fuertes para la virtud y para el bien, resistiendo las tentaciones y superando los quieren y nos dan ejemplo de buenas costumtucsos en un pueblecillo donde se trabaja desde por la mañana a la noche, y se está constantemente rodeado por personas que nos quiern y nos dan ejemplo de buenas costumbres y de devoción; el mal, en este caso, es necesario ir a buscarlo o sacarlo por completo de nosotros mismos, y no hay necesidad de una gran fuerza para no hacer ni lo uno ni lo otro. Lo difícinl es sostenerse en el buen camino en medio de gente torcida que intenta extraviarnos; el que logra sostenerse, sin duda ha adquirido gran mérito a los ojos de Dios. Por tanto, más bien debe estimarse como una fortuna que como una desgracia, la ocasión que nos ofrece de hacernos merecedores, especialmente guardando puro y honrado el corazón de campesino bajo el capote del soldado. Y ahí lo veis: Carlos será lo uno y lo otro, porque es él sin duda un poco cerrado y fiero; pero para su adentros tiene su religión, y el que tiene verdadera religión, tiene valor. Dejar decir a las gentes que pasa ser soldado valeroso es necesario no creer en nada y reirse del que tiene fe en algo. Lo cierto es que para ir a buscar la muerte con el corazón sereno y firme, es necesario ver a alguien más allá, que nos diga: — ¡Te espero! — y con más valor arriesga su vida el que cree que después viene otra, que el que piensa que perdida ésta lo pierde todo, haciendo el sacrificio sin la promesa del premio. Y creedme, de estas cosas no se ríe tanto en la guerra como cuando se está en paz. Cuando el ejército piamontés...

—¿No ha oído usted una voz, señor cura? — interrumpió Camila.

El cura calló y se estuvo un minuto con el oído atento; luego continuó:

—No es nada. Cuando el ejército piamontés se hallaba en Crimea, había cólera. Los soldados morían treinta, cuarenta y aun cincuenta al mes. Se decía que la guerra dura-

Senor Administrador de EL DIARIO

Av. DE MAYO 662 - Buenos Aires.

Adjunto 0.10 centavos en estampillas para que me remita un ejemplar del próximo jueves en que aparecerá la página de modas en colores y una página con la graciosa historieta de Barnigugli y su pingo Tragavientos.

Nombre y apellido . . . . . .

Domicilio . . . . . .

Ciudad o pueblo . . . . . .

Se aceptan suscripciones a la edición de los jueves a razón de 10 ctvs. por cada ejemplar.

F. C. . . . . .

ría años y más años; nadie esperaba volver a su patria; todos estaban resignados a morir sin volver a ver a sus familias, todos perdieron el buen ánimo y estaban tristes. Y sin embargo, todos los domingos, al salir el sol, al sonar los tambores y las cornetas, aquel pequeño ejército se agrupaba en una desierta llanura, se disponía en tres líneas, dejando libre la cuarta, donde estaba el altar, y se decía misa: al lado del altar se colocaban los generales. De cuando en cuando las apretadas filas se abrían para dejar paso a los que llevaban a algún atacado. La música tocaba aires nacionales que recordaba a todos aquellos pobres muchachos su país lejano y los hermosos años pasados en casa; el cielo estaba sereno, un sol espléndido hacía brillar todas las bayonetas; a lo lejos se oía el ruido de los cañonazos de los rusos; era un espectáculo que aun el mismo general La Mármora, que a todos nos mandaba y que quería mostrarse como un hombre de hierro, muchas veces, los que se hallaban cerca, veían correr las lágrimas por las mejillas... "...Pues bien; los que allí se hallaban, aseguran que nadie hubo en aquel momento que no sintiese necesidad de levantar el corazón y la mente a Dios, escapándose de sus labios una oración. Generales, soldados, viejos, jóvenes, sanos, heridos, a todos animaba un solo pensamiento y sentimiento: —¡Buen Dios, protege a nuestras familias lejanas, nuestra vida, nuestra bandera; danos fuerza y valor; concédenos la gracia de volver a ver nuestro querido Piamonte! — concluída la función, volvíamos todos a nuestros campamentos con ánimo más sereno y con el corazón más fi me...

En este punto se oyó un rumor: los tres callaron, y se pusieron a escuchar. Nada: reinaba el silencio más profundo. Apenas se oían mover las hojas de una parra enlazada en los hierros de la ventana.

De pronto aquel profundo silencio fué interrumpido por una voz desconocida que salía del cuarto de Carlos gritando con toda claridad:

—¡Abajo!

Camila palideció; siguió otro momento de silencio.

Luego se dejó oir con toda sonoridad la voz de mal augurio:

—¡Abajo!

Y seguidamente un golpe fuerte como de un cuerpo pesado que cae de lo alto, luego un agudísimo grito de dolor seguido de un largo y sordo lamento.

El cura, Camila, el muchacho, helados de espanto, se lanzaron a la era, y hacia el cuarto de Carlos.

Aún no habían llegado a la puerta oyen de la otra parte de la casa un tiro de fusil.

Más sobrecogidos de espanto todavía, casi fuera de sí, lanzando grandes gritos se dirigieron a la puerta: estaba cerrada. Llaman gritan, nadie responde: sólo se veía la luz Vuelven a llamar, nadie contesta.

Piden a gritos socorro, y a tal punto llega un guardia, que exclama:

—¿Quién? — preguntaron a una Camila y el cura.

—Se oyó un grito, — dijo el guardia civil, — como de un hombre asesinado y luego se vió saltar otro por la ventana al campo que echó a correr. Nosotros le seguimos gritando: — ¡Detente! — El no contesta y continúa corriendo. — Pensamos: — Ese es el asesino. — Le volvimos a gritar: — ¡Detente! — No contestó. — Entonces mi compañero descargó el revólver; el desconocido cayó a tierra. Corremos allá: era Marcos, el vendedor de licores; la bala le partió el brazo.

—¡Carlos! ¡Carlos! — comenzó a gritar desaforadamente Camila, golpeando con los puños y queriendo arrancar con las uñas la puerta.

En breve tiempo se reunieron los campesinos con picos y azadones y en pocos momentos echaron por tierra la puerta, precipitándose en la habitación.

Hallaron a Carlos tendido en la cama; la mesa estaba manchada de sangre, en el suelo había un lago de sangre también, y todo él estaba salpicado de sangre. Camila sintió bajo sus pies un objeto: se inclinó para mirarlo... Lanzó un grito desesperado de terror y de repugnancia, cayendo desvanecida.

Había recogido el dedo índice de la mano izquierda de Carlos.

EDMUNDO DE AMICIS.

Lea en la página 21 la gran novela

Los Verdes Ojos de Bast

LO QUE MAS LE INTERESABA

—No deje de ir por casa esta noche. A las nueve comenzará el concierto y a las once se servirá la cena.
—Entonces estaré allí a las once en punto.

Para que su niño pase un momento de alegría, léale la graciosa historieta Barnigugli y su pingo Tragavientos

CORTE y REMITA el cupón que va al pie y recibirá por correo un ejemplar de EL DIARIO en que aparece LA HISTORIETA ya completa.

SEÑORA: Cada jueves encontrará en EL DIARIO figurines de las útimas modas iluminados a cuatro colores.

COMPRE

todos los días

EL DIARIO

a su vendedor de la tarde y si lo hubiera agotado pídale que le reserve diariamente un ejemplar para Vd.

Señor Administrador de EL DIARIO

Av. DE MAYO 662 - Buenos Aires.

Adjunto 0.10 centavos en estampillas para que me remita un ejemplar del próximo jueves en que aparecerá la página de modas en colores y una página con la graciosa historieta de Barnigugli y su pingo Tragavientos

Nombre y apellido.....

Localidad.....

F. C.....

Se reciben suscripciones para los números de los jueves a razón de 0.10 ctvs cada ejemplar.